



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO SEGUNDO.



BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS,

ordenada

POR D. BUENAVENTURA CARLOS ARIBAU.

OBRAS

DE

D. Nicolas y D. Leandro Fernandez de Moratin.

TERCERA EDICION.



MADRID,

**IMPRENTA DE LA PUBLICIDAD, Á CARGO DE D. M. RIVADENEYRA,
CALLE DE JESUS DEL VALLE, NÚM. 6.**

1850.

'Span 42102.5



Victor W. Cutler

Call
4-10-1
27

ADVERTENCIA.

La merecida popularidad de que goza el nombre de don LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN, como uno de nuestros mas insignes escritores, nos indujo á destinar á sus obras el segundo tomo de esta *Biblioteca*, después de MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA. Si alguno, por su particular predileccion á tal ó cual género de literatura, ó á determinados autores, hubiese preferido otra colocacion, podremos decirle para abreviar razones que, en una coleccion semejante, el orden de la publicacion es materia hasta cierto punto secundaria, mera cuestion de tiempo, que satisfactoriamente para todos quedará resuelta, á medida que vayamos adelantando nuestros trabajos.

Creimos desde luego que añadiríamos un grande interés á este tomo, si á las producciones de tan señalado ingenio hiciésemos preceder las de su padre don NICOLAS; no precisamente por los vínculos tan estrechos de la sangre, que no siempre abarcan iguales disposiciones y tendencias, sino por la conformidad de miras con que sucesivamente procedieron padre é hijo, animados de una misma idea : la reforma del teatro español con arreglo á los preceptos clásicos; empresa que el primero acometió con ardor, y el segundo remató con singular felicidad. La breve vida de un solo hombre no fué suficiente para realizar el arduo pensamiento; pero hubo un heredero que lo aceptó; y los esfuerzos de los dos forman una sola accion en esta parte de los anales literarios.

Hay además la circunstancia de que las obras de MORATIN el padre no son tan conocidas como merecen. Impresas separadamente en varias épocas, nunca han sido recopiladas; pues recopilacion no puede llamarse (ni tampoco lo pretende) el tomo de poesías póstumas que salió á luz en Barcelona el año de 1824, donde no se comprenden sino muy pocas de las que en sus mocedades publicó en forma periódica bajo el título de *El Poeta*: algunas de ellas se hallan mutiladas y reducidas á lijerísimas muestras, como el poema de la *Caza*, y se omiten las cuatro composiciones dramáticas que se le deben: monumentos preciosos, si no por su mérito absoluto, á lo menos por las bellezas que encierran, y por la influencia que sin duda ejercieron en los progresos del arte y en la revolucion de las ideas.

A esta falta hemos procurado suplir, valiéndonos de cuantos medios se han hallado á nuestro alcance; y para dar alguna muestra de su prosa (si bien en nuestro concepto la prosa castellana no recobró su majestad y energía hasta los tiempos de Jovellanos) hemos reproducido los apuntes del autor sobre las fiestas de toros, que por su curiosidad parecerán sobrado concisos, aun á los menos aficionados.

De las obras del hijo existen varias ediciones mas ó menos completas; pero ninguna tanto como la que presentamos. Hemos comparado los textos, escogiendo los mas legítimos, y tales deben considerarse los de las ediciones revisadas por el mismo autor en los últimos años de su vida; pues á nadie puede disputarse el derecho de pulir sus propios escritos, á guisa de codicillo de la herencia intelectual que lega á la posteridad. Pero como algunos de los retoques fueron conocidamente hechos por motivos ajenos á la literatura, y por respetos transitorios y caducados que no nos hallamos obligados á guardar, donde quiera que hemos adquirido este convencimiento, notamos las variantes que resultan de las copias mas autorizadas y de las ediciones primitivas. Bastante inédito sacamos de la oscuridad, como verá el lector, aunque sospechamos que existe algo mas. No queremos desaprovechar esta ocasion de rendir públicamente las gracias á los amigos que nos han proporcionado tan preciosos hallazgos.

No sin cortedad anunciamos que nos hemos atrevido á poner algunas notas, mas de las que al principio nos habíamos propuesto. Si esto no se juzga como un mérito que recomiende la presente edicion, séanos lícito siquiera alegar algo en nuestra defensa. MORATIN en sus *Orígenes del Teatro español* trazó en grandes líneas la historia de él hasta LOPE DE VEGA; luego en el *Discurso preliminar á sus comedias* nos describe la regeneracion dramática que se verificó en el siglo pasado. Sus repetidas ausencias en el extranjero, al paso que le proporcionaron el exámen de muchos documentos, le privaron de otros que hubiera probablemente descubierto y no han sido conocidos hasta después, ocultándole noticias tradicionales que hemos procurado recoger, y hubiéramos hecho mal en no publicar, ya que tan oportuna ocasion se nos venia á la mano. Aun en esto hemos, para no errar, solicitado auxilios ajenos, pero tan autorizados que bastará leer los nombres suscritos á algunas de las notas para lograr que se disimule y aun se aplauda nuestra osadía.

Finalmente, como MORATIN no se desdeñaba, antes bien hacia cierto alarde de ser buen traductor, en las composiciones que tomó de otras lenguas hemos copiado el texto original: prodigalidad, si se quiere, pero insignificante en una edicion tan económica. Cuando esto no produzca otra ventaja que la de enseñar por ejemplos prácticos el arte de traducir, que en tan torpes manos suele andar hace dias, habremos logrado acudir á uno de los puntos débiles y poca defendidos por donde de contrabando se introduce tanta corrupcion en el campo de la lengua castellana.

La Vida de MORATIN (D. Nicolas) es la que escribió su hijo para la edicion póstuma de Barcelona: no podíamos escoger otra sin perder en el cambio, y sin defraudar á nuestros lectores de una obra que de todas maneras está comprendida en el objeto de este tomo. La Vida de MORATIN (D. Leandro) ha sido escrita con presencia de las publicadas hasta el dia, y fundada además en testimonios los mas auténticos. Esperamos que el público apreciará nuestra sincera voluntad.

Span 42102.5



Victor W. Cutler

6411
45-247
28

VIDA

DE

DON NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN,

FLUMISBO THERMODONCIACO (1).

DON NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN nació en Madrid, de familia noble de Asturias, en el año de 1737. Era su padre jefe de guardajoyas de la reina doña Isabel Farnesio, la cual, muerto su esposo Felipe V, se retiró acompañada del infante don Luis al sitio de San Ildefonso, en donde permaneció durante el reinado de Fernando VI. Allí recibió Moratin su primera instrucción; y como desde muy niño hubiese manifestado un talento, en gran manera superior al de otros hermanos que tuvo, quiso su padre que siguiera la carrera de las letras, y le envió á cursar filosofía al colegio de jesuitas de Calatayud. Pasó después á Valladolid á estudiar leyes, alternando las lecciones de la escuela con la amenidad de los poetas clásicos griegos y latinos, arrebatado de una inclinacion vehemente, que le hacia preferible aquella distraccion á cuantas ofrecen la juventud y la libertad.

Graduado en leyes volvió á San Ildefonso, en donde se casó muy á gusto de sus padres (2) y de la reina, que inmediatamente le nombró ayuda de su guardajoyas. Muchas veces, procurando aquella señora alguna diversion á sus frecuentes melancolías, le llamaba á su cuarto, le pedia noticias de la vida escolástica, y se reía con las graciosas descripciones que la hacia Moratin del impertinente y ridiculo ceremonial de las borlas, de los trabajos y angustias de las posadas, las músicas, los vítores, las palizas y las incursiones nocturnas que padecian las calderas del malcocinado de Valladolid.

Por la muerte de Fernando VI cesó el retiro en que habia vivido doce años la reina madre, que entró en Madrid con alegrías de triunfo, y en calidad de gobernadora, en tanto que su hijo Carlos III llegase á España. Restituido Moratin á su patria, que no conocia, tuvo ocasion de observarla sin las preocupaciones de la costumbre: vió sus bibliotecas, sus espectáculos, sus fiestas populares, sus tribunales, sus templos; procuró el trato de los que mas sobresalian en el estudio de las ciencias y de las artes; y á pocos meses de haber llegado ya era amigo

(1) Esta Vida fué escrita por don Leandro Fernandez de Moratin, quien cumpliendo la voluntad de su padre, quiso rendirle este homenaje de respeto, cuando en 1831 publicó en Barcelona la coleccion de las obras póstumas del mismo, con arreglo al manuscrito que pocos meses antes de su muerte habia entregado corregido y firmado á su amigo don Ignacio Bernascone. Podria quejarse el público de un grave perjuicio, si hubiésemos sustituido otra relacion, que nunca pudiera competir con la presente, dictada por el amor filial, escrita con una elegancia digna de tan docta pluma, y enriquecida con noticias preciosas y bien agrupadas sobre los sucesos públicos de aquella época, y el estado y progresos de nuestra literatura durante la mayor parte del reinado de Carlos III.

(2) Llamábase su padre don Diego, natural de Madrid, y su madre doña Inés Gonzalez Cordon, natural de Pastrana, de honrada familia de labradores de la misma villa: su esposa fué doña Isidora Cabo Conde, natural de Aldeascca, cerca de Arévalo.

de don Luis Mison, insigne músico, del escultor don Felipe de Castro, de don Juan de Iriarte, del erudito maestro Florez, de don Agustin de Montiano, de don Luis Velazquez, y de la incomparable cómica Maria Ladvenant.

No habia dado en aquel siglo la poesía castellana paso alguno que no fuese encaminado á su decadencia. En vano el benemérito don Ignacio de Luzan quiso estimular á sus conciudadanos con la doctrina y el ejemplo. Su *Poética*, impresa en el año de 1737, no se leía en el de 1760, y sus composiciones líricas, en que celebró los esfuerzos que empezaron á hacer las bellas artes, se oyeron con privado aplauso en la academia de San Fernando; pero no sirvieron de otra cosa que de abultar los cuadernos de sus actas. Don Agustin de Montiano, su compatriota y su amigo, con menos ingenio y no inferior cultura y celo de nuestra opinion literaria, habia publicado dos tragedias, arregladas y decorosas, que no se han representado nunca (3), y dos discursos críticos, en que resumiendo la historia del arte recomendaba los buenos principios, que nadie intentaba seguir. El teatro, agitado por las parcialidades de chorizos, polacos y panduros, habia llegado á su mayor corrupcion. La poesía lírica toda era paronomásias y equívocos, laberintos, ecos, retruécanos, y cuanto desacierto es imaginable: en el género sublime, hinchazon, oscuridad, conceptos falsos, metáforas absurdas; en el gracioso, bufonadas truhanescas, chocarrerías, chistes obscenos, ninguna imitacion de la naturaleza visible ó patética, ningun precepto del arte que moderase ó dirigiese los ímpetus de la fantasía.

Empezó su reinado Carlos III, seguido de aquellas lisonjeras esperanzas que siempre acompañan á la exaltacion de un nuevo príncipe; y si en lo sucesivo no se vieron cumplidas todas, á lo menos empezaron á darse acertadas providencias en beneficio público. Adquirió la nacion nuevo espíritu, deseosa de adelantar y perfeccionarse en los varios conocimientos que constituyen la ilustracion y la prosperidad de un estado; y por todas partes se veian los efectos de su actividad, y los desvelos de un soberano interesado en estimularla. La prudente libertad que se dió á la imprenta fué un aliciente poderoso para que muchos literatos publicasen obras útiles en todos géneros, y la multitud de periódicos (que siempre escitan á que lean algo los que nada leerian, si no los hubiese) empezó á fomentar el buen gusto, la sana crítica y la erudicion.

Escribió Moratin por aquel tiempo *la Petimetra*, comedia sujeta al rigor del arte, la primera original que se habia escrito en España con este requisito, y la *Lucrecia*, tragedia igualmente estimable por su regularidad. Estas dos piezas se publicaron impresas, pero ninguna de ellas se representó (4). El teatro, tiranizado entonces por estúpidos copleros, administrado por cómicos del mas depravado gusto, y sostenido por una plebe insolente y necia, solo se alimentaba de disparates (5).

Gozaba Calderon en aquella época de tal concepto, que parecia atrevimiento sacrilego no-

(3) *La Virginia* y *el Ataulfo*.

(4) *La Petimetra* se imprimió en 1762, con una dedicatoria á la duquesa de Medinasidonia y una disertacion preliminar. A poco salió á luz *la Lucrecia* con otro discurso.

(5) Hablando de *la Petimetra*, decia su autor en los *Desengaños al teatro español*: « No me ha sido posible hacerla representar, ni lo ha conseguido un mi apasionado que en viéndola lo ha solicitado en Cádiz; pues en oyendo que está arreglada la desprecian; y advierta usted que no son los académicos de la Academia española, ni los de la » de las ciencias de Londres ó Paris, ni de los Arcades de Roma, sino los mismos comediantes, y aun mas los poetas » tros ó versificantes saineteros y entremeseros, que andan siempre agregados á las compañías: estos son los jueces » que en España tiene la poesía. » Sin embargo, tal vez esta prevencion le evitó un amargo desengaño, que, recibido en la juventud, es frecuentemente una herida mortal para el ingenio. Don Leandro, autor de esta Vida, en medio de la gran veneracion que profesaba á las obras de su padre, estampó este severo juicio sobre *la Petimetra*: « Esta obra » carece de fuerza cómica, de propiedad y correccion de estilo; y mezclados los defectos de nuestras antiguas come- » dias con la regularidad violenta á que su autor quiso reducirla, resultó una imitacion de carácter ambiguo y poco á » propósito para sostenerse en el teatro, si alguna vez hubiera intentado representarla. »

ció que, floreciendo en edad menos infausta para las letras, seria un digno sucesor de Lujan, y caerian en desprecio y olvido las musas tabernarias del Piscator salmantino, Julian de Castro, el marqués de la Olmeda, Nieto, Rejon, Bazo, Camacho, Montoro, Benegasi, Navarro, Lobera, Bidaurre, Ibañez, Furmento, Nifo, Iparraguirre, Cernadas y otros mil, en cuyas manos parecia la poesía castellana, sin doctrina, sin decoro, sin arte. Así se verificó después; pero las turbaciones políticas ocurridas en el año de 1766 interrumpieron por algun tiempo el progreso de las letras, mudaron la suerte y las costumbres del pueblo, hicieron suspicaz al gobierno, y alteraron en gran manera los planes y las ideas benéficas del soberano.

No es de este lugar referir las causas, las circunstancias y las resultas del tumulto de Madrid: baste decir, que muy de antemano conocieron los mas prudentes cuánto peligro amenazaba á la quietud pública, en vista de la poderosa influencia de los que preparaban una revolucion, dirigida á mudar todo el ministerio, poner otro á su gusto, y evitar por este medio las innovaciones y reformas que se meditaban, tan perjudiciales á los privados intereses de muchos, como favorables al bien general. Sucedió, en fin, el alboroto popular que unos solicitaban y otros temian; anticipóse la ejecucion, y se desvanecieron mil atrevidas esperanzas. La imprevista mudanza de la corte, desde Madrid á Aranjuez, evitó muchos daños, y quedó desmentido el famoso pasquin que apareció el martes santo :

Vicimus, expulimus : facilis jam copia regni.

Nombró el rey al conde de Aranda presidente del Consejo y capitán general de Castilla la Nueva, fió de su prudencia y talento el remedio de tantos males, y es necesario convenir en que no fué desacertada la eleccion.

En el año siguiente salieron espatriados de todos los dominios de España los religiosos de la Compañía de Jesus, y mientras se pedia en Roma con el mayor empeño la estincion de la órden, se imprimian en Madrid una multitud de escritos encaminados á desacreditar los principios y la conducta moral y política de aquella corporacion. Ganábase dinero y favor diciendo mal de los jesuitas; y una turba de escritores famélicos (siempre dispuestos á vender su pluma á quien se la quiera comprar) sació con esta clase de opúsculos la curiosidad comun, si bien el mismo que los estimulaba y protegia se hallaba poco satisfecho de que la causa del gobierno hubiera de encomendarse á tan ruines autores. Hablaba un dia el conde de Aranda con Moratin acerca de esto : hizole algunas insinuaciones, de las cuales no se daba por entendido; pero viéndose apurado en demasia, respondió con aquellos dos versos de la *Jerusalén librada* :

*Nessuna à me col busto esangue e muto
Riman più guerra : egli morì qual forte.*

El conde, sonriéndose, dijo : *escelente poeta era el Tasso*, y siguió hablando de otra materia con los demás que se hallaban presentes.

No ignoraba aquel gran político cuán grande sea la influencia del teatro en la cultura de una nacion; advertia el estado de abandono en que se hallaba el nuestro, y solicitaba que Moratin, en el ocio que le permitia la muerte de la reina madre, ocurrida en el año anterior, se dedicara á componer algunas obras dramáticas. El, entre tanto, mejoró los teatros de Madrid, arreglando su policia interior y exterior, cortando en su origen la discordia que reinaba en ellos, reprimiendo las parcialidades de los que se llamaban apasionados, y dando al espectáculo mucha parte de la ilusion y el decoro que le faltaban. Hizo traducir las mejores piezas del teatro francés é italiano; y aunque no logró que desapareciesen todas las monstruosidades de que se componia el caudal cómico, mandó representar algunas buenas traducciones, en que vió el público una prueba certisima de que no están vinculados los aplausos á los desaciertos.

Cultivaba por entonces Moratin la amistad del célebre Cadahalso: juntos frecuentaban la

casa de Maria Ignacia Ibañez, sensible, modesta, hermosa, jóven actriz, á quien el segundo de ellos amaba con la mayor ternura, y, para honor de las que pisan el teatro, era igualmente correspondido. La celebró en sus versos con el nombre de *Filis*, y apenas empezó á llamarse dichoso, lloró su muerte. No quiso *Dalmiro* que su amiga representase la tragedia de *Sancho Garcia*, hasta que Moratin la hiciese recomendable al público en el papel de *Hormesinda*.

Esta tragedia hubo menester toda la proteccion del conde de Aranda para darla al teatro; tal era la oposicion, que tenia la mayor parte de los cómicos, á lo que llamaban estilo francés. No es de omitir una anecdota que manifiesta con evidencia el estado de error en que se hallaban los actores y el público en el año de 1770. Espejo, barba de la compañía de Ponce, sujeto tan inútil para los papeles que piden nobleza y espresion patética, como inimitable en los caracteres de bajo cómico, era muy apasionado de Moratin. Leyóse la tragedia en el vestuario del teatro del Principe. Maria Ignacia no puso otra dificultad que la de creerse poco hábil para el desempeño de su papel. Vicente Merino, á quien llamaron *El abogado*, galán de aquella compañía, y amigo íntimo del poeta, repitió lo que habia dicho la divina *Filis*; los demás dijeron despropósitos, ó callaron entonces para murmurar después. Espejo, que debia representar el papel de *Trasamundo*, esperó la ocasion de hablar al autor separadamente, y le dijo con todo el candor de la amistad y de la ignorancia: *La tragedia es excelente, señor Moratin, y digna de su buen ingenio de usted. Yo por mi parte haré lo que pueda; pero, dígame usted la verdad: ¿á qué viene ese empeño de componer á la francesa? Yo no digo que se quite de la pieza ni siquiera un verso; pero ¿qué trabajo podía costarle á usted añadirla un par de gracias?* Moratin le apretó la mano, llorando de risa, y le dijo: *Usted es un buen hombre, tío Espejo, estudie usted su papel, bien estudiadito, que lo demás sobre mi conciencia lo tomo.*

En efecto, ni el corrompido gusto del público, ni los anuncios fatales que habian esparcido los poetas tonadilleros, ni las voces de sedicion, con que uno de los mas audaces pedantes de aquel tiempo acaloraba debajo de la cazuela á la siempre terrible turba de los chorizos, pudieron impedir que aquella pieza se recibiese con aplauso en el primero y los siguientes dias en que se repitió. Impresa después, mereció á los inteligentes el concepto de ser lo mejor que en aquel género se habia visto, después de dos siglos continuos de ingenioso desatinar (8).

A este esfuerzo de Moratin se debieron las tragedias originales que desde aquel tiempo en adelante empezaron á componerse. El desmintió la opinion absurda de que los españoles no gustaban de tragedias; confundió á los ignorantes que suponian imposible que una obra escrita con regularidad y buen gusto agradase al público de Madrid; introdujo este género en el teatro, á pesar de la resistencia que le opusieron, y hoy vemos con cuánto placer acude la multitud á ver los celos de *Orosmán*, la envidia de *Eteocles* y *Polinices*, y la funesta venganza de *Orestes*, cuando se sostienen en la escena con una regular ejecucion. En el año siguiente de 1771 se representó la tragedia de *Sancho Garcia*, y Moratin celebró en elegantes versos el mérito del autor (9) y el de la interesante actriz que desempeñó, menos tímida con los aplausos de *Hormesinda*, el papel de la condesa de Castilla.

Persuadido el gobierno, por la esperiencia, de que la espulsion de los jesuitas causaba un estrago funesto en la educacion pública, habia procurado remediar este mal, acelerando la creccion de nuevos colegios, cátedras particulares y escuelas generales en toda la Península; mereciéndole el mayor cuidado la habilitacion de los estudios de Madrid, que antes se conocian con el nombre de colegio Imperial. Publicado el concurso para las cátedras que habian de es-

(8) Elogiaron esta composicion don Juan de Iriarte con un epigrama latino, don Casimiro Gomez Ortega con otros dos en la misma lengua, y don J. B. Conti con un soneto italiano. Don Ignacio Bernascone escribió el prólogo con esquisita erudicion.

(9) El referido coronel don José Cadahalso, quien en aquel año publicó su tragedia bajo el nombre de *don Juan de Valle*, hasta que con el suyo verdadero la reimprimió en 1784.

tablecerse, Moratin fué uno de los opositores, y solo don Ignacio Lopez de Ayala pudo, entre muchos, hacer vacilar los dictámenes de la censura, que consideraba á los dos como los más sobresalientes. Concluidos los ejercicios, le dijo un dia Moratin : *No dude usted, Ayala, que la cátedra de poética será para usted. En estos casos no basta el mérito, si falta la habilidad de recomendarle. Acabada la oposicion me he metido en mi casa, no he visto á nadie, y por consiguiente, nadie se acordará de mí. Usted, animado del deseo justísimo de lograr lo que solicita, no habrá diligencia que no practique, y hará muy bien. Usted ha sido discípulo, pasante y novicio de los jesuitas : todos los apasionados que ellos tienen lo serán de usted, y yo, el primero de todos, aplaudiré una eleccion que va á recaer en un sujeto de verdadero mérito y amigo mio.* En efecto, Ayala obtuvo la cátedra, y ambos siguieron durante su vida en amistad inalterable.

La censura de un critico tan imparcial como Moratin y que tanto se interesaba en el lucimiento de sus amigos, era inestimable en el concepto de Ayala, y no quiso leer á nadie su tragedia de *Numancia destruida*, hasta que Moratin la viese y le dijera su parecer. Así lo hizo, y supo aprovecharse de sus instrucciones con aquella docilidad que es peculiar de los que á fuerza de aplicacion y estudio llegan á conocer la dificultad del acierto. Entre los pasajes que le tachó fué el de mayor importancia una escena entera en que el poeta hacia salir al teatro á los jóvenes de Lúcia con los brazos cortados. Dióle á entender Moratin lo repugnante, lo inútil y ridículo de este episodio; y el autor, agradeciendo el aviso, suscribió á su dictámen.

Incapaz Moratin de resolverse á malograr el tiempo en las antesalas, de recomendarle al lacayo confidente, ni de acariciar á los falderitos de la señora, poco á propósito para trinchar en sus mesas y animarlas con chistes y cuentecillos alegres, demasiado austero para sufrir caprichos y aplaudir desórdenes, inútil en las contradanzas, ignorantísimo y torpe en el manejo de los naipes, mal podia hallar los caminos que dirigen con facilidad á la fortuna. Se conocia á si mismo, y no se quejaba de su suerte, persuadido de que era temeridad desear que los demás mudasen de opiniones y de carácter, cuando él no era poderoso á alterar el suyo. Esta consideracion le retrajo siempre de entablar pretensiones que no habia de saber llevar adelante; y á pesar de la estimacion que debió á los infantes don Luis y don Gabriel, al conde de Aranda, á los duques de Medinasidonia y Arcos, á don Manuel de Roda, á Campomanes, Bayer, Llaguno, á los embajadores de Venecia y Francia, y á otros sujetos de grande autoridad é influjo, nunca se presentó á ellos en calidad de pretendiente: nada les pidió, y nada le dieron. Sin embargo, las atenciones de su casa, el amor á su esposa, la educacion de un hijo (en quien ya descubria prendas no desconformes á la celebridad del apellido que habia de heredarle), todo le inspiró el deseo de solicitar los medios necesarios al desempeño de tan importantes obligaciones. Volvió al estudio de las leyes, y asistió en calidad de pasante en casa de un amigo suyo, todo el tiempo que fué menester para recibirse de abogado en el colegio de Madrid, como lo verificó en el año de 1772.

La práctica de los tribunales le dió á conocer muy presto que no era aquella la carrera que debió seguir. Lamentábase de la multitud, contradiccion y oscuridad de las ya envejecidas leyes; del conflicto de jurisdicciones, de las clases privilegiadas, de lo arbitrario de los juicios, de la facilidad en admitir apelaciones, de la influencia funesta de los escribanos, nacida de la pereza ó la ignorancia de los jueces; de los artificios legales que han hallado la malicia y el interés para que los pleitos se eternicen; del triunfo, casi siempre cierto, en favor del poderoso, casi nunca obtenido de la pobreza desvalida y oscura. No tomaba todas las defensas que se le ofrecian, desengañaba á muchos litigantes, y les daba á conocer que la obligacion de un letrado no es desfigurar lo injusto y lo falso con apariencias de justicia y verdad, no apoyar cualquiera accion que se presente, sino solo aquellas que segun su conciencia le parezcan lícitamente intentadas. Aun en estas hallaba algunas, que por su naturaleza ofrecian á la parte contraria medios fáciles de dilatar la resolucion ó torcer á su favor la sentencia;

anunciábaselo desde luego á sus clientes, y les esplicaba cuán diferente cosa es tener razon que obtener justicia. No es difícil de inferir que este sistema, seguido por él constantemente, era el medio menos seguro de enriquecer; pero ni la rectitud de sus principios, ni el deseo que siempre tuvo de conservar la estimacion de los hombres de bien, le permitieron obrar de otra manera.

En tanto que continuaba, como le era posible, practicando la abogacia, no se olvidaba de que la naturaleza le habia formado para poeta, mas que para escribir pedimentos, y empleaba las horas que le dejaba libres aquella árida ocupacion en componer algunas obras líricas, sujetándolas con la mayor docilidad á la censura de sus doctos amigos, lo cual dió principio á una especie de academia privada, en que se reunian los literatos mas estimables de aquella época.

Habia cesado ya en el mando el conde de Aranda. Ni su talento, ni su integridad, ni la importancia de sus servicios, fueron bastantes á sostenerle por mas tiempo en el puesto que tan dignamente ocupó. Pasó de embajador á Paris, y todos los que habian sido favorecidos por él, es decir, los sujetos mas distinguidos por su mérito en todas clases, adoptaron el partido prudente de oscurecerse y no escitar los resentimientos de la envidia, que en las mudanzas políticas se manifiesta siempre de un modo feroz. Reuníanse frecuentemente Moratin, Ayala, Cerdá, Rios, Cadahalso, Pineda, Ortega, Pizzi, Muñoz, Iriarte, Guevara, Signorelli, Conti, Bernascone y otros eruditos, en la antigua fonda de San Sebastian, para lo cual tenian tomado un cuarto con sillas, mesas, escribanía, chimenea y cuanto era necesario á la celebracion de aquellas juntas, en las cuales (por único estatuto) solo se permitia hablar de teatro, de toros, de amores y de versos. Allí se leyeron las mejores tragedias del teatro francés, las sátiras y la poética de Boileau, las odas de Rousseau, muchos sonetos y canciones de Frugoni, Filicaja, Chiabrera, Petrarca y algunos cantos del Tasso y del Ariosto. Leyó Cadahalso sus *Cartas marruecas*, Iriarte algunas de sus obras, Ayala el primer tomo de las Vidas de españoles ilustres, que se proponia ir publicando con el título de *Plutarco español*, y una tragedia de *Abdis*, que probablemente se habrá perdido también. Leyéronse, conforme iban sabiendo, algunos tomos de *El Parnaso español*, y la crítica á que dió lugar su lectura inspiró á Moratin y Ayala la idea de escribir un papel intitulado: *Reflexiones críticas dirigidas al colector de el Parnaso, don Juan Lopez Sedano*. La junta las examinó, y habia resuelto imprimir las; pero Moratin, considerándolo mejor, la hizo desistir de su propósito. Conoció que tal vez la publicacion de aquella obra desanimaria al colector, en vez de corregirle; que siempre era laudable su celo, aunque el acierto no lo fuese; que en aquella coleccion, aunque tan desigual y poco meditada, habia sin embargo escelentes composiciones, y que el benemérito don Antonio de Sancha, comun amigo de todos ellos, no merecia que se le diera un disgusto, cuando empleaba gran parte de su caudal en imprimir aquella obra con un esmero y un lujo tipográfico desconocidos hasta entonces. Sin embargo, el colector de *el Parnaso* se atrevió algun tiempo después á censurar en el tomo ix de su obra á don Vicente de los Rios y á Iriarte. Ni uno ni otro le perdonaron esta agresion, y el último publicó un difuso opúsculo intitulado: *Donde las dan las toman*, en que se aprovechó de las citadas *Reflexiones* de Moratin y Ayala para la amarga crítica que hizo de la coleccion de Sedano y de sus opiniones literarias. La junta de San Sebastian vió con mucho sentimiento esta discordia; pero no la pudo calmar.

Allí se leyó también la tragedia de *Numancia destruida*, impresa y representada poco antes, deseando su autor hacer una segunda edicion de ella con las correcciones que pareciesen mas esenciales. Examinada de nuevo en aquella docta tertulia, y oidas las juiciosas reflexiones de Signorelli, quedó no obstante aprobada la obra, con algunas cortas alteraciones, en gracia de los escelentes trozos que hay en ella, del espíritu nacional que la anima y de la seguridad del éxito en el teatro.

Conti, que habia publicado ya la traduccion italiana de la primera égloga de Garcilaso, vivia en la misma casa que Moratin, en la calle de la Puebla, núm. 30, junto á Doña Maria de Aragon, y en sus frecuentes conversaciones le persuadia Moratin á que emprendiese la traduccion de algunas obras de poetas españoles, y les procurase nueva celebridad, dándolos á conocer en la culta Italia. Conti se dedicó efectivamente á ello, consultando siempre los diótámenes de su amigo; á cuyo celo deben agradecerse los bellísimos versos italianos en que se halla traducido lo mejor de Garcilaso, Padilla, Herrera, Figueroa, los dos Argensolas y otros insignes autores nuestros. Solo llegaron á publicarse cuatro tomos de esta coleccion; el quinto se perdió manuscrito entre los papeles de don Eugenio de Llaguno, y el sexto, aunque enteramente concluido en el año de 1793, le retuvo en su poder el traductor, viendo el poco aprecio que merecia á la corte una empresa literaria que tanto favorecieron veinte años antes los ministros que ya habian dejado de mandar y de existir.

Ocupábase por entonces Signorelli en escribir la *Historia crítica de los teatros*; y Moratin, que cuando habló á sus compatriotas fué el mas rígido censor de los defectos del nuestro, no queria que Signorelli ignorase los rasgos de ingenio felicísimos, las situaciones patéticas ó cómicas, ni el mérito de lenguaje, facilidad y armonía que se encuentra en los desarreglados dramas de Lope, Calderon, Moreto, Rojas, Salazar, Solís y otros de su tiempo. El puso en manos de aquel docto escritor cuanto halló de mas apreciable en este género; y efectivamente, ningun crítico extranjero ha hablado con mayor acierto que Signorelli del mérito de los dramáticos españoles, particularmente en la segunda edicion de su obra, hecha en el año de 1787, diez años después de publicada la primera.

Entre tanto, las asambleas literarias de la fonda de San Sebastian continuaban siendo una escuela de erudicion, de buen gusto, de acendrada critica; y las cuestiones que allí se ofrecian daban motivo á los concurrentes de indagar y establecer los principios mas sólidos, aplicados en particular al estudio y perfeccion de las letras humanas. Alguna vez se trató del mecanismo de las dos lenguas italiana y española, y convenian en que la nuestra, dedicada al género sublime, puede competir con su hermana, y aun escederla en robustez y majestad; que es aptísima para la epopeya, para la tragedia, para la historia, para la narracion elegante y fácil de las novelas, igualmente que para la malicia y viveza del diálogo cómico, en lo cual no la escede ninguna de las mas cultivadas de Europa. En esta ocasion escribió Iriarte unas curiosas observaciones, que leyó á la junta, sobre la varia construccion de las voces castellanas y su aptitud para las combinaciones armónicas: escrito muy apreciable, que reducido á menor estension, le sirvió después para una de las notas con que ilustró su poema de la *Música*.

Una vez habló Signorelli de la dificultad que se hallaria en traducir al español, con iguales estrofas y el mismo número de versos, cualquiera buena composicion italiana, y ofreció por ejemplo aquel célebre soneto de Juan de la Casa, que empieza:

*Oh sonno! oh della cheta, umida, ombrosa
Notte, placido figlio!*

Encargáronse de traducirle en otro soneto castellano Ayala, Iriarte, Moratin y Cadahalso, conviniendo en que la version que hiciese cada uno seria examinada y juzgada por los otros tres. Llevaron una noche las traducciones y las censuras (los italianos protestaron que no hablarian palabra, y serian meros espectadores en aquel tribunal); leyóse todo, y los cuatro opinaron de comun acuerdo que el soneto se habia traducido muy mal, y que no se podia traducir. Moratin, poco satisfecho, recogió todos los papeles, los tiró al fuego de la chimenea, y dijo: *Scribimus, et scriptos absumimus igne libellos*.

Esta reunion, compuesta de individuos tan recomendables, fué amenorándose por la au-

sencia forzosa de algunos de ellos, y á los que permanecieron y la sostenian no les pareció admitir otros. La ausencia, la identidad de principios é inclinaciones, la moderacion y la prudencia habian formado y continuado por algunos años aquella junta, y no era fácil hallar estas prendas en los que aspiraban á reemplazar á los ausentes. Contóse fué á Italia, Cadahalso á Salamanca, Iriarte pasaba muchas temporadas en los Sitios, Ayala padecía dolencias habituales, para cuyo alivio tuvo que retirarse á Grazales su patria, en donde permaneció largo tiempo. Antes de salir de Madrid solicitó que Moratin se encargase de sustituirle en la cátedra, no queriendo dejarla en otras manos, interesado, como todos los demás profesores de aquel establecimiento, en que no decayese el buen concepto que ya habia empezado á adquirir en el público. Nombrado pues Moratin sustituto de la clase de poética con una parte de su dotacion, halló en sí mismo toda la disculpa que deseaba para desistir de un empeño á que solo habia podido inducirle el anhelo de mejorar su escasa fortuna. Dejó á un lado la *Curia philippica*, el *Gomez ad leges tauri*, el *Señor Covarrubias*, el *Villadiego*, el *Salgado de retentione*, el *Rojas de incompatibilitate* y otros doctos libros no menos útiles; y trató de enseñar á los discípulos que quisieran oírle el camino mas florido, aunque el mas estéril, de la inmortalidad.

Los instruía en amistosa conversacion, sin hacerles sospechar que los instruía. Indagaba con ellos la razon del arte, y advertian libremente en las obras mas célebres los descuidos y los aciertos. Repetiales con frecuencia que él no enseñaba á nadie á ser poeta, porque sin un favor especial de la naturaleza ninguno lo es; pero les prometia que con el estudio de la poética adquiririan buen gusto y sólida doctrina, para saber la dificultad que tiene el serlo, y estimar el mérito de los mas distinguidos autores; á la manera que en una escuela de bellas artes, si no se forman grandes artífices, resultan á lo menos aficionados inteligentes. Burlábase de los dómynes de aquel tiempo (pedantes por oficio y verdugos por inclinacion), que apenas veian pasar á los muchachos el temido puente de *quis vel qui*, les hacian perder las horas mas preciosas de la vida en medir dácilos y pirriquios, y componer epicedios y genetliacos en la lengua de Maron, cuando en la suya no eran capaces de escribir una carta. No ejercitaba en sus alumnos la memoria, sino el entendimiento; mas les hacia raciocinar que aprender; ni para captarse la benevolencia de sus padres y tios les proponia un determinado número de preguntas, á que debia corresponder otro igual de respuestas, á manera de letanía: ridícula instruccion, á la cual se reducian todos los exámenes públicos que se hacian entonces. Decia que no hallaba diferencia entre este género de enseñanza y la que se da á los papagayos, de los cuales nunca se exige que entiendan lo que dicen; basta que lo digan; y cuando en los certámenes de otros estudios oía chillar á los discípulos, respondiendo atropelladamente á las preguntas que se les hacian, segun el arancel impreso, decia á los suyos: *Veán ustedes aquí una bandada de colorras y tordos, que están hablando de lo que no entienden. El que guste de ser pedante y fatuo, literato superficial y hablador intrépido, venga á estas aulas, que el maestro se lo enseñará.* Asistia á la suya un jóven de excelente disposicion para la poesia, sobrino de un caballero muy acomodado, el cual deseando que continuase en aquel estudio, al ver su constante aplicacion y el ingenio que manifestaba, le dijo á Moratin que le indicase, entre los poetas clásicos, de cuál nacion deberia preferirlos, para arreglarle con ellos y algunos otros una selecta libreria. Moratin le respondió: *griegos y españoles, latinos y españoles, italianos y españoles, franceses y españoles, ingleses y españoles.* Los que tengan algun conocimiento del arte advertirán cuánto dijo en esta respuesta.

El estudio de nuestra lengua le mereció tan particular atencion, que llegó á ser eminente profesor en ella, y á este conocimiento debió la abundancia que hallaba de frases y giros poéticos, de palabras acomodadas al género y al estilo de sus composiciones, y aquella facilidad que se adquiere tan difícilmente, con la cual parece que las obras de mayor mérito no costa-

ron trabajo particular al que las compuso, y que otro cualquiera sabrá hacer lo mismo. *Error* comun, que solo con la esperiencia se desvanece. Prueba fué de su maravillosa *afluencia* una comedia que compuso sobre la defensa de Melilla, en el año de 1775. Este suceso llenó de alegría al rey, á la corte, á toda la nacion, viendo destruido el numeroso ejército de los *marroques* delante de una débil plaza, que solo pudieron hacer inespugnable la prudencia, el valor, la generosa constancia de los jefes, soldados y presidarios que la defendieron. *Instado* Moratin, no solo de los cómicos, sino de otros muchos sujetos que le pedian lo mismo, tomó sobre sí el empeño de improvisar una comedia en que se pintase aquella accion gloriosa, diciéndole al duque de Medinasidonia, que era uno de los mas interesados en ello : *Haré un disparate; pero le haré pronto, una vez que V. E. se declara jefe de esta conspiracion. Hágame usted, Moratin*, respondió el duque; *disparates de esa clase solo usted puede hacerlos. Desde ahora le digo á usted lo que será su comedia : un monstruo del arte, en que veremos la fantasia, la diction, la sonoridad de Lope, ya que no sea posible hallar en él la regularidad de Racine. En seis horas, repartidas en tres noches, dictó la comedia á un escribiente, delante de algunos amigos que le quisieron acompañar; y mientras los cómicos se repartian los papeles para estudiarla, el duque halló ocasion de enseñársela á Carlos III, el cual, aplaudiendo los mas sobresalientes pasajes de ella, dijo : Moratin es gran poeta; mi madre le quiso mucho, y yo aprecio su talento extraordinario; pero no se represente por ahora esta comedia. La guerra con Marruecos no se ha concluido, y no es conveniente fiarnos demasiado de la fortuna; á estos sucesos prósperos pudiera seguirse alguna desgracia. Esperemos á que se haga la paz. En el mes de julio de aquel mismo año sucedió la infeliz jornada de Arjel.*

Talassi, célebre poeta repentista italiano, habia llegado por entonces á Madrid, y de todas partes le solicitaban, deseosos de oírle. Moratin asistió dos ó tres noches en casa del embajador de Venecia, y quedó sorprendido al verle componer de repente sobre cualquier asunto que se le proponia, con buen plan, buenas imágenes, afectos oportunos, pura elocucion, fáciles y armoniosos versos. A ninguno de los que entonces cultivaban en Madrid la poesia le ocurrió el temerario intento de alternar con él; pero el duque de Medinasidonia miraba como una mengua nuestra que Talassi pudiese decir que no habia hallado en España quien se hubiera atrevido á competirle, como ya lo decia de los franceses, entre los cuales habia lucido esclusivamente su habilidad. Signorelli, á quien el duque habló sobre esto, le dijo : que aquella prontitud de poetizar se habia hecho peculiar de Italia, por la abundancia de expresiones que presta el idioma, y lo cultivado y formado que está ya para la composicion, en la cual el poeta repentista aplica fácilmente hemistiquios, y aun versos enteros que pertenecen á otros autores, siendo muy difícil que se verifique con otra lengua, mientras el arte de decir de repente no se promueva, no se cultive, y no sea un medio seguro de adquirir estimacion y recompensas. Dijole también que aquella práctica (aun suponiéndola en hombres de muy fecunda imaginacion, buen gusto y erudicion estensa) producía siempre composiciones mas brillantes que sólidas, capaces de sorprender en el momento en que se oyen; pero no tales que puedan sufrir impresas el detenido exámen de la critica. Añadió que la mayor pesadumbre que puede darse al mas eminente poeta estemporáneo, es ponerle al lado un amanuense que vaya escribiendo lo que dice, y que si en España y Francia no se hallaban, como en Italia, improvisadores de crédito, también era de considerar que en ninguna de las tres naciones se habian compuesto de repente aquellas obras mas estimables con que se ha ilustrado la moderna literatura. No obstante, el duque hizo empeño particular de que Moratin alternara con Talassi, y al fin lo consiguió una noche en su casa, y á presencia de un concurso el mas capaz de apreciar el mérito de los dos poetas. A Talassi le tocó por suerte la muerte de Adonis, y á Moratin el paso de los israelitas por el mar Rojo. Uno y otro escitaron la admiracion del auditorio; y es necesario suponer que en la preferencia que obtuvo Moratin no dejaria de tener parte el

espíritu nacional; pero por mas imparciales que se quiera suponer á los oyentes, uno de los poetas era español, y le juzgaban españoles. El duque se proponia repetir aquel certámen alguna otra noche; pero en, abrazando á Talassi, le dijo : *señor duque, esto de hacer versos de repente no es para todos, ni para todos los dias. En mí podrá ser una gracia, en Talassi es un ejercicio de muchos años. Si hemos alternado dignamente, bástele á V. E. esta prueba. Ni á mí me agradaria verme atropellado por otro, esponiéndome voluntariamente á ello, ni á él le conviene que nadie le oscurezca ni le compita. Gocemos de su extraordinaria habilidad; cante él solo, y está seguro de los aplausos de cuantos tengan la fortuna de oirle; pero no se me estorbe á mí la dulce satisfaccion de ser su amigo.* Dicho esto, y renovando á su competidor las mas sinceras demostraciones de afecto, escitó una aclamacion general del concurso, que repetia con entusiasmo : *basta, señor duque, basta; y sean amigos Talassi y Moratin.*

Concluyó este por entonces la tragedia de *Guzman el Bueno*, impresa poco después (10), y dedicada á su especial favorecedor el duque de Medinasidonia. De esta pieza habló Signoroli, con toda la estimacion que merece, en su *Historia crítica de los teatros*, y allí puede verse el juicio que de ella formó. Nunca se ha representado, aunque en su lectura hallan los inteligentes muchas cualidades dignas del mayor elogio. Mas de una vez han solicitado los cómicos que pusiera la mano en ella el autor de *El sí de las niñas*, y siempre se ha negado á hacerlo.

En medio de estas agradables tareas á que Moratin dedicaba su estudio, halló ocasion de manifestar que la fantasía de un gran poeta no impide, como presume el vulgo, la adquisicion de aquellos conocimientos políticos y económicos tan necesarios á la buena administracion pública, y tan ignorados muchas veces de los que tienen á su cargo la prosperidad de los pueblos. Escribió una *Memoria sobre los medios de fomentar la agricultura en España, sin perjuicio de la cria de los ganados*, y en ella y un cuaderno de adiciones, dirigido todo á la sociedad económica de Madrid, dió bien á entender cuánto le interesaba la felicidad de su nacion, cómo conocia el verdadero origen de sus males, y los medios mas eficaces para disminuirlos; cuán particular estudio habia hecho de nuestra viciosa legislacion, del carácter nacional, sus prendas laudables, sus defectos, sus errores, sus preocupaciones funestas. La sociedad le nombró socio de mérito, y extraxó en sus actas lo que halló mas digno de estimacion en aquella obra. Individuo ya de un cuerpo compuesto de celosos é ilustrados vocales, que protegia el soberano, y animaba el gran Campomanes (consumado jurisconsulto y economista de aquella edad), creyó Moratin que allí podria ocuparse útilmente, y desahogar el deseo que siempre tuvo de ver menos atrasada á su nacion, mas industriosa, menos ignorante, menos satisfecha de su ignorancia. Asistia sin intermision á las sesiones de su clase y á las juntas públicas, en que alguna vez elogió con sonoros versos la aplicacion y la virtud (11); desempeñaba los informes que se le pedian, los encargos que se fiaban á su actividad y conocimientos; y en cuanto era relativo á la utilidad de su patria, ninguno le escedió en laboriosidad, teson y diligencia.

Esta fué la única corporacion nacional de que quiso ser individuo. Nunca aspiró á ocupar un puesto ni en la Academia española, ni en la de la Historia, á las cuales parece que debió conducirle naturalmente su mérito y su celebridad. No solo se abstuvo de solicitarlo, sino que habiéndoselo propuesto algunas veces, manifestó su repugnancia, y aun pudiera existir entre los papeles de don Eugenio de Llaguno una carta que le escribió Moratin al Escorial, en respuesta á las instancias que aquel le hacia para que solicitase entrar en la Academia española, asegurándole que seria admitido inmediatamente en ella. Deciale Moratin entre otras cosas :

(10) En 1777.

(11) Véase la *Anacreónica* xxviii, pág. 7, y la *Elegía* 111, pág. 2 de este tomo.

ninguno se mete monje de San Benito, si la regla de San Benito no le gusta. A mí no me dan los reglamentos de la Academia, y mientras no se hagan otros, no seré yo miembro de cuerpo. El sólido mérito debe hallar abierto el paso á las sillas académicas, señor don Eugenio no ha de facilitarle el favor ni la súplica. La Academia, si ha de valer algo, necesita de libros, y estos para nada necesitan de la Academia. No puede concebirse absurdo mas torpe el de exigir un memorial de los aspirantes, como si se tratara de pretender un estanco por eso nuestras congregaciones literarias significan tan poco en la Europa culta. Cualquiera repase la lista de sus individuos (esceptuando unos pocos) creará que está leyendo la de los manos del Refugio. Esta escasez de hombres de mérito no se suple con bandas ni toisones, que no son del caso; tales dijes parecen muy bien al pié del trono; pero en una corporacion ciega son cosa intempestiva, ridícula é incómoda. Tan injusto me pareceria ver á Ayala con la granada de Carlos III y la casaca de gentilhomme, por haber escrito la Numancia, como me lo parece que á un ignorante le hagan académico, porque se llama Osorio, Manrique ó Tellez. (Mientras estas equivocaciones no se remedien (vuelvo á repetirlo), mientras no se hagan estatutos, nuestras academias servirán solo de aparentar lo que no hay, y de añadir una mas á la Gula de forasteros. Es de suponer que con estas opiniones tendria poca seguridad obtener el premio ofrecido por la Academia española, en el año de 1777, al que mejor empeñara en un canto heróico el elogio de Cortés, cuando hizo quemar las naves en cruz; pero Moratin no pudo resistir al deseo de celebrar aquella señalada accion, que tan pocos ejemplos en la historia. Escribió efectivamente un canto en octavas, que intituló *Las naves de Cortés*; le remitió á la Academia, y esta no halló en aquella composicion bastante, ni para el premio, ni para el *accesit*. Premió y publicó únicamente la de don Vaca de Guzman; y como estas dos obras son ya muy conocidas del público, toda reflexión que acerca de ellas quisiera hacerse, pareceria inútil en este lugar y fuera de sazón.

En vista del poco aprecio que habia merecido su ensayo épico, no quiso Moratin aspirar nuevo á los premios que la misma Academia propuso después; y pensó en ocupar las horas que le quedaban libres en elegir de sus obras impresas y manuscritas las que mereciesen mas distinccion, limarlas con esmero, formar una coleccion de ellas, y publicarlas. Ha sido no poca fortuna que entre la dispersion y saqueos judiciales, que han padecido en estos años últimos los libros y papeles de aquel literato, se haya logrado conservar la coleccion de sus obras poéticas, como hoy se publica, y en los términos en que él la tenia arreglada y dispuesta para la prensa; pero no ha sido lo mismo de muchas de sus obras en prosa, y de su correspondencia literaria, que toda ha desaparecido, juntamente con una gran parte de su escrivania.

Entre sus cartas (que todas ellas versaban sobre materias de crítica y erudicion) eran mas estimables las que habia escrito en varias ocasiones á Bayer, á Llaguno, á Conti y á Cadahalso. Este le escribia desde Salamanca, y le daba noticia de los jóvenes que allí se dedicaban por su aplicacion al estudio de las buenas letras y su talento poético; prefiriendo á don Juan Melendez Valdés, que empezaba entonces á componer en el género épico algunas poesías llenas de gracia y de dulzura, imitando lo mejor de nuestros antiguos poetas, y absteniéndose de los errores en que tropezaron tantas veces. Moratin veia con mucho placer las composiciones de aquel nuevo alumno de las musas; censuraba los defectos, señalaba las bellezas, y estimulaba á Cadahalso á que le hiciera continuar por aquel género. No perdía de vista jamás los buenos ejemplares griegos y latinos, y los que ofrece la literatura moderna en las lenguas vivas. Sus advertencias, su docta critica, y sus apreciables elogios contribuyeron en gran manera á que Melendez se confirmara en los buenos principios que habia empezado á seguir, y que durante su vida le han adquirido tan bien merecidos aplausos.

En los últimos años de la suya ocuparon á Moratin atenciones domésticas, encargos

, la enseñanza de sus discípulos, la correccion de sus obras y la correspondencia con sus amigos ausentes. Retirábase durante el verano á un pueblo de la Alcarria, y lia al cuidado de su salud, que sucesivamente iba debilitándose. Asistia á los afanes de aquella gente laboriosa, abatida y mísera; alternaba en sus conversaciones, se en sus rudas fiestas, y hallando en su trato los mismos afectos, los mismos vicios que ciudades mas corrompidas (donde solo es diferente el objeto que los estimula), huia veces de los hombres, para entregarse á la contemplacion de la siempre hermosa na-

La fecunda vega de Almonacid, las cumbres de Altomira, el castillo de Zorita, famoso toria (ya destruido por las guerras y el tiempo), los precipicios de donde se derrumba o el Tajo, y el desierto hórrido de Bolarque (morada que usurpan á las fieras hombres hados y penitentes), todo acaloraba su fantasia y ejercitaba su talento. Allí encontraba endencia, la tranquilidad que anheló siempre su corazon, y en alguno de aquellos premeditaba establecerse en adelante, y prevenir la vejez y la muerte; pero no le fué verificarlo: sus obligaciones le precisaban á residir en Madrid, en donde, agraván- achagues de que adolecia, falleció el dia 11 de mayo de 1780, á los cuarenta y dos su edad.

en aquella medianía que tanto recomiendan los sabios: ni padeció las angustias de la , ni los estímulos de la ambicion. Su templanza, su cortesía, su ingenio, su erudicion, ter indulgente y sencillo, le adquirieron muchos y escelentes amigos en todas las cla- istado. La envidia le persiguió, como acostumbra, por los medios mas viles, y solo sus tiros la estimacion de los hombres de bien y su propia conciencia. Acompañado esposa inculpable y de un hijo, cuya educacion mereció todo su desvelo, sabia olvi- los desabrimientos y los aplausos que le adquiria su celebridad, gozando en los de- e esposo y padre aquellas delicias que solo saben disfrutar las almas sensibles y s.

ció y practicó la filosofía del arte, aplicado á la composicion poética, examinando la la necesidad de sus preceptos. Se familiarizó desde su primera edad con la lectura de riadores, oradores y poetas antiguos, modelos de la mayor perfeccion á que ha sa- gar el talento humano. Estudió la lengua de su nacion, su historia, sus leyes, sus ya s costumbres, y á la imitacion de los mas eminentes poetas nuestros añadió la de y franceses, emulando de los primeros la fantasia y el sonido armónico, y de los se- el método, la exactitud y la doctrina. Halló la poesia castellana en el último grado de ion; y él se atrevió á sostener nuevos principios, y á combatir errores, nacidos del mal ie generalmente se estendia á todos los ramos de la literatura. Desterró del teatro composiciones absurdas, que habiendo tenido su origen en los siglos de barbarie, spués á tan alta estimacion el mas ingenioso de nuestros dramáticos. Dió ejemplos en la española de una regularidad que se consideraba como impracticable. Adelantó los os de la poesia lírica; y habiéndola encontrado grosera y trivial en manos de igno- os autores, se la dejó elegante, florida, patética, docta y armoniosa, á los que le n después.

dificultad ofrecen las artes, si ha de sobresalir en ellas el que las cultiva; pero atre- rescindir de la opinion y de la costumbre, luchar intrépido contra la tenacidad de la ia, hallar nuevos caminos para conseguir el acierto, fijar el gusto, y demostrar con gnas de aplauso la utilidad de la innovacion, es fatiga reservada solo á aquellos ta- traordinarios que produce la naturaleza no muchas veces.

VIDA

DE

DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

La relacion que precede de la breve vida de DON NICOLAS FERNANDEZ de MORATIN, al paso que nos descubre el bello fondo de un alma singular, nos esplica también hasta cierto punto las miras que se propuso en la educacion de su hijo DON LEANDRO, único que sobrevivió á tres hermanos muertos en la infancia.

Descendiente de una familia noble, no habia conocido mas orgullo que la modesta conciencia de sus propios merecimientos; criado al lado de una reina apartada del bullicio de la corte, aprendió temprano á conocer la vanidad de la humana grandeza y los peligros del trato palaciego; educado para la carrera del foro, halló por esperiencia que para medrar en él era insuficiente el talento, inútiles ciertos estudios, y alguna vez nociva la franqueza, de que no podia desprenderse; halagado por los hombres mas eminentes de su tiempo en saber y en dignidad, prefirió el honor de su íntima confianza á una proteccion aneja á cierta dependencia que le repugnaba: circunstancias todas que debieron influir poderosamente en su ánimo para dar á las inclinaciones de su hijo una direccion mas cierta y menos arriesgada.

Verificábase entonces en las clases elevadas de la sociedad una revolucion lenta, pero constante, y todo tendia á una nivelacion, aunque por caminos enteramente contrarios. Iba desapareciendo aquel aislamiento que cerraba al pueblo la entrada en las altas regiones, salvas las puertas de la lisonja y la servidumbre. Algunos nobles se confundian con las gentes mas despreciables; y entre chisperos, rufianes y mujercillas pasaban aquella vida que tan enérgicamente nos describió poco después Jovellanos en una de sus sátiras. Otros empero, mejor nacidos, abandonándose á la corriente de la época y de las nuevas necesidades, no descendian de su altura, sino que elevaban las demás clases, buscaban en ellas los hombres dignos, los admitian en su familiaridad, fundaban sociedades económicas, se instruian, se comunicaban, fomentaban las artes útiles y ennoblecian el trabajo y el ingenio.

Así es como Moratin el padre, sencilló en sus costumbres, exento de preocupaciones, desengañado de la privanza y nada ambicioso de honores y riquezas, llegó á concebir una idea fija de la doméstica felicidad, y descubriendo su genio poético nuevas bellezas en las humildes manipulaciones que hasta entonces como de servil condicion eran despreciadas, se prendó de la decorosa aplicacion que cundia en los hábitos populares, y por tres veces fué el cantor de ella en presencia del concurso mas escogido que tenia la espléndida corte de Carlos III.

Aun después de tantos años trascurridos, en que la sociedad no se ha desviado de aquella corriente, preocupaciones renacientes, aunque débiles y sin fuerza, nos han conducido á consignar aquí estas consideraciones, para que no se crea efecto de rareza de genio ó ciego antojo la carrera que don Nicolas Fernandez de Moratin señaló á su hijo don Leandro, quien al quedar huérfano de padre contaba veinte años y trabajaba de oficial aventajado en una joye-

ria, donde ganaba diez y ocho reales diarios. No propondremos por modelo absoluto esta conducta paternal; para esto fuera preciso que Moratin hubiese salido un artista tan eminente como Benvenuto Cellini: no se ha inventado todavía el arte de conocer las predisposiciones del individuo para el ejercicio á que le llaman la gloria y la fortuna; y cuando este arte se invente, tendrá todavía que luchar con el orgullo, la necedad y las preocupaciones. Una observacion haremos, por si puede importar. No es este el único ejemplo que nos presenta la historia de grandes autores dramáticos salidos del taller, desde el batihoja Lope de Rueda hasta uno de los mejores ingenios que en nuestros dias honran el Parnaso nacional.

Probablemente si la literatura hubiese proporcionado recursos productivos para una familia de muy medianas conveniencias, bastante modesta para no ambicionar, y sobrado activa para pretender, Moratin el hijo hubiera abrazado alguna carrera literaria. Nacido en Madrid el 10 de marzo de 1760 (1), habia mostrado desde luego felicisimas disposiciones. Por su vivaz, despejo y amable travesura, y también por la estremada gracia de sus facciones, era el ídolo de su familia, cuando á los cuatro años de su edad fué atacado por unas viruelas malignas que, después de haberle puesto al borde del sepulcro, le dejaron estremadamente destigurado. «El estrago que este azote de la infancia hizo en su fisonomia, dice su biógrafo don Manuel Silvea, no fué menor que el que causó en su índole.» En efecto, desde entonces perdió su genio alegre, bullicioso y amable con todos, y volvióse tímido, receloso, taciturno: calidades que, segun veremos, no tuvieron corta influencia en los sucesos del resto de su vida.

Aprendió los primeros rudimentos en la escuela de un tal don Santiago Lopez, que por entonces debió de vivir en la calle de Santa Isabel. Un fragmento de su propia vida, que se halla todavía inédito, contiene curiosos recuerdos sobre aquella época de sensaciones primitivas, cuyo estudio ofrece tanto interés cuando se trata de hombres extraordinarios. «Salí de la escuela, dice él mismo, sin haber adquirido vicio, ni resabio, ni amistad alguna con mis condiscípulos; ni supe jugar al trompo, ni á la rayuela, ni á las aleluyas. Acabadas las horas de estudio, recogia mi cartera, y desde la escuela, de cuya puerta se veia mi casa, me ponía en ella de un salto.

»Allí veia los amigos de mi padre; oia sus conversaciones literarias, y allí adquirí un desmedido amor al estudio. Leía á *Don Quijote*, *el Lazarillo*, *las Guerras de Granada*, libro deliciosísimo para mí; la historia de Mariana, y todos los poetas españoles, de los cuales habia en la librería de mi padre escogida abundancia. Esta ocupacion y la de ir á ver á mi pobre abuelo, á quien ya reducian los achaques y los largos años á salir muy poco de su casa, me entretenían el tiempo; y así pasé los nueve primeros años de mi vida, sin acordarme de que era un muchacho.»

Entonces empezó á ensayar su musa en composiciones anacreónticas llenas de infantil ternura, que dedicaba á una niña de su misma edad, hija de don Ignacio Bernascone, íntimo amigo de su padre y vecino de la casa á que este trasladó su domicilio, que era la del número 30 de la calle de la Puebla, hoy del Fomento. Estos fueron sus primeros é inocentes amores, y el origen de sus inspiraciones.

Descubria al mismo tiempo felicisimas disposiciones para las artes de imitacion: aprendió el dibujo con rápido aprovechamiento; inventaba con facilidad, diseñaba con correccion y delicadeza; y el gusto esquisito que reinaba en todas sus obras anunciaba un perfecto adornista. Hubo en la familia un proyecto de enviarle á Roma al lado del famoso Mengs, llamado el Pintor filósofo, que probablemente hubiera tenido un discípulo muy aventajado; pero la oposicion de su madre, que no podia soportar la idea de una separacion, las dificultades de un estudio largo, costoso y de lejanos productos, y el presentimiento que tenia su padre de

(1) Ió en la calle de Santa María, cuarto principal de la casa que forma esquina con la de San Juan, frente á la del mismo nombre.

la prematura muerte que iba á arrebatárle, frustraron esta combinacion, é inclinaron la preferencia de todos acia otro arte análogo al gusto que habia manifestado, capaz de proporcionarle desde luego alguna lijera retribucion, y ejercido además por personas muy allegadas, como eran don Victor Galeoti, casado con una tia suya, y su tio don Miguel de Moratin, quien se lo llevó á su taller de joyería, y emprendió su enseñanza con particular empeño de sacarle un distinguido artífice.

Eralo en efecto el mismo don Miguel, y además hombre adornado de escelentes prendas, de buenos conocimientos literarios y mas que mediano poeta (2). Como tal fomentaba esta aficion en su sobrino, á quien profesaba un cariño casi paternal; y á su ejemplo y escitaciones se debe tal vez que este no abandonase tan dulces entretenimientos, que fueron los primeros destellos de su gloria. Acogido á tan benévola proteccion, componia á hurtadillas de su padre, cuya severa censura temia, y mas si hubiese llegado á creer que estos inocentes ejercicios podian distraerle de su principal ocupacion.

En el año de 1779 la Academia española abrió un concurso de poesia proponiendo por asunto un canto épico sobre la *Toma de Granada* por los Reyes Católicos. Llevó el premio don José Maria Vaca de Guzmán, poeta favorito de aquel cuerpo, que dos años antes habia obtenido otro por las *Naves de Cortés destruidas*, en competencia con Moratin el padre. Se concedió el *accessit* á un don Efrén de Lardnaz y Morante, que presentó un romance endecasílabo (3). Bajo este pseudónimo se ocultó su verdadero autor, el mozo don Leandro, que lleno de sobresalto tuvo que confesar á su padre su feliz atrevimiento. La escena que pasó entre los dos en esta revelacion no puede describirse. Quien no sea padre, dice con razon el citado señor Silveira, renuncie á sentir las delicias de una sorpresa semejante.

Breve tiempo duró á don Nicolas esta paternal satisfaccion que le llenaba de orgullo y esperanzas; pocos meses después tuvo que acompañarle su hijo á la última morada, quedando atenido al corto salario que ganaba, único recurso para su afligida madre, que sobrevivió pocos años á tanto dolor.

No pasaron otros tres años sin que sus solitarias tareas consiguiesen un segundo triunfo, probablemente no esperado. La Academia española, en el concurso de 1782, distinguió con el *accessit* la sátira contra los vicios introducidos en la lengua castellana, que con el título de *Leccion poética* presentó Moratin bajo el nombre de don Meliton Fernandez (4): con esta composicion, mas análoga que la anterior al tono de su musa, confirmó su buena reputacion entre los ingenios de la época; al paso que la memoria de su padre aumentaba el interés de los hombres de gusto en favor del modesto oficial de joyería. El, sin embargo, seguia enteramente retraido de todo trato literario, y hubiera continuado en su oscuridad, si la suerte no le hubiese deparado algunos amigos que por la corta diferencia de sus edades lograron inspirarle confianza, pudiendo convencerle de lo mucho que valia y de lo mas que de su buena disposicion debia esperarse.

Bajó una tarde al Prado en compañía de los padres Estala y Navarrete, de la Escuela pía, ambos jóvenes y ya grandes humanistas: allí se juntaron con el poeta don Leon de Arroyal, que por aquellos dias acababa de publicar sin nombre de autor su fábula del *Asno erudito*, y con don Juan Antonio Melon, que se distinguió después honrosamente en la república literaria. Prendóse este último de Moratin hasta el punto de contraer una amistad que duró sin interrupcion toda la vida, y adquirió sobre él la mas poderosa influencia, que tuvo no poca parte en importantes ocasiones para vencer su habitual timidez é irresolucion.

(2) Hemos tenido á la vista una voluminosa coleccion manuscrita de sus composiciones poéticas, en que manifiesta grande abundancia y facilidad, especialmente en el género erótico.

(3) Es el de la página 573 de este tomo.

(4) Esta composicion, corregida después y reducida á doscientos tres tercetos de doscientos ochenta y cinco que antes tenia, es la inserta en la página 576 de este mismo tomo.

Reuníanse estos amigos en la celda del padre Pedro Estala desde el anochecer hasta la hora de cerrar el convento, y en los dias festivos á todas horas. Allí leía aquel aplicado religioso sus traducciones de varias rapsodias de Homero, y cada uno de los concurrentes llevaba sus borradores, que se examinaban con severa crítica: se disputaba en grande sobre puntos literarios, se hincaba el diente sobre los escritos que salian á luz y sobre sus autores, se improvisaban églogas y coloquios dramáticos sobre asuntos serios y burlescos, y se formaban mil proyectos de publicaciones interesantes, de los cuales ninguno llegó á sazón. Propúsose entre otros el plan de un diccionario de hombres ilustres, espurgando las colecciones francesas, y aprovechando con preferencia las noticias recogidas por don Nicolas Antonio y otros biógrafos españoles: comenzóse la obra; pero don Juan Pablo Forner, que se habia recientemente agregado á la tertulia, se empeñó en que antes convenia publicar las disertaciones bíblicas del padre Calmet, empresa sobre cuyo buen éxito fundaban las mas lisonjeras esperanzas, con el fin de emplear su producto en otras ediciones que, aunque menos seguras, se conformaban mas con los estudios comunes y con la índole de sus respectivos ingenios. También se empezó este trabajo; pero tropezaron al momento con tantas dificultades, y hallaron tal discordancia entre su parecer y las interpretaciones del autor, que á pesar de la insistencia de Forner, quedó este proyecto abandonado. Pensóse también en dar á luz, en tomitos pequeños, una enciclopedia de damas, en la cual Moratin debia encargarse de la parte relativa á la historia, teatro y novelas; pero una alta señora se opuso, por mas que Melon con mucha gracia, y no sin ingenio y algun fondo de razon, quiso probar que el mejor modo de hacer aplicados á los jóvenes era procurar que las mujeres comenzasen á pedantear sobre toda clase de conocimientos.

La memoria de Moratin el padre quedaba entre tanto desairada por el poco aprecio que habia hecho la Academia de su canto épico de *Las Naves de Cortés*, que ni le mereció siquiera los honores de la impresion. Don Leandro consideró como un deber filial sacar de la oscuridad esta escelente produccion, apelando al voto público, que no ha confirmado la sentencia de aquel cuerpo esclarecido. Con este objeto, á espensas de su tio don Miguel, publicó en 1785 en la imprenta real dicho poema, con unas reflexiones (5), las cuales deben considerarse como su primer ensayo de crítica literaria, y el símbolo de su fe en materias de gusto con arreglo á los preceptos del mas puro clasicismo, que era entonces el tema de la escuela reformadora contra los abusos del ingenio.

Desde sus primeros años habia sido muy aficionado al teatro, reducido entonces al estado lastimoso que él mismo describió después en el discurso preliminar á sus comedias. Se ha visto ya cuánto se afanó su padre para introducir en el arte dramático las formas antiguas adoptadas por los franceses. El escaso resultado de sus conatos no arredró á Moratin, quien probando sus fuerzas iba conociendo que se hallaba destinado á dar cima á tamaña empresa, que como por herencia le pertenecia. Ya por aquel tiempo habia concebido el plan de *El Viejo y la niña*, y escrito algunas escenas que leyó en el pequeño círculo de sus amigos, los cuales con el mayor entusiasmo le animaron á seguir su buen propósito.

Este repetido estímulo, de cuya sinceridad no podia dudar, la continuacion de unos ejercicios tan seductores para quien sentia ya en su alma la fuerza de la vocacion, y las muestras de aprecio que recibia, así del público como de los inteligentes, debieron inspirarle cierta indiferencia y desvío con respecto á su ocupacion ordinaria, no tan mecánica que dejase de absorberle, á mas del tiempo, una parte de sus facultades, ni tan lucida que pudiese satisfacer el natural deseo de alguna gloria. Con la muerte de su madre habia cesado la obligacion que le encadenaba al taller; y podia ya entregarse con mas libertad á la incertidumbre de la suerte. El

(5) Así el canto como las reflexiones que le acompañan se hallan en la página 39 y siguientes de este tomo: una nota explica la razon que hemos tenido para atenernos á la edicion de 1785, con preferencia al testo de las obras póstumas de don Nicolas, dadas á luz muchos años después.

entre Jovellanos, h de nuestra nacion, que ya le conocia personalmente, le llamó un día para proponerle pas á Paris en calidad de secretario de su amigo el conde de Cabarrús, que encargado por el gobierno de una mision importante, se hallaba próximo á trasladarse á aquella capital. Al principio opuso el tímido jóven mil dificultades : su tio don Miguel se resistió hasta el último extremo; pero su amigo Melon, hombre persuasivo y eficaz, lo allanó todo á gusto de cuantos se interesaban en sus adelantamientos de saber y de fortuna.

Pronto conoció Cabarrús todo el precio de esta adquisicion, y mas que como subalterno trató á Moratin como amigo, haciéndole participe y depositario de sus elevadas miras. En enero de 1787 emprendieron su viaje por Aragon y Cataluña, con bastante espacio para poder hacer sobre los paises que recorrian las observaciones que á un genio despejado é indagador sugieren siempre los objetos nuevos en la edad de sensaciones mas vivas y profundas. Vió por primera vez el mar en Barcelona, donde se detuvo ocho dias; visitó las ciudades de Montpellier y Marsella, donde se hallaba á fines de marzo, en Aviñon en 13 de abril, y habia llegado á su destino el 29 del propio mes. El viaje fué aprovechado, y en todo él no cesó de escribir á las personas que en Madrid le habian escitado simpatias ó prodigado obsequios. La mayor parte de esta correspondencia versaba sobre puntos de literatura y bellas artes, y demuestra lo mucho que estimaban su trato los hombres de mas valer de la nacion, como eran Cean-Bermudez, Forner, Jovellanos, Conti, don Eugenio Llaguno y otros. De esta manera exploraba el voto de los jueces competentes, antes de presentarse al público, cuyo fallo temia tanto mas cuanto menos rápida y eficaz era la accion de las ideas juiciosas contra los resabios del gusto estragado y los destemplados antojos de la muchedumbre.

Llevó á Paris el vivísimo deseo de conocer al célebre Goldoni, príncipe de la comedia italiana, que desterrado de su patria, Venecia, por motivos que no deshonran, vivia allí de una módica pension, con el título de lector de la reina Maria-Antonietta. Buscó á un amigo que le presentase á este anciano, y fué recibido con la amable cordialidad propia del ingenio en su decadencia, cuando se encuentra con la lozana juventud destinada á continuar la grande obra en beneficio de la ilustracion del género humano. Se habló por supuesto de teatro, se recitaron algunos pasajes de comedias, de que su propio autor habia perdido la memoria, y al llegar al punto de la conducta de los gobiernos con respecto á los ciudadanos que mas honran á su patria, no pudo Goldoni contener algunas lágrimas, que Moratin recordaria después muchas veces, cuando tuvo que verterlas por semejantes ingratitudes.

En aquella sazón tuvo Moratin el consuelo de abrazar á su amigo Melon, que se detuvo algunos dias en Paris antes de proseguir su viaje por Inglaterra y Holanda. Vivian juntos (6), y sin las sujeciones y miramientos que debian guardar en Madrid, pasaron los dias mas regocijados de su vida charlando hasta deshora de la noche, y contrahaciendo los gestos y muletillas de algunos palaciegos ridículos de la corte de Carlos III; en cuyos remedos, cuando se hallaba á puerta cerrada, solia Moratin soltar sin dique el torrente inagotable de sus gracias.

De acuerdo con el gobierno español dió Cabarrús al francés algunas ideas y planes para esquivar la revolucion que ya próximamente amenazaba; pero no fué escuchado, y dando por concluida su mision dispuso su regreso á España. Hallábase ya en Tolosa, cuando recibió una invitacion del gobierno francés, que le obligó á retroceder á Paris, dejando á su secretario, hasta que volviendo á reunirse con él continuaron su camino por Vitoria; pero en Pancorvo recibieron contraórden, entraron de nuevo en Francia, y por último á fines del año se restituyeron á la patria, hallándose ya en Madrid el 8 de enero de 1788.

Conservó el conde todavía por algun tiempo su valimiento en la corte; pero á poco suscitóse contra él tan deshecha tempestad, que alcanzó desagradablemente á su persona y á la de

(6) Ocuparon dos cuartos contiguos en la *Rue Vivienne*, *hôtel de la Cour de France*, después *hôtel des Etrangers*.

sus allegados. Encarcelado, privado de sus papeles, que se le ocuparon, abandonado de sus antiguos amigos, perseguido y calumniado por sus émulos, sufrió todas las consecuencias de lo que en los gobiernos absolutos se llama *desgracia*: calamidad extrema y misteriosa, que ni al inocente ni al culpado deja los medios legítimos de defensa, y que tiraniza con vulgaridades la pública opinion, obligándola á creer lo que ella resiste.

La situacion de Moratin no dejaba de ofrecer peligros; pues aunque nadie tenia interés directo en su perdicion, ni motivos de odio ó de envidia, basta en tales casos que haya quien se proponga hacer alarde de su diligencia en perseguir, solo por lisonja á los poderosos. Por esto apeló al único recurso que resta al discreto, cuando cualquier paso que se dé es una imprudencia que empeora la condicion del individuo sin mejorar la causa social; es decir, que se oscureció en medio del bullicio de la corte, refugiándose bajo el techo de su bondadoso tío, y volviendo á ayudarle en su obrador, que lo tenia en la calle de las Veneras.

Ocupó entonces sus ocios en retocar su primera comedia, *El Viejo y la Niña*, que admitida dos años antes por la compañía de Manuel Martinez, no habia llegado á representarse por melindres de una actriz que rehusó cierto papel; en 1788 otra actriz de la compañía de Eusebio Ribera se empeñó en encargarse de otro que á pesar de su mérito no le correspondia; circunstancia que retardó los ensayos, y entre tanto el vicario eclesiástico negó la licencia, dejando así cortada la cuestion.

Habia en aquel tiempo la peste de malos poetas que en todas épocas; pero con la *desgracia* además de que eran aplaudidos por gran parte del pueblo, que ya admiraba sus rebozados é ininteligibles conceptos, ya se recreaba con sus frialdades é insulseces. Quiso Moratin distraer el mal humor consiguiente á su posicion, ridiculizándolos segun merecian, y en 1789 publicó su folleto titulado *La Derrota de los pedantes* (7), en que algunos se vieron retratados, y no pudieron perdonar al autor, en quien traslucian bajo el velo del anónimo la misma pesada mano que en su *Leccion poética* les habia descargado sin piedad su primer azote.

Seguia entre tanto Moratin sin medios para dedicarse con tranquilidad á las amenas tareas de su aficion, y la idea de ser gravoso á su familia le era insoportable. Solicitó un empleo, último recurso de los desocupados inútiles para otra cosa, y nada logró á pesar de las buenas relaciones de Melon, que todo lo andaba para sacar á su amigo de los apuros cada dia mas apremiantes. Compuso una oda á la exaltacion al trono de Carlos IV, mas ni por ella logró llamar sobre sí la atencion de los que podian valerle. Era entonces ministro el conde de Floridablanca, á quien, segun dicen, divertian en extremo unos versos ramplones que le enviaba un tal Marcolini, músico de la capilla real. Creyó Moratin obtener su proteccion por un medio semejante; y así le escribió un romance (8), explicándole su necesidad y modesta ambicion, reducida á ser abate,

Si el ser abate es ser algo.

Cayóle en gracia al atareado conde esta singular peticion, y encargó á don Sebastian Piñuela, oficial mayor de la secretaria, que era también aficionado á coplas y las hacia, que propusiese al suplicante para un beneficio simple; hizolo de la mejor gana el buen covachuelista, y creyó haber dado una muestrade régia liberalidad confiriéndole una prestamera de trescientos ducados en el obispado de Burgos, con la cual se ordenó Moratin de primera tonsura, y quedó como antes, poco menos que pereciendo.

Empezó luego á granjearse la privanza de los reyes el famoso don Manuel Godoy, después principe de la Paz, quien de la condicion de simple guardia de Corps, no sin murmullos de la pública opinion, fué encaramándose hasta las mas altas dignidades de la monarquía. Su com-

(7) Página 361 del presente tomo.

(8) Es el romance xi, pagina 600.

pañero en el cuerpo y grande amigo era don Francisco Bernabeu, jóven de prendas, amante de los hombres de mérito, y deseoso de favorecer. Conocia este á Moratin, á Forner y á Melon, y los presentó al nuevo valido, quien se declaró su protector, dándoles desde luego de su buena disposicion mayores prendas que se atrevian á esperar. A Moratin se le confirió por su mediacion un beneficio en la iglesia de Montoro, de valor de tres mil ducados, y una pension de seiscientos sobre la mitra de Oviedo, renta que le aseguraba una subsistencia holgada, exenta de toda obligacion, y propia para dedicarse á aquellos estudios que duran hasta la vejez. Tales eran en aquellos tiempos las anomalías de nuestra legislacion, que llamarán absurda nuestros hijos: el monarca disponia á su antojo de las rentas del Estado, que dividia sin proporcion entre las atenciones públicas y las exigencias de una corte disipadora; no habia presupuestos ni por consiguiente cantidades destinadas al estímulo de los ingenios y al progreso de la literatura nacional; y entre tanto desórden, que hacia mas sensible la creciente insuficiencia de los recursos, no quedaba otro para premiar la aplicacion y el talento, que el de dedicar á este deber social los fondos de naturaleza eclesiástica, que por una larga y constante acumulacion habian llegado á ser superabundantes con respecto á los fines para que fueron constituidos. De aquí la abusiva provision de los beneficios en personas seglares, las pensiones sobre las mitras, y la ridiculez de librar sobre la Iglesia los gastos de la reforma del teatro. Por fin, esta vez algo se hizo en favor de la ilustracion y las costumbres públicas, que no siempre fueron atendidas en la dispensacion de semejantes gracias.

Si Moratin, abandonándose al viento de la fortuna que tan propiciamente le soplabá, hubiese tratado de explotar la benevolencia de su Mecenas, como hicieron otros adulándole con bajeza para injuriarle después, hubiera podido con facilidad y en breve tiempo ser uno de los personajes mas influyentes de la corte de Carlos IV. Agradecido á un ministro en quien encontraba la buena acogida que en vano solicitó de sus antecesores, debia renunciar el derecho de murmurar de él, sin contraer por esto la obligacion de adularle. Elogió sí aquellos actos de su administracion, que ahora forman su defensa y atenúan hasta el punto posible sus errores, y especialmente aquella proteccion que en algunas épocas y como por lucidos intervalos prodigó á los conocimientos útiles en artes y en literatura, mas de lo que podia esperarse de un hombre de pocas letras, disipado y desvanecido por la ambicion. Pero jamás fue partícipe de sus disoluciones, cantor de sus orgias, ni cómplice de sus intrigas palaciegas: le trataba con respeto, le visitaba con poca frecuencia, y abrumado por el peso de tantos halagos le correspondia con una cortedad que rayaba casi en indiferencia, con admiracion de los que codiciaban su valimiento.

A este se debió el que se allanasen los obstáculos que se habian opuesto á la representacion de *El Viejo y la Niña*, que se puso por fin en escena en el teatro del Principe el dia 22 de mayo de 1790 (9), y el público la recibió con aplauso. Satisfecho su autor con este primer triunfo en la carrera dramática, y deseoso de apartarse de una corte donde la corrupcion cundia maravillosamente, se retiró á un pueblo de la Alcarria para entregarse libremente al estudio y á la meditacion. Andarin incansable, recorria diariamente largas distancias, componiendo de memoria, que la tenia felicísima, lo que luego trasladaba al papel de vuelta á su casa. Allí iban á visitarle sus amigos de la primera juventud, para disfrutar de su instructiva conversacion y de sus gracias. Hubo un dia de decir que habia escrito un poema titulado *La Huerteida*, en burlesca celebridad de don Vicente García de la Huerta; pero que conociendo se habia sobradamente deslizado en la senda del ridículo, habia rasgado el borrador, aunque de algo se acordaba. Rogáronle todos que recitase los trozos que tuviese mas presentes, y después de muchas

(9) Véase en la página 335 la advertencia preliminar. Como esta y las que van al frente de las demás comedias contienen la historia de cada una, omitiremos en la presente Vida algunos pormenores, que ballarán los curiosos en su respectivo lugar.

negativas y repetidas instancias, lo dijo desde el principio hasta el fin, imitando con tal propiedad la fraseología, el ahuecamiento de la voz, los visajes, manoteo y prosopopeya de su protagonista, que según el testimonio de Melon, fué cosa de desternillarse de risa (10). Era Huerta, como no ignorará la mayor parte de nuestros lectores, un poeta en aquellos tiempos famosos y de momentos felices, jefe de una pandilla que le escuchaba como un oráculo, gran predicador en el café, intolerante, exclusivo y furioso émulo de Moratin, tanto por el aplauso del público, como por la repentina mudanza de su suerte. Así se vengó á sus solas quien le era tan superior, con la generosidad de condenar al olvido un trabajo que hubiera lisonjeado su amor propio á costa de su impertinente adversario.

Allí arregló Moratin su *Comedia nueva*, llamada comunmente *El café* (11), que se representó en el teatro del Principe, en 7 de febrero de 1792, precedida de una violenta conjuración para hacerla naufragar para siempre en la primera noche. Razon tenían de alarmarse los pésimos autores que abastecían de necedades nuestro teatro; pues sátira mas graciosa y terrible contra ellos era difícil imaginarla. El cuadro estaba bastante recargado; pero, como pintado por mano diestrisima, la misma exageración aumentaba la ridícula semejanza. A pesar de la protesta del autor en el prólogo, no era necesaria gran dosis de malicia para pillar al vuelo algunas alusiones personales. En el pedante don Hermógenes se creyó ver al abate don Cristóbal Cladera; en don Serapio muchos asistentes al patio se miraron retratados; y sobre todo, el protagonista don Eleuterio Crispin de Andorra presentaba numerosos puntos de contacto con don Luciano Francisco Comella, natural de Vich, dramaturgo infatigable, que trabajando á destajo apenas podia acudir á las necesidades de su numerosa familia. No habia sido Comella, como don Eleuterio, paje de ningún consejero, pero sí familiar y protegido desde su niñez por un grande que habia militado con su padre, y le acogió en su horfandad, fomentando su aplicación mal dirigida; no se casó de secreto con ninguna marisabidilla doncella de la casa, sino con una dama de su protectora, de la cual se separó con este motivo; no le ayudaba su mujer en componer comedias, pero tenia una hija jorobadilla y muy lista que versificaba de repente, y le servía de amanuense á deshora de la noche, hasta que se caía de sueño y el candil se apagaba, como sucedió muchas veces, mientras el inspirado poeta le estaba dictando desde la cama con los ojos cerrados: por lo demás era, igualmente que el fingido don Eleuterio, hombre servicial con

(10) Melon retuvo en la memoria algunos pasajes que apuntó, y son tal vez los únicos que de este poema se han conservado. Concluía una octava, diciendo:

¿Y Virgilio? Virgilio era un gandumbas.

¿Acaso no se yo lo que él sabia,
Y hasta dónde llegaban sus alcances?
Cue cotejen á ver su poesia,
Que la cotejen con mis tres romances.
El jamas de su asunto se desvia,
Y refiere sin gracia muchos lances;
El imito como cualquier bolonio:
Y yo, ¿de quién imito? del demonio.

Y hablando de Paris, dice Huerta:

Paris, la gran Paris ya me vió un dia,
En sus concursos mas acreditados,
La vena confundir y la armonía
De los cisnes del Sena celebrados,
Cuando su Apolo, su Voltaire vivía,
Aquel que en frigidisimos y helados
Versos canto de su saber por fruto
La Alcira y Jaira, el Mahomet y el Bruto.

Allí vi de Racine alguna cosa,
Cuando la Dumesnil representaba.
¿Y qué? si cuando aquella actriz famosa
Se esforzaba mejor, mas se notaba
La pesadez insulsa y soporosa,
La regularidad que Francia alaba:
Reglas malditas, arte encarecida,

Que he despreciado yo toda mi vida.

.....

Mas de catorce tomos tengo escritos,
Que de puro escribir me he vuelto loco;
Y en corrigiendo algunos defectitos,
Dos ó tres (porque yo corrijo poco),
Se quedarian todos tamañitos,
Como los niños cuando viene el coco.
¿Si se imprimieran!! Pobre Betinelli,
Tiraboschi, Mason y Signorelli.

¿Si se imprimen!... no hay mas, los hago astillas.

¿Pobres pelotas! ¿Si querrán que sea
Tan indulgente yo como Lampillas?
O que mi musa lleve la librea
Del tímido y mezquino Cabanillas?
Contra bichos ni nimen no se emplea;
Para acabar con tan maldita casta,
Con que yo suelte un estornudo basta.

Basta... ¿y no ha de bastar? ¡haya virotes!

¿No soy entre los arcades activo,
Ínculto paladín? ¿Saben los zotes
Que ya en las lenguas de la fama vivo?
Y que desde los rudos hotenotes
Al rubio inglés, al musulman altivo,
Escuchan las naciones con espanto
Y religiosa adoración mi canto?

lo el mundo, deseoso de acertar, si hubiesen valido algun dinero los aciertos literarios, mas, honrado á toda prueba, crédulo y tan dócil, que da lástima el ver que no hubiese topado en maestros mejores que don Hermógenes ó con favorecedores tan juiciosos como don Pedro Aguilar.

Poco después pidió Moratin á Godoy, y consiguió de él, permiso para emprender un viaje por Europa, con el objeto de perfeccionar sus conocimientos, ó tal vez con el de huir los compromisos á que se consideraba espuesto por su involuntaria privanza, unida á la ojeriza de los que mostraban resentidos por sus escritos. Acababa de llegar á Paris cuando, el dia 3 de setiembre de 1792, oye por la calle un grande alboroto, se asoma á la ventana, y ve la cabeza de la incesa de Lamballe que, clavada en una pica, iba paseando en triunfo una furiosa muchumbre, que consagró aquel dia terrible á toda clase de crueldades y abominaciones. No era propio del ánimo de Moratin el presenciar tales espectáculos, que amenazaban reproducirse con frecuencia. El mismo dia pidió su pasaporte para Inglaterra, y se trasladó apresuradamente á Londres horrorizado de tanto desenfreno, y ansioso de contemplar por primera vez la verdadera libertad arraigada en los hábitos populares, sin las mortales convulsiones de la licencia, y la yermadora huella de la opresion.

Observó en Inglaterra y recogió en curiosísimos apuntes cuanto pudo causar en su espíritu vivas impresiones de que era capaz, en punto al carácter, ideas, tradiciones, legislación y influencia política y comercial de aquella nacion singular, tan digna de ser estudiada. Era conveniente que todos estos trabajos, de índole tan diversa, viniesen á parar en el principal objeto de sus indagaciones : en la literatura, y especialmente en aquella parte de ella que juzgada por sensaciones momentáneas, ante un jurado numeroso y compuesto de todas las clases y grados de inteligencia, es la que mejor espresa el condensado conjunto de las ideas predominantes, y el gusto instintivo de la sociedad. Empezó este exámen desde sus primeras fuentes : procuró penetrarse del espíritu de Shakespeare; y preparado ya con el conocimiento de Lope de Vega, pudo medir el alcance de estos dos grandes ingenios contemporáneos, que estampaban un sello profundo en sus respectivas naciones. Quiso dar una muestra del primero con su traduccion del *Hamlet*, que anotó y publicó posteriormente de vuelta á su patria (12).

Después de menos de un año de permanencia salió de Londres, en agosto de 1793, con direccion á Italia, previa licencia de su protector, quien al concedérsela le envió un socorro de treinta reales para gastos de viaje. Desembarcó en Ostende, pasó á Flandes y recorrió varios puntos de Alemania, visitando sus ciudades mas famosas. Pasó allí un buen susto, que muchas veces le daba, y fué : que viajando de noche en posta al través de la Selva-Negra, notó que se habia asomado al postillon un hombre desconocido y de mala traza, con evidentes muestras de su acierto para asesinarle á la primera ocasion, escitados sin duda los dos por el cuidado con que miraba sus cajones de papeles, donde supondrian que iban tesoros de otra especie. Pero alzó á alcanzarlos otra silla de posta, y no pudiendo por ordenanza pasar delante de la que precedia, tuvieron que andar juntas, hasta que salvados los puntos favorables al crimen, y llegado el dia, desapareció aquella figura siniestra y cesó la zozobra del receloso viajero, cuyo miedo era infundado, atendida la multitud de desertores franceses y alemanes que á la sazón melaban en aquel pais cometiendo todo género de atrocidades. Continuó su camino hacia la Suiza, y visitó en Lucerna á don Pascual Vallejo, secretario de aquella legacion, á quien habia conocido en Madrid, y con quien se embarcó en el lago de los cuatro Cantones, bajando á Italia por el San Gotardo, donde se separaron el uno para Jénova y el otro directamente para Bolonia. Allí fijó Moratin su residencia habitual, obsequiado por sus amigos los españoles que á la sazón de aquella universidad vivian enseñando y aprendiendo en el colegio de San Clemente, un magnífico establecimiento que fundó en el siglo xiv el cardenal Albornoz, y que aun

2) El *Hamlet* se publicó en Madrid en 1798. Véase la página 473.

entonces conservaba buenos restos de su antigua nombradía. Fué recibido con particular cariño por don Simon Rodrigo Laso, rector del referido colegio; y en compañía de don Juan Tineo, varon eruditísimo y de un mérito singular, fué á recorrer la Italia en diferentes escursiones que ensancharon la esfera de sus conocimientos. Hacia muchos años que deseaba examinar aquel pais clásico y rico de gloriosos monumentos literarios, á los cuales el ejemplo de su padre debía haberle inspirado la mas decidida aficion. Con tan escelente guia estuvo en Milán, en Parma (donde en las prensas del célebre Bodoni hizo una buena edicion de la comedia *El café*), en Florencia, en Pisa, en Roma, en Nápoles, en Ferrara, en Verona, en Vicenza, en Padua, en Venecia y en otras ciudades, que en medio de las turbaciones de aquellos tiempos ostentaban mas que en otros de mayor sosiego la fecundidad de sus ingenios y los quilates de su ilustracion.

No cansado de Italia, pero sí deseoso de volver á la patria, achaque que entre las mayores comodidades y distracciones suele acometer á los españoles, tras de breve tiempo de ausencia, determinó Moratin su regreso; y con este fin pasó á Jénova y luego á Niza á embarcarse, como lo veritificó, el 18 de octubre de 1796, en la fragata española la *Venganza*. Pero fué tan poco afortunada esta navegacion, que después de una furiosa tempestad, en que tuvo tentaciones de arrojarle al agua, y acortar por breves momentos una vida que consideraba ya perdida, para no ver tanta desolacion en sus compañeros; después de huir por dos veces de una escuadra que avistaron y creyeron inglesa; tuvo que fondear el buque en la isla de San Pedro, inmediata á Cerdeña, y después en el puerto de Mahon, abstenerse de entrar en Cartagena, y seguir arrastrado por los vientos, hasta que por fin, el 11 de diciembre, logró entrar en la bahía de Aljeziras.

Entre tanto Melon, solícito siempre en procurar los aumentos de su amigo, le preparaba una agradable sorpresa. Habiendo quedado vacante la secretaria de la interpretacion de lenguas, sin consultar mas que su buen deseo, hizo presentar en nombre de Moratin un memorial pidiendo para él aquel destino, bastante lucrativo y descansado. Godoy, ya entonces duque de la Alcudia, se lo concedió sin vacilar; el agraciado, que recibió la noticia en Andalucia, se detuvo mas de un mes en recorrer sus mas importantes poblaciones, y á principios de febrero se presentó en Aranjuez, donde su protector le prodigó las mas lisonjeras distinciones de aprecio. Era esto suficiente para que todos los cortesanos le rodeasen brindándole con su amistad, que á pocos dias hubo de trocarse en el desvío mas completo. Hallábase en aquel real sitio una jóven de singular belleza y travesura, por cuya mano, segun fama, se repartian los empleos y pensiones de la monarquia. Antojóse al duque de la Alcudia que Moratin habia de celebrarla en unos versos; y por mas que le instó con aquellos ruegos que los mas encumbrados con servil obediencia se apresuraban á satisfacer, no pudo recabar del desdeñoso poeta, que así prostituyese su musa á una deidad que no le inspiraba. Esta conducta, que en aquellas corrompidas antecámaras se pintaba como un rasgo de ridiculez é ingratitud, hizo presagiar una *desgracia* inmediata. En efecto, el duque manifestó descontento y aun amenazó castigo; pero la borrasca se disipó sin tardanza, y este incidente no tuvo ulteriores consecuencias.

Trasladóse Moratin á Madrid para encargarse de su secretaria, arreglarla y despachar los negocios de ella, que le dejaban espacio sobrado para dedicarse á sus preferidas ocupaciones solitarias, y para alternarlas con las reuniones en casa del ya nombrado don Juan Tineo: sociedad entre tertulia y academia, que él llamaba de los *Acalófilos*. Quiso el gobierno atender á la reforma del teatro, el cual alimentado por comedias del antiguo repertorio, mejor ó peor refundidas, por traducciones detestables y por dramas sin plan, sin invencion y sin verisimilitud, continuaba en la mayor postracion. A este efecto se creó una junta, recurso de cajon que antes y después ha sido la panacea de todos los males de España. Era su presidente, por serlo del consejo de Castilla, el general Cuesta: hombre muy entendido en materias de guerra,

pero lego en las de administracion y literatura, y lo que es peor, impetuoso, dominante y persuadido de buena fe de que las funciones de su presidencia, con respecto á sus colegas, eran ni mas ni menos que las de un jefe de batallon al frente de sus soldados. Seguiante algunos gollillas, mas propios para perorar sobre materias desconocidas, que para resolver con acierto cuestiones de organizacion teatral; y entre ellos tenia asiento nuestro Moratin, el único tal vez que se hallaba en disposicion de ilustrar los puntos que iban á controvertirse. Muy á los principios se manifestó la discordancia de opiniones que de tan heterogéneos elementos debia esperarse, hasta que un dia se puso tal de irritado y descompuesto el referido presidente, que viéndole Moratin en disposicion, segun temió, de tirarle el tintero, juzgó prudente retirarse para no dar un escándalo, y presentó su renuncia inmediatamente. Lo que la junta hizo en su ausencia no es cosa de contarse en este lugar; basta para formar alguna idea de sus actos la larguísima lista de comedias, que á guisa de índice espurgatorio mandó publicar á retazos, prohibiendo la representacion de centenares de ellas, algunas de las cuales no hubieran merecido tan severa censura, aun cuando fuera lícito y conveniente aplicar el sistema prohibitivo á materias que penden del gusto y opinion del público. Corregir su estravio y estragamiento se logra solo presentando ejemplos perfectos que puedan luchar con los depravados: esto no podia hacerlo mas que Moratin, quien, á pesar de sus resabios de intolerancia en esta parte (13), no creemos que hubiese autorizado semejante providencia.

Conociendo el gobierno la insuficiencia de la junta para lograr el objeto que se proponia, resolvió crear otra magistratura bajo el título de director de teatros, destino para el cual nombró á Moratin por una real orden. No era para él contraer un empeño, que reclamaba un caracter mas firme que el suyo, para desterrar abusos, luchar con dificultades de mil especies, y sobre todo para resistir y sortear con oportunidad y maña las exigencias de autores, cómicos, músicos y danzantes. Agradeció al gobierno esta distinguida confianza, pero no la admitió. En vista de ello, hizole preguntar el rey si conocia otra persona acomodada al intento: su vida retirada, su larga ausencia de España, la estrechez del círculo de sus relaciones (tal fué su contestacion) le ponian fuera del caso de hacer una propuesta acertada.

Mediante un trato modesto y económico, pudo Moratin juntar por aquellos años algunos ahorros, que hubieran sido mayores á ser él menos desprendido y dadivoso. En Pastrana, donde solia veranear, compró una casa que reedificó, plantando su huerto de acacias; en Madrid compró también una en la calle de Fuencarral, y otra en la calle de San Juan, cuya cornisa convirtió en jardin, y allí pasaba largas horas. Tuvo idea de casarse, lo consultó con Melon, y oidas las reflexiones de este, desistió de su pensamiento.

Ya desde antes de su segundo viaje al extranjero habia compuesto, con el título de *El Baron*, una zarzuela, que así se llamaban las representaciones mistas de declamacion y canto, á manera del *vaudeville* de los franceses. Destinada esta pieza á una diversion particular que no llegó á verificarse, hubiera quedado entre los borradores, á no haber ocurrido las circunstancias que en su propio lugar se refieren (14), y que le obligaron á poner la mano en su olvidada obra. El resentimiento de la compañía que, protegida por personas de poder y valimiento trabajaba en el teatro de los Caños del Peral, la prevencion con que el famoso Isidoro Maiquez miraba entonces al autor por influencia del ya difunto Huerta, y la docilidad de un tal don Andrés Mendoza, oficial de la inspeccion de caballería, que era, segun dicen, un bienaventurado, fueron los elementos de aquella intriga, que se convirtió contra sus mismos promovedores, ridiculamente envanecidos por un triunfo aparente y momentáneo. El plagio que Mendoza intituló *La Lugareña orgullosa* ha caído en olvido sempiterno: la comedia

(13) En apoyo de esta observacion puede verse lo que decimos en la nota 13, puesta al discurso preliminar de las comedias del autor (página 318).

(14) Véase la advertencia que precede á la comedia *El Baron*, en la página 375.

original de *El Baron*, representada en la Cruz, en 28 de enero de 1803, durará mientras haya memoria de la lengua castellana.

El 19 de mayo del año siguiente se estrenó en el mismo teatro otra comedia de Moratin, la *Mojigata* (15), produccion que debió escitar contra él otra clase de contrariedades, á mas de las puramente literarias; pues atacaba de frente la hipocresía; y la hipocresía, especialmente la de la mujer, no sufre la menor alusion, recelosa de que basta levantar una punta del velo para descubrir toda su odiosa fealdad. Ya esta comedia se habia representado en casas particulares en el espacio de los doce años anteriores, en que corrió manuscrita, tal como habia salido de las manos de su autor con algunas variantes. Cuando llegó ya el caso de darla al público, quiso, como solia, corregirla minuciosamente; y como observase que algunas espressiones pudieran parecer demasiado duras, las modificó ó suprimió en obsequio de respetables miramientos. Pero esto no bastó para desarmar á la envidia literaria, que desde este momento se conjuró con el fanatismo religioso para armarle cruda guerra. El público recibió con muestras de satisfaccion este nuevo fruto de su ingenio; pero á mas de las críticas mas ó menos decorosas á que dió lugar la comedia, llovieron tantas intrigas y anónimos, se le asestaron á traicion tiros tan bajos y rateros, que bien se conoció que andaba en ello el vicio que emplea siempre las armas mas ruines: la hipocresía.

Esta persecucion sorda é incansable llegó á su punto cuando, en 24 de enero de 1806, se representó la que consideramos por muchos títulos su obra maestra, la comedia *El Sí de las niñas* (16), cuyo triunfo fué completo en Madrid y en las provincias, en la escena y en la prensa. Ya no quedaba recurso á los enemigos de Moratin para disputarle una popularidad de que no podian disponer á su antojo; apelaron al medio extremo, pero seguro, que entonces existia para inutilizar un ingenio: lo delataron á la Inquisicion. Con esto lograron su principal objeto, que era aburrirle, conociendo bien su carácter tímido y poco amigo de luchar sin esperanzas de buen éxito. Todo el amparo de sus valedores, que se consideraban omnipotentes, no era suficiente para librarle de desagradados; así que, hizo firme propósito de dejar para siempre de escribir para el teatro, abandonando el plan que tenia trazado para cuatro ó cinco comedias que hubieran sido probablemente otros tantos rayos de gloria para la escena nacional. Dando pues de mano á estas tareas, dedicó sus ocios á otras de distinta clase que para mas adelante tenia reservadas, y activó la recoleccion de materiales para los *Orígenes del teatro español*, dando tregua á las inspiraciones de su fantasía, y nueva materia de estudio á su talento juicioso é indagador, facultad que poseia también en alto grado.

Embebido en tales ocupaciones, á que admirablemente se conformaba su sistema de vida, ajeno de toda distraccion bulliciosa, le encontraron los acontecimientos del año de 1808, destinados á dislocar tanto la situacion de los negocios generales, como las privadas condiciones y esperanzas de todos los españoles. Jamás se habia mezclado en la política, sin dejar por eso de tener ideas propias acerca del gobierno que en circunstancias dadas consideraba mas conveniente á su patria, de la cual era amante sincero, sin aquellas exageraciones que sirven muchas veces de máscara, instrumento ó pretexto para otros fines. Sabida es la odiosidad que habia ido granjeándose el principe de la Paz, y la tempestad que descargó sobre su cabeza en el memorable dia 19 de marzo de aquel mismo año. Moratin no pertenecia al número de los ingratos que, después de haber adulado bajamente á aquel hombre poderoso, le insultaban en el infortunio, olvidando los beneficios recibidos; y esto bastaba en aquellos dias para ser tenido por enemigo de la cosa pública: tal era el esceso á que habia llegado el furor popular, y tal el vértigo que se habia apoderado de los ánimos. Retiróse temblando á su casa en aquella noche terrible, y á la mañana siguiente temió ser víctima de algun atentado al oír las desaforadas vocife-

(15) Véase la página 392.

(16) Véase la página 418.

giones de una cabrera tuerta que tenia su puesto en el portal de enfrente, desde donde animaba á los grupos, provocándoles á que asesinasen al pícaro traidor de su vecino. La precipitada sucesion de los acontecimientos inmediatos, que no daban siquiera lugar á discurrir y resolver, mostró á Moratin y á otros muchos á una senda, por la cual se vieran con sorpresa arrojados á impulso de una incontrastable fatalidad. El escritor apartado de todo roce con los bandos literarios, el hombre independiente é inofensivo, dueño de su opinion, el secretario de la interpretacion de lenguas, no abandonó su casa ni su destino; no emigró, no salió á coger un papel ni á formar parte de las juntas que dirigieron el movimiento insurreccional del pais; cuando cedia la cabeza del Estado, obedeció á sus jefes y permaneció en su puesto remiso á seguir la buena ó mala fortuna que al cielo pluguiese depararle. A los que siguieron esta conducta llamó entonces el pueblo *afrancesados*: los trances de la comun desgracia hicieron de ellos un partido.

Después de treinta y ocho años de discordias no interrumpidas, después de tantos desencuentros, escarmientos y vicisitudes en que ningun español, mas tarde ó mas temprano, ha podido librarse de dictados denigrantes y tenaces persecuciones, hora es ya de juzgar sin rencor á una parcialidad que ya no existe desde que faltó el objeto que pudo alimentarla. La deslumbradora gloria de un hombre cuya grandeza ya nadie se atreve á negar, el convencimiento de que era temeridad el luchar contra un poder que habia sojuzgado otras naciones de mayores recursos, la esperanza de ver establecida en España una organizacion mas conforme que la pasada con el espíritu del siglo y con las necesidades de la moderna sociedad, eran consideraciones que debieron influir en el ánimo de muchos hombres mas previsores que arrojados, sin que por esto dejaran de ser patriotas. Otros hubo que se confundieron con ellos por miras menos elevadas: achaque es este de todos los partidos sin escepcion. El noble entusiasmo nacional, á fuerza de constancia y de sacrificios, desconcertó los cálculos mas probables: alegrámonos de este resultado; pero no infamemos á los que no esperaron en él.

Tiempos de tanta turbulencia no eran los mas á propósito para las suaves y tranquilas ocupaciones de la literatura; la irritacion de los ánimos era estremada, toda palabra de prudencia se interpretaba siniestramente y se calificaba de traicion; cada uno se recelaba hasta de sus amigos. Los mas íntimos de Moratin se vieron envueltos en igual causa, porque miraban con los mismos ojos la situacion de la patria. Al anuncio de la batalla de Bailén el ejército francés evacuó la plaza de Madrid, y los que se creyeron comprometidos trataron de salvarse del furor del pueblo. Moratin fué uno de ellos: acompañado de su amigo Conde se retiró á Vitoria en un calesin, al través de grandes peligros y pasando los mayores trabajos. Volvió á Madrid con los franceses, y siguió en su secretaria. En tan aciagas circunstancias hacia el bien que estaba en su mano, y muchos le debieron la existencia. Para esto solo cultivaba sus relaciones, viviendo enteramente aislado. La salvacion de un infeliz encausado por causa política le movió á recurrir á don Manuel Silvela, jóven dotado de sensibilidad esquisita y de ilustracion poco comun, que con una templanza admirable en el calor de los partidos estaba ejerciendo las severas funciones de alcalde de casa y corte. Esta buena accion fué el origen de la arga amistad que se profesaron hasta sus últimos dias estos dos hombres benéficos que cada cual en su línea han sido el ornamento de la nacion y el amparo de sus conciudadanos.

En 1811 recibió de José Bonaparte el nombramiento de bibliotecario mayor, que, prescindiendo de toda pasion, no pudo á la verdad ser mas acertado. En el corto tiempo que pudo estar al frente de aquel establecimiento trató de dedicarse sin descanso á promover las grandes mejoras de que es susceptible, atendidos los inmensos tesoros literarios que todavía andan esparcidos en nuestra esquilmada España, y pudieran formar un depósito de incalculable precio y de gloria nacional. Hallábanse entonces sus intereses en un estado poco lisonjero. La sobrada confianza en un escribiente de su oficina le habia cargado con un desfaldo de mas de

cien mil reales; por un descuido fatal no habia retirado de las manos de su apoderado de Córdoba una gruesa cantidad que representaba como tres anualidades de su beneficio de Montoro, el mas pingüe de sus recursos, y la junta de defensa de aquella ciudad se echó sobre aquellos fondos como pertenecientes á persona residente en pais ocupado por el enemigo; habia cedido la casa de Pastrana en dote á su prima Anita, casada con Conde; y las de Madrid, en cuyas obras habia empleado sumas considerables, casi nada producian en aquella época de miseria y hambre espantosa; su emigracion fué una ruina, y al volver de ella encontró su casa enteramente saqueada bajo la forma de un inicuo secuestro; sus liberalidades (17), su afición á libros, pinturas y objetos curiosos, que desaparecieron en gran parte, habian absorbido todas sus economías, aun en las épocas mas holgadas. Hé aquí por qué, segun consta por recibos que se conservan en la biblioteca, tuvo muchas veces que tomar escasas partidas á cuenta de su haber mensual para subvenir á sus necesidades y remediar las ajenas.

Por marzo de 1812 dió al teatro una traduccion de *la Escuela de los maridos*, de Molière (18), autor á quien profesaba el mas profundo respeto. Maiquez, que le habia conocido, y por consiguiente habia desechado las antiguas prevenciones, se encargó de un papel; y el público, á pesar del mal humor dominante, asistió y aplaudió.

Pero el mismo año las fuerzas francesas, de resultas de su derrota en los Arapiles, tuvieron que abandonar la capital y retirarse acia Valencia. Hallábase MORATIN en los mayores apuros para emprender su segunda emigracion: enfermo, débil, sujeto á continuos vómitos y sin el mas pequeño recurso. Pero tuvo la fortuna de que le acogiese en el coche, donde iba en compañía de don Manuel García de La Prada, la apreciable actriz María García, que le cuidó en este viaje con toda la delicadeza y esmero de la amistad. Era La Prada hombre instruido, acaudalado y cumplido caballero. Habia sido corregidor de Madrid durante la invasion, y desde este momento cobró á Moratin un cariño que jamás se desmintió después.

En Valencia encontró de gobernador militar al general Mazzuchelli, quien compadecido de su triste posicion le encargó la redaccion del diario, junto con su amigo don Pedro Estala, que secularizado ya y nombrado canónigo, habia venido á ser su compañero de desgracia. Sus artículos en este periódico se limitaban á la literatura: así vivió con estrechez hasta que á la salida de los franceses de aquella plaza pudo acomodarse en un mal calesin, que volcó en el camino. Iba en él una señora llamada doña Teresa Iturburu, que se quebró una clavícula; y con este motivo se vió en la precision de encerrarse en la fortaleza de Peñíscola, que á poco cercaron nuestras tropas, estrechándola por espacio de once meses. Durante el sitio, una casualidad le salvó la vida; pues convidado á comer por el gobernador, dejó pasar la hora entretenido en vestirse, cuando una esplosion violenta le derribó de la silla. Se habia volado la casa del gobernador, y cuantos estaban en ella quedaban sepultados en las ruinas. La plaza capituló al fin; y uno de los artículos convenidos fué que los españoles refugiados pudiesen salir con las tropas. Cansado Moratin de tan continuas vicisitudes, tomó una resolucion tan superior á su natural apocamiento, que bien da á conocer el estado de desesperacion en que se hallaba. Cogió su bastoncito; y solo, á pié, sin mas recomendacion que su nombre, salió al campo, llegó á la trinchera, y fué detenido por un centinela. Acudió el oficial del puesto, y así que supo quién era, le colmó de atenciones, y le dejó ir libremente á Valencia. El desgraciado fugitivo tuvo con este ánimo bastante para presentarse al general Elío, que en aquella provincia ejercia el mando superior; pero esta autoridad le hizo tan brutal acogida, que llegó á echar mano á la espada como para pasarle, quiso luego prenderle, y á duras penas le dió permiso para embarcarse en un falucho con direccion á Francia. El buque por el tiempo contrario tuvo que arribar á

(17) De sus apuntes consta que en aquella época habia invertido la suma de cerca de seis mil duros en socorrer á varios parientes necesitados, á quienes hizo completa donacion de sus débitos.

(18) Véase la página 442.

Barcelona, donde encontró jefes mas apreciadores del mérito, y mas considerados con la desgracia: tal fué el baron de Eroles, quien trató de persuadirle á que se quedase en aquella ciudad; y bajo su proteccion recobró algun tanto la calma, y pudo proveer á sus intereses. Pero entre tanto, viendo agotados todos sus recursos, y no sabiendo resolverse á ser molesto á sus amigos, intentó dejarse morir de hambre, para cuyo efecto buscó fuera de la poblacion un arto en casa de unos pobres labradores, á quienes se proponia dejar dentro de una carta el ocio del alquiler. Un dia antes de ir á consumir tan funesta idea recibió de la corte noticias mas favorables. Llegado á su término el juicio de purificacion que habia promovido, declaró el rey Fernando VII que no le comprendia el artículo 1.º del decreto de 30 de mayo, llamado *auto*, pero verdadera proscripcion; y mandó le fuesen devueltos los bienes secuestrados. La casa de la calle de San Juan habia sido ya vendida; recobró la de la calle de Fuencarral, cuya venta dispuso y logró con los sacrificios que eran consiguientes á la urgencia de la realizacion. Con esto, con algunas cobranzas de su beneficio, y con la almoneda de varios efectos, tristes reliquias de su naufragio, pudo socorrerse, y aun depositar unos cuatro mil duros en una casa de comercio que luego quebró, sin que este crédito haya podido hacerse efectivo. El obispo de Oviedo, á pesar de las reales disposiciones, se obstinó resueltamente en negarse al pago de la pension que gravaba sobre las rentas de su mitra, cohonestando su costosa resistencia con los mayores denuelos contra su caido acreedor.

A fines de 1814 escribió con el título de *El Médico á palos* (19), y con alteraciones importantes y bien meditadas, una traduccion de otra comedia de Molière, que fué representada en el teatro de Barcelona el 4 de diciembre. Así vivia con alguna tranquilidad, pero con intervalos de recelo: tal era la constancia de sus enemigos, no ya literarios (pues la literatura habia casi desaparecido de entre nosotros, y no renació con algun brillo hasta muchos años después), sino de otra clase peor, que nunca satisface sus odios. So pretexto de ir á tomar los baños de Aix en Provenza, solicitó su pasaporte para el extranjero; y el general Castaños, que le apreciaba, y que como hombre de mundo y consumada prudencia conocia lo espuesto de su situacion, aprobando su plan, le indicó cuánto deseaba que no difiriese su cumplimiento. En efecto, tardaban mucho en Cataluña en entibiarse las pasiones que en pos de sí dejó la ocupacion francesa; y á la verdad, ya por la tenaz resistencia del pais, ya por la desafortunada eleccion de sus jefes, aquella dominacion fué allí incomparablemente mas dura y opresora que en otras provincias. El mariscal Suchet, humano en Valencia, fué cruel hasta el extremo en Tarragona; y desde el mando de Lecchi hasta el de Maurice Mathieu, Barcelona fué teatro de las mayores crueldades. Esto produjo indispensablemente una terrible y duradera reaccion; y el pueblo excitado se alborotó en varias ocasiones contra los que habian cedido á la fuerza fisica y moral del invasor. Pero no estaba en esto el mayor peligro: la Inquisicion iba cada dia convirtiéndose en instrumento de persecucion politica; y Moratin no podia soportar la idea de aquel oscuro centro de delacion y espionaje. Averiguaciones posteriores le dieron á conocer que sus amores no eran infundados.

Pasó en Montpellier la primavera de 1818, se trasladó luego á Paris, permaneciendo allí hasta principios de 1820 con su amigo Melon, á quien no quiso seguir en su vuelta á España, refiriendo ir á Bolonia, con ánimo de establecerse en compañía de don José Robles Moñino, también grande amigo suyo desde su anterior estancia en aquella ciudad. Ocurrieron al mismo tiempo las notables mudanzas de aquel año. Una de las primeras providencias del gobierno constitucional nuevamente aceptado por el rey fué la de llamar á su patria á los españoles aumentados de ella por opiniones y hechos politicos: conducta que á los ojos de todo hombre generoso de cualquiera opinion recomienda un sistema que así se inaugura, bajo la piadosa influencia de que es posible estudiar con aprovechamiento en la escuela de la desgracia. El

principal motivo de la voluntaria espatriacion habia desaparecido para Moratin. La Inquisición acababa de sucumbir á las manos del pueblo para no volverse á levantar, como no llegase á realizarse los sueños de los que, sin hablar de ella, nos van empujando mañosamente á combatir los abusos é instituciones de siglos que nos pintan como modelo de felicidad.

Participé Moratin de aquellas dulces esperanzas que animaban todos los corazones á favor de la reforma, se dirigió á España, y llegó otra vez á Barcelona, á cuyas comodidades, y variedad de clima, cultura intelectual y demás circunstancias, se agregaba otra para Moratin muy poderosa: el brillante estado de su teatro, que era en aquella época el primero de la Península, así en la declamacion española, como en el canto italiano. Allí encontró reunida buena porcion de sus amigos. Antonio Pinto, hombre honradísimo y cómico jubilado, que por una feliz ocurrencia habia salvado de un aparente desaire su comedia de *El Baron*, acababa de salir triunfante arrancado en triunfo de las mazmorras del santo Oficio; Felipe Blanco, en cuyo obsequio habia traducido *el Médico á palos*, continuaba regocijando la escena con sus gracias inagotables. La-Prada habia fijado allí su residencia, y el amable Cabanillas se lo llevó á la casa que habia comprado con vistas al puerto. Esta mansion le hubiera sido sumamente grata, si no la acibaraba la noticia que recibió de la muerte de su deudo y amigo don José Antonio Conde, á cuya memoria dirigió una oda rica en gusto y en sentimiento (20). Entonces le conoció el que escribía, y aun recuerda con veneracion la benévola indulgencia con que fueron recibidos por aquel gran maestro los primeros ensayos de su pobre musa.

Entre tanto las concebidas esperanzas de paz y de buen gobierno menguaban de dia en dia, y la insubordinacion iba cundiendo, y las masas se insolentaban, como sucederá siempre, cuando después de reconocida una reforma aparece la vehemente sospecha de que no preside la verdad en las altas regiones del poder. Desde principios de 1821 los dudosos procedimientos de la Francia, la expedicion del Austria sobre Napoles, y la general disposicion de los gobiernos europeos anunciaban de lejos la invasion de 1823. Una nueva calamidad vino á complicar la situacion: la fiebre amarilla apareció en Barcelona, y sus primeros estragos, preludio de mayores, ahuyentaron á todos los que no se veian encadenados al pais por intereses de comercio de trasportar. Don Manuel Garcia de La Prada precipitó su marcha, y ofreció á Moratin su compañía, que fué aceptada; sortearon del mejor modo posible las precauciones sanitarias adoptadas en los pueblos del tránsito y en la frontera, descansaron poco en Perpiñán, y se separaron en Bayona, donde permaneció Moratin esperando el consejo de los acontecimientos, que ciertamente no convidaban á entrar de nuevo en España. Desde allí escribió á su amigo Silvela, después de muchas vicisitudes residia en Burdeos al frente de un establecimiento de educacion para españoles, consultándole sobre lo que mas le convenia hacer; y en vista de sus serenas reflexiones y sinceros ofrecimientos, se fué á vivir con él, con propósito de pasar los últimos años de su vida en el seno de la amistad, libre de cuidados enojosos, dedicado esclusivamente á sus mas caras ocupaciones. En todo el curso de la vida de Moratin se observará constantemente que para él era necesidad imprescindible el arrimo de algun amigo con quien desahogar sus sentimientos, y dar algun ensanche á aquel espiritu poco expansivo, que se recataba de las relaciones superficiales ó indiferentes: necesidad que iba creciendo con su edad ya proveyda, y sujeta á las incomodidades que á ella están vinculadas. Todo lo que encontró en aquella familia sencilla, afectuosa, bien educada, modelo de todas las virtudes domésticas y sociales: la vida metódica, la amena conversacion, el moderado ejercicio, la asistencia al teatro, que nunca dejó de ser su principal pasion, le mantenian en un estado de contento que jamás habia disfrutado. « He llegado á la vejez, decia muchas veces, sin experimentar todavia ninguno de sus achaques; y no cambiaria mi feliz independendencia, mi plácida solitud ni por la mas opulenta fortuna, ni por el esplendor de un trono. »

(20) Se imprimió suelta, y es la de la página 592.

Entonces dió la última mano á sus *Orígenes del teatro español*, obra formada lentamente en el espacio de muchos años, que no se publicó hasta después de su muerte, y por consiguiente no se halla comprendida en la edicion hecha en Paris, el año de 1825, por don Vicente Gonzalez Arnao, quien por cesion del autor adquirió la propiedad de las obras dramáticas y líricas allí recopiladas.

A fines de aquel mismo año tuvo un amago de apoplejía, el cual se resolvió después en una irritacion hemorroidal violentísima, que le mortificó por algun tiempo, y produjo un efecto sensible en su parte moral; pues desde entonces empezó á darse á la vida sedentaria, perdió su alegría y hasta menguó su aficion á los espectáculos teatrales. Solicitaciones de amigos, miras de conveniencia pública y personal y otros motivos honrosos para un padre de familia y para un celoso institutor de la juventud, hicieron que Silvela pensase en trasladar su establecimiento de Burdeos á Paris. No quiso tomar su resolucion definitiva hasta saber si Moratin le seguiria voluntariamente, pues de otra manera estaba decidido á desechar el proyecto, y á no abandonar á un anciano, que consideraba como un depósito precioso confiado por la Providencia á su cuidado. Moratin le animó ofreciéndole reunirse con él. Con esta promesa se adelantó Silvela, partiendo á Paris una mañana sin despedirse. Levantóse Moratin, y afectado por esta breve separacion y por la soledad en que quedaba, escribió aquel mismo dia su última voluntad, monumento de ternura y expresion de dulces y dolorosos recuerdos. Ya anteriormente hizo donacion á la Inclusa de Madrid de su casa de Pastrana, que, muerto Conde en pos de su esposa, habia vuelto á ser propiedad de su primer dueño. Con esto no le quedaba ninguna finca, y el dinero que habia juntado de sus ahorros, como que no tenia obligaciones póstumas, lo habia convertido en rentas vitalicias, que le producian unos seis mil francos anuales. Por consiguiente apenas tenia de qué disponer. Legó á varios amigos algunos cuadros y objetos artísticos, á la Academia su retrato pintado por Goya, sus libros y manuscritos á Silvela, instituyendo á una nietecilla de este por única heredera de lo que restaba, reducido á una inscripcion de cuatrocientos francos de renta, y á créditos de alguna importancia nominal, pero de difícil y dudosa realizacion. Se despidió cariñosamente de su patria y de sus amigos, pidió perdón á los que hubiese ofendido ú olvidado, y cumplido este deber postrero, sintió que su alma quedaba aliviada de un peso enorme.

Después de algun tiempo verificó su traslacion á Paris, y á poco vió en la mayor consternacion la familia que consideraba ya como suya. Silvela el padre estuvo á pique de sucumbir á la violencia de una pulmonia en enero de 1828; recayó en febrero, y apenas convalecido lloró dos veces la pérdida del hijo que mas le auxiliaba en sus tareas profesoras; pero al fin lo vió salvado para consuelo de los suyos y utilidad de su patria. El espectáculo de tanta agitacion y zozobra, de que como el que mas participaba, influyó fatalmente en la salud de Moratin, y precipitó probablemente el acometimiento de su última enfermedad. El 21 de mayo aparecieron los primeros sintomas, que procuró cuidadosamente ocultar, hasta que fué sorprendido arrojando en frecuentes vómitos una materia negruzca y de alarmante apariencia. A costa de mil instancias consintió en que se llamase al médico, que á pesar de sus esfuerzos y el auxilio de los mas hábiles profesores de aquella capital, no pudo lograr mas que pasajeros alivios: no era dado al arte contener los progresos del mal; procedia de lesion orgánica. Por la noche del 20 de junio perdió el conocimiento, y á las dos de la madrugada del siguiente dia quedó su cuerpo en perpetua inmovilidad.

El cementerio del padre Lachaise recibió aquellos venerables restos, entre las solitarias calles que corren á la derecha de la capilla, en medio de las tumbas que cubren los cuerpos de Molière y Lafontaine. Ningun español amante de la literatura, al visitar la capital de Francia, deja de pararse á orar frente de un sencillo monumento, en cuyo pedestal, que sostiene una urna cineraria, se lee la inscripcion siguiente:

AQUÍ YACE

DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN,
INSIGNE PORTA CÓMICO Y LÍRICO,
DELICIAS DEL TEATRO ESPAÑOL,
DE INOCENTES COSTUMBRES Y AMENÍSIMO INGENIO:
MURIÓ EL 21 DE JUNIO DE 1828.

Allí en efecto, en tierra extranjera, yace un gran español, á quien la patria no ofreció bastante seguridad para morir tranquilamente en su seno. Hombre apartado de todo bando político, obediente á la autoridad existente de hecho ó de derecho, abstraído en sus estudios, propagador desde su retiro de una moral purísima y juiciosa, incapaz de dañar á nadie y de escitar, ni aun indirectamente, el desórden, anduvo errante largos años, no proscrito, sino ahuyentado por celos sobradamente justos. La opinion echaba de menos su presencia; solo el gobierno se mostraba indiferente.

Después de su muerte, las ediciones de sus obras se reprodujeron con rapidez, así en Francia como en España. La Academia de la historia quiso honrar su fama europea, cuidando de darlas á luz aumentadas con los *Orígenes del teatro español*, que adquirió y facilitó el rey Fernando VII; en algunos pasajes alteró el testo por respetos que ya no existen, y en sus elogios le tributó el homenaje que permitia la condicion de los tiempos.

A mas de los escritos sueltos y recopilados, existen otros trabajos suyos, ahora de propiedad particular, que no han visto la luz pública, entre ellos las observaciones hechas en sus primeros viajes, y una voluminosa correspondencia literaria. Salió bajo su nombre, y dudamos que fuese con su anuencia, una traduccion del *Cándido* de Voltaire. Algunas composiciones se le atribuyen con mas ó menos probabilidad: faltando su reconocimiento, serian precisas algunas pruebas para considerarlas auténticas. Ya hemos dicho que después de *El Sí de las niñas* tenia trazado el plan de otras comedias, que abandonó por motivos de disgusto, superiores á su valor y no desvanecidos por los acontecimientos sucesivos. Con mayor tranquilidad de espíritu hubiera sin duda enriquecido con nuevos tesoros nuestra literatura.

Si fué severo con las obras de los demás, no era mas indulgente con las propias. Cuando manifestaba satisfaccion por lo que habia escrito, este natural movimiento no era de vanagloria, sino de fe en sus principios. Así es que corregia y limaba sin cesar con una minuciosidad escrupulosa y descontentadiza, unas veces con acierto y otras con desgracia, como pintor, que suavizando los contornos les quita la rústica pero varonil energía de su primera concepcion.

Moratin llevó á feliz remate la empresa acometida por su padre de variar el gusto y las ideas del público, y de reformar el teatro nacional segun los principios del puro clasicismo que ardientemente profesaba. Se halló solo en esta empresa; pues en aquella época no se presentaron ingenios capaces de ayudarle en tan difícil tarea, y cuando él desapareció, al instante se relajaron las severas reglas que habia prescrito con la discusion y con el ejemplo. En la literatura estaban concentradas todas las fuerzas de su actividad intelectual; solo en este campo era esforzado: hombre, y aun jefe de un partido, lo dirigia, pero no lo acaudillaba. Tuvo innumerables admiradores, pocos secuaces y ningun discípulo. Retirado, frio, casi esquivo, concedia difícilmente su intimidad; pero una vez concedida, la prodigaba sin tasa. Conocia á fondo la sociedad, como que tan al vivo la retrató; pero se mantuvo de ella á respetuosa distancia, para mejor observarla desde todos sus puntos de vista. Variarán las opiniones sobre los medios de agradar y de conmover; pero Moratin, que agradó y conmovió, será siempre venerado como uno de los grandes maestros del arte, como un autor de inmensa influencia sobre su siglo, como el Molière español.

OBRAS

DE

DON NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

OBRAS DE MORATIN (D. NICOLAS).

POESIAS.

ANACREONTICAS.

I. A mi libro.

Dime : ¿dónde caminas
Tan solo y confiado,
Sin protector alguno,
Librito desdichado?
¿En qué elegancia fías
Tu aprecio y tu despacho?
¿Que crítico piadoso
Te aseguró el aplauso?

Cuando en ti contuvieses
Los versos que cantaron
Con sonoras letras
El Píndaro y Horacio,
De Mevius y de Zoilos
No padieras librarlos,
Pues aun al propio Homero
Se le atrevió Aristarco.

Siendo esto así, no temas
El verte censurado,
Que no es toda censura
Prueba de que eres malo;
Y mas en este tiempo,
Que en la corte de Carlos
Con muchos los que juzgan,
Mas los que aciertan raros.

II. A mi Musa.

Saldrás á ver la corte,
O inquieta Musa mia;
Mas pues así lo quieres,
Oye mis profecías :

Pararás en las manos
De aquellos que critican
Sin leer todas las obras,
Y al punto las arriman.

Después irás á aquellos,
Que en un verso querrian
Ver armas, gaitas, muertes,
Chama y melancolías.

Los necios presumidos,
Leyendo lo que digas,
Dirán muy satisfechos:
Esto yo me lo haria.

Los soberbios letrados,
Que solo horror fulminan,
Dirán : ¿que haya quien gaste
El tiempo en niñerías!

Serás en las tertulias
Canto á unos, á otros risa;
Y alguien dirá : ¿es acaso
Cecilia la poeta?

Mas aunque eres humilde,
De los doctos confía,
Aunque no con aprecio,
Que con piedad te admitan.

También, ¿oh favor grande!
Entre sus almohadillas
Pa, que albergue amable

Te den las madamitas.

Solo para con estas
Llevas permision mia
De dar satisfacciones,
Si acaso te replican.

Dilas que tú sus gracias
De cantar no te olvidas,
Su beldad, el cortejo,
La blonda ó la basquiña.

Di que tengan paciencia,
Y en fin, ó Musa, dilas,
Que como ellas te apoyen,
Lograste ya tu dicha.

Esta será tu suerte,
Y así nunca me digas,
Cuando mal te suceda,
Que no fuiste advertida.

III. Motivo de escribir mi obra

(el Poeta).

Yo á cantar me aprestaba
Las armas españolas,
De Cortés y Pizarro
Las incultas victorias.

A nuestro ardor sujetos
Los reinos de la aurora,
Las gentes dominadas,
Las tributarias flotas.

Al Córdoba escelente,
Y al Cevallos, que ahora
Del portugués en Indias
Conquistó las colonias.

Al atrevido Aranda,
Que cuando á Almeida toma,
Con sus triunfantes armas
Puso espanto á Lisboa.

Al gran Carlos Tercero,
Que mandando sus tropas
Del Sebeto la orilla
Manchó con sangre roja.

Pero la musa... tente,
Me dijo imperiosa,
Muchacho temerario,
¿A cuál golfo te arrojas?

La avilantez repites
Del que con furia loca,
Con derretidas alas
Dió su nombre á las ondas.

Muy débil es tu aliento
Para atronar con ronca
Voz el orbe al estruendo
De la guerrera trompa.

Solo á cantar alcanzas
Tu pasión amorosa,
Las damas de la corte,
Sus lazos y sus cofias.

Mas si aspirar pretendes
A empresas mas heróicas,
Limpia á Madrid del vicio,
Cual Juvenal á Roma.

Con satírico verso,
Que al suyo contrapongas,

Ridiculiza el vicio,
Y haz la virtud famosa.

Destierra el ocio infame,
Y extravagancias todas,
A que por su capricho
Los hombres se abandonan.

Solo así serás digno
Del cristal de Beocia,
Y así solo en Parnaso
Se adquiere la corona.

IV. Aventura.

Era yo pequeñito,
Y aun no contaba un lustro,
Cuando llegué jugando
A un romeral inculto.

Allí la blanca rosa,
Allí el clavel purpúreo,
Y el lirio azul formaban
Paraíso segundo.

La Primavera y Flora
De esquisito dibujo
Tendieron sobre el suelo
Tapetes amatuntos.

Las flores y cantueso,
Tomillo y sépol mustio,
Perfumes evaporan
Hinchoendo el aire puro.

Sobre laureles nobles
Alternan por su turno
Las tórtolas quejidos,
Las palomas arrullos.

Aquí yo fatigado
Una siesta de julio
Me recosté á la sombra
De un arrayán fecundo.

Dormidome hube apenas,
Cuando del valle oculto
De abejas un enjambre
A mí se viene junto.

Unas se me pusieron
Sobre mi rostro pulcro,
Que entonces no cediera,
Ganimedes, al tuyo.

Otras sobre las manos
Y sobre el pelo rubio,
Y otras colmena hicieron
Mis labios rubicundos.

Allí un panal fabrican,
Y yo entre sueños chupo
Goloso la miel nueva,
Y el paladar endulzo.

Despiértanme las aves
Con su blando susurro;
Y cantar dulcemente
Desde entonces procuro,

No las terribles armas
De Marte furibundo;
Mas si de amor y Venus
El regocijo y gusto.

V. *Los Dos Niños.*

Era yo niño, cuando
 Por un bosque vagando,
 Hallé otro niño hermoso,
 Que alegre y presuroso
 Se acerca, y abrazóme;
 Un dulce beso dióme,
 Y halagüeno á mi oído
 Dice: yo soy Cupido,
 Hijo de Marte y Venus.
 Mi ciencia te interpreta
 Que serás gran poeta;
 Pero mayor amante,
 Y así nunca te espante
 Acometer osado
 Al mas alto imposible,
 Pues te será accesible
 Si de ti soy cantado.
 Yo, triste, confiado
 De sus voces traidoras,
 Cuerdas pulsé sonoras.
 Al númen engañoso
 En verso numeroso
 Celebré reverente,
 Y amé á Doris luego;
 Pero en vez del sosiego
 Que esperé vanamente,
 Hallé fatiga y penas,
 Prisiones y cadenas.
 En doloroso acento
 A solas me lamento
 Del niño alevé y doble:
 Pues yo obré como noble,
 Y él como fementido:
 Yo cumplí mi palabra,
 Y él no me la ha cumplido.

VI. *El Nido de Amor.*

El hijo de Venus,
 El falso Cupido,
 Entróse en mi pecho
 Cuando era yo niño.
 Los ojos cubría
 De un volante sirio,
 Aljaba en el hombro
 Sonaba con tiros.
 Batió sus alas
 De luces y visos,
 Y al lado siniestro
 Fabrica su nido.
 Allí se me esconde,
 Y allí es su retiro:
 De Chipre se olvida,
 De Pafos y Gáido.
 Pero en tales fuegos
 Ardí el pecho mío,
 Que abrasó sus alas:
 Volar no ha podido.
 Yo misero, lloro,
 Lamento y le digo:
 ¿Qué placer encuentras,
 Alevé Cupido?
 O bien afrentado,
 O ya compasivo,
 Lleva tus incendios
 A lugar mas digno.
 Hierde á los que nunca
 Rindió tu dominio;
 Que apenas soy sombra
 De lo que ya he sido.
 Y si tú me pierdes
 (Déjame decirlo),
 ¿Quién habrá que ensalce
 Tus hechos invictos?
 Este acento débil,
 Este canto mío,
 Es la mayor gloria
 Que tienes, Cupido.

Con ellos aplaudí
 Los ojos y rizados,
 La mano tornátil,
 El pié pequeñito,
 La boca fragante
 Y el hablar divino
 De la niña mía;
 Y así, hermoso niño,
 Esfuérzate, y vuela
 A pechos altivos,
 Y rinde los héroes;
 Que yo ya me rindo.

VII. *El Sueño.*

Hay una gruta
 En la olorosa
 Alcarria umbrosa,
 Entre zarzales
 Y peñascales
 De humilde arroyo,
 Que en sus honduras
 Suena aguas puras,
 Y coge el Arias
 Para llevarlas
 Al rico Tajo,
 Que está allá abajo.
 La gruta enfrian
 Los ceñrillos,
 Que entre tomillos
 Vagan soplando.
 Muy trasparente,
 Casi á la entrada,
 De agua filtrada
 (La cual resuda
 La peña ruda)
 Poza ha formado
 El destilado
 Humor deshecho,
 Que desde el techo,
 Cayendo grato
 De rato en rato,
 Forma sonido
 Blando al oído,
 Y hace pompillas
 En las orillas.
 A guarecerme
 De ardiente siesta
 Niño y cobarde
 Llegué una tarde,
 De angustia lleno
 Y acalorado.
 Llevé en el seno
 Diversas flores
 Que dan olores;
 Y recostado
 Con pueril ceño,
 Súave sueño
 Me dejó en calma
 La débil alma;
 Las florecitas
 De las manitas
 Se me cayeron.
 Luego vinieron,
 Trayendo corvas
 Largas florbas
 Las nueve hermanas,
 Niñas lozanas,
 Muy amorosas.
 Rojos claveles,
 Lirios y rosas,
 Forman calceles
 Al pelo de oro;
 Que con decoro
 Esconde á trechos
 Los albos pechos
 Como la nieve.
 Arrullo leve
 De la que alterna
 Tórtola tierna

Oigo, y suspiro,
 Y en sueños miro
 Que las doncellas
 De flores bellas
 Me dan corona,
 Y de Helicon
 Y Aonia fuente
 Bañan mi frente.
 Erato hermosa,
 Que á Venus canta
 Con gracia tanta,
 Su dulce boca
 Une á la mía,
 Y allí imprimía
 Ardiente beso,
 Con muy travieso
 Abrazo junto.
 Desde aquel punto
 Quedé inflamado
 Y enamorado
 Súavemente.
 Iras y horrores
 Del fiero Marte
 Vayan aparte;
 Solo la risa
 De mi Doris,
 Y el cerco ondoso
 De oro precioso
 Que orna su frente,
 Y la hermosura
 Celeste y pura,
 Que absorto admira
 El universo,
 Canta mi verso,
 Suena mi lira.

VIII. *La Barquerilla.*

En la olorosa,
 Aspera Alcarria,
 Antes que el Tajo
 Reciba al Arias,
 Corriendo lentas
 Sus verdes aguas,
 En un remanso
 Hay una barca.
 No la que ofrece
 Zorita la alta,
 Que al trato sirve
 De puente vaga;
 Sino en la selva
 Mas solitaria,
 Con cañamares,
 Nogueras anchas,
 Sabina, enebro,
 Junco y retamas.
 Llegué aquí el día
 Que en Libra iguala
 Cintio las boras,
 Y él tramontaba.
 Vi una barquilla
 Muy adornada
 Con gallardetes,
 Tendal y varias
 Flores, que penden
 Haciendo sartas.
 Una barquera
 Hallé bizarra,
 De pocos años
 Y muchas gracias.
 Sola y dichosa
 Cantando estaba,
 Libre de penas,
 De envidia y saña.
 La barca piso,
 Que desamarra,
 Y á la maroma
 Va la zagala.
 Cógela pronta
 Con tierna palma,

Y el plé siniestro
 Luego adelante :
 Gracioso zuño
 La hermosa cara
 Pone, y á fuerza
 La tierra aparta.
 Tanto silencio,
 Modestia tanta,
 Me deja absorto
 Mas que sus gracias ;
 Ni á hablar me atrevo,
 Que aunque sin armas
 Temor inspira
 La virtud santa.
 Mas cuando el medio
 Camino falta,
 Veis numerosa
 Sonora banda
 Que de perdices
 Atravesaba.
 No me detengo,
 Pongo á la cara
 Mi arcabuz, tiro,
 Cae una al agua :
 La misma sesga
 Corriente mansa
 La va trayendo,
 Y ella la alcanza.

Ninfa, la dije,
 De esta comarca :
 Mi don casalcen
 Las circunstancias ;
 Y aunque pequeño
 Mirale grata,
 Que acaso ofrezco
 También el alma.
 Ella modesta
 Y avergonzada,
 Tímó la nieve
 Con escarlata,
 Y agradecida
 Paró la barca.
 Las puras ondas
 Su curso paran ;
 El rico Tajo,
 A quien la Alcarria
 No le ve anciano
 Cual Lusitania,
 Sino que jóven,
 Sobre pizarras
 Y entre albareñas
 Olivas marcha,
 Envidioso
 La frente alzaba,
 Que balsaminas
 Se la enguinaldan.

Cuando á mi ruego
 La vi ya humana,
 Dije : si gustas,
 Barquera, canta.
 Cantó..... Fecundo
 Bosque de Palas,
 Junqueras verdes,
 Silvestres cañas,
 Que el eco oísteis
 De mi serrana,
 Su melodía,
 Donaire y gracia :
 Decid si oyeron
 Dulciquas barcas
 Tanto á sirenas
 Sicilianas.
 Las soledades
 De aquella estancia,
 La sombra oscura
 Que se adelanta,
 Fresco favonio,
 Mareta blanda,
 Y el manso arrullo
 Que entre espadañas
 Forman las olas
 De aquellas playas ;

Todo suspende,
 Todo arrubata :
 Naturaleza
 Padece calma.
 Cantó las selvas
 Y sus ventajas,
 Con voz sonora
 Y regalada.
 Cantó la pompa
 Fugaz y vana
 De la opulenta,
 Soberbia Mantua.
 Yo, á quien hechiza
 Dulzura tanta,
 Dije : Barquera,
 ¡ Oh ! si duraran
 Navegaciones
 Tan fortunadas,
 Para que juntos
 Fuéramos basta
 Do no bararon
 Quillas hispanas !
 Cupido mismo
 Sentado en la alta
 Popa, la nave
 Nos gobernara.
 Venus en rica
 Concha de nácar,
 O Galatea
 Sobre las aguas
 Te juzgaria ;
 Mas débil aura
 Ya el leño en esta
 Ribera encalla.

Salgo á la tierra
 No deseada,
 Cuando la noche
 Del cielo baja.
 Adios, Barquera,
 Dije, gallarda :
 Adios... Y al labio
 La voz le falta.

IX. Súplica despreciada.

Erato, dulce musa,
 Que con sonoras voces
 Cantas del ciego niño
 Delicias y rigores :
 Dictame aquellos versos,
 Que al son de lira acorde,
 Modulaba festivo
 El teyo Anacreonte.
 Así dije, y la ninfa
 Con agrado escuchóme ;
 Mas Cupido la mira,
 Y el pérido rióse.
 De este amante, la dijo,
 Me alegran los dolores ;
 No permitas que cante,
 Yo le mando que lllore.

X. El Arroyo.

Vagaba por los montes
 Un arroyuelo humilde,
 Jamás acostumbrado
 A salir de su linde.
 Viniéronle deseos
 De ver el mar horrible,
 Movido de las cosas
 Que de él la fama dice.
 Y con ocultos pasos,
 Entre espadaña y mimbres,
 Hizo que por el valle
 Sus aguas se deslicen.
 Ya que llegó á la orilla
 Que las ondas embisten,

Los peligros le asustan,
 Los golfos y las sirtes.
 Y cuando ver creía
 Palacios de viriles,
 Y en trono de corales
 Neptuno y Anfitrite,
 Halló las bramadoras
 Tempestades terribles,
 Cadáveres y tablas
 De naves infelices.
 Atrás volver el paso
 Quiso ; pero lo impiden
 Erizados peñascos,
 Montes inaccesibles.
 Sin amparo en la tierra,
 El de los cielos pide :
 ¡ Hubo marinos dioses
 Que él no invocase humilde ?
 Pero á su ruego sordos
 La súplica no admiten ;
 Que haber suele ocasiones
 En que el llanto no sirve.
 Así sucede al hombre,
 Que su quietud despide,
 Y á los vicios se entrega
 Que halagüenios le brindan.
 Que al verse aprisionado
 Entre pasiones viles,
 Salir intenta cuando
 Salir es imposible.

XI. Fuga inútil.

Armaba Amor el arco
 Para con él tirarme ;
 Yo en fuga presurosa
 Evitaba su alcance.
 Y cuando me creía
 Seguro, por los aires
 Vino un dardo, y mi pecho
 Pasó de parte á parte.
 Rióse Amor, y dijo :
 Necio, huir es en balde,
 Que mis flechas alcanzan
 De poniente á levante.

XII. Canto á Dorisa.

Busca, busca, Pizarro,
 Quien tu aliento bizarro
 Celebre dignamente
 Al son de la trompeta ;
 Busca, busca poeta,
 Que tus hazañas cuente,
 Y á todo el mundo asombre
 Con tu famoso nombre ;
 Porque yo no me atrevo,
 Ni puedo enfurecerme.
 No me trasporta Febo,
 Venus y Amor me influyen,
 Tus triunfos se me huyen,
 Y no me arrojo á tanto ;
 Mi voz es tierno llanto ;
 Busca pues quien te cante,
 Que yo á Dorisa canto.

XIII. A Dorisa.

Yo por region tranquila
 Libre me paseaba,
 Cuando encontré á Cupido
 Armado con la aljaba.
 Al punto el arco toma,
 Y contra mí dispara
 Con sinrazon alevé,
 Con cólera inhumana.

Yo del rigor huyendo,
Ya en el bosque me entraba,
Ya formaba mi escudo
De peñas y de ramas:
Fugitivo, acosado,
Vine á dar donde estabas,
Dorisa, cuyos ojos
Me hirieron en el alma.
No sé qué nuevo hechizo
Tuvieron tus miradas,
Que el riesgo que iba huyendo
Ya le solicitaba.
No escapé á tus ojuelos,
Aunque escapé á las jaras,
Y así huyendo del fuego,
Vine á dar en las llamas.

XIV. Amor aldeano.

Hoy mi Dorisa
Se va á la aldea,
Pues se recrea
Viendo trillar.
Sigola aprisa:
Cuantos placeres,
Mantus, tuvieres,
Voy á olvidar.
Que ya no quiero
Mas dignidades:
Las vanidades
Me quitó Amor.
Ni fama espero,
Ni anhelo á nada:
Solo me agrada
Ser labrador.

Voy amoroso
Para serviria,
Quiero seguiria
Por donde va.
Verá el hermoso
Trigo amarillo,
Luego en el trillo
Se sentará.

Yo iré con ella,
Y el diestro brazo
En su regazo
Reclinare.
La ninfa bella
Me dará vida
Agradezida,
Viendo mi fe.

De esotros trillos
Que estén mas lejos
Los zagalejos
Me envidiarán.
Mil cupidillos,
Viendo á la bella,
En torno de ella
Revolarán.

Yo alborozado
Con dulces sonos,
Tiernas canciones
La cantaré.
Ni habrá cuidado,
Ni habrá fatiga,
Que con mi amiga
No aliviaré.

XV. A los ojos de Dorisa.

Ojos hermosos
De mi Dorisa:
Yo os vi al reflejo
De luces tibias.....
¡Noche felice,
No te me olidas!
Turbado y mudo
Quedé á su vista,

Susto de muerte
Me atemoriza,
Y solo huyendo
Pude evadirla.
Ojos hermosos:
Yo así vivia,
Cuando Amor flero
Gimió de envidia.
Quiso que al yugo
La cerviz rinda,
Y os me presenta
Con pompa altiva
Una mañana,
Cuando ilumina
Febo los prados
Que abril matiza.
Vi que con nuevas
Flores se pinta
El suelo fértil,
La cumbre fria:
Los arroyuelos
Libres salpican,
Sonando roncós,
La verde orilla:
Gratos aromas
El viento espira,
Cantan amores
Las avecillas.

Ojos hermosos:
Yo me aturdia,
Cuando me ciega
Luz improvisa,
Con mas incendios
Y mas ruinas
Que si centellas
Júpiter vibra.
Nunca posible
Será que diga
Que pena entonces
Me martiriza.
¡Qué feliz era,
Qué bien hacia
Mientras huyendo
Sus fuegos iba!

¡Ojos hermosos!
Si conocida
A vos os fuese
Vuestra luz misma,
O en el espejo
La reflexiva
Tanto mostrara,
Conoceríais
Qué estrago al orbe
Se le destina,
Bien con enojos,
Bien con delicias.
¡Ay, cómo atraen,
Cómo desvian,
Cómo sujetan,
Cómo acarician!

Piedad, hermosas
Lumbres divinas,
De quien amante
Os solemniza.
Y si á mi verso
La suerte amiga
Da que en el mundo
Durable exista,
Aplauso eterno
Haré que os siga,
Y en otros siglos
Dareis envidia.

XVI. A Dorisa, exhortándola al estudio de la poesía.

Dorisa, si pretendes
Aplauso y fama eterna,
A obsequios de las musas
Tus años encomienda.

Estas dulces, afables,
Bellísimas doncellas,
Harán que de la muerte
Siempre vivas exenta.
Ellas dan regocijo,
Y el consuelo franquian:
Ellas dan el descanso,
Y el júbilo dan ellas.
La gracia y el donaire,
La voz y la belleza,
Los años lo arrebatan,
Y á no volverlo llevan.

Pero á los dulces verso
Y sonoras cadencias,
Del arte producidas,
El tiempo no hace mella.

Del alto Guadarrama
Las rocas y las breñas
Verás faltar primero,
Que estos versos perezcan
Fué Safo la mas docta
De las muchachas lesbias
Y si no mas horrible,
No fué la menos fea.

No obstante, por sus ve
Empezó vida nueva,
Después del precipicio
De la léucada peña.

Viviendo la burlaban,
Muriendo la celebran,
Por ser grande en el nóm
La que en cuerpo pequeño
No la fealdad sola,

Mas la misma belleza
Al valor de la musa
Rendida se confiesa.
Hermosa fué Corina

Entre las damas griegas,
Y en nuestra edad ningún
De su beldad se acuerda.

Pero celebran todos,
Que en métrica contiende
Triunfó por cinco veces
Del Pindaro de Tebas.

Marchitarán los años
Tu juventud risueña;
Pero borrar los versos
Al tiempo se le veda.

Vivirás celebrada
En la edad venidera,
Y no como á los necios
Te ocultará la tierra.

No son á las mujeres
Imposibles las ciencias;
Nicostrata responda,
Sabá é Hipsicratéa.

Animo pues, hermosa,
Tú sígueme, y no temas;
Remóntate conmigo,
Y hasta el Parnaso vuela.

XVII. El Premio del ca

Dame la limetilla
Con el Pedro-Jimenez,
Dorisa, si me pides
Que tus años celebres.

De este néctar los dios
En sus convites beben,
Y en copa de oro á Jove
Le sirve Ganimedes.

Este licor suave
Da favores alegres,
Disipando del alma
Inquietudes crueles.

Este licor el núnen
Para cantar enciende;
Y así, mientras de rosa
Me coronan las sienes,

Y añado cuerdas de oro

La tira lociente,
Para que el plectro dócil
Sea delicado preste;
Dorisa, si me pides
Que tus años celebre,
Dame la limetilla
Con el Pedro-Jimenez.

VIII. *Grato recuerdo.*

¡Noche postrera
Del mes de marzo,
Que última fuiste
De mis trabajos!
Todo tu giro
Yo desvelado
Ni envidié el sueño,
Ni su descanso.

¡Noche dichosa!
Tengo jurado
De venerarte
Todos los años,
Para memoria
De bien tan alto,
Y agradecido
Daré holocausto.

Una cordera
Yo te consagro,
Que entre las altas
Yerbas del prado
Crece con brincos
Y retozando:
De adormideras
Y de mastranzas,
Tobas y murtas
Te la enguinaldo.

Vosotros finos
Amartelados,
Que ser felices
Vais esperando:
Cuando tal noche
Llegue, alegraos,
Y aun obligadla
Con el encanto
Para que os traiga
Propicios hados.

Yo a sus tinieblas
Prometo, en tanto
Que el cielo oscuro
Doren los astros,
De celebrarlas
Cor himno sacro;
Pues ellas fueron
Las que premiaron
Una esperanza
De muchos años,
Con las delicias
Que gozo y callo.

XIX. *Disculpa de un error.*

Niña, mal haya
Mi vida siempre,
Si yo lo dije
Por ofenderte.

Fulmine el cielo
Rayos crúeles,
Y el mar en ondas
Fiero me anegue.

Los elementos
Tu injuria venguen,
Si yo lo dije
Por ofenderte.

Tenme por hombre
Falaz y aleve,
Nunca me juzgues
Por inocente;
Jamás tus ojos
Mire yo alegres,

La luz que al orbe
Le dan, me nieguen;
En tu desgracia
Eternamente,
De ti apartado,
Muriendo pene;
Nunca sin odio
De mí te acuerdes,
Si yo lo dije
Por ofenderte.

XX. *Amante feliz.*

Venci, venci, Cupido,
Madre Venus, Amores,
La celestial Dorisa
Ya por fin apiadóse.
Cefidme de guirnaldas,
Coronadme de flores,
Y deshoja los mirtos
Sobre mi frente jóven.

Yo vi los claros ojos
Vibrando resplandores,
Que entre negras pestañas
Amorosos se esconden.
Yo vi la hermosa boca,
Que respiraba ardores
Y fragantes aromas
Y el néctar de los dioses,
Pronunciar entre perlas
Suavísimas razones,
Que el pecho me colmaron
De un consuelo sin nombre.

Dichosas mis fatigas
Y mi ardimiento noble,
Que merecer pudieron
Tan ricos galardones.
No, Aurora, te apresures
A humedecer los montes,
Ni a Febo le permitas
Que con su luz los dore.

Haz que su carro vuelque
Y dilate la noche,
Y eternamente cubra
De tinieblas el orbe.

No desvelas tan presto
A los cansados hombres;
Deja que ellos sosieguen,
Y que un amante goce.

XXI. *El Vino dulce.*

Venus y Baco un día
Quisieron que yo apure,
Ella sus confituras,
El otro sus azumbres.

Cada cual a su bando
Procura que me junte:
Yo dije, que ninguno
Tomase pesadumbre.

Que a entrambos serviría
Con mil solicitudes;
Y porque ni Dione
Ni Bromio se disgusten,
Ser goloso y beodo
Es cosa que me cumple;
Y así, beberé vino,
En siendo vino dulce.

XXII. *La Vida poltrona.*

Ahora que he comido
Aun mas que troglodita,
Y como un sibarita
O un tudesco he bebido,
Y el cielo oscurecido
En el diciembre helado
Tiene el suelo mojado,
Y la tarde es pesada,

Y el teatro me enfada
Por tanto desatino,
Echame otra vez vino,
Y tiéndeme la cama,
Muchacha remolona,
Y sobre mi persona
La manta palenciana
De veinte y cinco libras
(Que es tara de mosquete),
Y desde el pié al copete
Envuélveme, chiquilla.
El llover me molesta,
Y dormiré una siesta
Poltrona á maravilla.
Y si algun majadero
Viene, no hay que llamarme;
Que despertar no quiero
Sino para acostarme.

XXIII. *Todas merecen.*

Agradánme las feas
Porque son agradables,
Y las que son hermosas
No es mucho que me agraden.
Me gustan las morenas,
Que son algo marciales,
Y las blancas, que tienen
El rostro como un ángel.

Las de los ojos negros
Con imperio me atraen,
Y los ojos azules
Son ojos celestiales.

Me encanta el rubio pelo
Al oro semejante,
Y el negro, que en los hombros
Cándidos se dilate.

Son para mí heroínas
Si son altas y grandes,
Y damas señoritas
Las que no fuesen tales.

La gruesa me parece
Matrona respetable,
Y ninfa delicada
La que es un poco grácil.

Que el ser de buen contento
Es cosa muy loable,
Segun dicen antiguos
Filósofos morales.

Por eso todas ellas
Logran enamorarme;
Y ¿veis cómo soy hombre
Prudente y razonable?

XXIV. *Gocemos hoy.*

Hernando, si la vida
Es círculo tan breve,
Que apenas se comienza
Ya vemos que fenece;

Si el día que se pasa
Jamás al mundo vuelve,
O bien se llora triste,
O bien se goce alegre;

Si los graves cuidados
Aceleran la muerte,
Y solo sabe huírlos
Quien como tú es prudente;

Merezca tu desvelo
Lo que enmendarse puede;
Y de lo inevitable

Ni aun quiero que te acuerdes.
Brindemos dulces vinos
En plácidos banquetes,
Y con laurel y yedra

Coronemos las sienes.
Después de haber bebido
La cítara se temple,
Y cantemos suaves
Amores y desdenes.

Recibe á la fortuna
Si á tus umbrales viene;
Mas no para alcanzarla
Te afanes y desveles.
Pues es virtud y fuerza,
Mostrar ánimo alegre
En las adversidades
Que remediar no puedes.

XXV. *Todos son locos.*

Burla y desprecia el joven
Los juegos de los niños,
Y ya varon se rie
De lo que joven hizo.
Estos al viejo insultan
Rezador y aburrido,
Que en su dictámen terco
No se allana á sufrirlas.
Ninguno se retracta;
Y yo en discordia digo,
Que todos razon tienen,
Que todo es desatino.

XXVI. *Corta poder de los hombres.*

Dime dónde se oculta
El día que se pasa,
Con qué llave se encierra,
O si es de bronce el arca;
O dime, si tú sabes,
Con qué máquina ó trampa
Se suspenderá el curso
Que nuestra vida acaba;
O si con cien millones,
O con mas, si no bastan,
Retardará su golpe
La muerte sobornada.
Si con dinero ó letras
Se puede hacer, despacha,
Si no, tu hacienda es polvo,
Y tu ciencia ignorancia.

XXVII. *Mi golosina.*

No como Anacreonte
El lirico poeta,
A quien siempre beoda
Dictó la musa teya;
Ni como el otro amante
De Lálage y Glicera,
Cuya lira latina
Compite con la griega;
Tengo por Hipocrene
La tinajilla añeja,
Ni es mi Libetra el jarro,
Ni Helicon la botella.
Ni tampoco reparo,
Si mi vino se acuerda
Del viñadero moro
Que le apretó la tuerca.
A mí las nueve hermanas
Su influjo me franquean
Mejor con la dulzura
Que no con borracheras.
Antes que de mosquitos
Cercado iré de abejas;
Mas por los colmenares,
Que no por las bodegas.
Y así, Dorisa, al punto
Saca de la despensa
La almibar lusitana,
Con plato á la chinesca;
O el tarro en que se guarda
La pinciana conserva,
Con acitron de Murcia,
Las orzas de Valencia;
O un terron duro y blanco
De la miel alcarreña,

Que en romerales liban
Mis aves aristetas.
Y en una rebanada,
Como las hostias mismas,
Estiéndola tú propia
Con esas manos bellas.
Y luego dame un vaso
De cristal de Venecia
Con agua clara y fria,
Que en los dientes la sienta.

Con esto sí que el pecho
Se endulza y se consuela,
Y ya la voz suave
Para cantar se apresta.
De laureles y rosas
La guirnalda me tejan
Las niñas delicadas
Como á joven poeta.

Que no quiero corona
Como la que nos muestran
Del Baco semelejo,
Con pámpanos y yedra.
Entonces si que alegre
Cantaré de manera,
Que haré que suene ronca
La cítara de Tebas.

Despacha; mas si gustas
Que yo del vino beba,
Alcanza de Peralta
La ensogada limeta,
La de Jerez y Rota,
O el canarino néctar,
O aquella que escogida
Remite Valdepeñas.
Gustaré con templanza,
Pero no á la tudesca;
Y si á brindar me obligas,
Con golosina sea.

XXVIII. *Escelencias del ingenio sobre las riquezas.*

Fortuna puede hacerme
Rico, dándome renta,
Y á ti no podrá, necio,
Hacerte un gran poeta.
Que al fin me haga á mi rico
Puede ser que suceda;
Mas que te dé á ti ingenio,
No es posible que sea.

XXIX. *A un rico ignorante.*

Dios y el rey á porfía
Parece compitieron
Con los dos en favores,
Y nos enriquecieron.
El rey, de sus bajeles
Descargó el rico peso
Para llenar tus arcas
Del oro macilento.
El soberano, el grande,
El alto y el inmenso
Dios no me dió riquezas;
Pero me dió el ingenio.
Con él me dió la gracia
De no ser avariento,
Y el rey no puede darte
De tu hacienda desprecio.
Y así eres vil esclavo
De tu propio dinero,
Sin valor de gastarlo,
Con temor de perderlo.
Yo no temeré nunca
Perder lo que no tengo,
Ni el no tenerlo lloro,
Ni á conseguirlo anhele.
Consumiran tu hacienda
Notarios y herederos,
Y en la mía no tiene

Jurisdiccion el tiempo.
Cuando tú y tus doblones
Esteis cenizas hechos,
Cuantos amen las musas
Celebrarán mis versos.

XXX. *Mi pobreza.*

Confieso que soy pobre,
Y que lo he sido siempre;
Mas no de ruin estirpe
Ni viles procederes.
Todos me leen y dicen,
El *Moratin* es este,
Y tengo fama en vida
Mas que muchos en muerte.
Desde el Nilo te sirve
La tórrida Siene,
Y en tu rancho trasquilas
Rebaños como nieve.
Yo soy pobre, tú rico;
Pero con cuanto tienes
No es posible que compres
El nimen que me enciend

XXXI. *Hambre é inapetencia.*

Muchos que comer tiene
Pero no tienen ganas;
Otros estan hambrientos
Y que comer les falta.
El tener uno y otro
No debo á herencia ó tram
Solo á Dios se lo debo;
A Dios pues doy las gracia

XXXII. *El sabio y el rico.*

Soy pobre, pero tengo
Virtud que me consuele;
Y no envidio, Licino,
Tu grandeza y tus bienes.
Admiracion y aplauso
Mis números adquieren,
Y tengo fama en vida
Mas que muchos en muerte.
Los techos de tu casa
Cien columnas mantienen,
Y encierras en tus arcas
Las minas de occidente.
Mas no con todas ellas.
Y aun si dobladas fuesen,
Adquirir lograrías
El nimen que me enciende.
¿Y he de envidiarte, cas
Lo que soy ser no puedes?
Lo que eres tú, cualquiera
De la ignorante plebe.

XXXIII. *La mujer humil.*

Claudio, en toda la tierra
No hay cosa mas sublime,
Ni de valor mas grande,
Que la mujer humilde.
En tal virtud se cifran
Escelencias insignies:
Ni el oro de la Arabia,
Ni Tarsis la compiten.
Así venció Briseida
La cólera de Aquiles,
Y apiadó Sisigambis
Al macedon terrible.
Una mujer soberbia,
Aunque mirando hechice,

(*) Esta anacronística parece ser la rigida, en la cual hemos suprimido el que se repiten.

Con toda su belleza
Es monstruo aborrecible.
Por eso, ya que el pecho
A una pasión rendiste,
Leonora te la inspira,
Que es hermosa y humilde.

XXXIV. *La fama póstuma.*

Musa, dame coronas,
Dije, que ya he cantado,
Y es consecuencia justa
El premio, del trabajo.
Pero desde la cumbre
Florida del Parnaso
Voló la niafa, y dice:
¡Oh, joven temerario!
Si algún honor merecen
Tu sùmen y tu canto,
La vida siempre estorba
Para adquirir aplausos.
Porque la torpe envidia
Con atrevida mano,
Arranca de las sienas
Coronas que reparto.
Mas para que no juzgues
Que el odio puedo tanto,
Que en olvido oscurezca
Versos que yo he dictado.
Sabe que un monumento
Erigiste mas alto,
Que el de tu rey ilustre
Magnífico palacio.
Y cuando Labitina
En el sepulcro avaro
Te precipite, y callen
Los afectos humanos,
Entonces fama eterna
Hará tu nombre claro,
Y sobre tus cenizas
Se hacinarán los lauros.

XXIV. *A don Agustín de Montiano y Luyando.*

Soñé que al hijo rubio
De Latona dije esto:
Para aprender, Apolo,
Enséñame tus versos.
Enséñame, dije,
Y él me respondió: necio,
No los hago, que solo
Influyo para hacerlos;
Pero si ver procuras
Los mejores modelos,
Y tanto, que por míos
Los adopto yo mismo,
Vete a la imperial corte
Del gran Carlos Tercero,
Y al trágico Leginto
Busca, busca al momento.
Ballarásle en su estudio
Consonancias midiendo,
Cotejando las obras
De latinos y griegos.
Verás allí un estante
A su lado derecho,
Y un legajo precioso
Con diferentes metros.
Los mas son manuscritos,
Y muchos hay impresos,
Que estarlo merecian
En mármoles eternos.
Por señas que allí dice:
Montiano los ha hecho;
Repáalos, y aprende,
Que aquellos son mis versos.

XXXVI. *A los días del coronel don José Cadahalso.*

Hoy celebro los días
De mi dulce poeta,
Del trágico Dalmiro
Blason de nuestra escena.
Venga la hermosa Filis,
Y mi Dorisa venga,
Dorisa la que canta
Con la voz de Sirena.
Brindaremos alegres
Hasta perder la cuenta
En las tazas penadas
Del oloroso néctar.
O si mas nos agrada
La antigua usanza nuestra;
Muchachos diligentes,
Sacad la pipa añeja.
Y en aquel mar de vino,
Como naves de guerra,
Naden con altas asas
Las anchas tembladeras.
Bien hayau nuestros padres,
Que en sus bárbaras mesas
Bebieron con toneles,
Brindaron en gamellas.
Así hacerlo debemos,
Dalmiro, y vayan fuera
Los cuidados molestos
Que la vida atropellan.
Y si viene la muerte,
En semblante severa,
No podrá ya quitarnos
La celebrada fiesta.
Pues si para evitarla
No sirve la tristeza,
Y es su venida al hombre
Tan pronta como cierta;
Brindemos muchas veces
El tiempo que nos queda;
Dancemos y cantemos,
Y déjala que venga.

XXXVII. *A mis días.*

Las vueltas de los cielos
Hoy trajeron mi día,
Para que le aplaudamos
Con regocijo y grita.
Otros he celebrado
Con placer y alegría;
Pero yo no sé cómo
Se huyeron tan aprisa,
Ni dónde se escondieron,
Que no tengo noticia
De ellos, para volverlos
A gozar todavía.
El presente se pasa
Con la prontitud misma,
Y no sé si el futuro
Me encontrará con vida.
Pues, ¿no es una locura
Que yo anhelando viva
Por lo que, aunque me afane,
No es cierto que consiga?
Si no sé si mañana
Veré la luz vecina,
¿Por qué pierdo un instante
De aliviar mis fatigas?
Pues, huyau los pesares,
Y baile mi Dorisa,
Y venga la botella
Del licor de Montilla.
Y de arrayán y yedra
La guirnalda me ciña
La rubia sien, y luego
Venga, venga mi lira.
No cantaré las armas
De Aquiles, ni de Atridas;
Mas sí de Amor y Venus

Las amables delicias.
Y de mis camaradas,
Sentado en compañía
Recostado en la mesa.
No escasa, aunque no rica,
Mantendré hasta la noche
Plática divertida,
Tocando las especies,
Al paso que se brinda.
Y estaré tan contento,
Como si fuesen mías
Las flotas orientales,
Y el oro de las Indias.
Y pues su curso el tiempo
No es posible reprima;
Mientras viene la muerte,
Gucemos de la vida.

XXXVIII. *En elogio de las niñas premiadas por la Sociedad económica de Madrid.*

No pido, sacro Apolo,
La trompa penetrante,
Que pende en las columnas
De pòrfido y de jaspe.
Pues no cantar intento
Fatigas militares,
Las armas y varones,
Banderas y estandartes.
¿Qué coro de doncellas,
Hermosas en semblante,
En manos oficiosas
Y en celo infatigables,
Con premios y preseas
Hoy miro congregarse,
De Mantua en el alcázar,
De Mantua, que es su madre!
Así dije, y la Fama
Volando por el aire,
Con su clarín de plata
Pronuncia voces tales:
Su olimpica palestra
La Grecia ya no ensalce,
Ni carros disparados
Desde la eléa cárcel;
Que España la dichosa,
España la triunfante
Bajo el augusto Carlos,
Al mundo saber hace,
Que no solo la ilustran
Sus fuertes capitanes,
Sino hasta lo mas tierno
Del sexo bello y frágil.
Esa puericia honesta,
Que es la virtud su esmalto.
Y el ocio vil y torpe
Bajo su planta yace,
Huyó las anchas plazas,
Las populosas calles,
Los tratos licenciosos,
Las danzas y donaires;
Fué de su casa al templo
Cuando el lucero sale,
Y antes que el alba asome,
Ya á casa se retrae.
En ella se ejercita
De Palas en las artes,
Y así como la diosa
Vencer pudiera á Aracne.
Artificioso torno,
Sonoro, está delante,
Que pròvida acomoda
Con manos virginales.
No forma tal susurro
De abejas el enjambre,
Ni es mas grata al oído
La cítara suave.
Añade á su armonía
Purísimos cantares:
Con ellos se divierte,

La alivian y distraen.

El pié sin descubrirse,
Llevando los compases,
Hace volver la rueda
En giros circulares.

Escarmenado copo
Del lino que la place
Coge en sutiles dedos,
De rosa y azahares.

Y en delicadas hebras
Hace que se dilate,
En hebras invisibles,
En hebras no palpables.

Discipulos de Apeles,
Alumnos de Timantes,
La doncella española
Así ha de retratarse.

No la pinteis moviendo
El cuerpo en torpe baile,
Con lujos peregrinos,
Vedados á sus madres;

Sino al trabajo atenta
Sin perder un instante,
Llenas de rubor casto
Sus luces adorables.

Huyendo, roto el arco
Y arpones penetrantes,
Al pérdida Cupido,
Y á su plevosa madre.

Con miedo y reverencia,
Ante ella se retraen
Los ojos libertinos
Del atrevido amante.

Las matronas del pueblo
Y ancianos venerables,
Por nuera la apetezen,
Y su virtud aplauden.

Como aroma de Arabia
Que el pebetero esparce,
Así vuela su nombre,
Cual balsemo fragante.

Felicidad se espera
Que de ella se propague;
Las prendas de tal hija
Son gloria de sus padres.

Toma, doncella, el premio
Debido á tus afanes,
Corona merecida
De tu virtud constante.

Y cuando las tareas
Con tonos acompañes,
Canta al piadoso Carlos
Y su estirpe adorable.

Canta como desean
Verter por él su sangre
Sus claros españoles,
Guerreros y leales.

Naciones enemigas
De España formidable,
Cubrid la faz adusta
Con sombras y celajes.

Que si un tiempo la visteis
Belicosa y triunfante,
Hoy se ilustra: esto solo
La hará temida y grande.

Y si esforzada y docta
Cultiva nuevas artes,
Su gloria, su potencia
Creerán admirables.

Esto dijo la Fama.
Vos, de la patria padres,
¿Es cierto, ó quiere Feho
Dulcemente engañarme?

Mas ya el eco resuena
Por plazas y por calles,
Y tal vez al anuncio
Escuden las verdades.

Y en tanto que de nuestro
Celo debe esperarse
Cuanto el arado rompe
Como la mano labre;

No os desagrade el rudo

Conciento disonante,
Si aplaudiendo virtudes
Vuestro mérito aplaude.
Que al paso que se aumenten
Primeros inmortales,
Ya sucederán cisnes
Que mas sonoros canten.

XXXIX. Los lectores.

Hay algunos lectores
En este ingrato mundo
De complexion tan rara,
De genio tan adusto,

Que no cual las abejas
Que en romerales mustios
A las mas bellas flores
Lihan el dulce jugo;

Sino que como el torpe
Escarabajo oscuro,
Que ama el cieno y estiércol
Del muladar inundo,

Así en cualquiera libro
Los conceptos mas puros
Sin reflexion los pasan,
Ni se detienen mucho.

Mas hallando algun yerro
(Que es un milagro sumo)
Parece que esto solo
Procuraban algunos.

Y á voces lo exageran
Celebrando su triunfo,
Y tildan á mis versos
Escondiendo los suyos.

Mas la musa desprecia
Tan frívolos insultos,
Y yo, ó bien de malicia,
O envidia les arguyo.

~~~~~

**ROMANCES.****I. Amor y honor.**

De la hermosa Belerifa  
Era Benzaide el querido,  
Moro discreto y galan,  
Pocos años, mucho brio.

El que en las fiestas y zambras  
Dando de su amor indicios,  
Bordó la verde marlota  
Con cifras de su apellido.

Desembarazar la lanza  
Nunca le vió el enemigo,  
Sin que sacase del golpe  
En el adarga portillo.

Gozábanse dulcemente  
De la dama en el retiro,  
Sin que tanta posesion  
Originase fastidio.

Veinte lunas se pasaron  
Sin dar alguno motivo  
De recelo en la amistad,  
De tibieza en el cariño.

Ya no se ven ni se buscan:  
¿Qué causa puede haber sido  
La que llegó á separar  
Dos corazones tan finos?

La ingrata Fortuna sola,  
Que por costumbre ha tenido  
A quien favorece Amor  
Mirar con ceños esquivos.

El rey le negó los premios  
En la guerra merecidos,  
Retirando á la alcazaba  
Sus despojos y cautivos.

Triste llega á los umbrales  
De su dama y afligido,  
Sobre una encintada yegua  
Con el bozal de oro fino.

Vióla salir al balcón,  
Y con ademán sumiso,  
Arrodillando la alfama,  
Inclinó el penacho altivo.

Humilde, con voz turbada,  
Y suspirando la dijo:  
Mi linda mora, los cielos  
Guarden tus años floridos.

No ignoras que para amor  
Ni me sirves, ni te sirvo;  
Aunque estén los corazones  
Recíprocamente unidos.

Para llamarnos esposos  
(El honor así lo quiso)  
Nos debe allanar primero  
Suerte feliz el camino.

Y es tan escasa la mia,  
Como ya, mi bien, lo has visto:  
Que nada alcanzan ni cielo,  
Mi valor ni mis servicios.

Quédate en paz, y á los cielos  
Por último don les pido,  
Que antes de llegar á Loja  
Logre hallar á don Rodrigo,

Maestre de Calatrava,  
Del rey Fernando caudillo;  
Pues con su muerte ó la mia  
Mi desgracia finalizo.

Si le venzo, volveré  
De recompensa mas digno,  
Y el rey no sabrá negarme  
Las mercedes que le pido.

Y si me vence, la vida  
Acaba que desestimo,  
Pues no la quiero sin tí,  
Desdichado y ofendido.

Belerifa le responde:  
No temas, Benzaide mío,  
Que mirando al interés  
Ponga tu amor en olvido.

Antes saldré de Granada,  
Huyendo sola contigo,  
A que nos den su favor  
Los cristianos fronterizos.

Tomóla el moro la mano,  
Alzándose en los estribos,  
Y arremetiendo la alfama,  
La lanza pedazos hizo.

A tu noble amor le toca  
Despecho tan atrevido,  
Y toca á mi pundonor  
Esta accion, el moro dijo.

Y viéndola acongojada

Con lágrimas y suspiros,  
Escaramuzando triste  
Siguió de Loja el camino.

**II. Consuelo de una ausencia**

Ausentábase Alboraya  
De los muros de Madrid,  
La mora que mas hermosa  
Plegó almaizar tuneci.

Blanca, rubia y colorada  
Con los ojos de zafir,  
En la zambra muy maestra,  
En el adufe y lili.

A despedirla salió  
El gallardo Abenozmin,  
Un morillo que á la bella  
La sacó fuera de sí;

En las cañas y sortija  
El mas diestro y mas gentil,  
El que de un golpe divide  
La jaramena cerviz.

Servia á la mora el moro,  
Y rendidos en la lid,  
Enviaba á sus mazmorras  
Los cristianos mil á mil.

Sobre un alazán calalga  
Hijo de Guadalquivir,

Y le fulmina al tocarle  
El alicate sutil.

Lleva adornado el bonete  
Con hebras de oro de Ófir,  
Diga, con rubios cabellos  
Que prendió su dama allí.  
Las plumas y martinetes  
Confunden colores mil,  
Y al cielo estrellado imita  
Rica mariota turquí.

El corvo alfanje suspende  
Del bordado tahali,  
Muchas veces vencedor  
Es el alcance y la lid.  
Pintó en la adarga de Fez  
Un corazón de carmín,  
Con un mote que decía :

*Mata el corazón te di.*  
Preciosa cadena de oro,  
Sobre el pecho, en un viril,  
Cuelga el retrato adorado  
Entre el diamante y rubí.

Tan bizarro salió el moro,  
Que las damas de Madrid  
Ni dejan los miradores,  
Ni le cesan de aplaudir.

El, viendo ya de las puertas  
Su linda mora salir,  
Escaramuzando en torno  
La saludaba gentil.

Correspondióle agradable,  
Diciéndole : Abenozmin,  
Alah sabe lo que siento  
Esta jornada infeliz.

Si sabes corresponder  
A lo que verás en mí,  
De tu amor el premio puedes  
A tu voluntad medir.

Para probar los amantes  
(Prueba que nunca temí)  
Es oportuna la ausencia,  
Ausencia que tiene fin.

Si, como dices, me adoras,  
No te debes afligir;  
Pues conociéndome mas,  
Muestras la fe que hay en ti.

Humilde responde el moro :  
Gallarda señora, así  
Permita el cielo que venza  
En batalla al fiero Cid,

Como yo seré constante,  
Aunque lleven sobre mí  
Mas desdichas, que al cristiano  
Le causó nuestro Tarif.

Alah te guie, pues sabes  
Con ingenio tan sutil,  
Esperando merecer,  
Hacer la ausencia feliz.

### III. Abdelcadir y Galiana.

Ya cabalga Abdelcadir  
Cuando Febo se escondía :  
Noche en que acuerda el cristiano  
El natal de sus Mesías.

Y sin temor de rebatos  
El fuerte moro se anima,  
Contra las leyes de Marte,  
A darle á Amor pruebas fijas.  
Era el gallardo africano  
El campeón de la morisma,  
Alcaide en Guadaluja,  
Y adalid de su milicia.

Galan danzando la zambra,  
Diestro en cañas y sortija,  
Y su esfuerzo era el asombro  
De entrambas á dos Castillas.

Galiana de Toledo,  
Muy hermosa á maravilla,  
La mora mas celebrada  
De toda la morería.

Boca de claveles rojos,  
Alto pecho que palpita,  
Frente ebúrnea, que adornó  
Oro flamante de Tíbar.

Esta, con sus ojos bellos  
Y atractivos de su risa,  
Tiene el corazón del moro  
Y toda el alma cautiva.

Cada vez que á verla va  
Una vereda practica,  
Que desde Guadalajara  
Hasta su jardín le guía.

Nueve noches vive ausente,  
Que las nieves lo impedian ;  
Mas ya no puede sufrir  
Celos que su pecho agitan.

Ese famoso Bernardo  
Que del Carpio le apellidan,  
Sobrino del rey Alfonso,  
Jóven de grande valía,

A Leon viniera entonces  
Triunfante de Francia altiva ;  
El emperador vencido,  
Y arrolladas sus insignias.

Mató á Roldán encantado,  
Cuerpo á cuerpo, en lid reñida,  
Y la espada Balisarda  
Sacó de su sangre tinta.

El rey cristiano su tío  
Con embajada le envía  
Al toledano Abencir,  
Y á Galiana su hija.

Grandes presentes llevaba  
De joyeles de alta estima,  
Y un rico brocamanton,  
Cosa que par no tenía.

El broquel de Durandarte  
Con Belerma allí esculpida,  
Y la almadana espantosa  
Que á Urjel de la Maza quita.

Con esto, y cien estandartes  
De las naciones vencidas,  
Sale de Leon Bernardo  
Con muy gran caballería.

Abdelcadir arde en celos,  
Que de ello tuvo noticias,  
Y teme que el leonés  
No le interrumpa su dicha.

Mandó sacar de sus anchas  
Y hermosas caballerizas  
Su yegua, la mas veloz  
Que produjo Andalucía.

Es fama que la alazana  
Del raudó céfiro es hija,  
Y le vence en la carrera  
Cuando al padre desafia.

Dos cristianos curan de ella  
Y á recaudo la tenían :  
Nuño Fernandez de Salas,  
Fortun de Lara García.

Las crines y riendas de oro  
Con la izquierda mano asidas,  
Sin poner pié en el estribo,  
Airoso el bárbaro brinca.

Lanza toma de dos hierros  
Que acicalados lucían,  
En sangre de sus contrarios  
No pocas veces teñida.

Dos alas en el escudo  
Pintó, que al sol se encaminan,  
Con una letra que dice :  
*Alas mi amor necesita.*

El bonete á quien adorna  
Tembladora argentería,  
Con plumas gualdas y azules,  
Al lado diestro derriba.

Debajo del alquifa  
Jaco apretó y coracinas,  
Que le diera Jaira, hermana  
De Abenrajel de Zorita.

Desde el hombro pende al lado  
De aceradas cadennillas,

Pressa con el almalzar,  
Cimitarra damasquina.

Y en señal de estimacion  
Se puso la manga rica  
Que le bordó Galiana,  
De inestimable cuantía,  
De perlas y de rubíes  
Recamada y de amatistas :  
Que la aprecia el moro en mas  
Que á Zeca y Meca y Medina.

Toma el oculto camino  
Por la senda conocida,  
De alhazor y de carrizos,  
De retamares y olivas.

¡ Ah, Galiana cruel !  
Iba diciendo con ira,  
Plegue á Alah que á tu lindeza  
Tu inconstancia no compita.

Bella infanta de Toledo,  
¡ Por qué á un cristiano te inclinas,  
Pagando á tu amartelado  
Con rigores y falsías ?

Mas ya cierra negra noche  
De vendaval y ventisca :  
Larga la apetece el moro,  
Y oscura la necesita.

¡ Ah, miseros amadores,  
Que os da el peligro osadia,  
Y la esperanza os convierte  
Los afanes en delicias !

Lijero, mas que el Henares,  
Caminaba por su orilla,  
En la vega deleitosa  
Que sus aguas fertilizan.

Inclina el rostro de lejos  
A Meco, la santa villa,  
Que le acuerda la que tiene  
Del Profeta las cenizas.

Pasa en silencio el lugar  
Donde el secreto peligra,  
Que en sus lomas le repite  
Eco, la parlera ninfa.

Huyó la antigua Alcalá,  
Torciendo un poco la vía  
Por la cuesta de Zulema,  
Entre sus hreñas erguidas.

Ya de Titulcia atraviesa  
Los olivares y viñas,  
Donde Jarama á Tajuña  
Aguas y nombre le quita.

Vadeando pasa el río,  
Aunque soberbio venia,  
Y en medio de sus toradas  
Cruza galopando y silba.

Saluda del nuevo sol  
La luz que se descubría,  
Y durante su carrera  
Mas vagaroso camina.

Deja a un lado los majuelos  
Que enriqueceran á Esquivias,  
Y á otro el inculto Aranjuez,  
Hoy jardín de Falerina.

Ya llega á la alta Borja,  
Aire toledano espira,  
Y á la yegua el fuerte moro  
Mas la acosa y mas la pica.

Las llanuras atraviesa,  
Parte á carrera tendida,  
Suelta al aire el alquiel,  
Da en el codón la mochila.

Jamás olimpico circo  
Vió escapada tan lucida ;  
Si es quien le conduce Amor,  
Este sí que es buen auriga.

Siguiendo el dorado Tajo,  
Entre copadas encinas,  
A Moceyo dejó atrás  
Después de la árida villa.

La noche su negro manto  
Estiende callada y fría,  
Y solo el viento se escucha  
Que los árboles agita.

Llega en paz, amante moro,  
Y el vano temor disipa;  
Que los hechos temerarios  
A las mujeres obligan.

Ya esta en Toledo, y oculto  
Busca entre la sombra amiga,  
De su princesa adorada  
Los alcázares que habita.

Ella impaciente le aguarda;  
Habla á solas y suspira,  
Y maldice el temporal  
Que así dilata su dicha.

Por los dorados andenes  
Vaga inquieta, y no se enfria:  
Quien sabe lo que es amor,  
Si esto es imposible diga.

Pomposo zaragüel  
De blanco tñan vestia,  
Hasta el morado chapín,  
Con muchos pliegues y listas.

Labrada con gran primor  
Lleva una mariota encima,  
La mitad era turquí,  
La otra mitad amarilla.

Un velo sobre el tocado,  
Que un peine de uácar riza,  
Colgando el sutil cendal  
Con invención nunca vista.

Verde listón ó diadema  
Su frente hermosa ceña,  
Con zafiros y balajes,  
Y una media luna encima.

Rojos corales al cuello,  
Fragante y sutil camisa,  
Y un apretador azul  
Con dos lazos que pendían.

Llegando el moro al umbral  
Pequeño pito tañía,  
Otro le responde adentro,  
Y el postigo facilitan.

Y atando la yegua al tronco  
Que un ancho morral cubría,  
Sube por un caracol  
Con la esclava Geloira.

Cual fué de los dos amantes  
El saludo y bienvenida,  
Juzguelo quien apartado  
De sus amores suspira.

Solo la fama contó,  
Que así que llegó á su vista,  
Quedó el moro satisfecho  
De los celos que traía.

Vanse á abrigado retrete  
De persianas alcatifas,  
Dorado guadamaci,  
Cañamazos y atauja.

Oculto perfumador  
De mármol, ámbar espira,  
Y el alto zaquizami  
Desde el suelo aromatiza.

Hay rico escabo de alerce  
Y un blando almadrage encima:  
Allí reposan, y en dulces  
Miradas su gozo esplican.

La esclava se retiró;  
Y entre dos almas tan finas,  
El amor, la soledad,  
Y la noche, ¿qué no harían?

#### IV. Don Sancho en Zamora.

Por la ribera del Duero  
Tres jinetes cabalgaban,  
Caballeros castellanos  
De gran nombrada y fama.

Trotones llevan lijeros  
Y ganacos de batalla,  
De acero luciente armados  
Desde la frente á las ancas.

El aire manso tremona  
Peñoncillos de sus lanzas,

La de enmedio va en la cuja,  
Los del lado la enristraban.

Martinetes y garzotas  
En las penacheras altas  
Coronan dorados yelmos,  
Que al rayo del sol brillaban.

Sobre los quijotes penden  
De los tiros las espadas,  
Y al mover de los caballos  
Iban sonando las armas.

Con escarces y bravura  
Llegan batiendo la estrada:  
Mirando van á Zamora,  
A Zamora y sus murallas.

En ellas la plebe observa,  
Los ricos hombres y damas,  
Que quedan, aunque contrarios,  
De su apostura preñadas.

De todos son conocidos  
Cuando las viseras alzan,  
Que ese noble rey don Sancho  
Es el que en el medio marcha.

Y los que van á sus lados,  
Puestos á son de batalla,  
Eran la flor de Castilla:  
El de Vivar y el de Lara.

De pechos sobre una almena  
Mira y llora doña Urraca;  
Con un delgado alfareme  
Está cubriendo la cara.

Por la muerte de su padre,  
Que ya en el cielo descansa,  
Leonado color se viste  
Y negro monjil arrastra.

Sus escuderos y dueñas  
Mensurados la acompañan:  
Ellas traen ricas patenas,  
Ellos flojas martingalas.

Y quitando el antifaz,  
La voz un poco levanta,  
Y a su hermano le decía,  
Que se detiene á escucharla:

Rey don Sancho, rey don Sancho,  
El ardid en las batallas,  
Valiente contra una débil  
Mujer, sin culpa, y tu hermana.

¿Así del rey nuestro padre  
La disposición se guarda?  
¡Oh, mal haya el caballero  
Que al finado no le acata!

Sufren Elvira y García  
Los rigores de tus armas,  
Y allá en Toledo á los moros  
Favor Alfonso demanda.

Cuando debiera Castilla  
Libertar á toda España,  
Con foso cercas mi muro,  
Tu bueste mis campos tala.

Y azarques y sarracinos  
En Segovia juegan cañas,  
Y en Zocodover con cifras  
Resplandecen sus adargas.

Y guarte, no llegue el día  
Que dandoles tú la causa,  
Vengan á beber sus yeguas  
Del Duraton y el Arlanza.

Ambicionando lo ajeno  
Que tu padre nos dejara,  
Con los cristianos aceros  
Viertes la sangre cristiana.

¡Oh, cuánto fuera mejor  
Esas iras emplearlas  
Contra quien viera lo que es  
Unido el poder de España!

Eso mismo quiero yo,  
Responde don Sancho, infanta.  
Mi padre erró, juzgue el mundo.  
Soy rey. Esto digo, y basta.

Entonces ella quejosa  
Prosiguió con voces altas:  
¡Ah, soberbio castellano  
El de la amarilla banda,

El de grabado gorjal  
Y rapacejos de plata,  
El de la dorada espuela,  
Que yo le calcé, cuitada!

¿Quién creyera que Tizon  
Contra mí se desnudara,  
Cuando cabezas de reyes  
Pensé me diera por arras?

Esto espere del amor  
La mujer apasionada:  
Bien sé lo que merecí,  
Bien sé cómo se me paga.

Don Rodrigo de Vivar  
Con la color demudada,  
Turbado la respondiera,  
Formando mal las palabras

Señora, sirvo á mi rey,  
Tu afán me pesa en el alma  
Lo demás hizolo amor,  
Contra amor ninguno basta.

Entre multitud plebeya  
Bellido Dolfos estaba,  
Hijo de Dolfos Bellido,  
Muy artero de asechanzas:

Y dijo: á pesar del Cid  
No irá á sus tiendas mañana:  
El rey don Sancho con vida  
Si mil vidas me costara.

Oyendo tales razones,  
Con semblante y vista airad  
Arremetió su caballo  
Don Diego Ordoñez de Lara:

Traidores sois, zamorano  
Dice en voz tremenda y alt  
Y os lo haré bueno en el car  
Cuerpo á cuerpo y lanza á la

Arias Gonzalo, al oír  
Que á su ciudad denostabai  
Caballeros, los del rey,  
Gritó, no digais infamia;

Que hay hidalgos en Zam  
De nobleza tan preciada,  
Que ni en virtud ni en valo  
Otro alguno los iguala.

Y en cuanto al reto, mis l  
Viven, y si honor los llama  
Caballeros de mi sangre  
Estiman la vida en nada.

Esto dijo Arias Gonzalo;  
Y con astucia villana  
El traidor Bellido Dolfos  
Se apartó de la muralla.

#### V. Empresa de Micer Jaqi borgonon (\*).

En la villa que Pisuerga  
Con diafnas ondas ciñe,  
Por alcázares reales,  
Entre huertas y jardines,

(\*) Micer Jaquins, ó Jacobo de LALAIN del Toison de oro, y camarlengo de Feli no, duque de Borgoña, fué hijo bastardo de Luxemburgo, conde de San Polo aquel duque, y uno de los primitivos caballos de la corte de Borgoña era el tiempo el teatro de las empresas cabal que consistían en una insignia con en llevaba el mantenedor, regularmente quito de alguna dama, publicando de las condiciones con que la defendía; de que algun caballero quería lidiar, en A Borgoña pura acudían los aventureros, las naciones á distinguirse, y no fueron que de España fueron á adquirir nos recibirlos obsequios de aquel soberano Fernando del Pulgar en sus *Cierras Var*, por cierto no vi en mis tiempos, ni los pasados viniesen tantos caballeros de Castilla á de León, por hacer arm trance, como vi que fueron caballeros



palenque se dispone  
barandilla y firme,  
saugrienta liza  
dicen los clarines.  
magnífico duque (1),  
lo estéril y humilde  
años del linaje  
dichoso nacisté.  
a esparcida arena  
la á marciales lides;  
lo anhelante corre,  
andamos oprime.  
solo se levanta  
gran rey que preside  
nto real, que adornan  
ldas y amatistes;  
Alvaro de Luna,  
ndestable, le sigue,  
errior, escarchados  
ar los borciguies.  
rica orfebrería  
a collar de oro insigne,  
rey de Aragón le diera,  
lo en mil florines,  
magnífico estrado  
ados y tapices,  
e Portugal,  
e Castilla, asiste.  
s trezas alheñadas  
nosa crencha divide,  
los hombros se recogen  
lazadas turquies.

ar por otras partes de la cristian-  
al conde don Gonzalo de Guzman  
uerto; conosci á Juan de Torres é  
lampo, Alfarán de Vivero é á mosén  
de Sayavedra, á Gutierre Quijada  
go de Valera; é el decir de otros  
que con ánimo de caballeros fue-  
mos extranjeros á hacer armas con  
ballero que quisiera hacerlas con  
dilas ganaron honra para sí e fama  
y esforzados caballeros para los fi-  
Castilla. Otros nombres pudie-  
los que cita Pulgar, y aunque no  
os que vinieron á España con igual  
ones muy famosos acudieron atra-  
ntu de galantería y magnificencia  
go en la corte del rey don Juan II  
454, se celebró junto á la puente  
el paso de Sueco de Quinones, que  
as; el año siguiente hubo en Se-  
las mantenidas por Roberto, señor  
1466 tuvo lugar la empresa á que  
romance. Micer Jaques, apellidado  
lora, quiso mostrarnos fuerzas y su  
lrmando lo que decía la fama de  
unfo, y obtenida la venia del rey  
e le tuvo la plaza, combatió en Va-  
iego de Guzman, hermano de don  
zman, señor de Torja y conde Pa-  
bia torado con felicidad otras em-  
as partes. Diego de Guzman salió  
herido en la cabeza, según refie-  
herman Gomez de Ciudadreal, que  
na carta al expresado conde: «A  
ed le habrá arribado la loa de su  
como hijo de padre de raza se oyo  
e micer Jaques borgeñon. Mi epis-  
no a mando para dar a vuestra  
iso, mas la mando a dos cosas, que  
A vuestra merced contentamiento,  
u hermano va bien de la ferida de  
guerra si Dios quiere, é yo lo an-  
mi arte me ha mostrado lo. La  
a para reparos de la mente, que  
lo á sabiendas le oviere prestado el  
la plaza deற்று soti puesta a  
u el rey vedado se lo no oviere,  
un rieta al que tal doliere, ca juro  
por el cuerpo de Cristo, que fuera  
to un año de primero que vuestro  
lemandara el faciente, etc.» — Nos  
importante poner esta nota para indi-  
cación del romance con los docu-  
tos que demuestran el carácter de  
se de serlo.  
d. nasid. ma, á quien dirigió el an-  
romance

Muy garrida, al lado suyo,  
Color de púrpura viste  
Blanca, infanta de Navarra,  
Mujer del príncipe Enrique.  
Ambas están rodeadas  
De las damas que las sirven,  
De meninas y donceles,  
Y dueñas con sus monjiles.  
Salió la condestabla  
Con preciosos faldellines,  
Y una aljuba á la morisca  
De cuchilladas sutiles.  
El príncipe, en rico escaño,  
Entre Cerdas y Manriques,  
Y don Beltran de la Cueva  
Muy en años juveniles.  
Al son de bastardas trompas,  
De un pabellon que se erige  
En un canton de la plaza,  
Con damascos y ormesies;  
De todas armas armado  
Salió un guerrero terrible,  
A quien de la frente al pié  
Pavonado acero viste.  
Era de bronce el escudo,  
Y en francés la letra dice:  
Que deja el alma cautiva  
En los ojos de Amatlde.  
A un corpulento frison  
Los anchos lomos oprime,  
Con paramentos de malla,  
Y aun las riendas que le rigen.  
Plumaje azulado oscuro,  
Que sacude si se engríe,  
Y al fuerte batir del casco  
Dirán que la tierra gime.  
El mantenedor valiente,  
Después que el palenque mide,  
Alta la visera, al rey  
Con voz atrevida dice:  
Rey don Juan, si mis hazañas  
Llegaron a estos confines,  
Sabras quien soy, y si no,  
Tu y tus vasallos oídme:  
Jaques de Lalaing me llamo,  
De antigua prosapia insigne;  
Que soy noble y borgeñon,  
De mi empresa se colige.  
Soy general de las armas,  
Y del senado sublime  
De Borgoña, y camarlengo  
De su gran duque Felipe.  
En mil justas y torneos  
Logré victoria difícil,  
Y a tu corte generosa  
Por el lauro último vine.  
Concedeme pues que en ella  
Rete, emplace y desafie  
A todos tus caballeros  
De los que mas se distinguen.  
Esto, en publico pregon,  
Con trompeta se repite;  
Sordo rumor se difunde,  
Mucho furor se reprime.  
Iba el rey á responder;  
Mas por la calle que sigue  
Desde el Ochavo á San Pablo  
Resonaron ministriles.  
Y entre el vulgo que le cerca  
Un caballero distinguen,  
Que ansioso de pelear  
Llega al palenque, y le admiten.  
La lanza, así como entró,  
Pasó de la cuja al ristre:  
Banderilla verdegay  
Tremolau los aires libres.  
El generoso caballo  
Despúnto los tamarices  
Del Tajo en la verde orilla,  
Entre céspedes y mimbrés.  
Los ojos son de esmeralda,  
El color de blanco cisne,

La cola joyante seda,  
Y hasta el estribo las crines.  
Entró tan galán el jóven,  
Que su poder reprimirse,  
Los unos le vitorean  
Y los otros le bendicen.  
Va un pajecito delante  
Cuyos años no son quince,  
De azul, amarillo y plata,  
Color del dueño á quien sirre.  
Lleva embrazado el escudo,  
Y el peso apenas resiste,  
Con siete cercos al canto  
De acero bruído y firme.  
Todos del aventurero  
Alta esperanza conciben,  
Y sospechan que secreta  
Licencia allí le encamine.  
El poniéndose delante  
De los reyes, hace humilde  
Arrodillar al caballo,  
Y que la cabeza incline.  
Las doncellas de la reina  
Se alzaron en pié á aplaudirle;  
Pero una el rojo clavel  
Trocó en blancos alelies.  
Es fama que era la bella  
De los Toledos insigne,  
Condes de la casa de Alba,  
Con mas encantos que Circe.  
Amor descubrió un secreto  
Que muchas riendo envidien;  
En tanto que los padrinos  
El sol á entrambos dividen.  
Micer Jaques borgeñon:  
Gallardo español, le dice,  
Alegra vuestra presencia  
De tal modo á quien os mire,  
Que aun yo, con ser extranjero  
Y enemigo que os compite,  
Me prendo de ese valor;  
Y si gustais de decirme  
Quién sois, lo tendré á merced;  
Pues sabiendo con quién lidie,  
O vencido, ó vencedor,  
Será mi suerte felice.  
Noble francés, le responde  
El español, tú me rindes  
Antes con tu cortesía,  
Que la dura lanza vibres.  
Don Diego soy de Guzman,  
De tan generosa estirpe,  
Que no es mas ilustre aquella  
Que en real dosel nos preside.  
Micer, que oyó que es Guzman  
Y los conoce, concibe  
Gran recelo, el trance teme;  
Cauto disimula, y dice:  
Hermosísimo garzon,  
Cuanto siento, no es creible,  
El que esponiendote así  
Tan poco tu vida estimes.  
Por conservarte á tu rey  
Combatiré y por servirte,  
Hasta la primera sangre;  
Después te dejare libre.  
Sentido Guzman, responde:  
Todo tu esfuerzo aperece  
Hasta matarme ó morir.  
Que así en Castilla se riñe.  
Y revolviendo las bridas  
Hace al caballo que brinque,  
Y con denuedo y braveza  
Escaramuzando gire.  
A media rienda galopa,  
Le sosiega y le reprime;  
Tomó gran parte del campo,  
Y hace á Micer que le imite.  
Don Juan de Guzman, de la alta  
Medinasidonia insigne  
Primer duque, y de su casa  
Escuderos y adalides.

Con los de su acostamiento,  
La valla redonda ciñen,  
Llevando dobles corazas  
Bajo ropas carnesies.

Y en caso de rompimiento  
Procuraron prevenirse ;  
Que un extranjero en España  
Halla siempre quien le admire.

Mas ya el condestable avisa,  
Y sonaron abañiles :  
Los dos fuertes caballeros  
Con impetu fiero embisten.

Temblaron ambos caballos,  
Y ellos en la silla firmes :  
Cerca don Diego á Micer,  
Y á lanzadas le persigue.

Pero viendo el borgoñon  
Que en su caballo consiste  
La desventaja, y Guzman  
Tanto en el suyo confie,

Matarsele pretendió :  
Sacó la lanza del ristre,  
Que arrojada, al noble bruto  
Hijo del viento, dirige

Pero al ver el castellano  
Venir el golpe terrible,  
Revuélve el veloz caballo  
Con prontitud de una tigre.

Y aunque a su salvo pudiera  
Abancearle y herirle ;  
Como hidalgo se portó,  
Como Guzman y Ramirez.

Jagues quitó del arzon  
La partesana que esgrime,  
Y don Diego, á cuchilladas  
Trahándose, le recibe.

El francés de un solo golpe  
Quiso que la accion terminase :  
Alza los brazos en alto,  
Guzman que le aguarda finge ;

Pero picando al caballo  
Que dé en vacio consigue :  
Micer al suelo cayó  
Mal asido de las crines.

Ya esta el español a pié ;  
Entrambos á voces pideu  
Hachetas de desarmar,  
Y escuderos se las sirven.

Faltó la esperanza en todos  
Cuando notaron que riñe  
Tiemno un castellano Adonis  
Con un borgoñon Alcides.

Al golpe que da parece  
Que Marte la espada vibre,  
Despida Belona el asta,  
Y Jove el rayo fulmine.

Mas Guzman, ejercitando  
Velocidad increíble,  
Entra y sale, y no hay encuentro  
En que el francés no peligre.

El fiero batir confuso  
De los aceros que esgrimen,  
Hace al mas templado peto  
Que se quebrante y se trice.

Así anduvieron gran pieza ;  
Pero ¿ quien sabrá aplaudirte,  
¡ Oh Guzman ! en esta empresa  
Los hechos de armas que hiciste ?

Avergonzado Lalaing  
De que dura y no se rinde  
El joven, con ambos brazos  
Y cuanto fuerza posible

Le fué, le descarga un golpe,  
Que el eco sordo repite,  
Haciendole que un instante  
Desatinado vacile ;

Y en la despejada frente  
Pequeña herida le imprime,  
Con que el rostro matizó  
Sangre del Segundo Enrique.

Mas no la pisada sierpe  
Alla en la barbara sirte,

Ni leon que la saeta  
Sintió en las anchas cervices,  
Lanzando fuego los ojos

Y precipitado embiste  
Por las puntas y los tiros  
De fulminante salitre,

Como arremete el Guzman,  
Da y hiere ; y tanto resisten  
Las armas, que la segur  
En pedazos se divide.

Tira el borgoñon la suya,  
Nueva esperanza concibe,  
Y entrambos los combatientes  
Desiguales fuerzas miden.

La corpulenta estatura  
Del de Lalaing se distingue,  
Que sobre el campeón de España  
La altiva cabeza engrie ;

Pero si no hay en Castilla  
Luchador que le compite,  
¿ De qué el cuerpo agigantado  
Al mantenedor le sirve ?

Los dos a brazo partido  
Asiéndose con ardides,  
El impulso de sus fuerzas  
Hace que en círculo giren.

Saltan piezas de las armas,  
Rompen las hebillas firmes,  
Nube de polvo los cubre,  
De sangre y sudor se tiñen.

Así como dos montañas  
De agua, que en el golfo triste  
Noto y aquilon impelen,  
Y hacen que se arremolinen,

Que gran tiempo combatiendo  
Estremecen todo el linde ;  
Huyen al centro profundo  
Tiburones y delirines,

Hasta que la menos fuerte  
Llega al fin á sumergirse,  
Y esotra los anchos mares  
Corre, alborotando libre :

Así combaten los dos ;  
Pero el de Castilla insigne  
Siente que el honor de España  
En él entonces se cifre.

Y ardiendo en vergüenza noble  
De heroico ardor se reviste :  
Ase de nuevo al francés,  
Y en sus brazos le constriñe.

Y aferrándole la gola  
Con ambas manos le oprime,  
Haciendo que el fuerte pecho  
Descoroytado palpite.

Dentro del yelmo se escuchan  
Roncos suspiros y tristes :  
Cayó á tierra el gran coloso,  
Dudando todos si aun vive.

Guzman, la rodilla al pecho,  
Por si piedad no le pide,  
Saca el brillante puñal,  
Levanta el brazo invencible.

Pero don Juan el Segundo  
El cetro de oro que rige  
Tiró airado, y diligentes  
Los padrinos los dividen.

Buen rey, vuestra señoría  
Perdone, el mancebo dice ;  
Que él es vano y afrentóme,  
Yo soy Guzman, y vencile.

El rey dió á Micer la ropa  
Rozagante que se viste,  
Y el vencedor medicinas,  
Y un espléndido convite.

Sus deudos, al son marcial  
De atabales y clarines,  
Le acompañan y conducen  
Al pié del trono sublime.

Turbado pregunta al rey,  
Si habrá mas en qué servirle,  
Y él le respondió : Guzman,  
Como quien eres cumpliste.

## QUINTILLAS.

### Fiesta de toros en Madrid.

Madrid, castillo famoso  
Que al rey moro alivia el miedo,  
Arde en fiestas en su coso  
Por ser el natal dichoso  
De Alimenon de Toledo.

Su bravo alcalde Allatar,  
De la hermosa Zaida amante,  
Las ordena celebrar,  
Por si la puede ablandar  
El corazon de diamante.

Pasó, vencida á sus ruegos,  
Desde Aravaca á Madrid ;  
Hubo pandorgas y fuegos,  
Con otros nocturnos jugos  
Que dispuso el adalid.

Y en adargas y colores,  
En las cifras y libreas,  
Mostraron los amadores,  
Y en pendones y preceas,  
La dicha de sus amores.

Vinieron las moras bellas  
De toda la cercanía,  
Y de lejos muchas de ellas :  
Las mas apuestas doncellas  
Que España entonces tenia.

Aja de Jetafe vino,  
Y Zahara la de Alcorcon,  
En cuyo obsequio muy fino  
Corrió de un vuelo el camino  
El moraiel de Alcabon.

Jarifa de Almonacid,  
Que de la Alcarria en que habita  
Llevó á asombrar á Madrid  
Su amante Audalla, adalid  
Del castillo de Zorita.

De Adamuz y la famosa  
Meco llegaron alli  
Dos, cada cual mas hermosa,  
Y Fatima la preciosa  
Hija de Ali el alcadi.

El ancho circo se llena  
De multitud clamorosa,  
Que atiende á ver en su arena  
La sangrienta lid dudosa,  
Y todo en torno resuena.

La bella Zaida ocupó  
Sus dorados miradores  
Que el arte afligirán,  
Y con espejos y flores  
Y damascos adornó.

Añaliles y alabales,  
Con militar armoula,  
Hicieron salva y señales  
De mostrar su valentia  
Los moros mas principales.

No en las vegas de Jarama  
Pacieron la verde grama  
Nunca animales tan fieros,  
Junto al puente que se llama,  
Por sus peces, de Viveros,

Como los que el vulgo vió  
Ser lidiados aquel dia ;  
Y en la fiesta que gozó,  
La popular alegría  
Muchas heridas costó.

Salíó un toro del toril,  
Y a Tarfe tiró por tierra,  
Y luego á Benalguacil,  
Después con Hanuete cierra  
El temeron de Conil.

Traia un ancho liston  
Con uno y otro matiz  
Hecho un lazo por airon,  
Sobre la inhiesta cerviz  
Clavado con un arpon.

Todo galán pretendia

Ofrecerle vencedor  
A la dama que servia :  
Por eso perdió Almanzor  
El potro que mas queria.  
El alcaide muy zambrero  
De Guadalajara, buyó  
Mal herido al golpe fiero,  
Y desde un caballo overo  
El moro de Horché cayó.  
Todos miran á Aliatar,  
Que aunque tres toros ha muerto,  
No se quiere aventurar ;  
Porque en lance tan incierto  
El caudillo no ha de entrar.  
Mas viendo se culparia,  
Ya á ponerse delante :  
La fiera le acometia,  
Y sin que el rejon la plante  
Le maló una yegua pia.  
Otra monta acelerado :  
Le embiste el toro de un vuelo,  
Logiéndole entablado ;  
Rodó el bonete encarnado  
Con las plumas por el suelo.  
Dió vuelta hiriendo y matando  
A los de a pié que encontrara,  
El circo desocupando,  
Y emplazándose, se para,  
Con la vista amenazando.  
Nadie se atreve á salir :  
La plebe grita indignada,  
Las damas se quieren ir,  
Porque la fiesta empezada  
No puede ya proseguir.  
Ninguno al riesgo se entrega  
Y está en medio el toro fijo ;  
Cuando un portero que llega  
De la puerta de la Vega,  
Hincó la rodilla, y dijo :  
Sobre un caballo alazano,  
Cubierto de galas y oro,  
Demanda licencia urbano  
Para alancear á un toro  
Un caballero cristiano.  
Mucho le pesa á Aliatar ;  
Pero Zaida dió respuesta  
Diciendo que puede entrar ;  
Porque en tan solemne fiesta  
Nada se debe negar.  
Suspenso el coucurso entero  
Entre dudas se embaraza,  
Cuando en un potro lijero  
Vieron entrar por la plaza  
Un bizarro caballero.  
Sonrosado, albo color,  
Bello labio, juveniles  
Alentos, inquieto ardor,  
En el florido verdor  
De sus lozanos abriles.  
Cuelga la rubia guedeja  
Por donde el almete sube,  
Cual mirarse tal vez deja  
Del sol la ardiente madeja  
Entre cenicienta nube.  
Gorguera de anchos follajes,  
De una cristiana primores,  
En el yelmo los plumajes  
Por los visos y celajes  
Verjel de diversas flores.  
En la cuja gruesa lanza,  
Con recamado pendon,  
Y una cifra á ver se alcanza  
Que es de desesperacion,  
O á lo menos de venganza.  
En el arzon de la silla  
Ancho escudo reverbera  
Con blasones de Castilla,  
Y el mote dice á la orilla :  
*Nunca mi espada venciera.*  
Era el caballo galán,  
El bruto mas generoso,  
De mas gallardo ademán :

Cabos negros, y brioso,  
Muy tostado, y alazán.  
Larga cola recogida  
En las piernas descarnadas,  
Cabeza pequeña, erguida,  
Las narices dilatadas,  
Vista feroz y encendida.  
Nunca en el ancho rodeo  
Que da Betis con tal fruto  
Pudo finir el deseo  
Mas bella estampa de bruto,  
Ni mas hermoso paseo.  
Dió la vuelta al rededor ;  
Los ojos que le veían  
Lleva prendados de amor :  
¡ Alah te salve ! decian,  
¡ Déte el Profeta favor !  
Causaba lástima y grima  
Su tierna edad floreciente :  
Todos quieren que se exima  
Del riesgo, y él solamente  
Ni recela, ni se estima.  
Las doncellas, al pasar,  
Hacen de ámbar y alcanfor  
Pebeteros exhalar,  
Vertiendo pomos de olor,  
De jazmines y azahar.  
Mas cuando en medio se para,  
Y de mas cerca le mira  
La cristiana esclava Aldara,  
Con su señora se encara,  
Y así la dice, y suspira :  
Señora, sueños no son ;  
Así los cielos vencidos  
De mi ruego y afliccion,  
Acerquen á mis oídos  
Las campanas de Leon,  
Como ese doncel, que ufano  
Tanto asombro viene á dar  
A todo el pueblo africano,  
Es Rodrigo de Vivar,  
El soberbio castellano.  
Sin descubrirle quién es,  
La Zaida desde una almena  
Le habló una noche cortés :  
Por donde se abrió después  
El cubo de la Almudena.  
Y supo, que fugitivo  
De la corte de Fernando,  
El cristiano, apenas vivo,  
Esta á Jimena adorando  
Y en su memoria cautivo.  
Tal vez á Madrid se acerca  
Con frecuentes correrías,  
Y todo en torno la cerca :  
Observa sus saetias,  
Arroyadas y ancha alberca.  
Por eso le ha conocido :  
Que en medio de aclamaciones,  
El caballo ha detenido  
Delante de sus balcones,  
Y la saluda rendido.  
La mora se puso en pié,  
Y sus doncellas detrás :  
El alcaide que lo ve,  
Enfurecido además,  
Muestra cuán celoso está.  
Suena un rumor placentero  
Entre el vulgo de Madrid :  
No habrá mejor caballero,  
Dicen, en el mundo entero,  
Y algunos le llaman Cid.  
Crece la algazara, y él  
Torciendo las riendas de oro,  
Marcha al combate crüel :  
Alza el galope, y al toro  
Busca en sonoro tropel.  
El bruto se le ha encarado  
Desde que le vió llegar,  
De tanta gala asombrado,  
Y al rededor le ha observado  
Sin moverse de un lugar.

Cual flecha se disparó  
Despedida de la cuerda,  
De tal suerte le embistió :  
Detras de la oreja izquierda  
La aguda lanza le hirió.  
Brama la fiera burlada ;  
Segunda vez acomete,  
De espuma y sudor bañada,  
Y segunda vez la mete  
Sutil la punta acerada.  
Pero ya Rodrigo espera  
Con heroico atrevimiento,  
El pueblo mudo y atento ;  
Se engalla el toro y altera,  
Y finge acometimiento.  
La arena escarba ofendido,  
Sobre la espalda la arroja  
Con el hueso retorcido ;  
El suelo buele y le moja  
En ardiente resoplido.  
La cola inquieto meneá,  
La diestra oreja mosquea,  
Vase retirando atrás,  
Para que la fuerza sea  
Mayor, y el impetu mas.  
El que en esta ocasion viera  
De Zaida el rostro alterado,  
Claramente conociera  
Cuanto la cuesta cuidado  
El que tanto riesgo espera.  
Mas ; ay, que le embiste horrendo  
El animal espantoso !  
Jamás peñasco tremendo  
Del Cáucaso cavernoso  
Se desgaja, estrago haciendo,  
Ni llama así fulminante,  
Cruza en negra oscuridad  
Con relámpagos delante,  
Al estrépido tronante  
De sonora tempestad ;  
Como el bruto se abalanza  
En terrible lijereza ;  
Mas rota con gran pujanza  
La alta nuca, la fiera  
Y el último aliento lanza.  
La confusa vocería  
Que en tal instante se oyó  
Fué tanta, que parecia  
Que honda mina reventó,  
O el monte y valle se hundia.  
A caballo como estaba  
Rodrigo, el lazo alcanzó  
Con que el toro se adornaba :  
En su lanza le clavó,  
Y á los balcones llegaba.  
Y alzándose en los estribos,  
Le alarga á Zaida, diciendo :  
Sultana, aunque bien entiendo  
Ser favores escesivos,  
Mi corto don admitiendo ;  
Si no os dignaredes ser  
Con él benigna, advertid  
Que á mí me basta saber  
Que no le debo ofrecer  
A otra persona en Madrid.  
Ella, el rostro placentero,  
Dijo, y turbada : señor,  
Yo le admito y le venero,  
Por conservar el favor  
De tan gentil caballero.  
Y besando el rico don,  
Para agradecer al doncel,  
Le prende con aficion  
Al lado del corazón,  
Por brinquiño y por joyel.  
Pero Aliatar el caudillo  
De envidia ardiendo se ve,  
Y trémulo y amarillo,  
Sobre un tremecén rosillo  
Lozaneándose fué.  
Y en ronca voz, castellano,  
Le dice : con mas decoros

Suelo yo dar de mi mano,  
Si no penachos de toros,  
Las cabezas del cristiano.

Y si vinieras de guerra  
Cual vienes de fiesta y gala,  
Vieras que en toda la tierra,  
Al valor que dentro encierra  
Madrid, ninguno se iguala.

Así, dijo el de Vivar,  
Respondiendo, y la lanza al ristre  
Pone, y espera á Aliatar;  
Mas sin que nadie administre  
Orden, tocaron á armar.

Ya fiero bando con gritos  
Su muerte ó prision pedía,  
Cuando se oyó en los distritos  
Del monte de Leganitos  
Del Cid la trompetería.

Entre la Monclova y Soto  
Tercio escogido emboscó,  
Que viendo como tardó,  
Se acerca, oyó el alboroto,  
Y al muro se abalanzó.

Y si no vieran salir  
Por la puerta á su señor  
Y Zaida á le despedir,  
Iban la fuerza á embestir:  
Tal era ya su furor.

El alcaide, recelando  
Que en Madrid tenga partido,  
Se templó disimulando;  
Y por el parque florido  
Salió con él razonando.

Y es fama, que á la bajada  
Juró por la cruz el Cid  
De su vencedora espada,  
De no quitar la celada  
Hasta que gane á Madrid (\*).

## EPIGRAMAS.

### I. Filena devota.

De imposibles santa Rita  
Es abogada, y Filena  
Con devocion muy contrita.  
Reza á la santa bendita  
A fin de que la haga buena.

### II. Correccion oportuna.

Anda, que con un indiano  
Se casa Marica Perez;  
Pero es indiano que va,  
Que no es indiano que viene.

(\*) En el concepto de los inteligentes esta es la composicion mas acabada del autor: ella sola bastaria para dar celebridad á un poeta, y merece proponerse por modelo en su género, que si ha tenido después aventajados sucesores, nada ha producido que pueda compararse con este brillante y animado cuadro, lleno de imaginacion, de sentimiento y de verdadera poesia.

### III. Laudable templanza.

Ayer convidé á Torcuato:  
Comió sopas y puchero,  
Media pierna de carnero,  
Dos gazapillos y un pato.  
Bolle vino, y respondió:  
Tomadlo por vuestra vida,  
Que hasta mitad de comida  
No acostumbro á beber yo.

### IV. Saber sin estudiar.

Admiróse un portugués  
De ver que en su tierna infancia  
Todos los niños de Francia  
Supiesen hablar francés:  
Arte diabólica es,  
Dijo, torciendo el mostacho,  
Que para hablar en gabacho  
Un fidalgo en Portugal  
Llega á viejo, y lo habla mal;  
Y aquí lo parla un muchacho.

### V. Reflexion moral.

La calavera de un burro  
Miraba el doctor Pandolfo,  
Y eternecido exclamaba:  
¡Válgame Dios, lo que somos!

### VI. La lengua patria.

Pregúntasme, ya lo veo,  
Camilo, por qué escribí  
Como el preste de Berceo:  
Respondo, porque nací  
Entre el mar y el Pirineo.

### VII. El gran teatro.

El mundo comedia es,  
Y los que ciñen laureles  
Hacen primeros papeles...  
Y á veces el entremés.

### VIII. Dorisa enojada.

Enojada estás, Dorisa,  
Y no obstante, tu afliccion  
Mas que nunca se divisa:  
No te dé el cielo ocasion  
Por donde movente á risa.

### IX. De un vizcaino.

En Madrid un vizcaino  
Admirado se quedó  
Cuando pequeñito vió  
Tanto muchacho doctriño.

Después de veinte años viví  
Y como ellos se parecen  
Mas cuidados le merecen;  
Y espantado dijo á dos:  
Juras demonias de Dios,  
Que estas muchachos no crecen.

### X. A una dama.

Me pienso ya el nias feliz  
De cuantos fueron y han sido  
Pues en suerte me has caído  
Bizarra y bella Beatriz:  
Humillase mi cerviz  
De muy buena voluntad,  
Y te digo de verdad  
Que es mi gusto tan extraño  
Que aunque me has caído en a  
Has de ser mi eternidad.

### DECIMAS.

#### En la boda de un sarjento mayor

Celio estaba confiado  
En sus pasadas victorias;  
Pero nadie cantar glorias  
Puede hasta haber acabado:  
No le venció Marte airado,  
Mas sí un niño enredador,  
Porque vengará el amor  
A sarjentos superiores,  
Si los hubiera mayores  
Aun que el sarjento mayor.

Preciabase de invencible,  
Y Amor fiero é insolente  
Dijo: no ha de haber viviente  
A quien yo no sea temible:  
Juzgó vencerte imposible;  
Y así armó treta gallarda,  
No desembrázó alabarda,  
Ni balazos le tiró:  
Por flechas le disparó  
Los dos ojos de Bernarda.  
Ellos solos por despojos  
A Celio pueden tener,  
Y él solo pudo ceder  
A tan soberanos ojos;  
Con reciprocos antojos  
Los dos el alma han sentido  
Y así en este lance han sido  
Sin contradiccion alguna,  
Iguales en la fortuna  
El vencedor y el vencido.

Trueca, beldad soberana  
Pues Venus te hace hoy miu  
Por su lícito placer  
La austeridad de Diana;  
Y tú, esposo, a quien se burla  
Deidad que pudo ensalzarte  
Sin temor puedes llegarte,  
Verás cuánto son mejor  
Las dulces guerras de Amor  
Que los horrores de Marte.

(\*) Aunque algunas de las composiciones insertamos, comparadas con otras de superior, podrán parecer algo flojas, ya por la calidad de los asuntos que poco, siendo estas en tan corto número parecido conveniente suprimirlas, en una colección que deseamos salga tan como es posible.

## SONETOS.

## I. Resistencia inútil.

Tírome Amor de su carcaj luciente  
Una amorosa jara penetrante :  
Resistila valiente y arrogante,  
Pues quien resiste á Amor solo es valiente.

Con mi constancia altivo é insolente  
Volvió á cimbrar el arco fulminante  
Disparando á mi pecho de diamante  
Hasta quedar sin municion ardiente.

Empeñóle á vencer mi inobediencia ;  
Tírome el arco y el flechero de oro ;  
Mas viendo que aun no basta su violencia ,  
Se entró en mi corazon : ya amante lloro.

Cedió, por fin, mi heroica resistencia ;  
Piedad, ninfa, piedad, pues que te adoro.

## II. Poder de Amor.

Aunque en abril y marzo las canales  
Padezcan supresion ó mal de orina,  
Aunque pronuncien cárcel y paulina,  
Vesúdos de rigor los tribunales ;

Aunque los tamboriles ó atabales  
Roncos publiquen guerra y chamusquina,  
Aunque á la flota en tumba cristalina  
Sepulte el ponto haciendas y metales ;

Nada es bastante á perturbar la fija  
Quietud poltrona en que á vivir me allano,  
Ni hay aprension, ni antojo que dirija  
Mi albedrío absoluto, soberano :

Nada tiene este mundo que me aflija ;  
Solo el Amor : maldigale Solano.

## III. A Leandro.

(Imitacion de Marcial (1).

Del mas constante amor nave y pirata,  
Faluca ardiente, y bergantin amante,  
Intrépido, amoroso y arrogante  
Boga Leandro en piélagos de plata.

Mas ; ay ! que inquieto el euro se desata :  
Gime el ponto con silbo resonante,  
Y al viviente batel ya fluctuante  
Atropella, sumerge y arrebata.

Viéndose de la muerte amenazado,  
A las ondas con voz enristecida  
Así clamaba el joven desdichado :  
Perdonadme (les dijo) ahora en la ida ;  
Y sofocad mi aliento fatigado  
En volviendo de ver á mi querida.

## IV. Libertad perdida.

Coal gira el soto, de temor exento,  
El bruto que le asorda con bramidos,  
Si los yugos huyó desconocidos  
La alta cerviz, no usada al sufrimiento ;

Así en dichosa libertad contento,  
No viendo mis espíritus rendidos,  
Cayeron mil arpones rebatidos  
Del que en lágrimas hace su alimento.

Mas cuando halló que por violencia ó arte  
No es posible que siga su divisa,  
Ni lleve las cadenas que reparte ;

Mira, dijo el Amor con falsa risa,  
Si me sobra poder para humillarte ;  
Y señaló á los ojos de Dorisa.

## V. Jactancia amorosa.

Dirán otros amantes venturosos,  
Que en el tiempo feliz que ellos amaron  
Un disgusto siquiera no pasaron,  
Ni sufrieron desdenes rigurosos ;

Que no sintieron celos venenosos,  
Ni en la imaginacion se les pasaron ;  
Que con fortuna pródiga lograron  
Del amor los contentos deliciosos :

Dirán, que entre mil ámbares sabéos,  
En blando catre, ó en muldita cama  
Saciaron apetitos y deseos ;

Que apagaron con júbilo su llama ;  
Que alcanzaron victorias y trofeos ;  
Mas no que amaron tan hermosa dama.

## VI. Esquivéz de Dorisa.

¡ Oh Eresma, que por madre retorcida  
Caminas presuroso acia el ocaso,  
Juzgando que te viene el tiempo escaso  
Para acabar en Duero tu partida !

Humilde te suplico por tu vida  
Que detengas un poco el veloz paso,  
Y digas de quién huyes. ¿ Es acaso  
Del hermoso desdén de mi querida ?

Si, respondió un triton con espantable,  
Ronca, sonora voz y faz terrible ;

Porque aunque á su beldad, sacra, admirable,  
Dejarla de adorar es imposible,

Su altivo, riguroso é implacable  
Fiero desdén tambien es insufrible.

## VII. Reconvenccion á Dorisa.

Si tanto te impacienta que te quiera,  
De tu propia beldad, Dorisa avara,  
¿ Por qué me consentiste que te hablara ?  
¿ Por qué ocasion me diste á que te viera ?

Si una vez que te ví imposible era  
Que tus divinas luces no adorara,  
¿ Por qué hiciste, crúel, que me abrasara  
El amoroso fuego de tu esfera ?

No culpes de mi amor la vigilancia,  
Culpa en verme tus muchas impiedades,  
Tu vista fué ocasion de mi arrogancia ;

Y así, ó bien te enfurezcas, ó te apiades,  
Te condena el teson de mi constancia  
A sufrir mi cariño eternidades.

## VIII. Atravimiento amoroso.

Amor, tú que me diste los osados  
Intentos y la mano dirigiste,  
Y en el cándido seno la pusiste  
De Dorisa, en parajes no tocados ;

Si miras tantos rayos, fulminados  
De sus divinos ojos contra un triste,  
Dame el alivio, pues el daño hiciste  
O acaben ya mi vida y mis cuidados.

Apiádeseme mi bien. Dila que muero  
Del intenso dolor que me atormenta ;  
Que si es tímido amor, no es verdadero ;

Que no es la audacia en el cariño afrenta,  
Ni merece castigo tan severo  
Un infeliz, que ser dichoso intenta.

## IX. Amor constante.

Dos veces ví la hermosa primavera  
De rosas y jazmines coronada,  
Que la hicieron cantando á la alborada  
Mil avecillas salva placentera :

Dos veces ví las mieses en la era,  
Y al padre Otoño la cabeza ornada  
De pámpanos alegres, y la helada  
Bruma dos veces empañó la esfera ,

(1) Martialis, De Spectaculis, XVIII.

Quam peteret dulces andax Leander amores,  
Et fensum tumidis jam premeretur aquis ;  
Me miser instantes affatus dicitur undas :  
Parcite, dum propere ; mergite, dum redeo

Después, Dorisa, que tus ojos bellos  
Dieron al triste corazón cuidado  
Y redes me tejieron tus cabellos,  
El tiempo alterna, y vuela, y se ha mudado;  
No tus rigores, que amedrenta el vello...  
Y yo ni estoy feliz, ni escarmentado.

#### X. Aplauso á Dorisa.

Bendita sea la hora, el año, el día,  
Y la ocasión, y el venturoso instante,  
En que rendí mi corazón amante  
A aquellos ojos donde Febo ardía.  
Bendito el esperar, y la porfía  
Y el alto empeño de mí fe constante,  
Y las saetas y arco fulminante  
Con que abrasó Cupido el alma mía.  
Bendita la aflicción que he tolerado  
En las cadenas de mi dulce dueño,  
Y los suspiros, llantos y esquivaces,  
Los versos que á su gloria he consagrado  
Y han de vencer del duro tiempo el ceño,  
Y ella bendita innumerables veces.

#### XI. Dorisa en traje magnífico.

¡Qué lazos de oro desordena el viento  
Entre garzotas altas y volantes!  
¡Qué riqueza oriental, y qué cambiantes  
De luz, que envidia el sacro firmamento!  
¡Qué pecho hermoso, do el amor su asiento  
Puso, y de allí fulmina á los amantes  
Absortos al mirar sus elegantes  
Formas, su delicioso movimiento!  
¡Qué vestidura arrastra, de preciado  
Múrice tinta y recamada en torno  
De perlas que produjo el centro frío!  
¡Qué extremo de beldad, al mundo dado  
Para que fuese de él gloria y adorno!  
¡Qué heroico y noble pensamiento el rufo!

#### XII. Modestia de Dorisa.

Baja los ojos mi Dorisa hermosa  
Por no mirarme, con vergüenza, honesta,  
Y en muy breves palabras da respuesta  
A una larga cuestión artificiosa.  
Mas si de enamorada ó envidiosa  
Los vuelve á alzar, y halla mi vista puesta  
Siempre en la suya, tímida y honesta  
Vuelve á bajarlos, ni moverlos osa.  
Y al encontrar los suyos con los míos,  
De purpúreo color el rostro bello  
Con rubor casto y virginal enciende;  
Y la añaden tal precio sus desvíos,  
Que ni piensa arribar á merecello,  
Ni hay voz que diga lo que el alma entiende.

#### XIII. Dorisa mudable y hermosa.

¡Temes acaso que indignado ahora,  
Al ver la ingrata y fiera alevosía,  
Procurando venganza el alma mía  
Con ira que escitó tu acción traidora,  
Acusara mi voz de engañadora,  
Que ensalzó tu belleza y gallardía,  
Y diré, que en piñarta procedía,  
Como todo amador que ciego adora?  
¡Ay! no el exceso fué de mi fineza,  
Ni mintió el labio con amante anhelo,  
Cuando alabó tu perfección, ¡perjura!  
Pues, siendo asombro en la naturaleza,  
Para mi perdición te formó el cielo  
Monstruo de ingratitud y de hermosura.

#### XIV. Dorisa ingrata.

Un alto y generoso pensamiento,  
Inspiración del cielo soberano,  
Me puso la aurea cítara en la mano  
Para cantar el dulce mal que siento.  
Y fué tan grato el sonoro acento,  
Que la ancha vega, el apacible llano  
Y el cavernoso monte carpentano  
Mostraron compasión de mi tormento.  
Turbóse el río de cerúleo manto,  
Oculto entre los álamos sombríos,  
Al ver su cisne lamentarse tanto.  
Moviéronse los brútos mas impíos,  
Y los ásperos troncos á mi llanto;  
Y no la que causó los males míos.

#### XV. Fúnebre recuerdo.

Hoy vuelve el cielo á recordarme el día  
Fatal y triste, en que miré postrada,  
Con duros eslabones amarrada,  
La indómita hasta allí libertad mía.  
¡Ay, cómo me estremezco todavía,  
Solo en pensar de aquella Circe airada  
La vista fascinante envenenada,  
Que trasformó en bruto me tenía!  
Vosotros, que escucháis mi canto ahora,  
Imaginad qué tales habrán sido  
Mis males, y mi pena angustidora;  
Pues con haber sus lazos ya rotpido,  
La memoria no mas, vil y traidora  
Me conturba aun el alma y el sentido.

#### XVI. El escarmiento.

Si fuese que después del fatal día  
Que oscurezca a mis ojos la luz pura,  
De mi larga jornada y mal segura  
Quiere alguno emprender la áspera vía,  
¡Ay, escarmiente en la desdicha mía!  
La huella observe en lóbrega espesura,  
Con lágrimas borrada; y la amargura  
No prubara de su infelice guía.  
No le engañen las rosas y azucenas,  
El fresco arroyo, el floreciente prado,  
Ni el acento de armónicas sirenas,  
Ni el triste ejemplo de otro que ha pasado,  
Ni el aparente fin de tantas penas...  
Mire cuál premio el fiero Amor me ha dado.

#### XVII. Aviso á quien ama.

¡Son estos los sagrados juramentos  
Que acompañaron la palabra dada  
Por Dorisa, á mis plantas humillada  
Con lágrimas, sollozos y lamentos?  
¡La luna, el cielo, el sol, los elementos,  
Testigos de una fe tan mal guardada;  
Los celos que mintió, cuando irritada  
Acusó de mudables mis intentos?  
¡Las luces, que yo vi tan amorosas  
En mí fijarse llenas de ternura,  
Los labios, en ficciones abundantes?  
¡Estas, las espresivas, alevosas  
Caricias que estudiaba la perjurá,  
Son?... Estas son. Escarmentad, amantes.

#### XVIII. Desengaño de amor.

Verás, me dijo el flechador tirano,  
El extremo de gracia y hermosura  
Mayor que miró el mundo: criatura  
Que en la tierra desmiente el ser humano.  
Yo te concedo amarla; porque ufano  
Blasonar puedas en tu audaz locura,  
Que ninguno adoró deidad tan pura,  
Y presumirlo es pensamiento vano.

No por belleza igual Marte suspira ;  
 Los dioses de sus orbes no han bajado  
 Por ninfa tal, que adoracion inspira.  
 Ni tanta perfeccion han celebrado  
 La griega, ausonia, ni la etrusca lira...  
 Mas nunca esperes merecer su agrado.

### XIX. Amor platónico.

No fué la rica, inestimable trenza,  
 Que al oro escede en las tartesias minas,  
 Ni el matiz de encarnadas clavellinas  
 Que el rostro enciende en virginal vergüenza ;  
 Ni aquella boca, que si á hablar comienza,  
 Ambar exhala entre las perlas finas ;  
 Ni aquellas luces del amor divinas,  
 Causa bastante que mi pecho venza ;  
 Mas solo el yugo fué que me asegura  
 Tanta virtud y un alma soberana,  
 Que ensalza al grande autor de tal hechura.  
 Ni amé cosa mortal, ni la tirana  
 Segur del tiempo perfeccion tan pura  
 Puede volver en leve sombra y vana.

### XX. Alabanzas del matrimonio.

(Traduccion de Goldoni.)

¡Qué gusto que es tener la esposa al lado  
 Y escuchar decir *papa* á los hijuelos!  
 Del matrimonio muchos son los duelos.  
 Mas los gozos son mas y en mayor grado.  
 En el alegre ó en el triste estado  
 Se truecan los consejos y consuelos,  
 Y de los rojos labios sin recelos  
 Se goza fiel deleite regalado.  
 Y cuando llega ya la edad anciana,  
 ¡Oh cuánto alivia y cuán fiel se esmera  
 De la consorte la piedad cristiana!  
 ¡Santo, púdico amor! Antes que muera,  
 Esta mayor felicidad humana  
 Hazme lograr solo una vez siquiera.

### XXI. Ejecutoria de la verdadera nobleza.

Si como tengo el padre noble, fuera  
 El verdugo de Málaga mi padre,  
 Y Flora, Lamia, ó Tais fuera mi madre,  
 ¿Qué culpa en ser su hijo yo tuviera?  
 Si uno al nacer los padres eligiera,  
 Sin tener al oído quien le ladre,  
 Que al mismo rey le pese ó que le cuadre,  
 No hay duda que por padre le escogiera.  
 Pues si pudo nacer un sin ventura  
 El hijo del monarca y potentado,  
 ¿De qué es su vanidad y su locura?  
 Sepa que solo es noble y es honrado  
 Aquel que con verdades asegura  
 Ser de sus mismas obras engrandado.

### XXII. A un presumido.

Si una mujer que tienes altanera  
 No sabes gobernar, indigno Fabio,  
 Y está, con tu permiso y con tu agravio,  
 Notada por chocante y cotarrera,  
 ¿Por qué con faz hipócrita y severa  
 Fingiéndote estadista esperto y sabio,  
 Pretendes gobernar con necio labio  
 De España la católica bandera?  
 ¿Juzgas que son cazuelas y pucheros  
 De Carlos las fortísimas legiones,  
 O como tu mujer los granaderos?  
 Y pues para mandarla aun no supones,  
 ¿Cómo quieres mandar soldados fieros,  
 No mandando en tu casa aun tus calzones?

### XXIII. Dificultades del escritor.

Si escribo en verso heróico y elocuente,  
 No me entienden los simples labradores;  
 Si humildes tonos canto de pastores,  
 Me mira el docto con rugosa frente ;  
 Si accion emprendo de Mavorte ardiente,  
 Temblarán las doncellas sus horrores ;  
 Si canto el frenesí de mis amores,  
 No espero que á otro sino á mi contente.  
 No sé en qué estilo adelantar procure,  
 Ni donde encontraré reglas ni modos  
 Para que fama eterna me asegure.  
 Solo sé, que ballaré con mil apodos,  
 Y que aun quien mas al arte el fondo apure,  
 Es imposible el contentar á todos.

### XXIV. Al lector.

O tú, cualquiera que del claro día  
 Las horas blandas, mudas y ligeras,  
 Faltando acaso á lo que hacer debieras,  
 Gastas en repasar mi poesia ;  
 Si cuanto ves alabas á porfia,  
 De necedad son muestras verdaderas ;  
 Y si todos los versos vituperas,  
 De envidioso tambien te argüiria.  
 Que hay muchas cosas malas, es sin duda,  
 Y que hay algunas buenas, yo lo digo,  
 Otras medianamente se disponen.  
 Lo bueno, y malo, y lo mediano ayuda ;  
 Pero te hago saber, lector amigo,  
 Que así todos los libros se componen.

### XXV. A don Juan Bautista Conti, por su excelente traduccion italiana de la primera égloga de Garcilaso.

Las bellas ninfas del undoso rio,  
 En que halló cristalino mausoelo  
 El hijo audaz del rubicundo Apolo,  
 Quisieron escuchar al cisne mio ;  
 Y dijo Febo : el instrumento fio  
 A tu destreza, ¡oh jóven! pues tú solo  
 Desde el oro del Tajo al de Pactolo  
 Llevarás de este amor el cruel desvío.  
 Cantaste, Conti ; y á tu voz volvieron  
 Atónitas las ondas á escucharte  
 Las quejas de Salicio en son toscano.  
 Lampecta y sus hermanas uo sintieron  
 Mientras cantabas con dulzura y arte  
 El precipicio del perdido hermano.

### XXVI. A la reina madre en los días del rey.

Hoy que á luz distes al mayor monarca,  
 Que reconocen climas y hemisferios ;  
 A aquel, que en sus vastisimos imperios  
 Entrambos orbes poderoso abarca :  
 Mi humilde musa, que fiel se marca,  
 En vez de sumisiones, cautiverios,  
 Sentir hace en los ámbitos hesperios  
 El júbilo que alienta su comarca.  
 Goza, augusta Isabel, tan grande día,  
 Célebre en nuestra historia sin segundo,  
 Pues fué oriente del So<sup>l</sup> que á España envia ;  
 Y aplauda con respeto muy profundo  
 Los años de este César mi Talla,  
 De este Alejandro, á quien se humilla el mundo.

## ROMANCES HEROICOS.

### I. A un amigo en sus días.

Rompa la voz el tímido silencio,  
 Que hasta aquí mi respeto embarazaba,  
 Y haga público el nûmen en cadencias

Lo que en ecos pudiera hacer la fama.

El torrente brillante de Aganipe,  
Las ninfas halagüeñas de Castalia,  
El Pené, que en perlas desatado  
Los Tempes fertiliza de Tesalia.

El Pindo bello, el célebre Parnaso.  
Y toda la península de Acaya,  
Con su fino piadoso patrocinio  
Me influyan, me apadrienen y me valgan.

Hoy en el cielo angelescos coros,  
Y en la tierra la Iglesia sacrosanta  
La exaltación celebran prodigiosa  
Del sol amanecido en la Cantabria.

Hoy aplauden las glorias y virtudes  
Del que supo tan bien ejecutarlas,  
De aquel que solo para ser tan santo  
Informes pudo hacer en la campaña;

De aquel valiente militar guerrero,  
Que dejando del mundo las escuadras,  
En basta ropa comutó gustoso  
La loriga, la cota y la coraza.

Hoy mi afecto rendido te desea  
Tan grande bien, felicidades tantas,  
Que por su muchedumbre se confiese  
El guarismo incapaz de numerarlas.

Tan próspero y feliz el mundo todo  
Te reconozca en fin, que juicio haga  
Ser dispensable para ti el funesto  
Decreto irremisible de las parcas.

Vive gustoso, y sóbrete crecida  
De placer y de dichas abundancia,  
Con ese Adonis que te prestó el cielo,  
Con esa Venus que te dió la España;

Con esa rosa que produjo el fértil  
Verjel de la provincia castellana,  
Y en hermosos pimpollos por el orbe  
Multiplique el valor de su fragancia.

Y los dos en alegre compañía  
Ninfas, nereidas, musas y náyadas  
Os aplaudan, festejen y diviertan  
Con cítaras, con trompas y con arpas;

Y pidiendo perdón rendido el numen,  
A tu benevolencia se avasalla,  
Repetiendo lo dicho muchas veces  
Con la lengua, la pluma y con el alma.

## II. A un amigo, desde San Ildefonso.

Porque cual en el Ponto  
El infeliz Ovidio,  
Sufriendo desterrado  
Los enojos del César ofendido,  
Que acaso me imaginas,  
O Gabriel, imagino  
En esta de miserias  
Para mi pecador última Tibur;

En este inculto valle,  
Cuyos gigantes riscos  
Son Cabeza-melera  
El Chorro, Peñalara y Siete-picos;  
En este seno en donde

Sus nieves y sus frios  
Temieran erizadas  
Las árticas provincias de Calisto;

En aquesta nevera,  
En aqueste real sitio,  
Mas malo que el de Troya,  
Y peor que el tebano y numantino.

Por si aquí me imaginas  
De la suerte que digo,  
Con tu olvido recelo  
A mi desatención justo castigo.

Le temo, y le recelo,  
Porque le he merecido,  
Aunque en el mismo tiempo  
De tu benevolencia me confío.

Pero al mirar mi ofensa,  
Pero al ver mi delito,  
Dudo si su tijera  
De nuestra amistad firme cortó el hilo.  
Dudo; pero ¿qué dudo?

Yo mi maldad repito;  
Pues nunca dudar pude  
De tu fe, tu firmeza y tu cariño.

Creo; pero no creo  
El que hayas incurrido  
En olvidar al triste,  
Que en el alma te tiene, aunque no ha escrito.

Antes que yo tal crea,  
Creeré que haya tenido  
Medusa, la gorgona,  
De serpientes y víboras los rizos;

Creeré que hay Quimera,  
Y creeré que haya habido  
Bajo de una doncella  
Cachorros, que amedrente su ladrido;

Cuadrúpedos varones  
Por los pechos unidos,  
Un hombre de tres cuerpos,  
Y un trifuco mastín en el abismo;

Esfinge, harpías, y sierpes  
De cuerpo desmedido,  
Gigante con cien manos,  
Y el guarda medio bucy del laberinto;

Esto creeré primero,  
Que crea aun por resquicios  
Que pueda haber faltado  
La constancia fiel de tu cariño.

Entre los dos hay muchos  
Valles, montes, caminos;  
Pero al amor de veras  
Nunca jamás ausencias le han vencido.

Tú estás en la Armedilla,  
Yo estoy en este silo;  
Tú estás en la Tebaida,  
Y yo en bosque peor que los de Egipto.

Aquí estoy desterrado,  
Y ya destituido  
De mirar los alegres  
Campos pincianos, para mí floridos.

Ya no veré en Pisuegra  
Las ninfas de aquel río,  
En cuyas dulces aguas  
Repetí las locuras de Narciso.

Y en fin, ya de las leyes  
El gavilán oficio  
Renuncié; pues no quiero  
Ciencia que ofende al pobre y salva al rico.

A estudios mas sublimes  
Desde aquí me dedico;  
Y lo que la fortuna  
Hacer quiera de mí yo determino.

Aquí estaré esperando,  
Cual si fuera en el limbo,  
La piedad de los cielos  
Y el amparo eficaz de mis amigos.

Serán en este lance  
Sus acciones testigos  
Del que lo fué de veras,  
Y el que en prosperidad lo fué fingido.

Ya del Verbo humanado  
Se acerca el natalicio,  
Feliz tiempo en que espera  
Mi triste corazón tener alivio.

Ya á experimentar viene  
En los hombres inicuos  
Ingratitud quien solo  
Por verlos hace fuga del empleo.

Ya se sujeta el derno  
Omnipotente Niño  
A sufrir impiedades  
De aquellos á quien viene á dar auxilio.

Ya por fin de Isaias  
Se cumple el vaticinio,  
Y ya de las Sibilas  
Se admiran verdaderos los escritos.

Y ahora yo te deseo  
Todo gusto cumplido,  
Felicidad te anuncio,  
Y tu bien solamente solicito.

Y ahora mandar puedes  
Al mas constante amigo,  
Que servirme desea,



Como por experiencia lo habrás visto.

Bajo la helada bruma

Este romance escribo,

Tiritando las manos,

Soñandome los dientes con el frío.

~~~~~

SILVAS.

I. Dedicatoria al lector de su periódico titulado el Poeta.

A ti, lector amigo,
Dedico yo las métricas tareas,
Y á solas yo contigo,
Porque piadoso seas,
Te quiero hablar un poco.
No me juzgues por loco
Al verme confesar que soy poeta;
Porque á desdicha tanta se sujeta
Quien pretende agradarte;
Pues todo aquel que escribe,
¡Oh lector! solo anhela á contentarte.
Si yo tal consiguiera,
¡Qué dichoso sería!
A todos gusto diera,
Puesto que á mi lector yo complacia,
Y miedo no tendría
De rígidos fantásticos censores,
Que cuanto ellos no han hecho
No juzgan de provecho,
Sin piedad despreciando á los autores.
Y está cierto, lector, que si supiese,
Que no me era posible
Que yo gusto te diese,
Y mi verso te fuese aborrecible,
Tanto que le arrojaras,
Y ni aun por él la vista tú pasaras,
Que no se cansaría
En buscar tu afición la musa mía;
Porque puedo jurarte,
Que tal no emprendería
Si acaso yo supiera
Que no hubiese de haber quien me leyera.
Pero porque es estilo entre pedantes
Cultas dedicatorias retumbantes,
Acudir á la historia,
Y copiarla en cualquier dedicatoria,
Y no sin voluntarias adiciones
De ciertos ó fantásticos blasones
Del Mecenas loado;
Yo que me hallo de tí necesitado,
¡Qué elogios callaré? ¡Cual alabanza
En mi labio hallará paso cerrado?
Es tanta tu nobleza,
Que al mismo rey de España, ó lector pio,
Le igualas en grandeza,
Si acaso el rey leyese un verso mío.
Tú venciste un horrendo desafío,
Tú rendiste una plaza,
Como consta en la historia de Alcobaza.
Tú edificaste un río con su puente,
Y tú eres descendiente
De Aquiles, de su padre y de su abuelo;
Y hay cierto medallón en Portobelo,
Que se encontró con inscripción vascuence,
Por el cual se convence
Que en tiempo del rey Wamba tus pasados
Hasta Italia vinieron derrengados,
Con el hijo de Anquises en cuadrilla,
Trayendo los penates á costilla.
En fin, de mi lector las alabanzas
Son tales, que no á tanto, ó pluma, alcanzas.
Tú eres el absoluto,
A quien los sabios pagan su tributo.
Tú ultrajas ó tú premias
Cuántas obras trabajan
Con sudor las mas doctas academias.
Si tu aprobacion falta,
La musa se abatió mas grande y alta;

Y tu voluntad solo

La fama estiende en uno y otro polo;

Porque tú lo has querido

El gran Virgilio es grande y aplaudido;

Y como tú quisieras,

Cantar mis versos vieras

Por cuantos aman la española musa.

Ni te sirva de excusa

Para aceptar mis obras el asunto:

Yo te daré un conjunto.

Para que con tu gusto en él tropieces;

Cantaré algunas veces

A la sombra del mirto deleitosa

Mi pasión amorosa,

Y las gracias que ostenta singulares

La ninfa angelical del Manzanares.

Otras veces de yedra coronado,

En los grandes banquetes suntuosos,

Dire el vino estimado,

La fiesta y los manjares mas preciosos;

Y á veces con zampoña

Los sencillos amores

Que cantan en las selvas los pastores.

Ni dejarán mis versos olvidadas

Mil verdades certisimas, que inspira

A amar el eco de la dulce lira,

Aunque tal vez, lector, por agradarte,

Violentando mi genio en esta parte,

Cantaré la pavana

Al gruñir de la gaita zamorana;

Y aun viendo que esto abonas,

Fandangos, zarambeques y chaconas.

Ni tampoco se excusa

De el vicio reprendiendo mi estóica musa.

Y alabarán mis versos numerosos

La patria, y á sus hijos mas famosos.

Y acaso, acaso con horrenda trompa,

Haciendo que furioso el aire rompa

El ímpetu sonante,

Tronaré guerra, escándalo y horrores,

Cantando en Cozco al español triunfante.

Si recibes, lector, con níl amor

Lo que con ellos de verdad te ofrezco,

Juzgaré que merezco

Aplauso universal y alta alabanza,

Pues dar gusto al lector mi musa alcanza;

Y juzgaré por vano

Cualquier juicio que forme

Quien mis versos no lea

Porque ¿qué ha de juzgar quien no me vea?

II. A las bodas de la infanta de España doña María Luisa de Borbon con el archiduque de Austria Pedro Leopoldo.

Ven, Himeneo casto,

Hijo de Urania bello,

Que al talamo las vírgenes conduces.

Ven con ligero paso,

Suelto el rubio cabello,

Con la antorcha nupcial que arroja luces;

Y cuando el aire cruces,

Por toda su distancia

Espalice la fragancia

Del cinamomo indiano: de esto sea

La esplendorosa tea.

Ven, ¡oh mancebo alado!

De rosas coronado

Y de violetas, flor de los amantes,

Y vengan los cupidos

Con cítaras sonantes,

En coros divididos,

Cantando alegres himnos y canciones,

En alabanza justa

De la función augusta

Que hoy celebrarse vea.

Ven, Himeneo, ven. Ven, Himeneo.

Ven, y trayendo el velo delicado

Para la nueva esposa,

Con grata melodía

Y voces de alegría

Todo resuene el artesón dorado.

Jamás á tan hermosa
 Leidad en dulce ardor has inflamado,
 Y como linda, honesta,
 Al tálamo dispuesta
 De Leopoldo dichoso,
 Que ni el blason que hereda glorioso
 De la ilustre Alemania
 Y helicosa Hungría,
 Precia en mas que la mano de María.
 Las ninfas del Sebeto cristalino
 Con acento divino
 Cantan, cómo la vieron
 En cuna de marfil que ellas mecieron,
 Y cómo la enseñaron
 Las primeras razones que escucharon
 Pronunciar dulcemente
 Con labio balbuciente;
 Y los juegos pueriles
 De sus bellos abriles;
 Hasta que el cielo decretó que vaya
 A la española playa,
 Dando paso oportuno
 Los cerúleos estanques de Neptuno.
 De náyades un coro,
 Pulsando con el plectro cuerdas de oro,
 En las orillas del Danubio amenas
 Que mueve entre metales sus arenas,
 Conciertan por las anchas praderías
 Mil danzas y armonías,
 Celebrando al esposo;
 Y él, no sufriendo a su pasión reposo,
 Con ellas alternando
 Repite, suspirando
 En amante deseo:
 Ven, Himeneo, ven. Ven, Himeneo.
 No así las de mi patrio Manzanares,
 Que en otro tiempo ufano
 Salpicó el verde llano
 De perlas que vertía,
 Las veces que sus márgenes veía
 Florecer con la planta
 De la divina infanta.
 Hoy, llenas de amargura,
 Su ruego importunándola, procura
 Detener la partida,
 Diciendo con acento doloroso:
 « Como la flor que en el verjel umbroso
 Nace en sitio ignorado,
 De espinas guarnecida,
 Ni la toca el arado,
 Ni de planta mortal se ve ofendida;
 Con blanda lluvia crece
 Y el sol sus frescos tallos reverdece,
 Los céfiros la olean,
 Virgenes y mancebos la desean;
 Mas cuando ya cortada
 Pierde el aroma y la color precitada,
 Ni las virgenes bellas,
 Ni los mancebos que la amaron antes
 La buscan anhelantes;
 Así mientras intactas permanecen
 Las jóvenes hermosas,
 Son de todos queridas;
 Pero si en las delicias amorosas
 De nudos conyugales
 Olvidan los rubores virginales,
 Ni los aplausos ni el amor merecen
 De niños ni doncellas. »
 Esto en vano la dicen, que el destino
 La llama á las orillas
 Del Istro deleitosas,
 Que su semblante han de gozar divino,
 Y allí se escuchan voces sonoras
 Que repiten cantando:
 « Cual vid desamparada,
 Inculta y sola y sin robusto arrimo,
 Sus estériles ramos dilatando,
 Inútil crece y vive despreciada,
 No enriquecida de su fruto óptimo;
 Mas si á un olmo galán tiende los brazos
 Y en torno le circunda
 Con amorosos lazos,

Bella se torna y próspera y fecunda:
 Así la virgen que los años pierde
 En soledad esquivada,
 Así la que gozó de su edad verde,
 En dulce union, la gloria fugitiva.
 ¡ Oh, ven, alta princesa!
 Que el cielo se interesa
 En dar á la virtud premios debidos:
 Cuando suene agradable á tus oídos
 La risa bulliciosa
 De un generoso infante,
 A sus progenitores semejante.
 Que arbolando algun día,
 En fiera lid dudosa,
 Los temidos pendones,
 Con aguijas augustas y leones,
 Dará mas timbres á su estirpe clara.
 Austria y Castilla le serán deudoras
 De los triunfos que Marte le prepara,
 Si acaudilla sus huestes vencedoras. »
 Mas ya el Héspero viene:
 Corre, estrella veloz, ¿ qué te detiene?
 Bajad los pabellones
 ¡ Oh cupidos! y echad los aldabones
 A las doradas puertas,
 Que ya presente veo
 El instante feliz. Ven, Himeneo.

III. Al conde de Aranda, capitán general y preside de Castilla.

Quando mis versos á la edad futura,
 El tiempo perdonándolos, trasciendan
 (Que el verso inmortal dura),
 Y las gentes entiendan
 Las alabanzas que me inspira Febo
 De este Escipion, de este Licurgo nuevo.
 De admiracion pasmadas
 Quedaran recorriendo
 Las edades pasadas,
 Con afán, entre muchas, distinguiendo
 Las prendas que tu mérito engrandecen,
 Ilustre Aranda. Y si al saberlas crecen
 Mas sus admiraciones;
 Varon sublime, esclamarán, seria
 Aquel que merecia
 Tantas aclamaciones,
 Que hizo feliz la edad que le ha logrado,
 Que el mundo aun por su fama le respeta,
 Que fué tan venerado,
 Que tanto asunto en él halló el poeta.
 No fué, señor, obsequio reverente,
 Ni ficcion ingeniosa y elocuente
 La que ha de hacer durables tus blasones:
 Glorias son verdaderas.
 No las dudeis, naciones,
 No, ciertas fueron, gentes venideras.
 Callaré tus primeras
 Juventudes, que dieron
 Claro indicio de ti, cuando supiste
 En una y otra hazaña
 Las fieras huestes gobernar de España,
 Bajando á Italia, que temió su estrago
 Mas que cuando rompió los Alpes frios
 El héroe de Cartago;
 Y ya depuestos militares bríos,
 A los riueros que el Vístula corona
 Paz y amistad llevaste.
 El hijo de Filipo,
 No hallando á tu virtud premio que baste
 Quiso, cerrado el templo de Belona,
 El cargo alijar de tanto imperio
 En que ejercita el mando,
 De tu sublime rectitud fiando;
 Y uno y otro hemisferio
 Te ve de la española monarquía
 Númen justo, benigno y poderoso,
 Y ella por ti feliz, patrocinada
 De los temidos filos de tu espada.
 La gran Madrid, ornato y alegría
 Te debe, y paz. Su pueblo numeroso,

Al ver que riges las soberbias gentes,
De lenguas y costumbres diferentes,
Con fácil yugo, tus aplausos canta,
Y a tu nombre levanta
Monumento inmortal, en donde unidos
Coronan tu trofeo
La espada, la balanza, el caduceo.
En tu escuela instruidos
Los alumnos de Marte
Templarán con prudencia la arrogancia
(Que el valor se deslucen en la ignorancia),
Y siguiendo el católico estandarte,
Siendo tú su caudillo esclarecido,
Será el nombre temido
De la nación hispana
Por cuanto ilustra el sol y el mar rodea.
Que ya te vió la gente lusitana
En pertinaz pelea
Desordenar falanjes poderosas,
Y las torres de Almeida en llama ardiendo,
Atropellar sus quinas generosas,
Vencer terrible, y perdonar venciendo.

Otros, al son de cítara suave,
Los ánimos feroces
Templan con estudiadas armonías:
Otros honor procuran, imitando
Bellezas naturales,
Dando espíritu al lienzo y piedras frías,
O velen calculando
De los astros la máxima distancia,
O del mundo el origen y la infancia:
Que reprimir con ánimo prudente
La malicia insolente,
Dar justísimas leyes á la tierra,
En paz segura prevenir la guerra,
Ocupar en virtud la larga vida
Que ya le tiene el cielo prometida
(Temido y grato á la nación que manda),
Estas las artes son del grande Aranda.

Dicte celeste Musa
Moral ficción y número elegante
A quien aspire á merecer corona
Por alegrar la multitud confusa
Con el cómico verso; otros, calzando
El cecropio coturno,
Suspendan los sentidos en nocturno
Espectáculo trágico, que inventa
Melpómene sangrienta.
Otro repita con acento blando,
Entre olorosas flores,
El dulce lamentar de dos pastores.
Otro ensalce los timbres que engrandecen
A Hesperia belicosa;
Que si tanto merecen,
Aranda insigne, los esfuerzos míos,
Y dócil á mi voz se presta Apolo,
Tú bastas á mi cítara. Tú solo
Serás por mi cantado
Con alabanza justa,
Que ha de triunfar del tiempo arrebatado,
Y de la envidia y de la parca adusta.

IV. A don Ignacio Bernascone, excelente en la esgrima.

Los que á su dulce acento
Las aguas en el río
Suspenden y las aves en el viento,
Celebren de la olímpica palestra
Los duros luchadores,
O la braveza diestra
De los que en voladores
Carros, ganaron de laurel corona,
O la caballería
Veloz que el siciliano-suelo cria.
Que el hijo de Latona
Quiso inspirar en mi mayor deseo.
Cantar será mi empleo,
Y ¡oh, correspondá al gran sujeto el canto!
Del diestro Bernascone la alta esgrima
Y su invencible espada
Que el vulgo ve con amarillo espanto,

Y aquella gallardía,
Don que á pocos el cielo igual envía.
Marte, dios de la guerra,
En la grama nacido,
Si desciende á la tierra
Cubierto con las armas de Vulcano,
Verá de envidia herido
Al generoso atleta carpentano
Presentarse en el llano,
La diestra armada del terrible acero,
Que al revolver ligero,
Estrago anuncia inevitable y muerte.
En vano intenta el enemigo fuerte
Por muchas partes acosarle, en vano:
Que por todas le encuentra defendido:
La resistencia su valor inflama,
Y triunfos le asegura
Su brazo vencedor, nunca vencido.
El rayo por los aires despedido
De Jove poderoso,
En tempestad oscura,
No fué tan espantable,
Ni causó aquel asombro pavoroso
Que infunde disparada
Su rápida y prontísima estocada.
Cual hiere desde lo alto
El águila atrevida
Al dragón escamoso, y alza el vuelo,
Tal con ligero salto,
Al dar la pronta herida
Brinca veloz, hallando estrecho el suelo;
Que todo se estremece
Debajo de su planta,
Y el polvo que con ímpetu levanta
En torno le oscurece.
Segura es su victoria,
Y el aplauso, que en ecos resonantes
Lleva su nombre al templo de la gloria.
Musas, pues no mayores fueron antes
Las istmias y neméas,
Ni las pitias hazañas,
En el afán circense,
Dadme coronas de laurel febéas,
Con que la frente adorne
Al joven matritense,
Maravilla y honor de dos Españas;
Y estro divino, y número sonante,
Para que en verso lírico le cante.

V. Al infante don Gabriel de Borbon, durante la guerra de España con Marruecos.

Celestes musas de belleza eterna,
Que las altas virtudes
Engrandeceis con métrica armonía,
Dadme la que solía
Cítara lesbia resonar Alceo,
O la lira dulcísima de Orfeo.
Garzón real, con atrevido canto,
Lleno ya de su espíritu, levanto
Sobre el círculo azul de las estrellas.
El joven Gabriel, á quien las bellas
Gracias de nardo y mirto coronaron.
Cuando á Venus miraron
Dar suspiro doliente y amoroso;
Mientras él, de su afán no cuidadoso,
Los bosques del Parnaso y la espesura
Amó, y sus lauros y su fuente pura.
Virtud en él reside generosa,
Que admira el hemisferio.
¡Alma real, dignísima de imperio!
Si cantaré primero la hermosa
Tez sonrosada, los cabellos de oro,
O el fulgor de sus ojos rutilantes?
O si la gentileza y gallardía,
Que Libia con temor está mirando,
Mal segura en sus huestes arrogantes
Y su caballería?
Suenan las trompas y horribos cañones,
Y al viento tremolando

Verde pendon, que á dura lid escrita,
 Del dueño de dos mundos
 El pueblo de Ismael la saña incita.
 Y en tanto que su gente numerosa
 Llevar intenta á desigual batalla,
 Si acuerda de Gabriel el ardimiento,
 Duda cobarde en su dorado asiento
 El fiero Ben Audalla:
 No mande el padre que sus armas gule,
 Y el Africa arenosa
 Reduzca á sujecion y vil tributo,
 Cuando á vencer le envíe,
 Y á los muros de Fez y Tarudante
 Estragos lleve, y escarmiento y luto.
 Tanto promete en años juveniles
 El generoso infante,
 Que las prendas unió de sabio y fuerte,
 Huyendo el ocio y sus deleites viles.
 Tanto la patria espera,
 Y; oh cisnes de Helicon!
 Mirad cuán digna al número y al canto
 Os da ocasion su mérito sublime;
 Que ya de las injurias le redime
 Del tiempo y de la muerte,
 Y de lauros eternos le corona.

VI. *Al capitán general don Pedro Ceballos, por su gloriosa expedición á la colonia del Sacramento.*

Musa, cantemos al varón glorioso,
 Cuya fama sonando
 Viene de las mansiones de occidente:
 De donde su corriente
 Vierte el Janeiro, rauda y espumoso.
 El gran monarca hesperio,
 Desde el trono que ocupa, gobernando
 Al universo que le está adorando,
 Miró en otro hemisferio
 Menospreciar sus leyes,
 Y á la santa amistad con saña dura
 Rasgar la respetable vestidura;
 La fe pública hollada,
 Implorar los auxilios de su espada
 Y hélica justicia;
 Y llamando al blason de su milicia:
 Ve y vence, dijo, al luso fementido;
 Y fué al punto el monarca obedecido.
 Porque ardiendo el soberbio castellano
 Con el ansia marcial de la victoria,
 Ganoso de alta gloria,
 Su armada entrega al móvil Océano.
 Corre al mar con presteza
 El valor de la hispanica nobleza.
 La juventud del Ebro, la que alegre
 Baña sus cuerpos en el Cinca y Segre,
 Y; oh Duero! de tu orilla
 La flor de los guerreros de Castilla.
 El ancho Guadiana
 Y el que en los montes de Segura mana
 Guadalquivir famoso,
 Alistaron su pueblo belicoso.
 Y al escuchar la trompa resonante,
 La ribera del Júcar abundante,
 Y la del Tajo con arenas de oro,
 Dejan sus hijos (que detiene en vano
 De anciana madre el lloro),
 Por el puerto de Alcides gaditano.
 Leván el ancla, y el cañon horrendo
 Con pavoroso estruendo
 Anuncia el buen viaje
 Que Neptuno concede en feliz día,
 Y de nereidas grata compañía,
 Nadando alegres por las crespas olas,
 Va siguiendo á las naves españolas.
 Ya surcan las marinas
 Del ardiente Brasil, rico de minas,
 Llevando desde Europa
 La fortuna de Carlos en la popa;
 Y ya ocupando la enemiga tierra
 Que al lusitano encierra,
 Quiere la suerte que su vista asombre

(Valiendo por ejércitos su nombre)
 Al invasor audaz: pues viendo apenas
 De sus altas almenas
 Tremolar los pendones de Pelayo,
 Que listan cruces de oro,
 A sus gentes turbó mortal desmayo.
 Cobarde abandonó la rica presa
 Y usurpado tesoro
 La fugitiva hueste portuguesa;
 Alas la dió el temor, mas la seguía
 El adalid de España,
 Que el paso la estorbó de la montaña,
 Y á su patria y su rey dió en aquel día
 Nuevo renombre y gloria,
 Coronado del árbol de victoria.
 ¡Oh Carlos! si la paz que siempre anhelas
 No le reduce á deponer la espada,
 Verás, que ya la América humillada,
 Tu gran caudillo las hinchadas velas
 Soltando al viento, el piélago profundo
 Surca otra vez con resonante proa
 Hasta el opuesto limite del mundo.
 Allí tus leyes llevará triunfante,
 Tus armas y pendones,
 Sujetando á tus piés fieras naciones
 Con nuevos timbres que la fama cante.

EGLOGA

A Velasco y Gonzalez, famosos españoles, con motivo de haberse hecho sus efigies en la real academia Fernando, por mandado de su Majestad.

LUCINDO, CORIDON.

CORIDON.

¡Cómo, Lucindo, tanto has retardado
 Tu vuelta á la majada,
 Que aguardándote estoy desesperado?
 Sin dueño tus terneros,
 Por las vegas y oteros
 Descarriados braman,
 Y no pude cuidarlos,
 Porque me dejó Perche encomendadas
 Las vacas de la reina,
 Y estos dias por mí fueron sacadas
 De los hondos calderos las mantecas,
 Y en las molduras huecas
 Sus lises estampadas,
 Y á la corte enviadas.
 ¿Dónde tanto estuviste divertido,
 Que te has mas de lo justo detenido?

LUCINDO.

¡Ay, Coridon amigo! si tú vieras
 Lo que yo he visto, mas te detuvieras;
 Y acaso, tu redil abandonado,
 Trocaras el cayado
 Por cinceles sonoros,
 Por compases, buriles y pinceles,
 Porque eternizan fieles
 A los que con primor los ejercitan,
 Y de la muerte evitan,
 Como la sabia musa,
 A cuya voz en valle y monte suena
 El verso pastoril con dulce avena.

CORIDON.

Ya sé, que á ti en la margen
 De Eresma arrebatado,
 Te miró el Valsain desmoronado
 Manejar los pinceles,
 Y mármoles herir con los cinceles;
 Que estas fueron allí tus diversiones
 Con la musa alternando,
 Mientras que tus becerros
 Gozaron del verdor de aquellos cerros.

LUCINDO.

Cierto es, que imitar quiso mi rudeza
A la madre comun naturaleza
Con liquidos colores;
Diversión, aunque estraña,
No ajena ni imposible á los pastores.

CORIDON.

Dime : ¿ cómo en volver á la cabaña
Tanto te has detenido ?
¿ Y qué viste en la corte suntuosa ?

LUCINDO.

Yo, aunque en Mantua nacido,
Por dilatada ausencia rigurosa
De verla fui privado,
Hasta que quiso el hado
Que la matrona escelsa y soberana,
Semiramis fortísima y robusta,
Grande Isabel augusta,
Famosa en paz y en guerra,
Católica Cibeles parmesana,
Y madre de los dioses de la tierra,
Dos mundos admitió para mandarlos,
Y á las plantas poderlos del gran Carlos.
Entonces yo, cuidando sus vacadas,
Atravesé los puertos eminentes,
Dejando atrás el monte carpentano;
Y en este verde llano
Senté mi rancho, y los demás vaqueros
Pararon en cañadas diferentes.
Viniéronme á este tiempo los primeros
Impulsos de ir á ver la patria mia:
Yo ignorante creía
Que fuera semejante á nuestra aldea,
Aunque un poco mayor, como solemos
Comparar con los chotos
Los toros bravos, dueños de los sotos.
Pero esta poblacion, con real grandeza,
Levantó la cabeza
Sobre esotras ciudades,
Con mas escesos, mas desigualdades,
Que alamo de Aranjuez, al cielo osado,
Sobre el tomillo humilde y desmedrado.
Es rústico mi acento
Para poder contarte su opulento
Esplendor sin igual: solo te digo
Con sencillez de amigo,
Que no es indigno asiento
(Aunque mil reinos su corona encierra)
Del monarca mayor que hay en la tierra.
Mas lo que arrebató la atención mia,
Fué el saber que aquel día
Las artes nobles bellas,
De la naturaleza imitadoras,
Hermanas de la docta poesía,
Con honrosa porfia
Al mismo original aventajaban.
Yo ví cómo anhelaban
Por el premio ofrecido
Los jóvenes ansiosos,
Y vi los primorosos
Frutos de su trabajo esclarecido;
Que nunca ha de ocultarlos el olvido.
La docta arquitectura
No solo con murallas
Nuestro reino asegura;
Tambien aquí se emplea,
Y trazando soberbios frontispicios
La gran corte hermosea
Con tantos edificios,
Que yo para contarlos desaliento.
Ni te podré pintar aquel portentoso
De la hermosura, admiracion del arte,
Alcazar suntuoso
Del gran Carlos augusto y poderoso
Campear allí se admira
La tirantex vistosa embalaustada
Del gran lienzo que rasga el ventanaje.
Allí donde á las nubes su homenaje
Levanta audaz la fabrica tremenda

Sobrepujando á algunas;
Allí donde descansa en cien columnas
Fortísimas la máquina estupenda.
No competirla entienda
Choza de mayoral ó lavadero
De rico ganadero
De los de mas copiosa y pingüe hacienda,
Porque es mucho mas grande, á lo que creo,
Que el mayor esquilero
Donde van al esquilmo los ganados,
Que vuelven repastados
Del suelo fertilísimo estremeño:
Solamente es menor que su gran dueño.
Las otras dos hermanas,
Con no menor esmero,
Lo figurado dan por verdadero,
Y admirado y celoso,
Amigo Coridon, ¿ quién lo creyera!
A mi Dorisa he visto en blanda cera
Tan al vivo copiada,
Que dudé si era propia ó figurada;
Y aunque no en la hermosura,
Solo la distingui por la blandura.
Este arte y la pintura engañadora
En los asuntos dados,
Dejaron los sentidos encantados
Con lienzos que el pincel sutil colora.
Pero ¿ quién podrá ahora
Contarte los primores que emplearon,
Con que al grande Velasco eternizaron?
Yo lo he visto pintado y esculpido
Tan bien, que afirmaré que vivo ha sido.
Yo ví, yo ví encrespase el mar undoso,
A quien turbaba intrépido el reposo
Con quillas aceradas
Pocok el almirante.
Yo ví á Albermarle fiero y arrogante
Avasallar los muros de la Habana,
De pocos españoles defendidos.
Vi avanzar los ingleses atrevidos,
En ser tantos fiados,
Que en vano contra inmensos escuadros
Tronaban sobre el Morro cien cañones.
Velasco, el gran Velasco,
Conteniendo su ardor está en la brecha,
Revolviendo la espada portentosa,
Con que á ser viene mucho mas estrecha.
Y en el modelo y tabla primorosa
Tan vivo se veía,
Que aun juzgué le escuchaba
Lo que dicen que dijo en aquel día:
« No me vereis rendir, fieros britanos,
Por mas que esteis ufanos
Con tanta muchedumbre.
No, no hallareis barata la victoria,
Que hoy será á vuestra costa bien comprada;
Vereis rendir primero
Mi vida que mi espada;
Mi rey, mi religion, mi patria amada
Verán que soy cristiano y caballero,
Y todo el mundo entero
No bastará á rendir á mis soldados,
Curtidos á los hielos y á los soles,
Pocos, pero arrestados,
Y todos verdaderos españoles;
A quien vereis con sangre enrojecidos
Hechos pedazos, pero no rendidos. »
Así el campeon decía,
Y Albermarle esto dijo,
Que allí en un lienzo escrito lo tenía:
« Ya no es hazaña alguna
Vencer la poca y fatigada gente,
Que á nuestros piés ofrece hoy la fortuna.
A ellos, nacion heroica, descendiente
Del valeroso Arturo,
Montad la brecha y coronad el muro,
Que solo guarda un mozo temerario.
Cerrad sobre él seguro,
De que ya no hay defensa en el contrario.
Venguemos hoy la afrenta recibida
De Almansa y de Brihuega,
Las que Italia no niega;

La que fué por el orbe tan sabida,
 Cuando con nuestro oprobio
 Vimos teñirse en la fatal empresa
 Los mares de Tolon con sangre inglesa,
 Por quien se llama el vencedor navarro,
 Con mengua vuestra y mia,
 Marqués de la Victoria de aquel día;
 La que sufrió la cólera anglicana
 En la Cartago indiana
 De aquel español fiero,
 Que aun la envidia le alaba
 (Con vergüenza lo digo), el grande Eslaba.
 Tanta sangre vertida
 De estímulo aquí sirva á vuestro enojo,
 Páguen, páguen su arrojo,
 Por mas que ellos se precien
 Vanamente de estar toda su vida
 Acostumbrados á vencer los moros,
 Y á luchar cuerpo á cuerpo con los toros.
 Así dijo; y los lienzos figuraban
 El horroroso estruendo de la guerra:
 Los tiros se escuchaban,
 Haciendo estremecer toda la tierra,
 Que tembló algunas veces.
 Dicen que eran los ásperos ingleses,
 Escogidos los mas determinados,
 Que en sus selvosos montes,
 Para el duro ejercicio de la guerra
 Alimenta Inglaterra;
 Pero poco les vale allí su saña,
 Porque contienden con la flor de España.
 El capitán Velasco generoso
 La espada esgrime intrépido y fogoso,
 Con asombro y terror del enemigo,
 De cuyos cuerpos muertos ciega el foso,
 De su valor testigo.
 Ninguno aguardar osa,
 Deslúmbrales la espada luminosa,
 Que los deja con furia castigados:
 Ellos vuelven el rostro amedrentados
 De tal ferocidad en un mancebo,
 De Marte envidia, y mas galán que Febo,
 Honor de la alta España.
 Arde Albermarle en saña,
 Al ver que un hombre solo,
 Con valor que fué asombro en aquel polo,
 Y con temeridad tan importuna,
 Quiera servir de estorbo á su fortuna.
 Y á Pocok luego ordena
 Que con ronca y horrisona armonía
 Dispare la espantosa artillería,
 Diabólica invencion, que un monte allana,
 Y al punto de la inglesa Capitana,
 Con espanto y horror de los triones,
 Tronó toda una andana de cañones.
 El humo y polvo que pintado habia
 Distinguir me impedía
 Lo que ver deseaba:
 Solo ví que llegaba
 La muerte rigurosa
 Al pecho triunfador del gran Gonzalez:
 Gonzalez que en la honrosa
 Faccion no dejó el lado
 De su caudillo amado,
 Tremolando de España los pendones,
 Cuyo valor, del nuevo mundo espanto,
 Hizo á Londres cubrir de luto y llanto;
 Hasta que el pecho abierto
 En tierra cayó muerto,
 Vertiendo el alma por la herida fiera,
 Sirviéndole de tumba su bandera.
 El defensor del Morro,
 La cabeza en dos partes separada,
 Con un lienzo apretada,
 No se quiere rendir á quien le ruega.
 Por tres veces intrépido se llega,
 Y arroja las banderas anglicanas,
 Las pisa, y enarbolaba
 La bandera española,
 Que Gonzalez tendió á las auras vanas;
 Y envidioso Velasco de su suerte,
 Se abalanza á encontrar la hermosa muerte,

Que halló en la multitud de los britanos.
 ¡Oh dichosos hispanos!
 Si algo pueden mis versos, del olvido
 Será vuestro gran nombre redimido,
 Obedeciendo á Carlos,
 Aunque al son de zampoña,
 Con tan sonora voz, que tenga Homero
 La ventaja no mas de ser primero.
 ¡Oh Carlos! que á mi pecho fatigado
 Das nuevo aliento habiéndote nombrado!
 Tú el mérito premiaste;
 De tu piedad mi musa ha adivinado,
 Que pues el premio al mérito acompaña,
 Vuelve el siglo de Augusto á nuestra España.
 Y si de Alcides coronó la frente
 La antigüedad, porque limpió el inundo
 Establo de Augia, ¡cuántas mas razones
 Hay para que inmortal tú te coronas,
 Pues has tu patria ya purificado!
 Empeño reservado
 A tu constancia solo,
 En vano pretendido
 De cuantos en tu cetro han precedido.
 Animo, pues: yo cantaré gustoso
 A la sombra tendido
 En tu Aranjuez, poblado de frondosos
 Arboles, que respiran por las hojas
 No de amor las congojas,
 Pero sí tu gobierno esclarecido;
 Ni tus virtudes dejaré olvidadas,
 Cuando cante las Indias conquistadas.
 Corre, tiempo veloz. ¡Oh insigne Carlos!
 Tus méritos yo propio he de cantarlos,
 Yo seré tu poeta:
 ¡Oh Carlos, gran monarca augusto y pio,
 Oh Carlos, dulce íman del canto mio!

CORIDON.

Tente, Lucindo, espera: ¿á qué regiones
 Te remontas de Febo trasportado?
 ¿De qué nuevo furor arrebatado
 Tu espíritu se inflama?
 Un pastorcillo, que en menuda grama
 Se recuesta á cantar, no así debía
 Prorumpir con osada fantasía
 En son de guerra, y tanto
 Que entre las armas y el horrible estruendo
 De las trompetas suena ya tu canto.
 Parece, que oyendo tu zampoña,
 Escucho la bocina resonante
 Del ciego esmirno, que cantó inflamado
 La cólera de Aquiles indignado.
 O pienso oír aborto
 A esotro mantano,
 Que con favor del grande Octaviano,
 Bejadas las camenas sicilianas,
 Cantó con voz y espíritu divino
 Las armas y el varon que á Italia vino.
 O escuchar me parece
 El estruendoso y bélico aparato
 Con que suena la trompa de Torcuato.

LUCINDO.

No, Coridon, te espante,
 Que yo á tu parecer tan alto cante,
 Que un grande asunto heroico
 No es posible cantarse bajamente,
 Aunque un vaquero humilde hacerlo intente;
 Y estoy avergonzado,
 Porque el objeto es mas que lo cantado.

CORIDON.

Pues ya que la academia
 El trabajo tan bien, cual dices, premia,
 Lucindo, á los zagales encargadas
 Dejemos las vacadas,
 Y vamos en su número á alistarnos,
 Para en las nobles artes emplearnos.

LUCINDO.

Dices bien: vamos pues; y tú, famosa
 Academia feliz, por quien se allana

La juventud ardiente castellana
A desterrar el ocio
Con el sutil diseno,
Que luego sirve al militar empeño,
Perdona la osadia
Del que si mas supiera, mas haria
Por solo celebrarte.
Admite pues los rústicos loores,
Rusticamente dados
Del mayor de tus siempre apasionados,
Del menor de los arcades pastores.

ELEGIAS.

I. *A la muerte de la serenísima señora doña María Luisa, archiduquesa de Austria, hija del serenísimo duque de Parma.*

¿De cuál generacion será engendrado?
¿De qué tigre fierisima de Hircania
Habrá sido en su infancia alimentado?
¿De cuál dragon, de qué leon de Albania,
El que no sienta el corazon rompido
Del gran dolor que affige hoy á Alemania?
La tierra un mar de lagrimas ha sido,
Eco triste en los montes no reposa
Repetiendo el suceso con gemido.
Murió Isabel, murió la mas hermosa
Beldad feliz, que en sus augustos lares
Produjo a Parma España belicosa:
La princesa de gracias singulares,
La hermosura del orbe idolatrada,
La ninfa celestial del Manzanares.
¿Quién creyera, que allí la muerte airada
Se atreviera á dar golpe no debido
Con su guadaña trémula afilada?
¿De qué á la tierna infanta le han servido
Las águilas feroces del imperio,
Ni de Francia el ejército temido?
Ni la bastó á librar del cautiverio
El poder del gran tío, que se estiende
Desde este hasta el antartico hemisferio.
¡Oh muerte inexorable! ¿qué te ofende
Nuestra vida, el gran bien de los humanos,
Que tu envidia usurpárnosle pretende?
Arrehataste con injustas manos,
Y sin tiempo, la flor mas delicada,
Que prometió los frutos mas lozanos.
Quedóse Europa atónita y pasmada
Al ver tu crueldad, y el caro esposo
Llama en vano á la esposa regalada.
Sin alivio, esperanza ni reposo,
Inconsolablemente el lecho frio
Le es campo de batalla riguroso.
El alma exhala en uno y otro río,
Tiende los dulces brazos enseñados,
Y solo halla el lugar triste y vacío.
Los mancebos, dejando otros cuidados,
Se conducen, ó jóven, cuando llamas,
Y atienden á tu lloro lastimados.
Las rubias trenzas (que de amor son llamas)
Descompuestas, lloró el caso Viena
Con los ojos azules de sus damas.
Las ninfas del Danubio, y las del Sena,
Y aquellas del Eridano, que vieron
Del loco Faeton la triste escena,
Señas de su dolor acerbo dieron
Con llantos y suspiros encendidos,
Que a los montes sin alma enternecieron.
Llorad, Venus, llorad; llorad Cupidos,
Y cuanto el orbe tenga mas hermosos
Los juveniles rayos estinguidos.
El mismo dios de Amor triste y lloroso,
Roto el arco, la aljaba sin provecho,
La antorcha sin reflejo luminoso,
Hiere con tierna mano el blanco pecho,
Muere de enojo, angustia y desvario,
Y aun es extremo corto al daño hecho.

Y vosotras, ó ninfas de mi río,
Que humildes la arrullabais en real cuna.
Llorando acompañad el canto mio.
Vosotras, que lograseis la fortuna
De oír del tierno labio balbuciente
Su voz angelical como ninguna,
¿Cuántas veces la dió vuestra corriente
Conchas, y caracolas, y corales,
Que fué su diversion tan inocente?
Vuestras anchas praderas desiguales
Vieron armar sus ojos de atractivo,
Que aun temieron los dioses celestiales.
Aquí empezó á vibrar el fuego activo
De sus divinos ojos, que ya ahora
De envidia á las estrellas son motivo.
Aquí cual la Diana cazadora
Del Euróta en la márgen florecida,
O del Cintio en la cumbre que el sol dora,
Ejercita las danzas divertida,
Menospreciando amores y querellas
De mil ninfas y virgenes seguida.
Así con hermosísimas doncellas
Estas riberas hizo afortunadas,
Causando admiracion á las mas bellas;
Y bordando las telas delicadas
Con aguja sutil pintó la historia
De su estirpe y empresas señaladas.
Con las alas abiertas la victoria
De laurel coronaba á sus abuelos,
De sus soberbios triunfos en memoria.
Pintaba los infieles por los suelos
De nuestras armas al rigor llevados,
Que auxiliaron tal vez los mismos cielos;
Mas ya contra nosotros enojados,
Mostraron su rigor severamente,
Dejándonos de tanto bien privados.
Pero si algun remedio se consiente,
Solo es pensar que el alto firmamento
Por astro la conserva eternamente.
Y postrados al regio monumento
Verbena, apio, ciprés y boj publiquen
Por última fineza el sentimiento.
Y nuestros votos tímidos supliquen,
Que el funesto lugar jamás se vea
Sin lagrimas, que allí se multipliquen,
Y que la tierra al cuerpo leve sea.

II. *A la muerte de la reina madre doña Isabel Farnesio.*

¿Cómo es posible que permita el llanto
Lugar para la voz? ¿Cómo la pena
Podrá calmar un poco en tal quebranto?
De lagrimas la tierra miro llena,
Con suspiros y afán se enciende el viento,
Quejido ronco en todo el orbe suena.
La invicta España con funesto acento
Llorando está angustiada y dolorida,
Rasgado el preciosísimo ornamento.
Sin su reina está ya muy afligida,
Y trastornada la diadema augusta
De tan grandes imperios guarnecida.
Del leon fiero la altivez robusta
Yace mustia á sus piés aletargada,
Con espantable faz, triste y adusta.
La Europa melancólica, enlutada,
También llorando, consolarla intenta;
Mas no su afliccion es para aliviada.
El padre Tajo, en vista macilenta
De sus ojos con turbidas corrientes,
Su muy triste raudal llorando aumenta;
Taray morado y hojas diferentes
De negros olmos ciñen su cabeza,
Trastornadas las urnas de sus fuentes.
¡Oh Tajo! ¡Oh Tajo! ¡Oh bárbara aspereza
De tus riberas lóbregas, adonde
El oro con la arena se tropieza!
Funesto buho y carabo responde
Con agüero á mi voz: ¿en dónde, dime,
Mi gran reina angustísima se esconde?
¡Oh muerte horrenda, de rigor sublime!

¡Oh inexorable, injusta, temeraria,
 Bárbara, indigna, que á la vida oprime!
 ¿Qué has hecho, fera, á nuestro ser contraria,
 Furia implacable? ¿sabes lo que bisticiste?
 De todas tus crueldades la sumaria.
 ¡A la escelsa Isabela te atreviste,
 A la heroína augusta y escelente,
 Que en campo celestial de luz se viste?
 Con esto has dado muestra solamente
 De ser rigurosísima tirana,
 Y de ser tu guadaña omnipotente.
 El despotismo, que en la especie humana
 Ejerce tu impiedad, yo no creía
 Que alcanzase á mi reina soberana.
 ¿Quién pensara que tanta tiranía
 Se pudiera entender con tal persona,
 Y con quien tal rigor no merecía?
 A la alta, á la católica Belona,
 Que aun mas que de victorias, con ser tantas,
 Ciñó de sus virtudes la corona.
 A aquella heróica, cuyas regias plantas
 Resaron las mas bárbaras naciones
 En honor de las cruces sacrosantas.
 Aquella, que de España los pendones
 Hizo mil veces tremolar triunfantes,
 Produciendo en el orbe admiraciones.
 Sus hechos con trompetas resonantes
 Publicará la Fama en todo el mundo,
 Y atenderán los siglos mas distantes.
 Cantará Apolo en impetu fecundo
 Las heroicas magnánimas acciones
 De su valor y espíritu profundo.
 Ya les faltó el asombro á las naciones,
 Falló su reina á la triunfante España,
 Estinguido el mayor de sus blasones.
 Tú, muerte alete, con injusta hazaña,
 Manifestaste el impetu inclemente
 Del bárbaro poder de tu guadaña.
 ¡Oh muerte inicua! deja que reviente
 Mi dolor en baldones y en ultrajes
 Contra tu infame cólera insolente.
 ¡Oh inicua, á decir vuelvo! ¿en qué parajes
 Del ambito terrestre no lloraron
 El funebre rigor de tus carcajes?
 Del Tajo las orillas resonaron
 Con eco femenil y tierno lloro,
 Y atónitas las hondas se pararon.
 Donde entre el agua al mar vacia un tesoro.
 Y la augusta Lisboa se engrandece,
 Se oyó llanto tristísimo y sonoro.
 Y la alta Italia, que inmortal florece,
 ¿Cuántos suspiros desperdicia al viento!
 ¡Ay, cómo sin consuelo se entristece!
 ¿Quién bastará á contar el triste acento
 Con que la ninfa real del Arno llora,
 Del Arno que resuena en tiel lamento?
 Ni el Sebeto, ni el Pó pueden ahora
 Contener los dos pechos varoniles
 De aumentar su corriente brilladora.
 Pero la suma de tus hechos viles,
 Mayor que el consentir que á Polixena
 Deguella Pirro al tûmulo de Aquiles,
 Fué, parca horrible, con inmensa pena,
 De la hija amada, y en Saboya amable,
 Amortiguar la luz clara y serena.
 Cuando no hicieras, muerte detestable,
 Mas que esta sola infamia, ella bastara
 A acreditarte infiel y abominable.
 ¿Cuál será el gran dolor de la hija cara?
 Dos vidas bellas una nueva impia
 Amenazando está con ira rara.
 Huérfana está: ya no como solla
 La escribirá escribiendo tiernamente:
 ¡Ay, qué pesar! Querida madre mia.
 ¿Habrá acaso furor, para que cuente
 De aquel día fatal, triste y horrendo
 El lûgubre catástrofe inclemente?
 Cuando la imagen de su horror tremendo
 Con pavor se presenta á mi memoria,
 Tiemblo de horror tal cosa refiriendo.
 ¿Cuál impetu se atreve á la alta gloria
 De ser el coronista dignamente

De tan funesta y lamentable historia?
 El Aranjuez sagrado y floreciente,
 Que un tiempo á las delicias lisonjero,
 Hizo que Chipre y Ménalo se afrente,
 Con eco dolorido y lastimero,
 Al valle averno en quejas semejava,
 Y aun le escedió en martirio mas severo.
 Es fama que la ninfa que se lava
 Del turbio mar de Antigola en las fuentes,
 Entre el musco y verdin llorando estaba.
 Y á las del real verjel tan esceleutas,
 O envió sus aguas negras y sangrientas,
 O retiró del todo sus corrientes.
 Las bóvedas fortisimas que asientas
 Sobre tus muros, inclito palacio,
 Sonando están con quejas muy violentas.
 Así el de Dido, en muy pequeño espacio.
 Se anegó en lloro, y en clamor confuso,
 Cuando el hijo de Anquises huyó al Lacio.
 Y el alcázar de Troya, al ver intruso
 Tanto escándalo, al fin del engañoso
 Cerco que el griego ejército le puso;
 Cuando huyendo Polites presuroso
 Del rubio hijo de Aquiles implacable,
 Al padre anciano acude temeroso:
 Y él con la espada argólica espantable
 En los brazos paternos le deguella,
 Y esclama ansioso el viejo miserable.
 Oyendo su justísima querella,
 De Hécula el ruego, el lloro y el regazo.
 Y los sacros altares atropella.
 No fué menos cruel aquí tu brazo,
 Pérfida muerte, cuando de tal vida
 Cortó tu filo corvo el firme lazo.
 Si el ser omnipotente y atrevida
 Quieres que te concedan los humanos,
 Haz que mas justa accion tal nombre pida.
 ¿Por qué no echas del mundo á los tiranos...
 Que arman soberbios de traidor acero
 Las robadoras execrables manos?
 Este sí fuera triunfo verdadero,
 Limpiar de monstruos bárbaros el mundo.
 Restaurando el candor que hubo primero.
 Mas; privarle con ceño furibundo
 De su mas grande bien! ¿Cómo afrontada
 No te sumerge el báratro profundo?
 ¿Qué te hizo mi gran reina? ¿Por qué aira!
 Usaste tal rigor? ¿Qué te ha ofendido
 Toda Europa, que está desconsolada?
 Al monarca español te has atrevido:
 ¿No sabes que este golpe le ha tocado,
 Y lo mas tierno al corazon le ha herido?
 Menos, menos le hubieras perturbado,
 Si todo un mundo conmovido hubieras
 Con inmensas naciones conjurado.
 ¡Oh la mas rigurosa de las fieras!
 ¡Ah, cómo te arrepientes temerosa,
 Y te ocultas del Lete en las riberas!
 Pero si sorda estás, ¿cómo afrentosa-
 mente te nombro, aun para ahominarte?
 Bate las alas, y huye, negra diosa.
 Y á tí, reina, me vuelvo: hoy quiero batiarte
 La vez postrera: Tú, tú te has huido,
 Que nadie se atreviera á molestarle.
 ¿A dónde vas? ¿Tan mal te hemos servido,
 ¿Así dejas tus hijos y criados
 En desconsuelo y en eterno olvido?
 Ya de madre los nombres regalados
 En la boca de Luis no escucharemos,
 De Luis, el Benjamin de tus cuidados.
 ¡Ah, qué presentes tengo los estrechos
 Con que á tu estancia sin entrar miraba!
 Nosotros consolarle no podemos.
 Al rey tristes noticias le anunciaba:
 Enterneciósse el héroe poderoso,
 Y un mundo y otro atónito temblaba.
 Fué aquí bien menester su portentoso
 Corazon. ¿Callaré? Decíldo, Musas,
 Que no es tanto mi aliento sonoro.
 Un mar fué el rio en lagrimas difusas:
 Tus nietos de pesar se desataron
 En quejas lamentables y confusas.

Los ojos de la infanta, que enseñaron
A amar honestamente, vi llorosos;
Divinos de los nuestros reventaron.

Y aquellos soberanos y amorosos,
Con que hace en un mirar con señorio
La deidad del Eridano, dichosos,
Templaron el espíritu y el brío,
Y asomándose están lágrimas bellas,
Como en la concha el oriental rocío.

La hermosa juventud de tus doncellas,
Como las Drias por Orfeo en Hebro,
Con sus manos ajaron las estrellas.

La ninfa celestial, que yo celebro,
Ya no atiende con párpados enjutos
De mi canto amoroso al dulce quiebro.

Tus damas, ya arrastrando largos lutos,
Los arrugan en lágrimas bañados;
Que estos te son justísimos tributos.

El muy fiel escuadrón de tus criados
Estábamos allí por los rincones
Sobolientos, rendidos, trasnochados.

Las largas noches, llenas de aficciones,
Levábamos á bien: ¡Oh tiempo breve!
¡Oh si duraras siglos á millones!

¡Ay, cómo nos volvimos con pie leve
Sin ti divisos, del dolor trasuollos,
Cual grey sin el pastor, que pace nieve!

¡Cuándo nos volveremos á ver juntos?
Sin duda no será hasta aquel gran valle
Donde se juzguen vivos y difuntos.

¡Para esto tanto afán? ¡Y que yo calle
Será posible? Que si el cielo puede,
No quiere el cielo á mi alma alivio dalle.

¡Después de tanto afán esto sucede?
¡Este es de nuestros males trabajosos
El premio que la suerte nos concede?

Cuando miro tus ricos y preciosos
Ornamentos, y alhajas celebradas,
Que harán á los monarcas envidiosos,

Las piedras del Mogol tan estimadas,
Sin poderme templar digo llorando:
¡Oh dulces prendas por mi mal halladas!

¡Ah infiel memoria! Yo me acuerdo cuando
A tus angustiosos pies te las servía:
¡Por qué ahora no lo estoy ejecutando?

¡Quién usa de tan grande tiranía!
¡Así nos dejas, y te vas, Señora?

Ya escuchar no te agrada la voz mía.
Algun tiempo juzgástele sonora:
Yo fui tu cisne: ¡quién me lo dijera!

Que hubiese de cantar tu muerte ahora?
Esta es, sin duda, mi oblación postrera,
En pago de mil bienes: ¡Oh! taladre

Me angustia el corazón, y al punto muera.
Cantaré tu piedad mas que de padre,
Pues tanta fué, que dudo agradecido,

Si canto á mi señora, ó á mi madre.
Después, augusta reina, que te has ido,
No ha visto España el rostro á la alegría,

Tiniebla por el cielo se ha esparcido.
Mi cítara perdió la melodía,
Vuelta en lúgubre son, ronco mi acento,

Ya no puedo cantar como solía.
¡Cuánto mandabas desde aquel asiento?
Sacra historia, dame otra semejante,

Veremos si es verdad lo que yo cuento.
¡Qué dirá Eresma fiel, cuando levante
La cabeza en sus urnas recostada,

Al verte así quien te miró triunfante?
¡Estos dones al Tajo enviar le agrada?

¡Cuántas veces la ví (dirá) valiente,
Desgrefiando al brido la crin rizada?

Cual Berecintia con torreada frente,
Por Helesponto va en los frigios carros,
Y en torno tanto dios su descendiente;

Así desenterrando los guijarros,
En la caza la ví ensayar la guerra
Que ejerció con alientos tan bizarros.

Grande amazona, ornato de esta sierra,
Católica Cibeles parmesana,
Y madre de los dioses de la tierra.

Mientras dure la cumbre carpentana,

Mientras yo lave el tálamo reciente,
Durará tu memoria en la fe humana.

¡Ah, cómo triste agüero bien patente
Ominoso anunció también ruina,
Si no fuese liviana nuestra mente!

Yo ví serpentear roja culebrina,
Y un cometa: graznó con ronco grito
La siniestra corneja en hueca encina,

Donde se abrazan en el fondo bajo,
Entre ova y limos (trasponiendo Apolo),
Las ninfas de Jarama y las del Tajo.

Vi, yendo por el bosque triste y solo,
Que las verdes doncellas levantaban
Un cristalino y grande mauseolo.

No entendí para quién le dedicaban;
Solo oí con asombro, que llorando
Las ninfas en el fondo susurraban.

Entonces ví, que una aguililla chillando
Deja los tristes pollos con mancillas,
Y se remonta al cielo revolando.

Atónito con tantas maravillas
Quedé inmóvil con huella tembladora,
Las lágrimas están en mis mejillas.

Divina Elisa: pues el cielo ahora
Te consiente mirar el ancho suelo,
Desde Cádiz al Ganjes, y la Aurora;

Pues que te es dado interceder que al cielo
Vamos á verte, ruega te veamos,
Que es en tal pena el único consuelo.

Arboles mustios de marchitos ramos,
Fresca ribera, diáfana corriente,
Grata una y otra á los silvestres gamos;

Surtidor ronco de murmúrea fuente,
Bosque opaco, palacio farnesino,
Tibre romano, honor de aquella gente,

Vosotros, que pasáis por el camino,
Al ver la alta pirámide espantosa,
Suspéndete, extranjero peregrino.

Gran semideo, alto hijo de la diosa,
Carlos augusto, calma en tantas penas,
No desmayes á España poderosa.

Vosotras, Gracias, dadme á manos llenas,
En canastillos de purpúreas flores,
Mirtos, aromas, lirios y azucenas.

Y tú, enseñado á trágicos amores,
Pobre instrumento, queda eternamente
Por lo cantado, no por tus primores,

De un funebre ciprés aquí pendiente.

III. A las niñas premiadas por la Sociedad económica de Madrid en la distribución de 1779 (*).

¡Habeis ya, padres de la patria, dado
El premio justo, el galardón debido,
Que la virtud y el mérito han ganado?

¡Habeis ya con preseas distinguido,
Y con preciosos dones este coro
De vírgenes hermosas escogido?

¡Habeisle honrado con gritar sonoro,
Venciendo sus elogios las arenas
Del mar que baña desde el indio al moro?

¡Están de joyas y de gozo llenas,
Como en Elis los fuertes luchadores
De las pitias y olímpicas faenas?

¡Confiesa el mundo ya con mil loores
Cómo el brazo español sabe igualmente
Rendir monarcas, que ejercer primores?

Pues si nadie verdad tan evidente
Hoy ya disputa, ¡oh sacra poesía!
Baja del cielo á iluminar mi mente.

Baja, y dame tu voz, que este es mi día,
Y si yo no levanto á las estrellas
A ese hermoso escuadrón, lo estrañaría.

Mi verso aspira á celestial por ellas,

(*) Bajo este título, no muy conforme con su asunto, leyó el autor en 1779, pocos meses antes de su muerte, esta composición, que mereco conservarse siquiera por las muchas noticias eruditas que encierra sobre las antigüedades madrileñas. Pásole algunas notas aclaratorias, que ampliadas después por nuestro amigo don Ramon Mesonero Romanos, reproducimos también como objeto de interesante curiosidad.

Por ellas soy en Maredit (1) nombrado
El honesto cantor de las doncellas.

Y pues yo fallo solo, y escuchado
Soy, gremio escelso, y el oído inclinas
Al eco que otra vez has celebrado;

Repito sus virtudes peregrinas,
Como cuando a la cítara española
Puse aquí cuerdas griegas y latinas.

Y porque no lo goces, Madrid, sola,
Y vuelas tu virtud por do triunfante
El pabellon de Carlos se tremola:

La amiga musa en patrio verso cante
A despecho de espíritus malignos,
Y de la envidia, que rabiando aguante.

Ya con influjos que vertió benignos
Sesgó el zodiaco iluminando Febo
Las doce casas de los doce signos:

Después que á impulsos del honroso cebo,
De mano femenil vimos primores,
Que estimularon á trabajo nuevo;

Cuando la fama en ecos voladores
A nuevo empeño á la palestra llama
Al virgineo escuadron y sus labores;

Las niñas españolas, que la fama
A ejemplo de sus padres apetece,
Ardén en fiel pundonorosa llama.

De Minerva al estrépito se ofrecen:
Alzó la frente el patrio Manzanares,
A quien lirios entre álamos guarnecen;

Y vió, no sin asombros singulares,
En sus hijas la célica hermosura,
Con quien no es justo, ó Venus, te compares.

Vió la gala, el donaire y compostura,
La gracia inimitable que enamora,
Y alma mas que de humana criatura.

La pompa y garbo, y la invención señora,
El modo, el atractivo y cuanto encierra
La estrema perfeccion encantadora.

No creeré que eran ninfas de otra tierra
Las que hicieron los dioses animales,
Y á las diosas con celos cruda guerra;

Sino nacidas junto á los umbrales (2)
Que el rey Leon de Armenia un tiempo habita
Con pozos de agua dulce y pedernales.

Donde reina el esmero y esquisita
Discrecion y lindeza cortesana,
Con fuerza que arrebató y precipita.

No hechizos dieron en la edad anciana
Las de Tiro y Sidon (3) mas halagüeños,
Ni hoy belleza de Persia ó georgiana.

Si esto juzgais de la pasión empeños,
Confesadlo, extranjeros, abrasados
Al volcán de los ojos madrileños.

Mas tales dotes, aunque no negados,
No admiran tanto al carpentano río
Como el verlos tan bien aprovechados.

Pues sin virtud es todo desvario:
Ni de qué sirve cuanto acopia el cielo
En los mortales con influjo pio?

La virtud, el trabajo y patrio celo
Movieron á las niñas inocentes
A la contienda y laborioso duelo.

Vinieron de los barrios diferentes
De Mantua, emperatriz de entrambos mundos,
Reina augusta y señora de las gentes.

Vinieron con semblantes pudibundos
Las que habitan al austro, donde (4) lava
Los pies el agua de arboles fecundos.

Ninguna de estas fué del ocio esclava,
Y antes que suba á la piadosa escuela,
Diestra en tejer cordones, los acaba.

Ni las que miran de *jugar la Tela* (5)

Faltan, ni las que están acia los juegos (6)
De Rufina y Campillo de Manueta.

Desde allí hasta la cuesta de los Ciegos,
Y la calle (7) á quien dieron nombradía
Perdida Rodas, fugitivos griegos.

Las que el cristal del Ave de María
Beben muy puro en misteriosa (8) fuente,
Las de la nueva y vieja Morería.

Tambien vosotras, que el salitre (9) ardiere
Veis destilar en el reciente hornillo,
Y los baños (10) de fábrica reciente.

De la Huerta del Bayo (11) y del Cerrillo
Vienen, y del corral de las Naranjas,
Y del moro Alamin (12) y hoy Alamillo.

Estas saben tejer flecos y franjas,
Obra morisca. y saben que el juzgado
Suyo allí estuvo entre el arroyo y zanjas.

Tú, labrador (13) divino, que has sacado
De la Almudena el agua á maravilla,
Como el trigo en su cubo reservado:

Enviaste de tu calle y la Vistilla
Niñas honestas en virtud iguales,
Y de los Torrejones (14) de la Villa.

Ni holgaron con el fresco en sus portales
Las que de San Cebrian la antigua (15) erm
Buscan en torno, y no hallan las señales.

Ni del ciego Alcorán ven la mezquita (16)
Que ya el apóstol principe mejoró,
Ni del maese (17) Hazán la obra esquisita.

Tambien llegaron á la primer hora
Las del Cerrillo (18) de la Cruz, que atruen
Con ridicula farsa que desdora.

Y de la plazoleta donde suena
Solo el nombre del Angel (19), que es segi
Menos que aire la fabrica no buena.

Las de la fuente (20) que condujo el cura
De Colmenar, se ofrecen placenteras,
Y de la calle que por teson dura (21),

Y de la de las Conchas (22) ó Veneras
Con su casa hospital de Peregrinos (23),
Pues no hay vagas hipócritas romeras.

El profundo arenal (24), que dió caminos
Al agua, y dió llanura, que no habia
Tragando en sí los cerros concavos.

Es ya calle que niñas mil envía,
Y es casa (25) de doncellas laboriosas
La que lo fué de vil mancebería (26).

Dos calles (27) remitiéron presurosas
De sus pueblas las castas inocencias,
Y tres (28) Cavas sus hijas oficiosas.

Y el pretil y escarpadas eminencias
Del Castillo (29) y Estudio, porque el moro

(6) Junto á las monjas Trinitarias.

(7) Calle de Rodas.

(8) Fuente del Ave María, nombre dado por el beato Simon la calle y barrio de donde espulsó á las prostitutas, y por esto San Simon la calle que está enfrente de la fuente.

(9) Nueva fábrica de salitre, junto al portillo de Valencia.

(10) Baños de Berete.

(11) Del clérigo don Francisco del Bayo, junto al sitio que es el Castuo de la reina.

(12) Allí estuvo el Alamin ó tribunal de moros.

(13) San Isidro.

(14) Junto á San Francisco.

(15) Entre San Sebastian y Santa Cruz, frente á la Trinidad

(16) Ho, parroquia de San Pedro.

(17) Solo se conserva en el hospital de la Latina una puerta de este arquitecto moro.

(18) Hubo allí sobre un cerrillo una cruz, que dió nombre hoy teatro.

(19) Hubo allí ermita del Angel de la Guarda.

(20) Fuente del Cura.

(21) Calle de Aunque-os-pese, Enhora-mala-vayas, y Sal-el-y las disputas que hubo sobre vender el terreno.

(22) Casa de las Conchas, que fué hospital de peregrinos.

(23) De ahí la denominacion de la calle, por dirigirse á decir

(24) La calle del Arenal se terraplenó con lo que desmontó Jacometrezo y otras.

(25) En la calle de Toledo.

(26) La mancebería estaba en la calle de la Duda, frente chuelas de San Felipe ya derribadas.

(27) Calles de la Puebla, nueva y vieja. Las Pueblas fueron don Joaquin de Per.lla.

(28) Alta, Baja y de San Miguel.

(29) Donde está hoy la plazuela de Beveque y parroquia de S.

(1) Maredit, Majerit, Mantua ó Madrid.

(2) El rey don Juan el I cedió esta villa al rey don Leon de Armenia, año de 1305.

(3) Ciudades de Fenicia, famosas por la púrpura *díafa*, restaurada en España á costa de las investigaciones y desvelo de don Juan Pablo Camale, baron de la Vall-Roja, segun consta de las Memorias que ha publicado, como director general de untes del reino.

(4) Barrio de Lavapiés ó Asapiés.

(5) Fuera de la puerta de Segovia, á la derecha

Te llamó, ó Maredit, madre de ciencias :

Presentaron sus niñas con decoro,
Que se admiran de oír en su barriada
Como retumba el cóncavo sonoro.

Y es que allí la Alcazaba torreada
En tiempo fué del moro y el cristiano
Con minas (30), silos, cuevas y escapada .

Que duran á pesar del tiempo cano,
Y cuatro torres (31) en la casa antigua,
Obra real á estilo castellano.

Moslema (32) tuvo habitación contigua,
Sabio astrólogo moro, en Majerito,
Que los hados futuros averigua.

Entre cercas de fuego en tal distrito
Al rey (33) hallaron los embajadores
Sobre un león con ánimo inaudito.

Y por el aire y situación mejores
Luego en la torre (34) de Hércules, robusto
Palacio deja que el dragón (35) esplores.

Y Carlos quinto, emperador augusto,
La dió su nombre, y el que vive, y viva
Desde ella manda con imperio justo.

Decidiendo con rayo ó con oliva
De la suerte del orbe, y los mortales
Al universo que en su apoyo estriba.

Las que junto á las termas (36) minerales,
Que tuvo Majerit antiguamente
Con pilas de fogosos pedernales,

Viven, dejaron el metal luciente,
O calle (37) rica, que del trasmirano
Herrera ves la segoviana puente.

Y vinieron también del altozano,
Que fué campo del rey, hoy su armería (38),
Y del portón de Balnadú (39) africano.

No las detuvo la alta valentía
Del gran Palacio, ni la nueva (40) puerta
De Castilla, sus fuentes, y ancha vía.

Ni el justo elogio dejará encubierta
La virtud de vosotras, que habitando
Junto al pozacho (41), trabajais alerta ;

Ni la que ve que ya no están manando
Los Caños del Peral, antiguamente
De Paralo, queda en ocio blando.

O las que labran junto la eminente
Atalaya deshecha, que á su calle
Nombran de Espejo (42) equivocadamente.

Ni á las que aparta el legamoso valle
De Leganitos con su alcantarilla (43),
Ya llana (44), teman que ni verso calle.

Oh, monte espeso de la Ursaria villa,
Quinta del rey don Pedro, donde yace (45)
La luz del candilejo de Sevilla !

Tu gran barriada, que añadir le place
Al segundo Filipo en anchurosas
Calles que forma, y mil cruceros hace,

Envío niñas honestas y hacendosas,
Que acia el ártico polo están mirando
Al dragón enroscado entre las osas.

Ni dejarán mis versos de ir loando
Las que, hechas las hazanas de su casa,
De Maravillas (46) vienen en fiel bando.

Y del Barquillo, término (47) que pasa
De Vicalvaro al tuyo, que algún día,
; O patria humilde! en tierra fuiste escasa.

Aguardad, que ya va la masa mia
A celebrar las de la Red (48), en donde
El ganado en un tiempo se vendía.

Ni en silencio pasarte corresponde
Gran (49) calle, andén de Olivo jebuséo,
Que hoy tanta regia máquina le esconde.

Tus hijas llegan con feliz deseo,
Que ven venir al sol del claro oriente,
Las damas de los toros y el paseo.

Ningun precepto hara que yo no cuente
A las que suben de la Redondilla (50),
De mil niñas verjel antiguamente ;

Porque en el tiempo que ensanchó la villa,
Y fundó el monasterio (51) edificado
Del río al paso en la juncosa orilla,

El Cuarto Enrique en el antiguo Prado
Hizo ruar las damas muy galanas,
Y allí su caballero amartelado :

Ellos en potros, y ellas en lozanas
Mulas con sus gualdrapas, andariegas,
Y con sillars jinetas y rudanas.

Mas aunque ¡ oh tiempo! todo lo trasiegas,
No evitarás por mí ser alabadas
Las de otras calles, cuyo autor no niegas.

De Jácome de Trezo (52), y las harriadas
De Juanelo, del de Alba, del Bastero,
De las Urosas y las Maldonadas.

Muchas vienen también del Mentidero (53),
De las Damas (54), plazuela de Moriana,
Eras de San Martín, que fué primero.

Los Fúcares de Jénova (55), y la anciana
Permision de los Francos, y de oriente
La abada horrenda (56), ú elefanta indiana,

Dan á sus calles nombre permanente,
Que hoy le afirman las niñas sus vecinas,
Con el de los Octoes (57) juntamente.

Y las que llenan alcarrazas finas
De agua en Puerta-Cerrada, y de Toledo
En la calle, San Juan y Cuatro Esquinas.

Suplid, señores, que olvidar no puedo
De Atocha la ancha estrada, y la pequeña
Calle del Niño, en que vivió Quevedo (58) ;

Ni la oculta plazuela (59), cuya leña
Allí trajeron mil carretelías,
Como el nombre en la calle nos lo enseña.

Los comuneros, en turbados días
Por aquí vieron de la villa el foso
Contra la rebelion y tropelías.

Después siguiendo el tiempo helicoso
El gremio la ocupó de broqueleros (60) :
Ya no usamos adorno tan honroso.

Las madres, que habitando en los cruceros,
De la Puerta del Sol ven el gentío,

(30) Hay allí profundas minas y escapes.

(31) Distintivo de casa real.

(32) Moslema, natural de Madrid en tiempo de moros. (Biblioth. Arab. esp.)

(33) Don Juan II, como lo dice Juan de Mena.

(34) La torre de Hércules, que luego se llamó de Carlos V, es la del rey en el antiguo palacio.

(35) Armas antiguas de Madrid.

(36) Dejado de donde hoy es casa de los Consejos estaban los baños.

(37) Calle de Segovia, mas abajo de la parroquia de San Pedro.

(38) Calle de Segovia y casas de Moneda.

(39) Allí estava el santuario de Nuestra Señora de la Caridad, que des-

pus se unió á la cofradía de la Paz.

(40) Puerta de Balnadú, estaba junto á la calle del Tesoro.

(41) Obras suntuosas del rey Carlos III, puerta de San Vicente, ca-

da de la Florida.

(42) A la calle de los Tintes.

(43) Speculum, hoy del Espejo.

(44) Leganitos ó Leganés, quiero decir huertas ó de las huertas, de la

obra árabe *al-gannet*, *al-gannet*.

(45) De orden de don Manuel Ventura Figueroa, gobernador del con-

vento.

(46) En el convento real de Santo Domingo.

(47) Barrios de Madrid.

(47) Fué de Vicalvaro.

(48) Red de San Luis. Llamábanse red los parajes en que se vendía el pan y otros géneros, por estar dentro de rejas de hierro, como en el peso real : así se decía red de las Velas el despacho de ellas junto al Rastro.

(49) Calle de Alcalá, antiguamente olivares.

(50) Aquí ruaban en tiempo de Enrique IV como ahora en el Prado.

(51) El convento de San Jerónimo, que Fernando el Católico trasladó adonde hoy está.

(52) Calles de estos nombres.

(53) El Mentidero se llamaba en Madrid una plazuela que habia con árboles en la que es ahora la entrada de la calle del León, entre esta y la de las Huertas.

(54) De las Damas y Primavera, que estaba junto al campillo de Manue-

la, adonde acudían á divertirse, como ahora en Chamberí.

(55) Los Fúcares fueron dos célebres hermanos contratistas en tiempo de Carlos II. Los francos formaban barriadas aparte en muchas ciudades de España, como Sevilla, Madrid, Valladolid etc.

(56) La Abada era un animal monstruoso traído del Brasil por unos portugueses, que la enseñaban en la calle á que dió nombre.

(57) San Miguel de los Octoes ú ocho hermanos.

(58) Enfrente de la calle del Niño vivió Lope de Vega, y Cervantes en la esquina de la del León. Pudiera haberse dado á esta el nombre de Cervantes, de Lope á la de Francos y de Quevedo á la del Niño, recordando así la memoria de los primeros ingenios españoles que vivieron á distancia de muy pocos pasos.

(59) Plazuela de la Leña y calle de Carretas.

(60) Los fabricantes de broqueles vivían en la calle de las Carretas aun en tiempo de Carlos II.

Por ellas soy en Maredit (1) nombrado
El honesto cantor de las doncellas.

Y pues yo falto solo, y escuchado
Soy, gremio escelso, y el oído inclinas
Al eco que otra vez has celebrado;

Repito sus virtudes peregrinas,
Como cuando a la cítara española
Puse aquí cuerdas griegas y latinas.

Y porque no lo goces, Madrid, sola,
Y vuele su virtud por do triunfante
El pabellon de Carlos se tremola;

La amiga musa en patrio verso cante
A despecho de espíritus malignos,
Y de la envidia, que rabiando aguante.

Ya con influjos que vertió benignos
Sesgó el zodiaco iluminando Febo
Las doce casas de los doce signos:

Después que a impulsos del honroso cebo,
De mano femenil vimos primores,
Que estimularon a trabajo nuevo;

Cuando la fama en ecos voladores
A nuevo empeño a la palestra llama
Al virgineo escuadron y sus labores;

Las niñas españolas, que la fama
A ejemplo de sus padres apeteen,
Arden en fiel puidonorosa llama.

De Minerva al estrépito se ofrecen:
Alzó la frente el patrio Manzanares,
A quien lirios entre álamos guarnecen;

Y vió, no sin asombros singulares,
En sus hijas la célica hermosura,
Con quien no es justo, ó Venus, te compares.

Vio la gala, el donaire y compostura,
La gracia inimitable que enamora,
Y alma mas que de humana criatura.

La pompa y garbo, y la invención señora,
El modo, el atractivo y cuanto encierra
La estrema perfeccion encantadora.

No creeré que eran niñas de otra tierra
Las que hicieron los dioses animales,
Y a las diosas con celos cruda guerra;

Sino nacidas junto a los umbrales (2)
Que el rey Leon de Armenia un tiempo habita
Con pozos de agua dulce y pederneles.

Donde reina el esmero y esquisita
Discrecion y lindeza cortesana,
Con fuerza que arrebató y precipita.

No hechizos dieron en la edad anciana
Las de Tiro y Sidon (3) mas balagueños,
Ni hoy belleza de Persia ó georgiana.

Si esto juzgais de la pasión empeños,
Confesadlo, extranjeros, ahorrados
Al volcan de los ojos madrileños.

Mas tales dotes, aunque no negados,
No admiran tanto al carpentano rio
Como el verlos tan bien aprovechados.

Pues sin virtud es todo desvario:
Ni de qué sirve cuanto acopia el cielo
En los mortales con influjo pio?

La virtud, el trabajo y patrio celo
Movieron a las niñas inocentes
A la contienda y laborioso duelo.

Vinieron de los barrios diferentes
De Mantua, emperatriz de entrambos mundos,
Reina augusta y señora de las gentes.

Vinieron con semblantes pudibundos
Las que habitan al austro, donde (4) lava
Los pies el agua de arboles fecundos.

Ninguna de estas fue del ocio esclava,
Y antes que suba á la piadosa escuela,
Diestra en tejer cordones, los araba.

Ni las que miran de *jistar* la Tela (5)

Faltan, ni las que están acia los Juegos (6)
De Rufina y Campillo de Manuela.

Desde allí hasta la cuesta de los Ciegos,
Y la calle (7) á quien dieron nombradía
Perdida Rodas, fugitivos griegos.

Las que el cristal del Ave de María
Beben muy puro en misteriosa (8) fuente,
Las de la nueva y vieja Moreria.

Tambien vosotras, que el salitre (9) ardiente
Veis destilar en el reciente hornillo,
Y los baños (10) de fábrica reciente.

De la Huerta del Bayo (11) y del Cerrillo
Vienen, y del corral de las Naranjas,
Y del moro Alamin (12) y boy Alamillo.

Estas saben tejer flecos y franjas,
Obra morisca, y saben que el juzgado
Suyo allí estuvo entre el arroyo y zanjas.

Tú, labrador (13) divino, que has sacado
De la Almudena el agua á maravilla,
Como el trigo en su cubo reservado:

Enviaste de tu calle y la Vistilla
Niñas honestas en virtud iguales,
Y de los Torrejones (14) de la Villa.

Ni holgaron con el fresco en sus portales
Las que de San Cebrian la antigua (15) ermita
Buscan en torno, y no hallan las señales.

Ni del ciego Alcoran ven la mezquita (16)
Que ya el apóstol principe mejora,
Ni del maese (17) hazán la obra esquisita.

Tambien llegaron a la primer hora
Las del Cerrillo (18) de la Cruz, que atruena
Con ridicula farsa que desdora.

Y de la plazaleta donde suena
Solo el nombre del Angel (19), que es segura
Menos que aire la fabrica no buena.

Las de la fuente (20) que condujo el cura
De Colmenar, se ofrecen placenteras,
Y de la calle que por teson dura (21),

Y de la de las Conchas (22) ó Veneras
Con su casa hospital de Peregrinos (23),
Pues no hay vagas hipocritas romeras.

El profundo arenal (24), que dió caminos
Al agua, y dió llanura, que no habia
Tragando en sí los cerros convecinos,

Es ya calle que niñas mil envía,
Y es casa (25) de doncellas laboriosas
La que lo fué de vil mancebería (26).

Dos calles (27) remitieron presurosas
De sus pueblas las castas inocencias,
Y tres (28) Cava sus hijas oficiosas.

Y el pretil y escarpadas eminencias
Del Castillo (29) y Estudio, porque el moto

(6) Junto á las monjas Trinitarias.

(7) Calle de Rodas.

(8) Fuente del Ave María, nombre dado por el beato Simon de Roy á la calle y barrio de donde espulso á las prostitutas, y por esto se llamó San Simon la calle que está enfrente de la fuente.

(9) Nueva fábrica de salitre, junto al portillo de Valenciana.

(10) Baños de Berete.

(11) Del clérigo don Francisco del Bayo, junto al sitio que ocupó el Casino de la reina.

(12) Allí estuvo el Alamin ó tribunal de moros.

(13) San Isidro.

(14) Junto á San Francisco.

(15) Entre San Sebastian y Santa Cruz, frente á la Trinidad.

(16) Ho. parroquia de San Pedro.

(17) Solo se conserva en el hospital de la Latina una escalera puerta de este arquitecto moro.

(18) Hubo allí sobre un cerrillo una cruz, que dió nombre al hoy teatro.

(19) Hubo allí ermita del Angel de la Guarda.

(20) Fuente del Cura.

(21) Calle de Aunque-os-pase, Embora-mala-vayas, y Sal-si-puedes, las disputas que hubo sobre vender el terreno.

(22) Casa de las Conchas, que fué hospital de peregrinos.

(23) De ahí la denominacion de la calle, por dirigirse á dicho hosp.

(24) La calle del Arenal se terraplenó con lo que desmontar á de la Jacometrezo y otras.

(25) En la calle de Toledo.

(26) La mancebería estaba en la calle de la Duda, frente á las cuevas de San Felipe ya derribadas.

(27) Calles de la Puebla, nueva y vieja. Las Puebas fueron hechas don Joaquin de Perilla.

(28) Alta, Baja y de San Miguel.

(29) Donde está hoy la plazuela de Revueque y parroquia de San Nic.

(1) Maredit, Majerit, Mantua ó Madrid.

(2) El rey don Juan el I cedió esta villa al rey don Leon de Armenia, año de 1363.

(3) Ciudades de Fenicia, famosas por la púrpura *tíbia*, restaurada en España á costa de las investigaciones y desvelo de don Juan Pablo Canelo, barón de la Vall-Roya, según consta de las Memorias que ha publicado, como director general de mines del reino.

(4) Barrio de Lavapiés ó Avapiés.

(5) Puerta de la puerta de Segovia, á la derecha.

Resuena con aplausos repetidos

Del pueblo que por nûmen os venera.

El Dios de los ejércitos, crecidos
Premios dé al celo y religion constante,
Dignamente por ella merecidos.

Éche su bendicion, que al Orco espante
Sobre vuestras fortísimas legiones,
Y poderosa armada fulminante.

Y, ó ninfas inocentes, oblacones
Al cielo dirigid, por quien merece
Ser dueño universal de las naciones.

Agradecedle el premio que os ofrece,
Ya veis lo que es virtud, y su alto vuelo
Hasta dónde arrebatada engrandece.

Ya veis : por ella elogio á vuestro anhelo :

Sin ella, ¿cuándo fuerais en tal dia
Con versos levantadas hasta el cielo?

No desmayéis, que ya la musa mia
Dulces epitalamios os empieza,
Pues sigue á tal afán casta alegría.

Ya no cantaré mas el aspereza,
La rota fe, é ingratitud horrible
De una inconstante y bárbara belleza :

Sino el valor y aplicacion plausible
De vuestro pensamiento generoso,
Y vuestra educacion irreprehensible.

Dichoso el tiempo que aplicais, dichoso
Al que de deis la nunca ociosa mano
Con el nombre amantísimo de esposo.

Mayor felicidad al reino hispano
Dará vuestra labor, que la que pende
De la inestabilidad del Océano (82).

Y pues la patria á vuestro premio atiende,
Trabajad, levantando al alto cielo
Suplica humilde, que los aires hiende.

Pedid que de esta patria el santo celo
Se logre pronto, y que con pompa altiva
La paz afirme por el ancho suelo.

Sus armas triunfen, y que Carlos viva.

SATIRAS.

I.

Satírica la Musa castellana,
Al tiempo que riéndose la Aurora
El oriente pintó con oro y grana,
Se me ofreció á la mente : á aquella hora
Bajaba á los antipodas huyendo
La noche de pesares causadora.

Entonces en el lecho revolviendo
El cuerpo, de estar quieto ya cansado,
A sueño mas gustoso me encomiendo;
Porque el sentido apenas embargado
Fué en dulces suspensiones de Morfeo,
La musa imaginé ver á mi lado.

Era la bella ninfa, á lo que creo,
Tan extraño portento de hermosura,
Que aun no la juzgó tanto mi deseo,

De sus cándidos miembros la blancura,
La riqueza pomposa del vestido
Bizarro con airosa compostura.

Me dejaron del todo persuadido,
Que no es tosca la sátira, ni fea,
Si su influjo á buen fin va dirigido.

La mirra de Ceilán, y la orontéa
Sus dorados cabellos exhalaban,
Que presumen vencer la luz febéa;

Por la espalda brillando la ondeaban
Con alarde hermosísimo y prolijo,

Y el cuello ebúrneo de oro perfilaban.

Al fin en mí poniendo el rostro fijo,
Voz sonora, dulcísima y divina,
Por boca de coral sacó, y me dijo :

Pues ¿cómo tu pereza así imagina
Cenirte del laurel gloriosamente,
Que á tus sienes el cielo le destina?

No el premio se consigue ociosamente,
Ni Apolo con el árbol ha adornado
De Dafne infiel la no cansada frente.

El furor que en tu pecho ha derramado
Fué para que solicito en su enmienda
Fuese al mundo por tí comunicado.

Y así de otra manera nadie entienda,
Que asiento ha de lograr en el Parnaso.
Por mas que con dineros lo pretenda.

La dádiva del cielo no fué acaso;
Y pues fecundidad te ha concedido
De nûmen, aunque humilde, nada escaso,

Tu aliento vuela ya mas atrevido,
Y á tu patria, del vicio infiel morada,
Amedrenta con clínico ladrido.

Pues no bastó la cómica jornada,
Ni el calzarte el coturno sofocleo,
Para que la virtud fuese estimada.

Ejecuta los fueros de tu empleo,
Pinta de la maldad, que la sujeta,
Lo infame, lo ridículo y lo feo.

Que estas son del dignísimo poeta
Justas ocupaciones, y su verso
Reduce la república á perfecta.

Solo para enseñar al universo
Con dulzura, á él el cielo os ha enviado,
Terror del ignorante y el perverso.

Ni temas contra el vicio ser osado;
Porque yo en nombre suyo te aseguro
La noble proteccion del magistrado.

Vuelve los ojos, vuelve al patrio muro,
Verásle en mil errores sumergido,
De los cuales sacarle yo procuro.

¿No adviertes entre el tráfico y ruido,
Que la hispana metrópoli alborota,
El noble y el plebeyo confundido?

¿No ves que la verdad está remota,
Porque de tus patricios la enajena
La envidia que veneno infernal brota?

¿No adviertes cómo audaz se desenfrena
La juventud de España corrompida
De Calderon por la fecunda vena?

¿No ves á la virtud siempre oprimida
Por su musa en el cómico teatro,
Y la maldad premiada y aplaudida,

Y desde el Tajo aurífero hasta el Batro,
Está vuestra nacion desestimada,
Porque así lo quisieron tres ó cuatro?

¿No ves el arte cómica ignorada,
Y si la accion empieza en Filipinas,
En Lima ó en Jetafe es acabada?

¿No ves, no ves salir de las cortinas
Cosas que ni en el mundo han sucedido,
Ni pueden, si con juicio lo examinas?

¿No ves cuál ignorancia ha ya cundido.
Y que con desvergüenza ya penetra
Aun lo mas reservado y escondido?

¿No ves que el no saber, ni aun una letra,
En las damas es hoy lo que mantiene
El aire y presuncion de petimetra,

Y en su conversacion á cuento viene
Solo el corsé, la bata ó la basquiña,
Que la amiga prestada ó propia tiene?

¿No ves que no hay quien su desorden riña,
Por no desazonar, como ellos dicen,
Los chistosos gracejos de la niña?

¿Que aguantan que su cuerpo martiricen
La cotilla, el zapato, el sofocante,
Hasta que de apretados se destricen?

¿No ves que el que se precia de su amante
Por méritos alega monerías,
Para que en sus favores adelante?

Escuden en suspiros á Macías,
Hacen vil profesion de lisonjeros,
Y así pasan las noches y los dias.

(82) Uno de los mayores beneficios que obtuvo España del reformador nîsado de Carlos III, fué el establecimiento de las sociedades llamadas patrióticas ó económicas de amigos del país, sobre la base en que el conde de Peñaflorida fundó en Vergara la vascongada en el año de 1765. Boradín fué uno de los primeros socios de la de Madrid, contribuyendo á los saludables fines de su instituto, no solo con sus elogios poéticos que rîa en sus juntas generales, sino tambien con otros trabajos de no leve importancia en el seno de la sociedad. (Véase su vida.)

Y aquellas que se precian de mas fieros
Y valientes, pretenden por vilezas
El título de fuertes y guerreros.

Vilmente en enagados en torpezas
Frecuentan las zahurdis, que oyen solo
Sacrilegios, blasfemias e impurezas.

No solicitan ver el otro polo,
Ni del indio los climas apartados
Debajo de los tropicos de Apolo.

Ni tampoco a los libros dedicados
Buscan la heroicidad que las historias
Publican del valor de sus pasados.

Pues siendo estas verdades tan notorias,
El estenderlas ¿cómo no a tu verso
Dará contra los perdidos victorias?

Verase avergonzar todo perverso
Al escuchar patentes sus malversos
Por tu nimen en todo el universo.

Estas son propiamente heroicidades:
Rendir los indomables corazones,
Como rendir batallas y ciudades.

No te escuses con tupidas razones,
Joven incauto, que si me obedeces
Hare que con laureles te coronés.

Ast dijo la Musa: y yo mil veces
La quise replicar: pero escondiose
Del sueño en las fingidas lobregeces.

Y viendo que no es fácil que yo ose
Resistirla, á su mando me someto:
Satirico mi nimen inflamase
Contra el vicio; mas no contra el sujeto.

II.

¿En este siglo, Fabio, imaginabas
Hallar el lustre y esplendor antiguo,
Que en los doctos varones admirabas?

¿Juzgabas que tuviesen ahora abrigo
Las obras de los incultos autores,
Que celebraste alguna vez conmigo?

De todos ciencias sabios profesores
Lograron suspender el universo,
Des le el pastor idiota a los doctores.

Ahora está, Fabio, todo tan diverso,
Que solo por ser bueno desagrada,
Prosa elegante ó sentencioso verso.

Disputa el labrador sobre la armadura,
Juzga el soldado, porque fué su vida
Solo en vender cigarros empleada.

Que puede gobernar la esclarecida
Ibera monarquía, que ha dejado
El cielo al grande Carlos sometida.

El mercader, que está desocupado
Desde su mostrador con magisterio
El consejo gobierna y el estado;

Pone severa ley al ministerio,
Y trata con desdago y sin caricia
A los hombres en sus grandes del imperio.

Todo es, Fabio, soberbia é impericia.
Nadie quiere baxarse a aquel que sabe,
Que lo tiene por mengua su malicia.

Reina en el siglo mas maldad, si cabe,
Que florea Roma en tiempo del lascivo,
Digno de que la fura no le atabe.

A todo la ignorancia da motivo,
Y á aquel que entre unos y otros mas disputa,
Le juzgan digno del laurel y olivo.

Aplauden la comedia disoluta,
Que mas se estiende en aprobar el vicio,
Y hace amable la vida resoluta.

Mas la que enlaza el comico artificio,
Y aplaude las virtudes, reprendiendo
Los yerros, que nos sirven de perjuicio;

En que castiga al aspero y horrendo
Traidor, ó al alevoso fementido
Con suplicio cruel su error tremendo;

O vitupera al falso y atrevido
Amante engañador, y premia en ella
Al virtuoso, al cuerdo y comedido;

No solo no se admite, se atropella.
Se desprecia, se infama, y aun acaso

Contra el autor se forma una querrela
¡Oh triste! ¡Oh triste, o lamentable caso!

Que a la virtud triunfante y gloriosa,
La han de cerrar en toda parte el paso!

¿Que mas imaginara la ambiciosa
Libertad de Aristipo, que fundaba
En deleites la gloria venturosa?

¿Que mas se vio en el tiempo que remala
La barbaridad fiera, que el pagano
Pueblo gentil feroz representaba?

Daba muerte cruel violenta mano
Al que supone con accion fugida
Ser el delincuente ó el tirano.

No hay tan fiera maldad, ni aborrecida,
Que les cause horror, y vivamente
Se miró en el teatro repetida.

Teatro fué de vicios claramente,
Y se glorian todos, y gozosos
Del peligro se holgaban inmente.

No se ven ya delitos tan odiosos
En las tablas, verdicos, ni horribles,
Espectaculos torpes, sanguinosos.

Pero se ven premiadas insufribles
Maldades, latrocinios y horrosas
Acciones, dignas de un furor terrible.

Pintanse en ellas con las primorosas
Frases que Demostenes ha ignorado,
Falsas á las virtudes mas hermosas.

Con retóricas voces explicado
Disimulan el vicio apetecido,
Y hacen amable aun el mayor pecado;

Lo doran con tan vivo colorido,
Que pervierten sus voces a la honesta
Doncella, y al mancobo inadvertido.

Mas ¿qué admira maldad tan manifiesta,
Si en España no tienen mayor arte,
Que la imaginacion mas descompuesta?

Arrima los preceptos a una parte
Quien pretende escribir una comedia,
Y en tres jornadas ó actos la reparte.

Finge ser el principio en Nicomedia,
Y acabando el suceso en Barcelona,
En Filipinas ó en Tetuan la media.

Una fabula inventa fantarrona,
En que agradando al publico profano,
La moral instruccion y arte abandonan.

Hace al galán soberbio é inhumano,
Espadachin, sofistic, embustero,
Jugador, jurador, falso ó liviano.

No le falta un amigo y compañero,
Que agregados los dos, a cuchilladas,
Se burlan del alcalde mas severo;

Persiguen las doncellas y casadas
Con escandalo horrible, profanando
Las casas mas honestas y guardadas.

Pone un tercero y cuarto de otro bando,
Opuestos a los dos antecedentes,
Con quien se andan continuo acuchillando.

El barba es de los viejos mas valientes,
En las leyes del duelo ejercitado,
Ejemplo de los hombres imprudentes.

En lugar de ser cuerdo, es arriesca,
Que enseña a los mozos con atrevida
No la virtud, el duelo endemoniado.

Bajo un honesto velo representa
Una dama gallarda y soberana,
Que hasta del amor casto vive exenta.

Y luego se descubre mas profana,
Mas desenvuelta y mas provocadora
Que la lasciva emperatriz romana.

Mas que la incauta receladora
De los muros de Tebas, y que aquellas
Ranceras torpes Lamia, Tais y Flora.

¿Que honesto ejemplo para las doncellas
Que dociles e incultas asistiendo,
Les dan motivo de seguir sus huellas?

¿Que consejos les da el estar oculto
Premiados como gracia esclarecida
Su desenvuelto proceder horrendo?

Ve allí la libertad apetecida
La mas honesta dama y recatada,
Y aplaudirse la infame y libre vida.

La autoridad paterna despreciada,
Y sacar á pesar de sus parientes
La dama de la casa mas guardada.

Los papeles, los ruegos indecentes,
Los criados, amigos, los terceros,
Las viejas alcabuetas imprudentes.
Ocultar en la casa hombres solteros,
Y perdiendo el decoro y el recato,
Hacerles mil cariños lisonjeros.

Allí se aprende el licencioso trato,
La vanidad, soberbia escandalosa,
Y el horrible y fantástico aparato.

Pues ¿qué dirás, si notas la furiosa
Dura imaginación disparatada
Falsa, además de ser tan perniciosa?

No aparente verdad representada
Veras, ni una acción sola en una pieza,
Que en un lugar y tiempo sea acachada.

Acaba en Flandes, si en Madrid empieza:
Pasanse años á cientos ó millares,
Y la una acción con la otra se tropieza.

Las antiguas costumbres populares
Se mezclan con las nuestras mas modernas,
Mas estimadas, cuanto mas vulgares.

Los que al principio son personas tiernas,
En el medio son jóvenes crecidos,
Y al fin (por vejez ya) tiemblan las piernas.

En distintos lugares divididos
Se hablan dos personajes claramente,
Cual si estuvieran en un cuarto unidos.

Un lacayo verás ser muy prudente,
Y si no toma el año sus consejos,
Arquear las cejas y arrugar la frente.

Verás ser imprudentes á los viejos,
Y aprender los mancebos las maldades
De los que ser debieran sus espejos.

Infinitas verás impropiedades:
Las damas hacer de hombres, y los hombres
De damas, y otras mil deformidades.

A Terencio y a Plauto no los nombres,
Que hay ignorante aquí que los desprecia,
Por ser su estilo llano: no te asombres.

Es la cultura lo que mas se aprecia,
Y las frases que nadie comprehende
Se aplauden mas que el vidrio de Venecia.

Ni basta al necio ver que no lo entiende,
Y dice mesurado: otros varones,
A quien la ciencia mas que á mí se estiende,

Perciben del concepto las razones,
Sin conocer que es falta de doctrina
No saber concordar las oraciones.

A lo que el poetastro mas se inclina,
Y toma por preciso y fijo norte
(Porque que somos todos imagina,

Como una labradora de vil porte,
Que se admira de ver con plata y oro
Las galas de las damas de la corte),

Es á llenar de máquinas el foro,
Y en lucido teatro suntuoso,
Mostrar de las tramoyas el decoro.

Es su cuidado hacerle así vistoso,
Y el ignorante juzga primor suyo
Lo que á otro le ha quitado su reposo.

Mas vale, Fabio amigo, un verso tuyo,
Que habla en claro lenguaje castellano,
Que cuanto en estos con razon arguyo.

Y así no olvides, no, no des de mano
Tu nûmen hechicero, que enajena
A qui-n oye tu plectro soberano,
Haciéndole olvidar la propia pena.

III.

No callo, aunque me estés amenazando;
Ya que he empezado, proseguirlo quiero,
Porque por escribir estoy rabiando.

Es ser uno holgazán ó majadero
No escribir hoy cuando hay tantos autores
Que les falta impresor, venta y librero.

Con carteles pequeños y mayores
En postes, en esquinas y columnas

TOME II.

Entretienen las horas los lectores.

Por fachadas, ya breves, ya importunas,
Con obras y volúmenes convidan,
Buenas y malas, y medianas unas.

Sin que varios acasos se lo impidan
Alguno piensa, y piensa bien á veces,
Pues logra que sus números se pidan.

A otro rompiendo cinchas y jaeces,
Baliya y postillones semanarios.
Desde Lóndres despachan sus jueces.

Maximas bellas, con arbitrios varios
Le remiten de Europa los correos,
Que le traen desde Estrasña los diarios.

Prométase ya el rústico trofeo,
Si no ama, no desprecie la estafeta,
Que á lo menos son nobles sus deseos.

Uno metido á huron todo interpreta,
Otro quitar abusos determina,
Y otro, amigo del público, se afecta.

Hay quien observa, y hay quien adivina,
Y otro escribe al cortejo el catecismo
Con sal, con gracia delicada y fina.

Sale el montante por el tiempo mismo,
Misceláneas políticas instables,
Porque luego padecen parasismo.

Maximas religiosas y loables

Nos da la pensadora Gáditana,
Anónima con faldas respetables.

Uno á escribir sin título se alana,
Otro sueña, a Feijóo comenta alguno,
Y va todo á parar á la aduana.

El hablador discreto, no importuno,
Dió cimiento y materia á este edificio
Entre los literatos cual niunguno.

Pues siendo el escribir ya casi oficio,
¿Por qué no podré yo como cualquiera
Dar de mi suficiencia algun indicio?

Porque si un poco alabancioso fuera,
Mis actos positivos mostraria,
Como dicen los hombres de carrera.

Antes de verte, ó sacra poesia,
La férula sufrí, y á Quintiliano,
Demóstenes y Tulio vi algun dia.

El rápido Jalon bilbilitano,
Con el Jiloca, de Marcial espejo,
Filósofo me vió, malo ó mediano.

A Aristóteles vi con sobrecejo,
Por ser en lo moderno la gran moda,
Aunque no lo merece el pobre viejo.

Pues ni Descartes, ni la turba toda
De alumnos hacen mas que solamente
Mudar nombres, segun les acomoda.

Pero es lo cierto, amigo, que se miente
Sin limite, y que solo hemos ballado
De alguna cosa luz escasamente.

Añádase, que ya me he electrizado,
Y que vi á un ratoncillo, cuya vida
La máquina neumática ha chupado.

Por tubos de larguísima medida
Los átomos he visto desiguales,
Con que es la aguja del imán traida.

Hasta el instinto vi á los animales;
Y si un dedo es mas largo el telescopio,
Quizas viera las almas racionales.

Vi un cuerpo evaporar del modo propio,
Y algun otro secreto yo escudriño,
Como aquel de las tubas de Falopio.

Vi la Instituta, siendo casi niño,
Y of leyes de Pincia en el Liceo,
Explicando en la cátedra Patiño.

Pues aunque es evidente que poseo
Tanta ciencia como hombre acaudalado,
O como cualquier mulo de acarreo;

No obstante, es uno siempre respetado,
Pues le juzgan un Séneca famoso
Con estos perendengues adornado.

Y no juzgues que tanto vanidoso
Con relacion de méritos impresa,
Con grados, y tabaco fastidioso.

Es segundo Crisóstomo por esa
Sola razon; pues no hay que dar fe alguna
A lo que á un escribano le interesa.

Si medito estas cosas una á una,
 ¿Por qué no he de dar yo mi arremetida
 Á probar con los otros mi fortuna?
 Su casa á nadie le es mas conocida
 Que á mi de Cohadonga las montañas,
 Donde fué la morisma rebatida.
 La historia sé muy bien de las Españas,
 Y tambien los apócrifos autores,
 Que lo fueron de enredos y patrañas;
 Pero no están de suerte los humores,
 Que pueda prometerme algun aprecio,
 Si me remonto á empresas superiores;
 Porque ¿qué hombre de bien, aunque mas necio
 Si escribe, no hara sátiras ahora,
 Persiguiendo á los vicios con desprecio?
 Pues ¿cuándo la cosecha dañadora
 De este género fué tan abundante
 Como la de esta edad, que el cuerdo llora?
 ¿Quién sufrirá ver ir tan relumbrante
 Lleno del barrigon de Celestino,
 Su forlon, que á cubrirle aun no es bastante?
 Yo bien me acuerdo cuando á Madrid vino
 Vestido de sayal, acompañado
 Con los mozos que pesan el tocino
 Canales en mi casa ha destazado,
 Y ya cuando me ve, si es que me mira,
 Aun no me corresponde saludado
 ¿A quién no ha de encender en mortal ira
 Tal caterva de criticos, que al templo
 De la sapiencia impunemente tira?
 Con indignada admiracion contemplo
 Tanto herir y enseñar con su censura,
 Y no dar una muestra para ejemplo.
 Soy la mas desgraciada criatura
 Que se halla desde Antártico á Calisto,
 Y menos de los criticos segura.
 Yo estuviera de todos muy bien quisto,
 Si solamente criticado hubiera,
 Y mis dramas ninguno hubiese visto.
 Lo que hacen estos guapos, yo lo hiciera,
 Tirar sobre seguro, sin recelo
 De que nadie á mis obras rebatiera.
 Muchos me encaramaran hasta el cielo,
 Como hacen con otros criticones,
 Que traen á Calderon al redopelo;
 Pero sin atender á mis razones,
 Al instante que ves que yo censuro,
 Las gafas, ó caudico, te pones:
 Y en lugar de mirar lo que procuro
 Decir cuando al teatro desengañó,
 Mis escenas convocas á conjuro.
 Y en hallando un defecto (no lo extraño,
 Que yo nunca negué que soy falible,
 Espuesto á la ignorancia y al engaño).
 Con algazara y júbilo terrible
 Muestras á tus amigos y criados
 Los errores del critico inflexible.
 ¿Oh muchas veces bienaventurados
 Los que disparais tiros á metralla,
 Detrás de la trinchera agazapados!
 Sin riesgo veis de lejos la batalla,
 Enseñais desde el puerto al navegante,
 Y los toros herís desde la valla.
 Pero, por fin, pasemos adelante,
 Veremos otras causas que yo tengo
 Para que escriba en sátira picante.
 Contra ti, que nos cuentas tu abolengo,
 Y de tus ascendientes degeneras,
 Ya duro azote rígido prevengo.
 Y vosotras, mujeres embusteras,
 Frágiles, sin razon. antojadizas,
 Presumidas, logratas y parieras,
 Ya vereis mis enojos y ojerizas:
 He de hacer á los hombres manifiesta
 Vuestra vida y costumbres enfermizas.
 No hablo de la prudente ni la honesta:
 Si acaso alguna honesta hay y prudente,
 Mi musa á honrar su mérito se presta.
 Ni se cómo en el mundo se consiente,
 Que un ciudadano tenga cien millones,
 Y hambrienta perecer la pobre gente.
 Llegaron á su colmo las traiciones,

Mareit en malñes y bardajes
 Abrió franca la entrada á las naciones.
 Las modas volanderas de los trajes,
 Traer al cuello un patrimonio entero,
 Y en el dedo esmeraldas y balajes;
 Y que esté sin pagar el cocinero,
 Rabiando el mercader, desesperado
 Con cuentas atrasadas el platero:
 Esto solo es ser noble y ser honrado,
 Hacer que de las trampas el importe
 Al principal esceda del estado.
 ¿Qué cosa es ver andar por esa corte
 Vago un robusto y aspero mauchego,
 Vendiendo medias sin destino ú norte,
 Gritar su horrenda voz anís y espliego,
 A pesar del fusil y su libranza,
 Y cantar malas coplas tanto ciego!
 ¿Cuanto atrasa al estado la tardanza
 Mecánica de mil oficialillos,
 Que se presumen dignos de alabanza?
 Seis años escolar de canastillos
 Está aprendiendo á hacerlos Epitacio,
 Y otro tanto el que amuela los cuchillos.
 Si vilmente no fueran tan despacio,
 De artífices la corte abundaria,
 Y holgaran las solanas de palacio.
 La dama que al galan entrado habia,
 Si el marido impensadamente llega,
 La alborotada sangre se le enfria;
 Y toda de pavor trémula y ciega
 Al tierno y perfumado caballero
 Va corriendo, y le esconde en la Y griega:
 El critico pedante y palabrero,
 Que censure sin jugo ni sustancia,
 Preciado de farsante y vocinglero:
 De los hombres en fin la estravagancia,
 La diversion, los gustos, el halago,
 Los vicios, el temor y la ignorancia,
 Y á todo cuanto hicieren daré el pago,
 Pues todas sus ridiculas acciones
 Serán de mis librillos el farrago.
 Mas ya advierto, que rígido te pones,
 Desconfiando tú de mi talento,
 E intentas disuadirme con razones:
 Que para la alta hazaña que yo intento,
 Dices no bastarán mis fuerzas solas,
 Ni aunque me acompañaran otros ciento;
 Las satíricas musas españolas
 De Rodrigo de Cota y Castillejo,
 Y de los dos hermanos Argensolas,
 Añades, que con fiero sobrecejo
 Los vicios atacaron tan dichosas
 Que no merezco entrar en su cotejo,
 Y que ocupado en mas útiles cosas,
 Mas dignamente el tiempo gastaria,
 Cantando nuestras armas victoriosas.
 Que al campeón de Vivar cantar podia,
 O a nuestro Enéas el feroz Pelayo,
 Que fundó la española monarquía.
 O al mancebo del Carpio, que fué rayo
 En los valles del bronco Pirineo,
 Causando á un grande ejército desmayo:
 Mas yo correspondiera á tu deseo,
 Y horrorizara con guerrera trompa,
 Si á nuestra edad no viese cual la veo.
 No es bien, que el eco sonoro rompa
 Con espantoso estruendo armisonante,
 Con regia majestad, con alta pompa.
 Porque estando hoy el vicio tan pujante,
 No es fácil escribir, sino que sea
 Sátira avinagrada y mordicante:
 Y siendo contra el vicio la peléa,
 Y no contra el sujeto, aunque vicioso,
 No tiene que enojarse el que me lea,
 Porque no le imagine sospechoso.

IV. *Sobre la fama de los poetas.*

(Traducción de Marcial) (1).

¿Qué será, que á los vivos es negada
La fama, y raras veces los lectores
Juzgaron á su edad aventajada?

Estos son de la envidia los rencores,
Que siempre despreciando á los presentes,
Piensa que los antiguos son mejores.

Búscanse así las sombras delincuentes
De Pompeyo; así buscan del anciano
De Catulo los templos indecentes.

Eutro es leído (Roma, los mantuanos
Versos te salvo), y del divino Homero
En su siglo burlábanse villanos.

Poco aplaudió el teatro al placentero
Menandro, y de Nason Corina sola
Conoció en vida el nûmen hechicero.

Y así, tú, ó Musa lírica española,
Suspendete; porque si solamente
La fama con la muerte se acrisola,
No presumas que ser famoso intente.

ODAS.

I. (Traducción de Horacio) (2).

Lib. 1.º, Od. 22.

El de la vida, Fusco, religiosa
Ni dardos usa, ni moriscos arcos,
Ni de la aljaba llena de saetas
Euvnenadas;

O por las sirtes calidas camine,
O por el alto Cáucaso desierto,
O por la tierra, donde fabuloso
Corre el Hidaspe.

Mientras inermes la sabina selva
Cruzo cantando a Lálafe, distante
Ya de mi quinta, de mi vista un lobo
Fiero se aparta.

Monstruo que nunca Daunia bellicosa
Vió mas terrible en dilatados bosques,
Ni Mauritania de leones bravos
Arida madre.

(1) *Martialis*, lib. v, epig. x.

AD REGULUM DE FAMA POETARUM.

Esse quid hoc dicam, vivis quod fama negatur,
Et sua quod raras tempore lector amat?
Hi sunt invidiam nimium, Regule, mores
Præferat antiquos semper et illa novis.
Sic veterum ingrati Pompeii quærimus umbram;
Sic laudent Catulli villæ templæ senes.
Fonius est lectus, salvo tibi, Roma, Marone;
Et sua riserunt sæcula Mæronidem;
Rara coronatæ plausere theatra Menandro;
Norat Nasonem sola Corinna suum.
Vos tamen, ó nostri, ne festinate libelli;
Si post fata venit gloria, non propero.

(2) *Horatius*, lib. 1, ode xxii.

Integer vitæ scelerisque purus
Non eget mauri jaculis, nec arcu,
Nec venenatis gravida sagittis,
Fusce, phætra:
Sive per syrtis iter æstuosas,
Sive facturus per inhospitem
Caucasum, vel quæ loca fabulosus
Lambit Hydæspes.
Namque me silva lupus in sabina,
Dum meam canto Lalagen, et ultra
Terminum curis vagor expeditus,
Fugit inermem.
Quale portentum, neque militaris
Daunia in latæ alit maculentis,
Nec Juba telus generat leonum
Arida nutrit.
Pone me, pigris ubi nulla campis
Arbor æstiva recreatur aura;
Quod latus mundi nebula, malusque
Jupiter urget:
Pone sub curru Nasonem propinqui
Solis in terra domibus negata:
Dulce ridentem Lalagen amabo
Dulce loquentem.

Ponme en los campos frigidis, adonde
Ninguna planta goza el aura estiva,
Término al mundo, que la niebla y vientos
Sufré malignos.

Ponme debajo del vecino carro
Del sol, en tierra de habitar negada;
Serás mi amada, ¡oh Lálafe! que dulce
Cantas y ries.

II. *La poesía inmortaliza á la hermosura.*

Dorisa, el dulce verso armonioso,
Por Apolo dictado,
A los que enciende con sagrados fuegos
Ciego Cupido el corazon amante,
No solo obliga á amar á los presentes
La hermosura por ellos ensalzada;
Pero á los no nacidos.

Del músico del Ponto el abundoso
Nûmen nos ha mostrado
Cuán grata fué Corina en dulces juegos.
Hoy enamora Cintia, y la inconstante
Lesbia, cantada en versos elocuentes.
Némesis y Licoris celebrada,
Cautivan los sentidos.

Quien oye atento el son tierno, amoroso,
Del cisne laureado,
Quisiera ver la causa á tales ruegos,
Y al mirar que su mérito levante
Con gracias po comunes á las gentes,
La ninfa de la Sorga es adorada
Por siglos repetidos.

Esto mismo, con verso numeroso,
Intento enamorado,
Y celebrar de mis errores ciegos
La causa bella: que en la edad distante
Tus prendas se conozcan excelentes,
Dama gentil, y vivas admirada
Con aplausos debidos.

III. *Dorisa ausente.*

En fin, Dorisa, en fin, ¡que te partiste
De mi presencia, y aun me tiene vivo
La angustia del terrible sentimiento,
Cuando el fiero dolor que yo recibo,
En el cuitado corazon y triste,
Descanso no me da por un momento!
¡Oh bárbaro tormento!
¡Oh rigurosa ausencia!
Cuya dura violencia,
Aunque de mil temores prevenida,
Es mucho mas de lo que fué temida;
Y aun mi pasión desesperada siente
Que no acabe mi vida,
La vida odiosa, que aborrezco ausente.

Con tanto afán y tanto desconsuelo
Paso las horas y molestos dias,
Y las noches larguissimas velando;
El llanto baña las mejillas mías;
Tiene mi queja importunado al cielo,
Y enfadanse los hombres escuchando
Mi triste acento. ¡Cuándo
Vendra, señora mía,
El suspirado dia,
En que á mis ojos tu belleza pura
Los colme de placeres y ventura,
Y yo, admirando tu gentil presencia,
Te logre ya segura,
Sin mas peligro de temer ausencia?

Jamás tórtola amante y lastimada,
En los opacos olmos y fresnedas,
Llora al consorte que robó la muerte
Con mas gemidos que estas arboledas
Oyen de mi voz ronca, fatigada,
Y en invocarte cada vez mas fuerte.
Y de la misma suerte
Me deja el sol partiendo,

Y me encuentra volviendo,
Amortecido del dolor pasado :
Habiendo, en larga noche derramado
Lágrimas tristes. Que al tormento mío
El sueño le es negado,
Ni á mí se acerca silencioso y pío.

Pero es mayor mi pena, cuando veo
El oro relunbrar de tus balcones,
Con la serena luz del nuevo día.
¡Ay tristes ojos, llenos de aflicciones,
Cuántas veces os alza mi deseo,
Pensando que allí está como solía
Y hallándose vacía
Mi gloria y mi contento,
Te sigue el pensamiento
Por anchas calles, templos suntuosos,
Soberbios espectáculos vistosos,
Donde te hablé y seguí continuamente,
Y afectos engañosos
Imaginan que estás allí presente.

Mas luego los parajes conocidos
Me dan tristeza, si esperanzas dieron
(Propia fortuna de infeliz amante);
Y como el bien me acuerdan que tuvieron,
Padece nueva angustia mis sentidos.
Y se me representa en el instante
Tu celestial semblante
Placentero y modesto,
Y aquel amor honesto
Tan difícil de hallar, que tú has hallado :
Tu vista vencedora y dulce agrado ,
El labio hermoso de encendida grana,
Y el hablar delicado,
Que otra cosa parece mas que humana.
Si de la humilde tierra al alto asiento
De Olimpo rutilante
Las voces de un amante
Llegan, ¡Dios ciego, el de las flechas de oro!
Cuenta á la bella que doliente adoro
(Antes que ausente de sus luces muera)
Los afanes que lloro ;
Que ella me amara, si penar me viera.

IV. A Don Pedro Napoli Signorelli, autor de la Historia crítica de los teatros.

De Febo las hermanas,
Melpómene y Talía,
Los bosques dejan y la verde yerba :
Ya cultas ciudadanas,
Absorta las oía
La celebrada Atenas de Minerva,
Y Apolo las reserva
En Roma la triunfante,
Proscenio, en que sonoros
Alternaron los coros,
Donde el coturno lido se levante,
Y las catorce gradas
De togados quirites ocupadas.
Mas ya tremendo suena
El implacable godo,
Armado de furor, espanto é ira.
¡Oh barbara cadena!
Cede á su impulso todo :
Destruye y tala cuanto el orbe admira.
Ya pálido retira
El miedo á ambas hermanas :
El tiempo las oculta
Y en olvido sepulta,
Al rigor de las armas inhumanas ;
Hasta que en aurea copa
Brindó con santa paz alegre Europa.
Del Tíbre vió la orilla
Lucir restablecidos
Los teatros, con mármoles de Paro,
Y en la rica Sevilla
Ingenios escogidos
Dieron nuevo esplendor al Betis claro.
El Sena dió su amparo
A entrambas dulces musas,

El Danubio, hondo río,
Y el Tamesis umbrío :
Mas aun amedrentadas y confusas,
Procuran monumento
De las injurias de la edad exento.
Entonces tú, Pierio,
Digno alumno de Apolo,
Ilustre é inmortal le has erigido.
Un reino y otro hesperio,
Admiran que tú solo
Las musas consolar hayas podido :
A fin de que el olvido
No su gloria consuma,
Y en los siglos futuros
Los aplausos seguros
Gocen, que deben á tu docta pluma,
De la Fama en el templo,
Para durable admiracion y ejemplo.

V. A Pedro Romero, torero insigne.

Citara áurea de Apolo, á quien los dioses
Hicieron compañera
De los regios banquetes, y ¡oh sagrada
Musa! que el bosque de Helicon venera,
No es tiempo que reposes :
Alza el divino canto y la acordada
Voz hasta el cielo osada,
Con eco que supere resonante
Al estruendo confuso y vocería,
Popular alegría
Y aplauso cortesano y triunfante,
Que se escucha distante
En el sangriento coso matritense,
En cuya arena intrépido se planta
El vencedor circense,
Lleno de glorias que la Fama canta.
Otras quiere adquirir, y así de espanto
Y de placer se llena
La villa que domina entrambos mundos.
Corre el vulgo anhelante, rumor suena,
Y se corona en tanto
De bizarros galanes sin segundos
Y atletas furibundos
El ancho anfiteatro. Allí se asoma
Todo el reino de Amor, y la hermosura
Que a Venus desfigura,
Y no hay humano pecho que no doma
(Baldon de Grecia y Roma),
Y en opulencia y aparato hesperio,
Muestra Madrid cuanto tesoro encierra
Corte de tanto imperio,
Del mayor soberano de la tierra.
Pasea la gran plaza el animoso
Mancebo, que la vista
Lleva de todos su altivez mostrando,
Ni hay corazon que esquivo le resista.
Serenó el rostro hermoso,
Desprecia el riesgo que le está esperando :
Le va apenas ornando
El bozo el labio superior, y el brio
Muestra y valor en años juveniles
Del iracundo Aquiles.
Va ufano al espantoso desafío :
¡Con cuanto señorío!
¡Qué ademan varonil! ¡qué gentileza!
Pides la venia, hispano atleta, y sales
En medio con braveza,
Que llaman ya las trompas y timbales.
No se miró Jason tan lieramente
En Colcos embestido
Por los toros de Marte, ardiendo en llama,
Como precipitado y encendido
Sale el bruto valiente
Que en las márgenes corvas de Jarama
Rumió la seca grama.
Tú le esperas, a un núnem semejante,
Solo con débil, aparente escudo,
Que dar mas temor pudo :
El pié siniestro y mano está delante,

Ofrécesle arrogante

Tu corazón que hiera, el diestro brazo
Tirado atrás con alta gallardía;
Deslumbra hasta el recazo
La espada, que Mavorte envidiaria.

Horror pálido cubre los semblantes,
En trasudor bañados,
Del atónico vulgo silencioso:
Das a las tiernas damas mil cuidados
Y envidia á sus amantes:
Todo el concurso atiende pavoroso
El fin de este dudoso
Trance. La fiera que llamó el sílbido
A tu corre veloz, ardiendo en ira,
Y amenazando mira
El rojo velo al viento suspendido.
Da tremendo bramido,
Como el toro de Fálaris ardiente,
Hácese atrás, resopla, cabecea,
Eriza la ancha frente,
La tierra escarba y larga cola ondea.

Tu anciano padre, el gladiador ibero
Que a Grecia España opone,
Con el silvestre olivo coronado:
Por quien la áspera Ronda ya se pone
Sobre Elis, y el lijero
Asopo el rauda curso ha refrenado,
Cediendo al despeñado
Guadalentín: tu padre, que el famoso
Nombre y valor en ti ve renovarse,
No puede serenarse,
Hasta que mira al golpe poderoso
El bruto impetuoso
Muerto á tus pies, sin movimiento y frío,
Con temeraria y asombrosa hazaña,
Que por nativo brio
Solamente no es bárbara en España.

¿Quién dirá el grito y el aplauso inmenso
Que tu acción vocifera?

Si el precio de tus méritos pregona
La envidia, con adorno á la extranjera,
Que dice: en el estenso
Mundo, ¿cuál rey que ciña la corona,
Entre hijos de Belona
Podrá mandar á sus vasallos fieros
(Como el dueño feliz de las Españas)
Hacer tales hazañas?
¿Cual vencerán á indómitos guerreros
En lances verdaderos,
Si estos sus juegos son y su alegría?
¿Oh, no conozca España que varones
Tan invencibles cría!

Rogádselo á los cielos; oh naciones!
Y tú, por quien Vandalia nombre toma
Cual la aquiva Corinto
(Ni tal vio el circo máximo de Roma),
Si algo ofrece á mi verso el dios de Cinto,
Tu gloria llevaré del occidente
A la aurora, pulsando el plectro de oro:
La patria eternamente
Te dará aplauso, y de Aganipe el coro.

VI. A Don José..... en sus días.

La hermosa primavera,
De flores olorosas coronada,
Viene a templar la fiera
Riguridad del corno invierno airado:
Y en tu dichosa casa,
¿Oh amigo dulce! influye en este día
Placer tranquilo, bienes y alegría.
Y yo, que tus favores
No escasamente algún tiempo he logrado,
Pretendo que no ignores
Cuánto agradecimiento en mí ha durado.
El día venturoso,
Que acuerda la virtud sublime y bella
Del inocente esposo
De la hermosa de Dios Madre y doncella.

Goza alegre y ufano,
Y repetirle así por siglos cieuto
Conceda el soberano
Gran Padre, a quien es basa el firmamento.
Humilde la fortuna
Te jure esclavitud siempre durable
Sin repugnancia alguna,
Y detenga a tu voz la rueda instable.
Vierta piadoso el cielo
Copiosa y blanda lluvia en tus sembrados,
Y colmen con desvelo
Tus paneras los siervos fatigados.
Tus hatos y majadas,
Que cerros y montañas desaparecen,
Fingiéndolas nevadas,
Sus vellones, que blanco abrigo ofrezcan,
Tan aumentadas sean,
Que en todo bosque, erial, prado ú repecho
Solo tuyas se vean
Desde el gallego mar hasta el estrecho.
Su cándida cuajada,
Tu mesa alegre, con el queso cano,
Mas que la coagulada
Leche al esmero de holandesa mano.
Con larga descendencia
De nietos héroes, generoso abuelo,
Admire la opulencia
De tu prosapia el rico hispano suelo.
En talamo de armiños
Logra por mil edades con favores
Los honestos cariños
De esa madre feliz de los amores:
Ni dejes nunca, no, desocupado
De Barbara la bella el tierno lado.

VII. Al duque de Medinasidonia.

¿Ay, no á la hercúlea enfermedad rendido
Y al acerbo dolor con mil afanes
Te postres, oh mi dueño esclarecido,
Blason de los Guzmanes!

No así te entregues á la pena dura
Con quejas, que amansaran mares bravas,
(Que á mí tu siervo, tu feliz hechura,
El corazón me clavara.

Porque eres la mitad del alma mía,
Y me la tiene tu aflicción confusa:
Acorde union, sagrada simpatía
De la divina musa.

Y si fuese, ¿ay dolor! que a los humanos
El cielo te robara, ¿qué pudiera
Hacer sin ti? Pasérame en las manos
De Libitina fiera:

Un mismo día a entrambos igualara:
Ni el imperio del orbe y de sus bellas,
Opulentas coronas, me estorbara,
Para seguir las huellas.

¿Ni qué hiciera la España generosa,
De quien eres el lustre y la grandeza,
Huérfana inconsolable, en dolorosa
Y funeral tristeza?

Sus cisnes sin amparo y de la avara
Suerte quejosos, en común lamento,
¿A quién hallar pudieran, que apreciara
Su armonioso acento?

¿Quién cantara las ninfas y pastores
Y el bosque umbroso lleno de frescura,
Donde Venus habita y los amores,
Faltando tu dulzura?

No el nimen, de mi voz importunado,
Lo consiente: los años inmortales
De la fénix te tienen acordado
Las lumbres celestiales.

Y así será, que inspiración divina
Me lo anuncia: no engaña mi deseo,
Ni error cabe en la mente que ilumina
Espíritu febeo.

Y aunque el dolor te cause
Tu le amarras con valen

No sienta, no, como la plebe oscura
El corazón heróico.

Vive, señor, de tu consorte hermosa,
Idolatrada en los honestos lazos,
Y temple tus afanes amorosa
Con sus dulces abrazos.

VIII. *Madrid antigua y moderna.*

Los soberbios palacios
Con que ¡oh Madrid altiva! te engrandeces,
Ocupan los espacios
Anchos que en tus niñeces
Los arados rompieron tantas veces.

Viñedos y aranzadas
Del suelo que ocupaste has apartado,
Y hay torres levantadas
Donde en tiempo pasado
Creció el olivo, á Palas consagrado.

Por donde con el trillo
Circularon las yuntas de los bueyes
Sobre el haz amarillo,
Van dando al orbe leyes
En carro ebúrneo príncipes y reyes.

Fuiste ignorada aldea,
Y eres cabeza ya de entrambos mundos :
No aparta la febea
Luz sus rayos fecundos
De tus tierras y piélagos profundos.

Mas no de la grandeza
Presente fies : todo es vanidades,
Y acaba cuanto empieza,
Pues ya en nuestras edades
Ni Troya, ni Palmira son ciudades.

La Atlántica famosa
Se hundió en el mar : voraz el tiempo altera
El globo, no reposa,
No es hoy lo que antes era ;
Ni ya Tule tampoco es la postrera.

IX. *Vanidad de las riquezas.*

¿De qué te sirve el oro atormentado
Bajo los duros cuños con ruido,
Con el rostro de Carlos estampado,
En círculos pequeños dividido,
A turbar tu quietud acá venido
Desde el indio remoto,
A merced de Euro y Noto,
Fiado á un leño enfermo y fugitivo
Por el inquieto mar no compasivo ?

¿De qué el alcázar, ni el dorado techo
En mármoles de Paro sostenido,
Mas de cuidados, que de piedras hecho,
Con famoso pincel enriquecido ?
¿Ni el vino en clima extraño producido
De sabor delicado,
Ni el manjar sazonado
De extranjero gloton, que el gusto adula
Perjudicial ministro de la gula ?

¡Inigo, no te envidio tu riqueza,
De pesares infiel productora,
Que no me es tan molesta mi pobreza,
Que me estorbe cantar versos ahora :
Aquí donde dulcísima y sonora
Entre estos stochares
Del patrio Manzanares
Se desliza la diáfana corriente
Me tiendo yo á cantar alegremente.

De un árbol la alta copa al suelo envía
Sombra apacible ; y yo aquí me reclino :
Ni alfombra de Florencia ó de Turquía,
Ni menos del damasco granadino
Compiten sus matices : del vecino
Soto una aura suave
Con respiración grave,
Como suele soplar blanda marea,
Las hojas de los árboles menean.

Su libertad las simples avecillas,
Con pico de marfil vuelan cantando,
¡Inigo, no aquí lloran las manecillas,
Que en tu jaula de hierro están llorando :
Los simples conejuelos van saltando
Por la hermosa ribera,
Yo miro su carrera
Desde el pié de este fresno divertido
De la ferviente siesta defendido.

Goza, goza tu casa edificada
A costa de pesares y cuidados,
No te consientan hora descansada
Sustos y pretendientes porfiados :
Cérquete el escuadrón de tus criados
Necios, y aduladores,
Pensión de los señores,
Que yo sin tantos riesgos divertida
Paso mas quieta y mas alegre vida.

Asústate, si oyeres que el britano
Pirata infiel prendió la flota indiana,
O si acaso voraz el Océano
La sumergió con ambición tirana :
Que mi conformidad mejor se allana,
Pues que perder no tengo,
Y así á estar siempre vengo
Con no turbado rostro prevenido,
Y nunca un susto el sueño me ha rompido.

X. *Quiétude del ánimo.*

Doy que dejes las indias saqueadas,
Y empobrecido á ocaso, y al oriente
Desentrañado con avara mano,
Y con duro cerrojo inobediente
En tu sótano encierres apiladas
Las arcas con el oro mejicano :
Procurarás hallar descanso en vano ;
Descanso, el bien mas grande de esta vida,
Que no basta á comprarle el gran tesoro,
Que al persa, al turco y al moro
Rinden el Asia y Africa oprimida :
Ni el reluciente mármol granadino,
Ni de cedro las vigas olorosas,
Que estriban en cornisas estucadas,
Ni el jaspe de Liguria en animadas
Estatuas, de la vida no dadasas,
Ni las ricas molduras de oro fino,
Ni el pincel del Protógenes de Urbino,
Ni poseído el mundo todo entero
Bastan á dar descanso verdadero.

Mas solamente la conciencia pura,
Ilustre Gamoneda, al varón justo
Le da invencibles fuerzas, inocentes :
Ni teme al enemigo mas robusto,
Ni le amedrenta la fiera dura
De los tigres, leones y serpientes :
En vano los carcajes insolentes,
Pesados con los dardos africanos,
Se aprestan contra él, ni la encendida
Pelota despedida

De los cañones turcos, ó britanos.
Esta es seguridad, y este apacible
Descanso verdadero, poco hallado,
Esta es vida feliz, y esta es gustosa
Fortuna abundantísima y dichosa,
Mejor que la de aquel siglo dorado :
En nuestra mano está, y es conseqüente
Arribar de la dicha á lo posible,
No con desvelo hidrópico avariento ;
Mas con desinterés y entendimiento.

Cancion, si quien te viere se espantare
De la estoica doctrina en tí cantada,
Impropia de mis años juveniles ;
Responde, que tierra hay que en los abrilles
Da también flor, y fruta sazonada,
Sin que por no ser tiempo se repare ;
Antes merece quien adelantare
Los frutos á la flor cuerdo y astuto ;
Y en especialidad, si es bueno el fruto.

CANTO EPICO (*).

Las Naves de Cortés destruidas.

Canto el valor del capitán hispano
Que echó a fondo la armada y galeones,
Poniendo en trance, sin auxilio humano,
De vencer ó morir á sus legiones :
El que holló el ancho imperio mejicano
A pesar de tan bárbaras naciones,
Empresa digna de su aliento solo ;
Si en verso cabe , y si me inspira Apolo.

Y tú , sacra Pieride , si alguna
Hay en Parnaso por feliz destino ,
Que á engrandecer la hispánica fortuna
El hado dichosísimo previno :
Mi pecho enciende en llama cual ninguna ,
Vuelte en mi labio cántico divino,
Que está esperando la impaciente España
Del gran Cortés la prodigiosa hazaña.

Dictame , Musa , cómo ya arrollado
El mejicano golfo turbulento,
En mil combates vencedor del hado,
Coyunda impuso al bárbaro sangriento ;
Y cómo á Veracruz el nombre ha dado,
Edificada en sólido cimiento ;
Freno á las gentes fieras y remotas,
Escala y puerto á las indianas flotas.

Aquí ostentaba su milicia un día
Con pompa y gala , y en vistoso alarde :
Asonbra la feroz caballería,
Tal es el fuego que en los brutos arde.
La robusta española infantería
Aliento infunde al pecho mas cobarde :
Tocan clarines , y las cajas suenan,
Mares y playas y montañas truenan.

Muéstrase altivo el inclito guerrero,
Sandoval digo , en un caballo armado,
Monte parece de bruñido acero
Apenas por su dueño sujetado :
Ancho pavés sin cifra ni letrero,
Y el peñasco de Amaya relevado,
Solar de su linaje ; y por decoro

(*) En esta edicion hemos seguido la que se hizo en 1785 en la imprenta real con preferencia á la de Barcelona en 1831. Las razones que á ello nos han movido, son las mismas que tuvo presentes el señor Quintana en sus *Poesías selectas* castellanas desde el tiempo de Juan de Mena, donde estampó la juiciosa nota que copiamos : « Aunque en las obras de este autor publicadas en Barcelona en 1831 se ha reimpresso este poema muy diferentemente de como aquí se halla, se ha tenido por conveniente repetirle en la forma que se incluyó en la primera edicion de esta coleccion, igual en todo á la que se hizo de dicho canto en la imprenta real en 1785. Extrañarán algunos esta preferencia, fundados en la confianza y autoridad que deben merecer las manos por quienes corrió la impresion de Barcelona, tan interesadas en la gloria del poeta, tan enteradas de los hechos que le pertenecen, y tan hábiles en el arte. Pero las mismas fueron las que cuidaron de la edicion de 1785 : el autor hacia cuatro años que habia muerto, y la obra debió publicarse entonces tal como se hallaba entre sus papeles. Aquella pues es la propia , la genuina de don Nicolás Moratín, y no la de Barcelona; donde si las alteraciones que se han hecho han podido mejorar algun tanto la elegancia de estilo y la estructura de los versos, quizá han perjudicado á las proporciones de la composicion, disminuido á veces su grandesa, su raudal, su robustez , y por consiguiente alterado frecuentemente su carácter. Pero esta es opinion mia particular en que no insisto, y que podrá no ser adoptada por otros. Sea de ella lo que se quiera, lo que no tiene duda es que las correcciones de la edicion de Barcelona no son ni pueden ser trabajo del poeta que escribió el canto, y por consiguiente le hacen menos suyo. Si así lo juzgó tan autorizado colector, que se propuso presentar los modelos mas correctos y acabados de la poesía castellana, con harta mas razon debemos nosotros seguir su ejemplo, cuando el objeto de nuestra *Biblioteca* no es tanto el señalar las composiciones mas dignas de imitacion y exentas de todo defecto, cuanto el presentar á las mas nombradas autoridades españolas, tales cuales fueron, sin extraña enmienda ni alteracion, cual conviene á la veraz historia de las ideas y del lenguaje, cuyos auténticos documentos vamos recopilando. La opinion generalmente admitida es, que Moratín el hijo, entonces de edad de veinte y cinco años, fué el editor del canto épico de *Las Naves de Cortés*, para vindicar la memoria de su padre, que consideraba ofendida por no haber llevado premio ni el *accesit* en el concurso abierto en 1777 por la Academia española, circunstancia sobre la cual se hallarán algunas noticias en una nota á la vida del autor. Bajo este concepto, á continuacion del canto hemos reproducido las reflexiones críticas que acompañaron la citada edicion primitiva.

La banda negra sobre campo de oro.

Con un sayo galán de fino paño,
Con gorbion de encarnado y amarillo,
En un revuelto pisador castaño
Monta Pedro Gonzalez de Trujillo ;
Y Dávila soberbio en genio extraño
Fatiga los ijares á un tordillo,
Llevando en el escudo sin cuarteles
Por antiguo blason trece roeles.

De pecho firme y ancha de cadera,
Con lazos jaldes y con borlas blancas,
Muy briosa de juego y de carrera,
Sin temor de arrecifes ni barrancas,
De bordada melanía la pechera,
Y béclicas cubiertas de las ancas,
Rige una yegua Pedro de Alvarado,
Que á tierra no pasó mejor soldado.

Tirada atrás la roja sobreveste,
Descubre el peto y espaldar bruñido,
Vuelan las plumas de color celeste
Sobre el almete de oro guarnecido :
É indicando cuán poco le moleste,
Roto el arco y las flechas de Cupido
Era su empresa ; en potros jerezanos
Le siguen y respetan sus hermanos.

Ordaz, con fuertes armas pavonadas,
Fiero en palabras, rígido en semblante,
Monta un pecaño, y lleva recamadas
De azul y negro las haldetas de ante :
Ni las mudas edades ya pasadas,
Ni el alto olvido harán que yo no cante,
Oh insigne Lázir ! tu valor que vuela
Desde Panuco al cabo de la Vela.

Ni serás en mis versos olvidado,
Célebre Alfonso, honor de los Mendoza,
Que un corcel, cabos negros y melado,
Gobiernas, y corriendo te alborozas :
El escudo en triángulos cortado
Muestra las rojas bandas de que gozas,
Y por orla y riquísimo tesoro,
El Ave de Gabriel quitada al moro.

Y Juan Velazquez de Leon movia
Un valiente caballo, y con la espuela
Le aflige, y con el freno le oprimia,
Sonándole la espada en la escarcela,
Yelmo con tembladora argentería,
En cuerpo y en el ristre la arandela :
En él encuentra la razon abrigo,
Deudo Velazquez , y Cortés amigo.

Un leon rojo por blason ponía
En sus cuarteles con dorados marcos,
Jactándose con él , que descendía
De los Leones de la casa de Arcos :
Una soberbia alfama, cuya cría
Vió el mar nacer en los veleros barcos,
Sedeño el rico á paso lento lleva,
Y un negro asido á la nielada greva.

Y tú, Morla, tambien en blanco armado
Vas escaramuzando largo trecho
Sobre un fuerte bridon azabachado,
De moscas blancas salpicado el pecho ;
Pacheco un bayo arremetiendo alado,
Muestra, corriendo al general derecho,
Ancha faja de azules cuñas llena,
Blason de los señores de Villena.

Ya desfilaba con mover airoso
Saucedo, tierno jóven rubicundo,
Que él cual otro no fuera mas hermoso,
Ni pasó tan gallardo al Nuevo-Mundo :
El mirar de un Adonis amoroso ;
Y uniendo á lo galán lo furibundo,
Va con escarces, vueltas y reveses
Sobre un potro alazán de treinta meses.

Una casaca verde acuchillada
De trasilor y sutiles cankyles,
Mostrando rica tela nacaiada
Con broches y alhambares de rubies :
Cadena de labor muy estremada,
Y mangas de almizares tuncies,
Verjel de muchas y diversas flores,
Y el lazo del codon de mil colores.
En un rucio rodado muy brioso

Sale Escobar con malla y finos antes :

Y en un caballo negro poderoso
Villaroel con ojos centellantes.
Celebrará mi verso numeroso
Tus hechos, y las armas radiantes.
Con que, ¡oh diestro Dominguez! tú reluces,
Domador de caballos andaluces.

Admira tan lucida cabalgada
Y espectáculo tal doña Marina,
India noble al caudillo presentada,
De fortuna y belleza peregrina,
De la injuria del clima reservada,
Y del color del alba matutina,
Muestra que herir bien puede el pecho humano
Capido con barpon americano.

Con despejado espíritu y viveza
Gira la vista en el concurso mudo :
Rico manto de estrema sutileza
Con chapas de oro autorizarla pudo,
Prendido con hizarra gentileza
Sobre los pechos en airoso nudo ;
Reina parece de la indiana zona,
Varonil y hermosísima amazona.

Ella atónita mira, y asombrada
De tanta pompa y tanta gallardía ;
Y ansiosa no queriendo dudar nada,
Informarse de todo pretendía :
El paso adelantó determinada
Acia el casto Aguilar, que allí venia,
Primero haciendo en muestras de obediencia,
A Cortés su señor la reverencia.

E inquieta dice : ¡oh noble compañero !
A mí por tus desgracias semejante,
Cuéntame de este ejército guerrero
Quién son aquellos que se ven delante ;
Que aun no á todos conozco, y yo no quiero
Ignorar ni su nombre ni semblante :
Mí, acaba ; y Aguilar se sonreia

De ella, y con la alta permission decia :
Aquel membrudo, de mirar sangriento,
Que cinco lirios por empresa tiene,
Argüello es de Leon, que violento
Vive en quietud, y así a la guerra viene ;
Mírale cuan robusto y corpulento,
Cómo cruje la lanza y la sostiene,
Con la ancha cota de dobleces once,
Y el escudo con láminas de bronce.

Nájera es aquel rubio riojano,
Diestro en la esgrima ; aquel otro Garcia ;
Y el que sigue el intrépido Lezcano,
Y Juanes por quien Turia se gloria,
Y Ortiz, cuya vibuela con su mano
Tanto arrebató en célica armonia,
Que estar mas que la tracia mereciera
Con diez luceros en la octava esfera.

Ese determinado madrileño
Es un noble Ramirez de los Vargas,
Que mil veces al moro en duro empeño
Partió con los turbantes las adargas ;
Mira en la suya el muro malagueño,
Y el puente roto, y en hileras largas,
A cañonazos multitud de infieles
Muertos entre marlotas y alqueceles.

Soto el de Toro, Olea el de Medina,
Son aquellos que ves ; aquel Portillo ;
Pizarro, á quien del rumbo descamina
De sus primos nuestro ínclito caudillo ;
Juan es aquel de la coraza fina,
Que el Tormes entre juncias y tomillo
Le arrulló en la aula de las ciencias sola
La celebrada Atenas española.

Mira aquel batallón de infanteria
Del aguerrido Heredia gobernado,
Que el francés en Italia le temia
Cuando el Gran Capitán le vió á su lado ;
Farfán es aquel alto que blandia
La pica, y de su patria amartelado,
Se va siempre acordando en sombra vana
De la dulce Sevilla y de Triana.

Aquel de la loriga, y ambos lados
Con pistoletas, llenos de osadía,
Es Mesa el montañés, que sin cuidados

El maneja un cañon de artillería ;
Usagre y Catalán van á sus lados,
Porque son de la misma compañía,
Y diestros artilleros los pregunta
La invencible nacion de Barcelona.
Aquellos de escapules acolchados
Siguen al alcarreño Jaramillo ;
Mas le siguen tus ojos inflamados,
Si ; oh cacia ! permíteme el decillo :
Aquel que allí escuadrón los soldados
Es el fiel Bernal Diaz del Castillo,
Que sirve en esta célebre jornada
Cual César, con la pluma y con la espada.

Prosiguiera Aguilar ; pero venia
Batiendo el acicate de ambos lados,
Mercado en una remendada pia,
El mas niño de todos los soldados :
Por su doncel al general servia,
Apartaba los indios apiñados,
Diciendo plaza á infinidad de gente,
Plaza, que pasa el general al frente.
Hácenle salva, y alta vocería
Se levanta á los cielos, resonando
Gentil descarga de arcabuceria,
Que hasta Méjico el eco fué bramando ;
Atruenan la espantosa artilleria,
Por las concavidades retumbando.
Corral, Volante con Ranjel lijeras
Abatieron al suelo las banderas.

Cortés, el gran Cortés... ; Divina Cilo,
Tu alto influjo mi espíritu levante !
¿ Quién jamas tuvo objeto como el mio,
Ni tan glorioso capitán triunfante ?
¿ Con qué aspecto real y señorio
Se le muestra á su ejército delante !
¿ Oh qué valor que ostenta y qué nobleza !
¿ Oh cuánta heroicidad y gentileza !

Ricas armas de esmero y maestría,
Listadas de oro puro centellantes,
Con pernos de preciosa pedrería,
Rebillas y chacones de diamantes,
Gorjal grabado, en cuyo canto habia
De perlas y crisólitos pinjantes,
Cegando como el sol, á quien parece
El armés con que armado resplandece.

Deslumbra la finísima celada
Cual fúlgido cristal resplandeciente,
Con plumajes y alron empenachada,
Que el céfiro halagaba mansamente ;
El brazal y esquínela burilada
Rayos saca de luz como el oriente ;
Música forman guarditecidas de oro
Templadas piezas al crujir sonoro.

Al hombro izquierdo el capellar tremola
Favonio alosamente, y con lazadas
De plata y seda atado en una sola,
Que vuelve las vislumbres duplicadas :
Roja banda afollada en la pistola
Con muchos rapacejos, y enredadas
Puntas al cinturón, y allí pendiente
De Toledo la espada omnipotente.

Ancho escudo embrazó de fuerte acero,
Con labores en torno rutilante,
Que mas reverberando que el lucero,
Parece de un limpisimo diamante ;
Esculpíó en medio por blason guerrero
Entre las uñas de un león rapante,
Un mundo encadenado, y quebrantadas
Las columnas de Alcides derribadas.

La gruesa lanza, estriada y rebutida
De barras de metal lleva en la cuja,
Y un pendoncillo ó banderilla asida
Que bordó con primor sutil aguja ;
Y al encuentro y veloz arremetida
Hace corriendo que al impulso cruja,
Cuando con duro y resonante callo
Embiste el hermosísimo caballo.

Era alazán tostado, corpulento,
De ardiente vista, y con feroz ultraje
Bate el suelo, mirándose opulento
Con tan precioso y bárbaro equipaje :
De ormesí recamado el paramento,

De seda y oro y borlas el rendaje,
De bronce entallados la estribera,
Zafiro y balajes la testera.

El soberbio animal la crin estiendo,
Como quien sabe el dueño que pasea,
Con agudo relincho el aire enciendo
E indomito y ufano se pompea:
En cuanto ¡oh Bétis! tu raudal comprende,
Que con verdes olivas se hermosea,
Tal monstruo no abortó naturaleza,
Ni unió tanta hermosura en tal fiera.

Cortés recorre así los escuadrones
Con vivos ojos, placido semblante,
Siendo por ademán y por acciones
A cosa mas que humana semejante:
Y así fable dice: ¡oh fuertes campeones!
¿Cuál órgano mortal será bastante
A cantar tanta hazaña celebrada,
Que debo yo al valor de vuestra espada?

Hércules nuevos, de portentosos fieros
Habeis triunfado con asombro mío:
No ignore España, ilustres compañeros,
Cuanto la ensalza vuestro heróico brio.
¿Quien seran los audaces mensajeros
Que el mar salud por el norte frio,
Corten al sesgo con tajante quilla
A llevar tales nuevas á Castilla;

Y al rey don Carlos, al monarca hispano,
Refieran esta accion tan señalada,
Y cómo tiene ya por vuestra mano
Su España en tierra y nombre duplicada?
Decid primero, cómo el monstruo insano
De la envidia en Velazquez halló entrada,
Y estorbar quiere heróicos pensamientos
A pesar de enemigos elementos;

Y que triunfando de él y de las olas,
Y vencedores del terrible infierno,
Vió Coxumel las naves españolas,
Y el simulacro con escarnio eterno:
Y en el rio tambien de Banderolas,
A Grijalva siguiendo su gobierno,
Tomamos puerto en la obstinada tierra,
Que el paso defendió con cruda guerra.

¿Y quien ha de callar la memorable
Batalla de Tabasco y gran conquista,
El poder de los indios formidable,
Su arrogancia increíble por no vista?
¿Y cómo el tren de gente innumerable
A los campeones que la cruz alista,
Humilló al fin la indómita cabeza,
Y el bárbaro teson de su braveza?

Contad los arcos y las armas lietas,
Los escudos con fuegos abrasados,
Y que besan naciones tan guerreras
Los piés del rey católico sagrados:
Los cempoales de largas cabelleras,
Los de las sierras con el dardo osados,
De Cimpacingo y Quiah-sian, que ataques
Sufren con los robustos Totonaque.

Decid, en fin, que al fuerte y poderoso
Emperador de ocaso, Motezuma,
A quien su lumen Méjico en precioso
Balsamo adora, y entre aroma y pluma,
Marchamos á vedar el horroroso
Holocausto en que al idolo perfuma
Con victimas humanas y anhelantes,
Corzones y entrañas palpitantes.

Dijo: y á todos tímido recelo
Mas que la guerra la respuesta ataja;
Pues saben que Velazquez con desvelo
Por vengarse solícito trabaja,
Y al mar cubriendo su cerúleo velo,
Desde Cuba al Darien de naves cuaja,
Cerrando altivo con velera popa,
Las sendas de la América á la Europa.

Sobre un potro de Córdoba hijero,
Lleno de carmesí plumajería,
Con flecos en el verde mosquitero,
Montejo estaba audaz con ufania:
Y volviendo al galán Portocarrero,
Que en un rucio rodado le seguía,
De coracina y fuerte lanza armado,

Carpetas y gualdrapas de brocado.

Jóven, le dijo, si dejar la guerra
Pareciere vileza y cobardía,
No ya por las delicias de mi tierra
Está abandono en tan urgente día:
Tantos peligros que ese golfo encierra,
Y constante desprecia mi osadía,
Serán respuesta al que decir intente:
Que de este suelo tímido me ausente.

Yo solo por los mares procelosos,
Rompiendo de Velazquez las armadas,
Iraré con mis buques presurosos
De España en las riberas apartadas:
Mas si tú con alientos generosos
Siguirme quieres, y las alteradas
Hondas surcamos en nadante pino,
La fama nos dará blason divino.

Estremeciése el generoso mozo
Con ansia de la gloria concebida,
El rostro enciende, donde el blando bozo
Muestra la tierna juventud florida;
Y dice: la nobleza de que gozo
Sabes bien: ves mi empresa conocida,
Con escaques azules jaquelada,
Y las quince banderas de Granada.

Si sabes del de Palma las acciones,
¿Cómo presumes que el seguirte deje
En las dificultosas ocasiones?
Contigo muera, y no de ti me aleje.
Dijo, y se derribó de los rzones.
Montejo sin saber qué le aconseje,
Le abraza afable, los caballos dieron
A sus amigos, y á Cortés se fueron.

Los principales cerca de él estaban
En gruesas y altas lanzas apoyados:
Unos en los mosquetes descansaban,
Y otros en los escudos muy pesados.
Del mensaje difícil razonaban,
Cuando ofrecen los dos determinados
Llevarle al rey, volviendo desde España
Con nueva gente á hallarse en la campaña.

Entonces de contento alborozado,
Torres el veterano exclama: ¡oh cielo!
Y ¡oh deidad, que en tu auxilio se ha llado
Mi patria con solícito desvelo!
No esta el hrio español tan apagado,
Ni aun en tal clima y tan distante suelo,
Cuando aun se admira entre enemigas gentes
Tal esfuerzo de jóvenes valientes.

Así diciendo el venerable anciano
Con lagrimas ternisimas lloraba;
Muestra el cabello bajo el yelmo cauto,
Y sollozando apenas pronunciaba;
Con la antes fuerte y ya trémula mano
Ciñe sus cuellos, y sus rostros lava,
Palpandolés con amorosas muestras
Los fuertes pechos y robustas diestras;

Y ¡oh muchachos fortísimos! decía,
Id á la dulce España, a quien no espero
Ver ya jamas, que al templo de María
Mi última edad sacrificarla quiero:
Y al punto del alto hombro desprendía
El rico tahall, que en trance fiero
El quitó cuerpo á cuerpo en ancha plaza
Al malique Alabéz, ganando á Baza.

Este que en perlas y esmeraldas orna
Le da al mas jóven con luciente espada
Mallorquina; a Montejo luego torna,
Y al morrion quitó fuerte lazada:
Con él la frente en otro tiempo adorna,
Le dice, Boabdelli, rey de Granada,
Que el alcaide prendió de los Donceles,
Terror de los Zegries y Gomeles.

Abrazanlos esoteros capitanes,
Y los despiden amorosamente,
Y con el fruto traen de sus afanes
De Motezuma el bárbaro presente:
Cortés con amistosos ademanes
Les fia su justicia, y reverente
Al caro padre y tierna madre envía
Dones, que ya por muerto le tenía.

Ya parten los dos incultos guerreros

Con ansia de la fama presurosos ;
Ya les dan los amados compañeros
Mil dones de la América preciosos :
Adornados de bandas y plumeros
Tremolaban galanes y animosos
De oro en bilbilitanos capacetes
Garzotas entre blancos martinetes.

Todos los acompañan al navio,
Desde cuya alta popa ya tomando
Está Anton de Alaminos señorío
Del mar, que cede á su timon y mando ;
Al canal de Bahama y su bajío
Está la vista y proa enderezando,
Por donde nunca se atrevió ninguno
A romper los estanques de Neptuno.

Cuando el rabioso espíritu, que enciende
La discordia y rencor en los mortales,
Oponerse al designio audaz pretende
Desde los calabozos infernales,
El centro infiel del báratro se biende,
Pues ya se ven patentes las señales,
Que larga edad se están allí temiendo,
Con el recelo al Orco estremeciendo.

En el abismo antigua fama habia,
Que la gente española vencedora
Al católico yugo humillaria
Las gentes del ocaso y de la aurora.
El príncipe infernal, que ya veía
Cumplirse los pronósticos ahora,
Concilio horrendo de la negra gente
Llama, y habló con cólera impaciente :
¿ Con que no solo habeis de ser vencidos
Del alto arcángel, que brilló en luz pura,
Sino de hombres infames abatidos,
Sino (¡ que horror !) de humana criatura ?
Oh espíritus eternos, ¿ que atrevidos
Fuisteis al Hacedor ! ¿ teméis su hecubura ?
¿ Sufriréis con ultraje y vituperio
Que un hombre emprenda el fin de vuestro imperio ?

¿ Mas ay ! que ese manco el mismo día
Que nacer vimos al sajón Lutero.
Le vió España nacer con ansia mia,
Pues pierdo en él cuanto en esotro adquiero.
Visteis con cuán escasa compañía,
Miser fugitivo y comunero,
Le llevó el mar á incógnitas regiones,
Que no vieron Colon ni los Pinzones.

Ya allí los sacrificios no consiente,
En que yo contra el hombre vengativo
Victima le hago á un tiempo y delincuente,
De vida eterna y temporal le privo ;
Y ya templo consagra reverente
A esa Madre del hijo de Dios vivo,
A esa Mujer, que lo es, aunque divina,
Y a quien mi frente á mi pesar se inclina.

En ella estriba todo el gran deuedo
De la española intrépida osadía ;
Ella al indio cruel dió espanto y miedo ;
Porque sin ella España ¿ qué sería ?
Ya miro que la fe de Recaredo
Alumbró los antipodas del día,
Y el sacerdote (asombro allí no visto)
Baja á sus manos con su voz á Cristo.

Con pacíficos ramos en hilera
Los soldados cantaron el *Hossana*,
Con tal seguridad cual si allí fuera
La basilica iustigne toledana ;
Y presaga la mente verdadera
Ya ve que la soberbia castellana
Va por su rey y religion triunfante
A hacer portentos, que al infierno espante.

¿ Ay, que ya me parece que mirando
Estoy encadenado á Motexuma
Por ese hombre feroz, digno del bando
Que resistió la omnipotencia suma !
Mil naciones humildes tributando
Adoracion con oro, aroma y pluma :
¿ Tremendo Dios ! ¿ tanto favor á sola
La soberbia fierisima española !

Mas no nos acobarde el grande intento,
Espíritus rebeldes, que mayores
Fueron los nuestros, cuando al alto asiento

Del mismo Dios clamamos con furoros.
La grande empresa excite nuestro aliento.
De ellos mismos nos valgan los rencores ;
Pues para España no hay en la campaña
Mayor contrario que la misma España.

Mientras Narvaez á impedirlo llega
Hinchendo el leste su volante lona,
Con sedición amotinada y ciega
Arda en tumulto el pueblo de Belona.
Dijo ; y al punto el báratro se entrega
A horrenda confusion, gimió Gorgona,
Silban y braman monstruos diferentes,
De quimeras, dragones y serpientes.

No de otra suerte, ó con menor estruendo,
Desgajándose el polo centellante,
Su clara luz el cielo oscureciendo,
Reventando el infierno horror tronante,
Los astros de sus círculos cayendo,
Naturaleza absorta y vacilante,
Tremblarán cielo, tierra y mar profundo
En la profetizada fin del mundo.

Mas ya Portocarrero las amarras
De un tajo rompe, al piélagos sonante
Los lleva el viento, ondean ya las garras
En las banderas del leon rapante ;
El rumbo anhelan de españolas barras,
Y a lo lejos el peto relumbrante
Muestra Montejo, é izan presurosos,
Dejando largos surcos espumosos.

Con lágrimas los siguen y gemidos,
Y el buen viaje gritan desde tierra :
Los tósigos de averno enfurecidos
En los ánimos flacos hacen guerra.
Grado con los Peñates atrevidos,
Mal en el pecho su furor encierra ;
Junta en corrillo el vulgo bajo y fiero,
Lenguaraz á la chusma habló Escudero.

¿ Y hasta cuándo, infelices, les decia,
Durará vuestro engaño ? ¿ y hasta cuándo
Creeréis la temeraria altanería
De ese imprudente, á quien le dais el mando ?
No es valor la frenética osadía,
Ni el ir á un mundo entero contrastando
Con tan corto escuadron, que aunque triunfemos,
Que crédito le deis no lograremos.

Ya sé que el macedon, sé que el romano
Venció batallas é infinitas gentes ;
¿ Mas qué ejército impulso dió á su mano ?
¿ Y qué preparativos diferentes ?
No negaré el esfuerzo castellano,
Supondré á los contrarios no valientes ;
Mas ¿ qué espíritu basta á la defensa
De quien resiste á multitud inmensa ?

Finja el caudillo que animados troncos
Volcans cual la segur en la montaña,
Y que su antara y caracoles roncacos
Ni á la venganza incita, ni á la bazaña ;
Que son cohanles, barbaros y broncos,
Que el fulminante azufre los engaña ;
Que cual centauros juzgue su rudeza
Hombre y caballo todo de una pieza.

Mas ¿ cómo negara la muchedumbre
Temible, que á flechazos descendiendo
Sobre nosotros, hizo ya costumbre
De las bombardas el terrible estruendo ?
¿ Ni el impulso y tremenda pesadumbre,
Que muestra el que evitó su fin horrendo
En roto escudo y abollado casco
De las fuertes macanas de Tabasco ?

Y cuando el clima y la naturaleza
Contra nosotros mismos no se armara,
¿ Cuanta ventaja lleva la fiera
Del indio montaraz y astucia rara ?
¿ Quién ignora el ejército y grandeza
De Motexuma atroz, que ya prepara
A sus deidades en banquete infausto
De nuestros cuerpos horrible holocausto ?
¿ Ay, cuánto afán y muerte nos espera !
¿ Y cuan pocos á España volveremos !
Ya experimentareis el alma fiera
De Cuauhtemuch, su furia y sus estremos ;
De Miscoac, que un caiman trae por cimera,

Tarde el ímpetu audaz conoceremos :
Y es, si acaso triunfamos, solamente
Porque otro en torpes vicios se alimente.

Yo vi a Teutile y Pipatoc severo
Cómo volvió la espalda, despreciando
Al mismo Hernán Cortés ; sé que guerrero
Se arma en Tlascalá innumerable bando :
Ni el estender el culto verdadero,
Ni el gran deseo de humillar al mando
Del monarca español la tierra opresa,
Disculparan tan temeraria empresa.

¡ Oh locura ! ; Los moros africanos,
Ricos, vecinos, moros y valientes,
Infestan nuestras costas ; y lejanos
Venimos a vengarlo en otras gentes !
Sin trabajo ; ¡ oh famosos castellanos !
Mil reinos les tomáramos potentes ;
Y mas nos cuesta aquí solo buscarlos,
Que lo que alla costara el conquistarlos.

¡ No es afrenta del pueblo bautizado,
Que esté en prisiones la sagrada Heliá,
Habiendo él con sus armas ya llegado
Hasta el nadir y el túmulo del día ?
Allá si que católico soldado
Con fe valiente desalojara
De tu muralla el bárbaro gentío,
Santa Jerusalén, el brazo mio.

Mas si Cortes tan imposible hazaña
Quiere hacer, muera, ó pierda la obediencia ;
Pues no es razon de la lealtad de España
Que así se abuse en tanta contingencia :
Ciega esperanza al corazón engaña ;
Pero sepa enmendarlo la prudencia.
Seguidme, dijo, al mar : grita la gente,
Cunde el tumulto arrebatadamente.

Como cuando en la octava maravilla
Del grande Escorial tan celebrado
Se mueve el coro, donde el arte brilla
Al furioso huracán desenfronado :
Tiembra el panteón, la altísima capilla
Y estupendo cimborio agigantado,
Por los claustros bramando el aire zumba,
Y el pórtico magnífico retumba ;

Así la zuiza militar en tierra,
Y a bordo la marítima zaloma
Se escucha con motín y civil guerra,
Y oculta rebelion el rostro asoma.

Cortés, en cuyo corazón se encierra
Valor, a quien ningún peligro doma,
Las filas corre, y lleno de osadía :
Compañeros heroicos, les decía,
¿ Qué es esto, generosos españoles ?
¿ Qué es de vuestro valor ? ¿ qué estoy oyendo ?
¿ Vosotros sois de la milicia soles ?
¿ A vuestro brazo el orbe está temiendo ?
Con que vuestras mesanas y penoles
Despreciaron del Ponto el monstruo horrendo ;
Con que osasteis lo mas con alma presta,
Ó despreciáis lo poco que nos resta ?

Pues no lo despreciéis, que altas hazañas
Dignas de vuestro ardor habrá algun día.
¿ El riesgo apeteceis de las campañas ?
¿ Qué propio en la española valentía !
Ya me dareis albricias por extrañas
Empresas, que hollará vuestra osadía ;
La fama con escelso y nuevo canto
Pondrá en el mundo admiración y espanto.

No el vil temor ataja vuestro brio,
Ni olvido tanta hazaña celebrada :
¿ Dónde esta, dónde, aquel soldado mio,
Que a Maíla dividió su ardiente espada ?
¿ O el que en el espantoso desafío
Con Tumpoton de maza barreada
De una estocada, que alto impulso encierra,
Al bárbaro clavó contra la tierra ?

Aquí estais todos, compañeros fieles,
Yo por vosotros moriré el primero :
Vamos, dijo, a vencer. Mas los noveles
Se arremolinan en tumulto fiero ;
Con las dagas hiriendo en los broqueles
Insta por Cuba el vulgo vocinglero,
Crece en las voces el tesón é instancia,

Y en el caudillo invicto la constancia.

Bien como cuando el mar embravecido
Se altera, se entamece y alborota,
Y de uno y de otro viento compellido
De la alta Gades la muralla azota ;
A cuyo choque, aunque tan repetido,
Eternamente permanece inmota,
Sin que á las olas su constancia amanse,
Ni de embestirla el piélago se canse.

Mas viendo que eran sus esfuerzos vanos,
Arremetió el caballo poderoso,
Que alza menuda braja con las manos
Al ímpetu feroz y sonoro ;
Y dice : auxilios débiles humanos
No den favor al corazón medroso :
O venza, ó muera ; su única esperanza,
Caiga deshecha al tiro de mi lanza.

Y alta la diestra atrás con gallardía,
En los estribos todo el cuerpo alzando,
Fulmina el freno, y rápida crujía
La handerilla, y silba regulando ;
Y á la nao capitana, á quien mecía
Blanda mareta, llega atravesando
De una á otra banda, y al impulso interno
Retumbaron las lóbregas cavernas.

Vieras la chusma y los grumetes luego
Saltar á nado á la cercana orilla,
Que el ancho boqueron con agua ciego
A borbotones llena la escotilla,
La amura de estribor cede al trasiego,
Cae de costado, y la alta popa humilla
Su balconaje, y las furiosas olas
Entran por las abiertas portafloas.

A pique va sin tempestad la armada,
Porque los españoles animados
De la alta acción, con prisa acelerada
Dan barreno á los buques ancorados.
El fiero Hernán Cortés con vista airada
Terror infunde, y á los alterados
Que en la conjuración mostraron brio
Hace dar al través con su navio.

Esto mismo Carrasco, y esto hacía
Álvarez Chico ; Yañez arrebató
Una hacha de armas, la *Carlinda* hería
Dando al golfo su golpe entrada grata ;
Ginés en el bajel que conducía,
Cual si fuera enemigo desbarata
Toda la eslorá, á cuyos roncós sonos
Huyeron los voraces tiburones.

El fuerte galeon empuvado,
Que comandaba Ordaz el arrogante,
Su mismo capitán le ha despalnado
Por dar satisfacción de sí bastante ;
Y Arvenga el levantisco ha disparado
Al branque de otro un tiro fulminante,
Y la proa y bauprés desaparecen
Entre pompas y círculos que crecen.

A fondo van así los corpulentos
Bajeles ; pero ciegos los soldados,
Los estragos del agua juzgan lentos,
Tal los tiene el caudillo ya inflamados.
Impacientes, furiosos y violentos,
De alquitrán mil hachones y embreados
Fuegos arrojan, prenden al instante
Los restos de la flota naufragante.

Arde la pez y estopa resinosa,
Y el betún y forúsimos tablones ;
De Vulcano la cólera furiosa
Desune el calafate y trabazones,
Estiéndese la llama sonora,
Y á formar condensados nubarrones
Con vapor negro asciende hasta lo sumo
En confusas pirámides el humo.

Fenece así el bellísimo navio
Del hermoso Saucedo bombardeado,
Al que en Sanlúcar vió zarpar el río
De flamas y jaricias adornado :
También, Godoy, al tuyo fuego ímpio
Quemó, y al de Moron bien artillado,
Al que condujo á Dávila violento,
Moría el fuerte, y Argüello el corpulento.

Ya en la llanura inmensa aparecían

De tanta armada trozos solamente
Medio quemados : popas se velan
Y prosas de oro envuelto en llama ardiente,
Pedrazos de banderas que se hundian,
(Que el agua ó fuego nada allí consiente,
Y aniquilan los miseros fragmentos
Ya unidos los opuestos elementos.

Todo es horror, cuando hasta los oscuros
Senos del mar con impetu silbando
Ciega legion de espíritus impuros
Se precipita, el ponto rebramando.
¡Albricias, dulce España! que seguros
Tus vencimientos son, y al cielo alzando
La alegre vista, mira como el cielo
Te da el premio, esperanzas y consuelo.

Pues candida paloma descendiendo
Sobre los pabellones, el alado
Giro tendió acia Méjico, luciendo
Con los visos y albor tornasolado,
El aire en luz purísima vistiendo :
Cual descociendo el arco variado
La ninfa de Taumante acia poniente
Trae mil colores con el sol enfrente.

Cortés ambas las manos levantadas
Dice : ya entiendo, espíritu divino,
Que no de mi fervor te desagradas ;
Sigo pronto tu anuncio y mi destino.
Los suyos por la cruz de las espadas
Juran no desistir del gran camino,
Hasta ensalzar, en vez del dios burriendo,
La cruz que tremolada van siguiendo.

En la hazaña el ejército se empeña ;
Ya resuena el clarín y cajas luego,
Crece la aclamacion, y hecha la seña,
Marcha el campo español : ya no hay sosiego ;
Equilibrase el bronce en la cureña ;
Y aplicando la mecha al botafuego,
Con ronco estruendo globos infernales
Reventaron los cóncavos metales.

Los idoles de Méjico temblaron
Al gran rimbombe, y que á su culto aguarde
Mudanza triste, absortos recelaron
Ciegos ministros con terror cobarde.
Si las musas mi verso eternizaron,
Mientras fiero el leon de España guarde
Con las terribles zarpas ambos mundos,
A pesar de enemigos furibundos ;

Heroico Hernán Cortés, será cantada
Tu accion por cuantos doblan la rodilla
Al monarca español, que en fe acendrada
El orbe que ganaste se le humilla ;
Tu accion, que dió á la fama voz no usada,
Al universo espanto y maravilla,
Júbilo al cielo, llanto al orco impio,
Y alta materia al rudo canto mio.

REFLEXIONES CRÍTICAS

de la edición de 1785.

QUE SE ATRIBUYEN Á MORATIN EL HIJO.

En este canto se propuso el autor seguir el rumbo de los mejores épicos antiguos y modernos, sin ceñirse rigurosamente á la historia, ni alterar ó confundir los hechos principales de ella ; pues uno y otro sería culpable. Así es que Ercilla por seguir lo verdadero, se olvidó de la ficción poética ; y queriendo después unir en algunas partes una y otra circunstancia, como la falta consistía en el plan, no consiguió lo que deseaba, haciendo una obra que ni es historia, ni menos epopeya. Valbuena, por imitar en su *Bernardo* la desarreglada abundancia de Ludovico Ariosto, tocó el extremo opuesto. Allí todo es ficción, todo adorno poético, todo episodios : el suceso principal se confunde entre tantos accesorios, que hacinados sin oportunidad ni coexion, fatigan al lector, y no le deleitan ; le llevan de

una á otra parte, sin dirigirle á la contemplacion del principal y único objeto, mostrándole inlmitas riquezas para no dejarle gozar ninguna.

Evitando pues Moratin tales defectos, ordenó su fábula de esta manera. Despues de la proposicion é invocacion, se describe la reseña del campo español en las cercanías de Vera-Cruz. Cortés, deseando enviar mensajeros á Castilla, pregunta á los suyos, quién será de ellos el que se atreva á hacerlo. Presentanse Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco Montejo ; admitelos el general, y se previenen para el viaje. Luzbel en tanto convoca los espíritus infernales, mandándoles que se opongan á las ideas de los españoles. Hácenlo así, y escitan la discordia y motin en el campo, cuando Montejo y Portocarrero se hacen al mar. Cortés procura aplacar los ánimos inquietos : habla á sus gentes ; pero viendo la obstinacion de los sediciosos, resuelve dar al través con toda la armada : arroja la lanza á la nave capitana ; y advirtiéndolos sus parciales la determinacion, queman y destruyen los navios. Cortés, viendo manifiestas señales de la proteccion que el cielo le concede, se inflama en nuevos deseos, levanta el campo, y marcha con los suyos la vuelta de Méjico.

Convenia dar noticia de los famosos capitanes que sirvieron en aquella jornada : por esto introduce el autor con oportunidad la reseña del ejército. Los principes de la épica, Homero, Virgilio, Tasso, y entre los nuestros Lope de Vega, Valbuena etc., lo hicieron tambien con el mismo intento. En los demas poemas, ademas de pintar las armas, caballos etc. en particular describieron allí sus autores varias naciones guerreras, cuyos trajes, paisajes, costumbres y otras particularidades ofrecen ancho campo para lucir la fantasia y erudicion del poeta, como Homero lo practicó felizmente en el segundo libro de la *Ilíada*. Pero el autor de este canto se vió reducido á mas estrechos límites. ¿Cómo podría hacerse una tan pomposa descripcion de un ejército tan pequeño? ¿cómo hacer allí mencion de naciones diversas en patria y costumbres? Aun usando toda la licencia de exageracion, que se concede al poeta en tales circunstancias, no pudo este hacerlo sin nota de inverosimilitud. Ciñóse unicamente á pintar con los mas vivos colores los ilustres personajes, que tan nombrados fueron por sus hazañas en aquella conquista ; estendiéndose cuanto le pudo permitir el asunto que manejaba ; y no dudo que hallará el lector mucho que admirar en este punto.

No basta que haya variedad en las cosas que refiere un poeta : es necesario que la haya tambien en el modo de referirlas ; pues suele suceder en una narracion poética que siendo todas las partes de que se compone escogidas y diferentes, resulta no obstante el todo desagradable por demasiada uniformidad en el plan de la narracion. Por esta causa varió el autor artísticamente este pasaje, valiéndose de la narracion épica y de la dramática, como Lope de Vega en el canto xix de su *Jerusalén*. En las primeras octavas habla por sí solo el poeta ; y después, siguiendo la misma materia que habia comenzado, introduce á la india doña Marina, que desea de saber quién son aquellos que ve presentes, hace á Jerónimo de Aguilar que la diga sus nombres y circunstancias : así pone el autor en boca de este todo lo restante, y anima el discurso por este medio con agradable variedad. En la epopeya habla el poeta, é introduce personajes, que ocultándose él, alternan en la narracion con discursos, que él por sí solo no podia proferir. De aquí resulta que el lector ve presentes aquellos sucesos ; pierde de vista la ficcion ; ya no es Homero el que habla ; es Aquiles que se queja de Agamenon por las injurias recibidas ; es Priamo, que pide angustiado el cuerpo de su querido Héctor, ó Andrómaca, que viendo á su esposo difunto, llora inconsolable su propia desventura, la del tierno Astianacte y la total desolacion de Troya.

Pero observemos cuánto lució la fantasía del autor en el pasaje que se va examinando. Todo él forma un cuadro vistoso y agradable; y el motivo de serlo es, que un poeta dotado de fecunda imaginación (dáviva de la naturaleza), pasa á figurarse presentes las cosas sucedidas ó posibles: ve distintamente todos los objetos que realmente se ofrecerían según las circunstancias, después valiéndose del arte, elige lo que es mas oportuno para su intento; y aquello lo mejora, adorna y ordena poéticamente. No todos tienen igual viveza de fantasía, no todos tienen gusto delicado para saber elegir lo mejor, ó lo mas conveniente; y esta es la causa de que manejando dos poetas un mismo asunto, el uno sorprende y arrebató, cuando el otro disgusta, ó porque le faltó abundante fantasía, que le presentase imágenes, ó porque no supo escogerlas y mejorarlas, ó porque no las supo ordenar.

Al son de la música militar se presentan sucesivamente aquellos héroes á quienes debe la nación sus mayores glorias. Los escudos con divisas diferentes, ya con blasones de sus familias, ya con empresas particulares; los yelmos coronados de plumas, que mueve el viento; los trajes de diversos colores, las bandas, las armas, los caballos de generosa raza; ¿qué vista presenta todo esto tan agradable! En otra parte Aguilar, que razona con doña Marina vestida á la usanza india, ofrece otro objeto diverso y hermoso. Mercado, soldado de corta edad, paje de Cortés, viene á caballo apartando multitud de indios, que admiran aquel nuevo espectáculo; y avisa al ejército que el general se acerca. Suena confusa vocería por todo el campo, dispara la arcabuceria y artillería, cuyo estruendo llega retumbando hasta la opulenta Méjico. Corral, Volante y Rangel abaten al suelo las banderas. Ya llega Cortés. El poeta agitado extraordinariamente invoca á la divina Clio, para que levante su ingenio á cantar con digno espíritu tan gran caudillo; y pasa después á pintarle con toda la fuerza y espresion de que es capaz la poesía y la lengua nuestra.

Bello es á mi parecer este pasaje; pero sus perfecciones no son de aquellas cuyo conocimiento está reservado á la inteligencia de los profesores del arte: cualquiera que con atención le leyere no puede menos de alabar el acierto con que lo espresó el autor; y el que no halle en él cosa apreciable, no sé si diga que tiene mucha ignorancia, ó mucha envidia, ó todo ó junto.

En el razonamiento que hace Cortés á sus soldados refiere brevemente los sucesos mas notables de aquella jornada, para que así lo cuenten en España los mensajeros que ha de enviar. Por este medio se informa al lector de la oposicion de Diego Velázquez á Cortés, del viaje de este, de la destruccion de los ídolos en Cozumel, la entrada por el rio de Grijalva, la resistencia de los indios y su vencimiento; y por último se da noticia de Motezuma, á cuya corte dirige el capitán su marcha para estorbar la crueldad de sus horrendos sacrificios, y establecer en aquel vasto imperio la fe católica.

En la *Odisea*, *Enéida*, *Henriada* y otros poemas tenemos ejemplo de estas narraciones episódicas, en las cuales trata el autor de lo que precedió al principio de la accion de su obra. La relacion de Eneas á Dido, en el segundo y tercero libro de la *Enéida*, no era absolutamente necesaria para que la accion fuese completa: esta comienza en la tempestad que arrojó las naves troyanas desde Sicilia á las costas de Africa: así que, dichos dos cantos son una parte episódica del poema; pero sin ellos quedaria la obra imperfecta precisamente, por ignorar el lector sin este auxilio las causas anteriores de que resultaron después aquellos sucesos. El poeta épico elige un solo pedazo de la historia para disponer sobre él la fábula de su poema; pero nunca dejará en silencio los antecedentes que tengan precisa conexion con el asunto que trata; si bien necesita no poco estudio para saber cuáles cosas debe manifestar, y cuáles omitir, en cuál ocasion y de qué modo debe refe-

rir las. En el presente canto se insinúan por boca de Cortés los acacimientos anteriores al que sirve de asunto, como ya advertí; y aunque pudiera el autor haberse dilatado mas en ellas, ciñó su discurso cuanto fué posible; pues siendo toda la obra de corta duracion, debía guardar en todas sus partes la proporcion correspondiente, para que ninguna de ellas fuese monstruosa por su demasiada grandeza. En una epopeya completa podia el escritor ocupar algunos cantos con la narracion de tales sucesos, pero en esta obra seria defecto dar á aquel pasaje mayor estension.

Cuando Montejo y Portocarrero se ofrecen á llevar el mensaje á España, Torres, soldado anciano, esclama al cielo lleno de regocijo, viendo el esfuerzo intrépido de aquellos jóvenes; se acerca á ellos, y apenas pronuncia sollozando tiernamente, vierte lágrimas de alegría, los abraza, y con trémula mano los tienta el pecho y las diestras robustas; quitase de los hombros el tahali, que fué un tiempo del Malique Alabez, y el morrion que cubria sus canas venerables; él mismo da estos despojos á aquellos dos guerreros; despidese de ellos amorosamente; y ya no espera volver á ver su dulce España, y fatigado de los años y los trabajos, desea acabar su vida en aquellos paises, cuidando del templo de la Virgen nuestra señora. ¿Qué afectos tan tiernos escita este pasaje! Aquel fuerte soldado, que venció en Baza á Malique Alabez, hoy cubierto de canas ofrece sus armas, para que las manejen en nuevas empresas los que gozan florida edad, fuerzas y valor: se regocija de ver que aun no se ha estinguido el ardimiento español; que todavía, como cuando él era manco, hay varones osados que acometan grandes peligros; se despidе por última vez de aquellos jóvenes guerreros, y conoce que ya no verá mas á España. ¿Qué sentimiento, morir entre gentes bárbaras, en regiones tan apartadas de la patria dulcísima! Pero quiere ya descansar de tantos afanes: su edad y su virtud no deben inspirarle sino ideas de religion: él se ofrece á cuidar del templo y aras de la Virgen: él solo se va á quedar entre tantos millares de idolatras, y se queda contento: después de una carrera tan larga, tan llena de glorias, en que espuso su vida al furor enemigo por la fe, por su príncipe, por la pública felicidad, habitador del santuario, quiere dedicar en él los últimos instantes de su vida al culto de Dios, coronando con esta religiosa accion todas las otras.

A este tiempo Luzbel congrega en los abismos á sus secuaces, para estorbar los designios de los españoles. En esta oposicion consiste lo maravilloso de la fábula. En la epopeya luce particularmente lo majestuoso y admirable de la poesia. Inflamado el poeta de un ardor divino, se arrebató á lo mas grande, á lo mas sublime: ve nuevas regiones, produce, digámoslo así, nuevos mundos: lo cierto, lo posible, lo ideal, todo contribuye á facilitar al héroe las empresas mas difíciles. De aquí resultan aquellos sucesos maravillosos, que deciden de la suerte de los imperios, vencidos los mayores obstáculos, y ensalzando á lo sumo á un hombre, que favorecen las mismas deidades. De la union de acciones humanas y divinas, posibles y sobrenaturales, resulta lo que se llama máquina en las obras épicas. Los antiguos introdujeron en sus poemas los dioses que veneraban, y estos favoreciendo ó estorbandolo con su poder las empresas de los hombres, componian lo maravilloso de la fábula, su progreso, nudo y solucion.

Si debe ó no usarse la mitología, después que la verdadera religion ha destruido aquella vana creencia, ha sido siempre materia muy disputada entre los criticos. Pero ¿quién será el que haciendo revivir las fábulas del paganismo, se atreva á usarlas en un asunto sacado de la historia moderna? ¿A cuántos errores y contradicciones tiene que esponerse? Sannázaro, Camoens y otros incurrieron en esta falta. El mas ciego partidario de la ficcion antigua, leyendo las *Lusiadas* hallará en ellas una general confusion de ideas, y una mezcla de lo mas sagrado de nuestra

religion con lo mas profano de la gentilia : defecto que oscurece en gran parte el conocido mérito de aquel autor. Y á la verdad, ¿qué cosa puede hallarse mas repugnante que el concilio celebrado por Júpiter para tratar de las cosas del Oriente, y del éxito que deben tener las navegaciones de los portugueses? Baco los aborrece sobremanera, y pretende por todos modos estorbar su llegada á la India. Venus los ampara, porque tiene entendido de las parcas, que aquella gente ha de celebrarla por todos los países que domine. Marte sigue el partido de esta diosa; y de aquí provienen despues todas las felicidades y desgracias que experimenta el héroe en su larga navegacion. Pero donde á mi parecer hay mas que notar sobre este punto, es en el canto segundo de dicha obra. Vasco de Gama, habiendo partido de Melinde, navega acia la India; Baco baja á los palacios de Neptuno; ruegale que convoque á los dioses marinos: Triton los llama, y estando juntos, Baco implora su favor contra los portugueses sus enemigos: los dioses prometen ayudarle; y lo hacen, excitando una furiosa tempestad, que pone á la armada cristiana en próximo riesgo de perderse: Vasco de Gama, á vista de tal conflicto, esclama diciendo:

Divina guarda, angélica, celeste,
Que os ceos, o mar, et terra senhoreas,
Tú que á todo Israel refugio deste
Por metada das agas eitreas,
Tu que libraste Paulo, et defendeste
Das sirtes arenosas et ondas feas,
E guardaste cos filhos o segundo
Provoador do alagado et vacuo mundo, etc.
No fim de tantos casos trabalhosos,
Porque somos de ti desamparados
Se este noso trabalho naon te ofende,
Mas ántes teu serviço só pretende?

De esta manera pide al cielo le libre del riesgo en que se halla; y parece que á tal súplica debia descender un parainfo enviado del Omnipotente á sosegar con sola su presencia las embravecidas ondas del mar. Pues no es así; él invoca al verdadero Dios, protector del pueblo de Israel, de Noé y del apóstol Pablo; y la diosa Venus viene á socorrerle acompañada de varias ninfas. No es necesario detenerme mas para hacer ver lo desatinado de este pasaje.

Tales inconvenientes resultan del uso de las fábulas antiguas en la epopeya: hoy son despreciables para nosotros aquellas ficciones; como no son creidas, no pueden mover el corazon, ni causar los efectos que desean los que las usan.

Une merveille absurde est pour moi sans appas :
L'esprit n'est point ému de ce qu'il ne croit pas.

¿Ni cómo podrá espresarse con propiedad el carácter de los héroes, si se mezclan en la fabula las deidades gentilizas? Pelayo, Alfonso VIII, Fernando V no pueden tener otro carácter que el de príncipes religiosos, restauradores de la monarquía española, azote y terror de los infieles: sus acciones y discursos deben manifestar, en cualquier poema que de ellos se forme, estas prendas suyas; pero si un poeta nos presentase á cualquiera de ellos combatiendo ejércitos enemigos con el favor de Juno ó Minerva, destruiria precisamente lo verosímil, hallaria á cada paso ideas opuestas y dificultades que no es posible vencer, formando de su obra una masa informe, de ningún recibo á los ojos de cualquier hombre de mediano talento.

Y si observamos nuestra religion, ¿qué no hallaremos en ella adaptable á la poesía heroica? Un Dios omnipotente, que formó el universo con sola su palabra, que todo lo cria, lo alimenta y lo sostiene; un Dios, á cuya voz terrible tiemblan los cielos y los abismos; los ángeles, ministros suyos ó para el favor ó para el castigo; los bienaventurados, otros tantos héroes fortísimos, que en pre-

mio de su virtud gozan de un eterno é incomparable galardón, protectores de los hombres que los invocan y reverencian. Por otra parte el principe de las tinieblas y secuaces infelices, que ven con dolorosa envidia levantarse el linaje humano á ocupar las moradas celestes, que ellos perdieron por su soberbia. ¿Cuán abundante materia ofrece todo esto á un poeta, que ayudado de ingenio y gusto, quiera unir en la epopeya lo verosímil á lo maravilloso?

Ni solo á esto se reducen sus facultades: las cosas morales y físicas toman nueva forma, las da cuerpo, voz y accion. La envidia, el sueño, la discordia, la guerra, la muerte, el furor etc. suplen muy bien por otras deidades que perdemos abandonando la mitología. Ademas que esta privacion no se estiende á ciertas frases y modos de decir poéticos con que los mejores escritores han espresado ciertas cosas, que sin imitar á los antiguos no podrian decirse tan gallardamente. Llamar Febo al sol, al iris la ninfa de Taumante, á la aurora esposa de Titan, y otras espresiones semejantes á estas, además de no alterar ellas por sí solas la composicion de la fábula, están ya recibidas de suerte que no es posible ni conveniente desecharlas.

El Tasso reformó con mucho acierto este punto, y en su *Jerusalén* abrió nueva senda, que han seguido después otros muchos con mas ó menos felicidad. El autor de este canto, firmemente persuadido de la solidez de estas ideas, adoptó lo mejor. Resta saber si usó lo maravilloso con oportunidad y acierto.

No debe el poeta, por ostentar lo sobrenatural y prodigioso, mezclar á cada instante las deidades sin aparente necesidad. *Nec Deus interit, nisi dignus vindice nodus inciderit*. Homero, segun algunos críticos, no guardó escrupulosamente este precepto; y parece que Virgilio pudiera haber omitido la intervencion de Iris en la muerte de Dido: para morir no necesitaba aquella reina auxilio celestial; la espada de Eneas bastaba para matarla.

Luzbel se declara enemigo implacable de Cortés; que es decir, va á estorbar las empresas de aquel famoso capitán; aquel á cuya prudencia y valor ha de rendirse el dilatado imperio de Méjico; el que ha de aniquilar la inmundicia y ciega idolatria de sus habitantes, esparciendo en ellos la fe de Jesucristo. Apenas se hallará en la historia de muchos siglos otro héroe y otra conquista, que den igual motivo á introducir en una epopeya semejante ficcion. Veamos pues si el autor la usó en lugar oportuno.

Habla Luzbel á sus secuaces cuando se embarcan para España los dos enviados de Cortés, soldados que han sido ya testigos de la suficiencia del general; que han visto ya los primeros ensayos de su constancia, valor y atrevimiento en los peligros del mar, que ha superado dichosamente en Cozumel, donde á vista de innumerables gentes ha destruido los horrendos idolos, en que el demonio recibia adoracion é incienso; y en Tabasco, cuyos habitantes, que le recibieron como enemigos, ya vencidos y escarmentados, le reverencian. Ya saben las ideas de su caudillo; tienen noticias ciertas de Méjico, la estension de sus límites, las calidades del clima y demás circunstancias. Esto, acompañado con los magníficos presentes que llevan va á excitar en el ánimo guerrero de los españoles deseos vivísimos de cruzar el Océano, y ser partícipes de las fatigas y la gloria de aquella jornada. Carlos V, principe belicoso y grande, se agrada de ver extendido su imperio hasta aquellos remotos países. La ocasion se acerca en que las monarquías de occidente van á rendirse al yugo español. Todo esto mira presente Satanás, y conociendo lo que podrá resultar de tales principios, va á estorbar (si le es posible) el disgusto que le amenaza.

Como se halla agitado de la indignacion y el furor, no es creible que en tal ocasion se valga de largo exordio y preámbulos artificiosos para manifestar á los que le escuchan su desao. «Con que no solo, dice, seréis vencidos

» del arcangel, que resplandeció con pura luz, sino también de los abatidos hombres? ¡Qué horror! Vosotros, ó demones espíritus, que os atrevisteis contra el Criador, ahora teméis á los que son hechura suya? ¡Sufriréis, con ultraje y afrenta vuestra, que un hombre intente la destrucción de vuestro imperio? Así empieza. Después para escitarlos á la venganza pinta el estado en que se ve la idolatría: ya Cortés prohíbe los sacrificios de víctimas humanas; consagra templos á la Madre de Dios, y en ellos el sacerdote hace con su voz que baje á sus manos Jesucristo, asombro nuevo en aquellos países. Pasa después á decir lo que resultará precisamente, para que no se dilate el remedio, viendo manifiesto el peligro. Ya ve que la soberbia española va por su religión y su príncipe á ejecutar prodigios que darán espanto al mismo infierno; ya le parece que ve aprisionado al gran Motezuma por aquel hombre terrible; ve mil naciones tributarias rendirse obedientes al poder español. Pero conviene no desanimar á los que deben ayudarle: la pintura del riesgo se dirige á prevenir su astucia, no á escitar en ellos el desaliento; por esto acaba su discurso animándoles á la empresa. Mayor atrevimiento fué el nuestro, les dice, cuando aspiramos al alto trono de Dios: escite nuestro brio la misma dificultad: para vencer á los españoles, ellos mismos sean el instrumento; y mientras llega Narvaez á estorbar sus triunfos, haced vosotros que reine el tumulto y sedición por todo el ejército cristiano. Así concluye. Todo el infierno se conturba: óyese por todas partes el confuso estruendo que causan los monstruos que se encierran en él. Va el poeta á dar una comparación de este horror, y dice que no será de otra suerte el trastorno general de la naturaleza, cuando la inmensa máquina del orbe llegue á su fin. Ignoro ciertamente cuál comparación pudiera hallarse mas propia ó mas poética para denotar la alteración y trastorno horrendo que causaron en el abismo las palabras del indignado Satanás.

Ya se hacen al mar los dos enviados de Cortés, y á este tiempo esparcen la sedición y alboroto en el ejército los espíritus infernales. Alonso de Grado, los Peñates de Gibraltor y Pedro Escudero renuevan la instancia de volverse á Cuba, no bien hallados con la rigida disciplina que hacía observar el general en todas sus tropas, ó indignados de haber ellos sido escarmiento á los demás con el castigo de sus delitos. Escudero, mas que todos inquieto y atrevido, habla á los soldados: dice primero cuán difícil es la conquista que ha proyectado Cortés; le moteja de temerario; expone los peligros y afanes que van á padecer: para esto pondera la ferocidad y multitud de enemigos que los aguardan, su astucia, su intrepidez, sus armas, la diferencia del clima, la escasa noticia que se tiene de aquellas tierras, el poder de Motezuma, su ejército, sus capitanes cuya fama ha llegado ya á los españoles: todo esto lo acuerda para atraerlos á su voluntad, infundiéndoles temor, y haciéndoles que duden del éxito que podrá tener aquella jornada. Pero conociendo que el celo de la religión y el deseo justísimo de extender en aquel imperio la fe católica, son motivos suficientes para atreverse á las mayores dificultades, previene esta objeción diciendo, que si tal deseo los anima, en el Africa, vecina á España, pueden cumplirle, ó ya esposiéndolo gloriosamente su vida por libertar del yugo bárbaro la ciudad santa de Jerusalem. Así indignado contra el caudillo, escita en los mas débiles la rebelión, procurando persuadirlos á que negando la obediencia al jefe, le desaparen.

Commueven sus razones á los que le escuchan; cunde el motín y alboroto por todas partes; compara el poeta este ruido al que forman los aires impetuosos en la real fábrica del Escorial. ¡Pero qué ideas ofrece en esta comparación tan admirables! La robustez y magnitud gigantesca de aquel edificio, el estruendo horrible que se escucha por todo él, y el impetu furioso del huracán, á

cuyo impulso retiembla el coro, el panteon y la soberbia cúpula.

Cortés, invencible á vista del peligro, corre las filas, y con alegre semblante dice á los suyos: «¡Qué es esto, españoles, compañeros míos? ¡Vosotros sois honor de la milicia? ¡Vosotros sois el terror del orbe? ¡qué estoy oyendo! Con que supisteis despreciar intrépidos los mayores alterados: con que os atrevisteis á vencer mayores dificultades?... ¡O despreciais lo poco que nos resta?...» A la verdad no pudiera Cortés valerse en tal ocasión de mejor exordio: en estas breves razones va á captar su benevolencia, é infundir en ellos estímulos de verdadera gloria: los alaba, les acuerda su patria, para que el honor los anime á no hacer bajas indignas, porque son españoles; los llama compañeros suyos, partiendo con ellos el mérito de tantas hazañas; ensalza su constancia y valor en los trabajos padecidos, para que arrosten los venideros con ánimo noble; y cuando parece que iba á reprender su debilidad, corrige el pensamiento con aquella expresión: «¡O despreciais lo poco que nos resta?» Como si dijera: no es posible que esta conmoción sea efecto de inconstancia ó temor: vosotros creéis que á tan altos hechos no pueden seguir otros mayores, y despreciais lo restante como indigno de todo vuestro aliento. «Pues no lo despreciais, prosigue, que algun día admirareis nuevas empresas, muy dignas de tales varones. ¡Apetecéis los riesgos de la guerra? propio es de vosotros, que sois españoles, este deseo; pero ya llegará tiempo en que me agradeceréis haberos conducido adonde lograreis victorias, que publicará despues la fama, para dar con ellas admiración al mundo.» De esta manera, olvidando el delito, los acuerda únicamente su obligación; y con singular artificio, cuando los aconseja, los alaba, proponiéndoles el medio de borrar la cometida culpa. Después hace mención de aquellas hazañas particulares, en que mostraron su valor otras veces. «¡Dónde está aquel soldado mio que dividió á Maila? ¡Dónde está, añade, el que en el desafío de Tumpont clavó al bárbaro contra la tierra? Aquí estais todos, ó leales compañeros míos. Yo el primero sabré morir por la patria: vamos á vencer.» Pero obstinados los sediciosos en su intento, ya no escuchan las razones del capitán: él en medio de tal desórden resiste invicto el teson horrible de aquellas gentes: ¡qué heroísmo! ¡qué grandeza de alma! Compárale el poeta en tal situación al peñasco de Cádiz, que resiste inmóvil el furioso impetu de las ondas; y refiere después la última determinación de aquel caudillo, que forma la solución de la fábula.

Viendo pues el capitán que no era obedecido, pica el caballo, y corriendo acia el mar, habla airado y resuelto: tira su lanza á la nave capitana; acuden de una y de otra parte los que le son fieles; y obedeciendo sus intentos, destruyen á porfia toda la escuadra. Por no dilatarme fuera de lo justo, hablaré de aquello mas notable que se halla en todo este pasaje. El modo con que está dispuesto es verdaderamente poético; y juzgo el autor ser cosa oportuna apartarse algun tanto de la historia en él, para hacerle digno de la trompa épica. El que juzgue ser un defecto no haber seguido con escrupulosa nimiedad á Solís ó Bernal Diaz, seguramente ignora los principios del arte. Su mérito pues consiste ya en lo admirable y singular del suceso, que se debe á la buena disposición de la fábula, y ya en las imágenes, que voy citar, con que lo adornó felizmente el autor. Cortés picando al caballo, que esparce con las manos menuda arena, se levanta sobre los estribos, alza atrás la diestra fortísima, arroja su lanza, que va silbando por el aire, y atraviesa de una á otra parte la nave capitana, que mecía en las aguas blanda marea; al golpe retumban las cavernas lóbregas; la chusma se arroja al mar para ocupar la cercana ribera; el gran bajel se sumerge poco á poco entre las ondas; los soldados destru-

y en prontamente las naves restantes, y buyen al centro los peces úmidos; Arvenga el artillero dispara un cañonazo á uno de los buques, cuyo bauprés y proa desaparecen, formando al hundirse grandes círculos en el agua: otros aplican fuegos, suena la llama, y asciende el humo por los aires en negra nube; y á solo se ven por aquella luminosa llanura popas y doradas proas medio abrasadas y deshechas; una legión de espíritus malignos se precipita á los profundos senos del mar, y descendiendo una paloma sobre los pabellones, dirige después su vuelo acia Méjico: Cortés y los suyos, reconocidos á los beneficios del Altísimo, prometen no apartarse de aquella empresa, hácese la seña, suenan los instrumentos bélicos, desfilan las tropas, y á las descargas de artillería tiemblan en Méjico los simulacros abominables.

Tales son las imágenes poéticas con que adornó Moratin el último pasaje de su obra. Como todas ellas son propias y escogidas, resulta una pintura agradable y viva, en que se presenta á nuestra idea aquella heroica accion de Cortés, digna sin duda de los mayores encarecimientos. Si hubieran de notarse las demás circunstancias dignas de aprecio, que se hallan en esta composicion, se alargaria este examen demasiado: baste haber dado una idea de su mérito, espouiendo lo que me pareció oportuno en la disposicion de la fábula, sus principales partes, y los afectos, caracteres, comparaciones, pensamientos y adornos de la fantasía, por ser esto lo mas noble y digno de consideracion en cualquier poema. Mis lectores podrán observar lo restante, ya por lo que toca á la moralidad que encierra la obra, ya por las máximas y el ejemplo que ofrece de una virtud no muy comun, y de un heroismo el mas digno de imitacion y aplauso. Podrán asimismo reflexionar sobre la observancia de los principales preceptos, y tambien el mérito singular en la versificacion, colocacion de ideas, imitaciones, lenguaje poético, y otras circunstancias menores (aunque esenciales) que omiti por no dilatarme en demasia.

Pero quisiera advertir á los menos instruidos en este estudio, que si estrañaren algunas frases y modos de decir no ya muy comunes, que usó Moratin en su canto épico, antes de reprobarnos consulten las obras de nuestros mejores poetas: examinen con atencion el lenguaje que hay en ellas, y cotejándole con el de la presente, hallarán entre este y aquel no poca semejanza. Es verdad que en sentir de algunos será culpable esta imitacion; pero no lo juzgan así los pocos que cultivan con acierto la poesia castellana. Hernando de Herrera en sus comentarios á las obras de Garcilaso dice así: «Por nuestra ignorancia habemos estrechado los términos estendidos de nuestra lengua, de suerte que ninguna es mas corta y menesterosa que ella, siendo la mas abundante y rica de todas las que viven ahora; porque la rudeza y poco entendimiento de muchos la han reducido á estrema pobreza; escusando por delicado gusto, siendo muy ajenos del buen conocimiento, las dicciones puras, propias y elegantes... Los italianos, hombres de juicio y erudicion, y amigos de ilustrar su lengua, ningun vocablo dejan de admitir sino los torpes y rústicos. Mas nosotros olvidamos los nuestros nacidos en la ciudad, en la corte, en las casas de los hombres sabios, por parecer solamente religiosos en el lenguaje; y padecemos pobreza en tanta riqueza y en tanta abundancia. Permitido es que el escritor se valga de la diction peregrina cuando no la tiene propia ó natural, ó cuando es de mayor significacion. Y Aristóteles alaba en la poética y en la retórica el uso de las voces estrañas, porque dan mas gracia á la compostura, y la hacen mas deleitosa y mas retirada del hablar ordinario. Pero nosotros, solo por huir el nombre de ignorantes, publicamos la ignorancia de la prudencia, y el poco juicio nuestro, desechando las que son en nuestra lengua puras, hermosas y eficaces, y sirvien-

donos de las ajenas, impropias y de significacion menos vehemente. Si esto es enriquecer la lengua y adornarla con joyas peregrinas, juzguenlo los que saben y tienen verdadero conocimiento de estas cosas.»

¿Y qué podrá decirse de muchos de nuestros modernos escritores, que despreciando la diction poética, que tanto ornamento y gala añade á las obras de los antiguos, usan en las suyas un lenguaje comun, débil y ajeno de toda belleza; de tal suerte que quitando las voces consonantes y la medida de los versos, quedan convertidas sus poesias en una prosa despreciable? Dirán que no hay razon para admitir en nuestros dias la locucion poética de los antiguos, porque el uso la desterró. Podria ser cierto cuando una dilatada serie de hombres doctos en esta ciencia hubiera ido desechando sucesivamente las voces y frases antiguas, usando en su lugar otras mas propias y elegantes. Pero sabida cosa es que así como todas las demás ciencias y artes, la poesia castellana decayó notablemente en el pasado y presente siglo. A aquellos hombres grandes, cuyas obras merecieron general aplauso, sucedió una turba servil de copleros infelices, conceptistas ridiculos, que careciendo, si no de ingenio, de prudencia y buen gusto, inundaron el Parnaso español con escritos inspidos, dignos solamente de aprecio entre el vulgo de los ignorantes. ¿Serán estas obras las que han de probar que el lenguaje poético no debe usarse tal cual fué en los tiempos de nuestra buena poesia? ¿Diremos que estos autores se valieron de nuevos modos de decir, porque los recibidos hasta entonces eran de menos estimacion, ó porque no supieron otros? Y si de intento adoptaron otra diction, ¿por qué adoptaron tambien otra poesia? ¿por que á los pensamientos sublimes, á las pinturas admirables, á las felices imitaciones de griegos y latinos, que tan abundantes son en nuestros buenos poetas, substituyeron tantas figuras de palabras, tantos equívocos, tanta falsedad en los pensamientos, tantas puerilidades, que se hallan á cada paso en sus escritos? Confesemos con ingenuidad que así como ignoraron lo que era buena poesia, así tambien carecieron de gusto y eleccion para lo demás. Después de Herrera, Garcilaso, Fr. Luis de Leon, Jauregui, Lope, Ercilla, los Argensolas, y otros de su tiempo, solo hallamos copleros, no poetas. ¿Pues quién tuvo autoridad para desterrar la antigua locucion poética? ¿Deberemos buscarla en las obras de Montoro, Gerardo Lobo, Benegasi, Cernadas, Leon Marchante, y otros de esta secta; ó en aquellos cuyas producciones tan alabadas son entre los hombres de buen gusto? Lo sabrán sin duda algunos modernos, que á fuerza de querer purificar nuestro idioma, le enervan y destruyen enteramente; de tal modo, que si llega á seguirse este errado método, dentro de pocos años hablara el poeta el mismo lenguaje que el orador, y perdiera la divina poesia aquel precio singular que siempre la ha distinguido y realzado sobre la prosa mas elegante.

Por lo que toca á esta composicion no hallo otra cosa mas esencial que poder añadir; si bien imagino que aunque logre entre algunos estimacion, no faltaran tampoco censores que la critiquen; pues como no se trata de hacer otra obra original mejor que ella, cosa barto difícil, el notar defectos y despreciarla es bastante facil para cualquiera que se dedique á ello.

La corte abunda de eruditos, que no habiendo merecido á la naturaleza un talento sublime, cual se necesita para empezar á ser poeta; no habiéndose molestado tampoco en cultivar el árido estudio de los preceptos, el de la filosofia y demás ciencias que deben acompañarla, y mucho menos la lectura de buenos originales, suplen esta pequeña falta con la vana ostentacion de noticias sueltas, halladas por acaso, retenidas sin conexion ni discernimiento, y producidas con trastorno ó ignorancia. Estos censuran libremente lo que no entienden: las obras

mas perfectas son defectuosas á su vista; y como la sabiduría y la ignorancia hacen atrevidos á los hombres, estos por el segundo motivo se erigen en jueces árbitros del mérito de los demás. Otros menos advertidos pretenden adquirir el mismo derecho por tal cual obrilla despreciable que han escrito: un elogio insulso, una traducción, una comedia desatinada, digna por sus monstruosidades de representarse en nuestros teatros, dan suficiente autoridad á cualquier atronado para creerse capaz de notar errores en los Homeros y Virgilio. Si fuesen de esta clase los críticos que han de juzgar el presente canto, serán sus fatigas despreciadas de los hombres inteligentes y de buen gusto. Si por el contrario hubiese alguno, que segun los principios infalibles del arte, señale lo que hay en él digno de alabanza, y lo que necesitaba corregirse, será en tal caso acreedor á los mayores elogios.

El autor de esta obra vió muchas veces levantarse contra sus escritos numeroso tropel de críticos impertinentes; pero siendo iguales en ellos la malignidad y la modestia, nunca osaron dar al público una obra suya original, para demostrar por el modo mas breve cuál era el camino de los aciertos. Fácil es censurar; pero muy difícil producir obras estimables. Para conocer los delicados primores de un Virgilio ó un Torcuato, acaso no basta saber de memoria cuantas poéticas hay escritas: es necesario tener la grande alma de aquellos hombres para saber juzgarlos; el que no sea capaz de añadir un canto á la *Jerusalén librada*, calle y admire, y deje el empeño de la censura á quien sea capaz de competir.

Muchas veces un preceptista rígido juzga defectos los que son acaso primores inimitables en una obra de poesía: todo quiere reducirlo á ciertas medidas geométricas, á cierta posibilidad física, que en las producciones del ingenio ó no hallan cabida, ó si la tienen, es en tales circunstancias y de tal modo, que no es comprensible á quien carece de un genio superior, que burla y confunde con la práctica las áridas especulaciones de los teóricos.

~~~~~

## POEMA DIDACTICO.

### CANTO PRIMERO.

#### *Antigüedad, origen y excelencias de la caza.*

No, como suelo, del Amor tirano  
Canto injustas hazañas dolorosas,  
Ni tampoco de Marte el inhumano  
Las furibundas armas espantosas,  
Que cubren de cadáveres la tierra;  
Pero la viva imágen de la guerra.

Con cual arte las fieras y las aves  
Sujete el hombre, ó tú, deidad campestre,  
Casta Diana, que ejercerlo sabes,  
Dicta á mi inculta música silvestre,  
Pues nunca otro español subió al Parnaso  
Por donde yo dirijo el nuevo paso.

¡Luis, oh gran Luis! mi amparo, y ornamento!  
Dame esfuerzo y valor para invocarte,  
Que aquel soy, que con alto pensamiento  
Destinaron los cielos á cantarte,  
Y yo te llamaré con nombre justo,  
Mecenas español, ibero Augusto.

Tú, que benigno y plácido escuchaste  
Aun trémula á mi Musa balbuciente,  
¿No la has de oír ahora? Tú llenaste  
El mundo de la fama de clemente:  
Tu virtud, tu piedad faltar no pudo:  
Animo, ó Musa, arrójome: ¿qué dudo?

A dos hermanos hijos de Latona  
Los dos seguimos, y esto nos ha unido:  
Apolo la infructífera corona

1090 II.

Del triunfante laurel me ha prometido,  
Y á ti, Dictina, enriquecerme traza  
De abundantes despojos de la caza.

Tú has dado testimonios relevantes  
De que en los premios clásicos se internan  
De la literatura los amantes,  
Siempre que sabios principes gobiernan,  
Y que á pesar del odio mas perverso  
Los versos ama quien merece el verso.

Sin duda tu gran madre soberana,  
A cuya planta augusta yo me postro,  
Para cantarte el arte de Diana  
Me dará tiempo con sereno rostro,  
Que un breve rato es mérito muy lijo  
Dejar la madre por servir al hijo.

Si acaso el *gran Monarca* me escuchare  
Benignamente con oído atento,  
Dile que á mas empresas se prepare;  
Pues prorumpiendo en impetu violento,  
Ya vendrá tiempo, y cantaré con sana  
Los grandes triunfos de la horrible España.

Mientras tanto contigo por la umbrosa  
Selva feliz discurriré, siguiendo  
La caza, de tus tiros temerosa:  
Mil ninfas dulces coros despidiendo  
En la espesura, allí con voz amiga  
Aliviarán de entrambos la fatiga.

Dictame pues la musa castellana  
Versos dignos de un principe, cual eres:  
Ni asiste á formacion de docta plana  
Mejor que á aquella en que alalado fueres,  
Y reducido á números suaves,  
Cazador diestro, escucha lo que sabes.

Hubo algun tiempo en los remotos años  
Del mundo infancia, en que la dura tierra  
No le causaba al hombre algunos daños,  
Ni con zarzas ni abrojos hizo guerra,  
Y sin cultivo pródiga y esclava  
Los frutos de sus árboles le daba.

Todo era paz: aun no nacido habian  
A turbar la quietud los monstruos fieros  
De ambicion y política; escondian  
Los montes no labrados los aceros,  
Y aquel siglo inocente con decoro,  
Por no le conocer, se llamó de Oro.

Retozó con los tiernos recientes  
El lobo carnícero, y humillados  
Amaban los mas fieros animales  
Ser con humanas palmas halagados,  
Y en la ley natural, que allí observaban,  
Los hombres y los brutos descansaban.

Mas corrompiendo la malicia humana  
La sencillez y cándida inocencia,  
Naturaleza se mostró tirana,  
Que así lo quiso eterna Providencia:  
Huyeron de la mano audaz los frutos,  
Bramaron rebelándose los brutos.

Y el hombre miserable condenado  
A ganar con sudores el sustento,  
La primer vez rompió con tosco arado  
De la gran madre el rostro macilento,  
Encerrando en su seno las semillas,  
Que luego son garzotas amarillas.

Pero impaciente el hambre portiada  
De la tardanza, aun antes que él arase  
Le dió principios de la caza osada,  
En que con prontitud se remediase,  
Y fué la primer arte que él procura,  
Antes que la robusta agricultura.

Los ramos de las selvas desgajados  
Fueron primeras armas, los crecidos  
Peñascos de la cumbre derribados,  
Los garrotes volteando despedidos,  
Perniquebraron cabras y corderos,  
Y alguna vez los corzos mas lijeros

Poco después las bondas baleares,  
Con guijarros, que salen al chasquido,  
Llevaron á los vientos y á los mares  
La muerte al pez y al pájaro del nido,  
Hasta que al fin Lamech en feliz día  
Diestro facilitó la cacería.

El primero dobló las fuertes varas

Para hacer arcos ; hizo á los estreños  
Distantes acercarse con muy raras  
Fuerzas, y ató la cuerda, como hoy vemos ;  
Este calzó para volar derechas  
Con las plumas del aguija las flechas.

Las reses en el monte perseguidas  
Su nuevo ardid con llagas publicaron ,  
De este al que ejemplo dió á los homicidas .  
Los primeros arpones traspasaron ;  
Pues juzgándolo ( oculto en un grimazo )  
Por fiera, lo mató de un saetazo.

Así fueron los hombres cazadores ,  
Sin mas arte que el arco y la fatiga .  
Hasta que halló los últimos primores  
Con sabio acuerdo, ó *Luis*, tu grande amiga ,  
Tu grande amiga, de mi Apolo hermana ,  
La casta y hermosísima Diana.

Esta beldad, del parto temerosa ,  
Aborreció los tálamos nupciales ;  
Por la ciudad trocó la selva umbrosa ,  
Y habita en los espesos robledales ,  
En los bosques y páramos montanos ,  
Huyendo los amores importunos.

Esta primera y linda cazadora ,  
De los perros notó primeramente  
Las diferentes castas ; fué inventora  
De la alta red, que cerca el continente ,  
En la que sin remedio al fin cautivos  
Los animales son muertos ó vivos.

Y como hija de Jove, por quien crecen  
Al cielo sus blasones, bien sabía  
La hermosa infanta cuánto se parecen  
El arte de reinar y montería ,  
Y que la astucia tiene tanta parte ,  
Como en las duras guerras del dios Marte.

Y como el *gran Monarca* se previene  
Con ejércitos, naves y legiones ,  
Con que á ser respetado y señor viene ,  
Aun de las mas indómitas naciones ,  
Así la real doncella halló la traza  
De todos los pertrechos de la caza.

Sonando va la aljaba de Corinto  
Con las etolias flechas en el hombro ,  
Debajo de los pechos brilla el cinto ,  
Donde miran las fieras con asombro  
Del jabali de Arcadia la cerdosa  
Testa, y del ciervo epíreo la ganchosa.

La rubia trenza, afrenta de su hermano ,  
Prende blanco listón, que acaso pierde ,  
Dos broches alzan con donaire ufano  
A un lado y otro la basquiña verde ,  
Las columnas de Paro descubriendo ,  
Que el real coturno calza y va luciendo.

En medio de cien ninfas sobresale  
Como alta palma entre el centeno blando .  
Pues no hay otra gallarda que la igual :  
¡ Oh deidad ! ¿ cómo estoy de ti cantando ?  
¡ Oh virgen ! ¿ con cuál verso en este día  
Te podrá celebrar la musa mía ?

¡ Por qué, dime, te agrada en la floresta  
Huir los ocios y sufrir robusta  
El estivo calor de la alta siesta ,  
Por qué el estrado persas no te gusta ,  
Ni las delicias del genial retrete ,  
O el espejo en pintado gabinete ?

Guarda los ojos, ninfa, pues si vieras  
A *Luis*, joven galán, que yo celebro ,  
El propósito firme tú perdieras .  
Tu le buscaras desde el Elbro al Hebro ,  
Si el sonrosado rostro le miraras ,  
De nuevo Endimion te enamorarás.

Tu fuiste la inventora del gran arte ,  
Que con el conquistar se ha equivocado .  
Tus ardidés aprende el fiero Marte ,  
Mucho el cazador tiene de soldado :  
O Diana feliz, beldad extrema ,  
Que el tuyo dará nombre á mi poema .  
¿ Cuántos provechos á la especie humana  
Tu deidad enseñó ? Ningun indigno  
Podrá, cazando, la traición villana  
Tramar con fiero espíritu maligno ,  
Pues robas la atención, y los cuidados

Penosos por ti fueron rechazados.

Tú al hambre mal sufrida socorriste ,  
Los ánimos alegras : con tus manos  
Las artes podalirias escudiste ,  
Útil gusto, y salud de los humanos :  
Tú mantienes el cuerpo duro y fuerte ,  
Que ni teme á la guerra ni á la muerte.

Ni te agrada alistar en tus banderas  
La generacion débil y bastarda ,  
Que niega á sus abuelos, y que alteras  
Con el trueno infernal de la bombardas ,  
Ni afeminados lindos deliciosos ,  
Con dijes y perfumes olorosos.

Y vosotros, que en ocio abandonados  
Torpemente vivís, la fama oculte  
Vuestros nombres del cielo detestados ,  
Y en olvido oscurísimo sepulte :  
Afrente vuestra infamia abominable  
Del *gran Luis* el real pecho infatigable.

De príncipes y dioses aplaudida  
Creció el arte : siguió su afán violento  
Hipólito, que halló dos veces vida ,  
Niso, Eurialo, Orion, Céfalo atento ,  
Carpóforo, Meleagro, Cipariso ,  
Atis, Apolo, Adonis y Narciso.

Ni el grande emperador callar pretendo ,  
Que de la caza piscatoria á Opiano  
Los elegantes números oyendo ,  
Con franca, liberal y larga mano ,  
Dió al poeta dulcísimo y sonoro  
Por cada verso una moneda de oro

Fué así la caza hasta que halló el averno  
La invención de la pólvora tremenda :  
Cesó en las selvas el silencio eterno ,  
Y viéndose morir con muerte horrenda  
El bruto se espantó de oír el trueno ,  
Estando el cielo plácido y sereno.

No fué hecho este durísimo ejercicio  
Para complexion leve y enfermiza ,  
O encenagada en el deleite ó vicio ;  
Gente quiere fortísima y rolliza ,  
De aguante pertinax, nunca vencido ,  
De ágil cuerpo y espíritu atrevido.

Ni importa menos que elegir la gente ,  
Saber cuál vario género de fieras  
Cada lugar, cada region sustente ,  
En bosques, peñascales ó en praderas ,  
Ni será para el arte menos bueno  
Saber las diferencias del terreno.

Así el caudillo experto reconoce  
Del enemigo fuerza y calidades ,  
De cuál cielo y ambiente el clima goce ,  
Ni deja sin vencer dificultades ,  
Y anticipada y cierta de su gloria ,  
Le ofrece sus laureles la victoria.

Los gamos apetecen las llanadas .  
Huye el lobo á los rudos peñascales ,  
Se acoge á las malezas intrincadas  
El puerco, y los frondosos huecadales ,  
Seguidos de sabuesos y ventores ,  
Procuran los venados voladores.

El oriental idólatra sujeta  
Al veloz tigre, el bárbaro africano  
Al leon rojo desafia y reta ,  
Pronto el alfanje y el venablo en mano ,  
Y el lapón blanco caza audaz al oso ,  
Terrible, guedejado y espantoso.

El Perú de sus Andes, asombrado  
Tiembra los formidables culebrones ,  
En el desierto líbico abrasado  
Dan silbos las cerastas y dragones ,  
Y al caimán sigue el indio americano ,  
Vasallo occidental del rey tu hermano.

De la España ausentó naturaleza  
Piadosa tales monstruos : no en el monte  
Al cazador asusta la braveza  
Del indómito audaz rinoceronte ,  
Ni temas que al villano le amedrente  
Con sus muy grandes roscas la serpiente .  
Mas no dejó sin caza las montañas ,  
En que el valor y el gusto se ejercite :  
No hay fieras horrendísimas y estrañas ;



Pero porque esta falta se desquite,  
Con prudencia y agrado (no te asombres,  
Lo feraz de los brutos dió á los hombres.

De esta patria feliz, no del Sabéo  
Las fértiles campiñas, los floridos  
Verjeles de Ceilán, ni del Hibleo,  
Ni del Pactolo yermo enriquecidos,  
Ni cuanta amenidad, ó Tempe, alcanzas,  
Pretendan competir las alabanzas.

Los cándidos rebaños desaparecen  
Las mas altas colinas, y los prados  
Con árboles y trigos reverdecen,  
Eterna primavera dan los bados:  
Neptuno puso estala en esta tierra  
De caballos lijeros y de guerra.

Aiade tanto tren, tantas ciudades,  
Tantos reinos vencidos, tantas gentes  
Esclavas, tanta pompa y majestades,  
Los soberbios palacios eminentes  
De aquel que rige tierra y mar profundo,  
*Carlos Tercero*, emperador del mundo.

¡Salve, ó patria feliz, region de Marte!  
Inclita engendradora de varones!  
Los cielos me inclinaron á cantarte,  
¡Oh *Luis*! da heroico aliento á mis razones:  
¡Salve, ó madre de tanto esclarecido  
Famoso capitán, nunca vencido!

Esta produjo al fuerte Viriato,  
Terror de Roma y Rómulo de España,  
A Trajano y Teodosio: el moro ingrato  
De Bernardo y el Cid lloró la saña:  
A los Laras, Bazanes y Girones,  
Y Ponces, que domaron los leones.

Esta arrulló de acero en los paveses,  
Los Cerdas generosos, y sin miedos  
A Córdoba, Pizarros y Corteses,  
Esta á los duques de Alba, á los Toledos,  
Que envió Felipe á reprimir los grandes  
Alborotos y escándalos de Flandes.

Esta dió cuna á *Carlos* soberano,  
Y á ti, gran *Luis*, mancebo esclarecido,  
Que si hubiera algo mas, que ser su hermano,  
Ya tu virtud lo hubiera conseguido:  
Celebra á mi patria, ó mis Camenas,  
Por ser patria también de mi Mecenas.

Diana, ciegamente enamorada,  
Por las selvas al sol te va buscando,  
Jamás vió juventud que así la agrada,  
Por fama te está solo idolatrando:  
Ella te dió presteza, aliento y traza  
Para el duro ejercicio de la caza.

En la flor de tu edad robustamente  
Latiendo los espíritus, que agitan  
El bien formado cuerpo y eminente,  
Al afán venatorio le habilitan  
Con movimiento grave, mas no tardo,  
Despejo airoso, intrépido y gallardo.

Al céfiro con oro le enriquece  
La vaga inundación del rubio pelo,  
El rizo mal peinado bien parece,  
Ojos azules del color del cielo:  
Plantel de acanto, rosa y maravillas,  
Vertiendo leche y sangre las mejillas.

Al lado izquierdo inclina el galoneado  
Castor fino, y con vista muy gallarda  
Brilla un diamante, y el favonio osado  
Va al desgairé moviendo la cucarda  
Con cambiantes de visos y celajes,  
Haciendo tornasoles los plumajes.

Mas, ¡oh cuán incansable el hombre sufre  
El peso de la fúlgida escopeta,  
Que vomita relámpagos de azufre!  
Si no va la punzante bayoneta,  
Del ancho cinturón resplandeciente  
Pende al lado la espada omnipotente.

Pero ¿cuál verso esmirno ó mantuano  
Bastará á celebrar las perfecciones  
Del espíritu heroico, soberano?  
De tanto empeño, ó fama, no blasones;  
Pues su nombre, que al mundo se derrama  
Aun no cabe en las lenguas de la fama.

Y no solo á las fieras lazos pones,

Quo, ó jóven, tu piedad ha cautivado,  
Aun los mas intratables corazones;  
Nadie se fué de tí desconsolado,  
Que este es el gran cuidado que desvela  
Al hijo de *Filipo* y de *Isabela*.

¡Oh, qué amante respeto que difunde  
El semblante real, benigno y pio!  
Solo el mirarle al pérdida confunde:  
¡Oh qué agrado! y ¡con cuánto señorio!  
¡Qué hermosa juventud que allí florece!  
¡Oh! cuánta majestad que resplandece!

¡Cuanta ninfa real en sus retiros,  
Tu tálamo nupcial procura ansiosa!  
¡Oh cuántos ardentísimos suspiros  
Está por tí exhalando alguna diosa!  
Quejándose envidiosas y severas  
De ver que las desdenes por las fieras.

Solo así al duro Amor se le quebranta,  
Ni la fuga con él es afrentosa;  
Pero ¡ay dolor del triste que te canta!  
Pues ni el huir, ni vida tan penosa,  
Ni la fiel musa, ni tu ejemplo apenas  
Me pueden librar de sus cadenas.

Fatigando los montes todo el día  
Menosprecias los hielos y los soles,  
Y no te da temor la noche fría:  
Adoran tu valor los españoles,  
Y esperan verse dueños de los bados,  
Por tan fuerte adalid acaudillados.

Ni temes precipicios ni asperezas,  
Los riesgos, intemperie y batideros:  
Por las fragosidades y malezas  
Revuelves los caballos mas lijeros;  
Ni de la sed te rinde la fatiga,  
Ni del hambre, doméstica enemiga.

El gran Fernán González vió cazando  
El pronóstico fiel de su victoria,  
El casto Melanion, el bosque amando,  
Su pureza libró con alta gloria,  
Y Ganimedes fué con presto vuelo  
Desde la caza arrebatado al cielo.

En la caza, Alejandro macedonio  
Engendró aquel valor, que al orbe pisa,  
El Hércules jayán amitrionio,  
Y el arrogante Aquiles de Larisa  
Fueron con ejercicio tan terrible  
El uno vencedor, y otro invencible.

Dire (y no juzgo que el discurso yerre)  
Mirando tanto afán, peligro y traza,  
Que no es la caza imagen de la guerra;  
Sino la guerra imagen de la caza,  
Y aun esta ha menester mayores bríos,  
Porque vence contrarios mas impíos.

Felices, si sus bienes conocieran,  
Los cazadores, que en el campo ameno  
El premio encontrarán, que cierto esperan:  
Aunque no su ajuco pórico esté lleno  
Del gran tropel de entrantes y salientes,  
Ni le insten importunos pretendientes.

Ni anhelan por el techo artesonado  
En dóricas columnas suspendido,  
Ni con oro el vestido realizado:  
Ni con uso extranjero han corrompido  
Las costumbres patricias, ni á su lana  
Blanquisima manchó tintura indiana.

Mas no les falta con quietud segura  
De varios bienes rica y sana vida,  
Los anchos campos, lagos de agua pura,  
Las cuevas, la floresta divertida,  
Las presas, el balar de los ganados,  
Los apacibles sueños no inquietados.

Mis dulces musas, cuyo amor me ha herido,  
Me enseñen qué fué el caos ó la nada,  
Antes que el universo hubiese habido:  
Cuál del alma inmortal es la morada:  
Qué origen tuvo el hombre y negro fiero;  
Qué dijo al ver sus manos el primero;

En qué consiste lo que llaman vida;  
Si es de los astros vida el movimiento:  
Qué es la luz; si hay mas mundos á medida  
De los soles que ostenta el firmamento;  
Cómo el nuestro en el aire está librado;

Si está inmóvil, ó en torno es volteado ;  
 Como al hombre las islas dieron casa ;  
 Si hay esferas, ó gran region vacía ;  
 Qué es muerte ; ¿ mas quién sabe lo que pasa  
 De esotra parte de la muerte fría ?  
 Feliz el que en materias tan dudosas  
 Averiguó las causas de las cosas.

Mas si estas partes de naturaleza  
 Al humano indagar no se consiente,  
 Del Escorial y el Pardo la aspereza  
 Me agrada, y Aranjuez el floreciente,  
 El Parque, el Valsain y Eresma frío,  
 Caudaloso tal vez con llanto mío.

Dichoso el que en obsequio de Diana  
 Busca la opaca sombra en las fresnedas :  
 Estos huyen la pompa cortesana,  
 El fausto y ruido en poligrasas ruedas,  
 Con que sueña el confuso laberinto  
 De la villa imperial de *Carlos Quinto*.

No les turba el tambor que lucía á guerra,  
 Ni el saber que á la mar estéb botando  
 Naves los astilleros de Inglaterra,  
 Ni los reinos, que se han de ir acabando,  
 Ni los altos palacios de los reyes,  
 Ni la verdad confusa entre las leyes.

Pero ellos de la caza sustentados,  
 Logran de las meriendas muy sabrosas,  
 Al margen de una fuente recostados ;  
 En casa aguardan fieles sus esposas,  
 Los hijuelos están junto á la madre,  
 En torno de los besos de su padre.

Con el trabajo el cuerpo está robusto,  
 Y los fornidos miembros se ejercitan ;  
 No cual los viles, que con nonbre injusto  
 Del ocio en los ejércitos militan :  
 Desprecian con los hielos y calores  
 La vida sin afán los cazadores.

Tal vida los antiguos castellanos  
 Tuvieron : los Alfonsos, los Bermudos,  
 Ramiros, los Fernandos soberanos,  
 Ordoños, Sanchos bravos y sañudos,  
 Y tal vez Manzanares vió al famoso  
 Gracian Ramirez alanceando á un oso.

Con tal gente creció la fuerte España,  
 Y así la gran Madrid ha dominado  
 Cuanto el sol dora y cuanto Doris baña :  
 Sus fábricas al cielo ha levantado,  
 Y ofrece en sus bellísimos espacios,  
 Para albergue á su rey siete palacios.

Indivil Argantonio, y los primeros  
 Españoles tal vida ejercitaron,  
 Cuando aun no domados los aceros,  
 El yunque y los martillos resonaron :  
 Tanto promete el que con juicio abraza  
 El muy noble ejercicio de la caza.

Esta arte basta la cumbre has sublimado.  
 Y esta te canto, ó real garzon de España,  
 Mientras me enciendo á celebrarte armado,  
 Cubriendo de enemigos la campaña :  
 O Joven, de Pelayo descendiente,  
 O consuelo y blason de nuestra gente.

## CANTO II.

*Peligros de la caza ; pertrechos necesarios, como instrumentos, animales etc., y su ensenanza.*

Pero en todas las cosas se requiere  
 Cierta medida : luce con templanza  
 Cualquiera accion ; mas si en exceso fuere,  
 Nemesis justa niega la alabanza,  
 Y nada con pasión obrar debemos,  
 Pues siempre son viciosos los extremos.  
 ¿ Quién creyera que este arte que yo alabo,  
 Con su embellezo y atractivo hechizo  
 Reduzca al hombre de la infancia al cabo ?  
 Pues, ó fiel Musa, cuenta lo que él hizo  
 En quien no le ejerció con juicio tanto,  
 Como el real cazador á quien yo canto.  
 No ha de seguirse con aquel anhelo,

Que Nicías, que siguiendo los venados  
 Cayó en un horno, ardiente Mongibelo :  
 Rindió el alma en sus cuernos enramados  
 Basilio emperador, y el Cidno rico  
 Abogó después de caza á Federico.

De tal manera al hombre arrastra y doma,  
 Que olvidados los triunfos y combates,  
 Y el gran valor con que fatigó á Roma  
 El asombro del Ponto, Mitridates,  
 En siete años al bosque abandonado,  
 Cual Nabuco, jamás entró en poblado.

De Adriano rompió la caza un día  
 Con dolor una pierna : ¿ quién ignora  
 Los hados de Acteon ? Al Joven Hia,  
 Hijo de Atlante, un leon cruel devora :  
 Por vil precio Esau después de caza  
 Vendió el ser mayorazgo de tal raza.

El bosque de Urriols á Juan Primero,  
 Que un tiempo tuvo en Aragon la silla,  
 Lloró : salióle al rey un lobo fiero,  
 Y él armado de acero con que brilla,  
 Al ir con arrogancia á alauceallo,  
 Cayó muerto á los pies de su caballo.

Mas la tragedia mas horrenda, y triste  
 Que España lamentó, fué de Favila :  
 ¡ Oh monte Auseba, que el suceso viste !  
 Tú lo relievá, porque ya destila  
 Mi vista fiel de lágrimas un río,  
 Viendo tal ruina en un monarca mío.

Era Favila estirpe de Pelayo,  
 Sucesor de su padre y tierno Joven :  
 Temblando calló el moro con desmayo,  
 Y él, para que los ocios no le roben  
 El ánimo heredado, en las laderas  
 Se ejercitaba en perseguir las fieras.

Una tarde, siguiendo el rey á un oso  
 Membrudo, corpulento, encapotado,  
 Con zarpas y melenas espantoso,  
 De sus perros y gente desviado,  
 Cebado en el alcance, se enmaraña  
 En la fragosidad de la montaña.

Y calando el cerdoso papahigo,  
 El bruto vuelve la espantable cara,  
 Y aunque el garzon se mira sin testigo,  
 Rechinando un venablo le dispara :  
 Erróle el golpe, y como el riesgo crece,  
 Desnuda la ancha espada resplandece.

Levántase en dos pies, y abre las manos  
 El tremendo animal, y á brazos viene  
 Con el segundo rey de los hispanos :  
 Y aunque el estoque ya envasado tiene,  
 Se traba entre los dos con fuerza mucha  
 Dura, aunque desigual, dudosa lucha.

Cada cual, según puede al otro aferra,  
 En torno revolviéndose, y bregando  
 Como Alcides y el hijo de la tierra :  
 Está la fiera al rey sobrepujando  
 Con muy alta cerviz : pues teme y sabe,  
 Que un leve golpe allí su vida acabe.

Pero enojado el rey de la tardanza,  
 Dos veces por el vientre le ha metido  
 El brillante puñal con gran pujanza :  
 Dió el oso un horrendísimo bramido,  
 Y aprieta estremeciéndose de suerte,  
 Que á ambos dieron las ansias de la muerte ;

Cuando veis de monteros la cuadrilla  
 Con dardos y con lanzas, y anhelantes  
 Los perros forcejeando en la trabilla,  
 Y con ropas de caza rozagantes

La esposa Joven reina, que aquel día  
 Del rey quiso alegrar la cacería.

Pásmanse todos de suceso tanto,  
 La ronca voz se pega á la garganta :  
 ¿ Habrá acaso furor, lira, ni canto,  
 Que pondere el dolor de la alta infanta ?  
 Si atónitos pinté los circunstantes,  
 Mi ingenio apele al velo de Timantes.

Muerto y despedazado un rey de España  
 Yace, y muerta la fiera su homicida,  
 Y á entrambos la mezclada sangre baña.  
 Pues tanto importa su preciosa vida.  
 ¡ Oh cielos ! por mi ruego importunados,

De mi *Luis* apartad tan fieros hados!

Jamás el general ha de arriesgarse  
De quien la salud pública depende,  
Mas debe que un ejército estimarse:  
Que un fuerte brazo, que atropella y hiende,  
Se halla pronto; mas no con tal presteza  
Una heroica y científica cabeza.

Cual tú cazas, así los cazadores  
Deben cazar desde este al otro polo,  
Tu heroicidad los reyes y señores  
Imiten para serlo; pues no solo  
Al cazador enseña tu desvelo:  
De principes tambien eres modelo.

De un principe han de ser primeramente  
Las soberanas ciencias alto empleo,  
Las ciencias que distinguen noblemente  
Al hombre racional del bruto feo;  
Pues un hombre ignorante, aunque se alabe,  
No es mas que el bruto, y si es, el no lo sabe.

Y si un plebeyo necio así es horrible,  
¿Cual monstruo fuera un principe ignorante,  
Óprobio de su patria aborrecible?

Con tal azote, ó Júpiter tonante,  
No castigues jamás á las naciones,  
Ni aun á los turcos, persas, ni japones.

Pero si quieres dar felicidades  
A algun pueblo tu amado, da un famoso  
Principe como *Luis*: ¿Qué habilidades  
O ciencias ignoró? Pues yo no oso,  
Musas, decidlo vos, si podeis tanto,  
Con vuestro celestial divino canto.

Así está con los libros en la mano  
El que hizo su maestro en guerra y corte  
Al héroe de Veletri, al rey tu hermano,  
El Alejandro, el gran César del norte,  
El gran campeon científico y robusto,  
El rey de Prusia Federico Augusto.

En manejar las armas fulminantes  
Se ejercite ya un principe instruido:  
Retratos de la guerra semejantes  
La caza y su fatiga siempre han sido:  
En esta siga á mi Diana bella,  
Mientras el fiero Marte llama á aquella.

Pero ante todas cosas es preciso  
Saber qué prevenciones de instrumentos  
La ninfa hermosa para el arte quiso:  
Estos son los primeros fundamentos,  
Pues la experiencia halló que siempre yerra  
Quien camina sin armas á la guerra.

Tacos de enjuto esparto, lavadores,  
Yescas, bolsas de pólvora y de balas  
Deben siempre llevar los cazadores:  
Redes de malla grandes y no ralas  
Con estacas de hierro, en que lijeras  
Caen las timidas liebres prisioneras.

Para los simples conejuelos, chillos,  
Y lazadas de alambre escurridizas,  
Perchas de blancas cerdas y capillos,  
Fracos y sacatrapos, y tomizas,  
Ganchos de muelle, cuerdas y podones,  
Hachetas, pedernales y azadones.

Ni olvides al martillo con boqueta,  
Trabillas y collares respuntados,  
Y para hacer llamada la corneta,  
O para agamitar á los venados:  
Reclamos de las delias codornices,  
Señuelos de palomas y perdices.

El cazador se adorna y se defiende,  
Llevando al cinto el cuchillon de monte,  
Y calada penetra, rasga y hiende,  
Aun contra la pujanza de Tifonte,  
Aquella arma punzante de Belona,  
Que el moderno furor halló en Bayona.

Para el cerco de telas ó de redes,  
De cañamo torcido prevendría  
Varales, que apuntalen las paredes,  
Con recaton de hierro clavaria  
Los estacones de áspera corteza,  
O por la prontitud ó la firmeza.  
Los cuerpos elegidos de manchobos  
Con buena paga esten bien mantenidos.  
Alégranse en llevar vestidos nuevos,

Y viéndose robustos y lucidos,  
Se empeñan en saber su ministerio:  
Y aquel que sabe, en todo tiene imperio.

Este es el gran secreto en que consiste  
El cantado valor de las naciones:  
No teme un cuerpo que brocado viste  
El fulminante horror de los cañones,  
Y serán mas valientes los soldados,  
Mas galanes y mas disciplinados.

Así las reales guardias, que lucidas  
Resplandeciendo están con los galones,  
Son la tropa mejor: lo distinguidas  
Invencibles las hace en las funciones:  
Después de ellas, ninguna gente iguales  
A los carabineros siempre reales.

¿No ves cuán arrogantes y cuán fieros  
Con las gorras, terciados los fusiles,  
Marchan los espantables granaderos,  
Trasunto cada cual del bravo Aquiles  
Con bizarra y triunfante gallardía,  
Honor de la española infantería?

Pues lo mas á la gala le es debido,  
Que otros vieras no serles inferiores  
Con su hacha, berretina, y su vestido:  
Con la escopeta dió á los cazadores  
Principios de tirar el muy bizarro,  
Valiente capitán Pedro Navarro.

De Rícla, de Fernandez, ó de Algora,  
De Bis, ó de Esquivel, ó el Soto diestro  
Se elegirá el cañon: siempre, y ahora  
El que forjó en Madrid algun maestro  
De Europa á todo principe le agrada  
Con llaves de Ripoll ó de Igualada.

Con sus hojas contenta esté Toledo,  
Roma ostente pinturas rafaelas,  
Cristal Venecia, del sirviente miedo,  
Y Londres y Paris sus bagatelas;  
Que mi patria guerrera armó al hispano  
Las máquinas horrendas de Vulcano.

Las cóleras del pueblo reventaran  
Óprimido con cargas insufribles:  
Los cañones y el pueblo se comparan,  
La piedad y política apacibles  
Contienen á los dos, y la experiencia  
De ambas cargas dará segura ciencia.

Cubrirás con el punto la cabeza  
Del ave que está enfrente y repinada,  
Descerraja al pausar: tira á la pieza  
Pronto y á tenazon, si va emboscada,  
Si lleva el curso rápido ó lijero  
Dispara el tiro un poco delantero.

Justo es que sepas, porque te señales,  
Cómo á los animales debe hacerse  
La guerra con los mismos animales:  
Mandó así la política entenderse,  
Y es arbitrio, que el triunfo trae consigo  
La guerra á costa hacer del enemigo.

Así Roma á las gentes no domadas  
Venció con las vencidas: con sus brazos  
Hizo soberbias fabricas preciadas,  
Y así mi rey los toscos embarazos  
Del alto reventon allana y doma  
Con los ciegos secuaces de Mahoma.

De la Africa vinieron los hurones  
Contra la muchedumbre innumerable  
De conejos: contra ellos protecciones  
A Augusto por legado respetable  
Pidió algun pueblo, pues si audaz pelea  
Cualquiera ofende, aunque pequeño sea.

Mezcla el queso manchego bien rallado  
Con agua tibia, y los mantiene fuertes:  
Los conejos en vano se han fiado  
De sus cuevas; que allí con duras muertes  
Los atormentan, y con presa fiera,  
Artrastrado los sacan acá fuera.

Así, viendo las fustas africanas  
Con los prontos jabeques de su mando,  
Rompiendo el seno á las espumas canas,  
A vela y remo caza les va dando:  
Ellas á Arjel procuran acostarse  
Debajo del cañon á refugiarse.

Y aunque de sus fortines al abrigo

Al corsario español vencer desean,  
Las rinde, y a remolco trae consigo,  
Por mas que sin cesar le acañonean  
Con retumbante estrépido sonoro,  
El fiero Barceló, terror del moro.

Ni ha de costarte el último cuidado  
La cria de los perros; ante todos  
Elige el blanco, el rojo y el melado,  
Y el negro, y porque eviten de mil modos  
La rabia, haras que verlos nacer pueda  
El signo aquario y Géminis de Leda.

Y con su inclinacion y la enseñanza  
Los haras diestros: uno al ciervo sigue,  
Otro á la zorra ó puerco se abalanza,  
Otro á la liebre, al lobo otro persigue,  
Uno los anchos rios atraveso,  
Otros de sangre son, y otros de presa.

Luego que los cachorros la luz viesen,  
Y empiecen a correr, un gato vean  
Con carne, y cuando todos le siguiesen,  
De aquellos que mas ladran y jadean  
Saca el mayor, y es bien le engolosines  
Con carne de la caza á que le inclines.

Ni te agrade adestrarlos de mañana,  
O al fresco ambiente en la serena tarde;  
Sino cuando cuajó la nieve cana,  
O la alta siesta con hocornos arde:  
Aman limpieza en jalbegada casa,  
Las aguas puras, frescas y sin tasa.

Salvia, retania, ruda y el romero,  
Y el vinagre les cura enfermedades,  
Y el zumaque da alivio al pie lijero  
Del despeado en las fragosidades,  
Y el vitriolo, azufre y vedegambre  
De la sarna molesta quitó el hambre.

Son menester acémilas de machos  
Lozanos, con bordados reposteros,  
Con borlas, cascabeles y penachos:  
Esta recua llevó á los cazadores  
Las redes, arcabuces y estacones,  
Y el convoy de las otras prevenciones.

Y hasta entrar en el bosque el coche tiren  
Las fuerzas de las mulas corpulentas,  
Las partillas de Almagro en él se miran:  
Ana con diligencias muy violentas  
Halló esta especie quando instó al jumento  
Al no usado y monstruoso ayuntamiento.

Este humilde animal sirve de cebo  
Del voraz lobo á la ansia carnícera,  
Pues trabajando bien quando era nuevo,  
Este consuelo en la vejez le espera:  
¡Oh infeliz bruto, ejemplo desdichado  
De aquel que sirve bien y es mal premiado!

Por el monte el caballo muy brioso  
Sigue la caza con veloz carrera,  
De él esta el cazador menesteroso:  
Procure que la raza muy lijera  
Se multiplique: Gago fué el primero  
Que entrego los caballos al montero.

A conocer aprende los humores,  
La viveza, arrogancia y calidades  
Por la diversidad de los colores:  
Yo el bayo elegiria: es bien te agrade  
Del negro, el tordo y alazan tostado,  
Que antes le veras muerto que cansado.

Son los potros del Betis generosos,  
Debajo de sus pies los campos truenan:  
Con agudos relinchos sonorosos  
Los establos de Córdoba resuenan:  
Igual es de Aranjuez la casta mesma,  
Los tuyos beben del nevado Eresma.

Inquieto en sus praderas el potillo  
Esta temblando intrépido, y levanta  
La frente con muy alto cervigüillo,  
Corre por el contorno, y no se espanta,  
Sube al cerro, y bajando velozmente,  
Corta al rio la rapida corriente.

Si acaso alguna vez oyó clarines,  
O estruendo de armas, salta desgreñando  
Al diestro lado las espesas crines:  
Al viento en el correr desafiando,  
Pide con los relinchos el jinete,

Y ciego por los campos arremete.

En el ojo y las sólidas junturas  
Al buey imite, al aspero muleto  
En el firme sentar las herraduras:  
Al gato en el andar limpio y secreto:  
En la vista y voltear muy velozmente  
A la escamosa y lúbrica serpiente.

Del leon la arrogancia y la fiereza,  
De zorra oreja y cola, del jumento  
La uña, el cuello del lobo en fortaleza,  
Y el pecho de mujer: para este intento,  
¿Qué otro modelo mi atencion divisa,  
Sino el angelical de mi Dorisa?

Nota, si lo consiente su desvío,  
¿Con qué arte el pecho dividido ostenta!  
¿Con cuánta gracia mira y señorio!  
¿Con qué marcialidad que se presenta!  
¿Cómo es de cuanto ve reina y señora,  
Todo lo mira, y todo lo enamora!

Tal el Babieca fué, y el que a Castilla  
Quitó el feudo: los tuyos muy valientes  
Tascando estan en la montuosa orilla  
Los espumosos trenos, impacientes  
En los altos pesebres empotrados  
De un tirón muchas veces arrancados.

Las yeguas son furiosas, oprimidas  
Del fiero amor, que a nadie es mas dañoso,  
Destilan de las fugas encendidas  
El espeso hipomaues ponzoñoso,  
Que la madrastra en yerbas venenosas  
Con palabras mezcló supersticiosas.

Trepan estimuladas de la ardiente  
Indómita lujuria al encumbrado  
Peñalara, y al soplo de poniente,  
Sin otro algun consorte han engendrado  
Potro veloz, que al viento ha de igualarse:  
¿Cosa por cierto estraña de contarse!

Este bruto galán nunca ha sabido  
La vil adulacion: al mal jinete  
Jamás sobre sus lomos ha sufrido:  
Del loco hijo de Febo se promete  
Los tristes hados el que no se ajuste  
Con gentileza en el borrén y el fusto.

La ignorancia y lisonja envilecida,  
Monstruos de los palacios execrables,  
Jamás ante el gran Luis tendrán cabida:  
Los lisonjeros son mas detestables,  
Que el traidor, que de aceros inhumanos,  
Al ejército rebelde armó las manos.

Si asisten a su lado aduladores  
Solo un principe esta, aunque acompañado,  
En medio de asesinos y traidores:  
Es vicio en iguorantes vinculado;  
Y ofenden, aunque astutos disimulan,  
Pues juzgan incapaz a aquel que adulan.

¡Oh ingratos á la patria y vuestro dueño!  
Afrente un animal tanta vileza:  
Tú, Luis, no temes del caballo el ceño:  
¿Qué Lápita montó con tal destreza?  
Ni Héctor troyano en su caballo Etonte,  
Ni en Pegaso el galán Belerofonte.

Queriendo acaso remontarte al cielo,  
Sin ser bastante el freno a sujetallo,  
Galán jinete, haces temblar el suelo  
Debajo de los pies de tu caballo,  
Que ufano con tu peso y furibundo,  
Va amenazando al viento, al mar y al mundo.

Quando en tu resplandor salir dispoues,  
Trocando los guijarros en centellas,  
La gran Madrid asoma a los balcones  
La hermosa juventud de sus doncellas,  
Que te aclama en extremos amorosos,  
Dejando a mi y a muchos envidiosos.

### CANTO III.

*Cura de los Caballos, Pesqueria y Astrologia, con  
necesaria a los Cazadores.*

Tambien tiene el caballo enfermedades:  
Mas ¿quién la explicacion de un bruto mudo

nde bien? O nobles facultades,  
 usa os burló, ni hacerlo pudo;  
 es bien ama su aficion rendida  
 d en los libros escondida.  
 rre yo negar que la experiencia  
 ebo tal vez; mas fuera de esto  
 o vano imaginaria ciencia  
 irario antidoto molesto,  
 a los dudosos ingredientes,  
 de los brutos inocentes.  
 rien persuadirá que al tigre fiero,  
 rrenda serpiente y su braveza,  
 a la ave y lobo carniceiro,  
 instinto la gran naturaleza  
 rarse y conservar la especie,  
 la humana medicina aprecie;  
 ntro inquieto, mucho antes criado  
 diese albeitar, le ha destituido  
 uto, y á su error le ha abandonado.  
 mbre de otros brutos ha aprendido  
 cia de curarse; de manera,  
 sola es la faja y veridiera.  
 abile libertad, que el gozque tiene,  
 grulla, leon é hipopotamo,  
 espacio, con que á buscar viene  
 zela, quina y el dictamo,  
 ria y clister; y Progne lista  
 idoneia dá al polluelo vista.  
 al caballo libertad le diceses,  
 y, halló remedio á su dolencia:  
 in frenos ásperos las mienes,  
 ise en el campo á la inclemencia,  
 ue así cobrando nuevos brios,  
 sa á vadear los anchos rios.  
 el hombre ignorante y presumido  
 r mas que tú. Naturaleza,  
 al que doma ha sometido  
 ida ley de su simpleza:  
 pudo con él la aprension fuerte,  
 nite el miedo de la muerte!  
 as destemplados los humores  
 ndo el infeliz desatentado  
 ca remedios dañadores:  
 este y á aquel, acongojado,  
 aformidad en tal abismo,  
 e otro sabe de él mas que no él mismo.  
 stan treinta lustros que ha vivido,  
 sin ejemplar, quiere mas de vida,  
 er eterno, loco y atrevido:  
 mprudencia, y algo de adquirida  
 , que el mundo física la llama,  
 apio y á Apolo dieron fama.  
 ob del hombre afrenta vill! con cuánta  
 ad la muerte el bruto espera!  
 e el jumentillo, y no le espanta:  
 que es forzosa, y persevera,  
 mas humildes animales  
 eles y Marios y Anibales.  
 e la grandeza generosa  
 allo español: lleva á su dueño,  
 hablar el siervo apenas osa,  
 le mira, ó mírale con ceño,  
 zga por la banda ó la venera,  
 de otra especie ó superior esfera:  
 noble bruto, al que al criado lleva,  
 idad se vuelve cariñoso,  
 por baldon, que se le atreva:  
 que es su hermano, y amoroso,  
 no que le ponen con medida,  
 mismo pesebre le convida.  
 cogrien las cinchas tachonadas,  
 ntos, gualdrapas y jireles,  
 ata en hebillas martilladas:  
 así los hombres infieles  
 en consigo, justo es preguntallo:  
 mas bruto, el dueño ó el caballo?  
 ues juntas ya estan las provenciones,  
 salga el cazador famoso:  
 la pesca, si ir alla dispones:  
 rtezas de color verdoso  
 , que porque tiznan huyen de ellas  
 osos de marfil de las doncellas.

De allí nacen lombrices para cebo:

¡Estraña metamorfosis! ó sea  
 Semilla oculta en invisible huevo,  
 O que el calor de nuevo la procrea,  
 Según el libertino y el impuro  
 Dulce Lucrecio y célebre Epicuro.  
 Porque uno y otro bárbaro ateísta,  
 Inventor de maldad la mas horrenda,  
 Atomos juzga cuanto ve la vista,  
 Y acaso esta gran máquina estupenda,  
 Negando independencia y cetro de oro  
 Al númen santo, al gran Dios que yo adoro.

Esta es de la ignorancia la insolencia,  
 Negar que hay dueño, aun del supuesto acaso,  
 Porque no alcanza á comprender su esencia:  
 Jamás confesará su ingenio escaso,  
 Que es conceder, que alguno le adelante,  
 Y siempre es presumido el ignorante.

Con sedales y redes prevenido  
 (Bajando á desovar el río abajo)  
 Serás á Andrés y á Pedro parecido,  
 Llenas las redes en el hondo Tajo:  
 Quien de la caña amó la impertinencia,  
 Simulacro será de la paciencia.

También al pez con yerbas se adormece,  
 Y se pesca de mimbre en los cañales,  
 Cuando tapando el agua desaparece:  
 Despojos te darán no designales.  
 A los del Tajo de Aranjuez, que un día  
 Dió mil libras de peces en la ría.

Pero huye siempre el viento de levante  
 Para la caza y pesca: ábrego es bueno,  
 Y no pesques de Cintia en el menguante,  
 Ni con cielo enojado y no sereno,  
 Ni en mañanas con vientos destemplados  
 Del Eresma las truchas regaladas.

Ni tienes que extrañar que te aconseje  
 Para cazar la observacion del cielo:  
 Jamás tu vista ese cuidado deje,  
 Porque de él pende el régimen del suelo,  
 Y por su aspecto puedes ir seguro  
 En la adivinacion de lo futuro.

Mas no imitar pretendas vanidades  
 Del fanático astrólogo agorero,  
 Que sobre el libre arbitrio y voluntades  
 Del hombre juzgar quiere muy severo,  
 Pues solo alcanzarán tus predicciones  
 Del vario temporal las mutaciones.

Las plantas, las estrellas y animales,  
 Y aun las cosas sin vida al hombre enseñan:  
 Advirtió estas certísimas señales  
 El noble labrador, que hoy le desdeñan,  
 Y el ocio que entretiene á los pastores  
 En el campo, y también los cazadores.

Esperaras que lluvia inunde el prado;  
 Cuando las puntas de la luna nueva  
 Se ven oscuras, ó si ya ha llenado,  
 Y algun círculo espeso ó negro lleva:  
 Si la graja se espulga, ó si á la orilla  
 De los estanques se zambulle y chilla.

También los gansos de la diosa Tetis  
 La lluvia anuncian con sonoras alas,  
 Y los caballos que alimenta Betis  
 Refregándose mucho en las estalas:  
 La paloma y la abeja, esta cobarde  
 Se recoge temprano, aquella tarde.

El grueso buey tendido al diestro lado,  
 Importuna la mosca porfiada,  
 El lobo en embestir precipitado,  
 El gallo que cantó de madrugada,  
 La rana sumergida, ó con estruendo  
 Las querellas de Lycia repitiendo.

Todo te avisará tiempo lluvioso,  
 Y la campana que aumentó el sonido,  
 Y de la grulla el vuelo presuroso,  
 O el relámpago y trueno ensordecido:  
 Si las lámparas altas centellean,  
 Y los bufetes de nogal chasquean.

El ábrego de Libia trae las nubes,  
 Y cuando en ellas desde el claro oriente  
 A ocultar tu semblante, ó Febo, subes,  
 O cuando vas cubierto al occidente,

O cuando te oscureces de improviso,  
Jamás ave casera el campo quiso.

Conocieron también las hilanderas  
De Abades, del Otero y San García  
Por el mechon las lluvias venideras :  
Entonces los carneros á porfía  
Se topan, y á la aurora el solitario  
Mas alegre cantó que lo ordinario.

Mudó la hormiga el nido, y la becerra  
Con las romas narices levantadas  
Coge el aire después que olió la tierra :  
Los charcos ven sus aguas calentadas,  
Grazna la infiel corneja, y se pasea,  
Las gotas hacen pompa y menudea.

Pero si el sol está rojo al ponerse,  
Y una encendida nube arrebolada  
Le cubre, ó si la luna deja verse  
De rubicunda cinta rodeada,  
Si el nubarron se eleva al alto cielo,  
O con figuras amedrenta al suelo;

Oye acaso en las alturas de los montes  
Se oye un sordo ruido, como cuando  
En las fraguas de Lipari los brontes  
Están con anchos fuelles resoplando,  
O si representándose mas bellas,  
Corren á todas partes las estrellas;

Si tronó en el invierno á la mañana,  
O mas que lo que suele en primavera,  
Y el eco se perdió de la campana ;  
O de Aracnes la tela muy lijera  
Voló, y los perros á estregarse acuden,  
Las anades y gansos se sacuden ;

O si las nubes blancas y pequeñas  
Amaneciendo raso, en las alturas  
Se divisan : son todas ciertas señas  
De que rotas las fuertes ligaduras,  
Que amarran siempre á los furiosos vientos,  
Trastornarán del mundo los cimientos.

Porque advertido el Padre omnipotente  
Los encerró en cavernas muy profundas ;  
A no hacerlo, con cólera inclemente  
Ejerciendo sus rabias furibundas,  
Mantuvieran continua y cruda guerra  
Por todos los confines de la tierra.

Un calabozo horrendo en las montañas  
Del grande Escorial les aprisiona :  
Ellos braman con furias muy estrañas ;  
Del monte que está encima la corona  
Tiembla al murmuréo; sus furores crecen,  
Y por forzar la cárcel se enfurecen.

De allí salen fortísimos zumbando  
Por la ancha lonja en donde el arte brilla,  
Los carros de gran peso arrebatando :  
Trastórnase la octava maravilla,  
Corren la tierra con silbido horrendo,  
Los mas profundos mares revolviendo.

Y en la carrera de Indias el piloto  
Cántabro, roto el mástil del navio,  
Ronco y falto del arte apela al voto,  
Y á la violencia del nordeste frio :  
Las armadas inglesas y españolas  
Suben hasta los cielos con las olas.

También conocer puedes los serenos  
Y alegres dias con señales ciertas :  
En los bosques fructíferos y amenos  
Música dulce, ó pájaro, conciertas,  
Ni el alcion apartó del mar sus ojos,  
Ni el lechón sucio hoció en los manojos.

El cuervo grazna, Seila hija de Niso  
Paga la culpa del cabello de oro ;  
Y el gavilán la asalta de improviso :  
La garza en vuelo rapido y sonoro  
Corta los aires, sopla el tramontana,  
Y abunda de rocío la mañana.

Febe despues del cuarto nacimiento  
Se muestra alegre, limpia y afilada,  
Y está clara en llegando al complemento :  
El cielo con la leche derramada  
De Juno (instantando el Hércules infante)  
Se ostenta mas hermosa y rutilante.

La Aurora el lecho de Titon dejando  
Sale fresca de oriente á las barandas,

Las sierras descubiertas plateando,  
Y por el llano, ó niebla sutil, andas,  
Y al plaustro dando Apolo riendas flojas  
De verde se vistió con bandas rojas.

Pero si se volvieren blanquecinos  
Los nublados oscuros, y el solano  
Te cegare con sucios remolinos ;  
Si en torno de la luna y de su hermano  
Cerco pálido ú rojo se mostrare,  
O el aire por la bruma se engruesare ;  
Cae rán calladas aguas en vellones  
De blanca nieve, la aspera Fuenfria  
Tendrá en sus ventisqueros cien montones :  
Ningun precepto mande que aquel dia  
Suba por el camino alto y cubierto  
Hasta los pinos del dañoso puerto.

En la cuajada nieve el rastro avisa  
A las perras albanias y laconias  
Si el lobo, gamo ó liebre huyó de prisa,  
O de Tracia las grullas estrimonias :  
Manda entonces, que usando su ejercicio  
Cierna los plomos líquidos Mauricio.

Dicen que este en las fraguas de Vulcano  
Trabajó con los ciclopes un dia,  
Forjando rayos á la eterna mano,  
Que con ellos terror al mundo envia,  
Y en derretir metales salió diestro,  
Y en los globos mortíferos maestro.

Mas solamente el aquilon soplando,  
Cuando el carbon de arranque arde mas vivo  
Lo ejecuta, cautísimo evitando  
Que se introduzca el tufo muy nocivo  
Del plomo en la cabeza, cuyo peso  
Será mortal, si fuere con esceso.

Así orillas del bárbaro Orinoco  
El maligno Curare, que está buriendo  
Con pestilente vaho en tiempo poco  
Tres ancianas reduce á fin horrendo,  
Antes que miren con veneno ungidas  
De sus flechas las puntas homicidas.

Ni así te admire el plomo introducido :  
De las yerbas las fibras delicadas  
Con limalla sutil se han advertido,  
Y al crisol zamorano examinadas  
Se encuentren muchas veces (no te asombres)  
Con hierro las entrañas de los hombres.

Si en otoño y estío á la mañana  
Crece el calor, y el torbellino ha alzado  
El suelo, y se espesó la nube cana,  
Y descogiendo el arco variado  
La ninfa de Taumante acia poniente  
Trae mil colores con el sol enfrente ;

Gran tempestad se apresta. ¡Ay, cuántas veces  
Temerá el pavoroso marinero  
Monstruos marinos y diformes peces!  
Borbollará bramando el surgidero  
Terrible, que á pesar de mil afanes  
Rompió el muy temerario Magallanes.

El padre Jove en noche tan horrible  
Fulmina el propio rayos y centellas ;  
Creyeras ser del mundo el fin temible,  
Desplomándose el cielo y las estrellas,  
Las estrellas, que (ó piélago) oscureces  
Mojadas con tus olas muchas veces.

Mas si al tiempo que el toro á Agenor fiero  
Con los dorados cuernos relucientes  
Abre al año las puertas, y el frontero  
Can le cede y se esconde á vuestras gentes.  
La oveja escupe mucho y tose ; en vano  
Templaras los incendios del verano.

Quema los pastos el ardiente sirio,  
Y seco el vendaval corre furioso,  
La sarna es á los brutos cruel martirio,  
Ni la caza evitó el contagio odioso :  
Llueve sin viento, estiéndese la peste,  
Y á rabia incita estotro can celeste.

Azogue y fuego matará la sarna,  
La sarna, que es gusanos engendrados,  
Cuyo diente voraz mordiendo encarna :  
Herodes y el gran Sila atormentados,  
Y Seusipo el filósofo así fueron ;  
Insectos asquerosos los comieron.

Finalmente en el sol hallarás cierto  
Pronóstico de todo: ¿quién creyera  
Que el sol engaña? Si nació cubierto  
De nieblas, ó con manchas en su esfera  
Variare el nacimiento, ó si le sube  
Al lado izquierdo una pequeña nube;

O si caruleo sale, la campaña  
De aguas se inunda; rojo viento indica;  
El propio tuvo compasión de España,  
Cuando la infiel conjuración inicia  
Al empezar el siglo se movía  
Contra la ibera escelsa monarquía.

Jamas hubo prodigios tan monstruosos,  
Ni asombraron mas crinitos cometas,  
Cometas que los necios temerosos  
Juzgan exhalacion, siendo planetas,  
Que Apolonio y Casini observadores  
Los vieron a los siete superiores.

Y como es ancho el ámbito del orbe,  
No es maravilla suceder azares  
En tal tiempo: mas ¿quién habrá que estorbe,  
Que con ciega ignorancia, que en millares  
Cunde, efecto del astro maligno  
No juzgue el vulgo vil supersticioso?

Los rios trastocaron sus corrientes,  
Y muchosacia el alto nacimiento  
Volviéron asombrados á sus fuentes:  
De horrenda voz se oyó nocturno acento,  
Y el mundo al ver de Apolo oculto el coche  
Temió del primer caos la eterna noche.

Palida interponiéndose su hermana,  
Negando el paso de las luces bellas,  
Vistió de luto oscuro la mañana:  
Así vió á media tarde las estrellas,  
Muerto Jesus con general estrago,  
El filósofo, honor del Areopago.

Y el caballo feroz del rey tu padre  
Tres veces con horror bufó, saltando  
Por las tinieblas, aunque no le cuadre  
Al gran campeón que audaz le está enfrenando,  
Y aquel jóven monarca vió en sus tierras  
Mas que civiles intestinas guerras.

Mas de una vez se vió en combate borrendo  
Las legiones filípicas y austriacas,  
Con iguales banderas ejerciendo  
Las cóleras, ó Venus, que hoy aplacas,  
La muerte procurándose enemigos  
Los dandos, los hermanos, los amigos.

¿Cuál furor, ó españoles, dió licencia  
Tan grande al hierro? Ni los cielos santos  
Vedaron que con bárbara inclemencia  
Con nuestra sangre y nuestros propios llantos  
Nuestros campos se inunden: otro acento  
Cante el dolor que rompe mi instrumento.

Tiempo vendrá que el cazador cavando  
Las bondas madrigueras, él se asombre,  
Armas y grandes huesos encontrando:  
Mas si para ensalzarse el regio nombre  
De Carlos fué preciso, arda la guerra,  
Y harte se con la sangre el mar y tierra.

¿Deidades, cuyo amparo ha protegido  
Siempre á España! ¡Oh gran Madre concebida  
Sin macula! ¡Oh Millan esclarecido  
De nuestros enemigos homicida!  
¡Oh gran patron Jacobo el cebedeo,  
Por quien rompida la coyunda veo.

Pues sabeis cuánto le promete el hado,  
Al menos conservadme este real mozo  
Que yo canto: bastante hemos pagado  
La culpa de Rodrigo con sollozo:  
Luis solo baste en penas tan internas  
A enjugar estas lagrimas tan tiernas.

Y pues ya á caza sale apercebido  
De todos los pertrechos y advertencias,  
De sus perros y gentes asistido,  
Fuera el ocio, y perdonen hoy las ciencias,  
Y ¡oh Musa, compañera fiel! disponte,  
Ven y sigamoslé los dos al monte.

## CANTO IV.

*La Volatería, ó Caza de las aves.*

Vario se ostenta, hermoso y adornado,  
Y parte de la gran naturaleza  
Desde el monte la vista ha registrado:  
Vese allí de las sierras la aspereza,  
Los cerros, y los riscos, y las viñas  
En la cuesta, y las fértiles campiñas.

Hondas cañadas y frondosos sotos,  
Y los recién quemados verdugales,  
Bosque y los altos páramos remotos;  
Los caminos y bajos mohedales,  
Y otra diversidad, donde hace cría  
La fuerte venatoria y cetrería.

Dejemos á los rubios alemanes  
Del Danubio la usada cacería  
Con lañero, punic ó azor galanes,  
Y el alcon de Tartaria ó Berbería,  
Y á las tímidas aves alborote  
El águila encrespándose el grupote.

Las alas bate y rota la pibuela,  
De la alcandara el sacre enfurecido  
A ser pirata de los aires vuela:  
Al borní y al cernicalo atrevido,  
Al voltor y esmeril ceben, y salte  
Sobre la presa audaz el jerifalte.

Tampoco trataré la americana  
Caza volátil y terrestre, en pago  
De ocultarnos su origen con tirana  
Ansia de persuadir, que del estrago  
De aguas comun, que el universo abarca,  
No halló puerto, salvándose en el arca.

Porque si esta es de aquella descendiente,  
¿Cómo pasó á la America apartada,  
Aun suponiendo unido el continente,  
Por el norte ó la Atlántica soñada?  
Pues los brutos enseña la esperiencia,  
Que nunca abandonaron su querencia;

Pero si la embarcaron, ¿es posible  
Que llevaron los géneros mejores?  
¿Tantas aves de canto apetecible,  
Ó por la variedad de las colores?  
Y ¿tan de quicio el género arrancaron,  
Que un individuo solo aun no dejaron?

¿Qué diré del cuadrúpedo, que habita  
Allí, por falta de alas mas pesado?  
Ni el veronés, ni el docto estagiritá,  
Que la naturaleza han indagado  
De él se acuerda, ni de otros animales  
Útiles mil y mil perjudiciales.

En tanto que averiguan estas cosas,  
Y el tránsito ú origen de su gente,  
Si la produjo el mar, pues populosas  
Son las costas y yermo el centro ardiente:  
No menor duda, que la aun no acabada  
Del seco Egipto y de la Escitia helada.

En tanto pues, las ninfas de Viñuelas  
Seguir me agrade, ó verlas en Bohadilla  
Danzando al son de alegres castañuelas,  
O en el alto corral de la Lastrilla,  
Y en la casa del Campo y sus vivares,  
Que fecunda mi patrio Manzanares.

Quando en la primavera buyen los frios,  
Las Atlántides hijas de Pleyone,  
Que abren del mar la puerta á los navíos  
Te avisarán que entonces se dispone  
Cazar las codornices muy lascivas,  
O con trasmallos ó reclamos vivas.

Si al cornigón, que siempre entre ellas anda  
Guiándolas, tus tiros van certeros,  
Dejarase tirar toda la banda:  
Busca su nido en los abrevaderos,  
Soplando el cierzo: un canto las levante,  
Y así se adiestra el perro vigilante.

Entonces entre fusta y las sembradas,  
Y en rastrojos por tiempo caluroso  
La perdiz con las medias encarnadas  
Buscarás: la perdiz, manjar sabroso,  
Digno de que en cazarle no reposes,  
Y digno de las mesas de los dioses.

Fué un jóven cazador antiguamente,  
Pero como a violar incestuosos  
Los maternos tálamos se aliente,  
La figura mudó, no lo vicioso;  
Y empolla ajenos huevos, entre tanto  
Que á su madre conocen por el canto.

Acuden de la hembra reclamados,  
Que el aire á concebir hace se apreste,  
Y en los aportaderos son tomados:  
O á la pechuga de color celeste  
Tirando, te dará despojos fijos  
La munición con nombre de sus hijos.

A estos el galgo cansa, y cuando Astrea  
Los días con las noches igualare  
Siguen al sembrador: el ala sea  
Señal de que acia el lado á que inclinare  
Cuando al reboxadero llega ansiosa,  
Podrás asegurar la peregrina.

La chocha encontrarás en los chortales  
(Pero huye siempre el cierzo y el solano)  
Y al margen de los lagos y humedales,  
Cuando al sentar de pico dió en el llano  
Acia allí, gordos mas, si el hielo eriza,  
El rayuelo y pardusca agachadiza.

Y tú, garza, que inquietas pronosticas  
Graznando mucho, un temporal furioso,  
Y, ó trinquetes, que sois aves mas chicas,  
Y os agrada el solano fastidioso,  
Cuando pesqueis al margen de los rios  
Señalan vuestro fin los versos míos.

Al pollo de agua al sol el diestro tira,  
Y á las ardientes ánades nevando,  
El perro de aguas los estanques gira  
A nado, cuando allí se estan bañando,  
Y desde un chozo vuelque tu escopeta  
La avefria, alabanco y la zarzeta.

Tira en verano en los agostaderos  
En tollos á la ortega muy hermosa  
Perdigones mortíferos zorreros:  
Y entre el buey y la vaca peregrina  
Al chorlito, si el tordo le abandona,  
Que vuela mucho menos que apeona.

Al tordo en las rebalsas y chorreras  
Pescando le acompaña el andarío,  
Y en otoño destruyen las bigueras,  
Y entonces él sazón el plato mío:  
Si en las florestas y los verdes prados  
Asisten, serán de aguas inundados.

Ni tu inocencia, palomilla zura,  
Ni el carcer de hiel te ha aprovechado  
De que del cazador estés segura:  
No un gran hurto la vida te ha costado;  
Sino el rebusco de lo que desgrana  
En campo hirial la inútil alverjana.

Si tú hurtases provincias y regiones  
Fueras héroe y monarca poderoso;  
Mas porque vil semilla á hurtar te pones  
Te engañan con señuelo malicioso,  
Que en este mundo de maldades lleno  
Hurtar es malo y conquistar es bueno.

Y á la cándida tórtola viúda,  
Que en los rastros llora á su consorte,  
O en la frondosidad solloza muda,  
Hizo Diana de su tiro el norte,  
Y llevó desde el risco y selva espesa  
Los zorrales inquietos á su mesa.

Al bello abejaruco parecido  
A la hermosa oropéndola en colores  
Caza en un colmenar por atrevido:  
La nube de estorninos voceadores  
Con la red cazarás en campo raso,  
O como los cazaba Garcilaso.

Dicen que ellos se curan á sí mismos,  
Y su idioma admiró Roma y Atenas  
En uno, sin notarle barbarismos:  
Por estas experiencias parto buenas  
Ves que no al hombre solamente ha sido  
El don de la palabra concedido.

También he visto yo tirar al vuelo  
Al sison y alcotán agradecido,  
Cuando por la canícula arde el suelo:  
El de la vista humana ocultó el nido,

Respecta al muerto, al bienhechor da trato  
Bueno, que en esto escude al hombre ingrato.

A las gangas, que dan vuelos muy largos  
Chillando, y en el suelo son calladas,  
Mas perspicaces que los ojos de Argos,  
Tira en clima templado: si azoradas  
Andan al fin de estío, la corona  
Se ajará de Vertumno y de Pomona.

No el ser reina jurada de las aves  
Con fuerte pico y uña corva armada,  
Ni las piedras que al nido poner sabes,  
Aguila, te libraron coronada;  
Pero mas te remontas y alzas, cuando  
Caes á los pies de Luis revoloteando.

Ni el ave á quien dió nombre tu tardanza  
Callaré, con ojeo ó cabestrillo  
Se matan desde donde el tiro alcanza  
Detrás del manso buey ó fiel novillo:  
De tal suerte... ¡ah memoria, qué constante  
Que eres en dar tormentos á un amante!

De tal suerte me acuerdo, que en la undosa  
Margen florida entre Pisuerga y Duero  
Salí á verme cazar la ninfa hermosa  
Celestial, por quien vivo ó por quien muero,  
Y al grajo astuto, que en su olfato fia,  
A falta de otra caza yo seguía.

Y oculto entre las yuntas y el villano,  
La pólvora sintió, sin que se quemase,  
La negra handa: tiro, y deja el llano  
Volando con estrépito: enojéme;  
Mas viendo en uno herido menos prisa,  
Reíme y se rió también Dorisa.

¿Ni por qué callaré cómo se coge  
La cenicienta grulla desvelada?  
Al tiempo tirarás que se recoge,  
Yendo acia el gorrónal, que el ruido enfada,  
O cuando baja el céfiro penetra,  
Formando de Pytágoras la letra.

Al buitre anacoreta en los desiertos  
De las sierras mas ásperas su vista  
Y olfato le enseñó los cuerpos muertos:  
Flores al gran Filipo su conquista  
Facilitó: del Pardo alcaide él era,  
Y el arco embovedó de la buitrera.

¿Dónde, Ascalafó, llevas ya cansado  
De Luis al humilísimo poeta?  
Ascalafó, que en buho trasformado  
Te miras hoy por no tener secreta  
(Justo pago) la inútil golosina  
De la desventurada Proserpina.

Aunque en las apartadas soledades,  
Del sol aborreciendo la luz santa  
Te ocultes, llorarás fatalidades,  
Cuando á la tarde el tirador te espanta,  
Ni amparan á las choas nunca quedas  
De Aranjuez las frondosas alamedas.

No dejarán mas versos olvidados  
Los miembros juveniles muy hermosos  
Del hijo de Tereo trasformados:  
O sol, mas en convites tan odiosos  
Debieras esconder rayos celestes,  
Que en la nefanda mesa de Tiestes.

De ti digo, faisán, que en las orillas  
Del Fasis navegable, undoso rio,  
A Colcos aumentó las maravillas  
Tu canto, navegando el cristal frio,  
Y hecho despojo solo tú competes  
A los regios espléndidos banquetes.

Saso, maestro mío, tus pinceles  
Con su retrato obligan á tal ave  
A que se enrede absorta en los cordeles,  
Pues tanto su hermosura estimar sabe,  
Que la naturaleza en ella quiso  
Repetir las locuras de Narciso.

Al picapuerco agrádetate al pasillo  
Tirarle y á las mirlas vocingleras  
Buscando en la boñiga el gusanillo,  
O en el zarzamoral y guindaleras:  
Son blancas en Arcadia y con desvelos  
Nunca mudan las plumas ni los celos.

Tampoco á tí te pasará en silencio,  
Hermoso francolin escarolado,



Cuyo amor á la patria reverencio :  
La vida con mi España tú has dejado ;  
Quiéresla bien, pues no hay en esta vida  
Pena mas grande que una despedida.

Con perro y arcabuz á morir vienes,  
Infeliz, en invierno y en verano,  
Que en todos tiempos la desgracia tienes,  
Los perdigones del cañon de Cano  
Vuelcan al paso al rabilargo astuto,  
Cuando el otoño ofrece el dulce fruto.

A los vencejos de cabeza chata  
Tu gran padre Filipo el Animoso  
Tuvo en tirarlos diversion muy grata  
De un balcon del alcázar poderoso  
De la ciudad, que ser la hace escelente  
El ignorado origen de su puente.

Mas ¡oh mudanza! el gran monarca Augusto,  
El inclito, el magnánimo, el guerrero,  
El pio, el padre de la patria, el justo,  
Carlos, digo, en mansion de Marte fiero  
Le mudó abriendo su marcial persona  
Las tremendas escuelas de Belona.

Porque advertido el militar caudillo,  
Sabe que no dan solo la escelencia  
Las bojas de Toledo, y del Perrillo :  
Y el soldado, que hallar quiere alta ciencia  
Mas volver debe, si triunfar le agrada,  
Las de los libros, que la de la espada.

Y satisfecho del valor hispano,  
Que vió el mismo en Veletri y en Bitonto,  
Adestrar pretendió la horrenda mano  
En fulminar el rayo altivo y pronto,  
Pues vencido será, si es ignorante,  
El mas soberbio espíritu arrogante.

Esto solo faltaba : ya ampliamente  
Lo remedió el gran rey ; ya es veterana  
La juventud indómita y ardiente ;  
Aprende la nobleza castellana  
El arte de la guerra furibundo  
Para ser luego escándalo del mundo.

Con infamia arrojado al foso horrible  
Abocinado en asquerosa estancia  
Gime oprobios el monstruo aborrecible,  
Abominable y vil de la ignorancia,  
Que huye el alcázar donde Alfonso el Sabio  
Temió que el cielo en él vengue su agravio.

Pues enojado el Padre omnipotente  
De que intentase corregir su heclura,  
Le arrojó un rayo al tálamo luciente,  
Cuyo fuego aclaró la noche oscura :  
Tronó y los altos techos se horadaron,  
Las tocas de la reina se abrasaron.

Hay dentro un gran salon, que, ó Febo, doras,  
Y en él está la armigera academia :  
Aquí están las virtudes triunfadoras,  
Aquí el militar mérito se premia,  
Y aquí están las terribles prevenciones  
Con que arma la Castilla á sus leonas.

La cureña con fuerte chapería  
Crujiendo está debajo del gran peso  
Del tremendo cañon de artillería :  
Fulminantes mosquetes con exceso,  
Balas, carcazas, bombas y fusiles,  
Morteros, culebrinas y esmeriles.

Y porque á ejemplo de héroes valerosos  
La juventud se aliente, en las paredes  
Pendiendo están retratos primorosos,  
Tanto, que porque, ó Rizzi, atrás te quedes  
Los compitiera apenas el divino  
Sin segundo pincel de Palomino.

Lede, Aguilar y Santa Cruz, tres soles  
De la guerra, baldon del de Farsalia,  
Monte-Mar, que pasó los españoles,  
Como otro tiempo Anibal contra Italia,  
A Eslava y á Velasco, y al valiente  
Cevallos, triunfador del occidente.

A todos da lugar la regia sala,  
Y al jóven de Austria asombro de Lepanto;  
Terror y admiracion el lienzo exhala,  
Figurando á otros vivos con espanto :  
Allí se ve un ejército que manda,  
Después de gran camino, el grande Aranda.

Su gobierno le entrega ya enseñado  
A humillar la frontera, que ha corrido  
De canas y laureles coronado  
El cauto Sarria, esperto y detenido,  
Sujeto digno de segunda Eneida,  
El Fabio hispano, el Josué de Almeida.

De los guardias al frente está pintado  
El Ponce de Leon, y en edad tierna  
El jóven Huéscar resplandece armado  
Con los carabineros que gobierna,  
Y entre otros muchos, que nombrar no oso,  
Mendoza, y tú, Manrique el estudioso.

Tambien del mar la imágen espumosa  
De mil quillas de acero se ve herida,  
Sangrienta, y con oleadas espantosa :  
De lo último del norte viene unida  
Mas muchedumbre contra la alta España  
En la escuadra holandesa y de Bretaña.

De esotra parte está nuestro armamento,  
Que comanda Navarro, el gran Navarro :  
¡Oh campeon! al mirar tu vencimiento  
Prendada de tu espíritu bizarro,  
Ya por la fama autorizadas tienes  
Con la naval corona entrambas sienas.

A un tiempo se embistieron, y alteradas  
Las ondas resonaron con estruendo :  
Creyeras que nadasen arrancadas  
Las Filipinas, ó en combate horrendo  
Alterando los canos horizontes  
Chocar los montes con los altos montes.

La capitana real, que al golfo manda,  
A siete naves que la atacan tira  
Cien cañonazos de una y otra banda :  
La que no se va á pique se retira,  
Porque la municion no participe  
Del tronante cañon del *Real Felipe*.

Con el baston y la triunfante espada  
Está á sus españoles animando  
Navarro en la alta popa embalaustrada :  
Neptuno, el rostro palido sacando,  
Vuelve á esconderle aborrito del estruendo,  
Y al verse dominar del grande Oquendo.

De Etna revienta incendios *La Isabela*,  
¡Oh nombre augusto! y vence ya el *San Carlos*,  
Pues quien tiene tal nombre no recela :  
¡Oh gran bajel! no dudes sujetarlos,  
Y á los dos mundos de tu dueño asombre  
La triunfante potencia de tu nombre.

El humo, el agua, el fuego, la algaraza,  
Los truenos y espantosos alaridos,  
La rabia fulminante, el ansia avara,  
Los brulotes ardientes sumergidos,  
Todo era asombro y confusion tan fiera,  
Como si el cielo abajo se viniera.

Mas nada impide, ó hispanas naves bellas,  
Que canteis la victoria y el trofeo :  
Las hijas de Nereo todas ellas,  
Y el padre de las hijas de Nereo  
Danzando os acompaña á la carena  
Debajo del cañon de Cartagena.

De Carlos la alta estatua en mármol duro  
Preside á esotros reyes castellanos :  
Dirás que con cincel de acero puro  
Del Fidias Castro las gallegas manos  
Lo hicieron, y al ver vivo al gran sujeto  
Dejaron de acabarle por respeto.

Puesta se ve á sus pies en larga fila  
La multitud inmensa de vasallos  
Desde su real palacio hasta Manila :  
¿Quién podrá distinguirlos, ni contarlos?  
¿Cuánta estraña nacion! ¿Cuán varias gentes  
De lenguas y costumbres diferentes!

Están sus españoles muy leales  
Allí, y los desceñidos africanos,  
Y los últimos pueblos orientales :  
Un mundo en reinos mil americanos,  
Y el Marañon, que, ó Nilo, hace te afrentes,  
Y no sufre los yugos de las puentes.

Aquí es la plaza de armas, aquí vieras  
De Marte al carro uncir cuatro animales :  
Con serpentinias vivas cabelleras  
Silbando están las furias infernales :

Tiembla el alcázar de su boca inmunda,  
 Moviéndose el peñasco en que se funda.  
 Sobre un gran monton de armas ahorrado  
 Con las manos atrás con cien cadenas  
 Esta allí el furor bélico amarrado :  
 Revientan sangre las hinchadas venas,  
 Y él morder quiere, estando á su despecho,  
 Las pías y artesón del alto techo.  
 Revuélcase rabiando con estruendo,  
 Vuelve en blanco los ojos espantosos  
 Encarnizados con visaje horrendo :  
 Colérico los dientes espumosos  
 Cruje, hace estremecer la firme roca  
 Bramando horrible con sangrienta boca.  
 Pero el gran rey sus impetus oprime,  
 Cerrando á Jano el templo, y á la tierra  
 Con larga paz del miedo la redime,  
 Los brazos descansados de la guerra,  
 Demandando á sus preceptos obedientes  
 Con blando freno las soberbias gentes.  
 El hizo á los soldados estudiantes,  
 Y ellos harán de hazañas grande serie,  
 Y vencerán altivos las pujantes  
 Hambre, sed, desabrigo y la intemperie,  
 Que esto, ó rey español, son tus soldados,  
 Esto y aun mas serán bien gobernados.  
 Aquel el rayo se forja, que asustando  
 Está á las más indómitas naciones :  
 De aquí saldrá la guerra, como cuando  
 Con los carros los béticos bridones  
 Se desbocan, los llanos apetecen,  
 Ni al dueño ni á las riendas obedecen.  
 Mas, ¿ dónde, ó Musa, tú me remontaste ?  
 Salgamos del alcázar segoviano,  
 Prision de Riperdá, donde te entraste :  
 Y pues la caza con estilo llano  
 Propusiste cantar, deja la trompa,  
 Y mas fácil tu acento el aire rompa.

## CANTO V.

*La Caza de las fieras, y su naturaleza.*

Desde el aire á la tierra descendiendo  
 No menos caza al tirador se ofrece :  
 Nembrot cuando á las fieras defendiendo  
 La entrada, con bastion se fortalece,  
 Con cuadrillas de gente armado y fiero  
 Enseñó á perseguirlas el primero.  
 Este inventó los dioses, que invenciones  
 Fueron del hombre vano en triste día,  
 Y el vil temor redujo á las naciones  
 A la supersticiosa idolatría  
 Y la ignorancia ; y él, que el mundo abarca,  
 Le conoció por primer monarca.  
 Pero aunque con astucias delincuentes  
 Quitó la libertad á los humanos,  
 El natural derecho de las gentes  
 Reservó el campo de él y otros tiranos,  
 Porque de esta opresion el ansia toda  
 Fué privativa á la barbarie goda.  
 Huyendo de las Ursas temerosas  
 De bañarse en el mar, y del Bootes  
 Vienen cien mil escuadras numerosas,  
 Porque, ó Roma, ya esclava ser denotes,  
 Como cuando faltando Apolo rubio,  
 Anegó el orbe universal diluvio.  
 Rotas las cataratas de los cielos,  
 Reventados los cauces del gran fondo,  
 Las fuentes del abismo hundiendo suelos,  
 Se ovaló el mundo, que antes fué redondo ;  
 Y así gimió, dejando los triones  
 Tan inmensos enjambres de naciones.  
 Mas ellos halagando á su fiera,  
 Queriendo ser los únicos atroces,  
 De los montes vedaron la aspereza :  
 O en el lobo ó los ciervos muy veloces  
 Y otros verás con no leves indicios  
 Del hombre las virtudes y los vicios.  
 La ingratitude, la lealtad amiga,  
 La codicia y lascivia no saciadas,

La envidia, de los buenos enemiga,  
 La traicion, la inocencia, y aunque aliadas  
 Los vicios y virtudes mas morales,  
 Lo hallarás en los brutos animales.

Porque advertido el gran Dios que yo adoro,  
 Cuando mezcló las masas de las cosas  
 Al principio, que creo, aunque le ignoro,  
 Formó de mil materias muy dudosas  
 Con organizaciones diferentes  
 Las máquinas hidráulicas vivientes.

Este es el gran secreto en que consiste  
 De unas el miedo y de otras la arrogancia,  
 En cada cual su inclinacion insiste,  
 De ella se aparta poco, y solo á instancia  
 De rápidos contrarios movimientos,  
 Accidentales sí, pero violentos.

Porque mas fuego líquido amarillo  
 Tiene el leon marmárico valiente,  
 Que el conejuelo tímido, y sencillo  
 Es mas feroz, aunque cualquiera intente  
 De cólera encender en este el fuego,  
 Como no es natural, se apaga luego.  
 ¿ Mas cuál enojo el Padre omnipotente  
 En quien está la autoridad suprema  
 Le infundió á este animal, para que intente  
 Sus hijuelos comer con ansia estrema ?  
 Decidlo, ¿ oh sabios ! ó admirar plausibles  
 Los juicios del gran Dios incomprensibles.

Al tiempo que los Hedos lluviosos  
 Salen siguiendo á Arturo, y resplandece  
 La cretense corona en los reposos,  
 Que en Naxos á Ariadna Baco ofrece,  
 Los montesinos tímidos y albares  
 Busca entre la romaza y tomillares.  
 Y agrádetes cazarlos en ojeos,  
 Y en los frescos arroyos en verano,  
 O con percheras de crin y hurones feos :  
 Hermafroditas juzga el vulgo vano  
 Que son el macho y hembra, y que conciben  
 Los dos, y engendran, y fecundos viven.

Mas la naturaleza ha dividido  
 En sexos lo viviente : en las fragosas  
 Lomas el perdiguero le ha cogido :  
 Y las liebres, manjar de las hermosas,  
 De blancas, pardas y tostadas pieles  
 Del color de las uvas morcateles :

Cazar el diestro suele en primavera  
 En los panes crecidos, ó criando  
 En las recién segadas rastrojeras :  
 Debajo de las cepas ; ó bien cuando  
 A alcanzarlas en llano, ó galgo, llegas,  
 O con redes tirazas y albanegas.

Ni hallarlas dudes, cuando están cebadas  
 En el poleo, que aplaudió Virgilio,  
 En simiente de enebro, ó las moradas  
 Flores del odorífero serpilio,  
 Del serpilio, del cual agradecida  
 Mi musa hace mencion restablecida.

Tienen partido el labio inquieto, es fama  
 Que no cierran los ojos vigilantes,  
 Corren mas cuando hiela, hacen la cama  
 Contra el viento, y la dejan ellas antes  
 De calentarla, busca de agua lejos  
 Los bárcenos lebratos y bermejos.

Los montes de Toledo y altas sierras  
 Dan el gato montés en cacería,  
 Que muy ligero corre por las tierras  
 Que la reja de Wamba arar solía,  
 Y el Castañar y Cuerra por tu mano  
 Ven muerto de Castilla al tigre hircano.

Ni serás tú en mis versos no aplaudido,  
 O animal muy astuto, que rociando  
 Detienes al basete que ha seguido :  
 Así en las sucias armas confiando,  
 Al leon fiero, horror de su distrito,  
 Desprecia el pequeñuelo mapurito.

Y á los informes osos abortados  
 Por rabias de su madre, que lamiendo  
 Los ve en su fealdad perfeccionados,  
 O iránlos en ojeos remetiendo,  
 O alguna cabra atada cebo sea,  
 Cuando oprimida intrépida garrea.

Pero tu bayoneta á su pujanza  
 Se oponga, pues si no le acaba el tiro  
 Colérico arremete á la venganza :  
 Bien la similitud que tiene admiro  
 Con el hombre , no en esto solamente ;  
 Pero en las obras del amor ardiente.  
 De una doncella robador y amante  
 Un oso fué, depuesta la fiereza :  
 ¿ Quién de tal mezcla habrá que no se espante,  
 Viendo degenerar naturaleza ?  
 El camina en dos piés para que asombre,  
 Tosco modelo sin pulir del hombre.  
 El le enseñó á hacer choza en que viviera,  
 Que antiguamente el hombre fué selvaje,  
 Y acaso él enseñado no lo fuera :  
 Su mano facilita á que trabaje ,  
 Que en lo animal no esceden los humanos  
 Mas que en los cinco dedos de las manos.  
 Porque para las obras y artificios  
 Tal division parece que se ha hecho ;  
 O hecha, la aplicó el uso á los oficios :  
 Causa el oso trabajo y no provecho,  
 Que en esto, insigne *Luis*, se parecia  
 Tu real caza á mi dulce poesia.  
 De Saboya los célebres sabuesos  
 Siguen al puerco jabali cerdoso,  
 Cuyas navajas de tajantes huesos  
 Los parte como alfanje riguroso :  
 Despanzurra un caballo de alta fama  
 Cual toro de mil libras de Jarama.  
 En la pezuña y ásperos garrones,  
 En la cama y su estampa en los bañiles,  
 En el hondo aguzar los remolones,  
 Y en su escremento, bozando en los barciles  
 El cazador conoce con certeza,  
 Si es macho, ó su gordura y su grandeza.  
 La yerba oye nacer ; ¿ mas cual ha sido  
 A quien él se lo dijo ? Su fiereza  
 Comparacion acaso no ha tenido :  
 ¿ Qué es mirarle acosado en la maleza,  
 Con colmillos y vista amenazando  
 Espumajos vertiendo y rebudiando ?  
 Timidos los monteros y lebreles,  
 Y mastines de presa con collares  
 De sombrero dudando, aunque fieles :  
 El de gredosos barros espadares,  
 Y de peto se armó cota mas fina,  
 Que de Arjel celebrada jacerina.  
 Dicen que un tiempo le infundió el dios Marte  
 Tanta ferocidad cuando zeloso  
 De en los brazos, ó Venus, encontrarte  
 De tu Adonis, galán muchacho hermoso,  
 Del jabali vistió brutal figura  
 Poblándose la piel de cerda dura.  
 Y arruando y las cerdas erizadas,  
 Pasa el colmillo al jóven descuidado  
 Las ingles de marfil sobredoradas :  
 Venus lloró, lloró la selva y prado,  
 Que con su sangre tiñe siempre vivo  
 Recuerdo funeral vegetativo.  
 Y al nocturno tejon, que panza arriba  
 Riñe, y para limpiar la tejonera  
 Es carro en que la tierra se reciba,  
 Y otro le arrastra y vacia, estando fuera,  
 En trampas cogerás, ó con destreza  
 Dale un pequeño golpe en la cabeza.  
 Cuelga con ignorancia religiosa  
 La madre al niño manos de tejones,  
 Supersticion gentílica, afrentosa,  
 Indigna de cristianos corazones :  
 Tú estorba, cazador, tal impostura  
 Del Priapo obscenísimo figura.  
 Mas si los cuerpos grandes, diligentes  
 Del mas galán venado procurares,  
 Que apetece las aguas de las fuentes ;  
 Aprende en los froudosos gamallares  
 A concertarle, y si se oculta luego  
 Le obligue á la ballesta el lazo ciego.  
 Y nunca de él tus tornos conocidos  
 Dejes que sean ; cuando está paciendo,  
 Camina tú con pasos no sentidos,  
 O al mismo instante que él se esté moviendo ;

Y el que lacear un ciervo bien desea,  
 Ni le eche el viento, ni su sombra vea.  
 Suelen tambien cazarse en sacadillas,  
 Perros y gente en hutas repartidos ;  
 Pero huye del arroyo las orillas :  
 Los que á estribo le tiran, escondidos  
 Tras de un caballo van con muda planta,  
 Que siendo de su pelo no le espanta.  
 Tú elige los castaños generosos,  
 Y anda con tiento y no á carrera ó saltos,  
 Mas si él sintió tus pasos silenciosos,  
 Y de las cuernas los candiles altos  
 Alza, el lado á que mire la esperiencia  
 Manda ganarle, que está es su querencia.  
 Entonces con denuedo y gallardía  
 Suelta el perro goloso, á quien yo acaso  
 Con vinagre el olfato afinaria :  
 Si llovió, un matapolvo ya es escaso,  
 Y el rastro pierde todo en los verdores,  
 Que pródigos quemaron los pastores.  
 Pero el buen cazador lleva á la cama  
 Al perro, y coge el rastro nuevamente ;  
 Mas el engaño y máquinas que trama  
 Para librarse, ¿ quién habrá que cuente,  
 Ni la velocidad que por los cerros  
 Lleva, seguido de anhelantes perros ?  
 Así pues en esta última campaña  
 Los enemigos tímidos huyan,  
 A quien, diciendo á voces : cierra España,  
 Los voluntarios de Madrid seguian,  
 Resplandeciendo, alzadas las cuchillas,  
 Con las casacas verdes y amarillas.  
 Pero si el ciervo se entra en las vacadas,  
 Sobre una res se pone cauteloso,  
 Las pezuñas del suelo levantadas :  
 O da mil giros por el bosque umbroso,  
 O de alguna manada que ha encontrado  
 Levanta de refresco otro venado.  
 Mas el fino lebrei distingue astuto  
 Al que de tu cañon dió el pelotazo,  
 O en hondas huellas del herido bruto,  
 O en que agitados el pulmon y el bazo  
 Mas eluvios exhala el sobrealiento,  
 Que á la seca nariz le trajo el viento.  
 Amor que con durísimos arpones  
 Las fieras doma y las pintadas aves,  
 En el ciervo encendió vivas pasiones :  
 Si en tiempo de la brama imitar sabes  
 Su voz, agamitarle con reclamos  
 Debes, y á tiempo esfuerza los rebramos.  
 Ciego corre á las hembras, y la muerte  
 Suele hallar, que este premio amor ha dado,  
 Yo lo sé, ¿ ay cielos ! con infausta suerte :  
 Con la yerba sancicula ha curado  
 Su herida el ciervo, y en el parque herboso  
 Pace el haros y el séselis sabroso.  
 Su corazon de antidoto ha servido,  
 Y es su cola mortífero veneno :  
 ¿ Quién tal contradiccion en él ha unido ?  
 Saca las sierpes del terrestre seno  
 Su aliento cual imán, todo le admira,  
 Párase al silbo, y asombrado mira.  
 Así se quedó un tiempo, cuando ansioso  
 Por Diana las selvas discurría  
 Flor á flor, tronco á tronco sin reposo :  
 Mas ¿ qué espanta su anhelo y su porfía  
 ¿ Pues qué oculto rineon no es indagado  
 De un hombre cazador y enamorado ?  
 Hay en la España citerior un monte,  
 Canato los antiguos le llamaron,  
 Y hoy Peñalara : si el feroz Tifonte  
 Cuando el Pelion y el Osa colocaron  
 Sobre Olimpo, este risco carpentano  
 Pone, tocara el cielo con la mano.  
 Bajo una Peña cóncava pendiente  
 Se ve grutesca bóveda escavada  
 Contra el rayo estival del sol ardiente :  
 De náyades y ninfas es morada,  
 Y en larga vena ofrece cristal frio  
 Por cauce interno oculto manantio.  
 Reviértese, formando gran laguna  
 De agua dulce, y de allí como en tramoya

A probar de otros ríos la fortuna  
Baja precipitándose el Lozoya,  
Y botaete es ya petrificada  
La nieve de mil siglos conjelada.

Aquí Diana en el fogoso estío  
Venir suele á bañarse calurosa,  
Por ser albergue lóbrego y sombrío:  
Y de sus ninfas la cuadrilla hermosa  
Tejerla suele con ebúrneas manos,  
Cenador de cerezos y avellanos.

Mas siempre esta agua se miró con tanta  
Veneracion, que no la han profanado  
De bruto ni varon la inmundia planta:  
Ni ramo de algun árbol desgajado  
Cayó á enturbiarla, ni alterar las ondas,  
Porque no altivo, ó Baratro, respondas.

Pues si tal vez tiraron los pastores  
Con el sonante cáñamo algun canto,  
Que dilata los círculos mayores,  
Con gran tormenta y horroroso espanto  
Responden desde adentro, y á montones  
Cubren el cielo oscuros nubarrones.  
Y la sonora tempestad creciendo,  
Granizo espeso con furor da al valle;  
La laguna de Gredos respondiéndole  
Desde las sierras de Avila, á encontralle  
Despide otro turbión, y con desmayos  
Todo es truenos, relámpagos y rayos.

Aquí pues con sus castas compañeras,  
Dorando al Cancro el sol, llegó Dictina,  
Soberbia con despojos de las fieras,  
Y dijo: con el agua cristalina  
(Los cuerpos de las ropas despojados)  
Refresquemos los miembros fatigados.

Y el arco de oro y el carcaj de plata  
Con las tirfidas flechas depeniendo,  
El cristal ya desnuda la retrata,  
A quien su hermosa tropa va siguiendo;  
Mas veis aquí á Acteon, que entonces era  
Galán mozo, y cazando persevera.

Levantán gran clamor las uñas bellas,  
Nunca usado en tan mudas soledades,  
Y á Cintia rodearon todas ellas,  
Que el rostro vuelve, y muestra crueldades,  
Y vergonzosa al jóven traspassara,  
Si á mano las saetas encontrara.

Y así al rostro le arroja con la mano  
Colérica las aguas vengadoras:  
Si puedes, dice, blasonar ufano,  
Que desnuda me has visto y á estas horas,  
Cuéntalo; y luego que rociados fueron  
Las orejas y hocico le crecieron.

Muda los muslos en delgadas piernas,  
De aspero vello el cuerpo se ha poblado,  
Y empiezanle á crecer las astas tiernas:  
En puñal el piton se ha prolongado,  
Ya escorrea el aspon, que antes fué usero,  
Garzotas echa, y husca escodadero.

Viendo en el agua su bestial figura,  
¿Cual fué su gran dolor y sentimiento?  
Mientras medios inútiles procura  
(Pues no perdió al instante su talento),  
El primero Melampo el atrevido,  
Y Ycnobates alzaron el ladrido.

Embiste Dromas, Canache y Dorceo,  
Pánfago y Orihaso, arcades todos,  
Harpalo, Too, Esticte y Melaneo:  
Pemenis, Alce, Labros y Agriodos,  
Teron, Ladon, Nefrófonos valiente,  
Leucon blanco y Aelo el diligente.

Con dos hijos Harpia, y la engendradora  
Nape de un lobo y Prérelas lijero,  
Asbolo con Licisca acompañada  
De su hermano Ciprion é Hilactor fiero,  
El muy bravo Lacon y la peluda  
Lacne, á quien Tigre y Lelape la ayuda.

Y ansiosos de la presa le seguían  
Por la ruda montaña inaccesible,  
Y aun sus quejas parece que decían:  
Conoced vuestro dueño, si es posible,  
Acteon soy; no lo oyen: repetidos  
Vuelve el eco aumentados los ladridos.

Melanquetes le dió una dentellada  
Primero por detrás, Teridamante  
Otra cerca, Orestirolo se enfada,  
Y un hondo mordisco le hace que aguante;  
Y sus perros así desconocieron  
Al amo, á quien poco ha que obedecieron.

Así en el parque y alto bosquecillo  
Del fresco Balsain queda espantado  
Del cazador que sigue al cervatillo:  
Aun no sus ojos tristes ha enjugado,  
Y en su semblante muestra que aun ahora  
Por el antiguo bien perdido llora.

A la cabra montés, corzo y paletó,  
Y al gamo caza de la misma suerte,  
Pues á la propia regla está sujeto:  
Su fuga es pica á viento aguda y fuerte,  
Y en las hembras no tanto; gustan ellas  
Del agrídulce humor de las maellas.

Las hembras de esta especie han demostrado  
Que no el materno pecho es muy preciso  
Para que el hombre llegue á firme estado:  
Amor, el fiero amor así lo quiso  
Con el nieto de Gargoris, de estraña  
Fortuna, antiguo príncipe de España.

Dió á luz la infanta en parto clandestino  
Al montaraz Abklis, y una cierva  
Lo crió al pecho, á ser cazador vino,  
Y en correr diestro por la verde yerba:  
El nos dió leyes; dividió con maña  
En conventos jurídicos la España.

Pizarro, que aunque mas la repugnasen,  
Llevó su audacia, ó temeraria ó cuerda,  
Los nuestros al Perú, porque admirasen  
El ver sus sombras á la mano izquierda,  
Espuesto á la inclemencia fué encontrado  
Cual Jove por la cabra amamantado.

¿Ni por qué callaré cómo se caza  
El pardo lobo de ojos relucientes,  
Y abierta boca, con que despedaza,  
Que aguzó con orégano los dientes?  
Tú con bracos, lebreles y golosos,  
Y de hierro con cepos espinosos,

Tomarle debes; ó con red unida  
Con su estiércol, los perros atrevidos  
Serán por agasajo y la comida:  
Gustan ser halagados y queridos,  
Cual mayorazgo necio, mal criado,  
Mimoso, consentido y regalado.

En la ribera del Meandro cana  
Está el ciervo veloz amedrentado  
Del latir de los perros de Diana:  
El lobo en Sietepicos se ha albergado,  
Y á vista á veces del pastor atento  
Lleva la res, ganado el sotavento.

Nota siempre en lo inculto del bosque  
Cuando llamase el perro de parada,  
Que allí es fácil que acuda el carnalaje:  
Cauto le notarás la retirada;  
Mas porque no se ofenda el duro callo,  
No siga sus pisadas tu caballo.

Son brutos tan voraces y tan fieros,  
Que ni á su misma especie han perdonado,  
Comiendo al flujo alla en sus ahulladeros,  
Donde naciendo Eresma despenado,  
Hasta el alcázar de Segovia y torre,  
Mas que los corzos de su orilla corre.

Su gran ferocidad el rostro indica,  
Pues del alma es señal no muy dudosa;  
Mas tal vez, aunque rara, ello se implica  
Con maravilla: así la ninfa hermosa  
A quien ni á amarla, ni á aplaudirla basto,  
Tiene el rostro lascivo, el pecho casto.

Pero el ingrato Amor ha prohibido  
Echar perro á la loba; pues del dueño  
Se olvida y la enamora en lo escondido:  
Yo á no flar en lealtad te enseño  
Con su ejemplo del hombre mas honrado,  
Si es de alguna pasión muy dominado.

Mas el cazador diestro la lebreja  
Fuerte con prontitud desatrabilja,  
Y en su alcance no corre, sino vuela;  
Ni tiene que causarte maravilla,

Que á ser posible, inquietarán los cielos  
Las hembras instigadas de los zelos.

Hombre fué el lobo y rey antiguamente,  
A quien hoy Licaon la Arcadía llama;  
Pero como burlar á Jove intente  
(Si ciertas son las voces de la fama),  
Vuelto en bruto, las yermas soledades  
Habita, no olvidadas las maldades.  
¿Cosa estraña! ó los brutos fueron hombres,  
O el hombre ha de mil mezclas resultado  
Generacion mejor, ó con renombres  
Tal vez al ser antiguo se ha tornado,  
O lo que mas con la razon conforma,  
El hombre por sus vicios se transforma.

Yo en blanco cisne, como aquel de Leda  
Seré así por mis versos transformado,  
Sin que el tiempo ó la envidia herirme pueda;  
Un padron á mi nombre he levantado  
Mas duradero con mi humilde estilo  
Que el bronce y las pirámides del Nilo.

Ni faltará jamás quien me leysere  
Mientras que con doradas refulgencias  
La rueda de los siglos se volviere:  
El alma que hacen superior las ciencias  
A vista de tal precio, en nada estima  
Cuento se acuña en Méjico y en Lima.

A la edad mas distante y venidera  
Seré inmortal llevado, y aunque espire  
No será tuyo, ó tierra, cuando muera:  
En su ignorancia sumergirse mire  
El necio ocioso, que encerrar maquina  
Los intactos tesoros de la China.

Que yo cantando á Luis será dichoso,  
Si le él; oh gran favor! soy escuchado;  
A Luis, a quien vencer el portentoso  
Monstruo de mi fortuna está guardado,  
Y a quien esperan darse prisioneras  
En la batida general las fieras.

## CANTO VI.

### Batida general.

Ahora, ninfas de mi patrio río,  
Náyades frescas, verdes hamadrias,  
Que del soto habitais en lo sombrío:  
Napras de los pastos, bellas drias,  
Pues en mi plectro el tono se levanta  
Inspirad dulces versos al que canta.

Y ¿ó sáturos, ó faunos y silvanos,  
Y tú, padre Sileno, que tendido  
Bajo de tu emparrado en los veranos  
Estas del resistero defendido,  
Todos venid, que en valles y praderas  
La batalla campal se da á las fieras.

Si la dulzura de Luzán cantara,  
Los montes con su metro humillaria,  
A quien solo Montiano le igualara:  
¿Oh antigua fe! oh piedad! oh muerte fria!  
¿Oh Montiano! oh pesar! oh desvario!  
¿Oh malogrado y dulce amigo mio!

¿Qué dolor me trasporta arrebatado?  
¿Dónde estás, que no me oyes cual solias?  
¿Cómo te has de mis ojos ausentado?

Por qué regiones nuevas y sombrías  
Vagas ahora? ¿Acuérdate, Montiano,  
Cuando hablabas conmigo mano á mano?

Dime, ó mi amado, como te partiste  
(Si á un difunto la voz es concedida)?  
¿Cómo al fin poco á poco enmudeciste?

¿Qué hubiera prolongadote la vida?

¿Como cuando cadáver tú yacias

Yo te llamaba, y tú no respondias?

¿Eres tú aquel con quien (oh muerte fiera!)  
Mis obras consultaba, y mutuamente

Las doctas tuyas? ¿Quién me lo dijera!

¿Cuánto te holgaras viendo la presente

Obra rustica, al fin de poca estima,

Como cosa que sale sin tu lima!

¿Como se muere? dime: ¿oh si te viera!

¿Oh cuántas cosas yo te preguntara

De la conversacion que entonces era  
Materia nuestra! ¿Oh qué de veces cara  
Te fué mi vista! ¿A quién en este caso  
Daré Apolo el gobierno del Parnaso?

Tú al teatro español restableciste  
El honor, á quien yo seguí inmediato,  
Aunque inferior; mas no vencer pudiste  
De nuestra dura patria al pueblo ingrato,  
Y hoy debo (los malévolos aparte)  
Sin lisonja, ni envidias celebrarte.

Si algo pudiese, ó dulce amigo, en cuanto  
En laminas mis números se escriban,  
Su luz esparza Apolo al azul manto,  
Las musas duren, y mis versos vivan,  
Tú Montiano serás: á manos llenas  
Dadme purpúreas flores y azucenas.

Dadme perfumes, y aunque inútilmente  
Tendré este vano y frívolo consuelo,  
Y suban desde el tûmulo reciente  
Mis lágrimas y súplicas al cielo;  
Mas calhnen algo aquellas entre tanto,  
Que es fuerza siga el empezado canto.

Sígueme, ó Musa, y dime con cual arte  
En la alta Cogollada, en las Pamplinas,  
O el hondo Quintanar, ó en otra parte,  
A son de las cornetas y bocinas  
Rinden las fieras la dañosa vida  
En la ruidosa y general batida.

Esta es de los campeones digna hazaña,  
Limpiar de monstruos bárbaros el mundo  
Como Alcides: del hombre la alta saña  
La razon vence con pensar profundo:  
Mas las fieras que en cóleras esceden  
Matan sin mas razon, que porque pueden.

Cada cual conociendo á su enemigo  
Se guarda, y así el mundo es conservado:  
Tú elige en la batida el puesto amigo  
Cara al viento: si el sol ha tramontado  
Entre encarnada niebla húmeda y fria,  
Hará abrego ó gallego al otro dia.

Ni menos convendrá á los cazadores  
De la caza saber la retirada,  
Requeridos villanos y pastores:  
Al que es prudente preguntar le agrada,  
Pues sienpre ventajoso ira á la guerra  
El que fuere mas practico en la tierra.

Ni dejen de informar las atalayas,  
Que al sol verán salir del claro oriente,  
Y atentas estas cosas, es bien vayas  
A ver el puesto con el aire enfrente,  
Del monte al paso de carrascas mochas  
En las encrucijadas de las trochas.

Así el famoso capitán Leonidas  
Los célebres tomó desiladeros,  
Y degolló en Terinópolis vencidas  
Persianas muchedumbres de guerreros  
Con trescientos de Esparta solamente,  
Pues tanto ayuda el puesto al que es prudente.

Y después que á la cola de un caballo  
El cebo se arrastró, cortado el viento,  
Porque pique la caza es bien dejallo:  
Y prontas á cumplir tu mandamiento  
Estén con prevenciones y cautelas  
Las murallas portátiles de telas.

Ya alerta, Luis, estan tus cazadores  
La firme juventud de tus monteros,  
Los mozos de trahilla y ojeadores,  
Fieles guarlas y nobles ballesteros,  
Y con fuertes caballos de parada  
Cien mancebos montó la regalada.

Ya la espantosa prevencion horrible  
De cañones de Aguirre y de Metola,  
De Muñoz la recámara terrible,  
De Corral, Leguizamo y española  
Multitud diestra, que Vulcano enseña,  
Con muestras de Palacios y Mirueña

En los grandes arcones conducida  
Espera ser escándalo del monte,  
Y la tropa auxiliar muy atrevida  
De perros, de quien tiembla el horizonte,  
Con mastines que arrastran grandes reas  
Los anhelantes dogos irlandeses.

Inquieta la Perucha forcejeando  
Casi rompe el collar, fina lebreña,  
Que está las blancas presas demostrando,  
Con la piel del color de la canela,  
Que Pizarro encontró, manchada á trechos  
De blanco, y las pezuñas y los pechos.

De tal casta, pelaje y escelencia  
Fue aquel famoso perro su ascendiente,  
Que sirvió al arcediano de Palencia,  
Llamado Bruto; y siendo tan valiente,  
Para dejar sus miembros bien pagados  
Contaron por millares los ducados.

Ni tu gran magnitud será llamada  
De mis versos, Sultán, perro atrevido,  
Por quien la altivez turca es imitada:  
De hermosa capa blanca te ha vestido  
Naturaleza, y porque te adornaras  
De grandes manchas bárcenas y claras.

Y las dos perdigueras ambas diestras,  
La Mona con la Linda van trabadas,  
Las dos en toda caza muy maestras:  
Y tú, á quien las molindas celebradas  
De Caracas dan nombre, que derrama  
De Guayaquil y Maracaibo fama.

Ya en filas ordenadas las cuadrillas  
Obedecen á Hilario y á Galero:  
Ya de aldeas, lugares y de villas  
Salió de mozos escuadrón guerrero  
A caballo y á pié, batiendo ufanos  
De llamada los montes comarcanos.

Como cuando el gran rey publico guerra,  
Que con denuedo, esfuerzo y alegría  
Gimió asustada al ímpetu la tierra:  
Todo el reino á las armas acudia  
Con victorioso y bélico deseo  
Desde el Calpe al quemado Pirineo.

Ya á trechos en las mangas embudadas  
En hutas ciento están asegurando  
De caballos y perros las paradas:  
Ni la caza que está contramangueando  
Puede hacer punta en los aportaderos,  
Que lo estorba el afán de los rederos.

Ya á la gente de campo hacer la entrega  
El sarjento mayor de la Persona  
Espera, pues se dice que ya llega:  
Ya mas veloz que Apolo y que Latona  
Corriendo, automedon de mas destreza,  
El latigo chasquéó Mala-cabeza.

O á caballo, gran *Luis*, vienes al puesto  
Sobre un animal barbaro, arrogante,  
Galán, osado, furibundo y presto,  
Brillando el preciosísimo frontante,  
Con ricos paramentos recamados  
De alcachofas de plata en los dos lados.

Acaso al lado vas del grande hermano,  
A quien con miedo y con temblor profundo  
La tierra y el undisono Oceano  
Le da el imperio universal del mundo,  
O el principe don Carlos te acompaña,  
Esperanza feliz de la alta España.

Jóven Augusto, si á mi humilde trompa  
Le es dado alzarse, con seguir tus buellas,  
Haré que el aire diáfano se rompa,  
Levantando tu nombre á las estrellas,  
A las estrellas que en vistoso alarde  
Ruega mi afecto que visites tarde.

Ya vendrá tiempo en que mi voz te cante  
Heróico triunfador de las naciones;  
Ahora tierno y castamente amante  
Te contemplo: Cupido, tus arpones  
Al primer descollar en sus abriles  
Traspararon dos pechos juveniles.

Ojala pronto, pues del mirtó amado  
Espera coronarte el Himeneo,  
Logres por Himeneo coronado  
(De la union felicísima trofeo),  
En blando catre de mullidas flores  
La dulce posesion de tus amores.

¡Oh cuánta pronostico en tu semblante  
Grandeza y heroismo en breve idea,  
Cuando empuñes el cetro de diamante  
Aliviando al gran Padre! ¡Oh, nunca sea!

Y entrambos orbes con invicta mano  
Gobierna anciano con el mas anciano!

Después que á la hermosísima princesa  
Llegues ansioso con amantes lazos,  
¡Oh, cuanto al universo le interesa  
La resulta feliz de estos abrazos!  
Y hará que, ó España, en júbilo reboses  
La progenie adorada de los dioses.

Y tú, delicias de la hispana gente,  
Hermoso Gabriel idolatrado,  
No, no te olvido, jóven floreciente,  
Que al venatorio estrépito llamado,  
Vienes al bosque lóbrego y sombrío  
A admirar las hazañas del gran tío.

Y en carroza imperial sobredorada  
Llega la hermosa infanta archiduquesa,  
Que á no estar de su hermana acompañada  
Dirás que la hermosura sola espresa,  
Y los tiernos Javier y Antonio hermanos,  
Que aprecian los juguetes de mis manos.

¡Qué diré del concurso y la nobleza  
Feliz del Tajo aurífero hasta el Batro?  
De España poderosa la grandeza,  
Que corona el soberbio anfitheatro,  
Donde las fieras *Luis* humillar quiso,  
Como el hombre en el sacro paraíso.

El perro pico á viento inquieto ha dado  
Señal que está la res ya levantada,  
Ya han los fuertes mancebos empujando  
Blandamente la caza concertada:  
No cual la seña alegra al coliseo  
La solfa de Mison, que envidia Orfeo.

La corneta sonó, y indica el gamo,  
Que por la ronca el hondo picadero  
Cava, la mano abierta: un verde ramo  
Da muestras del venado muy lijero,  
Y la montera, que el jabali embista  
De blandas pieles y de corta vista.

El lienzo blanco tremolado al viento  
Muestra que entre badenes y garranchos  
Se esconde el lobo audaz sanguinolento,  
De manos fuertes y de pechos anchos,  
A quien tú esperas, *Luis*, del triunfo cierto,  
O en un tolo, ó á pecho descubierto.

El pié siniestro al diestro adelantando,  
En ambos firme con gentil despejo,  
Y el cuerpo muy airoso perfilando:  
Descompuesto con gracia el entrecejo,  
Aprieta el pecho rebutida plata  
Del bruído marfil de la culata.

La mano izquierda corres al nielado  
Limpiísimo cañon resplandeciente,  
La res con media vista has apuntado:  
Tocando la derecha diestramente,  
Porque de golpe, ó pedernal, te estrelles,  
Muestran su fuerza elástica los muelles.

Peina el rastrillo, y con la chispa breve  
La salitrosa pólvora encendiendo,  
No cabe dentro, y rigida se atreve  
A salir con estrépitos, haciendo  
Al instrumento que tu mano tiene,  
Sin licencia de Jupiter, que trueene.

La cierva del Menalo cayó al tiro,  
Cañon de Ortiz alarga el ballestero,  
En quien como en espejo yo me miro:  
De Erimanto el horror con su escudero  
Matase de otro con destreza tanta,  
Como Meleagro, que ofreció á Atalanta.

Ni las muy grandes liebres catalanas,  
Ni la astuta raposa se han librado  
De las postas mortíferas tiranas:  
De Lopez y Cenarro el azulado  
Cañon, de bala en plomo muy lijero,  
Envio la muerte al lobo carnicero.

Cayó: mas no á las fieras espantosas  
Jóven heróico, vences solamente,  
Los vicios y maldades mas monstruosas  
Desvaneciste, estando tú presente,  
Pues solo hiciste con tronante rayo  
En los brutos fierisimos ensayo.

Oprimiste el orgullo y la soberbia,  
Con el monstruo mayor de la ignorancia,

Abatióse la pérdida protervia,  
La presunción, lisonja y la arrogancia;  
Deshiciste la vil pobreza, en donde  
Sus iras la infernal envidia esconde.  
Ya vencedor, triunfante de las fieras,  
Erigirás magnífico trofeo:

Pompeyo así, domadas las ibéricas  
Gentes, le alzó en el alto Pirineo,  
Y á tu gran padre, que en quietud descansa;  
Su triunfo escribe en gran columna Almansa.

Con la testa ganchosa y colmilluda  
Del jabalí, que encama rabo á viento,  
La del lobo traidor y astuta anuda,  
La boca abierta, en ademán hambriento;  
Y estén aves y brutos diferentes  
Con las armas atados y pendientes.

Entonces coronó la montería  
Con los cuernos de caza resonantes,  
Las trempas, la algaraza y vocería:  
Carga el despojo; ni te olvides antes  
De premiar grato al venatorio gremio,  
Que es consecuencia del trabajo el premio:

El engendró los héroes, este mueve,  
Y á él con vileza sigue disfrazado  
Con nombre de interés la humilde plebe:  
Cuando á los españoles han premiado,  
Ellos mostraron del valor la suma,  
Encadenando al Inca y Motezuma.

Por él Epaminondas fué valiente,  
Y el soberbio Tarif abominado  
De nuestros padres; ni el decir afrente  
Que á él deben las hazañas que han obrado  
El grande capitán duque de Sésar,  
Cortés, Pizarro, y Alejandro, y César.

Los trabajosos números de Síllo  
Fáciles hizo, y remontó á los cielos  
Los versos del altísimo Virgilio;  
Y encontrando en los príncipes consuelos  
Los humildes que siguen las Camenas,  
No faltarán Marones, si hay Mecenas.

Loego á las plantas de tu madre augusta  
Ofrece el gran botín, que está prestando  
La brava res, que con la llaga adusta  
Fosca empezó á gormar desatinando,  
Que está enseñada á semejantes dones,  
Vencidas por su mando las naciones.

Aquí, si de mi lira asunto fuera,

Yo de esta gran Semíramis cantara  
El grado á que ensalzó la gloria ibérica;  
Su luz al sol primero le faltara,  
Nieve al invierno, y el bochorno á estío,  
Que materia sublime al canto mío.

Ya le acabé; feliz si por su ventura,  
Benigno *Luis*, me hubieses dado oído  
A mí, que con incógnita dulzura,  
Habiendo hallar tu agrado pretendido,  
Te canté las empresas de Diana  
En mi florida juventud lozana.

Madrid, la gran Madrid me alimentaba  
En tiempo tan dichoso, y fué aplaudido  
Sin méritos mi canto; aquí empezaba  
La ciencia á abrir su alcázar escondido:  
Vió en él los Malebranches, y Bacones,  
Los Lokes, los Leibnizes, y Neutones.

Feijóo, mi gran Feijóo, las pirineas  
Cumbres pasar los hizo, y ha mostrado  
El rumbo á solidísimas ideas;  
La física á ahuyentar ha comenzado  
El falso pudonor caballeresco  
De la nación, y el genio quijotesco.

Y yo, que como el cisne mantuano  
Se ensayó en la geórgica, y saliendo  
De las selvas, cantó al varón troyano,  
Canté la caza: con terrible estruendo,  
Triunfantes en las tierras y en las olas,  
Me esperan ya las armas españolas.

Para entonces mis méritos pretenden  
La venia de aquella alma soberana,  
De cuya alta atención dos orbes penden;  
E inflamada la mesa castellana,  
Seré nuevo Virgilio Mantuano,  
A sombra de otro Augusto Octaviano.

Cantando á este campeón tan excelente,  
Debelador de monstruos y vestigios,  
Su nombre llevaré de gente en gente,  
Hasta el fin de la tierra y de los siglos,  
Y pondrá atento al orbe temeroso  
Armisonante estruendo escandaloso.

*Luis*: entre tanto mis pequeños dones  
Admite, y reglas, que á admirar atento  
Cómo en ejecución diestro las pones,  
Quedo en el bosque recobrando aliento,  
De mi cantar un poco fatigado,  
A la sombra de una haya recostado.

# LA PETIMETRA, COMEDIA.

## PERSONAS.

DON DAMIAN.  
DON FELIX.

DOÑA JERONIMA.  
DOÑA MARIA.

DON RODRIGO, *su tío.*  
ANA, *criada.*

MARTINA, *criada.*  
ROQUE.

*La escena se representa en Madrid en el cuarto de doña Jerónima.*

### ACTO PRIMERO.

#### ESCENA PRIMERA.

DON DAMIAN Y DON FELIX.

DAMIAN.

Que esperemos aquí un poco  
La criada respondió.

FÉLIX.

Bien digo, don Damian, yo,  
Que vos debeis de estar loco :  
Cuando acabo de llegar  
Hoy desde Valladolid,  
Apenas entro en Madrid,  
¿Y ya me hacéis visitar?

DAMIAN.

Presto, don Félix, vereis,  
Que teneis que agradecerme.

FÉLIX.

Pues si queréis complacerme,  
Y si obligarme queréis,  
Dadme cuenta, don Damian,  
De lo que queréis de mí,  
Y á qué venimos aquí ;  
¿Qué casa es esta? ¿qué afán  
Es el que teneis con vos?

DAMIAN.

Don Félix, yo os lo diré ;  
Pero primero veré  
Si estamos solos los dos.

FÉLIX.

Solos parece que estamos.

DAMIAN.

Pues atended....

FÉLIX.

Ya os escucho.

DAMIAN.

Bien sabéis que habrá tres años  
Que á Valladolid partisteis,  
Con harto pesar de entrambos,  
A estudiar, y bien sabéis  
Cuán libre yo de los lazos  
Viví, con que amor enreda  
Los jóvenes descuidados.  
Pues no ha, don Félix, tres meses  
Que una mañana en el Prado  
Al pie de un árbol sentada,

Del fresco ambiente gozando,  
Hallé una dama tan bella,  
Que no cabiendo en el labio  
Su perfeccion, no la pinto ;  
Pues siendo hermoso milagro,  
La apoco si la exagero,  
La ofendo si la retrato.  
Valido de la ocasion,  
Con el sombrero en la mano,  
Disimulando lo amante  
Con muestras de cortesano,  
La hablé ; respondió discreta  
Y afable ; mas no es extraño,  
Siendo discreta, que huyese  
Del vulgar grosero trato  
De aquellas, que encubrir quieren  
La necedad con lo ingrato.  
Acompañéla á su casa,  
É inquiriendo y preguntando,  
Llegué á saber finalmente,  
Por los vecinos del barrio,  
Que es la dama por quien muero  
Y en cuyos ojos me abraso,  
Doña Jerónima Perez,  
En cuya casa hoy estamos.  
Es tanta su bizarría,  
Su perfeccion y su garbo,  
Que es lo menos su hermosura,  
Con teneria en sumo grado.  
Aquel andar tan airoso,  
Aquel chiste y desenfado,  
Aquel primor con que juega  
De la basquiña y el manto,  
Su discrecion, su gracejo,  
La invencion de su tocado,  
El buen gusto en el vestir,  
Y del vestido lo extraño,  
Admiracion de la corte  
Es, y aun de la España ; y tanto,  
Que ya por antonomasia  
(Sin hacer cuenta ni caso  
De tan bellas damas como  
Tiene el recinto mantuano )  
La Petimetra la llaman,  
Titulo con que se ha alzado,  
Y en Madrid es conocida.  
Discurré tú por un rato  
Cual será la que hace raya  
En pueblo tan dilatado.  
Y aun te aseguro quisiera  
No fuese su primor tanto,  
Por el peligro que tiene  
Lo culto con lo afectado.  
Es su dote, cuando menos,  
Diez y siete mil ducados,

Segun ella me lo ha dicho.  
Doña Maria Fajardo  
Es su prima, y ambas juntas  
Viven en un mismo cuarto ;  
Pero es de doña Maria  
Tan circunspecto el recato,  
Que ni aun que la hablen permite ;  
Y es su genio tan cerrado,  
Cuanto abierto el de su prima ;  
Y en mí su modestia ha obrado  
Ocultamente, de suerte  
Que aunque estoy enamorado  
De Jerónima, si el dote  
Fortuna hubiera trocado,  
Me trocara yo tambien ;  
Que la hermosura echó el fallo  
En su rostro, y á gastar  
El adorno y aparato  
De estotra, no fuera menos ;  
Pero pues así los hados  
Lo quieren, perdone el mundo,  
Que á Jerónima idolatro.  
A las dos las ceta un tío,  
Tan ridiculo abogado,  
Que si por algun descuido  
Nos hallara en este cuarto,  
Con ambas primas por fuerza  
Nos casáramos entrambos ;  
Y por saber que á estas horas  
Don Rodrigo está estudiando,  
Vengo, porque por de noche  
Ni á la tarde es escusado,  
Segun la gran vigilancia  
Con que las está guardando ;  
Pues no hay Mercurio que baste  
Para adormecer tal Argos.

FÉLIX.

Cierto, don Damian amigo,  
Que admiracion me ha causado.

DAMIAN.

Pues aun es mas lo callado,  
Don Félix, que lo que digo.

FÉLIX.

Me hace admirar el saber  
Que es don Rodrigo su tío.

#### ESCENA II.

DICHOS Y MARTINA.

MARTINA.

Usted y este señor mío



den, y volver  
le aquí á media hora.

DAMIAN.

¿qué hay de nuevo, Martina?

MARTINA.

ama está en la cocina,  
cama mi señora.

DAMIAN.

a, y tu señora? di,  
¿tu señora, y tu ama?

MARTINA.

ocina y la cama  
ue lo distingui;  
uien hay que en buena cuenta  
e por conclusion,  
as las amas son  
puerca cenicienta?  
esto último en casa,  
ria, á fe, á fe  
hay duda alguna en que  
lo de ama no pasa;  
stotra es disparate  
amarla señora;  
a la llevó ahora  
na el chocolate,  
mpezarse á vestir.

DAMIAN.

ios, Martina.

FÉLIX.

Adios...

MARTINA.

ara entre los dos  
a que decir.

### ESCENA III.

EN DAMIAN Y MARTINA.

DAMIAN.

es?

MARTINA.

Una friolera,  
¡no lo tiene á mal.

DAMIAN.

¿por cierto: di, ¿cuál  
neces?

MARTINA.

Yo quisiera  
gordo, señor,  
ago de menester.

DAMIAN.

¿qué te quieres hacer?

MARTINA.

mal de labor,  
no se ha cumplido el mes,  
quiero pedir.

DAMIAN.

¿no tengo que venir,  
e daré después.

MARTINA.

¿qué mejor ocasion,  
se tenéis voluntad?

DAMIAN.

le prisa.

MARTINA.

En verdad,  
veces disculpas son...

DAMIAN.

¿no?

MARTINA.

Genas de no darle.

DAMIAN.

¿No te he dicho ya que sí?

MARTINA.

El equivoco entendí.

DAMIAN.

No tienes que interpretarle.  
Adios, hasta luego.

### ESCENA IV.

MARTINA.

En humo

Verle quisiera volver.  
Y ¡que haya simple mujer,  
Que á galán que no da zumo,  
Por mas que le aprietan, quiera,  
Y por él esté muriendo,  
Siendo un don Juan Pereciendo,  
Sin blanca en la faltriquera!  
¡Y que esta mujer se muera  
Por aqueste mentecato,  
Paseante y almirantero,  
Viga derecha y pelmazo!  
Sí, señor: mucho galon,  
Que ayer lo desechó el amo,  
Mucha vuelta con feston,  
Buena media y buen zapato,  
Sombrero fino, y la capa  
Con tanto terciopelazo,  
Espadin preso al ojal,  
Cual venera ó relicario;  
Y todo esto ¡en qué se funda?  
En que soy don Damian Pablos,  
Escribiente de un señor,  
Con racion de nueve cuartos,  
Acribillado de trampas,  
A puro pedir prestado,  
Y andar engañando bobas  
Con fingidos mayorazgos.  
Pero á fe, que de los dos  
No sé cuál mas engañado  
Será, porque la tal dama,  
Siu ser juicio temerario,  
Entre veinte compañeros  
Valdrá cuatro ó cinco ochavos  
Ella, su dote y su ropa.

### ESCENA V.

DOÑA MARIA Y MARTINA.

MARIA.

¿Qué estás ahí, Martina, hablando?  
¿Quién era aquel forastero,  
Que con don Damian ha estado?

MARTINA.

Yo no se lo he preguntado.

MARIA.

Pues yo de su traza infero,  
Que es hombre de calidad.

MARTINA.

¿En qué lo conoce usted?

MARIA.

En su porte.

MARTINA.

Conoced  
Quién es él por su amistad.

MARIA.

Pues ¿qué amistad es la suya?

MARTINA.

La del que le trajo aquí.

MARIA.

Yo nunca en mi vida ví  
Libertad como la tuya.

MARTINA.

¿Qué es libertad? no, señora,

Bien la pura verdad ves,  
Porque cual la amistad es,  
Tal es el amigo ahora.  
Y él será, aunque es tan galán,  
Siendo de su mismo estambre,  
Un don Rabiando de hambre,  
Como el señor don Damian.

MARIA.

Calla, no lo oiga mi prima,  
Que sale.

MARTINA.

¡Y con qué alborozo!

MARIA.

No me parece mal mozo.

MARTINA.

Dale.

### ESCENA VI.

DOÑA JERONIMA Y ANA.

JERÓNIMA.

Tengo en mucha estima,  
Anita, ese pitibú.

Anda, y búscamele tú. *(Vase Ana.)*

MARTINA.

¿No era mejor la cofieta  
Con cinta del cigarrito?

JERÓNIMA.

No, que me la puse ayer,  
Y hoy ponérmela es delito.

MARTINA.

Pues ¿qué importa?

JERÓNIMA.

Mentecata,  
¿Te has criado en las Batuecas?  
Dime: ¿dónde has visto tú,  
Que una mujer de mis prendas  
Use dos veces seguidas  
Una cosa mesma? que eso  
Se estilará en tu lugar,  
Donde todo el año entero  
La propia saya y jubon  
Trae la mujer del alcalde,  
Y si no lo halla de balde,  
No se muda ni un cordón.  
Mas yo que tal cual me veo,  
A Dios gracias, poderosa,  
¿Por qué he de usar una cosa  
Como tú dices arreo?

MARTINA.

Es que el buen gusto pudiera  
Ese defecto suplir.

JERÓNIMA.

No hay gusto en el repetir.  
*(Vuelve Ana.)*

ANA.

Juzgué que con él no diera,  
Segun estaba escondido;  
Pero en fin ha parecido.

JERÓNIMA.

¿Y el espejo?

ANA.

Ya está aquí.

JERÓNIMA.

Oyes, me parece á mí  
Que mas limpio puede estar.

ANA.

Pues ¿cómo le he de limpiar?

JERÓNIMA.

¿Cómo has de limpiarle? así.  
*(Límpiale.)*

¿No ves esas listas aunchas?  
¿Qué curiosidad tan pura!  
Así á mí se me figura  
Que tengo el rostro con manchas.

ANA.

Vo bien le limpié.

JERÓNIMA.

¿Qué altercas?

¿No es cierto para rabiár,  
No poderse bien peinar,  
Por el tesón de estas puerkas!  
¿Que tal necesidad reine  
En un siglo tan contrario,  
Que he de pagarla un salario,  
No mas de porque me peine!  
Y está con su habilidad  
Tan vana la tal criada,  
Que hace esto, y no hace mas nada;  
Pues por cierto y por verdad,  
Que veinte reales al mes,  
Dos cuartos que almuerzo llama,  
Y los desechos del ama,  
Moco de pavo no es.  
Y esto de que es menester  
Estar por fuera decente  
Es lo que te hace insolente,  
Y te hace ensorberbecer.  
Ahora digo, y con razon,  
Habiendo en vestir tal norma,  
Que las mujeres de forma  
Tenemos gran sujecion.  
¿Vamos á peinar?

ANA.

Señora...

Si usted sabe que en peinar  
No la pudo contentar  
Otra criada hasta ahora,  
Y que luego que yo entré,  
Sin ser esto vanidad,  
Con mi grande habilidad  
Toda la corte admire,  
¿Para qué es tanto rigor,  
Por un descuido no mas?

JERÓNIMA.

¿Cuándo tú refrenarás  
El pico tan hablador?

ANA.

¿Pues no me has de permitir,  
Ni hablar con modo debido,  
Habiéndote merecido  
(Déjamelos ahora decir)  
La confianza tan grande,  
Que no á todas se la dan,  
Del amor de don Damian?

JERÓNIMA.

Ya recelo yo que ande  
Bien en tu boca mi honor,  
Mas ¡desdichada de ti!

ANA.

No receles tal, y dí,  
Sin lisonja ni favor:  
En acertarse á peinar,  
Y en ponerse el pitibú.  
¿Hay alguna como tú?

JERÓNIMA.

No te lo puedo negar.

ANA.

Ni negarás que tu porte  
Es ya por mi aplicacion  
Envidia y admiracion  
De las damas de la corte.

JERÓNIMA.

Cierto.

ANA.

Y si mas se penetra,  
Segun todo el mundo vió,  
Desde que te peino yo,  
Te llaman la Petimetrá.

JERÓNIMA.

Es verdad.

ANA.

Pues si es, ¿por qué  
Al punto te has de enojar  
En oyéndome hablar  
Cualquier cosa?

JERÓNIMA.

Me enojé,  
No tanto por lo que hablaste,  
Como que por tu descuido  
Lleno de polvo y torcido  
El espejo me sacaste;  
Y no es modo de servir  
Este.

ANA.

No me riñas mas,  
Y aplaude otras prendas mías.

JERÓNIMA.

Y tantas habladurías,  
¿A qué asunto las dirás?

ANA.

Digolo, porque pudiera  
Darme alguna estimacion  
El tener con perfeccion  
Mi habilidad peluquera.  
Y no es eso solamente  
Lo que en mí se encontrará,  
Porque otra ninguna habrá  
Que pueda poner decente  
Con menos costa á su ama,  
Pues de cualquier trapo viejo  
Formado un vestido deo,  
Digno de la mejor dama;  
Que los vestidos de hoy día  
No son de coste, señora,  
Porque solo se usa ahora  
Hojarasca y policia;  
Y los pocos que tú tienes  
(Ahora que solas estamos)  
Bien sabes que siempre andamos  
Mudándolos.

JERÓNIMA.

Te entretienes  
Mas de lo que es menester.

ANA.

Porque parezcan distintas,  
Ya guarniciones, ya cintas....

JERÓNIMA.

¿Qué habladora estás, mujer!

ANA.

En la bata.

JERÓNIMA.

Dejaló.

ANA.

En la basquiña y la falla.

JERÓNIMA.

Vamos á peinarme, y calla.

ANA.

Pero todo lo hago yo.

JERÓNIMA.

Sí, mas tráeme el peñador.

ANA.

Ya le tengo aquí, señora.

JERÓNIMA.

Anita, digo que ahora  
Quitarme el vello es mejor,  
Antes que venga mas gente.

ANA.

Pues qué, ¿no se quitó ayer?

JERÓNIMA.

No importa, que da en crecer,  
Y apenas tengo los veinte;  
Trae el vidrio, si te place,  
Si no, con pez ó con cera.

ANA.

Tengo mi madre vellera,  
Y ¿no sabré cómo se hace?

JERÓNIMA.

Mas calla, que Mariquita  
Ya con sus ridículoceces  
Viene aquí.

## ESCENA VII.

DOÑA MARIA Y DICHAS.

MARÍA.

¡Jesus mil veces!

¿Es posible, Jeronita,  
Que á estas horas sin vestir  
Estés en el tocador,  
Sin ponerte á hacer labor,  
Ni quererte persuadir  
A que tanto señorío  
Como el tuyo no está bien,  
Ni le corresponde á quien  
A espensas vive de un tío?  
Ya sabes que la fortuna  
Hoy nie tiene reservados  
Diez y siete mil ducados,  
Y que á ti mas importuna  
Te miró. No te alborote;  
Pues no es vileza inflamada  
El que una doncella honrada  
Lleve en honor todo el dote;  
Y tú no contenta, prima,  
Con andar vociferando  
Que es tuyo, me estás tratando  
Con desprecio y sin estima.  
Ya ves que tú no haces nada,  
Y yo siempre cocinera  
Te sirvo, como si fuera  
La mas indigna criada.  
Pues no, prima, no es razon,  
Que la que ha de ser mujer  
De todo debe saber,  
Del estrado y del fogon.  
Bien sabes que nuestro tío  
Muy agrio contigo está,  
Y por eso te habla ya  
Con despego y con desvío.  
Todos se burlan de tí,  
Y tú lo juzgas favor,  
Que el celebrarte el humor  
Es chanza que se usa aquí.

JERÓNIMA.

Bueno es eso; tú quisieras  
Que una puerca fuera yo,  
Y que me arrastren, ó no  
Calandrajos y arpilleras,  
Arpillera y calandrajos  
Fuesen mi adorno y mi tren,  
Y que llevara tambien  
Por defuera los zancajos.  
Quisieras que yo anduviese  
Con tanto moco colgando  
Y que con los pies andando  
Hiciera una y otra ese.  
Que llevara el delantal  
Arrastrando por un lado,  
Y del otro levantado  
Con las rodillas igual.  
Quisieras que me peinara  
En bolsa, meño, ó rodete,  
O que anduviera el copete  
Ofuscándose la cara.  
Que el manto sin punta fuese,  
Como viuda ó alcabueta,  
Y una cola de bayeta  
Con que las calles barriese.  
Quisieras...

MARÍA.

No quiero nada:  
Entendámonos, mujer.  
Que un medio se ha de escoger,

ña acabada.  
 unto ni tan poco  
 te pido yo :  
 no me gusto,  
 volgando el moco.

JERÓNIMA.

la limpieza  
 nueva crianza.

MARÍA.

merece alabanza  
 r cuerpo la pureza.

JERÓNIMA.

¿ tienes que notar ?

MARÍA.

JERÓNIMA.

No hay esceso  
 urque para eso  
 justo destinar  
 adres.

MARÍA.

Pues á mi  
 los me los ha dado?

JERÓNIMA.

tú has declinado  
 me yo subí.

MARÍA.

yo? ¿ qué motivo  
 razones como esta  
 yo? ¿ por ventura  
 rás tu nobleza  
 pa y con vanidad,  
 de dónde venga?  
 yo á mi linaje  
 fvo con modestia  
 no escandalosa,  
 sia, y no deshonesta?  
 nde es mi desaseo,  
 tiempo que tú empleas  
 te, le gastara  
 misma diligencia,  
 a bien mi papel  
 quier parte que fuera?  
 orres, prima mia,  
 e traigan en lenguas,  
 ote todo el mundo  
 a la Petimetra?  
 cor que tú juzgas,  
 obra para ti inmensa  
 avieran por nada  
 maravillas.  
 lo tan famoso!  
 lo, que si tuvieras  
 liscuro, la cara  
 cho te se cayera ;  
 al aun el ir contigo  
 amor y vergüenza,  
 todos son fantasmas,  
 rimajes y muecas.  
 sé qué interés  
 o es el que te lleva  
 hombre vagabundo ;  
 quien es consideras,  
 se lo menos malo  
 se es suma pobreza,  
 pero, mucha hambre,  
 ire en la cabeza.  
 se está burlando,  
 te bisonja,  
 es que es discrecion  
 es solapa y cautela.  
 riada, que el diablo  
 orque tú te pierdas,  
 e tiene la culpa  
 as de tus simplicias.  
 sus embebecos  
 olla, y.....

ANA.

Señora, buenas  
 Noticias, por vida mia ;  
 Pues no, yo no aguanto de esas.  
 Si imagina que en Madrid  
 Me faltará conveniencia...  
 Pues tasadamente en casa  
 De cuatro ó cinco duquesas  
 Me están rogando que vaya  
 Con mucho empeño, y si fuera  
 Allí me celebrarían  
 Lo que aquí me vituperan.

### ESCENA VIII.

DICHAS Y MARTINA.

MARTINA.

Señora, don Damian viene.

JERÓNIMA.

Pues lo que mi amor te ruega,  
 Mariquita, es que te acuerdes  
 Que naciste con prudencia.

MARÍA.

¿ Viene aquel otro tambien ?

MARTINA.

Si, señora.

MARÍA.

No, no temas,  
 Que una cosa es estar solas,  
 Y otra haber gente de fuera.

MARTINA.

Aprisa, que está esperando.

MARÍA.

Dile que entre.

JERÓNIMA.

Dí que venga.

MARTINA.

Voy.

JERÓNIMA.

Al instante, al instante,  
 Anita, limpia esa mesa,  
 Arrima esos taburetes,  
 Corre esa cortina apriesa,  
 Quita de allí aquella jarra,  
 Y eso que emporcó la perra,  
 Llévate ese candelero,  
 Y las despabiladeras,  
 Y venga quien venga ahora.

### ESCENA IX.

DICHOS, MARTINA, DON DAMIAN  
 Y DON FELIX.

MARTINA.

¿ Y aquello? (De dentro.)

DAMIAN.

No has de ser necia.

MARTINA.

¿ Pues no dijo usted que luego ?

DAMIAN.

Es verdad.

MARTINA.

Pues vaya.

JERÓNIMA.

¿ No entra  
 El señor don Damian ?

DAMIAN.

Solo (Salen.)  
 Esperaba esa licencia.

JERÓNIMA.

Dichosos, señor, los ojos  
 Que os ven.

DAMIAN.

Muy enhorabuena ;

Pues siendo los vuestros, pido  
 Para ellos dichas eternas.

JERÓNIMA.

Discreto venís.

DAMIAN.

Señora,  
 Ya todo el mundo confiesa  
 Que lo soy, no porque en nada  
 Mis estudios lo comprueban ;  
 Mas por ver cuán acertada  
 Es mi eleccion, pues venera  
 Vuestras órdenes.

JERÓNIMA.

Mil gracias :

Tomad sillas.

FÉLIX.

La obediencia  
 Disculpe la confianza.

JERÓNIMA.

Y aunque curiosidad sea  
 Propia en nosotras, sepamos,  
 Si no hay cosa que lo veda,  
 Quién es este caballero.

MARÍA.

Eso mi atencion espera. (Aparte.)

FÉLIX.

Vuestro esclavo.

JERÓNIMA.

Señor mío.

DAMIAN.

Es don Félix de Contreras,  
 Que de Valladolid vino  
 Hoy, y amistad muy estrecha  
 Profesamos, y fiado  
 Yo en la benignidad vuestra,  
 Me tomé el atrevimiento  
 De traerle.

JERÓNIMA.

Y desde hoy sepa,  
 Que es muy suya aquesta casa.

FÉLIX.

Para acudir siempre á ella  
 A ofrecer mis rendimientos,  
 Como debo.

MARÍA.

A poseería.

JERÓNIMA.

Y ¿ qué os parece la corte ?

FÉLIX.

No es para mí cosa nueva.

JERÓNIMA.

¿ Habeis otra vez estado ?

FÉLIX.

Señora, si nací en ella.

JERÓNIMA.

Pues no estrañareis tampoco  
 De hallarme á una hora como esta  
 Tan indecente ; y es cierto,  
 Que así estar yo no debiera,  
 Viniendo á favoreerme  
 Vos.

FÉLIX.

De cualquiera manera  
 Estais digna del aplauso,  
 Del obsequio y reverencia  
 Del mundo.

JERÓNIMA.

Es favor que os debo.

FÉLIX.

No es en mi favor, que es deuda.

MARÍA.

¡Válgame Dios, qué razones  
Tan sentadas y discretas! (Aparte.)

JERÓNIMA.

¿Os habeis desayunado?

DAMIAN.

Ya está hecha esa diligencia.

JERÓNIMA.

Trae, Martina, el chocolate.

DAMIAN.

Hablemos de otra materia.

JERÓNIMA.

De la que gustareis vos.

**ESCENA X.**

DICHOS Y ROQUE.

ROQUE.

Buenos días. La lavandera,  
Señor, pide aquellos cuartos.

DAMIAN.

¡Que ahora con eso te vengas!

ROQUE.

¿Pues no he de venir, si dice  
Que tiene el marido en pena,  
Hablando de sabañones,  
Con dos potras y una hernia,  
Y no puede trabajar?

DAMIAN.

Anda, ve, y dila que vuelva  
Otro día, y no me enfades.

MARTINA.

Roque, cuidado si cuentas  
A alguien, que tu señor viene  
A ver á mi ama.

ROQUE.

Necia,

Tú serás la que lo diga.

MARTINA.

No por cierto, no lo creas;  
Sé yo callar de mis amas  
Cosas mayores que no estas.

ROQUE.

Y yo también de mis amos.

MARTINA.

Secreto eres.

ROQUE.

Tú secreta.

DAMIAN.

Si al instante no te vas,  
Te he de romper la cabeza.

ROQUE.

Si así dices los almuerzos,  
Y por las noches las cenas,  
No ayunara yo al traspaso  
Eternamente.

DAMIAN.

¿Qué rezas?

ROQUE.

El pan nuestro dánosle hoy,  
Y perdona nuestras deudas.

DAMIAN.

Anda, infame.

ROQUE.

Usted, señor,

Quede con Dios.

**ESCENA XI.**

DICHOS, menos Roque.

JERÓNIMA.

Gasta fiema,

Que no hay diablos que le aguanten.

DAMIAN.

Que me perdoneis es fuerza  
Su ignorancia.

FÉLIX.

A vos, señora,

Os servimos de molestia.

JERÓNIMA.

¿Por qué?

FÉLIX.

Porque no os peinais.

JERÓNIMA.

Fuera eso mucha llaneza.

FÉLIX.

Pues estoto es despedirnos.

JERÓNIMA.

Pues por no perder tan buena  
Conversacion, peinarne,  
Puesto que me dais licencia,  
Anita, vamos.

ANA.

Las flores

De la última moda estas  
Que traigo son.

JERÓNIMA.

¿Qué os parecen?

DAMIAN.

De buen gusto.

FÉLIX.

Son muy bellas.

JERÓNIMA.

¿Lo haceis por no disgustarme?

DAMIAN.

No, señora, aunque no fueran  
Buenas de por sí, es muy cierto,  
Que á ser célebres emplezan,  
Cuando esperan verse ufanas,  
Siendo airon de tu cabeza.

JERÓNIMA.

Si en otra acaso estoviesen,  
Bien sé yo que os parecerían  
Algo mejor.

DAMIAN.

Si en el cielo,

Trasformadas en estrellas,  
Las viese resplandecer,  
Como la lira y la flecha,  
No las estimara mas.

JERÓNIMA.

Bien sé que otra cosa os queda.

DAMIAN.

Queda mucho que decir,  
Que si explicarlo pudiera,  
O hacer mi razon visible,  
Ciertamente que no oyera  
De tu boca lo que escucho.

JERÓNIMA.

Que me picas.

ANA.

Si es que no entra

Ese alfiler, y es por eso.

DAMIAN.

Porque en mi fe verdadera  
No se trasluce mentira  
Ni ficciones.

JERÓNIMA.

Que me aprietas.

ANA.

Si es que no tienes, oyendo,  
Muy segura la cabeza.

JERÓNIMA.

Pues ¿cómo la he de tener?

ANA.

Siquiera un instante quieta.

JERÓNIMA.

¿Qué os parece á vos, don Félix,  
Las disculpas, si son buenas  
De vuestro amigo?

FÉLIX.

Señora,

Que ni la hay, ni puede haberla,  
Juzgo, para no estimaros  
Únicamente en la tierra.

JERÓNIMA.

Pues él no es de esa opinion.

FÉLIX.

Dudo yo que cierto sea.

JERÓNIMA.

¿Por qué?

FÉLIX.

Porque no imagino

Que haya en el mundo tan necia  
Ingratitud, que logrando,  
No digo correspondencia,  
Que esto es mucho, sino oídos  
De vos, atrevido tenga  
Animo para mirar  
En el mundo otra belleza.  
Yo, á lo menos si lograra  
Tal favor, que no lo espera  
Ni mi indignidad humilde,  
Ni mi encogida modestia,  
Girasol eterno vuestro  
Arrebatado viviera,  
Y abortito en contemplacion  
De cuanto naturaleza  
Apuró para formaros.

JERÓNIMA.

Pues aquí está quien desprecia  
Todo lo que alabais vos.

DAMIAN.

No me apureis la paciencia,  
Que eso es ya desesperarme.  
Con vuestras palabras mesmas,  
Y las de don Félix tengo  
De mostrar con evidencia  
Lo que os amo: vos decís  
(Bien lisonja, ó verdad sea)  
Que soy discreto.

JERÓNIMA.

Y lo afirmo

DAMIAN.

Don Félix, que sois perfecta  
Acaba de confesar.

FÉLIX.

Lo confesará y confiesa.

DAMIAN.

Luego siendo yo discreto,  
Como vos decís, es fuerza  
Que ame lo que confesais  
Vos que es perfecto; pues fuera  
Necia discrecion la que  
La perfeccion no quisiera.

JERÓNIMA.

Que me tiras.

ANA.

Como estás  
Embebecida y suspensa,  
No juzgué que te tiraba.

JERÓNIMA.

Me das tormento de cuerda,  
Añoja, por Dios, un poco.

DAMIAN.

¿Es á mí?

JERÓNIMA.

No, sino á esta  
Tonta, que me mortifica.

DAMIAN.

¿No me volveis la respuesta?

JERÓNIMA.

¡Ah! sí: ya no me acordaba.

DAMIAN.

¿Válgame el cielo, qué pena!  
Que haya de haber siempre acasos  
Que mis fortunas alteran!

JERÓNIMA.

Hay argumentos, señor,  
Que si solo á lo que suenan  
Se atiende, parecen claros,  
Pero si se hace reflexión,  
Se experimenta que algunos  
En la práctica falsean;  
Y así, señor don Damian,  
Aunque la discrecion vuestra  
Con sofisticos engaños  
Me persuada que me quiera,  
Mas que de favores, lleno  
De invenciones y agudezas;  
Lo que prueba el silogismo  
Falsifica la experiencia.

FÉLIX.

Esta mujer habla como  
Si cursase las escuelas.

MARÍA.

Nunca vi, por mi desgracia,  
A mi prima tan discreta.

JERÓNIMA.

¿No respondeis?

DAMIAN.

Sí, señora:

Estaréis muy satisfecha  
De que me habeis convencido.  
Pues solo porque se vea  
Que no, reparad, señora,  
La artificiosa elocuencia  
Con que me injuriáis; por cierto  
Es que en cualquiera materia  
Donde luce el artificio,  
Se trasluce la cautela.  
Si el corazón vuestro herido,  
Como tengo yo, tuvierais,  
Si enajenados tuviérais  
Los sentidos y potencias,  
No estuvieran tan espertos  
Para con tanta presteza  
Persuadir lo que no es,  
Haciéndome á mí que crea  
Lo que tu boca me dicta,  
Aunque el alma me lo niega;  
Y así, de esto inferiremos,  
Con tu permiso y licencia,  
Que muy discreta anduvistes,  
Pero no muy verdadera.

MARÍA.

Grandemente se disculpa.

JERÓNIMA.

Pues yo no estoy satisfecha.

MARÍA.

¿Por qué?

JERÓNIMA.

Muchacha, despacio,  
Que me tiras y repelas.

¡Ay qué mano tan pesada!

¿Válgame Dios! ¿quién pudiera

Ser cualquiera de vosotras,  
Que de mes á mes se peina,  
Y con todo está decente?  
Este trabajito lleva  
La que tiene obligaciones,  
Como yo.

FÉLIX.

Señora, es fuerza,  
Que las mujeres de modo  
Se rindan á la tarea  
Cotidiana de adornarse  
Como conviene á su esfera.

JERÓNIMA.

Es verdad.

DAMIAN.

Parece que  
De nuestra cuestion te alejas:  
Sepamos en qué te ofendo,  
Que hasta tanto que lo sepa  
No estaré yo sosegado.

JERÓNIMA.

Pues por ver si te sosiegas,  
Ya que eres tan importuno,  
Anoche ¿qué dependencias  
Tuvisteis, que no os he visto?

DAMIAN.

Como contingente sea,  
Y aun imposible el hablarlos,  
Segun dijisteis vos mesma,  
No vine anoche.

JERÓNIMA.

Es verdad;  
Mas bien sabeis que á las rejas,  
O al balcon suelo estar siempre,  
Y aquel que adora de veras,  
Si hablar no puede, con ver  
Lleva el alma satisfecha.

DAMIAN.

Es así, pero.....

MARÍA.

Mi tío.

¡Ay Jesus! vamos apriesa,  
Y buscar dónde esconderse.

JERÓNIMA.

Meteros en esa pieza,  
Y tú, Martina, con ellos,  
Para que con maña puedas  
Impedir, si quiere entrar.

MARTINA.

¿Y que esto á mí me suceda!  
¿Yo encerrada con dos hombres!  
Por Cristo, que nada sepa  
Roquillo.

JERÓNIMA.

Nada sabrá.

MARÍA.

Entrad, y cerrad la puerta.

## ESCENA XX.

DOÑA MARIA, DOÑA JERONIMA,  
MARTINA, ANA Y DON RODRIGO.

RODRIGO.

Este caso, por mi vida,  
Me ha de perder la cabeza;  
No le ha habido semejante  
En consejos ni en escuelas,  
Ni el Vinio me da razon,  
Ni Cujacio, ni Valencia,  
Ni toda la turba-multa  
De los autores, que llenan  
Los estantes de mi estudio;  
Y quiero ver si en Ortega,  
Que me le dejó olvidado,

Hallo algo de esta materia:  
¿Válgame Dios!

MARÍA.

Tío mío,

¿Dónde vais con tan suspensa  
Admiracion?

RODRIGO.

Calla, niña,  
Porque no son cosas estas  
Para vosotras.

MARÍA.

Si estais  
Malo, ó la terciana os entra,  
Id por Dios á recogeros,  
Que yo con la diligencia  
Que acostumbro os cuidaré.

RODRIGO.

No es terciana, ¿ojalá fuera!  
Que esto es cosa del honor.

MARÍA.

¿Cielo santo! ya estoy muerta,  
Cosa del honor ha dicho. (Ap.)

RODRIGO.

Y así, á entrar voy á esta pieza.

JERÓNIMA.

¿A qué?

RODRIGO.

A que he de menester  
Informarme con certeza...

JERÓNIMA.

¿De qué, señor?

RODRIGO.

De una cosa.

JERÓNIMA.

¡Ay! ¿qué cosa será esta? (Ap.)

MARÍA.

No entreis, señor.

RODRIGO.

Pues ¿por qué?

MARÍA.

Está cerrada la puerta.

RODRIGO.

Pues abridla, porque es  
Preciso que un libro vea,  
Que me le dejó olvidado.

MARÍA.

Esto es ya de otra materia. (Ap.)

RODRIGO.

Y va mi honor en sacar  
Con lucimiento y presteza.  
A un litigante, que fia  
De mi vida, honra y hacienda.

JERÓNIMA.

Martina, tu señor tiene  
Que hacer dentro de esa pieza,  
Y quiera entrar.

MARTINA.

¡Ay, señora! (Dentro.)

Por san Blas y santa Elena,  
Que no le dejes.

JERÓNIMA.

¿Por?

MARÍA.

Porque estoy

¿Pues qué ha

¡Ay,  
De...

RODRIGO.

Aprisa, acaba:  
¿Como estás de esa manera?

MARTINA.

Me estoy mirando las pulgas.

RODRIGO.

Pues que me abras aquí es fuerza,  
Que no quiero verte nada.

MARTINA.

Si estoy en camisa puesta,  
¿Cómo lo he de hacer, sin que  
De empacho me castiga muerta?

RODRIGO.

¿Qué bien que á mí me parece  
El recato en las doncellas!  
Pues mira, dame ese libro  
Por debajo de la puerta,  
Que está ahí.

MARTINA.

¿En dónde, señor?

RODRIGO.

Ahí sobre esa papelera.

MARTINA.

Señor, aquí hay tres ó cuatro.

RODRIGO.

Veremos cuál de ellos sea.  
(*Bájase á mirar por debajo de la puerta.*)

MARTINA.

¿Será este?

RODRIGO.

Dácale á ver.  
(*Entretiénese con los libros.*)

**ESCENA XIII.**

DICHOS Y ROQUE.

ROQUE.

Deo gracias, la lavandera  
Dice que esperar no puede.

JERÓNIMA.

¡Maldita sea tu lengua!  
Vete al instante.

ROQUE.

No puedo,  
Que sube por la escalera  
El soplon del escribiente.

JERÓNIMA.

Todo lo perdimos de esta,  
Si allí le abren, ve á los dos;  
Si vuelve acá la cabeza,  
Ve á estotro; aprisa, enemigo,  
Métete bajo esta mesa.

ROQUE.

Allá voy. (*Métese.*)

RODRIGO.

¡Válgate Dios!  
El pleito, y lo que me cuesta!  
Pero el Barbosa ha de estar  
Juzgo en esta cuadra misma.  
¡Ah Martina! un libro grande  
¿No está ahí?

MARTINA.

Porque no le diera  
El polvo, yo esta mañana  
Al barrer las agujetas  
Le até, y muy curiosamente  
Le metí bajo la mesa  
Del tocador de mi ama.

RODRIGO.

Y ¡que anden de esta manera  
Mis libros! (*Va á sacarle.*)

MARÍA.

¿Dónde vais, tío?

RODRIGO.

¿Hay alguna otra doncella  
También en cueros aquí?

MARÍA.

No, sino que no es decencia,  
Que os arrastreis vos, que yo  
Puedo sacarle.

RODRIGO.

Pues ea,

Despacha.

MARÍA.

¿Virgen del Carmen! (*Búscales.*)

RODRIGO.

¿Qué sucede? ¿No lo encuentras?

MARÍA.

No, señor.

RODRIGO.

Quita, que yo  
Le hallaré.

JERÓNIMA.

Eso temo.

RODRIGO.

Necia,

Aparta; le buscaré.

MARÍA.

Nadie hará mas diligencia  
Por daros gusto que yo.  
Ya le encontré.

RODRIGO.

Si me llega  
Nadie á mis libros, aunque  
De polvo no se les vea,  
A palos con el baston  
La he de romper la cabeza. (*Vase.*)

**ESCENA XIV.**

DICHAS, menos Don Rodrigo.

ANA.

Gracias á Dios, que salimos  
De tal confusion y pena.

MARÍA.

Yo no soy para estos sustos,  
Jeromita, yo estoy muerta;  
Yo no sé qué gusto tienes  
En esto.

JERÓNIMA.

Vaya, eso deja.

¿En qué poca agua te ahogas!

MARÍA.

Voime á esparcir allá fuera. (*Vase.*)

JERÓNIMA.

Ya podeis salir, señores.

**ESCENA XV.**

DICHAS, DON DAMIAN Y DON FELIX.

DAMIAN.

Ya impaciente lo desea  
Mi afecto.

JERÓNIMA.

No hay que temer  
De que ya mi tío vuelva,  
Que aquello fué un accidente.  
A ver, ese espejo llega:  
¿Si estaré yo bien peinada?

DAMIAN.

Estás, Jerónima bella,  
Trasformada en una Venus.

JERÓNIMA.

Las flores, ¿qué tal me sientan?

FÉLIX.

Mejor que no en su jardín.

JERÓNIMA.

¿Y los pávlos?

DAMIAN.

Te hermosos.

JERÓNIMA.

¿Cómo me dice el lunar?

FÉLIX.

Como al cielo las estrellas.

JERÓNIMA.

Pues tráeme, Anita, abanicos.

ANA.

¿Cuál queréis? ¿el de la fiesta  
De los toros de Aranjuez?

JERÓNIMA.

¡Jesus, qué cosa tan vieja!

ANA.

¿El del Peneque?

JERÓNIMA.

Tampoco.

ANA.

¿Del empedrado?

JERÓNIMA.

El que quieras,  
Como no sea antiguallas.

ANA.

El de la moda postrera  
Es este.

JERÓNIMA.

Muy bien: las cintas,  
Las sortijas, las pulseras,  
El collar, el ramillete,  
Los guantes, caja y frascueta,  
El reloj, las arracadas,  
Y lo que sabes que lleva  
Una mujer de mi porte.

ANA.

Todas estas cosas puestas  
Por su orden tengo en la alcoba. (*Vase.*)

JERÓNIMA.

Pues voy, con vuestra licencia,  
A acabarme de vestir.

DAMIAN.

Si os faltase camarera,  
Aquí teneis quien os sirva.

JERÓNIMA.

Lo estimo. (*Vase.*)

MARTINA.

Una trampa buena  
Le armamos al pobre viejo;  
Mi astucia la paga espera.  
Voy á mirar mi comida. (*Vase.*)

**ESCENA XVI.**DON DAMIAN, DON FELIX Y ROQUE  
*escondido.*

DAMIAN.

Ahora bien, mi atencion sepa  
Qué habeis juzgado, don Félix,  
Del mérito de mi prenda.  
¿Hela exagerado mucho?  
¿Ponderé sus excelencias?  
¿No respondeis? Qué, ¿teneis  
Encogimiento ó vergüenza  
De decir que no os parece  
Tan hermosa y tan discreta  
Como yo os he ponderado?

FÉLIX.

¡Pinguera á Dios que eso fuera!

DAMIAN.  
¿? FÉLIX.  
Nada.  
DAMIAN.  
No os entiendo.  
FÉLIX.  
que no me entiendas,  
poco me entiendo.  
DAMIAN.  
S. FÉLIX.  
¿Y si os pesa  
able claro yo?  
DAMIAN.  
una manera  
s aseguro,  
tad verdadera  
sentir patente,  
lo con cautela.  
FÉLIX.  
amian, vos dijisteis  
ónima bella  
DAMIAN.  
Sí. FÉLIX.  
Y yo tambien.  
lo así, es ya fuerza  
aunque no discreto,  
se es perfecta.  
DAMIAN.  
aima amais.  
FÉLIX.  
onsecuencia.  
DAMIAN.  
cucho yo de quien  
dizo á verla!  
FÉLIX.  
eis que amabais  
te á ella,  
re las dos primas  
diferencia.  
DAMIAN.  
sa, que  
podiera  
ir á ninguna.  
FÉLIX.  
is la materia:  
re vos no amais,  
re la que quiera.  
DAMIAN.  
no es,  
sea.  
FÉLIX.  
la mujer;  
re me parezca,  
vos encargado,  
de mi tutela.  
DAMIAN.  
e la mia  
así pretendas  
gusto.  
FÉLIX.  
Yo nada  
DAMIAN.  
No tan recia  
que nos oigan.  
FÉLIX.  
engo hacienda,

Y puedo casarme, y vos  
Es imposible, aunque quierais.

DAMIAN.  
Así mi afecto se paga:  
¿Es razon ni amistad esta?  
FÉLIX.  
Nadie mas que yo el sagrado  
De la amistad fiel venera.  
DAMIAN.  
Pues sabed que he de vengarme  
De cualquier suerte que pueda.  
FÉLIX.  
No importa, que una traicion  
No asusta á mi fortaleza.  
DAMIAN.  
Pues de Jerónima huid.  
FÉLIX.  
Como me lo mande ella.  
DAMIAN.  
No os ha de querer tampoco.  
FÉLIX.  
Bástame el que yo la quiera.  
DAMIAN.  
Perderemos la amistad.  
FÉLIX.  
Pues la culpa será vuestra.  
DAMIAN.  
A Jerónima dejad.  
FÉLIX.  
Ya eso es machaca y cansera.  
DAMIAN.  
Yo por ella os traje aquí.  
FÉLIX.  
Pues yo os mataré por ella.  
DAMIAN.  
¿Vos á mí?  
FÉLIX.  
Sí, don Damian.  
DAMIAN.  
Pues, don Félix, cuando quieras.  
FÉLIX.  
Tal arrogancia merece  
Con la espada la respuesta:  
Ahora es buena ocasion.  
DAMIAN.  
No: salgamos allá fuera.  
FÉLIX.  
Decís bien, que no es razon  
Armar aquí una pendencia,  
Que el tocador de una dama  
No es bueno para palestra. (Vanse.)  
(Sale Roque de debajo de la mesa.)  
ROQUE.  
Andad con dos mil demonios,  
Canallas, malas cabezas,  
Que he estado allí devanado,  
Rotos brazos, piés y piernas.  
No hay que temer que se maten;  
Pues la cobarde prudencia  
De Damian ya hallará modo  
Como evadir la quimera.  
Ya lo verá Martinilla,  
Que con los majos se encierra:  
Mas voy yo á ver lo  
Hasta que otro rato  
A imitar á san Alejo  
Debajo de la escalera.

## ACTO SEGUNDO.

## ESCENA PRIMERA.

DOÑA MARIA.

¿Estoy sola? Sí: parece  
Que no me escucha aquí nadie,  
Porque á un triste solamente  
Le acompañan sus pesares.  
Pues ya que nadie es testigo  
Del fuego oculto que late  
En mi pecho, que ya pena  
Tierna y castamente amante,  
Procure aplacar sus llamas,  
Rompiendo mi voz el aire,  
Y con lágrimas y quejas  
Por boca y ojos se exhale:  
¿Qué nuevo galán Amor  
Trajo á pisar mis umbrales,  
Que á la primer vista ¡ay cielos!  
Rindió mi pecho constante!  
Pero este es al que gustoso  
Junto al Pisuerga una tarde  
Le respondí, aunque tapada,  
Mas amorosa que afable.  
Mas ¿qué digo? ¡yo prendada  
De hombre ninguno! ¡oh pesares!  
¡O afrenta! ¡oh vergüenza suma!  
Confundidme y acabadme.  
Primero, abriéndose en bocas  
La tierra, viva me trague  
En su oscurísimo centro,  
¡Oh pudor! que te quebrante.  
Pero ¿de qué sirven todos  
Mis enojos, si no es fácil  
Dejar de creer que en llamas  
Mi triste corazon arde?  
¿Es amar algun delito?  
No: que hay tantos ejemplares  
Que me disculpas, que aun juzgo  
Que el no amar es yerro grande.  
Amar, es naturaleza,  
Convénenme estas verdades.  
¿Qué fácilmente que uno  
Lo que quiere se persuade!  
Don Félix, ¡cielos! don Félix  
Es la causa de mis males,  
Es galán, es entendido,  
Es... mas disculpa es bastante.  
Pero ¿de qué suerte puedo  
Mis intentos declarar?  
¿Dirécelo? ¿Qué sé yo  
Si es de otra hermosura amante,  
Y qué sé yo si á su gusto  
Mi beldad no es agradable?  
Ni ¿qué sé yo si al oírme  
Me reputará por fácil?  
¡Oh, mal haya el que primero  
Reputó por liviandades  
El que las mujeres sientan,  
Y que lo que sientan hablen!  
Y ¡oh de los hombres dichasas  
Las eternas libertades,  
Porque dicen lo que quieren,  
Y al fin cuanto quieren hacen!  
Mas ya que de esta manera  
Lo quieren los cielos, ama,  
Note, oblique, solicite,  
Sufrá, advierta, espere y calle.

## ESCENA II.

DOÑA MARIA Y MARTINA.

MARTINA.

Parece que se cansaron  
Va de esperar los galanes.

; J

~ ~ ~

MARTINA.

Pues ¿qué tienes?

MARÍA.

¿Serás fiel?

MARTINA.

Pues qué, ¿eso dudando estás?  
Mi fidelidad verás.

MARÍA.

Pues mira, Martina, aquel  
Que hoy desde Valladolid  
Vino, y trajo don Damian,  
Tan discreto y tan galán,  
A hacerme guerra en Madrid,  
Del alma se apoderó,  
Y yo el alma le entregué;  
No sabe nada, porque  
No es razon mostrarlo yo.

MARTINA.

Bien hayas tú, que te pagas,  
Para que á tu prima asombre,  
De un hombre, que en todo es hombre  
Con que tu amor satisfagas.  
Este sí que es grande hallazgo,  
Pues de los dos he entendido,  
Cuando estaba allí escondido,  
Que es un rico mayorazgo;  
Este sí que es caballero.  
De tu prima el disparate  
Se enamoró de un petate,  
Solo porque es lisonjero.

MARÍA.

Pues bien, Martina, te encargo  
Notar, sin que te diviertas,  
Sus acciones, y me adviertas  
De esto, que queda á tu cargo.  
Mira, que en callar te esmeres,  
Que te está bien el callar,  
Ten cuidado de avisar,  
Y toma para alfileres.

## ESCENA III.

MARTINA.

Yo por aquí ó por allí,  
Siempre tengo de pillar;  
Tal modo de negociar  
De mi amo lo aprendí;  
Pues vienen dos litigantes,  
Y aunque ellos contrarios son,  
A entrambos da la razon;  
Y así del que vino antes,  
Como del que fué el postrero,  
De entrambos logra coger  
Por su injusto parecer  
Muchas gracias y el dinero.  
Doña María no sabe  
Cómo los dos repuntados  
Salieron desafiados  
Por su prima á un duelo grave,  
Y yo todo lo atisé;  
Mas no lo quiero decir,  
Quiérola así divertir,  
Porque no lo perderé.

## ESCENA IV.

MARTINA Y ROQUE.

ROQUE.

¡Ah Martinilla! ¡ah talmada!  
Que con los majos te escondes;  
¿Así á mi amor correspondes,  
Y así injuriarme te agrada?

MARTINA.

Roque, como te escondistes  
Tú, tambien me fué preciso;  
Y aunque mi amor no lo quiso,  
Tuve que hacer lo que visteis.

ROQUE.

Lo que he visto nada es,  
Lo que no he visto es el cuento:  
De puro zelos reviento  
Convertido en portugués.

MARTINA.

Vaya, Roque, deja eso,  
Y sabe que te soy fiel;  
Y dime en qué paró aquel  
Lance atrevido y travieso  
De los dos enamorados.

ROQUE.

Pues que lo atisbaste tú,  
Allá va con Bercebú:  
Salieron muy mesurados,  
Cabizbajos y mohinos,  
Haciéndose de valientes,  
Y murmurando entre dientes  
Las coplas de Calainos.  
Don Félix iba delante,  
Don Damian, que no ha nacido  
A ser guerrero atrevido,  
Sino á ser chistoso amante,  
Con mil consideraciones  
Lo que pensaba no sé;  
Pero cuando me arrimé  
Le apestaban los calzones.  
Acia el Prado enderezaron,  
Frente á frente se pusieron,  
Y de que solos se vieron  
Las tremendas aprontaron.  
Damian perdió los estribos,  
Y el color se le mudó  
Al punto que á Félix vió  
Con la espada en cueros vivos;  
Y con tiple de capon,  
Muypreciado de prudente,  
Le dijo: no es ser valiente  
Esto, Félix, ni es razon  
De que dos amigos tales,  
Como somos vos y yo,  
Se maten por lo que no  
Puede valer cuatro reales;  
Y así á su eleccion dejemos  
El que ella escoja al que quiera;  
Y haciendo de esta manera,  
Los dos nos satisfaremos.  
Dijo don Félix que sí;  
Con que juzgo, que á engañaría,  
A rendiría y obligaría  
Vendrán los dos presto aquí.

MARTINA.

Pues, Roquito, entre los dos  
No habrá celos ni desdén;  
Querámonos los dos bien,  
Y venga la paz de Dios.

## ESCENA V.

DICHOS Y DON DAMIAN.

DAMIAN.

¿Y don Félix ha venido?

MARTINA.

No le he visto.

ROQUE.

No, señor.

MARTINA.

Nunca vi ocasion mejor,  
De lo que habeis prometido.

DAMIAN.

¿De qué?

MARTINA.

De lo que pedí.

DAMIAN.

¿Qué pediste?

MARTINA.

Aquellos cuartos.

DAMIAN.

¡Déjame, por Dios, que hartos  
Males me cercan á mí!

MARTINA.

Si adentro no me llamaran,  
Yo os pusiera en un trapo. (Vase)

ROQUE.

Vaya, señor, que eres guapo,  
Cual los diablos no pensarán.

DAMIAN.

Déjame, y calla.

ROQUE.

Señor,

Yo en mi vida fui discreto;  
Pero ahora me prometo  
Un discurso superior.  
Esta madama fatal,  
Exsahumada con incienso,  
Que la faltan, segun pienso,  
Ocho cuartos para un real,  
¿Posible es que te ha ligado  
Con tal fuerza, señor mío,  
Que te tenga el albedrío  
Ciego y embarragado? .  
¿No miras su presuncion,  
Su melindre y su desdén,  
Y aquel andar ten con ten,  
Cual paso de procesion?  
Pensando en el uso nuevo,  
Y en darse en la cara el unto,  
Ni sabe coser un punto,  
Ni sabe echar sal á un huevo.  
Yo por mujer escogiera  
Una fresca mocetona  
Entre marquesa y gorróna,  
Entre madama y frutera.  
Juzgarán tus opiniones,  
Si la vieras por debajo  
Entre tanto calandrajó,  
El solar de los Girones.

DAMIAN.

Calla, atrevido.

ROQUE.

Señor,

Si la vista no me engaña,  
Callando, piedras apaña,  
Félix tu competidor.

DAMIAN.

Pues ve, y espera en la calle.

## ESCENA VI.

DON DAMIAN Y DON FELIX.

FÉLIX.

Ya, don Damian, juzgué yo  
Que del día instante no  
Puede haber que aquí no os balle.

DAMIAN.

Es mi centro.

FÉLIX.

Y tambien mío.

DAMIAN.

Don Félix, sentido estoy  
De que me ofendieseis hoy  
Con tan grande desvario.

FÉLIX.

Yo con nada os ofendí.

DAMIAN.

Faltasteis á la amistad.

FÉLIX.

No probareis que es verdad.

DAMIAN.

¿No lo probaré? pues di:  
¿Es amistad, ni es razon,



do yo os traje aquí,  
el cielo me dió á mi  
ella y eleccion,  
erais usurpar,  
á la cortesia,  
cosa que es mia  
as enajenar?

FÉLIX.

Respuesta es :  
Cielos son testigos,  
omos tan amigos,  
es, ya lo ves.  
o esta verdad  
para que  
nputeis que violé  
fo á la amistad ;  
unque nos conocamos  
os tiempos atras,  
iento no mas,  
mistad profesamos.  
mucha diferencia,  
ay gran desigualdad  
nirínseca amistad  
correspondencia.  
ho agradecimiento  
rme traido aquí,  
ba sido afecto á mí,  
desvanecimiento,  
e yo me admirara,  
ga por advertido  
r por dama escogido  
hermosa y rara.  
os desafío,  
y enojado,  
eis que provocado  
tra arrogancia fué.  
ar yo satisfecho,  
sois para campaña,  
ra tan vil hazaña,  
pesa haberla hecho.  
Jerónima muera,  
fenderos á vos,  
cis que entre las dos  
cuál vuestro amor quiera.  
en un buen discurrir  
on inferiré,  
enojasteis porqué  
anté en elegir.  
l dote lo haceis,  
no le necesito,  
á la dama quito,  
mia, ahí le teneis.

DAMIAN.

eparable.

FÉLIX.

Pues ea,  
yo en conclusion,  
jaste á su eleccion  
de su gusto sea.

### ESCENA VII.

DICHOS Y DOÑA MARÍA.

MARÍA.

gar no es cortesia  
los dos dejaros,  
go á mortificaros  
conversacion mia.

FÉLIX.

ortificacion :  
iera ansioso el cuello  
que siendo tan bello,  
ces sus penas son.

MARÍA.

empre el lisonjear  
ser tan usado  
bres de todo estado!

FÉLIX.

os podeis enganar ;

Y que quien tiene osadia,  
Como veis, de replicaros,  
No querrá lisonjearos,  
Hermosissima Maria.

MARÍA.

Pues ¿ en qué me replicais ?

FÉLIX.

Qué, ¿ no es réplica bastante  
El que diga yo arrogante,  
Señora, que os engañais ?  
Pues yo dijera, por Dios,  
Al querer lisonjear,  
Que no se puede enganar  
Una dama como vos.

MARÍA.

Lisonja entonces no era,  
Porque si yo me engañara,  
Entonces se comprobara  
Que yo tan hermosa fuera.  
Mas ¡ ay, que viene mi tio !  
Esconderos al instante.

DAMIAN.

Siempre da un misero amante  
De un bajo á otro bajo. *(Escóndense.)*

### ESCENA VIII.

DICHOS Y DON RODRIGO.

RODRIGO.

Sobrina, ¿ qué haces ?

MARÍA.

Señor :

Aunque estoy un poco mala.  
Ibame á entrar á la sala  
A ponerme á hacer labor.

RODRIGO.

De tí, niña, bien lo creo.  
¡ Ojalá como tú fuera  
Esotra loca altanera,  
Porque de ella, segun veo,  
Nada se puede esperar,  
Solo emplear noches y dias  
En hacer mil cortesias,  
Y en cómo se ha de adornar.  
¿ Qué está haciendo ? ¿ está cosiendo ?  
¿ O hace alguna otra labor  
De provecho ?

MARÍA.

No, señor :

Juzgo que se está vistiendo.

RODRIGO.

Pues ¿ cómo ? ¿ aun no está vestida ?

MARÍA.

Ya bien presto acabará.

RODRIGO.

Pues ¿ por qué no acaba ya,  
Y va á guisar la comida ?

MARÍA.

¡ Ay qué engañado que estás !  
Tio, fuerza es que lo avise,  
Si tú aguardas que lo guise,  
En tu vida comerás.

RODRIGO.

Pues ¿ cómo ?

MARÍA.

A mí no me toca

Decir de mi prima nada ;  
Llama á una ú otra criada,  
Y sabelo de su boca,

RODRIGO.

A ella tengo de llamar,  
Y de ella lo he de saber,  
Y darla bien á entender  
Lo que quiero ejecutar :  
Ve y llámala.

MARÍA.

Ya está aquí.

### ESCENA IX.

DON RODRIGO Y DOÑA JERONIMA.

RODRIGO.

¿ Qué haces ? ¿ en qué te entretienes ?  
¿ Qué ropa cosida tienes  
De la que está para mí ?

JERÓNIMA.

Ya lo haré.

RODRIGO.

Luego no has hecho

Todo el tiempo mas que holgar,  
Ni hemos podido lograr  
De tí cosa de provecho.  
Pues mira : la última vez  
Que yo te doy reprension,  
Sabe que es esta ocasion,  
Por tí, no por mi vejez.  
Dos hermanas me quedaron,  
Una loca, otra prudente,  
Y á su tiempo competente  
Ambas á dos se casaron.  
Tu madre, Dios la dé gloria,  
Neciamente se casó  
Con tal sujeto, que aun no  
Quiero tener de él memoria ;  
Pues después de haber jugado  
Cuanto de tu madre era,  
No fué mucho que muriera  
Miserable y desdichado.  
Huérfana entonces quedaste,  
Trajete á pisar mis salas ;  
Mas de tu padre las malas  
Condiciones heredaste.  
La madre de esa tu prima  
Casó con don Luis Fajardo,  
Mozo hacendado y gallardo,  
Y hombre al fin de toda estima.  
Este al morir la dejó  
Diez y siete mil ducados,  
Que se los tengo guardados  
En mis escritorios yo.  
Las dos os diferenciasteis :  
Ella modesta ha salido,  
De honesto genio, encogido,  
Y en todo os desigualasteis ;  
Porque tú, aunque ser debieras  
Mas humilde por mas pobre,  
Eres muy soberbia, sobre  
Mil locuras altaneras.  
Al mundo andas engañando  
(Ves con qué verdad te arguyo)  
Diciendo, que el dote es tuyo,  
Que de estotra estoy guardando.  
Tú la debieras servir,  
Y ella á ti te está sirviendo,  
Las cosas está ella haciendo,  
Y tú haces solo dormir.  
La otra noche aquella letra,  
Que sonó con melodia,  
Ya sé muy bien que decia,  
Que eres tú la Petimetra.  
Pues vive Dios, que si quieres  
Echarte mas á perder,  
En otra parte ha de ser  
Donde allí te desespere.  
Yo vivo muy afrentado  
De ver tantos galanteos,  
Bufonadas y paseos,  
Que ya todos lo han notado ;  
Y así, porque tanto yerro  
Se haya una vez de enmendar,  
O al punto te has de casar,  
O meterte en un encierro.

## ESCENA X.

DOÑA JERONIMA y DOÑA MARIA.

MARIA.

Enojado el tío va,

¿Qué ha dicho?

JERONIMA.

Nada, María:

Una vez que no lo oía  
Nadie, nada se me da;  
Porque todo lo que pasa,  
Que nada importa veras,  
Como no lo sepan mas  
Que los de dentro de casa.  
Voime á acabar de vestir;  
No quiero perder la misa,  
Que aunque corriendo y de prisa  
No he de dejarla de oír.

(Ap.)

## ESCENA XI.

DON DAMIAN y DON FELIX, y  
luego DON RODRIGO.

DAMIAN.

Don Félix, ¿qué habeis oido?

FÉLIX.

Don Damian: ¿qué oisteis vos?

DAMIAN.

Nada percibi, por Dios.

FÉLIX.

Por Dios, que nada he entendido.

DAMIAN.

¿Posible es que no entendisteis?

FÉLIX.

¿Posible es que vos tampoco?

DAMIAN.

Yo nada.

FÉLIX.

¿Nada? ¿Ni un poco?

DAMIAN.

¿Yo? lo que vos percibisteis.

FÉLIX.

Pero aquí vuelve su tío.

DAMIAN.

Escondámonos, por Dios,  
Que si nos halla á los dos,  
Mayor pesar es el mio.  
(*Escóndense, y sale don Rodrigo.*)

RODRIGO.

Un disparate iba á hacer,  
Sin juicio ni reflexion,  
Al ver la disolucion  
De esta imprudente mujer.  
(*Vase.*)  
(*Salen don Damian y don Félix.*)

DAMIAN.

Pues salir hemos podido,  
Voy, Félix, en un instante  
A cierta cosa importante,  
Que es de mi cargo, y no olvido.  
Vuelvo.

## ESCENA XII.

DON FELIX.

Adios, solo quedé;

Y ¡que haya hombre como yo,  
que de lo que le pasó  
Avergonzado no esté!  
¿Posible es que me cegara  
Tan prouto y de tal manera,  
Que á tal mujer yo quisiera,  
Y por ella me prendara?  
Sin juicio estuve por cierto,

Los sentidos tuve en calma,  
O yo tuve aborta el alma,  
O el entendimiento muerto.  
Vivo afrentado y corrido,  
Loco estoy de avergonzado,  
Solo de haberme engañado  
De un presupuesto fingido.  
¡Yo á una tan loca mujer,  
Tan sin juicio ni razon,  
Me he de rendir con pasion,  
Y por mia he de querer?  
Recobremos lo perdido,  
Que el todo no se perdió,  
Pues aun tengo tiempo yo  
De enmendarlo arrepentido.  
Hombre soy, no es mucho que  
Tan de pronto me engañara,  
Pero aquí está el juicio para  
Corregir lo que yo erré.  
Suele uno incauto mirar  
El engañoso oropel,  
Y enamorado de aquel  
Falso lucir y brillar,  
Oro fino lo imagina;  
Pero ya mas advertido  
Conoce que no ha salido  
De tan escelente mina.  
Yo así, yo así me engañé:  
Calidad la presuncion,  
Lo atrevido discrecion  
Incautamente juzgué.  
Su locura es conocida,  
No solo en Madrid, mas fuera,  
Y yo solo juzgué que era  
Por su virtud aplaudida.  
Quiso la ignorancia mia  
Mas de Jerónima aquel  
Engañador oropel,  
Que no el oro de María.  
Aquella modestia, sí,  
Aquel honesto mirar,  
Aquel vergonzoso hablar,  
Sí que me ha hechizado á mí,  
Sin duda es doña María  
Quien me dió conversacion,  
Tapada en el espolon  
De Valladolid un día.  
¡Y que tan ciego esté yo,  
Que no la haya conocido,  
Ni el alma me haya advertido  
Que entonces me enamoré!  
Y que yo desafiado  
Saliese por la otra ¡oh cielos!  
De mí propio tengo zelos  
Por haberlo ejecutado,  
Y aun es pesar grande el mio,  
Y sin ponderacion siento  
El que en mi arrepentimiento  
Tuviese parte su tío.  
Para don Damian es propia,  
Pues yo estoy dudando cuál  
De los dos original  
Es, ó cuál de los dos copia.  
Goce el dote y su riqueza,  
Pues mejor la suerte mia  
Es, si logro de María  
La honestidad y pobreza.  
Porque se debe escoger,  
Por el vicio ó por la fama,  
Desenvuelta para dama,  
Y honesta para mujer.  
Habiéndole yo atisbado,  
Fortuna me ayuda bien,  
Porque su tío es á quien  
Vengo yo recomendado.  
Si me doy á conocer,  
Sé que me agasajará:  
Cuanto tenga me dará,  
Y su huésped me hará ser.

## ESCENA XIII.

DON FELIX y MARTINA.

MARTINA.

¿Todavía no ha salido  
Mi señora?

FÉLIX.

No, Martina.

MARTINA.

Vaya, á mí me desatina  
Lo que dura este vestido.

FÉLIX.

¿Qué te parece?

MARTINA.

Señor,

Yo respondo, que muy mal.

FÉLIX.

De tus dos amas ¿á cuál  
Quieres mas, ó es la mejor?

MARTINA.

¡Jesus! no me digas nada  
De eso, porque esta señora  
Es mala trabajadora,  
Presumida y entoldada.  
A todos tiene engañados  
Con fingida presuncion;  
Pues dice que suyos son  
Diez y siete mil ducados,  
Que son de doña María.

FÉLIX.

Esto no sabia yo;  
Ahora digo que salió  
Mas feliz la suerte mia.

MARTINA.

Pues qué, ¿la quereis?

FÉLIX.

Yo sí.

MARTINA.

Tambien ella os quiere á vos.

FÉLIX.

Calla, Martina, por Dios,  
Que no me engañes así.

MARTINA.

No os engaño, en buena fe.  
Proseguid y porfiad,  
Y encontrareis la verdad  
De lo que os aseguré.

FÉLIX.

Pues dila que yo la adoro,  
Que tenga piedad de mí,  
Que á sus ojos me rendí,  
Y que de ella amante lloro;  
Y toma esta niñería,  
Para que puedas entrar  
En mi nombre á refrescar  
En una botillería.

## ESCENA XIV.

DON FELIX y DON DAMIAN.

DAMIAN.

Me he dado prisa bastante,  
Por juzgar que ya tardaba.

FÉLIX.

Que vinieses deseaba,  
Porque me voy al instante  
A ver si han venido cartas,  
Que después que yo saldrian  
En las que me avisarian  
De mis dependencias, que hartas  
Tengo, don Damian, que hacer.

DAMIAN.

Id con Dios.

FÉLIX.

Guardaos el cielo.

## ESCENA XV.

DON DAMIAN.

Solo quedé, solo estoy:

ra á discurrir voy,  
do y con desvelo,  
que mas me conviene;  
sta loca mujer  
n vil proceder  
ñado me tiene?  
ielo es justicia,  
ecutado conmigo;  
el cielo es castigo  
endar mi codicia;  
ndo yo imaginaba,  
suyos los cantados  
te mil ducados,  
me pensaba,  
gaño este dia,  
ue la perfeccion,  
sura y dote son  
larga Maria.  
no lo ha entendido,  
me ha declarado;  
se ha enamorado,  
ñir ha salido  
nima, será  
e case con ella,  
hacendada y bella  
n cuenta está.  
go de servir,  
erónima él;  
que no soy fiel,  
ne llegué á rendir.  
rónima querer,  
obre viene á estar!  
a ella que cenar,  
vo que comer.  
un esto no tengo,  
mi mujer buena,  
rzo, comida y cena  
i tal bien me prevengo.  
i doña Maria,  
rónima está,  
vela Félix ya,  
estotra ha de ser mia.  
o es mudable ser,  
enta en un sujeto,  
dirse discreto  
isto parecer.

ESCENA XVI.

DAMIAN, DOÑA JERONIMA  
Y ANA con mantos.

JERÓNIMA.  
niam, ¿hemos tardado?  
ulpa ha tenido;  
me habla perdido,  
que le hemos hallado,  
as podido salir.

DAMIAN.  
¿qui es disimular.  
se tarde en hallar,  
engo que decir;  
contento estuviera  
do aquí, señora,  
no os mirara ahora,  
da la vida os viera.

JERÓNIMA.  
es eso?

DAMIAN.  
Digo, que  
no llegue á lograr,  
con esperar  
tento viviré.

JERÓNIMA.  
no juzgué otra cosa.

DAMIAN.  
reis nada, por Dios,  
que no dejéis vos  
fecta y hermosa.

JERÓNIMA.

¿Qué os parece, don Damian?  
¿Vengo buena? ¿está bien puesto,  
Ó me sienta bien todo esto?

DAMIAN.

Todas las cosas están  
Como en su centro, señora.

JERÓNIMA.

Pues la bata y el briál  
Dijo que me estaba mal  
Esta criada habladora.

DAMIAN.

No hay tal, que os está de modo,  
Que aunque ahora no se ve,  
Yo aseguraré bien que  
Es de vuestra gala el todo.

JERÓNIMA.

Este pañuelo he estrenado,  
Y tambien estas manillas  
Con muy graciosas hebillas,  
Y este rosario estrellado.

ANA.

Y como yo me esmeré  
En peiuarle hoy á la moda,  
¿Qué va, que la corte toda  
Se admira cuando te ve?

JERÓNIMA.

Aunque tú no me peinaras,  
No me has de poder quitar  
Este garbo en el andar,  
Ni otras circunstancias raras,  
Que me dió naturaleza.  
Y aquesto no es alabarme,  
Pues de ello quiso adornarme,  
Ya que no me dió belleza.

DAMIAN.

¿Qué pesadez! ambas cosas  
Naturaleza te dió,  
Porque nunca he visto yo  
No ser bellas las garbosas;  
Que aunque la cara no sea,  
El alma, que encierran dentro  
De aquel bien dispuesto centro,  
Se da á entender que no es fea.

JERÓNIMA.

Lo mesmo me dicen todos,  
Todos no me han de engañar;  
A Dios tengo que alabar  
Por muy diferentes modos.

DAMIAN.

Vamos, si á misa hemos de ir,  
Que yo no puedo esperar,  
Y no os podré acompañar,  
Si es que tardais en salir.

JERÓNIMA.

Qué, ¿os enfadais de ir conmigo?

DAMIAN.

No, señora.

JERÓNIMA.

Es que creí,  
Que ibais á decir que sí.

DAMIAN.

Pongo al cielo por testigo.

JERÓNIMA.

Pues vamos acia allá fuera.  
Damian, dadme el brazo vos,  
Y ojalá que quiera Dios  
Que hallemos misa lijera.  
Mas por ver si bien tocada,  
O algo olvidado me dejo.  
Alcanza, Anita, ese espejo  
Para darne otra mirada.

ANA.

Aquí está: ¡Jesus mil veces!

Ya van treinta miraduras,  
Yo suelo mirarme á oscuras,  
Sin aquestas pesadeces.

JERÓNIMA.

¿Quieres igualarte tú  
Conmigo? ¡qué gracia, niña!  
¿Necesitas tú basquiña,  
Manto, punta y pitibá?  
Daca el espejo, habladora.

ANA.

Abi está.

JERÓNIMA.

Pienso, señor,  
Que me está mejor la flor,  
Que no endenantes, ahora;  
Y es que como fatigada  
Estoy de haberme vestido,  
Con el afán que he tenido  
Estoy algo sonrosada.

DAMIAN.

Todo está bien: vamos pues.

JERÓNIMA.

Vamos bajando, y en tanto,  
Repara, Anita, ese manto,  
No sea que vaya al revés.  
¿Ay Jesus! yo me iba á misa  
Con los vuelos de dormir,  
Y así no puedo salir;  
Ve, y tráeme esotros aprisa.  
Vaya, vaya, que la gente  
Que en ello repararía  
Sin duda alguna diría  
Que iba en extremo decente;  
Despáchate.

ANA.

Voy, señora. (Vase.)

JERÓNIMA.

Ni un rato pude lograr  
De poderme sola hallar  
Con vos, don Damian, y ahora,  
Que se ofreció esta ocasion,  
Hablemos de una vez claros,  
Porque mis sucesos raros  
De todas maneras son.  
Por vos anda el honor mío  
En peligro, don Damian,  
Todos ladrándole están  
Contra vos siempre á mi tío.  
Mucho escándalo se ha dado,  
Esto bien lo conocéis;  
Y pues cual decís teneis  
Un mayorazgo colmado;  
Si nos hemos de casar,  
Como me habeis prometido,  
No lo echemos en olvido,  
Ni en esto hay que retardar;  
Pues como estoy hacendada,  
Y el dote saben que tengo,  
A estar cada día vengo  
De muchos importunada;  
Y si acaso os descuidais,  
Aunque yo firme he de ser,  
Mirad que podreis perder  
Lo que tanto deseais.

DAMIAN.

Yo siempre me alegraría,  
Y nunca son mis intentos  
Otros que vuestros aumentos  
Y bien, Jerónima mía;  
Y si os he galanteado,  
Fué por solo imaginar  
Que no hubiera de intentar  
Nadie lo que yo he intentado.  
No porque os juzgué olvidada,  
Ni en oscura esclavitud;  
Sino porque la virtud  
Nunca suele ser buscada.  
Pero pues me decís vos

Que no falta quien os quiera,  
Si esto bien se considera,  
Dar mil gracias debo a Dios;  
Pues ya sabido se está,  
Sin que el decirlo me asombre,  
Que otro cualesquiera hombre  
Mas digno que yo será:  
Y así estoy muy consolado,  
Sin que á mi pena me aumente  
De que en lo que es conveniente,  
Señora, hayais mejorado.

JERÓNIMA.

¿Con que ya ingrato decís,  
Con lisonja y mala fe,  
Que yo me case? Y bien sé,  
Que en cuanto me hablais mentis.  
¿Con que ya tantas finezas,  
Tantas vueltas y paseos,  
Favores y galanteos  
A menospreciar empezas?  
Todo el tiempo se ha perdido,  
Que se ocupó en desear  
Lo que no se ha de gozar  
Por tu ingratitud y olvido.  
Pues vive Dios, que has de ver,  
Aunque me cueste la vida,  
Que es vibora enfurecida  
Despreciada una mujer.

DAMIAN.

De lo que gracias debieras  
Rendirme, ¿quejas me das?  
Considéralo, y verás  
Mis palabras verdaderas.  
No digo yo que no quiero  
Casarme contigo, digo,  
Que es mejor case contigo  
Algun rico caballero,  
Que con toda la decencia  
Te trate que tú mereces,  
Donde estés mejor mil veces  
Y con mayor opulencia.  
Mas sentiré yo el dejarte  
Que tú lo puedes sentir;  
Y no me he de despedir,  
Aunque te pierda, de amarte.  
¿Puedo hacer mayor portento,  
Ni de mayor excelencia,  
Que es buscar tu conveniencia  
A costa de mi tormento?

JERÓNIMA.

Bien con eso te disculpas.

DAMIAN.

Mayor disculpa es, por Dios,  
Que Félix os quiere á vos.

JERÓNIMA.

Pues de eso á mí ¿qué me culpas?

DAMIAN.

Rendido á vos le miré;  
Por vos no ha mucho que al Prado  
Me sacó desafiado.

JERÓNIMA.

Pues yo no se lo mandé.  
(Sale Ana.)

ANA.

Aquí están.

JERÓNIMA.

Vamos aprisa.

Que ellos causa hubieran sido,  
Si no hubiesen parecido,  
De que hoy perdiera la misa.  
Id delante; yo ya voy (Vase Damian.)  
Un poco mas consolada,  
Puesto que galanteada  
De dos á lo menos soy;  
Y uno ú otro bien se inflere  
Que caeran, y yo lo espero:  
Ó el uno porque lo quiero,  
Ó el otro porque me quiere.

## ACTO TERCERO.

### ESCENA PRIMERA.

DON FELIX.

Ahora que solo he llegado,  
Y Jerónima y Damian  
Discurro que en misa están,  
Porque yo los he atisbado,  
Puede ser que halle ocasion  
De hablar a doña Maria,  
Y decir la pena mia  
Con respeto y sumision.  
Martinilla puede ser  
Que dijese alguna cosa,  
Que una es parlera, curiosa  
Otra: una y otra mujer.

### ESCENA II.

DON FELIX y DOÑA MARIA.

MARIA.

Don Félix, seais bien venido.

FÉLIX.

Seais, señora, bien hallada.

MARIA.

Sea feliz vuestra llegada.

FÉLIX.

A los cielos eso pido.

MARIA.

Qué, ¿no habeis acompañado  
A mi prima?

FÉLIX.

No, señora.

MARIA.

¿Por qué?

FÉLIX.

Porque estoy ahora  
Mas altamente empleado.

MARIA.

¿Pues no estuvierais mejor  
Con mi prima?

FÉLIX.

No estuviera,  
Que á estarlo, lo dispusiera  
De otra manera el amor.

MARIA.

¿Qué amor?

FÉLIX.

El mucho que os tengo.

MARIA.

Ahora es buena ocasion,  
Que de vuestra adulacion  
A hacer burla me prevengo.

FÉLIX.

¿De mis afectos haceis  
Burla?

MARIA.

Si, don Félix, sí,  
Porque lisonjero os vi,  
Y vos bien lo conoceis.

FÉLIX.

¿Es lisonja la verdad?

MARIA.

¿Qué verdad?

FÉLIX.

El que yo os quiero.

MARIA.

Dudo el que sea verdadero.

FÉLIX.

¿En qué hallais dificultad?

MARIA.

El corto mérito mio  
Me hace dudar.

FÉLIX.

Pues, señora,

Rompa de una vez los grillos  
A mi silencio, y aunque  
El atrevimiento indigno  
De proferir que os adoro  
Pague con un ceño esquivo,  
Mas que morir de cobarde,  
Vale morir de atrevido.  
Don Félix soy de Contreras,  
Tengo un mayorazgo rico,  
Y esperando por instantes  
Estoy, señora, el aviso  
De un pleito que á mi favor  
Se habrá sentenciado y visto;  
Y por si acaso saliese  
En contrario, yo he venido  
A hacer estas diligencias;  
Y porque sepais que os digo  
La verdad, esta mañana,  
Cuando á una posada arriba,  
Hallé á este Damian, que un tiempo  
Solo fué mi conocido,  
Aunque él, por lo que le importa,  
Dice que somos amigos.  
Trajome al instante aquí,  
Ponderándome el hechizo  
De vuestra prima, á quien ama  
El con afecto escetivo.  
Yo confieso (ahora vereis  
Que es verdad lo que yo os digo)  
Que á la primer vista todo  
Me arrebaté suspendido  
De sus aparentes gracias.  
No me avergüenzo al decirlo;  
Pero ya desengañado,  
Y habiendo bien advertido  
Cuán diferentes las dos  
Sois (y agradece que omito  
Contar vuestras perfecciones),  
Ya de veras me he rendido  
A vos; vuestro esclavo soy:  
No querais que amor tan fino  
Se malogre; que yo os juro  
Por los cielos cristalinos,  
Que no dejaré de amaros,  
Mientras me miraren vivo.  
Yo vengo recomendado  
Por cartas á vuestro tío,  
Y al instante que me vea,  
Como yo le he conocido  
En Valladolid, me hará  
Cuanto agasajo imagino  
Pueda hacerme; y vos, señora,  
No olvideis lo que os he dicho.  
Ved qué respondéis; que ahora,  
Sin salir de aqueste sitio,  
Espero de vuestra boca  
La libertad ó el suplicio.

MARIA.

Para responder, don Félix,  
Muchas cosas necesito.

FÉLIX.

Decidme.

MARIA.

Satisfacerme

Primeramente es preciso  
De vuestro amor, porque quien  
Sin consideracion quiso  
A mi prima, y la aborrece  
Casi en el instante mismo,  
Es claro que no podrá  
Mostrar constancia conmigo.

FÉLIX.

El querer á vuestra prima  
Fué impensado é imprevisto;  
Mas el quererlos á vos

ya muy prevenido.  
no os acordais  
en Valladolid fino  
dichosa tarde  
de aquel peligro?

MARÍA.

d: bien os conozco.

FÉLIX.

i amor es antiguo.

MARÍA.

omo amaste á mi prima?

FÉLIX.

bia conocido.

MARÍA.

conoceis tampoco  
mérito mio.

FÉLIX.

os respondo tambien,  
da el alma os digo,  
rífice supremo  
su habilidad quiso,  
os formó tan hermosa;  
e no querais oirlo,  
ie es por despreciarme,  
squeis coloridos  
o rigor; y ahora,  
el desengaño he visto,  
con Dios.

MARÍA.

is tan ejecutivo!

FÉLIX.

irme si ó no,  
bastante tiempo he visto.

MARÍA.

id, si á mi prima  
eis y habeis querido  
n pequeño espacio,  
elo vano el mio?

FÉLIX.

uise á vuestra prima  
que á haberlo dicho,  
s que la quisiera,  
estorbos infinitos  
ieran á mi intento;  
i vos os lo digo,  
d que es verdad,  
y por ofendido  
a un hombre como yo  
is de fementido;  
ien engaña á una dama  
a grande delito.  
con Dios.

MARÍA.

Mira, Félix.

FÉLIX.

cis?

MARÍA

Que no me animo  
nada.

FÉLIX.

¿Por qué?

MARÍA.

es grande empacho el mio.

FÉLIX.

engañar le tengo;  
ndo la verdad digo,  
ma me da alientos  
r lo que solicito.

MARÍA.

mele á mi tambien:  
ñes, don Félix mio,  
e recato, en mi propio,

Me tenga el labio encogido.  
Ni estrañes, que ya que suelto  
La voz, parezca al decirlo.  
Que yo estoy acostumbrada  
A semejantes estilos;  
Porque el que una mujer mire  
Al santo fin que yo miro,  
Ni es de su calidad mengua,  
Ni es de su fama delito.  
Te vi, y bien me pareciste;  
Perdona, si no te digo  
Que te quiero, que me abraza  
La vergüenza al proferirlo.  
Diez y siete mil ducados,  
Y aun mas es el dote mio,  
Yo soy tuya, así los cielos  
Lo han dispuesto y lo han querido:  
Y siento no tener cuanto  
Engendra el Potosí rico,  
Para ofrecerte por muestras,  
Félix, de lo que te estimo.

FÉLIX.

No al oro y plata, señora,  
A tí solamente aspiro.

MARÍA.

¿Me faltarás?

FÉLIX.

¿Qué es faltar?

Primero que lo que digo  
Falte, verás desplomarse  
Los circulos de zafiros.

MARÍA.

¿Y mi prima?

FÉLIX.

Que tal cosa

No me nombres te suplico.

MARÍA.

Es que temo...

FÉLIX.

Pues ¿qué temes?

MARÍA.

Si serás para cumplirlo.

FÉLIX.

Mas temo yo tus mudanzas,

MARÍA.

Que no las temas te digo.

FÉLIX.

Con que ¿no temo?

MARÍA.

No temas.

FÉLIX.

¿Serás mia?

MARÍA.

¿Serás mio?

FÉLIX.

Si.

MARÍA.

Si.

FÉLIX.

Pues adios, señora.

MARÍA.

Adios... pero aquí mi tio  
Viene.

FÉLIX.

No importa, que yo  
Saldré bien de este peligro.

### ESCENA III.

DICHOS Y DON RODRIGO.

RODRIGO.

¿Con quién estabas hablando?  
Mas ¡cielos! ¿qué es lo que miro?  
¿Don Félix!

FÉLIX.

A vuestras plantas  
Estoy, señor don Rodrigo.

RODRIGO.

Enhorabuena á mi casa  
Vos seais muy bien venido;  
Y ¿cuándo fué la llegada?

FÉLIX.

Poco tiempo ha: de mi tio  
El catedrático traigo  
Esta carta, que á vos mismo  
Dijo que se la entregara.

RODRIGO.

Somos muy grandes amigos.  
Y ¿cómo está?

FÉLIX.

Le dejé  
Con salud para servirlos.

RODRIGO.

¿Y toda la demás gente?

FÉLIX.

Buenos.

RODRIGO.

Todos los antiguos  
Concurrentes á la mesa  
De naipes de vuestro tio,  
¿Cómo están?

FÉLIX.

Con salud todos.

RODRIGO.

¿Qué bien que nos divertimos  
Las noches de los inviernos!

FÉLIX.

Y ahora hacen todos lo mismo.

RODRIGO.

Me alegro; y vos ya sabeis,  
Aunque es ocioso el decirlo,  
Que tengo casa en Madrid;  
Y aunque deba haber sentido,  
Que sin atender á aquesto  
A una posada hayais ido,  
Con todo, aun tiene remedio.

FÉLIX.

Es fineza que yo estimo;  
Mas no quiero molestaros.

RODRIGO.

Ninguna disculpa admito;  
En mi casa habeis de estar:  
Dile al escribiente mio,  
Mariquita, que se llegue  
Por los trastos mas precisos  
A la posada, que así  
Sé yo honrar á mis amigos.

FÉLIX.

Obligado me confieso.

RODRIGO.

Y en el cuarto junto al mio  
Poned la cama á don Félix.

MARÍA.

Voy, señor.

RODRIGO.

Debo advertiros,  
Que al cuarto de mis sobrinas  
No entreis con ningún motivo,  
Porque no parece bien,  
Y tal llaneza no admito,  
Ni aun de sus mismos parientes:  
Esto acá es cierto capricho,  
No de viejo, sino de  
Hombre de maduro juicio,  
Que sabe lo que es el mundo;  
Y cuando á casa rendido  
Vengais de pasear la corte,

(Vase.)

Podeis muy bien divertirlos  
En mi estudio con mis cuadros,  
Con mis mapas y mis libros.  
Ved, que lo dicho, don Félix,  
No lo pongais en olvido.

FÉLIX.

A todo cuanto mandais  
Obediente me resigno.  
(Sale doña María.)

MARÍA.

Ya todo dispuesto queda.

RODRIGO.

Pues ahora yo me retiro  
Con vuestra licencia á leer  
La carta.

FÉLIX.

En ella mi tío  
Os informa por estenso  
Señor, á lo que he venido.

RODRIGO.

Ved que lo dicho, don Félix,  
No lo pongais en olvido.

## ESCENA IV.

DON FÉLIX Y DOÑA MARÍA.

MARÍA.

Dichosa ha sido mi suerte.

FÉLIX.

Mas feliz la mía ha sido,  
Porque así habré conseguido  
A menudo hablarte y verte;  
Y aunque con tanto rigor  
Quiere impedirlo tu tío,  
Es un loco desvario  
Poner riendas al amor.  
Ahora voy á la posada  
A decirle al escribiente,  
Que traiga lo conveniente,  
Porque no se olvide nada.

MARÍA.

Adios.

FÉLIX.

Adios.

(Vase.)

MARÍA.

¡Santo cielo!

Hoy vuestro poder me valga,  
Permitidme que bien salga  
Mi cuidado y mi desvelo.  
Mi casto intento premiad,  
Pues que lo sabéis bien claro,  
Y hallé en vosotros amparo  
La encogida honestidad.

## ESCENA V.

DOÑA MARÍA, DOÑA JERÓNIMA  
Y DON DAMIAN.

JERÓNIMA.

¡Jesus! ¡Jesus! ¡qué cansada,  
Prima, vengo, y qué molida!  
Una silla, por tu vida,  
Arrima, y ponla una almohada.

MARÍA.

Ya dos sillas aquí están.

JERÓNIMA.

Pues vendreis cansado vos,  
Sentaos un poco, por Dios,  
Que ya os ireis, don Damian.

DAMIAN.

Poco estaré.

JERÓNIMA.

Vaya, vaya,  
Que está la calle Mayor  
Con tanta gaita y primor  
Que casi pasa de raya.

Un aderezo que vi,

Mejor no se puede hallar,  
Con su peto y su collar,  
Con lazos y escusill.

Por no buscarle no estreno,  
Porque estará ya olvidado  
Otro que tengo guardado  
Que es, si no mejor, tan bueno.  
No me puedo levantar,  
Cierto que esto es penitencia;  
Pero con vuestra licencia  
Voy á entrarme á desnudar.

## ESCENA VI.

DOÑA MARÍA Y DON DAMIAN.

MARÍA.

Yo tambien me voy.

DAMIAN.

Señora,  
¿Solo me quereis dejar?

MARÍA.

Sí.

DAMIAN.

Es que os tengo yo que hablar.

MARÍA.

¿Qué quereis hablarme ahora?

DAMIAN.

Suspended un poco el paso,  
Y escuchadme.

MARÍA.

Ya os escucho.

DAMIAN.

Con amor y miedo lucho.  
Todo me hielo y me abraso.

MARÍA.

Decid, pues.

DAMIAN.

Digo, señora,

Que antes de todo postrado  
A vuestras plantas os pido  
Perdon de lo temerario  
Que he de andar en lo que diga;  
Mas yo solo confiado  
En vuestra piedad, espero  
Que no formareis agravio.  
Yo, señora, conociendo  
Los quilates y los grados  
De vuestra hermosura, digo  
Que humilde los idolatro,  
Digo que os quiero de veras,  
Y mas que á mi vida os amo;  
Y en fin.....

MARÍA.

No me digais mas.

DAMIAN.

Con que ¿os habeis enojado?

MARÍA.

¡No me he de enojar, si veo  
Claramente un desengaño  
De vuestra inconstancia ingrata?

DAMIAN.

Pues sabed, que porfiando  
Se vence un muro, y un monte  
Suele venir desplomado,  
Se labra un diamante, y todo  
Se le rinde al tiempo cano.

MARÍA.

Menos mi pecho, que está  
De vos muy desengañado.

DAMIAN.

Pues por mas que os retireis,  
Yo no he de dejar de amaros;  
Y en oyendo mi razon  
Os reduciréis acaso.

MARÍA.

Primero que me reduzca,  
Domesticareis un mármol. (Vase.)

DAMIAN.

No hay mujer que á la lisonja  
Resista por grande espacio.

## ESCENA VII.

DON DAMIAN Y DON FÉLIX.

FÉLIX.

Don Damian.

DAMIAN.

Don Félix.

FÉLIX.

Tengo

Un grande gusto que daros...

DAMIAN.

Yo á vos una enborrachona.

FÉLIX.

Las abricías que yo aguardó,  
Por la noticia que os dé,  
Son muy grandes.

DAMIAN.

He pensado,  
Que aun me las dareis mayores  
Por las nuevas que yo os traigo.

FÉLIX.

Yo quiero hablar el primero.

DAMIAN.

Antes yo pretendo hablaros.

FÉLIX.

He de ser yo.

DAMIAN.

No has de ser.

FÉLIX.

Pues hablaremos estrambos  
De una vez.

DAMIAN.

Es imposible.

FÉLIX.

Mas ¿qué os estais recelando  
De lo que voy á decir?

DAMIAN.

Mas ¿qué vos habeis pensado?...

FÉLIX.

Nada pensé: oíd.

DAMIAN.

No escucho.

FÉLIX.

Pues lo diré al aire vano.

DAMIAN.

Fuerza es oír; oigo pues.

FÉLIX.

Pues ya veis que ha poco rato,  
Que porque os dije que amaba  
Á Jerónima, enojado  
Con razon de que os quitase  
Lo que ha tanto estais amando,  
Con dolor de la amistad  
Salimos desafiados.

DAMIAN.

Es verdad...

FÉLIX.

Pues, porque no haya  
Entre amigos mas agravios,  
La olvidé...

DAMIAN.

No lo sabré,  
Que yo tambien la he dejado. (Ap.  
Oíd...

FÉLIX.

Aguardad que acabe,  
Y os escucharé despacio.

DAMIAN.

Ahora me toca á mí.

FÉLIX.

Mientras no he finalizado  
Mi razonamiento, ¿es justo  
Que vos queráis estorbarlo?  
Escuchad, ó vive Dios...

DAMIAN.

Mas valiera no escucharlo.

FÉLIX.

Digo pues que porque no haya  
Entre amigos mas agravios,  
A Jerónima dejé,  
Y el corazón me ha robado  
Su prima doña María.

DAMIAN.

¿Que esto escucho, y no le mato! (Ap.)

FÉLIX.

¿Qué decidís?

DAMIAN.

Hombre, á quien juzgo

Que trajo á Madrid el diablo,  
Solo por mortificarme,  
Y para ser mi contrario!  
Posible es que á cuantas cosas  
Dispongo, imagino y trato  
Te has de oponer?

FÉLIX.

Pues ahora  
Que alegre estaba esperando  
De vos agradecimientos  
Por la fineza que os hago,  
Sin cuidar del beneficio  
Con ingratitud os hallo?

DAMIAN.

¿Qué beneficio me has hecho,  
Hombre, que el infierno trajo  
Para estorbar mi quietud?  
Sabe que yo imaginando  
Que un grande favor te hacia,  
Venciéndome todo cuanto  
Fue posible, te he cedido  
A Jerónima; milagro  
Es este de mi amistad;  
Y como nunca inclinado  
Te vi á su prima, escogila;  
Y ya que una me has quitado,  
Otra pretendes quitarme,  
Para que si yo la alargo,  
Ver en quién pongo los ojos,  
Y obligarla de contado.

FÉLIX.

¿Con que á la bella María  
Amáis?

DAMIAN.

Esto es, Félix, claro.

FÉLIX.

No sé cómo con la espada  
La respuesta no os he dado.  
¿Con que tal atrevimiento  
Teneis al ver que yo honrado,  
Por ser gusto antiguo vuestro  
Jerónima, os la he dejado!

DAMIAN.

Pues ya de parecer mudo.

FÉLIX.

No sé si podreis lograrlo.

DAMIAN.

Lograrélo con la espada.

FÉLIX.

Pues, aunque viole el sagrado,

TOMO II.

Y aunque el honor aventure  
De ambas primas, porque osado  
Mas no seais, no habeis de  
Salir vivo de este cuarto;  
Sacad la espada...

DAMIAN.

Aunque cierto  
Es que el sacarla es extraño  
Contra un amigo, allá voy.

FÉLIX.

Siempre andais muy remirado  
Cuando llegaís á reñir.

DAMIAN.

Y ahora mas que nunca ando.  
Lo primero y principal  
Por el paraje en que estamos;  
Lo otro, porque si de antes  
Que eligiese ella dejamos,  
Será bien hecho que ahora  
Lo que allí hicimos hagamos.

FÉLIX.

¿Con que á su eleccion quereis  
Que este duelo remitamos?

DAMIAN.

Si.

FÉLIX.

Pues aunque sé muy bien,  
Que afrenta á un enamorado  
Consentir competidor  
Que se muestre apasionado,  
Como sé que contra mí  
Sois tan pequeño contrario.  
Que aun me afrentara el venceros,  
Para ver si os desengaña  
He de consentir en ello;  
Y así obliguémosla entrambos,  
Y esté en su eleccion el ser  
O dichoso ó desdichado.

DAMIAN.

Pues porque á mí me es preciso  
Ir á hacer cierto recado,  
Iré y volveré, don Félix,  
De aquí á brevísimo rato.

FÉLIX.

Id con Dios.

## ESCENA VII.

DON FELIX y DOÑA JERONIMA.

JERÓNIMA.

Señor don Félix,  
¿Cuánto me alegro de hallaros!

FÉLIX.

Pues ¿qué mandais?

JERÓNIMA.

Seré breve.

FÉLIX.

Decid.

JERÓNIMA.

Vos sois avisado,  
Y sabeis muy bien lo que  
Una mujer de mi estado  
Se corre al decirle á un hombre,  
Que de su amor se ha prendado;  
Y bien sabeis que cualquiera  
Debe estar muy obligado  
A semejante favor.  
Yo (aunque me afrento al hablarlo)  
Os quiero bien, ya lo he dicho,  
Ved que respuesta no aguardo,  
Porque supongo que á vos  
No os conviene el ser ingrato.  
Ved que una mujer os ruega  
De mi sangre y de mi estado.

## ESCENA VIII.

DON FELIX.

Válgame Dios! ¿qué he de hacer  
En un lance tan extraño?  
Si lo que á mí me sucede  
Se fingiera en un teatro,  
Lance propio de comedia  
Lo juzgara el vulgo vano.  
Apenas á Madrid llevo,  
Y aun mis cosas no he empezado  
A disponer, y tan pronto  
Tantas confusiones hallo.  
Despechada una mujer,  
Que me quiere me ha mostrado;  
El otro quiere á la otra,  
Que es á quien de veras amo.  
A esta, cierto, no la quiero;  
Mas ¿cómo he de ser ingrato  
A una mujer que me ruega?  
Mas si á su prima idolatro,  
¿Cómo he de poner en otra  
Ni mi amor ni mi cuidado?  
Y si el otro me ha cedido  
Cauteloso ó cortesano  
La que él primero adoraba,  
Y ahora á mí me está adorando,  
Y él quiere la que yo quiero,  
Le hago grandísimo agravio  
En no ceder, pues cedí,  
Y él su gusto ha sujetado.  
Pero todas estas cosas  
Vinieran muy bien al caso,  
Si no hubiera en medio amor;  
Pero, pues amor ha entrado,  
Ni Jerónima ó Damian,  
Ni el mundo que esté en contrario,  
Ni uno con solisterías,  
Ni la otra con halagos  
Me apartarán, ó María,  
Del amor que te he mostrado.

## ESCENA IX.

DON FELIX, DON DAMIAN, y luego

ANA.

DAMIAN.

¿He tardado?

FÉLIX.

No por cierto.

Don Damian, no habeis tardado.

DAMIAN.

Pues yo ya había juzgado  
Que el cuarto estuviese abierto.  
Ó que hubiesen ya salido  
Las dos á conversacion.

FÉLIX.

Aun no será la ocasión.

DAMIAN.

Pues á buen tiempo he venido.

FÉLIX.

Pues mientras tanto que salen,  
Ya que no hemos de reñir,  
Mirad si quereis venir  
Fuera.

DAMIAN.

Tus palabras valen  
Mucho hoy conmigo; gustoso,  
Aunque yo qué hacer no tengo,  
A seguirte me prevengo,  
Por no hacerme sospechoso  
Con quedarme.

ANA.

Andad con Dios;

Mas presto volver podeis,  
Si por ventura quereis  
Hablar despacio á las dos.

FÉLIX.

Ya volvemos.

## ESCENA X.

DOÑA JERONIMA y ANA.

JERÓNIMA.

Ya te dije,

Anita, como le hablé;  
 La respuesta no aguardé,  
 Y el aguardarla me afige.  
 No se debiera buscar  
 Bien alguno, ni querer,  
 Tan solo por no tener  
 El trabajo de esperar.  
 Y es tan grande este dolor,  
 Que según llevo á pensar,  
 Si es malo el desesparar,  
 El esperar es peor;  
 Porque el bien, si es que se alcanza,  
 No causa placer cumplido,  
 Como está el pecho rendido  
 Al rigor de la esperanza.  
 Y á no haber sabido cierto,  
 Que por mí desafiado  
 Sacó á don Damian al Prado,  
 Primero me hubiera muerto,  
 Que decirle mi pasión;  
 Pero como su amor sé,  
 Por eso, Anita, le hablé  
 Con tanta resolución.  
 Don Damian ya he conocido,  
 Y me lo dijo el criado,  
 Que es un tramposo, preñado  
 De discreto, y presumido.  
 Estotro es rico y galante,  
 Y es sin duda que me quiere;  
 Y como se dispusiere  
 Nuestra boda en un instante,  
 Tú serás mi camarera,  
 Y por de día y de noche  
 Siempre hemos de andar en coche,  
 Tú al vidrio y yo á la testera.  
 Si una bata entonces saco,  
 Sacaré otra para ti,  
 Un reloj y escusall,  
 Con tu caja de tabaco.  
 Estando así tan bonitas,  
 Tendremos mil galanteos,  
 Por lucir en los paseos  
 Y campar en las visitas.

ANA.

Y las cosas no escusadas,  
 Que en casa sean menester?

JERÓNIMA.

Para lo que haya que hacer  
 Recibiré otras criadas.

ANA.

Bien.

JERÓNIMA.

Compraré manteletas  
 De unas que he visto á la moda.  
 Bata hecha de aguja toda,  
 Paletinas y cofietas.

ANA.

Cualquiera moda que salga,  
 Por Dios, señora, que sean  
 Las primeras que se vean  
 Nosotras con ella.

JERÓNIMA.

Y valgan

Las cosas lo que valieren,  
 Yo mi nombre he de perder,  
 Si habrá en la corte mujer  
 Que antes con ellas las vieren.

ANA.

No tengo que responder,  
 Ni responderá el mas dacho;

Ahora me afirmo en que es mucho  
 Lo que alcanza una mujer.

JERÓNIMA.

Pues ahora solo me falta  
 Componerme mas y mas.  
 ¿Van bien los pliegues de atrás?  
 ¿La chinelá azul resalta?

ANA.

Todo está bien.

JERÓNIMA.

La verdad,  
 Di: ¿te parezco donosa?

ANA.

No vi mujer mas hermosa  
 Ni con tanta gravedad.

JERÓNIMA.

¿Está este peinado igual?

ANA.

El está, que ni pintado.

JERÓNIMA.

¿Es porque tú me has peinado?

ANA.

Por Dios que no digas tal.

JERÓNIMA.

Con que ¿puedo parecer?

ANA.

Y tan bien, que el que te viera,  
 Es preciso que te quiera  
 Sin poderse contener.

JERÓNIMA.

¿A Félix le gustaré?

ANA.

Al instante que te vea  
 Se ha de hacer una jalea.

JERÓNIMA.

Pues yo albricias te daré;  
 Pero entrémosnos lijeras,  
 Verás con la astucia rara  
 Que me compongo la cara.  
 Entrame aquí las salseras.

ANA.

Que queráis entrar me espanto,  
 Pues ¿no está aquí el tocador?

JERÓNIMA.

Si, pero adentro es mejor,  
 Por si vienen mientras tanto.

## ESCENA XI.

DICHAS y DOÑA MARÍA.

ANA.

Aquí está doña María.

JERÓNIMA.

Adios, que tengo que hacer.

MARÍA.

Pues vuelve presto, mujer.

JERÓNIMA.

Al instante, prima mía.

## ESCENA XII.

DOÑA MARÍA y MARTINA.

MARTINA.

Contenta estás.

MARÍA.

Sí lo estoy.

Martina; y el caso fuera  
 Que el caso se compusiera,  
 Y quedara acabado hoy.

MARTINA.

Puede ser.

MARÍA.

No es imposible.

MARTINA.

Con que ¿él de veras te quiere?

MARÍA.

Lo cierto es que por mí muere.

MARTINA.

Mas ya sabes lo terrible  
 Que á las dos habló tu tio,  
 Sobre que no entrase aquí.

MARÍA.

Pero ¿qué se me da á mí,  
 Si ha de ser esposo mio?

MARTINA.

Ya presto vendrá á comer.

MARÍA.

Mucho no puede tardar.

MARTINA.

Pisadas oigo sonar.

MARÍA.

Alárgate un poco á ver.

MARTINA.

No es él, que es el pisaverde.

MARÍA.

¿Damian? Voime como un trueno,  
 Que este hombre en malo ni en bueno  
 Quiero que de mí se acuerde.

## ESCENA XIII.

MARTINA, DON DAMIAN y ROQUE.

DAMIAN.

Calla, Roque.

ROQUE.

Si es verdad....

DAMIAN.

Calla, diablo.

ROQUE.

Lo que digo.

MARTINA.

Voime, pues no hablan conmigo,  
 Por no oír su necesidad. (Vase.)

DAMIAN.

Calla, y da gracias á Dios,  
 Que no te he roto allí fuera  
 Esa cabeza altanera.

ROQUE.

Pues ya que estamos los dos  
 Solos, y no me das blanca,  
 Cobrar quiero en modo raro,  
 Porque por hablarte claro  
 El corazon se me arranca.  
 Dime, infeliz mequetrefe,  
 Pobre trompeta, holgazán,  
 Que eres un pobre bausán,  
 Y andas fingiéndote un jefe:  
 ¿Quién demonios te ha soplado,  
 Por arte de Bercebú,  
 O de dónde sacas tú  
 Que he de ser yo tu criado?  
 Bien sabes tú que sirviendo  
 Estamos con cierto usia,  
 Y en su casa todo el día  
 Te llaman Juan Perciendico.  
 El tal amo lameron,  
 Que el soltar cuartos le amarga,  
 Bien ves que la paga alarga,  
 Y que acorta la ración.  
 Tú estos daños resarcidos  
 Tienes en los bienes suyos;  
 Pues diciendo que son tuyos,  
 Vas á lucir sus vestidos.



DAMIAN.

co tu malicia,  
tu infiel capricho;  
¿no sé lo que has dicho,  
de faltar justicia.

ROQUE.

me ahorquen en hablando.

DAMIAN.

ROQUE.

quiero callar.

DAMIAN.

no alborotar.

ROQUE.

estés enamorado  
infeliz pobretón,  
¿tiene ni ha tenido  
tú tienes creído  
na gran señorona!  
es cosa de risa,  
agujero tanto  
manta de manto  
de su camisa.  
anda tan á lo majo  
ma y pulidito,  
as, pobrecito,  
la maula debajo.  
voy á otra cosa:  
a de ser tu mujer,  
¿qué sabe hacer,  
nilde y hacendosa?  
en, yo la pregunto,  
esta niña: ¿cuál  
punto pascual?  
de sábana el punto?  
e pone un guisado?  
e arrima una olla?  
cachos de cebolla  
en un estofado?  
e no sabe nada  
ni ella lo ha estudiado!  
hacer un guisado  
e será estremada.

DAMIAN.

¿?

ROQUE.

El carnero verde.  
esta cosa infiero,  
ser hacer carnero  
uchacha se acuerde.

DAMIAN.

anto.

ROQUE.

Yo, ¿por qué?

DAMIAN.

hablas equivocado.

ROQUE.

este, ¿ó te has casado?

DAMIAN.

casar? ya la dejé.

ROQUE.

yo, por vida mía.  
¿es dama?

DAMIAN.

Si.

ROQUE.

Bien:  
¿sabremos quién?

DAMIAN.

doña María.

LA PETIMETRA.

## ESCENA XIV.

DON DAMIAN, DON FELIX Y ROQUE.

FÉLIX.

Aquel de Valladolid,  
Don Damian, me ha detenido;  
El no sabe que he venido  
Esta mañana á Madrid.  
¿Han salido?

DAMIAN.

Todavía;  
Mas ahora digo que sí.  
Jerónima viene aquí,  
Y también doña María.

## ESCENA XV.

DICHOS, DOÑA JERONIMA, DOÑA  
MARÍA, ANA Y MARTINA.

FÉLIX.

Señoras, á vuestros pies.

DAMIAN.

Mi rendimiento se inclina.

ROQUE.

Y yo á los tuyos, Martina.

MARÍA.

Ya es bien tarde; ¿qué hora es?

JERÓNIMA.

Ved el reloj, don Damian.

ROQUE.

Adios, fueros guapetones;  
Cosidas á los calzones  
Las cadenas están.

DAMIAN.

¡Infame!

FÉLIX.

No os inquieteis,  
Dejadle por donde estais.  
Señora, la que buscáis  
En mi reloj la hallareis.  
*(Da el reloj á doña María.)*

MARÍA.

Tarde es ya.

JERÓNIMA.

Sillas tomad.

LOS DOS.

Con vuestra licencia.

MARÍA.

Aqui

Fijamente la hora vi;  
Tomad el reloj.

FÉLIX.

Dejad.

JERÓNIMA.

Oyes, necia, descuidada,  
Sosa, dime: ¿por qué no  
Me trajiste el dominó?

ANA.

Tiene una punta rasgada.

MARÍA.

Tened.

FÉLIX.

Miradle despacio.

MARÍA.

Ya le he mirado bastante.

FÉLIX.

Ved, qué firme este diamante,  
Y qué hermoso este topacio.

ANA.

Mas ¿quién viene?

JERÓNIMA.

El tío es.

MARTINA.

Ahora aquí será la risa.

MARÍA.

Tomad el reloj aprisa.

FÉLIX.

Yo le tomaré después.

## ESCENA XVI.

DICHOS Y DON RODRIGO.

RODRIGO.

¡Válgame Dios! honra mía,  
Que á tan infeliz estado  
¿Posible es que hayas llegado  
Por la infamia y picardía  
De dos sobrinas malvadas,  
De un huésped que infiel ha sido,  
De un picaron atrevido  
Y dos perversas criadas?  
Mas no quiero alborotar;  
Con paz averiguar quiero  
Lo que responden primero,  
Y después determinar.  
No culdo de este bribón;  
De Félix quiero saber,  
Que á estotro yo le haré hacer  
Lo que fuere de razón.  
Don Félix, hablemos claros,  
¿Qué os he dicho cara á cara?

FÉLIX.

La verdad: que aquí no entrara  
Por los motivos mas raros  
Que se ofrezcan.

RODRIGO.

Y que á vellas,  
Sin á nadie exceptuar,  
Nadie á este cuarto ha de entrar,  
Que no se case con ellas.

FÉLIX.

Cierto.

RODRIGO.

Y no lo habeis cumplido.

FÉLIX.

¿No cumplí? ¿cómo que no?  
Vuestro honor licencia dió  
Que el que fuese su marido  
Entre sin repulsa alguna,  
Y aunque hoy vine, y entré hoy,  
Yo cumplo como quien soy  
En casándome con una.

ROQUE.

Yo con otra.

RODRIGO.

Tú, alcabuate,  
¿También estabas aquí?

ROQUE.

Yo vengo á tratar por mí,  
Que no por ningún pobrete.

RODRIGO.

Y vos podeis de contado  
A la otra prima elegir,  
Pues ninguno ha de salir  
Sino que salga casado.

ROQUE.

Esto va bueno, por Dios.

DAMIAN.

Yo lo acepto.

ROQUE.

Yo también.

RODRIGO.

Solo resta el ver á quién  
Los dos quereis de las dos.

DAMIAN.

Yo, señor...

FÉLIX.

Tened un poco.

DAMIAN.

A mí me toca escoger.

FÉLIX.

No sé cómo podrá ser,  
Porque yo ya me sofoco.

DAMIAN.

Yo tambien.

RODRIGO.

No haya quimera :  
Mientras lo hablamos los tres,  
Vosotras, niñas, bien es  
Que os retireis allá fuera.

## ESCENA XVII.

DON FÉLIX, DON DAMIAN Y DON  
RODRIGO.

DAMIAN.

Don Félix está prendado  
De Jerónima la bella.

FÉLIX.

Vos me trajisteis por ella,  
Siendo de ella enamorado.

DAMIAN.

Yo de ella ya no lo estoy.

FÉLIX.

Don Damian, si no lo estais,  
¿Por ventura os acordais,  
Que de ella me hicisteis hoy  
Una arenga tan fumosa,  
Que pareció relacion  
De don Pedro Calderon  
Alabándola de hermosa?  
Pues queredia vos, que á mí  
Me toca doña María;  
Ella tiene prenda mía.

DAMIAN.

¿Cuál?

FÉLIX.

El reloj que la di.

DAMIAN.

Viste á Jerónima; al verla,  
Sin respetar mi amistad,  
Con ciega temeridad  
Te inclinastes á quererla.

FÉLIX.

Y la dejé, aunque la quise,  
Por solo ver que era vuestra.

DAMIAN.

Yo os la cedi.

FÉLIX.

Yo tambien,  
Y mi afición á las prendas  
Rendi de doña María.

DAMIAN.

Con tal que no sea á ella,  
Servid y amad á la otra.

FÉLIX.

No ha mucho que en esta pieza  
Me dijisteis, persuadiendo  
Que mi afecto la rindiera :

Si á Jerónima no es,  
A doña María sea.  
Doña María ha de ser,  
Aunque el mundo se opusiera.

DAMIAN.

Pues os haré mil pedazos  
Antes que caseis con ella.

FÉLIX.

Ya ni atencion, ni cordura,  
Ni respeto, ni prudencia  
Bastan; la espada responda  
A semejante insolencia.

DAMIAN.

Tambien la mia.

RODRIGO.

Teneos :  
Ninguno á violar se atreva  
El decoro de mi casa;  
Dejémoslo á eleccion de ellas.

FÉLIX.

Soy contento.

DAMIAN.

Muerto estoy,  
Mas el conceder es fuerza.

RODRIGO.

Salid.

## ESCENA XVIII.

Todos.

LAS DOS.

¿Qué mandas, señor?

RODRIGO.

Que cada cual al que quiera  
Elija para marido.

LAS DOS.

Don Félix, mi mano es esta.

RODRIGO.

¿Qué es esto!

DAMIAN.

Perdido soy.

JERÓNIMA.

Que Don Félix me corteja,  
Y es mi amor; hoy por mí al Prado  
Fué á reñir una pendencia.

MARÍA.

Don Félix me ha prometido  
Hoy ser mi esposo, y en esa  
Suposicion hablo así.

RODRIGO.

Nueva confusion es esta.

JERÓNIMA.

Mi esposo es.

MARÍA.

Es mi marido.

RODRIGO.

Apuremos la materia :  
Don Félix, ¿á cuál quereis?

FÉLIX.

Di palabra, y cumpliréla,  
Señor, á doña María;  
Su prima se engaña ciega,  
Pues juro que no la debo

Obra, palabra ni oferta,  
Mas que su necia esperanza.

RODRIGO.

Pues sin acomodo queda,  
Dad la mano al punto vos.

DAMIAN.

Yo no me caso con ella.

RODRIGO.

Pues ¿por qué?

DAMIAN.

Por ser quien es.

JERÓNIMA.

Pues no quede yo en afrenta :  
Cáseme, y sea el que fuere,  
Sombra de marido tenga;  
Cumplid, don Damian, lo que  
Me ofrecéis por estas letras.

(Saca un papel)

RODRIGO.

No hay remedio.

DAMIAN.

Si no le hay,  
(Ap.) Preciso es que me conenga,  
Aunque desde aqueste instante  
Mi infierno ya en vida empieza  
Con tal mujer.

ROQUE.

Chica.

MARTINA.

¿Qué?

ROQUE.

¿Te cansas de ser soltera?

MARTINA.

Yo sí.

ROQUE.

Pues daca esa mano.

MARTINA.

¿Y comer?

ROQUE.

Aqueso deja.

¿Con qué ha de comer tu ama,  
Y se casa? pues pasa ella,  
No hay que temer.

RODRIGO.

A esta infame,  
Porque obró como quien era,  
Los vestidos de su prima  
Quitadla.

MARÍA.

No.

RODRIGO.

Vayan fuera.

(Quitania la bata, y queda muy ridica)

ROQUE.

Si á él guitaran lo prestado,  
Sin duda que pareciera,  
Por la desnudez de entrambos  
Matrimonio de Adán y Eva.

TODOS.

Y todas las que la imiten,  
Si para tias no quedan,  
Pararán en el estado  
Que paró la Petimetra.

# HORMESINDA, TRAGEDIA.

## PERSONAS.

PELAYO.  
HORMESINDA.  
TRASAMUNDO.

GAUDIOSA.  
ELVIRA.  
FERRANDEZ.

MUNUZA.  
ZULEMA.  
TULGA.

GUARDIAS DE MUNUZA.  
GUARDIAS DE PELAYO.

*La escena se representa en una sala del alcázar de Jijon.*

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA PRIMERA.

HORMESINDA, ELVIRA.

ELVIRA.

Bella Hormesinda, templa el sentimiento,  
Suspende tu continuo y triste llanto;  
Da lugar al consuelo, amada, y tanto  
No llores y suspiros afligida.  
Mucho tardar no puede ya tu hermano  
En volver á Jijon; su brazo heróico  
Dejará la insolencia castigada  
Del tirano Munuza: tú vengada  
Por su acero serás; no desconfíes,  
Y vuelve a serenar el rostro bello,  
Que contemplan los miseros cristianos  
Como única señal de su fortuna.  
La miseria en que gimes importuna  
Consuelan con mirarte como hermana  
De Pelayo, su asilo y su esperanza;  
Y así, porque su aliento no desmaye,  
Suspende el llanto, esfuerza la alegría.

HORMESINDA.

¿Cómo podré alegrarme, Elvira mía,  
Ni cómo fácil es que se consuele  
La infeliz Hormesinda, que infamada  
Se mira por un bárbaro villano?

ELVIRA.

No es cual juzgas tan áspero tirano:  
Su mocho amor cegó su entendimiento,  
Y atropelló con fino atrevimiento,  
Por lo que otro galán no atropellara  
Que no fuese tan ciego y tan amante;  
Pero te dió satisfacción bastante  
En el modo que pudo, pues ufano  
Solo aspiró á la dicha de tu mano.

HORMESINDA.

¿Y cómo era posible que pensara  
Un moro vil, infame y atrevido,  
Entre tostados árabes nacido,  
Llegar á conseguir fuera su esposa  
La hermana de Pelayo? El gran Pelayo,  
Que en las funestas márgenes del Lete  
Al africano ejército fué rayo.

Un moro, que en escuela abominable  
Los dogmas aprendió torpes y rudos,  
Con que enseña falaz su errada seta  
La falsa religion del vil profeta,  
¿Podiera presumir que una cristiana  
Le admitiera por digno de sus brazos  
Sacrilega con no licitos lazos?

¿Ay Elvira! mi bárbara fortuna  
Dió tanta libertad á su deseo,  
Sin poder los cristianos resistirlo.  
El verme en el ultraje que me veo  
Le prestó alientos. ¿Quién me lo dijera  
A mí, cuando el obsequio desdeñaba  
De tanto conde godo; cuando fiera  
Despedí esposos nobles en la Galia,  
Y me negué á los príncipes de Italia?  
¿Ah memoria! ¿Ah memoria! ¿Qué tormento  
Tan bárbaro me das! ¿No soy yo aquella  
Por quien mas de una vez la real Toledo  
De príncipes augustos se poblaba?  
¿No soy la que los ánimos prendaba  
A un tiempo de los godos y españoles?  
¿Pues cómo (¡ay de mí!) pudo un falso moro  
Prender mi libertad con torpe nudo?  
¿Cómo aspirar á ser mi esposo pudo  
Quien no merece ser esclavo mío?  
Yo, de la sangre astura descendiente,  
Con la real casa goda emparentada;  
Yo española y cristiana; yo hija amada  
De Luz y de Favila; yo heredera  
De mil cántabros pueblos y asturianos,  
Que la vida espondrán por su señora,  
Y en cautiverio vil me miro ahora!

ELVIRA.

Consolarte, señora, ya procura.

HORMESINDA.

¿Que así se ha malogrado mi hermosura.  
¿Oh cielo santo! ¿Oh temeroso día!  
¿Qué lóbrego amanece! ¿Qué funesto  
A una alma triste ajena de alegría!  
¿Ay, cómo yo me acuerdo del pasado  
Tiempo feliz, en que hasta el rey Rodrigo  
Se vió por mi desdén martirizado!  
¿Cuántas veces de envidia fué tocada  
Con desesperacion la hermosa y linda,  
Aunque infeliz, bellísima Florida!  
¿Cuántas veces de mí fué reputada  
Por infeliz! ¿Mas ay! ¿Oh cuántas veces  
Vengo á ser yo mas que ella desdichada!  
¿Es esta la fortuna que envidiaron  
Cuando mis fieros émulos juzgaron  
Que el tálamo real yo le ocupase,  
Despreciadas las prendas de Egilona,  
Y estimé en poco entonces la corona!

ELVIRA.

Consuélete, señora, la desdicha  
Comun que lamentamos; no eres sola:  
Ya ves la uacion inclita española  
En su patria cautiva y sojuzgada  
Por la canalla vil que Africa envía.  
¿Quién ignora el conflicto y agonía  
De aquella horrenda y pertinaz batalla

Que de nuestra prision la causa ha sido ?  
 ¿ Hay por ventura alguno, á cuyo oido  
 Nuestra infelicidad no haya llegado ?  
 No se escucha en desierto ni en poblado  
 Sino quejas y miseros lamentos  
 De madres infelices y de esposas,  
 Que vagando afligidas y llorosas  
 En vano con su voz hieren los vientos.  
 Los hijos de los padres separados,  
 En bondas y oscurisimas mazmorras  
 Lloran su desventura encadenados ;  
 Los templos, los altares profanados  
 Sirven ya de pesebres y mezquitas.  
 No hubo infamias horrendas ni malditas  
 Que no ejerciese el bárbaro enemigo ;  
 Mas su culpa asegura su castigo ;  
 Pues Dios no sufrirá por mucho tiempo  
 Tanta prosperidad en un tirano.  
 Acaso no está lejos ya tu hermano,  
 En cuyo amparo el cielo se desvela,  
 Y él pondrá fin á tu dolor acerbo.

HORMESINDA.

Esa esperanza sola me consuela.  
 ¿ Mas qué dirá ¡ ay Elvira ! cuando llegue  
 A comprender Pelayo mi deshonra ?  
 ¿ Qué dirá cuando entienda que engañado  
 Con fingidas promesas fué enviado  
 A Córdoba á tratar alevos paces ?  
 ¿ Ah Munuza, ah Munuza ! ¿ Qué bien haces  
 En alejarle así ! ¿ Mas qué sangriento  
 Catastrofe te espera ! ¿ Cuán sediento  
 De sangre arrancará la espada fuerte !  
 El estrago menor será tu muerte.  
 Pero ; con qué vergüenza iré delante  
 De Pelayo á contarle mis afrentas !  
 En vano, en vano, ó corazon, intentas  
 Esforzarme á decirlo ; mas si callo  
 Muerte é infamia en mis silencios hallo ;  
 Toda soy confusion, horror soy toda.

ELVIRA.

Munuza y Tulga, de la sangre goda  
 Bastardo descendiente, y renegado  
 De la cristiana ley, que ha abandonado,  
 Acia aquí salen.

## ESCENA II.

MUNUZA, TULGA Y DICHAS.

MUNUZA.

Adorada infanta,  
 ¿ Te vas porque yo vengo ? ¿ Qué te espanta ?  
 No me presento del acero armado  
 Feroz guerrero con semblante airado ;  
 Sumiso busco tu real clemencia  
 Para lograr el fin apetecido,  
 Por que tanto anhelaron mis deseos,  
 De nuestros empezados himeneos.

HORMESINDA.

Munuza, si con fuerza y rito impío  
 Puedes llamarte al fin esposo mio,  
 Qué mas quieres de mí ? Ya se ha acabado  
 Cuanto en mí cabe ; y ojalá no fuera  
 Jamas nuestro himeneo comenzado.  
 Permíteme llorar ; si ni hermosura  
 Es contigo cual dices poderosa,  
 Déjame lamentar mi desventura.  
 ¿ Imaginas que poco has conseguido ?

MUNUZA.

Juzgo que nada, ó que muy poco ha sido  
 Mientras no logre ver tu rostro bello  
 Bañado en alegría. Qué, ¿ es posible  
 Que aun no obligó á tu amor la alicion mia ?  
 Que no te he de mirar sin confusiones,  
 Sin lágrimas, suspiros, ni lamentos ?  
 Que no han de tener fin tus sentimientos,  
 Que acrisolan mi amor y fe ? Que nunca  
 Con párpados enjutos he de verte ?

HORMESINDA.

Verás primero mi violenta muerte,  
 Que un agrado ; mi ley no lo permite :  
 Antes al centro infiel me precipite  
 Mi desgracia, que yo dé seña alguna  
 De no acusar tu arrojo temerario.

MUNUZA.

Yo, Hormesinda, juzgué muy al contrario  
 De mi amor verdadero y tu nobleza.  
 Juzgué que mas prudente tu belleza  
 No olvidara el blason de agradecida ;  
 Sé que de mi piedad es don tu vida,  
 Y no lo reconoces.

HORMESINDA.

¿ Ah inhumanos !

Que en no matando, imagináis dar vida !  
 Esta es la condicion de los tiranos,  
 Y esta es, moro, la tuya.

MUNUZA.

Yo amoroso  
 No he podido hacer mas que ser tu esposo,  
 Y tú me has despreciado ; el gran Mahoma  
 Me es testigo fiel, que abandonada  
 Mi lealtad y fe, de estas regiones  
 Te quise hacer jurar reina y señora,  
 Poniendo afectuosísimo en tu mano  
 El cetro del califa soberano,  
 Cuando abastí á pesar de tu fortuna  
 A tus piés mi soberbia y media luna.  
 Estas son las injurias recibidas  
 Por mí, y en recompensa tú me premias  
 Con no correspondientes galardones.

HORMESINDA.

No malogres, alcaide, tus razones  
 Con quien no entender puede su eficacia  
 Pues no soy yo absoluta : tengo hermano,  
 Y acaso de Jijon ya está cercano.  
 El sabrá tus razones y las mías,  
 Y pues en tu bondad tanto confías,  
 De tus obras espera ciertamente  
 Que el premio te dará correspondiente.  
 Vamos, Elvira.

ELVIRA.

Sígote, señora.

## ESCENA III.

MUNUZA, TULGA.

TULGA.

¿ Querrás, señor, desengañarte ahora ?  
 ¿ Estás ya satisfecho ? ¿ No conoces  
 La indómita soberbia de esta gente ?  
 Despechada, ¿ qué dudas que ella intente  
 Sino tu perdicion ? No, gran Munuza,  
 Tengas seguridad de tu enemigo,  
 Tu vida la asegura su castigo.

MUNUZA.

Yo le prometo, y tal que asombro sea  
 De mujeres ingratas á la dicha  
 Que en ellas Alah santo en vano emplea.

TULGA.

Y aun ¡ si evitar pretendes tu ruina !  
 Fuerza es que muera, y tu rigor se abona.  
 Pues mujer ofendida no perdona.  
 ¿ No advertiste cuán fiera y confiada  
 Pone las esperanzas en su hermano ?  
 ¿ No te he dicho mil veces que es en vano  
 Con la santa piedad rogar á gentes  
 Que ponen en las armas su fortuna ?  
 Menguará la triunfante media luna  
 Si olvidas el rigor, y si no arrancas  
 De raíz la semilla aquí escondida  
 En la fragosidad de estas montañas.

MUNUZA.

Nuevo asombro he de ser de las Españas.

TULGA.

La reconciliación jamás esperes  
Con ellos, pues su ley se lo prohíbe.  
Rencor eterno en sus entrañas vive,  
Y yo siempre juzgué por sospechosa  
La condición altiva de Pelayo.

MUNUZA.

Desde que en campos de Jerez fué rayo  
Destrozando las huestes africanas,  
No sé con cuál horror, con cuál asombro  
Contemplo su semblante; me parece  
Que algún terrible fin me vaticina;  
Mas yo pondré por obra su ruina  
Según hemos tratado; ya, cual dije,  
Por la postrera vez la he suplicado,  
Y al ver tanto desdén, el amor mío  
En aborrecimiento se ha trocado.

TULGA.

A estas gentes irrita la clemencia  
En lugar de obligarlas; no presumen  
Que cumplen con su ley, si no aborrecen  
Con mortal odio á cuantos agarenos  
Siguen el Alcorán de tu profeta.  
Jamás entre ellos, sin desprecio y rabia,  
Escándalo y horror, tu nombre suena.  
No presumas que ignore ya Pelayo  
Cuanto ha pasado; acaso la venganza  
Viene soberbio ya premeditando.

MUNUZA.

¿Y qué aprovechará su atrevimiento  
Contra el poder de la Africa, que rijo  
Como gobernador de estas regiones?  
Vive Alá sacrosanto, que al momento  
Que llegue, ha de sufrir violenta muerte  
A los agudos filos de mi alfanje.  
Ni imagine tampoco que no alcance  
A su hermana ingratisima mi furia.  
No blasonará indemne de la injuria  
Que hizo en mí á toda la nación alarbe.  
Tulga, por mas horrible, por mas grave  
Que el lance llegue á ser, ¿tendrás aliento  
De apoyar mis vastísimas ideas?

TULGA.

Espero, gran Munuza, que aun no creas  
Lo que obrar me verás: ¡tan grandes cosas  
De mi altivez y espíritu prometo!  
Pues ya previne las fingidas letras,  
De lo cual soy artífice escelente.

(Mostrando unos papeles.)

MUNUZA.

Pues yo á disponer voy, que con secreto  
Mis órdenes se cumplan.

TULGA.

Me es muy fácil  
Saber el corazón de los cristianos,  
Pues aunque abandoné sus ritos vanos,  
Les ha mi fiel astucia persuadido  
Que solo soy apóstata fingido,  
Por penetrar la mente del califa,  
Y á su intento servir con el secreto.

MUNUZA.

Premiaré con los brazos de Jarifa  
Tu lealtad: yo, yo te lo prometo.

## ESCENA IV.

TULGA, TRASAMUNDO.

TRASAMUNDO.

Si, como dices, Tulga, son tan sanas  
Tus internas ocultas intenciones,  
Recibe el parabién; ya á estas regiones  
El cielo nos condujo al gran Pelayo.  
Como quien vuelve de un mortal desmayo,  
Los míseros cristianos foragidos  
Recobran los espíritus perdidos  
Solo en ver á su príncipe.

TULGA.

¿Y es cierto  
Que Pelayo de Córdoba ya ha vuelto?

TRASAMUNDO.

¿Pues qué no lo acredita mi alegría?  
¿No te lo dice el corazón que viene  
Quien nos ha de librar de uranía?  
¿No te alegras que al fin haya venido?

TULGA.

Noticia para mí gustosa ha sido;  
Mas dilatar no puede mi fineza  
El ir á saludarle. Trasamundo,  
Permíteme ir á ver á nuestro infante.

## ESCENA V.

TRASAMUNDO, GAUDIOSA.

GAUDIOSA.

Cosa notable ha sido, que al instante  
Pelayo echó de menos á su hermana.

TRASAMUNDO.

No lo extraño, Gaudiosa, pues la sangre  
Avisa al corazón: ¡qué cortesana,  
Y dulcemente habló! Pero aquí viene.  
Mira, hija mía, al joven valeroso,  
Restaurador insigne de su patria,  
Que el cielo destinó para tu esposo:  
Haz reverencia al príncipe de España.

## ESCENA VI.

PELAYO, FERRANDEZ Y DICHOS.

PELAYO.

Mi admiración, Ferrandez, no es extraña.

FERRANDEZ.

Aun no sabrá Hormesinda que has venido.

TRASAMUNDO.

Nuestro muerto placer ha revivido  
Con tu presencia; ya las esperanzas  
De libertad renacen; ¡qué tardanzas  
Tan largas nos privaron de tu vista?

GAUDIOSA.

Desde antes de la bárbara conquista  
No lograron mis ojos el consuelo  
De mirar tu semblante.

PELAYO.

Sabe el cielo  
Cuán importunamente le he rogado;  
¡Pero ay de mí, princesa! ¡Cuán distintos  
Están los tiempos! ¡Cuánto yo he pasado  
Hasta llegar á conseguir el verte!

GAUDIOSA.

De nuestra adversa desgraciada suerte  
Cuéntame los sucesos lastimosos,  
Pues no te puedo oír otras razones,  
Y te hallaste presente. Di, Pelayo,  
De aquella pertinaz batalla horrenda  
El conflicto, la angustia y el desmayo.  
Refiéreme cuán bárbaras naciones  
Acandillaba el arrogante Muza.  
¿Quién fué aquel que empezó la escaramuza,  
Y el primero rompió nuestras legiones?  
¿Con qué armas Alcamán resplandecía?  
¿Cómo eran los caballos que traía  
De Arabia y Persia el Humání sangriento?  
¿Quién fué Olit? ¿Cuán robusto y corpulento  
Era el caudillo? ¿Cómo gobernaba  
Las inmensas falanges que mandaba?  
Relátame, por fin, cuántos estragos,  
Cuántos horrores, cuántos homicidios  
Haya hecho sin piedad con mano impla,  
Por castigo del cielo acá enviado,  
Tarif, soberbio y bárbaro soldado.

PELAYO.

¿Por qué me mandas que renueve el triste,  
Lamentable dolor de aquella historia,

Que sirve de martirio a la memoria;  
 Pues tú lo sabes y lo sabe el mundo?  
 ¡Ni quién podrá sin lágrimas amargas  
 Referirte, princesa, la agonía  
 Y el lamentable estrago de aquel día?  
 La piedad y el horror confusamente  
 Retiran de mi lengua las palabras;  
 Ni es posible tampoco que yo cuente  
 Tanta calamidad, asombro tanto.  
 Vieras allí mezclarse con espanto  
 Los unos y los otros confundiendo  
 Armas é insignias con atroz desorden,  
 Y en infernales cóleras ardiendo.  
 Allí en sangriento estrago se miraban  
 Mil lastimas, mil géneros de muertes:  
 Allí los mas robustos y mas fuertes  
 En tierra con furor se revolcaban.  
 Siete veces el sol, siete la luna,  
 Sin cesar admiraron el combate  
 De que pendió el aumento ó el remate  
 De la africana y gótica fortuna;  
 Hasta que ¡ay cielos! al octavo día,  
 ¡Oh día triste! oh lúgubre, funesto,  
 Indigno de la luz del sol divina!  
 ¡Quién bastará con lágrimas y voces  
 A ponderar el horroroso estrago  
 De aquel día infeliz y desastrado,  
 Que ojalá nunca entre los otros cuenten,  
 Y perezca en olvido sepultado,  
 Pues en él solo se amancilló toda  
 La altivez, presunción y pompa goda!  
 Al día octavo: ¡oh cielo! oh suerte impla!  
 Me horrorizo diciéndolo: ¡oh amada  
 Patria infeliz! oh España desgraciada!  
 Oh gloria goda! oh generacion fuerte  
 De temidos varones! oh Rodrigo!  
 ¡Oh amor impuro, origen del castigo!  
 Oh antigua religion! oh culto santo!  
 No puedo referirlo sin que el llanto  
 Confunda mis acentos: el infame  
 Traidor Julian, apóstata, y los hijos  
 Del lascivo Witiza, y el prelado  
 Que entregó al voraz lobo el fiel ganado,  
 Pasáronse al contrario. Desde entonces  
 Fué la ruina total de los cristianos;  
 En montes trasformándose los llanos,  
 De hacinados cadáveres son pira.  
 Murió allí Atanagildo por la ira  
 Del furioso Alboal; murió Ildelfonso  
 Al rigor de Muley; mi primo Andeca  
 El ánima exhaló por el impulso  
 De la diestra fatal del vil Audalla.  
 ¡Oh almas nobles! que en esta cruel batalla,  
 No al valor, sino al número cedisteis,  
 Mi desesperacion y arrojo visteis.  
 No vivo de cobarde: sed testigos  
 De que no evité el riesgo mas urgente.  
 No sé si fué cruel ó fué clemente  
 Conmigo el cielo: entonces no le plugo  
 Llevar mi vida; quiso que yo solo  
 Quedase por testigo del sangriento  
 Destrozo lamentable de mi patria.  
 Me abalancé mil veces con intento  
 De morir; ni temblaba aunque mil veces  
 Contra mi pecho vieses ya enristrada  
 La lanza del Tarif ensangrentada.  
 Mas tú preguntarás cual haya sido  
 El suceso del rey: en tanto tiempo  
 Como duró el combate, ni podido  
 Verle yo habia; al fin se me presenta  
 Casi al morir la luz del postrer día.  
 Pero ¡ah cielos! ¡qué horrible y demudado!  
 ¡Ay de mí, cual estaba, y cuán trocado  
 De aquel Rodrigo a quien Toledo augusta  
 Vió en las fiestas de galas adornado!  
 La faz terrible, pálida y adusta,  
 Todo sangriento y del sudor y el polvo  
 Y heridas con horror desfigurado.  
 La barba yerta; sacio y erizado  
 Tenia el cabello, que empapado en sangre,  
 Ajena y propia en hilos destilaba.  
 Lloroso, triste, acongojado estaba

Con el manto real todo rasgado,  
 Y la corona ya no la tenia.  
 Del carro de marfil saltado habia,  
 Porque grandes montones de difuntos  
 El curso de las ruedas impedían,  
 Y con largos gemidos y profundos  
 Tristísimos suspiros, sollozando  
 Dice: ¡oh Pelayo! todo lo perdimos;  
 Fuimos un tiempo godos y vencimos;  
 Fué Toledo, fué España, fué Rodrigo;  
 Mas Dios de mi lascivia por castigo  
 Contra mí levantó cuantas naciones  
 La media luna en Africa y en Asia  
 Tremolan en sus barbaros pendones.  
 A Damasco de Siria y á la Arabia  
 El gótico poder ha trasladado.  
 Huye, hijo de Favila, que encargado  
 Te dejo el reino; tú eres la esperanza  
 De nuestra religion, que yo he perdido;  
 Mas voy por mi castigo merecido,  
 Pues injusto violé las sacras leyes,  
 Y en mi infortunio escarmentad; ¡oh reyes!  
 Dijo, y viendo á Tarif cuán orgulloso,  
 Con homicidios mil iba insolente  
 Gritando furibundo, á grandes voces,  
 Dando aliento á sus bárbaros soldados,  
 Para mas no volver ante mis ojos,  
 A matarle ó morir determinado;  
 Por el tropel de las confusas armas  
 Batió el ijar á Orelia su caballo,  
 Y se arroja al contrario, poderoso,  
 Audaz, desesperado y espantoso.  
 Ya á todas partes que me vuelvo veo  
 Mezclarse con mil llantos la ruina  
 Del bando fiel y el bárbaro trofeo.  
 Por el campo tendidos se veían  
 Cuerpos de capitanes, de magnates  
 Despedazados y sangrientos bustos,  
 Cadáveres de jóvenes robustos.  
 Guadalete en sus ondas revolvía,  
 Turbio ya con la sangre, los penachos,  
 Los caballos y escudos de varones.  
 Ya el furor de las árabes legiones,  
 Roto el campo, el monarca fugitivo,  
 Cebada el ansia en su riqueza inmensa,  
 Tenia por el suelo destrozadas  
 Las tiendas de Rodrigo saqueadas.  
 Pero ¡por qué en contarte me detengo  
 El suceso fatal! La gente goda,  
 Que la roca tarpeya humilló un tiempo;  
 La que invencible sojuzgó, poniendo  
 Coyunda á la cerviz del Capitolio,  
 Cayó abatida; fué el honor perdido;  
 La patria á esclavitud se ha reducido,  
 Con mortandad horrible de sus fuertes  
 Hijos amados; la religion santa,  
 Que nuestros padres con fervor y tanta  
 Veneracion siguieron tantos años,  
 Todo violado fué por los estraños.  
 Y así lloran sus hijos profanados  
 Los templos sacrosantos; los altares,  
 Y los vasos divinos ultrajados;  
 Violadas las purezas virginales,  
 Y la nacion cautiva y aberrojada  
 En poder mas sacrilego y tirano  
 (Sin que Dios ofendido se lo estorbe)  
 De la nacion mas bárbara del orbe.  
 Todo al fin se perdió..... Pero ¡qué es esto?  
 ¡Princesa, te enterneces? ¡Y vosotros  
 Sentís tambien el pecho lastimado?

#### TRASAMUNDO.

¡De qué generacion será engendrado,  
 De cual osa fierisima nacido,  
 Cualquiera que no se haya enternecido  
 Habiendo nuestra lastima escuchado?

#### FERNANDEZ.

Yo estoy absorto y todo turbado.

#### GAUDIOSA.

No puedo mas con mi dolor; ¡oh patria!  
 Oh antigua libertad! oh rito santo!

Dejadme retirar, porque yo sola  
La rienda suelte amargamente al llanto.

### ESCENA VII.

PELAYO, TRASAMUNDO, FERRANDEZ.

TRASAMUNDO.

Si aquí finalizara el desconsuelo,  
Fuera el daño mayor; pero ¡ah Pelayo!  
Que aun hay mas grande mal.

PELAYO.

Señor, ¿qué dices?

FERRANDEZ.

Mayor mal, Trasamundo, es imposible.

PELAYO.

¿Que aun tiene fuerzas el rigor del hado!

TRASAMUNDO.

Ese gran corazon acostumbrado  
Previene para el golpe mas horrible,  
Que acaso nunca habrás imaginado.

PELAYO.

Si el haberse mi hermana retirado  
De mi presencia á tiempo que yo vengo  
Es indicio fatal; ya me prevengo  
A morir de dolor: mi vida acabe  
Al bárbaro rigor de mal tan grave;  
Dí, Trasamundo, que te oiré constante.

TRASAMUNDO.

Hay cosas que es preciso dilatorias,  
Y así perdona mi silencio, infante,  
Que el respeto y la afrenta me acobardan.  
La causa de este mal Munuza sabe:  
De él te importa saberlo; mejor puede  
Que ninguno informarte.

PELAYO.

¡Santos cielos!  
¿Qué mas queréis de mí? ¿No me bastaba  
Ver lo visto; llorar lo que he llorado;  
Sino que cuando al puerto ya he llegado  
Juzgando ballar bonanza, fugitivo  
De la mar borrascosa y turbulenta,  
Encuentro aquí mas brava la tormenta?

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA PRIMERA.

PELAYO, FERRANDEZ.

FERRANDEZ.

No te entregues, Pelayo, al sentimiento  
Con tal obstinacion: nuestro contento  
Estriba solo en tí, tu rostro miran  
Los míseros cristianos, que suspiran  
En vil esclavitud, y si afligido  
Te imaginan, su celo, su esperanza,  
Y todo su valor está perdido.

PELAYO.

Si con la muerte el mal que me amenaza  
Podiera remediar, dichosa suerte  
Fuera la mía en conseguir la muerte.

FERRANDEZ.

Munuza de su gente acompañado  
Viene acia este lugar; el retirarte  
Discurso que será mas acertado.  
No sin la pompa y tren correspondientes  
De dádivas, esclavos y presentes  
Llegues á su presencia: mucho abona  
La ostentacion y fausto á la persona.

### ESCENA II.

FERRANDEZ, MUNUZA, TULGA, ZULEMA.

FERRANDEZ.

Pelayo, mi señor, de su embajada

Acaba de llegar, y la licencia  
Aguarda de ponerse en tu presencia.

MUNUZA.

No solo á mi permiso, á mi deseo  
Pelayo es acreedor: dí que impaciente  
El rato viviré que no le veo.

FERRANDEZ.

Vendrá á gozar tal dicha prestamente.

### ESCENA III.

MUNUZA, TULGA, ZULEMA.

MUNUZA.

¡Ah, cómo sus frenéticos intentos  
Le atajaré yo pronto! ¡Ah, cuán ufano  
Le abatiré los altos pensamientos!

ZULEMA.

Todo cuanto emprendieres, gran Munuza,  
Será á tu valor fácil; mi persona  
Tus órdenes aguarda solamente  
Para que al vil cristiano, al insolente  
Necio despreciador de su fortuna  
Dé á entender que á la cruz de su profeta  
Del nuestro humillará la media luna.

MUNUZA.

Su esterminio fatal he decretado.

ZULEMA.

La beldad que Pelayo ha destinado  
Para su esposa ocupará mi lecho,  
De todos los cristianos á despecho,  
Si me ayuda el poder del gran Mahoma.  
Mi corazon terrible solo doma  
Su vista soberana, desde el punto  
Que acaudillando la valiente tropa,  
Que el sagrado Alcorán á fuerza de armas  
Introdujo en los términos de Europa,  
Su palacio abrasó, que en las montañas  
Puestas al septentrion de las Españas  
Era defensa á forajida gente;  
Pero ¡ah cielos, y cuán mas vorazmente  
Mi pecho se abrasó con su hermosura!

MUNUZA.

Zulema, el lograr de ella te asegura  
El suceso feliz que pronto espero.

TULGA.

Si el parecer admites, que te ha dado  
Tu mas fiel y sumiso consejero,  
Presto, Munuza, te verás vengado.

MUNUZA.

Su esterminio fatal he decretado;  
El disímulo importa solamente.

### ESCENA IV.

PELAYO, con varios presentes; MUNUZA,  
ZULEMA, FERRANDEZ, TULGA y ACOMPA-  
ÑAMIENTO DE MOROS Y CRISTIANOS.

PELAYO.

Gracias, señor, al sumo Omnipotente,  
Que salvo á tu presencia me condujo.

MUNUZA.

Pelayo, Aláh te salve; no rehusas  
Admitir fino los estrechos lazos  
Con que te brindan mis amantes brazos.

PELAYO.

En ellos se confirme la firmeza  
De nuestra amistad fiel, de la alianza  
Y confederacion establecida  
Entre nosotros. Alahor, que el mando  
Está en nombre de Ulit ejercitando,  
Por sustituto suyo en las Españas,  
Salud y paz de Córdoba te envía.

MUNUZA.

A Alahor y á Pelayo la fe mía

Siempre agradecerá lo que es debido.

PELAYO.

Pequeña muestra de su amor ha sido  
La fineza que ves : con ser tan grande  
Es menor que su afecto.

MUNUZA.

La fineza  
Mayor que pudo hacerme, fué enviarme  
Un amigo tan fiel, que tanto estimo.  
Pero ¡ah cielo! ; Por qué no permitiste  
Que recibiera a Pelayo menos triste!

PELAYO.

¿Qué te altera, Munuza? ¿Qué? ; Imaginas  
Que acaso han blandamente afeminado  
Las delicias de Córdoba mi pecho?  
De nuestra amistad firme el nudo estrecho  
Aflojas, si no rompes, acusando  
Mi falta de valor con tu tristeza.  
La pena mas horrible, la fiera  
De todos los abismos conjurados  
En vano asaltarán mi pecho heroico  
A poder de trabajos inflexible.

MUNUZA.

Sé tu valor, tu espíritu invencible,  
Y tu sangre real : eso me anima,  
A no escusarte el golpe mas horrible  
Que imaginado habrás ; no lo flara  
De menor corazon, aunque importara  
Mas, si posible fuera, ni á otro alguno,  
Aunque igual amistad con él tuviera.

PELAYO.

No me tengas suspenso, ni impaciente.

MUNUZA.

Tuiga, Zulema, retirad la gente,  
Y todos despejad.

PELAYO.

Fernandez, pronto

Mándalos apartar.

### ESCENA V.

MUNUZA, PELAYO.

MUNUZA.

¿Estamos solos?

PELAYO.

Segun parece, nadie nos escucha.

MUNUZA.

Verás si de tu mal la causa es mucha :  
Pero es tal, ; oh Pelayo! que recelo  
Que mi verdad peligre en tus oídos,  
Pues no parecen tal, sino fingidos  
Por maligna traicion de amigo falso  
Los sucesos que oírás, si valor tienes  
De escuchar una infamia tan horrenda.

PELAYO.

¿Una infamia! ; Qué es esto! ; Tan tremenda  
Es mi suerte, que aun juzgas que me falte  
Constancia para oirla! ; Qué, es posible  
Que no me faltó el ánimo, aunque viese  
El último conflicto de mi patria!  
¿Que he visto con aliento no turbado  
Mi sangre derramar! ; Que vi mi estado  
Con fuego arder, mis gentes degolladas,  
Cautivos los cristianos infelices,  
Las basilicas santas profanadas,  
Y nunca me faltó valor heroico!  
Y ; aun de mi dudas! ; Cómo tanto tarda,  
Siendo tan grande el daño que me aguarda?

MUNUZA.

Pues, gran Pelayo, no de alevosia  
Quiero que acuses tú la amistad mia,  
Que lo fuera muy grande mi silencio :  
Tu persona y estirpe reverencio,  
Y no es bien que un borron en ti consienta.  
Hormesinda, tu hermana, poco atenta

Al decoro y blason de su prosapia,  
Que á costa de peligros tú mantienes,  
Frágil como mujer, de los desdenes  
No se armó cual debiera : esto fué causa  
De que (tu honor manchando) cometiese  
El mas torpe y mas vil de los deslices.

PELAYO.

¿Tente, Munuza bárbaro! ; Qué dices?

MUNUZA.

¿Conocerás las firmas de tu hermana?  
Pues por ellas sabrás...

PELAYO.

¿Será posible!....

¿Mi hermana infiel! ; Qué horror! ; Qué dices, m

MUNUZA.

Me estremezco al decírtelo ; confieso  
Que es noticia cruel ; pero por eso  
Te la dice un amigo.

PELAYO.

¿Cielo santo!

Mucho mal esperaba ; mas no tanto.  
¿Para esto de las armas espantosas  
Tu piedad me libró? ; Para este golpe  
Conservaste mi vida? ; Oh, cuanto fuera  
Mejor morir en la batalla fiera,  
Que no ver mi deshonra! ; Oh Dios eterno,  
Por qué no fué á Pelayo permitido  
Quedar en campos de Jerez tendido,  
Donde tantos varones eminentes  
Murieron por la patria ; donde yace  
En flor el hermosísimo Leandro,  
Teodoro y Ramirez, y los valientes  
Iligo y Sancho! ; Oh! Jarañin soberbio,  
El mas cruel del ejército africano,  
¿Por qué no exhaló esta ánima mezquina  
Al rigor de tu invicta y diestra mano?  
O ; por qué no despedazó mi cuerpo  
Cuando con filo agudo y radiante  
Tantos cristianos miseros desgarró  
De Tarif la espantosa cimitarra?  
¿O la tuya, Alboal, capitán bravo  
De los fuertes maliques Alabecas?  
¿Oh, bienaventurados muchas veces  
Los que allí fenecieron trastornados  
De las sangrientas turbulentas ondas  
Del Guadalete, que llevó con saña  
Tanto cuerpo difunto al mar de España!

MUNUZA.

Pelayo, á tus promesas corresponden  
Esos extremos mal : ¿no blasonabas  
De corazon de pordio invencible?

PELAYO.

¿Quién pensara que pena tan horrible  
Me hubiese de asaltar? La muerte fiera,  
De bárbaros tormentos motivada,  
Es lo que yo no temo ; horror mas grande.  
Si acaso puede haberle, despreciaba ;  
Pero tanto dolor no imaginaba,  
Ni á mi nobleza obliga el sufrimiento.  
Mas, ¿cómo sin vengarme ni un momento  
Puedo vivir? Pero, Munuza, dime :  
¿Es posible que es cierto, que no hay duda,  
Que no te has engañado, que evidente  
Es cuanto de Hormesinda me has contado?

MUNUZA.

Es el suceso tal, que yo no en vano  
De mi verdad juzgué que dudarias ;  
Pero, dime, Pelayo, ¿te confías  
De la fiel amistad que te profeso?

PELAYO.

Sé tu amistad y mi desgracia, y eso  
Me confirma en mi mal : ¿qué pena fuera  
La que á mi corazon no acometiera?  
¿Cuál dolor me faltó para acabarme?

MUNUZA.

Aunque para contigo acreditar me



No necesito apoyo , es buen testigo  
De mi verdad Zulema.

PELAYO.

Qué, ¿ Zulema  
También lo sabe ya ? ¿ Que tan estrema  
Es mi infelicidad , que aun el consuelo  
De ser oculta me ha negado el cielo !  
¿ Y que infame he de ser públicamente !

MUNUZA.

Conozco tu razon ; no me consiente  
Mi amistad verte con serenos ojos.  
Verás las firmas, de mi fe testigos ,  
Y Alah santo dirija tu venganza.

### ESCENA VI.

PELAYO, FERRANDEZ.

FERRANDEZ.

Y á tu infiel pecho el hierro de mi lanza. (Ap.)

PELAYO.

¿ Qué es lo que me sucede ! ¿ Acaso el cielo  
Conjuró contra mí todos los males  
Para rendir mi pecho solamente !  
¿ Tan grande es mi soberbia ! ¿ Tan valiente  
Contra el cielo mi espíritu he mostrado ,  
Que tanto en abatirle se ha empeñado !  
¿ Qué, no basta un dolor para rendirme !  
¿ Qué, tantos han de ser, y los mayores !  
Mas ¿ cómo inútilmente mis furores  
Al aire desperdicio ? ¿ Cómo tengo  
Valor para mirarme ? ¿ Cómo un punto  
Vivo afrentado ? Quien me ofendé muera.  
(*Quiere irse.*)

FERRANDEZ.

Señor, ¿ adónde vas ?

PELAYO.

El que no quiera  
Conmigo de leal perder el nombre ,  
No me detenga.

FERRANDEZ.

Deja que me asombre  
De tal resolucion, y en premio solo  
De mis servicios, la atencion merezca  
De escucharme un instante.

PELAYO.

Como ignoras  
La causa de mi mal, y es imposible  
Quepa en mi boca, aunque en mi pecho cabe,  
Me intentas detener : si lo supieras,  
De cobarde á mi brazo reprendieras.

FERRANDEZ.

Ningun dolo, ninguna alevosia  
Por Munuza y los suyos fabricada,  
De mi noticia buyó.

PELAYO.

¿ Cómo en Munuza  
Caber puede traicion , ni en mi consuelo ?

FERRANDEZ.

Señor, si escuchas, apiadado el cielo  
Quizá abrirá camino.

PELAYO.

¿ Qué camino  
Sin matar ó morir ha de encontrarse ?

FERRANDEZ.

Mas ¿ cuál obligacion mandó flarse  
De un infiel tan del todo ?

PELAYO.

No equivoques  
Las cosas malicioso : no los ritos,  
No la contraria religion al hombre  
Con el otro hombre á ser infiel obliga,  
Ni impide que la ley cada cual siga  
Que halló en su educacion ó su destino  
(Arcano que venero, y no examino),

Para que el pecho, á quien razon gobierna ,  
Sensible á la amistad , al fin humano  
Corresponda , á pesar del dogma vano.

FERRANDEZ.

Si el pensamiento noble y generoso,  
Que adorna la grande alma de Pelayo ,  
Se difundiera en todos igualmente ,  
Pensaras sin error.

PELAYO.

¿ No has escuchado ,  
Que el mismo Trasmundo, que encargado  
De Hormesinda quedó , tembló al declirne  
Su culpa ? Aun cuando fuese alevé el moro,  
¿ También será el cristiano delincuente ?

FERRANDEZ.

¿ Cielos, qué confusion !

PELAYO.

No me consiente  
Mi impaciencia esperar.... ¿ Pero qué miro ?  
¿ Qué asombro ! ¿ Qué furor ! ¿ Cómo mi hermana  
Se atreve sin honor ?... ¿ Por qué liviana  
A buscar mi presencia ?

FERRANDEZ.

Gran Pelayo ,  
Esperanza y blason de nuestra gente :  
Si eres heroico, si cual firme rayo  
De luz, de Cindasvinto y Recaredo  
La ilustre sangre enardeció tu pecho ,  
Dame palabra de escuchar templado  
La razon de Hormesinda, ó de tu planta  
No me levantaré.

PELAYO.

Desconfiado  
Prometo la atencion ; mas no es posible.

### ESCENA VII.

HORMESINDA, ELVIRA y DICHO.

ELVIRA.

Llega, señora.

HORMESINDA.

¿ Ay, qué dolor terrible  
Me oprime el corazon ! De la congoja  
Desfallezco temblando ; soy de hielo.

PELAYO.

Su delito la aumenta el desconuelo.

FERRANDEZ.

No es delito el rubor.

HORMESINDA.

Señor.... hermano...  
¿ Qué digo ? ¿ Ay infeliz !

PELAYO.

En vano, en vano  
Me apellidas con nombre que aborrezco.

HORMESINDA.

¿ Ay cielos ! ¿ Qué es de mí ! ¿ Qué, ¿ no merezco  
Ni atencion, ni piedad ? ¿ Qué es esto ? ¿ Cómo ?  
¿ Lor ojos vuelves con airado rostro ?  
¿ Hermano ! ¿ Oh dulce hermano !

PELAYO.

¿ Infiel hermana !

HORMESINDA.

¿ Qué nueva ansia ! ¿ Cuál bárbaro tormento  
De nuevo me acomete ! ¿ Cuando aliento  
De mi hermano me dió la confianza ,  
Hallo este alivio ! ¿ Es esta la esperanza  
Que en tí fundé, Pelayo ?

PELAYO.

¿ Qué mas quieres  
Que ver que con indigna tolerancia ,  
Viéndote sin honor , mire primero  
Tus lágrimas fingidas que tu sangre ?  
Pero remedie el vengador acero  
Mi tardanza y tu culpa.

ELVIRA.

¡Cielo santo!

HORNESINDA.

¡Ay de mí!

FERRANDEZ.

Ten la cólera y la espada,  
Por mí, por ella y la palabra dada.

PELAYO.

Pues ya que de leal ó de imprudente  
Me intentas detener, recto juez quiero  
Su descargo escuchar; nunca se cuenta  
Que hubo juez sordo; ni la mas violenta  
Pasion obste al que aspira á justiciero.  
¡Mas, qué disculpa (¡oh cielos!) dar intenta?  
¿Cómo es posible hallarla? ¡Oh si la hallara!  
¿Qué feliz fuera yo! pero son vanos,  
Inútiles deseos. Di, infelice,  
Desgraciada mujer; que hermana es nombre  
Que se estremece el labio, si lo dice.  
Dí: ¿son estos los frutos de tan grandes  
Trabajos por la patria tolerados?  
¿Son estos los laureles deshojados  
Sobre nuestra prosapia generosa?  
¿Es posible que es esa tu alevosa  
Sangre, sangre del justo Recaredo?  
¿Que en medio de la cólera espantosa  
Que oprime á tu nacion, tú inícuas puedas  
Mirar su ruina con enojados ojos?  
¿Que no tiembles de horror viendo despojos  
De la muerte á los tuyos, que á Isidoro,  
Tu jóven primo en piezas dividieron?  
Murió gritando el bravo Teudiselo  
Del estribo arrastrando, y su caballo  
Le lleva revolcándose en el suelo.  
Que....

FERRANDEZ.

Escúchala, señor. (*Deteniéndole.*)

ELVIRA.

Piedad, infante.

PELAYO.

¿Cuál puede ser satisfaccion bastante  
De crimen tan horrendo? ¿Así mantienes  
El honor de tu estirpe, que sostengo  
A precio de mi sangre y de mi vida?  
¿Para esto ver de Córdoba yo he vuelto,  
Y Abdalasis mi cuello ha perdonado?  
¿Qué! ¿en poco tiempo que falté á tu lado  
Mas perdiste, que en tantos infortunios  
Con inmensas fatigas yo he ganado?  
¿Oh ley bárbara injusta! ¿Oh imprudente  
Legislador, que promulgó primero  
La ley crúel, que el crédito y la fama,  
Por la virtud mil siglos conservados,  
Pendan de los volubles pareceres  
De la fragilidad de las mujeres!  
Mas no pudo embotar con fieros hados  
La punta á las durisimas espadas.

HORNESINDA.

Hermano... ¡Ay de mí triste! Infante... Hermano...  
Yo... sí... ¡Qué horror! No hay culpa... ¡Quién pensara...  
Esto esperé... este apoyo. Amparo vano...  
Triunfará mi enemigo... Angustia rara...  
Después de mis desdichas... Esto solo  
Faltaba á mi dolor... Desamparada,  
Y ofendida... ¡Oh rigor! ¿A quién los ojos  
Funestos volveré? Ya, ya el aliento  
Me falta, y yo tambien... muero.

(*Cae desmayada.*)

FERRANDEZ.

Al momento

Socorred á la infanta.

ELVIRA.

¡Ay Dios! ¡Ay triste!

(*Retranala.*)

PELAYO.

Sufrirlo puedo apenas; ¡pero viste

Cuál la puso en el último confito  
Solamente el horror de su delito?  
¡Son Munuza, Zulema, ni los moros  
Los que lo dicen solos? ¡Trasamundo,  
Y ella misma, que es mas, no lo publica  
Con la propia abieccion de su deshonra?  
¿Qué suplicio mas fiero á un delincuente  
Habrá, que hacerle su maldad presente?  
¡Y habrá ya quien se oponga á su castigo!

FERRANDEZ.

Yo, señor, te suplico....

PELAYO.

¡Qué! ¿enemigo  
Aun serás de mi honor y mi reposo?  
¿Qué mas indicio quieres?

## ESCENA VIII.

TRASAMUNDO Y DICHO.

TRASAMUNDO.

Valeroso

Príncipe nuestro: pues la ocasion llega  
No la malogre, ni vengar dilates  
La afrenta de tu hermana. Fué el suceso...

PELAYO.

¡Cielos! ¡Otro dolor! Señor, no trates  
Tan funestos asuntos: la sangrienta  
Venganza que yo tome te asegure  
De que estoy ya informado de mi afrenta;  
No tú me la renueves.

TRASAMUNDO.

Estás, y con verdad? *Informado*

PELAYO.

Ya nada ignoro.

TRASAMUNDO.

¿De lengua sí?

PELAYO.

El gran Dios que yo adoro  
Dirigirá mi brazo.

TRASAMUNDO.

¿Y te parece  
Que hice bien en callárla?

PELAYO.

Merece  
Tu lealtad mil premios.

TRASAMUNDO.

¿Se creyera  
Delito tan atroz y abominable?

PELAYO.

Tan solo contra mí posible fuera.

TRASAMUNDO.

¿Qué dirá el mundo? ¡Oh crimen execrable!

PELAYO.

Verás hoy mi venganza.

TRASAMUNDO.

Mis consejos,  
Mis fuerzas, aunque débiles, mis gentes,  
Estamos á tal príncipe obedientes.  
¿Y hoy ha de ser?

PELAYO.

Los últimos reflejos  
No veremos del sol, sin que yo fiero  
La venganza ejecute justiciero.

TRASAMUNDO.

Dispon de nuestros bienes y las vidas,  
Que ya son tuyas; un deseo ardiente  
Reina en nosotros de mirar cumplidas  
Tus venganzas, y verte satisfecho.

FERRANDEZ.

Solo la confusion reina en mi pecho.

## ACTO TERCERO.

### ESCENA PRIMERA.

PELAYO, GAUDIOSA, TRASAMUNDO,  
FERRANDEZ

GAUDIOSA.

¿Es posible, señor, que la fortuna  
Nos mire tan adversa, que vencidos  
Peligros tan inmensos parecía  
Que fuese á amanecer un claro día,  
Y en nuevo horror nos vemos sumergidos?  
¿Que apenas los altares se ocultaban,  
Quemado el santo incienso, que ofrecía  
Por tu llegada, cuando ya sus iras  
Parece que el abismo ha conjurado  
Contra nosotros!

PELAYO.

Al corazón fuerte,  
Princesa, así los cielos han querido,  
Y así porque le quieren le acrisolan.  
No fuera yo de tu grandeza digno  
Con menos fieros males agitado.  
Aquí te ofrezco un pecho acostumbrado  
A mas terribles penas que la muerte;  
Y ojalá que á tus plantas ofrecerte  
Pudiera, como yo pensé algún día,  
Los reinos de los godos estendidos  
Desde la ardiente Libia hasta Narbona.

GAUDIOSA.

Tan solo á tu virtud, no á la corona,  
Señor, aspiro en tí; de mi amor casto  
No son precio los cetros de los godos,  
Ni el imperio oriental: si dable fuera  
Que yo tus infortunios no sintiera,  
La ocasión celebrara que ya tengo  
De mostrar que es á tí, no al poderío,  
Ni á la púrpura sacra el amor mío.

PELAYO.

Basta, princesa: ¡Oh quién se hallara ahora  
Digno de tales voces! Mi desgracia  
Aun no es de tan gran bien merecedora.

(Vase Gaudiosa.)

TRASAMUNDO.

Los astures y cántabros famosos  
(Pueblo indomable, escándalo de Roma),  
A inclinar la cerviz poco enseñados,  
Con tardía cadena mal atados,  
Buscan tus piés humildes: todos claman  
Por su señor; por todos, sus ancianos  
La religion, la vida, las haciendas  
Y el alma depositan en tus manos.

PELAYO.

Gran principio ha de ser á las hazañas  
De la restauracion de las Españas  
Mi venganza primero; en este día  
Diles que admitiré la grande ofrenda  
Después que venga yo la afrenta mia.

TRASAMUNDO.

Corto espacio imagino al grande intento.

PELAYO.

Sobra á mi pundonor, sobra á mi aliento.

TRASAMUNDO.

No desapruuebo el noble ardor; mas dudo  
De la celeridad.

PELAYO.

Señor, no dudes,  
Ni pienses que la vida considero  
Mas que como castigo de mi afrenta,  
Mientras vive el culpado impune.  
Ni imagine Gaudiosa que yo intente  
Ofrecerla (¡qué horror!) mi enjuta mano  
No humedecida con alevé sangre.

TRASAMUNDO.

Yo admito ese contrato, sí, y lo juro.  
¡Qué grande alma! ¡Qué heroico! ¡Cielo santo!  
¡Y vos, inteligencias celestiales,  
En cuya proteccion espera España,  
Vuestra piedad venero: tan del todo  
No aniquilasteis el aliento godo,  
Cuando en medio de tales infortunios  
Conservais, á pesar del moro ardiente,  
Juventud tan heroica y tan valiente.  
Vive dichoso, ¡oh jóven! ¡Quién pudiera  
Seguirte con mas firme y veloz planta  
Como en la edad pasada, cuando al moro,  
Que ya está á mis heridas enseñado,  
Le hice volver al Africa gimiendo,  
Y el estrecho cegué con sus navios,  
Caliente con su sangre, y al rey Wamba  
Presenté de Bucefa el rico alfanje!  
¡Oh, quién tuviera aquel antiguo brio,  
La juventud gallarda y floreciente  
De aquel tiempo! ¡Oh, qué tiempo tan dichoso!  
Cuando contra Hilderico sedicioso  
El justo Wamba al feroz conde Paulo  
Envió á las Galias, y el alevé conde  
Amotinó el ejército: en persona  
Fué el rey á castigarle y yo á su lado;  
Y el piadoso monarca solamente  
Se limitó á quitarle el talabarte  
Que á mí me puso con sus propias manos.  
El mismo que del hombro está pendiente.  
Veisle aquí, y las insignias y el escudo  
De su perdido dueño: en días solo  
Como este en que Pelayo á vernos vuelve,  
Le uso, al cuidado de esta mi Gaudiosa.  
Con él la vez postrera (¡oh dolorosa  
Memoria!) fui á ver al rey Rodrigo,  
Que no le he visto mas; ¡qué lozania  
Mostraba yo con él en algun tiempo!  
A Pelayo en un todo parecía;  
Así marchaba y me planté á ese modo;  
Así sobre las armas descansaba  
Cuando alguno me habló. ¿Mas qué simplezas  
Digo? Perdona, infante, á un triste anciano,  
Que es este nuestro genio.

PELAYO.

No lo sano  
Del discurso me aparta; otros asuntos  
Me retran, señor, de tu presencia.

### ESCENA II.

FERRANDEZ, TRASAMUNDO.

FERRANDEZ.

Trasamundo, á tu celo y tu prudencia  
Toca evitar gran mal; sin duda alguna  
Mucho engaño padece nuestro infante,  
Yo procuré advertirle, y no me escucha.  
Tus canas, tu consejo...

TRASAMUNDO.

Ni mis canas

Ni mi consejo faltan á Pelayo.  
Sé bien tu lealtad, sé bien tus sanas  
Intenciones, por eso te haces digno  
De que yo no te calle una advertencia.  
De los principes siempre reverencia  
Los muy altos designios que emprendieron.  
Menos daño los godos padecieron  
Cuando en los baños de Toledo holgaba  
Rodrigo con la Cava y sus amores.  
Del cielo los decretos superiores  
Le hubieran castigado á él solamente.  
Un vasallo usurpó la accion del cielo,  
Pues castigar al rey toca á Dios solo;  
Y así han llovido indiferentemente  
Desdichas sobre todos, aun mayores  
Que el daño á quien se dió venganza horrenda;  
Y siendo así esto, hoy que venera España  
Tal padre de la patria, rey tan justo,  
De corazón invicto no domado,  
En las duras batallas enseñado,

Esperanza y delicias de los suyos :  
 ¿Con cuál extremo agradecer debemos  
 Un bien tan grande y tan divino al cielo,  
 Que le costó cuidado el escogerte?

FERRANDEZ.

Tu dictámen, señor, de mi fiel celo  
 Nada dista.

TRASAMUNDO.

Lo sé.

FERRANDEZ.

Pero advertencias  
 Con el debido obsequio no repugnan  
 A un vasallo leal. Pelayo piensa...

### ESCENA III.

ELVIRA, FERRANDEZ.

ELVIRA.

¿Quién dará á mi señora la defensa  
 Que su desgracia necesita?

FERRANDEZ.

El cielo  
 No ignora mi cuidado y mi desvelo.  
 Si otro medio no es dable, en desafío  
 Defenderé á Hormesinda y su pureza.  
 De una asta penderá la infiel cabeza,  
 Y el morado alboroz de cifras lleno,  
 Bordadas por su mora, haré se rinda  
 Por alfombra al estrado de Hormesinda.

ELVIRA.

La suerte aun ese alivio ha de negarte.

### ESCENA IV.

ELVIRA, TULGA.

TULGA.

Munúza, mi señor, acia esta parte  
 Pensativo parece se retira ;  
 Quizá le aqueja algun gran mal, Elvira,  
 Será en tí urbanidad el retirarte.

ELVIRA.

No me es desagradable huir su vista.

### ESCENA V.

MUNUZA, TULGA.

TULGA.

No está finalizada la conquista  
 De la Iberia, señor : de tus piedades,  
 ¿Quién creyera ser hijas este día  
 La infiel obstinacion y rebeldía?

MUNUZA.

No sé con eso qué decirme intentas.

TULGA.

Gran Munúza, las prontas y violentas  
 Ejecuciones, en rebelde gente,  
 Aseguran el cetro solamente.  
 El inconsiderado atrevimiento  
 Del vil pueblo, un catastrofe sangriento  
 Le reprime tan solo, é iusolencia  
 La excesiva bondad causa al cobarde,  
 Pues juzga la bondad por cobardía.  
 De estos viles esclavos ¿quién diría  
 Que volviesen á unir los escuadrones,  
 Haciendo ufanos de su gente alarde,  
 Pues ya armados están? Nuestros parciales  
 Nada me ocultan, ni ocultar quisieron,  
 Que a Pelayo por rey reconocieron,  
 Y tu muerte solícitos intentan,  
 El morado pendon ya tremolando.

MUNUZA.

¿Qué dices, Tulga? ¿Ese enemigo bando  
 De esclavos foragidos, infelices,  
 A quien su abatimiento y mi desprecio  
 Los libertó de estar encadenados,  
 A tanto se atrevieron? ¿Qué! ¿Aun ignoran

Que el poder mahomético triunfante  
 Trastornó los imperios de levante?  
 ¿Y que escediendo á Mario, en la abrasada  
 Libia y sus espantosos arenales  
 Hicimos, á pesar de sus dragones,  
 De Catón la gran marcha celebrada?  
 No miran el joyel de mi turbante,  
 Y el real calzado, de su rey despojos,  
 Y cómo podrá oponerse ya cautiva  
 Al poder sarraceno? ¿Qué! ¿Aun ignora  
 Que una débil mujer causa fué sola  
 De la infame cadena que hoy arrastra?  
 Pues otra mujer pérdida echó al cuello  
 De España los postreros eslabones,  
 Y el triunfo me ha de dar su misma muerte.

TULGA.

Cid Munúza, ¿qué dices? ¿De cuál suerte  
 Tan difíciles máquinas dispones?

MUNUZA.

Oye, y admirarás mis invenciones.  
 Cuando mi brazo y prevenida gente  
 Inútil fuera, ó la ponzoña ardiente  
 Dispuesta para el fin, se malograra ;  
 Y cuando la fortuna me estorbára,  
 Que al cuchillo tú al tósigó se rinda  
 La vida de Pelayo y de Hormesinda;  
 Entonces, Tulga, cuando parecía  
 Que todo el gran proyecto se perdía,  
 Le verás conseguir : su mismo hermano,  
 O por sentencia ó por su propia mano,  
 La dará muerte fiera. Horror tan grande  
 Supe astuto infundirle : no lo dudes.  
 Mas si ni esto se logra, está Zulema  
 Pronto á matarla á todo riesgo, y luego  
 Sabrá esparcir la voz de que Pelayo  
 Fué el bárbaro y horrible fraticida.  
 Y esta fama en los suyos extendida  
 (La piedad infundiendo los rencores),  
 ¿Qué esperas que produzca, sino horrores,  
 Escándalos, tumultos y alborotos  
 Contra Pelayo? Y del furor validos  
 En medio del motin de su vil plebe  
 Equivocada, muerte le daremos,  
 De sus mismos parciales ayudados.

TULGA.

Prontos tendrás tus árabes soldados.

MUNUZA.

Así toda la España sometemos  
 Al africano yugo, y les cortamos  
 La esperanza de nueva monarquía,  
 Aun cuando á tal aspire su osadía.

TULGA.

Solo encargo, señor, la diligencia  
 (Antes que el ciego vulgo se repare),  
 Pues ella en las empresas importantes  
 Principalmente el éxito asegura.

### ESCENA VI.

MUNUZA, PELAYO.

PELAYO.

¿Cuán en vano en un pecho generoso  
 Los esfuerzos inútiles procuran  
 Dar alientos á un noble y ofendido!  
 Munúza amigo, si Pelayo ha sido  
 Digno de tu amistad, pues tantas veces  
 Nuestras desgracias has compadecido,  
 Ayúdame á sentir mi pena horrible,  
 Y duélete del trance en que me veo.  
 ¡Oh triste precision! ¿Qué! ¿no es posible  
 Hallar medio en mi grande desventura,  
 Sino es el ser infame ó fraticida?  
 ¿Yo á mi hermana quitar la dulce vida?  
 ¿Yo vivir por sus hechos afrentado?

¡Terribles dos extremos! Dime, amado,  
Y amigo muy leal, ¿qué ejecutaras  
Si en tal conflicto como yo te hallaras?

MUNUZA.

Lo que debes hacer, Pelayo amigo,  
Por tierna compasión no te lo digo;  
Pero lo que yo hiciera, esto sería:  
En mi imaginación yo fijaría  
La augusta y nobilísima ascendencia,  
Venerada de todas las naciones,  
Llena de lauros, triunfos y blasones;  
El clamor de la fama voladora,  
El pundonor de un noble delicado;  
Con qué poco se pierde lo ganado;  
Con qué facilidad se recupera;  
Cuán poco a un corazón heroico altera  
Ni el vínculo de sangre, ni otras viles  
Pasiones vergonzosas femeniles;  
Cuántos nobles ejemplos da la historia,  
Dando al alma valor con la memoria;  
Qué infame que es un noble ya afrentado;  
Qué heroico que es un noble ya vengado;  
Qué poco al ofensor nadie le debe;  
Qué hazaña es el castigo de un alevé;  
Cuanto mas le conviene a un godo hispano  
Ser noble heroico, que afrentado hermano;  
Cuanto el vencerse a sí...

PELAYO.

Basta, Munuza.

¿Qué dices? ¿Pues tan débil me imaginas,  
Que repare en estragos, ni en ruinas  
Por mi decoro? Morirá Hormesinda  
Con esta espada.

MUNUZA.

Lo que a ti te toca  
Sabrás sin duda hacer: como tu amigo  
Que soy, no debí yo ser un testigo  
De tu deshonor: el cómplice perverso  
Sacrifiqué en tu honor con cruda muerte.

PELAYO.

¡Oh fiel amigo! ¡Oh cielos! De tal suerte,  
Que todo el mundo ya mi bien procura,  
¿Y solo aumento yo mi desventura  
Con piedad afrentosa?... Ya está dada  
La sentencia fatal.

MUNUZA.

¡Cuán generoso  
Es tu pecho, Pelayo! ¡Qué glorioso  
Te verá sin tal mancha! Amigo digno  
De Munuza, y entonces en tus sienas  
Pondré (mi juramento te lo abona)  
De Asturias y Cantabria la corona.

## ACTO CUARTO.

### ESCENA PRIMERA.

PELAYO, HORMESINDA, FERRANDEZ,  
ELVIRA.

HORMESINDA.

No teneis que animarme: á los vencidos  
No haber ya que perder infunde aliento.  
No puede ser mas grande mi tormento,  
Ni mi afrenta mayor. ¡Pelayo! muera,  
Muera tu hermana, sí; pero siquiera  
Viva mi fama, y no con mancha indigna  
De mi progenie ilustre, reputada  
Por vil mujer; cobarde y desmayada  
No me verás ahora; tu decoro  
Me anima para hablarte; no la vida  
Te pido, que aborrezco sin la fama.  
Yo misma al opio, al hierro y á la llama  
Me entregaré gustosa; pero advierte,  
Que á tu inocente hermana das la muerte,  
Creyendo en asesinos y traidores.  
No son Tulga y Munuza mis mayores  
Enemigos: me ofende mas Pelayo.

Pelayo, tú te acuerdas de la escuela  
De nuestra dulce y suspirada madre.  
¡Ay madre mía! Di, ¿de nuestro padre  
Desgraciado los santos documentos  
Que nos daba, olvidaste? Qué, ¿has creído  
Que los haya también puesto en olvido?  
¡Juzgas que aquella educación y ejemplo  
Faltó de mi memoria, haciendo agravio  
A tus padres y míos, á tí propio,  
Y á mí que soy tu hermana, aunque infelice?  
Lo que el vil, el traidor Munuza dice,  
Sin examen creiste; desgraciada  
Nací; la infame vida estimo en nada.  
Mas no tendrás disculpa: cruel hermano  
Te llamará el alarbe y el cristiano.  
Terribles infortunios te amenazan  
Entre los moros: las reliquias godas,  
Reliquias de Tarif y el fiero Muza,  
Que esta montaña conservaba, todas  
Serán aniquiladas. Traicion grande,  
Sin duda hay contra tí; tendré el consuelo  
De que muero sin culpa: no se diga  
Jamás que hubo en la hermana de Pelayo  
Mancha, ni dolo, y dígame que muero  
Por tu gusto; ¡mas ay! ¡cómo algun día  
Sentirás con dolor la muerte mía.  
Y con remordimientos inmortales  
Juzgarás que las furias infernales  
Albergas en tu pecho, y la memoria  
Te atormentará horrible, cuando sepas  
Que por creer la acusación impla  
De la canalla infiel mahometana  
(¡Qué horror!) mataste á tu inocente hermana!

PELAYO.

¡Válgame Dios! ¿Qué dices? Vive, vive,  
Mi hermana, mi Hormesinda, que no puedo  
Tu llanto resistir.

ELVIRA.

¡Albricias, cielos!

FERRANDEZ.

Finalizaron ya los desconsuelos.

HORMESINDA.

No á mi razón atiendas solamente:  
Mi inocencia sabrás de Trasamundo;  
Justo y cierto será lo que él dijere.

PELAYO.

¡Válgame Dios! ¿Qué dices? Muere, muere,  
Desdichada mujer, baldon y afrenta  
De godos y españoles.

HORMESINDA.

¿Qué? qué es esto,  
Pelayo? ¿Aun hay mas penas?

PELAYO.

Trasamundo  
Es tu mayor contrario. ¿Pues creías  
Que apoyase su honor tus demasías?  
No cabe en tal virtud: él, él intenta  
Que con tu sangre lave yo la afrenta  
De los cristianos, ni me da á Gaudiosa  
Hasta que mueras tú, para mi esposa,  
¡Ni cómo era posible!

HORMESINDA.

¡Ay Dios eterno!

¡Ah nuevo! Ah horrible! Ah imprevénido golpe!  
Armóse contra mí todo el infierno.  
¡También esto! Esto solo me faltaba.  
¡Contra mí Trasamundo? ¿Quién creyera  
Tan repentino horror? ¿De quien fiaba  
Oigo tal? ¿Dónde iré? Piérdase todo.  
¡Vida vil! Ya no quiero honor ni vida.  
Por mí volverá el cielo. Es, matadme,  
Que el mundo infame y pérfido aborrezco,  
Porque con esto de una vez se acaben  
(Cuando al cuchillo mi cerviz se rinda)  
Las horrendas desgracias de Hormesinda.

## ESCENA II.

HORMESINDA, TRASAMUNDO, ELVIRA.

TRASAMUNDO.

¿Qué alteraciones en vosotras miro?  
 ¿Qué nueva confusion y sobresalto  
 Vuestro semblante anuncia? No perdamos  
 La esperanza, Hormesinda, que aun no todo  
 Se anegó en Guadalete el valor godo.

HORMESINDA.

No es tiempo de callar; ya que yo muera  
 No juzguen culpa en mi la cobardía.  
 Trasamundo, Señor, ¡quién juzgaría  
 De vos tan gran maldad!

TRASAMUNDO.

Precipitada

Hormesinda, ¿qué dices?

HORMESINDA.

¿Qué esperabais  
 De mí sino lamentos dolorosos,  
 Eternas y tristísimas querellas,  
 Por vuestro proceder tan no esperado  
 De vuestro ejemplo, canas y prudencia?  
 ¿Conocíame? ¿Sabeis mi alta ascendencia?  
 ¿Sabeis mi pundonor? Y aunque lo diga,  
 ¡Mi honestidad, virtud, recogimiento,  
 Y regia educacion!

TRASAMUNDO.

Lo sé, Hormesinda.

HORMESINDA.

Pues ¿en qué os ofendí? ¿Por qué sangriento  
 Mi muerte procurais? ¿Tal se creyera  
 Del justo padre en quien la patria espera?  
 Vos prometisteis del traidor Munuza  
 Defenderme; mas yo quien me defendía  
 De vos ya necesito. ¿Tan infame  
 Soy, que pedis mi muerte? ¿Cuál delito  
 Me originó tal odio? ¿Soy yo acaso  
 La que llamó a los duros agarenos  
 De los altos alcázares de Ceuta  
 Con el rojo pendon de lunas lleno,  
 Y a voces a embarcar los animaba  
 Contra los godos en venganza ardiendo,  
 E incitando las armas espantosas,  
 Que tan grandes desdichas nos trajeron?  
 Yo, misera, infeliz, ¡qué desventuras  
 A los godos causé? ¿Qué formidables  
 Ejércitos armé contra la patria?  
 Yo no traje a Tarif desde Damasco,  
 Ni de Libia llamé al soberbio Muza.  
 ¡Misera! ¿Qué hacer pude que incitase  
 Contra mi tal furor en los cristianos?  
 Yo lloré sus desgracias. ¿No fué el cielo  
 Por mis ruegos tambien importunado?  
 ¿No imploré sus piedad? Ofendida  
 Mas que yo, ¿quién habrá? ¿Quién de la suerte  
 Sufrió mayor tormento? El vil Munuza  
 Valido del conflicto, violentada  
 Me desposó con ritos execrables  
 (Tiemblo de horror diciéndolo); Ah cuitada!  
 Moriré sin vengarme! Aborrecida  
 De los míos, iré prófuga y triste  
 A pedir el favor de los infieles,  
 O a morir entre bárbaros crueles,  
 Pues soy abominada; y Trasamundo,  
 Hasta verme morir, niega a mi hermano  
 De su Gaudiosa la ofrecida mano,  
 Queriéndola dotar con mi inocente  
 Sangre, pues juzga que su estirpe afrente.

TRASAMUNDO.

Hormesinda infeliz, mal informada  
 Mujer, ¿qué dices? ¿Yo matarte intento?  
 ¿Yo culpo tu conducta? ¿Yo me afrento  
 De tu sangre? ¿Yo hacer nada en tu ofensa?  
 ¿Yo dejar de morir en tu defensa?  
 ¿Cómo es posible?

HORMESINDA.

Es vado el disimulo:  
 Pelayo, sí, Pelayo, el mismo ahora  
 Acaba de decirme, y el nombre  
 De Trasamundo le escitó los odios  
 Que a templar ya empezaba con mi llanto.

TRASAMUNDO.

¿Qué nuevo asombro es este? ¡Cielo santo!  
 Aquí hay gran mal oculto! ¡Satisfecha  
 Aun no está tu justicia, ya deshecha  
 En campos de Jerez con rabia impía  
 La goda triunfadora monarquía?  
 ¿Aun no con tanta sangre hemos pagado  
 Del infeliz Rodrigo el gran pecado?  
 Qué, ¿dura el justo enojo todavía?  
 Engañada Hormesinda...

ELVIRA.

Infanta mía,  
 Trasamundo, callad, que he divisado  
 A Munuza que viene.

TRASAMUNDO.

Del malvado  
 Quiero huir la presencia. Vendré a verte.

## ESCENA III.

MUNUZA, HORMESINDA, ELVIRA.

HORMESINDA.

No quede a mi dolor ninguna suerte  
 De alivio que no busque. Despechada  
 Tendré siquiera el frívolo consuelo  
 De insultar con furor a mi enemigo,  
 De furias implacables agitada:  
 En fin, Munuza, en fin...

MUNUZA.

Si despechada  
 Me pretendes hablar, a solas quiero  
 Satisfacerte; haz que se aparte Elvira.

(Vase Elvira.)

HORMESINDA.

Ya nadie escucha. En rabia y mortal ira  
 Arde mi pecho. ¿Estás, crúel, contento  
 Con mi desgracia ya? ¿Quedó tormento  
 Que no me hayas fierísimo buscado?  
 Engañar a mi hermano tú has logrado,  
 Y hacerme aborrecible. El Dios eterno  
 De los cristianos a quien firme adoro,  
 Y en quien espero, los castigos justos  
 Por infamia te dé tan execrable.

MUNUZA.

Mujer desesperada, aunque mas hable  
 Tu pasión, no se ofende mi grandeza.

HORMESINDA.

¿Tambien ese desprecio? ¡hay tal fiereza!  
 ¿Pues tú quién eres? ¿Cuáles tus acciones  
 Son, sino infamias, robos y traiciones?  
 ¿Cuándo entre árabes fuiste tú estimado?  
 ¿Y entre los nobles godos qué has valido?

MUNUZA.

¿Valdré al menos los godos que he vencido?

HORMESINDA.

Con infidelidad y alevosías.

MUNUZA.

Ya no puedo sufrir mas demasías.  
 Ahora sabrás a quién has ofendido.  
 Con inaudita especie de tormento  
 He de darte el mas bárbaro castigo,  
 Pues no oye ahora mi voz ningún testigo.  
 Conozco tu razon, sé tu inocencia,  
 Que atropellé con impetu y violencia.  
 A tu hermano engañé, te lo confieso,  
 Por lograr tus favores, y por eso  
 Con fugidas promesas fue enviado  
 A Córdoba, y allí a ser degollado.  
 ¡No se logró mi intento! Por gozarte.

Pues no hubo otro remedio, desposarte  
Logré conmigo, aunque desesperada ;  
Pero tú, aunque conmigo desposada ,  
Mi lecho abominaste : tal desprecio  
Pagué con tu descrédito, y has sido  
Reputada por fragil ; te ha adquirido  
La infamia tu imprudente resistencia.

HORMESINDA.

Vira mi honestidad en la presencia  
Del cielo; y téngame por delincuente  
El mundo por tu escaso temerario.

MUNUZA.

No fué esceso : ¿por qué el favor no alabas  
De servirse el señor de sus esclavas ?  
¿No te amé, y tanto bien tú le has perdido ?  
¿Qué mayor bien que amor correspondido ?  
Corrido estoy, rabioso y despechado  
De no haber tus favores conseguido,  
Aunque de ello en tu oprobio me he jactado.  
Pues sufre mis enojos ; de mi mano  
Digna te quise hacer, y me ultrajaste.  
¿No advertiste quién fueras, y quién eres ?  
A ser creyente hubieras ya ascendido  
De la alta religion del gran Mahoma ;  
Y por fin, con el tiempo hubieras sido  
Quizá la principal de mis mujeres,  
Y á tu hermano mandarás como esclavo.  
¿Imaginaste que tan necio fuese  
Que hablar primero á tí te permitiese  
Con lágrimas y estremos engañosos,  
Propios de vuestro sexo, acostumbrado  
Con ellos á triunfar, y me espusiese  
A un desaire tal vez ? ¿Eso querías ?  
¿Ah, cómo ignoras las cautelas mías !  
Desde los años de mi tierna infancia  
Aprendí con astucias y traiciones  
El arte de engañar los corazones ;  
Y sé, que al que se juzga poderoso,  
La primera noticia impresion hace,  
Y es difícil borrarla : excelente  
Virtud se necesita, que hay en pocos,  
Pues pocos imaginan que se atreva  
Nadie á engañarlos, ni que serlo puedan.  
Mira á quien ofendiste, desgraciada,  
Y no será ( te juro ) impuneamente.  
¿Quién te librará ya de mi venganza ?  
Tu mismo hermano ( tanta confianza  
De mí te persuadí ) poder me ha dado  
De que haga yo justicia á mi albedrío.  
No hay piedad, ni remedio : tu desvío  
Te costará la vida, y al instante  
A una hoguera voraz con mil cadenas  
Serás llevada presa á quemar viva.

HORMESINDA.

¿Cielo ! ¿Esto sufres ? ¿Fiera tan altiva  
Consientes en el mundo ? ¿Para cuándo  
Guardas los rayos ? ¿Cuán abominable  
Maldad ! ; y qué horrorosa ! Detestable  
Político infernal, feroz, injusto  
Autor de los delitos mas atroces,  
Pérfido, ¿de cuál monstruo de las Sirtes  
Fuiste engendrado ? ¿Oh si pluguiese al cielo  
Que en las ondas se hubiera sumergido  
Con remolinos la maldita nave  
Que pasó á las riberas españolas  
Monstruo tan inhumano y tan horrendo !

MUNUZA.

Para tu pena y tu mayor tormento  
Vuelvo a decirte, que eres inocente ;  
Pero todos te juzgan delincuente,  
Y has de morir infame y despreciada  
De los tuyos, y al fuego condenada.

## ESCENA IV.

HORMESINDA, ELVIRA.

HORMESINDA.

En fin, ¿qué ! ¿no hay remedio á mis desdichas ?  
¿Quién se vió en tal angustia ?

TOMO II.

ELVIRA.

¿Ay de nosotras !  
Reducidas de nuevo á ser esclavas  
Entre bárbaros lieros y crueles,  
¿Adónde iremos miserias cuitadas ?  
A que nos den por arras á sus moras ,  
A servir en sus baños deliciosos ,  
O á labrar sus marlotas y almazares.

HORMESINDA.

¿Oh, acábeme mi angustia y mis pesares !

## ESCENA V.

FERRANDEZ, ELVIRA.

ELVIRA.

Ferrandez, ¿es posible que á Pelayo  
No podáis disuadir ? ¿Que solo pende  
De su yerro la vida de su hermana,  
Y aun la suya y la nuestra, y un tan leve  
Inconveniente causa tal desdicha,  
Tan fácil de enmendarse, y no se enmienda ?  
¿Nueva especie de pena, y mas tremenda  
Que si fuera la pena irremediable !

FERRANDEZ.

¿Qué quieres que en dolor tan lamentable  
Yo te responda, Elvira ? Yo he fijado  
Carteles en que reto y desafío  
Al que acuse á Hormesinda ; mas Pelayo  
Mismo lo estorba : dice que es impío  
Modo de hacer justicia echar la suerte,  
O en el mas venturoso, ó el mas fuerte.

ELVIRA.

Pues yo voy á morir con mi señora.

## ESCENA VI.

TRASAMUNDO, FERRANDEZ.

TRASAMUNDO.

Ferrandez, tu lealtad conozco ahora :  
¿Quién lo hubiera pensado ! nos perdemos.  
Ya el gran palenque y grande hoguera vemos  
(Horroroso cadalso de Hormesinda)  
En la llanura próxima que linda  
Con el muro ; allí tiene el cruel Munuza  
Escuadrones de yeguas africanas,  
Sus tostados lanjetes y barrajis,  
Con adargas de Fez resplandecientes,  
Aljubas y alquifas de escarlata  
Están sobre las armas ; á los cielos  
Sube la llama ; niños y doncellas  
Tímidas, los ancianos y matronas  
Suspiran con silencio, pues los moros  
A los que oyen llorar los alancean.  
Y culpan á Pelayo de sus llores,  
Pues publica el pregon que así lo manda.

FERRANDEZ.

¿Que esto se sufra ! ¿Una española infanta  
Morir así ! ; A los príncipes se debe  
Advertir, cuando acaso se equivocan,  
Lo que es muy cierto que saber quisieran !  
Quien debe y puede, ofende si lo calla.  
No hace el vasallo al rey otros favores,  
Sino avisarle humilde lo que ignora.  
El modo hace rebeldes y traidores,  
Que los consejos no (cuando es preciso) ;  
Los vasallos leales de rodillas  
Advierten á su príncipe llorando,  
Y él lo agradece ; están los españoles  
Exentos de sospecha, no á sus reyes  
Solo veneran, sino aun al tirano :  
Responda Juba y César el romano.

TRASAMUNDO.

Mas es padre que rey un rey de España.

FERRANDEZ.

Pues de rodillas quiero, que le engaña  
Munuza el vil, con lágrimas decirle,  
Y haga entonces su agrado, que á servirle  
Y á obedecerle nadie irá mas presto.  
Vamos, señor, al punto.

TRASAMUNDO.

Mas ¿qué es esto?  
 ¡Qué confusion! ¡Qué estrépito se escucha!  
 ¡Qué inquieta y dolorosa vocería!  
 Ya oigo el rumor del pueblo, ya vecinas  
 Se oyen las armas, y aun lucir las veo,  
 Ya suenan herraduras de caballos,  
 Y a lo lejos el son de las sordinas.

(Ruido.)

## ACTO QUINTO.

## ESCENA PRIMERA.

TULGA, TRASAMUNDO.

TULGA.

Nada Munuza obró que con Pelayo  
 Antes no consultase: así de justo  
 Logró el renombre, y de Pelayo ha sido  
 Por eso en tal reputacion tenido.  
 Y es ir contra Pelayo el que á Munuza  
 Repugne.

MUNUZA (saliendo).

¿Qué es aquesto? Di á Pelayo,  
 Que hoy verá mi amistad, que hoy se establecen  
 Entre nosotros las propuestas paces  
 Con pactos ventajosos.

TRASAMUNDO.

¿Y Hormensinda

Dónde está?

MUNUZA.

A mí me toca ese cuidado.  
 Haré lo que su hermano me ha rogado.

TRASAMUNDO.

Voy temblando y confuso. (Vase.)

TULGA.

Está dispuesto  
 Cuanto encargaste: el fuego, la ponzoña,  
 Las tropas, los amigos, las veredas,  
 Los pasos, los caminos, las celadas,  
 Los rumores, promesas y cizañas...  
 Todo está, nada falta.

MUNUZA.

Pues al punto  
 Entren á esa infeliz encadenada.

## ESCENA II.

HORMESINDA con prisiones, ELVIRA, ZULEMA, TULGA, MUNUZA, GUARDIAS DE MOROS Y ALGUNOS CRISTIANOS con grande aparato.

HORMESINDA.

¡Ay infeliz mujer! ¡Ay desdichada!

MUNUZA.

Escuchad, moros; atended, cristianos.  
 No juzguéis mis decretos por tiranos,  
 Pues yo mas que vosotros me enterezzo  
 De tan triste espectáculo, y tan tierna  
 Juventud malograda y hermosura.  
 Yo la contemplo una inocencia pura;  
 Mas ¿qué he de hacer? su hermano á voces clama  
 Que la entregue á voraz y ardiente llama:  
 Quizá tendra motivos que le impelen.  
 Yo protestando al nombre sacrosanto  
 De Miramamolín y el gran Mahoma,  
 En su nombre ejecuto la justicia,  
 Las órdenes cumpliendo de Pelayo.

ZULEMA.

Tu compasion y rectitud admira.

ELVIRA.

¡Señora! ¡Ay de nosotras!

HORMESINDA.

Solo es tiempo  
 De convertir ya en mérito la pena.

ELVIRA.

¡Ay qué desdicha! ¡Ay muerte de horror llena!

HORMESINDA.

En fin, ¡que ni mis ruegos, ni mi llanto,  
 Ni mi llanto tristísimo é inútil,  
 Ni mis tiernos suspiros arrancados  
 Con profundo dolor de mis entrañas.  
 Ni el tránsito fatal en que me veo  
 Cercada de congojas y de angustias,  
 Ni mi razon, ni mi inocencia al cielo  
 Pudo apiadarme! ¡Ay qué dolor terrible  
 Me oprime el corazón! ¿A quién los ojos,  
 Los tristes ojos de llorar cansados,  
 Tanto tiempo en los cielos enclavados  
 Sin fruto, volveré? Por todas partes  
 La imagen espantosa de mi muerte  
 Miro en vision horrenda: en vano fuerte  
 Me intento hacer. Soy débil mujer flaca,  
 De innumerables penas combatida:  
 Mil enemigos mi inocente vida  
 Tiene sin culpa. ¡Ay barbaro tormento!  
 ¡Infeliz Hormesinda! ¡Ay desdichada!  
 ¿Adónde voy? ¿Qué haré? Precipitada  
 En un abismo de ansia y desconuelos  
 (¿Qué pena!) estoy: ¡valedme, santos cielos!

ELVIRA.

¡Ay Dios! ¡Ah España! ¡Ay miseros cristianos!

HORMESINDA

¡Ay! El mas infeliz de los hermanos...  
 ¡Que esto quieres! ¡Pelayo! ¡Ay, si me vieras!  
 ¡Ay! ¿Cómo acaso ya te enternecieras  
 En ver á tu inocente hermana triste  
 En tal angustia y trance! ¡Ay! ¡Y nacida  
 De las mismas entrañas que naciste!  
 ¿Dónde estás, que no me oyes? ¡Oh cristianos!  
 Llevadle mis suspiros postrimeros,  
 Decid que su ignorancia le perdono,  
 Que resignada por su gusto muero.  
 Que solo siento el lance temeroso  
 Cuando se desengañe. ¡Ay! ¡Cuántas veces  
 Repetirá mi nombre pavoroso!  
 ¡Qué grande horror le espera! Dios eterno,  
 ¿Voy a morir cargada de cadenas?  
 Dadme en este conflicto fortaleza:  
 Sirva mi muerte de espíar la culpa  
 De España, y pague solo mi cabeza.

UN CRISTIANO.

¡Oh trance horrible! ¡Oh bárbara fiereza!

TULGA Á MUNUZA.

Fortuna nuestro intento favorece.

HORMESINDA.

Mas ya que muera, si algo te merece  
 Hormesinda, Munuza, pues mi hermano  
 Te fué leal, pues fui de ti querida,  
 Que me des te suplico, no la vida,  
 Sino la muerte menos rigurosa.

MUNUZA.

Cualquiera muerte es una misma cosa.

HORMESINDA.

Pues muerta yo, publica mi inocencia.

MUNUZA.

Ejecutad al punto la sentencia.

HORMESINDA.

¡Ser una hermana por su mismo hermano  
 Sentenciada á morir! ¡Y sin delito!  
 ¡Y á su enemigo pérfido entregada!  
 ¡Qué atrocidad! ¡Oh cielo! ¡Ay desdichada!

MUNUZA.

Ve, infeliz, á morir, y haz con tu vida  
 Inútil sacrificio á tu Profeta;  
 Y vosotros guardad el gran suplicio, (A las guar  
 Hasta ser en cenizas reducida.



### ESCENA III. TULGA, PELAYO.

PELAYO.

¡Triste imaginación! ¡Qué combatida  
De funestas ideas! Mas ¡qué estruendo  
Y rumor de la plebe ensordecido  
Turba los muros de la antigua Gigia?  
Tulga, ¿es Munuza fiel? ¿Me he equivocado  
En el juicio que de él tengo formado?

TULGA.

¡Eso dudas, Pelayo? Vendrá ahora  
A firmar los tratados de alianza.

### ESCENA IV. TRASAMUNDO, PELAYO.

TRASAMUNDO.

Gran Pelayo, fiel y última esperanza  
De la infeliz España que ya espira:  
¿Qué es esto que nos pasa? ¿En qué desgracias  
Vamos precipitándonos?

PELAYO.

El cielo  
Así lo permitió; con menos fuertes  
Remedios no es posible que se cure  
Mi pundonor herido y mancillado,  
Y aun doy gracias al cielo, pues me ha dado  
Tan grande amigo, que á su cargo tome  
Mi deshonor y á su venganza acuda;  
Munuza, el fiel Munuza....

TRASAMUNDO.

¿El fiel Munuza?

PELAYO.

El fiel Munuza, sí, ¿qué te suspende?

TRASAMUNDO.

¿El fiel Munuza? ¡Oh cielos! ¿Con que entiende  
Pelayo que Munuza, el vil Munuza  
Es su amigo?

PELAYO.

Pues ¡qué! De lo que digo  
Nadie se admirará.

TRASAMUNDO.

Séme testigo,  
O Dios que lo ves todo, que Munuza  
Es alevoso, es pérfido enemigo...  
Sé que engañado vives: él soberbio  
Sacrifica á Hormesinda á su fiera.  
El es facineroso; ella inocente.  
La lealtad de España es obediente,  
Y aun con importar tanto, dilataba  
Desengañarte, porque te enojaba.

PELAYO.

Trasamundo, no adules mi deseo  
Con nuevos imposibles: ¡si así fuera!  
Mas ¡ay, que es muy cruel mi suerte fiera!

TRASAMUNDO.

No es cruel, es benigna; el cielo quiere  
Volver por la inocencia de Hormesinda,  
Sin causa perseguida: despedido  
Munuza de haber sido despreciado,  
Conociendo tu honor, te habló primero  
Que otro te hablara, para que severo  
La dieras muerte y odio te adquirieras  
De tus cristianos, y acabar con todos.  
Yo, Gaudiosa, Ferrandez y los godos  
Todos lo saben; solo tú lo ignoras.

PELAYO.

¿Con que fueron sus máximas traidoras?

TRASAMUNDO.

Traidoras, y á tu muerte dirigidas.

PELAYO.

Pues dime: y ¿estas letras?...  
TRASAMUNDO.

Son fingidas

Por mano infame del falsario Tulga.  
Lo sé... Y la trama y pérfido artificio...

PELAYO.

Trasamundo, ¿es verdad?

TRASAMUNDO.

¿Pues aun lo dudas?

Dios sacrosanto, que con infinita....

PELAYO.

Suspende el juramento: ¡y mi inocente  
Hermana dónde está?

TRASAMUNDO.

Con sus doncellas  
Juzgo que está llorando recogida,  
Esperando la muerte por instantes,  
Para lo cual se la entregaste al moro.

PELAYO.

¿Yo al moro la entregué? Yo... Qué... ¿Qué dices?  
¿Tanta vileza en la soberbia hispana  
Fuera posible?... ¿Dónde está mi hermana?  
Voy á abrazarla y voy con penetrantes  
Heridas á matar al falso amigo.  
¿Es verdad, ó me engaño?

TRASAMUNDO.

Lo que digo,

Dios eterno, confirmalo.

PELAYO.

No estorbes  
Mis venganzas, señor, con detenerme:  
¡Oh! qué funesto y qué terrible día  
Es este para mí de mi llegada!  
¿Que tanta infamia estaba preparada!  
Suelta, señor. *(Deteniéndole siempre.)*

TRASAMUNDO.

Pelayo, los furiosos,  
La precipitación, ni la violencia  
No lo remedian: solo la prudencia  
Puede valer cuando el contrario es fuerte,  
Y site precipitas, nos perdemos. *(Deteniéndole.)*

PELAYO.

¡Eterno Dios! ¿Qué dices? Me horrorizo.  
¡Oh Pelayo infeliz! ¡Ay de mi triste,  
Hombre inconsiderado y sin sentido!  
¡Ay, Dios! ¿Qué iba yo á hacer? En un momento  
¿Cuánto comprendo que ignoré hasta ahora?  
¿De qué sueño profundo yo despierto?  
¡Qué horror! ¡Ah vil Munuza! ¡Ay Hormesinda,  
Mi hermana, mi querida y dulce hermana!  
Presago el corazón me lo decía:  
Injusto fui en creerte yo culpada.  
Yo tomaré venganza tan horrenda  
De tu agravio, que al fin le satisfaga.  
Y juro por las almas generosas,  
Que dejaron los cuerpos insepultos  
Ya blancos esqueletos, á la orilla  
Del infausto y sangriento Guadalete,  
Que si una mujer fué la desventura  
De España, otra será quizá la causa  
De ser la mas triunfante monarquía,  
Que á pesar de la tierra y mar profundo  
Se iguale con los términos del mundo.  
¿Dónde mi hermana está?

### ESCENA V.

GAUDIOSA Y DICHOS.

GAUDIOSA.

Traición hay grande.

Zulema, del amor que me ha tenido  
Barbaramente ciego, no ha podido  
Un secreto callar. Que no bebiese  
Del vino me encargó, que se ofreciese,  
Cuando jureis las paces.

PELAYO.

¡Ah traidores!  
¿Dónde mi hermana está? *(Queriendo irse.)*

## ESCENA VI.

FERRANDEZ Y DICHOS.

FERRANDEZ.

Creyé que fuese  
Fácil, el vil Munuza, hacer odioso  
Su príncipe á los claros españoles;  
No le valdrá su infamia; rodeados  
De tropa estamos ya por todos lados  
Por traición de los moros.

PELAYO.

Al instante

Acudid á las armas.

TRASAMUNDO (*deteniéndole*).

Calla, infante,  
No son esos extremos tan precisos,  
Ni anduvieron los tuyos tan omisos,  
Que no estén prevenidos á la muerte  
Por librar á ta hermana y defenderte.  
De Pedro, duque de Cantabria, el hijo  
Está avisado: espera, porque á veces  
No es lícito en la guerra errar dos veces.  
Pues si el golpe se logra, como esperas,  
Contra el Africa vil, de la montaña  
Rugiendo bajará el leon de España.

PELAYO.

¿Dónde mi hermana está, que no la veo?  
Voy á buscarla, aunque se oponga el mundo.

TRASAMUNDO.

Disimula un instante, porque creo  
Que aquí va á echar el resto la fortuna.

(*Vase Pelayo.*)

## ESCENA VII.

ZULEMA, MUNUZA, *con grande acompañamiento*,

Y DICHOS.

MUNUZA.

Hoy se ve llena la agarena luna  
De Jijon en la torre embanderada,  
Hoy la paz y alianza confirmada  
Se verá entre los moros y cristianos.  
Yo haré justicia indiferentemente  
En nombre del califa soberano.  
Entre unos y otros hoy establecemos  
La confederacion con firmes pactos.  
Con finezas, con dádivas y extremos  
La amistad se confirme: hoy brindaremos,  
Y en señal de la fe que os he jurado,  
Tan recta es mi justicia, que forzado  
Mi corazon piadoso, é informado  
Por Pelayo, que muerte merecía  
Su triste hermana, en este mismo día,  
Dando de mi virtud insigne muestra,  
Sin distinguir personas, juez severo,  
Abandonando aquello que mas quiero  
La sentencié á quemar. Ya ejecutada  
Estará la justísima sentencia.

TRASAMUNDO.

Cielos, ¿qué escucho?

FERRANDEZ.

¿Cómo tal violencia?

MUNUZA.

Esperad á Pelayo.

GAUDIOSA.

¿Ay desdichada!  
Hormesinda infeliz! Ay malograda!  
¿Ay dulce hermana y compañera mia  
En todos mis trabajos! ¿Esto habia  
La suerte reservado á tu hermosura?

FERRANDEZ.

Piérdase todo.

TRASAMUNDO.

Nada se aventura.

MUNUZA.

Teneos, ó mis guardias... Mas ¿qué es esto?

## ESCENA VIII.

PELAYO, *trayendo á* TULGA, TROPA DE CÁNTABROS

ASTURIANOS, Y DICHOS.

PELAYO.

Esto es, infame, haber ya conocido,  
Por la vil confesion de un fementido,  
Tus traiciones; ahí tienes al malvado  
Digno ministro tuyo; ya ha apurado  
Por fuerza el vaso que me preparabas.  
De los terribles godos esperabas  
Otras dádivas que estas, alevoso?

MUNUZA.

Arma, arma, mis alarbes y africanos.

PELAYO.

Arma, cántabros míos y asturianos.

(*Ruido de guerra, y entranse riñendo.*)MUNUZA (*entrándose*).

Arma.

TULGA.

¡Indigno Munuza! de tal dueño  
Y tal servicio, premio tal se espera:  
Con desesperacion ardiendo muero.  
¡El corazon de angustia se me arranca!  
¡Ay qué dolor tan bárbaro me oprime!  
Mil víboras me muerden las entrañas.  
(*Vase cayendo.*)

## ESCENA IX.

ELVIRA, GAUDIOSA.

ELVIRA.

¡Ay infeliz! Gaudiosa, ¡ay desgraciada!  
Los bárbaros verdugos de mi amada  
Señora me arrancaron; ¡qué suspiros!  
¡Qué llantos! qué terneras! qué ahogada!  
¡Qué muerte! ¡Ay qué terrible despedida!

GAUDIOSA.

¿Qué es esto, Elvira? ¡Ay cielo! ¡A tal extremo  
La desdicha llegó de los cristianos?  
¡Ay esperanzas y deseos vanos  
De nuestra libertad! Mas dime... cómo...  
¿Por qué á Hormesinda tan desamparada  
Dejaste en tal angustia? Di, ¿el malvado  
Precepto habrá ya sido ejecutado?

ELVIRA.

Ya los ojos hermosos la vendaban,  
Y á la hoguera voraz ya la acercaban,  
Cuyo estallido y fuego conociendo  
Tembló, y tiernos suspiros dolorosos  
De nuevo se escucharon. Yo apartada  
Fui con violencia, y á buscarte vengo,  
Y á ayudarte á llorar.

GAUDIOSA.

Pero ¿qué escucho?

¿Qué estruendo de armas y rumor confuso?  
¿Qué roncós atabales y bocinas,  
Acercándose vienen? ¿qué lamentos,  
Qué asombrosa algazara y vocería?  
¡Ay triste España! ¡Hoy es tu postrer día,  
Mas fatal que en Jerez! ¡Ay de nosotras,  
Espuesto el cuello al damasquino alfanje!  
Ay, cielo santo, y qué terrible trance!  
Ya hasta aquí llegan. ¡Ay! aparta, Elvira.

MOROS Y CRISTIANOS (*riñendo dentro*).

UN CRISTIANO.

Hoy ya la España, ó bárbaros, respira.

UN MORO.

Desde hoy seréis con yugos mas pesados  
Conducidos á Siria encadenados.

GAUDIOSA.

Elvira, ¡ay de nosotras infelices!  
¿Mas quién, ó cielos, viene aquí?

ELVIRA.

¿Qué dices?

## ESCENA X.

HORMESINDA, *con las cadenas rotas*, GAUDIOSA,  
ELVIRA y séquito.

GAUDIOSA.

¿Qué veo? ¿Es ilusión? ¿Cómo? ¡Hormesinda!

HORMESINDA.

Dejad que gracias á los cielos rinda  
Por tal bien; puedo apenas explicarlo:  
La providencia así quiso ordenarlo.  
Ya la hoguera fatal me amenazaba,  
Cuando veis allí á Alfonso, que llegaba  
Con sus jinetes; el gallardo Alfonso,  
Hijo de Pedro, duque de Cantabria.  
¡Qué sangriento combate! ¡qué terrible!  
El rompió mis cadenas: sorprendidos  
Fuyeron los infieles...

## ESCENA XI.

TRASAMUNDO *apresurado*, DICHO Y CRISTIANOS.

TRASAMUNDO.

Ya vencidos

Quedan los moros con horrible estrago,  
Y el bárbaro Munuza, que esforzaba  
La obstinada defensa, de Pelayo  
Vió espantado brillar la ardiente espada.  
Se embisten ferocísimos. ¡Qué asombro!  
Qué espantoso combate! Al fin el moro,  
Blasfemando colérico y tremendo,  
Dió un gran gemido, y con horrenda herida,  
Palido el rostro de color de muerte,  
Midió la tierra el bárbaro espantoso,  
Mordiéndola rabiando en sangre tinto,  
Revolcándose inquieto, y con visajes,  
Quedando abominable y horroroso,  
Con presencia infernal yerto cadáver.

GAUDIOSA.

Justísimo castigo, y no venganza.

(*Saca un cristiano la cabeza de MUNUZA clavada  
en una lanza.*)

TRASAMUNDO.

Veis la horrible cabeza en esa lanza,  
Manando sangre, y arrastrando el cuerpo,  
Con ignominia lleva el vulgo al fuego

Que antes para Hormesinda fué encendido.

TODOS.

¡Albricias! que ya el cielo se ha apladado.

## ESCENA XII.

PELAYO, FERRANDEZ, DICHO Y CRISTIANOS  
*con espadas desnudas.*

PELAYO.

¡Perdonas á un hermano, que engañado  
Con tanto indicio, aunque por tiempo breve,  
Dudó de tu virtud?

HORMESINDA.

Hermano mío.....  
(*Abrázanse.*)

PELAYO.

Digna de ser hermana de Pelayo.  
¡Mi hermana! Mi Hormesinda, hermana amada...  
¡Que logro verte viva y verte honrada!

HORMESINDA.

¡En qué peligro estuve!

PELAYO.

Destilando

Viene aun mi espada la caliente sangre  
De tu enemigo. ¡Vesla aun exhalando  
El último vapor!

HORMESINDA.

Dios soberano

Volvió por mi inocencia.

PELAYO.

Pues lo allana

Todo el cielo, marchad á Cobadonga.  
Desde allí la conquista se disponga  
De España, y escarmienten los tiranos,  
Y en su prosperidad no estén ufanos;  
Ni jamás desespere el inocente,  
Pues Dios hace justicia; y si enojado  
Nos castigó en Jerez, ya se ha apiadado.

CORO.

¡Oh si pluguiese al cielo

Que Pelayo lograra,

Como ha logrado esta feliz hazaña,  
La mas gloriosa de librar á España!

# LUCRECIA, TRAGEDIA.

## PERSONAS.

LUCRECIA, *matrona romana, mujer de*  
COLATINO, *sobrino de Tarquino Prisco.*  
TRICIPTINO TARQUINO, *padre de Lucrecia.*  
SEXTO TARQUINO, *hijo de Tarquino el Soberbio.*  
ESPURIO LUCRECIO, *ayo de Tarquino.*

MEVIO, *su adulador.*  
VALERIO PUBLIO, *hijo de Valerio, amante de Clau*  
BRUTO LUCIO JUNIO.  
CLAUDIA, *amante de Valerio.*  
FULVIA, *amante de Tarquino.*

*La escena se representa en Roma, en el salon de Lucrecia.*

### ACTO PRIMERO.

#### ESCENA PRIMERA.

TARQUINO, COLATINO.

TARQUINO.

Ya, Colatino, hemos llegado á Roma,  
Ya, como sabes, hemos discurrido  
Por la ciudad, y ya de la conducta  
De sus matronas vamos informados.  
Ya sé, que tantos nobles capitanes,  
Que por la patria espuestos peleando  
El muro pertinaz de Ardea cercan,  
Infelizmente viven engañados.  
Cada cual celebrando á su consorte,  
A las de los demás la anteponia,  
Pintando su virtud y perfecciones;  
Ya la docta esperiencia nos avisa  
Cuán frágil la mujer y cuán mudable  
Es, Colatino, en todas sus acciones.  
Ya vistes como hallamos divertidas  
A algunas en chistosas asambleas,  
Cuando están en campaña sus esposos  
Teniendo compasion del llanto de ellas:  
Pero la tengo yo mayor de esotros  
Cuyas mujeres en nocturnos juegos  
Esponen a una suerte el patrimonio.  
A algunas en los coros indecentes,  
Cual las bacantes de la antigua Tracia,  
Vemos danzar con torpe movimiento  
Provocando al galán que la acompaña;  
Otras vimos prestar benigno oído  
Al deshonesto mozo, que cantando  
Junta con blando son verso lascivo,  
Y muchas, que ya el miedo abandonando,  
El infame adulterio consentian  
Aun antes de mirarse importunadas.  
Porque no haya maldad sin cometerse,  
Aun no quieren dorar con la disculpa  
De la violencia un hecho tan aleve.  
No juzgo, Colatino, que á Lucrecia  
Tan indecuentemente entretenida  
Hallemos, que es de esotras diferente;  
Sé que es honesta, y que es tambien prudente;  
Pero es al fin mujer, cuyo marido  
En su entender á Roma no ha venido,  
Y asiste en el ejército; y segura,  
Porque es ocasionada la hermosura,  
Puede ser que, no aleve, cortesana,  
Por aliviar la ausencia á amor tirana,  
Alguna fiel visita haya admitido:  
Que en la civilidad es permitido  
El trato racional, y no es seguro  
Que esté tan confiado en mujer frágil:

Pues no siendo contraria á su decoro  
La urbanidad, al menos sospechoso  
Puedes vivir de que aunque sin afrenta  
Algun cariño lícito consienta.

COLATINO.

O Tarquino, qué bien me persuades  
Con voces halagüeñas y suaves  
A que imagine el daño que está lejos,  
Para si acaso llega no temerle;  
Pero estoy altamente satisfecho  
Del amor conyugal de mi Lucrecia,  
Y no me bastan tantos ejemplares  
Como hemos visto, ni otros cien millares,  
Para que de su amor yo desconfie.

TARQUINO.

No hay fe con un ausente, Colatino.

COLATINO.

Que hay en Lucrecia fe verás, Tarquino.

TARQUINO.

Posible es que te juzgues mas dichoso,  
Que todos los demás; tambien los otros,  
Lo mismo que tú afirmas, afirmaban;  
Ya adviertes como entonces se engañaban.

COLATINO.

Entonces dije, y te repito ahora,  
Que no eran menester palabras vanas,  
Pudiendo remitirse á la experiencia,  
Y pues con mayor prisa que prudencia;  
A Roma, como vea, hemos venido,  
Y nos han ya mis lares recibido  
Con silencio en la estancia mas interna  
De mi casa, verás acreditadas  
Con obras mis palabras refutadas  
Tanto por tí, quedando satisfecho  
Del noble corazon y casto pecho  
De mi Lucrecia fiel y amada esposa;  
Y pues en el ejército forzosa  
Nuestra falta ha de ser, démonos prisa,  
Y antes que venga el alba con su risa  
Volvámonos á nuestros pabellones.

TARQUINO.

Puesto que á la experiencia te dispones,  
Mira qué hemos de hacer, que obedecerte  
En todo determino.

COLATINO.

Ya la suerte  
Nos presta la ocasion, porque he sentido  
El quicio de esas puertas con ruido,  
Y nosotros aquí, sin ser notados  
Podemos informarnos retirados.  
Mira á Lucrecia sobre aquel tapete  
Con sus damas velando en su retrete:  
¿ Ves?

TARQUENO.

Ya la veo.

COLATINO.

Escucha lo que dice.

**ESCENA II.**LUCRECIA, CLAUDIA, FULVIA, Y DICHS  
(*retirados*).

LUCRECIA.

¡Ay de la esposa ausente é infelice,  
Cuyo consorte en la enemiga tierra  
Sufre el rigor de la espantosa guerra  
Al frente de contrarios tan feroces!  
Solo por ensalzar la patria! ¡Oh dioses!  
¡Santos genios domésticos! ¡Oh lares!  
¡Oh deidades de Roma tutelares!  
Avasallad las bárbaras naciones,  
Que su yugo resisten, no los nobles  
Lechos desampareis de las romanas,  
Que en triste viudedad temiendo viven;  
Sea á la patria el muro ya rendido,  
Y Colatino á mi restituído.

CLAUDIA.

Templa, hermosa Lucrecia, el sentimiento,  
No con lágrimas ajas tu hermosura,  
Que presto vendrá tiempo en que triunfante  
Llegue á Roma feliz tu esposo amante,  
Pues ya por largo espacio defendida  
No puede ser, según está oprimida  
La bárbara ciudad ya temerosa,  
De injustas almas pertinaz albergue.

FULVIA.

De su ignorancia el cielo ya apiadado  
Permitirá que advierta cuánto ha errado  
En no admitir por dueño á la gran Roma,  
Pues no absoluta libertad se iguala  
Al timbre heroico de vivir rendido  
A la ciudad que Rómulo ha erigido.

LUCRECIA.

¡Oisteis por ventura algunas nuevas,  
Pues vosotras soleis oír bastantes,  
Del ejército nuestro? ¿Habrá empezado  
A ser del ariete atormentado  
El muro infiel? ¿Acaso nuestras gentes  
Con fuegos de alquitrán resplandecientes  
Abrasarán las fábricas soberbias  
Contra Roma y el cielo levantadas?  
¡Oh nación dura! ¡Oh pueblo enfurecido,  
Que obligas á olvidar el dulce nido  
Con eterno dolor de las romanas  
A los patricios nobles! ¡Cuánto temo  
La juvenil intrepidez y el brío  
Del bizarro y galán esposo mio!  
El en toda ocasión será el primero,  
Que el pecho heroico esponga al duro acero  
Con sobresalto mio y honor suyo.  
No durarás en pié mucho, rebelde  
Indómita ciudad, si Colatino  
Combate aulaz tu muro diamantino.

CLAUDIA.

La patria en él se mira como espejo  
De la fe, del valor y del consejo.

LUCRECIA.

Ahora es menester, doncellas mías,  
Que os apliqueis con diligente mano  
A concluir al son de mi suspiro  
La clamide con púrpura de Tiro,  
Que ha de vestir mi esposo rozagante  
El día venturoso que triunfante  
Volver le mire Roma, coronado  
Del eterno laurel de Febo amado;  
Pero dejadme sola y encerrada,  
En tanto que con lágrimas humildes  
A los cielos mil súplicas envío,  
Porque me restituyan el bien mio.

**ESCENA III.**

COLATINO, TARQUINO.

COLATINO.

¿Has visto?

TARQUINO.

Sí.

COLATINO.

Qué dices?

TARQUINO.

Quedo absorto.

COLATINO.

No te respondo porque el tiempo es corto;  
Pero antes de marcharnos determino,  
Que no quede sin verte Tricpitino,  
De mi casta Lucrecia padre anciano,  
Y padre de la patria; su prudencia  
Refinó con larguísima experiencia,  
Ensalzando el honor de tus abuelos,  
Y sentirá no vernos, y ofrecerte  
Su hacienda y su persona hasta la muerte.

**ESCENA IV.**

TARQUINO, ESPURIO, MEVIO.

TARQUINO.

¡Válgame el Cielo! ¿Qué invasión de dudas,  
Qué furioso tropel de confusiones  
Mi triste corazón han inquietado?  
¿De cuántos pensamientos agitado,  
Mi espíritu vacila! ¿A qué he venido?  
¿Qué he visto? ¿Qué me angustia? ¿Quién me ha herido  
Con rayo celestial?

ESPURIO.

Señor.

MEVIO.

Mi dueño,

¿Qué tienes?

ESPURIO.

Lo que miro ¿es cierto, ó sueño?

TARQUINO.

No es sueño, amigos, ojalá que fuera,  
Y yo quieto en el campo me estuviera,  
Y no hubiese venido adonde creo  
Que víctima he de ser de mi deseo.

ESPURIO.

Si acaso, pues merezco tu privanza,  
Y me juzgas capaz de confianza,  
Puedo en alguna cosa yo aliviarte,  
Con fe leal te juro aconsejarte.

MEVIO.

Yo aunque indigno, señor, tus escepciones,  
Tus favores logré no pocas veces:  
Alto agradecimiento en mí ha durado,  
Siempre fiel me tuvistes á tu lado,  
Y si esta vida á tu servicio pronta  
Hubieses menester, para eso solo,  
Desde Ardea, como sabes, te he seguido;  
No dudes de mi amor.

TARQUINO.

Agradecido

Me confieso á los dos, de los dos tengo  
Satisfacción igual; ya me prevengo  
A descubrir mi pecho: A Roma vine....  
(¿Estamos solos, nos escucha alguno?)

ESPURIO.

Ninguno percibir puede tus voces.

TARQUINO.

A Roma vine, y vi á Lucrecia hermosa.  
¡Oh cuánta perfección miré en un punto!  
En ella vi un dechado y un conjunto  
De toda la beldad que el mundo tiene,  
Y aun dudo si él produjo tal belleza.  
Rindiéronme sus ojos; recogida  
Estaba en sus labores divertida,

Llorando por la ausencia de su esposo;  
Me robó mi quietud y mi reposo,  
Aun mas su honestidad que su hermosura;  
Si tan rico tesoro no poseo,  
¿De qué me sirve ser de la alta estirpe  
De los valerosísimos Tarquinos?  
De qué el haber domado á los gabinos  
Con industria y heroico atrevimiento?  
No hay mas remedio al grave mal que siento:  
Nada reparo, nada me acobarda,  
Al tiempo solo acuso porque tarda.  
La industria, el interés, ó la violencia  
Me han de ayudar, no hasta resistencia  
Para mi intrepidez y mi denuedo;  
Ni á Colatino temo, ni á los suyos,  
Ni aunque todo el ejército conjure,  
Ni temo el ser escándalo á mi patria,  
Ni escuso por mi gusto destruirla,  
Ni con voraces llamas consumirla,  
Ni el baldon, ni la infamia me horroriza,  
Ni el mirar zozobrando el Capitolio  
En ondas puras de inocente sangre,  
Ni me acobarda el riesgo, aunque evidente,  
Ni la muerte, ni el cielo....

ESPURIO.

Señor, tente,  
¿Qué dices? ¿Quién te priva del sentido?  
¿Qué loco frenesí te ha poseído?  
¿Oh, cuántos infortunios considero  
Que están ya amenazando! ¡Oh patria! ¡oh patria!  
¡Oh antigua libertad!

MEVIO.

Lo que ha pedido,  
Espurio, nuestro príncipe no ha sido  
Reprensión, que al vasallo no compete;  
Consejo te pidió, para que logre  
Con el sigilo y brevedad posible  
Su intento, que á un monarca es conseqüible.

ESPURIO.

No hallará en mi Tarquino consejero,  
Que con semblante falso y lisonjero  
Medrar procure á costa de su ruina:  
Mi fe, mi gratitud....

TARQUINO.

Este no es tiempo  
De cuidar de otra cosa; que mi vida,  
Si no logro mi amor, está perdida.

ESPURIO.

¿No consideras?

TARQUINO.

Nada considero.

ESPURIO.

¿No quieres escucharme?

TARQUINO.

Nada quiero,  
Sino es solo mi amor.

ESPURIO.

Pero ¿es posible,  
Que con tal prontitud te haya rendido,  
Cual repentino insulto, ó cual desmayo?

TARQUINO.

Es el amor de condicion de rayo.

ESPURIO.

No es eso amor, es bárbaro deseo,  
Y el príncipe magnanimo no debe  
Dejar que indigna una pasión le arrastre;  
El debe dominar á todas ellas.

TARQUINO.

Así lo dispusieron las estrellas.

ESPURIO.

Aunque inclinen, al sabio no compelen.

TARQUINO.

A mí el cielo y el hado me hacen fuerza.

ESPURIO.

¿Cuán bien yo la desgracia prevenía  
Desde el punto fatal que la porfía  
Malvada se empezó, mojado el seso  
Con el licor ferviente y espumoso  
Que en las Carquesias pródigas de Baco  
Brindó la ociosidad y el desatino!  
Considera el escándalo, Tarquino,  
Que á Roma vas á dar: ¿qué dirá Roma  
Al ver que sus matronas mas honestas,  
Mientras que sus esposos en campaña  
Al peligro la amable vida esponen,  
No se ven libres de sufrir la injuria  
De la barbaridad de tu lujuria?  
¿Qué sentirá su esposo Colatino?  
¿Qué dirá el noble anciano Tripticino?

TARQUINO.

No vivo de sus dichos yo pendiente.

ESPURIO.

¿Qué dirá el grande Bruto, de la patria  
Y de la libertad de sus patricios  
Defensor obstinado, si tus vicios  
Amenoran tal vez su atrevimiento?  
¿No ves su militar furor violento,  
Y cómo estan de Roma las legiones  
Debajo de su mando y su conducta?

TARQUINO.

Son vanos los peligros que me esponen:  
¿Quién se puede atrever al soberano?

ESPURIO.

Responda Amulio, y Numitor su hermano,  
Y Alba longa, de Ascanio edificada  
Con la tirana sangre rociada.

TARQUINO.

No fué el amor autor de esa desdicha.

ESPURIO.

Es causa de mayores infortunios:  
El conmovió las espantosas armas,  
Y envuelta en odio y en engaño griego  
Llevó á Troya el amor desatinado  
La cólera de Aquiles indignado.

TARQUINO.

Menos sabio pretendo y mas sumiso,  
Espurio, al inferior; de mi presencia  
Te aparta al punto.

ESPURIO.

Triste te obedezco.  
Porque es para tu mal.

## ESCENA V.

TARQUINO, MEVIO.

MEVIO.

Ya que merezco  
Tan noble distincion, manda y ordena:  
¿En qué puede servirte tu cliente?  
¿Qué presumes hacer?

TARQUINO.

Deja primero  
Confesar que lo justo y verdadero  
Espurio me amonesta: ¡Oh cuánta! ¡oh cuán  
Razon y fuerza la verdad desnuda  
Tiene, aunque hallada en boca humilde y rud:  
Bien la conozco, y no puedo abrazarla,  
Mi amor me trajo al mas funesto estado  
Que arrojar á un amante pudo el hado.

MEVIO.

Mira, señor, por tu preciosa vida,  
Que mas que no el honor de Colatino,  
Ni de Lucrecia importa; ¿qué te inquieta?  
No es gran dificultad la que pretendes.  
No es combatir á la ciudad de Nino  
De sus floridos muros coronada:  
Una frágil mujer desamparada  
Ha de ser tu enemigo y tu trofeo;

No acometió alta empresa tu deseo.  
Al príncipe, señor, lícito es todo  
Cuanto gustare.

TARQUINO.

Con que de ese modo  
¿No adquiriré de injusto infame nombre?

MEVIO.

Ningun arrojó puede haber que asombre  
Un corazón real.

TARQUINO.

No, no prosigas,  
Mevio, no he menester que mas me digas.

MEVIO.

Solo te advierto el disimulo cauto;  
Con él allanarás los altos monter,  
Y pues acia aquí viene Tricipitino  
Con el tirano que tu bien usurpa,  
Yo me retiro hasta el umbral, Tarquino,  
Y no me alejo mas; en mi confía  
(Pues tu salud solicito pretendo),  
Que vigilante y que leal te atiende.

### ESCENA VI.

TRICIPITINO, COLATINO, TARQUINO.

TRICIPITINO.

Enhorabuena el jóven valeroso,  
Delicias de su patria, sea venido  
A aumentar los blasones de mi casa  
Con su presencia: anduvo muy escasa  
Conmigo la fortuna hasta este día,  
Mil triunfos concedió á mi bizzarria;  
Mas ninguno se iguala al honor grande,  
Que hoy consigue el anciano Tricipitino  
Dando hospedaje al hijo de Tarquino.

TARQUINO.

Justo premio debido á tus hazañas  
Fueran mayores escepciones; pero  
La patria, cuyo amparo y honor eres,  
Con públicas estatuas y altos arcos,  
En honra de tus triunfos erigidos,  
Satisface por mí.

TRICIPITINO.

Se ven cumplidos,  
Colmada la esperanza, mis deseos,  
Pero, ó mancebos inclitos, volveos,  
No á la patria priveis de vuestro auxilio.

COLATINO.

Concede, padre, que á Lucrecia vea,  
Y al punto me verás volver á Ardea.

TRICIPITINO.

Ya la casualidad te manifiesta  
Patente el gabinete retirado:  
Mira, Tarquino, la matrona honesta,  
De Tanaquil tu abuela fiel traslado.

### ESCENA VII.

LUCRECIA, CLAUDIA, Y DICROS (*desviados*).

LUCRECIA.

No te parezca el incesante lloro,  
O Claudia, porfiado ni escensivo,  
Que es gran causa un esposo que está ausente.

CLAUDIA.

No me parece; pero algun consuelo  
A tu afligido corazón consiente:  
Tu juventud no es justo que estragada  
Se mire por tu angustia inconsolable.

LUCRECIA.

¡Ay Claudia! tengo yo por variable,  
Y de la santa fe no guardadora  
A cualquiera mujer, que fiel no llora  
Noches y días incesantemente,  
Mientras el dulce esposo tiene ausente:  
Yo misera infeliz á llanto eterno  
Con esta ausencia vivo condenada;

Ni me consuela ni divierte nada,  
Mas siempre la memoria me fatiga,  
Representando á mi querido esposo,  
Cuyos amores solicito en vano,  
Y es tan intenso este dolor tirano,  
Que á la tenacidad de su tormento  
Me falta (; ay cielos!) el vital aliento.

COLATINO.

Recóbrate, Lucrecia, esposa mía,  
Ya vengo, aquí me tienes amoroso;  
Consuélate, señora.

LUCRECIA.

¿Velo, ó sueño?

COLATINO.

No sueñas, que yo soy.

LUCRECIA.

¡Mi bien, mi dueño,  
Colatino, mi amor, mi dulce esposo,  
¿A qué vinistes?

COLATINO.

A volverme al punto.

LUCRECIA.

¿Cuándo el mal con el bien no llegó junto  
A un corazón amante! ¿A qué has venido?

COLATINO.

¿No en el jóven real has reparado  
De quien para honra nuestra vengo al lado?

LUCRECIA.

La vista apacentada solamente  
En tí que eres su objeto, nada ha visto  
Sino es á tí, Tarquino; tú perdona  
La lícita pasión de una matrona,  
Del amor conyugal ejemplo casto.

TARQUINO.

El tiempo solo en admirarte gasto.

COLATINO.

Lucrecia, á lo que solo yo he venido,  
Acompañado de Tarquino, ha sido  
A admirar tu recato y tu modestia.  
De la de su consorte cada uno  
En las tiendas estaba hoy altercando,  
Y con viva pasión exagerando.  
Yo dije: á las palabras solamente  
No creais, remítldlo á la experiencia;  
Vinímonos aquí con diligencia...

TARQUINO.

Y vimos que mereces mil coronas.

COLATINO.

Ejemplo de casísimas matronas.

LUCRECIA.

Yo me retiro á que los santos dioses  
Miren mi gratitud.

TRICIPITINO.

Y yo contigo,  
Que de tan gran fortuna soy testigo.

### ESCENA VIII.

TARQUINO, COLATINO.

COLATINO.

Nada me digas.

TARQUINO.

Calló, y te obedezco.

COLATINO.

Pues aun hay mas que ver.

TARQUINO.

No, Colatino,  
Hacer mayor pesquisa determino:  
He visto que Lucrecia, al fin romana,  
Es única en la fe y en la hermosura.

COLATINO.

Desengaños mayores te procura,  
Tarquino, mi deseo.

TARQUINO.

Satisfecho

Estoy, y convencido.

COLATINO.

No repugnes,  
Que procuremos ver otras matronas.

TARQUINO.

Por ahuyentar recelos de tu pecho  
Te sigo, aunque forzado.

COLATINO.

Vamos, vamos.

TARQUINO.

En vano competir otra belleza  
Con ella intentará: yo estoy rendido,  
Lucrecia, á tu hermosura mas que humana;  
Yo infeliz procuré ocasion de verte,  
Y esta curiosidad será mi muerte.

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA PRIMERA.

FULVIA, CLAUDIA.

FULVIA.

No juzgué que Valerio te debía  
Tanto cuidado, Claudia, como dices.

CLAUDIA.

Fulvia, con él espera mi deseo  
Unirse al yugo santo de himeneo.

FULVIA.

Nunca de mi amistad te he dado muestras  
Mayores que las que hoy pretendo darte,  
Pues un secreto quiero revelarte,  
Que siempre en mi interior tuve guardado.

CLAUDIA.

Será con gratitud recompensado,  
Y con silencio grande retenido.

FULVIA.

Si á otra menos prudente que tú fuera,  
Tal cosa no dijera, que peligro  
Muy grande me será que se publique.

CLAUDIA.

Si algun consejo es menester que aplique,  
No te le negaré.

FULVIA.

Pues sabe, Claudia,  
Como es Tarquino oculto amante mio,  
Y en sus promesas y en su amor confío  
Que de Roma he de ser jurada reina,  
Cuando llegue á empuñar su augusto cetro:  
Por verme solamente he presumido  
Que del acampamento haya venido,  
Aunque otra cosa con engaño finja.  
Y no te maravilles de que aspire  
A presumir ser reina, pues lo fueron  
Ya mis antepasados; descendiente  
Soy, como sabes, del antiguo Evandro,  
Con cuyo auxilio el fugitivo Enéas  
Dejó á sus nietos de Saturno el Lacio;  
Y no presumo que mi amor desdeñe,  
Pues no me escede, ni en la noble sangre,  
Ni en otros dotes, Claudia, no tamaños.

CLAUDIA.

Pero te escede, ó Fulvia, en los engaños  
Con que á tu sencillez burlar procura.  
¡Ah! que no le conoces cuán aleve,  
Cuán falso engañador y lisongero  
Tiene el semblante, y cuán ingrato y fiero  
El doble corazón, lleno de astucias!

¡Posible es, Fulvia amiga, que imagines,  
Aunque de abuelos incógnitos blasones,  
Que el intrépido ardor de sus pasiones  
Ha de rendir á la razón Tarquino?  
¡Y que por fin á sola una belleza  
Sujetara su irracional atajo?  
No permitan los dioses que despojo  
De su cautela ser te mire Claudia.  
¡Oh, cuánto yerra la doncella incauta  
Creyendo el llanto del fingido amante,  
Que no repara en aumentar promesas!

FULVIA.

Mucho en mi desengaño te interesas:  
Tanto debes de amarme, Claudia amiga,  
Cuanto á él aborrecerle.

CLAUDIA.

Le aborrezco.

FULVIA.

¿Por qué?

CLAUDIA.

Ahora verás si yo merezco  
Que tú cualquier secreto no me celes,  
Pues con saber tu amor no me rehusó  
De ponerme á peligro que reveles  
Lo que voy á decir.

FULVIA.

En mi confía.

CLAUDIA.

Mi padre en posesion quieta regia  
La opulenta ciudad de los gabinos,  
Los gabinos feroces y guerreros  
En ásperas batallas indomables,  
Y en arrojarle al riesgo los primeros.  
Aquí llegó una noche acongojado  
Tarquino aleve, engañador malvado,  
Con no menor astucia y disimulo,  
Que el ingrato Sinon, que á Troya solo  
Fué, lleno el pecho de traicion y dolo.  
Arma tocó la juventud gabina  
Al instante que cerca le miraron,  
Y con presto furor desenvainadas  
Las fúlgidas espadas relumbraron.  
Matadme, dijo á voces, ó gabinos,  
A mí el mas infeliz de los Tarquinos.  
Ningunas armas jugaré en defensa  
De esta angustiada y miserable vida,  
Sin razon de los míos perseguida  
Por voluntad de mi soberbio padre,  
Que ansiosamente por mi fin anhela;  
El con azote rígido mi espalda  
Cruelmente, como veis, ha castigado.  
Dijo: y las voluntarias cicatrices  
Les mostró á los gabinos infelices,  
Ajenos de juzgar que sus heridas  
De propósito fuesen recibidas,  
Para engañar mejor su piedad simple.  
Recíbele mi padre, y los magnates  
Admitiéndole amigo le abrazaron,  
Y las manos derechas se apretaron;  
Pero él ingrato al inclito hospedaje,  
A Tarquino el soberbio un nuncio envía,  
Pidiéndole consejo depravado,  
Porque con él al punto determina  
Vender injusto la ciudad gabina.  
Encuentra al duro padre el mensajero  
En un jardín ameno, y con la espada  
Los vastagos mas altos y macollas,  
Sin responder, al suelo derribaba.  
Sábelo el hijo, y dice: ya comprendo  
La mente de mi padre, y furibundo  
Reduce la ciudad á lago inundo  
De senatoria y de patricia sangre;  
Y en tanto las murallas sin defensa  
Sus prevenidas huestes asaltaron,  
Y de ellas con traicion se apoderaron  
Y no contento de hecho tan infame,  
Solicito pretende que yo le ame,  
Sin advertir, que fiero y alevoso  
Huérfano me dejó con mano limpia.



Yo ví, yo misma vi los duros filos  
De su terrible espada ensangrentarse  
Al discurrir con impetus crueles,  
En la presencia de mi propia madre,  
Por la garganta de mi anciano padre,  
Que su noble piedad llevó tal premio.  
Considera tú, Fulvia, mis razones,  
Y mira si las hay para que ansiosa  
Yo le aborrezca, y para que tú temas  
Verte engañar de un pecho fementido.

FULVIA.

El mío, Claudia, queda agradecido  
Por advertencia tal; y sospechosa,  
Yo observaré desde hoy en adelante,  
Si es verdadero ó si es fingido amante.

CLAUDIA.

Tampoco juzgues, que por solo verte  
Haya Tarquino a la ciudad venido,  
Alguna otra maldad le habrá traído.

FULVIA.

De cualquier suerte, Claudia, te prometo  
Averiguar mis dudas con secreto.

**ESCENA II.**

VALERIO, CLAUDIA.

VALERIO.

Temiendo la venida de Tarquino,  
Pues no su proceder injusto ignoro,  
Mi ejército dejé; los altos dioses  
Me condujeron. Claudia, á tu presencia:  
Muy receloso estoy de su insolencia,  
Y así vengo á asistirte, y saber quiero  
Si en tí dura el amor tan verdadero,  
Como antes de partirme.

CLAUDIA.

Las doncellas  
Cual yo de ilustre y generosa sangre  
A un dueño solamente su fe entregan,  
Y conservan la fe que han entregado,  
Y aunque Tarquino intrépido y osado  
Torcerla procuró, mi pecho heroico  
Rechazó con desdenes su osadía,  
Que es mas mi pundonor que su porfía.

VALERIO.

Tarquino, poco atento á tu decoro,  
¿Tan insolente fué? ¿Qué dices, Claudia,?  
Pues sabiendo mi amor, ¿cómo este alevé  
Al hijo de Publicola se atreve?  
¿No sabe que á mi voz y á la de Bruto  
De Roma las legiones manipulares  
Atienden obedientes? ¿Duda acaso,  
Que algun hado contrario le amenaza?  
A Bruto predijeron las estrellas,  
Sobre Tarquino imperio: ya asaltada  
La ciudad de tu padre, y aquietada,  
Sacrificios solemnes se ofrecían,  
Cuando una sierpe con rabiosos ojos  
Escamosa, con boca silbadora,  
Salió desenroscándose de en medio  
De los sacros altares, y apagados  
Los misteriosos fuegos, arrebatada  
Con furia los espuestos intestinos  
Que el ministro solícito espiaba.  
A Febo reverentes y medrosos  
Consultan, y el oráculo responde:  
El que ósculo de paz diese primero  
A su madre, será este el verdadero  
Y único vencedor; la turba frágil,  
Crédula, fácil y engañosamente  
Corrió precipitada, y cada uno  
Dió á su madre de paz ósculo santo.  
Pero de Bruto fueron advertidos  
Los ocultos misterios no entendidos;  
Porque de las cautelas y asechanzas  
Del soberbio Tarquino se libraba,  
A tierra se arrojó disimulado,  
Y á la madre comun besó amoroso,  
De lo cual se mostró Febo servido,

Y si Tarquino injusto no ha entendido  
Que aun tiene Roma esíritus romanos  
Queridos de los dioses soberanos,  
La vez primera que agraviarte intente,  
Las iras, los enojos de Valerio  
Será bien que el tirano esperimente.

CLAUDIA.

A Lucrecia, Valerio, he divisado,  
No me será placer que aquí te vea;  
¿Volveremos á vernos?

VALERIO.

Luego, Claudia,  
Primero que al ejército me marche.

CLAUDIA.

Guárdete el cielo.

VALERIO.

El cielo te prospere.

**ESCENA III.**

CLAUDIA, LUCRECIA.

LUCRECIA.

La suerte haga de mí lo que quisiere;  
Ya no pretendo alivio ni consuelo.

CLAUDIA.

Ahora te oigo quejar sin causa al cielo,  
Pues ya te concedió ver á tu esposo.

LUCRECIA.

Si; ¿mas no ves con cuán poco reposo  
A la ciudad los dioses le han traído?  
Aun si ha sido ilusion estoy dudando,  
Y llego á imaginar que no le he visto.

CLAUDIA.

No volverá al ejército sin verte.

LUCRECIA.

Lo que quisiere haga de mí la suerte.

**ESCENA IV.**

TARQUINO, CLAUDIA.

TARQUINO.

Claudia, si haber venido á verte solo,  
Abandonadas las romanas huestes,  
Merece algun favor, solo deseo  
Que seguir á Lucrecia me permitas;  
A la patria y á mí decir la importa...

CLAUDIA.

Mientras no esté delante Colatino.  
O el padre de Lucrecia Tricipitino,  
En vano solicitas que te escuche.

TARQUINO.

Lucrecia me conoce, y yo bien puedo...

CLAUDIA.

No puedes, porque á nadie es permitido...

TARQUINO.

A mí me es permitido entrar...

CLAUDIA.

Te engañas.

TARQUINO.

Donde Lucrecia esté.

**ESCENA V.**

FULVIA, TARQUINO.

FULVIA.

No se permite,  
Tarquino, que ningun amante mío  
A costa de mi afecto y mi desaire,  
Ver otra dama en mi presencia intente,  
Mientras no se confiese fementido.

TARQUINO.

Fulvia, si para amarla hubiera sido  
Mi pretension, á tí te agraviaría;

Pero como intereses de la patria  
A tal solicitud me compelian,  
No juzgué que tu cólera escitasen  
De la causa comun las pretensiones.

FULVIA.

¡Ah Tarquino! Si piensas que yo ignoro  
De tu ingrata cautela el doble trato,  
Por mas que disimule con recato  
Indicios que ya llegan á evidencias,  
Comprobados con largas esperiencias,  
Te engañas, porque ya tus procederes  
No pudieron estar mas tiempo ocultos  
A quien de averiguarlos se interesa.

TARQUINO.

O Fulvia, para mí tan nueva es esa  
Espression, que no sé qué responderte.

CLAUDIA.

Con tu maldad delante tiembblas verte.

TARQUINO.

¿Qué maldad? Pues ¿en qué yo te he ofendido?

FULVIA.

¿Eso preguntas? Dime: ¿á qué has venido  
Del campo á la ciudad?

TARQUINO.

A verte solo.

FULVIA.

¿A verme solo? Dame algun seguro.

TARQUINO.

Lo juro por los dioses.

FULVIA.

¡Ah, perjurio!

¿Así para que apoyen tus engaños  
Citas á las rectísimas deidades?

TARQUINO.

Crédito ellas me dan, tú me lo niegas;  
Dudo cómo poder satisfacerte.

FULVIA.

Si libre de mis zelos quieres verte,  
Cúmpleme una palabra que has de darme.

TARQUINO.

A todo cuanto quieras obligarme  
Para satisfacerte, no rehuso.

FULVIA.

Pues supuesto que á Roma solamente  
Por verme, como dices, has venido,  
Y ya verme por fin has conseguido,  
Y acá no te condujo mas intento,  
Que vuelvas al ejército al momento  
Es lo que mi recelo y mi amor pide.

TARQUINO.

No sé por qué pretendes apartarme  
De tus divinos ojos, Fulvia mia.

FULVIA.

Por solo acreditar tu alevosia.

TARQUINO.

Elirme lo será.

FULVIA.

No has de engañarme  
Con aleve ficción; nada te escucho,  
Porque si ver no esperas otra dama  
Mas que la que tu afecto dices ama,  
Al campo tornarás, sin darme plazos,  
Para venir mas digno de mis brazos;  
Mas si en Roma te quedas esta noche,  
Tú lograrás el fin á que has venido,  
Persuadirás tu amor, que yo no creo,  
A la infeliz que digas que es tu amada;  
Pero yo quedaré desengañada.

## ESCENA VI.

COLATINO, TARQUINO.

COLATINO.

Tarquino, ¿qué motivo ha ocasionado  
Que desampares tú mi compañía?  
¿Estábate tan mal ir á mi lado?  
¿O te avergüenzas de que la gran Roma  
Al hijo de mi rey conmigo vea?  
Pues no te avergonzaste en la pelea  
(Aunque el decirlo no me es decoroso)  
De asistir á mi lado en el fogoso  
Y aventurado aprieto del combate.  
Allí no te eché menos, y aquí al punto  
Que tuviste ocasion de mí te apartas  
Ignorándolo yo, que te guiaba;  
Y después que por Roma te he buscado  
En vano, de tu vida cuidadoso,  
Debajo de mis techos te he encontrado;  
Para venir á honrarlos no imagino  
Que de mí cautelarte necesites,  
Y yo no sé tu accion á qué atribuya.

TARQUINO.

Solo á malicia y vil presuncion tuya,  
Porque yo no discurro que un acaso  
A nadie ocasionar pueda sospechas.

COLATINO.

¿Pues qué acaso infeliz te ha sucedido?

TARQUINO.

Solamente el habérteme perdido,  
Y aunque por la ciudad yo te he buscado,  
No me ha sido posible haberte hallado,  
Y vine á buscar donde pensaba  
Que era preciso que acudir debieses.

COLATINO.

Tarquino, ello será como quisieses,  
Y pues que satisfechos ya nos vemos,  
Volvernos al ejército podemos.

TARQUINO.

Volvámonos; mas ¿qué ocasion á Bruto  
Tambien le pudo á Roma haber traído?

## ESCENA VII.

BRUTO, TARQUINO, COLATINO.

BRUTO.

El amor de la patria, que perdido  
Miro en vosotros. ¡Oh desgracia nuestra!  
Y ¡oh desgracia de Roma! ¿Que sus hijos,  
A quien ella juzgó por los mas fijos  
Apoyos de su firme consistencia,  
Así la desamparen! ¿Cuál urgencia,  
Tan grande os arrastró del campo á Roma?  
¿Os rendisteis acaso á la fatiga  
Que el áspero ejercicio de la guerra  
Produce en los medrosos corazones?  
¡Así desamparais los escuadrones,  
Que de la patria el nombre soberano  
Dilatan por los términos de Hesperia,  
Indómitas naciones domeñando?  
No es esta Roma, no: Roma es aquella;  
No es tanto Roma el buque santoso  
De edificios soberbios adornado,  
Cuyas campañas fertiliza el Tíbre,  
Como aquel noble ejército famoso  
Formado de sus hijos escogidos,  
Que el nombre augusto y la opinion romana  
Sostienen, á morir apercebidos.  
Allí asistid debéis, allí el honoroso  
Laurel se adquiere, y no en el perezoso  
Tálamo conyugal, que aunque no obsceno,  
Con lícitos placeres afemina.  
¡No advertís por ventura la ruina  
Á que sin capitán están espuestas  
Las huestes que dejais desamparadas?  
¿Por qué adalid juzgais serán mandadas,  
Si el atento enemigo las embiste  
De vuestra sinrazon aprovechado?

No así, no así el gran Rómulo olvidado  
Vivió de su deber; al crudo hielo  
Las noches del invierno riguroso  
Con la sabina lanza sufrió armado.  
De tal modo á la escelsa monarquía,  
Que al mundo rendirá, dió fundamento;  
Mas no dura en vosotros tal intento.  
¿Ignorais por ventura, que los bados  
A Roma señalaron por cabeza  
Del universo, cuando fué una ballada  
Donde hoy erguido se alza el Capitolio?  
Y no á vosotros el romano solio  
Deberá su esplendor, ni sois romanos,  
Ni sois.....

COLATINO.

Romanos somos, no la afrenta  
Sin limite ha de ser. ¿Qué! Bruto, ¿intenta  
Con tanto vilipendio tu osadía  
Deslustrar la nobleza y sangre mia,  
Roto de la amistad el nudo santo?

BRUTO.

Mucho quiero decir; pero no tanto.

TARQUINO.

Bruto, á mi tu oracion no me comprende,  
Pues no de mi pensar el tuyo dista;  
Que no huye del ejército Tarquino,  
Ni escusa las batallas Colatino.

BRUTO.

¿Pues en qué os deteneis?

TARQUINO.

No de Lucrecia

Me quisiera apartar menos airoso  
Que á lo que da lugar la cortesía.

COLATINO.

En lance tan urgente no querria  
Que fueses tan atento: en despedirme  
No el tiempo he de gastar que á Roma debo:  
A montar á caballo voy al punto. (Vase.)

TARQUINO.

Es inhumanidad.

BRUTO.

¿Oh gran romano!

¡Hijo fiel de tu patria! El soberano  
Gran padre de los dioses celestiales,  
Te dé los triunfos al deseo iguales,  
Pues nos has con tu ejemplo ya enseñado,  
Que aunque reine en el pecho enamorado  
De la hermosa consorte regalada  
El tierno afecto, dulce y verdadero,  
El amor de la patria es lo primero. (Vase.)

TARQUINO.

Fuerza es seguir; mas no, no desconfío,  
Ni temo que se frustren mis intentos,  
Pues su ausencia y mi engaño me asegura  
Conseguir de Lucrecia la hermosura.

## ACTO TERCERO.

### ESCENA PRIMERA.

MEVIO, FULVIA.

MEVIO.

No así debe un afecto despreciarse  
Tan noble, Fulvia ingrata, como el mio;  
Ya llega á ser desprecio tu desvío  
Indigno de mi sangre y mi persona.

FULVIA.

Mal con esto tu mérito se abona,  
Pues no debieras ser tan atrevido,  
Que al hijo de tu rey, que te ha ascendido  
A la altura que tanto te envanece,  
Hubieses de aspirar á competirle  
En la eleccion despótica del gusto:  
¿Parécete, que acaso será justo,

que enseñada á escuchar quejas reales,  
Las bajas de un vasallo desiguales  
Benignamente admitan mis oídos?  
Si Tarquino tu esceso no ignorara,  
Tan opuesto á su amor y á su designio,  
Aunque tú en su privanza te confías,  
Despojo de su cólera serias;  
¿Y aun á decir te arrojas que me quieres?

MEVIO.

¡Oh loca ceguedad de las mujeres!  
¿Que siempre al verdadero y fino amante,  
Cual yo lo soy, menospreciáis ingratas,  
Y estimáis al que falso y halagüeño  
Solo alega por mérito el engaño!  
Pues qué, el mal que amenaza tan extraño  
A Roma, ó Fulvia, ¿no llegó á tu oído?  
¿A mi suspiro solo es prohibido  
Que pretenda llegar á tus orejas?

FULVIA.

En grande confusion, Mevio, me dejas;  
¿Qué mal está á la patria amenazando?

MEVIO.

No imagino posible que lo ignores,  
Aunque ha poco que el mal tuvo principio.  
Tarquino ciegamente enamorado,  
La patria, el riesgo y cielo despreciado,  
La beldad de Lucrecia solicita  
Con bárbara intencion y atrevimiento.  
Algun insulto rápido y violento  
Verás en deshonor de su hermosura.  
Entonces quedarás, Fulvia, segura  
De mi verdad y su ficcion aleve.  
Y nunca mi lealtad la publicara,  
Si el injusto arrancarte no intentara  
Del pecho donde sabe que tú vives.  
Por Lucrecia está en Roma: bien conozco  
Que tú de mi verdad estás dudando;  
Mas lograré te desengañes, cuando  
Llore afrentada su rigor Lucrecia,  
Y será tanta infamia abono mio;  
Y de Tarquino en las maldades fio,  
Que abogarán por mí, pues la experiencia  
Te empeñará á estimarme, cuando injusto  
Logre Tarquino el vil intento fiero,  
Juzgándome ya tú por verdadero.

### ESCENA II.

CLAUDIA, FULVIA.

CLAUDIA.

¿En qué el tiempo diviertes, Fulvia amiga?

FULVIA.

Ay, Claudia, yo no sé lo que te diga,  
Ni sé qué me sucede.

CLAUDIA.

Dí, no temas.

FULVIA.

Ese Tarquino, ese Tarquino aleve,  
Que aun contra el cielo intrépido se atreve,  
Con engañarme, Claudia, no contento,  
A extremo llegó ya su atrevimiento,  
Que ni aun seguro de él está el recato  
Y honor de la hermosísima Lucrecia.  
La infamia aborrecible que pretende,  
Solo pensarla, á mi discurso ofende:  
¿Tan grande es su malicia detestable!  
Mevio, Mevio su indigno confidente,  
A mí atrevido, al príncipe es ingrato,  
Y obligarme pensó con sus traiciones;  
Mira si algun remedio, Claudia, pones,  
Porque no así la patria escandalice.

CLAUDIA.

Mi oracion fué pronóstico infelice.

FULVIA.

Apenas te apartastes de mi lado,  
Le vi ya por mi mal verificado,  
Porque ver á Lucrecia pretendiendo,

Incumbencias políticas fingia;  
Mas no pudo encubrir la pasión ciega  
De sus viles y bárbaros antojos,  
Y aunque él se afectó ajeno de la culpa,  
Fuego exhalaban los impuros ojos.  
Y luego solicita que yo crea,  
Persuadiendo con labio fementido;  
Que solo del ejército ha venido  
Por verme á Roma.

CLAUDIA.

Con el mismo engaño  
Pensó mirar templada mi repulsa,  
Y no le sucedió como pensaba:  
Su error manifestar determinaba  
Yo á Lucrecia; mas he lo suspendido,  
Mirandola anegada en tierno llanto  
Por la ausencia veloz de Colatino;  
Y pues que en Roma no está ya Tarquino  
Por diligencia audaz del noble Bruto,  
No ocultaré estas cosas á Valerio,  
A Valerio, que espero prontamente,  
Primero que al ejército se ausente,  
Y dé cuerdo remedio á tantos males.

### ESCENA III.

MEVIO (*acechando*), Y DICHAS.

MEVIO.

Aun no la casa está con el silencio  
Que necesito yo; mas ya parece  
Que dejan libre el campo.

FULVIA.

Está bien, Claudia,  
Vamos pronto, que á todo me resuelvo.

### ESCENA IV.

MEVIO, y después TARQUINO, ESPURIO.

MEVIO.

Ya bien puedes entrar.

TARQUINO.

Temblando vengo,  
Y no es de miedo, Mevio, te aseguro,  
Pues no temiera el asaltar el muro  
De horribles enemigos coronado;  
Pero esto de atreverme á quien adoro,  
Y no poder vencerla sin injuria,  
Y morir ciertamente, si no venzo,  
Es hazaña temible.

ESPURIO.

Me avergüenzo,  
Me avergüenzo, señor, de callar tanto;  
Ayude á mi razón mi triste llanto,  
Por si puede ablandar tu pertinacia.  
¿Aun no te has convencido? ¿Aun imaginas,  
Que Espurio te engañó con su consejo?  
No desprecies el fiel de un cauto viejo,  
Que desde tus niñeces te ha educado.  
Ea, vuelve por ti. Mira, Tarquino,  
Que siempre asiste al príncipe divino  
Espíritu, que al cielo le levanta.  
Aspira, aspira á distinguirse heroico  
De la plebe común, baja é infame:  
Ella de sus pasiones arrastrada,  
Sin ser á resistirlas poderosa  
Precipitar se deja en ciego abismo;  
No ha de pasarle al príncipe lo mismo  
Que á un hombre vil del abatido vulgo.  
¿No te horroriza la maldad horrible  
Que intentas cometer tan obstinado?  
Venciéndote á ti propio, te acreditas  
Justamente de invicto y soberano,  
Digna hazaña de un príncipe romano.

TARQUINO.

Espurio, si no quieres ver perdida  
La atención que á tus causas se le debe,  
Desiste de la plática emprendida.

ESPURIO.

Ni yo debo callar, ni tú debieras

No escucharla, Tarquino.

TARQUINO.

Lo que debo  
Hacer, lo sé muy bien: Espurio, vete,  
No obligues á que mas ya no respete  
Tu ancianidad tan llena de imprudencia.

ESPURIO.

Ese será tu mal, que yo te deje  
Entregado á un infame lisonjero,  
Que funda su interés en tu ruina.  
Tu perdición, Tarquino, se acerca,  
Pues no puede venirte mayor daño  
A un príncipe, que ver que se retiran  
Los que la verdad justa le aconsejan,  
Y que en poder de aduladores falsos  
Entregado á sus máximas le dejan.  
Ya te abandono, ya; mas, ó infelice,  
¿Qué males mi recelo te predice!  
No olvidará, no olvidará el castigo  
Debido á tu insolencia el alto cielo;  
El cuidara de sostener indemne  
La libertad y la opinión romana,  
Destruyendo tu cólera tirana.

### ESCENA V.

TARQUINO, MEVIO.

TARQUINO.

No sé cómo ha sufrido mi paciencia  
Tan obstinada y barbara imprudencia.

MEVIO.

No es digno de escitar tu real enojo  
Un trémulo decrepito, demente,  
Que apoya su razón solo en sus años;  
Y así, dime, señor, ¿por cuan extraños  
Modos dejaste á Bruto y Colatino?

TARQUINO.

Apenas comenzamos el camino,  
Cuando fingida rápida carrera,  
Mostrando desear que mi persona  
Al ejército llegue la primera,  
Me alejé de ellos, y volviendo al punto  
La rienda al velocísimo caballo,  
Aquí llegué por senda desusada.  
Ellos habrán seguido, y en Ardea  
Pensarán encontrarme, y presurosos,  
Viendo que allí no estoy, daran la vuelta  
Acá sin duda alguna sospechosos;  
Mas ¿qué aprovechará su diligencia  
Contra mi pertinaz atrevimiento?  
Pues no espero que Apolo me salude  
Desde el oriente esperanzado amante,  
Sin que mire (dejada la tardanza)  
Vuelta en posesión dulce mi esperanza;  
Y así, Mevio, prevenite á todo riesgo,  
Que mientras á mi lado esté mi espada,  
Y tú fiel no me faltes de mi lado,  
No hay que temer; ya tengo acá ideado  
El éxito feliz, que cierto espero,  
Y en tanto piensa tú los galardones  
Con que pretendes ver recompensada  
Tu lealtad.

MEVIO.

Si Fulvia mi adorada  
Fuese mía, señor, nada mas quiero.

TARQUINO.

Su gusto ó mi poder lo facilita.

MEVIO.

Objeto de tu amor yo la juzgaba.

TARQUINO.

No era á ella, era á Lucrecia á quien buscaba.

MEVIO.

Pues siendo así, no temas descubrirte,  
Manda, señor, que emprenderé alevoso  
La maldad mas horrenda por servirte.

TARQUINO.

Retírate, que ruido allí he sentido.

## ESCENA VI.

VALERIO y CLAUDIA, *cada cual por su puerta, y dichos se retiran.*

CLAUDIA.

¿Valerio?

VALERIO.

¿Claudia?

TARQUINO.

Escucha aquí escondido.

CLAUDIA.

Temí que no vinieses, por lo mismo,  
Valerio, que tu vista deseaba;  
Sabe que hay grande mal; tú solo puedes,  
Juntando tus parciales, atajarlo,  
Defendiendo el honor de las romanas;  
Tarquino el insolente...mas ¿qué es esto?  
(*Suena ruido.*)

VALERIO.

Ola, ¿quién es el loco temerario,  
Que aquí se atrevió á entrar?

TARQUINO.

Yo soy, Valerio.

VALERIO.

Pues tú en este paraje recatado,  
¿Qué pretendes, Tarquino? ¿A qué has venido?

TARQUINO.

No estás de mi tutela tú encargado,  
Para tomarme así la residencia,  
Ni es fácil te consienta esa licencia  
Quien en Roma te encuentra delincuente.  
¿Así tus escuadrones desamparas,  
Y á Roma vienes con nocturna fuga?

VALERIO.

No importa que prevenga tu malicia  
Lo que escuchar debieras con justicia  
De mi boca en oprobio de tu infamia.  
¿Qué? ¿Son acaso aquí tus pabellones?

TARQUINO.

Yo para estar aquí tengo razones.

VALERIO.

Si imaginas que ignoro el vil motivo,  
Te engañas; Claudia es mía, y quien quisiere  
Contradecirlo.....

CLAUDIA.

Suspended, romanos,  
Las iras, que hacen falta al enemigo,  
No quiera el cielo hacerme á mi testigo  
De una desgracia; á Tricipitino al punto  
Voy á llamar: ¿que no pudiese, cielos,  
A Valerio avisar lo que intentaba!  
Y él la intención de Sesto ha equivocado.

VALERIO.

Cedo, no á tu valor, sino al sagrado  
Que de mi ciega cólera te indulta;  
Mas no cuentes desde hoy seguridades,  
Pues mientras de tus viles procederés  
La nobleza romana esté ofendida,  
No faltarán peligros á tu vida.

## ESCENA VII.

TARQUINO, TRICIPTINO.

TRICIPTINO.

Pues, ¿cómo aquí volvistes, ó Tarquino,  
En hora tan del todo intempestiva?

TARQUINO.

No estrañes mi venida, Tricipitino,  
Pues no me vale menos que la vida,  
Que para bien comun de nuestra patria  
Discurro que los dioses han guardado.

TRICIPTINO.

Pues, ¿cuál el daño fué que has evitado?

TARQUINO.

Adelantéme á Bruto y Colatino,  
Apartéme por yerro del camino,  
Y en la red engañosa y enemiga  
De contrarias partidas avanzadas  
Cai; anhelaron por prenderme osadas,  
Y á precio de no pocas de sus vidas  
Admiraron heroica mi defensa.  
Libres siguieron Colatino y Bruto,  
Porque en prenderme todos obstinados,  
No cuidaron de mas; bati los lados  
Al caballo de Tracia; á Roma llevo,  
Y á tu amparo doméstico me entrego  
Mientras la oscura noche ofusca al mundo.

TRICIPTINO.

Las gracias rindo al cielo y dioses santos,  
Que para nuestro bien, libre de tantos  
Peligros á mi casa te han traído,  
Y aun á tu riesgo estoy agradecido,  
Pues me hará en los anales memorable,  
Por los muy honoríficos blasones  
Que consiguió el anciano Tricipitino,  
Dando hospedaje al hijo de Tarquino.

## ESCENA VIII.

TARQUINO, TRICIPTINO, LUCRECIA.

TARQUINO.

Mi diestra con la tuya amablemente  
Junto por tal favor. ¿Lucrecia hermosa!

TRICIPTINO.

Hija, Roma le encarga á tu desvelo,  
Le cuides á su príncipe Tarquino,  
Como á tu mismo esposo Colatino. (*Vase.*)

LUCRECIA.

Deudora seré siempre á mi fortuna  
Por tal honor de mí no merecido,  
Y será á mi linaje heroico timbre,  
Que en sus lares Lucrecia la romana  
A Tarquino hospedó con fe sencilla;  
Ven, señor, á ocupar sin susto ajeno  
La estancia á tu reposo destinada.

TARQUINO.

Venci, venci, mi astucia está lograda.  
Vamos, señora, trémulo te sigo,  
¿Tanto respeto en mí tu vista causa!  
Y no olvides que dijo el padre anciano,  
Discreta y hermosísima Lucrecia,  
Que atiendas á tu príncipe Tarquino,  
Como á tu mismo esposo Colatino.

## ACTO CUARTO.

## ESCENA PRIMERA.

LUCRECIA, CLAUDIA *con luz.*

LUCRECIA.

Ya está toda la casa recogida,  
Y Tarquino mi huésped albergado  
Segun le corresponde, ya entregado  
Al sueño habrá su fatigado cuerpo,  
Y así ve, Claudia, y goza del reposo  
Con que brinda la noche á los mortales.

CLAUDIA.

A obedecerte voy; mas mis leales  
Afectos advertirte procuraban.

LUCRECIA.

No da lugar mi pena por ahora  
A nada; vete, Claudia.

CLAUDIA.

Voy, señora.

## ESCENA II.

LUCRECIA, TARQUINO.

TARQUINO.

Gracias, señora, que tan buena suerte  
El cielo le concede á mi destino.

LUCRECIA.

¿Qué es esto! ¿es ilusión! ¿Cómo, Tarquino,  
Estás á tales horas desvelado?

TARQUINO.

Nunca sosiega un pecho enamorado.

LUCRECIA.

¿Qué me dices? Ignoro tu designio.  
Ya en tu lecho dormido te juzgaba.

TARQUINO.

¡Ah Lucrecia! ¿es posible que te hablaba  
Mi corazón con tan oculta frase,  
Que no me has entendido? ¿qué? aun mis ojos  
No publicaron bien su sentimiento?  
¿Juzgas tan libre el triste pensamiento  
De Tarquino infeliz, que á su sueño blando  
Se pudiera rendir? Lucrecia, ¿cuando  
Viste tal dicha en desgraciado amante?

LUCRECIA.

Permite que me admire ó que me espante  
De tan nueva razón; ¿no te ha traído  
A Roma una desgracia?

TARQUINO.

Fué fingido

Lo que á tu padre dije, á ti te atajo  
Con que fué una desgracia quien me trajo,  
Desgracia que penando el alma llora.

LUCRECIA.

Pues, ¿qué desgracia ha sido?

TARQUINO.

Amor, señora;

Mirad si habrá desdicha que le iguale.

LUCRECIA.

Vuélvete á reposar, y en mi confia,  
Señor, que cuanto esté de parte mia  
Intercederé fiel por complacerte.

TARQUINO.

Lucrecia, no es posible obedecerte.  
Qué, ¿aun no me has entendido?

LUCRECIA.

Ya comprendo

Lo que ello puede ser: alguna dama  
En tu pecho encendió de amor la llama.

TARQUINO.

Tan voraz, que á morir me precipita.

LUCRECIA.

¿Y por ventura en esta casa habita?

TARQUINO.

Habita, y yo por verla solamente  
Estoy de mis ejércitos ausente,  
Y no volveré á ver los escuadrones  
Sin llevar de su amor prenda segura.

LUCRECIA.

Señor, ve á recogerte, que te jura  
Mi fe por el amor de Colatino  
Servirte en lo que pueda. Ya imagino  
La dama que será.

TARQUINO.

¿Quién imaginas

Que el alma me robó?

LUCRECIA.

Fulvia tu amada.

TARQUINO.

¡Ay misero de mí! ¿que así engañada  
Vivas, señora, á costa de mi afecto!  
¿Yo á Fulvia he de querer? Mas altamente  
Piensa mi regio corazón valiente.

LUCRECIA.

Pues siendo á Claudia hermosa, no desmayes.  
Que no ha de ser ingrata á su fortuna.

TARQUINO.

Tú me burlas fierísima; ninguna  
De ellas compite á la beldad que adoro.

LUCRECIA.

Confusa estoy; qué te responda ignoro.  
Pues no siendo á cualquiera, he discurrido  
Que habrás alguna dama tú escondido  
En mi casa; pues no, no desconfíes,  
Que yo la ampararé.

TARQUINO.

Tantas piedades

Las necesito yo; ¿santas deidades!  
¿Quién se vió nunca en paso tan horrible?  
Lucrecia discretísima, ¿es posible  
Que mi turbado aliento, mi fiel llanto,  
Mi alterado semblante, mi voz flaca,  
Mi trémulo mover, mi cohardía,  
Mas no te han dicho que lo que podía  
Mi lengua ponderar? ¡Ah! ¿qué ignorantes  
Sois, cuando os tiene cuenta, las mujeres!  
¿No te obligó, señora, mi respeto  
A no hacerme penar? ¿Quieres que acaso  
Desmerezca mi lengua de atrevida  
Lo que el alma merece por rendida?

LUCRECIA.

Tarquino, te aseguro que aun ignoro  
La causa de tu mal; mi propia hermana  
Admitirá á mi instancia tu himeneo  
(Temblando estoy); di, que servir deseo  
Al hijo de mi rey.

TARQUINO.

Sí yo te digo

La dama á quien adoro, ¿tus rigores  
Se templarán conmigo?

LUCRECIA.

¡Santos cielos!

¿Qué me querrá decir? Dime, y no temas.

TARQUINO.

¿Cumplirás la palabra?

LUCRECIA.

No retardes

En descubrir el fuego en que te ardes.

TARQUINO.

Formará contra mí tu honor querella?

LUCRECIA.

Dí.

TARQUINO.

Pues, señora, es...

LUCRECIA.

Quién?

TARQUINO.

Lucrecia bella.

LUCRECIA.

¡Ay misera de mí! ¿qué horror, Tarquino!  
¿Qué dices? ¿Ay esposo Colatino!

TARQUINO.

Qué, señora, ¿te pesa el que te adore  
Un corazón real?

LUCRECIA.

¿No ha de pesarme  
Delito tan atroz? ¿Cómo es posible  
Que tú puedas amarme, ni yo pueda  
Corresponderte sin infamia horrible?  
Yo loca, yo imprudente te habré dado  
Motivo para tanto atrevimiento.

TARQUINO.

Lucrecia, sabe el cielo cuánto siento  
Ser causa de tu enojo; mas no puedo  
Con mi dolor: tu gracia, tu belleza,  
Rindieron á tus plantas mi fiereza.

e hice á la patria sóspechoso ,  
 qué el ejército ; no vuelvo  
 mire cumplida mi esperanza.  
 ¿ dudas amarme ? Un soberano  
 irrua al sabino y al romano ,  
 pequeño triunfo de tu planta ?

LUCRECIA.

Tarquino, digna yo de tanta  
 rande fortuna ; tengo esposo ,  
 tengo mi amor.

TARQUINO.

Es infinito  
 ; no á uno solo se limita.

LUCRECIA.

¿ tico arguyas : quita, quita,  
 e soy Lucrecia , y Colatino  
 sposo.

TARQUINO.

Pues yo, que soy Tarquino,  
 ¿ mi poder : ¿ no los halagos  
 tu ingrato pecho ? ¿ el rendimiento  
 ¿ precias ? Trocaré en violento  
 arrebatado el amor mio ;  
 ¿ te bien caro tu desvío ,  
 petu y rigor de mi violencia  
 ¿ as de ver tu resistencia :  
 ¿ a tu despecho tu hermosura ,  
 ¿ de tardar mucho.

LUCRECIA.

A tal locura  
 ¿ date mi fuga y mi desprecio.  
 ¿ te venga a Roma Colatino,  
 dará el pago a tu maldad, Tarquino.

### ESCENA III.

TARQUINO, MEVIO.

TARQUINO.

¿ o que él presuma dar el pago,  
 a deshonor, ó yo tu estrago.

MEVIO.

constancia igual ; allí escondido  
 ¿ aché todo.

TARQUINO.

Al orco enfurecido  
 mi pecho con desprecios tales ;  
 horrorosas furias infernales  
 ¿ ieron alquitrán en mis entrañas :  
 valdra la fuga.

MEVIO.

Mas estrañas  
 ¿ dades noto ; su reñete  
 Lucrecia, ya sin alboroto  
 ¿ fácil que consigas tus intentos,  
 ¿ oible con él.

TARQUINO.

Gracias al oro  
 ¿ sta llave me dió ; Mevio, no temas,  
 ¿ dame las espaldas, ten aliento,  
 ¿ se me afrento ya de haber andado  
 ¿ sta infiel mujer tan reportado.

### ESCENA IV.

MEVIO.

¿ aginé el empeño tan horrible  
 ¿ o ha llegado á ser ; temblando espero  
 ¿ dades infelices , ¿ consejo  
 ¿ ado fui, sin duda mi ruina  
 ¿ lo prontamente determina.

### ESCENA V.

RECIA *Armando*, TARQUINO *con la espada  
 desnuda*.

TARQUINO.

¿ mos si mi espada, infiel, te doma.

oro u

MEVIO.

Te pierdes, me perdí, perdióse Roma. (*Vasc.*)

TARQUINO.

En vano con la fuga te redimes. (*Accla.*)

LUCRECIA.

¿ Qué horror ! ¿ Tarquino bárbaro ! ¿ qué intentas ?  
 (*Suéltese.*)

TARQUINO.

¿ Qué ? ¿ obligarme pretendes con afrentas ?  
 Ya no hay remedio á mi pasión bastante,  
 Ya declaré mi intento, no es posible  
 Que pasión tan indómita y horrible  
 Se temple : desechado y aburrido,  
 Contra mi honor, te supliqué rendido,  
 Y tú me has despreciado. A mí, que el terco  
 Y obstinado teson del enemigo  
 Rindo feroz, ¿ se ha de oponer la débil  
 Fragilidad de una mujer fragata ?

LUCRECIA.

¿ Por qué con tal ultraje á mí me trata  
 Tu sinrazon, Tarquino ? ¿ Qué ? ¿ Es acaso  
 Porque á mi sangre y ascendencia heróica  
 Correspondo, tu infamia detestando ?  
 No pienses tal. Un rayo centelleante,  
 Vibrado de los cóncavos del cielo,  
 Me destruya primero. El hondo abismo  
 Abra la horrenda boca, y me sepulte  
 Viva en su centro, antes que la fe dada  
 A mi esposo quebrante.

TARQUINO.

Me provocas  
 A perderte el respeto : por bien sea  
 Lo que ha de ser por fuerza ; vamos, vamos.  
 (*Accediéndola.*)

LUCRECIA.

Reparate, detente, no profanes  
 El pundonor antiguo y venerado  
 De mi ilustre prosapia. ¿ Así agradeces  
 La fineza del inclito hospedaje,  
 Que pretendes pagaria con mi ultraje ?  
 ¿ Esta es la confianza ?

TARQUINO.

Amor es ciego,  
 Es loco, no repara, es temerario.  
 Cuanto menos respeto, mas adoro.

LUCRECIA.

¿ Tú me adoras, buscándome un desadoro  
 Y un baldon á mi estirpe generosa ?

TARQUINO.

Mas que tú indignamente cavilosas  
 Juzgas que no tiene ámbito mi pecho  
 Para guardar secreto : en mí confía.

LUCRECIA.

Tal cosa no creía : mi real sangre,  
 Mi obligacion, mi punto, mi decoro  
 No ignorarán mi infamia : ¿ el tierno lloro  
 No te mueve á piedad ? ¿ Ay Colatino !  
 ¿ Mi bien, mi dulce bien ! ¿ A, Tarquino,  
 Mira si has de matarme : acaba, acaba ;  
 Derrama con furor la sangre pura  
 De la mas fiel consorte ; el alma canta  
 Sin mancha volará á los hondos senos ;  
 Y no tendrán disculpa las mujeres  
 Contra la mas violenta tiranía ;  
 Su confusion será la muerte mía.

TARQUINO.

No pretendo matarte, no, Lucrecia,  
 En mucho mas mi amor tu vida aprecia :  
 De mi reino despótica, el tesoro  
 Será tuyo, y aun mas.

LUCRECIA.

¿ Ah infame, infame !  
 ¿ Pretendes corromperme con el oro,  
 Como á vulgar mujer ? ¿ Eso faltaba  
 A mi dolor ! ¿ Ah, bárbaro tirano,

Injusto y alevoso ! ;Descrido !  
; De viles procederes !

TARQUINO.

Oyes, oyes;  
; Así te trata á un príncipe temido ?  
Vive el cielo, traidora, que me canso  
De rogar lo que puede mi albedrío.  
Vil.... *(Arremete á ella.)*

LUCRECIA, de rodillas.

Tarquino, señor, príncipe mío,  
Muévate á compasión mirar postrada  
Una infeliz mujer, que te suplica;  
Véncete á tí, señor, con real grandeza,  
Seré tu humilde esclava, mi pureza  
Ha de ser solo el precio á que me compres.  
Mira á mi pobre esposo Colatino,  
Que de amistad y sangre el nudo santo  
Contigo le une; muévate mi llanto  
Derramado por él copiosamente;  
No es digno de tal premio quien valiente  
La patria ensalza á riesgo de su vida.  
; Qué esperas que haga en viéndome ofendida?  
Del dolor morirá mi anciano padre,  
Que no es posible menos. ¡ Madre, madre !  
; Dónde estas que no me oyes ? ¡ Qué bien hizo  
La muerte en escusarte de que vieras  
En tal afrenta la hija regalada  
Que educastes aquí con tanto esmero !  
; Ay, Colatino, mi último y primero  
Amor ! ¡ Ay dulce esposo Colatino !  
; Piedad, piedad, señor ! ¡ Piedad Tarquino !

TARQUINO.

Falsa mujer, frenética, sin juicio,  
Engañosa con lágrimas fingidas.  
Mas me enfureces con aleve llanto.  
De mí no ha de librarte todo cuanto  
Poder la tierra y cielo tiene junto.  
Por fuerza he de gozarte.

LUCRECIA.

Vil Tarquino, *(Levántase.)*

Que tal pronuncias con infame lengua;  
No eres hombre, cruel, ni eres romano,  
Fiera espantosa é insaciable monstruo  
Eres; silbos horrendos de dragones  
Debieron de arrallarte. Los leones  
Sin duda en sus cavernas te criaron.  
; Cómo esto consentís, cielos injustos ?  
; Para cuándo guardais rayos adustos?  
Ayudadme á rendir á este tirano.  
*(Arrójase á él, y le quita el puñal.)*

TARQUINO.

Procurar tú vencerme será en vano.

LUCRECIA.

No es en vano, ya está mi honor seguro.  
Este agudo puñal de acero puro,  
Que te quité, y en tí emplear no pude,  
Mi vida acabe, y salve mi pureza.

TARQUINO.

Escucha antes de herirte.

LUCRECIA.

Un solo paso

No des, y escucho.

TARQUINO.

Ya sé tu altanero  
Pensamiento cuál es; al verdadero  
Tiempo dejar pretendes fania heroica;  
Pues no te ha de valer; serás infame  
Después de muerta; ya que de otro modo  
No puedo, he de vengarme de esta suerte.  
Al esclavo mas vil daré la muerte,  
Y el tuyo y su cadáver en tu lecho  
He de poner, y al punto de adulterio,  
Descubierto por mí y por mí vengado,  
Te he de acusar, y adultera juzgada  
Para siempre serás en las historias,  
Que guardan de los hechos las memorias;  
Escándalo has de ser.

LUCRECIA

¡ Oh cielo ! ¡ oh cielo !

; Aun me niegas este único consuelo ?

; A quién me acogeré ?

TARQUINO.

Ya no hay remedio.

*(Acosándola.)*

Lucrecia, á mi furor, los mismos dioses  
Procurarán en vano tu defensa,  
Y de la infamia ó la violenta muerte  
No bastará ya el cielo á defenderte.

## ACTO QUINTO.

### ESCENA PRIMERA.

BRUTO, COLATINO.

BRUTO.

; Tarquino así engañarnos ! Vive el cielo,  
Que es maldad insufrible; ; así la patria  
Con tan poco reparo se abandona !  
; Y aspirará á ceñirse la corona  
Quien es indigno de ella, y solo mrito  
Le conviene mejor, que no laureles ?

COLATINO.

Yo no sé, Bruto, qué presagios fieles,  
O ilusivos acaso, aunque lo dudo,  
Me anuncia el corazon; estoy turbado,  
Ni sé qué me sucede.

BRUTO.

Tricriptino

Acia aquí sale.

### ESCENA II.

TRICRIPTINO Y DIOSOS.

TRICRIPTINO.

Bruto, Colatino,

El cielo os trajo aquí sin duda alguna,  
Cuando era menester; Lucrecia manda  
Que al punto se os avise: no el motivo  
Puede saber, y con recelo vivo  
Pensando qué será; mas ella sale  
Con traje de dolor.

### ESCENA III.

LUCRECIA de luto, y DIOSOS.

COLATINO.

¡ Cielos ! ¡ qué miro ?

TRICRIPTINO.

Yo me conturbo todo.

BRUTO.

Yo me admiro.

COLATINO.

Lucrecia, ¿ cómo así ?

TRICRIPTINO.

; Qué horror ! Lucrecia,  
¿ Qué novedad es esta ?

BRUTO.

Dí, señora,

Del luto la ocasion.... ¿ Qué es esto ?

TRICRIPTINO.

¡ Llora ?

COLATINO.

Mi bien : ¿ qué asombros tu silencio dice ?

LUCRECIA.

¡ Ay desdichada ! ¡ ay misera infelice !

*(De rodillas.)*

COLATINO.

Levanta, dulce dueño; ¿ el rostro casto  
De mí retiras ? ¿ con vergüenza escondes  
Los ojos soberanos, de hermosura



Llenos un tiempo y de amor ahora,  
Bajas por no mirarme? ¿Cuándo, cuándo  
Tan odioso te fué tu Colatino?  
¡Ah cielo! ¿hay tanto mal como adivino?

LUCRECIA.

¡Ay infeliz mujer! ¡Ay desdichada!

BRUTO.

Aquí está el noble Bruto; aquí su espada,  
Que te defenderá de quien intente  
Profanar con sacrilega osadía  
Tu celestial belleza; entre los dioses  
No estará libre de la furia mía.

TRICIPTINO.

Hija del alma, di, no me atormentes  
Con tu silencio, ni mi angustia aumentes.

COLATINO.

Lucrecia, esposa mía, ¿qué te aflige?  
Cuéntame tu dolor, que por los cielos,  
Que mi cólera horrible satisfaga  
Con estrago y terror de tu enemigo;  
¿Están salvas las cosas de mi casa?

LUCRECIA.

¿Cómo (¡ay de mí!) han de estar? ¿Ni cómo puede  
Sin honra una mujer tener aliento  
De hablar? ¡Oh infame! ¡Oh bárbaro! ¡Oh sangriento  
E injusto forzador!

COLATINO.

Lucrecia, acaba;  
Reviente tu dolor y empiece el mío  
A atormentarme con rigor impío.

LUCRECIA.

Murió mi honor, murió el de las romanas.

TRICIPTINO.

¡Cielos! ¿que así afrentais mis nobles canas?

BRUTO.

Habla, señora; en mi valor confía.

LUCRECIA.

Esto, ¡oh Bruto! Esto, ¡oh padre, oh Colatino!  
Esto le deberemos a Tarquino.  
Mas, ¡ay de mí! ¿qué digo? ¿yo imprudente  
Repito mi baldón? ¡Altas deidades,  
Que sordas á mis voces estuvisteis,  
¿Cómo tan grande infamia consentisteis?  
Bien sabéis mi inocencia; sed testigos,  
Y acrisolad mi honor. ¡Oh cielo! ¿acaso  
No es lícito acusar tu infuigo escaso?  
Mi frenesí perdona. ¡Oh cielo, oh cielo!  
No me niegues este único consuelo.  
Permite á mis justísimas querellas  
Blastemar del rigor de tus estrellas.  
¿Mas qué delirio mi razón turbada  
Tiene á rigores de la infame injuria?  
¿Como diré yo propia, aunque lo intente,  
Mi deshonra, mi afrenta y mi desdoro?  
Por mí lo diga mi incesante lloro.  
Vengad, romanos, con heróica diestra  
La infamia, la maldad abominable,  
El insulto bestial y detestable  
Del bárbaro Tarquino fementido,  
Y anégueme mi llanto y mi gemido. (Llora.)

TRICIPTINO.

Hija.

COLATINO.

Esposa.

BRUTO.

Lucrecia.

LUCRECIA.

No soy hija  
Del ilustre romano Tricipitino,  
No esposa soy del noble Colatino,  
Ni ya Lucrecia soy; serlo solía  
En otro tiempo cuando Dios quería;  
Pero ya solamente soy, ¡qué pena!  
Por la violencia infiel de un fiero huésped,  
Una infame mujer prostituida  
Al bárbaro apétito de un tirano. (Levántase.)

Mas para que no cuente el tiempo cano,  
Que hubo mujer que quiso infame vida  
Mas que el honor, yo dejaré cumplida  
Mi obligación; sabrán quien fué Lucrecia,  
Sabrán en cuanto el pundonor aprecia,  
Y hallarán con mi muerte dolorosa  
De virtud casta y de valor heróica  
En las doctas historias verdaderas  
Ejemplo las matronas verdaderas.

BRUTO.

¿Qué pretendes hacer?

LUCRECIA.

Morir rabiando.

COLATINO.

No, Lucrecia. No es digna tu inocencia  
De un desastrado fin. El vil Tarquino  
Al furor morirá de Colatino,  
Y lavaré tu mancha con su sangre.  
El cuerpo te forzó, no el pensamiento,  
Ni el espíritu heróico; por contento  
Me doy y satisfecho con su muerte.

TRICIPTINO.

Yo te respondo de la misma suerte.

COLATINO.

Los dos perdon te damos; vive, vive.

LUCRECIA.

Adios, Bruto. Adios, padre. Adios, esposo.  
El perdon que me dais, yo no le quiero,  
Mi afrenta venga este brillante acero.

(Saca el puñal; estórbanla que se hiera, y ella  
huye adentro, cerrándose la puerta que ha-  
brá agurada.)

COLATINO.

Esposa, tente, ¿qué haces?

TRICIPTINO.

¡Hija mía!

¡Hija!

BRUTO.

Romped las puertas al momento,  
O arrancaré de cuajo su cimientio.

COLATINO.

Lucrecia, esposa amada.

TRICIPTINO.

Hija, Lucrecia.

COLATINO.

Abre, Lucrecia fiel, que yo amoroso  
Te concedo perdon.

LUCRECIA (desde adentro con voz triste).

Adios, esposo.

TRICIPTINO.

No dejes, hija, á tu caduco padre  
Anegado en angustia y desconuelos.

LUCRECIA.

¡Ay de mí! muerta soy. Valedme, cielos.

COLATINO.

¿Qué escucho!

TRICIPTINO.

¿Qué dolor!

BRUTO.

¡Ah vil Tarquino!

#### ESCENA IV.

CLAUDIA Y DICHO.

CLAUDIA.

¡Ay desdichado pueblo de Quirino!  
¡Ay miseras romanas infelices,  
Espuestas á violencias de tiranos!  
Ya, ya Lucrecia con sus propias manos  
A Roma le quitó la mejor vida,  
Que el cielo dió jamás á fiel matrona.  
Yo vi, yo vi á la intrépida amazona  
Por oculto interior resquicio breve  
Entrarse con furor precipitada,  
Cerrándose la puerta por adentro.  
Un suspiro ardentísimo del centro

De su pecho arrancó, y al cielo clava  
 Los ojos en sus lágrimas bañados,  
 Y aprestando el puñal, con tiernas voces  
 Esta deprecación hizo á los dioses:  
 Ya, deidades, sabéis que al vil Tarquino  
 Cedió mi honestidad, solo vencida  
 Del miedo de la fama sospechosa.  
 Si entonces un testigo mas piadosa  
 Me hubiese dado vuestra providencia,  
 Hubiérame yo muerto en su presencia,  
 Sin dar lugar á que mi honor manchase;  
 Mas pues lo quiso así vuestra justicia,  
 Recibid este don tal como fuere,  
 Y apoyad la inocencia de quien muere  
 Gustosa por su honor. Dijo, y en vano  
 La disuadi con lágrimas y ruegos,  
 Pues desnudando el pecho de alabastro,  
 Clavó en él con furor la aguda punta.  
 Cayó sangrienta, y ya casi difunta,  
 Desperdicia el aliento por la herida,  
 Que la sangre derrama á borbotones.  
 Ella sin resplandor los claros ojos  
 Trémulos mueve ya, y á todos lados  
 Se vuelve con las ansias de la muerte.  
 La joyante madeja destrenzada  
 En la sangre caliente y encharcada  
 Se empapa con horror, y ella muriendo  
 Aun cuidadosa á su decencia atiende;  
 Con débil mano ya la falda estiendo,  
 Pues ni allí faltar quiere á la modestia.  
 Murió en flor de sus años juveniles  
 La matrona de alientos varoniles,  
 Y sin ella á ver voy si yo merezco  
 Abandonar la vida que aborrezco. (Vase.)

#### ESCENA V.

BRUTO, COLATINO, TRICRIPTINO.

TRICRIPTINO.

¡Qué horror! La puerta rompe, á ver si aun vive!

BRUTO.

Caerá, aunque tenga el gonze diamantino.

COLATINO.

Ya la puerta saltó.

BRUTO.

¡Qué tarde vino

El infeliz remedio!

TRICRIPTINO.

¡Cielo santo! (Desmayase.)

Cae la puerta, y aparece muerta Lucrecia.

COLATINO.

¡Qué veo? ¡Ay infeliz Lucrecia mía,  
 Posible es que yo miro tu belleza  
 Muerta con tal rigor! ¡Que la fiereza  
 De Tarquino llegar pudiese á tanto!  
 Mi infeliz vida á eterno y triste llanto  
 Condono desde aquí. Ya no respira,  
 Ya, ya el calor vital se le retira.  
 Ayudadme á llorar; ¡tú traspasado  
 El pecho casto con puñal sangriento?  
 ¡Tú muerta, inocentísima cordera,  
 Y yo estoy vivo? Un rayo de tu esfera,  
 Jove, ¿por qué no vibras, y la vida  
 Me arrancas ya con causa aborrecida?  
 ¡Ah Tarquino! ¡Ah Tarquino! ¡Ah infiel Tarquino,  
 Te daré cien mil muertes..!

BRUTO.

Colatino,  
 Aquí se ha de mostrar que eres romano,  
 Ten fortaleza, alivia al padre anciano;  
 No aumentemos el daño.

COLATINO.

Padre mío,  
 Mirad que sois romano.

TRICRIPTINO.

¡Oh cielo impío!

¡Esto permites? A mi edad cansada  
 Le das este consuelo? ¡Ay hija amada!

¡Son estos los magníficos honores,  
 Que consiguió el anciano Tricriptino  
 Dando hospedaje al hijo de Tarquino?  
 ¡Ay anciano infeliz! ¡Me falta aliento.  
 Tan horrible espectáculo sangriento  
 No permitais que mire. Ya mi muerte  
 Lejos no puede estar. ¡Infeliz suerte!

(Retíranle.)

Bruto saca el puñal á Lucrecia, y dice

BRUTO.

Por esta sangre generosa juro,  
 Y por el casto espíritu, que heróico  
 Será mi tutelar en esta empresa,  
 Que al infame Tarquino con ultraje  
 Daré cruel muerte, y todo su linaje  
 Lle de extinguir. Sucedan las seguras  
 Al cetro; con sus haces los lictores  
 Ostenten el poder del magistrado.  
 Gobiernen providencias consulares  
 Con las jurisdicciones anuales,  
 Y acabemos con monstruos tan tiranos.  
 Ven, Colatino.

#### ESCENA VI.

ESPURIO, VALERIO Y DICHS.

VALERIO.

Suspended, romanos;  
 Ya sé vuestro dolor; al falso Mevio  
 Hícele con furor que reventara  
 Por cien mil estocadas penetrantes  
 A un tiempo las traiciones y la vida.  
 A qui me confesó que está escondida  
 La causa de la angustia que lloramos.  
 Como paraje el menos sospechoso,  
 Tarquino le escogió para su asilo,  
 Hasta ver qué resulta. Aquí se esconde.  
 Busquémole.

BRUTO.

¡Aquí está?

COLATINO.

Valerio, ¿dónde?

ESPURIO.

Allanemos la casa.

#### ESCENA VII.

TARQUINO Y DICHS.

TARQUINO.

Despechado  
 Me arrojo ya á morir desesperado;  
 Digno soy de la muerte. Ea, matadme.

COLATINO.

¡Ah alevoso!

BRUTO.

¡Ah cruel!

VALERIO.

¡Ah fementido!

ESPURIO.

¡Ah falso vil!

COLATINO.

Muere, tirano.

BRUTO.

Muere.

VALERIO.

Injusto forzador.

ESPURIO.

Traidor infame.

TARQUINO.

¡Ay de mí! Muerto soy.

BRUTO.

Muere, lascivo.  
 Ve al fondo inferno, y para siempre llora  
 La cólera de Bruto vengadora.

ESPURIO.

Al punto á coronar el Capitolio  
Vamos para domar los conjurados.

VALERIO.

Vamos.

COLATINO.

Vamos, amigos muy amados.

BRUTO.

Vámonos pues, y de la infame raza  
No quede al mundo grande ni pequeño,  
Y antes que las exequias de Lucrecia  
Se celebren con regío fausto y pompa,  
No quede gota de malvada sangre  
Que no se vierta con furor violento,  
Porque sirva á los siglos de escarmiento.

# GUZMAN EL BUENO, TRAGEDIA.

## PERSONAS.

DON ALONSO PEREZ DE GUZMAN  
EL BUENO.  
DON PEDRO, su hijo.  
DOÑA MARIA CORONEL.  
DOÑA BLANCA.

JIMEN JIMENEZ.  
JACOB ABEN JOSEPH.  
REDUAN AMIR.  
ELVIRA.  
ACOMPAÑAMIENTO.

*La escena se representa en Tarifa.*

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA PRIMERA.

*Vista de Tarifa algo alta, y á un lado acampamento del moro.*

DON ALONSO DE GUZMAN, JIMEN  
Y SOLDADOS.

JIMEN.

Gran don Alonso de Guzman el Bueno,  
Ya sabes los sucesos de la guerra  
Cuán inconstantes son.

GUZMAN.

Lo sé, Jimeno.

JIMEN.

Pues no te admirarás que la fortuna  
No te sirva, cual suele, vez alguna.  
El cielo sabe mi dolor, y cuánto  
Me pesa ser el triste mensajero  
De funestas noticias; mas no quiero  
Ni las debo callar, no un imprudente  
Se adelante á contártelas primero.

GUZMAN.

Jimén Jimenez, quieta está la gente  
Por los muros y alcázar de Tarifa,  
Cuya tenencia por don Sancho el Bravo,  
Monarca de Leon y de Castilla,  
Concedida me fué; buenos soldados  
Militan á mis órdenes; la plaza  
Abunda en provision de boca y guerra.  
Y aunque piense inundar toda la tierra  
Jacob Aben Joseph con gente armada,  
Que hizo pasar (la tregua quebrantada)  
De la Africa á las playas españolas,  
El invencible esfuerzo castellano  
Fuerzas divinas le contrastan solas.

JIMEN.

Pues hoy el día amaneció aciago.

GUZMAN.

No me tengas suspenso ni impaciente.

JIMEN.

Ya oíste á la alborada aquel rebato:  
Pues fué que Aben Joseph, fiero, insolente  
Con los nuevos socorros y la gente  
Que de Fex y Marruecos le enviaron,  
En tanta multitud, que contra España  
Jamás tantos millares de agarenos  
A Europa desde el Africa pasaron;  
Y esperando lograr buenos sucesos  
Con los nuevos jinetes de Granada,  
A tiempo que cansados de la vela  
Juzgó á los nuestros, embistió furioso.  
Contra él opuse un escuadron famoso  
De caballos lijeros y peones;  
Mas ¿qué harán contra inmensos batallones  
Salió don Pedro de Guzman tu hijo,  
Señor, contra tus órdenes espresas;  
Salió no obstante sin noticia mía,  
Que como ayo que soy desde su infancia  
Procuro contener su lozanía.  
La muchedumbre alarbe con pujanza  
Cargó sobre los nuestros, que en la fuga  
Solo hallaron remedio...

GUZMAN.

¿Y qué mi hijo  
Volvió la espalda vergonzosamente?

JIMEN.

No, alcalde, antes intrépido y valiente...

GUZMAN.

¿Murió como cristiano caballero?

JIMEN.

No murió; pero queda prisionero.

GUZMAN.

¿Prisionero? ¿qué dices?

JIMEN.

Fueron vanos  
Nuestros esfuerzos, y Beltran Lainez  
Como bueno quedó muerto en el campo.

GUZMAN.

¿Que un joven temerario é imprudente  
Cause tanto pesar! ¿Que mis consejos  
De tal manera este rapaz desprecie!

JIMEN.

Si acaso puede haber algun consuelo,  
Tenle por su valor: desde la torre  
Le vi arrogante atropellando moros  
Por medio las escuadras y armas fieras  
Entre las partesanas y montantes;  
Y el bárbaro Muley, que su pujanza  
Se atrevió á contrastar, cayó en la arena,  
Sin que bastasen á evitar su muerte  
Ni la adarga de Fez ni el jaco fuerte.

GUZMAN.

No repruebo el valor; mas él sabia  
Que el arte de vencer no se reduce  
A singular combate: el gran caudillo  
Que á su mando un ejército conduce,  
Mover y sustentar debe el gran cuerpo,  
Y verá que el valor es una parte  
Minima de la guerra; mas no el todo,  
Y aun es nocivo si le falta el arte.

JIMEN.

Con semejantes máximas ha sido  
Don Pedro de Guzman por mi instruido  
En el difícil arte de la guerra;  
Pero los suyos le dejaron solo.

GUZMAN.

¡Oh cuánto el miedo del soldado yerra.  
Pensando redimirse con la fuga!  
Pues quien va fugitivo no pelea.

JIMEN.

Don Nuño en vano rehacerlos quiso.

GUZMAN.

Si el soldado supiera cuán preciso  
Le es el obedecer, fuera valiente  
En ocasion, y en ocasion remiso;  
Y el triunfo del que sabe es evidente,  
Pues nunca va dudoso á la pelea.

JIMEN.

Mas ¿qué mandas, señor, que se provea  
Sobre el rescate de tu hijo?

GUZMAN.

Hablando  
Como soldado, me olvidé ser padre.  
Cuido antes del comun que el propio daño.  
Pero mi hijo está en poder de moros....  
Corre, Jimen, y dí que los tesoros  
Que en España y en Africa he ganado  
Los doy todos por él; todo mi estado,  
Y el puerto de Sanlúcar, y Medina  
Sidonia por don Sancho prometida,  
Todo se venderá para el rescate.

JIMEN.

Será bien que algun tiempo se dilate,  
Pues hoy don Juan Ramirez con socorro  
De Sevilla vendrá, y sus aduarez.

GUZMAN.

Recelo las violencias del rey moro,  
Y mi hijo en su poder me da cuidado,  
Pues yo ni los jinetes de la costa,  
Ni de Sevilla ese socorro aguardo.

JIMEN.

Así las cartas últimas lo dicen.

GUZMAN.

Pero, Jimenez, lo que mas me aflige  
No es su prision, es la fatal noticia  
Que yo mismo he de dar; terrible trance!  
Precisamente. ¿Qué dirá mi esposa  
Doña María Coronel, su madre?  
Su madre, cuyo amor afectuoso  
De la guerra apartarle pretendia,  
Y á su lado continuo le queria,  
¿Qué dirá cuando sepa la impensada  
Prision del hijo? ¿Ay madre desdicha!

JIMEN.

Esa noticia á tí solo es debida.

GUZMAN.

¿Pues qué dirá tu Blanca, prometida  
Por esposa al rapaz? ¡Triste doncella!  
Tú en fin procura consolar á ella,  
Que yo á su madre animaré si puedo;  
Pero ella viene aquí.

## ESCENA II.

DOÑA MARIA Y DICHO.

DOÑA MARIA.

¡Qué horror! ¡qué miedo!  
¿Es verdad, ó ilusion? ¡Sueño espantoso!  
¡Qué anuncio tan fatal! ¿Y mi hijo Pedro?

GUZMAN.

¿Qué turbacion, qué afán, doña María,  
De tu semblante pálido colijo?  
¿De qué es tu pena?

DOÑA MARIA.

¿Dónde está mi hijo?

GUZMAN.

Cobra el perdido aliento, esposa mía,  
Y dinos tu dolor.

DOÑA MARIA.

¿Cómo no veo  
A mi hijo Pedro, de su padre al lado?  
Sin duda es cierto ¡ay Dios! lo que he soñado.

GUZMAN.

¿Por qué vanos pronósticos te guías?

DOÑA MARIA.

Desmienta el cielo las sospechas mías,  
Y ojalá no se cumpla el triste sueño  
De esta noche fatal, sueño espantoso,  
Que me hizo ver en el comun reposo  
A mi hijo; ay hijo mio! en ese llano,  
Y que un leon fierísimo africano  
Con las sangrientas garras y los dientes  
Su cuerpo con furor despedazaba.  
Aun me parece escucho todavia  
Del feroz bruto los rugidos roncós,  
Y miro el fuego que en su vista ardia,  
Y escucho los suspiros lastimosos  
De mi hijo ensangrentado... Mas, ¿qué es esto?  
Señor... Guzman... esposo... ¿el rostro vuelves?  
¿Al cielo alzas los ojos lagrimosos?  
¿Reprimiéndote en vano el color pierdes?  
¿Dónde mi hijo está? ¿con que el terrible  
Sueño fué cierto? Acaba, esposo mio.

GUZMAN.

¿Quién da crédito á un ciego desvario?

DOÑA MARIA.

Pero mi hijo ¿dónde está? Jimenez,  
¿Sabes algo? Ve, tráele á mi presencia,  
Que quiero en mi regazo acariciarle,  
Y que con tiernos besos él consuele  
El corazon de una asustada madre....  
¿Mas tambien tú enmudeces?

JIMEN.

Sí, señora.

DOÑA MARIA.

¿Luego mi hijo es muerto?

JIMEN.

Aun vive ahora.

DOÑA MARIA.

¿Le ha cautivado el moro?

GUZMAN.

Y si así fuera,  
¿Qué importaba el llorar?

DOÑA MARIA.

¿Con que cautivo  
Pedro está entre cadenas? y ¿yo vivo?  
¿Cuándo un sueño infeliz no salió fijo  
A una madre que teme el mal de un hijo?

GUZMAN.

No tan cierto salió; que Pedro aun vive,  
Y ya pronto el rescate se apercebe.

DOÑA MARÍA.

Pues ¿en qué os detenéis? ¡ay desdichada!  
¿Que tal angustia estuvo preparada  
Para mi tierno corazón! ¡Oh Pedro,  
Hijo del alma, mi querido Pedro!  
Desvelo de tu madre regalada,  
¿Dónde estarás ahora? entre prisiones  
En poder de ahembizes y gomeles,  
Sin tu madre, que siente tus dolores.

GUZMAN.

Cesen, doña María, los clamores,  
Y ninguna desgracia tú receles.

DOÑA MARÍA.

Cesen ya los clamores, pues son vanos  
Donde hay esfuerzo... Al arma, castellanos;  
Id, traedme a mi hijo... El que volviere  
Con él, pida a su arbitrio las preseas.

GUZMAN.

Ahora la prudencia se requiere:  
Con fortuna cualquiera es virtuoso,  
La desgracia examina el que es prudente.

DOÑA MARÍA.

No supo qué es ser madre quien tal dijo,  
Ni vió en poder de bárbaros un hijo,  
De bárbaros sin ley, de quien recelo  
Cualquier atrocidad, y aun me parece  
Que el corazón latiendo me la anuncia.  
Mi labio apenas trémulo pronuncia  
El nombre de mi hijo, recelando  
Quizá algun grave mal.

GUZMAN.

Pues qué ¿en tal caso  
No tuviera valor doña María?

DOÑA MARÍA, *asustada*.

¿Para qué preguntais que si tendría  
Valor?

GUZMAN.

Para ver muerto...

DOÑA MARÍA.

A hablar no acierto:

¿A quién?

GUZMAN.

Al hijo...

DOÑA MARÍA.

¡Ay Dios! Pues qué ¿le han muerto?

GUZMAN.

No: mas con todo, ensaya el sufrimiento,  
Que un gran mal debe hallarnos prevenidos.

DOÑA MARÍA.

¡Desventurada madre! en vano aliento.  
No entiendo esos misterios escondidos.

GUZMAN.

No ha muerto Pedro, no, doña María;  
Mas yo tu corazón probar quería...

DOÑA MARÍA.

¡Prueba inhumana! Y qué, ¿así de una madre  
Burla el afecto y la ternura un padre?  
¿Esto es posible? ¡Oh, cuánto mejor fuera  
Que este tiempo no así se consumiera,  
Sino en dar libertad al hijo mío!  
¿Lentitud afrentosa! yo no fio  
Su libertad al tiempo, y pues su padre  
No la procura, corro a ver si acaso  
La encuentra ansiosa una afligida madre.

## ESCENA III.

GUZMAN, JIMEN.

GUZMAN.

¡Oh cuántos males nacen de un mal solo!  
Despechada su madre hacer podría

Quizá algun atentado; aquí es preciso  
Que se interponga la prudencia mía.

JIMEN.

A mi hija Blanca por allí diviso;  
Te seguiré en hablandola.

GUZMAN.

Ven luego.

## ESCENA IV.

JIMEN, BLANCA, ELVIRA.

BLANCA.

Yo moriré de este dolor, Elvira,  
Que no es posible menos. Pero, padre,  
¿Don Pedro está cautivo?

JIMEN.

¿Qué delira

Tu imaginacion, Blanca? Estos acasos  
Son propios de la guerra. Su rescate  
Se va a ajustar ahora, y aguardamos  
De Sevilla el socorro. Si eligiera  
Un hombre sin valor para tu esposo,  
No lloraras por él; mas no tuvieras  
Tan noble dueño que a Castilla ensalza,  
Ni esperaras, cual puedes, que otro día  
Alfombrase con pendones africanos  
El sevillano templo de María,  
Ni que a Toledo se conduzca en hombros  
De los moros gazules tu litera,  
Donde verás que sus cautivos jeques  
Del claro Tajo regarán tus huertas.  
Consuélate, y adios.

## ESCENA V.

BLANCA, ELVIRA.

BLANCA.

¿Consuelo vano!

Déjame, Elvira, lamentar contigo  
La desventura de un amante triste,  
De cuya ruina yo la causa he sido.

ELVIRA.

Pues tú, señora, ¿qué motivo diste?

BLANCA.

Sabes que Pedro, mi adorado Pedro  
Para mi esposo estaba destinado;  
Hoy era, Elvira, el día suspirado  
De nuestra dicha, y ya las prevenciones  
Debidas de su casa a los blasones  
Estaban prontas, pues Guzman el Bueno,  
Para mostrarse de recelo ajeno,  
Al moro despreciando, pretendía  
Hoy celebrar las sacras ceremonias,  
Poniendo colmo a la ventura mía.

ELVIRA.

Castilla aplaude tan solemnes bodas.

BLANCA.

Bodas cubiertas de niebla y luto  
Por la temeridad de un ciego amante;  
Pues él ardiendo en generoso esfuerzo  
De su florida juventud lozana,  
Galán con la esperanza de este día,  
De amor lleno me dijo: «Blanca mía,  
» ¿Viste en qué airoso y bárbaro caballo  
» Con las cubiertas bélicas de grana  
» Fatima escaramuza? pues yo quiero  
» Que sirva de troton a tu escudero,  
» Y tu esclava ha de ser la alíva mora  
» A pesar de las huestes africanas.»  
Oh cuánto engañan esperanzas vanas!  
Yo lo confieso, Elvira: arrebatóme  
Presuncion mujeril; le armé yo misma,  
Y en los tiros pendió por mí la espada.  
¿Qué bizarro y marcial! ¿qué empenachada  
Cimera! ¿qué alma, y qué purpúreo rostro!  
Mas el número en fin al valor vence.

ELVIRA.

¡Oh, mal haya, señora, el fiero monstruo

De la guerra, baldon de los humanos!  
;Execrable inventor, que á los hermanos  
Enseñaste á matar! ;accion horrible!  
Qué, ¿así la virtud reina? Qué, ¿es posible  
Que no halló otro algun medio la malicia  
De inquirir la verdad y la justicia?

BLANCA.

;Mas qué añafles y atabales roncós (Tocan.)  
Se escuchan? Muerta voy; todo me asombra.

ELVIRA á Jimen, al encontrarse.

Si no vuelve don Pedro, tu hija muere.

### ESCENA VI.

GUZMAN, JIMEN, SOLDADOS.

JIMEN.

El africano hizo llamada, y quiere  
Seguro para hablar; bandera blanca  
Su araldo tremoló, yo los rastrillos  
Y puentes levadizas mandé luego  
Facilitar, y Amir pasó y ya llega.

GUZMAN.

A tratar vendrá acaso de la entrega  
De mi hijo; prevéngase el rescate,  
Por magnífico y grande que le pida,  
Nada se niegue, quede confundida  
Su altivez, su codicia bien saciada,  
Que sin duda será desmesurada,  
Viendo la rica presa de que es dueño.  
Pida basta lo imposible; es deuda todo  
A un hijo mío, honor del nombre godo.

JIMEN.

Ya entró el embajador; plaza, soldados.

### ESCENA VII.

AMIR, ARALDO con una bandera blanca,  
MOROS, Y DICHOS.

AMIR.

No hay Dios sino Dios mismo; él tiene bollados  
Con su planta á los fuertes, fuerte es solo,  
Que con la noche cubre el claro día;  
Este te ensalce, Cid Guzman.

GUZMAN.

Confía,  
Don Reduan Amir, di tu embajada.

AMIR.

Aláh supremo y misericordioso,  
Que á su pueblo mostró misericordia,  
Vencedor de Satán, Dios poderoso,  
Señor de muchos mundos, sublimado  
Con gran sublimacion, reina en la altura;  
Pero en la baja tierra el mando ha dado,  
Como á divino entre los otros hombres,  
A Aben-Jacob, de Fez y Tarudante  
Monarca, y de Marruecos, y las playas  
Muy extendidas que domina Atlante.

GUZMAN.

Prosigue, embajador.

AMIR.

Este arrogante  
Guerrero es el amado de Mahoma,  
De nuestra ley intérprete divino,  
Que abrió con llave de doctrina santa:  
Las estrellas le adoran por destino,  
Y de su amor se mueren los luceros.  
No hay mas rey que él y Aláh, por esto quiso  
Pasar inmensas huestes contra España,  
Por repetir, cual vió en Jerez Rodrigo,  
De Muza y de Tarif la horrenda hazaña.  
Puso cerco á Tarifa, y la fortuna  
Que adora su triunfante media luna,  
Le dió en sus sacras manos á tu hijo.  
Es piadoso mi rey: dile, me dijo,  
Que permito el rescate, agradeciendo  
Cuanto sirviendo á mi divino padre  
En Africa lidió siempre venciendo.

GUZMAN.

A Aben-Jacob las gracias y el rescate  
Daré á su voluntad.

AMIR.

;Tendrás deseo  
De ver en libertad tu hermoso hijo?

GUZMAN.

Por medio del rescate ya le veo.

AMIR.

;Cuántas lágrimas tiernas y suspiros  
Habrá por él perdido ya su madre!

GUZMAN.

Embajador, propon las condiciones  
Del trato, y lleno irás de ricos dones.

AMIR.

Ya ves que el preso es joya inestimable,  
No solo, Cid Guzman, por ser el hijo  
Primogénito tuyo, aunque es gran timbre,  
Sino por su gallarda bizarría,  
Su esfuerzo y tierna juventud amable,  
Pues ya es muy gentil hombre y arriscado,  
Y imán del campo moro es su hermosura.  
La intencion de mi dueño, que es mas pura  
Que alba leche de cándidas ovejas,  
Conoce los afectos paternales,  
Y no pretende á costa de caudales  
Inmensos deslucir tu ilustre casa,  
Ni que le des el oro que en sus naves  
Hiran llevaba á Tiro para el templo  
De Salomon desde esta rica Tarsis.  
Un corto precio pide solamente  
Por alhaja tan digna y escelente:  
Fácil medio se halló para que veas  
Presto á tu lado al hijo que deseas.

GUZMAN.

Sin duda Aben-Jacob, agradecido  
De lo bien que en el Africa he servido,  
Quiere mostrar que la virtud se encuentra  
Aun entre religiones diferentes,  
Propia grandeza de ínclito monarca.  
El rescate y magníficos presentes  
Le llevarás.

AMIR.

Pues solamente pide...

GUZMAN.

;Qué pide el fiel magnánimo califa?

AMIR.

Que le entregues la fuerza de Tarifa.

GUZMAN.

;Tarifa... yo!... entregar!... ¿qué dices, moro?

AMIR.

No te admire, Guzman; nada imposible  
Te pide mi señor; ¿qué menos quieres?

GUZMAN.

Pues qué; tan incapaz de razon eres  
Que ignoras que esta insigne fortaleza  
No es mia propia, que es de mi rey solo?  
Soy su lugar-teniente, y defenderla  
Juré solemnemente al cielo mismo,  
Haciéndole homenaje y pletlesía  
En manos del maestro don Rodrigo  
Al espirar: de aquea Andalucía  
Pidanme mis estados, ó si quiere  
Cien mil doblas, y aun mas le llevarías.

AMIR.

Guzman, los que se precian de prudentes  
Saben que esa fantasma, que honor llaman,  
Es solo imaginaria, y que no existe  
Sino en débiles almas; mi gran dueño,  
A quien hace la luna reverencia,  
Te ofrece inmensa y bárbara opulencia,  
Y llegarás á merecer la dicha  
De tocarle su barba, y en fiel muestra  
De cariño besarla.

GUZMAN.

No pretendo

Por tales medios honra; ni españoles  
Jamás piensan así: Dios es primero;  
Pero después su honor, que al rey ofrecen.

AMIR.

Pero algunos se encuentran, que merecen  
Mas que los naturales: en Marruecos  
Siempre honrado te vi, ni disgustado  
Fuiste como en España por los fieros  
Bandos sobre el derecho de los Cerdas.

GUZMAN.

En vano agravios frívolos me acuerdas.  
Siempre seguí lo que pensé justicia.

AMIR.

Mas sin que sutilice la malicia,  
La villa de Tarifa, que defiendes,  
No es de tu primo el rey, que es tuya propia;  
Pues tú con tus parciales, acostados  
Y escuderos la tienes á tu costa.

GUZMAN.

Los nobles siempre estamos obligados  
A cumplir la palabra; y así, moro,  
Menos Tarifa, lo que quieras pide.

AMIR.

El cumplimiento de la fe se mide  
Por distinta medida: nadie pudo  
Prevenir al jurar, que preso fuera  
Por nosotros tu hijo, y pues varia  
Tan impensada circunstancia y cierta,  
En ley ninguna el juramento obliga.

GUZMAN.

Quien toma á cargo alguna fortaleza,  
Todo previene, y aun lo no posible:  
No ese solo, si mil hijos tuviera,  
Los diera por mi patria.

AMIR.

Y di, ¿si acaso  
No le vuelves á ver? ¿si á Fez le llevan?

GUZMAN.

Mientras viva Guzman, mientras mi brazo  
Maneje espada y lanza, su rescate  
No es difícil.

AMIR.

Mas tú ya has prometido  
Dar por él á Tarifa.

GUZMAN.

¿Yo tal dije?  
¿Qué es lo que dices, moro alavecino?

AMIR.

Aun lo imposible oí que prometías.

GUZMAN.

No te diviertas con las ansias mías:  
Vuélvete, embajador.

AMIR.

Pero si llega

La posible ocasión de que la villa  
A fuerza de armas se entre, y toda España  
Como en tiempos de Ulit, entonces quedas  
Vil esclavo, sin hijo y sin honores.  
¿Cuánto dieras por no haber malogrado  
Entonces la ocasión de ser amigo  
De tan gran rey por solo el corto obsequio  
De un forlán, que va á dar al saco y fuego?  
Repárate, Guzman, y desde luego  
Vuelve en tí, haz lo preciso voluntario,  
Que el sabio se acomoda á la fortuna.

GUZMAN.

Téngale tu rey preso; mas su cuna  
Deberá respetar, que aunque cautivo  
Bien conoce quién es.

AMIR.

Voy á hablar claro:  
Guzman el justador, alcalde invicto,

No te alteres, escucha, pues quisiste  
Que me llamase en Africa tu amigo.  
Sabe, que Aben-Jacob el alto, el grande,  
Que venció en guerra á los almoravides,  
Y el imperio afirmó en los almohades,  
Sobre el alcorán sacro jurar hizo  
Mirando el rostro acia el oriente á todos  
Los arrayaces de Africa y Egipto,  
Que han de volver á hacer que España toda  
Vuelva á adorar á aquel profeta hermoso,  
Que ablandó los peñascos con su ruego;  
Que han de ultrajar vuestra nobleza, y luego  
Volver en Cobadonga á acorralaros,  
Saquear á la incendiada Compostela,  
Robando el cuerpo del patron Santiago.  
Para principio de tan grande estrago  
Quiso como Tarif rendir los muros  
De la antigua Tarteso, á quien dió nombre,  
Ejército juntó que á España asombró  
De numerosas libicas falanges:  
No evitaréis el cuello á sus alfanjes,  
O á su yugo, aunque huestes mil aborte,  
Ni con sus ricos hombres la Castilla,  
Ni Aragon con sus bravos infanzones,  
Que en defender se ocupan á Girona.  
No está aun quieta Castilla, y la corona  
Portuguesa buscó sus intereses.  
Aun no están castellanos y leoneses  
Con la reciente union bien hermanados.  
Ya arma toca el rey moro de Granada  
Con la flor de su tropa y sus linajes.  
El infante don Juan mal enojado  
Con nosotros milita, y en el lecho  
Postrado yace el rey don Sancho el Bravo.  
Aun se acuerdan los godos españoles  
Del trance funeral de Guadalete,  
Del de Alarcos y Uclés: Nuño de Lara,  
Muerto por Almanzor, y el rey Alfonso  
De Aragon, también muerto sobre Fraga  
Por los moros; de Jaime el hijo amado  
La mitrada cabeza dividióle  
Fiero Atar el de Málaga; horror tanto,  
Junto con el poder de mi gran dueño,  
Derramador de sangre de cristianos,  
Amedrenta á Castilla; y...

GUZMAN.

¿Hasta cuándo,

Amir, abusarás de mi seguro?  
Dí á la morisma que combata el muro,  
Que mas no quiero oír, que otra Numancia  
Verá en Tarifa, á quien rendir pretende,  
Que la flor de Castilla está á mi lado,  
Donde es soldado aun el menor del pueblo,  
Y un fuerte capitán cada soldado.

AMIR.

¿Mas no te aflige el riesgo de tu hijo?

GUZMAN.

O por el oro, ó el acero fijo  
Su rescate será; yo daré modo.  
Jimén, atiende.

*Mientras habla Guzman con Jimén, dice á Amir  
el araldo:*

ARALDO.

En gran peligro estamos,  
Cidi, volvámonos, y no irritemos  
Mas á tan feroz hombre, que da espanto.

AMIR.

Las rehenes de su hijo te aseguren.

ARALDO.

No hay mucho que flar; ¿no ves con cuánto  
Desprecio mira el riesgo de su hijo?  
Quien de él no se apiadó, ¿qué piedad quieres  
Que tenga de nosotros, si le irritas?  
No ví tan atroz alma; al campo vamos.

AMIR.

¿Esa respuesta á Aben-Jacob llevamos?



GUZMAN.

Conforme te la di, dala al rey moro,  
Y di que caballeros castellanos  
Jamás rinden la plaza al enemigo;  
Mientras pueda en la mano estar la espada;  
Que es fuero de Castilla muy antiguo.  
Que el alcaide á la puerta de su alcázar  
Debe morir; primero en mi cadáver  
Con bonrosas heridas destrozado  
Ha de poner los piés; y el entrar solo  
Por encima de mi no está vedado.

AMIR.

Aláh Quivir te salve é ilumine:  
¿Y de tu hijo?

GUZMAN.

El moro determine.

AMIR (*yéndose*).

¿Qué lealtad!

ARALDO.

¿Qué bárbara constancia!

**ESCEÑA VIII.**

DOÑA MARIA, BLANCA, ELVIRA, GUZMAN,  
JIMEN.

DOÑA MARIA.

Blanca, tu llanto enjuga, la distancia  
No es mucha, ni de tiempo, ni camino,  
Que hay para ver á tu querido esposo  
Pedro, mi dulce y regalado hijo,  
Pues su padre, al fin padre, habrá ajustado  
Su rescate prudente, y va sin duda  
A traérnosle Amir, suspende el lloro.

GUZMAN (*aparte*).

¿Otro dolor, otro tormento, cielos!

BLANCA.

Valido de esto el insolente moro  
Pedirá suma inmensa; mas no importa:  
Mi dote, mis alhajas y preseas,  
Piérdase todo si don Pedro vuelve.

DOÑA MARIA.

Blanca, cosas inútiles deseas,  
Pues ¿qué podrá pedir el moro altivo,  
Que no le dé su padre fácilmente?

GUZMAN.

Todo pudiera darle; solamente  
El rescate que pide es imposible.

DOÑA MARIA.

¿Cielos! ¿señor! ¿esposo!

BLANCA.

Al instante don Pedro? Qué, ¿no vuelve

GUZMAN.

Ya volverá.

DOÑA MARIA.

¿Pues cómo ya no ha vuelto?  
Cuando pensé que la prudencia tuya,  
Que sabe mi dolor y sentimiento,  
Diera disposición de que al momento  
Volvieras yo á vivir viendo á mi hijo.  
¿Hay esta lentitud? ¿Toda soy hielo!  
¿Qué es esto? ¿Pues qué ha dicho el enviado?

GUZMAN.

Aun no el contrato está finalizado;  
Gran madurez las grandes cosas quieren.

DOÑA MARIA.

Pues daries sin tardar cuanto pidieren.

GUZMAN.

Quizá no podré darle lo que pida.

DOÑA MARIA.

Pues ¿qué puede pedir tan imposible?

GUZMAN.

Que le entregue las llaves de Tarifa.

DOÑA MARIA.

¿Eso pide? ¿Qué horror! ¿Ay Blanca amada!  
¿Qué sobresalto, y cuánta desventura  
Me anuncia el corazon! que es muy terrible  
Su padre.

BLANCA.

¿Oh infamia! ¿oh bárbara insolencia!

DOÑA MARIA.

¿Y qué determinasteis?

GUZMAN.

La paciencia

Todo lo vence.

DOÑA MARIA.

¿Ah cielos! Y si acaso  
Le embarcan para el Africa, y no puedo  
Quizá volverle á ver en muchos años,  
¿Qué será de su madre, que le adora  
Como prenda infeliz de sus entrañas?

JIMEN.

Con la esperanza os consolad, señora.

DOÑA MARIA.

Pero, señor, si el moro no se allana,  
¿Consentirás que vaya entre cadenas  
A las mazmorras de Africa tal hijo  
De tal padre, ó que reme en sus galeras,  
Ó en ministerios villes ocupado  
Desdiga de quien es?

GUZMAN.

Vivo fiado,  
Que no hará cosa indigna á su persona.

DOÑA MARIA.

Mas que su estirpe su virtud le abona.  
Eso mismo á cualquiera empeñaria,  
Que no fuese su padre, á dar el modo  
Mas pronto de que vuelva; pero veo  
Con dolor tal demora: ¿oh si yo fuera  
A quien el contratar correspondiera!  
¿Oh cómo no gimiera ya en prisiones,  
No digo el hijo de doña Maria  
Coronel, que son pocos mis blasones;  
De Alonso Perez de Guzman el Bueno,  
Digo, que esclavo está del sarraceno!

GUZMAN.

No aumentes mi tormento, esposa amada,  
¿Qué cosa me dirás que yo no intente  
Por dar la libertad tan deseada  
A nuestro hijo? ¿Oh, qué acertado fuera  
Que en las plazas mujer ninguna hubiera,  
Que hacen daño mayor que el enemigo!

DOÑA MARIA.

O piensa qué has de hacer, ó yo no sigo  
Lentitud tan severa.

GUZMAN.

Pues ¿qué haria  
Sin faltar á su honor doña Maria?

DOÑA MARIA.

Le librara una madre á todo riesgo.

GUZMAN.

¿Y á riesgo del honor tambien y fama?

DOÑA MARIA.

Y qué ¿es posible no hay otro remedio?  
Un caudillo escelente da mil trazas  
En la guerra: vasallo y padre debes  
Discurrir; mas naturaleza misma  
Dice que eres esposo y eres padre.

GUZMAN.

Pero Guzman y alcaide de Tarifa.

### ESCENA IX.

LOS MISMOS, menos *doña María*.

BLANCA.

Señor, doleos de la triste suerte  
De toda vuestra miserable casa :  
Ved qué bodas las mías , qué torneos ,  
Galas dispuestas , y sortija y cañas .  
Mirad mis infelices casamientos  
Que bastaban ser míos y de un hijo  
Vuestro , que el alma le conserva fijo ,  
Para ser todo desconsuelo y llanto .

JIMEN.

Mitiga el tuyo , hija querida , y tanto  
No inquiete á don Alonso tu porfía :  
Ve , y consueta la gran *doña María* ,  
Que el cielo dará luz ; pero parece  
Que el moro se descubre .

GUZMAN.

Pues al punto

Retirarnos adentro nos conviene ;  
Si algo quisiere , llame , no presumo  
En mi debilidad , porque don Pedro  
Está cautivo en la potestad suya .

JIMEN.

Nuestras postas descubren todo el llano .

### ESCENA X.

*Campamento del moro á un lado , y al otro  
vista de la plaza algo mas alta .*

ABEN-JACOB , AMIR , ARAIDO , MOROS .

ABEN-JACOB.

Amir , ¿con que ese fiero castellano  
Tan inflexible estuvo ?

AMIR.

Fueron vanas  
Mis artes orientales , vano el ruego ,  
E inútiles tambien mis amenazas .

ABEN-JACOB.

Pues al remedio apelaremos luego  
Premeditado , porque á fuerza ó arte  
Yo he de entrar en Tarifa , si el sol entra .

AMIR.

Pues ve que lidias con el propio Marte .

ABEN-JACOB.

Ya te advertí que mi voluntad regia  
Fué el conquistar á España , y que ya tengo  
Preparativos , máquinas horribles ,  
Ejércitos de tierra y mar inmensos ,  
Y mil galeras en el puerto surtas ,  
Sin contar dromedarios y elefantes ,  
Y en Algeciras berberiscas fustas .  
Un mundo traigo entero , ya lo sabes ,  
Para lograr que la dichosa España  
Vuelva á humillarse al yugo de Mahoma ,  
Y para que la gloria respaldanza  
De Abu-Nazar como en los claros dias  
De los Abderramanes y Almanzores ,  
Consagrados de Zeca en la mezquita :  
Cuando oprimido el lustre y valor godo  
La casa real de Córdoba dió leyes  
Desde este nuestro mar al de Cantabria  
A los soberbios y vencidos reyes .  
El puerto de Tarif , llave de España ,  
Carteya de Argantonio antiguamente ,  
Quiero ganar primero , que hace frente  
A Africa el mas cercano , y es su punta  
La mas meridional en el estrecho .  
Aqui empezó Tarif con su fortuna ,  
Y a su imitación yo : Tarifa tiene  
El destino de España , si ella viene  
A mi poder , España vendrá toda ,  
Y hollaré como un tiempo en Guadalete  
La altiva presuncion y pompa goda .

AMIR.

Escucho yo al señor de los creyentes  
Con gran humillacion ; pero bien sabes ,  
Que desde el dia santo de la begira  
Hasta el frío mayor del crudo invierno  
Seis lunas hace ya que en libias naves  
Llegamos á poner cerco á Tarifa :  
¿Cuánto hemos padecido , qué rebatos  
Nos dieron , qué constancia y qué salidas !  
Y al fin , señor , es fuerza que advirtamos ,  
Que la guarda Guzman , el gran torneante .  
Si en España otra espada semejante  
Hubiera al tiempo del fatal Rodrigo ,  
Nunca la entraran ni Tarif , ni Muza .

ABEN-JACOB.

Soy irreconciliable su enemigo ,  
Y el deseo me llama á la venganza  
Desde que me engañó con asechanza ,  
Y embarcó sus tesoros y su esposa ,  
Y desde Africa dió la vuelta á España .

AMIR.

No olvidarás , señor , la peligrosa  
Batalla en que fué puesto por cautelas ,  
Y habiendo muerto á diez su heroico aliento ,  
Luego le echamos un leon hambriento ,  
El mas tremendo que abortó Getulia ,  
Y el soberbio animal ; raro portento !  
Rugió , y humilde se postró á su planta .  
Africa toda la victoria canta  
Que hubo en los valles de la gran serpiente ,  
Que hombres y brutos fiera devoraba ,  
Ruina y desolacion del continente ;  
Y en su caballo el español valiente  
Combatió con la bestia levantada  
Sobre sus alas , que con roncós silbos  
Los montes atronó feroz hiriendo ;  
Todos huimos del dragon horrendo ,  
Y él solo con su espada el escamoteo  
Cuero rompió , cayó del aire á tierra  
Con grande estruendo el espantable monstruo .

ABEN-JACOB.

A mas de la venganza que devora  
Mi pecho , yo pensé vencer á España ,  
Y sé que sujetarla es imposible  
Mientras haya Guzmanes ; siempre han sido  
Sus campeones , su defensa y muro ,  
Y hasta Oviedo hallaré paso seguro ,  
Si á él mato ó prendo , aunque se nombre ufano  
Domador de leones y serpientes .

AMIR.

Difícil cosa , Aben-Juseph , pretendes .

ABEN-JACOB.

Por su hijo él con Tarifa está en mi mano

AMIR.

Del hijo no lo dudo , soberano  
Miramamolín ; pero al fiero padre  
Quizá no habrá conflicto que le rinda .  
No vi tal fortaleza ; le observaba  
Después de muchas esta noche misma .  
Por el muro tal vez se paseaba  
Vigilante ; en su gran lanza apoyado  
Tal vez atiende , el peto le relumbraba .  
La alta visera y el penacho altivo ,  
Y sus ojos al rayo de la luna .  
Con el silencio oí cómo crujían  
Las fuertes armas , que ni dia ni noche  
Se quitó en todo el cerco de Tarifa .

ABEN-JACOB.

Pues hágase la seña y la llamada .

ARALDO.

Toca añafil . Castilla : ¡ah de la plaza!

### ESCENA XI.

JIMEN *en lo alto* , y luego GUZMAN y SOLDADOS .

JIMEN.

Moros , ¿ á quién llamais ?

ABEN-JACOB.

A Guzman llamo.

GUZMAN.

Aben-Juseph, ya escucho lo que mandas.

ABEN-JACOB.

¿Es posible que llegue tu osadía  
A una temeridad tan obstinada,  
Que no siendo posible defenderte  
Quieras entregar bárbaro á la muerte  
A ti, y á tu linaje, y tus soldados?

GUZMAN.

Rey moro, si en los tiempos ya pasados  
En que tu padre me entregó la costa  
Como jeque de Oran, Tanger y Ceuta,  
La hubiera yo vendido con traidora  
Resolucion, ¿por justo lo aprobaras?

ABEN-JACOB.

No vengo á disputar; mas pues reparas  
En entregar la fuerza; Amir, al punto  
Ejecuta mis órdenes.

GUZMAN.

Jimenez,  
¿Qué pensará el rey bárbaro? recelo,  
Que don Pedro, de angustias oprimido,  
Al fin desmaye como niño tierno....  
Pero no, qué es Guzman, y es hijo mio.

### ESCENA XII.

LOS MISMOS, DON PEDRO Y GUARDIAS.

JIMEN.

¿Vesle, señor? ¿qué lástima!

ABEN-JACOB.

Guzman, ¿este doncel? ¿Conoces,

GUZMAN.

Que soy su padre.  
Negar no puedo

DON PEDRO (recio).

Y yo, señor, tu hijo.

ABEN-JACOB.

Pues entrega la plaza, ó....

GUZMAN.

No prosigas:  
Ya he respondido, haz lo que quieras, moro

ABEN-JACOB.

Pues si hasta ahora le guardé el decoro,  
Ya con tu obstinacion me desobligas.  
Don Pedro de Guzman, rendid la espada.

DON PEDRO.

Eso no; caballeros castellanos  
Solo á su rey la ceden, y aunque presos  
Mueren con ella en la atrevida mano.

GUZMAN.

Hijo, entrega la espada; así se sirve  
A la patria y al rey; llegará día  
De recobrarla; sufra el valor algo.

DON PEDRO.

Padre, ¿lo juzgarán por cobardía  
Los que están en sus casas descansando  
En los ricos escaños de Castilla?

GUZMAN.

Yo te abono, don Pedro.

DON PEDRO.

Esa voz sola  
Me obliga; Aben-Jacob, toma la espada, (Ddsela.)  
Que lo manda mi padre, y le obedezco;  
Pero ve, que aunque ahora te la ofrezco  
El hidalgo y constante español fuerte  
Ni teme á los trabajos, ni á la muerte.

GUZMAN (recio).

Ese, ese es hijo mio.

ABEN-JACOB.

¿En fin te obstinas  
En no entregar la plaza?

GUZMAN.

Antes la vida.

ABEN-JACOB.

Pues no estrañes si á todo rigor llevo  
Las cosas al extremo mas terrible.

GUZMAN.

Yo soy leal.

ABEN-JACOB.

Tenaz, irreducible  
A la razon. ¿Ah fiero castellano!

GUZMAN.

Si no aviso á mi rey, no está en mi mano...

ABEN-JACOB.

Ni en la mia tampoco la paciencia  
Con tal hueste, y tan poca resistencia  
Como teneis; el último recurso  
Es el que ves: este almaizar encierra  
En su seno, Guzman, la paz y guerra:  
Ahí te le arrojo, elige lo que quieras; (Le arroja.)  
O amistad buena, ó formidable estrago.

GUZMAN, y luego LOS CRISTIANOS.

¡Guerra! ¡guerra! ¡á las armas, Santiago!

ABEN-JACOB.

¿Qué rabia! ¡qué baldon!

AMIR.

Alma terrible.

Digna de ser creyente.

ABEN-JACOB.

Al mas horrible  
Calabozo llevad al prisionero.

DON PEDRO.

Contento, ó padre, por España muero.

AMIR.

Corriendo viene allí doña Maria.

ABEN-JACOB.

Pues no le vea.

DON PEDRO.

¡Ay dulce madre mia! (Llévanle.)

### ESCENA XIII.

DOÑA MARIA, GUZMAN, JIMEN Y SOLDADOS.

DOÑA MARIA.

Hijo mio, don Pedro, aguarda, hijo.  
¿Adónde vas?

ABEN-JACOB.

Tu bárbaro consorte,  
Cristiana, te dirá la triste suerte  
A que le condenó, pues yo colijo  
Que no piensa Guzman que ese es su hijo.

### ESCENA XIV.

Amenárase el acampamento, y se ensancha la plaza.

DOÑA MARIA, GUZMAN, JIMEN, CRISTIANOS.

DOÑA MARIA.

¿Qué es esto? ¿ay Dios! ¡qué horror! Yo estoy turbada  
¿Qué es lo que me sucede? Un temblor frio  
La sangre me cuajó. Yo me estremezco  
Desatentada. ¿Qué es aquesto, esposo?

GUZMAN.

Esto es mostrar un pecho valeroso  
Contra la obstinacion de la fortuna.  
Esto es ser infeliz, ó ser dichoso.  
Esto es hacer la mas tremenda prueba  
De lo que puede el corazon de un noble.  
Esto es fin ser leal.

DOÑA MARIA.

¿Eres tú padre

De ese infeliz y aprisionado joven?

GUZMAN.

Como del rey de España fiel vasallo.

DOÑA MARIA.

¡Ay hijo mio! ¿Que esto escucho, y callo?  
Pues, cruel, ¿cómo así dejas que lleven  
Al inocente niño desdichado  
Con padre tan omiso?

GUZMAN.

El ansia mia  
No aumente tu clamor, doña Maria.  
Entrate á las tarimas de tu estrado  
Con tus esclavas, ó con tus doncellas.  
Ruega de España al gran patron Santiago.  
Retirada.

JIMEN.

Señor...

DOÑA MARIA.

Ya te abandono,  
Inflexible Guzman, padre inhumano,  
De corazón indómito. A los cielos  
Vuelvo mis ruegos anegada en llanto,  
Pues no hay medio en la tierra. ¡O padre horrible,  
Indigno de honra tal!

### ESCENA XV.

GUZMAN, JIMEN.

GUZMAN.

¡Trance terrible!  
¿Qué es esto? ¡Ay Dios! ¿qué horror! Qué, ¿me aban-  
Todos como á una abominable fiera? (donan)  
¿Qué funeral horror en mi semblante  
Llevo por ser leal! ¡Oh patria! oh España!  
Oh rey, cuánto me debes! ¡No es bastante  
El dolor paternal? ¡Y tú, Jimenez,  
Me abandonas también?

JIMEN.

Señor...

GUZMAN.

Amigo,

Déjame lamentar aquí contigo.  
Pues qué, ¿imaginas, dime, que no siento  
En mi pecho el mas barbaro tormento?  
Pero es fuerza fingir. ¡Honores vanos,  
Que obligan á olvidar el ser humanos!  
Deme el cielo ¡ay dolor! la resistencia  
Que necesito, y necesita España.  
¡Oh Jacobo, patron, apóstol santo!  
Libra á tu pueblo en su fatal quebranto.

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, BLANCA.

BLANCA.

¿Qué es esto? ¿es ilusión? Don Pedro amado,  
¿Que te vuelven á ver mis tristes ojos  
Rendidos de llorar? qué, ¿se ha apiadado  
El cielo á mi dolor? Dulce bien mio,  
Habla, dueño y señor, esposo, amante.

DON PEDRO.

¡Oh cielo! ¡oh Blanca! ¡oh pena penetrante!  
Cielos, ¿para qué vine?

BLANCA.

¿A qué viniste?

¿Cómo estás libre? dime, acaba.

DON PEDRO.

¡Ay triste!

BLANCA.

Dí, y no permitas que al dolor reviente;  
¿A qué has venido?

DON PEDRO.

A verte solamente,

Blanca adorada mia.

BLANCA.

Yo fui causa  
Fatal de tu prision, por mis errores.

DON PEDRO.

¡Infeliz suerte, y trágicos amores!

BLANCA.

No ya tan infelices, pues te veo;  
Ya al fin todo calmó; mas tu severo  
Padre viene.

DON PEDRO.

Retírate, señora.

BLANCA.

Búscame presto, ó tú mi muerte llora.

### ESCENA II.

GUZMAN, DON PEDRO.

GUZMAN.

Hijo...

DON PEDRO.

Padre, á tus pies beso postrado (*De rodill*)  
La mano paternal y vencedora.

GUZMAN.

De confusiones mil estoy cercado;  
Sácame pronto de ellas.

DON PEDRO.

Vengo solo  
Por la postrera vez á despedirme  
De mis padres y esposa, pues la muerte  
Temo cerca en poder de aquel tirano.

GUZMAN.

¿La muerte temes, y eres castellano?

DON PEDRO.

No la temo, la espero.

GUZMAN.

Pero ¿cómo  
Volviste? ¿Te has huido, ó te soltaron?

DON PEDRO.

No, señor: óyeme. La infanta mora  
Perdidamente mi desprecio adora,  
Y yo de su pasión ciega valido,  
En secreto permiso la he pedido  
Para venir, aunque por tiempo breve;  
Ella facilitó, pues de todos  
Con sus hechizos el corazón mueve.  
Pero pleito homenaje hice primero  
De volver antes fiel á sus reales  
Que me pueda su padre echar de menos.

GUZMAN.

Pues, don Pedro, los nobles y leales  
No faltan nunca á su palabra, ni aunque  
Importara mil vidas; vuelve, vuelve,  
Y da á Fátima gracias de mi parte.  
Vete antes que tu falta se conozca,  
Y ella sufra las iras de su padre.

DON PEDRO.

Yo sé el tiempo que tengo concedido;  
Permitid que á las plantas de mi madre  
La dé el último abrazo.

GUZMAN.

En varoniles  
Pechos nunca espresiones femeniles  
Tienen digno lugar: estará ahora  
Retirada en su estancia: vete al punto.

DON PEDRO.

Aun puedo esperar mas.

GUZMAN.

Pues que te dejo  
Este rato, oye á un padre que te estima,  
Por si estos son los últimos consejos.

DON PEDRO.

mento fierisimo, qué angustia!

GUZMAN.

¡ ufana juventud robusta  
¡ precipicios te despeña;  
¡ audaz desobediencia tuya  
¡ te condujo tan amargo.  
¡ timaste ni el militar cargo,  
¡erna autoridad, y ciego  
ni voluntad saliste al campo.

DON PEDRO.

d, señor... Padre, no lo niego.

GUZMAN.

te castigó la Providencia  
¡ por tal desobediencia,  
¡ poder vuelves, en consejo  
¡a con rigor tu culpa trato.

DON PEDRO.

o en ser hijo de español Torcuato.

GUZMAN.

res solo tú quien lo padece;  
e desdichada, ¿ qué merece,  
lecer tanto? ¡ Jimen, Blanca,  
¡ España, y yo, que a todos sufro  
¡s mas acerbos y crueles?

DON PEDRO.

o! ¿ y de esta angustia no te dueles?

GUZMAN.

rte infeliz á tal estado  
o, que aunque padre me es preciso  
ie de serio; y así quiso  
acia, que tenga que olvidarme  
lla ó de ti; ya no hay remedio,  
le pena y riguroso trance!  
¡a justo tampoco que padezca  
uno la patria. Yo reviento  
endo dolor; mas ¿ qué he de hacerme?  
¡ue soy padre, soy leal vasallo.  
¡ patria cosa mas no hallo  
cer que mi hijo; este le ofrezco,  
¡dierra haciendo lo contrario.

DON PEDRO.

ado naci: ¿ valedme, cielos!

GUZMAN.

uede quedar otro consuelo  
le de la constancia generosa,  
oble levantó sobre la plebe.  
¡, si es preciso, cual se debe,  
dignamente tu delito.  
en el rigor de este conflicto  
a tu rey, si libre fueres;  
estos instantes que vivieres  
no has de usarlos. Una bazaña  
e hacer blason y honor de España;  
virtud pierde: esta grandeza  
levantó a Roma á tanta alteza;  
alzo a Castilla, y grandes triunfos  
no; ni pienses que un romano  
en el valor á un castellano,  
¡ rey dara acaso nuevos mundos.

DON PEDRO.

señor, humildemente admito  
¡ tan hidalgos como justos.  
¡ mi madre viene. ¡ Madre mia!

### ESCENA III.

DOÑA MARIA Y DICHO.

DOÑA MARIA.

¡ alma, ay hijo! ¡ ay qué alegría!

GUZMAN.

confusion, cielos! Viene á verte  
ro, y vuelve al punto al campo moro.

DOÑA MARIA.

¡ olver? mis joyas y tesoro

Le llevad; pero el hijo de mi vida...  
Primero he de morir.

GUZMAN.

Esposa, es fuerza,  
Que así está prometido.

DON PEDRO.

Es cierto, madre.

DOÑA MARIA.

Pues yo no le hice al moro tal promesa.  
Entra á reposar, hijo.

GUZMAN.

No desmientas  
A tu antiguo esplendor, doña Maria.

DON PEDRO.

No puede ser. ¡ Ay dulce madre mia!

DOÑA MARIA.

¡ Prenda de mis entrañas, regalado  
Dulce amor de tu madre! Ola, criados,  
Servidle con la salva y la escarlatina,  
Y en su albergue descansen.

DON PEDRO.

¡ Madre mia!

DOÑA MARIA.

Hijo, qué, ¿ no te acercas á tu madre,  
Que te adora en extremo?

DON PEDRO.

Humilde beso

Tus piés, señora.

DOÑA MARIA.

Alzate, llega, vuelve  
Mil veces á mis brazos. Mas, ó Pedro,  
Júrame no apartarte de mi lado.

DON PEDRO.

Señora, ya sabéis lo que he jurado.

DOÑA MARIA.

Nada me aquieta.

GUZMAN.

Ya sufrir no puede

Tanto mi pundonor: doña Maria,  
Ya que tu ciega sinrazon no cede  
A lo que es justo y manda la hidalguia,  
Advierte que don Pedro se ha buscado  
Por su mano este mal: él á otros padres  
Obligara á quebrar la fe jurada.  
Pues él se lo adquirió, que sufra honrado  
Cualquier suerte que tenga preparada.  
Bien lo merece todo; ¿ por qué ciego  
No obedeció á su padre? ¡ al mas prudente?  
¡ Al ayo? ¡ al general que le mandaba?  
Qué, ¿ la obediencia militar es esta?

DOÑA MARIA.

Mis lágrimas te sirvan de respuesta.

GUZMAN.

Pero bien: ¿ qué mas tiene ese soldado  
Que otro alguno? También Fortun Fernandez  
Está en el real del moro aprisionado.  
¡ Es mas que un hombre el uno y otro? ¡ y quieros  
Que por un hombre entregue yo una plaza,  
Que es el antemural, y es la barrera  
Sola que tiene la afligida España?  
Aqui rechaza embates y avenidas  
De la inmensa morisma: si esta presa  
Rompe el ímpetu suyo y grandes furias,  
Se inundará con sangre, incendio y muertes  
Hasta las rocas ásperas de Asturias.  
¡ Y esto he de darle al moro?

DOÑA MARIA.

¡ Mas no adviertes,

Señor, la distincion de los sujetos?  
¡ No es hijo tuyo Pedro, y muy amado?

GUZMAN.

Hijo mio es aquí cualquier soldado.

DOÑA MARÍA.

En fin, ¿quo ni te dueles, ni eres padre?

GUZMAN.

Sí, me duelo; mas soy tambien vasallo.

DOÑA MARÍA.

¿Qué es del valor antiguo y celebrado  
Que es heróico blason de los Guzmanes?  
¿Diré, esposo, que en ti ya se ha acabado?  
Éso sí, para justas y torneos,  
Y fiestas entre damas y galanes  
Con fingidas batallas, eres Bueno;  
Y en la ocasion que mas te convenia,  
No libertas, quizá por cobardía,  
Al hijo único tuyo en riesgo tanto.

GUZMAN.

¿Qué esto sufra! Señora, no me espanto  
De tu delirio: el Africa lo cuente.  
¿Habrá espada en Castilla tan valiente,  
Que a la mia se oponga? Mas dejemos  
De hablar con tan inútiles extremos,  
Y el corazon sosiega.

DOÑA MARÍA.

¿Quién haría  
Barbaridad tan fiera, aunque criado  
Fuese en Libia en los montes de la luna?

GUZMAN.

Cualquiera que tuviese esta fortuna  
De ofrecer por la patria un hijo solo.

DOÑA MARÍA.

Mejor es con valor que tiemble el polo  
Defender á Tarifa; si los hombres  
No se atreven, yo, yo con mis mujeres  
Cada cual como libica leona  
A defender saldremos á mi hijo,  
Pues su padre no quiere.

GUZMAN.

¿A mi persona  
Se trata así? ya falta el sufrimiento.  
¿Posible es que su madre en mi presencia  
A un hijo mio dé tales consejos?  
Por la vida del rey Don Sancho juro,  
Y por vida del principe Fernando,  
Que mas me inquieta la imprudente madre,  
Que del Africa unida el moro bando.

DON PEDRO.

No alijais mas, señora, á mi gran padre.

DOÑA MARÍA.

¡Ay madre infelicitísima!

GUZMAN.

Dichosa  
Mejor puedes decir, si á costa solo  
De un hijo de tu vientre á lograr llegas  
Que España de cadenas se liberte.  
¿Cuántas dueñas de honor quizá te envidian  
La dicha de ser madre de aquel hijo,  
Que liberte á Castilla amenazada?  
¡Oh cómo todas sin reparar nada  
Entregarán sus hijos, si supieran  
Que con eso á la patria redimieran!  
¿Y tú no lo agradeces?

DOÑA MARÍA.

¿Y es posible  
Que tendrás corazon tan inflexible  
Para dar otra vez el hijo al moro?

GUZMAN.

No hay remedio, y á mí sí me admitiera,  
Y á ti tambien, esposa, aunque te adoro.

DOÑA MARÍA.

Yo iré á servir de esclava, y en la frente  
Me dejaré marcar, libre á mi hijo,  
Él viva, y muera yo entre estraña gente.

GUZMAN.

¿En fin dices, esposa, que la fuerza

Entregue, y que vendamos hoy á España?  
Que al rey y religion con mil traiciones  
Y perjurijs faltemos? ¿Esto quieres?  
Dí, acaba.

DOÑA MARÍA.

Libra á mi hijo si pudieses.

GUZMAN.

Como padre lo haré, como caudillo  
Tambien si puedo; mas si no es posible,  
Y no hay remedio ya, no solamente  
He de entregarle yo; pero su madre  
Gustosa ha de decir que lo consiente.

DOÑA MARÍA.

¡Sentencia injusta de terrible padre!  
Ven, hijo, á consolarme el tiempo breve  
Que te queda.

GUZMAN.

Ya irá, doña María;  
Darle algunos avisos yo quería  
Útiles. Despejad; solos quedemos.

DOÑA MARÍA.

Venme á ver presto, mira mis extremos.

## ESCENA IV.

GUZMAN, DON PEDRO.

GUZMAN.

Extremos de flaqueza femeniles  
Capaces de infundir la cobardía  
En el pecho mas fuerte. Yo quería,  
Don Pedro, examinar adónde llega  
Tu valor: si los llantos de tu madre  
Te enternecieron; y si Blanca ruega,  
Si débil cederás; que á tal instancia  
Casi recelo ya de tu constancia.

DON PEDRO.

¿Eso dudas, señor?

GUZMAN.

¿Estamos solos?

DON PEDRO.

Nadie escucha.

GUZMAN.

Pues dí: ¿vuelves gustoso  
A la prision del moro?

DON PEDRO.

Mi palabra  
Dí, y cumplo siempre alegre mis promesas.

GUZMAN.

¿Pues no es mejor yantar aquí á mis mesas,  
Que allí irritar del árabe la saña?

DON PEDRO.

Soy hijo de Guzman, y soy de España.

GUZMAN.

Habla claro, hijo mio: ¿no confías  
Tu secreto á tu padre? DÍ, no temas.  
¿Piensas, que estrañaré que los temores  
De la muerte, en el hombre naturales,  
Te estremezcan? Son débiles los hombres;  
Confíesalo á tu padre que te estima;  
No hablas ya con Guzman el riguroso,  
Nada sabrá el alcaide de Tarifa.  
Confláte.

DON PEDRO.

Señor, no me acobarda  
La prision, ni la muerte si es precisa.

GUZMAN.

Y dime, Pedro, ¿el tierno amor de Blanca,  
Y su dulce himeneo hoy preparado  
Te detendrá en la plaza?

DON PEDRO.

Si estuviera  
Con el honor que ayer, si ya que hubiera  
Sido preso, me hubiese rescatado,

U de otro cualquier modo libertado,  
¿Qué mayor bien pudiera el mundo darme?  
Mas cuando esclavo llego á imaginarme,  
Vergüenza noble y temeroso empacho  
Me aparta con rubor de su presencia.

GUZMAN.

Juzgo que la modestia y reverencia  
Disfrazan tus palabras; de mí fia  
Tu amor: entrambos somos militares,  
Cuéntaselo al alcaide de Tarifa;  
Nada sabrá Guzman tu adusto padre.

DON PEDRO.

El vano amor tiene hecha su manida  
Solo en ociosas almas: no entre guerras  
Vive, ni entre el honor; siempre que reine  
Pasión mas fuerte, y varonil, y heroica,  
El noble de esta el ímpetu contiene.

GUZMAN.

¿Podré creer que salen de tu boca  
Verdades incorruptas?

DON PEDRO.

Ve si acaso  
Corresponden, señor, á los preceptos  
Que en la niñez me has dado.

GUZMAN.

¿Con que puedo

Fiar de tu valor?

DON PEDRO.

Seguramente.

GUZMAN.

¿Con que eres buen Guzman?

DON PEDRO.

Si.

GUZMAN.

¿Y hijo mio?

DON PEDRO.

Mi ardor lo diga.

GUZMAN.

Con que el desvarío

De tu madre y esposa ¿no es bastante  
A rendir tu valor siempre triunfante?  
¿Y tendrás, si es preciso, atrevimiento  
A sufrir de la muerte el fin violento?

DON PEDRO.

Y aun á tomarla por mi propia mano.

GUZMAN.

Conozco que tu pecho es castellano.  
Llega, llega á mis brazos, hijo digno  
De don Alonso de Guzman. ¿Qué gozo!  
No esperaba yo menos de mi sangre.  
Nada recelo ya.

DON PEDRO.

Pero quisiera,

Padre y señor, aun antes que me fuera,  
Pues mi muerte cercana ya contemplo,  
Seguir de los mayores el ejemplo:  
Para esta última hora que me diesen  
De Santiago patron de las Españas  
El hábito pretendo: soy cristiano.

GUZMAN.

Haré que no carezcas de sus gracias.  
Voy pronto á prepararlo.

#### ESCENA V.

DON PEDRO, DOÑA MARÍA, BLANCA.

DOÑA MARÍA.

¿Por qué, ó Pedro,  
Te escondes de tu madre que te ama?  
¿Así pagas mi afecto y mi ternera?  
¿Tan poco le merezco á tu fineza?  
No vi hijo tan ingrato.

DON PEDRO.

Madre mía,

¿Por qué tanto me ofendes? ¿yo me olvido

TOMO II.

Del entrañable amor y la ternura  
De mi madre adorada? ¿qué locura  
Fuera la mía! ¿Yo no te venero?  
¿Yo mas que á mi persona no te quiero?  
No, señora, quien tal dice se engaña.

DOÑA MARÍA.

¿Venciste de tu padre ya la estraña  
Severidad? ¿dió alguna providencia?

DON PEDRO.

Me es preciso volver, no hay resistencia.

DOÑA MARÍA.

¿Esto se adelantó con su consejo?

¿Qué dices, Blanca, tú?

BLANCA.

Donde una madre

Y un hijo, y aun su padre, están tratando  
Tan íntimos asuntos, ¿qué hablar pueda  
Una ignorante y misera doncella,  
Sino llorar su rigurosa estrella?

DOÑA MARÍA.

Mira, Blanca, mi esposo á ti te quiere  
Con amor paternal; quizás podrias  
Rogándole con llanto, su atroz alma,  
Rendir, volviendo sus entrañas pias.

DON PEDRO.

No aflijais á mi padre.

BLANCA.

¿Quién, señora,

Mejor conseguirá lo que pidiere,  
Que tú de un dueño que tan fiel te quiere?

DOÑA MARÍA.

¿Ay que es impenetrable! Ruega á Pedro,  
Pues tú podrás con él mas que su madre,  
Que no se vuelva al campo de los moros,  
Que enviaré cien mil marcos de rescate:  
Ruégaselo tú, Blanca, por tu vida;  
La mia está en tu mano, hija querida,  
Pues yo no puedo resistir tal pena.

#### ESCENA VI.

DON PEDRO, BLANCA.

DON PEDRO.

Mayor mal que la bárbara cadena.

BLANCA.

En fin, ¿que logro verte, y puedo hablarte  
Sin riesgo?

DON PEDRO.

Háblame pronto, Blanca mía  
(Ya no mia), que vuelan los instantes.

BLANCA.

Pues cuando nuestra madre me confia  
El reducirte, ¿así respondes fiero?  
¿Se dirá que una esposa á un caballero  
Le suplicó algo en vano, y no fué oída?

DON PEDRO.

Déjame por la tuya y por mi vida.

BLANCA.

¿Esta, ingrato, es la fe que me juraste?  
¿Nada has de hacer por mí? por tí, ¿qué pude  
Hacer que yo no hiciese? Por tí solo,  
Por tí dejé mi patria y mi regalo,  
Y me vine á encerrar entre las armas,  
Entre el estruendo, guerra y sobresalto.  
Ten piedad de mi triste, dueño mio,  
Y de mi desamparo y mi tristeza,  
Duélate tanto misero suspiro;  
No te vayas, señor, que al dolor muero,  
Por estos ojos de llorar cansados,  
Por estas fieles lágrimas que vierto.  
Si me amaste algun tiempo, si aun te dura  
En el pecho la imagen de tu dama,  
Que tan rendida y tan infeliz ama;  
No te espongas al riesgo nuevamente,  
Mira que algun gran daño te amenaza.

¡Ay que yo temo en desgraciada muerte  
Verte morir! que el corazón me anuncia  
No sé qué grande mal : ¡ay dueño mio!  
No aumentes mi tormento y desvario.

DON PEDRO.

Blanca, consuelaté : si no estoy digno  
De tu grande hermosura, no merezco  
Lograrla por ahora : yo te ofrezco  
Volver digno de ti.

BLANCA.

¿Con que mi llanto  
Tan poco alcanza con mi amante ? ¡O cuánto  
Miseria me engañé ! Terrible día  
Para tormento y desventura mia.

DON PEDRO.

Consuélete mi padre, Blanca amada,  
Y no me des tan bárbaro tormento.

BLANCA.

En fin, ¿que ni mi amor, ni mi lamento  
Pudo vencerte ?

DON PEDRO.

No es posible.

BLANCA.

Aleve,  
Ya tus traiciones pérdidas entiendo.  
Jamás me amaste, ó ingrato; es imposible,  
No lo creo, juraste falsamente.  
Ya penetro el motivo tan urgente  
De tu fidelidad aparentada.  
Fatima es quien te arrastra, la jurada  
Fe sera a ella, y si esto así no fuere,  
No es heroica virtud la que te incita  
A ejecutar accion tan inaudita :  
Es vanidad y altísima arrogancia  
De tu altivo linaje, que pretende  
Levantarse a los oielos con hazañas.  
Siempre hicieron así tus ascendientes :  
Propia soberbia y barbara osadía  
De la casa Guzman, que entronizada  
Siempre indómita obro por fantasía.

DON PEDRO.

Mi sangre es cierto quien me obliga, Blanca.

BLANCA.

¿No os bastan tantos timbres adquiridos  
De tu abuelo el rey godo Gundemaro ?  
¿Ni haber atropellado tantos reyes,  
Tantas falanges barbaras hollando ?  
¿Ni en Sevilla tu abuelo entrar triunfante  
Al lado invicto de Fernando el Santo ?  
¿Ni haber sido tu padre sabio amigo  
De Alfonso emperador, rey de romanos ?  
¿Tantos triunfos y célebres blasones ?  
¿Ni de Sevilla ser mayor alférez,  
Y alcaide de su alcazar y su torre ?  
¿Ni que te llame deudo muy cercano  
El rey de Portugal y el castellano ?  
¿Tanto no basta a la ambicion inmensa  
De honra a que siempre aspiran los Guzmanes ?  
¿Qué mas lauros quereis ? ¿mayores timbres  
Tuvo otro alguno ? ¿en pecho humano caben ?

DON PEDRO.

Eso mismos oprobios que me dices  
Quien soy me acuerdan, y lo que hacer debo.

BLANCA.

Ceguedad loca de soldado nuevo :  
¿Vas a poner por colmo a tus hazañas  
La indigna accion de que a una esposa engañas,  
Que te creyó inocente ? ¿A este trofeo  
Por último aspiró tu devaneo ?  
¿Una humilde doncella tiel y amante  
Es de quien triunfas fiero y arrogante ?  
¿En esto para ? ¿osar ya mas no puede  
La gloria de Guzman, que al mundo escede ?

DON PEDRO.

Basta ya : no me insultes, en mi fia,  
Y adios, adios, querida esposa mia.

BLANCA.

En fin ¿te vas, y yo à morir me quedo,  
Y sin vengar tu ingratitud ? Malvado,  
Pérfido, no eres tú como te jactas  
De sangre real y abuelos engendrado.  
Temerario y falaz, bárbaro jóven,  
Feroz como tu padre, ¡asi me dejas ?  
Ni eres Guzman : las sirtes abrazadas  
De Libia entre dragones te abortaron,  
Y con ponzoña y hiel te alimentaron.  
Véngume de tí el cielo.

(Vase con despecho.)

### ESCENA VII.

DON PEDRO, JIMEN.

DON PEDRO.

¡Ay desgraciado !

JIMEN.

Don Pedro, ¿adónde vas precipitado ?

DON PEDRO.

A salirme al instante de Tarifa.

JIMEN.

Fuerza es que te detengas retirado,  
Que Amir entró en la plaza, y aqui viene  
Con tu padre.

DON PEDRO.

¿Qué quiere ? ¿suerte impia !  
Si á Fátima dañe con mi tardanza,  
Y ella sufre del padre la venganza ?

### ESCENA VIII.

GUZMAN, JIMEN, AMIR.

GUZMAN.

¿De qué es la turbacion ? Amir, sosiega  
El alterado pecho.

AMIR.

Guzman, mira  
Que me han jurado en nombre de la reina  
Los tuyos el seguro para hablarte.

GUZMAN.

Puedes seguramente confiarte  
Con tal prenda : habla, moro.

AMIR.

Mucho pido :

Si no me favoreces soy perdido,  
Mi vida esta en tu mano.

GUZMAN.

¿Con qué puedo  
Servirte (acaba, di) por mar y tierra ?  
Que una cosa es la paz, y otra la guerra.

AMIR.

Mucho dudo lograr lo que pretendo.

GUZMAN.

En no siendo el alcázar de Tarifa  
Pide cuanto quisieres.

AMIR.

Tal no pido.

GUZMAN.

Pues concedido esta.

AMIR.

Guzman, lo siento :  
Mas lo que busco solo es a tu hijo.

GUZMAN.

Pues ¿qué novedad hay ?

AMIR.

El rey mi dueño  
Como almocaden suyo á mi custodia  
Le fió : soy de Fatima el amante  
Mas ciego que se ha visto ; ella constante  
Ama á don Pedro, y él rogarla pudo  
Que le dé libertad un breve instante.  
Mandómelo imperiosa, obedecíla



A mi pesar, que no debiera; pero  
Tanto arrastra un amor : juró primero  
Solemnemente de volver al campo  
Antes que el rey le llame, y en secreto.

GUZMAN.

¿Pues qué dudas, si mi hijo lo ha jurado?

AMIR.

De otro que no fuese él yo dudaría.

GUZMAN.

Tu falta de entereza merecía  
Mas rigor; mas si aquestos militares  
Delitos haces, cuida tu cabeza,  
Que no encontrarás siempre con Guzmanes.  
Mi hijo volverá al campo.

AMIR.

La presteza

Me interesa la vida.

GUZMAN.

¿Qué mas quieres?

Vaya al instante.

AMIR.

Tu virtud me asombra.

GUZMAN.

Pues si la aprecias, mi amistad te nombra  
Protector de mi hijo : en ti confío  
Que le defenderás de algun insulto.

AMIR.

Descuida, alcaide, que es empeño mío,  
Y no cumplo con menos. Asombrado  
Tiene tu gran valor al campo moro.  
¿Seras tú el mas terrible y esforzado  
De tu nacion, y espanto y maravilla?

GUZMAN.

Otros tiene mi rey allá en Castilla,  
Que yo venero, y Africa conoce;  
Mas puesto que tú quieres que yo goce  
De tu amistad, la admito, y la disfruto.  
Si la virtud en todas religiones  
Tiene lugar, un hijo te encomiendo;  
No porque en él se note cobardia,  
Ni en mi para sufrir penas enormes.  
Inconsolable está doña Maria,  
Que es a quien solo contener pretendo.  
Y haz que algun mensajero cada dia  
La traiga nuevas de él, que bien pagadas  
Serán; y este trabajo de ampararle  
No te durará mucho, pues avisos  
Tengo de que socorros al instante  
Me vienen de la costa, y de Sevilla  
Hombres de armas, y mil almogavares,  
Y sé que con mil lanzas a estas horas  
En Africa os inquietan los Farfaues :  
Todo esperanza de la paz muy pronta.  
Ya acia Castilla un mensajero corre :  
Tú harás porque cobrar pueda a mi hijo  
Con mas honrosas capitulaciones.

AMIR.

Nada haré que no deba.

GUZMAN.

Hidalgo moro,

Adios.

AMIR.

Elrab te salve, y en mí fia.  
Jamás vi tal virtud en pecho humano :  
Solo le falta el ser mahometano.

### ESCENA IX.

GUZMAN, JIMEN, SOLDADOS.

GUZMAN.

¿Qué alboroto escuché?

JIMEN.

Ya su remedio  
Puse al instante : inquietos los soldados  
A Amir darle la muerte pretendieron.

GUZMAN.

¿A Amir ? ¿y estando con seguro mío?

JIMEN.

Ya enfrené el imprudente desvario.

GUZMAN.

¿Cómo á tanto desórden se atrevieron ?

JIMEN.

Dijeron muchos hoy en nuestras haces,  
Que el Miramamolin rompió las paces,  
Y pues no guarda fe, no la merece.

GUZMAN.

Y qué, ¿no es justo que haya diferencia  
De la fe del cristiano y su creencia  
A la del moro? El obre como quiera,  
Nosotros por la ley que es verdadera.  
¿Ni quién dió tales fueros al soldado  
Saldrá Amir libre, y presto, y escoltado.

### ESCENA X.

JIMEN, y luego BLANCA.

JIMEN.

Rectitud admirable, y hidalguía  
De valor sin igual !

BLANCA.

¿Adónde iría

Don Alonso, señor, vibrando enojos  
Con la mano en la espada, que azorado  
Centellas arrojaba por los ojos?

JIMEN.

¿Qué dices? A aplacarle iré á su lado.

### ESCENA XI.

BLANCA, DON PEDRO.

BLANCA.

¡Ay! de cuánto dolor soy combatida !

DON PEDRO.

Blanca, esta es la postrera despedida.

BLANCA.

¿Qué tormento! ¡qué horror! ¡qué escucho, cielos!  
¡Morir no basta, sino ausencia y celos !

DON PEDRO.

Consuélate, y adios.

BLANCA.

¿Cómo es posible?

¿A cada instante otro dolor terrible?

¿Desesperacion nueva á cada punto?

DON PEDRO.

Adios, esposa, que me espera el moro.

BLANCA.

Y qué, ¿yo he de callar? y qué ¿el decoro  
Mujeril ha de ser nuevo tormento  
Muriendo airada, y con inútil lloro?

DON PEDRO.

Qué, ¿aun no me dices el adios postrero?

BLANCA.

¿Adónde vas?

DON PEDRO.

A ley de caballero

A cumplir mi palabra.

BLANCA.

¿A quién, ingrato?

¿Para qué disimulo? mi recato

¿De qué sirve contigo?

DON PEDRO.

¿Ese consuelo

En medio de mis penas y desgracias  
Llevo de tus piedades?

BLANCA.

¡Oh el mas fiero

De los hombres! Ya supe tus maldades.

Supe que amante de la infanta mora  
La debes el favor de haber venido,  
Y supe que volver la has prometido,  
Y esa es tu obligacion. Bien recelaba  
Yo de tu ingratitud: ¿esto merece  
La que mas que á sí propia te adoraba?  
¿Esto hacen los bizarros capitanes?

DON PEDRO.

No aumentes, Blanca, esposa, mis afanes:  
¿Yo a Fatima querer? Otros cuidados  
Tienen mis pensamientos ocupados.

BLANCA.

¿Qué mas prueba? ¿mi llanto y mi fineza  
Pudieron ablandar esa dureza  
Impropia de tu edad y de un amante?  
Dististe alguna señal de ser humano  
A mis lagrimas tiernas y suspiros?  
¿Qué mas hiciera el bárbaro tirano  
Mas inculco, nacido en los retiros  
De Masilia? ¿A una amante arrodillada  
Hay quien tenga valor de negar nada?  
Y tú me dejas sin piedad alguna  
Entre conflictos, ansias y pesares.

DON PEDRO.

Aman de una manera los vulgares,  
De otra los nobles: yo sé lo que siento,  
Yo sé si disimulo mi tormento,  
Y que no soy creído. Adios, señora.

BLANCA.

No te vayas, aguarda: en esta hora,  
Postrera acaso de mi triste vida,  
No quiero que me juzgues ofendida.  
Yo te perdono, aunque evidente sea  
Que en otra que no en mi tu amor se emplea.  
¿Quién vio fineza tal? Desesperada  
Te ofendi con razones arrogantes,  
Licencia concedida á los amantes.  
Lo confieso: perdona, esposo mio;  
Error fué de mi ciego desvario.  
Ya no son celos viles, piedad solo  
Me mueve de tu vida amenazada;  
No vuelvas, dueño amado, al real del moro,  
Que es barbaro sin ley, y si allá vuelves,  
Tu muerte lloro con crueldad estraña.

DON PEDRO.

¿Me llorarás si muero por España?

BLANCA.

Que no vuelvas, con lágrimas te pido.

DON PEDRO.

Nuevo Régulo soy; lo he prometido.

BLANCA.

No así desprecies tu evidente riesgo;  
Yo iré á morir por tí, quédate, esposo!  
¿Qué injusta paga de un amor inmenso!  
Yo no sé dónde estoy, ni qué me digo.

DON PEDRO.

Déjame, Blanca, que mi estrella siga.

BLANCA.

¿Dura estrella! A lo menos este día  
Suspendelo; ¿qué importa al rey, ni á España?

DON PEDRO.

España quizás hoy me necesita,  
Y el rey tiene gran tiempo sus soldados  
Para servirse de ellos solo un día,  
Y este acaso es el mio; en él yo puedo  
Ganar mas honra que otros muchos héroes  
En muchos siglos con feroz denuedo.

BLANCA.

¿Quién hollará peligros tan atroces  
Como tu padre y tú? ¿Dónde se ha visto  
Tan grande esfuerzo de ánimos feroces?

DON PEDRO.

No es tan grande la pena que resisto,  
Y menos al valor de los Guzmanes.

BLANCA.

¿Quién tuviera tan bárbara osadía?

DON PEDRO.

Cualquiera que tuviese esta fortuna.

BLANCA.

Será; mas no se ha visto todavía.

DON PEDRO.

El tiempo corre, Blanca, Amir espera.

BLANCA.

¿Lance terrible! quién me lo dijera  
Cuando por mí jugaste cañas! Cuando...  
¿De qué cosas me estoy ahora acordando?

DON PEDRO.

No es ocasion; el plazo acaba.

BLANCA.

¿Amante

Vas de tu Blanca?

DON PEDRO.

Juro ser constante.

BLANCA.

¿Juras? Ya es esto de la dicha extremo;  
Ahora tu muerte mas que nunca temo.  
Dueño, adios para siempre: ¡mas qué ruido  
(Suena ruido.)  
Tan espantoso que aumentó mis penas!

DON PEDRO.

Adios, que con los tornos y cadenas  
Movieron ya los puentes levadizos,  
Y los rastrillos, para que yo salga.  
Adios.

BLANCA.

El cielo ¡ay misera! me valga.

## ACTO TERCERO.

### ESCENA PRIMERA.

JIMEN, DOÑA MARIA.

DOÑA MARIA.

Qué, ¿á tanto llegar pudo la fiera,  
Jimén, del hijo mio, que se fuese  
Sin despedir de su piadosa madre?  
Consejo fué de su terrible padre,  
Que mas le temo que al furor del moro.

JIMEN.

Deja, señora, el importuno lloro,  
No desmaye la gente á tus gemidos.

DOÑA MARIA.

¿Ay con qué error las madres deseamos,  
O Jimén, ver crecer á nuestros hijos,  
Para causar tormentos y cuidados!

JIMEN.

Señora, los que están bien educados  
Por maravilla causaran pesares.

DOÑA MARIA.

Ojalá, como han dicho, los socorros  
Lleguen que ya se esperan por instantes,  
Ya a Pedro libren del poder del moro.

JIMEN.

No hay que fiar en esperanzas vanas,  
Que hacen mayor el daño no creído,  
Si como suelen al incauto engañan.  
Ten el gran corazón bien prevenido  
Siempre acia lo peor, que felizmente  
Yerra quien halla el bien, y el mal consiente.  
Señales ni noticia no han venido  
Del socorro, señora, que en Sevilla  
Todos ignoran el funesto lance.

DOÑA MARIA.

¿Quién me dijera esta fatal desdicha,

Ahora que el rey de Portugal su tío  
Llamó á ser su doncel al hijo mío,  
Honrándose con él y con mi sangre?

JIMEN.

De otra manera el cielo lo ha querido.

DOÑA MARÍA.

Voy desde las almenas y homenajes  
A no apartar mis ojos del camino.

JIMEN.

¡Madre infeliz! ¡qué alivio habrá que baste!

## ESCENA II.

GUZMAN, JIMEN.

GUZMAN.

¿Qué fué, Jimen, lo que imprudente hablaste?

JIMEN.

Solo dije á la gran doña María  
Que en esperanza incierta no fíase.

GUZMAN.

No me la desanimas todavía  
En vez de confortarla; sabes cuánto  
Mi pecho inquieta con su amargo llanto,  
Que apenas puedo resistir, y quieres  
Esponerla tal vez á desafueros?

JIMEN.

Pero si la fortuna adversa fuere,  
Prevenida estará.

GUZMAN.

No tan adversa,  
Jimen, nos mira ya como parece,  
Pues grande confusion de polvareda  
Se advirtió acia el camino de Sevilla  
Por nuestras vigilantes atalayas;  
Cierta señal de que el socorro llega.

JIMEN.

Calmó mi susto, no recelo nada.

## ESCENA III.

ELVIRA Y DICHOS.

ELVIRA.

¡Nueva desdicha horrible y no pensada!

JIMEN.

Dí, Elvira, cualquier pena que te aflija.

ELVIRA.

Al campo moro huyó Blanca tu hija  
A entregarse á la muerte por su amante.

JIMEN.

¿Qué escucho! ¡Ay infeliz!

ELVIRA.

No fué bastante  
Mi fuerza ni mi lloro; desechada  
Se descolgó por la muralla; nada  
La pudo contener.

JIMEN.

¡Infeliz padre!  
Yo moriré de este dolor.

GUZMAN.

Jimenez,  
¿Qué es del valor y la constancia grande  
Que á todos aconsejas? Fácilmente  
Virtud mostramos en desdicha ajena,  
¡Mas qué flaquezas en la propia pena!

JIMEN.

Cierto es; ¡pero una hija así arrestada!..

GUZMAN.

La ciega juventud precipitada  
Nos lleva á tanto error; ¡naturaleza  
Miserable la nuestra! solamente  
Conocemos el mundo, cuando empieza  
Ya á faltarnos la vida, y aprendemos  
A vivir á la muerte, ya sin fruto

A costa de los golpes mas violentos  
De infortunios, desgracias y escarmientos.

JIMEN.

Permite, don Alonso, que yo vea  
Cómo á este mal remedio se provea.

GUZMAN.

¡No me bastan mis males! que es forzoso  
Que á los demás consuele valeroso,  
Como si yo estuviera consolado.  
Vamos, Jimen; yo tomo ese cuidado.

## ESCENA IV.

Acampamento.

ABEN-JACOB, AMIR, ARALDO, ELVIRA.

ABEN-JACOB.

Así he determinado la conquista,...

ELVIRA.

¡Los moros, cielos! huyo de su vista. (Vase.)

ABEN-JACOB.

Porque con mis mayores escarmiento.  
Si ellos hicieran en Toledo asiento,  
O pasados los montes de Castilla  
Del Ezla ó de Arlanzon sobre la orilla,  
Nunca bajara con tan gran braveza  
De la hórrida mansion de la montaña  
El resto de la gótica nobleza  
A restaurar los términos de España.  
Y, Amir, si no enfrenamos sus intentos,  
Podemos recelarnos que algun día  
Venciendo con valor los elementos  
Esta altiva nacion y monarquía,  
Que tuvo vil principio en una cueva,  
Segun es su soberbia, al fin se atreva  
A buscarnos en Africa, y venciendo,  
Sobre Ceuta y Orán, veloz cual rayo  
Tremole sus pendones de Pelayo.

AMIR.

Habla Aláh por la boca del creyente  
Mas fiel y religioso, que venero  
Como á divino oráculo; sí, pero  
No olvides el esfuerzo y la fiereza  
Del soberbio español; sé con certeza  
Que gran socorro aguardan prontamente,  
Y así no irrites al Guzman valiente;  
Dale á su hijo, y goza del rescate.

ABEN-JACOB.

¡Socorro esperan, y tan presto! ahora  
Burlaré sus esfuerzos; resistencia  
No permitirá el cielo á mi potencia.  
Traiganme ese garzon encadenado  
Con prisiones y guardias.

AMIR (aparte).

Hemos errado  
Su padre y yo, é incautos le perdimos  
Pensando darle vida.

ABEN-JACOB.

Yo ver quiero  
Si el socorro es mas pronto que mis iras.  
Venga ese miserable.

## ESCENA V.

DON PEDRO en cuerpo con cadenas, y DICHOS.

DON PEDRO.

Aquí me tienes.

ABEN-JACOB.

Si quieres conservar, rapaz, la vida,  
Tú propio has de pedir á tu cruel padre  
Que me entregue á Tarifa; es ella sola  
De tu infelice juventud rescate.

DON PEDRO.

A españoles magnánimos y nobles  
Jamás tales propuestas se les hace;  
Son prodigios del alma, y sin la guerra  
Nunca sufren la vida en paz odiosa;

La muerte no es funesta si es gloriosa.  
 ¡A mi padre tan viles condiciones  
 Como a un desconocido le propones?  
 Rey moro, bien sé yo que es imposible  
 Que las admita; pero á ser factible  
 Que mi padre en el trato consintiera,  
 Por mi fe y por mi rey muerte me dicra.  
 No entrarás en Tarifa, te lo juro.

ABEN-JACOB.

Pues con tu sangre regaré su muro.

DON PEDRO.

Me conformo gustoso. ¡Oh madre mia  
 España! ¡quién tal cosa me diría,  
 Que habia yo de ser sacrificado  
 En tu honor! Jamás vi tal alegría,  
 Pues tanto timbre á mi gran casa añado.

ABEN-JACOB.

Temerario rapaz, bien se conoce  
 Que eres brutal estirpe abominable  
 De ese horrendo Guzman, fiera espantable,  
 A quien ya como á tal tengo cercado,  
 Sin que nadie le valga; irá el Salado  
 Y el Guadalmeji tintos y espumosos  
 Con vuestra hispana sangre aborrecida.

DON PEDRO.

Si la mia apetece, los preciosos  
 Instantes no malogres; libra á España  
 A costa de mi vida, y soy dichoso.

ABEN-JACOB.

Amir, no vi braveza tan estraña,  
 Tal despreciar la muerte, apoteceria,  
 Provocarla, y con gozo padecerla.

AMIR.

¡No te lo dije, gran señor?

ABEN-JACOB.

Al muro

Llamada haced.

ARALDO (*recio*).

Guzman, Castilla, España,  
 ¡Ah de las alcazabas de Tarifa!

#### ESCENA VI.

GUZMAN, JIMEN, CRISTIANOS *en el muro*.

GUZMAN.

Todos velan, ó moro, en sus castillos.  
 ¡Qué pides, di, con tanta vocería?

ABEN-JACOB.

Guzman, llegó mi cólera al estremo,  
 Me irritaste imprudente, y el supremo  
 Poder mio ultrajaste; ve en qué estado  
 Consientes á tu hijo aprisionado  
 Por tu tenacidad; con paz te ruego  
 Otra, y otra, y mil veces; mas si luego  
 No la admites rindiéndome la fuerza,  
 Tu hijo va á morir.

JIMEN.

¡Qué horror!

GUZMAN.

Jimenez,

¡Quién tal cosa, aun en bárbara creyera?

ABEN-JACOB.

¡Qué respondes, alcaide?

GUZMAN.

¡En regía sangre,  
 Aunque mora, cabrá tal villanía?  
 Nunca á tanto creí que llegaría  
 Tu rigor, ni permite tal la guerra.

ABEN-JACOB.

Yo tengo de rendir toda tu tierra,  
 Y todo medio es lícito.

GUZMAN.

Aun es vano

Tentar así la fe de un castellano.

¡Amir, ese es tu auxilio y tu seguro?

AMIR.

A ley de moro hidalgo, nazareno,  
 Y por mis ascendientes yo te juro,  
 Que inculpable me miras.

ABEN-JACOB.

No malogres  
 La oportuna ocasion; para que veas  
 Lo que es una amistad que no deseas:  
 Don Pedro libre irá, y en casamiento  
 Feliz le ofrezco á Fátima mi hija,  
 Que alegre le honrará con su real mano.

GUZMAN.

¡Y habia de bajarse un castellano  
 A una princesa mora? Mas urgente  
 Y útil ocupacion hablar me veda  
 Contigo asunto vano: adios te queda.

#### ESCENA VII.

ABEN-JACOB, AMIR, ARALDO, Y DON PEDRO  
*retirado con GUARDIAS.*

AMIR.

Ya respiro, Aláh santo.

ABEN-JACOB.

¡Qué osadía!  
 ¡Qué barbaridad fiera! ¡quién creeria  
 Aun viéndolo tal hombre? Amir, ¿qué es esto?  
 Tú los conoces bien, la verdad dices:  
 Mira con qué nacion y con qué gentes  
 Ferocisimas tanto peleamos,  
 Que ni estiman sus hijos inocentes,  
 Y el rostro vuelve, y en poder le deja  
 De sus mas rigurosos enemigos,  
 Sin que pueda ablandar su duro pecho  
 En ver al que es su sangre en tal conflicto.  
 ¡Qué ejército lidió con tales fieras!  
 Vengan á combatir las con nosotros,  
 Que en Africa dejamos los leones,  
 Y encontramos aqui mayores monstruos.

AMIR.

Apenas creo lo que estoy mirando;  
 Mas prevente, califa, á nuevo asombro.

#### ESCENA VIII.

BLANCA Y DICHO.

BLANCA.

He de entrar á pesar del mundo entero.

ABEN-JACOB.

Mujer, ¿quién eres?

BLANCA.

De este prisionero  
 Soy esposa infeliz; ¡dueño adorado!

ABEN-JACOB.

A mi tienda real, ¿cómo has entrado?

AMIR.

Atropellando inmensos escuadrones.

ABEN-JACOB.

¡Tanto ultraje á mis regios pabellones?

BLANCA.

¡Cómo así estás, señor y esposo mio?

DON PEDRO.

Blanca, ¿á qué te arrojó tu desvario?

ABEN-JACOB.

¡Qué quieres, dime, intrépida cristiana?

BLANCA.

Escucha, Aben-Jacob: va á sufrir muerte  
 Don Pedro de Guzman, muerte tirana  
 Por tu rigor injusto; si de humana  
 Sangre sediento buscas la inocente,  
 Tampoco contra ti soy delincuente;  
 Vierta la mia tu furor tremendo:  
 Yo me ofrezco á la muerte por mi esposo;  
 Márame en lugar suyo: no comprendo

Diferencia en los reos; si es odioso  
A ti, yo lo seré, te insulto y reto  
De inhumano monarca; yo tus iras  
Irrito, indigno de glorioso cetro.  
Y no soy menor víctima á tu enojo,  
Pues si de estirpe, y con razon se jacta,  
El de los reyes de Leon y Oviedo,  
Yo de Garci Jimenez de Navarra.

DON PEDRO.

¿Qué haces, Blanca?

ABEN-JACOB.

De cólera yo tiemblo.

BLANCA.

El viva, y muera yo.

DON PEDRO.

¡Terrible pena

Mayor que las pasadas!

ABEN-JACOB.

¡Qué desprecio  
Mi soberbia padece! ambos procuran  
Por dicha el blanco ser de mis rigores,  
Sin temerlos: por ser mis enemigos  
Los dos se afanan; quien la muerte fiera  
Busca, ¿qué temerá?

DON PEDRO.

Tal no consentas,  
Rey moro, porque solo el que milita  
Debe sufrir las leyes de la guerra.  
Ve cuanta gloria y esplendor te quita  
Matar á una mujer tierna, inocente;  
Vuélvesela á su padre heroicamente.

BLANCA.

Vuelve á mi esposo á su afligida madre,  
Y muera yo, pues que sin él no vivo.

DON PEDRO.

Yo soy ofensor tuyo, y tu cautivo.

BLANCA.

Yo me entrego, y te injurio; y si no muero  
Te quitaré la vida á puñaladas.

ABEN-JACOB.

¿Qué frenesí! Por si es industria, quiero  
Que no les valga: ¿entrambos morir quieren?  
Pues mi bondad otorga su demanda.  
Mueran los dos.

DON PEDRO.

Aben..... Yo desvarío.

BLANCA.

Yo me conformo, si don Pedro muere,  
Con no sobrevivir al dueño mio.

ABEN-JACOB.

Pues si los dos queréis amable vida  
Gozar en dulce union, á vuestro padre  
Decid que abra las puertas de Tarifa.

LOS DOS.

¿Dónde el verdugo está que ha de matarme?

ABEN-JACOB.

¿Eso decís? ¿qué rabia! No está lejos  
De vuestro cuello. Amir, ven, ya es preciso  
Aprontar los tormentos mas crueles.

### ESCENA IX.

DON PEDRO, BLANCA, ARALDO Y GUARDIAS.

DON PEDRO.

¿Qué hiciste, Blanca? Todo lo has perdido.

BLANCA.

Perdiólo todo quien á tí te pierde.

DON PEDRO.

Gozar los años que te presta el cielo  
Mas felices que á mí; vendrá la muerte  
Sin que la busques tú: yo no la temo;

Solo me aflige la tristeza y llanto  
De mi madre infeliz, y el gran quebranto  
De mi padre, que sufre los pesares  
De todos con magnánima entereza.  
Vuélvete, Blanca.

BLANCA.

No hay en mí flaqueza,

Señor, para arrostrar los infortunios  
Que á tí te cercan sin acobardarte.  
Tú para España debes conservarte,  
A quien acaso colmarás de triunfos;  
Pero á una mujer débil, que no espera  
Laurel triunfal, permítela que muera:  
Muera por tí.

DON PEDRO.

¡Virtud esclarecida!

¡Oh digna de otro dueño y larga vida!  
Si algo te merecí, si alivio quieres  
Darme en esta afliccion, piensa qué pena  
Será la que atormente á nuestros padres  
Cuando sepan tan bárbara tragedia,  
De cuyo horror yo solo fui la causa.  
Vuélvete, Blanca, vuelve, y de consuelo  
Sirva tu vista á su vejez cansada.  
Esto te pide quien te adoró un tiempo  
De tí correspondido; ve, acompaña  
La amarga soledad que los espera.

BLANCA.

¡Ay, que yo moriré desesperada!

DON PEDRO.

No es valor el despecho; ni negada  
Está del todo la piedad del cielo,  
Que aun puede haber remedio, aun el socorro  
Quizá pronto vendrá.

BLANCA.

De angustia muero.

Adios de cualquier modo para siempre.

DON PEDRO.

No ha mucho, Blanca, que tu afecto tierno  
Dijo lo mismo: ¿ves si se ha apladado  
De nosotros cuidando al fin el cielo?  
Lo propio será ahora.

BLANCA.

Los abrazos

Ultimos y primeros toma, esposo,  
Por prenda, aunque infeliz, de mi amor casto.

DON PEDRO.

Deja antes que á tus plantas....

ARALDO.

Nazarenos,

El Miramamolín se acerca: paso. (Los aparta.)

BLANCA.

¡Desventurado amor!

DON PEDRO.

¡Desdicha fuerte!

### ESCENA X.

ABEN-JACOB, AMIR, DICHS Y GUARDIAS.

ABEN-JACOB.

Haced con la cristiana de la suerte  
Que manda mi grandeza; ea, llevadla,  
Y á la plaza llamad.

BLANCA.

Rey....

DON PEDRO.

Señor....

BLANCA.

¡Cielos!

DON PEDRO.

Guardias.... Gran señor...

BLANCA.

Moros....

ABEN-JACOB.

Arrastrando....

BLANCA.

Escuchad....

DON PEDRO.

Un instante.

ABEN-JACOB.

Con violencia

La retirad sin que hable.

AMIR.

La obediencia  
Al califa se observe, musulmanes.

BLANCA.

¡Bárbaro, monstruo!

DON PEDRO.

¡Indigno!

BLANCA.

¡Ay! entre afanes

Agonices rablando, y por traidores  
Pagues la pena horrenda que mereces.  
(*Llévanla.*)

DON PEDRO.

¡Valedme, cielo, innumerables veces!

**ESCENA XI.**

LOS MISMOS, MENOS BLANCA.

ABEN-JACOB.

Llamad.

AMIR.

Toca, añafil. (*Tocan.*)

ARALDO.

¡Ah de los muros!

**ESCENA XII.**LOS MISMOS, GUZMAN, JIMEN, Y CRISTIANOS  
*en lo alto.*

GUZMAN.

Moros, ¿qué resolvéis?

ABEN-JACOB.

No esteis seguros  
Por la fuerza y socorro. Alá y Mahoma  
A su amparo su pueblo amado toman,  
Y al secuaz de Jesus no le consienten  
Sobre la haz de la tierra sino esclavo;  
Visteis vuestras cruzadas en Oriente.  
A tu hijo, alcalde, de abarrojar acabo;  
O antrega los alcázares, ó muere.

GUZMAN.

¡Desgracia y situacion fatal la mia!

JIMEN.

¿Dónde estarás? ¡ay hija Blanca mia!

ABEN-JACOB.

¿Qué respondes, cristiano?

GUZMAN.

He respondido.

ABEN-JACOB.

Tu mismo hijo aquí te ruega triste  
No le quites la vida que le diste.

GUZMAN.

Para Dios y la patria fué la vida  
(No lo ignora don Pedro) concedida:  
Ni en él creo tal súplica, pues sabe  
Que la muerte con honra es muerte bella,  
Ni es mas que el miedo que se tiene de ella.

JIMEN.

¡Qué valor, que me afrenta! ¡Ay hija amada!

ABEN-JACOB.

Pues ya, Guzman, que no le rinde nada  
A tu indomable corazon, advierte,  
¿Cómo tendrás valor de ver su muerte  
Delante de tus ojos al instante?

GUZMAN.

Tente, bárbaro, aguarda, ¿á un tierno infante  
Te atreves solo? Con robustos hombres  
Ejercita el valor: asalta el muro,  
O en campo raso espera.

ABEN-JACOB.

Español duro,

Rinde á Tarifa, ó morirá tu hijo.

GUZMAN.

Moros, tiraos atrás, que ya se dijo  
Que aborrezco tal pacto: ó mis flecheros  
Fundibulos, trabucos y ballestas,  
Y máquinas de guerra al foso puestas  
Os harán apartar roto el seguro.

ABEN-JACOB.

Con todo, mis piedades desde el muro  
Permiten á su madre que le vea  
La vez postrera, si es que lo desea.

GUZMAN.

Piedad crúel cual tuya: ya su madre  
No necesita verle, ni aun yo propio.

JIMEN.

¿Podré con tal ejemplo yo quejarme?

ABEN-JACOB.

¿Qué esperamos visto esto? ¡Horrible monstruo!  
Rapaz, tu cuello siegue ya mi alfanje.  
*Agárrale, y al herirle sale su madre presurosa.*

**ESCENA XIII.**

DOÑA MARÍA Y DICHO.

DOÑA MARÍA.

Detente, Aben-Jacob, aguarda, escucha  
¡Ay hijo mio! ¡ay cielo! un breve instante.

ABEN-JACOB.

Dí presto, ó va á morir.

GUZMAN.

¡Lance terrible!

DOÑA MARÍA.

Duélete, Aben, de una afligida madre,  
Así la suya á ver vuelva tu hija.

ABEN-JACOB.

Cristiana, vence á ese insensible padre.

DOÑA MARÍA.

Guzman, señor, esposo.

GUZMAN.

¡Qué agonía!

¿No me basta el pesar, doña María,  
Que el corazon me oprime, que en tu llanto  
Me das mas fiero y bárbaro quebranto?

DOÑA MARÍA.

¿No ves el espectáculo terrible,  
Que aun pasma al enemigo? ¿ves los hierros?  
¿Ves sobre el cuello ya la cimitarra?  
Y que el que va á morir ¿ves que es tu hijo?

GUZMAN.

Todo lo veo, y miro mi desgracia.

DOÑA MARÍA.

¿Quién basta contra tantos enemigos?

GUZMAN.

Yo.

DOÑA MARÍA.

Por un hijo pide su fiel madre.

GUZMAN.

Señora, antes fui hijo de mi padre,  
Que padre de mi hijo.

DOÑA MARÍA.

¿No te ablandan  
De una horrosa madre los suspiros?  
Padre....

GUZMAN.

Lláname alcaide.

DOÑA MARÍA.

¡Ay, que es tu amado

Hijo don Pedro!

GUZMAN.

No es sino un soldado.

DOÑA MARÍA.

Un soldado hijo tuyo.

GUZMAN.

Lo son todos.

DOÑA MARÍA.

No permitas, señor, que de ansia muera  
Entre ayes y suspiros dolorosos.

GUZMAN.

Para ahora es el valor, doña María.

DOÑA MARÍA.

¡Qué horror funesto este tremendo día  
A nuestra casa trajo!

GUZMAN.

Antes la ensalza.

DOÑA MARÍA

Guzman, dueño, señor: ¡ay hijo mío,  
Que en un suplicio á verte morir llego  
Entre fieros verdugos sin delito!  
¡Para este trance te crié á mis pechos?  
¡Quién creyera que así te malograras,  
Y penas tan inmensas me causaras?  
¡Te acuerdas, dulce esposo, de aquel tiempo  
De su hermosa niñez, ¡ay tiempo, ay hijo!  
En que era tus delicias y consuelo,  
Sus dulces juegos, su inocencia y gracias,  
Los tiernos besos y amorosas muestras,  
Que en él fundaste toda tu esperanza?

GUZMAN.

Déjame, esposa mía.

DOÑA MARÍA.

¡Al fin no escuchas?

GUZMAN.

Siento tus males, los de Pedro y Blanca.

JIMEN.

¡Ay hija mía!

DOÑA MARÍA.

El corazón se altera.

Por fin, ¿qué determinas? di.

GUZMAN.

Que muera.

DOÑA MARÍA.

¡Manda eso un padre? ¡ay cielos!

GUZMAN.

Un alcaide.

DOÑA MARÍA.

Y qué; no habrá remedio?

GUZMAN.

No es posible.

DOÑA MARÍA.

¡Desventurada madre! ¡padre horrible!  
¡A quién me volveré? Moros, doleos  
De una madre infeliz, que ya os suplica;  
Si hay en Africa madres que se precian  
De serlo, y si es que un hijo allí se estima.  
Doleos de esta mujer desconsolada,  
De un padre y de un esposo abandonada.  
A vosotros me vuelvo, socorredme,  
No extrañéis que os suplique aunque enemigos;  
Ved cuál es mi dolor, y cuán intenso,  
Pues no encuentro piedad entre los míos.

ABEN-JACOB.

Cristiana, si á piedad de su hijo propio  
El terrible Guzman no se conmueve,  
¿Cómo quieres hallarla en sus contrarios?  
El nos da los ejemplos mas crueles,  
Su hijo y él morirán, moriréis todos,

Y todos los sectarios del ungido  
Nazareno; Guzman quiere que acabe  
Mi rigor con el pueblo incircunciso,  
Pues, lo conseguirá; por este empleo.  
(*Levanta el alfanje.*)

DOÑA MARÍA.

Aben-Jacob, señor, suspende el filo,  
Yo moriré por él, vierte mi sangre.  
¿En qué pudo ofenderte un tierno niño?  
A mí, á mí, vesme aquí; quiero arrojarme  
Del muro á que me mates por mi hijo.

ABEN-JACOB.

Pide á su padre que á Tarifa entregue.

DOÑA MARÍA.

Si; no le mates, deja que le ruegue.

AMIR.

Señor, no lo apures, pues si muere  
Don Pedro, es imposible entrar la plaza.

JIMEN, *habiéndose entrado un rato.*

Señor, nuestro consuelo el cielo traza;  
Salieron con furor unos soldados,  
Y embistiendo atrevidos y emboscados  
Cautivaron á Fátima, y lijeros  
Con gran valor por el portillo entraron.

GUZMAN.

¡Lo oyes, moro?

ABEN-JACOB.

Si lo oigo.

GULIAN.

¡Ves, si el cielo

Me escuchó?

ABEN-JACOB.

¡Qué pesar! ¡Mahoma injusto.

GUZMAN.

Pues un hijo por otro es cambio justo,  
Dame á Pedro y á Fatima te entrego.

ABEN-JACOB.

De rabia horrenda y cólera estoy ciego.

GUZMAN.

¿Qué dices?

ABEN-JACOB.

Que á despecho de los mismos  
Cielos he de vengar mi horrenda saña,  
Que no te ha de valer la suerte extraña,  
Aunque tengas á Fátima en prisiones.

GUZMAN.

Pues ya que á mis justísimas razones  
Te niegas, sufre el mal que yo padezco,  
Verás cuál es; no mates á mi hijo,  
O tu hija morirá, que presa tengo.

ABEN-JACOB.

¡Ah bárbaro español! Africa tiene  
También heroicas almas, ni por eso  
Se rinde mi valor; dala la muerte.

GUZMAN.

Traédzela, soldados, y él la vea  
Morir. Si así lo quieres, mata y mato.

ABEN-JACOB.

Ni el impensado lance me acobarda;  
Tu crueldad disculpará la ma.

(*Alza el alfanje.*)

Y pues así lo quieres, mato y mata.

DOÑA MARÍA.

Detente, Aben, que libre está tu hija;  
Yo la amparo.

ABEN-JACOB.

Yo espero agradecido  
Otro instante no mas; Guzman se rinda.

GUZMAN.

¿Qué es rendir?

DOÑA MARÍA.

Mi palabra está empeñada.

GUZMAN.

Pues cumplidse la al moro; libertada  
Vaya Fatima al punto.

ABEN-JACOB.

No me obligo  
Por eso al tanto, intrépido enemigo,  
Ni me engaña tu astucia; alguna causa  
O vanidad tendrás, fiero cristiano,  
Para emprender tan espantosa hazaña.

GUZMAN.

Los soberbios leones de Castilla  
Nunca se ceban en corderas mansas;  
El contemplar á Fatima inocente  
Es lo que me entenece solamente,  
No pague ajena culpa.

AMIR.

Ahora digo

Que es sacra religion la de mi amigo.  
¿Cuál dió tan gran virtud, ni cual perdona  
Pudiéndose vengar de su enemigo?

ABEN-JACOB.

Si pretendes, soberbio castellano,  
Avergonzarme con alarde ufano  
De fingidas virtudes, te equivocas;  
Mas con eso mi cólera provocas;  
Ya no te ruego, esta es la vez postrera.

DOÑA MARÍA.

Gran Miramamolín, deja siquier  
Que haga el último esfuerzo.

ABEN-JACOB.

Acaba, acaba.

DOÑA MARÍA.

Ea, señor, cuanto en lo humano estaba  
Hiciste por el rey; no hay fuerza alguna  
Que baste á tal valven de la fortuna  
Ya se vió tu constancia; á mas no obliga  
La lealtad á nadie; no se diga  
Que por ser buen vasallo fuiste padre  
Despiadado y cruel, y que no sientes  
Ver con tus ojos derramar tu sangre.

GUZMAN.

¡Oh esposa muy amada! ¡qué tormentos  
Turban mi corazón! mi sentimiento  
Aumentas con tus lágrimas; ahora  
Quisiera yo el valor en tí, señora.  
Si tu hijo Pedro muere, considera  
Que es mártir de la fe, que gloria espera  
Del cielo y de los hombres; mi esperanza  
También se pierde, y todas mis ideas.  
¡Ay hijo mío! Esto es para que veas,  
Que no soy insensible; mi desgracia  
Me puso en la ocasión de que pareciera  
Cruel, que no lo soy. Hijo del alma,  
A quien pensaba yo; mas ay qué engaño!  
Dejarle mi loriga y mi caballo,  
Para algun tiempo defender á España;  
El ejemplo te anime; á Abraham su padre  
Le mandó Dios sacrificar el hijo.

DOÑA MARÍA.

A su padre, es verdad; mas no á su madre.

GUZMAN.

Retírate.

DOÑA MARÍA, de rodillas.

Con lágrimas te pido  
A tus plantas, señor, arrodillada,  
Que en un mar no me dejes anegada  
De congojas y lástimas; del suelo  
No me levanto sin algun consuelo.  
No dejaré tus pies, que anego en llanto,  
Si no me otorgas para un hijo vida.  
Duélete de una madre amortecida  
Del tremendo dolor que apenas sufro;  
Mira á toda tu gente con dolida  
Llorando tu entereza ya culpable.  
No solo oigo lamentos femeniles,  
Los mas robustos pechos varoniles

Se enternecen y en lágrimas deshacen;  
Todos conmigo lloran y te piden,  
Que te adolezcas de la pena mia.

GUZMAN, levantándose.

¡Válgame el cielo! en fin, doña María,  
¿Qué estremos son aquestos! ¿qué hacer puedo?  
¿Cuál es tu petición?

DOÑA MARÍA.

Si luego ó tarde  
Se ha de rendir la plaza al grande asedio,  
Liberta al menos tan amable vida.

GUZMAN.

¿Que á un alcalde español esto se pida!

DOÑA MARÍA.

¿Que no te vence mi suspiro y llanto!

GUZMAN.

Mucho puede conmigo, mas no tanto.

DOÑA MARÍA.

¿Con que morirá?

GUZMAN.

Sí.

DOÑA MARÍA.

¡Fatal sentencia!  
¿Déme el cielo divino resistencia,  
Que no la tengo ya! Padre inhumano,  
Monstruo cruel, ¿consentirás tirano,  
Que no corra tu sangre por las venas  
De humana criatura? Las ajenas  
Vidas estimas poco, si la tuya  
Fuera, quizá ya hubieras entregado...

GUZMAN.

¿Que á mí de tal infamia se me arguya?  
Moros.

ABEN-JACOB.

Dí.

GUZMAN.

Nuevo pacto.

ABEN-JACOB.

Ya te escucho.

GUZMAN.

Que á don Pedro entreguéis, y que yo en cambio  
Bajaré á morir.

DOÑA MARÍA.

¡Cielos!

ABEN-JACOB.

Ningun pacto

Quiero.

GUZMAN.

¿Tienes valor, hijo don Pedro?

DON PEDRO.

Muero como Guzman, como cristiano.

GUZMAN.

Hijo, el cobarde muere tantas veces  
Cuantas teme el morir; el valeroso  
Que la muerte desprecia, nunca muere.

DOÑA MARÍA.

No lo sufriré yo, viva mi hijo;  
A defenderle, al arma, castellanos,  
Salid á libertarle; las mujeres  
Guardaron solas el Peñon de Martos.

GUZMAN.

¿Qué es esto, castellanos y leoneses?  
Aquí de la lealtad; sobre las armas,  
Alerta; tú modéralos, Jimenez.  
Infelice mujer, refrena el labio,  
O vive Dios castigaré el agravio  
Hecho al monarca, no me tumultúes  
Con llantos sediciosos mis soldados.

DOÑA MARÍA.

¡Nadie se mueve á mi lamento! O moros  
Que estais viendo tal padre; ea, al asalto;



Arrimad pronto al muro las escalas;  
Suban vuestras falanges; yo, yo misma  
Os serviré de escudo, entrad la plaza.  
Mueran todos, matadme á mi primero  
Que yo llegue á mirar el trance fiero.  
Y si premios quereis aventajados,  
Grande riqueza tengo en mis estados,  
Saciad vuestra codicia en esas joyas, *(Tíralas.)*  
Tomad, enriqueceos; mas rescate  
Daré tambien; me entregaré á mi propia,  
Me arrojaré del muro hasta el adarve.  
*(Quiere arrojarse. Detiéndola.)*

GUZMAN.

Desgraciada mujer, detente; amigos,  
Contenedla. ¡Qué horror!

DOÑA MARÍA.

Esfuerzos vanos.

GUZMAN.

Esposa, ¡oh cielo! Alerta, castellanos,  
No nos sorprenda el moro. Escucha, atiende.

DOÑA MARÍA.

Rinde el muro que débil se defiende,  
Y librese á mi hijo por ahora,  
Que podeis luego recobrar la plaza  
Y el honor, con mas número de tropas.

GUZMAN.

Pues si algo se pudiera á fuerza de armas,  
¿Qué no intentara yo? ¿cuáles remedios  
Piensas que no habré, esposa, imaginado?  
Todo lo maquiné, lo pensé todo:  
¿Ha de rendirse un noble hispano godo?

DOÑA MARÍA.

Rinde á Tarifa, porque Pedro viva.

GUZMAN.

¿Qué blasfema tu voz? Viven los cielos,  
Que te abandonaré, doña María,  
Sin que el materno afecto te disculpe,  
Pues eres vulgar madre. ¿Cuál esposa  
A un hombre como yo tal decir osa?  
A Guzman, que me corro; vive el cielo!  
De mirarte a mi lado, ¿quién tal dice?  
¿Esto se escucha entre cristianos? ¿esto  
Las ricas fемbras de Castilla piensan?  
¿La gran consorte de Guzman el Bueno?

DOÑA MARÍA.

Las madres digan si merezco saña.

GUZMAN.

¡Ah pundonor y lealtad de España,  
Que tal se le aconseje! No es posible;  
Lo escucho, y no lo creo. Heroicas almas  
Del gran Fernán González, de Bernardo,  
Rodrigo el Campeador, Bustos y Vargas,  
Alzad de vuestras tumbas do reposan  
Las cabezas de lauros coronadas,  
Vereis cuánta mancilla en la española  
Nobleza cabe ya; ya se propone,  
Que se entregue la tierra que ganasteis  
Con vuestra sangre, afanes y sudores,  
Por salvar solo á un joven temerario.  
¿Y yo lo escucho? ¿y esta infamia había  
A mi familia el cielo reservado?  
Si á sus maridos tal traicion dirían  
Las Jimenas, Violantes, y las Sanchas?  
¿Qué pena! Vuelve en tí, doña María  
Hernández Coronel, mira los triunfos  
De tu heroico linaje; no amancilles  
Tanto timbre y victoria esclarecida.  
La vida sin virtud ¿acaso es vida?  
Lo que es preciso es justo, no hay remedio:  
Acaso están los cielos destinando  
Ensaltar nuestra sangre con tal hecho,  
E ir nuestra descendencia propagando  
Por medio de naufragios y conquistas,  
Ejemplo, admiracion del universo.  
Agora está mi rey en la su villa  
De Alcalá noticioso del gran cerco  
En medio de sus grandes de Castilla,

Y aunque sabe el poder y el tren del moro,  
Dice a los caballeros de su corte:  
Allí tengo á Guzman el valeroso,  
No hay riesgo ni peligro que me importe.  
Toda Castilla, al fin, España toda  
Tiene puestas en mí las esperanzas;  
Toda la cristiandad sabe que ahora  
Defiendo yo del bárbaro esta plaza.  
Todos en mí se fían; por mí piensan  
Que cautivos no irán á las mazmorras,  
Que soy campeón de la religion santa,  
Y que del mismo Dios guardo la honra;  
Que en esta fuerza España está fiada,  
Y que si rompe la morisma airada,  
Todo se pierde; restaurador nuevo  
Me llaman, y creen todos en tal lance  
Deberme tanto á mí como á Pelayo.  
Africa misma mira con desmayo  
El valor español; el universo,  
Que lo sabe, mi accion está mirando;  
Todos lo aguardan, y la fama siento  
Que la lleva á los siglos mas distantes.  
¿Y habrá con esto pechos de diamantes,  
Que la virtud no encienda? ¿y será acaso  
Posible que en los tiempos venideros  
Se deshonre á Guzman, y que se diga  
Que solo un llanto femenil le obliga  
A eterna infamia y á deshonra inmensa?  
¿Que una mujer, que fueron la defensa  
De España sus abuelos, hoy la pierda,  
Cual la Cava Florinda, y que yo facil  
Repito de Julian la accion alevé!  
¿Esto quieres, señora? ¿y es posible?  
¿La nota de traidor eternamente  
Le impones á tu esposo de perjuo,  
De falso, en quien su rey no está seguro?  
¿De que vende su patria, la fe, el cielo?  
¿Cuánta abominacion! ¿qué asombro! el suelo  
Que piso me sepulte, esposa mía:  
La pasion te cegó, vuelve en tí; que esto  
No cabe en tu valor, doña María.

DOÑA MARÍA.

¡Válgame Dios! ¿de qué profundo sueño  
Me despierta tu voz! Me animo en vano,  
Me aliento noble, y madre desfallezco.  
En pasion maternal nada es extraño,  
Señor; me la enseñó naturaleza.  
Mas yo manchar no intento la nobleza;  
Soy Coronel, tu esposa, aunque soy madre.  
Conozco ¡ay Dios! que tan prudente padre  
Lo miró todo, y que aunque calla siente  
La desgracia del hijo, y la imprudente  
Sinrazon de la madre; mi disculpa  
Será el perdon que de mí audacia pido.  
Yo aumenté tu pesar. Con esta angustia  
Probarnos quiere el cielo, lo conozco;  
Humilde adoro la voluntad suya.  
Venciste mi pasion, venciste, esposo;  
Me asombra tu virtud, y aunque perezca  
Al sentimiento horrible que me cerca,  
Si no hay otro remedio, y Dios se agrada,  
Si mi tormento y mi dolor conduce  
A ensaltar la grandeza castellana,  
Muera mi hijo á manos mas crueles.

GUZMAN.

Digna corona de los Coroneles,  
¡Oh gran doña María, prez y gloria  
De españolas matronas! ¡raro ejemplo  
De valor sin igual! llega á mis brazos,  
Esposa digna de Guzman el Bueno.  
No hay que tardar, las mesas prevenidas  
Saquen á este bastion.

JIMEN.

¡Raro portento!

ABEN-JACOB.

Por las señas que vemos allá arriba  
Guzman se vence de la madre al ruego;  
Rendí á Tarifa, Amir, y gané á España.

AMIR.

Yo me atrevo á rendir al universo,

Pero no de Guzman la feroz alma.

ABEN-JACOB.

Guzman, ya tu piedad sabe tu hijo,  
Que agradece; quitadle las prisiones,  
Y á sus padres les lleve ricos dones.  
Baja, alcaide, las puentes, que allá vamos.

GUZMAN.

Moro, ya mas palabra no escuchamos;  
Guerra, guerra; Tarifa por Castilla.

ABEN-JACOB.

Vano, ¿y podrás sufrir que mi cuchilla  
Degüelle al hijo tuyo?

GUZMAN.

Y si te falta  
Espada, ahí tienes, bárbaro, la mía.  
*Desenvaina la espada, tirala, y la coge Amir.*

DON PEDRO (*exclamando*).

Lumbrera celestial, este es el día  
Ultimo que te ven mis tristes ojos.

ABEN-JACOB.

Ahora yo tiemblo al ver tales arrojios.

DON PEDRO.

Padre, yo fui la causa de tan grandes  
Desdichas como sufres este día  
Funesto y memorable para España.

ABEN-JACOB.

Pues no cuente sin lágrimas la hazaña.

DON PEDRO, *arrodillado*.

Perdon y bendicion en este trance.

GUZMAN.

Hijo, la mia y la de Dios te alcance.

*Vuelve la espalda; llévase los moros á don Pedro; siéntanse á la mesa Guzman, doña María y Jimen, y viene*

BLANCA.

¡Odiosa libertad!

JIMEN.

¡Qué es esto, cielos!

BLANCA.

No es virtud del alarbe; violentada  
Me trajeron por fuerza hasta la entrada  
Para que los soldados tumultúe  
Con mis llantos y voces, y avanzarse  
Entre la confusion á la muralla.  
Allí vi una gran piedra prepararse,  
Para sacrificar aquel cordero;  
No me fué permitido que muriera  
Por él; mas ya del sumo dolor muero.

DOÑA MARÍA.

¡Ay hijo mio! ¡inaguantable pena!

GUZMAN.

Esposa, ¿qué es de tu valor constante?

JIMEN (*reparando*).

Si no engaña la vista lo distante,  
El socorro ya llega; ya diviso  
El guion de Castilla, y los pendones  
Bordados de castillos y leones;  
Y con las huestes moras avanzadas  
Ya escaramuzan nuestros batidores.  
Don Juan Ramirez es...

*Gran ruido, y levántanse todos.*

GUZMAN.

¡Mas qué alboroto?

MOROS, *dentro*.

La Ellah eia Allah.

GUZMAN.

¡Terrible estruendo!

A su puesto, soldados, ¿qué es aquesto?

*Voz dentro.*

Ya á don Pedro cortaron la cabeza.

GUZMAN.

Cuidé que iban á entrar la fortaleza.

*Desmáyase Blanca, y la retiran; y doña María derribando las mesas.*

DOÑA MARÍA.

¡Ay de mí! ¿dónde estoy? ¡qué horror! qué asombro!  
¡Desdichada mujer, madre infelice!  
¡Ay madre! ya no madre, tristes días  
Y luto esperan á las ansias mías.  
¡Hay dolor semejante! ¡odiosa vida!  
¡Desesperacion fiera! ¡horrible trance!  
Cielo, ¿y esto consientes? ¡la inocencia  
Atropellada así! Rayos tremendos,  
Y muerte, ¿dónde estás? Hijo adorado,  
Qué, ¿ya no te veré? qué, ¿tu cabeza  
Dividida del cuerpo aun boqueando  
Mueve los tristes moribundos ojos  
Cárdenos y sin luz? ¿para esto vivo?  
¡Por qué no abrasa un rayo vengativo  
A tan infeliz madre? Moros fieros,  
Bárbaros, inhumanos y crúeles,  
De implacable fiera, airado el cielo  
Os sepulte en naufragios; fieras pestes  
Consuman vuestra raza. O españoles,  
Jamás la paz querais con tan vil gente;  
Sed enemigos de su odioso nombre.  
Salga algun vengador, ó descendiente  
De la sangre guzmán y coronela,  
Que lleve á sus riberas el espanto,  
La desesperacion, la muerte y llanto.  
Ni eternamente cesen los rencores;  
Nuestras playas infesten á las suyas:  
Mandadlo á vuestros nietos, españoles.

GUZMAN.

Así será; ve, esposa; el llanto enjuga.

*Retranla.*

JIMEN.

Castellano Abrahan, tú has acabado  
Lo que el otro vió solo comenzado.  
Ya no hay remedio, en vano te deavelas.

GUZMAN.

¿Conoces á Guzman, y le consuelas?

JIMEN.

Sí, hay consuelo: corrido y asombrado  
Diviso al moro huir ya destrozado  
Por el socorro, que aunque tarde vino.

GUZMAN.

Mas Tarifa y España se han librado.  
Lo que me dió el Señor, él lo ha llevado;  
Su poder veneremos infinito,  
Y el nombre del Señor sea bendito.

# CARTA HISTORICA

SOBRE

## EL ORIGEN Y PROGRESOS DE LAS FIESTAS DE TOROS EN ESPAÑA (1).

ESCRIBO. SR. PRÍNCIPE PIGNATELLI :

El asunto sobre que V. E. se ha dignado mandarme escribir, ha sido siempre tan olvidado como otras cosas de nuestra España; por lo que faltándome autores que me den luz, diré las pocas noticias que casualmente he leído, y algunas que de las conversaciones se me han quedado en la memoria.

Las fiestas de toros, conforme las ejecutan los españoles, no traen su origen, como algunos piensan, de los romanos, á no ser que sea un origen muy remoto, desfigurado, y con violencia; porque las fiestas de aquella nación en sus circos y anfiteatros, aun cuando entraban toros en ellas, y estos eran lidiados por los hombres, eran con circunstancias tan diferentes, que si en su vista se quiere insistir en que ellas dieron origen á nuestras fiestas de toros, se podrá tambien afirmar, que todas las acciones humanas deben su origen precisamente á los antiguos, y no al discurso, á la casualidad, ó á la misma naturaleza.

Buen ejemplo tenemos de esto en los indios del Orinoco, que sin noticia de los espectáculos de Roma, ni aun de las fiestas de España, burlan á los caimanes ferocísimos con no menor destreza que nuestros capeadores á los toros; y el hurlar y sujetar á las fieras de sus respectivos países ha sido siempre ejercicio de las naciones que tienen valor naturalmente, aun antes de ser este aumentado con artificio.

La ferocidad de los toros que cria España en sus abundantes dehesas y salitrosos pastos, junto con el valor de los españoles, son dos cosas tan notorias desde la mas remota antigüedad, que el que las quiera negar acreditará su envidia ó su ignorancia, y yo no me cansaré en satisfacerle; solo pasaré á decir que habiendo en este terreno la previa disposicion en hombres y brutos para semejantes contiendas, es muy natural que desde tiempos antiquísimos se haya ejercitado esta destreza, ya para evadir el peligro, ya para ostentar el valor, ó ya para buscar el sustento con la sabrosa carne de tan grandes reses, á las cuales perseguirían en los primeros siglos á pié y á caballo en batidas y cacerías.

Pero pasando de los discursos á la historia, es opinion comun en la nuestra que el famoso Rui, ó Rodrigo Diaz de Vivar, llamado el Cid Campeador, fué el primero que alanceó los toros á caballo. Esto debió de ser por bizarria particular de aquel héroe, pues en su tiempo sabemos que Alfonso el VI, otros dicen el VIII, en el siglo XI tuvo unas fiestas públicas, que se reducian á soltar en una plaza dos cerdos, y luego salian dos hombres ciegos, ó acaso con los ojos vendados, y cada cual con un palo en la mano buscaba como podia al cerdo, y si le

daba con el palo era suyo, como ahora al correr el gallo, siendo la diversion de este regocijo el que, como ninguno veia, se solian apalea bien.

No obstante esto, el licenciado Francisco de Cepeda, en su *Resumpta Historial de España*, llegando al año de 1100, dice: *Se halla en memorias antiguas que (este año) se corrieron en fiestas públicas toros, espectáculo solo de España, etc.*

Tambien se halla en nuestras crónicas que el año 1124, en que casó Alfonso VII en Saldaña con doña Berenguela la Chica, hija del conde de Barcelona, entre otras funciones, hubo tambien fiesta de toros.

Hubo tambien dicha funcion, y la enunciada arriba de los cerdos, en la ciudad de Leon, cuando el rey don Alfonso VIII casó á su hija doña Urraca con el rey don Garcia de Navarra; pero debe notarse que estas funciones no se hacian con las circunstancias del día, y mucho menos fuera de España, en donde se corrian tambien, pero enmaromados y con perros, y aun hoy se observa en Italia; y no pudo ser menos que con este desórden y atropellamiento, la fatalidad que acaeció en Roma el año de 1332, cuando murieron en las astas de los toros muchos plebeyos, diez y nueve caballeros romanos, y otros nueve fueron heridos: desgracia que no se verificara en España siendo el ganado mucho mas bravo (2). Por este suceso se prohibieron en Italia (3); pero en España prosiguieron per-

(2) En este punto parece que cegó á Moratín su hereditaria afición á las funciones de toros. No han ocurrido en nuestros tiempos frecuentes desgracias de este género; pero si hemos de dar crédito á escritores mas antiguos, las hubo muy lamentables por su número y sus circunstancias. El padre Pedro de Guzman, jesuita, que á principios del siglo XVII escribió un libro con el título de *Bienes del honesto trabajo*, decía que no se corrian toros vez en que no muriesen dos ó tres, ó á veces mas hombres. «El mismo día, añade, que se escribe esto murieron en esta corte en unas fiestas destas cuatro hombres, y en algunas han muerto en España mas. En Valladolid, en el año de 1614, en unas fiestas de la Cruz murieron en la plaza, corriendose en ella unos toros, diez personas; y si se averigua, mueren en toda España un año con otro en estos ejercicios doscientas y aun trescientas personas, cosa digna de sentirse y llorarse mucho.» Bastantes años antes escribia don Luis Zapata su *Miscelanea*, que existe manuscrita en la biblioteca nacional; y en el capítulo de *Toros y toreros* dice: «El peligro es tan poco que no se sabe que en nuestros tiempos hayan muerto toros sino á Mateo Vazquez Coronado, alguacil mayor de Valladolid, que le hirió un toro en una pierna, de que murió en pocos días.» Pero el mismo escritor contradice después en otro lugar de esta obra la singularidad de esta desgracia; pues cuando pasa á la manera nuevamente introducida en su tiempo de torrear con garrochon, dice: «Mas aquel fué lastimoso caso de don Diego de Toledo, hermano natural del duque de Alba, un caballero mozo, muy gentil-hombre y muy señalado: andando á los toros en Alba con un garrochon á las alegrías del casamiento del duque su hermano, puso á uno el bierro en la frente que no acertó á desfogotarlo; dió un rebufo el toro en alto, revuelve el garrochon, y escurre por su misma mano, y dale con el cuento en un ojo, y pásasele y la cabeza y sesos, y sátele envuelto en ellos por la otra parte; y al caer muerto se le quebraron dos costillas sobre su misma espada.» Sobre este suceso están llenos de lamentaciones los cantos populares de aquel tiempo. Después que esta lucha pasó, de noble afición que era, á oficio estupidiano, la esposicion se hizo menor; porque el repetido uso enseña los medios de evitarla; por lo cual, sin dejar de reconocer las ventajas de ciertos ejercicios de gimnástica gentileza, propios de las clases elevadas, creemos que se ha dado un gran paso á la cultura, abandonando este género de valor y habilidad á los que de ello forman particular estudio, y sacan su subsistencia.

(3) Tambien se prohibieron en España mas de dos siglos después, en 1567, por el papa san Pio V, y anteriormente habia sido pedida su supresion por las cortes de Valladolid de 1535; pero la afición de los españoles y

(1) Lo curioso de la materia, lo breve de la estension y lo escaso de los ejemplares de las anteriores ediciones (Madrid 1777, Valencia 1816) nos han inducido á insertar con algunas notas este opúsculo de don Nicolas Fernandez de Moratín para dar alguna muestra de su prosa, escrita con hijerza, con lucidez y sin particular estudio, que hubiera sido imperitente en una composicion epistolar.

seccionándose mas cada dia dichas fiestas, como se ve en los anales de Castilla, hasta el reinado de don Juan el II, en que dejando de ser como antes una especie de montería de fieras salvajinas, segun dice Zurita, formaron nueva época; pues entonces llegó á su punto la galantería caballeresca y todos los ejercicios de bizarría. Entonces se cree que se empezaron á componer las plazas y se fabricó la antigua de Madrid, y se hizo granjería de este trato, habiendo arrendatarios para ello, que sin duda serian judios. Y esto lo acredita aquel cuento, aunque vulgar, del marqués de Villena y de aquel estudiante de Salamanca, de quien finguen que llevó á su dama en una nube á ver la fiesta de toros, y se la cayó el chapin, etc. Y lo cierto es que cuando este monarca don Juan se casó con doña Maria de Aragon, en 20 de octubre de 1418, tuvieron en Medina del Campo muchas fiestas de toros. En el reinado de Enrique IV aun se aumentó mas el genio caballeresco y el arte de la jineta (como consta de Jorje Manrique); y no hay autor que trate de este ejercicio que no hable del torear á caballo como de una condicion indispensable. El trato frecuente con los moros de Granada, en paz y en guerra, era ya muy antiguo en Castilla; y los moros es sin duda que tuvieron estas funciones hasta el tiempo del rey Chico, y hubo diestrisimos caballeros que ejecutaron gentilezas con los toros (que llevaban de la sierra de Rouda) en la plaza de Vivarrambla; y de estas hazañas están llenos los romances y sus historietas, que aunque por otra parte sean apócrifas en muchos sucesos que cuentan, siempre finguen con verosimilitud. Prosiguió esta gallardia en tiempo de los Reyes Católicos, y estaba tan arraigada entouces, que la misma reina doña Isabel, no obstante no gustar de ella, no se atrevia á prohibirla, como lo dice en una carta que escribió desde Aragon á su confesor fray Hernando de Talavera, año de 1493, asi: «de los toros sentí lo que vos decís, aunque no alcancé tanto; mas luego allí propuse con toda determinacion de nunca verlos en toda mi vida, ni ser en que se corran; y no digo defenderlos (esto es, prohibirlos), porque esto no era para mí á solas.»

En efecto, llegó á autorizarse tanto, que el mismo emperador Carlos V, aun con haber nacido y criado fuera, mató un toro de una lanzada en la plaza de Valladolid, en celebridad del nacimiento de su hijo el rey Felipe II. Tambien Carlos V estoqueó desde el caballo, en el Rebollo de Aranjuez, á un jabali que habia muerto quince sabuesos, herido diez y siete y á un montero, lo cual es una especie de toreo. Tambien Felipe II mató así otro jabali en el bosque de Heras, donde le hirió el caballo; y otra vez en Valdelatas, donde le rompió el borcegui de una navajada. Por este tiempo se sabe que una señora de la casa de Guzman casó con un caballero de Jerez, llamado por excelencia *el Toreador*. Don Fernando Pizarro, conquistador del Perú, fué un rejoneador valiente. Del rey don Sebastian de Portugal se escribe que ejecutó el rejonear con mucha ciencia; y se celebra tambien al famoso don Diego Ramirez de Haro, quien daba á los toros las lanzadas *cara á cara y á galope, y sin antojos ni banda el caballo*. Felipe III renovó y perfeccionó la plaza de Madrid en 1619. Tambien el rey don Felipe IV fué muy inclinado á estas bizarrías, y además de herir á los toros, mató mas de cuatrocientos jabalies, ya con el estoque, ya con la lanza, y ya con la horquilla.

No se contentaron nuestros españoles con atreverse solo con los toros, sino que pasando al Africa, no quisieron ser menos que sus naturales; y así el marqués de

Velada, siendo virey de Orán, salía muchas veces á los leones; y el conde de Linares, gobernando á Tanger, mató un leon con su lanza cuerpo á cuerpo, habiendo mandado hacer alto á la gente de guerra, y *que nadie le socorriesse por ningun accidente*. Llegó este ejercicio á estremo de reducirse á arte, y hubo autores que le trataron; y entre ellos se cuenta don Gaspar Bonifaz, del hábito de Santiago y caballero de S. M., que imprimió en Madrid unas *Reglas de torear* muy breves. Don Luis de Trejo, del orden de Santiago, tambien imprimió en Madrid unas advertencias con nombre de *Obligaciones y duelo de este ejercicio*. Don Juan de Valencia, del orden de Santiago, imprimió tambien en Madrid *Advertencias para torear*. Y el año de 1643 don Gregorio de Tapia y Salcedo, caballero del orden de Santiago, imprimió en Madrid tambien *Ejercicios de la jineta*, donde se encuentran en láminas las habilidades (ya viejas en aquel tiempo) que hacian los españoles en sus fogosos caballos, y que pocos años ha admiró la corte como nuevas, viéndolas hacer á un inglés en sus rocines matalones.

Dicho don Gregorio de Tapia da varias reglas para torear, y trata la materia como muy importante en aquel tiempo; y es lo mas notable que don Lope Valenzuela se queja entouces de que se iba ya olvidando: véase lo que habrá perdido hasta el dia de hoy. Don Diego de Torres escribió unas *Reglas de torear*, que no parecen; y yo sospecho que eran para los de á pié; y quien tenga la paciencia y trabajo material de repasar la biblioteca de don Nicolas Antonio, hallará ciertamente mas autores de torear. Así prosiguieron las fiestas por todo el reinado de Carlos II, las cuales cesaron á la venida del señor Felipe V, y la mas solemne que hubo fué el dia 30 de julio del año de 1725, á la que asistieron los reyes, en la plaza Mayor de Madrid; y aunque en Andalucia vieron algunas, y otra en San Ildefonso, siempre fué por ceremonia y con poco gusto, por no ser inclinados á estas corridas; y esto produjo otra nueva habilidad, y forma una cierta y nueva época de la historia de los toros.

Estos espectáculos, con las circunstancias notadas, los celebraron en España los moros de Toledo, Córdoba y Sevilla, cuyas cortes eran en aquellos siglos las mas cultas de Europa. De los moros lo tomaron los cristianos, y por eso dice Bartolomé de Argensola:

Para ver acosar toros valientes,  
Fiesta un tiempo africana y después goda,  
Que hoy les irrita las soberbias frentes, etc.

Pero es de notar que estas eran funciones solamente de caballeros, que alanceaban ó rejoneaban á los toros siempre á caballo, siendo este empleo de la primera nobleza, y solo se apeaban al empuje de á pié, que era cuando el toro le heria algun chulo ó al caballo, ó el jinete perdía el rejon, la lanza, el estribo, el guante, el sombrero, etc.; y se cuenta de los caballeros moros y cristianos que en tal lance hubo quien cortó á un toro el pescuezo á cercén de una cuchillada, como don Manrique de Lara y don Juan Chacon, etc.

Los moros torearon aun mas que los cristianos, por que estos, además de los juegos de cañas, sortija etc., que tambien tomaron de aquellos, tenian empresas, aventuras, justas y torneos etc., de que fueron famosos teatros Valladolid, Leon, Burgos y el sitio del Pardo; pero estinguidas las contiendas con los hombres, por lo peligrosas que eran, como sucedió en España, y aun mas en Francia, todo se redujo acá á fiestas de toros, á las cuales se aficionaron mucho los reyes de la casa de Austria, y aun en Madrid vive hoy mi padre, que se acuerda haber visto á Carlos II, á quien sirvió, autorizar las fiestas reales, de las cuales habia tres votivas al año en la plaza Mayor á vista del rey, sin contar las extraordinarias y las de fuera de la corte. Ya se ha dicho que estas

la condescendencia de otros pontífices volvieron á introducirlos. En 1803 las prohibió de nuevo Carlos IV; pero la interrupcion duró pocos años, y su hijo Fernando VII estableció en Sevilla una escuela de tauromaquia para el fomento y perfeccion del arte, que como dice el autor en su oda á Pedro Romero (pag. 36):

*Solamente no es barbara en España.*

fiestas eran solamente empleo de los caballeros entre cristianos y moros; entre estos hay memoria de Muzá, Mahque-Alaber y el animoso Casal.

Entre los cristianos, además de los dichos, celebra Quevedo á Cea, Velada y Villamor; al duque de Maqueda, Bonifaz, Cantillana, Orzela, Zárate, Sástago, Riaño etc. También fué insigne el conde de Villamediana; y don Gregorio Gallo, caballero de S. M. y del orden de Santiago, fué muy diestro en los ejercicios de la plaza, é inventó la espallera para defensa de la pierna, que por él se llamó la gregoriana. El poeta Tafalla celebra á dos caballeros llamados Pucyo y Snazo, que rejoneaban en Zaragoza con aplauso, á fin del siglo pasado, delante de don Juan de Austria; y si V. E. me lo permite, también diré que mi abuelo materno fué muy diestro y aficionado á este ejercicio, que practicó muchas veces en compañía del marqués de Mondéjar, conde de Tendilla; y el duque de Medinaceli, bisabuelo de este señor que hay hoy día, era tan diestro y valiente con los toros, que no cuidaba de que fuese bien ó mal cinchado el caballo, pues decía que las verdaderas cinchas habían de ser las piernas del jinete. Este caballero mató dos toros de dos rejoneos en las bodas de Carlos II con doña María de Borbon, año de 1679, y rejonearon el de Camarasa y Rivadavia y otros (4).

Don Nicolas Rodrigo Novelli imprimió el año de 1790 su *Cartilla de torrear*; y en su tiempo eran buenos caballeros don Jerónimo de Olaso y don Luis de la Peña Terromes, del hábito de Calatrava, caballero del duque de Medinaceli; y también fué muy celebrado don Bernardino Canal, hidalgo de Pinto, que rejoneó delante del rey con mucho aplauso el año de 25; y aquí se puede decir que se acabó la raza de los caballeros (sin quitar el mérito á los vivos); porque como el señor Felipe V no gustó de estas funciones, lo fué olvidando la nobleza; pero no faltando la afición de los españoles, sucedió la plébe á ejercitar su valor, matando los toros á pié, cuerpo á cuerpo con la espada, lo cual no es menor atrevimiento, y sin disputa (por lo menos su perfección) es hazaña de este siglo.

Antiguamente eran las fiestas de toros con mucho desorden y amontonada la gente, como hoy en las novilladas de los lugares, ó en el toro embolado, ó el jubillo de Aragón, del cual no hablaré por ser barbaridad inimitable, ni de los despeñaderos para los toros de Valladolid y Aranjuez, porque esto lo puede hacer cualquiera nación; y así se dice que en unas fiestas del rey Chico de Granada mató un toro cinco ó seis hombres y atropelló mas de cincuenta. Solo se hacia lugar á los caballeros, y después tocaban á desjarrete, á cuyo son los de á pié (que entonces no había toreros de oficio) sacaban las espadas, y todos á una acometían al toro acompañados de perros; y unos le desjarretaban (y la voz lo está recordando), y otros le remataban con chuzos y á pinchazos con el estoque, corriendo y de pasada, sin esperarle y sin habilidad, como aun hacen rústicamente los mozos de los lugares, y yo lo he visto hacer por vil precio al Mocaco de Albóndiga.

Hoy esto es insufrible, y no obstante en la citada fiesta del año de 25, delante de los mismos reyes y en la plaza

de Madrid, se mataron así los toros, desjarretados, y aun vive quien lo vió, y lo pinta así la *Tasemagula* escrita aquel año; prueba evidente de que no había mayor destreza. Los que desjarretaban eran esclavos moros; después fueron negros y mulatos, á los que también hacían los señores aprender á esgrimir para su guarda; lo segundo se colige de Góngora, y lo primero de Lope de Vega, quien hablando en su *Jerusalén* de desjarretar, dice:

.....Que en Castilla los esclavos  
Hacen lo mismo con los toros bravos.

Cuando no había caballeros se mataba á los toros tirándolos garrochones desde lejos y desde los tablados, como se colige de Jerónimo de Salas Barbadillo, Juan de Yagüe y otros autores de aquellos tiempos; y hasta que tocaban á desjarretar los capeaban también, cuyo ejercicio de á pié es muy antiguo, pues los moros lo hacían con el albornoz y el capellar. Mi anciano padre cuenta que en tiempo de Carlos II dos hombres decentes se pusieron en la plaza delante del balcon del rey, y durante la fiesta, fingiendo hablar algo importante, no movieron los pies del suelo, por mas que repetidas veces les acometiese el toro, al cual burlaban con solo un quiebro de cuerpo á otra leve inclinacion; lo que agradó mucho á la corte.

El año de 26 se evidencia por Novelli que todavía no se ponian las banderillas á pares, sino cada vez una, que la llamaban harpon. Por este tiempo empezó á sobresalir á pié Francisco Romero, el de Ronda, que fué de los primeros que perfeccionaron este arte usando de la muletila, esperando al toro cara á cara y á pié firme, y matándole cuerpo á cuerpo; y era una cierta ceremonia que el que esto hacia llevaba calzon y colete de ante, correon ceñido y mangas atacadas de terciopelo negro para resistir á las cornadas. Hoy que los diestros ni aun las imaginan posibles, visten de tafetá, fundando la defensa, no en la resistencia, sino en la destreza y agilidad. Así empezó el estoquear, y en cuantos libros se hallan escritos en prosa y verso sobre el asunto no se halla noticia de ningun estoqueador, habiendo tanta de los caballeros, de los capeadores, de los chulos, de los parches y de la lanzada de á pié, y aun de los criollos, que enmaromaron la primera vez al toro en la plaza de Madrid, en tiempo de Felipe IV.

También debo decir, no obstante, que en la Alcarría aun viven ancianos que se acuerdan haber visto al nombrado abuelo mio tender muerto á un toro de una estocada; pero esto ó fué acaso, ó gentileza extraordinaria, y por lo tanto muy celebrada en su tiempo. En el de Francisco Romero estoqueó también Potra, el de Talavera, y Godoy, caballero extremeño. Después vino el fraile de Pinto, y luego el fraile del Rastro, y Lorenzillo, que enseñó al famoso Cándido. Fué insigne el famoso Melchor y el célebre Martincho con su cuadrilla de navarros, de los cuales ha habido grandes banderilleros y capeadores, como lo fué al igual el diestrisimo licenciado de Falces. Antiguamente hubo también en Madrid plaza de toros junto á la casa del duque de Lerma, hoy del de Medinaceli, y también acia la plazuela de Anton Martin, y aun dura la calle del Toril, por otro nombre del Tinte.

Pero después que se hizo la plaza redonda en el soto Luxon, y luego donde ahora está, trajo el marqués de la Ensenada cuadrillas de navarros y andaluces, que lucieron á competencia. Entre estos últimos sobresalió Diego del Alamo el malagueño, que aun vive; y entre otros de menor nota se distinguió mucho Juan Romero, que hoy está en Madrid con su hijo Pedro Romero, el cual, con Joaquin Rodriguez, ha puesto en tal perfección esta arte, que la imaginacion no percibe que sea ya capaz de adelantamiento. Algunos años ha, con tal que un hombre matase á un toro, no se reparaba en que fuese de castro á seis estocadas, ni en que estas fuesen altas ó bajas, ni

(4) Á como nombres de insignes lidiadores antiguos podieran citarse otros muchos, mereciendo distinguido lugar don Diego Ponce de Leon, hijo del marqués de Zahara, á quien celebran á porfia Gonzalo Argon de Solana, en un discurso de la *Montería*, don Luis Reñuelos en un libro de la *Juenda*, manuscrito, Gonzalo Fernandez de Orledo en sus *Quinceageneros*, y don Luis Zapata en la *Bioclimata* citada en la nota anterior. Mientra este caballero lucia su singular destreza en Sevilla, guianha de gran nombre Pedro Aguayo de Heredia en Córdoba, don Rodrigo de Paz en Salamanca, don Diego Ramirez (nombrado por vi anterior) en Madrid, don Francisco Zapata en Granada, y en varios puntos de Castilla don Francisco de Guzman, marqués de Harado, y don Luis de Guzman, marqués de Albuja, quien, segun parece, fué el primero que toró con garrochas, en competencia con otros, como ellos don Pedro de Medici, hermano del duque de Florencia.

en que le despallidase ó le degollase etc., pues aun á los marrajos ó cimarrones los encojaban con la media luna, cuya memoria ni aun existe. Pero hoy ha llegado á tanto la delicadeza, que parece que se va á hacer una sangría á una dama, y no á matar de una estocada una fiera tan espantosa. Y aunque algunos reclaman contra esta funcion llamándola barbaridad, lo cierto es que los facultativos diestros la tienen por ganancia y diversion; y nuestra difunta reina Amalia al verla sentenció: «que no era barbaridad, como la habian informado, sino diversion donde brilla el valor y la destreza.»

Y ha llegado esto á tal punto, que se ha visto varias veces un hombre sentado en una silla ó sobre una mesa, y con grillos á los piés poner banderillas y matar á un toro. Juanijon los picó en Huelva con vara larga, puesto él á caballo en otro hombre. Los varilargueros, cuando caen, suelen esperarlos á pié, con la garrocha enristrada, y al Mamón le vimos mil veces cogerlos por la cola y montar en ellos. Para suplir la falta de los caballeros entraron los toreros de á caballo, que son una especie de vaqueros que con destreza y mucha fuerza pican á

los toros con varas de detener: entre ellos han sido insignes los Marchantes, Gamero, Daza (que tienen dos tomos del arte inéditos), Fernando de Toro, y hoy Vare, y Gomez, y Nuñez etc. (5)

No me detengo en pintar las circunstancias de cada clase de estas fiestas, ni las castas de los toros, ni creo que no reste que decir, pues obras de esta naturaleza deben su perfeccion á la casualidad y al tiempo, que va descubriendo mas noticias. Quedo no obstante muy gozoso de haber servido á V. E. en esto poco que puedo, y deseo que prosiga honrándome con sus preceptos, como que le guarde Dios muchos y felices años.

Madrid 25 de julio de 1776.

NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

(5) Despues de la época en que escribió el autor, han sido famosos en el arte los picadores Laureano Ortega, Corchado y Alonso Ortiz; y los espadas Manuel Conde, Costillares, José Romero, José Delgado (Pope Hito) autor de un tratado, Perucho, Guillen, Leon, Arjona (Chúcharesi, Redondo (el Chiclanero), y Francisco Montes, quien ha publicado tambien las reglas que le guian en sus suertes asombrosas.

# OBRAS

DE

**DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.**





# OBRAS DE MORATIN (D. LEANDRO).

## ORIGENES DEL TEATRO ESPAÑOL.

### PROLOGO.

HASTA ahora no se ha escrito una historia del teatro español ; la molesta fatiga de buscar los documentos relativos á él desde su origen hasta fines del siglo xvi ha debido retraer á muchos, que por su talento y su buen gusto hubieran sabido desempeñar esta empresa difícil.

La maravillosa abundancia de autores dramáticos en el siglo xvii, y el crecido número de sus obras, añaden á la necesidad de conocerlos la de clasificarlos, compararlos y juzgarlos con la rectitud que pide la buena crítica.

Cultivada en el siglo anterior y en lo que va del presente la poesía teatral, siguiendo unos el ejemplo de los que les habian precedido, y ateniéndose otros á los principios que conoció la antigüedad y ha restablecido el gusto moderno, se hace indispensable un estudio particular para distinguir el mérito respectivo de obras que pertenecen á escuelas tan opuestas entre sí. Ni es conveniente para este exámen aprovecharse de lo que juzgaron los coetáneos acerca de ellas ; porque en el choque de las opiniones que sostenian, muchas veces dirigió su pluma la parcialidad, y muy pocas la inteligencia.

Por otra parte el influjo que han tenido siempre en las producciones literarias el sistema del gobierno, el gusto de la corte, el método de estudios, la política y las costumbres, obligará á quien se proponga escribir la historia de nuestro teatro á buscar el origen verdadero de sus progresos ó su decadencia ; y esta indagacion está sujeta á las restricciones que imponen el respeto debido á la autoridad, y las demás circunstancias del tiempo en que se escribe.

Cuanto escribieron nuestros mejores bibliógrafos acerca de la dramática española no pasa de algunas indicaciones sueltas, traídas por incidencia, diminutas, mal ordenadas, y no capaces de satisfacer la curiosidad de los que desean una historia de nuestro teatro (1). Los segundos copiaron á los primeros, y los últimos nada han añadido de particular, repitiéndose por consiguiente las equivocaciones, la falta de plan y de verdad histórica y crítica que se advierte en tales escritos. Llegó el tiempo de las apologías, y apoyados los defensores de nuestro crédito literario sobre tan débiles fundamentos, compusieron libros enteros llenos de sofismas y errores, hablaron largamente del teatro, clasificaron obras que jamás habian visto, y manifestaron cuánto carecian (por la clase de estudios que habian tenido, por el estado que profesaban, y por el lugar en que escribian) de los auxilios y de la inteligencia que hubieran sido menester para que el desempeño hubiese correspondido á su celo laudable (2).

(1) Cuando Moratin escribió el presente prólogo, no habrian salido probablemente á luz las obras literarias de don Francisco Martinez de la Rosa, quien en su apéndice sobre la comedia dió estensos pormenores y atinados juicios sobre los primeros pasos y posteriores vicisitudes del teatro en España.

(2) De las expresiones del autor se deduce que quiso aludir al padre Javier Lampillas, jesuita, quien trasladado á Italia de resultados de la espulsion de su orden, se dedicó á trabajos literarios que le dieron suma celebridad. Creyendo este celoso español vulnerado el nombre de

su patria por algunos escritores que se propusieron ilustrar la historia de los conocimientos humanos en todos sus ramos, publicó en Jénova el año de 1778, y reimprimió en Roma tres años después, una obra bajo el título de *Saggio storico apologetico della letteratura spagnuola*, donde á vueltas de una erudicion copiosísima se dejó llevar por un exagerado espíritu de nacionalidad. Acompañáronle en este empeño otros individuos famosos de aquella brillante emigracion, que contribuyeron no poco á disipar algunas prevenciones también estrenadas de los estranjeros contra la cultura española.

¿Qué pudieron hacer los extranjeros cuando quisieron decir algo de nuestra poesía escénica, sino repetir las pocas noticias que hallaron esparcidas en algunos libros, ó cortar la dificultad diciendo que la literatura española es una pobre mina, que no paga el trabajo del beneficio? Así han creído algunos de ellos disimular con un desatino el orgullo de su ignorancia (3).

Falta pues á la cultura de nuestra nacion una historia critica de su teatro, empresa tan superior á mis débiles fuerzas, que nunca tuve el atrevimiento de intentarla. No obstante, habiéndome aplicado desde mi juventud á reunir y ordenar cuantas noticias pude adquirir acerca de esto, así en España como fuera de ella, me persuadí de que podría ya formar con lo que tenia escrito una obra (que hoy presento al público) en que ilustrase los orígenes del teatro español (4).

No intento recomendar mi trabajo, ponderando la constante diligencia que supone la adquisicion de materiales que forman este libro, la lectura que me ha sido necesaria para ilustrarle, la meditacion que ha precedido á mis dictámenes, y el empeño nunca desmentido de hallar la verdad, rectificar las equivocaciones de los que me habian precedido, juzgar por mi propio, y presentar á los inteligentes un resumen critico en que manifiesto cuál fué el origen de nuestra escena, cuáles sus progresos, y cuáles las causas que influyeron en las alteraciones que padeció, hasta que Lope de Vega las autorizó con su ejemplo. Este es en compendio el plan del discurso histórico que precede á todo lo demás.

En las notas que le acompañan creo haber dado las pruebas de cuanto en él se afirma con autoridades irrecusables, mediante las cuales se aclaran muchos puntos pertenecientes á nuestra antigua literatura mal entendidos hasta ahora, ó del todo ignorados.

Sigue á esto un catálogo histórico y critico de piezas antiguas, el primero que se ha publicado de este género. En él se da razon de mas de ciento y sesenta composiciones dramáticas, todas anteriores al tiempo en que Lope de Vega comenzó á escribir. Hablo del mérito de las que he tenido á la vista, hago mencion de sus bellezas y sus defectos, cito á la letra los pasajes mas sobresalientes de muchas de ellas, y no me olvido de copiar aquellos que merecen severa censura. Sé muy bien cómo se desacredita una obra escelente, citando solo sus faltas, y cómo se recomienda otra de poquísima estimacion, entresacando de ella los pasajes en que el autor, sin mérito suyo, acertó por casualidad; pero he querido apartarme de uno y otro extremo. No he querido hacer ni una apologia, ni una acriminacion de nuestro teatro, sino una historia critica de sus orígenes, presentándole tal como fué durante la época á que me he querido ceñir. Acompaña al examen de las obras la noticia de muchos de sus autores. Los extranjeros mas que nosotros necesitan esto para salvar las equivocaciones que frecuentemente han padecido en sus atropellados diccionarios biográficos. En el orden que he dado á las piezas se observará toda la exactitud de que es susceptible, habiéndole sujetado á la autoridad de escritores los mas inmediatos que hablaron de ellas, á las fechas conocidas de sus primeras

(3) Respondiendo Signorelli á las impugnaciones que le habia dirigido el abate Lampillas sobre su *historia crítica de los teatros*, descargaba su conciencia literaria quejándose de la incuria de los autores españoles en recoger unos documentos que tanto les importaba producir en aquella gran cuestion. «Si los escritores nacionales (decia) se hubiesen anticipado á mi tejiendo una historia del teatro español, menos afan me hubiera costado coordinar mis noticias, y me habria aprovechado de semejante obra con la mayor satisfaccion.»

(4) La academia de la Historia, en la magnífica edicion de las obras de don Leandro Fernandez de Moratin que hizo diez y seis años ha, tratando del *Discurso histórico sobre los orígenes del teatro español* decia en su prólogo: «No obstante lo apreciable de este trabajo, la academia entendiendo que Moratin no acabó de agotar enteramente su argumento, y que á pesar de sus doctas investigaciones todavía dejó mucho que hacer á la diligencia y laboriosidad de los que le sucedan en esta empresa.» Pene-

trado de la verdad de esta observacion nuestro infatigable y erudito amigo don Eugenio de Ochoa, en la coleccion de Autores españoles que dió á luz en Paris, conocida bajo el nombre de edicion de Baudry, agregó algunas composiciones dramáticas escogidas entre las correspondientes á la época á que se contrae nuestro autor. Tal vez nosotros hubiéramos seguido su ejemplo, á no proponernos publicar muy en breve un tomo de *Dramáticos anteriores á Lope de Vega*, en el cual con el auxilio de los amigos que nos favorecen procuraremos suplir con las propias noticias y observaciones las que pudieron haberse escapado á la perspicacia de Moratin. De esta manera, dando en el presente tomo el testo legitimo del autor, evitamos un coitejo que no podia menos de sernos desventajoso. Solo nos atreveremos á poner alguna que otra nota en aquellos pasajes que en nuestro concepto exijan alguna mayor esplikacion, ó en que no estemos enteramente de acuerdo. — Debemos tambien citar con elogio y gratitud al alemán don J. N. Bohl de Faber. benemérito de nuestra litera-

ediciones, y á las épocas en que pudieron ser escritas y representadas, segun lo que resulta de la vida de sus autores, y las indicaciones que he sacado de la lectura de las mismas piezas. La mayor parte de las fechas que les he puesto es de una absoluta certeza; lo restante, de una probabilidad la mas verosímil. En este catálogo solo se incluyen las piezas dramáticas que se representaron ó pudieron representarse en los teatros de la nacion privados ó públicos; no se habla de las obras que con el título de comedias, tragedias, tragicomedias, fueron tan abundantes en el siglo xvi, que componen crecidos volúmenes, y nunca se hicieron para representarse, ni es posible hacerlo. A escepcion de la *Celestina*, origen primero de esta clase de composiciones, á quien la prosa y diálogo castellano debieron conocidos adelantamientos, se ha omitido hablar de las otras, porque no siendo obras de teatro, piden una clasificacion distinta, y no conviene mezclarlas con las que se hicieron para representarse en él. De estas hablo esclusivamente, de las otras no. He mezclado las obras de los poetas dramáticos que vivian y componian en un mismo tiempo, para evitar el retroceso de los años y la confusion que necesariamente hubiera producido.

A continuacion del catálogo sigue una coleccion de piezas de teatro, elegidas segun me pareció conveniente para presentar lo mas digno de aprecio que nos queda de nuestros antiguos dramáticos así en prosa como en verso, y en todos los géneros que se cultivaron entonces. Las únicas alteraciones que he practicado en ella han sido poner título á algunas piezas que no le tenian, indicar el lugar y las mudanzas de la escena, dividir en actos dos comedias para hacer mas perceptible la regularidad de su fábula, suprimir algunas líneas del diálogo, ó por ser enteramente ocioso lo que en ellas se dice, ó porque la oscuridad del sentido anuncia desde luego que el impresor estropeó por descuido, ó no llegó á entender el original que copiaba. Esto es lo que me ha parecido no solo lícito, sino necesario; pero a esto solo he reducido las alteraciones y las enmiendas. El testo que presento es todo de los autores; no hay ni una sílaba añadida á lo que ellos escribieron. Fácil me hubiera sido hacer una coleccion mas crecida, incluyendo en ella otras piezas de mérito; pero he creído que para desempeñar el fin que me propuse, la que he formado será suficiente (5).

tura, quien, además de su *Floresta de rimas castellanas*, imprimió en Hamburgo, el año de 1832, un *Teatro espanol anterior á Lope de Vega*. — El ilustre académico don Eugenio de Tapia, en un periódico mensual que con el nombre de *Museo literario* empezó á publicar en 1844, nos dió un catálogo, que reproduciremos en su lugar, de los títulos é interlocutores de noventa y cinco piezas dramáticas contenidas en un precioso códice que adquirió nuevamente la biblioteca nacional, á cuyo frente se halla dicho señor. — Finalmente, nuestro amigo don Fermin Gonzalo Moron, en su *Revista de España y del extranjero*, to-

mos iv, v, vi, vii y viii, insertó, dividido en diez y ocho artículos, un *Ensayo histórico filosófico del antiguo teatro espanol*, en que á la par de la gran cuestion social que se propone discutir derrama luz abundante sobre la cuestion literaria.

(5) Hubo indudablemente otras muchas, y algunas se conservan todavía, ya impresas, ya inéditas. Nos abstemos aquí de citar todas las que hasta ahora han llegado a nuestra noticia, esperando poder dar una lista mas completa, cuando llegue su turno al tomo que hemos anunciado en la nota anterior.

# DISCURSO HISTORICO

50333

## LOS ORIGENES DEL TEATRO ESPAÑOL.

---

EL origen de los teatros modernos debe considerarse posterior á la formacion de las lenguas que hoy existen en Europa; si se les quiere atribuir mayor antigüedad, seria confundirlos con el teatro latino. Este acabó cuando las naciones sujetas antes al imperio de Roma y después á los bárbaros, corrompida la lengua latina, formaron dialectos diferentes, variándolos segun la influencia fisica de los climas que habitaban, y segun la que pudieron ejercer en el régimen y propiedad, en la acepcion y pronunciacion de los vocablos, ó en la introduccion de otros nuevos las gentes advenedizas que se mezclaron y confundieron con ellas.

Los visogodos (1), que por espacio de tres siglos dominaron nuestra Peninsula, no nos dejaron otras reliquias de su lenguaje primitivo que algunas palabras, y en tan corto número, que no componen la milésima parte del nuestro, debiendo añadirse á ellas el uso de los articulos, lo indeclinable de los nombres, y alguna otra alteracion gramatical. Ni en códices, ni en monedas, ni en mármoles se halla ningun vestigio gótico: casi todo se habló y todo se escribió en latin.

Este idioma, conservado en las obras estimables de los sabios que florecieron en aquella edad, fué corrompiéndose con mucha rapidez en boca del pueblo, y no es fácil averiguar cómo le hablaba al empezar el siglo vii. Baste decir que si se representaron piezas dramáticas en España durante la dinastia de los visogodos (2), debieron escribirse en el lenguaje que usaba la multitud: mezcla informe del latin que ya se perdia, y del romance que se iba formando.

Conquistada España por los árabes en el siglo viii, y empezada en el mismo su recuperacion, el idioma vulgar fué apartándose cada vez mas de su origen primero, y enriqueciéndose con palabras, frases y modismos arábigos. Las conquistas fueron dilatándole por los paises que los cristianos iban ocupando, y la prosa castellana fué adquiriendo sucesivamente correccion, propiedad y copia de palabras hasta que se halló capaz de vulgarizar en ella las leyes y la historia.

La poesía (3), siguiendo los progresos de la lengua, imitó por aproximacion la medida de los versos latinos, supliendo la falta de cantidad con el uso de los consonantes; y acompañada algunas veces de la música y otras sin ella, sirvió para celebrar las alegrías privadas y públicas, ó para recomendar á la posteridad las virtudes cristianas de los santos, ó las acciones heroicas de los principes y capitanes.

Además de estas composiciones sagradas y profanas, habia otras mas cortas, cantadas al son de instrumentos por los *yoglares* y *yoglaresas* (4), gentes que hacian profesion de la música, del baile y la pantomima graciosa ó ridícula, con lo cual ganaban la vida entreteniéndolo al pueblo. Tambien acudian á las casas particulares y á los palacios, donde ejercian sus habilidades á presencia de los reyes y de su corte. No hay que buscar el principio de esta costumbre, que se pierde en la oscuridad de los siglos. La combinacion de los sonidos agradables, el canto, la risa, la danza, la imitacion de la figura, gesto, voz y acciones características de nuestros semejantes son tan geniales en el hombre, que en todas las edades y en todos los paises habitados se encuentran mas ó menos perfeccionados por el arte.

Han sido inútiles hasta ahora las investigaciones de los eruditos, que se lisonjearon de hallar entre las poesias de los árabes ó de los provenzales el origen de los teatros modernos de Europa, y por consiguiente del nuestro.

Los árabes, asi los que se estendian por el Oriente, Africa, Italia y las islas del Mediterraneo, como los que hicieron á Córdoba capital de su imperio en España, cultivaron con éxito feliz las ciencias naturales, la medicina, las matemáticas y la historia. En la poesia nada hicieron, fuera de los géneros narrativo, descriptivo, amoroso, encomiástico y satirico, desempeñando sus argumentos en poemas cortos, llenos por lo comun de metáforas, traslaciones y enigmas, de acrósticos, laberintos, antítesis, paronomasias y equívocos. Los diálogos sin ac-

ción que se hallan entre sus composiciones poéticas (a) no pertenecen al género dramático (5).

Los provenzales, con un idioma mucho mas pobre sin comparacion que el de los árabes, no instruidos como ellos en el conocimiento de las ciencias, pero dotados de una imaginacion fecunda (no estraviada fuera de los términos justos, no viciada con ornatos pueriles), y movida igualmente por los poderosos estímulos del heroísmo y del amor, cultivaron un género de poesia que les fué peculiar, y perfeccionándose después con el estudio de la antigüedad y el uso de la buena critica, llegó á ser comun á todas las naciones modernas (6). Las ciudades de Tolosa, Aviñon, Aix, Bessieres, Barcelona y Tortosa fueron célebres por el estudio de la gaya sciencia (7), en que se ocuparon sujetos muy ilustres para celebrar amores y victorias, y amenizar las diversiones cortesanas con los frutos del ingenio, de la sensibilidad y la armonia. Estos poetas, que se llamaron trovadores, llegaron á formar colegios y academias; algunos recitaban y cantaban sus propios versos, otros fiaban este encargo á los músicos; pero nada se halla entre las obras que se conservan de ellos que pueda llamarse teatral (b). Las trovas, ditados, villanescas, tensiones, serventesios y otras piezas que se escribieron entonces, no son

(a) Las costumbres de los árabes dificilmente pudieran conciliarse con los espectáculos escénicos. La servidumbre de la mujer esparce en la vida doméstica de aquellos pueblos una monotonía lánguida, que no puede prestarse al movimiento animado que el drama requiere. El amor es entre ellos una pasión muy diferente de la que entre nosotros da lugar á variados afectos y á lances interesantes; y el amor es el elemento del teatro en todas las naciones que lo poseen. El mas honesto galanteo seria para ellos una liviandad insoportable. Por esto los árabes, aun en España, donde sus hábitos adquirieron cierta libertad, no conocieron la comedia, á no ser que demos este nombre á los diálogos en prosa ó verso en que entran mas de dos interlocutores. En la biblioteca del Escorial se conservan dos obras de este género, escritas ambas por moros andaluzes. La una, que está marcada con el número 467, es un diálogo entre un juez y un abogado, que discurren de cosas pertenecientes á su profesion. No se dice quién fuese el autor, aunque por el estilo se infiere que era andaluz. La otra, que tiene el número 497, es un diálogo en que interviene mas de cincuenta personas de diferentes profesiones, los cuales platican alternativamente acerca de los asuntos que les son peculiares, sin que por eso haya á la vez en escena mas que dos de ellos. El autor, llamado Mohammad-ben-Mohammad-ben-Alí, natural de Velez-Málaga, segun Casiri, floreció en el siglo xiv de nuestra era. La circunstancia de estar la primera de esta dos obras dividida en tres partes hizo creer á aquel distinguido orientalista que era una comedia, y como tal la describe en el tomo I, pág. 136 de su *Bibliotheca Arabico-Hispana Escorialensis*; proposicion cuando menos aventurada, supuesto que las dichas partes no tienen relacion alguna entre sí, siendo en todas diferente el asunto y diversos los interlocutores. De todas maneras es un hecho averiguado que entre los árabes son de todo punto desconocidas las representaciones teatrales. (Nota de don Pascual Gayangos.)

(b) Sin embargo de lo que dice aquí el autor, puede muy bien sostenerse sin gran temeridad la opinion contraria, ó por lo menos, alegar razones muy poderosas para dejar en duda si realmente el teatro moderno se introdujo en Castilla por medio de los trovadores provenzales ó lemosines. Estos, segun se dice mas adelante, dieron origen á la poesia vulgar en todas las naciones, inclusa la italiana. La lengua que usaron fué la primogénita del latin, y sus primitivos cantares se extendieron por el levante á Italia, por el norte á Francia, y á España por el occidente. Cultivaron un género de poesia que les fué peculiar, si, mas no por esto dejaron de cultivar otros géneros; y si se prueba que uno de ellos fué el dramático, podrá con suma probabilidad conjeturarse que tambien lo importarian junto con lo demás á los paises donde ejercieron su influencia civilizadora.

Ante todo convenimos con el autor en que no deben cla-

sificarse como dramáticas las composiciones poéticas que se reducen á diálogos sin accion; y por consiguiente nos adherimos al parecer del señor Martinez de la Rosa, el cual (*Apéndice sobre la comedia española, época 1.ª*) no considera como representacion dramática la fiesta celebrada en Barcelona con motivo de la coronacion de Alfonso IV en 1328, de que se habla después; y en apoyo de ello, para evitar toda duda, hemos rectificado en su propio lugar (*Nota 19 del autor.*) el texto del historiador que la refiere.

Pero tampoco creemos con aquel distinguido crítico (*ibidem, época 2.ª*) que la primera composicion dramática española fuese la representacion alegórica, verificada el año de 1414 en Zaragoza por la coronacion del rey don Fernando de Aragon, llamado el Honesto. Indicaciones de fecha anterior nos obligan á pensar de otra manera. En primer lugar debemos espresar aquí nuestro sentir de que aquella composicion se escribió en lemosin y no en castellano. Gonzalo, ó sea Alvar García de Santa María, que es quien nos ha trasmitido el hecho, dice espresamente en su crónica hablando de dicha alegoría, *que torné en palabras castellanas*: luego estaba en otra lengua, y siendo la lemosina ó catalana la dominante en la corte de Aragon, y además la convencional entre los poetas, así como ahora la italiana entre los músicos, es probable que no se escribiría en otra: así opinaron Sismondi y Bouterwek, á quienes sin embargo, contradice el señor Martinez de la Rosa. Blancas en sus *Coronaciones de los reyes de Aragon* copia á Santa María en este pasaje; pero da tambien noticia de otras alegorias representadas en iguales solemnidades anteriores, y especialmente en la elevacion al trono del rey don Martin, en abril del año 1399, antes del advenimiento de la casa de Castilla. Esto bastaria para alejar algunos años mas el principio de las representaciones dramáticas en España, en cuya historia literaria deben comprenderse los reinos diversos que vinieron después á componer y redondear esta monarquía.

Entre los trovadores del siglo xiii y siguientes, en cuyo catálogo figuran nombres de la mas alta nobleza, era muy comun la *tenso* ó *tansó*, especie de escena en la cual dos ó mas interlocutores defendian á su vez en coplas de la misma medida y en rimas parecidas, casi siempre iguales, dictámenes contradictorios sobre diversas cuestiones de moral, de amor ó de caballería, que se sometian al fallo de otro trovador nombrado juez. De esta costumbre no hallamos en Castilla documento anterior á la época de Villasandino, el cual disputó con los mas afamados versificadores de su tiempo, como Micer Francisco Imperial, Manuel de Lando, Ferran Perez de Guzman, Fernandez de Gerena, Fernan Sanchez de Calavera, y otros que se hallan en el cancionero de Baena, y reproduciremos en el tomo correspondiente.

Pero largo tiempo antes los poetas catalanes se dedicaban á este lujeroso ejercicio. Las *tenso*s eran unas ve-

de la clase de poemas activos que pide la escena. Es pues inútil buscar en la poesía de los arabes ni de los provenzales los orígenes del teatro moderno.

Italia fué la primera nación de Europa que después de la dominación de los bárbaros (cuyas últimas dinastías desaparecieron a vista de las armas vencedoras de Carlomagno) empezó a cultivar las letras y renovar las perdidas artes. Muchas circunstancias políticas contribuyeron a su opulencia y su ilustración durante los siglos xi, xii y xiii. Venecia frecuentaba todos los puertos del Mediterráneo, trayendo por Alejandria los frutos de Asia; y desde Istria, Dalmacia y las islas que ocupó en el Archipiélago, amenazaba con sus ejércitos y sus naves a la capital del imperio de Oriente. Pisa, Florencia, Padua, Cremona, Luca, Siena, Génova y otras ciudades apellidaron libertad, y la sostuvieron con varia fortuna, haciéndose florecientes por el comercio con el auxilio de la política y las armas. Bolonia empezó a ser docta; Milan renaciendo de sus ruinas, adquiría el nombre de espléndida; Amalfi se enriquecía con el tráfico y la industria; y Roma, después de algunos siglos en que fué comun la ignorancia, gobernada ya por sabios pontífices, añadía a las donaciones de Pepino y de la condesa Matilde los teso-

res improvisadas, otras preparadas de antemano por varios trovadores, otras en fin por un mismo autor que hacia defender encontrados temas por personajes distintos; y de todo se halla noticia en las relaciones de fiestas, torneos y cortes de amor. Como muestra notable por demas, citaremos la cuestión entre el vizconde de Rocaberti y mossen Jaume March sobre lo *Depertiment del estiu é del vern*, y la sentencia de ella dada por don Pedro el Ceremonioso, que reinó desde el año 1328 al 1336, enal puede verse en el *Diccionario de escritores catalanes* del señor Torres Amat, copiada de un códice del siglo xiv que posee don José Grau. Y en otro códice, magnífico por cierto, del mismo siglo, que se conserva en el archivo de la corona de Aragón con el título de *Lleys de amor*, hay una preciosa *Arte poética*, donde se leen varias reglas para la *tenso*, la cual, dice, es *com tracte ó debat, en lo qual quiscu manté, sosté é rahona son propi sag*, hablándose de esta composición como de un género de poesía muy conocido. No le llamaremos dramático; pero no podra negársenos que de tales coloquios al drama no hay mas que un paso.

Los franceses, que no sin graves fundamentos aspiran a una remota antigüedad en la representación de los *Pasos ó Misterios* de que fueron teatro sus iglesias, encuentran en el país lemosin los primeros vestigios de esta composición dramática. Raynouard, famoso y habilísimo recopilador de las poesías originales de los trovadores, nos copia la parábola dialogada de las *Virgenes prudentes y las virgenes locas*, cuyo manuscrito del siglo xi, según el testimonio de F. Mandet (*Histoire de la langue romane, chap 7*), se halla en la biblioteca real de Paris, procedente de la abadía de San Marcial de Limoges. En ella habla Jesucristo en latín, y las virgenes locas en provenzal, y de las palabras del final se infiere que este drama, no solo se recitaba, sino que se representaba en la iglesia por distintas personas. Precisamente a principios del siglo xii (1112) Ramon Berenguer III adquirió el condado de Provenza por el derecho de su esposa doña Dulcia, heredera de aquel estado, que siguió bajo la dominación de la casa de Barcelona hasta el año 1243, en que pasó a la de Anjou. Todas las historias reconocen unánimemente el celo empleado por aquellos esclarecidos principes españoles para pulir y hermosear el idioma que era comun con leves variedades en sus estensos dominios al uno y al otro lado del Pirineo, hasta formar el romance mas dulce y primoroso que se había conocido; y sin gran recelo de equivocarnos, pudiéramos afirmar de nuestra propia cuenta y riesgo que por entonces se propagaría el drama sagrado en Cataluña, aun cuando documentos irrecusables no viniesen a poner fuera de toda duda su existencia en tiempos inmediatos. Citaremos algunos.

El condeñendo padre maestro La Canal, continuador de la *Espana sagrada* (tomo VI, trat. 88, cap. 2), habla de los misterios representados en la catedral de Gerona, de cuya introducción dice no haber hallado positiva noticia,

al paso que consta su antigüedad por el códice titulado *Consuetud*, que se formó en 1360 para el arreglo del culto y sus ceremonias, y se guarda en el archivo de aquella santa iglesia. En este códice se hace mención, como de costumbre muy antigua, de la representación del martirio de san Esteban en las segundas vísperas de Navidad; en las de san Juan Evangelista se celebraba la farsa llamada del *Obispo*; pero era sumamente escandalosa, y contra ella declamaba, pidiendo su abolición ante el cabildo, Andrés Alfonso en 1475. Había ademas entre otras la de las *Tres Marias*, señalada para el domingo de pascua de Resurrección a la hora de maitines, y la ejecutaban los tres canónigos mas jóvenes, interviniendo además otros personajes, como el adúltero y su mujer, el boticario a quien Magdalena compraba su ungüento, su mujer y su hijo.

Entre los códices salvados del famoso archivo de Ripoll, y existentes ahora en el de la corona de Aragón, el de número 133 contiene entre otras cosas curiosas un fragmento de una obra de ingenio que lleva por título *Mascaron*: es de letra de fines del siglo xiii ó principios del xiv. La continuación y final de este drama se hallan en otro códice del mismo archivo titulado *Miscelanea ascética*, y es de los procedentes del monasterio de san Cugat del Vallés. El argumento se reduce a una demanda entablada con todas las formalidades de derecho por Mascaron, apoderado con poder bastante de los demonios, contra el linaje humano ante el tribunal de Dios. Los personajes que hablan son Dios, madona santa Maria, abogada del género humano y Mascaron, procurador del infierno. El dialogo se halla interrumpido por relaciones y descripciones en boca del poeta, lo cual no sería un obstáculo insuperable para la representación, pues podría recitarlas el coro, ó un cuarto personaje, como se practica ahora en las iglesias cuando se canta la pasión en los oficios de la semana santa.

No eran los templos el único teatro de semejantes espectáculos. El citado padre maestro La Canal refiere que en la procesion del Corpus, fiesta instituida en Gerona por Berenguer de Palaciolo, que murió en 1314, al llegar a la plaza de San Pedro y a la del Vino, los beneficiados de la catedral representaban el sacrificio de Isaac, la venta y sueño del patriarca José y otros asuntos de la Escritura.

En un libro colorado de notas manuscrito ó recopilado, de orden del antiguo magistrado municipal de Barcelona, por Francisco Vilar, secretario de su contaduría, en 1583, que se conserva en el archivo del ayuntamiento, y trata de *algunas cosas assenyaladas succedidas en Barcelona*, libro 1.º, que comprende casi los dos primeros tercios del siglo xv (hasta 1462), el capítulo 106 describe el modo como se feze en lo temps antich la professo del dijous de Corpus. Allí se refiere que después de los gánfalones, de las hachas de la Seo, de la ciudad, gremios y cofradías, cruces y cierta parte del clero, seguían las *representaciones* (de esta manera las llama) así del antiguo como del nuevo Testamento. En la de la creación del mundo había doce ángeles cantando: *Senyor rer Deu*: a esta y otras seguía el

ros que, con ocasion de las novedades introducidas en la disciplina eclesiástica, empezaban á llevarle los negocios de todo el orbe católico. Las cruzadas, llevando al Oriente numerosos ejércitos, contribuian á la prosperidad de la Italia, que suministraba en sus ciudades y sus puertos las armas, las provisiones y los trasportes necesarios á una expedicion malograda y repetida tantas veces. Los mercados y las ferias que se celebraban frecuentemente propagaron la abundancia y el lujo, y con él las fiestas y las diversiones públicas. Solemnizábanse con magnificencia los desposorios de sus príncipes (8), sus paces y coronaciones, en las que se llamaron *Corti bandite*; y todas estas causas, dando estímulos al carácter nacional, produjeron una multitud de juglares, bufones, truhanes, mimos, bailarines, músicos y cantores, que acudían adonde los llamaba la ocasion del interés y del aplauso.

Entonces empezaron á renovarse ( si del todo se habian perdido) (9) las ficciones dramáticas, imitando á la naturaleza en farsas groseras con figuras ridículas, disfraces y acciones que remedaban las costumbres de aquella edad. Los eclesiásticos (10), después de haber intentado muchas veces la abolicion de tales espectáculos, cuya desenvoltura era en extremo perjudicial, conocieron la insuficiencia de las leyes contra la fuerza de la opinion; y continuando la costumbre, establecida en las iglesias catedrales algunos siglos antes, de celebrar con músicas alegres, canciones, bailes y máscaras las fiestas mas solemnes de la religion, determinaron añadirles nuevos atractivos, y dar al pueblo con mas honestidad en el santuario los mismos placeres que disfrutaba en los paseos y plazas públicas.

Lejos de mitigar por este medio el escándalo, le hicieron mas grande. Unieron á la pompa católica las libertades del teatro, y los mismos que predicaban en el púlpito y sacrificaban en el altar, divertian después á los fieles con bufonadas y chocarrerías, depuestas las vestiduras sacerdotales, disfrazándose de rufianes, rameras, matachines y botargas. Entre los pasos á que daban lugar estas figuras, se mezclaban otros alusivos á los misterios de la religion, á la santidad de sus dogmas, á la constancia de sus mártires, á las acciones, vida y pasion de nuestro Redentor: union por cierto irreverente y absurda.

Duró este abuso hasta que Inocencio III prohibió severamente, al empezar el siglo XIII, que interviniesen los clérigos como actores en tales farsas; pero si en Italia, y particularmente en Roma, logró moderarse esta costumbre, ni el mal se extinguió enteramente allí, ni dejó de continuar por algunos siglos en las demás naciones de Europa (11), adonde se habia propagado con mucha rapidez.

De los cuatro reinos cristianos en que se dividia la mayor parte de España en el citado siglo, eran los mas poderosos el de Aragon, que gobernaba don Jaime llamado el Conquistador, príncipe de esclarecida memoria, y el de Castilla, en que reinaba Fernando III, que mereció el nombre de Santo. Los moros que quisieron permanecer en las provincias que uno y otro habian conquistado, profesaban las ciencias físicas y matemáticas, las buenas letras, la agricultura y las artes industriales; los judíos que vivieron bajo la dominacion de aquellos soberanos, sobresalian en el estudio de la medicina, y ejercitaban el comercio, que aumenta las riquezas y las comodidades de las naciones. Los vencidos contribuyeron á suavizar las costumbres de los vencedores. La corte de Alfonso X de Castilla apadrinó y aprovechó en favor

mayoral con su maza y veinte y cuatro diablos que batallaban á pié, con veinte ángeles de espada capitaneados por san Miguel; y entre otras representaciones infinitas habia la anunciacion de la Virgen, en la cual cantaban ángeles; el *entremés* de Belén con los reyes magos á caballo; el *entremés* de santa Eulalia con sus compañeras; el *entremés* de la misma santa con Daciano y doctores, y otros varios que seria largo enumerar. Una observacion curiosa viene en apoyo de la antigüedad de semejante costumbre: los gremios que se citan como concurrentes á la funcion son precisamente los que existian durante el siglo XIII, sin mencionarse ninguno de los instituidos después de aquel siglo.

Posteriormente al advenimiento de don Fernando el de Antequera al trono de Aragon, sobran los ejemplares de fiestas dramáticas en ocasiones solemnes. Así es que encontramos en el mismo libro los festejos con que fué obsequiado su hijo el rey don Alfonso el Magno á su regreso de Nápoles en 8 de diciembre de 1424; representáronse entonces varios entremeses y entre ellos el del Paraíso y el infierno, con la batalla de san Miguel y los ángeles buenos contra Lucifer y sus secuaces; hubo también igualmente en noviembre de 1458 cuando el rey don Juan y su esposa doña Juana juraron en la plaza llamada hoy del Duque de Medinaceli los privilegios y constituciones de Cataluña; en

marzo de 1461, cuando la ciudad celebró la entrada del malogrado don Carlos, príncipe de Viana, recién puesto en libertad, segun refiere tambien Feliu de la Peña en sus anales; en noviembre del mismo año, en la recepcion de don Fernando el Católico entonces príncipe todavia; en 1477, en los desposorios de la hija del rey don Juan con el hijo del rey de Nápoles; en 1481, en la entrada de la reina de Castilla doña Isabel. Entonces, dice el citado códice, á mas de los fuegos artificiales hubo en la puerta de San Antonio una representacion alegórica de santa Eulalia y de ángeles, en la cual habia tres cielos girando el uno contra el otro, con luminaria y diversas imágenes de reyes, profetas y vírgenes, las cuales, supuesto que dichos cielos girasen constantemente, permanecian y mostraban estar en pié: circunstancia notable, pues indica que se tenia ya algun conocimiento del aparato escénico.

Estos hechos, á los cuales pudiéramos todavia añadir otros, prueban que en aquella parte de España, si no encontramos los orígenes de nuestro teatro, hallaremos por lo menos vestigios de mas remota antigüedad, y algun fundamento á la sospecha de que los poetas provenzales debieron influir poderosamente en la introduccion y propagacion del arte dramático en el resto de la Península.

(Nota de don José Sol y Padrís.)

de las ciencias los conocimientos de los sectarios del Talmud y del Alcorán : en ella y en la de su padre el rey san Fernando, y en la de su hijo y sucesor don Sancho, resonaron ya los versos de los trovadores y los cantos de los juglares, y se difundió la inclinación á los estudios útiles y agradables. No estuvo ya ceñido el saber á los monasterios, adonde lo habia retraído en tiempos feroces el estrépido de las armas : se acercó al trono de los príncipes ; y estos y los ricos hombres, y los caballeros que componian la corte, empezaron á gustar de los adornos del entendimiento y de los placeres de la civilización, sin descrédito del valor.

No es posible fijar la época en que pasó de Italia á España el uso de las representaciones sagradas ; pero si se considera que al principio del siglo XIII eran ya intolerables los abusos que se habian introducido en ellas, puede suponerse con mucha probabilidad que ya en el siglo XI se empezarian á conocer en nuestra Península.

Cultivada la lengua patria con felices adelantamientos, hecha ya la poesía estudio de los eclesiásticos, de los caballeros y de los reyes, sonando ya en los templos, en los palacios y en los concursos populares las armonías de la música, y uniéndose á ella muchas veces las habilidades de la pantomima y la saltación, poco era menester para que llegaran á formarse espectáculos dramáticos, que son el resultado de todos estos primores juntos.

Las fiestas eclesiásticas fueron en efecto las que dieron ocasión á nuestros primeros ensayos en el arte escénica : los individuos de los cabildos fueron nuestros primeros actores, el ejemplo de Roma autorizaba este uso, y el objeto religioso que le motivó disipaba toda sospecha de profanación escandalosa. En aquellas farsas se representaban varias acciones tomadas del antiguo y nuevo Testamento, y no pocas tambien de los evangelios apócrifos. La festividad establecida por Urbano IV en honor de la sacrosanta Eucaristía se estendió á toda la cristiandad reinando en Castilla Alfonso X, y esto dió motivo á otras composiciones teatrales, en que empezaron á introducirse figuras fantásticas, mezclándose con repugnante union la alegoría y la historia.

La escasez de documentos no permite dar una idea mas individual de aquel teatro ; pero resumiendo cuanto puede colegirse de los datos que existen relativos á este propósito, parece seguro que el arte dramática empezó en España durante el siglo XI ; que se aplicó exclusivamente á solemnizar las festividades de la Iglesia y los misterios de la religion ; que las piezas se escribian en castellano y en verso ; que se representaban en las catedrales, adornadas con la música de sus coros ; y que los actores eran clérigos, como tambien los poetas que las componian.

Alfonso X, conformándose en parte con lo que Inocencio III habia dispuesto, indicó (12) á los eclesiásticos la clase de piezas en que podian representar lícitamente ; y estas, ya históricas, ya alegóricas, morales ó dogmáticas, continuaron por espacio de algunos siglos, hasta que desterradas del santuario pasaron á los teatros públicos. El mismo Alfonso X (13) declaró infames á los que ejecutaban por dinero las habilidades pantomímicas, las de bailar, cantar y tañer ; y esta pudo ser entre otras la causa principal de que tardase tan largo tiempo en pasar el arte escénica á manos de representantes de oficio, puesto que siendo entonces una diversion puramente sagrada y religiosa, no era posible fiar su desempeño á los que se hallaban declarados infames por la ley.

Sancho IV tenia á su servicio (14) esta clase de gentes, juglares, bufones y *facedores de carnio*, que con cantares y romances, diciendo agudezas, saltando y tocando instrumentos, entretenian privadamente á la familia real.

El breve reinado de aquel monarca, lleno de turbulencias, como el de su hijo Fernando IV, y la menor edad de Alfonso XI, en que se vió Castilla agitada de parcialidades y discordias, fueron épocas no favorables para el progreso de las artes, hijas de la abundancia y la paz, pero no se interrumpieron del todo los estudios filosóficos, la erudición y las buenas letras.

El ilustre don Juan Manuel (15), nieto de Fernando III, fué un distinguido profesor en todas ellas, al paso que sus victorias le acreditaron de excelente caudillo. En sus obras doctrinales y poéticas dejó un testimonio de su estensa literatura y su buen gusto, y en las novelas ó cuentos de que se compone *El conde Lucanor*, la primera coleccion de este género que se vió en España, anterior sin duda al *Decameron* del Boccacio, aunque en el mérito no le compita.

Juan Ruiz (16), arcipreste de Hita, floreció igualmente en el reinado de Alfonso XI, y aunque no escribió ninguna pieza dramática, imitó aquel género en sus composiciones, mezclando en ellas chistes, cuentos, descripciones y diálogos cómicos que le fueron geniales. Este y los demás trovadores de su tiempo usaban ya diferentes combinaciones y medidas de versos (17) con que habia ido enriqueciéndose nuestra poesía, al paso que la música llegó tambien á adquirir el uso de muchos instrumentos (18) tomados de los árabes, de los italianos y franceses.

Entre tanto la corte de los reyes de Aragon disfrutaba con mas segura tranquilidad de las composiciones de sus poetas y de las gracias de sus juglares. En la coronación de Alfonso IV (19), año de 1328, se representaron, cantaron y bailaron por el infante don Pedro (c), conde de Ri-

(c) De la crónica no consta que en la fiesta de la coronación cantase los versos que á este propósito habia com- | puesto : los recitaron y cantaron los juglares que allí se nombran. (Véase la nota 10 del autor.)



agorza, hermano del rey, y por los ricoshombres, acompañados de algunos juglares, varias composiciones poéticas escritas por el mismo infante. De esta noticia se deduce que la propension de los juglares no solo se hallaba ya muy estimada, sino que habia adquirido mayores aumentos, puesto que no solo tañian, cantaban y bailaban, sino que tambien declamaban a sonamientos y diálogos.

Por los años de 1560, reinando en Castilla el rey don Pedro, se empezaron á ver (además de los dramas destinados al uso de las iglesias) algunas otras composiciones teatrales; y existe una que se ha creído de aquel tiempo (20), en que su autor supo reunir el baile, la música instrumental, la declamacion y el canto. El argumento de esta pieza inclina á sospechar que fuese precisamente una de las muchas que se ejecutaban en el templo, y en este caso seria la mas antigua que se conserva de aquella clase.

Don Pedro Gonzalez de Mendoza, que apartándose de la obediencia del rey don Pedro siguió el partido de don Enrique, del cual fué después mayordomo mayor, escribió (21) piezas dramaticas imitando las del teatro latino, y adornándolas con estribillos y canciones pastoriles. Atendida la calidad del autor, puede creerse que compondria tales dramas en obsequio del rey para privado entretenimiento del palacio.

Ya por este tiempo, y en los reinados siguientes de Juan el I y Enrique III, además de la constante lectura de los trovadores provenzales, que era comun en España, adquirieron estimacion entre nosotros (22) los célebres italianos Guido Cavalcanti, Dante Alighieri, Cino de Pistoya, y el principe de sus poetas liricos Francisco Petrarca. Hallaron sus obras en Castilla el aprecio particular, y comparándolas con las de los trovadores antiguos, vieron en estas una elevacion de ingenio, mas oportuna erudicion, mas cultura en la frase poética, y una versificacion mas variada y mas capaz de prestarse á las combinaciones de la armonia. El gusto poético de los árabes y el conocimiento de sus costumbres (que dieron origen á muchas muestras) mantuvieron y perfeccionaron los romances históricos ó amorosos (23), los cuales, sujetos del principio al fin á un solo consonante, se libertaron después de esta enfadosa monotonia, y produjeron el asonante, cadencia peculiar de los españoles. No puede asegurarse de la poesia teatral, que entonces permanecia esclusivamente en manos de los eclesiásticos, adquirió mayor perfeccion á vista de los adelantamientos que se verificaron en el género lírico, puesto que no nos queda pieza ninguna representable de aquel tiempo para juzgar su mérito, ni compararla con otras anteriores.

Al reinado de Enrique III siguió la menor edad de Juan el II, durante la cual su tio y tutor el infante don Fernando acreditó su consumada prudencia en el gobierno, igualmente que su valor y sus conocimientos militares. Sostuvo el trono de Castilla quebrantando el poder de los moros granadinos, y reprimiendo en el palacio las maquinaciones de la ambicion y de la envidia. Sus prendas le hicieron digno de la corona de Aragon, que en competencia de otros principes le adjudicó el voto unánime de nueve electores (entre ellos el insigne orador cristiano san Vicente Ferrer), y en el año 1414 se coronó en Zaragoza con pompa magnífica. Asistió á esta solemnidad no solo la nobleza de aquellos reinos, sino tambien la mayor parte de los grandes de Castilla. Fueron muy singulares las fiestas que se hicieron en tal ocasion; el célebre don Enrique de Aragon, marqués de Villena, compuso (24) una comedia alegórica, que se representó delante del rey, de la reina y de aquella corte brillante (d).

Desde entonces la etiqueta del palacio, los usos cortesanos, los trajes, las diversiones, la lengua, la literatura y la poesia castellana acabaron de naturalizarse en la capital de Aragon, por consiguiente decayeron de su antiguo esplendor el gusto y cultura del idioma lemosino, y que los catalanes y valencianos habian adquirido tan merecida celebridad.

El reinado de Juan el II, que duró cerca de medio siglo, fué muy favorable al progreso de las buenas letras, cultivadas en prosa y verso por autores muy instruidos, dotados de un juicio recto y de una fecunda imaginacion. Entre los muchos de aquel tiempo se distinguió nuestro Enio cordobés Juan de Mena, que no hallando suficiente el idioma patrio para la elevacion de sus conceptos, supo enriquecerle y añadirle sonoridad y robustez, atreviéndose adoptar nuevos modos y palabras latinas, que han permanecido en nuestra diction poética, cuyo uso siempre será laudable, si saben evitarse los extremos inmediatos de la oscuridad la afectacion.

Fueron émulos de su gloria el ya citado marqués de Villena y don Íñigo Lopez de Mendoza, marqués de Santillana, sin otros muchos que seria ocioso referir. El rey hacia versos, los hacia su gran privado don Alvaro de Luna, condestable de Castilla; los mas ilustres personajes de aquella edad eran trovadores (25). En medio de las turbulencias politicas que agitaron el reinado de aquel monarca, los torneos, los pasos honrosos, las justas, banquetes, danzas, músicas y juguetes cómicos alegraban la corte, distraian de sus miserias al pueblo, que ad-

(d) Asistieron á estas fiestas, á mas del marqués de Villena, los mejores ingenios de Castilla, entre otros el célebre don Íñigo Lopez de Mendoza, entonces mozo de 16 años, y después marqués de Santillana, Ferran Manuel de Lando, que presentó al rey la corona enviada por Juan II, y otros.

miraba atónito las galas, la riqueza, el buen gusto, la bizarría y el valor de los que tan mal le gobernaban. Don Alvaro de Luna, buen caballero en el campo y en la tela, temido de sus émulos por su estremo poderio, la constancia de su fortuna y la energía de su carácter, grato á las damas por su gallarda presencia, su donaire natural, su cortesanía y su discrecion, en tanto que reunia en sí toda la autoridad que abandonaba su rey indolente, sabia entretenerle y apartarle de sus obligaciones con espectáculos ingeniosos y magníficos, dignos ya de la cultura de aquellos tiempos.

En el año de 1436 se vieron en Soria el rey don Juan y su hermana la reina de Aragon: hubo grandes fiestas (26), y los juglares y remedadores entretuvieron á la corte con música, bailes y acciones cómicas.

En el de 1440 don Pedro de Velasco, conde de Haro, el marqués de Santillana (27), y don Alonso de Cartagena, obispo de Burgos, fueron á Logroño á recibir y acompañar á la infanta doña Blanca, esposa del principe don Enrique, y á su madre la reina de Navarra. El conde de Haro, entre varias diversiones que dispuso en Briviesca para obsequiar á aquellas señoras, tuvo fiestas de toros, juegos de cañas, danzas y representaciones teatrales (28).

Enrique IV heredó con el reino la incapacidad de gobernarle. Entendia muy bien el latin, gustaba mucho de leer, de tocar el laud y cantar; tenia á su servicio escelentes músicos de instrumento y de voz que asistian á su capilla privada, en donde pasaba mucho tiempo oyendo las horas canónicas. Lo restante de su vida se entretenia en el monte: fué gran cazador, y mientras perseguia las fieras en los bosques del Pardo y de Balsain, los grandes se apoderaban de su autoridad y de sus tesoros, allanaban sus alcázares, se le alzaban con las fortalezas, alborotaban las ciudades y mantenian en todo el reino la anarquia mas espantosa. Si algunas fiestas permitió á la corte el genio melancólico del rey en los primeros años de su administracion, fueron solo algunas danzas en palacio, y algunas justas y ejercicios de caballeria, como los que dió en el camino del Pardo don Beltran de la Cueva. Las habilidades mímicas, que en tiempo de don Juan el II habian sido estimadas, en el de su hijo decayeron considerablemente, y hasta el nombre de juglar se fué olvidando en el lenguaje comun.

La conducta libre de la reina, los escándalos del palacio, la impotencia fisica y moral del rey dieron ocasion al atrevimiento de muchos prelados, grandes y caballeros para declararle desposeido de la corona, eligiendo en su lugar al infante don Alfonso, cuya temprana muerte dejó á su hermana doña Isabel la esperanza y el deseo de reinar. Entre los que solicitaron su mano eligió á don Fernando, principe de Aragon, con el cual se casó sin noticia del rey don Enrique, en el año de 1469. Viniendo don Fernando á Castilla ocultamente para celebrar su desposorio le hospedó en su casa el conde de Ureña, haciendo representar en su obsequio una comedia (e), de la cual se ignoran todavia el autor y el titulo (29).

Los males politicos siguieron aumentándose durante los últimos años de Enrique IV, y una de las consecuencias que produjeron fué la ignorancia que se extendió á todas las clases del estado. Entre el corto número de escritores que florecieron en aquella edad funesta á las letras, se distinguió Rodrigo de Cota, autor de un *Diálogo entre el Amor y un Viejo* (30), pieza representable, escrita con gracia y elegancia; tambien compuso un dialogo pastoril entre *Mingo Revulgo y Gil Arribato*, en que pintó con una alegoria bien sostenida los desórdenes y calamidades de su tiempo.

Los eclesiasticos vivian en la mas crasa ignorancia y en la corrupcion de costumbres mas escandalosa, como se infiere por los decretos del concilio que mandó celebrar en Aranda en el año de 1473 don Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo. Allí se trató de mejorar la disciplina y los estudios del clero español, y entre otras cosas se prohibió (31) á los clérigos de las catedrales y demás iglesias que celebrasen ni permitiesen en las fiestas de Navidad, de San Esteban, San Juan, Santos Inocentes y misas nuevas las diversiones escénicas en que intervenian máscaras, figuras monstruosas, coplas indecentes, bufonadas y otros desórdenes indignos de la majestad del templo, que hasta entonces se habian acostumbrado, permitiendo no obstante que continuasen las representaciones sagradas y honestas que fuesen á propósito para excitar la devocion de los fieles.

El reinado de los Reyes Católicos dió principio á una época mas feliz para la monarquia. La autoridad real, única, vigilante y justa aseguró la paz interior del estado, ya reprimiendo la-

(e) Sobre la realidad de esta representacion hay dudas muy poderosas. La noticia no tiene hasta ahora mas autoridad que la de don Blas de Nasarre en su prólogo á las comedias de Cervantes, donde lo aseguró, no sabemos con qué fundamento, y bien pudo ser una equivocacion de las muchas que padeció este escritor así en hechos como en juicios. Desde luego salta á la vista que por lo menos el autor de aquella composicion no pudo ser Juan de la Encina, que naciera probablemente en aquel mismo año, supuesto que cumplió cincuenta en el de 1519, segun se in-

fiere de lo que dice en su *Tribagia*. Los cronistas coetáneos alguno de los cuales intervino muy activamente en aquella boda cuyas particularidades describe con suma prolijidad, no hacen mencion alguna de una circunstancia que por su novedad debió ser extraordinaria. Y finalmente, es del todo improbable, como observa el citado señor Martinez de la Rosa, el que una ceremonia verdaderamente clandestina, celebrada en ciudad tan populosa como Valladolid, sin el consentimiento y contra la expresa voluntad del rey, fuese acompañada de tan ruidosos regocijos.

violencias de tantos ilustres tiranos que le tenían sacrificado á su ambicion y á sus venganzas, ya reduciendo á moderados limites la libertad del pueblo, que solo es feliz en la obediencia de las leyes. En vano el rey de Portugal quiso apoyar con las armas los dudosos derechos de la infanta doña Juana su sobrina; la suerte de la guerra, que da y quita los imperios, aseguró el cetro á Isabel y Fernando.

El celo de la religion hizo á estos príncipes emprender la conquista del reino de Granada: difícil empeño, que necesitó diez años de fatigas y de combates, hasta que vencida la obstinada resistencia de sus enemigos, acabaron dichosamente en las torres del Alhambra la recuperacion que Pelayo empezó en Cobadonga. Grande y poderosa la nacion bajo su gobierno, dilatados sus dominios, y abierto el paso por el mar á las desconocidas regiones de occidente, empezó á disfrutar los beneficios que traen consigo el estudio de las letras y de las artes, la agricultura, la industria, la navegacion y el comercio.

En este tiempo dándose á conocer Juan de la Encina (32) con sus composiciones dramáticas, mereció la asistencia y el aplauso de la corte, que admiró en aquellas fabulas (aunque demasiadamente sencillas) buen lenguaje, gracia natural y versificacion sonora. Estas privadas diversiones, y otras hechas á su imitacion, pasaron al pueblo, que desde entonces empezó á ver cómicos de oficio dedicados á representar pequeños dramas de tres ó cuatro personajes, desempeñando algunos muchachos los papeles de mujer (f).

Fue contemporáneo de Juan de la Encina el célebre Fernando de Rojas, continuador de la novela dramática intitulada *Celestina* (55), en la cual añadió veinte actos al primero que halló escrito ya por autor no conocido. Juan de la Encina en sus composiciones representables sirvió de ejemplo á los que le siguieron y aventajaron después, cultivando la dramática en verso; y Rojas, aunque no hizo su obra para el teatro, dejó en ella tan escelente diálogo en prosa, que habiéndole imitado muchos, fueron muy pocos los que llegaron á igualarle. Con estos felices ensayos en el género escénico acabó el siglo xv.

La invencion de la imprenta, destinada á fijar y propagar verdades útiles á los hombres, difundia ya por todas partes sus artifices á principios del siglo xvi. Italia, siempre maestra del saber, cultivaba las letras con éxito feliz, buscando los ejemplares de perfeccion en las obras clásicas de la antigüedad, imprimiéndolas, traduciéndolas é imitándolas. La historia, la elocuencia, la poesia, la erudicion y todas las artes del diseño empezaron á florecer en grado eminente. Venecia, Milan, Ferrara, Florencia, Roma y Nápoles eran las capitales mas cultas de Europa en aquella saxon. La plausible ocupacion de los Médicis, y el pontificado de Leon X, renovaron en Italia la edad de Pericles y de Augusto.

A este tiempo nuestros ejércitos acaudillados por el que mereció el nombre de Gran Capitán aseguraban la posesion de Nápoles, y nuestra influencia sobre todos los estados de aquella nacion. En vano el poder de Francia quiso oponerse á la fortuna de nuestras armas; unas victorias eran presagio de otras mayores: la derrota del Garellano y la rendicion de Gaeta anunciaban para después la prision de un rey y el saqueo espantoso de Roma.

La comunicacion con los italianos propagó, mejoró y amenizó nuestros estudios; y como el agreste Lacio se habia ilustrado muchos siglos antes con las artes y literatura de la Grecia venecida, así España supo aprovecharse en igual ocasion de las que halló tan florecientes en los paises que sujetaba á su gobierno.

(f) Esta es la época en que, segun los datos mas probables, debe fijarse la introduccion de las verdaderas representaciones dramáticas en Castilla. Dice Rodrigo Mendez de Silva en su *Catálogo real de España*, año de 1492: «Comenzaron en Castilla las compañías á representar públicamente comedias, por Juan de la Encina, poeta de gran *domaire*, gracia y entretenimiento, festejando con ellas á don Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, y á don Íñigo Lopez de Mendoza, segundo duque del Infantado.» De la coincidencia de esta novedad con otros sucesos públicos de importancia habla Agustín de Rojas en su *Viaje entretenido*, que si bien escribió mas de un siglo después, es autoridad respetable en la materia.

Y donde mas ha subido  
De quilates la comedia,  
Ha sido donde mas tarde  
Se ha alcanzado el uso de ella,  
Que es en nuestra madre España;  
Porque en la dichosa era  
Que aquellos gloriosos reyes,  
Dignos de memoria eterna,  
Don Fernando é Isabel  
(Que ya con los santos reinan),

De echar de España acababan  
Todos los moriscos, que eran  
De aquel reino de Granada,  
Y entonces se daba en ella  
Principio á la inquisicion,  
Se le dió á nuestra comedia.

Juan de la Encina el primero,  
Aquel insigne poeta  
Que tanto bien empezó,  
De quien tenemos tres églogas  
Que él mismo representó,  
Que estas fueron las primeras;  
Y para mas honra suya  
Y de la comedia nuestra,  
En los dias que Colon  
Descubrió la gran riqueza  
De Indias y Nuevo Mundo,  
Y el Gran Capitán empieza  
A sujetar aquel reino  
De Nápoles y su tierra,  
A descubrirse empezó  
El uso de la comedia,  
Porque todos se animasen  
A emprender cosas tan buenas,  
Héroicas y principales  
Viendo que se representan etc.

Tuvo gran parte en esta revolucion el talento creador de Cisneros, ayudado de la instruccion que habia adquirido en sus viajes y de la extraordinaria fortaleza de su carácter, prenda necesaria para ilustrar y gobernar a los hombres. A principios del siglo xvi se erigia bajo sus auspicios la célebre universidad complutense, y en ella y en las demás del reino empezaron a distinguirse muchos profesores en todas facultades, que sobre el conocimiento de las lenguas sabias y de una selecta erudicion, enseñaron ciencias no conocidas en España hasta aquella época, ó mejoraron el método y la doctrina de las que antes se enseñaban mal. A los esfuerzos de aquel gran ministro debieron sus adelantamientos las letras sagradas, la jurisprudencia, la medicina, las humanidades, la historia, las lenguas doctas, la gramática, y la critica, aunque no todos estos estudios pudieron prosperar igualmente, porque no en todos se adquirian iguales recompensas.

Francisco de Villalobos (34), erudito médico y buen prosista, dió á conocer el *Anfitrión* de Plauto con la traduccion que publicó de aquella comedia en el año de 1515.

Bartolomé de Torres Naharro (35), que vivia en Italia por entonces, compuso ocho comedias en que manifestó mucho conocimiento de su lengua, facilidad en la versificacion y talento dramático. Apartandose de la manera tímida de componer que Juan de la Encina habia seguido, dió á sus comedias mayor interés y estension; las dividió en cinco jornadas, aumentó el número de los personajes, y pintó en ellos caracteres y afectos convenientes á la fabula, adelantó el artificio de la composicion, y sujetó algunas de sus piezas a las unidades de accion, lugar y tiempo. Representadas é impresas en Italia pasaron a España, en donde sucesivamente impresas y prohibidas, y vueltas á imprimir (según el influjo de las circunstancias), sirvieron de estudio á los que entonces se aplicaron á cultivar la poesia cómica.

Vasco Diaz Tanco (36) escribió tres tragedias (las primeras que se hicieron en España) tomando sus argumentos de la historia sagrada, las cuales no han llegado á nosotros.

Las graciosas comedias (37) que Cristóbal de Castillejo empezó á componer poco después fueron recibidas con mucho aplauso. Puede considerarse este poeta como el último y acaso el mejor de la antigua lirica española, y en el género cómico el mas digno sucesor de Torres Naharro. Fecunda imaginacion, conocimiento de costumbres, recto juicio, agudeza satírica, espresion clara, versificacion suave, tales prendas hicieron estimables sus fabulas cómicas, al mismo tiempo que las personas honestas las desaprobaban por su falta de moralidad y desenvoltura de sus personajes y situaciones.

En el año de 1527 se celebró en Valladolid con la representacion de algunos autos el bautismo de Felipe II. Estos cortos dramas, representados en las calles y sitios públicos, los desempeñaban los cómicos, que ya en aquel tiempo componian su caudal indistintamente de piezas sagradas y profanas, aplicándolas según la ocasion lo requeria.

Fernán Perez de Oliva (38) tradujo en prosa el *Anfitrión* de Plauto, la *Electra* de Sófocles, y la *Hécuba* de Eurípides. Su talento era mas á propósito para la gravedad de la tragedia que para los chistes y lijereza cómica; y así es que aunque la version que hizo de Plauto es inferior á la de Villalobos, en las dos tragedias elevó la prosa castellana á tanto decoro y robustez, que pudiera haber servido de ejemplar á los que hubiesen querido poner en la escena argumentos heroicos; pero no tuvo imitadores. Estas piezas nunca se representaron, y cuando llegaron á imprimirse, el mal gusto era ya general y dominante en nuestro teatro (g).

Estos fueron los autores mas distinguidos que cultivaron en España la poesia escénica antes del año de 1540 (h); pero no es posible pasar de esta época sin hablar de las causas que empezaron á motivar su corrupcion. Las principales fueron falta de estímulos y recompensa en favor de los que aplicaban su talento á este difícil género; decidida aficion á todo lo maravilloso, efecto inmediato de la comun lectura de los libros caballerescos; espíritu de mal entendida devocion, que profanó los sagrados misterios de la fe, haciéndolos asunto de las representaciones histriónicas; abusos de la autoridad censoria.

(g) A los autores que por aquellos tiempos se dedicaron á traducir los dramas del teatro antiguo, debe añadirse un nombre ilustre, el de Juan Boscan, introductor de las formas italianas en nuestra poesia. Consta de él que tradujo al castellano una tragedia de *Eurípides*, con la singularidad de que lo verificó en verso, cuando los demas sus contemporáneos lo hicieron en prosa. Este trabajo se ha perdido, sin embargo de haber estado para imprimirse, según el privilegio que para ello fué concedido á su viuda el año de 1543.

(h) Entre los autores dramáticos que florecieron á fines del siglo xv y principios del siguiente omite Moratin á Gil Vicente, de quien no hace mencion hasta una época bastante posterior, á saber: en el año 1532, según es de ver en su nota 48, y en los números 49 á 56 del ca-

tálogo. Conviene rectificar este punto, para evitar que seamos acusados de injusticia acia nuestros vecinos los portugueses, que se glorian de aquel ingenio. Gil Vicente era en efecto portugués, aunque escribió tambien en nuestra lengua. Fué contemporáneo de Juan de la Encina, y sobre el año de 1498 era ya conocido en su patria por sus ensayos dramáticos. En 6 de junio de 1502, segunda noche del nacimiento del príncipe don Juan, después rey tercero de su nombre en Portugal, se representó en castellano su auto del Nacimiento, en presencia del rey don Manuel, que murió en 1521, por lo cual no puede negarse la anterioridad de la fecha á este autor, de quien y de sus obras volveremos á hablar en su lugar correspondiente.

Las universidades de España (39), aunque rectificaron y amenizaron sus estudios, no alteraron su organizacion antigua; y en aquellas escuelas generales, en que la juventud debió hallar enseñanza elemental de todas las ciencias, solo se enseñaron la teología, los cánones, la jurisprudencia y la medicina. De estas facultades las tres primeras obtuvieron la preferencia: para ellas se establecieron colegios magníficos, para ellas se guardaron las mas altas dignidades del estado; la última, poco estimada de los que se dedicaban á las otras, existia en razon de la importancia que le ha dado en todos tiempos el miedo de morir; pero el profesor mas ominente en ella no podía aspirar jamás ni al premio ni al honor que obtenian un teólogo, un canonista ó un jurisconsulto. Las demás ciencias se consideraban como auxiliares ó secundarias, y por consiguiente ni el estudio de las lenguas, ni la erudicion histórica, ni la filosofía moral, ni la oratoria, ni la poética, ni la amena literatura obtenian otra recompensa que la de facilitar á sus profesores una cátedra en que poder enseñarlas; y si estas que servian mas inmediatamente á las facultades privilegiadas merecian tan escasos premios, ¿cual seria el que se destinase á las ciencias naturales y exactas? ¿y cuáles podian ser los progresos del teatro? ¿ni quién habia de aplicarse á un estudio tan difícil, tan apartado de las sendas de la fortuna, si desatendido de las clases mas elevadas y menospreciado de los que se llamaban doctos, era solo el vulgo el que debia premiar y aplaudir sus aciertos?

En otra edad habian merecido las rudas producciones de nuestra dramática mas favorable acogimiento; los mas esclarecidos personajes la protegieron y la cultivaron, siendo igualmente estimada en los palacios y en los templos; pero aquella época habia pasado ya. Fernando el Católico, cuyo desabrido carácter habian hecho mas melancólico la vejez y las dolencias, nunca unió las prendas de literato ni estudioso á las que tuvo de buen caballero, de político y prudente rey. Germana de Fox, extranjera á nuestra lengua y nuestras costumbres, no era la protectora que mas convenia para fomentar el teatro. Felipe I y toda su corte, venidos de Flandes para introducir en el palacio desconocidas etiquetas y ceremonias, hecho esto, no hicieron mas; ni la temprana muerte de aquel soberano permitió otra cosa. Carlos V viajando (40) y guerreado mientras reinó, flamenco, y rodeado de flamencos que se disputaron con escandalosa codicia las dignidades y los tesoros de la nacion, ni contribuyó al esplendor de nuestro teatro, ni supo conocerle: su corte ambulante y guerrera imitaba las inclinaciones del monarca. Los tumultos y discordia civil que alteraron las provincias en los primeros años de su gobierno fueron incidentes poco favorables á los progresos de la escena española.

Los libros de caballerías, que empezaron á conocerse en Europa acia el siglo xi, se entendieron por toda ella, y entretuvieron el ocio de los que gustaban de leer; apasionados de todo lo grande y extraordinario, suplieron con ellos el abandono de la historia. En España imitando lo que se habia escrito fuera de ella, se compuso el libro de *Amadís de Gaula*, acaso acia la mitad del siglo xiv, y después de él otros del mismo género, aunque menos ingeniosos, no por eso menos desatinados. Su crecido volumen, el coste escensivo de las copias manuscritas (41), y por consiguiente la escasez de sus ejemplares mantuvieron escondida esta perjudicial erudicion en las bibliotecas privadas de los reyes y de los grandes señores, y no pasaron á manos del pueblo, ni pudo hacerse general su lectura hasta que la imprenta, economizando el tiempo y el coste, halló el secreto de multiplicar prodigiosamente los escritos en copias idénticas. La primera obra de esta clase que se imprimió en España (42) fué la citada historia de *Amadís*, como la mas célebre de todas ellas entre nosotros, y antes de acabarse el siglo xv era ya la comun lectura del pueblo.

En el siguiente se dieron muchos á imitar aquel género de ficcion y aquel estilo, y como apartándose de la verdad de la naturaleza, encuentra la fantasía espacios inmensos en que perderse, fué tal la abundancia de libros caballerescos publicados en aquella centuria (42), que ellos solos compondrian hoy una numerosa biblioteca, si la pluma del mas escelente de nuestros novelistas no hubiera acelerado su estermínio, dejándonos solo la memoria de que existieron. Ellos depravaron el gusto de la multitud, presentándole ficciones brillantes y maravillosas, otro orden físico y moral diferente de todo lo que existe, otro universo y otros hombres. Hacinaron prodigios para exaltar la fantasía, enredaron las fábulas con artificiosa complicacion de incidentes para sostener en movimiento la curiosidad, y pintaron afectos heroicos ó tiernos

(41) Para hablar con toda exactitud debe decirse la primera que se imprimió en lengua castellana; y es la que publicó Garci Ordoñez de Montalvo, regidor de Medina del Campo, ignoramos en qué año, pero positivamente muy poco después de la toma de Granada, ocurrida á principios de 1492. Con anterioridad, en 1490, se habia impreso la *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*; pero fué en lengua lemosina, y de esta edicion existe el único ejemplar conocido en la biblioteca de la Sapienza

en Roma. Otra edicion se hizo en Barcelona el año de 1497. (Mendez, *Tipografía española*, pag. 72 y 115.) En la misma equivocacion incurrió Cervantes en el capítulo vi de la primera parte del *Don Quixote*; pero la rectificó don Diego Clemencin en sus comentarios al mismo. Del origen del *Amadís* y libros de caballería, trataremos mas extensamente en el tomo que destinamos á esta clase de obras.

para interesar el corazón. Damas hermosísimas, príncipes, reyes y emperadores; ausencias, celos, placeres de amor, torneos, divisas, conquistas, empresas temerarias, fatigas sobrehumanas, torres de bronce, palacios de cristal, lagos hirvientes, desiertos horribos, islas nadantes, carros aéreos, hechiceros, hadas, genios, monstruos, enanos, gigantes, dragones, hipógrifos; todo esto fué materia de aquellos libros que llamaron historias. ¿Como el pueblo acostumbrado a ellas sabría contentarse en el teatro con una ficción verosímil, imitada de la vida doméstica, animada con la espresion de los caracteres y afectos comunes, complicada por medios naturales, desenlazada con imprevista y facil solución, y toda ella ingeniosamente dispuesta para enseñar al auditorio verdades útiles, inspirándole horror al vicio y amor a la virtud? Ni el arte se hallaba tan adelantado que pudieran esperarse muchas obras dramáticas con estos requisitos, ni el concurso que habia de oírlas (acostumbrado en los libros caballerescos a invenciones mas seductoras) era ya capaz de percibir y estimar el mérito de una pieza teatral bien escrita. Asi fué que apenas se empezó a cultivar la poesia escénica, los mismos que la adelantaron contribuyeron a corromperla, mezclando en sus composiciones personajes e incidentes exagerados, fantásticos, imposibles; y este error propagado de unos en otros, y alentado por el aplauso que recibia, inutilizó en adelante las prendas del ingenio, y atropello los buenos principios de la ficción dramática, cuyo objeto es la imitación de lo que existe, de lo que ha existido, de lo que puede existir entre los hombres.

A las maravillas del género romanesco se añadieron las que son inherentes a la religion; y como sus misterios iban desterrándose de los espectáculos que el pueblo acostumbraba a ver en las iglesias, fácilmente pasaron a los tablados públicos, y abrieron nueva senda a los poetas para escitar la admiración con dramas sagrados, en que la creencia comun hacia verosímiles los prodigios, y el total abandono del arte aseguraba los aplausos. De aquí resultó la multitud de comedias de santos y de autos sacramentales ó natalicios (43), que por tanto tiempo alimentaron la equivoca devoción del vulgo, haciendo cada vez mas difícil la reforma de nuestro teatro.

La poesia lirica, no sujeta a la censura de la plebe, libre en sus argumentos, hija de la fantasía, intérprete de los propios afectos, émula de los mas calificados originales, llegó en la pluma de Garcilaso y de los que le siguieron a un alto punto de belleza, que desde el *Dulce lamentar* de Salicio y Nemoroso hasta las *Santas ceremonias pias* de Lupercio, la profecía del Tajo de Luis de Leon, y la victoria de Lepanto celebrada por Hernando de Herrera, produjo admirables obras; pero tanto distan entre sí los géneros poéticos, que lo que en uno es perfección, es desacierto en otro. El uso de la pompa épica y de los raptos y armonia lirica mal aplicados a las ficciones del teatro contribuyeron a descaminar el gusto. La destemplada imaginación de los que pusieron en la escena argumentos y personajes ni históricos ni posibles mezcló todos los estilos, y adoptó locuciones tan distantes de la verdad, que la tragedia y la comedia, a fuerza de peregrinos adornos, perdieron aquella decorosa sencillez que debe caracterizarlas.

Las nuevas doctrinas que separaron de la comunión católica una gran parte de Europa, y el recelo de que su introducción produjese iguales males y escandalos en España, dieron ocasion a precauciones extraordinarias, que quizá no se hubieran tomado sin esta causa, imponiendo restricciones a los ingenios y a la libertad de imprimir, y conteniendo en estrechos limites las artes de la imaginación, a quienes tal estado no era ciertamente favorable. La autoridad sacrificó lo útil a lo necesario, y contuvo los vuelos de la ilustración en obsequio de la paz y tranquilidad del reino (j). Pero no fué de tal modo que se sofocasen enteramente los esfuerzos y lozanía de los talentos españoles; y hoy en dia admiramos las producciones de los que siguiendo la sublime inspiración de las musas, ilustraron en aquella época nuestras letras, y dejaron modelos que la edad presente procura, y no siempre consigue imitar.

En el año de 1548 se celebró en Valladolid, ausente el emperador Carlos V, el casamiento de la infanta doña Maria su hija con el archiduque Maximiliano. Para festejar a la corte se representó en palacio una comedia adornada con suntuoso aparato y decoraciones, a imitación de las que se hacian entonces en Roma. Ningun ingenio español mereció emplear su pluma en obsequio de aquellos príncipes; la comedia se representó en italiano (k), como la habia escrito muchos años antes su autor Ludovico Ariosto (44).

(j) Obsérvese en este pasaje la circunspección con que se espresaba Moratin sobre la censura, y recuérdese lo que dijo en el prólogo sobre la influencia de la política y las costumbres en las producciones literarias, y sobre las restricciones que imponen a un autor el respeto a la autoridad y las demás circunstancias del tiempo en que se escribe. No es facil fijar la época en que se estamparía el presente pasaje en una obra, fruto de largos años; pero no se olvide que salió a luz bajo el reinado del último monarca, cuando se concedia muy poco ensanche al pensamiento. Las trabas puestas por el gobierno y la inquisi-

ción produjeron sin necesidad efectos mas dañosos que los apuntados por el autor. La censura era solo indulgente con las ideas desenvueltas relativamente a la moral y el público decoro; y bajo la aprobación y elogios de gravísimos examinadores se imprimian libros, a que el hombre mas cuico no daría su nombre en nuestros tiempos. En esta parte, un rubor discreto que ha echado hondas raíces en la opinion, suple con conocida ventaja el único fin útil que pudiera proponerse la antigua censura.

(k) Años después, cuando ya el teatro español poseia un regular repertorio, el pueblo se aficionó gradualmente a

La prosa familiar aplicada al teatro no habia tenido hasta aquella época escritores que la cultivasen, y este mérito le reservó la naturaleza precisamente en favor del que parecia menos dispuesto á conseguirle. Un sevillano, hombre del pueblo, sin maestros, sin estudios, aplicado á ganar la vida en un ejercicio mecánico, hizo en la escena española una innovacion plausible, y abrió á los autores dramaticos un nuevo camino que no acertaron á seguir. Tal fué Lope de Rueda (45), que antes de la mitad del siglo xvi apareció en los teatros de su patria como ingenioso autor y gracioso representante.

La *Celestina* y las demas novelas en prosa que se hicieron á su imitacion tenian dos defectos, que en la escena son intolerables: erudicion afectada y pedantesca, y largos discursos de inoportunas doctrinas, prescindiendo de la excesiva duracion de aquellas fabulas, que no se hicieron para ser representadas, sino meramente leidas. Rueda, estudiándolas con prudente discernimiento, conoció sus defectos, imitó sus primores, y acomodándose á la impaciencia del publico (que habia de oírle en una plaza, en un corral ó un almacén, de pié, apretado, y sujeto á continua distraccion), escribió pequeños dramas de tres ó cuatro personas, con una accion muy sencilla, caracteres naturales, lenguaje castizo, diálogo chistoso y popular. Compuso ademas algunas piezas de mayor estension con mas interés y artificio, mezclando en ellas episodios poco necesarios, que representaba separadamente cuando le convenia; pero en estas piezas, queriendo imitar el gusto que reinaba entonces en Italia, se apartó algunas veces de aquella inapreciable sencillez que caracterizaba su talento dramático. Todavía fué mas estimable en los ingeniosos coloquios pastoriles que escribió en verso y se imprimieron después de su muerte; pero esta edicion es absolutamente desconocida, y solo nos ha quedado uno entero y un fragmento de otro. Por estas obras mereció el nombre de padre del teatro español; y en ellas mismas, y en el testimonio unánime de los hombres doctos que se las vieron representar, se hallará la razon que tuvo su patria para colmarle de elogios, y recomendar á la posteridad su memoria.

El valenciano Juan de Timoneda (46), contemporáneo suyo, su amigo y editor de sus obras, le imitó en algunas piezas cómicas que compuso en prosa, no desnudas de mérito, por la facilidad de la diccion, la rapidez del diálogo y la regularidad de la fábula. Las que hizo en verso no merecen el mismo elogio, pues además de que la versificacion de Timoneda es trabajosa y desaliñada, queriendo darles novedad, se valió para conseguirlo (aunque no en todas ellas) de incidentes imposibles y personajes maravillosos, que no existiendo en la naturaleza, no son á propósito para el teatro. Hasta en esto quiso imitar á Lope de Rueda; que los descuidos de un hombre célebre producen por lo común resultados muy infelices.

Alonso de la Vega (47), representante y autor de compañía, escribió algunas comedias en prosa, que en su tiempo tuvieron mucha aceptacion; pero la buena critica halla tantos defectos en las tres que han llegado á nosotros, ya por la composicion de la fábula, ya por los caracteres y el estilo, que no justifican el aplauso que sus contemporáneos le dieron.

A competencia de estos componian otros muchos, de los cuales se conservan algunas obras, ó la noticia de ellas. Las compañías cómicas (48) vagaban por todas las provincias entreteniéndolo al pueblo con sus comedias, tragedias, tragicomedias, églogas, coloquios, diálogos, pasos, representaciones, autos, farsas y entremeses; que todas estas denominaciones tenian las piezas dramaticas que se escribieron entonces.

La propiedad (49) y decencia de los trajes, la decoracion y aparato escénico se hallaban todavía en un atraso miserable; porque como no habia en ninguna villa ni ciudad teatro permanente, y los actores se detenian muy poco en cada una de ellas (no permitiéndoles mayor dilacion el escaso caudal de piezas que llevaban), no era posible conducir por los caminos ni decoraciones, ni máquinas, ni utensilios de escena, ni la pobre ganancia que les resultaba de su ejercicio les permitia mayores dispendios.

Duraban todavía los abusos que el concilio de Aranda habia querido extinguir. Seguia celebrándose en el templo la fiesta ridícula de los Inocentes, y los dramas sagrados cuyo uso habia tolerado aquel concilio distaban mucho de la honesta y religiosa compostura que habia exigido en ellos. Fué pues preciso que el concilio toledano celebrado en los años de 1565 y 1566 tomase otra vez en consideracion este punto, prohibiendo de nuevo el grotesco regocijo de los Inocentes (50), previniendo que no se interrumpiesen los oficios divinos con ningun género de diversion; que las representaciones no se hiciesen dentro de la iglesia, y que los obispos mandasen examinar previamente las piezas de asunto sagrado que se diesen al pueblo, repitiendo la prohibicion á los clérigos de vestirse de máscara, ni representar en los citados espectáculos. En las demás diócesis de España se repitieron sucesivamente iguales providencias, y todo fué menester para desterrar del santuario desórdenes tan escandalosos, y sujetar

las representaciones italianas que trajo á España con su compañía un famoso mimico llamado Alberto Ganasa en 1574, y salió tan bien de su primera escursion, que posteriormente la repitió. Así como ahora el placer de la música suple el conocimiento del idioma, suplia entonces la

viveza de la gesticulacion en que eran estremados aquellos actores. Las entradas que dieron tales funciones, cuyas cuentas todavía se conservan, atestiguan la aceptacion que merecieron. Ganasa volvió á su patria rico, suerte que no se cuenta de ningun representante español de aquellos tiempos.



a sus ministros á no ser histriones, ni envilecer á vista del público la dignidad de su carácter.

Quedaron pues reducidas las antiguas acciones dramáticas de las iglesias á unos breves diálogos mezclados con canciones y danzas honestas, que desempeñaban los sacristanes, mozos de coro, cantores y acólitos en la fiesta de Navidad, precediendo á su ejecucion la censura del vicario eclesiástico. Ya no intervenian patriarcas, profetas, apóstoles, confesores ni mártires, sino ángeles y pastores : figuras mas acomodadas á la edad, al semblante, á la voz y estatura de los niños y jóvenes que habian de hacerlas. De aquí tuvieron origen las piezas cantadas que hoy duran con el nombre de villancicos (51), los cuales mas artificiosos entonces que ahora, se componian de representacion, canto, danza, accion muda, trajes, aparato y música instrumental.

Los dramas sagrados, históricos, alegóricos ó morales, que por tantos años habian sido ejercicio peculiar de los sacerdotes, desaparecieron enteramente. Nada se habia impreso : los cabildos conservaban los manuscritos de estas obras como propiedad suya, y así les fué tan fácil destruirlas todas. El mismo celo religioso que las fomentó, acabó con ellas después ; y aunque efectivamente ganó mucho en esto el decoro del templo y de sus ministros, la historia literaria se resiente de su pérdida (m).

Esta prohibicion dió nuevo impulso á los teatros públicos, en los cuales se vieron desde entonces con mayor frecuencia composiciones sagradas que atraian á la multitud ; el número de los autores dramáticos se fué aumentando, como igualmente el de las compañías cómicas. La emulacion de los actores, su interés y el deseo de ser aplaudidos les hizo adelantar en su arte, y nada omitieron para añadir á sus espectáculos el aparato y brillantez de que tanta necesidad tenian.

Un cómico natural de Toledo, llamado Navarro (52), autor de compañía, inventó los teatros por los años de 1570, que es decir, introdujo en ellos decoraciones pintadas y movibles, segun el argumento lo requeria ; mudó el sitio de la música, aumentó los trajes, hizo varias alteraciones en las figuras de la comedia, puso en movimiento las maquinas, imitó las tempestades, y animó sus fábulas con el aparato estrepitoso de combates y ejércitos.

Ya se intiere de aquí que la dramática española iba apartándose de aquella sencillez que la habia hecho estimable en las mejores composiciones de los autores precedentes. Vanos fueron los esfuerzos del docto anónimo (53) que en el año de 1535 publicó en Amberes una buena traduccion de dos comedias de Plauto. El benemérito humanista Pedro Simon Abril (54) dió á conocer á sus compatriotas en los años de 1570 y 1577 el *Pluto* de Aristófanes, la *Medea* de Eurípides y las comedias de Terencio en lengua vulgar ; nada de esto sirvió de ejemplo á los que escribian para el teatro. Jerónimo Bermudez (55), en el mismo año de 1577, presentó en su tragedia de *Nise lastimosa* una accion interesante, patética, llena de situaciones verosímiles y afectuosas, espresadas con grave y decoroso estilo. Las tragedias en prosa de Fernan Perez de Oliva, publicadas ya por Ambrosio de Morales, se leian con estimacion de los doctos, pero ninguno cuidó de imitarlas.

Otros literatos escribieron en la misma época comedias y tragedias latinas con apreciable regularidad : obras de mera erudicion, que no pudieron influir en los adelantamientos del teatro. Don Luis Zapata tradujo y publicó el *Arte poética* de Horacio ; Juan Perez de Castro la de Aristóteles. Alonso Lopez, llamado el Pinciano, dió á luz poco después una difusa y juiciosa poética, en que reunió con buen gusto y eleccion los preceptos de la dramática ; todo fué inútil, la depravacion de la escena española era ya inevitable.

El sevillano Juan de Malara (56) fué uno de los que mas contribuyeron á ella, escribiendo dramas desarreglados en que aplaudió el público muchas veces la diction fácil y sonora con que supo hermohear los estravios de su brillante imaginacion.

Juan de la Cueva (57), su compatriota, afluente versificador, que cultivando todos los géneros de la poesía para no ser perfecto en ninguno, siguió las huellas de Malara, empezó desde el año de 1579 á dar al público sus comedias y tragedias, oidas primero con general con-

(m) Tal vez á este género pertenecen algunas, cuando menos, de las contenidas en el códice de la Biblioteca nacional, de que hemos hablado en la nota 5 del Prólogo, y cuya descripcion nos da sucintamente don Eugenio de Tapia al frente de las dos muestras que publicó. — « Los dramas (dice) de esta rarísima coleccion forman un volumen en folio de 468 fojas numeradas con tinta encarnada ; está muy bien escrito todo él, y la letra es del siglo xvi. Todas las composiciones son anónimas, y no hay una sola nota ó advertencia por donde pueda rastrearse quién fuese el compilador y quiénes los autores de tan distintas piezas ; el códice esta fulto de las ocho primeras hojas, y acaso en alguna de ellas se daría razon de uno y otro. Las mas de las composiciones llevan el nombre de autos,

» otras el de farsas, y dos ó tres se titulan coloquios, y » tambien hay un entremés titulado de *las Esteras*. Es de » presumir que todas ó la mayor parte se hubiesen representado, segun las loas ó introducciones que preceden, » y la licencia que para representarse consta al pié de una » de ellas. Muchas parecen, por su estilo y sencillez, del » primer tercio del siglo xvi, otras son indudablemente » posteriores. Todas son de corta estension, y tienen poco » artificio dramático ; distinguense no obstante muchas por » la naturalidad del dialogo, la facilidad de la versificación, » y á veces por su gracia cómica, aunque todos sus asuntos son tomados del antiguo ó nuevo Testamento, ó de » alguna leyenda mística. » — Este códice será objeto de » nuestro estudio particular en su tiempo oportuno.



tanto en Sevilla, y repetidas después en todas las ciudades del reino, sirviendo de modelos ó de disculpa á los que con menos talento se propusieron imitarle.

Entonces se vieron ya confundidos los géneros cómico y trágico en los argumentos de la fábula, en los personajes, en las pasiones y en el estilo. Se adoptaron todas las combinaciones líricas, épicas y elegíacas, olvidándose de la unidad y conveniencia imitativa que pide la expresión de los afectos y caracteres en el teatro. Empezó á desatenderse como cosa de poca estima la prosa dramática, que en ambos géneros habia llegado tan cerca de la perfección, merced al estudio de algunos beneméritos autores. Las comedias eran ya novelas en verso, compuestas de patrañas inverosímiles é inconexas; las tragedias un enredo confuso, que se desataba á fuerza de atrocidades repugnantes y feroces, ó una serie de situaciones faltas de unidad y artificio, copiadas de la historia, sin que el autor pusiera otra cosa de su parte que el diálogo y los versos.

Así halló el teatro Miguel de Cervantes (58), el cual, bien lejos de contribuir á mejorarle, como pudiera haberlo hecho, solo atendió á buscar en él los socorros que necesitaba su habitual pobreza, escribiendo como los demás, y olvidando lo que sabia para acomodarse al gusto del vulgo y merecer su aplauso.

Esta escuela, si tal debe llamarse, siguieron después Cetina, Virués (59), Guevara, Lupericio de Argensola (60), Artieda (61), Saldaña, Cozar, Fuentes, Ortiz, Berrio, Loyola, Mejía, Vega, Cisneros (62), Morales, y un número infinito de poetas de menor celebridad, que florecieron en Castilla, Andalucía y Valencia (n).

Hecho ya el teatro necesidad del pueblo, y multiplicándose por todas partes las compañías cómicas, llegaron á establecerse en la corte, ocupando los dos corrales (63) de la Cruz y el Principe, construido el primero en el año de 1579, y el segundo en el de 1582.

En ellos empezaron á oírse con admiración los fáciles versos del joven Lope de Vega, aquel hombre extraordinario á quien la naturaleza dotó de imaginación tan fecunda, de tan afluente vena poética, que en ninguna otra edad le ha producido semejante. Nada estimaba el público en los teatros si no era de Lope; los demás poetas vieron que el único medio de adquirir aplausos era imitarle, y por consiguiente abandonaron el estudio de los buenos dramáticos de la antigüedad, las doctrinas de los mejores críticos, y aquellos preceptos mas obvios que dicta por sí solo el entendimiento sin necesidad del ejemplo ni de la lectura.

Al acabarse el siglo xvi (64), no cumplidos los cuarenta años de su edad, ya habia dado Lope á los teatros mas de cuatrocientas comedias, improvisadas, ya se entiende, como todas las que hizo después, como todas las demás obras que salieron de su pluma en prosa y en verso; pero si es admirable la fecundidad de su fantasía, que nunca supo sujetar á los preceptos del arte, no es menos de maravillar que improvisando siempre, muchas veces acertó. Los que prescindiendo de las infinitas bellezas que se hallan esparcidas en sus composiciones dramáticas, gustan solo de acriminar sus defectos, no les faltará materia abundantísima para la censura; pero si esta la estienden hasta el punto de culpar á Lope como corruptor de la escena española (65), no hallarán las pruebas que se necesitan para apoyar una acusación tan injusta.

Lope no destruyó el buen gusto del teatro, que ya estaba enteramente perdido cuando él empezó á escribir. Si algun cargo puede hacersele, será solo el de no haber intentado corregirle; y en efecto, mucho podia esperarse de un talento como el suyo, de su exquisita sensibilidad, de su ardiente imaginación, de su natural afluencia, su oído armónico, su cultura y propiedad en el idioma, su erudición y lectura inmensa de autores antiguos y modernos, su conocimiento práctico de caracteres y costumbres nacionales. Si con estas prendas no aspiró á la gloria que adquirieron en Francia algunos años después Corneille y Moliere, esta es la sola culpa de que se le puede acusar.

El teatro español que, como ya se ha dicho, empezó en el templo, sujetaba á la ficción escénica los misterios de la religión. En el templo, y después en las plazas y corrales, se oyó la voz de Dios, la de Cristo, la de su divina Madre, la de los apóstoles y mártires; los ángeles, los diablos, los vicios y las virtudes eran figuras comunes en aquellos dramas. Esto no lo inventó Lope, ya lo halló establecido en los teatros de su nación. Si enredó sus fábulas con inverosímil artificio, huyendo el orden natural en que se suceden unos á otros los acaecimientos de la vida, si mezcló en ellas altos y humildes personajes, acciones heroicas y plebeyas, si pasó los términos del lugar y el tiempo, si faltó á la historia y á los usos característicos de las naciones; los poetas que le habian precedido le dieron ejemplo. Si puso en el teatro lo que solo cabe en las descripciones de la epopeya, lo que solo se permite á los movimientos líricos, si aduló la ignorancia vulgar pintando como posibles las apariciones, los pactos, los hechizos y todos los delirios que una vana credulidad autoriza; otros antes que él habian hecho lo mismo. Si se atrevió á mezclar entre sus figuras las deidades gentílicas, cuya existencia es

(\*) Si nos propusiéramos citar nombres de ingenios que escribieron para el teatro en la época que medió entre Juan de la Cueva y la aparición de Lope de Vega, resul-

taria una lista muy estensa. Pero limitándonos á los de mayor nombradía, no podemos omitir al canónigo Tárrega, y á Gaspar Aguilar, secretario del duque de Gandía.

tan absurda que destruye toda verosimilitud teatral; nada hizo de nuevo, repitió solamente lo que halló practicado ya, lo que el pueblo había visto y aplaudido por espacio de muchos años. No corrompió el teatro; se allanó á escribir segun el gusto que dominaba entonces; no trató de enseñar al vulgo, ni de rectificar sus ideas, sino de agradarle para vender con estimacion lo que componia, y aspiró á conciliar por este medio (poco plausible) las lisonjas de su amor propio con los aumentos de su fortuna.

El exámen de sus obras dramáticas y las que escribieron imitándole sus contemporáneos, las innovaciones que introdujo Calderon dando á la fábula mayor artificio, los defectos, las bellezas de nuestro teatro y su influencia en los demás de Europa durante todo el siglo xvii, su decadencia en el siguiente, los esfuerzos que se hicieron para su reforma, el estado en que hoy se halla y los medios de mejorarle, darán materia á quien con mayores luces y menos próximo al sepulcro se proponga continuar ilustrando esta parte de nuestra literatura, que tanto puede influir en los progresos del entendimiento, y en la correccion y decoro de las costumbres privadas y públicas.

# ORIGENES DEL TEATRO ESPAÑOL.

## NOTAS DEL AUTOR.

### (1) *Los visigodos.*

Al empezar el siglo v ocuparon los visigodos una parte de España, y en los sucesivos (vencidas otras naciones bárbaras) la dominaron toda. Cuando entraron en ella hablaban con mas ó menos propiedad la lengua latina, puesto que habia ya mas de medio siglo que atravesando el Danubio se habian establecido en varias provincias del imperio, primero en calidad de refugiados, después como aliados, y por último como enemigos y conquistadores. La mayor parte de la nobleza gótica habia recibido su educacion entre los romanos. Así es que cuando llegaron á internarse en España, su lengua y sus costumbres eran las mismas que tenian los pueblos vencidos.

Los autores españoles que florecieron durante la monarquía gótica pertenecen esclusivamente á la baja latinidad. Justiniano, Elpidio, Justo, Nebridio, Agripio, Luciano, Severo, Eutropio, Leandro, Juan Biclarense, Fulgencio, Máximo, Isidoro, Balgasano, Sisebuto, Artuago, Paulo Emeritense, Brulio, los dos Eugenios, Fructuoso, Ildefonso, Orencio, Tajon, Juliano, Valerio: todos escribieron en latin.

Como los doctos y el vulgo tenian un mismo idioma, con la sola diferencia de que los unos le cultivaban en sus escritos con la pureza que les era dable, en tanto que la multitud le iba corrompiendo cada vez mas, no es de admirar que no se conserve ni un solo documento de la lengua gótica. Ha sido estudio particular de algunos eruditos reunir los vocablos que nos quedan de ella, y no hay mas que añadir á sus investigaciones.

Pudieran acumularse citas sin número en apoyo de cuanto se acaba de decir. Don Tomás Sanchez redujo á estas pocas líneas una asercion tan autorizada y tan evidente: «Cuando entraron en España los godos y demás naciones del norte, era vulgar y casi universal en todo nuestro continente la lengua latina introducida por los romanos. Pero como los godos que le dominaron después no aspiraron á introducir la suya, se conformaron con la de los romanos vencidos, introduciendo en la latina muchos vocablos de la gótica, dejando indeclinables los nombres, porque lo eran en su idioma. Este fué el principio de la corrupcion de la lengua latina en España, y el origen del romance que ahora usamos.»

Solo el deseo de opinar al revés de cuanto han dicho los demás pudo determinar al traductor del Blair á decir que «la lengua castellana es de origen godo; admitió con el tiempo vocablos latinos.» Debe leerse precisamente lo contrario. «La lengua castellana es de origen latino; admitió con el tiempo vocablos godos.»

### (2) *Durante la dinastía de los visigodos.*

Las naciones bárbaras del norte que invadieron á Europa disfrutaron en España, como en todas las demás provincias del imperio romano, de los espectáculos del anfiteatro, del circo y de la escena, que hallaron establecidos; y además de los teatros de madera que se construian en ocasiones particulares, existian usuales todavia los que habia de piedra en las principales ciudades de nuestra Península: tales eran los de Sagunto, Acinipo, Carteya, Emérita Augusta, y otros que yacen hoy desconocidos en sus ruinas.

Desde el siglo iv, en que el concilio iliberitano hizo

menção de los aurigas, pantomimos y cómicos, hasta el vii, en que todavia existian, se advierte la continuación de los espectáculos que los godos adoptaron y sostuvieron. San Isidoro en sus *Orígenes*, lib. 18, cap. 41 y 59, exhorta á los cristianos á que se abstengan de las fiestas del circo, del anfiteatro y de la escena: lugares que segun lo espresa aquel santo doctor infectaba todavia la supersticion gentílica, y ofrecian á los ojos pompas y vanidades mundanas, crueldades feroces, imágenes de lascivia y torpezas abominables (1). Por los años de 620 Sisebuto «depuso á Eusebio, obispo de Barcelona, é hizo poner otro en su lugar, como se entiende por las mismas cartas suyas. La causa que se alegaba fué que en el teatro los farsantes representaron algunas cosas tomadas de la vana supersticion de los dioses, que ofendian las orejas cristianas. Esta pareció por entonces culpa bastante por haberlo el obispo permitido.» Así refiere Mariana esta anécdota en su *Historia general de España*, lib. 6.

Resulta de aquí que noventa años antes de la irrupcion de los árabes duraban en España los espectáculos del teatro, y puede inferirse con toda verosimilitud que continuaron hasta que Rodrigo perdió en Jerez la corona y la vida. Esclava la nacion en poder de los agareños, solo una pequeña parte de ella conservó su libertad al abrigo de montañas inaccesibles: desde allí fué dilatando progresivamente sus conquistas, y durante algunos siglos no conoció mas ocupaciones que la de pelear, ni mas artes que las necesarias á la guerra. Si en alguna de las naciones de Europa cesaron del todo las diversiones de la escena, ninguna tuvo como la nuestra tanto motivo de abandonarlas.

### (3) *La poesía siguiendo los progresos, etc.*

El primer poema castellano de los que hoy se conservan es el del *Cid*, escrito por desconocido autor á mitad del siglo xi, como lo manifiesta su misma rusticidad. En él todo es deforme: el lenguaje, el estilo, la versificación y la consonancia. La única regularidad que se advierte (y no es plausible en un poema) es la de haber seguido en su narracion el orden de los sucesos segun los refiere la historia.

El clérigo Joan Lorenzo, natural de Astorga, escribió por los años de 1230 un poema de la vida de Alejandro, siguiendo en general la narracion de Quinto Curcio, añadiendo á veces circunstancias y hechos fabulosos que halló en otros autores. El lenguaje de Joan Lorenzo es ya mucho mas culto que el del poema del *Cid*, la versificación mas sonora, la consonancia mas exacta.

Por el mismo tiempo floreció el presbítero Gonzalo de Berceo, que compuso entre otras obras poéticas, la *Vida de Santo Domingo de Silos*, la *de San Millán*, la *de Santa Oria* y el *Martirio de San Lorenzo*. En ellas ciñéndose con poca invencion al asunto histórico que se habia propuesto desempeñar, manifestó ilustrado talento, sencillez, fácil abundancia, y tan puro y religioso caudor (no desnudo de gracia en el estilo ni de armonia en los versos), que puede contarse entre los que ilustraron el primitivo Par-

(1) ¿Se propondría san Isidoro moralizar el teatro, introduciendo en él un género nuevo, cuando compuso su opusculo dialogado. *Conflictiis vitiorum et virtutum*, que se lee entre sus escritos? Algunos han sospechado por lo menos que esta obra fué destinada á la representación; nosotros no nos creemos con bastantes conocimientos para ilustrar, cuanto menos para resolver, este problema.

maso castellano como el mas digno cantor de la devocion y la virtud: sus versos anuncian la inocencia de sus costumbres. ¿Quién hay que los lea sin prendarse del poeta que los compuso?

Alfonso X, llamado con sobrada razon el Sabio, entre varios monumentos que nos dejó de su literatura, escribió algunas composiciones poéticas en castellano y en gallego, y las que dedicó á celebrar los milagros de la Virgen se conservan con la música que les puso él mismo. Así se cantaron durante algunos años en la catedral de Sevilla.

Séame lícito con este motivo esponer mi opinion acerca del *Libro de las Querellas* y el de *El Tesoro*. No creo que estas composiciones sean de Alfonso X. Cualquiera que tenga conocimiento de los progresos de la lengua y poesía castellana les dará dos siglos menos de antigüedad. Si las coteja con las demás obras en verso de aquel rey hallará mas fundada esta asercion, y si reflexiona que se hallaron entre los manuscritos del marqués de Villena, sospechará quién pudo ser el verdadero autor, y á cual época pertenecen (2).

Hecha ya mención de los primeros autores de nuestra poesia vulgar, no es de mi propósito continuar la serie de todos ellos. Velazquez habló de esto, y después de él don Tomás Sanchez añadió cuantas noticias pudo adquirir su diligencia.

#### (4) Los juglares y joglaresas.

Juglar, del latín *jocularis*, músico de instrumento y voz, pantomimo y representante. La primera indicacion que he podido hallar, acerca de los juglares en España, se encuentra en la crónica general, en donde hablandose del casamiento de las hijas del Cid con los condes de Carrión (que debió ser acia el año de 1088), se refiere que los juglares intervinieron en las fiestas celebradas en Valencia con aquel motivo.

Lo mismo se verificó después quando el Cid casó otra vez á sus hijas con don Ramiro, infante de Navarra, y don Sancho, infante de Aragon, segun refiere tambien la citada crónica.

En un privilegio dado en Burgos por Alfonso VII, en el año de 1156, firma entre otros un juglar con estas palabras: *Palleu juglar confirmat*.

En los siglos posteriores se hace frecuente mención de los juglares, y a este fin pueden verse las *Leyes de Partida*, las *Obras de Berceo* y *Joan Lorenzo*, el manuscrito de *cuentas de Sancho IV*, la *Historia de los reyes de Aragon* por Montaner, *El conde Lucanor*, las *Obras del Arcipreste de Hita*, la *Historia del monasterio de Sahagun*, el *Ceremonial del rey don Pedro de Aragon*, y las noticias que el P. Liciniano Saez sacó del archivo de Coatos de Navarra.

La cita mas reciente que ha llegado á mi noticia relativa á juglares, es la que copio don Tomás Sanchez del *Cancionero de Baena*, en donde se incluye una cantiga del poeta Villasandino, hecha «por alabanza e loores de la redundante ciudad de Sevilla, e presentola en cabildo» é fízola cantar con juglares delante de los oficiales, é ellos mandaronle dar en aguinaldo cient doblas de oro «por esta cantiga.» Refiérese esto á los principios del siglo xv, durante el cual, aunque las habilidades de los juglares permanecieron, la denominacion se fué olvidando, y llegó á faltar enteramente en el uso comun del idioma despues de haber durado en el por espacio de mas de cuatro siglos.

(2) Esta fundadísima sospecha del autor adquiere muchos mas grados de probabilidad, si á las consideraciones que indica se agrega otra muy importante, relativa al asunto del libro del *Tesoro*, reducido al hallazgo de la piedra filosofal. Sabida es la fama de nigromante y alquimista que se granjeó en su tiempo el marqués de Villena. No es improbable que con aquellos signos no desatados hasta ahora, tal vez caprichosos y sin significacion, que van intercalados con las estancias castellanas, quisiere divertirse con los crédulos, como creemos que se propuso en su libro del Aojamiento, cuya copia tenemos á la vista.

#### (5) No pertenecen al género dramático.

Nasarre dijo en el prólogo á las comedias de Cervantes: «Los árabes y moros fueron en las representaciones con hechos, gestos y palabras muy excelentes.» ayudados del genio poético y elegante lenguaje de su nacion, como se hará ver quando se publiquen las reliquias de su literatura, que por felicidad grande se han hallado poco ha en la famosa librería del Escorial, y aun sin ellas se puede probar con nuestras historias.» Lo cierto es que en nuestras historias nada se halla que autorice tal opinion. En el Escorial no existe ninguna composicion de teatro escrita por los árabes. Casiri, que publicó la Biblioteca árabeja escorialense, ni vió ninguna, ni adquirió siquiera la noticia de que entre los árabes se cultivase este género de poesia. *Jam verò arabes europæorum more nec tragedias nec comædias agunt; an vero scripserint, altum apud scriptores silentium*. El erudito don José Antonio Conde, á quien merecí la mas cordial amistad y confianza, me aseguró repetidas veces que entre los muchos manuscritos que habia leído y estractado, para la formacion de su *Historia de los árabes en España*, no habia encontrado el menor indicio de que en aquella nacion se hubiese conocido nunca la poesia teatral.

#### (6) Llegó á ser comun, etc.

No es dudable que la poesia italiana trae su origen de la provenzal ó lemosina. En cuanto á la nuestra podemos asegurar que tuvo el mismo principio luego que abandonó la imitacion latina. De esta opinion fué el marqués de Santillana, el cual dijo: «Estendírouse, creo, de aquellas tierras y comarcas de los lemosinos estas artes á los gallicos, é á esta postrimera é occidental parte, que es la nuestra España, donde asaz prudente é fermosamente se han usado... Los catalanes, valencianos y aun algunos del reino de Aragon fueron é son grandes oficiales de esta arte... Ovo entre ellos de señalados hombres, así en las invenciones como en el metrificar.»

Don Luis Velazquez dijo: «Los poetas provenzales de España de que tenemos noticia suben hasta el siglo xi. En él vivia don Pedro I de Aragon, si acaso es á él y no á don Pedro II, á quien deben atribuirse los versos provenzales de que habla Guillermo Castel. En el siglo xii los hizo don Alfonso I de Aragon; y continua nombrando algunos célebres poetas catalanes y valencianos que cultivaron la poesia en lenguaje lemosino hasta el siglo xvi. A estas noticias deben añadirse las que recogió don Tomás Sanchez relativas al mismo propósito.

Los trovadores de Castilla escribieron en su propia lengua imitando á los provenzales y adoptando la medida y colocacion de sus versos. Los aragoneses compusieron algo en lemosino, y la mayor parte en castellano, que era su idioma natural. Los portugueses en el suyo siguieron tambien la misma escuela, es decir, que el gusto, la versificación y el lenguaje provenzal fueron generales en Cataluña y en Valencia; pero los aragoneses, portugueses y castellanos cultivaron esclusivamente la suya, introduciendo en ella las formas poéticas que tomaron de los provenzales.

#### (7) Fueron célebres por el estudio de la gaya ciencia.

Desde el siglo xi empezaron á florecer en la parte meridional de Francia muchos trovadores cultivando la poesia que se llamó provenzal. Duños los condes de Barcelona de grandes estados á la otra parte de los Pirineos, facilmente pasó á Cataluña el gusto de versificar, siendo una misma la lengua vulgar en una y otra parte, la cual en lo sucesivo se estendió á Valencia conquistada por el rey don Jaime I.

En el libro que escribió el marqués de Villena de la *Gaya ciencia*, hablando de los progresos que hizo en la corona de Aragon, dice: «El rey don Juan de Aragon, primero de este nombre, hijo del rey don Pedro II, fizo solemne embajada al rey de Francia pidiéndole mandase al colegio

»de trovadores que viniese á plantar en su reino el estudio de la gaya sciencia, é obtóvolo, é fundaron estudio della en la cibdad de Barcelona dos mantenedores que vinieron de Tolosa para esto, ordenándolo desta manera : »Que oviese en el estudio ó consistorio de esta sciencia en Barcelona cuatro mantenedores : el uno caballero, el otro maestro de teologia, el otro de leyes, el otro honrado cibdadano; é cuando alguno destos falleciese, fuese otro de su condicion elegido por el colegio de los trovadores é confirmado por el rey.

»En tiempo del rey don Martín su hermano fueron mas privilegiados é acrescentadas las rentas del consistorio para las despensas facederas, así en la reparacion de los libros del arte é vergas de plata de los vergueros que van delante de los mantenedores ó sellos del consistorio, como en las joyas que se dan cada mes é para celebrar las fiestas generales, é ficiéronse en este tiempo muy señaladas obras, que fueron dignas de corona.

»Después de muerto el rey don Martín por los debates que fueron en el reino de Aragon sobre la sucesion, ovieron de partir algunos de los mantenedores é los principales del consistorio para Tolosa, y cesó lo del colegio de Barcelona.

»Las materias que se proponian en Barcelona estando allí don Enrique (habla de sí mismo), algunas veces loores de santa Maria, otras de amores é de buenas costumbres. É llegado el dia prefigido congregábanse los mantenedores é trovadores en el palacio donde yo estaba, y de allí partíamos ordenadamente con los vergueros delante, é los libros del arte que traian y el registro ante los mantenedores; é llegados al dicho capitol, que ya estaba aparejado é emparamentado de paños de pared al derredor é fecho un asiento de frente con gradas en donde estaba don Enrique en medio, é los mantenedores de cada parte, é á nuestros piés los escribanos del consistorio, é los vergueros mas abajo, é el suelo cubierto de tapiceria é fechos dos círculos de asientos donde estaban los trovadores, é en medio un bastimento cuadrado tan alto como un altar cubierto de paños de oro, é encima puestas los libros del arte é la joya, é á la man derecha estaba la silla alta para el rey, que las mas veces era presente, é otra mucha gente que se ende allegaba : é fecho silencio levantábase el maestro en teologia, que era uno de los mantenedores, é facia una presuposicion con su tema y sus alegaciones y loores de la gaya sciencia é de aquella materia de que se habia de tratar en aquel consistorio, é tornábase á sentar. É luego uno de los vergueros decia que los trovadores allí congregados expandiesen y publicasen las obras que tenian hechas de la materia á ellos asinada; é luego levantábase cada uno é leia la obra que tenia fecha, en voz inteligible, é traían las escritas en papeles damasquinos de diversas colores con letras de oro é de plata, é iluminaduras hermosas lo mejor que cada uno podia; é desde todas eran publicadas, cada uno las presentaba al escribano del consistorio.

»Teníanse después dos consistorios, uno secreto y otro público. En el secreto facian todos juramento de juzgar derechamente sin parcialidad alguna, segun las reglas del arte, cuál era mejor de las obras allí esaminadas é leídas puntualmente por el escribano. Cada uno de ellos apuntaba los vicios en ella cometidos, é señalabanse en las márgenes de fuera. É todas así requeridas, á la que era ballada sin vicio, ó á la que tenia menos, era juzgada la joya por los votos del consistorio.

»En el público congregábanse los mantenedores é trovadores en el palacio, é don Enrique partia dende con ellos como esta dicho para el capitulo de los frailes predicadores; é colocados é fecho silencio, yo les facia una presuposicion loando las obras que ellos habian fecho, é declarando en especial cuál de ellas merecia la joya, é aquella la traia ya el escribano del consistorio en perga-

mino bien iluminada é encima puesta la corona de oro, y firmábalo don Enrique al pié, é luego los mantenedores, é sellábala el escribano con el sello pendiente del consistorio, é traia la joya ante don Enrique, é llamado el que fizo aquella obra, entregábale la joya é la obra coronada por memoria, la cual era asentada en el registro del consistorio, dando autoridad é licencia para que se pudiera cantar é en público decir.

»E acabado esto tornábamos de allí á palacio en ordenanza, é iba entre dos mantenedores el que ganó la joya, é llevábale un mozo delante la joya con ministriles y trompetas, é llegados á palacio haciales dar confites y vino; é luego partian dende los mantenedores é trovadores con los ministriles é joya acompañando al que la ganó fasta su posada, é mostrábase aquel aventaje que Dios y natura licieron entre los claros ingenios é los oscuros.» (*Orígenes de la lengua española*, por Mayans.)

(8) *Los depositarios de sus principes.*

El docto Muratori en sus disertaciones sobre las antigüedades de Italia nos da una idea de la pompa espléndida de tales fiestas. En cuanto á los espectáculos teatrales que empezaron á usarse en aquella nacion, merecen consultarse, entre muchas obras que tratan de esto, la *Historia literaria de Italia* de Tiraboschi y la *de los teatros* de Signorelli.

(9) *Si del todo se habian perdido.*

A las comedias y tragedias griegas ó latinas, que se representaban por toda la extension del imperio romano, sucedieron los mimos y pantomimos, que durante los últimos emperadores gentiles llegaron á ocupar casi exclusivamente los teatros de Roma y de las provincias sujetas á su dominacion.

La paz dada á la Iglesia por Constantino en el siglo iv no hizo cesar los acostumbrados espectáculos; apenas pudo contener la sangrienta ferocidad del anfiteatro y reprimir en la escena la torpe disolucion de sus mimos y acciones mudas. Constantino prohibió los gladiadores, obedeciéndose tan mal su decreto que al cabo de muchos años Arcadio y Honorio volvieron de nuevo á prohibirlos. El papa Gelasio I se lamentaba á fines del v siglo de la celebracion de las fiestas luperales, que su celo y su autoridad no podian extinguir. Tanto tardan las naciones en abandonar sus costumbres y olvidar lo que las deleita.

Duraron pues los teatros con mas ó menos esplendor no solo en el Oriente (hasta que en el siglo xv acabó aquel imperio) sino tambien entre las demás naciones de Europa. En España, como ya se ha dicho, cesaron con la irrupcion de los moros en el siglo viii. Véanse algunas pruebas de la continuacion de las fiestas teatrales, supuesta siempre la diferente forma que debieron ir adquiriendo con el trascurso de los años y la mudanza de las costumbres. — Siglo iv, concilio cartaginense 3, año de 397 : *Ut scenici atque histronibus ceterisque hujusmodi personis vel apostolicis conversis vel reversis ad Dominum gratia vel reconciliatio non negetur.*

El poeta Ausonio, que murió á fines del mismo siglo, escribiendo á su amigo Auxio Paulo, le dice en su epístola 10 :

Dactylicos elegos choriambum carmen epodos  
Socci et colubum musicam  
Carpentis impone tuis : nam tota supellex  
Vatum piorum charta est.

Y en la epístola 14 :

Attamen ut citius venias levitasque vehare,  
Historiam, mimos, carmina linque domi.

— Siglo v, concilio africano, año de 417 : *Petendum ab imperatore ut prohibeat spectacula theatrorum in diebus dominicis et aliis sanctorum festis.*

— Siglo vi. Teodorico mandó hacer en el teatro de Pompeyo en Roma las reparaciones que fueron necesarias, como se lee en la epístola 51 de Casiodoro, lib. 4, en que escribiendo á Simaco le dice el rey : *Et ideo theatri fabri-*

*ram magna se mole solventem, consilio vestro credimus esse rebovandam.* En el mismo lugar hace mención de la existencia de los mimos y pantomimos, y de la perfección que habían llegado en sus días aquellas artes.

Atalarico, su inmediato sucesor, escribiendo al senado romano, dice (lib. 9, epístola 21 de la colección de Casiodoro): *Nam si opes nostras scenicis pro populi oblectatione largimur, et ea studiosissime consequuntur, qui adeo necessariis non habentur, quanto magis illis sine dilatione præbenda sunt, per quos et honesti mores proveniunt, et palatio nostro facunda nutriuntur ingenia?*

En el concilio constantinopolitano, año de 536, contra los herejes acéfalos, se dice hablando de Pedro, uno de ellos: *Quantam servavit voluptuosissimam affectionem circa Stephanam scenicam, quam adducendo persuasionem et blanditiis monasterio inique immittit et omni tempore privatim et continuo ipsi assistit.*

Las anécdotas de la misma Teodora, elevada por Justiniano al talano y solio imperial, son tan conocidas en la historia que sería ocioso repetirlas (3).

—Siglo vii, concilio romano, año de 680: *Statuimus etiam atque decernimus ut episcopi, vel quicumque ecclesiastici religiosas vilam professi sunt, armis non utantur, nec citharædos habeant, vel quæcumque symphonia, nec quocumque jocos vel ludos ante se permittant.*

Concilio constantinopolitano 3, año de 680: *Omnino prohibet hæc sancta et universalis synodus eos, qui dicuntur mimi, et eorum spectacula, deinde venationem quoque spectaciones atque in scena saltationes fieri.... Nec quid liceat eorum qui in sacerdotali ordine enumerantur vel monachos in eorum curriculum subsistere, vel scenicos ludos sustinere.*

—Siglo viii, en los capitulares de Carlomagno (por los años de 790): *Ut episcopi et abbates et abbatibus cuplus canum non habeant, nec falcones, nec accipitres, nec jocaliores.*

Por el mismo tiempo el monje Alcuino exhortaba en una de sus cartas a Angilberto, yerno de Carlomagno, a que se abstuviese de asistir a los espectáculos del teatro. (Mabillon, *Anales benedictinos*, lib. 28, núm. 13.)

—Siglo ix, concilio turonense, año de 813: *Histrionum quoque et obscenorum insolentias jocosum et ipsi animo cæterisque sacerdotibus effugienda prædicare debent.*

Concilio aquisgranense, año de 810: *Quod non oporteat sacerdotes aut clericos quibuscumque spectaculis in scenis aut in nuptiis interesse.*

Concilio parisiense, año de 829: *Hæc quippe à sanctis viris penitus sunt propellenda, quibus magis convenit lugere, quam ad scurrilitates et stultiloquia et histrionum obscenas jocationes et cæteras vanitates, quæ animum christianum à rigore suæ rectitudinis emollire solent, in cachinnos ora dissolvere.*

—Siglo x. En la oración del rey Edgar de Inglaterra, año de 967, se dice hablando de los vicios del clero: *Dicam quod boni lugent, mali rident, dicam dolens, et si lumen uici potest quomodo defluant in comessationibus, in ebrietatibus, in cubilibus et impudiciis, ut jam domus clericorum putentur prostibula meretricum, conciliabulum histrionum.*

En este siglo Roswita, religiosa benedictina de Grandeshelm, compuso en latín bárbaro seis dramas intitulados: *Gallicanus, Dulcius, Callimachus, Abrahamus heremita, Paphnutius, y Fides, spes et charitas.* Los argumentos de tales piezas y la calidad de la autora hacen creer que las compuso para representarse en el templo, según costumbre de aquella edad, y a vista de un escogido auditorio.

(3) Gregorio de Tours (*De Gloria confessorum*, c. 6.) nos refiere que en las exequias de Santa Radegunda, celebradas en 487, cerca de doscientas religiosas cantaron una eximia funebre dializada al rededor del bûro, escena de que fue testigo, ó tal vez uno de los actores.

—Siglo xii. Un monje de Canterbury, llamado Guillermo Stephanides ó Fitz Stephen, que escribió durante el reinado de Enrique II una obra intitulada: *Descriptio nobilissimæ civitatis Londoniæ*, dice en ella: «Londres, es a vez de las farsas ordinarias propias del teatro, tiene dramas de un asunto más santo, representaciones de los milagros que los santos confesores obraron, ó de los sufrimientos en que la gloriosa constancia de los mártires se manifiesta.» (*Biografía dramática*.—Londres, 1782.)

A este siglo se refiere, en la opinión de muchos eruditos, un drama latino escrito en Alemania intitulado: *Ludus paschalis de adventu et interitu Antichristi*. Son interlocutores el papa, el emperador, los soberanos de Francia, de la Grecia y de Babilonia, el Anticristo, la Hereja, la Hipocresía, la Sinagoga y el Gentilismo.

—Siglo xiii. Concilio lateranense, año de 1215: *Clerici mimis, jocularibus et histrionibus non intendant.*

Concilio ravenatense, año de 1298: *Ne clerici jocaliores vel histriones à laicis transmissos recipient.*

Pertenece a este siglo las primeras noticias que se conservan de la existencia de piezas dramáticas en España, orígenes de nuestro moderno teatro. Nadie duda que de esta época en adelante continuaron estos espectáculos en todas las naciones de Europa, y solo Grecia llegó a perderlos a fines del siglo xv, como ya se ha dicho.

(10) *Los eclesiásticos, etc.*

Signorelli, en su *Historia de los teatros*, lib. 3, dice: *Il clero cui importava che i popoli non venissero distratti dalla dizione, alla prima proscribisse siffatti spettacoli, indi cangiando condotta e seguendo lo stile delle precedenti età (quando ad onta di divieti si videro introdotti nelle chiese) ne ripigliò egli stesso l'usanza, esercitando l'arte istrionica, e muscherandosi, e cantando favole profane nel santuario.*

(11) *En las demás naciones.*

Para comprobar esta asercion bastaran algunas lijeras indicaciones. El que aspire a mayor noticia la encontrará en las muchas obras extranjeras histórico-críticas que tratan de esto (4).

En 1223, día de Pascua de Resurrección, se hizo una representación en Padua, en la gran plaza que se llama *Prato della Valle*.

En 1264 se estableció en Roma la compañía llamada del *Gonfalone*, con el objeto principal de representar los misterios de la pasión de Jesucristo, como en efecto lo verificó por espacio de muchos años. En el de 1443 representaba en el coliseo. En el de 1584 se imprimieron sus ordenanzas en Roma.

En 1261 se estableció la compañía de *Battuti* en Treviso, y uno de sus reglamentos dice que los canonicos de aquella iglesia debían dar *in anno quolibet dictæ scholæ duos clericos sufficientes pro Maria et Angelo, et bene instructos ad canendum in festo fiendo more solito in die Annunciationis... Cantores habeant seldos X pro quolibet... in die Annunciationis B. M. V. cum fiet representatio.*

En 1208 el clero de Friuli dió una representación de la pasión de Jesucristo en el día de Pentecostés. En el reinu

(4) Los franceses han hecho sobre esta parte de su antigua literatura profundas e importantes investigaciones, que han difundido clarísima luz en esta materia. Citaremos algunos autores, para que puedan consultarlos los curiosos: *Froissard, Feblen, Savail, Saint-Foiz*, los hermanos *Parat*, en su *Historia del teatro francés*, t. i, *Maupoint*, en su *Biblioteca de los teatros*, *Branchamp*, en sus *Investigaciones sobre el teatro*, la *Historia general de los teatros*, t. xi, el *Diario de los sabios*, mayo de 1828 y junio de 1836, el tomo xvi de la *Historia literaria de Francia*, *Villemain*, en su *Cuadro de la literatura de la edad media*, *Chateaubriand*, en su *Ensayo* sobre el aparato escénico desde los misterios hasta la tragedia del *Lid. Carlos Moym*, en sus *Orígenes del teatro moderno*, y sobre todo por la especialidad del asunto *Orestes Leroy*, en sus *Estudios sobre los misterios*. Si en toda historia literaria particular de bien buscamos los puntos de contacto con la historia general comparada, para conocer a fondo las primeras tentativas dramáticas en España, no podemos prescindir de examinar las vicisitudes que tuvo el arte en aquellas naciones con las cuales ha existido siempre un comercio tan activo de ideas, de lenguaje y de costumbres.

de Nápoles se hicieron representaciones de este género, y la que desde tiempo inmemorial se hacia en Lanciano (provincia del Abruzzo) en la noche del viernes santo, que concluía con una devota procesion, duró hasta el año de 1740, en que fué prohibida por el gobierno.

En 1504 se hacia en Toscana una fiesta teatral en que se imitaba el infierno con los diablos y los condenados, que daban ahullidos espantosos.

En el mismo año el cabildo y clero de Friuli representó la creacion de Adán y Eva, la Anunciacion y el parto de nuestra Señora.

Durante aquel siglo se representaron por toda Italia la conversion de la Magdalena y la de San Pablo.

En el siguiente se representó en Roma el drama sagrado de San Lorenzo y Paulo, y en la semana santa del año de 1432 se representaron los misterios de la pasion en la iglesia de Santa Clara de Nápoles, con magnificas decoraciones y a presencia de Alfonso I.

En Flandes y Alemania se usaron igualmente estas fiestas sagradas. Federico, landgrave de Turingia, asistió en la ciudad de Eisenach en el año de 1322 á una representacion, cuyo argumento era las virgenes del Evangelio.

En la *Biografía dramática*, citada ya, se dice hablando del teatro ingles: «El año de 1578 los estudiantes de la escuela de San Pablo presentaron una peticion á Ricardo II suplicandole que prohibiese al pueblo ignorante representar la historia del antiguo Testamento con gran perjuicio de la citada clerecia, que tenia hechos grandes gastos para representarla en la pascua de Navidad.

«Cerca de doce años después, esto es, en el de 1390, los curas de las parroquias de Lóndres se dice haber representado farsas en Skinners-Well el 18, 19 y 20 de junio; y en el de 1409, el décimo año de Enrique IV, representaron en Clerkenwell (pozo de los clérigos), que tomó su nombre de la costumbre de representar farsas allí los curas de las parroquias, una farsa que se repitió por ocho dias consecutivos, en la cual se trataba de la creacion del mundo, y acudió á verla la mayor parte de la nobleza y caballeros del reino.

«Consta que en 1578 representaron los coristas de San Pablo piezas dramaticas, y cerca de doce años después de esto se dice haber representado misterios los curas de las parroquias de Lóndres en Skinners-Well.»

Por los años de 1580 se hacian ya en Francia representaciones de moralidades y misterios.

En 1402 los *Hermanos de la Pasion*, obtenida licencia de Carlos VI, establecieron su teatro en Paris, y representaron durante aquel siglo farsas de la pasion y misterios del antiguo Testamento. En la que se atribuye al obispo de Angers intervenian el Padre Eterno, Jesucristo, Lucifer, Satanás, la Magdalena y algunos de sus amantes. Lucifer daba una paliza á Satanás por no haber sabido tentar á Cristo como era menester. La hija de la Cananea con los diablos en el cuerpo se desahogaba diciendo mil torpezas y desatinos. El alma de Judas, no pudiendo salir por la boca que habia besado al divino Maestro, se escapaba por otra parte, llevandose de camino las entrañas del mal apóstol. Satanás volaba al pináculo con Jesucristo acuestas. Esto se representaba en la capital de Francia á mediados del siglo xv, y esto duró hasta pasado el xvi.

Pertenecen á esta última época, ademas de las vidas y milagros de los santos reducidas á accion dramatica, las moralidades y misterios intitulados: *Encarnacion y Nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. Misterio de la Pasion. La Resurreccion de Cristo. Misterio del caballero que dió su mujer al diablo. Las Actas de los Apóstoles. La Asuncion de nuestra Señora. Combate de la carne y del espíritu. Misterio de la Encarnacion de nuestra Señora. El diluvio universal. Moralidad del Hijo de perdition que ahorcó á su padre. Tragedia del nacimiento y creacion del mundo*, etc. etc.

(12) *Indicó á los eclesiásticos.*

« Los clérigos... non deben jugar dados nin envolverse con tafures, nin atenerse con ellos, nin deben entrar en tabernas á beber, fueras ende si lo ficieren por premia andando camino, nin deben ser facedores de juegos de escarnios porque los vengán á ver gentes cómo se facen. E si otros omes los ficieren, non deben los clérigos hi venir, porque facen hi muchas villanias é desapolituras. Nin deben otrosi estas cosas facer en las iglesias: antes decimos que lo deben echar de ellas desonradamente á los que lo ficieren: cada iglesia de Dios es fecha para orar é non para facer escarnios en ella, ca así lo dijo nuestro señor Jesucristo en el Evangelio: que la su casa era llamada casa de oracion, é non debe ser fecha cueva de ladrones. Pero representacion bay que pueden los clérigos facer, así como de la nacenencia de nuestro señor Jesucristo en que muestra cómo el ángel vino á los pastores, é cómo les dijo cómo era Jesucristo nacido. E otrosi de su aparicion cómo los tres reyes magos le vinieron á adorar. E de su resurreccion, que muestra que fué crucificado é resucitó al tercero dia: tales cosas como estas que mueven al ome á facer bien é á haber devocion en la fe, puedenlas facer, é demas, porque los omes hayan remembranza que segun aquellas fueron las otras fechas de verdad. Mas esto deben facer apuestamente é con muy grand devocion é en las ciudades grandes donde ovieren arzobispos ó obispos, é con su mandado de ellos ó de los otros que toviere su veces, é non lo deben facer en las aldeas. » (1.ª Partida, tit. vi, ley 34.)

(13) *El mismo Alfonso X, etc.*

« Otrosi los que son juglares é los remedadores é los facedores de los zaharrones que públicamente andan por el pueblo ó cantan ó facen juegos por precio, esto es porque se envilecen ante otros por aquel precio que les dan. Mas los que tañeren instrumentos ó cantasen por facer solaz á si mesmos, ó por facer placer á sus amigos ó dar solaz á los reyes ó á los otros señores, non serian por ende enfamados. » (7.ª Partida, tit. vi, ley 4.)

« Ilustres personas son llamadas en latin las personas honradas é de gran guisa é que son puestas en dignidades, así como los reyes é los que descien den dellos, é los condes, é otrosi los que descien den dellos, é los otros omes honrados semejantes destos. E estos tales, como quier que segun las leyes pueden recibir las barraganas, tales mujeres ya que non deben recibir así como la sierva ó hija de la sierva. Nin otrosi, la que fuese aforrada nin su fija, nin juglaresa nin su fijas, nin tabernera, nin regatera, nin alcahueta nin su fijas, nin otra persona de aquellas que son llamadas viles por razon de si mismas, ó por razon de aquellos do descendieren; ca non seria guisada cosa que la sangre de los nobles fuese embargada nin ayuntada á tan viles mujeres. E si alguno de los sobre dichos ficiere contra esto, si oviese de tal mujer fijo segun las leyes, non seria llamado fijo natural, ante seria llamado spurio, que quier tanto decir como fornecino. E demás tal fijo como este non debe partir en los bienes del padre, nju es el padre tenuto de criarle si non quisiere. » (4.ª Partida, tit. xiv, ley 3.)

(14) *Tenia á su servicio, etc.*

En los libros de cuentas de este rey pertenecientes al año de 1293 se hace mencion de los vestidos y raciones que se daban en palacio á quince *tamboreros ó omes de los atambores*, á cuatro *tromperos*, á dos *saltadores* y á los *joglars* ó músicos del tamboret, del ayacheba, del añail, de la rota, y al maestro de los órganos. Dábase racion á uno que tocaba el tamboril, llamado *Juamot*. Los saltadores parece que eran moros; uno de *Fate*. Habia mujeres músicas de voz y de en una de las partidas se apunta lo que las juglaresas. Existe este curioso biblioteca de Madrid.

(15) *El ilustre don Juan Manuel, etc.*

Floreció en los reinados de Sancho IV, Fernando IV y Alfonso XI. La historia refiere sus acciones militares y políticas; la literatura conserva noticias de las doctas obras que compuso, si bien hasta ahora solo se ha publicado por medio de la prensa la del *Conde Lucanor*. Escribió además la *Crónica de España*, el *Libro de los Sabios*, *Libro del Caballero y del Escudero*, *Libro del Infante*, *Libro de Caballeros*, *Libro de la Casa*, *Libro de los Engenos*, *Libro de los Cantares*, *Libro de los Ejemplos*, *Libro de los Consejos*. Estas obras existieron en el monasterio de PP. dominicos de San Pablo de la villa de Peñafiel: allí estaban hace dos siglos y medio. ¿Quién sabe en dónde pararán ahora, ó si habrán perecido como otras muchas que la ignorancia y el total abandono de los buenos estudios ha dejado perecer?

El docto alemán Bouterwek se inclinó á creer que ciertos versos que se hallan en el *Cancionero general* fuesen compuestos por el que escribió el *Conde Lucanor*; pero no son de él, sino de alguno de sus descendientes, que según la cultura del lenguaje y la corrección de los versos, debió florecer muy poco antes de la publicación del *Cancionero*. Una sola reflexión bastara para comprobarlo. En el romance que cita Bouterwek se hace mención de los frailes del Paular. El infante don Juan Manuel murió en el año 1347, y el convento del Paular se fundó en el de 1440.

(16) *Juan Ruiz, arcipreste de Hita.*

Son muy escasas las noticias que nos han quedado de este autor. Se cree que fué natural de Alcalá de Henares, y que murió de edad avanzada antes del año de 1331.

«De los poemas misceláneos (dijo don Juan Antonio Pellerín) de que se compone este códice del Arcipreste de Hita, el mas principal es la fabula en que se finge que por consejo de la diosa Venus, y con la tercera de la vieja Trota-conventos, consigue don Melon de la Huerta casarse con una viuda llamada doña Endrina. Pero este poema no es parto original del Arcipreste, sin embargo de su fecundo ingenio. Hallóse inventado por un poeta de la baja latitud, y de él le adoptó. Hay en efecto un poema jocoso atribuido á Ovidio, intitulado *De Vetula*. Habla de él Fabricio (*Bibl. latina*, tomo I, pág. 277), y dice que se atribuye á Ovidio sin ningun fundamento, y que acaso es obra de Pánfilo Mauriliano, monje que floreció en la media edad. Hace mención de dos ediciones que se hicieron de él, una en el año de 1470 y otra en el de 1471 (no conoció otra de 1511 que he visto en la curiosa librería de mi amigo don Manuel Silvela); pero omitió la única que se ha tenido presente para esta advertencia, publicada en Paris, año de 1550, con este título: *Pamphilus de Amore cum commento familiari*, en cuarto. consta de treinta y cuatro hojas con texto y comentario. El autor de este es Antonio Proto, que antes que Fabricio y otros conoció que no era obra de Ovidio, porque es fácil de conocer, pues solo es semejante á las de aquel poeta en la materia amatoria de que trata; ó por mejor decir, antes que todos lo descubrió nuestro Arcipreste, que habló de Ovidio y Paulilo como dos poetas distintos, si ya no es que entonces no se hubiesen aun confundido. Está escrito en hexámetros y pentámetros, es dramático: introducen en él cuatro personas que son: Venus, Pánfilo, una vieja y una doncella llamada Galatea; divídese en cinco actos.... De este breve esbozo resulta que sobre esta tela tejó el Arcipreste de Hita su poema exótico de las bodas de don Melon de la Huerta con la hija de don Endrino y doña Rana. En él se observan trasladados los pensamientos y comparaciones del poema latino. Pero esta traduccion es tan libre y parafrástica, y el intérprete supo con la agudeza de su ingenio y amenidad de su imaginacion añadir tantas cosas ya de suyo, ya tomadas de Ovidio, que hizo una como obra nueva, pero en quien siempre se trasluce la trama

ajena etc.» (Véase la colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV, por don Tomás Sánchez, tomo I)

(17) *Composiciones y medidas de versos, etc.*

Prescindiendo de la irregular versificación del poema del *Cid*, en que se hallan versos de doce, catorce, quince, diez y seis y diez y ocho sílabas, y considerando las composiciones posteriores escritas ya con mayor cultura y exactitud por los trovadores del XIII y XIV siglo, y mos en ellas diferentes medidas de versos colocados como mayor artificio.

#### De cuatro sílabas.

Madre de Dios gloriosa,  
Virgen santa María,  
Fija es leal esposa  
Del tu hijo Mesías;  
Tú, Señora,  
Dame agora  
La tu gracia toda hora  
Que te sirva todavía.

#### De seis sílabas.

Kacina del puerto  
Coldo ser muerto  
De nieve á de frío,  
E dese rosio,  
E de grand elada.  
E á la decida  
Di una corrida:  
Fallé una serrana  
Fermosa, lozana,  
É bien colorada.  
Dijo yo á ella:  
Homiliome, bella.  
Día tú que bien corras,  
Aquí noi te engorras,  
Anda tu jornada.

#### De siete sílabas.

Si no es lo que yo quiero,  
Quiero yo lo que es.  
Si pesar he primero,  
Placer habré después.  
Tened esto por cierto:  
Ca es verdad probada  
Que honra y vicio grande  
No han una morada.

#### De ocho sílabas.

Muy fuerte fué la contienda:  
Dios ayuda á los cristianos;  
El arrax volvió la rienda,  
Y fué con sus paganos.  
Si por el vicio ó folgura  
La buena fama perdemos,  
La vida muy poco dura;  
Denostados sincreremos.

#### De nueve y diez sílabas.

Porque trovar é cousa en que yax  
Entendimiento por enquen ó fax,  
A ó deber é de raxon assaz:  
Porque entenda é sabia dizer,  
A que entenda é de decir-lle prax;  
Ca ben trovar assi a' a de facer.  
En el comienzo debe ome monstrar  
A su mujer como debe pasar.

#### De once sílabas.

Non aventuras mucho tu riqueza  
Por consello de ome que ha pobreza.  
Por falso dicho de ome mentiroso  
Non pierdas al amigo provechoso.  
Non castigues al mozo maltrayéndole;  
Mas dile como vayas aplaciéndole.  
Quiero seguir á ti, flor de las flores,  
Siempre desir, cantar de tus loores.

#### De doce sílabas.

Magder que algunos te hayan errado,  
Por eso non dejes facer aguiado.  
A esta mi danza trax de presente  
Estas dos doncellas que verdes, fermosas:  
Ellas vinieron de muy mala mente  
A oír mis canciones, que son dolorosas.



*De enlence alabas.*

Era tota menche de Dios enamorada;  
 Por otros vanidosos non daba ella axa;  
 Muna era de Dios, de ome tocada;  
 Una querrie ser eiga que vore casada.  
 Con paz e seguranca de buena lo pobresa,  
 Al rico ierrenosa en pebre la riqueza;  
 Siempre tiene recelo, e con miedo ierrenosa;  
 La pobredat siegre es segun noblesa.

*(18) Muchos instrumentos, etc.*

En varias obras antiguas, y particularmente en las poetas del Arcipreste de Hita, se hace mención de los instrumentos que se usaban antes de la mitad del siglo XIV, cuyos nombres no sera ocioso copiar aquí. Arpa, atambor, alabado, albugue, alhagon, adadura, añafil, albardana adufe, alahat, bihueta, bihueta de péndola, bihueta de arco, baldosa, caño entero, ebriolita, caramillo, citola, dulcema, guitarra, guitarra morisca, guitarra latina, jiga, galipe francés, laud, mandurria, medio caño, ministril, odrecillo francés, orabui, órgano, pandero, panderete, rabé, rabé morisco, rota, saltarin, sinfonia, sonajas, tamborete, trompa, zanfura. En las obras manuscritas de Alfonso X existentes en la biblioteca del Escorial se hallan pintados algunos de los instrumentos de que va hecha mención.

*(19) En la coronación, etc.*

«E com lo senyor rey e tuyt bagueren menjat en lo palau real, fu fait un seti molt rich e bonrat al senyor rey e al archiebis que segueren en aquell seti com arien fet a la taula. El senyor rey ah la corona en la testa, axi com avia segut en la taula, el pom en la ma dreta e la verga en la ma sinestra levas de la taula e veuch s' enscure al dit seti al dit palau, e als seus peus en torn d'ell segueren nobles e caballers e nosalires ciutadans. E com foren tuyt asseguts, en Romaset jutjar cantá altes veus un serventesch devant lo senyor rry novell, que'l senyor infant en Pere bach fet a honor del dit senyor rey, e la sentència del dit serventesch era aytal que'l dit senyor infant li dix en apell cum significave la corona e'l pom e la verga, e segons la significança lo senyor rey com debia fer; e perçó que lu aspiats, vull-vos bo dir en suma; mes si pus clar ho vulets saher, recorets al dit serventesch, e lla trobar-ho-ets pus clar. E la significança de la corona qui es tota rodona, e en rodonesa no ha començament ne fi, axi que la corona significa nostre senyor ver Deu tot poderós qui no ach començament ne aora ó, e perçó com significa Deu tot poderós la li hum posade al cap, e no en la mijania, ne en los peus, mes en lo cap, hont es l'enteniment: e perçó la memoria deu aver a Deu tot poderós, e que li vaje al cor que ah aquesta corona que ha presa pusa guanyar la corona del regne celestial, lo qual regne es perdurable. E la verga significa justícia que deu tenir sobre l'otes cors, que axi com la verga es llonga e tesa, ó la verga bu e castiga, axi la justícia castiga que'ls malvats no gosser fer mal, e'ls bons s'en milloren de llurs condicions. E lo pom significa que axi com ell te lo pom en la sua ma, que los seus regnes to en la ma e en poder aeu; e pus Deu los li ha comenats, que'ls defena e'ls reja e'ls govera ab veritat, ab justícia e ab misericordia e que no cometa que null' hom ne per si ne per altri los fassa tort nega. E axi lo dit serventesch entés he lo dit senyor rey e la sentència que porta; e al a Deu plau ell ho metra en obra en tal manera que tot lo mon ne sera pagat: axi l'in de Deu gracia. E après com lo dit Romaset bach dit lo dit serventesch, en Comi dix una cançó novella que bach feyta lo dit senyor infant en Pere: e perçó com en Comi cantá miltis que null' hom en Cathalunya, don-la a ell que la cantas, e com la bach cantada, calla, e lleras en Novellet jutjar, edix en parlant setcent versos rimats que'l dit senyor infant en Pere habia novellament feyta, e la tensä e 'l regiment sove tot lo regiment que'l dit senyor rey deu fer, e la ordenació de la sua cort, e de tots los seus oficials, axi en la dita cort, com en totes les sues provincies: e tot aço en

tés be lo dit senyor rey, axi com aquell senyor qui es lo pus sabi que senyor qui al mon sta; e perçó el a Deu plau metra-bo en obra. E com tot açó só cantat e dit, só vespre, e axi reglament ab la dita corona al cap e ab lo pom en la ma dreta e la verga en la sinestra, muntas en la cambra, e reposa que be li era ops, e tuyt anam-non-qn a les nostres posades» (3).

*(20) Que se ha creído de aquel tiempo, etc.*

Véase el número 1 del catálogo.

*(21) Escribió piezas dramáticas, etc.*

«Pedro Gonzalez de Mendoza mi abuelo... usó una manera de decir cantares así como cénicos, plantinos y terencianos, también en estrambotes como en serranas» (Marqués de Santillana en su proemio al condestable).

*(22) Los célebres italianos, etc.*

Guido Cavalcanti murió en el año de 1300, Dante en el de 1321, Cino de Pistoya en el de 1336 y Petrarca en el de 1374.

*(23) Los romances históricos y amorosos.*

El origen de nuestro romance se pierde en la oscuridad del tiempo: solo sabemos que los castellanos tomados de los árabes esta composición métrica. Conde en el prólogo de su estimable *Historia de los árabes en España* dijo: «Como la erudición y la poesía eran una parte principal de la educación caballeresca de nuestros árabes, y sirven tanto para notar su ingenio y sus costumbres, no he querido privar a mi historia de este ornato de gusto árabe, pues no hay entre ellos historia alguna de mérito que no esté adornada de versos con mas ó menos profusión. Por eso he insertado los que me han parecido mas característicos, y que por lo regular tienen relación con los sucesos históricos. Aun en esta parte he querido imitarlos en la traducción, haciéndola en nuestros versos de romance, que es género mas usado en la métrica árabe de donde procede sin duda. Y los he hecho latinar como ellos los escriben, porque cada dos versos de nuestros romances equivalen a uno árabe que ellos dividen en dos partes.» Véase por ejemplo uno muy corto de los que Conde incluyó en la citada historia: es composición de uno de los poetas favorecidos de Almanzor, que le enviaba en el invierno un cesto de rosas.

Quando yo de mí jorden — le envío las rosas bellas,  
 Le oculta la gente y dico — con admiración de veras:  
 Feliz se apresura el año — por temprana el prado flores,  
 O se que el tiempo de Almanzor — es perpetua primavera.

Fernando III dió repartimientos en Sevilla a dos trovadores que le acompañaron en la conquista de aquella ciudad, llamados el uno *Nicolas de los Romances*, y el otro *Domingo Abad de los Romances*.

Los romances mas antiguos que hoy conocemos pertenecen al reinado de Juan el II: los anteriores todos se han perdido. Tal vez pudieran hallarse algunos entre las poetas manuscritas de don Juan Manuel, si por fortuna llegasen a parecer algun día.

Este género se fué perfeccionando como las demás combinaciones líricas, y en él se expresaron afectos delicados ó heroicos, segun los varios argumentos a que supieron aplicarle. Góngora y los que le imitaron mejor des-

(3) Esta cita del notor, amén de abundante, se halla notablemente contrariada en las ediciones anteriores. En vista de estos hechos, parte de las cuales deben atribuirse al copista y parte a los impresores, procuramos restituir el texto a su primitiva pureza e integridad, supuesto que en un extremo curioso la relación de aquella potencia cervantina. A este efecto hemos consultado la *Chronica dels Reis de Arago*, feyta per Ramon Boniferr, autor de vista, que tench stampada en la impremta d'el Rey de Barcelona per Jaume Cortes, imprimer en l'any mil e tres. Hemos también comparado esta edición con un códice en folio bien conservado, de papel y letra de principios del siglo XV, fol. 207 y 208, que se halla en la biblioteca de San Juan de dicha ciudad. Entre algunas variantes de levedad, observamos una de mayor importancia, y es que el manuscrito llama *Jovanel* al jutjar que en el impreso lleva el nombre de *Novellet*. Este fragmento corresponde al capítulo 200, que es el último de dicha Crónica, y se titula: *Com après d'haver robada la corona del reialme un seti molt rich fouch fait al senyor Rey s'Alphonse en que och ab ses ribaldhomens e caballers, e hi cantaren en Romaset, e en Comi jutjaren*.

empeñaron con mucho acierto esta parte de nuestra poesía nacional.

En el siglo anterior don Vicente García de la Huerta y don Nicolas Fernandez de Moratin renovaron la composicion de romances historicos; y en los amorosos manifestó Melendez su delicada sensibilidad y su buen gusto.

(24) *Una comedia alegórica, etc.*

Véase el núm. 2 del catalogo. Cervantes no tuvo razon en decir que él habia sido el primero «que representase las imagiaciones y los pensamientos escondidos del alma, sacando figuras morales al teatro». Desde que el nuestro empezó a existir incurrieron algunos autores dramaticos en este desacierto. Ya se habia visto en él «la muerte, la justicia, la fama, la verdad, la razon, la fortuna, la misericordia, el amor, la paz, el tiempo, el sueño, el consuelo, el remedio, el mundo y la carne», antes que le ocurriese a Cervantes hacer hablar en sus comedias a «la enfermedad, el hambre, la curiosidad, la guerra, la necesidad, la desesperacion, el temor, la ocasion y los celos».

(25) *Los mas ilustres personajes.*

En el *Cancionero general*, compilado por Hernando del Castillo, impreso en Valencia en el año de 1511, se halla una lista de ciento treinta y seis autores, cuyas obras se incluyen en el citado Cancionero. Muchos de ellos pertenecen al reinado de don Juan el II, y los ultimos al de los Reyes Catolicos, y aunque no es de este lugar mencionarlos todos, dara una idea del ardor con que se cultivó la poesia en aquellos tiempos la enumeracion de los siguientes poetas, pertenecientes a la mas alta nobleza de España:

Duque de Medinasionia. Duque de Alba. Duque de Alburquerque. Marques de Santillana. Marques de Astorga. Marques de Villena. Marques de Villafranca. Conde de Oliva. Conde de Benavente. Conde de Haro. Conde de Riva-deo. Conde de Coruña. Conde de Castro. Conde de Feria. Conde de Ureña. Conde de Paredes. Conde de Ribagorza. Vizconde de Altamira. Almirante de Castilla. Adelantado de Murcia. Mariscal Sayavedra. Fernan Perez de Guzman. Gomez Manrique. Lope de Estúñiga. Don Enrique Henriquez. Don Diego Lopez de Haro. Don Inigo de Velasco. Don Luis de Vivero. Don Antonio de Velasco. Don Alonso de Silva. Don Rodrigo Manrique. Don Juan de Meneses. Don Alvaro de Bazan. Don Alonso de Cardona. Don Carlos de Guevara. Don Pedro de Acuña etc. Si hoy se tratase de publicar una coleccion de poestas de los que han cultivado este arte en los cien años ultimos, no sería posible enriquecerla con nombres tan ilustres.

(26) *Hubo grandes fiestas, etc.*

«El rey hizo gran fiesta a la reina en tanto que en Soria estuvo: se hicieron grandes fiestas donde salieron los caballeros ricamente habillados, y despues de aquellas se hicieron danzas y momos.» (*Crónica de Don Juan el II.*)

(27) *El marqués de Santillana, etc.*

Entre las muchas obras poeticas de este célebre literato se conserva una titulada *Comedieta de Ponza*. Cualquiera presumira por este titulo que fuese una pieza teatral, pero ni es comedia ni dialogo representable: es un poema escrito en coplas de arte mayor, en que el poeta propone, invoca, describe, reflexiona, refiere y lleva al cabo su difusa narracion, mezclando en ella varios razonamientos de las dos reinas de Aragon, la de Navarra y la infanta doña Catalina. Bocacío las consuela, y la Fortuna les promete la proxima libertad de los reyes de Aragon y Navarra, presos por los jenosoves en la batalla naval de Ponza, el día 25 de agosto de 1155. Si se pregunta por qué llamó comedia a este poema, podra decirse que tuvo las mismas razones que el Dante para dar igual denominacion al suyo.

(28) *Y representaciones teatrales.*

• Y en los tres dias siguientes hubo danzas de los ca-

balleros y gentiles hombres en palacio y momos y toros y juegos de cañas.» (*Crónica de D. Juan el II.*)

(29) *Se ignora todavia el autor y el título.*

Véase el número 3 del catalogo.

(30) *Autor de un diálogo, etc.*

Véase el número 4 del catalogo.

(31) *Se prohibió á los clérigos, etc.*

*Ab ecclesia ubi redemptor noster Jesus, in cujus nomine omne genus flectitur, jugiter pro nobis immolatur, turpitudinem quæque meritis est abolenda. Quia verò quardam tam in metropolitaniis quàm in cathedralibus et aliis ecclesiis nostræ provincie consuetudo inolevit, et videlicet in festis Nativitatis Domini nostri Jesu Christi, et Sanctorum Stephani, Joannis et Innocentium aliisque certis diebus festivis, etiam in solemnitatibus missarum novarum (dum divina aguntur) ludi theatrales, larvæ, monstra, spectacula, necnon quàm plurima inhonesta et diversa sfigmenta in ecclesiis introducuntur, tumultuationes quoque et turpia carmina et derisorii sermones dicuntur, adeo quod divinum officium impediunt et populum reddunt indevotum: nos hanc corruptelam sacro approbante concilio revocantes, hujusmodi larvas, ludos, monstra, spectacula, sfigmenta, tumultuationes fieri, carmina quoque turpia et sermones illicitos dici, tam in metropolitaniis quàm cathedralibus cæterisque nostræ provincie ecclesiis dum divina celebrantur præsentium serie omnino prohibemus: stuentes nihilominus, ut clerici, qui præmissa ludibria, et inhonesta sfigmenta officiis divinis immiscuerint aut immisceri permiserint, si in præfatis metropolitaniis seu cathedralibus ecclesiis beneficiati extiterint, ex ipso per mensem portionibus suis multentur; si vero in parochialibus fuerint beneficiati triginta, et si beneficiati non fuerint quindecim, regulam penam incurrant fabricis ecclesiarum et tertio synodali æqualiter applicandam. Per hoc tamen honestas repræsentationes, et devota quæ populum ad devotionem movent, tam in præfatis diebus quàm in aliis, non intendimus prohibere.*

(32) *Juan de la Encina.*

Véase desde el número 5 hasta el 16 y el 19 del catalogo.

(33) *Intitulada Celestina.*

La primera edicion de la *Celestina* se hizo en Salamanca en el año de 1500. Algun tiempo antes corria manuscrita entre los curiosos toda la parte que compone el primer acto, que unos atribuyen á Juan de Mena, y otros a Rodrigo de Cota. El bachiller en leyes Fernando de Rojas, natural de la Puebla de Montalbán, añadió veinte actuales que halló escrito, en lo cual ocupó quince dias de vacaciones, para á decir verdad no pudieron ser mejor empleados.

Si él mismo ignoraba quién habia compuesto lo que halló inédito, difícil sera, si no imposible, averiguarlo ahora; basta decir que ni se reconoce en el primer acto el estilo de Juan de Mena, ni se puede comparar con el de Cota, puesto que solo se conservan de estos autores composiciones en verso. El que examine con el debido estudio el primer acto y los veinte añadidos, no hallara diferencia notable entre ellos, y si nos faltase la noticia que dio acerca de esto Fernando de Rojas, leeríamos aquel libro como produccion de una sola pluma. Espongo mi opinion apartandome de la del autor del *Dialogo de los lenguas*, de los que le han copiado despues. Creo en fin que el primer autor no pudo ser muy anterior al segundo, y que el ignorarse quien haya compuesto una obra anonima nunca ha sido razon bastante para suponerla muy antigua.

Como la tragedia griega se compuso de los relieves de Homero, la comedia española debió sus primeras formas a la *Celestina*. Esta novela dramatica, escrita en escelente prosa castellana, con una fabula regular, variada por medio de situaciones verosimiles e interesantes, adornada con la espresion de caracteres y afectos, la fidel pintura de cos-

tumbres nacionales, y un diálogo abundante de donaires cómicos, fué objeto del estudio de cuantos en el siglo xvi compusieron para el teatro. Tiene defectos que un hombre inteligente haría desaparecer sin añadir por su parte una sílaba al texto; y entonces conservaría todas sus bellezas, pudiéramos considerarla como una de las obras mas clásicas que ha producido la literatura española.

Las ediciones de la *Celestina* de que he podido adquirir noticia, y de las cuales la mayor parte he tenido presente, son las que siguen:

Año de 1500, Salamanca.—1501 por Estanislao Polono, Sevilla.—1502, Sevilla.—1514, por Tanotti da Cartrone, Milan.—1513, Venecia.—1523, Sevilla.—1525, Venecia.—1529, por Juan Viñao, Valencia.—1534, por Estefano Sabio, Venecia.—1535, Venecia.—1538, por Juan de Ayala, Toledo.—1539, Sevilla.—1533, por Gabriel Giolito, Venecia.—1538, por los herederos de Juan de Junta, Salamanca.—1571, por Juan de Canova, Cuenca.—1563, por Francisco de Cormellas, Alcalá.—1569, por Martin Mares, Salamanca.—1570, por Matías Gast, Salamanca.—1591, por Fernando Ramirez, Alcalá.—1595, oficina plantiniana, Amberes.—1599, oficina plantiniana, Amberes.—1601, oficina plantiniana, Amberes.—1601, por Andrés Sanchez, Madrid.—1619, por Juan de la Cuesta, Madrid.—1633, con traduccion francesa por Carlos Labayen, Pamplona.—1634, Ruan.—1644, con traduccion francesa por Carlos Osmont.—1822, Por don Leon de Amarita, Madrid.

(34) *Francisco de Villalobos, etc.*

Véase el número 20 del catálogo.

(35) *Barlolomé de Torres Naharro, etc.*

Véase desde el número 21 hasta el 29 del catálogo. Tuve entre mis libros la rarísima edicion de Roma de 1517 en folio, letra gótica, de la cual ninguno de nuestros bibliógrafos tuvo noticia. Era dádiva de don Gaspar de Jovellanos, que habia ilustrado con notas marginales de su mano algunos pasajes del texto: circunstancias que añadidas á la singularidad del libro, le hacian para mí mucho mas precioso. Las revueltas de los tiempos me privaron de esta rara y apreciable alhaja, sin que después me haya sido posible averiguar su paradero.

(36) *Vasco Diaz Tanco.*

Véanse los números 30, 31 y 32 del catálogo.

(37) *Las graciosas comedias.*

Véase el número 33 del catálogo.

(38) *Fernan Perez de Oliva.*

Véanse los números 43, 44 y 45 del catálogo.

(39) *Las universidades, etc.*

Don Gaspar de Jovellanos, en un informe dirigido al rey durante su ministerio, le decia: «Hubo un tiempo en que España, saliendo de los siglos oscuros, se dió con ansia á las letras: convencida al principio de que todos los conocimientos humanos estaban depositados en las obras de los antiguos, trató de conocerlas; conocidas, trató de publicarlas é ilustrarlas; y publicadas, se dejó arrastrar con preferencia de aquellas en que mas brillaba el ingenio y lisonjaban mas el gusto y la imaginacion. No se procuró buscar en estas la verdad, sino la elegancia; y mientras descuidaba los conocimientos útiles, se fué con ansia tras de las chispas del ingenio que brillaban en ellas... Vino después otra época en que los riesgos de la religion arrebataron toda su atencion acia su estudio. Vino el tiempo de las herejías y las sectas, tanto mas ominosas á los estudios, cuanto entrándose á discurrir sobre los derechos de los príncipes y los pueblos, parecian atacar la autoridad pública, y presentar la horrible imagen de la anarquía y del desórden. Desde entonces las ciencias eclesiásticas merecieron todo su cuidado, y de cuantos progresos hicieron en ellas pueden ser ejemplo el concilio tridentino y las insignes obras que nos dejaron. En esta época nacieron nuestras universidades

»formadas para el mismo objeto y sobre el mismo gusto. »Ellas fueron desde el principio unos cuerpos eclesiásticos; como tales se fundaron con autoridad pontificia. Tu- »vieron la preferencia en las asignaciones de sus cátedras »la teología y el derecho canónico. La filosofía se cultivó »solamente como un preliminar para entrar á estas cien- »cias, y aun la jurisprudencia y la medicina hubieran sido »descuidadas, si el amor del hombre á la vida y á los bie- »nes pudiera olvidar el aprecio de sus defensores. No ha- »blaré aqui de los vicios de esta enseñanza, que de una »parte eran derivados del estudio general de la literatura »de Europa, y de otra inherentes á la constitucion misma »de estos cuerpos. En la renovacion de los estudios el »mundo literario fué peripatético; y el método escolás- »tico, su hijo mal nacido, fijó en todo él la enseñanza. Mas »ó menos tarde fueron las naciones sacudiendo este yugo... La nuestra le siente todavía.»

(40) *Carlos V, viajando y guerreado, etc.*

Sus empresas políticas y militares le tuvieron casi siempre ausente de España, en donde no habia corte ni residencia estable para el soberano ni para los grandes caballeros y caudillos que le acompañaban. Dos veces estuvo en Africa, dos en Inglaterra, cuatro en Francia, siete en Italia, nueve en Alemania y diez en Flandes.

(41) *El coste excesivo, etc.*

En una de las eruditas notas con que ilustró el padre Liciniano Saez su tratado de las monedas del reinado de Enrique III, se hallan noticias interesantes acerca de la escasez de libros y su excesivo coste antes de la invencion de la prensa. No será inoportuno resumir aqui parte de ellas.

Alfonso X, en la Partida 2.<sup>a</sup>, ley 11 del tit. xxxi, previno lo siguiente: «Estacionarios ha menester que haya »en todo estudio general para ser cumplido que tenga en »sus estaciones buenos libros é legibles é verdaderos de »texto é de glosa: que los loguen á los escolares para »facer por ellos libros de nuevo, ó para enmendar los que »toviesen escritos, etc. etc.»

El arcediano de Alcor, que vivia en el año de 1401, dice que habia tanta falta de libros en Castilla, que se arrendaban por años, y valian á las fábricas de las iglesias catedrales que los tenian muchos maravedís... Se arrendaba el uso de ellos cada año públicamente á dinero, á quien mas daba á la iglesia.

El abate Pluche, en su obra del *Espectáculo de la naturaleza*, dice: «En un bermoso ejemplar manuscrito de los »cánones de Graciano, que se guarda con mucho cuidado »en la biblioteca de los PP. celestinos de Paris, nos ad- »vierte el copiante (al mismo tiempo que nos dice su nom- »bre y patria) que tardó veintinueve meses en acabar la co- »pia. Con que en esta suposicion seria menester para sacar »cuatro mil ejemplares de esta coleccion emplear cuatro »mil copiantes cerca de dos años, ó un copiante conti- »nuado por espacio de casi ocho mil años, cosa que puede »hacerse hoy en menos de cuatro meses.»

La librería mas copiosa de que pudo hallar noticia el P. Liciniano, es la que tenian los condes de Benavente en la fortaleza de aquella villa á mediados del siglo xv. Todo el catalogo de ella contiene unos ciento veinte volúmenes, debiendo advertirse que muchos de ellos son duplicados, puesto que solo de Tito Livio habia ocho copias mas ó menos completas.

Mas numerosa debió ser la librería del marqués de Villena, pues con los tomos que sacaron de ella se llenaron dos carros.

Por el dinero que hoy cuestan dos mil volúmenes apenas podrian entonces adquirirse cincuenta. La lectura estaba reservada á los muy ricos; el pueblo no leía.

(42) *La abundancia de libros caballerescos.*

Para dar una idea del entusiasmo con que se recibieron en España las ficciones de la andante caballería,

cuanto debieron influir en la opinión y en las costumbres, y qué gusto fantástico debieron escitar en la multitud que se entregó a tan perjudicial lectura, bastará presentar una lista de las que se publicaron desde los últimos años del siglo *xv* hasta fines del *xvi*, suponiéndose que en la que he formado no se incluyen todas, ni era posible, sino aquellas únicamente de cuya existencia he hallado noticia.

Debe advertirse que muchas de estas obras se reimprimieron, según la aceptación que habían adquirido.

*Cárcel de amor*, por Diego Heruandez de San Pedro, en Burgos, año de 1496.

*El Baladro del sabio Merlin con sus profecías*, en Burgos, 1498.

*Merlin y demanda del santo Grial*, Sevilla, 1500.

*Historia de los nobles caballeros Oliveros de Castilla y Armas de Algarve*, Sevilla, 1507.

*El sexto libro de Amadis de Gaula, en que se cuentan los grandes hechos de Florisando, príncipe de Cantuaria, su sobrino, fijo del rey Florestan*, por Paez de Ribera, Salamanca, 1510.

*Tirante el Blanco de Rocasalada, caballero de la Jarretiera, que por su alta caballería alcanzó á ser príncipe y César de Grecia*, Valladolid, 1511.

*Historia amorosa de Flores y Blancaflor*, 1512.

*Crónica del caballero Cifar*, Sevilla, 1512.

*Libro del esforzado caballero conde Pantinoples, que fué emperador de Constantinopla, Alcalá de Henares*, 1515.

*Historia del valeroso caballero Polisman Florisio, que por otro nombre se llamó el caballero del Desierto, el cual por su gran esfuerzo y mucho saber alcanzó á ser rey de Bohemia*, por Fernando Bernal, Valencia, 1517.

*Libro del esforzado caballero Alderique, traducido en lengua española*, Valencia, 1519.

*Libro del muy esforzado caballero Claribatte, nuevamente venido á esta lengua castellana*, por Gonzalo Fernandez de Oviedo, Valencia, 1519.

*Los cuatro libros del caballero Amadis de Gaula*, por García Ordoñez de Montalvo, impresos por Antonio de Salamanca, 1519.

*Crónica del emperador Clarismundo*, por Juan de Barros, Coimbra, 1520.

*Historia de don Olivante de Laura*, por Antonio de Torquemada.

*El séptimo libro de Amadis, en el cual se trata de los grandes fechos en armas de Lisuarte de Grecia, fijo de Esplandian y de Perion de Gaula*, Sevilla, 1525.

*Libro del noble y esforzado caballero Reinaldos de Montalban y de las grandes proezas y estranos hechos en armas que él y Roldan y todos los doce pares paladinos hicieron*, Sevilla, 1525.

*Historia de la linda Magalona, hija del rey de Nápoles y de Pierres, hijo del conde de Provenza*, Toledo, 1526.

*Historia de Grevil y Mirabella, con la disputa de Torrellas y Branzuyda*, por Juan de Flores, Toledo, 1526.

*Libro del famoso caballero Palmerin de Oliva, que por el mundo grandes hechos en armas hizo, sin saber cuyo hijo fuese*, Venecia, 1526.

*Historia del caballero don Polindo*, Toledo, 1526.

*Libro de caballería celestial del pié de la rosa fragante*, por Jerónimo de San Pedro.

*Libro primero del esforzado caballero don Clarian de Landanis, hijo del noble rey Lautodon de Suecia*, por Jerónimo Lopez, Sevilla, 1527.

*La cuarta parte de don Clarian, en la cual se tratan los grandes hechos de Lidaman de Ganail, hijo de Rivamon de Ganail y de la princesa Daribea*, Toledo, 1528.

*Libro del esforzado caballero don Tristan de Leonis, y de sus grandes hechos en armas*, Sevilla, 1528.

*Historia de Lanzarote del Lago*.

*Historia del emperador Carlomagno y de los doce pares de Francia*, por Nicolas de Piamonte, Sevilla, 1528.

*Los tres libros del caballero Primaleon*, Toledo, 1528.

*Libro del caballero Florindo*, 1528.

*Crónica llamada el Triunfo de los nueve preciados de la fama, en la cual se contienen las vidas de cada uno, y los excelentes hechos en armas y grandes proezas que cada uno hizo en su vida, con la vida del muy famoso caballero Beltran de Guesclin, condestable que fué de Francia y duque de Molina, nuevamente traducida de lenguaje francés en nuestro vulgar castellano*, por el honorable varón Antonio Rodríguez Portugal, principal rey de armas del rey nuestro señor, Lisboa, 1530.

*Crónica del muy valiente caballero Platir, hijo del emperador Primaleon*, Valladolid, 1533.

*Historia de Enrique, hijo de dona Oliva, rey de Jerusalem y Emperador de Constantinopla*, Sevilla, 1533.

*Historia de los caballeros Tablante de Ricamonte y Jofre, hijo del conde Donaron*, por Nuño de Garay.

*Libro primero y segundo de Morgante y Roldan y Reinaldos*, Valencia, 1533.

*Crónica del muy valiente Amadis de Grecia, llamado el caballero de la Ardiente Espada*, Sevilla, 1542.

*Crónica del príncipe don Florando de Inglaterra*, Lisboa, 1545.

*Los cuatro libros del valeroso caballero don Cirangilio de Tracia, hijo del noble rey Elefson de Macedonia, según los escribió Novarco en griego y Promusis en latín*, por Bernardo de Vargas, Sevilla, 1545.

*Historia de los altos hechos de Silvio de la Selva, hijo de Amadis de Grecia*.

*Libro de los honestos amores de Peregrino y de Jinebra*, por Hernando Diaz, Salamanca, 1548.

*Los cuatro libros del muy noble y valeroso caballero Félix Magno, hijo del rey Falangrés de la Gran Bretaña y de la reina Clarinea*, Sevilla, 1545.

*Historia de los amores del caballero Paris y de la infanta Viena*.

*Historia del caballero Florimon*.

*Espejo de caballerías, en el cual se trata de los fechos de don Roldan y de Reinaldos*, Sevilla, 1550.

*Segunda parte del esforzado caballero don Clarian de Landanis y de su hijo Floramante de Colonia*, por Jerónimo Lopez, Sevilla, 1550.

*Crónica de Palmerin de Inglaterra, primera y segunda parte*.

*Historia del famoso príncipe Sferamundi de Grecia*.

*Historia de la reina Sevilla*, Burgos, 1551.

*La primera parte de la cuarta de la Crónica del excellentísimo príncipe don Florisel de Niquea, que fué escrita en griego por Galeris, y sacada en latín por Filastres Campano*, por Feliciano de Silva, Salamanca, 1551.

*Libro segundo de la cuarta parte del excelente príncipe don Florisel de Niquea, en que se trata principalmente de los amores del príncipe don Rogel y de la muy hermosa Archisidea*, por Feliciano de Silva, Salamanca, 1551.

*Caballerías de Clarindo de Grecia*, por Tristan Gomez de Castro.

*Historia de los amores de Clareo y Florisea, con los trabajos de Isea*, por Alonso Nuñez de Reinoso, Venecia, 1552.

*Historia del príncipe Félix Marte de Hircania, traducida de lengua toscana por Melchor Ortega*, Valladolid, 1558.

*Libro undécimo de Amadis, en el cual se trata principalmente de los hechos de Rogel de Grecia y de Agésilao de Colcos*.

*Trapisonda, Historia de don Reinaldos de Montalban, emperador de Trapisonda, primera, segunda y tercera parte*, por Luis Domínguez, Toledo, 1558.

*Leandro el Bel, según le compuso el sabio rey Artidoro en lengua griega*, Toledo, 1563.

*Libro del invencible caballero Lepolemo, hijo del emperador de Alemania, y de los hechos que hizo, llamándose el caballero de la Cruz*, Toledo, 1562.

*Libro segundo del emperador Palmerin de Oliva, en que se cuentan los hechos de Primaleon y Polendos sus hijos, Medina del Campo, 1565.*

*Tercera y cuarta parte de Palmerin de Inglaterra, por Diego Fernandez de Lisboa.*

*Historia del invicto y magnánimo caballero don Cristóbal de España, príncipe de Trapisonda, y del infante Lucescano su hermano, hijos del emperador Lindelel, enmendada por dona Beatriz Bernal, Alcalá de Henares, 1506.*

*La Crónica de los muy valientes caballeros don Florisel de Niquea y el fuerte Anazarles, hijos del excelente príncipe Amadís de Grecia, enmendada del estilo antiguo segun la escribió Zirfea, reina de Argines, por el noble caballero Feliciano de Silva, Lisboa, 1566.*

*Historia del valiente caballero Florambel de Lucea, hijo del rey Florineo de Escocia.*

*Historia del príncipe Erasto, hijo del emperador Diocleciano, por Pedro de la Vega, Amberes, 1573.*

*Libro primero del valeroso é invencible príncipe don Belianis de Grecia, sacado de la lengua griega, en la cual le escribió el sabio Frison, por un hijo del virtuoso varón Toribio Fernandez, Burgos, 1579.*

*Selva de aventuras, por Jerónimo de Contreras, León de Francia, 1580.*

*La bella Clotalda y cerco de Paris, por Bernardo de la Vega.*

*El Espejo de príncipes y caballeros. Parte primera dividida en tres libros, en los cuales se cuentan las inmortales proezas del caballero del Febo y de su hermano Rosicler, hijos del gran Trebacio, emperador de Constantinopla, con las altas caballerías y amores de la hermosísima y valerosa princesa Claridiana, y de otros grandes príncipes y caballeros, por Diego Ordoñez de Calahorra, Pedro de la Sierra, Marcos Martínez y Feliciano de Silva, Zaragoza, 1580.*

*Libro primero de los famosos hechos del príncipe Celidón de Iberia, por Gonzalo Gomez de Luque, Alcalá de Henares, 1584.*

*Las Sergas de Esplandian, quinto libro de Amadís de Gaula, por García Ordoñez de Montalvo, Zaragoza, 1587.*

*Libro de caballerías, por Simon de Silveira.*

*Historia de Luzmany Arbolea, por Jerónimo de Contreras.*

*Floranda de Castilla, lauro de caballeros, por Jerónimo de Huerta, Alcalá de Henares, 1588.*

(43) *Comedias de santos.*

«¿Pues qué si venimos á las comedias divinas? ¿Qué de milagros falsos fingen en ellas, qué de cosas apócrifas y mal entendidas? atribuyendo á un santo los milagros de otro, y aun en las humanas se atreven á hacer milagros sin mas respeto ni consideración que parecerles que allí estará bien el tal milagro y apariencia, como ellos llaman, para que gente ignorante se admire y venga á la comedia: que todo esto es en perjuicio de la verdad y en menoscabo de las historias, y aun en oprobio de los ingenios españoles.» (*Cervantes, Don Quixote, parte 1.ª, cap. 48.*)

(44) *Su autor Ludovico Ariosto.*

Sandoval en la *Historia de Carlos V* dice: «Y al cabo de tres ó cuatro dias que fueron casados, se representó en palacio una comedia de Ludovico Ariosto en la forma de teatro y cenas (*escenas*) que los romanos solían representar, que fué cosa real yuntuosa.» Calvete refiere lo mismo en su *Viaje del príncipe don Felipe*.

(45) *Tal fué Lope de Rueda, etc.*

Véanse en el catálogo los números 66 hasta 73, desde 73 hasta 78, desde el 80 al 82, y desde 89 al 93.

(46) *El valenciano Juan de Timonedra.*

Véanse los números 95 y 96, y desde el 106 hasta el 118 del catálogo.

(47) *Alonso de la Vega, etc.*

Véanse en el catálogo los números 100, 104 y 105.

(48) *Las compañías cómicas, etc.*

A las reducidas compañías de farsantes que empezaron á conocerse en Castilla á principios del siglo xvi sucedieron otras mas numerosas, en las cuales ya habia músicos y cantores, y mujeres que representasen. En la pragmática de Carlos V y doña Juana su madre, hecha en Toledo en el año de 1534, se dice: «Mandamos que lo que cerca de los trajes está prohibido y mandado por las leyes de este título, se entienda asimismo con los comediantes, hombres y mujeres, músicos y las demás personas que asistan en las comedias para cantar y tañer, los cuales incurran en las mismas penas que cerca de esto están impuestas.»

Las diversiones teatrales pasaron de Castilla á Portugal, y el rey don Manuel asistió con su familia y su corte á las representaciones que daba en Lisboa el célebre farsante y poeta portugués Gil Vicente, autor de muchas piezas cómicas portuguesas y castellanas. Ayudábale á componerlas y recitarlas su hija Paula Vicente, insigne actriz, que fué en su tiempo la admiración de Lisboa no menos por su ingenio felicísimo y sus gracias y hermosura, que por su conducta honesta y virtuosa. Continuaron los portugueses en todo aquel siglo cultivando el arte dramática, y entre ellos merecen particular mención Francisco Saa de Miranda, autor de dos comedias, *Os Estrangeiros*, y *Os Vilhalpandos*; Antonio Ferreira, que escribió la tragedia intitulada *Castro*; y el gran Luis de Camoens, de quien se conservan dos comedias, una *O Rey Seleuco*, y otra *Os Anfitriões*. La enumeración de los demás poetas dramáticos portugueses y el examen de su mérito ni pertenecen á nuestra historia literaria, ni al plan de esta obra.

(49) *La variedad y decencia de los trajes, etc.*

«Todos los aparatos de un autor de comedias se encerraban en un costal, y se cifraban en cuatro pellicos blancos guarnecidos de guadamasci dorado, y en cuatro barbas y cabelleras y cuatro cayados poco mas ó menos. Componian el teatro cuatro bancos en cuadro y cuatro ó seis tablas encima, con que se levantaba del suelo cuatro palmos..... El adorno del teatro era una manta vieja tirada con dos cordeles de una parte á otra, que hacia lo que llaman vestuario, detrás de la cual estaban los músicos cantando sin guitarra algun romance antiguo.» (*Cervantes en el prólogo de sus comedias.*)

Agustín de Rojas, hablando de la misma época, dice en su *Viaje entretenido*:

Tañian una guitarra,  
Y esta nunca salia fuera,  
Sino adentro y en los bancos,  
Muy mal templada y sin cuerdas.  
Bailaba á la postre el bobo;  
Y sacaba tanta lengua  
Todo el vulgacho embobado  
De ver cosa como aquella.

(50) *Prohibiendo de nuevo, etc.*

*Prohibet sancta synodus in posterum turpem illum abusum quod ex Innocentium intra ecclesiam theatrales quidam ludi edi publice consuevere magna cum ordinis ecclesiastici ignominia, necnon et divinæ majestatis offensa; quippe qui christianorum oculos, quos oportet ad spiritualia provocari, ab his ad peccandi libidinem avertant.... spectacula verò, ludi quicumque et choreæ quæ aliqui præmisso examine permittente ordinario non aliàs in aliquot solemnitatibus ac processionibus agenda sint, nullo modo dum divina officia vel celebrantur, vel dicuntur, intra ecclesiam ipsam agi permittantur... Caveant tamen episcopi et eorum vicarii nedum solemnitatibus divinæ causa ludos aliquot et spectacula edi publice permittere velint, ea permittant quæ vel in minimo christianam religionem offendere vel spectantium animos in praves mores quoquomodo inducere valeant..... Decernit etenim sancta synodus non alios ludos, non alia spectacula permittenda ab episcopo*

*fore, quam quæ ad pietatem spectantium animos movere, et à pravis moribus deterere possint.*

*Et ne quid fiat quod ordini ecclesiastico sit indecens, prohibet sancta synodus quoscunque in sacris constitutos aut beneficium ecclesiasticum habentes, ne in quocumque loco et tempore larvis personati incedant aut cujusque in quibuscumque spectaculis ac ludis personam agent, etc.*

Pueden verse además el concilio compostelano celebrado en los años de 1563 y 68, el toledano del año de 1582, el valentino de 1590, y el tarraconense de 1591.

(51) *Con el nombre de Villancicos.*

Véase el número 102 del catálogo. El uso de los villancicos era ya comun en el siglo xv. Esta composicion constaba de una ó mas coplas de versos octosilabos con un estribillo que se repetia al fin de cada una de ellas. Algunas veces se aplicaban á asuntos de devocion, y en general á los amorosos. De esta clase son los que se hallan en el *Cancionero*: véanse por ejemplo los siguientes:

¿Qué sentis, corazon mio?  
 «No decís  
 Qué mal es el qué sentís?  
 ¿Qué sentistes aquel día  
 Cuando mi señora vistes,  
 Que perdistes alegría  
 Y descanso despedistes?  
 ¿Cómo á mi nunca volvistes?  
 «No decís  
 Dónde estais que no venís?  
 ¿Qué es de vos, que en mí no os halló?  
 Corazon, ¿quién os ajena?  
 ¿Qué fué de vos, que aunque callo,  
 Vuestro mal tambien me pena?  
 ¿Quién os ató tal cadena?  
 «No decís  
 Qué mal es el que sentís?  
 Llorad, ojos, noche y día;  
 No os canséis,  
 Que algun tiempo gozareis.  
 Llorad mi mal y tristora  
 Con tal fe, tal confianza,  
 Que si os vence desventura  
 No se pierda la esperanza.  
 No os canséis,  
 Que algun tiempo gozareis  
 No os canséis de tal pasion,  
 Pues vosotros merecistes  
 Que sufriese el corazon  
 Lo que vosotros hicistes.  
 Llorad y sufrid muy tristes;  
 No ceséis,  
 Que algun tiempo gozareis.

Juan de la Encina, Naharro, Castillejo, Timoneda y otros acostumbraron á concluir sus fábulas teatrales con un villancico. En las iglesias se cantaron tambien, sirviendo de adorno al diálogo que se recitaba entre ángeles y pastores, celebrando el misterio de la Eucaristia, y mas comunmente el nacimiento de nuestro señor Jesucristo.

Todavía dura este género de composiciones, aunque no siempre exentas de frialdades, bajezas y chocarrerías poco convenientes á la majestad del culto. Tal vez las han cantado los ciegos a las puertas de las tabernas al mismo tiempo que se entonaban con solemnidad en la iglesia. Véanse algunas colecciones impresas de los villancicos y motetes que se han cantado de dos siglos a esta parte en las catedrales de España, y se hallara cuán importante es que la autoridad eclesiástica ejerza su vigilancia para la correccion de semejantes abusos.

(52) *Llamado Navarro, etc.*

Sucedio á Lope de Rueda Navarro, natural de Toledo.... «Este levantó algun tanto mas el adorno de las comedias, y mudó el costal de vestidos en cofres y baules; sacó la música, que antes cantaba detras de la manta, al teatro público; quitó las barbas de los farsantes, que hasta entonces ninguno representaba sin barba postiza, é hizo que todos representasen á curená rasa, si no era los que habian de representar los viejos ú otras figuras que pidiesen mudanza de rostro. Inventó tramoyas, nu-

bes, truenos y relámpagos, desafíos y batallas.» (Cervantes en el prólogo de sus comedias.)

En el *Viaje entretenido* dice Agustín de Rojas.

Después como los ingenios  
 Se adolgararon, empezaron  
 A dejar aqueste uso:  
 Reduciendo los poetas  
 La mal ordenada prosa  
 En pastoriles endechas,  
 Hacían faras de pastores  
 De seis jornadas compuestas  
 Sin mas halo que un pellico,  
 Un laud, una vihuela,  
 Una barba de zamarro,  
 Sin mas oro ni mas seda.  
 Y en efecto poco á poco  
 Barbas y pellicos dejan,  
 Y empiezan á introducir  
 Amores en las comedias,  
 En las cuales ya habia dama,  
 Y un padre que á aquesta cela;  
 Habia galán desdenado,  
 Y otro que querido era;  
 Un viejo que reprendía,  
 Un buho que los acecha,  
 Un vecino que los casa  
 Y otro que ordena las fiestas.  
 Ya habla saco de padre,  
 Habia barba y cabellera.  
 Un vestido de mujer,  
 Porque entonces no lo eran  
 Sino niños; después de esto  
 Se usaron otras, sin estas,  
 De moros y de cristianos,  
 Con ropas y tunelinas.  
 Estas empezó Berrio;  
 Luego los demás poetas  
 Metieron figuras graves,  
 Como son reyes y reinas.  
 Fue el autor primero de esto  
 El noble Juan de la Cueva, etc.

(53) *El docto anónimo, etc.*

Véanse los números 86 y 87 del catálogo.

(54) *Pedro Simon de Abrii.*

Véanse los números 120, 121, 123 hasta el 128 del catálogo.

(55) *Jerónimo Bermudez.*

Véase el número 129 y 130 del catálogo.

(56) *Juan de Malara.*

Véanse los números 74, 88 y 101 del catálogo.

(57) *Juan de la Cueva.*

Véanse en el catálogo desde el número 133 hasta el 139, desde el 142 hasta el 143, y además los números 147 y 150.

(58) *Miguel de Cervantes.*

Véanse en el catalogo los números 155, 157, 158, 159, 160, 164, 165, 166 y 167.

(59) *Virués.*

Véanse los números 140, 141, 146, 148 y 149 del catálogo.

(60) *Lupercio de Argensola.*

Véanse los números 161, 162 y 163 del catálogo.

(61) *Artieda.*

Véase el número 131 hasta el 154.

(62) *Cisneros.*

Véase el número 122 del catálogo.

(63) *Los dos corrales.*

Las compañías cómicas se detenían en Madrid y en las demas poblaciones considerables, segun el acogimiento que les hacían y el caudal de piezas que llevaban. Arrendaban para esto algunos patios ó corrales, y en ellos armaban sus tablados y disponían los asientos para el concurso. El nombre de patio y corral llegó á ser sinónimo de teatro. Aun dura en los modernos la denominacion que se dió en lo antiguo a las *tablas*, *patio*, *gradas*, *corredorCILLO*, *aposentos*, *barandilla*, *degolladero*, *cazueta* y *alcáceres*. La que hoy es luneta se llamó al principio *bancos*, y la parte alta que hoy es tertulia y palcos terceros se llamó *desvanes*, porque en efecto lo eran.

Luis Quiñones de Benavente dijo en una de sus loas

Lorenzo. Predad, ingeniosos bancos.  
 Cantor. Perdon, nobles aposentos.  
 Luaces. Favor, belicosas gradas.  
 Bernardino. Quietud, desvanes tremendos.  
 Pimela. Atencion, mis barandillas.  
 Piñero. Carisimos mosqueteros,  
 Granujas del auditorio,  
 Defensa, ayuda, silencio.  
 Lorenso. Damas en quien dignamente  
 Cifró su hermosura el cielo,  
 Inés. Así el abril de los años  
 Sea en vosotras eterno,  
 Y que el tiempo que tenéis  
 No se sepa en ningún tiempo.  
 Margarita. Que piadosas y corteses  
 Pongais perpetuo silencio  
 Inés. A las llaves y á los pitos,  
 Silba de varios sucesos.

En el año de 1568 se representaba en un corral de la Puerta del Sol, en otro de la calle del Príncipe, propio de Isabel Pacheco, y en otro de la misma calle de un N. Barquillos. Después hubo comedias en otro de la calle del Lobo, de quien era dueño Cristóbal de la Puente. Hubo también otro corral llamado de la Valdivieso, en que algunas veces se representó. En el año de 1579 y en el de 1582 establecieron las cofradías de la Pasión y Soledad dos corrales: el primero en la calle de la Cruz, y el segundo en la del Príncipe. Estos mismos son los que transformados ya en teatros conservan todavía el uso, el sitio y el nombre. Pellicer en su tratado sobre el *Origen de la comedia y del histrionismo en España*, tomo I, recogió varias noticias curiosas acerca de los teatros materiales de Madrid.

(64) *Al acabarse el siglo XVI, etc.*

El crecido número de las composiciones dramáticas de Lope de Vega no es una tradición oscura: esta apoyada en testimonios irrecusables. Véanse aquí reunidos algunos de ellos.

En el año de 1603 corrían ya impresas trescientas treinta y seis comedias suyas, de las cuales puso una lista en su obra intitulada *El Peregrino*, y allí mismo dijo que sin hacer mención de los autos y de algunas comedias que no se acordaba, llevaba ya compuestas cuatrocientas sesenta y dos. En el *Arte nuevo de hacer comedias*, publicado en 1609, dijo que tenía escritas cuatrocientas ochenta y tres. Francisco Pacheco en el discurso que imprimió en el mismo año de 1609 sobre el retrato de Lope, afirma que las comedias de aquel poeta llegaban a quinientas. Cervantes en el prólogo de las suyas, dadas á luz en 1615, dijo que Lope llevaba escritas mas de ochocientas. Dedicando el mismo Lope a su hijo la comedia de *El verdadero amante*, en el año de 1620, le dice que había compuesto ya noventa y cinco. En el prólogo a la vigésima parte de ellas, impreso en 1627, asegura tener ya escritas mil setenta. En la *Egloga á Claudio*, escrita antes del año de 1632, dice Lope hablando de sus comedias que hasta entonces había hecho mil quinientas.

Juan Bodino en su epístola latina dirigida á Leon Allacci en el año 1636, muerto ya Lope, le atribuye mil quinientas. Fernando Cardoso en la oración fúnebre de aquel poeta fija el número de sus comedias en mil quinientas. El P. Mtro. Avalos en su elogio de Lope dice que había escrito mil setecientas. El licenciado Antonio de Leda en su poema intitulado *El Fénix Mantuano*, alabando á Lope, le reconoce por autor de mil ochocientas. El caballero Juan Bautista Marino dijo en el panegirico de Lope que había compuesto dos mil. Don Juan Antonio de la Peña en la dedicatoria de su égloga elegíaca intitulada *Belardo* dice

que Lope escribió mil seiscientas comedias, y en el prólogo que precede á la misma obra dice que fueron sus comedias mil seiscientas, y los autos sacramentales mas de doscientos, que es decir, le atribuye mil ochocientas obras de teatro. El doctor Juan Perez de Montalban, testigo de toda escepcion, en su libro intitulado *Para todos*, dice de Lope que en el año de 1632 llevaba impresos veinte tomos de comedias, y mil quinientas que se habían representado, sin contar los autos. El mismo en la *Fama póstuma* de Lope dice que las comedias que se habían representado de aquel autor llegaban á mil ochocientas, y que pasaban de cuatrocientos los autos sacramentales, en todo dos mil doscientas piezas dramáticas. Don Nicolas Antonio, en vista de tales aserciones dadas por íntimos amigos de Lope, publicadas en el mismo año que murió, no desmentidas por ninguno de los muchos émulo que tuvo, y que el mismo don Nicolas Antonio pudo verificar por los informes de los que alcanzaron los últimos años de Lope de Vega, y mas que todo por las mismas obras que entonces debían existir, no dudó asegurar en su Biblioteca que aquel poeta había compuesto mil ochocientas comedias y cuatrocientos autos sacramentales.

(65) *Como corruptor de la escena.*

El prólogo que puso don Blas Nasarre á las comedias de Cervantes contiene excelentes doctrinas acerca del arte dramática; pero aquel literato se dejó llevar muchas veces de sus propias imaginaciones, de un espíritu de patriotismo mal entendido, y de un empeño no disculpable en desacreditar á Lope y Calderon, suponiéndolos corruptores de nuestro teatro, como si le hubieran hallado menos defectuoso, como si alguno de sus contemporáneos hubiera escrito con mayor acierto. Véanse aquí los errores que me han parecido mas notables en el citado prólogo, relativos á nuestra historia literaria y á otras materias de buen gusto y discernimiento critico.

« Los arabes y moros fueron excelentes en las representaciones dramáticas. — Los trovadores provenzales fueron los primeros que escribieron comedias. — En las obras poéticas de Alfonso el Sabio, en las de Gonzalo de Berceo y romances antiguos se conservan testimonios auténticos de nuestras composiciones teatrales, con muchos siglos de anterioridad á las piadosas farsas de los italianos y franceses. — Los peregrinos que iban á Santiago cantaban y representaban al vivo los misterios de la religion y las historias sagradas, de cuya costumbre quedaron las relaciones de ciegos y los autos sacramentales. — Cervantes compuso sus comedias con la misma idea que el *Quijote*, haciéndolas de intento desarregladas y llenas de desatinos á fin de purgar del mal gusto y mala moral el teatro. — Cuando Lope empezó á escribir, eran ya las comedias adultas y perfectas, y él las volvió á las mantillas. — Calderon fué el segundo corruptor del teatro. — Moliere puso en la escena algunas de las comedias de este autor, que tuvieron y tienen mucho aplauso y aprobacion entre los franceses. — Guillen de Castro, Rojas y Solís guardaron la moderacion que pide el estilo de las comedias. — Tenemos mayor número de comedias perfectas y según arte que los franceses, italianos é Ingleses juntos. — Tenemos comedias ajustadísimas á la razon y al arte, que en nada son inferiores á las de Moliere, Wicherley, Maffei y Riccoboni. — Don Esteban Manuel de Villegas es comparable á los mejores poetas griegos. »

Si me preguntasen mi opinion acerca de los artículos precedentes, respondería sin peligro de ser desmentido: todo es falso.

# ORIGENES DEL TEATRO ESPAÑOL.

## CATALOGO HISTORICO Y CRITICO

DE

### PIEZAS DRAMATICAS ANTERIORES A LOPE DE VEGA.

AÑO DE 1336.

1. ANÓNIMO. «Danza general en que entran todos los estados de gentes.» Esta obra existe en la biblioteca del Escorial manuscrita de letra antigua, en un tomo en cuarto. Se creyó que el autor de ella fuese Rabi don Santo, judío que floreció en tiempo del rey don Pedro de Castilla; pero examinado el códice con mayor atención, se ha visto que no es composición del citado Rabi. El que escribió la *Danza general* es absolutamente desconocido, y solo puede inferirse que vivió á mediados del siglo XIV.

Su obra es una pieza dramática escrita en coplas de arte mayor. No es fácil decidir si los versos se cantaban ó se representaban; pero no cabe duda en que á lo menos alternarían con ellos las mudanzas del baile ejecutadas al son de la música. La Muerte, que es uno de los personajes, dice:

Yo só la Muerte cierta á todas criaturas  
Que son y serán en el mundo durante;  
Demando, é digo: ¡Oh home! por qué curas  
De vida tan breve en punto pasante?  
Pues no hay tan fuerte niu recio gigante  
Que deste mi arco se pueda amparar,  
Conviene que mueras, cuando lo tirar  
Con esta mi frecha cruel traspasante.

Signense á esta otras octavas, y luego se introduce á un predicador que intima á todos la necesidad de morir, aconsejando la práctica de las buenas obras á fin de disponerse para entrar en una danza que tiene prevenida la Muerte, y dice esta:

A la danza mortal venit los nacidos  
Que en el mundo sois de cualquier estado;  
El que non quisiere, á fuerza é amidos  
Facerle he venir muy toste parado.  
Pues que ya el frayre vos ha predicado  
Que todos ayades á facer penitencia;  
El que non quisiere poner diligencia,  
Non puede ya ser ya mas esperado.

Llama á su danza á dos doncellas, y dice:

A esta mi danza trax de presente  
Estas dos doncellas que vedes, fermosas;  
Ellas vinieron de muy mala mente  
A oír mis canciones, que son dolorosas.  
Mas non les valdrán flores ni rosas  
Nin las composturas que poner solian:  
De mi si pudiesen partirse querrian;  
Mas non puede ser, que son mis esposas.

Véanse el 1.<sup>o</sup> y 4.<sup>o</sup> tomo de la colección de poesías castellanas anteriores al siglo VX, por don Tomas Sanchez (1).

(1) El haberse creído que esta composición fuese obra de Rabi don Santo de Carrion, fué por razon de hallarse continuada en el códice donde estan las obras de aquel antiguo poeta. Como quiera que fuere, es documento muy notable, y si realmente fué escrito con el objeto de

1414.

2. DON ENRIQUE DE ARAGON, marqués de Villena. «Comedia alegórica, representada al rey don Fernando de Aragon (2).»

Don Enrique de Aragon, marqués de Villena, nieto de Enrique II, rey de Castilla, y biznieto del infante don Pedro de Aragon, floreció en el reinado de don Juan el II de Castilla. Fué hombre de mucho ingenio, muy estudioso é instruido tanto en letras humanas como en las ciencias físicas y matemáticas, que le adquirieron entre el vulgo la opinion de mágico. Murió en el año de 1434. Dejó sus libros al rey, y con ellos se llenaron dos carretas. Fray Lope de Barrientos, comisionado por el rey para examinarlas, «fizo quemar mas de cien libros (como refiere Fernan Gomez de Cidareal), que non los vió él mas que el rey de Marroecos, ni mas los entiende que el dean de Cidarodrigo; ca son muchos los que en este tiempo se fan dotos, faciendo á otros insipientes é magos; é peor es que se facen beatos, faciendo á otros nigromantes.»

Escribió el marqués varias poesías, canciones y diálogos que se representaron, un poema de los *Trabajos de Hércules*, una *Traducción de la Eneida*, otra de la *Divina Comedia de Dante*, y otra del tratado de *Oratore* de Ciceron. Compuso un libro de la *Gaya ciencia*, otro del *Arte cisoria*, y varios opúsculos. Vivió muy estimado así en la corte de Castilla como en la de Aragon, y para esta escribió la comedia alegórica que va mencionada. Hacian papel en ella la *Justicia*, la *Verdad*, la *Paz* y la *Misericordia*. Nasarre en el *Prólogo á las comedias de Cervantes*, y Velazquez en los *Orígenes de la poesia castellana*, hacen memoria de esta comedia, refiriéndose á Gonzalo Garcia de Santa Maria en la crónica que escribió del citado rey don Fernando I de Aragon.

1469.

3. ANÓNIMO. «Comedia representada en casa del conde de Ureña para obsequiar al infante don Fernando de Aragon con motivo de su desposorio con la infanta doña Isabel, hermana del rey Enrique IV de Castilla.» Se ignora si esta comedia existe. Nasarre da noticia de ella, atribuyéndola al conde de Ureña, y dice:

representarse, exigia nada menos que treinta y cinco actores, á saber: la muerte, el predicador, el papa, el emperador, el cardenal, el rey, el patriarca, el duque, el arzobispo, el condestable, el obispo, el caballero, el abad, el escudero, el dean, el mercader, el arcediano, el abogado, el canónigo, el fiscal, el cura, el labrador, el monje, el usurero, el fraile, el portero, el alcaide, el contador, el diácono, el recaudador, el subdiácono, el sacristán, el rabi, el alféquí, el santero.

(2) Véase la nota (b) de la página 151, donde se hacen algunas observaciones sobre las circunstancias de esta comedia, y sobre la prioridad de otra representada quince años antes con semejante motivo, si damos fe al coronista Blancas.—Aun de época anterior leemos una curiosa noticia en un folleto titulado: *Tratado de Valencia*, publicado en aquella ciudad por don Luis Lamarea, año de 1840, donde (pág. 8) se dice: «en abril de 1395 se representó en el palacio del Real una tragedia titulada *L'Amor emmoral* / la fembra satisfeta escrita por mossen Domingo Maspons, consejero de Juan I, que poseyó en manuscrito del siglo XIV don José Mariano Ortiz.» Será importante averiguar la certeza de este dato



yéndola á Juan de la Encina; pero en el año de 1469, en que se casaron los Reyes Católicos, Juan de la Encina lloraba en la cuna.

1470.

4. RODRIGO DE COTA. «Diálogo.—Comienza una obra de Rodrigo de Cota á manera de diálogo entre el Amor y un viejo, que escarmentado de él, muy retraído se figura en una huerta seca y destruida, do la casa del Placer derribada se muestra, cerrada la puerta, en una pobrecilla choza metido; al cual súbitamente parece el Amor con sus ministros; y aquel humildemente procediendo, y el viejo en áspera manera replicando, van discurriendo por su fabla, fasta que el viejo del Amor fué vencido; y comenzó á hablar el viejo de la manera siguiente.» Así se anuncia esta obra en el *Cancionero general* de Hernando del Castillo, impreso en Valencia por Cristóbal Hoffman, natural de Basilea, año de 1511.

Este diálogo es una representación dramática con acción, nudo y desenlace; entre dos interlocutores no es posible exigir mayor movimiento teatral. Supone decoración escénica, máquina, trajes y aparato; el estilo es conveniente, fácil y elegante; los versos tienen fluidez y armonía.

Poca noticia nos ha quedado del autor: se sabe solamente que existieron en el siglo xv dos parientes, vecinos de Toledo, con el nombre de Rodrigo de Cota, y que al mas antiguo de ellos llamaron el Tio.

A este se le atribuyen las coplas de *Mingo Revulgo*, y no con bastante seguridad el primer acto de la *Celestina*. Francisco del Canto, que reimprimió en Medina del Campo en el año de 1569 el *Diálogo del Amor y un viejo*, le anunció de este modo: *Diálogo hecho por el famoso autor Rodrigo de Cota, el Tio, natural de Toledo, el cual compuso la égloga de Mingo Revulgo*, etc. Si esta indicación es segura, puede decirse que Rodrigo de Cota, el Tio, floreció durante los reinados de Juan el II y de Enrique IV. Las coplas de Revulgo son una sátira de los desórdenes ocurridos en tiempo de este último rey. Los que han creído que aludía á los de su antecesor, no han leído detenidamente las citadas coplas, en las cuales se pinta muy al vivo el carácter de don Enrique, sus inclinaciones, sus vicios, su retraimiento, su absoluto abandono y su escandalosa pasión á la portuguesa doña Guiomar de Castro, dama de la reina (3).

1492.

5. JUAN DE LA ENCINA.—«Egloga representada en la noche de la Natividad de nuestro Salvador, adonde se introducen dos pastores, uno llamado Juan, é otro Mateo; é aquel que Juan se llamaba, entró primero en la sala adonde el duque é duquesa estaban, é en nombre de Juan del Encina llegó á presentar cient coplas de aquesta fiesta á la señora duquesa; é el otro pastor llamado Mateo, entró después desto, é en nombre de los detractores é maldicientes comenzó á razonar con él, é Juan estando muy alegre é ufano, porque sus señorías le habian ya recibido por suyo, venció la malicia del otro. Adonde prometió que venido el mayo sacaría la compilacion de todas sus obras, porque se las usurpaban é corrompian, é porque no pensasen que toda su obra era pastoril, segun algunos decian, mas antes conociesen que á mas se extendía su saber.» Diálogo en verso sin artificio dramático (4).

1492.

6. «Egloga representada en la misma noche de Navidad, adonde se introducen los mismos pastores de arriba: é

estando estos en la sala adonde los maitines se decian, entraron otros dos pastores, que Lucas é Marco se llamaban, é todos cuatro en nombre de los cuatro evangelistas de la natividad de Cristo se comenzaron á razonar.» Consiste en un diálogo en verso sin acción, y concluye con un villancico cantado. Se infiere por esta pieza que en alguna sala de casa del duque de Alba se disponia un nacimiento (como todavía es costumbre en España), se rezaban delante de él los maitines con asistencia de los duques y de su familia, y acabado este acto religioso seguian las diversiones de representación y de música.

1494.

7. «Representación á la muy bendita pasión y muerte de nuestro precioso Redentor, adonde se introducen dos ermitaños, el uno viejo y el otro mozo, razonándose como entre padre é hijo camino del santo Sepulcro, é estando ya delante del monumento, allegóse á razonar con ellos una mujer llamada Verónica, á quien Cristo quando le llevaban á crucificar dejó imprimida la figura de su rostro en un paño que ella le dió para se alimpiar del sudor y sangre. Va eso mesmo introducido un ángel, que vino á contemplar en el monumento, é les trajo consuelo é esperanza de la santa resurrección.» Diálogo sencillísimo en verso, con buen lenguaje y estilo. Se infiere de su contenido que se representó en casa de los duques delante del monumento que se pondría el jueves santo en el oratorio (5).

1494.

8. «Representación á la santísima Resurrección de Cristo, adonde se introducen Josef é la Madalena é los discípulos que iban al castillo de Emaús; é primero Josef comienza contemplando el sepulcro... é en fin vino un ángel á ellos por les acrescentar la alegría é fe de la resurrección.» Concluye este diálogo en verso con un villancico. Es creíble que se representase tambien en el oratorio de los duques.

1495.

9. «Egloga representada en la noche postrera de carnal (que dicen de antruejo ó carnestollendas) adonde se introducen cuatro pastores llamados Beneyto, é Bras, Pedruelo, é Llorente. E primero Beneyto entró en la sala adonde el duque é duquesa estaban, é comienzó mucho á dolerse é acuitarse porque se sonaba que el duque su señor se habia de partir á la guerra de Francia; é luego tras él entró el que llamaban Bras preguntándole la causa de su dolor, é después llamaron á Pedruelo, el cual les dió nuevas de paz, é en fin vino Llorente que les ayudó á cantar.» Esta égloga, escrita en verso, puede considerarse como un pequeño drama con nudo y solución, en el cual oportunamente introdujo el autor los elogios del duque de Alba. La espresion de caracteres y afectos son convenientes á los personajes de la fábula (6).

1495.

10. «Egloga representada la mesma noche de antruejo ó carnestollendas, adonde se introducen los mesmos pastores de arriba llamados Beneyto, é Bras, é Llorente, é Pedruelo. E primero Beneyto entró en la sala, adonde el duque é duquesa estaban, é tendido en el suelo de gran reposo comenzó á cenar, é luego Bras que ya habia cenado, entró diciendo: *carnes fuera*; mas importunado de Beneyto tornó otra vez á cenar con él, é estando cenando é razonándose sobre la venida de cuaresma, entraron Llorente é Pedruelo, é todos cuatro juntamente comiendo y cantando con mucho placer dieron fin á su

(3) Esta composicion lindísima se hallará en la coleccion que sigue al presente catálogo.

(4) Esta égloga y la anterior parecen ser dos escenas de un mismo drama, y juntas se hallan en la coleccion de Bohl de Faber.

(5) Hállase en la misma coleccion citada.

(6) Se halla en la coleccion de Moratin.

(festejar.) Diálogo en verso desnudo de acción, que se acaba con un villancico (7).

1495.

11. «Egloga representada en recuesta de unos amores, adonde se introduce una pastorcilla llamada Pascuala, que yendo cantando con su ganado entró en la sala adonde el duque é duquesa estaban, é luego después de ella entró un pastor llamado Mingo, é comenzó á requerirla. E estando en su recuesta llegó un escudero que también fué preso de sus amores. Recuestando é altercando el uno con el otro se la sonsacó, é se tornó pastor por ella.» En esta égloga, escrita en verso, se advierte un poco de artificio dramático: el lenguaje y estilo son acomodados á los caracteres que en ella se introducen. El de Mingo le representó Juan de la Encina, como se infiere por el contexto de la pieza siguiente (8).

1496.

12. «Egloga representada por las mismas personas que en la de arriba van introducidas, que son un pastor llamado Gil, é Pascuala é Mingo, é su esposa Menga, que de nuevo agora aquí se introducen. E primero Gil entró en la sala adonde el duque é duquesa estaban, é Mingo, que iba con él, quedóse á la puerta espantado que no osó entrar, é después importunado de Gil entró, é en nombre de Juan de la Encina llegó á presentar al duque é duquesa sus señores la compilacion de sus obras, é allí prometió no trovar mas, salvo lo que sus señorías le mandasen, é después llamaron á Pascuala é a Menga, é cantaron é bailaron con ellas. E otra vez tornándose á razonar allí, dejó Gil el hábito de pastor que habia traído un año, é tornóse del palacio, é con él juntamente la su Pascuala, é en fin Mingo é su esposa Menga, viéndolos mudados del palacio, crecióles envidia, é aunque recibieron pena de dejar los hábitos pastoriles, también ellos quisieron tornarse del palacio, y probar la vida dél. Así que todos cuatro juntos muy ataviados dieron fin á la representacion cantando el villancico del cabo.» La composicion de este diálogo en verso no tiene mérito particular; pero la espresion de los caracteres, el estilo, la versificacion y el siguiente villancico merecen égloga.

Al Amor obedezcamos  
Con muy presta voluntad;  
Pues es de necesidad,  
De fuerza virtud hagamos:  
Al Amor no resistamos,  
Nadie cierre á su llamar,  
Que no le ha de aprovechar.  
Amor amansa al mas fuerte,  
E al mas flaco fortalece;  
Al que menos le obedece  
Mas le aqueja con su muerte;  
A su buena ó mala suerte  
Ninguno debe apuntar,  
Que no le ha de aprovechar.  
Amor muda los estados,  
Las vidas y condiciones,  
Conforma los corazones  
De los bien enamorados:  
Resistir á sus cuidados  
Nadie debe procurar,  
Que no le ha de aprovechar.  
Aquel fuerte del Amor,  
Que se pinta niño y ciego,  
Hace al pastor palaciego,  
Y al palaciego pastor:  
Contra su pena é dolor  
Ninguno debe fidiar,  
Que no le ha de aprovechar.  
El que es Amor verdadero)

Despierta al enamorado,  
Hace al medroso esforzado,  
E muy polido al grosero:  
Quien es de Amor prisionero  
No salga de su mandar,  
Que no le ha de aprovechar.

El Amor con su poder  
Tiene tal jurisdiccion,  
Que cativa el corazon  
Sin poderse defender:  
Nadie se debe asconder  
Si Amor viniere á llamar,  
Que no le ha de aprovechar (9).

1496.

13. «Aucto del Repelon, en el cual se introducen pastores, Piernicurto é Johan Paramas, los cuales vendiendo su mercadería en la plaza, llegaron los estudiantes que los repelaron, faciéndoles otras las peores. Los aldeanos, partidos el uno del otro por caparse de ellos, el Johan Paramas fué á casa caballero: en entrando en la sala, fallándose fuer peligro, comenzó á contar lo que le acaesció. Sobre Piernicurto en la rezaga, que le dice como todo se ha perdido, é entró un estudiante estando allí blando á refacer la chaza, al cual, como le vieron echaron de la sala. Sobrevienen otros dos pastores, vanta Johan Paramas un villancico.» No se alcanza por Juan de la Encina llamó auto á esta pieza, y no é ó representacion, como hizo con las otras. La pieza es un diálogo en verso sin acción, en que hizo hablar los interlocutores un lenguaje estreñadamente grosero, como puede verse en los siguientes versos.

ESTUDIANTE.

Pues que ya te lo he jurado,  
Ven acá, dímelo tú.

JOHAN.

¿Quieres saber lo que hū?  
Engañónos, mal pecado,  
Que stábamos nel mercado  
Na aquella prza denantes;  
Un rebaño de estudiantes  
Nos hizón un mal recado.  
Aqueste, yo os dó la fe  
Que bonico lo paroren.

PIERNICURTO.

¿Y á mí ño me repeloren?

JOHAN.

Así, hizon té, ño sé qué.

PIERNICURTO.

No, que yo bien me guardé.

JOHAN.

Bien que el rabo lo pagó.  
¿Cuidas que ño lo sé yo?

PIERNICURTO.

Cocorron que te daré.

1496.

14. «Representacion por Juan del Encina ante el esclarecido é muy ilustre principe don Juan, nuestro herano señor. Introdúcense dos pastores, Bras é Juan é con ellos un escudero que á las voces de otro pastor Pelayo llamado, sobrevinieron; el cual de las dos frechas del Amor mal herido se quejaba, al cual and por debesa vedada con sus frechas é arco de su gran der ufanándose el sobredicho pastor habia querido poder.» No carece de mérito en esta pieza el soliloquio Amor, en que describe la estension de su poderío. escrita en verso.

(7) Se halla en la coleccion de Bohl de Faber.

(8) Esta égloga está inserta en la coleccion de Moratin y en la de Bohl de Faber.

1497.

15. «Egloga trovada por Juan del Encina, en la cual se introducen tres pastores, Fileno, Zambardo é Cardonio, donde se recuenta como este Fileno preso de amores de una mujer llamada Zéfira, de cuyos amores viéndose muy desfavorecido, cuenta sus penas á Zambardo y Cardonio, el cual no fallando en ellos remedio, por sus propias manos se mata.» El autor de *El Diálogo de las lenguas* cita con elogio una comedia intitulada: *Fileno y Zambardo*; pero no es de creer que aludiese á la presente composicion, á la cual su autor llamó égloga, y no comedia. Fileno, después de quejarse largamente de la ingratitud de su pastora, concluye quitándose la vida: sobrevienen dos amigos suyos, cargan con el cuerpo y se le llevan á enterrar; no hay mas fábula que esta. Escribió su obra Juan de la Encina en coplas de arte mayor, á diferencia de todas las otras. La pureza del lenguaje, el estilo y los versos tienen mérito. Véase este pasaje en que declama Fileno contra los vicios de las mujeres:

Desde el comienzo de su creacion  
 Torció la mujer del vero camino;  
 Que menospreciando el mando divino,  
 A sí y á nosotros causó perdition;  
 De aquella en las otras pasó sucesion,  
 Soberbia, codicia é desobediencia,  
 Y el vicio do halla mayor resistencia  
 Aquel mas seguir su loca opinion.  
 Discretas son todas á su parescer;  
 Si yerran ó no, sus obras lo digan;  
 ¡Dime si viste en cosa que sigan  
 Mudanzas é antojos jamas fallar!  
 Si aborresciendo nos muestran querer,  
 E sí pensando nos muestran folganza,  
 Yo é los que en ellas han puesto esperanza  
 Te pueden de aquesto bien cierto hacer.  
 El tiempo no sufre que en esto me estienda,  
 El cual faltaria, mas no que decir:  
 Sus artes cubiertas, su claro mentir,  
 Huirse debía, mas no lleva enmienda;  
 Y aunque de todas aquesto se entienda,  
 Sola Zéfira á todas escude,  
 Cuya crüeza no sé, ni se puede  
 Pensar, ni ella misma creo la comprenda.  
 ¡En cual corazon de muy cruda fiera  
 Pudiera caber tan gran crüeldad,  
 Que siendo señora de mi libertad  
 Por otra no suya trocárala quisiera?  
 ¡Oh condicion mudable lijera!  
 ¡Oh triste Fileno! ¿en qué eres venido,  
 Que ni aprovecha llamarte vencido,  
 Ni para vencer remedio se espera?  
 La sierpe y el tigre, el oso y leon,  
 A quien la natura produjo feroces,  
 Por uso de tiempo conocen las voces  
 De quien los gobierna y humilides le son;  
 Mas esta, do nunca moró compasion,  
 Aunque la sigo después que soy hombre,  
 Y soy hecho ronco llamando su nombre,  
 Ni me oye ni muestra sentir compasion.

1488.

16. «Egloga trovada por Juan del Encina, representada la noche de Navidad, en la cual á cuatro pastores, Miguehejo, Juan, Rodrigacho é Anton llamados, que sobre los infortunios de las grandes lluvias é la muerte de un sacristán se razonaban, un ángel aparece, é el nascimiento del Salvador les anunciando, ellos con diversos dones á su visitacion se aparejan.» Es un diálogo en estilo rústico, que se acaba con la inoportuna aparicion de un ángel. Cuéntales á los pastores el nacimiento del hijo de Dios, y ellos se encaminan á Belén para adorarle; pero como los tales pastores no son los del Evangelio, sino unos cabreños cristianos y españoles que hablan de los aguaceros y

avenidas del año de 1498, resulta demasiado absurdo el anuncio del ángel y el desatinado viaje que emprenden (10).

1513 (11).

17. DON PEDRO MANUEL DE URREA. «Egloga de la tragi-comedia de Calisto y Melibea, de prosa trovada en metro, por don Pedro Manuel Urrea, dedicada á su madre la condesa de Aranda.» Está inserta esta pieza entre las varias poesías de que se compone el *Cancionero* del mismo autor, impreso en Logroño á costa y espensas de Arnau Guillen Brocar, maestro de la imprenta en dicha ciudad: le acabó en nombre de la santísima Trinidad á siete dias del mes de julio de 1513, en folio.

El autor dice en el argumento: «Esta égloga ha de ser hecha en dos veces. Primeramente entra Melibea y después Calisto, y pasan allí las razones que aquí parecen, y al cabo despide Melibea á Calisto con euojos, y sálese él primero, y después luego se va Melibea. Y torna presto Calisto muy desesperado á buscar á Sempronio su criado, y los dos quedan hablando hasta que Sempronio va á buscar á Celestina para dar remedio á su amo Calisto. Está trovado esto hasta que queda solo Calisto, y allí acaba, y por no quedar mal, vanse cantando el villancico que va al cabo.» Por esta advertencia preliminar se ve que Urrea no aspiró al mérito de la invencion: puso en versos cortos la prosa que halló en el primer acto de la *Celestina*, y advirtiéndole que no le resultaba una fábula entera, añadió un villancico por no quedar mal.

1514.

18. JUAN DE LA ENCINA. «Farsa de Plácida é Vitoriano.» Esta obra, de la cual solo queda la noticia, se imprimió en Roma en el año de 1514. El citado autor de *El Diálogo de las lenguas* habla de ella con elogio, prefiriéndola á todas las demás del mismo poeta. La inquisicion la prohibió en el año de 1559.

Juan de la Encina nació en Salamanca (ó en algun pueblo inmediato á ella) en el año de 1468. Estudió en aquella universidad, protegido del maestrescuela don Gutierre de Toledo, hermano de don Garcia de Toledo, conde

(10) Hállase en la coleccion de Bohl de Faber

(11) Antes de esta fecha se encuentra el auto pastoril de Nacimiento, el primero que en Portugal se representó, estando presentes el rey don Manuel y la reina doña Beatriz su madre, y la señora duquesa de Braganza su hija, en la segunda noche del nacimiento del principe don Juan II en Portugal (6 de junio de 1502), que se incluye entre las obras de Gil Vicente, impresas en Lisboa en 1602, y se reproduce en la coleccion de Bohl de Faber. (Véase la nota (9) al *Discurso histórico que precede*, y la 15 al presente catálogo.)

No podemos asegurar si se representaría anteriormente á esta época alguna de las piezas contenidas en el código de la biblioteca nacional, que hemos citado, y cuyo índice ponemos á continuacion con las personas ó figuras que en ellos intervienen.

## INDICE.

1. Auto del sacrificio de Abraham. Figuras: Abraham, un villano, Eliazzer, Sara, una moza, cuatro convidados, Dios Padre, Isaac, un ángel.
  2. Auto del destierro de Agar. Figuras: Abraham, Sara, un ángel, dos pastores, Agar, Ismael, Voluntad, Deseo, Cuidado, Amor.
  3. Auto de cuando Abraham se fué á tierra de Canán. Figuras: Abraham, Dios Padre, Eliazzer, Sara, Lot, tres pastores, el rey Faraon, un portero, tres del pueblo.
  4. Auto de cuando Jacob fué huyendo á las tierras de Aran. Figuras: Laban, Collaco, Jacob, dos pastores, Raquel, Lia.
  5. Auto de los desposorios de Isaac. Figuras: Abraham, Eliazzer, Rebecca, Batuel, Labá, el alegría, la moralidad, la letra, Delbora.
- Nota. Al fin de este auto hay unas coplas en loor de San Francisco, otras en loor de San Juan, y otras en loor de San Ambrosio.
6. Auto de los desposorios de Isaac. Figuras: Abraham, Eliazzer, un villano, un mozo, Batuel, Rebecca, una criada suya, un hatero, un sordo, Laban, Isaac, un criado suyo.
  7. Farsa del sacramento del amor divino. Figuras: El amor divino, el contentamiento, un labrador, un segador, un sembrador, un trillador, una panadera, una hornera.
  8. Auto del robo de Digna. Figuras: Digna, el principe Siguen, un paje, un pastorcico, Jacob, el rey Emor, un villano, Levi, Rubé, Judas, un pregonero.
  9. Farsa sacramental de la residencia del hombre. Figuras: Conciencia.

de Alba. Siguió después la corte, y á los veinte y cinco años de su edad se hallaba colocado en la casa y familia de don Fadrique de Toledo, primer duque de Alba, y de su esposa doña Isabel Pimentel. Publicó la colección de sus obras con el título de *Cancionero*, que dividió en cuatro partes, dedicándola á los Reyes Católicos, al duque y duquesa de Alba, al príncipe don Juan, y á don García de Toledo, primogénito de los duques, el

que murió en la funesta jornada de los Gelves. En la cuarta parte de esta colección incluyó sus obras dramáticas. El duque y duquesa de Alba, don Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, don Iñigo Lopez de Mendoza, duque del Infantado, el príncipe don Juan, y los mas ilustres caballeros y damas de aquella corte asistieron á estos privados espectáculos, en que Juan de la Encina se distinguió como poeta y gracioso cómico. Ignórase con qu-

cia, Justicia, Hombre, Angel de la guarda, Misericordia, Mundo, Carne, Lucifer.

40. Auto del magna. Figuras: Ruben, Manasés, Rudilla, Lia, un villano, Molan, Aaron, otros del pueblo.

41. Auto de la lucha de Jacob con el angel. Figuras: Jacob, Coson, Llu-Rachel, Gil pastor, un angel, Esau y su gente de guerra.

42. Auto del nacimiento de Jacob. Figuras: Jacob, Joseph, Senec, un villano, una moza, dos jitanas, Levi, Rubé, Simeon.

43. Auto de Sanson. Figuras: Los del pueblo de Sequi, los filisteos, un carretero, Sanson, Balida, un villano.

44. Auto del rey Nabucodonosor, cuando se hizo adorar. Figuras: Co-guedad, Fe, Razon, Nabuc, tres legados, un villano, un pregonero, Si-drac, Mism, Abdenago, Contrición, Penitencia.

45. Auto del sueño de Nabucodonosor. Figuras: Un camarero, un paje, Arioc, el rey Nabuc, tres sabios, un pregonero, Daniel.

46. Auto del rey Asuero, cuando descompuso á Basti. Figuras: El rey Asuero, tres pajes, un mayordomo, un repostero, un villano, cuatro reyes, un truhan, la reina Basti, tres sabios.

47. Auto del rey Asuero cuando aborció á Aman. Figuras: La fortuna, cuatro que la acompañan, Aman, Ester, Atac, el rey Asuero, cuatro pajes, un verdugo, cuatro músicos.

48. Auto de la lepra de Naaman. Figuras: Naaman, su mujer, una cap-tiva, un mayordomo, un criado, un villano, Sirio del Prado, el rey de la-rael, Seziel, Eliseo.

*Nota. Este auto está sin concluir.*

49. Auto de la ungió de David. Figuras: Samuel, Dios Padre, un crí- do de Samuel, dos del pueblo, Isai, sus ocho hijos, un pastor, David.

50. Auto de los desposorios de Joseph. Figuras: Putifar, Zenobia, un villano, Senec, un correo, Joseph, un angel, un secretario, el rey Fa-raon, un atambor.

51. Auto de Tobías. Figuras: Tobías el viejo, Tobías su hijo, Ana, el án- gel Rafael, Raquel, su mujer, Sara, Nabal, Bobo.

52. Auto de Abraham cuando venció los cuatro reyes. Figuras: Un vi- llano, dos soldados, Abraham, Melchisedech, sus criados, Loth con su familia, Ader, Escol, Membrét, el rey de Sodoma.

*Nota. Al fin hay unas coplas en loor del santísimo árbol de la santi- sima Veracruz.*

53. Auto del emperador Juveniano. Figuras: Juveniano, un paje, tres cazadores, un angel, un secretario, un portero, la emperatriz, dos ver- duggos, un pregonero, un ermitaño.

54. Auto del sacrificio de Jeté. Figuras: Jeté, cuatro ladrones, los de- Galad, Huencarral, dos embajadores, un atambor, Galarita, dos duncellas.

*Nota. También este auto está sin concluir.*

55. Auto de la conversión de San Pablo. Figuras: San Pablo, el príncipe de la ley, Abdaron, Abiatar, Cristo, Ananias, dos judíos.

56. Auto de San Jorge cuando mató la serpiente. Figuras: Los del pue- blo, el rey, la infanta, la reina, dos duncellas, un pastor, san Jorge.

57. Auto de San Cristóbal. Figuras: San Cristóbal, un rey, el demonio, un truhan, un ermitaño, un portugués, un viejo, dos bobos, Jesucristo.

58. Auto de un milagro de sancto Andrés. Figuras: Un demonio en há- bito de paje, otro de duncella, un obispo, un paje suyo, sancto Andrés.

59. Auto del martirio de Sant Justo y Pastor. Figuras: Daciano, un maestresala suyo, un pregonero, Sant Justo, Sant Pastor, un angel.

60. Auto de la destrucción de Jerusalem. Figuras: Vespasiano, dos pajes, un senescal, un judío, la mujer Verónica, Pilato, el rey Archelau, un criado, Clemente, dos dueñas, algunos soldados.

61. Auto de la Asunción de nuestra Señora. Figuras: Un angel, sant Juan, sant Pedro, Santiago, sant Andrés, todos los demás apóstoles, Cristo.

62. Auto de la Asunción de nuestra Señora. Figuras: Nuestra Señora, un angel, sant Juan, sant Andrés, Santiago, sant Pedro, Mose Rabi, otros dos judíos, Dios Padre, Cristo, el Espíritu Santo, santo Tomás, dos coros de ángeles, todos los demás apóstoles.

63. Auto de cuando santa Elena halló la cruz de nuestro Señor. Figuras: Santa Elena, el emperador, dos criados, Judas, Levi, Ruben, Abda- ron, un difunto.

64. Entremés de las esteras. Figuras: Melchora, Antona, un bobo, un lacayo, un bachiller, el amo de las mozas.

65. Auto de la degollación de sant Juan Bautista. Figuras: El rey He- rodes, Cornelio, sant Juan, un paje, Herodias, su hija, un alguacil, un verdugo, sant Andrés, Santiago.

66. Auto de la muerte de Adonias. Figuras: Adonias, Joab, Sadoch, Abi- atan, el rey Salomón, Idor, Bersabé y otros criados del rey.

67. Auto del martirio de santa Bárbara. Figuras: Dioscuro, dos cante- ros, santa Bárbara, dos pastores, un adelantado.

68. Auto del martirio de santa Eulalia. Figuras: Un procurador, Cal- formio, un alguacil, santa Eulalia, dos verduggos, dos ángeles.

69. Auto de San Francisco. Figuras: San Francisco, un hermano suyo, su padre, un obispo, un paje, fray Maseo, fray Inocencio, fray Buena- ventura, fray Silvestre.

70. Auto del pecado de Adan. Figuras: Adan, Eva, Lucifer, Gula, Avaricia, Dios Padre, Angel.

41. Auto de Cain y Abel. Figuras: Abel, Cain, Dios Padre, la envidia, la culpa, Lucifer, la muerte y cuatro que la traen.

*Nota. Esta Armado este auto por el maestro Ferrus.*

42. Auto de la prevaricación de nuestro padre Adan. Figuras: Adan, Eva, Lucifer, Dios Padre, un angel, dos coros de ángeles.

43. La Justicia divina contra el pecado de Adan. Figuras: Justicia, Mi- sericordia, Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo, Adan, Eva, u- angel, dos coros.

44. Auto de los hierros de Adan. Figuras: Adan, Híbre albedría, el de- seo, el trabajo, la inocencia, la sabiduría, fe, esperanza, caridad, el error la misericordia.

45. Auto de la culpa y captividad. Figuras: Dos romeros, la culpa, la captividad, un villano, una pastora, dos profetas, un viejo, una vieja, la libertad.

46. Auto de la entrada de Jesucristo en Jerusalem. Figuras: Jesucristo, los doce apóstoles, un ciudadano, un villano, un renovero, un cambio- dor, un palomero, la turba del pueblo, tres fariseos.

47. Auto de la prisión de sant Pedro. Figuras: El rey Herodes, Cam- mion, sant Pedro, Levi, Samuel, un angel, Cristo, sant Marcos, su ma- dre, una moza.

48. Auto del hijo pródigo. Figuras: El padre, el hijo, un villano, la ma- dre, un portugués, Seudulo, una mujer enamorada, una moza, un per- quero, el hijo mayor.

49. Auto de los desposorios de Moises. Figuras: Moises, un bobo, dos villanos, un viejo y otro mozo, Sefora, Getrona, Getron su padre.

50. Auto de la residencia del hombre. Figuras: La justicia, la miseri- cordia, la conciencia, el angel de la guarda, el hombre, Lucifer, el mudo y la carne.

51. Auto de la circuncisión de nuestro Señor. Figuras: Nuestra Se- ñora, Fe, Prudencia, Humildad, Joseph, el sacerdote, Levi y Abiatar.

52. Auto de la huida de Egipto. Figuras: Joseph, nuestra Señora, un angel, un viejo, un bobo, cuatro jitanas, un jitano.

53. Auto de las donas que envió Adan á nuestra Señora con Sant Láz- ro. Figuras: Sant Lázaro, nuestra Señora, la humanidad.

54. Auto del despedimiento de Cristo de su madre. Figuras: Sant Pe- dro, sant Juan, nuestra Señora, la Magdalena, santa Maria, un angel, Adan, Sant Lázaro.

55. Auto de la verdad y la mentira. Figuras: Verdad, Mentira, Malicia, Ignorancia, Pecado, Justicia.

56. Auto del hospedamiento que hizo santa Maria á Cristo. Figuras: Cristo, los doce apóstoles, santa Maria, la Magdalena, Marcela.

*Nota. Al fin se leen unas coplas en loor de la santa Veracruz.*

57. Auto de acusación contra el género humano. Figuras: Lucifer, Sa- tan, Caron, Cristo, nuestra Señora, el angel custodio, el angel san Ga- briel, el género humano, fragilidad.

*Nota. Al fin se leen unas octavas en loor de la sacratísima reina de los ángeles, nuestra Señora.*

58. Auto de los títulos de Petrarca á lo divino. Figuras: La razon, la sensualidad, el amor, David, Adan, Sanson, Salomón, la castidad, cua- tro duncellas, la muerte, Abraham, Absalon, Alejandro, Hércules, la fam- ea evangélica, los cuatro evangelistas, el tiempo, los cuatro tiempos de- año, Cristo, dos ángeles.

59. Auto de Naval y de Abigail, y David, cuatro pastores y dos soldados y un pastorcillo, una moza llamada Sabinilla, y un bobo llamado Jordán.

60. Auto de la resurrección de Cristo. Figuras: Cristina, moza, Ton- quera bobo, Feliso, Palmero, el tiempo, la paz, la libertad.

*Nota. Obra al fin una licencia de la vicaría general para la represen- tación de este auto: su fecha en Madrid á 20 de marzo de 1568.*

61. Auto de la resurrección de Cristo. Figuras: Sant Juan, Sant Lucas, sant Mateo, sant Marcos, la caridad, la inocencia de Adan.

62. Auto de la asunción de nuestra Señora. Figuras: Nuestra Señora, un angel, sant Juan, Santiago y sant Pedro y los demás apóstoles.

63. Auto de la conversión de sant Pablo. Figuras: Sant Pablo, el príncipe sacerdotal, Audaron, Abiatar, Cristo, Ananias.

64. Auto de la conversión de la Magdalena. Figuras: La Magdalena, Susanna, la vanagloria, Levi, Simeon, Cristo, sant Juan, sant Pedro, los demás apóstoles.

65. Coloquio de Fenisa á lo divino en loor de nuestra Señora. Figuras: santo Lucas, santo Bernardo, santo Ildefonso, nuestra Señora, la miseri- cordia, la verdad, la justicia.

66. Coloquio de Fide ipsa. Figuras: Santo Juan, santo Agustín, santo Thomas, la fe, la esperanza, la caridad.

67. Parva del Sacramento de las cortes de la Iglesia. Figuras: Fe, Igle- sia, Esperanza, la hipocresía, el mundo, la novedad, el ciego entendi- miento.

68. Parva del sacramento. Figuras: Jeremias, Isaias, el cuidado, la fe, la esperanza, la caridad.

69. Parva del sacramento de los sembradores. Figuras: Amor divina, Misericordia, Nazaren, Helen, Voluntad, Calvario, Jerusalem, la caridad.

70. Parva del sacramento de la fuente de santo Juan. Figuras: Santo Juan, un angel, un villano, un bachiller, un viejo, una moza, la Iglesia, un sacristán.

motivo ni en qué tiempo pasó á Roma: solo se sabe que permaneció algunos años en aquella capital, cultivando las letras y la música, en la cual llegó á ser eminente profesor. Ordenado de sacerdote, en el año de 1319 hizo un viaje á Jerusalem en compañía de don Fadrique Enriquez de Ribera, marqués de Tarifa; volvió á Roma en el mismo año, y en el de 1321 publicó en aquella ciudad un poema que intituló *Tribagia*, refiriendo en él menudamente su devota peregrinacion. Leon X le dió la plaza de maestro de la capilla pontificia, y el mismo (ó alguno de sus inmediatos sucesores) premió sus méritos con el priorato de Leon. Restituido á España murió en Salamanca, cumplidos 65 años de su edad, en el de 1334, y fué sepultado en aquella iglesia mayor.

La coleccion de sus obras (mas ó menos completa) se imprimió en Salamanca en los años de 1496 y 1509, y en Zaragoza en los de 1512 y 1516 (12).

## 1514.

19. ANÓNIMO. «Egloga. Personas: Torino.—Guillardo.—Quirral.—Benita.—Illana. En la novela histórica intitula-

71. Farsa del sacramento de Per Alforja. Figuras: El trabajo, Per Alforja, Teresa Jagon, la Iglesia, la sagrada Escritura.

72. Farsa del sacramento, llamada la esposa de los cantares. Figuras: La gracia, el alma, la necesidad, Confesion, Contricion, Penitencia, la hipocresia, el demonio, Cristo, la fortaleza.

Nova. Esta farsa esta sin concluir.

73. Farsa del sacramento del pueblo gentil. Figuras: La Iglesia, el pueblo gentil, santo Tomás, santo Buenaventura.

74. Farsa del sacramento, llamada premitica del pan. Figuras: La fe, el mundo, el vicio, la justicia, la razon.

75. Auto de la visitacion de santo Antonio á santo Pablo. Figuras: Santo Antonio, un centauro, un sátiro, santo Pablo, tres ángeles, tres discípulos de Santo Antonio, dos leones.

76. Farsa del sacramento del engaño. Figuras: El engaño, la duda, la inocencia, Alma, el conocimiento, la providencia, la gracia, la penitencia.

77. Farsa del sacramento de Moselina. Figuras: Hebreo, Abellino, Moselina, Baticano, la ley de Gracia.

78. Farsa del sacramento de los cinco sentidos. Figuras: Ver, Oír, Oler, Gustar, Palpar, la fe, un pastor.

79. Farsa del sacramento, llamada de los lenguajes. Figuras: El amor divino, un villano, un viscaíno, un portugués, un luterano, un francés, la justicia, la misericordia.

80. Farsa del triunfo del sacramento. Figuras: Envidia, soberbia, pecado, engaño, estado de inocencia, muerte, desobediencia, fragilidad, justicia, esperanza, misericordia, la fe.

81. Farsa del sacramento de las coronas. Figuras: Religion, Teología, Vicio, Vergenza, una alma, Penitente.

82. Farsa del sacramento de los tres estados. Figuras: Agricultor, Sacerdocio, Milicia, ley de natura, ley de escritura, ley de Gracia, la fe.

83. Farsa sacramental de la moneda. Figuras: Cristo, Baptismo, Sacerdocio, el concilio, la Iglesia, la ley vieja, la justicia, un luterano.

84. Farsa del sacramento del entendimiento niño. Figuras: Entendimiento, Deleite, Voluntad, Memoria, la sabiduría de Dios.

85. Farsa sacramental de la fuente de la Gracia. Figuras: La gracia de Dios, el descuido, el vicio, Confesion, Contricion, Penitencia.

86. Farsa del sacramento. Figuras: Un pastor llamado Anton, santo Jerónimo, santo Gregorio, santo Lucas, santo Agustín, santo Ambrosio. Todos de hábito de pastores.

87. Farsa sacramental de la entrada del vino. Figuras: Adán, Moises, el pueblo gentil, simple, la Iglesia, Fe, Esperanza, Caridad.

88. Farsa del sacramento de los cuatro evangelistas. Figuras: Santo Juan, santo Lucas, santo Mateo, santo Marcos, Anton Exido, Gil Guizarro.

89. Farsa sacramental, llamada desafío del hombre. Figuras: Lucifer, Soberbia, Mentira, Simplicidad, Angel de la guarda, Iglesia, Oracion, Penitencia.

90. Farsa del sacramento de Adán. Figuras: Adán, Apetito sensitivo, Apetito racional, Razon natural, Trabajo, Enfermedad, Pobreza, ley de Gracia, la fe.

91. Farsa sacramental de las bodas de España. Figuras: Europa, España, Tiempo, Guerra, Ignorancia, Hambre, Tristeza, Amor divino, la fe.

92. Auto del descendimiento de la cruz. Figuras: Jeremias, nuestra Señora, santo Juan, la Magdalena, Joseph Abarrimata, Pilato, Centurion, Nicodemus.

93. Auto de la redencion del género humano. Figuras: Redencion, Lucifer, Satanás, Bercebú, la culpa, Cristo, Adán, Eva y otros santos padres.

94. Auto de la resurreccion de nuestro Señor. Figuras: Nuestra Señora, dos ángeles, Cristo, María Salomé, María Jacoba, la Magdalena, santo Pedro, santo Juan, santo Felipe, santo Tomás, Lucifer.

95. Auto de la paciencia de Job. Figuras: Dios Padre, Satán, Job, un pastor, un yegüero, un cabrero, una moza, un villano, Arabiassa, Baldac, sus dos compañeros.

(12) A mas de éstas ediciones cita Bohl de Faber una hecha en Sevilla en 1391, y otra en Burgos en 1505, que le sirvió de testo para las seis piezas que incluye en su coleccion de Hamburgo.

lada *Cuestion de Amor*, en la cual, bajo nombres fingidos introdujo su ingenioso autor a los mas distinguidos caballeros y damas de la ciudad de Nápoles, supone que la presente égloga fué representada delante de aquella reunion ilustre. Como en la citada novela se habla de lo ocurrido en Italia desde el año de 1508 hasta el de 1512, he creído poder fijar la composicion de ella acia el año de 1514, y todo su testamento anuncia haberse escrito y publicado en Nápoles. La edicion que he tenido presente es la que hizo Martín Nucio en Amberes, en el año de 1598.

Sus prendas de lenguaje, estilo y versificacion hacen muy estimable la mencionada égloga, que puede considerarse como una de las mejores piezas representables de aquel tiempo (13).

## 1515.

20. FRANCISCO DE VILLALOBOS. «Comedia de Plauto llamada Anfítrion.» En esta traduccion se omite el prólogo del autor latino, se acorta el monólogo de Mercurio en el acto primero, en cuanto es relativo á informar á los espectadores de lo que sucederá en el progreso de la fábula; tambien se suprime el monólogo de Júpiter en el acto tercero. La traduccion está muy bien hecha, á escepcion de uno ú otro pasaje mal entendido por el traductor. Los demás defectos que en ella se advierten deben atribuirse menos á él que á las malas ediciones que pudo tener á la vista. Todas las que se habian publicado hasta el tiempo en que Villalobos hizo esta version, estaban llenas de faltas y errores, ya fuesen sacadas de los originales de la biblioteca de Florencia ó de la Palatina, porque unos y otros (y en especial los primeros) eran en extremo defectuosos. Hasta el siglo XVII no se conoció el testo genuino de Plauto, y por consiguiente merece mucha indulgencia el que se atrevió á traducirle á principios del siglo anterior.

Por los siguientes pasajes pueda formarse idea del buen lenguaje y cultura de estilo de esta traduccion; el que guste de cotejarla con el original hallará que en punto á la fidelidad no es menos estimable.

## ALCUMENA, ANFITRION, SOSIA.

## ALCUMENA.

Harto poca cosa es el placer que se pasa en esta vida y en todas sus edades para con las tristezas y molestias de ella: así se compra bien lo uno por lo otro en la edad de los hombres. Así ha placido á los dioses, que siempre tras el deleite se siga la compañía del dolor; que si algun bien se alcanza, sea mayor el daño y el mal que de allí redunde. Esto tengo yo agora por experencia en mi casa, y por

(13) A las piezas dramáticas correspondientes al año de 1514 deben añadirse las compuestas por Lucas Fernandez, que en aquel año dió á las prensas de Lorenzo de Lion Dedel, en Salamanca, un tomo en folio de farsas, que describe el erudito don Bartolomé Gallardo en el num. 4.º de su Críticon (1835). El título de dicho tomo es: *Farsas y églogas al modo y estilo pastoril y castellano, hechas por Lucas Fernandez Salmantino, nuevamente impresas*. Contiene seis farsas, cuyos encabezamientos son los siguientes:

1. Comedia hecha por L. Fernandez, en lenguaje y estilo pastoril, en la cual se introducen dos pastores, dos pastoras y un viejo; los cuales son llamados Bras-Gil y Berenguella, y Miguel-Torra y Olalla, y el viejo es llamado Juan-Benito.

2. Farsa ó cuasi comedia, hecha por L. Fernandez, en la cual se introducen tres personas; conviene á saber: una doncella y un pastor y un caballero.

3. Farsa ó cuasi comedia, hecha por L. Fernandez, en la cual se introducen cuatro personas; conviene á saber: dos pastores (Prabos y Pascual), é un soldado, é una pastora (Antona).

4. Egloga ó farsa del nacimiento de Jeaucristo, hecha por L. Fernandez, en la cual se introducen tres pastores y un ermitaño, los cuales son llamados Bonifacio, Gil, Marcello, y el ermitaño Macario.

5. Auto ó farsa del nacimiento de N. S., hecha por L. Fernandez, en la cual se introducen cuatro pastores llamados Pascual, Lioreinte, y Juan, y Pedro-Picado.

6. Representacion de la Pasion de nuestro redemptor J. C., compuesta por L. Fernandez, en la cual se introducen las personas siguientes: Sant Pedro, é sant Diouisio, é sant Mateo, é Jeremias, é las tres Marias

ni misma lo se; que se me dió un rato de deleite cuando pude alcanzar de ver á mi marido por espacio de una noche, y este se me partió luego antes que amaneciese. Parece que quedo sola sin alguna compañía en apartarse de aquí aquel á quien yo amo sobre todos. Mas pasión me queda de la ida de mi marido, que placer me dió su venida; mas esto me hace bienaventurada, que á lo menos vencí por batalla á los enemigos, y en volver él á su casa con mucha honra me da consolación. Sea de mí absente, con tal que alcanzada la gloriosa alabanza se retraya á su casa. Yo sufriré mucho el ausencia suya con fuerte y firme ánimo, pues que tal galardón se me da, que vuelva mi marido vencedor de la batalla: esto habré yo por gran bien, porque la virtud es muy buen premio de los trabajos. La virtud en verdad á todas las cosas precede. La libertad, la salud, la vida, la hacienda, los padres, la patria y los hijos con la virtud se defienden y se guardan; la virtud contiene en sí todas las cosas; todos los bienes están en quien está la virtud....

## ANFITRION.

Anfitrión muy alegre saluda á su deseada mujer, á la cual sola estima por la mejor de todas cuantas hay en Tebas, cuya bondad es famosa entre todos los ciudadanos. ¿Has estado buena, has deseado mi venida?

## SOSIA.

Nunca ví cosa mas deseada. Ninguno le saluda mas que á un perro.

## ANFITRION.

Y como te veo preñada, y como te veo embarazada, alégrome.

## ALCUMENA.

Ruégote por Dios que me digas: ¿por qué me saludas para burlar de mí, y me hablas tan amorosamente como si de poco acá no me hubieses visto, como si ahora fuese la primera vez que llegas á tu casa viniendo de la guerra? Así me hablas, como si de mucho tiempo acá no me vieras.

## ANFITRION.

Antes te certifico que yo no te haya visto en alguna parte, si ahora no, después que me parti á la guerra.

## ALCUMENA.

¿Por qué lo niegas?

## ANFITRION.

Porque deprendí á decir verdades.

## ALCUMENA.

No hace cosa justa el que desaprende lo que aprendió. ¿Probáisme quizá por ver lo que tengo en el corazón? Mas dime: ¿por qué os volvisteis tan presto? ¿Hobo algun agüero que te hiciese tardar, ó detenerte alguna tempestad que no te fueses á tus huertes como poco ha me dijiste?

## ANFITRION.

¿Poco ha? ¿Qué? ¿Tan poco?

## ALCUMENA.

Tiéntasme; poquito ha, muy poquito, agora.

## ANFITRION.

¿Cómo puede ser esto que dices, poquito ha, y agora?

## ALCUMENA.

¿Qué piensas que tengo de hacer sino burlar de ti, pues que burlas de mí? Que dices que llegaste agora de nuevo, y aun agora partiste de aquí.

## ANFITRION.

Esta mujer desvariando está.

El doctor Francisco de Villalobos, médico de Fernando el Católico y de Carlos V, además de algunos comentarios latinos que escribió sobre la historia natural de Plinio, y otros tratados y epístolas eruditas, compuso en castellano sus problemas, discursos y diálogos familiares sobre puntos de física, medicina, política y moral con puro lenguaje y estilo fácil, gracioso y correcto. La comedia de *Anfitrión*, ilustrada con anotaciones, se imprimió en Zaragoza en el año de 1515, en Zamora en el de 1547, y en Sevilla, juntamente con las demás obras castellanas del mismo autor,

en el de 1574. Murió de edad muy avanzada, reinando ya Felipe II, pero se ignora el año de su muerte.

## 1517.

21. BARTOLOMÉ DE TORRES NAHARRO. «Comedia Serafina.» Preceden á esta comedia (como á todas las demás del mismo autor) el *intróito* y el *argumento*. El *intróito* es generalmente una relacion en verso, escrita en lenguaje y estilo rústico acomodado al personaje grosero que la representa. En ella pide silencio y atención á los oyentes; refiere sus buenas cualidades, sus amores y sus celos, y algunos lances que ha tenido con las mozas de su pueblo, en todo lo cual hay espresiones y pinturas poco decrétes. Acabado el *intróito* sigue el *argumento*, en el cual se da razon de la fabula que va á representarse. La *Comedia Serafina* (como todas las obras de Naharro) está escrita en verso y dividida en cinco jornadas.

Floristan habia vivido mucho tiempo con Serafina bajo palabra de casamiento; disgustado de ella y cediendo á la voluntad de sus padres se casa con Orfea, mujer honesta y virtuosa. Serafina lo sabe, le acusa de inconstante y pérfido, y él reconociendo su primera obligacion resuelve matar á Orfea para quedar libre y poderse casar con Serafina. Consulta esta idea con un fraile ermitaño llamado Teodoro, el cual le responde que haga lo que guste, y que él se lava las manos como Pilatos. Orfea, al saber de boca del mismo Floristan que le va á quitar la vida, llora sus culpas, perdona á su ofensor y pide á Dios misericordia. El fraile sin cuidar de otra cosa trata solo de confesarla para que muera cristianamente, y á este efecto se la lleva á su casa. Consultan de nuevo Floristan y el fraile, y este le sugiere el arbitrio de casar á Orfea con Policiano, hermano de Floristan, que acaba de llegar despues de una larga ausencia, para lo cual no hallan inconveniente, asegurando Floristan que no ha consumado el matrimonio con Orfea. Llega pues Policiano, y felizmente se descubre que era amante de Orfea, con lo cual todo se facilita y quedan ajustados á placer ambos casamientos.

El carácter de Serafina está bien sostenido. Orfea interesa en la tercera jornada, cuando se lamenta como una mujer inocente, enamorada es infeliz. El carácter de Floristan es abominable, supersticioso, cruel, disoluto, inconstante, y además hablador insulso y empalagoso pedante. Resuelve matar á Orfea, porque dice que ella ó él deben morir precisamente; que si él se mata, como Serafina y Orfea le quieren tanto, se morirán de pesadumbre, y para evitar tres muertes determina asesinar á su inocente esposa. En medio de esta barbarie se encomienda á Dios como pudiera el hombre mas penitente, diciendo:

Mas, Señor, por tu pasión  
Redime mi alma triste,  
Tú, que tambien redimiste  
*Captivitate[m] Sion.*  
Que si en juicio perfecto  
Con tu siervo entras de grado,  
No será justificado  
Ningun hombre en tu conspecto.  
Del mi pecado secreto  
Múdame, Rey Nazareno, etc.

El fraile es un ente ridículo, siempre hablando en latin macarrónico, siempre echando sentencias, estropeando la Escritura, y corriendo de una á otra parte muy diligente sin hacer nada. Un leguillo que le acompaña habla tambien en latin, hace gestos á Dorosia, criada de Serafina, y le ofrece regalos.

El latin que gasta todo es parecido á este.

Maneo solus in boscorum,  
Sicut mulus sine albarda,  
Mortis mea non se tarda  
Propter meus peccatorum.

riedad de idiomas que hay en esta comedia promesas extravagante confusion que puede imaginarse. y Dorosia hablan en valenciano, el fraile y su lego venden en latín, Orfea y Bruneta su criada se que- taliano, y Floristan la consuela en castellano.

1517.

Comedia Trofea. Intróito y argumento. » La Fama las glorias del rey don Manuel de Portugal, y ase- te oscureceria el nombre de Ptolomeo, pues ha ga- sas tierras que el geógrafo describió. Sale Ptolomeo encia que dice haberle dado Pluton, y se queja de ha dicho la Fama en mengua suya. Ella le hace una elacion de las provincias y ciudades conquistadas ca y en Asia por don Manuel, y le convida á que mo se le postran los reyes vencidos. Cascolucio y omillo harren el salon donde está la silla del rey; los dos se sienta en ella, é imita al cura de su lugar anuncia las fiestas el domingo; se entretienen es en echarse maldiciones el uno al otro; un paje los n paz, y les manda apresurar el barrido; hacenlo entre tanto cantan coplillas y cuentan cuentos. Sa- nte reyes orientales á prestar obediencia á don Ma- que los recibe sentado en su trono; y aunque ni él s hablan una palabra, el intérprete suple por todos largo razonamiento en que va nombrando á los re- e están presentes de Gelof, Caul, Narsinga, Man- Monicongo etc., y dice por último que todos de- autizarse, y ser gobernados por leyes que esperan del rey de Portugal, su dueño y natural señor. Este anta luego que el intérprete ha concluido, y se va sponder. Vuelve después el rey á ocupar el trono, y á Cascolucio, Gil Bragado, Juan Tomillo y Mingo, que después de haber echado pajitas para saber ha de hablarle primero, le presentan una zorra, un un cordero y un águila, explicándole la alusion po- y moral de aquellos presentes. El rey, como lo tiene stumbre, no les responde nada, y se va. Apolo en- á la Fama unos versos que ha compuesto en elogio del le manda que dilate su nombre por toda la tierra, y á la reina y al príncipe. La Fama esparce varios pa- (sin duda al auditorio). Mingo Oveja le pide uno l, ella no quiere dársele y altercan sobre esto. Mingo ece á publicar por el mundo las glorias del rey don l como la Fama le preste las alas para el viaje. Ella concede; y luego que Mingo las tiene puestas, que- volar cae por el suelo y se rompe la cabeza; vuelve as á la Fama llamándola *hechicera y puta*; y ella á consolarle le da un villancico, que cantan después todos para concluir el drama. Esta comedia es un o insípido, dilatado con episodios impertinentes, secuencias y chocarrerías.

1517.

« Comedia Soldadesca. Intróito y argumento. » La a es en Roma. Guzman se queja de su mala fortuna; e un capitán conocido suyo, le dice que tiene en- de reclutar quinientos peones para el ejército del y le ofrece el grado de sota-capitán. Viene un tam- queda ajustado tambien; y el capitán le manda publi- recluta. Mendoza, Pero Pardo y Juan Gonzalez hacen preguntas al tambor sobre las condiciones del engan- l capitán habla á sus nuevos soldados; les acuerda sus iones, y les promete por su parte buena paga y buen Manrique y Mendoza se repuntan de palabras, el ca- los pone en paz. Un fraile apóstata se presenta á plaza de soldado, y queda recibido bajo el nombre ño. Juan Gonzalez, Liaño y Pero Pardo van á alojarse de un labrador llamado Cola; este habla en italiano; lidos no le entienden, y resultan equivocaciones uas entre unos y otros. Mándanle que les prepare

una buena comida, y entre tanto le requiebran la criada; él se desespera, pide favor á Juan Francisco su paisano y amigo, y tratan de dar una buena paliza á los españoles. Guzman y Mendoza murmuran del capitán: se proponen hur- tarle una docena de pagas, comprar dos yeguas, desertar, llevarse dos mujeres para sí, y otras para hacer torpe trá- fico de ellas. Cola se queja al capitán de que los soldados que han entrato en su casa se han comido cuanto había en ella, y le han hecho mil insultos; el capitán los apacigua á todos, y propone á Cola y á Juan Francisco que sienten plaza tambien; admiten el partido, y se concluye la co- media con un villancico, que cantan todos marchando en ordenanza.

Esta pieza, meramente episódica, no tiene particular in- terés, ni se busque en ella objeto moral, idea de la cual el autor estuvo distante: quiso únicamente hacer una plu- tura exacta de las costumbres corrompidas de una solda- desca disoluta, y supo desempeñarlo con facilidad y lije- reza cómica.

1517.

24. « Comedia Tineleria. Intróito y argumento. » La es- cena es en Roma en casa de un cardenal. La accion se re- duce á que sus criados con lo que le hurtan comen y gas- tan y viven en la mayor disolucion y abandono. Al acabar la primera jornada se van á almorzar; la tercera se gasta toda en comer; en la quinta cenan y se emborrachan. Desde el primero al último de los personajes (que llegan á veinte y dos) todos son ladrones, glotonnes, borrachos, maldicien- tes, blasfemos, provocativos y disolutos. El autor acudió al arbitrio infeliz de introducir diferentes idiomas para ani- mar el diálogo: uno habla en latín, otro en francés, otro en italiano, otro en valenciano, otro en portugués, y los demás en castellano. Esta gregueria poliglota, y el nú- mero escetivo de personajes que pone á un tiempo en la escena, producen una confusion intolierable. A pesar de tantas nulidades no deja de hallarse uno ú otro pasaje es- crito con inteligencia. Véase el siguiente diálogo entre el despensero del cardenal y la lavandera su amiga.

LUCRECIA.

Buenos dias te dé Dios.

BARRABÁS.

¡Oh qué milagro tamaño!  
Y buenas noches á vos  
Porque es la mitad del año.

LUCRECIA.

¿He tardado?

BARRABÁS.

Tanto que me has enojado  
Para hacer maravillas.

LUCRECIA.

Por tu vida que he esperado  
Que tocasen campanillas.

BARRABÁS.

¡Qué placer!  
Dime, ¿quién debe atender,  
Si presumes como sueles,  
Los manteles al comer,  
O el comer á los manteles?

LUCRECIA.

No sé nada:  
Como quier que fui criada  
Donde siempre fui servida  
Sé muy poco de colada,  
Y menos de aquesta vida.

BARRABÁS.

¡Guay de mí!  
Diez años ha que te ví  
Morar en el Burgo viejo,  
Y siempre te conocí  
Lavandera de concejo.

LUCRECIA.

¿Como qué?  
Pues no ha mas que me casé.  
Mira si bien has mentido,  
Pues harto estuve á la fe  
Con el ruin de mi marido.

BARRABÁS.

Si querrás,  
Dime cuantos años has;  
No me niegues la verdad.

LUCRECIA.

Veinte, por Dios, y no mas  
He hecho por Navidad.

BARRABÁS.

Ora pues  
No quiero ser descortés;  
Pero así me ayude Dios,  
Que creo que ha veintitres  
Que dices que has veintidos.

LUCRECIA.

Dí, pues, ea,  
Que aquella que en tí se emplea  
Se puede contar por loca;  
Nunca yo fui vieja y fea,  
Sino en tu maldita boca.  
¡Ay perdida!  
Que de nadie en esta vida  
Nunca fui tan mal tratada,  
Ni de hombre menos querida  
Ni menos acariciada.  
Y aun ayer,  
Por quererte á tí querer  
(Cosa que no me conviene),  
He dejado un mercader  
Que me diera cuanto tiene;  
Y aun biciera  
Que en llegando me vistiera,  
Y hoy me ruega de hora en hora,  
Y en su casa me tuviera  
Servida como señora.  
¡Desgraciado!  
Dime, ¿dónde has tú hallado  
Otra boba como yo,  
Que hobiera por tí negado  
La madre que me parió?  
Bien me membra,  
Que quien en ruin tierra siembra  
Diz que coge mal y tarde.  
¡Maldita sea la hembra  
Que se fia de un cobarde!

BARRABÁS.

Calla, esposa;  
Por una tan poca cosa  
No tomes esos enojos,  
Que no hay dama mas hermosa  
Si preguntan á mis ojos.  
¿Qué mas quieres?  
Vieja ó moza, cual tú eres,  
Quiero yo mas tu gervilla  
Que á todas cuantas mujeres  
Han salido de Castilla.

25. «Comedia Himeneo. Intróito y argumento. Jornada primera.» Himeneo, amante de Febea, ronda de noche las puertas de su dama acompañado de sus criados Eliso y Boréas, á quienes manda guardar el puesto mientras va á disponer una música; quedándose solos manifiestan uno y otro su cobardía; llega el marqués, hermano de Febea, seguido de Turpedio su paje; los criados de Himeneo huyen; el marqués, receloso de su hermana, porque sabe la frecuencia con que Himeneo le da músicas y alboradas, quiere entrar á verla, pero Turpedio le disuade con buenas razones, y ambos se retiran. *Jornada segunda.* Vuelve Himeneo acompañado de sus criados y algunos músicos, que cantan al son de instrumentos algunos versos amorosos. Febea se asoma á la ventana y habla con Himeneo, á quien promete, obligada de sus instancias, que á la noche siguiente le permitiría la entrada en su cuarto. Himeneo

se va lleno de lisonjeras esperanzas; el marqués y Turpedio ven á lo lejos los que se retiran; el marqués quisiera embestir con ellos, pero el paje le dice que será mejor remitir su venganza á otra ocasión en que vengan mas bien armados. Aprueba el marqués las reflexiones de su criado, y quedan en volver á la noche próxima. *Jornada tercera.* Boréas reprende á Eliso su compañero porque quiso recibir unos regalos que su amo Himeneo queria hacer á los dos. Sale Doresta, criada de Febea, á la ventana; Boréas la requiebra y le pide que á la noche cuando Himeneo vaya á ver á su señora le permita entrar con él; Doresta se lo concede, y ellos se van. Turpedio el paje del marqués habla á Doresta, y ella le desprecia; ambos se repuntan de palabras, se injurian y amenazan recíprocamente. *Jornada cuarta.* Himeneo encarga á sus criados que guarden la puerta, y se entra en casa de Febea; quedan en la calle Boréas y Eliso temblando de miedo; sobreviene el marqués con su paje, y ellos huyen inmediatamente dejándose Boréas la capa en el suelo; por ella infiere el marqués que Himeneo estará dentro con su hermana; rompe las puertas, y va á buscarle lleno de furor. *Jornada quinta.* Sale Febea huyendo de su hermano, que la persigue con la espada desnuda; ella le suplica que no mate á su amante, confiesa el amor que le ha tenido, y no se juzga culpada sino infeliz en haberle amado. El marqués imagina que solo con matarla satisface la injuria que ha recibido; va á ponerlo en ejecucion, cuando sale Himeneo, que con ruegos corteses va mitigando el enojo del marqués, hasta que persuadido de sus razones y las de su hermana, los perdona y aprueba gustoso su casamiento. Fábula muy sencilla, bien conducida, animada con situaciones y afectos naturales y oportunos. La acción consiste en la solicitud de Himeneo á la mano de Febea; el tiempo no escede de veinte y cuatro horas; el lugar de la escena es invariable. Tiene defectos, pero se compensan sobradamente con el mérito particular que la recomienda y la distingue (14).

1517.

26. «Comedia Jacinta. Intróito y argumento.» La escena es en un camino cerca de Roma. En la primera jornada sale Jacinto quejándose en un soliloquio del mal tratamiento que dan los señores á quien los sirve. En la segunda sale Precioso despedido al ver la falsedad de los que se venden por amigos. En la tercera Fenicio llora la vanidad del mundo, y el engaño de los hombres, que se olvidan del fin para que fueron nacidos, y va resuelto á meterse fraile y hacer penitencia. Pagano, criado de una principal señora llamada Divina, que vive en un castillo ó palacio poco distante del camino, y tiene de costumbre de tener á los pasajeros para agasajarlos y saber de ellos novedades, les manda esperar y va á dar cuenta á su ama de la venida de los tres; quedan solos en la cuarta jornada, discutiendo sobre la bondad de aquella señora, y con este motivo alaban en general las buenas prendas de las mujeres. En la jornada quinta viene Divina, les hace preguntas sobre las causas que les han movido á viajar, y por último, preñada de la buena gracia de Jacinto, le escoge por marido, y á los otros dos les ofrece hospedaje y todo buen tratamiento.

La falta de acción, la distribución simétrica de las escenas, los largos soliloquios, la semejanza de situaciones, el poco interés, lo atropellado é inverosímil del desenlace son los defectos principales de esta comedia. Su mérito consiste en el decoro de los caracteres, la solidez filosófica de las máximas en que abunda, la pureza del lenguaje, la elegancia del estilo, la fluidez de su versificación. Véanse los siguientes trozos, que confirmaran esta aser-

(14) Moratin inserta esta comedia en su coleccion, y tambien Bohl de Faber en la suya, junto con la Jacinta, la Clamita y la Aquilana, que corresponden á los numeros 26, 27 y 28 de este catálogo.



en el dictamen de los inteligentes. Jacinto dice en la  
ra jornada :

¿Quieres saber mi fortuna?

Yo te la quiero decir,  
Que por morir ni vivir  
No me da cosa ninguna.

Sabrás que desde la cuna,  
Sin un punto de reposo,  
No me acuerdo vez alguna  
Poderme llamar dichoso;  
De servir muy codicioso,  
No de vivir vagabundo,  
Mas ir al cabo del mundo  
Tras un señor virtuoso.

Sabe Dios cuánto holgara  
De saber algun oficio,  
Porque en tan ruin ejercicio  
Tan buen tiempo no gastara;  
Pero ¿quién jamás pensara,  
Donde son tantos señores,  
Que un señor no se hallara  
Para buenos servidores?

Aquellos son los traidores  
Que decimos las verdades,  
Y los que ensayan maldades  
Suceden en los favores.  
Todos están concertados  
De traer todas sus vidas  
Las bestias muy guarnecidas  
Y los siervos despojados.

Tienen puestos sus cuidados  
En continuo atesorar,  
Sacando algunos ducados  
Que se gastan en cazar;  
Y si quieren algo dar,  
No lo dan á pobrecillos,  
Sino á aquellos que son ricos,  
Que es echar agua en el mar.

icio en la jornada tercera habla así contra la codicia:

Pues, ó ciega criatura,  
Que con este mundo vives,  
Que en cabo de él no recibes  
Sino solo sepultura,  
¿No miras que es gran locura  
Si deja tu pensamiento  
Lo que para siempre dura  
Por lo que dura un momento?  
Que este mundo todo es viento;  
Pues de pobres, ni de ricos,  
Ni de grandes, ni de chicos,  
Ninguno vive contento.  
¡Oh, loco el hombre y mujer  
Con cuanto puede afanarse,  
Que piensa de contentarse  
Por mas haberes haber!  
Que si bien por carecer  
Se duele la pobre gente,  
No veo que por tener  
Algun rico se contente;  
Porque en el siglo presente  
Muy mas grande ser conviene  
El temor que el rico tiene,  
Que el dolor que el pobre siente.

into en la jornada cuarta dice, hablando de las mu-  
:

Pues esto digo en favor  
De las que corren fortuna,  
Pero digamos de alguna  
Que tiene un poco de amor:  
Con cuánta pena y dolor,  
Por poco mal que sintais,  
Anda y torna en derredor  
Demandándoos cómo estais,  
Diciéndoos qué le mandais,  
Consolándoos como suele,  
Preguntándoos dónde os duele,  
Portiaúdoos que comais.

Hela va muy afligida  
A decir misas por vos,  
Y á rogar continuo á Dios  
Que os mande salud y vida;  
Su comer y su bebida  
Sospiros, lágrimas son;  
Llora, gime, plañe y crida  
De todo su corazón.  
No puede ningun varon  
Pagalle compidamente  
Las lágrimas solamente  
Que deja en cada rincón.  
Pues de esto bien informados,  
Que otro bien no hobiere en ellas,  
A todas y á cualquier dellas  
Somos todos obligados:  
Cuanto mas que sus cuidados,  
Sus grandezas, sus hazañas  
Son servir á sus amados  
Con obras y lindas mañas;  
Y en los tiempos de sus sañas,  
Cuando os partís, ellas lloran;  
Cuando tornais, os adoran  
Con el alma é las entrañas.

¿Qué gloria de nuestra pena,  
Qué alivio de nuestro afán!  
Sin duda no hay cosa buena  
Donde mujeres no van.  
La gente sin capitán  
Es la casa sin mujer,  
Y sin ella es el placer  
Como la mesa sin pan.

1517.

27. «Comedia Aquilana. Intróito y argumento.» En esta comedia hay un don Bermudo, rey de Leon, cuya hija Felicina está enamorada de Aquilano, jóven extranjero y muy querido del rey. Va á verla de noche á su jardín, le dice amores, y ella disimula cuanto puede su pasión con desdenes honestos; suena ruido; él quiere ocultarse entre las ramas de un árbol, pero cae al suelo y queda lastimado del golpe. Este accidente y el desconsuelo de verse despreciado alteran su salud. Bermudo encarga á sus médicos que le asistan, y uno de ellos dispone que salgan varias damas y se presenten á Aquilano, por si esto puede distraerle: salen las damas y con ellas la infanta Felicina; luego que Aquilano la ve, se altera y se turba, lo que da á conocer al médico que sin duda está enamorado de ella; sabido esto por el rey determina matar á Aquilano, y de orden suya le llevan á degollar á un patio de palacio; Felicina desesperada en su desventura sale al jardín con propósito de aborcerse, pero los criados se la estorban. Descúbrese entre tanto que Aquilano es hijo del rey de Hungría, y Bermudo le casa con la infanta.

En esta comedia se muda el lugar de la escena con mucha frecuencia: la acción en unos pasajes desfallece (como sucede en la segunda jornada, que toda es inútil), y en otros está atropellada y violenta. Dos jardineros, que pudiera haber omitido el autor, ocupan una gran parte del drama con necedades impertinentes; lo mismo hacen la criada de Felicina y el criado de Aquilano. El reconocimiento de este por príncipe de Hungría no está preparado, y hace inverosímil y forzada la solución. El estilo es muy desigual, y por lo comun trivial é indecoroso en los personajes mas elevados. Faltó el autor al respeto que se debe á la historia, suponiendo un príncipe Aquilano de Hungría yerno de un rey don Bermudo de Leon y heredero de su corona. Las libertades poéticas no permiten tanto.

1520.

28. «Comedia Calamita. Intróito y argumento.» Floribundo, hijo de Euticio, enamorado de una jóven llamada Calamita (supuesta hija de Trapanco), se vale de la

mediación de Libina, criada de Calamita, para que su señora correspondiera. No sin mucha dificultad se consigue vencer la esquividad de la doncella; pero al fin se logra que reciba la visita de Floribundo, y á presencia de los criados los dos amantes se dan las manos, y se abrazan en señal del futuro consorcio. Floribundo, gozoso de su mucha ventura, alaba en un soliloquio las prendas de su amada, y discurre sobre la dificultad de hacer una buena elección en el matrimonio, añade estos bellos versos:

Quien ha de tomar mujer  
Por su vida,  
Tome la mas escondida  
Para su seguridad;  
La que en virtud y bondad  
Fuere criada y nacida.  
La muy en mucho tenida  
Por hermosa,  
Esta diz que es peligrosa,  
La muy sabida mudable,  
La muy rica intolerable,  
Soberbia la generosa;  
La complida en cualquier cosa  
Y acabada  
Menos que todas me agrada;  
Porque, segun mi pensar,  
Mala cosa es de guardar  
La de todos deseada.

Euticio, irritado de que su hijo trate de casarse con Calamita, da orden á un criado para que le aceche, y cuando le vea salir de casa de su querida le mate; pero después de esta resolución hallando á Trapano le ruega con instancia que le diga francamente de quién es hija Calamita. Trapano le asegura que el padre de aquella jóven fué un señor muy principal de la ciudad de Trápana, y que él recogió aquella niña y la crió como hija suya para evitar la cólera del padre, que habia amenazado á su esposa de matar la criatura que pariese si no era varón. Satisfecho Euticio con esto, hace venir á los dos amantes, los perdona y los casa.

La acción es mucho mas animada en esta comedia que en las anteriores del mismo autor, merced á los incidentes episódicos de que abunda. La escena es en una calle delante de la casa de Calamita; la duración puede considerarse como de veinte y cuatro horas; el estilo y la versificación no carecen de mérito; los celos de Torcazo, marido de Libina, el carácter de esta y su excesiva familiaridad con un escolar vestido de mujer dan lugar á situaciones y discursos muy indecentes; la resolución de Euticio de matar á su hijo para estorbar el casamiento es atropellada y brutal; las circunstancias que dan lugar al desenlace y al reconocimiento de Calamita, ni están preparadas ni son verosímiles.

1530.

29. «Diálogo del Nacimiento. Intróito y argumento.» Dos peregrinos, que vienen el uno de Santiago y el otro de Jerusalem, se encuentran en la noche de Navidad cerca de Roma. Hablan largamente del nacimiento de Cristo, y ventilan cuestiones teológicas de las mas intrincadas y sutiles; cansados de hablar tratan de proseguir su viaje esperando alojarse en el hospital de los españoles, y ambos cantan un romance, que empieza:

Triste estaba el padre Adán  
Cinco mil años habia,  
Cuando supo que en Betlen  
Era parida Maria,  
Y en el limbo donde estaba  
De contento no cabia;  
Para los unos andaba,  
Para los otros corria, etc.

Acabado el romance, llegan Hernando y Garrapata, dos pastores zafios que convidan á los peregrinos á la misa del Gallo, y se van todos cantando un villancico. El diálogo de los peregrinos no es mas que fatigoso, pesado y pedantesco; el que sigue de los pastores necio y rudo es demasia, y lleno de desverguenzas y vaciedades.

Bartolomé de Torres Naharro, natural de la Torre, cerca de Badajoz, vivió en Roma después de haber sido rescatado de las prisiones de Arjel; se sabe que era eclesiástico, y pertenecía á la familia de Fabricio Colona, general del papa. La primera edicion de sus obras líricas y dramáticas que intituló *Propaladia*, se publicó en Roma en el año de 1517, con privilegio que le dió para ello Leon X, y se las dedicó á don Fernando Dávalos, marqués de Pescara, yerno de Fabricio Colona. En la citada edicion solo hay siete comedias, faltando la *Calamita*, que su autor publicó después. Divulgada la *Propaladia* en Roma, se prohibió inmediatamente á causa de la amarga censura que hizo el poeta en algunas de sus obras de algunos vicios de aquella corte. La persecucion suscitada contra él debió de ser tan grande que huyó á Nápoles, y allí permaneció bajo la protección de los citados Colona y Dávalos. Se ignoran otras circunstancias de su vida, como tambien el año en que murió.

Sus comedias han dado ocasion de discordia á los literatos nacionales y extranjeros, en cuyos dictámenes se nota demasiado espíritu de parcialidad, incompatible con la buena critica. Nasarre dijo que las comedias de Naharro se representaron en Roma y en Nápoles con indecible aplauso, que enseñaron á los italianos á escribir comedias, y que se aprovecharon poco de su enseñanza. Lo cierto es que en la época en que Naharro escribió se hacian en Italia tan buenas y mejores, y peores comedias que las suyas. Signorelli no solo niega esta enseñanza, sino que supone que tales obras no se imprimieron ni se representaron jamás en Italia. No es de admirar que aquel docto critico no hubiese visto la edicion de Roma de 1517; pero ¿cómo se olvidó de haber leído en cualquiera de las ediciones posteriores estas espresiones del autor, dirigidas al marqués de Pescara? «Si algun tiempo este mi bajo libro» en los altos reinos de la poderosa España perviniere, su piease decir á los grandes de ella cuán buen hermano y procurador tienen acá en V. S.» ¿Cómo no hizo reparo en estas? «Ansimesmo hallarán en parte de la obra algunos vocablos italianos (especialmente en las comedias), de los cuales convino usar habiendo respeto al lugar y á las personas á quienes se recitaron.» Esto y la lectura de las mismas comedias (especialmente la *Soldadesca*, la *Serafina*, la *Tinelaria* y la *Jacinta*) ¿no era bastante á convencerle de que las comedias de Naharro se imprimieron efectivamente en Italia, que se representaron en Italia, y que los espectadores, ó gran parte de ellos, fueron italianos?

Después de la edicion de Roma hay noticia de las que se hicieron en Sevilla en los años de 1530, 1533 y 1545, como tambien de la de Madrid en el de 1573, aunque muy estropeada con las omisiones y enmiendas que mandó hacer la inquisicion. En esta dice el editor: «La *Propaladia*» de Torres Naharro, obra singular y estremada en el donaire y gracia de la lengua, aunque estaba prohibida en estos reinos años habla, se leia é imprimia de ordinario en los extranjeros.» Esto supone la existencia de otras ediciones que no he tenido presentes (15). Véase la *Biblioteca* de don Nicolas Antonio; el *Prólogo á las comedias de Cervantes*, por Nasarre; Velazquez, *Orígenes de la poesía castellana*; Signorelli, *Historia critica de los teatros*; y Lampillas en el tomo IV de su *Ensayo apologetico*.

(15) Bohl de Faber habla de una edicion de Amberes sin fecha, y tace este autor como don Francisco Martínez de la Rosa suponen hecha en Nápoles, y no en Roma, la de 1517.

1520.

30. VASCO DIAZ TANCO DE FREGENAL. «Tragedia de Absalon.»

1520.

31. «Tragedia de Aman.»

1520.

32. «Tragedia de Jonatás.»

Vasco Diaz Tanco, natural de Fregenal en Estremadura, dedicó á Felipe II siendo príncipe una historia de los turcos, sacada de lo que escribieron sobre esta materia Paulo Jovio y otros autores, y la intituló *Palinodia*. Publicó además otra obra intitulada *Los veinte triunfos*; otra sobre los títulos de dignidades temporales y mayorazgos de España; otra con el título de *Jardín del alma cristiana*, impresa en Valladolid, año de 1532, y en esta dice que siendo jóven escribió las tres tragedias mencionadas de *Absalon*, *Aman* y *Jonatás*. Nadie asegura haberlas visto; se ignora si se imprimieron ó se representaron; pero no pudiendo dudar que el autor las compuso, he creído poder suponer su existencia con alguna probabilidad acia el año de 1520, aunque no con una absoluta certeza. Puede creerse que Vasco Diaz murió por los años de 1560. Don Nicolas Antonio, Montiano, Velazquez y Signorelli trataron acerca de este autor en sus respectivas obras citadas ya otras veces.

1521.

33. ΑΝΘΙΜΟ. «Comedia llamada Hipólito, nuevamente compuesta en metro.» Argumento; «Hipólito, caballero, mancebo de ilustre y antigua generacion de la Celtiberia (que al presente se llama Aragon), se enamoró en demasiada manera de una doncella llamada Florinda, huérfana de padre, natural de la provincia antiguamente nombrada Bética (que al presente llaman Andalucía); y poniendo Hipólito por intercesor á un paje suyo llamado Solento, estorbaba cuanto podía porque Florinda no cumpliese la voluntad de Hipólito; pero ella compeliada de la gran fuerza de amor que á la continua le atormentaba, concedió en lo que Hipólito con tanto ahinco la importunaba, y así ovieron cumplido efecto sus enamorados deseos, intercediendo ansimesmo en el proceso Solísico, paje de Florinda, y discreto mas que su tierna edad requeria, y Jacinto, criado de Hipólito, malino de condicion, repunó siempre, y Carpeno, criado ansimesmo de Hipólito (hombre arroflanado), por complacer á Hipólito no solamente le parecían bien los amores, pero devotó que el negocio se pusiese á las manos; é así todas las cosas ovieron alegres fines, vistiendo Hipólito á todos sus criados de brocado y sedas, por el placer que tenia en así haber Florinda (doncella nacida de ilustre familia) concedido en su voluntad, seyendo la mas discreta y hermosa, y dotada en todo género de virtud que ninguna doncella de su tiempo.» Después de este estravagante anuncio sigue la comedia, dividida en cinco escenas. La accion es lánguida, y la entorpecen impertinentes discursos, sentencias pedantescas y rasgos de erudicion histórica puestos en boca de los criados de Hipólito y en la de Florinda, que estimulada de indomable apetito habla de Popilia, Medea, Penélope, Sanson, Electra, David, Clodio, Salomon, Lamec, Masinisa y el rey don Rodrigo, todo para venir á parar en abrir aquella noche la puerta á su amante. Esta indecente farsa está escrita con muy mal lenguaje, y muchos defectos de consonancia y medida en los versos.

1521.

34. «Comedia nuevamente compuesta, llamada Serafina. Argumento. Evandro, caballero, natural del reino antiguamente Lusitania llamado, y al presente Portugal, se enamoró de una señora Serafina llamada, de estremada ma-

nera hermosa y dotada de todo género de virtud, natural del reino de Castilla, y era casada con un caballero Filipo llamado, el cual era de natura frio, y fué causa principal para se enamorar de Evandro; pero Artemia, madre de Filipo, en gran manera la guardaba, á cuya causa Pinardo, criado y paje de Evandro, fué en hábito de mujer en casa de Serafina y concertó con ella que hablase á Evandro, y así tornó á casa muy próspero. Pero Popilia, sirviente de casa de Evandro, y Davo, criado suyo, mucho y largamente informaron á Evandro de cómo Artemia era dueña de malas costumbres, de lo cual maravillado Evandro fué en casa de Serafina disfrazado, solamente acompañado de Pinardo, donde se efectuó su propósito, y así todo ovo próspero y agradable fin.» Esta comedia escrita en prosa se divide en seis escenas: en la cuarta y la sexta hay situaciones de la mayor obscenidad. Es de presumir que una composicion de tal naturaleza no se haya representado nunca; pero el autor hubo de suponer que podría ponerse en el teatro, pues al concluir dice uno de los personajes: «Quedad y holgaos entre esa gente de »palacio, é regocijaos bien, que yo Pinardo acabo de »representar la comedia Serafina llamada.» El estilo es en general afectado, oscuro, pedantesco y redundante. Popilia, criada de Evandro, Cratino, Davo y Pinardo, criados del mismo, abundan en máximas y sentencias filosóficas que no hay quien los sufra. Sus autores predilectos son Aristóteles, san Jerónimo, san Bernardo, Platon, Salustio, san Gregorio, Ciceron, Salomon, san Agustín, Séneca y Pitágoras.

El autor de estas comedias es desconocido, y rarísima la única edicion que de ellas se hizo en Valencia por Jorje Costilla, año de 1521.

Precede á las dos comedias citadas otra llamada *Tebaida*, dedicada por el autor al duque de Gandia. No se incluye en este catálogo, porque no es un drama representable, sino una novela dramática escrita en prosa, y dividida en quince escenas, ni menos larga que la *Celestina* ni mas honesta, pero muy inferior á aquel excelente original en las prendas de lenguaje y estilo.

1522.

35. CRISTOBAL DE CASTILLEJO. «Farsa de la Constanza.» Precede á la obra un *intróito* y *argumento* escrito en latin y en coplillas de pié quebrado: el dios Himeneo es el actor de este prólogo, cuya composicion es en extremo fastidiosa. La farsa se divide en siete actos; los personajes son: Anton, Marina, Gil, Constanza, un cura y un fraile. Los dos primeros actos contienen dos escenas en extremo lúbricas y groseras entre dos distintos matrimonios, en que maridos y mujeres se echan reciprocamente en cara sus defectos. No menos chocantes son los dos actos siguientes, en que hablan un cura y un fraile, y este á instancia del cura predica un sermón infame, digno de un ruñan, con espresiones muy semejantes á las de la madre Celestina en la famosa tragicomedia de su nombre. En los actos restantes los dos maridos tratan de descasarse y trocar sus mujeres, y se da el espectáculo tan de mal ejemplo como inverosímil de que los personajes del segundo y tercer acto aprueben y formalicen el proyecto. Continuando la estravagancia, todo concluye con un *Oremus* en latin bárbaro, y un villancico que se canta entre todos los personajes.

Se advierte en esta farsa poca accion, demasiada semejanza en algunas situaciones, episodios mal unidos á la fábula, pinturas, espresiones y máximas sumamente licenciosas é inmorales. Al mismo tiempo se encuentra mucha gracia cómica, maestría en el uso del idioma, y en la versificación facilidad y dulzura. Lástima es que tan buenas cualidades estén afeadas con tan grandes y reprensibles defectos. El original de esta pieza, que tuve presente, existe manuscrito en la biblioteca del Escorial.

Cristobal de Castillejo nació en Ciudad-Rodrigo por los años de 1494. Antes de cumplir los quince de su edad entró á servir de paje al infante don Fernando. Se halló en los viajes que hizo el rey Católico á Córdoba en el año de 1508, y á Estremadura en el de 1516. Fué secretario del mencionado infante don Fernando, electo rey de romanos en 1531, y permaneció mas de treinta años en su corte; estuvo algun tiempo en Venecia, pero se ignoran la época y el objeto de su viaje. El año de 1544 se hallaba preso en Viena, aunque no se sabe el motivo. Poco medrado y muy lleno de desengaños se retiró de aquella corte, y volvió á España tan harto del mundo; que tomó el hábito cisterciense en el monasterio de San Martin de Valdeiglesias, en donde murió de edad muy avanzada. Escribió con gracia, pureza y facilidad en versos cortos, preferibles en su opinion á los endecasílabos, que se introdujeron en su tiempo; enriqueció con chistes satíricos sus composiciones, en cuyo artificio poético si hay algo que reprender, es la lozanía y excesiva abundancia que las caracteriza. El privilegio dado en el año de 1573 á Juan Lopez de Velasco para imprimir las obras de Castillejo, que, segun dice el editor, andaban derramadas y perdidas de mal escritas, y con riesgo de prohibirse por algunos respetos, prueba que ni hasta entonces se habian publicado, ni el autor (si vivia) cuidaba de hacerlo. En cuanto á sus comedias, que se suponen fruto de su juventud, ni se sabe cuántas compuso, ni si alguna vez se representaron.

1523.

36. PEDRO ALTAMIRA. « Auto de la aparicion que nuestro señor Jesucristo hizo á los dos discípulos que iban á Emaús, en metro de arte mayor, compuesto por Pedro Altamira, el mozo, natural de Hontiveros; impreso con licencia en Burgos, año de 1523. »

Un ángel hace el prólogo diciendo cuanto ha de verse en la representacion: Lucas y Cleofás van camino de Emaús hablando de la muerte de Jesucristo, de su vida admirable, de su doctrina y sus milagros; pero dudan no obstante si será el Mesías prometido. Cristo se les aparece en forma de peregrino, y van en su compañía discuriendo sobre el mismo propósito. Uno y otro admiran la sabiduría y elocuente persuasión del peregrino, y llegando á Emaús le convidan á cenar. En el siguiente pasaje, que sirve de solucion á la fabula, podrá verse una muestra del buen estilo y versificación en que está escrito.

LUCAS.

Hasta en la forma de la bendicion,  
Señor, tú pareces al santo Jesú.

CLEOFÁS.

Algun señalado varon eres tú,  
Que tanto le imitas en conversacion.

LUCAS.

La gran soledad, la pena y passion  
Que por él tenemos, en solo mirarte  
Paresee que amansa. Rabi, tú nos parte  
El pan con tus manos de consolacion.

PEREGRINO.

Tomad.

LUCAS.

¿Tú no miras qué bien parescia  
El pan en su corte que está rebanado?

CLEOFÁS.

Verdad es por cierto, é así está quebrado  
Segun que el nuestro maestro partia.

LUCAS.

El es.

CLEOFÁS.

¡Buen Jesus!

LUCAS.

¡Mi bien!

CLEOFÁS.

¡Mi alegría!

LUCAS.

¡Maestro!

CLEOFÁS.

¡Buen padre!

LUCAS.

¡Mi dulce señor!

CLEOFÁS.

¡Mi Dios y mi gloria!

LUCAS.

¡Mi buen redentor!

CLEOFÁS.

¡Mi firme remedio!

LUCAS.

¡Esperanza mia!

CLEOFÁS.

¡Oh dulce consuelo de desconsolados!

LUCAS.

¡Oh gozo gozoso de nos afligidos!

CLEOFÁS.

¡Oh firme remedio de nos ya perdidos!

LUCAS.

¡Amparo suave de desamparados!

CLEOFÁS. ●

Pedimoste, Padre, por tierra postrados  
La tu bendicion.

(Cristo los bendice, y desaparece.)

LUCAS.

Pues qué ¿ya te vas?

CLEOFÁS.

Señor, ¿ya nos dejas?

LUCAS.

¿Qué es esto, Cleofás?

CLEOFÁS.

¡Qué gozos escelsos!

LUCAS.

¡Y cuán señalados!

CLEOFÁS.

¿Por qué nos has, Padre, tan presto dejado?

LUCAS.

¡Oh gloria! ¿tan presto desapareciste?

CLEOFÁS.

¿Por qué los tus rayos tan presto escondiste,  
Do queda tu cuerpo tan glorificado?

LUCAS. ●

Agora te digo que verificado  
Está nuestro bien con mucha firmeza.

CLEOFÁS.

¡Oh Padre! perdona la nuestra dureza,  
Que tanto dudamos ser resucitado.

LUCAS.

¡Oh alto misterio!

CLEOFÁS.

¡Oh dulce vision!

LUCAS.

¡Oh ciegos nosotros, de turbios sentidos!  
¡Y no conocelle!

CLEOFÁS.

Que nunca creímos su resurreccion!

LUCAS.

Debiéramosle sacar por razon:

¿Qué hombre pudiera tener en el mundo  
Tal voz, tal presencia, tal rostro jocundo,  
Tan altas palabras de contemplacion?

CLEOFÁS.

¡Oh santo maestro Jesús, que te vimos!

LUCAS.

Hermano Cleofás, verdad nos decían  
Las santas mujeres que visto le habían;  
Magüer que nosotros las nunca creímos.

CLEOFÁS.

¡Mas cómo en oírle nos embebecimos  
Por el camino cuando nos hablaba,  
Y las escrituras así declaraba,  
Que todo aquel tiempo no le conocimos?

LUCAS.

Agora podemos decir que tenemos  
Cierto el remedio, la gloria, y el bien.

CLEOFÁS.

Razon es que vamos á Jerusalem  
Y á nuestros hermanos aquesto contemos.

1537.

37. ANÓNIMO. «Auto del bautismo de san Juan Bautista.», No hay otra noticia de esta composición que la que dió San. doval en su *Historia de Carlos V*, libro 16, refiriendo el aparato que se hizo en Valladolid «para el bautismo de Felipe II celebrado en 5 de junio del año de 1527. Dice allí que desde la casa de don Juan de Mendoza, donde posaba la emperatriz, hasta el altar mayor de la iglesia de San Pablo, se hizo un pasadizo muy enramado y con muchas flores y rosas, limones y naranjas y otras frutas. Había en los arcos triunfales y en cada uno de ellos muchos retablos. En el primero hicieron su auto, en el segundo, tercero y cuarto otro auto. El quinto estaba á la puerta que está dentro del patio de la iglesia: este era mas alto que alguno de los otros; estaba en él un altar, á manera de un aparador de muchas gradas. En estas estaban ricas imágenes de bulto de plata doradas, y algunas de oro con otras piezas de gran valor. Estaban puestos en dos candeleros dos cuernos grandes de unicornio: estos y todo lo que había era del emperador. Aquí se representó el bautismo de san Juan Bautista». Se ignora el argumento de los otros autos.

1528.

38. ESTEBAN MARTINEZ. «Auto de cómo san Juan fué concebido, y ansimesmo el nacimiento de san Juan. Entran en él las personas siguientes: Primeramente un pastor, Zacarías, santa Isabel, un ángel llamado Gabriel, dos vecinos del pueblo, un muchacho, José, nuestra Señora, una parienta de Zacarías, una comadre, una mujer, un bobo, un sacerdote. Agora nuevamente hecho por Esteban Martinez, vecino de Castromocho. Burgos, en casa de Juan de Junta, año de 1528.» No queda otra noticia del autor de esta obra, ni hay en ella mérito particular.

1528.

39. JUAN PASTOR. «Auto nuevo del santo Nacimiento de Cristo nuestro Señor, compuesto por Juan Pastor. Son interlocutores de la obra el emperador Octaviano, un secretario suyo, un pregonero, un viejo llamado Blas Tozuelo, un bobo, su hijo llamado Perico, san José, santa María, pastores, Miguel Recalcado, Anton Morcilla, Juan Relleno, un ángel. Impreso en Sevilla, año de 1528.» Esta composición, escrita con poco ingenio y absoluta ignorancia del arte, nada contiene que merezca elogio.

40. «Farsa de Lucrecia. Tragedia de la castidad de Lucrecia, agora nuevamente compuesta en metro por Juan Pastor, natural de la villa de Morata, en la cual se introducen las personas siguientes: El rey Tarquino, su hijo Sexto Tarquino, un negro suyo: Colatino, duque de Colacia; Lucrecia, su mujer; un bobo, criado suyo; Espurio; Lucrecio, padre de Lucrecia; Junio Bruto y Publio Valerio, parientes de Colatino.» Impresa en 4.º, sin lugar de in-

presion, letra gótica. Está escrita en quintillas con pié quebrado, mala versificación, insufribles impertinencias del negro y del bobo.

41. «Farsa llamada Grimaltina.»

42. «Farsa llamada Clariana.» No hay otra noticia de estas dos piezas que la que da el mismo autor al fin de la farsa de *Lucrecia*.

1529.

43. FERNAN PEREZ DE OLIVA. «Comedia de Anfitrión.» Esta comedia, que intituló así Fernan Perez de Oliva: «Muestra de la lengua castellana en el Nacimiento de Hércules, ó comedia de Anfitrión, tomando el argumento de la latina de Plauto», está escrita en buen lenguaje y estilo. Suprimió Perez de Oliva entre los personajes de la comedia los de Téssala y Bromia, criadas de Alcumena, y añadió el de Naucrates, amigo de Anfitrión. Como no se propuso hacer una traducción literal, no puede culpársele de haber omitido el prólogo que precede al drama en su original, el soliloquio de Mercurio en el acto primero, y los de Mercurio y Júpiter en el tercero, porque en realidad no son necesarios á la fábula. En las demás alteraciones que hizo fué poco feliz.

Parece que huye voluntariamente de las gracias de Plauto, y en lo que añade manifiesta poco gusto dramático, ningun talento cómico, y mucho deseo de filosofar y disertar fuera de sazón, dilatando ó debilitando las situaciones de mayor interés. ¿Quién ha de aprobarle que convierta la escena sencilla y afectuosa del acto primero entre Júpiter y Alcumena en una sesión académica, en que se trata del origen de la guerra, los males que produce, la política de los príncipes en formar ejércitos con la gente mas perdida de la república, para que pereciendo en los combates gocen quietud los hombres virtuosos, con otras máximas de igual solidez, y todas inoportunas cuanto es imaginable? ¿Quién le ha de perdonar el cuento intempestivo, insípido y largo que puso en el segundo acto en boca de Sosia, del cual solo resulta haber echado á perder una de las mejores situaciones del original? ¿Quién le disculpará la alteración de todo el acto quinto, la supresión del excelente monólogo de Bromia con que principia, y la aparición de Júpiter, máquina absolutamente necesaria para dar á la fábula el único desenlace que le conviene? Esta la concluyó Plauto con la sumisión religiosa de Anfitrión debida á tanto número, y en la de Oliva se le hacen decir blasfemias contra todos los dioses, y aun profecías alusivas á la venida de Jesucristo, cosa impertinentísima sobre toda ponderación. Son muchos los ejemplos que pudieran citarse de la culpable libertad con que el imitador español estropeó las bellezas del poeta latino; pero bastará uno solo, tomado del acto iv, en que se pinta la situación desesperada del esposo de Alcumena.

..... Peril miser!

Quid ego, quem advocati jam atque amici deserunt?  
Nunquam edepol me inultus iste ludificabit quisquis est.  
Nam ad regem recta me ducam, resque ut facta est eloquar.  
Ego pol illum ulciscar hodie Thessalum venessem,  
Qui perversè perturbavit familie mentem meam.  
• Sed ubi ille est? Intrò edepolabili credo ad uxorem meam.  
Qui me Thebis alter vivit miserior? quid nunc agam?  
Quem omnis mortales ignorant, et ludificant, ut lubet.  
Certum est introrumpam in sedibus ubi quæque hominem asperer:  
Sive ancillam, sive servam, sive uxorem, sive adulterum,  
Sive patrem, sive avam videbo, obruturabo in sedibus.  
Neque me Jupiter, neque dii omnes id prohibebunt, si volent.  
Quin sic faciam uti constitui: pergam in sedibus nunc jam.

Véase lo que el maestro Oliva sustituyó:

«¿Qué es esto? ¿Heme tornado por ventura loco, que así me siento conturbado? Todas mis partes son alteradas: el alma con espanto, el cuerpo con temblor, y con ira el corazón. En la boca siento hiel, en los dientes rabia, mostaza en las narices, rumor en los oídos, y relámpagos en los ojos. Impetus me vienen de quebrar, de sal-

«tar, de herir, de hacer mayores cosas que mis fuerzas pueden. No pienso que podrán mis miembros reposar sino cansados. Ya no podrá mi ira amansarse sino harta. «El fuego que en mí arde no se puede apagar sino con sangre, etc.»

Cuando Moliere puso en el teatro francés esta comedia, se apartó muchas veces del texto original, y siempre para mejorarle. Oliva al contrario, cada vez que se separa de lo que Plauto escribió, desatina.

1530.

44. «Tragedia. La Venganza de Agamenon.» Traducción muy libre de la *Electra* de Sófocles. Siguió Perez de Oliva la disposición de la fábula original y el orden de las escenas con poca alteración; pero suprimió mucha parte del diálogo, sin duda para que resultase el progreso de la acción mas rápido, aunque por este medio la desnudó de muchas bellezas. Baste citar por ejemplo la relación de la supuesta muerte de Orestes, diminuta y pobre en la traducción, y tan inferior á la de Sófocles, que no es disculpable la mutilación que hizo en ella el traductor español: conservó los coros, y con ellos la inverosimilitud que constantemente producen, suprimiendo sin embargo todos los excelentes trozos líricos del original, que pueden considerarse como entre actos de la tragedia y la parte mas brillante y armoniosa de su composición; no acertó en sacar a la escena un ataúd con un cadáver embalsamado dentro, en lugar de la urna manejable y ligera en que supone Sófocles que podían contenerse las cenizas de Orestes: esta alteración hecha por Oliva ni es conveniente, ni teatral, ni conforme a la imitación de costumbres; en lo que añadió al texto original peca muchas veces contra el buen gusto, se aparta de aquella grave sencillez que piden la situación y los personajes, y les hace decir expresiones dignas de la fábula. «Principalmente (dice *Electra*) que yo os ruego me digáis; qué lluvia pensáis que tengo yo en mi cuerpo donde se consumiesen tantas lágrimas como vierten mis ojos? ¿O qué capacidad es la de mi pecho para detener en él la muchedumbre de mis gemidos, que salidos fuera no caben en los aires? Haced, yo os ruego, de mí compasión: no queráis atapar con vuestros consejos los respiraderos de las hornazas de fuego que dentro me atormentan.» Pregunta *Electra* á Orestes quién es; y su hermano le responde: «Soy un hombre que navega en su sepulcro por las ondas de la fortuna.» Estos y algun otro rasgo de estilo alambicado, metafórico y pedantesco no son de Sófocles; son añadiduras impertinentes de su traductor.

1530.

45. «Tragedia. Hécuba triste.» En la traducción de esta pieza de Eurípides usó el maestro Oliva de igual libertad que en la antecedente. Suprimió el personaje de Taltibio (demasiado episódico en el original), puso en boca de una parte del coro la relación de la muerte de Polixena, é igualmente omitió la escena de Agamenon y Hécuba, para lo cual no pudo hallar una razón plausible. Las mujeres troyanas abren un hoyo en la arena para sepultar á Polidoro, cosa que ni se halla en el texto de Eurípides, ni es conforme á las costumbres griegas; en el original se propone Hécuba quemar en una misma hoguera los cuerpos de Polixena y Polidoro y darles un mismo sepulcro. Al fin de la tragedia suprimió las predicciones de Polimnestor, y echó á perder el desenlace. Aquellos terribles anuncios, y el diálogo á que dan lugar, dan á la catástrofe toda la fuerza, movimiento y perturbación trágica que en tales casos se necesita. Entre las añadiduras que se atrevió á hacer Perez de Oliva, es bien ridícula la siguiente en el diálogo de Polixena y Hécuba:

POLIXENA.

«¿Qué es esto, madre, que lloras con tan tristes gemidos? ¿Qué quieren estos hombres armados?»

HÉCUBA.

Vienen, hija, por tí. ¡Oh hija triste, á qué tálamo te han de llevar!

POLIXENA.

«¿Cómo, di, madre, entre tantas desventuras me quiten casar?»

HÉCUBA.

Si, hija Polixena, adonde nunca me veas.

POLIXENA.

El esposo ¿quién es? ¿adónde está?

HÉCUBA.

Está con los muertos.

POLIXENA.

¡Ay madre mía! ¿con hombre muerto me quieren casar?

HÉCUBA.

Si, hija, mía, con muerto muerta te han de casar.

Ni esta es Hécuba como el poeta la pintó, ni esta es Polixena, cuyo carácter (digno de la hermana de Héctor) es de lo mas excelente de la tragedia griega. Hécuba en la traducción entretiene su dolor hablando á su hija en estilo enigmático; y Polixena parece una niña de colegio con mucha gana de casarse, y tan simplecita que se atormenta creyendo que la van á casar con un muerto. Entiende quien pueda las siguientes expresiones de Hécuba: «¡Oh mujeres! agora siento que los dolores de nuestros partos son dolores que parimos, que nos quedan guardados para cuando los graves casos de nuestros hijos sabemos.» Mas adelante dice: «De los leones y dragos, y otras bestias fieras, se cuenta que amparan á aquellos que sienten de ellos quererse favorecer, y este hombre (peor que dragón y león) mató á mi hijo, de quien él por su voluntad se habia encargado.» Esta erudición zoológica no es de Eurípides, ni de la situación, ni de la persona que habla; parece un retazo de sermón gerundio.

A estos defectos podrá añadir algunos otros la crítica imparcial de quien examine estas dos tragedias cotejándolas con sus originales; pero al mismo tiempo resultará de su lectura un concepto muy favorable á Perez de Oliva, el primero que dió á conocer entre nosotros el teatro griego. Su lenguaje es puro, su estilo en general grave, elegante y numeroso: nadie antes de él habia dado á la prosa dramática tanto decoro y majestad; y después ninguno le imitó.

Nació Fernán Perez de Oliva en Córdoba por los años de 1494; estudió en Salamanca y Alcalá de Henares, en París y en Roma, donde permaneció algun tiempo. Volvió á París, enseñó filosofía en aquellas escuelas, y restituido á España en el año de 1524, obtuvo en Salamanca las cátedras de filosofía y teología, y el cargo de rector de aquella célebre universidad. Su estensa erudición en las lenguas sabias, sus profundos conocimientos en las ciencias morales y exactas, su aplicación á las buenas letras, juntamente con las prendas estimables de su carácter, después de haberle merecido el favor de los pontífices Leon X, Adriano VI y Clemente VII, determinaron á Carlos V á elegirle por maestro del príncipe su hijo, empleo que no llegó á servir, habiendo muerto en el año de 1533, antes de cumplir los cuarenta de su edad. Sus obras castellanas en prosa y verso permanecieron manuscritas, hasta que su sobrino Ambrosio de Morales las dió á la prensa en el año de 1583. Véase la *Biblioteca* de Don Nicolás Antonio, y el tomo vi del *Parnaso español*.

1530.

46. *AXÓNIMO*. «Farsa sobre el matrimonio para representarse en bodas, en la cual se introducen un pastor y su mujer, y su hija Mencía desposada, un fraile y un maestro de quebraduras. Es obra muy apacible y provechosa impresa en Medina del Campo, con licencia, en casa de Juan Godínez de Millis, año de 1530.» Se ignora el mérito de esta obra citada por Pellicer en su *Tratado histórico sobre*

el origen y progresos de la comedia y del histrionismo en España, tomo I.

1531.

47. JAIME DE HUETE. «Comedia llamada Tesorina, hecha nuevamente por Jaime de Huete.» Se incluyó esta obra en el índice de libros prohibidos por la inquisición en el año de 1539. No hay otra noticia de ella ni de su autor.

1532.

48. AUSIAS IZQUIERDO ZEBRERO. «Lucero de nuestra salvación al despedimiento que hizo nuestro señor Jesucristo de su bendita madre, pasos muy devotos y contemplativos estando en Betania. Por Ausias Izquierdo Zebrero: en Sevilla, por Fernando Maldonado, año de 1532. Figuras del auto: Hijo y madre, ángel con cartas de Adán, David, Moisés, Hieremías, Abraham, Magdalena.» El nombre de este autor hace sospechar que fuese catalán ó valenciano. Jimeno, en su estimable obra de los *Escritores del reino de Valencia*, habla de un Ausias Izquierdo que publicó algunos opúsculos, y entre ellos una *Representación ó auto sacramental de un milagro de la Virgen del Rosario, impreso en Valencia, año de 1589*. Sin embargo de la identidad del nombre y apellido, no es de creer que sea el mismo que dió á luz en 1532 el auto que se incluye en este catálogo, cuyo corto mérito quita el deseo de toda investigación acerca del autor que le compuso.

1532.

49. GIL VICENTE. «Auto hecho por Gil Vicente sobre los muy altos y muy dulces amores de Amadis de Gaula con la princesa Oriana, hija del rey Lisuarte.»

50. «Comedia Rubena.»

51. «El templo de Apolo,» tragicomedia.

52. «Romería de agraviados,» comedia.

53. «La Nao de amores,» comedia.

54. «Al parto de la reina,» tragicomedia.

55. «La Fragua de amor,» tragicomedia.

56. «La Floresta de engaños,» comedia.

La primera de estas piezas se halla prohibida en el índice de la inquisición de 1539: todas las que van citadas están escritas en castellano, á escepcion de otras que compuso el mismo autor en portugués. No he visto la edición que hizo de todas ellas su hijo Luis Vicente en el año de 1557 (16).

1534.

57. ANÓNIMO. «Comedia llamada Orfea, dirigida al muy ilustre y magnífico señor don Pedro de Arellano, conde de Aguilar.» Este caballero fué uno de los que acompañaron á Carlos V en la expedición de Tunez. La comedia se prohibió por el santo oficio, y es una de las obras insertas en el índice que se ha citado ya.

1535.

58. FRANCISCO DE LAS NAVAS. «Comedia llamada Fidea,

(16) Las obras de Gil Vicente se imprimieron también en Lisboa, en 1554. Esta edición contiene treinta y cuatro piezas en portugués y ocho en castellano, que reprodujo Boih de Faber. Una es el *Auto pastoril del nacimiento*, de que hemos hablado en la nota 11 del catálogo. Las otras son: *Auto de los reyes magos*, entre dos pastores, un ermitaño y un caballero. — *Auto de la sibila Cassandra*, entre Cassandra, pastora; Salomón, pastor; Eruteca, Peresica y Simeria, tías de Cassandra; Esaias, Moisés y Abraham, tios de Cassandra. — *Auto de los cuatro tiempos*, entre el Invierno, el Verano, el Estío y el Otoño. — *Comedia de Rubena*. — *Comedia del riudo*. — *Tragicomedia del triunfo del Invierno*. — *Auto de los físicos*. — Muraltin no debió de conocer estas obras: pues de ellas citó únicamente la comedia de *Rubena* entre las ocho composiciones de este autor de que nos da noticia. Al trasladar sus títulos M. Puihsueq, en su interesante obra titulada *Histoire compuree des literatures espagnole et française*, equivocó sus fechas, tomando los números ordinales de este catálogo por los años de su representación en el siglo XVI.

Gil Vicente, según Barbosa, murió en Évora en 1537, en edad muy avanzada, y está enterrado en el convento de San Francisco, con un epitafio que se dejó compuesto él mismo.

TOMO II.

compuesta por Francisco de las Navas.» No hay mas noticia de esta comedia sino la de haberla incluido la inquisición en el mencionado índice.

1537 (17).

59. ANDRÉS PRADO. «Farsa llamada Cornelia, en la cual se introducen las personas siguientes: un pastor llamado Benito, y otro llamado Anton, y un rulián llamado Pandulfo, y una mujer llamada Cornelia, y un escudero su enamorado, donde hay cosas bien apacibles para oír: hecha por Andres Prado, estudiante. Medina del Campo, por Juan Godínez de Millis, año de 1537.» Nada se sabe de este autor; la farsa contiene algunas situaciones de bajo cómico, no mal sostenidas con las gracias del diálogo.

1539.

60. ANÓNIMO. «Tragicomedia alegórica del paraíso y del infierno, moral representación del diverso camino que hacen las almas partiendo de esta presente vida, figurada por los dos navios que aquí parecen: el uno del cielo, y el otro del infierno, cuya sutil invención y materia en el argumento de la obra se puede ver. Son interlocutores un ángel, un diablo, un hidalgo, un logrero, un inocente llamado Juan, un fraile, una moza llamada Floriana, un zapatero, una alcabuela, un judío, un corregidor, un abogado, un ahorcado por ladrón, cuatro caballeros que murieron en la guerra contra moros, el barquero Caron. Fué impresa en Burgos en casa de Juan de Junta, á veinte y cinco días del mes de enero, año de 1539.» Estos personajes se van presentando sucesivamente para entrar en la barca del paraíso; pero solo llegan á conseguirlo el bobo Juan y los cuatro caballeros: los demás, aunque altercan y lo resisten, van á parar á manos del diablo, que los embarca para el infierno; las situaciones son idénticas; no hay desenlace ni enredo. Con la introducción de tan diferentes clases de gentes se pintan no sin gracia las costumbres de aquella edad.

Esta obra es una imitación de la que escribió el portugués Gil Vicente por los años de 1519, y se representó delante de los reyes don Manuel y doña Leonor, cuyo título es: *Auto de moralidade composto per Gil Vicente, per contemplação da serenissima é muyto catolica Reynha Donha Lionor nossa senhora, é representada per seu mandado á o poderoso principe é muy alto rey don Manoel primeiro de Portugal deste nome*. Una y otra composición existían pocos años ha en la escogida librería del marqués de Campo-Alanje (18).

1540.

61. ANÓNIMO. «Coloquio de Fenisa. Hablan en él Valerio, Marsilio, Silvio, Bobo, Fenisa. Fué impreso en Sevilla, año de 1540. Esta obra, escrita en verso con poca invención y ninguna elegancia, no merece particular exámen.

1540.

62. ANÓNIMO. «Coloquio. En las presentes coplas se trata como una hermosa doncella andando perdida por una montaña encontró un pastor, el cual vista su gentileza se enamoró de ella, y con sus pastoriles razones la requirió de amores, á cuya recuesta ella no quiso consentir, y des-

(17) En este año 1537 se imprimió en Valencia una «*Farsa á manera de tragedia* como pasó de hecho en amores de un caballero y una dama. Introducense estas personas: Un pastor llamado Torcato, que es el dicho caballero; otro pastor que se dice Roseno, que era un su amigo; una pastora llamada Liria, que es la dama; un pastor llamado Gazarro, que era su esposo; un clérigo llamado Carlino, hermano de Liria; una labradora llamada Frosina, y su marido llamado Torat, tio de Gazarro; y una hija suya llamada Feriela. Entra un pastor con el argumento como quien viene de camino. Tenemos á la vista una copia puntual de esta composición, que está en prosa.

(18) Tenemos igualmente copia de este raro impreso, que según parece no es una mera imitación de Gil Vicente, sino una traducción hecha por el mismo; pues lleva su nombre, y añade: «Compúsole en lengua portu-

pues viene un salvaje á ellos, y todos tres se conciertan de ir á una ermita que allí cerca estaba á hacer oración á nuestra Señora. Vistas y examinadas, y con licencia impresas en Valladolid año de 1540.» Ya se ve por lo que antecede que en esta obra no hay composición dramática: la pintura de los afectos y el estilo en que está escrita no carecen de mérito.

1541.

63. ANÓNIMO. «Farsa llamada Custodia.» Se halla prohibida en el citado índice de la inquisición. No hay otra noticia de ella ni del autor que la compuso.

«guesa, y luego el mismo autor le trasladó á la lengua de Castilla, aumentándolo.» Es notable la viveza del diálogo y la naturalidad con que pinta las costumbres y preocupaciones de aquellos tiempos. Trasladaremos para muestra la disputa entre el diablo y el fraile que no quería embarcarse para el infierno.

*Entra un fraile con una mesa por la mano y una copada y un broquel y casco y guante; entra danzando una hija, y dice:*

*Fraile.* Fan, fan, fan, fan, fan,

Ta ri ra ri, ri ra ran,

Ta ri ra ri, ri ra ran.

*Diablo.* Ya viene un fraile danzando;

Bueno va.

Padre, allegaos acá.

*Fraile.* Deo gracias; ¿qué queréis?

*Diablo.* Que vuestra danza acabeis,

Pues que tan polida va;

La señora ayudará.

*Fraile.* «Rey don Alonso, rey mi señor.» (Bailando.)

*Diablo.* Juro á Dios que es cosa buena.

¿Como danza la dancella?

*Fraile.* Yo le enseñé á mi sabor.

Y aun tiene mayor favor

Esta donna,

Que aunque me veis de corona,

Sé mucho del esgrimir;

A cualquiera haré huir,

*Diablo.* Qu'es muy fuerte mal persona.

Pues la virtud te adorna

En ser varón,

Habrás dar una lición

Con una gentil levada.

.....

*Signe un paso de caprima, y luego continúa:*

*Diablo.* Sus, poned faldas en cinta,

A embarcar.

*Fraile.* ¿A dó nos queréis llevar?

*Diablo.* Donde esteis muy gasajado

Vos y vuestra dama al lado,

Do tengais bien que llorar.

*Fraile.* ¿Un hombre tan singular,

Religioso!

Yo he rezado por misterios

Cien mil himnos y salterios,

Por lo cual no está dudoso

De ir á tener reposo

A paraiso.

*Diablo.* Ego sum repenidiso

De algun mal, si alguno obré.

*Fraile.* ¿Cómo es eso; qué, qué, qué?

*Diablo.* ¿Quando fuiste tu arrepiso?

Aunque tuviste ese aviso,

Fué tu pensamiento vano,

*Fraile.* Pues asíste como alano

Ki guardian,

Y tray Pedro el sacristán,

Hás por envidia y cordojo,

*Fraile.* Que por quitarte de enojo,

*Diablo.* ¿Luego ellos aquí vernán?

Para las barbas de Adán,

Min mentir,

Que yo los haga venir

A tenerte compañía.

*Fraile.* No espero yo tu porfía,

*Diablo.* Que á esotra me quiero ir.

Comenzadme de seguir

Min señora;

Pienso este barquero ahora

De ponerme á mi en afán.

Ta-la-la-lá, la-la-lan.

Bien lo sigue la traidora.

«Ah patron!

¿Qué me quieres, fray Anton?

Que pues me salva mi fama,

A mi y á esta gentil dama

Así llevas á salvación.

1542.

64. ANÓNIMO. «Farsa de los enamorados.» Se halla título entre las obras prohibidas por el santo Oficio en índice mencionado.

1543.

65. ANÓNIMO. «Farsa llamada Josefina.» Prohibida igualmente en el mismo índice de la inquisición.

1544.

66. LOPE DE RUEDA. «Paseo en el cual se introducen 11 personas: Luquitas, paje; Alameda, simple; Salcedo, am-

*Angel.* ¿Pádecete á ti razón?

*Fraile.* Así lo canta

Nuestra madre Iglesia santa,

Que quien vive en religion

Reciba buen galardón.

*Angel.* Nunca esa razón me espanta.

Ki que su vida levanta

De la tierra,

Y á los vicios hace guerra,

Y vence los tres gigantes,

Este irá con los gozantes

De la gloria verdadera.

Mas tú que d'esta manera

Hás pasado,

Siempre en paz has cosegado

Con la carne y con el mundo.

Nunca tuviste cuidado

De la muerte,

Ki quisiste recogerse

De tus inicas maldades,

¿Y con estas vanidades

Pienzas que he yo de recogerse?

*Fraile.* No senis con mi tan fuerte

Por agora,

Siquiera por la señora

Moriana qu'está conmiigo.

*Angel.* Esa es, á fe, tu enemigo.

*Fraile.* No me la enojas agora.

*Angel.* Vete después, en buen hora

Sin contrastes,

Al navio que flotastes.

*Fraile.* Por cierto no lo fiés,

Qu'el de gloria concerté,

Y agora me lo quitastes.

*Angel.* Cuando, padre, vos contrastes

En religion,

Krades pobre garzon,

No tenais qué comer;

Kontrastes allí, á mi ver,

Por comer des mogollos.

¿No fuera mejor razón

Trabajar,

Que no holgar y bragar?

Del afán de los cultados

Andais gordos y aviciados.

Lo demás quiero callar.

*Fraile.* Si aquezo me ha de danar,

Nadie queda

Que no va por em rueda.

*Angel.* El que así es aquí verná,

Y en mi barco no entrará.

*Fraile.* No ha de haber nadie que pueda

Kntar dentro.

*Angel.* Si, todos los de este cuento:

Los buenos trabajadores,

Sean grandes ó menores,

Sean seglares ó en convento.

*Juan (bobo).* Acábase ese tormento

De parlar,

Dejaldes ir á embarcar,

Que los llama aquel patron.

*Angel.* ¿Andad con la maldición!

*Diablo.* Acabad, padre, de cutrar.

*Fraile.* Ya que me queréis llevar,

Todavía,

A esta dama y su valia

Dejaldes volver al mundo.

Mejor irá allá al preluendo

A teneros compañía;

Kntad, que se nos va el día,

Kntad, señora.

*Fraile.* ¿Oh espejo en que mi alma adora:

No me la tratéis así!

¿Oh sin ventura de mí,

Y qué gente tan traidora!

*Diablo.* Toma este remo, en malhora.....



**Lauquitas** y **Alameda** se han entretenido en comer buñuelos y pasteles; su amo **Salcedo**, que los ha estado esperando mucho tiempo, les pide cuenta de aquella tardanza; **Lauquitas** se disculpa echando mentiras; pero **Alameda** contradice con su simplicidad los artificios de su compañero, y sin querer los inutiliza. El amo persuadido de que ellos comen y se divierten con lo que a él le sisan, los castiga a entrambos. En prosa (19).

1544.

67. «Comedia **Eufemia**.» A esta comedia, escrita en prosa y dividida en ocho escenas, precede un corto prólogo. **Leonardo**, caballero joven, se despidió de su hermana **Eufemia** deseoso de ver mundo y buscar fortuna; halla en **Valencia** a **Valiano**, príncipe ilustre y poderoso, que le recibe por secretario y le da toda su confianza. **Leonardo** le refiere las calidades de su hermana **Eufemia**, y **Valiano** enamorándose de oídas, determina hacerla venir a **Valencia** y casarse con ella; **Paulo**, criado antiguo de **Valiano**, envidioso de la prianza que disfruta **Leonardo**, parte en diligencia adonde **Eufemia** está; y siéndole imposible el verla por mas que lo procura, logra únicamente que una criada le dé algunos cabellos de un lunar que tiene su señora en un hombro; con esto vuelve a **Valencia**, y dice a **Valiano** que ha merecido los favores de la hermana de **Leonardo**, presentando como prueba de lo que asegura los cabellos del lunar; el príncipe irritado contra **Leonardo** le da pocos días para que se justifique, y al cabo de ellos si no lo hace se propone quitarle la vida; avisada **Eufemia** por su hermano de la acusación que se hace contra ella y del peligro en que él está, va a **Valencia**, confunde al impostor **Paulo**, a quien el príncipe manda llevar al suplicio que estaba preparado para **Leonardo**; hace poner a este en libertad, le restablece en su gracia, y se casa con **Eufemia**. Esta fabula, mas interesante que verosímil, tiene unidad en la acción, no en el lugar ni en el tiempo. En los caracteres de **Eufemia** y **Leonardo** hay oportuna espresion de afectos, y locucion pura y elegante; los de **Vallejo**, lacayo baladron; **Polo**, su compañero; **Grimaldos**, paje; **Eulalia**, negra, y **Ana**, gitana, abundan en chistes cómicos, y producen incidentes graciosos, aunque no necesarios a la integridad de la composicion (20).

1545.

68. «Paso en el cual se introducen dos personas: **Alameda**, simple; **Salcedo**, amo.» **Alameda** halla en el monte una mascara, se la enseña a su amo **Salcedo**, y este por burlarse le dice que aquella es la cara de **Diego Sanchez**, un santero a quien habian muerto y desollado pocos días antes unos ladrones; añade que la justicia anda en busca de los delinquentes, que si tropieza con ella es perdido, y que lo mejor será que se vaya a la ermita de **San Anton** y se haga santero; **Alameda** le deja la mascara, y se va a la ermita; **Salcedo**, envuelto en una sábana con la máscara puesta, le llama en voz lamentable, y le hace creer que es el alma de **Diego Sanchez**; le encarga que a media noche vaya a un arroyo donde está su cuerpo insepulto, y le lleve al cementerio de **San Gil**. **Alameda**, lleno de miedo, echa a correr, y el fingido muerto le sigue y le acosa por todas partes. Dialogo en prosa con buen estilo, animado y gracioso (21).

1546.

69. «Comedia **Armelinea**.» **Pascual Crespo**, herrero, tuvo

(19) Este gracioso paso de **Lope de Rueda** es el primero de los comprendidos en el *Delectoso*, que publicó su amigo **Juan de Timoneda**. **Quéjase Bohl de Faber** de la inutilidad de sus diligencias para adquirirlo. En el mismo caso se halla otra composicion que cita **Moratin** en el núm. 72 de este catálogo; pero no la incluye en su coleccion. De una y otra podemos disponer, y nos aprovecharemos en tiempo oportuno.

(20) Esta comedia va inclusa en la coleccion que sigue al presente catálogo.

(21) Está en la coleccion de **Moratin** con el título de *La Cardúna*.

en su juventud un hijo en una amiga suya, la cual se fué con un capitán a **Hungría** llevándose al niño; este, muerta su madre y tambien el capitán (que le dejó heredero de sus bienes), fué criado por un caballero de aquella tierra llamado **Viana**, el cual tenia una hija pequeña llamada **Florentina**, a quien daba muy mal trato su madrastra; por lo cual un pariente suyo se la robó, y hallándose embarcado con ella a vista de **Cerdeña** le asaltaron corsarios: la niña quedó cautiva; después la vendieron en **Cartagena** a un hermano de **Pascual Crespo**, y este por último la recibió en su casa dándole el nombre de **Armelinea**. **Crespo** y su mujer viéndola ya en edad, tratan de casarla (aunque ella lo repugna) con el zapatero **Diego de Córdoba**. Llega en esto a aquella ciudad **Viana** acompañado de **Justo** su hijo adoptivo, y habiéndole asegurado un griego que allí encontraría a su hija **Florentina**, no omite diligencia para conseguirla. Consulta con **Muley Bucar**, moro granadino, grande hechicero, el cual hace un conjuro espantoso, invoca a **Medea**, y sale en efecto **Medea** de los infiernos para decirle que la niña que se busca está en aquella ciudad; entre tanto **Justo** enamorado de **Armelinea** ronda su casa; ella apurada por **Crespo** y su mujer, que tratan de reducirle a que se case con el zapatero, se va desesperada a las orillas del mar con resolution de tirarse al agua desde un alto peñasco; al ir a ejecutarlo sale el dios **Neptuno** y lo estorba; llévala a su casa, y allí delante de todos les hace saber que **Justo** es hijo del herrero **Crespo**, y **Armelinea** es la **Florentina** hija de **Viana** que con tanto empeño se busca; conciértase la boda de **Florentina** y **Justo**; **Neptuno** en calidad de padrino se entra con ellos a celebrarla. Por este extracto se echará de ver lo complicado, romancesco é inverosímil de esta fabula, en la cual apenas puede alabarse otra cosa que el buen lenguaje y la viveza del diálogo. Puede citarse como la primera pieza de magia que se conoce en nuestro teatro: está escrita en prosa, y se divide en seis escenas (22).

1546.

70. «Paso en el cual se introducen las personas siguientes: **Lucio**, doctor médico; **Martin de Villalba**, simple; **Barbara**, su mujer; **Jerónimo**, estudiante.» **Martin de Villalba** es objeto de las burlas de su mujer, que tiene en casa con nombre de primo al estudiante de quien está enamorada; se finge enferma, y el pobre **Martin** va y viene a casa del médico, le regala pollos para tenerle grato, y se bebe todas las purgas que aquel receta a su mujer, porque esta le asegura que le aprovecharan infinito si él se las toma. Por último, la mujer se va de casa acompañada del estudiante, diciendo a **Martin** que va a cumplir unas novenas, le encarga que ayune a pan y agua en tanto que vuelve, y él promete cumplirlo, viniéndose a que el médico siga curándole para que ella se restablezca enteramente. Argumento cómico, buena prosa, pernicioso moral (23).

1546.

72. «Pase en el cual se introducen las personas siguientes: **Caminante**, licenciado **Jáquima**, bachiller **Brazuelos**.» El caminante se halla sin dinero, y no teniendo conocimientos en la ciudad, le ocurre buscar al licenciado **Jáquima**, para el cual trae una carta; este, que vive en compañía del bachiller **Brazuelos**, recibe muy bien al caminante y le convida a comer; quedan solos el bachiller y el licenciado, y como este no tiene un cuarto para obsequiar al huésped, pide al otro que le preste lo necesario para salir de aquel empeño, pero **Brazuelos**, que se halla en el mismo caso, nada puede darle. Sin embargo, para salir del apuro con menos afrenta, discurre que el licenciado se oculte entre la manta de la cama cuando el hués-

(22) Se halla en la coleccion de **Bohl de Faber**.

(23) Está en la coleccion de **Moratin** con el título de *Cornudo y contento*.

ped venga, y que él le dirá que de orden del arzobispo ha tenido que salir de la ciudad á toda prisa con el encargo de publicar unas bulas; acordado esto, llama el caminante, el licenciado se esconde, y tapa con la manta, y admirado el huésped de no hallarle en casa, le dice el bachiller que si está, pero que ha sido tanta la vergüenza que ha tenido de hallarse sin dinero para darle de comer, que se ha metido debajo de la manta, y diciendo esto tira de ella y se le descubre; salta el licenciado de la cama lleno de enojo contra el bachiller, resulta una quimera muy acalorada entre los dos, y el caminante, viendo que allí no hay disposicion de comida, se aburre, los deja riñendo y se va. Prosa lijera y facil; la malicia del bachiller produce buen efecto cómico (24).

1547.

72. «Paso en que se introducen las personas siguientes: Honciguera, ladrón; Panarizo, ladrón; Mendrugo, simple.» Panarizo y Honciguera esperan á Mendrugo, que lleva una cazuela de comida á la cárcel en donde está presa su mujer; le salen al paso, le meten en conversacion, y entre otras cosas le hablan de la tierra de Jauja, abundantísima y feliz sobre todo lo descubierto; Mendrugo quiere saber las maravillas que le anuncian de ella; le hacen sentar en el suelo, y empiezan á referirle los rios de leche, los puentes de mantequillas, los arboles cuyos troncos son de tocino, la miel, los pasteles, las aves y viandas esquisitas que se hallan preparadas y de balde en aquel delicioso pais; Mendrugo los oye absorto, y ellos aprovechandose de su aturdimiento arrebatan la cazuela, y desaparecen. Ficción sencillísima, en prosa.

1547.

73. «Paso en el cual se introducen las personas siguientes: Brezano, hidalgo; Cebadon, simple; Samadel, ladrón.» Brezano da quince reales á su criado Cebadon para que se los lleve al casero; Samadel se hace enconradizo con el criado, y sabiendo la comision que lleva, finge que es el casero mismo; recibe los quince reales, y le da por carta de pago una carta particular que lleva consigo; vuelve Cebadon á ver á su amo, y por el contenido de la carta y las señas que da el mozo del fingido casero, conocen uno y otro el engaño que les ha hecho; van en busca del ladrón, le encuentran en la calle, riñen, y Cebadon y su amo corren tras él. En prosa, buen dialogo (25).

1548.

74. JUAN DE MALARA. «Comedia llamada Locusta.» Se ignora el argumento de esta comedia.

1548.

75. LOPE DE RUEDA. «Paso en el cual se introducen las personas siguientes: Torrubio, simple viejo; Agueda de Toruégano, su mujer; Mencigüela, su hija; Aloja, vecino.» Torrubio viene del campo con una carga de leña; Agueda su mujer le pregunta si ha plantado el renuevo de olivo que él llevó; él dice que si, y ella supone que dentro de seis ó siete años ya llevara cuatro ó cinco bauegas de aceitunas, y cortando de él otros renuevos podrá plantarse un olivar; ella cogera las aceitunas, el marido las llevara en el asno á la plaza, y Mencigüela las vendera: aqui empieza lo mas agitado de la accion, porque Agueda no quiere que la chica venda el celemin de aceitunas en menos de dos reales, y su marido dice que bastara venderlas á catorce ó quince dineros; Mencigüela recibe órdenes contrarias de su padre y de su madre, y á cada uno de ellos promete hacer lo que le mandan; esta docilidad le perjudica mucho, porque solo sirve de escitar la cólera de entrambos, que la cas-

tigan alternativamente; sale al ruido Aloja su vecino; pregunta la causa de aquella desazon, y viendo que todo ello es sobre fijar el precio á que han de venderse las aceitunas que deben nacer de allí á treinta años, procura ponerlos en paz y concluir aquella ridicula contienda. Motivo cómico muy gracioso sostenido con un buen dialogo en prosa (26).

1549.

76. «Farsa del Sordo.» Esta pieza escrita en verso, atribuida á Lope de Rueda, no tiene mérito particular.

1550.

77. «Comedia Medora. Intróito.» La comedia está escrita en prosa y distribuida en seis escenas; la accion se supone en Valencia. Acario tuvo una hija y un hijo en extremo parecidos el uno al otro; siendo muy chicos los dos, una gitana robó al niño, dejando uno suyo en su lugar, que murió de allí á poco tiempo; crió Acario á su hija llamada Angélica, y llegando á edad juvenil se enamoró de ella Casandro, mancebo acomodado de aquella ciudad; la gitana vuelve á Valencia trayendo consigo á Medoro vestido de mujer; resultan frecuentes equivocaciones nacidas de la semejanza de Medoro y Angélica, hasta que la gitana descubre la verdad, refiere el hurto que hizo del niño, pide perdon, y fácilmente se le conceden, verificandose el casamiento de Casandro con Angélica. Esta fabula, en que Lope repitió lo que ya habia puesto en otra (y no ciertamente para mejorarlo), se entorpece y confunde con episodios inútiles, y carece de verosimilitud. Los amores del viejo Acario con Estela, los disfraces que se pone, los palos que recibe, la salida de Barbarina su mujer, que se va en camisa á media noche al cementerio á buscar tierra de siete muertos, y otras impertinencias de esta clase, son incidentes de farsa grosera y trivial. Las baladronadas de Gargullo y el chasco que le da la gitana no carecen de gracia cómica; el dialogo en general es animado y facil (27).

1551.

78. «Coloquio de Camila. Intróito.» Sigue el coloquio en prosa, sin division de actos ni de escenas. La accion parece que se supone en las cercanias de Valencia: Sócrato perdió un hijo pequeño que tenia, y poco después halló en su puerta una niña de pecho, á quien crió con nombre de Camila, hasta que llegando á edad de diez y siete años, trató de casarla con el barbero maese Alonso, viudo y viejo; Camila, enamorada del pastor Quiral, repugna el matrimonio que se le propone, y viéndose hostigada de las instancias de Sócrato, se huye de casa, se va al monte, y en él quiere quitarse la vida; pero la Fortuna se le aparece y le promete su proteccion; sospéchase que Quiral haya sacado de su casa á Camila, y él desesperado de haberla perdido, viendo que le piden cuenta de ella, dice que en efecto la ha robado y después la ha muerto: en consecuencia de esta declaracion tratan de ahorcarle; la Fortuna, encargándose de desenredar esta maraña, lleva consigo á Camila, y hace saber á los interesados en ello que aquella niña criada por Sócrato es Galatea, hija del barbero maese Alonso; declara tambien como Sócrato es Anastasio, natural de Rosellon, el cual mudando de residencia tuvo por conveniente mudar de nombre, y por último dice tambien que el pastor Quiral es el hijo de Sócrato, á quien halló pendiente de las mantillas en un arbol un hostalero del Coll de Balaguer; esto sabido, sale Quiral de la cárcel y le casan con Camila. Tal es el embrollo que sirve de accion de esta pieza. La confusion que resulta de la discordie union de tan opuestos caracteres y personajes es estravagante en demasia; el lenguaje siempre es bueno; el estilo

(24) Está en la coleccion de Moratín con el título de *El Convidado*.(25) Está en la coleccion de Moratín con el título *Pagar y no pagar*.(26) Está en la coleccion de Moratín con el título *Las Aceitunas*.

(27) Está en la coleccion de Bohl de Faber.

desigual, á veces propio del bajo cómico, y á veces lo quiere ser culto degenera en pedantesco, cadencioso, lleno de perífrasis y trasposiciones violentas (38).

1531.

JUAN DE RODRIGO ALONSO. «Comedia hecha por Juan Rodrigo Alonso (que por otro nombre es llamado de esa), vecino de la ciudad de Segovia, en la cual por ocucion de diversas personas en metro se declara la vida de santa Susana á la letra, cual en la prosecucion mente parescerá, hecha á loor de Dios nuestro señor, e 1531. Son interlocutores de la presente obra los de contenidos: santa Susana, sus doncellas Orisia y Pa-, su padre Elquias, su madre, Joaquin su marido, dos os suyos, voz popular, los dos inicos viejos, sus dos aros, los substitutos Elifaz y Manases, Daniel, carvo, pregonero.» Esta comedia, escrita en redondillas (cual no hizo mas el autor que poner en dialogo lo refiere la historia), tiene sin embargo interes dramático, situaciones y afectos, enredo,olucion y moralidad. El ejemplar que tuve presente existe en la biblioteca de Paris. En la de Madrid hay otro.

1531.

LOPE DE RUEDA. «Coloquio.» Se ignora si estaba en prosa ó verso: los interlocutores son dos res, dos pastoras y el Amor. Lorenzo Gracian, en su *Arte de la Agudeza ó Arte de ingenio*, recomendó el tipo dramático de este coloquio, diciendo: «Comenzó rudigioso Lope de Rueda, á quien llamó el jurado de doña Juan Rufo inimitable varón con verdad: tuvo es- ntes invenciones; sea bastante prueba aquella en introduce cuatro amantes encontrados, dos pastores y pastoras, apasionados entre sí con tal arte que nin- o correspondía á quien le amaba; pidieron al Amor, remio de haberle desatado de un arbol, á que le ha- amarrado la Virtud y la Sabiduría, que les trueque oluntades y haga el Amor que ame cada uno á quien ma; y cuando parece que se desempeña, entonces nreda mas la traza; porque pregunta Amor qué vo- ades quiere que violento y mude, las de los hombres s de las pastoras; que se concierten entre sí aquí a la mas ingeniosa disputa, dando razones ellos y i por parte de cada sexo, que es una muy ingeniosa ncion.»

1532.

«Coloquio en verso.» Nada se sabe acerca del argu- y personajes de este coloquio, citado por Cervan- i la comedia de *Los Baños de Arjet*, donde incluyó gmento que sigue:

Si el recontento que trayo  
Venido tan de rondon,  
No me lo abraza el zurron,  
¿Cuales nesgas pondre al sayo,  
¿Que ensanches al jubon?  
Y si al contarlo estremeño,  
Con un donaire risueño  
Ayer me miró Constanza,  
¿Que turba habra ya ó mudanza  
Que no la pase por sueño?  
Esparcios, las mis corderas,  
Por las dehesas y prados,  
Mordey sabrosos bocados;  
No temais las venideras  
Noches de nubros airados;  
Antes os anday esentas  
Brincando de recontentas,  
No os alija el ser mordidas  
De las lobas deshambrias,  
Tragantonas, mal contentas;

Y al dar de los vellocinos  
Venid siempre no ronceras  
Rumiando por las laderas  
A jornaleros vecinos  
O al corte de sus tijeras,  
Que el sin medida contento  
Cual no abarca el pensamiento  
Os librara de lesion,  
Si al dar el branco veillon  
Barruntais el bien que siento.  
Mas ¿quién es este cuitado  
Que asoma aca entelecido,  
Tabibzajo, atordecido,  
Barba y cabello erizado,  
Desairado y mal erguido?

82. «Coloquio de Timbria. Intróito.» Este coloquio no tiene division de actos ni de escenas; está escrito en prosa: su fabula es en extremo complicada y absurda, y el empeño de referirla causaria fastidio al lector, no instruccion ni deleite (39).

1533.

83. ANÓNIMO. «Comedia de Peregrino y de Jinebra.» Se halla entre las obras prohibidas del citado indice de in- quisicion. Probablemente el autor de esta comedia redujo en ella á accion dramática el argumento de una novela que se habia publicado en el año de 1548 con este título: *Libro de los honestos amores de Peregrino y Jinebra, fecha por Hernando Diaz.*

1533.

84. FRANCISCO DE AVENDAÑO. «Comedia nuevamente compuesta por Francisco de Avendaño, muy sentida y graciosa, en la cual se introducen las personas siguientes: la Fortuna, un caballero quejoso de ella llamado Muerto, otro caballero herido de amor llamado Floriseo, una don- cella llamada Blancaflor, dos pastores, el uno llamado Salaver y el otro Pedrucio, un paje llamado Listino: diri- gida al muy noble y valentísimo señor don Juan Pacheco, capitán general de la gente del ilustrísimo señor marqués de Villena, año de 1533, sin lugar de impresion.»

En el intróito que le precede se alaba el autor de ser esta la primera pieza de teatro escrita en tres jornadas. Virués, Cervantes y Artieda, que florecieron muchos años después, creyeron ser inventores de esta novedad.

La obra citada está escrita en copias de plé quebrado.

1534.

85. LUIS DE MIRANDA. «Comedia Pródiga. Dirigida al muy magnífico señor Juan de Villalba, de la ciudad de Pla- sencia, compuesta y moralizada por Luis de Miranda, pla- centino, en la cual se contiene (demás de su agradable y dulce estilo) muchas sentencias y avisos muy necesarios para mancebos que van por el mundo, mostrando los en- gaños y burlas que están encubiertos en fingidos amigos, malas mujeres y traidores sirvientes. Impresa en Sevilla en casa de Martin de Montesdoca; acabose á diez dias de diciembre año 1534.» En unas coplas que se hallan al fin de la obra dice el autor que después de haber servido algunos meses en la milicia, se habia hecho clérigo, y esto es lo único que se sabe acerca de él. La comedia esta es- crita en redondillas, y se divide en siete actos cortos. *Acto primero.* Publicase á son de tambor una recluta de gente para la guerra; Pródigo, deseoso de salir de la sujecion doméstica, resuelve seguir la milicia en calidad de caba- llero aventurero, pide á su padre Ladán la legitima que le corresponde; el padre lo repugna mucho, pero al fin ce- diendo á sus instancias le entrega dos mil ducados en oro y tres mil en una letra de cambio, le da muy buenos con- sejos, le despide y le deja ir acompañado de Felisero, criado de toda su confianza; júntanse en el camino con

Silván y Orisento, soldados viciosos y estafadores; llevan á Pródigo á una venta cerca de Sevilla; él paga por todos, se aficiona de una moza llamada Sirguera, y con ella y los demás prosigue su viaje.—*Acto segundo.* Llegan á un pueblo donde hay feria; gasta Pródigo mil ducados en cadenas y medallas que regala á Silván y Orisento; su criado Felisero quiere irle á la mano, pero él no hace caso, y se va con la moza; Olivenza, ruñán baladron y cobarde con quien ella vivía, la anda buscando; Alfénisa y Grimana, mujeres públicas, le dan noticia de que está en poder de Pródigo; conciertan Olivenza, Silván y Orisento lo que ha de hacerse para quitar á Pródigo la gorra guarnecida y el rico joyel de oro que lleva al cuello; luego que viene sale Olivenza con la espada desnuda, pidiendo la moza á los soldados, haciendo grandes amenazas; ellos embisten con él; Pródigo se mete en medio para apaciguarlos, y en la ligada quimera le atropellan, le tiran al suelo, le hieren en la cara, le quitan el joyel y la gorra, y todos desaparecen; la madre de las mozas viéndole tan mal parado le recoge en su casa.—*Acto tercero.* Un alguacil lleva preso á Pródigo como también á Grimana y su madre para que en la cárcel declaren lo que ha sucedido; Felisero va á verse con su amo, habla después con el alguacil y el carcelero, y á fuerza de gratificaciones consigue que suelten á Pródigo y á las dos mujeres; los dos mil ducados en oro se consumieron enteramente, y Pródigo encarga á su criado que vaya á cobrar la letra de cambio; estando en la prision había visto en unas ventanas de enfrente á una hermosa doncella, de la cual quedó enamorado; luego que se ve libre y solo, se pasea delante de la casa; ve salir de ella á una criada llamada Florina, de la cual se informa acerca del nombre y circunstancias de aquella dama; Florina le dice que sería muy conveniente que diese una alborada á su señora, y él promete hacerlo así en la mañana próxima; llega Felisero, y le cuenta que los pajes que había recibido se han escapado, y que los soldados sus amigos se le han llevado los caballos, el sayo y la capa; le da el dinero de la letra, y él lleno de esperanzas amorosas olvida sus pérdidas, y solo piensa en la música que ha de dar á su dama.—*Acto cuarto.* Dada la música, proporciona Florina que Pródigo pueda ver á su señora Alcanda, escondido en la buerta, de lo cual resulta el siguiente diálogo:

PRÓDIGO.

¡Hora dónde me ponía  
Para ver si ser pudiese  
Lo que hace ó respondiese  
Mi señora aqueste día?  
Aquí me pongo en parada  
Por estar mejor alerta.

ALCANDA.

Florina, cierra esa puerta.

FLORINA.

Señora, ya está cerrada.

PRÓDIGO.

¡Oh mi remedio y mi amada!  
Tras sus pisadas me voy  
Por ver lo que por mí hoy  
Hace ó dice su criada.

FLORINA.

¡Qué te pareció, señora,  
Del cantar de esta mañana?

ALCANDA.

Tan bien, que de buena gana  
Le escucharía hasta agora.

FLORINA.

¡Parécete que do mora  
Tal virtud que habrá verdad?  
Pues sabe que en la ciudad  
Solo á ti, señora, adora.  
Esto téngolo entendido

(Aunque no pensé decillo)  
En que ayer me dió este anillo,  
Y una saya ha prometido.

ALCANDA.

¡Aquesto me has escondido?  
Muestra el anillo, veremos.  
Vos ni yo no le tendremos,  
Vuelva allá donde ha venido.  
Y otra vez de esta manera  
Con nuevas no me vengais,  
Si malas pascuas bayais,  
Doña sucia y hechicera.  
¡Mira si yo soy ramera  
De estraños y forasteros,  
O si me faltan dineros  
Para que precie á un cualquiera!

FLORINA.

No pensé que la enojara;  
Perdóneme tu merced.

ALCANDA.

¡Gentil pensar! Entended.  
¿Pensabais que me holgara?

FLORINA.

A lo menos que burlara  
De velle así enamorado.

ALCANDA.

¡Y por qué, si tú le has dado  
A sus hablas buena cara?  
¡Mal pecado! Ya le habrás  
Dado cuenta de quien soy,  
De lo que hago y á do voy,  
Y de todo lo demás.

FLORINA.

Por cierto, nunca jamás  
A él ni á nadie tal di.

ALCANDA.

Hora quitate de ahí;  
No hablemos en esto mas.

PRÓDIGO.

Ya yo me maravillaba  
De suerte tan favorable.  
¡Oh mi ventura mudable!  
¡Y cuan engañado estaba!

Felisero aconseja á Pródigo que desista de aquella solicitud; pero Florina, á pesar de todo lo ocurrido, anima su esperanza, y le dice que no haría mal en valerse de la mediación de una vieja alcabueta que vive allí cerca. Pródigo, después de regalar á Florina, va á verse con Briana (que así se llama la alcabueta), la cual en fuerza de las dadivas que recibe, se pone en camino para favorecer los amores de Pródigo.—*Acto quinto.* Felisero, vista la perdición inevitable de su amo, y no atreviéndose á volver á casa de Ladán, se va con resolución de hacerse ermitaño; Alcanda hace echar á la Briana de su casa á palos y golpes que le dan sus criados; Lizán y Cerbero, ruñanes, amigos de la vieja, la encuentran en la calle y la llevan á su casa, en donde Pródigo la estaba esperando; refiérole el mal éxito de su mensaje, y se lamenta de que los criados de Alcanda le han quitado todo el dinero que tenía; Pródigo para consolarla la socorre con doblada cantidad, y á instancia de la Briana recibe en su servicio á Lizán y Cerbero; va con ellos á rondar la calle de Alcanda, y sigue este diálogo:

PRÓDIGO.

Venid conmigo los dos;  
Lleguemos aquí, veamos;  
A propio tiempo llegamos.  
Labrando esta, me parece,  
Dejadme ver qué se ofrece.

LIZÁN.

Al propósito topamos.

ALCANDA.

¿Dó vas, negro? ven acá,  
Ve y llama á aquel caballero  
Que parecese forastero;  
Veremos qué nos dirá,  
Que por ventura vendrá  
De Flandes, do está mi padre;  
Que todo el mal de mi madre  
Es por no saber d'q está.

NEGRO.

Allégate acá, señor,  
Que te llama mi señora.

PRÓDIGO.

No vengamos en mal hora,  
Mas la muerte me es favor.

NEGRO.

Entra dentro al corredor,  
Que hora se pone á labrar.

ALCANDA.

Osado sois de aquí entrar,  
Deci, don perro traidor?  
¿Paréceos bien enviarme  
Una rapaza indiscreta,  
Y una pública alcahueta,  
Que eran para difamarme?  
¿Había yo de fiarme  
A humo muerto en cualquiera?

PRÓDIGO.

Quien tal ha hecho que muera:  
No quiero mas disculparme.

ALCANDA.

Direis no haber conocido  
Por no ser de la ciudad;  
Mas donde hay sagacidad,  
Todo en un hora es sabido.  
Otro aviso he yo tenido  
Algo mas disimulado,  
Que á la muchacha he mesado.  
Y á la vieja he sacudido.  
Sabe Dios cuánto pesar  
Que me quedaba por vos.  
Mirá si debeis á Dios  
Con tal esclava topar.

PRÓDIGO.

Imágen para adorar  
He yo, señora, topado.

ALCANDA.

No, sino sierva, mi amado.  
Dejemos hora el hablar,  
Y esta noche con la escala  
Vuelve, señor, muy secreto;  
Que sin falta te prometo  
De te esperar en la sala,  
Porque la puerta es tan mala  
Que rechina que es espanto.  
Hora ve, descansa en tanto,  
Dios nuestro Señor te vala.

PRÓDIGO.

¿Es posible que soy yo  
Quien tanto bien ha alcanzado?  
¿Oh yo bienaventurado  
Mas que cuanto Dios crió!  
Quien no se determinó,  
No sabe lo que ha perdido;  
Que mas que fortuna ha sido  
El que nunca la temió.

Vuelve Pródigo á casa de la Briana, le cuenta todo lo  
que le acaba de suceder, y ella dice:

Al diablo yo las doy  
Aquestas muy desdichadas,  
Que estas son las mas mañosas;  
Jesú, fuera de mí estoy.  
Entra agora allá, señor,

Dirás estas maravillas  
A aquellas mozas bobillas  
Porque sepan qué es amor,  
Y sepan qué es dar dolor,  
Y después á manos llenas  
Concediendo tras las penas  
El descanso y el favor.  
Hora yo estoy espantada  
De ver la sagacidad,  
La malicia y la maldad  
De esta edad desventurada.  
¿Que una muchacha encerrada  
Tuviese tales rodeos!  
Mira quien vió sus meneos,  
Y la vió tan enfadada.  
Maldito el que es menester  
Bienquerencias ni terceras,  
Que ellas tienen sus maneras  
Con que se dan á entender;  
Todas saben no querer,  
Mas no todas defensarse;  
Y todas saben negarse,  
Pero pocas fuertes ser.  
Rapazas que aun alimpiarse  
No saben ni son criadas,  
Las vereis ya requembradas  
A las ventanas pararse,  
De los que pasan burlarse  
Con sus risitas y señas;  
Y no son tan duras penas  
Que no vengán á quebrarse.

La Briana concierta con Lizán y Cerbero que á la noche cuando vaya Pródigo á ver á Alcanda le hagan caer de la escala al subir ó bajar por ella, y aprovechando la accion le roben cuanto tiene para repartirlo entre los tres.— *Acto sexto.* Pródigo, disfrazado con un mal vestido que le ha dado la Briana (para quitarle el suyo), va á la cita acompañado de sus nuevos servidores; ponen la escala, y entra Pródigo por una ventana al cuarto de Alcanda; después de un diálogo en que Cerbero y Lizán tratan de la bellaquería que tienen resuelta, sale Pródigo, y al bajar por la escala le dejan caer al suelo, le quitan el bolsón del dinero disimuladamente, y le conducen á casa de Briana; fingien que van á buscar á un cirujano, y desaparecen para no volver; Pródigo, quejándose de su caída y echando de ver que aquellos pícaros le han quitado el dinero, pide á la Briana que le disponga una cama; pero ella, que ya nada tiene que esperar, le echa de su casa y le deja en la calle, solo á media noche, lloviendo, desfallecido, sin un cuarto, y lleno de dolores en todo su cuerpo; ve á un caballero que va á entrar en su casa; le pide limosna, y el caballero manda que le den un pan; de allí se encamina al hospital, y no le quieren recibir; vuelve á buscar al caballero, ruégale encarecidamente que le admita por criado de su casa, y queda recibido para guardar los puercos.— *Acto séptimo.* Pródigo, reducido á la mayor miseria, se pone en camino para volver á casa de su padre; halla una ermita y en ella á su oriado Felisero, que está haciendo vida solitaria, el cual le confirma en su resolucíon y le acompaña hasta que llegan á casa de Ladán; Pródigo se echa á sus plés, le pide perdon, y el padre amoroso todo lo olvida al verle tan arrepentido; le hace poner ricas vestiduras, y manda que se hagan fiestas y alegrías en celebridad de haber recobrado un hijo por quien había derramado tantas lágrimas.

Está muy bien desempeñado el fin moral de esta fábula, que es sin duda una de las mejores del antiguo teatro español, bien pintados los caracteres, bien escritas algunas de sus escenas; las situaciones se suceden unas á otras, aunque no con particular artificio dramático, siempre con verosimilitud y rapidez. La duracion del suceso es indeterminada; el lugar de la escena varia continuamente, y no pudiera sin mucha violencia ponerse ahora en el teatro; pero en el tiempo en que esta pieza se compuso, la ima-

ginacion de los espectadores todo lo suplía. Existe en la biblioteca real de París.

1535.

86. ANÓNIMO. «Comedia de Plauto, intitulada *Militie glorioso*,» traducida en lengua castellana. Amberes, 1535.

1535.

87. «Comedia de Plauto, intitulada *Menecmos*,» traducida en lengua castellana. Amberes, 1535. En estas dos traducciones merecen alabanza el lenguaje y el estilo. Véanse los dos siguientes trozos sacados de la primera.

«No estás bien en los negocios; porque en la mala mujer y en el enemigo todo cuanto se gasta es perdido; pero con el huésped y con el amigo ganancia es lo que se gasta, y tengo por buena dicha topár con huéspedes de mi condicion á quien reciba en mi casa; come y huelga y bebe conmigo, y alégrate de mi compañía; libre te es mi casa y yo tambien soy libre, quiero gozar de mi con libertad, porque por la misericordia de los dioses y por las riquezas que me concedieron, pude muchas veces casarme con alguna de muchas mujeres que se me ofrecieron de muy buena casta y con mucho dote, pero no quise meter en mi casa una gruñidora con quien perdiese mi libertad....

» Como tengo muchos parientes, no me hacen falta los hijos; agora vivo a mi voluntad y dichosamente siguiendo lo que se me antoja; cuando me muere, dejaré mis bienes a mis deudos que los partan entre sí; ellos comen conmigo, curan de mi salud, vienen a ver qué hago, si mando alguna cosa; antes que amanezca ya estan en mi cámara; preguntanme si he dormido bien aquella noche, téngolos en lugar de hijos; envíanme presentes y regalos; si hacen sacrificios, dan de ellos mayor parte a mí que a sí; sacanme de mi casa, llévanme a las suyas á comer y cenar; aquel se tiene por mas desdichado que me envió menos; ellos debaten entre sí con sus presentes; yo callo, y recibolos; desean mis bienes; pero entre tanto consérvanlos y acrecientanlos con los suyos.»

Si en la traduccion de estas comedias se advierte á las veces error de inteligencia en algunos pasajes, omisiones en otros, espresiones que pertenecen a varias personas en boca de una sola, debe considerarse cuáles serian los ejemplares latinos que pudo tener presentes el traductor. Ya se ha dicho en otra ocasion cuan vicciadas fueron las ediciones de Plauto durante el siglo xvi. Ignórase hasta ahora quién fué el traductor de estas dos piezas, y solo se infiere por la dedicatoria que hace de ellas al secretario Gonzalo Perez, que se hallaba en Lila empleado en la real Hacienda.

1536.

88. JUAN DE MALARA. «Tragedia de Absalon.» No hay otra noticia de esta pieza que la que dió su mismo autor en la obra intitulada *Filosofia vulgar*, donde dice que habia compuesto una tragedia de Absalon.

1536.

89. LOPE DE RUEDA. *Paseo*. Introdúcese en él Sigüenza, lacayo; Sebastiana, mundana; Estepa, lacayo. Sebastiana cuenta á Sigüenza una riña que ha tenido con otra moza, amiga de Estepa, diciéndole entre otras cosas que habló muy mal de él llamandole ladrón desorejado; Sigüenza se enfada sobremanera, refiere un caso de honra en que se vió precisado a deshacerse de las orejas para defenderse de sus contrarios; amenaza á todo el mundo y promete vengar con estrago espantoso las ofensas que a su amiga y a él les han hecho; sale Estepa, insulta á Sigüenza y á Sebastiana, y exige que Sigüenza se desdiga de cuanto ha dicho; Sigüenza lo hace diciendo que es-

taba borracho, y que mintió como un tacaño; Estepa añade que se ponga de rodillas y se deje dar por mano de Sebastiana tres pasagonzalos en las narices; luego que esto se hace, Estepa le toma la espada y se va con la moza. Gracioso dialogo en prosa, buena imitacion de caracteres y costumbres (30).

1536.

90. «Paseo. Introdúcese en él las personas siguientes: Dalagon; Pancorbo, simple; Periquillo, paje; Peiruton, gascon; Guillelmillo, paje.» Dalagon echa de menos una caja de turrones de Alicante que tenía sobre el escritorio; llama con separacion á sus criados, y les pregunta quién se los ha comido; ninguno le da razon, y se acusan reciprocamente; el amo se enfada y les va dando de palos uno á uno; después de esto se acuerda Guillelmillo el paje de que su amo se los pidió y los guardó en el escritorio; Dalagon reconoce que es cierto lo que el paje dice, y para contentar á sus criados les promete repartir entre ellos todos los turrones; consultan los criados entre sí, y determinan portarse con el amo generosamente no tomando los turrones que les ofrece, y restituyéndole con puntualidad los palos que les dió: así lo hacen, y Dalagon experimenta bien á su despecho el desinterés de sus criados, recibiendo una gran paliza que le dan entre todos. Tiene agudeza la solucion de esta pequeña fabula; esta escrita en prosa.

1536.

91. «Comedia de los Engaños.» Está escrita en prosa y dividida en diez escenas. Virgino, ciudadano romano, tuvo un hijo y una hija gemelos; perdió al hijo en la confusion del saqueo de Roma en el año de 1537, y se fué con su hija Lelia á vivir á Módena; allí se enamoró de ella un mancebo llamado Lauro; pero después se aficionó de Clavela, hija de Gerardo de Lelia (á la cual habia dejado su padre en un convento mientras él iba á Roma á recuperar alguna parte de sus bienes) ofendida de la ingratitude de Lauro, se sale del convento, y vestida de hombre entra á servir de paje á su amante con el designio de introducir desconfianza entre él y Clavela; vuelve Virgino de Roma, halla que su hija no parece; llegan á este tiempo á Módena un jóven romano llamado Fabricio con su maestro y un criado; este Fabricio es precisamente el hijo que Virgino perdió y lloraba por muerto, tan semejante a su hermana Lelia, que de esta circunstancia resultan frecuentes engaños, confusion y disturbios, hasta que llega á declararse quién es Fabricio, y quién el fingido paje de Lauro, resultando los casamientos de Lauro con Lelia y de Fabricio con Clavela. Esta comedia, en que se hallan algunas felices imitaciones de Plauto, es muy artificiosa é interesante, aunque en sus incidentes no hay toda aquella verosimilitud que pide el teatro. Siguió Lope en la composicion de esta fábula una de las novelas de Bandello, que se habian impreso en Luca en el año de 1534, alterando los nombres de personajes y ciudades segun le pareció conveniente; en lo demas imitó mucho el original italiano. Esta escrita con buen lenguaje, y entre las partes episódicas es muy gracioso el papel de la negra Guiomar, criada de Clavela (31).

1536.

92. «Coloquio llamado Prenda de amor. Personas: Menandro, pastor; Simon, pastor; Cilenia, pastora.» Altercan Menandro y Simon sobre cual de ellos ha sido mas favorecido de Cilenia, la cual ha dado á Simon uno de

(30) Es el paseo que con el título de *el Rufán cobarde* inserta Moratin en su coleccion.

(31) Se halla en la coleccion de Moratin. En la edicion de Lope de Rueda de 1567 esta comedia se llama de *los Engañados*, y hay en ella muchas variantes.

sus zarcillos, y á Menandro una sortija; viene Cilenia apacentando su ganado, y ambos le ruegan que declare á cuál de ellos ha entendido favorecer mas; ella rehúsa declararse, y se va, dejando en manos de Simon su retrato con esta letra:

Mira y verás

En mi cuanto tú querrás,

y en las de Menandro un corazon pintado con un mote alrededor que dice:

Ya no tengo mas que dar,  
Pues te doy el corazon.

Cada uno de ellos imagina por la dádiva y la letra que le acompaña ser el mas venturoso, y con esta lisonjera presuncion ambos quedan contentos y amigos. Está escrito en quintillas (32).

1538.

93. «Paso. Introdúcense en él las personas siguientes: Madrigalejo, lacayo ladrón; Molina, lacayo; un alguacil, un paje.» Madrigalejo se entretiene con Molina refiriéndole algunos trabajos que ha pasado con la justicia; viene en su busca un alguacil á instancias de un paje á quien Madrigalejo habia hurtado un libro de devociones; les hace varias preguntas, y descubre un lio de ropa que ocultaba Molina por encargo de Madrigalejo; los hace atar á entrambos, y los lleva á la cárcel prometiéndoles que saldrán muy pronto de allí para las galeras. Diálogo en prosa.

Lope de Rueda, natural de Sevilla, fué batidor de oro; cediendo al impulso que le inclinaba al teatro, se hizo actor y autor; y formando una pequeña compañía corrió las provincias y principales ciudades de España. En Sevilla, Córdoba, Granada, Valencia, Toledo, Madrid, Segovia y Valladolid representó con extraordinario aplauso del público sus mismas obras. Todas las hizo imprimir después de su muerte su amigo Juan de Timoneda. Se ha perdido la edición de sus *Coloquios en verso*, que en aquel tiempo se estimaron como lo mejor que salió de su pluma, y solo ha quedado el de las *Prendas de amor*. Las cuatro *Comedias*, los dos *Coloquios*, los diez *Pasos* (todo en prosa) y el *Coloquio en verso*, se publicaron en Valencia por el citado Timoneda en los años de 1567 y 1570. Parte de estas obras se imprimieron en Sevilla y en Logroño (33). Floreció Lope de Rueda desde los años de 1544, en que empezó á darse á conocer, hasta el de 1560, en que probablemente murió. En el de 1538 representó en Madrid y en Segovia, y en aquel año le vieron sin duda en la corte Miguel de Cervantes y Antonio Perez, haciendo ambos mencion de haber sido testigos de su habilidad y de sus aplausos. Murió en Córdoba, y el cabildo de aquella catedral le hizo enterrar en la nave principal de ella entre los dos coros: honor concedido á un cómico, y en aquel tiempo, que manifiesta cuánta fué la estimacion que hicieron de él sus contemporáneos; pero la posteridad mas injusta ha dejado perecer y olvidar el depósito de sus cenizas, que ocupan ya desconocido y comun sepulcro.

1538.

94. ANÓNIMO. «Farsa llamada Rosiela, nuevamente compuesta, en la que se introducen las personas siguientes: Palomeo, padre de Floriseo; Rosiela, dama; Floriseo, galán; Justina, criada; Cambano, padre de Be-

(32) Hállase en la coleccion de Moratin.

(33) En Sevilla el año de 1570 se imprimieron las cuatro comedias Eufemia, Armelina, de los Engaños y Medora, los dos coloquios de Camila y Timbria, y un *Dialogo sobre la invencion de las calzas*, que aunque sin accion, se compuso sin duda para ser representado; sin embargo, el autor de los Orígenes no habla de él. En Logroño se imprimió por Matias Mares el *Detestoso* bajo este título: «Compendio llamado el Detestoso, en el cual se contienen muchos pasos graciosos del excelente poeta y gracioso representante Lope de Rueda, para poner en principios y entre medias de coloquios y comedias. Recopilados por Juan Timoneda.» Contiene los números 66, 68, 70, 71, 72, 73, 75 y 92 del presente catálogo.

nito, bobo; Pinamarte, criado de Palomeo; Marigreja y Pablos Gil. Cuenca, 1538. »

Amores, diálogos pastoriles, gracias del bobo, niños robados en la cuna, reconocimientos y otros incidentes romancescos muy usados por los dramáticos de aquel tiempo. La versificación es bastante buena.

1539.

95. JUAN DE TIMONEDA. «Comedia de los Menecmos, puesta en gracioso estilo y elegantes sentencias.» Valencia, 1539. Timoneda trajo libremente en prosa esta comedia de Plauto; suprimió con inteligencia dos personajes poco necesarios, varió el prólogo, quitó los soliloquios inútiles de Penicilo en el primer acto, y en el tercero el de Menecmos casado en el cuarto, y el de Mesenio en el quinto. Dió muy oportunamente mayor estension á algunas escenas, á otras mas naturalidad, mejoró el desenlace y conservó en toda la pieza la gracia y lijereza cómica del autor latino. Precede á la comedia un prólogo en que hablan el dios Cupido y tres pastores (34).

1539.

96. «Comedia llamada Cornelia: es muy sentida, graciosa y regocijada.» Valencia, 1539. Esta comedia, por el gusto de las que entonces se admiraban en Italia, tiene algunas situaciones imitadas de *El Nigromante* de Ariosto. Está escrita en prosa con muy buen lenguaje; el diálogo es rápido y natural, abunda en chistes cómicos no siempre decentes, pero en las costumbres libres de aquella edad hallaban aplauso. La esposicion de esta pieza es muy defectuosa, y sin el prólogo separado que le precede nada se sabría de los antecedentes que motivan la fábula. Poseía un ejemplar impreso de estas dos comedias don Ramon Cabrera, individuo de la real Academia española.

1560.

97. ANÓNIMO. «Paso. Interlocutores: Monserrate, simple; Coladilla, paje; Valverde, doctor; Jumilla, mujer; alguacil Porqueron.» La escena es en Valencia. Coladilla, sabiendo que va á venir una mujer de Rusafa á consultar á su amo el médico sobre una dolencia que padece su madre, persuade á Monserrate su compañero á que se vista las ropas del doctor que aun está durmiendo, y finja ser él mismo, á fin de recibir dos reales y un bollo que sabe que traerá la mujer; viene esta, y Monserrate sentado, y Coladilla detrás que le va dictando lo que ha de decir, le preguntan sobre la enfermedad de su madre, y Monserrate le prescribe los remedios, equivocando con disparates cuanto Coladilla le dice al oído. La mujer da los dos reales y el bollo, y Monserrate la hace llevar una redoma de bebida blanca que estaba debajo de la cama de la médica, encargándola que se la haga beber á la enferma; se va la mujer, viene el doctor Valverde, y hallando á Monserrate vestido con sus ropas se enfada y riñe; vuelve la mujer acompañada de un alguacil lamentándose de que por haber dado á su madre un poco de lo que contenia la redoma acaba de espirar. La supuesta bebida era una disolucion de solimán con que se lavaba la médica; el alguacil se lleva á la cárcel á los criados del doctor y al doctor con ellos. Diálogo en prosa.

1560.

98. «Paso de los Ladrones, en el cual se introducen las personas siguientes: Cazorla, viejo ladrón; Buitrago, ladrón nuevo; Salinas, ladrón nuevo; Joan de Buenalma, simple.» Está escrito en prosa; parece que se quiere figurar la escena en Valencia; Salinas y Buitrago se recomiendan á Cazorla para que les instruya en el oficio de que son principiantes; Cazorla les da varios consejos so-

(34) Está inclusa en la coleccion de Moratin.

bre lo que deberán practicar si llegan á caer en manos de la justicia para salir menos mal de los interrogatorios, de los carcos y del potro; les refiere varios ardidres de que ha usado durante su larga carrera, y les da alguna noticia de la nomenclatura germanesca usada entre los de su ejercicio; sale Joan de Buenaíma con una cesta de huevos, traman conversacion con él Buitrago y Salinas; este desafia á saltar á pié juntillas, y como Joan de Buenaíma le desprecia, y dice que en conciencia no puede apostar con él por la conocida ventaja que le lleva; disponen que salte con los piés y los brazos atados; él se aviene á ello, y al ir á dar el salto, ve que Salinas se escapa llevándose el dinero apostado; Buitrago, á quien dió á guardar el capote, se va en seguimiento del otro; Casoria con la cesta de los huevos echa á correr detrás de los dos, y Joan de Buenaíma se queda atado de brazos y piés, sin dinero, sin capote y sin cesta. El juego de teatro suple en esta pieza la falta de accion.

## 1560.

99. «Pao. Introdúcense en él las personas siguientes: Gutierrez de Santibáñez, lacayo mozo; Inesa Lopez, fregona; Rodrigo del Toro, simple; Salmecón, amo.» Está escrito en prosa. Gutierrez, á quien Rodrigo del Toro tiene encargado que le busque una novia, concierta con Inesa haciendo una burla, y viéndole veal con un plato de conchitura que lleva á unas monjas, Gutierrez le dice (enseñándole á Inesa) que aquella es la novia que ha encontrado mas á propósito para él; Rodrigo conviene desde luego en casarse con ella, y á falta de colacion para celebrar el contrato, Gutierrez le propone que puede suplir el plato de conchitura, dando después á su amo cualquiera disculpa de haberle perdido; y esto dicho, se lleva Gutierrez el plato, Inesa enamora á Rodrigo, y él lleno de empacho, solo acierta á decir simplezas; estando en esto, viene Gutierrez disfrazado de mujer, reconviene á Rodrigo de que la deja por otra olvidando las obligaciones que le debe; Rodrigo se embrolla con las voces y alteraciones de las dos; sale su amo, averigua el caso, y trata de oír á entrambas, para decidir cual tiene razon; por último, determina que debe casarse con la disfrazada; Rodrigo fastidiado de una y otra no quiere ser marido de ninguna; toma el baston de su amo, embiste con ellas y desmenuza á palos la fabula.

Tamonedá publicó los tres pasos precedentes en una edicion que intituló *Registro de representaciones*.

## 1560.

100. ALONSO DE LA VEGA. «Comedia llamada Tolomeo. Argumento. En la ciudad de Alejandria, muy magnificos auditores, habia dos mercaderes, el uno llamado Cosme Alejandrino, y el otro Marco César: el Marco César tenia un hijo, y Cosme Alejandrino un hijo y una hija dicha Argentina; estos dos hijos fueron criados por una ama, la cual adrede los trastrocó, que dió á cada cual padre el que no era su hijo, y fueron llamados los dos por un nombre dichos Tolomeos; semejaronse tanto en estatura y gesto, que cualquiera que los veía tomaba el uno por el otro; allegándose á edad de casarse, el Marco César, pensando que era su hijo el que tenia, trató casamiento para que casase con Argentina, hija de Cosme Alejandrino, y por ser forzado de ir á Florencia diéronse los viejos tan solamente las manos; Tolomeo, hijo de Marco César, que estaba en casa de Cosme Alejandrino, habiase ya juntado con Argentina y la tenia preñada; ella de pensar que de su hermano (no lo siendo) se habia emparejado, y que de otra parte el casamiento estaba efectuado con Tolomeo de Marco César, no sabia qué medio se tomase. Al fin (si están vuestras mercedes atentos) verán cómo pare, y en cuántos infortunios se ve el pobre niño, y de qué arte y suerte se viene á descubrir cuyo hijo es

cada uno, con lo demás que la comedia pretende representar delante tan agradecidos señores. Y queden con Dios.» Esta comedia es por extremo desatinada: sus interlocutores en ella un nigromante, un endiablo, el dios Febo, el dios Capido, Orfeo, Medea y un diablo; la escena es en Alejandria y en los montes de Armenia; el tiempo ilimitado, la accion inverosímil, indecente, confundida con episodios incoherentes; el lenguaje y estilo nada tienen que disculpe sus faltas. Está escrita en prosa y distribuida en ocho escenas.

## 1561.

101. JUAN DE MALARA. «Comedia (se ignora el título) en elogio de la villa de Utrera.»

Juan de Malara, maestro de humanidades en Sevilla su patria, escribió entre varias obras que le dieron estimacion, la *Filosofía vulgar*, que contiene mil refranes gloriosos, un poema en octavas intitulado *Hércules*, otro en verso suelto dividido en doce libros que intituló *Polixar*, y otro del martirio de santa Justa y Rufina en versos latinos y castellanos. El mismo da noticia en su obra de la *Filosofía vulgar* de haber compuesto una tragedia de *Abasalen*, y una comedia intitulada *Lecusta*, que se representó en las escuelas de Salamanca en el año de 1548, de las cuales se ha hecho ya mención en este catalogo. En cuanto á la presente comedia, no hay otra indicacion de ella que la que dió Rodrigo Caro en las *Antigüedades* de la villa de Utrera, diciendo que en el año de 1561 se representó en Utrera una comedia en verso, del maestro Juan de Malara, que tal vez fué la primera que se escribió en verso en España (en lo cual se equivocó), y que principiaba así:

Villa de Utrera, noble y venturosa.

No se sabe si esta y las demás piezas dramáticas de Malara llegaron á imprimirse. Juan de la Cueva su compatriota le llama *Menandro cómico*, y dice que compuso mil tragedias, y mereció mucha alabanza por haber alterado el uso antiguo conformándose con el nuevo; expresiones que reducidas á su justo valor quieren decir que Malara compuso muchas piezas dramáticas poco arregadas á los principios del buen gusto y muy aplaudidas en su tiempo. No hay otra noticia de este autor; la época en que dió sus obras al teatro debió ser desde el año de 1548 hasta el de 1570, con poca diferencia.

## 1561.

102. PEDRO SUAREZ DE ROBLES. «Danza del santísimo nacimiento de nuestro señor Jesucristo, al modo pastoral, compuesta por Pedro Suarez de Robles, clérigo de evangelio, natural de Ledesma. Son interlocutores un ángel y ocho pastores; el primero se llama Anton, el segundo Rebanado, el tercero Pascual, el cuarto Toral, el quinto Pellejon, el sexto Pelayo, el séptimo Rebollo, el octavo Tereso, san José y nuestra Señora, y el niño Jesus (este no habla) y otros cuatro ángeles que estarán con cuatro ciriales junto al nacimiento, y á su tiempo cantarán un villancico.» Impreso en Madrid año de 1561. Nada se sabe de este autor. La composicion citada es muy curiosa, por cuanto en ella se ve la disposicion de estos dramas sagrados, cuyo uso duró tantos años en las iglesias de España. Al empezar la obra se explica la situacion y movimientos de los personajes en esta forma: «Han de salir los pastores en dos hileras repartidos; delante de ellos el que trae el psalterio ó tamborino; al son trinan danzando hasta en medio de la iglesia, y allí harán algunos lazos, y tras de los pastores irán los ángeles con los ciriales, y si hubiere aparejo ocho ángeles que lleven el palio del Santísimo Sacramento, y debajo irá nuestra Señora y san José, y llegarán hasta las gradas del altar mayor, y allí estará una cuna á modo de peschero, y allí pondrán al



niño Jesús, y de rodillas nuestra Señora y san José puestas las manos como contemplando; los ángeles repartidos á un lado y á otro, y mirando acia el niño; y estando de esta manera acabarán los pastores de danzar; y luego saldrá un ángel al púlpito, y dirá lo siguiente.... y los pastores oyendo la voz mostrarán espantarse mirando para arriba á una y otra parte. » El orden con que está dispuesto el diálogo, la danza y música es este : anuncia el ángel el nacimiento de Jesucristo á los pastores, y desaparece; los ángeles del nacimiento cantan un villancico en alabanza del hijo de Dios; oyen los pastores aquella música, y determinan ir á adorar al recién nacido, y se van danzando adonde está el pesebre; sigue después un villancico entre los ángeles y los pastores; llegan estos, y san José les da la bienvenida; cada uno de ellos dice un par de coplas, ofrece su presente al niño, y danza; san José agradece sus dones; la Virgen ruega á su hijo que favorezca á aquellos pastores, y ella por su parte les promete ampararlos y ser abogada suya. Concluye la fiesta con otro villancico en que cantan y bailan los ángeles y los pastores, alternando las coplas con este estribillo :

Acá en Belén nace nuestro Dios ;  
Nace de Maria para bien de nos.

1562.

103. ΑΛΟΧΙΜΟ. «Comedia llamada Feliciania.» Juan de Timoneda, en su coleccion de novelas intitulada *Patrañuelo*, impresa en Valencia año de 1566, al fin de la patraña xiii dice : « De este cuento pasado hay hecha comedia, que se llama *Feliciania*. » No se sabe otra cosa de esta pieza ni del autor que la compuso.

1562.

104. ALONSO DE LA VEGA. «Tragedia llamada *Serafina*. » Argumento. La pieza se divide en ocho escenas, y está escrita en prosa. Serafina, hija de un cardenal y de una matrona romana, vive en Nápoles en casa de Alberto, á quien su padre la envió siendo niña para que la educase; jóven ya, hermosa y rica, la solicitaron varios, y entre ellos dos príncipes de Italia, que se hacen por sus amores una guerra cruel; Marco Atanasio, hijo de Alberto, está igualmente enamorado de ella, pero solo recibe desprecios; sueña Serafina que había de ser casada con el hombre mas bello del mundo; consulta sobre esto á un nigromante, y le dice este que el mas bello hombre del mundo es el Amor; esto sabido no aspira á mas la doncella que á conocerle, verle y tratarle, y ofrecerse á su voluntad; solo ama al Amor, todos los hombres son para ella indiferentes; buscando al Amor se le aparece una niufa, y en su compañía París y Narciso; la ninfa le dice que viene de parte del dios Cupido á presentarle aquellos dos jóvenes, los mas hermosos que ha visto el mundo, para que elija entre los dos el que mas le guste; Serafina insiste en que solo quiere al Amor, y las visiones desaparecen; entre tanto Alberto echa de su casa á su hijo Atanasio, porque se obstinaba en ser amante de su pupila; el hijo valiéndose de un criado roba á su padre el cofre del dinero para atender á sus urgencias; la justicia le coge con el burto; el padre conviene desde luego en que será menester ahorcarle; pero á ruegos de Serafina todo se compone; esta, agitada siempre de la mania de buscar y conocer al Amor, ve aparecerse repentinamente dos salvajes que le enseñan en un escudo la pintura de Cupido; queda absorta á vista de tanta hermosura, y los salvajes le echan una cadena al cuello y se la llevan presa á la floresta solitaria por el atrevimiento de haberse querido igualar con un dios, de quien solo puede aspirar á ser esclava; Marco Atanasio se va por los montes quejándose de la ingratitud de su señora, é invoca á Cupido para que le favorezca; viene Cu-

pido inmediatamente, y le da su arco y una flecha para que en caso necesario se la dispare á Serafina; muda Atanasio su vestido en otro pastoril, sale al encuentro de su querida, le habla amorosamente, y ella sigue despreciándole; él entonces le dispara la saeta, y cae Serafina sin sentido; viendo Atanasio que no se mueve ni responde, la cree muerta, saca un puñal y se quita la vida; Serafina vuelve en sí, y enamorada ya de Atanasio le halla muerto, sácale el puñal que tiene clavado en el pecho, y con él se mata. Todo lo que sigue á esto en la escena octava es un conjunto de impertinencias añadidas á la monstruosa y estravagante fabula que el autor se atrevió á llamar tragedia.

1563.

105. «Comedia de la duquesa de la Rosa.» Preceden á esta comedia el *intróito* y el *argumento*. El intróito, escrito en prosa por el gusto de Lope de Rueda, es muy ingenioso, y el estilo florido y elegante. La comedia, igualmente en prosa, no tiene division alguna de actos ni de escenas. Una infanta de Dinamarca se aficionó en su juventud á un infante de España llamado Dulcelirio, que estuvo algun tiempo en la corte del rey su padre; al despedirse Dulcelirio le dió la infanta un anillo para memoria de su inclinacion; casó después la infanta en Francia con el duque de la Rosa; empezó á enfermar de grave dolencia, y le aconsejaron que fuese en peregrinacion á Santiago de Galicia para implorar del santo apóstol el restablecimiento de su salud; hizo en efecto su romeria; sus achaques desaparecieron, y á la vuelta pasando por Burgos la hospedó en su palacio (sin darse á conocer) el infante Dulcelirio; pero al despedirse, dándole de beber, le echó en la copa el anillo que había recibido de ella en Dinamarca; la duquesa le reconoce, pero no dándose por entendida sigue su camino y llega felizmente á la presencia de su esposo; un mayordomo del duque enamorado de su ama se atreve á declararle su pasion; ella le reprende ásperamente diciéndole que si no desiste de aquella indecente solicitud dará cuenta de ello á su marido. El mayordomo engañando á un hermano suyo hace que vaya á esconderse detras de las cortinas de la cama de la duquesa, y entre tanto avisa al duque de que la señora le es infiel, y le hace *maleficio*; van todos allí, sale de entre las cortinas el hermano del mayordomo, y este, antes que el otro pueda hablar palabra, le mata á puñaladas; queda presa la señora y condenada á muerte si en el término de tres meses no se presenta algun caballero que la defienda; ella escribe á Dulcelirio lo que le pasa; llega el mensajero á Burgos en cosa de un minuto; el infante le responde que no puede encargarse de su defensa; pero sin embargo se viste de fraile, va á Francia en otro minuto, halla modo de introducirse con la duquesa, y esta sin reconocerle se confiesa con él; satisfecho por lo que resulta de la confesion de la inocencia de su penitente, se presenta armado en el campo al tiempo que la sentencia va á ejecutarse; pelea con el mayordomo, y le mata; el duque da gracias al cielo por tan señalado favor, pero de allí á pocos instantes le da calentura y se muere y le entierran; Dulcelirio declara á la duquesa que él ha sido el fraile que la ha confesado y el caballero que la ha defendido, y esto dicho se casan los dos. Los que no gustan de fábulas sencillas y prefieren el género romanesco (lleno de situaciones tan inesperadas como imposibles) hallarán en esta comedia lo que apetecen: la Verdad, el Consuelo y el Remedio cantan á coros y dan conversacion á la duquesa cuando está encerrada en la torre esperando la muerte; un portugués muy enamorado, un Tomé Santos, bobo, y un bachiller Valentín (personajes inútiles y pegadizos), son insoportables cada cual en su género.

Alonso de la Vega murió en Valencia antes del año de 1566. Timoneda imprimió las tres piezas de que se ha he-

cho mencion, y dice, hablando con el lector en un soneto que las precede:

Tres farsas ó comedias nos compuso  
En prosa castellana, tan sentidas  
Con que tu pensamiento recrease.  
Y aquí en nuestra Valencia Dios propuso  
Sus dias para él fuesen cumplidos,  
Y para el cielo fué do descansase.

1563.

106. JUAN DE TIMONEDA. «Entremés de un ciego, un mozo y un pobre.» Está escrito en coplas de pié quebrado. Un ciego acompañado de su lazarillo varegonando coplas y oraciones; quéjase de que nadie le da limosna, ensaya la voz para las coplas que se propone cantar, y sobreviene un pobre, cuyas plegarias le incomodan mucho, conociendo que con ellas atraerá la gente y él se quedará sin que nadie le dé limosna; repúntanse de palabras el ciego y el pobre, se insultan á cual mas puede, y el diálogo se concluye á palos. Es la pieza mas antigua de teatro que se llama entremés.

1563.

107. «Paso de dos clérigos, cura y beneficiado, y dos mozos suyos simples.» En coplas de pié quebrado. Se reduce á una altercacion muy reñida entre el beneficiado y el cura sobre que cada uno de ellos quiere para sí el pié de altar, las ofrendas y los responsos; se tratan de majaderos, de ignorantes en el latin, y llegan a punto de darse de palos, contando el uno y el otro con que sus mozos les daran auxilio; pero el beneficiado, no fiándose demasiado en el valor del suyo, se acobarda, evita la paliza huyendo, y el cura se queda por dueño del campo.

1563.

108. «Paso de dos ciegos y un mozo muy gracioso para la noche de Navidad.» Escrito en coplas de pié quebrado. Palillos, mozo travieso y apicarado, desearia aplicarse á á algun oficio, para lo cual refiere al auditorio sus buenas cualidades, y entre ellas cuenta haber robado ciertos dineros á un ciego, de quien habia sido lazarillo: Martin Alvarez, ciego, sale por un ladoregonando sus oraciones, y por otro Pedro Gomez, ciego tambien, sale anunciando las suyas; saludanse entrambos, y creyendo que están solos hablan con entera confianza; Alvarez cuenta al otro que su lazarillo le robó seis ducados que tenia escondidos, y escapó con ellos; Gomez le aconseja que en adelante lleve el dinero encima de sí, como él lo hace, y en prueba de ello le dice que lleva cosidos alrededor del bonete los ducados que va recogiendo, y así está seguro de que nadie se los quite; esto dicho, Palillos, que todo lo ha estado oyendo, le arrebató el bonete de la cabeza, y echa á correr; Gomez cree que es Martin Alvarez el que le ha hecho aquella burla, y le pide el bonete; el otro, que ignora lo que ha sucedido, no sabe qué decirle, ni halla manera de justificarse; enfadanse los dos, y se sacuden una gran paliza (35).

1563.

109. «Paso de un soldado, y un moro, y un ermitaño.» El soldado engaña al moro diciéndole que es dispensero de unos frailes, y con este pretexto le toma dos gallinas que llevaba el moro para vender; llama al ermitaño, le dice en secreto que aquel hombre se quiere confesar, y el ermitaño dice al moro que se aguarde mientras vuelve, ofreciendo despacharle muy pronto; persuadido el moro con esto de que se trata de pagarle de allí á un rato, deja ir al soldado con las gallinas, y se espera á que salga el ermitaño; vuelve este en efecto, y resulta entre los dos

una altercacion muy acalorada. Por último, ni el moro se confiesa, ni el ermitaño le paga, y todo finaliza con una solemne tunda de garrotazos y mojicones. Está escrito en coplas de pié quebrado.

1563.

110. «Paso de la Razon, la Fama y el Tiempo.» No hay nada de accion, todo es mero diálogo alusivo al nacimiento de nuestro señor Jesucristo; está escrito en quintillas; el estilo y la verificación no carecen de mérito

1564.

111. «Tragicomedia llamada Filomena.» Preceden á la obra un *intróito* y un *argumento*, en que se refiere la fábula de Progne y Filomena, y se pide atencion al auditorio. La tragicomedia está dividida en siete escenas, y escrita en quintillas, con algunos trozos de muy buen estilo y faciles versos; se muda frecuentemente el lugar, segun la accion lo pide, que unas veces se supone en Atenas y otras en Tracia; se habla en este drama del puerto de Denia y del castillo de Alarcon; hay títulos de alteza y empleo de mayordomo; se elogia el vino de Roda y de San Clemente, y Filomena dice ¡*Jesus!* Un bobo criado de Tereu, que se mete en todo y todo se lo habla, es tan escesivamente necio y pesado que no se le puede safrir.

1564.

112. «Farsa llamada Paliano.» Precede á la farsa un *intróito*. Está escrita en coplas de pié quebrado; no tiene division ninguna de actos ni de escenas: Filomena, mujer de Paliano, refiere haber soñado que salia fuego de sus entrañas, y que después venian dos salvajes y le apagaban; este sueño, por la circunstancia de hallarse Filomena en cinta, atemoriza á Paliano, que envía un criado á la Seo para que busque á un nigromante y se le traiga, á fin de preguntarle lo que puede significar el sueño de su esposa; venido el nigromante se informa de todo, y le dice á Paliano que le nacerá un hijo que abrasará como el fuego, y que hasta que se cacen dos salvajes en el monte, aquel fuego no tendrá fin; le aconseja que se vaya de la ciudad, y lleve á su mujer á la majada, y cuando haya parido haga conducir el niño al monte, y dejarle allí, atándole primero un cordón para que sirva de señal. Todo se hace segun el nigromante lo dispuso; hallan dos salvajes al niño en lo mas áspero de la montaña, se proponen darle á criar, y á pocos versos después sale tan destetado, tan crecido y robusto, que ya está enamorado de su madre, á quien ha visto casualmente por aquellos cerros; los salvajes, que desean complacerle en todo, van con él á la casa de campo de Paliano; roban á Filomena y se la llevan á la montaña. Llega Paliano á su casa, y sabido el suceso, va á ver si puede hallar á su esposa ó á los salvajes, ó á Infanticio (que así se llamaba el jóven), y los encuentra á todos juntos; quiere matarlos, ellos se defienden; y la mujer (para desvanecer los justos celos de su marido) le dice con el mayor candor que no hace mas que ocho dias que la robaron. Paliano, en medio de sus furores, se acuerda repentinamente de lo que el nigromante le pronosticó, y halla que aquel mancebo debe de ser su hijo y aquellos salvajes los que vió en sueños su mujer; así se confirma todo en muy breves palabras; se abrazan, y se concluye la fábula. Ya se ve por este extracto lo que ella será: baste añadir que en cuanto á los caracteres, afectos, situaciones, estilo y versos, nada hay tampoco que merezca alabanza.

1564.

113. «Comedia llamada Aurelia.» En el *intróito* de esta comedia se dice:

Y sabrán, cierto, que fué  
La intencion  
Del autor y su opinion,

En su comedia, señores,  
Esquivar pasos de amores,  
Y tomar nueva invención.

Invención que tomó no fué ciertamente de las mas Salucio y Aurelia, hermanos, cuentan como su abia sido muy rico, y hallándose sin hijos, trató dar su dinero de modo que nadie pudiese hallarle: para esto de un nigromante, y por su consejo hizo re, metió en ella sus riquezas, cerróla muy bien, y da la fuerza del encanto en un anillo (dádiva del ) le partió por en medio; quedóse con la mitad de otra la tiró al mar; hecho esto, la torre quedó e; tuvo después los dos hijos mencionados, á los solo pudo dejar en herencia la mitad de aquel fatal y murió bien arrepentido de su disparate. Salucio correr mundo, dejando el medio anillo á su heruelia, que le hace colgar sobre la puerta, por si legase alguno que tenga la otra mitad, puesto que los dos pedazos se junten el encanto quedará des- No hay para qué seguir la trama irregular y abe esta pieza; baste decir que después de muchas nes impertinentes, Salucio halla en su viaje á dos nos, de los cuales el uno, entre varias reliquias curiosos que le enseña, le hace ver un medio ani- luego reconoce ser el mismo que le ha de resti- perdidas riquezas; cuenta al peregrino el extraño la torre encantada; vanse juntos a casa de Salu- cen la prueba de unir los dos pedazos del anillo, y un espantoso estrépito se deshace la torre, quedan stos los tesoros de su padre, y Aurelia se casa con grino. Esta comedia se divide en cinco jornadas, y crita en coplas de pié quebrado.

1505.

«Farsa llamada Trapacera.» Intróito, en el cual se ablando del drama que sigue después:

El nombre de ella será  
Trapacera;  
Por ser en l'arte y manera  
Hecha á modo de farsalia,  
Como se usa en Italia  
Y por toda su ribera.

o, mancebo, acompañado de su lacayo Corbalo, sa de Rufina, mujer de Rodrigo, carretero; la cual prometido que le tendrá en su casa una linda don- amada Licea, hija de Facio, rico labrador, que se i diariamente para que la enseñe algunas labores. los Rufina asomada á la ventana; pregunta á Flavio los dineros en que se habian concertado, y él dice ; Rufina le despidie diciéndole que no entrará ni a doncella hasta que los traiga; Flavio se desnuda is de gala que lleva puestas, se las da á Corbalo e las empuje y le traiga dinero, con lo cual Rufina nda y le deja entrar; esta se va después á casa de á quien echa en cara su mala correspondencia, ibiendo enseñado á hacer mil delicadas labores a Licea, piensa pagarla con una estrecha habitacion da, y un ducado al mes en dinero por única grati- ; se apartan muy mal contentos el uno del otro, jo, para dar pesadumbre á Rufina, trata de fingir nde la casa en que ella vive; insta Rufina á Cor- diéndole el dinero que se le ha prometido, y él se diciendo que aun no le ha podido adquirir. De ór- Facio van á medir y tasar la casa de Rufina; ella ue están dentro se llenan de consternacion, por- llándose allí oculto y despojado de sus vestidos el Flavio en compañía de Licea, va á suceder un es- si dan con ellos; para evitar este peligro meten dentro de una cuba; pero hecho esto sobreviene , dueño de la cuba, acompañado de un alguacil, y o á llevársela, porque habiéndola vendido á Ro-

drigo, marido de Rufina, no se la paga, habiéndose pasado el término que le dió. Rodrigo no quiere entregar la cuba; Antolin se empeña en llevársela, Rufina la reclama, dicien- do que todo cuanto hay en la casa es dote suya, y la cuba tambien. Facio para ponerlos en paz dispone que se lleve la cuba á su casa, y allí esté depositada hasta que se averigüe á quién pertenece; llévansela en efecto, y á Flavio dentro de ella; Corbalo, valiéndose de Rodrigo y de otros dos camaradas suyos, urde un enredo al viejo Hilario, padre de Flavio, á fin de disculpar la ausencia del hijo, y sacarle algun dinero para contentar á la codiciosa Rufina. El pa- saje siguiente dará una idea de las astucias que Corbalo usa con Hilario, como tambien del estilo y diálogo de esta pieza.

HILARIO.

Corbalo, ¿Flavio, dó está  
Di, traidor,  
Mentiroso, trampeador,  
Por qué me traes engañado?  
Dime: ¿dónde está encerrado,  
Falso damnificado?

CORBALO.

Señor, ruégooos por mi amor,  
Si mandais  
Que el enojo despidais,  
Que si os mentí no era engaño,  
Sino deshacer el daño  
Y el gran peligro en que estais.

HILARIO.

¿Cómo? di.

CORBALO.

Si me escuchais  
Lo diré.  
Sepa pues vuesa mercé...

RODRIGO.

Salí acá, Flavio, ¿dó estais?  
Si el dinero no me dais  
Aquí la muerte os daré.

HILARIO.

¿Y qué es aquello?

CORBALO.

Oígame.  
Que ha tomado  
Con su mujer acostado  
Rodrigo á Flavio, y de vero,  
A promesa de dinero  
Le ha la vida otorgado.

HILARIO.

¿Y Rodrigo?

CORBALO.

Veislo armado  
De un lanzon.

HILARIO.

Y los otros dos ¿quién son?

CORBALO.

Dos primos de su mujer,  
Que le han venido á valer  
Como vieron la cuestion.

HILARIO.

¿Y Flavio?

CORBALO.

De un paredon  
Que saltó,  
Muy lijeramente entró.....

HILARIO.

¿Dónde? dílo.

CORBALO.

En el palacio  
De casa del señor Facio.

MILARIO.

En fin, qué, ¿ya se salvó?

CORBALO.

A Rodrigo querria yo  
Que le demos  
Los dineros.

MILARIO.

¿Cómo haremos?

CORBALO.

¿Cómo qué? traer contados  
Los veinticinco ducados,  
Y por ahí concluiremos.

MILARIO.

Muy mejor es que busquemos  
Dónde esta  
Facio, que él la librará,  
Que es amo de ese bestiaso.

CORBALO.

Qué, no, señor, que es mal caso  
Que tambien se agraviará.

MILARIO.

Pues di tú cómo será,  
Que no sé.

CORBALO.

Yo, señor, se lo diré,  
Que por popar el dinero  
La vida puesta al tablero  
No es justo, señor, que esté

MILARIO.

Muy bien dices; pero ve,  
Y el lanzon  
Quitaras á ese cabron,  
Y prométele de dallos.

CORBALO.

¿Cuándo?

MILARIO.

Luego, que á sacallos  
Voy á casa, de un cajon.

Dicho esto, Corbalo despidió á Rodrigo y á sus camaradas. Facio, al registrar la cuba que tiene en depósito, halla dentro al joven Flavio, y á las sospechas que concibe se añade el aviso que le da Dominica, criada de Rufina, refiriéndole que ha visto en casa de su ama á Flavio y Licea, que se estaban abrazando; desesperado Facio con esta noticia, se queja muy sentidamente; Hilario procura mitigar su cólera, pero el ofendido padre no halla consuelo...

Hasta aquí llega el ejemplar incompleto que poseía el erudito don Pedro Caro, marqués de la Romana. Si se atiende al estado de la fabula, poco puede ser lo que falte. Parece verosímil que el desenlace consista en que Licea se case con Flavio, los viejos queden amigos y perdonen las picardías de Corbalo y de Rufina, causa principal de tanto disgusto. Hay en esta pieza una accion cómica bien conducida, sin episodios inútiles que la dilatan ó la compliquen, caracteres bien desempeñados, enredo verosímil, progresivo interés, diálogo animado y gracioso. Puede contarse entre las mejores fabulas dramaticas que se compusieron en aquel tiempo. Está escrita en coplas de pie quebrado, sin division de actos ni de escenas.

1563.

115. «Farsa llamada Rosalina, muy apacible y graciosa, con intróito.» Está escrita en coplas de pie quebrado, sin division ninguna de actos ni de escenas. Antonio Pomar y Leandro Pisano, mercaderes, reflexionando sobre la vanidad de las cosas humanas, y desengañados del mundo, determinan retirarse á un convento: Leandro tiene una hija llamada Rosalina, y el considerar que ha de abandonarla si se mete fraile le hace vacilar en su propósito, bien que

después advierte que mientras viva Lucano su suegro, nada puede faltar á su hija; resuelven pues los dos amigos poner en ejecucion su designio sin dar cuenta á nadie, y este dialogo se interrumpe mas de una vez con las simplezas de Juan, criado de Leandro, que entra y sale muy fuera de propósito, y entre él y Lorenzo, otro criado tonto, dicen después mil boberías que ocupan una larga escena; el viejo Lucano da cuenta á su nieta Rosalina de que Leandro falta de casa, y no se sabe adónde ha ido ni cuándo volverá; los criados salen á cada instante con varios pretestos á interrumpir la conversacion y decir frialdades. No es menos inútil el diálogo de Rosalina con su criada Marisanchez, y el que se sigue de un portugués muy enamorado y muy hidalgo que requiebra á Rosalina; Marisanchez le despide, él no hace caso, y sigue ponderando su pasion amorosa y el fuego que le consume las entrañas, lo cual oido por Marisanchez, coge un barreño lleno de agua y se le echa encima; Antonio y Leandro buscan en un desierto á un ermitaño venerable, á quien piden les dé el habito de penitencia y les permita vivir en su compañía; el ermitaño aplaude su resolucion, y les dice que cuando oigan sonar la campanilla de la ermita, vayan allá y les tendra prevenida la cena y los habitos que piden; apenas quedan solos, cuando se les aparecen el Demonio, el Mundo y la Carne, procurando todos tres disuadirlos de abrazar aquel estado tan lleno de aspereza y afliccion, pero ellos se mantienen firmes, se encomiendan á Dios, hacen la señal de la cruz, desaparecen aquellas visiones, suena la campanilla, y se van en busca de los habitos y la cena. Lucano refiere á su nieta que ha recibido una carta de Leandro en que le dice que ha ido á servir á Dios; Rosalina oye esta noticia con mucha resignacion, y exhorta á su abuelo á que se consuele; vuelven los criados con sus acostumbradas tonterías, y luego que han dicho bastantes, le ocurre á Lucano la idea de hacerse fraile tambien y meter monja á Rosalina; ella recibe la proposicion de muy buena voluntad, y ambos se van á poner en ejecucion sus santos deseos; quedan solos los criados, y despiden al auditorio.

1563.

116. «Farsa llamada Floriania. Intróito.» Escrita en coplas de pie quebrado. No he podido formar juicio de esta pieza; porque solo se conservaba una hoja de ella en el ejemplar que tuve presente.

1566.

117. «Auto de la Oveja perdida.» Esta pieza de Juan de Timoneda se imprimió en Valencia en el año de 1597 en un libro intitulado *Cuaderno espiritual al Santísimo Sacramento y á la Asuncion. Auto de la Oveja perdida y otras cosas*. Lo considero como reimpression.

1567.

118. «Coloquio pastoril.» No le he visto. Le imprimió en Valencia Pedro Mey, año de 1567.

Juan de Timoneda, natural de Valencia, adquirió mucha celebridad no solo por las obras de honesto entretenimiento que publicó á su costa, sino por las que él mismo compuso, y le acreditaron de hombre de buen ingenio y de no vulgar erudicion: vivió en Valencia junto á la Merced, y allí tenia su tienda de libros. Se ignoran las circunstancias de su vida, como tambien el año de su nacimiento y el de su muerte; la primera obra que publicó, intitulada *Silva de varias canciones* se imprimió en Sevilla en el año de 1511; llegó á edad muy avanzada, como lo comprueba un retrato suyo que conservo, y aun mucho mas otro que vi en la biblioteca real de Paris, que sirve de adorno á la primera plana de su obra intitulada *Memoria hispánica*. Allí le representó el artífice con barba larga y crecida, y coronada la frente con una guirnalda de hiedra. Cervantes aludió á la vejez de este benemérito

literato, diciendo en la comedia de *Los Baños de Arjel* :

Antes que mas gente acuda  
El coloquio se comienza,  
Que es del gran Lope de Rueda,  
Impreso por Timoneda  
Que en vejez al tiempo vence.

La mayor parte de sus obras dramáticas (de las cuales, a excepción de dos, no tuvo noticia Jimeno) la publicó el autor en Valencia, impresa por Joan Mey con este título : «*Turiana*, en la cual se contienen diversas comedias y farsas muy elegantes y graciosas, con muchos entremeses y pasos apacibles, agora nuevamente sacados á luz por Joan Diamante (anagrama de Joan Timoneda), dirigida al muy illustre señor don Juan de Villarrasa, gobernador y leuante de visorey y capitán general del reino de Valencia, mi señor. — Impresa en Valencia en casa de Joan Mey, con licencia del santo Oficio. Con privilegio real por cuatro años.» Debe advertirse que aunque las piezas de que se compone la *Turiana* tienen las diferentes fechas de 1563, 1564 y 1565, todas juntas forman una sola colección, como lo indica el título.

1570.

119. GASPAN VAZQUEZ. «Comedia de la Constanta. Alcalá de Henares, año de 1570.»

El autor de esta pieza fué comediante. Don Tomás Tamayo de Vargas hace mención de él en su *Biblioteca manuscrita*.

1570.

120. PEDRO SIMON DE ABRIL. «El Pluto de Aristófanes.»

121. «Medea, de Eurípides.»

Hace mención de estas dos traducciones don Nicolás Antonio en su *Biblioteca*.

1575.

122. ALONSO CISNEROS. «Comedia intitulada : *Callar hasta la ocasión*.»

Alonso Cisneros, autor de esta comedia (que no he tenido presente), fué natural de Toledo, comediante y autor de compañía, después de haber representado cuando jóven en la de Lope de Rueda. En los libros de la contaduría del hospital general de Madrid, hablando de las limosnas que se dieron para edificar el corral de la Cruz en el año de 1579, se halla esta partida : «Miércoles 19 de octubre »dió Cisneros una comedia de limosna para ayuda á la »obra del teatro que las obras pías Pasion y Soledad la- »braron en la calle de la Cruz; é valió el aprovechamiento »de la entrada de la puerta, que pertenecía al dicho Cis- »neros, doscientos treinta y tres reales, y para las cofra- »días hubo aquel día de entrambos tablados, corredor y »ventanas ciento setenta y cuatro reales.» Luis de Ca- »brera, en su *Historia de Felipe II*, libro vii, tratando del carácter violento é iracundo del príncipe don Carlos, dice: «Habla mandado que le representase una comedia Cis- »neros, excelente representante; y por orden del cardenal Espinosa, impedido y desterrado, no osó venir á pa- »rta. Indignóse contra el cardenal (á quien sumamente »abhorrecia por su imperioso gobierno y gracia que tenía con »el rey); y viniendo á palacio le salió del roquete, poniendo »mano á un puñal, y le dijo : curilla, ¿vos os atrevéis á »mal, no dejando venir á servirme Cisneros? Por vida de »mi padre, que os tengo de matar. Del cardenal, arredri- »llado y humilde, fué detenido y satisfecho.»

1577.

123. PEDRO SIMON DE ABRIL. «Comedias de Terencio. Andria.»

124. «El Eunaco.»

125. «El Neautonimormentoso.»

126. «Los Adelfos.»

127. «La Hecira.»

128. «El Formion.»

Pedro Simon de Abril, natural de Alcaraz, fué uno de los literatos mas sobresalientes de su siglo; enseñó lengua griega en la universidad de Zaragoza, y letras humanas en otras escuelas de Aragón; se ignora el año de su muerte, que debió ser después del de 1589. Puede verse el crecido número de sus obras en la *Biblioteca* de don Nicolás Antonio, de las cuales algunas se han perdido manuscritas, y entre ellas la traducción del *Pluto*, puesto que la de *Medea* asegura Velazquez haberse publicado en Barcelona en el año de 1599. Merece mucho aprecio su traducción completa de Terencio, que después de impresa en Zaragoza en el año que indica este catalogo, se reimprimió por el autor en Alcalá de Henares en el año de 1583 mas corregida que la primera, y arreglado el texto latino por el que Gabriel Faerno publicó en Florencia, valiéndose tambien de las observaciones que le comunicó su amigo Francisco Sanchez de las Brozas, catedrático de retórica en la universidad de Alcalá. Esta version de Terencio se reimprimió en Barcelona en 1599 y en Valencia en 1762, recomendada como lo merece por el erudito Mayans, circunstancia que fué bastante para inspirar á don Juan de Iriarte un epigrama insípido, en que quiso desacreditar el mérito de la traducción y desairar de camino al editor, con quien tenía resentimientos particulares. Obras de tal naturaleza no se deslucen con un equivoco chabacano, disuelto en cuatro versos fríos, y siempre se estimará la traducción de Abril como una de las mejores entre las pocas que se han hecho en España de los clásicos latinos. Pondré una muestra (sin particular elección) sacada de la *Hecira*, para que por ella se vea la fidelidad del traductor, su lenguaje y su estilo. Es la escena segunda del acto cuarto.

#### SOSTRATA, PANFILO.

SOSTRATA.

Bien sé yo, hijo mío, que tú tienes de mí sospecha que tu mujer se ha ido de casa por mí terribles y malas costumbres, aunque lo disimulas cuerdamente. Pero así los dioses me amen, y así vea de ti aquel gozo que deseo, como nunca (que yo sepa) he merecido que ella me aborreciese con razon. Y aquel grande amor que yo hasta aquí creía que me tenias, agora por la experiencia lo has mostrado, porque tu padre me ha contado allá dentro cómo me has preferido á tu amor. Y yo agora estoy determinada de darte por ello el galardón, para que sepas, Panfilo, que tengo con qué premiarte ese maternal amor. Hijo mío, yo entiendo que esto es lo que á vosotros cumple y á mi honra; yo estoy determinada de irme de aquí con tu padre al alquería, porque mi presencia no os haga estorbo, ni quedo escusa ninguna para que no vuelva á casa la Filomena.

PANFILO.

¿Qué determinacion es esta, madre mía? ¿Por su necesidad de ella te has de ir á morar de la ciudad al alquería? No harás tal, ni yo daré lugar que los que mal nos quieren digan que eso lo ha causado mi porfía y no tu comedimiento; demás de esto yo no quiero que tú por mi respeto dejes tus amigos y tus parientas y tus dias de regocijo.

SOSTRATA.

Ninguna cosa de esas me da ya contento ninguno; mientras mis años lo sufrieron, ya yo me he gozado barto de eso; ya agora todos estos ejercicios me cansan; lo que yo agora mas procuro es que mis muchos años no den pena á nadie, ni que nadie desee ver el fin de mis dias. Yo veo que aquí sin razon soy aborrecida; tiempo es ya de dar lugar. De esta manera entiendo que quitaré á todos las ocasiones, y ya me libraré de esta sospecha, y á ellos les dará contento. Dame por tu vida lugar de librarme de esta mala fama que conueniente tienen las mujeres.

PANFILO.

Cuán dichoso soy con todo lo demás, si no fuera por esto, en tener tal madre como esta y tal mujer como aquella.

SOSTRATA.

Hijo mío, yo te ruego que no se te haga de mal sufrir

este inconveniente, como quiera que él sea. Si en todo lo demás ella es á tu gusto, y como yo creo que lo es, hijo mío, hazme este placer, y hazla volver á casa.

PANFILO.

¡Ay desdichado de mí!

SOSTRATA.

Y también de mí. Porque eso no menor pena me da á mí que á ti, hijo mío.

1577.

129. JERÓNIMO BERNÚDEZ. «Tragedia de Nise lastimosa.» Está escrita en varios metros, verso suelto de once y siete sílabas, sáficos y adónicos, líras, sestinas y sonetos. *Acto primero.* Después de un monólogo del infante don Pedro (que no tiene menos de ciento treinta y seis versos endecasílabos) sale el secretario, y quiere persuadirle á que se aparte de la linda Inés. El infante indignado de tal propuesta esclama con vehemente pasión:

Hombres de entrañas fieras y dañadas,  
¿Qué me queréis? ¿Qué sinrazón os hago  
En amar de esta suerte á quien me paga  
Con otro tal amor? A quien el mundo,  
A quien todo este reino, á quien vosotros  
Que así me perseguís, debéis servicio,  
Y gracias á los cielos, que quisieron  
De cosa tan divina enriqueceros.  
Hombres que procuráis mi mal y muerte,  
Poned los ojos donde yo los míos,  
Y el alma y corazón, y vereis luego  
La ceguera en que están. ¿Qué monarquía  
De aquel acatamiento glorioso  
Colgada no estará? Y aquella cara  
Que tanto aborrecéis, ¿no es mas humana?  
En cuerpo tan hermoso, al alma hermosa,  
Discreta, noble, honesta, casta y pura,  
¿Qué tacha podeis dar?

Sigue el primer coro de coimbresas, y á este el segundo, en el cual se dice hablando del poder de amor:

También el mar sagrado  
Se abrasa en este fuego;  
También allá Neptuno  
Por Menalipe anduvo  
Y por Medusa ardiendo...  
También las voladoras  
Y las músicas aves,  
Y aquella sobre todas  
De Júpiter amiga,  
No pueden con sus alas  
Huir de amor, que tiene  
Las suyas mas ligeras.  
¿Qué cosa hay en el mundo  
Que del amor se libre?  
Antes el mundo todo  
Visible y que no vemos,  
No es otra cosa en suma,  
Si bien se considera,  
Que un espíritu inmenso,  
Una dulce armonía,  
Un fuerte y ciego nudo  
De amor, con que las cosas  
Están trabadas todas...  
Amor puro las cria,  
Amor puro las guarda...  
Seríamos peores  
Los hombres que las fieras,  
Si amor no fuese cebo  
De nuestros corazones.

*Acto segundo.* Pacheco y Coello aconsejan al rey Alfonso que mate á Inés; queda solo el rey, se queja de los afanes del reinar, y pide favor á Dios en la tribulación que padece; el coro primero, habiendo observado las agitaciones del rey, dice:

Triste pobreza nadie la desee,  
Ciega riqueza nadie la procure,  
La bienaventuranza de esta vida  
Es medianía.

Príncipes, reyes y monarcas sumos  
Sobre nosotros vuestros plés tenéis;  
Sobre vosotros la cruel Fortuna

Tiene los suyos.

Sopla en los altos montes mas el viento;  
Los mas crecidos árboles derriba,  
Rompe también las mas hinchadas velas  
La tramontana.

Como soslegan en el mar las ondas,  
Así soslegan estos pechos llenos;  
Nunca quietos, nunca satisfechos,  
Nunca seguros.

*Acto tercero.* Inés con sus tres hijos (que no hal sale asombrada y refiere á su ama un sueño espantoso: que vió que tres leones la despedazaban á vista de sus ojos; el ama procura consolarla y distraerla; pero el le anuncia que vienen á matarla; crecen la perturbación y el terror, y acaba así este bellísimo acto:

coro.

Cerca viene  
La muerte que te busca. Ponte en salvo.  
Huye, cuitada, huye, que ya suenan  
Las duras herraduras; gente armada  
Corriendo viene aquí; viene á buscarte  
El rey determinado; ¡oh desdichada!  
A descargar su saña en tí. Tus hijos  
Esconde si hallas donde no les quepa  
De estos tus hados parte.

INÉS.

¡Oh sin ventura!  
¡Oh sola sin abrigo! Señor mío,  
¿Dónde estás, que no vienes? ¿Quién me busca

coro.

El rey.

INÉS.

Pues ¿qué me quiere?

coro.

¡Rey tirano,  
Y tales los que tal le aconsejaron!  
Por tí pregunta, y á tus ténidos pechos  
Con duro hierro traspasar pretende.

AMA.

Cumplíronse tus sueños.

INÉS.

Ama, huye,  
Huye de esta ira grande que nos busca;  
Yo sola quedo, sola aunque inocente.  
No quiero mas socorro; venga luego  
Por mí la muerte, pues sin culpa muero.  
Vosotros, hijos míos, si ella fuese  
Tan cruda que de mí apartaros quiera,  
Por mí gozad acá de aqueste mundo;  
Socórrame hora Dios... y... socorredme,  
Mujeres de Coimbra... ¡Oh caballeros,  
Ilustre sucesión del claro Luso,  
Pues veis á esta inocente en tal estrecho,  
Amigos, socorredla!...  
Mis hijos, no lloréis, que tiempo os queda;  
Gozaos de esta madre en cuanto os viva;  
Y vosotras, amigas, rodeadme,  
Cercadme en torno todas, y pudiendo  
Libradme ahora, porque Dios os libre.

*Acto cuarto.* Alvar Gonzalez y Pacheco instan á para que apresure la muerte de Inés; esta se le pre acompaña de sus hijos y de las mujeres de Coimbr la escena segunda, en la cual se admiran con razón trozos siguientes:

Venid también vosotras, á tal punto  
No me dejéis. Pedid misericordia,  
Pedid misericordia para aquesta  
Tan inocente cuanto desdichada;  
Llorad el desamparo de estos niños  
Tan ténidos y sin madre. Mis amores,  
El padre veis aquí de vuestro padre,  
La mano le besad, á su clemencia  
Os entregad, pedidle que la emplee

En esta vuestra madre, cuya vida  
Os vienen á robar.....

¿No me oyes, señor mío? ¿Así te dejas  
Llevar de la pasión y del engaño?

¡Oh! mis amigos, llámome a vosotros,  
Hablad al rey por mí, favorecedme,  
Pedidle piedad; si en algún tiempo  
Entró en vuestras entrañas, ó si dulce  
Amor de hijos pudo enternecerlos,  
Que si no me valeis pudiendo ahora,  
Vosotros me matais.....

¿Pecados contra ti? ¿Tan gran pecado  
Es bien querer a quien á mí me quiere?  
Si amor con muerte pagas, ¿con qué piensas,  
Señor, pagar el odio? Amé á tu hijo,  
No le maté, que amor amor merece.  
¿Y estos son mis pecados? ¿estos quieres  
Con muerte castigar? ¡Crúel castigo!

El rey se enternece y quiere que viva, pero Coello, González y Pacheco, quedando solos con él, le culpan de escisivamente débil.

REY.

No veo culpa que merezca pena.

GONZALEZ.

Aun hoy la viste, ¿y no la ves ahora?

REY.

Mas quiero perdonar que ser injusto.

GONZALEZ.

No se consiente al rey pecar en nada.

REY.

Soy hombre.

GONZALEZ.

Pero rey.

REY.

El rey perdona.

Insta de nuevo Alvar Gonzalez; el rey vacila, y diciendo que no quiere intervenir en aquella muerte, los deja en libertad para que si lo creen necesario y justo quiten la vida á Inés. Coro primero, coro segundo, que refiere haberse ejecutado aquella atrocidad lamentable.

Yace en su sangre envuelta la cuitada  
A los piés tiernos de sus tristes hijos,  
Que á ellos acudió la sin ventura;  
Mas ellos no pudieron guarecella,  
Porque los tiernecitos no tenían  
Fuerzas para quitar los duros hierros  
A manos tan crúeles, que a sus ojos  
Tan delicadas carnes traspasaban.  
¡Oh manos crudas!

**Acto quinto.** Después de un soliloquio del infante viene un mensajero que le refiere la muerte de Inés; el infante prorrumpe en un largo discurso, en que á pesar de algunos estravios hay afectos oportunos y bien expresados, y así concluye la tragedia.

Su defecto principal es la falta de acción y enredo dramático; el acto quinto es inútil; el personaje del infante es de absoluta nulidad; el del rey mal desempeñado, por indeciso y débil. Entrega á Inés en manos de sus asesinos al mismo tiempo que la reconoce inocente; el interés que hace cometer tanta crueldad á Coello, Pacheco y Gonzalez no se manifiesta; la ausencia del infante ni se motiva ni se disculpa; la escena es en Lisboa y en Coimbra; la versificación es floja y desaliñada no pocas veces. El estilo, prescindiendo de uno ú otro descuido, no carece de elevación y afectos trágicos. Los coros, en que hay muy buenos trozos de poesía, son tan inverosímiles como en las tragedias griegas y latinas, y en las que los italianos hacían entonces.

1577.

150. «Tragedia de Nise laureada.» Está escrita en varie-

dad de metros como la antecedente. **Acto primero.** Diálogo pesadísimo entre el rey y el obispo; el rey se lamenta de la muerte de Inés, y el obispo en ciento noventa y cuatro versos endecasílabos hace lo que puede por consolarle, contándole la creación del mundo y el pecado de Adán, y hablándole de Moisés y de Agamenon; el rey se lo agradece y le llama *padre en Cristo*, pero tan triste se queda como se estaba. Sale el alcaide y le entrega las llaves del castillo de Coimbra; preséntanse sus hijos; el rey se enternece al verlos, y dice:

REY.

Hijos de mis entrañas, ¿conocéisme?  
Amores, ¿dónde es ida vuestra madre?  
¿Por qué se fué? ¿por qué os dejó tan solos?

AMA.

Su madre desde el cielo los bendice.

Si toda la pieza se pareciese á esto, ¿cuánto habría que admirar en ella! Un camarero, que se presenta sin necesidad, empieza á dar consejos al rey, y á decirle sentencias para que se consuele de la pérdida de Inés; el rey con mucha razón esclama:

¡Pesado aviso de filosofía!  
Sin la causa quitar de las tristezas  
Querellas hacer dulces y suaves.

El coro primero canta un soneto, acabado el cual asegura el rey que castigará cruelmente á los tres matadores de Inés, trocándolos por otros tantos foragidos de Castilla que tiene en su poder. El coro segundo canta una canción en que hay muy buenos versos. **Acto segundo.** El condestable dice á solas un par de octavas; después canta el coro:

¡Oh corazones  
Mas que de tigres!  
¡Oh manos crudas  
Mas que de fieras!  
¿Cómo pudistes  
Tan inocente,  
Tan apurada  
Sangre verter?  
¡Ay! que su grito,  
¡Oh Lusitania!  
Patria mía!  
Trae los rayos  
Del vivo fuego,  
Que purifica  
Toda la tierra  
Contaminada  
De la crúeza  
Que cometiste.

Sigue á estos buenos versos una enfadosa escena entre el rey, el embajador de Castilla y el condestable, el cual no lleva á bien que se entreguen los tres fugitivos castellanos en cambio de los tres portugueses, sobre lo cual altercan él y el rey. Los siguientes versos darán alguna idea del pedantismo, la garullidad y redundancia del condestable. Habla de cuán excelente virtud es la justicia, y dice:

Ella es la fuente mas que pegaséa  
De todos los arrees y grandezas  
Que en los humanos pechos se atesoran;  
Ella es el cuento, el peso y la medida  
En que consiste el ser de los vivientes;  
Ella es la madre pia del sentido,  
El nervio del sentido y del juicio,  
De la tranquilidad y del descanso  
De todos los ilustres pensamientos.  
Ella es aquel ambrosia regalado  
Y aquel suave néctar de los dioses,  
Aquel sagrado cuerno de Amaltea,  
Que esta vertiendo siempre los tesoros,  
Y enriqueciendo los dorados siglos  
De gracias y virtudes inefables.

Así prosigue disparatando hasta que logra enfadar al rey como es natural; queda resuelto que se haga sin dilacion el cambio de los delinquentes; el condestable acompañado del coro dice un soneto; sigue el coro después cantando unas estrofas que no valen mucho. *Acto tercero.* El camarero á solas y después el coro anuncian en muy buenos versos la próxima coronacion de Inés; sigue un dialogo simétrico entre el camarero y el rey; cada uno de ellos dice una sentencia de dos en dos versos, de tres en tres y de cuatro en cuatro. La escena siguiente no es menos ridicula: hablando el rey, y respondiendo el eco las ultimas sílabas *Ida..... Es..... Sombra..... Es.* El coro intenta consolar al rey, que prorrumpe en una larga lamentacion, y así que acaba, toma la palabra el obispo y le echa una platica de cosa de ochenta versos sobre las esclencias de la tierra. Viene el condestable, y entre él y el rey sigue otro dialogo simétrico é impertinente; descúbrense el trono, y en él adornado de vestiduras reales el cadaver de Inés; el rey la corona, y el condestable le da las gracias por haber concedido a Portugal tan excelente reina; el coro primero canta una oda en sálcos y adónicos; sigue el coro segundo y canta otra en versos cortos menos buenos que la anterior. *Acto cuarto.* Aparecen presos en la cárcel Gonzalez, Pacheco y Coello; un guardia les escupe en la cara, el verdugo les da la enhorabuena de que hayan venido gordos y frescos; insultos de una y otra parte; viene el alcaide, alterca con ellos, y por ultimo manda que les den tormentos crueles durante la noche, hasta que al día siguiente se les remate. El verdugo enterado de la orden dice:

Un rato al potro y otro rato al brete.

Los coros primero y segundo cantan dos composiciones de ningun mérito. *Acto quinto.* Monólogo inútil del alcaide; sale el rey acompañado de grandes y caballeros, guardias y pueblo; preséntanse los reos; el rey levanta un latigo que tiene en la mano, y cruza la cara á Coello; empieza la ejecucion; el coro alterna en el dialogo con los personajes del drama; saca el verdugo el corazon por las espaldas a Alvar Gonzalez, y le muestra al rey y a toda la corte, diciendo:

Si alguno esta tocado de la rabia,  
Podrá quemalle y deshacelle en polvos,  
Que así mejor son de grande efecto.

Después hace lo mismo con Pacheco y Coello sacándoselos por el pecho. Manda el alcaide que lleven a quemar los cuerpos, el rey lo aprueba, y concluida esta mantanza atroz sigue un largo discurso del rey, tan lleno de amor de Dios, de arrepentimiento de sus culpas, de vehementes deseos de penitencia para merecer por ella el eterno descanso, que no hay mas que pedir; los coros primero y segundo reflexionan sobre la vanidad de las cosas humanas, y la necesidad de que el hombre se convierta á Dios y abomine los vicios.

No hay fabula en esta pieza, ni interés, ni enredo, ni desenlace, ni afectos, ni caracteres, ni situaciones; todo es languidez, desaliño, impertinencia, atrocidad ferroz, olvido continuo de los preceptos que dicta el buen juicio en esta clase de composiciones. Si se exceptuan algunos pedazos dignos de estimacion, que ya se han citado en su lugar, todo lo restante es en extremo defectuoso.

Fray Jerónimo Bermudez, natural de Galicia, religioso dominicano, catedrático de teología en Salamanca, nació, segun la opinion del colector de *El Parnaso español*, pasado el año de 1550, y aun vivía en el de 1580. Fue muy erudito en las lenguas sabias y en el estudio de las buenas letras; compuso entre otras obras las dos tragedias mencionadas en este catalogo, y las dió a luz en Madrid, año de 1577, con el nombre supuesto de Antonio de Silva: la primera de ellas no es original, sino traduccion libre de

la que escribió antes del año de 1538 el portugués Antonio Ferreira, intitulada *Castro*. «La accion de la *Nise lastimosa* (dice Signorelli en la *Historia de los teatros*) » representa parte en Lisboa y parte en Coimbra, como la *Castro* del portugués, á la cual sigue servilmente de escena en escena la tragedia castellana. Empieza, prosigue y concluye de la misma manera, copiando las situaciones, los pensamientos y las palabras; en suma Bermudez siguió á Ferreira como la sombra al cuerpo, copiándolo y traduciéndolo todo, hasta los defectos, los adornos líricos, y los pensamientos demasiado sutiles en boca del príncipe. Montiano y Lampillas hablaron de las dos tragedias de Bermudez con excesiva parcialidad (36).

1578.

151. ANÓNIMO. «Comedia intitulada *Metamorfosea*, » en tres jornadas, escrita en verso. Belisena, amante despreciada de Medoro, Eleno, amante despreciado de Belisena, Albina, amante despreciada de Eleno, Robina, amante despreciada de Alisio; unos suplican y otros despiden, hasta que llegando a cansar los desdenados de su mala suerte, resuelven poner su alicion en los que antes los querian; pero como estos se habian cansado tambien de rogar, ya no los quieren, de modo que se renueva la misma dificultad que hubo al principio, aunque en sentido contrario, y la fabula se acaba sin desenlazarse. Todos los personajes hacen y dicen lo mismo; los seis interlocutores pudieran reducirse a dos, y las tres jornadas a tres escenas. El estilo es incorrecto y trivial. Se halla esta pieza en la biblioteca del convento de Santa Catalina de Barcelona (37).

1579.

152. JUAN DE LA CUEVA. «Comedia de la muerte del rey don Sancho y reto de Zamora por don Diego Ordoñez. Esta farsa fué representada la primera vez en Sevilla, año de 1579, siendo asistente de ella don Francisco Zapata de Cisneros. Representola Alonso Rodriguez, autor de comedias, en la huerta de doña Elvira.» Esta y las demás piezas dramáticas de Juan de la Cueva estan divididas en cuatro jornadas, y su dialogo es una mezcla continua de estrofas líricas, endecasilabos sueltos, redondillas, tercetos y octavas. La fabula carece de artificio dramático; los sucesos se representan en accion unos después de otros como la historia los refiere. No se comprende cómo pudo verificarse en ningun teatro la mudanza continua de lugar sin que el dialogo de los personajes se interrumpa. ¿Como se han de representar con verosimilitud los paseos del rey y Belido Dolfos, la fuga precipitada de este, la muerte de su caballo, herido por el Cid, que le sigue corriendo, la batalla de don Diego Ordoñez y los tres hijos de Arias Gonzalo combatiendo todos a caballo, el ejército castellano rodeando la valla, Zamora a la vista, y sus muros coronados de pueblo, y hablando todos desde lugares tan distantes? El autor contó sin duda con que la imaginacion de los espectadores supliria todo lo que faltaba a la imitacion teatral. El estilo de Juan de la Cueva es facil y abundoso, descuidado muchas veces, otras humilde en demasía, otras magnifico y muy próximo al tono de la epopeya, pero casi nunca afectuoso ni dramático. Cuando el rey admite en su favor a Belido Dolfos y va con él reconociendo los muros de Zamora, uno de los que están de guardia grita desde las almenas, avisando al rey que no se fie de aquel malvado. El

(36) Las dos tragedias *Nise lastimosa* y *Nise laureada* se hallan en el apéndice que don Eugenio de Ochoa puso á la coleccion de Moratin en la edicion de Paris de 1843.

(37) Probablemente habrá perecido este ejemplar junto con otras muchas preciosas en la quema de aquel edificio ejecutada en el año de 1855. Inserta esta comedia en su apéndice el citado don Eugenio de Ochoa, atribuyéndola á Joaquin Romero de Cepeda. Está en verso, como otra titulada *Silvage*, del mismo autor, y es la que en el número 156 de este catalogo se da como de autor desconocido.



poeta intercaló en este discurso algunos trozos de un antiguo romance, artificio ingenioso, que siempre produce muy buen efecto en la escena si se aplica con oportunidad como él lo hizo. Los versos tomados del romance son :

Rey don Sancho, rey don Sancho,  
No diras que no te aviso  
Que del cerco de Zamora  
Un traidor habia salido.  
Bellidos Dolfos se llama,  
Hijo de Dolfos Bellido,  
Cuatro traiciones ha hecho,  
Y con esta serán cinco.

1579.

133. «Comedia del saco de Roma y muerte de Borbon, y coronacion de nuestro invicto emperador Carlos V. Fué representada esta farsa la primera vez en Sevilla por Alonso Rodriguez, famoso representante, en la huerta de doña Elvira, siendo asistente don Francisco Zapata de Cisneros, conde de Barajas.» Juan de la Cueva fué el primero entre nosotros que se atrevió á hacer una comedia del asalto y saqueo de una ciudad; la pintura que presenta en esta de la insaciable codicia, las violencias y el brutal desorden de un ejército vencedor, es muy conforme al original que imita. El lugar de la escena se supone en las cercanías de Roma, en sus muros, en sus plazas y calles, en las inmediaciones de Bolonia, dentro de ella, y en el presbiterio de la iglesia de San Petronio. La accion dura desde el mes de mayo del año de 1527 hasta el de febrero de 1530; las desigualdades de versificación y estilo corresponden á la desatinada estructura de la pieza.

1579.

154. «Tragedia de los Siete infantes de Lara. Esta tragedia representó la primera vez en Sevilla, en la huerta de doña Elvira, Alonso Rodriguez, siendo asistente don Francisco Zapata, etc.» Montiano tuvo razon en decir que esta pieza no debió intitularse *Los Siete infantes de Lara*; y en efecto, antes que empiece la accion ya están muertos los tales infantes. Con cualquiera titulo que se la ponga, la tragedia quedará siempre mala. La escena es en Córdoba, en Salas y en Barbado; dura la accion unos veinte años; toda se compone de situaciones sueltas siguiendo el orden histórico. La infanta Zaida, alicionada á hechicerías, acompañada de su criada Hafa, diestra en estas artes, hace un conjuro para que Gonzalo Bustos no se vaya, invocando á los ministros de Averno á fin de que estorben su viaje; pero los ministros de Averno se están quietos; el conjuro no tiene efecto (cosa muy verosímil) y Bustos se va; queda Mudarra en el vientre de su madre al fin de la segunda jornada, y al acabar la tragedia mata á Ruy Velazquez (después de haber recibido el santo bautismo), y hace quemar viva á doña Lambra dentro de su casa. En cuanto al estilo debe advertirse que entre la magnificencia y pompa de algunos dialogos, hay espresiones que distan demasiado de la gravedad del coturno. Por ejemplo, las siguientes cuando Gonzalo Bustos está comiendo con el rey Almanzor :

ALMANZOR.

¿Comeis así por allá?

BUSTOS.

Sí, señor, del mismo modo  
Se sirve y se come todo,  
No en el suelo como acá.

ALMANZOR.

Bueno ha estado este guiado.  
¿Háte dado gusto, Bustos?

BUSTOS.

Es tal, que á todos los gustos  
Será por fuerza estremado.

ALMANZOR.

¿Ha faltado alguna cosa?

BUSTOS.

Señor, á lo que imagino,  
Tener sabor de tocino.

ALMANZOR.

¡Oh qué comida enfadada!  
No sé por qué los cristianos  
Tan sucia comida usais,  
Sino es porque gustais  
De comer cieno y gusanos.  
No sin causa el dios Mahoma,  
So pena de grande afan,  
Nos veda por su Alcoran  
Que ningun moro lo coma.

1579.

135. «Comedia de la libertad de España por Bernardo del Carpio. Esta farsa fué representada la primera vez en Sevilla por Pedro de Saldaña, famoso autor y escelente representante. Representóse en las Atarazanas, etc.» Esta fábula empieza *ab interitu Meleagri*. En las primeras escenas se pintan los amores del conde de Saldaña y la infanta doña Jimena, y en las últimas la gran victoria de Roncesvalles debida al prodigioso valor de su hijo Bernardo del Carpio; así es que su duracion viene á ser unos veinte años; la escena es en Leon, en Saldaña y en los Pirineos. A pesar de tanta materia como eligió el poeta para su obra, todavía hay en ella episodios y personajes inútiles: el número de estos llega á veinte y tres, sin contar los dos ejércitos combatientes. Alfonso el Casto es feroz, pusilánime, caviloso, inconsecuente y nulo; Bernardo un baladron temerario que insulta al rey su tío y amenaza á todo el universo. Véanse algunos rasgos de su carácter, y de camino los descuidos de estilo y decoro en que incurrió el autor :

¿Esto me encubrias, cielo?  
¡Oh cielo! ¿tal me encubriste?  
¿Qué fué la causa? ¿Temiste  
Verme destruir el suelo?  
Sí haré, y el mundo y mundos;  
Sí hay mil mundos, mil espero  
Asolar con brazo fiero,  
Y mil horribles profundos.  
¡Oh rey fiero! ¡Oh rey tirano!  
Rey injusto, rey cruel,  
Rey soberbio, rey infiel,  
Rey sin ley, rey mal cristiano.  
¿En qué fundas tu locura?  
¿En las armas? Sus, al arma,  
Al arma; nias no te arma  
De armas el armadura....  
Id presto con diligencia,  
Y decid que esta es sazón  
De conseguir el blason  
De su ilustre descendencia.  
Que domen el arrogancia  
Del enemigo y su saña,  
Porque vean que es España  
España, y no España Francia.

Si en el centro del mar por mas seguro,  
Carlos, á ti y tus doce lleva el miedo,  
O al reino horrible del Erebo oscuro,  
Temiendo lo que en todos hacer puedo;  
En su profundidad no os aseguro,  
Que allá os irá buscando mi denuedo;  
Y si al cielo os subis, allá la muerte  
Os irá á dar con este brazo fuerte.

La gran victoria que obtiene Bernardo, en que él solo combate y vence á los doce Pares, haciendo en el ejército una espantosa carnicería, no es menos admirable que las hazañas de Amadis, de Morgante ó de don Cirongilio, ni menos distante de la verosimilitud dramática. El dios de la guerra, maravillado de tanto valor, baja del Olimpo, corona á Bernardo, y le dice al acabar esta descabellada composicion:

Yo só el dios Marte, que tan alto hecho  
Quiero remunerar, tu esfuerzo y maña;

Y esta corona de laurel te endono,  
Y por segundo Marte te coronó.

1579.

136. «Comedia del Degollado. Esta comedia representó la primera vez en Sevilla Pedro de Saldaña. Recitóse en la huerta de doña Elvira, etc.» La fábula de esta comedia está dispuesta con tan poca economía, que de cuatro jornadas que tiene pudiera reducirse fácilmente á dos. La escena se finge en las cercanías de Velez de la Gomera, y en una ciudad de Africa que no se nombra; los amores del príncipe moro con su esclava Celia están pintados sin la menor inteligencia del arte, y tanto, que para espresar el poeta cuan escisiva era su pasión, le convierte de repente en un personaje ridículo de entremés, y á la ilustre y castísima Celia en una moza chocarrera y descocada. Le dice el príncipe que le trate como á un criado suyo, que ella debe mandar y él obedecerla; Celia, haciendo el papel de señora, le llama *indiscreto, bárbaro, majadero y badajo*; le destina á servir al mozo de la cocina, y á ser ayudante del barrendero; le hace bailar y dar saltos, y luego manda que se vaya á acostar. A vueltas de estos desatinos hay sin embargo algunas situaciones no mal desempeñadas, entre las cuales merece estimación la última escena de la jornada cuarta.

1579.

137. «Tragedia de la Muerte de Ajax Telamon sobre las armas de Aquiles. Representó esta tragedia Pedro de Saldaña, haciendo él mismo la figura de Ajax admirablemente. Recitóse la primera vez en Sevilla en la huerta de doña Elvira, etc.» La escena es en Troya en el monte Ida, y en el acampamento de los griegos; la accion no empieza hasta lo último de la segunda jornada, resultando inútil todo cuanto precede, y por consiguiente inútiles tambien los personajes de Eneas, Anquises, Acates, Venus, Elena, Andrómaca y Canopo. Imitó Cueva en las primeras escenas á Virgilio, poniendo en accion mucha parte de lo que se refiere en el segundo libro de la Eneida. Imitó á Ovidio en los discursos de Ajax y Ulises, reduciéndolos mucho como convenia á la forma dramatica, pero hubiera debido no apartarse del poeta latino en la conclusion del razonamiento de Ulises.

.....aut si mihi non datis arma,  
Huic date: et ostendit signum fatale Minervæ.

A esta situacion verdaderamente teatral hace Ovidio seguir la adjudicacion de las armas de Aquiles en favor del elocuente Ulises, y á esto la desesperada muerte de Ajax. Cueva, en vez de imitar aquella rapidez, gasta otra jornada en diálogos impertinentes de Agamenon y Menelao, que están discordes en su opinion. Ulises y Ajax vuelven á comparecer para ser juzgados, y se repite inútilmente una misma situacion, se entorpece el progreso de la fabula y el interés se debilita; convienen todos los reyes y caudillos en que Nestor decida, y se publica esta ridicula sentencia:

Visto todo lo alegado  
De Telamon el valiente  
Y de Ulises elocuente  
Sobre lo que han demandado,  
Fallamos que á Ulises den  
Las armas porque es razon,  
Y esto firma Agamenon,  
Diomedes, Nestor tambien.

Ajax se mata al oír esto; se aparece la Fama, y dice que nadie toque el cuerpo de Ajax, porque Júpiter quiere que se convierta en una flor.

Y porque el auditorio circunstante,  
Que oído ha la tragedia dolorosa,  
Se vaya á reposar, pido en descuento  
Que muestre con aplauso el ir contento.

Montiano dijo hablando de esta pieza, que abunda de sentencias, y en toda la fábula es admirable la diccion. No á todos parecerá admirable, pero puede decirse que aunque el estilo *scripti hami* en muchas ocasiones, en general es una de las piezas mejor escritas de Juan de la Cueva.

1579.

138. «Comedia del Tutor. Fué representada esta comedia por primera vez en Sevilla en la huerta de doña Elvira por Pedro de Saldaña, etc.» La escena es en Sevilla y en Salamanca; los personajes van y vienen de una parte á otra á pesar de tan larga distancia con imposible facilidad; la accion dura unos siete ú ocho meses; Leotacio, que se enamora por un retrato, y solicita ser correspondido de Aurelia, es una figura inútil, que solo sirve de duplicar la accion y confundirla; el episodio de la tercera jornada en que Licio vestido de diablo espanta á Leotacio y Astropo, no solo es inoportuno, sino contrario á los fines que Licio se ha propuesto. Con mas estudio y meditacion hubiera podido el autor simplificar su fábula dándole mayor unidad, interés y verosimilitud, pero nada de esto hizo. Sin embargo, hay en ella un fin moral, algunas situaciones cómicas y facilidad en el dialogo.

1579.

139. «Comedia de la Constanca de Arcelina. Fué representada esta comedia con grandísimo estremo en la huerta de doña Elvira por Pedro de Saldaña, etc.» Nada omitió en esta comedia Juan de la Cueva para hacerla agradable á los ojos del vulgo: amores, celos, venganzas, disfraces, homicidios, reo, alguaciles, verdugo, borca, magia, conjuros, espíritus, pastores, magistrados, caballeros, montes, cabañas, buen lenguaje, sonoros versos. Si hoy se repitiese en el teatro, hoy la desaprobarian los doctos y la aplaudiria la multitud. La escena es en Colibre y en sus cercanías. Menalcio está enamorado á un tiempo de las dos hermanas Arcelina y Crisea; igualmente enamoradas de él, echan suertes para saber cual de las dos ha de quererle exclusivamente; Arcelina mata a su hermana para quedar sola en el cariño de Menalcio; Fulcino, amante de Arcelina, trata de matar á Menalcio para que Arcelina le quiera, y si no lo consigue, matar á las dos hermanas. Suposiciones todas tan inverosímiles y violentas, que cuanto resulta de ellas es repugnante confusion, no enredo dramático. Son inútiles los personajes de Fulcino, Gelcino, Orbante, Tersifone, Zoroastres, Aquiles, Egisto, Iñis, Dido, Pastulcio, Olimpo, don Porcelo y don Cristino: quitados todos estos, y cuanto hacen y dicen, todavía puede quedar la fabula en toda su integridad; la jornada segunda es ociosa y absurda á pesar de la excelente versificación en que está escrita. Véase una prueba de talento perdido en las siguientes octavas:

ORBANTE.

¿Del dulce fuego del amor que aspira  
Tu firme pecho eres comovido,  
Fiel Fulcino, á despreciar la ira  
Del reino horrible del eterno olvido?  
¿Y quieres ser (que su crueldad no admira  
Tu escelso corazón de amor regido)  
Los que habitan el triste río Aqueronte  
Y los del encendido Flegetonte?  
¿Y quieres por mi apremio poderoso  
Que parar haga de Ixion la rueda,  
Que tenga Ticio de su mal reposo,  
Que Sisifo en descanso verse pueda,  
Que deje el Can trifauce el espantoso  
Ladrado, y salir fuera les conceda  
A las terribles furias, y a mi mando  
Vengan, el reino de Pluton dejando?

FULCINO.

Cuando por mi amistad, amigo Orbante,  
Hicieres que pervierta el movimiento  
El sol, que no se mueva el cielo errante,

Que del infierno pare el cruel tormento ;  
Entenderé de tu amistad constante  
Que es poco, y esto ha dado atrevimiento  
A mi necesidad pedir tu amparo,  
Por entender que no has de serme avaro.

ORBANTE.

Para que se confirme en esta parte  
Lo que entiendes de mí, Fulcino amigo,  
Y cuanto gusto mío es agradarte  
Y verte libre de cruel castigo,  
A aquella parte cumple desviarte,  
En tanto que con mago apremio ligo  
Al rey estigio del sulfuro inferno,  
Y a los ministros del castigo eterno....

Agora es tiempo, ¡oh tú, Pluton potente!  
Que des lugar al fuerte encanto mío,  
Sin que impida ningun inconveniente  
Lo que demando y lo que ver conflujo :  
Y es que envíes con priesa diligente  
Un alma de tu estigio señorío  
A ver la luz del mundo que aborrece,  
Y a declarar un caso que se ofrece....

Si así no lo hicieras, dura guerra  
A tu reino daré con nuevos males ;  
Con luz heriré el centro que te encierra  
Mostrando tus cavernas infernales ;  
Tus tres jueces, que á aquel que en vida yerra  
Condenan á las penas eternas,  
Quitaré de su asiento y duro mando,  
Si no me das, Pluton, lo que demando.

TESIFONE.

Potente Orbante, cuyo fuerte encanto  
El reino de Pluton todo ha movido  
De tal suerte, que puesto en grave espanto,  
El uso del tormento ha suspendido :  
Mira qué pides, no te tardes tanto,  
Que solo á que tu mando sea cumplido  
Me envía el rey de la region oscura  
A ver la luz á los dañados dura.

A estos rasgos épicos desatinadamente inoportunos suceden situaciones y afectos mas verosímiles, mas convenientes á la buena comedia: véase este corto excelente monólogo en que Arcelina fugitiva, oculta en la aspereza de los montes, manifiesta la inquietud y los temores que la agitan :

Injusto y severo amor,  
Que me traes á tal extremo,  
Que ausente la vida temo  
Porque vivo en tal dolor.  
¿ Que puedo hacer, ¡ay cuitada!  
Del cielo tan perseguida,  
Y del mundo aborrecida,  
Y de Menalcio apartada?  
Huyendo la cruda muerte  
Que á mi hermana di, ¡ay cruel!  
Ausente vivo de aquel  
Que causó mi acerba suerte.  
En estas malezas moro,  
Sola, entre animales brutos,  
Comiendo silvestres frutos,  
Bebiendo el agua que lloro.  
Paso el día suspirando,  
De ansias y recelos llena,  
Revuelta en mi culpa y pena,  
La noche en vela llorando.  
Miro, ¡ay sin ventura! al cielo  
A quien enemiga soy,  
Cuentote el mal en que estoy,  
Y no hallo en él consuelo....  
Es tal el temor que tengo  
Y el amor que en mi alma está,  
Que acometo á ir allá,  
Y queriendo ir me detengo.  
Con sobresaltos resuelvo  
Esconderme en la espesura,  
Donde nada me asegura,  
Y á mi acerbo llanto vuelvo.  
Del silbo del ganadero,

Del canto del ruiseñor,  
Del aire si hace rumor,  
Me sobresalto y me altero.

Menalcio manifiesta una vileza que horroriza, instando á que muera Arcelina que acaba de declararse delincuente para salvarle la vida á él ; hay artificio en el desenlace, y es oportuna la astucia del gobernador, encaminada á que el padre de Arcelina perdone á quien quitó la vida á Crisea.

1379.

140. CRISTÓBAL DE VIRUÉS. *Tragedia*. «La gran Semiramis.» Prólogo en verso suelto, en el cual se dice :

Y solamente porque importa advierto  
Que esta tragedia, con estilo nuevo  
Que ella introduce, viene en tres jornadas  
Que suceden en tiempos diferentes.  
En el sitio de Batra la primera,  
En Ninive famosa la segunda,  
La tercera y final en Babilonia,  
Formando en cada cual una tragedia  
Con que podrá toda la de hoy tenerse  
Por tres tragedias, no sin arte escritas.

*Jornada primera.* Nino tiene sitiada la ciudad de Batra. Semiramis sugiere á su esposo Menon, general de Nino, un medio seguro de ganarla, y en efecto se logra ; el rey agradece á su general la victoria, y él presenta á Semiramis, diciendo como se casó con ella en Ascalon, como se la llevó después á Ninive, etc. ; quedan solos Semiramis y Nino ; este le hace una declaracion amorosa, y le propone que se casará con ella, dando á Menon su hija por mujer ; Semiramis resiste, llega Menon, el rey le hace el mismo partido, y le rehusa ; irritado Nino le amenaza, y se lleva por fuerza á Semiramis ; hace Menon gran sentimiento, determina ahorcarse, despídese de su esposa ausente en una larga cancion de estilo lirico, florido y redundante, y se ahorca en efecto ; salen dos soldados, le descuelgan y se le llevan á enterrar. *Jornada segunda.* De la primera á la segunda jornada pasan diez y seis años. Manda Nino llamar á los grandes del reino á instancias de Semiramis, y la corona en su presencia, dándole absoluto poder en todos sus estados por término de solo cinco dias, en los cuales nada podrá él mandar y nadie deberá obedecerle ; Semiramis da sus órdenes secretas á Zelabo y á Zopiro, del cual está enamorada, como se lo declara después con harta impudencia ; Zelabo, en cumplimiento de lo que se le ha encargado, viene diciendo que ha sorprendido al rey y le deja encerrado en la torre ; Zopiro anuncia después á Semiramis que ya ha llevado á su hijo Ninias al templo de Vesta, en donde queda con el traje de virgen vestal ; á continuacion de un soliloquio de Zopiro y un diálogo insípido entre este y Zelabo se junta el consejo ; preséntase á él Semiramis con las vestiduras de Ninias (por quien todos la tienen, atendida la semejanza idéntica de hijo y madre), les da una carta escrita y firmada por ella misma, y al ir á leer dicen entre todos esta ridicula octava :

JANTO.

De la reina es la letra y firma y sello.

CREON.

Suyo es el sello y suya es firma y letra.

TROILO.

Bien conocida es letra y firma y sello.

ORISTENES.

No hay que dudar en sello, firma ó letra.

SEMIRAMIS.

Pues conocéis la letra y firma y sello,  
Dejad el sello y firma, oid la letra,  
Leed y oid la letra de esta carta,  
De esta importante cuanto triste carta.

La carta dice en suma que Belo y Juno se aparecieron en un carro tirado de cisnes, entrando en la sala donde estaban Semiramis y Nino, y asiendo á este de las manos. y

sentándolo en un solio de cristal, le arrebataron consigo, diciendo a Semíramis qué era su voluntad que el trono de Asiria pasase á su hijo Ninias, y que ella se hiciese vestal; concluye la carta mandando la reina que coronen á su hijo, y firma en el templo de Vesta, en donde finge que está ya retirada; los del consejo creen de buena fe cuanto la carta dice, y resuelven coronar al rey en el siguiente día; queda sola Semíramis, y hace traer encadenado á su esposo Nino, que no la reconoce, y creyendo que habla con su hijo sospecha que haya muerto á Semíramis; esta lo hace beber un vaso de veneno, y se retira: llora el rey la suerte de su esposa, que supone muerta por orden de Ninias, pero contándole los asistentes la verdad del caso, espira lleno de desesperación y angustias. *Jornada tercera.* De la segunda á la tercera jornada pasan seis años; Semíramis declara a los grandes como ha estado reinando todo aquel tiempo en habito varonil; nombra por rey á su hijo, se despoja de toda su autoridad, y quedándose a solas con él le manifiesta, como ya parece que lo había hecho otras veces, su pasión incestuosa; la resistencia del hijo no la contiene; insiste una y otra vez en su propósito. Véase una muestra de la manera con que espresó el poeta la vehementemente pasión de Semíramis:

Mayor dolor que la muerte  
Me causara el alejarte,  
Que mi tormento mas fuerte  
Sera no poder mirarte,  
Pues mi mayor gloria es verte.  
Muera, y sea en tu presencia  
(Que muerta sera gustosa),  
Y no viva yo en ausencia,  
Que es muerte mas rigorosa  
Y mas áspera sentencia.  
No puedo sin ti pasar,  
No puedo sin ti vivir;  
Por fuerza te he de buscar,  
Por fuerza te he de seguir,  
Por fuerza te he de alcanzar.  
No puedes huir de mí,  
Que he de correr mucho yo,  
Pues quiere que sea así  
El cruel que me hirió,  
Dejándote sano a ti.

Duda Ninias, en un soliloquio, si matará á la reina en venganza de su padre y castigo de su desenfreno y sus vicios; ella vuelve á instar y él á despreciarla; Zelabo, en un monólogo insufrible de doscientos versos, se queja de la corrupción de las cortes, la ingratitude que reina en ellas, la adulación, la envidia; mas dijera si no le interrumpiese Diarco, que viene muy afligido de haber visto el trágico fin de Semíramis, muerta a manos de su hijo, y repite en dos canciones las palabras que oyó decir á la reina moribunda. Con este motivo conversan muy despacio los dos refiriendo que era hija de una ramera; la crianza que las aves le dieron, y los principales hechos de su reinado; su lujuria feroz, la muerte de sus amantes (y entre ellos Zo-piro), sus victorias, la sedición apaciguada en Babilonia, la fabrica de sus muros, los hurtos, pensiles y otras particularidades con que dilatan una larga escena, en la cual el poeta se olvidó enteramente del arte; Ninias cuenta a los grandes, que Semíramis acaba de convertirse repentinamente en paloma, volando al cielo, en donde la recibieron Belo, Nino y Juno; los consejeros y magnates, acostumbrados a creer patrañas, reciben esta con la misma candidez que las anteriores; el rey, quedándose a solas con Zelabo y Diarco, les confiesa de buena fe que todo cuanto acaba de decir ha sido un embrollo, y que él es en efecto el que ha quitado la vida a su madre; esto dicho les ruega que le acompañen para quemar el cuerpo. La tragedia se presenta después al auditorio, y dice una octava que pudiera haberse omitido.

Si la *Semíramis* es una tragedia, tiene tres acciones, sin unidad de lugar ni de tiempo, y sea una ó tres (como el autor lo indicó en el prólogo), la economía y distribución de la fábula de cada una de ellas es muy defectuosa. En unas partes los incidentes se atropellan y confunden, y en otras se entorpece el movimiento de progresión con dilaciones impertinentes; en la segunda jornada se ven ejemplos del primer defecto, y en la tercera del segundo. La muerte de Menon produce una catástrofe mezclada de horror y ridiculez; la de Nino es mas teatral, la de Semíramis del todo repugnante, ni es necesaria ni está preparada con arte; algunas situaciones afectuosas están desempeñadas con oportuna expresion; el estilo es muy desigual, rara vez dramático, y cuando se eleva mas, degenera en lirico; contribuye no poco á la impropiedad del diálogo el estar escrita esta obra (como las restantes del mismo autor) en sonetos, quintillas, redondillas, estrofas líricas, verso suelto, tercetos y octavas, mezcla monstruosa y estravagante.

1579.

141. «Tragedia. La cruel Casandra. Prólogo.» Esta pieza está dividida en tres partes; hay en ella tres ó cuatro acciones, siendo por consecuencia su plan complicado en extremo é incomprensible; los caracteres inoportunos, inverosímiles; las costumbres depravadas en todos los personajes principales; si se exceptúan uno ó dos (que apenas tienen parte en la fábula), el principe, Fulgencio, Alberto, Fabio, Tancredo, Filadelfo, Casandra, y hasta un pajeillo llamado Matías, todos son malvados, y cuanto hacen y dicen es un conjunto de indecencias, atrevimientos y picardías; la catástrofe es brutal, y como todo lo restante complicada y violenta; los muertos son ocho, y al desenlace aparecen cinco cadáveres en la escena; solo queda vivo el rey y unos criados. Ni en el estilo ni en la versificación hay cosa tolerable: todo es desaliño, poerilidades y bajezas; es verdad que todo sucede en un salon y en una mañana.

1580.

142. JUAN DE LA CUEVA. «Tragedia de la Muerte de Virginia y Apio Claudio. Representóse esta tragedia en la huerta de doña Elvira por el excelente é ingenioso representante Pedro de Saldaña, etc.» La escena es en Roma y en Algidio; la duracion de la fábula indeterminada y de pocos dias; la accion acaba en la tercera jornada, y se dilata inútilmente en la que sigue, con detrimento de la unidad y del interés; la pintura de los afectos es generalmente débil; Marco Claudio, confidente del decemviro, habla a veces con el decoro que corresponde al género tragico, y á veces incurre en bajezas imperdonables. Entre los personajes hay un escribano que ni por el nombre que se da á su oficio, ni por el estilo que usa en sus escritos, pertenece a la tragedia ni á las costumbres romanas. Véase cómo se explica:

Preguntado Apio Claudio, que presente

Esta en la carcel en prisiones puesto,  
Si conoce á Virginio, que esta ausente,  
Dice que sí; y replicando en esto  
Qué tiempo habra, responde llanamente  
Que no le fué tal hombre manifiesto,  
Sino desde que Marco su criado  
La esclava ante él por pleito ha demandado.  
Tornado á preguntar si conocia  
A Virginia, declara que en su vida  
La vio, etc.

Sentencian los jueces que Apio Claudio muera en la prison, y después sea arrojado su cuerpo al Tiber, y cometen la ejecucion de la sentencia no menos que a un edil. Esto supone demasiado olvido de la historia y de las costumbres de las naciones. A pesar de estos y otros defectos puede asegurarse que esta tragedia es la menos mala de las cuatro que existen de Juan de la Cueva.

1580.

143. «Comedia de El Príncipe tirano. Representóse esta comedia la primera vez en la huerta de doña Elvira en Sevilla por Pedro de Saldaña, etc.» Fábula llena de atrocidad y absurdos. Las parcas hilan la vida de la princesa en un rincón del jardín, mientras el príncipe hace a Trasildoro que abra una sepultura profunda para enterrar en ella a su hermana luego que la mate. Viene la princesa, el príncipe le da de puñaladas, las parcas cortan el hilo de su vida, pero no se acuerdan de hilar ni cortar el de Trasildoro, que muere también a manos del príncipe y le entierra con su hermana, todo a vista del espectador; la furia Aleto, los tormentos que da el príncipe a su amo y a su ayo para que declaren lo que ignoran, la mina que hace Gracildo en pocas horas para salir por ella de la prisión, las sombras de la princesa y Trasildoro, que persiguen al rey y al príncipe, los conjuros de Cratilo (mágico y grande del reino de Colcos), que las hace declarar á qué son venidas, todo es atropellado, inconsecuente, inverosímil, imposible, horrendo, ajeno del teatro: el rey manda que saquen de la prisión al príncipe, y puesto en un serón tirado de dos caballos le llevan arrastrando por las calles de la ciudad con el pregonero delante, y llegado al suplicio le corte el verdugo los pies, las manos y la cabeza, que le descuartice, y dejando clavada en un palo la cabeza en medio de la plaza, se coloquen los cuartos en los caminos públicos, de donde nadie pueda quitarlos pena de la vida. Después de arreglado por el rey este ceremonial, se escapa el príncipe de la cárcel; los grandes instan al rey en su favor, y este por no quedar sin sucesión todo lo olvida, le perdona con imprevista clemencia, y le hace jurar como heredero legítimo del trono: *ægri somnia*.

1580.

144. «Tragedia de El Príncipe tirano. Esta tragedia representó Pedro de Saldaña la primera vez en Sevilla en la huerta de doña Elvira, etc.» Esta pieza es una segunda parte de la anterior; en ella se abandonó el autor á todo género de estravios; el carácter del príncipe es uno de aquellos que no existiendo en la naturaleza, no son admisibles en el teatro. «Los retratos del vicio (dice Montiano) hablando de este personaje fantástico) han de ser adaptables á lo que se ve, á lo que se oye, ó á lo que puede haberse leído; porque si trascienden de estos límites conocidos y trillados, todo lo que se arrima al esceso ó á la ponderación hace perder la justa medida que requiere la fábula en sí y en cualquiera de sus partes para ser proporcionada á las respectivas pasiones de lástima y terror, sin cuyos requisitos corre aventurada la tragedia, y es puesta á que se malogre su fin, engendrando en lugar de aquellos afectos incredulidad é indiferencia, que son los contrarios que mas la destruyen.» La aparición del reino de Colcos es uno de los delirios mas absurdos en que pudo incurrir el autor, usurpando esta ficción á la poesía lírica y aplicándola al teatro, en donde nada se sufre que sea imposible de suceder. Si en otras piezas de Juan de la Cueva suele hallarse entre muchos defectos alguna cosa digna de elogio, en la presente todo está mal imaginado, mal combinado y mal escrito. Advuértase que en Colcos se usaban *pajes, contadores, maestresalas, secretarios y letrados*: al rey se le daba el título de *majestad*; se celebraban *corles* cuando convenia, y en palacio habia *besamanos*. ¿Por qué habia de respetar la historia el poeta que atropelló con todo lo demás?

1580.

145. «Comedia de El Viejo enamorado. Esta comedia representó Pedro de Saldaña la primera vez en Sevilla en el corral de don Juan..... Es comedia digna de mucha memoria, considerada la moralidad de ella, etc.» Las primeras escenas de esta comedia anuncian una fábula regular,

pero antes de acabarse la primera jornada ya se echa de ver que el autor perdió el tino, y acudió al acostumbrado registro de sus nigromantes, furias, deidades y fantasmas alegóricas, encantos, velos, transformaciones, hundimientos y cuantos desatinos de este género pudo sugerirle su destemplada fantasía. Las desigualdades y estravios del estilo corresponden perfectamente a la irregularidad de la pieza.

1580.

146. CRISTÓBAL DE VIRUELA. «Tragedia de Atila furioso.» Se divide en tres jornadas. La reina, mujer de Atila, perdida de amores por Flaminia (dama del rey en traje varonil con nombre de Flaminio); Gerardo, amante de la reina; otra reina prisionera, llamada Celia, de quien Atila se enamora; Flaminia, que trata de perder á la reina mujer de Atila para casarse con él después; diálogos de amor y situaciones cómicas, ronda nocturna, balcon y escondites. Atila, avisado por Flaminia, sorprende á la reina en un mal paso, y á ella y á Gerardo los mata, casándose inmediatamente con Celia su prisionera; Flaminia celosa da un veneno al rey que le vuelve loco, y en sus primeros furiosos mata a Celia su nueva esposa; sale frenético á la escena, aboga a Flaminia, y él cae muerto. De estas situaciones y afectos se forma el complicado enredo de esta fábula, que ni es comedia, no obstante las muchas ridiculeces que contiene, ni es tragedia, aunque en el curso de ella perecen unas cincuenta y seis personas, sin contar en este número la tripulación de una galera quemada, de la cual no se dice cuántos individuos iban en ella. El carácter de Atila es de aquello que no se ve jamás: al capitán y tripulación de una galera apresada por los suyos los manda meter en otra galera, y que le peguen fuego en medio del río para que sirva de diversion al pueblo; a un gobernador de Ratisbona, que habia sido *visitador de Nuremberga*, le manda ahorcar de una almena; a tres hermanos que habian hallado medio de sacar á su padre de la cárcel, donde habia seis años que estaba por no poder pagar *seis mil ducados* que debía á la *real cámara*, los manda descuartizar; a un embajador romano que le habia hablado con poco respeto le manda cortar las orejas y las narices, y á unas cuarenta y cinco mujeres que se habian defendido en un fuerte hasta que el hambre les obligó á rendirse, las manda atar de dos en dos y ponerlas en lo alto de una torre para que se mueran allí de necesidad. Presentándole á Guillermo, rey de Escavonia, vencido y prisionero, Atila, deseoso de que muera como corresponde a su alta dignidad, manda que le echen á los leones; Guillermo le pide misericordia, pero inútilmente, y el alcaide le conduce á la leonera. A estos rasgos de brutalidad y á los ridículos é indecentes amores de la reina, de Flaminia, de Gerardo y de Atila, sigue la furia de este, que á Montiano pareció que está pintada con viveza y naturalidad, siendo á mi entender lo mas necio de todo. El que entienda el arte podrá decir si los siguientes versos, declamados en el teatro, no son mas á propósito para escitar la risa de los oyentes, que para inspirarles maravilla y terror.

Formados escuadrones representen  
Al enemigo la batalla, y talen  
El campo todo donde estan las naves,  
Y la caballeria en tropas trote  
Por el inmenso globo de la luna.....  
Mis entrañas son fuego del infierno,  
El vino es el amor de nuestras bodas,  
La dulce copa ya no es capa, es capa,  
Es-capa-se del alma y del infierno,  
Y del fuego, y de amor, y de la boda.....  
Armas son esas para mí ridiculas;  
¿Viboras me arrojaís, culebras y áspides?  
Con el aliento solo yo consúmolas.  
Ministros fuertes de mi esfuerso y ánimo,  
Capitanes, soldados, armas, máquinas,  
Militares, bravísimos ejércitos,  
Antrófagos, lestrigones y ciclopes

Mundos, infernos, manos mías sólidas  
Mas que diamantes, y mas fuertes y ásperas,  
Dadme aquí montes de pesantes porfidos  
Con que sepulte estos gigantes perdidos.  
Viértase, corra la sangre,  
No quede persona viva,  
Todos mueran, nadie viva,  
Todo el mundo se desangre.

No dude el lector que en trescientos cincuenta versos que recita el furibundo Atila, hallará iguales ó mayores disparates que los que acaban de citarse.

III

147. JUAN DE LA CRUEVA. «Comedia de La libertad de Roma por Mucio Scevola. Esta farsa representó Alonso de Capilla, ingenioso representante, en las Atarazanas en Sevilla etc.» De cuatro jornadas que tiene esta comedia sobran las tres; por consiguiente la aparición del dios Quirino, las furias, el desafío de Espurio y Bruto, la operación de cortar á Sulpicio, *coram populo*, las orejas, una mano y los narices, su muerte, la quema de su cuerpo (que se hace en el teatro), la conservación de sus cenizas en una urna de oro, los viajes del rey Tarquino y aun su existencia, todo es inútil. Mucio Scevola, protagonista de la fábula, no aparece hasta la cuarta jornada, y en ella se precipita la acción y se concluye. El estilo unas veces toca en gigantesco y ampuloso, y otras en prosaico, desaliñado y ridículo.

1581.

148. CRISTÓBAL DE VIRUÉS. «Tragedia, La infeliz Marcela.» Está dividida en tres partes, que así llamó el autor á las jornadas. *Parte primera.* Una tempestad hace varar en la costa de Galicia el navío en que iba Marcela, prometida esposa del príncipe Landino; saltan en tierra Marcela, el conde Alarico, Tersilo su amigo ó ismeno; este por orden de Alarico, va á Compostela á buscar un coche para llevar á la princesa, la cual se queda dormida en unos peñascos. Entre tanto apartándose á un lado Alarico dice á Tersilo que está enamorado de Marcela, y que espera que en aquella ocasión le ayude; Tersilo le reprende su mal proceder, sacan las espadas y queda Tersilo herido de muerte; al ruido despierta Marcela, huye, y Alarico va detrás de ella. Tersilo en vez de quejarse de sus heridas, se pone á recitar una jácara moral de mas de cien versos, llena de metáforas ingeniosas y reflexiones profundas; llega Ismeno su hermano que trae un carro para llevar á Marcela, halla á Tersilo moribundo, y le conduce al carro, prometiéndole el herido que por el camino le contará todo el suceso; sale Alarico persiguiendo todavía á la princesa, con la cual hubiera logrado su dañada intención, si las voces de los salteadores de aquel monte no se lo estorbaran; suelta á Marcela, y huye; los salteadores corren tras de él; Formio, capitán de todos ellos, llama á Felina (mujer perdida que vive con él), le encarga que cuide de Marcela, y se va con los demás en busca del conde fugitivo; quedan solas Marcela y Felina, y esta al ver las galas de la princesa se alegra infinito, y dice:

FELINA.

Muy á mi gusto ha venido  
La presa esta vez á fe;  
Con ella renovaré  
Este mi viejo vestido;  
Y de joyas y dinero,  
¿Como va la bolsa, dama?  
Conforme la gala llama,  
En gran cautividad le espero.

MARCELA.

Solo lo que ves, amiga,  
Es lo que pude sacar  
De una tormenta del mar  
Con harta pena y fatiga.

FELINA.

Esa es muy grande mentira,

Y yo sé que de ella habré  
Mas de dos joyas á fe.

MARCELA.

Toda me busca y me mira.

FELINA.

Ahora bien, en mi presencia  
Se desnude en carnes luego,  
Que esotro buscar es juego.  
Ea, dama, diligencia.  
Quite la ropa y no crea  
Que es donaire el desnudar,  
Que no me he de contentar  
Hasta que en carnes la vea.

Después de este dialogo, poco digno de Melpómene, sale muy á propósito Oronte, señor de un castillo que está en aquellas montañas; Marcela le pide protección, y al llevándose la consigo, amenaza á Felina y á los salteadores que viven con ella; los incidentes de esta primera parte son imitación del episodio de Isabela, que se halla en el canto xii del *Orlando* de Ariosto. *Parte segunda.* Landino, seguido de unos criados, se lamenta en tercetos elegantes de la tardanza de Marcela; los criados le determinan á que se vuelva á la ciudad, y al retirarse les advierten unos pastores el camino que han de llevar para no encontrarse con los salteadores que andan por aquellas asperezas; después de una escena inútil de los pastores, vienen los ladrones que traen atado al conde Alarico, y dicen:

FORMIO.

Por cierto muy buen galán:  
Dejar la dama y huir.

FRACASO.

Digo que puede servir  
La hija del Preste Juan.

BRANDO.

Si le ha de servir buyendo,  
Nadie en el mundo mejor.

ZAMBO.

Y podrá alcanzar su amor,  
Si le ha de alcanzar corriendo.

RUMBO.

¡Oh hideduta el hidalgo,  
Y qué lijero es de pies!

TRINCO

Cierto, gran lástima es  
Que el señor no sea gaigo.

Acabadas estas necesidades, Formio encarga á los pastores que les lleven la comida por la boca de la cueva que cae al mar; promete á Felina que traerá preso á Oronte, y la deja en compañía de Alarico; este le cuenta que es conde y muy favorecido del príncipe Landino, con el cual hizo un viaje á Inglaterra, en donde el príncipe se casó con Marcela, hija del rey inglés; que Landino hubo de volverse á España á combatir con los moros, y que habiéndolos vencido le envió á él para que trajese á la princesa; que á su vuelta tuvieron una gran tempestad, y en esto llega Formio trayendo presos á Oronte y Marcela. Después de una escena inútil, quedándose á solas con ella (y escuchando Felina escondida) hace Formio á la princesa una declaración amorosa: ella le llama *fiero monstruo* y *fiera dura*, y él á ella *loca altiva*, *arrogante*, *barbára*, *indiscreta* é *ingrata*; Felina en un monólogo resuelve envenenar á Formio con una rosquilla ó mazapan para entregarse después á Alarico, de quien está perdidamente enamorada; sale este, ella le pregunta si querrá pagarle el cariño que le tiene, él se lo promete y se dan la mano de amigos. Formio, que lo ha visto todo, se desespera, y en otro monólogo (ni mas ni menos que el anterior de Felina) se propone darle veneno, con la diferencia de que no será en mazapan, sino en un frasco de agua fría; los pastores determinan ir á Compostela á dar aviso al príncipe de que Marcela está en poder de los

**salteadores. Parte tercera.** Diálogos inútiles entre Formio y su gente; queda solo, y dice que ya tiene prevenido el tósigo para Felina; llega esta, le dice amores, saca la rosquilla emponzoñada y le insta á que se le coma; él por su parte le convida á beber del frasco, altercan sobre ello, y por último ni ella bebe ni él come, y lo dejan para mejor ocasion. Sigue un soliloquio del pastor Montano; el principe Landino, acompañado de criados y pastores, determina asaltar la cueva en que se recogen los bandidos. Otro soliloquio de Formio, que trae el frasco de agua envenenada, y al irse le deja á un lado; halla á Marcela, y le presenta la fatal rosquilla que le dió Felina, exhortandola á que se la coma, y añade:

Que es cordial medicina  
Para el triste corazon.

Quedando sola Marcela, empieza á comerse la rosquilla; ve el frasco, se echa unos cuantos tragos, y con este motivo trae á la memoria aquel tiempo dichoso, en que

Una dama de este lado  
Y otra de estotro tenia,  
Cuando en mi estrado queria  
Beber, comiendo un bocado.  
Que el menino, que la dueña,  
Que el mayordomo acudia  
A cuanto yo apetecia  
Haciendo sola una seña.  
Que con tanta reverencia  
Le traian á Marcela  
Con el agua de canela  
Las conservas de Valencia.

Hechas estas consideraciones, apurada la rosquilla y bebida la pocina del frasco, le da un sueño profundo del cual no vuelve la desventurada princesa. Suena dentro gran rumor de pelea, y es el caso que el principe Landino con los que le acompañaban ha vencido y muerto á cuantos habia en la cueva, esto es, Alarico, Felina, Oronte, Formio, Fracaso, Brando, Trinco, Zambo y Rumbo, y otros ladrones anónimos, añadiéndose á tantas muertes la de Marcela, cuyo cadaver se lleva el principe para darle hourada sepultura. Esta composicion no es una tragedia, es una novela en diálogo escrita en versos buenos y malos, heroicos y ridiculos; personajes inútiles, episodios inconexos, ripio y distracciones continuas, y el *agua de canela*, y la *rosquilla*, y las *conservas*, la *dueña*, el *menino*, el *mayordomo*, el *Preste Juan*, y el *hidalgo*, el *galgo*, y el *hídepota*.

1581.

149. «Tragedia de Elisa Dido.» Está dividida en cinco actos. *Acto primero.* Dido, acompañada de senadores y grandes de Cartago, da respuesta en el templo de Júpiter á Abenamida, embajador de Yarbás, prometiéndole que se casará con el rey su amo. Ido el embajador se disputa á presencia de la reina sobre si es acertada ó no su resolución; Fenicio y Falerio la aprueban, Carquedonio y Seleuco la contradicen; estos últimos, enamorados ambos de Dido, quieren estorbar su casamiento con Yarbás; pero Seleuco, mas tímido que el otro, nada resuelve. Delbora, prisionera en Cartago, pregunta á Ismeria los sucesos de Dido, y ella en ciento diez y siete versos le refiere la muerte de Siquco por Pigmalion, el sueño de Dido en que se le apareció su esposo, le aconsejó que buyese con sus riquezas, etc. Carquedonio interrumpe la narracion, y se queja con Ismeria de lo mal que la reina paga el amor que le tiene; ruega á Ismeria que interceda por él, y ella promete hacerlo; concluye el acto con el coro. *Acto segundo.* Seleuco determina declarar su amor á la reina; Ismeria (que está enamorada de él) le pregunta la causa de sus melancolías, y él después de varios rodeos le dice haber sido fingido el cariño que hasta entonces le habia manifestado, que está prendado de la

reina, y ruega á Ismeria que le mate en castigo de su perfidia, pero ella no quiere matarle, y se va desesperada. Delbora declara en un soliloquio que está enamorada de Carquedonio, al cual parece que se lo ha dicho ya algunas veces, pero sin fruto, y trae después á la memoria como la hizo prisionera, le ofreció libertad y ella la rehusó, y como por último vino á Cartago. Después hablando con Ismeria vuelve a sacar la conversacion de Dido, y la otra, sin hacerse mucho de rogar, le cuenta lo que Dido respondió á su esposo cuando le vió en sueños. Carquedonio las interrumpe, y quedándose á solas con Delbora le insta ella á que declare el pesar que su semblante manifiesta, y él la desengaña, diciéndole que no puede corresponderle, porque está enamorado de Dido, y con este motivo le refiere parte de la historia de aquella reina, empezandola precisamente en el punto en que Ismeria la dejó. Delbora le oye hasta que él mismo se cansa de hablar y se despidе; acaba el acto con el coro, que pondera en cultos versos los peligros de amor.

¡Oh miseros mortales,  
Que seguís del amor el bando injusto,  
Por infinitos males  
Pasando, tras un breve y falso gusto!  
¿Dónde vais tras un ciego  
Sino á dar una misera caída?  
¡A qué dulce sosiego  
Quien vuela alado, tristes, os convida?  
¡Qué premio soberano  
Esperais de un desnudo y de un tirano?  
Insufribles tormentos  
Los premios son que el fiero amor reparte;  
Mil varios descontentos  
Son los sosiegos de que os hace parte;  
Siguiéndole es muy cierto  
Ir do no hay quien levantarse pueda  
Sin quedar preso ó muerto;  
Y al que menos mal que esto le suceda  
Será virtud divina,  
Que solo contra amor es medicina.  
El favor empleando  
De virtud fuerte, fuertemente armada,  
Huid del fiero bando  
De esta furia infernal, que disfrazada  
En blando niño afable,  
Tras sus falsos halagos y dulzuras,  
Con vida miserable,  
Con amargas y tristes desventuras,  
Duramente persigue  
Al desdichado que su bando sigue.  
Virtud divina emplee,  
Pidiendo al cielo su favor de veras,  
Quien arrastrar se ve  
Tras las falsas divisas y banderas  
Del falso amor tirano,  
Si verse libre de su imperio quiere;  
Que no menos que mauo  
De tal virtud importa y se requiere,  
Segun es de gigante  
La fuerza del desnudo y tierno infante;  
Solo virtud divina  
Al fiero mal de amor es medicina.

*Acto tercero.* Abenamida vuelve del campo de Yarbás, y presenta en nombre de este á la reina una espada, una corona y un anillo; admite Dido agradecida estas dádivas, y quedando á solas con Ismeria, recuerda las memorias de Siquco. Ismeria en un monólogo dice que la noche anterior la luna estaba sangrienta, que se apareció un cometa y tembló la tierra; ruega á los dioses que aparten de Cartago la desgracia que aquellos prodigios anuncian; viene Delbora, y sin aguardar Ismeria á que la otra se lo suplique, vuelve á tomar el hilo de la historia comenzada, y le refiere como la reina huyó de Tiro con sus riquezas. Pirro corta la relacion y les dice que Carquedonio y Seleuco, seguidos de varias tropas, han embestido los reales de Yarbás, donde se ha trabado gran pelea,

No pude al llanto detener el freno,  
Que á pesar mío, sin saber lo que era,  
Me vi el marchito rostro de agua lleno,  
Ofreciendo á mis ojos la ribera  
Y el monte donde el grande Carlos tuvo  
Levantada en el aire su bandera,  
Y el mar que tanto esfuerzo no sostuvo,  
Pues movido de envidia de su gloria,  
Aírado entonces mas que nunca estubo.  
Y estas cosas volviendo en mi memoria,  
Las lágrimas trujeron á los ojos,  
Forzadas de desgracia tan notoria;  
Pero si el alto cielo en darme enojos  
No está con mi ventura conjurado,  
Y aquí no lleva muerte mis despojos,  
Cuando me vea en mas feliz estado,  
O si la suerte ó si el favor me ayuda,  
A verme ante Filipo arrodillado,  
Mi temerosa lengua cuasi muda  
Pienso mover en la real presencia,  
De adulacion y de mentir desnuda,  
Diciendo: alto señor, cuya potencia  
Sujetas trae las bárbaras naciones  
Al desabrido yugo de obediencia...  
Todos de allá, cual yo, puestas las manos,  
Las rodillas por tierra, sollozando,  
Cercados de tormentos inhumanos,  
Poderoso señor, te están rogando  
Vuelvas los ojos de misericordia  
A los suyos que están siempre llorando;  
Y pues te deja agora la discordia,  
Que tanto te ha oprimido y fatigado,  
Y á mas andar te sigue la concordia,  
Haz, buen rey, que por ti sea acabado  
Lo que con tanta audacia y valor tanto  
Fué por tu amado padre comenzado.  
Con solo ver que vas pondrás espanto  
A la bárbara gente, que adivino  
Va desde aquí su pérdida y quebranto.

Sobreviene otro cautivo, y en una relacion de cerca de doscientos versos les cuenta el martirio que acaban de dar los moros a un clérigo valenciano. *Jornada segunda.* Izuf encarga á Aurelio que se vea con una hermosa esclava española llamada Silvia, y que le persuada á que sea menos esquiva con él; Aurelio disimula, y se encarga de hacerlo así. Saca elregonero a la plaza dos muchachos llamados Juan y Francisco, juntamente con su padre y su madre; los pregona, los vende á dos mercaderes, y despidiéndose de sus padres se va cada uno de ellos con su amo. *Jornada tercera.* Procura Izuf vencer con halagos y promesas el desdén de Silvia presentándosela á su mujer Zara, y esta quedando á solas con ella le refiere como está enamorada de Aurelio, y le ruega que sea medianera en sus amores. *Jornada cuarta.* Pedro Alvarez, que al principio de la fábula estaba regalado y contento con su suerte, ha resuelto escaparse y encaminarse á Orán: con esta determinacion se despide de su camarada Saavedra. Ignorábase que Fatima fuese hechicera, pero en efecto lo es, y hace un conjuro en favor de su amiga Zara para que Aurelio le corresponda; luego que ha dicho estos versos, que deben de ser muy eficaces para el caso,

Rápida, ronca, run, ras, parisforme,  
Grandura, denclifaz, pantasilonte,

sale una Furia, y le dice que la indiferencia de Aurelio solo la podría vencer la Necesidad y la Ocasion. Fátima le manda que se las envíe cuanto antes y trata con ellas lo que debe hacerse. Se ven á solas Aurelio y Silvia, y hallándose ella solicitada de Izuf y él de Zara, acuerdan lisonjear con alguna esperanza al moro y á la mora en tanto que escriben á España para solicitar su rescate. Pedro Alvarez, fatigado, roto y hambriento, va caminando á Orán; échase á dormir á la sombra de unas matas, y cuando despierta se halla con un león a su lado que le está haciendo compañía; levántase lleno de miedo, sigue andando, y el león se va detras de él como un perrito. *Jor-*

*nada quinta.* Alvarez prosigue su viaje en compañía del león, y se halla felizmente muy cerca de Orán; la Necesidad y la Ocasion, invisibles á Aurelio, le van persuadiendo á que corresponda agradecido al amor de Zara, pero sin saber por qué le dejan solo, y no lo aciertan, porque entonces cobra él todo su esfuerzo, y se propone no ceder jamás á las instancias de la mora. El muchacho Juan sale vestido de turco, muy contento de serlo y de que ya no se llama Juanito sino Soliman; su hermano Francisco se horroriza, y Aurelio lamenta la suerte de los niños cristianos que viven en poder de moros. Silvia y Aurelio se encuentran, se dan un abrazo, y Zara é Izuf los sorprenden; Zara acusa á la esclava, Izuf al esclavo, y ellos se disculpan de mala manera. El rey de Arjel en audiencia pública manda á Izuf que le entregue al cautivo y a la cautiva que tiene en su poder; él lo repugna mucho, y el rey dispone que le lleven de allí y le harten de palos; traen á su presencia á un malagueño que se habia escapado, y el rey dice:

¡Oh tú, rajá Caud, dalde seiscientos  
Palos en las espaldas, muy bien dados,  
Y luego le dais otros quinientos  
En la barriga y en los piés cansados.

Y responde el malagueño:

¡Tan sin ley ni razon tantos tormentos  
Tienes para el que buye aparejados?

Y añade el rey:

Chito. Chifuz, Breguede, al punto atalde,  
Abridle, desollalde y aun matalde.

Decretadas estas palizas, se presentan Silvia y Aurelio; el rey les indica el rescate que han de enviarle desde España, y les concede libertad bajo su palabra; dan aviso de que ha llegado un navío, y en él fray Juan Gil, religioso trinitario que viene á rescatar; los cautivos regocijados en extremo dan gracias á la Virgen por su infinita misericordia.

Esta comedia es un drama episódico, en el cual si se quiere decir que hay una accion, solo puede hallarse en los amores pareados y simétricos del renegado Izuf y su mujer Zara, que solicitan á Silvia y Aurelio; sirviendo de atropellado desenlace la paliza de Izuf. Lo restante todo es personajes y situaciones sueltas sin enlace ni composicion dramatica; los conjuros de Fátima, la Furia, la Ocasion y la Necesidad, y el león que sirve de escudero á Pedro Alvarez, son desatinos imperdonables; el estilo, que a veces tiene algun decoro y correccion, es en general desaliñado y prosaico.

1582.

158. JOAQUIN ROMERO DE CEPEDA. «Comedia Selvaje» (en cuatro jornadas), en la cual por muy delicado estilo y artificio se descubre lo que de las alcahuetas á las bonestadas doncellas se les sigue, en el proceso de lo cual se hallaran muchos avisos y sentencias. «Por Joaquín Romero de Cepeda. Sevilla, 1582.» En la primera y segunda jornada no hizo el autor otra cosa que extraer en versos faciles (y no desnudos de elegancia) los cuatro primeros actos de la *Celestina*. En la tercera jornada apartándose de aquel escelente original, atropelló los incidentes, añadiendo no pocas extravagancias. Lucrecia, acompañada de la vieja alcahueta Gabrina, abandona la casa de sus padres y se va á la de Anacreo, su amante; los padres de Lucrecia echándola menos van á casa de Gabrina con la justicia, y de allí á la de Anacreo, pero este y Lucrecia han huido descolgándose por una ventana. Presos Gabrina y el criado Rosio, los llevan á la plaza; allí aparece la horda á vista del auditorio, suben al reo y le cuelgan; á Gabrina la empluman, le ponen una corozza, y sentándola en la escalera del suplicio queda abandonada á merced de los



hechos, que á purfia le tiran brevas, berengenas y  
des, le remesan los pelos y le dan puñadas; hecho  
dies el juez :

Quiten luego á esa mujer,  
Y entierren al ahorcado.

En la cuarta jornada sale por un monte Lucrecia con  
y saetas, y llora la mala ventura de sus amores;  
y que se retira sale por otro lado Anacreo lamen-  
tose igualmente de la desdicha en que se ve. Salen  
más Albina y Arnaldo, padres de Lucrecia, vestidos  
peregrinos, en busca de su hija, descansan un rato de  
tuga del camino, y al querer proseguirle los sorpren-  
den ladrones llamados Tarisio y Troco, el viejo Ar-  
no quiere defenderse, y muere á sus manos; sobreviene  
ido Anacreo, y mata á Tarisio; su compañero Troco  
se huyendo; sigue el reconocimiento de Anacreo y Al-  
y cuando tratan de enterrar el cadáver de Arnaldo,  
en dos salvajes entre los cuales se ve á Anacreo en  
to peligro de perder la vida; pero Lucrecia, que se  
vee muy oportunamente, dispara una flecha y cae  
rio uno de los salvajes. Anacreo en tanto consigue  
ar al segundo; la madre y el amante sin reconocer a  
recia le agradecen el socorro que les ha dado; ella al  
se descubre, y con el regocio de los tres acaba la fa-  
ta. Composición romancesca, mal ordenada y llena de  
rosimilitud. Existe un ejemplar en la librería del con-  
to de Santa Catalina de los dominicos de Barcelona (39).

1383.

37. MIGUEL DE CERVANTES SAABEDRA. « Tragedia de  
Numancia. » Véase la lista de los interlocutores de esta  
za : Escipion, Yugurta, Cayo Mario, embajador pri-  
mo, embajador segundo, soldado primero, soldado se-  
gundo, Quinto Fabio, España, el río Duero, Teógenes, su  
jer, un hijo suyo, Corabino, numantino primero, nu-  
antino segundo, numantino tercero, numantino cuarto,  
quinto, Morandro, Leoncio, sacerdote primero, sacer-  
e segundo, uno del pueblo, Milvio, un cuerpo muerto,  
a, mujer primera, mujer segunda, mujer tercera,  
madre, un hijo, un hermano, la Guerra, la Enferme-  
la, el Hambre, Viriato, Servio, Eumio, la Fama. Esta  
dida la obra en cuatro jornadas, escrita en tercetos,  
avaz, redondillas y verso suelto. *Jornada primera.* Es-  
cion reprende á sus soldados la vida regalada, lasciva  
putona que traen, advirtiéndoles con sobrada razón y po-  
simo decoro tragico,

Que mal se aloja en las marciales tiendas  
Quien gusta de banquetes y meriendas

A estos vicios atribuye el no haberse ganado á Numan-  
cia, despues de diez y seis años de guerra: manda que se  
gan del campo las meretrices, que se reformen las  
ciuas y se destierre todo regalo y blandura. Dos emba-  
lores numantinos proponen á Escipion paz y amistad,  
ro él se niega á cuanto no sea entregarse á discrecion  
pone que se cerque á Numancia con grandes fosos, y  
la escena siguiente ya esta concluida toda la obra. Es-  
cion, viendo rodeados á los numantinos con trincheras  
losa profundos, exceptuando solo la orilla del Duero  
liza con el río invocándole en los siguientes versos, que  
a de los mejores de toda la pieza:

Duero gentil, que con torcidas vueltas  
Humedece gran parte de mi seno,  
Así en tus aguas siempre veas envueltas  
Arenas de oro como el Tajo ameno,  
Y así las ninfas fugitivas sueltas,  
De que esta el verde prado y bosque lleno,  
Vengan humildes á tus ondas claras,

Y en prestarme favor no sean avasos;  
Que prestes á mis asperos laurentos  
Atento oído, ó que á escucharlos vengas,  
Y aunque dejes un rato tus contritos,  
Suplícote que en nada te detengas.  
Si tu con tus continuos movimientos  
De estos fieros romanos no me vengas.  
Cerrado veo ya cualquier camino  
A la salud del pueblo numantino.

El Duero (acompañado de tres muchachos que son otros  
amigos numantinos que desaguan en él) anuncia á España  
que la ruina de Numancia es infalible, pero que su gloria  
será inmortal, y en los siglos futuros Atila, Borbon y el  
Juque de Alba la vengarán de Roma. Añade también que  
los reyes de España adquiriran el dictado de Católicos y  
que en tiempo de un rey llamado Felipe II (*sin segundo*),  
*el jiron lusitano, que se cortó de los vrtidos de Castilla,*  
*ha de zurrirse de nuevo y unirse á su estado. Jornada*  
*segunda.* En una asamblea de numantinos se resuelve que  
Corabino salga á desafiar á cualquier romano que se atreva  
á combatir con él, pactando primero, que si Corabino  
vence, los romanos levantarán el sitio, y si él queda ven-  
cido se entregará la ciudad; proposición muy imprudente  
y poco numantina. Resuelven también que se hagan sa-  
crificios á Júpiter, y que el mago Marquino por medio de  
sus hechizos y conjuros averigüe los hados de Numancia.  
Leoncio reprende á Morandro viéndole muy enamorado de  
Lira en tiempo de tanta calamidad, y en efecto Leoncio  
tiene sobrada razón. Se empieza el solemne sacrificio con  
tristes agüeros; la llama arde mal, se ven águilas en el  
aire que persiguen á otras aves, las acusan y las cercan;  
suena ruido subterráneo; cruza una cometa por el tem-  
plo y al ir á degollar la víctima sale un demonio, se la  
lleva y trastorna de peso las aras y utensilios. Despues de  
un dialogo inútil entre Leoncio y Morandro, sale Marquino,  
y hace sus conjuros sobre una sepultura, invocando á los  
ministros infernales, llamándolos *caballos vil*, y á Pluton  
*cornudo*; echa de sí la sepultura un cuerpo muerto, al  
cual hace hablar el nigromante á fuerza de aspersiones y  
latigazos; el muerto anuncia la ruina que amenaza á la  
ciudad, y Marquino desesperado al oírse se arroja con él  
á la sepultura, quedando enterrados los dos. *Jornada ter-*  
*cera.* Corabino desde el muro de Numancia propone el  
desafío de que ya se ha hecho mención; pero Escipion no  
asiente á ello, y le vuelve la espalda. Corabino, irritado de  
aquel desprecio, se desaboga en injurias contra los ro-  
manos llamándolos *caballos vil, perdidos, tiranos, villanos,*  
*fementidos, ingratos, feroces, revoltosos, dastardes, cru-*  
*des, mal nacidos, codiciosos, infames, pertinaces, adúl-*  
*teros, canalla y liebres.* Teógenes quiere asaltar los atrin-  
cheramientos, pero las mujeres con sus reflexiones y  
lágrimas se lo estorban; resuélvese quemar en la plaza  
todo lo mas precioso que cada uno tenga, desquartizar los  
romanos que están prisioneros, é irselos comiendo. Mo-  
randro, siempre lleno de amor, requiebra á Lira, y ella le  
dice que se esta muriendo de hambre y es imposible que  
viva una hora según lo desfallecida que se siente; él de-  
termina escalar aquella noche las trincheras del enemigo  
para traerle algo que cenar, y su amigo Leoncio se ofrece  
á acompañarle. Dos numantinos refieren que en la ho-  
guera de la plaza (cuyas llamas suben *hasta la cuarta es-*  
*fera*) se están quemando todas las riquezas de la ciudad;  
dicen también que se ha mandado quitar la vida á las mu-  
jeres y á los niños; sale una mujer con dos chiquillos que  
no cesan de pedirle pan, y ella se adige sin poder hacerles  
entender que no le tiene ni sabe dónde hallarle. *Jornada*  
*cuarta.* Penetran en el acampamento de los romanos Mo-  
randro y Leoncio; este último queda muerto en la empre-  
sa, el otro vuelve á Numancia con un poco de hicocho  
en una cestilla; se le presenta á Lira para que coma, y cau-  
muerto de resultas de las muchas heridas que ha recibido.  
Un niño, hermano de Lira, sale cayéndose de hambre,

38) Otra comedia hoy en el mismo título de *Sabidra*, de que el autor  
candria noticia; fué compuesta por Alonso de Villago, cura de Ba-  
rena de Toledo

dice que su padre y su madre acaban de morir, y él no teniendo ya fuerzas para mascar ni tragar el pan, espira a los pies de su hermana. Se presentan el Hambre, la Enfermedad y la Guerra; esta escita á las otras dos á que apresuren la total asolacion de Numancia, incidente inútil como los personajes de él. Teógenes lleva a su mujer, dos hijos y una hija al templo de Diana, y allí los mata; vase después á la plaza, y se tira á la hoguera; el humo que sale de Numancia y el silencio que se observa en ella determinan a Escipion á enviar exploradores que vuelven refiriendo la mortandad y ruina espantosa que han visto. De toda la poblacion solo queda un muchacho que aparece en lo alto de una torre; Escipion le promete vida y libertad, pero él desprecia sus ofrecimientos, y se tira de la torre al suelo; viene la Fama por el aire y elogia la heroicidad de Numancia.

La eleccion de argumento en esta pieza es poco feliz: la destruccion de una ciudad con la de todos sus habitantes presta materia á la narracion épica, pero no es para el teatro. En él no se deben presentar como objeto primario las empresas militares, sino las acciones y afectos heroicos; en toda fábula escénica se promueve el interés concentrándole; si se divide se debilita. Cervantes creyó producir mayor electo tragico poniendo á la vista muchas situaciones de calamidad y afliccion, y no advirtió que resultaria necesariamente una accion episódica, dispersa y menuda. Los personajes fantásticos que introdujo lo acaban de echar á perder.

Si es contraria esta opinion á la que formaron de esta pieza los alemanes Bouterwek y Schlegel, puede considerarse cuál habrá sido mi sentimiento no pudiendo suscribir a los elogios que de ella hicieron aquellos doctos criticos; resulta necesaria de la absoluta imposibilidad de conciliar sus principios con los míos acerca de la composicion dramática.

1584.

158. «Comedia de la batalla naval.» Nada se sabe de esta obra sino el título. Si el argumento que desempeñó el poeta fuese (como parece muy probable) la célebre victoria naval de Lepanto, es de inferir que nuestra literatura no habra perdido nada en perderla; la escribió en tres jornadas.

1584.

159. «Comedia de la gran Turquesca.» Cervantes la citó; nadie la ha visto hasta ahora, y no es posible conjeturar lo que seria.

1584.

160. «Comedia de la Jerusalem.» Habiendo escrito el mismo autor un drama trágico del sitio y ruina espantosa de Numancia, no seria mucho que hubiese caído en el error de poner en accion teatral la destruccion de Jerusalem por Tito, ó que fuese argumento de esta comedia la conquista de aquella ciudad por los cruzados. A estas conjeturas da lugar la falta de noticias que tenemos acerca de esta composicion dramática.

1583.

161. LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA. «Tragedia de la Isabela.» Se divide en tres jornadas; está escrita en octavas, verso suelto, quintillas, tercetos y estruflas líricas; la Fama hace el prólogo. *Jornada primera.* Alboacen, rey moro de Zaragoza, enamorado de Isabela, doncella cristiana, manda salir desterrados á todos los cristianos, creyendo por este medio humillarla y atraerla á su voluntad. Muley, amante favorecido de la misma doncella (que acaba de recibir el bautismo en el campo enemigo), se propone dilatar la ejecucion del decreto, y facilitar entre tanto los medios convenientes para que el rey don Pedro se apodere de Zaragoza. El viejo Audalla en un monólogo da parte al auditorio de que él tambien está enamorado de Isabela, y luego que lo ha dicho se va. Sospechoso el rey de la conducta de Muley hace que le prendan. *Jornada*

*segunda.* Lamberto y Engracia, padres de Isabela, su hermana y muchos cristianos vienen á pedirle que terceda por ellos con el rey. Véase (prescindiendo d poca delicadeza del padre de Isabela) las prendas del guaje, estilo y armonía que embellecen esta situacion

ISABELA.

¡Oh padres, á quien debo reverencia!  
 ¡Oh santa perseguida compañia,  
 Postrada sin razon en mi presencia,  
 Espectáculo triste de este día!  
 ¿De qué manera puedo dar audiencia  
 (Ni quien seso tuviese la daria)  
 Viendo vuestros aspectos venerados  
 A mis indignos piés así postrados?  
 Las rodillas alzad del duro suelo,  
 O revolved los ojos hechos rios  
 Al sumo plasmador de tierra y cielo,  
 Y dirigid alla los votos pios,  
 Y pues que mis entrañas no son hielo,  
 Ni los hircanos tigres padres míos,  
 Probad á conquistar otra dureza  
 Con estos aparatos de tristeza.  
 Que yo sin espectáculo presente,  
 Cuando fuese mi muerte necesaria,  
 Padeceré las penas obediente.  
 ¡Obediente! ¿qué dije? voluntaria;  
 Y por el bien comun de nuestra gente  
 Y daño de la pérdida contraria,  
 Una muerte, mil muertes, y si puedo  
 Muchas mas pasaré sin algun miedo.

LAMBERTO.

Pues oye. Bien sabemos cuán rendido  
 En amorosas llamas al rey tienes,  
 Y cuán desesperado y ofendido  
 Con tus castas repulsas y desdenes;  
 Pero si tú con un amor fingido  
 Sus locos pensamientos entretienes,  
 Y cebas la esperanza lisonjera,  
 Al yugo volverá la cerviz fiera.

Así que, con hacer lo que te digo,  
 Queda la voluntad del rey por tuya:  
 Harás que no prosiga su castigo  
 Ni de la dulce patria nos escluya.  
 Puedes así vencer al enemigo,  
 O darnos ocasion que se atribuya  
 A sola tu dureza nuestra pena,  
 Y digan: Isabela nos condena.

Al rey por cierto tiempo fingir puedes  
 Precisa castidad tener votada,  
 Y que cuando del voto libre quedas  
 La prenda le darás tan deseada.  
 En este medio tiende astutas redes,  
 Suspiros, llantos, vistas regaladas,  
 Palabras tiernas, cebo de estas cosas,  
 Y lágrimas, si puedes, amorosas.

Si ves la perdicion de los cristianos  
 No basta, que hastar sola debia,  
 Ni la muerte cruel de tus hermanos,  
 La de tu vieja madre, ni la mia;  
 Por el que puso en cruz las santas manos  
 (Hijo del Padre Eterno y de Maria),  
 Te conjuro, te ruego, pido y mando  
 Que muestres á mis ruegos pecho blando.

ENGRACIA.

¿Por qué dilatas tanto la respuesta?  
 ¿Aguardas por ventura que te pida,  
 Besandote los piés y descompuesta,  
 Merced á voces de mi corta vida?  
 ¿O gustas de mirar ante ti puesta  
 Esta misera gente perseguida?  
 Di, que solemunidad del pueblo quieres,  
 Que tanto la respuesta nos difieres.

Mira que si salimos de los muros,  
 Por el segundo César fabricados  
 (A mas que no saldremos muy seguros  
 De ser todos ó muertos ó robados,  
 Porque jamás los bárbaros perjuros  
 Observan ley ni pactos concertados),  
 La sagrada ciudad queda desierta

Y nuestra religion en ella muerta.

El templo de la Virgen quedaria,  
Si no por los cimientos derribado,  
A lo menos con vicios cada dia  
De los odiosos moros profanado,  
Y todo su tesoro se daria  
En manos del sacrilego malvado,  
Reliquias y devotos simulacros,  
Todos los ornamentos al fin sacros.  
Harán de las dalmáticas jaeces  
A los fieros caballos andaluces,  
Con las borlas pendientes, que mil veces  
Acompañaron clérigos y luces,  
Y para refirmar los piés soeces  
El oro servirá de nuestras cruces,  
Haciendo de él labradas estriberas  
Quizá con las historias verdaderas.  
¿Sera posible pues que tú permitas,  
Con daño de los tuyos infelices,  
Que solas permanezcan las mezquitas,  
Y que sus ignominias autorices?  
Tú, tú de la ciudad sagrada quitas  
La religion cristiana y sus raices;  
Tu dura pertinacia nos destierra,  
Y no la del tirano de la tierra.

ISABELA.

No mas, no mas, queridos padres, hasta,  
Si no quereis sin vida verme luego,  
Que donde la razon así contrasta  
Poca necesidad hay de tal ruego.  
Yo pues con intencion sincera y casta  
(Solo por procurar nuestro sosiego)  
Al fiero rey daré de amor señales  
Fingidas, si fingirse pueden tales.

LAMBERTO.

La bendicion de Dios omnipotente  
Y la nuestra tambien recibe ahora;  
Tu nombre se dilate y acreciente  
En cuanto mira el cielo y el sol dora;  
Y si es ya de creer que alguna gente  
Debajo del ignoto polo mora,  
Alla tus alabanzas se dilatan  
Y con admiracion todos la tratan.

ENGRACIA.

Estos maternos brazos lo primero  
Recibe por señal de lo que siento,  
Sirvante de collar, bien que grosero,  
Pero lleno de amor y de contento;  
Que en otro tiempo mas feliz espero,  
Con mayor aparato y ornamento,  
Mejorar estos dones, y tu cuello  
Cenirle del metal de tu cabello.

UN VIEJO.

Tus obras cantaremos excelentes,  
Si bien á la desierta Libia vamos,  
O bajo de la zona los ardientes  
Y no sufribles rayos padezcamos;  
Y nuestra sucesion y descendientes  
Daran las mismas gracias que te damos;  
Los niños con su lengua ternezuela  
Repetirán el nombre de Isabela.

Después de esta afluencia épica, Adulce, moro valenciano, sale á contar á los árboles, en muy buenos versos, cómo habiendo venido á Zaragoza á pedir socorros para recuperar el trono que le han usurpado, se enamoró de la infanta Aja, hermana del rey, y que hace ya tres años que él se lamenta, y ella no le escucha.

Tres veces os he visto, verdes plantas,  
De vuestras frescas hojas adornadas;  
Tres veces descompuestas, y otras tantas  
De flores y de frutos coronadas,  
Después que la soberbia sobre cuantas  
Han sido por hermosas celebradas,  
Aja cruel (origen de mi pena)  
A mi dura cerviz puso cadena.

El rey se entristece viéndose precisado á quitar la vida

á Muley, pero su confidente Audalla procura tranquilizarle, y le anima á que apresure la ejecucion. Isabela pide al rey que revoque el decreto de destierro contra los cristianos; el rey se disculpa diciéndole que ha consultado sobre ello á un santo alfaquí, del cual hace esta bella pintura:

Yo vi con apariencia manifiesta  
Que no fué la respuesta por él mismo,  
Mas por algun espíritu compuesta,  
Como si alguna furia del abismo  
Al sabio las entrañas le royera,  
O como que le toma parasismo.  
Con los mismos efectos y tal era  
La presençia del viejo cuando vino  
A darme la respuesta verdadera.  
Andaba con furioso desatino  
Torciéndose las manos arrugadas,  
Los ojos vueltos de un color sanguino.  
Las barbas, antes largas y peinadas,  
Llevaba vedijosas y revueltas,  
Como de fieras sierpes enroscadas.  
Las tocas, que con mil nudosas vueltas  
La cabeza prudente le ceñían,  
Por este y aquel hombro lleva sueltas.  
Las horrendas palabras parecían  
Salir por una trompa resonante,  
Y que los yertos labios no movían.  
Si quierres que tu dios ¡oh rey! levante  
La rigurosa diestra, dijo, mira  
El medio que será solo bastante.

Isabela, oyendo decir al rey que la muerte de Muley está decretada, se ofrece á morir por su amante, lo cual solo sirve de irritar la cólera del rey, que la manda llevar á una prision. La infanta Aja sale á decir en un soliloquio que está enamorada de Muley, á quien el rey su hermano va á quitar la vida. Llega Adulce, y ella reconociendo cuán ingrata ha sido á su amor, le pide que liberte á Muley del peligro que le amenaza, y Adulce promete complacerla. *Jornada tercera.* El viejo Audalla, despreciado de Isabela, acelera su muerte y la de Muley; la hoguera en que han de ser quemados está ya dispuesta, ella le pide que le permita ver á sus padres y á su hermana; Audalla se lo concede, y se descubren tres cadáveres, que son los de Lamberto, Engracia y Aua, sobre los cuales hace Isabela extremos de dolor. Aja, desde un aposento de las torres del alcázar descubre á lo lejos el lugar del suplicio y el gentío que acude á ver morir á Muley é Isabela; todavia espera que Adulce cumplirá su palabra, pero sobreviene un nuncio y le refiere la muerte de los amantes. Aja desesperada premedita matar al rey. Azan y Zancala se cuentan el uno al otro la muerte de Audalla por haber sabido el rey que estaba enamorado de Isabela; Azan descubre la cabeza de Audalla destinada á ser pasto de los lebreles; Aja sale por un lado con un puñal y una luz en las manos, y por otra parte Selin, que le refiere cómo su señor Adulce acaba de matarse, no habiéndose atrevido á ser ingrato á los beneficios del rey, ni volver á la presencia de Aja sin haber cumplido lo que le prometió. Dicho esto presenta la cabeza de Adulce para que no dude la infanta de que su relacion es verdadera; ella en cambio le cuenta que acaba de matar á puñaladas á su hermano el rey, y que está resuelta á morir, para lo cual ruega á Selin que se encargue de ejecutarlo; pero al ver que de ninguna manera quiere prestarse á ello, corre precipitada y se tira desde lo alto de una torre á un profundo estanque. Aparécese glorioso el espíritu de Isabela; dice que ha renacido como el fénix, y pide aplauso.

Carece esta fábula de unidad, sencillez, distribucion y verosimilitud, y por consecuencia de interés. El rey, Audalla y Muley, enamorados de Isabela; Aja é Isabela enamoradas de Muley; Adulce enamorado de Aja, complican y embrollan la accion; ni el suplicio, ni la hoguera, ni tres cadáveres y dos cabezas sangrientas en el teatro, ni

el furor reciproco de morir y matar que reina en todo el drama, son medios suficientes á producir la compasion trágica; solo pueden escitar el repugnante hastio del horror. Algunas escenas están muy bien escritas, pero en composiciones de esta naturaleza el lenguaje castizo, el estilo elegante, la versificación fluida y numerosa, aunque son partes muy necesarias, no son las únicas.

1585.

162. «Tragedia La Alejandra.» La escribió el autor en verso suelto, quintillas, tercetos, cuartetos y octavas. La tragedia hace el prólogo. Los antecedentes de la accion son estos: Acoreo, capitán de Tolomeo, rey de Egipto, se rebeló contra su señor, le mató y se apoderó del reino; pudo escapar felizmente del estrago el niño Orodante, hijo de Tolomeo, á quien crió Rémulo, y llegado á edad juvenil lo introdujo en palacio, y le hizo copero de Acoreo; este, habiendo hecho morir á su primera esposa, se casó con Alejandra, mujer dotada de singular hermosura, de oscura familia y depravadas costumbres. Lupercio, intimo privado de Acoreo y esclarecido capitán, adquirió gran poder en el reino; Alejandra estaba enamorada de él, pero Lupercio despreciaba su amor por el de la princesa Sila, hija de Acoreo y de su primera esposa. *Jornada primera.* Rémulo y Ostilo se proponen hacer caer á Lupercio de la gracia en que está; Alejandra le solicita, él se resiste, ella le acusa, y solo la fuga puede salvarle de las instancias poco decentes de la reina. Ostilo y Rémulo declaran al jóven Orodante su nacimiento ilustre con todas las circunstancias de la muerte de Tolomeo su padre, cuya camisa ensangrentada le presentan; Orodante jura venganza, y dice:

Por bandera real, por estandarte  
Llevar quiero continuo esta camisa.

*Jornada segunda.* Ostilo y Orodante hablan de concierto á Acoreo; el primero le hace creer que Lupercio junta sus parciales para rebelarse y quitarle la corona; el segundo le dice que Alejandra le ha encargado que cuando sirva la copa le dé un veneno en ella; Rémulo continúa á Acoreo cuantos los otros le han dicho. Lupercio va á entrar al cuarto del rey, y le detienen á la puerta, le hacen entregar la espada y le atan las manos con un cordel. Sale Acoreo, le habla sañudo, y manda á los guardias que se le quiten de allí; luego que se recitan diez versos de ocho sílabas viene el nuncio refiriendo la muerte de Lupercio con tales circunstancias, que para verificarse hubieran sido menester muchas horas; allí traen la cabeza y los cuartos de Lupercio envueltos en un paño y la sangre en un canjilon. Hace Acoreo que llamen á Alejandra, y luego que viene le dice que ha tenido sueños terribles, y que acaba de sacrificar un toro á los dioses para tenerlos propicios; dicho esto, le hace que se lave las manos en la sangre que contiene el barreño; alzan el paño, y reconoce Alejandra la cabeza de Lupercio juntamente con el cuerpo hecho tajadas. Vase Acoreo, y envia á Orilo su criado con un puñal, un cordel y una ponzoña para que Alejandra escoja lo que mas le convenga; toma el veneno y se lo bebe; Orilo avisa á Acoreo que viene inmediatamente para ver morir á la reina; ella le dice mil injurias, se parte la lengua con los dientes, se la escupe al rostro, y muere. Suena rumor de guerra; Orilo cuenta al rey que Ostilo y Rémulo han aminorado al pueblo; Acoreo se dispone á la defensa; aparécese el alma de Tolomeo y le anuncia próxima muerte. *Jornada tercera.* Situado Acoreo en el castillo degüella con su espada a vista del auditorio unos niños (no se sabe cuántos) hijos de los principales ciudadanos de Méfis, y tira las cabezas á los sitiadores. Dado el asalto se rinde el castillo; Orilo y Fabio matan á Acoreo y llevan la cabeza á Orodante, el cual los manda morir por traidores. La princesa Sila se asoma a una torre; Orodante le dice desde abajo que está ena-

morado de ella, y le ruega que le admita por esposo; Sila le dice que suba; él va en efecto lleno de dulces esperanzas, y cuando llega á abrazarla, cae muerto á puñaladas por ella; hecho esto y viendo la princesa que los parciales de Orodante van subiendo á la torre, y que no le quedan medios para la fuga, se precipita de la torre abajo. La tragedia vuelve á presentarse; recuerda á los espectadores la moralidad de la fabula, y pide aplauso.

Esta pieza es aun peor que la antecedente, porque á la irregularidad de su plan y á la inverosimilitud de sus atroces caracteres y situaciones, se añade mayor desaliño en el estilo y en los versos: tan mala es que Lampillas no se atrevió á disculparla en su *Ensayo apologético*, no obstante haber aplicado todo su ingenio sofístico á defender los desaciertos de la *Isabela*. Sedano y Signorelli hablaron con imparcialidad de estas dos piezas en el *Parnaso español* y en la *Historia de los teatros* (40).

1585.

163. «Tragedia. La Filis.» No ha visto la luz pública todavía: si llegase á parecer seria de desear hallarla menos imperfecta que las otras dos, y mas digna de los elogios que á todas tres prodigó Cervantes.

Lupercio Leonardo de Argensola nació en Barbastro, de noble familia, en el año de 1585: estudió juntamente con su hermano Bartolomé, y en sus obras líricas manifestó su mucho talento, su erudicion y delicado gusto. Fué secretario de la emperatriz Maria de Austria, gentilhombre de cámara del archiduque Alberto, y coronista de Aragón. Pasó á Nápoles con su familia y su hermano, sirviendo al lado de don Pedro Fernandez de Castro, conde de Lemos, la secretaría de estado y guerra de aquel vireinato; allí murió en el año de 1613. Sus composiciones poéticas corren impresas con las de Bartolomé, y unas y otras son de lo mejor que han producido las musas españolas. Tenia veinte años cuando en el de 1585 se representaron en Zaragoza y en Madrid las tragedias de que se ha hecho mencion, pero nose imprimieron entonces. Sedano en la citada coleccion de *El Parnaso español*, tomo vi, da mas larga noticia de la vida y circunstancias de este poeta, y á él se debe la publicacion de la *Isabela* y la *Alejandra*, que hasta su tiempo estuvieron desconocidas.

1586.

164. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA. «Comedia de la Amaranta ó la de Mayo.» Es una de las veinte ó treinta comedias que compuso el autor antes del año de 1578.

1586.

165. «Comedia de El Bosque amoroso.» Pertenece á la misma época, y solo nos ha quedado la noticia de su título.

1587.

166. «Comedia de la única y bizarra Arsinda.» Nada se sabe tampoco acerca de esta comedia. Cervantes hizo mencion de ella como de las otras.

1587.

167. «Comedia la Confusa.» De esta comedia dijo su autor que podia tener lugar por buena entre las mejores de capa y espada que hasta entonces se habian representado, y en otra parte dijo tambien hablando de sí:

Soy por quien la Confusa, nada fea,  
Parecio en los teatros admirable,  
Si esto á su fama es justo que se crea.

Tales elogios (aunque en boca del mismo autor) hacen muy probable que si no era una composicion excelente, seria á lo menos la mejor de todas las comedias que dió al teatro. Las que imprimió en el año de 1615 no pertenecen al presente catalogo (41).

(40) Don Eugenio de Ochoa reprodujo tambien la *Isabela* en su apéndice á los *Orígenes de Moratin*.

(41) Citaremos sus titulos, siquiera para que no se confundan las de

Miguel de Cervantes Saaveira nació en Alcalá de Henares en el año de 1547, y murió en Madrid en el de 1616. Estudiante en la corte, soldado en Lepanto, cautivo en las prisiones de Arjel, soldado otra vez en Portugal y en las islas Azores; papelista, recaudador, pretendiente desatendido, escritor ingenioso, ameno y elegante, en una palabra, autor del *Quijote*; vivió en habitual pobreza, y lleno de años, de achaques, de obligaciones, de pundonor y de justos resentimientos, dejó muriendo á su patria ingratisima una acusacion de que no han podido sincerarla los esfuerzos tardios con que la posteridad ha querido honrar su memoria. En el siglo anterior se ocuparon en reunir y publicar las noticias de su vida algunos beneméritos literatos, y entre ellos Mayans, Rios y Pellicer. Después de ellos don Martín Fernandez de Navarrete ha dado á luz con el auxilio de nuevos documentos la vida de aquel célebre novelista: obra de mucha erudicion, que ha merecido justamente el aprecio de los aficionados al estudio de nuestra historia literaria, y de cuantos admiran el ingenio y los escritos del inmortal Cervantes.

1587.

168. GABRIEL LASO DE LA VEGA. «Tragedia. La honra de Dido restaurada.» Se infiere por el título que el autor, siguiendo el ejemplo de Virués, se atuvo á la historia co-

una y otra época, entre las cuales hay treinta años de distancia. Las impresas en 1614 son el *Gallardo español*, la *Casa de los celos*, los *Baños de Arjel*, el *Ruñán dichoso*, la *Gran sultana*, el *Laberinto de amor*, la *Entretenida* y *Pedro de Urdemalas*; y además ocho entremeses, que son: el *Juez de los divorcios*, el *Ruñán viudo*, la *Eleccion de los alcaldes de Daganzo*, la *Guarda cuidadosa*, el *Viscaíno fingido*, el *Retablo de las maravillas*, la *Cueva de Salamanca* y el *Viejo celoso*. En 1624 se imprimió otro entremés suyo, titulado *Los dos Habladores*.

munmente recibida de aquella reina, apartándose de la fcción de Virgilio.

1587.

169. «Tragedia de la destruccion de Constantinopla.» No he visto esta pieza ni la anterior. Montiano dió noticias de entrambas; se imprimieron en Alcalá de Henares, año de 1587, en una coleccion intitulada: *Romancero de Gabriel Laso de la Vega*.

Poca noticia se conserva de este autor; solo se sabe por lo que dice don Nicolas Antonio en su Biblioteca, que fué natural de Madrid, que además del libro citado ya, publicó un poema épico, intitulado *Cortés valeroso ó la Mejicana*, y que tambien escribió otras obras elocuentes é históricas, de las cuales la mayor parte quedó manuscrita (42).

«Entró luego el monstruo de naturalcza, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica, avasalló y puso debajo de su jurisdiccion á todos los farsantes; llenó el mundo de comedias propias, felices y bien razonadas..... y si algunos (que hay muchos) han querido entrar á la parte y gloria de sus trabajos, todos juntos no llegan en lo que han escrito á la mitad de lo que él solo.» — (*Cervantes*.)

(42) Desde la aparicion de Juan de la Cueva, en 1599, hasta la de Lope de Vega, en 1598, hay, como hemos observado en otra nota al discurso histórico, muchos autores dramáticos de la misma escuela, á mas de los que cita Moratin. Formar una lista de ellos y de sus producciones seria obra larga, y en este momento no podría salir de nuestras manos ni aun medianamente completa, pues exige un estudio particular, tanto mas difícil cuanto incierta es la época de la publicacion ó representacion de muchas de estas piezas, antes ó después del año en que se ha fijado la linea divisoria. Don Eugenio de Ochoa, en su citado apéndice, nos ha dado la *Enemiga favorable*, del canónigo Turruga; el *Mercader amante*, de Gaspar de Aguilár; los *Mal casados de Valencia*, de Guillén de Castro, y el *Celoso*, de don Alonso Us (Vaz) de Velasco, admirable imitador de la *Celestina*, en argumento y en lenguaje.

# ORIGENES DEL TEATRO ESPAÑOL.

COLECCION DE PIEZAS DRAMATICAS ANTERIORES A LOPE DE VEGA.

## RODRIGO DE COTA.

### DIALOGO.

(Obra de Rodrigo Cota á manera de diálogo entre el Amor y un Viejo, que escarmentado de él, muy retraído se figura en una huerta seca y destruida, do la casa del placer derribada se muestra, cerrada la puerta en una pobrecilla choz metido, al que súbitamente pareció el Amor con sus ministros, y aquel humildemente procediendo, y el Viejo en aspera manera replicando, van discuriendo por su fabla, hasta que el Viejo del Amor fué vencido.)

VIEJO.

Cerrada estaba mi puerta:  
¿A qué vienes, por dó entraste?  
Dí, ladron, ¿por qué saltaste  
Las paredes de mi huerta?  
La edad y la razon  
Ya de ti me han libertado;  
Deja el pobre corazon  
Retraido en su rincón  
Contemplar cuál le has parado.  
La beldad de este jardín  
Ya no temo que la halles,  
Ni las ordenadas calles,  
Ni los muros de jazmin,  
Ni los arroyos corrientes  
De vivas aguas potables,  
Ni las albercas y fuentes,  
Ni las aves productivas  
Los cantos tan consolables.  
Ya la casa se deshizo  
De sutil labor estraña,  
Y tornóse esta cabaña  
De cañuelas de carrizo.  
De los frutos hice truecos  
Por escaparme de tí,  
Por aquellos troncos secos,  
Carcomidos, todos huecos,  
Que parecen cerca mí.  
Sal del huerto, miserable,  
Ve á buscar dulce floresta,  
Que tú no puedes en esta  
Hacer vida deleitable.  
Ni tú ni tus servidores  
Podeis bien estar conmigo;  
Que aunque estén llenos de flores,  
Yo sé bien cuantos dolores  
Ellos traen siempre consigo.

AMOR.

En tu habla representas  
Que no me has bien conocido.

VIEJO.

Sí, que no tengo en olvido  
Cómo hieres y atormentas.

AMOR.

Escucha, padre, señor,  
Que por mal trocaré bienes,  
Por ultrajes y desdenes  
Quiero darte grande honor:  
A tí, que estás mas dispuesto  
Para me contradecir;  
Así tengo presupuesto  
De sufrir tu duro gesto,  
Porque sufras mi servir.

VIEJO.

Habla ya, di tus razones,  
Dí tus enconados quejos,  
Pero dimelos de lejos,  
El aire no me inficiones;  
Que según sé de tus nuevas,  
Si te llegas cerca mí,  
Tú farás tan dulces pruebas,  
Que el ultraje que ahora llevas  
Ese lleve yo de tí.

AMOR.

Comunmente todavía  
Han los viejos un vecino,  
Enconado, muy malino,  
Gobernado en sangre fría;  
Llámase melancolía,  
Amarga conversacion;  
Quien por tal extremo guía  
Ciertamente se desvia  
Lejos de mi condicion.  
Mas después que te he sentido  
Que me quieres dar audiencia,  
De mi miedo muy vencido,  
Culpado, de espavorido,  
Se partió de tu presencia.  
Este moraba contigo  
En el tiempo que me viste,  
Y por esto te encendiste  
En rigor tanto conmigo.  
Donde mora este maldito  
No jamás hay alegría,  
Ni honor, ni cortesía,  
Ni ningún buen apetito.  
Pero donde yo me llego  
Todo mal y pena quito,  
De los hielos saco fuego,  
Y á los viejos meto en juego,  
Y á los muertos resucito.  
Yo compongo las canciones,  
Yo la música suave,  
Yo demuestro al que no sabe  
Las sutiles invenciones;  
Yo fago volar mis llamas  
Por lo bueno y por lo malo,  
Yo hago servir las damas,  
Yo las perfumadas camas,  
Golosinas y regalo.  
Visito los pobrecillos,  
Huello las casas reales,  
De los senos virginales  
Sé yo bien los rinconcillos;  
Mis pihueltas y mis lonjas  
A los religiosos atan;  
No lo tomes por lisonjas,

Sino ve, mira las monjas,  
Verás cuán dulce me tratan.  
Yo hago las rugas viejas  
Dejar el rostro estirado,  
Y sé como el cuero atado  
Se tiene tras las orejas,  
Y el arte de los ungüentos  
Que para esto aprovecha;  
Sé dar cejas en las frentes,  
Contrahago nuevos dientes  
Do natura los desecha.  
Yo las aguas y lejías  
Para los cabellos rojos,  
Aprieto los miembros flojos,  
Y do carne en las encías;  
A la habla tremulenta,  
Turbada por senectud,  
Yo la hago tan exenta,  
Que su tono representa  
La forma de juventud.  
En el aire mis espuelas  
Fieren á todas las aves,  
Y en los muy hondos concaves  
Las reptillas pequeñuelas.  
Toda bestia de la tierra  
Y pescado de la mar  
So mi gran poder se encierra,  
Sin poderse de mí guerra  
Con sus fuerzas amparar.  
Pues que ves que mi poder  
Tan fuengamente se estiende,  
Do ninguno se defiende,  
No le pienses defender;  
Y á quien á buena ventura  
Tienen todos de seguir,  
Recibe, pues que procura  
No hacerte desmesura,  
Mas de muerto revivir.

VIEJO.

Maestra lengua de engaños,  
Pregonero de tus bienes,  
Dime agora: ¿por qué tienes  
So silencio tantos daños?  
Que aunque mas doblado seas  
Y mas pintes tu deleite,  
Estas cosas do te arreas  
Son deformes caras feas,  
Encubiertas del afeite.  
Y como te glorificas  
En tus deleitosas obras,  
¿Por qué callas las zozobras  
Do lo vivo mortificas?  
Dí, maldito: ¿por qué quieres  
Encobrir tal enemiga?

Sábeta que sé quién eres,  
Y si tú no lo dijeres  
Que esta aquí quien te lo diga.  
El libre haces cautivo,  
Al alegre mucho triste,  
Do ningún pesar consiste  
Pones modo pensativo;  
Tú ensuciaste muchas camas  
Con aguda llama fuerte,  
Tú mancillas muchas famas,  
Y tú haces con tus llamas  
Mil veces pedir la muerte.  
Tú hallas las tristes yerbas  
Y tú los tristes potajes,  
Tú mestizas los linajes,  
Tu limpieza no conservas,  
Tu doctrinas de malicia,  
Tú quebrantas lealtad,  
Tu con tu carnal cobdicia  
Tú vas contra pudicicia  
Sin freno de honestidad.  
Tú nos metes en bollicio,  
Tú nos quitas el sosiego,  
Tú con tu sentido ciego  
Pones alas en el vicio.  
Tú destruyes la salud,  
Tú rematas el saber,  
Tú haces en senectud  
La hacienda y la virtud  
Y el autoridad caer.

## AMOR.

No me trates mas, señor,  
En continuo vituperio,  
Que si oyeres mi misterio  
Convertirlo has en loor.  
Verdad es que inconveniente  
Alguno suelo causar,  
Porque del amor la gente  
Entre frio y muy ardiente  
No saben medio tomar.  
Razon es muy conocida  
Que las cosas mas amadas  
Con afán son alcanzadas  
Y trabajo en esta vida.  
La mas deleitosa obra  
Que en este mundo se cree  
Es do mas trabajo sobra,  
Que lo que sin él se cobra  
Sin deleite se posee.  
Siempre uso de esta astucia  
Para ser mas conservado,  
Que con bien y mal mezclado  
Pongo en mi mayor acucia;  
Y revuelto allí un poquito  
Con sabor de algun rigor

El deseo mas incito,  
Que amortigua el apetito  
El dulzor sobre dulzor.  
Por ende si con dulzura  
Me quieres obedescer,  
Yo haré reconocer  
En ti muy nueva frescura;  
Ponerte he en el corazon  
Este mi vivo alborozo,  
Serás en esta ocasion  
De la misma condicion  
Que eras cuando lindo mozo.  
De verdura muy gentil  
Tu huerta renovaré,  
La casa fabricaré  
De obra rica y sutil,  
Sanaré las plantas secas  
Quemadas por los friores;  
En muy gran simpleza pecas,  
Viejo triste, si no truecas  
Tus espinas por mis flores.

## VIEJO.

Allégate un poco mas;  
Tienes tan lindas razones,  
Que sofrirte he que me encones  
Por la gloria que me das.  
Los tus dichos alcabuets,  
Con verdad ó con engaño,  
En el alma me los metes  
Por lo dulce que prometes  
De esperar en todo el año.

## AMOR.

Abracémonos entramos  
Desnudos, sin otro medio,  
Sentirás en ti remedio  
Y en tu huerta frescos ramos.

## VIEJO.

Vente á mí, mi dulce Amor,  
Vente á mis brazos abiertos;  
Ves aquí tu servidor  
Hecho siervo de señor,  
Sin tener tus dones ciertos.

## AMOR.

Hete aquí bien abrazado;  
Dime: ¿qué sientes agora?

## VIEJO.

Siento rabia matadora,  
Placer lleno de cuidado,  
Siento fuego muy crecido,  
Siento mal y no lo veo,  
Sin rotura estoy herido;

No te quiero ver partido,  
Ni apartado te deseo.

## AMOR.

Agora verás, don Viejo,  
Conservar la fama casta;  
Aquí te veré do hasta  
Tu saber y tu consejo.  
Porque con soberbia y riña  
Me diste contradicion,  
Seguiras estrecha liña  
En amores de una niña  
De muy duro corazon.  
Amarás mas que Macias,  
Hallarás esquividad,  
Sentirás las plagas mias  
Fenesciendo viejos días  
En ciega cautividad,  
Viejo triste entre los viejos,  
Que de amores te atormentas,  
Mira cómo tus artejos  
Parescen sargas de cuentas,  
Y las uñas tan crecidas,  
Y tus piénes consumidas,  
Y tus piernas encogidas  
Cuales son para caballos.  
Amargo viejo, denuesto  
De la humana natura,  
¿Tú no miras tu figura  
Y vergüenza de tu gesto?  
¿Y no ves la lijereza  
Que tienes para escalar?  
¿Qué donaire y gentileza!  
¿Y qué fuerza y qué destreza  
La tuya para justar!  
¿Quién te viese entremetido  
En cosas dulces de amores,  
Y venirte los dolores  
Y atravesarse el gemido!  
Depravado y obstinado,  
Deseoso de pecar;  
Mira, malaventurado,  
Que te deja á ti el pecado,  
Tú no le quieres dejar.

## VIEJO.

Pues en tí tuve esperanza,  
Tú perdona mi pecar;  
Gran linaje de venganza  
Es las culpas perdonar.  
Si del precio del vencido  
Del que vence es el honor,  
Yo de tí tan combatido  
No seré flaco, caído,  
Ni tú fuerte, vencedor.

*Esta composicion, segun la pone Moratin, se halla indudablemente incompleta. En las ediciones antiguas tiene por lo menos ciento cincuenta versos mas, que en nada desmerecen. Nos reservamos reproducirla íntegra en el tomo correspondiente al teatro español anterior á Lope de Vega.*

# JUAN DE LA ENCINA.

## EGLOGA.

(Representada en la noche postrera de carnal (que dicen de antruejo, ó carnestollendas), adonde se introducen cuatro pastores llamados Beneito é Bras, Pedruelo é Lloriente; é primero Beneito entró en la sala, donde el duque é duquesa estaban, é comienzó mucho á dolerse é acuitarse, porque se sonaba que el duque su señor se había de partir á la guerra de Francia, é luego tras él entró el que llamaban Bras, preguntándole la causa de su dolor, é después llamaron á Pedruelo, el cual les dió nuevas de paz, é en fin vino Lloriente, que les ayudó á cantar.)

BENEITO.

¡Oh triste de mí, cuitado,  
Lacerado!  
Noramala acá nascí;  
¡Qué sera, triste de mí,  
Desdichado?  
Ya no hay huzia, mal pecado

BRAS.

¡Ah! Beneito del Collado,  
¿Dónde vas?

BENEITO.

Miefé, miefé, miefé, Bras,  
De muerte voy debrocado.

BRAS.

Debrocado ya y mortal.

BENEITO.

E aun bien tal.

BRAS.

En mal hora é en mal punto;  
Dome a Dios que estas difunto.

BENEITO.

¡Ay! zagal,  
No sabes aun bien ni mal.

BRAS.

Tu gesta bien da señal  
De muy malo.

BENEITO.

Ya mas seco estoy que un palo,  
Que es mi mal mas desigual.

BRAS.

¿E de qué se te achacó?

BENEITO.

No faltó;  
De cuido, grima y cordojo.

BRAS.

Asmo que debe ser ojo.

BENEITO.

Miefé, no;  
Dese mal no peco yo.

BRAS.

¿Desde cuándo te tomó  
Tu accidente?

BENEITO.

Desde que primeramente  
Una nueva se sonó.  
E tal nueva descutir  
Es morir.  
Yo siempre llanteo é cramo;  
Que se suena que nuestramo  
Se quiere a las Francias ir.

BRAS.

Eso yo lo oí decir  
Por muy cierto,  
Antes mucho de mes muerto,  
E que el marzo ha de partir.

BENEITO.

Dime, Bras, ¿qué sentiremos  
Si lo vemos,  
Que se parte é que nos deja?  
Cuando un poco que se aleja  
Ya creemos  
Que del todo nos perdemos.

BRAS.

Miefé, Beneito, roguemos  
Por su vida,  
Que forzada es la partida,  
Por mas que nos quillotremos.

BENEITO.

¡Ah! no praga á Dios contigo,  
E aun conmigo,  
Si has de salir verdadero.

BRAS.

¿E tú dudas, compañero?  
Yo me obligo  
Ser verdad lo que te digo.

BENEITO.

¡Ay de mí! tan sin abrigo  
Mi ganado,  
No quiere pacer bocado,  
Aunque lo lance en el trigo.

BRAS.

¡Oh qué casta tan aguda,  
La res muda  
Sentir el mal de su dueño!

BENEITO.

Mi ganado en verme el ceño  
Se demuda  
Como persona sesuda.

BRAS.

Beneito, no pongo duda,  
Que bien siento  
Que sentiras gran tormento  
En quillotranza tan cruda.

BENEITO.

Tan cruda dices, é cuanto  
Yo me espanto  
Como no soy muerto ya.  
En pensar que se nos va  
Ya no canto;  
Mi cantar es todo llanto.

BRAS.

Júrote á sant Pedro santo  
Que lo creo;  
Tan deslumbado te veo  
Que me pones gran quebranto.

BENEITO.

Quebranto malo nos vino  
¡Ay! mezquino.

BRAS.

¡Oh cuán desalmados sos!  
Roguemos por él a Dios  
De continuo,

Por que lleve buen camino:  
Que dome á Dios que magino,  
Si él va allá,  
Que muy gran vitoria habrá,  
Que es muy diestro é de gran tino.

BENEITO.

Eso yo te lo aseguro,  
E aun te juro  
Donde fuere su pendon,  
Que no falte corazon  
Huerte é duro,  
Cual es fortaleza é muro.

BRAS.

E aun con eso, no me curo  
Que se vaya  
Donde gran vitoria traya  
Por su gran esfuerzo puro.  
E aun ahotas quel concle te  
De tal suerte  
La gente de su rebaño,  
Que en las Francias haga daño;  
Donde acierte  
No es menester otra muerte.  
Digo hey,  
Tiene gran cariño al rey,  
E el rey le quiere muy huerte.  
E por él se nos destierra  
A la guerra;  
Allá volará su fama.

BENEITO.

Acá quedará nuestrama  
En esta tierra,  
Donde todo el bien se encierra.

BRAS.

Asmo que en toda la sierra  
Hasta agora  
Nunca se vió tal señora.

BENEITO.

Quien eso no cree yerra.

BRAS.

Miefé yerra, é aun te digo  
Como amigo,  
Que de lo que mas me pesa,  
De nuestrama la duquesa,  
Que me obligo  
Que sienta gran desabrigo.

BENEITO.

¡Ah! no pese á sant Rodrigo,  
Que con eso  
Ya no tengo solo un hueso  
Que tenga salud conmigo.  
Todo, todo me desnuelo  
Con gran duelo,  
Trasjado de cordojos,  
Hago laguna mis ojos  
Sin consuelo:  
Llanteando me desvelo,  
Allastrado por el suelo  
De pesar,



No me puedo levantar  
A poder hacer un pelo.

BRAS.

Calla, calla, dolorido,  
Pan perdido :  
Huzia en Dios que no se irá.  
Pedruelo nos lo dira,  
Si es venido,  
Que hoy al mercado era ido.

BENEITO.

Por amor de Dios te pido  
Anda, Bras,  
Llamale, corre, verás  
Cuál habrá nuevas oido.

BRAS.

Que me praxe, juro á mi,  
Guarda aquí.  
¡Ah! Pedruelo, ¿estás acá?

PEDRUELO.

Acá estoy ; asmo que ha.

BRAS.

¿Qué de tí?  
Fuistete, que no te vi.

PEDRUELO.

Pues bien tarde me partí  
Del ganado.

BRAS.

¿Hoy ha sido buen mercado?

PEDRUELO.

Bueno, miefé, pues vendí.

BRAS.

¿Qué llevabas de vender?  
Ora ver.

PEDRUELO.

Tres gallos é dos gallinas ;  
Traje puerros é sardinas  
Por comer  
El domingo á mi prazer.

BRAS.

Tal estaba  
Que no se me percordaba  
La cuaresma que ha de ser.

BENEITO.

Así te vea logrado ;

Pues que vienes del mercado,  
Tú me da  
De las nuevas que hay allá.

PEDRUELO.

Miefé, dicen que estará,  
Si a Dios praz,  
Ya Castilla é Francia en paz.  
Que ninguna guerra habra.

BENEITO.

¿No habrá guerra? dí, mozuelo.  
Dí, Pedruelo.

PEDRUELO.

No, que Dios anda en medio,  
E él quiere enviar remedio  
Desde el cielo.  
No tengas ningun rescelo,  
Toma, toma gran consuelo  
Que te prega.

BENEITO.

Yo te mando una borrega  
De las que andan al majuelo ;  
Pues me das nueva tan buena,  
Por estrena  
Te la mando, si no mientes.

PEDRUELO.

Dícnlo todas las gentes :  
Ya se suena,  
Toda la villa está llena.

BENEITO.

Hasme dado buena cena ;  
Buenos ramos  
Habremos con nuestros amos,  
Si Dios las paces ordena.

PEDRUELO.

Yo lo doy por ordenado,  
Dios loado.

BENEITO.

Loado sea Jesús,  
Ruega, ruégaselo tú  
Con cuidado,  
Que eres zagal sin pecado,  
Da cramor acelerado  
Con hemencia.

PEDRUELO.

¡Oh señor! por la cremencia  
Danos tiempo paciguado.

BRAS.

Todos, todos nos juntemos  
Y cramemos  
Al Señor muy reciamente.

BENEITO.

Ves, allí viene Lloriente.

PEDRUELO.

Comencemos.

BRAS.

No comiences, esperemos ;  
Ven, Lloriente, cantaremos.

LLORIENTE.

Que me praz.

BENEITO.

Roguemos á Dios por paz.

LLORIENTE.

Miefé, Beneito, roguemos.

VILLANCICO.

Roguemos á Dios por paz,  
Pues que de él solo se espera,  
Qué es la paz verdadera.

El que vino desde el cielo  
A ser la paz en la tierra,  
El quiera ser desta guerra  
Nuestra paz en este suelo  
El nos dé paz é consuelo,  
Pues que dél solo se espera,  
Qué es la paz verdadera.

Mucha paz nos quiera dar  
El que á los cielos da gloria.  
El nos quiera dar vitoria  
Si es forzado guerrear,  
Mas si se puede escusar,  
Dénos paz muy placentera,  
Qué es la paz verdadera.

Si guerras forzadas son,  
El nos dé tanta ganancia,  
Que á la flor de lis de Francia,  
La venza nuestro Leon ;  
Mas por justa peticion  
Pidámosle paz entera,  
Qué es la paz verdadera.

## EGLOGA.

(Representada en recuesta de unos amores, adonde se introduce una pastorcita llamada Pascuala, que yendo caminando con su ganado entró en la sala adonde el duque é duquesa estaban, é luego después de ella entró un pastor llamado Mingo, é comenzó á requerrilla, é estando en su recuesta, llegó un escudero que tambien fué preso de sus amores. Recuestando é altercando el uno con el otro, se la sonsacó é se tornó pastor por ella.)

MINGO.

Pascuala, Dios te mantenga.

PASCUALA.

Norabuena vengas, Mingo.  
Hoy que es día de domingo,  
¿No estás con tu esposa Menga?

MINGO.

No hay quien allá me detenga.  
Que'l cariño que te tengo  
Me pone un quejo tan luengo  
Que me acosa que me venga.

PASCUALA.

¡Eh! no praga á Dios contigo,  
E aun con tu esposa Menguilla:  
¿Cómo dejas tu esposilla  
Por venirte acá conmigo?

MINGO.

Soncas, soncas, ¿no te digo  
Que eres zagala tan bella  
Que te quiero mas que á ella?  
Dios lo sabe, ques testigo.

PASCUALA.

Miefé, Mingo, no te creo  
Que de mí estés namorado;  
Pues eres ya desposado,  
Tu querer no lo deseo.

MINGO.

¡Ay Pascuala! que te veo  
Tan lozana y tan garrida,  
Que yo te juro a mi vida  
Que deslumbra si te oleo.  
E porque eres tan hermosa  
Te quiero: mira, verás,  
Quiéreme, quiéreme mas,  
Pues por tí dejo á mi esposa;  
E toma, toma esta rosa  
Que para tí la cogí,  
Aunque no curas de mí,  
Ni por mí se te da cosa.

PASCUALA.

¡Oh qué chapados olores!  
Mingo, Dios te dé salud,  
E goces la juventud  
Mas que todos los pastores.

MINGO.

E tú dasme mill dolores:  
Dame, dame una manija,  
O siquiera esa sortija  
Que traya por tus amores.

• PASCUALA.

Tírte, tírte allá, Minguillo,  
No te quillotes de vero;  
Hete viene un escudero,  
Vea que eres pastorcillo;  
Sacude tu caramillo,  
E tu hondijo é tu cayado;  
Haz que aballas el ganado,  
Silba, hurria, da gritillo.

ESCUDERO.

Pastora, sálvete Dios.

PASCUALA.

Dios os dé, señor, buen día

ESCUDERO.

Guarde Dios tu galanía.

PASCUALA.

Escudero, así haga á vos.

ESCUDERO.

Tienes mas gala que dos  
De las de mayor beldad.

PASCUALA.

Esos que sois de cibdad  
Perchufais huerte de nos.

ESCUDERO.

Deso no tengas temor.  
Por mi vida, pastorcica,  
Que te hago presto rica  
Si quieres tener mi amor.

PASCUALA.

Esas trónicas, señor,  
Allá para las de villa.

ESCUDERO.

Vente conmigo, carilla,  
Deja, deja ese pastor.  
Déjale, que Dios te vala,  
No te pene su penar,  
Que no te sabe tratar  
Segun requiere tu gala.

MINGO.

Estate queda, Pascuala,  
No te engañe ese traidor  
Palaciego, burlador,  
Que ha burlado otra zagala.

ESCUDERO.

Hideputa, avillanado,  
Grosero, lanudo, brusco.

MINGO.

¡Ah! no praga Dios con vusco,  
Porque venis muy pendado.

ESCUDERO.

Cura allá de tu ganado,  
Calla si quieres, matiego.

• MINGO.

Porque sois muy palaciego  
Presumis de corcovado:  
¿Cuidais que los aldeanos  
No sabemos quebrajarnos?  
No penseis de sobajarnos  
Esos que sois cibdadanos,  
Que tambien tenemos manes  
E lengua para dar motes,  
Como aquesos hidalgotes  
Que presumis de lozanos.  
Anda acá, Pascuala, vamos,  
No paremos, ques ya tarde.

ESCUDERO.

Por vida de quien... Agrade,  
Porque mas nos entendamos.

PASCUALA.

Espera, Mingo, veamos.

ESCUDERO.

¡Oh! ¡bendita tal zagala!  
Yo te doy mi fe, Pascuala,  
Que no nos desavengamos.  
Pénasme por solo verte,

E con tu vista me aquejas;  
Si tú te vas é me dejas,  
Muy presto verás mi muerte:  
No me trates de tal suerte,  
Pues que yo te quiero tanto.

MINGO.

Júrote á sant Junco santo  
Que la quiero yo mas huerte.

ESCUDERO.

¿Qué aprovecha tu querer.  
Que no tienes que le dar?  
Que la fe é el bien amar  
En las obras se ha de ver.

MINGO.

Yo te juro á mi poder  
Que le dé yo mill cosas,  
Que aunque no sean muy ricas,  
Serán de bell parecer.

ESCUDERO.

Díme, pastor, por tu fe,  
¿Qué's lo que tú le darás,  
O con qué la servirás?

MINGO.

Con dos mill cosas que sé.  
Yo, mi fe, la serviré  
Con tañer, cantar, bailar,  
Con saltar, correr, luchar,  
E mill dones le daré.  
Daréle buenos anillos,  
Cercillos, sartas de prata,  
Buen zueco, buena zapata,  
E manguitos amarillos;  
Manto, saya, sobresaia  
E alfardas con sus orillas,  
Almendrillas é manillas,  
Para que por mí las traya.  
E frutas de mill maneras  
Le daré desas montañas,  
Nueces, bellotas, castañas,  
Manzanas, priscos é peras,  
Dos mill yerbas comederas,  
Cornexuelos, botijinas,  
Piés de burro, zapatinas,  
E gavanzas é acederas.  
E aun daréle pajarillas,  
Codornices é zorzales,  
Jergueritos é pardales,  
Pegas, tordos, tortollillas.  
¿Como no te maravillas?

ESCUDERO.

Calla, calla, que es grosero  
Todo cuanto tú le das:  
Yo le daré mas é mas,  
Porque mas que tú la quiero.

MINGO.

Miefé, señor escudero,  
Ella diga quién le agrada,  
E de aquel sea adamada,  
Aunque yo la amo primero.

ESCUDERO.

Pláceme que sea así,  
Pues que quieres que así sea,  
E luego, luego se vea  
Antes que vamos de aquí;  
E tú mesmo se lo di,  
Porque después no te quejes;

Mas cumple que me la dejes  
Si dice que quiere á mi.

MINGO.

Así te mantenga Dios,  
Pascuala, que tú nos digas,  
E por la verdad te sigas,  
A cuál quieres mas de nos.

PASCUALA.

Miefé, de vosotros dos,  
Escudero, mi señor,  
Si os quereis tornar pastor,  
Mucho mas os quiero á vos.

ESCUDERO.

Soy contento é muy pagado  
De ser pastor ó vaquero ;  
Pues me quieres é te quiero,  
Quiero cumplir tu mandado.

PASCUALA.

Mi zurrón é mi cayado

Tomad luego por estrena.

ESCUDERO.

Venga, venga enhorabuena,  
E vamos luego al ganado.  
E tú, Mingo, no te espantes,  
Descordoja tu cordojo,  
Aunque tengas gran enojo,  
Ruégote que te levantes ;  
No te aquejes ni quebrantes,  
Pues que tan buen zagal eres,  
Seamos, si tú quisieres,  
Amigos mejor que de antes.

MINGO.

Mucho me pena esta llaga  
Cuando bien bien me percató ;  
Mas pues ya sois de este hato,  
Buena pro, señor, os haga.  
Ya muy poco espacio vaga :  
Quedad si quereis quedar,  
Que yo voy á repastar.

ESCUDERO.

Vamos todos, Dios te praga.

VILLANCICO.

Repastemos el ganado :

Hurrialá,  
Queda, queda, que se va.  
Ya no es tiempo de majada,  
Ni de estar en zancadillas :  
Salen las siete cabrillas,  
La media noche es pasada.  
Viénese la madrugada :

Hurrialá,  
Queda, queda, que se va.

Queda, queda acá el vezado,  
Hélo va por aquel cerro ;  
Arremete con el perro,  
E arrójale tu cayado,

Que anda tan desmandado :

Hurrialá,  
Queda, queda, que se va.

Del ganado derreniego,  
E aun de quien guarda tal hato,  
Que siquiera solo un rato  
No quiera estar en sosiego,  
Aunque pese ora á sant Pego:  
Hurrialá,  
Queda, queda, que se va.

## ANONIMO.

## EGLOGA.

## PERSONAS.

TORINO.  
GUILLARDO.  
QUIRAL.

BENITA.  
ILLANA.

TORINO.

¡Oh grave dolor! ¡oh mal sin medida!  
¡Oh ansia rabiosa, mortal de sufrirse!  
Ni puede callarse, ni osa decirse  
El daño que acaba del todo mi vida.  
Mi pena no puede tenerse escondida,  
La causa no sufre poder publicarse,  
Ni para decirse, ni para callarse,  
Ni entrada se halla ni tiene salida.  
Contentate ahora, amor engañoso,  
Pues todos tus fuegos con tanto furor  
Encienden y abrasan de un pobre pastor  
Sus tristes entrañas sin darme reposo.  
Bien te podrás llamar vitorioso  
Venciendo un vencido que quiso vencerse,  
De quien imposible le fué defenderse,  
Ni tu si la vieses serás poderoso.  
¡Oh triste ganado que estas sin señor  
A solas paciendo! pues solo te dejo,  
Quejarte has de mí, también yo me quejo  
Del mal que sin culpa me hace el amor.  
No plangas perder tan triste pastor,  
De quien no esperabas ya buena pastura,  
Pues él ya no espera sino desventura;  
Déjale a solas pasar su dolor.  
Agora reposo que solo me veo,  
Agora descanso en medio mis males:  
¡Oh lágrimas mías! ¡oh ansias mortales!  
¡Oh tristes sospiros con quien yo peleo!  
La vida aborrezco, la muerte no veo,  
Que aun esa me niega su triste venir,  
Y trueca el matarme con darme el vivir,  
Por no complacer mi triste desear.

GUILLARDO, TORINO.

GUILLARDO.

¡Oh! doilas a buego que juras tamañas,  
Como este pastor descubre que siente;  
Yo nunca vi en otro que estando doliente  
Dijese que se arden en él sus entrañas.  
Yo creo que tiene beridas estrañas:  
Qué, ¿querrán del todo con yerbas matallo?  
Quiero buscar quien venga a curallo,  
Si puedo hallarle por estas cabañas.  
Quizá le ha mordido un perro dañado,  
O cualquier animal ó lobo rabioso,  
Pues da tales vuelcos, ni tiene reposo,  
Y está de los ojos tan ciego y turbado.  
No ve do los deja zurrón ni cayado,  
Vertida la yesca, quebrado el rabel.  
¿O es el demonio que anda con él?  
¿O cualquier desastre que tiene el ganado?  
¡Oh! dolo á Dios y cómo no siente:  
Mayor es que sueño aqueste su mal.  
Allí me paresce que viene Quiral,  
Que le es gran amigo, y aun cabo pariente.  
Quiero llamalle, zagal es valiente.  
Oyes, Quiral, allégate aca.

QUIRAL, GUILLARDO, TORINO.

QUIRAL.

Miéf, Guillard, yo ya me iba alla,  
Que bien ha buen rato que lo tengo en miente.

GUILLARDO.

Pues yo te he llamado para hacerte ruego  
Que vengas á ver tu amigo Torino,  
Que aquí le he hallado tan fuera de tino,  
Que dice que se arde en llamas de fuego.

QUIRAL.

Quizá habrá perdido ó choto ó borrego,  
Y está maldiciendo la res que le cria.

GUILLARDO.

No es ese el mal, Quiral, que él decía:  
Mayor es el daño de que él está ciego.  
¡Oh! sálvete Dios.

TORINO.

Vengais norabuena.

QUIRAL.

¿Qué sientes, Torino, que gimes tan huerte?

TORINO.

Siento, pastores, el mal de la muerte,  
Y esta no llega por darme mas pena;  
Pasion me combate, razon me condena,  
Dolor me fatiga, tristeza me aqueja,  
Querria sanar, querer no me deja,  
Los males son míos, la causa es ajena.

QUIRAL.

¿De qué desesperas? ¿Has algo sembrado  
Que piensas perdello, ó quizá no nazca?  
¿O has miedo que falte lugar donde pazca  
En estos ejidos tu poco ganado?

TORINO.

No es ese, pastor, mi grave cuidado;  
Mas verme penado de muerte berido,  
De mano de quien me tiene aborrido,  
Y así desespero de ser remedido.

GUILLARDO.

Ahotas que pienso que tu mal oteo,  
Y dudo que creo que es mal de amorio;  
Dale al demonio tan gran desvario,  
Que mata la vida su solo deseo.

TORINO.

Mayor es el daño, Quiral, que poseo;  
Que en todos los males que sufro y consiento  
Fallece esperanza y crece tormento,  
Y en todos los medios remedio no veo.  
Guillard, Guillard, mi mal es que adoro  
De amor á Benita, porque es mi señora:  
Mi vida la quiere, mi alma la adora,  
Y ella me trata peor que á un moro.

GUILLARDO.

¡Oh! Dome á Dios, ¿y agora lo ignoro?  
Eso que dices querencia se llama  
Quando algun zagal vos dice que ama;  
Ya yo lo sabia, mia fe, de coro.  
Pues béla aquí viene la que así te mata,  
Con otra zagala que se anda tras ella;  
Levanta, Torino, y vamos á ella  
Por bajo estas malas, pues no se da cata;  
Y pues que te quejas que ansina te trata,

Abúrrela un tiro con este mi dardo.

TORINO.

¡Ay! no plegue á Dios, amigo Guillardó,  
Que yo la merezca tocar su zapata.

BENITA, ILLANA, TORINO, GUILLARDO,  
QUIRAL.

BENITA.

¿Qué estais ahí hablando á solas, pastores,  
Que así embebecidos estais razonando?

TORINO.

Mis males, señora, estamos contando,  
Que vos los haceis ser siempre mayores.

BENITA.

Torino, Torino, tú no te enamores  
En parte do nunca se sientan tus males;  
Que busques y sirvas tus pares iguales,  
Y allí verás tarde alcanzar favores.

TORINO.

Mis ojos que han sido la puerta y escala  
Por do la hermosura hirió con sus tiros,  
Estos me han hecho, señora, servirlos.  
Lo que no merezco mi pena lo iguala.  
Si causa no tengo, razon no me vala,  
Pues que yo no quiero que mi mal merezca  
Sino que querais que yo le padezca,  
Que tal intencion por cierto no es mala.  
Y pues que virtud en todo os es guía,  
Valer, merecer y mucha nobleza,  
No useis conmigo de tanta crueza  
Porque es imposible mudar mi porfia.  
Consejo no quiero, remedio querria  
De vos, mi señora, de quien yo le espero,  
En veros doler de verme que muero,  
Y es vuestra la culpa, la pena es la mia.

BENITA.

A mí no me place tu mal por mi vida,  
Así como dices segun se te antoja;  
Tu pena y servicio en todo me enoja,  
Pues déjate de ello, y tenerme has servida.  
A esto que digo razon me convida,  
Y mi honestidad que da inconvenientes;  
Que nunca yo mire el mal que tú sientes,  
Porque aunque mas sea mi estado lo olvida.

TORINO.

Si tal fantasia me juzgan ser loca,  
Mas loco seria quien tal me juzgase,  
Que si con mis ojos te viese y mirase  
Veria que es justo mi vida ser poca;  
Que no puede menos, señora, mi boca  
Hacer que no diga del mal la ocasion,  
Y aunque ella quisiese trocar la razon,  
El fuego de dentro la causa provoca.

BENITA.

Pues créeme, pastor, y haz lo que digo,  
Y quédate adios con tu compañía.

TORINO.

Miefé, Benita, imposible seria,  
Que aunque aquí me dejas allá voy contigo,  
Y tú aunque te vas, aquí estás conmigo,  
Que siempre en mis ojos tu figura está.  
Benita está aqui, Torino está allá;  
Si esto no crees la obra es testigo.

TORINO, QUIRAL, GUILLARDO.

GUILLARDO.

Escucha, Quiral, yo nunca tal ví;  
Benita se es ida, Illana con ella,  
El se está aqui, diz que va con ella,  
La otra está allá, y diz que está aqui.  
Dios me defienda y me libre de ti.  
¿No eres Torino? Aquí te ha dejado.

TORINO.

Mi cuerpo dejó, mi alma ha llevado,  
Que estando con ella no parte de mí.

QUIRAL.

Que no morirás: ¿qué estás ahí diciendo?  
Que amor aunque mate no acaba la vida,  
Y aunque su pena no tiene medida,  
A aquel que mas mata le deja viviendo.

TORINO.

Yo eso que dices bien claro lo entiendo,  
Porque esa razon es muy verdadera;  
Mas es que morir, continuo que muera,  
Penando en la vida, mil muertes sufriendo.

QUIRAL.

Mándeme Illana, pues que es tan hermosa.  
Que nunca la vea ni nunca la huya;  
Si quiere matarme, ¿mi vida no es suya?  
Y si ella la mata será venturosa.  
¿Pues no te parece que es bien poderosa  
Benita, que puede mandarte que mueras?  
Pues sirve, Torino, que nunca debieras  
En toda tu vida hacer otra cosa.

VILLANCICO.

Nunca yo pensé que amor  
Cou sus amores,  
De amor matase pastores.  
Tras galanes palaciegos  
Yo pensé que siempre andaba,  
Y no pensé que mataba  
Los pastores ni matiegos;  
Mas do van tras sus borregos,  
Veo que con su dolor  
Les da dolores  
Con que los mata de amores.  
Con su nombre falso engaña  
Que parece que no es nada,  
Y de majada en majada,  
Y de cabaña en cabaña  
Va con su engañosa maña  
Prometiendo su favor,  
Y sus favores  
Matan después los pastores.

# BARTOLOMÉ DE TORRES NAHARRO.

## COMEDIA HIMENEA.

### PERSONAS.

HIMENEO.  
MARQUES.  
FEBEA.  
DORESTA.

BOREAS.  
ELISO.  
TURPEDIO.  
CANTORES.

### JORNADA PRIMERA.

HIMENEO, BOREAS, ELISO.

HIMENEO.

Guarde Dios, señora mia,  
Vuestra graciosa presencia  
Mi sola felicidad;  
Aunque es sobrada osadía  
Sin tomar vuestra licencia  
Daros yo mi libertad.  
Pero en mi primer miraros  
Tan ciego de amor me vi,  
Que cuando miré por mí  
Fué tarde para hablaros,  
Hasta agora  
Que de mí sois ya señora.  
Habeisme muerto de amores,  
Y dejáisme aquí en la plaza  
Donde publique mis yerros;  
Como aquellos cazadores  
Que desde matan la caza  
La dejan para los perros.  
Donde quiera que me halle  
Diré siempre que es mal hecho,  
Pues yo vos guardo en mi pecho,  
Vos me dejéis en la calle.  
Bien me viene  
Que sin culpa muera y pene.

BOREAS.

¡Aun agora comenzamos,  
Y tantos duelos tenemos!

HIMENEO.

¿Qué hablas allá, villano?

BOREAS.

Digo, señor, que nos vamos,  
Que mañana tornaremos,  
Y quizá con mejor mano.

HIMENEO.

Mas vame por la vihuela,  
Quizá diré una canción  
Tan envuelta en mi pasión,  
Que todo el mundo se duela,  
Sino aquella  
Que dolor no cabe en ella.

BOREAS.

No podrás, señor, tañer,  
Porque le falta la prima,  
Y están las voces gastadas.

HIMENEO.

No cures, hazla traer,  
Que el dolor que me lastima  
Las tiene bien concertadas.

BOREAS.

Aunque te sepa enojar  
Haremos bien de nos ir.

HIMENEO.

¿Y es tiempo de ir á dormir?

BOREAS.

Y aun hora de levantar.

HIMENEO.

Calla, loco,  
Que en mis males sabes poco.

BOREAS.

Sepas que estás en error,  
Si tan grosero me hallas  
Como tú me certificas;  
Pues de cierto sé, señor,  
Que con la pena que callas  
Es nada cuanto publicas.  
Y si mueres por tal dama  
Tienes muy justa querella,  
Pues otros mueren sin vella  
Que se ahogan en su fama,  
Con decir  
Que es la vida bien morir.

ELISO.

Dile de eso y medraremos.

HIMENEO.

¿Qué hablas allá entre dientes,  
Almahacen de negligencia?

ELISO.

Que presto lo llevaremos  
Con los otros inocentes  
A la casa de Valencia.

HIMENEO.

No medre quien te vistió.  
¿Y á quién tienes de llevar?  
¿Tú de mí debes hablar.

ELISO.

Vos lo decís, que no yo.

HIMENEO.

¡Oh borracho,  
Mal criado é sin empacho!

ELISO.

Mas, señor, pues que así es,  
Tu señoría provea  
Que ninguno aquí te halle;  
Porque su hermano el marqués  
De la señora Febea  
Visita mucho esta calle;  
Trae muy buenos criados,  
Y tú los tienes mejores.  
Reniega de los amores,

No vamos descalabrados.

HIMENEO.

Yo me quedo;  
Váyase quien les ha miedo.

ELISO.

Si quieres, señor, probar  
Cuánto miedo les tenemos,  
Y saber cuánto nos tienen,  
Anda, vete á reposar;  
Nosotros nos quedaremos  
A respondelles si vienen.

HIMENEO.

Pues catad que estáis velado,  
Porque vernán mas de dos.

ELISO.

Vengan diez, cuerpo de Dios,  
Que no se irán alabando.

BOREAS.

Ya viniesen,  
Con tal que no nos huyesen.

HIMENEO.

Mientras no os enojaren  
No los corrais por agora,  
Que sería inconveniente;  
Sino que si bravenen,  
Por amor de mi señora  
Los espanteis solamente.

ELISO.

Ve con Dios, deja hacer,  
Que de todo les porneamos.

BOREAS.

Habla paso, y acordemos  
Lo que mas es menester.

HIMENEO.

Digo, Eliso,  
Haz que estés sobre el aviso.

BOREAS, ELISO.

ELISO.

Muy modorro sois, amigo,  
Porque yo me sé guardar  
De los peligros mundanos.

BOREAS.

A la fe que estás conmigo.  
Hagamos por nos salvar  
Como dos buenos hermanos.  
Huigamos de esta congoja,  
Y apartémonos del mal;  
Que á la fe todo lo al  
Es andar de mula coja.

ELISO.

Pues sabrás

quero mas.

BOREAS.

le te decir  
amiga mia  
ce por mí;  
e mentir,  
a fantasia  
ios bien aquí.

ELISO.

imos, par Dios,  
is cosas hablemos,  
entiremos  
os todos dos.

BOREAS.

le es tomada...

ELISO.

unque eso sea,  
casas caidas  
on la luna,  
lie nos vea  
nuestras vidas,  
ra ninguna.

BOREAS.

que has dicho bien,  
tu razon,  
uel canton  
no sé quién.

ELISO.

ombra del muro.

BOREAS.

cada parte.

ELISO.

bien mirado,  
no te digo.

BOREAS.

puedo jurarte  
abia quedado  
re conmigo.

ELISO.

esos temores  
rdido el correr,  
ito placer  
ntes tus amores;  
mos,  
o nos debemos.

BOREAS.

hermano, tu deseo  
ber desea,  
e ellas es esta:  
stro amo Himeneo  
de Febea,  
rva Doresta.  
mosa doncella,  
l criatura,  
en hermosa  
vivir con ella;

an sin igual.

ELISO.

ado algun dia?  
es que te quiere?  
pises abrojos.

BOREAS.

juraria  
rue pena y muere,  
lienten los ojos.

querer cual el mio.

ELISO.

leido aquel testo,  
o debe ser

Hombre que en hombre se fia?

Pues si verdades aquesto,  
Quien se fiase en mujer  
Muy mas maldito seria.  
A la fe para gozallas  
Y no perderse tras ellas,  
Oillas y no creellas,  
Sacudillas y dejallas.  
No lo digo  
Porque las soy enemigo.

BOREAS.

Mucho tienes de grosero;  
Bien parece, Eliso hermano,  
Que aun no te conoce amor;  
Que pensarías primero  
Que no está mas en su mano  
Del verdadero amador.  
Porque aquel que pena y muere,  
Si bien ama, y es así,  
No puede hacer de sí  
Sino lo que amor quisiere,  
Desque dió  
Su libertad á quien vió.  
Por ende no hables mas  
En juzgar vidas ajenas.  
Pues das á muchos molestia;  
Que si no quieres querrás,  
Y penarás si no penas,  
Y caerás de tu bestia.  
Pornás en amor tu fe  
Y alaharás sus fatigas,  
Por mucho que agora digas  
De esta agua no beberé;  
Que por damas  
Honramos vidas y famas.

ELISO.

Boreas, hermano mio,  
Recia cosa es la razon  
Contra lenguas desarmadas,  
Y dicen que es desvario  
Dar coques al aguijon  
Y a la carreta pernadas.  
Acuerda si nos iremos,  
Que será bien que nos vamos,  
Y tambien que proveamos  
En buscar qué almorzaremos.

BOREAS.

Nunca he gana  
De almorzar por la mañana.

MARQUES, TURPEDIO.

TURPEDIO.

¿Quién va allá? ¿Jugais de piés?  
Tornad un poco, galanes,  
Y llevareis que contar.

MARQUÉS.

Turpedio.

TURPEDIO.

Señor.

MARQUÉS.

¿Quién es?

TURPEDIO.

No sé cuántos rufianes  
Que andaban á capear.

MARQUÉS.

Mas si los has conocido,  
Guarda no fuese Himeneo.

TURPEDIO.

Par Dios, señor, no lo creo,  
Porque no ovieran huido.

MARQUÉS.

Antes, cierto,  
Huye de ser descubierto.

TURPEDIO.

Puede ser, mas aquí viene  
Cada noche y cada día

Con músicas y alboradas.

MARQUÉS.

Si esa presuncion él tiene,  
Voto á la Virgen María,  
Yo le ataje las pisadas.

TURPEDIO.

Déjale, señor, hacer,  
Que es usanza del palacio,  
Y es un modo de solacio  
Festejar y dar placer,  
Y un deporte  
Sin el cual no hay buena corte.

MARQUÉS.

Bien me place el festejar,  
Mas no en mi casa, par Dios,  
La verdad hora hablando,  
Porque tras de este cantar  
Yo sé bien que mas de dos  
Se quedan después llorando.

TURPEDIO.

Bien siento do van tus flechas.  
No temas aunque eso sea;  
Que la señora Febea  
No es de esas que tú sospechas.  
¿Qué doncella,  
Para burlarse con ella!

MARQUÉS.

Tocaremos á la puerta  
Por ver qué hace siquiera;  
No nos vamos sin hablalle.

TURPEDIO.

No estará, señor, despierta;  
Sería cosa grosera  
Dar voces hora en la calle.

MARQUÉS.

¿Pues dónde iremos agora?

TURPEDIO.

Vamos por la silleria,  
Que presto será de dia  
Y abrirá aquella señora,  
Y aun haremos  
Que nos dará que almorcemos.

MARQUÉS.

No nos debemos partir,  
Que á esta hora suelen dar  
Las músicas y alboradas;  
Y si aquel ha de venir,  
No puede mucho tardar;  
Olgamos sus badajadas.

TURPEDIO.

Si que no vienen campanas  
En las músicas que ordenan.

MARQUÉS.

Vernán badajos, que suenan  
Maitines por las mañanas.

TURPEDIO.

Sin mentir  
Por nos se puede decir.  
Porque ha diez horas, señor,  
Que andamos por la cibdad  
Sonando como badajos,  
Y cogemos poco honor,  
A decirte la verdad,  
De aquestos vanos trabajos.  
Bien es un poco por ende  
Pasear sobre la cena,  
Y es usanza justa y buena,  
Para mancebos se entiende;  
Lo demás  
Va muy fuera de compás.

MARQUÉS.

Pues yo te diré que sea.  
Vamonos hora á dormir  
Lo que queda hasta el día:

Quédese con Dios Febea,  
Mañana podré venir  
A tentar su fantasía.


## JORNADA SEGUNDA.

HIMENEO, BORRAS, ELISO,  
CANTORES.

BORRAS.  
No hay nadie.

HIMENEO.  
Habla callando:  
Mira que tengo sospecha  
Que aun están por ahí.

BORRAS.  
Yo los vi, señor, cantando  
Por esta calle derecha,  
Buen rato lejos de aquí.

HIMENEO.  
Pues, sus, buen hora es aquesta  
Si no  
Haz   
Y démos tras nuestra fiesta.



ELISO.  
Aquí vienen.

HIMENEO.  
Llámalos. ¿Qué se detienen?

ELISO.  
Caminad. ¿Qué estáis parados?

HIMENEO.  
Callando, cuerpo de Dios,  
¿Qué voces son hora aquestas?

ELISO.  
Pues si los  
Una vez y  
¿He los de

No corrompas mis placeres.  
Por mi fe que nos oigamos;  
Aquí solo   
Y en casa ca 

CANTOR PRIMERO.  
¿Qué haremos?

HIMENEO.  
Señores,

Acaba 

Calla

¿Cómo  
¿Diremos lo

len. La

canto:

Se aliviara mi tristura.

Tan  
Con  
Que  
De placer  
Con tan justo padecer.

EMBUQUE

Y el corazon se enloquesce  
De placer  
Con tan justo padecer.

Es mas preciosa ventura  
Vuei  
Que ajena.  
CANTOR SEGUNDO.

Y SEGUNDO.  
Mas codiciosos dejais

Y SEGUNDO.  
bien tuvieron  
Que cualquiera gloria ajena.

NO TEN  
Dejemo  
Poco y  
Tambie  
Se par  
Quiero

CANTOR PRIMERO.  
Vamos.  
CANTOR SEGUNDO.  
Vamos.

HIMENEO.  
Id con Dios.  
HIMENEO, BORRAS, ELISO, FEDEA.

BORRAS.  
Ce, señor, buen tiempo tienes.  
HIMENEO.  
¿Oh mayor bien de los bienes!  
Es mi bien.

FEDEA.  
Mas quién sois vos?  
HIMENEO.  
Quien no fuese,  
Ni nias un hora viviese.  
FEDEA.

No os  
Si me  
Mas ci

Y au  
Que  
Sino

Cómo os  
HIMENEO.  
Por las llamas que me dais,  
Del fuego que me causais  
Lo podeis ir trasladando.

FEDEA.

Gentilhombre,  
Quiero saber vuestro nombre.  
HIMENEO.

No podeis ser bien servida;  
Pero sea,  
Pues por vos tambien se emplea.  
FEDEA.


Bien  
Que, os conocéis.  
HIMENEO.  
Porque estoy en vuestro olvido.  
FEDEA.

En  
Os  
Au  
partido.  
HIMENEO.

Menos mal os que merezco.  
FEDEA.

HIMENEO.  
Ojalá pluguiese a Dios  
Que querais como podeis,  
Porque mis males sanaís,  
Que esperan á sola vos.

FEDEA.  
Dios quisiese  
Que en mi tal gracia cupiese.

HIMENEO.  
Esa y todas juntamente  


Aunque soy indigno de ella.  
FEDEA.

Me   
Pe   
Que sin dafiarme no puedo.  
HIMENEO.

Todas las vuestras son tales.



**FEBEA.**  
 lo complaceros,  
 en qué manera,  
 ¿ais cosa cierta.  
**HIMENEO.**  
 viniere á veros  
 venidera,  
 abrir la puerta.  
**FEBEA.**  
 arde.  
**HIMENEO.**  
 ¿Qué, señora?  
 ¿e ya el favor?  
**FEBEA.**  
 no me es honor  
 erta á tal hora.  
**HIMENEO.**  
 s  
 asadas promesas.  
**FEBEA.**  
 o quereis que os abra  
 ellos tiempos tales  
 es sois descorteses.  
**HIMENEO.**  
 tal palabra;  
 sanar mis males,  
 is esos reveses.  
 que mis pasiones  
 ndan enojaros,  
 is escusaros  
 adas razones,  
 te  
 usais nueva muerte.  
**FEBEA.**  
 mas resistir  
  
 que  
 s el que debeis.  
**HIMENEO.**  
  
 reced que recibo  
**FEBEA.**  
 as.  
**HIMENEO.**  
 l quede con vos.  
**IEO, BOREAS, ELISO.**  
**BOREAS.**  
 es has conseguido  
  
 rs que nos mandaste  
 cias del placer.  
**HIMENEO.**  
 s, de muy buen grado,  
 izon en todo caso.  
 el sayo de raso,  
 ihon de brocado,  
 día  
 se mejor valia.  
**BOREAS.**  
 de ti memoria  
 iente tu vivir  
 a fama sin par,  
  
 que dar.  
**ELISO.**  
 iero tus brocados,

Ni  
 Qu  
 Po  
 Te  
 Que tu largueza es locura.  
**BOREAS.**  
 Bien dices.  
**HIMENEO.**  
 No quiero yo,  
 Sino daros esto y mas.  
**ELISO.**  
 No queremos un caballo.  
**HIMENEO.**  
 Por qué?  
**ELISO.**  
 Señor, porque no;  
 Sino aquello que nos das  
 Te debes honrar con ello.  
**HIMENEO.**  
 Pues callad, hermanos míos,  
 Sed los que sois entero,  
 Que Mas  
 Que mor  
 Es de hermano y no señor.  
**ELISO.**  
 Por eso,  
  
 Con qué esperanza vemos.  
**HIMENEO.**  
 Así sea.  
 Quede Dios con mi Febea.  
**MA** **IO.**  
 Ge, señor,  
 Veslos  
 Que agora  
**MARQUÉS.**  
 Pese al diablo conmigo  
 Porque nos hemos tardado,  
 Que no se fueran así.  
**TURPEDIO.**  
 Déjalos, señor, andar,  
  
 Que haremos  
 De modo que los tomemos.  
**MARQUÉS.**  
 o se hacer  
  
 La  
 Yo sabre  
 Y aun si  
 Prometo  
 De matar á él y á ella;  
 Que la vida  
 Por la fama es bien perdida.  
**TURPEDIO.**  
 Pues,  
 A nos  
 Antes  
 Y  
 Sin que seamos sentidos;

Y de allí si estás alerta  
 Le podrás bien ver entrar,  
 Y así podemos saltar  
 Para tomalle la puerta;  
 Lo demas  
 Se hará como querrás.  
**MARQUÉS.**  
  
 Vengamos como se entiende.  
  
 to,  
  
 ueda.  
 Ten buen seso,  
 Que su honra está en tu peso.  
**MARQUÉS.**  
 Y aun por esto yo procuro  
 Que  
 Me lo  
**TURPEDIO.**  
  
**MARQUÉS.**  
 Ya se alcanza  
 Hasta dó llega su lanza.  
**TURPEDIO.**  
 Pues, señor, no nos curemos  
 Ni de sus armas temamos,  
 Andabales,  
 debemos,  
  
 cuatro horas  
**MARQUÉS.**  
 Bien u por cierto,  
  
 en consejas  
 paredes han orejas.  
  
**BOREAS.**  
 Pues, Eliso, hermano mio,  
 No luengo,  
 Ni  
 unfo  
 tengo,  
  
 Por eso no te receles,  
 Que los buenos servidores  
 Han de ser á sus señores  
 Muy leales y fieles;

Mas no tanto  
Que se pongan del quebranto.  
Bien te debes acordar  
Desde ayer á lo que creo;  
Nota bien lo que diré,  
Que no quisiste tomar  
Lo que te daba Himeneo,  
Ni yo por tí lo tomé.  
Ni me hagas entender  
Que aquella fué lealtad;  
Que es la mayor necedad  
Que nunca te ví hacer,  
Pues perdiste  
Lo que en diez años serviste.

ELISO.

No tengas á maravilla  
Si no quise á dos por tres  
Lo que nuestro amo nos dió,  
Que cierto tengo mancilla  
De velle para quien es  
Mas pobre que tú ni yo.  
Si cuando rico se viere  
No se acordare de nos,  
Allá contará con Dios  
Cuando de este mundo fuere;  
Pues vivamos,  
Que no falta que vistamos.

BOREAS.

No das en todo el terrero,  
Ni por ahí te me escapas,  
Ni tienes razon ninguna;  
Porque es un necio grosero  
Quien puede tener dos capas  
Y se contenta con una.  
Lo que somos obligados  
Es servir cuanto podemos,  
Y tambien que trabajemos  
En que seamos pagados;  
De otra suerte  
Nuestra vida es nuestra muerte.

ELISO.

Hermano, bien te he entendido,  
Por lo cual á tu mandado  
Me ternás continuamente,  
Y aunque tengo por perdido  
Todo el tiempo que he dejado  
De te ser muy obediente;  
Y pues ya tan claras son  
Mi mentira y tu verdad,  
Confieso mi necedad  
Y alabo tu discrecion,  
Y de hoy mas  
Yo haré lo que verás.

BOREAS.

Mucho huelgo, hermano Eliso,  
Pues que repruebas el mal  
Como de buenos se espera;  
Vivamos sobre el aviso,  
Que sin duda el hospital  
A la vejez nos espera;  
Por lo cual te cumple, hermano,  
Que sin vergüenza ni miedo  
Cuando te dieren el dedo  
Que abarqués toda la mano.  
Haz si puedes  
Que puedas hacer mercedes.

ELISO.

Hermano, deja hacer,  
Que no quiero mas laceria  
De la que tengo pasada;  
Y aun si rescibes placer  
Dejemos esta materia  
Porque está bien disputada.  
Buen tiempo se nos ofrece.  
Y es cosa justa y honesta;  
Hablemos á tu Doresta  
Que á la ventana parece.

BOREAS.

Ya la veo,  
Y es cumplido mi deseo.

ELISO.

Pues anda, vela á hablar;  
Yo quedaré de esta parte,  
Y escucharé desde aquí,  
Que me conviene notar  
Cómo sabes requebrarte  
Para que aprenda de tí.

BOREAS.

No te burles aunque callo,  
Ni me tengas por grosero,  
Que en manos está el pandero  
De quien bien sabrá tocallo.

ELISO.

Ve callando,  
Que ya nos está mirando.

BOREAS, ELISO, DORESTA.

BOREAS.

Doresta, señora mia,  
Guarda Dios vuestra beldad  
Y vuestra gentil manera.

DORESTA.

Si no por la compañía,  
Yo os hablara, de verdad,  
De modo que no os pluguiera.

BOREAS.

¿Por qué, señora Doresta?

DORESTA.

Porque no me motejéis,  
Que si otra vez lo hacéis  
No os placera la respuesta,  
Que aunque fea  
No tengo envidia á Febea.

BOREAS.

Señora, no os deis fatiga  
Por yo decir una cosa  
Que dirá cualquier que os viere.

DORESTA.

Boreas, ¿quereis que os diga?  
Cual me veis fea ó hermosa,  
Tal no falta que me quiere.

BOREAS.

Pluguiera, señora, á Dios  
En aquel punto que os vi,  
Que quisiera tanto á mi  
Como luego quise á vos.

DORESTA.

¿Bueno es eso!  
A otro can con ese hueso.

BOREAS.

Ensayad vos de mandarme  
C cuanto yo podré hacer,  
Pues os deseo servir,  
Siquiera porque en probarme  
Conozcáis si mi querer  
Concierta con mi decir.

DORESTA.

Si mis ganas fuesen ciertas  
De quereros yo mandar,  
Quizá de vuestro hablar  
Saldrían menos ofertas.

BOREAS.

Si mirais,  
Señora, mal me tratais.

DORESTA.

¿Cómo puedo mal trataros,  
Con palabras tan honestas  
Y por tan corteses mañas?

BOREAS.

Como ya no oso hablaros,

Que teneis ciertas respuestas  
Que lastiman las entrañas.

DORESTA.

Por mi fe, tengo mancilla  
De veros así mortal.  
¿Morireis de aguese mal?

BOREAS.

No sería maravilla.

DORESTA.

Pues, galán,  
Ya las toman do las dan.

BOREAS.

Por mi fe, que holgaría,  
Si como otros mis iguales  
Pudiese dar y tomar;  
Mas veo, señora mia,  
Que recibo dos mil males,  
Y ninguno puedo dar.

DORESTA.

¿Qué sabeis vos si los dais,  
Aunque no se da á entender?  
Como vos sois hacer,  
Que sin dolor os quejais.

BOREAS.

Plegue á Dios  
Que mi pena pene á vos.

DORESTA.

Vos andais tras que publique  
Lo que está mejor secreto  
Para mi fama y la vuestra;  
Pues siu que mas os suplique  
No querais, pues sois discreto,  
Que haga tan loca muestra.

BOREAS.

No os quiero mas deservir,  
Pues algo pienso entenderos,  
Y tendré que agradeceros  
Si me mandardes venir  
Hora cierta,  
Que no me negueis la puerta.

DORESTA.

Tal cosa no me mandeis,  
Que modo ninguno voy  
De poder hacello así.

BOREAS.

Esta noche, si quereis,  
Cuando abriéis á Himeneo,  
Me podeis abrir á mí.

DORESTA.

Mejor vivan ella y él.  
Por eso perded cuidado,  
Que mi ama ha concertado  
Que ninguno entre con él.

BOREAS.

Pues haced  
Que me cumplais la merced.

ELISO.

Ha de ser para mañana.  
Vámonos, que eres prolijo.

BOREAS.

¿Consentís, señora, vos?

DORESTA.

Señor, sí, de buena gana,  
Pues que aquel señor lo dijo.  
Id con la gracia de Dios.

BOREAS.

Y en la vuestra quede yo  
Para mi consolacion.

DORESTA.

Estad de buen corazon,  
Que Dios por todos miró.

BOREAS.

¡Ocho en buen hora.

ELISO.

Creyerá  
alcanzabas  
el oficio,  
no viera,  
¿tú hablabas,  
¿a tu servicio.

BOREAS.

¡Os tardemos,  
¡mo está esperando.

ELISO.

¡Ir hablando,  
¡po tenemos.

¡O, DORESTA.

TURPEDIO.

¿S, señora  
¿s, por tanto,  
¿sa Doresta.

DORESTA.

¿En buen hora.  
¿hico santo  
¿tanta fiesta?

TURPEDIO.

¿Anto vos,  
¿acia hallaron,  
¿s os miraron  
¿nen por dios,

¿ra conmigo.

DORESTA.

¿Iso venis!  
¿os bendiga.  
¿é me decir?

TURPEDIO.

¿I, decís,  
¿enemiga  
¿o servir.

DORESTA.

¿¿avía?

TURPEDIO.

¿¿hacello.

DORESTA.

¿as, si pienso en ello,  
¿tesla.

TURPEDIO.

DORESTA.

¿¿e dejes.

TURPEDIO.

¿¿dillo

¿s vos agora.

DORESTA.

¿¿e vos en todo.

TURPEDIO.

¿¿naravillo,  
¿¿recedora  
¿pisa todo.

DORESTA.

¿¿chacho.

TURPEDIO.

¿os pareceré.

DORESTA.

¿¿uestra fe,  
¿¿uestro empacho.

TURPEDIO.

¿¿¿ hayais.

DORESTA.

Pues yo vos prometo á Dios  
Que yo lo diga al marqués,  
Y quizá por vuestro daño.

TURPEDIO.

Pues si tal sale de vos,  
Yo os daré tanto mal mes  
Que nunca os falte mal año.

DORESTA.

¿Veis qué rapaz sin mesura,  
Cómo tiene presunción!

TURPEDIO.

Pues voto al fuerte Sansón  
De daros mala ventura;  
Que aquí está  
Quien de vos me pagará.

DORESTA.

Pues no te tomes conmigo,  
Que no me espantan tus motes  
Por mucho que me amenaces;  
Que si á tu amo lo digo  
Te hará dar mil azotes,  
Que es castigo de rapaces.

TURPEDIO.

Pues si alcanzarte pudiera,  
Por eso que agora dices,  
Te cortara las narices,  
Doña puerca, escopetera.

DORESTA.

Para vos.

TURPEDIO.

¡Oh! reniego, y no de Dios.

## JORNADA CUARTA.

HIMENEO, BOREAS, ELISO.

HIMENEO.

Pues agora, mis hermanos,  
Tú, Boreas, y tú, Eliso,  
Lo hablado se os refiere;  
Yo me pongo en vuestras manos,  
Ved que esteis sobre el aviso  
Mientras yo dentro estuviere.

BOREAS.

Señor, así lo haremos;  
Entra tú con mano diestra,  
Que por tu fama y la nuestra,  
Si conviene, moriremos.

HIMENEO.

Yo lo creo.

ELISO.

Tal es, señor, el deseo.

HIMENEO.

¿Será tiempo de llamar?

ELISO.

Es temprano cuanto quiera,  
Dejemos dormir la gente.

BOREAS.

Mas, señor, en tal lugar  
Quien tras tiempo tiempo espera,  
Tiempo vien que se arrepiente.

HIMENEO.

Pues luego dad acá, vamos,  
Llegad conmigo, y veremos.

BOREAS.

¿Quereis, señor, que gastemos  
Lo que los dos concertamos?  
Que Febea  
Solo á tí, señor, desea.

HIMENEO.

Pues solo voy.

ELISO.

Ve con Dios.

BOREAS, ELISO.

BOREAS.

Mas vaya con el diablo.

ELISO.

No, que se va santiguando.

BOREAS.

Calla tú, cuerpo de nos;  
Cuanto yo concierto y hablo  
Tanto tú me vas gastando.

ELISO.

No hago por cierto, hermano.

BOREAS.

Pues cuando llamar queria,  
¿Por qué de gran grosería  
Dijiste que era temprano?  
Que es locura  
Esperar mala ventura.  
Porque en aquestos conciertos  
Si fuésemos afrentados  
Demorando aquí con él,  
Esperando somos muertos,  
Y huyendo, deshonrados,  
Y no sé qué fuera dél.  
Mas solos de esta manera,  
Si quisiéramos huir,  
Podemos después decir  
Una mentira cualquiera.  
Mi consejo  
Será guardar el pellejo.

ELISO.

Dejemos esta cuestion,  
Y mira que ya es entrado.

BOREAS.

¿Pues qué tienes en la mente?

ELISO.

Que me hables sin pasión,  
Y dejando lo pasado  
Hablemos en lo presente.

BOREAS.

Tengo tan poco sentido,  
Y estoy tan fuera de mí,  
Que por no me ver aquí  
No quisiera ser nacido.

ELISO.

Calla, hermano,  
Que te quejas muy temprano.

BOREAS.

¡Oh, que haga mal viaje  
Quien en tan fuerte jornada  
Y en tal congoja me mete!  
Pues hombre de mi linaje  
Nunca supo qué era espada,  
Ni broquel, ni coselete.  
Yo tambien soy mas que loco  
Por venir en tal lugar,  
Pues que no quiero matar,  
Ni que me maten tampoco.

ELISO.

Cuerdo eres,  
Hagamos lo que quisieres.

BOREAS.

Que no esperemos batalla,  
Sino que luego nos vamos  
Por no ser muertos aquí.

ELISO.

¿Pues si sale y no nos halla?

BOREAS.

No faltará qué digamos,  
Si dejas hablar á mí.

ELISO.

Pues para todo hay remedio,  
Sin porqué no nos andemos,  
Cuando algo sentiremos  
Meteremos tierra en medio.

BOREAS.

¡Qué placer!  
¿Y quien no puede correr?

ELISO.

¿Cómo no?

BOREAS.

Porque no puedo,  
Que son las armas pesadas,  
Y dejallas no osaré;  
También porque con el miedo  
Tengo las piernas cortadas,  
Que moverme no podré.

ELISO.

Pues deja, hermano Boreas,  
Las armas con que te hallas,  
Porque quizá por salvallas  
Perderás cuero y correas,  
Y verás  
Cuán sin pena correrás.

BOREAS.

Pues si las armas perdiere,  
¿Nuestro amo qué diría  
De cobarde y de judío?  
Que si escusa no tuviese  
Para dar, como cumplía,  
Me echaría en aquel río.

ELISO.

Pues si no puedes con ellas,  
Dámelas para que huyas,  
Que las mías y las tuyas  
Yo daré mal cabo de ellas.

BOREAS.

Y la capa,  
¿Qué dirán si se me escapa?

ELISO.

Para la capa ternás  
Dos mil escusas sobradas  
Para no poder salvalla,  
Que si tú quieres dirás  
Que jugando á cuchilladas  
Te fué forzado dejalla;  
Porque los hombres de guerra,  
Para poderse valer,  
Primero de acometer  
Dejan la capa por tierra.

BOREAS.

Pues espera,  
Tendréla de esta manera.

MARQUES, TURPEDIO.

TURPEDIO.

¿Quién anda ahí?

MARQUÉS.

Mueran, mueran.

¿Por dó van?

TURPEDIO.

Allá han traspuesto;  
Mas la capa irá conmigo.

MARQUÉS.

Pese á tal, si no huyeran,  
Que por ventura de presto  
Llevaran un buen castigo.

TURPEDIO.

Mas, señor, ¿sabes que creo  
Que sabrás lo que deseas?  
Que esta capa es de Boreas,  
Un criado de Himeneo.

MARQUÉS.

Dí, ¿qué fué?

TURPEDIO.

Si, señor, en buena fe.

MARQUÉS.

¿Cuántos eran?

TURPEDIO.

Solos dos;  
Y por la capa, señor,  
Son sus criados de aquel.

MARQUÉS.

Pues voto al cuerpo de Dios,  
Que queda dentro el traidor.

TURPEDIO.

Si tal es, doblen por él.

MARQUÉS.

Ven acá, que es de pensar  
De qué manera haremos.

TURPEDIO.

Señor, que luego llamemos,  
Pues que nos conviene entrar.

MARQUÉS.

Ciertamente;  
Se nos irá, si nos siente.

TURPEDIO.

¿Pues quieres cosa mas cierta  
Por quitar este recelo  
Y acertar esta jornada?  
Da tú una coz á la puerta  
Que dés con ella en el suelo.  
Jugaremos de antuviada.  
Ningun temor se reciba  
Si entramos apercebidos,  
Que aun no seremos sentidos  
Cuando seremos arriba.

MARQUÉS.

Sus pues, vamos,  
Que ya sobrado tardamos.  
Dame esa capa tú á mí.

TURPEDIO.

Toma la rodela, aosadas.

MARQUÉS.

Dala acá, que bien te entiendo.

TURPEDIO.

Pues si quereis así.  
Y arrancadas las espadas  
Vamos diciendo y haciendo.

MARQUÉS.

Pues si viniere en tus manos,  
Y le pudieres coger,  
Haz que no haya menester  
Médicos ni cirujanos.

TURPEDIO.

Entra presto,  
Deja á mí hacer el resto.

## JORNADA QUINTA.

MARQUES, FEBEA, DORESTA,  
TURPEDIO.

MARQUÉS.

¡Oh! mala mujer, traidora,  
¿Dónde vais?

TURPEDIO.

Paso, señor.

FEBEA.

¡Ay de mí, desventurada!

MARQUÉS.

¿Pues qué os parece, señora?  
¿Para tan gran deshonor  
Habeis sido tan guardada?

Confesao con este paje,  
Que conviene que murais;  
Pues con la vida escusais  
Un tan antiguo linaje.  
Quiero daros,  
Que os doy la vida en maltrato.

FEBEA.

Vos me sois señor y hermano  
(Maldigo mi mala suerte  
Y el día en que fui nascida),  
Yo me pongo en vuestra mano,  
Y antes os pido la muerte  
Que no que me deis la vida.  
Quiero morir, pues que veo  
Que nasci tan sin ventura;  
Gozará la sepultura  
Lo que no pudo Himeneo.

MARQUÉS.

¿Fué herido?

TURPEDIO.

No, que los pies le han valido.

FEBEA.

Señor, después de rogaros  
Que en la muerte que me daís  
No os mostreis todo cruel,  
Quiero también suplicaros  
Que pues á mí me matais,  
Que deis vivir á él.  
Porque segun lo atribuyo,  
Si sé que muere de esta arte,  
Dejaré mi mal aparte  
Por mejor llorar el suyo.

MARQUÉS.

Toca á vos  
Poner vuestra alma con Dios.

FEBEA.

No me queráis congojar  
Con pasión sobre pasión  
En mis razones finales;  
Dejadme, señor, llorar,  
Que descansa el corazón  
Cuando revesa sus males.

MARQUÉS.

Pues contadme en qué manera  
Pasa todo vuestro afán.

FEBEA.

Pláceme, porque sabrán  
Como muero, sin que muera,  
Por amores  
De todo merecedores.  
Doresta.

DORESTA.

Ya voy, señora.

FEBEA.

Ven acá, serás testigo  
De mi bien y de mi mal.

TURPEDIO.

Señor, es una traidora.

DORESTA.

Tú de bondad enemigo.

MARQUÉS.

Callad, hablemos en al.

FEBEA.

Hablemos como la suerte  
Me ha traído en este punto,  
Do yo y mi bien todo junto  
Moriremos de una muerte;  
Mas primero  
Quiero contar como muero.  
Yo muero por un amor,  
Que por su mucho querer  
Fué mi querido y amado,  
Gentil y noble señor,  
Tal que por su merecer

¡bien empleado,  
eda otro pesar  
e vida mia,  
uando podas  
para gozar,

nto deseé.  
n este deseo,

ne et mas me rogaba  
ue el lo deseaba,  
que no lo hice.  
mi  
o así como así,  
rejo de que muero,

lando  
i donde, cómo y cuando

ro no  
lo lo l  
fue con razon,

a mi marido,  
as que las doncellas,  
ue tiempo tuvieron,  
á sí no murieren  
de muerte por ellas;  
tendo  
famas viviendo.

MARQUÉS.  
eis el morir,

acusar no se puede  
la con dolor

tendo v  
nda mejor,  
tan  
to sienten afán.

es con la laceria,  
con el cuidado,  
con la fortuna  
esta jornada,  
te mundo run  
guir aquel fin  
fuisteis criada;  
ero  
s aquí primero.

JO, BOREAS, ELISO,  
UES, FEBEA, DORESTA,  
EDIO.

HIMENEO.  
, no os movais.  
MARQUÉS.  
no? Mozo.

TURPEDIO.  
Señor.

MARQUÉS.  
Llega presto.

TURPEDIO  
Vesme aquí.

HIMENEO.  
No braveéis, si mandais.  
Callad y hareis mejor,  
Si queréis creer á mí.

MARQUÉS.  
Pues ¿quién sois vos, gentilhombre?

HIMENEO.  
Soy aquel que mas desea  
La honra y bien de Febea,  
Y es Himeneo mi nombre,  
Y ha de ser,  
Pues que fué y es mi mujer.

MARQUÉS.  
Catad, pues sois caballero,  
No  
Tomaros tal presuncion.

HIMENEO.  
No quiera Dios, ni yo quiero,  
Sino muy humanamente  
razon;

Pues lo  
perdiendo en el partido)  
Lo tengais por bueno vos.  
Pue  
Y e linaje  
La sea,  
Me  
Y esto  
Porque vos sois buen testigo.

MARQUÉS.  
Bien veo  
Para  
Y lo  
Pero digo que los  
Lo debrian negociar  
Por otra mejor manera.

HIMENEO.  
Ya se yo poner tercero  
Dónde  
Pero si tomo mujer  
Para mí solo la quiero;  
Pues así

bueno,  
Y le fuera mal contado  
Si de otro modo hiciera.

MARQUÉS.  
No hay  
s ya hecho,

proverbo;

Mejor de lo que pensais.  
HIMENEO.

Yo digo, pues que así es,

hermanos  
Y hagamos nos las obras.

MARQUÉS.  
¿Queréis vos?  
FEBEA.  
Soy muy contenta.  
MARQUÉS.

Dad acá.  
ELISO.  
Gracias á Dios.  
BOREAS.  
Sí, pues que hace por nos  
En sacarnos de esta afrenta.

MARQUÉS.  
Pues veamos  
Qué será bien que hagamos  
HIMENEO.

Para el día de las bodas.  
ELISO.  
Pues antes que aquello sea,

Nos  
A la seña  
FEBEA.  
Por hermanos.

BOREAS.  
Besamos sus piés y manos.  
ELISO.

Tambien al señor marqués  
Ofrecemos el deseo,  
Con perdon de lo pasado.

TURPEDIO.  
Yo tambien, pues que así es,  
Me dó al señor Himeneo  
Por servidor y criado.

FEBEA.  
Mas porque nuestros afanes  
Nos causen cumplida fiesta,  
Casemos á mi Doresta  
Con uno de estos galanes.

MARQUÉS.  
¿Y con quién?

FEBEA.  
Con el mas hombre de bien.

HIMENEO.  
Cada cual lo piensa ser.  
FEBEA.

Por cierto todos lo son.  
MARQUÉS.  
Pues, señora, ¿qué remedio?

FEBEA.  
demon

A Boreas ó i  
TURPEDIO.  
Yo, señores, no la quiero.

BORESTA.  
Malos años para vos.

TURPEDIO.  
Pues voto al cuerpo de Dios...

MARQUÉS.  
Calla, rapaz majadero.

FEBEA.  
No haya mas;  
Toma tu cual mas querrás.

NINENEO.

Yo tomo el cargo, señora,  
De casaros á Doresta  
Si se confia de mí;  
Dejémoslo por ahora:  
Vámonos, que es cosa honesta,  
No nos tome el sol aquí.

MARQUÉS.

Pues adios.

NINENEO.

No quiero nada.

MARQUÉS.

Sí, señor.

NINENEO.

Par Dios no vais.

MARQUÉS.

¿Por qué no?

NINENEO.

Porque vengais  
A conocer mi posada,  
Holgaremos  
Que cantando nos iremos.

MARQUÉS.

Pláceme por vuestro amor,  
Si mi hermana vuestra esposa  
Nos hiciese compañía.

FEBEA.

Soy contenta.

NINENEO.

Pues, señor,  
Cantemos alguna cosa  
Solamente por la vía.

MARQUÉS.

¿Qué diremos?

NINENEO.

De la gloria  
Que siente mi corazón  
Desque venció su pasión.

MARQUÉS.

Decid victoria, victoria;  
Vencedores,  
Cantad victoria en amores.

Victoria, victoria,  
Los mis vencedores,  
Victoria en amores.

Victoria, mis ojos,  
Cantad si llorastes,  
Pues os escapastes  
De tantos enojos;  
De ricos despojos  
Sereis gozadores.  
Victoria en amores.

## LOPE DE RUEDA.

### LA CARATULA, PASO.

#### PERSONAS.

ALAMEDA, *simple.*SALCEDO, *su amo.**Campo solitario.*

ALAMEDA.

¿Acá está vuesa merced, señor mosamo?

SALCEDO.

Aquí estoy; ¿tú no lo ves?

ALAMEDA.

Pardiez, señor, á no toparos, que no le pudiera encontrar aunque echara mas vueltas que un podenco cuando se viene á acostar.

SALCEDO.

Por cierto, Alameda, que es negocio ese que no se puede creer facilmente.

ALAMEDA.

A no creerme dijera que no estábades en vuestro juicio, pues á fe que vengo á tratar con vuesa merced un negocio, que me va mucho en mi conciencia, si acaso me tiene cilicio.

SALCEDO.

Silencio querrás decir.

ALAMEDA.

Sí, silencio será, pienso que...

SALCEDO.

Pues dí lo que quieres, que el lugar harto apartado es, si ha de haber silencio ó cosa de secreto.

ALAMEDA.

¿Hay quien nos pueda oír por aquí? Mírelo bien, porque es cosa de grande secreto, y en topetando que le topete, luego le conocerá vuesa merced como si se lo dijieran al oído.

SALCEDO.

Que te creo sin falta.

ALAMEDA.

¿Pues no m'había de creer siendo nieto de pastelero?

SALCEDO.

¿Qué hay? acabemos.

ALAMEDA.

Hable quedo.

SALCEDO.

¿Qué aguardas?

ALAMEDA.

Mas quedo.

SALCEDO.

Dí lo que has de decir.

ALAMEDA.

¿Hay quien nos escuche?

SALCEDO.

¿No te habemos dicho que no?

ALAMEDA.

Sabed que me he hallado una cosa con que podré ser hombre, de Dios en ayuso.

SALCEDO.

¿Cosa de hallar, Alameda? Tu compañero quiero ser.

ALAMEDA.

No, no; solo me lo hallé, solo me lo quiero gozar, si la fortuna no me es adversa.

SALCEDO.

Amuestra qué te has hallado, enséñanoslo.

ALAMEDA.

¿Ha visto vuesa merced un cernícalo?

SALCEDO.

Sí, muy bien.

ALAMEDA.

Pues mayor es mi hallazgo con mas de veinte y cinco maravedís.

SALCEDO.

¿Es posible? amuestra, á ver.

ALAMEDA.

Ni sé si la venda, ni sé si lampeñe.

SALCEDO.

Amuestra.

ALAMEDA.

A paso, á paso, mírela tantico.

SALCEDO.

¿Oh desventurado de mí! ¿que todo eso era tu hallazgo?

ALAMEDA.

¿Cómo? ¿no's bueno? Pues sepa vuesa merced que viniendo del monte por leña, me la encontré junto al vallado del corralejo este diablo de hilosomía. ¿Y adónde nacen estas, si sabe vuesa merced?

SALCEDO.

Hermano Alameda, no sé qué te diga, sino que fuera mejor que se te cayeran las pestañas de los ojos antes que te aconteciera una desdicha tan grande.

ALAMEDA.

¿Desdicha es hallarse el hombre una pieza como esta?

SALCEDO.

¿Y cómo si es desdicha? No quisiera estar en tu piel por todo el tesoro de Venecia. ¿Tú conoces este pecador?

ALAMEDA.

¿Pecador es este?

SALCEDO.

Dime, Alameda, ¿no tienes noticia del santero que desollaron los ladrones la cara por roballo, Diego Sanchez?

ALAMEDA.

¿Diego Sanchez?

SALCEDO.

Sí, Diego Sanchez; no me puedesegar que no sea este.

ALAMEDA.

¿Qu'est'es Diego Sanchez? ¿Oh desdichada de la madre

que me parió! ¿Pues cómo no m'encótró Dios con unas argüenas de pan, y no con una cara de un desollado? Ce, Diego Sanchez, Diego Sanchez; no, no pienso que responderá por mas voces que le den. Y diga, señor, ¿qué se hicieron de los ladrones? ¿halláronlos?

SALCEDO.

No los han hallado; pero sábetelo, hermano Alameda, que anda la justicia muerta por saber quién son los delincuentes.

ALAMEDA.

Y por dicha, señor, ¿soy yo agora el delincuente?

SALCEDO.

Si, hermano.

ALAMEDA.

¿Pues qué me harán si me cogen?

SALCEDO.

El menor mal que te harán (cuando muy misericordiosamente se hayan contigo) será ahorcarte.

ALAMEDA.

Ahorcarme, y después echarme han á galeras, y mas yo que soy algo abogadizo de la garganta; y así por averiguado tengo, señor, que si me ahorcasen, se me quitaría la gana del comer.

SALCEDO.

Lo que yo te doy por consejo, hermano Alameda, es que luego te vayas á la ermita de Sant Anton, y te hagas santero así como lo era el otro cuitado, y de este arte la justicia no te hará mal ninguno.

ALAMEDA.

Y dígame, señor, ¿cuánto me costará una tablilla y campanilla como aquella de aquel desdichado?

SALCEDO.

No es menester hacella de nuevo, que la del pasado santero anda vendiendo el pregonero de la villa, y se la podrás comprar; mas de una cosa tengo miedo.

ALAMEDA.

Yo de mas de doscientas. ¿Y es la suya de qué?

SALCEDO.

Que estando solo en la ermita, te podría asombrar alguna noche el espíritu de aquel cuitadillo; pero mas vale que te asombre á ti, que no que asombres tú á otros colgado del pescuezo como podenco en barbacana.

ALAMEDA.

Y mas yo, qu'en apretándome la nuez un poco no puedo resollar.

SALCEDO.

Pues, hermano, anda presto, porque si te tardas, podría ser que topases la justicia.

ALAMEDA.

¿Y qué se ha de hacer de aquesta filomancia, ó qué es?

SALCEDO.

Esta, déjala estar, no te topen con ella.

ALAMEDA.

Pues yo me voy, ruegue á Dios que me haga buen santero; hora, sus, quedad norabuena, señor Diego Sanchez.

SALCEDO.

Agora menester será, pues le he hecho encreyente á este animalazo que está carátula es el rostro de Diego Sanchez, de hacelle una burla sobre ella, y es que yo me quiero ir á apañar con una sabana lo mejor y mas artificioosamente que pueda, y le saldre al encuentro, fingiendo que soy el espíritu de Diego Sanchez, y vereis qué burla tan concertada será esta. Sus, voilo á poner por obra.

(*Bosque. Entrase Salcedo, y sale Alameda, simple, vestido como de santero, con una lumbre en la mano y una campanilla.*)

ALAMEDA.

Para la lámpara del aceite, señores. Trabajosísima cosa es el hombre santero, que nunca se mantiene sino de mendrugos de pan; que no parezco sino gozque de cone-

jero, que lo matan de hambre porque cace mejor á sabor; y mas que los gozques que solia tener por amigos, como me ven con este traje me han desconocido; y como ven que de puerta en puerta ando pidiendo, y les recojo los mendrugos de pan que ellos solian tener por principal mantenimiento, así se vienen á mí las bocas abiertas, como el cuquillo á las mariposas; y lo peor de todo es que no se menea un mosquito en la ermita, cuando luego pienso que es el álima del santero desollado, y no tengo otro remedio sino, en sintiendo algo, capuzarme la cabeza debajo la ropa, que no parezco sino olla de arroz que la tapan porque no se le salga la sustancia della. Dios me despene por quien él es. Amén.

SALCEDO.

Alameda.

ALAMEDA.

¡Ay! llamado me han. ¿Hay quien dé por Dios para la lámpara del aceite?

SALCEDO.

Alameda.

ALAMEDA.

Ya son dos Alamedas. Alameda y en mitad del monte, no es por mi bien. Dios sea conmigo.

SALCEDO.

Alameda.

ALAMEDA.

El Espíritu Santo consolador sea conmigo y contigo. Amén. Quizás será alguno que me quiera dar limosna.

SALCEDO.

Alameda.

ALAMEDA.

Así, así, mucho Alameda, Alameda, y después que-brarme han el ojo con una blanca.

SALCEDO.

Alonso de Alameda.

ALAMEDA.

Alonso y todo; ya me saben el nombre de pila, no es por bien esto; quiero preguntar que quién es, con dolor de mi corazón. ¿Quién sois?

SALCEDO.

¿No me conoces en la voz?

ALAMEDA.

¿Yo en la voz? ni aun querría; no os conozco si no os viese la cara.

SALCEDO.

¿Conociste á Diego Sanchez?

ALAMEDA.

El es, él es; mas podrá ser que no sea él, sino otro. Señor, conocí siete ú ocho en esta vida.

SALCEDO.

¿Pues cómo no conoces á mí?

ALAMEDA.

¿Sois vos alguno dellos?

SALCEDO.

Si soy; porque antes que me desollasen la cara...

ALAMEDA.

El desollado es, el desollado es; Dios sea con mi álima.

SALCEDO.

Porque me conozcas me quiero mostrar á ti.

ALAMEDA.

¿A mí? Yo os lo perdono; mas, señor Diego Sanchez, aguarde que pase por el camino otro que le conozca mejor que yo.

SALCEDO.

A ti soy enviado.

ALAMEDA.

¿A mí, señor Diego Sanchez? Por amor de Dios, yo me doy por vencido, y me pesa de buen corazón y de mala voluntad.

SALCEDO.

¿Qué dices?



ALAMEDA.

Estoy turbado, señor.

SALCEDO.

¿Conócesme agora?

ALAMEDA.

Ta, ta, ta; sí, señor; ta, ta, ta; ya le conozco.

SALCEDO.

¿Quién soy yo?

ALAMEDA.

Si no m'engaña, sois el santero que le desollaron la cara por roballe.

SALCEDO.

Sí soy.

ALAMEDA.

Pluguiera á Dios que nunca lo fuéradés. ¿Y no teneis cara?

SALCEDO.

Denantes solia tener cara, aunque agora la tengo pegadiza por mis pecados.

ALAMEDA.

¿Pues qué quiere agora, señor, su merced Diego Sanchez?

SALCEDO.

¿Dónde están las notomías de los muertos?

ALAMEDA.

A las sepulturas me envía. ¿Y comen allá, señor Diego Sanchez?

SALCEDO.

Sí; ¿por qué lo dices?

ALAMEDA.

¿Y qué comen?

SALCEDO.

Lechugas cocidas, y raíces de malvas.

ALAMEDA.

Bellaco manjar es ese por cierto. ¿Qué de purgados debe de haber allá! ¿Y por qué me quereis llevar con vos?

SALCEDO.

Porque sin mi licencia os posistes mis ropas.

ALAMEDA.

Tómelas, tómelas, y lléveselas, que no las quiero.

SALCEDO.

Vos propio habeis de venir, y si diéredes el descargo que convenga, dejaros han que volvais.

ALAMEDA.

¿Y si no?

SALCEDO.

Quedaros heis con las notomías en las cisternas viejas. Mas resta otra cosa.

ALAMEDA.

¿Qué es, señor?

SALCEDO.

Habeis de saber que aquellos que me desollaron me echaron en un arroyo.

ALAMEDA.

Fresco estaria allí su magnificencia.

SALCEDO.

Y es menester que al punto de la media noche vais al arroyo, y saqueis mi cuerpo y le lleveis al cimiterio de Sant Gil, que está al cabo de la villa, y allí junto digais á grandes voces: Diego Sanchez.

ALAMEDA.

Y diga, señor, ¿tengo d'ir luego?

SALCEDO.

Luego, luego.

ALAMEDA.

Pues, señor Diego Sanchez, ¿no será mejor que vaya á casa por un borrico en que vaya caballero su cuerpo?

SALCEDO.

Sí, aguja presto.

ALAMEDA.

Luego torno.

SALCEDO.

Anda, que aquí os aguardo.

ALAMEDA.

Dígame, señor Diego Sanchez, ¿cuánto hay de aquí al día del juicio?

SALCEDO.

Dios lo sabe.

ALAMEDA.

Pues hasta que lo sepais vos podeis aguardar.

SALCEDO.

Venid presto.

ALAMEDA.

No comais hasta que venga.

SALCEDO.

¿Ansí? aguarda, pues.

ALAMEDA.

Válame sancta María. Dios sea conmigo, que me viene siguiendo.

## EL RUFIAN COBARDE, PASO.

## PERSONAS.

SIGUENZA, *lacayo*.  
SEBASTIANA, *mundana*.

ESTEPA, *lacayo*.

*Calle.*

## SIGUENZA, SEBASTIANA.

SIGUENZA.

Pasa delante, señora Sebastiana, y cuéntame por estenso, sin poner ni quitar tilde, del arte que te pasó con esa piltraca disoluta, amiga dese antuviador de Estepa, que yo te la pondré de suerte que tengan que contar nascidos y por nascer de lo que en la venganza por tu servicio hiciere.

SEBASTIANA.

Que no, sino cuál hinchiría su cántaro primero á la fuente, venimos á palabras y á las manos, y habiéndome rompido una toca...

SIGUENZA.

¡Ah, pese á la puta! ¿por qué no me hallé presente?

SEBASTIANA.

Me llamó de bordonera, piquera, y que su gervilla valia mas que todo mi linaje.

SIGUENZA.

¡Ah putañona! como si yo no supiese que su madre fué una segunda Celestina.

SEBASTIANA.

Y amenazándola yo contigo, me dijo: váyase el ladrón desorejado...

SIGUENZA.

Qué, ¿tal osó decir? ¡ah Dios! ¿y cómo no se hunde la tierra?

SEBASTIANA.

Que si no se huyera de la cárcel, como se huyó, le hicieran escribano real, y le pusieran en la mano una péndola de veinte y cinco palmos.

SIGUENZA.

Tomay, si sabe de metáforas la poltronaza.

SEBASTIANA.

Y otras veinte bellaquerías que por no darte enojo dejaré de decir, amigo Sigüenza.

SIGUENZA.

Ya, ya, no me digas mas. ¡Ladrón desorejado! ¿y de dónde le han nascido alas á esa lendrosilla? Déjame con ella. Pero quien viere un hombre como yo tomarse con una gallina, ¿qué dirá, habiendo conquistado los campos en Italia que todo el mundo sabe?

SEBASTIANA.

La sucia, como te ve con ese becoquin de orejas, y los lados rasos, atrévase a hablar, diciendo que te las cortaron por ladrón.

SIGUENZA.

¡Ah picara! ¿Por ladrón á mí? ¿no sabe Dios y todo el mundo que nunca hombre ganó tanta honra quedando sin orejas como quedé yo?

SEBASTIANA.

Yo te creo; pero dime, señor Sigüenza, ¿cómo te liaron de ellas?

SIGUENZA.

En el año de quinientos y cuarenta y seis, á nueve dias andados del mes de abril (la cual historia se hallará hoy en dia escrita en una tabla de cedro en la casa del ayuntamiento de la isla de Mallorca), habiendo yo desmentido á un coronel natural de Ibiza, y no osándome demandar la injuria por su persona, siete soldados suyos se convocaron á sacarme al campo, los nombres de los cuales eran (Dios les perdone): Campos, Piñeda, Osorio, Cam-puzano, Trillo el Cojo, Perotete el Zurdo, y Janote el Desgarrado; los cinco maté, y los dos tomé á merced.

SEBASTIANA.

¡Válame Dios, qué tan gran hazaña! Mas las orejas, dime, señor, ¿cómo las perdiste?

SIGUENZA.

A eso voy; que viéndome cercado de todos siete, por si acaso viniésemos á las manos no me hiciesen presa en ellas, yo mismo (usando de ardid de guerra) me las arranqué de cuajo, y arrojándoselas á uno que conmigo peleaba, le quebranté once dientes del golpe, y quedó torcido el pescuezo, donde al catorceno dia murió, sin que médico ninguno le pudiese dar remedio.

SEBASTIANA.

¡Válame Dios, qué golpe tan cruel! qué fuera si le dieras con piedra ó con otra cosa semejante, cuando con tus orejas tal le paraste; ¡mas cómo dice aquella pulga que anduviste no sé qué tiempo en las galeras por ladrón?

SIGUENZA.

¡Ladrón? ¡Ah! putilla, putilla, azotada tres veces por la feria de Medina del Campo, llevando la delantera su amigo, ó rufián por mejor decir, Estepa. ¡Ah! Estepilla, Estepilla, ¿no vendrían á tus orejas semejantes palabras para volver por esa andrajosa y vengar este mi airado corazón?

SEBASTIANA.

¡Ello es así que fuiste en galera?

SIGUENZA.

Es la verdad que anduve en la galera bastarda contra mi voluntad no sé qué años; mas mirad qué va de ladrón á hombre vividor.

SEBASTIANA.

¿Qué llamais vividor, señor Sigüenza?

SIGUENZA.

¡No te parece que es harta buena manera de vivir salirse el hombre á la plaza de mañana, y volverse antes de mediodia con la bolsa llena de reales sin ser mercader ni tener oficio?

SEBASTIANA.

Harto bueno es aqueso.

SIGUENZA.

Catay pues por qué afrontan á un hombre de honra, y le hacen semejante injusticias, con usar mi oficio tan

limpiamente como todos cuantos hombres de mi arte lo pueden usar, y aun por ventura un poco mejor.

SEBASTIANA.

¿Cómo limpiamente?

SIGUENZA.

¿No te parece que es harta limpieza y destreza de manos traer cuatro ó cinco bolsas y faltriqueras á casa sin comprar el cuero de que son hechas, y vaciar las tripas en mi poder?

SEBASTIANA.

Oye, que Estepa viene.

SIGUENZA.

Por tu vida ten, tenme esta espada.

SEBASTIANA.

¿Para qué?

SIGUENZA.

Tenla tú y calla, que estos son unos nuevos términos que tengo yo en reñir.

ESTEPA.

¡Ah Sigüencilla! ¿parécete bien de blasonar de quien vale mas que tu linaje, ni poner lengua tras de ninguno?

SIGUENZA.

Yo, señor Estepa, ¿qué blasoné?

ESTEPA.

Agradescas que estás sin espada.

SEBASTIANA.

Tómala, Sigüenza.

SIGUENZA.

Quitámela delante, diablo, que yo la tomaré cuando menester sea.

ESTEPA.

Di, bellaco: ¿no te parece que esa tu mujercilla no es bastante para descalar el chapin de la mia?

SIGUENZA.

Espérese, señor, certificarme he de ello: ¿es verdad lo que dice el señor Estepa, Sebastiana?

SEBASTIANA.

¿Pues no será, si en mi vida la he visto traer chapines?

ESTEPA.

Dejémonos de gracias, doña bruta, andrajo de paramento; y vos, don ladron, tomá vuestra espada.

SIGUENZA.

Que no es mia, señor, que un amigo me la dejó con condicion que no riñese con ella.

ESTEPA.

Pues desdeciros, como á cobarde que sois, de lo que dijisteis delante de vuestra amiga.

SIGUENZA.

¿De qué, señor?

ESTEPA.

De que me habian azotado en Medina del Campo, siendo la mayor mentira del mundo.

SIGUENZA.

Desdecirme, no, no; no me parece cosa suficiente: ¿qué es de la espada?

SEBASTIANA.

Hela.

SIGUENZA.

Quitála de ahí no la vea, que mejor será que me desdiga.

ESTEPA.

Acaba, ladron azotado.

SIGUENZA.

¿Ladron azotado? Sus, perdóneme, que no me quiero desdecir.

ESTEPA.

¿No? pues aguarda.

SIGUENZA.

Téngase, señor, que yo me desdiré; pero ha de ser con toda mi honra, si á vuestra merced le placiere.

ESTEPA.

¿De qué suerte? Veamos.

SIGUENZA.

¡Esta: que es muy gran verdad lo que dije como un grandísimo tacaño, y que estaba borracho y fuera de mi seso; no hay mas que tratar.

ESTEPA.

Pues mas habeis de hacer.

SIGUENZA.

Haré cuanto vuesa merced mandare.

ESTEPA.

Que me deis la espada.

SIGUENZA.

¿Cómo daré lo que no es mio, señor?

ESTEPA.

Digo que me la habeis de dar.

SIGUENZA.

Dádsela, señora Sebastiana, por amor de Dios.

ESTEPA.

Espera, que por fin y remate habeis de recibir de la mano de vuestra amiga tres pasagonzalos en esas narices bien pegados.

SIGUENZA.

Señor, por amor de Dios, si puede ser, no sean pasagonzalos, sean pasarodrigos.

ESTEPA.

Sus, arrodillaos, porque mas devotamenté los recibais.

SIGUENZA.

Ya estoy, señor, arrodillado, haga de mí lo que se le antojare.

ESTEPA.

Ea, dueña, ¿qué aguardais? Dale recio.

SIGUENZA.

¡Oh! pésete á quien me vistió esta mañana.

ESTEPA.

Tené tieso ese pescuezo.

SIGUENZA.

Señora Sebastiana, *miserere mei*: pasito, no tan recio.

ESTEPA.

Bien está, dejadlo para quien es, venios conmigo.

SIGUENZA.

La moza se me lleva. ¡Ah, Sigüenza, Sigüenza! Igual fuera no desdecirte, y reñir de bueno á bueno con este Estepilla, y no quedaras sin honra y despojado de moza, y harto de pasarodrigos. ¡Ay narices mías, que han me duelen! Sus, en seguimiento me voy de mi Sebastiana.

## EUFEMIA, COMEDIA.

## PERSONAS.

LEONARDO, *gentil hombre.*  
 EUFEMIA, *su hermana.*  
 VALIANO, *señor de baronías.*  
 CRISTINA, *criada.*  
 JIMENA DE PEÑALOSA, *vieja.*  
 MELCHOR ORTIZ, *simple.*  
 PAULO, *anciano criado.*

VALLEJO, *lacayo.*  
 POLO, *lacayo.*  
 EULALIA, *negra.*  
 GRIMALDO, *paje.*  
 ANA, *jitana.*  
 ACOMPAÑAMIENTO.

## ACTO PRIMERO.

## ESCENA PRIMERA.

*Sala en casa de Leonardo.*

LEONARDO, MELCHOR.

LEONARDO.

Larga, y en demasiada manera, me ha parecido la pasada noche; no sé si fué la ocasion el cuidado con que de madrugar me acosté; sin duda debe ser así. Porque buen rato ha que Eufemia, mi querida hermana, con sus criadas siento hablar, que con el mismo pensamiento se fué á dormir, entendiendo de mí que no me pudo apartar de hacer esta jornada. Vereis que no sé si habrá tampoco hecho Melchor lo que anoche le dejé encomendado. Melchor, ¡ah! Melchor.

MELCHOR.

Aprieta, aprieta, que se entran los moros por la villa. Henchí en mal punto el ringlon, si quereis que responda.

LEONARDO.

Melchor. Válgale el diablo á este asno; ¿y dónde está que no me oye?

MELCHOR.

Dizque no oigo: pardiez que si yo quisiese, antes que me llamase tengo oído. Mas que monta, que tambien trato yo de mis intereses como cualquiera hombre de honra. A ese Melchor échele un soportativo, y verá cuán recio só con él.

LEONARDO.

Superlativo quieres decir, badajo.

MELCHOR.

Sí, señor. ¿Pues por qué nos barajamos ellotro día Jimena de Peñalosa é yo?

LEONARDO.

No me acuerdo.

MELCHOR.

¿No se acuerda que nos medio apuñeteamos porque me dijo en mis barbas que era mejor alcurnia la de los Peñalosas que los Ortices?

LEONARDO.

Parece que me voy acordando ya.

MELCHOR.

¡Ah! gloria á Dios. Pues aqueso Melchor aguátele con alguna cosita al principio porque no vaya á secas, y verá lo que pasa.

LEONARDO.

Ah, señor Melchor Ortiz.

MELCHOR.

Agora soy contento. ¿Qué manda vuesa merced?

LEONARDO.

¡Oh, mal os haga Dios! qué, ¿tantos términos habemos de tener para que salgais?

MELCHOR.

Que no lo hago en mi álima, sino porque sienta esta mala vieja que soy honrado en la boca de vuesa merced. ¿Que para mi contento con un oyes me sobra tanto como la mar.

LEONARDO.

¿Pues qué se le da á ella de todo aqueso?

MELCHOR.

Que dice ella que es mejor que mi madre, con no haber hombre ni mujer en todo mi pueblo que en abriendo la boca no diga mas bien de ella que las abejas del oso.

LEONARDO.

Aqueso, de bien quista debe ser.

MELCHOR.

¿Pues de qué? En verdad, señor, que no se ha hallado tras della tan sola una macula.

LEONARDO.

Macula querrás decir.

MELCHOR.

Mujer que todo el mundo la alaba. ¿No es harto, señor?

LEONARDO.

Pues no sé qué se dice por ahí de sus tramas.

MELCHOR.

No hay que decir. ¿Qué pueden decir? que era un poco ladrona, como Dios y todo el mundo sabe, y algo deshonesto de su cuerpo: lo demás no fuera ella... ¿Cómo llaman aquestas de cuero que hinchen de vino, señor?

LEONARDO.

Bota.

MELCHOR.

¿No le sabe vuesa merced otro nombre?

LEONARDO.

Borracha.

MELCHOR.

Aqueso tenia tambien, que en esotro así podian fiar de ella oro sin cuento, como á una gata parida una vara de longanizas, ó de mi una olla de puchas, que todo lo ponía en cobro.

LEONARDO.

Eso es cuanto á la madre. ¿Y tu padre era oficial?

MELCHOR.

Señor, miembro dizque era de justicia en Constantina de la Sierra.

**LEONARDO.**  
¿Qué fué?

**MELCHOR.**  
Miente vuesa merced los cargos de un pueblo.

**LEONARDO.**  
Corregidor.

**MELCHOR.**  
Mas bajo.

**LEONARDO.**  
Alguacil.

**MELCHOR.**  
No era para alguacil, que era tuerto.

**LEONARDO.**  
Porqueron.

**MELCHOR.**  
No valia nada para correr, que le habian cortado un pié por justicia.

**LEONARDO.**  
Escribano.

**MELCHOR.**  
En todo nuestro linaje no hubo hombre que supiese leer.

**LEONARDO.**  
¿Pues qué oficio era el suyo?

**MELCHOR.**  
¿Como los llaman á aqueos que de un hombre hacen cuatro?

**LEONARDO.**  
Bochines.

**MELCHOR.**  
Así, así, bochin, bochin, y perrero mayor de Constantina de la Sierra.

**LEONARDO.**  
Por cierto que sois hijo de honrado padre.

**MELCHOR.**  
Pues ¿cómo dice la señora Peñalosa que puede ella vivir con mi zapato, siendo todos hijos de Adrian y Esclavan.

**LEONARDO.**  
Calla un poco, que tu señora sale, y éntrate.

**ESCENA II.****LEONARDO, EUFEMIA.****EUFEMIA.**

¿Qué madrugada ha sido esta, Leonardo, mi querido hermano?

**LEONARDO.**

Carisima Eufemia, querria, si Dios de ello fuere servido, comenzar hoy mi viaje y encaminarme á aquellas partes que servido fuere.

**EUFEMIA.**

Qué, ¿todavía estás determinado de caminar sin saber á dó? Cruel cosa es esta. Mi hermano eres, pero no te entiendo. ¿Ay sin ventura! que cuando á pensar me pongo tu determinacion y firme propósito, la muerte de nuestros carisimos padres se me representa. ¿Ay hermano! acordarte debrias que al tiempo que tu padre é mio murió, cuánto á ti del quedé encomendada, por ser mujer y menor que tú. No hagas tal, hermano Leonardo; ten piedad de aquesta hermana desconsolada, que á ti con justísimas plegarias se encomienda.

**LEONARDO.**

Cara y amada Eufemia, no procures estorbar con tus piadosas lágrimas lo que tantos dias ha que tengo determinado, de lo cual sola la muerte seria parte para estorballo. Lo que suplicarte se me ofresce es que hagas aquello que las virtuosas y sabias doncellas, que del amparo paterno han sido desposeídas y apartadas, suelen hacer; no tengo mas que avisarte, sino que do quiera

que me hallare, serás á menudo con mis letras visitada. Y por agora en tanto que yo me llevo á oír misa, harás á ese mozo que entienda en lo que anoche le dejé mandado.

**EUFEMIA.**

Ve, hermano, en buen hora, y en tus oraciones pide á Dios que me preste aquel sufrimiento que para soportar tu ausencia me será conveniente.

**LEONARDO.**

Así lo haré: queda con Dios.

**ESCENA III.****EUFEMIA, MELCHOR.****EUFEMIA.**

Ortiz, Melchor Ortiz.

**MELCHOR.**

Señora. Tomado lo han á destajo esta mañana.

**EUFEMIA.**

Sal aquí, que eres de menester.

**MELCHOR.**

Ya, ya, no me digais mas, que ya voy atinando lo que me quiere.

**EUFEMIA.**

Pues si lo sabeis, hacedlo y despachá, que vuestro señor es ido á oír misa, y será presto de vuelta.

**MELCHOR.**

No sé por dónde me lo comience.

**EUFEMIA.**

Con tal que se haga todo, comenzá por do querreis.

**MELCHOR.**

Ora, sus, ya voy en el nombre de Dios. ¿Mas sabe vuesa merced qué querria yo?

**EUFEMIA.**

No, si no lo dices.

**MELCHOR.**

Saber á lo que vó, ó á qué.

**EUFEMIA.**

¿Qué te mandó tu señor anoche antes que se fuese á acostar? Oíslo, Jimena de Peñalosa.

**ESCENA IV.****EUFEMIA, MELCHOR, JIMENA.****JIMENA.**

Mi ánima, entrañas de quien bien os quiere. ¿Ay! si he podido dormir una hora en toda esta noche.

**EUFEMIA.**

¿Y de qué, ama?

**JIMENA.**

Mosquitos, que en mi conciencia unas herroñadas pegan, que mal año para abejon.

**MELCHOR.**

Debe dormir la señora abierta la boca.

**JIMENA.**

Si duermo ó no, ¿qué le va al gesto de renacuajo?

**MELCHOR.**

¿Cómo quiere la señora que no se peguen á ella los mosquitos, si de ocho dias que tiene la semana se echa los nueve hecha cuba?

**JIMENA.**

¿Ay! señora, ¿parésecele á vuesa merced que se ha dejado decir ese cucharón de comer gachas en mitad de mi cara? ¿Ay! plegue á Dios que en agraz te vaya.

**MELCHOR.**

¿En agraz! A lo menos no la podrán comprender á la señora esas maldiciones, aunque me perdone.

**JIMENA.**

¿Por qué, molde de bodeques?

MELCHOR.

¿Cómo se puede la señora chapa de palmito ir en agraz, si á la continua está hecha uva?

JIMENA.

Aosadas, don mostrenco, si no me lo pagáredes.

MELCHOR.

Pase adelante la cara de mula que tiene torozon.

JIMENA.

¡Ay! señora, déjeme vuesa merced llegar á ese pailon de cocer meloja. ¿Qué le parece cual me para el aguja de ensartar matalates? ¿Paramento de bodegon! allega, allega, canton de encrucijada, aparejo para cazar abejarrucos.

EUFEMIA.

Paso, paso, ¿qué es esto? No ha de haber mas crianza siquiera por quien teneis delante?

**ESCENA V.**

CRISTINA Y DICHOS.

CRISTINA.

¡Ay! señora, ¿y no hay un palo para este lechonazo? Por mi salud si no parece que anda acá fuera algun juego de cañas segun el estruendo.

EUFEMIA.

En verdad que parecen contino, estando juntos, gato y perro.

CRISTINA.

Haria mejor, á buena fe, ese señor Ortiz, de mirar por aquel cuartago, que tres días ha no se le cae la silla de encima.

MELCHOR.

Mas me maravillo, hermana Cristina, de lo que dices. ¿Cómo demonio se le ha de caer, si está con la gurupera y con entrambas á dos las cinchas engarrotadas?

EUFEMIA.

Librada sea yo del que arriedro vaya. ¿Parécete que es bien estar el cuartago sin quitar la silla tres días ha? Ved con qué alientos estará para hacer jornada.

JIMENA.

Los recados del señor.

MELCHOR.

¿Qué recados? Si yo no le tuviera tan buena voluntad, ¿dejarlo estar así?

CRISTINA.

¿Y parécete á ti que procede de buen querer dejalle con la silla tres días?

MELCHOR.

Pardiez, hermana Cristina, que la verdad que te diga yo no le dé dormir vestido, sino porque se alegrase con la silla y freno nuevo que tiene. Otro peor mal no tuviese, que esotro bien le pasaria.

EUFEMIA.

¡Ay amarga! ¿y qué?

MELCHOR.

Que desde que señor vino anteyer del alquería, mal-dito el grano de cebada que ha probado, de todos cuantos pienso le he puesto.

EUFEMIA.

¡Jesus! Dios sea conmigo: ¿pues agora lo dices? Corre, Cristina, mira si es verdad lo que este dice.

MELCHOR.

Verdad, señora, así como yo soy hijo de Gabriel Ortiz e Arias Carrasco, verdugo y perrero mayor de Constantina de la Sierra.

JIMENA.

Honrados dictados tenia el señor vuestro padre.

MELCHOR.

Tal me haga á mí Dios, amén.

EUFEMIA.

Harto bien te desear por cierto.

MELCHOR.

Señora, no se engañe vuesa merced, que en aborreciendo mi padre á cualquiera, no hablaba mas el juez en ello que si nunca hubiera tocado en él.

CRISTINA.

¡Ay, señora, qué desventura tan grande! Mire vuesa merced cómo habia de comer el rocín con freno y todo en la boca.

EUFEMIA.

¿Con freno?

MELCHOR.

Sí, señora, el freno, el freno.

EUFEMIA.

¿Pues con el freno le has dejado, traidor?

MELCHOR.

¿Pues he de ser yo adivinador, ó vengo yo de casa para ser tan mal criado como aqueso?

EUFEMIA.

¿Pues qué mala crianza era desenfrenar un rocín?

MELCHOR.

Si le enfrenó nostramo, ¿parécete qu'era limite de buen crianza, y diera buena cuenta de mí en deshacer lo que señor habia hecho?

JIMENA.

La retórica como la quisiéredes, que respuesta no ha de faltar.

MELCHOR.

¿Retórica? ¿Sabe que la mamé en la leche?

EUFEMIA.

¿Tan sabia era su madre del señor?

MELCHOR.

Pardiez, señora, las noches por la mayor parte en levantándose de la mesa, no habia pega ni tordo en gavia que tanto chirliase.

CRISTINA.

Ay, señora, éntrese vuesa merced; remediarse ha lo que se pudiere, que ya mi señor dara vuelta y guerra luego partir.

EUFEMIA.

Bien has dicho, entremos.

JIMENA.

Pase delante el de los buenos recados.

MELCHOR.

Vais ella, la de las buenas veces.

**ACTO SEGUNDO.****ESCENA PRIMERA.**

Calle.

POLO, VALLEJO.

POLO.

A buen tiempo vengo, que ninguno de los que quedaron de venir han allegado; pero ¿qué aprovecha, si yo por cumplir con la honra de este desesperado de Vallejo he madrugado antes de la hora que limitamos? ¿Catá que es cosa bazonosa la deste hombre, que ningun día hay en toda la semana que no pone los lacayos de casa ó partellos en revuelta. ¡Mira hora porqué diablos se envolvió con Grimaldicos el paje del capiscol, siendo uno de los honrados mozos que hay en el pueblo. Hora yo tengo de ver cuánto tira su barra, y á cuánto alcanza su ánimo, pues presume de tan valiente.

VALLEJO.

¿Tal se ha de sufrir en el mundo? ¿Cómo puede pasar una cosa como esta, y mas estando á la puerta de la Seo, donde tanta gente del lustre se suele llegar? ¿Hay tal cosa, que un rapaz descaradillo que ayer nació se me quiera venir á las barbas, y que me dirán á mí los lacayos de mi amo que calle por ser el capiscol su señor amigo de quien á mí me da de comer? Así podría yo andar desnudo eir de aquí á Jerusalem los piés descalzados y con un sapo en la boca atravesado en los dientes, que tal negocio dejase de castigar. Aca está mi compañero. ¡Ah! mi señor Polo, ¿acaso ha venido alguno de aquellos hombrechillos?

POLO.

No he visto ninguno.

VALLEJO.

Bien está, señor Polo, la merced que se me ha de hacer es que aunque vea copia de gente, dobleis vuestra capa y os asenteis encima, y tengais cuenta en los términos que llevo en mis pendencias, y si viéredes algunos muertos á mis piés (que no podra ser menos, placiendo á la majestad divina), el ojo á la justicia en tanto que yo me doy escape.

POLO.

¿Cómo? ¿Qué tanto pecó aquel pobre mozo que os habeis querido poner en necesidad á vos y á vuestros amigos?

VALLEJO.

¿Mas quiere vuesa merced, señor Polo? Sino que llevando el rapaz la falda al capiscol su amo, al dar la vuelta tocarme con la contera en la faja de la capa de la librea. ¿A quién se le hubiera hecho semejante afrenta que no tuviera ya docena y media de hombres puestos á hacer carne momia?

POLO.

¿Por tan poca ocasion? ¡válame Dios!

VALLEJO.

¿Poca ocasion os parece retirarse después en la cara como quien hace escarnio?

POLO.

Pues de verdad que es Grimaldicos honrado mozo, y que me maravillo hacer tal cosa; pero él vendrá y dará su descargo, y vos, señor, le perdonareis.

VALLEJO.

¿Tal decis, señor Polo? Mas me pesa que sois mi amigo, por dejaros decir semejante palabra. Si aqueste negocio yo agora perdonase, decime vos, ¿cuál quereis que escute?

POLO.

Hablad paso, que veisle aquí dó viene.

## ESCENA II.

POLO, VALLEJO, GRIMALDO.

GRIMALDO.

Ea, gentiles hombres, tiempo es agora que se eche este negocio á una baula.

POLO.

Aquí estaba rogando al señor Vallejo que no pasase adelante este negocio; y halo tomado tan á pechos que no basta razon con él.

GRIMALDO.

Hágase vuesa merced á una parte, y veamos para cuánto es esa gallinilla.

POLO.

Hora, señores, oíganme una razon, y es que yo me quiero poner de por medio; veamos si me harán tan señalada merced los dos que no riñan por agora.

VALLEJO.

Así me podrian poner delante todas las piezas de artillería que están por defensa en todas las fronteras de Asia,

Africa y Europa, con el serpentino de bronce que en Cartagena está desterrado por su demasiada soberbia, y que volviesen agora á resucitar las lombardas de hierro colado con que aquel cristianísimo rey don Fernando ganó á Baza, y finalmente aquel tan nombrado galeon de Portugal con toda la canalla que lo rige, viniese, que todo lo que tengo dicho y mentado fuese bastante para mudarme de mi propósito.

POLO.

Por Dios, señor, que me habeis asombrado, y que no estaba aguardando sino cuando habiades de mezclar las galeras del gran turco, con todas las demás que van de levante á poniente.

VALLEJO.

Qué, ¿no las he mezclado? pues yo las doy por embulladas; vengán.

GRIMALDO.

Señor Polo, ¿para qué tanto almacén? Hágase á una banda, y déjeme con ese ladron.

VALLEJO.

¿Quién es ladron, babosillo?

GRIMALDO.

Tú lo eres; ¿hablo yo con otro alguno?

VALLEJO.

¿Tal se ha de sufrir? ¿que se ponga este desbarbadillo conmigo á tú por tú?

GRIMALDO.

Yo, liebre, no he menester barbas para una gallina como tú; antes con las tuyas delante del señor Polo pienso limpiar las suelas de estos mis estivales.

VALLEJO.

¿Las suelas, señor Polo! ¿Qué mas podia decir aquel valerosísimo español Diego García de Paredes?

GRIMALDO.

¿Conocístele tú, palabrero?

VALLEJO.

¿Yo, rapagon? El campo de once á once que se hizo en el Piamonte, ¿quién le acabó sino él y yo?

POLO.

¿Vuesa merced? ¿Y es cierto eso del campo?

VALLEJO.

¿Buena es esa pregunta! y aun unos pocos de hombres que allí sobrraron por estar cansado, ¿quién les acabó las vidas sino aqueste brazo que veis?

POLO.

Pardiez que me parece aquello una cosa señaladísima.

GRIMALDO.

Que miente, señor Polo. Un hombre como Diego García de Paredes, ¿se habia de acompañar con un ladron como tú?

VALLEJO.

¿Ladron era yo entonces, palominillo?

GRIMALDO.

Si entonces no, agora lo eres.

VALLEJO.

¿Cómo lo sabes tú, ansarino nuevo?

GRIMALDO.

¿Cómo? ¿Qué fué aquello que te pasó en Benavente, que está la tierra mas llena dello que de simiente mala?

VALLEJO.

Ya, ya sé qué es eso; á vuesa merced que sabe de negocios de honra, señor Polo, quiero contárselo, que á semejantes pulgas no acostumbro dar satisfecho. Yo, señor, fui á Benavente á un caso de poca estofa, que no era mas sino matar cinco lacayos del conde, porque quiero que lo sepa. Fué porque habian revelado una mujercilla que estaba por mí en casa del padre en Medina del Campo.

POLO.

Toda aquella tierra sé muy bien.

VALLEJO.

Después que ellos fueron enterrados, y yo por mi retraimiento me viese en alguna necesidad, acodiciéme de un manto de un clérigo y unos manteles de casa de un bodegonero donde yo solia comer, y cogióme la justicia, y en justo y en creyente, etc. Y esto es lo que aqueste rapaz está diciendo. Pero agora, ¡fáltame á mí de comer en casa de mi amo para que use yo de aquestos tratos?

GRIMALDO.

Suso, que estoy de prisa.

VALLEJO.

Señor Polo, añójeme vuesa merced un poco aquestas ligagambas.

POLO.

Aguarde un poco, señor Grimaldo.

VALLEJO.

Agora apriéteme aquesta estringa del lado de la espada.

POLO.

¿Está agora bien?

VALLEJO.

Agora méteme una nómina que hallará al lado del corazón.

POLO.

No hallo ninguna.

VALLEJO.

¿Qué? ¿no traigo una nómina?

POLO.

No por cierto.

VALLEJO.

Lo mejor me he olvidado en casa debajo de la cabecera del almohada, y no puedo reñir sin ella. Espérame aquí, ratoncillo.

GRIMALDO.

Vuelve acá; cobarde.

VALLEJO.

Hora, pues sois porfiado, sabed que os dejara un poco mas con vida si por ella fuera. Déjeme, señor Polo, hacer a ese hombrechillo las preguntas que soy obligado en descargo de mi conciencia.

POLO.

¿Qué le habeis de preguntar? decí.

VALLEJO.

Déjeme vuesa merced hacer lo que debo. ¿Qué tanto ha, golondrinillo, que no te has confesado?

GRIMALDO.

¿Qué parte eres tú para pedirme eso, cortabolsas?

VALLEJO.

Señor Polo, vea vuesa merced si quiere aqueso pobrete mozo que le digan algo á su padre, ó qué misas mande que le digan por su alma.

POLO.

Yo, hermano Vallejo, bien conozco á su padre y madre, quando algo sucediese, y sé su posada.

VALLEJO.

¿Y cómo se llama su padre?

POLO.

¿Qué os va en saber su nombre?

VALLEJO.

Para saber después quién me querrá pedir su muerte.

POLO.

Ea, acabá ya, que es vergüenza; ¿no sabeis que se llama Luis de Grimaldo?

VALLEJO.

¿Luis de Grimaldo?

POLO.

Si, Luis de Grimaldo.

VALLEJO.

¿Qué me cuenta vuesa merced?

POLO.

No mas que aquesto.

VALLEJO.

Pues, señor Polo, tomad aquesta espada, y por de derecho apretá cuanto pudiéredes, que después sea ejecutada en mí esta sentencia, os diré el por qué.

POLO.

Yo, señor, libreme Dios que tal haga, ni quite la quien nunca me ha ofendido.

VALLEJO.

Pues, señor, si vos por serme amigo rehusais, á llamar á un cierto hombre de Piedrahita, á quien muerto por mis propias manos casi la tercera parte generacion, y aqueso como capital enemigo mio v en mi propio su saña.

POLO.

¿A qué efecto?

VALLEJO.

¿A qué efecto, me preguntais? ¿No decís que es de Luis de Grimaldo, alguacil mayor de Lorca?

POLO.

Y no de otro.

VALLEJO.

¿Desventurado de mí! ¿Quién es el que me ha tantas veces de la horca, sino el padre de aqueso llero? Señor Grimaldo, tomad vuestra daga, y vos abrid aqueste pecho, y sacadme el corazón, y abrid medio, y hallareis en él escrito el nombre de vuestro Luis de Grimaldo.

GRIMALDO.

¿Cómo? que no entiendo eso.

VALLEJO.

No quisiera haberos muerto por los santos de Dios toda la soldada que me da mi amo. Vamos de aquí yo quiero gastar lo que de la vida me resta en servicio gentil hombre en recompensa de las palabras que conocer he dicho.

GRIMALDO.

Dejemos aqueso, que yo quedo, hermano Vallejo todo lo que os cumpliere.

VALLEJO.

Sus, vamos, que por el nuevo conocimiento n traremos por casa de Malara el tabernero, que aquí cuatro reales; no quede solo un dinero que todo gaste en servicio de mí mas que señor Grimaldo.

GRIMALDO.

Muchas gracias, hermano; vuestros reales guar para lo que os convenga, que el capiscal mi señor dar la vuelta á casa, y yo estoy siempre para vuestra

VALLEJO.

Señor, como criado menor me puede mandar. Va Dios. ¿Ha visto vuesa merced, señor Polo, el rapaz es entonado?

POLO.

¿A fe que parece mozo de honra. Pero vamos qu' es ¿Quién quedó en guarda de la mula?

VALLEJO.

El lacayuelo quedó. ¿Ah Grimaldico, Grimaldico, te has escapado de la muerte por dárteme á conocer guarde no vuelvas á dar el menor tropiezoncillo mundo, que toda la parentela de los Grimaldos n parte para que á mis manos ese pobrete esprutillo aun está con la leche en los labios, no me le riadás.



**ESCENA III.**

*Plaza pública.*

**LEONARDO, MELCHOR.**

**MELCHOR.**

¡Oh, gracias á Dios que me le deparó! ¿Paréscete que ha sido buena la burla? ¿Esta es la compañía que me prometió de hacer antes que saliésemos de nuestra tierra, y lo que mi señora le rogó?

**LEONARDO.**

¿Qué fué lo que me rogó, que no me acuerdo?

**MELCHOR.**

¿No le rogó que me hiciese buena compañía?

**LEONARDO.**

¿Pues qué mala compañía has tú de mí rescebido en esta jornada?

**MELCHOR.**

Fiase el hombre en él, pensando luego daremos la vuelta, y ha unas siete horas que anda un hombre como perro rastro, y á mal ni á bien no le he podido dar alcance.

**LEONARDO.**

¿No podíades dar la vuelta á la posada temprano, ya que no me hallabas?

**MELCHOR.**

Acabe ya. ¿Tenia yo blanca para dar al pregonero?

**LEONARDO.**

¿Y para qué al pregonero, acemilon?

**MELCHOR.**

Para que me pregonara como á bestia perdida, y así de lance en lance me adestrara donde á vuesa merced le habian aposentado.

**LEONARDO.**

Qué, ¿tan poca habilidad es la tuya que á la posada no atinas?

**MELCHOR.**

Pues si atinara, ¿habia de estar agora por desayunarme?

**LEONARDO.**

Qué, ¿no has comido? ¿es posible?

**MELCHOR.**

¡Calle! ¿Tengo el buche templado como halcon cuando le hacen estar en dieta de un dia para otro?

**LEONARDO.**

¿Cómo diablos te perdistes esta mañana?

**MELCHOR.**

Como vuesa merced iba ocupado hablando con aquel amigo, que no fué hombre, sino azar para mí, yo desviéme un poco, pensando que hablaba de secreto, y no mas cuanto doy la vuelta á ver una tabla de pasteles que llevaba un mochocho en la cabeza; atraviesan á mí otros dos (que verdaderamente el uno parecia á vuesa merced en las espaldas), y los dos cuélanse dentro en la Seo á oír misa que decian, que duró hora y media; yo contino allí detrás pensando que era vuesa merced, y cuando se volvió á decir *benedicamus dolime*, que responden los otros *dougráflas*, lleguéme ad'aquel que le parecia, y dijele: ea, señor, ¿hahemos de ir á casa? El, que vuelve la cabeza, y me ve, dijo: ¿conócesme tú, hermano?

**LEONARDO.**

¡Oh! ¿quién te viera!

**MELCHOR.**

Yo que veo el preito mal parado, acudo á las puertas para volver á buscar, y mis pecados que siempre andan haciéndome gestos, hállolas todas cerradas.

**LEONARDO.**

¿Cuál andarias!

**MELCHOR.**

Yo diré qué tal. ¿Ha visto vuesa merced raton caído en

ratonera, que buscando por do soltarse anda dando tope-tadas de un cabo á otro para huir?

**LEONARDO.**

Sí, he visto algunas veces.

**MELCHOR.**

Pues ni mas ni menos andaba el sin ventura de Melchor Ortiz Carrasco, hasta que fortuna me deparó á una parte una puertecilla por do ví salir algunas gentes que se habian quedado rezagadas á oír aquella misa, qu'era la postrera. Pero vamos, señor, si habemos d'ir

**LEONARDO.**

¿Adónde?

**MELCHOR.**

¿Dizque adónde? A casa.

**LEONARDO.**

¿A casa? ¿y á qué á tal hora?

**MELCHOR.**

Señor, para tomar por la boca un poco de orégano y sal.

**LEONARDO.**

¿Para qué sal y orégano?

**MELCHOR.**

Para echar las tripas por la boca.

**LEONARDO.**

¿Cómo?

**MELCHOR.**

Señor, ya ellas están vinagre de pura hambre, con el orégano y sal ternán con que sustentarse, si le parece á vuesa merced.

**LEONARDO.**

Pues agora no puede ser; and'acá conmigo, que Valiano, que es señor de aqueste pueblo, con quien yo agora de nuevo he asentado, está en visperas, y téngole de acompañar, y oirás las mas solemnes voces que oiste en toda tu vida.

**MELCHOR.**

Vamos, señor, enhorabuena; pero si oír voces se pudiese escusar, rescibiria yo señaladísima merced.

**LEONARDO.**

¡Ah, don traidor! que agora pagareis lo que al cuartagullo hecistes estar ayuno; ¡ah! ¿acordaisos?

**MELCHOR.**

Pues pecador fui yo á Dios, hiciérame pagar vuesa merced el pecado donde cometí el delito, y no donde así me puedo caer á una cantonada desas, que no hallaré quien me diga: ¿qué has menester?

**LEONARDO.**

Ora, suso, toma toda esa calle adelante, y pregunta por el hostel del Lobo; cata aquí la llave, y come tú de lo que hallares en el aposento, y aguárdame en la posada hasta que yo vaya.

**MELCHOR.**

Agora va razonablemente el partido de Melchor; pero ¿no sabríamos lo que sobró para mí?

**LEONARDO.**

Camina, que yo aseguro que no quedarás quejoso.

**MELCHOR.**

Yo voy; quiera Dios que así sea.

**ESCENA IV.**

**LEONARDO, POLO.**

**POLO.**

Guarde Dios al gentil hombre.

**LEONARDO.**

Vengais norabuena, mancebo.

**POLO.**

Dígame, ¿es vuesa merced un extranjero que llegó los

días pasados á este pueblo en compañía del mayordomo de aquesta tierra?

LEONARDO.

Yo creo que soy aquese por quien preguntais; ¿mas por qué lo decís?

POLO.

Porque anoche sobre mesa trataron de la habilidad suya, y asimismo como era vuesa merced muy gentil escribano y escelente contador; finalmente, que sería mucha parte su buena habilidad para entender y tratar en el oficio de secretario de Valiano mi señor, porque como hasta agora sea mozo y por casar, no tiene copia cumplida de los oficiales que á su estado y renta conviene. Holgara yo que vuesa merced quedara en esta tierra y en servicio del señor de ella, por ser uno de los virtuosos caballeros que hay en estas partes.

LEONARDO.

Holgaré por cierto de quedar, porque aquese caballero y yo, que no sé quién es, nos topamos una jornada de aqui, y sabiendo la voluntad mia, que era de estar en servicio de un señor que fuese tal, él por la virtud suya me ha encajinado á esta tierra; asimismo como de mi cosecha no tengo habilidad ninguna, sino es aquesta escribir y contar que cuando niño mis padres (que en gloria sean) me enseñaron, acordaria aquese gentil hombre de dar aviso á vuestro señor de mí, por ver si para su servicio fuese suficiente y hábil.

POLO.

Por cierto, señor, que se muestra en él bien que debe de ser persona en quien habra mas que de él se dice, pero yo creo que andan por la villa en busca suya; vuesa merced vaya a palacio adonde le están aguardando, que no sera razon dejar pasar tan buena coyuntura, sino hacer hincapié, que todos le seremos presto para su servicio.

LEONARDO.

Muchas gracias, yo lo agradezco; voime.

POLO.

Vaya con Dios.

LEONARDO.

Beso sus manos.

### ESCENA V.

PAULO, POLO.

PAULO.

¿Qué es lo que haces, Polo?

POLO.

Ya puede ver, señor Paulino.

PAULO.

¿Has habido noticia d'este gentil hombre que voy buscando por la villa?

POLO.

¡Ah! agora se va de aqui derecho á palacio, por habelle dado aviso que van en busca suya.

PAULO.

¿Qué manera de hombre ó edad es á lo que muestra?

POLO.

Gentil mancebo y dispuesto es, señor, y muy buena platica que tiene, y su edad será de veinticinco ó treinta años.

PAULO.

¿Va bien tratado?

POLO.

Segun su traje, de ilustre prosapia debe ser su descendencia.

PAULO.

¿De qué naccion?

POLO.

Español me parece.

PAULO.

Anda, vamos.

POLO.

Vaya vuesa merced, que yo por acá me quiero ir á dar vuelta por ver si podré alcanzar una visita de mi señor Eulalia, la negra.

## ACTO TERCERO.

### ESCENA PRIMERA.

*Calle. Noche oscura.*

VALIANO, LEONARDO, VALLEJO.

VALIANO.

La causa, Leonardo, por que á tal hora conmigo te mandé que apercebido con tus armas salieses, no fue porque yo viniese á cosa hecha, sino solamente por comunicar contigo aquel negocio que ayer me comenzaste á apuntar, y por eso te he traído por calles tan escombradas de gentes; solamente á Vallejo el lacayo dije que tomase su espada y capa, mandándole quedar á esa cantonada para que con gran vigilancia y cuidado no seamos de nadie espiados, mandándole que haga la guardia.

VALLEJO.

¿Adolos? ¿dónde van? mueran los traidores.

VALIANO.

Paso, paso; ¿á quién has visto? ¿qué te toma?

VALLEJO.

¡Ah pecador de mí! Señor, ¿á qué efecto has salido á poner en peligro tu persona? Vete, señor, á acostar, y el señor Leonardo, y déjame con ellos, que yo los enviaré antes que amanezca á cazar gaviiluchos á los robres de Mechualon.

VALIANO.

¡Valáte el demonio! ¿no aseguras ese corazon? ¿quién me habia de enojar en mi tierra, bausan?

VALLEJO.

¡Oh! reniego de los aparejos con que cazan las tórtolas en la Calabria, ¿y eso dices, señor? ¿no ves que es de noche, pecador soy á Dios, y á lo oscuro todo es turbio? A fe de bueno que si no reconociera la voz del señor Leonardo, que no fuera mucho quedar la tierra sin heredero.

VALIANO.

¿A mí, traidor?

VALLEJO.

No sino dormí sin perro: es menester, señor, que de noche vaya avisada la persona, porque en mis manos esta el determinarme, y en las de aquel que firmó el gran horizonte con los polos árticos y tantárticos volver la de dos filos á su lugar.

VALIANO.

Todo me parece bien, si no te emborrachases tan á menudo.

VALLEJO.

Eres mi señor, y tengo de sufrirte; mas á decirme lo otro, no fuera mucho que estuviese con los setenta y dos.

VALIANO.

Agora quédate ahí, y ten cuenta con que no nos espié nadie, que es mucho de secreto lo que hablamos.

VALLEJO.

A hombre lo encomiendas, que aunque venga el de las patas de avestruz con todos sus secuaces dando tenazadas por esa calle, no bastará á mudarme el pié derecho donde una vez le clavare.

VALIANO.

Así conviene. Volvamos á nuestro propósito, Leonardo, y dime: aquea hermana tuya, después de ser tan hermosa como dices, ¿es honesta y bien criada?

LEONARDO.

Señor, tú te puedes mejor informar que yo decirlo; por-

, como yo sea parte y tan principal, no deberían es ser admitidas como de otro cualquiera. La falta, e yo le fallo es ser mi hermana, que en lo demás mujer de cualquier señor de título, según su

VALLEJO.

Leonardo.

LEONARDO.

ay, hermano Vallejo?

VALIANO.

Leonardo, qué quiere ese mozo.

VALLEJO.

paresce que entendi que hablaban en negocio de y si acaso es así, por los cuatro elementos de la sima tierra, no hay hoy día hombre en toda la redel mundo que mas corrido esté que yo, ni con a.

VALIANO.

, Vallejo?

VALLEJO.

ta, señor, a quien se pudiese encargar un negocio ie como a mí?

VALIANO.

né manera?

VALLEJO.

en toda la vida airada, ni en toda la máquina astrojuen mas sujecion tengan las mozas que a Vallejo ?

VALIANO.

villano.

VALLEJO.

engaños, señor, que si conocieses lo que yo co- la tierra, aunque seas quien seas, pudieraste lla- eras bienaventurado, si fueras como yo dichoso en

VALIANO.

me puedes conoscer?

VALLEJO.

grada de Catalinilla la vizcaina! la que quité en Cá- der de Barrientos el sotacómitre de la galera del e no andaba en toda el armada moza de mejor : era ella.

LEONARDO.

mo Vallejo, cállate un poco.

VALLEJO.

digo sino porque hablamos de ballestas.

VALIANO.

allarás, dí?

VALLEJO.

Dios te perdone, Leonor de Valderas! aquella, esa merced, que era mujer para dar de comer a ito.

VALIANO.

Leonor era aquesta?

VALLEJO.

e yo saqué de Córcega, y la puse por fuerza en un le Almería, y allí estúvose nombrando por mía e yo desjarreté por su respeto á Mingalaríos, cor- de Estepa.

VALIANO.

: el diablo.

VALLEJO.

le el brazo á Vicente Arenoso, riñendo con él de bueno en los percheles de Málaga, el agua hasta os.

VALIANO.

me, Leonardo, que si ello es así como tú lo pin- rá ser que se hiciese por tí mas de lo que piensas

LEONARDO.

Señor, yo siempre rescibo y rescibo de tu mano mercede sin cuenta, pero en cuanto á esta hermana mia, tú sabrás que es mas de lo que tengo dicho.

VALLEJO.

; Váleme nuestra Señora del Pilar de Zaragoza! ;Ah, ladrones, ladrones! Leonardo, apunto, apunto.

LEONARDO.

; Qué es aqueso que has visto?

VALIANO.

; Quién son?

VALLEJO.

Tente, tente, señor, no echés mano, que ya todos han huido. ; Ah! rapagones, en gurullada me vais, agrade- celdo...

VALIANO.

; A quién?

VALLEJO.

Yo me lo sé: señor Leonardo, en dejando á nuestro amo en casa, quiero que vamos tú y yo á dar una escurribanda á casa de Bulbeja el tabernero.

LEONARDO.

; Para qué?

VALLEJO.

Para verme con aquellos forasteros que por aquí han pasado; que, según soy informado, no ha media hora que llegaron de Marbella, y traen una rapaza como un seralín.

VALIANO.

; Qué dice ese mozo, Leonardo?

LEONARDO.

No lo entiendo, señor.

VALLEJO.

; Díx que no lo entiende! sé que no hablo yo en algara- bia. Veamos de cuándo acá han tenido ellos atrevimiento de meter vaca en la dehesa sin registralla el dueño del armadijo.

VALIANO.

Hora yo quiero, Leonardo, si te paresce, dar parte desto á algunas personas principales de mi casa, porque no digan que en un negocio como este me determiné sin dalles parte.

LEONARDO.

Señor, á tu voluntad sea todo.

VALLEJO.

Vamos, señor, que aquí tengo ciertas haciendas antes que amanezca.

VALIANO.

; Qué haciendas tienes tú, beodo?

VALLEJO.

Señor, un negocio de barto quilates de honra.

VALIANO.

Veamos los quilates.

VALLEJO.

Ya lo he dicho al señor Leonardo: cobrar unas blanqui- llas de ciertos jayanes que son venidos aquí a mofar de la tierra; veamos de quién tomaron licencia, sin registrar primero delante de aquesta estival.

VALIANO.

Sus, baste ya, tira adelante.

VALLEJO.

Nunca Dios lo quiera, que mas guardadas van tus es- paldas con mi sombra y seguro, que si estuvieras metido en la Mota de Medina, y cargada sobre tí la fornida puente levadiza con que la fuerza de noche se asegura.

## ESCENA II.

Sala en casa de Leonardo.

EUFEMIA, CRISTINA.

EUFEMIA.

Cristina hermana, ¿ qué te paresce del olvido tan grande

como Leonardo mi querido hermano ha tenido en escribirme, que ya son pasados buenos dias que letra dél no he visto? ¡Oh ánimas del purgatorio bienaventuradas! poned en corazon á aquel hermano que con sus letras ó con su persona me torne alegre y gozosa.

CRISTINA.

Calla, señora mia, no te fatigues, que no habrá podido mas, especialmente que quien sirve á otro pocas veces es de sí señor. Bien sé yo que á él no le faltará voluntad para hacello, sino que negocios por ventura mas árdulos de aquel señor á quien sirve le estorbaran de hacer lo que él querría. Así, señora mia, no debes enojarte, que cuando no te pienses verás lo que deseas.

EUFEMIA.

¡Ay, amiga mia! Dios por su piedad inmensa lo haga de manera que con letras tuyas esta casa nuestra sea contenta y alegre.

**ESCENA III.**

EUFEMIA, CRISTINA, ANA.

ANA.

Paz sea en esta casa, paz sea en esta casa. Dios te guarde, señora honrada. Dios te guarde. Una limosnica, cara de oro, cara de siempre novia; daca, que Dios te haga prosperada, y te dé lo que deseas. Buena cara, buena cara.

CRISTINA.

¿No podeis demandar desde allá fuera? ¡Ay, señora mia, y qué importuna gente! que en lugar de apiadarse la persona dellas y de su pobreza, las tiene odio segun sus importunidades y sus ahincos.

ANA.

Calla, calla, garrida, garrida. Dame limosna por Dios, y diréte la buenaventura que tienes de haber tú y tu señora.

EUFEMIA.

¿Yo? ¡ay cuitada! ¿Qué ventura podrá tener que sea prospera la que del vientre de su madre salió sin ella?

ANA.

Calla, calla, señora honrada; pon un dinerico aquí, sabrás maravillas.

EUFEMIA.

¿Qué tiene de saber la que contino estuvo tan falta de consuelo, cuanto colmada de zozobras, miserias y afanes?

CRISTINA.

¡Ay señora! por vida suya que le dé alguna cosa, y oigamos los desatinos que aquestas por la mayor parte suelen decir.

ANA.

Escucha, escucha, pico de urraca, que mas sabemos cuando queremos que nadie piensa.

EUFEMIA.

Acabemos; toma y dale queso, y vaya con Dios.

CRISTINA.

A buena fe que antes que se vaya nos ha de catar el siguo.

EUFEMIA.

Dejala, y vayase con Dios, que no estoy agora de esas gracias.

ANA.

Sosiega, sosiega, señora gentil, ni tomes fatiga antes de su tiempo, que barta te esta aparejada.

EUFEMIA.

Yo lo creo; agora si habeis acertado.

CRISTINA.

No se entristezca, señora, que todo es burla y mentiras cuanto estas echan por la boca.

ANA.

Y la esportilla de los afeites que tienes escondida en el almariete de las alconiuas ¿es burla?

CRISTINA.

¡Ay señora! que habla por la boca del que arriado vaya. Así haya buen siglo la madre que me parió, que dice la mayor verdad del mundo.

EUFEMIA.

¿Hay tal cosa? Qué, ¿es posible aqueso?

CRISTINA.

Como estamos aquí; deci mas, hermana.

ANA.

No querría que te corrieses por estar tu señora delante.

CRISTINA.

No haré por vida de mi ánima; ¡qué puedes tú decir que sea cosa que perjudique á mi honra?

ANA.

¿Dasme licencia que lo diga?

CRISTINA.

Digo que sí, acabemos.

ANA.

El par de las tórtolas, que heciste creer á la señora que las habian comido los gatos, ¿dónde se comieron?

CRISTINA.

Mira de qué se acuerda: aqueso fué antes que mi señor Leonardo se partiese desta tierra.

ANA.

Así es la verdad, pero tú y el mozo de caballos os las comistes en el descanso de la escalera; ¡ah! bien sabeis que digo en todo la verdad.

CRISTINA.

Malograda, me coma la tierra, me coma la tierra, si con los ojos lo viera, dijera mayor verdad.

ANA.

Pues, señora, una persona tienes lejos de aquí que te quiere mucho, y aunque agora esta muy favorecido de su señor, no pasará mucho que esté en peligro de perder la vida por una traicion que le tienen armada; mas calla, que aunque sea todo por tu causa, Dios, que es verdadero juez y no consiente que ninguna falsedad esté mucho tiempo oculta, descubrirá la verdad de todo ello.

EUFEMIA.

¡Ay desventurada hembra! por causa mia dices que se vera esa persona en peligro. ¿Y quién podra ser, cuitada, si no fuese mi querido hermano?

ANA.

Yo, señora, no sé mas; pero pues en cosa de las que á tu criada se han dicho no ha habido mentira, yo me voy, quedad en buen hora, que si algo mas supiere, yo te vendré á avisar; quedad con Dios.

CRISTINA.

¿Y de mí no me dices nada, si seré casada ó soltera?

ANA.

Mujer serás de nueve maridos, y todos vivos. ¿Qué mas quieres saber? Dios te consuele, señora.

EUFEMIA.

¿No me dices mas de mi negocio, y así me dejas dudosa de mi salud?

ANA.

No sé mas que decirte, solamente que tu trabajo no sera tan durable que en el tiempo del mas fuerte peligro no lo revuelva prudencia y fortuna, que todos remanezcáis tan contentos y alegres, cuanto la misericordia divina lo sabe obrar.

**ESCENA IV.**

EUFEMIA, CRISTINA.

CRISTINA.

¡Ay amarga de mí! Señora, ¿y no ve que me dijo que dizque seria yo mujer de nueve maridos, y que todos esta-

rían vivos ? ¡Ay malaventurada fui yo ! ¿y cómo puede ser aqueso ?

EUFEMIA.

Calla, déjame; que aunque todo cuanto estas dicen puede pasar por señalada burla, con lo que me ha dicho, mas triste quedo y mas afligida que la oscura noche. Entrémonos.

## ACTO CUARTO.

### ESCENA PRIMERA.

*Gabinete del palacio de Valiano.*

VALIANO, PAULO.

VALIANO.

Dime, Paulo, ¿y es posible esto que me cuentas, que tú has estado en la casa desta Eufemia, hermana deste alvoso y malvado de Leonardo, à quien yo en tanta alteza he puesto ?

PAULO.

Digo, señor, que sí.

VALIANO.

¿Y tú propio has dormido con ella en su mismo lecho ?

PAULO.

Que yo propio he dormido con ella en su mismo lecho. ¿Qué mas quieres ?

VALIANO.

Ahora, mi fidelísimo Paulo, resta de contarme del arte que con ella te pasó.

PAULO.

Señor, pásome con ella aquello que pasa con las demas. No fué cierto menester dar muchas vueltas ; antes ella de verme pasar por su calle y mirar à una ventana, me envió una criadilla que tiene, llamada por mas señas Cristina.

VALIANO.

Y la criada ¿qué te dijo ?

PAULO.

Si habia menester algo de aquella casa. Yo, como lo sabia antes de agora, así como yo habia dicho à vuesa merced que no eran menester muchos casamenteros, cóleme alla, especialmente que de otras vueltas la dama me conocia y me habia llevado mis reales ; quedéme aquella noche por huésped, y así otras tres adelante ; y visto bien las señas de su persona, como yo, señor, prometí, vine à darte cuenta de lo que habia pasado.

VALIANO.

¿En fin ?

PAULO.

En fin, que ella me dió, para que me pusiese en el sombrero ó en la gorra, un pedazo de un cabello que le nasce del hombro izquierdo, en un lunar grande, y por ser señales que el señor su hermano Leonardo y tu muy privado no puede negar, acordé de traello : veílo aqui, agora yo he cumplido con quien soy y con la fidelidad que como vasallo te debo. Tú, señor, ordena que ningun traidor seria de ti, ni menos que otro se atreva d'aconsejarte, siendo criado tuyo, semejante caso, especialmente donde tan gran quilate pendia de tu honra.

VALIANO.

No cures, Paulo, que bien entendido tenia yo dese traidor, que en son de hacerme señalado servicio, queria dar deshonra à esta antigua casa ; yo te prometo que no me pague esta traicion menos que con la vida, y que asimismo tú seas galardonado con grandes mercedes por tan señalados servicios.

PAULO.

Ansí conviene, señor, porque el traidor sea por quien es conocido, y el bueno y leal por su fidelidad remunerado.

TOMO II.

VALIANO.

Vamos, Paulo, que yote prometo que su castigo sea escarmiento para los presentes y por venir.

PAULO.

Ve, señor, que así es menester que en los traidores se ejecute la justicia.

### ESCENA II.

*Sala en casa de Leonardo.*

EUFEMIA, CRISTINA.

EUFEMIA.

¿Ay ! Cristina hermana, ven acá, aconséjame tú aquello que hacer debo, que de crueles angustias tengo aqueste corazon cercado. ¿Qué te diré, sino que después que aquella jitana con nosotras estuvo, una hora sin mil sobresaltos no he vivido ? porque aunque como en burlas tomé sus palabras, así veo à los ojos sus desconsolados pronósticos.

CRISTINA.

¿Cómo, señora mia ? ¡ay ! por Dios, no te vea yo triste, ni imagines tal, que si en alguna cosa por yerro aciertan, en dos mil devanean ; porque todo cuanto hablan no es à otro fin sino por sacar de aqui y de alli con sus palabras lo mas que pueden, y pues aqueste es su oficio, no intentes, señora mia, lo que no cabe en juicio de discretos dalles fe alguna.

EUFEMIA.

¿Ay Cristina ! yo bien tengo entendido qu'es así como tú dices ; pero ¿qué quieres, si no puedo quitar de mí esta imaginacion ?

CRISTINA.

Calla, señora, encomiéndalo todo à Dios, que es el remediador de todas las cosas. Mas por el siglo de mi madre, hé aquí à Melchor Ortiz.

### ESCENA III.

EUFEMIA, CRISTINA, MELCHOR.

CRISTINA.

¡Ah ! Melchor hermano, tú seas muy bien venido. ¿Qué nuevas traes à mi señora ? dí, ¿qué tal queda señor ?

MELCHOR.

Señor bueno está, aunque no le han hecho aquello que diz que le han de hacer.

EUFEMIA.

¿Qué le han de hacer ? dime presto.

MELCHOR.

¡Válame Dios ! y no se acuite vuesa merced, que primero bien sé que le han de confesar, que ya lo ha dicho el uno de aquestos que andan encapuchados.

CRISTINA.

¿Que andan encapuchados ? frailes querrás decir.

MELCHOR.

Sí, sí.

CRISTINA.

¿Qué es lo que le han dicho, Melchor ?

MELCHOR.

Que ordene su álima, y que no será nada placiendo à Dios, que en despegándole aqueste de aquesto, le sacarán de la carcel.

EUFEMIA.

¿Ay ! Cristina, yo me muero.

CRISTINA.

Callad, señora mia, no diga tal, que aqueste sin duda deavaria ; ¿no le conoce ya vuesa merced ? ¿Dijote algo señor ? ¿Diote carta para mi señora ?

MELCHOR.

Díjome que me morase acá, porque no sirviese ninguno después de finado.

CRISTINA.

¿Cómo finado? ¿qué dices?

MELCHOR.

Digo que no lo ha en voluntad que le finen, sino que se esté como se estaba con su gacnate y todo, pero él su camino ha de hacer.

CRISTINA.

Asno, ¿hate dado alguna carta?

MELCHOR.

¿Dijiste asno á un hombre que puede ya dar consejo, segun las viñas y almendrales que hay por ahí adelante?

CRISTINA.

¿Traes carta de tu señor? acaba, dilo.

MELCHOR.

¿No te dicen ya que sí? ¿qué diablos le toma?

CRISTINA.

¿Pues adola?

MELCHOR.

Mira, Cristina, lávame aquestos piés, y zahúmame esta cabeza, y dame de almorzar y déjate de estar á temas conmigo.

CRISTINA.

¿Que te lave yo? Lávete el mal fuego que te abraze; daca la carta.

MELCHOR.

Mírela, señora, en esa talega.

CRISTINA.

No viene aquí nada.

MELCHOR.

Pues si no viene, ¿qué quiere que le haga yo? ¿tengo-me de acordar dónde está por fuerza?

EUFEMIA.

Dácala, hijo, dime dónde la traes, por un solo Dios.

MELCHOR.

Señora, déjeme volver allá á preguntar á mi señor, si lo hallare por morir, adónde la puso, y acabemos.

EUFEMIA.

¿Ay cuitada! Mira qué es aquello que blanquea en aquella caperuza.

MELCHOR.

Déjalo, dimuño, que es un papel entintado que me dió mi amo, el que solia ser, para señora.

EUFEMIA.

¿Ay! pecadora fui á Dios: ¿pues qu'es lo que te han estado pidiendo dos horas ha?

MELCHOR.

¿Pues aqueso es carta? yo por papel lo tenia; tómela, que por su culpa no se ha caído por el camino, que después que la puso ahí el que si place á Dios han de finir la semana que viene, no me he acordado mas della que de la primera escudilla de gachas que me dió mi madre.

EUFEMIA.

Cristina, hija, lee tú esa carta, que no tendré yo ánimo ni aun para vella.

CRISTINA.

(Lee.) *Sea dada en la mano de la mas cruel y malvada hembra que hasta hoy se ha visto.*

MELCHOR.

Para tí debe de venir, Cristina, segun las señas dicen.

CRISTINA.

Calla un poco.

(Lee.) *Carta de Leonardo para Eufemia.* «Si de las justas querellas que de tu injusta y abominable persona, Eufemia, á Dios dar debo, de su mano divina el justo premio sobre tí se ejecutase, no sé si seria bastante tu deshonestisimo y infernal cuerpo á soportar lo que por tus nefandos é inauditos usos merece. ¿Cuál ha sido la

causa, maldita hermana, que siendo tú hija de quien eres, y descendiendo de padres tan ilustres, cuya bondad te obligaba á regir en parte alguna, en tanta disolucion y deshonestidad bayas venido, que no solo te des libremente á los que tu nefando cuerpo codician, mas aun tanta parte á tus enamorados das de él, que públicamente y en tela de justicia se muestran contra mí con cabellos del lunar de tu persona? De mí cierta estarás que moriré por alabar á quien no conocia, pues ya la sentencia del señor, á quien contigo queria engañar, revocar no se puede, que solos veinte dias de tiempo me han dado para que yo ordene mi ánima y para si algun descargo podiere dar. Y porque para quejarme de tí seria derramar razones al viento, vive á tu voluntad, falsa y deshonesto mujer, pues yo de ello pagaré con la cabeza lo que tu con tu disolucion ofendiste.»

EUFEMIA.

¿Qué es esto? ¿Qué es lo que oigo? ¡Ay desventurado de mí! ¿qué deshonestidades tan grandes han sido las mías, ó quién es aquel que con verdad habrá podido, si no fuere con grandísima traicion y engaño, no solamente dar señas de mi persona, pero ni aun verme, como tú sabes, por mil paredes?

CRISTINA.

¡Ay señora mía! que si fatiga alguna mi señor tiene, yo he sido la causa, que no tú; y si me perdonares, yo bien te diria lo que de aquesto alcanzo.

EUFEMIA.

Dí lo que quisieres; no dudes del perdon, con que me des alguna claridad de lo que en esta atribulada carta oigo.

CRISTINA.

Sabe pues, señora mía, que aunque yo te confiese mi yerro, no tengo tanta culpa, por pecar de ignorancia, como si por malicia lo hiciera.

EUFEMIA.

Dí, acaba ya, que no es tiempo de estar gastando tanto en palabras; dí lo que hay, no me tengas suspensa, que muero por entenderte.

CRISTINA.

Sabe, señora mía, que en los dias pasados un hombre como extranjero me pidió por tí, diciéndome si seria posible poderte ver ó hablar; yo, como vieses tu tan grande recogimiento, dijele que lo tuviese por imposible, y él fortan importuno conmigo, que le dije las señas de toda tu persona, y no contento con esto, hizo conmigo que quitase una parte del cabello que en el lunar del hombre derecho tienes; yo, pensando que no hacia ofensa á tu honra ni á nadie, tuve por bien, viéndole tan afligido, de hurtártelo estando durmiendo, y así se lo di.

EUFEMIA.

No me digas mas, que algun grande mal debe de haber sucedido sobre ello. Vamos de aquí, que yo me determino de ponerme en lo que en toda mi vida pensé, y dentro del término destes veinte dias ir allá lo mas encubiertamente que pueda. Veamos si podré en algo remediar la vida de este carisimo hermano, que sin saber la verdad tantas afrentas y tantas lástimas me escribe.

CRISTINA.

Si tú aqueso haces, y en el camino te apresuras, yo lo doy todo, con el auxilio divino, por remediado. Vamos.

MELCHOR.

¿Yo tengo de ir allá?

CRISTINA.

Sí, hermano; ¿pues quién nos habia de servir por el camino sino tú?

MELCHOR.

Pardiez, aunque hombre hubiese de aprender para hacer cartas de mareaje, no le hiciesen atravesar mas veces este camino; pero vaya.

## ACTO QUINTO.

## ESCENA PRIMERA.

Calle.

PAULO.

cuán bien van los negocios míos, y cuán bien he valermel! ; Oh qué astucias he tenido para despristado advenedizo de Leonardo! ; Oh cuán alegre me va la fortuna, y cuán largo crédito he cobrado con ella! Bien está: que pocos son los días que le faltan plir de la dilacion que le pusieron para que de sí escargo alguno si lo tenía. ¿Qué hombre habrá en esta tierra de mas buena ventura que yo, en haciendo de aqueste? Pues quizá tengo mal testigo en Valcayo, pues por interese de dos doblas que le prometo el camino cuando conmigo fué, dice que se maldice todos cuantos dijeren al contrario de lo que tengo Mas voime, que no sé quién viene, no quiero ser nadie, por ser el caso de la suerte que es.

## ESCENA II.

POLO.

¡Bendito sea Dios, que me ha dejado escabullir un momento aqueste importuno de Valiano mi señor, que no es sino que todo el día está pensando en otro, sino es que fuera de proposito se encaminan. Agora yo sombrado cómo Leonardo, á los ojos de todos tan o y cuerdo mozo, le quisiese así engañar con darle á entender que su hermana fuese tan buena, que para ser suya le faltase nada. Con su pan se lo coma, que esa se dan ya para que pague con la gorja lo que en la lengua. Dios me guarde de ser entremetido, quiero andar siguiendo mi planeta, que si aquesta vez se va conmigo, como me tiene prometido, yo uno de los bienaventurados hombres de todo mi linaje estoy a su puerta; aquí sobre la calle en este modo sé que duerme. ¿Qué señas haré para que salga? ¡Ea va, que aquella que canta es.

## ESCENA III.

POLO, EULALIA.

EULALIA (canta).

Gila Gonzalé  
De la vila yama :  
No sé yo madres  
Si me l'abriré.  
Gila Gonzalé  
Yama la torre :  
Abrime la voz,  
Fija Yeonore;  
Porque lo cabayo  
Mojaba falcone :  
No sé yo madres  
Si me l'abriré.

POLO.

señora mia Eulalia. ; Ah! señora. ; Qué embebida la música!

EULALIA.

¡Ofréscome! á Dios turo poreroso, criador na en las tierras.

POLO.

señora Eulalia, no te alteres, que el que te llama es esa sino hacerte todo servicio.

EULALIA.

Hacete á vos qu'eso da bon jemplos, á la ventana durán honradas, recogidas como yo, facer aqueya á tal horas?

POLO.

debe haber conocido. ; Ah! señora Eulalia.

EULALIA.

Mal años para vos ; y paréscete bien á la faja de la hombre honrados facer cudolete á la puta ajenas?

POLO.

¡Oh pecador de mí! Asómate, señora Eulalia, á esa ventana, y verásme, y sabrás de cierto quién soy.

EULALIA.

¿Quién está ahí? ; ¡Jesú! ó la voz me la miente, ó's aqueya que yama mi señor Poyos.

POLO.

¡Oh! bendito aquel que te dejó entender.

EULALIA.

¡Ay! señor míos, ¿á tales horas?

POLO.

Señora mia, por una pieza como vuesa merced aun no es temprano para servilla.

EULALIA.

Pues á bona fe qu'está la persona de malas ganas.

POLO.

Que la guarde Dios ; y de qué?

EULALIA.

Siñor, preséntame la siñora doña Ildonza, un prima mia, una botetas de lejas para'nrubarme los cabeyos ; y como yo sé tan delicara, despójame na cabeza como nas ponjas, pienso que tenemos la mala ganas.

POLO.

¡Válame Dios! ; pues no hay remedio para eso?

EULALIA.

Sí, sí, guáreme Dios, ya m'envía á visitar la siñora novadesa la monja Sancta Pabla, y me dice que me enviara una malacina para que me le quiten como las manos.

POLO.

¿Pues agora te pones á enrubiar?

EULALIA.

Sí, ¿por qué no? ; no tengo yo cabeyo como la otro?

POLO.

¡Sí, cabellos, y aun á mis ojos no hay brocado que se le compare.

EULALIA.

Pues, buenafé, que ha cinco noche que face oracion a siñor Nicolas de Tramentinos.

POLO.

San Nicolas de Tolentino querrás decir ; ¿y para qué haces la oracion, señora?

EULALIA.

Quiere casar mi amos, y para que me depares Dios marido á mi contentos.

POLO.

Anda, señora, ¿y cómo agora haces aqueso? ; No me has prometido de salirte conmigo?

EULALIA.

Y cómo, siñor, ¿no miras mas qu'esos? ; paréscete á vos que daba yo bon ejemplo y cuenta de mí linajes? ; Qué te dirá cuantas señoras tengo yo por mí migas en esta tierra?

POLO.

¿Y la palabra, señora, que me has dado?

EULALIA.

Siñor, ona forza neva nerrechos se pierde, honra y barbechos no caben la sacos.

POLO.

¿Pues qué honra pierdes tú, señora, en casarte conmigo?

EULALIA.

Ya yo lo veo, señor. Mas quiero vos sacarme, y napues perdida na tierra ; ¿Que te conozco!

POLO.

Mi reina, ¿aqueso me dices? No te podría yo dejar que primero no dejase la vida.

EULALIA.

¡Ah! traidoras, dolor de toraja que rebata tolo rombres; á otro hueso con aqueso perro, que yo ya la tengo rocegados.

POLO.

En verdad, señora, que te engañas; pero dime, señora, ¿con quien te querian casar?

EULALIA.

Yo quiere con un cagañero; dice mi amo que no, que mas quiere con unoz potecario; yo dice que no, dice mi amo: caya, fija, quien tenga l'oficio tenga maleficio.

POLO.

¿Pues yo no soy oficial?

EULALIA.

¿Quin oficios, señor Poyos?

POLO.

Adobar gorras, sacar manchas, hacer ruelas y husos y echar soletas y brocales á calabazas; otros mil oficios, que aunque agora me ves servir de lacayo, yo te sustentaré á toda honra. No dejes tú de sacar con que salgamos la primera jornada, que después yo te haré señora de un estrado y cama de campo y guadameciles: ¿qué quieres mas, mi señora?

EULALIA.

Agora sí me contenta; ¿mas sabe qué querer yo, señor Poyos?

POLO.

No, hasta que me lo digas.

EULALIA.

Que me comprar una monas, un papagayos.

POLO.

¿Para qué, señora?

EULALIA.

Los papagayos para qu'enseña á fablar en jaula, y lo mona para que la tengas yo á mi puerta como dueña d'estabro.

POLO.

De estrado querrás decir.

EULALIA.

Sí, sí, ya la digo yo. Nafablo, ¿mas sabe que me falta rogar á mi señora doña Beatriz que me presa un ventayos para caminos?

POLO.

¿Para qué es el ventalle, señora?

EULALIA.

Para poneme lantre la cara, porque si me mira alguna conocida no me la conocas.

POLO.

Señora, yo lo haré; mas voime, que toda la tierra está revuelta por ir á ver á aquel pobre de Leonardo, que hoy mandan que se haga justicia de él.

EULALIA.

¡Ay malogrados! por cierto que me pesas como si no fueras mi fiijo; mas si marinas busca, tome lo que baila.

POLO.

Adios, mi señora, que ya el dia se viene á mas andar, y la gente madruaga hoy mas que otros dias por tomar lugar; porque el pobreto como era tan bien quisto de todos, aunque era extranjero, toda la gente irá para ayudalle con sus oraciones.

EULALIA.

¡Ay! amarga se vea la madre que le parió.

POLO.

Hasta mi amo Valiano le pesa estrañamente con su

muerte; mas aquel Paulo, contrario suyo, que es el que trajo las señas de su hermana, le acusa valientemente, y ese le ha traído al término en que agora está: adios.

EULALIA.

L'Espiritu Santo te guarda mi ánima, y te libra entretanto.

POLO.

¡Pese á tal con la galga! ¡Yo la pienso vender en el primer lugar, diciendo que es mi esclava, y ella póneseme en señorios! Espántome cómo no me pidió doset y todo en que poner las espaldas. No tengo un real, que piensa la persona sacárselo de las costillas, ¿y demándame papagayo y mona?

EULALIA.

Señor Poyos, señor Poyos.

POLO.

¿Qué hay, mi vida?

EULALIA.

Traigame para mañana un poquito de mosaza, un poquito de trementinos de la que yaman de puta.

POLO.

De veta, querrás decir: ¿y para qué quieres todo eso, señora?

EULALIA.

Para hacer una muda para las manos.

POLO.

¿Qué? con esa color me contento yo, señora; no has menester ponerte nada.

EULALIA.

Así la verdad, que aunque tengo la cara morenitas, la cuerpo tienes como un terciopelo dobles.

POLO.

A ser mas blanca no valias nada; adios, que así te quiero yo para hacer reales.

EULALIA.

Guíate la Celetina, que guíaba la toro la enamorados.

#### ESCENA IV.

*Plaza delante del palacio de Valiano.*

EUFEMIA, CRISTINA.

CRISTINA.

Señora, aquí estamos bien, porque en este lugar podrás aguardar que al tiempo que Valiano salga, le digas lo que te parescerá.

EUFEMIA.

Aquel Todopoderoso Señor, que sabe y entiende todas las cosas, declare y saque á luz una tan grande traicion, de suerte que la verdad sea manifesta, y aquel carísimo hermano libre, pues de tan falsa acusacion así él como yo somos sin culpa.

CRISTINA.

Esfuézate, señora, que á tiempo somos que se descubrirá la verdad, de suerte que cada cual quede por quien es reputado.

EUFEMIA.

Oye, que pasos suenan, gente sale, y aquel de la mano derecha, segun su manera, debe de ser Valiano, señor de todas aquestas tierras.

CRISTINA.

¡Ay, señora mia! y el que con él viene es el extranjero al que yo por su importunidad di las señas de su merced y de su cuerpo.

EUFEMIA.

Calla, que hablando salen.

#### ESCENA V.

VALIANO, PAULO, VALLEJO, ACOMPAÑAMIENTO Y MUCHAS.

VALIANO.

Dime, Paulo, ¿está ya todo puesto á punto?



PAULO.

Señor, si, que yo he puesto en ello la diligencia que conviene, para que el traidor pague y tú quedes sin queja.

VALIANO.

Bien has hecho; mas ¿qué gente es aquesta?

PAULO.

Señor, no las conozco; extranjeras parecen.

VALLEJO.

Voto á tal, que la delantera parésceme moza de chapa: desde aquí la acoto para que coma en el plato que come el hijo de mi padre.

EUFEMIA.

Señor ilustre, extranjera soy, en tu tierra me hallo, justicia te pido.

VALIANO.

De eso huelgo yo infinitísimo que esté en mi mano haceros algun favor, que aunque no fuese mas que por ser extranjera, vuestro arte y buen aseó provoca á cualquiera á haceros todo servicio; así que, demandad lo que quisiéredes, que cuanto á la justicia que pedís nada se os negará.

EUFEMIA.

Justicia, señor, que malamente soy ofendida.

VALIANO.

¿Ofendida, y en mi tierra? Cosa es que no soportaré.

VALLEJO.

Suso, señor, armémonos todos los de casa, y dame á mí la mano; verás cuán presto revuelvo los rincones de esta ciudad, y la hago sin querella.

VALIANO.

Calla, Vallejo. Decidme, señora, ¿quién es el que ha sido parte para enojarnos?

EUFEMIA.

Señor, ese traidor que cabe tí tienes.

PAULO.

¿Yo? ¿burlais de mí, señora, ó queréis pasar tiempo con las gentes?

EUFEMIA.

No me burlo, traidor, que de muchas veces que dormiste conmigo en mi cama la postrer noche me hurtaste una joya muy rica, debajo la cabecera de mi cama.

PAULO.

¿Qué es lo que decís, señora? Por otro quizás me habreis tomado, que yo no os conozco, ni sé quién sois. ¿Cómo me levantais cosa que en toda mi vida tal pensé hacer?

EUFEMIA.

¿Ah don traidor! qué, ¿no te bastaba aprovecharte de mi persona como te has aprovechado, sino aun robarme mi hacienda?

VALIANO.

Paulo, responde: ¿es verdad lo que esta dueña dice?

PAULO.

Digo, señor, que es el mayor levantamiento del mundo: ni la conozco, ni la vi en mi vida.

EUFEMIA.

¿Ay! señor, que lo niega aqueise traidor por no pagarme mi joya.

PAULO.

No llameis traidor á nadie, que si traicion hay, vos la traéis, pues afrentais á quien en su vida os ha visto.

EUFEMIA.

¿Ay traidor! qué, ¿tú no has dormido conmigo?

PAULO.

Que digo que no os conozco, ni sé quién sois.

EUFEMIA.

¿Ay, señor! tómeme juramento, que él dirá la verdad.

VALIANO.

Poné la mano en vuestra espada, Paulo.

PAULO.

Que juro, señor, por todo lo que se puede jurar, que ni he dormido con ella, ni sé su casa, ni la conozco, ni sé lo que se habla.

EUFEMIA.

Pues, traidor, oigan tus oídos lo que tu infernal boca ha dicho; pues con tus mismas palabras te has condenado.

PAULO.

¿De qué manera? qué es lo que decís? qué os debo?

EUFEMIA.

Dí, desventurado, si tú no me conoces, ¿cómo me has levantado tan grande falsedad y testimonio?

PAULO.

¿Yo testimonio? Loca está esta mujer.

EUFEMIA.

¿Yo loca? ¿Tú no has dicho que has dormido conmigo?

PAULO.

¿Yo he dicho tal? Señor, si tal hay, por justo juicio sea yo condenado, y muera mala muerte á manos del verdugo delante de vuestra presencia.

EUFEMIA.

Pues si tú, alevoso, no has dormido conmigo, ¿cómo hay tan grande escándalo en esta tierra por el testimonio que sin conocerme me has levantado?

PAULO.

Auda de ahí con tu testimonio ó tus necedades.

EUFEMIA.

Dime, hombre sin ley, ¿no has tú dicho que has dormido con la hermana de Leonardo?

PAULO.

Sí, lo he dicho, y aun traído las señas de su persona.

EUFEMIA.

Y esas señas, ¿cómo las hubiste? ¿si tú, traidor, me tienes delante, que soy la hermana de Leonardo, cómo no me conoces, pues tantas veces dices que has dormido conmigo?

VALIANO.

Aquí hay gran traición, según yo voy entendiendo.

CRISTINA.

Hombre sin ley, ¿tú no me rogaste que te diese las señas de mi señora, aunque agora por venir disfrazada no me conocas? ¿Y viendo tú fatiga tan grande, le corté un pedazo de un cabello del lunar que en el hombro derecho tiene, y te lo di, sin pensar que á nadie hacia ofensa?

VALIANO.

¿Ah! don traidor, que no puedes negar la verdad, pues tú mismo por tu boca lo has confesado.

VALLEJO.

Afuera hay cantos, mosca de Arjona. También me quería el señor coger en el garlito.

VALIANO.

¿De qué manera?

VALLEJO.

Rogóme en el camino, cuando fuimos con él, que testificase yo como él había dormido con la hermana de Leonardo, por lo cual me había prometido para unas calzas, y hubiérame pesado si en lugar de calzas me dieran un jubon de cien ojetes.

VALIANO.

Suso, tomen á este alevoso, y pague por la pena del Tación. ¿Qué bien sabía yo lo que en mi fiel Leonardo tenía! Sáqueme de la prision, y sea luego restituido en su honra, y á este traidor córtente luego la cabeza en el lugar que él para mi Leonardo tenía aparejado.

VALLEJO.

Que se haga, señor mío, luego su mandamiento.

VALIANO.

Y esta señora noble, pues tan bien supo salvar la vida de su hermano, quede en nuestras tierras y por señora dellas y mía, que aun no pienso pagalle con todo aquesto la tribulación que su hermano en la cárcel, y ella por le salvar, habrán padescido.

VALLEJO.

Señor, *in corbona* es: ya está el levantador de falsos testimonios, el desventurado de Paulo, en poder del alcalde con todos aquellos cumplimientos que vuesa merced me mandó.

VALIANO.

Suso, córtense libreas á todos los criados de mi casa; y vos, señora mía, dadme la mano, y entremos á yantar,

que yo quiero que vos y vuestro hermano comais juntamente conmigo por tan sobrado regocijo, y después hacer lo que debo en cumplimiento de lo que á Leonardo habia prometido.

EUFEMIA.

Como tú, señor, lo mandares, seré yo la dichosa.

# ESCENA VI.

VALLEJO.

Abrazado va mi amo con la rapaza. Pero yo soy el mejor librado de este negocio, pues me escapé de arrebatar una centena por testigo falso. Yo voy, que haré falta en casa. Auditores, no hagais sino comer, y dad la vuelta á la plaza, si queréis ver descabezar un traidor y libertar un leal, y galardonar á quien en deshacer tal trama ha sido solícita y avisada y diligente. *El vale.*

*A los que lean la presente comedia en el Teatro español anterior á Lope de Vega, que el año de 1632 publicó en Hamburgo el señor BOHL DE FABER, debemos advertir que si comparan entre sí ambos textos, encontrarán variantes de alguna consideración. El que siguió el erudito alemán fué una copia de la edición de Sevilla de 1576, que dice ser la única que se conoce; pero en esto anduvo equivocado. Existe otra hecha en Valencia en 1567, la cual es excelente y rarísima; y esta sirvió probablemente á Moratín, supuesto que de su cotejo resultan levísimas diferencias. De todas maneras el texto de nuestro autor lleva gran ventaja al de Bohl de Faber, quien indudablemente, al dar á la prensa su apreciable colección, no habria visto los Orígenes del teatro español, impresos muy poco antes.*

## EL CONVIDADO, PASO.

## PERSONAS.

LICENCIADO JAQUIMA.  
BACHILLER BRAZUELOS.

CAMINANTE.

*Zaguán de casa pobre.*

CAMINANTE.

indisimos trabajos que el hombre puede niserable vida, es el caminar, y el superdineros. Dígolo esto, porque se me ha to negocio en esta ciudad, y en el camino guas me han faltado los reales; no tengo o este, que soy informado que vive en licenciado de mi tierra; veré si con una o puedo ser favorecido. Esta debe de ser r quiero: ¿quién está acá?

BACHILLER.

¿quién está ahí?

CAMINANTE.

vuesa merced acá fuera.

BACHILLER.

¿manda?

CAMINANTE.

vuesa merced razon de un señor licen-

BACHILLER.

CAMINANTE.

lecir: él es hombre bajo, cargado de esro, natural de Burbáguena.

BACHILLER.

¿diga cómo se llama.

CAMINANTE.

llamaba el licenciado Cabestro.

BACHILLER.

posada está uno que se hace nombrar el ma.

CAMINANTE.

debe de ser, porque de Cabestro á Jáquima me parece que hay; llámele.

BACHILLER.

¡Ah! ¿señor licenciado Jáquima?

LICENCIADO.

merced, señor bachiller Brazuelos?

BACHILLER.

¿vuesa merced acá fuera.

LICENCIADO.

or, que me tenga por escusado, que ando pancia del estudio, y estoy en aquello que *rusus tempore, et quia bonus tempus est*,

BACHILLER.

que está aquí un señor de su tierra.

LICENCIADO.

¡hios! señor bachiller, ¿ha visto vuesa mer-

BACHILLER.

*por Plinto.*

LICENCIADO.

Señor bachiller, y mis pantalños de camelote sin aguas, ¿halos visto?

BACHILLER.

Periquillo los llevó á echar unas suelas y capilladas, porque estaban maltratadillos.

LICENCIADO.

Señor bachiller, mi manto; ¿hále visto?

BACHILLER.

Ahí le teníamos encima de la cama esta noche en lugar de manta.

LICENCIADO.

Ya lo he hallado. ¿Qué es lo que manda vuesa merced?

BACHILLER.

¿Agora sale con todo eso á cabo de dos horas que le estoy llamando? Aqueste señor le busca, que dice que es de su tierra.

LICENCIADO.

¿De mi tierra? Si será, pues él lo dice.

CAMINANTE.

¿No me conoce vuesa merced, señor licenciado?

LICENCIADO.

No le conozco, en verdad, si no es para serville.

CAMINANTE.

¿No conoce vuesa merced á un Juanítico Gomez, hijo de Pero Gomez, que íbamos juntos á la escuela, y hicimos aquella farsa de los gigantillos?

LICENCIADO.

Ansi, ansi, ¿es vuesa merced hijo de un tripero?

CAMINANTE.

¿Qué, no señor, ¿no se le acuerda á vuesa merced que mi madre y la suya vendían rábanos y coles allí en el arrabal de Santiago?

LICENCIADO.

¿Rábanos y coles? Rases y colchones, quiso decir vuesa merced.

CAMINANTE.

Sea lo que mandare, mas á fe que no me conoce.

LICENCIADO.

Ya, ya calgo en la cuenta: ¿no es vuesa merced el mo-chacho que hizo la moceta, aquel bellaquillo, aquel de las catillias coloradas?

CAMINANTE.

Sí, señor, yo soy ese.

LICENCIADO.

¡Oh, señor Joan Gomez! Señor bachiller, una silla, Periquillo, rapaz, una silla.

CAMINANTE.

Que no es de monester, señor.

LICENCIADO.

¡Oh, señor Joan Gomez! abrácame. Y díble alguna cosa que me trujese mi madre?

**CAMINANTE.**  
Sí, señor.

**LICENCIADO.**  
Tórname á abrazar, señor Joan Gomez. ¿Qué es lo que le dió? ¿Es cosa de importancia?

**CAMINANTE.**  
¿Y pues no?

**LICENCIADO.**  
¡Oh señor Joan Gomez! él sea muy bien venido; amues-tre lo que es.

**CAMINANTE.**  
Es, señor una carta que me rogó que le trujese.

**LICENCIADO.**  
¿Carta, señor?, ¿Y dióle algunos dineros la señora mi madre?

**CAMINANTE.**  
No, señor.

**LICENCIADO.**  
¿Pues para qué queria yo carta sin dinero? Agora, señor Joan Gomez, hágame tan señalada merced de venirse á comer con nosotros.

**CAMINANTE.**  
Señor, beso las manos de vuesa merced; en la posada lo dejo aparejado.

**LICENCIADO.**  
Hágame este placer.

**CAMINANTE.**  
Señor, por no ser importuno, yo haré su mandamiento, y de camino me traeré la carta que dejé encomendada al mesonero.

**LICENCIADO.**  
Pues vaya.

**CAMINANTE.**  
Beso sus manos.

*Sala de los estudiantes.*

**LICENCIADO.**  
¿Qué le parece, señor bachiller Brazuelos, deste nues-tro convidado?

**BACHILLER.**  
Muy bien, señor.

**LICENCIADO.**  
A mí no, señor, sino muy mal.

**BACHILLER.**  
¿Por qué, señor?

**LICENCIADO.**  
Porque yo para convidalle, ni tengo blanca, ni bocado de pan, ni cosa, ofrézcola á Dios, que de comer sea; y por tanto querria suplicar á vuesa merced que vuesa merced me hiciese merced de me hacer merced (pues estas mercedes se juntan con esotras mercedes que vuesa merced suele hacer) me hiciese merced de prestarme dos reales.

**BACHILLER.**  
¿Dos reales, señor licenciado? ¿saca burla del tiempo? Sabe vuesa merced que traigo este andrajo en la cabeza, por estar mi bonete empeñado por seis dineros de vino en la taberna, ¿y pideme dos reales?

**LICENCIADO.**  
¿Pues no me haria vuesa merced una merced de pensar una burla, en que se fuese este convidado con todos los diablos?

**BACHILLER.**  
¿Burla dice? Déjeme á mí el cargo, que yo le haré una que vaya diciendo que vuesa merced es muy honrado, y muy cabido con todos.

**LICENCIADO.**  
Así, ¿de qué manera lo hará vuesa merced?

**BACHILLER.**  
Mire vuesa merced: él ha de venir agora á comer; vuesa merced se meterá debajo de esta manta, y en venir, luego preguntará: ¿qué es del señor licenciado? Yo le diré: el señor arzobispo le ha enviado á publicar ciertas buldas, que fué negocio de presto, que no se pudo hacer otra cosa.

**LICENCIADO.**  
¡Oh, cómo dice bien vuesa merced! Pues mire pienso que es él que llama.

**CAMINANTE.**  
Ha de casa.

**BACHILLER.**  
Sí, él es, métase presto.

**LICENCIADO.**  
Mire que me cobije bien, que no me vea.

**CAMINANTE.**  
Ha de casa.

**BACHILLER.**  
¿Quién está ahí? ¿quién llama?

**CAMINANTE.**  
¿Está en casa el señor licenciado?

**BACHILLER.**  
¿A quién busca?

**CAMINANTE.**  
Al señor licenciado Jáquima.

**BACHILLER.**  
A comer pienso que verná vuesa merced.

**CAMINANTE.**  
No vengo por cierto, señor.

**BACHILLER.**  
Picadillo debe de traer el molino.

**CAMINANTE.**  
No traigo en verdad.

**BACHILLER.**  
No lo niegue vuesa merced. Qué, para decir que v á comer ¿es de menester tantas retóricas?

**CAMINANTE.**  
Verdad es que venia á comer, que el señor licen- me habia convidado.

**BACHILLER.**  
Pues certifiquele que tiene vuesa merced muy mal cado de esta vez, porque en casa no hay blanca, ni cado de pan para convidalle.

**CAMINANTE.**  
Pues no creo yo que el señor licenciado sacara l de mí.

**BACHILLER.**  
Qué, ¿no me cree vuesa merced? Pues sepa que de corrido está puesto debajo de aquella manta.

**CAMINANTE.**  
No lo creo si con mis ojos no lo viese.

**BACHILLER.**  
¿Que no? Pues mire vuesa merced cuán contrito arrodillado.

**CAMINANTE.**  
¡Jesus! ¡Jesus! señor licenciado, ¿para mí era de nester tantos negocios?

**LICENCIADO.**  
Juro á Dios que ha sido muy bellaquisimamente h

**BACHILLER.**  
No ha estado sino muy bien.

**LICENCIADO.**  
No ha estado sino de muy grandísimo bellaco, que me escondí, vos me lo mandasteis.

**BACHILLER.**  
No os escondiérades vos.

**LICENCIADO.**  
No me lo mandaseis vos; y agradesceldo al seño mi tierra, don bachillerejo de no nada.

**BACHILLER.**  
¿De no nada? Aguarda.

**CAMINANTE.**  
Id con todos los diablos, allá os averiguan vos mesmos.

## LAS ACEITUNAS, PASO.

## PERSONAS.

ORUVIO, *simple, viejo*.  
 GUEDA DE TORUEGANO, *su mujer*.

MENCIGUELA, *su hija*.  
 ALOJA, *vecino*.

*Calle de un lugar.*

TORUVIO.

¡ios, y qué tempestad ha hecho desd'el res-  
 nonte acá, que no parecia sino qu'el cielo  
 dir y las nubes venir abajo! Pues decí agora  
 aparejado de comer la señora de mi mujer,  
 la mate. ¡Oíslo, mochacha Mencigüela? Sí,  
 n en Zamora. Agueda de Toruégano, ¡oíslo?

MENCIGUELA.

¡e! y habeisnos de quebrar las puertas.

TORUVIO.

¡ico, mira qué pico, ¡y adónde está vuestra  
 a?

MENCIGUELA.

¡ casa de la vecina, que le ha ido á ayudar á  
 adejillas.

TORUVIO.

¡ejillas vengan por ella y por vos; andad, y

AGUEDA.

¡e los misterios; ya viene de hacer una negra  
 ña, que no hay quien se averigüe con él.

TORUVIO.

la de leña le parece á la señora; juro al  
 que éramos yo y vuestro ahijado á cargalla,  
 ¡s.

AGUEDA.

¡la sea, marido; ¡y qué mojado que venís!

TORUVIO.

¡o una sopa d'agua. Mujer, por vida vuestra  
 ¡lgo que cenar.

AGUEDA.

¡ablos os tengo de dar, si no tengo cosa nin-

MENCIGUELA.

¡e, y qué mojada que venia aquella leña!

TORUVIO.

¡dirá tu madre qu'es el alba.

AGUEDA.

chacha, adrézale un par de huevos para que  
 e, y hazle luego la cama; y os aseguro, ma-  
 ca se os acordó de plantar aquel renuevo de  
 : rogué que plantásedes.

TORUVIO.

¡qué me he detenido, sino en plantalle como

AGUEDA.

do, ¡y adónde lo plantaste?

TORUVIO.

¡ la higuera breval, adonde si se os acuerda os

MENCIGUELA.

Padre, bien puede entrar á cenar, que ya está adrezado  
 todo.

AGUEDA.

Marido, ¿no sabeis qué he pensado? Que aquel renuevo  
 de aceitunas que plantastes hoy, que de aquí á seis ó siete  
 años llevará cuatro ó cinco hanegas de aceitunas, y que  
 poniendo plantas acá y plantas acullá, de aquí á veinte y  
 cinco ó treinta años ternéis un olivar hecho y drecho.

TORUVIO.

Eso es la verdad, mujer, que no puede dejar de ser  
 lindo.

AGUEDA.

Mira, marido, ¿sabeis qué he pensado? que yo cogeré  
 el aceituna, y vos la acarrearéis con el asnillo, y Menci-  
 güela la venderá en la plaza; y mira, mochacha, que te  
 mando que no las des menos el celemin de á dos reales  
 castellanos.

TORUVIO.

¿Cómo á dos reales castellanos? ¡No veis qu'es cargo  
 de consciencia, y nos llevará el almotacen cad'al día la  
 pena? que basta pedir á catorce ó quince dineros por ce-  
 lemin.

AGUEDA.

Callad, marido, qu'es el veduño de la casta de los de  
 Córdoba.

TORUVIO.

Pues aunque sea de la casta de los de Córdoba, basta  
 pedir lo que tengo dicho.

AGUEDA.

Hora no me quebreis la cabeza; mira, mochacha, que  
 te mando que no las des menos el celemin de á dos rea-  
 les castellanos.

TORUVIO.

¿Cómo á dos reales castellanos? Ven acá, mochacha,  
 ¿á cómo has de pedir?

MENCIGUELA.

A como quisiéredes, padre.

TORUVIO.

A catorce ó quince dineros.

MENCIGUELA.

Así lo haré, padre.

AGUEDA.

¿Cómo así lo haré, padre? Ven acá, mochacha, ¿á có-  
 mo has de pedir?

MENCIGUELA.

A como mandáredes, madre.

AGUEDA.

A dos reales castellanos.

TORUVIO.

¿Cómo, á dos reales castellanos? Y'os prometo que si  
 no haceis lo que y'os mando, que os tengo de dar mas de  
 doscientos correonazos. ¿A cómo has de pedir?

MENCIGUELA.

A como decís vos, padre.

TORUVIO.

A catorce ó quince dineros.

MENCIGUELA.

Así lo haré, padre.

AGUEDA.

¿Cómo así lo haré, padre? Toma, toma, hacé lo que y'os mando.

TORUVIO.

Dejad la mochacha.

MENCIGUELA.

¡Ay madre! ¡ay padre! que me mata.

ALOJA.

¿Qu'es esto, vecinos? ¿Por qué maltratais así la mochacha?

AGUEDA.

¡Ay, señor! este mal hombre que me quiere dar las cosas á menos precio, y quiere echar á perder mi casa; unas aceitunas que son como nueces.

TORUVIO.

Yo juro á los huesos de mi linaje, que no son ni aun como piñones.

AGUEDA.

Sí son.

TORUVIO.

No son.

ALOJA.

Hora, señora vecina, hacéme tamaño placer que os entreis allá dentro, que yo lo averiguaré todo.

AGUEDA.

Averigüe, ó póngase todo del quebranto.

ALOJA.

Señor vecino, ¿qué son de las aceitunas? Sacaldas acá fuera, que yo las compraré, aunque sean veinte hanegas.

TORUVIO.

Qué, no señor, que no es d'esa manera que vuesa merced se piensa, que no están las aceitunas aquí en casa; sino en la heredad.

ALOJA.

Pues traeldas aquí, que y'os las compraré todas al precio que justo fuere.

MENCIGUELA.

A dos reales quiere mi madre que se vendan lemin.

ALOJA.

Cara cosa es esa.

TORUVIO.

¿No le paresce á vuesa merced?

MENCIGUELA.

Y mi padre á quince dineros.

ALOJA.

Tenga yo una muestra dellas.

TORUVIO.

Válame Dios, señor, vuesa merced no me quiere tender. Hoy he yo plantado un renuevo de aceituna dice mi mujer que de aquí á seis ó siete años llevaré ó cinco hanegas de aceituna, y qu'ella la coque yo la acarrese, y la mochacha la vendiese, fuerza de derecho había de pedir á dos reales por celemin; yo que no, y ella que sí, y sobre esto la quistion.

ALOJA.

¡Oh, qué graciosa quistion! Nunca tal se ha visto: las aceitunas no están plantadas, ¿y ha llevado la merced tarea sobre ellas?

MENCIGUELA.

¿Qué le paresce, señor?

TORUVIO.

No llores, rapaza; la mochacha, señor, es coto. Hora andad, hija, y ponedme la mesa, que prometo de hacer un sayuelo de las primeras aceitunas que se vendieren.

ALOJA.

Hora andad, vecino, entraos allá dentro, y te contaremos vuestra mujer.

TORUVIO.

Adios, señor.

ALOJA.

Hora por cierto, que cosas vemos en esta vida: las aceitunas no están plantadas, ¿y habemos visto reñidas.

## LOS ENGAÑOS, COMEDIA.

## PERSONAS.

VERGINIO, *padre de Lelia.*  
GERARDO, *padre de Clavela.*  
LELIA, *bajo el nombre de Fabio.*  
CLAVELA, *dama.*  
FABRICIO, *hijo de Verginio.*  
LAURO, *caballero.*  
JULIETA, *criada.*

GUIOMAR, *negra.*  
FRULA, *mesonero.*  
PAJARES, *simple.*  
CRIVELLO, *lancey.*  
QUINTANA, *cayo de Fabricio.*  
MARCELO, *amo de Clavela.*  
SALAMANCA, *simple.*

## ACTO PRIMERO.

## ESCENA PRIMERA.

Calle.

VERGINIO, GERARDO.

GERARDO.

ete, Verginio, ser tiempo de darse conclusion  
concierto que ya otras veces tú y yo hemos co-  
i tener?

VERGINIO.

erardo, no tengas pensamiento que esté yo con  
goja que tú podrás tener por no haber dado fin  
ocio que para cada uno de los dos tan deseado  
mas no debes maravillarte, pues sabes que mi  
no ha dado lugar á que con mas brevedad se

GERARDO.

ñor Verginio, que si como yo muchas veces he  
no te hallaras á tiempo ni con dineros para  
stavios á tu hija, ó para otras cosas que á este  
viene, dímelos, que de los que yo tuviere te  
e muy buena voluntad.

VERGINIO.

agradezco, aunque por agora no faltan, señor.

GERARDO.

en verdad; pero dime de gracia, ¿sabes si tu  
está en el monesterio?

VERGINIO.

os Dios, señor; ¿pues adónde habla de estar,  
i yo dejado por mi propia mano en compañía  
ma mia, que en el mismo monesterio ha hecho  
Mas dime, señor, ¿á qué efecto me lo pre-

GERARDO.

s, señor, que lo pregunto sin causa.

VERGINIO.

GERARDO.

ior, te lo diré. Has de saber que mediante el  
tu ausencia yo envié disimuladamente á saber  
horas monjas si tu hija estaba en el monesterio,  
s sabido por cosa muy cierta que no está allá  
no que anda acá fuera.

VERGINIO.

o entendido, señor Gerardo, que si eso han di-  
njas, no es sino por hacer á mi hija que profe-  
ue así las unas como las otras he sabido yo que  
rado grandísima afición.

Bien lo creo.

GERARDO.

## ESCENA II.

PAJARES, MARCELO y MONES.

PAJARES.

¿Cuál volver? juro al cielo de Dios, allá no vuelva am-  
que me lo manden y sopriquen saludadores á pié y des-  
calzos, y aunque vengan en cueros.

MARCELO.

Aguardad, don amo, que yo os haré decir de no,  
cuando os mandaren la cosa.

PAJARES.

¿Amo! ¿Parásceos bien cuál habéis parado la caña con  
que la otra hacia la cama? Agora hará la cama con los  
dedos.

VERGINIO.

¿Qué es aquesto, Pajares? ¿Cómo sales así? ¿Qué ro-  
pas son esas?

PAJARES.

Las basquiñas de la señora Lelia.

VERGINIO.

¿Quién te las vistió?

PAJARES.

Yo me las vesti.

VERGINIO.

¿Para qué?

PAJARES.

Estáse lavando mi sayo.

VERGINIO.

¿Para qué se lava tu sayo?

PAJARES.

Embarréme anoche.

VERGINIO.

¿Adónde?

PAJARES.

En el soterrafío.

VERGINIO.

¿Cómo?

PAJARES.

Caí: hay mas son que caí.

MARCELO.

Cayó el amo, cayó.

PAJARES.

Yo caí, yo; que hombre soy para caer cincuenta veces  
muy mejor que vos.

VERGINIO.

Hora no hay quien te entienda.

PAJARES.

Dizque no hay quien me entienda. Espere vuosa merced,

que yo le cogeré á las palabras. ¿Qué está á la entrada de la escalera, junto al soterráño, al rincón?

VERGINIO.

Ya, ya te entiendo.

PAJARES.

Pues ahí, mal punto, caí; hablando con reverencia, y casi medio de boca.

VERGINIO.

¿Pues cómo decías que te habías embarrado?

PAJARES.

Pues díjelo por afetar el vocabro, que mejor dijera encerado ó alquitrado, que no embarrado.

VERGINIO.

Más qué bueno estarías para retratar.

PAJARES.

Yo le diré á vuesa merced qué tal, que me decían que parecía calabaza en conserva, ó milanazo con liga.

VERGINIO.

¿Y agora por qué refiendes? decidme, Marcelo.

PAJARES.

Porque quería el señor amo con todo su seso que le fuese yo acompañando de calle en calle hecho marigallita.

GERARDO.

No era razón.

PAJARES.

No en verdad, señor desposado.

VERGINIO.

Pues, amo, ¿dónde queríades ir?

MARCELO.

Señor, quería llegarme á Santa Bárbara por aquella moza, y rogúele á este asno que pues estaba así, se rebosase y tomase un manto, porque me fuese acompañando, y trajese no sé qué baratijas que Lelia tiene en el monesterio, y porque se lo mandé nos ha querido hundir la casa á voces.

PAJARES.

¿Yo hundir la casa á voces? Enterísima sé que está. No me hubiéades vos mas aina hundido las costillas á garrotazos.

VERGINIO.

Pues, Pajares, ¿qué mas bien querías que venir acompañando á una dama?

PAJARES.

Ande d'ahí. ¿También hace vuesa merced de las suyas como hijo de madre?

VERGINIO.

¿Yo, cómo?

PAJARES.

¿Paréscele á vuesa merced que si topa por ahí el hombre con alguno del Almendralejo, que irán buenas nuevas á mi padre?

VERGINIO.

Por cierto, muy malas.

PAJARES.

¿Qué nuevas?

VERGINIO.

¿Qué me sé yo de lo que tú te piensas?

PAJARES.

Yo le diré que piensa el otro qu'es el hombre majano ó sayalero, y decille ha que ando hecho santera ó dama de forja.

GERARDO.

Señor Verginio, yo me entro; y en esotro negocio lo dicho dicho, y en lo que toca al dote, á lo concertado me remito.

VERGINIO.

Señor, á la mano de Dios; ya ve que no se entiende en otra cosa.

GERARDO.

Muy bien, señor.

### ESCENA III.

VERGINIO, MARCELO, PAJARES.

VERGINIO.

Marcelo, ya vistes á Gerardo cómo estaba hablando conmigo sobre el casamiento de mi hija Lelia; por eso abrevia en ir por ella porque se efectúe, y dareis de mí parte á esas señoras mías mis besamanos.

MARCELO.

Pláceme. ¡Oh desdichada de ti, Lelia! Por Dios, señor, mas estimara verla bajo tierra que no casada con ese diablo, que creo que tiene mas años que yo al doble, y agora se quiere casar con una mochacha que la podría tener por biznieta.

VERGINIO.

Ya, ya lo veo; mas ¿y qué queréis que haga, pecador de mí? ya veis en cuánto estremo van hoy día las cosas del mundo, y este negocio viéneme á mí muy á cuenta.

MARCELO.

¿Cómo muy á cuenta?

VERGINIO.

Yo os lo diré. Está concertado que yo le dé á mi hija Lelia por mujer, dotándomela en mil florines de su propia moneda, con tal condicion que si mi hijo parece dentro de cuatro años, le case con su hija Clavela, dotándola en la misma cantidad.

MARCELO.

Bien está, señor; pero yo mas querria un rato de contentamiento que cuantos tesoros hay en el mundo; pero yo me voy, que se hace tarde.

VERGINIO.

Pues, amo, id y mirad que no vengais sin ella.

MARCELO.

Pierda cuidado.

PAJARES.

Pues yo, amo, quedome.

MARCELO.

Quédate con mal año que te dé Dios.

PAJARES.

Para vos ser bueno, amo, mal hablais.

VERGINIO.

Entrate conmigo, tontazo.

### ESCENA IV.

MARCELO, LELIA.

MARCELO.

¿Habeis mirado el devaneo destos viejos podridos? que queria reirme, sino que me falta la gana, que es lo mejor. No en balde dicen que muchas veces los viejos se tornan á la edad primera. ¿Mas qué digo? ¿Qué es lo que veo? En verdad que si Lelia no estuviera en el monesterio, jurara que era aquesta que aquí viene en habito de hombre, ¿pero qué digo? que no es otra por mí fe.

LELIA.

¡Oh pecadora de mí, que aun hasta en esto me ha de ser la fortuna contraria! ¿Por qué calle me escomderé, que ya me ha visto el amo de casa de mi padre?

MARCELO.

Lelia.

LELIA.

Amo.

MARCELO.

¿Qu'es aquesto, Lelia? ¿Qué hábito es este? ¿Por ventura es este el monesterio donde así tu padre como todos



pensamos tenerte recogida? Háblame: ¿de qué enmu-  
deces?

LELIA.

Señor amo, á quien con mas razon debria yo llamar pa-  
dre, no os debeis de maravillar al verme en el hábito que  
me veis, que sabida por vos la ocasion, bien cierta estoy  
de que no seré culpada de mi atrevimiento.

MARCELO.

No me digas tal, que temblándome están las carnes, si  
el viejo alcanzase á saber esto, por estar como estamos  
en vispera de darte un marido muy honrado. Por tu vida,  
¿no me dirás qué locura ha sido aquesta?

LELIA.

Señor, como fortuna, amor y mi mala suerte, todos tres  
se han conformado contra mí...

MARCELO.

¿Cómo contra tí?

LELIA.

Bien tendreis en la memoria como cuando por nuestros  
pecados Roma fué saqueada, allí mi padre, juntamente  
con un hermano mio, la mayor parte de su hacienda dejó  
perdida, y aunque la pérdida no fué pequeña, la de mi  
hermanico es la que á mi padre mas sin placer le hace  
vivir.

MARCELO.

Por cierto no parece sino que fué ayer, y á buena fe  
que son pasados buenos diez años, y que les podriamos  
bien echar once.

LELIA.

Que dejemos estar los años, que corren como viento,  
y aun con mas presteza.

MARCELO.

Prosigue.

LELIA.

Pues viniéndose mi padre á vivir aquí á Módena, yo por  
mi mal vi á Lauro, gentilhombre desta ciudad, el cual  
conversando en la casa de mi padre, de mí se enamoró,  
y quiso Dios y mi suerte que con la misma moneda le pa-  
gase, rescibiendo de mí todos aquellos honestos favores  
que á mi recogimiento son lícitos.

MARCELO.

Muy bien sé todo eso.

LELIA.

Y por depositarme mi padre en el monesterio con in-  
tencion de ausentarse, pensando en Roma cobrar algo de  
su perdida ropa, nunca Lauro de mí tuvo acuerdo, antes  
be visto que de Clavela, hija de Gerardo, doncella her-  
mosa y rica, escesivamente se ha enamorado.

MARCELO.

Hora mira, Lelia, dejemos de traer á la memoria his-  
torias pasadas, sino anda acá á mi posada, y cambiarás  
esas ropas, que hágote saber que tu padre ya es vuelto  
de Roma, y me envió por tí, y no salí á otra cosa de casa,  
sino á llevarte.

LELIA.

Déjame concluir.

MARCELO.

Dí pues.

LELIA.

No tuve otro remedio después que mi padre en Santa  
Barbara me dejó, sino descubrir á Cándida, la monja tia  
mia, el grande afán que por la ausencia de Lauro yo pa-  
saba, la cual determinó de enviarte á llamar y trabar plá-  
ticas con él, porque á negocios que él tenia con las mon-  
jas solia venir.

MARCELO.

Dí, que bien te entiendo.

LELIA.

Acaeció pues un día que de habérsele muerto un paje

suyo venia el mas afligido hombre del mundo, y decia  
que si Dios otro tal le deparase que no se trocaria por otro  
de mayor estado, y en verdad os digo que sin otra consi-  
deracion inferi salirme del monesterio y serville de paje  
en el hábito que me veis, en el cual he procurado agra-  
dalle con cuanto estremo he podido, y le sirvo todavia.

MARCELO.

¿Hay tal cosa en el mundo! Y agora, ¿qué piensas hacer?

LELIA.

Sola una cosa quiero de vos.

MARCELO.

¿Y es?

LELIA.

Que entretengais á mi padre por espacio de algunos días,  
diciéndole que yo y mi prima y otras monjas hacemos  
ciertas devociones.

MARCELO.

Pues ¿qué piensas hacer en ese tiempo?

LELIA.

Yo lo diré. Clavela, querida de Lauro, tiene entendido  
que yo sea hombre, y le he parecido bien; yo, viéndola  
tan aficionada, hele dicho que si á Lauro no pretende ol-  
vidar y aborrecer, que no espere de mí tan sola una buena  
palabra.

MARCELO.

¿Y crees tú que eso lo hará?

LELIA.

Todo lo podria rodear fortuna; mas por agora perdó-  
name, que no sé quién viene allá, que á la tarde seré en  
vuestra posada, y hablaremos mas largamente.

MARCELO.

Pues mira que no dejes d'ir; cata que te quedo aguar-  
dando.

LELIA.

Pierde cuidado, señor, que luego doy la vuelta; adios.

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA PRIMERA.

Calle.

GERARDO.

¿Oh! váleme Dios, y cuán averiguada cosa es el hombre  
que negocios de importancia tiene, no poder reposar, es-  
pecialmente yo, que después que hablé á Verginio sobre-  
tomar por mujer su hija Lelia, parece que no traigo ju-  
icio de hombre, y este Verginio es tan espacioso, que se-  
gun lo deseo, dudo ver el tiempo llegado. Agora yo me  
quiero llegar acia su estancia á dalle otro tiento, como  
que voy á otra cosa; mas primero es menester advertir  
á mi hija Clavela que si acaso viniere á demandar de mí,  
que le digan que en casa de Millan Muñoz el tendero me  
hallará. Guiomar, ¡ah! Guiomar. ¿No respondes? ¿estás  
sorda?

### ESCENA II.

GERARDO, GUIOMAR.

GUIOMAR.

Ya vo, señor. ¡Jesú! ¡Jesú! libramela Dios de la diablo.

GERARDO.

Decí, ¿téngome de quebrar la cabeza primero que res-  
pondais? ¿Qué hacíades allá dentro, dueña?

GUIOMAR.

¿Eso me leí, señor, delante de las honras de mi cara? ¿farta de la haciendas tenemo que hacer.

GERARDO.

¿Qué haciendas son las vuestras, señora?

GUIOMAR.

¡Ay, señor Jesucristo! ¿qué haciendas me lo pides?

Primero por la mañanas ¿no barremo la casa? Enapué ¿no ponemo la oya? Enapué ¿no paramo la mesa? Enapué ¿no fregamo la cudeya y la platos?

GERARDO.

Bien.

GUIOMAR.

Enapué ¿no me manda señora Clavela que colamo la flor de la cucucena?

GERARDO.

De azucena, diablo, que eso pienso que querrás decir.

GUIOMAR.

Sin, señor, y de jamlín y de monqueta para adobar aquele guante que le tiene comendaros.

GERARDO.

¿Pues agora se le ha antojado eso?

GUIOMAR.

Anagoras, señor, y dícame señora Clavela: callán, hija Guiomá, aprender ben á colar las flores, que yo te prometo cuando san francas, que te casamo con un mequero de aqueso que adoba la guante.

GERARDO.

¿Qué es aqueso de casar? ¿Qué, ya no quieres ser monja?

GUIOMAR.

No, señor; que ya tenemo un prima mía contrita na religiona, monja, priora, nabadesa, ayá en mi tierra de Manicongo, muy honradas. Yo, señor, queremos multiplicar á mundos.

GERARDO.

Sus, basta que sepamos tu intencion, que hablarse ha mas despacio sobre ese negocio, y entra allá dentro y llania á mi hija Clavela, que se pare á la ventana, que le quiero hablar.

GUIOMAR.

Que me placer, señor, sin que me la mandas.

GERARDO.

Anda, ve.

### ESCENA III.

GERARDO, GUIOMAR, CLAVELA.

GUIOMAR.

Señora, que lecir señor....

CLAVELA.

Así, ¿qué es lo que dice?

GUIOMAR.

Que vosamerced pare ventana, que queremos hablar con eya.

CLAVELA.

¿Qué me pare á la ventana? Corre, Guiomar, y dile que no puedo, que estoy acabando aquella gorguera de prisa, y que te diga á ti qué es lo que quiere.

GUIOMAR.

Anda, señora, dal'en diablo aquesa monadiya, turo dia trabajar, nome la padre, la fiyo, la santo, amén.

CLAVELA.

Aquí á la puerta le hablaré. ¿Para qué me he de encaramar por las ventanas? ¿Qué es lo que mandas, señor?

GERARDO.

No cosa ninguna, que si os envié á llamar no fué mas sino por no decillo a esa lengua de tordo. Por vida vuestra que si viniere Verginio, padre de Lelia, á demandar por mí, le digais que en casa de Millán Muñoz el tendero me hallará; no lo echéis en olvido, que es cosa que importa.

CLAVELA.

Pierda cuidado.

GERARDO.

Si á tu señora se le olvidare, acuérdaselo tú, Guiomar.

GUIOMAR.

Que me placer, señor. ¿No dice en casa mal años te rar Dios entero?

GERARDO.

Esos sean para ti, perita.

CLAVELA.

Déjela, señor, que yo me acordaré dello; vaya en buena hora.

### ESCENA IV.

CLAVELA, GUIOMAR.

CLAVELA.

En buena fe, pues la calle está sola, y no parece na die, quiero sentarme aquí á la puerta, pues poco me queda. Hija Guiomar.

GUIOMAR.

Como tú la quieres, señora mi álima la corazon.

CLAVELA.

Entra allá por tu vida, y tráeme mi almohadilla, y entre tanto que estoy acabando no sé qué, saca tu rueca, porque me estés aquí acompañando.

GUIOMAR.

Facémolo como mandar, por ciertos.

CLAVELA.

¡Oh vida triste y trabajosa! Ninguna cosa hay en ti que de seguridad pueda tener renombre. ¿Traes, di?

GUIOMAR.

Toma, cáatala ahí tu almohadilla, señora.

CLAVELA.

Muestra acá, y llámame esa rapaza que me saque aquí un asiento.

GUIOMAR.

Chuchuleta, machacha. Señora, no responder, piensa que sa muerta.

### ESCENA V.

CLAVELA, GUIOMAR, JULIETA.

JULIETA.

¡Ay amarga de mí! ¿y qué diablo me quiere allá fuera la cara de carbon de brezo?

CLAVELA.

¡Ah, señora Julieta! ¡ah dueña! ¿No salís?

JULIETA.

Sí, señora, héme aquí: ¿qué manda?

CLAVELA.

¿Qué haciades allá dentro, picuda?

JULIETA.

Sí, picuda; ¿qué había de hacer?

CLAVELA.

Sácame aquí un asiento, y dejaos de rezongar.

JULIETA.

Sí, por cierto, ¿y todo eso era? ¿qué, no podía traello la cucaracha de sótanos? Sino muy al lado con su señora.

GUIOMAR.

Anda, ofrézcode an diablo; trae aquí un par de monadiyas en que sentar señora.

JULIETA.

Pues agradeceldo á quien está delante, que en buena fe que... quizá.

CLAVELA.

Bien. ¿Qué es lo que quizá? Pues si yo arrebató un varapalo, por ventura os pondré quizá en paz.

JULIETA.

¿Pues por qué consiente vuesa merced que me deshonre delante della esa cara de espárrago por remojar?

GUIOMAR.

Mírame la salamandera. ¿Ha visto qué pantasia tiene. cara de sin gorgüenza?

JULIETA.

¿Oíste, mi duelo, para quién han de tener vergüenza?  
¿Quién es ella, así la arrastren?

CLAVELA.

¿Callaremos? Ea, tengamos la fiesta en paz si os pesa;  
calla tú, Guiomar.

GUIOMAR.

Jesú, Jesú. ¿No mira vosamercé que pragmentar quién  
sa yo? Mira, mira, fija, ya saber Dios y tora lo mundo  
que sar yo la sabrina na reina Berbasino, cuñados de la  
marques de Cucurucú, por an mar y por an tierras.

JULIETA.

Si, si, no le ronqueis.

CLAVELA.

Calla, rapaza. ¿Y reina era tu tia, Guiomar?

GUIOMAR.

¡Ay señora! ¿pensar vosamercé que san yo fija de al-  
guno negra de par ahí? Así haya bono siglo álima de  
doña Bialaga, señora.

CLAVELA.

Gentil nombre tenia para dalle buen siglo.

GUIOMAR.

St, señora, doña Bialaga yamar señora mi madre, y si-  
ñor mi padre Eliomor; cuenta que quiere lesir don Diegos.

JULIETA.

Mira cómo quereis esos bledos: ¿qué gentiles nombres  
para un podenco!

GUIOMAR.

Por eso primer fijo que me nacer en Portugal le yamar  
Diguito, como siñor su saragüelo.

CLAVELA.

Su agüelo dirás.

GUIOMAR.

St, señora, su sabuelo.

CLAVELA.

¿Hijo tienes, Guiomar?

GUIOMAR.

¡Ay, señora! no me la mientes, que me face lágrima  
yorar. Téngolo, señora, la India le san Juan de Punto-  
rico, y agora por un mes lagoso me cribió un carta aquella  
ringlonsito tan fresco como un flor de aquese campo. ¡Ay  
entraña la mia, fijo mio!

JULIETA.

Tan desatinada y tan borracha me venga el bien.

GUIOMAR.

¿Quin sa borracha, chuchuleta? ¿Ay mandaria, man-  
daria! Plégata Dios que mala puteria te corra, y no veas  
carralasolendas.

CLAVELA.

¡Ay amarga! ¿Qué carnestolendas, y qué mal pronun-  
ciadas!

JULIETA.

Mal corrimiento venga por ti, amén.

GUIOMAR.

Anda, putiñas medrosas: no es mi honras tomame  
contigos.

JULIETA.

¡Miren qué fantasia! Pues calla, doña negra, que agora  
ha mandado su alteza que á todos los negros y negras ha-  
gan pólvora.

GUIOMAR.

Cagajon para'l, merda tomó pala vos y á manda-  
mento (1).

(1) Estas indecentes expresiones y otras bajas y soeces, que se leen en  
las piezas de la presente coleccion, no se sufrirían hoy en nuestros tea-  
tros; pero aquí no pudieron omitirse, habiéndose de dar la verdadera y

CLAVELA.

Y déjala, Guiomar, que es una loca; sino dime: ¿qué  
es lo que tu hijo te envió á decir?

GUIOMAR.

Aquella mochnacho, aquella mi fijo métemelo á prin-  
sipo de carta diciendo: Lustrísima madre mia Guiomar; la  
carta que yo te cribo no é para besamano, sino que sa  
bono, bendito sea Riós, loado sea Riós, amén. ¡Ay! Dios  
te la presie, fijo de la corazon y de lantrañas

CLAVELA.

No llores, Guiomar, no llores.

GUIOMAR.

No podemos facer otro, porque tenemos latrógamo turo,  
turo yeno de fatriqueras.

CLAVELA.

Bien está por tu vida, Guiomar, que nos entremos de  
presto en el aposento; y tú, Julieta, pornás esa almohada  
do sabes, que he visto á Lauro asomar por el cabo de la  
calle.

## ESCENA VI.

LAURO, LELIA.

LAURO.

¿Qué te parece, mi Fabio, cuán desgraciados habe-  
mos sido? ¿Has visto á qué tiempo tan oportuno veníamos  
y cómo mi señora Clavela se escondió con tanta presteza?

LELIA.

¿Qué quieres que te diga, señor, sino que harto ciego  
es el que no ve por tela de cedazo? A veriguadamente ella  
le aborrece por todo estremo.

LAURO.

¡Ay que ya lo veo! pero dime, mi Fabio (y por aquella  
obligacion te conjuro con que á servirme eres obligado):  
aquesas veces que á visitarla de mi parte has ido, ¿qué  
semblante te muestra cuando en mi negocio en hablar os  
ocupais?

LELIA.

¿Qué quieres, señor, que te diga, sino que ninguna  
vez de ti le hablo que con alegre rostro me vuelva res-  
puesta? como si tú, señor, le hubieses hecho las mayores  
injurias y los mayores agravios que á doncella de su  
suerte hacerse pudiesen.

LAURO.

Pues ¿qué remedio?

LELIA.

Que cambies el propósito y ames en otro lugar, pues  
tan mal te paga el amor que muestras tenelle, y el afi-  
cion tan grande con que la sirves.

LAURO.

Cambiar el propósito no puedo.

LELIA.

Si no puedes, estate así.

LAURO.

Así lo pienso hacer.

LELIA.

Poco ánimo tienes; parece que nunca en tu vida qui-  
siste bien, sino que Clavela fué la primera que tu cora-  
zon comenzó á sojuzgar.

LAURO.

No, ni Dios tal quiera; antes creo que de haber yo sido  
ingrato á Lelia, hija de Verginio, romano (la cual á ti te  
parece en estremo), ha permitido Dios que yo sea pa-  
gado con la misma ingratitud.

puntual idea de nuestra dramática en sus principios, y de manifestar  
los pasos por donde fué subiendo desde su rudeza primitiva hasta el es-  
tado de cultura y gala en que la puso el famoso Lope de Vega.

LELIA.

Y dime, señor: esa Lelia que dices ¿es muerta? ¿Cómo dejaste de tener su amor?

LAURO.

Muerta no; antes después que su padre la ausentó por hacer cierto camino á Roma, nunca mas della he sabido, de la cual Lelia yo rescibí en todo aquel tiempo todos los honestos favores que de una generosa y honesta doncella se podian rescebir.

LELIA.

De esa manera, señor, mal le pagas; parece que debrias procurar por ella y tornar en una amistad tan lícita.

LAURO.

No, en ninguna manera.

LELIA.

¿Cómo no?

LAURO.

Aquese cómo tampoco lo alcanzo, Fabio, antes tengo creído que de haber inferido Clavela mi señora que yo estoy aficionado á Lelia, me desama, lo cual, si ello es así, que de rabia muera. Y por tanto te ruego, mi fiel criado, cuanto puedo (si mi salud deseas), que cuando allá vuelvas le digas que ya no amo á Lelia como solia, antes huigo de acordarme della, ni aun de oír la mentar. ¿Entiendes, mi Fabio? ¿Válame Dios! ¿Qué has habido? ¿qué desmayo ha sido este?

LELIA.

Déjame, señor, que no es nada, sino que yo suelo ser apasionado del corazón, y tómanme á veces estos desmayos, y si me das licencia iréme á la posada, porque ya casi en los piés no me puedo sostener.

LAURO.

Pues, hijo, anda en buen hora, y mira si es menester otro, ó que para remedio de tu mal algun medio se busque, que no faltará por diligencia.

LELIA.

No te cures, señor, que para los males desta suerte tarde el remedio se halla.

LAURO.

Hijo, vete á la posada, y descansa.

LELIA.

El descanso tarde espero.

LAURO.

¿Qué dices?

LELIA.

Digo, señor, que el descansar es muy peor para esta mi dolencia.

LAURO.

Pues, hijo, ve, y aquello haz con que mejor te hallares y menos para tu salud daño sea.

LELIA.

Voy, señor, lleno de desconfianza.

LAURO.

Anda, que presto será contigo después de haber dado algunas vueltas por esta calle, donde mi señora Clavela reside.

### ESCENA VII.

VERGINIO, PAJARES.

PAJARES.

Hora juro al cielo de Dios, nostramo, si yo sé á qué tengo d'ir ni á qué efeto vuesa merced me envía. Sé qu'el otro ni la otra no son ahora tan niños que no sabrán venirse; cuantís mas que ya es hora de comer, y la mesma hambre las ha de acarrear á casa, como á mochachos fuidores.

VERGINIO.

Mira, Pajares, déjate desos preámbulos y cúbrete bien

esa capa, que gran tardanza es la que hacen, y veniros has acompañando.

PAJARES.

Qué, ¿no está bien cubrida?

VERGINIO.

No: acaba ya.

PAJARES.

Apártese vuesa merced de mi cobridero, y perdone.

VERGINIO.

¿Parécete que está bien cubierta?

PAJARES.

Eso vuesa merced lo dirá, que yo no lo veo ni descubro palmo de tierra.

VERGINIO.

¡Oh, mal año te dé Dios, que no te has de saber cubrir una capa! Mira, cuando te la mandaren cubrir, así la has de poner.

PAJARES.

¿Ansí? Ya, ya está bien cubrida; guarde, ¿qué dice?

VERGINIO.

Agora sí, toma este sombrero.

PAJARES.

¿Quién lo ha de tomar?

VERGINIO.

¡Dizque quien! Tú lo has de tomar.

PAJARES.

¡A porpósito! ¿Búrlase conmigo? Hame liado como: costal de arriero, y toma el sombrero. ¿Con qué mano lo habia de tomar? Sé que no tiene maneras ni sacabuches mi capa como balandrán de arcediano.

VERGINIO.

Asno, ¿qué por aquí bajo no la sabes sacar.

PAJARES.

¿Por dónde?

VERGINIO.

Por aquí: duelos te dé Dios.

PAJARES.

Dice la verdad; mas pecador de mí y de vuesa merced, y perdone, que los parto por medio, ¿quiere que me ande yo de calle en calle halconeando, dando manotadas como pez que ha caído en el garlito, ó como mulo de anoria que dando vueltas no halla paradero cierto?

VERGINIO.

Ganosa está la bestia de comparaciones.

PAJARES.

Bastian de Pajares me llaman, señor, para cuanto mandare.

VERGINIO.

Pues lo que te mando no es sino que vayas al monesterio de Santa Bárbara.

PAJARES.

¿Y para qué á Santa Bárbara? ¿Quiere que diga la santa que voy disfrazado, escudriñándole los rincones de casa?

VERGINIO.

Para que hagas venir presto á mi hija Lelia y al amo Marcelo, viendo que es ya hora de comer.

PAJARES.

Y aun deso mal punto estoy corrido, porque á las horas de comer me lanza de casa, como á los mozos de los carniceros la cuaresma.

VERGINIO.

¿Pues tanto piensas tardar allá?

PAJARES.

¿Pues no tengo de tardar yendo á pié como voy?

VERGINIO.

De esa manera razon tiene vuesa merced; entre en casa, y ensille un poyo de esos en que vaya caballero.

PAJARES.

¿Un poyo?

VERGINIO.

¿Dónde vas?

PAJARES.

A ensillar un poyo como mandó.

VERGINIO.

¿Pues, animal, el poyo se ha de menear?

PAJARES.

Pues eso es lo que me cumple, porque nunca salga de la posada.

VERGINIO.

¿Sabes tú, inocente, si tengo yo alguna cabalgadura en casa?

PAJARES.

¿Quién le demanda una cabalgadura? Cabalgablanda me diese vuesa merced, que cabalgadura ni grado ni gracias.

VERGINIO.

¿Qué es cabalgablanda?

PAJARES.

Un rollo ó rosca de aquellos que han amasado hoy, porque vaya caballero mi estrógeno; y á necesidad, un buen mendrugo de pan en las manos es bueno, por no ir hombre pensando en mal ni murmurar de nadie.

VERGINIO.

¿Cata, cata, que todo eso era la caballería y el retorizar? Al fin no podías parar sino en cosas de comer.

PAJARES.

¿No ve vuesa merced que dice el cura de nuestro pueblo, pedid y daros han, y que todos los buenos con pan son duelos?

VERGINIO.

Pues yo os prometo, don asno, que si apaño un garrote que yo os haga ir presto.

PAJARES.

No me prometa vuesa merced cosa ninguna, qu'eso de garrote no es cosa que me conviene por agora.

VERGINIO.

Primero vernán los otros que este macho se vaya de aquí. Espera, tomaré lo que digo.

PAJARES.

¿Qué os parece? Espérelle el reloj de Guadalupe. Aguijad, amo Marcelo, pese á la puta de mi cara, que juro á mi pecador, mas esperado habeis sido vos y esotra, que sereno tras ñublado.

### ESCENA VIII.

PAJARES, MARCELO.

MARCELO.

¿Pues qué diablos! ¿Tantos ves que venimos? ¿no ves que vengo solo?

PAJARES.

¿Solo viene? Cuantis que por la otra cantaba el cuquillo: *que por vos siquiera no os trajera Dios acá.*

MARCELO.

Mas que no te hallara.

PAJARES.

Señor amo, nostramo es ido por un garrote.

MARCELO.

¿Para qué?

PAJARES.

Pienso que para engarrotarme.

MARCELO.

¿Por qué?

PAJARES.

Porque no os iba á llamar. Por vida vuestra que si trajere garrote, y viéredes que me engarrotea, que os metais en medio.

TOMO II.

MARCELO.

Que me place.

PAJARES.

Ya lo trae; quiérole decir que ya no es de menester. Señor, hé aquí el amo, deje el garrote.

### ESCENA IX.

VERGINIO, PAJARES, MARCELO.

VERGINIO.

¿Es ya venido? Pues tomá vos, porque vais presto cuando os mandare la cosa.

MARCELO.

Paso, señor, paso.

PAJARES.

Amo, ¿y el concierto?

MARCELO.

Harto le decía, paso, señor.

PAJARES.

Dios le perdone, y á vuesa merced. Estánle diciendo ya no es de menester el garrote, y él no sino sacudir como en costal relleno. Bendito sea Dios.

VERGINIO.

Pues amo, ¿cómo venis sin aquella moza?

MARCELO.

Señor, entremos en la posada, que allá daré cuenta de todo como me ha acaecido con aquellas señoras, especialmente con la señora abadesa.

VERGINIO.

Vamos.

## ACTO TERCERO.

### ESCENA PRIMERA.

Calle.

FABRICIO, FRULA.

FABRICIO.

Señor huésped, ya os tengo dicho que si despertare aquel honrado hombre que en mi compañía viene, y por mí os preguntare, que le digais que soy ido á oír una misa, y á ver otras particularidades deste vuestro pueblo.

FRULA.

¿Y á quién quereis que lo diga, señor? ¿al que parece abad, el que riñó anoche con el mozo sobre el asar de los caracoles?

FABRICIO.

A ese mismo.

FRULA.

¿Oh, cómo es renegado, cuerpo non de Dios conmigo! Pues perdonadme, señor, vuestro padre pensé que era.

FABRICIO.

Antes le tengo en lugar de mas que padre.

FRULA.

¿Sois de aquí?

FABRICIO.

Romano soy.

FRULA.

¿Habeis estado aquí en Módena otra vez sin esta?

FABRICIO.

En mi vida.

FRULA.

Pues catad, señor huésped, que os aviso que vais advertido de la gente de esta tierra, porque es la mas mala que hay en el mundo, en quien hallareis tantos engaños que os asombrarán; y vos sois mozo, no sería mucho engañaros fácilmente.

FABRICIO.

Yo lo agradezco; mas decíme, señor huésped, ¿cómo es vuestra gracia?

FRULA.

Señor, Frula me llamo, á servicio y mandado de todos los buenos.

FABRICIO.

Señor Frula, no me engañarán si yo puedo. Haced lo que os tengo rogado, y quedad con Dios.

FRULA.

Id en buen hora.

**ESCENA II.**

FABRICIO, JULIETA.

FABRICIO.

Por esta calle será bien atravesar. ¡Oh qué bonita moza! A mí parece que viene encaminada.

JULIETA.

¿Qué es esto? ¿Andas de camino, Fabio? ¿Qué hábito es aqese? ¿Qué es de tu señor?

FABRICIO.

¿Mi señor? ¡Donosa está la pregunta! ¿Si nos vido anoche llegar de camino, y piensa que es mi señor maese Pedro Quintana? No me maravillo que aun el huésped pensó que era mi padre.

JULIETA.

¿No respondes?

FABRICIO.

Durmiendo queda en el meson. ¿Por qué lo dices?

JULIETA.

¡Mesonero es el tiempo! ¿Cómo andas así medrado? Paresce que hate dado tu amo esa capa.

FABRICIO.

¿Mi amo? Mi amo es mi buen dinero.

JULIETA.

¿Ya mandais dineros, Fabio?

FABRICIO.

¿Otro Fabio? Errado me ha el nombre. ¿Eres tú por ventura moza de Frula mi huésped? ¿De dónde me conoces tú á mí?

JULIETA.

¡Ganoso vienes de burlas! Anda ya, ya, mala landre me mate después de muerta. ¡Para mí, que como dicen soy de Córdoba y nasci en el potro! Mira que te ha menester mi señora, ven presto.

FABRICIO.

Bien me dijo á mí mi huésped, que era diabólica la gente de esta ciudad; esa debe de ser moza de alguna cortisana, y como me ve extranjero querrá procurar de sacarme algunas blanquillas; mas quiero conceder con ella, aunque no traigo dos reales cabales.

JULIETA.

Acabemos. ¿Qué hablas entre dientes, Fabio?

FABRICIO.

Otro Fabio. Fabricio querrás decir.

JULIETA.

Fabricio ó Fabio; así veo que te llama tu amo y mi señora.

FABRICIO.

¿Por qué calle iremos?

JULIETA.

Por la de oro; como si tú no supieses las calles mejor que yo.

FABRICIO.

Sí, mas no me acuerdo ya.

JULIETA.

¡Miradlo al desatinado! Estuviste anoche, y no atinas; pues ven conmigo, que yo te adestraré.

FABRICIO.

¿Es lejos?

JULIETA.

Es el mal dolor que Dios te dé, amén. ¿Haces del

bobo? Sí, sí, tomalo á cuestras, deciros ha mi gracias. Mira, quédate aquí en este canton, que voy á ver qué hace mi señora, que luego salgo á llamarte.

**ESCENA III.**

FABRICIO.

Mira si lo dije yo, mira si va la señora á ver si está con alguno su ama; porque si tal hay, no faltará un achaque con que me despedir, y si no, ella volverá por hacerme caer con pié derecho; pues mándole yo que harta mal ventura podrá llevar de mí. Quiérome esconder, que gente viene; no quiero que digan que estoy á puerta semejante aguardando tanda, como quien va al molino á moler.

**ESCENA IV.**

VERGINIO, GERARDO.

VERGINIO.

¿Qué quereis, señor, que os diga? ¿A quién mas que á mí con mas justa razon debe pesar? Pero dejadme topar con ella...

GERARDO.

Y dígame, señor Verginio, ¿teneis por cosa cierta andar vuestra hija en el hábito que decís? ¿Y de quién lo habeis sabido?

VERGINIO.

¿De quién? Primeramente lo supe de Marcelo, amo mío, que habiéndole yo enviado al monesterio, dijo que allá no estaba, y tambien que fui yo en persona á sabello.

**ESCENA V.**

VERGINIO, GERARDO, JULIETA.

JULIETA.

¡Jesus! vista soy de mi señor; volveréme. No, que será peor. Sus, que ya la tengo pensada.

VERGINIO.

Vuelve acá, rapaza; ¿pensabas que no te habia visto? DÍ, ¿dó dabas la vuelta, hurona?

JULIETA.

Señor, envíame mi señora Clavela á llamar uno de estos cajeros, que le queria comprar no sé qué cuentas.

GERARDO.

¡Jesú, Jesú, qué mentira tan probada! Cajero díque iba á llamar, señor Verginio: ¿ha visto atravesar por aquí algun cajero?

VERGINIO.

¿Qué, señor? Poco hace al caso, salga á lo que saliere.

JULIETA.

En buen hora, señor, tan claro se oyeron aquellas campanillas que ellos suelen traer, que no dijeran sino vesme aquí.

GERARDO.

Calla, calla, rapaza. Ven acá, ¿qué hace mi hija Clavela?

JULIETA.

Rezando la dejé.

VERGINIO.

¡Tal sea mi vida! Ciertó terná mejor juicio que no la mía. Pero qué digo? Heia, heia, señor, no hay mas que decir: topado ha Sancho con su rocín. Llégate, llégate, hija Lelia, que conocida eres.

**ESCENA VI.**

FABRICIO Y DICHO.

FABRICIO.

¿Lelia? Abrenuncio; donosa gente es esta.

GERARDO.

Sea bien venida la señora; digo, el galán. Por Dios, que os está bien ese hábito; si yo fuese que vos, nunca me le quitaria.

VERGINIO.

¿Qué es aqueso, hija Lelia? ¿Qué pasos son estos en que andas? ¿Qué devaneo ha sido aqueste? ¿Qué ropa es esa? ¿Por qué no me hablas? Bien sé yo que sabes hablar.

FABRICIO.

¿Decis á mi, hombre honrado?

VERGINIO.

¿Donosa es la respuesta! Dí, ¿burlaste conmigo?

FABRICIO.

No tengo yo por costumbre burlarme con nadie, especialmente con quien no conozco.

GERARDO.

¿Santo Dios, qué poca vergüenza! ¿Qué, aun fingirá no conocerte? toma por ahí; tené gana de casaros con semejantes.

VERGINIO.

Ahora, hija Lelia, lo pasado sea pasado, y en lo porvenir haya enmienda.

JULIETA.

Cata que es el diablo el buey rabon. Lelia diz que se llama el otro.

GERARDO.

¿Qué dices tú, Julieta?

JULIETA.

Digo que se engañan en buena fe, señores; mejor conozco yo este mocito que á mis propias manos.

VERGINIO.

Y tú, ¿de dónde le conoces?

JULIETA.

De mil veces que le he visto con su amo.

GERARDO.

¿Y cómo se llama?

JULIETA.

Fabio, y Lauro su señor.

VERGINIO.

¿Lauro? Dejadme topar con él, que yo le enseñaré si es bien hecho traer á mi hija en semejantes tratos.

FABRICIO.

Por Dios, no sé qué me diga; esta tierra debe de ser de bárbaros, el uno me toma por extranjero, el otro por mujer, el otro por paje; no hay quien los entienda.

VERGINIO.

No murmureis, hija, sino andad acá conmigo á la posada, y dad al diablo andar en devaneos ni servir á nadie; basta que sirvais aquí á vuestro marido.

FABRICIO.

Por Dios, si no tuviese respeto á las canas honradas, que yo os enseñase á hablar de otra manera. ¿Qué cosa es marido? ¿Estais en vuestro juicio?

GERARDO.

Paso, paso, cuerpo de mi linaje, señora, que no lo tenéis tan acabado, que si aquí no nos quieren, acullá nos ruegan, como dicen.

VERGINIO.

Calle, señor Gerardo, que de alguna cosa debe traer el seso perdido. ¿Qué le parece que hagamos de ella?

GERARDO.

Señor, lo que á mí me parece, que pues mi casa es tan cerca, la arrebateemos y la metamos en mi aposento, y yo haré á mi hija Clavela que se vea con ella; que quizá por ser mujer como ella, la hará venir á lo bueno y le dará cuenta de toda su mudanza.

JULIETA.

¡Mujer es el diablo! No verá mi señora Clavela otros mejores toros, que no salí á otra cosa de casa sino á llamalle.

GERARDO.

¿Qué rezas, Julieta?

JULIETA.

Digo, señor, que á la mano de Dios, que es muy bien hecho, que también se holgará mi señora por ser mujer como ella.

VERGINIO.

Pues alto, señor Gerardo, echalde mano valientemente como yo.

FABRICIO.

Estad quedos, hombres honrados, por Dios.

GERARDO.

¿Qué cosa es por Dios? tené bien, señor, que no se nos vaya.

JULIETA.

Déjate llevar, asno, que no te van á echar con leones, sino con la mas linda dama que en toda Módena se halla.

FABRICIO.

Paso, paso, señores; que no pienso deberos nada.

GERARDO.

Calla, calla, que allá tienes de ir por fuerza ó por grado; ayuda aquí, Julieta.

JULIETA.

Eso es de gracia, que á mas soy obligada por lo que toca siquiera á mi ama. ¿Coceais? Callá, que vos saldreis manso, y el patron quejoso, y mi ama contenta, que es lo mejor.

## ACTO CUARTO.

### ESCENA PRIMERA.

Calle.

VERGINIO, GERARDO, JULIETA.

VERGINIO.

El mas contento y satisfecho hombre del mundo salgo de casa de Gerardo, solo por dejar á mi hija Lelia en compañía de la suya.

GERARDO.

¿Adónde se puede sufrir un semejante caso y atrevimiento como este, sino en tierra de Guinea? Yo le castigaré al ribaldo tacaño, segun meresce. ¿Qué cumple mas?

VERGINIO.

¡Válame Dios! ¿Qué es aquello?

JULIETA.

¡Ay señor Verginio! por el amor de Dios, que se vaya presto de aquí.

VERGINIO.

¿Cómo, qué ha sucedido?

JULIETA.

Ya lo decia yo, pecador de mí, que aquel mancebo era Fabio, criado de Lauro, y ellos que no, sino Lelia.

VERGINIO.

¿Qué dices?

JULIETA.

Digo que mi señor se está armando con determinacion de matar á vuesa merced.

VERGINIO.

No hará, hija.

GERARDO.

¡Así, que fiándome yo de un hombre de tanta honra, me haya engañado tan malamente! ¡Ah don traidor! ¿aquí estais?

JULIETA.

¡Ay! señor, téngase.

GERARDO.

Déjame, rapaza.

## ESCENA II.

CRIVELLO Y DICHOS.

CRIVELLO.

Paso, paso, señor Gerardo, tené un poco de respeto siquiera por quien está en medio.

VERGINIO.

Mira, buen hombre, si algo presumís que os debo, dejadme llegar á la posada, que presto daré la vuelta, y os responderé como mandáredes.

GERARDO.

Andá, que aquí os aguardo.

CRIVELLO.

Que no es menester nada deso, señor Verginio. ¿No sabríamos qué ha sido esto?

VERGINIO.

Yo no lo entiendo.

GERARDO.

¿Qué, no lo entendéis?

CRIVELLO.

Señor Gerardo, por amor de mí, que me diga lo que hay, ó sobre qué es la quistion, que si es cosa que tiene remedio, aquí está Crivello, que basta á remediarlo todo.

GERARDO.

¿Qué remedio puede haber, pecador de mí, que fiándome yo de este señor, me engañase?

CRIVELLO.

¿De qué manera?

GERARDO.

De esta : que á fuerza de brazos me ha hecho poner un mancebo en mi casa, que se llama Fabricio.

JULIETA.

Que no, sino Fabio, señor.

CRIVELLO.

Ya le conozco.

GERARDO.

Haciéndome creer que era su hija Lelia.

VERGINIO.

Si que lo es.

GERARDO.

¿Aun porfías, mal hombre?

CRIVELLO.

Téngase, señor, y mire quién está delante.

GERARDO.

Yo fiándome dél, creyendo ser ello así, púsele en compañía de mi hija Clavela, y le he hallado abrazado y besándose con ella. ¿Parécenos si ha deshonrado mi casa para cuantos días viviere?

VERGINIO.

Restituirme mi hija, digo yo, y dejaos de esas francias.

GERARDO.

Restituidme vos mi honra; no penseis vencerme con palabras.

VERGINIO.

Esperadme pues aquí.

## ESCENA III.

GERARDO, JULIETA, CRIVELLO.

CRIVELLO.

Vuelta, vuelta, señor Verginio, señor Gerardo; éi se va sin duda á armar, quitémonos de aquí.

GERARDO.

¿Cuál quitar? juro á mí pecador, de aquí no me quite hasta verme persona con persona con él : veamos á cuánto llega su lanza.

CRIVELLO.

Mejor será que se quite de la calle, y no dé que decir á los vecinos.

JULIETA.

Bien dice Crivello, señor.

GERARDO.

Por ese respeto lo quiero hacer.

CRIVELLO.

Pues, señor, quédese con Dios y éntrese en su casa.

GERARDO.

Y vaya con él.

## ESCENA IV.

FRULA, SALAMANCA.

SALAMANCA.

¿Pues qué diabros! ¿Tanto madrugoren, que no tienen acuerdo de almorzar primero que se huesen, huésped?

FRULA.

¿Yo no te dije que no sé mas de cuanto el mozo primero por esa puerta, que el otro como abad fué á busca?

SALAMANCA.

Y dígame, señor mesonero ó bodegonero, ó como gracia, por vida d'esa cara, cara honrada, ¿sin almuerzo salieren?

FRULA.

Tu señor el mozo bebió con una tórtola.

SALAMANCA.

¿Pues qué diabros! ¿No habia taza en casa, que con una tórtola?

FRULA.

¿Como! Un pájaro, animal.

SALAMANCA.

Y qué, ¿animal no es pájaro?

FRULA.

No, pues eres tú.

SALAMANCA.

Mercedes, señor huésped.

FRULA.

Si tú no quieres entenderte. Lo que yo digo es que mió la tórtola, y bebió tras de ella, y el abad, viéndola ido, demandó sopas de la olla, y así se fué.

SALAMANCA.

¿Qu'en sopado va? ¡Ah! ¿búrlase?

FRULA.

¿Por qué me tengo de burlar?

SALAMANCA.

Yo juro al cielo de Dios, que no fué ese hecho si hombres lamineros : eso merece el pobre de Salamanca por irse á dormir en el pajar y ahorrar de cama.

FRULA.

¿Catá! Qué, ¿Salamanca te llamas?

SALAMANCA.

Salamanca me llamo, y aun me pesa dello.

FRULA.

¿Por qué?

SALAMANCA.

Porque en cosas de comer siempre quedo manco.

FRULA.

Hora bien, queda enhorabuena.

SALAMANCA.

Vaya con Dios, señor bodegonero. ¡Oh! pobre de Salamanca, ¿dónde irás agora solo y en tierra ajena, almorzar ni quien te convide? por aquí será bien que vieses y pida la plaza á do se venden cosas de comer.

## ESCENA V.

LAURO, CRIVELLO.

LAURO.

Cuéntame, Crivello, lo que á contar me empezas errar solo un punto.



CRIVELLO.

Que yo te lo diré, señor, sin discrepar ni tan solamente una puntada.

LAURO.

Pues di.

CRIVELLO.

Has de saber, señor, que como tú me enviaste en casa de Clavela á ver á qué efecto ese rapaz se habia detenido tanto, hallé riñendo á Verginio y á Gerardo.

LAURO.

¿Y sobre qué?

CRIVELLO.

Sobre que oí decir á Gerardo que habia hallado á Fabio abrazado con su hija Clavela.

LAURO.

¡Oh traidor! Qué, ¿tal oíste?

CRIVELLO.

Dije que lo oí con estas propias orejas, y fué bien oído.

LAURO.

¿Que fué bien oído? ¡Tacaño!

CRIVELLO.

No te empines, señor, contra mí, porque es verdad lo que te digo.

LAURO.

Yo te creo.

CRIVELLO.

¿Cuál yo te creo? Digo que lo haré bueno al diablo que sea, si es menester, encima de un brocal de un pozo, que cumple palabras.

LAURO.

Vamos; si yo no le diere su pago, no me llamen hombre hijodalgo.

CRIVELLO.

¿Qué? yo basto, señor, á cortalle aquellos brazuelos.

LAURO.

Crivelo, vente conmigo, y en velle, dale de tal suerte que le dejes tendido.

CRIVELLO.

Eso haz cuenta que está hecho. Yo me porné desta postura, si no, desotra, y capete en tierra. Vamos.

## ACTO QUINTO.

### ESCENA PRIMERA.

*Calle.*

LELIA, QUINTANA, SALAMANCA.

LELIA.

¿Qué tengo de hacer, pobreta de mí, sino tomar el mejor expediente? Especialmente que Lauro mi señor tiene entendido de Crivelo su lacayo que me han visto abrazada con Clavela. Yo no entiendo quién puede ser este que en mi forma y hábito haya tenido tal atrevimiento.

SALAMANCA.

Señor mase Quintana. ¿Qué digo? Ojo, hé allí á Fabricio.

QUINTANA.

Ya lo veo.

LELIA.

En manos de Marcelo mi amo voy derecho á ponerme.

QUINTANA.

Llámale; y sin manteo viene.

SALAMANCA.

Habráselo jugado; ¡ah! señor. ¡Válame Dios! ¿está sordo?

LELIA.

¿Qué mozo es este que me ha llamado?

QUINTANA.

¿Qué mozo es este? ¡Ah Fabricio! vergüenza, vergüenza, ¿qu'es del manteo?

LELIA.

Hombre honrado, ¿conoceisme vos á mí?

QUINTANA.

Si que te conozco.

SALAMANCA.

Si que os conocemos.

LELIA.

¿Tú sabes con quién hablas?

SALAMANCA.

Bien sé con quién hablo: con Fabricio hablo.

LELIA.

¿Cuál Fabricio?

SALAMANCA.

Mi amo.

LELIA.

¿Yo soy tu amo?

QUINTANA.

Déjate de chacotear, Fabricio, y vamos á la posada.

SALAMANCA.

Vamos, qu'es hora de comer.

LELIA.

¿Quién te quita la comida?

SALAMANCA.

El me la quita, pues venir no quiere.

LELIA.

Yo no tengo para qué.

SALAMANCA.

Bien lo creo, pues tiene su tórtola en el buche.

LELIA.

Calla, diablo, con tu comida.

SALAMANCA.

Bien teneis vos por qué callar, domine Faldetas, pues antes de salir de la posada así os engullis las sopas como anadon nuevo los livianos ó caracoles.

### ESCENA II.

LAURO, CRIVELLO Y DICHO.

LAURO.

Cátale, Crivelo; dale, muera.

LELIA.

¡Santa María, señora! sed conmigo.

QUINTANA.

Teneos, gentil hombre.

CRIVELLO.

Que no hay que tener.

SALAMANCA.

A esotro, no á mí. ¡Oh pecador de Salamanca!

LAURO.

En casa de Verginio se ha metido.

### ESCENA III.

MARCELO, QUINTANA, LAURO, SALAMANCA, CRIVELLO.

MARCELO.

¿Qué descortesía es esta tan grande, señores, de querer entrar con las espadas puestas en casa ajena?

LAURO.

Dadnos ese rapazuelo de Fabio.

QUINTANA.

¿Fabio? Fabricio se llama, señores.

MARCELO.

Ni es ese ni esotro, que vivís engañados; pero, señor Lauro, antes que te lo dé, primero te suplico que me oigas un negocio que pocos días ha que acontesció en mi pueblo, maravilloso de oír.

SALAMANCA.

Señores, ¿parécesele que vaya por sendas sillas al meson?

MARCELO.

¿Para qué? di.

SALAMANCA.

Porque segun han tomado el comienzo, no es mucho que nos tomen aquí las cumpretas.

QUINTANA.

Déjale, señor.

LAURO.

Que me place de lo oír; pero ha de ser con una condicion, que entreguéis luego ese rapaz en mi poder.

MARCELO.

Yo te lo pondré en tus manos propias, á fe de quien soy.

SALAMANCA.

¿Qué gentiles alientos para quien querría estar en la posada, y tener los asadores atravesados por las tripas!

LAURO.

Dí presto.

MARCELO.

Has de saber, señor, que no ha muchos años que un caballero tomó amores con una doncella, la cual le pagaba con el mismo amor. Quiso su desdicha que este caballero se enamoró de otra señora, olvidando la primera; la primera, viéndose despreciada de su amante, no sabiendo qué se hacer, acordó de mudar el hábito femenino, y en el de hombre muchos días le sirvió; pues andando á la desconocida, viéndose todavía aborrecer de este su señor, vino en tanto extremo que estuvo para desesperar, y está hoy en día que plañe y lamenta en secreto, que es la mayor lástima del mundo.

LAURO.

Dichoso tal hombre, pues con tan firme amor es amado. ¿Y por qué no se da á conocer de su señor?

MARCELO.

Porque teme del mal suceso.

LAURO.

¿Cuál mal suceso? A fe de caballero que si por mí tal acaesciera... Mas ¿qué digo? No soy yo tan dichoso ni tan bienaventurado.

MARCELO.

Señor, si por tí tal acaesciera, ¿qué es lo que hicieras tú? ¿No olvidarás otro cualquier amor por mujer tan constante, siendo tan hermosa y noble como la otra?

LAURO.

¿Cuál olvidar? ¿Y con qué se podría pagar un tan conforme amor?

MARCELO.

Pues primero que en nuestra casa entres, ni á Fabio veas, quiero me jures á fe de caballero qué es lo que tú hicieras sobre este negocio.

LAURO.

Por el juramento que me has tomado te juro que no le podría pagar con otra cosa sino con tomalla por mujer.

MARCELO.

¿Hiciéraslo así?

LAURO.

Y no de otra manera.

MARCELO.

Pues entra, señor, que por tí propio ha sucedido lo contado.

LAURO.

¿Por mí? ¿cómo?

MARCELO.

Porque Fabio (á quien tú quieres matar pensando que es hombre) es tu querida primera Lelia, hija de Verginio, romano, la cual se salió del monesterio por servirte en hábitos de hombre; mira si le debes algo y le eres en grandísima obligacion.

LAURO.

No me digas mas, señor Marcelo, que yo te creo.

CRIVELLO.

Y aun por eso, señor, muchas veces cuando se acostar á la cámara de los lacayos, se apartaba á ellos en un rincón á desnudar; yo decíale: hermano ¿por qué no te vienes á desnudar á la lumbre? y redíame él diciendo: hermano Crivello, tengo sarna.

LAURO.

Sus, entremos allá dentro, que yo le quiero pagar lo que tengo dicho.

SALAMANCA.

Señor mase Quintana, si aquel no es Fabricio, ¿peramos? Vámonos *ad comedendum ad posatam*.

QUINTANA.

¿Qué dices? ¿Qué algarabía es esa?

SALAMANCA.

¿Algarabía es esta? Es gramátula, y aun de la m de Alcalá de Humares.

QUINTANA.

Escúchate. Dígame, señor, ¿cómo dijo denantes llamaba el padre desa Lelia?

MARCELO.

Verginio, romano.

QUINTANA.

¿Verginio, romano?

MARCELO.

Sí, señor.

QUINTANA.

¿Tuvo otro hijo sin esta?

MARCELO.

Uno, el cual se perdió en el saco de Roma.

QUINTANA.

Por hallado se puede tener el día de hoy; que lle á ver aquí á Mòdena so amparo y guarda mia, se n desaparecido, y pensando ser este que se retrajo en tra posada, venimos en su seguimiento.

CRIVELLO.

¿Y es ese el que llamais Fabricio?

QUINTANA.

Sí, señor.

CRIVELLO.

Ta, ta, que me maten si ese que vos decis no es, han tomado por Lelia, y está encerrado en casa d rardo.

MARCELO.

Pues por amor de mí, mientras nosotros nos ent á efectuar el matrimonio del señor Lauro con Leli vaya aquí con Crivello.

QUINTANA.

¿Dónde, señor?

MARCELO.

A casa de Gerardo, porque Verginio es ido allá á con Pajares su mozo á que le restituya á Lelia.

QUINTANA.

¿Válame Dios! Iré porque no suceda algun escán

CRIVELLO.

Vamos, y daremos noticia de lo pasado.

#### ESCENA IV.

QUINTANA, SALAMANCA.

SALAMANCA.

¿Y pues? ¿yo, mase Quintana ó cuartana, quedóm cho campaleon? ¿Piensa que me he de mantener del

QUINTANA.

¿Oh! toma, cata ahí cuatro reales, y dalos á Fr mesonero en señal que se los debemos, y dile que el portillon de la ropa.

SALAMANCA.

mas?

QUINTANA.

n que sobró del almue , y vente aquí á la po-  
señor Verginio.

SALAMANCA.

place, y al pan podeis agradecer la vuelta.

## ESCENA V.

VERGINIO, PAJARES.

VERGINIO.

Pajares.

PAJARES.

señor.

VERGINIO.

tures de mas sino hacer como yo hiciere; vea-  
e darán á mi hija por fuerza ó por grado, ó mal  
ese.

PAJARES.

ne, señor, ¿cuántos han de ser los alanceados,  
la voluntad de Dios?

VERGINIO.

o es el que me ha ofendido.

PAJARES.

o mas? ¿Y cómo se llama?

VERGINIO.

lo te han de dar cuenta? Gerardo se llama. ¿Por  
ces?

PAJARES.

querriame llegar á la iglesia.

VERGINIO.

pué?

PAJARES.

icelle decir una misa de salud.

VERGINIO.

badajo, que no sé quién viene.

PAJARES.

es el uno, y el otro saludador me parece.

## ESCENA VI.

CRIVELLO, QUINTANA Y DICHO.

CRIVELLO.

le Dios, señor Verginio.

VERGINIO.

en venido con la compañía.

QUINTANA.

is manos.

PAJARES.

Crivello, ¿paréscele en qué andenes y riesgos me  
mis pecados?

CRIVELLO.

, Pajares?

PAJARES.

, me pregunta? ¿No ve qué enlanceado estoy?

CRIVELLO.

qué hace al caso, dí?

PAJARES.

me hizo á mí mata-hombres? Que aun por mis  
los días pasados mató mi padre un huron, y en  
sine días no osaba salir de noche al corral do le  
erto.

QUINTANA.

ué?

PAJARES.

no me asombrase su álima.

CRIVELLO.

Verginio, bien puede vuesa merced enviar este  
usa á desarmarse.

PAJARES.

¡ Ah! Dios te dé salud, amén.

VERGINIO.

¿Cuál enviar? Venis vos hecho de concierto con Gerar-  
do? Pues tené por entendido que no lo haré hasta en  
tanto que me dé mi hija tan sana y tan buena como se  
la entregué.

CRIVELLO.

Señor Verginio, ¿cómo? ¿cómo os puede dar vuestra  
hija, no teniéndola?

VERGINIO.

¿Dizque no teniéndola? ¿Pues qué cuenta me da de la  
moza que yo le dejé en su poder?

CRIVELLO.

¿Moza? Yo digo que es mozo.

QUINTANA.

Señor, lo que yo tengo entendido de este negocio es  
que Lelia está en tu casa, con toda la honra del mundo, y  
desposada con un gentil hombre que se llama Lauro.

CRIVELLO.

Dice verdad, señor; con mi amo.

PAJARES.

¿Y sin pedirme perdon, señor?

VERGINIO.

¿De qué te habia de pedir perdon?

PAJARES.

De que me hizo ayunar el lunes sin ser ayuno, ni can-  
tallo el martillojo de mi bravario.

VERGINIO.

¿Qué, mi hija es desposada con Lauro? Bichoso sería  
y así tal fuese.

CRIVELLO.

Que lo puedes bien creer, señor.

VERGINIO.

Y pues, el que tanto le semeja, que está en casa de Ge-  
rardo, ¿quién ha de ser?

QUINTANA.

Tu hijo, señor.

VERGINIO.

¿Qué me contais?

QUINTANA.

La verdad sin falta.

VERGINIO.

¡ Oh Providencia divina!

CRIVELLO.

Señor, en casa de Gerardo me entro, por dalle aviso del  
regocijo tan sobrado y ganar las albricias.

VERGINIO.

Corre, ve.

PAJARES.

Yo á desalamcentarme.

## ESCENA VII.

VERGINIO, QUINTANA.

VERGINIO.

¿Señor, cómo es su gracia?

QUINTANA.

Quintana, á su servicio.

VERGINIO.

¿De qué tierra?

QUINTANA.

De Roma, ayo de su hijo Fabricio.

VERGINIO.

¿Fabricio? ¿Y quién le puso ese nombre?

QUINTANA.

Señor, tú has de saber que el día de la revuelta que fué  
saqueada Roma, quiso su buena dicha ó ventura que vino  
en poder tu hijo de un capitán español dicho Fabricio, y

por quererle tanto, me lo dió que le enseñase toda crianza, llamándole de su propio nombre, y al punto que falleció lo dejó heredero de su hacienda.

¡ Santo Dios !

VERGINIO.

QUINTANA.

Yo, como por tu hijo y mi criado supiese que tenía padre que se llamaba Verginio, y por informacion de algunos extranjeros que en Módena residían, determiné de encaminarle á esta ciudad y traerle en tu presencia.

VERGINIO.

Digo, señor, que yo estoy por ello á no faltáros en los días de mi vida.

### ESCENA VIII.

GERARDO, FABRICIO, CLAVELA, CRIVELLO Y DICHOS.

CRIVELLO.

Señor, hé aquí do sale el señor Gerardo y tu hijo Fabricio, con su esposa Clavela mano por mano.

GERARDO.

¿ Qué le parece, señor Verginio, las cosas que son encaminadas por Dios cómo siempre vienen á parar en buen suceso ?

VERGINIO.

Así es la verdad, señor Gerardo.

QUINTANA.

Fabricio, abraza á tu padre.

FABRICIO.

Déme sus manos, señor.

VERGINIO.

¡ Jesus ! y cuán semejante es á Lelia ; bendigate hijo mio, y á tu esposa.

CLAVELA.

Y á él dé largos días de vida.

GERARDO.

Señor Verginio, pues no ha sido servido Dios Lelia fuese mi mujer, según aquí Crivello me ha dicho que yo me tengo por muy dichoso y contento su hijo Fabricio sea mi yerno, y d'hoy mas por cons y hermanos nos abracemos.

VERGINIO.

Que me place, y vamos derecho á mi aposento, do celebrarán las bodas cumplidamente.

CRIVELLO.

Sus, señores ; si les pareciese alcanzar de la confitura que allá dentro está aparejada, alléguese á sada del señor Verginio, que, á fe de hombre de bien el preparatorio, no falten quejosos ; y por tanto donen.

## CORNUDO Y CONTENTO, PASO.

## PERSONAS.

LUCIO, *doctor médico.*  
MARTIN DE VILLALBA, *simple.*

BARBARA, *su mujer.*  
JERONIMO, *estudiante.*

*Plaza de un lugar.*

LUCIO.

*verabilis doctor!* ¿Qué fortuna es esta, que no aptado en todo el día de hoy recepta ninguna? ¿rad quién asoma para mitigar mi pena! Este es que le ha hecho encreyente su mujer que está y ella hacelo por darse el buen tiempo con un ; y él es tan importuno, que no lo hace con dos itas al día. Pero venga, que en tanto que los pol corral le turaren, nunca su mujer estará sin a bien allegado el bueno de Alonso de....

MARTIN.

señor licenciado, Martin de Villalba me llamo, su honra.

LUCIO.

*tue vita.* ¿Para qué era nada desto, hermano Villalba?

MARTIN.

perdone vuesa merced, que aun están todavía los, pero sane mi mujer, que yo le prometo un : tengo á engordar.

LUCIO.

os salud.

MARTIN.

, primero á mi mujer, plegue á Dios, señor.

LUCIO.

ho, toma esos pollos, ciérrame esa jealousy.

MARTIN.

, señor, que no son pollos de jealousy, vuesa uede estar descuidado. ¿Sabe cómo los ha de

LUCIO.

cierto.

MARTIN.

imeramente les ha de quitar la vida y plumallos; pluma y los hígados, si los tuvieren dañados.

LUCIO.

qués?

MARTIN.

s ponellos á comer si tuviere gana.

LUCIO.

e parece todo eso. ¿Pues cómo se ha sentido a vuestra mujer?

MARTIN.

algun tanto ha reposado, que como ha dormido juel su primo el estudiante, que tiene la mejor msalmador del mundo todo, no ha dicho en toda e, aquí me duele.

LUCIO.

teo.

MARTIN.

os Dios del diablo.

LUCIO.

la en casa?

MARTIN.

aqueo no huese, ya sería muerta.

LUCIO.

bien la purga?

MARTIN.

¡A mi madre! Ni aun la quiso oler; pero buen remedio nos dimos, porque le hiciese impresion la melecina.

LUCIO.

¿Cómo así?

MARTIN.

Señor, aquel primo suyo, como es muy letrado, sabe lo que el diablo deja de saber.

LUCIO.

¿De qué manera?

MARTIN.

Díjome: mirad, Martin de Villalba, vuestra mujer está de mala gana, y es imposible que ella beba nada desto; vos decís que quereis bien á vuestra mujer; dije yo, á mi madre, no esteis en eso, que juro á mi que la quiero como las coles al tocino. Dijo él entonces: pues tanto monta; bien os acordais que cuando os casaron con ella, dijo el crego ser unidos en una misma carne. Dije yo: así es verdad; dijo él: pues siendo verdad lo qu'el crego dijo, y siendo toda una misma carne, tomando vos esa purga, tanto provecho le hará á vuestra mujer como si ella la tomase.

LUCIO.

¿Qué hicistes?

MARTIN.

Pardiez, apenas hubo acabado la zaguera palabra cuando ya estaba el escudilla mas limpia y enjuta que la podia dejar el gato de Mari Jimenez, que creo que no hay cosa mas desbocada en toda esta tierra.

LUCIO.

Bien le aprovecharia.

MARTIN.

Guárdenos Dios; yo fui el que no pude mas pegar los ojos, que ella á las once del día se despertó, y como á mi me habia quedado aquella madrugada tan enfecto el estrómago con aquello de la escudilla, bizole tanto provecho á ella, que se levantó con una hambre, que se comiera un novillo si se lo pusieran delante.

LUCIO.

¿En fin?

MARTIN.

En fin, señor, que como no me podia menear del dolor que en estos ijares sentia, díjome su primo: andad mal punto, que sois hombre sin corazon; de una negra purguilla estais, que me pareceis un buho serenado; entuenes el señor diciendo y haciendo, apañó una gallina por aquel pescuezo, que parece que agora lo veo, y en una santiamén fué asada y cocida, y traspillada entre los dos.

LUCIO.

Hiclérame yo al tercio, como quien juega á la primera de Alemania.

MARTIN.

¡A mi madre! Bien lo quisiera yo, sino que me hicieron encreyente que le haria daño á mi mujer lo que yo comiere.

LUCIO.

Hicistes muy bien, mirad quién ha de vivir seguro de

aquí adelante; segun me paresce, á vos hasta que curemos.

MARTIN.

Si, señor, pero no me mande mas de aquello de la'scudilla, si no, no será mucho á muchas escudilladas aborraz de tripas, y quedarse el cuerpo como canjilon agujereado.

LUCIO.

Agora pues, yo tengo ciertas visitas, id en buen hora, y acudios por acá mañana, que con un buen regimiento que y'os ordenaré, basta para que se acabe de curar.

MARTIN.

Dios lo haga, señor.

ESTUDIANTE.

Por el cuerpo de todo el mundo, señora Bárbara, veis aquí á vuestro marido que viene de acia casa del doctor Lucio, y creo que nos ha visto. ¿Qué remedio?

BÁRBARA.

No tengais pena, señor Jerónimo, que yo le enalbardaré como suelo, hacerle he encreyente que vamos á cumplir ciertos votos que convienen para mi salud.

ESTUDIANTE.

¿Y creerlo ha?

BÁRBARA.

¿Cómo si lo creará? Mal lo conocéis; si yo le digo que en lo mas fuerte del invierno se vaya á bañar en la mas helada acequia, diciendo que es cosa que importa mucho á mi salud, aunque sepa ahogarse, se arrojará con vestidos y todo. Háblele.

ESTUDIANTE.

Bien venga el señor Martin de Villalba, marido de la señora mi prima, y el mayor amigo que tengo.

MARTIN.

¡Oh señor primo de mi mujer! Norabuena vea yo aquesa cara de pascua de hornazos. ¿Dónde bueno? O ¿quién es la revestida, como horrica de llevar novias?

ESTUDIANTE.

Déjala, no la toques, una moza es que nos lava la ropa allá en el pupilaje.

MARTIN.

¿Mas á fe?

ESTUDIANTE.

Si en mi ánima, ¿habíate de decir yo á tí uno por otro?

MARTIN.

Bien lo creo, no te enojas; ¿y adónde la llevas?

ESTUDIANTE.

A casa de unas beatas, que le han de dar una oracion para el mal de la jaqueca.

MARTIN.

¿Búrlasme, dí?

ESTUDIANTE.

No, por vida tuya y de cuanto luce delante mis ojos.

MARTIN.

V'en buen hora; ¿has menester algo?

ESTUDIANTE.

Dios te dé salud, no agora.

MARTIN.

Como tú desees.

BÁRBARA.

¡Oh grande alimaña! que aun no me conoció. Aguija, traspongamos.

MARTIN.

Ola, ola, primo de mi mujer.

ESTUDIANTE.

¿Qué quieres?

MARTIN.

Aguarda, cuerpo del diablo, que ¿yo m'engañé aquella saya la de mi mujer; sí, ella es: ¿dónde llevas?

BÁRBARA.

¡Ah don traidor! Mirad qué memoria tiene de n topa su mujer en la calle, y no la conoce.

MARTIN.

Calla, no llores, que me quiebras el corazon, te conoceré, mujer, aunque no quieras, de aquí a pero dime: ¿dónde vas? ¿volverás presto?

BÁRBARA.

Si volveré, que no voy sino á tener unas novenas santa con quien yo tengo grandísima devocion.

MARTIN.

¿Novenas? ¿Y qué son novenas, mujer?

BÁRBARA.

¿No lo entendeis? Novenas se entiende que tener yo allá encerrada nueve dias.

MARTIN.

¿Sin venir á casa, álima mía?

BÁRBARA.

Pues, sin venir á casa.

MARTIN.

Sobresaltado me habias, primo de mi mujer, bu maldita la sangre que me habias dejado engotada.

BÁRBARA.

Pues concédeme una cosa.

MARTIN.

¿Y qué, mujer de mi corazon?

BÁRBARA.

Que ayuneis vos todos estos dias que yo allá est pan y agua, porque mas aproveche la devocion.

MARTIN.

Si no es mas que aqueso, soy muy contento; v' hora.

BÁRBARA.

Adios; mirad por esa casa.

MARTIN.

Señora mujer, no te cumple hablar mas como e que el doctor me ha dicho que á mí me ha de cu tú, bendito Dios, ya vas mejorando.

ESTUDIANTE.

Quedad en buen hora, hermano Martin de Villal

MARTIN.

Ve con Dios; mira, primo de mi mujer, no dejes d sejarla que si se halla bien con las novenas, que l decenas, aunque yo sepa ayunar un dia mas por x

ESTUDIANTE.

Yo lo trabajaré, queda con Dios.

MARTIN.

Y v'ya con él.

## PAGAR Y NO PAGAR, PASO.

## PERSONAS.

BREZANO, *hidalgo*.  
CEVADON, *simple*.

SAMADEL, *ladron*.

*Sala de casa particular.*

BREZANO.

¿Qué cosa estraña que á un hidalgo como yo se le semejante afrenta y agravio cual este? y es o de esta mi casa en que vivo, sobre cierto le quedé á deber, me ha enviado á emplazar á ces. Yo quiero y tengo determinado de llaman mi criado, y dalle los dineros para que se, Cevadon, sal acá.

CEVADON.

¿Ma vuesa merced?

BREZANO.

¿Yo llamo.

CEVADON.

¿Me me llamaba.

BREZANO.

¿Ó que le llamaba?

CEVADON.

¿En qué? En nombrarme por mi nombre.

BREZANO.

¿Acá, ¿conoces?

CEVADON.

¿Ya conozco.

BREZANO.

¿¿¿¿¿?

CEVADON.

¿Aqueste, el que dijo vuesa merced.

BREZANO.

CEVADON.

¿¿¿¿¿ acuerda.

BREZANO.

¿¿¿¿¿ de burlas; dime si conoces á aquel casero en que vivo.

CEVADON.

¿¿¿¿¿ muy bien lo conozco.

BREZANO.

¿¿¿¿¿?

CEVADON.

¿¿¿¿¿ su casa.

BREZANO.

¿¿¿¿¿ tá su casa?

CEVADON.

¿¿¿¿¿ merced, eche por esta calle derecha, y torne mano izquierda, y junto la casa, empar de la casa mas arriba está un poyo á la puerta.

BREZANO.

¿¿¿¿¿ iendes, asno; no te digo sino si conoces al casa.

CEVADON.

¿¿¿¿¿ ior, muy rebien.

BREZANO.

¿¿¿¿¿ ora?

CEVADON.

¿¿¿¿¿ merced, váyase derecho á la iglesia y éntrese alga por la puerta de la iglesia, y dé una vuel-

ta alrededor de la iglesia, y deje la iglesia, y tome una collejuela junto á la callejuela, empar de la callejuela, la otra callejuela mas arriba.

BREZANO.

Bien sé que sabes allá.

CEVADON.

¿Sí, señor, demasiadamente sé.

BREZANO.

Sus, toma estos quince reales, y llévaselos, y dile que digo yo que lo ha hecho ruilmente en enviarme á emplazar tantas veces, y que digo yo que me haga merced de no hacello tan mal conmigo; y mira que al que se los has de dar ha de tener un parche en el ojo, y una pierna arrastrando, y primero que se los des te ha de dar una carta de pago.

CEVADON.

¿Que primero que le dé yo los dineros, le tengo de dar una carta de pago?

BREZANO.

Que no, asno, él á tí.

CEVADON.

Ya, ya, él á mí, yo lo haré muy requisitamente.

*Calle.*

SAMADEL.

Segun soy informado, por aquí ha de venir un mozo con unos dineros que los ha de dar á un mercader; yo le tengo de hacer encreyente que soy el mercadante y cogelle los dineros, que bien creo que serán buenos para alguna quinollita: ta, ta, quiero disimular, que hélo aquí do viene.

BREZANO.

Mira que lo sepas hacer, diablo.

CEVADON.

Que lo sabré hacer, ¡válame Dios!

SAMADEL.

Ola, hermano, ¿es hora que traigais esos dineros?

CEVADON.

¿Es vuestra merced el que los ha de recibir?

SAMADEL.

Y aun el que los habia de tener en la bolsa.

CEVADON.

Pues, señor, díjome mi amo que le diese á vuesa merced, y tomase vuesa merced quince reales.

SAMADEL.

¿Sí, quince han de ser, dad acá.

CEVADON.

Tome: aguarda vuesa merced.

SAMADEL.

¿Qué tengo de aguardar?

CEVADON.

¿Diz qué? las insinias.

SAMADEL.

¿Qué insinias?

CEVADON.

Dijo mi amo que habia de tener vuesa merced un parche en el ojo, y traer una pierna arrastrando.

SAMADEL.

Así, pues si no es mas deso, cata aquí el parche.

CEVADON.

Avese d'ay, ¿diz que eso es parche?

SAMADEL.

Digo que sí es.

CEVADON.

Digo que no es.

SAMADEL.

Digo que lo es, aunque os pese.

CEVADON.

No quiero pesar, señor, séalo al mandado de vuesa merced, parche es, ¡válame Dios! son como traia vuesa merced abajo el sombrerillo, no habia visto el parche.

SAMADEL.

Hora, sus, dad acá los dineros.

CEVADON.

Tome vuesa merced.

SAMADEL.

Echa.

CEVADON.

Aguarde.

SAMADEL.

¿Qué tengo de aguardar?

CEVADON.

La pierna arrastrando ¿qu'es della?

SAMADEL.

¿La pierna? Vesla aquí.

CEVADON.

Tome vuesa merced los dineros.

SAMADEL.

Vengan.

CEVADON.

Aguarde.

SAMADEL.

¿Oh pecador de mí! ¿qué quieres que aguarde?

CEVADON.

¿Qué tengo de aguardar? la carta de pago.

SAMADEL.

Pues vesla aquí; toma, bobo, que en verdad veinte años ha que está escrita, y decide á vuestro amo que digo yo que es un grandísimo bellaco.

CEVADON.

¿Que le diga yo á mi amo que vuesa merced es un grandísimo bellaco?

SAMADEL.

Que no, sino que yo se lo digo á él, y que lo ha hecho ruinmente.

CEVADON.

Ta, ta, eso de ruin le habia de decir yo á vuesa merced, que mi amo me dijo que se lo dijese, téngalo por recibido.

SAMADEL.

Bien está, vete con Dios.

CEVADON.

Vaya vuesa merced; ofrézcole al diablo el parche que lleva, que miedo tengo que no me haya engañado.

BREZANO.

Ola Cevadon, ¿traes recado?

CEVADON.

Si, señor, traigo todo recado, y la carta de pago, y todo negocio viene.

BREZANO.

¿Mirástele bien? ¿viste si tenia parche?

CEVADON.

Sí, señor, un parchazo tenia tan grande como mi bonete.

BREZANO.

¿Vístelo tú?

CEVADON.

No, señor, mas él dijo que le traia.

BREZANO.

¿Pues así habias de fiar de su palabra?

CEVADON.

Sí, señor; sé que no habia de infernar ellotro su : truque de un parche ni de quince reales.

BREZANO.

Ora, sus, que tú traerás algun buen recado; y ¿traia la pierna arrastrando?

CEVADON.

Sí, señor, luego que le dí los dineros arrastró a la pierna; mas luego que se fué iba mas derecho que u

BREZANO.

Baste, veamos la carta.

CEVADON.

Tome, señor.

BREZANO.

Señor hermano.

CEVADON.

¿Dice ahí señor hermano?

BREZANO.

Sí, que dice señor hermano.

CEVADON.

Debe de ser hermano del que recibió los dineros.

BREZANO.

Ansi debe de ser. *Las libras de azafrán...*

CEVADON.

¿Ahí dice libras de azafrán?

BREZANO.

Sí, aquí así dice.

CEVADON.

¿Las libras de azafrán? ¿Yo no he traído á vuesa m azafrán?

BREZANO.

A mí no.

CEVADON.

¿Pues cómo viene el papel enzafranado?

BREZANO.

¿Tú no ves que te ha engañado, que por darte ca pago te ha dado carta mensajera?

CEVADON.

¿Carta, ó qué?

BREZANO.

Carta mensajera.

CEVADON.

Pardiez si eso es verdad, que lo ha hecho muy bellamente.

BREZANO.

¿Qué remedio, señor?

CEVADON.

Yo diré á vuesa merced qué remedio. Que tomemos dos palos, y que vamos callibajo, vuesa merced pri yo tras dél, y si á dicha l'encontramos, cobraremos tros dineros; cuando no, servirme ha de criado estus

BREZANO.

¿Qué es servirte de criado?

CEVADON.

¿Qué, señor? Que y'os compezaré á bravear con él, lo hizo de ruin hombre de llevarse los dineros sin p ni pierna arrastrando; y en esto vuesa merced desc con la paliza.

BREZANO.

Pues, sus, vamos.

CEVADON.

Vamos.

SAMADEL.

Bien dicen que lo bien ganado se pierde, y lo malo



esto dígoles porque aquellos dineros que tomé al  
pzo, los medios se fueron en un resto, y los otros  
van en un hodegon; dicen que van en busca mía,  
otro remedio sino diferenciar la lengua.

BREZANO.

¿Le conocas bien.

CEVADON.

cuidado vuesa merced, que yo le conoceré re-  
gase poco á poco tras mí.

BREZANO.

CEVADON.

señor.

BREZANO.

CEVADON.

nemos, el del sombrero es.

BREZANO.

le sea él.

CEVADON.

señor, este me tomó los dineros.

BREZANO.

blale.

CEVADON.

¿de bien.

SAMADEL.

¿bagase qui us pari.

CEVADON.

No habla cristianamente, señor.

BREZANO.

Sepamos pues en qué lengua habla.

SAMADEL.

Yuta drame á roquido dotos los durbeles.

BREZANO.

¿Qué dijo?

CEVADON.

Que se los comió de pasteles.

SAMADEL.

¿No he fet yo tan grasa llegea?

BREZANO.

¿Qué es lo que dice?

CEVADON.

Qu'él los pagará, aunque se pea

SAMADEL.

¿Qué he de pagar?

CEVADON.

Los dineros que me quisiste hurtar.

SAMADEL.

Tomá una higa para vos, don villano.

CEVADON.

Pero tomad vos esto, don ladrón tacaño.

BREZANO.

Eso sí, dale.

CEVADON.

Aguarda, aguarda

## PRENDAS DE AMOR, COLOQUIO.

## PERSONAS.

MENANDRO, *pastor*.  
SIMON, *pastor*.

CILENA, *pastora*.

SIMON, MENANDRO.

SIMON.

Menandro, ya hemos llegado  
Do podemos deslindar,  
Y dejar averiguado  
Cuál es mas aventajado,  
Y tiene mas que esperar.  
Que si Cilena pastora  
A los dos favor nos dió,  
A mi mas me aventajó,  
Pues aquella clara aurora  
Su zarcillo me entregó.

MENANDRO

Si por combate ó razones  
La gran locura en que estás,  
Simon, defender querrás,  
Propon luego tus quisiones,  
Porque á todo me hallarás:  
Dices que te dió un zarcillo  
De su oreja delicada,  
Y que á mí no me dió nada,  
Porque m'entregó un anillo  
De mano tan alindada.

SIMON.

¿Quién vido señal de amor  
Tan manifiesta y tan clara.  
Ni de tan alto valor?  
Pues me dió por mas favor  
Las insinias de su cara;  
Por aquí quiero cazarle.  
Ven acá, Menandro hermano,  
Pues quieres aventajarte,  
¿Cuál es mas preciosa parte:  
Las orejas, ó la mano?

MENANDRO.

Si va por via de honor  
De honra, los afrentados  
Por justicia y castigados  
Viven con gran deshonor  
Si fueren desorejados.  
Y por tanto yo diria  
Que en esta causa ó quision,  
Simon, las orejas son  
De menor precio y valia,  
Que no nuestras manos son.  
¿Quieres ver cómo la mano  
Es de mayor excelencia?  
Ten cuenta, Simon hermano,  
Y verás la diferencia  
Porque no estés tan ufano.  
Si te vas á desposar,  
En señal de casamiento  
Lo primero que has de dar  
¿Qué ha de ser?

SIMON.

A mi pensar  
Es la mano, á lo que siento.

MENANDRO.

Y después el sacerdote  
Cuando os relais en la iglesia,  
El anillo acemilote,  
Ponétele, di, majote,  
En la mano, ó en la oreja?  
No tienes qué responder,  
Que ya queda averiguado,  
Por ser mas aventajado,  
Y esto se puede bien ver

Por el anillo esmaltado.

SIMON.

Sea, dices que es así;  
Tú contento con tu anillo,  
Yo con mi dulce zarcillo.

MENANDRO.

A la fe sábetete aquí  
Que te he vencido, carillo.

SIMON.

La gran soberbia que cobras,  
Menandro, en el proponer,  
Me da muy claro á entender  
Que por la envidia que sobras  
Te tengo aquí de vencer.

MENANDRO.

Mi fe tú estás añagado,  
No te aprovechan razones,  
Y tus debres conclusiones  
Claramente han demostrado  
Ser fracas en dos ringlones.

SIMON.

Tente, que siento pisadas;  
Cilena debe de ser.

MENANDRO.

Suso, ella podrá hacer  
Que cesen nuestras puñadas,  
Y altercanza y contender.

(*Entra Cilena, pastora*).

CILENA.

Anday, mi branco ganado,  
Por la frondosa ribera,  
No vais tan alborotado,  
Seguid acia la ladera  
Deste tan ameno prado;  
Gozad la fresca mañana  
Llena de cien mil olores,  
Paced las floridas flores  
De las selvas de Diana  
Por los collados y alcores.

MENANDRO.

Oh Cilena! bien llegada:  
Dichosos tales collados  
Que de tí son visitados;  
De tí, pastora agraciada,  
Queremos ser acrarados.  
Bien te acuerdas que en el prado  
A Simon diste un zarcillo,  
Y á mí me diste un anillo  
En señal de aventajado,  
Causa de nuestro omecillo.  
Dice y afirma Simon  
Que todo el favor le diste,  
Y que á mí me aborreciste:  
Aquesta es nuestra quision,  
Y tú en ella nos persiste.

CILENA.

Quisiera lugar tener,  
Cierto, garridos pastores,  
Para que vuestros errores  
Dejaran de proceder  
Sobre tal causa de amores.  
Mas pues que soy allegada,  
Porque no os quejeis de mí,  
Tomad eso que va ahí,  
Y otra vez en la majada

Sabreis presto el no ó el sí.  
Por agora perdonad,  
Que no puedo detenerme;  
Pastores, en paz quedad,  
Y en lo que os di contemplad  
Porque dejeis de querermme.

SIMON.

Dí, Menandro, ¿qué te ha dado?

MENANDRO.

A mí dióme un corazon  
Con un letrero esmaltado.

SIMON.

Y á mí su rostro pintado  
Al vivo en gran perfeccion;  
Tambien lleva su letrero.

MENANDRO.

¿Qué dice?

SIMON.

*Mira, y verás  
En mí cuanto tú querrás.  
Dichoso Simon cabrero,  
¿Qué es lo que deseas mas?  
En esto se ha conocido  
Yo ser mas aventajado  
Amado y favorecido,  
Pues mi Cilena me ha dado  
Su rostro al vivo esculpido.*

MENANDRO.

Simon, no estés tan ufano,  
No pienses con tu labor  
Llevarte todo el favor.

SIMON.

¿Qué dice tu letra, hermano?  
Que esta llena está de amor.

MENANDRO.

*Yo no tengo mas que dar,  
Pues te doy el corazon;  
Mas con aqueso, garzon,  
No tienes de gloriar.  
Ni mostrar mas presuncion.  
Oh señal nada imperfecto  
De la pastora Cilena!*

SIMON.

Oh empresa de mi pena!

MENANDRO.

Oh espejo de mi objeto!

SIMON.

Oh voz que en mi alma suena!  
Oh rostro mas que hermoso!

MENANDRO.

Oh pastor bien fortunado!

SIMON.

Oh retrato delicado!

MENANDRO.

Oh corazon amoroso,  
Qué de contento me has dado!  
Dejemos nuestro altercar,  
Simon, que si vas contento,  
Yo voy mas que recontento.

SIMON.

Yo sin mas que desear,  
De alma y de pensamiento.

## ALONSO DE LA VEGA.

### AMOR VENGADO, PASO.

#### PERSONAS.

CUPIDO.  
FALACIO, *pastor*.

BRUNEO, *pastor*.  
DORESTA, *pastora*.

FALACIO.

¡O nos persigas ni apremies, tente afuera, acostumbrado á ser captivo, adora la lis con tus blasones y poderes absolutos ternescer nuestro silvestre y salvajino otros la soledad amamos, las peñas nos rales nos recrean, las yerbas nos refres- nuestras brutales fuerzas despedazamos es y basiliscos amontamos. Reconosce, razones que contra tales fieras pueden, mas que bastantes serán.

CUPIDO.

¡es! ¡Contra mi poder tan atrevidamente tornad en vosotros, y conoced que soy mo Vulcano, y á los pechos blancos de i madre criado; temido de los fuertes, odos obedescido; pues ¿qué haceis, bru- ante mí no os humillais? Amando á la que por uno de vosotros se deshace, a primavera, del verano, y no aguardeis ud; catad que como me sirviéredes, así donados.

BRUNEO.

¡Tente á una banda, Falacio, no piense publica subjectarnos, ni con yerba de su iaca, saca tu cachicuerno cuchillo, aquel s bayas y altos robles de estas nuestras car sudes; y si fuerza contra fuerza po- manos lo tomemos, y ellas solas lo de-

FALACIO.

BRUNEO.

FALACIO.

nos piensa subjectar bajo sus piés.

DORESTA.

es, que contra el poderoso Amor no hay que basten. Escogido rey, en tal guerra e puede haber victoria.

CUPIDO.

va mia, pues amas sin ser amada, y los os dos zagales se endurecen contra ti, i enherbolada flecha, y al que mas ama- corazon.

FALACIO.

BRUNEO.

BRUNEO.

a, que no hay quien te ame.

FALACIO.

Y si tirares no nos yerres, que á nuestras manos morirás.

CUPIDO.

Suelta, zagala.

FALACIO.

¡Ay, que me siento berido!

BRUNEO.

¿Tan presto desmayas? Poco ánimo es el tuyo. ¿De quién?

FALACIO.

De amores de esta zagala.

BRUNEO.

Ten, ten fuerte como yo.

CUPIDO.

Aguarda porque no te alabes.

BRUNEO.

¡Ay, que me siento vencido de aquesta que adora mi vida!

CUPIDO.

¿Sois amantes?

FALACIO Y BRUNEO.

Y tus siervos.

FALACIO.

¡Oh zagala! pues tu amor nos ha vencido, apiádate de nosotros.

DORESTA.

Como si nunca os viera.

FALACIO.

Tú eres mi señora.

DORESTA.

Vosotros mis enemigos.

BRUNEO.

¡Oh gran diosa!

DORESTA.

¡Oh crueles!

FALACIO.

Aguarda, aguarda.

DORESTA.

No me cumple.

BRUNEO.

Por tí morimos.

DORESTA.

Yo vivo en veros morir.

FALACIO.

Yo peno.

DORESTA.

Yo descanso.

BRUNEO.

Yo tu esclavo.

DORESTA.

Yo señora.

FALACIO.

Yo sospiro.

Yo canto.

DORESTA.

Yo te sigo.

BRUNEO.

Yo huyo.

DORESTA.

*(Aquí se arrodillan los pastores delante de Cupido.)*

FALACIO Y BRUNEO.

Amor, Amor, apiádate de nosotros.

CUPIDO.

Levantaos, nuevos amantes ; aunque rebeldes habeis sido, es justo que de la que os amó y amais seais galardonados. ; Oh hermosa zagala ! ámalos, pues que te aman.

¿A cuál de ellos ?

DORESTA.

CUPIDO.

Bien preguntas : esa causa no quiero determinar en consejo de amadores ; mas como rey absoluto mando que entre tanto que se determinare, andes en medio de los dos por selvas y boscajes, adonde con casto amor de ella servida seas, y con su vista te contentes. Ea, caballeros, gentiles hombres, lindas damas, en vuestro juicio lo decid, que juzgueis lo que aquí ha pasado ; entrambos la merecian ; entrambos fueron forzados. ¿Cuál se puede llamar amador, el que la zagala hirió con su flecha, ó el que yo herí de mi voluntad?

# JUAN DE TIMONEDA.

## LOS CIEGOS Y EL MOZO, PASO.

MARTIN ALVAREZ, *ciego*.  
PERO GOMEZ, *ciego*.

Los.  
ahoras,  
mío  
n cuento  
emores.  
es  
a forzado  
d  
lloado.  
pensado  
de gente  
abrá  
nte ;  
de veinte  
cer  
co valgo,  
jodaigo  
Lucifer  
xomer  
ná,  
ecir  
servir  
a.  
e perderme)  
hero,  
ero,  
rme,  
entenderme  
ecario ;  
es muy viejo,  
ejo  
mario.  
icario  
lia  
niese,  
me viese,  
ta ;  
ad mia  
abajase  
mili sobras,  
obras  
tjase.  
so se pase  
ntar  
e tengo.  
vego,  
gular ;  
ntar  
moy sana ;

Sé rompi  
Sé al pa  
Si de co  
Si veo q  
La redo  
El pesa  
Jamás ti  
Cuando  
Por jam  
Pues si  
Con din  
Luego t  
Por abr  
En fin e  
Son pro  
Si pregi  
Por mi  
Nunca e  
Sino un  
Y estos  
Hurtar  
Sobre e  
Con qu  
Un don  
En oillo  
Yo esta  
Con un  
Y porqu  
Era cie  
Que de  
Cual el  
Que de  
Yo, con  
Acordé  
Muy gra  
Y para  
Y es qu  
Los día  
Por ser  
Yo, con  
De ham  
Aceché  
Do esco  
Y vi qu  
Lo esco  
Yo en h  
La vere  
Con mi  
Apañé t  
Pero co  
Yo perd  
Pues de  
Ningun  
Quiero  
No sé e  
Que al  
Así pli

Devoto  
Manda  
Una ora

PERO GOMEZ.

Ver podeis :  
Vo por ciudad, como veis,  
Pregonando  
Y la oracion voceando  
De Cristo, pues en verdad  
Es hoy su natividad.

MARTIN ALVAREZ.

En la mesma oracion ando.

PERO GOMEZ.

¿Sin mozo vais? dende cuándo,  
Me decl.

MARTIN ALVAREZ.

Dos mil años há que en mí  
Ya no está, que segun fundo,  
En el universo mundo  
Tan gran bellaco no ví.

PALILLOS.

Llegarme quiero acia allí  
Cerca de ellos  
Y un poquito revolvellos,  
Pues contra mí se desmandan.

PERO GOMEZ.

Compadre, tábanos andan :  
¿No sentís?

MARTIN ALVAREZ.

Rabia con ellos,  
¿Oh! hideduta en los cabellos  
He tomado...  
Creo que no... ¿Oh! mal grado  
Que se me fué.

PERO GOMEZ.

Mas... pardios...  
¿Oh! reniego non de vos.

MARTIN ALVAREZ.

Juro á diez que va enlodado,  
Pues volviendo á lo pasado  
Que primero  
Hablamos, deciros quiero  
Que mi mozo cuando huýó  
Seis ducados me hurtó.

PERO GOMEZ.

Mas... ¿burlais?

MARTIN ALVAREZ.

No, son de vero.

Dejóme tan lastimero  
De verdad,  
Y en tanta necesidad,  
Compadre, podeis creer,  
Cual nunca me pensé ver.

PERO GOMEZ.

¿Oh qué mozo y qué bondad!  
Si Dios me dé sanidad  
Y alegría,  
Que en verdad tal no sabia.  
¿Mas cuánto ha que yo os hablo  
Que deis los mozos al diablo?  
Vos teneis vuestra porfia  
Que os roban de cada día  
Por razon  
Cuanto pueden sin pasion,  
Y el mozo, por hablar claro,  
Para nosotros es caro  
Tan solo por la raçon.  
Así que, en mi opinion,  
Hallo pues  
Que ir á solas mejor es  
Que no mal acompañado :  
Y si no, cuando es mirado,  
Ganancia y caudal perdés.

PALILLOS.

¿Oh qué gracioso entremés!  
El buen viejo  
¿Qué ejemplos da y aparejo!  
Muy bien predica elegante.

MARTIN ALVAREZ.

Compadre, de aquí adelante  
Tomaré vuestro consejo,

Pues se ve que sois ajejo  
De saber.

Mas vos tambien á mi ver  
Debeis, compadre y vecino,  
El dinero de contino  
En buen recado poner,  
Y no ansina lo tener  
Aviniente

Sin temor de inconveniente ;  
Si los pousse á su bozo,  
Ved si los hurtará el mozo,  
No digo seis, pero veinte.

PALILLOS.

¿Sí, tomaldo al inocente,  
Que si hallara  
Los veinte, que los dejara!

MARTIN ALVAREZ.

¿Pues, pésete á la fortuna!  
Do estaban, persona alguna  
Hallarlos nunca pensara ;  
No pues porque los ganara  
Mal ganados,  
Sino creo que mis pecados  
Me han traído á pagadero.

PERO GOMEZ.

¿Dó estaban?

MARTIN ALVAREZ.

En un agujero  
Dentro en mi casa guardados.

PERO GOMEZ.

¿Oído! cuán bien alzados  
(Cara atrás)  
Los tenia.

MARTIN ALVAREZ.

No sé qué mas  
Podia hacer en guardallos.

PERO GOMEZ.

Compadre, con vos llevalos  
Era muy mejor y en paz.

PALILLOS.

¿Oh hideduta, y qué hipocrás,  
Si no miento,  
Que sois vos, segun que siento!

PERO GOMEZ.

Aosadas que yo no he miedo  
Los dineros, si hacer puedo  
Me hurten do los asiento.

MARTIN ALVAREZ.

Pues ese tal regimiento  
Que usar  
Soleis, me debeis vos dar.

PERO GOMEZ.

Pláceme, siempre procuro,  
Compadre, por ir seguro,  
Los dineros no apartar  
De mí, sino los llevar  
Yo conmigo,  
Pues son nuestro bien y abrigo ;  
Que allí do el dinero va,  
Mi corazon siempre está  
Con él, por ser fiel amigo,  
Y aun mis dineros me obligo ;  
Si quereis,  
Apostar que no sabeis  
En qué parte van de mi  
Persona.

MARTIN ALVAREZ.

Ea que sí.

PERO GOMEZ.

Compadre, no acertareis.

MARTIN ALVAREZ.

Apostay que los traeis,  
Sin mentir,  
En los zapatos.

PERO GOMEZ.

Reir

Me haceis á boca llena.

PALILLOS.

¿Oh qué plática tan buena!  
Llegar quiero por oír.

PERO GOMEZ.

En fin, quiérooslo decir  
Donde están  
Y el lescondrijo do van,  
Mas con todo no quisiere  
Que aquí alguno lo oyese  
Por no me ver en afán.

PALILLOS.

Callar cumple, juria san,  
Con primor.

MARTIN ALVAREZ.

Esperá, y será mejor  
Reconocer si habrá alguno  
Por aquí. No hay ninguno,  
Hablar podéis sin temor.

PERO GOMEZ.

Pues sabed que alrededor  
Del bonete  
Los llevo como á ribete,  
Compadre, y emparejados.

MARTIN ALVAREZ.

Y serán ¿cuántos ducados?

PERO GOMEZ.

Hasta cinco ó seis ó siete...  
Dad acá : ¿en gentil sonete  
Os entonaís!

MARTIN ALVAREZ.

¿Qué diablos me demandais?

PERO GOMEZ.

Mi bonete.

MARTIN ALVAREZ.

¿Cómo? ¿Cuándo  
Os faltó?

PERO GOMEZ.

No esteis burlando :  
Echaldo acá.

MARTIN ALVAREZ.

Mas ¿burlais?

PERO GOMEZ.

Compadre, ¿de eso os picais?

MARTIN ALVAREZ.

¿Qué hablar!  
Mirá si os soleis picar  
Vos en hacer cosa tala,  
Que esa palabra es muy mala.

PERO GOMEZ.

¿Oh qué buen disimular  
Que teneis!

MARTIN ALVAREZ.

Id á rodar,  
Que no nada.

PERO GOMEZ.

Compadre, á mí no me agrada  
Que con dineros burlamos ;  
Si no, ved que perderemos  
La nuestra amistad pasada.

MARTIN ALVAREZ.

Digoos que esa badajada  
Que decis  
Es mal dicha, si sentís.

PERO GOMEZ.

Ea, dejad aqueles fieros,  
Y volvedme los dineros,  
Que vos los teneis.

MARTIN ALVAREZ.

Mentís.

## LOS MENEMNOS, COMEDIA.

## INTROITO.

## PERSONAS.

CUPIDO.  
GINEBRO, *pastor*.CLIMACO, *pastor*.  
CLAUDINO, *pastor*.

CORO.

Oye, Cupido, señor,  
No te quejes de pastores,  
Que el remedio de amador  
Es decir mal del amor,  
Y á la fin morir de amores.

CUPIDO.

enamorados pastores, ¿de dónde os vino  
que recostados en vuestras cabañas y con  
osásedes ultrajar mi divinidad? Y pues con  
s he traído á este lugar, cada uno dé razon  
para que se haga justicia.

GINEBRO.

¡O Cupido, á mí ningún perjuicio me tienes  
vivo con contentamiento.

CLAUDINO.

¡descontentamiento.

CLIMACO.

ho mas.

CUPIDO.

causa.

CLAUDINO.

¡Haré, muy alto Cupido. Ha de saber tu ma-  
ndonos heridos de tu mano Ginebro, Cli-  
e amores de la muy hermosa zagala Temisa,  
¡quitarnos de rencillas y cordojos de pre-  
nte su agraciado conspecto para que dijese  
cual de nosotros escogia por su reque-

CLIMACO.

encumbrado Cupido, mejor lo comprendas,  
que primero cada cual de nos contó en su  
gracias de que era dotado.

CUPIDO.

¡gracias le propusistes.

CLAUDINO.

¡amantísima zagala, sábeta que soy tan es-  
e por mis fuerzas soy temido en toda Estre-  
mas valientes zagales, por lo cual pretiendo  
e escoger por tu servidor.

CLIMACO.

oye, zagala de bel parescer, tú sabrás que  
esta no se hallará zagal tan franco y liberal  
porque nasce esta virtud de ánimo generoso  
o que me recibirás por tu zagal, dejando á  
otros.

GINEBRO.

requerbrada pastora, sabrá tu hermosura que  
¡yo mas me precio es de ser prudente y sa-  
manera que primero que hable ni ponga por  
cosa, tengo gran cuenta con el fin della, y  
n esto tiene no le puede ser dañosa la pró-  
a fortuna, debes rescibirme por tu reque-

CUPIDO.

¿quién escogió?

CLIMACO.

por mi mala suerte.

GINEBRO.

A mí, porque así convenia.

CLAUDINO.

A tí, que nunca debiera.

CUPIDO.

Antes sabiamente escogió la zagala.

CLIMACO.

¿Por qué?

CUPIDO.

Yo te lo diré. Para que la mujer discreta quiera bien,  
has de saber que no son bastantes las fuerzas de Hércu-  
les, ni las liberalidades del magno Alejandro.

CLAUDINO.

¿Si no, qué, señor Cupido?

CUPIDO.

Saber virtuoso, honesta conversacion, continua crian-  
za, amor luengo, celar la honra: todas estas cosas bien  
alcanzadas, solo el verdadero saber las alcanza.

CLIMACO.

Ahí te aguardaba, Cupido. Si los amores son luengos,  
pasa peligro que se descubran; y si son descubiertos, si-  
guense grandes peligros.

CLAUDINO.

Dice la verdad.

CLIMACO.

Dí, para ello ¿qué remedio dará el sabio?

CLAUDINO.

Por cierto ninguno, antes el esforzado y liberal tendrá  
ganados amigos que le favorezcan en semejantes peligros.

CUPIDO.

Bien parece que sois pastores. Habels de saber que al  
verdaderamente sabio ninguna cosa de esas le falta: él es  
esforzado en refrenar sus ojos, mandándoles que no mi-  
ren á quien bien aman, si por mirar se ha de seguir es-  
cándalo; es mas que liberal en no dar parte de sus secre-  
tos, cuando ve que no conviene; y habels de saber que  
los amigos adquiridos por esfuerzo y liberalidad suelen  
faltar muchas veces á sus amigos en las necesidades,  
porque faltando el interese y esfuerzo con que fueron ga-  
nados, faltan ellos tambien.

CLIMACO.

Tienes razon; vencido nos has, oh alto Cupido, y da-  
mos por buena la eleccion que hizo la sabia pastora Te-  
misa.

CLAUDINO.

Lo que te suplicamos agora es que nos vuelvas á nues-  
tras acostumbradas cabañas y pracerteros sombríos.

CUPIDO.

Soy contento, mas primero quiero que narreis lo que  
os encomendó el autor al entrar de la puerta.

GINEBRO.

Que somos contentos.

CLIMACO.

Sapientísimos auditores, nuestro autor os desea paz  
y salud tan larga como la vida de Matusalén, y os hace sa-  
ber como quiere, por daros placer y regocijo, represen-  
tar una comedia de Plauto, llamada de los Menemnos:

pídeos por merced que esteis atentos, que en breves palabras se os dirá el argumento.

CLAUDINO.

Quitate allá; déjame comenzar á mí.

CLIMACO.

Comienza ya.

CLAUDINO.

Sabrán vuestras reverencias que en la ciudad de Sevilla bobo un rico mercader llamado Menemno, el cual tenía dos hijos, nacidos de un parto; eran tan semejantes en la forma y gesto, que muchas veces la misma madre que los había parido tomaba al uno por el otro.

GINEBRO.

Vino acaso que siendo estos dos hermanos de edad de quince años, cargó el padre una nave de muchas mercaderías para Levante, y llevando consigo uno de sus hijos llamado Menemno, se partió dejando el otro con su madre Claudia.

CLIMACO.

Siendo embarcado, fué la fortuna tan contraria que tres dias y tres noches corrió por la tempestuosa mar sin saber adónde iban, y á la fin vino á dar en una peña de la isla Conejera, adonde todos perecieron, escepto el hijo Menemno, el cual abrazado con una tabla vino á tomar tierra en el cabo de Cullera.

CLAUDINO.

El desdichado mancebo vino á Valencia, adonde asentó por criado de Casandro, mercader de mucho trato y viudo, el cual teniendo no mas de una hija, á cabo de tiempo la casó con él en pago de sus buenos servicios.

GINEBRO.

La desventurada madre, sabiendo en Sevilla las nuevas y creyendo ser todo perescido, puso nombre nemno al hijo que le quedaba, por el amor que ter hijo y marido ya defuntos.

CLIMACO.

De manera, señores, que ambos á dos hermanos (que mejor lo entendais) se llamaban Menemnos.

GINEBRO.

Muerta la madre, el Menemno sevillano certifiad un adevino que su hermano era vivo y que estaba en paña, determinó de ir á buscallo con un esclavo su á cabo de tiempo aportó en Valencia, adonde por medios se vernán á conocer, como aquí claramente rán los que atender quisieren.

CLAUDINO.

Nosotros no podemos atender.

GUPIDO.

Ni quiero que atendais, sino que nos vamos cant.

CLIMACO.

Vamos.

CANCION.

Quien falsario y ciego me llama,  
Bien es el pecho que yo le abra.  
Quien ama sin ser amado  
Meresce ser desamado,  
Y ese tal enamorado  
Con este que descalabra,  
Bien es el pecho que yo le abra.

## LOS MENEMNOS.

### PERSONAS.

CASANDRO, *padre de*  
AUDACIA, *mujer de*  
MENEMNO, *casado.*  
MENEMNO, *mancebo.*  
TRONCHON, *esclavo.*

TALEGA, *simple.*  
DOROTEA, *ramera.*  
AVERROIS, *médico.*  
LAZARILLO, *criado.*

*Calle.*

### ESCENA PRIMERA.

MENEMNO, *casado*; TALEGA.

*Calle.*

MENEMNO, *casado.*

¡Oh qué simple cosa es este diablo de Talega! que le hice del ojo para que me siguiese, y no sé si me habrá entendido; mas simple soy yo que no él en darle parte de mis negocios; mas hélo aquí donde sale.

TALEGA.

¡Pecador de mí, señor Menemno! y ¿piensas que no te había entrujado? muy bien te entrujé, qu'esas son mis mieses, y comer y tomar solaz á costa ajena.

MENEMNO, *casado.*

¿En qué te detuviste?

TALEGA.

¡Ojo en qué me detuve! En esperar que el viejo de tu suegro se hiciese invisible, qu'estaba rezando en el patin, y quiso Dios que s'encambró.

MENEMNO, *casado.*

¿Qué algarabía es esa?

TALEGA.

¿No lo entiendes? Digo que se entró en la cama así no me vido.

MENEMNO, *casado.*

Y á mí si me ha visto.

TALEGA.

Que no te vió. Pues dime, señor Menemno, ¿estamos? ¿Llevas hecha presa para dar á tu preñ enferma?

MENEMNO, *casado.*

¿Qué enferma ó preñada dices?

TALEGA.

Enferma llamo yo á tu amiga Dorotea, pues contin que pena por tus amores, y preñada de deseos, nunca hace sino pedir. Mira, Menemno, que esas se han de dar á semejantes mujeres *cum modis et fi* y á ten con ten.

MENEMNO, *casado.*

Mas sabiamente has hablado de lo que te piensas; ¿qué haré, pecador de mí, si sus deseos y mi afición conforques?



TALEGA.

licion ciega razon; plegue á Dios que á bien  
sos arremangos, á feria vayas que mas ganes.

MENEMNO, *casado*.

sieres venir, quédate.

TALEGA.

yo tal poquedad, vaya perro tras su dueño.  
¡, señor; la presa que llevas es sustanciosa.

MENEMNO, *casado*.

Una rica saya es de mi mujer, la cual pro-  
ta mi Dorotea.

TALEGA.

¿qué te dará?

MENEMNO, *casado*.

da en querer rescibir lo que yo le doy, cuanto  
prometido de aparejar una espléndida comida  
tros amigos, enviándole yo lo necesario.

TALEGA.

en casa de Dorotea ha de ser el *tu autem* y  
no faltará allí por la vida, que también soy tu

MENEMNO, *casado*.

remos mas encubierto?

TALEGA.

que las paredes han oídos, y no dé sobre mí tu

MENEMNO, *casado*.

temes, cobardazo?

TALEGA.

¿No sabes tú que dicen *facientes, et consen-*  
se como mas? Lo que yo te aconsejo es que  
descubiertos no te cures de convidados, por-  
que en los convites reina el vino, y á do el  
secreto es descubierto, sino que pues gracias  
omo por cuatro, y á necesidad por cinco, que  
solas con Dorotea le peguemos; porque en fin  
or muchas manos en un tajador.

MENEMNO, *casado*.

s, no tremos sino los dos.

TALEGA.

haces, Dorotea terná mas contento, tú menos  
yo mas provecho, y la saya no sera descubier-  
da que me la tornes á mostrar, que tengo de-  
a.

MENEMNO, *casado*.

en.

TALEGA.

h qué linda color tiene!

MENEMNO, *casado*.

or! si lo sintieses.

TALEGA.

! veamos: á tres cosas huele.

MENEMNO, *casado*.

ires?

TALEGA.

tornar á oler. Veamos.

MENEMNO, *casado*.

uele?

TALEGA.

o primero, pues la hurtaste á tu mujer.

MENEMNO, *casado*.

ndo?

TALEGA.

mes se la ha de vestir Dorotea.

MENEMNO, *casado*.

ero?

TALEGA.

o huele á linda comida, pues por su respeto  
omer.

MENEMNO, *casado*.

o estais, amigo.

TALEGA.

No esté por cierto. Pero la comida; para cuándo será?

MENEMNO, *casado*.

Para cuando yo quisiere.

TALEGA.

Mire, que se trabaje que sea hoy, porque quien pasa  
punto pasa mucho.

MENEMNO, *casado*.

Anda, que hoy se hará.

TALEGA.

Mira, señor, que te suplico que en nuestra comida no  
habe carne cuadrángula.

MENEMNO, *casado*.

¿Qué es carne cuadrángula?

TALEGA.

Segun el cura de mi lugar, cuadrángulo es aquello que  
tiene cuatro partes, cuatro esquinas, cuatro asientos, cua-  
tro peñas, y por eso llamo yo, señor, carne cuadrángula  
el carnero, la vaca, *et lotius animalibus de quatuor pedes*.

MENEMNO, *casado*.

Ya te entiendo, bachiller; yo te prometo que no falten  
pollos y palominos *et osters*.

TALEGA.

¿Y *et osters* también? ¿Qué cosa es, señor?

MENEMNO, *casado*.

Quiero decir, otras cosas muchas.

TALEGA.

Pues mira, señor, que entre esas no falte para los prin-  
cipios carne conforme á mi nombre.

MENEMNO, *casado*.

¿De qué manera conforme á tu nombre?

TALEGA.

¿Cómo me llaman á mí?

MENEMNO, *casado*.

Talega.

TALEGA.

Pues la carne entalegada pido, cuerpo non de Dios, si  
me ha de entender.

MENEMNO, *casado*.

¿Qué es carne entalegada?

TALEGA.

Longanizas, morcillas, sobremasadas.

MENEMNO, *casado*.

Pues eso no faltará.

TALEGA.

Así, así, hálame de esa manera, que pues yo encubro  
tus maldades, encúbreme el estómago de buenas viandas.

## ESCENA II.

MENEMNO, *casado*; TALEGA, AUDACIA.

AUDACIA.

¡Ah! señor Menemno. ¡Ah! señor marido.

MENEMNO, *casado*.

¡Oh pesar de la fortuna! Mi mujer me llama. ¿Qué hare-  
mos, Talega?

TALEGA.

¿Qué me sé yo?

MENEMNO, *casado*.

Ven acá, cúbrete esta capa, y toma esta saya, y disimu-  
ladamente agúardame en ese canton.

TALEGA.

Ensímuleme vuestra mercé.

MENEMNO, *casado*.

Vuélvete. Anda, que bien estás.

TALEGA.

Ya estoy vuelto. Señor, señor.

MENEMNO, *casado*.

¿Qué quieres? maldito seas tú.

TALEGA.

Que se me resbala, que se me cae la saya que has bur-  
tado de tu mujer para dar á Dorotea.

MENEMNO, *casado*.

Calla, endiablado.

AUDACIA.

¡Ah marido!

MENEMNO, *casado*.

¡Ah mujer!

AUDACIA.

Jesus, y qué respuesta tan seca.

MENEMNO, *casado*.

Cual la pregunta.

AUDACIA.

¿No quieres que sea mi pregunta seca y desabrida, pues sin propósito sales tan de mañana de casa?

TALEGA.

En salvo está quien replica.

MENEMNO, *casado*.

¡Oh, mujer loca y perversa! ¿Y siempre me has de dar enojos con tus celos y locuras? ¿Cómo? ¿y qué entiendes tú de mis negocios para que digas que sin propósito salgo de casa?

AUDACIA.

Malo está de ver de qué pié cojqueas.

MENEMNO, *casado*.

Pues yo te prometo que si de hoy mas haces lo que agora heciste, que nos han de oír los sordos.

AUDACIA.

¿Por qué nos han de oír los sordos?

TALEGA.

Ahí, ahí, que encaja bien un bofetón.

MENEMNO, *casado*.

Cada vez que salgo de casa me ha de detener y llamar dos y tres veces, y demandarme adónde voy y adónde vengo, qué tengo que hacer, ó qué negocios traigo. De manera que mas la tengo de tener por portera alquilada, que por mujer propia.

AUDACIA.

Tales sois vosotros, que no hay de quien fiar.

MENEMNO, *casado*.

Mas tales sois vosotras, que no hay quien os pueda contentar.

AUDACIA.

Por eso haces tú bien, que no procuras de contentar sino á una que yo conozco.

MENEMNO, *casado*.

¿Cómo se llama?

TALEGA.

Dorotea.

AUDACIA.

Basta que tú sepas cómo se llama.

MENEMNO, *casado*.

Ya sé dó van esos tiros.

AUDACIA.

Si lo sabes, algo digo.

MENEMNO, *casado*.

Sí, dices hartas necedades; y habla paso, porque no demos enojo al viejo de tu padre.

AUDACIA.

No quiero, sino dar voces como loca.

MENEMNO, *casado*.

Pues vocea cuanto quisieres, que por darte mas enojo, iré á cenar y á tomar mis placeres con la que dices que conoces.

TALEGA.

Así, así, anden voces.

AUDACIA.

¡Oh mal siglo haya quien me casó contigo!

MENEMNO, *casado*.

Mas quien te me dió á conocer.

## ESCENA III.

CASANDRO, AUDACIA, MENEMNO, *casado*; TA  
CASANDRO.

¡Ah vergüenza! ¡Enhoramala, vergüenza! y tan desmesuradas voces, ni hagais testigos de v poquedades á los vecinos. ¿Qué es esto que de con he de ser tercero de vuestros enojos?

AUDACIA.

¡Ay padre! á esta vida dígole muerte.

CASANDRO.

¿Cómo? ¿Sobre qué ha sido?

MENEMNO, *casado*.

Déjala, mientras llora sin razon y está con aquel que yo te lo contaré brevemente. Has de saber, señ á su soberbia y menosprecio han sobrevenido celos.

CASANDRO.

¡Celos! ¿y de qué?

MENEMNO, *casado*.

Dice que tengo manceba, y que robo la casa.

TALEGA.

Verum est.

AUDACIA.

Mas cómo si así no fuese....

CASANDRO.

Oyete, serpentina, déjanos hablar.

MENEMNO, *casado*.

Con los cuales celos, y sin razon, me mata cada porque le oso responder me trata peor que si fuer lego.

TALEGA.

¡Y mala talegada te dé Dios! ¿y quién te manda brarme?

AUDACIA.

Pues qué ¿no robas la casa? Y el diamante que te di, ¿qué es de él?

TALEGA.

¿Pues qué, si supieses de la saya?

MENEMNO, *casado*.

En casa del platero está para soldalle.

TALEGA.

Mas en casa de la puta para aniquillalle.

AUDACIA.

Plegue á Dios que sea verdad lo que dices.

MENEMNO, *casado*.

Yo digo verdad mejor que tú mereces.

CASANDRO.

¿No has de callar, loca?

AUDACIA.

Callaré, pues son dos contra mí.

TALEGA.

Y tres, aunque os pese.

AUDACIA.

Platicad á vuestro placer, que yo entrarme qui no oír palabras locas.

MENEMNO, *casado*.

Tomad que rebite.

CASANDRO.

Calla y súfrete, hijo Menemno, que de los pacie el reino de Dios.

TALEGA.

Así es la verdad, mas no de él, sino de ella.

CASANDRO.

Pues que solos estamos, oye, hijo Menemno, que uno está contento, dice mas loores de aquel co miento por la lengua que no tiene en el corazon; ¡ contrario, cuando está descontento dice menos de le queda en el pecho encerrado. Dígoles esto, yeri porque me han lastimado las lágrimas de mi hija y sadas razones, de tal manera que ni sabré decir siento, ni sentir lo que mereces.

MENEMNO, *casado*.

En lo que pudieses decir.

CASANDRO.

Sola una cosa diré, y es que deberías acordarte de quién *histe* por tu desdicha, y de quién eres por mi causa, y cómo de perdido te hice ganado y de siervo libre, *casándote* con mi única y amada hija, con la cual llevaste linaje, hermosura, virtud y mucho dinero.

MENEMNO, *casado*.

Antes, señor, si lo juzgas, quitada esa pasión de padre, *hallarás* que me diste mucho hueso y poca carne; quiero decir, que es tanta su altivez, locura y soberbia, que oscurece y desdora todo ese linaje, hermosura y hacienda, de tal manera que me hace vivir el más triste y desconsolado del mundo.

CASANDRO.

Quien mula quiere sin tacha, hijo Menemno, estése sin ella. ¿No sabes tú ya que todas las mujeres quieren hablar y que todos callen; quieren mandar y ninguna ser mandada; quieren libertad y que ninguno sea libre, y quieren regir y ninguna ser regida?

MENEMNO, *casado*.

Pues ¿qué es lo que quieren?

CASANDRO.

Una sola cosa.

MENEMNO, *casado*.

¿Y es?

CASANDRO.

Ser alabadas, y ver y ser vistas.

MENEMNO, *casado*.

Leído he (y por mis pecados lo tengo experimentado), que el más fiero y peligroso enemigo del hombre es la mujer mal acondicionada, y de aquí nasce una verdad, y es que el marido hace todo lo que quiere la tal mujer, y ella no ha de hacer ninguna cosa de las que desea su marido.

CASANDRO.

Sabidamente has hablado; pero mira que no es de hombres cuerdos lastimar á sus mujeres con palabras, luego que han enojo con ellas.

MENEMNO, *casado*.

Concediendo ser verdad lo que dices, te certifico, señor, que si antes alcanzara lo que agora alcanzo, y de lo mucho que siento sintiera entonces un poco, no trocara yo mi pobreza y libertad por tu próspero casamiento.

CASANDRO.

Por haberle yo mandado á mi hija que se casase contigo, se casó, que no porque lo quisiese ella de grado, que de nobles fué demandada, sabiendo que viene de muy buena parte.

TALEGA.

Sí, cuando viene de la iglesia.

MENEMNO, *casado*.

Aquí no tratamos de linajes, que cuanto á eso también *mbria* defender mi partido, sino que si viésem de la manera que me trata, dirías que me sobra razón.

CASANDRO.

Oye, hijo Menemno, ningún hombre sufre tanto á su mujer que no sea obligado de sufrille más, considerando que al fin el hombre es hombre, y la mujer mujer. Ciertamente, muy atrevida es la mujer que se toma con su marido, pero muy más loco es el marido que toma pendencias públicas con su mujer.

MENEMNO, *casado*.

Las injurias que me dice no las puedo, señor, sufrir.

CASANDRO.

Mira, las injurias que hacen las mujeres mejor se castigan con tenerlas en poco, que con vengarlas.

MENEMNO, *casado*.

En fin, ¿no hay castigo para ellas?

CASANDRO.

Yo no digo que no lo hay, pero sepan todos los hombres del mundo que todas las cosas sufren castigo, sino la mujer, que quiere ruego. El hombre que quiere vivir en paz con su mujer, tres reglas ha de guardar.

MENEMNO, *casado*.

¿Cuáles son?

CASANDRO.

Amonestaria mucho, reprenderla poco, y no poner manos en ella.

TALEGA.

Y los piés sí, á buenas coces.

MENEMNO, *casado*.

¿Y de cuándo acá las puse yo en mi mujer?

CASANDRO.

Ni es menester, porque la causa por que ella te riñe y yo te amonesto, es poquedad tuya, y daño suyo y mío en tener amiga, como dicen que la tienes.

MENEMNO, *casado*.

Ni hay tal, ni quien tal diga.

TALEGA.

Sí hay tal, y quien tal diga, que sólo yo.

CASANDRO.

Bien está: el tiempo es tan buen maestro, que ni por miedo ni por vergüenza no deja de descubrir las verdades.

TALEGA.

Ni yo tampoco.

CASANDRO.

Abaste lo dicho. Y agora ¿qué piensas de hacer?

MENEMNO, *casado*.

Quería ir á casa de Micer Duarte, porque Talega es ido ya delante con el libro.

TALEGA.

Mas con la saya.

MENEMNO, *casado*.

Para que acabemos de rematar aquellas cuentas.

CASANDRO.

Ve con la bendición de Dios, que yo entre tanto me acabaré de vestir.

## ESCENA IV.

MENEMNO, *casado*; TALEGA, DOROTEA.

TALEGA.

Gracias sean dadas á Dios, que el viejo acabó de predicar.

MENEMNO, *casado*.

Ven, Talega.

TALEGA.

Vamos, señor, y desensímúlame y toma la saya, porque no me hallen con el hurto en las manos.

MENEMNO, *casado*.

Daca, acabemos ya.

TALEGA.

No me paresces agora propiamente sino al hijo prólogo, que lleva á empeñar ropa por mengua de dineros.

MENEMNO, *casado*.

Déjate de esas gracias, y da en esa puerta y llama á Dorotea, porque salga á recebir este presente.

TALEGA.

¿Quién está en casa? ¡Ola, ahí! No responde nadie, señor. Si has perdido quizá por la mano.

MENEMNO, *casado*.

No te entiendo.

TALEGA.

No sé si está dentro algún *dóminus fulotum*, de esos que llevan ropas largas.

MENEMNO, *casado*.

No se ha de presumir tal de mi querida Dorotea.

TALEGA.

Si de amor de ramera te fias, engañado vas, porque no dura tanto como sol de invierno y lluvia de verano, *et est*

*imposible* que la que es acostumbrada de someterse á muchos por fuerza, ame á ninguno de grado.

MENEMNO, *casado*.

Déjate de eso. Torna á llamar.

TALEGA.

¡Ola, aho! ¡No hay nadie acá?

DOROTEA.

¿Quién llama?

MENEMNO, *casado*.

Yo, mi señora.

DOROTEA.

¡Ay mi señor Menemno! ¡ay entrañas mías! ¡y tú eres? Vengas en buen hora.

MENEMNO, *casado*.

Y en esa misma estés tú, deleite mío. En mirándote se me quitan todos los enojos y aborrezco á mi mujer.

DOROTEA.

¿Quién viene contigo, señor Menemno?

MENEMNO, *casado*.

Talega, criado de tu merced.

TALEGA.

Y de su criada, que es bonita.

MENEMNO, *casado*.

Crianza, señor.

TALEGA.

Estoy tan criado, que ha veinte años que no mamé.

DOROTEA.

Gracioso está Talega.

MENEMNO, *casado*.

De desgraciado está gracioso.

DOROTEA.

Señor Menemno, ¿qué es eso que traes?

TALEGA.

Abre el ojo. Olido ha de narices como podenco de muestra.

MENEMNO, *casado*.

Rosa y vida mía, son tus vestidos, y los despojos de la loca de mi mujer.

DOROTEA.

¿Esta es la saya que me prometiste?

MENEMNO, *casado*.

Esta es, tómala, que si yo puedo, haré de manera que cuantas tiene mi mujer sean tuyas, pues yo soy tuyo.

DOROTEA.

Mercedes, amor mío.

TALEGA.

Oreja, perra, y cuán bien que la ase.

MENEMNO, *casado*.

Yo las rescibo de ti en quererlas tú rescibir de mí.

TALEGA.

Así, así con el diablo. Desa manera presto quedarán en blanco los bienes de nostramo.

MENEMNO, *casado*.

¿Qué es eso que dices de blanco y de presto?

TALEGA.

Digo, señor, que se entienda de presto en la comida, y que no falte vino blanco.

MENEMNO, *casado*.

Bien dices. Mira, señora, ya sabes lo que me prometiste si la saya venia en tu poder.

DOROTEA.

Muy bien, señor, yo lo entiendo.

MENEMNO, *casado*.

Pues aparájanos muy bien de comer para mediodía.

DOROTEA.

A mejor tiempo no podías hablar, porque está la olla bien forrada ya.

TALEGA.

¿Es el aforro de pluma, ó de lana?

DOROTEA.

De todo hay: una gallina y un carnero.

TALEGA.

Poco es eso para mis apetitos.

DOROTEA.

Qué, ¿tú has de comer acá?

MENEMNO, *casado*.

Convidado le he porque veas cuán bien sabe comer.

TALEGA.

Como, señora Dorotea, á dos cajas, que de verme garás mochísimo.

DOROTEA.

De veras que tomo placer que sea Talega mi convidado una y muchas veces.

TALEGA.

Un placer y mochísimos que Dios te dé.

DOROTEA.

Por amor de tú, prometo de multiplicar dos pares de pollos mas.

TALEGA.

Multiplicadas que tengas las narices.

MENEMNO, *casado*.

¿Qué dices, asno?

TALEGA.

No, no, sino los días de su vida. Los pollos me tu ron. Señora, mira que sean asados, por vida de esa de rosa.

DOROTEA.

Yo lo haré mejor que tú te piensas.

TALEGA.

De esa manera la talega de Talega quedará rellena esta vez.

DOROTEA.

¿Qué quiere decir eso?

TALEGA.

Yo soy talega de mi amo, y mi talega es mi vientro como bien, mi talega está buena, y la de mi amo porque no me puedo mover después de harto.

DOROTEA.

Buenas propiedades tienes.

MENEMNO, *casado*.

Señora, entre tanto que se adereza la comida, casa de Micer Duarte á negociar un poco.

DOROTEA.

Ven, señor, presto, y no te detengas.

TALEGA.

Bien dice la señora. Hagamos pasos de fraile convidado que mejor es que nosotros aguardemos la comida, y comida á nosotros.

MENEMNO, *casado*.

Escucha, Talega, que en esto va mucho. Allégate posada, y dirás á mi suegro que somos convidado Micer Duarte, que no nos aguarden. ¿Sabráslo decir?

TALEGA.

Mirad si sabré.

MENEMNO, *casado*.

Vuelve luego, que en su casa te aguardo.

TALEGA.

Muy bien, señor.

## ESCENA V.

MENEMNO, *mancebo*; TRONCHON.

MENEMNO, *mancebo*.

Hágote saber, Tronchon, que la mayor alegría que ten los navegantes, es cuando de lejos sobre las mas ondas descubren la tierra.

TRONCHON.

Y mayor si la tierra que descubren fuese suya dime, señor, yo te suplico: ¿á qué respeto ó causa, siendo rodeado todas las islas del mar, venimos á barcar á Valencia?

MENEMNO, *mancebo*.

Necio, ¿no sabes tú que voy buscando á mi her

TRONCHON.

cuando acabarás de llevarme de aquí para allá, y a Poyatos. Seis años hace agora que andamos en el.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Se te fatigas, asno?

TRONCHON.

me que si anduviéramos á buscar una aguja, en npo la hubiéramos hallado. Dígolo porque pienso amos á tu hermano entre los muertos.

MENEMNO, *mancebo*.

ese á Dios que hallase quien de cierto me dijese ya entre los muertos; pero entre tanto que esto e, no dejaré de buscarlo entre los vivos.

TRONCHON.

mo tú mandares, esclavo te soy, no puedo sino ; pero no querria que nos detuviésemos mucho ica.

MENEMNO, *mancebo*.

rá, torpe, en una ciudad tan insigne y noble la ; no será bien que nos detengamos mas que no ara considerar muy particularmente el regimiento áblica, la suntuosidad de los edificios, la riqueza mplos, los trajes de los caballeros y damas, y en mil cosas?

TRONCHON.

cual la pintas, y aun mejor, si no la gastasen s como la gastan.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Se modo la gastan tres erres?

TRONCHON.

nera es rameras, porque hay de ellas *magnam em*.

MENEMNO, *mancebo*.

segunda?

TRONCHON.

unda renegadores, que reniegan y juran de Dios, lo mil partes.

MENEMNO, *mancebo*.

rcera?

TRONCHON.

era regatones, porque hay tantos que no podeis en bocado en la boca que no pase por tres ó cua- s. Y porque veo que la moneda se nos va apo- a costa creciendo, querria que saliésemos presto lidad.

MENEMNO, *mancebo*.

Dios hará merced.

TRONCHON.

e tanto échate á dormir. ¿No sabes tú que por el uila el perro?

MENEMNO, *mancebo*.

inde diablós sacas tanta cosa como dices hoy, y es eres tan necio?

TRONCHON.

adas que me toman.

MENEMNO, *mancebo*.

dad que lo creo, y hoy mas que nunca.

TRONCHON.

do á las rameras supradichas, has de saber que u tienen asalariados sus cabestreros.

MENEMNO, *mancebo*.

quien te entienda hoy.

TRONCHON.

bestreros son aquellos que por otro nombre son alcabuetes.

MENEMNO, *mancebo*.

¿qué nasce de ahí?

TRONCHON.

que estos cabestreros tienen de costumbre de zu de Valencia, y si ven alguna nao recién ve-

nida, preguntan cómo se llama el patron y pasajeros de ella, y aun en los mesones los estrañeros de arte.

MENEMNO, *mancebo*.

¿A qué fin todo eso?

TRONCHON.

Para que viéndolos por la ciudad, los llaman por sus propios nombres, porque piensen que los conocen, y así los engañan.

# ESCENA VI.

DOROTEA, MENEMNO, *mancebo*; TRONCHON.

DOROTEA.

¿Ce, señor?

MENEMNO, *mancebo*.

¿Que es aquello, di?

TRONCHON.

No sé: detengámonos.

DOROTEA.

¿Ah mi alma! ¡ah mi corazon! ¿cómo no entras en esta casa, que es mas tuya que mía?

MENEMNO, *mancebo*.

¿Con quién habla esta mujer?

DOROTEA.

Con tí hablo, mi señor.

TRONCHON.

¿Cómo? ¿Quién es él?

DOROTEA.

Menemno: el *omnis homo* de mi casa,

TRONCHON.

No hay aquí ningun olmis olmo de tu casa.

DOROTEA.

Amigo, ¿quién te pone á do no te mandan? Yo con Menemno hablo, á quien conozco, y no contigo, que nunca te ví.

MENEMNO, *mancebo*.

Habla pues lo que quisieres.

DOROTEA.

Lo que quiero es que entres luego á comer, pues la comida que mandaste aparejar está á punto ya.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Qué comida ó qué bebida es esa?

DOROTEA.

La que tengo aparejada para tí y para mí?

MENEMNO, *mancebo*.

¿Para mí? Ojalá dijeses verdad.

DOROTEA.

Sí, para tí. Si no, entra, y verlo has.

MENEMNO, *mancebo*.

Señora, no burles de un hombre tan estrañero y no conocido como yo.

TRONCHON.

Abre el ojo, que cabestrero anda por aquí.

DOROTEA.

Ea, señor Menemno, dejemos de eso, y no sufras que ese burle de mí. Di, ¿qué es de Talega?

TRONCHON.

Mirad si está informada ya de la talega de la ropa que viene en la nave.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Por cuál talega ó saco pides?

DOROTEA.

Por el mozo de Casandro tu suegro, el cual vino contigo cuando me diste la saya que hurtaste á tu mujer.

MENEMNO, *mancebo*.

Ni tengo mujer, ni sé qué te dices, ni jamás estuve en esta ciudad hasta hoy que desembarqué de la nave.

DOROTEA.

¿De qué nave?

TRONCHON.

De una que es de tablas y maders.

DOROTEA.

Señor Menemno, por amor de mí, que dejadas las burlas aparte, entres en casa, entre tanto que voy á mirar los pollos, que se asan demasiado.

MENEMNO, *mancebo*.

Oye, Tronchon, ¿no será pusilanimidad mia dejar de entrar allá?

TRONCHON.

No será sino sabieza dejar de entrar allá.

MENEMNO, *mancebo*.

*Audaces fortuna juvat.* ¿Qué me puede hacer una mujer?

TRONCHON.

Segun tú eres bueno, lo menos que puede es dejarte sin blanca.

MENEMNO, *mancebo*.

Para eso buen remedio: toma la bolsa.

TRONCHON.

Daca. Pero mira que dice el refrán que quien mucho se rasea, llaga se hace; por eso mira mucho el fin.

MENEMNO, *mancebo*.

Anda, que es de cobardes mirar mucho los fines. Entrar quiero, y ve tú al meson, y después vernás por acá.

TRONCHON.

A Dios te encomiendo.

MENEMNO, *mancebo*.

¡Ah señora mia!

DOROTEA.

¡Ah señor!

MENEMNO, *mancebo*.

Conozco haber errado en burlarme de tí; pero si lo hice fué por disimular con el esclavo que estaba conmigo.

DOROTEA.

¿Cómo? ¿De quién es el esclavo?

MENEMNO, *mancebo*.

De mi suegro, que no ha dos días que lo compró.

DOROTEA.

Avisado parece.

MENEMNO, *mancebo*.

Eslo cierto, y pues él no nos ve ni nos oye, entremos cuando mandares.

DOROTEA.

¿No quieres aguardar á Talega?

MENEMNO, *mancebo*.

Ni lo quiero aguardar, ni quiero que entre acá, porque estoy enojado con él.

DOROTEA.

Sea como tú mandares; empero, amor mio, quiero que me hagas una merced.

MENEMNO, *mancebo*.

No una, sino ciento haré; por eso pide.

DOROTEA.

Que después de comer llesves aquella saya que me diste á maestre Chillon el sastre, para que la desfigure y haga á mi voluntad.

MENEMNO, *mancebo*.

Avisada eres en todo, porque haciéndolo así ternás saya á tu medida, y no la conocerá aquella maldita de mi mujer.

DOROTEA.

¿Puedes llevarla cuando te fueres?

MENEMNO, *mancebo*.

¿Por qué no la tengo de llevar?

DOROTEA.

Entra, amor mio, y cierra esa puerta.

**ESCENA VII.**

CASANDRO, AUDACIA, TALEGA.

CASANDRO.

¿Dó estás, hija? Sal acá.

AUDACIA.

¿Qué mandas, señor padre?

CASANDRO.

Días ha que deseaba decirte mi parecer, y lo he dila-

tado hasta que me dices una ocasión para ello, como me has dado para sentillo.

AUDACIA.

¿No te parece que tengo razon, señor padre, quejosa?

CASANDRO.

No, porque si cuando yo te casé con Menemno el uso de este maldito tiempo, que primero se hal hacienda y á la postre de la persona, fué la causa las virtudes de mi criado y tu marido, que pienso berle dado tanto cuanto merese.

AUDACIA.

Demasiado le diste.

CASANDRO.

Es verdad, si tú fueras de otra suerte.

AUDACIA.

¿De qué suerte? ¿Soy alguna fea?

CASANDRO.

No, sino hermosa, y es lo peor que le di.

AUDACIA.

¿Por qué?

CASANDRO.

Porque se ofresce á grandísimos trabajos el q con mujer hermosa.

AUDACIA.

¿A qué trabajos, siendo ella buena?

CASANDRO.

Oye. Lo primero se ofrece á sofrille su altivez; bía por ser hermosa como tú. Lo segundo, que buena de supersona (cual tú te precias de serlo) le por no ser acompañada de humildad, una vanaglo portable de sufrir, y sin eso pretendéis todas las b que cometen herejía vuestros maridos, si entien otro sino en daros placeres.

AUDACIA.

Tales los tenga quien mal me quiere, cuales mi me los da á mí.

CASANDRO.

Eres tú la causa de ello.

AUDACIA.

¿Yo? ¡Ay desdichada de mí! ¿Que él viva amn soy yo la causa?

CASANDRO.

Si, en serie tan desdefiosa como lo eres, segun por mis ojos lo he visto: que si te sigue, le buye sirve, no lo estimas; si te ama, le aborreces; si te le maldices; si te olvida le infamas, y si te hace dices que te engaña.

AUDACIA.

En cuanto á eso no le debo nada.

CASANDRO.

Si le debes, y mucho, porque las costumbres d rido han de ser leyes para la mujer, y tú haces l trario.

AUDACIA.

Porque son malas sus costumbres, por eso las digo yo.

CASANDRO.

En tu mano está hacer que sean buenas.

AUDACIA.

¿De qué manera?

CASANDRO.

Con cinco yerbas que traigas contigo.

AUDACIA.

¿Dime qué yerbas son esas?

CASANDRO.

La primera que seas callada; la segunda que sea fica; la tercera que seas sufrida; la cuarta que se nesta, y la quinta que seas retraida. Estas cinco: hija mia, son de tal propiedad, que las malas cost del marido convierten en buenas.

AUDACIA.

rían ser cincuenta, que á mi marido no le quita-  
yo tenga una puta. Pero no quiero altercar mas  
que siendo mi padre abogas contra mí.

CASANDRO.

menester sino que mudemos de palabras y tú de  
. Aquel que allí viene parece que sea Talega.

TALEGA.

or!

CASANDRO.

y de nuevo?

TALEGA.

zapatos, sayos, camisas, en fin cuanto querrás  
ie.

CASANDRO.

ya de decir á lo que venís.

TALEGA.

o me turbe su mercé. El señor Duarte manda...  
no que soplica á vuestra merced.

CASANDRO.

e soplica, enalbardado?

TALEGA.

ruega que perdone, y que coma á su pracer con  
porque yo y...

AUDACIA.

e el ruin delantero.

TALEGA.

azon. Que el señor Menemno y yo quiere que  
emos con él.

CASANDRO.

tá. Entremos, hija, y tú también.

TALEGA.

Pésete á mal grado! Que me acusará contumacia  
Doro... El señor Duarte quise decir, si no voy á  
go.

CASANDRO.

eso de la señora Doro? Entra, entra, que luego

## ESCENA VIII.

MENEMNO, *mancebo*; DOROTEA; TALEGA.MENEMNO, *mancebo*,

ortales dioses! Muchas gracias os hago porque  
mitido que una ramera, que acostumbra de ro-  
nancesos, me haya dado de su propia voluntad  
y este diamante y saya. Bien sé que me ha to-  
otro, mas con todo eso no me acusa la concien-  
tornárselo por agora, porque dicen que quien  
idron, etc. Buscar quiero á mi esclavo para reir  
la burla, y gozar con él de estos putánicos des-

TALEGA.

al diablo las preguntas, y á quien las inventó á  
del comer. Sabia Casandro que soy convidado, y  
ame mas cosas de su yerno que dias hay en lon-  
como si le habia yo de otorgar la verdad... Mas  
allí. La saya es vuelta en su poder. Mal va esto:  
debe de correr entre él y la pelleja Dorotea.  
que la comida se embarazase! ¡Ah Menemno!

MENEMNO, *mancebo*.

ieres, amigo?

TALEGA.

a saya?

MENEMNO, *mancebo*.

que yo la llevo.

TALEGA.

a por tu vida?

MENEMNO, *mancebo*.

de maestro Chillon el sastre para que la adobe.

TALEGA.

se hará eso, señor: vamos á comer primero.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Qué diablo ha de ser esto con tantos convidados  
como hay en esta ciudad?

TALEGA.

Yo no te convidó, señor, antes tú me has convidado  
á mí.

MENEMNO, *mancebo*.

¿A dónde?

TALEGA.

En casa de Dorotea.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Cómo te llamas?

TALEGA.

¿A la hora del comer, cómo te llamas? Buena burla es  
esa.

MENEMNO, *mancebo*.

A fe que no burlo.

TALEGA.

Talega me llamo.

MENEMNO, *mancebo*.

Qué, ¿tú eres Talega?

TALEGA.

Al tiempo de vete allá, vete acá, no me desconoces  
como agora, si no te burlias.

MENEMNO, *mancebo*.

Que ni me burlo, ni te conozco. Ve con Dios.

TALEGA.

Una vez que en toda mi vida he sido convidado, salirme  
tan al revés por mal agüero lo tengo. Mas no quiero des-  
confiar sin primero hablar con Dorotea. ¿Quién está en su  
casa?

DOROTEA.

¿Quién llama?

TALEGA.

Talega soy, señora. ¿Qué es de mi amo Menemno? ¿Es  
venido á comer?

DOROTEA.

¿Cómo si es venido? Ya vino y se fué?

TALEGA.

¿Que ya comió? ¿Mezquino de mí!

DOROTEA.

Ya comió. ¿Cómo no veniste?

TALEGA.

No me burle, señora, que me fino de hambre.

DOROTEA.

Que no me burlo.

TALEGA.

Oiga, señora Dorotea.

DOROTEA.

Ve con todo los diablos, que no quiero oírte.

TALEGA.

¿Así que desa manera se trata á Talega? ¡Oh Talega!  
¡Talega! ¿quién te vido en el establo almohazando los ca-  
ballos, harto de torreznos, y agora muerto de hambre por  
andar entre putas y rufianes? Mas para esta que yo haga  
de manera, que le haga mal provecho á Dorotea la saya, y  
á Menemno la comida, que yo lo diré á mi señora.

## ESCENA IX.

MENEMNO, *casado*; DOROTEA; AUDACIA; TALEGA.MENEMNO, *casado*.

No me acuerdo después que nací, estar sin comer á tal  
hora, especialmente siendo convidado; mas causalo tam-  
bien este diablo de Micer Duarte con ser tan prolijo en sus  
cuentas. Pero ¿qué es esto, que Talega no vuelve de donde  
lo envié? Por ventura estará ya en casa de Dorotea. Quiero  
llegarme allá. La puerta veo cerrada. ¡Oía, abo! Abrid aquí.

DOROTEA.

¿A quién han de abrir?

MENEMNO, *casado*.

A tu cativo, señora mía.

DOROTEA.

¿Qué es esto, señor Menemno?

MENEMNO, *casado*.

¿Qué ha de ser?

DOROTEA.

¿Tan presto eres de vuelta? ¿Diste ya la saya á Chillon el sastre, y el diamante al platero?

MENEMNO, *casado*.

¿Qué saya, qué diamante me has dado?

DOROTEA.

No te hagas de nuevas ni burles de mí, que la saya y el diamante que me diste, te di.

MENEMNO, *casado*.

¿Para qué?

DOROTEA.

Para que lo hicieses adobar todo.

MENEMNO, *casado*.

¿Adónde me lo diste?

DOROTEA.

Aquí dentro con mis propias manos.

MENEMNO, *casado*.

¿Cuándo?

DOROTEA.

Cuando acabamos de comer tú y yo.

MENEMNO, *casado*.

Engañada vives.

DOROTEA.

Así es la verdad, pues que burlas de mí.

MENEMNO, *casado*.

Digo que después que te di la saya, no he puesto los pies en tu casa.

DOROTEA.

Buen disimular es ese, Menemno.

MENEMNO, *casado*.

No hay aquí ningún disimular.

DOROTEA.

¿Y cómo? ¿de esa manera te piensas alzar con la saya y el diamante? Pues para esta, que ó no seré yo Dorotea, ó tú me lo traíras todo perfumado.

MENEMNO, *casado*.

No me espanto de fieros de puta. ¿Qué, cerráisme las ventanas? Abranse estas puertas.

AUDACIA.

Así, qué rufian te has tornado, marido. ¿Pensabas que no te había de tomar en el lazo? Nunca mi corazón me fué traidor.

MENEMNO, *casado*.

¿Oh señora mujer! ¿y qué buscas por acá?

AUDACIA.

Agora me dice señora, y me pregunta qué busco.

MENEMNO, *casado*.

¿Pues á quién, á Talega?

TALEGA.

Yo no sé nada de la saya.

MENEMNO, *casado*.

Por mi vida que me digas á qué vienes.

AUDACIA.

Por la saya vengo.

MENEMNO, *casado*.

¿Por qué saya ó sayo?

AUDACIA.

Por la que me has hurtado, sin otras cosas, para dar á tu puta.

TALEGA.

El es de ella, que no ella de él.

MENEMNO, *casado*.

¿No callareis vos, don bellaco?

TALEGA.

Tú haces las bellaquerías; no me cale hacer señas que calle.

MENEMNO, *casado*.

Por el Dios Júpiter te juro, mujer, que tales sel he hecho; mas si no mirase que viene contigo, yo la tigaría.

AUDACIA.

Déjate de eso; daca la saya.

MENEMNO, *casado*.

¿Ha habido en casa algún desaguisado, que así despavorida?

AUDACIA.

Palabras.

MENEMNO, *casado*.

¿Has habido quistion con tu padre?

TALEGA.

¿Cómo anda huyendo por no otorgar!

MENEMNO, *casado*.

¿No basta que hable ella, sino tú, bellaco?

TALEGA.

No, que yo por la comida lo he.

MENEMNO, *casado*.

¿Estás enojada contra mí por ventura?

AUDACIA.

¿Pues contra quién, don traidor?

MENEMNO, *casado*.

¿Dime la causa, que yo haré justicia de mí.

TALEGA.

¿Oh hideputa! *Jocundibus gorgoreais*; bien parece está la barriga llena.MENEMNO, *casado*.

Calla, perro; si uo, por vida de la señora...

TALEGA.

No callaré, pues comiste sin mí.

MENEMNO, *casado*.

Dí adónde, ahorcado.

TALEGA.

Pónte en medio, señora.

AUDACIA.

No me le toques. Dí adónde.

TALEGA.

En casa de la puta Dorotea.

MENEMNO, *casado*.

¿Yo? aun me vea comido vivo, si hoy he comido he ni puesto los pies en su casa.

AUDACIA.

No lo niegues, que la verdad de todo me ha co Talega.

MENEMNO, *casado*.

¿Qué te dijiste, puerco?

TALEGA.

No sé. *Dictum vel non dictum*, ya está dicho. Pntaselo á ella, que te sabrá bien jabonar.MENEMNO, *casado*.

¿Qué te dijo, señora mía?

AUDACIA.

¿Cómo haces del raposo! Díjome, que me hurtar mi casa una saya.

MENEMNO, *casado*.

¿Cómo? ¿A tan buen recaudo la tenías?

AUDACIA.

¿Quién se podrá librar del ladrón de casa?

MENEMNO, *casado*.

¿Quién es el ladrón de casa?

AUDACIA.

Uno que se dice Menemno.

MENEMNO, *casado*.

¿Por ventura hay otro Menemno sino yo?

AUDACIA.

Mira, dame la saya, y no me hagas decir desali tornarme loca.

TALEGA.

Ninguna mujer se puede tornar loca.



MENEMNO, *casado*.

probado, señora mujer, lo mucho que me  
cho. Si yo he fingido tener amistad con Doro-  
para ver si barias aquel sentimiento, que las  
aman á sus maridos suelen hacer. La saya se  
solamente sacar la invencion de ella, porque  
ica tan gentil dama te ha visto, como cuando  
ella saya. Sosiégate por amor de mí, que yo la

AUDACIA.

o que dices, si no creyese quien tú eres; mas  
ozco por mis pecados muy conocido, á otro  
hueso, y venga la saya y el diamante.

TALEGA.

Dorocea se contenta con las obras, contén-  
las palabras.

MENEMNO, *casado*.

yo os muela á palos no callareis, don mazor-  
, ve con Dios, que no pararé hasta que seas

AUDACIA.

falega, que razon es que mi padre sea infor-  
estras trapazas.

TALEGA.

ñora. *Audi aliam partem si vis recte judicare.*

AUDACIA.

po de oír?

TALEGA.

le amonesté que no fuese tras putas, pues  
ba tenerle á tí.

AUDACIA.

criado, y anda allá, que tú y él entonces se-  
, cuando la rana terná pelo.

TALEGA.

or, que *col natura dat nemo negare putas.*

AUDACIA.

horamala con tus latines.

## ESCENA X.

mancebo; CASANDRO; AUDACIA; TALEGA.

MENEMNO, *mancebo*.

sto, que no puedo encontrar con mi esclavo  
Por cierto que lo hice como mal considerado  
bolsa de los dineros, que por ventura se habrá  
par en algun bodegon; mas no será para tanto,  
ariento. Mas yo ¿en qué tengo de parar con  
allejera que parezcoregonero? ¿Pero quién  
se vienen medio riñendo? Quiero escuchar qué  
traen consigo.

AUDACIA.

puede sufrir, señor padre, que esté yo casada  
mal hombre como este?

CASANDRO.

¿pues.

AUDACIA.

costáseme un dedo de la mano.

TALEGA.

*potest fieri*, señor, porque *col Deus conjungit  
epalat*.

CASANDRO.

uero, que no se dice por tanto.

TALEGA.

, estando muerto de hambre.

CASANDRO.

e quejas de tu marido?

AUDACIA.

de que me hurta el oro, sayas y cuanto tengo  
meras.

CASANDRO.

hace, lo hace muy mal; y si no, tú lo haces  
míarle falso testimonio.

AUDACIA.

Que no es sino verdadero. Helo do viene. ¿Desvergon-  
zado! ¿No tienes vergüenza de parester delante de mí con  
ese vestido?

MENEMNO, *mancebo*.

Mujer honrada, ¿con quién piensas hablar?

AUDACIA.

Con uno que merescer estar en la borca.

MENEMNO, *mancebo*.

Porque sois hermosa, no seas atrevida.

CASANDRO.

Aparta, hija. Menemno, ven acá. Dime, ¿qué rencillas  
son estas que tienes con tu mujer?

MENEMNO, *mancebo*.

Padre honrado, ni te conosco, ni tengo mujer, ni jamás  
fui casado.

AUDACIA.

¿Negarás, bellaco, que eres mi marido?

MENEMNO, *mancebo*.

Porque sé que hablas con pasion, y porque veo que me  
tomas por otro, responderé con paciencia, diciendo que  
ni soy tu marido, ni eres mi mujer.

TALEGA.

Cásate, señora, conmigo, y váyase él con todos los dia-  
blos el traga pollos.

AUDACIA.

Quítate de ahí, asno. Dime, ¿no es esa la saya que me  
hurtaste y prometiste devolver?

MENEMNO, *mancebo*.

Habla cortesmente, que nunca fui ladrón, ni jamás me  
precié de hacer cosa fea.

TALEGA.

Eso sí, Menemno, negar á pié juntillas.

MENEMNO, *mancebo*.

¿De dónde me conoces y sabes mi nombre?

TALEGA.

Mas ¿de dónde desconoces tú á Talega?

MENEMNO, *mancebo*.

De nunca haberlo conocido.

TALEGA.

¿No tomaste tú esta saya á tu mujer, y la diste delante  
de mí á tu puta?

MENEMNO, *mancebo*.

No seas mal criado, si no, el diablo será.

AUDACIA.

Señor padre, ¿esta no es mi saya, y este no es mi ma-  
rido Menemno?

CASANDRO.

Ella es tu saya, y él es tu marido.

MENEMNO, *mancebo*.

De todo eso no tengo sino el nombre.

CASANDRO.

Ven acá, Menemno: veamos si negarás esto. ¿Tú no  
moras en aquella casa frontera?

MENEMNO, *mancebo*.

Plegue á Dios, que si yo en ella jamás entré, que dentro  
en los infiernos more.

CASANDRO.

Sin duda que se ha tomado loco.

MENEMNO, *mancebo*.

Pues estos dicen que soy loco, mejor será fingir locu-  
ras por echarlos de mí.

AUDACIA.

Bien dices, señor padre; ¿no ves qué boca abre? pa-  
rece que me quiere comer.

MENEMNO, *mancebo*.

El dios Apolo me manda que quemé los ojos á esta mu-  
jer con lámparas ardiendo.

TALEGA.

La paz de Dios descienda sobre tí y sobre nosotros,  
amén.

MENEMNO, *mancebo*.

Sí, sí, Apolo, yo haré lo que mandas, que á esta mujer  
y á Talega les dé con esta mi espada mil cuchilladas.

TALEGA.

Señora, huigamos de aquí, que tengo miedo que ni tú tengas Talega ni yo señora.

CASANDRO.

Bien dice: id á casa los dos, porque no haga en vosotros algun desatino; pero mira, Talega, que vayas en un salto á llamar al médico Averrois, para ver si dará algun remedio á este loco.

TALEGA.

Si haré, señor.

MENEMNO, *mancebo*.

Ya te entiendo, Apolo, que quieres que desmenuce los huesos de este viejo con su bordon.

CASANDRO.

Caro te costará, si tú á mí te allegas.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Qué dices? ¿Que tome una azuela con la cual acepille las carnes de este mal viejo?

CASANDRO.

Mal te dé Dios: mejor me será huir de este, porque el loco y el buey se han de mirar de lejos.

MENEMNO, *mancebo*.

Muchas cosas me has mandado, Apolo, ¿y agora de nuevo quieres que vaya con impetu y mate á este viejo?

CASANDRO.

¡Oh cruel enfermedad! No estoy mas aquí. Quiero llamar al médico.

MENEMNO, *mancebo*.

¡Cuán á cuenta me ha venido hacer del loco! Mas ¿cuál fuera que esta señora me rescibiera en su cama creyendo que era su marido; como la otra en la mesa, tomándome por su amigo? Yo lo hiciera cierto, segun ella es hermosa, si no se aventurara mas que aventuré con la otra, porque á la ramera quitéle lo que ella hurtó, y yo le puedo tornar tres doblado; mas á la casada, en este caso quítale la honra, que quitada no se la pudiera tornar. En fin, quiero huir de pueblo donde tantas cosas en tan poco tiempo me han acontecido; y si viniere el viejo, no le digan por cuál de estas dos calles me fui.

## ESCENA XI.

MENEMNO, *casado*; CASANDRO; AVERROIS;

LAZARILLO.

MENEMNO, *casado*.

Día triste y de aciago ha sido este para mí, pues todo lo que pensaba hacer muy secreto, me ha echado en público aquel bellaco de Talega; pero á fe que no se reirá de ello. Tambien esotra bellaca al fin hizolo como ramera, que por mas que le rogué que me diese la saya con propósito de darle otra mejor, está en sus trece que ya me la dió. ¡Desdichado de mí! No sé qué me haga. ¿Qué es aquello?

AVERROIS.

Camina, Lazarillo.

LAZARILLO.

Ya camino, *domine*.

AVERROIS.

Eso sí, siempre que podrás hablar algun latin congrio ó no congrio, no lo dejes de hablar, que yo te haré gran persona. Di, *¿quid est necessitas?*

LAZARILLO.

La necesaria, señor.

AVERROIS.

No solamente respondiste como gramático, mas como excelente filósofo, porque aquella cosa es puramente necesaria, adonde echamos aquello que si no lo echásemos, moriríamos.

LAZARILLO.

*Verum est.*

AVERROIS.

*Bona salus*, señor Casandro.

CASANDRO.

Sea bien venido, señor doctor. Escuchado he la plática

que has pasado con tu criado, y he holgado en oír sus dezas.

AVERROIS.

Es el mas agudo rapaz del mundo, y es hermano de zarillo de Tormes, el que tuvo trecentos y cinco años.

CASANDRO.

¿Cuánto ha que está contigo?

AVERROIS.

No ha mas de medio año, y sabe ya todos los nomos, conjugaciones y cuarto libro de coro, y hablará un día latin tan bien como yo, sin que le entienda labra.

CASANDRO.

Bien lo creo; mas ¿cómo te has detenido tanto?

AVERROIS.

He curado una pierna al dios Esculapio, y he conce un brazo á Baco, que los dos habiendo tastado ciertos en la isla de Candia, dieron consigo por una esc abajo.

CASANDRO.

De manera que tambien eres médico de los dioses de los hombres.

LAZARILLO.

*Ita, domine.*

AVERROIS.

¡Oh qué *ita domine* tan regalado! ¿Qué te parece, Casandro?

CASANDRO.

Muy bien, pero vengamos al caso. Has de saber que nemno mi yerno está doliente, y pienso que es de al imaginacion diabólica que habrá entrado en su estomiento.

AVERROIS.

Eso verná de algunos enojos rescebidos con mujer

CASANDRO.

A la letra es ese su mal, señor doctor.

AVERROIS.

Has de saber, señor, que Hipócrates, Galeno y Avicenna *et omnia schola medicorum* ponen ciento y cincuenta medios para ese mal. El primero es...

CASANDRO.

Ce, silencio; he allí á Menemno,

AVERROIS.

Juntémonos los dos.

CASANDRO.

Sea así. Menemno, hijo, ¿qué es de la saya?

MENEMNO, *casado*.

¿Qué saya, señor?

CASANDRO.

La que tenias agora.

MENEMNO, *casado*.

¡Oh dioses inmortales! ¿y qué será esto?

CASANDRO.

¿No oyes lo que dice?

AVERROIS.

Ya veo que invoca los dioses.

CASANDRO.

¿Qué esperas? Haz tu oficio, maestro.

LAZARILLO.

¿Qué quiere decir maestro? *Domine doctor, domine* tor acostumbran de llamarle.

CASANDRO.

Calla, rapaz, no seas tan reagudo.

AVERROIS.

Menemno, dame esa mano. No pasees tanto, no pases tanto, pecador de mí, que es malo eso para tu enfermedad.

MENEMNO, *casado*.

¿Qué enfermedad? Vete enhoramala.

AVERROIS.

¿Veis cómo desvaría? Escucha, y verás que le hago

en profundísimas, que h  
lo loco, y otras para to  
*medite.*

CASANDRO.

memos ya.

AVERROIS.

amno, soslégate. Dime, ¿sientes alguna cosa?

MENEMNO, *casado.*

ventura insensible, que no tengo de sentir?

AVERROIS.

ia yo, que no podías estar sin sentir. Dime,  
rebes, blanco ó tinto?

MENEMNO, *casado.*

horca tú y tus preguntas.

CASANDRO.

mza á enloquecer.

AVERROIS.

engo dicho, señor?

MENEMNO, *casado.*

éntame si como el pan colorado ó verde, ó aves  
y peces con pluma.

CASANDRO.

¿no ves qué locuras se le sueltan? ¿Por qué  
emedio?

AVERROIS.

preguntalle he otras cosas.

CASANDRO.

¿cuantas quisieres.

AVERROIS.

o, dime, ¿suéñensete algunas veces endurecer

MENEMNO, *casado.*

¡blos! ¿Soy de género de langosta?

AVERROIS.

e blandos los has de tener. Burlábase contigo.  
o, señor, que agora vienen las preguntas para  
todo su seso. Dime, Menemno, ¿sientes algu-  
que te rugen las tripas?

MENEMNO, *casado.*

estoy harto, no; mas agora sí, que estoy ham-  
con gana de comer.

AVERROIS.

rmes los ojos cerrados?

MENEMNO, *casado.*

¡, velando, abiertos.

CASANDRO.

verdamente respondió.

AVERROIS.

¡atele ahí sano, señor.

CASANDRO.

agora tan loco como cuando amenazaba á su  
fuego.

AVERROIS.

¿de estar? Duelos me dé Dios.

MENEMNO, *casado.*

¿dices que amenazaba yo?

CASANDRO.

¡acuerdas cuando á mí y á tu mujer nos querías

MENEMNO, *casado.*

ar á quien tanto deseo la vida?

AVERROIS.

de mí, señor. ¿Quieres echarme á perder? Tén-  
o curado, ¿y estás contendiendo con él? Ven  
mno, hablemos aparte tú y yo. Has de saber que  
omos los locos, que tú demasiado seso tienes.  
no es aun tiempo que sepas estos secretos de  
Apártate allá.

LAZARILLO.

ate, digo yo, de los *quinquaginta cruciados auri.*

AVERROIS.

¡Oh! sí, señor. Téngolos á punto que son mucho menes-  
ter, porque tengo de hacer con ellos en mi casa un cierto  
cocimiento con cincuenta maneras de yerbas, para cada  
cruzado una, traídas de la insula Fortunada, y después de  
todas hacer un emplastro por ciertos puntos de astrología,  
y después ponérselo en los piés para fortificar la cabeza.

CASANDRO.

Abreviemos, que ya está á punto todo.

AVERROIS.

*Bene dixisti.* Oye, Menemno: tú has de saber que co-  
nosco muy bien que si tu entendimiento está algo altera-  
do, es por algun enojo que sea habido.

MENEMNO, *casado.*

Dices la verdad.

AVERROIS.

Hora pues, por hacer placer á mí, y acreditar mi medi-  
cina, y no enojar á tu suegro, haz todo lo que yo te dijere.

MENEMNO, *casado.*

Soy contentísimo.

AVERROIS.

Si lo haces, yo te prometo de partir contigo los cin-  
cuenta cruzados, porque tú ni has menester medicina, ni  
yo la entiendo mas que esa pared.

MENEMNO, *casado.*

Pero haz de manera, maestro, que me lleven en todo  
caso á tu casa.

LAZARILLO.

Bien dices, porque allí haremos buena gira, y beberemo  
*entant.*

AVERROIS.

Decir yo, señor Casandra, que está Menemno del todo  
sano, no diría verdad; pero he-lo traído á punto de hacer  
que me sea en todo obedientísimo.

CASANDRO.

Veamos.

AVERROIS.

Menemno.

MENEMNO, *casado.*

¿Qué mandas, señor doctor?

AVERROIS.

Alza el brazo derecho. ¿No puedes mas?

MENEMNO, *casado.*

No, señor.

AVERROIS.

Agora da una vuelta en derredor. ¿No ves, señor? Por  
la doctrina del grande Hipócrates te juro que si quiero te  
lo convertiré en mabo. Echate de esa ventana abajo.

MENEMNO, *casado.*

¿Qué es de la ventana?

AVERROIS.

Está quredo, loco, no te muevas. Aprende, rapaz, estos  
medicinales puntos. Agora, Menemno, dame esa espada.

CASANDRO.

Agora vas bien; eso me contenta.

AVERROIS.

Coge así los brazos.

MENEMNO, *casado.*

Ya están cogidos. ¿Qué es lo que haces?

AVERROIS.

Sífrate, que por tu bien se hace, que estás atado un poco  
con este cordel, porque así dice Avicena que se debe ha-  
cer.

LAZARILLO.

*En quarta et sexta ad finem.*

AVERROIS.

¡Oh cómo acotaste bien, rapaz! Es menester, señor Ca-  
sandro, que de esta manera atado lo lleven á mi casa, por-  
que allí con aquel emplastro mureo te lo daré sano en tres  
dias.

CASANDRO.

Antes ha de ir así como está á la casa de los locos, porque aquella es su propia morada. Vaya, vaya presto.

MENEMNO, *casado*.

¡Oh ciudadanos! ¡Oh amigos míos! Socorredme, que me llevan contra mi voluntad acusado falsamente.

## ESCENA XII.

MENEMNO, *casado*; CASANDRO; AVERROIS; LAZARILLO; TRONCHON, y después MENEMNO, *mancebo*.

TRONCHON.

¡Oh dioses inmortales! ¿qué es lo que con mis ojos veo? No sé por qué causa llevan aquellos á mi amo forzosamente.

CASANDRO.

Averrois, ayúdame. ¿En qué piensas?

TRONCHON.

Menemno.

MENEMNO, *casado*.

¡Oh amigo! No consientas que se me haga tamaña afrenta.

TRONCHON.

¿Por qué llevais así á este gentil hombre?

CASANDRO.

Porque es loco.

TRONCHON.

¿Quién dice tan grande maldad?

CASANDRO.

Este médico.

TRONCHON.

Asosegao, que no es loco.

CASANDRO.

Si no, ¿qué mal tiene?

TRONCHON.

Esta asombrado y endemoniado.

AVERROIS.

¿Endemoniado? Arriedro vaya Satanás.

CASANDRO.

Dí, doctor, ¿cómo no le conociste el mal?

AVERROIS.

Sé que yo, señor, nunca fui doctor en diablos, pero veamos este lo que sabe.

CASANDRO.

¿Qué remedio darás tú?

TRONCHON.

Muy grande. Quiero hablarle al oído para ver si es de los demonios secretos. Mira, Menemno, si quieres librarte de estos tus enemigos, yo te daré una espada entre manos.

MENEMNO, *casado*.

Ya la querría tener.

TRONCHON.

De los demonios públicos es; á voces quiero hablarte. Yo te mando de parte de Dios que te vayas á los infiernos sin dañar ni atormentar á este hombre.

MENEMNO, *casado*.

No saldré si primero no veo la cruz, ó señal della.

CASANDRO.

¡Oh pobre mancebo! Bendito seas tú, Dios. ¡Oh cruel mancilla!

TRONCHON.

¿No hay por aquí una cruz? Mostradme esa espada, que tanto montará como cruz.

AVERROIS.

Déjasela, Lazarillo.

TRONCHON.

Besa, ladron, y abrázate con ella.

MENEMNO, *casado*.

¿Así que como loco me llevábades? Aguardad un poquito, perros traidores.

AVERROIS.

A huir, señor Casandro, que soltado se ha.

MENEMNO, *casado*.

Id con la maldición, bellacos.

TRONCHON.

¿Qué te parece, señor, con qué astucia te he lib de esta gente?

MENEMNO, *casado*.

Mas te debo, que á cuantos hombres hay en el mundo por eso mira lo que yo podré hacer por tí.

TRONCHON.

Que me hagas libre te pido.

MENEMNO, *casado*.

¿Por ventura eres tú mi esclavo, para que te haga lo ó conózcode yo?

TRONCHON.

No quiero entrar en si me conoces ó no, sino que des por libre.

MENEMNO, *casado*.

Digo que te doy por libre, y que te tengo en cuenta hermano.

TRONCHON.

Quero ir agora al meson, y traerle he la bolsa de los neros y las piezas de plata que me encomendaste.

MENEMNO, *casado*.

Anda, que aquí te espero. Cosas maravillosas me acontecido hoy. Dorotea me dió á entender que habíamido con ella, y que me dió la saya y el diamante. Mi gro y este borracho de médico que estoy loco, y este que soy su amo, y que me traerá los dineros y la plata perar quiero, y ver en qué para esto.

MENEMNO, *mancebo*.

Dios te guarde, gentil hombre.

MENEMNO, *casado*.

Así haga á tí.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Habitas en esta tierra?

MENEMNO, *casado*.

Sí habito, hartos años ha.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Por ventura sabríasme dar razon de un esclavo esjero?

MENEMNO, *casado*.

Si no das otras señas, es preguntar por Mahoma en nada.

TRONCHON.

¡Ah! señor Menemno.

MENEMNO, *casado y mancebo*.

¿Qué quieres?

TRONCHON.

Qué, ¿dos años tengo yo?

MENEMNO, *casado y mancebo*.

No sino uno.

TRONCHON.

¿Quién es ese uno?

MENEMNO, *casado y mancebo*.

Yo soy.

TRONCHON.

¿Qué quiere decir yo soy? Esperad; ¿quién ha de recibir esta plata?

MENEMNO, *casado y mancebo*.

Yo.

TRONCHON.

Válame Dios, ¿y qué será esto? ¿A cuál de los dos yo cuando lo llevaban atado como loco?

MENEMNO, *casado*.

A mí.

TRONCHON.

Pues tú eres mi amo, y habrás la plata, y él que done.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Tornaste loco, Tronchon? ¿Y cómo no te acuer que veniste hoy conmigo de la nave?

TRONCHON.

Por cierto que tienes razon. Tú busca mozo, que es mi amo.

MENEMNO, *casado*.

¿Dó vas, desconocido? ¿Yo no soy quien te ha hecho franco en este lugar?

TRONCHON.

Por cierto, sí, tú eres mi amo y mi señor.

MENEMNO, *mancebo*.

Ven acá, desmemoriado, ¿no te acuerdas que cuando quise entrar en casa de la ramera te encomendé la bolsa con los dineros?

TRONCHON,

Tú sin duda eres mi amo Menemno.

MENEMNO, *casado*.

Tambien yo me llamo Menemno.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Tú Menemno?

MENEMNO, *casado*.

Sí, yo Menemno, y mi padre Menemno.

TRONCHON.

¿Cuál seria, que fuese este quien buscamos tanto ha?

MENEMNO, *mancebo*.

¿Eres natural de esta tierra?

MENEMNO, *casado*.

No, sino de Sevilla.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Acuérdaste algo de allá?

MENEMNO, *casado*.

Acuérdome que siendo yo de quince años nos embarcamos mi padre y yo en una dave para las partes de levante.

MENEMNO, *mancebo*.

Dime, y no rescibas pesadumbre, ¿cuántos hijos tuvo tu padre?

MENEMNO, *casado*.

No mas de dos.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Cuál era el mayor?

MENEMNO, *casado*.

Ninguno.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Cómo pudo ser eso?

MENEMNO, *casado*.

Porque nacimos de un mismo parto.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Llamásteis entrambos Menemnós?

MENEMNO, *casado*.

No, que el otro se decía Claudio.

MENEMNO, *mancebo*.

Pues yo soy ese Claudio.

MENEMNO, *casado*.

¿Tú? ¡Oh hermano mio! Claudio, seas muy bien venido.

MENEMNO, *mancebo*.

Y tú muy bien hallado, hermano Menemno.

MENEMNO, *casado*.

Dime, hermano, ¿quién te mudó el nombre de Claudio en Menemno?

MENEMNO, *mancebo*.

Has de saber, que como nos vinieron nuevas que mi padre y tú érades muertos, luego nuestra madre (que en gloria sea), por el amor que tenía á nuestro padre y á ti, me mudó el nombre de Claudio en Menemno.

# ESCENA ULTIMA.

MENEMNO, *casado*; MENEMNO, *mancebo*; TRONCHON; AUDACIA; TALEGA.

AUDACIA.

¿Es verdad eso que me cuentas, Talega?

TALEGA.

¿Toma si es verdad! ¿Vieras huir á Casandro tu padre y al faldado de maestre Averrois mas lijeros que gamos!

AUDACIA.

¿Y á Menemno á dó lo podría yo hallar agora para meterlo secretamente en casa?

TALEGA.

¿Qué me sé yo? Dios se lo perdone á vuestra merced, y á mí tambien, porque al principio se podia escusar todo esto. Albricias, albricias, señora, albricias.

AUDACIA.

¿Qué has, inocente? ¿De qué te tengo de dar albricias?

TALEGA.

¡Oh señora! que en lugar de un Menemno tienes dos Menemnós, y en lugar de un marido dos maridos. Cátalos allí.

AUDACIA.

La verdad dice. ¿Qué es esto, Dios mio!

MENEMNO, *casado*.

No te aflijas, señora, que yo soy tu marido, y alégrate, que este gentil hombre que ves tan semejante á mí es mi hermano, que ha mucho tiempo que anda en busca mia.

AUDACIA.

¿Tu hermano? Abrazarle quiero por cierto.

TRONCHON.

Sin duda que la ramera te tomó por el señor tu hermano.

MENEMNO, *casado*.

¿Qué es eso de la ramera?

MENEMNO, *mancebo*.

Has de saber que una ramera tomándome por tí me convidó á comer, y después me dió una saya y un diamante.

TALEGA.

En fin, señor, que sobre vos vino el comedentes, y su per nos el gementes et flentes.

MENEMNO, *casado*.

Has de saber, señor hermano, qu'esa comida yo la ordené para mí á Talega, y dí la saya.

AUDACIA.

¿Otorgais, otorgais, don ladrón?

MENEMNO, *casado*.

Es la verdad, que yo te la hurté para darla á Dorotea.

MENEMNO, *mancebo*.

No recibas pena, señora, que él lo hará muy mejor de aquí adelante, y la saya y diamante está en mi poder con otras joyas muchas que traigo para servirte con ellas.

AUDACIA.

En verte, señor hermano, se me ha quitado todo el enojo que tenia.

MENEMNO, *casado*.

Señor hermano, yo prometí de hacer libre á Tronchon.

MENEMNO, *mancebo*.

Desde agora le doy por libre para siempre.

AUDACIA.

Sus, señores, entremos dentro, porque alcance mi padre de este placer y alegría.

TALEGA.

¡Oh! ¿qué haremos de comer?

MENEMNO, *casado*.

Entremos cantando.

CANCION.

Enhorabuena vengaís vos,  
Hermano mio,  
Pues á pesares hoy entre nos  
Dais desvío.



# COMEDIAS.

## DISCURSO PRELIMINAR (1).

Al empezar el siglo XVIII tuvieron principio en España las calamidades de la guerra de su-  
cion. Apenas hubo descanso para celebrar con espectáculos alegres, en los primeros años  
siglo, la coronación de Felipe V, su casamiento con María Gabriela de Saboya, y el naci-  
miento de un príncipe de Asturias. En tales ocasiones se representaron delante de los reyes  
el teatro del Buen Retiro, y después al pueblo, algunas comedias de don Antonio de Za-  
ra, gentil hombre de S. M., que florecia entonces entre pocos y oscuros autores, ninguno  
az de competirle (2). Habíase propuesto por modelo las obras de Calderon, y es fácil in-  
r hasta dónde llegarían los primores de quien solo aspiraba á imitar los ejemplos poco  
uros de aquel dramático.

En sus zarzuelas ó comedias de música repitió Zamora iguales desaciertos á los que Can-  
no, Calderon y Salazar habian amontonado en las suyas: fabulas de absoluta inverosimi-  
d, estilo afectado, cresco, enigmático, lleno de conceptos sutiles y falsos, de empala-  
a discrecion que no puede sufrirse. En las comedias historiales confundió los géneros de  
ragedia, de la comedia y aun de la farsa, sin otro mérito que el de muchos rasgos de in-  
il fantasía, buen lenguaje y versos sonoros. Lo mismo hizo en las piezas mitológicas y en  
de asuntos sagrados.

En años antes habia escrito el P. Gabriel Tellez (conocido bajo el nombre de Tirso de  
ina) la comedia de *el Burlador de Sevilla*, la mas á propósito para conmovier y deleitar á  
lebe ignorante y crédula. Representada con aplauso en los teatros de España, pasó á los  
as de Europa: en Francia se hicieron cinco traducciones de ella (mas ó menos libres) por  
ars, Dorimond, Dumenil, Tomás Corneille y el gran Molière. Goldoni, en el siglo anterior  
uestro, no se desdénó de repetirla.

Los antagonistas del teatro no perdonaron los defectos de una comedia tan perjudicial á las  
nas costumbres, y hubo de sufrir, como era justo, una severa prohibicion. Zamora trató

En las ediciones anteriores este *Discurso* prelimi-  
se llama *Prólogo*, título sobradamente humilde para  
abajo de tal importancia, y mucho mas desde que  
ompletó con las ampliaciones originales que por don  
te Gonzalez Arnao fueron facilitadas á la Academia  
Historia, y sirvieron para la edicion de Madrid en  
El prólogo de las primitivas hechas en Paris em-  
describiendo el estado del teatro español á media-  
el siglo último; este emprende la relacion de sus vi-  
des desde los primeros años del mismo, hasta cum-  
el primer cuarto del presente. Encierra por consi-  
te un periodo muy dilatado, y periodo cabal; pues  
entonces el teatro español, entre el influjo de las  
inas nuevamente acreditadas y las gloriosas reminis-  
as de los antiguos ejemplares, ha tomado una direc-  
enteramente distinta, adquiriendo un repertorio no-  
por su valor y asombroso por su abundancia. No es  
mente una historia que pueda llamarse tal; pero es  
ña rápida y hecha con talento de una laboriosa re-  
ion literaria, que no llegó á consumarse hasta que  
 poderoso apoyo intervino en ella el mismo que la  
ibe, consignando al mismo tiempo con claridad y pre-  
sus creencias dramáticas, autorizadas por los pro-  
riunfos. La historia está por hacer; pero aquí está el  
e ella, y además algunos materiales, todos aprove-  
es. ¿Quién escribirá esta historia? Un grande inge-  
s la tiene prometida: don Juan Eugenio Hartzen-  
que en sus apuntes insertos en la *Revista de España*,  
ias y del extranjero ha dicho que los presentaba solo

como muestras y trabajos preparatorios de una obra mas  
circunstanciada y estensa que se propone componer cuan-  
do las circunstancias se lo permitan. En ello hará un bien  
inmenso á la literatura; pues hay una necesidad de cono-  
cer una época que ya pasó, y que por consiguiente puede ser  
juzgada con imparcialidad y en conjunto. El señor Hart-  
zenbusch tiene razon. «Los autores que se han ocupado en  
este asunto solo han hecho mencion de los poetas mas  
principales de la época y de los ensayos mas felices que  
se hicieron: con los nombres de Luzán, Montiano, Jove-  
llanos, Iriarte, Cruz, los Moratines, Huerta, Ayala y Cien-  
fuegos llenan toda la estension del siglo XVIII; de los  
demás autores coetáneos solo dicen lo que basta para  
que nadie se atreva á leer ni aun los títulos de sus obras.»  
Es preciso ya conocerlas, sin la prevencion y animosidad  
de las escuelas militantes, ahora que pueden leerse impun-  
emente sin temor de que sus estravios arrastren la opi-  
nion é inficionen el buen gusto. Reconociendo la escasez  
de nuestros conocimientos en una materia especial sobre  
la que no hemos tenido lugar de hacer grandes estudios,  
hemos acudido á nuestro amigo, para que con los datos  
que á fuerza de laboriosidad tiene recogidos se sirviese  
ilustrar brevemente aquellos pasajes que á su juicio lo  
mereciesen. Nunca hemos pedido en vano los auxilios de  
este generoso literato, animado como nosotros del mas  
ardiente deseo de difundir y vulgarizar cuanto pueda con-  
tribuir á la rectificacion de las ideas y al esclarecimiento  
de puntos hasta aquí desdeñosamente examinados.

(2) Era entonces nuestro teatro lo mismo que habia sido

de refundirla, y conservando el fondo de la accion, la despojó de incidentes inútiles; dió al carácter principal mayor espresion, y toda la decencia que permitia el argumento, haciéndole mas agradable mediante la feliz pintura de costumbres nacionales con que le supo hermo-sear; y añadiendo a esto las prendas de locucion y armonia, conservó al teatro una comedia que siempre repugnará la sana critica, y siempre sera celebrada del pueblo.

Desoso de agradarle, escribió Zamora la primera y segunda parte de *el Espíritu soletó*, en que por la intervencion de un duende festivo y revoltoso, hacinó prodigios y trasformaciones, autorizando á los que despues, con menos gracia, inundaron el teatro de mágicos y diablos, que todavia le ocupan a despecho del sentido comun. En la comedia de *Don Domingo de don Blas* confundió Zamora grandes intereses de reyes y principes con afectos comunes y situaciones de indecorosa ridiculez. La figura cómica de don Domingo, bien imaginada y mal sostenida, hace reir no pocas veces; pero sus gracias mezcladas con intolerables descuidos no dan una idea favorable del buen gusto de aquel poeta. Mayor mérito se reconoce en la comedia de *el Hechizado por fuerza*, aunque no exenta de considerables imperfecciones. La accion está complicada con episodios inútiles, no verosímiles, y dirigidos únicamente á dilatar y entorpecer un mal desenlace. Unas veces habla don Claudio como un hombre de instruccion y talento, y otras como pudiera el mas estúpido; no es fácil entender si toma de veras ó de burlas lo que están haciendo con él, si efectivamente piensa que está hechizado, ó si trata solo de engañar á los que intentan persuadirselo. Las situaciones cómicas, que son muchas, degeneran en triviales algunas veces; el estilo, si no siempre es correcto, siempre es fácil y alegre; la diction escelente, la versificacion sonora, el dialogo rápido, animado y lleno de chistes.

Zamora no hizo otra cosa mejor ni sus contemporáneos escribieron obra ninguna de mayor mérito. Murió acia el año de 1740; compuso hasta unas cuarenta comedias, y en las que existen impresas se echa de ver que siguiendo las huellas de sus predecesores, muchas veces rivalizó con ellos; pero desconociendo los preceptos del arte, cultivó la poesia escénica sin mejorarla, y la sostuvo como la encontró.

Don Pedro Scoti de Agoiz, coronista de los reinos de Castilla, compuso por entonces algunas comedias y zarzuelas, en las cuales, si merece aprecio la facilidad de su versificacion, no es de alabar la confianza con que se abandonó á la imitacion de originales defectuosos, acomodándose al gusto depravado de su tiempo.

Don Diego de Torres y Villarroel, catedrático de matemáticas y astronomia en la universidad de Salamanca, además de algunas zarzuelas de corto mérito, publicó una comedia intitulada *el Hospital en que cura amor de amor la locura*, fábula de dos acciones, personajes y estilo tabernario, ninguna perfeccion que disculpe sus muchos desatinos. Tuvo aquel poeta grande celebridad en su tiempo, y no sin causa, pues aunque no conoció el estilo elevado de nuestra lengua, supo desempeñar en sus obras prosáicas con gracia y facilidad los asuntos familiares y humildes; pero el corto paso que parece que hay de esta clase de escritos, al tono y espresion de la buena comedia, no supo darle. No fué bastante su talento á inventar una fábula regular; con todo el conocimiento que tenia de los vicios y ridiculeces comunes, no supo trazar un solo carácter, ni dar unidad ni interés á su obra; quiso enredarla, y la embrolló; quiso hacerla muy graciosa, y resultó chabacana y sucia. Con menos facilidad todavia ejerció su pluma don Tomas de Añorbe y Corregel, capellán de las monjas de la Encarnacion de Madrid, en unas diez y ocho ó veinte comedias que dió á luz, en las cuales nada se encuentra que merezca elogio ni perdon. Si hay alguna de sus piezas que pueda citarse como la peor, es sin duda *el Paulino*, que el autor se atrevió á llamar tragedia, y de la cual hablaron Luzán y Montiano con el desprecio que merece. Aun suponiéndole ignorante de la lengua francesa, bien pudo haber visto el *Cinna* de Corneille, que habia traducido con inteligencia y publicó en el año de 1713 don Francisco Pizarro Piccolomini, marqués de San Juan (3). Allí hubiera po-

el último tercio de la larga vida de Calderon: una escuela donde al lado del maestro se habian formado discipulos inferiores á él; pero no faltos de mérito. Tres eran los que a manera de satélites reflejaban tibiamente su luz: Bances Candamo, Zamora y Cañizares; a mayor distancia que ellos se dejaba todavia percibir Melchor Fernandez de Leon; el resto, salva una sola escepcion, no merecia la honra de ser nombrado. Todos estos autores creian á pié juntillas el arte de hacer comedias de Lope de Vega; con arreglo á aquellos estatutos literarios escribian; con arreglo algusto introducido por Lope y cimentado por Calderon los juzgaba el público, y a nadie se le ocurría que hubiese mas que aprender en la materia. En esta fe murió en 1704 don Francisco Bances; en esta vivian Cañizares, Zamora, Fernandez de Leon, Luis de Oviedo y otros veinte y tantos escritores

que componian á la sazón el deslucido séquito de la Tañ española. (Nota de don J. E. Hartzenbusch.)

(3) Es de creer que el marqués de San Juan no destinó su traduccion al teatro, donde hubiera parecido escasa de movimiento: propúsose únicamente trasladar á nuestro idioma la obra de Corneille sin quitarle una tilde, y desempeñó su fin con bastante acierto, atendidas las dificultades que tuvo que vencer. No bien establecidas todavia por falta de uso las correspondencias mas elegantes entre las palabras de una y otra lengua, el deseo de no desperdiciar un solo concepto del original hizo que la traduccion resultase difusa, como que una tragedia de pocos lances vino a extenderse á mas de tres mil versos de diferentes medidas. En una misma escena se ven empleados varios metros y aun varios asonantes: libertad á que pocos se habian



dido á lo menos sospechar lo que es una tragedia; pero de nada sirven los ejemplos á quien no los quiere seguir.

Por entonces el ilustre benedictino Feijoo, animado del ardiente anhelo de ilustrar á su nacion disipando las tinieblas de ignorancia en que se hallaba envuelta, se atrevió á combatir en sus obras preocupaciones y errores absurdos. Es admirable el generoso teson con que llevó adelante la empresa de ser el desengañador del pueblo, á pesar de los que aseguran su privado interés en hacerlo estúpido. Con la publicacion de sus obras facilitaba el camino de un modo indirecto á los autores dramáticos para esponer en el teatro á la risa pública las prácticas supersticiosas, las opiniones funestas que habian autorizado la falsa filosofía, la equivocada política, la credulidad y la costumbre; pero no habia poetas capaces de seguirle ni de aprovecharse de las luces de su doctrina.

Los autores del estimable periódico intitulado *Diario de los literatos de España* examinaban con juiciosa critica las obras que entonces se publicaban; sostenian los principios mas sólidos del raciocinio y del buen gusto, y trataban de encaminar acia la perfeccion, en cuanto les era posible, la literatura nacional. Su fatiga no fué muy larga, y hubieron de abandonar el empeño por falta de lectores y de agradecimiento público.

La Academia española, establecida á imitacion de la francesa con una organizacion igualmente defectuosa, vencida en gran parte aquella lentitud que es inherente á esta clase de cuerpos literarios, atendia con laudable celo á la formacion del Diccionario de nuestra lengua; pero no pudo por entonces dirigir sus tareas á otros objetos, ni contribuir á los progresos de la oratoria y la poesia; su influencia no pasó mas allá del salon en que celebraba sus juntas.

En las escuelas se enseñaban á la luz de la antorcha de Aristóteles, teología, cánones, leyes y medicina, sin el auxilio de la filosofía, sin el de la historia, sin el de la política, sin el de las matemáticas, sin el de la física, sin el de la erudicion, sin el de las lenguas doctas, sin el de las letras humanas. Nada de esto se sabia, porque nadie lo podia enseñar, y nadie solicitaba aprenderlo. *Todas las cátedras de las universidades (dice Torres) estaban vacantes, y se padecia en ellas una infame ignorancia. Una figura geométrica se miraba en este tiempo como las brujerías y las tentaciones de san Anton, y en cada círculo se les antojaba una caldera donde hervian á borbollones los pactos y los comercios con el demonio... Pedí á la universidad la sustitucion de la cátedra de matemáticas, que estuvo sin maestro treinta años, y sin enseñanza mas de ciento y cincuenta.* Si esto sucedia en el mas célebre de nuestros gimnasios, ¿cuál debia ser el estado de las buenas letras, el gusto crítico, la amenidad y correccion de nuestra poesia, la cultura de nuestra escena miserable?

Don Ignacio de Luzan, hijo de una ilustre familia de Aragon, educado en Italia, discipulo de los mas acreditados profesores que florecian en ella, adquirió con el estudio, el trato y el ejemplo, conocimientos científicos y literarios que en España no hubiera podido adquirir. Este erudito humanista dió á luz en Zaragoza en el año de 1737 una poética, la mejor que tenemos. Celebrada de los muy pocos que quisieron leerla, y se hallaban capaces de conocer su mérito, no fué estimada del vulgo de los escritores, ni produjo por entonces desengaño ni correccion entre los que seguian desatinados la carrera dramática (4).

El ministerio, ocupado esclusivamente en buscar dinero para sostener la sangrienta guerra de Italia, no podia aplicar su atencion ni estender sus liberalidades en beneficio del teatro.

creído autorizados, y que pocos se tomaron después. El lenguaje no carece de elevacion y brio, salva alguna oscuridad é incorreccion. Esta novedad no ejerció grande influencia en el espíritu literario; sin embargo, la traduccion no dejaria de ser leida, puesto que se reimprimió en 1731. Así principió la revolucion que, seguida lenta y constantemente por espacio casi de un siglo, dió por resultado un corto número de obras exentas de los defectos de nuestro teatro antiguo, pero privadas tambien de sus grandes bellezas. (Nota de don J. E. Hartzenbusch.)

(4) Sea cual fuere el aspecto bajo el cual se considere la historia de la literatura de España, al llegar á este periodo es imposible prescindir de la poderosa influencia de la escuela clásica, que junto con la dinastía, las modas y las costumbres, nos trajeron los franceses desde principios del siglo. No fueron desconocidos á nuestros ingenios los preceptos de la antigüedad. Los que mas se apartaron de ellos y dieron los primeros ejemplos de desobediencia, Juan de la Cueva y Lope de Vega Carpio, mostraron bien, el uno en su *Ejemplar poético* y el otro en su *Arte nuevo de hacer comedias*, hallarse bien enterados de las reglas dramáticas, que muy á sabiendas violaron, ya sea que las

encontrasen sobrado estrechas para el ímpetu de su osada fantasía, ya que seducidos por el aura popular creyesen que la diversidad del gusto era condicion inherente de la sociedad en que vivian. Si observamos los pasos del ingenio español en diversas épocas, hallaremos que hay algo de verdad en ese indócil espíritu de independencia y odio á toda traba, de que, tomándolo en mala parte, se nos acusa comunmente. Convendremos hasta cierto punto en este hecho, con tal que no se achaque á ignorancia lo que es mas bien exceso de gallardía. Nuestros autores han dado repetidos testimonios de la ventaja que nos han llevado los extranjeros en cuanto á la observancia de las reglas. A este propósito decia ya á mediados del siglo xv nuestro marqués de Santillana: «los itálicos prefiero yo, so enmienda» de quien mas sabrá, á los franceses, solamente ca las sus obras se muestran de mas altos ingenios, é adórnalas é componenlas de fermosas é peregrinas historias; é á los franceses de los itálicos en guardar el arte (a).» Siglo y medio después decia Cervantes: «los extranjeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia

(a) Proemial Condestable de Portugal.

Las flotas no salian de los puertos de América; lo que producian las contribuciones todo se consumia en formar ejércitos y conducirlos á la pelea; la administracion interior se desatendia; los sueldos de los innumerables empleados no se pagaban; los magistrados de las cámaras de Castilla é Indias, después de haber vivido en la escasez y aun en la miseria, se enteraban de limosna en Recoletos. El pueblo era el único protector de los teatros, el premio que obtenian los poetas, los actores y los músicos, se cobraba en cuartos á la puerta; no es mucho que unos y otros procurasen agradar esclusivamente á quien los pagaba, y hablarle en necio para asegurar sus aplausos.

Eran los teatros unos grandes corrales á cielo abierto, con tres corredores al rededor, divididos con tablas en corta distancia que formaban los aposentos: uno muy grande y de mucho fondo enfrente de la escena, en el cual se acomodaban las mujeres; debajo de los corredores habia unas gradas; en el piso del corral hileras de bancos, y detrás de ellos un espacio considerable para los que veian la funcion de pié, que eran los que propriamente se llamaban mosqueteros. Cuando empezaba á llover, corrían á la parte alta un gran toldo; si continuaba la lluvia, los espectadores procuraban acogerse á la parte de las gradas debajo de los corredores; pero si el concurso era grande, mucha parte de él tenia que salirse, ó tal vez se acababa el espectáculo antes de tiempo. La escena se componia de cortinas de indiana ó de damascos antiguos: única decoracion de las comedias de capa y espada. En nuestra niñez hemos oido recordar con entusiasmo á los viejos *aquel romper de cortinas de Nicolas de la Calk*. En las comedias que llamaban de teatro ponian bastidores, bambalinas y telones pintados, segun la pieza lo requeria, y entonces se pagaba mas á la puerta. Como la comedia se empezaba á las tres de la tarde en invierno, y á las cuatro en verano, ni habia iluminacion, ni se necesitaba.

El primer teatro que adquirió una forma regular fué el de los Caños del Peral, en donde muy á principios del siglo se hicieron algunas óperas y después comedias italianas por una compañía que llamaron de los Trufaldines. El marqués don Anibal Scoti, mayordomo mayor de la reina doña Isabel Farnesio, hizo varias obras de consideracion en aquel teatro por los años de 1738, dándole mayor comodidad y ornato, y en él continuaron los italianos por algun tiempo haciendo sus farsas de representacion y de música. Este ejemplo estimuló á la autoridad á construir de nuevo dos teatros en el sitio de los dos corrales, que por espacio de

nos tienen por bárbaros é ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hacemos (b).» Lo mismo decia de sí mismo Lope de Vega:

... contra el arte

Me atrevo á dar preceptos, y me dejo  
Llevar de la vulgar corriente, adonde  
Me llamen ignorante Italia y Francia (c).

Francisco Cascales por los mismos años se espresaba de esta manera: «los poetas extranjeros, digo, los que son de algun nombre, estudian el arte poética, y saben por ella los preceptos y observaciones que se guardan en la épica, en la trágica, en la cómica, en la lírica y en otras poesías menores. Y de aquí vienen á no errar ellos, y á conocer fácilmente nuestras faltas (d).» Esto se decia en la edad mas brillante de las letras españolas, cuando todavía no eran conocidas las grandes obras que elevaron el teatro francés á una altura que no tiene ejemplo.

Mientras nuestra literatura dramatica, libre de toda imitacion de lo antiguo y de lo extranjero, seguia entre el aplauso popular desde el último tercio del siglo xvi una carrera propia, característica, nacional, se verificaba en Francia un fenómeno, y se resolvía una gran cuestion. Allí autores de gran capacidad, así en lo cómico como en lo trágico, reproducian las formas griegas, amoldando á ellas asuntos de todas clases y de todas épocas, sagrados y profanos, serios y burlescos, públicos y familiares. Los espectadores aplaudian, los criticos juzgaban y eran exigentes en todo lo que tocaba á la severa aplicacion de las reglas, parte fundadas, parte convencionales, que nos habian dejado Aristóteles y Horacio. Luego estas formas no llegaban á encadenar el ingenio hasta el punto de quitarle la accion; luego no eran tan incompatibles con las costumbres como los nuestros habian supuesto. Naturalmente

y sin esfuerzo alguno el resplandor del siglo de Luis XIV debia difundirse por las naciones que se hallaban mas en contacto con su monarquía, y mucho mas por España desde que vino á reinar en ella un príncipe francés con gran sequito de franceses. ¿Cómo pues tardó tanto en acreditarse entre el pueblo y en inocularse entre los escritores esta doctrina, que contaba con tantos elementos? Las turbaciones de aquella época no dan razon suficiente: habia otra causa que es menester decir.

El ingenio español se hallaba estinguido casi totalmente. Largos años de opresion habian destemplado las inteligencias, que perdida su antigua energia, ni reproducian las ideas de tiempos mejores, ni estaban dispuestas á recibir otras nuevas. En vano algunos literatos quisieron difundirlas en escritos que no pasaron de la mediocridad, basta que Luzán las espuso con gusto y filosofia. El vulgo las juzgaba como novedades peligrosas, y acusaba de afrancesamiento á sus autores. Siempre ha sucedido y sucederá lo mismo: en todas las artes, tanto la reforma como la corrupcion no lograrán prosélitos, si un genio extraordinario no se pone á la cabeza del movimiento. La superioridad de Garcilaso sobre sus contemporáneos determinó la adopcion de las maneras italianas en la poesía castellana, á despique de la brava oposicion de Castillejo á los petrarquistas; el talento de Góngora acreditó el culteranismo, inflacionando con él á sus mismos émulos. Nadie era capaz de presentar en el género de los dramáticos franceses modelos dignos de aprecio é imitacion, hasta que al cabo de largo tiempo, al declinar el siglo, en pos de algunos precursores sobrado débiles, apareció este hombre, que fijó el gusto de su época. Tal fué la causa del notable retardamiento que se observa en la aplicacion á la escena española del sistema entonces universalmente reconocido como el único legitimo y aceptable. Así se dilató por tanto tiempo una lucha, en la cual mas que el arte contra el ingenio combatia el prosaismo contra la ampulosidad.

(b) Don Quijote, parte 1.<sup>a</sup>, cap. 48.

(c) Arte nuevo de hacer comedias.

(d) Tablas poéticas — 3.

siglo y medio habian sido indecente asilo de las musas españolas. El de la Cruz (alterando en algo los planes que dejó hechos don Felipe Jubarra) se concluyó en el año de 1743; y el del Principe, dirigido por don Juan Bautista Sachetti (de quien era entonces delineador don Ventura Rodriguez) quedó acabado en el año de 1745, y se estrenó con la zarzuela intitulada *el Rapto de Ganímedes*.

Esta plausible novedad, que dió á la corte unos teatros regulares y cómodos, nada influyó en todo lo demás relativo á ellos: siguieron las cortinas, y el gorro y la cerilla del apuntador, que vagaba por detrás de una parte á otra; siguió el alcalde de corte presidiendo el espectáculo sentado en el proscenio, con un escribano y dos alguaciles detrás; siguió la miserable orquesta, que se componia de cinco violines y un contrabajo; siguió la salida de un músico viejo tocando la guitarra cuando las partes de por medio debian cantar en la escena algunas coplas, llamadas *princesas* en lenguaje cómico. La propiedad de los trajes correspondia á todo lo demás: baste decir que Semiramis se presentaba al público peinada á la papillota, con arracadas, casaca de glase, vuelos angelicales, paletina de nudos, escusali, tontillo y zapatos de tacon; Julio César con su corona de laurel, peluca de sacatrapos, sombrero de plumaje debajo del brazo izquierdo, gran chupa de tisú, casaca de terciopelo, medias á la virulé, su espadin de concha y su corbata guarnecida de encajes. Aristóteles (como eclesiástico) sacaba su vestido de abate, peluca redonda con solideo, casaca abotonada, alzacuello, medias moradas, hebillas de oro y baston de muletilla (5).

Con estos avíos se representaban las comedias antiguas y las que diariamente se componian de nuevo. El número de poetas crecia en proporcion de la facilidad que hallaban para escribir, habiendo reducido á dos axiomas toda su poética: 1.º que las obras de teatro solo piden ingenio; 2.º que las reglas observadas por los estranjeros no eran admisibles en la escena española.

Autorizado con estas libertades, compuso algunas comedias don Eugenio Gerardo Lobo, capitán de guardias españolas, que habiendo servido en las guerras de Portugal é Italia, se hizo estimable por su inteligencia y su valor, y llegó á obtener distinguidos honores en la milicia. Fácil y gracioso versificador en el género burlesco; hinchado, oscuro y retumbante en el sublime, y en uno y otro conceptista sutil, equivoquista y amigo de retruécanos miserables. Solo hay de él dos comedias impresas: la que intituló *El mas justo rey de Grecia*, estriba en un vaticinio de Apolo que puntualmente se verifica. A veces quiere imitar la de *el Esclavo en grillos de oro*; pero tenia menos talento que Candamo, y quedó muy inferior á su original: el gracioso, llamado *Veleta*, es de lo menos gracioso que puede verse. En cuanto á historia y costumbres, mil desaciertos, ningun asomo de regularidad dramática. Algunos pasajes están escritos con bastante facilidad y decoro, otros desaliñados, otros de estilo enigmático y gigantesco. La de *los Mártires de Toledo y tejedor Palomeque* no es mejor. Cuchilladas, devoción, resistencias á la justicia, celos, apartes, escondites, salir y entrar sin saber á qué, requeiebros, locuras, chocarrerías, bravatas, naufragio, martirio, bautismo ridículo. La escena es en Toledo, en Málaga y en Arjel. El estilo desigual, nunca oportuno, á veces enérgimo, a veces ratero y chabacano.

Un sastre llamado don Juan Salvo y Vela, eligiendo el camino mas breve de agradar al patio mediante el auxilio de los contrapeños y las garruchas, publicó la comedia de *el Mágico de Salerno Pedro Vayalarde*, y tanto aplauso tuvo, y tanto le solicitaron los cómicos y los apasionados, que dió libre curso á la vena poética; y en otras cuatro comedias que escribió con el mismo titulo, amontonó cuantos disparates le pidieron y algunos mas. Compuso después un auto y varias comedias de santos, todo por el mismo gusto, adquiriendo general estimación entre las mujeres, los beatos y los muchachos.

Don Francisco Scotti de Agoiz, caballero de campo de S. M., heredó de su padre (de quien se ha hecho mencion anteriormente) la inclinación á la poesía dramática, y compuso algunas comedias que se representaron en los teatros públicos; pero en nada contribuyó á mejorarlos: tales son las que se conservan impresas, que aun son inferiores á las de su padre.

Entre estos autores de inferior mérito sobresalia don José de Cañizares, infatigable escri-

(5) Aquí es necesario advertir que semejantes impropiedades no eran esclusivas de la escena española: lo mismo sucedia en los teatros estranjeros; y para convenirse de ello no hay mas que tener á la vista muchas láminas francesas é inglesas que dan de ello el mas evidente testimonio. Esto duró hasta muy avanzado el siglo: mediados de él el tontillo, las chinelas de alto tacon, los tocados con polvos eran tambien en Francia los atavíos de las matronas griegas y romanas, y de las ninfas, cuando Mlle. Clairon tuvo el heroismo de querer ser buena actriz presentándose al público sin el traje riguroso pres-

crito por las ordenanzas de la moda, mientras Lekain suprimia los sombreros con plumas que cubrian antes la cabeza de Edipo, de Herodes y de Julio César. Pero á pesar de esta reforma, subsistian otros anacronismos, que no acabaron de desterrarse hasta que en 1791 Talma introdujo en las tablas los estudios que David estaba haciendo sobre el lienzo.—Así es que el atraso notado por Moratin era entonces general en los teatros de Europa, aun donde el drama habia hecho progresos en otro sentido.

tor de comedias, que supo imitar en las suyas, si no todos los aciertos, toda la irregularidad de las antiguas. No tuvo talento inventor; pero llegó á suplir esta falta con una particular habilidad que manifestó para saber introducir en sus fábulas cuanto habia leído en las otras: este fué su mayor estudio. Apenas se hallará en sus comedias una situacion de algun interes, sin que fácilmente pueda indicarse el autor de quien la tomó. A esto añadió de su parte un dialogo animado y rápido, un buen lenguaje y un estilo en los asuntos heróicos cespó, metafórico y altisonante, y en los comunes y domésticos festivo, epigramático, chisposo, y así puede decirse. En los versos cortos tuvo mucha facilidad, pero en los endecasílabos era tan desgraciado, que mereció la censura de Jorge Pitillas, quando los llamó *ramplozes y malditos*. En los últimos años de Carlos II ya escribía para el teatro. Fué después fiscal de comedias (que este nombre se daba entonces al encargo de censor), y existen aprobaciones suyas desde el año de 1702 hasta el de 1747. Durante la guerra de sucesion fué capitán de caballería, y retirandose del servicio, el duque de Osuna su protector le colocó en la contaduría de su casa. Aun existe la que habitaba en la calle de las Veneras, y en ella murió de avanzada edad, poco antes del año de 1750.

Corren impresas unas ochenta comedias suyas, y como no todas las que escribió se imprimieron, puede inferirse que el número de ellas fué muy considerable. Compuso zarzuelas, comedias de figuron, de enredo amoroso, historiales, mitológicas, de santos, de valentías, de magia; no hubo argumento que él no aplicase al teatro. Si se consideran únicamente aquellas en que mas se acercó á la buena comedia, no es posible disimular que en las de figuron escedió los limites de lo verosímil, recargó los caracteres, mezcló muchas gracias y situaciones verdaderamente cómicas con infinitas chocarrerías, y á cada paso adoptó los recursos de una farsa grosera. En las que se propuso por objeto una pasion amorosa, valiéndose de anécdotas y personajes históricos (como en las de *el Rey Enrique el Enfermo*; *Si una vez llega á querer, la mas firme es la mujer*; *el Picarillo en España*, y otras de este género), la composicion de la fábula no es intrincada ni fatigosa; y con la mucha práctica y facilidad que tenia el autor para los versos octosílabos, introdujo escenas de estilo florido y conceptuoso, no distante de los originales que imitaba, y siempre agradable á la multitud que oye y no examina.

Cañizares tuvo presentes las mejores piezas francesas é italianas que se habian publicado en su tiempo; pero no conoció su mérito, y precisamente las imitaciones que hizo de ellas son lo peor de cuanto escribió para el teatro. Véase *el Sacrificio de Ifigenia*, y se hallará un embrollo desatinado, compuesto de triquiñuelas de amor, estocadas, soliloquios, batallas campales, dialogos simétricos, baladronadas caballerescas, consejos de guerra, templo y aras, y la diosa Diana que baja cantando en una nubecita para dar fin á tanto delirio. Estilo gigantesco, atestado de metáforas y de imágenes monstruosas é inconexas. Agamenon dice *que el monte dividido en dos puntas da al mar abrazos de arena*, y que la armada surta en el puerto *una ciudad permanente de peñas sobre cimientos de espuma y cristal*; y entre estas bocanadas heróicas alternan a cada paso con donaire de callejuela *Lola*, criada de Ifigenia, y *Pellejo*, lacayo de Aquiles. Esta comedia la hizo Cañizares (como él mismo advierte) *para mostrar las comedias segun el estilo francés* (6). También se atrevió á competir con Metastasio en la comedia intitulada *No hay con la patria venganza, y Temístocles en Persia*. Allí hay majestades y altezas, y se habla del niño de la rollona, de los diablós, de los serafines y de los ciegos que venden jacaras. Allí hay un insufrible gracioso llamado *Tulipán*, y un hijo de Temístocles que canta seguidillas: este y las damas, y el infante Darico, celebran una academia ó certamen poético, y cada cual de los concurrentes responde cantando á las cuestiones delicadas que se proponen unos á otros. Allí hay además un concierto vocal é instrumental, con unas coplillas en que la rosa habla con el clavel de parte de la siempreviva, y el clavel responde. En otra escena el rey llama á un vaso de vino con veneno *denodado bruto y púrpura confeccionada*. Todo esto prueba demasiado que el buen Cañizares escribía sin conocimiento de los preceptos poéticos: su abundante vena le adquirió por espacio de medio siglo una celebridad popu-

(6) En esta primera imitacion del teatro francés, que se hizo en España en el siglo pasado, se tomó tan poco del original, que apenas pudo conocerse la diferencia entre la obra imitada y las que se escribian segun el sistema reinante desde Lope. Por la obra de Cañizares no podia adivinarse lo que era una tragedia clásica; la innovacion que hizo estaba reducida á lo siguiente: menos enredo en la fábula, menos versos y mas actos. Esto no bastaba para introducir aca el gusto francés. A pesar de todo, la Ifigenia de Cañizares tiene un mérito relativo. Racine, poeta tragico de primer orden, imitando, traduciendo, copiando á cada paso á Eurípides, porque su publico se lo permitia, dio á luz una obra maestra. Cañizares, poeta cómico de

segunda línea, precisado á apartarse de Racine, porque el gusto clásico no era el nuestro, produjo sin embargo una obra en que hay caracteres, interés, y aun grandeza; por lo cual se ha sostenido brillantemente en la escena hasta principios de nuestro siglo; hacer esto no es poco. Lo bueno ó mediano que hay en la comedia es de Cañizares, es nuestro; mucho, muchísimo de lo bueno que tiene la tragedia de Racine pertenece esclusivamente al ingenio de Eurípides. Aunque no se sabe de positivo el año en que Cañizares haria este trabajo, es fijo que antes del año de 1710 estaba ya publicado.

(Nota de don J. E. Hartzenbusch.)

ar de aquellas que duran en la tiniebla del error, y que luego se disminuyen ó desaparecen a la luz de mejores doctrinas (7).

Fernando VI, muerto su padre, ocupó el trono en el año de 1746. La accion mas gloriosa de su reinado fué la de apresurarse á firmar la paz, después de tan sangrientas é inútiles guerras. Su complexion flemática, su delicada sensibilidad, su instruccion no vulgar, la dura sujecion en que habia vivido siendo principe, todo le estimulaba á procurarse desahogos no conocidos, entregándose á las suaves inclinaciones que por tanto tiempo habia tenido que reprimir. Maria Bárbara de Portugal, su esposa, congeniaba en gran manera con él: celosa del decoro de la majestad, liberal, magnífica, inteligente en las bellas artes, profesora eminente en la música, apreciaba el mérito de los que dedicaban su estudio á cultivarlas. Se hallaban sin hijos, sin esperanza probable de tenerlos, y por consiguiente bien distantes uno y otro de toda idea de ambicion; solo se prometian en su reinado abundancia y felicidad. Las flotas detenidas en la América debian enriquecer prontamente el erario; podian repararse muchos males con una administracion regular, y era de creer que libre ya la nacion de las calamidades que habia sufrido, la corte adquiriria nuevo esplendor, dando lugar á los placeres que proporcionan la riqueza y el buen gusto en el ocio halagüeño de la paz; y así sucedió.

Cuando la reina madre doña Isabel Farnesio se trasladó desde el palacio de Buen Retiro á una casa particular junto á la plazuela de Afligidos, y después al real sitio de San Ildefonso, deseó que continuara sirviéndola entre los cantores de su cámara Carlos Broschi, llamado Farinello, que algunos años antes habia hecho venir de Lóndres para distraer con su voz suavisima la profunda melancolia de Felipe V; pero la reina Bárbara no quiso permitirlo, y Farinello se quedó en la corte con el titulo de criado familiar de S. M.

*Farinello* (dice Riccoboni en sus Reflexiones históricas) *es el último y el mas jóven de los músicos italianos de gran reputacion. Canta por el gusto de Faustina; pero segun la opinion de los inteligentes, no solo es muy superior á ella, sino que ha llegado al último grado de la perfeccion. En el año de 1754 fué llamado á Lóndres, en donde cantó tres inviernos con general aplauso; vino á Paris en el año de 1756, y después de haber lucido su habilidad en las casas mas distinguidas, adonde le llamaron favoreciéndole como merece, tuvo el honor de cantar en el cuarto de la reina, y en aquella ocasion le aplaudió el rey con tales espresiones, que toda la corte quedó maravillada. Cuantos le han oido le admiran, y es general la opinion de que Italia no ha producido nunca (y tal vez no producirá en adelante) músico tan perfecto. Actualmente se halla en España, destinado á cantar en el cuarto del rey y de la reina. Aquel monarca, mediante sus liberalidades y las gruesas pensiones que le ha señalado, ha hecho la fortuna del señor Broschi, el cual por su parte ha sabido merecerla, no menos en atencion á su habilidad sobresaliente, que á la de sus méritos personales.*

Era de presencia sumamente agraciada, como mostraba un retrato suyo pintado por Amiconi, que poseia don José Marquina, corregidor de Madrid: estimable cuadro, que en la noche del 19 de marzo del año 1808 pereció en las llamas al furor popular. Acostumbrado al estudio de las actitudes nobles del teatro, y á la frecuente conversacion de personas bien educadas, daba á sus palabras y movimientos el tono, la elegancia y el decoro que tanto interesan en el trato social. Su modestia era admirable: ni el distinguido favor de los reyes, ni los obsequios de los mas ilustres personajes de la corte, que solian asistir á su antesala y solicitar con empeño las menores señales de su amistad, fueron bastantes á ensoberbecerle. A cada paso les recordaba el mismo su origen humilde, su profesion escénica, y solo convenia en que por uno de los caprichos de la fortuna se habia visto trasladado, sin mérito suyo, de las tablas de un teatro público á los piés de un monarca empeñado en favorecerle. Así con-

(7) Habiéndose representado por primera vez la ópera de Temístocles de Metastasio en la corte de Viena el año de 1736, la imitacion que de ella hizo Cañizares hubo de ser posterior, por lo menos de veinte años, á su primer ensayo sobre la tragedia clásica, y aun pudo ser mas considerable la distancia, supuesto que nuestro autor vivió hasta el año de 1750. Sea como fuere, por lo que dice Moratin se puede ver que poco habian adelantado sus creencias en la nueva escuela. Así es que aumentó el número de los personajes, los presentó con costumbres españolas, no prescindió de la obligada intervencion de los graciosos, amplificó el argumento y sus incidencias, y varió las circunstancias del desenlace. Con todas estas alteraciones, la imitacion resultó muy libre, pero no se apartó tanto del modelo que se proponia, como lo habia hecho en su anterior imitacion de la Ilgenia. De la comparacion entre el original y la copia resulta Cañizares muy inferior á Metastasio, aunque no tanto como con respecto á Racine; la

razon es muy sencilla: pues la obra del lírico italiano no es tan bella, tan acabada, tan inmediata á la perfeccion como la del trágico francés. Tiene Cañizares algunas escenas bien desempeñadas, algun carácter bien sostenido, lenguaje á veces enérgico, pero no muy puro, versificación escabrosa. La censura de Moratin sobre la introduccion de coplas cantadas puede muy bien justificarse hasta cierto punto. Metastasio quiso hacer una ópera, Cañizares quiso hacer una zarzuela; si en esto hay defecto, mas debe atribuirse al género que al autor. Tocante á la espresion que se tilda de *denodado bruto y púrpura confeccionada*, estoy en la creencia de que el texto está viciado en la impresion. Creo haberle restituído á su verdadera lectura en mis apuntes para la historia del teatro moderno español, artículo III, inserto en la *Revista de Espana, de Indias y del extranjero*, diciembre de 1845.

(Nota de don J. E. Hartzenbusch.)

fundia la torpe adulacion de los muchos que le fatigaban solicitando su mediacion y su amistad. Pudo influir eficazmente en los destinos de la monarquía, y jamás quiso tomar parte, ni aun remota, en los asuntos del gobierno. Los ministros, ansiosos de complacerle, anhelaban conocer sus deseos, y no pudieron lograrlo; ni quiso empleos, ni influyó en las resoluciones, ni elevó ni persiguió á nadie; tenia parientes en Italia, y á ninguno de ellos permitió que se presentase en Madrid. La historia no ofrece ejemplo de una privanza acompañada de tanta moderacion.

A este hombre extraordinario se encargó la direccion del teatro del Buen Retiro, para que se hicieran en él óperas italianas, igualmente que todo lo relativo á las serenatas que se cantaban por el verano en Aranjuez, los embarcos nocturnos en la escuadra del Tajo, las iluminaciones, fuegos de artificio y demás festejos durante la jornada; en suma, todas las diversiones del palacio se fiaron á su inteligencia y á su buen gusto. Broschi supo desempeñar todos estos encargos, si no con economía, con admirable acierto.

Trajo á Madrid los mas excelentes profesores de música vocal é instrumental, maquinistas y pintores de escena, y adornó las representaciones con magnificencia suntuosa. Cuando se hacian algunas en el salon llamado de los Reinos, cubrian el piso esquisitas alfombras, las paredes colgaduras de tisú de oro, espejos, tallas y pinturas, entre las cuales se collocaban estatuas; la iluminacion correspondia á todo lo demas; los músicos de la orquesta tenian uniformes de grana con galon de plata. En una ópera cantada en el teatro se presentó una decoracion toda de cristal; en otra ocasion se iluminó la sala del concurso con doscientas arañas; en la ópera de *Armida placata* se vió un sitio delicioso con ocho fuentes de agua natural, y una entre ellas con un surtidor que subia á sesenta piés de altura, sonando entre los árboles el canto de una multitud de pájaros, imitado con la mayor inteligencia. La riqueza de los trajes, muebles y utensilios del teatro, las comparsas (que á veces se componian de cincuenta mujeres y doscientos hombres), la vista de los ejércitos con numerosa caballería, elefantes, carros, máquinas de guerra, armas, insignias, música militar, los fuegos artificiales que se veian al acabarse el espectáculo mas allá de la escena (cerrándose la boca del teatro, para que el humo no ofendiese, con dos correderas compuestas de los mayores cristales de la fábrica de San Ildefonso), todo era digno de un gran monarca que disipaba en esta diversion la opulencia de sus tesoros.

Los poetas que escribieron las óperas, serenatas é intermedios desde el año 1747 hasta el de 1758, fueron el abate Pico de la Mirandola, Pedro Metastasio, Migliavacca, José Bonechi y Pablo Rolli. Las piezas que se cantaron en el Retiro y en Aranjuez fueron estas. Operas: *La Clemenza di Tito*, *Angelica e Medoro*, *Il Velloccio d'oro*, *Polifemo e Galatea*, *Artasserse*, *Armida placata*, *Demofoonte*, *Demetrio*, *Dilone abbandonata*, *Siroe*, *Niteti*, *il Re pastore*, *Adriano in Siria*. Serenatas: *L'Asilo d'Amore*, *La Festa cinese*, *La Nascita di Giove*, *L'Isola disabitata*, *Le Mode*, *La Ninfa smarrita*. Intermedios: *Il Cavalier Bertoldo*, *La Burla da vero*, *La Statua*, *Il Giuocatore*, *L'Ucellatrice*, *Il Cuoco*, *Don Trastullo*, *Il Conte Tulipano*.

Por esta rápida enumeracion se echará de ver que aquellos brillantes espectáculos, dirigidos por un italiano y desempeñados por italianos, poco ó ningun influjo pudieron tener en el adelantamiento de los teatros españoles. Entre los músicos de la orquesta, solo don Luis Mison y otros dos ó tres instrumentos no eran extranjeros; entre los que cantaron solo hubo una actriz española; los artifices empleados en la pintura de las decoraciones, en la invencion y direccion de las máquinas, vinieron de Italia tambien. Se mandó que todas las piezas se imprimieran traducidas en castellano para distribuir las á los concurrentes en la primera noche de su ejecucion. Se abrió el teatro con la ópera de *la Clemenza di Tito*; encargóse á don Ignacio de Luzán la traduccion de ella, y la hizo, aunque en muy pocas horas, con el acierto que era de esperar; las que se imprimieron después las tradujo un médico italiano llamado don Orlando Boncuore, que ni se avergonzó de suceder á Luzán en aquel encargo, ni tuvo escrúpulo de hacerse escritor en una lengua que no sabia. Sus traducciones pueden considerarse como otros tantos modelos de estravagancia y ridiculez.

En tanto pues que se admiraban reunidos en el Retiro todos los primores de la música, de la poesia, de la perspectiva, del aparato y pompa teatral, la escena española, miserable y abandonada de la corte, se sostenia con entusiasmo del vulgo en manos de ignorantes cómicos y de ineptísimos poetas. De nada sirvió el haberse dado al corregidor de Madrid el título de protector de los teatros, con el encargo de la formacion de compañías y el gobierno de ellas: la depravacion de nuestra dramática pedia de parte de la suprema autoridad providencias mas directas y mas eficaces.

El pueblo que tan estragado gusto manifestaba, se hubiera engañado mucho menos en sus juicios, si no se hubiese dejado sojuzgar por la opinion de ciertos caudillos que por entonces le dirigian, tiranizando las opiniones y distribuyendo como querian los silbidos, las palmadas y los alborotos. Los apasionados de la compañía del Principe se llamaban *Chorizos*, y llevaban en el sombrero una cinta de color de oro; los de la compañía de la Cruz *Polacos*, con cinta en el sombrero de azul celeste; los que frecuentaban el teatro de los Caños tomaron el nom-

bre de *Panduros*. Había un fraile trinitario descalzo, llamado el P. Polaco (8), jefe de la parcialidad á que dió nombre, atolondrado é infatigable voceador, que adquirió entre los mosqueteros opinion de muy inteligente en materia de comedias y comediantes. Corria de una parte á otra del teatro animando á los suyos para que dada la señal de ataque, interrumpiesen con alaridos, chiflidos y estrépito cualquiera pieza que se estrenase en el teatro de los Chorizos, si por desgracia no habian solicitado de antemano su aprobacion, al mismo tiempo que sostenia con exagerados aplausos cuantos disparates representaba la compañía polaca, de quien era frenético panegirista. Otro fraile francisco llamado el P. Marco Ocaña, ciego apasionado de las dos compañías, hombre de buen ingenio, de pocas letras, y de conducta menos conforme de lo que debiera ser á la austeridad de su profesion, se presentaba disfrazado de seglar en el primer asiento de la barandilla inmediato á las tablas, y desde allí solia llamar la atencion del público con los chistes que dirigia á los actores y á las actrices; les hacia reir, les tiraba grajea, y les remedaba en los pasajes mas patéticos. El concurso, de quien era bien conocido, atendia embelesado á sus gestos y ademanes, y el patio cubierto de sombreros chambergos (que parecian una *testudo* romana) palmoteaba sus escurridalidades é indecencias.

Entre este desórden y barahunda seguian representándose las comedias que daban á luz los pocos y mal cultivados ingenios, que muerto ya Cañizares, querian ser sus imitadores, y no acertaban á conseguirlo. Tales fueron don Manuel de Iparraguirre, don José de Ibañez y Garcia, don José de Lobera y Mendieta, autor, entre otras, de una comedia intitulada *La Mujer mas penitente y espanto de caridad, la venerable hermana Mariana de Jesus, hija de la venerable órden tercera de penitencia de N. P. S. Francisco de la ciudad de Toledo*; don Antonio Frumento, Marcos de Castro, Vicente Guerrero, uno y otro cómicos; el P. Juan de la Concepcion, Manuel Guerrero (cómico tambien y además canonista y teólogo), don Manuel Daniel Delgado, don Antonio Camacho y Martinez, y otros de la misma escuela. Don José Julian de Castro, poeta de ciegos, no desprovisto de gracia y facilidad para sus romancillos y jácaras, dió al teatro la comedia intitulada *Mas vale tarde que nunca*, en la cual hay privado perseguido, trueque de puñales, batida general, con aquello de *á la cumbre, á la espesura, al monte, al valle, á la selva*; preso que se lamenta de su desgracia glosando coplas; lacayo entremetido, equivoquista y sucio; pasito de cárcel entre el leal y el traidor, y el rey que los escucha desde un rincón. Cuantos desaciertos se hallan esparcidos en las comedias de aquel tiempo, otros tantos se hallarán hacinados en esta.

Don Blas de Nasarre en el año de 1749 (9) habia recomendado, en el prólogo que puso á las

(8) La Academia de la Historia anotó este pasaje, felicitándose por la mejora de costumbres que desde la época á que el autor se refiere habia cundido en las órdenes religiosas, cuyos individuos guardaban ya mas el decoro de sus respectivos institutos. Don Vicente Garcia de la Huerta en el prólogo de su Teatro español, impreso en 1783, expresó que callaba por justas razones el origen que no ignoraba del nombre de *Polacos*; pero contó el lance que habia dado lugar á la denominacion de *Chorizos*. «Francisco Rubert, por otro nombre Franchó, fué la causa del apellido de *Chorizos* que se dió en el año de 1742 á los individuos de la compañía de que era entonces autor Manuel Palomino, con motivo de ciertos chorizos que comia en un entremés; y habiéndose hallado una tarde sin ellos, hizo tales y tan graciosas exclamaciones contra el encargado de llevar los chorizos, que era el guardaropa de la compañía, y movió tanto la risa de los espectadores, que desde entonces se llamó de los *Chorizos*.»

(9) Las ediciones anteriores dicen en el año de 1743: es errata. En 1749 fué cuando el bibliotecario don Blas de Nasarre, con motivo de publicar las comedias de Cervantes segun la edicion de 1613, las acompañó con un prólogo en que, segun dice el autor, recomendó las mas conocidas reglas del arte dramático; pero á vuelta de sus eruditas reflexiones amontonó tantos errores, que el mismo Moratin tuvo que articularlos en una larga enumeracion en su nota 69 á la presente obra (pág. 176). Hasta entonces nos e habian enzarzado en polémica formal los partidarios de una y otra escuela; y es sumamente curioso el ver los papeles que entonces salieron, y excitaron la atencion del público, para ver hasta qué punto se llevaba la exageracion de una y otra parte, tratándose mutuamente nada menos que de malos españoles y aun de herejes. La censura, sobrado severa y por lo tanto injusta, que habia fulminado

Nasarre contra Lope y Calderon, irritó á sus ciegos idólatras, que llevando la defensa al último estremo dijeron mil despropósitos, y lo que es peor, con poco ingenio. Rompió el ataque un folleto anónimo con el título de *La Sinrazon impugnada, y Beata del Lavapiés*, coloquiu entre cuatro personas; y en seguida don Tomás de Erauso y Zavaleta publicó, dedicado á la marquesa de la Torreccilla, un *Discurso crítico sobre el origen, calidad y estado presente de las comedias en Espana contra el dictámen que las supone corrompidas, y en favor de sus mas famosos escritores, el doctor frey Lope Félix de Vega Garpio y don Pedro Calderon de la Barca*: libro de poca sustancia, en las 330 y mas páginas que contiene; pero libro que merece verse como fiel traslado de las opiniones y tendencias de su tiempo. Quiso el autor comprometer en su causa á los hombres mas graves y autorizados que pudiesen apoyarla; y así dirigió una circular á varios solicitando el examen de su obra. Contestaron haciéndose lenguas de ella el maestro Fr. Agustín Sanchez, padre de provincia de la órden de la Trinidad, el maestro Eusebio Quintana, ex-provincial de los clérigos menores, el maestro Fr. José de Jesus Maria, prior de Recoletos, el maestro don Alejandro Aguado, definidor de la órden de San Basilio, y el padre Manuel de Castro, prepósito de San Cayetano. El voto de tantos teólogos no podia menos de ser de gran peso en materias de literatura teatral; y el P. Juan de la Concepcion, carmelita descalzo, que por comision del Consejo censuró la obra, al paso que se limita á decir que nada contiene opuesto á la fe, á la moral y á las regalías de S. M., añade que difiere para cuando se le pida el espresar su dictámen en cuanto al arte y método que debe observarse en las representaciones dramáticas; este último á lo menos era del oficio, como autor de comedias. En el cuerpo del discurso se hallan, aunque toscamente deli-



comedias de Cervantes, las mas conocidas reglas del arte dramático. Luzan tradujo y publicó una comedia de M. de La Chaussée, con el título de *la Razon contra la moda*, la cual ni entonces ni después se ha visto en el teatro. En los años de 1730 y 51 dió á luz don Agustín de Montiano y Luyando dos tragedias originales intituladas *Virginia* y *Ataulfo*. nunca representadas, y de las cuales existe una traduccion francesa. En ellas confirmó su laborioso autor aquella sabida verdad, de que pueden hallarse observados en un drama todos los preceptos, sin que por eso deje de ser intolerable á vista del público; y de que para acercarse á la perfeccion en este género, no basta que el autor sea un hombre muy docto, si le falta el requisito de ser un eminente poeta. Don Juan de Trigueros en el año de 1752 dió á la prensa, traducido en escelente prosa castellana, el *Británico* de Racine. Don Eugenio de Llaguno y Amirola publicó en el año de 1754, traducida en muy buenos versos, la *Atalia* del mismo autor. Nada de esto pasó al teatro.

La corrupcion era general. En las aulas y escuelas públicas se enseñaban sutilezas y vaciedades á la juventud, no verdades útiles: lejos de cultivar y perfeccionar el entendimiento de los discipulos, se le pervertia inhabilitandolo para adquirir los conocimientos sólidos de las ciencias. En los pulpitos, segun se lamentaban prelados celosos y respetables, se habia introducido la costumbre de predicar sermones disparatados y truhanescos: tejido informe de paradojas y sofisterias, metáforas, antitesis, cadencias, juguetes insipidos de palabras, erudicion inoportuna, aplicacion reprensible de los textos sagrados á las circunstancias mas triviales, lo mas divino confundido con lo mas indecente, la sublime y celestial doctrina de Jesucristo con las preocupaciones y cuentos del vulgo, y todo salpicado de bufonadas y chistes groseros. En los tribunales no se usaba ni mejor lógica ni mas delicado gusto. El espíritu y la aplicacion de las leyes se embrollaban con las diferentes cavilaciones de los glosistas; suplíase la falta de filosofía, de historia, de erudicion, de verdadera elocuencia con retruécanos, paranomasias, adagios, cuentos y seguidillas. Tal vez ganó el pleito quien mas supo hacer reir á los jueces: y así se defendian los intereses, los derechos, la vida y el honor de los hombres.

Entre los desaciertos del teatro, no era el menor la representacion de los autos sacramentales. El ángel Gabriel anunciaba á la Virgen (papel que desempeñaba la célebre Mariquita Ladvenant) la encarnacion del Verbo, y al responder, traducidas en buenos versos castellanos, las palabras del Evangelio: *Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?* los apóstrofes hediondos del patio y las barandillas, dirigidos á la cómica, interrumpian el espectáculo con irreligiosa y sacrilega algazara, y hacian conocer á muchas madres cuan mal habian hecho en llevar consigo á sus hijas honestas. Una mujer con la custodia en las manos, acompañada de los coros, cantaba en procesion el *Tantum ergo*. La primavera, el apetito, el alma, el cuerpo, la culpa, la gracia, el cedro, la rosa, el domingo, el lunes y el martes, la gentilidad, el mundo, el olfato y todos los sustantivos del diccionario, eran interlocutores en aquellas fabulas. En una sala S. Pablo con su montante enseñando á esgrimir á la Magdalena; en otra se decia que la Samaritana vive en la calle del Pozo, y que Jesucristo murió en la de las Tres Cruces; en otra se aconsejaba á S. Agustín que se fuese al hospital de San Juan de Dios. Así estaba el teatro cuando vino de Nápoles el señor don Carlos III, quien por un justísimo decreto puso fin á los indicados escándalos, prohibiendo la representacion teatral de asuntos sagrados.

Don Nicolas Fernandez de Moratin, estimado generalmente como uno de nuestros mejores liricos modernos, compuso á instancias de Montiano, su amigo, una comedia intitulada *la Perimetra*. Esta obra, impresa en el año de 1762, carece de fuerza cómica, de propiedad y correccion en el estilo; y mezclados los defectos de nuestras antiguas comedias con la regularidad violenta á que su autor quiso reducirla, resultó una imitacion de carácter ambiguo y poco á propósito para sostenerse en el teatro, si alguna vez se hubiera intentado representarla. La *Lucrecia*, tragedia que publicó el mismo autor en el año siguiente, es obra de mayor mérito, aunque la eleccion del argumento parece poco feliz, el progreso de la fabula entorpecido con episodios inútiles, y el estilo muy distante á veces de la sublimidad que pide este género.

Estos dos beneméritos autores fueron los primeros que se atrevieron á procurar la reforma de nuestro teatro, escribiendo piezas originales, compuestas con regularidad y decoro, y aunque no consiguieron toda la perfeccion á que aspiraban, su estudio y su celo fueron laudables.

Don José Clavijo y Fajardo, en su obra periódica intitulada *El Pensador*, censuró el desarreglo de las comedias que entonces se representaban; y esto dió motivo á que el mencionado Moratin publicase en el año de 1762 algunos discursos criticos en que probó, que los autos de Calderon (tan aplaudidos del vulgo de todas clases) no debian tolerarse en una nacion ilustrada y católica. No pudo desentenderse el gobierno de la eficacia de sus razones, y desde entonces quedó limpia la escena española de composiciones tan absurdas (10).

neadas las libres doctrinas de la moderna escuela romántica. Si hubiera habido mas gusto, mas filosofía y sobre todo menos trabas en la imprenta, hubieran podido entonces discutirse útiles cuestiones; pero siempre faltaba lo principal, lo decisivo: el ejemplo de alguno que poniendo en

práctica uno ú otro de los dos sistemas hubiese tenido el acierto de dar una obra perfecta ó menos defectuosa. Este caso no se verificó todavía.

(10) Los autos sacramentales se prohibieron por real cédula de 11 de junio de 1765; pero ya tres años antes



Pocos años después obtuvo permiso el marqués de Grimaldi, ministro de Estado, para abrir teatros en los sitios, y allí se representaron tragedias y comedias traducidas, en que se vió, juntamente con el mérito de las composiciones, la propiedad de la escena y de los trajes, y una declamacion, si no escelente, libre á lo menos de los vicios estravagantes que eran peculiares de los actores de Madrid y de las provincias (11).

El gran conde de Aranda, presidente de Castilla, empleó al mismo tiempo la acreditada habilidad de los hermanos Velazquez en pintar decoraciones para los teatros del Principe y de la Cruz; aumentó y mejoró la orquesta, estableció una policia interior y exterior que mantuviese el orden y decencia en el concurso, y reprimió la turbulenta parcialidad de los apasionados de ambas compañías, entre los cuales un herrero de la calle de Alcalá, llamado *Tusa*, era el alborotador mas obstinado y loco. Favoreció tambien con su trato y amistad á los escritores mas distinguidos de aquella época, y les exhortaba á componer piezas dramáticas, cuya representacion eficazmente promovia, á pesar de la repugnancia de los cómicos, poco dispuestos á recibir lo que no fuese irregular y absurdo.

Entonces se repitieron en Madrid las traducciones que se habian hecho para los Sitios, y ademas se escribieron algunas tragedias originales. Tales fueron la *Hormesinda*, de Moratin, mas laudable por algunas situaciones interesantes, por las buenas imitaciones de Virgilio, por su lenguaje y versificacion, que por el artificio de su fábula (12); *Guzman el Bueno*, del mismo autor, en que hay un carácter bien sostenido, afectos heroicos, pintura de costumbres, violencia repugnante en la unidad de lugar, y no suficiente correccion de estilo; *Don Sancho Garcia*, de don José Cadahalso, arreglada y débil, con rimas pareadas á imitacion de los franceses, cuya cadencia simétrica es en extremo desagradable á nuestros oidos; *Raquel*, de don Vicente Garcia de la Huerta, que siguiendo el mismo plan de la *Judith de Toledo*, de don Juan Bautista Diamante, no acertó á regularizarle, sin añadirle graves defectos; hay en ella un carácter sobresaliente; los demás, ó por falta de conveniencia dramática ó por inconsecuentes, han merecido la desaprobacion de los criticos; en los pensamientos se descubren á veces resabios de mal gusto; el lenguaje es bueno, la versificacion sonora. *Numancia destruida* es de don Ignacio Lopez de Ayala, donde la mala eleccion del argumento, los amores episódicos que la entorpecen y debilitan, la unidad del lugar que produce inverosimilitud continua, se compensan con un estilo animado y robusto, con la pintura enérgica de Roma usurpadora, y el feroz heroismo patriótico de Numancia con el efecto teatral que produce siempre su representacion. *Munuza*, de don Gaspar Melchor de Jovellanos; *Jahel*, de don Juan Lopez Sedano; *Progne y Filomena*, de don Tomás Sebastian y Latre, y otras de inferior mérito que se compusieron entonces, fueron ensayos plausibles de lo que hubiera podido adelantarse en este género, si sus autores hubieran merecido al gobierno mas decidida proteccion.

En la comedia nada se hizo, por mas que el público, y los que habitualmente componian para el teatro, vieron indicado en las piezas traducidas que se representaban cuál era el camino que debia seguirse para obtener el acierto en este difícil género de la dramática.

Don Ramon de la Cruz fué el único de quien puede decirse que se acercó en aquel tiempo á conocer la indole de la buena comedia; porque dedicándose particularmente á la composicion de piezas en un acto, llamadas *sainetes*, supo sustituir en ellas, al desaliño y rudeza villanesca de nuestros antiguos entremeses, la imitacion exacta y graciosa de las modernas costumbres del pueblo. Perdió de vista muchas veces el fin moral que debiera haber dado a sus pequeñas fabulas; prestó al vicio (y aun á los delitos) un colorido tan halagüeño, que hizo aparecer como donaires y travesuras aquellas acciones que desaprueban el pudor y la virtud, y castigan con severidad las leyes. Nunca supo inventar una combinacion dramática de justa grandeza, un interés bien sostenido, un nudo, un desenlace natural; sus figuras nunca forman un grupo dispuesto con arte; pero examinadas separadamente, casi todas estan imitadas de la

habian empezado contra ellos las hostilidades de parte de la prensa, que empezó á gozar de algun mayor ensanche, y á la verdad se hizo mas decorosa. En 1762 *El Pensador* en su numero 9 dió la señal de ataque; contestóle un papel suelto con el titulo de *Romance liso y llano*, y salió á la defensa del primero don Nicolas Fernandez de Moratin, padre del autor, con tres folletos llamados *Desenganos al teatro espanol*, que por aquellos tiempos tuvieron gran boga. Repitió *El Pensador* sus arremetidas en distintas ocasiones, interesando la piedad de los que se escandalizaban de la irreverencia resultante de presentar los mas encumbrados misterios de nuestra religion á guisa de espectáculo. No espondremos aqui en general nuestra opinion sobre esta clase de dramas; pero si diremos que los que se representaban en aquella época eran el oprobio del arte, y el desacato mas directo á los objetos sagrados. El mal

debió cortarse de raiz, y así se hizo. Algunos autos hay entre los de época mas antigua, que podrian ahora representarse sin peligro del decoro religioso, y que si pecan contra las reglas del arte, son un prodigio de riqueza en invencion y en lenguaje.

(11) « Por los años de 1769 hasta 1772, inmediatos al establecimiento de un nuevo teatro espanol en los Sitios reales, tuvo superior encargo el autor (dice de si mismo don Tomas de Iriarte) para traducir del francés varias composiciones dramáticas, cuales fueron *el Malgastador*, *la Escocesa*, *el Mal hombre*, *el Aprehensivo ó el Enfermo imaginario*, *la Pupila juiciosa*, *el Mercader de Esmirna* etc.»

(12) Véanse en la vida de don Nicolas Fernandez de Moratin las dificultades con que tuvo que luchar para conseguir que se representase esta tragedia en los teatros de Madrid.

naturaleza con admirable fidelidad. Esta prenda, que no es comun, unida á la de un dialogo animado, gracioso y facil (mas que correcto), dió á sus obrillas cómicas todo el aplauso que efectivamente merecian (13).

Cesó en su presidencia el conde de Aranda, en su ministerio el marqués de Grimaldi, y los teatros de los Sitios se cerraron; los de Madrid siguieron mezclando con su antiguo caudal las traducciones que habian adquirido; y enriqueciéndose cada dia con nuevos disparates, solia suceder que cuando en la Cruz se representaba el *Misántropo* ó la *Atalia*, en el Principe palmoteaba el vulgo á Ildefonso Coque haciendo el *Negro mas prodigioso*, ó el *Mágico africano*. Nunca se habia visto mas monstruosa confusion de vejees y novedades, de aciertos y locuras. Las musas de Lope, Montalván, Calderon, Moreto, Rojas, Solís, Zamora y Cañizares; las de Bazo, Regnard, Laviano, Cornille, Moncin, Metastasio, Cuadrado, Moliere, Valladares, Racine, Concha, Goldoni, Nifo y Voltaire, todas alternaban en disorde union; y de estos contrarios elementos se componia el repertorio de ambos teatros (14).

Así han seguido, y así continuarán hasta que entre los medios que pide su reforma, se acuerde la autoridad del primero que debe adoptarse, eligiendo el caudal de las piezas que han de darse al público en los teatros de todo el reino, sin omitir el requisito de hacer que se obedezca irrevocablemente lo que determine (15).

(13) El Teatro de don Ramon de la Cruz comprende diez tomos publicados desde el año de 1786 hasta el 1791. Se incluyen en él sus comedias, que no valen gran cosa, y solo unos treinta sainetes de mas de trescientos que compuso. En este género fué inimitable; un centenar de ellos se imprimió hace tres años con un buen prólogo de don Agustín Duran, quien se espresa en los términos siguientes acerca de su mérito: «Don Ramon de la Cruz se propuso reproducir en la escena todo aquello que en la sociedad observaba, y mas convenia á su clase de talento. Discipulo de la escuela filosófica, hombre de ingenio agudo y observador, poeta facil aunque incorrecto, buen dialoguista, pero poco fino y delicado, epigramático, oportuno y chistoso en el decir, instruido, mas no profundo en la ciencia ni en el arte, logró retratar con vigor y energia los hábitos, costumbres y caracteres de la plebe de su época, y contrastarlos enérgicamente con los de categorías mas elevadas. Mas como la comedia clásica no se prestaba á sus intentos, adoptó las formas del sainete, combinándolo en un drama corto, pero de bastante estension para desarrollar en él una accion sencilla, y bosquejar un cuadro de costumbres. Así es que este género de composicion en manos de Cruz apareció bajo el imperio de una intencion moral, filosófica y decidida, formando, por decirlo así, el eslabon intermedio entre el entremés antiguo y la comedia verdadera y clásica. Don Ramon de la Cruz fué quizá el primero entre nosotros que se puso en el buen camino de esta, y el que penetrando su espíritu, tanto en la intencion dramática como los medios de apoderarse del ridiculo de las situaciones, y de realzarlas con buenos dialogos llenos de sal, oportunidad y gracejo, enseñó ó inspiró á Moratin hijo las bellas producciones dramáticas que le hicieron justamente celebre, poniéndole al frente de los cómicos clásicos españoles. Hubiéralo sido Cruz, si al feliz ingenio con que le dotó naturaleza reuniese el saber y el buen gusto que produce el estudio severo de las Humanidades, si en vez de hacerse poeta de circunstancia, lo fuese de intencion; si en vez de ser fecundo y redundante, fuese mas parco, mas severo y mas correcto en sus obras. Satisfecho Cruz de las buenas dotes cómicas que tenia, pero desconociendo las que le faltaban, é incitado por el deseo de desmentir á los que le juzgaban incapaz de elevarse á otro género mas noble de drama que aquel que habia ejercitado, quiso desmentirlos; y el mismo que en sus sainetes llenos de gracejo no tuvo igual, produjo algunas comedias harto frías y nada graciosas.»

(14) Entre esta anarquía teatral, el género que menos privaba con el público era el llamado clásico; y en vano se esforzaban los preceptistas en persuadir que fuera de su riguroso formulario no habia verdadera comedia, ni

verdadera tragedia; empeño que á nuestro modo de ver llevaban á la exageracion, cercando con límites sobrado estrechos el campo del ingenio. No solo trazaban las formas, sino que pretendian escluir del teatro una porcion de materias ó asuntos, que sin embargo en su representacion podian agrandar y enseñar, si el poeta tenia acierto en manejarlos. El daño estaba en que no se presentó quien lo hiciese con maestria. Los *Autos Sacramentales*, en que hubieran podido combinarse alegorias ingeniosas y sublimes personificaciones, se reducian á piadosas herejías, profanaciones y despropósitos. Los dramas de *santos* en que pudieran pintarse con verdad y vivisimo colorido las actas de heroicidad admirable que ha inspirado el cristianismo, eran un tejido de ridiculeces sin plan ni artificio. Si las costumbres habian variado lo bastante para disminuir el interés de las comedias de *capa y espada*, reflejo de una sociedad que ya no existia, tampoco se explotaban los recursos dramáticos de las ideas y usos contemporáneos. Las comedias de *figuron*, que obtuvieran entonces gran boga, eran caricaturas chabacanas, y no sátiras delicadas de un vicio ó de un carácter existente en la naturaleza. Propagóse entonces un género importado de fuera, y que no por esto era de difícil aclimatacion, mediante un buen cultivo: hablamos del *drama sentimental*, que por el abuso que de él se hacia fué motejado con el nombre de *comedia llorona*, de la cual dice con sobrada razon el señor Martinez de la Rosa: «Si he de decir francamente mi dictamen, creo que el que no entre en la clasificacion de Aristóteles ni de Horacio no es razon suficiente para cerrar la puerta del teatro moderno á este género de composicion, que puede lograr cumplidamente el objeto del drama: dar útiles lecciones al pueblo y divertirle agradablemente.» Pero entonces los censores de la literatura eran intolerantes, y á semejanza de los revolucionarios, para reformar empezaron por destruir.

(15) Aqui nos vemos obligados á separarnos de la opinion del autor, que pretende estender las atribuciones de la censura oficial á un terreno que no le pertenece. Aun en el que es verdaderamente suyo, en el de la moral pública y de la política, se ha escedido el gobierno en muchas ocasiones no permitiendo representar composiciones dramáticas, que ó por su mérito hubieran ilustrado nuestra literatura, ó por su pobreza no se hubieran granjeado la nombradía y el interés que acompañan á toda obra, cuando merece los honores de la prohibicion. En la cuestion de gusto, debe reservarse á las empresas de teatros aquel derecho que sea suficiente á no dejar perjudicados sus intereses; pero fuera de esto, el público espectador es el solo juez competente. Algunas veces es injusto, pero aumentar el número de las jurisdicciones seria aumentar el

*El Delincuente honrado*, tragicomedia escrita por don Gaspar de Jovellanos acia el año de 1770, corrió manuscrita con estimacion; y aunque demasiado distante del carácter de la buena comedia, se admiró en ella la espresion de los afectos, el buen lenguaje y la excelente prosa de su diálogo. Impresa en Barcelona sin anuencia del autor, no se vió representada en los teatros públicos hasta mucho tiempo después.

En el dicho año de 1770, al cumplir los diez y ocho de su edad, publicó don Tomás de Iriarte bajo el anagrama de don Tirso Imareta, la comedia intitulada *Hacer que hacemos*, la cual desagradó a los inteligentes por su falta de interés y de caracteres; los cómicos, al leerla, creyeron con mucha razon que no podria sostenerse en el teatro.

La villa de Madrid, que celebró con regocijos públicos el nacimiento de los infantes gemelos y la paz con Inglaterra, hizo representar en el año de 1784 dos piezas dramáticas, que apenas vistas desaparecieron para siempre de nuestra escena. *Los Menestrales*, comedia de don Cándido Maria Trigueros, erudito, moralista, poligloto, anticuario, economista, botánico, orador, poeta lírico, épico, didáctico, trágico y cómico; obra escrita á pesar de Apolo, mereció las zumbas de Iriarte, y la desaprobacion del público. *Las bodas de Camacho*, comedia pastoral de don Juan Melendez Valdés, llena de excelentes imitaciones de Longo, Anacreonte, Virgilio, Taso y Gesner, escrita en suaves versos, con pura diccion castellana, presentó mal unidos en una fábula desanimada y lenta personajes, caracteres y estilos que no se pueden aproximar, sin que la armonia general de la composicion se destruya. Las ideas y afectos eróticos de Basilio y Quiteria, la espresion florida y elegante en que los hizo hablar el autor, se avienen mal con los raptos enfáticos del ingenioso hidalgo: figura exagerada y grotesca, á quien solo la demencia hace verosímil, y que siempre pierde, cuando otra pluma que la de Benengeli se atreve á repetirla. Las avecillas, las flores, los céfiros, las descripciones bucólicas (que nos acuerdan la imaginaria existencia del siglo de oro) no se ajustan con la locuacidad popular de Sancho, sus refranes, sus malicias, su hambre escuderil, que despierta la vista de los dulces zaques, el olor de las ollas de Camacho y el de los pollos guisados, los cabritos y los cochinillos. Quiso Melendez acomodar en un drama los diálogos de *el Aminta* con los del *Quijote*, y resultó una obra de quinola, insoportable en los teatros públicos, y muy inferior á lo que hicieron en tan opuestos géneros el Taso y Cervantes.

No sin mucha dificultad consiguió el mencionado Iriarte dar á la escena en el año de 1788 la comedia de *el Señorito mimado*, la cual muy bien representada por la compañía de Martinez, obtuvo los aplausos del público, en atencion á su objeto moral, su plan, sus caracteres, y la facilidad y pureza de su versificacion y estilo. Tal vez mereció la censura de los que notaron en ella falta de movimiento dramático, de lijereza y alegria cómica; pero fácilmente se disimularon estos defectos, en gracia de las muchas cualidades que la hicieron estimable en la representacion y en la lectura. Si ha de citarse la primera comedia original que se ha visto en los teatros de España, escrita segun las reglas mas esenciales que han dictado la filosofia y la buena critica, esta es.

Don Leandro Fernandez de Moratin, que ya tenia compuesta por aquel tiempo la comedia de *El Viejo y la Niña*, luchando con los obstáculos que á cada paso dilataban su publicacion, meditaba la difícil empresa de hacer desaparecer los vicios inveterados que mantenian nuestra poesia teatral en un estado vergonzoso de rudeza y estravagancia. No bastaban para esto la erudicion y la censura; se necesitaban repetidos ejemplos: convenia escribir piezas dra-

de las injusticias. Moratin hubiera debido conocer los inconvenientes de su pretension, en vista del resultado que tuvo, á últimos del siglo pasado ó principios del presente, la junta nombrada por el gobierno para juzgar las piezas dramáticas que podian representarse; pero jefe como era de una escuela nueva y contrariada, hubo de incurrir en la intolerancia y el exclusivismo. Otros antes que él participaron de la misma idea. « Todos estos inconvenientes cesarian, y aun otros muchos mas que no digo (dice Cervantes en boca del cura), con que hubiese en la corte una persona inteligente y discreta que examinase todas las comedias que se representasen, no solo aquellas que se hiciesen en la corte, sino todas las que se quisiesen representar en España, sin la cual aprobacion, sello y firma, ninguna justicia en su lugar dejase representar comedia alguna; y desta manera los comediantes tendrian mucho cuidado de enviar las comedias á la corte y con seguridad podrian representarlas, y aquellos que las componen mirarian con mas cuidado y estudio lo que hacian, temerosos de haber de pasar sus obras por el riguroso examen de quien lo entiende. Y de esta manera se harian buenas comedias, y se conseguiria felicisimamente lo que

» en ellas se pretende, etc. » (*Don Quijote*, parte 1, cap. 48). A este propósito dice el juicioso don Diego Clemencin en sus comentarios: « El cura queria que se estableciese un censor comun para comedias y libros caballerescos; » y yo creo que tan inútil hubiera sido lo uno como lo otro: si hubiera existido este magistrado literario, acaso no se hubiera impreso el *Quijote*. » Y nosotros añadimos: Si la autoridad se hubiera arrogado semejante privilegio, y Moratin hubiese escrito algunos años antes, no se hubiera representado *La Comedia nueva ni El Si de las niñas*. Otros medios tiene el gobierno para hacer que el teatro sea uno de los signos de cultura nacional. Fomente los buenos estudios, libre los teatros de trabas y gravámenes insoportables, asegure los derechos de la propiedad literaria, estimule á los ingenios que sobresalgan, no con empleos que los apartan de su vocacion, sino con recompensas, honores y consideracion, y sobre todo, cuando se trate de favorecer el ingenio, la instruccion, la aptitud, prescinda de colores políticos. Lo demás seria hacer que unos pocos monopolizasen este rano de literatura y los demás no quisiesen esponerse á ejercitar en balde su ingenio.

máticas segun el arte : no era ya soportable contemporizar con las libertades de Lope, ni con las marañas de Calderon. Uno y otro habian producido imitadores sin número, que por espacio de dos siglos conservaron la escena española en el último grado de corrupcion. No era lícito que un hombre de buenos estudios se ocupase en añadir nuevas autoridades al error. No debia ya paliarse el mal ; era menester estinguirle.

Consideró Moratin que la comedia debe reunir las dos cualidades de utilidad y deleite, persuadido de que seria culpable el poeta dramático que no se propusiera otro fin en sus composiciones que el de entretenir dos horas al pueblo sin enseñarle nada, reduciendo todo el interés de una pieza de teatro al que puede producir una sinfonia, y que teniendo en su mano los medios que ofrece el arte para conmover y persuadir, renunciase á la eficacia de todos ellos, y se negara voluntariamente á cuanto puede y debe esperarse de tales obras en beneficio de la ilustracion y la moral. « Los autores de las comedias, dijo Nasarre, conociendo la utilidad de ellas, se deben revestir de una autoridad pública para instruir á sus conciudadanos ; persuadiéndose de que la patria les confia tácitamente el oficio de filósofos y de censores de la multitud ignorante, corrompida ó ridicula. Los preceptos de la filosofía puestos en los libros son áridos y casi muertos, y mueven flacamente el ánimo ; pero presentados en los espectáculos animados, le conmueven vivamente. El filósofo austero se desdenna de ganar los corazones ; el tono dominante de sus máximas ofende ó cansa. El cómico escita alternativamente mil pasiones en el alma ; hácelas servir de introductores de la filosofía ; sus lecciones nada tienen que no sea agradable, y estan muy apartadas del sobrecejo magistral que hace aborrecible la enseñanza y aumenta la natural indocilidad de los hombres ».

Sentado el principio de que toda composicion cómica debe proponerse un objeto de enseñanza desempeñado con los atractivos del placer, concibió Moratin que la comedia podia definirse así : « Imitacion en diálogo (escrito en prosa ó verso) de un suceso ocurrido en un lugar y en pocas horas entre personas particulares, por medio del cual, y de la oportuna expresion de afectos y caracteres, resultan puestos en ridiculo los vicios y errores comunes en la sociedad, y recomendados por consiguiente la verdad y la virtud. »

*Imitacion*, no copia, porque el poeta observador de la naturaleza, escoge en ella lo que únicamente conviene á su propósito, lo distribuye, lo embellece, y de muchas partes verdaderas compone un todo que es mera ficcion ; verisimil, pero no cierto ; semejante al original, pero idéntico nunca. Copiadas por un taquígrafo cuantas palabras se digan durante un año, en la familia mas abundante de personajes ridiculos, no resultará de su copia una comedia. En esta, como en las demas artes de imitacion, la naturaleza presenta los originales ; el artífice los elige, los hermosea y los combina.

Hoc amet, hoc spernat promissi carminis auctor;  
et quæ  
Desperat tractata nitescere posse, relinquit.

*En diálogo* ; porque á diferencia de los demás géneros de la poesia, en que el autor siente, imagina, reflexiona, describe ó refiere, en la dramática que produce poemas activos, se oculta del todo, y pone en la escena figuras que obrando en razon de sus pasiones, opiniones é intereses, hacen creible al espectador (hasta donde la ilusion alcanza) que está sucediendo cuanto allí se le presenta. La perspectiva, los trajes, el aparato escénico, las actitudes, el movimiento, el gesto, la voz de las personas, todo contribuye eficazmente á completar este engaño delicioso, resulta necesaria del esfuerzo de muchas artes.

*En prosa ó verso*. La tragedia pinta á los hombres, no como son en realidad, sino como la imaginacion supone que pudieron ó debieron ser ; por eso busca sus originales en naciones y siglos remotos. Este recurso, que la es indispensable, la facilita el poder dar á sus acciones y personajes todo el interés, toda la sublimidad, toda la belleza ideal que pide aquel género dramático ; y como en ella todo ha de ser grande, heroico y patético en grado eminente, mal podria conseguirlo, si careciese de los encantos del estilo sublime, y de la pompa y armonia de la versificacion.

La comedia pinta á los hombres como son, imita las costumbres nacionales y existentes, los vicios y errores comunes, los incidentes de la vida doméstica ; y de estos acaecimientos, de estos individuos y de estos privados intereses forma una fábula verisimil, instructiva y agradable. No huye, como la tragedia, el cotejo de sus imitaciones con los originales que tuvo presentes ; al contrario, le provoca y le exige, puesto que de la semejanza que las da resultan sus mayores aciertos. Imitando pues tan de cerca á la naturaleza, no es de admirar que hablen en prosa los personajes cómicos ; pero no se crea que esto puede añadir facilidades á la composicion. *Difficile est propriè communia dicere*. No es fácil hablar en prosa como hablaron Melibea y Areusa, el Lazarillo, el picaro Guzman, Monipodio, Dorotea, la Trifaldi, Teresa y Sancho. No es fácil embellecer sin exageracion el diálogo familiar, cuando se han de expresar en él ideas y pasiones comunes ; ni variarle, acomodándole á las diferentes personas que se introducen, ni evitar que degeneren en trivial é insipido por acercarle demasiado á la verdad que imita.

Estos mismos obstáculos hay que vencer si la comedia se escribe en verso. Ni las quintillas, ni las décimas, ni las estrofas líricas, ni el soneto, ni los endecasílabos pueden convenirla; solo el romance octosílabo y las redondillas se acercan á la sencillez que debe caracterizarla, y aun mucho mas el primero que las segundas. La facilidad, la energía, la gracia, la pureza del lenguaje, la templada armonía que debe resultar de la eleccion de las palabras, de la dimension variada de los periodos, de la contraposicion de las terminaciones asonantes, todo será necesario para llevar á su perfeccion este género de poesia, que parece que no lo es. Ni espere acertar el que no haya debido á la naturaleza una organizacion feliz, al estudio y al trato social un estenso conocimiento de nuestra bellissima lengua, enriquecido con la continua leccion de nuestros mejores dramáticos antiguos, los cuales, á vueltas de su incorreccion y sus defectos, nos ofrecen los únicos escelentes modelos que deben imitarse, cuando la buena critica sabe elegirlos.

*Un suceso ocurrido en un lugar, y en pocas horas.* Boileau en su escelente Poética redujo á dos versos los tres preceptos de unidad.

Una accion sola, en un lugar y un dia,  
Conserve hasta su fin lleno el teatro.

Esto mismo recomendaba el autor del *Quijote* setenta años antes que el poeta francés; los buenos literatos españoles coetáneos de Cervantes tenian ya conocimiento de estas reglas. Lope las citó, juntamente con otras muchas, manifestando, que si no las seguia, no era ciertamente porque las ignorase; pues no solo habló de ellas el Pinciano en su *Filosofía antigua poética*, impresa en 1596, sino que Bartolomé de Torres Naharro (ciento y veinte años antes que naciera Boileau) las habia practicado en alguna de sus comedias.

El Pinciano dijo, hablando á este propósito, en la citada obra: « Toda la accion se finja ser hecha dentro de tres dias... cuanto menos el plazo fuere, tendrá mas de perfeccion... Y de aqui puede colegirse cuáles son los poemas do nace un niño, y crece, y tiene barbas, y se casa, y tiene hijos y nietos; lo cual en la fábula épica, aunque no tiene término, es ridiculo; ¿qué será en las activas, que le tienen tan breve?... Aquella fábula será mas artificiosa, que mas deleitar y mas enseñare con mas simplicidad... En vano se aplican muchos modos para una accion... Si una sola basta para enseñar y deleitar en un poema, ¿para qué se aplicarán muchas? »

Creó en efecto Moratin que si en la fábula cómica se amontonan muchos episodios, ó no se la reduce á una accion única, la atencion se distrae, el objeto principal desaparece, los incidentes se atropellan, las situaciones no se preparan, los caracteres no se desenvuelven, los afectos no se motivan; todo es fatigosa confusion. Un solo interés, una sola accion, un solo enredo, un solo desenlace: eso pide, si ha de ser buena, toda composicion teatral. Las dos unidades de lugar y tiempo, muy esenciales á la perfeccion dramática, deben acompañar á la de accion, que la es indispensable; y si parece difícil la práctica de estas reglas, no por eso habrá de inferirse que son absurdas ó imposibles. No se cite el ejemplo de grandes poetas que las abandonaron, puesto que si las hubieran seguido, sus aciertos serian mayores. Ni se alegue que si en la representacion de una pieza cómica ó trágica es necesario que exista (para salvar las impropiedades que el arte no puede vencer) una tácita convencion de parte del auditorio, nada importa que esta convencion se dilate y aumente sin conocidos limites. Si tal doctrina llegara á establecerse, presto caerian los que la siguieran en el caos dramático de Shakspeare, y las representaciones del teatro se reducirian á las mantas y los cordeles con que decoraba los suyos Lope de Rueda. Existe en efecto la tácita convencion; pero aplicable solamente á disculpar los defectos que son inherentes al arte, no los que voluntariamente comete el poeta. Ya se ha visto con repetidos ejemplos que la observancia de las unidades de accion, tiempo y lugar es posible y es conveniente: nada hay que decir en contrario, sino que la ejecucion es dificultosa; ¿y quién ha creído hasta ahora que sea fácil escribir una escelente comedia?

Sujeta la fábula cómica á los preceptos que van indicados, hallará comprobada el espectador en su origen, progreso y desenlace la verdad moral é intelectual que el poeta ha querido recomendarle, si la composicion se dispone con tal inteligencia, que resulte conveniente, verisímil y teatral. Para ser la fábula conveniente deberá existir una inmediata conexion entre la máxima que se establece y el suceso que ha de comprobarla. Para hacerla verisímil no basta que sea posible; ha de componerse de circunstancias tan naturales, tan fáciles de ocurrir, que á todos seduzca la ilusion de la semejanza. Para hacerla teatral deberá ser la esposicion breve, el progreso continuo, el éxito dudoso, la solucion (resulta necesaria de los antecedentes) inopinada y rápida; pero no violenta, ni maravillosa ni trivial.

*Entre personas particulares.* Como el poeta cómico se propone por objeto la instruccion comun, ofreciendo á vista del público pinturas verisímiles de lo que sucede ordinariamente en la vida civil, para apoyar con el ejemplo la doctrina y las máximas que trata de imprimir en el ánimo de los oyentes, debe apartarse de todos los estremos de sublimidad, de horror, de maravilla y de baja. Busque en la clase media de la sociedad los argumetos, los perso-

najes, los caracteres, las pasiones y el estilo en que debe espresarlas. No usurpe á la tragedia sus grandes intereses, su perturbacion terrible, sus furores heroicos. No trate de pintar en privados individuos delitos atroces que por fortuna no son comunes, ni aunque lo fuesen pertenecerian á la buena comedia, que censura riendo. No siga el gusto depravado de las novelas, amontonando accidentes prodigiosos para escitar el interés por medio de ficciones absurdas de lo que no ha sucedido jamás ni es posible que nunca suceda. No se deleite en hermostear con matices lisonjeros las costumbres de un populacho soez, sus errores, su miseria, su desatención, su insolente abandono. Las leyes protectoras y represivas verificarán la enmienda que pide tanta corrupcion; el poeta ni debe adularla, ni puede corregirla.

*La oportuna espresion de afectos y caracteres* se hace tan indispensable en la comedia, que sin ellos queda imperfectisima la imitacion, y si en todos los hombres existe una fisonomia y un genio que los particulariza y los distingue, mal acierta á imitarlos el que los iguala en la escena, y á todos los hace sentir, discurrir y obrar de una manera idéntica. Este defecto, que abunda en las comedias de nuestro antiguo teatro, y es muy frecuente en las modernas de otras naciones, no se disimula ni con los rasgos delicados del ingenio, ni con la abundancia de chistes epigramáticos, ni con la pureza del lenguaje, ni con la cultura del estilo, ni con la fluidez sonora de los versos; si no hay oportuna espresion de afectos y caracteres, todo es perdido. El arte de escogerlos y de combinarlos, y el de preparar las situaciones para que naturalmente se desenvuelvan, ofrece no pequeñas dificultades á un poeta cómico.

*Resultan puestos en ridículo los vicios y errores comunes en la sociedad* mediante la disposicion de la fabula y la espresion de los caracteres. En cuanto á estos, conviene que algunos sean ridiculos, pero todos no, porque sin esta contraposicion no apareceria la deformidad en toda su luz, ni existiria la necesaria degradacion en las figuras, que tocadas con diferente fuerza deben quedar subalternas á la que se presenta como principal. Los defectos meramente físicos, involuntarios y de imposible enmienda, no deben ser objeto primario de la burla, si bien muchas veces se introducen como medios auxiliares para completar la pintura del vicio que se trata de corregir. Ninguna ridiculez corporal debe esponerse en el teatro á la irrision pública, si otra moral no la acompaña. Los vicios y errores que pinta la comedia deben ser comunes, porque no siéndolo, ninguna utilidad produciria su imitacion. Una estravagancia, que rara vez se verifique en algun individuo, no puede servir para enseñanza de la multitud, que podria esclamar indignada contra el poeta: «Erraste el objeto de correccion que te proponias; nadie de nosotros adolece del vicio que pintas, ni conocemos á ninguno que le tenga.»

Debe pues ceñirse la buena comedia á presentar aquellos frecuentes estravíos que nacen de la indole y particular disposicion de los hombres, de la absoluta ignorancia, de los errores adquiridos en la educacion ó en el trato, de la multitud de las leyes contradictorias, feroces, inútiles ó absurdas, del abuso de la autoridad doméstica y de las falsas maximas que la dirigen, de las preocupaciones vulgares ó religiosas ó políticas, del espíritu de corporacion, de clase ó paisanaje, de la costumbre, de la pereza, del orgullo, del ejemplo, del interés personal; de un conjunto de circunstancias, de afectos y de opiniones que producen efectivamente vicios y desórdenes capaces de turbar la armonia, la decencia, el placer social, y causar perjudiciales consecuencias al interés privado y al público.

*Recomendadas por consiguiente la verdad y virtud* en la fábula cómica, mediante la censura de los vicios del entendimiento y del corazon, desempeñará el poeta el objeto de utilidad general que debió proponerse. Enseña la verdad, cuando apoyada su doctrina en los conocimientos de la física, en el exacto raciocinio de la filosofía, que preside á las ciencias, en los sucesos que eterniza la historia, en la critica y buen gusto de la literatura y de las artes, rectifica los errores adquiridos en la enseñanza de malos estudios, ó en el ejemplo de personas preocupadas ó estúpidas; y el pueblo, á quien habitualmente rodea espesa nube de ignorancia, halla en el teatro la única escuela abierta para él, donde se le desengaña sin castigarle, y se le ilustra cuando se le divierte.

En la comedia se recomienda la virtud haciéndola amable, como efectivamente lo es; pintando en otros hombres pasiones generosas ó uernas, que haciéndolos superiores á todo otro interés menos laudable, los determinan á proceder en las varias combinaciones de la vida segun los principios de la justicia, de la prudencia, de la humanidad y del honor lo piden. Cuantos vicios risibles infestan la sociedad, otros tantos descubre la comedia para inducirnos á conocerlos y evitarlos, al mismo tiempo que nos acuerda las obligaciones que debemos desempeñar en el trato del mundo para evitar los peligros que á cada paso nos presenta, para merecer por una conducta irreprehensible la estimacion y el amor de los buenos, para hallar en el testimonio de nuestra conciencia el mas poderoso consuelo, la mas segura proteccion contra los accidentes de la fortuna ó la injusticia de los hombres.

Tales fueron los principios generales que Moratin creyó convenir al teatro cómico; pero debia pasar mas adelante el que tomaba sobre sí el empeño de reformar el nuestro. Su propia observacion le dió á conocer que si el arte es suficiente para evitar el error, no basta él solo

para producir los aciertos : estos nacen de otro origen ; no los aprende el poeta, los halla en sí ; no los adquiere á fuerza de instruccion, la naturaleza se los da. Espliquen los que hayan llegado á saberlo, cual sea la causa de que en unos individuos sí, y en otros no, se hallen facultades tan diferentes, que hacen imposible á estos lo que aquellos encuentran fácil y genial ; baste la persuasion de que efectivamente reside en determinados sujetos una peculiar aptitud mental, que les hace percibir lo que para otros muchos, dotados á lo que parece de la misma disposicion orgánica, permanece ignorado y oculto. Este sentido, este particular instinto (si algun nombre ha de dársele) es el que ha producido hasta ahora los eminentes profesores en las artes de imitacion. A él se deben la *Venus* de Médicis y el *Apolo* de Belvedere ; Velazquez, guiado por él, supo pintar el aire ; por él Moliere halló el verdadero carácter de la comedia ; por él Rossini en sus inesperadas combinaciones armónicas añade á la música nuevos encantos. Si esta facultad creadora existió en Moratin para dar á sus composiciones dramáticas aquella facilidad difícil, aquella fuerza de espresion, aquel espíritu de vida, aquella constante apariencia de verdad, sin la cual nada es tolerable en la escena, la posteridad justa sabrá decidirlo.

En el éxito que tuvieron sus obras cómicas, representadas y leídas, vió logrado el fin que se propuso al componerlas. Dió en ellas el ejemplo práctico de que la observancia de las reglas asegura el acierto, si el talento las acompaña ; y que el arte dramática, como todas las demás, resulta de principios certísimos é inalterables, sin cuyo conocimiento los mejores ingenios se precipitan y se malogran. Quiso imitar el atrevimiento laudable de Corneille y de Moliere, que haciéndose superiores á las ideas comunes de su siglo, crearon la tragedia y la comedia en Francia. No pactó con los errores vulgares ; no aspiró á una celebridad fácil de adquirir ; quiso dar á su nacion modelos dignos de ser imitados por los que sigan después tan árduo camino, y si no bastó su talento á igualar deseos tan generosos, merece á lo menos la gloria de haberlo intentado. Cuando haya en España buenos estudios ; cuando el teatro merezca la atencion del gobierno ; cuando se propague el amor á las letras en razon del premio y el honor que logren ; cuando cese de ser delito el saber, entonces (y solo entonces) llevarán otros adelante la importante reforma que él empezó.

Quiso tambien desmentir de una manera victoriosa las equivocaciones en que han incurrido no pocos extranjeros que han escrito acerca de nuestro teatro, creyendo hallar en el carácter nacional las causas de su corrupcion, acumulando errores sobre este supuesto, copiándose unos á otros, y obstinándose en decidir magistralmente sobre el mérito científico de una nacion, sin conocer la historia de su literatura, sus costumbres ni su lengua, sin querer preguntar jamás lo que ignoran á los únicos que les pudieran instruir.

Cuando hablan del teatro español exageran su irregularidad, el espíritu caballeresco que le domina, los caracteres fantásticos, el enredo complicado, los incidentes imposibles de que se componen sus fabulas, escritas, á lo que ellos dicen, con estilo oriental, ditirámico, erizado de metáforas, equívocos y sutilezas, redundante, hinchado, tenebroso, *ampullas et sexquipedalia verba*. Tal es la pintura que hacen de él ; y confundiendo las épocas en razon de su mucha ignorancia, han atribuido y atribuyen á los españoles que hoy viven el mismo depravado gusto que reinaba dos siglos ha. Nos echan en cara nuestra decidida inclinacion á los autos sacramentales, y el placer con que vemos imitados en accion dramática los misterios de la religion, olvidándose de que hace ya setenta años que no se representan tales dramas en ninguno de los teatros de España. Nos citan una comedia de *San Amaro*, cuya accion dura doscientos años, y un auto que acaba con el *Ite missa est* ; y no añaden que no hay un solo español ni extranjero que haya visto jamás en nuestra escena la representacion de tal comedia ni de tal auto.

¿ Qué dirian si juzgásemos el teatro francés por sus antiguas moralidades y sus misterios ? ¿ ó si para apreciar el talento cómico de Moliere les citáramos el saco de Scapin, la trasformacion de M. Jourdain en Mamaouchi, los cuernos de Sganarelle, el aguavá de Trufaldin, la materia copiosa y laudable de Lucinda, las deposiciones de Argante y las jeringas de Pourceaugnac ? ¿ Qué dirian, si callando los aciertos de Goldoni, de Albergati, de Metastasio, de Monti, del terrible Alfieri, nos acordásemos únicamente de los voluntarios desatinos con que infestó el conde Gozzi los teatros de su nacion ? ¿ si no halláramos otros ejemplares que citar que el de *Arlequin tragado por la ballena*, *Arlequin que nace de un huevo*, *el príncipe Taer convertido en piedra*, ó la *Dama serpiente*, piezas no ignoradas, como la de *San Amaro*, no sepultadas en el polvo de las bibliotecas, como nuestros autos, sino repetidas frecuentemente en las principales ciudades de Italia, en donde los que hoy viven han podido verlas no pocas veces ?

Pero no solo dan por supuesto que la escena española permanece en un estravagante des-  
arreglo, sino que se adelantan á negarnos hasta la posibilidad de la enmienda. « Como la co-  
media tiene por objeto las acciones de personas inferiores y humildes, no siendo esto con-  
forme con el carácter altivo de los españoles, puede asegurarse con verdad que la comedia  
nunca tuvo cabida en España. — Ningun español ha podido sujetar su talento á la unidad de



• lugar. No quieren los españoles salir del teatro conmovidos de ningún afecto de desprecio, de odio ó de amor : les parecería vergonzoso perder en una representación su natural indiferencia. — Como la galantería de los españoles ha sido heredada de los moros, les ha quedado á aquellos un cierto sabor de Africa, de que no han participado las demás naciones. • Esto dice el abate Cuadrio en su *Historia poética*. «La mezcla de bufonesco y serio, de trágico y cómico, de caballeresco y popular agrada estremadamente á los españoles. • Esta observación es del P. Caymo, autor de la obra intitulada *El vago italiano*. «La verdadera comedia no ha sido conocida nunca de los españoles, que no saben reir sin gravedad, ni toleran en el teatro personas vulgares sino acompañadas con los héroes. • Este rasgo de crítica es del abate Bettinelli. «En la comedia aprecian siempre los españoles los enredos de Calderon, Rojas, Moreto y otros autores del mismo género, y durará este aprecio mientras sus fábulas tengan una relación general con las costumbres. — Si en España no se aplican a pintar los caracteres y ridiculeces de la sociedad, que tanto nos agradan en Moliere, consiste en que de algunos siglos á esta parte la sociedad no ha dejado de ser en España lo que antes era. • Esto escribía M. La Harpe en el año de 1797.

¿Para qué citar mas? El público español, aplaudiendo las comedias de Moratin, responde a tan atropelladas censuras. En España se llama comedia nacional la que pinta costumbres españolas; y el gusto dominante en la Península (como en todo lo restante de Europa) es el de ver copiados en el teatro los originales que se encuentran á cada paso en el trato comun. El desarreglo no es nacional, no lo ha sido nunca en ninguna parte, á no suponer que exista una nación de estúpidos, en quienes no produce deleite la imitación de la verdad. El desarreglo es meramente accidental y transeunte en todas partes, con mas ó menos duración. Decir que en España se aprecian las comedias antiguas porque las costumbres no se han mudado, es hablar con tanto desacuerdo como si se tratara de un país remoto y casi desconocido. Precisamente por haberse mudado las costumbres, por no parecerse ya los españoles que hoy viven á los que existieron dos siglos ha, las comedias escritas en aquel tiempo han decaído de la estimación que tuvieron, y desaparecerán del todo á proporción del número de piezas modernas que vaya adquiriendo el teatro. El público español, que tiene por muy nacionales las comedias de Moratin, ha visto en ellas la pintura fiel de nuestros usos y costumbres, de nuestros actuales vicios y errores. Ha visto que un español ha sabido sujetar su carácter altivo á tratar acciones domésticas, reducirlas á las temidas reglas de unidad, y aun algo mas que esto. Ha visto que no hay en sus fábulas personas heroicas, ni mezcla de bufonesco y serio, de trágico y cómico, de caballeresco y popular. Ha visto que en su representación se apasionan los espectadores, lloran ó rien, segun el autor quiso que lo hiciesen, y que no les es posible conservar aquella inmovilidad de estatuas con que el bueno del abate Cuadrio nos caracteriza. Ha visto por último en las citadas piezas la observancia mas rigurosa del arte, unida á muchos de los primores que se admiran en nuestro antiguo teatro, y no se dice que nadie haya percibido en ellas hasta ahora ningún sabor ni resquemio africano, oriental ni francés.

Hubo una época en que algunos jóvenes, mal instruidos en sus primeros estudios, sin conocimiento de la antigua literatura, ignorantes de su propio idioma, negándose al estudio de nuestros versificadores y prosistas (que despreciaron sin leerlos), creyeron hallar en las obras extranjeras toda la instrucción que necesitaban para satisfacer su impaciente deseo de ser autores. Hiciéronse poetas, y alteraron la sintaxis y propiedad de su lengua, creyéndola pobre, porque ni la conocían ni la quisieron aprender; sustituyeron á la frase y giro poético, que la es peculiar, locuciones peregrinas é inadmisibles; quitaron á las palabras su acepción legítima, ó las dieron la que tienen en otros idiomas; inventaron á su placer, sin necesidad ni acierto, voces extravagantes que nada significan, formando un lenguaje oscuro y bárbaro, compuesto de arcaísmos, de galicismos y de neologismo ridiculo. Esta novedad halló imitadores, y el daño se propagó con funesta celeridad. Por ellos dijo Capmany : «Estos bastardos españoles confunden la esterilidad de su cabeza con la de su lengua, sentenciando que no hay tal ó tal voz, porque no la hallan. ¿Y cómo la han de hallar, si no la buscan ni la saben buscar? ¿Y dónde la han de buscar, si no leen nuestros libros? ¿Y cómo los han de leer, si los desprecian? Y no teniendo hecho caudal de su inagotable tesoro, ¿cómo han de tener á mano las voces de que necesitan?»

A la ignorancia de la lengua se añadió la del arte de componer; falta de plan poético, pobreza de ideas, redundancia de palabras, apóstrofes sin número, destemplado uso de metáforas inconexas ó absurdas, desatinada elección de adjetivos, confusión de estilos, y constante error de creer sencillo lo que es trivial, gracioso lo que es pueril, sublime lo gigantesco, enérgico lo tenebroso y enigmático. A esto añadieron una afectación intolerable de ternura, de filantropía y de filosofismo, que deja en claro el artificio pedantesco, y prueba que tales autores carecieron igualmente de sensibilidad que de doctrina.

Si en las obras sueltas de Moratin no se advierten extravíos de igual naturaleza, no por eso pudo lisonjearse de haber llegado á la perfección, que siempre huye del anhelo con que los



ombres la solicitan: nada hay perfecto. Nunca aspiró á la gloria de poeta lírico; pero iso algunas obras en este género para desahogo de su imaginacion y sus afectos, ó p sponder agradecido á los que estimaban en algo las producciones de su pluma. Si te ramo de la poesia los mejores ejemplos de la antigua y moderna literatura; cultivó ia con aplicacion infatigable; evitó los errores que veía difundirse y aumentarse diaria laudidos por la ignorancia y la falsa critica, y sostenidos por la autoridad, que con icazmente á propagarlos; pero ni desconoció la distancia á que se hallaba del acierte n grande su amor propio que le hiciese olvidar cuán difícil es adquirir en el Parn: ronas (16).

(16) Concluye Moratin este discurso preliminar con la posicion de sus doctrinas sobre el teatro, y la relacion los esfuerzos que hizo para nacionalizar las leyes que ron los antiguos preceptistas, y habian despreciado estos ingenios españoles como trabas sobrado emba osas. Pero al paso que en el catálogo que sigue á este curso comprende las composiciones dramáticas hasta año de 1823, ningun juicio emite acerca de las que aecieron después que él empezó á escribir, tarea que abablemente le repugnaria; supuesto que á la delicaza de toda cuestion sobre autores contemporáneos, se regaba la circunstancia de ser todos inferiores á él; r lo cual cualquier critica hubiera tenido el doble viso rivalidad y de magisterio. En vista del buen éxito que bian logrado las producciones de Moratin, parece que chos hubieran debido animarse á imitarle, para com rir su gloria. Sin embargo, fueron muy pocos. En la gedia clásica hicieron tentativas dignas de alabanza enfuegos, Quintana y algunos otros. En la comedia aun é mas escaso el fruto de su ejemplo. Disminuida no lemente la aficion á las comedias antiguas, que eran tes el embeleso del pueblo, para que su representa on no chocara tan de frente con las ideas dominan ; se hicieron de ellas numerosas refundiciones, unas ertadas, otras caprichosas y sin conocimiento. Fuera de to, los teatros eran abastecidos casi esclusivamente por ducciones francesas, muchas de ellas dadas como ori ales ó como imitaciones, sin mas artificio que la mu nza de nombres en las personas y en los lugares. Era to ya tan sabido, que todo autor que daba al público al na composicion propia, tenia buen cuidado de añadir titulo: *comedia original*. La aparicion de una de estas

era un verdadero acontecimiento literario; y de de las niñas hasta *La Hija en casa y la madre e cara*, de don Francisco Martínez de la Rosa, rep en 1821, poquisimas novedades ocurrieron digna cion. Después de 1823, en que termina el catálo los últimos destellos de la escuela clásica que hi cir algunos autores de edad ya proveya, buen i jóvenes de ardiente imaginacion se arrojaron aní poesia dramática, precedidos de don Manuel Bre Herreros, que por la facilidad de su diálogo y por didad de sus composiciones vino á ser el Scribe y señaló el tránsito de una á otra escuela; pues tarse de la sencillez terenciana en sus argume tauró las galas de la rima, que se habian consid mo peligrosas por los reformadores del teatro. tiempo se verificó la irrupcion romántica, que antigua disciplina, ensanchando el campo del i tes comprimido por la severidad de las tres u desde entonces tenemos ya un teatro nacion: debe avergonzarse de entrar en comparacion: bellezas y bastante sobrio en libertades. No desc en este lugar la actual abundancia, ni la pasada. Somos alguna vez comentadores, y no continu las obras de Moratin. Lo que después de él fué español, lo escribirá mas docta pluma. Sentim lo haya hecho el citado señor Martínez de la Rosa cluye su relacion en el tiempo en que se *Café*. «Ponemos (dice) la citada comedia por « » historia de nuestra dramática, como una de es. » que suelen colocarse en los caminos, las cuales » á un tiempo la distancia que falta por andar, » la senda que debe seguirse.»



## PIEZAS DRAMATICAS PUBLICADAS EN ESPAÑA DESDE EL PRINCIPIO DEL SIGLO XVIII

HASTA LA EPOCA PRESENTE (1823).

En este catálogo se ha procurado observar, cuanto es posible, el órden cronológico. En él se incluyen las piezas dramáticas de representación ó de música que se han visto en los teatros de España, ó se han publicado impresas desde el principio del siglo XVIII hasta la época presente (1).

Las que van señaladas con estas letras A. A., ó son efectivamente anónimos, ó se han colocado en esta clase por no haber tenido el colector noticia de sus autores. Las tragedias van distinguidas con una T, las óperas con una O, las zarzuelas con una Z.

*Don Tomás Genis.* Adquirir para reinar; Triunfos de Felipe V y glorias de Gabriela.

*Don Rodrigo Pedro de Urrutia.* Rey decretado del cielo.—Astucias de Lucifer.—La Violencia por castigo, y la hermosura por premio.

*Don Juan de Vera y Villarreal.* Felipe V en Italia.—Mujer, ángel y milagro.—El Patron de Salamanca.—La Perla de Cataluña y peñas de Monserrate.—San Juan de Sabagun.—Cuanto cabe en hora y media.—La Corona en tres hermanos.—Mas triunfa el amor rendido.

A. A. Al freir de los huevos.—El rey don Pedro en Lisboa.—Sueños hay que son verdades, y Felipe V en Estremadura.—El Sueño del perro.—Hacer la cuenta sin la huésped. Z.—Ópera escénica á la entrada de la señora doña Luisa Isabel de Borbon, princesa de Asturias.—Los Encantos de Amenon. Z.—El Infante don Carlos en Sicilia, y Felipe V en Sevilla.—Arcas y Calisto. Z.—Los amores de la Aurora. Z.

*Don Francisco Pizarro Piccolomini, marqués de San Juan.* Cinna. T.

*Don Juan Bernardino Rujo.* El Amor correspondido sin poder lograr su centro.

*Don Francisco Gomez de Acosta.* Póngala nombre el discreto.

*Don Melchor Fernandez de Leon.* Conquista de las MoLucas.—Los dos mejores hermanos.—El Veneno en la guirnalda.—Icaro y Dédalo.—El primer templo de amor.—San

Francisco de Borja.—No hay amor como fingir.—Endimion y Diana.—Los tres mayores prodigios.—San Justo Pastor.—El Sordo y el Montañés.—Venir el amor al mundo.

*Don Diego de Torres y Villarreal.* El Hospital en que cura amor de amor la locura (2).

*Don Jerónimo Guedeja y Quiroga.* Nuestra Señora de los Reyes.—La Mejor luz de Sevilla.—Si toda la vida es sueño, en el sueño está la muerte, y el Asombro de Palerm.

*Don Francisco Salgado.* Nuestra Señora de la Luz.—Araspes y Pantea. Z.

*Don Antonio Tellez de Acevedo.* Glorias de Jesus cautivo, y Prodigios del rescate.—Los Bandos de Luca y Pisa.—La Margarita del Tajo que dió nombre á Santarén.—Santo Colomba, primera y segunda parte.—El Muerto disimulado.—La Mozuela del sastre, ó No hay disfraz en la nobleza.—La Gracia contra la culpa, y Primer mártir de Cristo.—Dicha y desdicha del juego.—El Peregrino en su patria milagroso enfermero, san Roque.

*Don Marcos Lanuza.* Las Bélides. Z.—Celos vencidos de amor.

*Don Pedro Scoti de Agoiz.* Apolo y Leucotoe. Z.—Los Juicios del cielo, no examinarlos y obedecerlos.—Filia y Demofonte. Z.—El Primer blason de Israel.

*Don Antonio de Zamora.* Todo lo vence el amor.—El Hechizado por fuerza.—Mazariegos y Monsalves.—El Custodio de la Hungria, san Juan Capistrano.—La Doncella de Orleans.—Aspides hay basiliscos. Z.—Judas Iscariote.—Poloir misa y dar cebada nunca se perdió jornada.—Cada uno es linaje aparte, y los Mazas de Aragon.—Siempre hay que envidiar amando.—Amar es saber vencer, y el Arte contra el poder.—Columna sobre columna.—Amor es quinto elemento.—El Blason de los Guzmanes, y Defensa de Tarifa.—Con bellezas no hay venganzas.—La Destruccion de Tebas.—Con música, y por amor.—Desprecios vengan desprecios.—La Fe se firma con sangre.—La Honda de David.—Don Bruno de Calahorra.—El Indiano perseguido.—El Lucero de Madrid, san Isidro Labrador.—Duendes son lo

(1) Dice la advertencia puesta á la edicion primitiva de París, que el presente catálogo comprende cuanto se ha publicado en España en este género en todo el siglo anterior y en los años que van pasados del presente, y que si bien es el mas completo que hasta entonces se habia hecho, admite sin duda, como todas las obras de tal naturaleza, correcciones y aumento. A pesar de esto la Academia de la historia en su edicion, en lugar de añadir artículos á la lista, suprimió bastantes por respetos que eran muy poderosos en aquel tiempo, pero que han cesado después. La coleccion del señor Ochoa siguió á la Academia; pero hemos creído mas propio de la nuestra atenernos al texto reconocido por el autor. Aun cuando perteneciéramos á algun partido político, nos despojaríamos de él, tratando de recoger documentos para la imparcial historia de la literatura española; y si bien el breve trienio constitucional de 1820 á 1823 produjo poco notable en el género dramático de circunstancias, estamos persuadidos de que esto poco no desmerece ser examinado, ó siquiera conocido por curiosidad. Sin alterar ni interrumpir el órden que se propuso el autor, citamos por medio de notas los títulos de algunas composiciones que no llegaron á su conocimiento, y el nombre de algunos autores que da por anónimos, y hemos podido averiguar. Estamos muy distantes de creer que con esto quede completo el trabajo; pero habremos facilitado algun tanto el de quien emprenda la historia documentada de nuestro teatro, que segun dijimos está todavía por escribir.

Debemos observar que una buena parte de las piezas dramáticas de la segunda mitad del siglo anterior y del primer tercio del actual, son traducciones, imitaciones ó refundiciones del teatro francés, por cuyo medio hemos recibido de segunda mano algunos auxilios del alemán.

(2) Don Diego de Torres compuso otras piezas dramáticas de corta extension que ocupan el tomo IX de la coleccion de sus obras (Madrid 1795), y al parecer se representaron por aficionados en Salamanca y Leon. Tales son: El Juicio de París y Robo de Elena. Z.—La Armonia en lo insensible y Eneas en Italia. Z.—Balle de la Ronda al uso.—Sainete balle de negros.—Sainete de los Jitanos.—Sainete de la taberna de la puerta de Villamayor.—Sainete del Valentin.—Sainete de la Peregrina.—Sainete del miserable.—Fiesta de gallos y Estafermo en la Aldeguela.—Diálogo entre un sordo médico y un vecino gangoso.—Y otros intermedios, intróitos y fines de fiesta sin título, ó dedicados á alguna solemnidad doméstica de sus amigos.

alcabuetes, y el Espíritu fueto, primera y segunda parte.—Matarse por no morirse.—El Templo vivo de Dios.—La Mística monarquía.—Preso, muerto y vencedor, todos cumplen con su honor, y Defensa de Cremona.—No muere quien vive en Dios.—Ser fino y no parecerlo.—No hay mal que por bien no venga.—Don Domingo de don Blas.—El Primer Inquisidor, san Pedro martir.—Quitar de España con honra el feudo de las doncellas.—El Triunfo vivo de Dios.—Viento es la dicha de amor. Z.—Victoria por el amor. Z.

*Don N., conde de Clavijo.* Júpiter y Io. Z.—Celos vencidos de amor.

*A. A. La Elisa.* Z.—El Rapto de Ganimedes. Z.—La Traición necesitada, y Fortuna de Tequeli.—Antes difunta que ajena. Z.—No todo indicio es verdad, Pelope y Laodamia. Z.—Triunfo y error de los celos y el amor. Z.

*Don Tomás de Anorbe y Corregel.* La Virtud vence al destino.—La Tutora de la Iglesia y Doctora de la ley, primera, segunda y tercera parte.—Los Amantes de Salerno.—El Caballero del cielo.—El Duende de Zaragoza.—Cómo luce la lealtad a vista de la traición, ó la Hija del Senescal.—El Daniel de la ley de gracia y Nabuco de la Armenia.—La Eucantada Melisendra y Piscator de Toledo.—Júpiter y Danae. Z.—Nulidades del amor.—La Oveja contra el pastor, y tirano Boleslao.—El Paulino. T.—Princesa, ramera y mártir, santa Afra.—El poder de la razón.

*Don Felice Rodríguez de Ledesma.* El Monarca mas prudente.—El Cuchillo de sí mismo.

*Don Juan Salvo y Vela.* El Mágico de Salerno Pedro Vayalarde, primera, segunda, tercera, cuarta y quinta parte.—El Laurel de Apolo.—También hay duelo en los santos.—La Manzana de oro. Z.—San Antonio de Padua.

*Don Diego de Aguayo.* Querer sabiendo querer, y gran reina Trinacria.

*Don Bernardino José de Reinoso y Quinones.* Quitar el cordel del cuello es la mas justa venganza, ó el Pobre fundador del hospital mas famoso, el venerable Anton Martin, primera y segunda parte.—La Sacra esposa de Cristo y doctora de su Iglesia, santa Catalina.—El Sol de la fe en Marsella y conversion de la Francia, santa María Magdalena, primera y segunda parte.

*Don N., conde de Atarés.* Apolo y Driope. Z.

*Don José de Canizares.* La Boba discreta.—Carlos V sobre Tunez.—Abogar por su ofensor, y baron del Pineli.—Acis y Galatea. Z.—El Asombro de la Francia Marta la Remorantina, primera, segunda, tercera y cuarta parte.—El Valor como ha de ser.—Las Nuevas armas de amor.—El Asturiano en la corte y músico por amor.—La mas ilustre fregona.—A un tiempo rey y vasallo.—La Viva imagen de Cristo.—Montes afirma el desdén. Z.—El Anillo de Giges, primera, segunda y tercera parte.—La Ventura por la voz.—La Muerta viva, santa Cristina.—Las tres Comedias en una.—A cual mejor, confesada y confesor.—También por la voz hay dicha.—La mas amada de Cristo, santa Gertrudis la Magna, primera y segunda parte.—Las Amazonas de España.—El Angel del Apocalipsi.—Lo que va de cetro y crueldad de Inglaterra.—Telémaco y Calipso. Z.—Amando bien no se ofenderá un desdén.—El Santo niño de la Guardia.—Milagro es hallar verdad.—Angélica y Medoro. Z.—Lo que vale ser devoto de san Antonio de Padua.—El Sol de occidente.—La Invencible castellana.—El Sacrificio de Ifigenia, T., primera y segunda parte.—Amor es todo invencion.—Si una vez llega á querer la mas firme es la mujer.—Las Cuentas del Gran Capitan.—Castigar favoreciendo.—Yo me entiendo y Dios me entiende.—No hay con la patria venganzas, y Temistocles en Persia.—El Picarillo en España.—Un Precipicio con otro.—Clicie y el Sol. Z.—Cumplir á un tiempo quien ama con su Dios y con su dama.—El Príncipe don Carlos.—El Prodigio de la Sagra.—De leve chispagran fuego.—Por acrisolar su honor competidor hijo y padre.—El Pleito de Hernán Cortés con

Pánfilo de Narvaez.—De comedia no se trate, allá va ese disparate.—Ponerse hábito sin pruebas, y guapo Julian Romero.—Don Juan de Espina en Madrid.—Don Juan de Espina en Milan.—El Rey Enrique el Enfermo.—Cuál enemigo es mayor, el destino ó el amor.—La Hazaña mayor de Alcides.—El Dómine Lucas.—De los encantos de amor la música es el mayor, y el Montañés en la corte.—Hasta lo insensible adora.—Apolo y Climene. Z.—El imposible mayor en amor le vence amor.—El Cantero de Constantinopla.—El Honor da entendimiento y el mas bobo sabe mas.—Santa Francisca Romana.—La Heróica Antonia Garcia.—Fieras afemina amor.—El estrago en la fineza.—Sin caridad no hay fortuna.—El Monstruo Napolitano ó el error y el escarmiento.—Santa Brigida.—Fortuna te dé Dios, hijo.—San Vicente Ferrer, primera y segunda parte.—El Dichoso Bandalero.—Santa Juana de la Cruz.—La Vida del gran tacaño.—La Señora Mariperez.—La Banda de Castilla, y privado perseguido.—Pedro Urdemalas.

*Don Francisco Scotti de Agotz.* Las Hazañas de Juan de Arévalo.—El Valor nunca vencido.—El Triunfo mayor de Alcides.

*Don N., conde de las Torres.* Decio y Araclea. Z.

*Juan Hidalgo.* El Monstruo de Barcelona.—Muzárabes de Toledo.—El Niño Dios en Egipto, y mas dichoso hadron.

*Don Luis de Oriado.* Los sucesos de tres horas.

*Don Juan de Benavides.* Apolo y Dafne. Z.—El Marte español.—Nuestra Señora del Mar.

*Fr. Juan de la Concepcion.* Guerra y paz de las estrellas.

*Don Eugenio Gerardo Lobo.* El mas justo rey de Grecia.—Los Mártires de Toledo y Tejedor Palomeque (3).

*Vicente Guerrero.* El Valiente Negro en Flandes, segunda parte.

*Marcos de Castro.* Disparates concertados dicen bien en todo tiempo.

A. A. Armida aplacada. O.—Angélica y Medoro. O.—El Vellon de oro. O.—Polifemo y Galatea.—Artajerjes. O.—Demofonte. O.—Demetrio. O.—Dido abandonada. O.—Siroe. O.—Niteti. O.—El Rey pastor. O.—Adriano en Siria. O.—Semiramis reconocida. O.—El Héroe de la China, O., etc.

*Don Ignacio de Luzán.* La Razon contra la moda.—La Clemencia de Tito. O. (4).

*Don Juan de Trigueros.* Británico. T. (3).

*Don Agustín de Montiano y Luyando.* Virginia. T.—Ataulfo. T.

*Don Eugenio de Llaguno y Amtola.* Atalia. T.

*Don Antonio Merano y Guzman.* En vano el poder persigue á quien la deidad protege, y mágico Apolonio.

*Don Manuel Daniel Delgado.* Cómo se engañan los celos.

*Don Antonio Camacho y Martinez.* Vida y muerte de Thamas kautilkan.

*Don José de Lobera y Mendieta.* La Mujer mas penitente y espanto de caridad, la venerable hermana Mariana de Jesus, hija de la V. O. T. de penitencia de N. P. S. Francisco de la ciudad de Toledo.—Sin el oro pierde amor imperio, lustre y valor.

*Don Nicolás Gonzalez Martinez.* La tragedia anunciada es menor sucedida que esperada.—Dar honor el hijo al padre, y al hijo una ilustre madre.—Santo, esclavo y rey a un tiempo.

(3) Don Eugenio Gerardo Lobo escribió tambien una los titulada: El Triunfo de las mujeres, que se halla entre sus obras (Pamplona, 1729).

(4) Don Ignacio de Luzán tradujo en verso el Artajerjes de Metastasio; pero no lo imprimió; y una comedia italiana, llamada las Ceremonias de Aurelia. En 1742 compuso, hallándose en Monzon, una comedia, la Virtud coronada, para representarse en la casa de ayuntamiento. (Lassus, Biblioteca nueva de escritores aragoneses, tomo v.)

(5) Esta traduccion con un extenso prólogo se publicó en 1723 con anagrama de don Saturnio de Ipuren

*mel de Iparraguirre.* El Enfermo imaginario.—10.

*onio Frumento.* Sastre, rey y reo á un tiempo, de Astracau.—En vano es querer venganzas por pasiones vence.—Lances de amor, desdeñ

*Fernandez Bustamante.* Al andar fortuna ayuda. r la ciencia vence.—No siempre el destino venio imperio amor domina, y Principes encubiertos. e la fe en su oriente, y conversion de Irlanda.—r perfeccion se encuentra el mejor estado, santa e Polonia.—Azote de la herejia y espejo de la i Jacome de la Marca.—Celos, aun imaginados, al precipicio, y mágico Diego de Triana.—El le Arjel, y mágico Mahomad.

*onio Pablo Fernandez.* El Angel lego y pastor, al Bailon.—Los dos amantes mas finos, Piramo —La Prudencia en la niñez.

*mon de Arellano y Crus.* Antorcha del querer sturas de Himeneo.

*ancisco Sierra.* Convertirse un gran pesar en la gría.

*é Benegasi y Lusán.* Llámennla como la llamen. *sebio Ruiz Ruiz.* No hay artes contra el amor, ue todo es mi sangre.

*rando Jugazis Pilotos.* Combates de amor y b).

*cas Merino y Solares.* El Muerto resucitado.

*nuel Vela.* Casarse por golosina.

*nuel Lassala.* José descubierto á sus hermanos. T. ocho Abarca. T.

*tonio Gonzalez de Leon.* El hijo de Ulises.

*colas Fernandez de Moratin.* La Petimetra.—Lu.—Hormesinda. T.—Guzman el Bueno. T.

*é Cadahalso.* Don Sancho García. T.

*é Clavijo y Fajardo.* La Feria de Valdemoro. Z. iaca. T.—El Heredero universal.—El Vanaglo- eltran en el serrallo.

*blo Olavide.* Celmira. T.—Hipermenestra. T.—r francés.

*spar de Jovellanos.* El Delincuente honrado.—T.

*acio Lopez de Ayala.* Numancia destruida. T.

*in Lopez Sedano.* Jabel. T.—El Misántropo.

*tonio Bazo.* La Criada mas leal.—Los tres mag- digios en tres distintas edades, y origen carmeli- Hijo de sus obras, y empeños de una banda.—El

—Merope y Polifonte.—El Caballero y la Dama.—

—avaro.—La Verdad en el engaño.—Sacrificar el las aras del honor es el mas heroico amor, Cleo- metrio.—La Piedad de un hijo vence la impiedad

fre, y real jura de Artajerjes.—Paz de Artajer- recia.

*mas Sebastian y Latre.* Británico. T.—El Pare- rogne y Filomena. T.

*iloctetes.* T.—Los dos mas finos amantes des- por amor, ó victimas de la infidelidad.—Ha- iz y privanza.—Nobleza de un fiel amigo, y pre- traicion.—Riesgo, esclavitud, disfraz, ventura,

oidad.—La Majestad en la aldea. Z.—Por socor- madre, venderse un hijo al suplicio.—Entre el

amor, el honor es lo primero.—Amor destrona

, y rey muerto por amor.—Dar ser á su propio

Osman.—El Padre de familia (7).—Gianguir. T.—

y buen corazón.—No hay mudanza ni ambicion

y verdadero amor, ó el Rey pastor.

e anagrama de don Juan Francisco del Postigo, que hizo una de la Zaira de Voltaire en el año de 1765. (Véase el prólogo de Huerta.)

adre de familia, de Diderot, hizo una traduccion el marqués cios, otra don Francisco Rodriguez de Ledesma, y última- don Juan de Estrada.

*Don Francisco Mariano Nifo.* El Juicio de una mujer hace al marido discreto.—La Casa de moda.—Ipsipile y Jason.—Dios protege la inocencia, Elvira reina de Navarra.—No hay en amor fineza mas constante, que dejar por amor su mismo amante, ó la Nineti.

*Don Joaquin de San Pedro.* El Enfermo imaginario.

*D. F. T. R.* Siempre triunfa la inocencia.

*Don Vicente Garcia de la Huerta.* Lisi desdefiosa, ó el Bosque del Pardo.—Raquel. T.—Agamenon vengado. T. La Fe triunfante del amor y cetro, ó la Jaira. T.

*José Valles.* Propio es de hombres sin honor pensar mal y hablar peor.—El mas temido andaluz.—La Margarita.—No hay fiera mas irritada que una mujer indignada.

*Don Enrique Ramos.* El Guzman. T.

*Don Narciso Solano y Lobo.* El Amazona de Mongat y Aventuras de Tequell.—Merecer por sí la suerte quien por sí la desmerece.—El Job de la ley de gracia.—Premios son venganzas de amor.

*A. A.* El Tambor nocturno.—Clelia triunfante en Roma.

—La Buena Nueva.—Zaira. T.—La Criada mas sagaz.—Meroe. T.—La Esposa persiana.—El Jugador.—Agame- non. T.—Siroe. T.—La Escuela de las madres.—La En- ferma por amor.—Pancha, primera y segunda parte.—El

Mágico Federico.—Witing. T.—Hamlet, rey de Dinamar- ca. T. (8).—Ester. T.—A un tiempo esclavo y señor, y mág- ico africano.—Fedra. T.—No hay traidores sin castigo ni

lealtad sin lograr premio, Mecencio y Flaminio en Roma. T.

*Don N. Mello.* (9). Entre los riesgos de amor sostenerse con honor, ó la Laureta.

*Don N. Martínez* (10). Gustavo Adolfo, rey de Suecia.

*Don Antonio Razano.* Acriolar el dolor con el mas al- lial amor.

*Don N. Moren* (11). Buen Amante y buen Amigo.

*Don N. Maldonado* (12). Triunfos de lealtad y amor, ó la Cleonice.

*Don N. Ripoll.* Cegar al rigor del hierro.—Antídoto de la Grecia.—Ingenio y representante, san Ginés y san Clau- dio.—Marta aparente.

*Don Bruno Solo y Zaldívar.* Triunfo de amor y lealtad, y traidor en la apariencia.—Por cumplir una palabra der- ramar su propia sangre.—La Bella Pastora y ciudadana en el monte.—Los impacientes chasqueros y burladora bur- lada.—El Parecido en el trono, y Traicion por la venganza.

—El hombre busca su estrago, anuncia el castigo el cielo, y pierde vida ó imperio, Focas y Mauricio.

*Don José Cumplido.* Al amor de madre no hay afecto que le iguale, ó la Andrómaca.

*Don N. Carrillo* (15). También lidia una mujer con otra mujer por celos.

*Don Manuel Fermín de Laviana.* La afrenta del Cid ven- gada.—El Godo rey Leovigildo, y vencido vencedor.—Mor- ir por la patria es gloria, y Atenas restaurada.—La de- fensa de Sevilla por el valor de los godos.—Al desbom- heredado vence el honor adquirido.—Los Pardos de Ara- gon.—El Sol de España en su oriente, y toledano Molata.

—Triunfos de valor y honor en la corte de Rodrigo.—La Suegra y la Nuera.—El Pretendiente y la Mujer virtuosa.

—La Infútil Precancion y Barbero de Sevilla.—El Reo ino- cente.—Sigerico, primer rey de los godos.—La Española comandante.—La Vida indiferente, y esquilao de Cas- tilla.—El Tirano Gonderico.—La Toma de Septimoda por el conde Fernan Gonzalez.—La Bella Guayanesa.—La Res- tauracion de Madrid.—Valor y honor de Otomel.—La Buena Casada.—El verdadero herolano está en vencerse á sí mismo.

(9) He allí la traduccion del Hamlet de Dosto, que hizo don Ramon de la Cruz dándole el nombre de Hamlet?

(10) Es probablemente errata por Madame Abello.

(11) Es don Juan Manuel Martínez.

(12) Es doña Isabel María Moren.

(13) Es don Francisco Jován Maldonado.

(15) Es don Bernardo Vicente Lobo y Carrillo.

*Don Ramon de la Cruz Cano y Olmedilla.* Quien complace á la deidad acierta á sacrificar. — Briseida. Z. — El Prado viejo por la noche. — El Niño y la Niña. — La Pragmática, primera y segunda parte. — La Prueba feliz. — Eugenia. — La Escocesa. — Portentosos efectos de la naturaleza. — El Ensayo con empeño. — El Veneno fingido. — Las Mujeres defendidas. — Los Payos en la corte. — Mas puede el hombre que amor, ó querer á dos y ser firme. — Las Superfuidades. — Las Señorías de moda. — La Toruaboda en ayunas. — El Baile de repente. — El Casero burlado. — La Fiesta de pólvora. — Danzantes sin tamboril. — Los Abates vengados. — La Fuerza de la lealtad. — La Presumida burlada. — En casa de nadie no se meta nadie, ó el Buen marido. Z. — El Alcalde contra amor. — El Espejo de las modas. — El Barbero. — La Civilización. — Las Botellas del olvido. — El Marido discreto. — La Oposición á cortejo. — El Fénix de los hijos. — Los Baños inútiles. — La Casa de los linajes. — Las Máscaras de la aldea. — La Indiana. — La Embarazada ridicula. — El Fandango de candil. — El Duende. — La Hostería del buen gusto. — Las Labradoras de Murcia. Z. — La Falsa devota. — Talestris, reina de Egipto. T. — Las Petimetras. — Resultados de los saracs. — Los Convalecientes. — La Mesonerilla. Z. — Doncella, viuda y casada. — Los Propósitos de las mujeres. — La Noche buena en el monte. — El Pretendiente hablador. — El Italiano fingido. — El Chico y la Chica. — El Amigo de todos. — El Baile sin mescolanza. — El Padrino y el Pretendiente. — Los Maridos engañados y desengañados. — El Labrador y el Usia. — La Comedia de Valmojado. — La Giganta en Madrid. — El Divorcio feliz, ó la Marquesita. — Juanito y Juanita. — Los Destinos errados. — El Tordo hablador. — Los Hombres con juicio. — El Licenciado Farfulla. Z. — El Deseo de seguidillas. — Inesilla la de Pinto. — El Heredero loco. — La Señorita displicente. — El Cortejo escarmentado. — El Alcalde boca de verdades. — La Olimpiada. — Ramos de huésped. — Las Zagalas del Genil. Z. — Los Pobres con mujer rica, ó el Picapebrero. — El Porqué de las tertulias. — El Diabolo autor aburrido. — Los Fastidiosos. — La Amistad, ó el Buen Amigo. — El Refunfuñador. — La Tertulia de la estafa. — La Enferma de mal de boda. — Clementina. Z. — La Comedia casera. — El Almacén de novias. — La Feria de la Fortuna. — El Tio y la Tia. Z. — Las Tres Graciosas. — Los Payos y los soldados. — La Devoción engañosa. — La Merienda á escote. — La Isla de amor. Z. — La Centinela. — El Sombreroito. — Las Froleteras. — La Espigadera, primera y segunda parte. — El Abate Diente agudo. — Los Gigantones. — El Maestro de la niña. Z. — Los Picos de oro. — El Petimetre. — El Severo Dictador y vencedor delincuente, Lucio Papirio y Quinto Fabio. — La Comedia de carpinteros. — El Premio de las doncellas. — Los Segadores festivos. — El tio Tuétano. — Los Payos hechizados. — La Orquesta femenina. — El Marido sofocado. — Los Criados simples. — La Retreta. — Las Segadoras de Vallecas. Z. — El Mercader vendido. — La Maja majada. — La Discreta y la Boba. — El Dia de campo, primera y segunda parte. — Manolo. — Las Majas en el ensayo. — La plaza Mayor de Madrid por Navidad. — Los Abates y las Majas. — El Hospital de los tontos. — Bayaceto. T. — Los Novios espantados. — Las dos Viuditas. — El Casado por fuerza. — El Etranjero. Z. — El Mal de la niña. — Los Cazadores de lindas. — El Hablador. — Fineza de los ausentes. — Garzon fingido. — Músicos y danzantes. — La Fantasma. — El Careo de los majos. — La Escuela. — Las Damas apuradas. — Zara. — Donde dan las toman, ó los Zapateros y el Renegado. — Los Vaqueros de Aranjuez. — La Comedia de Maravillas. — La Bella Criada. — La Falsa devoción. — La Chupa hordada. — El Espejo de los padres. — Los Volatines pesados. — La Academia del Ocio. — El Caballero don Chisme. — La Isla desierta. — El Enemigo de las mujeres. — El Filósofo aldeano. Z. — El Pollo. — Las Castañeras picadas. — Chiribitas el Yesero. — El No. — Monsieur Corneta, ó el Cochero Simon. — El Meson por Navidad. — Las Mahonesas. — Don So-

plado. — La Sosa. — La Viuda hipócrita. — El Sarao. — El Reverso del Sarao. — La Molinera espantada. — Celinda. T. — Los Cuatro Barrios. — El Cortejo fastidioso. — Las Calenteras. — El Sueño. — El Retrato hablador. — El Nacimiento á lo vivo. — Los Hombres solos. — Las Tertulias de Madrid. — Los Viejos verdes. — Sesostris, rey de Egipto. T. — El Teatro por dentro. — Ecio triunfante en Roma. T. — Los dos Libritos. — La Critica. — La Visita de duelo. — El Agente de sus negocios. — Los Escripulos de las damas. — La Academia de música. — El Majo de repente. — El Triunfo del interés. — Las Fiestas útiles. — Los Hijos de la paz. — Los impulsos del placer. — La Petra y la Juana, ó el Casero prudente. — El Alcalde limosnero. — El Ensayo casero, primera y segunda parte. — La Viuda burlada. — El Café extranjero. — Las Amazonas modernas. — El Gracioso picado. — El Niño de vecino. — El Abaniquero. — La Bella Madre. — La Funcion completa. — La Botilleria. — El Chasco de las arracadas. — Los Majos vencidos. — Cayo Fabricio. — Trea, y de las tres ninguna. — El Pleito del pastor. — La Música á oscuras. — Las Señoras forasteras. — El Retrato. — Cenobia. — Las Piedras de san Isidro. — Poner la escala para otro. — El Médico y los Cautivos. — Las Máscaras de Madrid. — El Hospital de la moda. — La Capilla de cómicos. — Las Fontanilleras. Z. — El Burlador burlado. — Las Buenas vecinas. — La Despedida. — El Forastero prudente. — El Entierro de la compañía de Ribera. — Las Escoliteras. — Los Cómicos en Arjel. — El Aderezo bien pagado. — El Caballero de Medina. — El Buñuelo. — La avaricia castigada, y los Segundones. — La Vispera de San Pedro. — El Rey Pastor. — El Tio Felipe, primera y segunda parte. — El Rastro por la mañana. — El Casamiento desigual, ó los Botibambas y Mucibambas. — Los Payos en el ensayo. — El Padre indulgente. — El Maestro de rondar. — Las Presumidas burladas. — Oposición á sacristán. — Las Pescadoras. Z. — La Pradera de san Isidro. — El Novio rifado. — Las Majas vengativas. — El Peluquero, primera, segunda y tercera parte. — La Noche de San Juan. — La Noche de San Pedro. — La Venganza del Verdillo. — Los Ociosos, etc. (14).

*Don Cándido María Triqueros.* Buena Esposa y mejor Hija, la Necepsis. T. — Egilona. T. — El Precipitado. — Duendes hay, señor don Gil. — Los Menestrales.

*Don Tomás de Iriarte.* Hacer que hacemos. — El Mercader de Smirna. — El Amante despechado. — El Malgastador. — El Aprehensivo. — La Pupila juicisca. — El Mal Hombre. — La Escocesa. — El Filósofo casado. — El Huérfano inglés, ó el Ebanista. — El Huérfano de la China. T. — Guzman. — La Librería. — El Señorito mimado. — El Don de gentes. — La Señorita mal criada.

*Don Leandro Fernandez de Moratin.* El Viejo y la Niña. — La Comedia Nueva. — Hamlet. T. — El Barón. — La Mojigata. — El Si de las niñas. — La Escuela de los Maridos. — El Médico á palos.

*Don Juan Melendez Valdés.* Las bodas de Camacho.

*Don Cristóbal María Cortés.* La Casa sobre el buen tono. — Athaulpa. T. — Eponina. T.

*Don José Sedano.* La Posadera feliz, ó el Enemigo de mujeres. — La Pasión ciega á los hombres. — Silesia. T.

*Don N. Isonza.* Lidiar amor y poder hasta llegar á vencer, y Seleuco, rey de Siria.

*Don Juan Climaco Salazar.* Mardoqueo. T.

*Don N. Tudó* (15). La Mujer honrada.

A. A. La Constancia española y Sítio de Calahorra. — Troya abrasada. T. — Mitridates. T. — La Restauración de Orán. — Berenice en Tesalónica. — La Viuda gaditana. — Don Rodrigo de Vivar. — Cual es afecto mayor, ó el Triunfo de Tomiris. — Temistocles. T. — Zaida. T. — Guillermo de Hanau. T. — Jerjes. T. — Jonatas. T. — Beverley ó el Jugador

(14) Don Ramon de la Cruz compuso otros muchos sainetes, unos inéditos y otros recopilados, entre ellos el Calderero y la vecindad, que Moratin coloca entre los anónimos.

(15) Es don Juan Francisco Tudó.

**Razon, justicia y honor triunfan del mayor valiente** en Scutaró.—Kaulikan, rey de Persia.  
**ego Rejon de Silva.** Gabriela de Vergi. T.  
**dro Perez de Guzman, duque de Medinasidonia.** T.—Hernan Cortés. T.

**ente Camacho.** Demetrio en Siria.  
**renzo de Villarreal, marqués de Palacios.** Ana.  
—El Duque de Alburquerque. T.—El Conde de  
shez. T.—Hernan Cortés. T.—El Conde de So-  
rtabano. T.—Abdolomino. T.—Alejandro el No-  
Ana de Cleves. T.—El Duque de Somerset. T.—  
s. T.—Apocouque. T.

**an Pablo Forner.** El Filósofo enamorado, ó la Es-  
la amistad.

**varo María Guerrero.** El Hidalgo trapiso.  
**an Pison y Vargas.** El Rutzvanscadt, ó el Qui-  
co.

**acio García Malo.** Doña María Pacheco. T.—El  
nte.—Coriolano. O.

**se Joaquín Mazuelo.** Sofonisba. T.  
**renzo Daniel y Don Alonso Antonio Cuadrado.** La  
San Felipe por las armas españolas.

**onso Antonio Cuadrado.** El Valor de las Murcia-  
lunas africanas.

**l., condesa del Carpio.** La Aya francesa.  
**i del Rey.** Defensa de Barcelona por la mas  
azona.—La Enemistad mas cruel por suerte,  
enganza.—La Fiel Pastorcita y Tirano del casti-  
Viuda generosa.—Caprichos de Amor y Celos.—  
uero de Guerra, ó un curioso accidente.—La  
iada.—La Faustina.—Polixena.—Anfriso y Be-  
el Amor sencillo.—Hernan Cortés en Tabasco.—  
ista Labradora.—Areo, rey de Armenia, ó la Eli-

**Villaverde** (16). Zoraida, reina de Tunez.—Al-  
il en Alarcos.—El Bastardo de Suecia.

El Criado de dos amos.—Ariadna abandonada  
.—La Mujer variable.—El Comerciante inglés.

(17).—El Tirano de Lombardia.—Esmaltes del  
rtud, lealtad y valor, ó la Esposa fiel.—Cosroas y  
—El médico supuesto.—Alexis.—Los Juegos  
s.—Avelino, ó el Gran Bandido.—Lina. T.—La  
la indigencia.—El Calderero y la vecindad.—  
engañada.—Amalia, ó la ilustre camarerita. O.  
gico de Candahar.—Union del reino de Aragon  
ndado de Barcelona.—A falta de hechiceros lo  
er los gallegos (18).—El Faeton.—Los Desgra-  
ciles, ó Acmet el Magnánimo.—El Optimista.

**mingo Botti.** El Logrero, etc. (19).

**oncin.** De dos enemigos hace el amor dos ami-  
Triunfo de las Roncalesas.—El Viejo imperti-  
La Virtud premiada, ó el verdadero buen hijo.—  
aso nacen muchos.—Quedar triunfante el rendido  
o el vencedor, Codro el ateniense.—El Queso de  
—Cómo ha de ser la amistad.—Herir por los mis-  
s.—Amistad, Lealtad y Amor saben vencer el  
El Feliz Encuentro.—La Buena Madrastra.—El  
n la traicion y triunfante el perseguido.—La Res-  
a de Astorga.—Crueldad y sinrazon vencen astu-  
or, ó Maxencio y Constantino.—El Embustero en-  
—Olimpia y Nicandro.—Lograr el mayor imperio  
liz desengaño.—Para averiguar verdades el tiempo  
testigo, ó el Hijo de cuatro padres.—Sertorio el  
mo.—Los Esposos reunidos.—La dicha viene  
so se aguarda.—Un Montañés sabe bien dónde el  
: aprieta.—Persecuciones y dichas de Raimundo

y Mariana.—Hallar en su misma sangre el castigo y el bal-  
don y crueldad de Mitridates.—La mas heroica piedad mas  
noblemente pagada, y el Elector de Sajonia.—El Asturiano  
en Madrid y Observador instruido.—Hechos heroicos y  
nobles del valor godo español.—La mujer mas vengativa  
por unos injustos celos, etc.

**Don N. Ramonell.** La Conquista de Mallorca.

**Don Pedro Estala.** El Pluto.—Edipo Tirano. T.

**Don Mariano Luis de Urquijo.** La Muerte de César. T.

**José Concha.** La Desgraciada hermosura doña Inés de  
Castro.—El Matrimonio por razon de estado.—Narsetes. T.  
—Antes que todo es el rey.—El honor mas combatido,  
y crueldades de Neron.—La Nuera sagaz.—El mas heroico  
español.—Mustafá. T.—La Pérdida de España.—La Res-  
tauración de España.—Mas sabe el loco en su casa que  
el cuerdo en la ajena, y natural vizcaino.—A España die-  
ron blason las Asturias y Leon, triunfos de don Pelayo.—  
Ciro, principe de Persia.—La Inocencia triunfante.—Pre-  
mia el cielo con amor de Cataluña el valor, y glorias de  
Barcelona.—Orestes. T.—El Rencor mas inhumano de un  
pecho alevé y tirano, y Condesa Jenovitz.

**Don José Ortiz y Sanz.** Orestes en Sciro. T.

**Antonio Robles.** Blanca y Guiscardo.—Manlio Capitoli-  
no. T.—Gustavo Wasa. T.—Ifigenia en Tauris. T.—Sci-  
pion en Cartagena.—El Mudo.

**Don Antonio Valladares y Sotomayor.** A Suegro irritado  
Nuera prudente.—El Francés generoso.—A diluvios de  
desdenes cura tempestad de celos.—El Encanto por amor.  
—Faltar á padre y amante por obedecer al rey, ó la Etreá.  
—A gran mal gran resistencia.—El Hombre singular.—  
La Enriqueta.—La Escuela de las mujeres.—El Desafío  
feliz.—Este es el mayor placer que el hombre puede ten-  
ner.—El Amigo verdadero.—La Elmira.—De la mas fiera  
crueldad sabe triunfar la virtud.—Curar los males de amor  
es la fisica mayor.—Constantino y Fausta.—Buscar el ma-  
yor peligro y hallar la mayor fortuna.—Atis y Erinice.—  
El Católico Recaredo.—El Conde Werwich.—El Dichoso  
por la suerte y tambien por la eleccion.—El Comerciante  
de Burdeos.—Rufino y Aniceta.—El Culpado sin delito.—  
Amarse sin verse.—Adelaida, reina de Francia.—Bene-  
ficios reiterados con ingratitud pagados.—El Capitán y el  
Alférez ó la Simple discreta.—De la sepultura al trono.—  
El engaño amoroso.—Castigar con la fineza.—De fieras  
hace amor hombres.—Samir y Dircea.—El Vasallo Rey.—  
Los dos famosos Manchegos, y Máscaras de Madrid.—Las  
cuatro Naciones, ó la Viuda sutil.—La Posada feliz.—El  
Usurero celoso.—Sidney y Wolsan.—La Maleta.—El  
Preso por amor, ó el Real Encuentro.—Obsequiar y abor-  
recer.—Las Vivanderas ilustres.—Nunca el rencor vencer  
puede adonde milita amor.—El Vinatero de Madrid.—Trá-  
pala y Tramoya.—Los Acasos de una noche.—No hay so-  
llo como el honor.—Los Maragatos de Astorga.—No hay  
cosa que no se sepa.—El Trapero de Madrid.—Cuál mas  
obligacion es, la de padre ó la de juez.—La Noche críti-  
ca.—El Miliciano.—Lealtad, Traicion é Inocencia, ó Si-  
firo y Etolia.—Los Tios y los Sobrinos.—El Matrimonio  
deshecho.—Quien no pretende no alcanza.—El Rey es  
primero.—Efectos de la virtud y consecuencias del vicio.  
—La Fundacion de Madrid, por Manto y Ocno Bianor.—El  
Grito de la naturaleza.—Saber premiar la inocencia y cas-  
tigar la traicion.—Los Huérfanos.—La sangre sin fuego  
hierve.—La Amistad mas bien pagada.—El Marido de su  
hija.—El Tutor celoso.—Despreciar una corona.—La Vir-  
tud premiada.—El Baron de Sinfrock.—Las Máximas de un  
buen padre para hacer bueno á un mal hijo.—El Principe  
de Condé.—Hoy don Juan y ayer don Diego.—La Isabela  
de Plimout.—El Laomedonte.—El Hombre mordaz.—Los  
Jardineros amantes.—La Magdalena cautiva.—El Fabri-  
cante de paños.—Los Hermanos fingidos.—El Mentor.—  
Los Criados embusteros.—Esceder en heroismo la mujer  
al héroe mismo, ó la Emilia.—Guzman el Bueno, gover-

Ion José Villaverde Fernandez.

olemaco es de don Dionisio Solís.

comedia de magia es de don Nicolas Fernandez Martinez.

lujo tambien la comedia el Escultor y el ciego, que se halla  
inónimas.

uador de Tarifa.—Saber del mayor peligro triunfar sola una mujer, ó la Elvira.—El Emperador Alberto, ó la Adelia, primera y segunda parte.—El Galeote cautivo.—Defensa de la Coruña por la heroica María Pita.—El Carbonero de Loudres.—A una grande heroicidad pagar con otra mas grande.—La Dicha por un delito.—Eduardo III.—Cautelas contra finezas.—Las Buenas costumbres.—Damon y Roselia.—El Mágico de Astracan.—Eduardo IV.—El sitio de Landau.—El Mágico del Mogol.—Etolia y Menope.—Empieños de un abanico.—Por esposa y trono á un tiempo, y Mágico de Servau.—Eduardo VIII.—La Amistad es lo primero.—El Mágico per amor.—Ejilona, viuda del rey don Rodrigo.—El Enfermo por amor.—Conseguir sin pretender.—El Degradado.—Espártaco en Roma.—Eufrosina.—Otro segundo Faeton tambien roto en Valdemoro.

*Don N. Rodriguez.* El Feliz hallazgo, ó el Abate mas astuto.

*Don Bernardo María de Calzada.* La Subordinacion militar.—Caton en Utica. T.—Motezuma. T.—Alcira. T.—El Hijo natural.

*Don Agustin de Silva, conde-duque de Aliaga.*—Las Troyanas. T.—El Sofa.

*D. N. Menchero* (20). Braben Ben-Ali. T.

*Don Francisco Messeguer.* El Chismoso.

*Don Francisco Durán.* La Industriosa Madrileña, y Fabricante de Olot.

A. A. Los Amantes engañados, ó los Falsos Recelos.—El Delirio, ó las Consecuencias de un vicio. O. (21).—Matilde de Orleim.—Los Anantes generosos.—El Sacrificio de Isaac. O.—El fruto de un mal consejo contra el mismo que le da.—La Merienda de horterillas.—Los Titeres, ó lo que es el mundo (22).—Ricardo corazon de Leon. O.—Los peligros de la corte.—Juanito y Rosita.—El Joven Carlos.—Las dos Hermanas.—Los Viajes del emperador Sigismundo, ó el Escultory el Ciego.—El Reloj de madera. O.—Las Minas de Polonia (23).—Una hora de ausencia.—Los forasteros en Madrid.—El Molino de Kléber.—El hombre de la Selva Negra, ó el Picaro honrado (24).—Las Esposas vengadas.—Idomeneo. O.—El Sordo en la posada (25).—La Andria (26).—Las Ruinas de Babilonia.—Los Palos deseados (27).—Las Carceles de Lambert.—La Madrastra.—La escuela de los plebeyos.

*Don Nicasio Alvarez de Cienfuegos.* Las Hermanas generosas.—Idomeneo. T.—Zoraida. T.—La Condesa de Castilla. T.—Pitaco. T.

*Don Luciano Francisco Comella.* Catalina II, emperatriz de Rusia.—Catalina II en Cronstad.—Federico II, rey de Prusia.—Federico II en el campo de Torgau.—Federico II en Glatz.—La Jacoba.—La Cecilia, primera y segunda parte.—El Pueblo feliz.—Luis XIV el Grande.—La Buena Esposa.—El Abuelo y la Nieta.—El Buen Hijo, ó María Teresa de Austria.—Ino y Temisto. T.—El Buen Labrador.—María Teresa de Austria en Landau.—El Error y el Honor.—La Escocesa de Lambrun.—El Tirano Gesler.—El Casado avergonzado.—El Tirano de Ormuz.—Doña Inés de Castro.—Los Esclavos felices.—La Dama desengañada.—La Cifra. O.—El Hijo reconocido.—Ino y Neitile.—La Isabela. O.—La Moscovita sensible.—La Novia impaciente.—Doña Berenguela.—La Dama sutil.—Los Dos Amigos.—El Hombre agradecido.—El Estatuario griego.—El Dichoso arrepentimiento.—El Engaño desengaña.—El Sitio de Calés.—Los Falsos Hombres de bien.—El Ayo de su hijo.—El Fénix de las mujeres, ó la Al-

ceste.—La Escuela de los cetosos. O.—El Hombre de bien.—Natalia y Carolina.—La Familia indigente.—La Judit castellana.—Asdrubal. T.—Los Amantes de Teneal.—El mayor rival de Roma, Viriato. T.—La Razon todo lo vence.—Siquis y Capido.—El Ardido militar.—Los Hijos de Nadasti.—El Hombre singular, ó Isabel I de Rusia.—Cadma y Sinoris.—Nina, ó la Loca por amor. O.—El Fénix de los criados, ó María Teresa de Austria.—Los Amigos del dia.—El Matrimonio secreto. O.—Cristóbal Colon.—Pedro el Grande, czar de Moscovia.—Séneca y Paulina.—Andrómaca.—El Avaro.—Alejandro en Oxidrac.—Los Amores del conde de Cominges.—El Indolente.—Las Lágrimas de una Viuda.—La Enferma fingida por amor. O.—El Negro sensible.—Hércules y Deyanira.—Cristina de Suecia, etc.

*Don Francisco Copons.* Ramona y Roselio. O.

*Don Francisco Rodriguez de Ledesma.* Mahoma. T.—El Petardista adulator.—El Vicioso Celibato.—Lucrécia Pazzi. T.—La Moda.—Virginia romana. T.—Leonido, ó el Amor desgraciado.—La Clemencia de Tito.

*Don Vicente Rodriguez de Arellano.* Jerusalem conquistada por Gofredo de Bullon.—El Celoso don Lesmes.—El Atolondrado.—La Parmenia.—Marco Antonio y Cleopatra.—Soliman II.—El Esplin.—Dido abandonada.—La Atenea.—La noche de Troya.—Armida y Reinaldo, primera y segunda parte.—La Mujer de dos Maridos.—El Pintor fingido.—Augusto y Teodoro, ó los Pajes de Federico.—El Sitio de Toro, y noble Martin Abarca.—El Duque de Pentiébre.—A Padre malo buen Hijo.—La Dama labradora.—El Marinero. O.—El gran Seleuco.—La Reconciliacion, ó los dos Hermanos.—Clementina y Desormes.—La Opera cómica. O.—La Fulgencia, ó los dos Maniáticos.—Cecilia y Dorsán.

*Don Santos Díez Gonzalez.* Amfitrión.—El Casamiento por fuerza.

*Don Gil Lorena de Arozar* (28). La lealtad, ó la Justa Desobediencia.

*Doña María Rosa Galvez.* Saul.—Blanca de Rossi. T.—Safo.—Florinda. T.—Amnon. T.—Zinda. T.—Ali-Beck.—La Delirante.—Catalina, ó la Bella labradora.—Un loco hace ciento (29).

*Juan Gonzalez del Castillo.* Numa, T.—La Madre hipócrita.—El Ventorrillo por la mañana.—El Gato.—El Chasco del manton.—El Payo de la carta.—El Soldado fanfarron, primera, segunda y tercera parte.—Los Zapatos.—El Maestro Pezuña.—Casa de vecindad de Cadiz, etc. (30).

*Don Manuel José Quintana.* El duque de Visco. T.—Pelayo. T.

*Don Gaspar de Zavala y Zamora.* La Justina.—El Amor perseguido y la Virtud triunfante.—El Naufragio feliz.—Tener celos de sí mismo.—El Triunfo del Amor.—Sitio y toma de Breslau.—El Premio de la humanidad.—Cenobia y Radamisio. T.—El Amante generoso.—El Perfecto amigo.—Semiramis. T.—El Dia de campo.—El Amor constante, ó la Holandesa.—La Tamara, ó el Poder del beneficio.—Alejandro en Sogdania.—Llegar á tiempo.—El Bueno y el Mal amigo.—Aragon restaurado por el va-

(20) Parrecé anagrama de Rodriguez de Arellano.

(21) De doña María Rosa Galvez hay tambien Los Seguros literarios.—El Egoísta.—Las Esclavas amazonas.—La Delirante.—Bion.

(22) De este autor, que en su género compitió con don Ramon de la Cruz, conocemos ademas los siguientes: El día de toros en Cadiz.—La Veria del Puerto.—El Soldado tragalabas.—La Curra de los deseos y varita de las virtudes.—El Letrado desengañado.—El Soldado por fuerza.—El Médico poeta.—La Inocente Dorotea.—El Café de Cadiz.—El Correo sustituto.—El Triunfo de las mujeres.—La Casa nueva.—El Robo de la popila.—El lugareño en Cadiz.—El Liberal.—La Boda del mundo nuevo.—La Mujer corregida.—La Mujer resuelta.—Los Caballeros desaurados.—Los Jugadores.—Los literatos.—Los Hijos envidiosos.—El Maestro de la tuna.—Los Cómicos de la legua.—El Desafío de la Vicenta.—Polpa la chichlanera.—El Marido desengañado.—Los Naturales opuestos.—Los Nobles ignorados.—El Aprendiz de torero.—El Fin del pavo.—Los Palos deseados.

(30) Es don José Milanes Menchero.

(31) Es traduccion de don Dionisio Solís.

(32) Es traduccion de don Félix Enciso Castrillon.

(33) Es traduccion de doña María Gasca y Medrano.

(34) Es traduccion de don Bernardo Gil.

(35) Es traduccion de don Félix Enciso Castrillon.

(36) Comedia de Terencio traducida por don Manuel Dequeñan.

(37) Este samete es de don Juan del Castillo.



los hijos.—Palmis y Oronte.—Carlos V sobre Dura.  
heroica espartana.—El Rey Eduardo III.—El Im-  
las costumbres.—El Confidente casual.—La Des-  
de Sagunto.—La Tienda de joyería.—Faustina y  
—La mayor piedad de Leopoldo el Grande.—Se-  
lisa.—Por ser leal y ser noble dar puñal contra  
e, y la Toma de Milan.—Los Exteriores engaños  
Victimas del amor, Ana y Sindham.—Euridice  
ó el Amor constante.—Una pieza cómica que no  
cómica.—La Hidalguía de una inglesa.—El Czar  
el Calderero de San German.—El Amante hon-  
as Tramas de Garulla.—Adriano en Siria.—La  
meucia de Tito. T.—El Amor dichoso.—Car-  
rey de Suecia, primera, segunda y tercera parte.  
neido y vencedor, Julio César y Caton.—El Sol-  
reista.—Belerofonte en Licia.

*Lopez Estremera.* Los Espositos, etc.  
El Matrimonio casual (31).—A Picaro picaro y me-  
na traviesa.—El Negro y la Blanca (32).—Los  
sen en la aldea.—La Prueba caprichosa (33).—El Di-  
vor am (34).—Los Toros de Juan Tuerto.—El Car-  
le Livonia.—Ginebra de Escocia.—La Intriga por  
nas.—El Anciano y los Jóvenes.—La Esposa cul-  
i).—El Sombrero que habla (36).—Blanca de Bor-  
—Quien porfia mucho, alcanza.—El Contrato anula-  
Casa en venta (37).—A Perro viejo no hay tus tus. O.  
via de Gandul.—Los dos Años.—El Ermitaño del  
osilipo.—La Intriga epistolar.—Mi Tia Aurora. O.  
a contra mentira.—El Tio Legaña.—La Correccion  
.—El Capitulo segundo.—La Inés.—La Novia co-  
El Fin del pavo.—La Griselda. O.—El Bosque de  
—Los vecinos.—El Secreto. O.—La Tertulia estra-  
—El Médico turco. O.—La Prueba de la ausencia.  
ar y Adelaida.—Guerra abierta.—La Familia  
.—El Cuadro.—La Vestal. O.—Rómulo y Er-

*San Francisco Pastor.* Pablo y Virginia.

*Rebolledo.* El Amor y la Intriga.

*oniso Solis.* Romeo y Julieta.—El Hijo de Agamen-  
—Tello de Neira. T.—Misantrópia y arrepenti-  
—Juan Calas, ó la Escuela de los jueces (38).

*se Vargas Ponce.* Abdalasis. T.

*imon de Viegas.* El Rabula, ó el Abogado ha-

*ndrés Miñano.* El Gusto del día.

*ntonio Sabiñon.* Alejandro en la India.—Los Hijos  
). T.—La Muerte de Abel. T.—Cleónice.

*W. y M.* El Conde de Korff en Thionville.

*ilian de Velasco.* La Mujer celosa.

*mds García Suelto.* El Cid. T.—El Solteron y su

*ndrés de Mendoza.* La Lugareña orgullosa.

*ustin García de Arrieta.* El Conde de Olsback.  
oso confundido.

*San Francisco del Plano.* La Orgullosa.—Gom-  
miada. T.

comedia es original de don Francisco Filomeno.  
e don Vicente Rodríguez de Arellano.

ee traducida por don Francisco de Paula Naranjo.

ivorico por amor, la Intriga por las ventanas, Mentira contra  
tia Aurora, los dos Años, y el Médico turco, son traducciones  
ix Enciso Castrillon.

aducción de don J. F. Pastor.

aducción de don Manuel Andrés Igual, de quien es tambien  
que lecciones son y efectos del desengaño.

sta comedia en un acto hay una traduccion de Castrillon y otra  
genio de Tapia.

on Dionisio Solis se cuentan otras composiciones dramáticas:  
Polimenes, ó los Misterios de Eleusia.—Fédima.—Maho-  
edias traducidas; Camila.—Blanca de Borbon.—Tello de  
edias originales; La Sevillana.—El Enredador, comedias imi-  
Pupila.—Las litratas.—La Comparsa de repente, comedias  
á mas de algunas óperas y muchas refundiciones de nuestros  
guos.

*Don Félix Enciso Castrillon.* El Distruido.—El Espa-  
ñol y la Francesa.—Gerarda y Dorotea.—El Teatro sin  
actores.—Hijo legítimo y natural.—El Reconciliador, ó  
el Hombre amable.—La Comedia de repente (39).

*Don N. Isusquiza.* El Celoso y la Tonta (40).

*Don José Marchena.* Polixena. T.—El Hipócrita.—La  
Escuela de las mujeres.

*Don Francisco Gonzalez Estéfani.* El Padre de familia.

*Don Teodoro de la Calle.* Otelo, ó el Moro de Venecia. T.  
—Macheth. T.—Blanca y Moncasin. T.

*Don Francisco Sanchez Barbero.* Coriolano. T. (41).

*Don Manuel Estrada.* El Abate Lepée.

*Don Antonio Marqués.* El Aguador de Paris.—La re-  
compensa del arrepentimiento (42).

*Don Tomás Alvar.* Los Desengaños.

*Don Eugenio Tapia.* Agamenon. T.—Cosroas y Siroe.

—Adolfo y Clara, ó los dos Presos. O.—El Califa de  
Bagdad. O.—El Preso ó el Parecido. O. (43).

A. A. Las Mocedades de Enrique V.—Oscar. T. (44).—  
La Criada ama. O.—La Misantrópia desvanecida.—La Pos-  
adera chasqueada.—Alina, reina de Golconda. O.—Una  
mañana de Enrique IV.—El Error de un buen Padre.—  
Los dos Yernos (45).—La Urraca ladrona.—Juan de Paris. O.  
—El Filinto, ó el Egoísta.—El Opressor de su familia.—  
La Optica moral.—La Estatua.—El Sobrino fingido.—Las  
cuatro Puertas de calle.—Las Visitandinas. O.—El Rey  
Fernando en Bayona.—El Sermon sin fruto.—El Desafío  
y el Bautizo.—La Musa aragonesa, ó los Poetas.

*Don Miguel Sarraide.* Los Rechazos.—Los Gemelos.

*Don José Mor de Fuentes.* El Calavera.—La Mujer va-  
ronil (46).

*Don José Rangé.* Los Templarios. T.—Felipe II. T.—  
Motezuma. T.

*Don Manuel Bravo.* El Certámen poético.—Los Com-  
promisos.—La Llegada oportuna.—Los Periculitos.

*Don José María Carnerero.* Citas debajo del olmo.—  
Elvira y Perci, ó los Efectos de la violencia. T.—El Via-  
jante desconocido.—La Novicia.—La Huerfanita.—La  
Campanilla ó el Diablo paje. O.—La Antesala (47).

(39) A mas de las composiciones contenidas en este artículo, y de las  
citadas en las notas 32, 33 y 34, pertenecen á este autor las siguientes,  
bastantes de ellas originales, sin hacer mérito de las refundiciones:  
Aviso á los casados.—La Casualidad contra el cuidado.—Cobrar en vida  
lo gastado en el entierro.—La Defensa de Valencia.—Los Enredos de  
un curioso.—El Esopo moderno.—Haber de casarse sin tener con quién.  
—El Hombre de bien amante, casado y viudo.—Los Inquilinos de sir  
John, ó la familia de la India, Juanito y Coleta.—La Musicomanía.—El  
Sueño.—Los tres Maridos.—Las Mujeres.—Cual el padre tal el hijo.  
—Los Carboneros de Holbach.—El Sepulcro de Adelaida.—El mayor  
Palmer.—El Seducitor enamorado.—Roberto, ó el Bandidero honrado.  
—Ester. T.—Hércules y la Felicidad.—Las cuatro columnas del trono  
español.—La Defensa de Vigo.—El Espejo mágico.—Don Sisebuto en  
la feria del Cármen.—Castillos en el aire.—La noche de un proscrito.  
—¿Quién repara en una letra?—La una y media, señor conde.—La  
Musa aragonesa, ó los poetas.—El Niño bitongo.—Una fleza de Ingle-  
terra.—La madre Marianna.—La Casa tapada.—Tipos-Saib.—El  
Sermon sin fruto en Logroño.—El vano humillado.—Don Hilarión del  
Vencejo.—El Gato guisado.—Seguir dos liebres á un tiempo.—El ha-  
chiller Bodega.—La Boda del verdadero himeneo.—El Opressor de su  
familia.—La Urraca ladrona.—Verdadero himeneo.—La Eleccion de  
esposo. O.—Pamela casada. O.—El Tesoro fingido. O.—La Biblioteca  
de los zapatos. O.

(40) Don Dámaso de Isusquiza compuso tambien el *Avaro*.

(41) A este insigne humanista debemos tambien un drama lírico titu-  
lado *Saul*.

(42) Son de don Antonio Marqués y Espejo los dramas siguientes:  
Miss Clara Harlowe.—La Filantropía, ó la Reparacion de un delito.—  
Matilde de Orleans.—Amor y virtud á un tiempo.—Los compadres co-  
diciosos.

(43) Don Eugenio de Tapia ha compuesto además: La Acetina.—  
La Madrastra.—La Soltera suspicaz, ó Amar desconfiando.—El Hijo  
predilecto.—Idomeneo, drama trágico en un acto.

(44) Es de don Juan Nicasio Gallego.

(45) Esta comedia, y *Filinto ó el Egoísta*, que se cita después, son tra-  
ducciones de don José Marchena.

(46) Deben añadirse: El Egoísta, ó el mal Patriota.—La fonda de  
Paris.

(47) Don José María Carnerero, por los años inmediatos á la formacion  
de este catálogo, componia: La Noticia feliz.—La Tertulia realista.  
—El Regreso del monarca.—El regío cumpleaños. Y traducía:  
Luis IX. T.—Hamlet. T.—El Marido ambicioso.—El conde de Fal-

*Don Francisco Altés y Gurena.* El Conde de Narbona. T. El Conde de Cominges.—Gonzalo Bustos. T.—El Espósito, ó el Mozo de café (48).

*José Maqueda.* Sancho Panza en su gobierno. — El Entierro de don Guillermo.

A. A. La Noche de un Proscrito. — El Desquite (49). — El Preguntón y el Cadete. — La Comedianta. — La Cabeza de Bronce, ó el Desertor húngaro. — El Panarizo de Federico II, ó la Peticion extravagante. — No se compra amor con oro. O. — El Adivino por casualidad, ó el Diamante perdido. — Omasis, ó José en Egipto. T. (50). — Los Hermanos á la prueba. — El Turco en Italia. O. — Carlos y Carolina, ó los Esposos perseguidos. — La Condesa de Collado Heriboso. O. — La Fuerza de la ley, ó la Corona de laurel. — El héroe Mina en los campos de Arlahan. — El Alcalde de Sardam, ó la Taberna holandesa. — La Familia á la moda. — Marco Antonio. O. — El Hombre gris. — La Cenicienta. O. — El Perro de Montargis. — Juanita y Felipe. O. — La Treinta y una. O.

*Don Luis de Mendoza.* Padilla. T.

*Don Angel de Saavedra Ramirez de Baquedano.* Aliatar. — Lanuza. T. (51).

*Don José Joaquín de Mora.* Nino II. T. (52).

*Don Francisco Martínez de la Rosa.* Lo que puede un empleo. — La Viuda de Padilla. T. — La Niña en casa y la Madre en la máscara (53).

hland. — Los dos Sargentos franceses. — El Primo de todo el mundo. — El pobre Pretendiente. — El afán de agurar. — El Peluquero de antaño y el peluquero de ogaño. — El Naufragio, ó los Herederos. — El Casamiento por convicción. — La Cuarentena. — Gustavo Poletska, ó el pan de la Boda. — Lo que es mudar de vestido, y oros son triunfos. — El Fardo ó la ambición de un lacayo. — Los tres compañeros de cuarto. — El Tutor Inglés. — Una oficina por dentro. — El Embajador. — La Muda en el bosque. — Miel sobre hojuelas. — El Diplomático. — Los Festejos olímpicos.

(48) Hay de este autor otras dos tragedias: *Mudarra.* — *La Muerte de César.*

(49) Es traduccion de don Manuel Bernardino García Suelto.

(50) Esta tragedia fué traducida por don Juan Francisco Pastor.

(51) Don Angel de Saavedra, actual duque de Rivas, ha dado después al teatro: *El duque de Aquitania.* — *Malek-Adel.* — Tanto vales cuanto tienes. — Don Alvaro, ó la Fuerza del sino. — Solaces de un prisionero. — La Morisca de Alajuar. — El Crisol de la lealtad. — El Desengaño en un sueño. — El Parador de Ballén.

(52) Debe añadirse: *La Aparicion y el marido.*

(53) Ha compuesto igualmente: *La Conjuracion de Venecia.* — *Moraima.* T. — *Edipo.* T. — *Los Celos infundados.* — *Abenhumeya.* — *La Boda y el duelo.* — *El Español en Venecia.* ó *la Cabeza encantada.*

*Don Fernando Cajigal, marqués de Casa-Cajigal.* El Matrimonio tratado. — Los Perezosos. — La Sociedad sin máscara. — La Educacion. — El Murmurador. — El Engaño feliz. O.

A. A. El Donado fingido. — La Pierna de palo. O. — La Italiana en Argel. O. — Los Huéspedes, ó el Barco de vapor. — Los ladrones de Calabria. — Seguir dos liebres á un tiempo. — La Equivocacion, ó los dos Mendozas. — El Barón de Felsheim. — El Amigo íntimo. — El Monte de San Bernardo. O. — Leon de Norbel, ó el Preso de Stocolmo. — El Fundador de las casas de niños espósitos Vicente Paul. — El Leñador escocés. — Vasconia salvada. T. — El Interior de la Inquisicion. — Cayo Graco. T. — La palabra Constitucion. — El Remordimiento, ó la Capilla de Glenstor. — La Entrada del héroe Riego en Sevilla. — El día 7 y 8 de marzo de 1820. — Roma libre. T. — El Trapista en los campos de Ayerbe. — Virginia. T. — El Novio austro-ruso, ó los Rusos en Miguel-Turra. — Coletilla en Navarra. — El día 7 de julio de 1822. — Una noche de alarma en Madrid (54).

*Don Manuel Eduardo Gorostiza.* Indulgencia para todos. — El Jugador. — El Amante jorobado. — Tal para cual, ó los Hombres y las Mujeres. — Don Dieguito. — Las Castas Guirnaldas. — Las Costumbres de antaño (55).

A. A. Federico y Carlota, ó el Hijo asesino del padre por socorrer á su madre. — Los Frailes en la trampa. — El Desengaño de los ilusos y entrada de las tropas nacionales en la Conca de Tremp.

*José Robreño.* Mosén Anton en las montañas de Monseny, primera y segunda parte. — La Defensa del fuerte de Binas y presa de mosén Pedro. — La Regencia de la Seo de Urgel. — Milans en la villa de Pineda. — Numancia de Cataluña y libre pueblo de Porrera. — La Toma de Castelfolliu. — Entrada de las tropas nacionales en Balaguer. — Huida de la regencia de Urgel y desgracia del padre Liborio. — El general Mina en Artesa de Segre.

(54) De las obras dramáticas comprendidas en esta lista de anónimos, el *Amigo íntimo*, y una *Noche de alarma* en Madrid son de don Manuel Eduardo Gorostiza, á quien se atribuye tambien el *Novio austro-ruso*; *Vasconia salvada* es de don Miguel de Burgos; la *Palabra Constitucion*, de don Gaspar Zavala y Zamora; *Roma libre* fué traducida por don Antonio Saviñon; y *Virginia* por don Dionisio Solís.

(55) Don Manuel Eduardo Gorostiza, á mas de las piezas citadas por Moratin y las expresadas en la nota anterior, compuso las comedias: *Contigo pan y cebolla*, *Virtud y patriotismo*, y *el Secretario y el Consero*.

# EL VIEJO Y LA NIÑA

COMEDIA EN TRES ACTOS EN VERSO

REPRESENTADA EN EL TEATRO DEL PRINCIPE, AÑO DE 1790.

---

Estos resultados esperan  
Tales casamientos.  
ACTO III, ESCENA XV.

---

## ADVERTENCIA.

En el año de 1786 leyó el autor esta comedia á la compañía de Manuel Martinez, y los galanes fueron de opinion de que tal vez no se sufriria en el teatro, por la sencilla disposicion de su fabula, tan poco semejante á las que entonces aplaudia la multitud; pero se determinaron á estudiarla, á pesar de este recelo, persuadidos de que ya era tiempo de justificarse á los ojos del público, presentandole una obra original escrita con inteligencia del arte.

Costó no pequeña dificultad obtener licencia para representarla, y solo pudo conseguirse haciendo en ella supresiones tan considerables, que resultaron truncadas las escenas, inconsecuente el diálogo, y toda la obra estropeada y sin orden. A esta desgracia se añadió otra no menos sensible. La segunda dama de la compañía, que frisaba ya en los cuarenta, no quiso educirse á hacer el papel de doña Beatriz, á fin de conservar siquiera en el teatro las apariencias de su perdida juventud. La comedia volvió á manos del autor, y desistió por entonces de la idea de hacerla representar.

Dos años después, creyendo que las circunstancias eran mas favorables, restableció el manuscrito y se le dió á la compañía de Eusebio Ribera, bien ajeno de prevenir el grave inconveniente que amenazaba. Una actriz, que por espacio de treinta años habia representado con aceptación del público en algunas ciudades de Andalucía y en los sitios reales, mujer de gran talento, sensibilidad y no vulgar inteligencia en las delicadezas del arte, se hallaba entonces sobresaliente en aquella compañía. Leyó la comedia, la aplaudió, la quiso para sí, y determinó representarla y hacer en ella el personaje de doña Isabel. Podia muy bien aquella estimable cómica desempeñar los papeles de Semíramis, Athalia, Clitemnestra y Hécuba; pero no era posible que hiciese el de una joven de diez y nueve años, sin que el auditorio se burlase de su temeridad. El conflicto en que se vió el autor fué muy grande, considerando que debia sacrificar su obra por una tímida contemplacion, ó que habia de tomar sobre sí el odioso empeño de sacar de error á una dama, á quien ni la partida de bautismo ni el espejo habian lesengañado todavía. Si la compañía de Martinez no hizo esta comedia porque una actriz se negó á fingir los caracteres de la edad madura, tampoco la compañía de Ribera debia representarla, mientras no moderase otra cómica el infausto deseo de parecer niña.

Entre tanto, la comedia se iba estudiando, y el autor anunciaba en silencio un éxito infeliz, que se hubiera verificado, si otro incidente no hubiese venido á disipar sus temores. El vicario eclesiástico no quiso dar la licencia que se le pedia para su representacion, y el autor reogió su obra, agradeciendo la desaprobacion del juez, que le libertaba de la del patio.

Pasaron otros dos años, y todo se halló favorable. Los censores aplaudieron el objeto moral, la regularidad de la fabula, la imitacion de los caracteres, la gracia cómica, el lenguaje, el estilo, la versificacion: todo les pareció digno de alabanza. Así varian las opiniones acerca del mérito de una obra de gusto; y tan opuestos son los principios que se adoptan para examinarla, que á pocos meses de haberla juzgado unos perjudicial y defectuosa, otros admiran su utilidad, y la recomiendan como un modelo de perfeccion.

El público, supremo censor en estas materias, oyó la comedia de *el Viejo y la Niña*, representada por la compañía de Eusebio Ribera en el teatro del Principe el dia 22 de mayo de 1790. Aplaudió, si no el acierto, la aplicacion y los deseos del autor, que daba principio á su carrera dramática con una fabula en que tanto lucen la regularidad y el decoro.

Juana Garcia desempeñó el papel de doña Isabel, reuniendo á sus pocos años su agradable presencia y voz, la espresion modesta del semblante, y la regular compostura de sus acciones. Manuel Torres, uno de los mejores cómicos que entonces florecian, agradó sobre manera al

público en el papel de don Roque, y Mariano Querol supo fingir el de Muñoz con tal acierto, que pudo quitar al mas atrevido la presuncion de competirle (\*).

Representada esta comedia en los teatros de Italia por la traduccion que hizo de ella Signorelli, fué recibida con aplauso público; pero muchas ilustres damas, acostumbradas tal vez a los desenlaces de la *Misantropía* de Kotzbué, y la *Madre culpable* de Beaumarchais, hallaron el de la comedia de *el Viejo y la Niña* demasiado austero y melancólico, y poco análogo a aquella flexible y cómoda moralidad, que es ya peculiar de ciertas clases en los pueblos mas civilizados de Europa. Cedió el traductor con excesiva docilidad á la poderosa influencia de aquel sexo, que llorando manda y tiraniza; mudó el desenlace (para lo cual hubiera debido alterar toda la fábula), y por consiguiente, faltando á la verisimilitud, incurrió en una contradiccion de principios tan manifesta, que no tiene disculpa.

(\*) Esta comedia se imprimió el mismo año de 1790 precedida del siguiente prólogo: «Nunca hubiera pensado el autor de esta comedia en imprimirla, si la circunstancia de haberse de representar en uno de los teatros de la corte no le hubiese en algun modo obligado á ello, ó si una cierta celebridad, que habia ya adquirido, mas por sus desgracias que por su mérito, no hubiera multiplicado las copias en demasia.

»No atreviéndose á prevenir el juicio que formará de ella el público, evitará estenderse sobre los dos puntos principales, á que suele reducirse toda prefacion: alabar la obra, ó disculpar sus defectos: lo primero seria ridiculo, y nunca lo hará; lo segundo, fuera de sazón y acaso inútil.

»Los inteligentes juzgarán del mérito de esta comedia y hallarán que, á ejemplo de los mejores poetas dramáticos, ha seguido el autor de ella la senda que dirige á la perfeccion; quanto contribuye á la bondad de tales obras le ha merecido particular estudio, y aun pudiera haberse lisonjeado del acierto, si por desgracia no fuera su talento tan inferior á su aplicacion.

»Sabe muy bien que los mas escelentes autores cómicos no están libres de defectos. El que sigue á lo lejos sus huellas, y funda toda su gloria en imitarlos, mal podría

esperar que su ingenio, su estudio y sus años hubiesen de producir grandes cosas; cree solamente que evitó muchos errores; que observó hasta el punto que le fué posible las leyes del buen gusto y de la razon; pero no es tan poderoso su amor propio, que baste á lisonjearle con ilusiones halagüeñas.

»Nunca temió la critica, porque á ella sola es concedido perfeccionar los conocimientos humanos; desprecia, si, los esfuerzos de la malignidad, que exasperan y no corrigen, insultan y nunca prueban. La meditacion continua del arte y la lectura de los grandes modelos le han servido á lo menos de darle á conocer lo mucho que ignora; ni se juzga infalible, ni se obstinará en sostener contra la evidencia sus opiniones, por estar persuadido de que la verdadera sabiduria va siempre acompañada de la docilidad y la modestia; que la presuncion ridicula de saberlo todo cierra el paso á los adelantamientos; y que el ignorante que resiste á la correccion, no la merece.

»Así, cuando una critica justa, apoyada en principios sólidos, demuestre al autor de esta obra los muchos defectos que sin duda habrá cometido, la enmienda sera su única respuesta; y como logre acertar, muy poco le importará después deber á la ajena ilustracion sus propios aciertos.»

# EL VIEJO Y LA NIÑA.

## PERSONAS.

DON ROQUE.  
DON JUAN.

DOÑA ISABEL.  
DOÑA BEATRIZ.

MUÑOZ.  
BLASA.

GINES.

*La escena es en Cádiz, en una sala de la casa de don Roque.*

representa una sala con adornos de casa particular; mesa, canapé y sillas. En el foro habrá dos puertas: una del despacho de don y otra que da salida á una callejuela, que se supone detrás de la casa. A los dos lados de la sala habrá otras dos puertas: por la de la a se sale á la escalera principal; la de enfrente sirve de comunicacion con las habitaciones interiores.

*La accion empieza por la mañana, y acaba antes del mediodía.*

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA PRIMERA.

DON ROQUE, MUÑOZ.

DON ROQUE.

MUÑOZ.

¡Señor!

*(Responde desde adentro.)*

DON ROQUE.

Ven acá.

MUÑOZ.

Se queda abandonada *(Sale.)*  
rta y zaguán.

DON ROQUE.

¿No echaste  
igo las aldtabas  
errojillo?

MUÑOZ.

Si eché.

DON ROQUE.

o hay que recelar nada  
as á la vista estamos;  
gotillos ladra,  
ante bajarás.

MUÑOZ.

¿Se fin es la llamada?

DON ROQUE.

Se comunicarte  
nto de importancia.  
el rosario y escucha.

MUÑOZ.

y escucho.

DON ROQUE.

Escusada

rá repetirte,  
o debes olvidarla,  
macion y el aprecio  
s merecido en mi casa.  
seis años y medio,  
seses y dos semanas  
ue comes mi pan.  
ridumbre tan larga...

MUÑOZ.

, le he comido, ¿y qué?

TOMO II.

DON ROQUE.

Digo que esto solo hasta  
A que tú, reconocido,  
Cuando yo de tí me valga...

MUÑOZ.

Vamos al asunto.

DON ROQUE.

Vamos.

Sabrás, Muñoz, que la causa  
De mi mal, lo que me tiene  
Sin saber por donde parta,  
Es ese don Juan... ¿Qué dices?

MUÑOZ.

¿Yo acaso he dicho palabra?

DON ROQUE.

Jurara...

MUÑOZ.

*(Ap. Lo que no suena  
Oye, y lo que suena nada.)*  
Señor, adelante.

DON ROQUE.

Digo

Que el autor de mi desgracia  
Es este don Juan, que vino  
A Cádiz ayer mañana,  
Y aceptándome la oferta  
Que le hice yo de mi casa...

MUÑOZ.

La culpa la teneis vos.

¿Quién os metió...

DON ROQUE.

No sin causa

Hice el convite, Muñoz,  
Porque él en Madrid estaba  
Con don Alvaro de Silva  
Su tío, con quien trataba  
Yo, por tener á mi cargo  
Aquello de la aduana...  
Ya te acuerdas. Murió el tío;  
Fuerza fué, pues le dejaba  
Por su heredero, tratar  
Con el sobrino, y en varias  
Cartas que escribí, formando  
Unas cuentas, que quedaban  
Sin concluir, por algunas  
Cantidades devengadas,  
Le dije que si quería  
Venir á hospedarse á casa

Quando pensara en volver  
A Cádiz... Mas ¿quién juzgara  
Que lo hubiese de admitir?  
Un hombre de circunstancias  
Como es él, que en la ciudad  
Conocidos no le faltan  
De su edad y de su humor,  
¿A qué fin...? Ni fué mi instancia  
Nacida de buen afecto;  
Porque mal pudiera usaria  
Con un hombre que en mi vida  
Pienso no le ví la cara.

MUÑOZ.

Pues ya estais desengañado.

DON ROQUE.

Si lo estoy; pero aun me falta  
Que decir, porque esta noche  
Al pasar yo por la sala,  
Noté que en el gabinete  
El y mi mujer estaban.

MUÑOZ.

¡Bueno!

DON ROQUE.

Acércome; mas no  
Pude entenderles palabra.  
Solo ví que el tal don Juan  
Como que la regañaba,  
Iba á levantarse, y ella  
Con acciones y palabras  
Le detenia. Yo viendo  
Aquello de mala data,  
Di algunos pasos atrás,  
Hice ruido con las chancias,  
Entro, y la encuentro cosiendo  
Unas cintas á mi bata,  
Y á él entretenido en ver  
Las pinturas y los mapas.

MUÑOZ.

¿Qué prontitud de demonios!

DON ROQUE.

¿Qué he de hacer en tan estraña  
Situación, Muñoz amigo?  
¿Qué debo hacer? De mi hermana  
No me he querido fiar,  
Porque en secreticos anda  
Con Isabel, y sospecho  
Que las dos...

MUÑOZ.

Son buenas maulas.  
En fin, lo que yo anuncié

Al plé de la letra pasa.  
Viejo el amo y achacoso,  
La mujer mocita y guapa...  
Lo dije. No puede ser.  
Si es preciso...

DON ROQUE.

Tú me matas,  
Muñoz, con eso; pues cuando  
Buscan alivio mis ansias  
En tu consejo, te pones  
A reñirme cara á cara,  
Sin decirme...

MUÑOZ.

Como á mí  
No se me dijo palabra  
De la boda, no pensé  
Que saliendo calabaza  
La tal boda, fuese yo  
De provecho para nada.

DON ROQUE.

Aquello ya se pasó.

MUÑOZ.

Un mes ha no se acordaba  
Nadie de Muñoz, y ahora...  
Bien dicen: toda es mudanzas  
Esta vida... ¡Qué consultas  
Tan secretas y tan largas  
Se celebraron aquí!  
¡Qué prodigios, qué alabanzas  
De la novia! Y entre tanto  
Vejete que se juntaba,  
Ninguno hubo que dijese:  
«Don Roque, ved que no es sana  
Determinacion casaros.  
Si ya teneis enterradas  
Tres mujeres, no llameis  
A que os entierre la cuarta.  
Ya no es bien visto.»

DON ROQUE.

Muñoz,  
Olvida cosas pasadas;  
Dime lo que debo hacer.

MUÑOZ.

Parece cosa de chanza!  
¡Un setenten enfermizo  
Casarse! Y ¿con quién se casa?  
Con una niña que apenas  
En los diez y nueve raya.  
Y después (sin advertir  
El riesgo que le amenaza)  
Recibe en su casa á un hombre  
Que la conoció tamaha,  
Y ella y él desde chiquitos  
Se han tratado, y aun se tratan,  
Con harta satisfacción.

DON ROQUE.

¿Con que esa amistad es larga?

MUÑOZ.

¡Toma! ¿Con que no sabeis  
Quién es ella?

DON ROQUE.

Sé que estaba  
En poder de su tutor  
Don Pedro Antonio de Lara,  
Que la educó.

MUÑOZ.

Bien está.  
También sabreis que pasaba  
Muchas veces la tal niña,  
Por vivir tan inmediata,  
A casa de vuestro amigo  
Don Alvaro; allí trataba  
Con el sobrino dichoso.  
El no es mucho que pagara  
Las visitas. ¡Ya se ve!  
Es atento... Se formaba

La tertulia, y entre tanto  
Que los abuelos jugaban,  
Ellos jugaban también,  
Y todo era bulla y zambra.  
En fin, la amistad nació  
En la niñez; si ella es mala,  
Si se debe sospechar  
Que del juguete pasara  
A otra cosa (que en la edad  
Que tienen no será extraña),  
Eso discurrido vos,  
Que yo no entiendo palabra.

DON ROQUE.

¡Ay Muñoz, lo que me cuentas!  
Ya se ve, fueron tan raras  
Las veces que fui allá,  
Que no es mucho lo ignorara.  
Trataba de mis negocios  
Con don Alvaro... ¡Pues vaya,  
Que la afición es de ayer!  
Como quien no dice nada,  
Sus diez años, por lo menos,  
Llevan de amor.

MUÑOZ.

Cosa es clara.

(Hace que se va.)

DON ROQUE.

¿Te vas?

MUÑOZ.

Me voy.

DON ROQUE.

No, Muñoz;

Dime lo que se te alcanza  
En este asunto, y qué puedo  
Hacer.

MUÑOZ.

Dale, ya me cansa  
Tanto pedir parecer.  
¿Qué dudais! Que sin tardanza  
El huésped y su criado  
Salten de aquí; que la hermana  
Pegota vaya también  
A mantenerse á su casa.  
Guardad á vuestra mujer,  
Señor don Roque, guardadla;  
Que no sois nada galán,  
Y ella es bonita y muchacha.  
Jamás la consentireis  
Festines ni serenatas,  
Ni amiguillas, ni paseos,  
Ni cosa que la distraiga  
De la aguja y del fogón.  
Y no penseis que esto alcanza.  
Por el pronto...; pero al cabo,  
Siempre... En fin, no digo nada.  
Ello... Haced lo que os parezca.  
Basta de consulta.  
(Quiere irse, y don Roque le detiene.)

DON ROQUE.

Aguarda,  
Muñoz. ¿Que ha de ser preciso  
Tal cuidado y vigilancia  
Para conservar mi honor!

MUÑOZ.

Y si mientras que se trata  
Aquí su conservacion,  
Está el huésped en la sala  
Arrullando á la señora,  
No adelantaremos nada.

DON ROQUE.

No temas, que le dejé  
Encerrado en esa estancia  
De mi despacho. Fingiendo  
Que iba á escaparse la gata,  
Torcí la llave, y no puede  
Salir hasta que yo vaya.

MUÑOZ.

¡Raro arbitrio! ¿Con que hareis  
Esa espulsion?

DON ROQUE.

Sin tardanza;  
Y tanto que determino  
Que ninguno duerma en casa  
Esta noche.

MUÑOZ.

¿No es mejor  
Que antes de comer se vayan?

DON ROQUE.

Elo ha de ser; es preciso.

MUÑOZ.

Allí viene vuestra hermana  
La viudita, consejera  
Y compinche de mi ama.  
¡Eh! ya podeis empezar;  
La ocasion la pintan calva.

## ESCENA II.

DON ROQUE, DOÑA BEATRIZ.

DOÑA BEATRIZ.

Roque, saca chocolate,  
Que las pastillas del arca  
Se acabaron.

DON ROQUE.

¿Se acabaron?

DOÑA BEATRIZ.

Sí; ¡como quedaron tantas!

DON ROQUE.

Pues, señor, ¿quién se ha sorbido  
Tanto chocolate? Vaya  
Que esto va malo, Beatriz,  
Jamás he visto en mi casa  
Tal desórden. Ya se ve,  
Si parece una posada.  
Mas he gastado en un mes,  
Que en un año cuando estaba  
Solo con Muñoz. Yo quiero  
Poner remedio. Tú, hermana,  
Es menester que recojas  
Tus trastos, y te vayas;  
Déjame con mi mujer,  
Que no quiero tantas faldas  
Junto á mí. Cuando la boda,  
Viniste con tu criada  
A recibir á la novia,  
Asistirla, agasajarla...  
En fin, á mangonear  
Únicamente: escusada  
Venida. Pero aun supuesto  
Que ella te necesitara  
En los primeros dos días,  
Las cuatro ó cinco semanas  
Que ha que nos casamos, pienso,  
Beatriz, que son muy sobradas,  
Y que ya te puedes ir.  
Tu marido, que Dios haya,  
Te dejó por beredera,  
Y entre créditos, alhajas  
Y hacienda, quedó bastante  
Para que no le lloraras.  
A mí no me necesitas  
Para nada, para nada.  
Si fuera decir...

DOÑA BEATRIZ.

Y dime,

¿Toda esa arenga, en sustancia,  
Es porque me vaya?

DON ROQUE.

Sí.

DOÑA BEATRIZ.

¿Sí? Pues no me da la gana.

DON ROQUE.

¿?

DOÑA BEATRIZ.

Porque conozco  
tú las mañanas  
urdiendo. Tú quieres  
odos de casa,  
o porque sientes  
ivo que se gasta  
alma, y después  
azar con extrañas  
es a dar

La esa muchacha;  
erece, á fe.  
e su desgracia,  
entes. Una niña  
s, abandonada  
á un bribón,  
gar de procurarla  
iento feliz,  
daver la casa,  
ue viendo en tí  
que mostrabas  
ni le pediste  
ni el pudiera darte.  
acion merece;  
uieres negarla  
ue halla en mí  
su amiga y su hermana;  
en fin, que no sea  
a, sino esclava...  
n juicio, por Dios.

DON ROQUE.

¿En te ha dicho nada  
mujer? ¿Quién la oprime,  
tú, quien la casca?  
imo, no procuro...?

DOÑA BEATRIZ.

ras apurarla  
iento; y no sé,  
como te aguantas.

DON ROQUE.

¿Quieres que las cosas  
hacer, no las haga?  
que vaya á buscar,  
mujer en casa,  
ponga el peluquín  
pie la casaca?  
...

DOÑA BEATRIZ.

No quiero tal.

DON ROQUE.

abierto de canas,  
petimetre lindo,  
de las damas,  
ito, monuelo,  
de contradanzas,  
ende y arlequín?

DOÑA BEATRIZ.

e dice que tal hagas?

DON ROQUE.

; que todas sois  
casquivanas.

DOÑA BEATRIZ.

te eres fastidioso,  
y.

DON ROQUE.

Y tú preciada  
llita y doctora.

DOÑA BEATRIZ.

de todas tus mañas  
atiendo.

DON ROQUE.

Beatriz ..

DOÑA BEATRIZ.

¡Eh! Déjate de eso, y saca  
Chocolate, corre.

DON ROQUE.

Al fin,  
Todo es quimeras, y en nada  
Hemos quedado. ¡Ay, señor!  
(*Abre con la llave la puerta de su des-*  
*pacho, y se va por la del lado iz-*  
*quierdo.*)  
(*Ap.* ¡Si no he de poder echarla!)

## ESCENA III.

DOÑA BEATRIZ, GINES.

DOÑA BEATRIZ.

¿A quién buscas?

GINÉS.

A mi amo.

DOÑA BEATRIZ.

Abí en el despacho estaba.  
Ya sale.

## ESCENA IV.

DON JUAN, GINES.

(*Sale don Juan del despacho de don*  
*Roque con una carta en la mano, y*  
*se la da á Ginés.*)

DON JUAN.

Corre, Ginés;  
Ve al puerto, lleva esta carta,  
Y allí pregunta á cualquiera  
Por don Diego de Arizabal,  
Que es capitán de navío,  
Alto, moreno, que hablaba  
Conmigo ayer por la noche.

GINÉS.

Ya estoy.

DON JUAN.

Y dile que á causa  
De tener que prevenir  
Ciertas cosas que me faltan,  
No puedo pasar á verte.  
Dale este papel, y aguarda  
La respuesta, que es precisa,  
Por escrito ó de palabra,  
Y vuelve al instante.

GINÉS.

Voy.

Pero solo deseara  
Saber si en estos encargos  
De la partida se trata  
Que pensais hacer de Cádiz

DON JUAN.

Ya es cosa determinada.  
Y hoy mismo quiero salir;  
O cuando mucho, mañana.

GINÉS.

¿Y adónde iremos?

DON JUAN.

Adonde  
Lejos esté de mi patria.  
Mi primo don Agustín  
Es oidor en Guatemala,  
Deudo y amistad nos une.  
Allí nada me hará falta.

GINÉS.

¿Y aquí, señor?

DON JUAN.

Aquí solo  
Tengo sustos y desgracias.  
Déjame, por Dios, que estoy  
Fuera de mí.

GINÉS.

Muy extraña  
Resolucion me parece.

DON JUAN.

Tú, Ginés, no ignoras nada.  
Bien sabes que desde niños  
Nos quisimos, que la amaba  
Mas que á mi vida... Mi tío,  
Viendo que se retardaban  
Sus asuntos, resolvió  
Ir á Madrid; yo, que estaba  
Sujeto á su voluntad,  
Fuí con él... ¿Y quién juzgara  
Que esta ausencia causaría  
A mi amor fatigas tantas?  
Despedime de ella, y nunca  
La ví mas apasionada:  
Lloró, suspiró, rogó  
Que no la dejase. ¡Ah, falsa,  
Engañadora! Llegamos  
A Madrid, y en tan amarga  
Ausencia solo con ver  
Su letra me consolaba.  
Escribíme mil finezas,  
Yo la repetí otras tantas;  
Y al cabo de pocos meses  
Ya no recibí mas cartas.  
A esta sazón, un amigo  
Me escribió que se casaba  
Isabel; mas sin decirme  
Con quién, ni cómo la ingrata  
Pudo olvidar en un día  
Tantos años de esperanzas.  
Muerto mi tío, dejé  
A don Antonio Miranda  
Mis poderes, para que  
Dirigiese y arreglara  
Mis intereses. Dispongo  
A toda prisa la marcha,  
Resuelto á ocultarme en Cádiz  
Hasta saber si era falsa  
O cierta la ingratitud  
De esa mujer. Di mil trazas  
Para lograr este fin;  
Y eligiendo la mas mala,  
Resuelvo parar aquí,  
Porque sabiendo la rara  
Condición de este don Roque,  
El cual con nadie se trata,  
Y es su casa una prision  
Eternamente cerrada,  
Juzgué ser fácil estar  
En ella, sin que notara  
Nadie mi venida. Llego  
En fin, y encuentro casada  
A la pérdida Isabel.  
¡Qué lance! cuando acababa  
Ayer de llegar, y dice  
Don Roque que está de gala  
Porque es novio; llama luego.  
Para que yo celebrara  
La eleccion, á su mujer.  
Viene al fin acompañada  
De doña Beatriz. Si vieras...  
Yo no la dije palabra.  
Ella, la cruel, queria  
Disimular; fueron vanas  
Diligencias. Yo la ví,  
Llorosa y acongojada,  
Mirar á una y otra parte  
Fuera de sí; no acertaba  
A hablar siquiera. ¡Ay de mí!  
El es un necio, y en nada  
Reparó.

GINÉS.

¿Y habéis hablado  
Con ella á solas?

DON JUAN.

Estaba  
Anoche en un cuarto de esos.

¿Con qué halago en sus palabras,  
 Qué hermosa, qué fementida,  
 Quiso moderar mi saña,  
 Quiso de nuevo engañarme!  
 Pero apenas empezaba,  
 Vino su marido. Ahora  
 Ni puedo ni quiero hablarla.  
 ¿Qué ha de decir? ¿Cómo puede  
 Decir que tuvo constancia  
 Ni que amó de veras? ¿Cómo?

GINÉS.

Quizá, señor, obligada  
 Por su tutor... Ella es niña  
 Todavía, y como estaba  
 Tan oprimida.

DON JUAN.

¿Ay Ginés!  
 No hay disculpa, no has de hallarla;  
 Soy infeliz... Pero yo,  
 Con fuga precipitada  
 Mi patria abandono, y ella  
 Libre se queda y ufana  
 De su triunfo; y no podré  
 Culpar su aleve inconstancia?  
 ¿Su trato engañoso? Mira,  
 Ginés, vuélveme esa carta.

GINÉS.

¿Qué pensais hacer?  
 (Le da la carta á don Juan.)

DON JUAN.

No sé;  
 Porque tengo tan turbada  
 La imaginación, que dudo,  
 Resuelvo, temo, contrarias  
 Ideas á un tiempo mismo  
 Me martirizan el alma.  
 Ve adentro, recoge todos  
 Mis papeles en la caja;  
 Que ya tengo en el baul  
 Arreglado lo que falta.  
 ¿Me seguirás?

GINÉS.

Yo, señor,  
 Gustoso os acompañara  
 Al cabo del mundo; solo  
 Me aflige vuestra desgracia.

DON JUAN.

Sí, Ginés, no me abandones.

GINÉS.

En mí no hallareis mudanza;  
 Siempre os he querido bien.

DON JUAN.

Pues haz lo que he dicho, y calla.

### ESCENA V.

DON JUAN, DON ROQUE.

DON JUAN.

Señor don Roque, supuesto  
 Que están ya verificadas  
 Nuestras cuentas, entrareis  
 Para firmar la cobranza,  
 Vereis los vales.

DON ROQUE.

Qué, ¿es todo  
 En papel?

DON JUAN.

¿Sí no se halla  
 Dinero! Además que, ¿cómo  
 Quereis que yo me arriesgara  
 A venir por un camino  
 Con él?

DON ROQUE.

(Ap. Como tú te vayas,  
 Todo va bueno.) Decía  
 Que os daré sobre la marcha  
 El recibito, y quedais  
 Solventado. ¡Buena paga  
 Era el tío! Le traté  
 Muchos años, y estimaba  
 A sus amigos. Buen hombre,  
 Y alegre; siempre de chanza.  
 ¿Pobre don Alvaro! ¿Y cuánto,  
 Limpio ya de polvo y paja,  
 Os ha venido á quedar?

DON JUAN.

Las haciendas en Chiclana  
 Y el vínculo.

DON ROQUE.

Sí, no es mal  
 Bocado. Amigo, hoy se gasta  
 Mucho, y en no habiendo mucho,  
 Lo poco presto se acaba.  
 Vos habeis quedado bien.  
 Ahora tomareis casa,  
 La pondreis á la moderna,  
 Buenos trastos; y mañana  
 Os casais; y la mujer,  
 Que tampoco irá descalza....  
 Vivireis como un señor.  
 ¿Y cuando, cuando se trata,  
 De buscar casa?

DON JUAN.

(Ap. ¿Qué tonto  
 Es el hombre!) No pensaba  
 En eso; porque si acaso  
 No se me proporcionara  
 Lo que intento, en Cádiz nunca  
 Faltan muy buenas posadas  
 Para quien tiene dinero.  
 Allí viene....  
 (Mirando á la puerta del lado iz-  
 quierdo.)

(Ap. No he de hablarla.)

DON ROQUE.

¿Con que, en fin, determinais?...  
 DON JUAN.

Si quereis dejar firmadas  
 Aquellas cuentas, entrad.

### ESCENA VI.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL.

DON ROQUE.

Me dejó con la palabra  
 En la boca. El hombre tiene  
 Cosas bien estrafalarias.  
 ¿Isabel!

DOÑA ISABEL.

¿Señor!

DON ROQUE.

¿Con que  
 Nos quiere dejar mi hermana?  
 ¿Te lo ha dicho?

DOÑA ISABEL.

No, señor.

DON ROQUE.

Pues sí, parece que trata  
 De irse á su casa. Está ya  
 La pobrecilla cascada;  
 Y aunque es moza, los trabajos  
 Y pesadumbres acaban  
 Bastante. Tú, ¿qué me dices?  
 ¿Sentirás que se nos vaya?

DOÑA ISABEL.

Sí, señor; decidla vos  
 Que se quede.

DON ROQUE.

¿Sí? (Ap. Aquí hay mucha  
 Es verdad que como vive  
 Tan cerca, que sus ventanas  
 Dan enfrente de las nuestras,  
 Desde aquí puedes hablarla  
 Todos los días.

DOÑA ISABEL.

Su genio  
 Es muy amable; me agrada  
 Tanto, que nunca quisiera  
 Que se fuese.

DON ROQUE.

¿Sí? (Ap. Aquí hay mucha.)

### ESCENA VII.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL, MUÑOZ.

MUÑOZ.

Señor, ahí vino el cajero  
 De monsieur Guiferrmo.

DON ROQUE.

¿Cuántas  
 Veces ha venido ya?  
 ¿No le he dicho que esperaba  
 Cartas de nuestros amigos  
 De Hamburgo, y cuando las haya  
 Recibido....

MUÑOZ.

Bien, ¿y qué?  
 Si no es esa la embajada  
 Que ha traído. (Ap. La paciencia  
 De un santo no me bastara.)  
 Dice que á las nueve en punto  
 En su escritorio os aguarda,  
 Y os entregará el dinero  
 Del importe de las gramas  
 El inglés Anson.... Anson....  
 ¿Qué sé yo cómo se llama?  
 El inglés....

DON ROQUE.

Sí, ya lo sé.  
 ¿Y precisamente aguarda  
 Hoy á pagarlo?

MUÑOZ.

Parece  
 Que al primer viento se marcha.

DON ROQUE.

Pues, y es preciso acudir.  
 ¿Que por una patafata  
 Le han de incomodar á un hombre,  
 Y hacerle salir de casa  
 Cuando quieren! Tú, Muñoz,  
 Tampoco sirves de nada  
 Para estas cosas. Se ofrece  
 Escribir en una liana  
 Cuatro renglones, no sabes;  
 Vas á buscar una carta,  
 No entiendes el sobrescrito;  
 Y yo....

MUÑOZ.

Pues, pese á mi alma,  
 ¿No lo sabeis años ha?  
 ¿Cuidado que teneis gana  
 De quimera! Si no sé,  
 ¿Qué le hemos de hacer? ¿No es mal  
 La aprensión, salir ahora,  
 Sin haber sobre qué caiga,  
 Con esa pata de gallo!

DON ROQUE.

Muñoz, ¿por eso te enfadas?  
 Lo dije porque si fuera  
 Posible que me aliviara  
 En ciertas cosas...



MUÑOZ.  
¡El diantre  
¡vencion! Vaya, vaya.  
DON ROQUE.  
Muñoz, no te enojés.  
en polvo.

MUÑOZ.  
¡La zanguanga  
vito! Tengo aquí.

DON ROQUE.  
¿Que eso es granzas.

MUÑOZ.  
gusta.

DON ROQUE.  
Este es  
ello bueno de marras,  
re de la Merced.  
*La caja; Muñoz la abre, y ha-  
ndola vacía se la vuelve.)*  
verdás?

MUÑOZ.  
Aquí no hay nada.

DON ROQUE.  
ad; se me olvidó  
abaco en la caja.  
enaré después.

MUÑOZ.  
entella te parta!

## ESCENA VIII.

ROQUE, DOÑA ISABEL.

DON ROQUE.

muñoz es fatal.

DOÑA ISABEL.  
que mas me pasma  
espuestas que tiene.

DON ROQUE.  
enio. (Ap. No la agrada  
es viejo.) Dame, dame  
juin. Esta bata  
in lo que denota el diálogo.)  
ro ponlos allí;  
a volviendo á casa  
be de hallar. Ayer  
da la mañana  
buscando el gorro;  
mi señora hermana  
ardó tan guardado,  
un ella se acordaba  
puso. Las cosas  
en su lugar.

DOÑA ISABEL.  
La caja  
quin no la encuentro.

DON ROQUE.  
Dios! Ahí estaba  
le ese bufete.  
lado, no se caiga.  
gorro. Donde he dicho.  
bien. En el arca  
a chupa verde,  
e boton de plata,  
saca blanquiza;  
do...

Donna Isabel por la izquierda.  
que, en justillo, se pasa por  
ro.)

Esta muchacha...  
re! y lo peor  
in don Juan no salga,  
me voy y se quedan  
buena va la danza!

Únicamente Muñoz...

Y Muñoz está que salta  
Conmigo, no sé por qué.  
¡Isabelilla! ¿despachas?

DOÑA ISABEL.  
Estaba todo revuelto.

(Sale dona Isabel con los vestidos.)

DON ROQUE.  
Como aun no estás enterada  
De las cosas, ni el paraje  
Donde se ponen y guardan  
Mis vestidos. ¡Ah! si vieras....

(Dirá esto mientras se viste, ayudán-  
dole dona Isabel.)

Otro gallo me cantaba  
Entonces. Cuando vivía  
Mi difunta Nicolasa.

¡Qué puntualidad! qué aseo!  
Era una mujer muy guapa.  
Y siendo moza, que apenas  
A los cuarenta llegaba  
Cuando murió, nunca, nunca  
La pobrecita pensaba...

DOÑA ISABEL.  
¿Vais en cuerpo?

DON ROQUE.  
No por cierto,  
Que hace un ambiente que pasma.  
¡Ella gustar de cortejos,  
Ni como otras desolladas...  
¡Qué! jamás.

DOÑA ISABEL.  
¿Traigo el capote?

DON ROQUE.

¿Cómo?

DOÑA ISABEL.  
¿Si queréis que traiga  
El capote?

DON ROQUE.  
El redingot.

DOÑA ISABEL.  
Pues bien; eso preguntaba.

DON ROQUE.

Si, señor, muy hacendosa;  
(Dirá esto mientras dona Isabel le ac-  
pilla el vestido.)

Continuamente aplicada  
A la labor, eso sí;  
Y las otras dos, la Pacha  
Y la Manolita, todas  
Fueron á cual mas honradas;  
A su marido y no mas.  
Ya se ve, buenas cristianas.

DOÑA ISABEL.  
(Ap., al irse por la izquierda.  
Dios me dé paciencia! Ay triste!)

DON ROQUE.  
Si esta mujer no es negada,  
Ha de conocer, preciso,  
Que mis indirectas hablan  
Con ella; y si las entiende,  
Será regular que...

DOÑA ISABEL.  
¿Falta  
(Sale con el capote y se le pone á don  
Roque.)

Alguna cosa?

DON ROQUE.  
No mas.  
Haz que limpien esta sala;  
Que pongan bien esos trastos.  
Yo no sé cómo mi hermana...  
Pues ella bien alcanzó

A Manolita. ¡Estremada  
Era en la limpieza! Cuando  
Quieras puedes preguntarla  
Si todo no lo tenía  
Como una taza de plata.  
Era muy mujer ¡oh! aquella.  
(Se entra en el despacho.)

## ESCENA IX.

DOÑA ISABEL, BLASA.

DOÑA ISABEL.  
¿Qué es esto que por mí pasa?  
¡Pobre Isabel!

BLASA.  
¿No sabeis,  
Señora, cómo se marcha  
Don Juan?

DOÑA ISABEL.  
Yo no sé. ¿Pues cómo?

BLASA.  
He visto á Ginés que anda  
Recogiendo sus trebejos,  
Y á toda prisa los guarda.  
El, como es tan maritagon,  
Ni siquiera una palabra  
Me ha querido responder;  
Pero se van.

DOÑA ISABEL.  
Que se vayan;  
¿Qué cuidado te da á ti?

BLASA.  
Ninguno; solo extrañaba  
Que habiendo llegado ayer  
A las diez de la mañana,  
Hoy á las nueve se vuelvan  
A marchar.

DOÑA ISABEL.  
Tendrán posada  
Mas á su gusto. ¿Quién sabe?  
Beatriz parece que llama.

## ESCENA X.

DOÑA ISABEL, DON ROQUE.

DON ROQUE.  
No hay remedio, erre que erre.  
(Al salir del despacho.)  
(Ap. Aquí hay alguna enstruchada.)  
Pues, burla burlando, ya  
Las nueve no hay que esperarlas.  
Vamos allá. Presto vuelvo;  
Allí pronto se despacha,  
Y el remusguillo que corre,  
Para tener delicada  
La cabeza, no es muy bueno.  
Presto vuelvo. (Vase.)

DOÑA ISABEL.  
En sus acciones, hay siempre  
Misterio; siempre me habla  
Con ambigüedad; me observa...  
Ya se fué. Soy desgraciada.  
(Mirando á la puerta por donde se fué  
don Roque.)  
¿En qué le pude ofender?

## ESCENA XI.

DOÑA ISABEL, DON JUAN.

DON JUAN.  
¿Aun está aquí?  
(Al salir don Juan del despacho ve á  
dona Isabel, y hace ademán de vol-  
verse á entrar; dona Isabel le de-  
tiene.)

DOÑA ISABEL.  
No te vayas,

Solos estamos. ¡Ay Dios!  
 ¿Tú me vuelves las espaldas?  
 ¿A tu Isabel?

DON JUAN.

¡Tu Isabel!

¡Qué dulce espresion!

DOÑA ISABEL.

Declara

A quien te quiere tu enojo...  
 Don Juan, no ignoro la causa;  
 Pero escúchame, sabrás...

DON JUAN.

¿Qué he de saber? Que eres falsa,  
 Que me abandonaste, que...  
 Ya lo sé.

DOÑA ISABEL.

¡Don Juan!

DON JUAN.

¡Ingrata!

DOÑA ISABEL.

Oyeme. ¿Tan poco puedo  
 Contigo?

DON JUAN.

No, no te valgas  
 De artificios, que algun día...  
 Pero ya es tarde; se acaba  
 El sufrimiento también  
 En los amantes.

DOÑA ISABEL.

¡No bastan

Estas lágrimas?

DON JUAN.

Fingidas.

DOÑA ISABEL.

No lo son.

DON JUAN.

Isabel. Déjame, aparta,

DOÑA ISABEL.

Cruel! ¿Qué quieres  
 De una mujer humillada?

*(Doña Isabel le deja y se va des-  
 chada á un extremo del teatro. Don  
 Juan la sigue.)*

DON JUAN.

¿Qué he de querer, ni qué puedes  
 Tú decir que satisfaga  
 A mi indignacion? Que fuiste  
 Por el tutor violentada  
 Hasta al pié de los altares;  
 Que allí diste una palabra  
 Que repugnó el corazon;  
 Que niña, desamparada  
 Y oprimida, al fin cediste;  
 Y que cuando suspirabas  
 Por mí, juraste otro amor.  
 ¿Es eso lo que pensabas  
 Decirme? Pues mira: todo,  
 Todo es inútil; no alcanza  
 A disculparte; no es cierto  
 Que me quisiste... ¡Inhumana!  
 ¿Tú sabes qué golpe es este  
 Para mí?

DOÑA ISABEL.

Señor, yo amaba  
 De veras. ¡Ay! mis finezas  
 Ciertas fueron y no falsas,  
 Y sé que el poder del mundo  
 Que entonces se conjurara  
 Contra mí... Pero tú ignoras  
 Que habiendo sufrido tantas  
 Sinrazones y cautelas,  
 En mi daño conjuradas,  
 Los celos pudieron solo  
 Conseguir que me olvidara

De tu amor... No me olvidé,  
 Sino que desesperada,  
 Frenética, sentí  
 En lo que mas repugnaba.  
 Mi resolucion no fué  
 Ingratitud; fué venganza.

DON JUAN.

Isabel, ¡celos! ¿de quién?  
 ¿Con qué motivo? Me engañas.

DOÑA ISABEL.

No te engaño.

DON JUAN.

¿Pues qué fué,  
 Isabel? ¿Quién envidiaba  
 Mi fortuna? ¿Quién te pudo  
 Persuadir? Dímelo.

DOÑA ISABEL.

Estaba

Mi tutor harto instruido  
 De todo. Juzgó lograda  
 Su victoria cuando vió  
 Que á los dos nos separaba  
 La suerte; entonces me dijo  
 Que era fuerza me casara  
 Con don Roque; repugné,  
 El instó. ¡Memoria amarga!  
 Divulgóse en la ciudad  
 Que don Alvaro pensaba  
 Casarte en Madrid: con esto  
 Vió su cautela lograda...  
 Fingió dos cartas...

DON JUAN.

¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Sí, don Juan, donde le daban  
 Cuenta dos amigos suyos  
 De que ya casado estabas,  
 Obedeciendo á tu tío.  
 El dispuso que llegaran...

DON JUAN.

¡Ah, indigno, que me has quitado  
 Lo que yo mas estimaba!

DOÑA ISABEL.

Hizo que las viera yo;  
 Logró su astucia villana.  
 ¡Ay! una mujer amante  
 Cómo se ciega y se engaña!  
 Instó de nuevo, y al fin...

DON JUAN.

Deja, déjame que vaya  
 A pasar á ese traidor  
 El pecho de una estocada.

DOÑA ISABEL.

Señor, ¡ay de mí! Ya es tarde.  
*(Deteniendo á don Juan.)*

¿Qué piensas hacer? No añadas  
 Nuevos males á mi mal.  
 Quizá te está preparada  
 Mejor ventura que á mí;  
 No quieras, no, malograrla  
 Por esta infeliz mujer  
 Que ya no es tuya. Mis ansias,  
 Mis fatigas, yo sabré  
 Con paciencia tolerarlas;  
 Como tú vivas feliz,  
 A Isabel eso la basta.

DON JUAN.

¡Ay Dios! ¡ay Dios! ¿Dónde estoy?  
 Con cada razon me matas.  
 Por compasion no te muestres  
 De mí tan enamorada.  
 ¡Mas yo me detengo aquí!  
 ¿Qué hay que esperar? Nada falta  
 Que saber; harto comprendo  
 Tu pasion y mi desgracia.

DOÑA ISABEL.

No, don Juan; si así te ausentas.  
 Del todo me desamparas:  
 Aunque te quedes en Cádiz,  
 Siempre vivirá apartada  
 De tus ojos. ¿Qué te obliga  
 A que dejes esta casa  
 Con tanta celeridad?  
 Mi corazon se dilata  
 Solo con verte. No niegues  
 Este consuelo á tu amada  
 Isabel.

DON JUAN.

¿Qué ceguedad!  
 ¿Eso intentas? Calla, calla,  
 Infeliz, no solicites  
 Lo que á tí y á mí nos daña.  
 ¿Cómo quieres que se oculte  
 El amor que nos inflama?  
 ¿Cómo quieres que yo pueda  
 Tolerar, viendo logradas  
 Por otro felicidades  
 Que solo á mí destinabas,  
 Que solo yo merecí?  
 ¿No basta, dime, no basta  
 Que para siempre te pierda,  
 Sin que á mis penas se añadan  
 Celos, que han de producir  
 Desesperacion, venganzas?  
 ¡Ay, Dios! Déjame.

DOÑA ISABEL.

¿Te vas?

¿Así te vas? ¿Qué villana  
 Accion! ¿Me dejas!

DON JUAN.

No sé.  
 Fuerza será que me vaya...  
 El único medio es este  
 De impedir una desgracia  
 Próxima, terrible... ¡A entrambos  
 Nos está bien evitaria.  
*(Don Juan se va por la puerta de  
 derecha, doña Isabel por la izquier-  
 da.)*

DOÑA ISABEL.

¡Señor! ¡dádme resistencia,  
 Que á tanto dolor ya falta.

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA PRIMERA.

DON ROQUE, MUÑOZ.

DON ROQUE.

Solos parece que estamos.

*(Don Roque, dejando el capote y sa-  
 brero sobre el canapé, observa  
 aquello está solo; se acerca des-  
 p. á la puerta de la derecha, y llama  
 á Muñoz.)*  
 Entra, Muñoz.

MUÑOZ.

¿Y qué es ello?

DON ROQUE.

Nada mas que preguntarte  
 Del encargo que te he hecho...

MUÑOZ.

¿Qué encargo?

DON ROQUE.

¿No te advertí  
 Que los dos quedabais dentro?

MUÑOZ.

¿Qué dos?

DON ROQUE.

Don Juan é Isabel;  
Y que vieras...

MUÑOZ.

Ya me acuerdo.  
Yo no he visto nada.

DON ROQUE.

¿Nó?  
¿Con que don Juan se fué presto?

MUÑOZ.

Un buen ratillo tardó.

DON ROQUE.

Ya; pero ¿en ese intermedio  
No se hablaron?

MUÑOZ.

¿Qué sé yo?

DON ROQUE.

¿Pues no te encargué que luego  
Que yo me fuese estuvieras  
Escuchando muy atento  
Si los dos.....

MUÑOZ.

En el portal  
Me he estado casi durmiendo.

DON ROQUE.

¿Con que nada has hecho?

MUÑOZ.

Nada.

DON ROQUE.

¿Hombre! ¿nada? pues es cierto  
Que se puede descuidar.....  
¿Valgame Dios!

MUÑOZ.

Yo me entiendo.

DON ROQUE.

¿Qué entendiduras, Muñoz,  
Son esas, ni qué misterio  
Puede haber?

MUÑOZ.

Yo lo diré;

Yo lo diré claro y presto:  
Que no quiero andar fígando,  
Que no quiero llevar cuentos  
Entre marido y mujer;  
Yo sé muy bien lo que es eso.  
Está un marido rabiando,  
Hecho un diablo del infierno  
Contra su mujer; encarga,  
Para apurar sus recelos,  
A un criado que la observe  
Palabras y pensamientos.  
Bien; observa, escucha, cuenta  
Lo que vio, y arma un enredo  
De mil demonios. Hay riñas,  
Lloros, furias, juramentos,  
Gritos..... La mujer conoce,  
Y es fácil de conocerlo,  
Que toda aquella tronada  
Vino por el soplonzuelo.  
Trama un embuste, de suerte  
Que el marido, hecho un veneno,  
Se irrita contra el fígson,  
Le atesta de vituperios,  
Y le echa de casa. Agur;  
Perdió de una vez su empleo.  
Pues cierto que las mujeres  
No tienen modo de hacerlo  
Con primor. Está el marido  
Rechinando, ¿y qué tenemos?  
Nada... Viene la señora;  
El se encrespa; bien, y luego  
Anda el mimito, el desmayo,  
La lagrimilla, el requiebro,  
Y ¿qué sé yo? De manera  
Que destruye en un momento

Cuanto el amo y el criado  
Proyectaron. Y yo creo  
Que cuando un marido tiene  
Medio trabucado el seso  
Con las caricias malditas,  
Irà en mal estado el pleito  
Del chismoso del criado;  
Porque ellas no pierden tiempo.  
Entonces entra el decir  
Que es un bribon, embustero  
El pobre correveydile,  
Respondon, pelmazo, puerco.  
Con un poco de borracho  
Y otro poco de ratero.  
El maridazo es entonces  
Voto de amén, no hay remedio;  
Ella logra cuanto quiere  
De este modo, y... Yo me entiendo.

DON ROQUE.

Hombre, por amor de Dios.....

MUÑOZ.

Si digo que yo no puedo,  
No puedo; no hay que moler,  
Ya está dicho. A perro viejo  
No hay tús tús.

DON ROQUE.

Mira, Muñoz,

Coge un cordel.....

MUÑOZ.

¿A qué efecto?

DON ROQUE.

Y ahórcame.

MUÑOZ.

No necesita  
Ni cordeles ni venenos  
Quien se casa à los setenta  
Con muchacha de ojos negros.

DON ROQUE.

¿Dale bola con la edad!

MUÑOZ.

¿Dale con pedir consejo!

DON ROQUE.

Tú mismo me aconsejaste,  
No ha mucho, sobre el suceso.  
De ayer noche, y me dijiste.....

MUÑOZ.

De lo dicho me arrepiento.

DON ROQUE.

Mira, Muñoz, como soy  
Cristiano, que ya no puedo  
Aguantarte. ¿Qué maldita  
Condición!

MUÑOZ.

Pues yo ¿qué he hecho  
De malo? ¿Hice yo la boda?  
¿Di yo mi consentimiento  
Para que viniera el huésped,  
La hermana, ni el tacañuelo  
De Ginés, ni la criada  
Que me embrolla los almuerzos?  
¿Yo he de pagarlo sin ser  
Arte ni parte? ¿Qué es esto?

DON ROQUE.

Hombre, ven acá. ¿Quién dice  
Que tengas la culpa de ello?  
Solo digo que he sentido  
Que hayas andado tan lerdo  
En hacer lo que te dije;  
Esto es regular, sabiendo  
Que se quedaban en casa,  
Y juzgando..... ¿Ladró el perro?

MUÑOZ.

No ha ladrado, ni se acuerda  
De ladrar.

DON ROQUE.

Pensé que el medio  
Mas prudente era observar....

MUÑOZ.

Muy en la memoria tengo  
Que no ha diez meses decías:  
«Muñoz, ya este es otro tiempo;  
Ya enviudé; ¿qué bien estoy  
Sin desazones ni enredos!»  
Diez meses ha, no hará mas;  
No se me olvidan tan presto  
Las cosas. Ya estais casado,  
Lleno de desasosiegos;  
Lo pasado se olvidó;  
Y atarugado y suspenso  
Con lo presente: «Muñoz,  
¿Qué dices? Dame un consejo,  
Un arbitrio.....» ¿Para qué?  
¿Para deshacer lo hecho?  
No hay escape. ¿No os casasteis?  
El que os ha metido en ello  
Que os saque.

DON ROQUE.

Yo no te digo,  
Muñoz, que busquemos medios  
De descasarme; no tal.

MUÑOZ.

¿Con que no tal? ¿Eh? Me alegro.  
¿Con que el arbitrio mejor  
De lograr algun sosiego,  
Que era separarse de ella.....

DON ROQUE.

¡Ay hombre! déjate de eso.  
¿Separarnos! No, señor.  
Vaya; por ningún pretexto.  
El mal era para mí  
Entonces.... Lo que pretendo  
Es echar de casa à todos.  
Esos huéspedes molestos.  
Para conseguirlo es fuerza  
Que me ayudes: esto quiero;  
Pues aunque he dicho à mi hermana  
Que se vaya, y siempre observo  
Las palabras de don Juan,  
Para ver qué pensamiento  
Es el suyo, ella me aturde,  
Me saca mil argumentos,  
Y tengo à bien de callar.  
El, afectando misterios,  
Nunca responde à derechas,  
De suerte.....

MUÑOZ.

¿Para mi genio!

DON ROQUE.

De suerte que yo no sé  
Cómo salir de este empeño.  
Ellos al cabo se irán;  
Pero entre tanto no es bueno  
Que don Juan con Isabel,  
Dándole nosotros tiempo,  
Tenga muchas conferencias.  
Y hoy, para darme tormento,  
Ese diablo de ese inglés  
Quiere entregarme el dinero  
De las granas; fui allá;  
Ya no estaba; con que tengo  
Que volver precisamente.  
Tres mil duros, nada menos,  
Importa; es fuerza volver.

MUÑOZ.

¿Y qué quiere decir eso?

DON ROQUE.

Que es menester que me ayudes,  
Muñoz; por Dios te lo ruego.  
Una especie (por la calle  
Lo he venido discurriendo)  
Una especie me ha ocurrido.

Muy bella para el intento.

MUÑOZ.

¿Qué es la especie?

DON ROQUE.

Una bicoca,  
Que ha de surtir buen efecto.

MUÑOZ.

Y bien, decid la biococa.

DON ROQUE.

¿Cómo?

MUÑOZ.

Que lo digais presto.

DON ROQUE.

No es mas sino aparentar  
Que los dos nos vamos luego.  
Tú recogerás la capa,  
Y dentro de tu aposento  
Te has de esconder. Yo me voy;  
Y observando si hay silencio  
En esta pieza, te subes  
Pasito á pasito, y viendo  
Que no hay nadie en ella, entonces  
Te ocultas con mucho tiento,  
Que nadie te llegue á ver.  
Satisfechas allá dentro  
De que tú también te hasido,  
Vendrán aquí sin recelo  
A patullar. Isabel  
Descubrirá sus secretos  
Con Beatriz; las dos..... En suma,  
De esta manera sabremos  
Cuanto hay que saber..... ¿Te ries?

MUÑOZ.

¿Y qué mala gana tengo  
De risitas! Pero á veces  
No está en un hombre el ser serio.

DON ROQUE.

Pero, ¿y á qué viene? Dale  
Con la risa.

MUÑOZ.

Viene á cuento,

Sí, señor.

DON ROQUE.

¿Por qué?

MUÑOZ.

¿Por qué?

Está muy lindo el proyecto  
Del escondite; una cosa  
Solamente echo de menos.  
Ya se ve, no es esencial.

DON ROQUE.

¿Y qué cosa?

MUÑOZ.

El agujero,  
El rincón, la gazapera  
Donde ha de estar encubierto  
El centinela.

DON ROQUE.

Es verdad;  
Se me fué del pensamiento.  
Debajo del canapé,  
Que es muy fácil.

MUÑOZ.

Ya lo veo.

(Se va y vuelve después.)

DON ROQUE.

Muñoz, Muñoz, hombre, mira.  
Muñoz..... Pues estamos buenos.  
Si no me cuesta la vida  
Este embrollo, soy eterno.  
Muñoz, amigo Muñoz,  
Por Dios, mira.

MUÑOZ.

¿Qué hay de nuevo?

¿Otro proyecto mejor?

DON ROQUE.

Que es preciso...

MUÑOZ.

Ya lo entiendo;

Es preciso, bien está.

DON ROQUE.

Mira.

MUÑOZ.

Si todo el infierno  
Viniera á casa, no juzgo  
Que hubiese mas embelecios.  
¿Caramba! ¿Es cosa de chanza?  
Yo agazaparme! Primero.....  
Digo, á la vez de viruelas.  
Yo debo de ser un leño,  
Un zarandillo, un...

DON ROQUE.

Muñoz.

Mira, Muñoz; ya no quiero  
Nada de tí; ya conozco  
Lo bien que pagas mi afecto.  
¿Qué ley! ¿qué ley! Yo creí  
Que tu aspereza y tu gesto  
De vinagre era apariencia  
Nada mas...; Y yo, camueso  
De mí, sin quererle echar,  
Por mas que me lo dijeron  
Sus amas! Pero, señor,  
Que haya de olvidar tan presto!...  
¿Qué ingratitude! Cuantas veces  
Se le ha ofrecido dinero,  
Sabe que se le he prestado;  
Sabe que yo he sido empeño  
Para todos sus parientes;  
Sabe que en mi testamento  
Le dejo cuanto en conciencia  
Puedo darle.

MUÑOZ.

¿Y yo sé eso?

DON ROQUE.

Pues qué, ¿no sabes las mandas  
Que dejo allí?

MUÑOZ.

No por cierto.

DON ROQUE.

¿Toma! un año de salario  
Contado desde el momento,  
En que yo fallezca; mando  
Que si alguna cuenta tengo  
Contra tí, se dé por nula;  
Mando también...

MUÑOZ.

Yo no debo

Nada á nadie.

DON ROQUE.

Hombre, pudiera  
Suceder que en aquel tiempo  
Me lo debieras.

MUÑOZ.

Ya estoy.

DON ROQUE.

Te mando un vestido nuevo,  
Como le quieras, y todos  
Los míos; también te dejo  
La caja de plata. En suma,  
Ya lo he dicho, cuanto puedo  
Dejarte. ¿Y por una cosa  
Tan fácil como te ruego,  
Te enfureces como un tigre?  
En fin, se acabó, yo espero  
Que te ha de pesar bien pronto.  
Vete, que yo no te fuerzo.  
¿No quieres hacerlo?... Vete.

MUÑOZ.

Yo no he dicho que no quiero.

DON ROQUE.

¿Pues qué has dicho?

MUÑOZ.

¿Qué sé yo?

DON ROQUE.

No, no gusto de rodeos;  
(Suena la campanilla al lado derecho  
Muñoz quiere iras, y don Roque  
va deteniendo.)

Dí lo que quieres hacer.

MUÑOZ.

Han llamado. Qué... veremos.

DON ROQUE.

No hay veremos. Habla claro.

MUÑOZ.

Si voy á abrir.

DON ROQUE.

No; primero

Has de resolvertelo.

MUÑOZ.

Digo

Que sí lo haré.

DON ROQUE.

¿Cierto?

MUÑOZ.

Cierto.

## ESCENA II.

DON ROQUE, DON JUAN.

DON ROQUE.

¿Ay, qué Muñoz! ¿Qué carácter  
Tan temoso y tan sobesbio!  
En fin, dijo que lo hará.

(Sale don Juan)

Y bien, don Juan, ¿qué hay de bué

DON JUAN.

Nada ocurre.

DON ROQUE.

Cansadillo

Vendreis de correr el pueblo  
Buscando casa. Es un diantre,  
Es un diantre. Esta que tengo  
Ya veis qué estrecha, qué antigua  
Llena toda de agujeros;  
Sin comodidad ninguna;  
Me cuesta un horror. Y siento  
Infinito no hallar otra;  
Porque, pongo por ejemplo,  
Viene un huésped, es preciso  
Todos los trastos ponerlos  
Hacinados, arrastrar  
Colchones... y removiendo  
Las cosas de su lugar,  
Se destruyen sin consuelo.  
Y todo por no tener  
De sobra un par de aposentos  
Donde poner unas camas.  
Es trabajo.

DON JUAN.

Ya lo veo.

DON ROQUE.

¿Qué deciais?

DON JUAN.

Solo digo

Que teneis razon en eso.

DON ROQUE.

¡Ah! ¿pues no la he de tener?  
Como que mi hermana, viendo

a incomodidad  
en la casa, ha resuelto  
suya. Si aquí...  
necesario verlo.  
o engorro. Yo á vos  
to con cumplimento,  
ser de otra suerte.  
s; para poneros  
noche no mas )  
a, se ha revuelto  
y cierto, me pesa  
na no poderos  
ida...

*l entrarse en el despacho.)*

Nada, como  
lijera á un muerto.

**ESCENA III.**

JUAN, DOÑA BEATRIZ.

DON JUAN.

directas! En mi vida  
lo tanto á un necio.

DOÑA BEATRIZ.

guardado ya  
s trastos, y creo,  
s señas, que os vais.  
go a servirte acierto,  
on satisfaccion;  
nocido y te quiero  
primera edad,  
bien deseo.  
igas el motivo  
rida; sospecho  
t, no la pregunto;  
mudes de intento.  
no tienes casa  
ivir, yo la tengo;  
quieres quedar  
t (que no lo apruebo)....  
si te quedas, trata  
ir los pensamientos  
*in se sienta en una silla.)*  
arte. Tus amigos,  
es muchos y buenos,  
tirán. No des  
ir. Es muy mal hecho  
la paz de una casa,  
de amor y sosiego  
ir disensiones.  
siste, ya es tiempo  
larla; ya es casada;  
s tuya.

DON JUAN.

Si un perverso  
a de astucias viles,  
era yo en ajeno  
ella fuera mia.  
amarse nacieron  
s almas, y debian  
con nudo estrecho,  
bien pudo desatarte?  
e rompe? ¡Qué tormento!

DOÑA BEATRIZ.

ay reciente el mal,  
año que digas eso;  
fin...

DON JUAN.

¿Y hay en la tierra  
, virtud, respeto  
igion? ¡Valerse  
toridad que dieron  
es, y esclavizar  
zon puro y tierno  
ya reside amor!  
rocidad, qué violento  
io! Ella turbada  
l pudor y el respeto,  
engañada y sola...

Ya se ve, no pudo menos.  
¡Tantos contra mi querida  
Isabel! Yo sin saberlo,  
Ausente de ella cien leguas,  
De tristes sospechas lleno;  
Ella celosa de mí  
Sin motivo, resistiendo  
Mil astucias. ¡Desgraciada!  
¡Qué afliccion, qué desconsuelo  
El tuyo! ¡Y hay en la tierra  
Piedad, virtud? No lo creo.  
*(Levántase agitado, y llama acercándose á la puerta de la izquierda.)*

DOÑA BEATRIZ.

¡Válgame Dios! yo estoy muerta.  
¡Juanito! ¡qué descompuesto,  
Qué perdido estás!

DON JUAN.

¡Ginés!

DOÑA BEATRIZ.

Un hombre de entendimiento  
Debe conocer...

DON JUAN.

¡Ginés!

DOÑA BEATRIZ.

¿No me escuchas?

**ESCENA IV.**

DON JUAN, DOÑA BEATRIZ, GINÉS.

DON JUAN.

Vuelve presto.

Mira...

GINÉS.

Señor.

DON JUAN.

Ve á la plaza,

Y en casa de don Anselmo  
Pregunta, porque él me ha dicho  
Que verá de componerlo  
Con un capitán su amigo,  
En cuyo buque podremos  
Salir hoy mismo.

GINÉS.

No acabo

De entender...

DON JUAN.

Mira, don Diego

De Arizabal no nos puede  
Llevar; pero podrá hacerlo  
Un amigo suyo en otra  
Embarcacion. A este efecto  
Quedó en hablarle y llevar  
La razon á don Anselmo;  
Y allí se ha de preguntar.  
Yo voy entre tanto al puerto,  
Y aquí me hallarás.  
*(Ginés se va. Don Juan, después de una breve suspension, haciendo una cortesía á doña Beatriz, se va tambien.)*

**ESCENA V.**

DOÑA BEATRIZ, DON ROQUE.

DON ROQUE.

¡Beatriz!

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué ocurre?

DON ROQUE.

Saber deseo

Cuándo me dejas en paz,  
Cuándo mudas de aposento;  
Mas claro: cuándo te vas  
A tu casa.

DOÑA BEATRIZ.

Estoy en ello;

Lo pensaré.

DON ROQUE.

No me empeces

Con tranquilas ni rodeos.  
Ya te he dicho que te vayas,  
Que te vayas. Pues es cierto  
Que están las cosas baratas;  
Y sobre todo no quiero  
Mas huéspedes. ¡Hay tal tema?  
Yo no digo que pretendo  
Que te vayas y no vuelvas  
En toda la vida á vernos;  
No, señor, una vez ú otra  
Cuando quieras, santo y bueno;  
Pero eso de estar aquí  
Regalando, ni por pienso.  
Mi mujer no necesita  
A su lado consejeros:  
Con que así, fuera.

DOÑA BEATRIZ.

Está bien;

No te has de enfadar por eso.

DON ROQUE.

Pero vete.

DOÑA BEATRIZ.

Ya me iré,

Déjalo estar.

DON ROQUE.

Es que quiero  
Que te vayas al instante.

DOÑA BEATRIZ.

Pues, al instante. ¡Qué empeño!  
No faltaba mas. Cuidado,  
Hombre, que te vas haciendo  
El ente mas fastidioso,  
Mas ridículo y mas fiero  
Que se puede imaginar.  
Tú quieres que en el momento  
Que mandas te sirvan; quieres  
Que hasta el mismo pensamiento  
Te advinen, porque todo  
Lo sueles pedir á gestos.  
Si encuentras alguna cosa  
Puesta tres ó cuatro dedos  
Mas allá de donde tú  
La dejaste, armas un pleito.  
Si estás alegre, por fuerza  
Han de estar todos contentos;  
Y si te da la morriña  
(Que dura meses enteros),  
Ninguno se ha de reir.  
Si ves hablar en secreto,  
Al instante te malicias;  
Como eres tan majadero,  
Que te burlan ó disponen  
Asaltarte los talegos.  
Si echan en la lamparilla  
Un poco de aceite menos,  
Son ladrones, porque todo  
Lo sisan para venderlo.  
Si echan aceite de mas,  
Que no tienen miramiento  
Ni conciencia, y se conoce  
Bien que no lo pagan ellos.  
Genio como el tuyo, vaya,  
No se ha visto; y lo que siento  
Es que siempre va á peor.  
Por esto, hermano, por esto  
No me voy. Isabelita  
Antes de su casamiento  
Apenas te conocia;  
Yo la digo, yo la advierto  
Mil cosas. Es menester  
Que te vaya comprendiendo,  
Que sepa tus estranezas,  
En fin, que te trate; y luego  
Verás cómo, sin que nadie  
Me lo avise, dejo el puesto;  
¡Que por no verte se puede

Dar muchísimo dinero.  
Adios.

# ESCENA VI.

DON ROQUE, MUÑOZ.

DON ROQUE.

¡Beatriz! A otra puerta.

Pero no perdamos tiempo;  
Esta es la ocasión. ¡Muñoz!  
(Acercándose á la puerta de la derecha.)

Lo primero es lo primero.

¡Muñoz!

MUÑOZ.

Vaya.

DON ROQUE.

Mira, ahora

Es ocasión. Mientras veo  
Si alguno viene, te escondes,  
Como tenemos dispuesto.  
Vamos, hombre. ¡Qué pesado  
Eres!

MUÑOZ.

No soy mas lijero.

DON ROQUE.

(Se encamina acia el canapé. Muñoz se está quieto.)

Despacha. Por este lado  
Puedes entrar.

MUÑOZ.

¡El proyecto!

DON ROQUE.

Hombre...

MUÑOZ.

Dale; si es inútil

Todo. ¿Qué pensais que haremos  
Con el escondite? Nada,  
Nada; si lo estoy ya viendo.  
¡A qué es cansarse? Y supongo  
Que hoy se van; lo doy por hecho,  
Que los tres quedamos solos;  
Las inquietudes, los celos  
No se acabarán jamás.

DON ROQUE.

¿Por qué?

MUÑOZ.

¡Pues no dais en ello?

Porque no puede hacer migas  
Una niña con un viejo;  
No, señor. Si ha de vivir  
Siempre metida en encierro,  
Condenada de por vida  
A vestidos y coseros,  
A ver ese gesto, á oír  
El continuo cencerreo  
De la tos, á calentar  
Bayetas en el invierno  
Para el vientre, á cocer yerbas,  
Preparar polvos y ungüentos,  
Parches, cataplasmas; digo:  
¿Como la ha de gustar esto?  
Vaya, si no puede ser.  
Todo será fingimiento...

DON ROQUE.

Vamos, hombre.

MUÑOZ.

Quiero hablar,

Que no soy ningun podenco.  
Sí, señor, á cada paso  
Habrá silbidos, acechos,  
Biléticos, tercerías.

DON ROQUE.

En parte, Muñoz, comprendo  
Tu razon; su genio es ese.

MUÑOZ.

¡Dale bola! No es el genio;

La edad, la edad: ahí está,  
En la edad está el misterio.  
Los hombres y las mujeres,  
Todos, poco mas ó menos,  
Son de una misma calaña.  
Los chicos gustan de juegos,  
De correr y alborotar,  
Y poner mazas á perros;  
Las muchachas, trasformando  
En mantellina el moquero,  
Van á misa y á visita,  
Se dicen mil cumplimientos,  
Y en cachivaches de plomo  
Hacen comida y refresco.  
Luego que son grandecillas  
Olvidan tales enredos;  
Ni piensan en otra cosa  
Que en uno ú otro moznuelo  
Que al salir de casa un día  
Las hizo al descuido un gesto.  
Señora madre las guarda,  
Las refiere mil ejemplos,  
Y las hace por la noche  
Repasar un libro viejo  
En que dice no sé qué  
De pudor y encogimiento.  
El padre piensa que tiene  
En la doncella un portento  
De virtud, y ella entre tanto  
Piensa en su lindo don Diego.  
Pues no digo nada, el cuyo,  
Que anda que bebe los vientos,  
Y pasa noches enteras  
Hecho un arrimon eterno,  
Aguardando la ocasión  
De ver un postigo abierto  
Por donde doña Rosita  
Le diga: «Ce, caballero.»  
Ella y él por señas piden  
Matrimonio presto, presto,  
Y en eso nada hay de mal;  
Mas ¡por qué no lo pidieron  
Cuando el uno en la plazuela  
Con otros chicos traviesos  
Jugaba á la coscojilla,  
Y ella en el recibimiento  
Con las muchachas de enfrente  
Se estaba haciendo muñecos  
De trapajos, y les daba  
Sopitas de cisco y yeso?  
¿Por qué? Porque con los años  
Es preciso que mudemos  
De inclinaciones, señor;  
Y cuando se acerca el tiempo  
De que la sangre nos bulle  
Y nos pide galanteo,  
Los mocitos se aficionan  
A las mozas, no hay remedio;  
Porque cada cual se arrima  
A su cada cual. ¿No es esto?  
Y pensar que el genio causa  
Esta inclinacion, es cuento;  
O es menester confesar  
Que todos tienen un genio  
Cuando tienen cierta edad.  
Yo, señor, en mí lo veo:  
Fui muchacho y mozalbete,  
Y tuve por aquel tiempo  
Las travesurillas propias  
De un chiquito y de un moznuelo;  
Pero después se acabó.  
¡Ojala no fuera cierto!  
Y no espero, ¿qué esperar?  
Ni por asomo lo pienso,  
Que ninguna picarilla,  
Que la rebose en el cuerpo  
La robustez y el calor,  
Se añicione de mi gesto.  
Vamos, eso es disparate;  
Y aunque es doloroso el verlo,  
Señor don Roque de Urrutia,  
Es preciso conocernos.

DON ROQUE.

Muñoz, calla, calla, calla  
Por Dios y no hablemos de eso,  
Que cada palabra taya  
Me parte de medio á medio.

MUÑOZ.

¡Así pudiera explicarme  
Del modo que lo comprendo!

DON ROQUE.

Pues ¿qué mas has de decir?  
Mal haya amén...

MUÑOZ.

El camueso

Que...

DON ROQUE.

Calla.

MUÑOZ.

Callo y me escuro.  
(Hace que se va, y vuelve.)

DON ROQUE.

Vuelve, mira.

MUÑOZ.

Miro y vuelvo.

DON ROQUE.

Hombre, si te he dicho ya  
Que tienes razon, que es cierto  
Cuanto dices y diras;  
Pero, Muñoz, ¿quid futendum?  
¿Quieres que me tire á un pozo?  
¿Quieres?...

MUÑOZ.

Yo, señor, no quiero  
Mas que decir mi sentir  
Sin disfraces ni rodeos.

DON ROQUE.

Ya me lo has dicho mil veces,  
Y cada vez que te veo  
Predicar sobre el asunto  
Me degüellas. Lo que quiero  
Es que te escondas.

MUÑOZ.

¿En dónde?

DON ROQUE.

Aquí. Vamos, entra presto.  
Nadie viene. Vamos, hombre.

MUÑOZ.

Por el alma de mi abuelo,  
Que disparate mayor...

DON ROQUE.

Muñoz, lo dicho: acabemos,  
O te escondes, ó te vas.

MUÑOZ.

Sí...

DON ROQUE.

Vete, que no te quiero  
Volver á ver en mi vida.  
Vaya, marcha.

MUÑOZ.

Ya me meto.

DON ROQUE.

Por aquí.

MUÑOZ.

Vamos allá.

(Empieza Muñoz á meterse debajo canapé.)

DON ROQUE.

Luego que te metas dentro,  
Te tiendes de largo á largo,  
Y descansas.

MUÑOZ.

Ya lo entiendo.

DON ROQUE.  
o cabes?  
MUÑOZ.  
No lo sé.  
DON ROQUE.  
MUÑOZ.  
Que allá lo veremos.  
DON ROQUE.  
que viene gente.  
MUÑOZ.  
otra.  
DON ROQUE.  
Vaya, lerdo.  
MUÑOZ.  
quiero, escopeta.  
ndole posible acabarse de ocul-  
trata de salir, y don Roque le  
a tirándole de las piernas.)

DON ROQUE.  
nen ya.  
MUÑOZ.  
Si no puedo  
ante ni atrás,  
e venga un regimiento.  
DON ROQUE.  
az por salir, á ver.  
MUÑOZ.  
que tirar tan de reclo.  
DON ROQUE.  
que salgas aprisa.  
MUÑOZ.

DON ROQUE.  
¡Terrible aprietol!  
MUÑOZ.  
rieto ha sido el mio,  
r poco no reviento.

**ESCENA VII.**  
DON ROQUE, DOÑA ISABEL.  
DON ROQUE.  
rá visto... Pero no.  
DOÑA ISABEL.  
mabais?

DON ROQUE.  
No por cierto.  
(Esta es excusa.) Parece.  
s huéspedes se fueron.  
DOÑA ISABEL.  
que sí.

DON ROQUE.  
¿Qué me dices  
don Juan? Ves qué atento,  
ntendido, qué buen mozo.  
le conoció chicuelo,  
a le ve... Sin sentir  
mos haciendo viejos.  
(Como calla la bribona!)  
me parece que tengo  
e de haberte visto  
vez, allá en tiempo  
Alvaro, en su casa.  
DOÑA ISABEL.

dad.  
DON ROQUE.  
Sí, bien me acuerdo.  
raviesos erais todos!  
hillidos y qué estruendo  
a en la sala oscura  
s noches del invierno,

Quando ibamos á jugar  
Al revésino don Pedro,  
Don Andrés y don Martin  
De Urquijo! ¡Qué hombres aquellos!  
Aquellos sí que eran hombres.  
¿Lloras?

DOÑA ISABEL.  
No, señor.  
DON ROQUE.  
Yo veo  
Que lloras. Dí la verdad.  
¿Qué tienes? Algun misterio  
Hay aquí. Dí, ¿por qué lloras?  
DOÑA ISABEL.  
No lo estrañeis, pues me acuerdo,  
Con eso que me decís,  
De aquel venturoso tiempo...  
DON ROQUE.  
De aquel tiempo cuando os ibais  
A retozar...

DOÑA ISABEL.  
No por cierto.  
DON ROQUE.  
Tú, don Juan y otras muchachas,  
Y el hijo de don...  
DOÑA ISABEL.  
No es eso.  
DON ROQUE.  
De don Blas, y en la cocina  
No dejabais en su puesto  
Ni vasiya ni cacharro.  
Isabel, aquellos juegos,  
Aquellos juegos...

DOÑA ISABEL, *aparte*.  
¡Ay, triste!

**ESCENA VIII.**  
DON ROQUE, DOÑA ISABEL, GINÉS.  
DON ROQUE.  
¡Hola! (Ap. Recado tenemos,  
Y billetico tambien :  
Yo he de verle.) ¿Adónde bueno,  
(Ginés sacará una esquila en la mano;  
durante la escenas se la da á don Roque,  
quien la lee y se la vuelve á Ginés.)  
Señor Ginés?

GINÉS.  
A buscar  
A mi amo.  
DON ROQUE.  
(Ap. Ya te entiendo.)  
¿Con que al amo?

GINÉS.  
Sí, señor.  
DON ROQUE.  
¿Y ese papelillo abierto  
Es para el amo tambien?  
Dádmelo acá.

GINÉS.  
Bueno es eso.  
Si no es para vos.  
DON ROQUE.  
No importa.  
GINÉS.

Advertid.  
DON ROQUE.  
Yo nada advierto.  
Es empeño el verle ya.  
GINÉS.  
Ahí le teneis, si es empeño.

DOÑA ISABEL, *aparte*.  
¡Qué dirá el papel!  
GINÉS, *aparte*.  
El hombre  
Gasta mucho cumplimiento.  
DOÑA ISABEL, *aparte*.  
Llena de temor estoy.  
DON ROQUE.  
Pues toma; llévale presto,  
Que importa.

GINÉS.  
Si no está en casa,  
Aquí á la puerta le espero.  
DON ROQUE.  
Harás bien.  
GINÉS.  
Agur, señores.  
DON ROQUE.  
Adios, amigo.

**ESCENA IX.**  
DON ROQUE, DOÑA ISABEL.  
DON ROQUE.  
En efecto,  
Se va don Juan.

DOÑA ISABEL.  
¿Cómo? ¿Adónde?  
DON ROQUE.  
(Ap. ¿Si será el lloro por esto?)  
Hoy mismo se ha de embarcar.  
¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.  
Yo nada.  
DON ROQUE.  
El viento

Es propio para salir;  
Y me parece muy bueno  
Que vaya á América. Allí  
Si se da por el comercio,  
Hay muy buena proporcion;  
Pero, en fin, cuando lo ha hecho,  
El sabrá por qué se va  
Y á lo que va, que no es lerdo.  
¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.  
Nada, señor.  
DON ROQUE.  
Es un mozo muy atento  
Y de bella inclinacion.  
Yo he celebrado en estremo  
Haberle tenido en casa;  
Y aunque ha estado poco tiempo,  
He conocido que tiene  
Prendas de muy caballero.  
¿Qué te parece? ¿Es verdad?

DOÑA ISABEL.  
No hay duda, señor, es cierto.  
DON ROQUE.  
¿Estás triste?

DOÑA ISABEL.  
No, señor.  
DON ROQUE.  
¿Qué, no te gusta que hablemos  
De nuestro huésped?

DOÑA ISABEL.  
A mí  
¿Qué se me puede dar de eso?  
DON ROQUE.  
Dices bien. ¡Hola! ya es tarde.  
(Sacando el reloj.)

DOÑA ISABEL.

¿Salís otra vez?

DON ROQUE.

Sí, tengo

*(Se pone el capote y el sombrero.)*

Que hacer mil cosas. Muñoz

También ha de salir luego.

Cuando se vaya, tened

Cuidado si ladra el perro,

O si alguien llama. Adios, chica.

*(Ap., al tiempo de irse por la derecha.)*

Tú caerás en el anzuelo.

## ESCENA X.

DOÑA ISABEL, DOÑA BEATRIZ.

DOÑA BEATRIZ.

¿Vienes adentro, Isabel,

O te agrada que saquemos

A esta pieza la labor?

DOÑA ISABEL.

¡Ay, Beatriz!

DOÑA BEATRIZ.

Dejemos eso,

Isabelita.

DOÑA ISABEL.

¡Ay de mí!

DOÑA BEATRIZ.

Vámos, hermana. ¿Qué es esto?

¿No ha de haber prudencia en tí?

¿Es ese el ofrecimiento

Que me has hecho de olvidarle,

Y siguiendo mi consejo

Despedirle para siempre,

Antes que llegue el extremo

De que lo sepa mi hermano?

DOÑA ISABEL.

Ya lo sabe; ya no es tiempo

De disimular con él.

Mis ojos se lo dijeron,

Mis suspiros.

DOÑA BEATRIZ.

¿Pues qué ha dicho?

DOÑA ISABEL.

Nada; pero yo, que advierto

En sus palabras y acciones

Mucho artificio y misterio,

He llegado á conocer

Que esta resentido, inquieto,

Y celoso de don Juan.

DOÑA BEATRIZ.

No lo extraño; y aun por eso

Conviene que se apresure

Su marcha.

DOÑA ISABEL.

Ya la ha resuelto

El mismo, y ha de embarcarse

Muy pronto, según entiendo.

DOÑA BEATRIZ.

Eso es lo que debe hacer;

Y á tí te importa en extremo

No verle mas. Los combates

De amor se vencen huyendo.

No le admitas, no le escuches.

Si es noble, si es caballero,

Ha de conocer á cuánto

Le obliga el honor, ni creo

Que permita que mi hermano

Viva de tí descontento:

No querrá verte infeliz.

Si te quiere bien, si es cuerdo,

Si teme á Dios, con dejarte

Dará á tanto mal remedio.

DOÑA ISABEL.

¿Qué bien dices! Tú me das

Valor, tú me das consuelo.

Yo misma, sí, yo sabré,

Dando fin á tanto yerro,

Decirle que me abandone,

Que se vaya, que no quiero

Volver á ver en mi vida

A un hombre que ya aborrezco.

DOÑA BEATRIZ.

¿Le aborreces? ¿Y has de ser

Tú la que le digas eso?

No, Isabel, no te conviene.

Vente conmigo allá adentro,

Y fingiendo que estás mala,

A tu retiro daremos

Disculpa, ven.

DOÑA ISABEL.

Ya te sigo.

## ESCENA XI.

DOÑA ISABEL, DON JUAN.

DOÑA ISABEL.

Gente viene; mas ¿qué veo?

El es: me voy. ¿Qué he de hacer?

Triste de mí! No, no quiero

Verle.

DON JUAN.

¿Isabel!

DOÑA ISABEL.

Si venís

O enamorado ó atento

A despediros de mí,

Guardé vuestra vida el cielo,

Y os lleve con bien.

DON JUAN.

Venla...

A solo decirte vengo...

DOÑA ISABEL.

Sí, que te vas. Ya lo sé;

Vete, yo te lo aconsejo.

DON JUAN.

¡Ah! Que no sabes la pena...

DOÑA ISABEL.

Sí, ya sé lo que te debo;

Vete, y déjame morir.

DON JUAN.

¡Ay Isabel! ¿Para esto

Volvi á Cádiz! Para ver

Rotos los nudos estrechos,

La union mas apetecida

Que formó el trato y el tiempo!

¡Ay! ¿qué tiempo aquel! ¿Te acuerdas?

¿Te acuerdas?...  
DOÑA ISABEL.

Yo desfallezco.

DON JUAN.

Cuando de nuestra fortuna

Tú contenta y yo contento,

Esperábamos de amor

Galardones lisonjeros.

El trato, la inclinacion,

La edad, los alegres juegos,

Los mal fingidos desvíos...

DOÑA ISABEL.

Don Juan, ¡ay de mí! yo muero.

DON JUAN.

Un suspiro, una palabra

De tu boca, un halagüeño

Mirar, toda mi ambicion

Era, todos mis deseos.

Ya se acabó. Si te quise,

Si en nuestros años primeros

Eramos los dos felices,

Pasó como sombra y sueño;

Ya solo la muerte aguardo.

DOÑA ISABEL.

¡Oh! no lo permita el cielo!

Yo si moriré de angustia,

Que no hay valor en el pecho

Para tanto padecer.

DON JUAN.

Adios; ya no nos veremos

Otra vez. De tí apartado

Buscaré climas diversos.

Isabel, querida mía,

No te olvides del afecto

Que nos tuvimos los dos.

Ya nada de tí pretendo,

Sino que mi fe, mi amor

Viva en tu memoria eterno.

Quiéreme bien, piensa en mí.

Tal vez hallará consuelo

Mi dolor, cuando imagine

Que de la hermosa que pierdo.

Alguna lágrima, algún

Tierno suspiro merezco.

Mas; qué digo! No, Isabel,

Olvida el cariño nuestro,

Ama á tu esposo y no mas:

Amale, yo te lo ruego,

Y déjame ya partir.

DOÑA ISABEL.

¡Señor!

DON JUAN.

¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Ni puedo

Hablar, ni sé qué decirte.

¡Ah! si vieras cómo tengo

El corazón!

DON JUAN.

¡Ah! si vieras...

Pero, adios, y este postrero

Abrazo confirme...

*(Quiere abrazarla, y doña Isabel se tira.)*

DOÑA ISABEL.

Aparta.

DON JUAN.

¿Huyes?

DOÑA ISABEL.

Sí, de tí me alejo;

Que me ofreces mil peligros

En cada vez que te veo.

DON JUAN.

¡Cruel!

DOÑA ISABEL.

¡Ah, don Juan! ¿qué quieres?

¿Qué quieres de mí? si el cielo

Lo ordena así: ya lo ves.

Nuestro honor lo está pidiendo...

Mas no te vayas de Cádiz,

Ni me des mayor tormento:

No porque te pierda ausente

Quieras que te lllore muerto;

Que á un infeliz mas le sirve

De afliccion que de consuelo

Buscar provincias remotas

Con tantos mares en medio.

Esta ciudad, patria tuya,

Ofrece muchos objetos;

Y tus penas cederán

A la reflexion y al tiempo.

Baste á infundirte valor

Ver que yo te doy ejemplo,

Que me separo de tí

Entregada al mas acerbo

Dolor. Sí, que si no fuese

Este amor tan verdadero,

No fuera virtud en mí

Dejarte como te dejo.

Pero es preciso, don Juan:



## EL VIEJO Y LA NIÑA.

era yo de sentimiento,  
siente, desamparada  
mi bien; que alegre muero,  
a costa de tanta pena  
ra mi opinion conservo.

DON JUAN.

¡Querida de mis ojos!  
¿Quién te ha dado tal esfuerzo?

DOÑA ISABEL.

¡Oh virtud! ¡oh dolorosa  
virtud!

*Se va por la izquierda, don Juan por  
la derecha. Queda sola la escena por  
un breve espacio.)*

## ESCENA XII.

MUÑOZ.

Es preciso hacerlo:  
legó el caso. No hay que darle  
*Encaminándose al canapé. Cuando está  
medio escondido, suena la campana  
a la derecha, y acaba de es-  
condérsele.)*

Vueltas, no tiene remedio.

¡Ay, qué boda! ¡Ay, qué don Juan!  
Muñoz, ánimo, y a ello.

No, pues ya no he de salir,  
Aunque echen la puerta al suelo.

## ESCENA XIII.

BLASA, GINÉS.

BLASA.

Ya van, ya van. ¡Hay tal prisa!

*(Atravesando el teatro, y vuelve a salir  
con Ginés.)*

GINÉS.

Juzgué que estaba durmiendo.

BLASA.

No, sino que se ha marchado  
Sin decir nada allá dentro.  
Vaya que es muy fastidioso  
El tal Muñoz.

GINÉS.

Yo no entiendo  
Cómo don Roque le aguanta.

BLASA.

¿Cómo? Bien fácil es eso.  
Porque hace doscientos años  
Que está en la casa sirviendo;  
Porque es viejo, que los dos  
No se llevan mes y medio;  
Porque es ruin como su amo;  
Porque le ha cogido miedo;  
Porque para cualquier cosa  
Se vale de su consejo;  
Y si Muñoz no lo dice  
No puede haber nada bueno;  
Porque le sirve de espía;  
Le va con todos los cuentos,  
Y cuando sale su amo  
Se está en el portal fingiendo  
Que duerme o reza, y no hay cosa  
Que él no sepa; viene luego  
Don Roque, y el estantigua  
Maldito de su escudero  
Cé por bé todo lo sopla.

GINÉS.

¡Haya picaro de viejo!

BLASA.

Rogando estoy a mi ama  
Que me saque de este encierro,  
Que volvamos otra vez  
A nuestra casa, y dejemos  
A esos hombres, que parecen  
Dos espantajos de un muerto.  
Vaya, que los dos...

GINÉS.

Pues yo,  
Blasilla, pronto los dejo.

BLASA.

¿Si? ¿cómo?

GINÉS.

Como nos vamos  
Allá... ¿qué sé yo? muy lejos.

BLASA.

¿Y cuándo?

GINÉS.

Hoy mismo, si el aire  
No nos pone impedimento.

BLASA.

Dichoso tú, que de hoy mas  
No verás a ese estafermo  
De Muñoz, ni a mi don Roque  
Tan regañón y tan terco.

## ESCENA XIV.

BLASA, GINÉS, DOÑA ISABEL.

DOÑA ISABEL.

¡Blasa!

BLASA.

Señora.

DOÑA ISABEL.

Prepara

Mi bastidor.

BLASA.

Voy corriendo. *(Vase.)*

DOÑA ISABEL.

¿En dónde estará tu amo?

GINÉS.

En la playa, mientras vuelvo  
Con la caja que quedó  
Sobre la mesa allá adentro.

DOÑA ISABEL.

Ve por ella. ¡Ay desdichada!

*(Vase Ginés por la izquierda.)*

No hay que hacer, se va en efecto.

Qué precision puede haber  
De cruzar un golfo inmenso,  
Que nos ha de separar,  
No solo para no vernos,  
Sino para no saber

Si mi bien es vivo ó muerto?

*(Sale Ginés con una caja cubierta de  
encera.)*

Esto importa. Ginés, díle  
A tu señor que le espero,  
Sin falta, al instante, ahora:  
Pues no ha nada que salieron  
Don Roque y Muñoz. En fin,  
Dirásle que a todo riesgo  
Venga, que le quiero hablar.

GINÉS.

Voy, señora; pero temo...

DOÑA ISABEL.

¿Qué?

GINÉS.

Que es ya mala ocasión;  
Porque está todo dispuesto,  
Y al primer tiro de leva  
Saldrán las naves del puerto.

DOÑA ISABEL.

¡Misera! Corre... ¡Ay de mí!

## ESCENA XV.

MUÑOZ.

Gracias a Dios que se fueron.

*(Saca la cabeza, y sale después sacu-  
diéndose.)*

¡Canallas! si tardo un poco  
En salir, pierdo el pellejo.  
¡La Blasita! ¡Pues el otro  
Bribón! ¡Y cómo me he puesto  
De basura!... ¡Si será  
Verdad lo del testamento?  
¡Qué buena gente hay en casa!  
Los demonios del infierno  
No son de raza peor.  
Don Roque, malo va esto.

## ACTO TERCERO.

## ESCENA PRIMERA.

DOÑA ISABEL, DOÑA BEATRIZ.

DOÑA BEATRIZ.

En fin, parece que Dios  
Todas las cosas ordena  
A favor nuestro. Don Juan,  
Conociendo lo que arriesga  
En quedarse, va a partir;  
La escuadra se hará a la vela  
En esta mañana misma.  
Ya, Isabel, estoy contenta.  
Y no presumas, hermana,  
Que tu marido sospecha  
De tí: nada ha visto, nada  
Puede pensar en tu ofensa.  
Con todo su mal humor  
El te quiere; y si te esmeras  
En complacerle, verás  
Disminuidas tus penas.

DOÑA ISABEL.

Si, Beatriz, así lo haré;  
Tú mi timidez ahuyentas;  
Conozco mi error, conozco  
Los peligros que me cercan  
Mientras dure una pasión  
Que ya reprimir es fuerza.  
¡Oh! ¡qué mal hice en llamarle!

DOÑA BEATRIZ.

Todo con el tiempo cesa;  
Si bien no es mucho que ahora  
Turbada y débil te sientas.  
Eres niña, y este golpe  
Mucho sentimiento cuesta.

DOÑA ISABEL.

Dígame quien como yo  
Hubiese amado de veras.  
*(Aparte en ademán de irse.)*  
Alguien viene; él es sin duda.)  
¿Adónde iré?

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué te inquieta?

¿Por qué te vas, si es mi hermano?

## ESCENA II.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL, DOÑA BEATRIZ.

DON RO

*(Ap. ¿Qué entrucho serán estas  
De volver y de ir  
¿Dónde está  
¿Cuánto va  
Los pedazo  
En la*

Ayer que te  
No ha h

Idos de

¿Te

DON ROQUE.  
¿Qué don Juan?  
DOÑA BEATRIZ.  
¿Que si te quedas  
Con ese vestido, ó quieres  
La bata?  
DON ROQUE.  
Cuando la quiera  
Yo sabré llamar.  
DOÑA BEATRIZ.  
¿Te ha vuelto  
El flato? ¿Quieres que cuezan  
Manzanilla?  
DON ROQUE.  
No, señora.  
DOÑA BEATRIZ.  
Pues, hombre, ¿qué te molesta?  
DON ROQUE.  
Nada. ¿Qué la importará  
Que yo tenga lo que tenga?  
¿No he dicho que me dejeis?  
(Se quita el sombrero y el capote, los  
deja sobre el canapé, y acercándose  
á la puerta de la derecha, llama á  
Muñoz.)

DOÑA BEATRIZ.  
Ven, Isabel.

### ESCENA III.

DON ROQUE, MUÑOZ.  
DON ROQUE.  
Muñoz, entra.  
¿Con que el recado no es mas?...  
MUÑOZ.  
¿Ahora salimos con esa?  
Sí, señor, no es nada mas  
Que lo que dije ahí afuera.  
DON ROQUE.  
¿Que vaya y diga á su amo  
Que venga al punto?  
MUÑOZ.  
Que venga.  
DON ROQUE.  
¿Que los dos hemos salido?  
MUÑOZ.  
Eso mismo.  
DON ROQUE.  
¿Que le espera  
Sin falta, sin falta?  
MUÑOZ.  
Cierto.  
DON ROQUE.  
¿Y dices que estaba inquieta,  
Y lloraba?  
MUÑOZ.  
No que no.  
DON ROQUE.  
¿Y qué otra cosa era aquella  
que me empezaste á decir?  
MUÑOZ.  
Eran alabanzas vuestras.  
DON ROQUE.  
Con que, en efecto, ¿estantigua  
Me llamaron?  
MUÑOZ.  
Y postema.  
DON ROQUE.  
¿Y cenacho?

MUÑOZ.  
Y viejarrón.  
DON ROQUE.  
¿Habrá mayor insolencia!  
¿Con que todas esas flores  
Dijo de mí?  
MUÑOZ.  
Y otras treinta.  
DON ROQUE.  
¿Y luego le dió el recado?  
MUÑOZ.  
La del recado no es esa.  
DON ROQUE.  
Pues Isabel...  
MUÑOZ.  
Isabel  
No trató de la materia.  
Blasilla fué la que dijo  
Que don Roque es un habieca,  
Que parece un espantajo,  
Que es sordo como una piedra,  
Que le corrompe el aliento,  
Que tiene hinchadas las piernas,  
Que no puede ser casado,  
Que...  
DON ROQUE.  
Calla, por Dios, no quieras  
Que vaya allá y de un porrazo  
La mate. ¡Haya picarueta,  
Habladora, embusterona!  
MUÑOZ.  
Yo no sé si es embustera;  
Pero que lo dijo es cierto.  
DON ROQUE.  
De suerte, que ya no queda  
En esta casa ninguno  
Que mi tormento no sea,  
Mi repudricion... ¡Infame!..  
Si estoy por ir y cogerla  
(Paseándose inquieto por la escena.)  
De los cabellos, y darla  
A la picara tal felpa...  
¡Válgame Dios! ¿Qué he de hacer?  
Señor, si este mozo intenta  
Salir hoy mismo de Cádiz,  
Si al fin se marcha, y nos deja;  
Si yo le he visto en la playa  
Aguardando á que viniera  
El bote; si se despidió  
De mí; si el tiempo se acerca  
De salir, que de un instante  
A otro la señal esperan;  
¿San Antonio! ¿para qué  
Le habrá mandado que venga?

MUÑOZ.  
Con el hijo de mi madre  
Pudieran venirse á fiestas.  
DON ROQUE.  
Pues en tal caso ¿qué harías?  
MUÑOZ.  
Yo sé muy bien lo que hiciera.  
DON ROQUE.  
Hombre, por San Juan bendito,  
Te suplico...  
MUÑOZ.  
Ya comienza  
Otra vez el pordioso.  
DON ROQUE.  
Que me digas lo que bicieras  
Si fueras don Roque ahora.  
MUÑOZ.  
Si fuera don Roque en esta  
Ocasión, no dejaría

Vivir á Muñoz; le diera  
Mil quejas á cada instante  
(Don Roque se distrae sin atender á l  
que Muñoz le dice.)  
Porque no huele y acecha;  
Le pidiera parecer  
Una, cuatro, veinte, treinta  
Veces, y... Qué, ¿no me oís?  
DON ROQUE.  
Mira, Muñoz, la cabeza  
La tengo como un tambor:  
Vaya, no hay que darle vueltas;  
Lo que te he dicho has de hacer.  
MUÑOZ.  
¿Qué he de hacer?  
DON ROQUE.  
¿Ya no te acuerdas  
MUÑOZ.  
¿De qué, señor?  
DON ROQUE.  
Es verdad.  
Si estoy loco.  
MUÑOZ.  
¿Quién lo niega?  
DON ROQUE.  
Ya se ve, si no lo he dicho.  
Es el caso que si espera  
A don Juan, quizá él no viene  
Porque sabe ó se recela  
Que estoy en casa. Ginés  
(Vaya, como si lo viera)  
Me habrá atusado al entrar;  
Pero en nuestra diligencia  
Consiste. Mira: ya sabes  
Dónde las llaves se cuelgan.  
¿Conoces la del portón?  
MUÑOZ.  
¿Cuál, señor?  
DON ROQUE.  
Aquella vieja.  
MUÑOZ.  
Sí, ya estoy; la del postigo  
Que cae á la callejuela.  
DON ROQUE.  
Esa misma.  
MUÑOZ.  
Si ha mil años  
Que por allí nadie entra  
Ni sale.  
DON ROQUE.  
No importa nada:  
Tráeme la llave.  
MUÑOZ.  
¿Y qué nueva  
Invencion?  
DON ROQUE.  
Ya la sabrás.  
Ten cuidado no te sientan.

### ESCENA IV.

DON ROQUE.

¿Ay, señor! esto va malo,  
(Durante la escena se pasea, se sienta  
se levanta, manifestando en sus ac-  
ciones su agitación.)  
Malo, malo. ¡Picarueta!..  
¿Si parecerá la llave?  
Muñoz dice bien: no es ella  
Quien tiene la culpa; yo,  
Yo la he tenido... Si fuera  
Decir... pero si, ensañarse:  
Cuando cumplo los ochenta.  
Bien dice Muñoz; mal año

Si dice bien. El me inquieta  
Con sus cosas; pero encaja  
Unas verdades tan secas...  
Si yo hubiese consultado  
Con él, no me sucediera  
Este chasco: no por cierto.  
¡Pobre don Roque! qué buena  
La hiciste! ¡Pobre don Roque!  
Pero quizá, si nos deja  
Este don Juan, puede ser  
Que lograra... Dios lo quiera.

## ESCENA V.

DON ROQUE, MUÑOZ.

¿Pareció?

MUÑOZ.

Pareció.

DON ROQUE.

¿Y qué?

¿Ninguno te vió cogerla?

MUÑOZ.

Nadie ha visto nada.

DON ROQUE.

¿No?

Pues anda, y dila que venga.

MUÑOZ.

¿A quién?

DON ROQUE.

A Blasa.

MUÑOZ.

¿A la niña  
Deslenguada y bachillera  
Que os trató de podrigorio?  
Pues ¿qué pretendéis con ella?

DON ROQUE.

Entablar este proyecto,  
(*Poniéndose el capote.*)

Con el cual, si no se yerra,  
A los dos he de pillar;  
Pondré en claro mis sospechas,  
Y entonces me han de pagar,  
Juro á tal, la desvergüenza.  
Llama á Blasilla.

MUÑOZ.

Ahí parece

Que viene.

DON ROQUE.

Pues salte afuera.

MUÑOZ.

Con tanto preparativo,  
Tanto vaya, torne y vuelva,  
Se pasa el tiempo; y ¿qué hará?  
Lo que hizo Cascaciruella.

## ESCENA VI.

DON ROQUE, BLASA.

Oyes, Blasita.

DON ROQUE.

BLASA.

¿Señor!

DON ROQUE.

(Ap. Vamos á hacer la deshecha.)

Mira, yo voy á salir:

Si á eso de las doce y media  
No he vuelto á casa, es señal  
Que me quedo á comer fuera.

BLASA.

¿Fuera, señor?

DON ROQUE.

Sí, porque

Un conocido me espera  
Para un asunto, y tal vez  
No querrá que á casa vuelva,  
Y habré de comer con él.

BLASA.

Vaya, señor, que no os dejan  
Parar un punto.

DON ROQUE.

Es preciso  
Hacer yo mis diligencias.

BLASA.

Y nosotras encerradas  
En esta cárcel estrecha;  
Si no es á misa, jamás  
Damos por ahí una vuelta.

DON ROQUE.

Las mujeres recogidas  
Que tienen juicio y vergüenza,  
Se están en casa, y no son  
Busconas ni callejeras.  
En casa, en casa. (Ap. Me voy,  
Que ya el enojo me ciega.)  
(*Se va, olvidándose del sombrero.*)

BLASA.

Digo, señor, ¿y el sombrero?  
¿Señor! Sí... ¿Qué paso lleva!  
¿Señor! ¿Cuánto va que pierde  
Este viejo la chabeta?  
Ya vuelve. Gracias á Dios.  
(*Vuelve don Roque, Blasa le da el sombrero y él se va.*)  
Tomad el sombrero.

DON ROQUE.

Venga.

## ESCENA VII.

BLASA, MUÑOZ.

BLASA.

¿Qué singular es el hombre!  
¿Y que haya mujer que quiera,  
(*Blasa se pasea por el teatro. Cuando sale Muñoz y la ve, quiere retirarse.*)  
En lo mejor de su edad,  
Con una cara de perla,  
Dos ojos como luceros,  
Y un chiste que á todos prenda,  
Enlodazarse en un viejo  
Tan carcamal y tan bestia?  
¿Guarda, Pablo! Mejor es  
Morir de puro doncella,  
Que sufrir á un mamarracho  
De un maridazo, alma en pena,  
Con mas tachas y alifafes  
Que el caballo de Gónela.  
¿Qué es eso, señor Muñoz?  
¿Os meten miedo las hembras?  
Si os estorbo...

MUÑOZ.

Sí, me estorbas.

BLASA.

¿Con que os estorbo? ¿De veras?

MUÑOZ.

No tengo gana de hablar.

BLASA.

¿Con que me iré?

MUÑOZ.

Cuando quieras.

BLASA.

¿Qué ceño! Desde que estoy  
En esta casa perversa,  
Nunca os he visto reir;  
Siempre con mal-gesto.

MUÑOZ.

Y ella,

Siempre hablar que te hablarás.

BLASA.

Hago bien, que tengo lengua.

MUÑOZ.

Hace mal.

BLASA.

No, sino bien.

MUÑOZ.

Vaya, no tengamos fiesta.

BLASA.

Quiero hablar.

MUÑOZ, *amenazándola.*

Calla,

BLASA.

Sí, quiero

Hablar. ¡Dale! ¡Hay tal cansera!  
Fastidiosazo de viejo.

MUÑOZ.

Mira...

BLASA.

Cara de laceria.

MUÑOZ.

Si...

BLASA.

Rodrigon, pitarroso,  
Judas: rabia, rabia.

MUÑOZ.

Espera.

## ESCENA VIII.

MUÑOZ, DON ROQUE.

MUÑOZ.

¡Picarona! Bien se ve  
Que no hay en casa quien tenga  
Calzones. ¡Picaronaza!  
¡Atrevida, desenvuelta!  
¡A mí! Vaya, yo no entiendo  
Cómo he tenido paciencia.  
El diablo sabe por qué.

DON ROQUE.

Muñoz, ya estamos de vuelta.  
(*Sale don Roque por la puerta del foro que da salida á la callejuela indicada. Deja el capote y sombrero en el canapé.*)

Buena prevención ha sido  
Que pasaras á esta pieza  
Para espantarlas de aquí.  
Cuando cerrabas la puerta  
Vi al canalla de Gínés,  
Que estaba de centinela  
En esa casa de al lado;  
Yo torcí la callejuela,  
Fingiéndolo no haberle visto;  
Y él, que me observaba, apenas  
Me aparté un poco, marchó,  
Sin duda á llevar las nuevas  
A don Juan ó don Demonio.

MUÑOZ.

Pero bien, ¿qué se granjea  
Con ese embrollo maldito  
De vueltas y de revueltas?  
Cuidado, que mas parecen  
Cosas de chicos que juegan,  
Que no de señor mayor.

DON ROQUE.

Mira, Muñoz, esta treta  
Es para que si don Juan,  
Como le han dicho que venga,  
Por temor de hallarme aquí  
Se ha detenido, y espera  
Para asegurar el lance  
Billete, recado ó seña,  
Saliendo yo, desde luego  
Su duda se desvanezca,  
Y entonces...

MUÑOZ.

¿Y entonces, qué?

DON ROQUE.

La cosa está ya dispuesta...

Pero no nos detengamos  
En balde, que el tiempo aprieta.  
Vete, por Dios, á tu cuarto.

MUÑOZ, *aparte.*

Mucha diversion me espera.

DON ROQUE.

En tanto que yo la traigo  
Acia acá... Pero ¿no es ella?

MUÑOZ.

La misma.

### ESCENA IX.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL.

(*Al salir doña Isabel se sorprende de ver allí á don Roque.*)

DON ROQUE.

¿De qué te asustas?

DOÑA ISABEL.

Presumi que estabais fuera,  
Porque Blasa...

DON ROQUE.

Si, he salido

A dar por ahí una vuelta,  
Y... ¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Nada.

DON ROQUE.

¿Qué?

DOÑA ISABEL.

Nada, señor.

DON ROQUE.

No se pierda

El tiempo.

(*Cierra con llave la puerta de la izquierda.*)

DOÑA ISABEL.

Señor, ¿qué haceis?

¿Ay de mí! la llave...

DON ROQUE.

Deja

La llave; nada te importa

La llave.

DOÑA ISABEL.

Pero ¿á qué es esta

Prevencion?

DON ROQUE.

Mira, Isabel,

Yo sé que á don Juan esperas;

El va á venir.

DOÑA ISABEL.

¿Señor!

DON ROQUE.

Calla;

No me grites, que lo echas

A perder. El va á venir:

Yo me escondo en esa pieza;

Tú, sentada en esta silla,

De modo que yo te vea,

Le has de recibir. Dirásle

Que ni un punto se detenga

En mi casa; que á qué vienen

Todas esas morisquetas

De hacer que se va, y quedarse;

Que en su vida á verte vuelva;

Y que aunque yo no sé nada,

Es muy fácil que lo sepa...

Pero á la puerta han llamado.

(*Suena la campanilla acia el lado derecho. Don Roque coloca la silla á la distancia que le conviene. Doña Isabel no quiere sentarse. Don Roque, asiéndola de ambos brazos, la obliga á hacerlo.*)

Siéntate; la silla vuelta  
Acia este lado.

DOÑA ISABEL.

Advertid...

DON ROQUE.

Escusadas advertencias.

DOÑA ISABEL.

Mirad, señor, lo que haceis.

DON ROQUE.

Isabelita, ten cuenta

Con lo que te he dicho. Mira

Que si noto alguna seña

Ó palabra, no podré

Reportarme, aunque mas quiera,

Y tendremos que sentir.

DOÑA ISABEL.

¿Ay infeliz! ¿Qué funesta

Situacion! Pero, es posible...

DON ROQUE.

Presto; vamos, que ya llega.

DOÑA ISABEL.

Escuchadme.

DON ROQUE.

Lo que he dicho

Harás. Cuidado con ella.

(*Amenazándola. Recoge el capote y el sombrero, y se va á su despacho, dejando un poco entreabierta la puerta para observar desde adentro lo que suceda.*)

### ESCENA X.

DOÑA ISABEL, DON JUAN.

DOÑA ISABEL.

¿Ay! desgraciada de mí!

¿Ay, qué angustia! ¿Quién pudiera

Avisarle! No hay remedio.

DON JUAN.

En fin, Isabel, ordenas

Que volviendo á verte ahora

Nuevo tormento padezca?

¿A qué fin, Isabel mala,

Me detienes, si no espera

Alivio nuestro dolor?

Pero ¿qué pesar te aqueja?

¿Qué tienes? Enjuga, hermosa,

Ésas lágrimas; en ellas

Harto me dices; no ignoro

De tus ojos la elocuencia.

Ya sé, mi bien, ya sé cuánto

Esta partida te cuesta;

Pero...

DOÑA ISABEL.

Don Juan, ¿qué decís?

¿Qué decís? Idos, no sea

Que mi esposo...

DON JUAN.

No receles,

Que no está en casa. No temas.

Y Ginés quedó advertido

De avisarme cuando venga.

DOÑA ISABEL.

En cualquiera ocasion debo

Serle fiel. Ved que si llega

A saber vuestra porfía...

DON JUAN.

¿Cielos! ¿qué mudanza es esta?

¿Qué lenguaje, que no entiendo?

Isabel, haz que yo sepa

Estos enigmas, que el alma

Tengo de tu voz suspensa.

Tú me llamaste, y ahora...

DOÑA ISABEL.

¿Yo os llamé?

DON JUAN.

Qué, ¿me lo niegas?

¿Me lo niegas? ¡Ah cruel!

Pues...

DOÑA ISABEL.

Callad.

DON JUAN.

Tú harás que pierda

El sentido, ingrata. ¿Cómo

Cupo en tí tanta fiera?

DOÑA ISABEL.

Ignoro lo que decís.

DON JUAN.

¿Lo ignoras? Pero no quieras

Apurar mi sufrimiento,

Isabel, de esa manera.

DOÑA ISABEL.

Ya he dicho que os vais. Hacedlo;

No por vos, señor, padezca

Mi decoro.

DON JUAN.

¡Ah, fementida

Mujer! ¿Que así mi firmeza

Pagas! ¿Para esto quisiste

Que viniese? ¿Para esa

Nueva traicion, que tenias

Contra mi vida dispuesta?

Si ya me aparté de tí,

Si ya mi fuga resuelta

Pensaba no verte mas,

¿A qué me dices que vuelva?

Pérfida!

DOÑA ISABEL.

Mirad, señor,

Lo que decís; pues si llega

Vuestra ceguedad á tanto

Que alguno de casa os sienta...

¡Mi esposo...

DON JUAN.

Si, ya lo sé.

¿Le has dicho ya que no tema;

Que el amor que me juraste

Fué mentirosa apariencia?

Pero, aleve, ¿qué disculpa

Me das? ¿Ninguna te queda?

Callas, infiel, porque sabes

Que callando me atormentas.

¿Y yo me detengo? ¡Adios.

Voy á morir; nada anhela

Tu amante, sino acabar

La vida que ya detesta;

Ni seré tan infeliz

Que cuando aspiro á perderla,

No lo consiga al impulso

De tempestades deshechas.

Así pudiera olvidar

Mi error pasado y mi pena,

Tus alevosos carifios...

¡Ah! ¿qué digo? No. Perezcan,

Perezcan... Yo las creí

Alivio de mis tristezas...

(*Saca unas cartas y las rasga. Doña Isabel se levanta queriendo en vano contenerle.*)

Tuyas son. ¡Traidoras cartas!

Míralas; tuya es la letra...

No quede memoria alguna...

DOÑA ISABEL.

¿Qué haceis? ¿Ay de mí!

DON JUAN.

No, deja,

Déjame.

DOÑA ISABEL.

¿Cielos! Señor!...

DON JUAN.

No las quiero, no. Me acuerdan

Tus engaños.

DOÑA ISABEL.

¡Infeliz!

¿Qué nueva desdicha es esta?  
Idos, señor.

DON JUAN.

Sí, cruel.

DOÑA ISABEL.

¡Pobre de mí! Yo voy muerta.  
(*Tuerce la llave de la puerta del lado izquierdo, y se va.*)

**ESCENA XI.**

DON ROQUE.

Mejor será. Sí, es mejor.  
(*Sale apresuradamente de su despacho con capote y sombrero.*)

Hasta que embarcar le vea...

Vamos allá, no se escurra,

Y tengamos otra fiesta.

¡La Isabelita y su alma!

Esta es echadiza.

**ESCENA XII.**

DON ROQUE, DOÑA BEATRIZ, DOÑA ISABEL.

DOÑA BEATRIZ.

Espera.

DON ROQUE.

Voy de prisa.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué ha ocurrido,

Hermano? que en esa pieza

He visto a Isabel llorosa,

Angustiada, descompuesta...

La pregunto, y no responde;

Solo suspirando alienta...

¿Qué ha habido aquí?

DON ROQUE.

Lo mejor

Es preguntárselo a ella,

Que yo no estoy para echar

Relaciones de comedia.

(*Vase al tiempo que dona Isabel sale por la parte opuesta. El diálogo indica la acción y movimiento de los personajes.*)

DOÑA ISABEL.

¡Beatriz, hermana! ¡Ay de mí!

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué es esto, Isabel, que llena  
De dudas me tienes?

DOÑA ISABEL.

Esto

Es sufrir penas acerbas;

Esto es uacer desdichada.

¿Qué haremos? Llama. No; deja,

Es mejor que... Yo no sé.

No estoy en mí.

DOÑA BEATRIZ.

Escucha, espera.

¿Adónde vas?

DOÑA ISABEL.

A evitar

Que le mate.

DOÑA BEATRIZ.

¿A quién? Sosiega

El temor.

DOÑA ISABEL.

¿Pues no ha salido

Detrás de él? No me detengas;

Déjame que vaya...

DOÑA BEATRIZ.

¿A qué?

DOÑA ISABEL.

A morir, pues ya no queda  
Otro remedio, Beatriz;  
Ni hay mujer a quien suceda  
Igual desgracia. Don Juan  
Vino...

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Sí. En esa

Pieza se ocultó tu hermano.

Todo lo ha visto. El se aleja

Culpando mi ingratitude.

¡Ay, Beatriz! ni se me acuerda

Lo que le dije, ni supe,

Ni era fácil que advirtiera...

¡Misera! ¿qué pude hacer?

DOÑA BEATRIZ.

¿En fin, Isabel, te deja?

Pues si en él se va el peligro,

No así desmayes, ni cedas

Tan pronto a la desventura,

Que acaso tú propia aumentas

Con tu temor.

DOÑA ISABEL.

Es verdad.

Pero ¡ay de mí! cuando vuelva

¿Qué le diré? ¿Quién podrá

Reducirle a que me crea?

Si está airado contra mí

Y confirmé su sospecha

Este acaso, no es posible

Que a mis razones atienda.

¡Infeliz! ¿Y vivo, y vivo?

¿Cómo hay en mí resistencia?

DOÑA BEATRIZ.

No a la desesperación

Te entregues de esa manera;

Y piérdase todo, como

La esperanza no se pierda.

Ven adentro; que no es bien

Esponerse a que te vea

Mi hermano al volver.

DOÑA ISABEL.

Bien dices;

Vamos....; El tiro de leva!

(*Al encaminarse las dos hacia el lado izquierdo se oye a lo lejos un cañonazo. Dona Isabel cae desmayada en una silla.*)

¡Ya se va, Beatriz! ¡Dios mío!

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué te da, hermana? No alienta.

Isabel!....; Valgame Dios!

No vuelve. Si llamo, es fuerza

Que esto se publique....; ¡Blasa!

Estas resultas esperan

Tales casamientos. ¡Blasa!

Sera preciso que venga.

Pero ya vuelve. ¡Isabel!

DOÑA ISABEL.

¡Ay de mí!

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué sientes? Prueba

Si te puedes sostener;

Iré por agua.

DOÑA ISABEL.

No, espera,

No te vayas.

DOÑA BEATRIZ.

No me irá.

Apóyate en mí.

DOÑA ISABEL.

DOÑA BEATRIZ.

Llora, suspira; que ahora

Nadie nos ve.

DOÑA ISABEL.

¿Qué funesta

Venida!

DOÑA BEATRIZ.

Isabel, por Dios.....  
¿Otra vez de eso te acuerdas?

DOÑA ISABEL.

Ya se fué, ya se acabó  
El afán.

DOÑA BEATRIZ.

¿Que así te quieras

Atormentar!

DOÑA ISABEL.

Ya se fué.

¡Triste de la que se queda!

No volveremos a vernos

Jamás. ¿Quién me lo dijera?

Mucho le quise, Beatriz,

Mucho le quise.

DOÑA BEATRIZ.

Si empiezas

De nuevo con esas cosas,

Te abandono.

DOÑA ISABEL.

¡Ay! ¿tú me dejas?

DOÑA BEATRIZ.

No; descansa.

DOÑA ISABEL.

En fin se va,

Creyendo que le desprecia

Su amada, que le aborrece.....

¡Ah! no es verdad, no lo creas.

Te quiero, mi bien, te adoro;

No dudes de mi firmeza;

Primero y último amor

Es el que en mi pecho alberga.

Soy infeliz, no mudable.

Digna fué de tus finezas

Isabel; ¡ay! que la vida

La ha de costar esta ausencia.

DOÑA BEATRIZ.

Hermana, ven. Me parece

(*Mirando a la puerta de la derecha.*

*Dona Isabel se levanta llena de agitación.*)

Que ha entrado. No te detengas.

DOÑA ISABEL.

¡Desgraciada! ¿Adónde, adónde

¡Iremos que no me vea?

¿Cómo evitaré su enojo?

Helado temor me cerca.

¡Si viene, misera yo!

DOÑA BEATRIZ.

Vamos, Isabel.

DOÑA ISABEL.

Si fuera

Posible..... Pero ¿qué digo?

Esta es ya mucha bajeza.

Mucho abatimiento es este;

Aquí le espero resuelta.

A quien todo lo ha perdido,

¿Qué peligro le amedrenta?

Quita; ya no voy contigo;

Aquí le aguardo.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué intentas?

**ESCENA XIII.**

DOÑA ISABEL, DOÑA BEATRIZ, DON

ROQUE, MUÑOZ.

MUÑOZ.

Pero yo ¿qué le he de hacer?

DON ROQUE.

Es que quiero que las veas,  
A ver por dónde la toman.

MUÑOZ.

Si la cosa está ya hecha,  
¿Qué diablos han de decir?  
¿Ni qué importa.....

DON ROQUE.

¡Buena pieza!

Ya se fué don Juan; cumplió  
Por último su promesa.  
Vaya bendito de Dios.  
Ello es regular que tengas,  
Ayudada de mi hermana,  
Tu amiga y tu consjera,  
Buena porcion de mentiras  
Y de embolismos dispuesta  
Para el caso; pero ya  
Conozco todas sus tretas.  
Y las tuyas. Si por cierto,  
Me ha enseñado la experiencia.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué quieres decir con eso?

DON ROQUE.

¡Eh! ¿no lo dije? Ya empieza.  
Pero hablemos de una vez.  
Ya has visto que no te queda  
Disculpa alguna; ya has visto  
Que lo sé todo, y que es fuerza,  
No siendo yo ningún tonto,  
Que esto me enfade y me duela.  
Es regular.

DOÑA ISABEL.

Sí, señor.

Bien decis. Vuestra sospecha  
Es justa, no he de negarlo;  
Pero sabed...

DON ROQUE.

¡Bueno fuera  
Que lo negaras!

MUÑOZ.

Pues digo,  
Que se morlerá la lengua.

DOÑA ISABEL.

Sabed que yo, desgraciada,  
Oprimida, con violencia  
Os di la mano de esposa.  
No hay remedio, ya soy vuestra.  
Pero don Juan... Si, señor,  
Le quise, fué verdadera  
Nuestra pasión.

DOÑA BEATRIZ.

¡Isabel!

¿Qué es lo que dices?

DOÑA ISABEL.

No fuera

Justo engañaros; le amé.  
Así lo quiso mi estrella.  
El igualmente... Dejád,  
Dejadme, señor, que vierta  
Estas lagrimas; que todo  
Lo que callo dicen ellas.  
En fin, engañado vos,  
Yo sin tener quien volviera  
Por mí, fui víctima triste  
de la avaricia perversa  
mi tutor.

DON ROQUE.

Digo, ¿y cómo  
Entonces, que conviniera  
Hablarnos a todos claro,  
Callaste como una muerta?

DOÑA ISABEL.

¡Ah, señor! Con tantos años  
¿Aun no teneis experiencia

De lo que es una muchacha?  
¿No sabéis que nos enseñan  
A obedecer ciegamente,  
Y á que el semblante desmienta  
Lo que sufre el corazón?  
Cuidadosamente observan  
Nuestros pasos, y llamando  
Al disimulo modestia,  
Padece el alma, y... No importa,  
Con tal que calle, padezca.  
El respeto, la amenaza,  
La edad inocente y tierna,  
La timidez natural,  
Las siempre falsas ó inciertas  
Noticias del mundo... ¡Ay triste!  
No soy yo sola; no es esta  
La primera vez que supo  
La autoridad indiscreta  
Oprimir la voluntad.

DON ROQUE.

Muy bien. Y toda esa arenga  
¿Qué quiere decir?

DOÑA BEATRIZ.

¿Tan necio

Serás, que no lo comprendas?  
Quiere decir, que si acaso  
Estás airado con ella  
Por lo que viste, ya han hecho  
Cuanto apetecer pudieras  
Separándose los dos.  
¿Qué mas disculpa deseas?  
Ya no hay motivos de enojo.

DON ROQUE.

Cierto; es una friolera;  
No ha habido nada; no importa  
Nada; no vale la pena.  
¿Es verdad? Lo que yo he visto  
No ha sido nada, ¡eh! ¡Parlera  
De Satanás!

DOÑA ISABEL.

Ya os he dicho

Que le he querido, y que fuera  
Mentir negaroslo; pero  
El cielo ve mi inocencia.  
El sabe que en tal peligro  
Logré con débiles fuerzas,  
Si no vencer mi pasión,  
Evitar efectos de ella.  
Le llamé para decirle  
Que en su patria se estuviera,  
Donde parientes y amigos  
Aliviaran sus tristezas;  
Recelando que si ahora  
Desesperado se ausenta,  
Su mismo pesar le mate.  
¿Cuántos peligros le cercan!  
Pero no, no se malogren  
Los instantes. Ya deshecha  
Esta amistad, acabada  
La causa de vuestra queja,  
Vos satisfecho quedais;  
Yo triste, asombrada, llena  
De dolor. ¡Ah! Ya se fué;  
Ya se logró vuestra idea,  
Se logró... Pero; qué golpe  
Tan terrible! ¿Qué violenta  
Separación! Mucho vale  
La virtud, pues tanto cuesta.  
En fin, señor, por vos solo,  
Por una pasión tan necia  
Y una aborrecida union,  
De vuestra edad tan ajena,  
Yo perdí mi libertad,  
Y éla a la muerte se acerca.  
Pero este esfuerzo cruel  
Algun galardón espera;  
Si, que tanto sacrificio  
Bien merece recompensa.  
Ya está resuelto. Apartada  
De vos, en la mas estrecha

Clausura vivir intento,  
Si es vida lo que me resta.  
Allí...

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué has dicho, Isabel?

DON ROQUE.

Mujer, ¿qué clausura es esa?  
¿Qué? No, señor, en mi casa  
La tendrás. ¡Pues era buena  
La invención!

DOÑA BEATRIZ.

¡Hermana!

DOÑA ISABEL.

No.

Ya lo he pensado, y no queda  
Otro arbitrio. ¿Cómo quieres  
Que mi trato no le ofenda?  
Lleno de desconfianzas  
Vivirá; por mas que quiera  
Tranquilizarle, jamás  
Faltarán celos y quejas.  
Cada acción será un delito,  
Cada palabra una prueba  
Contra mí; su edad, su genio...  
No es posible que convengan,  
Para vivir en quietud,  
Circunstancias tan opuestas.  
Es preciso separarnos.  
En tu casa, mientras llega  
A efecto, estaré contigo.  
Vos, señor, haced que sea,  
Si fuere posible, hoy mismo.  
Yo os lo suplico, si queda  
Alguna reliquia en vos  
De aquella afición funesta  
Que me habeis tenido.

DON ROQUE.

Vamos,

No hablemos de esa materia.  
Yo me olvidaré de todo,  
Y...

DOÑA ISABEL.

No, no, señor, es fuerza  
Que esta merced me otorguéis.

DON ROQUE.

Tú, Beatriz, tendrás con ella  
Mas autoridad; por Dios  
Persuadela.

DOÑA BEATRIZ.

Ya no es esta

Ocasión, ni hallarse pueden  
Razones que la contengan.  
Basta que no te ofendí,  
Basta que elegir pretendía  
El medio de no ofenderte  
Jamás; y pues limpio queda  
Tu honor, déjala vivir  
En donde no te aborrezca.

DON ROQUE.

¿Con que yo me he de quedar  
Sin mujer por una tema?  
¿Con que yo tengo la culpa?  
¡Isabel!

DOÑA ISABEL.

Estoy resuelta.

Hacedlo. A vuestra opinión  
Importa que no se estienda  
El caso por la ciudad;  
El sigilo y la presteza  
Conviene.

DON ROQUE.

Teneis razon;  
Matadme, ya nada resta  
Sino morirme de rabia.

DOÑA ISABEL.

No, vivid, señor; y sea

Con mucha felicidad,  
Que yo habitaré contec...  
En la soledad que abraz.,  
Porque asegurada en ella  
Tengamos quietud los dos.  
Vamos, Beatriz.

DOÑA BEATRIZ.

No differs

Un instante lo que pide.

DON ROQUE.

¡Muñoz!

MUÑOZ.

Otra moledera.

DON ROQUE.

Pero bien, Muñoz, ¿qué dices?

Hombre, por Dios.

MUÑOZ.

Si entendiera

Que pudiese haber quietud  
Sin encierro, torno y verjas,  
No os aconsejara tal;  
Pero si es tan manifiesta  
La dificultad, que nadie  
Habrá que no la comprenda;  
Si es preciso, aunque ella fuese  
Una santa Dorotea.

Vamos, eso es tan palpable,  
Que no merece la pena  
De gastar tiempo. ¿Se va?

Muy bien pensado. ¿Se encierra?

Lindamente. A vos os quita

Quebraderos de cabeza,

Y ella en no viendo jamás

Esa cara, está contenta;  
Con que, abreviarlo y agur.

DON ROQUE.

¿Con que ello ha de ser por fuerza?  
¡Isabel!

*(Don Roque quiere detenerla. Doña Isabel, al acercarse á la puerta, le dirige las últimas palabras con entereza y resolucion.)*

DOÑA ISABEL.

No, no os escucho.

DON ROQUE.

Pero ¿es posible que quieras?...

DOÑA ISABEL.

No me sigais; apartad,  
Que en vos se me representa  
Un tirano aborrecido.  
Lejos de vuestra presencia  
Podré vivir; pero ved  
Que si un error os empeña  
En obligarme á ceder,  
No bastará la prudencia,  
Y es temible una mujer  
Desesperada y resuelta. *(Vase.)*

DOÑA BEATRIZ.

Ya lo has visto: no la apures.

DON ROQUE.

Haré todo lo que quiera.

Dejadme vivir en paz,

Dejadme... y Dios la haga buena.

DOÑA BEATRIZ.

Pero....

DON ROQUE.

Si, mañana mismo  
Haremos la diligencia,  
Mañana... Y que me perdone,  
Que yo la perdono á ella.

#### ESCENA XIV.

DON ROQUE, MUÑOZ.

DON ROQUE.

¡Válgame Dios, qué muchacha!

*(Se pasea por la escena, con ademanes del mayor sentimiento.)*

¡Válgame Dios!

MUÑOZ.

No creyera...

DON ROQUE.

Calla, que en cuanto me digas  
Tendrás razon; pero deja  
Que reniegue de mí mismo;  
Pues yo, por mi lijereza,  
He sido causa de todo.  
Ya lo pago, y aunque sea  
Tarde, reconozco ahora  
Que no son edades estas  
Para pensar en casorios.

MUÑOZ.

Si muchos lo conocieran...  
Pero sí... Cuanto mas viejos,  
Mas niños y mas troneras.

# LA COMEDIA NUEVA,

COMEDIA EN DOS ACTOS, EN PROSA,

REPRESENTADA EN EL TEATRO DEL PRINCIPE, AÑO DE 1792.

Non ego ventosam plebis suffragia venor.

*Moral., epist. 19, lib. 1.*

## ADVERTENCIA.

« Esta comedia ofrece una pintura fiel del estado actual de nuestro teatro (dice el prólogo de su primera edicion); pero ni en los personajes ni en las alusiones se hallará nadie retratado con aquella identidad que es necesaria en cualquiera copia, para que por ella pueda indicarse el original. Procuró el autor, así en la formación de la fábula como en la elección de los caracteres, imitar la naturaleza en lo universal, formando de muchos un solo individuo (\*)».

En el prólogo que precede á la edicion de Parma se dice: « De muchos escritores ignorantes que abastecen nuestra escena de comedias desatinadas, de sainetes groseros, de tonadillas necias y escandalosas, formó un don Eleuterio; de muchas mujeres sabidillas y fastidiosas, una doña Agustina; de muchos pedantes erizados, locuaces, presumidos de saberlo todo, un don Hermógenes; de muchas farsas monstruosas, llenas de disertaciones morales, soliloquios furiosos, hambre calagurritana, revista de ejércitos, batallas, tempestades, bombazos y humo, formó el *Gran Cerco de Viena*; pero ni aquellos personajes ni esta pieza existen.»

Don Eleuterio es en efecto el compendio de todos los malos poetas dramáticos que escribían en aquella época, y la comedia de que se le supone autor, un monstruo imaginario, compuesto de todas las estravagancias que se representaban entonces en los teatros de Madrid. Si en esta obra se hubiesen ridiculizado los desaciertos de Cañizares, Añorbe ó Zamora, inútil ocupacion hubiera sido censurar á quien ya no podia enmendarse, ni defenderse. Las circunstancias de tiempo y lugar, que tanto abundan en esta pieza, deben ya necesariamente hacerla perder una parte del aprecio público, por haber desaparecido ó alterádose los originales que imitó; pero el trascurso mismo del tiempo la hará mas estimable á los que apetezcan adquirir conocimiento del estado en que se hallaba nuestra dramática en los veinte años últimos del siglo anterior. Llegara sin duda la época en que desaparezca de la escena (que en el género cómico solo sufre la pintura de los vicios y errores vigentes); pero será

(\*) Prosigue el prólogo de la edicion de 1792: « Además de ser este el medio de imitacion que practican todas las artes, es el mas inocente, cuando han de espresar objetos de formas; pues reuniendo en un solo sujeto circunstancias que solo se hallan esparcidas en muchos, resulta la pintura con toda la expresion característica que es conveniente, y al mismo tiempo carece de aquella semejanza individual (odiosa sin duda), y que es propia solo de quien retrata, y no de quien inventa.

» El fin moral de esta comedia es harto manifesto; y en cuanto al artificio de ella, las situaciones, episodios, estílo y otros requisitos, nada hay que decir, puesto que el público debe juzgarla, y no es conveniente anticipar en tales casos ni las disculpas ni los elogios. Baste solo advertir, que esta obra se publica en circunstancias las mas favorables para esperar de ella todo el efecto que es capaz de producir.

» Muchas veces las resoluciones mas justas, dirigidas á corregir los abusos que autorizó la costumbre ó la ignorancia, suelen hallar una resistencia invencible en la opinion pública; y si esta no se rectifica, aquellas se inutilizan, y se desprecian.

» Una parte muy numerosa de la nacion ve con dolor el abandono de nuestro teatro; desea que una mano poderosa remueva los obstáculos que impiden su adelantamiento; y no en vano se lisonjea de que, abierto el paso

á las luces, los buenos ingenios se dedicarán á seguir una carrera tan nueva y tan gloriosa, para honor de la patria y utilidad comun.

» Si hay, no obstante, una clase de gentes, á quienes la falta de principios, la indolencia, el interés y otras pequeñas pasiones hacen obstinadas en el error, contra ellas se dirige la censura. ¿Y qué otro medio se hallaría mas conveniente que el de presentar en el teatro, castigados y espuestos al desprecio general, los vicios del teatro mismo? ¿Qué otra respuesta puede darse á los que atribuyen al mal gusto de toda una nacion la decadencia de nuestra poesia dramática, que ridiculizarlos y confundirlos á los ojos de la misma nacion ofendida por ellos? ¿Y qué mayor servicio podrá hacer un escritor que el de explorar la opinion pública, rectificarla con sólidas doctrinas, y facilitar al gobierno por este medio la mas pronta ejecucion de sus ideas?

» Tales reflexiones animaron al autor de esta obra; y si considera que la correccion del teatro está en manos de quien, uniendo al poder la ilustracion y el celo, prepara á las letras nuevo esplendor y prosperidad, ¿cómo no despreciará los clamores vanos de la ignorancia? ¿Y cómo no se complacerá con el público español dé haber contribuido, en el modo que le fué posible, á que se verifique esta revolucion feliz, que ya no puede mirar como distante? »



un monumento de historia literaria, único en su género, y no indigno tal vez de la estimación de los doctos.

Luego que el autor se la leyó á la compañía de Ribera, que la debia representar, empezaron á conmovirse los apasionados de la compañía de Martinez. Cómicos, músicos, poetas, todos hicieron causa comun; creyendo que de la representacion de ella resultaria su total descrédito y la ruina de sus intereses. Dijeron que era un sainete largo, un diálogo insulso, una sátira, un libelo infamatorio; y bajo este concepto se hicieron reclamaciones enérgicas al gobierno para que no permitiera su publicacion. Intervino en su exámen la autoridad del presidente del consejo, la del corregidor de Madrid y la del vicario eclesiástico; sufrió cinco censuras, y resultó de todas ellas que no era un libelo, sino una comedia escrita con arte, capaz de producir efectos muy útiles en la reforma del teatro. Los cómicos la estudiaron con esmero particular, y se acercaba el dia de hacerla. Los que habian dicho antes que era un diálogo insipido, temiendo que tal vez no le pareciese al público tan mal como á ellos, trataron de juntarse en gran número, y acabar con ella en su primera representacion, la cual se verificó en el teatro del Principe el dia 7 de febrero de 1792.

El concurso la oia con atencion, solo interrumpida por sus mismos aplausos; los que habian de silbarla no hallaban la ocasion de empezar, y su desesperacion llegó al estremó, cuando creyeron ver su retrato en la pintura que hace don Serapio de la ignorante plebe que en aquel tiempo favorecia ó desacreditaba el mérito de las piezas y de los actores, y tiranizando el teatro, concedia su proteccion á quien mas se esmeraba en solicitarla por los medios que alli se indican. El patió recibió la leccion áspera que se le daba con toda la indignacion que era de temer en quien iba tan mal dispuesto á recibirla; lo restante dei auditorio logró imponer silencio á aquella irritada muchedumbre, y los cómicos siguieron mas animados desde entonces, y con mas seguridad del éxito. Al esclamar don Eleuterio en la escena vii del acto segundo: *¡Picarones! ¿Cuándo han visto ellos comedia mejor?* supo decirlo el actor que desempeñaba este papel con espresion tan oportunamente equívoca, que la mayor parte del concurso (aplicando aquellas palabras á lo que estaba sucediendo) interrumpió con aplausos la representacion. La turba de los conjurados perdió la esperanza y el ánimo, y el general aprecio que obtuvo en aquel dia esta comedia no pudo ser mas conforme á los deseos del autor.

Manuel Torres sobresalió en el papel de don Pedro, dándole toda la nobleza y espresion que pide; Juana Garcia, en el de doña Mariquita, mereció general estimacion, nada dejó que desear, y dió á las tareas de los artifices asunto digno; Polonia Rochel representó con acierto la presuncion necia de doña Agustina; el excelente actor Mariano Querol pintó en don Hermógenes un completo pedante, escogido entre los muchos que pudo imitar; Manuel Garcia Parra escitó el entusiasmo del público en su papel de don Eleuterio: la voz, el gesto, los ademanes, el traje, todo fué tan acomodado al carácter que representó, que parecia en él naturaleza lo que era estudio.

---

# LA COMEDIA NUEVA.

## PERSONAS.

DON ELEUTERIO.  
DOÑA AGUSTINA.

DOÑA MARIQUITA.  
DON HERMOGENES.

DON PEDRO.  
DON ANTONIO.

DON SERAPIO.  
PIPI.

*La escena es en un café de Madrid, inmediato á un teatro.*

El teatro representa una sala con mesas, sillas y aparador de café; en el foro una puerta con escalera á la habitación principal, y otra puerta á un lado, que da paso á la calle.

*La accion empieza á las cuatro de la tarde y acaba á las seis.*

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA PRIMERA.

DON ANTONIO, PIPÍ.

*(Don Antonio sentado junto á una mesa, Pipí paseándose.)*

DON ANTONIO.

Parece que se hunde el techo. Pipí.

PIPI.

Señor.

DON ANTONIO.

¿Qué gente hay arriba, que anda tal estrépito? ¿Son locos?

PIPI.

No, señor; poetas.

DON ANTONIO.

¿Cómo poetas?

PIPI.

Si, señor: ¡así lo fuera yo! ¡No es cosa! Y han tenido una gran comida. Burdeos, pajarete, marrasquino; ¡uh!

DON ANTONIO.

¿Y con qué motivo se hace esa francachela?

PIPI.

Yo no sé; pero supongo que será en celebridad de la comedia nueva que se representa esta tarde, escrita por uno de ellos.

DON ANTONIO.

¿Con que han hecho una comedia? ¡Haya picarillos!

PIPI.

Pues qué, ¿no lo sabía usted?

DON ANTONIO.

No por cierto.

PIPI.

Pues ahí está el anuncio en el *Diario*.

DON ANTONIO.

En efecto, aquí está *(Leyendo en el Diario que está sobre la mesa.)*: COMEDIA NUEVA INTITULADA EL GRAN CERCO DE VIENA. ¡No es cosa! Del sitio de una ciudad hacen una comedia. ¡Si son el diantre! ¡Ay, amigo Pipí! ¡cuánto mas vale ser mozo de café que poeta ridículo!

PIPI.

Pues mire usted, la verdad, yo me alegrara de saber hacer, así, alguna cosa...

DON ANTONIO.

¿Cómo?

PIPI.

Así, de versos... ¡Me gustan tanto los versos!

DON ANTONIO.

¡Oh! los buenos versos son muy estimables; pero hoy día son tan pocos los que saben hacerlos, tan pocos, tan pocos...

PIPI.

No, pues los de arriba bien se conoce que son del arte. ¡Válgame Dios! ¡cuántos han echado por aquella boca! Hasta las mujeres.

DON ANTONIO.

¡Oiga! ¡también las señoras decían coplillas?

PIPI.

¡Vaya! Allí hay una doña Agustina, que es mujer del autor de la comedia... ¡Qué! Si usted viera... Unas décimas componía de repente... No es así la otra, que en toda la mesa no ha hecho mas que retozar con aquel don Hermógenes, y tirarle miguitas de pan al peluquín.

DON ANTONIO.

¿Don Hermógenes está arriba? ¡Gran pedanton!

PIPI.

Pues con ese se estaba jugando; y cuando la decían: «Mariquita, una copla, vaya una copla,» se hacia la vergonzosa; y por mas que la estuvieron azuzando á ver si rompía, nada. Empezó una décima, y no la pudo acabar, porque decia que no encontraba el consonante; pero doña Agustina, su cuñada... ¡Oh! aquella sí. Mire usted lo que es... Ya se ve, en teniendo vena...

DON ANTONIO.

Seguramente. ¿Y quién es ese que cantaba poco ha, y daba aquellos gritos tan descompasados?

PIPI.

¡Oh! ese es don Serapio.

DON ANTONIO.

Pero ¿qué es? ¿qué ocupacion tiene?

PIPI.

El es... mire usted; á él le llaman don Serapio.

DON ANTONIO.

¡Ah! sí. Ese es aquel bulle bulle que hace gestos á las cómicas, y las tira dulces á la silla cuando pasan, y va todos los días á saber quién dió cuchillada; y desde que se levanta hasta que se acuesta no cesa de hablar de la temporada de verano, la chupín del sobresaliente, y las partes de por medio.

PIPI.

Ese mismo. ¡Oh! ese es de los apasionados finos. Aquí

se viene todas las mañanas á desayunar; y arma unas disputas con los peluqueros, que es un gusto oírle. Luego se va allá abajo, al barrio de Jesus; se juntan cuatro amigos, hablan de comedias, altercan, rien, fuman en los portales; don Serapio los introduce aquí y acullá hasta que da la una; se despiden, y él se va á comer con el apuntador.

DON ANTONIO.

¿Y ese don Serapio es amigo del autor de la comedia?

PIPI.

¡Toma! Son uña y carne. Y él ha compuesto el casamiento de doña Mariquita, la hermana del poeta, con don Hermógenes.

DON ANTONIO.

¿Qué me dices? ¿Don Hermógenes se casa?

PIPI.

¡Vaya si se casa! Como que parece que la boda no se la hecho ya porque el novio no tiene un cuarto ni el poeta tampoco; pero le ha dicho que con el dinero que le den por esta comedia, y lo que ganará en la impresion, les pondrá la casa y pagará las deudas de don Hermógenes, que parece que son bastantes.

DON ANTONIO.

Si serán. ¡Cáspita si serán! Pero, y si la comedia apesta, y por consecuencia ni se la pagan ni se vende, ¿qué harán entonces?

PIPI.

Entonces, ¿qué sé yo? ¡Pero qué! No, señor. Si dice don Serapio que comedia mejor no se ha visto en tablas.

DON ANTONIO.

¡Ah! Pues si don Serapio lo dice, no hay que temer. Es dinero contante, sin remedio. Figúrate tú si don Serapio y el apuntador sabrán muy bien dónde les aprieta el zapato, y cuál comedia es buena, y cuál deja de serlo.

PIPI.

Eso digo yo; pero á veces... Mire usted, no hay paciencia. Ayer, ¡qué! les hubiera dado con una tranca. Vinieron ahí tres ó cuatro á beber ponch, y empezaron á hablar de comedias; ¡vaya! yo no me puedo acordar de lo que decían. Para ellos no había nada bueno: ni autores, ni cómicos, ni vestidos, ni música, ni teatro. ¿Qué sé yo cuanto dijeron aquellos malditos? Y dale con el arte, el arte, la moral, y... Deje usted: las... ¿Si me acordaré? Las... ¡Valgate Dios! ¿Cómo decían? Las... las reglas... ¿Qué son las reglas?

DON ANTONIO.

Hombre, difícil es explicártelo. Reglas son unas cosas que usan allá los extranjeros, particularmente los franceses.

PIPI.

Pues, ya decía yo: esto no es cosa de mi tierra.

DON ANTONIO.

Si tal: aquí tambien se gastan, y algunos han escrito comedias con reglas; bien que no llegarán á media docena (por mucho que se estire la cuenta), las que se han compuesto.

PIPI.

Pues ya se ve: mire usted, ¡reglas! No faltaba mas. ¿A que no tiene reglas la comedia de hoy?

DON ANTONIO.

¡Oh! eso yo te lo fio: bien puedes apostar ciento contra uno á que no las tiene.

PIPI.

Y las demás que van saliendo cada día tampoco las tendrán: ¿no es verdad usted?

DON ANTONIO.

Tampoco. ¿Para qué? No faltaba otra cosa, sino que para hacer una comedia se gastaran reglas. No, señor.

PIPI.

Bien; me alegro. Dios quiera que pegue la de hoy, y luego verá usted cuántas escribe el bueno de don Eleuterio. Porque, lo que él dice: si yo me pudiera ajustar con los cómicos á jornal, entonces... ¡ya se ve! mire usted si con un buen situado podía él...

DON ANTONIO.

Cierto. (Ap. ¡Qué simplicidad!)

PIPI.

Entonces escribiría. ¡Qué! todos los meses sacaría dos ó tres comedias. Como es tan hábil...

DON ANTONIO.

¿Con que es muy hábil, eh?

PIPI.

¡Toma! Poquito le quiere el segundo barba; y si en él consistiera, ya se hubieran echado las cuatro ó cinco comedias que tiene escritas; pero no han querido los otros; y ya se ve, como ellos lo pagan... En diciendo: no nos ha gustado, ó así, andar ¡qué diantres! Y luego, como ellos saben lo que es bueno; y en fin, mire usted si ellos... ¿No es verdad?

DON ANTONIO.

Pues ya.

PIPI.

Pero deje usted, que aunque es la primera que le representan, me parece á mí que ha de dar golpe.

DON ANTONIO.

¿Con que es la primera?

PIPI.

La primera. ¡Si es mozo todavía! Yo me acuerdo... Habrá cuatro ó cinco años que estaba de escribiente ahí, en esa lotería de la esquina, y le iba muy ricamente; pero como después se hizo paje, y el amo se le murió á lo mejor, y él se había casado de secreto con la doncella, y tenían ya dos criaturas, y después le han nacido otras dos ó tres; viéndose él así, sin oficio ni beneficio, ni pariente ni habiente, ha cogido y se ha hecho poeta.

DON ANTONIO.

Y ha hecho muy bien.

PIPI.

¡Pues ya se ve! lo que él dice: si me sopla la musa, puedo ganar un pedazo de pan para mantener aquellos angelitos, y así ir trampeando hasta que Dios quiera abrir camino.

## ESCENA II.

DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPI.

Café.

DON PEDRO.

(Don Pedro se sienta junto á una mesa distante de don Antonio: Pípi le servirá el café.)

PIPI.

Al instante.

DON ANTONIO.

No me ha visto.

PIPI.

¿Con leche?

DON PEDRO.

No... Basta.

PIPI.

¿Quién es este?

(Al retirarse después de haber servido el café á don Pedro.)

DON ANTONIO.

Este es don Pedro de Aguilar, hombre muy rico, generoso, honrado, de mucho talento; pero de un carácter tan ingenuo, tan serio y tan duro, que le hace intratable á cuantos no son sus amigos.

PIPI.

Le veo venir aquí algunas veces, pero nunca habla, siempre está de mal humor.

## ESCENA III.

DON SERAPIO, DON ELEUTERIO, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

DON SERAPIO.

¡Pero, hombre, dejarnos así!

*(Bajando la escalera, salen por la puerta del foro.)*

DON ELEUTERIO.

Si se lo he dicho á usted ya. La tonadilla que han puesto á mi funcion no vale nada, la van á silbar, y quiero concluir esta mia para que la canten mañana.

DON SERAPIO.

¿Mañana? ¿Con que mañana se ha de cantar, y aun no están hechas ni letra ni música?

DON ELEUTERIO.

Y aun esta tarde pudieran cantarla, si usted me apura. ¿Qué dificultad? Ocho ó diez versos de introduccion, diciendo que callen y atiendan, y chitito. Después unas cuantas coplillas del mercader que burta, el peluquero que lleva papeles, la niña que está opilada, el cadete que se baldó en el portal, cuatro equivoquillos etc.; y luego se concluye con seguidillas de la tempestad, el canario, la pastorecilla y el arroyito. La música ya se sabe cuál ha de ser: la que se pone en todas; se añade ó se quita un par de gorgoritos, y estamos al cabo de la calle.

DON SERAPIO.

¡El diantre es usted, hombre! todo se lo halla hecho.

DON ELEUTERIO.

Voy, voy á ver si la concluyo; falta muy poco. Súbase usted.

*(Don Eleuterio se sienta junto á una mesa inmediata al foro; saca de la faltriquera papel y tintero, y escribe.)*

DON SERAPIO.

Voy allá; pero...

DON ELEUTERIO.

Si, si, váyase usted; y si quieren mas licor, que lo suha el mozo.

DON SERAPIO.

Si, siempre será bueno que lleven un par de frasquillos mas. Pipí.

PIPI.

¡Señor!

DON SERAPIO.

Palabra.

*(Don Serapio habla en secreto á Pipí, y vuelve á irse por la puerta del foro; Pipí toma del aparador unos frasquillos, y se va por la misma parte.)*

DON ANTONIO.

¿Cómo va, amigo don Pedro?

*(Don Antonio se sienta cerca de don Pedro.)*

DON PEDRO.

¡Oh, señor don Antonio! No habia reparado en usted. Va bien.

DON ANTONIO.

¿Usted á estas horas por aquí? Se me hace extraño.

DON PEDRO.

En efecto lo es; pero he comido ahí cerca. A fin de mesa se armó una disputa entre dos literatos que apenas sabían leer; dijeron mil despropósitos, me fastidié, y me vine.

DON ANTONIO.

Pues; con ese genio tan raro que usted tiene, se ve precisado á vivir como un ermitaño en medio de la corte.

DON PEDRO.

No por cierto. Yo soy soy el primero en los espectáculos, en los paseos, en las diversiones públicas; alterno los placeres con el estudio; tengo pocos, pero buenos amigos y á ellos debo los mas felices instantes de mi vida. Si en las

conurrencias particulares soy raro algunas veces, siento serlo; pero, ¿qué le he de hacer? Yo no quiero mentir, ni puedo disimular; y creo que el decir la verdad francamente es la prenda mas digna de un hombre de bien.

DON ANTONIO.

Si; pero cuando la verdad es dura á quien ha de oirla, ¿qué hace usted?

DON PEDRO.

Callo.

DON ANTONIO.

¿Y si el silencio de usted le hace sospechoso?

DON PEDRO.

Me voy.

DON ANTONIO.

No siempre puede uno dejar el puesto, y entonces...

DON PEDRO.

Entonces digo la verdad.

DON ANTONIO.

Aquí mismo he oído hablar muchas veces de usted. Todos aprecian su talento, su instruccion y su probidad, pero no dejan de estrañar la aspereza de su carácter.

DON PEDRO.

¿Y por qué? Porque no vengo á predicar al café; porque no vierto por la noche lo que lei por la mañana; porque no disputo, ni ostento erudicion ridícula, como tres, ó cuatro, ó diez pedantes que vienen aquí á perder el dia, y á excitar la admiracion de los tontos y la risa de los hombres de juicio. ¿Por eso me llaman áspero y estravagante? Poco me importa. Yo me hallo bien con la opinion que he seguido hasta aquí, de que en un café jamás debe hablar en público el que sea prudente.

DON ANTONIO.

Pues ¿qué debe hacer?

DON PEDRO.

Tomar café.

DON ANTONIO.

¡Viva! Pero hablando de otra cosa, ¿qué plan tiene usted para esta tarde?

DON PEDRO.

A la comedia.

DON ANTONIO.

¿Supongo que irá usted á ver la pieza nueva?

DON PEDRO.

Qué; han mudado? Ya no voy.

DON ANTONIO.

Pero, ¿por qué? Vea usted sus rarezas.

*(Pipí sale por la puerta del foro con salvilla, copas y frasquillos, que dejará sobre el mostrador.)*

DON PEDRO.

¿Y usted me pregunta por qué? ¿Hay mas que ver la lista de las comedias nuevas que se representan cada año, para inferir los motivos que tendré de no ver la de esta tarde?

DON ELEUTERIO.

¡Hola! Parece que hablan de mi funcion.

*(Escuchando la conversacion de don Antonio y don Pedro.)*

DON ANTONIO.

De suerte, que ó es buena, ó es mala. Si es buena, se admira y se aplaude; si por el contrario está llena de sandeces, se rie uno, se pasa el rato, y tal vez...

DON PEDRO.

Tal vez me han dado impulsos de tirar al teatro el sombrero, el baston y el asiento, si hubiera podido. A mí me irrita lo que á usted le divierte. *(Guarda don Eleuterio papel y tintero; se levanta, y se va acercando poco á poco, hasta ponerse en medio de los dos.)* Yo no sé; usted tiene talento y la instruccion necesaria para no equivocarse en materias de literatura; pero usted es el protector nato de todas las ridiculeces. Al paso que conoce usted la gloria las bellezas de una obra de mérito, no se detiene

en dar iguales aplausos á lo mas disparatado y absurdo; y con una rociada de pullas, chufetas é ironías, hace usted creer al mayor idiota que es un prodigio de habilidad. Ya se ve, usted dirá que se divierte; pero, amigo...

DON ANTONIO.

Si, señor, que me divierto. Y por otra parte, ¿no sería cosa cruel ir repartiendo por ahí desengaños amargos á ciertos hombres cuya felicidad estriba en su propia ignorancia? ¿Ni cómo es posible persuadirles...

DON ELEUTERIO.

No, pues... Con permiso de ustedes. La funcion de esta tarde es muy bonita, seguramente; bien puede usted ir á verla, que yo le doy mi palabra de que le ha de gustar

DON ANTONIO.

¿Es este el autor?

(Don Antonio se levanta, y después de la pregunta que hace á Pipí, vuelve á hablar con don Eleuterio.)

PIPI.

El mismo.

DON ANTONIO.

¿Y de quién es? ¿Se sabe?

DON ELEUTERIO.

Señor, es de un sujeto bien nacido, muy aplicado, de buen ingenio, que empieza ahora la carrera cómica; bien que el pobrecillo no tiene proteccion.

DON PEDRO.

Si es esta la primera pieza que da al teatro, aun no puede quejarse; si ella es buena, agradará necesariamente, y un gobierno ilustrado como el nuestro, que sabe cuánto interesan á una nacion los progresos de la literatura, no dejará sin premio á cualquiera hombre de talento que sobresalga en un género tan difícil.

DON ELEUTERIO.

Todo eso va bien; pero lo cierto es que el sujeto tendrá que contentarse con sus quince doblones que le darán los cómicos (si la comedia gusta), y muchas gracias.

DON ANTONIO.

¿Quince? Pues yo creí que eran veinte y cinco.

DON ELEUTERIO.

No, señor; ahora en tiempo de calor no se da mas. Si fuera por el invierno, entonces...

DON ANTONIO.

¡Calle!; Con que en empezando á helar valen mas las comedias? Lo mismo sucede con los besugos.

(Don Antonio se pasea. Don Eleuterio unas veces le dirige la palabra y otras se vuelve acia don Pedro, que no le contesta ni le mira. Vuelve á hablar con don Antonio, parándose ó siguiéndole; lo cual formará juego de teatro.)

DON ELEUTERIO.

Pues mire usted, aun con ser tan poco lo que dan, el autor se ajustaría de buena gana para hacer por el precio todas las funciones que necesitase la compañía; pero hay muchas envidias. Unos favorecen á este, otros á aquel, y es menester una tecla para mantenerse en la gracia de los primeros vocales, que... ¡Ya, ya! Y luego, como son tantos á escribir, y cada uno procura despachar su género, entran los empeños, las gratificaciones, las rebajas... Ahora mismo acaba de llegar un estudiante gallego con unas alforjas llenas de piezas manuscritas: comedias, follos, zarzuelas, dramas, melodramas, loas, sainetes... ¿Qué sé yo cuánta ensalada trae allí? Y anda solicitando que los cómicos le compren todo el surtido, y da cada obra a trescientos reales una con otra. ¡Ya se ve! ¿Quién ha de poder competir con un hombre que trabaja tan barato?

DON ANTONIO.

Es verdad, amigo. Ese estudiante gallego hará malísima obra a los autores de la corte.

DON ELEUTERIO.

Malísima. Ya ve usted cómo están los comestibles.

DON ANTONIO.

Cierto.

DON ELEUTERIO.

Lo que cuesta un mal vestido que uno se haga.

DON ANTONIO.

En efecto.

DON ELEUTERIO.

El cuarto.

DON ANTONIO.

¡Oh! sí, el cuarto. Los caseros son crueles.

DON ELEUTERIO.

Y si hay familia...

DON ANTONIO.

No hay duda; si hay familia es cosa terrible.

DON ELEUTERIO.

Vaya usted á competir con el otro tuno, que con seis cuartos de callos y medio pan tiene el gasto hecho.

DON ANTONIO.

¿Y qué remedio? Ahí no hay mas sino arrimar el hombro al trabajo, escribir buenas piezas, darlas muy baratas, que se representen, que aturdan al público, y ver si se puede dar con el gallego en tierra. Bien que la de esta tarde es escelente, y para mí tengo que....

DON ELEUTERIO.

¿La ha leído usted?

DON ANTONIO.

No por cierto.

DON PEDRO.

¿La han impreso?

DON ELEUTERIO.

Si, señor. ¿Pues no se había de imprimir?

DON PEDRO.

Mal hecho. Mientras no sufra el exámen del público en el teatro, está muy espuesta; y sobre todo, es demasiada confianza en un autor novel.

DON ANTONIO.

¡Qué! No, señor. Si le digo á usted que es cosa muy buena. ¿Y dónde se vende?

DON ELEUTERIO.

Se vende en los puestos del *Diario*, en la librería de Perez, en la de Izquierdo, en la de Gil, en la de Zurita, y en el puesto de los cobradores á la entrada del coliseo. Se vende tambien en la tienda de vinos de la calle del Pez, en la del herbolario de la calle Ancha, en la jabonería de la calle del Lobo, en la....

DON PEDRO.

¿Se acabará esta tarde esa relacion?

DON ELEUTERIO.

Como el señor preguntaba.

DON PEDRO.

Pero no preguntaba tanto. ¡Si no hay paciencia!

DON ANTONIO.

Pues la he de comprar, no tiene remedio.

PIPI.

Si yo tuviera dos reales. ¡Voto va!

DON ELEUTERIO.

Véala usted aquí.

(Saca una comedia impresa, y se la da á don Antonio.)

DON ANTONIO.

¡Oiga! es esta. A ver. Y ha puesto su nombre. Bien, así me gusta; con eso la posteridad no se andará dando de calabazadas por averiguar la gracia del autor. (Lee don Antonio.) POR DON ELEUTERIO CRISPIN DE ANDORRA... «Salen el emperador Leopoldo, el rey de Polonia y Federico senescal, vestidos de gala, con acompañamiento de damas y magnates, y una brigada de húsares á caballo.» ¡Soberbia entrada! «Y dice el emperador:

Ya sabeis, vasa los mios,  
Que habrá dos meses y medio  
Que el turco puso a Viena

Con sus tropas el asedio,  
Y que para resistirle  
Unimos nuestros denuados,  
Llanto nuestros nobles bríos,  
En repetidos encuentros,  
Las pruebas mas relevantes  
De nuestros invictos pechos.»

¡Qué estilo tiene! ¡Cáspita! ¡Qué bien pone la pluma el picaro!

«Bien conozco que la falta  
Del necesario alimento  
Ha sido tal, que rendidos  
De la hambre á los esfuerzos,  
Hemos comido ratones,  
Sapos y sucios insectos.»

DON ELEUTERIO.

¿Qué tal? ¿No le parece á usted bien?

(Hablando á don Pedro.)

DON PEDRO.

¡Eh! á mí, qué...

DON ELEUTERIO.

Me alegro que le guste á usted. Pero no; donde hay un paso muy fuerte es al principio del segundo acto. Búsqueme usted... ahí... por ahí ha de estar. Cuando la dama se cae muerta de hambre.

DON ANTONIO.

¡Muerta?

DON ELEUTERIO.

Sí, señor, muerta.

DON ANTONIO.

¿Qué situación tan cómica! Y estas exclamaciones que hace aquí, ¿contra quién son?

DON ELEUTERIO.

Contra el visir, que la tuvo seis dias sin comer, porque «ella no queria ser su concubina.

DON ANTONIO.

¡Pobrecita! ¡Ya se ve! El visir seria un bruto.

DON ELEUTERIO.

Sí, señor.

DON ANTONIO.

Hombre arrebatado, ¿eh?

DON ELEUTERIO.

Sí, señor.

DON ANTONIO.

Lascivo como un mico, feote de cara; ¿es verdad?

DON ELEUTERIO.

Cierto.

DON ANTONIO.

Alto, moreno, un poco bizco, grandes bigotes.

DON ELEUTERIO.

Sí, señor, sí. Lo mismo me le he figurado yo.

DON ANTONIO.

¡Enorme animal! Pues no, la dama no se muere de la lengua. ¡No es cosa cómo le pone! Oiga usted, don Pedro.

DON PEDRO.

No, por Dios; no lo lea usted.

DON ELEUTERIO.

Es que es uno de los pedazos mas terribles de la comedia.

DON PEDRO.

Con todo eso.

DON ELEUTERIO.

Lleno de fuego.

DON PEDRO.

Ya.

DON ELEUTERIO.

Buena versificación.

DON PEDRO.

No importa.

DON ELEUTERIO.

Que alborotará en el teatro, si la dama lo esfuerza

DON PEDRO.

Hombre, si he dicho ya que...

DON ANTONIO.

Pero á lo menos, el final del acto segundo es menester oírle.

(Lee don Antonio, y al acabar de la comedia á don Eleuterio.)

Emperador. Y en tanto que mis recelos...

Visir. Y mientras mis esperanzas...

Senescal. Y hasta que mis enemigos...

Emperador. Averiguo.

Visir. Logre.

Senescal. Caigan.

Emperador. Rencores, dadme favor.

Visir. No me dejes, tolerancia.

Senescal. Denuedo, asiste á mi brazo.

Todos. Para que admire la patria

El mas generoso ardid

Y la mas tremenda hazaña.

DON PEDRO.

Vamos; no hay quien pueda sufrir tanto disparate.

(Se levanta impaciente, en ademán de irse.)

DON ELEUTERIO.

¿Disparates los llama usted?

DON PEDRO.

¿Pues no?

(Don Antonio observa á don Eleuterio y á don Pedro, y se rie de entrambos.)

DON ELEUTERIO.

¡Vaya, que es tambien demasiado! ¡Disparates! ¡Pues no, no los llaman disparates los hombres inteligentes que han leído la comedia! Ciertamente me ha chocado. ¡Disparates! Y no se ve otra cosa en el teatro todos los dias, y siempre gusta, y siempre lo aplauden á rabiar.

DON PEDRO.

¿Y esto se representa en una nacion culta?

DON ELEUTERIO.

¡Cuenta, que me ha dejado contento la expresion! ¡Disparates!

DON PEDRO.

¿Y esto se imprime, para que los extranjeros se burlen de nosotros?

DON ELEUTERIO.

¡Llamar disparates á una especie de coro entre el emperador, el visir y el senescal! Yo no sé qué quieren estas gentes. Si hoy día no se puede escribir nada, nada que no se muenda y se censure. ¡Disparates! ¡Cuidado que!...

PIPI.

No haga usted caso.

DON ELEUTERIO.

(Hablando con Pipi hasta el fin de la escena.)

Yo no hago caso; pero me enfada que hablen así. Figúrate tú si la conclusion puede ser mas natural, ni mas ingeniosa. El emperador está lleno de miedo, por un papel que se ha encontrado en el suelo sin firma ni sobrescrito, en que se trata de matarle. El visir está rabiando por gozar de la hermosura de Margarita, hija del conde de Strambaugum, que es el traidor...

PIPI.

¡Calle! ¡Hay traidor tambien! ¡Cómo me gustan á mí las comedias en que hay traidor!

DON ELEUTERIO.

Pues, como digo, el visir está loco de amores por ella; el senescal, que es hombre de bien si los hay, no las tiene todas consigo, porque sabe que el conde anda tras de quitarle el empleo, y continuamente lleva chismes al emperador contra él; de modo, que como cada uno de estos tres personajes está ocupado en su asunto, habla de ello, y no hay cosa mas natural.

(Lee don Eleuterio; lo suspende, y se guarda la comedia.)

Y en tanto que mis recelos...  
Y mientras mis esperanzas...  
Y hasta que mis...

¡Ah, señor don Hermógenes! ¡a que buena ocasión llega usted!

(Sale don Hermógenes por la puerta del foro.)

#### ESCENA IV.

DON HERMOGENES, DON ELEUTERIO, DON PEDRO,  
DON ANTONIO, PIPI.

DON HERMÓGENES.

Buenas tardes, señores.

DON PEDRO.

A la orden de usted.

DON ANTONIO.

Felicitísimas, amigo don Hermógenes.

DON ELEUTERIO.

Digo, me parece que el señor don Hermógenes será juez muy abonado (*Don Pedro se acerca á la mesa en que está el Diario; lee para sí, y á veces presta atención á lo que hablan los demás*) para decidir la cuestión que se trata: todo el mundo sabe su instrucción y lo que ha trabajado en los papeles periódicos, las traducciones que ha hecho del francés, sus actos literarios, y sobre todo, la escrupulosidad y el rigor con que censura las obras ajenas. Pues yo quiero que nos diga...

DON HERMÓGENES.

Usted me confunde con elogios que no merezco, señor don Eleuterio. Usted solo es acreedor á toda alabanza, por haber llegado en su edad juvenil al pináculo del saber. Su ingenio de usted, el mas ameno de nuestros días, su profunda erudición, su delicado gusto en el arte rítmica, su...

DON ELEUTERIO.

Vaya, dejemos eso.

DON HERMÓGENES.

Su docilidad, su moderación...

DON ELEUTERIO.

Bien; pero aquí se trata solamente de saber si...

DON HERMÓGENES.

Estas prendas sí que merecen admiración y encomio.

DON ELEUTERIO.

Ya, eso sí; pero díganos usted lisa y llanamente si la comedia que hoy se representa es disparatada ó no.

DON HERMÓGENES.

¿Disparatada? ¿Y quién ha prorumpido en un aserto tan...

DON ELEUTERIO.

Eso no hace al caso. Díganos usted lo que le parece, y nada mas.

DON HERMÓGENES.

Si diré; pero antes de todo conviene saber que el poema dramático admite dos géneros de fábula. *Sunt autem fabulæ, aliæ simplices, aliæ implexæ*. Es doctrina de Aristóteles. Pero lo diré en griego para mayor claridad. *Eisi de ton mython oi men aploi oi de peplegmenoi. Cai gar ai praxeis...*

DON ELEUTERIO.

Hombre; pero si...

DON ANTONIO.

(*Siéntase en una silla, haciendo esfuerzos para contener la risa.*)

Yo reviento.

DON HERMÓGENES.

*Cai gar at praxeis on mimeseis oi...*

DON ELEUTERIO.

Pero...

DON HERMÓGENES.

*Mythoi eisin i archousin.*

DON ELEUTERIO.

Pero si no es eso lo que á usted se le pregunta.

DON HERMÓGENES.

Ya estoy en la cuestión. Bien que, para la mejor inteligencia, convendría explicar lo que los críticos entienden por prótasis, epítasis, catástasis, catástrofe, peripecia, agnición, ó anagnórisis, partes necesarias á toda buena comedia, y que segun Escaligero, Vossio, Dacier, Marmontel, Castelvetro y Daniel Heinsio...

DON ELEUTERIO.

Bien, todo eso es admirable; pero...

DON PEDRO.

Este hombre es loco.

DON HERMÓGENES.

Si consideramos el origen del teatro, hallaremos que los megareos, los sículos y los atenienses...

DON ELEUTERIO.

Don Hermógenes, por amor de Dios, si no...

DON HERMÓGENES.

Véanse los dramas griegos, y hallaremos que Anaxípo, Anaxándrides, Eúpolis, Antíphanes, Philípides, Cratino, Crátes, Epicrátes, Menecrátes y Pherecrátes...

DON ELEUTERIO.

Si le he dicho á usted que...

DON HERMÓGENES.

Y los mas celeberrimos dramaturgos de la edad pretérita, todos, todos convinieron *nemine discrepante* en que la prótasis debe preceder á la catástrofe necesariamente. Es así que la comedia del *Cerco de Viena*...

DON PEDRO.

Adios, señores.

(*Se encamina acia la puerta. Don Antonio se levanta y procura detenerle.*)

DON ANTONIO.

¿Se va usted, don Pedro?

DON PEDRO.

¿Pues quién, sino usted, tendrá frescura para oír eso?

DON ANTONIO.

Pero si el amigo don Hermógenes nos va á probar con la autoridad de Hipócrates y Martin Lutero que la pieza consabida, lejos de ser un desatino...

DON HERMÓGENES.

Ese es mi intento: probar que es un acéfalo insipiente cualquiera que haya dicho que la tal comedia contiene irregularidades absurdas; y yo aseguro que delante de mí ninguno se hubiera atrevido á propalar tal asercion.

DON PEDRO.

Pues yo delante de usted la propalo, y le digo, que por lo que el señor ha leído de ella, y por ser usted el que la abona, infiero que ha de ser cosa detestable; que su autor será un hombre sin principios ni talento, y que usted es un erudito á la violeta, presumido y fastidioso hasta no mas. Adios, señores. (*Hace que se va, y vuelve.*)

DON ELEUTERIO.

(*Señalando á don Antonio.*)

Pues á este caballero le ha parecido muy bien lo que ha visto de ella.

DON PEDRO.

A ese caballero le ha parecido muy mal; pero es hombre de buen humor, y gusta de divertirse. A mí me lastima en verdad la suerte de estos escritores, que entontecen al vulgo con obras tan desatinadas y monstruosas, dictadas mas que por el ingenio por la necesidad ó la presunción. Yo no conozco al autor de esa comedia, ni sé quién es; pero si ustedes, como parece, son amigos cuyos, díganle en caridad que se deje de escribir tales desvarios; que aun está á tiempo, puesto que es la primera obra que pu-

blica; que no le engañe el mal ejemplo de los que deliran á destajo; que siga otra carrera, en que por medio de un trabajo honesto podrá socorrer sus necesidades y asistir á su familia, si la tiene. Díganle ustedes que el teatro español tiene de sobra autorcillos chanflones que le abastezcan de mamarrachos; que lo que necesita es una reforma fundamental en todas sus partes; y que mientras esta no se verifique, los buenos ingenios que tiene la nación, ó no harán nada, ó harán lo que únicamente baste para manifestar que saben escribir con acierto, y que no quieren escribir.

DON HERMÓGENES.

Bien dice Séneca en su epístola diez y ocho, que...

DON PEDRO.

Séneca dice en todas sus epístolas, que usted es un pedanton ridículo, á quien yo no puedo aguantar. Adios, señores.

### ESCENA V.

DON ANTONIO, DON ELEUTERIO, DON HERMOGENES, PÍPI.

DON HERMÓGENES.

¡Yo pedanton! (*Encarándose acia la puerta por donde se fué don Pedro. Don Eleuterio se pasea inquieto por el teatro.*) ¡Yo, que he compuesto siete prolusiones greco-latinas sobre los puntos mas delicados del derecho!

DON ELEUTERIO.

¡Lo que él entenderá de comedias, cuando dice que la conclusion del segundo acto es mala!

DON HERMÓGENES.

El será el pedanton.

DON ELEUTERIO.

¡Hahlar así de una pieza que ha de durar lo menos quince dias! Y si empieza á llover...

DON HERMÓGENES.

Yo estoy graduado en leyes, y soy opositor á cátedras, y soy académico, y no he querido ser dómine de Píoz.

DON ANTONIO.

Nadie pone duda en el mérito de usted, señor don Hermógenes, nadie; pero esto ya se acabó, y no es cosa de acalorarse.

DON ELEUTERIO.

Pues la comedia ha de gustar, mal que le pese.

DON ANTONIO.

Sí, señor, gustará. Voy á ver si le alcanzo; y *velis nolis*, he de hacer que la vea para castigarle.

DON ELEUTERIO.

Buen pensamiento: sí, vaya usted.

DON ANTONIO.

En mi vida he visto locos mas locos.

### ESCENA VI.

DON HERMOGENES, DON ELEUTERIO.

DON ELEUTERIO.

¡Llamar detestable á la comedia!; Vaya, que estos hombres gastan un lenguaje que da gozo oírle!

DON HERMÓGENES.

*Aquila non capit muscas*, don Eleuterio. Quiero decir, que no haga usted caso. A la sombra del mérito crece la envidia. A mí me sucede lo mismo. Ya ve usted si yo sé algo....

DON ELEUTERIO.

¡Oh!

DON HERMÓGENES.

Digo, me parece que (sin vanidad) pocos habrá que....

DON ELEUTERIO.

Ninguno. Vamos; tan completo como usted, ninguno.

DON HERMÓGENES.

Que reunan el ingenio á la erudicion, la aplicacion á gusto, del modo que yo (sin alabarme) he llegado á reunirlos. ¿Eh?

DON ELEUTERIO.

Vaya, de eso no hay que hablar: es mas claro que el sol que nos alumbra.

DON HERMÓGENES.

Pues bien. A pesar de eso, hay quien me llama pedante, y casquivano, y animal cuadrúpedo. Ayer, sin ir mas lejos, me lo dijeron en la Puerta del Sol, delante de cuarenta ó cincuenta personas.

DON ELEUTERIO.

¡Picardia! Y usted ¿qué hizo?

DON HERMÓGENES.

Lo que debe hacer un gran filosofo: callé, tomé un polvo, y me fui á oír una misa á la Soledad.

DON ELEUTERIO.

Envidia todo, envidia. ¿Vamos arriba?

DON HERMÓGENES.

Esto lo digo para que usted se anime, y le aseguro que los aplausos que.... Pero, dígame usted: ¿ni siquiera una onza de oro le han querido adelantar á usted á cuenta de los quince doblones de la comedia?

DON ELEUTERIO.

Nada, ni un ochavo. Ya sabe usted las dificultades que ha habido para que esa gente la reciba. Por último, hemos quedado en que no han de darme nada hasta ver si la pien gusta ó no.

DON HERMÓGENES.

¡Oh, corvas almas! Y precisamente en la ocasion mas critica para mí! Bien dice Tito Livio, que cuando....

DON ELEUTERIO.

Pues ¿qué hay de nuevo?

DON HERMÓGENES.

Ese bruto de mi casero.... El hombre mas ignorante que conozco. Por año y medio que le debo de alquiler me pierde el respeto, me amenaza....

DON ELEUTERIO.

No hay que afligirse. Mañana ó esotro es regular que venden el dinero: pagaremos á ese bribon; y si tiene usted algun pico en la bosteria, tambien se....

DON HERMÓGENES.

Sí, aun hay un piquillo; cosa corta.

DON ELEUTERIO.

Pues bien: con la impresion lo menos ganaré cuatro mil reales.

DON HERMÓGENES.

Lo menos. Se vende toda seguramente.

(*Vase Pipi por la puerta del foro.*)

DON ELEUTERIO.

Pues con ese dinero saldremos de apuros; se adornará el cuarto nuevo; unas sillas, una cama y algun otro chisme. Se casa usted. Mariquita, como usted sabe, es aplicada, hacendosilla y muy mujer; ustedes estarán en mi casa continuamente. Yo iré dando las otras cuatro comedias, que, pegando la de hoy, las recibirán los cómicos con palio. Pillo la moneda, las imprimo, se venden; entre tanto ya tendré algunas hechas, y otras en el telar. Vaya, no hay que temer. Y sobre todo, usted saldrá colocado de hoy á mañana: una intendencia, una toga, una embajada; ¿qué sé yo? Ello es que el ministro le entienda á usted: ¿no es verdad?

DON HERMÓGENES.

Tres visitas le hago cada dia.

DON ELEUTERIO.

Sí, apretarle, apretarle. Subamos arriba, que las mujeres ya estarán....



DON HERMÓGENES.

ete memoriales le he entregado la semana

DON ELEUTERIO.

ce?

DON HERMÓGENES.

ellos puse por lema aquel celebrísimo dicta: *Pallida mors æquo pulsat pede pauperum tumque turre.*

DON ELEUTERIO.

ijo cuando leyó eso de las tabernas?

DON HERMÓGENES.

que ya esta enterado de mi solicitud.

DON ELEUTERIO.

le digo a usted! Vamos, eso está conse-

DON HERMÓGENES.

deseo, para que a este consorcio apetecido el episodio de tener que comer, puesto que *et Bacho friget Venus*. Y entonces, ¡oh! en un buen empleo y la blanca mano de Mari- una otra cosa me queda que apetecer sino que conceda numerosa y masculina sucesión.

(*Vanse por la puerta del foro.*)

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA PRIMERA.

USTINA, DOÑA MARIQUITA, DON SERAPIO, y HERMOGENES, DON ELEUTERIO.

(*Salen por la puerta del foro.*)

DON SERAPIO.

de los puñales, créame usted, es de lo me- ha visto.

DON ELEUTERIO.

ño del emperador?

DOÑA AGUSTINA.

ción que hace el visir á sus ídolos?

DOÑA MARIQUITA.

¿me parece que no es regular que el empera- niera, precisamente en la ocasión mas....

DON HERMÓGENES.

el sueño es natural en el hombre, y no hay di- que un emperador se duerma, porque los va- rados que suben al cerebro....

DOÑA AGUSTINA.

usted hace caso de ella? ¿Qué tontería! Si no e se dice.... Y á todo esto, ¿qué hora tenemos?

DON SERAPIO.

Deje usted. Podrán ser ahora....

DON HERMÓGENES.

a mi reloj (*Saca su reloj.*) que es puntualísimo. lia cabales.

DOÑA AGUSTINA.

es aun tenemos tiempo. Sentémonos, una vez i gente

*Siéntanse todos menos don Eleuterio.*)

DON SERAPIO.

nte ha de haber? Si fuera en otro cualquier boy todo el mundo va á la comedia.

DOÑA AGUSTINA.

ieno, lleno.

DON SERAPIO.

mbre qu- dara esta tarde dos medallas por un luna.

DON ELEUTERIO.

Ya se ve, comedia nueva, autor nuevo, y...

DOÑA AGUSTINA.

Y que ya la habrán leído muchísimos, y sabrán lo que es. Vaya, no cabrá un alfiler, aunque fuera el coliseo siete veces mas grande.

DON SERAPIO.

Hoy los Chorizos se mueren de frio y de miedo. Ayer noche apostaba yo al marido de la graciosa seis onzas de oro á que no tienen esta tarde en su corral cien reales de entrada.

DON ELEUTERIO.

¿Con que la apuesta se hizo en efecto? ¿Eh?

DON SERAPIO.

No llegó el caso, porque yo no tenía en el bolsillo mas que dos reales y unos cuartos... Pero ¡cómo los hice ra- biar! y que...

DON ELEUTERIO.

Soy con ustedes; voy aquí á la librería, y vuelvo.

DOÑA AGUSTINA.

¿A qué?

DON ELEUTERIO.

¿No te lo he dicho? Si encargué que me trajesen ahí la razon de lo que va vendido, para que...

DOÑA AGUSTINA.

Sí, es verdad. Vuelve presto.

DON ELEUTERIO.

Al instante. (*Vase.*)

DOÑA MARIQUITA.

¿Qué inquietud! ¿Qué ir y venir! No para este hombre.

DOÑA AGUSTINA.

Todo se necesita, hija; y si no fuera por su buena dili- gencia, y lo que él ha minado y revuelto, se hubiera que- dado con su comedia escrita y su trabajo perdido.

DOÑA MARIQUITA.

¿Y quién sabe lo que sucederá todavía, hermana? Lo cierto es que yo estoy en brasas; porque, vaya, si la sil- ban, yo no sé lo que será de mí.

DOÑA AGUSTINA.

Pero, ¿por qué la han de silbar, ignorante? ¿Qué tonta eres, y qué falta de comprension!

DOÑA MARIQUITA.

Pues; siempre me está usted diciendo eso. (*Sale Pipi por la puerta del foro con platos, botellas, etc. Lo deja todo sobre el mostrador, y vuelve á irse por la misma parte.*) Vaya, que algunas veces me... ¡Ay, don Hermó- genes! No sabe usted qué ganas tengo de ver estas cosas concluidas, y poderme ir á comer un pedazo de pan con quietud á mi casa, sin tener que sufrir tales sinrazones.

DON HERMÓGENES.

No el pedazo de pan, sino ese hermoso pedazo de cielo, me tiene á mí impaciente hasta que se verifique el suspi- rado consorcio.

DOÑA MARIQUITA.

¿Suspirado, sí, suspirado! ¿Quién le creyera á usted!

DON HERMÓGENES.

Pues; ¿quién ama tan de veras como yo? ¿cuando ni Pi- rano, ni Marco Antonio, ni los Ptolomeos egipcios, ni todos los Seléucidas de Asiria sintieron jamas un amor comparable al mio?

DOÑA AGUSTINA.

¡Discreta hipérbole! Viva, viva. Respóndele, bruto.

DOÑA MARIQUITA.

¿Qué he de responder, señora, si no le he entendido una palabra?

DOÑA AGUSTINA.

¡Me desespera!

DOÑA MARIQUITA.

Pues digo bien. ¿Qué sé yo quién son esas gentes de

quien está hablando? Mire usted, para decirme: Mariquita, yo estoy deseando que nos casemos; así que su hermano de usted coja esos cuartos, vera usted cómo todo se dispone; porque la quiero á usted mucho, y es usted muy guapa muchacha, y tiene usted unos ojos muy peregrinos, y... ¿qué se yo? Así. Las cosas que dicen los hombres.

DOÑA AGUSTINA.

Si, los hombres ignorantes, que no tienen crianza ni talento, ni saben latín.

DOÑA MARIQUITA.

¡Pues, latín! Maldito sea su latín. Cuando le pregunto cualquiera friolera, casi siempre me responde en latín; y para decir que se quiere casar conmigo, me cita tantos autores... Mire usted qué entenderán los autores de eso, ni qué les importará á ellos que nosotros nos casemos ó no.

DOÑA AGUSTINA.

¡Qué ignorancia! Vaya, don Hermógenes; lo que le he dicho á usted. Es menester que usted se dedique á instruir y descortezarla; porque, la verdad, esa estupidez me avergüenza. Yo, bien sabe Dios que no he podido mas: ya se ve, ocupada continuamente en ayudar á mi marido en sus obras, en corregirlas (como usted habrá visto muchas veces), en sugerirle ideas á fin de que salgan con la debida perfección, no he tenido tiempo para aprender su enseñanza. Por otra parte, es increíble lo que aquellas criaturas me molestan. El uno que llora, el otro que quiere mamar, el otro que rompió la taza, el otro que se cayó de la silla, me tienen continuamente afanada. Vaya; yo lo he dicho mil veces: para las mujeres instruidas es un tormento la fecundidad.

DOÑA MARIQUITA.

¡Tormento! ¡Vaya, hermana, que usted es singular en todas sus cosas! Pues yo, si me caso, bien sabe Dios que....

DOÑA AGUSTINA.

Cállate, majadera, que vas á decir un disparate.

DON HERMÓGENES.

Yo la instruiré en las ciencias abstractas; la enseñaré la prosodia; haré que copie á ratos perdidos el *Arte magna* de Raimundo Lulio, y que me recite de memoria todos los martes dos ó tres hojas del *Diccionario* de Rubiños. Después aprenderá los logaritmos y algo de la estática; después...

DOÑA MARIQUITA.

Después me dará un tabardillo pintado, y me llevará Dios. ¡Se habrá visto tal empeño! No, señor, si soy ignorante, buen provecho me haga. Yo sé escribir y ajustar una cuenta, sé guisar, se aplanchar, sé coser, sé zurcir, sé bordar, sé cuidar de una casa: yo cuidaré de la mía, y de mi marido, y de mis hijos, y yo me los criaré. Pues, señor, ¿no sé bastante? ¡Que por fuerza he de ser doctora y marisabidilla, y que he de aprender la gramática, y que he de hacer copias! ¡Para qué? ¡Para perder el juicio? que permita Dios si no parece casa de locos la nuestra, desde que mi hermano ha dado en esas manías. Siempre disputando marido y mujer sobre si la escena es larga ó corta, siempre contando las letras por los dedos para saber si los versos están cabales ó no, si el lance á oscuras ha de ser antes de la batalla ó después del veneno, y manoseando continuamente *Gacetas* y *Mercurios* para buscar nombres bien extravagantes, que casi todos acaban en *of* y en *graf*, para embutir con ellos sus relaciones... Y entre tanto ni se barre el cuarto, ni la ropa se lava, ni las medias se cosen; y lo que es peor, ni se come ni se cena. ¡Qué le parece á usted que comamos el domingo pasado, don Serapio?

DON SERAPIO.

¡Yo, señora! ¿Como quiere usted que...

DOÑA MARIQUITA.

Pues lléveme Dios si todo el baquete no se redujo á libra y media de pepinos, bien amarillos y bien gordos, que compré á la puerta, y un pedazo de rosca que sobró del día anterior. Y éramos seis bocas á comer, que el mas desgarnado se hubiera engullido un cabrito y media hornada sin levantarse del asiento.

DOÑA AGUSTINA.

Esta es su canción; siempre quejándose de que no come y trabaja mucho. Menos como yo, y mas trabajo en un rato que me ponga á corregir alguna escena, ó arreglar la ilusión de una catástrofe, que tú cosiendo y fregando, ó ocupada en otros ministerios viles y mecánicos.

DON HERMÓGENES.

Si, Mariquita, si: en eso tiene razon mi señora doña Agustina. Hay gran diferencia de un trabajo á otro, y los experimentos cotidianos nos enseñan que toda mujer que es literata y sabe hacer versos, *ipso facto* se halla exonerada de las obligaciones domésticas. Yo lo probé en una disertación que lei á la academia de los Cinocéfalos. Allí sostuve que los versos se confeccionan con la glándula pineal, y los calzoncillos con los tres dedos llamados *pollex*, *index* é *infamis*, que es decir: que para lo primero se necesita toda la argucia del ingenio, cuando para lo segundo basta solo la costumbre de la mano. Y concluí, á satisfacción de todo mi auditorio, que es mas difícil hacer un soneto que pegar un hombrillo; y que mas elogio merece la mujer que sepa componer décimas y redondillas, que la que solo es buena para hacer un plato con tomate, un ajo de pollo ó un carnero verde.

DOÑA MARIQUITA.

Aun por eso en mi casa no se gastan pistos, ni carneros verdes, ni pollos, ni ajos. Ya se ve, en comiendo versos no se necesita cocina.

DON HERMÓGENES.

Bien está, sea lo que usted quiera, idolo mio; pero si hasta ahora se ha padecido alguna estrechez (*angustia pauperum*, que dijo el profano), de hoy en adelante será otra cosa.

DOÑA MARIQUITA.

¿Y qué dice el profano? ¿que no silbarán esta tarde la comedia?

DON HERMÓGENES.

No, señora, la aplaudirán.

DON SERAPIO.

Durará un mes, y los cómicos se cansarán de representarla.

DOÑA MARIQUITA.

No, pues no decían eso ayer los que encontramos en la botillería. ¿Se acuerda usted, hermana? Y aquel mas alto, á fe que no se mordía la lengua.

DON SERAPIO.

¡Alto! uno alto, ¿eh? Ya le conozco. (*Se levanta.*) ¡Picaron! ¡vicioso! Uno de capa, que tiene un chirio en las narices. ¡Brihon! Ese es un oficial de guarnicionero, muy apasionado de la otra compañía. ¡Alborotador! que él fue el que tuvo la culpa de que silbaran la comedia de *El Monstruo mas espantable del ponto de Calidonia*, que la hizo un sastre pariente de un vecino mio; pero yo le aseguro al...

DOÑA MARIQUITA.

¿Qué tonterías está usted ahí diciendo? Si no es ese de quien yo hablo.

DON SERAPIO.

Si, uno alto, mala traza, con una señal que le coge..

DOÑA MARIQUITA.

Si no es ese.

DON SERAPIO.

¡Mayor gatañon! ¡Y qué mala vida dió á su mujer! ¡Pobrecita! Lo mismo la trataba que á un perro.

DOÑA MARIQUITA.

Pero si no es ese, dale. ¡A qué viene cansarse? Este era un caballero muy decente; que no tiene ni capa ni chirlo, ni se parece en nada al que usted nos pinta.

DON SERAPIO.

Ya; pero voy al decir. ¡Unas ganas tengo de pillar al tal guarnicionero! No irá esta tarde al patio, que si fuera.... ¡eh!... Pero el otro día ¿qué cosas le dijimos allí en la plaza de San Juan! Empeñado en que la otra compañía es la mejor, y que no hay quien la tosa. ¿Y saben ustedes (*vuelve á sentarse*) por qué es todo ello? Porque los domingos por la noche se van él y otros de su pelo á casa de la Ramírez, y allí se están retozando en el recibimiento con la criada; después les saca un poco de queso, ó unos pimientos en viavagre, ó así; y luego se van á palmotear como desesperados á las barandillas y al degolladero. Pero no hay remedio: ya estamos prevenidos los apasionados de acá; y á la primera comedia que echen en el otro corral, zas, sin remision, á silbidos se ha de hundir la casa. A ver.....

DOÑA MARIQUITA.

¿Y si ellos nos ganasen por la mano, y hacen con la de hoy otro tanto?

DOÑA AGUSTINA.

Sí, te parecerá que tu hermano es lerdo, y que ha trabajado poco estos días para que no le suceda un chasco. El se ha hecho ya amigo de los principales apasionados del otro corral; ha estado con ellos; les ha recomendado la comedia y les ha prometido que la primera que componga será para su compañía. Además de eso, la dama de allá le quiere mucho; él va todos los días á su casa á ver si se la ofrece algo, y cualquiera cosa que allí ocurre nadie la hace sino mi marido. Don Eleuterio, traigame usted un par de libras de manteca. Don Eleuterio, eche usted un poco de alpiste á ese canario. Don Eleuterio, dé usted una vuelta por la cocina, y vea usted si empieza á espumar aquel puchero. Y él, ya se ve, lo hace todo con una prontitud y un agrado, que no hay mas que pedir; porque en fin, el que necesita es preciso que... Y por otra parte, como él, bendito sea Dios, tiene tal gracia para cualquier cosa, y es tan servicial con todo el mundo... ¡Qué silbar!... No, hija, no hay que temer; á buenas alabas se ha agarrado él para que le silben.

DON HERMÓGENES.

Y sobre todo, el sobresaliente mérito del drama bastaría á imponer taciturnidad y admiración á la turba mas garrula, mas desenfundada é insipiente.

DOÑA AGUSTINA.

Pues ya se ve. Figúrese usted una comedia heroica como esta, con mas de nueve lauces que tiene. Un desafío á caballo por el patio, tres batallas, dos tempestades, un entierro, una funcion de máscara, un incendio de ciudad, un puente roto, dos ejercicios de fuego y un ajusticiado: figúrese usted si esto ha de gustar precisamente.

DON SERAPIO.

¡Toma si gustará!

DON HERMÓGENES.

Aturdirá.

DON SERAPIO.

Se despoblará Madrid por ir á verla.

DOÑA MARIQUITA.

Y á mí me parece que unas comedias así debían representarse en la plaza de los toros.

## ESCENA II.

DON ELEUTERIO, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, DON SERAPIO, DON HERMOGENES.

DOÑA AGUSTINA.

Y bien, ¿qué dice el librero? ¿Se despachan muchas?

DON ELEUTERIO.

Hasta ahora...

DOÑA AGUSTINA.

Deja; me parece que voy á acertar: habrá vendido .... ¿Cuándo se pusieron los carteles?

DON ELEUTERIO.

Ayer por la mañana. Tres ó cuatro hice poner en cada esquina.

DON SERAPIO.

¡Ah! y cuide usted (*Levántase.*) que les pongan buen engrudo, por que si no...

DON ELEUTERIO.

Sí, que no estoy en todo. Como que yo mismo le hice con esa mira, y lleva una buena parte de cola.

DOÑA AGUSTINA.

El *Diario* y la *Gaceta* la han anunciado ya: ¿es verdad?

DON HERMÓGENES.

En términos precisos.

DOÑA AGUSTINA.

Pues irán vendidos... quinientos ejemplares.

DON SERAPIO.

¡Qué friolera! Y mas de ochocientos tambien.

DOÑA AGUSTINA.

¿He acertado?

DON SERAPIO.

¿Es verdad que pasan de ochocientos?

DON ELEUTERIO.

No, señor, no es verdad. La verdad es que hasta ahora, segun me acaban de decir, no se han despachado mas que tres ejemplares; y esto me da malísima espina.

DON SERAPIO.

¿Tres no mas? Harto poco es.

DOÑA AGUSTINA.

Por vida mia, que es bien poco.

DON HERMÓGENES.

Distingo. Poco, absolutamente hablando, niego; respectivamente, concedo: porque nada hay que sea poco ni mucho *per se*, sino respectivamente. Y así, si los tres ejemplares vendidos constituyen una cantidad tercia con relacion á nueve, y bajo este respecto los dichos tres ejemplares se llaman poco, tambien estos mismos tres ejemplares relativamente á uno componen una triplicada cantidad, á la cual podemos llamar mucho por la diferencia que va de uno á tres. De donde concluyo, que no es poco lo que se ha vendido, y que es falta de ilustración sostener lo contrario.

DOÑA AGUSTINA.

Dice bien, muy bien.

DON SERAPIO.

¡Qué! ¡Si en poniéndose á hablar este hombre!...

DOÑA MARIQUITA.

Pues, en poniéndose á hablar probará que lo blanco es verde, y que dos y dos son veinte y cinco. Yo no entiendo tal modo de sacar cuentas... Pero al cabo y al fin, las tres comedias que se han vendido hasta ahora, ¿serán mas que tres?

DON ELEUTERIO.

Es verdad; y en suma, todo el importe no pasará de seis reales.

DOÑA MARIQUITA.

Pues, seis reales: cuando esperábamos montes de oro con la tal impresion. Ya voy yo viendo que si mi boda no se ha de hacer hasta que todos esos papelotes se despachen, me llevarán con palma á la sepultura. (*Llorando.*) ¡Pobreita de mí!

DON HERMÓGENES.

No así, hermosa Mariquita, desperdicie usted el tesoro de perlas que una y otra luz derrama.

DOÑA MARIQUITA.

¡Perlas! Si yo supiera llorar perlas, no tendría mi hermano necesidad de escribir disparates.

## ESCENA III.

DON ANTONIO, DON ELEUTERIO, DON HERMOGENES,  
DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA.

DON ANTONIO.

A la orden de ustedes, señores.

DON ELEUTERIO.

Pues ¿cómo tan presto? ¿No dijo usted que iría a ver la comedia?

DON ANTONIO.

En efecto, he ido. Allí queda don Pedro.

DON ELEUTERIO.

¿Aquel caballero de tan mal humor?

DON ANTONIO.

El mismo. Que quieras que no, le he acomodado (*Sale l'ipi por la puerta del foro con un canastillo de manteles, cubiertos etc., y le pone sobre el mostrador.*) en el palco de unos amigos. Yo creí tener luneta segura; ¡pero qué! ni luneta, ni palcos, ni tertulias, ni cubillos; no hay asiento en ninguna parte.

DOÑA AGUSTINA.

Si lo dije.

DON ANTONIO.

Es mucha la gente que hay.

DON ELEUTERIO.

Pues no, no es cosa de que usted se quede sin verla. Yo tengo palco. Véngase usted con nosotros, y todos nos acomodaremos.

DOÑA AGUSTINA.

Si, puede usted venir con toda satisfacción, caballero.

DON ANTONIO.

Señora, doy a usted mil gracias por su atención; pero ya no es cosa de volver allá. Cuando yo salí se empezaba la primer tonadilla; con que...

DON SERAPIO.

¿La tonadilla?

(*Se levantan todos.*)

DOÑA MARIQUITA.

¿Qué dice usted?

DON ELEUTERIO.

¿La tonadilla?

DOÑA AGUSTINA.

¿Pues cómo han empezado tan presto?

DON ANTONIO.

No, señora; han empezado a la hora regular.

DOÑA AGUSTINA.

No puede ser; si ahora serán...

DON HERMÓGENES.

Yo lo diré (*Saca el reloj.*): las tres y media en punto.

DOÑA MARIQUITA.

¡Hombre! ¿qué tres y media? Su reloj de usted está siempre en las tres y media.

DOÑA AGUSTINA.

A ver... (*Toma el reloj de don Hermógenes, le aplica al oído, y se le vuelve.*) Si está parado.

DON HERMÓGENES.

Es verdad. Esto consiste en que la elasticidad del muelle espiral...

DOÑA MARIQUITA.

Consiste en que está parado, y nos ha hecho usted perder la mitad de la comedia. Vamos, hermana.

DOÑA AGUSTINA.

Vamos.

DON ELEUTERIO.

¡Cuidado, que es cosa particular! ¡Voto va sanes! La casualidad de...

DOÑA MARIQUITA.

Vamos pronto... ¿Y mi abanico?

DON SERAPIO.

Aquí está.

DON ANTONIO.

Llegarán ustedes al segundo acto.

DOÑA MARIQUITA.

Vaya, que este don Hermógenes...

DOÑA AGUSTINA.

Quede usted con Dios, caballero.

DOÑA MARIQUITA.

Vamos aprisa.

DON ANTONIO.

Vayan ustedes con Dios.

DON SERAPIO.

A bien que cerca estamos.

DON ELEUTERIO.

Cierto que ha sido chasco estarnos así, fiados en...

DOÑA MARIQUITA.

Fiados en el maldito reloj de don Hermógenes.

## ESCENA IV.

DON ANTONIO, PIPI.

DON ANTONIO.

¿Con que estas dos son la hermana y la mujer del autor de la comedia?

PIPI.

Si, señor.

DON ANTONIO.

¿Qué paso llevan! Ya se ve, se fiaron del reloj de don Hermógenes.

PIPI.

Pues yo no sé qué será; pero desde la ventana de arriba se ve salir mucha gente del coliseo.

DON ANTONIO.

Serán los del patio, que estarán sofocados. Cuando yo me vine quedaban dando voces para que les abriesen las puertas. El calor es muy grande; y por otra parte, meter cuatro donde no caben mas que dos es un despropósito; pero lo que importa es cohrar a la puerta, y mas que revienten dentro.

## ESCENA V.

DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPI.

DON ANTONIO.

¡Calle! ¿Ya está usted por acá? Pues, y la comedia ¿en qué estado queda?

DON PEDRO.

Hombre, no me hable usted de comedia (*Se sienta.*) que no he tenido rato peor muchos meses ha.

DON ANTONIO.

Pues ¿qué ha sido ello? (*Sentándose junto a don Pedro.*)

DON PEDRO.

¿Qué ha de ser? que he tenido que sufrir (*gracias a la recomendación de usted*) casi todo el primer acto, y por añadidura una tonadilla insípida y desvergonzada, como es costumbre. Hallé la ocasión de escapar, y la aproveché.

DON ANTONIO.

¿Y qué tenemos en cuanto al mérito de la pieza?

DON PEDRO.

Que cosa peor no se ha visto en el teatro desde que las musas de guardilla le abastecen... Si tengo hecho propósito firme de no ir jamás a ver esas tonterías. A mí no me divierten; al contrario, me llenan de, de... No, señor, menos me enfada cualquiera de nuestras comedias antiguas por malas que sean. Están desarregladas, tienen disparates; pero aquellos disparates y aquel desarreglo son hijos del ingenio y no de la estupidez. Tienen defectos enormes, es verdad; pero entre estos defectos se hallan cosas que.

por vida mía, tal vez suspenden y conmueven al espectador en términos de hacerle olvidar ó disculpar cuantos desaciertos han precedido. Ahora compare usted nuestros autores adocenados del día con los antiguos, y dígame si no valen mas Calderon, Solís, Rojas, Moreto cuando deliran, que estotros cuando quieren hablar en razon.

DON ANTONIO.

La cosa es tan clara, señor don Pedro, que no hay nada que oponer á ella; pero, dígame usted, el pueblo, el pobre pueblo ¿sufre con paciencia ese espantable comediion?

DON PEDRO.

No tanto como el autor quisiera, porque algunas veces se ha levantado en el patio una marea sorda que traia visos de tempestad. En fin, se acabó el acto muy oportunamente; pero no me atreveré á pronosticar el éxito de la tal pieza, porque aunque el público está ya muy acostumbrado á oír desatinos, tan garrafales como los de hoy jamás se oyeron.

DON ANTONIO.

¿Qué dice usted?

DON PEDRO.

Es increíble. Ahí no hay mas que un hacinamiento confuso de especies, una accion informe, lances inverisimiles, episodios inconexos, caracteres mal espresados ó mal escogidos; en vez de artificio, embrollo; en vez de situaciones cómicas, mamarrachadas de linterna mágica. No hay conocimiento de historia ni de costumbres, no hay objeto moral, no hay lenguaje, ni estilo, ni versificación, ni gusto, ni sentido comun. En suma, es tan mala y peor que las otras con que nos regalan todos los días.

DON ANTONIO.

Y no hay que esperar nada mejor. Mientras el teatro siga en el abandono en que hoy está, en vez de ser el espejo de la virtud y el templo del buen gusto, será la escuela del error y el almacén de las estravagancias.

DON PEDRO.

Pero ¿no es fatalidad que después de tanto como se ha escrito por los hombres mas doctos de la nacion sobre la necesidad de su reforma, se han de ver todavia en nuestra escena espectáculos tan infelices! ¿Qué pensarán de nuestra cultura los extranjeros que vean la comedia de esta tarde? ¿Qué dirán cuando lean las que se imprimen continuamente?

DON ANTONIO.

Digan lo que quieran, amigo don Pedro, ni usted ni yo podemos remediarlo. ¿Y qué haremos? Reir ó rabiarse: no hay otra alternativa... Pues yo mas quiero reir que impacientarme.

DON PEDRO.

Yo no, porque no tengo serenidad para eso. Los progresos de la literatura, señor don Antonio, interesan mucho al poder, á la gloria y á la conservacion de los imperios; el teatro influye inmediatamente en la cultura nacional; el nuestro está perdido, y yo soy muy español.

DON ANTONIO.

Con todo, cuando se ve que... Pero ¿qué novedad es esta?

#### ESCENA VI.

DON SERAPIO, DON HERMOGENES, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

DON SERAPIO.

Pipí, muchacho; corriendo, por Dios, un poco de agua.

DON ANTONIO.

¿Qué ha sucedido?

(Se levantan don Antonio y don Pedro.)

DON SERAPIO.

No te pares en enjuagatorios. Aprisa.

PIPI.

Voy, voy allá.

TOMO II.

DON SERAPIO.

Despáchate.

PIPI.

¿Por vida del hombre! (Pipí va detrás de don Serapio con un vaso de agua. Don Hermógenes, que sale apresurado, tropieza con él y deja caer el vaso y el plato.) ¿Por qué no mira usted?

DON HERMOGENES.

¿No hay alguno de ustedes que tenga por ahí un poco de agua de melisa, elixir, extracto, aroma, álcali volátil, éter vitrílico, ó cualquiera quinta esencia antiespasmódica, para entonar el sistema nervioso de una dama exánime?

DON ANTONIO.

Yo no, no traigo.

DON PEDRO.

Pero ¿qué ha sido? ¿Es accidente?

#### ESCENA VII.

DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, DON ELEUTERIO, DON HERMOGENES, DON SERAPIO, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

DON ELEUTERIO.

Si; es mucho mejor hacer lo que dice don Serapio. (Doña Agustina muy acongojada, sostenida por don Eleuterio y don Serapio. La hacen que se siente. Pipí trae otro vaso de agua, y ella bebe un poco.)

DON SERAPIO.

Pues ya se ve. Anda, Pipí; en tu cama podrá descansar esta señora...

PIPI.

¿Qué! si está en un camaranchon, que...

DON ELEUTERIO.

No importa.

PIPI.

¿La cama! La cama es un jergon de arpillera y...

DON SERAPIO.

¿Qué quiere decir eso?

DON ELEUTERIO.

No importa nada. Allí estará un rato, y veremos si es cosa de llamar á un sangrador.

PIPI.

Yo bien, si ustedes...

DOÑA AGUSTINA.

No, no es menester.

DOÑA MARIQUITA.

¿Se siente usted mejor, hermana?

DON ELEUTERIO.

¿Te vas aliviando?

DOÑA AGUSTINA.

Alguna cosa.

DON SERAPIO.

¿Ya se ve! El lance no era para menos.

DON ANTONIO.

Pero ¿se podrá saber qué especie de insulto ha sido este?

DON ELEUTERIO.

¿Qué ha de ser, señor, qué ha de ser? Que hay gente envidiosa y mal intencionada, que... ¿Vaya! No me hable usted de eso, porque... ¡Picarones! ¿Cuándo han visto ellos comedia mejor?

DON PEDRO.

No acabo de comprender.

DOÑA MARIQUITA.

Señor, la cosa es bien sencilla. El señor es hermano mio, marido de esta señora, y autor de esa maldita comedia que han echado hoy. Hemos ido á verla; cuando llegamos estaban ya en el segundo acto. Allí habia una tempestad; y luego un consejo de guerra, y luego un baile, y después un entierro... En fin, ello es que al cabo de esta

tremolina salía la dama con un chiquillo de la mano, y ella y el chico rabiaban de hambre; el muchacho decía: Madre, deme usted pan; y la madre invocaba á Demogorgon y al Cancerbero. Al llegar nosotros se empezaba este lance de madre é hijo... El patio estaba tremendo. ¡Qué oléadas! ¡qué toser! ¡qué estornudos! ¡qué hostezar! ¡qué ruido confuso por todas partes!... Pues, señor, como digo, salió la dama, y apenas hubo dicho que no había comido en seis días, y apenas el chico empezó á pedirle pan, y ella á decirle que no le tenía, cuando para servir á ustedes, la gente (que á la cuenta estaba ya hostigada de la tempestad, del consejo de guerra, del baile y del entierro) comenzó de nuevo á alborotarse. El ruido se aumenta; suenan bramidos por un lado y otro, y empieza tal descarga de palmadas huecas, y tal golpeo en los bancos y barandillas, que no parecía sino que toda la casa se venía al suelo. Corrieron el telon; abrieron las puertas; salió reñegando toda la gente; á mi hermana se la oprimió el corazón, de manera que... En fin, ya está mejor, que es lo principal. Aquello no ha sido ni oído ni visto: en un instante, entrar en el palco y suceder lo que acabo de contar, todo ha sido á un tiempo. ¡Vágame Dios! ¡En lo que han venido á parar tantos proyectos! Bien decía yo que era imposible que... (*Siéntase junto á doña Agustina.*)

DON ELEUTERIO.

¡Y que no ha de haber justicia para esto! Don Hermógenes, amigo don Hermógenes, usted bien sabe lo que es la pieza; informe usted á estos señores... Tome usted. (*Saca la comedia, y se la da á don Hermógenes.*) Léales usted todo el segundo acto, y que me digan si una mujer que no ha comido en seis días tiene razón de morirse, y si es mal parecido que un chico de cuatro años pida pan á su madre. Lea usted, lea usted, y que me digan si hay conciencia ni ley de Dios para haberme asesinado de esta manera.

DON HERMÓGENES.

Yo, por ahora, amigo don Eleuterio, no puedo encargarme de la lectura del drama. (*Deja la comedia sobre una mesa. Pípi la toma, se sienta en una silla distante, y lee con particular atención y complacencia.*) Estoy de prisa. Nos veremos otro día, y...

DON ELEUTERIO.

¿Se va usted?

DOÑA MARIQUITA.

¿Nos deja usted así?

DON HERMÓGENES.

Si en algo pudiera contribuir con mi presencia al alivio de ustedes, no me movería de aquí; pero...

DOÑA MARIQUITA.

No se vaya usted.

DON HERMÓGENES.

Me es muy doloroso asistir á tan acerbo espectáculo. Tengo que hacer. En cuanto á la comedia, nada hay que decir: murió, y es imposible que resucite; bien que ahora estoy escribiendo una apología del teatro, y la citaré con elogio. Diré que hay otras peores; diré que si no guarda reglas ni conexión, consiste en que el autor era un grande hombre; callaré sus defectos...

DON ELEUTERIO.

¿Qué defectos?

DON HERMÓGENES.

Algunos que tiene.

DON PEDRO.

Pues no decía usted eso poco tiempo ha.

DON HERMÓGENES.

Fué para animarle.

DON PEDRO.

Y para engañarle y perderle. Si usted conocía que era mala, ¿por qué no se lo dijo? Por qué, en vez de aconsejarle que desistiera de escribir chapuceras, ponderaba

usted el ingenio del autor, y le persuadía que era excelente una obra tan ridícula y despreciable?

DON HERMÓGENES.

Porque el señor carece de criterio y sindéresis para comprender la solidez de mis raciocinios, si por ellos intentara persuadirle que la comedia es mala.

DOÑA AGUSTINA.

¿Con que es mala?

DON HERMÓGENES.

Malísima.

DON ELEUTERIO.

¿Qué dice usted?

DOÑA AGUSTINA.

Usted se chancea, don Hermógenes: no puede ser otra cosa.

DON PEDRO.

No, señora, no se chancea: en eso dice la verdad. La comedia es detestable.

DOÑA AGUSTINA.

Poco á poco con eso, caballero; que una cosa es que el señor lo diga por gana de fiesta, y otra que usted nos lo venga á repetir de ese modo. Usted será de los eruditos que de todo blasfeman, y nada les parece bien sino lo que ellos hacen; pero...

DON PEDRO.

Si usted es marido de esa (*A don Eleuterio.*) señora, hágala usted callar; porque aunque no puede ofenderme cuanto diga, es cosa ridícula que se meta á hablar de lo que no entiende.

DOÑA AGUSTINA

¿No entiendo? ¿Quién le ha dicho á usted que...

DON ELEUTERIO.

Por Dios, Agustina, no te desazones. Ya ves (*Se levanta cólerica, y don Eleuterio la hace sentar.*) cómo estas.... ¡Vágame Dios, señor! Pero, amigo (*A don Hermógenes.*), no sé qué pensar de usted.

DON HERMÓGENES.

Piense usted lo que quiera. Yo pienso de su obra lo que ha pensado el público; pero soy su amigo de usted, y aunque vaticiné el éxito infausto que ha tenido, no quise anticiparle una pesadumbre, porque, como dice Platon y el abate Lampillas...

DON ELEUTERIO.

Digan lo que quieran. Lo que yo digo es que usted me ha engañado como un chino. Si yo me aconsejaba con usted; si usted ha visto la obra lance por lance y verso por verso; si usted me ha exhortado á concluir las otras que tengo manuscritas; si usted me ha llenado de elogios y de esperanzas; si me ha hecho usted creer que yo era un grande hombre, ¿cómo me dice usted ahora eso? ¿Cómo ha tenido usted corazón para esponerme á los silbidos, al palmoteo y á la zumba de esta tarde?

DON HERMÓGENES.

Usted es pacato y pusilánime en demasía... ¿Por qué no le anima á usted el ejemplo? ¿No ve usted esos autores que componen para el teatro, con cuánta imperturbabilidad toleran los vaivenes de la fortuna? Escriben, los silban, y vuelven á escribir; vuelven á silbarlos, y vuelven á escribir... ¡Oh, almas grandes, para quienes los chifidos son arrullos y las maldiciones alabanzas!

DOÑA MARIQUITA.

¿Y qué quiere usted (*Levántase.*) decir con eso? Ya no tengo paciencia para callar mas. ¿Qué quiere usted decir? ¿Que mi pobre hermano vuelva otra vez...

DON HERMÓGENES.

Lo que quiero decir es que estoy de prisa y me voy.

DOÑA AGUSTINA.

Vaya usted con Dios, y haga usted cuenta que no nos ha conocido. ¡Picardía! No sé cómo (*Se levanta muy enojada, encaminándose acia don Hermógenes, que se va retirando de ella.*) no me tiro á él... Váyase usted.

DON HERMÓGENES.

¡Gente ignorante!

DOÑA AGUSTINA.

Váyase usted.

DON ELEUTERIO.

¡Picaron!

DON HERMÓGENES.

¡Canalla infeliz!

## ESCENA VIII.

DON ELEUTERIO, DON SERAPIO, DON ANTONIO, DON PEDRO, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, PIPI.

DON ELEUTERIO.

¡Ingrato, embustero! ¡Después (*Se sienta con ademanes de abatimiento.*) de lo que hemos hecho por él!

DOÑA MARIQUITA

Ya ve usted, hermana, lo que ha venido á resultar. Si lo dije, si me lo daba el corazon... Mire usted qué hombre; después de haberme traído en palabras tanto tiempo, y lo que es peor, haber perdido por él la conveniencia de casarme con el boticario, que á lo menos es hombre de bien, y no sabe latin ni se mete en citar autores, como ese bribon... ¡Pobre de mí! con diez y seis años que tengo, y todavía estoy sin colocar; por el maldito empeño de ustedes de que me habia de casar con un erudito que supiera mucho... Mire usted lo que sabe el renegado (Dios me perdone); quitarme mi acomodo, engañar á mi hermano, perderle, y hartarnos de pesadumbres.

DON ANTONIO.

No se desconsuele usted, señorita, que todo se compondrá. Usted tiene mérito, y no la faltarán proporciones mucho mejores que la que ha perdido.

DOÑA AGUSTINA.

Es menester que tengas un poco de paciencia, Mariquita.

DON ELEUTERIO.

La paciencia (*Se levanta con viveza.*) la necesito yo, que estoy desesperado de ver lo que me sucede.

DOÑA AGUSTINA.

Pero, hombre, ¿que no has de reflexionar?...

DON ELEUTERIO.

Calla, mujer; calla, por Dios, que tú tambien...

DON SERAPIO.

No, señor; el mal ha estado en que nosotros no lo advertimos con tiempo... Pero yo le aseguro al guarnicionero y á sus camaradas que si llegamos á pillarlos, solfeo de mojonones como el que han de llevar no le... La comedia es buena, señor; créame usted á mí; la comedia es buena. Ahí no ha habido mas sino que los de allá se han unido, y....

DON ELEUTERIO.

Yo ya estoy en que la comedia no es tan mala, y que hay muchos partidos; pero lo que á mí me...

DON PEDRO.

¿Todavía está usted en esa equivocacion?

DON ANTONIO.

(*Ap. á don Pedro.* Déjele usted.)

DON PEDRO.

No quiero dejarle; me da compasion... Y sobre todo, es demasiada necedad, después de lo que ha sucedido, que todavía esté creyendo el señor que su obra es buena. ¿Por qué ha de serlo? ¿Qué motivos tiene usted para acertar? ¿Qué ha estudiado usted? ¿Quién le ha enseñado el arte? ¿Qué modelos se ha propuesto usted para la imitacion? ¿No ve usted que en todas las facultades hay un método de enseñanza, y unas reglas que seguir y observar; que á ellas debe acompañar una aplicacion constante y laboriosa; y que sin estas circunstancias, unidas al talento, nunca se formarán grandes profesores, porque nadie sabe sin aprender? ¿Pues por dónde usted, que carece de tales requisi-

tos, presume que habrá podido hacer algo bueno? ¿Qué, no hay mas sino meterse á escribir, á salga lo que salga, y en ocho dias zurcir un embrollo, ponerle en malos versos, darle al teatro, y ya soy autor? Qué, ¿no hay mas que escribir comedias? Si han de ser como la de usted ó como las demás que se le parecen, poco talento, poco estudio y poco tiempo son necesarios; pero si han de ser buenas (créame usted), se necesita toda la vida de un hombre, un ingenio muy sobresaliente, un estudio infatigable, observacion continua, sensibilidad, juicio esquisito; y todavía no hay seguridad de llegar á la perfeccion.

DON ELEUTERIO.

Bien está, señor; será todo lo que usted dice; pero ahora no se trata de eso. Si me desespero y me confundo, es por ver que todo se me descompone, que he perdido mi tiempo, que la comedia no vale un cuarto, que he gastado en la impresion lo que no tenia...

DON ANTONIO.

No, la impresion con el tiempo se venderá.

DON PEDRO.

No se venderá, no, señor. El público no compra en la librería las piezas que silba en el teatro. No se venderá.

DON ELEUTERIO.

Pues, vea usted: no se venderá; y pierdo ese dinero; y por otra parte.... ¡Válgame Dios! Yo, señor, seré lo que ustedes quieran; será mal poeta, seré un zopenco; pero soy hombre de bien. Ese picaron de don Hermógenes me ha estafado cuanto tenia para pagar sus trampas y sus embrollos; me ha metido en nuevos gastos, y me deja imposibilidad de cumplir como es regular con los muchos acreedores que tengo.

DON PEDRO.

Pero ahí no hay mas que hacerles una obligacion de irlos pagando poco á poco, segun el empleo ó facultad que usted tenga, y arreglándose á una buena economia.

DOÑA AGUSTINA.

¿Qué empleo ni qué facultad, señor! si el pobrecito no tiene ninguna.

DON PEDRO.

¿Ninguna?

DON ELEUTERIO.

No, señor. Yo estuve en esa loteria de ahí arriba; después me puse á servir á un caballero indiano, pero se murió; lo dejé todo, y me metí á escribir comedias, porque ese don Hermógenes me engatusó y...

DOÑA MARIQUITA.

¡Maldito sea él!

DON ELEUTERIO.

Y si fuera decir estoy solo, anda con Dios; pero casado, y con una hermana, y con aquellas criaturas...

DON ANTONIO.

¿Cuántas tiene usted?

DON ELEUTERIO.

Cuatro, señor; que el mayorcito no pasa de cinco años.

DON PEDRO.

¡Hijos tiene! (*Ap. con ternura;* ¡Qué lástima!)

DON ELEUTERIO.

Pues si no fuera por eso...

DON PEDRO.

(*Ap. ¡Infeliz!*) Yo, amigo, ignoraba que del éxito de la obra de usted pendiera la suerte de esa pobre familia. Yo tambien he tenido hijos. Ya no los tengo, pero sé lo que es el corazon de un padre. Dígame usted: ¿sabe usted contar? ¿escribe usted bien?

DON ELEUTERIO.

Sí, señor, lo que es así cosa de cuentas, me parece que sé bastante. En casa de mi amo... porque yo, señor, he sido paje... allí, como digo, no habia mas mayordomo que yo. Yo era el que gobernaba la casa; como, ya se ve, estos señores no entienden de eso. Y siempre me porté

como todo el mundo sabe. Eso sí, lo que es honradez y...  
¡vaya! Ninguno ha tenido que...

DON PEDRO.

Lo creo muy bien.

DON ELEUTERIO.

En cuanto á escribir, yo aprendí en los Escolapios, y luego me he soldado bastante, y sé alguna cosa de ortografía... Aquí tengo... Vea usted... (*Saca un papel y se le da á don Pedro.*) Ello está escrito algo de prisa, porque esta es una tonadilla que se había de cantar mañana... ¡Ay, Dios mío!

DON PEDRO.

Me gusta la letra, me gusta.

DON ELEUTERIO.

Sí, señor, tiene su introduccioncita, luego entran las copias satíricas con su estribillo, y concluye con las...

DON PEDRO.

No hablo de eso, hombre, no hablo de eso. Quiero decir que la forma de la letra es muy buena. La tonadilla ya se conoce que es prima hermana de la comedia.

DON ELEUTERIO.

Ya.

DON PEDRO.

Es menester que se deje usted de esas tonterías.

(*Volviéndole el papel.*)

DON ELEUTERIO.

Ya lo veo, señor; pero si parece que el enemigo...

DON PEDRO.

Es menester olvidar absolutamente esos devaneos; esta es una condicion precisa que exijo de usted. Yo soy rico, muy rico, y no acompaño con lágrimas estériles las desgracias de mis semejantes. La mala fortuna á que le han reducido á usted sus desvarios necesita, mas que consuelos y reflexiones, socorros efectivos y prontos. Mañana quedarán pagadas por mí todas las deudas que usted tenga.

DON ELEUTERIO.

Señor, ¿qué dice usted?

DOÑA AGUSTINA.

¿De veras, señor? ¡Válgame Dios!

DOÑA MARIQUITA.

¿De veras?

DON PEDRO.

Quiero hacer mas. Yo tengo bastantes haciendas cerca de Madrid; acabo de colocar á un mozo de mérito, que entendia en el gobierno de ellas. Usted, si quiere, podrá irse instruyendo al lado de mi mayordomo, que es hombre honradísimo; y desde luego puede usted contar con una fortuna proporcionada á sus necesidades. Esta señora deberá contribuir por su parte á hacer feliz el nuevo destino que á usted le propongo. Si cuida de su casa, si cria bien á sus hijos, si desempeña como debe los oficios de esposa y madre, conocerá que sabe cuanto hay que saber, y cuanto conviene á una mujer de su estado y sus obligaciones. Usted, señorita, no ha perdido nada en no casarse con el pedanton de don Hermógenes; porque, segun se ha visto, es un malvado que la hubiera hecho infeliz; y si usted disimula un poco las ganas que tiene de casarse, no dudo que hallará muy presto un hombre de bien que la quiera. En una palabra, yo haré en favor de ustedes todo el bien que pueda; no hay que dudarlo. Además, yo tengo muy buenos amigos en la corte, y... Créame ustedes, soy algo áspero en mi carácter, pero tengo el corazón muy compasivo.

DOÑA MARIQUITA.

¡Qué bondad!  
(*Don Eleuterio, su mujer y su hermana quieren arrodillarse á los pies de don Pedro; él lo estorba y los abraza cariñosamente.*)

DON ELEUTERIO.

¡Qué generoso!

DON PEDRO.

Esto es ser justo. El que socorre la pobreza, evitando á un infeliz la desesperacion y los delitos, cumple con su obligacion; no hace mas.

DON ELEUTERIO.

Yo no sé cómo he de pagar á usted tantos beneficios.

DON PEDRO.

Si usted me los agradece, ya me los paga.

DON ELEUTERIO.

Perdone usted, señor, las locuras que he dicho y el mal modo...

DOÑA AGUSTINA.

Hemos sido muy imprudentes.

DON PEDRO.

No hablemos de eso.

DON ANTONIO.

¡Ah, don Pedro! qué lección me ha dado usted esta tarde!

DON PEDRO.

Usted se burla. Cualquiera hubiera hecho lo mismo en iguales circunstancias.

DON ANTONIO.

Su carácter de usted me confunde.

DON PEDRO.

¡Eh! los genios serán diferentes; pero somos muy amigos. ¿No es verdad?

DON ANTONIO.

¿Quién no querrá ser amigo de usted?

DON SERAFIO.

Vaya, vaya; yo estoy loco de contento.

DON PEDRO.

Mas lo estoy yo; porque no hay placer comparable al que resulta de una accion virtuosa. Recoja usted esa comedia (*Al ver la comedia que está leyendo Pípt.*); no se quede por ahí pendida, y sirva de pasatiempo á la gente burlona que llegue á verla.

DON ELEUTERIO.

¡Mal haya la comedia (*Arrebata la comedia de mano de Pípt.* y la hace pedazos.) amén, y mi docilidad y mi tontería! Mañana, así que amanezca, hago una hoguera con todo cuanto tengo impreso y manuscrito, y no ha de quedar en mi casa un verso.

DOÑA MARIQUITA.

Yo encenderé la pajueta.

DOÑA AGUSTINA.

Y yo aventaré las cenizas.

DON PEDRO.

Así debe ser. Usted, amigo, ha vivido engañado; su amor propio, la necesidad, el ejemplo y la falta de instruccion le han hecho escribir disparates. El público le ha dado á usted una leccion muy dura, pero muy útil, puesto que por ella se reconoce y se enmienda. ¡Ojalá los que hoy tiranizan y corrompen el teatro por el maldisfraz de ser autores, ya que desatinan como usted, le imitaran en desengañarse!



# EL BARON,

COMEDIA EN DOS ACTOS EN VERSO,

REPRESENTADA EN EL TEATRO DE LA CRUZ, AÑO DE 1803.

---

Noli affectare quod tibi non est datum;  
Delusa ne spes ad querelam recidat.  
*Phedri, fab., lib. 3.*

---

## ADVERTENCIA.

En el año 1787 escribió el autor una zarzuela intitulada *el Baron*, que se debia representar en casa de la condesa viuda de Benavente, lo cual no llegó á verificarse; pero la obra corrió manuscrita con mas aprecio del que efectivamente merecia.

Una dilatada ausencia del autor dió facilidad á algunos para que, apoderándose de ella, la trataran como á cosa sin dueño. Alteraron á su voluntad situaciones y versos, añadieron personajes, aumentaron ó suprimieron donde les pareció varios trozos cantables, y la desfiguraron de un modo lastimoso. Con estas enmiendas, supresiones y apostillas, la tomó á su cargo don José Lidon, organista de la capilla real, y compuso la música segun pudo y supo. Entre tanto cayó en poder de los que se llaman apasionados: juventud ociosa y alegre, y poco difícil en materias de gusto. Parecióles muy buena (como era de temer), la estudiaron á porfia, la representaron sin música en varias casas particulares, y por último, en el teatro público de Cádiz apareció mutilada y deforme.

Restituido el autor á su patria, vió la mala suerte que habia tenido su obra, y una de las mayores dificultades que tuvo que vencer fué la de persuadir á su amigo don José Lidon á que diera por perdido el tiempo que habia gastado en componer la música, y á que desistiera del empeño que tenia en que los cómicos se la cantaran. Logrado esto, conoció la necesidad de corregirla, para lo cual suprimió todo lo añadido por mano ajena, y todo lo cantable; dió á la fábula mayor verosimilitud é interés, á los caracteres mas energia, y alterando el primer acto, y haciendo de nuevo el segundo, de una zarzuela defectuosa compuso una comedia regular.

Entre tanto que la estudiaban los mismos actores que con tanto celo y acierto habian des-  
empeñado las dos primeras piezas del autor, la compañía de los Caños del Peral se dió por ofendida de aquella preferencia. Sus protectores (gente poderosa y de grande influjo en la corte) meditaron una venganza poco delicada para desahogo de su mal fundado resentimiento. Hallaron un buen hombre que se prestó á sus miras, dilatando en tres actos la zarzuela de *el Baron*, suprimida la música, añadidos de propio caudal varios trozos, y lo restante copiado á la letra del original que estropeaba. Sin haberlo sospechado jamás, se halló de repente poeta; puso por título á sus mal zurcidos retales el de *la Lugareña orgullosa*; la llamó comedia original; insultó en el prólogo al autor de *el Baron*, y la pieza contrahecha se estudió, se imprimió y se representó en el teatro de los Caños, antes que en el de la Cruz estuviera corriente la de Moratin. Tanta fué la actividad con que se aceleró la ejecucion de aquella ratería. El público no quedó, sin embargo, muy satisfecho del mérito de la obra; y siendo ya tan conocida la zarzuela de *el Baron*, la rapiña del autor intruso, su mala fe, sus cortos alcances y su ridícula presuncion le desacreditaron completamente.

La comedia de Moratin se representó en el teatro de la Cruz el dia 28 de enero del año de 1803. Sabiase de antemano que iba á ser silbada; el jefe que mandaba la expedicion era conocido y temible, la turba que tenia á sus órdenes numerosa é intrépida. Durante la representacion intentaron los voceadores el ataque mas de una vez, pero el público logró contenerlos; faltaban pocos versos para concluir, y creyeron que era ya urgente hacer el último esfuerzo y cumplir el empeño que habian contraido. Voces, gritos, golpes, silbidos, barahunda espantosa, todo se puso en práctica, y aquella parte de auditorio á quien habia parecido bien la comedia, contribuyó con aplausos á que creciese el estrépito y la confusion. Unos pedian que se anunciase otra funcion para el dia siguiente, y otros gritaban que siguiese la misma.

En medio de este tumulto, que se dilataba con teson de una y otra parte, Antonio Pinto,

amigo del autor, logró con dificultad que le oyeran; y dijo : « Los cómicos han creído que la comedia que se acaba de representar, es una de aquellas pocas composiciones que mas ilustran el teatro español. Una parte del público abunda en esta opinion, y lo manifiesta de un modo indubitable; otra parece que la desaprueba y quiere que se anuncie para mañana pieza distinta. Deseando los cómicos acertar, quisieran saber si la comedia de *el Baron* ha de repetirse mañana, ó no. Lo que decida el público eso harán ellos; su obligacion es complacerle. » Esta allocucion, lejos de calmar el desórden y conciliar los ánimos, sirvió solo de aumentarle y dividirlos, y hubiera durado mucho tiempo aquella discordia, si los conjurados, dando ya por seguro su triunfo, no hubieran salido atropelladamente á dar el anuncio á los que esperaban afuera. Corrió la voz por las esquinas y callejuelas, tabernas, cafés y tertulias, de que la comedia de Moratin habia sido silbada : noticia que llenó de regocijo á los que lamentándose continuamente de que nada se hace bueno en España, cuando alguna vez se hace, desestimaban lo que echaban menos y atropellan el mérito con quien son incapaces de competir (\*).

Algunos sabios y sabias se acostaron tarde aquella noche, ocupados en escribir coplillas mordaces é insipidas en celebridad de la gran victoria que habian logrado, contra el talento y la aplicacion virtuosa, la parcialidad y la ignorancia. Corrieron estos opúsculos al otro dia de mano en mano, y á pocas horas de existencia perecieron en desprecio y olvido. En la segunda representacion no hubo mas ruido que el de los aplausos; los conspiradores no asistieron, el vino los habia reunido, y el vino está caro en Madrid. El público desapasionado vengó con su aprobacion los insultos anteriores, retuvo como frases proverbiales muchas espresiones de la comedia, y desde entonces oye siempre con aprecio esta fábula sencilla, verisímil, cómica, instructiva, y en la cual se observan, como en todas las otras del autor, los preceptos del arte y del buen gusto.

Antonio Ponce desempeñó con mucha inteligencia el difícil personaje del Baron; Antonio Pinto, para quien era muy acomodado el carácter de don Pedro, satisfizo las esperanzas del autor y del público. Mariano Querol, en el de Pascual, acertó como siempre lo hacia cuando copiaba la rústica y lerda sencillez de nuestros lugareños. El papel de la tia Mónica en boca de Maria Ribera se admiró como lo mas perfecto que puede presentar la ficcion dramática.

(\*) *El Baron* se imprimió antes de ser representado, con una dedicatoria al príncipe de la Paz, y un prólogo en que se traslucen ya los recelos del autor sobre su buena acogida. En él se dice : « Desnuda de los adornos que no eran suyos, habrá de sufrir esta comedia la censura de la multitud en el teatro. Aquel es el tribunal en que estas obras se aplauden ó se condenan : el público (no el vulgo) reunido allí es el juez imparcial é incorruptible que debe examinarlas; lo que él decide no admite apelacion. El autor, aspirando siempre á merecer su aprecio, lo ha procurado en esta obra, sujetándose á los preceptos que

enseña el arte; sin el cual otros ingenios, en gran manera superiores al suyo, solo han producido desaciertos.

« Si por dicha lograrse en el teatro una mediana ejecucion, resultará otra prueba mas de que una fábula simple y verisímil, unos caracteres imitados directamente de la naturaleza, costumbres nacionales, viveza en el diálogo, sencillez urbana en el estilo, algun chiste cómico, buena moral, y sobre todo practicable, es lo que basta para adquirir á un poeta dramático la general estimacion. Sigas otros enhorabuena carrera distinta; pero es difícil anunciarles un éxito igualmente feliz. »

# EL BARON.

## PERSONAS.

DON PEDRO.  
LA TIA MONICA.

ISABEL.  
LEONARDO.

EL BARON.  
FERMINA.

PASCUAL.

*La escena es en Illescas, en una sala de la casa de la tia Mónica.*

El teatro representa una sala adornada á estilo de lugar. Puerta á la derecha, que da salida al portal; otra á la izquierda para las habitaciones interiores, y otra en el foro con escalera por donde se sube al segundo piso.

*La accion empieza á las cinco de la tarde, y acaba á las diez de la noche.*

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA PRIMERA.

LEONARDO, FERMINA.

LEONARDO.

Si, Fermina; yo no sé  
Qué estraña mudanza es esta,  
Ni apenas puedo creer  
Que en tres semanas de ausencia  
Se haya trocado mi suerte  
De favorable en adversa.  
¿Qué misterios hay aqui?  
¿Por qué su vista me niega  
Isabel? ¿Por qué su madre,  
Que me ha dado tales pruebas  
De estimacion, me despide,  
Me injuria?... ¡Oh! ¡cuanto recela  
Un infeliz!... Pero, dime :  
Ese Baron que se hospeda  
En esta casa...

FERMINA.

¿El Baron?

LEONARDO.

Si; ¿qué pretende? ¿qué ideas  
Sou las tuyas?

FERMINA.

No es posible  
Que un instante me detenga.  
*(Mirando adentro con inquietud.)*

LEONARDO.

Pero dime...

FERMINA.

Es que si viene  
Mi señora, y os encuentra,  
Habrá desazon.

LEONARDO.

Después  
Que yo de tu boca sepa  
Mi desventura, me irá.  
Dí...

FERMINA.

Pues bien, la historia es esta:  
Ya sabeis que hace dos meses  
Con muy corta diferencia  
Que el baron de Montepino

Se nos presentó en Illescas.  
Tomó un cuarto en la posada  
De enfrente. Estando tan cerca,  
Desde su ventana hablaba  
Con nosotras... bagatelas  
Y chismes de vecindad ;  
Vino hasta media docena  
De veces á casa, y luego  
Fué la amistad mas estrecha.  
Hablabá de sus vasallos,  
De su apellido y sus rentas,  
De sus pleitos con el rey,  
De sus mulas, et cetéra.  
Mi señora le escuchaba  
Embebecida y suspensa,  
Y todo cuanto él decía  
Era un chiste para ella.  
Hizo el diantre que á este tiempo  
Se os pusiese en la cabeza  
Ir á ver á vuestro primo;  
Que, á la verdad, no pudierais  
Haber ido en ocasion  
Mas mala.

LEONARDO.

Estando tan cerca  
De Toledo, estando enfermo  
De tanto peligro, ¿hubiera  
Sido razon?...

FERMINA.

Yo no sé...  
Voy á acabar, no nos sientan.  
Nuestro Baron prosiguió  
Sus visitas con frecuencia;  
Siempre al lado de mis amas,  
Siempre haciéndolas la rueda,  
Muy rendido con la moza,  
Muy atento con la vieja,  
De suerte que la embromó.  
La ha llenado la cabeza  
De viento; está la mujer  
Que no vive ni sosiega  
Sin su Baron; y él, valido  
De la estimacion que encuentra,  
Quejándose muchas veces  
De que la posada es puerca,  
De que no le asisten bien,  
Que los gallos no le dejan  
Dormir, que no bay en su cuarto  
Ni una silla ni una mesa ;  
Tanto ha sabido fingir,  
Y ha sido tan majadera  
Mi señora, que ha enviado

Por la trágica maleta  
Del Baron, y ha dado en casa  
Eficaces providencias  
Para que su señoría  
Coma, cene, almuerce y duerma.  
En efecto, ya es el amo ;  
Se le han cedido las piezas  
De arriba; viene á comer,  
Se sube á dormir la siesta,  
Vuelve á jugar un tresillo,  
O sale á dar una vuelta  
Con las señoras; después  
Vienen á casa, refresca,  
Cena sin temor de Dios,  
Vuelve á jugar un tresillo,  
Vuelve á subir, y se acuesta.  
Tal es su vida. El motivo  
De haber venido á esta tierra  
Ha sido, segun él dice...  
¿Para el tonto que lo crea!  
No sé qué lance de honor  
De aquellos de las novelas :  
Persecuciones, envidias  
De la corte, competencias  
Con no sé quién, que le obligan  
A andarse de ceca en meca...  
En fin, mentiras, mentras  
Mal zurcidas todas ellas.  
Esto es lo que pasa. Ahora  
Inferid lo que os parezca.  
Isabel os quiere bien;  
Pero Patillas lo enreda  
A veces, y...

LEONARDO.

Si, su madre  
Es tal que podrá vencerla;  
Y hará que me olvide, hará  
Que á su pesar la obedezca...  
¿A su pesar!... Pero ¿quién  
Me asegura su firmeza?  
¿Quién sabe si ya olvidada  
Del que la quiso de veras,  
A un hombre desconocido  
Dará su mano contenta?...  
Adios... *(Hace que se va, y vuelve.)*  
Pero tí, que sabes  
Cuanto mi amor interesa,  
Haz que yo la pueda hablar :  
Dila el afán que me cuesta...  
Dila en fin, que no hay amante,  
Por mas infeliz que sea,  
Que si no merece afectos,  
Desengaños no merezca. *(Vase.)*

FERMINA.

Pobrecillo! Mucho temo  
Que el tal Baron te la juega.  
Y al cabo de tantos años  
De ilusiones lisonjeras,  
Tantos suspiros perdidos,  
Tanto rondar á la puerta,  
Tus proyectos amorosos  
En esperanzas se quedan.  
¿Y esto es amar? Esto es  
Vivir remando en galeras.

**ESCENA II.**

LA TIA MONICA, FERMINA.

TIA MÓNICA.

Fermina, ¿diste el recado  
De que mi hermano viniera  
Al instante?

FERMINA.

Sí, señora.

TIA MÓNICA.

Mucho tarda.

FERMINA.

Si es un pelma.

TIA MÓNICA.

Y es para una cosa urgente.

FERMINA.

¿Para qué?

TIA MÓNICA.

¿Cierto que es buena  
La curiosidad!

FERMINA.

¿Señora!

¿Pues á qué santo es la fiesta?

¿No es cosa! ¡la paletina,  
La saya rica, las vueltas  
De corales!

TIA MÓNICA.

Calla, loca.

FERMINA.

¿Válgame Dios! ¡si lo viera  
El difunto!

TIA MÓNICA.

¿Qué difunto?

FERMINA.

El que está comiendo tierra.

TIA MÓNICA.

¿Quién?

FERMINA.

¡Mi señor, que en su vida  
Pudo lograr que os pusierais  
Una cinta, y os llamaba  
Desastrada, floja y puerca,  
Andrajosa, y...

TIA MÓNICA.

Si no callas,  
He de romperte las piernas,  
Habladora.

FERMINA.

Yo...

TIA MÓNICA.

Bribona.

FERMINA.

Sí...

TIA MÓNICA.

¿Qué palabras son esas?...

FERMINA.

Señora, si él lo decia,  
Y los vecinos se acuerdan...  
¿Válgame Dios! que yo no  
Lo saco de mi cabeza.  
Por cierto que muchas veces  
Daba unas voces tremendas

Que alborotaba la casa  
Y os llamaba majadera...

TIA MÓNICA.

Calla.

FERMINA.

Y...

TIA MÓNICA.

Calla.

FERMINA.

Bien está.

**ESCENA III.**

DON PEDRO, LA TIA MONICA,

FERMINA.

DON PEDRO.

¿Hola! ¿Quién riñe?

TIA MÓNICA.

Es con esta

Picudilla.

FERMINA.

Mi señora

Me pone de vuelta y media  
Porque digo la verdad,  
Y porque...

TIA MÓNICA.

Vete allá fuera.

FERMINA.

Porque digo que mi amo...

TIA MÓNICA.

Vete.

FERMINA.

Ya me voy.

TIA MÓNICA.

No vuelvas

Sin que te llame; y cuidado  
No te plantes á la reja.

**ESCENA IV.**

DON PEDRO, LA TIA MONICA.

DON PEDRO.

Con que, mi señora hermana,  
Asunto de consecuencia  
Debe de ser el que ocurre.  
Yo, como sé tus vivezas,  
No me he dado mucha prisa *(Se sienta.)*  
A venir; pero se enmienda  
Todo con haber venido.  
Vaya pues.

TIA MÓNICA.

Solo quisiera

*(Sentándose junto á don Pedro.)*

Que me dieras unos cuartos.

DON PEDRO.

¿Para qué?

TIA MÓNICA.

Para una urgencia.

DON PEDRO.

¿Urgencias tú?... Bien está.

¿Como cuánto?

TIA MÓNICA.

Si tuvieras

Cien doblones...

DON PEDRO.

Sí, los tengo;

Pero ajusta bien la cuenta,  
Que se acabará el dinero  
A pocas libranzas de esas.  
Doce mil reales me diste,  
Si la mitad se cercena,  
Quedan seis mil nada mas.

TIA MÓNICA.

Ya lo sé.

DON PEDRO.

Pues bien, receta;  
Ello es tuyo, si lo quieres  
Todo, allá te las avengas.  
TIA MÓNICA.  
No, todo no, cien doblones  
Me darás.

DON PEDRO.

¿Con que hay urgencias?

TIA MÓNICA.

Sí, señor, lo necesito,  
Y no quiero darte cuentas  
De cómo, y cuándo, y por qué.

DON PEDRO.

Pues yo tengo mis sospechas  
De que tú quieres decirlo.

TIA MÓNICA.

¿Decirlo yo? No lo creas.

DON PEDRO.

¿No? Pues bien, no hablemos ya  
Del asunto.

TIA MÓNICA.

¡Bueno fuera

Que, siendo el dinero mío,  
Cada vez que se me ofrezca  
Gastar algo, te pidiese  
El dinero y la licencia!

DON PEDRO.

No dices mal.

TIA MÓNICA.

Pues, tú quieres

Tenernos como en tutela.  
¿Buena aprensión!

DON PEDRO.

Si por cierto;

Y á fe que es mala lucumbencia  
Querer mandar á una viuda  
Tan verde y tan peritessa,  
Con paletina y brial.

TIA MÓNICA.

¿No podré, cuando yo quiera,  
Ponerme mi ropa?

DON PEDRO.

Sí;

Pero me admiro de veria  
Salir á lucirlo, al cabo  
De medio siglo que lleva  
De cofre.

TIA MÓNICA.

Ya que lo tengo,

Quiero gastarlo.

DON PEDRO.

Es muy cuerda

Resolución; tanto mas,  
Que convienen la decencia  
Y el adorno á una señora  
En cuya casa se hospeda  
Todo un Baron.

TIA MÓNICA.

Es verdad.

Ya entiendo tus indirectas.  
Sí, señor, le tengo en casa,  
Ni un solo ochavo le cuesta  
Comer y dormir aquí;  
Le regalo, y le quisiera  
Regalar con tal primor,  
Que en vez de sufrir molestias,  
No echara menos su casa,  
Su fausto y sus opulencias.

DON PEDRO.

¿Sus opulencias!... ¡El pobre  
Baron!... ¿Y qué mala estrella  
Redujo á su señoría

A ser vecino de Illescas?  
¿De qué enfermedad murieron  
Sus lacayos? ¿En qué cuesta  
Se rompió el coche, y cayeron  
La Chispa y la Vandolera?  
¿Qué jitanos le murcioron  
El bagaje? ¿Qué miserias  
Son las suyas, que se vino  
Sin sombrero y sin calcetas?...  
¿No podras satisfacerme  
A estas dudas?

TIA MÓNICA.

No tuviera  
La menor dificultad.

DON PEDRO.

Pero, en efecto, ¿me dejas  
En la misma confusion?

TIA MÓNICA.

Si; piensa de él lo que quieras,  
Nada importa.

DON PEDRO.

Y en efecto,  
Hermana, hablando de veras,  
¿Es un caballero ilustre?

TIA MÓNICA.

De la primera nobleza  
De España, muy estimado  
En las cortes extranjeras,  
Primo de todos los duques.

DON PEDRO.

¡Oiga!

TIA MÓNICA.

Y es por línea recta  
Nieto de no sé qué rey.

DON PEDRO.

¡No es cosa la parentela!

TIA MÓNICA.

Si le trataras, verías  
Qué conversacion tan bella  
Tiene, qué cortés, qué afable,  
Qué espresivo con cualquiera,  
Y qué desinteresado.

DON PEDRO.

Eso la sangre lo lleva.

TIA MÓNICA.

Pero, el pobre caballero,  
¡Válgame Dios! cuando cuenta  
Sus desgracias...

DON PEDRO.

¿Qué desgracias?

TIA MÓNICA.

Hará llorar á las piedras.  
Ha sido gobernador,  
Yo no sé si de Ginebra...  
Ello es en Indias, y un conde,  
Hermano de una duquesa,  
Cuñada de un primo suyo,  
El picaron, mala lengua,  
Le ha puesto en mal con el rey.

DON PEDRO.

¡Haya bribon!

TIA MÓNICA.

Y por esta  
Calumnia se ve obligado  
A disfrazar su grandeza  
Y andar de aquí para allí;  
Pero Dios querrá que venga  
A saberse la verdad,  
Y entonces... ¡Pero si vieras  
Cuánto favor le merezco  
Al buen señor! El me enseña  
Todas sus cartas; y algunas  
Que vienen en otras lenguas,  
De Francia y de mas allá

De Francia, para que sepa  
Lo que dicen, las explica  
En español todas ellas.  
Pero ¡Qué cosas le escriben!

DON PEDRO.

¿Qué cosas?

TIA MÓNICA.

Cosas muy buenas.

DON PEDRO.

Ya.

TIA MÓNICA.

Le dicen que se vaya  
A Londres, ó á Inglaterra,  
Que el rey de allí le dará  
Mucho dinero y haciendas...  
Pero él no quiere salir  
De España.

DON PEDRO.

Pues no lo acierta.

¿Por qué no se va al instante  
A tomar esas monedas?  
¿Qué puede esperar? ¿Que un día,  
Ahí en una callejuela,  
Le conozcan, se le lleven,  
Y le corten la cabeza  
Por una equivocacion?

TIA MÓNICA.

No, que segun las postreras  
Noticias, van sus asuntos  
De mejor semblante, y piensa  
Dentro de poco poner  
Tan en claro su inocencia,  
Que al que levantó el embuste  
Quizás le echarán á Ceuta.

DON PEDRO.

Eso es natural... Y dime,  
Hablando de otra materia  
Que nos interesa mas  
Y conviene tratar de ella,  
¿Qué tenemos de tu hija?

TIA MÓNICA.

Nada.

DON PEDRO.

¿Nada? ¿Estás dispuesta  
A casarla con Leonardo?  
Lo supongo.

TIA MÓNICA.

No, no es esa

Mi intencion.

DON PEDRO.

¡Calle! ¿Y por qué  
Se ha mudado la veleta?

TIA MÓNICA.

Porque sí.

DON PEDRO.

Ya; ¿con que quieres  
Hacerla morir doncella?

TIA MÓNICA.

¿Qué prisa corre el casarla?

DON PEDRO.

¡Oiga! ¡No es mala la idea!  
¿Qué prisa corre? ¡Ahí es nada!  
Tú, hermana, ya no te acuerdas  
De cuando tuviste quince.  
¿Qué prisa corre! ¡Es muy buena  
La especie, por vida mia!

TIA MÓNICA.

Digo bien.

DON PEDRO.

Vamos, ya empiezas  
A delirar, y estas cosas  
Piden discurso y prudencia.  
Es menester que se case.

TIA MÓNICA.

Pues yo no quiero que sea

Con un pelgar infeliz.

DON PEDRO.

Muy bien; pero considera  
Que casándose á mi gusto  
Es suyo cuanto yo tenga;  
Que Leonardo es un muchacho  
De talento y buenas prendas;  
Que en Madrid le dió su tío  
Una educacion perfecta;  
Y cuando llegó á faltarle  
(Renunciando á las ideas  
De ambicion, considerando  
Que el producto de su hacienda  
Bien cuidada, y sobre todo  
Su moderacion, pudieran  
Hacerle vivir feliz);  
Vino, reclamó la oferta  
Que le hiciste de casarle  
Con Isabel... Lo desean  
Entrambos; todo el lugar  
Su esperada union celebra;  
Tú lo has prometido, y...

TIA MÓNICA.

Si;

Pero las cosas se piensan  
Mejor, y... Vamos... Yo sé  
Lo que he de hacer; no me vengas  
A predicar.

DON PEDRO.

Eso no.

Tú harás lo que te parezca;  
Pero mira que es tu hija.  
No la oprimas, no la tuerzas  
La voluntad, ni presumas  
La con gritos y violencia  
Has de extinguir en un día  
Una inclinacion honesta  
Que el trato y el tiempo hicieron  
Inalterable.

TIA MÓNICA.

No temas

Nada... Yo me entiendo.

DON PEDRO.

Adios.

(Se levantan los dos.)

TIA MÓNICA.

Anda con Dios.

DON PEDRO.

(Ap. ¡Qué cabeza!)

Voy á contar los seis mil,  
Y haré que el muchacho venga  
Conmigo para traerlos.  
A mas ver.

TIA MÓNICA.

¡Qué mosca lleva!

## ESCENA V.

LA TIA MÓNICA, EL BARON.

BARON.

Señora, muy buenas tardes.

TIA MÓNICA.

Estoy á vuestra obediencia,  
Señor Baron.

BARON.

Hoy ha sido

Mucho mas larga la siesta.

TIA MÓNICA.

¿Qué! no, señor... A las tres  
Ya estaba haciendo calceta.  
Mi alcoba es un chicharrero...  
Y la calor la desveña  
A una, de modo que...

BARON.

Cierto.

Aquí faltan unas piezas

De verano... Ya se ve;  
¡Estas casas tan mal hechas!  
¡Estuvisteis mucho tiempo  
En Madrid?

TIA MÓNICA.

Muy poco : apenas  
Estuve un mes.

BARON, *paseándose.*

De ese modo  
Es casualidad que vierais  
Mi casa.

TIA MÓNICA.

¿En qué calle está?

BARON.

Es un caseron de piedra  
Disforme.

TIA MÓNICA.

¿En qué calle?

BARON.

Y tengo  
Pensado, luego que vuelva,  
Echarle al suelo.

TIA MÓNICA.

¿Por qué?

BARON.

Para hacerle á la moderna.

TIA MÓNICA.

Será lástima.

BARON.

No tal :  
Además, que se aprovechan  
Todos los jaspes, y al cabo  
Por mucho, mucho que pueda  
Gastarse, vendrá á costar  
Tres millones... y aun no llega.

TIA MÓNICA.

¿Y acia dónde está?

BARON.

He pensado

Reducirle cuanto sea  
Posible; y segun los planes  
Que me vinieron de Antuerpia,  
Queda mas chico y mejor.  
Una columnata abierta,  
Circular, y en el ingreso  
Esfinges, grupos y verjas.  
Gran fachada, escalinata  
Magnífica, cinco puertas,  
Peristilo egipcio... Y dentro  
Su jardin con arboledas,  
Invernáculos, estanques,  
Cascada, gruta de fieras,  
Saltadores, laberinto,  
Aras, cenotafios, bellas  
Estatuas, templos, ruinas...  
En fin, cuatro frioleras  
De gusto... Y sobre la altura  
Del monte que señorea  
El jardin, un belveder  
De mármoles de Florencia,  
Con bóvedas de cristal,  
En medio de una plazuela  
De naranjos del Perú.

TIA MÓNICA.

¿Válgame Dios, qué grandeza!

BARON.

Todo es vuestro : allí estareis  
Servida como una reina.  
Mi palacio, mis sorbetes,  
Mis papagayos, mi mesa,  
Mis carrozas de marfil  
Con muelles á la chinesca,  
Todo es para vos.

TIA MÓNICA.

Señor,

Tanto favor me avergüenza.

BARON.

Mas mereceis, mas os debo;  
Que habeis sido en mi deshecha  
Fortuna el iris de paz,  
Y es justo que á tanta deuda  
Correspondais... Mas decidme  
(Que entre los dos la reserva  
Y el misterio no están bien),  
Un jóven que nos pasea  
La calle, y atentamente  
Nuestras ventanas observa,  
¿Quién puede ser? El es nuevo  
En el lugar.

TIA MÓNICA.

De manera,  
Señor Baron, que...

BARON.

Esta noche...  
No sé si estabais despierta...  
Ello era tarde, sonó  
Una cítara, y con ella  
Un romance de Gazul,  
Cierta moro que se queja  
De que su mora por otro  
Nuevo galán le desdeña.  
¿No me direis?...

TIA MÓNICA.

Sí, señor...  
(Ap. ¡Válgame Dios, yo estoy muerta!)  
Por mas que procuro...

BARON.

En fin,  
¿Podré yo saber quién sea?

TIA MÓNICA.

Sí, señor, sí... Ya se ve,  
Como él es de aquí...

BARON.

¿De Illescas?

TIA MÓNICA.

Sí, señor, y ha vuelto ahora  
De Toledo... Pero ella...  
No, señor... nunca...

BARON.

Ya estoy.

TIA MÓNICA.

El es un tonto, y se empeña  
En que... ¡Vaya! Lo primero  
Que la dije : cuando vuelva,  
Cuidado, no ha de ponerme  
Los piés en casa.

BARON.

¿Discreta  
Prevencion! Si Isabelita  
No le quiere, que no venga.

TIA MÓNICA.

¿Qué ha de querer! No, señor,  
Nada de eso. ¿Pues no fuera  
Un disparate?... No digo  
Que la muchacha merezca  
Un marqués...

BARON.

¿Merece tanto,  
Doña Mónica!... Es muy bella,  
Muy amable... Ved que es mucho,  
Mucho lo que me interesa  
Su felicidad... Adios,  
(*Asiéndola de la mano, y apretándola  
sela con expresion de cariño.*)  
Que aun no es tiempo de que os deba  
Decir mas. Llegará el dia  
De mi fortuna y la vuestra.

## ESCENA VI.

LA TIA MONICA, FERMINA.

TIA MÓNICA.

No hay que dudar; él está  
(*Se pasea con inquietud; se para; interrumpe ó acelera el discurso, segun lo indican los versos.*)  
Perdido de amor por ella;  
Es claro, es claro... ¡Y el otro  
Pícaruelo!... Como vuelva,  
Ni de noche ni de día,  
A hacernos la centinela,  
Yo le aseguro... ¡Qué dicha!  
Pero ¿quién me lo dijera  
Dos meses ha? ¿quién? Y ahora  
Las señoronas de Illescas,  
Las hidalgotas, que son  
Mas vanas y... Ya me llega  
Mi tiempo á mí... ¡Presumidas!  
Rabiarán cuando lo sepan.  
¿Fermina!

FERMINA.

¿Señora!

(*Responde desde adentro, y sale de  
pués.*)

TIA MÓNICA.

¿En dónde

Está Isabel?

FERMINA.

En la pieza

De comer.

TIA MÓNICA.

¿Sola?

FERMINA.

Solita.

TIA MÓNICA.

¿Y qué hace allí?

FERMINA.

Se pasea  
De un lado al otro, suspira,  
Llora un poquito, se sienta,  
Se queda suspensa un rato,  
Se pone á coser, lo deja,  
Vuelve á llorar...

TIA MÓNICA.

¿Y á qué es eso?

FERMINA.

A que no está muy contenta.

TIA MÓNICA.

¿Por qué?

FERMINA.

Porque... yo no sé;  
Porque... Locuras, rarezas,  
Juventudes.

TIA MÓNICA.

¿Con que tú  
No sabes de qué procedan  
Esa inquietud y esos lloros?

FERMINA.

Yo sí.

TIA MÓNICA.

Pues dílo; ¿qué esperas?

FERMINA.

Que me prometais óirme  
Con mucho amor.

TIA MÓNICA.

No me tengas

Impaciente.

FERMINA.

Que si digo  
Alguna cosa que escueña,  
No me pongáis como un trapo...

## EL BARON.

TIA MÓNICA.

FERMINA.

¿No haya quimeras

TIA MÓNICA.

¿acha.

FERMINA.

Y venga yo  
culpas ajenas.

TIA MÓNICA.

bado?

FERMINA.

Ya empiezo,  
que me dais licencia.  
que tiene es amor;  
¿explicarme deba-  
nte, vos teneis  
de su dolencia.

TIA MÓNICA.

FERMINA.

señora: Leonardo...

TIA MÓNICA.

o nombres; no quieras  
irrite.

FERMINA.

Bien está;  
fada, no se vuelva  
ar. Aquel mocito,  
doña Manuela,  
otro tiempo os debió  
ños y finezas;  
como, ya se ve,  
onita presencia,  
güeno y cortés,  
explicar sus penas,  
a la niña... Esto es cosa  
gular y muy puesta  
in, y el que lo estrañe  
ntiende la materia.  
nada! juventud,  
ion, obsequio, prendas  
bles, juramentos  
or y constancia eterna.  
no ha de enamorar?  
ligo, ¿somos de piedra?

¿S...

TIA MÓNICA.

No me digas mas.

FERMINA.

¿como una muerta;  
¿demás callaran  
en... pero sí, ya es buena  
nte de este lugar.

TIA MÓNICA.

qué?

FERMINA.

Nada.

TIA MÓNICA.

No me vengas  
isterios.

FERMINA.

Como hay tantos  
ies, malas cabezas,  
que... Pero chiton:  
iero ser picotera.

TIA MÓNICA.

¿licen?

FERMINA.

Esta mañana,  
lado de la iglesia,  
conocido vuestro...  
mbre nada interesaPara el caso... me llamó,  
Y me dijo: ¡pícaruela,  
Que no nos has dicho nada...

## ESCENA VII.

PASCUAL, LA TIA MONICA,  
FERMINA.

TIA MÓNICA.

¿A qué vienes tú?; No es buena  
(Pascual sacará en la mano un pequeño  
envoltorio de papel. A las primeras  
palabras de la tia Mónica hace ademán  
de volverse por la puerta que  
entró.)La gracia! Sin que te llamen  
Ya te he dicho que no vengas.  
¿Lo entiendes?

PASCUAL.

Muy bien está.

TIA MÓNICA.

Para eso tienes la pieza  
De los perros.

PASCUAL.

Bien está.

TIA MÓNICA.

Y que nunca te suceda  
Subir cuando yo esté hablando  
Con alguien; cuenta con ella.

PASCUAL.

Bien está.

TIA MÓNICA.

¿No es mala maña!

PASCUAL.

Bien, yo, como...

TIA MÓNICA.

Oyes, ¿qué llevas?

PASCUAL.

Un rebujo.

TIA MÓNICA.

¿Qué?

PASCUAL.

Un papel.

TIA MÓNICA.

Pero ¿quién... Llámale, lerda.

(Fermina va a ceta la puerta para dete-  
ner a Pascual.)

¿Qué es eso?

PASCUAL.

Es un cucurucho

De papel.

TIA MÓNICA.

¿Mira qué flema!

A ver.

PASCUAL.

Me voy con los perros.

TIA MÓNICA.

Yo he de perder la paciencia.  
¿No te le ha dado mi hermano?

PASCUAL.

Sí, señora.

TIA MÓNICA.

Pues, ¿qué esperas?  
Dámela acá, y vete.

(Quitándole el papel de la mano.)

PASCUAL, aparte al tiempo de irse.

Siempre

Se enfada, cuando...

TIA MÓNICA.

¿Qué rezas?

PASCUAL.

Cuando... Si por mas que uno  
Quiere... nada, nunca acierta.

## ESCENA VIII.

LA TIA MONICA, FERMINA.

TIA MÓNICA.

Prosigue.

FERMINA.

Pues me decía:

¿Con que la boda está hecha  
Del Barón é Isabelita?  
Yo, señor, de esa materia  
No sé nada, dije yo.  
¿Que no sabes! á tu abuela.  
Tú callas porque conoces  
El disparate que piensa  
Tu señora; pero ya  
Por todo el lugar se suena.  
Todos dicen que á su hija  
La esclaviza, la violenta  
Llevada del interés.  
¿De dónde la vino á ella,  
La locona, emparentar  
Con marqueses ni princesas?  
¿De dónde? ¿No han sido siempre  
En toda su parentela,  
Alta y baja, labradores?  
¿Pues qué mas quiere? ¿Qué intenta?  
¿Por qué no casa á Isabel  
Con un hombre de su esfera,  
Que la pueda mantener  
Con estimación, que sea  
Hombre de bien, que el honor  
Vale por muchas grandezas;  
Y no entregarla á un bribón,  
Que nadie sabe en Illescas  
Quién es ni de dónde vino,  
Ni adónde va, ni qué espera?  
¿Galopin! ¿Qué ha de ser él  
Barón! como yo abadesa.  
¿Desarrapado! que vino  
Sin calzones y sin medias,  
Y heredero de tu amo,  
Con poquísima vergüenza,  
De galas que no son suyas  
Adornado se presenta  
Por el pueblo. ¡Badulaque!  
¡Ay, si alzara la cabeza  
El que pudre, y en su casa  
Tantos desórdenes viera!  
¿Pobrecito! No murió  
De gota, murió de aquella  
Maldita mujer, que fué  
Su purgatorio en la tierra,  
Ridícula, fastidiosa,  
Atronada, tonta y vieja...

TIA MÓNICA.

Vamos, calla, bueno está,  
Y que digan lo que quieran;  
(Pasándose con inquietud.)  
Eso es envidia, y no mas.

FERMINA.

(Ap. No has llevado mala felpa.)  
Ya se ve, todo es envidia.

TIA MÓNICA.

Yo haré lo que me parezca.

FERMINA.

Ya se ve.

TIA MÓNICA.

No necesito  
Que ninguno de ellos venga  
A gobernarme.

FERMINA.

Seguro.

TIA MÓNICA.

Si están que se desesperan

Los picarones... En fin,  
Querrá Dios que yo los vea  
Confundidos, que me aparte  
De ellos, y que nunca vuelva  
A este maldito lugar.

FERNINA.

¿Sí? ¡Válgame Dios, qué buena  
Determinación, señora!  
¿Y adónde iremos?

TIA MÓNICA.

¡Qué necia

Eres! A Madrid.

FERNINA.

¡Qué gusto!  
A Madrid... ¿Con que de veras,  
A Madrid? ¿Con el Barón?

TIA MÓNICA.

Pues ya se ve.

FERNINA.

¡Qué contenta  
Se pondrá la señorita!  
¡Qué felicidad la nuestra!  
¿A Madrid! (Ap. ¡Pobre Isabel!  
Ya está dada tu sentencia.)  
El Barón, señora.

TIA MÓNICA.

Vete...

¡Ah! mira; sacude aquella  
Ropa, y avísad al nuestro.

**ACTO II.**

LA TIA MÓNICA, EL BARÓN.

(El Barón saldrá muy pensativo con  
unos papeles en la mano.)

TIA MÓNICA.

Vaya, me alegro. ¿Qué nuevas  
Tenemos? ¿No respondeis?  
¡Ay, señor!

BARÓN.

¡Cómo se mezclan  
Entre las mayores dichas  
Los cuidados y las penas!  
Aquel sujeto de quien  
Os dije veces diversas  
Que va á Madrid disfrazado,  
Y allí examina y observa,  
Ve a mis gentes, y conduce  
Toda la correspondencia,  
Ya llegó.

TIA MÓNICA.

¿Sí? ¿Y ha traído  
Alguna noticia buena?

BARÓN.

Esa es carta de mi hermana:  
Si quereis, podeis leerla.  
(Le da uno de los papeles, y lee la tia  
Mónica.)

TIA MÓNICA.

«Mi querido hermano: he reci-  
bido la última tuya, y la sortija de di-  
amantes que me envías de parte de es-  
ta señora, á quien daras en mi nombr-  
las mas atentas gracias, asegurándoli-  
de los vivos deseos que tengo de cono-  
cerla, y diciéndola tambien que no le  
envío por ahora cosa ninguna, para que  
no juzgue que aspiro á pagar sus es-  
presiones y la merced que te hace, cor-  
dávivas que, por muy esquisitas que  
fueran, siempre serían inferiores al cor-  
dial afecto que la profeso. Nuestro primo  
el arzobispo de Andrinópolis ha es-  
crito desde Cacabelos, y parece que  
dentro de pocos dias llegará á su dio-  
cesis. Mil expresiones del condestable  
del marqués de Famagosta su cuñado

OBRAS DE MORATIN (D. LEANDRO).

Ya puedes considerar cuál habrá sido  
nuestra alegría al ver aclarada tu ino-  
cencia, y castigados tus enemigos. El  
rey desea verte; lo mismo tus amigos  
y deudos, y mas que todos tu querida  
hermana

La viscondesa de Mostagán.

¡Válgame Dios, qué fortuna!  
(Le vuelve la carta.)  
Os doy mil enhorabuenas.  
Gracias á Dios.

BARÓN.

¡Ay, señora!

TIA MÓNICA.

¿Qué pesadumbre os aqueja  
En tanta felicidad?

BARÓN.

La mayor, la mas funesta  
Para mí... Ved esa carta,  
Y hallareis mi muerte en ella.  
(Da otro papel á la tia Mónica, que lee  
tambien.)

TIA MÓNICA.

«En efecto, amado sobrino, tus co-  
sas se han compuesto como deseaba-  
mos. Ayer se publicó la resolución del  
rey; declara injustos cuantos cargos se  
te han hecho; y el conde de la Penín-  
sula, tu acusador, está sentenciado á  
prisión perpetua en el castillo de las  
Siete Torres. Quedo disponiendo á  
toda prisa los coches y criados que de-  
ben conducirte; y entre tanto no puedo  
menos de recordarte que tu boda con  
doña Violante de Quinceozes, hija del  
marqués de Utrique, capitán general  
de las islas Filipinas y costa Patagóni-  
ca, concluido este asunto que la re-  
tardó, no tiene al presente ninguna  
dificultad. El caballero Wolfgang de  
Remestein, jefe de escuadra del em-  
perador (que se hallaba en Madrid de  
vuelta de los baños de Trillo), será el  
padrino; y esperamos con ansia ver  
efectuado este consorcio, en que tanto  
interesan las dos familias. Recibe por  
todo mis enhorabuenas, y manda á tu  
tío que te estima,

El príncipe de Siracusa.»

¿Con que, según esto...

BARÓN.

¿Veis  
(Toma el papel, y se le guarda con los  
demás.)

Cómo se tratan y acuerdan  
Entre los grandes señores  
Cosas de tal consecuencia?  
Porque lleva en dote cinco  
Villas y catorce aldeas;  
Porque es única, y porque  
Nuestro sucesor pudiera  
Añadir, á mis castillos  
De plata y mis bandas negras,  
Do águilas, siete grifos  
Verdes, y nueve culebras,  
¡Por eso yo he de perder  
Mi libertad!... Si pudiera  
Resolver... ¿Y por qué no?  
Pienso lo que lo parezca  
El de Siracusa, y diga  
El senescal lo que quiera,  
Mi elección es libre... Pero,  
¿Qué he de hacer en tan estrecha  
Situación? En un lugar  
Miserable... Ni hay quien tenga  
Comercio, ni hay corredores,  
Ni se pueden girar letras,  
Ni... ¡Vaya! es cosa perdida...

Si á lo menos conocieran  
Mi firma, yo libraría  
Sobre Esmeralda ó Filadelfia  
Diez mil rixdalers, y entonces...

TIA MÓNICA.

¿Y entonces?

BARÓN.

Yo resolviera.

Yo evitara que me hallasen  
Aquí; dejara dispuestas  
Las cosas; me marcharía  
Con la mayor diligencia  
A Montepino, que dista  
Unas diez y siete leguas.  
Ibais allá, y un domingo  
En mi capilla secreta  
Nos desposábamos.

TIA MÓNICA.

¿Quién?

BARÓN.

¿Pues no adivináis quién sea  
El objeto de mi amor?  
Isabel.

TIA MÓNICA.

¡Señor!...

BARÓN.

Por ella

Todo lo despreciaré.

TIA MÓNICA.

Permitid...

(Quiere arrojarlos, y al Barón le es-  
torva.)

BARÓN.

¿Qué hacéis?

TIA MÓNICA.

Quisiera

Hablar, y no puedo hablar.  
Porque es tanta la sorpresa  
Y el gozo... ¡Bendito Dios!

BARÓN.

No os admire la violencia  
De mi pasión: tanto pueden  
La hermosura y la modestia.  
Pero ¡ha llegado á entender  
Isabel cuánto la aprecia  
Su huésped! ¿Ha conocido  
Cuánto su favor desea?  
¿Sabe acaso...

TIA MÓNICA.

Ella, señor,

No tiene pizca de lerdia,  
Y aunque nunca la haya dicho  
Sino así, por indirectas...  
Ya se ve, no era posible  
Menos, sino que advirtiera  
Grande inclinación en vos.

BARÓN.

Y vuestro hermano, ¿qué piensa  
de mí? ¿qué dice? ¿ha sabido  
Algo?

TIA MÓNICA.

A lo menos sospecha  
Mucho, porque es malicioso...  
¡Vaya!... Pero no hay quien pueda  
Contar con él para nada;  
Siempre estamos de contienda,  
Y, ya lo veis, es muy rara  
La vez que pisa mis puertas.  
Hombre extravagante, y...

BARÓN.

Pero

Es vuestro hermano, y no farsa  
Justo pasar adelante  
En ello sin darle cuenta.  
Además, que yo os comento



Una especie... y no debierais  
Olvídarla vos. Me acuerdo  
Que una vez, hablando en estas  
Cosas, dijisteis que quiere  
Mucho á Isabelita, y piensa  
Darla en dote... ¿cuanto?

TIA MÓNICA.  
Puede  
Darla mucho si él quisiera.  
¡Oh! si...

BARON.  
Pues qué, ¿no querrá?

TIA MÓNICA.  
Si es muy bruto.

BARON.  
Eso me llena  
De admiración. ¿No querrá?  
Pues cuando Isabel no muestra  
Repugnancia, cuando vos  
Entraís en ello contenta,  
¿Cuando quiero yo!...

TIA MÓNICA.  
Señor,  
No os altereis, son rarezas:  
Cosas suyas.

BARON.  
Pues no importa;  
Es menester que lo sepa.

TIA MÓNICA.  
Inútil será.

BARON.  
¿Por qué?  
Conviene que yo le vea;  
Yo le hablaré.

TIA MÓNICA.  
Bien está;  
Pero no esperéis que ceda,  
Es muy cabezudo.

BARON.  
Y cuando  
Ese temor nos detenga,  
¿Qué os parece que podemos  
Hacer? Suponed que llega  
Mi tren; que se llena el pueblo  
De latigos y libreas;  
Que mi primo el archiduque,  
No habra remedio, me lleva  
A la corte... ¿Y Isabel?  
¿Y mi amor?... Cuando se encuentra  
Un gran señor sin dinero,  
¿Qué chiquito que se queda!  
¡Maldito dinero! amén.

TIA MÓNICA.  
Si para la fuga vuestra  
Bastaran... Ello es tan poco  
Que casi me da vergüenza  
Ofrecéroslo. Aquí tengo  
Cien doblones; si os sirvieran...

*Saca el papel que le dió Pascual, le  
toma el Baron, y le guarda.)*

BARON.  
A verlos... ¿y en oro? Bien...  
Muy bien... Iré como pueda.  
En una mula... Al instante  
Doy allá mis providencias  
Para que mi mayordomo  
Traiga un coche, que se queda  
En la ermita, y llegará  
Cuando todo el mundo duerma.  
Viene, os avisa; estareis  
Prevenidas, de manera  
Que salís de aquí á las dos  
De la noche, con la fresca,  
Y reventando seis tiros,  
Estáis á las ocho y media  
En Montepino. Nos dice

Una misa muy lijera  
Mi capellán; nos desposa,  
Y si es menester nos vela,  
Y á las diez ya sois mi madre.

TIA MÓNICA.  
Pero, señor...  
BARON.  
¿Qué os inquieta?

TIA MÓNICA.  
Nada... ¿Es un sueño?

BARON.  
Conviene  
Que dispongais cuanto sea  
Necesario. Por mi parte  
No omitiré diligencia...  
Y... adios.

TIA MÓNICA.  
Bien está...  
*(Ap. al tiempo de irse. No sé  
Lo que me pasa. Estoy fuera  
De mí... Loca, loca... y tiemblo  
Toda de pies á cabeza.) (Vase.)*

BARON.  
Cansado estoy de mentir. *(Paseándose.)*  
Por mas que diga esta vieja...  
Si, yo he de verle... Si al cabo  
Ha de darla el dote, venga,  
Que estoy de prisa... Se toman  
Los cuartos, y adios, lilesas;  
Adios tontos, que me voy  
Adonde jamas os vea.  
Si... ¡caramba!... Y este nuevo  
Amante que nos acecha  
No me gusta, no.

## ESCENA X.

EL BARON, FERMINA.

*(Saca Fermina varios vestidos de mu-  
jer, que pondrá sobre una silla; se  
acerca á la puerta de la derecha, y  
llama.)*

FERMINA.  
¡Pascual!  
BARON.  
¡Oiga! ¿Qué galas son esas?  
FERMINA.  
Son vestidos de mi ama,  
Que con suma lijereza  
Se han de achicar, alargar,  
Aforrar, tapar troneras,  
Guarnecer, desfigurar,  
De tal modo que parezcan  
Nuevecitos... y empuñada  
Su merced en que lo hiciera  
Yo.... ¡Buena droga! Pues qué,  
¿No hay sastres? ¿Cómo receta!

BARON.  
¡Pobre Fermina!  
FERMINA.  
¡Pascual! *(Llama.)*

¡Eh! se estará en la bodega  
Estudiando á Carlomagno.  
¡Pascual! *(Llama.)*

BARON.  
Le diré que venga.  
FERMINA.  
No, señor, yo iré.

BARON.  
Si voy  
A salir, nada me cuesta  
Decírselo.

FERMINA.  
Muchas gracias.

## ESCENA XI.

EL BARON, FERMINA, PASCUAL.

BARON.  
*(Al irse el Baron sale Pascual por la  
misma puerta.)*

Díme, Pascual, ¿será esta  
Buena ocasión para ver  
A don Pedro?

PASCUAL.  
De manera  
Que como suele acostarse  
Después de cenar, y cena  
Unas veces tarde, y otras  
Presto, y otras.... Ello, buena  
Hora es de verle.

BARON.  
¿Sí?  
PASCUAL.  
Digo,  
Como él esté ya de vuelta  
En su casa, entonces.... Pero  
Si no ha vuelto, de por fuerza  
El....

BARON.  
Ya estoy.  
PASCUAL.  
De juro....

BARON.  
Adios.  
¡Famosas espicaderas! *(Vase.)*

PASCUAL.  
¿Me llamabas?  
FERMINA.  
Sí; al instante,  
Aprisa, de una carrera  
Has de ir á casa del sastre.

PASCUAL.  
Allá voy. *(Hace que se va, y vuelve.)*

FERMINA.  
Oyes, badea,  
Si no te he dicho el recado  
Que le has de dar, ¿á qué es esa  
Locura?

PASCUAL.  
A que no me digan  
Que soy sosonazo y peima.

FERMINA.  
Díle que venga al instante,  
Al instante, que le espera  
El ania. ¿Lo entiendes?

PASCUAL.  
Sí.  
FERMINA.  
Pues anda, y mueve esas piernas.

## ESCENA XII.

ISABEL, FERMINA.

ISABEL.  
Fermina, Leonardo viene;  
Le he visto desde la reja,  
Y va á subir. Quiero hablarle,  
Quizá por la vez postrera.  
Mi madre, que está rezando  
En su cuarto, nos franquea  
La ocasión. Tú.... sí, Fermina,  
Débate yo la fineza,  
Si me quieres bien.... En ese  
Pasillo estarás, y observa  
Si sale mi madre ó llama,  
O alguno viene de afuera,  
Y avisame; no nos hallen  
Juntos, y todo se pierda.  
¿Lo harás por mí?... Pero él viene...  
Amiga, no te detengas;  
Adios.

FERMINA.  
Voy allá.

### ESCENA XIII.

LEONARDO, ISABEL.

LEONARDO.

¡Isabel!

ISABEL.

¡Leonardo! quién lo dijera!....  
¡Leonardo!

LEONARDO.

¡Y quién, al dejarte  
Tan cariñosa y tan tierna,  
Debió tener que hallarla  
Tantos males a su vuelta?  
¡Este breve tiempo ha sido  
Bastante!....

ISABEL.

¡Fatal ausencia

La tuya!

LEONARDO.

En fin, sepa yo  
De una vez cuál es mi pena,  
Cuál es mi suerte.... Disipa  
Las dudas que me atormentan.  
¡Dime si puede ser cierto  
Lo que ya todos recelan?...  
Si esas lágrimas me anuncian  
Amor, si debo creerlas?

ISABEL.

Leonardo, no es ocasión  
De que los instantes pierdas,  
Burlándote de mi fe  
Con dudas que son ofensas.  
No es ocasión. Si lo fuese,  
Mucho decirte pudiera;  
Pero donde el tiempo falta  
Están por demás las quejas.  
Yo te he querido, y te quiero....  
Sabe Dios cuánta violencia  
Padezco al decirlo, y cuánto  
Sufre una mujer honesta  
Si lo que debe al silencio  
Tiene que decir la lengua.  
Te quiero.... y voy a perderte.

LEONARDO.

¡Eso dices?... ¡Nada esperas  
De mí?

ISABEL.

Si lo que hasta ahora  
Fué temer, ya es evidencia;  
Si mi madre al escuchar  
Tu nombre, toda se altera;  
Si no quiere que atraveses  
Los umbrales de mis puertas;  
Si manda que sus criados  
Ni aun te saluden siquiera,  
Y.... Pero ¿qué mas? si ahora  
Acaba de darme cuenta  
De ese enlace aborrecido....  
¡Miseria yo!

LEONARDO.

Nada temas.

ISABEL.

Y ha de ser pronto, según  
Puede alcanzar.... Está ciego,  
Fuera de sí.... ¿Qué podemos  
Hacer? ¿Qué esperanza resta?

LEONARDO.

Pero, Isabel, dueño mío,  
¡Qué extraño dolor te aqueja!  
¡Tú infeliz, viviendo yo?...  
No así de temores llena  
Me quites todo el valor;

Que mal tenerle pudiera  
Viéndote desconsolada  
Y en triste llanto deshecha.  
Veré a tu madre, y si tienen  
Las pasiones elocuencia,  
Yo la sabré reducir;  
O cuando burladas viera  
Mis esperanzas, amor  
Muchos ardides inventa,  
Y nada me detendrá  
Como tú, Isabel, me quieras.

ISABEL.

¿Resuelves hablarla?

LEONARDO.

Sí.

ISABEL.

¿Qué has de decirle que sea  
Bastante al fin que procuras?

LEONARDO.

¿Qué la diré? Que si piensa  
Hacerse infeliz, venderte  
A una soñada opulencia,  
Dar tu mano a un impostor,  
Faltar a tantas promesas,  
Perderme, burlarme a mí....  
Cosa difícil intenta.  
La diré que tú eres mía;  
Que al barbaño que pretenda  
Privarme de tí, rompiendo  
Los nudos que amor estrecha,  
Sangre ha de costarle y muerte.  
Si a tanto aspira, prevenga  
El pecho a mi espada, y juzgue  
Que para usurpar la prenda  
De mi cariño, no basta  
Que engañe, seduzca y mienta;  
Debe lidiar y vencer.  
Tú serás la recompensa  
Del valor, ya que tu llanto  
Y tu elección se desprecian;  
Y el mas infeliz, al golpe  
De su enemigo perezca.

ISABEL.

¿Eso has de hacer?

LEONARDO.

O dejar  
Que en solo un punto se pierdan  
Tantos años de esperanzas,  
Tan bien pagadas finezas,  
Tan puro amor.... Pero no,  
No los instantes que vuelan  
Se malogren.... Voy a hablarla.  
Adios.... La desgracia nuestra  
Resolución, osadía  
Pide, no cobardes quejas.

ISABEL.

Todo es en vano. La vas  
A irritar, no a convencerla.

LEONARDO.

Sí, cederá.

ISABEL.

Mal conoces  
Su obstinación.

LEONARDO.

Cuando sea  
Tanta, y este medio falte,  
Otros eficaces quedan.

ISABEL.

¡Duros, sangrientos!

LEONARDO.

Quien ama  
Como yo, todo lo intenta.  
Es mucho lo que me importa,  
Para que vacile y tema.

Vale mucho mi Isabel  
Para esponderme a perderla  
(*Cogiéndola con ternura de la mano,  
y besándosela.*)

ISABEL.

Leonardo, mi bien.... No sé  
Qué decir.... Haz lo que quieras.  
En tal peligro, tú solo  
Sabes lo que mas convenga;  
Yo, ¡infeliz! ¿qué he de saber?  
Llorar.... Adios; él te vuelva  
Mas venturoso a mi vista,  
Y este afán alivio tenga.

LEONARDO.

Siempre fué de los osados  
La fortuna compañera;  
El cobarde que la teme  
Siempre la ha tenido adversa.

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA PRIMERA.

EL BARON.

¡Válgate Dios por el hombre!  
(*Se sienta junto a una mesa, en que  
habrá dos luces.*)

Cuando no nos hace falta,  
A las cuatro de la tarde  
Está metido en la cama;  
Y hoy, que me interesa el verle,  
No parece por su casa.  
¡Oh! si a cuenta de la dote  
Quisiera dar unas cuantas  
Onzas!.... ¡Gran golpe!.... Es verdad  
Que el tal abuelito es caña;  
Muy socarrón....

### ESCENA II.

EL BARON, LEONARDO.

LEONARDO.

(*Sale hablando entre sí; al ver al Baron  
exclama complacido de hallarle.*)

¡Qué mujer,

Qué carácter, qué ignorancia....  
Qué insensible!.... ¡Ah!...

BARON, *aparte*, con timidez.

¡Malo! ahora

Este demonio me envasa.

LEONARDO.

¡Señor Baron!

BARON, *levantándose*.

¡Oiga! ¿Qué

Se ofrece?

LEONARDO.

Cuatro palabras.

BARON.

Decid catorce, y sentaos,  
Que no es bien que....

LEONARDO.

Nada, nada;

Estoy bien así.... ¿Sabéis  
Quién soy?

BARON.

Yo no; pero hasta  
Veros para conocer  
Que sois hombre de importancia.  
Tomad asiento. (*Vuelvo a sentarse.*)

LEONARDO.

Ya he dicho

Que no.

BARON.

Bien.

LEONARDO.

A mí me llaman  
; soy un vecino  
debió. Esa muchacha

BARON.

¿Quién?

LEONARDO.

Isabel.

BARON.

LEONARDO.

quiero; se trata  
tar su albedrío;  
e veras, me enfada  
ecto. La niña  
ce de ganas;  
, ni por asomo,  
ue su madre es fatua,  
señor, ó un pillo  
esto no sé palabra),  
ila y yo debemos  
fensa tanta,  
i. De los dos  
ha de lograrla;  
, si sois... ¿quién lo duda?...  
, y os agravia  
fenta disputaros  
de una dama,  
be á media noche  
en esas tapias  
l camino. Así  
quien...

BARON.

¿Qué bobada!  
señor, yo no quiero  
no.

LEONARDO.

Muchas gracias;  
le ser.

BARON.

¿Ha de ser?  
día noche?

LEONARDO.

Sin falta.

BARON.

las tapias de...

LEONARDO.

Sí;

un tiro de bala  
.. Pero, si queréis,  
peraré en la plaza;  
antos.

BARON.

No tal;  
do... Ello me causa,  
no da compasión,  
una niñada...  
ntres!... quitar la vida  
mbre de circunstancias  
e.

LEONARDO.

No os dé cuidado.

BARON.

ad tenéis?

LEONARDO.

La que basta  
temer la muerte.

BARON.

madre?

LEONARDO.

Sí, y hermanas...  
qué tenéis, cordura

O miedo, ó como se llama?

BARON.

¿Miedo yo?

LEONARDO.

Digo, pudiera

Suceder.

BARON, *levantándose con violencia*

¿Qué petulancia!

¿Qué insulto!

LEONARDO.

¿No le tenéis?

Pues bien, espero que vaya  
El señor Barón.

BARON.

Sin duda.

LEONARDO.

¿A las doce?

BARON.

Hora menguada.

Para vos... Iré á las doce.

LEONARDO.

Adios. *(Hace que se va, y vuelve)*

BARON.

Agur.

LEONARDO.

Aun me falta

Que decir, porque no quiero  
Dejaros en ignorancia.  
Ved que si no vais, la burla  
Os ha de salir muy cara,  
Y donde quiera que os vea,  
Solo ú con gente, con armas  
O sin ellas, en la calle,  
En cualquiera parte... En casa,  
En la iglesia, os atraveso  
El pecho de una estocada.

## ESCENA III.

BARON.

Estamos bien!... ¿Yo salir!  
Y el tal hombre tiene trasas

*(Pasea)*

De hacer lo que dice... ¿Yo  
Salir!... Saldré; pero falta  
Saber por dónde... Sí, el otro  
Seco de liliocas me daña...  
Cosa de miedo no tengo...  
El me conoció en la cara  
Que no soy espadachín...  
Esto de que yo me vaya  
Sin dar un susto al zurraco  
Del viejecito, es chabado.  
Eso no... ¿Pues qué, en liliocas  
Se sabe mas que en Trilasa?

*(Sees el)*

Las ocho... Pero si espere  
En efecto, si se enfada  
Porque no voy, si me encuentra  
Luego, y me... ¿Cosa mas rara!  
¿Calle! ya está el otro aquí.

## ESCENA IV.

DON PEDRO, EL BARON

BARON.

Si os ha dicho la criada  
Que os fui á buscar, sería  
Mejor que á tal me avisaran,  
Y hubiera pasado allí.

DON PEDRO.

A mí no me ha dicho nada,  
Ni vengo por vos. Quería  
Hablar un rato á mi hermano

Tiene un novio que la quiere,  
Ella le estima en el alma;  
Yo soy contento, y espero  
Que no pasen dos semanas  
Sin que haya boda... Tendremos  
Gran comida, trisca y danza,  
Y á la tarde chocolate,  
Agua de limon y horchata.

BARON.

Mucho me admira ese modo  
De pensar.

DON PEDRO.

Y á mí me pasma  
(Imitando el tono grave y ponderativo  
del Baron.)

El vuestro. ¿Quereis que sea  
Vizcondesa ó almiranta?

BARON.

Quisiera verla feliz.

DON PEDRO.

Pues si lo quereis, dejadla.

BARON.

Pero si la suerte hiciere  
Que se la proporcionara  
Ótro destino mejor...

DON PEDRO.

¿Mejor que verse casada  
A su gusto en su lugar?  
No puede ser.

BARON.

Yo pensaba  
Que su madre, en este caso,  
Debiera ser consultada  
Y obedecida.

DON PEDRO.

Su madre

Es una pobre aldeana,  
Y no sabe mas de mundo  
Que los chiquillos que maman;  
Pero no importa. El encargo  
De convertirla y sacarla  
De error no es cosa difícil,  
Y á pesar de su ignorancia  
Dentro de muy pocas horas  
Conocerá quién la engaña.

BARON.

¿Pues quién se atreve?...  
DON PEDRO.

DON PEDRO.

Hay bribones  
Que viven de enredo y trampa.

BARON.

¿Qué me decis?

DON PEDRO.

Si, señor;  
Pero á bien que están tomadas  
Las callejuelas, y espero...

BARON.

Pero ¿qué ha sido? ¿qué pasa?

DON PEDRO.

No es cosa; un cierto sujeto  
Que ignora, segun la traza,  
Con quién las ha, miente, pilla  
Dinero, adula á mi hermana,  
Introduce enemistad  
En nuestra familia, y causa  
Mil disgustos... Pero el tal  
Picaron que así nos trata,  
O se arrepiente esta noche,  
O le enterramos mañana.

BARON.

Oiga!... Pues... (Con turbacion.)  
Señor don Pedro,  
Si me permitís que vaya...

Tengo que escribir... Estuve  
A buscaros... solo para  
Tener el gusto de veros,  
Y... pues...

DON PEDRO.

Ya estoy.

BARON.

Aunque basta

Para mayores empresas  
La prudencia consumada  
Que os adorna, si quereis  
Valeros de mí, me holgara  
Infinito concurrir  
En cuanto yo pueda y valga  
A vuestros fines.

DON PEDRO.

Lo estimo.

BARON.

Os tengo aficion, y cuantas  
Veces os miro, me acuerdo  
De Pero Nuñez de Vargas,  
Mi bisabuelo. El retrato  
Que tenemos en mi casa  
Tanto se os parece, que...

DON PEDRO.

¡Calle!

BARON.

Si, la misma gracia  
De mirar, la ceja corva,  
Y esa nariz prolongada,  
Robusta y...

DON PEDRO.

¡Cierto que es buena  
Fatalidad! ¿Quién pensara  
Que...

BARON.

¿Cómo?

DON PEDRO.

Digo que es fuerte  
Desdicha. Un señor de tanta  
Suposicion parecerse  
A un pobre demonio, es gaita.

BARON.

Pues no lo dudeis.

DON PEDRO.

Ya estoy.

BARON.

Diez mil escudos me daba  
En onzas de oro mi primo  
El duque de... por la tabla  
No mas.

DON PEDRO.

¿Sin el marco?

BARON.

Pues,

Sin el marco.

DON PEDRO.

¡Pieza rara

Será el tal cuadro!

BARON.

Allí tengo

Todo lo mejor de Italia...

DON PEDRO.

Buenas noches.

BARON.

A mas ver.

Repito lo dicho, y...

DON PEDRO.

Gracias,

Señor baron.

BARON, *aparte, tomando una de las laves, y yéndose por la puerta del foro*

Este viejo

Es un talego de maules.

## ESCENA V.

DON PEDRO, ISABEL.

DON PEDRO.

Mucho miedo lleva el nieto  
De Pero Nuñez... ¿Qué charla  
Tiene! y...

ISABEL.

¡Señor!

DON PEDRO.

¡Isabel!

¿Qué es eso? ¿Qué acogojada  
Estás, qué triste!

ISABEL.

¿Quereis

Que no lo esté? Ni esperanza  
De consuelo tengo ya,  
Viendo que el ruego no basta,  
Ni la sumision, ni el llanto,  
Ni razones, ni amenazas.  
En vano Leonardo quiso  
Persuadirla y moderarla;  
Mas la irritó.

DON PEDRO.

Ya lo sé;

Ya me lo ha dicho... Y estaba  
Enfadadillo además.  
En la juventud nos falta  
Moderacion... Ni es posible  
Usar de aquella templanza  
Que dan los años. Leonardo  
Se ve ofendido; mi hermana  
Es terca; no será mucho  
Que de una en otra palabra,  
La disputa haya venido  
A parar en lo que paran  
Todas, cuando las pasiones  
Nos acaloran y arrastran.

ISABEL.

Es verdad; bien lo temí...  
Se lo dije; pero estaba  
Empeñado en verla.

DON PEDRO.

Y bien,

¿Cómo ha de ser? Es desgracia  
Inevitable.

ISABEL.

Tal vez

Otras mayores me aguardan.  
¿Sabeis que intenta reñir  
Con el Baron?... Si esto pasa...  
Si muere... ó vuelve culpado  
De un homicidio, ¿qué infamia  
Victoria! ¿Qué objeto horrible  
Para mí!

DON PEDRO.

No temas nada,  
Isabelita; valor.

Presumes tú que llegara  
A tener efecto, haciendo  
Yo papel en esta farsa?  
No por cierto. El tal Baron  
No gusta de cuchilladas;  
Leonardo al salir le dijo  
Que á las doce le esperaba  
Ahí afuera. Esta sería  
Resolucion temeraria  
Y necia en otra ocasion.  
Pero como aquí se trata  
De acosarle, de aburrirle,  
De obligarle á que se vaya,  
O que desista, y nos diga

Claro y en pocas palabras  
Que es un tunante, conviene  
Llenarle de miedo al mandria,  
Y ya lo está. No hay peligro;  
El uno teme y se guarda,  
Y al otro le guardo yo;  
Ten segura confianza  
En mí.

ISABEL.

Solo en vos pudiera  
Tenerla.

DON PEDRO.

Verás burlada  
La malicia de tu huésped;  
Verás que tu madre acaba  
De conocer hasta dónde  
Las apariencias engañan.  
Sí, consuélate. Ya sabes  
Que siempre he sido en tu casa  
Tu amigo y tu protector;  
Que no hay cosa, por extraña  
Que fuese, que me detenga  
Cuando de tu bien se trata.  
¿No te acuerdas de que siendo  
Chiquitita me llamabas  
El otro papá? que has sido  
Alivio de mis desgracias?  
Que en esta ocasión soy yo  
Quien ha de suplir la falta  
De tu buen padre, y hará  
Que vivas afortunada  
Y muy contenta?... ¿Lo sabes?

ISABEL.

Sí, señor, lo sé.

DON PEDRO.

Pues calma

Esa agitacion.

ISABEL.

Mi llanto,  
Mi turbacion, no la causa  
El temor... Ya es alegría,  
(Besando la mano á don Pedro y acariciándole.)

Ternura, dulce esperanza  
Y agradecimiento.

DON PEDRO.

Vamos,  
Un mimito, ¿eso faltaba!

ISABEL.

¡Querido padre!

DON PEDRO.

¡Hija mía!

ISABEL.

¿Me quereis?

DON PEDRO.

Pregunta es vana.

¿No te he de querer? ¿No ves  
Que á mí tambien se me arrasan  
Los ojos?... Pero tu madre  
Viene.

ISABEL.

Ya no me acobarda  
Su vista; pues tengo en vos  
Un amigo que me ampara.

## ESCENA VI.

DON PEDRO, LA TIA MONICA,

ISABEL.

TIA MONICA.

¡Oiga!... Los dos en consulta.  
¿Qué negocios de importancia  
Tendrán que tratar? ¿No he dicho  
(A Isabel.)  
Mil veces que no me salgas  
Acá afuera?

TOMO II.

ISABEL.

Yo salí...

TIA MONICA.

Ya sabes que no me agrada  
Tanto palique.

ISABEL.

Señora,

Sí...

TIA MONICA.

Vete. Tú la levantas  
De cascos; tú me la pierdes.  
(Isabel hace una cortesía y se va.)

DON PEDRO.

¿Yo, mujer?

TIA MONICA.

Sí, tú... ¿Qué estabas  
Diciéndola?

DON PEDRO.

Que te sufra.

TIA MONICA.

Habrás vendido á inquietarla,  
A llenarla de ilusiones  
La cabeza, y que no haga  
Cosa que la mande yo.

DON PEDRO.

No tal; he vendido á causa  
De que ya por el lugar  
Dicen todos que la casas  
Con el Baron; me preguntan  
A mí que no sé palabra,  
Y hago un papel infeliz...  
¿Es fuerte cosa! no hablan  
De otra materia en las tiendas,  
En la botica, en la plaza,  
En casa del alojero;  
Y á mí no me dices nada  
De este bodorrio!

TIA MONICA.

A su tiempo  
Lo sabrás; y esos que pasan  
La vida en chismotear,  
Verán después si se engañan  
O aciertan.

DON PEDRO.

Pero si vieras  
Qué risa les da, y qué ganas  
Me dan á mí de rablar.  
¿Quién ha de tener cachaza  
Para sufrir que se digan  
Tales cosas de una hermana?  
Yo te digo la verdad:  
Si quieres ver acalladas  
Esas voces, desmentir  
Los enredos que levantan  
Contra ti, cálsala presto.

TIA MONICA.

Presto será.

DON PEDRO.

Y que se vaya  
Ese Baron, ó ese infierno,  
Que nos tiene alborotadas  
Las cabezas.

TIA MONICA.

Cuando quiera  
Hallará la puerta franca.

DON PEDRO.

¿Y si no quiere?

TIA MONICA.

Sí no  
Quiere, no tengo yo cara  
Ni desvergüenza bastante  
Para echarle de mi casa.  
A un señor de su carácter,  
A quien he debido tantas  
Atenciones, ¿te parece  
Que es regular se le hagan

Esos desaires? Tu allá  
Con tu gramática parda  
Sabrás mucho; pero en punto  
De urbanidad y crianza,  
Sabes muy poco.

DON PEDRO.

En efecto,  
La tal noticia no es falsa. (Se sienta.)

TIA MONICA.

¿Qué noticia?

DON PEDRO.

La de estar  
Persuadida y confiada  
En que el Baron ha de ser  
Tu yerno... ¡Ilusion mas rara  
No se dará!... ¡Vanidad  
Maldita, que así nos saca  
De juicio y nos pierde!... Un hombre  
De tan ilustre prosapia,  
Primo de condes y duques,  
Biznieto de doña Urraca,  
Y chozno del rey don Silo,  
Venir á hacernos la gracia  
De casarse con tu hija...  
¿Qué desatino!

TIA MONICA.

¿A qué llamas  
Desatino? ¿Por ventura  
Te parece cosa mala,  
Cuando vemos favorable  
La ocasion, aprovecharla?  
¿Será la primera vez  
Que un caballero se casa  
Con una mujer humilde?  
¿Quién ignora lo que arrastra  
Una pasion?

DON PEDRO.

¿Qué pasion,  
Mujer, ni qué calabaza!  
¿Cuidado que... ¿Dónde has visto  
Pasiones de esa calaña?  
En las comedias, que vienen  
Príncipes de Dinamarca  
Vestidos de jardineros,  
Y están de amores que rabian  
Por alguna pastorcita,  
Con su zurrón y sus cabras.  
Se dicen flores, hay celos,  
Desdenes, llores, mudanzas...  
Se casan al fin, y luego  
Salen con la patochada  
De que la tal moza es hija  
Del duque de Transilvania,  
Y otros delirios así;  
Pero en el mundo no pasa  
Nada de eso.

TIA MONICA.

¿No?

DON PEDRO.

Jamás.

Y cuando en amores trata  
Algun señor con una  
Jovencilla bien carada,  
Huérfana, plebeya y pobre,  
Ojo avizor, que allí hay trampa.  
No, señor; los matrimonios  
De esa gente no se entablan  
Por trato y cariño. Cogen  
La pluma, y en una llana  
De papel suman partidas.  
Cuatro y dos seis, llevo nada;  
Ocho y siete quince, llevo  
Una, y cuatro cinco; sacan  
El total al pié, y según  
Lo que en el ajuste ganan,  
Hay boda ó no hay boda... Y sea  
La novia jibosa y chata  
Y tuerta, y el novio manco,  
Viejo, gotoso y con sarna;

Conózcanse mucho, ó nunca  
Se hayan hablado palabra;  
Con amor ó sin amor...  
¡Bendígalos Dios! se casan.

TIA MÓNICA.

Eso sí, como te dejen  
Hablar, piquito no falta,  
Ni murmuración... En fin,  
Si te incomoda y te enfada  
Cuanto digo y pienso, vete:  
Déjame en paz, no me traigas  
Cuentos, ni alborotes mas  
Con esas estravagancias  
A tu sobrina. Yo soy  
La que debe gobernarla,  
Sé lo que mas la conviene;  
Nadie como yo se afana  
Tanto por ella. Es mi hija,  
Y á este amor ninguno iguala.

DON PEDRO.

¡Y por ese amor la quieres  
Precipitar, entregarla  
A un hombre desconocido,  
Trapalón, tuno de playa?...  
¡Y tú tan boba!... ¡No ves  
Que es un pícaro y te engaña?  
¿No lo ves?

TIA MÓNICA.

No, porque tengo  
Antecedentes que bastan  
A persuadirme; tú no  
Los tienes, por eso ensartas  
Tanto disparate.

DON PEDRO.

Pero  
Yo te concedo de gracia  
Que es un señor; que él y el rey  
Meriendan juntos: ¿qué sacas  
De aquí? ¿Le darás tu hija?

TIA MÓNICA.

¡Tuvieras tú repugnancia  
En dársela?

DON PEDRO.

Sí.

TIA MÓNICA.

Se ve  
Que no eres su madre, y hablas  
Como un viejo sin cabeza.

DON PEDRO.

Hablemos claros, hermana.  
Ese cariño de niadre  
Que me ponderas con tanta  
Frecuencia, no es el motivo  
Que te dirige; y si tratas  
De engañarme á mí, no pierdas  
El tiempo. Mira, tú rabias  
Por hacer gran papelón;  
Siempre has sido tiesa y vana,  
Muy amiga de mandar,  
Enemiga declarada  
De quien tiene mas dinero,  
Mejor jubón, mejor saya  
Que tú. Te comes de envidia  
Cuando ves que á las hidalgas  
Las llaman doñas; tellera  
Dios cuando las ves sentadas  
En la iglesia junto al banco  
De la justicia; y por darias  
Que merecer, por vengarte  
De la humillación pasada,  
Eres tú capaz, no solo  
De entregar esa muchacha  
A un hombre indigno, sino  
De ponerte á la garganta  
Un dogal.

TIA MÓNICA.

¿Yo?

DON PEDRO.

Tú... ¿Que ideas  
Tienes tan descabelladas  
De grandeza! ¡No es verdad  
Que ya á tus solas aguardas  
El feliz momento en que  
Oigas que todos te llaman  
Escelencia, que floría  
Es cosa bien ordinaria?  
¡No es cierto que allá en tu mente  
El plan de vida repasas  
Que has de tener? Coches, modas,  
Brillantes, sedas y holandas,  
Mesa para los hambrientos  
Que por lo que adulan tragan...  
Baile, academias, teatros,  
Solemne robo de banca,  
Prodigalidad, miseria,  
Orgullo, baja y trampas.  
Llamar cultura á la infame  
Depravación cortesana,  
Bestia á todo hombre de bien,  
Y á todo acreedor, canalla...  
¿No es ese tu plan? ¡No es esta  
(Levantándose.)

La gran fortuna que guardas  
A mi sobrina infeliz!...  
Y esa ambición insensata,  
Esa vanidad, ¡te atreves  
A desmentirla y llamarla  
Amor de madre?

TIA MÓNICA.

¿Me quieres  
Dejar en paz? Vete, calla.

DON PEDRO.

¿Sabes el mal que apetece?  
¿Sabes tú que donde falta  
Moderación, no hay placer?  
¿Sabes que donde no haya  
Virtud, no hay felicidad?

TIA MÓNICA.

Hombre, por Dios no me hagas  
Desesperar.

## ESCENA VII.

EL BARON, LA TIA MONICA, DON  
PEDRO.

BARON.

(Sale por la puerta del foro con una luz  
en la mano, que dejará sobre la  
mesa.)

¡Permitis

Que un solo instante os distraiga  
De vuestra conversacion?

TIA MÓNICA.

No era cosa de importancia;  
Y aunque lo fuese...

BARON.

Me alegro  
De hallaros juntos... Yo estaba  
Indeciso... Pero es fuerza  
Salir una vez de tantas  
Inquietudes, explicarme  
Con claridad, no dar causa  
A disgustos, ni sufrir  
En mi decoro la mancha  
Mas pequeña. Yo, señor  
Don Pedro, por la desgracia  
Que acaso sabeis, me vi  
En la situación amarga  
De abandonar mis amigos,  
Mis conveniencias, mi patria...  
Disfrazado, fugitivo,  
Hube de fingir en varias  
Partes nombre y calidad;  
Y cuando después de tantas  
Desventuras vi lucir

Algun rayo de esperanza,  
Vine á este pueblo, creyendo  
Que estar á poca distancia  
De la corte me seria  
Favorable. Vuestra hermana  
Me vió, la conté mi historia,  
Condolióse al escucharla;  
Me hospedó aquí, donde á fuerza  
De atenciones no esperadas,  
Y tal vez no merecidas,  
Alivio hallaron mis ansias.  
Isabel... ¿Cómo pensais  
Que fuese fácil tratarla  
Sin quererla bien?... Yo os ruego  
Que no os altereis; me falta  
Poco que añadir, y espero  
Que tendreis la tolerancia  
De no interrumpir á quien  
Por última vez os habla.  
Digo que la quise bien,  
Y aunque su madre os lo calla,  
Traté de hacerla mi esposa,  
En la segura esperanza  
De conseguirlo, y creyendo  
Que vos no perderiais nada.  
Pero he visto que en el pueblo  
Se murmura, se propagan  
Mil calumnias contra mí.  
Hay alguno que nos guarda  
La puerta, y tan atrevido  
Que me insulta y me amenaza;  
Hay alguno que desprecia  
Mi carácter, que me trata  
De seductor, y...

DON PEDRO.

¿Por quién

Lo decís?

BARON.

Por nadie. Tantas  
Injurias no las toleran  
Los Benavides de Vargas...  
Con dos renglones pudiera  
Confundir á quien me agravia,  
Y... no lo haré... Tengo ya  
Noticia de que me aguardan  
En la corte; mi contrario  
Está preso, el rey me llama,  
Quiere verme, y es preciso  
Que con diligencia parta.  
Pero en tanto, no os daré  
Disgusto. El tiempo que haya  
De estar en illescas (puesto  
Que hasta pasado mañana  
No vendrán mis coches) pienso  
Alojar en la posada  
Que cuando vine ocupé,  
Y os juro que de esta casa  
Saldré luego que amanezca;  
Y aunque en el pueblo quedara  
Muchos meses, nunca en ella  
Pondré los pies. Ya que tanta  
Ofensa ha sido aspirar  
A esta union abominada,  
Abi os queda la infeliz  
Isabel, sacrificada...  
Yo la quise hacer dichosa,  
Vos no quereis, y esto basta.

TIA MÓNICA.

¡Válgame Dios! pero...

BARON.

No,

No os canséis.

TIA MÓNICA.

¡Fuerte desgracia  
Es esta!... Porque otros digan...  
Mientras yo no he dado causa;  
Mientras la niña está pronta  
A lo que su madre manda...

¡Animas benditas, pues  
Cierto!... ¿Y tú qué dices?

DON PEDRO.

Nada.  
Que el baron habla muy bien,  
Que le tomo la palabra,  
Que si la cumple debemos  
Darle todos muchas gracias...  
Y que me voy á acostar.

TIA MÓNICA.

¡Qué necedad, qué ignorancia!  
¡Si es muy tonto!... Pero yo,  
Señor, por que...

DON PEDRO.

Consoladla,

Señor Baron.

BARON.

No hay remedio.

TIA MÓNICA.

¡Qué mujer tan desdichada!

BARON.

Es preciso hacerlo así,  
Lo exigen las circunstancias,  
Mi estimacion es primero  
Que mi amor.

DON PEDRO.

(Ap. ¡Qué zalagarda  
Me ha querido armar!...) Adios,  
Mónica, duerme y descansa.  
Señor Baron, buenas noches.  
¿Quedamos en que mañana,  
Luego que amanezca?...

BARON.

Si.

DON PEDRO.

¿Os ireis á la posada?

BARON.

Ya lo he dicho.

DON PEDRO.

¿Y no volveis

Aquí?

BARON.

No.

DON PEDRO.

¿Y así que os traigan

El equipaje, los tiros  
Y las carrozas de nácar,  
Os vais?

BARON.

Me irá.

DON PEDRO.

Lindamente.

(Ap. Pues con todo, no me engañas.)

### ESCENA VIII.

EL BARON, LA TIA MÓNICA.

TIA MÓNICA.

¿Qué es lo que pasa por mí?  
Señor Baron de mi alma,  
¿Qué es esto?

BARON.

Ver si por medio

De un artificio se calma  
La envidia, el odio, el furor  
De esa gente temeraria.

TIA MÓNICA.

¿Qué decís?

BARON.

Ficcion ha sido;  
Jamás han salido vanas  
Mis promesas, no temais.

TIA MÓNICA.

Yo al escucharos estaba

Muerta, muerta... Si quisieran  
Sangrarme, no me sacaran  
Gota de sangre.

BARON.

Lo creo,

Pero todo ha sido traza  
Para deslumbrarle.

TIA MÓNICA.

Bien,

Bien hecho.

BARON.

Fué necesaria

Precaucion... Pero escuchad

Lo que se ha de hacer sin falla.

Mañana pasará el día

En el meson; cuando caiga

La noche saldré de Illescas,

Dejo en Toledo encargada

Al arcediano la mula,

Tomo su coche y me plantan

Las colleras de un tirón,

Antes que anochezca, en Parma,

Un lugarcito pequeño,

El primero que se halla

De mis estados, cruzando

El lago de Nicaragua.

Hoy es lunes, bien; estoy

El miércoles en mi casa;

Jueves, viernes... sale justa

La cuenta. Estad preparadas,

Tenedlo todo dispuesto,

Y el sábado, sin tardanza

Ninguna, recibireis

A media noche una carta,

Que os dará mi mayordomo;

Y al instante, acompañadas

De él y de un negro, salis

Adonde el coche os aguarda,

Y... ya lo he dicho, el domingo

Se logran mis esperanzas.

¿Con que estais? A media noche...

TIA MÓNICA.

Si, si, ya estoy enterada;

El sábado. Bien está.

BARON.

Ved que en esa confianza

Me voy, y os espero.

TIA MÓNICA.

Pues,

Señor, ¿temeis que no vaya?

Aunque fuera menester

Ir solas, á pié y descalzas,

Fuéramos; vivid seguro.

BARON.

Podéis llevar la criada

También para que os asista.

Y advertid que se levanta

Ya un fresquecillo al salir

El sol, que molesta y daña;

Cuidado, abrigarse bien,

Porque aunque tiene persianas

El coche, pieles y estufa,

Estais algo delicada,

Y es bueno cuidarse.

TIA MÓNICA.

Así

Lo haré.

BARON.

Si esto se llegara

A saber, tal vez seria

Cosa muy aventurada.

Ya veis que en Madrid me ofrecen

Una rica mayorazga,

Hermosa, ilustre. Su padre

Es caudatario del papa;

Su primo duque de Ultonia;

Nobleza mas acendrada

Que la suya, mas antigua,  
Es imposible encontrarla,  
Aunque espriman la de todos  
Los principes de Alemania.  
No es facil pues renunciar  
A este enlace sin que haya  
Desazones, y á este fin  
Pienso escribir unas cartas  
Para evitar desde luego  
Que vengan por mí, con varias  
Excusas que fingiré.  
De esta manera se gana  
Tiempo... Pero á nadie, á nadie  
Habeis de decir palabra.

TIA MÓNICA.

Bien está, señor.

BARON.

A nadie.

Y cuando digan mañana  
O esotro que me marché,  
Fingid que no sabeis nada.

TIA MÓNICA.

Bien está.

BARON.

Disimulad

El corto tiempo que falta;  
Idme á buscar; logre yo  
La posesion suspirada  
De Isabel, y hasta ese punto  
Nadie entienda lo que pasa.

TIA MÓNICA.

Ya, ya estoy.

BARON.

Después vereis

Que en esta dicha os alcanza  
Aun mas de lo que esperais.

TIA MÓNICA.

Pues, señor, ¿qué mas?...

BARON.

Pensaba

En no deciroslo; pero  
Hablemos en confianza.  
Vos, ¿qué edad podeis tener?  
Estais fresca, bien tratada,  
Robusta y ágil... Es cierto  
Que no deja de hacer falta  
La dentadura.

TIA MÓNICA.

¡Ay, señor,

Que no es la vejez la causa!  
Jaquecas y corrimientos,  
Y pesadumbres...

BARON.

Mi hermana

La vizcondesita cumple  
Veinte y dos años por pascua,  
Y está lo mismo que vos,  
Y porque no se la caiga  
Un diente que la ha quedado,  
Solo come cosas blandas :  
Sémola, huevos mejidos,  
Puches, y así... La obstinada  
Tos que padeceis, los flatos,  
La debilidad y náuseas  
Del estómago, se curan  
Mudando de temple y aguas  
Y alimentos. Con un poco  
De ejercicio y unas cuantas  
Friegas que os den, se disipa  
La hinchazoncilla que carga  
A las piernas, y en dos dias  
Os ballareis fuerte y apta  
Para las segundas nupcias.

TIA MÓNICA.

¡Quién, yo!... Pero, señor... ¡Vaya!  
¡Jesus, qué calor!

BARON.

Amiga,  
La viudez desconsolada  
Es un estado terrible,  
Y en él las jóvenes pasan  
Muchos trabajos... A ver  
Un polvo.

TIA MÓNICA.

Y en la de plata.

*(Saca una caja, y se la da al Baron, el cual, después de tomar un polvo, se la guarda como distraído.)*

BARON.

Mi tío, de quien algunas  
Veces os hablé, se halla  
Viudo y sin hijos; si muere,  
Todos sus estados pasan  
A un extranjero, cuñado  
Del hospodar de Valaquia;  
Y esto es doloroso.

TIA MÓNICA.

Cierto,

Siendo un nacion...

BARON.

Yo tomara

Que fuese nacion no mas;  
Pero lo que nos enfada  
Es que, además de extranjero,  
Es bereje.

TIA MÓNICA.

¡Virgen santa!

¡Hereje!

BARON.

Pues ved qué gusto

Nos dará, que si mañana  
Llegase á faltar el tío,  
Todos sus bienes los haya  
De gozar aquel mastín,  
Que no entiende una palabra  
De español, ni sabe el credo,  
Ni va á misa.

TIA MÓNICA.

¡Qué canalla!

BARON.

Ni ayuna, ni...

TIA MÓNICA.

¡Picaron!

BARON.

Pues por eso se pensaba  
Hacerle una burla; el tío  
Está en lo mismo, y se allana  
A todo. El fin es casarle;  
Y si la novia se encarga  
De darle en dos ó tres años  
Dos ó tres chiquillos, basta;  
No la piden mas, y el otro  
Se queda tocando tablas.  
Con que ved si...

TIA MÓNICA.

Yo, señor,

Aunque á la verdad estaba  
Bien ajena de pensar  
En eso... pero se trata  
De servirlos, y podeis  
Mandarme como á una esclava.  
Y en todo aquello que yo  
Pueda y...

BARON.

Bien.

TIA MÓNICA.

Si estoy turbada,

Señor, y no sé...

BARON.

Al instante

Quiero escribir lo que pasa  
Al principe vuestro esposo,

Que está esperando con ansia  
La resolucion.

TIA MÓNICA.

Decidle

Mil cosas.

BARON.

Ya estoy.

TIA MÓNICA.

Y gracias

Infinitas.

BARON.

Bien. Ahora

Voy á poner esas cartas.  
Cuidad que no suba nadie  
Por allá arriba, ni hagan  
Ruido.

TIA MÓNICA.

Bien está.

BARON.

Porque

Al instante que las haya  
Cerrado, me irá á dormir.

TIA MÓNICA.

¿Sin cenar?

BARON.

No tengo gana;

He comido bien.

TIA MÓNICA.

Siquiera

Unas sopas.

BARON.

Nada, nada.

TIA MÓNICA.

O un huevecito escalfado.

BARON.

No, no es menester. Mañana  
Llevará un posta los pliegos  
A Madrid, y así que él parta,  
Me voy al meson... Adios.  
Un abrazo. *(Abrazándose.)*

TIA MÓNICA.

Y mil.

BARON.

Honrada

Dueña.

TIA MÓNICA.

Servidora vuestra.

BARON.

Adios... La ausencia no es larga.

TIA MÓNICA.

Con todo, señor, si ahora

No llorase, reventara.

*(Enternecida y enjugándose las lágrimas. Toma una de las luces para ir alumbrando al Baron, el cual se la quita; la coge de la mano, se la besa respetuosamente, y se va con la luz por la puerta del foro.)*

BARON.

Hasta el domingo... ¿Qué haceis?

TIA MÓNICA.

Alumbraros.

BARON.

No faltaba

Mas.

TIA MÓNICA.

Pero si yo...

BARON.

Vos sois

Mi madre, no mi criada.

## ESCENA IX.

TIA MONICA.

¡Bendito, bendito, amén!  
¡Con qué respeto me trata  
El pobrecito! ¡Qué humilde!  
Si á boca llena me llama  
Su madre... Pero no dice  
Bien; no, señor... Si me faltan  
Algunos dientes, tambien  
Tengo las muelas muy sanas,  
Gracias á Dios... ni me huele  
La boca, ni... Pues me agrada  
La especie de... ¡Bueno fuera  
Que nos viniese de estranja  
El otro bribon ahullando  
En su lengua chapurrada!...  
¡Maldito!... Pues aunque él viva  
Mas años que Mariblanca,  
Yo le juro que no lleve  
Ni un alfiler, ni una hilacha.  
No, señor, todo á los niños...  
¡Ay, hijos de mis entrañas!  
¡Angelitos!... ¡Si, pues poco  
Los querrá su padre! ¡Vaya!

## ESCENA X.

PASCUAL, LA TIA MONICA.

PASCUAL.

Pues, señor, ya fui allá,  
Y dije que le esperaba  
Al instante.

TIA MÓNICA.

¿A quién?

PASCUAL.

Al sastre.

TIA MÓNICA.

¡Después de dos horas largas,  
Te vienes con eso?

PASCUAL.

Pues

Fui y dije, digo: el ama  
Está esperando al señor  
Juan, y dice que le aguarda,  
Que no deje de ir corriendo,  
Corriendo, porque hace falta  
Que vaya, y...

TIA MÓNICA.

Bien: ¿y qué dijo?

PASCUAL.

¿Quién, él? El no ha dicho nada.

TIA MÓNICA.

Pues qué, ¿no le has visto?

PASCUAL.

Yo,

No por cierto.

TIA MÓNICA.

Qué, ¿no estaba?

PASCUAL.

Sí, señora.

TIA MÓNICA.

¿Y no le dieron

El recado?

PASCUAL.

La Colasa

Se le dió.

TIA MÓNICA.

¿Con que vendrá?

PASCUAL.

¿Qué ha de venir!

TIA MÓNICA.

Pues acaba,

¿Por qué no viene?



PASCUAL.

Porque  
je esta mañana...  
ior, el pobre sastre  
oner unas tablas  
ar, y una red  
r la ventana,  
o allí se le fué  
a, como andaba  
clavos, y el pelo  
edó en una escarpia...  
allí se cayó  
palo donde enganchan  
cha, cuando tienen  
sacos de paja;  
allí se cayó  
de la Marta;  
allí cayó al suelo,  
allí por la trampa  
va, zas, cayó  
a, porque estaba  
r, y desde allí  
n una tinaja  
diente... Y desde allí  
on á la cama,  
is esté acostado  
e salir de casa...  
no puede venir.

TIA MÓNICA.

do afortunada;  
anto, cuando yo  
se descalabra.  
ropa... Cuidado,  
*án lo que denotan los versos.)*  
adentro... Aguarda,  
que lo arrugas todo?

PASCUAL.

e no se me caiga.

TIA MÓNICA.

é aliño!

PASCUAL.

Si...

TIA MÓNICA.

Suelta;  
vendrá á doblarla;

PASCUAL.

en.

TIA MÓNICA.

Oyes, di,  
dejaste que entrara  
esta tarde?

PASCUAL.

¿Yo?

Luego se me pasa  
a no sé por qué.

TIA MÓNICA.

on que le abras  
otra vez... ¿Estás?

PASCUAL.

TIA MÓNICA.

Mientras no le llaman,  
ara qué venga. Dile,  
otra vez, que el ama  
ho que no le dejes  
e está fastidiada  
no quiere ni oírle  
nas, que se vaya.  
ndes?

PASCUAL.

Pues ya se ve  
tiendo. Si yo estaba  
pio, y cuando vino  
o: no está en casa  
él dice: tonto,

Si la he visto á la ventana...

Con que entró, y aquí se estuvo.

Salió después... Yo pensaba

Que no volviera, y á poco

Cátale otra vez. Se para

A la puerta, y dice... No:

Entonces no dijo nada;

Cogió y se entró derecho

Sin hablar una palabra.

Con que yo, como le vi

Así, que no preguntaba

Cosa ninguna...

TIA MÓNICA.

¿Dos veces

Estuvo?

PASCUAL.

Dos... Pues si anda

Siempre... ¿Toma!... y hace señas...

Y anoche á las once dadas

Estuvo cantando, y...

TIA MÓNICA.

Bien,

Ya lo sé.

PASCUAL.

No era guitarra,

Era otra especie de...

TIA MÓNICA.

Si,

Ya estoy.

PASCUAL.

De instrumento.

TIA MÓNICA.

Calla.

¿Picarones!... todos, todos

Son contra mí, todos tratan

De burlarme; pero yo

Les prometí...

*(Se va con mucho enfado sin atender á lo que dice Pascual.)*

## ESCENA XI.

PASCUAL.

Pues cantaba

Unas coplas... Eso sí,

Las coplas eran muy guapas,

Y... ¡Calle! ya se marchó.

Si está medio espiritada

Esta mujer... ¡Ay, qué rico

*(Se acerca adonde está la ropa, desdobla una bata, y la examina por todas partes con admiración.)*

Zagal!... No, señor, que es bata,

Y con su cola y sus vuelos

Largos, y sus cintas... ¡Anda,

Majo!... ¡Y cómo cruje!... Apuesto

Que á mí me viene pintada.

¡Vaya, vaya, estas mujeres

Qué cosas tan buenas gastan!

Y es bien anchota... Probemos

*(Se pone la bata, mírase á uno de los espejos, y empieza á pasearse de un lado á otro, afectando ademanes mujerieles.)*

A ver... ¡Qué! si está cortada

Para mí... ¡Pobre Pascual,

Siempre vestido de lana

Churra!... ¡Ay, qué guapo! Así va

La médica por la plaza;

Lo mismo, lo mismo, así.

## ESCENA XII.

PASCUAL, FERMINA, LA TIA MÓNICA.

FERMINA.

¿Qué estás haciendo? ¡No es mala  
La diversion!

PASCUAL.

¡Ay! ¡Qué susto

Me has dado!

FERMINA.

Vamos, despacha.

*(Hardn lo que indica el diálogo.)*

Ropa fuera... ¡Se habrá visto

Mayor zangandungo!

PASCUAL.

Vaya,

No te enfades... tira...

FERMINA.

Poco

A poco, que me lo rasgas.

¡Por vida de!...

PASCUAL.

No te enfades,

Mujer.

TIA MÓNICA, llamando desde adentro.

¡Fermina!

FERMINA.

¡Ay! que llama.

PASCUAL.

¿Qué te parece, si viene  
Y nos pilla?

FERMINA.

Me alegrara.

PASCUAL.

Como está sobre la chupa,

Se arruga todo y se atasca.

TIA MÓNICA, vuelve á llamar desde  
adentro.

¡Fermina!

PASCUAL.

¡Válgate Dios!

Tira, mujer.

FERMINA.

Si no alargas

Un poco el brazo... ¡Ay! que viene.

PASCUAL.

Ya se ve que viene.

FERMINA.

Marcha,

Corre.

PASCUAL.

¿Adónde?

FERMINA.

¿Qué sé yo?

Al desván.

PASCUAL.

Arriba palas,

Al desván... Oyes, por Dios,

Que no digas...

*(Hace que se va, y vuelve.)*

FERMINA.

Corre y calla.

*(Vase Pascual por la puerta del foro, con la bata á medio quitar y arrastrando.)*

## ESCENA XIII.

FERMINA, LA TIA MÓNICA.

TIA MÓNICA.

¿Dónde estás, sorda, que grito *(Sale.)*  
Como una desesperada,  
Y no respondes?

FERMINA.

Aquí,

Doblando esta ropa.

# LA MOJIGATA,

COMEDIA EN TRES ACTOS EN VERSO,

REPRESENTADA EN EL TEATRO DE LA CRUZ, AÑO DE 1804.

---

Malus, bonum ubi se simulat tunc est pessimus.

Publio Syro.

---

## ADVERTENCIA.

Escrita y no corregida todavía á satisfaccion del autor la comedia de *la Mojigata*, empezaron á verse copias de ella desde el año de 1794. Durante los viajes de Moratin fuera de España, corrió esta pieza igual fortuna que la de *el Baron*, con poca diferencia. La representaron en muchas casas particulares de la capital, y se celebró el acierto con que la desempeñaron varios aficionados en casa del abogado Perez de Castro, y en la de la marquesa de Santiago. Los cómicos de las provincias la incluyeron en su caudal, y la representaban frecuentemente; solo mereció el autor á la estimacion que le profesaban los actores de Madrid, que se abstuviesen de darla al público, sabiendo que se proponia hacer en ella alteraciones muy esenciales, y que no podia serle agradable saber que la representaban sin su aprobacion por manuscritos tan viciados y tan llenos de errores suyos y ajenos.

A su vuelta hizo en ella las correcciones que le parecieron convenientes; y estudiada y ensayada por los cómicos de la compañía de la Cruz, se representó en aquel teatro el dia 19 de mayo de 1804. No hubo parcialidades, ni venganzas, ni conspiracion, ni alboroto: la experiencia habia dado á conocer la inutilidad de estos medios, y el nombre del autor aseguraba ya los aplausos. El público la recibió con aprecio particular; no así los falsos devotos ni los criticos. Los primeros abominaron de ella, y no les faltaba razon; los segundos publicaron delicadas observaciones, en que manifestaron por una parte su laudable anhelo de ver el arte en toda su perfeccion, y por otra su corta inteligencia para indicar á los que le practican los medios de lograrlo. Las censuras produjeron elogios y defensas; y es de notar que unos y otras se escribieron con urbanidad y moderacion: prendas no muy comunes en este género de escritos, y que hoy dia totalmente se desconocen.

El autor, impasible en medio de estas disputas, y únicamente deseoso de que nadie le defendiese aunque muchos le criticasen, si algo encontró en aquellos opúsculos digno de atencion, supo aprovecharlo; y prescindiendo de todo lo que no le pudo convencer, remitió á sus propias observaciones en los efectos del teatro las enmiendas que hizo sucesivamente en esta y en las demás composiciones suyas.

Ponce desempeñó con perfeccion el papel de don Claudio. Pinto manifestó su acreditada inteligencia en el de don Luis, como Francisco Vaca en el de don Martin. Josefa Virg, estimable actriz, cuya flexibilidad se ha prestado siempre á los caracteres mas dificiles y mas opuestos entre sí, representó con acierto el descaro, el impaciente deseo de libertad, la astucia, la falsa devocion de doña Clara. Maria García sobresalió en el personaje de doña Inés. Para inferir que el de Perico mereció la aceptacion pública, baste decir que le hizo Querol. Francisco Lopez causó el sentimiento de que su papel del demandadero no fuese mas largo; porque en él pintó con escelerencia un viejecillo tan pusilánime, inepto, encogido, frio, memo y ñoño como el autor le imaginó (\*).

(\*) Esta comedia salió impresa el año de 1804 con una dedicatoria en verso al principe de la Paz, cuya proteccion no seria inútil para vencer las dificultades que debieron ofrecerse á su representacion, de parte de aquellos que consideran peligroso presentar en el teatro las mañas de la hipocresia. Este es cabalmente el vicio que en nuestra opinion mas merece salir á la vergüenza; pues los demás se descubren por sí mismos con toda su fealdad y repugnancia; y este se oculta bajo una máscara seductora que conviene arrancar. Segun se dice en la advertencia, *la Mojigata* antes de salir al público se representó en casas particulares con arreglo á copias viciadas, que luego

enmendó el autor. Estas copias sin embargo son todavía buscadas por los curiosos; pues no todas las correcciones fueron hechas con el objeto de mejorar el lenguaje, sino con el de evitar en lo posible escrúpulos y susceptibilidades, que ya no deben existir. La academia de la historia en su edicion modificó algun pasaje. Nosotros, siguiendo diferente camino, damos fielmente el texto de Moratin á tenor de la edicion de Paris; pero donde juzgamos que el autor hizo alteraciones por motivos ajenos á la literatura, ponemos por nota las variantes sacadas de las mas legítimas copias manuscritas.

# LA MOJIGATA.

## PERSONAS.

DON LUIS.  
DON MARTIN.

DOÑA CLARA.  
DOÑA INES.

DON CLAUDIO.  
LUCIA.

PERICO.  
EL TIO JUAN.

*La escena es en Toledo, en una sala de casa de don Luis.*

El teatro representa una sala de paso con algunos adornos, mesa y sillas. A la derecha habrá una puerta por donde se va á la calle; otra á la izquierda para las habitaciones interiores; otra en el foro, que es la del cuarto de don Claudio, y á un lado y otro de ella dos ventanas usuales.

*La accion empieza á las diez de la mañana, y se acaba á las cinco de la tarde.*

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA PRIMERA.

DON LUIS, DON MARTIN.

DON MARTIN.

Mira, hermano, si no quieres  
Que riñamos muy de veras,  
No hablemos mas del asunto;  
Déjémoslo.

DON LUIS.

Tú te inquietas  
Por nada. Cuando las cosas  
No van segun tus ideas,  
Regañas, gritas....

DON MARTIN.

¿Y cómo  
He de llevar en paciencia  
Lo que está pasando? ¿Y cómo  
He de aprobarlo? ¿No es ella  
Mi sobrina? ¿No eres tú  
Mi hermano?

DON LUIS.

Nadie lo niega;  
Pero, pues yo soy su padre,  
Y está á mi cargo y tutela,  
Déjamela gobernar.

DON MARTIN.

Es verdad.... ¿Y la gobiernas  
Perfectamente!.... ¿A qué vienen  
Dilaciones y reservas?  
Llegó don Claudio á Toledo;  
Se han visto ya; pues ¿qué esperas?  
Cásalos.

DON LUIS.

Yo te diré.  
Me escribió veces diversas  
Don Pedro sobre el asunto;  
Me levantó á las estrellas  
Los méritos de su hijo;  
Yo, que me acordaba apenas  
De haberle visto pequeño,  
Esperaba á que vinieran  
Ciertos informes de Ocaña  
Para darle una respuesta  
Decisiva; pero el padre,  
Que gasta poca paciencia,  
Sin avisarme le hizo  
Venir aquí. Siendo fuerza  
Admitirle, no juzgué  
Conveniente que supiera  
Inés-nuestras intenciones.

Al principio observé en ella  
Un agrado indiferente,  
Que presumí que pudiera  
Con el trato ser amor;  
Pero después, tan diversa  
Se le ha mostrado, que siempre  
Le recibe con tibieza  
O seriedad. Yo, entre tanto,  
Me confirmo en la sospecha  
De que don Claudio es un poco  
Simple, de mala cabeza....  
Esta noche no ha dormido  
En casa.... Yo sé que juega....  
En fin, ello es necesario  
Indagar qué vida lleva,  
Y sobre todo saber  
Si Inés admite contenta  
Esta boda, ó la repugna.

DON MARTIN.

Es una cosa muy puesta  
En razon.... Segun la niña  
Lo determine y resuelva;  
Y la autoridad del padre....

DON LUIS.

Esa autoridad se temple  
En estos casos; pues todo  
Lo demás fuera violencia  
E injusticia.

DON MARTIN.

Sí, blandura,  
Mimo, cariñitos.... Deja,  
Deja, que ya verás pronto  
Los efectos.

DON LUIS.

Quien te oyera  
Hablar así, pensaría,  
Segun lo que tú lo esfuerzas,  
Que la muchacha camina  
A su perdicion derecha,  
Y que su padre la ofrece  
Medios para que se pierda.

DON MARTIN.

Si observase la conducta  
De su prima, allí aprendería  
A servir á Dios, á ser  
Humilde, juiciosa y quieta.

DON LUIS.

Eso sí.

DON MARTIN.

Pues ya se ve

Que sí.

DON LUIS.

¿Pues quién te lo niega?

DON MARTIN.

Es que yo sé bien por qué  
Lo digo.... Hay gran diferencia  
De prima á prima.

DON LUIS.

¿Y quién dice  
Que no?

DON MARTIN.

Por mas que lo quieras  
Negar.

DON LUIS.

¡Cierto que la tuya  
Es una niña muy bella!  
Siempre está metida en casa;  
Ayuna cuando la observa  
Su padre; cuando se va,  
Se abalanza á la despensa  
Y se desquita....

DON MARTIN.

No hay tal.

DON LUIS.

Sí hay tal. Hace sus novenas,  
Reza la corona, tiene  
Oracion mental, se encierra  
En su cuarto, abre el balcon,  
Y á oscuras, porque no pueda  
Verla su padre, se pasa  
La niña las noches frescas  
De verano patullando  
Con el cabo de bandera  
De ahí al lado.

DON MARTIN.

No hay tal cosa.

DON LUIS.

Sí hay tal cosa. Como emplea  
En el servicio de Dios  
Las horas de esta manera,  
No cose jamás, no aplancha,  
No hace un punto de calceta,  
No mueve un trasto, ni quiere  
Ocuparse en las faenas  
Propias de toda mujer,  
Y deja el encargo de ellas  
A su prima; pues la vida  
Contemplativa y austera  
No la permite atender  
A las cosas de la tierra.  
Cuando su padre la ve,  
Libros devotos hojea;  
Cuando queda sola, entonces  
Es la lectura diversa:  
Coplas alegres, historias  
De amor, obrillas ligeras,

DON MARTIN.

Pues yo

Ni

Ni

Con nadie conversacion.

DON LUIS.

Pues todo es verdad.

DON MARTIN.

¡Perversa

Envidia!

DON LUIS.

No

12.

Para siempre, es un delirio  
Que solo tú le dijeras.

DON LUIS.

No la he visto profesar.

DON MARTIN.

Profesará.

DON LUIS.

Bien pudiera

Ser, pero.....

DON MARTIN.

Profesará.

DON LUIS.

No será yo quien lo crea.

DON MARTIN.

Profesará, sí, señor,

Profesará.

DON LUIS.

Si te empeñas

En que ha de ser.....

DON MARTIN.

Y será;

Porque yo quiero que sea,

Y será.

DON LUIS.

Bien, no te enfades.

Pero si la trampa hiciera

Que renunciase las tocas,

¿Qué chasco para quien piensa

Heredarla en vida!

DON MARTIN.

No;

Por ese lado

emas.

No es

No es

A mas

Por la

celda.

Ello así

Haces muy mal en creerla.

DON MARTIN.

¿Por qué?

cocina, escaldar

O, y...

DON CLAUDIO.

De esa manera.

O vaya á alguna parte  
bré de estar becho un bestia  
permítan un poco  
criad...

DON LUIS.

Pero es fuerza  
la libertad moderen  
pelo y la prudencia.

DON CLAUDIO.

sé  
calla, luego empiezan  
que es un buron;  
calla...

DON LUIS.

Si no encontras

mirado

e  
225,

aparte.

puerta  
tisma a

DON LUIS.  
ne vos á escribir

IDIO.

ra

25

por la puerta d mierda.

## ESCENA III.

DON CLAUDIO, PERICO.

del lado

PERICO.

DON CLAUDIO.

¿Periquillo! ¿Cómo?...

PERICO.

que estoy ya de vuelta.

Un abrazo y otro, y mil.  
Vine anoche, estabais fuera...

DON CLAUDIO.

Sí, tuve que hacer.

PERICO.

Al fin

No es la prision muy estrecha,  
Cuando hay asuetos nocturnos.

DON CLAUDIO.

Ya llevé mi reprimenda.

¿Y qué dices? ¿Qué hay de bueno  
Por Ocaña? ¿Cómo dejas  
A mi padre?

PERICO.

Tan contento

De la dicha que os espera.

Me dió una carta... Y por cierto  
Que al mudarme la chaqueta  
Me la dejé en el meson.

DON CLAUDIO.

¿Y no te ha dado siquiera  
Algunos cuartos?

PERICO.

¿A mí?

Ni el valor de una peseta.

Dice que yo no le sirvo,

Que os presente a vos la cuenta,

Y que me <sup>en falta</sup>

Pronto, y

DON CLAUDIO.

Bien dicho; pero no tengo  
Un maravedí.

PERICO.

¿Pues fuera

Cosa de ver!... ¿Por ventura,

En tres semanas y media

Que falto de aquí...

DON CLAUDIO.

Sí, amigo.

¿Qué quieres? ¿a uno le tienta

El diablo, y...

PERICO.

¿Qué mayor diablo

Qué tener

DON CLAUDIO.

Es verdad que yo he gastado

En comprar mil frioleras

Tambien; pero lo de anoche...

PERICO.

¿Y qué ha sido?

DON CLAUDIO.

Una merienda

Ahí en casa del Zurdillo.

PERICO.

¿Bueno!

DON CLAUDIO.

¿Qué quieres que hiciera?

Estuvo la Catujilla,

Y aquella moza trigüeña...

PERICO.

¿La Virtudes?

DON CLAUDIO.

Esa misma;

Yo, y el hijo de la Crespa.

PERICO.

Adelante.

DON CLAUDIO.

¿La Catuja,

Hombre, qué chica tan bella!

PERICO.

Al caso.

DON CLAUDIO.

Pues merendamos;

¿A qué vendrá distraerla?

Pero....

DON CLAUDIO.

¿Qué es eso?

PERICO.

Dejadme.

DON CLAUDIO.

¿Qué te suspende?

PERICO.

furos

(Hace

y vacilar

Quisiera

Ver si.... No.... Bien puede ser;

Pero.... ¡Divina ocurrencia!  
Y se ha de hacer, no hay remedio.

DON CLAUDIO.

¿Pero qué?...

PERICO.

Vereis qué idea.

Supongo que ya sabéis

El gran fortunon que espera

Don Martín.

DON CLAUDIO.

¿Lo de Sevilla?

Algo sé.

PERICO.

is

Me

ese

¿?

era.

Fe

¡¡¡¡¡

Pues aquí

Esta ~~cosa~~

Cuando la

que es linda?

la requiebran?

Un tornis

Siemp

Se ha

Pero como yo no hacia

Intencion....

blarla,

PERICO.

¿Qué, de quererla?

Pues ya es preciso. La otra

No os gusta, ni vos a ella;

Y al contrario, si podéis

Alzaros con la prebenda

De la novicia, y....

DON CLAUDIO.

¿Qué pilla

Eres para cosas de estas!

PERICO.

Si en la gran Compluto fui

El coco de las escuelas.

DON CLAUDIO.

Pues mira, tú la has de hablar,

Periquillo, y cuando veas....

PERICO.

¿Yo? ¿Pues me he de casar yo?

a!

Novelas entretenidas,  
Filosóficas, amenas,  
Donde, predicando siempre  
Virtud, corrupción se enseña.  
Estas obras de moral  
Don Benito se las presta;  
Ese estudiante andaluz,  
Opositor á prebendas,  
Que vive en el guardillón.

DON MARTIN.

Pues yo te doy por respuesta,  
Que no he visto tales libros,  
Ni pienso que ella los lea,  
Ni sé de tal don Benito,  
Ni he sospechado que tenga  
Con nadie conversacion.

DON LUIS.

Pues todo es verdad.

DON MARTIN.

¡Perversa!

Envidia!

DON LUIS.

No hay tal envidia.

DON MARTIN.

Bien está; dí lo que quieras;  
No me podrás persuadir  
Que la muchacha no es buena.  
Y sobre todo, pensar  
Que su disimulo llega  
A tanto, que siendo alegre  
Y revoltosa y traviesa,  
Solo por disimular  
En un convento se encierra  
Para siempre, es un delirio  
Que solo tú le dijeras.

DON LUIS.

No la he visto profesar.

DON MARTIN.

Profesará.

DON LUIS.

Bien pudiera

Ser, pero.....

DON MARTIN.

Profesará.

DON LUIS.

No seré yo quien lo crea.

DON MARTIN.

Profesará, sí, señor,  
Profesará.

DON LUIS.

Si te empeñas

En que ha de ser.....

DON MARTIN.

Y será;

Porque yo quiero que sea,  
Y será.

DON LUIS.

Bien, no te enfades.

Pero si la trampa hiciera  
Que renunciase las tocas,  
¡Qué chasco para quien piensa  
Heredarla en vida!

DON MARTIN.

No;

Por ese lado no temas.  
No es niña de las de ahora,  
No es cabecilla, ni anhela  
A mas que á dejar el mundo  
Por la estrechez de una celda.

DON LUIS.

Ello así parece; pero  
Haces muy mal en creerla.

DON MARTIN.

¿Por qué?

DON LUIS.

Porque apenas dice

Palabra que verdad sea.

Si yo la conozco, si  
La observo, si sé sus tretas  
Mejor que tú, si no puede  
Engañarme con aquella  
Fingida virtud que á ti  
Te enamora y embelesa.

DON MARTIN.

¿Fingida virtud?

DON LUIS.

Fingida,

Y la causa es manifiesta.  
Cuando era niña mostraba  
Candor, excelentes prendas;  
Pero tú, queriendo ver  
Mayor perfeccion en ella,  
Duro, inflexible, emprendiste  
Corregir las mas ligeras  
Faltas; gritabas; no hacia  
Cosa en tu opinion bien hecha....  
Tu rigor produjo solo  
Disimulacion, cautelas;  
La opresion, mayor deseo  
De libertad; la frecuencia  
Del castigo, vil temor;  
Y careciendo de aquellas  
Virtudes que no supiste  
Darla, aparentó tenerlas.  
La hiciste hipócrita y falsa;  
Y así que adquirió destreza  
Para engañar á su padre,  
Le engañó de tal manera,  
Que solo cuando mas vicios  
Tuvo, la creyó perfecta.

DON MARTIN.

¡Bien! muy bien!... Voy admirado  
De razones tan discretas.

DON LUIS.

¿Te vas?

DON MARTIN.

Se acabó el sermon,  
Y van á cerrar la iglesia.  
Mira, tu don Claudio sube  
Cantando por la escalera.  
¿Si habrá dormido esta noche  
Al fresco?... ¿Qué tres cabezas,  
El padre, la señorita  
Y el yerno!... ¿Qué tres!  
(Se va don Martin por la puerta del  
lado derecho, y por la misma sale  
don Claudio.)

## ESCENA II.

DON LUIS, DON CLAUDIO.

DON LUIS.

Ya era  
Tiempo de volver á casa.  
Te aguardamos con la cena  
Hasta las once, y al caho  
No te vimos..... Nunca vuelvas  
A trasnochar de ese modo.

DON CLAUDIO.

Es que me detuve ahí cerca,  
En casa de un conocido,  
Que tiene una tos muy recia,  
Y calentura, y....

DON LUIS.

Pues mira  
Que cuando otra vez suceda  
No te canses en venir,  
Porque haré cerrar las puertas,  
Y que te lleven los trastos  
Al meson..... Pero; que tengas  
Tan poco juicio, que ayer  
(Y eso que fué la primera

Vez) en casa de don Juan  
Tales locuras hicieras!  
Fumar donde nadie fuma,  
Silbar, rascarse las piernas,  
Y rebanar con el dedo  
Las jicaras y lamerlas;  
Interrumpir cuando hablaban  
Los demás, no dar respuesta  
Con tino ni reflexion...  
¿Qué gracias eran aquellas  
Tan pesadas que dijiste?  
¿Quién te pudo dar licencia  
Para correr por la casa,  
Y derretir la manteca  
En la cocina, escaldar  
Al gato, y....

DON CLAUDIO.

De esa manera.

Quando vaya á alguna parte  
Me habré de estar hecho un bestia  
Si no permiten un poco  
De libertad...

DON LUIS.

Pero es fuerza

Que esa libertad moderen  
El respeto y la prudencia.

DON CLAUDIO.

Yo no sé cómo entenderlo.  
Si uno calla, luego empiezan  
A decir que es un buron;  
Si no calla...

DON LUIS.

Si no encuentras

Medio, no es mucho que enambos  
Estremos necio parezcamos.  
Si ves que al ir á decir  
Una gracia se te suelta  
Un disparate, y el ceño  
De los demás te demuestra  
Que fuiste poco gracioso,  
¿Por qué repites la escena?  
¿Por qué quieres que á ti solo  
Te escuchen? ¿Por qué no piensas  
Antes lo que has de decir?  
¿Que haya cátedras y escuelas  
De saber hablar, y el arte  
De callar nadie le enseña!

(Hace que se va, y vuela.)

DON CLAUDIO, aparte.

Si me apura mas, tan fijo  
Que le digo cuatro frescas.

DON LUIS.

Mira que voy á escribir  
A mi cuarto. Si te quedas  
En casa, por Dios te pido  
Que no vayas á esa pieza  
Jalbegada del rincón  
A repetir la tarea  
De tu canticio infernal;  
Que después de ser tan bella  
La voz que tienes, no sabes  
Dejarlo, á todos molestas,  
Y das tales alaridos  
Que en la vecindad se quejan.  
(Vase por la puerta de la izquierda)

## ESCENA III.

DON CLAUDIO, PERICO.

(Saldrá Perico por la puerta del  
derecho.)

PERICO.

¡Señor!

DON CLAUDIO.

¡Periquillo! ¿Cómo?...

PERICO.

Como que estoy ya de vuelta.

o y otro, y mil.  
che, estabais fuera...

DON CLAUDIO.

que hacer.

PERICO.

Al fin  
prision muy estrecha,  
ay asuetos nocturnos.

DON CLAUDIO.

mi reprimenda.  
ices? ¿Qué hay de bueno  
a? ¿Como dejas  
re?

PERICO.

Tan contento  
ha que os espera.  
na carta... Y por cierto  
udarme la obaqueta  
é en el meson.

DON CLAUDIO.

ha dado siquiera  
cuartos?

PERICO.

¿A mí?

or de una peseta.  
yo no le sirvo,  
resente a vos la cuenta,  
e paguéis sin falta,  
y en buena moneda.

DON CLAUDIO.

ho; pero no tengo  
vedi.

PERICO.

¿Pues fuera  
ver!... ¿Por ventura,  
semanas y media  
de aquí...

DON CLAUDIO.

Si, amigo.  
ieres? ¿a uno le tienta  
o, y...

PERICO.

¿Qué mayor diablo  
er mala cabeza?

DON CLAUDIO.

id que yo he gastado  
orar mil frioleras  
i; pero lo de anoche...

PERICO.

ha sido?

DON CLAUDIO.

Una merienda  
asa del Zurdillo.

PERICO.

DON CLAUDIO.

¿Qué quieres que hiciera?  
la Catujilla,  
la moza trigueña...

PERICO.

tudes?

DON CLAUDIO.

Esa misma;  
l hijo de la Crespa.

PERICO.

ie.

DON CLAUDIO.

¿La Catuja,  
e, que chica tan bella!

PERICO.

DON CLAUDIO.

Pues merendamos;

Y para alegrar la fiesta,  
Un sarjento de milicias  
Que le falta media oreja,  
Viene, y... ¿Sabes de quién es  
Primo? De la Molinera.

PERICO.

Ya.

DON CLAUDIO.

Pues, amigo; sacó  
La barajilla; se empeña  
El juego, y... ¡vaya!... Diez duros  
Que importó la francachela,  
Por una parte, y por otra  
El... ¡Maldito de Dios sea!  
Si en el sacanete siempre  
Tengo una suerte perversa...  
Eso sí, yo le gané  
Las cuatro manos primeras;  
Pero después se volvió  
El naipe, y en hora y media  
Que duró aquello, perdí  
Cuanto puse y mas que hubiera.  
El echó cuatro por vidas,  
Se levantó de la mesa  
Diciendo que era ya tarde,  
Fuése, y á todos nos deja  
Sin blanca.

PERICO.

¿Y á las muchachas  
Tambien?

DON CLAUDIO.

Puse yo por ellas,  
Porque no era regular...

PERICO.

¿Con que, en fin, de la remesa  
Que vino ya no hay un cuarto?

DON CLAUDIO.

Nada, y... Yo no sé qué hiciera.  
Y ese prendero maldito  
Me va cogiendo las vueltas  
Por un poco que le debo.

PERICO.

¿Tambien esa?

DON CLAUDIO.

Tambien esa.  
Y dice que ha de venir,  
A ver si don Luis encuentra  
Modo de que yo le pague.

PERICO.

Y bien, dejarle que venga.

DON CLAUDIO.

Toma; pues si el viejo sabe  
Eso, la hiciéramos buenas.

PERICO.

¿Qué, ya empieza á regañar  
El suegro en flor?

DON CLAUDIO.

Me revienta.

PERICO.

¿Y doña Inés?

DON CLAUDIO.

Doña Inés  
Ya viste que andaba serio  
Connigo cuando te fuiste;  
Pues de la propia manera  
Ha seguido..... De las dos  
Primas la que mas me petea  
Es la Clarilla. Esa sí.  
Y no he dejado de hacerla  
Algunos cocos. A mí  
Me gusta.

PERICO.

¿Qué desvergüenza!  
Si quiere cantar mañinas,

¿A qué vendrá distraerla?  
Pero.....

DON CLAUDIO.

¿Qué es eso?

PERICO.

Dejadme.

DON CLAUDIO.

¿Qué te suspende?

PERICO.

(Hace ademanes de discurrir y vacilar  
en la resolucion.)

Quisiera

Ver si..... No..... Bien puede ser;  
Pero..... ¡Divina ocurrencia!  
Y se ha de hacer, no hay remedio.

DON CLAUDIO.

¿Pero qué?...

PERICO.

Veréis qué idea.

Supongo que ya sabéis  
El gran fortunon que espera  
Don Martín.

DON CLAUDIO.

¿Lo de Sevilla?

Algo sé.

PERICO.

Después de cena  
Me contó ayer la criada  
El caso letra por letra.  
Ello es que los viejos tienen  
En Sevilla (ó por mas señas  
Ya no lo tienen) un primo  
Beneficiado, que deja  
Por su heredera absoluta  
A doña Clara. La herencia  
Es un horror... ¿Qué sé yo?  
Casas, molinos, haciendas,  
Jolivas..... En fin, el lance  
Es que como da en la tema  
De ser monjita, su padre  
(Sin que nadie se lo pueda  
Disputar) todo lo pilla.  
El por instantes espera  
La copia del testamento,  
Teniendo noticias ciertas  
De que ya el beneficiado  
Goza de la vida eterna.  
Pues aquí de mi invencion.  
Esta Clara, ¿se mosquea  
Cuando la dicen que es linda?  
¿Chilla, cuando la requiebran?  
Si uno se arrima, ¿le vuelve  
Un torniscon, ó se alegra?

DON CLAUDIO.

Siempre que he llegado á hablarla,  
Se ha mostrado muy risueña;  
Pero como yo no hacia  
Intencion.....

PERICO.

¿Qué, de quererla?

Pues ya es preciso. La otra  
No os gusta, ni vos á ella;  
Y al contrario, si podéis  
Alzarnos con la prebenda  
De la novicia, y.....

DON CLAUDIO.

¿Qué pillo  
Eres para cosas de estas!

PERICO.

Si en la gran Complotto fui  
El coco de las escuelas.

DON CLAUDIO.

Pues mira, tú la has de hablar,  
Periquillo, y cuando veas.....

PERICO.

¿Yo? ¿Pues me he de casar yo?

DON CLAUDIO.

Hombre, si me da vergüenza....  
Vergüenza no, sino así  
Como.....

PERICO.

¡Pues cierto que es buena  
Ocasión de timideces,  
Y melindres é indirectas!  
Vaya que no he visto tal.

DON CLAUDIO.

Pues, ¿y si luego nos echa  
Noramala?

PERICO.

Probaremos.  
Háganse las diligencias,  
Y si da en que ha de ser santa,  
Por muchos años lo sea.

DON CLAUDIO.

Gente viene.

PERICO.

Y es, no menos,  
El señor Juan de Corella,  
Demandadero mayor,  
Por gracia de la abadesa,  
Del consabido convento.  
Segun dijo Lucigüela  
Anoche..... Ya sé á qué viene.  
Esperad en esa pieza  
Mientras se va.  
*(Vase don Claudio por la puerta del foro.)*

## ESCENA IV.

PERICO, EL TIO JUAN.

PERICO.

¡Señor Juan!  
¡Oh, señor Juan!

TIO JUAN.

Esta esquela  
Traigo para don Martín.  
¿Se puede entrar?

PERICO.

Está fuera.

TIO JUAN.

¿Sois de la casa?

PERICO.

¿Pues no?

Y es mucho que no se acuerda  
El señor Juan. A recados  
Al convento me despean.

TIO JUAN.

Como yo no paro allí  
Un instante.....

PERICO.

¿Y la parienta?

Siempre tan robusta, ¡eh! vaya.

TIO JUAN.

Si se murió por cuaremas.

PERICO.

¡Hombre!

TIO JUAN.

¡Toma!... Yo no sé  
Si aquí os la deje ó si vuelva.  
Estoy tan harto de andar.....  
Es sobre aquello de illescas.

PERICO.

Sí, de illescas..... Por aquel  
Censillo de las bodegas.

*(Quitándole al tio Juan el papel de la mano.)*

Bien, pues yo se la daré  
A don Martín cuando venga.

TIO JUAN.

Mejor es.

PERICO.

Sí, y él irá

Por allá con la respuesta.

TIO JUAN.

No se olvida.

PERICO.

Quedo en ello.

## ESCENA V.

PERICO, DON CLAUDIO.

PERICO.

*(Después de haber leído el papel hace extremos de alegría.)*

¡Lindo!

DON CLAUDIO.

¿Qué locura es esa?

Hombre, qué...

PERICO.

¡Santo papel,

Que así nuestro mal remedias!

*(Lee el papel, y luego lo dobla y se le guarda.)*

«J. M. y J.—Mi señor don Martín: á consecuencia del aviso que recibimos el otro día de que usted nos había hecho la caridad (Dios se la pague) de cobrarnos en illescas, cuando volvió de Madrid, los tres mil y cuatrocientos reales de aquel censillo, había dado orden á don Lorenzo el mayordomo para que pasase á ver á usted y se hiciera cargo de ellos; pero desde ayer está el pobrecito con un cólico terrible: el Señor quiera mejorarle, que harto se lo rogamos todas. El dador de esta es persona muy segura, y podrá entregarle dicha cantidad. Usted perdone estos enfados, dando memorias á todos los de su casa, y á nuestra Clara en particular, que deseamos verla, y pedimos á Dios la dé su gracia para que le sirva.—B. L. M. de usted su mayor servidora.—Juana María de la Resurrección del Señor, abadesa indigna.»

DON CLAUDIO.

¿Y qué sacamos con eso?

PERICO.

¡Ahí es una friolera!

¿Este don Martín me ha visto?

DON CLAUDIO.

¿Yo qué sé?

PERICO.

Vamos con flema.

Cuando llegamos de Ocaña

Un mes ha, ¿no estaba él fuera?

DON CLAUDIO.

En Madrid, que luego vino.

PERICO.

Muy bien; y antes de su vuelta

¿No me fui yo?

DON CLAUDIO.

SÍ.

PERICO.

¿Y anoche

No me estuve en esas piezas  
De ahí adentro, que ninguno  
Me vió sino la doncella?

DON CLAUDIO.

Tú lo sabrás.

PERICO.

Yo lo sé...

Y don Martín por mas señas  
¿No es medio cegato?

DON CLAUDIO.

Y mucho.

PERICO.

¿Sí? Pues la trampa está hecha.

Si no pagais al prendero,  
Se enfada, viene, lo cuenta,  
Y nos pierde... Sin dinero  
Ninguno paga sus deudas.  
Yo conozco al señor Juan,  
Y él no sabe quien yo sea...  
Por otra parte, las madres  
No han de ser tan avarientas,  
Que hoy mismo quieran los cuartos.  
Mañana tomo soleta,  
Y voy á Madrid.

DON CLAUDIO.

¿A qué?

PERICO.

A encargos y diligencias  
Sobre el pleito.

DON CLAUDIO.

Ya.

PERICO.

Pues bien,  
Me voy; y aunque el hombre vuelva,  
¿A quien dirá el desdichado  
Que entregó la triste esquela?  
Sospechan en mí, no importa.  
Me escriben, respondo; vuelva  
A escribir y á responder;  
Los canso, se desesperan...  
Y si el asunto va mal,  
Que me escriban á Ginebra.  
Además, como se logre  
Que doña Clarita os quiera,  
Entonces... Pero ella viene.

DON CLAUDIO.

Háblala, mira, no pierdas  
Este lance.

PERICO.

¿Pero vos  
Teneis trabada la lengua?

DON CLAUDIO.

Ya viene. Adios.

*(Vase por la puerta de la derecha.)*

PERICO.

¿No hay remedio?

Pues buen ánimo, y á ella.

*(Se sienta de espaldas á la puerta por donde sale doña Clara, y hablará como si creyese estar solo. Dona Clara escucha y le observa.)*

## ESCENA VI.

PERICO, DOÑA CLARA.

PERICO.

¡Válgate el diantre, la niña,  
Qué presto ha dado por tierra  
Con mi buen señor!

DOÑA CLARA.

¿Perico!

PERICO.

Y ahí es decir que nos queda  
Esperanza... ¡pobrecito!...  
De que se seque y se muera.  
¿Qué ha de esperar? Que la encierren,  
La pelen, y no la vea  
Jamás.

DOÑA CLARA.

¿Si será por mí?



PERICO.  
¡Y no valiera  
arse! ¿Ha de ser  
la, tan indigesta,  
do a aquel infeliz...  
e ser, aunque fuera  
nion.

DOÑA CLARA.

¡Periquillo!

PERICO.  
a de haber que consienta  
muchacho, tan muchacho,

¿CEN?

Si

, y... Pues por esa  
¡la ha de curarle,  
¡mal nos vino de ella.

*Ala fingiendo sorpresa de ha-  
ber visto a doña Clara.)*

DOÑA CLARA.

Qué, ya has venido  
a?

PERICO.

Y aun mejor fuera  
venido.

DOÑA CLARA.

¿Por qué?

PERICO.

... ¡Si lo supiera!...

DOÑA CLARA.

¡lo?

PERICO.

No, señora.  
*(tirando, y finge hablar entre  
unas espresiones, segun lo in-  
diálogo.)*

DOÑA CLARA.

¿Adónde?

PERICO.

A la iglesia

DOÑA CLARA.

Porque yo vengo

PERICO.

¡ero; qué se arriega?

DOÑA CLARA

es?

PERICO.

Si el desdichado  
salud por estas  
s, para mi  
carga de conciencia.  
si me quereis  
...

DOÑA CLARA.

Di lo que quieras.

PERICO.

s solos?

DOÑA CLARA.

Parece

PERICO.

o tiemblo...

DOÑA CLARA.

No temas.

PERICO.  
Si me prometéis callar...

DOÑA CLARA.

Estraño que me lo adviertas.

PERICO.

Pues, señora, perdonad

mi atrevimiento, y...

DOÑA CLARA.

¿Qué intentas?

¿A qué quieres atreverte?

PERICO.

No os alteréis. Quien espera

hallar compasión en vos

No vendrá a haceros ofensa.

DOÑA CLARA.

En fin, ¿qué quieres?

PERICO.

Contaros

La aborrece.

DOÑA CLARA.

¿Qué me cuentas?

PERICO.

Y al mismo tiempo por otra

está que se desespera.

DOÑA CLARA.

¿Qué dices? ¿Cosas del mundo!

¿Con que es de Ocaña?... Por fuerza,

de allí será.

PERICO.

No, señora,

No es de allí.

DOÑA CLARA

¿Pues qué! ¿Pudiera

tener ya en Toledo amores?

Dímelo todo... y no temas

Que se lo cuente a mi prima,

No.

PERICO.

¿Con que ha de ser? Pues en

Sehora, él os quiere, y...

DOÑA CLARA.

¿Cómo?

PERICO.

Y os quiere de tal manera

que es frenesí.

DOÑA CLARA.

¿Qué osadía!

Pues... vete, vete, y no vuelvas

A verme nunca.

PERICO.

De vos

;

NO SE.)

Oyes, mira.

PERICO.

¿Qué he de ver? Harlo se muestra

que no tenéis caridad.

¿Qué podeis decir que sea

Nuevo para mí? ¿Que vais

A ser monja? Emborabuena.

¿Que es un loco? Los amores

den la mejor cabeza.  
*(Hace que se va.)*

DOÑA CLARA.

1.

PERICO.

Dejadme, por Dios.

DOÑA CLARA.

¿que esa pasión es cierta?

PERICO.

, señora! ¿Lo dudáis?

DOÑA CLARA.

es quien me asegura de ella?

PERICO.

siros ojos.

DOÑA CLARA, riéndose.

¡Ah, bribón!...

PERICO.

si se considera,  
no sé qué inconveniente  
de haber...

DOÑA CLARA.

Calla, que empiezas

ritarme.

PERICO.

habría

viera

DOÑA CLARA.

Perico,

... ¡Ay, Dios! toda me laqueitas.

PERICO.

que mireis con horror

DOÑA CLARA.

yo no le tengo horror.

PERICO.

¿qué detención es esa?

s de buena familia,

menor edad, buenas prendas...

DOÑA CLARA.

si; no es mal muchacho.

PERICO.

edad: ¿no le quisiérais

marido? ¿No os gusta?

tiene linda presencia?

DOÑA CLARA.

¡éjame.

PERICO.

¡Pobrecillo!

;

o

a

*(En ademán de irse.)*

DOÑA CLARA.

vas?

PERICO.

¿Qué he de hacer?

DOÑA CLARA.

Atiende.

PERICO.

Si, que nunca os vos.

DOÑA CLARA.

s ese.

PERICO.

Que si se quiere  
Morir de amor, que se muera.

DOÑA CLARA.

No, sino... Tú no me entiendes.

PERICO.

¿Cómo quereis que os entienda?

DOÑA CLARA.

Dile... Que es un atrevido...  
¡Ay, Periquillo! ¡Me cuesta  
Tanto rubor!

PERICO.

¿Qué locura!

¡Vaya! Sobre que se juega  
Limpio.

DOÑA CLARA.

Dile que vendré  
A hablar con él esta siesta  
Aquí mismo, que me espere...  
Pero decirlo pudieras  
Como que sale de tí.

PERICO.

¡Oh! bien. A mi cargo queda.  
Pero, ¿no le digo mas?

DOÑA CLARA.

Harto es eso.

PERICO.

Mas quisiera.

DOÑA CLARA.

Vete, vete.

PERICO.

Pero no

Me le riñais cuando venga.  
¿No?

DOÑA CLARA.

Bien, no le reñiré.

PERICO.

Que el quereros no es ofensa.  
(Vase por la derecha.)

DOÑA CLARA.

Adios, picarillo, adios.

## ESCENA VII.

DOÑA CLARA, LUCÍA.

DOÑA CLARA.

Muchacha, estoy muy contenta.  
Ya no hay tocas, ya no hay torno.

LUCÍA.

Pues ¿qué novedad es esa?  
Ya sé que no le ha de haber.

DOÑA CLARA.

Si; pero no es lo que piensas.  
Don Claudio está enamorado  
De mí.

LUCÍA.

¡Calle!

DOÑA CLARA.

Si; y no creas  
Que es un pasatiempo, no;  
Es cariño muy de veras.  
A la siesta nos veremos  
Para tratar lo que deba  
Disponerse, y...

LUCÍA.

Ya que hablais

De eso, sabed que os espera  
En la esquina, descaendo  
Un ratillo de parleta,  
El hijo de la escribana.

DOÑA CLARA.

Anda, ve y dile que vuelva  
Después, ó no venga mas.

LUCÍA.

Es ingratitud muy fea.

DOÑA CLARA.

¿Qué importa? Le quise ayer,  
Porque imaginé que fuera  
Preciso valerme de él;  
Pero ya tiene licencia  
De mudarse.

LUCÍA.

Yo no alcanzo  
Por qué con tal lijereza  
De ese don Claudio os flais.

DOÑA CLARA.

¿Qué sabes tú, majadera?  
Si desde el punto que vino  
Observé la indiferencia  
Que gustaba con mi prima;  
En el estrado y la mesa  
Se sentaba junto á mí,  
Y yo, que no soy muy lerdá...  
Ayer mismo me cogió,  
Sin que nadie lo advirtiera,  
Esta mano, y la apreté  
Tanto, y dijo: ¡Ay, Clara bella,  
Monilla, guapilla!

LUCÍA.

Y vos,

¿Qué dijisteis?

DOÑA CLARA.

¿Qué pudiera  
Decirle estando allí todos?  
Me puse... así... muy contenta.  
Le miré, y no mas.

LUCÍA.

El gusto  
Será, si las cosas llegan  
A efecto, ver á los viejos.

DOÑA CLARA.

¿Qué han de hacer cuando lo sepan?  
Y sobre todo, primero  
Soy yo.

LUCÍA.

¿No temeis la fiera  
Condicion de don Martin?

DOÑA CLARA.

¿Y por qué debo temerla?

LUCÍA.

Porque si os casais, no habrá  
Quien su cólera detenga.  
Y como le habeis sabido  
Embobar con apariencias  
De santica...

DOÑA CLARA.

Hija, en el mundo

El que no engaña no medra;  
Y hoy mas que nunca conviene  
Usar de astucia y reserva.  
Fingir, fingir... Si mi padre  
Trata de heredarme, y piensa,  
Después de haberme tenido  
Tan abatida y sujeta,  
Que he de sepultarme en vida,  
Valiente chasco se lleva.  
Harto he sufrido. Ya es tiempo  
De romper estas cadenas,  
De vengarme, y de vivir.

LUCÍA, mirando adentro.

Vuestra prima.

DOÑA CLARA.

Salte afuera,

Que la he dicho que tenia  
Que hablar á solas con ella...  
Y al arrimón le dirás...  
Que me duele la cabeza.

## ESCENA VIII.

DOÑA CLARA, DOÑA INES.

DOÑA INÉS.

Y bien, Clarita, ¿qué ocurre?

DOÑA CLARA.

Que me saques de una estrema  
Inquietud.

DOÑA INÉS.

¿Cuál es la causa?

DOÑA CLARA.

Como tu bien me interesa  
Tanto... Dime, este don Claudio,  
Que segun todos sospechan  
Ha venido á ser tu novio,  
¿Es de tu gusto? De veras,  
¿Le quieres?

DOÑA INÉS.

¿Yo? No por cierto.

¡Imaginas que pudiera  
Prendarme de él?

DOÑA CLARA.

¿Lindamente

Disimulas!

DOÑA INÉS.

¿Qué simpleza!

DOÑA CLARA.

¿Con que no le quieres?

DOÑA INÉS.

No.

Porque no hay cosa que vea  
En él que no me disguste.

DOÑA CLARA.

¿Y si tu padre se empeña  
En ello?

DOÑA INÉS.

No, no es capaz

De empeñarse en que yo sea  
Infeliz... Me quiere mucho,  
Y tiene mucha prudencia.

DOÑA CLARA.

No te puedo ponderar,  
Inés, cuanto me consuela  
Que pienses así. Yo estaba  
En estrema descontenta,  
Temiendo que ibas á hacer  
Una locura.

DOÑA INÉS.

No temas.

DOÑA CLARA.

El, en efecto, parece  
Un hidalgoito de aldea,  
Vanidoso, tonto y pobre,  
Aturdido, mala lengua...  
¿Y qué figura tan rara!

DOÑA INÉS.

En eso, prima, no aciertas;  
Que es buen mozo.

DOÑA CLARA.

Si te gusta,

Inés, en buen hora sea.

DOÑA INÉS.

Pero ¿qué tiene que ver  
Que le quiera ó no le quiera  
Para decir la verdad?  
El me fastidia, me apesta,  
No puedo sufrirle; pero  
Es buen mozo.

DOÑA CLARA.

No hay belleza

Sino en Dios; las criaturas  
Todas somos imperfectas.

¡A las.  
a eso?  
¡A Clara.  
En fin,  
insprecias,  
no te inclines  
soss

¡A Inés.  
Prima, yo  
a, muy lega,  
a al mundo.  
¡A Clara.  
se nos cercan  
deligros?  
¡A Inés.  
ero piensas  
ad de un clastro  
se encuentran (!)?

¡A Clara.  
virtud...  
¡A Inés.  
en cualquiera  
lix...

¡A Clara.  
que aquella  
humilde,  
mas perfecta.  
¡A Inés.  
sonaigo  
un serias,

*u primitivos dicen :*

que que puede una  
de la jerga,  
en un rincón,  
a virtudes pedresca  
a debilidades  
fuerza nos molestent

¡A Clara.  
de la virtud?  
¡A Inés.

si; pero con  
estas los cleros  
a, lo cual es prueba  
sombr santifica  
no que sea  
quien le dé  
demon que tenga.

¡A Clara.  
o en las religiones...

¡A Inés.  
haci que pudiera  
mas? Yo conozco  
muy perfectas;  
o todas, que tienen  
verdadera.

¡A Clara.  
¡A Inés.  
a en la tierra;  
ambien he visto  
a y doncellas  
glen, honor,  
mas, prudencia,  
m y alegría

los que nos cercan;  
labra, he visto,  
confundien vuestra,  
dices a Dios  
cuanto descan.

¡A Clara.  
o negaría  
como capoteo  
oño.

¡A Inés.  
Seria  
que imprudencia  
a persuadir:  
nacion es cierta,  
con no juzgues  
a no te limito yerra.

Indo que se oponga  
a mas austero;  
mejor aquel  
militó sin violencia.

¡A Clara.  
con un hombre  
a amor me uniera,  
de de esposo y madre  
mas estrechos,  
a mas virtudes  
un la coerva.

¡A Inés.  
simón, los locos,  
de de entienda.

Que el empeño de cumplirlos  
Hará temblar a cualquiera.  
Mucho de Dios necesita  
La que a tanto se resuelve;  
Porque si las cumple bien,  
Prodigioso esfuerzo cuesta;  
Y si no, después de amarga  
Vida, ¡qué suerte la espera!

¡A Clara.

Eso si, tú siempre... Vamos,  
Se conoce que no apruebas  
Mi elección.

¡A Inés.

¡No ha de aprobarla?

Si, prima; y no la parecen  
Que yo la repugno en tí,  
Porque a mí no me convenga.  
Yo, que me conozco, y ves  
Mi débil naturaleza,  
Llena de temor, oño  
La menos difícil senda.

Tú vas por otra, y vas bien,  
Si tienes constancia y fuerzas,  
Y mucha virtud, que al fin  
La perfección está en ella.

¡A Clara.

Eso apetezco, con es  
La felicidad que anhelo  
Mi corazón.

¡A Inés, con tréula.

¡Qué bien hacen!

¡A Clara.

Allí viviré contenta.

¡A Inés.

Y aun aquí no vives triste.

¡A Clara.

¿Cómo?

¡A Inés.

Digo, que no dejas  
De procurar distracciones...

¡A Clara.

¿Qué quieres decir?

¡A Inés.

Honestas,

Se supone.

¡A Clara.

Peró...

¡A Inés.

Ancos,

Con aquel tipo y aquellas  
Copias... ¡Tal can! Ello sí,  
Cantaron mil desvergüenzas,  
Pero la serva de Dios  
Allí se estubo muy quieta...  
Y hubo tasecía y...

¡A Clara.

Cáll,

No me apures la paciencia,  
Mira, que...

¡A Inés.

¡La santa!

¡A Clara.

Cáll,

Que te arrancaré la lengua.

ESQUENA IX.

DON MARTIN, PERICO, DOÑA CLARA,  
DOÑA INÉS.

(Perico sale vestido ridículamente  
caneles, manguito y bastón, en  
cho en un ojo, y coqueado.)

DON MARTIN.

Entrad, caballero. ¡Buenos...  
(Venos doña Clara y doña Inés.)

De difuntos las iglesias... (2)  
 Todo se volvió visajes,  
 Y polvos, y citas griegas;  
 Pero viendo que el paciente  
 No mejoraba con ellas,  
 Le recetaron la unción,  
 Que para el alma es muy buena.

DON MARTIN.

¡Qué desgracia!

PERICO.

La mayor

Que sucedernos pudiera...  
 Si me quereis despachar...

DON MARTIN.

(Hace que se va, y vuelve.)

La pobre dona Vicenta  
 ¿Cómo está?

PERICO.

¿Cómo ha de estar?  
 Traspasada... Si quisierais  
 Despacharme...

DON MARTIN.

Si, al momento

Iré, si me dais licencia,  
 A buscar ese dinero.

PERICO.

Id con Dios.

### ESCENA X.

PERICO, DON CLAUDIO.

PERICO.

Tenemos hechas  
 Mil diligencias. La niña  
 Mas blanda está que una breva.

DON CLAUDIO, desconociéndole.

¡Periquillo!

PERICO.

El mismo soy.

DON CLAUDIO.

He vuelto á saber que nuevas...

PERICO.

Bien está.

DON CLAUDIO.

Pero ¡qué traje,

Hombre!...

PERICO.

Vamos, no se pierdan

Los instantes. La monjita  
 Por vos se deshace y quema.  
 A la siesta no salgais,

(2) Dicen las copias citadas:

Comenzaron á tratar  
 De la dignidad escelsa  
 Del arte, su antigüedad,  
 Sus notorias preeminencias  
 Y blasones, despreciando  
 Bisturi, vendaje ylienta;  
 Todo se volvió dictorios,  
 Bramidos y citas griegas;  
 Pero cuando se acordaron  
 Del enfermo, allí fué ella;  
 Allí fué sacar relanos,  
 Vengan al caso ó no vengan,  
 De Hipócrates el divino,  
 Villacorta, Albini, Heredia,  
 Antonini, Celso, Hartheo  
 Y una infinita caterva  
 De homicidas, que trataron  
 De cólicas verdinegras:  
 Dale con el mesenterio,  
 El ploro, las vertébras,  
 El tejido celular  
 Y la hemorroidal interna;  
 Y dale con que si el clister  
 Fué invención de la cigüeña.  
 En fin, viendo que el paciente  
 No mejoraba con essa,  
 Le recetaron la unción,  
 Que es para el alma muy buena.

DON MARTIN.

¡Pero no rompí?

PERICO.

¡Romper?  
 Sí; romper: en esto piensa.  
 ¡Ay, señor! ya no hay remedio.

Que ha de venir á esta pieza  
 A hablar con vos del asunto  
 Matrimonial.

DON CLAUDIO.

¿Sí? ¿de veras?

PERICO.

De veras... Pero id al cuarto,  
 Que si don Martin nos viera  
 Hablar, éramos perdidos.  
 Al cuarto.

DON CLAUDIO.

Pero ¿qué intentas?

PERICO.

Al cuarto.

### ESCENA XI.

PERICO, DON MARTIN.

DON MARTIN.

Pues aquí está  
 (Le da un papel con dinero.)

Todo, y en buena moneda.  
 Contadlo.

PERICO.

No, ¿para qué?

DON MARTIN.

Sí, contadlo, que pudiera  
 Haber equivocación.

PERICO.

¿Y las niñas están buenas?  
 (Se pone á contar el dinero sobre la mesa.)

DON MARTIN.

Sin novedad.

PERICO.

¡Cuántas veces

Me escribió mi hermano de ellas!

DON MARTIN.

Pues apenas las conoce.

PERICO.

No importa para que sepa  
 Sus prendas y las estime.  
 Uno, dos, tres... ¿Y no piensa  
 Doña Clarita en casarse?

DON MARTIN.

¡Ay! no, señor; esa lleva  
 Otro destino mejor.

PERICO.

¿Con que al fin está resuelta  
 A dejar el siglo? ¡Bueno,  
 Bueno, bueno!... Y dos son treinta;  
 Treinta y uno, treinta y dos,  
 Treinta y tres... Y mas valiera  
 Que la imitase su prima.

DON MARTIN.

No es para malas cabezas  
 Esa vocación.

PERICO.

Ya sé

Que es un poquillo sardasca;  
 Pero su padre...

DON MARTIN.

¡Su padre!

Siempre estamos en quimera

Por eso.

PERICO.

Cuarenta y ocho,  
 Cuarenta y nueve, cincuenta.  
 (Envuelve el dinero en el papel, y le guarda.)

Cabal está... Sí, don Luis  
 No tiene aquella prudencia,  
 Aquel tino... Con que, amigo...

DON MARTIN.

Dad á la madre abadesa

Memorias, y vos, mandad.

PERICO.

Solo serviros desea  
 Don Sempronio de Hinesiroa.

DON MARTIN.

Me holgara de que pudiera  
 El pobre enfermo escapar.

PERICO.

Es muy duro de cabeza,  
 Y si da en que no ha de ser,  
 Se habrá de morir por tema.

DON MARTIN.

¡Pobre mozo!

PERICO.

Sí por cierto.

DON MARTIN.

Permitid...

(Don Martin quiere irle acompaña  
 y él lo rehúsa.)

PERICO.

No, que es molestia.

DON MARTIN.

Hasta la puerta no mas.

PERICO.

Vos hareis que no me mueva  
 De aquí.

DON MARTIN.

Pues mandad, y adios.

(Vase por la puerta del lado izqui  
 y después Perico por la derecha.)

PERICO.

Esto sí que me contenta.  
 La muchacha ya nos quiere,  
 El viejo dió las pesetas,  
 Don Claudio revive, y yo  
 Tengo mi cobranza cierta.  
 Fortunilla, no te mades  
 De madre mimosa en saega.

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA CLARA, LUCIA, DON CLAUDIO  
 (Estarán cerradas las ventanas, i  
 teatro oscuro. Doña Clara y Luc  
 encaminan acia la puerta del cu  
 de don Claudio.)

DOÑA CLARA.

Pisa quedito, no sea  
 Que la gente alborotemos.

LUCIA.

Mucho temo que nos pillen.

DOÑA CLARA.

Chito.

LUCIA.

Si apenas resuello.

DOÑA CLARA.

Mira si aguarda don Claudio.

LUCIA.

Allá voy.

(Lucia se adelanta, llama, y sale  
 Claudio.)

Si sale el viejo,  
 Y en estos malos fregados  
 Coge á la niña, ¡qué basno!  
 ¡Don Claudio!...

DON CLAUDIO.

¿Quién es?

LUCIA.

Salid.

DON CLAUDIO.

Ya te sigo ; pero llevo  
Un miedo , que es un horror.

LUCÍA.

No temais , que á mayor riesgo  
Nos esponemos nosotras.  
Vos sois hombre de provecho ,  
Y os importarán muy poco  
Treinta palos mas ó menos.  
Aquí está.

DOÑA CLARA.

Señor don Claudio.

DON CLAUDIO.

Doña Clara , mucho os debo ,  
Mucho , mucho...

DOÑA CLARA.

Ten cuidado  
No nos oigan y lo echemos  
Todo a perder. *(Lucía se retira.)*

Periquillo

Me habló del cariño vuestro ;  
Yo vengo á saber de vos  
Si lo que asegura es cierto ;  
Porque me admira infinito  
Que un hombre... que un caballero  
De prendas así varie  
De inclinaciones tan presto.  
Mi prima , ¿ en qué desmerece  
Para que os deba un desprecio ?  
¿ Es menos linda que yo ?

DON CLAUDIO.

Es que no consiste en eso ,  
Sino...

DOÑA CLARA.

Pues ¿ en qué consiste ?

DON CLAUDIO.

Yo , acá , bien me lo comprendo ;  
Pero no me sé explicar.  
Tiene doña Inés un cierto  
No sé qué , que no me gusta ;  
La verdad... Yo no me meto  
En si es bonita ó es fea .  
En si tiene ó no buen genio ;  
Pero...

DOÑA CLARA.

Ved que vuestro padre  
Aprueba este casamiento ,  
Y á este fin os envío.

DON CLAUDIO.

Pero bien , si no la quiero.

DOÑA CLARA.

Yo no alcanzo la razon.

DON CLAUDIO.

Ni yo tampoco lo entiendo.  
Ella es muy buena muchacha ,  
Muy honrada , no lo niego ;  
En fin , yo...

DOÑA CLARA.

Mucho arriesgais ,  
Don Claudio ; pues al saberlo  
Mi padre , el vuestro , y mi tío ,  
Se habrán de enfadar por ello ,  
Y con razon.

DON CLAUDIO.

¿ Y qué importa ?

DOÑA CLARA.

Y dareis un sentimiento  
A mi prima.

DON CLAUDIO.

¿ Eh ! doña Inés ,  
Segun lo que en ella veo ,  
No podrá sentirlo mucho.

DOÑA CLARA.

¿ Por qué no ?

TOMO II.

DON CLAUDIO.

Porque sospecho  
Que no me quiere gran cosa.

DOÑA CLARA.

Si á vuestros merecimientos  
Igualara su pasion ,  
Mucho debiera quereros...  
Pero es menester tambien  
Para amar entendimiento.

DON CLAUDIO.

¿ Oh , si fuera como vos !

DOÑA CLARA.

Yo , don Claudio , no pretendo  
Canonizar mi conducta  
A costa de su desprecio.

Solo sé que de las dos  
Es tan diferente el genio ,  
Tan opuestas las costumbres ,  
Que en nada nos parecemos.  
Esto habrá dado ocasion  
Para que algunos sujetos  
De prendas muy estimables  
(Tal vez sin yo merecerlo)  
Pongan los ojos en mí ;

Pero , don Claudio , os protesto  
Que , ingrata á su amor , hallaron  
Solo indiferencia y tedio.

Siempre retirada en casa ,  
Sin dar que decir al pueblo ,  
Mis galas son este traje  
Humilde , mis pasatiempos  
La devocion , la lectura  
De libros santos y buenos ;  
Y aun así... ¡ Somos tan malos !...  
Mas no todos hacen esto.

Mi prima... Es al fin mi sangre ,  
Y sobre todo , no quiero  
Que nadie piense de mí  
Que sus acciones repando ;  
¡ Jesus ! eso no.

DON CLAUDIO.

Es verdad ,  
Pero acá bien conocemos  
Lo que va de prima á prima.  
Ese garbilo , ese aseo ,  
Ese modo de mirar ,  
Doña Clara , ¡ es mucho bueno !

DOÑA CLARA.

Y sobre todo , don Claudio ,  
La virtud , recogimiento  
Y santo temor de Dios  
Es lo principal. Yo veo  
Muchas de mi edad (y acaso)  
Tengo bien cerca el ejemplo)  
Que interpretando á su modo  
Procederesh deshonestos ,  
Llaman cultura y donaire  
Lo publico del esceso ,  
Lo escandaloso del vicio...  
¡ Ay , mi don Claudio , qué tiempos  
Alcanzamos !... Ya se ve ,  
¡ El mundo , el mundo !

DON CLAUDIO.

Ello es cierto  
Que se ven cosas que pasman...  
(Ap. Si dura el sermón reventio.)

DOÑA CLARA.

Por eso no haciendo cuenta  
Ni de los bienes que heredo  
En Sevilla , ni pagada  
De amorosos rendimientos ,  
Blandas caricias que tanto  
Pueden en mi débil sexo ,  
Un claustro fué mi eleccion.

DON CLAUDIO.

Con que al fin...

DOÑA CLARA.

Antes de veros.

DON CLAUDIO.

¿ Y después ?

DOÑA CLARA.

Mucho os estimo ,  
Don Claudio.

DON CLAUDIO.

Pero pensemos...

DOÑA CLARA.

Si es verdad que me quereis...

DON CLAUDIO.

¿ Si es verdad ? ¿ Pues no ha de serlo ?  
¡ Toma ! ¿ Quereis que lo jure ?

DOÑA CLARA.

¡ Jurar ! ¡ ay Dios ! No por cierto ;  
¡ Vaya ! ¡ jurar !

DON CLAUDIO.

Pues , amiga ,  
Una vez que resolvemos  
Casarnos , y está el asunto  
De tal manera...

DOÑA CLARA.

Hablad quedo.

DON CLAUDIO.

Que importa la diligencia  
Y... ¡ Vaya ! Como están ellos  
En que os habeis de...  
(Sale Lucía apresurada ; al quererse  
entrar sale doña Inés. Lucía se aparta  
á un lado , la deja pasar y se va.)

LUCÍA.

Señora ,  
Que viene gente. Escapemos  
Aprisa.

## ESCENA II.

DOÑA CLARA , DON CLAUDIO , DOÑA INES , DON MARTIN.

DOÑA INES.

¿ Quién anda aquí ?  
¿ Es Clara ?

DOÑA CLARA.

Callad.

DON CLAUDIO.

Me alegro.  
(Don Claudio tropieza en una silla y  
cae con ella , se aturde , y no acierta  
á su cuarto.)

DOÑA INES.

¿ Quién es ?

DON CLAUDIO.

Ya he perdido el tino ;  
Me pillaron , esto es hecho.

DOÑA CLARA.

Callad.

DON MARTIN.

¿ Que no han de dejarme  
(Al oirse adentro las voces de don Mar-  
tin , suena ruido de abrir ventanas.)

Nunca dormir con sosiego !

DOÑA CLARA.

Mi padre... Somos perdidos ,  
Ya no hay escape... Este viejo  
De... ¡ Por vida !...

## ESCENA III.

DOÑA CLARA , DON CLAUDIO , DOÑA INES , DON MARTIN.

(Al salir don Martin abre una de las  
ventanas , y se ilumina el teatro.)

DON MARTIN.

¿ Qué bolina

Anda por aquí ? ¿ qué estruendo ?  
¡Hola, don Claudio ! ¿ Qué haceis  
Aquí ?

DON CLAUDIO.

¿ Yo qué culpa tengo ?...  
( *Vase, y entra en su cuarto.* )

DON MARTIN.

¿ Qué respuesta !... ¿ Y la Inesita ?

DOÑA INÉS.

Si acabo de entrar.

DON MARTIN.

Lo creo.

¿ Y tú ?

DOÑA CLARA.

Lo mismo... Yo acabo  
De entrar... Estaba leyendo  
En Kempis, y al escuchar  
Este ruido, vine luego  
A ver quién era.

DON MARTIN.

¿ Ello, al cabo,  
Inesita, no sabremos  
La verdad ?... Pues ¿ quién estaba  
Aquí ? ¿ quién ? Dilo.

DOÑA INÉS.

Yo entiendo,  
Que sin duda era don Claudio  
Con mi prima.

DOÑA CLARA.

¡ Bueno es eso !

¿ Inés, yo ?...

#### ESCENA IV.

LUCIA, DOÑA CLARA, DOÑA INÉS,  
DON MARTIN.

LUCIA.

¿ Qué ha sido ?

DON MARTIN.

Nada ;

Cosa de poco momento.  
Que estaban hablando á oscuras  
Mi sobrina y el monuelo  
Botarate de don Claudio.  
¿ Qué libertades ! ¿ qué excesos !  
Y echa la culpa á su prima.

DOÑA CLARA.

¿ Piensas de mí ?...

DOÑA INÉS.

Yo no pienso

Mal de nadie ; pero digo  
Las cosas como las veo.

DON MARTIN.

¿ Con que habrá sido esta niña ?

DOÑA INÉS.

Puede ser.

DON MARTIN.

¿ Qué atrevimiento !  
( *Se encamina colérico acia doña Inés,  
y doña Clara le detiene.* )  
Mira...

DOÑA CLARA.

Dejadla... Bien haces,  
Inés, yo te lo agradezco.  
Bien haces, que soy muy mala ;  
Prima, muy mala... No tengo  
Disculpa, acúsame mas,  
Cálpame, que mas merezco  
Por mis pecados.

DON MARTIN.

¿ Y tienes  
Corazon para estar viendo  
Sin confundirte ?...

DOÑA INÉS.

Si yo...

DOÑA CLARA.

No os enfadeis ; dad asenso  
A cuanto diga, señor.  
Si yo misma lo confieso  
Que soy muy gran pecadora.  
Dios ha elegido este medio  
Para probarme... Creed  
Cuanto dice... ó á lo menos  
Perdonadla, perdonadla,  
( *Se arrodivilla, y llora.* )

Querido papá.

DOÑA INÉS.

¿ Qué extremo  
De iniquidad !... ¿ Es posible.  
Clara ?

DON MARTIN.

Vete, que no quiero  
Verte, picarona... Vete.

DOÑA INÉS.

Advertid...

DON MARTIN.

Huye al momento  
De mi presencia... ¿ Embustera !  
¿ Basilisco !... Alza del suelo,  
( *Levanta á doña Clara, y la abraza  
carinosamente.* )

Hija de mi corazon.

No llores, que me enternezco,  
Y sé tu virtud... ¿ Qué envidia  
La teneis todos !

DOÑA INÉS.

No puedo

Sufrir mas. ( *Vase.* )

DON MARTIN.

Anda, que yo  
Contaré todo el suceso  
A tu padre... Lo sabrá,  
Sí, lo sabrá sin remedio,  
( *Abre Lucia la otra ventana.* )  
Lo sabrá.

DOÑA CLARA.

No, padre mio,

Por Dios...

DON MARTIN.

Vamos allá adentro,  
Niña, vamos...  
( *Cogiendo de la mano á doña Clara.* )

Lo sabrá :

Yo se lo diré bien presto,  
Yo se lo diré.

DOÑA CLARA.

Señor...

DON MARTIN.

Yo se lo diré.

#### ESCENA V.

LUCIA, DON CLAUDIO.

LUCIA.

¿ Qué enredo  
De los diantres inventó !

DON CLAUDIO, *asomándose á la puerta  
de su cuarto.*

¿ Se han ido ya ?

LUCIA.

¿ No lo veis ?

Ya se fueron,

DON CLAUDIO.

¿ Y en qué quedamos ?

LUCIA.

En que supo revolverlo  
Doña Clara de tal modo,  
Que va el padre hecho un veneno,

Creyendo que doña Inés  
Fué la culpada.

DON CLAUDIO.

¿ Qué ingenio  
Tiene ! Vaya, si es muy guapa...  
Con que di, ¿ cómo podremos  
Hablarlos y ventilar  
Este asunto ?... Que me temo  
Que no ha de llegar á colmo.

LUCIA.

Yo, señor, si en algo acierto  
A servirlos...

DON CLAUDIO.

La dirás

Que estoy á todo dispuesto ;  
Que haga de su capa un sayo...  
Y que era preciso vernos  
Otra vez, y hablar, y...

LUCIA.

Bien.

DON CLAUDIO.

Pues bien.

LUCIA.

¿ Veis este pañuelo  
Qué roto y qué malo está ?

DON CLAUDIO.

A fe que no es nada nuevo.

LUCIA.

¿ Estais en que os serviré  
Con solícitud y esmero ?

DON CLAUDIO.

Sí, ya estoy.

LUCIA.

¿ Que mediaré  
Siempre con igual empeño  
En vuestro favor ?

DON CLAUDIO.

Se entiende.

LUCIA.

¿ Y que guardaré el secreto ?

DON CLAUDIO.

Preciso.

LUCIA.

Pues si tuvierais  
Ahí á mano algun dinero...  
Poco... como medio duro...

DON CLAUDIO.

Precisamente no tengo.

LUCIA.

Vaya que sí.

DON CLAUDIO.

No, de veras.

LUCIA.

Vaya que sí.

DON CLAUDIO.

¿ Quieres verlo ?

Si llegan á doce cuartos  
( *Saca el bolsillo, y cuenta unos cuartos.* )  
Será mucho... Quince y medio.  
Tómalos.

LUCIA.

¿ Qué tibería !

DON CLAUDIO.

¿ No los quieres ?

LUCIA.

Si los quiero,

( *Toma los cuartos y se los guarda.* )  
Vengan... ¿ Pero me dareis  
Después...

DON CLAUDIO.

Sí, yo te lo ofrezco.

LUCÍA.

¿dio duro?

DON CLAUDIO.

Un doblon  
go de dar lo menos,  
¡ mi padre me envíe  
socorro.

LUCÍA.

Ya entiendo.  
uidado. Agur.

DON CLAUDIO.

Adios.

## ESCENA VI.

ON CLAUDIO, PERICO.

DON CLAUDIO.

re, qué falta me has hecho!

PERICO.

ido ocupaciones  
aves... Abi os entrego  
da carta. *(Le da una carta.)*

DON CLAUDIO.

Venga.

PERICO.

as : vuestro preundero  
icaron! me ha leido  
ta de tres pliegos,  
consta lo vendido,  
lo, empeñado y resto.

DON CLAUDIO.

ombre mas fastidioso?

PERICO.

side su dinero,  
straño que fastidie.  
ha salido a cuento,  
bien quiero pedirlos  
se os fastidie por ello)  
ayuda de costa.

DON CLAUDIO.

, calla, no gastemos  
ipo.

PERICO.

Es que me debeis  
: duros lo menos.

DON CLAUDIO.

enfadas.

PERICO.

Es que salgo  
de aqui, y no puedo  
r.

DON CLAUDIO.

O calla, ó vete.

PERICO.

desde el mes de enero  
o pasado, estoy  
un esclavo sirviendo  
a don Claudio Perez,  
a dado en este tiempo,  
ta de mis salarios,  
ces y emolumentos,  
idad de cuarenta  
tales; añadiendo  
suma unos calzones  
que segun sintieron  
itos...

DON CLAUDIO.

Si no callas,  
rra te prometo  
e.

PERICO.

¿Zurra? Acabóse;  
vengaré en silencio.

Y puesto que Periquillo,  
Indigno lacayo vuestro,  
Tiene en su poder la suma  
De tres mil y cuatrocientos  
Reales de vellon...

DON CLAUDIO.

¿Qué dices?

PERICO.

Por legitimo derecho  
Habidos...

DON CLAUDIO.

¿Calle! ¿Con que...

PERICO.

Y no me pagais, y en premio  
De mis servicios recibo  
Amenazas y denuelos,  
Y...

DON CLAUDIO.

¿Periquito!

PERICO.

Ya caigo.

¿Periquito! y á buen tiempo.

DON CLAUDIO.

Si...

PERICO.

No, señor, se acabó :  
*( Quiere irse, y don Claudio le va de-  
tendiendo. )*

Soy un bergante.

DON CLAUDIO.

Dejemos

Eso, y dime...

PERICO.

¿Picardia!

¿A un hombre de mi talento  
Y mi probidad, tratarle  
Como no se trata á un negro!

DON CLAUDIO.

Aunque no me lo des todo...

PERICO.

¿Todo? Si, ya estoy en eso.

DON CLAUDIO.

Pero siquiera...

PERICO.

Necesita mucho arreglo.  
Casa atrasada, que pide  
Juez interventor.

DON CLAUDIO.

Entremos

A mi cuarto, y me dirás  
Por dónde ha venido el cuervo,  
Y... Vamos, allí se hará  
La distribucion.

PERICO.

Veremos.

DON CLAUDIO.

Pues qué, ¿no has de darme?

PERICO.

Poco.

DON CLAUDIO.

Anda, que...

PERICO.

El mucho dinero  
Es causa de muchos vicios;  
Nos hace ingratos, soberbios,  
Insufribles, tontos...

DON CLAUDIO.

Alguien

Viene... Mira que te espero.

PERICO.

Bien está.

DON CLAUDIO.

Por Dios no dejes

De...

PERICO.

Quedo enterado... Adentro.

## ESCENA VII.

PERICO, DON LUIS.

DON LUIS.

¿Oiga! ¿Y estás por acá,  
Inocente? ¿Qué hay de bueno  
En Ocaña? ¿Cómo dejas  
A tu señor?

PERICO.

Gordo y fresco.

DON LUIS.

¿Te dió carta para mí?

PERICO.

Dice que por el correo  
Os escribio, y no le ocurre  
Nada que decir de nuevo.  
Para el señorito traigo  
Cuatro letras.  
*(Entrase Perico en el cuarto de don  
Claudio.)*

DON LUIS.

Bien.

## ESCENA VIII.

DON LUIS, LUCIA.

DON LUIS, *sentándose junto á una mesa.*

No puedo

Tranquilizarme. Asegura  
Tanto mi hermano el suceso...

Si, mejor es... La criada

Podrá servir á mi intento.

La sorprenderé... No es cosa

Antes de saber si es cierto...

Pero si lo fuese, y tantos

Años y tantos desvelos

Se malograsen... ¿Lucia! *(Llama.)*

¿Cual será mi sentimiento!

¿Oh juventud! ¿Oh temible

Juventud!... Disimulemos. *(Sale Lucia.)*

LUCIA.

¿Qué mandas, señor?

DON LUIS.

Te hago

Salir aqui porque tengo

En la cabeza una idea,

Y decirtela pretendo...

Sé tu honradez, y presumo

Que contigo nada arriesgo.

LUCIA.

Sí, señor, bien os podéis

Fiar de mí.

DON LUIS.

Así lo creo.

Ya has visto como don Claudio

Pasó de Ocaña a Toledo,

Y habrás conocido bien,

Como todos, el objeto

De esta venida; aunque á nadie

Se lo dije, previniendo

Lo que nos sucede ya.

Inés no le quiere, y veo

Que el carácter de uno y otro

Son de tal modo diversos,

Que fuera temeridad

Seguir adelante en ello.

Esto me da pesadumbre;

Porque si a Ocaña le vuelvo,

Su padre lo sentirá.

Es mi amigo, sé su genio,

Y tal vez podrá crear

Que esta boda se ha deshecho  
Por mí, sin mirar las causas  
Que me han obligado á hacerlo.  
Yo... ¿Qué quieres que te diga?  
Por todas partes encuentro  
Dificultades. Mi hermano  
Tan obstinado, tan necio...  
; Sacrificar á su hija  
De ese modo!... Te confieso  
Que á no saber con certeza  
Que Clara le tiene afecto,  
Y él la corresponde, nunca  
Hubiera pensado en ello;  
Pero pudiendo casarla  
Con la ocasion que tenemos  
En la mano...

LUCÍA.

Ya se ve,

En siendo un partido bueno...

DON LUIS.

Pues estamos... ¿Y cuál puede  
Hallarse mejor?

LUCÍA.

Es cierto.

DON LUIS.

Ella conoce muy bien  
Los procederes violentos  
De su padre; disimula...  
¿Y qué ha de hacer?

LUCÍA.

¿Tal empeño  
De señor! ; Querer por fuerza  
Que se pudra en un encierro!  
Pero sí, lo que ella dice:  
Un año falta lo menos  
Para profesar, y un año  
Da lugar á mil proyectos.

DON LUIS.

Si por esa friolera  
Que hubo esta tarde, se ha puesto  
Furioso, desesperado...  
Yo me levanté el primero,  
Escuché desde esa pieza,  
Y al cabo todo el misterio  
No era nada... Si se quieren,  
; No han de procurar los medios  
De hablarse? ; No es natural  
Que se aprovechen del tiempo  
Mas oportuno?

LUCÍA.

Así es.

DON LUIS.

Yo por mi parte la absuelvo.  
Pero fué temeridad  
Esponerse á tanto riesgo;  
Porque si mi hermano llega  
Mas pronto y con mas silencio,  
Y descubre que es su hija,  
De un golpe la hubiera muerto.

LUCÍA.

¿Ay, señor, que todavía  
No se me ha quitado el miedo!

DON LUIS.

Ya se ve, como no tienen  
Ocasión... Cuando queremos  
Una cosa, se atropella  
Por todo... Los devanéos  
De los mozos no me admiran,  
Y aunque ya pasó, ine acuerdo  
Que en mi juventud no fui  
Ningun padre del desierto.

LUCÍA.

Ella está que se desvive  
Por él.

DON LUIS.

Yo no desapruuebo

Del todo esa inclinacion;  
Bien que el asunto es muy serio,  
Y se debe proceder  
Con madurez... Pero temo  
No lo echen todo á perder...  
¿Y cuál es su pensamiento?

LUCÍA.

Como salió don Martin  
A lo mejor, no hubo tiempo  
De nada; pero el criado  
De don Claudio es muy travieso,  
Y él se encargará de todo;  
Porque predicar convento  
Es necesidad.

DON LUIS.

Ya lo sé.

LUCÍA.

Jamás ha pensado en ello  
Doña Clara; pero quiere  
Esperar la suya, y luego...

DON LUIS.

Ya se ve... pero el criado  
¿Qué ha de saber? ¿Qué talento  
Tiene, ni qué... No, señor,  
Así no va bien... Yo espero  
Hallar un medio mejor...  
Yo lo pensaré... Y quedemos  
En que á nadie has de decir  
Cosa ninguna.

LUCÍA.

Os prometo

Que no chistaré.

DON LUIS.

Cuidado

Con hablar... Y tambien quiero  
Que si determinan algo,  
Me avises; porque recelo  
Que si no se les dirige,  
La yerren de medio á medio.  
Son muchachos, no reparan  
En nada... Pero silencio:  
Ya lo he dicho.

LUCÍA.

Bien está.

DON LUIS.

Pues vete, no te echen menos  
Tus amas.

(Vase Lucía.)

Cayó en el lazo.

Así podré contenerlos.  
No se determinarán  
A un atentado, creyendo  
Que estoy de su parte, y pueden  
Valerse de mi consejo  
Y mi autoridad... En tanto  
No faltará algun pretexto  
Para apartarle de aquí.  
Ella es muy astuta, y temo  
Que... ; Yo solo!... Harto difícil  
Ha de ser... Pero; qué enredos

(Levántase.)

De niña! ; Qué educacion!  
¿Qué frutos vamos cogiendo!  
¿Y! ¡Inés! ; Y mi pobre Inés!  
¿Válgame Dios!

## ESCENA IX.

DON LUIS, PERICO.

DON LUIS.

¿Está adentro

Don Claudio?

PERICO.

En su cuarto queda,

Sí, señor; está leyendo

Un libro...

DON LUIS.

¿Qué libro?

PERICO.

Aquel

De Marcolfa y Cacaseno.  
Se divierte... ¿Mandais algo?

DON LUIS.

Nada; que te vayas presto.

PERICO.

Con vuestra licencia...

(Haciendo cortesías.)

DON LUIS.

Vete

No gusto de cumplimientos.

Vete.

(Vase Perico por la puerta de la derecha.)

## ESCENA X.

DON LUIS, DON MARTIN.

DON MARTIN.

¿Has salido de casa?

DON LUIS.

Si quieres algo, voy luego  
A salir.

DON MARTIN.

Solo que veas

Si alguna razon tenemos  
De Sevilla. Y no te canses  
En buscar en el correo  
Las cartas, que allí no hay nada;  
Ya está visto... Si á don Diego  
El chanfre no le han escrito  
Algo, ó... mira, ahora me acuerdo,  
Tal vez don Juan, como tiene  
Amistad y parentesco  
Con los dos testamentarios,  
Sabrá decir qué hay en esto.  
Yo no salgo, porque estoy  
Ocupado en ese enredo  
De las cuentas del monjío... (3)  
Es buena cosa por clerio,  
Que hasta el hacer penitencia  
Nos ha de costar dinero.  
Adios. (Hace que se va, y vuelve.)

Pero; qué salida

Ha dado tu agudo ingenio  
Sobre el lance de esta tarde?  
Ya se ve: los documentos  
Morales, la permitida  
Libertad, el trato honesto,  
La contemplacion, el mimo  
De su padre... no hay remedio.  
¿Qué ha de resultar? Preciso:  
Infamias y desenfreno,  
Y escándalos...

DON LUIS.

Mejor es

Callar.

DON MARTIN.

Y procedimientos

(Don Martin se pasea, don Luis quiere  
responderle y se contiene.)

De libertinaje... Y yo

Soy tonto, y soy majadero,  
Y no sé mi obligacion...

(3) Añaden las copias:

Y suben... ¿Qué! sin consuelo.  
No, las monjitas ya saben  
Vender la toca á buen precio.

DON LUIS.

Eso sí.

DON MARTIN.

Pero los otros...  
Nos avisan de que ha muerto  
El primo, y sin avisar  
La copia del testamento,  
O siquiera una razon  
De lo que deja dispuesto.  
Se están con tanta paciencia.



Ya se ve, como no leo  
Libros, y no sé de mundo,  
Ni tengo instruccion, ni entiendo  
Nada de cosa ninguna...  
Y con este humor tan negro  
Que Dios me dió, no es extraño  
Que incurra en mil desaciertos,  
Y haya educado tan mal  
A tu sobrina. Yo siento  
Mucho que la tonta quiera  
Vivir en un monasterio,  
Porque al lado de tu hija  
Pudiera en muy poco tiempo  
Adelantar. Estos hombres  
Sábios, doctos, estupendos,  
Que nada ignoran, y nadie  
Sabe lo que saben ellos,  
¿Qué lastima no aplicarlos  
A rectores de colegios!

DON LUIS.

Vamos, Martín, no me apures  
La paciencia... ¿No podremos  
Vernos jamás sin que haya  
Quimeras y sentimientos?

DON MARTIN.

Yo lo digo, como eres  
Tan letrado y tan...

DON LUIS.

Dejemos

Eso por Dios.

DON MARTIN.

Y tan hábil,

Y... Vaya, si te molesto  
Callaré.

DON LUIS.

Sí, me molestas.

DON MARTIN.

Pues, de hoy mas, alto silencio.  
Una cosa te queria  
Decir, pero ya la dejo;  
A bien que á mi no me importa.

DON LUIS.

¿Y qué cosa?

DON MARTIN.

Un chisme, un cuento.

DON LUIS.

¿Será algun otro delito  
De lués?

DON MARTIN.

No, del caballero  
De Ocaña, don Claudio.

DON LUIS.

¿Y qué?

DON MARTIN.

Ayer encontré á un sujeto  
Que sabe todas sus mañas.  
Dice que no hay en Toledo  
Mayor calavera; dice  
Que entre los bailes, el juego,  
Las meriendas en el río,  
Las tremolinas y escesos  
Cotidianos, ha gastado  
Todo lo suyo y lo ajeno;  
Que le han heredado en vida  
Chalanes, bodegoneros,  
Rufianes y pelanduscas.  
¿Qué te parece?

DON LUIS.

Lo creo.

El muchacho es abonado  
Para todo.

DON MARTIN.

Yo celebro  
Mucho tu serenidad.

¿Qué quieres, que alborotemos  
La casa?

DON MARTIN.

No; pero...

DON LUIS.

A mí

Nada me coge de nuevo.  
Si es un bien, le sé gozar;  
Si es un mal, busco el remedio;  
Y si no le tiene, sé  
Sufrir, y sufro en silencio.

DON MARTIN.

Sentencias y mas sentencias,  
Muy erudito y muy lerdo.  
Abi tienes á tu querida  
Inesita, al embeleso  
De su padre. Adios. *(Hace que se va.)*

## ESCENA XI.

DOÑA INES, DON LUIS, DON MARTIN.

DOÑA INES.

Señor...

Mucho me alegro de veros  
Juntos.

DON MARTIN.

¿Sí? Pues nos veréis  
Separados al momento.  
*(Don Martín quiere irse, y le detiene  
doña Inés.)*

DOÑA INES.

No, señor, no os vais: delante  
De vos aclarar pretendo  
Un engaño que me ofenda.

DON MARTIN.

Pues, sobrinita, ahí te dejo  
A tu padre. Cuanto quieras  
Le puedes mentir sin miedo;  
Anchas tragaderas tiene,  
Y tú un piquito muy bello.  
No haré yo falta.

DOÑA INES.

Rápid.

DON MARTIN.

Lo dicho dicho. Hasta luego.

## ESCENA XII.

DON LUIS, DOÑA INES.

DON LUIS.

¿Lloras, Inés?

No  
Soy  
Que  
Mí

En  
Te  
Con  
Que  
Es  
De

Y el encono mas perverso...  
Pero, Inés, para vencer  
Todo su furor, tenemos  
Una conciencia segura,  
Y hay un Dios que le está viendo.

DOÑA INES.

¡Padre!

DON LUIS.

¡Mi querida Inés!  
*(Abrazando á doña Inés.)*

DOÑA INES.

Pero ¿sabeis el suceso?

DON LUIS.

Lo sé, nada ignoro ya.  
Todo cuanto me dijeron  
Contra ti, calumnias ha sido.  
Tu padre está satisfecho:  
¿Quieres mas?

DOÑA INES.

Eso me basta.

DON LUIS.

Era imposible un escaso  
Tan culpable en tu prudencia,  
En tu decoro, en tu honesto  
Proceder... Con que ya ves  
Que el llorar no viene á cuento;  
A no ser que... Pero no.

DOÑA INES.

¿Qué decís?

DON LUIS.

Que fueran celos

DOÑA INES.

¡Celos! ¿Y de quién? ¿De un hombre  
Tan estúpido, tan lleno  
De extravagancias?

DON LUIS.

Serán

Mucha locura, en efecto.

DOÑA INES.

Bien sabeis lo que os he dicho  
Acerca de él, lo que pienso  
De su conducta, y que solo  
Pudiera vuestro precepto  
Obligarme...

DON LUIS.

No, hija mía.

¿Obligarte? No lo intento.  
Tu padre es tu amigo, y quiere  
Que vivas feliz... ni debo  
Corresponder de otro modo  
A tu amor y tu respeto.  
No te casarás con él,  
No será tu esposo un necio  
Sin virtud y sin humor.  
El sale.

DOÑA INES.

Me voy adentro,  
Si lo permitis.

DON LUIS.

¿Ni verás

¿Quieres?

DOÑA INES.

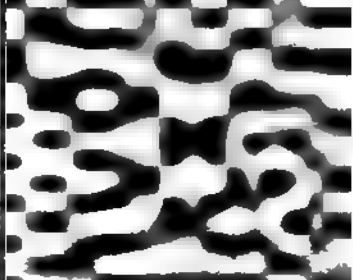
Señor, no he podido  
Remediar, es imposible.

## ESCENA XIII.

DON LUIS, DON CLAUDIO.

DON CLAUDIO, aparte.

¿Aun no se ha marchado el viejo?  
*(Una pausa.)*



DON LUIS.

Somos muy amigos...  
Y habrá diez años, lo menos,  
Que no le he visto... si habrá.

DON CLAUDIO, *aparte*.

¿Por que no se estará quieto  
En su lugar?

DON LUIS.

¿Qué decías?

DON CLAUDIO.

Nada, que estoy muy contento.

DON LUIS.

Pues es menester que tú,  
Mañana en amaneciendo,  
Montes á caballo y vayas  
A recibirle. Este obsequio,  
Como que sale de tí,  
Le agradará.

DON CLAUDIO.

Ya lo veo,

Pero yo... Si puede ser  
Que se detenga en Ciruelos.

DON LUIS.

Y bien, allí le hallarás.

DON CLAUDIO.

Es que el cura es algo nuestro :  
Como primo de mi madre  
Viene á ser... Si, dicho y hecho,  
Primo... no hay mas que son primos.

DON LUIS.

¿Y qué importa el parentesco  
Para que salgas mañana

DON CLAUDIO.

Es que si... Pero no puedo  
Ciertamente, porque...

DON LUIS.

¿Tienes

Que visitar al enfermo  
De anoche? Perico irá  
Contigo... Ve disponiendo  
Lo que hubieres menester.  
Si quieres mis dos podencos,  
Te los daré.

DON CLAUDIO.

¿Para qué

Tengo de llevar los perros?

DON LUIS.

Para cazar.

DON CLAUDIO.

Yo no gusto

De cazar.

DON LUIS.

Pues no por eso  
Te detengas, no los lleses.

DON CLAUDIO.

¿No es mejor estarnos quedos,  
Si él al cabo ha de venir?

DON LUIS.

Pues porque ha de venir, quiero  
Que salgas á recibirle ;  
Si no viniera, ¿á qué efecto  
Era el salir?

DON CLAUDIO.

(Ap. ¿Qué manía!)

Si estoy sin botas.

DON LUIS.

Yo tengo

Botas, y te las daré ;  
Y espuelas, y silla, y freno,  
Y latigo... No hara falta  
Nada, nada.

DON CLAUDIO,

Lo agradezco.

¿Y dónde he de hallarle?

DON LUIS.

Tú

Sigue el camino derecho,  
Y al cabo darás con él.  
Ello es menester hacerlo ;  
Con que á las cuatro podrás  
Salir, y gozas el fresco  
De la mañana.

DON CLAUDIO.

Si está

Nublado.

DON LUIS.

No tengas miedo.

DON CLAUDIO.

¿Y si en medio de esos trigos  
Nos descarga un aguacero?

DON LUIS.

Llevad las capas.

DON CLAUDIO.

Estoy

Tan malo...

DON LUIS.

¿De qué?

DON CLAUDIO.

Del pecho.

DON LUIS.

¿Aprensión! Luego que salgas  
Al campo, te pones bueno.  
(*Vase por la puerta del lado derecho.*)

## ESCENA XIV.

DON CLAUDIO, DOÑA CLARA.

DON CLAUDIO.

Se fué... ; Cuidado que es chasco !  
¿Se habrá visto tal empeño !

DOÑA CLARA.

Aguardando que se fuera  
He estado para poderos  
Hablar.

DON CLAUDIO.

Pero ¿y don Martín?

DOÑA CLARA.

Está en su cuarto escribiendo ;  
No hay que temer.

DON CLAUDIO.

No volvamos

A la de marras.

DOÑA CLARA.

Ya dejo

Centinela.

DON CLAUDIO.

Pues, amiga,  
Este don Luis es un terco.  
Pues no le ocurre al maldito...

DOÑA CLARA.

Ya lo sé ; si he estado oyendo  
La disputa.

DON CLAUDIO.

Y bien, ahora

¿Qué se ha de pensar, qué haremos?  
Mi padre viene... Por fuerza  
Viene... ; Toma! Ya le siento  
Llegar.

DOÑA CLARA.

Por eso conviene  
Aprovechar los momentos.

DON CLAUDIO.

Pero si quiere que salga  
Mañana.

DOÑA CLARA.

Yo ya le entiendo.

El nos quiere separar ;  
Es malicioso en extremo...  
Y el fuego de amor, don Claudio,  
Mal puede estar encubierto.  
Pero en fin, á vos os toca,  
No á mí, procurar los medios  
Mas conducentes. Obrad  
Con actividad, y espero  
En Dios que ha de coronar  
Nuestros designios honestos.

DON CLAUDIO.

Ya se ve, que aquí no vamos  
A hacer ningun gatuperio,  
Sino á casarnos no mas ;  
Solo que yo me recelo...

DOÑA CLARA.

¿Qué recelais?

DON CLAUDIO.

¿Qué sé yo?

Pero, amiga, si me meto  
En este embrollo y después  
Lo huelen... Como tenemos  
Tantos avizoradores  
Encima, y como...

DOÑA CLARA.

¿Qué necios

Temores en un amante!

DON CLAUDIO.

Y como después me quedo  
Solo, porque Periquillo  
Se va sin falta.

DOÑA CLARA.

¿A qué efecto

Se va, ó adónde?

DON CLAUDIO.

A Madrid,

Sobre encargos que le ha hecho  
Mi padre, y para que lleve  
Al abogado unos pliegos  
Que importa que no se pierdan.  
Porque como tiene el pleito  
Con el alcalde mayor  
Dos años ha sobre aquello  
De la villa del Juncar...  
Y el agente es un mostrenco,  
Que está la mitad del año  
Fuera, y la mitad enfermo,  
Quiere que Perico vaya  
A ver...

DOÑA CLARA.

¿Y lo dejaremos

Así, don Claudio? Y si el otro  
Se va, ¿no tendreis aliento  
Para nada?

DON CLAUDIO.

Sí, señora;

Pero es menester primero  
Ir allá á casa de un quidam,  
Para que le consultemos...

DOÑA CLARA.

Pues, don Claudio, en tales casos  
La prontitud, el secreto  
Y la prudencia...

DON CLAUDIO.

¿Prudencia!

Bastante prudencia tengo,  
Lo que sobra... Pero el diablo.  
Lo enreda, y...

DOÑA CLARA.

Mirad que el tiempo

Es precioso, que mañana  
Os vais, que viene á Toledo  
Vuestro padre; á mí me quieren

lar en un convento...  
¿veremos jamas,  
perdereis y os pierdo.

DON CLAUDIO.

bien, al instante voy  
í, a ver si encuentro  
muchacho.

DOÑA CLARA.

Avisadme  
que hubiereis dispuesto.

DON CLAUDIO.

aciso.

DOÑA CLARA.

No perdais  
tuna que os ofrezco;  
vos las diligencias,  
¿Dios.

DON CLAUDIO.

¿Es gran proyecto!  
no se ha de lograr.

DOÑA CLARA.

¿osotros queremos,  
¿lo ha de impedir? Mi padre  
idra furioso, y luego  
de ceder... Si acaso  
s que os azote el vuestro...

DON CLAUDIO.

se ha de azotar?... Sí, ¡toma!  
re es un pobre viejo,  
as vanidad y mas  
as, y anegado en pleitos  
desuellan... Don Luis  
e palabra de esto.  
amiga, si no fuera  
es del ayuntamiento,  
antos encuentra al paso  
va a la carcel presos,  
o sudan... ¡por fuerza!  
alir, no hay remedio...  
bo que por desgracia  
ltamos, no comemos.

DOÑA CLARA.

ien, ¿qué os detiene?

DON CLAUDIO.

A mí  
iene... Yo me entiendo,  
al cabo es un embrollo  
monio, y tengo un miedo  
...

DOÑA CLARA.

Bien está, don Claudio.  
tro amor fuera cierto,  
a resolucion  
ayores empeños.  
onoceo; bien está.  
temán de irse. Don Claudio la  
detiene.)

DON CLAUDIO.

, vaya.

DOÑA CLARA.

¡Perverso!

DON CLAUDIO.

illa!

DOÑA CLARA.

¡Seductor!

DON CLAUDIO.

DOÑA CLARA.

, no quiero veros.

DON CLAUDIO.

pobrecita mia.

DOÑA CLARA.

se. Adios.

DON CLAUDIO.

Acabemos  
De una vez esas angustias,  
Y haya paz.

DOÑA CLARA.

¡Ay! ¿Cómo puedo

Hallar paz, si el corazon  
Se rompe dentro del pecho!  
¿Qué lejos estaba yo  
de saber amar, qué lejos!  
Sola, ignorante, apartada  
De los lazos lisonjeros  
Que ofrece el mundo, ¿quién pudo  
Hacer que cayera en ellos?  
Por vos mi quietud perdi;  
Por vos, ingrato, me veo  
Apartada de la senda  
De perfeccion, y este ciego  
Amor me arrastra, y no deja  
Lugar al entendimiento.  
¿Qué desengaño!... ¡Y qué tarde  
Viene!... Pero ¿a quién me quejo?  
Yo soy la culpada... Quise  
A un hombre, y este es el premio...  
Son fermentidos, y vos  
Falso, mas que todos ellos, (Llora.)  
Coharde, inflexible al llanto  
De una infeliz.

DON CLAUDIO.

Por san Pedro,  
Que no sé lo que me pasa,  
Ni á qué son esos estremos;  
Si digo que voy allá,  
Que entre los dos... En efecto,  
Ello hoy mismo se ha de hacer;  
Y aunque después eche ternos  
Vuestro padre, y rabie el mío,  
Y don Luis se caiga muerto;  
Si nos casamos, de todo  
Lo demas se me da un bledo.  
Y no haya mas, ni lloreis  
Así, que ya me enternezco...  
¿Cascaras! Si estoy que no  
Me llega la ropa al cuerpo  
Hasta ver en qué quedamos...  
Voy á la consulta, y vuelvo.  
(Se va don Claudio por la puerta de la  
derecha. Doña Clara sonriéndose se  
enjuga las lágrimas, y se va por el  
lado opuesto.)

DOÑA CLARA.

Anda con Dios... Ya parece  
Que se le ha quitado el miedo.  
Valen mucho unos suspiros  
Bien ponderados y á tiempo.

## ACTO TERCERO.

### ESCENA PRIMERA.

PERICO, DOÑA CLARA.

PERICO.

Rendido estoy. ¿Qué malditas  
(Siéntase.)

Callejuelas! Empinadas,  
Tuerlas, angostas... ¡Por cierto  
Que los trabajos que pasa  
El que sirve á un loco!... Pero,  
Como dicen en Ocaña,  
A buen bocado, buen grito.  
¡Oh señorita!  
(Sale doña Clara. Perico se levanta.)

DOÑA CLARA.

¿Aquí estabas?

PERICO.

Vengo en busca de don Claudio,  
Que me dijo...

DOÑA CLARA.

No está en casa.

PERICO.

Si me dijo que viniese  
Volando, que me esperaba...

DOÑA CLARA.

Pues no ha venido.

PERICO.

A buscarlo.

(Hace que se va, y vuelve.)

DOÑA CLARA.

Pero ¿en qué estado se hallan  
Esas cosas? ¿Qué ha resuelto?

PERICO.

¡Ay, señora de mi alma!  
Que don Luis nos descomponen  
Nuestro plan.

DOÑA CLARA.

No temas nada.

PERICO.

¡Ay, señora! que mi amo  
En cada paso se atasca,  
Se atolondra... Hemos corrido  
La ciudad y su comarca  
Buscando a un cierto don Lucas,  
Muy amigo y camarada,  
Hombre de bien, si los hay,  
Que para estas zalagardias  
De bodorrios clandestinos  
No tiene igual en España.  
Le hablamos, nos dió un consejo,  
Y en verdad que no se halla  
Otro mejor.

DOÑA CLARA.

Pues á mí  
Me ocurre... Sí... Y eso basta.  
Una obligacion...

PERICO.

Seguro.

DOÑA CLARA.

De matrimonio, firmada  
Por los dos...

PERICO.

Pues, si es la idea  
De don Lucas.

DOÑA CLARA.

Si llegara  
El caso de que mi tío  
Maliciase lo que pasa,  
Hecho y firmado el papel...

PERICO.

Hatillo, y salto de mata.

DOÑA CLARA.

Bien que... Mira, de ninguna  
Modo ha de salir mañana.

PERICO.

Se entiende.

DOÑA CLARA.

Y si nos apuran,  
Fuga, depósito...

PERICO.

¡Oh Clara  
Prudentísima y sutil!  
Eso ha de ser.

DOÑA CLARA.

Si le falta  
Dinero...

PERICO.

¿No ha de faltar?  
Pues bolsa mas apurada  
Que la suya ¿quién la vió?

DOÑA CLARA.

Yo tengo algunas albas  
Que empeñar, cuyo valor  
Para cuanto ocurra alcanza;  
Y una vez fuera de aquí,  
Y libre de esta canalla  
Que me cerca...

(Al ver doña Clara á don Martin, que asoma por la puerta de la izquierda, fingiendo no haberle visto, prosigue sin turbarse lo siguiente del diálogo, mudando el tono y la acción.)

Solo siento,

¡Sábelo Dios!... que no hayan  
Seguido mi parecer.  
Yo he querido ser descalza,  
Porque á mas austeridad,  
Mayor corona se aguarda;  
Pero en mí no hay albedrío,  
Y debo hacer lo que manda  
Mi papá.

PERICO.

¿Y á qué demonios  
Viene?... ¡Hay hembra mas bellaca!  
(Ve á don Martin, y finge igualmente no haberle visto.)

Y dice bien que es locura.  
Una niña delicada  
Como vos... ¡Eh! no, señor:  
Las penitencias relajan  
La salud, siendo escesivas (4).  
Ya probareis lo que anda  
Por allá, y en siendo monja  
Negra, cenicienta ó blanca,  
Calzada y todo, vereis  
Qué trabajillos se pasan.  
¿Es cosa de chirimola  
Vivir siempre emparedada?  
¿Sin una pizca de coche,  
Sin un palmo de ventana?  
¿Comer en cifra y cenar  
Aceugas y remolachas?  
¡Ahi es un grano de anís!

DOÑA CLARA,

Con ese lenguaje engaña  
El enemigo á los hombres.  
Difícil nos pinta y ardua  
La senda del bien, y así  
Del sumo bien nos aparta.

## ESCENA II.

DON MARTIN, DOÑA CLARA, PERICO.

DON MARTIN.

Vamos, niña, ya te he dicho  
Que estos estremos me cansan.  
Pues no, bien claro te hablé  
El padre fray Gil... ¡No es uada!  
¡Capuchinita se quiso  
Meter! Es cosa muy santa,  
¿Quién lo duda? Pero debes  
Considerar que no alcanzan  
Todas una resistencia

(4) En las copias se encuentra la siguiente variante.

Y no es mala circunstancia  
Para ser bueno, estar bueno;  
No pienso que Dios se enfada  
Porque gastemos zapatos,  
O chinelas, ó alpargatas.  
Además que en siendo monja  
Negra, cenicienta ó parda,  
Calzada y todo, vereis  
Qué trabajillos se pasan.  
¿Es cosa de chirimola  
Vivir siempre emparedada?  
¿La castidad, la obediencia  
La pobreza voluntaria,  
Y estar maullando el latín  
De la noche á la mañana?  
¡Ahi es una bagatela!  
Y si echais la sobre carga  
De mas ayunos, mas rezos,  
Cibicos y zurribandas,  
No hay monja para dos días.

OBRAS DE MORATIN (D. LEANDRO).

Tan grande y tan continuada  
Como allí se necesita.  
¿Qué la sucedió á sor Blasa  
De la Trasverberacion?  
Bien te acuerdas qué muchacha  
Tan robustona, tan fuerte...  
Perdió el color y las ganas  
De comer... Vómitos, flatos,  
Ya la purgan, ya la sangran,  
Ya va mejor, ya peor;  
Al año y medio que estaba  
En el convento, murió.

PERICO.

Don Martin, aconsejadla;  
Desimpresionadla bien.

DON MARTIN.

¿Quién eres tú?

PERICO.

Soy de casa,

Periquillo.

(Hace una cortesía, y se va por la puerta de la derecha.)

DON MARTIN.

¡Ah! sí, el criado

De don... Adiós. Buena traza  
Tiene ese muchacho... No,  
Y en lo que te dijo hablaba  
Como un libro. Con que vamos,  
Ya te he dicho que no hagas  
Calendarios, ¡eh! que estás  
Tristona y desmejorada  
De pensar en eso: ¿entiendes?

DOÑA CLARA.

Sí, señor.

DON MARTIN.

Después que vayas  
Conociendo aquellas cosas,  
Le darás á Dios mil gracias  
De estar allí. Y no te empieces  
Luego con extraordinarias  
Penitencias á alligir,  
No, señor... Ser moderada,  
Obediente, calladita,  
Acudir á lo que mandan  
Las superiores, tratar  
A las otras como hermanas...

DOÑA CLARA.

Si lo son en el Señor.

DON MARTIN.

Pues por eso digo. Amarlas  
Mucho... y no meterse en chismes  
Ni rencillas, nada, nada  
De eso. Ser muy puntual  
En todo aquello que encarga  
La regla: que solo en esto  
Estriba ser buena y santa.  
Porque si no, el enemigo....

DOÑA CLARA, fingiendo escesiva timidez (3).

¡Ay! el enemigo...

## (3) Dicen las copias.

DOÑA CLARA.

¡Ay padre! eso no... ¡Qué horror!  
Si estoy atemorizada  
De un ejemplo que he leído  
Muy espantoso.

DON MARTIN.

Dí, vaya:  
Dí el ejemplo, si te acuerdas.

DOÑA CLARA.

Pues dice que allí en Italia,  
En un convento de monjas  
(Yo no sé si eran bernardas),  
En un pasillo tenían  
Una cruz de Caravaca;  
Y una monja muy devota  
Luego que se levantaba  
Iba á hacer tres reverencias  
A la cruz cada mañana;

DON MARTIN.

Aguarda

La ocasion, y...

DOÑA CLARA.

¡Dios nos libre!

DON MARTIN.

Lazos y redes nos arma.

DOÑA CLARA.

Como el traidor solo busca  
La perdición de las almas.  
La carne es frágil, y el siglo  
Todo engañosas y trampas...  
¡Ay, papá!

(Asiendo de las manos á don Mart

DON MARTIN.

Calla, hija mía,

No te atemorices, calla;  
Ten resolucion, que el diablo  
Se vuelve á puertas cerradas,  
Como dijo el otro.

DOÑA CLARA

¡Somos

Tan débiles!

DON MARTIN.

Vaya, vaya.

No mas... ¡Qué diantre! No puede  
Uno decirla palabra  
Sin que... (Ap. Pobrecita!) ¡Eh! w  
A ver si tenemos cartas  
De Sevilla. Se lo dije  
A mi hermano, y como gasta  
Aquella sorna, nie hará  
Rabiar antes que las traiga.

Una vez dejó de hacerlas,  
Porque atravesó una gata  
Con un pedazo de congriso  
En la boca; ella irritada,  
Ya se ve, no se acordó  
De que allí la cosa estaba;  
Cogió un látigo, y marchó,  
Las faldas arremangadas,  
Tras de la gata golosa;  
Y aquella misma semana  
Una leguita que había,  
De vida muy arreglada,  
Oyó de noche una voz  
Que dijo, como se hallaba  
En duda la salvacion  
De la madre sor Juliana.  
Retirósele á la otra,  
La cual, viendo la amenaza  
Del cielo, se arrepenió  
De su culpa, y murió santa.

DON MARTIN.

¡Pues no te lo dije yo?  
Es menester mucha nada,  
Porque si no, el enemigo...

DOÑA CLARA.

¡Ay! el enemigo...

DON MARTIN.

Aguarda

La ocasion, y...

DOÑA CLARA.

Dios nos libre.

DON MARTIN.

En hallando desconfianza  
A la pobre religiosa,  
Como él está siempre en arma,  
La destruye, y, cuántas veces,  
Viendo que su astucia es vana,  
No pudiendo mas, las pilla  
Del hábito, las sacra  
Por la celada, las azota.  
Las muere, y luego las baja  
A la huerta, y las zamballe  
De cabera en nua charca!  
Pues mil veces lo he leído  
En los libros: no, no es chasaca.

DOÑA CLARA.

¡Ay, papá!

DON MARTIN.

Pero estas cosas  
A quien de veras se aparta  
Del mundo, no deben darle  
Susto ni desconfianza:  
Al contrario, ten valor,  
Que hallándole preparado,  
El diablo poco podrá  
Ofenderle.

DOÑA CLARA.

Dios lo haga.

DOÑA CLARA.

papa.  
odilla, y le besa la mano.)

DON MARTIN.

Adios, niña.

DOÑA CLARA.

serve en su gracia.  
a oracion mental.  
tiernes será muy larga.

## ESCENA III.

MARTIN, DON CLAUDIO.

DON MARTIN.

ama virtud,  
es patarata.  
todo consiste  
en una enseñanza.  
on Martin por la puerta de la  
tropieza con don Claudio, que  
le apresuradamente.)  
que!... Pero ¿por que

DON CLAUDIO.

No reparaba.

DON MARTIN.

DON CLAUDIO.  
engo de prisá.

DON MARTIN.

DON CLAUDIO.  
Como entraba

DON MARTIN.

Y a qué vendran  
as?

DON CLAUDIO.

¿Quien pensara  
ierais tan al paso?

DON MARTIN.

¡el! Vase.)

DON CLAUDIO.

Nada falta  
Perico venga,  
os la maraña.  
¿estas ahí?  
en su cuarto, y cierra por  
dentro.)

## ESCENA IV.

A CLARA, DON LUIS.

DOÑA CLARA.

lio... digo... Yo entrara,  
una al cuarto de don Claudio,  
rrada la puerta, duda y ob-  
or un lado y otro si alguien

rra... No, no puede  
no espero a que salga...  
chigos... ¿Que vida  
lesesperada?  
rimida, estudiando  
templí y laudo laudas,  
! que!... Pero no,  
nos la esperanza:  
ariciencia, que ya  
ca mañana.  
lo dije?

a la puerta del lado derecho,  
de sale después don Luis.)

DON LUIS.

¿Qué buscas?

DOÑA CLARA.

¡Válgame Dios!  
(Hace que busca por el suelo alguna  
cosa, después quiere irse, y don  
Luis la detiene.)

DON LUIS.

¿Qué?

DOÑA CLARA.

Buscaba

Una estampa muy devota  
Que me dio el padre Berlanga,  
Y ni sé dónde la... ni...  
¿Cuanto siento no encontrarla!

DON LUIS.

¿Te vas? Ven aquí.

DOÑA CLARA.

Señor.

DON LUIS.

Ven acá. ¿Por qué te extrañas  
Así? Cuando nos juntamos  
En la mesa no me hablas,  
Y después, ó estás metida  
En tu cuarto, ó si me hallas,  
Huyes de verme... ¿Qué es esto?  
¿Conmigo tan enfadada?

DOÑA CLARA.

¿Enfadada? No, señor.

DON LUIS.

Al tiempo que te separas  
De tu familia, y nos dejas  
¿Para siempre, ¿así me tratas?

DOÑA CLARA.

Perdon, mi querido tío,

Perdon.

(Quiere arrodillarse, y don Luis lo es-  
torba.)

DON LUIS.

¿Ay niña! levanta,

Que no gusto de eso. Dime...

Pero quisiera que hablaras

Con ingenuidad. ¿Estás

Contenta?

DOÑA CLARA.

Siento en el alma

Un gozo, que no es posible

Explicarle con palabras.

DON LUIS.

Yo presumi que el temor  
A tu padre fuese causa  
De callar y darle gusto,  
Aunque hubiese repugnancia

En ti.

DOÑA CLARA.

¿Cómo! No, señor.

DON LUIS.

Las hijas bien educadas  
Hacen tales sacrificios  
Muchas veces.

DOÑA CLARA.

En mi falta

Ese mérito.

DON LUIS.

¿Por qué?

DOÑA CLARA.

Porque no me venzo en nada.  
Doy gusto a mi padre, y sigo  
Mi vocacion.

DON LUIS.

¿Cosa extraña!

DOÑA CLARA.

¿Pues esto os puede admirar?  
No lo entiendo.

DON LUIS.

Una muchacha

Bonita, de genio alegre,  
Que por instantes aguarda  
Heredar un patrimonio  
En que mire asegurada  
Su fortuna, ¿se desprende  
De todo, renuncia tantas  
Felicidades, se encierra  
En una celda, se aparta  
Del mundo? No hay medio, ó es  
Muy embustera ó muy santa.  
Pero dime, si no es esa  
Tu inclinacion, ¿por qué engañas  
A quien te puede servir,  
A quien te quiere en el alma  
A pesar de tus defectos?  
¿Aun no te dan estas canas  
Bastante seguridad? (6)

DOÑA CLARA.

Pero ¿quién os dice...

DON LUIS.

¡Ingrata!

DOÑA CLARA.

¿Por cuántos medios procura  
El enemigo que caiga  
En el pecado!... Pues no,  
No ha de rendir mi constancia:  
Que Dios...

DON LUIS.

Oyes, niña, mira

## (6) En las copias prosigue así:

DON LUIS.

Si tu padre por su rara  
Condicion te da temor,  
¿Por qué á mí no me declaras  
Tus intenciones? ¿Soy yo  
Tu enemigo? ¿Qué? ¿no bastan  
El parentesco, la edad,  
El amor, las circunstancias  
Que ocurren para que dejes  
Conmigo de ser ingrata?  
¿No me dirás la verdad?

DOÑA CLARA.

Yo, señor, no oculto nada.

DON LUIS.

Pero si la suerte hiciese  
Que se te proporcionara  
Alguna colocacion,  
Pudiera...

DOÑA CLARA.

¿Yo ser casada?

No, señor.

DON LUIS.

¿Tanto aborreces

Ese estado?

DOÑA CLARA.

Soy muy mala;  
Soy muy mala, sí, señor:  
Dejadme, que Dios me llame  
Por esta senda; dejadme;  
Allí el mérito se labra  
Con la mortificacion;  
Allí viviré apartada  
Del siglo, donde es peligro  
Todo é ilusiones vanas.

DON LUIS.

Si, donde todo es peligro  
É ilusion, y donde tantas  
Virtudes verás tambien,  
Virtudes las mas sagradas  
Que inspira naturaleza;  
Virtudes que al contemplarlas  
Con atencion, se ve en ellas  
La felicidad cifrada  
De los estados; virtudes  
No esteriles, no encerradas  
En un sepulcro; ¿Qué orgullo  
Es el nuestro? ¡Oh! ¿Qué ignorancia!  
¿Que solo ven error  
En el claustro; desgraciadas  
Virtúmas, celo imprudente,  
Seduccion, rana observancia,  
Ambicion, desobediencia  
Al príncipe: otros se apartan  
Del mundo para lograr  
El derecho que buscan  
De abominar á los hombres;  
Nada es bueno si no alcanzan  
Su aprobacion: solo en ellas  
La virtud se ve estrafada.  
¿Ah! quien de veras la busque,  
Confesará que se halla

Que yo no gusto de maulas.  
 ¿A mi te vienes con frases  
 De mision?... ¡Eh! no me bagas  
 Eufadar. Si yo te faltó,  
 ¿Quién con mayor eficacia,  
 Con mas cariño, sabrá  
 Defenderte de la estraña  
 Tenacidad de tu padre,  
 Vencer su cólera, y cuantas  
 Ocasiones se presenten  
 Oportunas emplearlas  
 En tu favor?... Este empeño,  
 Nacido de su ignorancia,  
 Y el plan que has seguido, haciendo  
 La gazmoña y la beata,  
 Te han reducido á tal punto,  
 Que no sé yo cómo salgas;  
 Pero al fin es tiempo ya  
 De que se acabe esta farsa;  
 Es tiempo de que conozca  
 Tu padre que no te agrada  
 La vida contemplativa;  
 Que tu inclinacion te llama  
 A otro estado en que podrás  
 Vivir contenta y honrada,  
 Y servir á Dios sin tocas,  
 Sin hábitos ni alpargatas,  
 Como buena madre y buena,  
 Esposa, y buena cristiana.

DOÑA CLARA.

¿Yo! ¿Qué decís?...

En una y en otra parte,  
 A pesar de cuanto claman  
 La impiedad y el fanatismo;  
 Verá cuán pura y cuán santa,  
 Cuán humilde es la virtud;  
 Y si en el acaso falta,  
 Verá á lo menos que debe  
 Conocerla y adorarla.

DOÑA CLARA.

Ya sé que en cualquiera estado  
 Que se examine se hallan  
 Muchos siervos del Señor;  
 Este elegí, porque adapta  
 Mas á mi genio.

DON LUIS.

No es para este estado, Clara.

DOÑA CLARA.

Pero, señor.

DON LUIS.

Tu conozco  
 Bien; si estás determinada  
 A fingir, á seducirme,  
 Sobrina, en vano te cansas.

DOÑA CLARA.

Pues ¿qué motivos he dado?

DON LUIS.

Vuelvo á decirte que nada  
 Conseguirás; te conozco:  
 Con una apariencia falsa  
 De virtud quieres burlarme;  
 Porque estás acostumbrada  
 A hacerlo con los demás;  
 Quien escuche tus palabras  
 Te abonará: quien atiende  
 A tus obras, no se engaña.

DOÑA CLARA.

¿Tantas mis maldades son,  
 Que puedan?...

DON LUIS.

Eres tan mala,  
 Porque finges ser tan buena;  
 Porque eres disimulada  
 E hipocrita; porque en tí  
 La impostura se disfraza,  
 La soberbia, el interés,  
 El desdoro, la venganza,  
 Con el nombre de humildad,  
 De fe, de piedad cristianas.  
 ¡Hija... y tal vez los malvados  
 Logran seducir la incauta  
 Credulidad; pero en breve  
 Tiempo la ilusión se acaba;  
 Porque nunca el que carece  
 De bondad sabe imitarla.

DOÑA CLARA.

Harto persuadida estoy  
 De que no á todos agrada  
 Mi modo de proceder;  
 Ya sé que algunos me infaman,  
 Pero nunca presumí  
 Que un non, señor, encontrara  
 Crédito su acusacion:  
 En fin, sufro resignada  
 Hasta aquí... para alegrarme  
 De su vista poco falta.

DON LUIS.

Si no quiere

Entenderlo, si desbarra  
 Como suele, en mí tendrás  
 Todo el apoyo que basta,  
 Y... Vamos, es menester  
 No hacerse la mojigata,  
 No mentir, no aparentar  
 Perfecciones que te faltan...  
 Tenerlas, ó no fingirlas.

DOÑA CLARA.

Pero, señor...

DON LUIS.

Si llegaras

A ocultar (que no es posible)  
 Toda la flaqueza humana  
 Con diabólico artificio,  
 Que el vulgar ignorante aplauda;  
 Aunque seduzcas al mundo,  
 ¡Infeliz! á Dios no engañas.

DOÑA CLARA.

Pero ¿no sabré de dónde  
 Nace este error? ¿Qué malvada  
 Lengua os informa de mí?  
 ¿Quién me calumnia y me infama?  
 Pero no... Yo la perdono;  
 Es mi prima, y eso basta,  
 Y antes perderé la vida  
 Que ofenderla.

DON LUIS.

¿Qué artimaña

Es esa? ¿A qué viene ahora  
 Mezclar á tu prima en nada?

DOÑA CLARA.

Es muy diverso su modo  
 De pensar; es muy contraria  
 A su conducta la mía.  
 Cada accion, cada palabra  
 Que advierta en mí, pensará  
 Que es una censura amarga  
 De sus deslices... ¿Qué mal  
 Me conoce! ¿Qué mal paga  
 Mi cariño!... Pues si somos  
 Frágil barro, ¿quién estraña  
 Que ceda á la tentacion  
 El mas prevenido, y caiga?  
 Y cuando para sufrirla  
 Los vinculos no bastaran  
 De la sangre, ¿olvidaría  
 Yo la caridad cristiana?...  
 ¿No sabré (si Dios me asiste)  
 Padecer y perdonarla?

DON LUIS.

Acabemos, lengüecita  
 De vibora, que me falta  
 Ya el sufrimiento... Si quieres  
 Hacer el papel de santa  
 Bendita, con ese amor  
 Y esa caridad que gastas,  
 Vete, que en vez de engañarme,  
 Cólera y tedio me causas.

(Doña Clara hace una reverencia en  
 ademán de irse. Don Luis la coge de  
 la mano, se reprime, y la habla con  
 expresion carinosa.)

Mi amistad, mi proteccion  
 Te ofrezco, y todo se acaba  
 Si quieres ser con tu tio  
 Humilde, sencilla y franca.  
 Yo disiparé el peligro  
 Urgente que te amenaza;  
 Yo haré que ni la opinion  
 Pública te culpe en nada,  
 Ni tu padre se disguste  
 A vista de tal mudanza.  
 Jóvenes hay en Toledo  
 De buena sangre, de honradas

Prendas, y alguno hallaremos  
 Para tí.

DOÑA CLARA.

¿Qué temeraria  
 Proposicion!

DON LUIS.

¿Cómo?

DOÑA CLARA.

¿Yo,

Señor?...

DON LUIS.

¿Pues qué?

DOÑA CLARA.

¿Yo casada?

DON LUIS.

¿Con que no?

DOÑA CLARA.

Conozco y heyo  
 Las vanidades mundanas...  
 Tengo ya mejor esposo.

DON LUIS.

Bien está.

(Inquieto y reprimiendo el enojo.)

DOÑA CLARA.

Que no se cansa

De amar.

DON LUIS.

Muy bien.

DOÑA CLARA.

Y con premios

Eternos corona y paga  
 Los afanes de esta vida  
 Transitoria.

DON LUIS.

¿Si? Pues anda...

Vete de aquí... Y nunca, nunca  
 Me vuelvas á hablar palabra...

DOÑA CLARA.

Bien, señor.

(Hace una cortesía, y se va.)

DON LUIS.

Nunca, porque

No sé si tendré templanza  
 Para sufrirte... ¡Embustera!  
 ¡Oh virtud, cómo te ultrajan! (7)

## ESCENA V.

DON LUIS, PERICO.

PERICO.

Ahí he encontrado en la puerta  
 A un mozo con esta carta

(Le da una carta.)

De parte de... ¿Cómo dijo?  
 De...

DON LUIS.

¿De don Juan de Miranda?

PERICO.

Cierto... que ha venido inclusa

(7) En las copias concluye así esta  
 escena:

DON LUIS.

¿Qué pérdida obstinacion!  
 Este silencio que guarda  
 Ya es un sistema: don Claudio  
 Debe salir sin tardanza;  
 Si se detiene, hay peligro.  
 Fuera un absurdo casarla  
 Con él; ¡Oh, si yo pudiese  
 Hacer dudar su entrada  
 En el convento! Esta heremita  
 Podría proporcionaria  
 Un partido ventajoso;  
 Pero su padre...

PERICO.

Deo gratias.  
 Señor don Luis, ahí me han dado  
 En la estafeta esta carta  
 Para vos.

## LA MOJIGATA.

que le enviaba  
¡sujeto.

DON LUIS.

Si.

PERICO.

¡oneis la tartaniza,  
¡oy ha comido fuera,  
¡uelto por su casa  
¡tres.

DON LUIS.

¡No te ha dicho  
¡dio...

PERICO.

¡Lo de la marcha?  
¡, si ya está todo  
¡lo.

DON LUIS.

La criada  
¡tara temprano...  
¡quiero que vayas  
¡Entiendes?

¡a Luis por la puerta del lado  
¡(quierdo.)

PERICO.

Ya estoy.

## ESCENA VI.

PERICO, DON CLAUDIO.

PERICO.

que tiene cerrada  
¡a.

¡a a la puerta de don Claudio,  
¡allándola cerrada llama.)

¡Señor!... Perico.

DON CLAUDIO.

que ya te esperaba  
¡ciencia.

PERICO.

¡Y qué ha habido?

DON CLAUDIO.

¡a la paz ajustada  
¡rendero. El se lleva  
¡is algo baratas,  
¡cabo yo no habia  
¡r desempeñarlas,  
¡... Y sobre todo, habiendo  
¡nadie repara.  
¡eja?

PERICO.

¡Mi señora  
¡tigida Menchaca,  
¡reverenda, dice,  
¡a lo que se la manda,  
¡dad, por serviros,  
¡no quiere que haya  
¡dos...

DON CLAUDIO.

Muy bien.

PERICO.

¡Pero,  
¡e allí no se trata  
¡que por una noche  
¡a niña posada  
¡y al otro día  
¡¡, clérigo, y arda

DON CLAUDIO.

Pues ya.

PERICO.

¡Y supongo  
¡emos despachada  
¡tura del papel.

DON CLAUDIO.

Aquí está. *(Da un papel á Perico.)*

PERICO.

¡Viveza estraña!

DON CLAUDIO.

¡Ahí he puesto los regalos  
¡Que la bago yo. Doña Clara  
¡Pondra lo que á mi me dé,  
¡Firma luego, y santas pascuas.

PERICO.

*(Lee el papel y lo guarda.)*

«Yo, don Claudio Meliton Perez y  
Perez, caballero hijodalgo, natural de  
Ocaña; y yo, doña Clara Francisca Bus-  
tillo, doncella toledana. Estando en  
perfecta salud y con nuestro cabal en-  
tendimiento, hacemos de mancomuna la  
presente obligacion de contraer hime-  
neo marital y consorcio de primeras  
nupcias, al instante, ó cuanto mas  
presto fuere posible; que tal es nues-  
tra última voluntad. Y queremos ser  
obligados por justicia, si alguno de nos-  
otros se llamase antano, lo que Dios  
no quiera ni permita, amén. Y amén de  
esto nos hemos dado mano y palabra,  
y nos hemos dado otras frioleras, las  
cuales van puestas al fin de esta es-  
critura, por modo de inventario. Fecha  
en Toledo, etc.—Yo don Claudio Me-  
liton Perez y Perez, caballero hijodal-  
go, natural de Ocaña.»

Lindamente, y está todo  
Dicho con suma elegancia.

¿Son estas las frioleras?

*(Don Claudio saca un envoltorio de pa-  
pel, y Perico le guarda.)*

DON CLAUDIO.

Esas son.

PERICO, *en ademán de irse.*

Pues á buscarla.

## ESCENA VII.

LUCIA, DON CLAUDIO, PERICO.

PERICO.

¿Qué tenemos, chica?

LUCIA.

Solo

Deciros que doña Clara

Está que se desespera.

PERICO.

Pues ya voy á consolarla.

LUCIA.

Dice que si habeis resuelto

Algo...

PERICO.

Y mucho, y que no falta  
Ya sino... *(Hace que se va, y vuelve.)*

¡Dí, ¿la luesita

Y su padre están de guardia,  
De modo que yo no pueda  
Entrar sin llevar sotana?

LUCIA.

No temas.

PERICO.

Es que al señor  
Don Luis, con aquella pausa  
Le tengo un miedo cerval.

LUCIA.

Quando he venido quedaba  
En su cuarto; doña Inés  
Está cosiendo en la sala  
Del jardín.

PERICO.

¿Sí? Pues logremos  
La ocasion, no se nos vaya.

## ESCENA VIII.

DON CLAUDIO, LUCIA.

LUCIA.

¿Y qué habeis dispuesto?

DON CLAUDIO.

Yo,

Mujer, no dispongo nada...  
Ello, ó me caso, ó el diablo  
Viene y tira de la manta.

LUCIA.

Es que don Luis... Pero cuenta,  
Que os lo digo en confianza...  
Cuidado.

DON CLAUDIO.

Bien.

LUCIA.

Ya lo sabe

Todo, y como...

DON CLAUDIO.

¿Qué desgracia!

LUCIA.

Lo sabe; pero...

DON CLAUDIO.

¿Lo sabe?

Vamos, ya me...

LUCIA.

Es que mi ama...

DON CLAUDIO.

No hay que hacer... Somos perdidos.  
Preciso... Salto de mata...  
¿Qué tengo ya que esperar?

LUCIA.

Pero escuchad lo que pasa,  
Y después...

DON CLAUDIO.

Cierto; y después  
Vendrá el viejo, se lo planta  
Al otro viejo, y me meten  
Entre puertas, y...

LUCIA.

No hay nada  
De eso. Al contrario. Don Luis  
Está en serviros, y trata  
De que os caséis.

DON CLAUDIO.

Pues ya estoy;

Por eso es toda la rabia.  
Porque él me quiere casar  
Con aquella remilgada  
De Inés, y yo no la quiero.

LUCIA.

Si no es eso.

DON CLAUDIO.

¿Y lo callabas,  
Mujer?... ¿Y no me lo has dicho  
Dos horas ha?... Corre, llama  
A Perico.

LUCIA.

Si no es eso.

DON CLAUDIO.

Voy á ver si en la posada  
Encuentro mulas... ¡Sí, vamos,  
Si yo lo premeditaba,  
Si lo dije, si Perico  
Me ha metido en esta danza.

LUCIA.

Si no me queréis oír.  
Si es locura declarada

La que tenéis. Si don Luis  
Esta de enojo que salta  
Contra su hermano, porque  
Me he monja á doña Clara.  
Si el mismo don Luis me ha dicho  
Que era mejor os casarais  
Con ella. Si me mando  
Que no os dijera palabra,  
Porque él sabrá disponerlo  
Con su hermano, sin que haya  
Peloterías, y os caseis  
De bien á bien. Si él se encarga  
Do todo, ¿a qué viene ahora  
Esa furia?

DON CLAUDIO.

A que pensaba  
Que... Pero ¿es cierto, Lucía?  
No puede ser, tú me engañas.

LUCÍA.

No, señor.

DON CLAUDIO.

¿Con que es verdad?

LUCÍA.

Yo se lo he dicho á mi ama...

DON CLAUDIO.

¿Y qué dice?

LUCÍA.

Como está  
Con don Luis tan enfadada,  
No lo ha querido creer.

DON CLAUDIO.

Pues ya se ve que eso es maua.

LUCÍA.

No, señor.

DON CLAUDIO.

Pues yo te digo

Que sí.

LUCÍA.

Pues yo me fiara  
De él, y fuera lo mejor.

DON CLAUDIO.

Lo mejor fuera afuirlas...  
No hay que hacer, si todas son  
Astucias y zalagardas  
De este don Luis ó este infierno.

### ESCENA IX.

PERICO, LUCÍA, DON CLAUDIO.

PERICO.

Ya tenemos despachada  
Esta comision. Lucía,  
La religiosa te llama  
Para no sé qué envoltorio;  
Corre.

LUCÍA.

Allá voy.

DON CLAUDIO.

Mira, aguarda.

*(Don Claudio se pasea, y hace que busca alguna cosa en los bolsillos. Lucía le coge las vueltas, y alarga la mano para recibir lo que piensa que va á darle. Al fin de la escena, don Claudio saca las yescas, enciende un cigarro y fuma.)*

LUCÍA.

¿Qué mandais?

DON CLAUDIO.

Yo te diré.

LUCÍA, aparte.

Ya llegó la suspirada  
Flota. Ya tengo pañuelo.

DON CLAUDIO.

Me parece á mí...

LUCÍA.

¿Qué guapa

Estaré con él!

DON CLAUDIO.

Quisiera...

Es verdad que doña Clara...

LUCÍA.

¿Y qué tiene que ver ella  
Con eso?

DON CLAUDIO.

Ya, pero...

LUCÍA.

Vaya,

Señor, si ha de ser.

DON CLAUDIO.

Al cabo

Ella...

LUCÍA.

Me le haré de gasa.

DON CLAUDIO.

Pero no, no nos metamos  
En camisa de once varas.  
Vete, vete.

LUCÍA.

¡Haya pelon!

### ESCENA X.

DON CLAUDIO, PERICO.

DON CLAUDIO.

¿Y el papel?

PERICO.

Ella le guarda.

DON CLAUDIO.

¿Y qué te dió?

PERICO.

Veílo aquí.

*(Saca envuelto en un pañuelo lo que indica el diálogo.)*

¡Cosas tuyas! Tres medallas,  
Un par de ligas manchegas,  
Una cruz de Caravaca,  
Estas dos santas Teresas  
De barro, y una navaja.

DON CLAUDIO.

Bien... Pero ¿qué te parece?  
¿Hemos de salir mañana?

PERICO.

No por cierto.

DON CLAUDIO.

¿Y si don Luis

Aprieta?

PERICO.

Buenas palabras:

Que está bien, que es grande idea,  
Que sin que él os lo mandara  
Lo hubierais hecho, que apenas  
Haya luz saldreis de casa.

DON CLAUDIO.

¿Y luego?

PERICO.

Y luego cenais,  
Buenas noches y á la cama.  
Y después, cuando esté toda  
La familia sosegada,  
Inquietud, sudor, hostezos,  
Horripilacion y bascas.  
Me levanto, enciendo un cabo,  
Hago estrépito, se alarman  
Todos... ¿Qué será? Si es flato,  
Si es cólico, si es terciana...

Y cuando amanezca Dios  
*(Esto es, á las once dadas)*  
Os sentis algo mejor,  
Coméis poquito y sin ganas,  
Hablaís con voz enfermiza,  
Dormís una siesta larga,  
Y os quedais como si todo  
Hubiera sido una chanza.

DON CLAUDIO.

¡Oh! como tú no me faltes,  
Ningun peligro me atasca.

PERICO.

Sí, pero no os atascéis  
Tampoco aunque yo me vaya.  
Porque no hay duda, he de ir...

DON CLAUDIO.

¿Tan presto?

PERICO.

De madrugada,  
No hay remedio. Ese maldito  
Demandadero me ataja  
Las callejuelas... Si vuelve  
Segunda vez y me halla,  
Nos destruye... Ahí en la esquina  
Le vi que se encaminaba  
Acá aquí: pude lograr  
Diciéndole no sé cuántas  
Mentiras, que se volviese.  
Pero si cojo la rauta,  
Entonces, ancha es Castilla...  
¡Ah! sí, ya no me acordaba  
De que hay que buscar los trastos.  
Voy allá.

DON CLAUDIO.

¿Para qué?

PERICO.

Para  
Que don Luis se tranquilice,  
Viendo que ya se preparan  
Los chismes de cabalgar.  
El que vive de la tranpa,  
Mi don Claudio, es menester  
Que no se descuide en nada.  
*(Vase al cuarto de don Claudio)*

### ESCENA XI.

DON CLAUDIO, DON LUIS, DON MARTIN.

DON LUIS.

*(Saca un papel en la mano.)*

Mucho sentirá mi hermano  
Esta novedad... ¿Tú estabas  
Aquí?

DON CLAUDIO.

Sí, señor... ¿Qué diantre  
De papel será el que saca?  
¿Cuanto va...

DON LUIS.

Déjame solo.

DON CLAUDIO.

¿Cuanto va que la muchacha  
Se le ha dejado pillar?

*(Don Claudio se entra en su cuarto.)*

DON LUIS.

No sé qué medios me valgan  
Para templanle. Un carácter  
Como el suyo, que no guarda  
Moderacion, ni previene  
Ni tolera las desgracias.  
El viene aquí.

DON MARTIN.

Ya me han dicho  
Que has recibido una carta  
De Sevilla... Yo no entiendo...



A mí no me escriben nada,  
Ni una letra.

DON LUIS.

Si, porque  
Ha ocurrido una mudanza  
Bien imprevista... ¿Dijiste  
Al primo que se casaba  
Luesilla?

DON MARTIN.

No por cierto.  
Solo le escribí que Clara,  
Manifestando deseos  
De ser religiosa, estaba  
Resuelta a empezar muy pronto  
Su noviciado, y que...

DON LUIS.

Y basta

Eso para conocer  
Que tuvo razon sobrada  
De revocar su primera  
Disposicion.

DON MARTIN.

Con que... ¡Vaya!

Pues... A ver...

DON LUIS.

Toma.

(Le da el papel á don Martin.)

DON MARTIN.

En efecto,

Es una botaratada  
De aquel hombre... Siempre fué  
Medio loco...

(Después de haber leído, tira el papel  
sobre la mesa.)

¿Quién pensara

Esta salida, después  
De tanto esperar y tantas  
¡romesas?... Si me escribido  
Habrá dos ó tres semanas,  
Diciéndome que sus males  
No le daban esperanzas  
De vida, que ya tenía  
Todas sus deudas pagadas,  
Y arreglado el testamento;  
Que á Clarita la dejaba  
Por heredera, y que... Yo  
Respondi dándole gracias,  
Como era razon...

DON LUIS.

Y en vista

Del aviso que le dabas,  
Debí de reflexionar  
Que estando determinada  
Clara á ser monja, sería  
Inútil favor nombrarla  
En el testamento; y quiso  
Que su prima lués gozara  
De esta merced, pues está  
Sin colocar... No es estraña  
Resolucion.

DON MARTIN.

Dices bien.

No hay cosa mas acertada...  
Y la niña lo merece,  
Lo merece. ¡Bribonaza!  
Desenvuelta... Asi va el mundo.  
¡La prenda de mis entrañas,  
La pobrecita, quedar  
De esta manera burlada!...  
Y el otro bruto salirnos  
Al cabo con la zanguanga  
De que no lo necesita!  
Y que, ¿á mí no me hace falta? (8)

(8) Esta escena en las copias conti-  
nua del modo siguiente:

DON LUIS.

No por cierto.

## ESCENA XII.

EL TIO JUAN, DON LUIS, DON  
MARTIN.

TIO JUAN.

Muy buenas tardes, señores.

DON MARTIN.

¿Qué tenemos?

TIO JUAN.

Que me manda

Venir la madre San Pedro  
A decir á doña Clara,  
Que mañana por la tarde  
La Aragonésita ensaya  
Al órgano el villancico  
Que han de cantar en la octava...  
Es aquel de: *Pastorcillo,  
Pastorcillo, come y calla,  
Come y calla...* Con que dijo  
Que viniera y avisara,  
Para que...

DON MARTIN.

Bien.

TIO JUAN.

Pero ¿qué

Dire?

DON MARTIN.

Que bien, que mañana  
Irá por alla.

TIO JUAN.

(Hace que se va, y vuelve.)

¿Os han dado

Una esquelita firmada  
De la abadesa?

DON MARTIN.

Tambien.

TIO JUAN.

No lo digo porque haga  
Falta, sino...

DON MARTIN.

Ya llevó

El dinero.

TIO JUAN.

Es que me encarga

La abadesa...

DON MARTIN.

¿Qué encargó?

TIO JUAN.

Que os dijera que no es tanta

DON MARTIN.

¿Con que no?

DON LUIS.

No, señor.

DON MARTIN.

Déjame, calla;

Déjame.

DON LUIS.

Pero ¿no puedes  
Gozar una descansada  
Vejez sin adquirir mas?  
Luego que profese Clara  
Quedas solo. Y lo que tienes  
¿Para ti solo no basta?  
Si hay disculpa á la avaricia  
Del hombre en la edad anciana,  
Es solo el amor paterno;  
Pero si ya asegurada  
La fortuna de los hijos,  
Aun quiere mas, aun se afana;  
Y á la orilla del sepulcro,  
Cuando ya le desamparan  
Todas las pasiones, solo  
El vil interés le abraza,  
Muere aborrecido, muere  
Sobre su riqueza intacta.

DON MARTIN.

Dices bien, para morirme  
De sentimiento y de rabia  
No necesito dinero.

DON LUIS.

¡Respuesta mas adecuada!  
Por tu vida.

La urgencia, que haya de ser  
Hoy mismo.

DON MARTIN.

Desatinada

Prevencion!... Si ya le he dado  
El dinero.

TIO JUAN.

¿A quién?

DON MARTIN.

¡Machaca!

A don Sempronio.

TIO JUAN.

¿Y quién es

Don Sempronio?

DON MARTIN.

¿Qué pesada

Taravilla de preguntas!  
¡Vaya que el hombre me cansa  
De veras!

TIO JUAN.

Pero...

DON MARTIN.

Al hermano

De don Lorenzo... Aun no acaba  
De entenderlo.

TIO JUAN.

Es que no tiene

Tal hermano.

DON MARTIN.

Es que me enfada

De veras el señor Juan.  
Váyase de aqui, ¿qué aguarda?

TIO JUAN.

Señores, lléveme Dios  
Si yo entiendo una palabra...  
Sobre que no hay tal hermano.

DON MARTIN.

Sobre que viene con ganas  
De impacientarme... Si digo  
Que estuvo conmigo, vaya,  
¿Qué replica?... Es un cojo,  
Tuerto, cargado de espaldas,  
Gangoso, muy hablador.

TIO JUAN.

¡Gangoso!... Si en esta sala  
Di yo el papel á un mocito...  
La verdad, yo estoy en brasas...  
Quise volver, y le hallé  
Ahí cerca. Dijo que estabais  
Fuera; dije, que vendría  
Después; dijo que excusara  
El venir, porque estas noches  
No soleis cenar en casa,  
Y no os venís á acostar  
Hasta las doce muy largas.  
Con que yo...

DON MARTIN.

Pero ¿no ves

Cuánto disparate ensarta  
Este menguado?

TIO JUAN.

Si el otro

Fué quien me dijo....

DON LUIS.

Apostara

Que te han hecho alguna burla.

DON MARTIN.

¿Qué burla? Si es que desbarra  
Ese infeliz, y no sabe  
Lo que está diciendo.

DON LUIS.

Calla,

Que hemos de ver si... ¡Perico!

PERICO, desde dentro.  
¡Señor!

DON LUIS.  
¡Perico!

### ESCENA XIII.

PERICO, DON LUIS, DON MARTIN,  
EL TIO JUAN.

PERICO.  
¿Quién llama?  
*(Al ver al tio Juan se sorprende, y hace ademán de buscar algo debajo de la mesa y entre las sillas.)*

TIO JUAN.  
El es sin duda... No hay mas,  
Que es él.

PERICO.  
No sé dónde paran  
Estas espuelas...

DON LUIS.  
Escucha  
Un recado.

PERICO.  
Están atadas  
Con un cordel.  
*(Quiere volverse á entrar en el cuarto de don Claudio, pero don Luis le trae atándole del cuello.)*

DON LUIS.  
Oye aquí  
Primero.

PERICO.  
Voy á buscarlas.

DON LUIS.  
¿Quién es aquel don Sempronio  
Que dijo que le enviaba  
La abadesa?

PERICO.  
Yo, señor,  
¿Qué he de saber? No sé nada.

DON LUIS.  
¿Con que no?

PERICO.  
Cierto que no.

DON LUIS.  
Si no lo dices, canalla,  
Te he de hacer ahorcar.

PERICO.  
¿No mas?

DON LUIS.  
Dilo al instante.

DON MARTIN.  
Despacha.

PERICO.  
¡Ah! demandadero indigno,  
¿Qué handerilla me plantas!  
No te lo demande Dios.

DON LUIS.  
Vamos, cuando esta mañana  
Vino el señor, ¿a quién dió  
La esquila?

PERICO.  
Bien escusada  
Pregunta. ¿Pues no lo ha dicho?  
A mí.

DON MARTIN.  
¿Y el otro fantasma  
Que vino por el dinero?

PERICO.  
Yo fui.

DON MARTIN.  
¿Con aquella pata?

PERICO.  
Sí, señor, y con aquel  
Parche y aquella casaca.

DON LUIS.  
¡Picaron!... Cosa mas...

DON MARTIN.  
Dí,  
¿Y el dinero en dónde para?

DON LUIS.  
¿Qué hiciste de él?

PERICO.  
¿Qué sé yo?

TIO JUAN.  
¡Vamos que el mocito es caña!

DON MARTIN.  
¿Qué has hecho de él?

PERICO.  
No le tengo  
Aquí; dejadme que vaya  
A casa de un conocido,  
Y os le traigo sin tardanza.

DON MARTIN.  
Pues corre.  
*(Don Martin le da un envión para que se vaya. Don Luis le vuelve á atr, y queda entre los dos.)*

DON LUIS.  
No hay que soltarle.

PERICO.  
Pero iré bajo palabra  
De honor.

DON LUIS.  
O entrega el dinero,  
O vas á pagar tus manías  
A un calabozo.

PERICO.  
¡Qué empeño!...

DON LUIS.  
Y en tanto que el señor llama  
A la justicia...

TIO JUAN.  
Allá voy.  
*(Hace que se va, y vuelve.)*

PERICO.  
Aquí está el dinero.  
*(Saca un bolsillo, don Martin le toma, cuenta el dinero, y se lo guarda.)*

DON MARTIN.  
Daca,

Ratero.

PERICO.  
¿Ratero á mí!

DON MARTIN.  
¿Y está todo?

PERICO.  
Lo que falta  
Don Claudio os lo pagará,  
Que yo no me pringo en nada.

DON MARTIN.  
Vamos á ver.

DON LUIS.  
Pues, amigo,  
Ya habeis visto lo que pasa;  
Y así direis á las madres  
Que cuando mi hermano salga  
Irá por allá.

TIO JUAN.  
Está bien.

PERICO.

La del humo.

### ESCENA XIV.

DON LUIS, DON MARTIN, PERICO,  
DON CLAUDIO.

DON LUIS.  
¡Buena alhaja  
De mozo nos ha venido!  
¿Y en estos enredos anda  
Tu señor?

DON MARTIN.  
¿Pues qué creías?

DON LUIS.  
Nunca pensé que llegara  
A tal.

DON MARTIN.  
Sí, que el jovencito  
Es sujeto de esperanzas.

DON LUIS.  
Pero es menester saber  
Qué ha habido en esto, y qué... Llama  
A ese muchacho.

PERICO.  
¿Don Claudio!  
¡Señor don Claudio!

DON LUIS.  
Este pasa  
De travesura, y es cosa  
Muy seria para dejarla  
Así.

PERICO.  
Si pudiera yo  
Entre tanto...  
*(En ademán de querer ir por la puerta del lado derecho.)*

DON LUIS.  
No te vayas...

PERICO.  
Bien está.  
DON CLAUDIO, *saliendo de su cuarto.*

¿Qué ocurre?

DON LUIS (9).  
¿Para esto has venido á casa,  
Claudio? Nunca te creí  
Inclinado á tan villanas  
Acciones. El hospedaje,  
La amistad, la confianza,  
¿Se pagan así?

DON MARTIN.  
¿Bribon!

DON CLAUDIO.  
Toma, ¿pues qué...

DON MARTIN.  
¿Le matara

De un golpe!

DON CLAUDIO.  
Maldito sea  
El papel y... Yo pensaba

(9) Las copias dicen así:

DON LUIS.  
¿Para esto has venido á casa,  
Claudio? ¡Así nos corresponden!  
¿Qué acciones son tan villanas  
Las tuyas, tan afrentosas  
En un hombre que se jacta  
De noble con tal empeño?  
¡Oh! la nobleza se gana  
Por obra, no por abusos.  
¿Qué satisfacción preparas  
A mi hermano? ¿Así te burlas  
De todos?

Que no os pudiera ofender  
Tanto, tanto.....

DON LUIS.

¡Es buena gracia  
Por mi vida! ¿Te parece  
Que es para menos la chanza?

DON CLAUDIO.

Ya; pero en cumpliendo como  
Hombre de bien.

DON LUIS.

¿Y á qué llamas  
Cumplir como hombre de bien,  
Después de hacer una infamia?  
¿Qué dirá tu padre cuando  
Lo sepa? ¿No ves que basta  
Para quitarle la vida  
Esta pesadumbre?

DON CLAUDIO.

¡Vaya,  
Que lo ponderan!... ¡Mi padre!  
¿Cuanto va que no se enfada?

DON LUIS.

¿Qué dices? ¿Estás en tí?

DON CLAUDIO.

Pues digo bien, y ya me cansa  
Tanto exagerar las cosas.  
¡Mi padre!... Pues apostara  
La cabeza á que mi padre  
Lo aprueba, y me da las gracias.  
Y sobre todo... ¡Cuidado!  
Que parece que me tratan  
Como á un chiquillo!... ¡Oh! Pues yo  
Por bien soy como una malva;  
Pero por mal... ¡Si querrán  
Que me acoquine, y les vaya  
A pedir perdon?... Parece  
Que es alguna cosa extraña,  
Segun se ponen.... La quiero;  
Ya se ve, me da la gana  
De quererla; ella me quiere  
También á mí; con que pata.  
¡Toma!... El papel ya está hecho;  
Su padre quiso encerrarla;  
Ella no quiere ser monja  
Francisca, ni mercenaria,  
Ni domizuca, ni alforja;  
Ha querido ser casada,  
Y se ha casado conmigo.

DON MARTIN.

¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué ha sido?

DON LUIS.

Déjale hablar. Calla,

PERICO.

Si mi amo  
Está diciendo patrañas,  
Si sueña.

DON LUIS.

Calla, ó te mando  
(Con impetu colérico. Perico se va  
atemorizado por la puerta de la iz-  
quierda.)

Tirar por una ventana....  
Vete de aquí.

DON CLAUDIO.

Digo bien.  
Si no hay cosa que yo haga  
Que no se tilda y se riña.  
Pues yo bien quieto me estaba.  
Ella quiso... ¿Yo qué había  
De hacer? ¿Dormirme en las pajas?  
Y al cabo que...

DON MARTIN.

Pero ¿cómo...

DON CLAUDIO.

El cómo es cosa muy larga  
De contar... Que sois mi suegro,  
Caballito, en dos palabras....  
Y lo que ha de ser por fuerza,  
Tomarlo de buena gana.

DON MARTIN.

Si....  
(Lleno de turbación y de inquietud,  
llama acercándose á la puerta del  
lado izquierdo.)

¡Válgame Dios! No sé  
Lo que me sucede... ¡Clara!

#### ESCENA XV.

DOÑA CLARA, DON LUIS, DON MAR-  
TIN, DON CLAUDIO.

DOÑA CLARA.

Señor... Padrecito mio,  
¿Me llamas á mí?

DON CLAUDIO.

Te llama,  
Porque ya lo sabe todo.  
Entre los dos me majaban  
A sermones.... El papel  
Nos le han pillado: eso pasa.

DON MARTIN.

Ya lo comprendo.... ¡Dios mio!  
Déjame, que he de matarla.  
(Huye doña Clara, y se pone al lado  
de don Claudio. Don Luis detiene á  
su hermano, que hace ademanes de  
cólera.)

DON LUIS.

¿Qué vas á hacer?

DOÑA CLARA.

Claudio, presto,  
Sácame de aquí.

DON MARTIN.

¡Malvada!...  
¡Hija inobediente!... ¿Así  
Lo que te quise me pagas?  
La he de matar.

DOÑA CLARA.

Al instante  
Llévame de aquí, ¿qué aguardas?  
El papel le tengo yo;  
Tu mujer soy, no tu dama;  
En cualquier parte hallaremos  
Proteccion.... Nada nos falta,  
Mientras yo viva á ninguno  
Necesitas.

DON MARTIN.

¡Desgraciada!  
(Don Martin, sintiéndose desallecido,  
se apoya en la mesa. Don Luis le  
sostiene y le encamina á la puerta  
de la izquierda.)  
No puedo estar....

DON LUIS.

Mira, vete  
Allá adentro.... No adelantas  
Nada con verla.

DON MARTIN.

Es verdad....  
Pero has de hacer que se vayan  
Sin dilacion.

DON LUIS.

Bien.

DON MARTIN.

Que no  
Me pongan los pies en casa  
Nunca, nunca.

#### ESCENA XVI.

DON LUIS, DOÑA CLARA, DON  
CLAUDIO (10).

DON CLAUDIO.

Vamos.

(Don Claudio y doña Clara hacen  
ademán de irse por la puerta del  
lado derecho. Don Luis los detiene.)

DON LUIS.

¿Cómo?

¿Y adónde ireis?

DOÑA CLARA.

El lo manda.  
No faltará quien nos quiera  
Recibir.

DON CLAUDIO.

Si aquí nos halla,  
Puede hacer un desatino.  
Vamos.

DON LUIS.

¿Quieres que se añada  
El escándalo al absurdo  
Que habeis hecho?

DOÑA CLARA.

Estoy muy harta  
De sufrirle.... ¿No habeis visto  
Cuánto le irrita que baya  
Pensado en casarme, como  
Cualquiera mujer se casa?  
¿No ha de tener esto fin?  
¿He de vivir siempre esclava?...  
Chico, vamonos... Y no,

(10) Toda esta escena y la siguiente  
se hallan muy diversas en las copias.  
Cuando doña Clara ve que la herencia  
ha recaído en su prima, exclama:

DOÑA CLARA.

¡Inda!  
Votová... Muero de rabia.

DON LUIS.

Si, que tal vez son visibles  
En la tierra las venganzas  
De un Dios ofendido, si:  
¿Qué te admira? Hija malvada,  
Hipócrita, si engañaste  
A tu padre, ¿qué esperabas  
Sino vivir infeliz?

DOÑA CLARA.

Es justo que le engañara.  
Ya habeis visto qué oprimida  
Me ha tenido, que crianza  
Me dió: nunca perdonó  
A la edad, ni al sexo nada;  
Fué mi tirano; yo ví  
Que en fingir aseguraba  
Mi tranquilidad.

DON LUIS.

No signs  
Adelante; calla, calla,  
Périda; para abouarte  
Ninguna disculpa basta.  
Tu padre no te ha sabido  
Dirigir, pero juzgaba  
Hacer lo mejor; tu padre  
Te educó con liguerancia,  
Pero te quiso, te quiso  
Tanto, que su amor llegaba  
A fanatismo: si fué  
En el principio estrumada  
Su rigidez en el modo,  
No en la intencion, se engañaba,  
Este yerro ha sido causa  
De tanto mal; pero tú  
Le vendiste! ¡Ah! tú le matas!  
Si, tú le matas, porque  
No opositas la constancia  
A su vigor; la humildad  
Verdadera, no afectada,  
No sacrilega; la honesta  
Sencillez, prenda que falta  
A vuestro sexo engañoso:  
Esas son todas las armas  
Con que deshace una hija  
La furia mas obstinada  
De un padre; ya ves el premio  
De tu iniquidad; repara  
Qué esposo te has elegido:  
Mira qué vida te aguarda:  
La miseria, el abandono,  
Los delitos acompañan  
Tu consorcio.

No temais que esto dé cau sa  
A escándalos. Hay papeles.  
Prendas, testigos que bastan  
A probar que es mi marido  
Y yo su mujer. Mañana  
A las ocho, con un sí  
Y una bendicion se acaba  
Todo, y entonces...

DON CLAUDIO.

¿Entonces?

No han de pasar dos semanas  
Sin que me venga á pedir  
Limosna, y...

DON LUIS, con mucho enojo.

¡Picaro!

DON CLAUDIO.

Vaya,

Que... Pues digo bien; la herencia  
Viene... y en habiendo plata...

DON LUIS, tomando la carta que está so-  
bre la mesa, se la da á doña Clara.  
*Esta la lee, y hace ademanes de sor-  
presa y abatimiento.*

Mira, infeliz, en qué estriban  
Tu orgullo y tus esperanzas.

DOÑA CLARA.

¿Qué es esto?... ¡Ay de mí! ¿Es posible?  
Moriré desesperada.  
¡Inés la heredera!

DON LUIS.

Sí,

El cielo quiere premiarla,  
Y á ti te castiga.

DON CLAUDIO.

¡Calle!

Pues cierto que...

DOÑA CLARA.

¡Desdichada!

DON LUIS.

¿Qué te admira? Si engañaste  
Á tu padre, ¿qué esperabas  
Sino vivir infeliz?

DOÑA CLARA.

¿Qué miseria nos aguarda!

¿Que afrontas! Inés, llegó

El tiempo de tu venganza.

¡Ay! mi padre vuelve... ¿En dónde  
Me ocultaré?

*(Don Claudio y doña Clara se retiran  
al fondo del teatro.)*

### ESCENA XVII.

DON MARTIN, DOÑA INES, DON LUIS,  
DOÑA CLARA, DON CLAUDIO.

DON MARTIN.

No, te cansas  
En balde... No quiero verla.

DOÑA INÉS.

Pero, señor...

DON MARTIN.

Que se vaya,  
Que se vaya, que me deje  
Morir.

DOÑA INÉS.

Pobre, abandonada  
De su padre, ¿adónde ira?

DON MARTIN.

Que no me mire á la cara  
Jamás.

DOÑA INÉS.

Prima, ven aquí,  
*(Doña Clara se acerca tímida y confusa,  
y vuelve á retirarse al ver el enojo  
de don Martin.)*

Llega, humíllate á sus plantas,  
Bésale la mano.

DON MARTIN.

Quita.

DOÑA INES.

Por mí, señor.

DON MARTIN.

Vete, aparta,

¡Hija indigna!

DON LUIS.

Pero, hermano,

Es menester perdonarla...

¿Qué quieres hacer?

DON MARTIN.

Que vea

Cuántas desdichas arrastra

Su delito.

DOÑA INES.

Yo no puedo

Ver sin que me llegue al alma

La desgracia de mi prima...

¿He de tolerar que salga

De aquí con la maldicion

De su padre, rodeada

De afliccion y de miserias?

Hambre, desnudez la aguardan,

Remordimientos crueles

Que al mal obrar acompañan...

No, si la virtud consiste

En acciones, no en palabras;

Hagamos bien... Padre mio,

No me neguéis esta gracia.

Permitid que con mi prima

Toda mi fortuna parta;

Que no, no quiero riquezas

Si no he de saber usarlas

En amparar infelices...

¡Oh, maldito el que las haga

Estérriles, y perece

Sobre el tesoro que guarda!

DON MARTIN.

¡Inés, sobrina!

*(Don Martin y don Luis expresan su sor-  
presa y su ternura.)*

DON LUIS.

¡Querida

Inés!

DON MARTIN.

¡Tú si que eres santa!

DOÑA INÉS.

No, señor, soy compasiva

Nada mas... Pero se pasa

*(Va adonde está doña Clara, y la trae  
de la mano.)*

El tiempo, y es menester

Que hoy mismo quede firmada

Mi cesion.

DOÑA CLARA, besando las manos á doña  
Inés.

Inés, yo he sido

Para contigo muy mala;

Perdóname.

DOÑA INÉS.

¿Qué locura!

Yo no me acuerdo de nada,

De nada.

DON MARTIN.

Yo sí me acuerdo,

Ni puedo olvidarlo... ¡Falsa,

Hipócrita, aborrecible

Mujer! (11)

(11) En las copias dice

DON LUIS.

No estás en tí

Si quieres desampararla

DON LUIS.

¿Cómo te arrebató

El furor!... Pero conviene

Ceder á las circunstancias.

Hágase lo que propone

Inés; con ella reparta

Sus bienes, yo lo consiento;

Pero ha de ser sin que haya

Ni firmas, ni obligacion...

Se lo ha prometido, y basta.

Así podrá contenerlos

De esta manera, ¡qué afrenta!

Qué abominacion preparas

A esta familia inocente!

Ella queda castigada;

Nosotros no, ni al delito

Suyo ni deshonra añadás.

El vulgo, siempre inclinado

Al que padece, no guarda

Término, mira el suceso

Y no examina la causa;

Juzga apresuradamente

De todo, y aunque se engaña

Muchas veces, de su voz

Puede el honor y la fama.

¡Qué dirán de mí si dejo

Perecer sin esperanza

De consuelo á esa infeliz!

¿Qué dirán? Que le arrebatan

Su fortuna, que su prima

Es tan vil, tan inhumana,

Que hallándose poseyendo

Riquezas que no esperaba,

Insensible á la piedad,

Su afrenta su muerte causa.

No, hermano; no ha de quedar

Así; lo que Inés acaba

De proponer debe hacerse;

Pero sin la circunstancia

De firma ni de obligacion.

Ella quedará encargada

De asistirlos, de aliviar

Compasiva su desgracia.

Esto ha de ser, su soberbia

Harto quedará humillada

Entonces; Inés no ignora

Que la justicia es la base

De las acciones honestas,

Y aquí habrá dispensarla,

Segun ella lo merezca,

Su proteccion, pues no basta

Ser compasiva; conviene

Saber en qué circunstancia,

Cómo y con quién ha de ser.

Pienso que no resta nada

Que añadir. Este es el medio

Que á mí parecer ataja

Mit inconvenientes; ceda

Tu rigor; no les añadas

Mayores penas; que al fin

Lo habrás de sentir mañana

DON MARTIN.

Hazlo que quieras, que yo

No sé qué decir; es tanta

Mi angustia, mi confusion...

¡Ay Inés! ¡Qué mal pensaba

De ti!

DON LUIS.

Tales son los juicios

De los hombres; se distrahan

Los vicios con apariencias

Kegabosas, se levantan

Hasta el cielo, los adoran,

Y la virtud sienta y calla.

DON CLAUDIO.

Doña Inés, yo de contento

No acierto á decir palabra.

DON MARTIN.

Picaron, mira...

DON LUIS.

No turbes

Con reprensiones amargas

Nuestro placer; se acabó

Todo, todo; solo falta

Que hoy mismo sin detencion,

Para no volver, se vayan

Esos criados. Ya ves,

Sobrina, qué dolor causa

A tu padre, á mí, y á cuantos

Con tu proceder agraviata.

Tu prima, la que ofendiste,

La que ha sido calumniada

Y aborrecida, olvidando

Sus ofensas, te levanta

De un precipicio. ¡Ah! ¿conoces

Cuán digna es de ser amada,

Y que solo sería buena

Cuando llegues á imitarla?

Y tú de hoy mas corrigiendo

Los travessuras pasadas,

Claudio, concilia el afecto

De esta familia que ultrajas

Con un altísimo; sabe

Guardar respeto á las camas

De mi hermano, y hasta digno

En su deber, y obligada  
Clara de la inevitable  
Necesidad de agradarla,  
Sabr  arreglar su conducta,  
Reprimir la extravagancia  
De su marido, y en fin,  
Si en ella estímulos faltan  
De honor, har  el interés  
Lo que la virtud no alcanza.

De todo el favor que alcanzas.  
Sí: son tus hijos, y esperan  
A tus pies hallar tu gracia  
Y tu bendic on.

(Don Luis coge de la mano a don Claudio y doña Clara, los pone a los pies de su hermano; este los levanta enternecido, y después de una breve suspensión los deja, y se abraza con Inés.)

DON MARTIN.  
Alzad,

Alzad.   Inés!

DON LUIS.  
Encargada  
Queda de ser protectora  
De su prima; la palabra  
Te doy de que cumplir   
Una obligación tan grata  
A un ánimo generoso, etc.

Y t , porque yo lo pido,  
Por no dejar desairada  
A la pobre Inés, que est   
Pendiente de tus palabras,  
Perd nalos.

(Don Claudio se acerca; él y doña Clara se arrodillan delante de don Martin, que haciéndolos levantar, se encamina a doña Inés y la abraza.)

DON MARTIN.

Bien... Alzad,  
Hijos... Y no me habéis nada,  
No... Que es mucha la inquietud  
Que siento...   Qué mal pensaba  
De t !...   Bendita!...   Hija mía!  
  Querida Inés!

DON LUIS.

Encargada  
Queda de ser protectora  
De su prima y de esta casa,  
Y amparo de tu vejez...  
  Oh! qu era el cielo colmar s  
De dichas, y en amistad  
Vivan verdadera y larga!

DOÑA INÉS.

S , señor, s , viviremos  
Siempre amigas, siempre hermanas.

(Doña Inés y doña Clara se abrazan.)

DON LUIS.

Lo espero así...

(Asiendo de las manos a doña Inés, con expresión de ternura.)

Pero tú

No sabes cómo se halla  
Mi corazón. Al placer  
Que siento por t , no igualan  
Todas las felicidades  
De la tierra... Ni trocara  
La dicha de ser tu padre  
Por el trono de un monarca.  
  Ojalá fuese el ejemplo  
Público!... Sí esto miraran  
Aquellos a quienes tanto  
Las apariencias arrastran.  
Distinguiran la virtud  
Verdadera de la falsa.

# EL SÍ DE LAS NIÑAS,

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA,

REPRESENTADA EN EL TEATRO DE LA CRUZ, AÑO DE 1806.

## ADVERTENCIA.

*El Sí de las Niñas* se representó en el teatro de la Cruz el día 24 de enero de 1806, y si puede dudarse cuál sea entre las comedias del autor la mas estimable, no cabe duda en que esta ha sido la que el público español recibió con mayores aplausos. Duraron sus primeras representaciones veinte y seis dias consecutivos, hasta que llegada la cuaresma se cerraron los teatros, como era costumbre. Mientras el público de Madrid acudia á verla, ya se representaba por los cómicos de las provincias, y una culta reunion de personas ilustres é inteligentes se anticipaba en Zaragoza á ejecutarla en un teatro particular, mereciendo por el acierto de su desempeño la aprobacion de cuantos fueron admitidos á oirla. Entre tanto se repetian las ediciones de esta obra : cuatro se hicieron en Madrid durante el año de 1806, y todas fueron necesarias para satisfacer la comun curiosidad de leerla, escitada por las representaciones del teatro.

¡ Cuánta debió ser entonces la indignacion de los que no gustan de la ajena celebridad, de los que ganan la vida buscando defectos en todo lo que otros hacen, de los que escriben comedias sin conocer el arte de escribirlas, y de los que no quieren ver descubiertos en la escena vicios y errores, tan funestos á la sociedad como favorables á sus privados intereses! La aprobacion pública reprimió los ímpetus de los criticos folicularios : nada imprimieron contra esta comedia, y la multitud de exámenes, notas, advertencias y observaciones á que dió ocasion, igualmente que las contestaciones y defensas que se hicieron de ella, todo quedo manuscrito. Por consiguiente no podian bastar estos imperfectos desahogos á satisfacer la animosidad de los émulos del autor, ni el encono de los que resisten á toda ilustracion, y se obstinan en perpetuar las tinieblas de la ignorancia. Estos acudieron al medio mas cómodo, mas pronto y mas eficaz, y si no lograron el resultado que esperaban, no hay que atribuirlo á su poca diligencia. Fueron muchas las delaciones que se hicieron de esta comedia al tribunal de la inquisicion. Los calificadores tuvieron no poco que hacer en examinarlas, y fijar su opinion acerca de los pasajes citados como reprecensibles, y en efecto, no era pequeña dificultad hallarlos tales, en una obra en que no existe ni una sola proposicion opuesta al dogma ni a la moral cristiana.

Un ministro, cuya principal obligacion era la de favorecer los buenos estudios, hablaba el lenguaje de los fanáticos mas feroces, y anunciaba la ruina del autor de *el Sí de las Niñas* como la de un delincuente, merecedor de grave castigo. Tales son los obstáculos que han impedido frecuentemente en España el progreso rápido de las luces, y esta oposicion poderosa han debido temer los que han dedicado en ella su aplicacion y su talento á la indagacion de verdades útiles, y al fomento y esplendor de la literatura y de las artes. Sin embargo, la tempestad que amenazaba se disipó á la presencia del principe de la Paz : su respeto contuvo el furor de los ignorantes y malvados hipócritas, que no atreviéndose por entonces á moverse, remitieron su venganza para ocasion mas favorable.

En cuanto á la ejecucion de esta pieza, basta decir que los actores se esmeraron á porfia en acreditarla, y que solo escudieron al merito de los demás los papeles de doña Irene, doña Francisca y don Diego. En el primero se distinguió Maria Ribera por la inimitable naturalidad y gracia cómica con que supo hacerle. Josefa Virg rivalizó con ella en el suyo; y Andrés Prieto, nuevo entonces en los teatros de Madrid, adquirió el concepto de actor inteligente, que hoy (1) sostiene todavia con general aceptacion.

(1) Esto se escribia en 1825. Andrés Prieto murió unos diez años después.

# EL SI DE LAS NIÑAS.

## PERSONAS.

DON DIEGO.  
DON CARLOS.

DOÑA IRENE.  
DOÑA FRANCISCA.

RITA.  
SIMON.

CALAMOCHA.

*La escena es en una posada de Alcalá de Henares.*

El teatro representa una sala de paso con cuatro puertas de habitaciones para huéspedes, numeradas todas. Una mas grande en el foro, con escalera que conduce al piso bajo de la casa. Ventana de antepecho á un lado. Una mesa en medio, con banco, sillas etc.

*La accion empieza á las diez de la tarde, y acaba á las cinco de la mañana siguiente.*

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO, SIMON.

*(Sale don Diego de su cuarto. Simon, que está sentado en una silla, se levanta.)*

DON DIEGO.

¿No han venido todavía?

SIMON.

No, señor.

DON DIEGO.

Despacio la han tomado por cierto.

SIMON.

Como su tia la quiere tanto, segun parece, y no la ha visto desde que la llevaron á Guadalajara...

DON DIEGO.

Sí. Yo no digo que no la viese; pero con media hora de visita y cuatro lágrimas, estaba concluido.

SIMON.

Ello tambien ha sido estraña determinacion la de estar-se usted dos dias enteros sin salir de la posada. Cansa el leer, cansa el dormir... Y sobre todo cansa la mugre del cuarto, las sillas desvencijadas, las estampas del hijo prótigo, el ruido de campanillas y cascabeles, y la conversacion ronca de carromateros y patanes, que no permiten un instante de quietud.

DON DIEGO.

Ha sido conveniente el hacerlo así. Aqui me conocen todos, y no he querido que nadie me vea.

SIMON.

Yo no alcanzo la causa de tanto retiro. ¿Pues hay mas en esto que haber acompañado usted á doña Irene hasta Guadalajara, para sacar del convento á la niña y volvernos con ellas á Madrid?

DON DIEGO.

Sí, hombre, algo mas hay de lo que has visto.

SIMON.

Adelante.

DON DIEGO.

Algo, algo... Ello tú al cabo lo has de saber, y no puede tardarse mucho..... Mira, Simon, por Dios te encargo que no lo digas... Tú eres hombre de bien, y me has servido muchos años con fidelidad... Ya ves que hemos sacado á esa niña del convento y nos la llevamos á Madrid.

SIMON.

Sí, señor.

DON DIEGO.

Pues bien... Pero te vuelvo á encargar que á nadie lo descubras.

SIMON.

Bien está, señor. Jamás he gustado de chismes.

DON DIEGO.

Ya lo sé, por eso quiero fiarme de tí. Yo, la verdad, nunca habia visto á la tal doña Paquita; pero mediante la amistad con su madre, he tenido frecuentes noticias de ella; he leído muchas de las cartas que escribia; he visto algunas de su tia la monja, con quien ha vivido en Guadalajara; en suma, he tenido cuantos informes pudiera desear acerca de sus inclinaciones y su conducta. Ya he logrado verla, he procurado observarla en estos pocos dias; y á decir verdad, cuantos elogios hicieron de ella me parecen escasos.

SIMON.

Sí por cierto... Es muy linda y...

DON DIEGO.

Es muy linda, muy graciosa, muy humilde... Y sobre todo, ¡aquel candor, aquella inocencia! Vamos, es de lo que no se encuentra por ahí... Y talento... sí, señor, mucho talento.... Con que, para acabar de informarte, lo que yo he pensado es...

SIMON.

No hay que decirme lo.

DON DIEGO.

¿No? ¿Por qué?

SIMON.

Porque ya lo adivino. Y me parece excelente idea.

DON DIEGO.

¿Qué dices?

SIMON.

Excelente.

DON DIEGO.

¿Con que al instante has conocido...

SIMON.

¿Pues no es claro?... ¡Vaya!... Dígole á usted que me parece muy buena boda; buena, buena.

DON DIEGO.

Sí, señor... Yo lo he mirado bien, y lo tengo por cosa muy acertada.

SIMON.

Seguro que sí.





Si, señor.

SIMON.

DON DIEGO.

Y que siguió escribiéndome, aunque algo perezoso, siempre con la data de Zaragoza.

SIMON.

Así es la verdad.

DON DIEGO.

Pues el picaro no estaba allí cuando me escribía las tales cartas.

SIMON.

¿Qué dice usted?

DON DIEGO.

Si, señor. El día 3 de julio salió de mi casa, y á fines de setiembre aun no había llegado á sus pabellones... ¿No te parece que para ir por la posta hizo muy buena diligencia?

SIMON.

Tal vez se pondría malo en el camino, y por no darle á usted pesadumbre...

DON DIEGO.

Nada de eso. Amores del señor oficial, y devaneos que te traen loco.... Por ahí en esas ciudades puede que.... ¿Quién sabe? Si encuentra un par de ojos negros, ya es hombre perdido... ¡No permita Dios que me le engañe alguna bribona de estas que truecan el honor por el matrimonio!

SIMON.

¡Oh! no hay que temer... Y si tropieza con alguna fútil de amor, buenas cartas ha de tener para que le engañe.

DON DIEGO.

Me parece que estan ahí... Si. Busca al mayoral, y dile que venga, para quedar de acuerdo en la hora a que deberemos salir mañana.

SIMON.

Bien está.

DON DIEGO.

Ya te he dicho que no quiero que esto se trasluzca, ni... ¿Estamos?

SIMON.

No haya miedo que á nadie lo cuente.

(Simon se va por la puerta del foro. Salen por la misma las tres mujeres con mantillas y basquinas. Rita deja un pañuelo atado sobre la mesa, y recoge las mantillas y las dobla.)

## ESCENA II.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA, DON DIEGO.

DOÑA FRANCISCA.

Ya estamos acá.

DOÑA IRENE.

¡Ay, qué escalera!

DON DIEGO.

Muy bien venidas, señoras.

DOÑA IRENE.

¿Con que usted, á lo que parece, no ha salido?

(Se sientan doña Irene y don Diego.)

DON DIEGO.

No, señora. Luego mas tarde daré una vueltecilla por ahí.... He leído un rato. Traté de dormir, pero en esta posada no se duerme.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad que no... ¡Y qué inosquitos! Mala peste en ellos. Anoche no me dejaron parar... Pero mire usted, mire usted (Desata el pañuelo y manifiesta algunas cosas de las que indica el diálogo.) cuantas cosillas traigo. Rosarios de naçar, cruces de ciprés, la regla de San Benito, una plilla de cristal... mire usted qué bonita, y dos corazones de talco... ¿Qué sé yo cuánto viene aquí... ¡Ay! y una campanilla de barro bendito para los truenos!... ¡Tantas cosas!

DOÑA IRENE.

Chucherías que la han dado las madres. Locas estaban con ella.

DOÑA FRANCISCA.

¡Como me quieren todas! ¡y mi tía, mi pobre tía lloraba tanto!... Es ya muy viejecita.

DOÑA IRENE.

Ha sentido mucho no conocer á usted.

DOÑA FRANCISCA.

Si, es verdad. Decía, ¿por qué no ha venido aquel señor?

DOÑA IRENE.

El padre capellán y el rector de los Verdes nos han venido acompañando hasta la puerta.

DOÑA FRANCISCA.

Toma, (Vuelve á atar el pañuelo y se le da á Rita, la cual se va con él y con las mantillas al cuarto de doña Irene.) guárdamelo todo allí, en la escusabaraja. Mira, llévalo así de las puntas... ¡Válgate Dios! ¡Eh! ya se ha roto la santa Gertrudis de alcorza!

RITA.

No importa; yo me la comeré.

## ESCENA III.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, DON DIEGO.

DOÑA FRANCISCA.

¿Nos vamos adentro, miamá, ó nos quedamos aquí?

DOÑA IRENE.

Ahora, niña, que quiero descansar un rato.

DON DIEGO.

Hoy se ha dejado sentir el calor en forma.

DOÑA IRENE.

¡Y qué fresco tienen aquel locutorio! (7) Está hecho un cielo... (Sientase doña Francisca junto á doña Irene.) Mi hermana es la que sigue siempre bastante delicadita. Ha padecido mucho este invierno... Pero vaya, no sabía qué hacerse con su sobrina la buena señora. Está muy contenta de nuestra elección.

DON DIEGO.

Yo celebro que sea tan á gusto de aquellas personas á quienes debe usted particulares obligaciones.

DOÑA IRENE.

Si, Trinidad está muy contenta; y en cuanto á Circuncion, ya lo ha visto usted. La ha costado mucho despedirse de ella; pero ha conocido que siendo para su bienestar, es necesario pasar por todo... Ya se acuerda usted de lo expresiva que estuvo, y...

DON DIEGO.

Es verdad. Solo falta que la parte interesada tenga la misma satisfaccion que manifiestan cuantos la quieren bien.

DOÑA IRENE.

Es hija obediente, y no se apartará jamás de lo que determine su madre.

DON DIEGO.

Todo eso es cierto, pero...

DOÑA IRENE.

Es de buena sangre, y ha de pensar bien, y ha de proceder con el honor que la corresponde.

DON DIEGO.

Si, ya estoy; ¡pero no pudiera sin faltar á su honor ni á su sangre!...

DOÑA FRANCISCA.

¿Me voy, mamá? (Se levanta y vuelve á sentarse.)

DOÑA IRENE.

No pudiera, no, señor. Una niña bien educada, hija de buenos padres, no puede menos de conducirse en todas ocasiones como es conveniente y debido. Un vivo retrato

(7) En las ediciones del año 1906 é inmediatas, aquí doña Francisca interrumpe á su madre, diciendo: «Pues con todo, aquella monja gorda que se llama la madre Augustina, bien sudaba.... ¡Ay, cómo sudaba la pobre mujer!»

es la chica, ahí donde usted la ve, de su abuela que Dios perdone, doña Jerónima de Peralta... En casa tengo el cuadro, que le habrá usted visto. Y le hicieron, según me contaba su merced, para enviárselo á su tío carnal el padre fray Serapion de San Juan Crisóstomo, electo obispo de Mechoacan.

DON DIEGO.

Ya.

DOÑA IRENE.

Y murió en el mar el buen religioso, que fué un quebranto para toda la familia... Hoy es, y todavía estamos sintiendo su muerte, particularmente mi primo don Cucufate, regidor perpetuo de Zamora, no puede oír hablar de su ilustrísima sin deshacerse en lágrimas.

DOÑA FRANCISCA.

Valgate Dios, qué cosas tan...

DOÑA IRENE.

Pues murió en olor de santidad.

DON DIEGO.

Eso bueno es.

DOÑA IRENE.

Sí, señor; pero como la familia ha venido tan á menos... ¿Qué quiere usted? Donde no hay facultades... Bien que por lo que puede tronar, ya se le esta escribiendo la vida; y ¿quién sabe que el día de mañana no se imprima con el favor de Dios?

DON DIEGO.

Sí, pues ya se ve. Todo se imprime.

DOÑA IRENE.

Lo cierto es que el autor, que es sobrino de mi hermano político el canónigo de Castrojeriz, no la deja de la mano; y á la hora de esta lleva ya escritos nueve tomos en folio, que comprenden los nueve años primeros de la vida del santo obispo.

DON DIEGO.

¿Con que para cada año un tomo?

DOÑA IRENE.

Sí, señor, ese plan se ha propuesto.

DON DIEGO.

¿Y de qué edad murió el venerable?

DOÑA IRENE.

De ochenta y dos años, tres meses y catorce días.

DOÑA FRANCISCA.

¿Me voy, mamá?

DOÑA IRENE.

Anda, vete. ¡Válgate Dios, qué prisa tienes!

DOÑA FRANCISCA.

¿Quiere usted (*Se levanta, y después de hacer una graciosa cortesía á don Diego, da un beso á dona Irene, y se va al cuarto de esta.*) que le haga una cortesía á la francesa, señor don Diego?

DON DIEGO.

Sí, hija mía. A ver.

DOÑA FRANCISCA.

Mire usted, así.

DON DIEGO.

¡Graciosa niña! Viva la Paquita, viva.

DOÑA FRANCISCA.

Para usted una cortesía, y para mi mamá un beso.

#### ESCENA IV.

DOÑA IRENE, DON DIEGO.

DOÑA IRENE.

Es muy jitana y muy mona, mucho.

DON DIEGO.

Tiene un donaire natural que arrebató

DOÑA IRENE.

¿Qué quiere usted? Criada sin artificio ni embelecos de mundo, contenta de verse otra vez al lado de su madre, y mucho mas de considerar tan inmediata su colocacion, no

es maravilla que cuanto hace y dice sea una gracia, y máxime á los ojos de usted, que tanto se ha empeñado en favorecerla.

DON DIEGO.

Quisiera solo que se explicase libremente acerca de nuestra proyectada union, y...

DOÑA IRENE.

Oiría usted lo mismo que le he dicho ya.

DON DIEGO.

Sí, no lo dudo; pero el saber que la merezco alguna inclinacion, oyéndoselo decir con aquella boquilla tan graciosa que tiene, sería para mí una satisfaccion imponderable.

DOÑA IRENE.

No tenga usted sobre ese particular la mas leve desconfianza; pero hágase usted cargo de que á una niña no le es lícito decir con ingenuidad lo que siente. Mal parecería, señor don Diego, que una doncella de vergüenza y criada como Dios manda, se atreviese á decirle á un hombre: yo le quiero a usted.

DON DIEGO.

Bien, si fuese un hombre a quien hallara por casualidad en la calle y le espetara ese favor de buenas a primeras, cierto que la doncella haría muy mal; pero á un hombre con quien ha de casarse dentro de pocos días, ya podría decirle alguna cosa que... Además, que hay ciertos modos de explicarse...

DOÑA IRENE.

Conmigo usa de mas franqueza. A cada instante habíamos de usted, y en todo manifiesta el particular cariño que á usted le tiene... ¿Con qué juicio hablaba ayer noche después que usted se fué á recoger! No sé lo que habrían dado porque hubiese podido oírlo.

DON DIEGO.

¿Y qué? ¿Habla de mí?

DOÑA IRENE.

Y qué bien piensa acerca de lo preferible que es para una criatura de sus años un marido de cierta edad, experimentado, maduro y de conducta...

DON DIEGO.

¡Calle! ¿Eso decía?

DOÑA IRENE.

No, esto se lo decía yo, y me escuchaba con una atencion como si fuera una mujer de cuarenta años, lo mismo... ¡Buenas cosas la dije! Y ella, que tiene mucha penetracion, aunque me esté mal el decirlo... ¿Pues no da lástima, señor, el ver cómo se hacen los matrimonios hoy en el día? Casan á una muchacha de quince años con un arrapiezo de diez y ocho, á una de diez y siete con otro de veinte y dos: ella niña sin juicio ni experiencia, y él niño tambien sin asomo de cordura ni conocimiento de lo que es mundo. Pues, señor (que es lo que yo digo), ¿quién ha de gobernar la casa? ¿quién ha de mandar á los criados? ¿quién ha de enseñar y corregir á los hijos? Porque sucede tambien que estos atolondrados de chicos suelen pagarse de criaturas en un instante, que da compasion.

DON DIEGO.

Cierto que es un dolor el ver rodeados de hijos á muchos que carecen del talento, de la experiencia y de la virtud que son necesarias para dirigir su educacion.

DOÑA IRENE.

Lo que sé decirle á usted es que aun no habia cumplido los diez y nueve cuando me casé de primeras nupcias con mi difunto don Epifanio, que esté en el cielo. Y era un hombre que, mejorando lo presente, no es posible hablarle de mas respeto, mas caballeroso... y al mismo tiempo mas divertido y decidor. Pues, para servir á usted, ya tenía los cincuenta y seis, muy largos de tallo, cuando se casó conmigo.

DON DIEGO.

Buena edad... No era un niño, pero...

DOÑA IRENE.

Pues á eso voy... Ni á mi podía convenirme en aquel entonces un boquirubio con los cascos á la jineta... No, señor... Y no es decir tampoco que estuviese achacoso ni quebrantado de salud, nada de eso. Sanito estaba, gracias á Dios, como una manzana; ni en su vida conoció otro mal, sino una especie de alferecía que le amagaba de cuando en cuando. Pero luego que nos casamos dió en darle tan á menudo y tan de recio, que á los siete meses me hallé viuda y en cinta de una criatura que nació después, y al cabo y al fin se me murió de alfombrilla.

DON DIEGO.

¡Oiga!... Mire usted si dejó sucesión el bueno de don Epifanio.

DOÑA IRENE.

Si, señor, ¿pues por qué no?

DON DIEGO.

Lo digo porque luego saltan con... Bien que si uno hubiera de hacer caso... ¿Y fué niño, ó niña?

DOÑA IRENE.

Un niño muy hermoso. Como una plata era el angelito.

DON DIEGO.

Cierto que es consuelo tener, así, una criatura, y...

DOÑA IRENE.

¡Ay, señor! Dan malos ratos, pero ¿qué importa? Es mucho gusto, mucho.

DON DIEGO.

Yo lo creo.

DOÑA IRENE.

Si, señor.

DON DIEGO.

Ya se ve que será una delicia, y...

DOÑA IRENE.

¿Pues no ha de ser?

DON DIEGO.

Un embeleso, el verlos jugar y reír, y acariciarlos, y merecer sus fiesotecillas inocentes.

DOÑA IRENE.

¡Hijos de mi vida! Veinte y dos he tenido en los tres matrimonios que llevo hasta ahora, de los cuales solo esta niña me ha venido á quedar; pero le aseguro á usted que...

## ESCENA V.

SIMON, DOÑA IRENE, DON DIEGO.

SIMON. *(Sale por la puerta del foro.)*

Señor, el mayoral está esperando.

DON DIEGO.

Dile que voy allá... ¡Ah! Tráeme primero el sombrero y el baston, que quisiera dar una vuelta por el campo. *(Entra Simon al cuarto de don Diego, saca un sombrero y un baston, se los da á su amo, y al fin de la escena se va con él por la puerta del foro.)* ¿Con que, supongo que mañana tempranito saldremos?

DOÑA IRENE.

No hay dificultad. A la hora que á usted le parezca.

DON DIEGO.

A eso de las seis. ¿Eh?

DOÑA IRENE.

Muy bien.

DON DIEGO.

El sol nos da de espaldas... Le diré que venga una media hora antes.

DOÑA IRENE.

Si, que hay mil chismes que acomodar.

## ESCENA VI.

DOÑA IRENE, RITA.

DOÑA IRENE.

¡Válgame Dios! ahora que me acuerdo... ¡Rita!... Me le nabrau dejado morir. ¡Rita!

RITA.

Señora.

*(Sacará Rita unas sábanas y almohadas debajo del brazo.)*

DOÑA IRENE.

¿Qué has hecho del tordo? ¿Le diste de comer?

RITA.

Si, señora. Mas ha comido que un avestruz. Ahí le puse en la ventana del pasillo.

DOÑA IRENE.

¿Hiciste las camas?

RITA.

La de usted ya está. Voy á hacer esotras antes que amochesca, porque si no, como no hay mas alumbrado que el del candil y no tiene garabato, me veo perdida.

DOÑA IRENE.

Y aquella chica, ¿qué hace?

RITA.

Está desmenuzando un bizecocho, para dar de cenar á don Periquito.

DOÑA IRENE.

¿Qué pereza tengo de escribir! *(Se levanta y se entra en su cuarto.)* Pero es preciso, que estará con mucho cuidado la pobre Circuncision.

RITA.

¿Qué chapucerías! No ha dos horas, como quien dice, que salimos de allá, y ya empiezan á ir y venir correos. ¿Qué poco me gustan á mí las mujeres gazmofas y zalameras! *(Entrase en el cuarto de doña Francisca.)*

## ESCENA VII.

CALAMOCHA.

*(Sale por la puerta del foro con unas maletas, lítigo y botas; lo deja todo sobre la mesa, y se sienta.)*

¿Con que ha de ser el número tres? Vaya en gracia.... Ya, ya conozco el tal número tres. Coleccion de bichos mas abundante, no la tiene el gabinete de historia natural... Miedo me da de entrar... ¡Ay! ¡ay!... ¡Y qué agujetas! Estas si que son agujetas... Paciencia, pobre Calamocha, paciencia... Y gracias á que los caballitos dijeron: no podemos mas, que si no, por esta vez no veía yo el número tres, ni las plagas de Faraon que tiene dentro.... En fin, como los animales amanescan vivos, no será poco.... Reventados están... *(Canta Rita desde adentro. Calamocha se levanta desesperándose.)* ¡Oiga!... ¡Seguidillitas!... Y no canta mal... Vaya, aventura tenemos... ¡Ay! qué desvenecijado estoy!

## ESCENA VIII.

RITA, CALAMOCHA.

RITA.

Mejor es cortar, no sea que nos alivien de ropa, y... *(Forrajando para coger la llave.)* Pues cierto que está bien acondicionada la llave.

CALAMOCHA.

¿Gusta usted de que echo una mano, mi vida?

RITA.

Gracias, mi alma.

CALAMOCHA.

¡Calle!... ¡Rita!

RITA.

¡Calamocha!

CALAMOCHA.

¿Qué hallazgo es este?

RITA.

¿Y tu amo?

CALAMOCHA.

Los dos acabamos de llegar.

RITA.

¿De veras?

CALAMOCHA.

No, que es champa. Apenas recibí la carta de doña Paquita, yo no sé adónde fui, ni con quién hablé, ni cómo lo

dispuso : solo sé decirte que aquella tarde salimos de Zaragoza. Hemos venido como dos centellas por ese camino. Llegamos esta mañana á Guadalajara, y á las primeras diligencias nos hallamos con que los pájaros volaron ya. A caballo otra vez, y vuelta á correr y á sudar y á dar chasquidos... En suma, molidos los rocines, y nosotros á medio moler, hemos parado aquí con ánimo de salir mañana... Mi teniente se ha ido al colegio mayor á ver á un amigo, mientras se dispone algo que cenar..... Esta es la historia.

RITA.

¿Con que le tenemos aquí?

CALAMOCHA.

Y enamorado mas que nunca, celoso, amenazando vidas... Aventurado á quitar el hipo á cuantos le disputen la posesion de su Currita idolatrada.

RITA.

¿Qué dices?

CALAMOCHA.

Ni mas ni menos.

RITA.

¿Qué gusto me das!... Ahora sí se conoce que la tiene amor.

CALAMOCHA.

¿Amor?... ¿Friolera!... El moro Gazul fué para él un pelele, Medoro un zascandil, y Gaiferos un chiquillo de la doctrina.

RITA.

¡Ay, cuando la señorita lo sepa!

CALAMOCHA.

Pero acabemos. ¿Cómo te hallo aquí? ¿Con quién estás? ¿Cuando llegaste? que...

RITA.

Yo te lo diré. La madre de doña Paquita dió en escribir cartas y mas cartas, diciendo que tenia concertado su casamiento en Madrid con un caballero rico, honrado, bien quisto; en suma, cabal y perfecto, que no habia mas que apetecer. Acosada la señorita con tales propuestas, y angustiada incesantemente con los sermones de aquella bendita monja, se vió en la necesidad de responder que estaba pronta á todo lo que la mandasen... Pero no te puedo ponderar cuanto lloró la pobrecita, qué afligida estuvo. Ni queria comer, ni podia dormir..... Y al mismo tiempo era preciso disimular, para que su tia no sospechara la verdad del caso. Ello es que cuando, pasado el primer susto, hubo lugar de discurrir escapatorias y arbitrios, no hallamos otro que el de avisar á tu amo; esperando que si era su cariño tan verdadero y de buena ley como nos habia ponderado, no consentiria que su pobre Paquita pasara á manos de un desconocido, y se perdiesen para siempre tantas caricias, tantas lagrimas y tantos suspiros estrellados en las tapias del corral. Apenas partió la carta á su destino, cata el coche de colleras y el mayoral Gasparet con sus medias azules, y la madre y el novio que vienen por ella; recogimos á toda prisa nuestros meriñiques, se atan los cofres, nos despedimos de aquellas buenas mujeres, y en dos latigazos llegamos antes de ayer á Alcalá. La detencion ha sido para que la señorita visite á otra tia monja que tiene aqui, tan arrugada y tan sorda como la que dejamos alla. Ya la ha visto, ya la han besado bastante una por una todas las religiosas, y creo que mañana temprano saldremos. Por esta casualidad nos...

CALAMOCHA.

Sí. No digas mas... Pero... ¿Con que el novio está en la posada?

RITA.

Ese es su cuarto, (*Señalando el cuarto de don Diego, el de dona Irene y el de dona Francisca*) este el de la madre, y aquel el nuestro.

CALAMOCHA.

¿Cómo nuestro? ¿Tuyo y mio?

RITA.

No por cierto. Aquí dormiremos esta noche la señorita y yo; porque ayer metidas las tres en ese de enfrente, ni cabiamos de pié, ni pudimos dormir un instante, ni respirar siquiera.

CALAMOCHA.

Bien... Adios.

(*Recoge los trastos que puso sobre la mesa, en ademán de irse.*)

RITA.

¿Y adónde?

CALAMOCHA.

Yo me entiendo... Pero el novio ¿trae consigo criados, amigos ó deudos que le quiten la primera zambullida que le amenaza?

RITA.

Un criado viene con él.

CALAMOCHA.

¿Poca cosa!..... Mira, dile en caridad que se disponga, porque está de peligro. Adios.

RITA.

¿Y volverás presto?

CALAMOCHA.

Se supone. Estas cosas piden diligencia; y aunque apenas puedo moverme, es necesario que mi teniente deje la visita y venga á cuidar de su hacienda, disponer el cuartier de ese hombre, y... ¿Con que ese es nuestro cuarto, eh?

RITA.

Sí. De la señorita y mio.

CALAMOCHA.

¿Bribona!

RITA.

¿Botarate! Adios.

CALAMOCHA.

Adios, aborrecida.

(*Entrase con los trastos al cuarto de don Carlos.*)

### ESCENA IX.

DOÑA FRANCISCA, RITA.

RITA.

¿Qué malo es!..... Pero....; Válgame Dios, don Félix aquí!... Sí, la quiere, bien se conoce... (*Sale Calamocha del cuarto de don Carlos, y se va por la puerta del foro.*) ¡Oh! por mas que digan, los hay muy finos; y entonces, ¿qué ha de hacer una?..... Quereros: no tiene remedio, quereros... Pero ¿qué dirá la señorita cuando le vea, que está ciega por él? ¡Pobrecita! ¿Pues no seria una lástima que... Ella es.

DOÑA FRANCISCA, saliendo.

¡Ay, Rita!

RITA.

¿Qué es eso? ¿Ha llorado usted?

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues no he de llorar? Si vieras mi madre... Empeñada está en que he de querer mucho á ese hombre.... Si ella supiera lo que sabes tú, no me mandaria cosas imposibles... Y que es tan bueno, y que es rico, y que me irá tan bien con él... Se ha enfadado tanto, y me ha llamado pícara, inobediente... ¡Pobre de mí! Porque no miento ni sé flujir, por eso me llaman pícara.

RITA.

Señorita, por Dios, no se aflija usted.

DOÑA FRANCISCA.

Ya, como tú no lo has oido... Y dice que don Diego se queja de que yo no le digo nada... Harto le digo, y bien he procurado hasta ahora mostrarme contenta delante de él, que no lo estoy por cierto, y reirme y hablar niñerías... Y todo por dar gusto á mi madre, que si no... Pero bien sabe la Virgen que no me sale del corazón.

(*Se va oscureciendo lentamente el teatro.*)

RITA.

Vaya, vamos, que no hay motivos todavía para tanta angustia... ¿Quién sabe?... No se acuerda usted ya de aquel día de asueto que tuvimos el año pasado en la casa de campo del intendente?

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay! ¿cómo puedo olvidarlo?... Pero, ¿qué me vas a contar?

RITA.

Quiero decir, que aquel caballero que vimos allí con aquella cruz verde, tan galán, tan fino...

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué rodeos!... Don Félix. ¿Y qué?

RITA.

Que nos fué acompañando hasta la ciudad...

DOÑA FRANCISCA.

Y bien... Y luego volvió, y le ví, por mi desgracia, muchas veces.... mal aconsejada de tí.

RITA.

¿Por qué, señora?... ¿A quién dimos escándalo? Hasta ahora nadie lo ha sospechado en el convento. El no entró jamás por las puertas, y cuando de noche hablaba con usted, mediaba entre los dos una distancia tan grande, que usted la maldijo no pocas veces... Pero esto no es del caso. Lo que voy a decir es, que un amante como aquel no es posible que se olvide tan presto de su querida Paquita.... Mire usted que todo cuanto hemos leído a hurtadillas en las novelas no equivale a lo que hemos visto en él... ¿Se acuerda usted de aquellas tres palmadas que se oían entre once y doce de la noche? ¿de aquella sonora punteada con tanta delicadeza y espresion?

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay, Rita! Sí, de todo me acuerdo, y mientras viva conservaré la memoria... Pero está ausente... y entretenido acaso con nuevos amores.

RITA.

Eso no lo puedo yo creer.

DOÑA FRANCISCA.

Es hombre al fin, y todos ellos...

RITA.

¿Qué boberia! Desengañese usted, señorita. Con los hombres y las mujeres sucede lo mismo que con los melones de Añover. Hay de todo; la dificultad está en saber escogerlos. El que se lleve chasco en la eleccion, quejese de su mala suerte, pero no desacredite la mercancía.... Hay hombres muy embusteros, muy picarescos; pero no es creíble que lo sea el que ha dado pruebas tan repetidas de perseverancia y amor. Tres meses duró el terrero y la conversacion a oscuras, y en todo aquel tiempo, bien sabe usted que no vimos en él una accion descompuesta, ni oímos de su boca una palabra indecente ni atrevida.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad. Por eso le quise tanto, por eso le tengo tan fijo aquí... aquí... *(Señalando el pecho.)* ¿Qué habrá dicho al ver la carta?... ¡Oh! Yo bien sé lo que habrá dicho... ¡Válgate Dios! Es lástima... Cierito. ¡Pobre Paquita!... Y se acabó... No habrá dicho mas... nada mas.

RITA.

No, señora, no ha dicho eso.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué sabes tú?

RITA.

Bien lo sé. Apenas haya leído la carta se habrá puesto en camino, y vendrá volando a consolar a su amiga... Pero... *(Acercándose a la puerta del cuarto de doña Irene.)*

DOÑA FRANCISCA.

¿Adónde vas?

RITA.

Quiero ver si...

DOÑA FRANCISCA.

Está escribiendo.

RITA.

Pues ya presto habrá de dejarlo, que empieza a anochechar... Señorita, lo que la he dicho a usted es la verdad pura. Don Félix está ya en Alcalá.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué dices? No me engañes.

RITA.

Aquel es su cuarto.... Calamocha acaba de hablar conmigo.

DOÑA FRANCISCA.

¿De veras?

RITA.

Sí, señora... Y le ha ido a buscar para...

DOÑA FRANCISCA.

¿Con que me quiere?... ¡Ay Rita! Mira tá si hicimos bien de avisarle... Pero ¿ves qué fineza?... ¡Si vendrá bueno! ¿Correr tantas leguas solo por verme.... porque yo se lo mando!.... ¡Qué agradecida le debo estar!... ¡Oh! yo le prometo que no se quejará de mí. Para siempre agradecimiento y amor.

RITA.

Voy a traer luces. Procuraré detenerme por allí abajo hasta que vuelvan... Veré lo que dice y qué piensa hacer, porque hallándonos todos aquí, pudiera haber una de Santas entre la madre, la hija, el novio y el amante; y si no ensayamos bien esta contradanza, nos hemos de perder en ella.

DOÑA FRANCISCA.

Dices bien... Pero no; él tiene resolucion y talento, y sabrá determinar lo mas conveniente.... ¿Y cómo has de avisarme?... Mira que así que llegue lo quiero ver.

RITA.

No hay que dar cuidado. Yo le traeré por acá, y en dónde me aquella tosecilla seca... ¿me entiende usted?

DOÑA FRANCISCA.

Sí, bien.

RITA.

Pues entonces no hay mas que salir con cualquiera excusa. Yo me quedaré con la señora mayor, la hablaré de todos sus maridos y de sus concuñados, y del obispo que murió en el mar.... Además, que si está allí don Diego...

DOÑA FRANCISCA.

Bien, anda; y así que llegue...

RITA.

Al instante.

DOÑA FRANCISCA.

Que no se te olvide toser.

RITA.

No haya miedo.

DOÑA FRANCISCA.

¡Si viertes qué consolada estoy!

RITA.

Sin que usted lo jure, lo creo.

DOÑA FRANCISCA.

¿Te acuerdas, cuando me decía que era imposible apartarme de su memoria, que no habría peligro que le desatuvieran, ni dificultades que no atropellara por mí?

RITA.

Sí, bien me acuerdo.

DOÑA FRANCISCA.

¡Ah!.... Pues mira cómo me dijo la verdad.

*(Doña Francisca se va a guardar en el cuarto de doña Irene; Rita, por la puerta del foro.)*

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA PRIMERA.

(Teatro oscuro.)

DOÑA FRANCISCA.

Nadie parece aun... (*Acércase á la puerta del foro, y vuelve.*) ¡Qué impaciencia tengo!... Y dice mi madre que soy una simple, que solo pienso en jugar y reír, y que no sé lo que es amor... Sí, diez y siete años y no cumplidos; pero ya sé lo que es querer bien, y la inquietud y las lágrimas que cuesta.

### ESCENA II.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE.

Sola y á oscuras me habéis dejado allí.

DOÑA FRANCISCA.

Como estaba usted acabando su carta, mamá, por no estorbarla me he venido aquí, que está mucho mas fresco.

DOÑA IRENE.

Pero aquella muchacha, ¿qué hace, que no trae una luz? Para cualquiera cosa se está un año... Y yo que tengo un genio como una pólvora... (*Siéntase.*) Sea todo por Dios... ¿Y don Diego no ha venido?

DOÑA FRANCISCA.

Me parece que no.

DOÑA IRENE.

Pues cuenta, niña, con lo que te he dicho ya. Y mira que no gusto de repetir una cosa dos veces. Este caballero está sentido, y con muchísima razón...

DOÑA FRANCISCA.

Bien; sí, señora, ya lo sé. No me riña usted mas.

DOÑA IRENE.

No es esto refírte, hija mía; esto es aconsejarte. Porque como tú no tienes conocimiento para considerar el bien que se nos ha entrado por las puertas... Y lo atrasada que me coge, que yo no sé lo que hubiera sido de tu pobre madre... Siempre cayendo y levantando.... Médicos botica.... Que se dejaba pedir aquel caribe de don Bruno (Dios le haya coronado de gloria) los veinte y los treinta reales por cada papelillo de píldoras de coloquintida y asafétida.... Mira que un casamiento como el que vas á hacer, muy pocas le consiguen. Bien que á las oraciones de tus tías, que son unas bienaventuradas, debemos agradecer esta fortuna, y no á tus méritos ni á mi diligencia... ¿Qué dices?

DOÑA FRANCISCA.

Yo, nada, mamá.

DOÑA IRENE.

Pues, nunca dices nada. ¿Valgame Dios, señor!... En hablándote de esto no te ocurre nada que decir.

### ESCENA III.

RITA. (*Sale por la puerta del foro con luces y las pone encima de la mesa.*) DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE.

Vaya, mujer, yo pensé que en toda la noche no venías.

RITA.

Señora, he tardado, porque han tenido que ir á comprar las velas. ¿Como el tufo del velon la hace á usted tanto daño!...

DOÑA IRENE.

Seguro que me hace muchísimo mal, con esta jaqueca que padezco... Los parches de alcanfor al cabo tuve que quitármelos; ¿si no me sirvieron de nada! Con las obleas me parece que me va mejor... Mira, deja una luz ahí, y llévate la otra á mi cuarto, y corre la cortina, no se me llene todo de mosquitos.

RITA.

Muy bien. (*Toma una luz, y hace que se va.*)

DOÑA FRANCISCA, *aparte, á Rita.*

¿No ha venido?

RITA.

Vendrá.

DOÑA IRENE.

Oyes, aquella carta que está sobre la mesa dásela al mozo de la posada, para que la lleve al instante al correo... (*Vase Rita al cuarto de doña Irene.*) Y tú, niña, ¿qué has de cenar? Porque será menester recogernos presto para salir mañana de madrugada.

DOÑA FRANCISCA.

Como las monjas me hicieron merendar...

DOÑA IRENE.

Con todo eso... Siquiera unas sopas del puchero para el abrigo del estómago... (*Sale Rita con una carta en la mano, y hasta el fin de la escena hace que se va y vuelve, segun lo indica el diálogo.*) Mira, has de calentar el caldo que apartamos al mediodía, y haznos un par de tazas de sopas, y tráetelas luego que estén.

RITA.

¿Y nada mas?

DOÑA IRENE.

No, nada mas.... ¡Ah! y hazmelas bien caldositas.

RITA.

Sí, ya lo sé.

DOÑA IRENE.

¡Rita!

RITA.

Otra. ¿Qué manda usted?

DOÑA IRENE.

Encarga mucho al mozo que lleve la carta al instante... Pero no, señor, mejor es... No quiero que la lleve él, que son unos borrachones, que no se les puede.... Has de decir á Simon que digo yo, que me haga el gusto de echarla en el correo; ¿lo entiendes?

RITA.

Sí, señora.

DOÑA IRENE.

¡Ah! mira.

RITA.

Otra.

DOÑA IRENE.

Bien que ahora no corre prisa... Es menester que luego me saques de ahí al tordo y colgarle por aquí, de modo que no se caiga y se me lastime... (*Vase Rita por la puerta del foro.*) ¿Qué noche tan mala me dió!... ¿Pues no se estuvo el animal toda la noche de Dios rezando el gloria patri y la oración del santo sudario... Ello por otra parte edificaba, cierto... pero cuando se trata de dormir...

### ESCENA IV.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA

DOÑA IRENE.

Pues mucho será que don Diego no haya tenido algun encuentro por ahí, y eso le detenga. Cierito que es un señor muy mirado, muy puntual... ¡Tan buen cristiano! ¡tan atento! ¡tan bien hablado! ¡Y con qué garbo y generosidad se porta!... Ya se ve, un sujeto de bienes y de posibles... ¡Y qué casa tiene! Como un ascua de oro la tiene... Es mucho aquello. ¿Qué ropa blanca! ¡qué batería de cocina, y qué despensa, llena de cuanto Dios crió!... Pero tú no parece que atiendes á lo que estoy diciendo.

DOÑA FRANCISCA.

Sí, señora, bien lo oigo; pero no la quería interrumpir á usted.

DOÑA IRENE.

Allí estarás, hija mía, como el pez en el agua: pajarricos del aire que apetecieras las tendrías, porque como él

re tanto, y es un caballero tan de bien y tan temeroso de Dios.. Pero mira, Francisquita, que me cansa el que siempre que te hablo de esto, hayas dañado de no responderme palabra... ; Pues no es cosa, señor!

DOÑA FRANCISCA.

Ma, no se enfada usted.

DOÑA IRENE.

es buen empeño de... ; Y te parece á tí que no te acuerdas bien de donde viene todo eso?... ¿No ves que en las locuras que se te han metido en esa cabeza... ; Perdóneme Dios!

DOÑA FRANCISCA.

... Pues, ¿que sabe usted?

DOÑA IRENE.

¿Quieres engañar á mí, eh? ¡Ay, hija! He vivido muy tengo yo mucha trastienda y mucha penetración en tu me engañes.

DOÑA FRANCISCA, *aparte*.

duda soy!

DOÑA IRENE.

contar con su madre... como si la madre no tuviera te aseguro que aunque no hubiera sido con esto, de todos modos era ya necesario sacarte de lo. Aunque hubiera tenido que ir a pie y sola por mundo, te hubiera sacado de allí... ; Mire usted que le nuda este! Que porque ha vivido un poco de entre monjas, ya se la puso en la cabeza el señalamiento... Ni que entienda ella de eso, ni que los estados se sirven a Dios, Francisquita; pero acerca a su madre, asístala, acompañarla y ser con de sus trabajos, esa es la primera obligación de a obediente... ; Y sepalo usted, si no lo sabe.

DOÑA FRANCISCA.

verdad, mamá... Pero yo nunca he pensado abandonar a usted.

DOÑA IRENE.

te no sé yo...

DOÑA FRANCISCA.

ahora, créame usted. La Paquita nunca se apartará de mí, ni la dará disgustos.

DOÑA IRENE.

si es cierto lo que dice.

DOÑA FRANCISCA.

ahora, que yo no se mentir.

DOÑA IRENE.

hija, ya sabes lo que te he dicho. Ya ves lo que y la pesadumbre que me das si no te portas en como corresponde... ; Cuidado con ello.

DOÑA FRANCISCA, *aparte*.

re de mí!

## ESCENA V.

EGÍ (sale por la puerta del foro, y deja sombrero y bastón), DONA IRENE, DONA FRANCISCA.

DOÑA IRENE.

cómo tan tarde?

DON DIEGO.

sali tropecé con el rector de Málaga, y el doctor, y hasta que me han hartado bien de chuchuleos no me han querido soltar... ; (*Siéntase junto a Irene*) Y a todo esto, ¿como va?

DOÑA IRENE.

en.

DON DIEGO.

la Paquita?

DOÑA IRENE.

Paquita siempre acordándose de sus monjas. Ya es tiempo de mudar de bisesto, y pensar solo esto a su madre y obedecerla.

DON DIEGO.

¿Qué diantre! ; Con que tanto se acuerda de...

DOÑA IRENE.

¿Qué se admira usted? Son niñas... No saben lo que quieren, ni lo que aborrecen... En una edad, así tan...

DON DIEGO.

No, poco a poco, eso no. Precisamente en esa edad son las pasiones algo mas enérgicas y decisivas que en la nuestra, y por cuanto la razón se halla todavía imperfecta y débil, los ímpetus del corazón son mucho mas violentos... (*Asiendo de una mano a doña Francisca, la hace sentar inmediata á él.*) Pero de veras, doña Paquita, ¿se volvería usted al convento de buena gana?... La verdad.

DOÑA IRENE.

Pero si ella no...

DON DIEGO.

Déjela usted, señora, que ella responderá.

DOÑA FRANCISCA.

Bien sabe usted lo que acabo de decirle... No permita Dios que yo la dé que sentir.

DON DIEGO.

Pero eso lo dice usted tan afligida y...

DOÑA IRENE.

Si es natural, señor. ; No ve usted que...

DON DIEGO.

Calle usted, por Dios, doña Irene, y no me diga usted a mí lo que es natural. Lo que es natural es que la chica este llena de miedo, y no se atreva a decir una palabra que se oponga á lo que su madre quiere que diga... Pero si esto hubiese, por vida mia, que estabamos lucidos.

DOÑA FRANCISCA.

No, señor, lo que dice su merced, eso digo yo; lo mismo. Porque en todo lo que me manda la obedeceré.

DON DIEGO.

¿Mandar, hija mia!... En estas materias tan delicadas los padres que tienen juicio no mandan. Insistan, proponen, aconsejan; eso si, todo eso si; pero mandar!... Y qué es lo de evitar después las resultas funestas de lo que mandaron?... Pues ; cuántas veces vemos matrimonios infelices, uniones monstruosas, verificadas solamente porque un padre tolo se metió a mandar lo que no debiera?... ; Cuántas veces una desdichada mujer ha anticipado la muerte en el encierro de un claustro, porque su madre ó su tío se empeñaron en regalar a Dios o que Dios no quería?... ; Eh! No, señor, eso no va bien... ; Mire usted, doña Paquita, yo no soy de aquellos hombres que se disimulan los defectos. Yo sé que si mi figura á mi edad son para enamorar perdidamente á nadie; ero tampoco he creído imposible que una muchacha de juicio y bien criada llegase a quererme con aquel amor tranquilo y constante que tanto se parece á la amistad, y es el unico que puede hacer los matrimonios felices. Para conseguirlo, no he ido a buscar ninguna hija de familia e estas que viven en una decente libertad.... Decente; pero yo no culpo lo que no se opone al ejercicio de la virtud. Pero ; cual seria entre todas ellas la que no estuviere ya prevenida en favor de otro amante mas apetecible que yo?... ; Y en Madrid! ; figúrese usted en un Madrid!... ; Pero de estas ideas me parecia que tal vez hallaria en usted todo cuanto yo deseaba.

DOÑA IRENE.

Y puede usted creer, señor don Diego, que...

DON DIEGO.

Voy a acabar, señora, dejeme usted acabar. Yo me voy a cargo, querida Paquita, de lo que habrán leído en la niña tan bien inclinada como usted las santas costumbres que ha visto practicar en aquel inocente asilo de devoción y la virtud; pero si a pesar de todo este la saguacion acalorada, las circunstancias imprevistas la

hubiesen hecho elegir sujeto mas digno, sepa usted que yo no quiero nada con violencia. Yo soy ingenuo; mi corazon y mi lengua no se contradicen jamás. Esto mismo la pido á usted, Paquita, sinceridad. El cariño que á usted la tengo no la debe hacer infeliz... Su madre de usted no es capaz de querer una injusticia, y sabe muy bien que á nadie se le hace dichoso por fuerza. Si usted no halla en mí prendas que la inclinen, si siente algun otro cuidadillo en su corazon, créame usted, la menor disimulacion en esto nos daria á todos muchísimo que sentir.

DOÑA IRENE.

¿Puedo hablar ya, señor?

DON DIEGO.

Ella, ella debe hablar, y sin apuntador y sin intérprete.

DOÑA IRENE.

Cuando yo se lo mande.

DON DIEGO.

Pues ya puede usted mandárselo, porque á ella la toca responder... Con ella he de casarme, con usted no.

DOÑA IRENE.

Yo creo, señor don Diego, que ni con ella ni conmigo. ¿En qué concepto nos tiene usted?... Bien dice su padrino, y bien claro me lo escribió pocos dias ha, cuando le di parte de este casamiento. Que aunque no la ha vuelto á ver desde que la tuvo en la pila, la quiere muchísimo; y á cuantos pasan por el Burgo de Osma les pregunta cómo está, y continuamente nos envia memorias con el ordinario.

DON DIEGO.

Y bien, señora, ¿qué escribió el padrino?... O por mejor decir, ¿qué tiene que ver nada de eso con lo que estamos hablando?

DOÑA IRENE.

Sí, señor, que tiene que ver, sí, señor. Y aunque yo lo diga, le aseguro á usted que ni un padre de Atocha hubiera puesto una carta mejor que la que él me envió sobre el matrimonio de la niña... Y no es ningun catedrático, ni bachiller, ni nada de eso, sino un cualquiera, como quien dice, un hombre de capa y espada, con un empleillo infeliz en el ramo del viento, que apenas le da para comer... Pero es muy ladino, y sabe de todo, y tiene una labia y escribe que da gusto... Cuasi toda la carta venia en latín, no le parezca á usted, y muy buenos consejos que me daba en ella... Que no es posible sino que adivinase lo que nos está sucediendo.

DON DIEGO.

Pero, señora, si no sucede nada, ni hay cosa que á usted la deba disgustar.

DOÑA IRENE.

Pues ¿no quiere usted que me disguste oyéndole hablar de mi hija en unos términos que...; Ella otros amores ni otros cuidados!... Pues si tal hubiera...; Valgame Dios!... la mataba á golpes, mire usted... Respondele, una vez que quiere que hables, y que yo no chiste. Cuéntale los novios que dejaste en Madrid cuando tenias doce años, y los que has adquirido en el convento al lado de aquella santa mujer. Diselo para que se tranquilice, y...

DON DIEGO.

Yo, señora, estoy mas tranquilo que usted.

DOÑA IRENE.

Respondele.

DOÑA FRANCISCA.

Yo no sé qué decir. Si usted se enfadan.

DON DIEGO.

No, hija mia: esto es dar alguna expresion á lo que se dice, pero ¡enfadarnos! no por cierto. Doña Irene sabe lo que yo la estimo.

DOÑA IRENE.

Sí, señor, que lo sé, y estoy sumamente agradecida á los favores que usted nos hace... Por eso mismo...

DON DIEGO.

No se hable de agradecimiento: cuanto yo puedo hacer, todo es poco.... Quiero solo que doña Paquita esté contenta.

DOÑA IRENE.

¿Pues no ha de estarlo? Responde.

DOÑA FRANCISCA.

Sí, señor, que lo estoy.

DON DIEGO.

Y que la mudanza de estado que se la previene no la cueste el menor sentimiento.

DOÑA IRENE.

No, señor, todo al contrario... Boda mas á gusto de todos no se pudiera imaginar.

DON DIEGO.

En esa inteligencia puedo asegurarla que no tendra motivos de arrepentirse después. En nuestra compañía vivirá querida y adorada; y espero que á fuerza de beneficios he de merecer su estimacion y su amistad.

DOÑA FRANCISCA.

Gracias, señor don Diego... ¡A una huérfana, pobre, desvalida como yo!...

DON DIEGO.

Pero de prendas tan estimables, que la hacen á usted digna todavía de mayor fortuna.

DOÑA IRENE.

Ven aquí, ven... Ven aquí, Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

¡Mamá!

(Levántase doña Francisca, abraza á su madre, y se acarician mutuamente.)

DOÑA IRENE.

¿Ves lo que te quiero?

DOÑA FRANCISCA.

Sí, señora.

DOÑA IRENE.

¿Y cuánto procuro tu bien, que no tengo otro pio sino el de verte colocada antes que yo falte?

DOÑA FRANCISCA.

Bien lo conozco.

DOÑA IRENE.

¡Hija de mi vida! ¿Has de ser buena?

DOÑA FRANCISCA.

Sí, señora

DOÑA IRENE.

¡Ay, que no sabes tú lo que te quiere tu madre!

DOÑA FRANCISCA.

Pues qué, ¿no la quiero yo á usted?

DON DIEGO.

Vamos, vamos de aquí. (Levántase don Diego, y después doña Irene.) No venga alguno, y nos halle a los tres llorando como tres chiquillos.

DOÑA IRENE.

Si, dice usted bien.

(Vanse los dos al cuarto de doña Irene. Doña Francisca va detrás; y Rita, que sale por la puerta del foro, la hace detener.)

## ESCENA VI.

RITA, DOÑA FRANCISCA.

RITA.

Señorita...; Eh! chit... señorita...

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué quieres?

RITA.

Ya ha venido.

DOÑA FRANCISCA.

¿Cómo?

RITA.

Ahora mismo acaba de llegar. Le he dado un abrazo con licencia de usted, y ya sube por la escalera.



DOÑA FRANCISCA.

¡Ay, Dios!... ¡Y qué debo hacer?

RITA.

¡Donosa pregunta!... Vaya, lo que importa es no gastar el tiempo en melindres de amor... Al asunto... y juicio. Y mire usted que en el paraje en que estamos, la conversación no puede ser muy larga... Ahí está.

DOÑA FRANCISCA.

Sí... El es.

RITA.

Voy á cuidar de aquella gente... Valor, señorita, y resolución. *(Se va al cuarto de Doña Irene.)*

DOÑA FRANCISCA.

No, no, que yo tambie... Pero no lo merece.

## ESCENA VII.

DON CARLOS *sale por la puerta del foro*, DOÑA FRANCISCA.

DON CARLOS.

¡Paquita!... vida mia!... Ya estoy aquí. ¿Cómo va, hermosa, cómo va?

DOÑA FRANCISCA.

Bien venido.

DON CARLOS.

¿Como tan triste?... ¿No merece mi llegada mas alegría?

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad; pero acaban de sucederme cosas que me tienen fuera de mí... Sabe usted... Sí, bien lo sabe usted... Después de escrita aquella carta, fueron por mí... Mañana a Madrid... Ahí está mi madre.

DON CARLOS.

¿En dónde?

DOÑA FRANCISCA.

Ahí, en ese cuarto.

*(Salando al cuarto de Doña Irene.)*

DON CARLOS.

¡Sola!

DOÑA FRANCISCA.

No, señor.

DON CARLOS.

Estará en compañía del prometido esposo. *(Se acerca al cuarto de Doña Irene, se detiene y vuelve.)* Mejor... Pero ¿no hay nadie mas con ella?

DOÑA FRANCISCA.

Nadie mas, solos están... ¿Qué piensa usted hacer?

DON CARLOS.

Si me dejase llevar de mi pasión y de lo que esos ojos me inspiran, una temeridad... Pero tiempo hay... El también será hombre de honor, y no es justo insultarle porque quiere bien á una mujer tan digna de ser querida... Yo no conozco á su madre de usted ni... vamos, ahora nada se puede hacer... Su decoro de usted merece la primera atención.

DOÑA FRANCISCA.

Es mucho el empeño que tiene en que me case con él.

DON CARLOS.

No importa.

DOÑA FRANCISCA.

Quiere que esta boda se celebre así que lleguemos á Madrid.

DON CARLOS.

¿Cuál?... No. Eso no.

DOÑA FRANCISCA.

Los dos están de acuerdo, y dicen...

DON CARLOS.

Bien... Dirán... Pero no pueda ser.

DOÑA FRANCISCA.

¡Mi madre no me habla continuamente de otra manera. Me amenaza, me ha llenado de temor... El insta por su parte, me ofrece tantas cosas, me...

DON CARLOS.

Y usted ¿qué esperanza le da?... ¿Ha prometido quererle mucho?

DOÑA FRANCISCA.

¡Ingrato!... ¿Pues no sabe usted que...? ¡Ingrato!

DON CARLOS.

Sí, no lo ignore, Paquita... Yo he sido el primer amor.

DOÑA FRANCISCA.

Y el último.

DON CARLOS.

Y antes perderé la vida, que renunciar al lugar que tengo en ese corazón... Todo él es mío... ¿Digo bien?

*(Asiéndola de las manos.)*

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues de quién ha de ser?

DON CARLOS.

¡Hermosa! ¿Qué dulce esperanza me anima!... Una sola palabra de esa boca me asegura... Para todo me da valor... En fin, ya estoy aquí. ¿Usted me llama para que la defienda, la libre, la cumpla una obligación mil y mil veces prometida? Pues á eso mismo vengo yo... Si ustedes se van á Madrid mañana, yo voy también. Su madre de usted sabrá quien soy... Allí puedo contar con el favor de un anciano respetable y virtuoso, á quien mas que tie debe llamar amigo y padre. No tiene otro dento mas inmediato ni mas querido que yo; es hombre muy rico, y si los dones de la fortuna tuviesen para usted algo atractivo, esta circunstancia añadiría felicidades á nuestra unión.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y qué vale para mí toda la riqueza del mundo?

DON CARLOS.

Ya lo sé. La ambición no puede agitar á un alma tan inocente.

DOÑA FRANCISCA.

Querer y ser querida... Ni apetezco mas, ni conozco mayor fortuna.

DON CARLOS.

Ni hay otra... Pero usted debe sacarse, y esperar que la suerte mude nuestra aflicción presente en durables dichas.

prueba mayor de lo mucho que me quiere.

*(Se enfurecen y lloran.)*

DON CARLOS.

¡Qué llanto!... ¡Cómo perseguido!... Si Paquita, yo solo heido para defendarla á usted de cualquier sujeción que me hiciera. A un amante favorecido ¿qué puede oponerle? Nada hay que temer.

DOÑA FRANCISCA.

¿Es posible?

DON CARLOS.

Nada... Amor ha unido nuestros corazones en estrechos lazos, y solo la muerte bastará á dividirlos.

## ESCENA VIII.

RITA, DON CARLOS, DOÑA FRANCISCA.

RITA.

Señorita, adentro. La mamá pregunta por usted. Voy á traer la cena, y se van á recoger al instante... Y usted, señor galán, ya puede también disponer de su persona.

DON CARLOS.

Si, que no conviene anticipar sospechas... Nada tengo que añadir.

DOÑA FRANCISCA.

Ni yo.

DON CARLOS.

Hasta mañana. Con la luz del día veremos á este dichoso competidor.

RITA.

Un caballero muy honrado, muy rico, muy prudente: con su chupa larga, su camisola limpia, y sus sesenta años debajo del peluquin. *(Se va por la puerta del foro.)*

DOÑA FRANCISCA.

Hasta mañana.

DON CARLOS.

Adios, Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

Acuéstese usted, y descanse.

DON CARLOS.

¿Descansar con celos?

DOÑA FRANCISCA.

¿De quién?

DON CARLOS.

Buenas noches... Duerma usted bien, Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

¿Dormir con amor?

DON CARLOS.

Adios, vida mia.

DOÑA FRANCISCA.

Adios. *(Entrase al cuarto de doña Irene.)*

## ESCENA IX.

DON CARLOS, paseándose con inquietud; CALAMOCHA,

RITA.

DON CARLOS.

¡Quitármela! No... Sea quien fuere, no me la quitará. Ni su madre ha de ser tan imprudente que se obstine en verificar este matrimonio repugnándolo su hija... mediando yo... ¡Sesenta años!... Precisamente será muy rico... ¡El dinero!... Maldito él sea, que tantos desórdenes origina.

CALAMOCHA, saliendo por la puerta del foro.

Pues, señor, tenemos un medio cabrito asado, y... á lo menos parece cabrito. Tenemos una magnífica ensalada de berros, sin anapelos ni otra materia extraña, bien lavada, escurrida y condimentada por estas manos pecadoras, que no hay mas que pedir. Pan de Meco, vino de la tercia... Con que si hemos de cenar y dormir, me parece que seria bueno...

DON CARLOS.

Vamos... ¿Y adónde ha de ser?

CALAMOCHA.

Abajo... Allí he mandado disponer una angosta y femenida mesa, que parece un banco de herrador.

*RITA, saliendo por la puerta del foro con unos platos, taza, cucharas y servilleta.*

¿Quién quiere sopas?

DON CARLOS.

Buen provecho.

CALAMOCHA.

Si hay alguna real moza que guste de cenar cabrito, levante el dedo.

RITA.

La real moza se ha comido ya media cazuela de albondiguillas... Pero lo agradece, señor militar.

*(Entrase en el cuarto de doña Irene.)*

CALAMOCHA.

Agradecida te quiero yo, niña de mis ojos.

DON CARLOS.

¿Con que vamos?

CALAMOCHA.

¡Ay! ay! ay!... *(Calamocha se encamina á la puerta del foro, y vuelve; se acerca á don Carlos, y hablan con reserva hasta el fin de la escena, en que Calamocha se adelanta á saludar á Simon.)* ¡Eh! chit, digo...

DON CARLOS.

¿Qué?

CALAMOCHA.

¿No ve usted lo que viene por allí?

DON CARLOS.

¿Es Simon?

CALAMOCHA.

El mismo... Pero ¿quién diablos le...

DON CARLOS.

¿Y qué haremos?

CALAMOCHA.

¿Qué sé yo?... Sossacarle, mentir, y... ¿Me da usted licencia para que...

DON CARLOS.

Si, miente lo que quieras... ¿A qué habrá venido este hombre?

## ESCENA X.

SIMON *(sale por la puerta del foro)*, DON CARLOS, CALAMOCHA.

CALAMOCHA.

Simon, ¿tú por aquí?

SIMON.

Adios, Calamocha. ¿Cómo va?

CALAMOCHA.

Lindamente.

SIMON.

¿Cuánto me alegro de...

DON CARLOS.

¿Hombre, tú en Alcalá! ¿Pues qué novedad es esta?

SIMON.

¿Oh, que estaba usted ahí, señorito! ¿Voto á sanes!

DON CARLOS.

¿Y mi tío?

SIMON.

Tan bueno.

CALAMOCHA.

¿Pero se ha quedado en Madrid, ó...

SIMON.

¿Quién me había de decir á mí... ¡Cosa como ella! Tan ajeno estaba yo ahora de... Y usted de cada vez mas guapo... ¿Con que usted irá á ver al tío, eh?

CALAMOCHA.

Tú habrás venido con algun encargo del amo.

SIMON.

¿Y qué calor traje, y qué polvo por ese camino! Ya, ya!

CALAMOCHA.

¿Alguna cobranza tal vez, eh?

DON CARLOS.

Puede ser. Como tiene mi tío ese poco de hacienda en Ajalvir... ¿No has venido á eso?

SIMON.

¿Y qué buena maña le ha salido el tal administrador! Labriego mas marrullero y mas bellaco no le hay en toda la campiña... ¿Con que usted viene ahora de Zaragoza?

DON CARLOS.

Pues... Figúrate tú.

SIMON.

¿O va usted allá?

DON CARLOS.

¿Adónde?

SIMON.

A Zaragoza. ¿No está allí el regimiento?

CALAMUCHA.

Pero, hombre, si salimos el verano pasado de Madrid, ¿no habíamos de haber andado mas de cuatro leguas?

SIMON.

¿Qué sé yo? Algunos van por la posta, y tardan mas de cuatro meses en llegar... Debe de ser un camino muy malo.

CALAMUCHA, *aparte separándose de Simon.*

¡Maldito seas tú, y tu camino, y la bribona que te dió papilla!

DON CARLOS.

Pero aun no me has dicho si mi tío está en Madrid ó en Alcalá, ni á qué has venido, ni...

SIMON.

Bien, á eso voy... Sí, señor, voy á decir á usted... Con que... Pues el amo me dijo...

## ESCENA XI.

DON DIEGO, DON CARLOS, SIMON, CALAMUCHA.

DON DIEGO, *desde adentro.*

No, no es menester: si hay luz aquí. Buenas noches, Rita.

*(Don Carlos se turba, y se aparta á un extremo del teatro.)*

DON CARLOS.

¿Mi tío!...

DON DIEGO.

¿Simon!

*(Sale don Diego del cuarto de doña Irene encaminándose al suyo; repara en don Carlos, y se acerca á él. Simon le alumbrá, y vuelve á dejar la luz sobre la mesa.)*

SIMON.

Aquí estoy, señor.

DON CARLOS.

¿Todo se ha perdido!

DON DIEGO.

Vamos... Pero... ¿quién es?

SIMON.

Un amigo de usted, señor.

DON CARLOS.

Yo estoy muerto.

DON DIEGO.

¿Cómo un amigo?... ¿Qué? Acerca esa luz.

DON CARLOS.

¿Tío!

*(En ademán de desarle la mano á don Diego, que le aparta de sí con enojo.)*

DON DIEGO.

Quítate de ahí.

DON CARLOS.

¿Señor!

DON DIEGO.

Quítate. No sé cómo no le... ¿Qué haces aquí?

DON CARLOS.

Si usted se altera y...

DON DIEGO.

¿Qué haces aquí?

DON CARLOS.

Mi desgracia me ha traído.

DON DIEGO.

¿Siempre dándome que sentir, siempre! Pero... *(Acercándose á don Carlos.)* ¿Qué dices? ¿De veras ha ocurrido alguna desgracia? Vamos... ¿Qué te sucede?... ¿Por qué estás aquí?

CALAMUCHA.

Porque le tiene á usted ley, y le quiere bien, y...

DON DIEGO.

A tí no te pregunto nada... ¿Por qué has venido de Zarago-

za sin que yo lo sepa?... ¿Por qué te acosta al verme?... Algo has hecho: si, alguna locura has hecho que le habrá de costar la vida á tu pobre tío.

DON CARLOS.

No, señor, que nunca olvidaré las máximas de honor y prudencia que usted me ha inspirado tantas veces.

DON DIEGO.

Pues, ¿á qué viáste? ¿Es desafío? ¿Son dudas? ¿Es algun disgusto con tus jefes? Sácame de esta inquietud, Carlos... Ríjelo mío, sácame de este afán.

CALAMUCHA.

Si todo ello no es mas que...

DON DIEGO.

Ya he dicho que calles... Ven acá. *(Asiéndole de una mano á don Carlos, se aparta con él á un extremo del teatro, y le habla en sus oídos.)* Dime qué ha sido.

DON CARLOS.

Una lijereza, una falta de sumisión á usted. Venir á Madrid sin pedirle licencia primero... Bien arrepentido estoy, considerando la posadumbre que le he dado al verme.

DON DIEGO.

¿Y qué otra cosa hay?

DON CARLOS.

Nada mas, señor.

DON DIEGO.

Pues ¿qué desgracia era aquella de que me hablaste?

DON CARLOS.

Ninguna. La de haberle á usted en este paraje... y haberle disgustado tanto, cuando yo esperaba sorprenderle en Madrid, estar en su compañía algunas semanas, y volverme contento de haberle visto.

DON DIEGO.

¿No hay mas?

DON CARLOS.

No, señor.

DON DIEGO.

Míralo bien.

DON CARLOS.

No, señor... A eso venía. No hay nada mas.

DON DIEGO.

Pero no me digas tú á mí... Si es imposible que estas escapadas se... No, señor... ¿Ni quién ha de permitir que un oficial se vaya cuando se le antoja, y abandone de ese modo sus banderas?... Pues si tales ejemplos se repitiesen mucho, adios, disciplina militar... Vamon... eso no puede ser.

DON CARLOS.

Considere usted, tío, que estamos en tiempo de paz; que en Zaragoza no es necesario un servicio tan estricto como en otras plazas, en que no se permite descanso á la guarnición... Y en fin, puede usted creer que este viaje supone la aprobacion y la licencia de mis superiores; que yo tambien miro por mi estimacion, y que cuando me lo venían, estoy seguro de que no hago falta.

DON DIEGO.

Un oficial siempre hace falta á sus soldados. El rey le tiene allí para que los instruya, los proteja y les dé ejemplo de subordinacion, de valor, de virtud.

DON CARLOS.

Siem está; pero ya he dicho los motivos...

DON DIEGO.

DON DIEGO.

No hay remedio... Y ha de ser al instante. Usted no ha de dormir aquí.

CALAMOCHA.

Es que los caballos no están ahora para correr... ni pueden moverse.

DON DIEGO.

Pues con ellos (*A Calamocha.*) y con las maletas al meson de afuera. Usted (*A don Carlos.*) no ha de dormir aquí... Vamos (*A Calamocha.*) tú, buena pieza, menéate. Abajo con todo. Pagar el gasto que se haya hecho, sacar los caballos, y marchar... Ayúdale tú... (*A Simon.*) ¿Qué dinero tienes ahí?

SIMON.

Tendré unas cuatro ó seis onzas.

*Saca de un bolsillo algunas monedas, y se las da á don Diego.*

DON DIEGO.

Dámelas acá. Vamos, ¿qué haces?... (*A Calamocha.*) ¿No he dicho que ha de ser al instante? Volando. Y tú (*A Simon.*) ve con él, ayúdale, y no te me apartes de allí hasta que se hayan ido.

*(Los dos criados entran en el cuarto de don Carlos.)*

### ESCENA XII.

DON DIEGO, DON CARLOS.

DON DIEGO.

Tome usted... (*Le da el dinero.*) Con eso hay bastante para el camino... Vamos, que cuando yo lo dispongo así, bien sé lo que me hago... ¿No conoces que es todo por tu bien, y que ha sido un desatino el que acabas de hacer?... Y no hay que afigirse por eso, ni creas que es falta de cariño... Ya sabes lo que te he querido siempre; y en obrando tú según corresponde, seré tu amigo como lo he sido hasta aquí.

DON CARLOS.

Ya lo sé.

DON DIEGO.

Pues bien : ahora obedece lo que te mando.

DON CARLOS.

Lo haré sin falta.

DON DIEGO.

Al meson de afuera. (*A los dos criados, que salen con los trastos del cuarto de don Carlos, y se van por la puerta del foro.*) Allí puedes dormir, mientras los caballos comen y descansan... Y no me vuelvas aquí por ningún pretexto ni entres en la ciudad... cuidado. Y á eso de las tres ó las cuatro marchar. Mira que he de saber á la hora que sales. ¿Lo entiendes?

DON CARLOS.

Sí, señor.

DON DIEGO.

Mira, que lo has de hacer.

DON CARLOS.

Sí, señor, haré lo que usted manda.

DON DIEGO.

Muy bien... Adios... Todo te lo perdono... Vete con Dios... Y yo sabré también cuándo llegas á Zaragoza : no te parezca que estoy ignorante de lo que hiciste la vez pasada.

DON CARLOS.

¿Pues qué hice yo?

DON DIEGO.

Si te digo que lo sé, y que te lo perdono, ¿qué mas quieres? No es tiempo ahora de tratar de eso. Vete.

DON CARLOS.

Quede usted con Dios. (*Hace que se va, y vuelve.*)

DON DIEGO.

¿Sin besar la mano á su tío, eh?

DON CARLOS.

No me atrevi. (*Besa la mano á don Diego, y se abrazan.*)

DON DIEGO.

Y dame un abrazo, por si no nos volvemos á ver

DON CARLOS.

¿Qué dice usted? No lo permita Dios.

DON DIEGO.

¿Quién sabe, hijo mío? ¿Tienes algunas deudas falta algo?

DON CARLOS.

No, señor, ahora no.

DON DIEGO.

Mucho es, porque tú siempre tiras por largo. cuentas con la bolsa del tío... Pues bien, yo escucho señor Aznar para que te dé cien doblones de oro. Y mira cómo lo gastas... ¿Juegas?

DON CARLOS.

No, señor, en mi vida.

DON DIEGO.

Cuidado con eso... Con que, buen viaje. Y no te res : jornadas regulares y nada mas... ¿Vas contento?

DON CARLOS.

No, señor. Porque usted me quiere mucho, me beneficia, y yo le pago mal.

DON DIEGO.

No se hable ya de lo pasado... Adion...

DON CARLOS.

¿Queda usted enojado conmigo?

DON DIEGO.

No, no por cierto... Me disgusté bastante, pero acabó... No me des que sentir. (*Poniéndole ambas manos sobre los hombros.*) Portarse como hombre de bien.

DON CARLOS.

No lo dude usted.

DON DIEGO.

Como oficial de honor.

DON CARLOS.

Así lo prometo.

DON DIEGO.

Adios, Carlos. (*Abrazándose.*)

*DON CARLOS, aparte, al irse por la puerta del foro.*  
¿Y la dejo!... ¿Y la pierdo para siempre!

### ESCENA XIII.

DON DIEGO.

Demasiado bien se ha compuesto... Luego lo salí horabuena... Pero no es lo mismo escribirsele. Después de hecho, no importa nada... ¿Pero! ¿aquel respeto al tío!... Como una malva es. (*Se enjuga las lágrimas, toma la luz, y se va á su teatro queda solo y oscuro por un breve espacio.*)

### ESCENA XIV.

DOÑA FRANCISCA, RITA.

*(Salen del cuarto de doña Irene. Rita sacará una vela y la pone encima de la mesa.)*

RITA.

Mucho silencio hay por aquí.

DOÑA FRANCISCA.

Se habrán recogido ya... Estarán rendidos.

RITA.

Precisamente.

DOÑA FRANCISCA.

¿Un camino tan largo!

RITA.

¿A lo que obliga el amor, señorita!

DOÑA FRANCISCA.

Sí, bien puedes decirlo : amor... Y yo ¿qué no he por él?

RITA.

Y deje usted, que no ha de ser este el último día. Cuando lleguemos á Madrid, entonces será ella. ¡Eh!

bre don Diego ¡qué chasco se va a llevar! Y por otra parte, vea usted qué señor tan bueno, que cierto da lástima...

DOÑA FRANCISCA.

Pues en eso consiste todo. Si él fuese un hombre despreciable, ni mi madre hubiera admitido su pretensión, ni yo tendría que disimular mi repugnancia... Pero ya es otro tiempo, Rita. Don Félix ha venido, y ya no temo a nadie. Estando mi fortuna en su mano, me considero la más dichosa de las mujeres.

RITA.

¡Ay! ahora que me acuerdo... Pues poquito me lo encargó... Ya se ve, si con estos amores tengo yo también la cabeza... Voy por él.

(*Encaminándose al cuarto de doña Irene.*)

DOÑA FRANCISCA.

¿A qué vás?

RITA.

El tordo, que ya se me olvidaba sacarle de allí.

DOÑA FRANCISCA.

Si, tráele, no empiece a rezar como anoche... Allí quedó junto a la ventana... Y ve con cuidado, no despierte mamá.

RITA.

Si, mire usted el estrépito de caballerías que anda por allá abajo... Hasta que lleguemos a nuestra calle del Lobo, número 7, cuarto segundo, no hay que pensar en dormir... Y ese maldito porton, que rechina que...

DOÑA FRANCISCA.

Te puedes llevar la luz.

RITA.

No es menester, que ya sé dónde está.

(*Vase al cuarto de doña Irene.*)

#### ESCENA XV.

SIMON (*sale por la puerta del foro*), DOÑA FRANCISCA.

DOÑA FRANCISCA.

Yo pensé que estaban ustedes acostados.

SIMON.

El amo ya habrá hecho esa diligencia, pero yo todavía no sé en dónde he de tender el rancho.... Y buen sueño que tengo.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué gente nueva ha llegado ahora?

SIMON.

Nadie. Son unos que estaban ahí, y se han ido.

DOÑA FRANCISCA.

¿Los arrieros?

SIMON.

No, señora. Un oficial y un criado suyo, que parece que se van a Zaragoza.

DOÑA FRANCISCA.

¿Quiénes dice usted que son?

SIMON.

Un teniente coronel y su asistente.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y estaban aquí?

SIMON.

Si, señora, ahí en ese cuarto.

DOÑA FRANCISCA.

No los he visto.

SIMON.

Parece que llegaron esta tarde y... A la cuenta habrán despachado ya la comision que traian... Con que se han ido... Buenas noches, señorita.

(*Vase al cuarto de don Diego.*)

#### ESCENA XVI.

RITA, DOÑA FRANCISCA.

DOÑA FRANCISCA.

¡Dios mío de mi alma! ¿Qué es esto?... No puedo sostenerme... ¡Desdichada!

(*Siéntase en una silla tumbada a la mesa.*)

RITA.

Señorita, yo vengo muerta.

(*Saca la jaula del tordo y la deja encima de la mesa; abre la puerta del cuarto de don Carlos, y vuelve.*)

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay, que es cierto!... ¿Tú lo sabes también?

RITA.

Deje usted, que todavía no creo lo que he visto... Aquí no hay nadie... ni maletas, ni ropa, ni... Pero ¿cómo podía engañarme? Si yo misma los he visto salir.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y eran ellos?

RITA.

Si, señora. Los dos.

DOÑA FRANCISCA.

Pero ¿se han ido fuera de la ciudad?

RITA.

Si no los he perdido de vista hasta que salieron por puerta de Mártires... Como está un paso de aquí.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y es ese el camino de Aragon?

RITA.

Ese es.

DOÑA FRANCISCA.

¡Indigno!... ¡Hombre indigno!

RITA.

¡Señorita!

DOÑA FRANCISCA.

¿En qué te ha ofendido esta infeliz?

RITA.

Yo estoy temblando toda... Pero... Si es incomprendible... Si no alcanza a descubrir qué motivos ha podido haber para esta novedad.

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues no le quise mas que a mi vida?... ¿No me ha visto loca de amor?

RITA.

No sé qué decir al considerar una accion tan infame.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué has de decir? Que no me ha querido nunca, ni es hombre de bien... ¿Y vino para esto? ¡Para engañarme, para abandonarme así!

(*Levántase, y Rita la sostiene.*)

RITA.

Pensar que su venida fué con otro designio, no me parece natural... Celos... ¡Por qué ha de tener celos!... Y aun eso mismo debiera enamorarle más... El me es cobarde, y no hay que decir que habrá tenido miedo de su competidor.

DOÑA FRANCISCA.

Te cansas en vano... El que es un pécido, el que es un monstruo de crueldad, y todo lo has dicho.

RITA.

Vamos de aquí, que puede venir alguien, y...

DOÑA FRANCISCA.

Si, vámonos... Vámonos a morir... ¿Y en qué situación me deja!... Pero ¿ves qué malvado?

RITA.

Si, señora, ya lo conozco.

DOÑA FRANCISCA.

¡Qué bien supo fingir!... ¿Y con quién? ¿Con quién?... ¿Pues yo merecí ser engañada tan alvamente?... ¿Merced mi cariño este galardón?... ¿Dios de mi vida! ¿Cuál es mi delito, cuál es?

(*Rita coge la luz, y se van entrando al cuarto de doña Francisca.*)

## ACTO TERCERO.

## ESCENA PRIMERA.

(Teatro oscuro. Sobre la mesa habrá un candelero con vela apagada, y la jaula del tordo. Simon duerme tendido en el banco. Sale don Diego de su cuarto acabándose de poner la bata.)

DON DIEGO, SIMON.

DON DIEGO.

Aquí, á lo menos, ya que no duerma no me derretiré... Vaya, si alcoba como ella no se... ¡Cómo ronca este!... Guardémosle el sueño hasta que venga el día, que ya poco puede tardar... (Simon despierta, y al oír á don Diego se incorpora, y se levanta.) ¿Qué es eso? Mira no te caigas, hombre.

SIMON.

Qué ¿estaba usted ahí, señor?

DON DIEGO.

Sí, aquí me he salido, porque allí no se puede parar.

SIMON.

Pues yo, á Dios gracias, aunque la cama es algo dura, he dormido como un emperador.

DON DIEGO.

¡Mala comparacion!... Dí que has dormido como un pobre hombre, que no tiene ni dinero, ni ambicion, ni pesadumbres, ni remordimientos.

SIMON.

En efecto, dice usted bien... ¿Y qué hora será ya?

DON DIEGO.

Poco ha que sonó el reloj de San Justo, y si no conté mal, dió las tres.

SIMON.

¡Oh! pues ya nuestros caballeros irán por ese camino adelante echando chispas.

DON DIEGO.

Sí, ya es regular que hayan salido... Me lo prometió, y espero que lo hará.

SIMON.

¡Pero si usted viera qué apesadumbrado le dejé! qué triste!

DON DIEGO.

Ha sido preciso.

SIMON.

Ya lo conozco.

DON DIEGO.

¿No ves qué venida tan intempestiva?

SIMON.

Es verdad... Sin permiso de usted, sin avisarle, sin haber un motivo urgente... Vamos, hizo muy mal... Bien que por otra parte él tiene prendas suficientes para que se le perdone esta lijereza... Digo... Me parece que el castigo no pasará adelante, ¿eh?

DON DIEGO.

¡No, qué! No, señor. Una cosa es que le haya hecho volver... Ya ves en qué circunstancias nos cogia... Te aseguro que cuando se fué me quedó un ansia en el corazon. (Sueñan á lo lejos tres palmadas, y poco después se oye que puntean un instrumento.) ¿Qué ha sonado?

SIMON.

No sé... Gente que pasa por la calle. Serán labradores.

DON DIEGO.

Calla.

SIMON.

Vaya, música tenemos, según parece.

DON DIEGO.

Sí, como lo hagan bien.

SIMON.

¿Y quién será el amante infeliz que se viene á puntear

á estas horas en ese callejon tan puerco?... Aposto son amores con la moza de la posada, que parece un DON DIEGO.

Puede ser.

SIMON.

Ya empiezan, oigamos... (Tocan una sonata desde tro.) (1) Pues dígoles á usted que toca muy lindamente del barberillo.

DON DIEGO.

No; no hay barbero que sepa hacer eso, por mí que afeite.

SIMON.

¿Quiere usted que nos asomemos un poco, á ver DON DIEGO.

No, dejarlos... ¡Pobre gente! ¿Quién sabe la importancia que darán ellos á la tal música!... No gusto yo comodarme á nadie.

(Sale de su cuarto doña Francisca, y Rita con ellos se encaminan á la ventana. Don Diego y Simon se retiran á un lado, y observan.)

SIMON.

¡Señor!... ¡Eh!... Presto, aquí á un ladito.

DON DIEGO.

¿Qué quieres?

SIMON.

Que han abierto la puerta de esa alcoba, y huelen que trasciende.

DON DIEGO.

¿Sí?... Retirémonos.

## ESCENA II.

DOÑA FRANCISCA, RITA, DON DIEGO, SIMON.

RITA.

Con tiento, señorita.

DOÑA FRANCISCA.

Siguiendo la pared ¿no voy bien?

(Vuelven á probar el instrumento.)

RITA.

Sí, señora... Pero vuelven á tocar... Silencio.

DOÑA FRANCISCA.

No te muevas... Deja... Sepamos primero si es el

RITA.

¿Pues no ha de ser?... La seña no puede mentir.

DOÑA FRANCISCA.

Calla... (Repiten desde adentro la sonata anterior él es... ¡Dios mío!... (Acércase Rita á la ventana, y vidriera y da tres palmadas. Cesa la música.) Ve, n de... Albricias, corazon. El es.

SIMON.

¿Ha oído usted?

DON DIEGO.

Sí.

SIMON.

¿Qué querrá decir esto?

DON DIEGO.

Calla.

(1) Aquí en las primeras ediciones cantaba don Carlos en y desde adentro las siguientes copias:

Si duermo y reposa  
La bella que adoro,  
Su paz deliciosa  
No turbe mi lloro,  
Y en sueño cordero  
De dichas amor.  
Pero si su mente  
Vagando delira,  
Si me llama ausente,  
Si celosa espira;  
Diré mi bárbaro,  
Mi fiero dolor.

DON DIEGO.

Buen estilo; pero canta demasiado quedo.

SIMON.

¿Quiere usted que nos asomemos un poco á ver este músico?

DOÑA FRANCISCA.

(Se asoma á la ventana. Rita se queda detrás de ella. Los puntos suspensivos indican las interrupciones mas ó menos largas que deben hacerse.)

Yo soy. Y ¿qué había de pensar viendo lo que usted acaba de hacer?... ¿Qué fuga es esta?... Rita, (*Apartándose de la ventana, y vuelve después.*) amiga, por Dios, ten cuidado, y si oyeres algun rumor, al instante avisame... ¿Para siempre? ¡Triste de mí!... Bien está, tirela usted... Pero yo no acabo de entender... ¡Ay, don Félix! nunca le he visto á usted tan tímido... (*Tiran desde adentro una carta que cae por la ventana al teatro. Doña Francisca hace ademán de buscarla, y no hallándola vuelve á asomarse.*) No, no la he cogido; pero aquí está sin duda... ¿Y no he de saber yo hasta que llegue el día los motivos que tiene usted para dejarme muriendo?... Si, yo quiero saberlo de su boca de usted. Su Paquita de usted se lo manda... Y ¿cómo le parece á usted que estará el mío?... No me cabe en el pecho... diga usted. (*Simon se adelanta un poco, tropieza en la jaula y la deja caer.*)

RITA.

Señorita, vamos de aquí... Presto, que hay gente.

DOÑA FRANCISCA.

¡Infeliz de mí!... Guíame.

RITA.

Vamos... (*Al retirarse tropieza Rita con Simon. Las dos se van apresuradamente al cuarto de doña Francisca.*) ¡Ay!

DOÑA FRANCISCA.

¡Muerta voy!

## ESCENA III.

DON DIEGO, SIMON.

DON DIEGO.

¿Qué grito fué ese?

SIMON.

Una de las fantasmas, que al retirarse tropezó conmigo.

DON DIEGO.

Acércate á esa ventana, y mira si hallas en el suelo un papel... ¡Buenos estamos!

SIMON, *tentando por el suelo cerca de la ventana.*

No encuentro nada, señor.

DON DIEGO.

Búscales bien, que por ahí ha de estar.

SIMON.

¡Le tiraron desde la calle?

DON DIEGO.

Si... ¿Qué amante es este?... ¡Y diez y seis años, y criada en un convento! Acabó ya toda mi ilusión.

SIMON.

Aquí está. (*Halla la carta, y se la da á don Diego.*)

DON DIEGO.

Vete abajo, y enciende una luz... En la caballeriza ó en la cocina... Por ahí habrá algun farol... Y vuelve con ella al instante.

(*Vase Simon por la puerta del foro.*)

## ESCENA IV.

DON DIEGO.

¿Y á quién debo culpar? (*Apoyándose en el respaldo de una silla.*) ¿Es ella la delincuente, ó su madre, ó sus tías, ó yo?... ¿Sobre quién, sobre quién ha de caer esta cólera, que por mas que lo procuro, no la sé reprimir?... ¡La naturaleza la hizo tan amable á mis ojos!... ¿Qué esperanzas tan halagüeñas concebí! ¿Qué felicidades me prometía!... ¡Celos!... ¡Yo!... ¿En qué edad tengo celos!... Vergüenza es... Pero esta inquietud que yo siento; esta indignación, estos deseos de venganza; de qué pro-

vienen? ¿Cómo he de llamarlos? Otra vez parece que.... (*Advertiendo que suena ruido en la puerta del cuarto de doña Francisca, se retira á un extremo del teatro.*) Si.

## ESCENA V.

RITA, DON DIEGO, SIMON.

RITA.

Ya se han ido... (*Rita observa, escucha, asímase después á la ventana, y busca la carta por el suelo.*) ¡Válgame Dios!... El papel estará muy bien escrito, pero el señor don Félix es un grandísimo picaron... ¡Pobrecita de mi alma!... Se muere sin remedio... Nada, ni perros parecen por la calle... ¡Ojalá no los hubiéramos conocido!... ¿Y este maldito papel?... Pues buena la hiciéramos sino pareciese... ¿Qué dirá?... Mentiras, mentiras, y todo mentira.

SIMON.

Ya tenemos luz...

(*Sale con luz. Rita se sorprende.*)

RITA.

¡Perdida soy!

DON DIEGO, *acordándose.*

¡Rita! ¿Pues tú aquí?

RITA.

Si, señor, porque...

DON DIEGO.

¿Qué buscas á estas horas?

RITA.

Buscaba... Yo le diré á usted... Porque oímos un ruido tan grande...

SIMON.

¡Si, eh?

RITA.

Cierto.... Un ruido y... mire usted, (*alza la jaula que está en el suelo*), era la jaula del tordo... Pues la jaula era, no tiene duda... ¡Válgate Dios! ¿Si se habrá muerto?... No, vivo está, vaya... Algun gato habrá sido. Preciso.

SIMON.

Si, algun gato.

RITA.

¡Pobre animal! Y qué asustadillo se conoce que está todavía.

SIMON.

Y con mucha razon... ¿No te parece, si le hubiera pillado el gato?...

RITA.

Se le hubiera comido.

(*Cuelga la jaula de un clavo que habrá en la pared.*)

SIMON.

Y sin pobre... ni plumas hubiera dejado

DON DIEGO.

Trágame esa luz.

RITA.

¡Ah! Déje usted, encenderemos esta, (*Enciende la vela que está sobre la mesa.*) que ya lo que no se ha dormido...

DON DIEGO.

¿Y doña Paquita duerme?

RITA.

Si, señor.

SIMON.

Pues mucho es que con el ruido del tordo...

DON DIEGO.

Vamos.

(*Don Diego se entra en su cuarto. Simon se queda quedándose una de las luces.*)

## ESCENA VI.

DOÑA FRANCISCA, RITA.

DOÑA FRANCISCA.

¿Ha parecido el papel?

RITA.

No, señora.

DOÑA FRANCISCA.

Y estaban aquí los dos cuando tú saliste?

RITA.

Yo no lo sé. Lo cierto es que el criado sacó una luz, y me hallé de repente, como por máquina, entre él y su amo, sin poder escapar, ni saber qué disculpa daries.

(*Rita coge la luz, y vuelve á buscar la carta cerca de la ventana.*)

DOÑA FRANCISCA.

Ellos eran sin duda... Aquí estarían cuando yo hablé desde la ventana... ¿Y ese papel?

RITA.

Yo no lo encuentro, señorita.

DOÑA FRANCISCA.

Le tendrán ellos, no te canses... Si es lo único que faltaba á mi desdicha... No le busques. Ellos le tienen.

RITA.

A lo menos por aquí...

DOÑA FRANCISCA.

¿Yo estoy loca! (*Siéntase.*)

RITA.

Sin haberse explicado este hombre, ni decir siquiera...

DOÑA FRANCISCA.

Cuando iba á hacerlo me avisaste, y fué preciso retirarnos... Pero ¿sabes tú con qué temor me habló, qué agitación mostraba? Me dijo que en aquella carta vería yo los motivos justos que le precisaban á volverse; que la había escrito para dejársela á persona fiel que la pusiera en mis manos, suponiendo que el verme sería imposible. Todo engaños, Rita, de un hombre alevé que prometió lo que no pensaba cumplir... Vino, halló un competidor, y diría: pues yo ¿para qué he de molestar á nadie, ni hacerme ahora defensor de una mujer?... ¿Hay tantas mujeres!... Casenla... Yo nada pierdo... Primero es mi tranquilidad que la vida de esa infeliz... ¿Dios mío, perdón... perdón de haberle querido tanto!

RITA.

¡Ay señorita! (*Mirando acia el cuarto de don Diego.*) que parece que salen ya.

DOÑA FRANCISCA.

No importa, déjame.

RITA.

Pero si don Diego la ve á usted de esa manera...

DOÑA FRANCISCA.

Si todo se ha perdido ya, ¿qué puedo temer?... ¿Y piensas tú que tengo alientos para levantarme?... Que vengan, nada importa.

## ESCENA VII.

DON DIEGO, SIMON, DOÑA FRANCISCA, RITA.

SIMON.

Voy enterado, no es menester mas.

DON DIEGO.

Mira, y haz que ensillen inmediatamente al moro, mientras tú vas allá. Si han salido, vuelves, montas á caballo, y en una buena carrera que des, los alcanzas... ¿Las dos aquí, eh?... Con que veto, no se pierda tiempo.

(*Después de hablar los dos, inmediatos á la puerta del cuarto de don Diego, se va Simon por la del foro.*)

SIMON.

Voy allá.

DON DIEGO.

Mucho se madruga, doña Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

Sí, señor.

DON DIEGO.

¿Ha llamado ya doña Irene?

DOÑA FRANCISCA.

No, señor... Mejor es que vayas allá, por si ha despertado y se quiere vestir.

(*Rita se va al cuarto de doña Irene.*)

## ESCENA VIII.

DON DIEGO, DOÑA FRANCISCA.

DON DIEGO.

¿Usted no habrá dormido bien esta noche?

DOÑA FRANCISCA.

No, señor. ¿Y usted?

DON DIEGO.

Tampoco.

DOÑA FRANCISCA.

Ha hecho demasiado calor.

DON DIEGO.

¿Está usted desazonada?

DOÑA FRANCISCA.

Alguna cosa.

DON DIEGO.

¿Qué siente usted? (*Siéntase junto á doña Francisca.*)

DOÑA FRANCISCA.

No es nada... Así un poco de... Nada... no tengo nada.

DON DIEGO.

Algo será; porque la veo á usted muy abatida, llorosa, inquieta... ¿Qué tiene usted, Paquita? ¿No sabe usted que la quiero tanto?

DOÑA FRANCISCA.

Sí, señor.

DON DIEGO.

Pues ¿por qué no hace usted mas confianza de mí? ¿Piensa usted que no tendré yo mucho gusto en hallar ocasiones de complacerla?

DOÑA FRANCISCA.

Ya lo sé.

DON DIEGO.

¿Pues cómo, sabiendo que tiene usted un amigo, no desahoga con él su corazón?

DOÑA FRANCISCA.

Porque eso mismo me obliga á callar.

DON DIEGO.

Eso quiere decir que tal vez soy yo la causa de su pesadumbre de usted.

DOÑA FRANCISCA.

No, señor, usted en nada me ha ofendido... No es de usted de quien yo me debo quejar.

DON DIEGO.

Pues ¿de quién, hija mía?... Venga usted acá... (*Actrécase mas.*) Hablemos siquiera una vez sin rodeos ni disimulación. Dígame usted: ¿no es cierto que usted mira con algo de repugnancia este casamiento que se la propone? ¿Cuánto va que si la dejases á usted entera libertad para la elección, no se casaría conmigo?

DOÑA FRANCISCA.

Ni con otro.

DON DIEGO.

¿Será posible que usted no conozca otro mas amable que yo, que la quiera bien, y que la corresponda como usted merece?

DOÑA FRANCISCA.

No, señor; no, señor.

DON DIEGO.

Mírelo usted bien.

DOÑA FRANCISCA.

¿No le digo á usted que no?

DON DIEGO.

¿Y he de creer, por dicha, que conserve usted tal inclinación al retiro en que se ha criado, que prefiera la austeridad del convento á una vida mas...

DOÑA FRANCISCA.

Tampoco; no, señor... Nunca he pensado así.



DON DIEGO.

No tengo empeño de saber mas... Pero de todo lo que acabo de oír resulta una gravísima contradicción. Usted no se halla inclinada al estado religioso, según parece. Usted me asegura que no tiene queja ninguna de mí, que está persuadida de lo mucho que la estimo, que no piensa casarse con otro, ni debo recelar que nadie me dispute su mano... Pues ¡qué llanto es ese? ¿De dónde nace esa tristeza profunda, que en tan poco tiempo ha alterado su semblante de usted, en términos que apenas le reconozco? ¿Son estas las señales de quererme exclusivamente á mí, de casarse gustosa conmigo dentro de pocos días? ¿Se anuncian así la alegría y el amor?

*(Vase iluminando lentamente el teatro, suponiéndose que viene la luz del día.)*

DOÑA FRANCISCA.

Y ¿qué motivos le he dado á usted para tales desconfianzas?

DON DIEGO.

¿Pues qué? Si yo prescindo de estas consideraciones, si apresuro las diligencias de nuestra union, si su madre de usted sigue aprobándola, y llega el caso de...

DOÑA FRANCISCA.

Haré lo que mi madre me manda, y me casaré con usted.

DON DIEGO.

¿Y después, Paquita?

DOÑA FRANCISCA.

Después... y mientras me dure la vida será mujer de bien.

DON DIEGO.

Eso no lo puedo yo dudar... Pero si usted me considera como el que ha de ser hasta la muerte su compañero y su amigo, dígame usted: estos títulos ¿no me dan algun derecho para merecer de usted mayor confianza? ¿No he de lograr que usted me diga la causa de su dolor? Y no para satisfacer una impertinente curiosidad, sino para emplearme todo en su consuelo, en mejorar su suerte, en hacerla dichosa, si mi conato y mis diligencias pudiesen tanto.

DOÑA FRANCISCA.

¡Dichas para mí!... Ya se acabaron.

DON DIEGO.

¿Por qué?

DOÑA FRANCISCA.

Nunca diré por qué.

DON DIEGO.

Pero ¡qué obstinado, que imprudente silencio!... cuando usted misma debe presumir que no estoy ignorante de lo que hay.

DOÑA FRANCISCA.

Si usted lo ignora, señor don Diego, por Dios no finja que lo sabe; y si en efecto lo sabe usted, no me lo pregunte.

DON DIEGO.

Bien está. Una vez que no hay nada que decir, que esa aflicción y esas lágrimas son voluntarias, hoy llegaremos á Madrid, y dentro de ocho días será usted mi mujer.

DOÑA FRANCISCA.

Y daré gusto á mi madre.

DON DIEGO.

Y vivirá usted infeliz.

DOÑA FRANCISCA.

Ya lo sé.

DON DIEGO.

Hé aquí los frutos de la educación. Esto es lo que se llama criar bien á una niña: enseñarla á que desmentía y ocultase las pasiones mas inocentes con una pérdida disimulacion. Las juzgan honestas luego que las ven instruidas en el arte de callar y mentir. Se obstinan en que el

temperamento, la edad ni el genio no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, ó en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se las permite, menos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten, con tal que finjan aborrecer lo que mas desean, con tal que se presten á pronunciar, cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrilego, origen de tantos escándalos, ya están bien criadas; y se llama excelente educación la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad... Todo eso es cierto... Eso exigen de nosotras, eso aprendemos en la escuela que se nos da... Pero el motivo de mi aflicción es mucho mas grande.

DON DIEGO.

Sea cual fuere, hija mía, es mehester que usted se anime... Si la ve á usted su madre de esa manera, ¿qué ha de decir?... Mire usted que ya parece que se ha levantado.

DOÑA FRANCISCA.

¡Dios mío!

DON DIEGO.

Sí, Paquita; conviene mucho que usted vuelva un poco sobre sí... No abandonarse tanto... Confianza en Dios... Vamos, que no siempre nuestras desgracias son tan grandes como la imaginación las pinta... ¡Mire usted qué desorden este! ¡qué agitación! ¡qué lágrimas! Vaya, ¿me da usted palabra de presentarse así... con cierta serenidad y... eh?

DOÑA FRANCISCA.

Y usted, señor... bien sabe usted el genio de mi madre. Si usted no me defiende, ¿á quién he de volver los ojos? ¿Quién tendrá compasión de esta desdichada?

DON DIEGO.

Su buen amigo de usted... Yo... ¿Cómo es posible que yo la abandonase... ¡crístima! en la situación dolorosa en que la veo? *(Atiéndola de las manos.)*

DOÑA FRANCISCA.

¿De veras?

DON DIEGO.

Mal conoce usted mi corazón.

DOÑA FRANCISCA.

Bien le conozco.

*(Quiere arrojárselas; don Diego se le estorba, y ambas se levantan.)*

DON DIEGO.

¿Qué hace usted, niña?

DOÑA FRANCISCA.

Yo no sé... ¡Qué poco merece toda esa bondad una mujer tan ingrata para con usted!... No, ingrata no, infeliz... ¡Ay, qué infeliz soy, señor don Diego!

DON DIEGO.

Yo bien sé que usted agradece como puede el amor que la tengo... Lo demás todo ha sido... ¿qué sé yo?... una equivocación mía, y no otra cosa... Pero usted, inocente, usted no ha tenido la culpa.

DOÑA FRANCISCA.

Vamos... ¿No viene usted?

DON DIEGO.

Ahora no, Paquita. Dentro de un rato iré por allá.

DOÑA FRANCISCA.

Vaya usted presto.

*(Encaminándose al cuarto de doña Irene, vuelve y se despidió de don Diego besándole las manos.)*

DON DIEGO.

Si, presto iré.

ESQUENA IX.

SIMON, DON DIEGO.

SIMON.

Abi están, señor.

¿Qué dices?

DON DIEGO.

SIMON.

Cando yo salia de la puerta, los vi á lo lejos, que iban ya de camino. Empecé á dar voces y hacer señas con el pañuelo; se detuvieron, y apenas llegué y le dije al señorito lo que usted mandaba, volvió las riendas, y está abajo. Le encargué que no subiera hasta que le avisara yo, por si acaso habia gente aquí, y usted no queria que le viesén.

DON DIEGO.

¿Y qué dijo cuando le diste el recado?

SIMON.

Ni una sola palabra... Muerto viene... Ya digo, ni una sola palabra... A mí me ha dado compasion el verle así, tan...

DON DIEGO.

No me empieces ya á interceder por él.

SIMON.

¿Yo, señor?

DON DIEGO.

Sí, que no te entiendo yo... ¡Compasion!... Es un pícaro.

SIMON.

Como yo no sé lo que ha hecho.

DON DIEGO.

Es un bribon, que me ha de quitar la vida... Ya te he dicho que no quiero intercesores.

SIMON.

Bien está, señor.

*(Vase por la puerta del foro. Don Diego se sienta, manifestando inquietud y enojo.)*

DON DIEGO.

Dile que suba.

### ESCENA X.

DON CARLOS, DON DIEGO.

DON DIEGO.

Venga usted acá, señorito, venga usted.... ¿En dónde has estado desde que no nos vemos?

DON CARLOS.

En el meson de afuera.

DON DIEGO.

¿Y no has salido de allí en toda la noche, eh?

DON CARLOS.

Sí, señor, entré en la ciudad y...

DON DIEGO.

¿A qué?... Siéntese usted.

DON CARLOS.

Tenia precision de hablar con un sujeto... *(Siéntase.)*

DON DIEGO.

¡Precision!

DON CARLOS.

Sí, señor... Le debo muchas atenciones, y no era posible volverme á Zaragoza sin estar primero con él.

DON DIEGO.

Ya. En habiendo tantas obligaciones de por medio.... Pero venirle á ver á las tres de la mañana, me parece mucho desacuerdo... ¿Por qué no le escribiste un papel?... Mira, aquí he de tener... Con este papel que le hubieras enviado en mejor ocasion, no habia necesidad de hacerle trasnochar, ni molestar á nadie.

*(Dándole el papel que tiraron á la ventana. Don Carlos luego que le reconoce, se le vuelve y se levanta en ademán de irse.)*

DON CARLOS.

Pues si todo lo sabe usted, ¿para qué me llama? ¿Por qué no me permite seguir mi camino, y se evitaria una contestacion, de la cual ni usted ni yo quedaremos contentos?

DON DIEGO.

Quiere saber su tio de usted lo que hay en esto, y quiere que usted se lo diga.

DON CARLOS.

¿Para qué saber mas?

DON DIEGO.

Porque yo lo quiero, y lo mando. ¡Oiga!

DON CARLOS.

Bien está.

DON DIEGO.

Siéntate ahí... *(Siéntase don Carlos.)* ¿En dónde has conocido á esta niña?... ¿Qué amor es este? ¿Qué circunstancias han ocurrido?... ¿Qué obligaciones hay entre los dos? ¿Dónde, cuándo la viste?

DON CARLOS.

Volviéndome á Zaragoza el año pasado, llegué á Guadalajara sin ánimo de detenerme; pero el intendente, en cuya casa de campo nos apeamos, se empeñó en que habia de quedarme allí todo aquel día, por ser cumpleaños de su parienta, prometiéndome que al siguiente me dejaría proseguir mi viaje. Entre las gentes convidadas hallé á doña Paquita, á quien la señora habia sacado aquel día del convento para que se esparciese un poco... Yo no sé qué vi en ella, que escitó en mí una inquietud, un deseo constante, irresistible, de mirarla, de oirla, de hallarme á su lado, de hablar con ella, de hacerme agradable á sus ojos... El intendente dijo entre otras cosas... burlándose... que yo era muy enamorado, y le ocurrió fingir que me llamaba don Félix de Toledo. Yo sostuve esta ficcion, porque desde luego concebí la idea de permanecer algun tiempo en aquella ciudad, evitando que llegase á noticia de usted.... Observé que doña Paquita me trató con un agrado particular, y cuando por la noche nos separamos, yo quedé lleno de vanidad y de esperanzas, viéndome preferido á todos los concurrentes de aquel día, que fueron muchos. En fin... Pero no quisiera ofender á usted refiriéndole...

DON DIEGO.

Prosigue.

DON CARLOS.

Supe que era hija de una señora de Madrid, viuda y pobre, pero de gente muy honrada... Fué necesario fiar de mi amigo los proyectos de amor que me obligaban á quedarme en su compañía; y él, sin aplaudirlos ni desaprobarlos, halló disculpas las mas ingeniosas para que ninguno de su familia estrañara mi detencion. Como su casa de campo está inmediata á la ciudad, fácilmente iba y venia de noche... Logré que doña Paquita leyese algunas cartas mías; y con las pocas respuestas que de ella tuve, acabé de precipitarme en una passion que mientras viva me hará infeliz.

DON DIEGO.

Vaya... Vamos, sigue adelante.

DON CARLOS.

Mi asistente (que, como usted sabe, es hombre de travesura, y conoce el mundo) con mil artificios que á cada paso le ocurrían, facilitó los muchos estorbos que al principio hallábamos... La seña era dar tres palmadas, á las cuales respondían con otras tres desde una ventanilla que daba al corral de las monjas. Hablábamos todas las noches, muy á déshora, con el recato y las precauciones que ya se dejan entender... Siempre fui para ella don Félix de Toledo, oficial de un regimiento, estimado de mis jefes y hombre de honor. Nunca la dije mas, ni la hablé de mis parientes ni de mis esperanzas, ni la di á entender que casándose conmigo podría aspirar á mejor fortuna... porque ni me convenia nombrarle á usted, ni quise exponerla á que las miras de interés, y no el amor, la inclinasen á favorecerme. De cada vez la hallé mas fina, mas hermosa, mas digna de ser adorada... Cerca de tres me-

ses me detuve allí; pero al fin era necesario separarnos, y una noche funesta me despedí, la dejé rendida á un desmayo mortal, y me fui ciego de amor adonde mi obligación me llamaba... Sus cartas consolaron por algun tiempo mi ausencia triste, y en una que recibí pocos días ha, me dijo como su madre trataba de casarla, que primero perdería la vida que dar su mano á otro que á mí; me acordaba mis juramentos, me exhortaba á cumplirlos... Monté á caballo, corri precipitado al camino, llegué á Guadalajara, no la encontré, vine aquí... Lo demás bien lo sabe usted, no hay para qué decirselo.

DON DIEGO.

¿Y qué proyectos eran los tuyos en esta venida?

DON CARLOS.

Consolarla, juraría de nuevo un eterno amor, pasar á Madrid, verle á usted, echarme á sus piés, refírle todo lo ocurrido, y pedirle, no riquezas, ni herencias, ni protecciones, ni... eso no... Solo su consentimiento y su bendición para verificar un enlace tan suspirado, en que ella y yo fundábamos toda nuestra felicidad.

DON DIEGO.

Pues ya ves, Carlos, que es tiempo de pensar muy de otra manera.

DON CARLOS.

Sí, señor.

DON DIEGO.

Sí tú la quieres, yo la quiero también. Su madre y toda su familia aplauden este casamiento. Ella... y sean las que fueren las promesas que á ti le hizo... ella misma, no ha media hora, me ha dicho que está pronta á obedecer á su madre y darme la mano así que...

DON CARLOS.

Pero no el corazón. *(Levántase.)*

DON DIEGO.

¿Qué dices?

DON CARLOS.

No, eso no... Sería ofenderla... Usted celebrará sus bodas cuando guste; ella se portará siempre como conviene á su honestidad y á su virtud; pero yo he sido el primero, el único objeto de su cariño, lo soy y lo seré... Usted se llamará su marido, pero si alguna ó muchas veces la sorprende, y ve sus ojos hermosos inundados en lágrimas, por mí las vierte... No la pregunte usted jamás el motivo de sus melancolías... Yo, yo seré la causa... Los suspiros, que en vano procurará reprimir, serán flechas dirigidas á á un amigo ausente.

DON DIEGO.

¿Qué temeridad es esta?  
*(Se levanta con mucho enojo, encaminándose hacia don Carlos, el cual se va retirando.)*

DON CARLOS.

Ya se lo dije á usted... Era imposible que yo hablase una palabra sin ofenderle... Pero acabemos esta odiosa conversacion... Viva usted feliz, y no me aborrezca, que yo en nada le he querido disgustar... La prueba mayor que yo puedo darle de mi obediencia y mi respeto, es la de salir de aquí inmediatamente... Pero no se me niegue á lo menos el consuelo de saber que usted me perdona.

DON DIEGO.

¿Con que en efecto te vas?

DON CARLOS.

Al instante, señor... Y esta ausencia será bien larga.

DON DIEGO.

¿Por qué?

DON CARLOS.

Porque no me conviene verla en mi vida... Si las veces que corren de una próxima guerra se llegaran á verificar... entonces...

DON DIEGO.

¿Qué quieres decir?  
*(Asiendo de un brazo á don Carlos, lo hace venir mas adelante.)*

DON CARLOS.

Nada... Que apetezco la guerra, porque soy soldado.

DON DIEGO.

¿Carlos!... ¿Qué horror!... ¿Y tienes corazón para decirme lo?

DON CARLOS.

Alguien viene... *(Mirando con inquietud esta el cuarto de doña Irene, se desprinde de don Diego, y hace ademán de ir por la puerta del foro. Don Diego se detiene de él y quiere impedirlo.)* Tal vez será ella... Quede usted con Dios.

DON DIEGO.

¿Adónde vas?... No, señor, no has de irte.

DON CARLOS.

Es preciso... Yo no he de verla... Una sola mirada nuestra pudiera causarle á usted inquietudes crueles.

DON DIEGO.

Ya he dicho que no ha de ser... Entra en ese cuarto.

DON CARLOS.

Pero sí...

DON DIEGO.

Haz lo que te mando.

*(Entra don Carlos en el cuarto de don Diego.)*

## SCENA XL.

DOÑA IRENE, DON DIEGO.

DOÑA IRENE.

Con que, señor don Diego, ¿así ya la de vímonos?... Buenos días... *(Apaga la luz que está sobre la mesa.)* ¿Besa usted?

DON DIEGO, pasándose con inquietud.

Sí, para besar estoy ahora.

DOÑA IRENE.

Si usted quiere, ya pueden ir disponiendo el chocolate, y que avisen al mayoral para que enganchen luego quin... Pero ¿qué tiene usted, señor?... ¿Hay alguna novedad?

DON DIEGO.

Sí, no deja de haber novedades.

DOÑA IRENE.

Pues qué... Dígalo usted por Dios... ¡Vaya, vaya!... No sabe usted lo asustada que estoy... Cualquiera cosa, así, repentinamente, me remueve toda y me... Desde el último mal parto que tuve quedé tan sumamente delicada de los nervios... Y va ya para diez y nueve años, si no son veinte; pero desde entonces, ya digo, cualquiera friolera me trastorna... Mi los baños, ni caldos de colicabra, ni la conserva de manzanilla, nada me ha servido; de manera que...

DON DIEGO.

Vamos, ahora no hablemos de malos partos ni de conservas... Hay otra cosa mas importante de que tratar... ¿Qué hacen con muchachas?

DOÑA IRENE.

Ella recogiendo la ropa y haciendo al quite, para que todo esté á la vela, y no haya detencion.

DON DIEGO.

Muy bien. Siéntese usted... Y no hay que asustarse ni alborotarse *(Siéntase la dueña.)* por nada de lo que yo diga; y cuando, no nos abandone el juicio cuando mas lo necesitamos... Su hijo de usted está enamorado...

DOÑA IRENE.

¿Pues no le he dicho ya mil veces? Sí, señor, que lo está; y estaba que yo lo dijese para que...

DON DIEGO.

¡Esta vicio maldito de interrumpir á cada paso! Déjeme usted hablar.

DOÑA IRENE.

Bien, vamos,

|

|

DON DIEGO.

Lo que usted oye.

DOÑA IRENE.

Pero ¿quién le ha contado á usted esos disparates?

DON DIEGO.

Nadie. Yo lo sé, yo lo he visto, nadie me lo ha contado; y cuando se lo digo á usted, bien seguro estoy de que es verdad... Vaya, ¿qué llanto es ese?

DOÑA IRENE, *llorando*

¡Pobre de mí!

DON DIEGO.

¿A qué viene eso?

DOÑA IRENE.

¡Porque me ven sola y sin medios, y porque soy una pobre viuda, parece que todos me desprecian y se conjuran contra mí!

DON DIEGO.

Señora doña Irene...

DOÑA IRENE.

Al cabo de mis años y de mis achaques, verme tratada de esta manera, como un estropajo, como una puerca cenicenta, vamos al decir... ¿Quién lo creyera de usted?... ¡Válgame Dios!... ¡Si vivieran mis tres difuntos!... Con el último difunto que me viviera, que tenía un genio como una serpiente...

DON DIEGO.

Mire usted, señora, que se me acaba ya la paciencia.

DOÑA IRENE.

Que lo mismo era replicarle que se ponía hecho una furia del infierno, y un día del Corpus, yo no sé por qué friolera, hartó de mojicones á un comisario ordenador, y si no hubiera sido por dos padres del Cármen, que se pusieron de por medio, le estrella contra un poste en los portales de Santa Cruz.

DON DIEGO.

Pero ¿es posible que no ha de atender usted á lo que voy á decirle?

DOÑA IRENE.

¡Ay! no, señor, que bien lo sé, que no tengo pelo de tonta, no, señor.... Usted ya no quiere á la niña, y busca pretestos para zafarse de la obligación en que está... ¡Hija de mi alma y de mi corazón!

DON DIEGO.

Señora doña Irene, hágame usted el gusto de oírme, de no replicarme, de no decir despropósitos; y luego que usted sepa lo que hay, llóre, y gima, y grite, y diga cuanto quiera... Pero entre tanto no me apure usted el sufrimiento, por amor de Dios.

DOÑA IRENE.

Diga usted lo que le dé la gana.

DON DIEGO.

Que no volvamos otra vez á llorar y á...

DOÑA IRENE.

No, señor, ya no lloro.

*(Enjugándose las lágrimas con un pañuelo.)*

DON DIEGO.

Pues hace ya cosa de un año, poco mas ó menos, que doña Paquita tiene otro amante. Se han hablado muchas veces, se han escrito, se han prometido amor, fidelidad, constancia... Y por último, existe en ambos una pasión tan fina, que las dificultades y la ausencia, lejos de disminuirla, han contribuido eficazmente á hacerla mayor... En este supuesto...

DOÑA IRENE.

Pero ¿no conoce usted, señor, que todo es un chisme, inventado por alguna mala lengua que no nos quiere bien?

DON DIEGO.

Volvemos otra vez á lo mismo... No, señora, no es chisme. Repito de nuevo que lo sé.

DOÑA IRENE.

¿Qué ha de saber usted, señor, ni qué traza tiene eso de verdad? Con que la hija de mis entrañas encerrada en un convento, ayunando los siete reverbios, acompañada de aquellas santas religiosas! ¡Ella, que no sabe lo que es mundo, que no ha salido todavía del cascarón, como quien dice!... Bien se conoce que no sabe usted el genio que tiene Circuncisión... Pues bonita es ella para haber disimulado á su sobrina el menor desliz.

DON DIEGO.

Aquí no se trata de ningún desliz, señora doña Irene; se trata de una inclinación honesta, de la cual hasta ahora no habíamos tenido antecedente alguno. Su hija de usted es una niña muy honrada, y no es capaz de deslizarse.... Lo que digo es que la madre Circuncisión, y la Soledad, y la Candelaria, y todas las madres, y usted, y yo el primero, nos hemos equivocado solemnemente. La muchacha se quiere casar con otro, y no conmigo... Hemos llegado tarde; usted ha contado muy de ligero con la voluntad de su hija... Vaya, ¿para qué es cansarnos? Lea usted ese papel, y verá si tengo razón.

*(Saca el papel de don Carlos y se le da. Doña Irene, sin leerle, se levanta muy agitada, se acerca á la puerta de su cuarto y llama. Levántase don Diego, y procura en vano contenerla.)*

DOÑA IRENE.

¡Yo he de volverme loca!... ¡Francisquita!... ¡Virgen del Tremedal!... ¡Rita! ¡Francisca!

DON DIEGO.

Pero ¿á qué es llamarlas?

DOÑA IRENE.

Sí, señor, que quiero que venga, y que se desengañe la pobrecita de quien es usted.

DON DIEGO.

Lo echó todo á rodar... Esto le sucede á quien se fía de la prudencia de una mujer.

## ESCENA XII.

DOÑA FRANCISCA, RITA, DOÑA IRENE, DON DIEGO.

RITA.

¡Señora!

DOÑA FRANCISCA.

¿Me llamaba usted?

DOÑA IRENE.

Sí, hija, sí; porque el señor don Diego nos trata de un modo que ya no se puede aguantar. ¿Qué amores tienes, niña? ¿A quién has dado palabra de matrimonio? ¿Qué enredos nos estos?... Y tú, picarona... Pues tú también lo has de saber... Por fuerza lo sabes.... ¿Quién ha escrito este papel? ¿Qué dice?...

*(Presentando el papel abierto á doña Francisca.)*RITA, *aparte á doña Francisca.*

Su letra es.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué maldad!... Señor don Diego, ¿así cumple usted su palabra?

DON DIEGO.

Bien sabe Dios que no tengo la culpa... Venga usted aquí... *(Asiéndole de una mano á doña Francisca, la pone á su lado.)* No hay que temer... Y usted, señora, escuche y calle, y no me ponga en términos de hacer un desatino... Déme usted ese papel... *(Quitándole el papel de las manos á doña Irene.)* Paquita, ya se acuerda usted de las tres palmadas de esta noche.

DOÑA FRANCISCA.

Mientras viva me acordaré.

DON DIEGO.

Pues este es el papel que tiraron á la ventana... No hay que asustarse, ya lo he dicho. *(Lee.)* «Bien mío; si no consigo hablar con usted, haré lo posible para que llegue á

sus manos esta carta. Apenas me separé de usted, encontré en la posada al que yo llamaba mi enemigo, y al verle no sé cómo no espiré de dolor. Me mandó que saliera inmediatamente de la ciudad, y fué preciso obedecerle. Yo me llamo don Carlos, no don Félix... Don Diego es mi tío. Viva usted dichosa, y olvide para siempre á su infeliz amigo.—*Carlos de Urbina.*»

DOÑA IRENE.

¿Con que hay eso?

DOÑA FRANCISCA.

¡Triste de mí!

DOÑA IRENE.

¿Con que es verdad lo que decía el señor, grandísima pícara? Te has de acordar de mí.

(*Se encamina acia doña Francisca, muy colérica y en ademán de querer maltratarla. Rita y don Diego procuran estorbarlo.*)

DOÑA FRANCISCA.

¡Madre!... Perdon.

DOÑA IRENE.

No, señor, que la he de matar.

DON DIEGO.

¿Qué locura es esta?

DOÑA IRENE.

He de matarla.

### ESCENA XIII.

DON CARLOS, DON DIEGO, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA.

DON CARLOS.

Eso no... (*Sale don Carlos del cuarto precipitadamente; coge de un brazo a doña Francisca, se la lleva acia el fondo del teatro, y se pone delante de ella para defenderla. Doña Irene se asusta y se retira.*) Delante de mí nadie ha de ofenderla.

DOÑA FRANCISCA.

¡Carlos!

DON CARLOS, *acercándose á don Diego.*

Disimule usted mi atrevimiento... He visto que la insultaban, y no me he sabido contener.

DOÑA IRENE.

¿Qué es lo que me sucede, Dios mío?... ¿Quién es usted?... ¿Qué acciones son estas?... ¿Qué escándalo!

DON DIEGO.

Aquí no hay escándalos... Ese es de quien su hija de usted está enamorada... Separarlos y matarlos, viene á ser lo mismo... Carlos... No importa... Abraza á tu mujer. (*Don Carlos va adonde está doña Francisca, se abrazan, y ambos se arrodillan á los pies de don Diego.*)

DOÑA IRENE.

¿Con que su sobrino de usted?

DON DIEGO.

Sí, señora, mi sobrino, que con sus palmadas, y su música, y su papel me ha dado la noche mas terrible que he tenido en mi vida... ¿Qué es esto, hijos míos, qué es esto?

DOÑA FRANCISCA.

¿Con que usted nos perdona y nos hace felices?

DON DIEGO.

Sí, prendas de mi alma... Sí.

(*Los hace levantar con expresiones de ternura.*)

DOÑA IRENE.

¿Y es posible que usted se determine á hacer un sacrificio?...

DON DIEGO.

Yo pude separarlos para siempre, y gozar tranquilamente la posesion de esta niña amable; pero mi conciencia no lo sufre... ¡Carlos!... Paquita! ¿Qué dolorosa impresion me deja en el alma el esfuerzo que acabo de hacer! Porque, al fin, soy hombre miserable y débil.

DON CARLOS, *besándole las manos.*

Si nuestro amor, si nuestro agradecimiento pueden bastar á consolar á usted en tanta pérdida...

DOÑA IRENE.

¿Con que el bueno de don Carlos! Vaya que...

DON DIEGO.

El y su hija de usted estaban locos de amor, mientras usted y las tías fundaban castillos en el aire, y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido como un sueño... Esto resulta del abuso de la autoridad, de la opresion que la juventud padece; estas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto lo que se debe fiar en el sí de las niñas... Por una casualidad he sabido á tiempo el error en que estaba... ¡Ay de aquellos que lo saben tarde!

DOÑA IRENE.

En fin, Dios los haga buenos, y que por muchos años se gocen... Venga usted acá, señor, venga usted, que quiero abrazarle... (*Abrazanse don Carlos y doña Irene, doña Francisca se arrodilla y la besa la mano.*) Hija, Francisquita. ¡Vaya! Buena eleccion has tenido... Ciertamente que es un mozo muy galán... Morenillo, pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.

RITA.

Sí, dígaselo usted, que no lo ha reparado la niña... Señorita, un millon de besos.

(*Doña Francisca y Rita se besan, manifestando mucho contento.*)

DOÑA FRANCISCA.

¿Pero ves que alegría tan grande?... Y tú, como me quieres tanto... siempre, siempre serás mi amiga.

DON DIEGO.

Paquita hermosa, (*Abraza á doña Francisca.*) recibe los primeros abrazos de tu nuevo padre... No temo ya la soledad terrible que amenazaba á mi vejez.... Vosotros (*Asiendo de las manos á doña Francisca y á don Carlos.*) seréis la delicia de mi corazón; y el primer fruto de vuestro amor... sí, hijos, aquel... no hay remedio, aquel es para mí. Y cuando le acaricie en mis brazos podré decir: á mí me debe su existencia este niño inocente; si sus padres viven, si son felices, yo he sido la causa.

DON CARLOS.

¡Bendita sea tanta bondad!

DON DIEGO.

Hijos, bendita sea la de Dios.

# LA ESCUELA DE LOS MARIDOS,

COMEDIA EN TRES ACTOS EN PROSA,

REPRESENTADA EN EL TEATRO DEL PRINCIPE, AÑO DE 1812.

## ADVERTENCIA.

En la primera edicion de esta comedia halló Moratin la oportunidad que deseaba de manifestar el alto aprecio que siempre habia hecho del mérito de Moliere. El prólogo que puso en ella es un panegirico del poeta francés, y su traduccion un tributo de agradecimiento que dedicó á tan digno maestro el mas apasionado de sus imitadores.

« Ha traducido á Moliere (dice el citado prólogo) con la libertad que ha creido conveniente para traducirle en efecto, y no estropearle; y de antemano se complace al considerar la sorpresa que debe causar á los criticadores la poca exactitud con que ha puesto en castellano las espresiones del original, cuando hallen páginas enteras en que apenas hay una palabra que pueda llamarse rigurosamente traducida. ¿Quién le perdonará la osadía de omitir en su version pasajes enteros, abreviarlos ó dilatarlos, alterar algunas escenas, conservar en otras el resultado, prescindir del dialogo en que las puso el autor, y sustituir en su lugar otro diferente? Esto no se llama traducir, esclamarán llenos de celo y de erudita indignacion (\*). »

Creia Moratin que siempre se habian traducido mal en español las comedias de Moliere, por haber llegado á persuadirse que lo que es gracioso y espresivo en francés, conservará su gracia y su energia traduciéndolo literalmente; por haberse impuesto la ley de no añadir ni alterar nada de lo que dijo el autor, quedando por consiguiente sin compensacion las muchas bellezas que se pierden en el paso de una lengua a otra; por no haberse atrevido á modificar ó suprimir del todo lo que el buen gusto y la decencia repugnan ya, lo que exigen otros tiempos y otras costumbres, tan diferentes de las que el autor conoció. Traducciones desempeñadas con tan escrupulosa fidelidad, en vez de recomendar la obra que copian, la deterioran y la desacreditan. Suprimió pues el traductor de esta comedia las digresiones que halló en el original, relativas á los trajes que se usaban en Francia en el año de 1661, entonces y ahora impertinentes en la fábula. Motivó las salidas y entradas de los interlocutores, donde vió que Moliere habia descuidado este requisito. Añadió á las ficciones de la astuta Isabel (llamada en la traduccion doña Rosa) todo el cúmulo de circunstancias indispensables para hacer el engaño verisimil, y de consiguiente disminuyó por este medio la estúpida credulidad de Sganarelle (don Gregorio), que en la pieza francesa es notoriamente escesiva. Omitió en el dialogo muchas espresiones, que si fueron aplaudidas cuando se escribieron, ya no las sufre la decencia del teatro. Hizo desaparecer en el carácter de Isabel la indecorosa desenvoltura con que abandonando su casa, va derecha á la de su amante (á quien no conoce sino de vista) para entregarse en sus manos, y autorizarle a que disponga de ella á su voluntad.

Allons sans crainte aucune  
A la foi d'un amant commettre ma fortune.

Nada de esto hay en la traduccion. Nada hay tampoco de los incidentes violentos que preparan el desenlace, cuando escondida la pupila (sin dejarse ver de ninguno), el galán desde la ventana, los dos hermanos, el comisario y el escribano desde la calle ajustan el casamiento, sin que se averigüe primero quién es la que se casa, y á la luz de un farol atropellan y firman un contrato de tal entidad; en lo cual no parece sino que todos ellos han perdido el juicio, segun son absurdas las inconsecuencias de que abunda aquella situacion. El traductor desechó todo esto, y simplificando el desenredo, conservó la sorpresa, sin perjuicio de la verisimilitud: y en él, como en toda la comedia, añadió nuevos donaires cómicos, y nuevos rasgos característicos, para suplir con ellos lo que podia perderse en los pasajes que le fué necesario variar ó suprimir. *La comedia española* (decia frecuentemente Moratin) *ha de llevar*

(\*) Por estas razones se ha suprimido la insercion del original de la comedia de Moliere, que al principio nos habiamos propuesto insertar. Son tan comunes en España los ejemplares de las obras del gran cómico francés, que á cual quier curioso le será facilísima la confrontacion.

*basquiña y mantilla*; y si en las piezas originales que compuso se advierte religiosamente observada esta máxima, puede asegurarse que en *la Escuela de los Maridos* no aparece el menor indicio de su procedencia; tal es la imitacion fiel de las costumbres nacionales que en ella se advierte; y tal es el diálogo castellano con que supo animarla y hacerla española.

Ya estaba concluida esta obra, cuando una pérfida invasion alteró la quietud de España en el año de 1808. El rumor espantoso de la guerra hizo enmudecer á las musas, desanimó á las artes, y ocupada la capital, como toda la Península, por los ejércitos enemigos, el mayor empeño que tenían los que mandaban entonces, era el de mantener y multiplicar las diversiones públicas, dar novedad y esplendor á los espectáculos, y hacer que un pueblo oprimido cantase al son de las cadenas. Fueron muy poderosas las instancias que se le hicieron á Moratin para que diese al teatro nuevas producciones; pero no existian ya los motivos que le habian estimulado á ocuparse en esto. Nada quiso hacer de nuevo, y solo se pudo conseguir que diese á los cómicos y á la prensa la traduccion de *la Escuela de los maridos*, advirtiéndolo él mismo en el prólogo que con ella se despedia para siempre del teatro (\*).

Representada en el del Principe el dia 17 de marzo de 1812, fué recibida con el aprecio que era de esperar, en atencion al deseo que generalmente se manifestaba de ver alguna otra composicion suya, después del largo silencio que habia guardado. Es poco elogio de Isidoro Maiquez decir que hizo con perfeccion el papel de don Enrique, acostumbrado á sobresalir en otros de mas difícil desempeño. Josefa Virg, que con tanto primor habia sostenido su parte en *la Mojigata* y *el Si de las Niñas*, correspondió en el carácter de doña Rosa al concepto de excelente actriz que tenia asegurado ya en el público. Eugenio Cristiani acertó á representar el de don Gregorio con toda la espresion y movimiento cómico que requiere aquel ridiculo personaje. Maria Garcia y Gertrudis Torre, en lo poco que tuvieron que hacer, contribuyeron eficazmente al mayor lucimiento de esta obra.

(\*) Del mismo año de 1812 aparecen dos ediciones, de las cuales la una es probablemente contrafaccion de la otra, segun lo indica el mismo empeño de buscar la semejanza de los tipos, cuya diferencia salta á la vista sin grande esfuerzo de observacion.

# LA ESCUELA DE LOS MARIDOS.

## PERSONAS.

DON GREGORIO.  
DON MANUEL.  
DOÑA ROSA.

DOÑA LEONOR.  
JULIANA.  
DON ENRIQUE.

COSME.  
UN COMISARIO.  
UN ESCRIBANO.

UN LACAYO. { No hablan.  
UN CRIADO. }

*La escena es en Madrid, en la plazuela de los Astigidos.*

La primera casa á mano derecha inmediata al proscenio es la de don Gregorio, y la de enfrente la de don Manuel. Al fin de la escena, junto al foro, está la de don Enrique, y al otro lado la del Comisario. Habrá salidas de calle practicables para salir y entrar los personajes de la comedia.

*La accion empieza á las cinco de la tarde y acaba á las ocho de la noche.*

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA PRIMERA.

DON MANUEL, DON GREGORIO.

DON GREGORIO.

Y por último, señor don Manuel, aunque usted es en efecto mi hermano mayor, yo no pienso seguir sus correcciones de usted ni sus ejemplos. Haré lo que guste, y nada mas; y me va muy lindamente con hacerlo así.

DON MANUEL.

Ya; pero das lugar á que todos se burlen, y...

DON GREGORIO.

¿Y quién se burla? Otros tan mentecatos como tú.

DON MANUEL.

Mil gracias por la atencion, señor don Gregorio.

DON GREGORIO.

Y bien, ¿qué dicen esos graves censores? ¿Qué hallan en mí que merezca su desaprobacion?

DON MANUEL.

Desaprueban la rusticidad de tu carácter, esa aspereza que te aparta del trato y los placeres honestos de la sociedad, esa extravagancia que te hace tan ridiculo en cuanto piensas y dices y obras, y hasta en el modo de vestir te singulariza.

DON GREGORIO.

En eso tienen razon, y conozco lo mal que hago en no seguir puntualmente lo que manda la moda; en no proponerme por modelo á los mocitos evaporados, casquivanos y pisaverdes. Si así lo biciera, estoy bien seguro de que mi hermano mayor me lo aplaudiria; porque, gracias á Dios, le veo acomodarse puntualmente á cuantas locuras adoptan los otros.

DON MANUEL.

¿Es raro empeño el que has tomado de recordarme tan á menudo que soy viejo! Tan viejo soy, que te llevo dos años de ventaja; yo he cumplido cuarenta y cinco, y tú cuarenta y tres; pero aunque los míos fuesen muchos mas, ¿seria esta una razon para que me culparas el ser tratable con las gentes, el tener buen humor, el gustar de vestirme con decencia, andar limpio, y... Pues qué, ¿la vejez nos condena por ventura á aborrecerlo todo, á no pensar en otra cosa que en la muerte? ¿O deberemos añadir á la

deformidad que traen los años consigo un desaliño voluntario, una sordidez que repugne á cuantos nos vean, y sobre todo, un mal humor y un ceño que nadie pueda sufrir? Yo te aseguro que si no mudas de sistema, la pobre Rosita será poco feliz con un marido tan impertinente como tú, y que el matrimonio que la previenes será tal vez un origen de disgustos y de reciproco aborrecimiento, que...

DON GREGORIO.

La pobre Rosita vivirá mas dichosa conmigo, que su hermanita la pobre Leonor, destinada á ser esposa de un caballero de tus prendas y de tu mérito. Cada uno procede y discurre como le parece, señor hermano... Las dos son huérfanas; su padre, amigo nuestro, nos dejó encargada al tiempo de su muerte la educacion de entrambas; y previno que si andando el tiempo queriamos casarnos con ellas, desde luego aprobaba y bendecia esta union; y en caso de no verificarse, esperaba que las buscaríamos una colocacion proporcionada, fiándolo todo á nuestra honradez y á la mucha amistad que con él tuvimos. En efecto, nos dió sobre ellas la autoridad de tutor, de padre y esposo. Tú te encargaste de cuidar de Leonor, y yo de Rosita: tú has enseñado á la tuya como has querido, y yo á la mia como me ha dado la gana, ¿estamos?

DON MANUEL.

Si; pero me parece á mi...

DON GREGORIO.

Lo que á mí me parece es que usted no ha sabido educar la suya; pero repito que cada cual puede hacer en esto lo que mas le agrade. Tú consientes que la tuya sea despejada y libre y pispireta; séalo en buen hora. Permites que tenga criadas, y se deje servir como una señorita: lindamente. La das ensanches para pasearse por el lugar, ir á visitas, y oír las dulzuras de tanto enamorado zascandil: muy bien hecho. Pero yo pretendo que la mia viva á mi gusto, y no al suyo; que se ponga un juboncito de estameña; que no me gaste zapaticos de color sino los días en que repican recio; que se esté quietecita en casa, como conviene á una doncella virtuosa; que acuda á todo; que barra, que limpie, y cuando haya concluido estas ocupaciones, me remiende la ropa y haga calceta. Esto es lo que quiero; y que nunca oiga las tiernas quejas de los mozalbetes antojadizos; que no hable con nadie, ni con el gato, sin tener escucha; que no salga de casa jamás sin llevar escolta... La carne es frágil, señor mío; y yo veo los



trabajos que pasan otros, y puesto que ha de ser mi mujer, quiero asegurarme de su conducta, y no exponerme á aumentar el número de los maridos zanguangos.

## ESCENA II.

DOÑA LEONOR, DOÑA ROSA, JULIANA, *(Las tres salen con mantilla y basquina de casa de don Gregorio, y hablan inmediatas á la puerta.)* DON GREGORIO, DON MANUEL.

DOÑA LEONOR.

No te dé cuidado. Si te riñe, yo me encargo de responderle.

JULIANA.

¡Siempre metida en un cuarto, sin ver la calle, ni poder hablar con persona humana! ¡Qué fastidio!

DOÑA LEONOR.

Mucha lástima tengo de tí.

DOÑA ROSA.

Milagro es que no me haya dejado debajo de llave, ó me haya llevado consigo, que aun es peor.

JULIANA.

Le echaría yo mas alto que...

DON GREGORIO.

¡Oiga! ¿Y adónde van ustedes, niñas?

DOÑA LEONOR.

La he dicho á Rosita que se venga conmigo para que se esparza un poco. Saldremos por aquí por la puerta de San Bernardino, y entraremos por la de Fuencarral. Don Manuel nos hará el gusto de acompañarnos...

DON MANUEL.

Si por cierto: vamos allá.

DOÑA LEONOR.

Y mire usted: yo me quedo á merendar en casa de doña Beatriz... Me ha dicho tantas veces que por qué no llevo a esta por allá, que ya no sé qué decirle; con que, si usted quiere, irá conmigo esta tarde; merendaremos, nos divertiremos un rato por el jardín, y al anochecer estamos de vuelta.

DON GREGORIO.

Usted *(A doña Leonor, á Juliana, á don Manuel y á doña Rosa, según lo indica el diálogo.)* puede irse adonde guste, usted puede ir con ella... Tal para cual. Usted puede acompañarlas si lo tiene á bien; y usted á casa.

DON MANUEL.

Pero, hermano, déjalas que se diviertan, y que...

DON GREGORIO.

A mas ver.

*(Coge del brazo á doña Rosa, haciendo ademán de entrarle con ella en su casa.)*

DON MANUEL.

La juventud necesita...

DON GREGORIO.

La juventud es loca, y la vejez es loca también muchas veces.

DON MANUEL.

Pero ¿hay algun inconveniente en que se vaya con su hermana?

DON GREGORIO.

No, ninguno; pero conmigo está mucho mejor.

DON MANUEL.

Considera que...

DON GREGORIO.

Considero que debe hacer lo que yo la manda... y considero que me interesa mucho su conducta.

DON MANUEL.

Pero ¿piensas tú que me será indiferente á mí la de su hermana?

JULIANA, aparte.

¡Tuerto maldito!

DOÑA ROSA.

No creo que tiene usted motivo ninguno para...

der sus defectos con grandísima dulzura, y hacerla que ame la virtud, no que á su nombre se atemorice. Estas máximas he seguido en la educación de Leonor. Nunca he mirado como delito sus desabogos inocentes, nunca me he negado á complacer aquellas inclinaciones que son propias de la primera edad; y te aseguro que hasta ahora no me ha dado motivos de arrepentirme. La he permitido que vaya á concurrencias, á diversiones, que baile, que frecuente los teatros; porque en mi opinion (suponiendo siempre los buenos principios) no hay cosa que mas contribuya á rectificar el juicio de los jóvenes. Y á la verdad, si hemos de vivir en el mundo, la escuela del mundo instruye mejor que los libros mas doctos. Su padre dispuso que fuera mi mujer; pero estoy bien lejos de tiranizarla: para ninguna cosa la daré mayor libertad que para esta resolución, porque no debo olvidarme de la diferencia que hay entre sus años y los míos. Mas quiero verla ajena, que poseerla á costa de la menor repugnancia suya.

DON GREGORIO.

¡Qué blandura, qué suavidad! Todo es miel y almíbar... Pero permítame usted que le diga, señor hermano, que cuando se ha concedido en los primeros años demasiada holgura á una niña, es muy difícil ó acaso imposible el sujetarla después, y que se verá usted sumamente embrollado cuando su pupila sea ya su mujer, y por consecuencia tenga que mudar de vida y costumbres.

DON MANUEL.

Y ¿por qué ha de hacerse esa mudanza?

DON GREGORIO.

¿Por qué?

DON MANUEL.

Sí.

DON GREGORIO.

No sé. Si usted no lo alcanza, yo no lo sé tampoco.

DON MANUEL.

¿Pues hay algo en eso contra la estimación?

DON GREGORIO.

¡Calle! ¿Con que si usted se casa con ella, la dejará vivir en la misma santa libertad que ha tenido hasta ahora?

DON MANUEL.

¿Y por qué no?

DON GREGORIO.

¿Y consentirá que gaste blondas y cintas y flores y abaniquitos de anteño y...

DON MANUEL.

Sin duda.

DON GREGORIO.

¿Y que vaya al Prado y á la comedia con otras cabecillas, y habrá simoníaco y merienda en el río, y...

DON MANUEL.

Cuando ella quiera.

DON GREGORIO.

¿Y tendrá usted conversacion en casa, chocolate, lotería, baile, forte-piano y coplitas italianas?

DON MANUEL.

Preciso.

DON GREGORIO.

¿Y la señorita oír á las impertinencias de tanto galán amartelado?

DON MANUEL.

Sí no es sorda.

DON GREGORIO.

¿Y usted callará á todo, y lo verá con ánimo tranquilo?

DON MANUEL.

Pues ya se supone.

DON GREGORIO.

Quitate de ahí, que eres un loco... Vaya usted adentro, niña; usted no debe asistir á pláticas tan indecentes.

*(Hace entrar en su casa á doña Rosa apresuradamente, cierra la puerta, y se pasea colérico por el teatro.)*

### ESCENA III.

DON MANUEL, DON GREGORIO, DOÑA LEONOR, JULIANA

DON MANUEL.

Ya te lo he dicho. La que sea mi esposa vivirá conmigo, en libertad honesta. La trataré bien, haré estimación de ella, y probablemente corresponderá como debe á este amor y á esta confianza.

DON GREGORIO.

¡Oh! qué gusto he de tener cuando la tal esposa le...

DON MANUEL.

¿Qué?... Vamos, acaba de decirlo.

DON GREGORIO.

¡Qué gusto ha de ser para mí!

DON MANUEL.

Yo ignoro cual será mi suerte; pero creo que si no sucede á tí el chasco pesado que me pronosticas, no será ciertamente por no haber hecho de tu parte cuantas diligencias son necesarias para que suceda.

DON GREGORIO.

Sí, rie, búrlate. Ya llegará la mía, y veremos entonces cuál de los dos tiene mas gana de reír.

DOÑA LEONOR.

Yo le aseguro del peligro con que usted le amenaza, señor don Gregorio, y desprecio la infame sospecha que usted se atreve á suscitar delante de mí. Yo le prometo, si llega el caso de que este matrimonio se verifique, que su honor no padezca, porque me estimo á mí propia en mucho; pero si usted hubiera de ser mi marido, en verdad que no me atrevería á decir otro tanto.

JULIANA.

Realmente es cargo de conciencia con los que nos tratan bien, y hacen confianza de nosotras; pero con hombres como usted, pan bendito.

DON GREGORIO.

Vaya enhoramala, habladora, desvergonzada, insolente.

DON MANUEL.

Tú tienes la culpa de que ella hable así... Vamos, Leonor. Allá te dejaré con tus amigas, y yo me volveré á despachar el correo.

DOÑA LEONOR.

Pero ¿no irá usted por mí?

DON MANUEL.

¿Qué sé yo? Si no he ido al anochecer, el criado de doña Beatriz puede acompañaros. Adios, Gregorio. Con que quedamos en que es menester mudar de humor, y en que esto de encerrar á las mujeres es mucho desatino. Soy criado de usted.

*(Don Manuel y las dos mujeres se van por una de las calles.)*

DON GREGORIO.

Yo no soy criado de usted. Vaya usted con Dios.

### ESCENA IV.

DON GREGORIO.

Dios los cria, y ellos se juntan... ¡Qué familia! Un hombre maduro empeñado en vivir como un mancebito de primera tijera; una solterita desenfada y mujer de mundo: unos criados sin vergüenza ni... No, la prudencia misma no bastaría á corregir los desórdenes de semejante casa... Lo peor es que Rosita no aprenderá cosa buena con estos ejemplos, y tal vez pudieran malograrse las ideas de recogimiento y virtud que he sabido inspirarla.... Pondremos remedio... Muy buena es la plazuela de Aflijidos, pero en Griñon estará mejor. Sí, cuanto antes; y allí volverá á divertirse con sus lechugas y sus gallinitas.

## ESCENA V.

DON ENRIQUE, COSME, *(Salen las dos de la casa de don Enrique y observan á don Gregorio, que estará distante.*  
DON GREGORIO.

COSME.

¿Es él?

DON ENRIQUE.

Sí, él es; el cruel tutor de la hermosa prisionera que adoro.

DON GREGORIO.

Pero ¿no es cosa de aturdirse al ver la corrupción actual de las costumbres!...

DON ENRIQUE.

Quisiera vencer mi repugnancia, hablar con él, y ver á logro de alguna manera introducirme.

DON GREGORIO.

En vez de aquella severidad que caracterizaba la bonanza antigua, *(Se acerca un poco don Enrique por el lado derecho de don Gregorio, y le hace cortesía.)* no vemos en nuestra juventud sino excesos de inobediencia, libertinaje y...

DON ENRIQUE.

Pero ¿este hombre no ve?

COSME.

¡Ay! es verdad. Ya no me acordaba. Si este es el lado del ojo lúero. Vamos por el otro.

*(Hace que don Enrique pase por detrás de don Gregorio al lado opuesto.)*

DON GREGORIO.

No, no, no... Es preciso salir de aquí. Mi permanencia en la corte no pudiera menos da... *(Estornuda y se saca.)*

DON ENRIQUE.

No hay remedio; yo quiero introducirme con él.

DON GREGORIO.

¿Eh? *(Se vuelve hacia el lado derecho, y no viendo á nadie, prosigue su discurso.)* Pensé que hablaban... A lo menos en un lugar, bendito Dios, no se ven estas locuras de por aquí.

COSME.

Acérquese usted.

DON GREGORIO.

¿Quién va? *(Vuelve por el lado derecho; se rasca la oreja, y al concluir una vuelta entera, repara en don Enrique, que le hace cortesías con el sombrero. Don Gregorio se aparta, y don Enrique se le va acercando.)* Las orejas me zumban... Allí todas las diversiones de las muchachas se reducen á... ¿Es á mí?

COSME.

Animo.

DON GREGORIO.

Allí ninguno de estos barbillados viene con sus... ¡Qué diablos!... ¡Dale!... ¡Vaya, que el hombre es atento!

DON ENRIQUE.

Mucho sentiría, caballero, haberle distraído á usted de sus meditaciones.

DON GREGORIO.

En efecto.

DON ENRIQUE.

Pero la oportunidad de conocer á usted, que ahora se me presenta, es para mí una fortuna, una satisfacción tan apetecible, que no he podido resistir el deseo de saludarle...

DON GREGORIO.

Bien.

DON ENRIQUE.

Y de manifestarle á usted con la mayor sinceridad cuánto celebraría poderme ocupar en servicio suyo.

DON GREGORIO.

Lo estimo.

DON ENRIQUE.

Tengo la dicha de ser vecino de usted, en lo cual debo estar muy agradecido á mi suerte, que me proporciona...

agradece, y... en fin, se adelanta camino. Créame usted : la asperza del consabido tutor le facilitará á usted los medios de enamorar á la pupila.

DON ENRIQUE.

¿Qué facilidades me propones, cuando sabes que hace ya tres meses que suspiro en vano? Ganado el pleito, por el cual empecé mi viaje de Córdoba á Madrid, entretengo con dilaciones á mi buen padre, impaciente de verme; huyo del trato de mis amigos, de las muchas distracciones que ofrece la corte; me vengo á vivir á este barrio solitario para estar cerca de doña Rosita y tener ocasiones de hablarla, y hasta ahora mi desdicha ha sido tan grande, que no lo he podido conseguir.

COSME.

Dicen que amor es invencionero y astuto; pero no me parece á mí que usted pone toda la diligencia que pide el caso, ni que discurre arbitrios para...

DON ENRIQUE.

¿Y qué he de hacer yo, si la casa está cerrada siempre como un castillo; si no hay dentro de ella criado ni criada alguna de quien poder valerme; si nunca sale por esa puerta sin ir acompañada de su feroz alcaide?

COSME.

¿De suerte, que ella todavía no sabe que usted la quiere?

DON ENRIQUE.

No sé qué decirte. Bien me ha visto que la sigo á todas partes, y que me recato de que su tutor repare en mí. Cuando la lleva á misa á San Marcos, allí estoy yo; si alguna vez se va á pasear con ella acia la Florida, al cementerio ó al camino de Maudes, siempre la he seguido á lo lejos. Cuando he podido acercarme, bien he procurado que lea en mis ojos lo que padece mi corazón; pero ¿quién sabe si ella ha comprendido este idioma, y si agradece mi amor, ó le desestima?

COSME.

A la fe que el tal lenguaje es un poco oscuro, si no le acompañan las palabras ó las letras.

DON ENRIQUE.

No sé qué hacer para salir de esta inquietud, y averiguar si me ha entendido y conoce lo que la quiero... Discurre tú algun arbitrio...

COSME.

Si, discurrámos.

DON ENRIQUE.

A ver si se puede...

COSME.

Ya lo entiendo; pero aquí no estamos bien. A casa.

DON ENRIQUE.

Pues ¿qué importa que...

COSME.

No ve usted que si el amigo estuviese ahí detrás de las persianas avizorándonos con el ojo que le sobra... No, no, a casa... Y despacito, como que...

DON ENRIQUE.

Si, dices bien.

(Vanse los dos, encaminándose lentamente á casa de don Enrique.)

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA PRIMERA.

(Sale don Manuel por una de las calles, llega á su casa, tira de la campanilla, después de una breve pausa se abre la puerta, entra, y queda cerrada como antes.)

DON MANUEL.

Abre.

### ESCENA II.

DON GREGORIO, DOÑA ROSA.

(Salen los dos de casa de don Gregorio.)

DON GREGORIO.

Bien, vete que ya sé la casa, y aun por las señas que

me das tambien caigo en quien es el sujeto.

(Se aparta un poco de doña Rosa, y vuelve des doña ROSA.

¡Oh! ¡Favorezca la suerte los ardides que me un inocente amor!

DON GREGORIO.

¿No dices que has oído, que se llama don Enri

DOÑA ROSA.

Si, don Enrique.

DON GREGORIO.

Pues bien, tranquilízate. Vete adentro y déjame estaré con ese aturrido y le diré lo que hace (Vuelve á apartarse y se queda pensativo. Entre la Rosa se entra y cierra la puerta. Don Gregorio la de don Enrique.)

DOÑA ROSA.

Para una doncella demasiado atrevimiento es Pero ¿qué persona de juicio se negará á disculpa considera el injusto rigor que padezco?

DON GREGORIO.

No perdamos tiempo... ¡Ah de casa!... Gente (Ya no me admiro de que el dichoso vecinito se me haciendo tantas reverencias; pero yo le haré ve proyecto insensato no le...

### ESCENA III.

COSME, DON GREGORIO, DON ENRIQUE

DON GREGORIO.

¿Qué bruto de... (Al salir Cosme da un gran trop don Gregorio.) ¡No ve usted qué modo de salir poco no me hace desanar el bárbaro!

(Mientras don Gregorio busca y limpia el sombrero ha caído por el suelo, sale don Enrique, y de escena le trata con afectado cumplimiento, lo impacientando progresivamente á don Gregorio

DON ENRIQUE.

Caballero, siento mucho que...

DON GREGORIO.

¡Ah! precisamente es usted el que busco.

DON ENRIQUE.

¿A mí, señor?

DON GREGORIO.

Si por cierto... ¿No se llama usted don Enrique

DON ENRIQUE.

Para servir á usted.

DON GREGORIO.

Para servir á Dios... Pues, señor, si usted lo per tengo que hablarle.

DON ENRIQUE.

¿Será tanta mi felicidad, que pueda complacerme en algo?

DON GREGORIO.

No; al contrario, yo soy el que trato de hacerle un obsequio, y por eso me he tomado la libertad á buscarle.

DON ENRIQUE.

¿Y usted venia á mi casa con ese intento?

DON GREGORIO.

Si, señor... ¿Y qué hay en eso de particular?

DON ENRIQUE.

¿Pues no quiere usted que me admire, y que en con el honor de que...

DON GREGORIO.

Dejémonos ahora de honores y de envanecimiento Vamos al caso.

DON ENRIQUE.

Pero tómese usted la molestia de pasar adelante

DON GREGORIO.

No hay para qué.

DON ENRIQUE.

Si, si, usted me hará este favor.

DON GREGORIO.

No por cierto. Aquí estoy muy bien.

DON ENRIQUE.

¡Oh! No es cortesía permitir que usted...

DON GREGORIO.

Pues yo le digo á usted que no quiero moverme.

DON ENRIQUE.

Será lo que usted guste. Cosme, volando, haya un taburete para el vecino.

*(Cosme se encamina á la puerta de su casa para buscar el taburete; después se detiene dudando lo que ha de hacer.)*

DON GREGORIO.

Pero si de pié le puedo decir á usted lo que...

DON ENRIQUE.

¿De pié? ¡Oh! no se trate de eso.

DON GREGORIO.

¡Vaya que el hombre me mortifica en forma!

COSME.

¿Le traigo ó le dejo? ¿Qué he de hacer?

DON GREGORIO.

No le traiga usted.

DON ENRIQUE.

Pero sería una desatención indisculpable...

DON GREGORIO.

Hombre, mas desatención es no querer oír á quien tiene que hablar con usted.

DON ENRIQUE.

Ya oigo.

*(Don Enrique hace además de ponerse el sombrero; pero al ver que don Gregorio le tiene aun en la mano, queda descubierto, le hace insinuaciones de que se le ponga primero. Don Gregorio se impacienta, y al fin se lo ponen los dos.)*

DON GREGORIO.

Así me gusta... Por Dios, dejémonos de ceremonias, que ya me... ¿Quiere usted oírme?

DON ENRIQUE.

Si por cierto, con muchísimo gusto.

DON GREGORIO.

Dígame usted... ¿sabe usted que yo soy tutor de una joven muy bien parecida, que vive en aquella casa de las persianas verdes, y se llama doña Rosita?

DON ENRIQUE.

Sí, señor.

DON GREGORIO.

Pues bien; si usted lo sabe, no hay para qué decirsele... Y ¿sabe usted que siendo muy de mi gusto esta niña, me interesa mucho su persona, aun mas que por el papaje, por estar destinada al honor de ser mi mujer?

DON ENRIQUE, con sorpresa y entusiasmo.

No sabía eso.

DON GREGORIO.

Pues yo se lo digo á usted. Y además le digo, que si usted gusta, no trate de galantearme la y la deje en paz.

DON ENRIQUE.

¿Quién?... ¿Yo, señor?

DON GREGORIO.

Sí, usted. No andemos ahora con disimulos.

DON ENRIQUE.

Pero ¿quién le ha dicho á usted que yo esté enamorado de esa señorita?

DON GREGORIO.

Personas á quienes se puede dar entera fe y crédito.

DON ENRIQUE.

Pero repito que...

DON GREGORIO.

¡Dale!... Ella misma.

DON ENRIQUE.

¿Ella?

*(Se admira y manifiesta particular interés en saber la respuesta.)*

TOMO II.

DON GREGORIO.

Ella. ¿No le parece á usted que basta? Como es una muchacha muy honrada, y que me quiere bien desde su edad mas tierna, acabo de hacerme relación de todo lo que pasa. Y me encarga además que le advierta á usted, que ha entendido muy bien lo que usted quiere decirle con sus miradas, desde que ha dado en la flor de seguirle los pasos; que no ignora sus deseos de usted; pero que esta conducta la ofende, y que es inútil que usted se obstine en manifestarla una pasión tan repugnante al cariño que á mí me profesa.

DON ENRIQUE.

¿Y dice usted que es ella misma la que le ha encargado?...

DON GREGORIO.

Sí, señor, ella misma, la que me hace venir á darle á usted este consejo saludable, y á decirle, que hablando penetrado desde luego sus intenciones de usted, le hubiera dado este aviso mucho tiempo antes, si hubiese tenido alguna persona de quien far tan delicada comision; pero que viéndose ya apartada y sin otro recurso, ha querido valerse de mí para que cuanto antes sepa usted que basta ya de guillemas, que su corazón todo es mío, y que si tiene usted un tantico de prudencia, es de esperar que dirigirá sus miradas acia otra parte. Adios, hasta la vista. No tengo otra cosa que advertir á usted.

*(Se aparta de ellos adelantándose acia el proscenio.)*

DON ENRIQUE.

Y bien, Cosme, ¿qué me dices de esto?

COSME.

Que no le debe dar á usted pesadumbre, que alguna maraña hay oculta, y sobre todo, que no desprecia su obsequio de usted lo que le envía ese recado.

DON GREGORIO.

Se ve que le ha hecho efecto.

DON ENRIQUE.

¿Con que tú crees tambien que hay algun artificio?

COSME.

Sí... Pero vamos de aquí, porque está observándonos.

*(Los dos se entran en la casa de don Enrique. Don Gregorio, después de haberlos observado, se pasa por el teatro.)*

## ESCENA IV.

DON GREGORIO, DOÑA ROSA.

DON GREGORIO:

Andé, pobre hombre, anda, que no esperabas tú semejante visita... Ya se ve, una niña virtuosa como ella es, con la educacion que ha tenido... Las miradas de un hombre la ensian, y se da por muy ofendida.

*(Mientras don Gregorio se pasa y hace ademanes de hablar solo, doña Rosa abre su puerta y habiendo visto haberlo visto; él por último se encamina á su casa y le sorprende hallar á doña Rosa.)*

DOÑA ROSA.

Yo me determino. Tal vez en la sorpresa que debe causarle no habrá entendido mi intencion... ¡Oh! es monester, si ha de acabarse esta esclavitud, no dejarle en dudas.

DON GREGORIO.

Vamos á verla y á contarle... ¡Calle! ¿qué ¿estabas aquí?... Ya despanché mi comision.

DOÑA ROSA.

Bien inmaculada estaba. ¿Y qué hubo?

DON GREGORIO.

Pero ¿en qué fundas ese temor, hija mía?

DOÑA ROSA.

Apenas habia usted salido, me fui á la pieza del jardin á tomar un poco el fresco en la ventana, y oí que fuera de la tapia cantaba un chico, y se entretenía en tirar piedras al emparrado. Le refí desde el balcon diciéndole que se fuese de allí, pero él se reía y no dejaba de tirar. Como los cantos llegaban demasiado cerca, quise meterme adentro, temerosa de que no me rompiese la cabeza con alguno. Pues cuando iba á cerrar la ventana, viene uno por el aire, que me pasó muy cerca de este hombro, y cayó dentro del cuarto. Pensaba yo que fuese un pedazo de yeso, acércome á cogerle, y... ¿qué le parece á usted que era?

DON GREGORIO.

¿Qué sé yo? Algun mendrugo seco, ó algun troncho, u así...

DOÑA ROSA.

No, señor. Era este envoltorio de papel.

*(Saca de la faltriquera un papel envuelto, y segun lo indica el diálogo, le desenvuelve y va enseñándole á don Gregorio la caja y la carta.)*

DON GREGORIO.

¡Calle!

DOÑA ROSA.

Y dentro esta caja de oro.

DON GREGORIO.

¡Oiga!

DOÑA ROSA.

Y dentro esta carta dobladita como usted la ve, con su sobrescrito, y su sello de lacre verde, y...

DON GREGORIO.

¡Picardia como ella!... ¿Y el muchacho?

DOÑA ROSA.

El muchacho desapareció al instante... Mire usted, el corazon le tengo tan oprimido, que...

DON GREGORIO.

Bien te lo creo.

DOÑA ROSA.

Pero es obligacion mia devolver inmediatamente la caja y la carta a ese diablo de ese hombre; bien que para esto era menester que alguno se encargase de... Porque atreverme yo á que usted mismo...

DON GREGORIO.

Al contrario, bobilla: de esa manera me darás una prueba de tu cariño. No sabes tú la fineza que en esto me haces. Yo, yo me encargo de muy buena gana de ser el portador.

DOÑA ROSA.

Pues tome usted.

*(Le da la caja, la carta y el papel en que estaba todo envuelto. Don Gregorio lee el sobrescrito, y hace ademán de ir á abrir la carta; dona Rosa pone las manos sobre las suyas y le detiene.)*

DON GREGORIO.

A mi señora doña Rosa Jimenez.—Enrique de Cárdenas. ¡Temerario, seductor! Veamos lo que te escribe, y...

DOÑA ROSA.

¡Ay! No por cierto: no la abra usted.

DON GREGORIO.

¿Y qué importa?

DOÑA ROSA.

¿Quiere usted que él se persuada á que yo he tenido la lijereza de abrirla? Una doncella debe guardarse de leer jamás los billetes que un hombre le envíe; porque la curiosidad que en esto descubre, dará á sospechar que interiormente no la disgusta que la escriban amores. No, señor, no. Yo creo que se le debe entregar la carta cerrada como está, y sin dilacion ninguna, para que vea el alto desprecio que hago de él, que piedad toda esperanza, y no vuelva nunca á intentar locura semejante.

DON GREGORIO.

Tiene muchísima razon. *(Se aparta acia un lado, y vuelve después á hablarla muy satisfecho. Mete la carta dentro de la caja, la envuelve curiosamente y se la guarda.)* Rosita, tu prudencia y tu virtud me maravillan. Veo que mis lecciones han producido en tu alma inocente sabiduros frutos, y cada vez te considero mas digna de ser mi esposa.

DOÑA ROSA.

Pero si usted tiene gusto de leerla...

DON GREGORIO.

No, nada de eso.

DOÑA ROSA.

Léala usted si quiere, como no la oiga yo.

DON GREGORIO.

No, no, señor. Si estoy muy persuadido de lo que me has dicho. Conviene llevarla así. Voy allá en un instante... Me llegaré después aquí á la botica á encargár aq uel ungüentillo para los callos... Volveré á hacerte compañía, y leeremos un par de horas en *Desiderio y Electo*... ¿Eh? Adios.

DOÑA ROSA.

Venga usted pronto. *(Se entra doña Rosa en su casa.)*

## ESCENA V.

DON GREGORIO, COSME.

DON GREGORIO.

El corazon me rebosa de alegría al ver una muchacha de esta indole. Es un tesoro el que yo tengo en ella de modestia y de juicio. ¡Ah! Quisiera yo saber si la papilla de mi docto hermano seria capaz de proceder así. No, señor, las mujeres son lo que se quiere que sean. *(Va á casa de don Enrique, y llama. Al salir Cosme, desenvuelve el papel, le ensena la carta cerrada, se lo pone todo en las manos, y se va por una calle.)* Deo gracias.

COSME.

¿Quién es? ¡Oh! señor don...

DON GREGORIO.

Tome usted, dígame usted á su amo que no vuelva á escribir mas cartas á aquella señorita, ni á enviársela cajitas de oro, porque está muy enfadada con él... Mire usted, cerrada viene. Dígame usted que por ahí podrá conocer el buen recibo que ha tenido, y lo que puede esperar en adelante.

## ESCENA VI.

DON ENRIQUE, COSME.

DON ENRIQUE.

¿Qué es eso? ¿Qué te ha dado ese bárbaro?

COSME.

Esta caja con esta carta, que dice que usted ha enviado á doña Rosita...

*(Don Enrique le oye con admiracion, abre la carta y la lee cuando lo indica el diálogo.)*

DON ENRIQUE.

¿Yo?

COSME.

La cual doña Rosita se ha irritado tanto, segun él asegura, de este atrevimiento, que se la vuelve á usted sin habérlela querido abrir... Lea usted pronto, y veremos si mi sospecha se verifica.

DON ENRIQUE.

«Esta carta le sorprenderá a usted sin duda. El designio de escribírsela, y el modo con que la pongo en sus manos, parecerán demasiado atrevidos; pero el estado en que me veo no me da lugar á otras atenciones. La idea de que dentro de seis dias he de casarme con el hombre que mas aborrezco, me determina á todo; y no queriendo abandonarme á la desesperacion, elijo el partido de implorar de usted el favor que necesito para romper estas cadenas. Pero no crea que la inclinacion que le manifiesto sea únicamente procedida de mi suerte infeliz;

DON ENRIQUE.  
Porque al fin, como usted tiene tanto interés en que yo me desespere y...

DON GREGORIO.  
Venga usted, venga usted....; Rosa!

DON ENRIQUE.  
No es decir esto que usted...

DON GREGORIO.  
Nada. No hay que disputar. Si quiero que usted se desengañe...; Rosita!; Niña!

DON ENRIQUE.  
Pensar que una dama ha de responder con tal aspereza a quien no ha cometido otro delito que adorarla!...

DON GREGORIO.  
Usted lo verá. Ya sale.

### ESCENA II.

DOÑA ROSA, DON ENRIQUE, DON GREGORIO, COSME.

DOÑA ROSA.  
¿Qué es esto?... *(Sorprendida al ver á don Enrique.)* Viene usted a interceder por él, á recomendarme para que sufra sus visitas, para que corresponda agradecida á su insolente amor?

DON GREGORIO.  
No, hija mía. Te quiero yo mucho para hacer tales recomendaciones; pero este santo varón toma á juguete cuanto yo le digo, y piensa que le engaño, cuando le aseguro que tú no le puedes ver, y que á mí me quieres, que me adoras. No hay forma de persuadirle. Con que te lo traigo aquí para que tú misma se lo digas, ya que es tan presumido ó tan cabezudo que no quiere entenderlo.

DOÑA ROSA.  
Pues ¿no le he manifestado á usted ya cuál es mi deseo, que todavía se atreve á dudar? ¿De qué manera debo decirselo?

DON ENRIQUE.  
Bastante ha sido para sorprenderme, señorita, cuando el vecino me ha dicho de parte de usted, y no puedo negar la dificultad que he tenido en creerlo. Un fallo tan inesperado que decide la suerte de mi amor, es para mí de tal consecuencia, que no debe maravillar á nadie el deseo que tengo de que usted le pronuncie delante de mí.

DOÑA ROSA.  
Cuanto el señor le ha dicho á usted ha sido por instancias mías, y no ha hecho en esto otra cosa que manifestarle á usted los íntimos afectos de mi corazón.

DON GREGORIO.  
¿Lo ve usted?

DOÑA ROSA.  
Mi elección es tan honrada, tan justa, que no hallo motivo alguno que pueda obligarme á disimularla. De dos personas que miro presentes, la una es el objeto de todo mi cariño, la otra me inspira una repugnancia que no puedo vencer. Pero...

DON GREGORIO.  
¿Lo ve usted?

DOÑA ROSA.  
Pero es tiempo ya de que se acaben las inquietudes que padezco. Es tiempo ya de que unida en matrimonio con el que es el único dueño de la vida mía, pierda el que aborrezco sus mal fundadas esperanzas. Y sin dar lugar á nuevas dilaciones, me voy yo libre de un suplicio mas insupportable que la misma muerte.

DON GREGORIO.  
¿Lo ve usted?... Si, monita, sí; yo cuidaré de cumplir tus deseos.

DOÑA ROSA.  
No hay otro medio de que yo viva contenta. *(Manifiesta en la expresion de sus palabras que las dirige á don Enrique, y en sus acciones que habla con don Gregorio.)*

DON GREGORIO.  
Dentro de muy poco lo estará.

DOÑA ROSA.

Bien advierto que no pertenezco á mi estado el hablar con tanta libertad....

DON GREGORIO.  
No hay mal en eso.

DOÑA ROSA.  
Pero en mi situación bien puede disimularse, que me de alguna franqueza con el que ya considero como esposo mío.

DON GREGORIO.  
Sí, pobrecita mía.... Sí, morenilla de mi alma.

DOÑA ROSA.  
Y que le pida emparejamiento, si no desprecia un amor tan fino, que acelere las diligencias de nuestra union.

DON GREGORIO.  
Ven aquí, perita; *(Abraza á doña Rosa; ella estiendo la mano izquierda, y don Enrique, que está detrás de don Gregorio, se la besa afectuosamente, y se retira al instante.)* consuelo mío, ven aquí, que yo te prometo no dilatar tu dicha.... Vámonos, no te me angusties; esta, que... Amigo, *(Volviéndose muy satisfecho á hablar á don Enrique.)* ya lo ve usted. Me quiere, ¿qué le heuras de hacer?

DON ENRIQUE.  
Bien está, señora; usted se ha explicado bastante, y yo le juro por quien soy, que dentro de poco se verá libre de un hombre que no ha tenido la fortuna de agradarla.

DOÑA ROSA.  
No puede usted hacerse furor mas grande, porque su vista es intolerable para mí. Tal es el horror, el tedio que me causa, que...

DON GREGORIO.  
Vaya, vamos, que eso es ya demasiado.

DOÑA ROSA.  
¿Le ofendo á usted en decir esto?

DON GREGORIO.  
No por cierto...; Válgame Dios! No es eso, sino que tambien da lástima verle sopotear de esa manera... Una aversion tan excesiva...

DOÑA ROSA.  
Por mucha que le manifiesto, mayor se le tengo.

DON ENRIQUE.  
Usted quedará servida, señora doña Rosa. Dentro de dos ó tres días, á mas tardar, desaparecerá de sus ojos de usted una persona que tanto la ofende.

DOÑA ROSA.  
Vaya usted con Dios, y cumpla su palabra.

DON GREGORIO.  
Señor vecino, yo le aliento de veras, y no quisiera habérlo dicho á usted este mal rato; pero...

DON ENRIQUE.  
No, no crea usted que yo llevo el menor resentimiento; al contrario, como que la señorita procede con mucha prudencia, atendido el mérito de entremesas. A mí me toca solo callar, y cumplir cuanto antes me sea posible lo que acabo de prometerle. Señor don Gregorio, me repito á la disposición de usted.

DON GREGORIO.  
Vaya usted con Dios.

DON GREGORIO.

Por lo demás, hija mía, es mucho lo que me lisonjea tu amor, y quiero darle toda la recompensa que merece. Seis ó ocho dias son demasiado término para tu impaciencia. Mañana mismo quedaremos casados, y...

DOÑA ROSA, *turbada*.

¿Mañana?

DON GREGORIO.

Sin falta ninguna... Ya veo á lo que te obliga el pudor, pobrecilla; y haces como que repugnas lo que estás desearando. ¿Te parece que no lo conozco?

DOÑA ROSA.

Pero...

DON GREGORIO.

Sí, amiguita, mañana seras mi mujer. Ahora mismo voy antes que oscurezca aquí á casa de don Simplicio el escribano, para que esté avisado y no haya dilacion. Adios, hechicera.

*(Don Gregorio se va por una calle. Doña Rosa entra en su casa, y cierra.)*

DOÑA ROSA.

¡Infeliz de mí! ¿Qué haré para evitar este golpe?

## ACTO TERCERO.

### ESCENA PRIMERA.

*(La escena es de noche. Doña Rosa sale de su casa, manifestando el estado de incertidumbre y agitacion que denota el diálogo.)*

DOÑA ROSA, DON GREGORIO.

DOÑA ROSA.

No hay otro medio... Si me detengo un instante, vuelvo, pierdo la ocasion de mi libertad, y mañana... No... primero morir. Declarándoselo todo á mi hermana y á don Manuel, pidiéndoles amparo, consejo... Es imposible que me abandonen. Desde su casa avisaré á mi amante, y él dispondrá cuanto fuere menester, sin que mi decoro padezca... *(Don Gregorio sale por una calle á tiempo que dona Rosa se encamina á casa de su hermana; se detiene, y al conocerle duda lo que ha de hacer.)* Vamos, pero... Gente viene... Y es él... ¡Desdichada! ¡Todo se ha perdido!

DON GREGORIO.

¿Quién está ahí, eh? ¡Calle! ¡Rosita! ¿Pues cómo? ¿Qué novedad es está?

DOÑA ROSA.

¿Qué le diré?

DON GREGORIO.

¿Qué hapes aquí, niña?

DOÑA ROSA.

Usted lo extrañará.

*(Indica en la expresion de sus palabras que va previniendo la flocion con que trata de disculparse.)*

DON GREGORIO.

¿Pues no he de extrañarlo? ¿Qué ha sucedido? Habla.

DOÑA ROSA.

Estoy tan confusa y...

DON GREGORIO.

Vamos, no me tengas en esta inquietud. ¿Qué ha sido?

DOÑA ROSA.

¿Se enfadará usted si le digo...

DON GREGORIO.

No me enfadaré. Dilo presto. Vamos.

DOÑA ROSA.

Sí, precisamente se va usted á enojar, pero... Pues tenemos una huéspedada.

DON GREGORIO.

¿Quién?

DOÑA ROSA.

Mi hermana.

DON GREGORIO.

¿Cómo?

DOÑA ROSA.

Sí, señor, en mi cuarto la dejó encerrada con llave para que no nos dé una pesadumbre. Yo iba á llamar á doña Ceferina, la viuda del pintor, á fin de suplicarla que me hiciera el gusto de venirse á dormir esta noche á casa, porque al cabo, estando ella conmigo... como es una mujer de tanto juicio, y...

DON GREGORIO.

Pero ¿qué enredo es este, señor, que hasta ahora, lleveme el diablo, si yo he podido entender cosa ninguna? ¿A qué ha venido tu hermana?

DOÑA ROSA.

Ha venido... Mire usted, le voy á revelar un secreto que le va á dejar aturrido... Pero no se ha de enfadar usted, ¿no?

DON GREGORIO.

¿Dale!... ¿Lo quieres decir, ó tratas de que me desespere? ¿A qué ha venido tu hermana?

DOÑA ROSA.

Yo se lo diré á usted... Mi hermana está enamorada de don Enrique.

DON GREGORIO.

¿Ahora tenemos eso?

DOÑA ROSA.

Sí, señor. Hace mas de un año que se quieren, y casual el mismo tiempo que se han dado palabra de matrimonio. Por esto fué la mudanza desde la calle de Silva á la plazuela de Aflijidos, pretestando Leonor que queria vivir cerca de mi casa, no siendo otro el motivo que el de parecerla muy acomodado este barrio desierto, adonde tambien se mudó inmediatamente don Enrique, para tener mas ocasion de verle y hablarle, aprovechándose de la libertad que siempre la ha dado el bueno de don Manuel.

DON GREGORIO.

Pero este don Enrique ó don demonio, ¿á cuántas quiere? ¿Si yo estoy lelo!

DOÑA ROSA.

Yo le diré á usted. Continuaron estos amores hasta que don Enrique, celoso de un don Antonio de Escobar oficial de la secretaría de Guerra, con quien la vió una tarde en el jardin botánico, la envió un papel de despedida lleno de espresiones amargas; y desde entonces no ha querido volverla á ver. Parecióle conveniente ademas pagar con celos que él la diese, los que le habia causado el tal don Antonio; y desde entonces dió en seguirme adonde quiera que fuese, y hacerme cortesias, y rondar la casa, todo sin duda para que mi hermana lo supiera y rabiase de envidia. Yo, que ignoraba esto, bien advertí las insinuaciones de don Enrique; pero me propuse callar y despreciarle, hasta que informada esta tarde de todo por lo que me dijo Leonor (la cual vino á hablarme muy sentida, creyendo que yo fuese capaz de corresponder á ese trasto), resolví decirle á usted lo que á mí me pasaba, omitiendo todo lo demás, para que la estimacion de mi hermana no padeciese... ¿Qué hubiera usted hecho en este apuro? ¿No hubiera usted hecho lo mismo?

DON GREGORIO.

Conque... Adelante.

DOÑA ROSA.

Pues como yo la dijese á Leonor que inmediatamente haria saber al dichoso don Enrique, por medio de usted, cuánto me desagradaba su mal término, se desconsoló, lloró, me suplicó que no lo hiciese; pero yo le aseguré que no desistiria de mi propósito. Pensó llevarme á casa de doña Beatriz para estorbármelo; usted no quiso que fuera con ella, y no parece sino que algun ángel le inspiró á usted aquella repugnancia. Lo que ha pasado esta tarde con el tal caballero bien lo sabe usted; pero falta decirle que así que usted me dejó para ir á verse con el escribano, llegó mi hermana, la conté cuanto habia ocurrido, y... Vaya, no es posible ponderarle á usted la aflic-



cion que manifestó. Llamó á su criada, la habló en secreto, y quedándose conmigo sola, me dijo en un tono de desesperación que me hizo temblar, que la chica había ido á su casa á decir que esta noche no iría, porque doña Beatriz se había puesto mala, y la había rogado que se quedase con ella. Y que también iba encargada de avisar á don Enrique, en nombre mío, de que á las doce en punto le esperaba yo en el balcón de mi cuarto, que da al jardín. Con este engaño se propone hablarle, y dar á sus celos cuantas satisfacciones quiera pedirle.

DON GREGORIO.

¡Picarona! enredadora! desventurata!... Y bien, ¿qué le has dicho?

DOÑA ROSA.

Amenazarla de que usted y don Manuel sabrán todo lo que pasa, y que yo seré quien se lo diga para que pongan remedio en ello; afearía su deshonesta proceder, instaría á que se fuera de mi casa inmediatamente.

DON GREGORIO.

¿Y ella?

DOÑA ROSA.

Ella me respondió que si no la sacan arrastrando de los cabellos, que no se irá. Que en hablando con don Enrique, y desvaneciendo sus quejas, ni á usted, ni á don Manuel, ni á todo el mundo teme.

DON GREGORIO.

Mi hermano merece esto y mucho mas... Pero ¿cómo he de sufrir yo en mi casa tales picardías? No, señor. Yo la daré á entender á esa desvergonzada, que si ha contado contigo para seguir adelante en su desacuerdo, se ha equivocado mucho; y que yo no soy hombre de los que se dejan llevar al pilon como el otro bárbaro. Yo la diré lo que... Vamos.

*(Quiere entrar en su casa, y doña Rosa la detiene.)*

DOÑA ROSA.

No, señor, por Dios, no entre usted. Al fin es mi hermana. Yo entraré sola, y la diré que es preciso que se vaya al instante, ó á su casa ó lo menos á la de doña Beatriz, si tiene que don Manuel estrañe ahora su vuelta.

*(Hace que se va hacia su casa, y vuelve.)*

DON GREGORIO.

Muy bien; aquí espero á que salga.

DOÑA ROSA.

Pero no se descubra usted, no la hable, no se acerque, no la siga... Si le viese á usted, sería tanta su confusion y sobresalto, que pudiera darla un accidente... Si ella quiere enmendar este desacuerdo, aun hay remedio; y mucho mas si ese hombre se va, como ha prometido.... En fin, yo la haré salir de casa, que es lo que importa; pero, por Dios, retirese usted, y no trate de molestarla.

DON GREGORIO.

¡Marta la piadosa!... ¡Cierta que merece ella toda esa caridad!

DOÑA ROSA.

Es mi hermana.

DON GREGORIO.

¡Y qué poco se parece á ti la dichosa hermana!... Vamos, entra, y veremos si logras lo que te propones.

DOÑA ROSA.

Yo creo que sí.

DON GREGORIO.

Mira que si se obstina en que ha de quedarse, sube allá arriba y la saca á patadas.

DOÑA ROSA.

No será menester. Voy allá... *(Hace que se va, y vuelve.)* Pero repito que no se descubra usted, si la hostigue, ni....

DON GREGORIO.

Bien, sí, la dejaré que se vaya adonde quiera.

DOÑA ROSA se encamina hacia su casa, y vuelve.

¡Ah! Mire usted. Así que ella salga, entrémosle usted, y

cierra bien su puerta... Yo estoy tan desazonada, que me voy al instante á acostar.

DON GREGORIO.

Pero ¿qué sientes?

DOÑA ROSA.

¿Qué sé yo? ¿Le parece á usted que estaré poco disgustada con todo lo que ha sucedido?... Nada me duele; pero deseo descansar y dormir... Con que... buenas noches.

DON GREGORIO.

Adios, Rosita... Pero mira que si no me....

DOÑA ROSA.

Yo le aseguro á usted que saldré.

*(Entrase dejando entornada la puerta. Don Gregorio se pasa por el teatro mirando con frecuencia hacia su casa, impaciente del éxito.)*

DON GREGORIO.

Y á todo esto, ¿en qué se ocupará ahora mi erudito hermano? Estará poniendo escollos á algun tratado de educación... ¿La niña y su alma!... Bien que ¿cómo había de resultar otra cosa de la independencia y la holgura en que siempre ha vivido?... ¡Mujeres! qué mal os conoce el que no os encierra y os sujeta y os enfrena y os ceba y os guarda!... Pero no, señor... Mañana á las diez desposorio, á las once comer, á las doce cuche de colleras, y á las cinco en Grifón... ¿Cómo he de sufrir yo que la bribona de la Leonorcica se nos venga cada lunes y cada martes con estos embudos? No por cierto... Allá mi hermano verá lo que... ¡Oiga! Parece que baja ya la niña bien criada.

*(Se acerca mas á un lado de la puerta de su casa, colándose como antes al proscenio, y escuchando atentamente lo que dice desde dentro doña Rosa, la cual sigue que habla con su hermano.)*

DOÑA ROSA.

No te canses en quererme persuadir. Vete... Antes que todo es mi estimacion... Vete, Leonor, ya te lo he dicho... ¿Y qué importa que me oigan? ¡Soy yo la culpada!... Vete. Acabemos, al presto de aquí.

DON GREGORIO.

En efecto la echo de casa... *(Sale doña Rosa de su cuarto con desquilda y mantilla semejantes á las que usó doña Leonor en el primer acto. Luego que se aparta un poco, cierra don Gregorio su puerta y guarda la llave.)* ¿Y adónde irá la doncellita menesterosa?... Como me dan de... Pero no, corremos primero.

ESCENA II.

DON ENRIQUE, COQUE, DOÑA ROSA, DON GREGORIO.

*(Los dos primeros salen de su casa.)*

DON ENRIQUE.

¿Dijiste al aun que no me espere?

COQUE.

Sí, señor.

DON ENRIQUE.

Pues cierra y vamos, que aunque sepa atropellár por todo, he de hablarle esta noche.

*(Cierra Coque la puerta con llave.)*

COQUE.

¡Noche traidora!

DON ENRIQUE.

Y á pensar de quien procura estorbarlo, ella y yo saremos felices.

¿Quién es?  
Yo.  
¿Doña Rosita?  
Yo soy.  
A mi casa.  
Pero ¿qué seguridad tendré en ella?  
La que debe usted esperar de un hombre de honor.  
Yo iba á la de mi hermana; pero él me observa, no puedo llegar sin que me reconozca, y...

Está usted conmigo... Pasará usted la noche en compañía de mi ama, mujer anciana y virtuosa... Mañana dará parte á un juez; y á él, á don Manuel, á su tutor de usted, y á todo el mundo, les diré que es usted mi esposa, y que estoy pronto si es necesario á esponer la vida para defenderla... Abre, Cosme. Venga usted.

*(Cosme abre la puerta de la casa de don Enrique.)*

Allí está.  
Bien, que esté donde quiera. Poco importa.  
Allí, allí.  
Si, ya le distingo... No hay que temer, quieto se está...  
¿Y qué bien hace en estar quieto!... Adentro.  
*(Asiéndola de la mano se entra con ella en su casa, y Cosme detrás.)*

Pues, señor, se marchó á casa del galán. No puede llegar á mas el abandono y la... Pero ¿qué regocijo siento al ver tan solemnemente burlado á este hermano que Dios me dió, necio por naturaleza y gracia, y presumido de que todo se lo sabe!... Vamos á darle la infausta noticia...  
*(Se encamina á casa de don Manuel; después se detiene.)*  
No, el asunto es serio, y si el tiempo se pierde, si yo no pongo la mano en esto, puede suceder un trabajo... Al fin es hija de un amigo mio... Sí, mejor es... Allí pienso que ha de vivir el comisario...

*(Va á casa del comisario, y llama.)*

### ESCENA III.

UN COMISARIO, UN ESCRIBANO, UN CRIADO, DON GREGORIO.  
*(Salen los tres primeros por una de las calles. El criado con linterna. La escena se ilumina un poco.)*

¿Quién anda ahí?  
Ah! ¿No es usted el señor comisario del cuartel?  
Servidor de usted.  
Pues, señor... Oiga usted aparte...  
usted es absolutamente necesaria para evitar un escándalo que va á suceder... ¿Conoce usted á una señorita que se llama doña Leonor, que vive en aquella casa de enfrente?

Si, de vista la conozco, y al caballero que la tiene consigo... Y me parece que ha de ser un don Manuel de Velasco.

Hermano mio.  
¿Oiga! ¿Es usted su hermano?

Para servir á usted.  
Para hacerme favor.  
Pues el caso es que esta niña, hija de padres m honrados y virtuosos, perdida de amores por un manc bito andaluz que vive aquí en este cuarto principal...  
Calle! Don Enrique de Cárdenas; le conozco mucho.  
Pues bien. Ha cometido el desacierto de abandonar casa, venirse á la de su amante... Vamos, ya usted con ce lo que puede resultar de aquí.

Si... En efecto.  
Ello hay de por medio no sé qué papel de matrimoni pero no ignora usted de lo que sirven esos papeles cuan cesa el motivo que los dictó... ¿Eh! ¿me esplico?

Perfectamente... ¿Y ella está adentro?  
Ahora mismo acaba de entrar... Con que, señor comisario, se trata de salvar el decoro de una doncella, impedir que el tal caballero... Ya ve usted.

Si, sí, es cosa urgente. Vamos... Por fortuna tenemos aquí al señor, que en esta ocasion nos puede muy útil...  
*(Alza un poco la voz volviéndose hacia el esc bano que está detrás, el cual se acerca á ellos muy ofu so.)* Es escribano...

Escribano real.  
Ya.  
Y antiguo.  
Mejor.  
Mucha práctica de tribunales.  
Bueno.  
Conocido en testamentarias, subastas, inventarios, d pojos, secuestros y...

No, ahí no hallará usted cosa en que poder...  
Y muy hombre de bien.  
Por supuesto.  
Es que...  
Vamos, don Lazaro, que esto pide mucha diligenci  
Yo aquí espero.  
Muy bien.

*(Llama el criado á la puerta de don Enrique, se abre entran los tres. La escena vuelve á quedar oscura.)*

### ESCENA IV.

DON GREGORIO, DON MANUEL.

Veamos si esta en casa este inalterable filósofo, y contaremos la amarga historia...  
*(Llama en casa de Manuel, abren la puerta, se supone que habla con el criado, queda la puerta entornada, y don Gregorio pasea esperando á su hermano.)* ¿Esta? Que baje inmediatamente, que le espero aquí para un asunto de mucha i

ción que manifestó. Llamó a su criada, la habló en secreto, y quedándose conmigo sola, me dijo en un tono de desesperación que me hizo temblar, que la chica había ido a su casa á decir que esta noche no iría, porque doña Beatriz se había puesto mala, y la había rogado que se quedase con ella. Y que también iba encargada de avisar a don Enrique, en nombre mío, de que á las doce en punto le esperaba yo en el balcón de mi cuarto, que da al jardín. Con este engaño se propone hablarle, y dar á sus celos cuantas satisfacciones quiera pedirle.

DON GREGORIO.

¡Picaron! enredadora! desventuella!... Y bien, ¿tú qué le has dicho?

DOÑA ROSA.

Ameuzarla de que usted y don Manuel sabrán todo lo que pasa, y que yo seré quien se lo diga para que pongan remedio en ello; afearla su deshonesto proceder, instarla á que se fuera de mi casa inmediatamente.

DON GREGORIO.

¿Y ella?

DOÑA ROSA.

Ella me respondió que si no la sacan arrastrando de los cabellos, que no se ira. Que en hablando con don Enrique, y desvaneciendo sus quejas, ni á usted, ni á don Manuel, ni á todo el mundo temie.

DON GREGORIO.

Mi hermano merece esto y mucho mas... Pero ¿cómo he de sufrir yo en mi casa tales picardías? No, señor. Yo la daré á entender á esa desvergonzada, que si ha contado contigo para seguir adelante en su desacuerdo, se ha equivocado mucho; y que yo no soy hombre de los que se dejan llevar al pilon como el otro bárbaro. Yo la diré lo que... Vámos.

(Quiere entrar en su casa, y doña Rosa le detiene.)

DOÑA ROSA.

No, señor, por Dios, no entre usted. Al fin es mi hermana. Yo entraré sola, y la diré que es preciso que se vaya al instante, ó á su casa ó á lo menos á la de doña Beatriz, si tiene que don Manuel estrañe ahora su vuelta.

(Hace que se va á casa su casa, y vuelve.)

DON GREGORIO.

Muy bien; aquí espero á que salga.

DOÑA ROSA.

Pero no se descubra usted, no la hable, no se acerque, no la siga... Si le viese á usted, sería tanta su confusion y sobresalto, que pudiera darla un accidente... Si ella quiere enmendar este desacuerdo, aun hay remedio; y mucho mas si ese hombre se va, como ha prometido.... En fin, yo la haré salir de casa, que es lo que importa; pero, por Dios, retirese usted, y no trate de molestarla.

DON GREGORIO.

¡Marta la piadosa!... ¡Cierta que merece ella toda esa caridad!

DOÑA ROSA.

Es mi hermana.

DON GREGORIO.

¡Y qué poco se parece á ti la dichosa hermana!... Vámos, entra, y veremos si logras lo que te propones.

DOÑA ROSA.

Yo creo que sí.

DON GREGORIO.

Mira que si se obstina en que ha de quedarse, subo allá arriba y la saco á patadas.

DOÑA ROSA.

No será menester. Voy allá... (Hace que se va, y vuelve.) Pero repito que no se descubra usted, ni la hostigue, ni....

DON GREGORIO.

Bien, sí, la dejaré que se vaya adonde quiera.

DOÑA ROSA se encamina á su casa, y vuelve.

¡Ah! Mire usted. Así que ella salga, éntrese usted, y

cierre bien su puerta... Yo estoy tan desazonada, que me voy al instante á acostar.

DON GREGORIO.

Pero ¿que sientes?

DOÑA ROSA.

¿Qué sé yo? ¿Le parece á usted que estaré poco disgustada con todo lo que ha sucedido?... Nada me duele; pero deseo descansar y dormir... Con que... buenas noches.

DON GREGORIO.

Adios, Rosita. Pero mira que si no sale...

DOÑA ROSA.

Yo le aseguro á usted que saldrá.

(Entrase dejando entornada la puerta. Don Gregorio se pasea por el teatro mirando con frecuencia á su casa, impaciente del éxito.)

DON GREGORIO.

Y á todo esto, ¿en qué se ocupará ahora mi erudito hermano? Estará poniendo escollos á algun tratado de educacion... ¿La niña y su alma!... Bien que ¿cómo había de resultar otra cosa de la Independencia y la holgura en que siempre ha vivido?... ¡Mujeres! qué mal os conoce el que no os encierra y os sujeta y os enfrena y os ceta y os guarda!... Pero no, señor... Mañana á las diez desposorio, á las once comer, á las doce coche de colleras, y á las cinco en Griñon... ¿Cómo he de sufrir yo que la bribona de la Leonorica se nos venga cada lunes y cada martes con estos embudos? No por cierto... Allá mi hermano vera lo que... ¡Oiga! Parece que baja ya la niña bien criada.

(Se acerca mas á un lado de la puerta de su casa, colocándose á la izquierda del proscenio, y escucha atentamente lo que dice desde adentro doña Rosa, la cual finge que habla con su hermana.)

DOÑA ROSA.

No te canses en quererme persuadir. Vete... Antes que todo es mi estimacion... Vete, Leonor, ya te lo he dicho... ¿Y qué importa que me oigan? ¿Soy yo la culpada?... Vete. Acabemos, sal presto de aquí.

DON GREGORIO.

En efecto la echa de casa... (Sale doña Rosa de su cuarto con basquina y mantilla semejantes á las que sacó doña Leonor en el primer acto. Luego que se aparta un poco, cierra don Gregorio su puerta y guarda la llave.) ¿Y adonde ira la doncellita menesterosa?... Gausas me dan de... Pero no, cerremos primero.

## ESCENA II.

DON ENRIQUE, COSME, DOÑA ROSA, DON GREGORIO.

(Los dos primeros salen de su casa.)

DON ENRIQUE.

¡Dijiste al ama que no me espere?

COSME.

Sí, señor.

DON ENRIQUE.

Pues cierra y vamos, que aunque sepa atropellar por todo, he de hablarla esta noche.

(Cierra Cosme la puerta con llave.)

COSME.

¡Noche toledana!

DON ENRIQUE.

Y á pesar de quien procura estorbarlo, ella y yo seremos felices.

(Doña Rosa, después de haberse alejado un poco á la izquierda del teatro, vuelve encaminándose á casa de don Manuel; don Gregorio se adelanta igualmente y la observa. Ella se detiene.)

DOÑA ROSA.

El se acerca á la puerta de don Manuel. ¿Qué hará?... Ya no es posible... (Se retira llena de confusion á la izquierda del teatro. Don Enrique se adelanta, la reconoce y la detiene.) ¡Infeliz de mí!

¿Quién es?  
Yo.  
¿Doña Rosita?  
Yo soy.  
A mi casa.  
Pero ¿qué seguridad tendré en ella?  
La que debe usted esperar de un hombre de honor.  
Yo iba á la de mi hermana; pero él me observa, no puedo llegar sin que me reconozca, y...

DON ENRIQUE.

DOÑA ROSA.

DON ENRIQUE.

DOÑA ROSA.

DON ENRIQUE.

DOÑA ROSA.

DON ENRIQUE.

DOÑA ROSA.

DON ENRIQUE.

Está usted conmigo... Pasará usted la noche en compañía de mi ama, mujer anciana y virtuosa... Mañana daré parte á un juez; y á él, á don Manuel, á su tutor de usted, y á todo el mundo, les diré que es usted mi esposa, y que estoy pronto si es necesario á esponer la vida para defenderla... Abre, Cosme. Venga usted.

(Cosme abre la puerta de la casa de don Enrique.)

DOÑA ROSA.

Allí está.

DON ENRIQUE.

Bien, que esté donde quiera. Poco importa.

DOÑA ROSA.

Allí, allí.

DON ENRIQUE.

Si, ya le distingo... No hay que temer, quieto se está... ¡Y qué bien hace en estar quieto!... Adentro.

(Asiéndola de la mano se entra con ella en su casa, y Cosme detrás.)

DON GREGORIO.

Pues, señor, se marchó á casa del galán. No puede llegar á mas el abandono y la... Pero ¡qué regocijo siento al ver tan solemnemente burlado á este hermano que Dios me dió, necio por naturaleza y gracia, y presumido de que todo se lo sabe!... Vamos á darle la infausta noticia... (Se encamina á casa de don Manuel; después se detiene.) No, el asunto es serio, y si el tiempo se pierde, si yo no pongo la mano en esto, puede suceder un trabajo... Al fin es hija de un amigo mio... Si, mejor es... Allí pienso que ha de vivir el comisario...

(Va á casa del comisario, y llama.)

### ESCENA III.

UN COMISARIO, UN ESCRIBANO, UN CRIADO, DON GREGORIO.

(Salen los tres primeros por una de las calles. El criado con linterna. La escena se ilumina un poco.)

COMISARIO.

¿Quién anda ahí?

DON GREGORIO.

¿Ah! ¿No es usted el señor comisario del cuartel?

COMISARIO.

Servidor de usted.

DON GREGORIO.

Pues, señor... Oiga usted aparte... (Se aparta con el comisario á poca distancia de los demás.) Su presencia de usted es absolutamente necesaria para evitar un escándalo que va á suceder... ¿Conoce usted á una señorita que se llama doña Leonor, que vive en aquella casa de enfrente?

COMISARIO.

Sí, de vista la conozco, y al caballero que la tiene consigo... Y me parece que ha de ser un don Manuel de Velasco.

DON GREGORIO.

Hermano mio.

COMISARIO.

¿Oiga! ¿Es usted su hermano?

DON GREGORIO.

Para servir á usted.

COMISARIO.

Para hacerme favor.

DON GREGORIO.

Pues el caso es que esta niña, hija de padres honrados y virtuosos, pérdida de amores por un mamito andaluz que vive aquí en este cuarto principal...

COMISARIO.

¿Calle! Don Enrique de Cárdenas; le conozco much

DON GREGORIO.

Pues bien. Ha cometido el desacierto de abandonar casa, venirse á la de su amante... Vamos, ya usted coelo que puede resultar de aquí.

COMISARIO.

Sí... En efecto.

DON GREGORIO.

Ello hay de por medio no sé qué papel de matrimonio pero no ignora usted de lo que sirven esos papeles cuando cesa el motivo que los dictó... ¡Eh! ¿me explico?

COMISARIO.

Perfectamente... ¿Y ella está adentro?

DON GREGORIO.

Ahora mismo acaba de entrar... Con que, señor comisario, se trata de salvar el decoro de una doncella impedir que el tal caballero... Ya ve usted.

COMISARIO.

Si, sí, es cosa urgente. Vamos... Por fortuna tenemos aquí al señor, que en esta ocasión nos puede muy útil... (Alza un poco la voz volviéndose hacia el criado que está detrás, el cual se acerca á ellos muy pronto.) Es escribano...

ESCRIBANO.

Escribano real.

DON GREGORIO.

Ya.

ESCRIBANO.

Y antiguo.

DON GREGORIO.

Mejor.

ESCRIBANO.

Mucha práctica de tribunales.

DON GREGORIO.

Bueno.

ESCRIBANO.

Conocido en testamentarias, subastas, inventarios, cohechos, secuestros y...

DON GREGORIO.

No, ahí no hallará usted cosa en que poder...

ESCRIBANO.

Y muy hombre de bien.

DON GREGORIO.

Por supuesto.

ESCRIBANO.

Es que...

COMISARIO.

Vamos, don Lázaro, que esto pide mucha diligencia.

DON GREGORIO.

Yo aquí espero.

COMISARIO.

Muy bien.

(Llama el criado á la puerta de don Enrique, se abren las tres. La escena vuelve á quedar oscura.)

### ESCENA IV.

DON GREGORIO, DON MANUEL.

DON GREGORIO.

Veamos si esta en casa este inalterable filósofo, contaremos la amarga historia... (Llama en casa de Manuel, abren la puerta, se supone que habla con el criado, queda la puerta entornada, y don Gregorio pasea esperando á su hermano.) ¿Esta? (Que hace inoportunamente, que le espero aquí para un asunto de mucha

... ¡Bendito Dios! ; En lo que han parado tantas sublimes, tantas eruditas disertaciones! ; Qué tutor! Vaya sí... majadero mas completo y mas su dictamen... ; Oh, señor hermano! *en el sale de la puerta de su casa, y se detiene inmediato á ella.*)

DON MANUEL.

qué extravagancia es esta? ; Por qué no subes?

DON GREGORIO.

tengo que hablarte, y no me puedo separar de

*EL, adelantándose acia donde está don Gregorio.*  
buena... ; Y qué se te ofrece?

DON GREGORIO.

darte muy buenas noticias.

DON MANUEL.

DON GREGORIO.

as a regocijarse mucho con ellas... Dime: mi se-  
Leonor; en dónde está?

DON MANUEL.

o lo sabes? En casa de su amiga doña Beatriz.  
esta tarde, yo me vine porque tenia una por-  
rtas que escribir, y supongo que ya no puede  
un instante a otro... Pero ¿a qué viene esa pre-

DON GREGORIO.

í, por hablar algo...

DON MANUEL.

ué quieres decirme?

DON GREGORIO.

Que tu la has educado filosóficamente, persua-  
n mucha razon) de que las mujeres necesitan  
e libertad, que no es conveniente reprimirlas  
las, que no son los candados ni los cerrojos los  
ran su virtud, sino la indulgencia, la blandura  
, prestarse a todo lo que ellas quieren... ; Ya se  
r, enseñada por esta cartilla, ha sabido corres-  
no era de esperar a las lecciones de su maestro.

DON MANUEL.

uro que no comprendo a qué propósito puede  
de cuanto dices.

DON GREGORIO.

recio, que bien merecido esta lo que te sucede,  
sto que recibas el premio de tu ridicula pre-  
Llego el caso de que se vea prácticamente lo  
abundo en las dos hermanas la educacion que  
dado. La una buye de los amantes; y la otra,  
mujer perdida y sin vergüenza, los acaricia y  
le.

DON MANUEL.

a declaras el misterio, dígame que...

DON GREGORIO.

rio es que tu pupila no está donde piensas, sino  
un caballero, del cual se ha enamorado re-  
nente; y sola y de noche, y burlándose de ti, ha  
ar mejor compañía... ; Lo entiendes ahora?

DON MANUEL.

pue Leonor...

DON GREGORIO.

, la misma...

DON MANUEL.

egate de chanzas, y no me...

DON GREGORIO.

el niño es chancero!... ; Se dara tal estupidez!  
red, señor hermano, y vuelvo a repetírselo, que  
sta se ha ido esta noche á casa de su galán, y  
le, y lo he visto yo, y se quieren mucho, y hace  
año que se tienen dada palabra de matrimonio,  
todas tus filosofías. ; Lo entiendes?

DON MANUEL.

Pero es una cosa tan ajena de verisimilitud...

DON GREGORIO.

¡Dale!... Vamos, aunque lo vea por sus ojos no se lo ha-  
rán creer... ; Cómo me repudre la sangre!... Amigo, dí-  
gote que los años sirven de muy poco cuando no hay es-  
to, esto. *(Señalándose con el dedo en la frente.)*

DON MANUEL.

Ello es que tú te persuades á que...

DON GREGORIO.

Figúrate si me habré persuadido... Pero mira, no gas-  
temos prosa... ven y lo verás, y en viéndolo, espéro y con-  
fío que te persuadirás tambien. Vamos.

*(Se encamina á casa de don Enrique, y después vuelve.)*

DON MANUEL.

¡ Haber cometido tal exceso, cuando siempre la he tra-  
tado con la mayor benignidad, cuando la he prometido  
mil veces no violentar, no contradecir sus inclinaciones!

DON GREGORIO.

Ya temia yo que no habia de ser creído, y que perde-  
ríamos el tiempo en altercaciones inútiles. Por eso, y por-  
que me pareció conveniente restaurar el honor de esa mu-  
jer, siquiera por lo que me interesa su pobrecita hermana,  
he dispuesto que el comisario del cuartel vaya allí, y vea  
de arreglarlo, de manera que evitando escándalos, se con-  
cluya, si se puede, con un matrimonio.

DON MANUEL.

¿ Eso hay?

DON GREGORIO.

¡ Toma! Ya están allí el comisario y un escribano que  
venia con él... Digo, á no ser que usted halle en sus libros  
algun texto oportuno para volver á recibir en su casa á la  
inocente criatura, disimularla este pequeño deslíz, y ca-  
sarse con ella. ... ¿ Eh?

DON MANUEL.

¿ Yo? No lo creas. No cabe en mí tanta debilidad, ni soy  
capaz de aspirar á poseer un corazon que ya tiene otro  
dueño. Pero á pesar de cuanto dices, todavia no me puedo  
reducir á...

DON GREGORIO.

¿ Qué tereb es!... Ven conmigo, y acabemos esta disputa  
impertinente.

*(Se encamina con su hermano acia casa de don Enrique,  
y al llegar cerca salen de ella el comisario y el criado.  
El teatro se ilumina como en la escena tercera.)*

## ESCENA V.

EL COMISARIO, UN CRIADO, DON GREGORIO, DON MANUEL.  
COMISARIO.

Aquí, señores, no hay necesidad de ninguna violencia.  
Los dos se quieren, son libres, de igual calidad... No hay  
otra cosa que hacer sino depositar inmediatamente á la  
señorita en una casa honesta, y desposarlos mañana... Las  
leyes protegen este matrimonio y le autorizan.

DON GREGORIO.

¿ Qué te parece?

DON MANUEL. *reprimiéndose.*

¿ Qué me ha de parecer?... Que se casen.

DON GREGORIO.

Pues, señor, que se casen.

COMISARIO.

Diré á usted, señor don Manuel. Yo he propuesto á la  
novia que tuviese á bien de honrar mi casa, en donde asis-  
tida de mi mujer y de mis hijas, estaria, si no con las con-  
modidades que merece, á lo menos con las que pueden  
proporcionarla mis cortas facultades; pero no ha querido  
admitir este obsequio, y dice que si usted permite que  
vaya á la suya, la prefiere á otra cualquiera. Es cierto que  
esta eleccion es la mejor; pero he querido avisarle á us-  
ted para saber si gusta de ello, ó tiene alguna dificultad.

DON MANUEL.

Ninguna.... Que venga. Yo me encargo del depósito.

COMISARIO.

Volveré con ella muy pronto.

*(Se entra con el criado en casa de don Enrique. El teatro queda oscuro otra vez.)*

DON GREGORIO.

No me queda otra cosa que ver... Pero ¿cuál es mas admirable, el descaro de la pindonga, ó la frescura de este insensato que se presta á tenerla en su casa después de lo que ha hecho, que la toma en depósito de manos de su amante para entregársela después tal y tan buena?... ¡Ay! Si no es posible hallar cabeza mas destornillada que la suya.... No puede ser.

DON MANUEL.

No lo entiendes, Gregorio... Mira, tú has hecho intervenir en esto á un comisario para evitar los daños que pudieran sobrevenir, y has hecho muy bien... Yo la recibo por la misma razon; para que su crédito no padezca; para que no se trasluzca lo que ha sucedido entre la vecindad, que todo lo atisba y lo murmura; para que mañana se cases, como si fuera yo mismo el que lo hubiese dispuesto; para manifestar á Leonor que nunca he querido hacerme un tirano de su libertad ni de sus afectos; para confundirla con mi modo de proceder comparado al suyo... Pero.... ¿Leonor! ¿Es posible que haya sido capaz de tal ingratitud?

DON GREGORIO.

Cállate, que... *(Sale por una calle doña Leonor, Juliana, y el lacayo con un farol, y habiendo pasado ya por delante de la puerta de don Enrique, al volverse don Gregorio las ve. Doña Leonor al ver gente se detiene un poco. Se ilumina el teatro.)* Sí... Ahí la tienes. Pídelas perdón.

DON MANUEL.

¿Yo! ¿Qué mal me conoces!

## ESCENA VI.

DOÑA LEONOR, JULIANA, UN LACAYO, DON MANUEL, DON GREGORIO.

DON MANUEL.

Leonor, no temas ningún exceso de cólera en mí, bien sabes cuánto sé reprimir; pero es muy grande el sentimiento que me ha causado ver que te hayas atrevido á una accion tan poco decorosa, sabiendo tú que nunca he pensado sujetar tu albedrío, que no tienes amigo mas fino, mas verdadero que yo... No, no esperaba recibir de ti tan injusta correspondencia... En fin, hija mia, yo sabré tolerar en silencio el agravio que acabas de hacerme; y atento solo á que tu estimacion no pierda en la lengua ponzonosa del vulgo, te daré en mi casa el auxilio que necesitas, y te entregaré yo mismo el esposo que has querido elegir.

DOÑA LEONOR.

Yo no entiendo, señor don Manuel, á qué se dirige ese discurso... ¿Qué accion indecorosa? ¿qué agravio? ¿qué esposo es ese de quien usted me habla?... Yo soy la misma que siempre he sido. Mi respeto á su persona de usted, mi agradecimiento, y para decirlo de una vez, mi amor, son inalterables... Mucho me ofende el que presuma que he podido yo hacer ni pensar cosa ninguna impropia de una mujer honesta, que estima en mas que la vida su honor y su opinion.

DON MANUEL, volviéndose á don Gregorio.

¿Oyes lo que dice?

DON GREGORIO, acercándose á doña Leonor.

Ya se ve que lo oigo.... Con que Leonorcita... Ahorremos palabras.... ¿De dónde vienes, hija?

DOÑA LEONOR

De casa de doña Beatriz.

DON GREGORIO.

¿Ahora vienes de allí, cordera?

DOÑA LEONOR.

Ahora mismo... ¿No ve usted á Pope, que nos á acompañar?

DON GREGORIO.

¿Y no sales de casa de don Enrique?

DOÑA LEONOR.

¿De quién? ¿De ese que vive aquí en...? El cierto.

DON GREGORIO.

¿Y no habeis concertado vuestro casamiento con el comisario?

DOÑA LEONOR.

Me hace reír... ¿Ves qué desatino, Juliana?

DON GREGORIO.

¿Y no estais enamorados mucho tiempo ha?

DOÑA LEONOR.

Muchísimo tiempo... ¿Y qué mas?

DON GREGORIO.

¿Y no estuviste en mi casa esta noche? ¿y me ron salir de allí? ¿y no te fuiste derechos á la lán? ¿y no te vi yo?

DOÑA LEONOR.

Esto pasa de chanza. Usted no sabe lo que *(Ante del brazo á don Manuel se dirige hacia Vámos á casa, don Manuel, que ese hombre ha poco entendimiento que tenía; vámos.)*

## ESCENA VII.

DOÑA ROSA, DON ENRIQUE, EL COMISARIO, EL COSME, UN CRIADO, DOÑA LEONOR, JULIANA, CAYO, DON MANUEL, DON GREGORIO.

*(El criado saldrá con la linterna. La luz del teatro plica.)*

DOÑA ROSA.

¿Leonor!... Hermana!...

*(Corriendo hacia doña Leonor la coge de las manos.)*

DON GREGORIO.

¡Huf!...

*(Al reconocer á doña Rosa, se aparta lleno de cor.)*

DOÑA ROSA.

Yo espero de tu buen corazon que has de per el atrevimiento con que me vali de tu nombre y seguir el fin de mis engaños. El ejemplo de tu mud hubiera debido contenerme; pero, hermana, ¿sabes qué diferente suerte hemos tenido las dos.

DOÑA LEONOR.

Todo lo conozco, Rosita... La eleccion que b no me parece desacertada; reprobó solamente dios de que te has valido... Mucha disculpa tien toda la necesitas.

DOÑA ROSA.

Cuanto digas es cierto, pero.... *(Volviéndose á goria, que permanece absorto y sin movimiento.)* sido la causa de tanto error, usted.... No me al presentarme ahora á sus ojos, si no estuviere be de que en todo lo que acabo de hacer, aunque le le sirvo.... La aversion que usted logró inspiraba mucho de aquella suave amistad que me i para hacerlas felices.... Tal vez usted me acusa viandad; pero puede ser que mañana hubiera u verdaderamente infeliz, si yo fuese menos honesto

DON ENRIQUE.

Dice bien, y usted debe agradecerla el honor y serva y la tranquilidad de que puede gozar en ade DON MANUEL, acercándose á don Gregorio.

Esto pide resignacion, hermano.... Tú has tenido pa, es necesario que te conformes.

DOÑA LEONOR.

Y bará muy mal en no conformarse; porque ni hay otro remedio a lo sucedido, ni hallará ninguno que le tenga *lastima*.

JULIANA.

Y conocera que a las mujeres no se las encadena, ni se las enjaula, ni se las enamora á fuerza de tratarlas mal. ¡ Hombre mas tonto !

COSME, hablando con Juliana.

Y en verdad que se ha escapado como en una tabla. Bien puede estar contento.

DON GREGORIO.

*(No dirige á nadie sus palabras, habla como si estuviera solo, y va aumentando sucesivamente la energía de su expresión.)*

No, yo no acabo de salir de la admiración en que estoy... Una astucia tan infernal confunde mi entendimiento; ni es posible que Satanás en persona sea capaz de mayor perfidia que la de esa maldita mujer... Yo hubiera puesto por ella las manos en el fuego, y... ¡ Ah! desdichado del que creía de lo que a mí me sucede se fie de ninguna! La mujer es un abismo de malicias y picardías. Sexo engañador, destinado á ser el tormento y la desesperación de los hombres... Para siempre le detesto y le maldigo, y le doy al demonio, si quiere llevarsele.

*(Quitando la llave de su puerta, se encamina furioso hacia ella. Don Manuel quiere contenerle, él le aparta, entra en su casa, y cierra por dentro.)*

DON MANUEL.

No dice bien... Las mujeres, dirigidas por otros principios que los suyos, son el consuelo, la delicia y el honor del género humano... Con que, señor comisario, acepto el depósito, y mañana sin falta se celebrará la boda.

DOÑA ROSA.

¡ La mía no mas ?

DON MANUEL.

Si tu hermana me perdona una breve sospecha, con tanta dificultad creída, no sería don Enrique el solo dichoso; yo también pudiera serlo.

DOÑA LEONOR.

Hoy es día de perdonar.

DOÑA ROSA.

Si, bien merece tu perdón y tu mano el que supo darte una educación tan contraria á la que yo recibí.

DOÑA LEONOR.

Con su prudencia y su bondad se hizo dueño de mi corazón, y bien sabe que mientras yo viva es prenda suya.

DON MANUEL.

¡ Querida Leonor !

*(Se abrazan don Manuel y doña Leonor.)*

JULIANA.

¡ Excelente lección para los maridos, si quieren estudiarla !

# EL MEDICO A PALOS.

COMEDIA EN TRES ACTOS EN PROSA,

REPRESENTADA EN EL TEATRO DE BARCELONA. AÑO DE 1814.

## ADVERTENCIA.

ESCRIBIÓ Moratin la traduccion libre de la comedia de Moliere, intitulada *le Médecin malgré lui*, para que la representase en un dia destinado á su beneficio el gracioso de la compañía cómica de Barcelona Felipe Blanco, á quien debia particulares atenciones de amistad. Siguió en la version de esta pieza los mismos principios que le habian dirigido en la precedente. Simplificó la accion, despojándola de cuanto le pareció inútil en ella. Suprimió tres personajes, MM. Robert, Thibaut y Perrin, y por consiguiente dejó perder la graciosa escena segunda del primer acto, y la segunda del tercero, para no interrumpir la fábula con distracciones meramente episódicas, sujetándola á la estrecha economía que pide el arte, sin la cual, la fuerza de ornatos viciosos, se entorpece la progresion dramática y se debilita el interés. Redujo á tres las cinco palizas que halló en la pieza original. Pasó en silencio la existencia inútil de un amante que no aparece en la escena, y esta omision le facilitó el medio de dar á la resistencia obstinada de don Jerónimo un motivo mas cómico, y mas naturalidad al desenlace.

Omitió igualmente las lozanas y espresiones demasiado alegres del supuesto médico, que no se hubieran tolerado en ningun teatro de España, y se hallan en la escena primera del primer acto, en las cuarta, quinta y séptima del segundo, y en la tercera del tercero de la obra francesa; y persuadido de que las imágenes asquerosas ni son donaires cómicos, ni deben presentarse jamás á un auditorio decente, omitió lo que hay de este género en la escena sexta, acto segundo, y en la quinta, acto tercero, del original. Si Moliere viviese, haria en esta y otras piezas suyas las mismas correcciones, con mas severidad y mayor acierto.

En las ediciones francesas se advierte que la escena es en el campo; pero si por esto se entendiese unidad de lugar, seria equivocarse mucho. El primer acto de la comedia de *el Médico á palos* debe representarse en un monte; los dos siguientes en una sala de la casa de don Jerónimo. Si Moliere (que no es creible) imaginó que la escena fuese constantemente la misma, no dispuso su fábula en términos de que pudiera verificarse; y si en el teatro se hiciese la prueba de no mudar la decoracion segun se ha indicado, resultarian impropiedades demasiado absurdas. Esta comedia no admite unidad de lugar.

Nada resta que decir acerca de la traduccion, sino que Moratin supo darla todo el aire de originalidad que necesitaba para hacerla mas agradable al público español que habia de oirla; y en efecto, representada en el teatro de Barcelona el dia 5 de diciembre de 1814, el concurso, reconociendo la fuerza cómica de que abunda en la accion y el diálogo, unió á los elogios del poeta francés los que le pareció que merecian las frecuentes infidelidades de su traductor.

Felipe Blanco dió mucha gracia y naturalidad al papel de Bartolo. Vicente Alfonso obtuvo general aceptacion en el de don Jerónimo; y Bárbara Fort, para quien era muy genial el de Martina, le desempeñó con inteligencia.



# EL MEDICO A PALOS.

## PERSONAS.

JERONIMO.  
PAULA.

LEANDRO.  
ANDREA.

BARTOLO.  
MARTINA.

GINES.  
LUCAS.

En el primer acto un bosque, y en los dos siguientes una sala de casa particular, con puerta en el foro y otras dos en los lados.

La accion empieza á las once de la mañana, y se acaba á las cuatro de la tarde.

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA PRIMERA.

BARTOLO, MARTINA.

BARTOLO.

¡Ay, qué durillo está este tronco! El hacha, y el no se parte... *(Corta lena de un árbol y deja después el hacha arrimada al tronco: acia el proscenio, siéntase en un penasco, estabon, enciende un cigarro y se pone á fumar)* ¡Este trabajo es este!... Y como hoy aprieta el go, y me rindo, y no puedo mas... Dejémoslo mejor, que ahí se quedará para cuando vuelva. ¡Bien un rato de descanso y un cigarrillo, y vida otro la ha de heredar... Allí viene mi raera de bueno?

*A sale por el lado derecho del teatro.* ¿qué haces ahí sentado, fumando sin trabajar? ¡Ah, pues que acabar de partir esa leña y llevarla es cerca de mediodía?

BARTOLO.

si no es hoy, sera mañana.

MARTINA.

¡Pues!

BARTOLO.

¡Mujer. Estoy cansado, y me senté un rato a fumar.

MARTINA.

¡Guante á un marido tan poltron y desidioso! ¡Baja.

BARTOLO.

¡O, mujer; si acabo de sentarme.

MARTINA.

BARTOLO.

¡Querido, dulce esposa.

MARTINA.

¡No vergüenza, sin atender á sus obligaciones! ¡De mí!

BARTOLO.

¡Abajo es tener mujer! Bien dice Séneca : que el amor es un demonio.

MARTINA.

¡Este hombre tan hábil, para traer autoridades de

BARTOLO.

¡Ah! A ver, a ver, buscame un leñador que sepa

lo que yo, ni que haya servido seis años á un médico latino, ni que haya estudiado el *quis vel qui, quæ, quod vel quid*, y mas adelante, como yo lo estudié.

MARTINA.

Mal haya la hora en que me casé contigo.

BARTOLO.

Y maldito sea el pícaro escribano que anduvo en ello.

MARTINA.

¡Haragán, borracho.

BARTOLO.

Esposa, vamos poco á poco.

MARTINA.

Yo te haré cumplir con tu obligacion.

BARTOLO.

Mira, mujer, que me vas enfadando.

*(Se levanta desesperándose, encaminase acia el foro, coge un palo del suelo y vuelve.)*

MARTINA.

¿Y qué cuidado se me da á mí, insolente?

BARTOLO.

Mira que te he de cascar, Martina.

MARTINA.

Cuba de vino.

BARTOLO.

Mira que te he de soflear las espaldas.

MARTINA.

¡Infame.

BARTOLO.

Mira que te he de romper la cabeza.

MARTINA.

¿A mí? Bribon, tunante, canalla, ¿á mí?

BARTOLO, dando de palos á Martina.

¡Sí! Pues toma.

MARTINA.

¡Ay! ay! ay! ay!

BARTOLO.

Este es el único medio de que calles... Vaya, hagamos la paz. Dame esa mano.

MARTINA.

¿Después de haberme puesto así?

BARTOLO.

¿No quieres? Si eso no ha sido nada. Vamos.

MARTINA.

No quiero.

BARTOLO.

Vamos, hijita.

MARTINA.

No quiero, no.

Allí le duele.

ANDREA, *aparte*.

Vete.

DON JERÓNIMO.

Ya me iré, señor.

ANDREA.

Vete, que no te puedo sufrir.

DON JERÓNIMO.

LUCAS.

¡Que siempre has de dar en eso, Andrea! Calla, y no desazones al amo, mujer; calla, que el amo no necesita de tus consejos para hacer lo que quiera. No te metas nunca en cuidados ajenos, que al fin y al cabo, el señor es el padre de su hija, y su hija es hija, y su padre es el señor; no tiene remedio.

DON JERÓNIMO.

Dice bien tu marido, que eres muy entremetida.

LUCAS.

El médico viene.

### ESCENA III.

BARTOLO, GINES, DON JERÓNIMO, LUCAS, ANDREA.  
(*Salen por la derecha Ginés y Bartolo, este vestido con casaca antigua, sombrero de tres picos y bastón.*)

GINES.

Aquí tiene usted, señor don Jerónimo, al estupendo médico, al doctor infalible, al pasmo del mundo.

DON JERÓNIMO.

Me alegro mucho de ver á usted, y de conocerle, señor doctor.

(*Se hacen cortesía uno á otro, con el sombrero en la mano.*)

BARTOLO.

Hipócrates dice que los dos nos cubramos.

DON JERÓNIMO.

¿Hipócrates lo dice?

BARTOLO.

Sí, señor.

DON JERÓNIMO.

¿Y en qué capítulo?

BARTOLO.

En el capítulo de los sombreros.

DON JERÓNIMO.

Pues si lo dice Hipócrates, será preciso obedecer.

(*Los dos se ponen el sombrero.*)

BARTOLO.

Pues como digo, señor médico, habiendo sabido...

DON JERÓNIMO.

¿Con quién habla usted?

BARTOLO.

Con usted.

DON JERÓNIMO.

¿Conmigo? Yo no soy médico.

BARTOLO.

¿No?

DON JERÓNIMO.

No, señor.

BARTOLO.

¿No? Pues ahora verás lo que te pasa.

(*Arremete acia él con el bastón levantado en ademán de darle de palos. Huye don Jerónimo, los criados se ponen de por medio, y detienen á Bartolo.*)

DON JERÓNIMO.

¿Qué hace usted, hombre?

BARTOLO.

Yo te haré que seas médico á palos, que así se gradúan en esta tierra.

DON JERÓNIMO.

Detenedle vosotros... ¿Qué loco me habeis traído aquí?

GINES.

¿No le dije á usted que era muy chancero?

DON JERÓNIMO.

Sí; pero que vaya á los infiernos con esas chanzas.

LUCAS.

No le dé á usted cuidado. Si lo hace por reír.

GINES.

Mire usted, señor facultativo, este caballero que presente es nuestro amo, y padre de la señorita que usted ha de curar.

BARTOLO.

¿El señor es su padre? ¡Oh! perdone usted, señor por esta libertad que...

DON JERÓNIMO.

Soy de usted.

BARTOLO.

Yo siento...

DON JERÓNIMO.

No, no ha sido nada... (*Ap. ¡Maldita sea tu cast! Pues, señor, vamos al asunto. (Saca la caja, se la pre á Bartolo, y él toma un polvo con afectada gravedad tengo una hija muy mala...*)

BARTOLO.

Muchos padres se quejan de lo mismo.

DON JERÓNIMO.

Quiero decir que está enferma.

BARTOLO.

Ya, enferma.

DON JERÓNIMO.

Sí, señor.

BARTOLO.

Me alegro mucho.

DON JERÓNIMO.

¿Cómo?

BARTOLO.

Digo que me alegro de que su hija de usted necesite de mi ciencia, y ojalá que usted y toda su familia estén en las puertas de la muerte, para emplearme en su tencia y alivio.

DON JERÓNIMO.

Viva usted mil años, que yo le estimo su buen des-

BARTOLO.

Hablo ingenuamente.

DON JERÓNIMO.

Ya lo conozco.

BARTOLO.

¿Y cómo se llama su niña de usted?

DON JERÓNIMO.

Paulita.

BARTOLO.

¡Paulita! ¡Lindo nombre para curarse!... Y esta don- ¿quién es?

DON JERÓNIMO.

Esta doncella es mujer de aquel. (*Señalando á Luc*

BARTOLO.

¡Oiga!

DON JERÓNIMO.

Sí, señor... Voy á hacer que salga aquí la chica para usted la vea.

ANDREA.

Durmiendo quedaba.

DON JERÓNIMO.

No importa, la despertaremos. Ven, Ginés.

GINES.

Allá voy.

(*Vanse los dos por la izquierda.*)

### ESCENA IV.

BARTOLO, ANDREA, LUCAS.

BARTOLO, *acercándose á Andrea con ademanes y g- expresivos.*

¿Con que usted es mujer de ese mocito?

ANDREA.

Para servir á usted.

BARTOLO.

¡Y qué frescota es! ¡Y qué... Regocijo da el verla... ¡

ca tiene!... ¡Ay, qué dientes tan blancos, tan iguales!... ¡Pues los ojos! En mi vida un par de ojos mas habladores ni mas traviesos.

LUCAS.

¡Habrá demonio de hombre! ¡Pues no la esta re-  
lo el maldito!... Vaya, señor doctor, mude usted  
rsacion, porque no me gustan esas flores. ¿De-  
mi se pone usted a decir arrumacos á mi mujer?  
como no cojo un garrote, y le...  
por el teatro si hay algun pulo. Bartolo le di-  
tiene.)

BARTOLO.

re, por Dios, ten caridad. ¿Cuántas veces me han  
mar de medico?

LUCAS.

uenta con ella.

ANDREA.

iento de risa.

*andose a recibir á dona Paula, que sale por la  
de la izquierda con don Jerónimo y Gines.)*

### ESCENA V.

HERONIMO, DOÑA PAULA, GINES, LUCAS,  
BARTOLO, ANDREA.

DON JERÓNIMO.

ite, hija mia, que yo confío en la sabiduria por-  
de este señor, que brevemente recobraras tu sa-  
a es la niña, señor doctor. Hola, arrimad sillas.  
sillas los criados. *Doña Paula se sienta en una  
na entre Bartolo y su padre. Los criados detrás.*  
)

BARTOLO.

pue esta es su hija de usted?

DON JERÓNIMO.

go otra, y si se me llegara á morir nie volveria

BARTOLO.

guardara muy bien. Pues qué, ¿no hay mas que  
sin licencia del medico? No, señor; no se morira...  
tedes aqui una enferma, que tiene un semblante  
hacer perder la chabeta al hombre mas tetrico  
do. Yo, con todos mis aforismos, le aseguro a us-  
bonita cara tiene!

DOÑA PAULA.

¡ah! ¡ah!

DON JERÓNIMO.

gracias a Dios que se rie la pobrecita.

BARTOLO.

o! ¡Gran señal! gran señal! Cuando el médico  
a las enfermas es linda cosa... Y bien, ¿qué la  
usted?

DOÑA PAULA.

¡ba, ba.

BARTOLO.

¿Que dice usted?

DOÑA PAULA.

¡ba

BARTOLO.

¡ba, ba. ¿Que diantre de lengua es esa? Yo no  
palabra.

DON JERÓNIMO.

ese es su mal. Ha venido a quedarse muda, sin  
ueda saber la causa. Vea usted qué desconsuelo

BARTOLO.

oberbia! Al contrario, una mujer que no habla es  
o. La mia no padece esta enfermedad, y si la tu-  
o me guardaria muy bien de curarla.

DON JERÓNIMO.

ir de eso, yo le suplico a usted que aplique todo  
ro a fin de aliviarla y quitarla ese impedimento.

BARTOLO.

Se la aliviará, se la quitara: pierda usted cuidado. Pero  
es curacion que no se hace así como quiera. ¿Come bien?

DON JERÓNIMO.

Si, señor, con bastante apetito.

BARTOLO.

¡Malo!... ¿Duerme?

ANDREA.

Si, señor, unas ocho ó nueve horas suele dormir regu-  
lamente.

BARTOLO.

¡Malo!... ¿Y la cabeza la duele?

DON JERÓNIMO.

Ya se lo hemos preguntado varias veces; dice que no.

BARTOLO.

¿No? ¡Malo!... Venga el pulso... Pues, amigo, este pulso  
indica... ¡Claro! esta claro.

DON JERÓNIMO.

¿Qué indica?

BARTOLO.

Que su hija de usted tiene secuestrada la facultad de ha-  
blar.

DON JERÓNIMO.

¿Secuestrada?

BARTOLO.

Si por cierto; pero buen ánimo, ya lo he dicho, curará.

DON JERÓNIMO.

Pero ¿de qué ha podido proceder este accidente?

BARTOLO.

Este accidente ha podido proceder y procede (segun  
la mas recibida opinion de los autores) de habérsela in-  
terrupto á mi señora doña Paulita el uso espedito de  
la lengua.

DON JERÓNIMO.

¿Este hombre es un prodigio!

LUCAS.

¿No se lo dijimos a usted?

ANDREA.

Pues á mí me parece un muchacho.

LUCAS.

Calla.

DON JERÓNIMO.

Y en fin, ¿qué piensa usted que se puede hacer?

BARTOLO.

Se puede y se debe hacer... El pulso... (*Tomando el  
pulso á doña Paula.*) Aristóteles en sus protocolos ha-  
bló de este caso con mucho acierto.

DON JERÓNIMO.

¿Y qué dijo?

BARTOLO.

Cosas divinas... La otra... (*La toma el pulso en la otra  
mano, y la observa la lengua.*) A ver la lengüecita... ¡Ay,  
qué monería!... Dijo... ¿Entiende usted el latin?

DON JERÓNIMO.

No, señor, ni una palabra.

BARTOLO.

No importa. Dijo: *Donus bona bonum, uncias duas, mas-  
cula sunt maribus, honora medicum, acinae acinacia, est  
modus in rebus; amaryllida sylvas.* Que quiere decir, que  
esta falta de coagulation en la lengua la causan ciertos  
humores que nosotros llamamos humores... acres, procli-  
ves, espontáneos y corrupteantes. Porque como los va-  
pores que se elevan de la region... ¿Estan ustedes?

ANDREA.

Si, señor, aqui estamos todos.

BARTOLO.

De la region lumbar, pasando desde el lado izquierdo  
donde está el higado, al derecho en que esta el corazon,  
ocupan todo el duodeno y parte del craneo: de aqui es,  
segun la doctrina de Ausias March y de Calepino ( aunque  
yo llevo la contraria ), que la malignidad de dichos vapores... ¿Me explico?

DON JERÓNIMO.

Sí, señor, perfectamente.

BARTOLO.

Pues, como digo, supeditando dichos vapores las carúnculas y el epidermis, necesariamente impiden que el timpano comunique al metacarpo los sucos gastricos. *Doceo doces, docere, docui, doctum, ars longa, vita brevis: templum, templi: augusta vindelicorum, et reliqua....* ¿Qué tal? ¿He dicho algo?

DON JERÓNIMO.

Cuanto hay que decir.

GINÉS.

Es mucho hombre este.

DON JERÓNIMO.

Solo he notado una equivocacion en lo que...

BARTOLO.

¿Equivocacion? No puede ser. Yo nunca me equivoco.

DON JERÓNIMO.

Creo que dijo usted que el corazon está al lado derecho, y el hígado al izquierdo; y en verdad que es todo lo contrario.

BARTOLO.

¡Hombre ignorantísimo, sobre toda la ignorancia de los ignorantes! ¿Ahora me sale usted con esas vejeces? Sí, señor, antiguamente así sucedía, pero ya lo hemos arreglado de otra manera.

DON JERÓNIMO.

Perdone usted, si en esto he podido ofenderle.

BARTOLO.

Ya está usted perdonado. Usted no sabe latin, y por consiguiente está dispensado de tener sentido comun.

DON JERÓNIMO.

¿Y qué le parece á usted que deberemos hacer con la enferma?

BARTOLO.

Primeramente harán ustedes que se acueste, luego se la darán unas buenas friegas... bien que eso yo mismo lo haré... y después tomará de media en media hora una gran sopa en vino.

ANDREA.

¿Qué disparate!

DON JERÓNIMO.

¿Y para qué es buena la sopa en vino?

BARTOLO.

¡Ay, amigo, y qué falta le hace á usted un poco de ortografía! La sopa en vino es buena para hacerla hablar. Porque en el pan y en el vino, empapado el uno en el otro, hay una virtud simpática, que simpatiza y absorbe el tejido celular y la pia mater, y hace hablar á los mudos.

DON JERÓNIMO.

Pues no lo sabía.

BARTOLO.

Si usted no sabe nada.

DON JERÓNIMO.

Es verdad que no he estudiado, ni...

BARTOLO.

¿Pues no ha visto usted, pobre hombre, no ha visto usted cómo á los loros los atracan de pan mojado en vino?

DON JERÓNIMO.

Sí, señor.

BARTOLO.

¿Y no hablan los loros? Pues para que hablen se les da, y para que hable se lo daremos también á doña Paulita, y dentro de muy poco hablará mas que siete papagayos.

DON JERÓNIMO.

Algun ángel le ha traído á usted á mi casa, señor doctor... Vamos, hijita, que ya querrás descansar. . Al instante vuelvo, señor don... ¿Cómo es su gracia de usted?

BARTOLO.

Don Bartolo.

DON JERÓNIMO.

Pues así que la deje acostada seré con usted, se Bartolo... (*Se levantan los tres.*) Ayuda aquí, An Despacito.

BARTOLO.

Tápala bien, no se resfríe. Adios, señorita.

DOÑA PAULA.

Ba, ba, ba, ba.

DON JERÓNIMO *hace que se va acompañando á doña y vuelve á hablar aparte con Lucas.*

Lucas, ve al instante y adereza el cuarto del sei limpio todo, una buena cama, la colcha verde, con agua, la aljofaina, la toalla, en fin, que no fi ninguna... ¿Estás?

LUCAS, *marchando por la puerta de la derecha.*  
Sí, señor.

DON JERÓNIMO.

Vamos, hija mia.

(*Vanse don Jerónimo, doña Paula, Andrea y G la puerta de la izquierda.*)

BARTOLO.

Yo sudo... En mi vida me he visto mas apurax es imposible que esto pare en bien, imposible! ahora que todos andan por allá dentro puedo... mal estamos... En las espaldas siento una desazona me deja... Y no es por los palos recibidos, sino que aun me falta que recibir.

(*Vase por la parte del lado d.*)

## ACTO TERCERO.

### ESCENA PRIMERA.

BARTOLO *sale sin sombrero ni baston por la de*  
DON JERONIMO.

BARTOLO.

Pues, señor, ya está visto. Esto de escabullirse gocio desesperado... ¡El maldito, con achaque de postura del cuarto, no se mueve de allí!... ¡Ay Bartolo!... (*Pasándose inquieto por el teatro.*) pecho al agua, y suceda lo que Dios quiera.

DON JERÓNIMO *sale por la izquierda.*

No ha habido forma de poderla reducir á que se... Ya la están preparando la sopa en vino que usted Veremos lo que resulta.

BARTOLO.

No hay que dudar, el resultado será felicísimo.  
DON JERÓNIMO, *sucando la bolsa y tomando de ella escuditos.*

Usted, amigo don Bartolo, estará en mi casa obs y servido como un principe, y entre tanto quiero q usted la bondad de recibir estos escuditos.

BARTOLO.

No se fíable de eso.

DON JERÓNIMO.

Hágame usted este favor.

BARTOLO.

No hay que tratar de la materia.

DON JERÓNIMO.

Vamos, que es preciso.

BARTOLO.

Yo no lo hago por el dinero.

DON JERÓNIMO.

Lo creo muy bien, pero sin embargo...

BARTOLO.

¿Y son de los nuevos?

DON JERÓNIMO.

Sí, señor.

BARTOLO.

Vaya, una vez que son de los nuevos los tomaré.

(*Los toma y se los guarda.*)

DON JERÓNIMO.

Ahora bien, quede usted con Dios, que voy á ver si hay novedad, y volveré... Me tiene con tal inquietud esta chica, que no sé parar en ninguna parte.

## ESCENA II.

LEANDRO *sale por la puerta de la derecha recatándose*,  
BARTOLO.

LEANDRO.

Señor doctor, yo vengo á implorar su auxilio de usted, y espero que...

BARTOLO.

Veamos el pulso... (*Tomando el pulso, con gestos de displicencia.*) Pues no me gusta nada... ¿Y qué siente usted?

LEANDRO.

Pero si yo no vengo á que usted me cure; si yo no padezco ningún achaque.

BARTOLO, *con despego*.

Pues ¿á qué diablos viene usted?

LEANDRO.

A decirle á usted en dos palabras que yo soy Leandro.

BARTOLO.

¿Y qué se me da á mí de que usted se llame Leandro ó Juan de las viñas?

(*Alzando la voz. Leandro le habla en tono bajo y misterioso.*)

LEANDRO.

Diré á usted. Yo estoy enamorado de doña Paulita; ella me quiere, pero su padre no me permite que la vea... Estoy desesperado, y vengo á suplicarle á usted que me proporcione una ocasión, un pretexto para hablarla y...

BARTOLO.

Que es decir en castellano, que yo haga de alcabuate. (*hritado y alzando mas la voz.*) ¿Un médico! ¿Un hombre como yo!... Quitese usted de ahí.

LEANDRO.

¿Señor!

BARTOLO.

¿Es mucha insolencia, caballero!

LEANDRO.

Calle usted, señor; no grite usted.

BARTOLO.

Quiero gritar... ¿Es usted un temerario!

LEANDRO.

¿Por Dios, señor doctor!

BARTOLO.

¿Yo alcabuate? Agradezca usted que...

(*Se pasa inquieto.*)

LEANDRO.

¿Válgame Dios, qué hombre!... Probemos á ver si...

(*Saca un bolsillo, y al volverse Bartolo se le pone en la mano; él le toma, le guarda, y bajando la voz habla confidencialmente con Leandro.*)

BARTOLO.

¿Desvergüenza como ella!

LEANDRO.

Tome usted... Y le pido perdón de mi atrevimiento.

BARTOLO.

Vamos, que no ha sido nada.

LEANDRO.

Confieso que erré, y que anduve un poco...

BARTOLO.

¿Qué error? ¿Un sujeto como usted! ¿Qué disparate!

Vaya, con que...

LEANDRO.

Pues, señor, esa niña vive infeliz. Su padre no quiere casarla por no soltar el dote. Se ha fingido enferma; han

venido varios médicos á visitarla, la han recetado cuantas pócimas hay en la botica; ella no toma ninguna, como es fácil de presumir; y por último, hostigada de sus visitas, de sus consultas y de sus preguntas impertinentes, se ha hecho la muda, pero no lo está.

BARTOLO.

¿Con que todo ello es una farándula?

LEANDRO.

Si, señor.

BARTOLO.

¿El padre le conoce á usted?

LEANDRO.

No, señor, personalmente no me conoce.

BARTOLO.

¿Y ella le quiere á usted? ¿Es cosa segura?

LEANDRO.

¡Oh! de eso estoy muy persuadido.

BARTOLO.

¿Y los criados?

LEANDRO.

Ginés no me conoce, porque hace muy poco tiempo que entró en la casa; Andrea está en el secreto; su marido, si no lo sabe, á lo menos lo sospecha y calla, y puede contar con uno y con otro.

BARTOLO.

Pues bien, yo haré que hoy mismo quede usted casado con doña Paulita.

LEANDRO.

¿De veras?

BARTOLO.

Cuando yo lo digo...

LEANDRO.

¿Sería posible?

BARTOLO.

¿No le he dicho á usted que sí? Le casaré á usted con ella, con su padre y con toda su parentela... Yo diré que es usted... boticario.

LEANDRO.

Pero si yo no entiendo palabra de esa facultad.

BARTOLO.

No le dé á usted cuidado, que lo mismo me sucede á mí. Tanta medicina sé yo como un perro de agua.

LEANDRO.

¿Con que no es usted médico?

BARTOLO.

No por cierto. Ellos me han examinado de un modo particular; pero con examen y todo, la verdad es que no soy lo que dicen. Ahora lo que importa es que usted esté por ahí inmediato, que yo le llame á su tiempo.

LEANDRO.

Bien está, y espero que usted...

(*Vase por la puerta de la derecha.*)

BARTOLO.

Vaya usted con Dios.

## ESCENA III.

ANDREA *sale por la izquierda*, BARTOLO, LUCAS.

ANDREA.

Señor médico, me parece que la enferma le quiere dejar á usted desairado, porque...

BARTOLO.

Como no me desaires tú, niña de mis ojos, lo demás importa solo maravedí, y como yo te curo á ti, más que se cura todo el género humano.

(*Salen por la derecha Lucas; se acercándose detrás de Bartolo, y sacando.*)

ANDREA.

Yo no tengo nada que curar.

BARTOLO.

Pues mira, lo mejor será curar á tu marido... ¡Qué bruto es, y qué zeloso tan impertinente!

ANDREA.

¿Qué quiere usted? Cada uno cuida de su hacienda.

BARTOLO.

¿Y por qué ha de ser hacienda de aquel gahnápiro este cuerpecito gracioso?

(*Se encamina á ella con los brazos abiertos, en ademán de abrazarla. Andrea se va retirando, Lucas agachándose, pasa por debajo del brazo derecho de Bartolo, vuélvese de cara acia él, y quedan abrazados los dos. Andrea se va riendo por la puerta del lado izquierdo.*)

LUCAS.

No le he dicho á usted, señor doctor, que no quiero esas chanzas?... ¿No se lo he dicho á usted?

BARTOLO.

Pero, hombre, si aquí no hay malicia ni...

LUCAS.

Vete tú de ahí... Con malicia ó sin ella, le he de abrir á usted la cabeza de un trancazo, si vuelve á alzar los ojos para mirarla. ¿Lo entiende usted?

BARTOLO.

Pues ya se ve que lo entiendo.

LUCAS.

Cuidado conmigo... (*Le da un envión al tiempo de desasirse de él.*) ¿Se habrá visto mico mas enredador!

#### ESCENA IV.

DON JERONIMO sale por la izquierda, BARTOLO, LUCAS, LEANDRO.

DON JERÓNIMO.

¡Ay, amigo don Bartolo! que aquella pobre muchacha no se alivia. No ha querido acostarse. Desde que ha tomado la sopa en vino está mucho peor.

BARTOLO.

¡Bueno! eso es bueno. Señal de que el remedio va obrando. No hay que afligirse. Aunque la vea usted agonizando, no hay que afligirse, que aquí estoy yo... (*Llama, encurándose á la puerta del lado derecho.*) Digo, ¿don Casimiro! don Casimiro!

LEANDRO, desde adentro.

¡Señor!

BARTOLO.

¡Don Casimiro!

LEANDRO, saliendo.

¿Qué manda usted?

DON JERÓNIMO.

¿Y quién es este hombre?

BARTOLO.

Un excelente didascálico... boticario que llaman ustedes... eminente profesor... Le he mandado venir para que disponga una cataplasma de todas flores, emolientes, astringentes, dialécticas, pirotécnicas y narcóticas, que será necesario aplicar á la enferma.

DON JERÓNIMO.

Mire usted qué decaída está.

BARTOLO.

No importa, va á sanar muy pronto

#### ESCENA V.

DOÑA PAULA, ANDREA, GINES, DON JERONIMO, BARTOLO, LEANDRO, LUCAS.

(*Salen los tres primeros por la puerta de la izquierda.*)

BARTOLO.

Don Casimiro, púlsela usted, obsérvela bien, y luego hablaremos.

DON JERÓNIMO.

¿Con que en efecto es mozo de habilidad? Eh?

(*Va Leandro, y habla en secreto con doña Paula, haciendo que la pulsa. Andrea tertúa en la conversacion. Quedan distantes á un lado Bartolo y don Jerónimo, y á otro Gines y Lucas.*)

BARTOLO.

No se ha conocido otro igual para emplastos, rosolis de perfecto amor y de leche de vatos y julepes. ¿Por qué le parece á usted que cho venir?

DON JERÓNIMO.

Ya lo supongo. Cuando usted se vale de él, rana.

BARTOLO.

¿Qué ha de ser rana? No, señor, si es un hoc pierde de vista.

DOÑA PAULA.

Siempre, siempre será tuya, Leandro.

DON JERÓNIMO.

¿Qué? (*Volviéndose acia donde está su hija* ilusión mia?... ¿Ha hablado, Andrea?

ANDREA.

Sí, señor, tres ó cuatro palabras ha dicho.

DON JERÓNIMO.

¡Bendito sea Dios! ¡Hija mia! (*Abraza á don vuelve lleno de alegría acia Bartolo, el cual lleno de satisfacción.*) ¡Médico admirable!

BARTOLO.

¿Y qué trabajo me ha costado curar la dicmedad! Aquí hubiera yo querido ver á toda la junta y entera, á ver qué hacía.

DON JERÓNIMO.

Con que, Paulita, hija, ya puedes hablar, ¡(*Vuelve á hablar con su hija, y la trae de la mano alguna cosa.*

GINES, aparte á Lucas.

Aquí me parece que hay gato encerrado... ¡

LUCAS.

Tú calla, y déjalo estar.

DOÑA PAULA.

Sí, padre mío, he recobrado el habla pausted que amo á Leandro, y que quiero casa

DON JERÓNIMO.

Pero si...

DOÑA PAULA.

Nada puede cambiar mi resolución.

DON JERÓNIMO.

Es que...

DOÑA PAULA.

De nada servirá cuanto usted me diga. Yo sarme con un hombre que me idolatra. Si usted bien, concédame su permiso sin excusas ni di

DON JERÓNIMO.

Pero, hija mia, el tal Leandro es un pobreto

DOÑA PAULA.

Dentro de poco será muy rico. Bien lo sat sobre todo, sarua con gusto no pica.

DON JERÓNIMO.

Pero ¡qué borboton de palabras la ha venpente á la boca!... Pues, hija mia, no hay que No será.

DOÑA PAULA.

Pues cuente usted con que ya no tiene hij me moriré de la desesperacion.

DON JERÓNIMO.

¿Qué es lo que me pasa! (*Moviéndose de un lado agitado y colérico. Doña Paula se retira acia la izquierda, habla con Leandro y Andrea.*) Señor doctor usted el gusto de volvérmela á poner mala.

BARTOLO.

Eso no puede ser. Lo que yo haré, solamente virle á usted, será ponerle sordo para que no le

DON JERÓNIMO.

Lo estimo infinito... Pero ¡piensas tú, hija mia que...

(*Encaminándose acia doña Paula. Bartolo le*

BARTOLO.

No hay que irritarse, que todo se echará á perder. Lo que importa es distraerla y divertirla. Déjela usted que vaya á coger un rato el aire por el jardín, y verá usted cómo poco á poco se la olvida ese demonio de Leandro... Vaya usted á acompañarla, don Casimiro, y cuide usted no pise alguna mala yerba.

LEANDRO.

Como usted mande, señor doctor. Vamos, señorita.

DOÑA PAULA.

Vamos enhorabuena.

DON JERÓNIMO.

Id vosotros tambien.

(A Lucas y Gines, los cuales, con doña Paula, Leandro y Andrea, se van por la puerta del foro.)

**ESCENA VI.**

DON JERONIMO, BARTOLO.

DON JERÓNIMO.

¡Vaya, vaya, que no he visto semejante insolencia!

BARTOLO.

Esa es resulta necesaria del mal que ha estado padeciendo hasta ahora. La última idea que ella tenia cuando enmudeció, fué sin duda la de su casamiento con ese tunante de Alejandro, ó Leandro, ó como se llama. Cogióla el accidente, quedáronse trasconejadas una gran porcion de palabras, y hasta que todas las vacie, y se desahogue, no hay que esperar que se tranquilice ni hable con juicio.

DON JERÓNIMO.

¿Qué dice usted? Pues me convence esa reflexion.  
(Saca la caja don Jerónimo, y él y Bartolo toman tabaco.)

BARTOLO.

¡Oh! y si usted supiera un poco de numismática, lo entenderia un poco mejor... Venga un polvo.

DON JERÓNIMO.

¿Con que luego que haya desocupado...

BARTOLO.

No lo dude usted... Es una evacuacion que nosotros llamamos *tricolos tetrastofos*.

**ESCENA VII.**

LUCAS, ANDREA, GINES (van saliendo todos tres por la puerta del foro), DON JERONIMO, BARTOLO.

GINES.

¡Señor amo!

LUCAS.

¡Señor don Jerónimo!... ¡Ay qué desdicha!

ANDREA.

¡Ay, amo mio de mi alma! que se la llevan.

DON JERÓNIMO.

Pero ¿qué se llevan?

LUCAS.

El boticario no es boticario.

GINES.

Ni se llama don Casimiro.

ANDREA.

El boticario es Leandro, en propia persona, y se lleva robada á la señorita.

DON JERÓNIMO.

¿Qué dices? ¡Pobre de mí! Y vosotros, brutos, ¿habeis dejado que un hombre solo os burle de esa manera?

LUCAS.

No, no estaba solo, que estaba con una pistola. El demonio que se acercase.

DON JERÓNIMO.

¿Y este pícaro de médico?...

BARTOLO, aparte lleno de miedo.

Me parece que ya no puede tardar la tercera paliza.

DON JERÓNIMO.

Este bribon, que ha sido su alcahuete... Al instante buscadme una cuerda.

ANDREA.

Ahí habia una larga de tender ropa.

LUCAS.

¡Sí, sí, ya sé dónde está. Voy por ella.

(Vase por la izquierda, y vuelve al instante con una soga muy larga.)

DON JERÓNIMO.

Me las ha de pagar.... Pero ¿acia dónde se fueron? ¡Válgame Dios!

ANDREA.

Yo creo que se habrán ido por la puerta del jardín que sale al campo.

LUCAS.

Aquí está la soga.

DON JERÓNIMO.

Pues inmediatamente atadme bien de piés y manos al doctor aquí en esta silla... (Bartolo quiere huir, y Lucas y Gines le detienen.) Pero me lo habeis de ensogar bien fuerte.

GINES.

Pierda usted cuidado... Vamos, señor don Bartolo.  
(Le hacen sentar en la silla poltrona, y le atan á ella, dando muchas vueltas á la soga.)

DON JERÓNIMO.

Voy á buscar aquella bribona... Voy á hacer que avisen á la justicia, y mañana sin falta ninguna este pícaro médico ha de morir ahorcado... Andrea, corre, hija, asómate á la ventana del comedor, y mira si los descubres por el campo. Yo veré si los del molino me dan alguna razon. Y vosotros no perdaís de vista á ese perro.  
(Se va don Jerónimo por la derecha, y Andrea por la izquierda. Lucas y Gines siguen atando á Bartolo.)

**ESCENA VIII.**

BARTOLO, LUCAS, GINES, MARTINA.

GINES.

Echa otra vuelta por aquí.

LUCAS.

¿Y no sabes que el amiguito este habla dado en la gracia de decir chicleos á mi mujer?

GINES.

Anda, que ya las vas á pagar todas juntas.

BARTOLO.

¿Estoy ya bien así?

GINES.

Perfectamente.

MARTINA, saliendo por la puerta de la derecha.

Dios guarde á ustedes, señores.

LUCAS.

¡Calle, que está usted por acá! Pues ¿qué buen aire la trae á usted por esta casa?

MARTINA.

El deseo de saber de mi pobre marido. ¿Qué han hecho ustedes de él?

BARTOLO.

Aquí está tu marido, Martina: mírale, aquí le tienes.

MARTINA, abrazándose con Bartolo.

¡Ay, hijo de mi alma!

LUCAS.

¡Oiga! ¿Con que esta es la médica?

GINES.

Aun por eso nos ponderaba tanto las habilidades del doctor.

LUCAS.

Pues por muchas que tenga, no escapará de la horca.

MARTINA.

¿Qué está usted ahí diciendo?

BARTOLO.

¡Si, hija mia, mañana me ahorcan sin remedio.

MARTINA.

¿Y no te ha de dar vergüenza de morir delante de tanta gente?

BARTOLO.

¿Y qué se ha de hacer, paloma? Yo bien lo quisiera escusar, pero se han empeñado en ello.

MARTINA.

Pero ¿por qué te ahorcan, pobrecito, por qué?

BARTOLO.

Ese es cuento largo. Porque acabo de hacer una curación asombrosa, y en vez de hacerme protomédico han resuelto colgarne.

### ESCENA IX.

DON JERONIMO, ANDREA, BARTOLO, LUCAS, GINES, MARTINA.

(Sale don Jerónimo por la puerta de la derecha, y Andrea por la izquierda.)

DON JERÓNIMO.

Vamos, chicos, buen ánimo. Ya he enviado un propio á Miraflores; esta noche sin falta vendrá la justicia, y cargará con este bribon... Y tú ¿qué has hecho? los has visto?

ANDREA.

No, señor, no los he descubierto por ninguna parte.

DON JERÓNIMO.

Ni yo tampoco... He preguntado, y nadie me sabe dar razon... Yo he de volverme loco... (Dando vueltas por el teatro, lleno de inquietud.) ¿Adónde se habrán ido?... ¿Qué estarán haciendo?

### ESCENA X.

DOÑA PAULA, LEANDRO (salen por la puerta del lado derecho), DON JERONIMO, BARTOLO.

LEANDRO.

¡Señor don Jerónimo!

DOÑA PAULA.

¡Querido padre!

DON JERÓNIMO.

¿Qué es esto? ¡Picarones, infames!

LEANDRO se arrodilla con doña Paula á los pies de don Jerónimo.

Esto es enmendar un desacierto. Hablamos pensado irnos á Buitrago y desposarnos allí, con la seguridad que tengo de que mi tío no desapueba este matrimonio; pero lo hemos reflexionado mejor. No quiero que se diga que yo me he llevado robada á su hija de usted, que esto no sería decoroso ni á su honor ni al mío. Quiero que usted me la conceda con libre voluntad, quiero recibirla de su mano. Aquí la tiene usted, dispuesta á hacer lo que usted la mande; pero le advierto que si no la casa conmigo, su sentimiento será bastante á quitarla la vida; y si usted nos otorga la merced que ambos le pedimos, no hay que hablar de dote.

DON JERÓNIMO.

Amigo, yo estoy muy atrasado, y no puedo...

LEANDRO.

Ya he dicho que no se trate de intereses.

DOÑA PAULA.

Me quiere mucho Leandro para no pensar con la generosidad que debe. Su amor es á mí, no á su dinero de usted.

DON JERÓNIMO, *allerándose.*

¡Su dinero de usted! ¡su dinero de usted! ¿Qué dinero tengo yo, parlera? ¿No he dicho ya que estoy muy atrasado? No puedo dar nada, no hay que cansarse.

LEANDRO.

Pero bien, señor, si por eso mismo se le dice que no le pediremos nada.

DON JERÓNIMO.

Ni un maravedí.

DOÑA PAULA.

Ni miedo.

DON JERÓNIMO.

Y bien, si digo que sí, ¿quién os ha de mandar dulaques?

LEANDRO.

Mi tío. ¿Pues no ha oído usted que aprueba el miento? ¿Qué más le he de decirle?

DON JERÓNIMO.

¿Y se sabe si tiene hecha alguna disposición?

LEANDRO.

Sí, señor; yo soy su heredero.

DON JERÓNIMO.

¿Y qué tal, está fuertecillo?

LEANDRO.

¡Ay! no, señor, muy achacoso. Aquel hum piernas le molesta mucho, y nos tememos que á otro...

DON JERÓNIMO.

Vaya, vamos, ¿qué le hemos de hacer? Con (Hace que se levanten, y los abraza. Uno y otro la mano.) Vaya, concedido, y venga un par de al

LEANDRO.

Siempre tendrá usted en mí un hijo obediente.

DOÑA PAULA.

Usted nos hace completamente felices.

BARTOLO.

Y á mí ¿quién me hace feliz? ¿No hay un crist me desate?

DON JERÓNIMO.

Soltadle.

LEANDRO.

Pues ¿quién le ha puesto á usted así, médico (Desatan los criados á Bartolo.)

BARTOLO.

Sus pecados de usted, que los míos no merec

DOÑA PAULA.

Vamos, que todo se acabó, y nosotros sabrem decerle á usted el favor que nos ha hecho.

MARTINA.

¡Marido mío! (Se abrazan Bartolo y Martina.) horabuena, que ya no te ahorcan. Mira, tratame á mí me debes la boria de doctor que te dice monte.

BARTOLO.

¿A tí? Pues me alegro de saberlo.

MARTINA.

Sí por cierto. Yo dije que eras un prodigio de dicina.

GINES.

Y yo porque ella lo dijo lo creí.

LUCAS.

Y yo lo creí porque lo dijo ella.

DON JERÓNIMO.

Y yo porque estos lo dijeron, lo creí también, raba cuanto decia como si fuese un oráculo.

LEANDRO.

Así va el mundo. Muchos adquieren opinión de no por lo que efectivamente saben, sino por el que forma de ellos la ignorancia de los demás.



# HAMLET.

## ADVERTENCIA.

La presente tragedia es una de las mejores de Guillermo Shakespeare, y la que con mas frecuencia y aplauso público se representa en los teatros de Inglaterra. Las bellezas admirables que en ella se advierten, y los defectos que manchan y oscurecen sus perfecciones, forman un todo extraordinario y monstruoso, compuesto de partes tan diferentes entre sí por su calidad y su mérito, que difícilmente se hallarán reunidas en otra composicion dramática de aquel autor ni de aquel teatro; y por consecuencia, ninguna otra hubiera sido mas á propósito para dar entre nosotros una idea del mérito poético de Shakespeare, y del gusto que reina todavía en los espectáculos de aquella nacion.

En esta obra se verá una accion grande, interesante, trágica, que desde las primeras escenas se anuncia y prepara por medios maravillosos, capaces de acalorar la fantasía y llenar el ánimo de conmocion y de terror. Unas veces procede la fábula con paso animado y rápido, y otras se debilita por medio de accidentes inoportunos y episodios mal preparados é inútiles, indignos de mezclarse entre los grandes intereses y afectos que en ella se presentan. Vuelve tal vez á levantarse, y adquiere toda la agitacion y movimiento trágico que la convienen, para caer después y mudar repentinamente de carácter, haciendo que aquellas pasiones terribles, dignas del coturno de Sófocles, cesen y den lugar á los diálogos mas groseros, capaces solo de excitar la risa del vulgo. Llega el desenlace, donde se complican sin necesidad los nudos, y el autor los rompe de una vez, no los desata, amontonando circunstancias inverisimiles que destruyen toda ilusion, y ya desnudo el puñal de Melpómene, le baña en sangre inocente y culpada; divide el interés y hace dudosa la existencia de una Providencia justa, al ver sacrificados á sus venganzas en horrenda catástrofe el amor incestuoso y el puro y filial, la amistad fiel, la tiranía, la adulacion, la perfidia y la sinceridad generosa y noble. Todo es culpa, todo se confunde en igual destrozo (\*).

Tal es en compendio la tragedia de *Hamlet*, y tal era el carácter dramático de Shakespeare. Si el traductor ha sabido desempeñar la obligacion que se impuso de presentarle como es en sí, no añadiéndole defectos, ni disimulando los que halló en su obra, los inteligentes deberán

(\*) Este juicio de MORATIN acerca del *Hamlet* no es mas severo que el de otros criticos de la escuela clásica, que han hecho profundos estudios sobre Shakespeare. Trasladaremos aqui el voto del hombre acaso mas competente entre los mismos ingleses. Samuel Johnson, que puso á las obras de su gran compatriota el prólogo mas admirable, y acompañó cada una de ellas con observaciones tan breves como justas, al llegar al *Hamlet* se explica así: Si debiésemos caracterizar los dramas de Shakespeare con las circunstancias que en cada uno mas preponderan y le distinguen de los demás, tendríamos que conceder al presente la palma de la variedad. Son tan numerosos sus incidentes, que su argumento daría materia á una larga novela. En sus escenas alterna constantemente lo divertido con lo patético: lo divertido, lleno de observaciones juiciosas é instructivas; lo patético, exento sin embargo de toda violencia superior á la natural altura de los humanos sentimientos. Van apareciendo sucesivamente caracteres diversos, que presentan variadas formas de costumbres y de lenguaje. La pretendida locura del protagonista ofrece pasos sumamente amenos, los tristes desvanecimientos de Ofelia enternecen el corazón; y cada personaje produce el efecto calculado por el autor, desde el espectro que en el primer acto nos hiela la sangre de horror, hasta el ente ridículo que en el último nos inspira justo desprecio.

» El plan sin embargo no está libre de censura: la ac-

cion camina, á la verdad, en progresion continua; pero se interponen escenas, que ni la detienen ni la empujan. No hay razon que justifique la fingida locura de Hamlet, quien nada hace que no pudiera igualmente hacer si se le creyera en su cabal juicio. Su desvarío llega á un punto exagerado, cuando trata á Ofelia con tal aspereza, que solo puede considerarse como crueldad inútil y caprichosa.

» En todo el curso de la tragedia Hamlet es mas bien un instrumento ciego que un agente con intencion. Después de haber convencido al rey por medio de una estratagema, nada hace para castigarle; y su muerte es al cabo obra de la casualidad, sin que Hamlet intervenga en lo mas mínimo.

» La catástrofe no es feliz; el cambio de los puñales es un recurso mas bien de la necesidad que del arte. Lo mismo hubiera sido deshacerse de Hamlet con el hierro, y de Laertes con la copa.

» Acúsase al poeta de haberse separado de la justicia poética, y con igual razon pudiera reconvenirse por haber prescindido de la verosimilitud. El espectro deja la mansion de la tumba con frívolo pretexto: la venganza que reclama no llega á verificarse sino con la muerte del que ha de tomarla; y la recompensa, que debiera haberse por el castigo de un usurpador y un asesino, queda destruida por la prematura muerte de Ofelia: la joven, la bella, la pia, la inocente.»

juzgarlo. Baste decir que para traducirla bien no es suficiente poseer el idioma en que se escribió, ni conocer la alteracion que en él ha causado el espacio de dos siglos, sin identificarse con la índole poética del autor, seguirle en sus raptos, precipitarse con él en sus caídas, adivinar sus misterios, dar á las voces y frases arbitrariamente combinadas por él la misma fuerza y espresion que él quiso que tuvieran, y hacer hablar en castizo español á un extranjero, cuyo estilo, unas veces fácil y suave, otras enérgico y sublime, otras desaliñado y torpe, otras oscuro, ampuloso y redundante, no parece produccion de una misma pluma; á un escritor, en fin, que ha fatigado el estudio de muchos literatos de su nacion, empeñado en ilustrar y explicar sus obras; lo cual, en opinion de ellos mismos, no se ha logrado todavia como era menester.

Si estas consideraciones deberian haber contenido al traductor y hacerle desistir de una empresa tan superior á su talento, le animó por otra parte el deseo de presentar al público español una de las mejores piezas del mas celebrado trágico inglés, viendo que entre nosotros no se tiene todavia la menor idea de los espectáculos dramaticos de aquella nacion ni del mérito de sus autores. Otros quizás le seguiran en esta empresa, y fácilmente podran oscurecer sus primeros ensayos; pero entre tanto no desconfia de que sus defectos hallarán alguna indulgencia de parte de aquellos en quienes se reunan los conocimientos y el estudio necesarios para juzgarle.

Ni halló tampoco en las traducciones que los extranjeros han hecho de esta tragedia el auxilio que debió esperar. M. Laplace imprimió en francés una traduccion de las obras de Shakespeare, que á pesar de sus defectos no dejó de merecer aceptacion, hasta que M. Letourneur publicó la suya, que es sin duda muy superior á la primera. Este literato poseia perfectamente el idioma inglés, y hallándose con toda la inteligencia que era menester para entender el original, pudiera haber hecho una traduccion fiel y perfecta, pero no quiso hacerlo.

Habia en su tiempo en Francia dos partidos muy poderosos, que mantenian guerra literaria y dividian las opiniones de la multitud. Voltaire, apasionado del gran mérito de Racine, profesaba su escuela; se esforzó cuanto pudo por imitarle en las muchas obras que dió al teatro, y este ilustré ejemplo arrastró á muchos poetas, que se llamaron racinistas. El partido opuesto, aunque no tenia á su frente tan temible caudillo, se componia no obstante de literatos de mucho mérito, que prefiriendo lo natural á lo conveniente, lo maravilloso á lo posible, la fortaleza á la hermosura, los raptos de la fantasia á los movimientos del corazon, y el ingenio al arte: admirando los aciertos de Corneille, se desentendian de sus errores, é indicaban como segura y única la senda por donde aquel insigne poeta subió á la inmortalidad. Pero todos sus esfuerzos fueron vanos. La multitud de papeles que diariamente se esparcian por el público ridiculizando la secta racinista, y apurando para ello cuantas sutilezas sugiere el ingenio y cuantos medios buscan la desesperacion y la envidia, si por un momento escitaban la risa de los lectores, caian después en oscuridad y desprecio cuando aparecia en la escena francesa la *Fedra*, la *Ifigenia*, el *Bruto* ó el *Mahomet*. Entonces se publicó la traduccion de Letourneur, impresa por suscripcion, dedicada al rey de Francia, y sostenida por el partido numeroso de aquellos á quienes la reputacion de Voltaire atropellaba y ofendia. Tratóse pues de exaltar el mérito de Shakespeare, y de presentarle á la Europa culta como el único talento dramático digno de su admiracion y capaz de disputar la corona á los Euripides y Sófocles. Así pensaron abatir el orgullo del moderno trágico francés, y vencerle con armas auxiliares y extranjeras, sin detenerse mucho á considerar cuán poca satisfaccion debia resultarles de una victoria adquirida por tales medios.

Con estos antecedentes, no será difícil adivinar lo que hizo Letourneur en su version de Shakespeare. Reunió en un discurso preliminar, y en las notas y observaciones con que ilustró aquellas obras, cuanto creyó ser favorable á su causa, repitiendo las opiniones de los mas apasionados criticos ingleses en elogio de su compatriota, negándose voluntariamente á los buenos principios que dictaron la razon y el arte, y estableciendo una nueva poética, por la cual no solo quedan disculpados los estravios de su idolatrado autor, sino que todos ellos se erigen en preceptos, recomendándolos como dignos de imitacion y aplauso.

En aquellos pasajes en que Shakespeare, felizmente sostenido de su admirable ingenio, espresa con acierto las pasiones y defectos humanos, describe y pinta los objetos de la naturaleza, ó reflexiona melancólico con profunda y sólida filosofia, allí es fiel la traduccion; pero en aquellos en que se olvida de la fábula que finge, del fin que debió en ella proponerse, de la situacion en que pone á sus personajes, del carácter que les dió, de lo que dijeron antes, de lo que debe suceder después, y acalorado por una especie de frenesí no hay desacierto en que no tropiece y caiga, entonces el traductor francés le abandona, y nada omite para disimular su deformidad, suponiendo, alterandó, substituyendo ideas y palabras suyas á las que halló en el original; resultando de aquí una traduccion pérdida, ó por mejor decir, una obra compuesta de pedazos suyos y ajenos, que en muchas partes no merece el nombre de traduccion.

Lejos pues de aprovecharse el traductor español de tales versiones, las ha mirado con la desconfianza que debia; y prescindiendo de ellas y de las mal fundadas opiniones de los que han querido mejorar á Shakespeare con el pretexto de interpretarle, ha formado su traduccion sobre el original mismo, coincidiendo por necesidad con los traductores franceses cuando los halló exactos, y apartándose de ellos cuando no lo son, como podrá conocerlo fácilmente cualquiera que se tome la molestia de cotejarlos.

Esto es solo cuanto quiere advertir acerca de su traduccion. Las notas que acompañan á la tragedia son obra suya, y á escepcion de una ú otra especie que ha tomado de los comentadores ingleses (segun lo advierte en su lugar), todo lo demás, como cosa propia, lo abandona al examen de los críticos inteligentes.

Si se ha equivocado en su modo de juzgar, ó por malos principios ó por falta de sensibilidad, de buen gusto ó de reflexion, no será inútil impugnarle; que harto es necesario agitar cuestiones literarias relativas á esta materia, para dar á nuestros buenos ingenios ocupacion digna, si se atiende al estado lastimoso en que yace el estudio de las letras humanas, los pocos alumnos que hoy cuenta la buena poesia, y el merecido abandono y descrédito en que van cayendo las producciones modernas del teatro. .

# HAMLET<sup>(1)</sup>.

## PERSONAS.

CLAUDIO, *rey de Dinamarca.*  
GERTRUDIS, *reina de Dinamarca.*  
HAMLET, *príncipe.*  
FORTIMBRAS, *príncipe de Noruega.*  
LA SOMBRA DEL REY HAMLET.  
POLONIO, *sumiller de corps.*  
LAERTES, *hijo de Polonio.*  
OFELIA, *hija de Polonio.*  
HORACIO, *amigo de Hamlet.*

VOLTIMAN,  
CORNELIO,  
RICARDO,  
GUILLERMO,  
ENRIQUE,  
MARCELO,  
BERNARDO,  
FRANCISCO,  
REINALDO, *criado de Polonio.*

*cortesanos.*

*soldados.*

DOS ENTRAJADORES DE INGLA  
UN CURA.  
UN CABALLERO.  
UN CAPITÁN.  
UN GUARDIA.  
UN CRIADO.  
DOS MARINEROS.  
DOS SEPULTUREROS.  
CUATRO CÓMICOS.

Acompañamiento de grandes, caballeros, damas, soldados, curas, cómicos, criados etc.

La escena se representa en el palacio y ciudad de Elsingor, en sus cercanías y en las fronteras de Dinamarca.

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA PRIMERA.

*Espanada delante del palacio real de Elsingor. Noche oscura.*

FRANCISCO, BERNARDO.

*(Francisco estará paseándose haciendo centinela. Bernardo se va acercando acia él. Estos personajes y los de la escena siguiente estarán armados con espada y lanza.)*

BERNARDO.

¿Quién está ahí?

FRANCISCO.

No : respóndame él á mí. Deténgase, y diga quién es...

BERNARDO.

Viva el rey.

FRANCISCO.

¿Es Bernardo?

BERNARDO.

El mismo.

FRANCISCO.

Tú eres el mas puntual en venir á la hora.

BERNARDO.

Las doce han dado ya ; bien puedes ir á recogerte.

FRANCISCO.

Te doy mil gracias por la mudanza. Hace un frio que penetra, y yo estoy delicado del pecho.

BERNARDO.

¿Has hecho tu guardia tranquilamente?

FRANCISCO.

Ni un raton se ha movido (2).

BERNARDO.

Muy bien. Buenas noches. Si encuentras á Horacio y Marcelo, mis compañeros de guardia, díles que vengan presto.

FRANCISCO.

Me parece que los oigo... Alto ahí. ¿Eh! ¿Quién va?

### ESCENA II.

HORACIO, MARCELO Y DICHOS.

HORACIO.

Amigos de este pais.

MARCELO.

Y fieles vasallos del rey de Dinamarca.

## ACT I.

### SCENE I.

*Elsinore. A Platform before the Castle. FRANCIS his post. Enter to him BERNARDO.*

BERNARDO.

Who's there?

FRANCISCO.

Nay, answer me : stand, and unfold yourself.

BERNARDO.

Long live the king!

FRANCISCO.

Bernardo?

BERNARDO.

He.

FRANCISCO.

You come most carefully upon your hour.

BERNARDO.

'Tis now struck twelve ; get thee to bed, Francis

FRANCISCO.

For this relief, much thanks : 'tis bitter cold, And I am sick at heart.

BERNARDO.

Have you had quiet guard?

FRANCISCO.

Not a mouse stirring.

BERNARDO.

Well, good night.

If you do meet Horatio and Marcellus, The rivals of my watch, bid them make haste.

*Enter Horatio and Marcellus.*

FRANCISCO.

I think, I hear them.—Stand, ho ! Who is there?

HORATIO.

Friends to this ground.

MARCELLUS.

And Hegemon to the Dane.

noches.  
 FRANCISCO.  
 irado soldado! Pásalo bien. ¿Quién te relevó de la?  
 FRANCISCO.  
 lo, que queda en mi lugar. Buenas noches.  
*Francisco: Marcelo y Horacio se acercan adonde está Bernardo haciendo centinela.)*

BERNARDO.  
 Bernardo!  
 BERNARDO.  
 está ahí? ¿Es Horacio?  
 HORACIO.  
 azo de él.  
 BERNARDO.  
 nido, Horacio; Marcelo, bien venido.  
 Marcelo.  
 ¿se ha vuelto á aparecer aquella cosa esta noche?  
 BERNARDO.  
 a he visto.  
 Marcelo.  
 dice que es aprensión nuestra, y nada quiere cuanto le he dicho acerca de esa espantosa fantasma hemos visto ya en dos ocasiones. Por eso le he le se venga a la guardia con nosotros, para que che vuelve el aparecido, pueda dar crédito á ojos, y le hable si quiere.

HORACIO.  
 io, no vendrá.  
 BERNARDO.  
 onos un rato, y deja que asalteemos de nuevo tus el suceso que tanto repugnan oír, y que en dos guidas hemos ya presenciado nosotros.

HORACIO.  
 en: sentémonos, y oigamos lo que Bernardo nos  
 (Siéntanse los tres.)

BERNARDO.  
 ie pasada, cuando esa misma estrella que está al del polo había hecho ya su carrera para iluminar espacio del cielo donde ahora resplandece, Mar-a tiempo que el reloj daba la una...

MARCELO.  
 illa; mirale (3) por donde viene otra vez.  
*Se á un extremo del teatro la sombra del rey armado de todas armas, con manto real, yelmo ibez, y la visera alzada. Los soldados y Horaciantan despatavoridos.)*

BERNARDO.  
 misma figura que tenía el difunto rey.  
 MARCELO.  
 , tú que eres hombre de estudios, háblale.

BERNARDO.  
 parece todo al rey? Mirale, Horacio.  
 HORACIO.  
 erido es... Su vista me conturba con miedo y

BERNARDO.  
 que le hablen.

MARCELO.  
 , Horacio.  
*Cio se encamina acia donde está la sombra.*  
 eres tu, que así usurpas este tiempo á la noche, encia noble y guerrera que tuvo un día la masoloberano dinamarqués que yace en el sepulcro? r el cielo te lo pido.

(Vase la sombra á paso lento.)  
 MARCELO.  
 que esta irritado.  
 BERNARDO.  
 e va como despreciándonos.

FRANCISCO.  
 Give you good night.  
 MARCELLUS.  
 O, farewell, honest soldier:  
 Who hath reliev'd you?  
 FRANCISCO.  
 Bernardo hath my place.  
 Give you good nigh.  
 MARCELLUS.  
 Holla! Bernardo!

BERNARDO.  
 Say,  
 What, is Horatio there?  
 MARCELLUS.  
 A piece of him.  
 BERNARDO.  
 Welcome, Horatio; welcome, good Marcellus.

MARCELLUS.  
 What, has this thing appear'd again to-night?  
 BERNARDO.  
 I have seen nothing.

MARCELLUS.  
 Horatio says, 'tis but our fantasy;  
 And will not let belief take hold of him,  
 Touching this dreaded sight, twice seen of us:  
 Therefore I have entreated him, along  
 With us to watch the minutes of this night;  
 That, if again this apparition come,  
 He may approve our eyes, and speak to it.

HORATIO.  
 Tush! tush! 'twill not appear.  
 BERNARDO.  
 Sit down awhile;  
 And let us once again assail your ears,  
 That are so fortified against our story,  
 What we two nights have seen.

HORATIO.  
 Well, sit we down,  
 And let us hear Bernardo speak of this.  
 BERNARDO.

Last night of all,  
 When yon same star, that's westward from the pole,  
 Had made his course to illumine that part of heaven  
 Where now it burns, Marcellus, and myself,  
 The bell then beating one,—

MARCELLUS.  
 Peace, break thee off; look, where it comes again!  
*Enter Ghost.*

BERNARDO.  
 In the same figure, like the king that's dead.

MARCELLUS.  
 Thou art a scholar, speak to it, Horatio.

BERNARDO.  
 Looks it not like the king? mark it, Horatio.  
 HORATIO.

Most like:—it harrows me with fear, and wonder.  
 BERNARDO.

It would be spoke to.  
 MARCELLUS.

Speak to it, Horatio.  
 HORATIO.  
 What art thou, that usurp'st this time of night,  
 Together with that fair and warlike form  
 In which the majesty of buried Denmark  
 Did sometimes march? by heaven, I charge thee, speak.

MARCELLUS.  
 It is offended.  
 BERNARDO.  
 See! it stalks away.

HORACIO.

Detente, habla. Yo te lo mando, habla.

MARCELO.

Ya se fué. No quiere respondernos.

BERNARDO.

¿Qué tal, Horacio? Tú tiembles, y has perdido el color.  
¿No es esto algo mas que aprension? ¿Qué te parece?

HORACIO.

Por Dios, que nunca lo hubiera creído sin la sensible y  
cierta demostracion de mis propios ojos.

MARCELO.

¿No es enteramente parecido al rey?

HORACIO.

Cómo tú á tí mismo. Y tal era el arnés de que iba ceñido  
cuando peleó con el ambicioso rey de Noruega; y así le  
vi arrugar ceñido la frente cuando en una altercacion co-  
lérica hizo caer al de Polonia sobre el hielo, de un solo  
golpe... ¡Estraña aparicion es esta!

MARCELO.

Pues de esa manera, y á esta misma hora de la noche,  
se ha paseado dos veces con ademán guerrero delante de  
nuestra guardia.

HORACIO.

Yo no comprendo el fin particular con que esto sucede;  
pero en mi ruda manera de pensar, pronostica alguna es-  
traordinaria mudanza á nuestra nacion.

MARCELO.

Ahora bien, sentémonos; (*Siéntanse.*) y decidme, cual-  
quiera de vosotros que lo sepa, ¿por qué fatigan todas las  
noches á los vasallos con estas guardias tan penosas y vi-  
gilantes? ¿Para qué es esta fundicion de cañones de bron-  
ce, y este acopio extranjero de máquinas de guerra? ¿A  
qué fin esa multitud de carpinteros de marina, precisados  
a un afán molesto, que no distingue el domingo de lo res-  
tante de la semana? ¿Qué causas puede haber para que su-  
dando el trabajador apresurado junte las noches á los días?  
¿Quién de vosotros podrá declírmelo?

HORACIO.

Yo te lo diré, ó á lo menos los rumores que sobre esto  
corren. Nuestro (4) último rey (cuya imagen acaba de apare-  
cérsenos) fué provocado á combate, conio ya sabeis, por  
Fortimbrás (3) de Noruega, estimulado este de la mas or-  
gullosa emulacion. En aquel desafio, nuestro valeroso Ham-  
let (que tal renombre alcanzó en la parte del mundo que  
nos es conocida) mató á Fortimbrás, el cual por un con-  
trato sellado y ratificado segun el fuero de las armas, ce-  
dia al vencedor (dado caso que muriese en la pelea) todos  
aquellos países que estaban bajo su dominio. Nuestro rey  
se obligó tambien á cederle una porcion equivalente, que  
hubiera pasado á manos de Fortimbrás, como herencia  
suya, si hubiese vencido; así como, en virtud de aquel  
convenio y de los articulos estipulados, recayó todo en  
Hamlet. Ahora el jóven Fortimbrás, de un carácter fogoso,  
falto de esperiencia y lleno de presuncion, ha ido reco-  
giendo de aquí y de allí por las fronteras de Noruega una  
turba de gente resuelta y perdida, á quien la necesidad de  
comer determina á intentar empresas que piden valor; y  
segun claramente vemos, su fin no es otro que el de re-  
cobrar con violencia y á fuerza de armas los mencionados  
países que perdió su padre. Este es, en mi dictámen, el  
motivo principal de nuestras prevenciones, el de esta  
guardia que hacemos, y la verdadera causa de la agitacion  
y movimiento en que toda la nacion está.

BERNARDO.

Si no es esa, yo no alcanzo cuál puede ser... Y en parte  
lo confirma la vision espantosa que se ha presentado ar-  
mada en nuestro puesto con la figura misma del rey que  
fué y es todavia el autor de estas guerras.

HORACIO.

Es por cierto una mota que turba los ojos del entendi-

HORATIO.

Stay; speak : speak , I charge thee , speak.

(*Exit Goss*)

MARCELLUS.

'Tis gone, and will not answer.

BERNARDO.

How now, Horatio? you tremble, and look pale :  
Is not this something more than fantasy?  
What think you of it?

HORATIO.

Before my God, I might not this believe,  
Without the sensible and true avouch  
Of mine own eyes.

MARCELLUS.

Is it not like the king?

HORATIO.

As thou art to thyself:  
Such was the very armour he had on,  
When he the ambitious Norway combated;  
So frown'd he once, when, in an angry parle,  
He smote the sledded Polack on the ice.  
'Tis strange.

MARCELLUS.

Thus twice before, and jump at this dead hour,  
With martial stalk hath he gone by our watch.

HORATIO.

In what particular thought to work, I know not;  
But, in the gross and scope of mine opinion,  
This bodes some strange eruption to our state.

MARCELLUS.

Good now, sit down, and tell me, he that knows,  
Why this same strict and most observant watch  
So nightly toils the subjects of the land?  
And why such daily cast of brazen cannon,  
And foreign mart for implements of war;  
Why such impress of shipwrights, whose sore task  
Does not divide the Sunday from the week:  
What might be toward, that this sweaty haste  
Doth make the night joint-labourer with the day:  
Who is't, that can inform me?

HORATIO.

That can I;

At least, the whisper goes so. Our last king,  
Whose image even but now appear'd to us,  
Was, as you know, by Fortinbras of Norway,  
Thereto prick'd on by a most emulate pride,  
Dar'd to the combat; in which our valiant Hamlet  
(For so this side of our known world esteem'd him.)  
Did slay this Fortinbras: who, by a seal'd compact,  
Well ratified by law and heraldry,  
Did forfeit, with his life, all those his lands,  
Which he stood seiz'd of, to the conqueror:  
Against the which, a moiety competent  
Was gaged by our king; which had return'd  
To the inheritance of Fortinbras,  
Had he been vanquisher; as, by the same co-mart,  
And carriage of the article design'd,  
His fell to Hamlet: Now, sir, young Fortinbras,  
Of unimproved mettle hot and full,  
Hath in the skirts of Norway, here and there,  
Shar'd up a list of landless resolute,  
For food and diet, to some enterprise  
That hath a stomach in't: which is no other  
(As it doth well appear unto our state,)  
But to recover of us, by strong hand,  
And terms compulsatory, those foresaid lands,  
So by his father lost: And this, I take it,  
Is the main motive of our preparations;  
The source of this our watch, and the chief head  
Of this post-haste and romage in the land.

BERNARDO.

I think, it be no other, but even so:  
Well may it sort, that this portentous figure  
Comes armed through our watch; so like the king  
That was, and is, the question of these wars.

HORATIO.

A mote it is, to trouble the mind's eye.

miento. En la época (6) mas gloriosa y feliz de él antes que el poderoso César cayese, quedaron sepulcros, y los amortajados cadáveres vagar calles de la ciudad gimiendo en voz confusa; la resplandecieron con encendidas colas, cayó luego, se ocultó el sol entre celajes fúnebres, y planeta, cuya influencia gobierna el imperio de padeció eclipse, como si el fin del mundo hubiese. Hemos visto ya iguales anuncios de sucesos terribles: los cursores que avisan los futuros destinos: el cielo y la tierra juntos los han manifestado á nuestro país. Pero... silencio... ¿Veis?... Allí... Oye... (Vuelve á salir la sombra por otro lado, y los tres, y echan mano á las lanzas. Horacio se acerca á la sombra, y los otros dos siguen detrás.) terror me hiela, yo le quiero salir al encuentro, fantasma. Si puedes articular sonidos, alímbame. Si allá donde estás puedes recibir algo para tu descanso y mi perdon, háblame. Si sabe que amenazan á tu país, los cuales felizmente puedan evitarse, ¡ay! habla... O si acaso dura acumulaste en las entrañas de la tierra mal alguno, por lo que se dice que vosotros, infelices después de la muerte vagáis inquietos, decídmelo y habla... Marcelo, detente...

(Canta un gallo á lo lejos, y empieza á retirarse, los soldados quieren detenerla haciendo lanzas; pero la sombra los evita, y desaparece.)

MARCELO.

¿Le daré con mi lanza?

HORACIO.

Si, hiérele, si no quiere detenerse.

BERNARDO.

Aquí está.

HORACIO.

Aquí.

MARCELO.

Se ha ido. Nosotros le ofendemos, siendo tan vano, en hacer demostraciones de violencia. Según parece, es invulnerable como el aire, y ni fuerzas vanas y cosa de burla.

BERNARDO.

Él iba ya á hablar cuando el gallo cantó (7).

HORACIO.

Es verdad, y al punto se estremeció como el que es apremiado con terrible precepto. Yo he oído al gallo, trompeta de la mañana, hacer despertar á este anuncio todo extraño espíritu errante y ó el mar, el fuego ó el aire, huye á su centro; mas que hemos visto acaba de confirmar la certitud de esta opinión.

(Empieza á iluminarse lentamente el cielo.)

MARCELO.

En efecto, desapareció al cantar el gallo. Así que cuando se acerca el tiempo en que se oye el canto de nuestro Redentor, este pájaro matutino toda la noche, y que entonces ningún espíritu sale de su morada; las noches son saludables, y no influye siniestramente, ningún maleficio efecto, ni las hechiceras tienen poder para sus encantos; tan sagrados son y tan felices aquellos días!

HORACIO.

Yo tambien lo tengo entendido así, y en paz. Pero ved cómo ya la mañana, cubierta con la niebla, viene pisando el rocío de aquel alto monte. Demos fin á la guardia, y soy de opinión que jéven Hamlet lo que hemos visto esta noche; os prometo que este espíritu hablará con él, y será para nosotros mudo. ¿No os parece que le noticia, indispensable en nuestro celo y tan nuestra obligación?

MARGELO.

Si, sí, hagámoslo. Yo sé un dónde le hallaremos esta mañana con mas seguridad.

## ESCENA III.

*Salon de palacio.*

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO, LAERTES, VOLTIMAN, CORNELIO, CABALLEROS, DAMAS Y ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Aunque la muerte de mi querido hermano Hamlet está todavía tan reciente en nuestra memoria, que obliga á mantener en tristeza los corazones, y á que en todo el reino solo se observe la imagen del dolor, con todo eso, tanto ha combatido en mí la razón á la naturaleza, que he conservado un prudente sentimiento de su pérdida, junto con la memoria de lo que á nosotros nos debemos. A esta fin he recibido por esposa á la que un tiempo fué mi hermana y hoy reina conmigo, compañera en el trono de esta belicosa nación; si bien estas alegrías son imperfectas, pues en ellas se han unido á la felicidad las lágrimas, las flautas á la pompa fúnebre, los cánticos de muerte á los epitalamios de himeneo, pesados en igual balanza el placer y la aflicción. Ni hemos dejado de seguir los dictámenes de vuestra prudencia, que en esta ocasión ha procedido con absoluta libertad, de lo cual os quedo muy agradecido. Ahora falta deciros que el joven Fortinbras (8), estimándose en poco, ó presumiendo que la reciente muerte de mi querido hermano habrá producido en el reino trastorno y desunión, fado en esta sólida superioridad, no ha cesado de importunarme con mensajes, pidiéndome le restituya aquellas tierras que perdió su padre, y adquirió mi valeroso hermano con todas las formalidades de la ley. Basta ya lo que de él he dicho. Por lo que á mí toca, y en cuanto al objeto que hoy nos reúne, véiselo aquí. Escribo al rey de Noruega, tío del joven Fortinbras, que doliente y postrado en el lecho apenas tiene noticia de los proyectos de su sobrino, á fin de que le impida llevarlos adelante; pues tengo ya exactos informes de la gente que levanta contra mí, su calidad, su número y fuerzas. Prudente Cornelio, y tú, Voltimán, vosotros saludareis en mi nombre al anciano rey; aunque no os doy facultad personal para celebrar con él tratado alguno que escenda los límites expresados en estos artículos. (*Lee de unas cartas.*) Id con Dios, y espero que manifestareis en vuestra diligencia el celo de vuestro.

VOLTIMAN.

En esta y cualquiera otra comisión os daremos pruebas de nuestro respeto.

CLAUDIO.

No lo dudaré. El cielo os guarde.

## ESCENA IV.

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO, LAERTES, DAMAS, CABALLEROS Y ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Y tú, Laertes, ¿qué solicitas? Me has hablado de una pretensión; ¿no me dirás cual sea? En cualquiera cosa justa que pidas al rey de Dinamarca, no será vano el ruego. ¿Ni qué podras pedirme, que no sea mas ofrecimiento mío que demanda tuya? No es mas adicto á la cabeza el corazón, ni mas pronta la mano en servir á la boca, que lo es el trono de Dinamarca para con tu padre. En fin, ¿qué pretendes?

LAERTES.

Respetable soberano, solicito la gracia de vuestro permiso para volver á Francia. De allí he venido voluntariamente á Dinamarca á manifestaros mi leal afecto, con motivo de vuestra coronación; pero ya cumplida esta deuda, feoria es confesaros que mis ideas y mi inclinación me de nuevo á aquel país, y espero de vuestra mucha  
--- esta licencia.

MARGELLOS.

Let's do't, I pray; and I, this morning, know  
Where we shall find him most convenient. (Exit)

## SCENE II.

*The same. A Room of State in the same.*

Enter the King, Queen, HAMLET, POLONIUS, LAERTES, VOLTIMAND, CORNELIUS, Lords, and attendants.

KING.

Though yet of Hamlet our dear brother's death  
The memory be green; and that it us besited  
To bear our hearts in grief, and our whole kingdom  
To be contracted in one brow of woe;  
Yet so far hath discretion fought with nature  
That we with wisest sorrow think on him,  
Together with remembrance of ourselves.  
Therefore our sometime sister, now our queen,  
The imperial jointress of this warlike state,  
Have we, as 'twere, with a defected joy,—  
With one auspicious, and one dropping eye;  
With mirth in funeral, and with dirge in marriage,  
In equal scale weighing delight and dole,—  
Taken to wife: nor have we herein barr'd  
Your better windows, which have freely gone  
With this affair along.—For all, our thanks.

Now follows that you know, young Fortinbras,—  
Holding a weak supposal of our worth;  
Or thinking, by our late dear brother's death,  
Our state to be disjoint and out of frame,  
Colleagu'd with this dream of his advantage,  
He hath not fail'd to pester us with message,  
Importing the surrender of those lands,  
Lost by his father, with all bands of law,  
To our most valiant brother.—So much for him.  
Now for ourself, and for this time of meeting.  
Thus much the business is: We have here writ  
To Norway, uncle of young Fortinbras,—  
Who, impotent and bed-rid, scarcely hears  
Of this his nephew's purpose,—to suppress  
His farther gait herein; in that the levies,  
The lists, and full proportions, are all made  
Out of his subject:—and we here despatch  
You, good Cornelius, and you, Voltimand,  
For bearers of this greeting to old Norway;  
Giving to you no further personal power  
To business with the king, more than the scope  
Of these dilated articles allow.  
Farewell; and let your haste commend your duty.

CORNELIUS AND VOLTIMAND.

In that, and all things, will we show our duty.

KING.

We doubt it nothing; heartily farewell.

*(Exit Voltimand and Cornelius)*

And now, Laertes, what's the news with you?  
You told us of some suit. What is't, Laertes?  
You cannot speak of reason to the Dane,  
And lose your voice: What wouldst thou beg, Laertes,  
That shall not be my offer, not thy asking?  
The hand is not more native to the heart,  
The hand more instrumental to the mouth,  
Than is the throne of Denmark to thy father.  
What wouldst thou have, Laertes?

LAERTES.

My dread lord,  
Your leave and favour to return to France;  
From whence, though willingly I came to Denmark,  
To shew my duty in your coronation;  
Yet now, I must confess, that duty done,  
My thoughts and wishes bend again toward France,  
And bow them to your gracious leave and pardon.



CLAUDIO.

¿Has obtenido ya la de tu padre?

POLONIO.

A fuerza de importunaciones ha tardado consentimiento. Al verle tan raramente la licencia de que se vaya, y os ruego, señor, que se la conceda.

CLAUDIO.

Elige el tiempo que te parezca más y haz cuanto gustes y sea más convido; Y tú, Hamlet, mi deudo, mi hijo!

HAMLET.

Algo más que deudo, y menos que

CLAUDIO.

¿Qué sombras de tristeza te cubren?

HAMLET.

Al contrario, señor: estoy demandando.

GERTRUDIS.

Mi buen Hamlet, no así te semblante véase en él que eres amigo de Dinam abalidos parpados busques entre el padre. Tu lo sabes, común es á todo morir, pasando de la naturaleza á la.

HAMLET.

Sí, señora, á todos es común.

GERTRUDIS.

Pues si lo es, ¿por qué aparentas miento?

HAMLET.

¿Aparentar? No, señora, yo no sé negro de este manto, ni el traje acor nes lutos, ni los interrumpidos solloz abundante río, ni la dolorida espi junto con las fórmulas, los ademane de sentimiento, bastarán por sí solos a manifestar el verdadero afecto que Estos signos aparentan, es verdad; ¡ un hombre puede fingir... Aquí, (Toca dentro tengo lo que es más que apar es otra cosa que atavíos y adornos d

CLAUDIO.

Bueno y laudable (10) es que tu co dre esa lúgubre deuda, Hamlet; per tu padre perdió un padre también, y El que sobrevive limita la filial obliga tristeza á un cierto término; pero cu ble desconsuelo es una conducta de es natural en el hombre tan permane cia una voluntad rebelde á los decre: un corazón débil, un alma indócil, falto de luces. ¿Será bien que el co riendo neciamente resistir á lo que e ble? ¿á lo que es tan común como e que más á menudo hieren nuestros delito contra el cielo, contra la mos leza misma; es hacer una injuria ab nos da en la muerte de nuestros pad de sus lecciones, y que nos está d mero de los hombres hasta el últi « mortales, ved aquí vuestra brevoc pues, yo te lo ruego, esa inútil tri tienes un padre en mí, puesto q mundo que tú eres la persona más in que te amo con el afecto más puro hijo un padre. Tu resolución de vol Wilemberga es la más opuesta á n bien te pedimos que desistas de ella estimado y querido á vista nuestra, mis cortesanas, mi pariente y mi hij

GERTRUDIS.

Yo te ruego, Hamlet, que no vayas

TOMO II.

date con nosotros. No sean vanas las súplicas de tu madre.

HAMLET.

Obedeceros en todo será siempre mi primer conato.

CLAUDIO.

Por esa afectuosa y plausible respuesta quiero que seas otro yo en el imperio danés. Venid, señora. La sincera y tiel condescendencia de Hamlet ha llenado de alegría mi corazón. En aplauso de este acontecimiento no celebrará hoy Dinamarca festivos brindis, sin que lo anuncie a las nubes el cañon robusto, y el cielo retumba muchas veces a las aclamaciones del rey, repitiendo el trueno de la tierra. Venid.

### ESCENA V.

HAMLET.

¡Oh, si esta demasiado sólida masa de carne pudiera ablandarse y liquidarse disuelta en lluvia de lágrimas, ó el Todopoderoso no asestara el cañon contra el homicida de sí mismo! ¡Oh Dios! ¡oh Dios mío! ¡Cuán fatigado ya de todo, juzgo molestos, inspidos y vanos los placeres del mundo! Nada, nada quiero de él: es un campo inculto y rudo, que solo abunda en frutos groseros y amargos. ¡Que esto haya llegado á suceder á los dos meses que él ha muerto!... No, ni tanto; aun no ha dos meses. Aquel excelente rey que fué, comparado con este, como con un sátiro, Hiperion; tan amante de mi madre, que ni á los aires celestes permitía llegar atrevidos á su rostro. ¡Oh cielo y tierra!... ¡para qué conservo la memoria? Ella, que se le mostraba tan amorosa como si en la posesion hubieran crecido sus deseos. Y no obstante, en un mes... ¡ah! no quisiera pensar en esto; ¡Fragilidad, tú tienes (11) nombre de mujer! En el corto espacio de un mes, y aun antes de romper los zapatos (12) con que, semejante á Niobe, bañada en lágrimas, acompañó el cuerpo de mi triste padre... sí, ella, ella misma... ¡Cielos! una fiera, incapaz de razon y discurso, hubiera mostrado aficcion mas durable. Se ha casado, en fin, con mi tío, hermano de mi padre; pero no mas parecido á él, que yo lo soy á Hércules. En un mes... enrojecidos aun los ojos con el pèrdido llanto, se casó. ¡Ah delincuente precipitacion, ir á ocupar con tal diligencia un lecho incestuoso! Ni esto es bueno, ni puede producir bien. Pero hazte pedazos, corazón mío, que mi lengua debe reprimirse.

### ESCENA VI.

HAMLET, HORACIO, BERNARDO, MARCELO.

HORACIO.

Buenos días, señor.

HAMLET.

Me alegro de verte bueno... ¿Es Horacio, ó me he olvidado de mi propio?

HORACIO.

El mismo soy, y siempre vuestro humilde criado.

HAMLET.

Mi buen amigo, yo quiero trocar contigo ese título que te das. ¿A qué has venido de Witenberga?... ¡Ah, Marcelo!

MARCELO.

Señor.

HAMLET.

Mucho me alegro de verte con salud también. Pero, la verdad, ¿a qué has venido de Witenberga?

HORACIO.

Señor... descos de holgarne.

HAMLET.

No quisiera oír de boca de tu enemigo otro tanto; ni podrás forzar mis oídos á que admitan una disculpa que te ofende. Yo sé que no eres desapicado. Pero dime ¿qué asuntos tienes (13) en Elsingor? Aquí te enseñaremos á ser gran bebedor antes que te vuelvas.

HORACIO.

He venido á ver los funerales de vuestro padre.

I pray thee, stay with us, go not to Wittenberg.

HAMLET.

I shall, in all my best, obey you, madam.

KING.

Why, 'tis a loving and a fair reply;  
Be as ourself in Denmark.—Madam, come;  
This gentle and unforc'd accord of Hamlet  
Sits smiling to my heart: in grace whereof,  
No jocund health, that Denmark drinks to-day,  
But the great cannon to the clouds shall tell,  
And the king's rouse the heavens shall bruit again  
Re-speaking earthly thunder. Come away.  
(*Exeunt King, Queen, Lords, etc., Polonius, and Laertes*)

HAMLET.

O, that this too too solid flesh would melt  
Thaw, and resolve itself into a dew!  
Or that the Everlasting had not fix'd  
His canon 'gainst self-slaughter! O God! O God!  
How weary, stale, flat, and unprofitable,  
Seem to me all the uses of this world!  
Fie on't! O fie! 'tis an unweeded garden,  
That grows to seed: things rank, and gross in nature,  
Possess it merely. That it should come to this!  
But two months dead!—nay, not so much, not two:  
So excellent a king; that was, to this,  
Hyperion to a satyr: so loving to my mother,  
That he might not betem the winds of heaven  
Visit her face too roughly. Heaven and earth!  
Must I remember? why, she would hang on him  
As if increase of appetite had grown  
By what it fed on: And yet, within a month,—  
Let me not think on't!—Frailty, thy name is woman!—  
A little month; or ere those shoes were old,  
With which she follow'd my poor father's body  
Like Niobe, all tears;—why she, even she,—  
O heaven! a beast, that wants discourse of reason,  
Would have mourn'd longer,—married with my uncle,  
My father's brother; but no more like my father,  
Than I to Hercules: within a month;  
Ere yet the salt of most unrighteous tears  
Had left the flushing in her galled eyes,  
She married:—O most wicked speed, to post  
With such dexterity to incestuous sheets!  
It is not, nor it cannot come to, good;  
But break, my heart; for I must hold my tongue.

*Enter Horatio, Bernardo, and Marcellus.*

HORATIO.

Hail to your lordship!

HAMLET.

I am glad to see you well:

Horatio,—or I do forget myself.

HORATIO.

The same, my lord, and your poor servant ever.

HAMLET.

Sir, my good friend; I'll change that name with you.  
And what make you from Wittenberg, Horatio?—  
Marcellus?

MARCELLUS.

My good lord, —

HAMLET.

I am very glad to see you; good even, sir. —  
But what, in faith, make you from Wittenberg?

HORATIO.

A truant disposition, good my lord.

HAMLET.

I would not hear your enemy say so;  
Nor shall you do mine ear that violence,  
To make it trustful of your own report  
Against yourself: I know, you are no truant.  
But what is your affair in Elsinore?  
We'll teach you to drink deep, ere you depart.

HORATIO.

My lord, I came to see your father's funeral.

HAMLET.

I pray thee, do not mock me, fellow-student;  
I think, it was to see my mother's wedding.

HORATIO.

Indeed, my lord, it follow'd hard upon.

HAMLET.

No se burle de mí, por Dios, señor condiscípulo. Yo creo que habrás venido á las bodas de mi madre.

HORACIO.

Es verdad : ¡como se han celebrado inmediatamente!

HAMLET.

Economía, Horacio, economía. Ann no se habían en-  
friado los manjares cocidos para el convite del duelo,  
cuando se sirvieron en las mesas de la boda... ¡Oh! yo  
quisiera haberme hallado en el cielo con mi mayor ene-  
migo, antes que haber visto aquel día. ¡Mi padre!... me  
parece que veo á mi padre.

HORACIO.

¿En donde, señor?

HAMLET.

Con los ojos del alma, Horacio.

HORACIO.

Alguna vez le vi. Era un buen rey.

HAMLET.

Era un hombre tan cabal en todo, que no espero ha-  
llar otro semejante.

HORACIO.

Señor, yo creo que le vi anoche (14).

HAMLET.

¿Le viste? ¿A quién?

HORACIO.

Al rey vues tro padre.

HAMLET.

¿Al rey mi padre?

HORACIO.

Prestadme oído atento, suspendiendo un rato vuestra  
admiración, mientras os refiero este caso maravilloso  
apoyado con el testimonio de estos caballeros.

HAMLET.

Sí, por Dios, dímelo.

HORACIO.

Estos dos señores, Marcelo y Bernardo, le habían visto  
dos veces ballándose de guardia, como á la mitad de la  
profunda noche. Una figura semejante á vuestro padre  
armada segun él solía de piés á cabeza, se les puso delan-  
te, caminando grave, tardo y majestuoso por donde ellos  
estaban. Tres veces pasó de esta manera ante sus ojos  
que oprimia el vapor, acercándose hasta donde ellos po-  
dian alcanzar con sus lanzas; pero débiles y casi bebedo  
con el miedo, permanecieron mudos sin oser hablarle.  
Diéronme parte de este secreto horrible; volví á la guar-  
dia con ellos la tercera noche, y allí encontré ser cierto  
cuanto me habían dicho, así en la hora como en la forma  
y circunstancias de aquella aparición. La sombra volvió es  
efecto. Yo conocí á vuestro padre, y es tan parecido á él  
como lo son entre sí estas dos lunas mías.

HAMLET.

¿Y en dónde (15) fué eso?

MARCELO.

En la muralla de palacio, donde estábamos de centinela.

HAMLET.

¿Y no le hablasteis?

HORACIO.

Sí, señor, yo le hablé; pero no me dió respuesta alguna.  
No obstante, una vez me parece que alzó la cabeza ha-  
ciendo con ella un movimiento, como si fuese á hablarme  
pero al mismo tiempo se oyó la aguda voz del gallo mato-  
rino, y al sonido huyó con presta fuga desapareciendo de  
nuestra vista.

HAMLET.

¿Es cosa bien admirable!

HORACIO.

Y tan cierta como mi propia existencia. Nosotros ha-  
mos creído que era obligación nuestra avisaros de ello, un  
venerado príncipe.

HAMLET.

Sí, amigos, sí... pero esto me llena de turbación. ¿Es-  
táis de centinela esta noche?

TODOS.  
Sí, señor.  
HAMLET.  
¿Decís que iba armado?  
TODOS.  
Sí, señor, armado.  
HAMLET.  
¿De la frente al pié?  
TODOS.  
Sí, señor, de piés á cabeza.  
HAMLET.  
Luego no le visteis el rostro.  
HORACIO.  
Le vimos, porque traía la visera alzada.  
HAMLET.  
Y qué, ¿parecía que estaba irritado?  
HORACIO.  
Mas anunciaba su semblante el dolor, que la ira.  
HAMLET.  
¿Pálido, ó encendido?  
HORACIO.  
No, muy pálido.  
HAMLET.  
¿Y fijaba la vista en vosotros?  
HORACIO.  
Constantemente.  
HAMLET.  
Yo hubiera querido ballarme allí.  
HORACIO.  
Mucho pavor os hubiera causado.  
HAMLET.  
Sí, es verdad, sí... ¿Y permaneció mucho tiempo?  
HORACIO.  
El que puede emplearse en contar desde uno hasta ciento con moderada diligencia.  
MARCELO.  
Mas, mas estuvo.  
HORACIO.  
Cuando yo le ví, no.  
HAMLET.  
La barba blanca, ¿eh?  
HORACIO.  
Sí, señor, como yo se la había visto, cuando vivía, de un color ceniciento.

HAMLET.  
Quiero ir esta noche con vosotros al puesto, por si acaso vuelve.

HORACIO.  
¡Oh! si volverá, yo os lo aseguro.  
HAMLET.

Si él se me presenta en la figura de mi noble padre, yo le hablaré, aunque el infierno mismo abriendo sus entrañas me impusiera silencio. Yo os pido á todos, que así como hasta ahora habeis callado á los demás lo que visteis, de hoy en adelante lo ocultéis con el mayor sigilo; y sea cual fuere el suceso de esta noche, fadlo al pensamiento, pero no á la lengua; yo sabré remunerar vuestro celo. Dios os guarde, amigos. Entre once y doce iré á buscaros á la muralla.

TODOS.  
Nuestra obligacion es serviros.  
HAMLET.

Si, conservadme vuestro amor, y estad seguros del mio. Adios. (*Vanse los tres.*) El espíritu de mi padre... con armas... no es esto bueno. Recelo alguna maldad. ¡Oh, si la noche hubiese ya llegado! Esperémosla tranquilamente, alma mia. Las malas acciones, aunque toda la tierra las oculte, se descubren al fin á la vista humana.

### ESCENA VII.

*Sala de la casa de Polonio.*

LAERTES, OFELIA.

LAERTES.

Ya tengo todo mi equipaje á bordo. Adios, hermana,

ALL.  
We do, my lord.  
HAMLET.  
Arm'd, say you?  
ALL.  
Arm'd, my lord.  
HAMLET.  
From top to toe?

ALL.  
My lord, from head to foot.  
HAMLET.  
Then saw you not

His face?  
HORATIO.  
O yes, my lord; he wore his beaver up.

HAMLET.  
What, look'd he frowningly?  
HORATIO.  
A countenance more  
In sorrow than in anger.

HAMLET.  
Pale, or red?  
HORATIO.

Nay, very pale.  
HAMLET.  
And fix'd his eyes upon you?  
HORATIO.

Most constantly.  
HAMLET.  
I would, I had been there.  
HORATIO.

It would have much amaz'd you.  
HAMLET.  
Very like,

Very like : Stay'd it long?  
HORATIO.  
While one with moderate haste might tell a hundred  
MARCELLUS AND BERNARDO.

Longer, longer.  
HORATIO.  
Not when I saw it.

HAMLET.  
His beard was grizzl'd? no?  
HORATIO.

It was, as I have seen it in his life,  
A sable silver'd.

HAMLET.  
I will watch to-night;  
Perchance, 'twill walk again.  
HORATIO.  
I warrant, it will.

HAMLET.  
If it assume my noble father's person,  
I'll speak to it, though hell itself should gape,  
And bid me hold my peace. I pray you all,  
If you have hitherto conceal'd this sight,  
Let it be tenable in your silence still;  
And whatsoever else shall hap to-night,  
Give it an understanding, but no tongue;  
I will requite your loves : So, fare you well :  
Upon the platform, 'twixt eleven and twelve,  
I'll visit you.

ALL.  
Our duty to your honour.

HAMLET.  
Your loves, as mine to you : Farewell.  
(*Exeunt Horatio, Marcellus, and Bernardo.*)  
My father's spirit in arms! all is not well;  
I doubt some foul play : would, the night were come  
Till then sit still, my soul : Foul deeds will rise,  
Though all the earth o'erwhelm them, to men's eyes. (I

### SCENE III.

*A Room in Polonius's House.*  
Enter LAERTES and OPHELIA.

LAERTES.

My necessities are embark'd; farewell :

y cuando los vientos sean favorables y seguro mar, no te descuides en darme nuevas de

OFELIA.

¿Puedes dudarlo?

LARTE.

Por lo que hace al frívolo obsequio de considerarle como una mera cortesana, u sangre, una violeta que en la primavera su naturaleza se adelanta á vivir, y no permanece durable; perfume de un momento, y nada

OFELIA.

¿Nada mas (16)?

LARTE.

Pienso que no; porque no solo (17) en mí se aumentan las fuerzas y tamaño del caer facultades interiores del talento y del al bien con el templo en que ella reside. Pues ame ahora con sinceridad, sin que manche la pureza de su intencion; pero debes temer su grandeza, que no tiene voluntad sujeta á obrar segun á su nacimiento corresponde, como (18) una persona vulgar, elegiéndole que de su eleccion depende la salud de todo un reino; y ve aquí por qué está arreglarse á la condescendencia unánime de quien es cabeza. Así pues, cuando ama, será prudencia en tí no darle crédito que en el alto lugar que ocupa, nada puede que promete, sino aquello que obtenga el de la parte mas principal de Dinamarca. pérdida padecería tu honor, si con demasiadas oídos á su voz lisonjera, perdiendo corazón, ó facilitando á sus instancias impío de tu honestidad. Teme, Ofelia; teme, no; no sigas inconsiderada tu inclinacion; colocandote fuera del tiro de los amorosos cella mas honesta es libre en exceso, si llega al rayo de la luna. La virtud misma se de los golpes de la calumnia. Muchas veces las flores hijas del verano, aun antes rompa; y al tiempo que la aurora matutina esparce su blando rocío, los vientos mas frecuentes. Conviene pues no omitir preponer la mayor seguridad estriba en el temer juventud (19), aun cuando nadie la comi misma su propio enemigo.

OFELIA.

Yo conservaré para defensa de mi corazón máximas. Pero, mi buen hermano, mira que algunos rígidos pastores (20) hacen áspero y espinoso el camino del cielo, mi pios y abandonados disolutos pisan ellos de los placeres, sin cuidarse de practicar la

LARTE.

¡Oh! no lo receles. Yo me detengo allí viene mi padre: pues la ocasion es favorable pediré de él otra vez. Su bendicion repetiré yo consuelo para mí.

ESCENA VIII.

POLONIO, LARTE, OFELIA

POLONIO.

¿Aun estás aquí? ¡Qué mala vergüenza! do; el viento impele ya por la popa tus aguardan. Recibe mi bendicion, y procura memoria estos pocos preceptos. No publicidad lo que pienses, ni ejecutes cosa alguna sin antes consultarme. Debes ser amable, pero no to. Une á tu alma con vínculos de acero que adoptaste después de examinada en no acaricies con mano prodiga á los que

del cascarrón y aun están sin plumas. Huye siempre de mezclarte en disputas; pero una vez metido en ellas, obra de manera que tu contrario huya de ti. Presta el oído á todos, y á pocas la voz. Oye las censuras de los demás; pero reserva tu propia opinión. Sea tu vestido tan costoso cuanto tus facultades lo permitan, pero no afectado en su hechura; rico, no extravagante; porque el traje dice por lo común quién es el sujeto, y los caballeros y principales señores franceses tienen el gusto muy delicado en esta materia. Procura no dar ni pedir prestado á nadie; porque el que presta suele perder á un tiempo el dinero y el amigo, y el que se acostumbra á pedir prestado falta al espíritu de economía y buen orden que nos es tan útil. Pero sobre todo, usa de ingenuidad contigo mismo, y no podrás ser falso con los demás; consecuencia tan necesaria como que la noche suceda al día. Adios, y él permita que mi bendición haga fructificar en ti estos consejos.

LAERTES.

Humildemente os pido vuestra licencia.

*(Se arroja y besa la mano á Polonio.)*

POLONIO.

Si, el tiempo te está convidando, y tus criados esperan; vete.

LAERTES.

Adios, Ofelia, *(Abrazándose Ofelia y Laertes.)* y acuérdate bien de lo que te he dicho.

OFELIA.

En mi memoria queda guardado, y tú mismo tendrás la llave.

LAERTES.

Adios.

### ESCENA IX. POLONIO, OFELIA.

POLONIO.

¿Y qué es lo que te ha dicho, Ofelia?

OFELIA.

Si gustais de saberlo, cosas eran relativas al príncipe Hamlet.

POLONIO.

Bien pensado, en verdad. Me han dicho que de poco tiempo á esta parte te ha visitado varias veces privadamente, y que tú le has admitido con mucha complacencia y libertad. Si esto es así (como me lo han asegurado, á fin de que prevenga el riesgo), debo advertirte que no te has portado con aquella delicadeza que corresponde á una hija mía y á tu propio honor. ¿Qué es lo que ha pasado entre los dos? Dime la verdad.

OFELIA.

Ultimamente me ha declarado con mucha ternura su amor.

POLONIO.

¡Amor! ¡ah! Tú hablas como una muchacha loquilla y sin experiencia en circunstancias tan peligrosas. ¡Ternura la llamas! ¿Y tú das crédito á esa ternura?

OFELIA.

Yo, señor, ignoro lo que debo creer.

POLONIO.

En efecto es así, y yo quiero enseñártelo. Piensa bien, que eres una niña, que has recibido por verdadera paga esas ternuras que no son moneda corriente. Estimarte en mas á ti propia; pues si te aprecias en menos de lo que vales (por seguir la (22) comenzada alusión), harás que pierda el entendimiento.

OFELIA.

El me ha requerido de amores, es verdad, pero siempre con una apariencia honesta, que...

POLONIO.

Si por cierto, apariencia puedes llamarla. ¿Y bien? Prosigue.

OFELIA.

Y autorizó cuanto me decía con los mas sagrados juramentos.

Nor any unproportion'd thought his act.  
Be thou familiar, but by no means vulgar.  
The friends thou hast, and their adoption tried,  
Grapple them to thy soul with hooks of steel;  
But do not dull thy palm with entertainment  
Of each new-hatch'd, unfledg'd comrade. Beware  
Of entrance to a quarrel; but, being in,  
Bear it, that the opposer may beware of thee.  
Give every man thine ear, but few thy voice;  
Take each man's censure, but reserve thy judgment.  
Costly thy habit as thy purse can buy,  
But not express'd in fancy; rich, not gaudy;  
For the apparel oft proclaims the man;  
And they in France, of the best rank and station,  
Are most select and generous, chief in that.  
Neither a borrower, nor a lender be;  
For loan oft loses both itself and friend;  
And borrowing dulls the edge of husbandry.  
This above all, — To thine own self be true;  
And it must follow, as the night the day,  
Thou canst not then be false to any man.  
Farewell; my blessing season this in thee!

LAERTES.

Most humbly do I take my leave, my lord.

POLONIUS.

The time invites you; go, your servants tend.

LAERTES.

Farewell, Ophelia; and remember well  
What I have said to you.

OFELIA.

'Tis in my memory lock'd,  
And you yourself shall keep the key of it.

LAERTES.

Farewell.

POLONIUS.

What is't, Ophelia, he hath said to you?

OFELIA.

So please you, something touching the lord Hamlet.

POLONIUS.

Marry, well bethought:

'Tis told to me, he hath very oft of late  
Given private time to you; and you yourself  
Have of your audience been most free and bounteous:  
If it be so, (as so 'tis put on me,  
And that in way of caution,) I must tell you,  
You do not understand yourself so clearly.  
As it behoves my daughter, and your honour:  
What is between you? give me up the truth.

OFELIA.

He hath, my lord, of late, made many tenders  
Of his affection to me.

POLONIUS.

Affection? puh! you speak like a green girl,  
Unsifted in such perilous circumstances.  
Do you believe his tenders, as you call them?

OFELIA.

I do not know, my lord, what I should think.

POLONIUS.

Marry, I'll teach you: think yourself a baby:  
That you have ta'en these tenders for true pay,  
Which are not sterling. Tender yourself more dearly.  
Or, (not to crack the wind of the poor phrase,  
Wrangling it thus,) you'll tender me a fool.

OFELIA.

My lord, he hath importun'd me with love.  
In honourable fashion.

POLONIUS.

Ay, fashion you may call it, go to, go to.

OFELIA.

And hath given countenance to his speech, my lord,  
With almost all the holy vows of heaven.

POLONIO.

Si, esas son redes para coger cobren, cuando la sangre hierve, con presta el alma juramentos á la lengua lampagos, hija mia, que dan mas luz aquellos se apagan pronto, y no debe verdadero, ni aun en el instante en que sus promesas van á efectuarse cuida de ser mas avara de tu presen conversacion á precio mas alto, y en nuacion admitas coloquios. Por lo debes creer de él solamente que es una vez alioja las riendas, pasará un puedes permitir. En suma, Ofelia, que son fementidas, ni es verdadero tan; son intercesoras de profanos sagrados y piadosos votos, es solo Por último, te digo claramente, que que pierdas los momentos ociosos en conversacion al príncipe. Cuidado con lo mando. Vete á tu aposento.

OFELIA.

Así lo haré, señor.

**ESCENA X.***Esplanada delante del palacio.*

HAMLET, HORACIO, M

HAMLET.

El aire es frio y sutil en demasia.

HORACIO.

En efecto, es agudo y penetrante

HAMLET.

¿Qué hora es ya?

HORACIO.

Me parece que aun no son las doce

MARCELO.

No, ya han dado.

HORACIO.

No las he oido. Pues en tal caso ya en que el muerto suele pasearse. Por ruido, señor?

*(Suena á lo lejos música de cía)*

HAMLET.

Esta noche se huelga el rey, por un banquete con gran vocería y triguez; y á cada copa del Rin que las trompetas anuncian con estrépito en

HORACIO.

¿Se acostumbra eso aquí?

HAMLET.

Si se acostumbra; pero aunque lo y estoy hecho á sus estilos, me parece coroso quebrantar esta costumbre que eso tal, que embrutece el entendimiento los ojos de las otras naciones desde Nos llaman ebrios; manchan nuestro dictado afrentoso, y en verdad que poseamos en alto grado otras buenas empañar el lustre de nuestra reputacion frecuentemente á los hombres. Cual tal en ellos, sea de su nacimiento, debles (puesto que nadie puede escapar cualquiera desorden ocurrido en su muchas veces rompe los límites y se sea cualquier hábito que se aparte de tumbres recibidas, llevando estos signo de un solo defecto que imprimen leza ó el acaso, aunque sus virtudes es concedido á un mortal, y tan su celeste, serán no obstante amancillado público por aquel único vicio que la

adarme de mezcla quita el valor al mas precioso metal, y le envilece.

HORACIO.

¿Veis, señor? ya viene.

*(Aparecese la sombra del rey Hamlet acia el fondo del teatro. Hamlet al verla se retira lleno de horror, y después se encamina acia ella.)*

HAMLET.

¡Ángeles (24) y ministros de piedad, defendednos! Ya seas alma dichosa ó condenada vision, traigas contigo aura celestial ó ardores del infierno, sea malvada ó benéfica intencion la tuya, en tal forma te me presentas, que es necesario que yo te hable. Si, te he de hablar... Hamlet, mi rey, mi padre, soberano de Dinamarca... ¡Oh! respóndeme, no me atormentes con la duda. Dime, ¿por qué tus venerables huesos, ya sepultados, han roto su vestidura fúnebre? ¿Por qué el sepulcro, donde te dimos urna pacífica, te ha echado de sí, abriendo sus senos que cerraban pesados mármoles? ¿Cuál puede ser la causa de que tu disunto cuerpo, del todo armado, vuelva otra vez á ver los rayos pálidos de la luna, añadiendo á la noche horror? y que nosotros, ignorantes y débiles por naturaleza, padescamos agitacion espantosa con ideas que esceden á los alcances de nuestra razon? Di, ¿por qué es esto? ¿por qué? ó ¿qué debemos hacer nosotros?

HORACIO.

Os hace señas de que le sigais, como si deseara comunicarnos algo á solas.

MARCELO.

Ved con qué expresivo ademán os indica que le acompañeis á lugar mas remoto; pero no hay que ir con él.

HORACIO.

No, por ningun motivo.

HAMLET.

Si no quisiere hablar, habré de seguirle.

HORACIO.

No hagais tal, señor.

HAMLET.

¿Y por qué no? ¿Qué temores debo tener? Yo no estimo la vida en nada, y á mi alma ¿qué puede él hacerla, siendo como él mismo cosa inmortal?... Otra vez me llama... Voile á seguir.

HORACIO.

Pero, señor, si os arrebatara al mar (25) ó á la espantosa cima de ese monte, levantado sobre los peñascos que baten las ondas, y allí tomase alguna otra forma horrible, capaz de impedir el uso de razon, y enajenarla con frenesi... ¡Ay! ved lo que hacéis. El lugar solo inspira ideas melancólicas á cualquiera que mire la enorme distancia desde aquella cumbre al mar, y lenta en la profundidad su bramido ronco.

HAMLET.

Todavía me llama... Camina. Ya te sigo.

*(La sombra hará los movimientos que indica el diálogo. Horacio y Marcelo quieren detener á Hamlet, y él los aparta con violencia, y la sigue.)*

MARCELO.

No, señor, no ireis.

HAMLET.

Dejadme.

HORACIO.

Creedme, no le sigais.

HAMLET.

Mis hados me conducen y prestan á la menor fibra de mi cuerpo la nerviosa robustez del león de Nemea. Aun me llama... Señores, apartad esas manos... por Dios... ó quedará muerto á las mias el que me detenga... Otra vez te digo que andes, que voy á seguirle.

#### ESCENA XI.

HORACIO, MARCELO.

HORACIO.

Su exaltada imaginacion le arrebatara.

Doth all the noble substance often dunt,  
To his own scandal.

Enter Ghost.

HORATIO.

Look, my lord, it comes!

HAMLET.

Angels and ministers of grace defend us!—  
Be thou a spirit of health, or goblin damn'd,  
Bring with the airs from heaven, or blasts from hell,  
Be thy intents wicked, or charitable,  
Thou com'st in such a questionable shape,  
That I will speak to thee; I'll call thee, Hamlet,  
King, father, royal Dane: O, answer me!  
Let me not burst in ignorance! but tell,  
Why thy canoniz'd bones, hearsed in death,  
Have burst their cerements! why the sepulchre,  
Wherein we saw thee quietly in-urn'd,  
Hath op'd his ponderous and marble jaws,  
To cast thee up again! What may this mean,  
That thou, dead corse, again in complete steel,  
Revisit'st thus the glimpses of the moon,  
Making night hideous; and we fools of nature,  
So horribly to shake our disposition,  
With thoughts beyond the reaches of our souls?  
Say, why is this? wherefore? what should we do?

HORATIO.

It beckons you to go away with it,  
As if it some impartment did desire  
To you alone.

MARCELLUS.

Look, with what courteous action  
It waves you to a more removed ground:  
But do not go with it.

HORATIO.

No, by no means.

HAMLET.

It will not speak; then I will follow it.

HORATIO.

Do not, my lord.

HAMLET.

Why, what should be the fear?

I do not set my life at a pin's fee;  
And, for my soul, what can it do to that,  
Being a thing immortal as itself?  
It waves me forth again;—I'll follow it.

HORATIO.

What, if it tempt you toward the flood, my lord,  
Or to the dreadful summit of the cliff,  
That beetles o'er his base into the sea?  
And there assume some other horrible form,  
Which might deprive your sovereignty of reason,  
And draw you into madness? think of it:  
The very place puts toys of desperation,  
Without more motive, into every brain,  
That looks so many fathoms to the sea,  
And hears it roar beneath.

HAMLET.

It waves me still:—

Go on, I'll follow thee.

MARCELLUS.

You shall not go, my lord.

HAMLET.

Hold off your hands.

HORATIO.

Be rul'd, you shall not go.

HAMLET.

My fate cries out,  
And makes each petty artery in this body  
As hardy as the Nemean lion's nerve.—

*(Ghost beckon)*  
Still an I call'd;—unhand me, gentlemen:—

*(Breaking from)*  
By heaven, I'll make a ghost of him that lets me:—  
I say, away!—Go on, I'll follow thee.

*(Exit Ghost and H)*

HORACIO.

He waxes desperate with imagination.



MARCELO.

Sigámosle, que en esto no debemos obedecerle.

HORACIO.

Sí, vamos detrás de él.... ¿Cuál será el fin de este suceso?

MARCELO.

— Algun grave mal se oculta en Dinamarca.

HORACIO.

Los cielos dirigirán el éxito.

MARCELO.

Vamos, sigámosle.

## ESCENA XII.

*Parte remota cercana al mar, vista á lo lejos del palacio de Elsinor.*

HAMLET, LA SOMBRA DEL REY HAMLET.

HAMLET.

¿Adónde me quieres llevar? Habla, yo no paso de aquí.

LA SOMBRA.

Mírame.

HAMLET.

Ya te miro.

LA SOMBRA.

Cuasi es ya llegada la hora en que debo restituirme á las sulfúreas y atormentadoras llamas.

HAMLET.

¡Oh, alma infeliz!

LA SOMBRA.

No me compadezcas: presta solo atentos oídos á lo que voy á revelarte

HAMLET.

Habla, yo te prometo atención.

LA SOMBRA.

Luego que me oigas, prometerás venganza.

HAMLET.

¿Por qué?

LA SOMBRA.

Yo soy el alma de tu padre, destinada por cierto tiempo á vagar de noche, y aprisionada en fuego durante el día, hasta que sus llamas purifiquen las culpas que cometí en el mundo. ¡Oh! si no me fuera vedado manifestar los secretos de la prision que habito, pudiera decirte cosas que la menor de ellas bastaría á despedazar tu corazón; helar tu sangre juvenil; tus ojos, inflamados como estrellas, saltar de sus orbitas; tus anudados cabellos separarse, erizándose como las púas del colérico espin. Pero estos eternos misterios no son para los oídos humanos. Atiende, atiende, ¡ay! atiende. Si tuviste amor á tu tierno padre...

HAMLET.

¡Oh Dios!

LA SOMBRA.

Venga su muerte; venga un homicidio cruel y atroz.

HAMLET.

¿Homicidio?

LA SOMBRA.

Sí, homicidio cruel, como todos lo son; pero el mas cruel y el mas injusto y el mas aleva.

HAMLET.

Refiéremelo (26) presto, para que con alas veloces como la fantasía, ó con la prontitud de los pensamientos amorosos, me precipite á la venganza.

LA SOMBRA.

Ya veo cuán dispuesto te hallas, y aunque tan insensible fueras como las malezas que se pudren incultas en las orillas del Leteo, no dejaría de conmoverte lo que voy á decir. Escuchame ahora, Hamlet. Esparcíose la voz de que estando en mi jardín dormido me mordió una serpiente. Todos los oídos de Dinamarca fueron groseramente engañados con esta fabulosa invención; pero tú debes saber, mancebo generoso, que la serpiente que mordió á tu padre hoy ciñe su corona.

HAMLET.

¡Oh! Présago me lo decía el corazón. ¡Mi tío!.....

MARCELLUS.

Let's follow; 'tis not fit thus to obey him.

HORATIO.

Have after:—To what issue will this come?

MARCELLUS.

Something is rotten in the state of Denmark.

HORATIO.

Heaven will direct it.

MARCELLUS.

Nay, let's follow him. *(Exeunt.)*

## SCENE V.

*A more remote Part of the Platform.**Re-enter Ghost and HAMLET.*

HAMLET.

Whither wilt thou lead me? speak, I'll go no further.

GHOST.

Mark me.

HAMLET.

I will.

GHOST.

My hour is almost come,  
 When I to sulphurous and tormenting flames  
 Must render up myself.

HAMLET.

Alas, poor ghost!

GHOST.

Pity me not, but lend thy serious hearing  
 To what I shall unfold.

HAMLET.

Speak, I am bound to hear.

GHOST.

So art thou to revenge, when thou shalt hear.

HAMLET.

What?

GHOST.

I am thy father's spirit;  
 Doom'd for a certain term to walk the night,  
 And, for the day, confin'd to fast in fires,  
 Till the foul crimes, done in my days of nature,  
 Are burnt and purg'd away. But that I am forbid  
 To tell the secrets of my prison-house,  
 I could a tale unfold, whose lightest word  
 Would harrow up thy soul; freeze thy young blood;  
 Make thy two eyes, like stars, start from their spheres;  
 Thy knotted and combined locks to part,  
 And each particular hair to stand on end,  
 Like quills upon the fretful porcupine:  
 But this eternal blazon must not be  
 To ears of flesh and blood:—List, list, O list!—  
 If thou didst ever thy dear father love,—

HAMLET.

O heaven!

GHOST.

Revenge his foul and most unnatural murder.

HAMLET.

Murder?

GHOST.

Murder most foul, as in the best it is;  
 But this most foul, strange, and unnatural.

HAMLET.

Haste me to know it; that I, with wings as swift  
 As meditation, or the thoughts of love,  
 May sweep to my revenge.

GHOST.

I find thee apt;

And duller should'st thou be than the fat weed  
 That rots itself in ease on Lethe's wharf,  
 Would'st thou not stir in this. Now, Hamlet, hear.  
 'Tis given out, that, sleeping in mine orchard,  
 A serpent stung me; so the whole ear of Denmark  
 Is by a forged process of my death  
 Rankly abus'd: but know, thou noble youth,  
 The serpent, that did sting thy father's life,  
 Now wears his crown.

HAMLET.

O, my prophetic soul! my uncle!

## LA SOMBRA.

Si; aquel incestuoso, aquel monstruo adúltero, valiéndose de su talento diabólico, valiéndose de traidoras dadas... ¡Oh, talento y dadas malditas, que tal poder teneis para seducir! supo inclinar á su deshonroso apetito la voluntad de la reina mi esposa, que yo creia tan llena de virtud. ¡Oh, Hamlet, cuán grande fué su caída! Yo, cuyo amor para con ella fué tan puro... yo, siempre tan fiel á los solemnes juramentos que en nuestro desposorio la hice, yo fui aborrecido, y se rindió á aquel miserable, cuyas prendas eran en verdad harto inferiores á las mías. Pero así como la virtud será incorruptible aunque la disolucion procure escitarla bajo divina forma, así la incontinencia, aunque viviese unida á un ángel radiante, profanará con oprobio su tálamo celeste... Pero ya me parece que percibo el ambiente de la mañana. Debo ser breve. Dormía yo una tarde en mi jardín, según lo acostumbraba siempre. Tu tío me sorprende en aquella hora de quietud, y trayendo consigo una ampolla de licor venenoso, derrama en mi oído su ponzoñosa destilación, la cual de tal manera es contraria á la sangre del hombre, que semejante en la sutileza al mercurio, se dilata por todas las entradas y conductos del cuerpo, y con súbita fuerza le ocupa, cuajando la mas pura y robusta sangre como la leche con las gotas ácidas. Este efecto produjo inmediatamente en mí, y el cútis hinchado comenzó á despegarse á trechos con una especie de lepra en ásperas y asquerosas costras. Así fué, que estando durmiendo perdí á manos de mi hermano mismo mi corona, mi esposa y mi vida á un tiempo. Perdí la vida cuando mi pecado estaba en todo su vigor, sin hallarme dispuesto para aquel trance, sin haber recibido el pan eucarístico, sin haber sonado el clamor de agonía, sin lugar al reconocimiento de tanta culpa, presentado al tribunal eterno con todas mis imperfecciones sobre mi cabeza. ¡Oh, maldad horrible, horrible!... Si oyes la voz de la naturaleza, no sufras, no, que el tálamo real de Dinamarca sea el lecho de la lujuria y abominable incesto. Pero de cualquier modo que dirijas la acción, no manches con delito el alma, previniendo ofensas á tu madre. Abandona este cuidado al cielo; deja que aquellas agudas puntas, que tiene fijadas en su pecho, la hieran y atormenten. Adios. Ya la luciérnaga, amortiguando su aparente fuego, nos anuncia la proximidad del día. Adios, adios. Acuérdate de mí.

## ESCENA XIII.

HAMLET, y después HORACIO y MARCELO.

HAMLET.

¡Oh vosotros, ejércitos celestiales! ¡oh tierra!... ¿y quién mas? ¿invocaré al infierno tambien?... ¡Eh! no... Detente, corazón mío, detente; y vos, mis nervios, no os debilitéis en un momento, sostenedme robustos... ¡Acordarme de ti! Si, alma infeliz, mientras haya memoria en este agitado mundo. ¡Acordarme de ti! Si, yo me acordaré y yo horroraré de mi fantasía todos los recuerdos frívolos, las sentencias de los libros, las ideas e impresiones de lo pasado que la juventud y la observación estamparon en ella. Tu precepto solo, sin mezcla de otra cosa menos digna, vivirá escrito en el volumen de mi entendimiento. Si, por los cielos te lo juro... ¡Oh, mujer la mas delincuente! ¡Oh, malvado, malvado! ¡balagüeno y execrable malvado! Conviene (27) que yo apunte en este libro... (*Saca un libro de memorias, y escribe en él.*) Si.... que un hombre puede halagar y sonreirse, y ser un malvado: á lo menos estoy seguro de que en Dinamarca hay un hombre así, y este es mi tío... Si, tú eres... ¡Ah! pero la expresión que debo conservar es esta: «Adios, adios, acuérdate de mí.» Yo he jurado acordarme.

HORACIO, gritando desde adentro.

; Señor! ; señor!

MARCELO, gritando desde adentro.

; Hamlet!

## GHOST.

Ay, that incestuous, that adulterate beast,  
With witchcraft of his wit, with traitorous gifts,  
O wicked wit, and gifts, that have the power  
So to seduce! won to his shameful lust  
The will of my most seeming-virtuous queen:  
O, Hamlet, what a falling-off was there!  
From me, whose love was of that dignity,  
That it went hand in hand even with the vow  
I made to her in marriage; and to decline  
Upon a wretch, whose natural gifts were poor  
To those of mine!  
But virtue, as it never will be mov'd,  
Though lewdness court it in a shape of heaven;  
So lust, though to a radiant angel link'd,  
Will sate itself in a celestial bed,  
And prey on garbage.  
But, soft! methinks I scent the morning air:  
Brief let me be:—Sleeping within mine orchard,  
My custom always of the afternoon,  
Upon my secure hour thy uncle stole,  
With juice of cursed hebenon in a vial,  
And in the porches of mine ears did pour  
The leperous distilment: whose effect  
Holds such an enmity with blood of man,  
That, swift as quicksilver, it courses through  
The natural gates and alleys of the body;  
And, with a sudden vigour, it doth posset  
And curd, like eager droppings into milk,  
The thin and wholesome blood: so did it mine;  
And a most instant tetter bark'd about,  
Most Lazar-like, with vile and loathsome crust,  
All my smooth body.  
Thus was I, sleeping, by a brother's hand,  
Of life, of crown, of queen, at once despatch'd:  
Cut off even in the blossoms of my sin,  
Unhousel'd, disappointed, unanell'd;  
No reckoning made, but sent to my account  
With all my imperfections on my head:  
O, horrible! O, horrible! most horrible!  
If thou hast nature in thee, bear it not;  
Let not the royal bed of Denmark be  
A couch for luxury and damned incest.  
But, howsoever thou pursu'st this act,  
Taint not thy mind, nor let thy soul contrive  
Against thy mother aught; leave her to heaven,  
And to those thorns that in her bosom lodge,  
To prick and sting her. Fare thee well at once!  
The glow-worm shows the matin to be near,  
And 'gins to pale his uneffectual fire:  
Adieu, adieu, adieu! remember me.

(E)

HAMLET.

O all you host of heaven! O earth! What else?  
Alud shall I couple hell?—O fie!—Hold, hold, my be  
And you, my sinews, grow not instant old,  
But bear me stiffly up!—Remember thee?  
Ay, thou poor ghost, while memory holds a seat  
In this distracted globe. Remember thee?  
Yea, from the table of my memory  
I'll wipe away all trivial fond records,  
All saws of books, all forms, all pressures past,  
That youth and observation copied there;  
And thy commandment all alone shall live  
Within the book and volume of my brain,  
Unmix'd with baser matter: yes, by heaven.  
O most pernicious woman!  
O villain, villain, smiling, damned villain!  
My tables,—meet it is, I set it down,  
That one may smile, and smile, and be a villain;  
At least, I am sure, it may be so in Denmark:

(Within)

So, uncle, there you are. Now, to my word;  
It is, *Adieu, adieu! remember me.*  
I have sworn't.

HORATIO.

(Within.) My lord, my lord,—

MARCELLUS.

(Within.) Lord Hamlet,—

Los cielos le asistan.  
 HORACIO.  
 ; Oh ! háganlo así.  
 HAMLET.  
 ; Hola ! ; eh ! señor.  
 MARCELO.  
 ; Hola ! amigos, ; eh ! venid, venid acá.  
 HAMLET.  
*(Salen Horacio y Marcelo.)*  
 MARCELO.  
 ¿Qué ha sucedido ?  
 HORACIO.  
 ¿Qué noticias nos dais ?  
 HAMLET.  
 ; Oh ! maravillosas.  
 HORACIO.  
 Mi amado señor, decidlas.  
 HAMLET.  
 No, que lo revelareis.  
 HORACIO.  
 No, yo os prometo que no haré tal.  
 MARCELO.  
 Ni yo tampoco.  
 HAMLET.  
 ¿Creeis vosotros que pudiese haber cabido en el corazón humano... Pero ¿guardareis secreto ?  
 LOS DOS.  
 Sí, señor, yo os lo juro.  
 HAMLET.  
 No existe en toda Dinamarca (28) un infame... que no sea un gran malvado.  
 HORACIO.  
 Pero no era necesario, señor, que un muerto saliera del sepulcro á persuadirnos esa verdad.  
 HAMLET.  
 Sí, cierto, teneis razon ; y por eso mismo, sin tratar mas del asunto, será bien despedirnos y separarnos ; vosotros adonde vuestros negocios ó vuestra inclinacion os lleven... que todos tienen sus inclinaciones y negocios, sean los que sean ; y yo, ya lo sabeis, á mi triste ejercicio, á rezar.  
 HORACIO.  
 Todas esas palabras, señor, carecen de sentido y órden.  
 HAMLET.  
 Mucho me pesa de haberos ofendido con ellas ; si por cierto, me pesa en el alma.  
 HORACIO.  
 ; Oh ! señor, no hay ofensa ninguna.  
 HAMLET.  
 Sí, por san Patricio (29) que sí la hay, y muy grande, Horacio... En cuanto á la aparicion... es un difunto venerable..... sí, yo os lo aseguro..... Pero reprimid cuanto os fuese posible el deseo de saber lo que ha pasado entre él y yo. ; Ah, mis buenos amigos ! yo os pido, pues sois mis amigos y mis compañeros en el estudio y en las armas, que me concedais una corta merced.  
 HORACIO.  
 Con mucho gusto, señor : decid cuál sea.  
 HAMLET.  
 Que nunca revelareis á nadie lo que habéis visto esta noche.  
 LOS DOS.  
 A nadie lo diremos.  
 HAMLET.  
 Pero es menester que lo jureis.  
 HORACIO.  
 Os doy mi palabra de no decirlo.  
 MARCELO.  
 Yo os prometo lo mismo.  
 HAMLET.  
 Sobre mi espada.  
 MARCELO.  
 Ved que ya lo hemos prometido.

HORATIO.  
 Heaven secure him ;  
 HAMLET.  
 So be it !  
 MARCELLUS.  
*(Within.)* Illo, ho, ho, my lord !  
 HAMLET.  
 Hillo, ho, ho, boy ! come, bird, come.  
*Enter HORATIO and MARCELLUS.*  
 MARCELLUS.  
 How is't, my noble lord ?  
 HORATIO.  
 What news, my lord ?  
 HAMLET.  
 O, wonderful !  
 HORATIO.  
 Good my lord, tell it.  
 HAMLET.  
 No ;  
 You will reveal it.  
 HORATIO.  
 Not I, my lord, by heaven.  
 MARCELLUS.  
 Nor I, my lord.  
 HAMLET.  
 How say you then ; would heart of man once think it ?—  
 But you'll be secret,—  
 HORATIO AND MARCELLUS.  
 Ay, by heaven, my lord.  
 HAMLET.  
 There's ne'er a villain, dwelling in all Denmark,  
 But he's an arrant knave.  
 HORATIO.  
 There needs no ghost, my lord, come from the grave,  
 To tell us this.  
 HAMLET.  
 Why, right ; you are in the right ;  
 And so, without more circumstance at all,  
 I hold it fit, that we shake hands, and part :  
 You, as your business, and desire, shall point you ;  
 For every man hath business and desire,  
 Such as it is,—and, for my own poor part,  
 Look you, I will go pray.  
 HORATIO.  
 These are but wild and whirling words, my lord.  
 HAMLET.  
 I am sorry they offend you, heartily ; yes,  
 'Faith, heartily.  
 HORATIO.  
 There's no offence, my lord.  
 HAMLET.  
 Yes, by St. Patrick, but there is, Horatio,  
 And much offence too. Touching this vision here,—  
 It is an honest ghost, that let me tell you ;  
 For your desire to know what is between us,  
 O'er master it as you may. And now, good friends,  
 As you are friends, scholars, and soldiers,  
 Give me one poor request.  
 HORATIO.  
 What is't, my lord ?  
 We will.  
 HAMLET.  
 Never make known what you have seen to-night.  
 HORATIO AND MARCELLUS.  
 My lord, we will not.  
 HAMLET.  
 Nay, but swear't.  
 HORATIO.  
 In faith,  
 My lord, not I.  
 MARCELLUS.  
 Nor I, my lord, in faith.  
 HAMLET.  
 Upon my sword.  
 MARCELLUS.  
 We have sworn, my lord, already.

HAMLET.

Sí, sí, sobre mi espada (30).

LA SOMBRA.

Juradlo.

(Se oirá la voz de la sombra, que suena á varias distancias debajo de tierra. Hamlet y los demás, horrorizados, mudan de situación, según lo indica el diálogo.)

HAMLET.

¡ Ah! ¿ eso (31) dices?... ¿ Estás ahí, hombre de bien?... Vamos, ya le oís hablar en lo profundo. ¿ Quereis jurar?

HORACIO.

Proponed la fórmula.

HAMLET.

Que nunca direis lo que habeis visto. Juradlo por mi espada.

LA SOMBRA.

Juradlo.

HAMLET.

¿ Hic et ubique? Mudaremos de lugar. Señores, acercaos aquí; poned otra vez las manos en mi espada, y jurad por ella que nunca direis nada de esto que habeis oído y visto.

LA SOMBRA.

Juradlo por su espada.

HAMLET.

Bien has dicho, topo viejo, bien has dicho... Pero ¿ cómo puedes taladrar con tal prontitud los senos de la tierra, diestro minador? Mudemos otra vez de puesto, amigos.

HORACIO.

¡ Oh! Dios de la luz y de las tinieblas, ¡ qué extraño prodigio es este!

HAMLET.

Por eso como á un (32) extraño debeis hospedarle y tenerle oculto. Ello es, Horacio, que en el cielo y en la tierra hay mas de lo que puede soñar tu filosofía. Pero venid acá, y, como antes dije, prometedme (así el cielo os haga felices) que por mas (33) singular y extraordinaria que sea de hoy mas mi conducta (puesto que acaso juzgaré á propósito afectar un proceder del todo extravagante), nunca vosotros al verme así dareis nada á entender, cruzando los brazos de esta manera, ó haciendo con la cabeza este movimiento, ó con frases equivocas como: sí, sí, nosotros sabemos; nosotros pudiéramos si quisiéramos... si gustáramos de hablar; hay tanto que decir en eso; pudiera ser que... ó en fin, cualquiera otra espresion ambigua, semejante á estas, por donde se infiera que vosotros sabeis algo de mí. Juradlo: así en vuestras necesidades os asista el favor de Dios. Juradlo.

LA SOMBRA.

Jurad.

HAMLET.

Descansa, descansa, agitado espíritu. Señores, yo me recomiendo á vosotros con la mayor instancia, y creed que por mas infeliz que Hamlet se halle, Dios querrá que no le falten medios para manifestaros la estimacion y amistad que os profesa. Vámonos. Poned el dedo en la boca, ya os lo ruego... La naturaleza está en desórden... ¡ Iniquidad execrable! ¡ Oh! ¡ nunca yo hubiera nacido para castigarla! Venid, vámonos juntos.

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA PRIMERA (1).

Sala en casa de Polonio.

POLONIO, REYNALDO.

POLONIO.

Reynaldo, entrégale este dinero y estas cartas. (Le da un bolsillo y unas cartas.)

REYNALDO.

Así lo haré, señor.

HAMLET.

Indeed, upon my sword, indeed.

GHOST.

(Beneath.) Swear.

HAMLET.

Ha, ha, boy! say'st thou so? art thou there, true-p  
Come on,—you hear this fellow in the cellarage.—  
Consent to swear.

HORATIO.

Propose the oath, my lord.

HAMLET.

Never to speak of this that you have seen,  
Swear by my sword.

GHOST.

(Beneath.) Swear.

HAMLET.

*Hic et ubique?* then we will shift our ground:—  
Come hither, gentlemen,  
And lay your hands again upon my sword:  
Swear by my sword,  
Never to speak of this that you have heard.

GHOST.

(Beneath.) Swear by his sword.

HAMLET.

Well said, old mole! can'st work i'the earth so fast  
A worthy pioneer!—Once more remove, good frie

HORATIO.

O day and night, but this is wondrous strange!

HAMLET.

And therefore as a stranger give it welcome.  
There are more things in heaven and earth, Horatio  
Than are dreamt of in your philosophy.

But come;—

Here, as before, never, so help you mercy!

How strange or odd soe'er I bear myself,

As I, perchance, hereafter shall think meet

To put an antic disposition on;—

That you, at such times seeing me, never shall,

With arms encumber'd thus, or this head-shake,

Or by pronouncing of some doubtful phrase,

As *Well, well, we know;—or, We could, an if we**would;—or, If we list to speak;—or, There be, as**if they might;—*

Or such ambiguous giving out, to note

That you know aught of me:—This do you swear,

So grace and mercy at your most need help you!

GHOST.

(Beneath.) Swear.

HAMLET.

Rest, rest, perturbed spirit! So, gentlemen,

With all my love I do commend me to you;

And what so poor a man as Hamlet is

May do, to express his love and friending to you,

God willing, shall not lack. Let us go in together;

And still your fingers on your lips, I pray.

The time is out of joint;—O cursed spite!

That ever I was born to set it right!

Nay, come, let's go together.

(1)

## ACT II.

### SCENE I.

A Room in Polonius's House.

Enter POLONIUS and REYNALDO.

POLONIUS.

Give him this money, and these notes, Reynaldo.

REYNALDO.

I will, my lord.

POLOXIO.

admirable golpe (3) de prudencia, que antes  
informaras de su conducta.

REINALDO.

mismo estaba yo.

POLOXIO.

uy buena idea, muy buena. Mira, lo primero has  
ar qué dinamarqueses hay en París, y cómo, en  
nos, con quién y en dónde están, á quién tratan,  
tienen; y sabiendo por estos rodeos y pregun-  
tas que conocen á mi hijo, entonces ve en dere-  
objeto, encaminando á él en particular tus in-  
s. Haz como si le conocieras de lejos, diciendo:  
o á su padre, y á algunos amigos suyos, y aun á  
... ¿Lo has entendido?

REINALDO.

r, muy bien.

POLOXIO.

mozco un poco; pero... (has de añadir enton-  
no le he tratado. Si es el que yo creo, á fe que  
lavera; inclinado á tal ó tal vicio... y luego di-  
quanto quieras fingir; digo, pero que no sean co-  
ries que puedan deshonrarle. Cuidado con eso:  
de aquellas travesuras, aquellas locuras y es-  
munes á todos, que ya se reconocen por com-  
separables de la juventud y la libertad.

REINALDO.

l jugar, ¿eh?

POLOXIO.

gar, beber, esgrimir, jurar, disputar, patear...  
bien puedes alargarte.

REINALDO.

on eso hay hartó para quitarle el honor.

POLOXIO.

cierto; además, que todo depende del modo com-  
uses. No debes achacarle delitos escandalosos,  
como un jóven abandonado enteramente á la  
; no, no es esa mi idea. Has de insinuar sus de-  
tal arte, que parezcan nulidades producidas de  
jecion y no otra cosa, estravíos de una imagina-  
nte, ímpetus nacidos de la efervescencia gene-  
angre.

REINALDO.

ñor...

POLOXIO.

querrás saber con qué fin debes hacer esto, ¿eh?

REINALDO.

de saberlo.

POLOXIO.

eflor, mi fin es este, y creo que es proceder con  
rdura. Cargando estas pequeñas faltas sobre mi  
o ligeras manchas de una obra preciosa), gana-  
edio de la conversacion la confianza de aquel á  
tendas examinar. Si él está persuadido de que el  
ilene los mencionados vicios que tú le impu-  
des que él convenga con tu opinion, diciendo:  
, ó amigo, ó caballero... en fin, segun el título ó  
a la persona ó del país...

REINALDO.

stoy.

POLOXIO.

tonces él dice... (3) dice... ¿Qué iba yo á decir  
algo iba yo á decir. ¿En qué estábamos?

REINALDO.

él concluirá diciendo al amigo ó al caballero...

POLOXIO.

cluirá diciendo... es verdad... así te dirá precisa-  
s verdad, yo conozco á ese mozo, ayer le vi, ó  
otro día, ó en tal y tal ocasion, con este ó con  
to; y allí, como habéis dicho, le vi que jugaba,  
contré en una comilona, acullá en una quimera  
juego de pelota, y... (puede ser que afada) le he

visto entrar en una casa pública, *videlicet*, en un burdel, ó cosa tal. ¿Lo entiendes ahora? Con el anzuelo de la mentira pescaras la verdad, que así es como nosotros los que tenemos talento y prudencia solemos conseguir por indirectas el fin directo, usando de artificios y disimulacion. Así lo harás con mi hijo, según la instruccion y advertencias que acabo de darte. ¿Me has entendido?

REINALDO.

Sí, señor, quedo enterado.

POLONIO.

Pues adios, buen viaje.

REINALDO.

Señor...

POLONIO.

Examina por tí mismo sus inclinaciones.

REINALDO.

Así lo haré.

POLONIO.

Dejándole que obre libremente.

REINALDO.

Está bien, señor.

POLONIO.

Adios.

## ESCENA II.

POLONIO, OFELIA.

POLONIO.

Y bien, Ofelia, ¿qué hay de nuevo?

OFELIA.

¡Ay, señor, que he tenido un susto muy grande!

POLONIO.

¿Con qué motivo? Por Dios que me lo digas.

OFELIA.

Yo estaba haciendo (4) labor en mi cuarto, cuando el principe Hamlet, la ropa desceñida, sin sombrero en la cabeza, sucias las medias, sin atar, caídas hasta los pies, pálido como su camisa, las piernas trémulas, el semblante triste como si hubiera salido del infierno para anunciar horror... se presenta delante de mí.

POLONIO.

Loco, sin duda por tus amores, ¿eh?

OFELIA.

Yo, señor, no lo sé; pero en verdad lo temo.

POLONIO.

¿Y qué te dijo?

OFELIA.

Me asió una mano y me la apretó fuertemente. Apartóse después á la distancia de su brazo, y poniendo así la otra mano sobre su frente, fijó la vista en mi rostro recorriéndole con atencion, como si hubiese de retratarle. De este modo permaneció largo rato, hasta que por último sacudiéndome lijeramente el brazo, y moviendo tres veces la cabeza abajo y arriba, exhaló un suspiro tan profundo y triste, que pareció deshacerse en pedazos el cuerpo y dar fin á su vida. Hecho esto, me dejó, y levantada la cabeza comenzó á andar, sin valerse de los ojos para hallar el camino; salió de la puerta sin verla, y al pasar por ella fijó la vista en mí.

POLONIO.

Ven conmigo; quiero ver al rey. Ese es un verdadero éstasis de amor, que siempre fatal á sí mismo en su exceso violento, inclina la voluntad á empresas temerarias, mas que ninguna otra pasion de cuantas debajo del cielo combaten nuestra naturaleza. Mucho siento este accidente. Pero dime, ¿le has tratado con dureza en estos últimos dias?

OFELIA.

No, señor: solo en cumplimiento de lo que mandasteis, le he devuelto sus cartas, y me he negado á sus visitas.

POLONIO.

Y eso basta para haberle trastornado así. Me pesa no haber juzgado con mas acierto de su pasion. Yo temí que

*I saw him enter such a house of sale, (Videlicet, a brothel,) or so forth.—*

See you now;

Your bait of falsehood takes this carp of truth;  
And thus do we of wisdom and of reach,  
With windlances, and with assays of bias,  
By indirections find directions out:  
So, by my former lecture and advice,  
Shall you my son: You have me, have you not?

REYNALDO.

My lord, I have.

POLONIUS.

God be wi' you; fare you well.

REYNALDO.

Good my lord,—

POLONIUS.

Observe his inclination in yourself.

REYNALDO.

I shall, my lord.

POLONIUS.

And let him ply his music.

REYNALDO.

Well, my lord. (*Exit.*)

*Enter Ophelia.*

POLONIUS.

Farewell!—How now, Ophelia? what's the matter?

OPHELIA.

O, my lord, my lord, I have been so affrighted!

POLONIUS.

With what, in the name of heaven?

OPHELIA.

My lord, as I was sewing in my closet,  
Lord Hamlet—with his doublet all unbrac'd;  
No hat upon his head; his stockings foul'd,  
Ungarter'd, and down-gy'd to his ankle;  
Pale as his shirt; his knees knocking each other;  
And with a look so piteous in purport,  
As if he had been loosed out of hell,  
To speak of horrors,—he comes before me.

POLONIUS.

Mad for thy love?

OPHELIA.

My lord, I do not know;

But, truly, I do fear it.

POLONIUS.

What said he?

OPHELIA.

He took me by the wrist, and held me hard;  
Then goes he to the length of all his arm;  
And, with his other hand thus o'er his brow,  
He falls to such perusal of my face,  
As he would draw it. Long staid he so;  
At last, a little shaking of mine arm,  
And thrice his head thus waving up and down,—  
He rais'd a sigh so piteous and profound,  
At it did seem to shatter all his bulk,  
And end his being: That done, he lets me go:  
And, with his head over his shoulder turn'd,  
He seem'd to find his way without his eyes;  
For out o' doors he went without their helps,  
And, to the last bended their light on me.

POLONIUS.

Come, go with me; I will go seek the king.  
This is the very ecstasy of love;  
Whose violent property foredoes itself,  
And leads the will to desperate undertakings,  
As oft as any passion under heaven,  
That does afflict our natures. I am sorry,—  
What, have you given him any hard words of late?

OPHELIA.

No, my good lord; but, as you did command,  
I did repel his letters, and denied  
His access to me.

POLONIUS.

That hath made him mad.

I am sorry, that with better heed and judgment,  
I had not quoted him: I fear'd, he did but trifle,

era solo un artificio suyo para perderte... ¡Sospecha indigna! ¡Eh! Tan (5) propio parece de la edad anciana pasar mas alla de lo justo en sus conjeturas, como lo es en la juventud la falta de prevision. Vamos, vamos á ver al rey. Conviene que lo sepa. Si le callo este amor, seria mas grande el sentimiento que pudiera causarle temiéndole oculto, que el disgusto que recibirá al saberlo. Vamos.

### ESCENA III.

*Salon de palacio.*

CLAUDIO, GERTRUDIS, RICARDO, GUILLERMO, ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Bien venido (6), Guillermo; y tú tambien, querido Ricardo. Además de lo mucho que se me dilataba el veros, la necesidad que tengo de vosotros me ha determinado á solicitar vuestra venida. Algo habeis oido ya de la trasformacion de Hamlet. Asi puedo llamarla, puesto que ni en lo interior ni en lo exterior se parece nada al que antes era; ni llevo á imaginar qué otra causa haya podido privarle asi de la razon, si ya no es la muerte de su padre. Yo os ruego á entrambos, pues desde la primera infancia os habeis criado con él, y existe entre vosotros aquella intimidad nacida de la igualdad en los años y el genio, que tengais á bien deteneros en mi corte algunos dias. Acaso el trato vuestro restablecerá su alegría; y aprovechando las ocasiones que se presenten, ved cuál sea la ignorada afliccion que así le consume, para que descubriéndola procuremos su alivio.

GERTRUDIS.

Él ha hablado mucho de vosotros, mis buenos señores, y estoy segura de que no se hallarán otros dos sujetos á quienes él profese mayor cariño. Si tanta fuese vuestra bondad, que gustéis de pasar con nosotros algun tiempo para contribuir al logro de mi esperanza, vuestra asistencia será remunerada como corresponde al agradecimiento de un rey.

RICARDO.

VV. MM. tienen soberana autoridad en nosotros, y en vez de rogar deben mandarnos.

GUILLERMO.

Uno y otro obedeceremos, y postramos á vuestros piés, con el mas puro afecto, el celo de servirlos que nos anima.

CLAUDIO.

Muchas gracias, cortés Guillermo. Gracias, Ricardo.

GERTRUDIS.

Os quedo muy agradecida, señores, y os pido que veais cuanto antes á mi doliente hijo. (*A los criados.*) Conduzca alguno de vosotros á estos caballeros adonde Hamlet se halle.

GUILLERMO.

Haga el cielo que nuestra compañía y nuestros conatos puedan serle agradables y útiles.

GERTRUDIS.

Si. Amén.

### ESCENA IV.

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, ACOMPAÑAMIENTO.

POLONIO.

Señor, los embajadores (7) enviados á Noruega han vuelto ya en extremo contentos.

CLAUDIO.

Siempre has sido tú padre de buenas nuevas.

POLONIO.

¡Oh! sí, ¿no es verdad? Y os puedo asegurar, venerado señor, que mis acciones y mi corazon no tienen otro objeto que el servicio de Dios y el de mi rey; y si este talento mio no ha perdido enteramente aquel seguro olfato con que supo siempre rastrear asuntos políticos, pienso

And meant to wreck thee; but, beshrew my jealousy! It seems, it is as proper to our age To cast beyond ourselves in our opinions, As it is common for the younger sort To lack discretion. Come, go we to the king: This must be known; which, being kept close, might move More grief to hide, than hate to utter love. Come.

(*Exeunt.*)

### SCENE II.

*A Room in the Castle.*

*Enter King, Queen, ROSENCRANTZ, GUILDENSTERN, and Attendants.*

KING.

Welcome, dear Rosencrantz, and Guildenstern! Moreover that we much did long to see you, The need, we have to use you, did provoke Our hasty sending. Something have you heard Of Hamlet's transformation; so I call it, Since not the exterior nor the inward man Resembles that it was: What it should be, More than his father's death, that thus hath put him So much from the understanding of himself, I cannot dream of: I entreat you both, That,—being of so young days brought up with him; And, since, so neighbour'd to his youth and humour,— That you vouchsafe your rest here in our court Some little time: so by your companies To draw him on to pleasures; and to gather, So much as from occasion you may glean, Whether aught, to us unknown, afflicts him thus, That, open'd, lies within our remedy.

QUEEN.

Good gentlemen he hath much talk'd of you; And, sure I am, two men there are not living, To whom he more adheres. If it will please you To shew us so much gentry, and good will, As to expend your time with us a while, For the supply and profit of our hope, Your visitation shall receive such thanks As fits a king's remembrance.

ROSENCRANTZ.

Both your majesties Might, by the sovereign power you have of us, Put your dread pleasures more into command Than to entreaty.

GUILDENSTERN.

But we both obey; And here give up ourselves, in the full bent, To lay our service freely at your feet, To be commanded.

KING.

Thanks, Rosencrantz, and gentle Guildenstern.

QUEEN.

Thanks, Guildenstern, and gentle Rosencrantz: And I beseech you instantly to visit My too much changed son.—Go, some of you, Ann bring these gentlemen where Hamlet is.

GUILDENSTERN.

Heavens make our presence, and our practices, Pleasant and helpful to him.

QUEEN.

Ay, amen!

(*Exeunt Rosencrantz, Guildenstern, and some Attendants.*)

*Enter Polonius.*

POLONIUS.

The ambassadors from Norway, my good lord, Are joyfully return'd.

KING.

Thou still hast been the father of good news.

POLONIUS.

Have I, my lord? Assure you, my good liege, I hold my duty, as I hold my soul, Both to my God, and to my gracious king: And I do think, (or else this brain of mine Hunts not the trail of policy so sure,

haber descubierto ya la verdadera causa de la locura del príncipe.

CLAUDIO.

Pues diuola, que estoy impaciente de saberla.

OLONIO.

Será bien que deis primero audiencia á los embajadores: mi informe servirá de postres á este gran festín.

CLAUDIO.

Tú mismo puedes ir á cumplimentarlos é introducirlos. (*Vase Polonio.*) Dice que ha descubierto, amada Gertrudis, la causa verdadera de la indisposición de tu hijo.

GERTRUDIS.

¡Ah! yo dudo que él tenga otra mayor que la muerte de su padre, y nuestro acelerado casamiento.

CLAUDIO.

Yo sabré examinarle.

### ESCENA V.

CLAUDIO, GERTRUDIS, OLONIO, VOLTIMAN, CORNELIO, ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Bien venidos, amigos. Di, Voltiman, ¿qué respondió nuestro hermano el rey de Noruega?

VOLTIMAN.

Corresponde con la mas sincera amistad á vuestras atenciones y á vuestro ruego. Así que llegamos mandó suspender los armamentos que hacia su sobrino, fingiendo ser preparativos contra el polaco; pero mejor informado después, halló ser cierto que se dirigian en ofensa vuestra. Indignado de que abusaran así de la impotencia á que le han reducido su edad y sus males, envió estrechas órdenes á Fortinbras, que sometiéndose prontamente á las reprensiones del tío, le ha jurado por último que nunca mas tomará las armas contra V. M. Satisfecho de este procedimiento el anciano rey, le señala sesenta mil escudos anuales, y le permite emplear contra Polonia las tropas que habia levantado. A este fin os ruega concedais paso libre por vuestros estados al ejército prevenido para tal empresa, bajo las condiciones de reciproca seguridad, espresadas aquí.

(*Saca unos papeles, y se los da á Claudio.*)

CLAUDIO.

Está bien: leeré en tiempo mas oportuno sus proposiciones, y reflexionaré lo que debo en este caso responderle. Entre tanto os doy gracias por el feliz desempeño de vuestro encargo. Descansad. A la noche sereis conmiigo en el festín. Tendré gusto de veros.

### ESCENA VI.

CLAUDIO, GERTRUDIS, OLONIO.

OLONIO.

Este asunto se ha concluido muy bien. (*Claudio hace una seña, y se retira el acompañamiento.*) Mi soberano (8), y vos, señora: explicar lo que es la dignidad de un monarca, las obligaciones del vasallo, porque el día es día, noche la noche, y tiempo el tiempo, seria gastar inútilmente el día, la noche y el tiempo. Así pues, como (9) quiera que la brevedad es el alma del talento, y que nada hay mas enfadoso que los rodeos y perifrasis... seré muy breve. Vuestro noble hijo está loco; y le llamo loco, porque, si en rigor se examina, ¿qué otra cosa es la locura sino estar uno enteramente loco? Pero dejando esto aparte...

GERTRUDIS.

Al caso, Polonio, al caso, y menos artificios.

OLONIO.

Yo os prometo, señora, que no me valgo de artificio alguno; es cierto que él está loco! es cierto que es lástima, y es lástima que sea cierto; pero dejemos á un lado esta pueril antitesis, que no quiero usar de artificios. Convengamos pues en que está loco, y ahora falta

As it hath us'd to do,) that I have found  
The very cause of Hamlet's lunacy.

KING.

O, speak of that; that do I long to hear.

OLONIUS.

Give first admittance to the ambassadors;  
My news shall be the fruit to that great feast.

KING.

Thyself do grace to them, and bring them in.

(*Exit Polonius*)

He tells me, my dear Gertrude, he hath found  
The head and source of all your sons's distemper.

QUEEN.

I doubt, it is no other but the main;  
His father's death, and our o'erhasty marriage.

*Re-enter Polonius, with Voltimand and Cornelius*

KING.

Well, we shall sift him.—Welcome, my good friends  
Say Voltimand, what from our brother Norway?

VOLTIMAND.

Most fair return of greetings, and desires.  
Upon our first, he sent out to suppress  
His nephew's levies; which to him appear'd  
To be a preparation 'gainst the Polack;  
But, better look'd into, he truly found  
It was against your highness: Whereat griev'd,—  
That so his sickness, age, and impotence,  
Was falsely borne in hand,—sends out arrests  
On Fortinbras; which he, in brief, obeys;  
Receives rebuke from Norway; and, in fine,  
Makes vow before his uncle, never more  
To give the assay of arms against your majesty.  
Whereon old Norway, overcome with joy,  
Gives him three thousand crowns in annual fee;  
And his commission, to employ those soldiers,  
So levied as before, against the Polack;  
With an entreaty, herein further shown,

(*Gives a paper*)

That it might please you to give quiet pass  
Through your dominions for this enterprise;  
On such regards of safety, and allowance,  
As therein are set down.

KING.

It likes us well;  
And, at our more consider'd time, we'll read,  
Answer, and think upon this business.  
Mean time, we thank you for your well-took labour.  
Go to your rest; at night we'll feast together:  
Most welcome home!

(*Exeunt Voltimand and Cornelius.*)

OLONIUS.

This business is well ended.

My liege, and madam, to expostulate  
What majesty should be, what duty is,  
Why day is day, night night, and time is time,  
Were nothing but to waste night, day, and time.  
Therefore,—since brevity is the soul of wit,  
And tediousness the limbs and outward flourishes,—  
I will be brief: Your noble son is mad:  
Mad, call I it: for to define true madness,  
What is't, but to be nothing else but mad?  
But let that go.

QUEEN.

More matter, with less art.

OLONIUS.

Madam, I swear, I use no art at all.  
That he is mad, 'tis true: 'tis true, 'tis pity;  
And pity 'tis, 'tis true: a foolish figure;  
But farewell it, for I will use no art.  
Mad let us grant him then: and now remains



descubrir la causa de este efecto, ó por mejor decir, la causa de este defecto; porque este efecto defectuoso nace de una causa, y así resta considerar lo restante. Yo tengo una hija... la tengo mientras es mía: que en prueba de su respeto y sumisión... notad lo que os digo... me ha entregado esta carta. (*Saca una carta y lee en ella los pedazos que indica el diálogo.*) Ahora resumid los hechos y sacareis la consecuencia. Al *idolo celestial de mi alma, á la sin par Ofelia*... Esta es una alta frase... una falta de frase sin par... Es una falta de frase, pero oíd lo demás. *Estas letras destinadas á que tu blanco y hermoso pecho las guarde: estas...*

GERTRUDIS.

¿Y esa carta se la ha enviado Hamlet?

POLONIO.

¡Bueno por cierto! Esperad un poco, seré muy fiel.

*Duda que son de fuego las estrellas,  
Duda si al sol el movimiento falta,  
Duda lo cierto, admite lo dudoso;  
Pero no dudas de mi amor las ansias.*

*Estos versos aumentan mi dolor, querida Ofelia; ni sé tampoco expresar mis penas con arte; pero cree que te amo en extremo, con el mayor extremo posible. Adios. Tuyo siempre, mi adorada niña, mientras esta máquina exista.—Hamlet.*

Mi hija, en fuerza de su obediencia, me ha hecho ver esta carta, y además me ha contado las solicitudes del príncipe, según han ocurrido, con todas las circunstancias del tiempo, el lugar y el modo.

CLAUDIO.

Y ella ¿cómo ha recibido su amor?

POLONIO.

¿En qué opinión me teneis?

CLAUDIO.

En la de un hombre honrado y veraz.

POLONIO.

Y me complazco en probaros que lo soy. Pero ¿qué habierais pensado de mí, si cuando he visto que tomaba vuelo este ardiente amor... porque os puedo asegurar que aun antes que mi hija me hablase, ya lo había yo advertido.... ¿qué hubiera pensado de mí V. M. y la reina que está presente, si hubiera tolerado este galanteo? ¿Si haciéndome violencia a mi propio hubiera permanecido silencioso y mudo, mirándolo con indiferencia? ¿Qué habierais pensado de mí? No, señor, yo he ido en derechura al asunto, y la dije á la niña ni mas ni menos: hija, el señor Hamlet es un príncipe muy superior á tu esfera... Esto no debe pasar adelante. Y después la mandé que se encerrase en su estancia, sin admitir recados ni recibir presentes. Ella ha sabido aprovecharse de mis preceptos, y el príncipe... (para abreviar la historia) al verse desdénado, comenzó á padecer melancolias, después inapetencia, después vigiliias, después debilidad, después aturdimiento, y después (por una graduación natural) la locura que le saca fuera de sí, y que todos nosotros lloramos.

CLAUDIO.

¿Creeis, señora, que esto haya pasado así?

GERTRUDIS.

Me parece bastante probable.

POLONIO.

¿Ha sucedido alguna vez... (tendría gusto de saberlo) que yo haya dicho positivamente, esto hay, y que haya resultado lo contrario?

CLAUDIO.

No se me acuerda.

POLONIO.

Pues separadme esta de este, (*Señalando la cabeza y el cuello.*) si otra cosa hubiere en el asunto... ¡Ah! por poco que las circunstancias me ayuden, yo descubriré la ver-

That we find out the cause of this effect;  
Or, rather say, the cause of this defect;  
For this effect, defective, comes by cause:  
Thus it remains, and the remainder thus.  
Perpend.

I have a daughter; have, while she is mine;  
Who, in her duty and obedience, mark,  
Hath given me this: Now gather, and surmise.

—To the celestial, and my soul's idol, the most beautiful  
Ophelia,—

That's an ill phrase, a vile phrase; beautified is a vile  
phrase; but you shall hear.—Thus:

In her excellent white bosom, these, etc.

QUEEN.

Came this from Hamlet to her?

POLONIUS.

Good madam, stay awhile; I will be faithful.—

Doubt thou, the stars are fire; (*Reads.*)

Doubt, that the sun doth move:

Doubt truth to be a liar;

But never doubt, I love.

O dear Ophelia, I am ill at these numbers; I have not art  
to reckon my groans: but that I love thee best, O most best,  
believe it. Adieu.

Thine evermore, most dear lady, whilst this  
machine is to him, HAMLET.

This, in obedience, hath my daughter shown me:  
And more above, hath his solicitings,  
As they fell out by time, by means, and place,  
All given to mine ear.

KING.

But how hath she

Received his love?

POLONIUS.

What do you think of me?

KING.

As of a man faithful and honourable.

POLONIUS.

I would fain prove so. But what might you think,  
When I had seen this hot love on the wing,  
(As I perceiv'd it, I must tell you that,  
Before my daughter told me,) what might you,  
Or my dear majesty your queen here, think,  
If I had play'd the desk, or table-book;  
Or given my heart a working, mute and dumb;  
Or look'd upon this love with idle sight;  
What might you think? no, I went round to work  
And my young mistress thus did bespeak;  
*Lord Hamlet is a prince out of thy sphere;*  
*This must not be:* and then I precepts gave her,  
That she should lock herself from his resort,  
Admit no messengers, receive no tokens.  
Which done, she took the fruits of my advice;  
And he, repulsed, (a short tale to make,)  
Fell into a sadness; then into a fast;  
Thence to a watch; thence into a weakness;  
Thence to a lightness; and, by this declension,  
Into the madness wherein now he raves,  
And all we mourn for.

KING.

Do you think, 'tis this?

QUEEN.

It may be, very likely.

POLONIUS.

Hath there been such a time, (I'd fain know that,)  
That I have positively said, 'Tis so,  
When it prov'd otherwise?

KING.

Not that I know.

POLONIUS.

Take this from this, if this be otherwise:

(*Pointing to his head and shoulder.*)

If circumstances lead me, I will find

dad donde quiera que se oculte, aunque el centro de la tierra la sepultara.

CLAUDIO.

¿Y cómo te parece que pudiéramos hacer nuevas indagaciones?

OLONIO.

Bien sabéis que el príncipe suele pasearse algunas veces por esa galería cuatro horas enteras.

GERTRUDIS.

Es verdad, así suele hacerlo.

OLONIO.

Pues cuando él venga, yo haré que mi hija le salga al paso. Vos y yo nos ocultaremos detrás de los tapices, para observar lo que hace al verla. Si él no la ama y no es esta la causa de haber perdido el juicio, despedidme de vuestro lado y de vuestra corte, y enviadme á una alquería á guiar un arado.

CLAUDIO.

Sí, yo lo quiero averiguar.

GERTRUDIS.

Pero, ¿veis? (10) ¡Qué lástima! Leyendo viene el infeliz.

OLONIO.

Retiraos, yo os lo suplico: retiraos entrambos, que le quiero hablar si me dais licencia.

### ESCENA VII.

OLONIO, HAMLET.

OLONIO.

¿Cómo os va, mi buen señor?

(*Hamlet sale leyendo un libro.*)

HAMLET.

Bien, á Dios gracias.

OLONIO.

¿Me conoceis?

HAMLET.

Perfectamente. Tú vendes peces.

OLONIO.

¿Yo? No, señor.

HAMLET.

Así fueras honrado.

OLONIO.

¿Honrado decid?

HAMLET.

Sí, señor, que lo digo. El ser honrado, segun va el mundo, es lo mismo que ser escogido uno entre diez mil.

OLONIO.

Todo eso es verdad.

HAMLET.

Si el sol engendra (11) gusanos en un perro muerto, y aunque es un dios, alumbra benigno con sus rayos á un cadáver corrupto... ¿No tienes una hija?

OLONIO.

Sí, señor, una tengo.

HAMLET.

Pues no la dejes pasear al sol. La concepcion es una bendicion del cielo, pero no del modo en que tu hija podrá concebir. Cuida mucho de esto, amigo.

OLONIO.

Pero ¿qué quereis decir con eso? Siempre está pensando en mi hija. No obstante, al principio no me conoció... Dice que vendo peces... ¿Está rematado, rematado!... Y en verdad que yo tambien, siendo mozo, me vi muy trastornado por el amor... casi tanto como él. Quiero hablarle otra vez. ¿Qué estais leyendo?

HAMLET.

Palabras, palabras, todo palabras.

OLONIO.

¿Y de qué se trata?

HAMLET.

¿Entre quién?

OLONIO.

Digo que de qué trata el libro que lees.

Where truth is hid, though it were hid indeed  
Within the centre.

KING.

How may we try it further?

OLONIUS.

You know sometimes he walks four hours together  
Here in the lobby.

QUEEN.

So he does, indeed.

OLONIUS.

At such a time I'll loose my daughter to him,  
Be you and I behind an arras then;  
Mark the encounter: if he love her not,  
And be not from his reason fallen thereon  
Let me be no assistant for a state,  
But keep a farm, and carters.

KING.

We will try it.

*Enter Hamlet, reading.*

QUEEN.

But look, where sadly the poor wretch comes, r

OLONIUS.

Away, I do beseech you, both away;  
I'll board him presently: —O, give me leave.—

(*Exeunt King, Queen, and Attendants*)

How does my good lord Hamlet?

HAMLET.

Well, god-'a-mercy.

OLONIUS.

Do you know me, my lord?

HAMLET.

Excellent well; you are a fishmonger.

OLONIUS.

Not I, my lord.

HAMLET.

Then I would you were so honest a man.

OLONIUS.

Honest, my lord?

HAMLET.

Ay, sir; to be honest, as this world goes, is to  
man picked out of ten thousand.

OLONIUS.

That's very true, my lord.

HAMLET.

For if the sun breed maggots in a dead dog, b  
god, kissing carrion,—Have you a daughter?

OLONIUS.

I have, my lord.

HAMLET.

Let her not walk i' the sun: conception is a ble  
but as your daughter may conceive,—friend, look, l

OLONIUS.

How say you by that? (*Aside.*) Still harping  
daughter:—yet he knew me not at first; he said,  
fishmonger: He is far gone, far gone: and, truly, in my  
I suffered much extremity for love; very near this. I'll  
to him again.—What do you read, my lord?

HAMLET.

Words, words, words!

OLONIUS.

What is the matter, my lord?

HAMLET.

Between who?

OLONIUS.

I mean, the matter that you read, my lord.

HAMLET.

De calumnias. Aquí dice (12) el malvado satírico, que los viejos tienen la barba blanca, las caras con arrugas, que vierten de sus ojos ámbra abundante y goma de ciruela, que padecen gran debilidad de piernas y mucha falta de entendimiento. Todo lo cual, señor mío, aunque yo plena y eficazmente lo creo, con todo eso, no me parece bien ballarlo afirmado en tales términos; porque al fin vos seriais sin duda tan jóven como yo, si os fuera posible andar acia atrás como el cangrejo.

POLONIO.

Aunque todo es locura, no deja de observar método en lo que dice. ¿Queréis venir, señor, adonde no os dé el aire?

HAMLET.

¿Adónde? ¿A la sepultura?

POLONIO.

Cierto que allí no da el aire. ¿Con qué agudera respuesta siempre! Estos golpes felices son frecuentes en la locura, cuando en el estado de razón y salud tal vez no se logran. Voile á dejar, y disponer al instante el careo entre él y mi hija. Señor, si me dáis licencia de que me vaya...

HAMLET.

No me puedes pedir cosa que con mas gusto te conceda, exceptuando la vida, eso sí, exceptuando la vida.

POLONIO.

Adios, señor.

HAMLET.

¡Fastidiosos y extravagantes viejos!

POLONIO, á Guillermo y Ricardo, que salen por donde él se va.

Si buscáis al príncipe, vedle ahí.

## ESCENA VIII.

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO.

RICARDO.

Buenos dias, señor.

GUILLERMO.

Dios guarde á V. A.

RICARDO.

Mi venerado príncipe.

HAMLET.

¡Oh, buenos amigos! ¿Cómo va? ¿Guillermo, Ricardo, guapos mozos! ¿Cómo va? ¿Qué se hace de bueno?

RICARDO.

Nada, señor: pasamos una vida muy indiferente.

GUILLERMO.

Nos creemos felices en no ser demasiado felices. No, no servimos de airon al tocado de la fortuna.

HAMLET.

¿Ni de suelas á su calzado?

RICARDO.

Ni uno ni otro.

HAMLET.

En tal caso (13) estareis colocados acia su cintura: allí es el centro de los favores.

GUILLERMO.

Cierto, como privados suyos.

HAMLET.

Pues allí es lo mas oculto... ¡Ah! díces bien, ella es una prostituta... ¿Qué hay de nuevo?

RICARDO.

Nada, sino que ya los hombres van siendo buenos.

HAMLET.

Señal que el día del juicio va á venir pronto. Pero vuestras noticias no son ciertas... Permítid que os pregunte mas particularmente: ¿por qué delitos os ha traido aqui vuestra mala suerte á vivir en prisiones?

GUILLERMO.

¿En prision decís?

HAMLET.

Standers, sir: for the satirical rogue says here, that old men have grey beards; that their faces are wrinkled; their eyes purging thick amber, and plum-tree gum; and that they have a plentiful lack of wit, together with most weak hams: all of which, sir, though I most powerfully and potently believe, yet I hold it not honesty to have it thus set down; for yourself, sir, shall be as old as I am, if, like a crab, you could go backward.

POLONIO.

Though this be madness, yet there's method in it. (Aside.) Will you walk out of the air, my lord?

HAMLET.

Into my grave?

POLONIO.

Indeed, that is out o'the air.—How pregnant sometimes his replies are! a happiness that often madness hits on, which reason and sanity could not so prosperously be delivered of. I will leave him, and suddenly contrive the means of meeting between him and my daughter.—My honourable lord, I will most humbly take my leave of you.

HAMLET.

You cannot, sir, take from me any thing that I will more willingly part withal; except my life, except my life, except my life.

POLONIO.

Fare you well, my lord.

HAMLET.

These tedious old fools!

Enter Rosencrantz and Guildenstern.

POLONIO.

You go to seek the lord Hamlet; there he is.

ROSENCRANTZ.

God save you, sir!

(To Polonius.)  
(Exit Polonius.)

GUILDENSTERN.

My honour'd lord!—

ROSENCRANTZ.

My most dear lord!

HAMLET.

My excellent good friends! How dost thou, Guildenstern? Ah, Rosencrantz! Good morn, how do ye both?

ROSENCRANTZ.

As the indifferent children of the earth.

GUILDENSTERN.

Happy, in that we are not over-happy; On fortune's cap we are not the very button.

HAMLET.

Nor the soles of her shoe?

ROSENCRANTZ.

Neither, my lord.

HAMLET.

Then you live about her waist, or in the middle of her thighs?

GUILDENSTERN.

'Faith, her privates too.

HAMLET.

HAMLET.

Sí: Dinamarca es una cárcel.

RICARDO.

También el mundo lo será.

HAMLET.

Y muy grande, con muchas guardas, encierros y calabozos; y Dinamarca es uno de los peores.

RICARDO.

Nosotros no éramos de esa opinion.

HAMLET.

Para vosotros podrá no serlo, porque nada hay bueno ni malo sino en fuerza de nuestra fantasía. Para mí es una verdadera cárcel.

RICARDO.

Será vuestra ambicion la que os le figura tal: la grandeza de vuestro ánimo le hallará estrecho.

HAMLET.

¡Oh, Dios mío! Yo pudiera estar encerrado en la cámara de una nuez, y creerme soberano de un estado inmenso... Pero estos sueños terribles me hacen infeliz.

RICARDO.

Todos esos sueños son ambicion, y todo cuanto al ambicioso le agita no es mas que la sombra de un sueño.

HAMLET.

El sueño en sí no es mas que una sombra.

RICARDO.

Ciertamente, y yo considero la ambicion por tan lijera y vana, que me parece la sombra de una sombra.

HAMLET.

De donde resulta que los mendigos son cuerpos, y los monarcas y héroes agigantados, sombras de los mendigos... Iremos un rato á la corte, señores, porque á la verdad no tengo la cabeza para discurrir.

LOS DOS.

Os iremos sirviendo.

HAMLET.

¡Oh! no se trate de eso. No os quiero confundir con mis criados, que, á fe de hombre de bien, me sirven indignamente. Pero decidme por nuestra amistad antigua: ¿qué haceis en Elsingor?

RICARDO.

Señor, hemos venido únicamente á veros.

HAMLET.

Tan pobre soy, que aun de gracias estoy escaso: no obstante, agradezco vuestra fineza... Bien que os puedo asegurar que mis gracias, aunque se paguen á ochavo, se pagan mucho. ¿Y quién os ha hecho venir? ¿Es libre esta visita? ¿Me la haceis por vuestro gusto propio? Vaya, habladme con franqueza; vaya, decidmelo.

GUILLERMO.

¿Y qué os hemos de decir, señor?

HAMLET.

Todo lo que haya acerca de esto. A vosotros os envían sin duda, y en vuestros ojos hallo una especie de confesion, que toda vuestra reserva no puede desmentir. Yo sé que el bueno del rey y tambien la reina os han mandado que vengais.

RICARDO.

Pero ¿á qué fin?

HAMLET.

Eso es lo que debeis decirme. Pero os pido por los derechos de nuestra amistad, por la conformidad de nuestros años juveniles, por las obligaciones de nuestro no interrumpido afecto, por todo aquello, en fin, que sea para vosotros mas grato y respetable, que me digais con sencillez la verdad. ¿Os han mandado venir, ó no?

RICARDO, mirando á Guillermo.

¿Qué dices tú?

HAMLET.

Ya os he dicho que lo estoy viendo en vuestros ojos: si me estimais de veras, no hay que desmentirlos.

HAMLET.

Denmark's a prison.

ROSENCRANTZ.

Then is the world one.

HAMLET.

A goodly one; in which there are many confines, and dungeons; Denmark being one of the worst.

ROSENCRANTZ.

We think not so, my lord.

HAMLET.

Why, then 'tis none to you; for there is nothing good or bad, but hinking makes it so: to me it is a

ROSENCRANTZ.

Why, then your ambition makes it one; 'tis too for your mind.

HAMLET.

O God! I could be bounded in a nut-shell, and myself a king of infinite space; were it not that I ha dreams.

GUILDENSTERN.

Which dreams, indeed, are ambition; for the ver tance of the ambitious is merely the shadow of a dr

HAMLET.

A dream itself is but a shadow.

ROSENCRANTZ.

Truly, and I hold ambition of so airy and light a that it is but a shadow's shadow.

HAMLET.

Then are our beggars, bodies; and our monarc outstretch'd heroes, the beggars' shadows: Shall the court? for, by my fay, I cannot reason.

ROSENCRANTZ, GUILDENSTERN.

We'll wait upon you.

HAMLET.

No such matter: I will not sort you with the res servants; for, to speak to you like an honest man most dreadfully attended. But, in the beaten way of ship, what make you at Elsinore?

ROSENCRANTZ.

To visit you, my lord; no other occasion.

HAMLET.

Beggard that I am, I am even poor in thanks; but you: and sure, dear friends, my thanks are too d halfpenny. Were you not sent for? Is it your own ning? Is it a free visitation? Come, come, deal just me: come, come; uay, speak.

GUILDENSTERN.

What should we say, my lord?

HAMLET.

Any thing—but to the purpose. You were sent fo there is a kind of confession in your looks, whic modesties have not craft enough to colour: I kno good king and queen have sent for you.

ROSENCRANTZ.

To what end, my lord?

HAMLET.

That you must teach me. But let me conjure you, rights of our fellowship, by the consonancy of our by the obligation of our ever-preserved love, and b more dear a better proposer could charge you wil even and direct with me, whether you were sent no?

ROSENCRANTZ.

What say you?

(To Guilden

HAMLET.

Nay, then, I have an eye of you; (Aside.)—If y me, hold not off.

GUILLENMO.

Pues, señor, es cierto : nos han hecho venir.

HAMLET.

Y yo os voy á decir el motivo : así me anticiparé á vuestra propia confesion, sin que la fidelidad que debéis al rey y la reina quede por vosotros ofendida. Yo he perdido de poco tiempo á esta parte, sin saber la causa, toda mi alegría, olvidando mis ordinarias ocupaciones ; y este accidente ha sido tan funesto á mi salud, que la tierra, esa divina máquina, me parece un promontorio estéril ; ese dosel magnífico de los cielos, ese hermoso firmamento que veis sobre nosotros, esa techumbre majestuosa sembrada de doradas luces, no otra cosa me parece que una desagradable y pestífera multitud de vapores. ¡Qué admirable fabrica es la del hombre ! ¡Qué noble su razon ! ¡Qué infinitas sus facultades ! ¡Qué expresivo y maravilloso en su forma y sus movimientos ! ¡Qué semejante á un ángel en sus acciones ! Y en su espíritu ¡qué semejante á Dios ! El es sin duda lo mas hermoso de la tierra, el mas perfecto de todos los animales. Pues no obstante, ¿qué juzgais que es en mi estimacion ese purificado polvo ? El hombre no me deleita... ni menos la mujer... bien que ya veo en vuestra sonrisa que aprobais mi opinion.

RICARDO.

En verdad, señor, que no habeis acertado mis ideas.

HAMLET.

Pues ¿por qué te reias cuando dije que no me deleita el hombre ?

RICARDO.

Me rei al considerar, puesto que los hombres no os deleitan, qué comidas de cuaresma dareis á los cómicos que hemos hallado en el camino, y están ahí deseando emplearse en servicio vuestro.

HAMLET.

El que hace de rey sea muy bien venido ; S. M. recibirá mis obsequios como es de razon ; el arrojado caballero sacará á lucir su espada y su broquel, el enamorado no suspirará de balde, el que hace de loco acabará su papel en paz, el patán dará aquellas risotadas con que sacude los pulmones áridos, y la dama espresará libremente su pasion, ó las interrupciones del verso hablarán por ella. ¿Y qué cómicos son ?

RICARDO.

Los que mas os agradan regularmente. La compaña tragica de nuestra ciudad.

HAMLET.

¿Y por qué andan vagando así ? No les sería mejor para su reputacion y sus intereses establecerse en alguna parte ?

RICARDO.

Creo que los (14) últimos regimientos se lo prohiben.

HAMLET.

¿Son hoy tan bien recibidos como cuando yo estuve en la ciudad ? ¿Acude siempre el mismo concurso ?

RICARDO.

No, señor, no por cierto.

HAMLET.

¿Y en qué consiste ? ¿Se han echado á perder ?

RICARDO.

No, señor. Ellos han procurado seguir siempre su acostumbrado método ; pero hay aquí una cria de (15) chiquillos, vancejos chillones, que gritando en la declamacion fuera de propósito, son por esto mismo palmoteados hasta el exceso. Esta es la diversion del dia ; y tanto han denigrado los espectáculos ordinarios (como ellos los llaman), que muchos caballeros de espada en cinta, atemorizados de las plumas de ganso de este teatro, rara vez se atreven á poner el pié en los otros.

HAMLET.

¿Oiga ! ¿Con que son muchachos ? ¿Y quién los sostiene ? ¿Qué sueldo les dan ? ¿Abandonarán el ejercicio cuando pierdan la voz para cantar ? Y cuando tengan que hacerse

cómicos ordinarios, como parece verosímil que suceda, si carecen de otros medios, ¿no dirán entonces que sus compositores los han perjudicado, haciéndoles declamar contra la profesión misma que han tenido que abrazar después?

RICARDO.

Lo cierto es que han ocurrido ya muchos disgustos por ambas partes, y la nación ve sin escrúpulo continuarse la discordia entre ellos. Ha habido tiempo en que el dinero de las piezas no se cobraba hasta que el poeta y el cómico reñían y se hablaban de bofetones.

HAMLET.

¿Es posible?

GUILLERMO.

¡Oh si lo es! Como que ha habido ya muchas cabezas rotas.

HAMLET.

Y qué, ¿los chicos han vencido en esas peleas?

RICARDO.

Cierto que sí, y se hubieran burlado del mismo Hércules con maza y todo.

HAMLET.

No es extraño. Ya veis mi tío, rey de Dinamarca. Los que se mofaban de él mientras vivió mi padre, ahora dan veinte, cuarenta, cincuenta y aun cien ducados por su retrato de miniatura. En esto hay algo que es mas que natural, si la filosofía pudiera descubrirlo.

GUILLERMO.

Ya están ahí los cómicos.

HAMLET.

Pues, caballeros, muy bien venidos á Elsingor; acercaos aquí, dadme las manos. Las señales de una buena acogida consisten por lo comun en ceremonias y cumplimientos; pero permitid que os trate así, porque os hago saber que yo debo recibir muy bien á los cómicos en lo exterior, y no quisiera que las distinciones que á ellos les haga pareciesen mayores que las que os hago á vosotros. Bien venidos... Pero mi tío padre, y mi madre tía, á fe á fe, que se equivocan mucho.

GUILLERMO.

¿En qué, señor?

HAMLET.

Yo no estoy loco, sino cuando sopla el nornordeste; pero cuando corre el sur, distingo muy bien un huevo de una castaña.

### ESCENA IX.

POLONIO Y DICHOS.

POLONIO.

Dios os guarde, señores.

HAMLET.

Oye aquí, Guillermo, y tú también.... un oyente á cada lado. ¿Veis aquel vejestorio que acaba de entrar? Pues aun no ha salido de mantillas.

RICARDO.

O acaso habrá vuelto á ellas, porque segun se dice, la vejez es segunda infancia.

HAMLET.

Apostaré que me viene á hablar de los cómicos, tened cuidado.... Pues, señor, tú tienes razon; eso fué el lunes por la mañana, no hay duda.

POLONIO.

Señor, tengo que daros una noticia.

HAMLET.

Señor, tengo que daros una noticia. (*Imitando la voz de Polonio.*) Cuando Roscio era actor en Roma...

POLONIO.

Señor, los cómicos han venido.

HAMLET.

¡Tuh! tuh! tuh!

POLONIO.

Como soy hombre de bien que sí.

grow themselves to common players, (as it is most likely if their means are no better,) their writers do them wrong to make them exclaim against their own succession?

ROSENCRANTZ.

'Faith, there has been much to do on both sides; the nation holds it no sin, to tarre them on to controvert there was, for a while, no money bid for argument, and the poet and the player went to cuffs in the question.

HAMLET.

Is it possible?

GUILDENSTERN.

O, there has been much throwing about of brains.

HAMLET.

Do the boys carry it away?

ROSENCRANTZ.

Ay, that they do, my lord; Hercules and his load!

HAMLET.

It is not very strange: for my uncle is king of Denmark and those, that would make mouths at him while he is living, give twenty, forty, fifty, an hundred ducats a-piece, for his picture in little. 'Sblood, there is something in this more than natural, if philosophy could look it out.

(*Flourish of trumpets with*

GUILDENSTERN.

There are the players.

HAMLET.

Gentlemen, you are welcome to Elsinore.—Your honour's ceremony: the apurtenance of welcome is fashion ceremony: let me comply with you in this garb; let the extent to the players, which, I tell you, must shew outward, should more appear like entertainment yours. You are welcome; but my uncle-father, and mother, are deceived.

GUILDENSTERN.

In what, my dear lord?

HAMLET.

I am but mad north-north-west: when the wind southerly, I know a hawk from a hand-saw.

*Enter Polonius.*

POLONIUS.

Well be with you, gentlemen!

HAMLET.

Hark you, Guildenstern?—and you, too;—at each ear: that great baby, you see there, is not yet out of his swaddling-clouts.

ROSENCRANTZ.

Happily, he's the second time come to them; for, say, an old man, is twice a child.

HAMLET.

I will prophesy, he comes to tell me of the players; it.—You say right, sir: o'Monday morning; 'twas indeed.

POLONIUS.

My lord, I have news to tell you.

HAMLET.

My lord, I have news to tell you. When Roscius was actor in Rome.—

POLONIUS.

The actors are come hither, my lord.

HAMLET.

Buz, buz!

POLONIUS.

Upon my honour,—

HAMLET.

Cada actor viene caballero en burro.  
(Hamlet declama este verso en tono trágico y los que dicen poco después.)

OLONIO.

Estos son los mas excelentes actores del mundo, así es la tragedia (16) como en la comedia, historia ó pastoral en lo cómico-pastoral, histórico-pastoral, trágico-histórico, trágico-cómico-histórico-pastoral, escena (17) indivisible, poema ilimitado..... ¡Qué! Para ellos ni Séneca es demasiado grave, ni Plauto demasiado ligero, y es cuanto á las reglas de composicion y á la franqueza cómica, estos son los únicos.

HAMLET.

¡ Oh Jepté, juez de Israel !...

¡ Qué tesoro poseiste !

OLONIO.

¿ Y qué tesoro era el suyo, señor ?

HAMLET.

¿ Qué tesoro ?

No mas que una hermosa hija  
A quien amaba en extremo.

OLONIO.

Siempre pensando en mi hija.

HAMLET.

¿ No tengo razon, anciano Jepté ?

OLONIO.

Señor, si me llamais Jepté, cierto es que tengo una hija á quien amo en extremo.

HAMLET.

¡ Oh ! no es eso lo que se sigue.

OLONIO.

Pues ¿ qué sigue, señor ?

HAMLET.

Esto :

No hay mas suerte que Dios, ni mas destino.

Y luego, ya sabes :

(Que cuanto nos suceda él lo previno.

Lee la primera (18) linea de aquella devota cancion, y ella sola te manifestará lo demás. Pero, ¿ veis ? Ahí vienen otros á hablar por mí.

## ESCENA X.

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO, OLONIO Y CUATRO CÓMICOS.

HAMLET.

Bien venidos, señores ; me alegro de veros á todos tan buenos. Bien venidos..... ¡ Oh ! ¡ oh camarada antiguo ! mucho se te ha arrugado la cara desde la última vez que te vi. ¿ Vienes á Dinamarca á hacerte parecer viejo á mí tambien ? ¡ Y tú, mi niña, oiga ! ya eres una señorita ; por la Virgen, que ya está vuesaaced una cuarta mas cerca del cielo desde que no la he visto. Dios (19) quiera que tu voz, semejante á una pieza de oro falso, no se descubra al echarla en el crisol. Señores, muy bien venidos todos. Pero amigos, yo voy en derechura al caso, y corro detras del primer objeto que se me presenta, como halconero francés. Yo quiero al instante una relacion. Si, veamos alguna prueba de vuestra habilidad. Vaya un pasaje afectuoso.

CÓMICO PRIMERO.

¿ Y cuál quereis, señor ?

HAMLET.

Me acuerdo de haberte oído en otro tiempo una relacion que nunca se ha representado al público, ó una sola vez cuando mas... Si, y me acuerdo tambien que no agradaba á la multitud ; no era ciertamente manjar para el vulgo. Pero á mí me pareció entonces, y aun á otros cuyo clámen vale mas que el mío, una excelente pieza, bien

dispuesta la fábula, y escrita con elegancia y decoro. No faltó sin embargo quien dijo que no había en los versos toda la sal necesaria para sazonar el asunto, y que lo insignificante del estilo anunciaba poca sensibilidad en el autor; bien que no dejaban de tenerla por obra escrita con método, instructiva y elegante, y mas brillante que delicada. Particularmente me gustó mucho en ella una relación que Eneas hace á Dido, y sobre todo cuando habla de la muerte de Priamo. Si la tienes en la memoria... empieza por aquel verso... deja, deja, veré si me acuerdo.

Pirro feroz como la hircana tigre.....

(Todos los versos de esta escena los dicen con declamación trágica.)

No es este; pero empieza con Pirro... ¡ah!...

Pirro (20) feroz, con pavonadas armas,  
Negras como su intento, reclinado  
Dentro en los senos del caballo enorme,  
A la lóbrega noche parecía.  
Ya su terrible, ennegrecido aspecto  
Mayor espanto da. Todo le tiñe  
De la cabeza al pié caliente sangre  
De ancianos y matronas, de robustos  
Mancebos y de vírgenes, que abrasa  
El fuego de inflamados edificios  
En confuso monton; á cuya horrenda  
Luz que despiden, el caudillo insano  
Muerto y estrago espere. Ardiendo en ira,  
Cubierto de cuajada sangre, vuelve  
Los ojos, al carbunclo semejantes,  
Y busca, instado de infernal venganza,  
Al viejo abuelo Priamo.....

Prosigue tú.

POLONIO.

¡Muy bien declamado, á fe mía! con buen acento y bella espresion.

CÓMICO PRIMERO.

Al momento

Le ve lidiando, ¡resistencia breve!  
Contra los griegos; su temida espada  
Rebelde al brazo ya, le pesa inútil.  
Pirro, de furias lleno, le provoca  
A liza desigual; herirle intenta,  
Y el aire solo del funesto acero  
Postra al débil anciano. Y cual si fuese  
A tanto golpe el Ilion sensible,  
Al suelo desplomó sus techos altos,  
Ardiendo en llamas, y al rumor suspenso.  
Pirro.... ¿Le veis? la espada que venia  
A herir del teucro la nevada frente  
Se detiene en los aires, y él inmóvil,  
Absorto y mudo y sin acción su enojo,  
La imagen de un tirano representa  
Que figuró el pincel. Mas como suele  
Tal vez el cielo en tempestad oscura  
Parar su movimiento, de los aires  
El impetu cesar, y en silenciosa  
Quietud de muerte reposar el orbe,  
Hasta que el trueno, con horror zumbando,  
Rompe la alta region; así un instante  
Suspensa fué la cólera de Pirro,  
Y así, dispuesto á la venganza, el duro  
Combate renovó. No mas tremendo  
Golpe en las armas de Mavorte eternas  
Dieron jamas los ciclopes tostados,  
Que sobre el triste anciano la cuchilla  
Sangrienta dió del sucesor de Aquiles.  
¡Oh fortuna falaz!.... Vos, poderosos  
Dioses, quitadla su dominio injusto;  
Romped los rayos de su rueda y calces,  
Y el eje circular desde el Olimpo  
Caiga en pedazos del abismo al centro.

POLONIO.

Es demasiado largo.

HANLET.

Lo mismo dirá de tus barbas el barbero. Prosigue. Esto solo gusta de ver bailar ó de oír cuentos de alcahuetas, o si no se duerme. Prosigue con aquello de Hécuba.

nor no matter in the phrase, that might indite the of affection: but called it, an honest method, as some as sweet, and by very much more handsome fine. One speech in it I chiefly lov'd: 'twas *Æneas* to Dido; and thereabout of it especially, where he of Priam's slaughter. If it live in your memory, this line; let me see, let me see;

*The rugged Pyrrhus, like the Hyrcanian beast,*  
'tis not so; it begins with Pyrrhus.

*The rugged Pyrrhus,—he, whose sable arms,  
Black as his purpose, did the night resemble,  
When he lay couched in the ominous horse,  
Hath now this dread and black complexion smeared  
With heraldry more dismal; head to foot  
Now is he total gules; horribly trick'd  
With blood of fathers, mothers, daughters, sons  
Bak'd and impasted with the parching streets,  
That lend a tyrannous and a damned light  
To their lord's murder. Roasted in wrath, and  
And thus o'er-sized with coagulate gore,  
With eyes like carbuncles, the hellish Pyrrhus  
Old grandsire Priam seeks;—So, proceed you.*

POLONIUS.

'Fore God, my lord, well spoken; with good accent and good discretion.

I PLAYER.

Anon he finds him

*Striking too short at Greeks; his antique sword,  
Rebellious to his arm, lies where it falls,  
Repugnant to command. Unequal match'd,  
Pyrrhus and Priam drives; in rage, strikes wide;  
But with the whiff and wind of his fell sword  
The unnerv'd father falls. Then senseless Ilium,  
Seeming to feel this blow, with flaming top  
Stoops to his base; and with a hideous crash  
Takes prisoner Pyrrhus' ear: for, lo! his sword  
Which was declining on the milky head  
Of reverend Priam, seem'd in the air to stick:  
So, as a painted tyrant, Pyrrhus stood;  
And, like a neutral to his will and matter,  
Did nothing  
But, as we often see, against some storm,  
A silence in the heavens, the rack stands still,  
The bold winds speechless, and the orb below  
As hush as death: anon the dreadful thunder  
Doth rend the region: So, after Pyrrhus' pause,  
A roused vengeance sets him new a work;  
And never did the Cyclops' hammers fall  
On Mars's armour, forg'd for proof eternal,  
With less remorse than Pyrrhus' bleeding sword  
Now falls on Priam.—  
Out, out, thou strumpet, Fortune! All you gods,  
In general synod, take away her power,  
Break all the spokes and felloes from her wheel,  
And bowl the round nave down the hill of heaven,  
As low as to the fiends!*

POLONIUS.

This is too long.

HANLET.

It shall to the barber's, with your beard. — *Pyrrhus* on: — He's for a jig, or a tale of bawdry, or he shall say on: come to Hecuba.



## CÓMICO PRIMERO.

Pero quien viese ; oh vista dolorosa !  
La mal ceñida reina.....

HAMLET.

¡ La mal ceñida Reina !

POLONIO.

Eso es bueno , mal ceñida reina , ¡ bueno !

## CÓMICO PRIMERO.

Pero quien viese , ¡ oh vista dolorosa !  
La mal ceñida reina , el pié desnudo ,  
Girar de un lado al otro , amenazando  
Estinguir con sus lagrimas el fuego....  
En vez de vestidura rozagante  
Cubierto el seno , harto fecundo un día ,  
Con las ropas del lecho arrebatadas  
( Ni á mas la dió lugar el susto horrible ) ,  
Rasgado un velo en su cabeza , donde  
Antes resplandeció corona augusta....  
¡ Ay ! quien la viese , á los supremos hados  
Con lengua venenosa execraria.  
Los dioses mismos , si á piedad les mueve  
El linaje mortal , dolor sintieran  
De verla , cuando al implacable Pirro  
Halló esparciendo en trozos con su espada  
Del muerto esposo los helados miembros.  
Lo ve , y esclama con gemido triste ,  
Bastante á conturbar allá en su altura  
Las deidades de olimpo , y los brillantes  
Ojos del cielo humedecer en lloro.

POLONIO.

Ved cómo muda de color , y se le han saltado las lágrimas. No , no prosigais.

HAMLET.

Basta ya , presto me dirás lo que falta. Señor mio , es menester hacer que estos cómicos se establezcan , ¿ lo entiendes ? y agasajarlos bien. Ellos son sin duda el epitome histórico de los siglos , y mas te valdrá tener después de muerto un mal epitafio , que una mala reputacion entre ellos mientras vivas.

POLONIO.

Yo , señor , los trataré conforme á sus méritos.

HAMLET.

¿ Qué cabeza esta ! No , señor , mucho mejor. Si á los hombres se les hubiese de tratar segun merecen , ¿ quién escaparia de ser azotado ? Trátalos como corresponde á tu nobleza y á tu propio honor ; cuanto menor sea su mérito , mayor sea tu bondad. Acompáñalos.

POLONIO.

Venid , señores.

HAMLET.

Amigos , id con él. Mañana habrá comedia. Oye aquí tú , amigo , dime , ¿ no pudierais representar *la Muerte de Gonzago* ?

## CÓMICO PRIMERO.

Si , señor.

HAMLET.

Pues mañana á la noche quiero que se haga. ¿ Y no podrias , si fuese menester , aprender de memoria unos doce ó diez y seis versos que quiero escribir é insertar en la pieza ? ¿ Podrás ?

## CÓMICO PRIMERO.

Si , señor.

HAMLET.

Muy bien ; pues vete con aquel caballero , y cuenta no hagais burla de él. Amigos , hasta la noche. Pasadlo bien.

RICARDO.

Señor.

HAMLET.

Id con Dios.

## ESCENA XI.

HAMLET.

Ya estoy solo . ¿ Qué abatido , qué insensible soy ! ¿ No es admirable que este actor , en una fábula , en una ficcion , pueda dirigir tan á su placer el ánimo , que así agite y des-

## 1 PLAYER.

*But who, ah woe! had seen the mobled queen—*

HAMLET.

The mobled queen ?

POLONIUS.

That's good ; mobled queen, is good.

## 1 PLAYER.

*Run barefoot up and down, threat'ning the flames  
With bisson rheum; a clout upon that head,  
Where late the diadem stood; and, for a robe,  
About her lank and all o'er-teeming loins,  
A blanket, in the alarm of fear caught up;  
Who this had seen, with tongue in venom steep'd,  
'Gaintst fortune's state would treason have pronounc'd:  
But if the gods themselves did see her then,  
When she saw Pyrrhus make malicious sport,  
In mincing with his sword her husband's limbs;  
The instant burst of clamour that she made,  
(Unless things mortal move them not at all,)  
Woul' have made milch the burning eye of heaven,  
And passion in the gods.*

POLONIUS.

Look, whether he has not turned his colour, and has tears in's eyes. — Pr'ythee, no more.

HAMLET.

'Tis well ; I'll have thee speak out the rest of this soon. — Good my lord, will you see the players well bestowed? Do you hear, let them be well used ; for they are the abstract, and brief chronicles, of the time : After your death you were better have a bad epitaph , than their ill report while you live.

POLONIUS.

My lord, I will use them according to their desert.

HAMLET.

Odd's bodikin, man, much better : Use every man after his desert, and who shall 'scape whipping? Use them after your own honour and dignity : The less they deserve, the more merit is in your bounty. Take them in.

POLONIUS.

Come, sirs.

*(Exit Polonius, with some of the Players.)*

HAMLET.

Follow him, friends : we'll hear a play tomorrow. — Dost thou hear me, old friend ; can you play the murder of Gonzago ?

## 1 PLAYER.

Ay, my lord.

HAMLET.

We'll have it to-morrow night. You could, for a need, study a speech of some dozen or sixteen lines, which I would set down, and insert in't? could you not ?

## 1 PLAYER.

Ay, my lord.

HAMLET.

Very well. — Follow that lord ; and look you mock him not. *[Exit Player.]* My good friends, *(To Ros. and Guild.)* I'll leave you till night : you are welcome to Elsinore.

ROSENCRANTZ.

Good my lord !

*(Exeunt Ros. and Guild.)*

HAMLET.

Ay, so, God be wi' you : — Now I am alone.  
O, what a rogue and peasant slave am I  
Is it not monstrous, that this player here,  
But in a fiction, in a dream of passion,

figure el rostro en la declamacion, vertiendo de sus ojos lagrimas, débil la voz, y todas sus acciones tan acomodadas a lo que quiere expresar? Y esto por nadie: por Hécuba. ¿Y quién es Hécuba para él, ó él para ella, que así llora sus infortunios? Pues; qué no haría si él tuviese los tristes motivos de dolor que yo tengo! Inundaría el teatro con llanto, su terrible acento conturbaría á cuantos le oyesen, llenaría de desesperacion al culpado, de temor al inocente, al ignorante de confusion, y sorprendería con asombro la facultad de los ojos y los oídos. Pero yo, miserable, sin vigor y estúpido, sueño adormecido, permanezco mudo, y miro con tal indiferencia mis agravios! Qué, ¿nada merece un rey con quien se cometió el mas atroz delito para despojarle del cetro y la vida? ¿Soy cobarde yo? ¿Quién se (21) atreve á llamarme villano, ó á insultarme en mi presencia, arrancarme la barba, soplarme a al rostro, asirme de la nariz, ó hacermeme tragar lejía que me llegue al pulmon? ¿Quién se atreve á tanto? ¿Sería yo capaz de sufrirlo? Sí, que no es posible sino que yo sea como la paloma, que carece de hiel, incapaz de acciones crueles: á no ser esto, ya se hubieran cebado los milanos del aire en los despojos de aquel indigno, deshonesto, homicida, pérfido seductor, feroz malvado, que vive sin remordimientos de su culpa. Pero ¿por qué he de ser tan necio? ¿Será generoso proceder el mio, que yo, hijo de un querido padre (de cuya muerte alevosa el cielo y el infierno mismo me piden venganza), afeminado y débil desahogue con palabras el corazon, prorumpa en excreciones vanas como una prostituta (22) vil ó un pillo de cocina? ¡Ah! no, ni aun solo imaginarlo. ¡Eh!... Yo he oido que tal vez asistiendo á una representacion hombres muy culpados, han sido heridos en el alma con tal violencia por la ilusion del teatro, que á vista de todos han publicado sus delitos; que la culpa, aunque sin lengua, siempre se manifestará por medios maravillosos. Yo haré que estos actores representen delante de mi tio algun pasaje que tenga semejanza con la muerte de mi padre. Yo le heriré en lo mas vivo del corazon, observaré sus miradas; si muda (23) de color, si se estremece, ya sé lo que me toca hacer. La aparicion que vi pudiera ser un espíritu del infierno. Al demonio no le es difícil presentarse bajo la mas agradable forma; si, y acaso como él es tan poderoso sobre una imaginacion perturbada, valiéndose de mi propia debilidad y melancolia, me engaña para perderme. Yo voy á adquirir pruebas mas sólidas, y esta representacion ha de ser el lazo en que se enrede la conciencia del rey.

## ACTO TERCERO.

### ESCENA PRIMERA.

*Galería de palacio.*

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, OFELIA, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO.

¿Y no os fué posible indagar en la conversacion con que él tuvisteis, de qué nace aquel desorden de espíritu que tan cruelmente altera su quietud con turbulenta y peligrosa demencia?

RICARDO.

El mismo reconoce los estravios de su razon, pero no ha querido manifestarnos el origen de ellos.

GUILLERMO.

Ni le hallamos en disposicion de ser examinado, porque siempre huye de la cuestion con un rasgo de locura, cuando ve que le conducimos al punto de descubrir la verdad.

GERTRUDIS.

¿Fuisteis bien recibidos de él?

RICARDO.

Con mucha cortesía.

Could force his soul to his own conceit,  
That from her working, all his visage wann'd;  
Tears in his eyes, distraction in's aspect,  
A broken voice, and his whole function suiting  
With forms to his conceit? And all for nothing?  
For Hecuba!  
What's Hecuba to him 'or he to Hecuba,  
That he should weep for her? What would he do,  
Had he the motive, and the cue for passion,  
That I have? He would drown the stage with tears,  
And cleave the general ear with horrid speech;  
Make mad the guilty, and appal the free,  
Confound the ignorant, and amaze, indeed,  
The very faculties of eyes and ears.  
Yet I,  
A dull and muddy-mettled rascal, peak,  
Like John a-dreams, unpregnant of my cause,  
And can say nothing; no, not for a king,  
Upon whose property, and most dear life,  
A damn'd defeat was made. Am I a coward?  
Who calls me villain? breaks my pate across;  
Plucks off my beard, and blows it in my face?  
Tweaks me by the nose? gives me the lie i'the throat  
As deep as to the lungs? Who does me this?  
Ha!  
Why, I should take it: for it cannot be,  
But I am pigeon-liver'd, and lack gall  
To make oppression bitter: or, ere this,  
I should have fatted all the region kites  
With this slave's offal: Bloody, bawdy villain!  
Remorseless, treacherous, lecherous, kindless villain!  
Why, what an ass am I? This is most brave;  
That I, the son of a dear father murder'd,  
Prompted to my revenge by heaven and hell,  
Must, like a whore, unpack my heart with words  
And fall a cursing, like a very drab,  
A scullion!  
Fie upon't! foh! About my brains! Humph! I have beat  
That guilty creatures, sitting at a play,  
Have by the very cunning of the scene  
Been struck so to the soul, that presently  
They have proclaim'd their malefactions;  
For murder, though it have no tongue, will speak  
With most miraculous organ. I'll have these players  
Play something like the murder of my father,  
Before mine uncle: I'll observe his looks;  
I'll tent him to the quick; if he do blench,  
I know my course. The spirit, that I have seen,  
May be a devil; and the devil hath power  
To assume a pleasing shape; yea, and, perhaps,  
Out of my weakness, and my melancholy,  
(As he is very potent with such spirits,) Abuses me to damn me: I'll have grounds  
More relative than this: the play's the thing,  
Wherein I'll catch the conscience of the king.

## ACT III.

### SCENE I.

*A Room in the Castle.*

*Enter King, Queen, POLONIUS, OPHELIA, ROSENCRANTZ, and GUILDENSTERN.*

KING.

And can you, by no drift of conference,  
Get from him, why he puts on this confusion;  
Grating so harshly all his days of quiet  
With turbulent and dangerous lunacy?

ROSENCRANTZ.

He does confess, he feels himself distracted:  
But from what cause he will by no means speak.

GUILDENSTERN.

Nor do we find him forward to be sounded;  
But, with a crafty madness, keeps aloof,  
When we would bring him on to some confession  
Of his true state.

QUEEN.

Did he receive you well?

ROSENCRANTZ.

Most like a gentleman.

GUILLENMO.

se le conocia una cierta sujecion.

RICARDO.

Entó poco, pero respondia á todo con prontitud.

GERTRUDIS.

¿Teneis convidado para alguna diversion?

RICARDO.

Señora, porque casualmente habiamos encontrado compañía de comicos en el camino: se lo dijimos, y con complacencia al oirlo. Estan ya en la corte, y creo en orden de representarle esta noche una pieza.

POLONIO.

¿Es la verdad, y me ha encargado de suplicar á V. M. que asistan a verla y oirla.

CLAUDIO.

Mucho gusto: me complace en extremo saber que V. M. tiene inclinacion. Vosotros, señores, escitadle á ella, y dad su propension á este género de placeres.

RICARDO.

Yo haremos.

**ESCENA II.**

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, OFELIA.

CLAUDIO.

Querida Gertrudis, deberas tambien retirarte, por lo mismo dispuesto que Hamlet al venir aqui, como á su costumbre, encuentre á Ofelia. Su padre (1) y yo, como los mas aptos para el fin, nos colocaremos donde sin ser vistos: así podremos juzgar de lo que en ellos pase, y en las acciones y palabras del príncipe veremos si es pasión de amor el mal de que adolece.

GERTRUDIS.

¿A obedeceros; y por mi parte, Ofelia, ¡oh, cuánto á que tu rara hermosura fuese el dichoso origen de la locura de Hamlet! Entonces yo debería esperar que vuestras amables pudieran para vuestra mutua felicidad conseguirle su salud perdida.

OFELIA.

Señora, tambien quisiera que fuese así.

**ESCENA III.**

CLAUDIO, POLONIO, OFELIA.

POLONIO.

¡Vete por aqui, Ofelia. Si V. M. gusta, podemos darnos á leer en este libro (*dándosela un libro*) esta ocupacion disculpará la soledad del sitio... y es por cierto en que tenemos mucho de que acordarnos; ¡Cuántas veces con el semblante de la devocion y la frecuencia de acciones piadosas engañamos al diablo!

CLAUDIO.

¡Cuánto cierto es.... (*Ap.* ¡Qué cruelmente ha atormentado esa reflexion mi conciencia! El rostro de la mercenaria, que se ha hecho con el arte, no es mas feo despojado de las artes, que lo es mi delito disimulado en palabras tristes. Oh, qué pesada carga me oprime!)

POLONIO.

¡No siento llegar, señor; conviene retirarnos.

**ESCENA IV.**

HAMLET, OFELIA.

(*Hamlet dirá este monólogo, creyéndose solo. Ofelia á un extremo del teatro lee.*)

HAMLET.

¿Vivir (2) ó no existir, esta es la cuestion. ¿Cuál es la mayor accion del animo: sufrir los tiros penetrantes de la fortuna injusta, ó oponer los brazos á este torrente de calamidades, y darlas fin con atrevida resistencia? Morir. ¿No mas? ¿Y por un sueño, diremos, las penas se acabaron y los dolores sin número, patrimonio de nuestra débil naturaleza? .. Este es un término que nos solicita con ansia. Morir es dormir..... y tal

vez soñar. Si, y ved aquí el grande obstáculo; porque el considerar qué sueños podrán ocurrir en el silencio del sepulcro, cuando háyamos abandonado este despojo mortal, es razon harto poderosa para detenernos. Esta es la consideracion que hace nuestra infelicidad tan larga. ¿Quién, si esto no fuese, aguantaria la lentitud de los tribunales, la insolencia de los empleados, las tropelías que recibe pacífico el mérito de los hombres mas indignos, las angustias de un mal pagado amor, las injurias y quebrantos de la edad, la violencia de los tiranos, el desprecio de los soberbios, cuando el que esto sufre pudiera procurar su quietud con solo un puñal? ¿Quien podria tolerar tanta opresion, sudando, gimiendo bajo el peso de una vida molesta, si no fuese que el temor de que existe alguna cosa mas allá de la muerte (aquel pais desconocido, de cuyos límites ningun caminante torna) nos enbarrasa en dudas y nos hace sufrir los males que nos cercan, antes que ir á buscar otros de que no tenemos seguro conocimiento? Esta prevision nos hace á todos cobardes: así la natural tintura del valor se debilita con los barnices pálidos de la prudencia; las empresas de mayor importancia por esta sola consideracion mudan camino, no se ejecutan, y se reducen á designios vanos. Pero... ¡la hermosa Ofelia! Graciosa niña, espero que mis defectos no serán olvidados en tus oraciones.

OFELIA.

¿Cómo os habeis sentido, señor, en todos estos dias?

HAMLET.

Muchas gracias. Bien.

OFELIA.

Conservo en mi poder algunas espresiones vuestras que deseo restituirlos mucho tiempo ha, y os pido que ahora las tomeis.

HAMLET.

No, yo (3) nunca te di nada.

OFELIA.

Bien sabeis, señor, que os digo verdad.... Y con ellas me disteis palabras de tan suave aliento compuestas, que aumentaron con estremo su valor; pero ya disipado aquel perfume, recibidas, que un alma generosa considera como viles los mas opulentos dones, si llega á entibiarse el afecto de quien los dió. Vedlos aquí.

(Presentándole algunas joyas. Hamlet rehusa tomarlas.)

HAMLET.

¿Oh! ¿oh! ¿Eres honesta?

OFELIA.

Señor....

HAMLET.

¿Eres hermosa?

OFELIA.

¿Qué pretendéis decir con eso?

HAMLET.

Que si eres honesta y hermosa, no debes consentir que tu honestidad trate con tu belleza.

OFELIA.

¿Puede acaso tener la hermosura mejor compañera que la honestidad?

HAMLET.

Sin duda ninguna. El poder de la hermosura convertirá á la honestidad en una alcabueta, antes que la honestidad logre dar á la hermosura su semejanza. En otro tiempo se tenia esto por una paradoja; pero en la edad presente es cosa probada... Yo te queria antes, Ofelia.

OFELIA.

Así me lo dabais á entender.

HAMLET.

Y tú no debieras haberme creído, porque nunca puede la virtud injerirse tan perfectamente en nuestro endurecido tronco, que nos quite aquel resquemor original.... Yo no te he querido nunca.

OFELIA.

Muy engañada estuve.

No more;—and, by a sleep, to say we end  
The heart ache, and the thousand natural shew  
That flesh is heir to,—'tis a consummation  
Devoutly to be wish'd. To die?—to sleep?—  
To sleep! perchance to dream;—ay, there's the  
For in that sleep of death what dreams may come  
When we have shuffled off this mortal coil,  
Must give us pause: there's the respect,  
That makes calamity of so long life:  
For who would bear the whips and scorns of time,  
The oppressor's wrong, the proud man's contumacy,  
The pangs of despis'd love, the law's delay,  
The insolence of office, and the spurs  
That patient merit of the unworthy takes,  
When he himself might his quietus make  
With a bare bodkin? who would fardels bear,  
To grunt and sweat under a weary life;  
But that the dread of something after death,—  
The undiscover'd country, from whose bourn  
No traveller returns,—puzzles the will;  
And makes us rather bear those ills we have,  
Than fly to others that we know not of?  
Thus conscience does make cowards of us all:  
And thus the native hue of resolution  
Is sicklied o'er with the pale cast of thought;  
And enterprises of great pith and moment,  
With this regard, their currents turn awry,  
And lose the name of action.—Soft you, now!  
The fair Ophelia:—Nymph, in thy orisons  
Be all my sins remember'd.

OFELIA.

Good my lord,

How does your honour for this many a day?

HAMLET.

I humbly thank you; well.

OFELIA.

My lord, I have remembrances of yours,  
That I have longed long to re-deliver;  
I pray you, now receive them.

HAMLET.

No, not I;

I never gave you ought.

OFELIA.

My honour'd lord, you know right well you  
And, with them, words of so sweet breath com  
As made the things more rich: their perfume  
Take these again; for to the noble mind,  
Rich gifts wax poor, when givers prove unkind.  
There, my lord.

HAMLET.

Ha, ha! are you honest?

OFELIA.

My lord?

HAMLET.

Are you fair?

OFELIA.

What means your lordship?

HAMLET.

That if you be honest, and fair, you should  
discourse to your beauty.

OFELIA.

Could beauty, my lord, have better converse  
with honesty?

HAMLET.

Ay, truly; for the power of beauty will soon  
form honesty from what it is to a bawd, that  
of honesty can translate beauty into his likeness  
was some time a paradox, but now the time  
proof. I did love you once.

OFELIA.

Indeed, my lord, you made me believe so.

HAMLET.

You should not have believed me; for virtue  
inoculate our old stock, but we shall relish it  
you not.

OFELIA.

I was the more deceived.

HAMLET.

¿a un convento : ¿para qué te has de exponer a de hijos pecadores? Yo soy medianamente ro al considerar algunas cosas de que puedo sería mejor que mi madre no me hubiese parido muy soberbio, vengativo, ambicioso, con mas bre mi cabeza que pensamientos para espiantasia para darles forma, ni tiempo para llevaracion. ¿A qué fin los miserables como yo han de istrados entre el cielo y la tierra? Todos sonios alvados : no creas a ninguno de nosotros ; vete, convento. . . En dónde está tu padre?

OFELIA.

está, señor.

HAMLET.

s que cierran bien todas las puertas, para que iacer locuras las haga dentro de su casa. Adios. *(Hace que se va, y vuelve.)*

OFELIA.

buen Dios, favorecedle!

HAMLET.

sas, quiero darte esta maldición en dote. Amun hielo en la castidad, aunque seas tan pura ievé, no podrás librarte de la calumnia. Vete a to. Adios. Pero... escucha : si tienes necesidad , casate con un tonto ; porque los hombres avien muy bien que vosotros los convertís en flo-onvento, y pronto. Adios.

*(Hace que se va, y vuelve.)*

OFELIA.

o con su poder le alivie!

HAMLET.

hablar mucho de vuestros afeitos y embelecos. leza os dió una cara, y vosotras os hacéis otra on esos brinquillos, ese pasito corto, ese ha-do, pasais por inocentes y convertís en gracia lefectos mismos. Pero no hablemos mas de esta que me ha hecho perder la razon... Digo solo que adelante no habra mas casamientos ; los que ya ados (exceptuando uno) permanecerán así ; los uedarán solteros... Vete al convento, vete.

## ESCENA V.

OFELIA.

¿qué trastorno ha padecido esa alma generosa ! La ou del cortesano, la lengua del sabio, la espada ero, la esperanza y delicias del estado, el espejo ura, el modelo de la gentileza que estudiaban dvertidos, todo, todo se ha aniquilado. Y yo, la onsolada é infeliz de las mujeres, que gusté al- miel de sus promesas suaves, veo ahora aquel sublime entendimiento desacordado, como la sonora quese hiende, aquella incomparable pre- quel semblante de florida juventud, alterado con . ¡Oh, cuánta, cuánta es mi desdicha de haber ue sí, para ver ahora lo que veo!

## ESCENA VI.

CLAUDIO, POLONIO, OFELIA.

CLAUDIO.

! Qué ! No van por ese camino sus afectos ; ni en dicho, aunque algo faltar de orden, hay nada que cura. Alguna idea tiene en el ánimo que cubre y a melancolia, y recelo que ha de ser un mal el produzca. A fin de prevenirlo, he resuelto que otaamente para Inglaterra á pedir en mi nombre dos tributos. Acaso el mar y los países diferentes en la variedad de objetos alejar esta pasión que sea la que fuere, sobre la cual su imaginacion golpea. ¿Qué te parece?

HAMLET.

Get thee to a nunnery ; why wouldst thou be a breeder of sinners ? I am myself indifferent honest ; but yet I could accuse me of such things, that it were better my mother had not borne me. I am very proud, revengeful, ambitious ; with more offences at my back, than I have thoughts to put them in, imagination to give them shape, or time to act them in. What should such fellows as I do crawling between earth and heaven ! We are arrant knaves, all ; believe none of us : Go thy ways to a nunnery. Where's your father ?

OFELIA.

At home, my lord.

HAMLET.

Let the doors be shut upon him ; that he may play the fool no where but in's own house. Farewell.

OFELIA.

O, help him, you sweet heavens!

HAMLET.

If thou dost marry, I'll give thee this plague for thy dowry ; Be thou as chaste as ice, as pure as snow, thou shalt not escape calumny. Get thee to a nunnery ; farewell. Or, if thou wilt needs marry, marry a fool ; for wise men know well enough, what monsters you make of them. Go a nunnery, go ; and quickly too. Farewell.

OFELIA.

Heavenly powers, restore him!

HAMLET.

I have heard of your paintings too, well enough ; God hath given you one face, and you make yourselves another : you jig, you amble, and you lip, and nick-name God's creatures, and make your wantonness your ignorance : Go to ; I'll no more of it ; it hath made me mad. I say, we will have no more marriages : those that are married already, all but one, shall live ; the rest shall keep as they are. To a nunnery, go.

*(Exit.)*

OFELIA.

O, what a noble mind is here o'ershrewen !  
The courtier's, soldier's, scholar's eye, tongue, sword :

*Re-enter King and Politician.*

HAMLET.

POLONIO.

Que así es lo mejor. Pero yo creo, no obstante, que el origen y principio de su aflicción provengan de un amor mal correspondido. Tú, Ofelia, no hay para qué nos cuentes lo que te ha dicho el príncipe, que todo lo hemos oído.

## ESCENA VII.

CLAUDIO, POLONIO.

POLONIO.

Haced lo que os parezca, señor; pero si lo juzgais á propósito, sería bien que la reina retirada á solas con él, luego que se acabe el espectáculo, le inste á que la manifieste sus penas, hablándole con entera libertad. Yo, si lo permitis, me pondré en paraje de donde pueda oír toda la conversacion. Si no logra su madre descubrir este arcano, enviadle á Inglaterra, ó desterradle adonde vuestra prudencia os dicte.

CLAUDIO.

Así se hará. La locura de los poderosos debe ser examinada con escrupulosa atención.

## ESCENA VIII.

Salon de palacio.

(El salon estará iluminado; habrá asientos que formen semicírculo para el concurso que ha de asistir al espectáculo. Ha de haber en el foro una gran puerta con pabellones y cortina, por donde saldrán á su tiempo los actores que deben representar.)

HAMLET Y DOS CÓMICOS.

HAMLET.

Dirás (4) este pasaje en la forma que te le he declamado yo: con soltura de lengua, no con voz desentonada, como lo hacen muchos de nuestros cómicos; mas valdría entonces dar mis versos al pregonero para que los dijese. Ni manotees así acuchillando el aire; moderacion en todo, puesto que aun en el torrente, la tempestad, y por mejor decir, el huracán de las pasiones, se debe conservar aquella templanza que hace suave y elegante la espresion. A mí me desazona en extremo ver á un hombre muy cubierta la cabeza con su cabellera, que á fuerza de gritos estropea los afectos que quiere esprimir, y rompe y desgarrar los oídos del vulgo rudo, que solo gusta de gesticulaciones insignificantes y de estrépito. Yo mandaría azotar á un energúmeno de tal especie; Herodes de farsa, mas furioso que el mismo Herodes. Evita, evita este vicio.

CÓMICO PRIMERO.

Así os lo prometo.

HAMLET.

Ni seas tampoco demasiado frio; tu misma prudencia debe guiarte. La accion debe corresponder á la palabra, y esta á la accion, cuidando siempre de no atropellar la simplicidad de la naturaleza. No hay defecto que mas se oponga al fin de la representacion, que desde el principio hasta ahora ha sido y es ofrecer á la naturaleza un espejo en que vea la virtud su propia forma, el vicio su imágen, cada nacion y cada siglo sus principales caracteres. Si esta pintura se exagera ó se debilita, escitará la risa de los ignorantes; pero no puede menos de disgustar á los hombres de buena razon, cuya censura debe ser para vosotros de mas peso que la de toda la multitud que llena el teatro. Yo he visto representar á algunos cómicos, que otros aplaudian con entusiasmo, por no decir con escándalo, los cuales no tenian acento ni figura de cristianos, ni de gentiles, ni de hombres; que al verlos hincharse y bramar no los juzgué de la especie humana, sino unos simulacros rudos de hombres, hechos por algun mal aprendiz. Tan inicua mente imitaban la naturaleza.

CÓMICO PRIMERO.

Yo creo que en nuestra compañía se ha corregido bastante ese defecto.

HAMLET.

Corregidle del todo, y cuidad tambien que los que ha-

POLONIO.

It shall do well: but yet I do believe,  
The origin and commencement of his grief  
Sprung from neglected love.—How now, Oph  
You need not tell us what lord Hamlet said:  
We heard it all.—My lord, do as you please;  
But, if you hold it fit, after the play,  
Let his queen mother all alone entreat him;  
To shew his grief; let her be round with him;  
And I'll be plac'd, so please you, in the ear  
Of all their conference. If she find him not,  
To England send him: or confine him, where  
Your wisdom best shall think.

KING.

It shall be so:  
Madness in great ones must not unwatch'd go.

## SCENE II.

A Hall in the same.

Enter HAMLET, and certain Players.

HAMLET.

Speak the speech, I pray you, as I prompt you, trippingly on the tongue: but if you a many of our players do, I had as lief the townmy lines. Nor do not saw the air too much with thus; but use all gently: for in the very tower and (as I may say) whirlwind of your passion acquire and beget a temperance, that may give ness. O, it offends me to the soul, to hear: periwig-pated-fellow tear a passion to tatters, to split the ears of the groundlings; who, I part, are capable of nothing but inexplicable d and noise: I would have such a fellow whippe doing Termagant; it out-herods Herod: Pray y

1 PLAYER.

I warrant your honour.

HAMLET.

Be not too tame neither, but let your own d your tutor: suit the action to the word, the action; with this special observance, that ye not the modesty of nature: for any thing so from the purpose of playing, whose end, both and now, was, and is, to hold, as 'twere, th to nature; to show virtue her own feature, own image, and the very age and body of th form and pressure. Now this, overdone, or off, though it make the unskilful laugh, cann the judicious grieve; the censure of which o your allowance, o'er-weigh a whole theatre c there be players, that I have seen play,—and I praise, and that highly,—not to speak it profs neither having the accent of christians, nor christian, pagan, nor man, have so strutted, wed, that I have thought some of nature's j had made men, and not made them well, th humanity so abominably.

1 PLAYER.

I hope, we have reformed that indifferently

HAMLET.

O, reform it altogether. And let those, the

le payos no añadan nada á lo que está escrito en ; porque algunos de ellos, para hacer reir á los mas adustos, empuñan á dar risotadas, cuando el drama debería ocupar toda la atencion. Esto no, y manifiesta demasiado en los necios que lo el ridículo empeño de lucirlos. Id á prepararlos.

## ESCENA IX.

HALET, POLONIO, RICARDO, GUILLERMO.

HAMLET.

, Polonio, ¿ gustará el rey de oír esta pieza?

POLONIO.

or, al instante, y la reina tambien.

HAMLET.

ecir á los cómicos que se despachen. ¿Queréis ir á darles prisa?

RICARDO.

ucho gusto.

## ESCENA X.

HAMLET, HORACIO.

HAMLET.

es?... ¡Ah! Horacio.

HORACIO.

: aquí, señor, á vuestras órdenes.

HAMLET.

oracio, eres un hombre cuyo trato me ha agrado.

HORACIO.

ñor...

HAMLET.

as que pretendo adularle; ¿ni qué utilidades esperar de tí, que exceptuando las buenas prentiendes otras rentas para alimentarte y vestir-  
rá quien adule al pobre? No... Los que tienen al-  
la lengua, vayanse á lamer con ella la grandeza  
, y doblen los goznes de sus rodillas donde la li-  
siente galardón. ¿Me has entendido? Desde que  
se halló capaz de conocer á los hombres y pudo  
, tu fuiste el escogido y marcado para ella; por-  
pre, ó desgraciado ó feliz, has recibido con igual  
e los premios y los reverses de la fortuna. Dichos  
cuyo temperamento y juicio se combinan con  
lo, que no son entre los dedos de la fortuna una  
puesta á sonar segun ella guste. Dame un hombre  
a esclavo de sus pasiones, y yo le colocaré en el  
e mi corazón: sí, en el corazón de mi corazón,  
hago contigo. Pero yo me dilato demasiado en  
a noche se representa un drama delante del rey;  
as escenas contiene circunstancias muy parecidas  
muerte de mi padre, de que ya te hablé. Te en-  
cuando este paso se represente observes á mi  
mas viva atencion del alma; si al ver uno de  
lances su oculto delito no se descubra por sí so-  
da el que hemos visto es un espíritu infernal, y  
mis ideas mas negras que las yunques de Vul-  
aminale cuidadosamente; yo tambien fijaré mi  
u rostro, y después uniremos nuestras observa-  
ra juzgar lo que su exterior nos anuncia.

HORACIO.

en, señor; y si durante el espectáculo logra hur-  
tra indagacion el menor arcano, yo pago el barto.

HAMLET.

en á la funcion; vuélvome á hacer el loco, y tú  
ento.

## ESCENA XI.

, GERTRUDIS, HAMLET, HORACIO, POLO-  
FELIA, RICARDO, GUILLERMO Y ACOMPAÑA-  
DE DAMAS, CABALLEROS, PAJES Y GUARDIAS.

(Suena marcha dánica.)

CLAUDIO.

estás, mi querido Hamlet?

clowns, speak no more than is set down for them: for  
there be of them, that will themselves laugh, to set on  
some quantity of barren spectators to laugh too; though,  
in the mean time, some necessary question of the play be  
then to be considered: that's villainous; and shows a most  
pitiful ambition in the fool that uses it. Go, make you  
ready.

(Exeunt players.)

Enter Polonius, Rosencrantz, and Guildenstern.

How now, my lord? will the king hear this piece of work?

POLONIUS.

And the queen too, and that presently.

HAMLET.

Bid the players make haste.—  
Will you two help to hasten them?

(Exit Polonius.)

NOTE.

Ay, my lord.

(Exeunt Ros. and Guild.)

HAMLET.

What, ho; Horatio!

Enter Horatio.

POLONIUS.

Here, sweet lord, at your service.

HAMLET.

Horatio, thou art e'en as just a man  
As e'er my conversation cop'd withal.

HORATIO.

O, my dear lord.—

HAMLET.

Nay, do not think I flatter:

For what advancement may I hope from thee,  
That no revenue hast, but thy good spirits,  
To feed, and clothe thee? Why should the poor be flatter'd?

HAMLET.

Muy bueno, señor; me mantengo del aire como el camaleón, engordo con esperanzas. No podéis vos cebar así á vuestros capones.

CLAUDIO.

No comprendo esa respuesta, Hamlet, ni tales razones son para mí.

HAMLET.

Ni para mí tampoco. ¿No dices tú que una vez representaste en la universidad? eh?

POLONIUS.

Sí, señor, así es; y fui reputado por muy buen actor.

HAMLET.

¿Y qué hiciste?

POLONIUS.

El papel de Julio César. Bruto me asesinaba en el Capitolio.

HAMLET.

Muy bruto (6) fué el que cometió en el Capitolio tan capital delito. ¿Están ya prevenidos los cómicos?

RICARDO.

Sí, señor, y esperan solo vuestras órdenes.

GERTRUDIS.

Ven aquí, mi querido Hamlet; ponte á mi lado.

*(Gertrudis y Claudio se sientan junto á la puerta por donde han de salir los actores. Siguen por su orden las damas y caballeros. Hamlet se sienta en el suelo á los pies de Ofelia.)*

HAMLET.

No, señora; aquí hay un imán de mas atracción para mí.

POLONIUS.

¡Ah! ah! ¿habeis notado eso?

HAMLET.

¿Permitireis que me ponga sobre vuestra rodilla?

OFELIA.

No, señor.

HAMLET.

Quiero decir, apoyar mi cabeza en vuestra rodilla.

OFELIA.

Sí, señor.

HAMLET.

¿Pensais que yo quisiera cometer alguna indecencia?

OFELIA.

No, no pienso nada de eso.

HAMLET.

¿Qué dulce cosa es... (7)

OFELIA.

¿Qué decís, señor?

HAMLET.

Nada.

OFELIA.

Se conoce que estais de fiesta.

HAMLET.

¿Quién, yo?

OFELIA.

Sí, señor.

HAMLET.

Lo hago solo por divertirlos. Y bien mirado, ¿qué debe hacer un hombre sino vivir alegre? Ved mi madre qué contenta está, y mi padre murió ayer.

OFELIA.

¡Eh! no, señor, que ya hace dos meses.

HAMLET.

¿Tanto ha? Oh! pues quiero vestirme todo de arminios, y llévese el diablo el luto. ¡Dios mío! ¿dos meses ha que murió, y todavía se acuerdan de él? De esa manera ya puede esperarse que la memoria de un grande hombre le sobreviviera quizás medio año; bien que es menester que haya sido fundador de iglesias, que si no, por la Virgen santa no habra nadie que de él se acuerde, como del caballo de palo, de quien dice aquel epitafio:

Ya murió el caballito de palo,

Y ya le olvidaron así que murió.

*(Suenan (8) trompetas, y se da principio á la escena muda.)*

HAMLET.

Excellent, if faith; of the camellion's dish: promise-crammed: You cannot feed capons:

KING.

I have nothing with this answer, Hamlet; are not mine.

HAMLET.

No, nor mine now. My lord,—you played university, you say?

POLONIUS.

That did I, my lord; and was accounted a

HAMLET.

And what did you enact?

POLONIUS.

I did enact Julius Caesar: I was killed if Brutus killed me.

HAMLET.

It was á brute part of him, to kill so there.—Be the players ready?

ROSENGRANTZ.

Ay, my lord; they stay upon your patience.

QUEEN.

Come hither, my dear Hamlet, sit by me.

HAMLET.

No, good mother, here's metal more atra

POLONIUS.

O ho! do you mark that?

HAMLET.

Lady, shall I lie in your lap?

*(Lying down at Op*

OPHELIA.

No, my lord.

HAMLET.

I mean, my head upon your lap?

OPHELIA.

Ay, my lord.

HAMLET.

Do you think, I meant country matters?

OPHELIA.

I think nothing, my lord.

HAMLET.

That's a fair thought to lie between maids!

OPHELIA.

What is, my lord?

HAMLET.

Nothing.

OPHELIA.

You are merry, my lord.

HAMLET.

Who, I?

OPHELIA.

Ay, my lord.

HAMLET.

O! your only jig-maker. What should a man merry? for, look you, how cheerfully my and my father died within these two hours.

OPHELIA.

Nay, 'tis twice two months, my lord.

HAMLET.

So long? Nay, then let the devil wear him a suit of sabes. O heavens! die two and not forgotten yet? Then there's hope. a memory may outlive his life half a year: But he must build churches then: or else shall he thinking on, with the hobby-horse; whose For, O, for, O, the hobby-horse is forgot.

*Trumpets sound. The dumb show falls*



luque y la duquesa (que lo harán los cómicos segundo); al encontrarse, se saludan y abrazosamente; ella se arrodilla mostrando el manto; él la levanta y reclinando la cabeza sobre el su esposo. Acuéstase el duque en un lecho de ella se retira al verte dormido. Sale el cómico que hace el papel de Luciano, sobrino del duque, le quita al duque la corona, la besa, le en el oído una porción de licor que lleva en un hecho esto se va. Vuelve la duquesa, y hallando su marido, manifiesta gran sentimiento. Sale con dos ó tres que le acompañan, y hace adolor; manda retirar el cadáver, y quedando en la duquesa, la solicita y la ofrece dádilas; le un poco y le desdena, pero al fin admite en nse.)

OFELIA.

¿Qué esto, señor?

HAMLET.

¡Un asesinato oculto, y anuncia grandes malda-

OFELIA.

recer, la escena muda contiene el argumento

### ESCENA XII.

CÓMICO CUARTO Y DICHS.

HAMLET.

sabremos por lo que nos diga ese actor; los pueden callar un secreto, todo lo cuentan.

OFELIA.

¿Este lo que significa la escena que hemos

HAMLET.

visto, y cualquiera otra escena que le hagais ver, avergonzados de representársela, él no se avergonzará de lo que significa.

OFELIA.

¿O, qué malo sois! Pero dejadme atender á la

CÓMICO CUARTO.

Humildemente os pedimos  
Que escuchéis esta tragedia,  
Disimulando las faltas  
Que haya en nosotros y en ella.

HAMLET.

¿Prólogo, ó mote de sortija?

OFELIA.

¿Lo ha sido?

HAMLET.

¿Riño de mujer.

### ESCENA XIII.

CÓMICO PRIMERO, CÓMICO SEGUNDO Y DICHS.

CÓMICO PRIMERO.

Reinta (9) vueltas dió de Febo el carro  
Mudas saladas de Nereo  
Obo de la tierra, y treinta veces  
Z prestada han alumbrado el suelo  
Unas, en giros repetidos,  
Es que el dios de amor y el himeneo  
Clazaron, para dicha nuestra,  
Lo santo el corazón y el cuello.

CÓMICO SEGUNDO.

¡Oh! quiera el cielo que otros tantos giros  
Una y al sol, señor, contemos  
Que el fuego de este amor se apague.  
¿A mi pena inconsolable al veros  
Te, triste y tan diverso ahora  
Del que fuisteis... Timida recelo...  
¿Da mi aflicción nada os conturbe;  
¿El pecho femenino llega al exceso  
Por y el amor. Allí residen  
Al proporcion ambos afectos,  
Yo il.

*Enter a King and a Queen, very lovingly; the Queen embracing him, and he her. She kisses, and makes show of protestation unto him. He takes her up, and declines his head upon her neck: lays him down upon a bank of flowers; she, seeing him asleep, leaves him. Another comes in a fellow, takes off his crown, kisses it, and pours poison in the King's ear, and exit. The Queen returns; finds the King dead, and makes passionate action. The poisoner, with some two or three Mutes, comes in again, seeming to lament with her. The dead body is carried away. The poisoner woos the Queen with gifts; she seems loath and unwilling awhile, but, in the end, accepts his love.* (Exeunt.)

OFELIA.

What means this, my lord?

HAMLET.

Marry, this is mitching mallocho; it means mischief.

OFELIA.

Belike, this show imports the argument of the play.

*Enter Prologus.*

HAMLET.

We shall know by this fellow: the players cannot keep counsel; they'll tell all.

OFELIA.

Will he tell us what this show meant?

HAMLET.

Ay, or any show that you'll show him: be not you ashamed to show, he'll not shame to tell you what it means.

OFELIA.

You are naught, you are naught; I'll mark the play.

PROLOGUE.

*For us, and for our tragedy,  
Here sleeping to your clemency,  
We beg your hearing patiently.*

HAMLET.

Is this a prologue, or the posy of a ring?

OFELIA.

'Tis brief, my lord.

HAMLET.

As woman's love.

*Enter a King and a Queen.*

O no existe ninguno, ó se combinan  
Este y aquel con el mayor estremo.  
Cuán grande es el amor que á vos me inclina,  
Las pruebas lo dirán que dadas tengo;  
Pues tal es mi temor. Si un fino amante,  
Sin motivo tal vez vive temiendo,  
La que al veros así toda es temores,  
Muy puro amor abrigará en el pecho.

## CÓMICO PRIMERO.

Sí, yo debo dejarte, amada mía;  
Inevitable es ya; cederán presto  
A la muerte mis fuerzas fatigadas;  
Tú vivirás, gozando del obsequio  
Y el amor de la tierra. Acaso entonces  
Un digno esposo...

## CÓMICO SEGUNDO.

No, dad al silencio  
Esos anuncios. ¿Yo? ¿Pues no serían  
Traición culpable en mí tales afectos?  
¿Yo un nuevo esposo? No; la que se entrega  
Al segundo señor, mató al primero.

## HAMLET.

Esto es zumo de ajénjos.

## CÓMICO SEGUNDO.

Motivos de interés tal vez inducen  
A renovar los nudos de himeneo,  
No motivos de amor; yo causaría  
Segunda muerte á mi difunto dueño,  
Cuando del nuevo esposo recibiera  
En tálamo nupcial amantes besos.

## CÓMICO PRIMERO.

No dudaré que el corazón te dicta  
Lo que aseguras hoy; fácil creemos  
Cumplir lo prometido, y fácilmente  
Se quebranta y se olvida. Los deseos  
Del hombre á la memoria están sumisos,  
Que nace activa y desfallece presto.  
Así pende (10) del ramo acerbo el fruto,  
Y así maduro, sin impulso ajeno,  
Se desprende después. Difícilmente  
Nos acordamos de llevar á efecto  
Promesas hechas á nosotros mismos,  
Que al cesar la pasión cesa el empeño.  
Cuando de la aflicción y la alegría  
Se moderan los ímpetus violentos,  
Con ellos se disipan las ideas  
A que dieron lugar, y el mas ligero  
Acaso los placeres en afanes  
Muda tal vez, y en risa los lamentos.  
Amor, como la suerte, es inconstante:  
Que en este mundo al fin nada hay eterno,  
Y aun se ignora si él manda á la fortuna,  
O si esta del amor cede al imperio.  
Si el poderoso del lugar sublime  
Se precipita, le abandonan luego  
Cuanto gozaron su favor; si el pobre  
Sube á prosperidad, los que le fueron  
Mas enemigos su amistad procuran,  
(Y el amor sigue á la fortuna en esto)  
Que nunca al venturoso amigos faltan,  
Ni al pobre desengaños y desprecios.  
Por diferente senda se encaminan  
Los destinos del hombre y sus afectos,  
Y solo en él la voluntad es libre,  
Mas no la ejecución; y así el suceso  
Nuestros designios todos desvanece.  
Tú me prometes no rendir á nuevo  
Yugo tu libertad... Esas ideas  
¡Ay! morirán cuando me vieres muerto.

## CÓMICO SEGUNDO.

Luces me niegue el sol, frutos la tierra,  
Sin descanso y placer viva muriendo,  
Desesperada y en prisión oscura,  
Su mesa envidie al eremita austero;  
Cuanto penas el ánimo entristecen,  
Todas turben el fin de mis deseos  
Y los destruyan, ni quietud encuentre  
En parte alguna con afán eterno;  
Si ya difunto mi primer esposo,  
Segundas bodas pèrtila celebro.

In neither aught, or in extremity.

Now, what my love is, proof hath made you know  
And as my love is such, my fear is so.  
Where love is great, the littlest doubts are few:  
Where little fears grows great, great love grows true.

## P. KING.

'Faith, I must leave thee, love, and shortly too;  
My operant powers their functions leave to do:  
And thou shalt live in this fair world behind,  
Honour'd, below'd; and, haply, one as kind  
For husband shalt thou—

## P. QUEEN.

O, confound the rest!  
Such love must needs be treason in my breast:  
In second husband let me be accurst!  
None wed the second, but who kill'd the first.

## HAMLET.

That's wormwood. (*Aside.*)

## P. QUEEN.

The instances, that second marriage move,  
Are base respects of thrift, but none of love:  
A second time I kill my husband dead,  
When second husband kisses me in bed.

## P. KING.

I do believe, you think what now you speak;  
But, what we do determine, oft we break.  
Purpose is but the slave to memory:  
Of violent birth, but poor validity:  
Which now, like fruit unripe, sticks on the tree;  
But fall, unshaken, when they mellow be.  
Most necessary 'tis, that we forget  
To pay ourselves what to ourselves is debt:  
What to ourselves in passion we propose,  
The passion ending, doth the purpose lose.  
The violence of either grief or joy  
Their own enactments with themselves destroy:  
Where joy most revels, grief doth most lament;  
Grief joys, joy grieves, on slender accident.  
This world is not for aye; nor 'tis not strange,  
That even our loves should with our fortunes change:  
For, 'tis a question left us yet to prove,  
Whether love lead fortune, or else fortune love.  
The great man down, you mark, his favourite flies;  
The poor advanc'd makes friends of enemies.  
And hitherto doth love on fortune tend:  
For who not needs, shall never lack a friend;  
And who in want a hollow friend doth try,  
Directly seasons him his enemy.  
But, orderly to end where I begun,  
Our wills, and fates, do so contrary run,  
That our devices still are overthrown;  
Our thoughts are ours, their ends none of our own.  
So think thou wilt no second husband wed;  
But die thy thoughts, when thy first lord is dead.

## P. QUEEN.

Nor earth to me give food, nor heaven light!  
Sport and repose lock from me, day and night:  
To desperation turn my trust and hope!  
An anchor's cheer in prison be my scope!  
Each opposite, that blinks the face of joy,  
Meet what I would have well, and it destroy!  
Both here, and hence, pursue me lasting strife,  
If, once a widow, ever I be wife!

HAMLET.

Si ella no cumpliese lo que promete...

CÓMICO PRIMERO.

Mucho juraste... Aquí gozar quisiera  
Solitaria quietud; rendido sienta  
Al cansancio mi espíritu. Permite  
Que alguna parte le conceda al sueño  
De las molestas horas.

(Se acuesta en un lecho de flores.)

CÓMICO SEGUNDO.

El te halague

Con tranquilo descanso, y nunca el cielo  
En union tan feliz pesares mezcle. (Vase.)

HAMLET.

Y bien, señora, ¿que tal os va pareciendo la pieza?

GERTRUDIS.

Me parece que esa mujer promete demasiado.

HAMLET.

CLAUDIO.

¿Te has (11) enterado bien del asunto? ¿Tiene algo que  
sea de mal ejemplo?

HAMLET.

No, señor, no. Si todo ello es mera ficción; un veneno...  
lagido; pero mal ejemplo, ¿qué! no, señor.

CLAUDIO.

¿Cómo se intitula este drama?

HAMLET.

*La Ratonera.* Cierta que sí... es un título metafórico.  
En esta pieza se trata de un homicidio cometido en Viena...  
el duque se llama Gonzago, y su mujer Baptista... Ya,  
a vereis presto...; Oh! ¡es un enredo maldito! ¿Y qué  
importa? A V. M. y a mí, que no tenemos culpado el ánimo,  
no nos puede incomodar; al rocin (12) que está lleno  
le mataduras le hará dar coques; pero a bien que nosotros  
no tenemos desollado el lomo.

## ESCENA XIV.

CÓMICO TERCERO Y DICHOS.

HAMLET.

Este que sale ahora se llama Luciano, sobrino del  
duque.

OFELIA.

Vos suplís perfectamente la falta del coro.

HAMLET.

Y aun pudiera servir de intérprete entre vos y vuestro  
marido, si viese puestos en acción entrambos títeres.

OFELIA.

¡Vaya, que teneis una lengua que corta!

HAMLET.

Con un buen suspiro que deis, se la quita el filo.

OFELIA.

Eso es; siempre de mal en peor.

HAMLET.

Así haceis vosotras en la elección de maridos: de mal  
en peor... Empieza, asesino.... Déjate de poner ese gesto  
de condenado, y empieza. Vamos.... el cuervo graznador  
está ya gritando venganza.

CÓMICO TERCERO.

Negros designios, brazo ya dispuesto  
A ejecutarlos, tósigo oportuno,  
Sitio remoto, favorable el tiempo,  
Y nadie que lo observe. Tú, estraido  
De la profunda noche en el silencio,  
Atroz veneno, de mortales yerbas  
(Invocada Prosérpina) compuesto;  
Infectadas tres veces, y otras tantas  
Esprimidas después, sirve a mi intento;  
Pues a tu actividad mágica, horrible,  
La robustez vital cede tan presto.

*Acércase adonde está durmiendo el cómico primero;  
destapa un frasquillo, y le echa una porción de licor  
en el oído.)*

HAMLET.

If she should break it now,—

(To Ophelia.)

P. KING.

'Tis deeply sworn: Sweet, leave me here a while;  
My spirits grow dull, and fain I would beguile  
The tedious day with sleep. (Sleeps.)

P. QUEEN.

Sleep rock thy brain;  
And never come mischance between us twain! (Exit.)

HAMLET.

Madam, how like you this play?

QUEEN.

The lady doth protest too much, methinks.

HAMLET.

O, but she'll keep her word.

KING.

Have you heard the argument? Is there no offence in't?

HAMLET.

No, no, they do but jest, poison in jest; no offence  
't the world.

KING.

What do you call the play?

HAMLET.

The mouse-trap. Marry, how? Tropically. This play is  
the image of a murder done in Vienna: Gonzago is the  
duke's name; his wife, Baptista: you shall see anon; 'tis a  
knarish piece of work: But what of that? your majesty,  
and we that have free souls, it touches us not: Let the ga-  
lled jade wince, our withers are unwrung.—

*Enter Luciano.*

This is one Luciano, nephew to the king.

OFELIA.

You are as good as a chorum, my lord.

HAMLET.

I could interpret between you and your love, if I could  
see the puppets dallying.

OFELIA.

You are haan, my lord, you are haan.

HAMLET.

It would cost you a grooming, to take off my edge.

OFELIA.

Still better, and worse.

HAMLET.

¿Veis? Ahora le envenena en el jardín para usurparle el cetro. El duque se llama Gonzago..... Es historia cierta, y corre escrita en muy buen italiano. Presto vereis cómo la mujer de Gonzago se enamora del matador.

(Levántase Claudio lleno de indignación. Gertrudis, los caballeros, damas y acompañamiento hacen lo mismo, y se van según lo indica el diálogo.)

OFELIA.

El rey se levanta.

HAMLET.

Qué, ¿le atemoriza un fuego aparente?

GERTRUDIS.

¿Qué teneis, señor?

POLONIO.

No paseis adelante, dejadlo.

CLAUDIO.

Traed luces. Vamos de aquí.

TODOS.

Luces, luces.

### ESCENA XV.

HAMLET, HORACIO, CÓMICO PRIMERO, CÓMICO TERCERO.

HAMLET.

(Hamlet canta estos versos en voz baja, y representa los que siguen después. Los cómicos primero y tercero estarán retirados á un extremo del teatro, esperando sus órdenes.)

El ciervo herido llora,  
Y el corzo no tocado  
De flecha voladora,  
Se huela por el prado;  
Duerme aquel, y á deshora  
Veis este desvelado;  
Que tanto el mundo va desordenado (13).

Y dígame, señor mío: si en adelante la fortuna me tratase mal, con esta gracia que tengo para la música, y un bosque de plumas en la cabeza, y un par de lazos provenzales en mis zapatos rayados, ¿no podría hacerme lugar entre un coro de comediantes?

HORACIO.

Mediano papel.

HAMLET.

¿Mediano? excelente.

Tú sabes, Damon querido,  
Que esta nación ha perdido  
Al mismo Jove, y violento  
Tirano le ha sucedido  
En el trono mal habido,  
Un... ¿quién diré yo? un... un sapo.

HORACIO.

Bien pudierais haber conservado el consonante.

HAMLET.

¡Oh! mi buen Horacio; cuanto aquel espíritu dijo es demasiado cierto. ¿Lo has visto ahora?

HORACIO.

Sí, señor, bien lo he visto.

HAMLET.

¿Cuando se trató del veneno?

HORACIO.

Bien, bien le observé entonces.

HAMLET.

¡Ah! quisiera algo de música (A los cómicos): traedme unas flautas..... Si el rey no gusta de la comedia, será sin duda porque..... porque no le gusta. Vaya un poco de música.

### ESCENA XVI.

HAMLET, HORACIO, RICARDO, GUILLERMO.

GUILLERMO.

Señor, ¿permitireis que os diga una palabra?

HAMLET.

Y una historia entera.

HAMLET.

He poisoned him 't the garden for his estate. He Gonzago; the story is extant, and written in Italian: You shall see anon, how the man's love of Gonzago's wife.

OPHELIA.

The king rises.

HAMLET.

What! frightened with false fire!

QUEEN.

How fares my lord?

POLONIUS.

Give o'er the play.

KING.

Give me some light:—away!

POLONIUS.

Lights, lights, lights!

(*Exeunt all but Hamlet*)

HAMLET.

Why, let the stricken deer go weep;  
The hart ungalled play:  
For some must watch, while some must sleep;  
Thus runs the world away.—

Would not this, sir, and a forest of feathers, (if of my fortunes turn Turk with me,) with two roses on my razed shoes, get me a fellowship of players, sir?

HORATIO.

Half a share.

HAMLET.

A whole one I.

For thou dost know, O Damon dear,  
This realm dismantled was  
Of Jove himself; and now reigns here  
A very, very—peacock.

HORATIO.

You might have rhymed.

HAMLET.

O good Horatio, I'll take the ghost's word for sand pound. Didst perceive?

HORATIO.

Very well, my lord.

HAMLET.

Upon the talk of the poisoning,—

HORATIO.

I did very well note him.

HAMLET.

Ah, ah!—Come, some music; come, the reo  
For if the king like not the comedy,  
Why then, belike,—he likes it not, he  
*Enter Rosencrantz and Guildenstern.*  
Come, some music.

GUILDENSTERN.

Good my lord, vouchsafe me a word with you

HAMLET.

Sir, a whole history.

GUILLERMO.

i...

HAMLET.

bien: ¿qué le sucede?

GUILLERMO.

retirado á su cuarto con mucha descomplanza.

HAMLET.

¿no, eh?

GUILLERMO.

señor, de cólera.

HAMLET.

¿no sería mas acertado irsele á contar al médico?  
 ¿que si yo me meto en hacerle purgar ese humor  
 puede ser que se le aumente?

GUILLERMO.

señor, dad algun sentido á lo que hablais, sin des-  
 rros con tales extravagancias de lo que os vengo

HAMLET.

nos de acuerdo. Prosigue pues.

GUILLERMO.

ina vuestra madre, llena de la mayor afliccion, me  
 buscaros.

HAMLET.

muy bien venido.

GUILLERMO.

cumplimientos no tienen nada de sinceridad. Si  
 darme una respuesta sensata, desempeñaré el en-  
 e la reina; si no, con pediros perdon y retirarme  
 ó todo.

HAMLET.

señor, no puedo.

GUILLERMO.

o?

HAMLET.

des una respuesta sensata, y mi razon está un poco  
 a: no obstante, responderé del modo que pueda á  
 ne mandes, ó por mejor decir, á lo que mi madre  
 da. Con que nada hay que añadir en esto. Vamos  
 Tu has dicho que mi madre...

RICARDO.

, lo que dice es que vuestra conducta la ha llenado  
 esa y admiracion.

HAMLET.

maravilloso hijo, que así ha podido aturdir á su  
 Pero dime, ¿esa admiracion no ha traído otra con-  
 ta? ¿No hay algo mas?

RICARDO.

que desea hablaros en su gabinete, antes que os  
 coger.

HAMLET.

edeceré, si diez veces (14) fuera mi madre. ¿Tie-  
 un otro negocio que tratar conmigo?

RICARDO.

, yo me acuerdo de que en otro tiempo me esti-  
 mucho.

HAMLET.

ra también. Te lo juro por estas manos ratadas.

RICARDO.

¿cuál puede ser el motivo de vuestra indisposicion?  
 cierto, es cerrar vos mismo las puertas á vuestra  
 , no queriendo comunicar con vuestros amigos los  
 que sentís.

HAMLET.

muy atrasado.

RICARDO.

es posible, cuando teneis el voto del rey mismo  
 ederle en el trono de Dinamarca?

HAMLET.

ro mientras nace la yerba... Ya es un poco anti-  
 al refrán. ¿Ah! ya están aquí las faenas.

GUILDENSTERN.

The king, sir, —

HAMLET.

Ay, sir, what of him?

GUILDENSTERN.

is, in his retirement, marvellously distempered.

HAMLET.

With drink, sir?

GUILDENSTERN.

No, my lord, with choler.

HAMLET.

Your wisdom would shew itself more richer, to signify  
 this to the doctor; for, for me to put him to his purga-  
 tion, would, perhaps, plunge him into more choler.

GUILDENSTERN.

Good my lord, put your discourse into some frame, and  
 start not so wildly from my affair.

HAMLET.

I am tame, sir: — pronounce.

GUILDENSTERN.

The queen, your mother, in most great affliction of spi-  
 rit, hath sent me to you.

HAMLET.

You are welcome.

GUILDENSTERN.

Nay, good my lord, this courtesy is set of the right  
 breed. If it shall please you to make me a wholesome an-  
 swer, I will do your mother's commandment: if not, your  
 pardon, and my return, shall be the end of my business.

HAMLET.

Sir, I cannot.

GUILDENSTERN.

What, my lord?

HAMLET.

Make you a wholesome answer; my wit's diseased: But,  
 sir, such answer as I can make, you shall command: or,  
 rather as you say, my mother: therefore no more, but to  
 the matter: my mother, you say, —

ROSENCRANZE.

Then, thus she says: Your behaviour hath struck her  
 into amazement and admiration.

HAMLET.

O wonderful son, that can so astonish a mother! — But  
 is there no sequel at the heels of this mother's admi-  
 ration? impart.

ROSENCRANZE.

She desires to speak with you in her closet, ere you go  
 to bed.

HAMLET.

We shall obey, were she ten times our mother. Have  
 you any further trade with us?

ROSENCRANZE.

My lord, you once did love me.

## ESCENA XVII.

CÓMICO TERCERO Y DICHOS.

HAMLET.

Dejadme ver una... ¿A qué tengo de ir ahí? (*Guillermo y Ricardo se acercan á Hamlet con ademán obsequioso, siguiéndole adonde quiera que se vuelve, hasta que viendo su enfado se apartan.*) Parece que me quieres hacer caer en alguna trampa, según me cercas por todos lados.

GUILLERMO.

Ya veo, señor, que si el deseo de cumplir con mi obligación me da osadía, acaso el amor que os tengo me hace grosero también é importuno.

HAMLET.

No entiendo bien eso. ¿Quieres tocar esta flauta?

GUILLERMO.

Yo no puedo, señor.

HAMLET.

Vamos.

GUILLERMO.

De veras que no puedo.

HAMLET.

Yo te lo suplico.

GUILLERMO.

Pero si no sé palabra de eso.

HAMLET.

Mas fácil es que tenderse á la larga. Mira, pon el pulgar y los demás dedos según convenga sobre estos agujeros, sopla con la boca, y verás qué lindo sonido resulta. ¿Ves? Estos son los puntos.

GUILLERMO.

Bien, pero si no sé hacer uso de ellos para que produzcan armonía. Como ignoro el arte...

HAMLET.

Pues mira tú en qué opinión tan baja me tienes. Tú me quieres tocar, presumes conocer mis registros, pretendes extraer lo mas íntimo de mis secretos, quieres hacer que suene desde el mas grave al mas agudo de mis tonos; y ve aquí este pequeño órgano, capaz de excelentes voces y de armonía, que tú no puedes hacer sonar. ¿Y juzgas que se me tañe á mí con mas facilidad que á una flauta? No, dame el nombre del instrumento que quieras; por mas que le manejes y te fatigues, jamás conseguirás hacerle producir el menor sonido.

## ESCENA XVIII.

POLONIO Y DICHOS.

HAMLET.

¡Oh! Dios te bendiga.

POLONIO.

Señor, la reina quisiera hablarlos al instante.

HAMLET.

¿No ves allí aquella nube que parece un camello?

POLONIO.

Cierto, así en el tamaño parece un camello.

HAMLET.

Pues ahora me parece una comadreja.

POLONIO.

No hay duda, tiene figura de comadreja.

HAMLET.

O como una ballena.

POLONIO.

Es verdad, sí, como una ballena.

HAMLET.

Pues al instante iré á ver á mi madre. Tanto harán estos, que me volverán loco de veras. Iré, iré al instante.

POLONIO.

Así se lo diré.

HAMLET.

Fácilmente se dice: al instante viene... Dejadme solo, amigos.

*Enter the Players, with recorders.*

O, the recorders: — let me see one. — To what with you. — Why do you go about to recover the me, as it you would drive me into a toll?

GUILDENSTERN.

O, my lord, if my duty be too bold, my love is in mannerly.

HAMLET.

I do not well understand that. Will you play upon pipe?

GUILDENSTERN.

My lord, I cannot.

HAMLET.

I pray you.

GUILDENSTERN.

Believe me, I cannot.

HAMLET.

I do beseech you.

GUILDENSTERN.

I know no touch of it, my lord.

HAMLET.

'Tis as easy as lying: govern these ventages with fingers and thumb, give it breath with your mouth, will discourse most eloquent music. Look you, to the stops.

GUILDENSTERN.

But these cannot I command to any utterance of money; I have not the skill.

HAMLET.

Why, look you now, how unworthy a thing you hold me. You would play upon me; you would seem to me to play upon me; you would pluck out the heart of my music; you would sound me from my lowest note to the top of my compass: and there is much music, excellent work in that little organ; yet cannot you make it speak. 'Tis but a piece of wood, no more than I am. Call me what instrument you will, though you can never play upon me.

*Enter Polonius.*

God bless you, sir!

POLONIUS.

My lord, the queen would speak with you, and is greatly disappointed.

HAMLET.

Do you see yonder cloud, that's almost in the shape of a camel?

POLONIUS.

By the mass, and 'tis like a camel, indeed.

HAMLET.

Methinks, it is like a weasel.

POLONIUS.

It is backed like a weasel.

HAMLET.

Or, like a whale?

POLONIUS.

Very like a whale.

HAMLET.

Then will I come to my mother by and by. — Till then, I will come by and by.

POLONIUS.

I will say so.

HAMLET.

By and by is easily said. — Leave me, friends.

*(Exit Polonius. Enter Ros. Guild. A)*

## ESCENA XIX.

HAMLET.

es el espacio (15) de la noche apto á los maleficios. s la hora en que los cementerios se abren, y el in-respira contagios al mundo. Ahora podria yo beber te sangre; ahora podria ejecutar tales acciones, que se estremeciese al verlas. Pero vamos á ver á mi . ¡O corazon! no desconozcas la naturaleza, ni per- que en este firme pecho se albergue la fiereza de . Déjame ser (16) cruel, pero no parricida. El puñal a de hierla esté en mis palabras, no en mi mano; llen el corazon y la lengua; sean las que fueren las acciones que contra ella pronuncie, nunca, nunca mi solicitará que se cumplan.

## ESCENA XX.

Gabinete.

CLAUDIO, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO.

no le quiero aquí, ni conviene á nuestra seguridad libre el campo á su locura. Prevenios pues, y haré inmediatamente se os despache para que él os acom- á Inglaterra. El interés de mi corona no permite ya erme a un riesgo tan inmediato, que crece por ins- en los accesos de su demencia.

GUILLERMO.

momento dispondremos nuestra marcha. El mas y religioso temor es aquel que procura la existencia dos individuos, cuya vida pende de V. M.

RICARDO.

s obligacion en un particular defender su vida de ofensa, por medio de la fuerza y el arte, ¿cuánto mas a conservar aquella en quien estriba la felicidad pú-? Cuando llega a faltar el monarca, no muere él solo, que á manera de un torrente precipitado arrebatada go cuanto le rodea; como una gran rueda colocada cima del mas alto monte, a cuyos enormes rayos es- sias innumerables piezas menores, que si llega á no hay ninguna de ellas, por mas pequeña que sea, o padezca igualmente en el total destrozo. Nunca el ano exhala un suspiro, sin escitar en su nacion ge- lamento.

CLAUDIO.

os ruego que os prevengais sin dilacion para el viaje encadenar este temor, que ahora canúna demasia- re.

LOS DOS.

nos á obedeceros con la mayor prontitud.

## ESCENA XXI.

CLAUDIO, POLONIO.

POLONIO.

or, ya se ha encaminado al cuarto de su madre. Voy tarme detrás de los tapices para ver el suceso. Es o que ella le reprendera fuertemente; y como vos o habeis observado muy bien, conviene que asista á conversacion alguien mas que su madre, que natu- le ha de ser parcial, como á todas sucede. Que- adios; yo volveré á veros antes que os recojais, pa- siros lo que haya pasado.

CLAUDIO.

cias, querido Polonio.

## ESCENA XXII.

CLAUDIO.

, mi (17) culpa es atroz! Su hedor sube al cielo, lle- consigo la maldicion mas terrible; la muerte de un no. No puedo recogerme á orar, por mas que ef- nte lo procuro; que es mas fuerte que mi voluntad to que la destruye. Como el hombre á quien dos

Tis now the very witching time of night;  
When churchyards yawn, and hell itself breathes out  
Contagion to this world: Now could I drink hot blood,  
And do such business as the bitter day  
Would quake to look on. Soft; now to my mother. —  
O, heart, lose not thy nature; let not ever  
The soul of Nero enter this firm bosom:  
Let me be cruel, not unnatural:  
I will speak daggers to her, but use none;  
My tongue and soul in this be hypocrites:  
How in my words soever she be shent,  
To give them seals never, my soul, consent!

(Exit.

## SCENE III.

A Room in the same.

Enter King, ROSENCRANTZ, and GUILDENSTERN.

KING.

I like him not: nor stands it safe with us;  
To let his madness range. Therefore, prepare you;  
I your commission will forthwith despatch,  
And he to England shall along with you:  
The terms of our estate may not endure  
Hazard so near us, as doth hourly grow  
Out of his lunes.

GUILDENSTERN.

We will ourselves provide:  
Most holy and religious fear it is,  
To keep those many bodies safe,  
That live, and feed, upon your majesty.

ROSENCRANTZ.

The single and peculiar life is bound,  
With all the strength and armour of the mind,  
To keep itself from 'noyance; but much more  
That spirit, upon whose weal depend and rest  
The lives of many. The cease of majesty  
Dies not alone; but, like a gulf, doth draw  
What's near it, with it: it is a massy wheel,  
Fix'd on the summit of the highest mount,  
To whose huge spokes ten thousand lesser things  
Are mortis'd and adjoin'd; which, when it falls,  
Each small annexment, petty consequence,  
Attends the boist'rous ruin. Never alone  
Did the king sigh, but with a general groan.

KING.

Arm you, I pray you, to this speedy voyage;  
For we will fetters put upon this fear,  
Which now goes too free-footed.

ROSENCRANTZ. GUILDENSTERN.

We will haste us.  
(Exeunt Rosencrantz and Guildenstern.)

Enter Polonius.

POLONIUS.

My lord, he's going to his mother's closet:  
Behind the arras I'll convey myself,  
To hear the process; I'll warrant, she'll tax him home:  
And, as you said, and wisely was it said,  
'Tis meet, that some more audience, than a mother,  
Since nature makes them partial, should o'er-hear  
The speech of vantage. Fare you well, my liege:  
I'll call upon you ere you go to bed,  
And tell you what I know.

KING.

Thanks, dear my lord.

(Exit Polonius.

O, my offence is rank, it smells to heaven;  
It hath the primal eldest curse upon't,  
A brother's murder! — Pray can I not,  
Though inclination be as sharp as will;  
My stronger guilt defeats my strong intent;  
And, like a man to double business bound,

obligaciones llaman, me detengo á considerar por cuál empezaré primero, y no cumplo ninguna.... Pero si este brazo execrable estuviese aun mas teñido en la sangre fraterna, ¿faltará en los cielos piadosos suficiente lluvia para volverle cándido como la nieve misma? ¿de qué sirve la misericordia, si se niega á ver el rostro del pecador? ¿Qué hay en la oración sino aquella duplicada fuerza, capaz de sostenernos al ir á caer, ó de adquirírnos el perdón habiendo caído?... Sí, alzaré mis ojos al cielo, y quedará borrada mi culpa... Pero ¿qué género de oración habré de usar? Olvida, Señor, olvida el horrible homicidio que cometí... ¡Ah! que será imposible, mientras vivo poseyendo los objetos que me determinaron á la maldad; mi ambición, mi corona, mi esposa... ¿Podrá merecerse el perdón cuando la ofensa existe? En este mundo estragado sucede con frecuencia que la mano delincuente, derramando el oro, aleja la justicia y corrompe con dádivas la integridad de las leyes; no así en el cielo, que allí no hay engaños, allí comparecen las acciones humanas como ellas son, y nos vemos compelidos á manifestar nuestras faltas todas sin excusa, sin rebozo alguno.... En fin, en fin, ¿qué debo hacer?... Probemos lo que puede el arrepentimiento... ¿y qué no podrá?... Pero ¿qué ha de poder con quien no puede arrepentirse? ¡Oh situación infeliz! ¡Oh conciencia, ennegrecida con sombras de muerte! ¡Oh alma mia aprisionada! que cuanto mas te esfuerzas para ser libre, mas quedas oprimida. ¡Ángeles, asistidme! Probad en mí vuestro poder. Doblense mis rodillas tenaces; y tú, corazón mio de aceradas fibras, hazte blando como los nervios del niño que acaba de nacer. Todo, todo puede enmendarse. *(Se arroja y apoya los brazos y la cabeza en un sillón.)*

### ESCENA XXIII.

CLAUDIO, HAMLET.

HAMLET.

Esta es la ocasión propicia. Ahora está rezando, ahora le mato... *(Saca la espada; da algunos pasos en ademán de ir á herirle; se detiene, y se retira otra vez á la puerta.)* Y así se ira al cielo.... ¿Y es esta mi venganza? No, reflexionemos. Un malvado asesina á mi padre, y yo, su hijo único, aseguro al malhechor la gloria; ¿no es esto, en vez de castigo, premio y recompensa? Él sorprendió á mi padre acabados los desórdenes del banquete, cubierto de mas culpas que mayo tiene flores.... ¿Quién sabe, sino Dios, la estrecha cuenta que hubo de dar? Pero, según nuestra razon concibe, terrible ha sido su sentencia. ¿Y quedará vengado dándole á este la muerte, precisamente cuando purifica su alma, cuando se dispone para la partida? No, espada mia, vuelve á tu lugar, y espera ocasion de ejecutar mas tremendo golpe. Cuando este (18) ocupado en el juego, cuando blasfeme colérico, ó duerma con la embriaguez, ó se abandone á los placeres inestuosos del lecho, ó cometa acciones contrarias á su salvacion, hiérelle entonces; caiga precipitado al profundo, y su alma quede negra y maldita, como el infierno que ha de recibirle. *(Entra la espada.)* Mi madre me espera. Malvado, esta medicina, que te dilata la dolencia, no evitará tu muerte.

### ESCENA XXIV.

CLAUDIO.

Mis palabras suben al cielo, mis afectos quedan en la tierra. *(Se levanta con agitación.)* Palabras sin afectos nunca llegan á los oídos de Dios.

### ESCENA XXV.

Cuarto de la reina.

GERTRUDIS, POLONIO, HAMLET.

POLONIO.

Va á venir al momento. Mostradle entereza, decidle que sus locuras han sido demasiado atrevidas é intolerables; que vuestra bondad le ha protegido, mediando entre él y

I stand in pause where I shall first begin,  
And both neglect. What if this cursed hand  
Were thicker than itself with brother's blood?  
Is there not rain enough in the sweet heaven,  
To wash it white as snow? Whereto serves my,  
But to confront the visage of offence?  
And what's in prayer, but this two-fold force,—  
To be forestalled, ere we come to fall,  
Or pardon'd, being down? Then I'll look up;  
My fault is past. But O, what form of prayer  
Can serve my turn? Forgive me my foul words!—  
That cannot be; since I am still possess'd  
Of those effects for which I did the murder!  
My crown, mine own ambition, and my queen.  
May one be pardon'd, and retain the offence?  
In the corrupted currents of this world,  
Offence's gilded hand may shove by justice;  
And oft 'tis seen, the wicked prize itself  
Buys out the law. But 'tis not so above:  
There is no shuffling, there the action lies  
In his true nature; and we ourselves compass'd  
Even to the teeth and forehead of our faults,  
To give in evidence. What then? what rest?  
Try what repentance can: What can it not?  
Yet what can it, when one can repent?  
O wretched state! O bosom, black as death!  
O limed soul, that, struggling to be free,  
Art more engag'd! Help, angels, make assay!  
Bow, stubborn knees! and, heart, with strings of steel,  
Be soft as sinews of the new-born babe!—  
All may be well!

*(Retira, and enters Hamlet.)*

Enter Hamlet.

HAMLET.

Now might I do it, pat, now he is praying;  
And now I'll do't;—and so he goes to heaven:  
And so am I reveng'd! That would be scan'd:  
A villain kills my father; and, for that,  
I, his sole son, do this same villain send  
To heaven.  
Why, this is hire and salary, no revenge.  
He took my father grossly, full of bread;  
With all his crimes broad blown, as fresh as May;  
And, how his audit stands, who knows, save heaven?  
But, in our circumstance and course of thought,  
'Tis heavy with him: And am I then reveng'd,  
To take him in the purging of his soul,  
When he is fit and season'd for his passage?  
No.  
Up, sword; and know thou a more horrid tent:  
When he is drunk, asleep, or in his rage;  
Or in the incestuous pleasures of his bed;  
At gaming, swearing; or about some act  
That has no relish of salvation in't:  
Then trip him, that his heels may kick at heaven;  
And that his soul may be as damn'd, and black,  
As hell, whereto it goes. My mother stays:  
This physic but prolongs thy sickly days.

*The King rises, and advances.*

KING.

My words fly up, my thoughts remain below:  
Words, without thought, never to heaven go.

### SCENE IV.

Another Room in the same.

Enter Queen and POLONIUS.

POLONIUS.

He will come straight. Look you, lay home to him;  
Tell him, his pranks have been too broad to bear;  
And that your grace hath screen'd and stood below



lignacion que escitó. Yo entre tanto (19) retiradare silencio. Habladle con libertad, yo os

Much heat and him. I'll silence me e'en here.  
Pray you, be round with him.

HAMLET, *gritando desde adentro.*  
¡madre!

GERTRUDIS.  
prometo; nada temo. Ya le siento llegar. Retiradario se oculta detrás de unos tapices.)

### ESCENA XXVI

GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO.

HAMLET.  
e (20) mandais, señora?

GERTRUDIS.  
muy ofendido tienes á tu padre.

HAMLET.  
muy ofendido teneis al mio.

GERTRUDIS.  
a aquí; tú me respondes con lengua demasiado

HAMLET.  
y allá... y vos me preguntais con lengua bien

GERTRUDIS.  
esto, Hamlet?

HAMLET.  
eso, madre?

GERTRUDIS.  
das de quien soy?

HAMLET.  
la cruz bendita que no me olvido. Sois la reina, el hermano de vuestro primer esposo, y... ¡ojala sí!...; Eh! sois mi madre.

GERTRUDIS.  
á. Yo te pondré delante de quien te haga buenas acuerdo.

HAMLET.  
*Hamlet, asiendo de un brazo á Gertrudis, la ha-*  
*sentaos, y no saldreis de aquí, no os movereis,*  
*ponga un espejo delante, en que veais lo mas*  
*vuestra conciencia.*

GERTRUDIS.  
antas hacer? ¿Quieres matarme?... ¿Quién me  
¡Cielos!  
*Gertrudis la extraordinaria agitacion que Hamlet*  
*ta en su semblante y acciones, teme que va á*  
*y grita desfavorida pidiendo socorro. Polonio*  
*alir de donde está oculto, y después se detiene.*  
*advierde que los tapices se mueven, sospecha*  
*radio está escondido detrás de ellos, saca la es-*  
*dos ó tres estocadas sobre el bulto que halla, y*  
*hablando con su madre.)*

POLONIO.  
pide... ¡oh!...

HAMLET.  
esto?... Un raton... Murió... (21) Un ducado á  
á muerto.

POLONIO.  
ni!

GERTRUDIS.  
s hecho?  
Qué sé yo?... ¿Si sería el rey?

GERTRUDIS.  
don tan precipitada y sangrienta!

HAMLET.  
d, madre mia, accion sangrienta, y cuasi tan  
mo la de matar á un rey, y casarse después  
mano.

GERTRUDIS.  
un rey?

QUEEN.

I'll warrant you;  
Fear me not;—withdraw, I hear him coming.  
(*Polonius hides himself.*)

*Enter Hamlet.*

HAMLET.  
Now, mother; what's the matter?

QUEEN.  
Hamlet, thou hast thy father much offended.

HAMLET.  
Mother, you have my father much offended.

QUEEN.  
Come, come, you answer with an idle tongue.

HAMLET.  
Go, go, you question with a wicked tongue.

QUEEN.  
Why, how now, Hamlet?

HAMLET.  
What's the matter now?

QUEEN.  
Have you forgot me?

HAMLET.  
No, by the robd, not so:  
You are the queen, your husband's brother's wife;  
And,—would it were not so!—you are my mother.

QUEEN.  
Nay, then I'll set those to you that can speak.

HAMLET.  
Come, come, and sit you down; you shall not budge;  
You go not, till I set you up a glass,  
Where you may see the inmost part of you.

QUEEN.  
What wilt thou do? thou wilt not murder me?  
Help, help, ho!

POLONIUS. (*Behind.*)  
What, ho! help!

HAMLET.  
How now! a rat? (*Draws.*)  
Dead, for a ducat, dead.  
(*Hamlet makes a pass through the arras.*)

POLONIUS. (*Behind.*)  
O, I am slain. (*Falls and dies.*)

QUEEN.  
O me, what hast thou done?

HAMLET.  
Nay, I know not:  
Is it the king?  
(*Lifts up the arras, and draws forth Polonius.*)

QUEEN.  
O, what a rash and bloody deed is this!

HAMLET.  
A bloody deed;—almost as bad as murder,  
As kill a king, and marry with his brother.  
As kill a king?

HAMLET.

Si, señora, eso he dicho. (*Alza el tapiz, y aparece Polonio muerto en el suelo.*) Y tú, miserable, temerario, entremetido, loco... Adios. Yo te tomé por otra persona de mas consideracion. Mira el premio que has adquirido; ve ahí el riesgo que tiene la demasiada curiosidad... (*Volviendo a hablar con Gertrudis, á quien hace sentar de nuevo.*) No, no os torzais las manos... Sentaos aquí, y dejad que yo os tuerza el corazon. Así he de hacerlo, si no le teneis formado de impenetrable pasta, si las costumbres malditas no le han convertido en un muro de bronce opuesto á toda sensibilidad.

GERTRUDIS.

¿Qué hice yo, Hamlet, para que con tal aspereza me insultes?

HAMLET.

Una accion que mancha la tez purpúrea de la modestia, y da nombre de hipocresía á la virtud; arrebató las flores de la frente hermosa de un inocente amor, colocando un vejigatorio en ella; que hace mas pérdidas los votos conyugales que las promesas del tibur; una accion que destruye la buena fe, alma de los contratos, y convierte la inefable religion en una compilacion frívola de palabras; una accion, en fin, capaz de inflamar en ira la faz del cielo, y trastornar con desorden horrible esta sólida y artificiosa maquina del mundo, como si se aproximara su fin temido.

GERTRUDIS.

¿Ay de mí! ¿Y qué accion es esa, que así exclamas al anunciarla con espantosa voz de trueno?

HAMLET.

Veis aquí presentes en esta y esta pintura (*Señalando á dos retratos que habrá en la pared, uno del rey Hamlet, y otro de Claudio.*) los retratos de dos hermanos. ¿Ved cuanta gracia residia en aquel semblante! Los cabellos (22) del sol, la frente como la del mismo Júpiter, su vista imperiosa y amenazadora como la de Marte, su gentileza semejante a la del mensajero Mercurio cuando aparece sobre una montaña cuya cima llega á los cielos. Hermosa combinacion de formas, donde cada uno de los dioses imprimió su carácter, para que el mundo admirase tantas perfecciones en un hombre solo. Este fué vuestro esposo. Ved ahora el que sigue. Este es vuestro esposo, que como la espiga con tizon destruye la sanidad de su hermano. ¿Lo veis bien? ¿Pudisteis abandonar las delicias de aquella colina hermosa por el ceno de ese pantano inmundado? ¿Ah! ¿lo veis bien?... Ni podeis llamarlo amor, porque en vuestra edad los hervores de la sangre están ya tibios y obedientes á la prudencia; ¿y qué prudencia descenderia desde aquel a este? Sentidos teneis, que á no ser así, no tuvierais afectos; pero esos sentidos deben de padecer letargo profundo. La demencia misma no podria incurrir en tanto error; ni el frenesí tiraniza con tal exceso las sensaciones, que no quede suficiente juicio para saber elegir entre dos objetos cuya diferencia es tan visible..... ¿Qué espíritu infernal os pudo engañar y cegar así? Los ojos sin el tacto, el tacto sin la vista, los oidos, el olfato solo, una débil porcion de cualquier sentido hubiera bastado á impedir tal estupidez..... ¿Oh modestia! ¿y no te sonrojás? rebelde inferno! si así pudiste inflamar las médulas de una matrona, permite, permite que la virtud en la edad juvenil sea dócil como la cera, y se liquide en sus propios fuegos; ni se invoque al pudor para resistir su violencia, puesto que el hielo mismo con tal actividad se enciende, y es ya el entendimiento el que prostituye al corazon.

GERTRUDIS.

¿Oh Hamlet! no digas mas... Tus razones me hacen dirigir la vista á mi conciencia, y advierto allí las mas negras y groseras manchas, que acaso nunca podrán borrarse.

HAMLET.

¿Y permanecer así entre el pestilente sudor de un le-

HAMLET.

Ay, lady, 'twas my word.—  
Thou wretched, rash, intruding fool, farewell!

(To Polonius)

I took thee for thy better; take thy fortune :  
Thou find'st, to be too busy, is some danger.—  
Leave wringing of your hands : Peace; sit you down,  
And let me wring your heart : for so I shall,  
If it be made of penetrable stuff;  
If damned custom hath not braz'd it so,  
That it be proof and bulwark against sense.

QUEEN.

What have I done, that thou dar'st wag thy tongue  
In noise so rude against me?

HAMLET.

Such an act,  
That blurs the grace and blush of modesty;  
Calls virtue, hypocrite; takes off the rose  
From the fair forehead of an innocent love,  
And sets a blister there; makes marriage-tows  
As false as dicers' oaths : O, such a deed  
As from the body of contraction plucks  
The very soul; and sweet religion makes  
A rhapsody of words : Heaven's face doth glow  
Yea, this solidity and compound mass,  
With tristful visage, as against the doom,  
Is thought-sick at the act.

QUEEN.

Ah me, what act,  
That roars so loud, and thunders in the index?

HAMLET.

Look here, upon this picture, and on this;  
The counterfeit presentment of two brothers.  
See, what a grace was seated on this brow :  
Hyperion's curls; the front of Jove himself;  
An eye like Mars, to threaten and command;  
A station like the herald Mercury,  
New-lighted on a heaven-kissing hill;  
A combination, and a form, indeed,  
Where every god did seem to set his seal,  
To give the world assurance of a man;  
This was your husband.—Look you now what follows  
Here is your husband; like a mildew'd ear,  
Blasting his wholesome brother. Have you eyes?  
Could you on this fair mountain leave to feed,  
And batten on this moor? Ha! have you eyes?  
You cannot call it, love : for at your age,  
The hey-day in the blood is tame, it's humble,  
And waits upon the judgment; and what judgment  
Would step from this to this? Sense, sure, you have,  
Else could you not have motion : But, sure, that sense  
Is apoplex'd; for madness would not err;  
Nor sense to ecstasy was ne'er so thrall'd,  
But it reserv'd some quantity of choice,  
To serve in such a difference. What devil was't  
That thus hath cozen'd you at hoodman-blind?  
Eyes without feeling, feeling without sight,  
Ears without hands or eyes, smelling sans all,  
Or but a sickly part of one true sense  
Could not so mope.  
O shame! where is thy blush? Rebellious hell,  
If thou canst mutine in a matron's bones,  
To flaming youth let virtue be as wax,  
And melt in her own fire; proclaim no shame,  
When the compulsive ardour gives the charge;  
Since frost itself as actively doth burn  
And reason panders will.

QUEEN.

O Hamlet, speak no more :  
Thou turn'st mine eyes into my very soul;  
And there I see such black and grain'd spots,  
As will not leave their tinct.

HAMLET.

Nay, but to live

so, envilecida en corrupcion, prodigando calor en aquella sentina impura!

GERTRUDIS.

no mas, que esas palabras como agudos puñales oídos... No nias, querido Hamlet.

HAMLET.

no... un malvado... vil... inferior mil veces á tanto esposo... escarnio de los reyes, ratero del mando, que robó la preciosa corona, y se la llevó bolsillo.

GERTRUDIS.

### ESCENA XXVII.

DIS, HAMLET, LA SOMBRA DEL REY HAMLET.

HAMLET.

botarga... ¡Oh espíritus (25) celestes! defendidme con vuestras alas... ¡Qué quieros, venid!

GERTRUDIS.

está fuera de sí.

HAMLET.

caso á culpar la negligencia de tu hijo, que por la compasion y la tardanza, olvida la imposicion de tu precepto terrible?... Habla.

LA SOMBRA.

des. Vengo a inflamar de nuevo tu ardor cuasi Pero ¿ves? Mira cómo has llenado de asombro Ponte entre ella y su alma agitada, y hallarás inacion obra con mayor violencia en los cuerdiles. Háblala, Hamlet.

HAMLET.

pensais, señora?

GERTRUDIS.

¿y en qué piensas tú, que así diriges la vista y nada, razonando con el aire incorpóreo?... na se ha pasado á tus ojos, que se mueven tus cabellos, que pendian, adquiriendo vida y se erizan y levantan como los soldados a proviso rebato despierta. ¡Hijo de mi alma! na sobre el ardiente fuego de tu agitacion la ia... ¿A quién estás mirando?

HAMLET.

... ¿Le veis qué palida luz despidе? Su asolor bastarian a conmovier las piedras... ¡Ay! asi; no sea que ese lastimoso semblante desdesignios crueles, no sea que al ejecutarios os medios, y en vez de sangre se derramen lá-

GERTRUDIS.

dices eso?

HAMLET.

nada allí?

GERTRUDIS.

eo todo lo que hay.

HAMLET.

nada tampoco?

GERTRUDIS.

que lo que nosotros hablamos.

HAMLET.

... ¿Le veis?... Ahora se va... Mi padre... con uno que se vestía... ¿Veis por dónde va?... al pórtico.

### ESCENA XXVIII.

GERTRUDIS, HAMLET.

GERTRUDIS.

efecto de la fantasia. El desórden que padeces produce esas ilusiones vanas.

HAMLET.

n? Mi pulso, como el vuestro, late con regular, y anuncia igual salud en sus compases...

In the rank sweat of an enswamed bed;  
Stew'd in corruption; honeying, and making love  
Over the nasty sty;—

QUEEN.

O, speak to me no more;  
These words, like daggers, enter in mine ears;  
No more, sweet Hamlet.

HAMLET.

A murderer, and a villain:  
A slave, that is not twentieth part the tythe  
Of your precedent lord:—a vice of kings:  
A cutpurse of the empire and the rule;  
That from a shelf the precious diadem stole,  
And put it in his pocket!

QUEEN.

No more.

Enter Ghost.

HAMLET.

A king

Of shreds and patches:—  
Save me and hover o'er me with your wings  
You heavenly guards!—What would your gracious figure?

QUEEN.

Alas! he's mad.

HAMLET.

Do you not come your tardy son to chide,  
That, laps'd in time and passion, let's go by  
The important acting of your dread command?  
O, say!

GHOST.

Do not forget: This visitation  
Is but to whet ty almost blunted purpose.  
But look! amazement on thy mother sits:  
O, step between her and her fighting soul;  
Conciet in weakest bodies strongest works;  
Speak to her, Hamlet.

HAMLET.

How is it with you, lady?

QUEEN.

Alas, how is't with you?  
That you do bend your eye on vacancy,  
And with the incorporal air do old discourse?  
Forth at your eyes your spirits wildly peep;  
And, as the sleeping soldiers in the alarm,  
Your bedded hair, like life in excrements,  
Starts up, and stands on end. O gentle son,  
Upon the heat and flame of thy distemper  
Sprinkle cool patience. Whereon do you look?

HAMLET.

On him! on him!—Look you, how pale he glares!  
His form and cause conjoin'd, preaching to stones,  
Would make them capable.—Do not look upon me;  
Lest with this piteous action, you convert  
My stern effects: then what I have to do  
Will want true colour; tears, perchance, for blood.

QUEEN.

To whom do you speak this?

HAMLET.

Do you see nothing there?

QUEEN.

Nothing at all; yet all, that is, I see.

HAMLET.

Nor did you nothing hear?

QUEEN.

No, nothing, but ourselves.

HAMLET.

Why, look you there! look, how it steals away!  
My father, in his habit as he liv'd;  
Look, where he goes, even now, out at the portal!  
(Exit Ghost.)

GHOST.

This is the very coinage of your brain:  
This bodiless creation ecstasy  
Is very cunning in.

HAMLET.

Ecstasy!  
My pulse, as yours, beats tempo-rally like yours:  
And makes as healthful music. It is not madness.

Nada de lo que he dicho es locura. Haced la prueba, y veréis si os repito cuantas ideas y palabras acabo de proferir, y un loco no puede hacerlo. ¡Ah, madre mía! en merced os pido que no apliquéis al alma esa unción balagüña, creyendo que es mi locura la que habla, y no vuestro delirio. Con tal medicina lograréis solo irritar la parte ulcerada, aumentando la ponzoña pestífera que interiormente la corrompe... Confesad al cielo vuestra culpa, llorad lo pasado, precaved lo futuro, y no estendiáis el beneficio sobre las malas yerbas para que prosperen lozanas. Perdonad este desabogo a mi virtud, ya que en esta delincuente edad la virtud misma tiene que pedir perdón al vicio, y aun para hacerle bien le halaga y le ruega.

GERTRUDIS.

¡Ay, Hamlet! tú despedazas mi corazón.

HAMLET.

¡Sí! Pues apartad de vos aquella porción mas dañada, y vivid con la que resta mas inocente. Buenas noches... Pero no volváis al lecho de mi tío. Si careceis de virtud, aparentadla al menos. La costumbre (24), aquel monstruo que destruye las inclinaciones y afectos del alma, si en lo demás es un demonio, tal vez es un ángel cuando sabe dar a las buenas acciones una cierta facilidad con que insensiblemente las hace parecer innatas. Conteneos por esta noche; este esfuerzo os hará mas fácil la abstinencia próxima, y la que siga después la hallareis mas fácil todavía. La costumbre es capaz de borrar la impresión misma de la naturaleza, reprimir las malas inclinaciones y alejarlas de nosotros con maravilloso poder. Buenas noches; y cuando aspireis de veras a la bendición del cielo, entonces yo os pediré vuestra bendición... La desgracia de este hombre *(Hace ademán de cargar con el cuerpo de Polonio; pero dejándolo en el suelo otra vez vuelve a hablar á Gertrudis.)* me aflige en extremo; pero Dios lo ha querido así: a él le ha castigado por mi mano, y a mí tambien precisándose a ser el instrumento de su enojo. Yo le conduciré adonde convenga, y sabré justificar la muerte que le di. Basta. Buenas noches. Porque (25) soy piadoso, debo ser cruel; ve aquí el primer daño cometido; pero aun es mayor el que después ha de ejecutarse... ¡Ah! escuchad otra cosa.

GERTRUDIS.

¿Cuál es? ¿Qué debo hacer?

HAMLET.

No hacer nada de cuanto os he dicho, nada. Permitid que el rey hinchado con el vino, os conduzca otra vez al lecho, y allí os acaricie, apretando lascivo vuestras mejillas, y os tiende el pecho con sus malditas manos, y os bese con negra boca. Agradecida, entonces, declarad cuanto hay en el caso: decidle que mi locura no es verdadera, que todo es artificio... Si, decidsele; porque cómo es posible que una reina hermosa, modesta, prudente, oculte secretos de tal importancia a aquel (26) gato viejo, marciélagos, sapo torpísimo? ¿Cómo sería posible callarse? Id, y a pesar de la razón y del sigilo, abrid la jaula sobre el techo de la casa y haced que los pajaros se vuelen; y semejante al mono (tan amigo de hacer experiencias), meted la cabeza en la trampa, a riesgo de perecer en ella misma.

GERTRUDIS.

No, no lo temas; que si las palabras se forman del aliento, y este anuncia vida, no hay vida ni aliento en mí para repetir lo que me has dicho.

HAMLET.

¿Sabéis que debo ir a Inglaterra?

GERTRUDIS.

¡Ah! ya lo habia olvidado. Sí, es cosa resuelta.

HAMLET.

No sabido que hay ciertas cartas selladas, y que mis dos condiscipulos (de quienes yo me haré como de una vibora ponzoñosa) van encargados de llevar el mensaje, facili-

That I have utter'd: bring me to the test,  
And I the matter will re-word; which madness  
Would gambol from. Mother, for love of grace,  
Lay not that flattering unción to your soul,  
That not your trespass, but my madness speaks:  
It will but skin and film the ulcerous place;  
Whiles rank corruption, mining all within,  
Infects unseen. Confess yourself to heaven;  
Repent what's past; avoid what is to come;  
And do not spread the compost on the weeds,  
To make them ranker. Forgive me this my virtue:  
For in the fatness of these purgatory times,  
Virtue itself of vice must pardon beg;  
Yea, curb and woo, for leave to do him good.

QUEEN.

O Hamlet! thou hast cleft my heart in twain.

HAMLET.

O, throw away the worse part of it,  
And live the purer with the other half.  
Good night: but go not to my uncle's bed;  
Assume a virtue, if you have it not.  
That monster, custom, who all sense doth eat  
Of habit's devil, is angel yet in this:  
That to the use of actions fair and good  
He likewise gives a frock, a livery,  
That aptly is put on: Refrain to-night;  
And that shall lend a rein to easiness  
To the next abstinence: the next more easy:  
For use almost can change the stamp of nature,  
And either curb the devil, or throw him out  
With wondrous potency. Once more, good night:  
And when you are desirous to be blest'd,  
I'll blessing beg of you.—For this same lord,  
*(Pointing to Pol.)*

I do repent. But heaven hath pleas'd it so,—  
To punish me with this, and this with me,  
That I must be their scourge and minister.  
I will bestow him, and will answer well  
The death I gave him. So, again, good night!—  
I must be cruel, only to be kind:  
Thus bad begins, and worse remains behind.—  
But one word more, good lady.

QUEEN.

What shall I do?

HAMLET.

Not this, by no means, that I bid you do.  
Let the bloat king tempt you again to bed:  
Pinch wanton on your cheek; call you, his niece;  
And let him, for a pair of reechy kisses,  
Or paddling in your neck with his damnd fingers,  
Make you to ravel all this matter out,  
That I essentially am not in madness,  
But mad in craft. 'Twere good, you let him know:  
For who, that's but a queen, fair, sober, wise,  
Would from a paddock, from a flat, a gill,  
Such dear concernings hide? who would do so?  
No, in despite of sense and secrecy,  
Unpeg the basket on the house's top,  
Let the birds fly; and, like the famous ape,  
To try conclusions, in the basket creep,  
And break your own neck down.

QUEEN.

Be thou assur'd, if words be made of breath,  
And breath of life, I have no life to breathe  
What thou hast said to me.

HAMLET.

I must to England; you know that?

QUEEN.

I had forgot; 'tis so concluded on.  
*Alack,*

HAMLET.

There's letters seal'd; and my two school-boys,—  
Whom I will trust, as I will adders fang'd,—  
They bear the mandate; they must sweep my way,

y dirige sus emponzoñados tiros con la certeza que el cañón á su blanco), errando esta vez el golpe, dejará nuestro nombre ileso y herirá solo al viento insensible. ¡Oh!... Vamos de aquí... mi alma está llena de agitación y de terror.

### ESCENA III.

*Cuarto de Hamlet.*

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO.

HAMLET.

Colocado ya en lugar seguro... Pero...

RICARDO, *desde adentro.*

¡Hamlet! ¡señor!

HAMLET.

¿Qué ruido es este? ¿Quién llama á Hamlet?... ¡Oh! ya están aquí.

*(Salen Ricardo y Guillermo.)*

RICARDO.

Señor, ¿qué habeis hecho del cadáver?

HAMLET.

Ya está entre el polvo, del cual es pariente cercano.

RICARDO.

Decidnos en dónde está, para que le hagamos llevar á la capilla.

HAMLET.

¡Ah!... no lo creais, no.

RICARDO.

¿Qué es lo que no debemos creer?

HAMLET.

Que yo pueda guardar vuestro secreto, y os revele el mio... Y además, ¿qué ha de responder el hijo de un rey á las instancias de un entremetido palaciego?

RICARDO.

¿Entremetido me llamas?

HAMLET.

Sí, señor, entremetido; que como una esponja chupa del favor del rey las riquezas y la autoridad. Pero estas gentes a lo último de su carrera es cuando sirven mejor al príncipe; porque este, semejante al mono, se los mete en un rincón de la boca; allí los conserva, y el primero que entró es el último que se traga. Cuando el rey necesite lo que tú (que eres su esponja) le hayas chupado, te coge, te exprime, y quedas enjuto otra vez.

RICARDO.

No comprendo lo que decís.

HAMLET.

Me place en extremo. Las razones agudas son ronquidos para los oídos tontos.

RICARDO.

Señor, lo que importa es que nos digais en dónde está el cuerpo, y os vengais con nosotros á ver al rey.

HAMLET.

El cuerpo (2) está con el rey; pero el rey no está con el cuerpo. El rey viene á ser una cosa, como...

GUILLERMO.

¿Qué cosa, señor?

HAMLET.

Una cosa que no vale nada... pero guarda, Pablo... Vamos á verle.

### ESCENA IV.

*Salon de Palacio.*

CLAUDIO.

Le he enviado á llamar, y he mandado buscar el cadáver. ¿Qué peligroso es dejar en libertad á este mancebo! Pero no es posible tampoco ejercer sobre él la severidad de las leyes. Está muy querido de la fanática multitud, cuyos afectos se determinan por los ojos, no por la razón, y que en tales casos considera el castigo del delincuente, y no el delito. Conviene, para mantener la tranquilidad, que esta repentina ausencia de Hamlet aparezca como cosa muy de antemano meditada y resuelta. Los males desesperados, ó son incurables, ó se alivian con desesperados remedios.

As level as the cannon to is blank,  
Transports his poison'd shot,—may miss our name,  
And hit the woundless air.—O come away!  
My soul is full of discord, and dismay. *(Ex.)*

### SCENE II.

*Another Room in the House.*

Enter HAMLET.

HAMLET.

Safely stow'd,—*(Ros. etc. within. Hamlet! let it!)* But soft,—what noise? who calls on Hamlet? they come.

*Enter Rosencrantz and Guildenstern.*

ROSENCRANTZ.

What have, you done, my lord, with the dead b

HAMLET.

Compounded it with dust, whereto'tis kin.

ROSENCRANTZ.

Tell us where'tis; that we may take it thence, And bear it to the chapel.

HAMLET.

Do not believe it.

ROSENCRANTZ.

Believe what?

HAMLET.

That I can keep your counsel, and not mine sides, to be demanded of a sponge!—what re should be made by the son of a king?

ROSENCRANTZ.

Take you me for a sponge, my lord?

HAMLET.

Ay, sir; that soaks up the king's counten rewards, his authorities. But such officers do the service in the end: He keeps them, like an ape, in ner of his jaw; first mouthed, to be last swallowe he needs what you have gleaned, it is but sque and, sponge, you shall be dry again.

ROSENCRANTZ.

I understand you not my lord.

HAMLET.

I am glad of it: A knavish speech sleeps in a fo

ROSENCRANTZ.

My lord, you must tell us where the body is, an us to the king.

HAMLET.

The body is with the king, but the king is not body. The king is a thing—

GUILDENSTERN.

A thing, my lord?

HAMLET.

Of nothing: bring me to him. Hide fox, and all!

### SCENE III.

*Another Room in the same.*

Enter King, attended.

KING.

I have sent to seek him, and to find the body. How dangerous is it, that this man goes loose? Yet must not we put the strong law on him: He's lov'd of the distracted multitude, Who like not in their judgement, but their eyes; And, where'tis so, the offender's scourge is weigh But never the offence. To bear all smooth and This sudden sending him away must seem Deliberate pause. Diseases, desperate grown, By desperate appliance are reliev'd.

ESCENA V.

CLAUDIO, RICARDO.

CLAUDIO.

¿Qué hay, qué ha sucedido?

RICARDO.

No hemos podido lograr que nos diga adónde ha llevado el cadáver.

CLAUDIO.

Pero ¿en dónde está?

RICARDO.

Afuera quedó con gente que le guarda, esperando vuestras ordenes.

CLAUDIO.

Traedle a mi presencia.

RICARDO.

Guillermo, que venga el príncipe.

ESCENA VI.

CLAUDIO, RICARDO, HAMLET, GUILLERMO, CHACOS.

CLAUDIO.

Y bien, Hamlet, ¿en dónde está Polonio?

HAMLET.

Ha ido a cenar.

CLAUDIO.

¿A cenar? ¿Adónde?

HAMLET.

No adonde coma, sino adonde es comido, entre una numerosa congregación de gusanos. El gusano es el monarca supremo de todos los comedores. Nosotros (3) engordamos a los demás animales para engordarnos, y engordamos para el gusanillo, que nos come después. El rey gordo y el mendigo flaco son dos platos diferentes, pero se sirven a una misma mesa. En esto para todo.

CLAUDIO.

¡Ah!

HAMLET.

Tal vez un hombre puede pescar con el gusano que él comido a un rey, y comerse después el pez que se alimentó de aquel gusano.

CLAUDIO.

¿Y qué quieres decir con eso?

HAMLET.

Nada más que manifestar cómo un rey puede pasar progresivamente a las tripas de un mendigo.

CLAUDIO.

¿En dónde está Polonio?

HAMLET.

En el cielo. Enviad a alguno que lo vea, y si vuestro comisionado no le encuentra allí, entonces podéis vos mismo irle a buscar a otra parte. Bien que, si no le halláis en todo este mes, le oleréis sin duda al subir los escalones de la galería.

CLAUDIO.

Id allá a buscarle. *(Váase los criados.)*

HAMLET.

No, él no se moverá de allí hasta que vayan por él.

CLAUDIO.

Este suceso, Hamlet, exige que atiendas a tu propia seguridad, la cual me interesa tanto como lo demuestra el sentimiento que me causa la acción que has hecho. Conviene que salgas de aquí con acelerada diligencia. Prepárate pues. La nave está ya prevenida, el viento es favorable, los compañeros aguardan, y todo está pronto para tu viaje a Inglaterra.

HAMLET.

¿A Inglaterra?

CLAUDIO.

Sí, Hamlet.

HAMLET.

Muy bien.

CLAUDIO.

Sí, muy bien debe parecerse, si has comprendido el fin a que se encaminan mis deseos.

*Enter Rosencrantz.*

Or not at all.—How now? what hath befallen?

ROSENCRANTZ.

Where the dead body is bestow'd, my lord, We cannot get from him.

KING.

But where is he?

ROSENCRANTZ.

Without, my lord; guarded, to know your pleasure.

KING.

Bring him before us.

ROSENCRANTZ.

No, Guildenstern! bring in my lord.

*Enter Hamlet and Guildenstern.*

KING.

Now, Hamlet, where's Polonius?

HAMLET.

At supper.

KING.

At supper? where?

HAMLET.

Not where he eats, but where he is eaten: a certain convocation of politic worms are e'en at him. Your worm is your only emperor for diet: we fat all creatures else, to fat us; and we fat ourselves for maggots: Your fat king, and your lean beggar, is but variable service; two dishes, but to one table; that's the end.

KING.

Alas! alas!

HAMLET.

A man may fish with the worm that hath eat of a king; and eat of the fish that hath fed of that worm.

KING.

What dost thou mean by this?

HAMLET.

Nothing, but to show you how a king may go a progress through the guts of a beggar.

KING.

Where is Polonius?

HAMLET.

In heaven; send thither to see: if your messenger find him not there, seek him i' the other place yourself. But, indeed, if you find him not within this month, you shall nose him as you go up the stairs into the lobby.

KING.

Go seek him there.

*(To some attendants.)*

HAMLET.

He will stay till you come.

*(Re-enter attendants.)*

KING.

Hamlet, this deed, for thine especial safety,—Which we do tender, as we dearly grieve For that which thou hast done,—must send thee hence With fiery quickness: Therefore, prepare thyself; The bark is ready, and the wind at help, The associates tend, and every thing is bent For England.

HAMLET.

Yo veo un ángel que los ve... Pero vamos á Inglaterra.  
¡Adios, mi querida madre!

CLAUDIO.

¿Y tu padre, que te ama, Hamlet?

HAMLET.

Mi madre... Padre y madre son marido y mujer; marido y mujer son una carne misma, con que... mi madre... ¡Eh! Vamos a Inglaterra.

## ESCENA VII.

CLAUDIO, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO.

Seguidle inmediatamente; instad con viveza su embarco, no se dilate un punto. Quiero verle fuera de aquí esta noche. Partid. Cuanto es necesario á esta comision, esta sellado y pronto. Id, no os detengais. (*Vanse Ricardo y Guillermo.*) Y tú, Inglaterra, si en algo estimas mi amistad (de cuya importancia mi gran poder te avisa), pues aun miras sangrientas las heridas que recibiste del acero dinamarqués, y en dócil tenor me pagas tributos, no dilates tibia la ejecucion de mi suprema voluntad, que por cartas escritas á este fin te pide con la mayor instancia la pronta muerte de Hamlet. Su vida es para mí una fiebre ardiente, y tú sola puedes aliviarme. Hazlo así, Inglaterra, y hasta que sepa que descargaste el golpe, por mas feliz que mi suerte sea, no se restablecerán en mi corazon la tranquilidad ni la alegría.

## ESCENA VIII.

Campo solitario en las fronteras de Dinamarca.

FORTIMBRÁS, UN CAPITÁN, SOLDADOS.

FORTIMBRÁS.

Id, capitán (4), saludad en mi nombre al monarca danés; decidle, que en virtud de su licencia, Fortimbrás pide el paso libre por su reino, segun se le ha prometido. Ya sabeis el sitio de nuestra reunion. Si algo quiere S. M. comunicarme, hacedle saber que estoy pronto á ir en persona á darle pruebas de mi respeto.

CAPITÁN.

Así lo haré, señor.

FORTIMBRÁS.

Y vosotros caminad con paso vagaroso.

## ESCENA IX.

UN CAPITÁN, HAMLET, RICARDO, GUILLERMO, SOLDADOS.

HAMLET.

Caballero (3), ¿de dónde son estas tropas?

CAPITÁN.

De Noruega, señor.

HAMLET.

Y decidme, ¿adónde se encaminan?

CAPITÁN.

Contra una parte de Polonia.

HAMLET.

¿Quién las acaudilla!

CAPITÁN.

Fortimbrás, sobrino del anciano rey de Noruega.

HAMLET.

¿Se dirigen contra toda Polonia, ó solo á alguna parte de sus fronteras?

CAPITÁN.

Para deciros sin rodeos la verdad, vamos á adquirir una porcion de tierra, de la cual (esceptuando el honor) ninguna otra utilidad puede esperarse. Si me la diesen arrendada en cinco ducados, no la tomaria, ni pienso que produzca mayor interés al de Noruega ni al polaco, aunque á pública subasta la vendan.

HAMLET.

¿Sin duda el polaco no tratará de resistir?

HAMLET.

I see a cherub, that sees them. — But, come; hie gland! — Farewell, dear mother.

KING.

Thy loving father, Hamlet.

HAMLET.

My mother : Father and mother is man and wife and wife is one flesh; and so, my mother. Come, hie gland.

KING.

Follow him at foot; tempt him with speed aboard; Delay it not, I'll have him hence to-night: Away; for every thing is seal'd and done That else leans on the affair : Pray you, make haste

(*Exeunt Ros. and Gi*)

And, England, if my love thou hold'st at aught, (As my great power thereof may give thee sense; Since yet thy cicatrice looks raw and red After the Danish sword, and thy free awe Pays homage to us,) thou may'st not coldly set Our sovereign process; which imports at full, By letters conjuring to that effect, The present death of Hamlet. Do it, England; For like the hectic in my blood he rages, And thou must cure me: 'till I know, 'tis done, How'er my haps, my joys will ne'er begin.

## SCENE IV.

A Plain in Denmark.

Enter FORTINBRAS, and Forces, marching

FORTINBRAS.

Go, captain, from me greet the Danish king; Tell him, that, by his licence, Fortinbras Craves the conveyance of a promis'd march Over his kingdom. You know the rendezvous. If that his majesty would aught with us, We shall express our duty in his eye, And let him know so.

CAPTAIN.

I will do't, my lord.

FORTINBRAS.

Go softly on.

(*Exeunt Fortinbras and Forces*)

Enter Hamlet, Rosencrantz, Guildenstern, etc

HAMLET.

Good sir, whose powers are these?

CAPTAIN.

They are of Norway, sir.

HAMLET.

How purpos'd, sir,

I pray you?

CAPTAIN.

Against some part of Poland.

HAMLET.

Who

Commands them, sir?

CAPTAIN.

The nephew to old Norway, Fortinbras.

HAMLET.

Goes it against the main of Poland, sir, Or for some frontier?

CAPTAIN.

Truly to speak, sir, and with no addition, We go to gain a little patch of ground, That bath in it no profit but the name. To pay five ducats, five, I would not farm it; Nor will it yield to Norway, or the Pole, A ranker rate, should it be sold in fee.

HAMLET.

Why, then the Polack never will defend it

CAPITÁN.

Antes bien ha puesto ya en ella tropas que la g

HAMLET.

De ese modo el sacrificio de dos mil hombres y mil ducados no decidirá la posesión de un objeto vano. Esa es una apostema del cuerpo político, en la paz y escaseza abundancia que revienta en lo í

su que esteriormente se vea la razón por que el perece. Os doy muchas gracias de vuestra cortes

CAPITÁN.

Dios os guarde.

(Vanse el capitán y los soldados.)

RICARDO.

¿Quereis proseguir el camino?

HAMLET.

Presto os alcanzaré. Id adelante un poco.

## ESCENA X.

HAMLET.

Cuanto (6) accidentes ocurren, todos me acusan citando á la venganza mi adormecido aliento. ¿Que hombre que funda su mayor felicidad, y emplea el tiempo solo en dormir y alimentarse? Es un brumas. No aquel que nos formó dotados de tan este conocimiento, que con él podemos ver lo pasado y no nos dio ciertamente esta facultad, esta razón para que estuviera en nosotros sin uso y torpe. Si brutal negligencia, sea tímido escrúpulo que no se á penetrar los casos venideros (proceder en que b parte de cobardía que de prudencia), yo no sé pa existo, diciendo siempre: tal cosa debo hacer, pue hay en mí suficiente razón, voluntad, fuerza y meca ejecutarla. Por todas partes hallo ejemplos gran me estimulan. Prueba es bastante esa fuerte y nu ejército conducido por un príncipe joven y delicad espíritu impelido de ambición generosa desprecia l tudumbre de los sucesos, y espone su existencia mortal a los golpes de la fortuna, á la muerte, á l gros mas terribles, y todo por un objeto de tan l res. El ser grande no consiste, por cierto, en obr cuando ocurre un gran motivo, sino en saber hal razón plausible de contienda, aunque sea pequeña sa, cuando se trata de adquirir honor. ¿Cómo pa manezco yo en ocio indigno, muerto mi padre a mente, mi madre envilecida... estímulos capaces c tar mi razón y mi ardimiento, que yacen dormidos! tras para vergüenza mía veo la destrucción inmer veinte mil hombres, que por un capricho, por una gloria van al sepulcro como á sus lechos, combatie una causa que la multitud es incapaz de comprend un terreno que aun no es suficiente sepultura á cadáveres... ¡Oh! de hoy mas, ó no existirá en mí sia idea ninguna, ó cuantas forme serán sangrientas

## ESCENA XI.

Galería de palacio.

GERTRUDIS, HORACIO.

GERTRUDIS.

No, no quiero hablarla.

HORACIO.

Ella insta por veros. Esta loca, es verdad; pero mismo debe escitar vuestra compasión.

GERTRUDIS.

¿Y qué pretende? ¿Qué dice?

HORACIO.

Habla mucho de su padre: dice que continúa oye que el mundo está lleno de maldad; solloza, tina el pecho, y airada trastorna con el pie cuando se encuentra. Profiere razones equivocadas en que se halla sentido; pero la misma extravagancia d mueve á los que las oyen á retonerías, exclamando:

TOMO II.

CAPITÁN.

Yes, 'tis already garrison'd.

HAMLET.

Two thousand souls, and twenty thousand ducats, Will not debate the question of this straw: This is the imposthume of much wealth and peace; That inward breaks, and shows no cause without Why the man dies.—I humbly thank you, sir.

CAPITÁN.

God be wif you, sir.

(Exit.

ROSENCRANZ.

Will't please you go, my lord?

HAMLET.

I will be with you straight. Go a little before.

(Exeunt Ros. and Guil.

How all occasions do inform against me, And spur my dull revenge! What is a man, If his chief good, and market of his time, Be but to sleep, and feed? a beast, no more. Sure, he, that made us with such large discourse, Looking before, and after, gave us not That capability and godlike reason To fust in us unus'd. Now, whether it be Bestial oblivion, or some craven scruple Of thinking too precisely on the event,— A thought, which, quarter'd, hath but one part wisdom, And ever, three parts coward,—I do not know Why yet I live to say, *This thing's to do;* Sith I have cause, and will, and strength, and means, To do't. Examples, gross as earth, exhort me: Witness, this army of such mass, and charge, Led by a delicate and tender prince; Whose spirit, with divine ambition puff'd, Makes mouths at the invisible event; Exposing what is mortal, and unsure, To all that fortune, death, and danger dare, Even for an egg-shell. Rightly to be great, Is, not to stir without great argument; But greatly to find quarrel in a straw, When honour's at the stake. How stand I then, That have a father kill'd, a mother stain'd Excitements of my reason, and my blood, To sleep? while, to my shame, I see Inuent death of twenty thousand men, A fantasy, and trick of fame, In graves like beds; fight for a plot The numbers cannot try the cause, Not tomb enough, and conquest, To stain?—O, from this time forth, Let's be bloody, or be nothing worth!

(Exit.

## ESCENA V.

Reinera. A Room in the Castle.

Enter Queen and HORATIO.

QUEEN.

I will not speak with her.

HORATIO.

She is importunate; indeed, import;



con que las dice, y dando á sus palabras una combinacion arbitraria, segun la idea de cada uno. Al observar sus miradas, sus movimientos de cabeza, su gesticlacion espresiva, llegan á creer que puede haber en ella algun asomo de razon; pero nada hay de cierto, sino que se halla en el estado mas infeliz.

GERTRUDIS.

Será bien hablarla, antes que mi repulsa esparza conjeturas fatales en aquellos ánimos que todo lo interpretan siniestramente. Hazla venir. (*Vase Horacio.*) El mas frivolo acaso parece á mi dañada conciencia presagio de algun grave desastre. Propia es de la culpa esta desconfianza. Tan lleno está siempre de recelos el delincuente, que el temor de ser descubierto hace tal vez que él mismo se descubra.

### ESCENA XII.

GERTRUDIS, OFELIA, HORACIO.

OFELIA.

¿En donde está la hermosa reina de Dinamarca?

GERTRUDIS.

¿Como va, Ofelia?

OFELIA.

(*Estos versos, y todos los que siguen en el presente acto, los canta Ofelia.*)

¿Cómo al amante  
Que fiel te sirva,  
De otro cualquiera  
Distinguiria?  
Por las veneras  
De su esclavina,  
Bordon, sombrero  
Con plumas rizas,  
Y su calzado  
Que adornan cintas.

GERTRUDIS.

¡Oh querida mia! ¿y á qué propósito viene esa cancion?

OFELIA.

¿Eso decis?.. Atended á esta:

Muerto es ya, señora,  
Muerto, y no está aquí.  
Una tosca piedra  
A sus plantas vi,  
Y al cèsped del prado  
Su frente cubrir.

¡Ah! ¡ah! ¡ah! (*Dando risotadas.*)

GERTRUDIS.

Si; pero, Ofelia...

OFELIA.

Old, old.

Blancos paños le vestian...

### ESCENA XIII.

CLAUDIO, GERTRUDIS, OFELIA, HORACIO.

GERTRUDIS.

¡Desgraciada! ¿Veis esto, señor?

OFELIA.

Blancos paños le vestian  
Como la nieve del monte,  
Y al sepulcro le conducen  
Cubierto de bellas flores,  
Que en tierno llanto de amor  
Se humedecieron entonces.

CLAUDIO.

¿Cómo estás, graciosa niña?

OFELIA.

Buena: Dios os lo pague... Dicen que la lechuza fué antes una doncella, hija de un panadero... ¡Ah!... Sabemos lo que somos ahora, pero no lo que podemos ser... Dios vendrá á visitaros.

CLAUDIO.

Alusion á su padre.

OFELIA.

Pero no, no hablemos mas en esto; y si os preguntan lo que significa, decid:

And botch the words up fit to their own thoughts; Which, as her winks, and nods, and gestures yield Indeed would make one think, there might be truth Though nothing sure, yet much unhappily.

QUEEN.

'Twere good she were spoken with; for she may st Dangerous conjectures in ill-breeding minds; Let her come in. (*Exit*) To my sick soul, as sin's true nature is, Each toy seems prologue to some great amiss: So full of artless jealousy is guilt, It spills itself in fearing to be spilt.

*Re-enter Horatio with Ophelia.*

OPHELIA.

Where is the beaoutous majesty of Denmark?

QUEEN.

How now, Ophelia?

OPHELIA.

*How should I your true-love know (Sings.)  
From another one?  
By his cockle hat and staff,  
And his sandal shoon?*

QUEEN.

Alas, sweet lady, what imports this song?

OPHELIA.

Say you? nay, pray you, mark.

*He is dead and gone, lady,  
He is dead and gone;  
At his head a grass-green turf,  
At his heels a stone.*

O, ho!

QUEEN.

Nay, but Ophelia,—

OPHELIA.

Pray you, mark.

*White his shroud as the mountain snow, (Sings.)*

*Enter King.*

QUEEN.

Alas, look here, my lord.

OPHELIA.

*Larded all with sweet flowers;  
Which bewept to the grave did go.  
With true-love showers.*

KING.

How do you, pretty lady?

OPHELIA.

Well, God'ield you! They say, the owl was a b daughter. Lord, we know what we are, but know what we may be. God be at your table!

KING.

Conceit upon her father.

OPHELIA.

Pray, let us have no words of this; but when the you, what it means, say you this:

De san Valentino (7)  
La fiesta es mañana:  
Yo, niña amorosa,  
Al toque del alba  
Iré a que me veas  
Desde tu ventana,  
Para que la suerte  
Dichosa me caiga.  
Despierta el mancebo,  
Se viste de gala.

Y él responde entonces:

Por el sol te juro  
Que no lo olvidara,  
Si tú no te hubieras  
Venido a mi cama.

CLAUDIO.

¡Graciosa Ofelia!

OFELIA.

Sí, voy á acabar: sin jurarlo, os prometo que la voy á concluir.

¡Ay, misera! ¡Cielos!  
¡Torpeza villana!  
¡Qué galán desprecia  
Ventura tan alta!  
Pues todos son falsos,  
Le dice indignada:  
Antes que en tus brazos  
Me mirase incauta,  
De hacerme tu esposa  
Me diste palabra.  
Y abriendo las puertas  
Entró la muchacha,  
Que viniendo virgen  
Volvió desflorada.

CLAUDIO.

¡Cuánto ha que está así?

OFELIA.

Yo espero que todo irá bien... Debemos tener paciencia... (*Se entristece y llora.*) Pero yo no puedo menos de llorar considerando que le han dejado sobre la tierra fría... Mi hermano lo sabrá... preciso... Y yo os doy las gracias por vuestros buenos consejos... (*Con mucha viveza y alegría.*) Vamos, la carroza. Buenas noches, señoras, buenas (8) noches. Amiguitas, buenas noches, buenas noches.

CLAUDIO, á Horacio.

Acompáñala á su cuarto, y haz que la asista suficiente guardia. Yo te lo ruego.

#### ESCENA XIV.

CLAUDIO, GERTRUDIS.

CLAUDIO.

¡Oh! todo es efecto de un profundo dolor: todo nace de la muerte de su padre; y ahora observo, Gertrudis, que cuando los males vienen, no vienen esparcidos como espigas, sino reunidos en escuadrones. Su padre muerto, su hijo ausente (habiendo dado él mismo justo motivo á su destierro), el pueblo alterado en tumulto con dañadas ideas y murmuraciones sobre la muerte del buen Polonio, cuyo entierro oculto ha sido no leve imprudencia de nuestra parte. La desdichada Ofelia fuera de sí, turbada su razón, sin la cual somos vanos simulacros, ó comparables solo á los brutos, y por último (y esto no es menos esencial que todo lo restante), su hermano, que ha venido secretamente de Francia, y en medio de tan extraños casos, se oculta entre sombras misteriosas, sin que falten lenguas maldicientes que envenenen sus oídos, hablándole de la muerte de su padre. Ni en tales discursos, á falta de noticias seguras, dejaremos de ser citados continuamente de boca en boca. Todos estos afanes juntos, mi querida Gertrudis, como una máquina destructora que se dispara, me dan muchas muertes á un tiempo.

(*Suena á lo lejos un rumor confuso, que se irá aumentando durante la escena siguiente.*)

GERTRUDIS.

¡Ay Dios! ¿Qué estruendo es este?

## ESCENA XV.

CLAUDIO, GERTRUDIS, UN CABALLERO.

CLAUDIO.

¿En dónde está mi guardia?... Acudid... defended las puertas... ¿Qué es esto?

CABALLERO.

Huid (9), señor. El Océano, sobrepujando sus términos, no traga las llanuras con impetu mas espantoso, que el que manifiesta el jóven Laertes ciego de furor, venciendo la resistencia que le oponen vuestros soldados. El vulgo le apellida señor; y como si ahora comenzase á existir el mundo, la antigüedad y la costumbre (apoyo y seguridad de todo buen gobierno) se olvidan y se desconocen. Gritan por todas partes: nosotros elegimos por rey á Laertes. Los sombreros arrojados al aire, las manos y las lenguas le aplauden, llegando á las nubes la voz general que repite: Laertes será nuestro rey, ¡viva Laertes!

GERTRUDIS.

¿Con qué alegría sigue, ladrando, esa trailla pérdida el rastro mal seguro en que va á perderse!

CLAUDIO.

Ya han roto las puertas.

## ESCENA XVI.

LAERTES, CLAUDIO, GERTRUDIS, SOLDADOS Y PUEBLO.

LAERTES.

¿En dónde está el rey? (*Volviéndose acia la puerta por donde ha salido, detiene á los conjurados que le acompañan, y hace que se retiren.*) Vosotros quedaos todos afuera.

VOCES.

No, entremos.

LAERTES.

Yo os pido que me dejéis.

VOCES.

Bien, bien está.

LAERTES.

Gracias, señores. Guardad las puertas... y tú, indigno príncipe, dame á mi padre.

GERTRUDIS.

Menos, menos ardor, querido Laertes.

LAERTES.

Si hubiese en mí una gota de sangre con menos ardor, me declararía por hijo espurio, infamaría de cornudo á mi padre, é imprimiría sobre la frente limpia y casta de mi madre honestísima la nota infame de prostituta.

CLAUDIO.

Pero, Laertes, ¿cuál es el motivo de tan atrevida rebelion?... Déjale, Gertrudis, no le contengas..... no temas nada contra mí. Existe una fuerza divina que defiende á los reyes; la traicion no puede como quisiera penetrar hasta ellos, y ve malogrados en la ejecucion todos sus designios..... Dime, Laertes, ¿por qué estás tan airado?.....

Déjale, Gertrudis... Habla tú.

LAERTES.

¿En dónde está mi padre?

CLAUDIO.

Murió.

GERTRUDIS.

Pero no le ha muerto el rey.

CLAUDIO.

Déjale preguntar cuanto quiera.

LAERTES.

¿Y cómo ha sido su muerte?... ¡Eh!... No, á mí no se me engaña. Váyase al infierno la fidelidad, llévase el mas atezado demonio los juramentos de vasallaje, sepúltense la conciencia, la esperanza de salvacion en el abismo mas profundo... La condenacion eterna no me horroriza; suceda lo que quiera, ni este ni el otro mundo me importan nada... Solo aspiro, y este es el punto en que insisto, solo aspiro á dar completa venganza á mi difunto padre.

*Enter a Gentleman.*

KING.

Attend:

Where are my Switzers? Let them guard the door: What is the matter?

GENTLEMAN.

Save yourself, my lord;

The ocean, overpeering of his list,  
Eats not the flats with more impetuous haste,  
Than young Laertes, in a riotous head,  
O'erbears your officers! The rabble call him, lord  
And, as the world were now but to begin,  
Antiquity forgot, custom not known,  
The ratifiers and props of every word,  
They cry, *Choose we; Laertes shall be king!*  
Caps, hands, and tongues, applaud it to the cloud  
*Laertes shall be king, Laertes king!*

QUEEN.

How cheerfully on the false trail they cry!  
O, this is counter, you false Danish dogs.

KING.

The doors are broke.

*(Noise)*

*Enter Laertes, armed; Danes following.*

LAERTES.

Where is the king? — Sirs, stand you all without!

DANES.

No, let's come in.

LAERTES.

I pray you, give me leave.

DANES.

We will, we will.

*(They retire without th*

LAERTES.

I thank you: — keep the door. — O thou vile kin  
Give me my father.

QUEEN.

Calmly, good Laertes.

LAERTES.

That drop of blood, that's calm, proclaims me ha  
Cries, cuckold, to my father; brands the harlot  
Even ere, between the chaste unsmirched brow  
Of my true mother.

KING.

What is the cause, Laertes,

That thy rebellion looks so giant-like? —  
Let him go, Gertrude: do not fear our person;  
There's such divinity doth hedge a king  
That treason can but peep to what it would,  
Acts little of his will. — Tell me, Laertes,  
Why thou art thus incens'd? — Let him go, Gert  
Speak, man.

LAERTES.

Wery his my father?

KING.

Dead.

QUEEN.

But not by him.

KING.

Let him demand his fill.

LAERTES.

How came he dead? I'll not be juggled with:  
To hell, allegiance! vows, to the blackest devil!  
Conscience, and grace so the profoundest pit!  
I dare damnation: To this point I stand, —  
That both the worlds I give to negligence,  
Let come what comes; only I'll be reveng'd  
Most thoroughly for my father.

CLAUDIO.

¿Y quién te lo puede estorbar?

LAERTES.

Mi voluntad sola, y no todo el universo; y en cuanto á los medios de que he de valerme, yo sabré economizarlos de suerte que un pequeño esfuerzo produzca efectos grandes.

CLAUDIO.

Buen Laertes, si deseas saber la verdad acerca de la muerte de tu amado padre, ¿está escrito acaso en tu venganza que hayas de atropellar sin distinción amigos y enemigos, culpados e inocentes?

LAERTES.

No, solo á mis enemigos.

CLAUDIO.

¿Querrás sin duda conocerlos?

LAERTES.

¡Oh! á mis buenos amigos yo los recibiré con abiertos brazos, y semejante al pelicano amoroso, los alimentaré, si necesario fuese, con mi sangre misma.

CLAUDIO.

Ahora hablaste como buen hijo y como caballero. Laertes, ni tengo culpa en la muerte de tu padre, ni alguno ha sentido como yo su desgracia. Esta verdad deberá ser tan clara á tu razón, como á tus ojos la luz del día.

VOCES.

Dejadla entrar.

(*Ruido y voces dentro.*)

LAERTES.

¿Qué novedad... qué ruido es este?

### ESCENA XVII.

CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES, OFELIA,

ACOMPAÑAMIENTO.

(*Ofelia sale vestida de blanco, el cabello suelto, y una guirnalda en la cabeza, hecha de paja y flores silvestres, trayendo en el faldañin muchas flores y yerbas.*)

LAERTES.

¡Oh, calor activo, abrasa mi cerebro! ¡Lágrimas en extremo cáusticas, consumid la potencia y la sensibilidad de mis ojos! Por los cielos te juro que esa demencia tuya será pagada por mí con tal exceso, que el peso del castigo tuerza el fiel y baje la balanza... ¡Oh, rosa de mayo! amable niña! mi querida Ofelia! mi dulce hermana!... ¡Oh cielos! ¿es posible que el entendimiento de una tierna joven sea tan fragil como la vida del hombre decrepito?... Pero la naturaleza (10) es muy fina en amor, y cuando este llega al exceso, el alma se desprende tal vez de alguna preciosa parte de sí misma, para ofrecérsela en don al objeto amado.

OFELIA.

Llévamele en su stand  
Con el rostro descubierto.

Ay no ni, ay ay ay no ni.  
Y sobre su sepultura  
Muchas lágrimas fluyeron.  
Ay no ni, ay ay ay no ni.

Adios, querido mío. Adios.

LAERTES.

Si gozando de tu razón me incitases á la venganza, no pudieras conmoverme tanto.

OFELIA.

Debeis cantar aquello de:

Abajito está (11):  
Llámeme, señor, que abajito está.

¡Ay, qué á propósito viene el estribillo!... El pícaro del mayordomo fué el que robó á la señorita.

LAERTES.

Esas palabras vanas producen mayor efecto en mí, que el mas concertado discurso.

OFELIA.

Who shall stay you?

LAERTES.

My will, not all the world's:  
And, for my means, I'll husband them so well  
They shall go far with little.

OFELIA.

Good Laertes.

If you desire to know the certainty  
Of your dear father's death, it's writ in your revenge,  
That, sweepstake, you will draw both friend and foe,  
Winner and loser?

LAERTES.

None but his enemies.

OFELIA.

Will you know them then?

LAERTES.

To his good friends thus wide I'll open my arms;  
And, like the kind life-rendering pelican,  
Repeat them with my blood.

OFELIA.

Why, now you speak  
Like a good child, and a true gentleman.  
That I am guiltless of your father's death,  
And am most sensible in grief for it,  
It shall as level to your judgment pear,  
As day does to your eye.

DANES. (*Wishes.*)

Let her come in.

LAERTES.

How now! what noise is that?

Enter *Ophelia*, *famously dressed with streamers and flowers.*

O heat, dry up my brains! tense, seven times salt,  
Burn out the sense and virtue of mine eye! —  
I shall be paid with weight  
even. O rose of May!  
sweet *Ophelia*! —  
a young man's wit  
is old man's life?  
and, where 'tis fine,  
instance of itself

OFELIA.

They bore him hereof'd on the bier  
No no nunny, nunny hey nunny:  
And in his grave cold's nunny a tear; —

Fare you well, my dove!

LAERTES.

Heds thou thy wit, and didst perceivest *her* nunny,  
It could not move thee.

OFELIA.

O  
th

OFELIA.

Aquí traigo romero, que es bueno para la memoria. (*A Laertes.*) Tomad, amigo, para que os acordeis.... Y aquí hay trinitarias, que son para los pensamientos.

LAERTES.

Aun en medio de su delirio quiere aludir á los pensamientos que la agitan y á sus memorias tristes.

OFELIA, á Gertrudis.

Aquí hay binojo para vos, y palomillas y ruda.... (12) para vos tambien, y esto poquito es para mí... Nosotros podemos llamarla yerba santa del domingo... vos la usareis con la distincion que os parezca... (*A Claudio.*) Esta es una margarita... Bien os quisiera dar algunas violetas; pero todas se marchitaron cuando murió mi padre. Dicen que tuvo un buen fin.

Un solitario (13)

De plumas vario

Me da placer.

LAERTES.

Ideas funestas, aficcion, pasiones terribles, los horrores del infierno mismo, todo en su boca es gracioso y suave.

OFELIA.

Nos deja, se va,  
Y no ha de volver.  
No, que ya murió.  
No vendrá otra vez...  
Su barba era nieve,  
Su pelo también.  
Se fué; dolorosa  
Partida! se fué.  
En vano exhalamos  
Suspiros por él.  
Los cielos piadosos  
Descanso le den.

A él y á todas las almas cristianas. Dios lo quiera... ¡Eh! señores, adios.

## ESCENA XVIII.

CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES.

LAERTES.

¡Vels esto, Dios mio!

CLAUDIO.

Yo debo tomar parte en tu aficcion, Laertes: no me niegues este derecho. Oyeme aparte. Elige entre los mas prudentes de tus amigos aquellos que te parezca. Órganos á entrambos, y juzguen. Si por mí propio ó por mano ajena resulto culpado, mi reino, mi corona, mi vida, cuanto puedo llamar mio, todo te lo daré para satisfaccerte. Si no hay culpa en mí, deberé contar otra vez con tu obediencia, y unidos ambos, buscaremos los medios de aliviar tu dolor.

LAERTES.

Hágase lo que decís... Su arrebatada muerte, su oscuro funeral, sin trofeos, armas, ni escudos sobre el cadaver, ni debidos honores, ni decorosa pompa; todo, todo esta clamando del cielo á la tierra por un exámen el mas riguroso.

CLAUDIO.

Tú le obtendrás, y la segur terrible de la justicia caerá sobre el que fuere delincuente. Ven conmigo.

## ESCENA XIX.

Sala en casa de Horacio.

HORACIO, UN CRIADO.

HORACIO.

¿Quiénes son los que me quieren hablar?

CRIADO.

Unos marineros que, segun dicen, os traen cartas.

HORACIO.

Hazlos entrar. (*Vase el criado.*) Yo no sé de qué parte del mundo pueda nadie escribirme, si ya no es Hamlet mi señor.

OFELIA.

There's rosemary, that's for remembrance; pr love, remember: and there is pansies, that's for the

LAERTES.

A document in madness; thoughts and remen fitted.

OFELIA.

There's fennel for you, and columbines: — the for you; and here's some for me: — we may call of grace o'Sundays: — you may wear your rue difference. — There's a daisy: — I would give you violets; but they withered all, when my father die say, he made a good end. —

*For bonny sweet Robin is all my joy,*

LAERTES.

Thought and affliction, passion, hell itself,  
She turns to favour, and to prettiness.

OFELIA.

*And will he not come again?  
And will he not come again?  
No, no, he is dead,  
Go to thy death-bed,  
He never will come again.  
His beard was as white as snow,  
All flaxen was his poll:  
He is gone, he is gone,  
And we cast away moan;  
God'a mercy on his soul!*

And of all christian souls! I pray God. God be wi'  
(*Exit O*)

LAERTES.

Do you see this, O God!

KING.

Laertes, I must commune with your grief,  
Or you deny me right. Go but apart,  
Make choice of whom your wisest friends you will  
And they shall hear and judge 'twixt you and me:  
If by direct or by collateral hand  
They find us touch'd, we will our kingdom give,  
Our crown, our life, and all that we call ours,  
To you in satisfaction: but, if not,  
Be you content to lend your patience to us,  
And we shall jointly labour with your soul,  
To give it due content.

LAERTES.

Let this be so;  
His means of death, his obscure funeral, —  
No trophy, sword, nor batchment, o'er his bones  
No noble rite, nor formal ostentation, —  
Cry to be heard, as 'twere from heaven to earth,  
That I must call't in question.

KING.

So you shall;  
And, where the offence is, let the great axe fall.  
I pray you, go with me. (E)

## SCENE VI.

Another Room in the same.

Enter HORATIO, and a SERVANT.

HORATIO.

What are they, that would speak with me?

SERVANT.

They say, they have letters for you. Sailors,

HORATIO.

Let them come

(Exit S)

I do not know from what part of the world  
I should be greeted, if not from lord Hamlet.

## ESCENA XX.

HORACIO, DOS MARINEROS.

MARINERO PRIMERO.

Dios os guarde.

HORACIO.

Y á vosotros también.

MARINERO PRIMERO.

Así lo hará, si es su voluntad. Estas cartas del emperador que se embarcó para Inglaterra vienen dirigidas á si os llamais Horacio como vos han dicho.

HORACIO *lee la carta*.

« Horacio, luego que hayas leído esta, dirígila á los hombres al rey, para el cual les he dado una carta. Nos llevamos dos días de navegación, cuando encontramos una pirata muy bien armado. Viendo que nuestro navío era poco velero, nos vimos precisados á salir al valor. Llegamos al abordaje: yo salté el primero en la embarcación enemiga, que al mismo tiempo logró ferrar de la nuestra, y por consiguiente me hallé prisionero. Ellos se han portado conmigo como ladrones compasivos; pero ya sabían lo que se hacían, y se pagado muy bien. Haz que el rey reciba las cartas que envío, y tú ven á verme con tanta diligencia como puedas de la muerte. Tengo unas cuantas palabras que decirte al oído, que te dejarán atónito, bien que todas no serán suficientes á expresar la importancia del asunto. Esos buenos hombres te conducirán hasta aquí. Gull y Ricardo siguieron su camino á Inglaterra. Mucho que decirte de ellos. Adios. Tuyo siempre.—HAMLET

Vamos. Yo os introduciré para que presentéis esas cartas. Conviene hacerlo pronto, á fin de que me llevéis pues adonde queda el que os las entregó.

## ESCENA XXI.

*Gabinete del rey.*

CLAUDIO, LAERTES.

CLAUDIO.

Sin duda tu rectitud aprobará ya mi descargo, y me darás lugar en el corazón como á tu amigo, después que oído con pruebas evidentes que el matador de tu padre conspiraba contra mi vida.

LAERTES.

Claramente se manifiesta... Pero decidme: ¿por qué procedéis contra esos tan graves y culpables, con vuestra prudencia, vuestra grandeza, vuestra seguridad, todas las consideraciones juntas deberían haceros tan particularmente á reprimirlos.

CLAUDIO.

Por dos razones, que aunque tal vez las juzgaréis pesadas, para mí han sido muy poderosas. Una es (¡ay!) la reina su madre vive pendiente casi de sus miradas; mismo tiempo (sea desgracia ó felicidad mía) tan estrechamente unió el amor mi vida y mi alma á la de la reina, que así como los astros no se mueven sino en su propia esfera, así en mí no hay movimiento que no dependa de su voluntad. La otra razón, por la que puedo proceder contra el agresor públicamente, es el grande cariño que le tiene el pueblo; el cual, como fuente cuyas aguas mudan los troncos en piedras haciendo en su afecto las faltas del príncipe, convierte en piedras todos sus yerros. Mis flechas no pueden con tanta lenidad dispararse, que resistan á huracán tan fuerte tocar el punto á que las dirija, se volverán otra arco.

LAERTES.

Sí, y en tanto yo he perdido á un finísimo padre, y á una hermana en la mas deplorable situación.... El hermano, cuyo mérito (si alcanza el elogio á lo que existe) se levantó sobre lo mas sublime de su siglo las raras prendas que en ella se admiraron juntas.... Llegará, llegará el tiempo de mi venganza.

CLAUDIO.

Ese cuidado no debe interrumpirte el sueño, ni has de presumir que yo esté formado de materia tan insensible y dura, que me deje remesar la barba y lo tome á fiesta.... Presto te informaré de lo demás. Basta decirte que amé á tu padre, que nosotros nos amamos también, y que espero darte á conocer la... Pero... ¿Qué noticias traes?

## ESCENA XXII.

CLAUDIO, LAERTES, UN GUARDIA.

GUARDIA.

Señor, veis aquí cartas del príncipe: esta para V. M., y esta para la reina. *(Da unas cartas á Claudio.)*

CLAUDIO.

¿De Hamlet! ¿Quién las ha traído?

GUARDIA.

Dicen que unos marineros; yo no los he visto. Horacio, que las recibió del que las trajo, es el que me las ha entregado á mí.

CLAUDIO.

Oirás lo que dicen, Laertes. Déjanos solos.

## ESCENA XXIII.

CLAUDIO, LAERTES.

CLAUDIO lee una carta.

«Alto y poderoso señor: os hago saber como he llegado desnudo á vuestro reino. Mañana os pediré el permiso de ver vuestra presencia real; y entonces, mediante vuestro perdón, os diré la causa de mi estraña y repentina vuelta.—HAMLET.»

¿Qué quiere decir esto? ¿Se habrán vuelto los otros también, ó hay alguna equivocacion, ó acaso todo es falso?

LAERTES.

¿Conoceis la letra?

CLAUDIO, examinando con atencion la carta.

Sí, es de Hamlet... Desnudo... y en una enmienda que hay aquí, dice: *solo...* ¿Qué puede ser esto?

LAERTES.

Yo nada alcanzo.... Pero dejadle venir, que ya siento encenderse en nuevas iras mi corazón... Sí, yo viviré, y le diré en su cara: tú lo hiciste, y fué de esta manera.

CLAUDIO.

Si el caso es cierto... ¡Eh! ¿Cómo es posible!... ¿Y qué otra cosa puede ser?... ¿Quieres dirigirte por mí, Laertes?

LAERTES.

Sí, señor, como no procureis inclinarme á la paz.

CLAUDIO.

A tu propia paz, no á otra ninguna. Si él vuelve ahora justado de este viaje y rehusa comenzarle de nuevo, yo me ocuparé en una empresa que medito, en la cual perecerá sin duda. Esta muerte no escitará el aura mas leve de acusacion; su madre misma absolverá el hecho juzgándole casual.

LAERTES.

Seguiré en todo vuestras ideas, y mucho mas si disponéis que yo sea el instrumento que las ejecute.

CLAUDIO.

Todo sucede bien... Desde que te fuiste se ha hablado mucho de ti delante de Hamlet, por una habilidad en que dicen que sobresaes. Las demás que tienes no movieron tanto su envidia como esta sola, que en mi opinion ocupa el último lugar.

LAERTES.

¿Y qué habilidad es, señor?

CLAUDIO.

No es mas que un lazo en el sombrero de la juventud, pero que le es muy necesario; puesto que así son propios de la juventud los adornos lieros y alegres, como de la edad madura las ropas y pieles que se viste por abrigo.

KING.

Break not your sleeps for that: you must not think That we are made of stuff so flat and dull. That we can let our beard be shook with danger And think it pastime. You shortly shall hear me I loved your father, and we love ourself; And that, I hope, will teach you to imagine; - How now? what news?

Enter a Messenger.

MESSENGER.

Letters, my lord! from This to your majesty; this to the queen.

KING.

From Hamlet! Who brought them?

MESSENGER.

Sailors, my lord, they say: I saw them not; They were given me by Claudio; he received Of him that brought them.

KING.

Laertes, you shall leave us. *(Exit.)*

*(Reads.)* High and mighty, you shall know naked on your kingdom. To-morrow shall I see your kingly eyes: when I shall, first asking don thereunto, recount the occasion of my more strange return.—HAMLET.

What should this mean? Are all the rest come Or is it some abuse, and no such thing?

LAERTES.

Know you the hand?

KING.

'Tis Hamlet's character. And, in a postscript here, he says, alone: Can you advise me?

LAERTES.

I am lost in it, my lord. But let him come; It warms the very sickness in my heart, That I shall live and tell him to his teeth, Thus diddest thou.

KING.

If it be so, Laertes. As how should it be so? how otherwise? — Will you be rul'd by me?

LAERTES.

Ay, my lord; So you will not o'er-rule me to a peace.

KING.

To thine own peace. If he be now return'd, — As checking at his voyage, and that he means No more to undertake it, — I will work him To an exploit, now ripe in my device, Under the which he shall not choose but fall: And for his death no wind of blame shall breathe But even his mother shall uncharge the practice And call it, accident.

LAERTES.

My lord, I will be rul'd; The rather, if you could devise it so, That I might be the organ.

KING.

It falls right, You have been talk'd of since your travel much, And that in Hamlet's hearing, for a quality Wherein, they say, you shine: your sum of part Did not together pluck such envy from him, As did that one; and that, in my regard, Of the unworthiest siege.

LAERTES.

What part is that, my

KING.

Avery ribband in the cap of youth, Yet needful too; for youth no less becomes The light and careless livery that it wears, Than settled age his sables, and his weeds, Importing health and graveness. — Two months:

# HAMLET.

la... Dos meses ha que estuvo aquí un caballo andia... Yo conozco a los franceses muy bien, contra ellos, y son por cierto buenos jinetes; al fin de quien hablo era un prodigio en esto. Pero nació sobre la silla, y hacía ejecutar al admirable movimientos como si él y su valiente maran un cuerpo solo; y tanto excedió a todas las formas y actitudes que yo pude imaginar a lo que él hizo.

LAERTES.

que era normando?

CLAUDIO.

mando.

LAERTES.

Lamond, sin duda.

CLAUDIO.

no.

LAERTES.

o sea bien, y es la joya mas preciosa de su neck

CLAUDIO.

ste, hablando de ti publicamente, te llenaba de tu inteligencia y ejercicio en la esgrima, y de tu espada en la defensa y el ataque; tanto, que a la vez que seria un espectáculo admirable el ver a otro de igual merito, si pudiera hallarse; pues un aseguraba el mismo, los mas diestros de Francia de agilidad para las estocadas y los quil de esgrimas con ellos. Este informe irritó a Hamlet, y en nada pensó desde entonces sino con instancia tu pronto regreso para batallar contra de esto...

LAERTES.

hay además de eso, señor?

CLAUDIO.

s, ¿amaste a tu padre, ó eres como las figuras, que tal vez aparentan tristeza en el semblante sin falta un corazón?

LAERTES.

ué lo preguntais?

CLAUDIO.

que piense que no amabas a tu padre, sino que el amor (15) esta sujeto al tiempo, y que sigue su ardor y sus centellas, segun me lo he experiencia de los sucesos. Existe en medio de amor una mecha ó pábilo que la destruye permanece en un mismo grado de bondad como, pues la salud misma degenerando en plétora o su propio exceso. Cuanto nos proponemos a ejecutar en el instante mismo en que es, porque la voluntad se altera facilmente, se entorpece, segun las lenguas, las manos y las que se atraviesan; y entonces aquel estéril como semejante a un suspiro que exhalando prodigo causa daño en vez de dar alivio... Pero toquemos de la herida. Hamlet vuelve... ¿Qué acción es la tu para manifestar mas con las obras que con que eres digno hijo de tu padre?

LAERTES.

haré? Le cortaré la cabeza en el templo mismo

CLAUDIO.

que no debería un homicida hallar asilo en poder reconocer límites una justa venganza; pero, haz lo que te diré: Permanece oculto en tu cama. Llegue Hamlet, sabrá que tú has venido; yo repañar por algunos que alabando tu destreza d lustre a los elogios que hizo de ti el francés. Llegareis a veros; se harán apuestas en favor de otro.... él, que es descuidado, generoso, inocente, la malicia, no reconocera los floretes; de suerte muy fácil, con poca sutileza que uses, el da sin botón, y en cualquiera de las jugadas de la faccion de la muerte de tu padre.

Here was a gallant  
I have seen  
And they can  
Had witchcraft  
And to such  
As he had been  
With the brain  
That I, in form  
Come short of

LAERTES.

A Norman, was't?

KING.

A Norman.

LAERTES.

Upon my life, Lamond.

KING.

The very name.

LAERTES.

I know him well: he has the brooch, indeed,  
And gem of all the nation.

KING.

He made confession of you;  
And gave you such a masterly report,  
For art and exercise in your defence,  
And for your rapier most especial,  
That he cried out 'twould be a sight indeed,  
If one could match you: the scrimers of their nation,  
He swore, had neither motion, guard, nor eye,  
If you oppos'd them: Sir this report of his  
Did Hamlet so envenom with his envy,  
That he could nothing do, but wish and beg  
Your sudden coming o'er, to play with you.  
Now, out of this, —

LAERTES.

What out of this, my lord?

KING.

Laertes, was your father dear to you?  
Or are you like the painting of a sorrow,  
A face without a heart?

LAERTES.

Why ask you this?

KING.

Not that I think, you did not love your father;  
But that I know, love is begun by time:

LAERTES.

To cut his throat 'tween church.



## LAERTES.

Así lo haré, y á ese fin quiero envenenar la espada con cierto ungüento que compré de un charlatan, de cualidad tan mortífera, que mojado un cuchillo en él, adonde quiera que haga sangre introduce la muerte, sin que haya emplasto eficaz que pueda evitarla, por mas que se componga de cuantos simples medicinales crecen debajo de la luna. Yo haré la punta de mi espada en este veneno, para que apenas le toque muera.

## CLAUDIO.

Reflexionemos mas sobre esto.... Examinemos qué ocasion, qué medios seran mas oportunos á nuestro engaño; porque si tal vez se malogra, y equivocada la ejecución se descubren los fines, valiera mas no haberlo emprendido. Conviene pues que este proyecto vaya sostenido con otro segundo, capaz de asegurar el golpe, cuando por el primero no se consiga. Espera.... Déjame ver si... Haremos una apuesta solemne sobre vuestra habilidad y... Si, ya hallé el medio. Cuando con la agitacion os sintais acalorados y sedientos (puesto que al fin deberá ser mayor la violencia del combate), él pedirá de beber, y yo le tendré prevenida espresamente una copa, que al gustarla solo, aunque haya podido librarse de tu espada ungida, veremos cumplido nuestro deseo. Pero.... calla.... ¿Qué ruido se escucha?

(Suena ruido dentro.)

## ESCUENA XIV.

GERTRUDIS, CLAUDIO, LAERTES.

## CLAUDIO.

¿Qué ocurre de nuevo, amada reina?

## GERTRUDIS.

Una desgracia va siempre pisando las ropas de otra; tan inmediatas caminan. Laertes, tu hermana acaba de ahogarse.

## LAERTES.

¡Ahogada!... ¿En dónde?... ¡Cielos!

## GERTRUDIS.

Donde (17) hallareis un sauce que crece á las orillas de ese arroyo, repitiendo en las ondas cristalinas la imagen de sus hojas palidas. Allí se encamino ridiculamente coronada de ranunculos, hortigas, margaritas y luengas flores purpúreas, que entre los sencillos labradores se reconocen bajo una denominacion grosera, y las modestas doncellas llaman dedos de muerto. Llegada que fué, se quitó la guirnalda, y queriendo subir á suspenderla de los pendientes ramos, se troncha un vástago envidioso, y caen al torrente fatal ella y todos sus adornos rústicos. Las ropas huecas y estendidas la llevaron un rato sobre las aguas, semejante a una sirena, y en tanto iba cantando pedazos de tonadas antiguas, como ignorante de su desgracia, ó como criada y uacida en aquel elemento. Pero no era posible que así durase por mucho espacio... Las vestiduras, pesadas ya con el agua que absorbían la arrebataron á la infeliz, interrumpiendo su canto dulcísimo la muerte, llena de angustias.

## LAERTES.

Qué, ¿en fin se ahogó? ¡Misero!

## GERTRUDIS.

Si, se ahogó, se ahogó.

## LAERTES.

¡Desdichada Ofelia! demandada (18) agua tienes ya; por eso quisiera reprimir la de mis ojos... Bien que a pesar de todos nuestros esfuerzos, imperiosa la naturaleza sigue su costumbre, por mas que el valor se avergüence.... Pero luego que este llanto se vierta, nada quedara en mí de femenino ni de cobarde... Adios, señores... Mis palabras de fuego arderán en llamas, si no las apagasen estas lagrimas imprudentes. (Vase Laertes.)

## CLAUDIO.

Sigámosle, Gertrudis, que despues de haberme costado tanto aplacar su cólera, temo ahora que esta desgracia no la invite otra vez. Conviene seguirle.

## LAERTES.

I will do't :

And, for the purpose, I'll anoint my sword.  
I bought an unction of a mountebank,  
So mortal, that, but dip a knife in it,  
Where it draws blood, no cataplasm so rare,  
Collected from all simples that have virtue  
Under the moon, can save the thing from death  
That is but scratch'd withal : I'll touch my po  
With this contagion; that, if I gall him slightly  
It may be death.

## KING.

Let's further think of this ;

Weigh, what convenience, both of time and  
May fit us to our shape : if this should fail,  
And that our drift look through our bad perfor  
'Twere better not assay'd; therefore this proje  
Should have a back, of second, that might bol  
If this should blast in proof. Soft ; — let me se  
We'll make a solemn wager on your conuings.  
I ha't :

When in your motion you are hot and dry,  
(As make your bouts more violent to that end  
And that he calls for drink, I'll have prefer'd  
A chalice for the nonce; whereon but sipping  
If he by chance escape your venom'd stuck;  
Our purpose may hold there. But stay, what a

Enter Queen.

How now, sweet queen ?

## QUEEN.

One woe doth tread upon another's heel,  
So fast they follow : — Your sister's drown'd, I

## LAERTES.

Drown'd ! O, where ?

## QUEEN.

There is a willow grows ascaunt the brook,  
That shows his hoar leaves in the glassy stre  
Therewith fantastic garlands did she make  
Of crow-flowers, nettles, daisies, and long pur  
That liberal shepherds give a grosser name,  
But our cold maids do dead men's fingers call :  
There on the pendent boughs her coronet wee  
Clambering to hang, an envious siver broke;  
When down her weedy trophies, and herself,  
Fell in the weeping brook. Her clothes spread  
And, mermaid-like, a while they bore her up :  
Which time, she chanted snatches of old tunes  
As one incapable of her own distress,  
Or like a creature native and indu'd  
Unto that element : but long it could not be,  
Till that her garments, heavy with their drink,  
Pull'd the poor wretch from her melodious lay  
To muddy death.

## LAERTES.

Alas then, she is drown'd ?

## QUEEN.

Drown'd, drown'd.

## LAERTES.

Too much of water hast thou, poor Ophelia,  
And therefore I forbid my tears : but yet  
It is our trick ; nature her custom holds,  
Let shame say what it will : when these are gone  
The woman will be out. — Adieu, my lord !  
I have a speech of fire, that fain would blaze.  
But that this folly drowns it.

## KING.

Let's follow, Gertru

How much I had to do to calm his rage!  
Now fear I, this will give it start again;  
Therefore, let's follow.

## ACTO V.

## ESCENA PRIMERA.

*Cementerio contiguo á una iglesia.*

SEPULTUREROS PRIMERO Y SEGUNDO.

SEPULTURERO PRIMERO.

la que ha de (1) sepultarse en tierra sagrada, la beradamente ha conspirado contra su propia sal-

SEPULTURERO SEGUNDO.

a que si: con que haz presto el hoyo. El juez ha ido ya el cadáver, y ha dispuesto que se la entier-grado.

SEPULTURERO PRIMERO.

entiendo cómo va eso... Aun si se hubiera abo-ciando esfuerzos para librarse, anda con Dios,

SEPULTURERO SEGUNDO.

in juzgado que fué.

SEPULTURERO PRIMERO.

O, eso fué *se offendendo*; ni puede haber sido de nera, porque... ve aquí el punto de la dificultad: a ahogo voluntariamente, esto arguye por de com-a accion, y toda accion consta de tres partes, que cer, obrar y ejecutar, de donde se infiere, amigo que ella se ahogó voluntariamente.

SEPULTURERO SEGUNDO.

... Pero dígame ahora el tío Socaba.

SEPULTURERO PRIMERO.

eja, yo te diré. Mira, aquí está el agua. Bien. Aquí hombre. Muy bien... Pues, señor, si este hombre nete dentro del agua, se ahoga á sí mismo; por-fas ó por nefas, ello es que él va.... Pero atiende digo. Si el agua viene acia él y le sorprende y le ntonces no se ahoga él á sí propio... Compadre el que no desea su muerte no se acorta la vida.

SEPULTURERO SEGUNDO.

, ¿hay leyes para eso?

SEPULTURERO PRIMERO.

ve que las hay, y por ellas se guía el juez que exa-los casos.

SEPULTURERO SEGUNDO.

es que te diga la verdad? Pues mira, si la muerta una señora, yo te aseguro que no la enterrarian do.

SEPULTURERO PRIMERO.

cto, dices bien; y es mucha lástima que los gran-sonajes hayan de tener en este mundo especial o, entre todos los demás cristianos, para ahogarse rse cuando quieren, sin que nadie les diga nada... allá con el azadon... (*Pónense los dos á abrir una a en medio del teatro, sacando la tierra con es-y entre ella calaveras y huesos.*) Ello es que no lleros de nobleza mas antigua que los jardineros, eros y cavadores, que son los que ejercen la pro-a Adan.

SEPULTURERO SEGUNDO.

¿ué, ¿Adan fué caballero? (2)

SEPULTURERO PRIMERO.

! como que fué el primero que llevó armas... Pero erte una pregunta, y si no me respondes á cuen-e confesar que eres un...

SEPULTURERO SEGUNDO.

ite.

SEPULTURERO PRIMERO.

es el que construye edificios mas fuertes que los nlos albañiles y los carpinteros de casas y navios?

SEPULTURERO SEGUNDO.

hace la horca, porque aquella fábrica sobrevive pilinos.

SEPULTURERO PRIMERO.

eres, por vida mia. Buen edificio es la horca;

## ACT V.

## SCENE I.

*A Church-yard.**Enter two Clowns, with spades, etc.*

1 CLOWN.

Is she to be buried in christian burial, that wittily seeks her own salvation?

2 CLOWN.

I tell thee, she is; therefore make her grave straight: the crowner hath set on her, and finds it christian burial.

1 CLOWN.

How can that be, unless she drowned herself in her own defence?

2 CLOWN.

Why, 'tis found so.

1 CLOWN.

It must be *so offendendo*; it cannot be else. For here lies the point: if I drown myself wittingly, it argues an act: and an act hath three branches; it is, to act, to do and to-perform: argal, she drowned herself wittingly.

2 CLOWN.

Nay, but hear you, Goodman deliver.

1 CLOWN.

Give me leave. Here lies the water; good: here stands the man; good: if the man go to the water, and drown himself, it is, will he, nill he, he goes; mark you that: but if the water come to him, and drown him, he drowns not himself: argal, he, that is not guilty of his own death, shortens not his own life.

2 CLOWN.

But is this law?

1 CLOWN.

Ay, marry is't; crowner's quest law.

2 CLOWN.

Will you ha'the truth on't? If this had not been gentlewoman, she should have been buried out of christian burial.

1 CLOWN.

Why, there thou say'st: and the more pity, that great folks shall have countenance in this world to drown or hang themselves, more than their even christian. Come, my spade. There is no ancient gentlemen but gardeners, ditchers, and gravemakers; they hold up Adam's profes-sion.

2 CLOWN.

Was he a gentleman?

1 CLOWN.

He was the first that ever bore arms.

2 CLOWN.

Why, he had none.

1 CLOWN.

What, art a heathen? How dost thou understand the scripture? The scripture says, Adam digged: could he dig without arms? I'll put another question to thee: if thou answerest me not to the purpose, confest thyself—

2 CLOWN.

Go to.

1 CLOWN.

What is he, that builds stronger than either the maçon, the brickwright, or the carpenter?

2 CLOWN.

The gallows-maker; for that frame outlives a thousand tenants.

1 CLOWN.

I like thy wit well, in good faith; the gallows does well

pero ¿cómo es bueno? Es bueno para los que hacen mal: ahora bien, tú haces mal en decir que la horca es fabrica mas fuerte que una iglesia; con que la horca podria ser buena para tí... Volvamos á la pregunta.

SEPULTURERO SEGUNDO.

¿Cuál es el que hace habitaciones mas durables que las que hacen los albañiles, los carpinteros de casas y de navios?

SEPULTURERO PRIMERO.

Sí, dímelo, y sales del apuro.

SEPULTURERO SEGUNDO.

Ya se ve que te lo diré.

SEPULTURERO PRIMERO.

Pues vamos.

SEPULTURERO SEGUNDO.

Pues no puedo decirlo.

SEPULTURERO PRIMERO.

Vaya, no te rompas la cabeza sobre ello... Tú eres un burro lerdo que no saldrá de su paso por mas que le apaleen. Cuando te hagan esta pregunta, has de responder: el sepulturero. ¿No ves que las casas que él hace duran hasta el dia del juicio?... Anda, ve ahí á casa de Juanillo, y trae una copa de aguardiente.

## ESCENA II.

HAMLET, HORACIO, SEPULTURERO PRIMERO.

SEPULTURERO PRIMERO, *cantando*.

Yo amé en mis primeros años,  
Dulce cosa lo juzgué;  
Pero casarme, eso no,  
Que no me estuviera bien.

HAMLET.

¿Qué poco (3) siente ese hombre lo que hace, que abre una sepultura y canta!

HORACIO.

La costumbre le ha hecho ya familiar esa ocupacion.

HAMLET.

Así es la verdad. La mano que menos trabaja tiene mas delicado el tacto.

SEPULTURERO PRIMERO, *cantando*.

La edad callada en la huesa  
Me hundió con mano crüel,  
Y toda se destruyó  
La existencia que gocé.

HAMLET.

Aquella calavera tendria lengua en otro tiempo, y con ella podria tambien cantar... ¿Cómo la tira al suelo el picaro! Como si fuese la quijada con que hizo Cain el primer homicidio. Y la que está maltratando ahora ese bruto, podria ser muy bien la cabeza de algun estadista, que acaso pretendió engañar al cielo mismo. ¿No te parece?

HORACIO.

Bien puede ser.

HAMLET.

O la de algun cortesano que diria: felicísimos dias, señor esclentísimo, ¿cómo va de salud, mi venerado señor? Esta puede ser la del caballero Fulano, que hacia grandes elogios del potro del caballero Zutano para pedirsele prestado después. ¿No puede ser así?

HORACIO.

Sí, señor.

HAMLET.

¡Oh! si por cierto; y ahora está en poder del señor gusano, estropeada y hecha pedazos con el azadon de un sepulturero... Grandes revoluciones se hacen aquí, si hubiera entre nosotros medios para observarlas.... Pero ¿costó acaso tan poco la formacion de estos huesos á la naturaleza, que hayan de servir para que esa gente (4) se divierta en sus garitos con ellos?... ¡Eh! Los míos se estreñecen al considerarlo.

but how does it vell? it does well to those that do than dost ill, to say, the gallows is built strom the churck; argal, the gallows may do well to t again; come.

2 CLOWN.

Who builds stronger than a mason, a shipwriq carpenter?

1 CLOWN.

Ay, tell me that, and unyoke.

2 CLOWN.

Marry, now I can tell.

1 CLOWN.

To't.

2 CLOWN.

Mass, I cannot tell.

*Enter Hamlet and Horatio, at a distance.*

1 CLOWN.

Cudgel thy brains no more about it; for your will not mend his pace with beating: and, wher asked this question next, say, a gravemaker; th that he makes, last till doomsday. Go, get thee to and fetch me a stoup of liquor. (*Exit*

1 Clown *digs, and sings.*

*In youth, when I did love, did love,  
Methought, it was very sweet,  
To contract, O, the time, for, ah, my behoi  
O, methought, there was nothing meet.*

HAMLET.

Has this fellow no feeling of his business? he grave-making.

HORATIO.

Custom hath made it in him a property of easi

HAMLET.

'Tis e'en so: the hand of little emploiment daintier sense.

1 CLOWN.

*But age, with his stealing s teps.  
Hath claw'd me in his clutch,  
And hath shipped me into the land,  
As if I had never been such.*

(*Throws up*

HAMLET.

That scull had a tongue in it, and could sing on the knave jowls it to the ground, as if it were Ca bone, that did the first murder! This might be th a politician, which this ass now o'er-reaches; would circumvent God, might it not?

HORATIO.

It might, my lord.

HAMLET.

Or of a courtier; which could say, *Good morro lord! How dost thou, good lord?* This might be such-a-onet hat praised my lord such-a-one's hor he meant to beg it; might it not?

HORATIO.

Ay, my lord.

HAMLET.

Why, e'en so: and now my lady Worm's; chapl knocked about the mazzard with a sexton's spade fine revolution, and we had the trick to see't. I bones cost no more the breeding, but to play al with them? mine ache to think on't.

SEPUltURERO PRIMERO, *cantando*.

Una piqueta  
Con una azada,  
Un lienzo donde  
Revuelto vaya,  
Y un hoyo en tierra  
Que le preparan:  
Para tal huésped  
Eso le basta.

HAMLET.

Y esa otra, ¿por qué no podría ser la calavera de un letrado?... ¿Adónde se fueron sus equívocos y sutilezas, sus litigios, sus interpretaciones, sus embrollos? ¿Por qué sufre ahora que ese bribon grosero le golpee contra la pared con el azadon lleno de barro? ¿Y no dirá palabra acerca de un hecho tan criminal!... Este sería quizás, mientras vivió, un gran comprador de tierras, con sus obligaciones, reconocimientos, transacciones, seguridades mutuas, pagos, recibos.... Ve aquí el arriendo de sus arriendos, y el cobro de sus cobranzas: todo ha venido á parar en una calavera llena de lodo. Los títulos de los bienes que poseyó cabrían difícilmente en su ataud, y no obstante eso, todas las fianzas y seguridades recíprocas de sus adquisiciones no le han podido asegurar otra posesion que la de un espacio pequeño capaz de cubrirse con un par de sus escrituras... ¡Oh! y a su opulento sucesor tampoco le quedaría mas.

HORACIO.

Verdad es, señor.

HAMLET.

¿No se hace el pergamino de piel de carnero?

HORACIO.

Sí, señor, y de piel de ternera también.

HAMLET.

Pues dígame, que son mas irracionales que las terneras y carneros los que fundan su felicidad en la posesion de tales pergaminos..... Voy á tramar conversacion con este hombre. (Al sepulturero.) ¿De quién es esa sepultura, buena pieza?

SEPUltURERO PRIMERO.

Mia, señor (5). (Cantando.)

Y un hoyo en tierra  
Que le preparan:  
Para tal huésped  
Eso le basta.

HAMLET.

Sí; yo creo que es tuya porque estás ahora dentro de ella... Pero la sepultura es para los muertos, no para los vivos: con que has mentido.

SEPUltURERO PRIMERO.

Ve ahí un mentís demasiado vivo; pero yo os lo volveré.

HAMLET.

¿Para qué muerto cava esa sepultura?

SEPUltURERO PRIMERO.

No es hombre, señor.

HAMLET.

Pues bien, ¿para qué mujer?

SEPUltURERO PRIMERO.

Tampoco es eso.

HAMLET.

¿Pues qué es lo que ha de enterrarse ahí?

SEPUltURERO PRIMERO.

Un cadáver que fué mujer; pero ya murió... Dios la perdona.

HAMLET.

¿Qué taimado es! Háblenme clara y sencillamente, porque si no, es capaz de confundirme á equívocos. De tres años a esta parte he observado cuánto se va sutilizando la edad en que vivimos..... Por vida mia, Horacio, que ya el villano sigue tan de cerca al caballero, que muy pronto le desollará el talon... ¿Cuánto tiempo ha que eres sepulturero?

1 CLOWN.

*A pickaxe, and a spade, a spade,  
For—and a shrouding sheet:  
O, a pit of clay for to be made  
For such a guest is meet.*

(Stage.)

(Throws up a skull.)

HAMLET.

There's another: why may not that be the scull of a lawyer? Where be his quiddits now, his quillets, his cases, his tenures, and his tricks? why does he suffer this rude knave now to knock him about the sconce with a dirty shovel, and will not tell him of his action of battery? Humph! This fellow might be in's time a great buyer of land, with his statutes, his recognizances, his fines, his double vouchers, his recoveries: is this the fine of his fines, and the recovery of his recoveries, to have his fine pate full of fine dirt? will his vouchers vouch him no more of his purchases, and double ones too, than the length and breadth of a pair of indentures? The very conveyances of his lands will hardly lie in this box; and must the inheritor himself have no more? ha?

HORATIO.

Not a jot more, my lord.

HAMLET.

Is not parchment made of sheep-skins?

HORATIO.

Ay, my lord, and calves-skins too.

HAMLET.

They are sheep, and calves, which seek out assurance in that. I will speak to this fellow:—Whose grave's this, sarrab?

1 CLOWN.

Mine, sir.—

*O, a pit of clay for to be made  
For such a guest is meet.* (Sings.)

HAMLET.

I think it be thine, indeed; for thou liest in't.

1 CLOWN.

You lie out on't, sir, and therefore it is not yours: for my part, I do not lie in't, yet it is mine.

HAMLET.

Thou dost lie in't, to be in't, and say it is thine; 'tis for the dead, and not for the quick: therefore thou liest.

1 CLOWN.

'Tis a quick lie, sir; 'twill away again, from me to you.

HAMLET.

What man dost thou dig it for?

1 CLOWN.

For no man, sir.

HAMLET.

What woman, then?

1 CLOWN.

For none, neither.

HAMLET.

Who is to be buried in't?

1 CLOWN.

One that was a woman, sir; but, rest her soul, she's dead.

HAMLET.

How absolute the knave is! we must speak by the card, or equivocation will undo us. By the lord, Horatio, these three years I have taken note of it: the age is grown so picked, that the toe of the peasant comes so near the heel of the courtier, he galls his kibe.—How long hast thou been a grave-digger?

## SEPULTURERO PRIMERO.

Toda mi vida, se puede decir. Yo comencé el oficio el día que nuestro último rey Hamlet venció á Fortinbras.

HAMLET.

¿Y cuánto tiempo habrá?

SEPULTURERO PRIMERO.

¡Toma! ¿No lo sabéis? Pues hasta los chiquillos os lo dirán. Eso sucedió el mismo día en que nació el jóven Hamlet, el que está loco y se ha ido á Inglaterra.

HAMLET.

¡Oiga! ¿Y por qué se ha ido á Inglaterra?

SEPULTURERO PRIMERO.

Porque... porque está loco, y allí cobrará su juicio; y si no lo cobra, á bien que poco importa.

HAMLET.

¿Por qué?

SEPULTURERO PRIMERO.

Porque allí todos son tan locos como él, y no será reparado.

HAMLET.

¿Y cómo ha sido volverse loco?

SEPULTURERO PRIMERO.

De un modo muy extraño, según dicen.

HAMLET.

¿De qué modo?

SEPULTURERO PRIMERO.

Habiendo perdido el entendimiento.

HAMLET.

Pero, ¿qué motivo dió lugar á á eso?

SEPULTURERO PRIMERO.

¿Qué lugar? Aquí en Dinamarca, donde soy enterrador, y lo he sido de chico y de grande por espacio de treinta años.

HAMLET.

¿Cuánto tiempo podrá estar enterrado un hombre sin corromperse?

SEPULTURERO PRIMERO.

De suerte que si él no corrompía ya en vida (como nos sucede todos los días con muchos cuerpos galicados, que no hay por dónde asirlos), podrá durar cosa de ocho ó nueve años. Un curtidor durará nueve años seguramente.

HAMLET.

¿Pues qué tiene él mas que otro cualquiera?

SEPULTURERO PRIMERO.

Lo que tiene es un pellejo tan curtido ya por mor de su ejercicio, que puede resistir mucho tiempo al agua; y el agua, señor mío, es la cosa que mas pronto destruye á cualquier hideputa de muerto. Ve aquí una calavera que ha estado debajo de tierra veinte y tres años.

HAMLET.

¿De quién es?

SEPULTURERO PRIMERO.

¿Mayor hideputa, loco!... ¿De quién os parece que será?

HAMLET.

Yo ¿cómo he de saberlo?

SEPULTURERO PRIMERO.

¿Mala peste en él y en sus travesuras!... Una vez me echó un frasco de vino del Rin por los cabezones....Pues, señor, esta calavera es la calavera de Yorick, el bufon del rey.

(El sepulturero le da una calavera á Hamlet.)

HAMLET.

¿Esta?

SEPULTURERO PRIMERO.

La misma.

HAMLET.

¿Ay pobre Yorick!... Yo le conocí, Horacio... Era un hombre sumamente gracioso, de la mas fecunda imaginación. Me acuerdo que siendo yo niño me llevó mil veces sobre sus hombros... y ahora su vista me llena de horror, y oprimido el pecho palpita... Aquí estuvieron aquellos labios donde yo di besos sin número... ¿Qué se

## 1 CLOWN.

Of all the days i'the year, I came to't that day last king Hamlet overcame Fortinbras.

HAMLET.

How long's that since?

1 CLOWN.

Cannot you tell that? every fool can tell th that very day that young Hamlet was born: he u and sent into England.

HAMLET.

Ay, marry, why was he sent into England?

1 CLOWN.

Why, because he was mad: he shall recove there; or, if he do not, 'tis no great matter ther

HAMLET.

Why?

1 CLOWN.

'Twill not be seen in him there; there the men as he.

HAMLET.

How came he mad?

1 CLOWN.

Very strangely, they say.

HAMLET.

How strangely?

1 CLOWN.

'Faith, e'en with losing his wits.

HAMLET.

Upon what ground?

1 CLOWN.

Why, here in Denmark; I have been sexton and boy, thirty years.

HAMLET.

How long will a man lie i'the earth ere he rot

1 CLOWN.

'Faith, if he be not rotten before he die, (as many pocky corses now-a-days, that will scarce laying in,) he will last you some eight year, or a tanner will last you nine year.

HAMLET.

Why he more than another?

1 CLOWN.

Why, sir, his hide is so tanned with his trade, will keep out water a great while; and your water decayer of your whoreson dead body. Here's a hath lain you i'the earth three-and-twenty years

HAMLET.

Whose was it?

1 CLOWN.

A whoreson mad fellow's it was. Whose do it was?

HAMLET.

Nay, I know not.

1 CLOWN.

A pestilence on him for a mad rogue! he pougon of Rhenish on my bead once. This same was Yorick's scull, the king's jester.

HAMLET.

This?

1 CLOWN.

E'en that.

HAMLET.

Alas, poor Yorick!—I knew him, Horatio; a infinite jest, of most excellent fancy: he hath b on his back a thousand times! and now, how abh my imagination it is! my gorge rises at it. Here h lips, that I have kissed I know not how oft. W

hicieron tus burlas, tus brincos, tus cantares y aquellos chistes repentinos que de ordinario animaban la mesa con alegre estrepito? Ahora, faltar ya enteramente de musculos, ni aun puedes reírte de tu propia deformidad... Ve al tocador de alguna de nuestras damas, y dile para escitar su risa, que por mas que se ponga una pulgada de asfeto en el rostro, al fin habrá de espermentar esta misma trasformacion.. *(Tira la calavera al monton de tierra inmediato a la sepultura.)* Dime una cosa, Horacio.

HORACIO.

¿Cuál es, señor?

HAMLET.

¿Crees tu que Alejandro metido debajo de tierra tendria esa forma horrible?

HORACIO.

Cuerdo que sí.

HAMLET.

¿Y exhalaria este mismo hedor?... ¡Uh!

HORACIO.

Sin diferencia alguna.

*(El sepulturero primero, acabada la escavacion, sale de la sepultura y se pasea acta el fondo del teatro. Viene despues el sepulturero segundo, que trae el aguardiente; beben y hablan entre si, permaneciendo retirados hasta la escena siguiente, como lo indica el diálogo.)*

HAMLET.

¿En que abatimiento hemos de parar, Horacio?... Y ¿por que no podria la imaginacion seguir las dustres cenizas de Alejandro hasta encontrarlas tapando la boca de algun barril?

HORACIO.

A fe, que seria excesiva curiosidad ir á examinarlo.

HAMLET.

No, no por cierto. No hay sino irle siguiendo hasta conducirle allí con probabilidad y sin violencia alguna. Como si dijéramos. Alejandro murió, Alejandro fué sepultado, Alejandro se redujo a polvo, el polvo es tierra, de la tierra hacemos barro... Y ¿por qué con este barro, en que él esta ya convertido, no habrán podido tapar un barril de cerveza? El emperador Cesar, muerto y hecho tierra, puede tapar un agujero para estorbar que pase el aire... ¡Oh! Y aquella tierra que tuvo atemorizado el orbe, servira tal vez de reparar las hendiduras de un tabique contra las intemperies del invierno... Pero callemos... hagámonos a un lado, que... Sí... aquí viene el rey, la reina, los grandes... ¿A quién acompañan? ¿Qué ceremonial tan incompleto es este!... Todo ello me anuncia, que el difunto que conducen dió fin a su vida con desesperada mano... Sin duda era persona de calidad... Ocultémonos un poco, y observa.

## ESCENA III.

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, LAERTES, HORACIO, UN CURA, DOS SEPULTUREROS, ACOMPAÑAMIENTO DE DAMAS, CAVALLEROS Y CRIADOS.

*(Conducen entre cuatro hombres el cadáver de Ofelia, vestida con túnica blanca y coronada de flores. Detrás sigue el preste y todos los que hacen el duelo, atravesando el teatro á paso lento, hasta llegar adonde está la sepultura. Suena el clamor de las campanas. Hamlet y Horacio se retiran á un extremo del teatro.)*

LAERTES.

¿Que otra ceremonia falta (6)?

HAMLET.

Mira, ¿quién es Laertes, jóven muy ilustre.

LAERTES.

¿Qué ceremonia falta?

EL CURA.

Va se han celebrado sus exequias con toda la decencia posible. Su muerte da lugar a muchas dudas, y á no haberse interpuesto la suprema autoridad que modifica las

your gibes now? your gambols? your songs? your flashes of merriment, that were wont to set the table on a roar? Not one now, to mock your own grinning? quite chap-fallen? Now get you to my lady's chamber, and tell her, let her paint an inch thick, to this favour she must come; make her laugh at that.—Prythee, Horatio, tell me one thing.

HORATIO.

What's that, my lord?

HAMLET.

Dost thou think Alexander looked o'this fashion i'the earth?

HORATIO.

E'en so.

HAMLET.

And smelt so? pah!

*(Throws down the skull.)*

HORATIO.

E'en so, my lord.

HAMLET.

To what base uses we may return, Horatio? Why may not imagination trace the noble dust of Alexander, till he find it stopping a bung hole?

HORATIO.

'Twere to consider too curiously, to consider so.

HAMLET.

No, faith not a jot; but to follow him thither with modesty enough, and likelihood to lead it. As thus. Alexander died, Alexander was buried, Alexander returneth to dust; the dust is earth; of earth we make loam: and why of that loam, whereto he was converted, might they not stop a beer-barrel?

Imperious Caesar, dead, and turn'd to-clay,  
Might stop a hole to keep the wind away;  
O, that the earth, which kept the world in awe,  
Should patch a wall to expel the winter's flaw!

But soft! but soft! aside!—Here comes the king.

*Enter Priests, etc. in procession; the corpse of Ophelia, Laertes, and Mourners, following; King, Queen, their trains, etc.*

The queen, the courtiers. Who is this they follow?  
And with such maimed rites! This doth betoken,  
The corse, they follow, did with desperate hand  
Foredo its own life. 'Twas of some estate:  
Couch we a while, and mark.

*(Retiring with Horatio.)*

LAERTES.

What ceremony else?

HAMLET.

That is Laertes,

A very noble youth:—Mark.

LAERTES.

What ceremony else?

I PRIEST.

Her obsequies have been as far enlarg'd  
As we have warranty: Her death was doubtful;  
And, but that great command o'erweighs the order,

leyes, hubiera sido colocada en lugar profano; allí estuviera hasta que sonase la trompeta final, y en vez de oraciones piadosas, hubieran caído sobre su cadáver guijarros, piedras y cascote. No obstante esto, se la han concedido las vestiduras y adornos virginales, el clamor de las campanas y la sepultura.

LAERTES.

¿Con que no se debe hacer mas?

EL CURA.

No, mas. Profanaríamos los honores sagrados de los difuntos cantando un *requiem* para implorar el descanso de su alma, como se hace por aquellos que parten de esta vida con mas cristiana disposicion.

LAERTES.

Dadla tierra, pues. (*Ponen el cadáver de Ofelia en la sepultura.*) Sus hermosos é intactos miembros acaso producirán violetas suaves. Y á tí, clérigo zafio, te anuncio que mi hermana será un ángel del Señor, mientras tú estarás bramando en los abismos.

HAMLET.

¿Qué!... ¿La hermosa Ofelia!

GERTRUDIS.

Dulces dones á mi dulce amiga. (*Esporce flores sobre el cadáver.*) Adios... Yo deseaba que hubieras sido esposa de mi Hamlet, graciosa doncella, y esperaré cubrir de flores tu lecho nupcial... pero no tu sepulcro.

LAERTES.

¡Oh! una y mil veces sea maldito aquel cuya accion inhumana te privó á tí del mas sublime entendimiento!... No... esperad un instante; no echeis la tierra todavía... no... hasta que otra vez la estreche en mis brazos... (*Métese en la sepultura.*) Echadla ahora sobre la muerta y el vivo, hasta que de este llano bagais un monte que descuella sobre el antiguo Pelion, ó sobre la azul estremidad del olimpo que toca los cielos.

HAMLET.

¿Quién es el que da á sus penas idioma tan enfático, el que así invoca en su afliccion á las estrellas errantes, haciéndolas detenerse admiradas á oírle?... Yo soy Hamlet, principe de Dinamarca.

(*Atravesando por en medio de todos, va acia la sepultura, entra en ella, y luchan él y Laertes, y se dan puñadas. Algunos de los circunstantes van allá, los sacan del hoyo y los separan.*)

LAERTES.

El demonio lleve tu alma.

HAMLET.

No es justo lo que pides.... Quita esos (7) dedos de mi cuello; porque aunque no soy precipitado ni colérico, algun riesgo hay en ofenderme, y si eres prudente debes evitarle..... Quitá de ahí esa mano.

CLAUDIO.

Separadlos.

GERTRUDIS.

¿Hamlet! ¿Hamlet!

TODOS.

¿Señores!

HORACIO.

Moderaos, señor.

HAMLET.

No; por causa tan justa lidiaré con él hasta que cierre mis párpados la muerte.

GERTRUDIS.

¿Qué causa puede haber, hijo mio?

HAMLET.

Yo he querido á Ofelia, y cuatro mil hermanos juntos no podrán con todo su amor exceder al mio... ¿Qué quieres hacer por ella? Di.

CLAUDIO.

Laertes, mira que está loco.

GERTRUDIS.

Por Dios, Laertes, déjale.

She should in ground unsanctified have lodg'd  
Till the last trumpet; for charitable prayers,  
Shards, flints, and pebbles, should be thrown at  
Yet here she is allowed her virgin crants,  
Her maiden strewments, and the bringing home  
Of bell and burial.

LAERTES.

Must there no more be done?

I PRIEST.

No more be done!

We should profane the service of the dead,  
To sing a *requiem*, and such rest to her  
As to peace-parted souls.

LAERTES.

Lay her i'the earth;—  
And from her fair and unpolluted flesh,  
May violets spring!—I tell thee, churlish priest,  
A ministr'ing angel shall my sister be,  
When thou liest howling.

HAMLET.

What, the fair Ophelia!

QUEEN.

Sweets to the sweet. Farewell!

(*Scattering*)

I hop'd thou should'st have been my Hamlet's wi  
I thought, thy bride-bed to have deck'd, sweet n  
And not have strew'd thy grave.

LAERTES.

O, treble woe

Fall ten times treble on that cursed head,  
Whose wicked deed thy most ingenious sense  
Depriv'd thee of!—Hold off the earth a while,  
Till I have caught her once more in mine arms:

(*Leaps into th*)

Now pile your dust upon the quick and dead;  
Till of this flat a mountain you have made,  
Ta o'er-top old Pelion, or the skyish head  
Of blue Olympus.

HAMLET.

(*Advancing.*) What is he, whose grief,  
Bears such an emphasis? whose phrase of sorrow  
Conjures the wand'ring stars, and makes them s  
Like wonder-wounded hearers? this is I,  
Hamlet the Dane.

(*Leaps into the*)

LAERTES.

The devil take thy soul!

(*Grappling w*)

HAMLET.

Thou pray'st not well.

I pr'ythee, take thy fingers from my throat;  
For, though I am not splenetic and rash,  
Yet have I in me something dangerous,  
Which let thy wisdom fear. Hold off thy hand.

KING.

Pluck them asunder.

QUEEN.

Hamlet, Hamlet!

ALL.

Gentlemen,—

HORATIO.

Good my lord, be quiet.

(*The attendants part them, and they come on  
grave.*)

HAMLET.

Why, I will fight with him upon this theme,  
Until my eyelids will no longer wag.

QUEEN.

O, my son! what theme?

HAMLET.

I lov'd Ophelia; forty thousand brothers  
Could not, with all their quantity of love,  
Make up my sum.—What wilt thou do for her?

KING.

O, he is mad, Laertes.

QUEEN.

For love of God, forbear him.

HAMLET.

Díne lo que intentas hacer. (*Los sepultureros llenan la sepultura de tierra y la apisonan.*) ¿Quieres llorar, combatir, negarte al sustento, hacerte pedazos, beber todo el Esil (8), devorar un caiman? Yo lo haré también.... ¿Vienes aquí a lamentar su muerte, á insultarme precipitadote en su sepulcro, á ser enterrado vivo con ella? Pues bien, eso quiero yo; y si hablas de montes, descarguen sobre nosotros yugadas de tierra innumerables, hasta que estos campos tuesten su frente en la tórrida zona, y el alto Osa parezca en su comparacion un terron pequeño... Si me hablas con soberbia, yo usaré un lenguaje tan altanero como el tuyo.

GERTRUDIS.

Todos son efectos de su frenesí, cuya violencia podrá agitarle por algun tiempo; pero después, semejante á la mansa paloma cuando siente animadas las mellizas crías, le vereis sin movimiento y mudo.

HAMLET.

Óyeme: ¿cual es la razon de obrar así conmigo?... Siempre te he querido bien... Pero..... nada importa. Aunque el mismo Hércules con todo su poder quiera estorbarlo, el gato mayará y el perro quedará vencedor.

(*Vase Hamlet, y Horacio le sigue.*)

CLAUDIO.

Horacio, ve, no le abandones.... Laertes, nuestra plática de la noche anterior fortificara tu paciencia mientras dispongo lo que importa en la ocasion presente... Amada Gertrudis, sera bien que alguno se encargue de la guarda de tu hijo... Esta sepultura se adornará con un monumento durable... Espero que gozaremos brevemente horas mas tranquilas; pero entre tanto conviene sufrir.

## ESCENA IV.

*Salon del palacio, el mismo que sirvió para la representacion, con asientos que han de ocuparse en la escena IX.*

HAMLET, HORACIO.

HAMLET.

Baste ya lo dicho sobre esta materia. Ahora quisiera informarte de lo demás; pero, ¿te acuerdas bien de todas las circunstancias?

HORACIO.

¿No he de acordarme, señor?

HAMLET.

Pues sabrás (9), amigo, que agitado continuamente mi corazon en una especie de combate, no me permitia conciliar el sueño, y en tal situacion me juzgaba mas infeliz que el delincuente cargado de prisiones. Una temeridad... Bien que debo dar gracias á esta temeridad, pues por ella existo... Si, confesemos que tal vez nuestra indiscrecion suele sernos útil, al paso que los planes concertados con la mayor sagacidad se malogran; prueba certísima de que la mano de Dios conduce á su fin todas nuestras acciones, por mas que el hombre las ordene sin inteligencia.

HORACIO.

Así es la verdad.

HAMLET.

Salgo pues de mi camarote, mal rebujado con un vestido de marinero; y á tientas, favorecido de la oscuridad, llevo hasta donde ellos estaban. Logro mi deseo, me apodero de sus papeles, y me vuelvo á mi cuarto. Allí, olvidando mis recelos toda consideracion, tuve la osadía de abrir sus despachos, y en ellos encuentro, amigo, una alevosía del rey. Una orden precisa, apoyada en varias razones de ser importante á la tranquilidad de Dinamarca y aun á la de Inglaterra, y... ¡oh! mil temores y anuncios de mal si me dejan vivo... En fin, decia que luego que fuese leída, sin dilacion ni aun para atinar á la segur el filo, me cortasen la cabeza.

HORACIO.

¿Es posible?

TOMO II.

HAMLET.

'Zounds, show me what thou'lt do:  
Would'nt weep? would'nt fight? would'nt fast? would'nt tear thyself?  
Would'nt drink up Esil? eat a crocodile?  
I'll do't.—Dost thou come here to whine?  
To outface me with leaping in her grave?  
Be buried quick with her, and so will I:  
And, if thou prate of mountains, let them throw  
Millions of acres on us; till our ground,  
Singeing his pate against the burning zone,  
Make Ossa like a wart! Nay, an thou'lt mouth,  
I'll rant as well as thou.

QUEEN.

This is mere madness.  
And thus á while the fit will work on him;  
Anon, as patient as the female dove,  
When that her golden couplets are disclos'd,  
His silence will sit dropping.

HAMLET.

Hear you, sir  
What is the reason that you use me thus?  
I lov'd you ever: but it is no matter;  
Let Hercules himself do what he may,  
The cat will mew, and dog will have his day. (*Exit.*)

KING.

I pray the, good Horatio, wait upon him. (*Exit Horatio.*)  
Strengthen your patience in our hast night's speech;  
(*To Laertes.*)

We'll put the matter to the present push.—  
Good Gertrude, set some watch over your son.—  
This grave shall have a living monument:  
An hour of quiet shortly shall we see;  
Till then, in patience our proceeding be. (*Exeunt.*)

## SCENE II.

A Hall in the Castle.

Enter HAMLET and HORATIO.

HAMLET.

So much for this, sir; now shall you see the other;—  
Yo do remember all the circumstance?

HORATIO.

Remember it, my lord!

HAMLET.

Sir, in my heart there was a kind of fighting,  
That would not let me sleep: methought, I lay  
Worse than the mutines in the bilboes. Rashly,  
And prais'd be rashness for it.—Let us know.  
Our indiscretion sometimes serves us well,  
When our deep plots do pall; and that should teach us,  
There's a divinity that shapes our ends,  
Rough-hew then how we will.

HORATIO.

That is most certain.

HAMLET.

Up from my cabin,  
My sea-gown scarf'd about me, in the dark  
Grop'd I to find out them: had my desire;  
Finger'd their packet; and, in fine, withdrew  
To mine own room again: making so bold,  
My fears forgetting manners, to unseal  
Their grand commission: where I found, Horatio,  
A royal knavery; an exact command,—  
Larded with many several sorts of reasons.  
Importing Denmark's health, and England's too,  
With, ho! such bugs and goblins in my life.—  
That, on the supervise, no leisure bated,  
No, not to stay the grinding of the axe,  
My head should be struck off.

HORATIO.

Is't possible?



HAMLET.

Mira la orden aquí; (*Le enseña un pliego, y vuelve á guardárselo.*) podrás leerla en mejor ocasión. Pero, ¿quieres saber lo que yo hice?

Sí, yo os lo roego.

HAMLET.

Ya ves como rodeado así de traiciones, ya ellos habían empezado el drama aun antes de que yo hubiese comprendido el prólogo. No obstante, siéntome al bufete, imaginó una orden distinta, y la escribo inmediatamente de buena letra... Yo creí algún tiempo (como todos los grandes señores) que el escribir bien fuese un desdoro, y aun no dejé de hacer muchos esfuerzos para olvidar esta habilidad; pero ahora conozco, Horacio, cuán útil me ha sido tenerla. ¿Quieres saber lo que el escrito contenía?

HORACIO.

Sí, señor.

HAMLET.

Una súplica del rey dirigida con grandes instancias al de Inglaterra, como a su obediente feudatario, diciéndole que su reciproca amistad florecería como la palma robusta; que la paz coronada de espigas mantendría la quietud de ambos imperios, uniéndolos en amor durable, con otras espresiones no menos afectuosas; pidiéndole por último que vista que fuese aquella carta, sin otro examen, hiciese perecer con pronta muerte a los dos mensajeros, no dándoles tiempo ni aun para confesar su delito.

HORACIO.

¿Y cómo la pudisteis sellar?

HAMLET.

Aun eso también parece que lo dispuso el cielo; porque felizmente traía conmigo el sello de mi padre, por el cual se hizo el que hoy usa el rey. Cierro el pliego en la forma que el anterior, póngole la misma dirección, el mismo sello, le conduzco sin ser visto al mismo paraje, y nadie nota el cambio. Al día siguiente ocurrió el combate naval: lo que después sucedió, ya lo sabes.

HORACIO.

De ese modo Guillermo y Ricardo caminan derechos a la muerte.

HAMLET.

Ya ves que ellos han solicitado este encargo: mi conciencia no me acusa acerca de su castigo... Ellos mismos se han procurado su ruina... Es muy peligroso al inferior meterse entre las puntas de las espadas, cuando dos enemigos poderosos lidian.

HORACIO.

¡Oh, qué rey este!

HAMLET.

¿Mas tú que no estoy en obligación de proseguir lo calla? El que asesinó a mi padre y mi rey, que ha sonrado á mi madre, que se ha introducido furtivamente entre el solio y mis derechos justos, que ha consagrado contra mi vida valiéndose de medios tan aleves... ¿será justicia rectísima castigarle con esta mano? ¿No era culpa en mí tolerar que ese monstruo exista para cometer, como hasta aquí, maldades atroces?

HORACIO.

Presto le avisaran de Inglaterra cual ha sido el éxito de su solicitud.

HAMLET.

Sí, presto lo sabrá; pero entre tanto el tiempo es y para quitar a un hombre la vida un instante basta... me disgusta, amigo Horacio, el lance ocurrido; tes, en que olvidado de mí propio, no vi el miento la imagen y semejanza del suyo. Pro amistad, sí... Pero, ciertamente, aquel toro que daba a sus quejas irritó en exceso.

HORACIO.

Callad. ¿Quién viene aquí?

HAMLET.

Here's the commission: read it at more leisure. But wilt thou hear now how I did proceed?

HORATIO.

Ay, beseech you.

HAMLET.

Being thus benetted round with villanies, Or I could make a prologue to my brains, They had begun the play:—I sat me down; Devis'd a new commission; wrote it fair: I once did bolt it, as our statists do, A baseness to write fair, and labour'd much How to forget that learning: but, sir, now It did me yeoman's service. Wilt thou know The effect of what I wrote?

HORATIO.

Ay, good my lord.

HAMLET.

An earnest conjuration from the king,— As England was his faithful tributary; As love between them, like the palm, might flourish, As peace should still her wheaten garland wear, And stand a comma 'tween their amities; And many such like as's of great charge.— That, on the view and knowing of these contents, Without debatement further, more, or less, He shoud the bearers put to sudden death, Not shriving-time allow'd.

HORATIO.

How was this seal'd?

HAMLET.

Why, even in that was heaven ordinaunt; I had my father's signet in my purse, Which was the model of that Danish seal: Folded the writ up in form of the other; Subscrib'd it; gave't the impression; plac'd it safely. The changeling never knows. Now, the next day Was our sea-fight: and what to this was sequent Thou know'st already.

HORATIO.

So Guildenstern and Rosencrans go to't.

HAMLET.

Why, man, they did make love to this employment; They are not near my conscience; their defeat Does by their own insinuation grow: 'Tis dangerous, when the base nature comes Between the passe and fell incensed points Of mighty opposites.

HORATIO.

Why, what a koug is this!

HAMLET.

Does  
He, I  
Popp'  
Thron  
And  
To q  
To le  
In

10

HAMLET.

Digo que ¿á qué viene ahora hablar de ese caballero?

ENRIQUE.

¿De Laertes?

HORACIO.

¡Eh! ya vació cuánto tenía, y se le acabó la provision de frases brillantes.

HAMLET.

Sí, señor, de ese mismo.

ENRIQUE.

Yo creo que no estareis ignorante de...

HAMLET.

Quisiera que no me tuvierais por ignorante; bien que vuestra opinion no me añadiría un gran concepto... Y bien, ¿qué mas?

ENRIQUE.

Decía, que no podeis ignorar el mérito de Laertes.

HAMLET.

Yo no me atreveré á confesarlo por no igualarme con él, siendo averiguado que para conocer bien á otro es menester conocerse bien á sí mismo.

ENRIQUE.

Yo lo decía por su destreza en el arma, puesto que segun la voz general, no se le conoce compañero.

HAMLET.

¿Y qué arma es la suya?

ENRIQUE.

Espada y daga.

HAMLET.

Esas son dos armas... Vaya, adelante.

ENRIQUE.

Pues, señor, el rey ha apostado contra él seis caballos bárbaros, y él ha impuesto por su parte (segun he sabido) seis espadas francesas con sus dagas y guarniciones correspondientes, como cinturón, colgantes, y así á este tenor... Tres de estas cureñas particularmente son la cosa mas bien hecha que puede darse. ¡Cureñas como ellas!.. ¡Oh! es obra de mucho gusto y primor.

HAMLET.

Y ¿á qué cosa llamais cureñas?

HORACIO.

Ya recelaba yo que sin el socorro de notas marginales no pudierais acabar el diálogo.

ENRIQUE.

Señor, por cureñas entiendo yo, así, los... los cinturones...

HAMLET.

La espresion seria mucho mas propia, si pudiéramos llevar al lado un cañon de artillería; pero en tanto que este uso no se introduce, los llamaremos cinturones... En fin, vamos al asunto. Seis caballos bárbaros contra seis espadas francesas con sus cinturones, y entre ellos tres cureñas primorosas... ¿Con que esto es lo que apuesta el francés contra el dinamarqués? ¿Y á qué fin se han impuesto vos decís) todas esas cosas?

ENRIQUE.

El rey ha apostado que si batallais con Laertes, en doce as no pasarán de tres botanazos los que él os dé; y si os vence, que en las mismas doce os dará nueve cuando menos, y desea que esto se juzgue inmediatamente, si os dignais de responder.

HAMLET.

¿Y si respondo que no?

ENRIQUE.

Quiero decir, si admitis el partido que os propone.

HAMLET.

Pues, señor, yo tengo que pasearme todavía en esta sala; porque si S. M. no lo ha por enojo, esta es la hora critica en que yo acostumbro respirar el ambiente. Tráiganse aquí los floretes, y si ese caballero lo quiere así, y el rey se mantiene en lo dicho, le haré ganar la apuesta si puedo; y si no puedo, lo que yo ganaré será vergüenza y golpes

HAMLET.

What imports the nomination of this gentleman?

OSRIC.

Of Laertes?

HORATIO.

His purse is empty already; all his golden spent.

HAMLET.

Of him, sir.

OSRIC.

I know, you are not ignorant—

HAMLET.

I would you did, sir; yet, in faith, if you do not much approve me;—well, sir.

OSRIC.

You are not ignorant of what excellence Laertes has.

HAMLET.

I dare not confess that, lest I should compare in excellence; but, to know a man well, we himself.

OSRIC.

I mean, sir, for his weapon; but in the issue on him by them, in his need he's unfellowed.

HAMLET.

What's his weapon?

OSRIC.

Rapier and dagger.

HAMLET.

That's two of his weapons; but, well.

OSRIC.

The king, sir, hath wagered with him six English pounds: against the which he has impawned, as I take it, French rapiers and poniards, with their assigns, as three of the best of the French sword, their assigns, and three liberal French carriages; that's the French bet against the English; and of very liberal conceit.

HAMLET.

What call you the carriages?

HORATIO.

I knew, you must be edified by the margin of the text.

OSRIC.

The carriages, sir, are the hangers.

HAMLET.

The phrase would be more german to the matter if we could carry a cannon by our sides; I would have them till then. But, on six Barbary horses, French sword, their assigns, and three liberal French carriages; that's the French bet against the English; is this impawned, as you call it?

OSRIC.

The king, sir, hath laid, that in a dozen passes himself and him, he shall not exceed you thirty; on twelve for nine; and it would be a goodly trial, if your lordship would vouchsafe it.

HAMLET.

How, if I answer, no?

OSRIC.

I mean, my lord, the opposition of your trial.

HAMLET.

Sir, I will walk here in the hall: if it please you, it is the breathing time of day with me: let it be brought, the gentleman willing, and the king's purpose, I will win for him, if I can; if not, nothing but my shame, and the odd hits.

ENRIQUE.

¿lo diré en esos términos?

HAMLET.

la sustancia; después lo podeis adornar con tores de vuestro ingenio.

ENRIQUE.

recomiendo nuevamente mis respetos á vuestra

HAMLET.

e vuestro, siempre.

## ESCENA VI.

HAMLET, HORACIO.

HAMLET.

muy bien de recomendarse á sí mismo; porque lo mucho que nadie lo hiciese por él.

HORACIO.

parece un vencejo que empezó á volar y chilcascaron pegado á las plumas.

HAMLET.

antes de mamar hacia ya cumplimientos á la te es uno de los muchos que en nuestra corrompion estimados, únicamente porque saben acoger al gusto del día con esa esterilidad halagüeña osa... y con ella tal vez suelen sorprender á los hombres prudentes; pero se parecen demasiado, que por mas que hierva y abulte, al fin se reconoce lo que es; todas las ampollas deshacen, y no queda nada en el vaso.

## ESCENA VII.

HAMLET, HORACIO, UN CABALLERO.

CABALLERO.

parece que S. M. os envió un recado con el Enrique, y este ha vuelto diciendo que espera en la sala. El rey me envía á saber si gustais de hablarles inmediatamente, ó si quereis que se di-

HAMLET.

constante en mi resolucion, y la sujeto á la voluntad. Si esta hora fuese cómoda para él, también para mí: con que hágase al instante ó cuando tal que me halle en la buena disposicion que

CABALLERO.

la reina bajan con toda la corte.

HAMLET.

CABALLERO.

quisiera que antes de comenzar la batalla, hablásemos con dulzura y expresiones de amistad.

HAMLET.

tencia muy prudente.

## ESCENA VIII.

HAMLET, HORACIO.

HORACIO.

¿babeis de perder, señor.

HAMLET.

¿enso que no. Desde que él partió para Francia, lo de ejercitarme, y creo que le llevaré ventaja... no podras imaginarte qué angustia siento orazon... ¿Y sobre qué?... No hay motivo.

HORACIO.

eso, señor...

HAMLET.

¿vanas!... Especies de presentimientos caparitar un alma femenino.

HORACIO.

interiormente alguna repugnancia, no hay pañaros. Yo me adelantaré á encontrarlos, y los ais indispueto.

OSRUC.

Shall I deliver you so?

HAMLET.

To this effect, sir; after what flourish your nature will.

OSRUC.

I commend my duty to your lordship.

(Exit.

HAMLET.

Yours, yours.—He does well, to commend it himself; there are no tongues else for's turn.

HORATIO.

This lapwing runs away with the shell on his head.

HAMLET.

He did comply with his dag, before he sucked it. Thus has he (and many more of the same breed, that, I know, the drossy age dotes on,) only got the tune of the time, and outward habit of encounter; a kind of yeasty collection, which carries them through and through the most fond and winnowed opinions; and do but blow them to their trial, the bubbles are out.

Enter a Lord.

LORD.

My lord, his majesty commended him to you by young Osrick, who brings back to him, that you attend him in the hall: he sends to know, if your pleasure hold to play with Laertes, or that you will take longer time.

HAMLET.

I am constant to my purposes, they follow the king's pleasure: if his fitness speaks, mine is ready; now, or whensoever, provided I be so able as now.

LORD.

The king, and queen, and all are coming down.

HAMLET.

In happy time.

LORD.

The queen desires you, to use some gentle entertainment to Laertes, before you fall to play.

HAMLET.

She well instructs me.

(Exit Lord.

OSRUC.

You will lose this wager, my lord.

HAMLET.

I do not think so; since he went into France, I have been in continual practice; I shall win at the odds. But thou would'st not think, how ill all's here about my heart: but it is no matter.

OSRUC.

Nay, good my lord,—

HAMLET.

It is but foolery; but it is such a kind of gain-giving, as would, perhaps, trouble a woman.

OSRUC.

If your mind shall desire any thing, say it: I will furnish their repair hither, and say, you are not ill.

HAMLET.

No, no... Me burlo yo de tales presagios. Hasta en la muerte de un pajarillo interviene una providencia irresistible. Si mi hora es llegada, no hay que esperarla; si no ha de venir ya, señal que es ahora; y si ahora no fuese, habrá de ser después: todo consiste en hallarse prevenido para cuando venga. Si el hombre al terminar su vida ignora siempre lo que podría ocurrir después, ¿qué importa que la pierda tarde ó presto? Sepa morir (11).

## ESCENA IX.

HAMLET, HORACIO, CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES, ENRIQUE, CABALLEROS, DAMAS, ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Ven, Hamlet, ven y recibe esta mano que te presento.  
(Hace que Hamlet y Laertes se den la mano.)

HAMLET.

Laertes, si estais (12) ofendido de mí, os pido perdón. Perdonadme como caballero. Cuantos se hallan presentes saben, y aun vos mismo lo habreis oído, el desorden que mi razón padece. Cuanto haya hecho insultando la ternura de vuestro corazón, vuestra nobleza ó vuestro honor, cualquiera acción, en fin, capaz de irritaros, declaro solemnemente en este lugar que ha sido efecto de mi locura. ¿Puede Hamlet haber ofendido á Laertes? No. Hamlet no ha sido, porque estaba fuera de sí; y si en tal ocasión (en que él á sí propio se desconocía) ofendió á Laertes, no fué Hamlet el agresor, porque Hamlet lo desaprueba y lo desmiente. Pues ¿quién puede ser? Su demencia sola... Siendo esto así, el desdichado Hamlet es partidario del ofendido, al paso que en su propia locura reconoce su mayor contrario. Permutad pues que delante de esta asamblea me justifique de toda siniestra intención, y espero de vuestro ánimo generoso el olvido de mis desaciertos. Disparaba el arpon sobre los muros de ese edificio; y por error herí á mi hermano.

LAERTES.

Mi corazón, cuyos impulsos naturales eran los primeros á pedirme en este caso venganza, queda satisfecho. Mi honra no me permite pasar adelante, ni admitir reconciliación alguna, hasta que examinado el hecho por ancianos y virtuosos árbitros, se declare que mi pundonor está sin mancha. Mientras llega este caso, admito con afecto recíproco el que me anunciáis, y os prometo de no ofenderle.

HAMLET.

Yo recibo con sincera gratitud ese ofrecimiento, y en cuanto á la batalla que va á comenzarse, lidiaré con vos como si mi competidor fuese mi hermano... Vamos. Dadnos floretes.

LAERTES.

Sí, vamos... uno á mí.

HAMLET.

La victoria no os será difícil: vuestra habilidad lucirá sobre mi ignorancia, como una estrella resplandeciente entre las tinieblas de la noche.

LAERTES.

No os burleis, señor.

HAMLET.

No, no me burlo.

CLAUDIO.

Dales floretes, joven Enrique. Hamlet, ya sabes cuáles son las condiciones.

HAMLET.

Sí, señor, y en verdad que habeis apostado por el mas débil.

(Traen los criados una mesa, y en ella, cuando lo manda Claudio, ponen jarras y copas de oro que llenan de vino. Claudio y Gertrudis se sientan junto á la mesa, y todos los demás, según su clase, ocupan los asientos restantes. Quedan en pie los criados que sirven las copas, Hamlet y Laertes, que se disponen para batallar, y Horacio y Enrique en calidad de jueces ó padrinos.)

HAMLET.

Not a whit, we defy augury; there is a providence in the fall of a sparrow. If it be now, come; if it be not to come, it will be now; I now, yet it will come: the readiness is all: 'tis of aught he leaves, knows, what 'tis to leave. Let be.

Eater King, Queen, Laertes, Lords, Oric, dante, with foils, etc.

KING.

Come, Hamlet, come, and take this hand of (The King puts the hand of Laertes into that of Hamlet.)

HAMLET.

Give me your pardon, sir: I have done you wrong. But pardon it, as you are a gentleman. This presence knows, and you must needs have known, how I am punish'd with a sore distraction. What I have done, That might your nature, honour, and exceptic Roughly awake, I here proclaim was madness. Was't Hamlet wrong'd Laertes? Never, Hamlet. If Hamlet from himself be taken away, And, when he's not himself, does wrong Laertes, Then Hamlet does it not, Hamlet denies it. Who does it then? His madness: if't be so, Hamlet is of the faction that is wrong'd; His madness is poor Hamlet's enemy. Sir, in this audience, Let my disclaiming from a purpos'd evil Free me so far in your most generous thought That I have shot my arrow o'er the house, And hurt my brother.

LAERTES.

I am satisfied in nature Whose motive, in this case, should stir me in To my revenge: but, in my terms of honour, I stand aloof; and will no reconciliation, Till by some elder masters, of known honour, I have a voice and precedent of peace, To keep my name ungor'd: but till that time, I do receive your offer'd love like love, And will not wrong it.

HAMLET.

I embrace it freely; And will this brother's wager frankly play.— Give us the foils; come on.

LAERTES.

Come, one for me

HAMLET.

I'll be your foil, Laertes; in mine ignorance Your skill shall, like a star in the darkest night Stick fiery off indeed.

LAERTES.

You mock me, sir.

HAMLET.

No, by this hand.

KING.

Give them the foils, young Oric.—Cousin Hamlet You know the wager?

HAMLET.

Very well, my lord, Your grace hath laid the odds o' the weaker side

Yo temo perder. Yo os he visto ya esgrimir a entram-  
bos, y aunque él haya adelantado después, por eso mis-  
mo el premio es mayor á favor nuestro.

LAERTES.

Este es muy pesado. Dejádme ver otro.

*Enrique presenta varios floretes. Hamlet toma uno, y Laertes escoge otro.)*

HAMLET.

Este me parece bueno... ¿Son todos iguales?

ENRIQUE.

Sí, señor.

CLAUDIO.

Cubrid esta mesa de copas llenas de vino. Si Hamlet da  
una primera ó segunda estocada, ó en la tercera suerte da  
un quite al contrario, disparen toda la artillería de las al-  
menas. El rey beberá á la salud de Hamlet, echando en  
la copa una perla mas preciosa que la que han usado en  
su corona los cuatro últimos soberanos daneses..... Traed  
las copas, y el timbal diga á las trompetas, las trompe-  
tas al artillero distante, los cañones al cielo, y el cielo á  
la tierra: ahora brinda el rey de Dinamarca á la salud de  
Hamlet.... Comenzad, y vosotros, que habeis de juzgarlos,  
observad atentos.

HAMLET.

Vamos (13).

LAERTES.

Vamos, señor. *(Batallan Hamlet y Laertes.)*

HAMLET.

Una.

LAERTES.

No.

HAMLET.

Que juzguen.

ENRIQUE.

Una estocada, no hay duda.

LAERTES.

Bien, á otra.

CLAUDIO.

Esperad..... Dadme de beber. *(Claudio echa una perla  
en la copa y bebe, alarga después la copa á Hamlet, y él  
rehusa tomarla. Suena á lo lejos ruido de trompetas y  
cañonazos.)* Hamlet, esta perla es para ti, y brindo con  
ella á tu salud. Dadle la copa.

HAMLET.

Esperad un poco. *(Vuelven á batallar.)* Quiero dar este  
bote primero. Vamos..... Otra estocada. ¿Qué decis?

LAERTES.

Sí, me ha tocado: lo confieso.

CLAUDIO.

¡Oh! nuestro hijo vencerá.

GERTRUDIS.

Está grueso y se fatiga demasiado. Ven aquí, Hamlet,  
toma este lienzo y límpiate el rostro... La reina brinda á  
tu buena fortuna, querido Hamlet. *(Toma la copa y bebe.)*  
*Claudio lo quiere estorbar; y Gertrudis bebe segunda vez.)*

HAMLET.

Muchas gracias, señora.

CLAUDIO.

No, no bebais.

GERTRUDIS.

¡Oh! señor, perdonadme, yo he de beber.

CLAUDIO.

¡La copa envenenada!..... Pero... no hay remedio.

HAMLET.

No, ahora no bebo, esperad un instante.

GERTRUDIS.

Ven, hijo mío, te limpiaré el sudor del rostro.

LAERTES.

Ahora vereis si le acierto.

*(Laertes habla con Claudio en voz baja, mientras Gertru-  
dis limpia con un lienzo el sudor á Hamlet.)*

I do not fear it: I have seen you both:—  
But since he's better'd, we have therefore odds.

LAERTES.

This is too heavy, let me see another.

HAMLET.

This likes me well. These foils have all a length?  
*(They prepare to play.)*

OSRIC.

Ay, my good lord.

KING.

Set me the stoups of wine upon that table:—  
If Hamlet give the first or second hit,  
Or quit in answer of the third exchange,  
Let all the battlements their ordinance fire;  
The king shall drink to Hamlet's better breath;  
And in the cup an union shall he throw,  
Richer than that which four successive kings  
In Denmark's crown have worn. Give me the cups;  
And let the kettle to the trumpet speak,  
The trumpet to the cannoneer without,  
The cannons to the heavens, the heaven to earth,  
*Now the king drinks to Hamlet.*—Come, begin;—  
And you, the judges, bear a wary eye.

HAMLET.

Come on, sir,

LAERTES.

Come, my lord, *(They play.)*

HAMLET.

One.

LAERTES.

No.

HAMLET.

Judgment.

OSRIC.

A hit, a very palpable hit.

LAERTES.

Well,—again.

KING.

Stay, give me drink. Hamlet, this pearl is thine;  
Here's to thy health.—Give him the cup.  
*(Trumpets sound; and cannon shot off within.)*

HAMLET.

I'll play this bout first, set it by awhile.  
Come—Another hit; What say you? *(They play.)*

LAERTES.

A touch, a touch, I do confess.

KING.

Our son shall win.

QUEEN.

He's fat, and scant of breath.—  
Here, Hamlet, take my napkin, rub thy brows;  
The queen carouses to thy fortune, Hamlet.

HAMLET.

Good madam,—

KING.

Gertrude, do not drink.

QUEEN.

I will, my lord;—I pray you, pardon me.

KING.

It is the poison'd cup; it is too late. *(Aside.)*

HAMLET.

I dare not drink yet, madam; by and by.

QUEEN.

Come, let me wipe thy face.

LAERTES.

My lord, I'll hit him now.

CLAUDIO.

Yo pienso que no.

LAERTES.

No sé qué repugnancia siento al ir á ejecutarlo.

HAMLET.

Vamos á la tercera, Laertes... Pero bien se ve que lo tomáis á fiesta: batallad, os ruego, con mas ahinco. Mucho temo que os burleis de mí.

LAERTES.

¿Eso decís, señor? Vamos.

(Batallan.)

ENRIQUE.

Nada: ni uno ni otro.

LAERTES.

Ahora... esta...

(*Vuelven á batallar; se enfurecen, truecanse las espadas y quedan heridos los dos. Horacio y Enrique los separan con dificultad; Gertrudis cae moribunda en los brazos de Claudio. Todo es terror y confusion.*)

CLAUDIO.

Parece que se acaloran demasiado... Separadlos.

HAMLET.

No, no, vamos otra vez.

ENRIQUE.

Ved qué tiene la reina... ¡Cielos!

HORACIO.

¡Ambos heridos! ¿Qué es esto, señor?

ENRIQUE.

¿Cómo ha sido, Laertes?

LAERTES.

Esto es haber caído en el lazo que preparé... justamente muero víctima de mi propia traición.

HAMLET.

¿Qué tiene la reina?

CLAUDIO.

Se ha desmayado al veros heridos.

GERTRUDIS.

No, no... ¡La bebida!... ¡Querido Hamlet!... ¡La bebida!... Me han envenenado! (*Queda muerta en la silla.*)

HAMLET.

¡Oh, qué alevosía!... ¡Oh!... Cerrad las puertas... Traición... Buscad por todas partes... (14).

LAERTES.

No, el traidor está aquí. (*Dirá esto sostenido por Enrique.*) Hamlet, tú eres muerto... No hay medicina que pueda salvarte: viviras media hora apenas... En tu mano está el instrumento alevé, bañada con ponzoña su aguda punta... ¡Volvióse en mi daño la trama indigna!... Vesme aquí postrado para no levantarme jamás... Tu madre ha bebido un tosigio... No puedo proseguir... El rey, el rey es el delincuente.

(*Claudio quiere huir. Hamlet corre á él furioso, y le atravesia la espada por el cuerpo. Toma la copa envenenada, y se la hace apurar por fuerza. Le deja muerto en el suelo, y vuelve á oír las últimas palabras de Laertes.*)

HAMLET.

¿Esta envenenada esta punta? Pues, veneno, produce tus efectos.

TODOS.

Traición, traición.

CLAUDIO.

Amigos, estoy herido... Defendedme.

HAMLET.

¡Malvado, incestuoso, asesino! Bebe esta ponzoña... ¿Es-tá la perla aquí? Si, toma (15), acompaña á mi madre.

LAERTES.

¡Justo castigo!... El mismo preparó la pocion mortal... Olvidémonos de todo, generoso Hamlet, y... ¡Oh, no caiga sobre tí la muerte de mi padre y la mía, ni sobre mí la tuya! (*Cae muerto.*)

KING.

I do not think it.

LAERTES.

And yet it is almost against my conscience.

HAMLET.

Come, for the third, Laertes. You do but dally; I pray you, pass with your best violence I am afraid, you make a wanton of me.

LAERTES.

Say you so? come on.

(7)

OSRIC.

Nothing, neither way.

LAERTES.

Have at you now.

(*Laertes wounds Hamlet; then, in scuffling, the rapiers, and Hamlet wounds Laertes.*)

KING.

Part them, they are incens'd

HAMLET.

Nay, come again.

(The qu

OSRIC.

Look to the queen there, ho!

HORATIO.

They bleed on both sides.—How is it, my lord?

OSRIC.

How is't, Laertes?

LAERTES.

Why, as a woodcock to my own springe, Osric; I am justly kill'd with mine own treachery.

HAMLET.

How does the queen?

KING.

She swoons to see them bl

QUEEN.

No, no, the drink, the drink,—O my dear Hamlet The drink, the drink;—I am poison'd!

HAMLET.

O villainy!—Ho! let the door be lock'd

Treachery! seek it out.

(Laer

LAERTES.

It is here, Hamlet: Hamlet, thou art slain; No medicine in the world can do thee good, In thee there is not half an hour's life; The treacherous instrument is in thy hand, Unbated, and envenom'd: the foul practice Hath turn'd itself on me; lo, here I lie, Never to rise again. Thy mother's poison'd; I can no more, the king, the king's to blame.

HAMLET.

The point

Envenom'd too!—Then, venom to thy work.

(Stabs th

OSRIC AND LORDS.

Treason, treason!

KING.

O, yet defend me, friends, I am but hurt.

HAMLET.

Here, thou incestuous, murd'rous, damned Dane, Drink off this potion:—Is the union here?

Follow my mother.

(Kin

LAERTES.

He is justly serv'd;

It is a poison temper'd by himself.— Exchange forgiveness with me, noble Hamlet.

Mine and my father's death come not upon thee; Nor thine on me

HAMLET.

lo te perdono... Ya voy á seguirte... Yo muero, .. Adios, reina infeliz... (*Abrazando el cadáver de la.*) Vosotros, que asistís pálidos y mudos con el este suceso terrible... Si yo tuviera tiempo... (*Manifiesta desfallecimiento y angustias de muerte. Los circunstantes le acompañan y sostienen. Horacio rema de dolor.*) La muerte es un ministro ine- que no dilata la ejecución... Yo pudiera deciros... es posible... Horacio, yo muero. Tú, que viviras, a verdad y los motivos de mi conducta á quien los

HORACIO.

No lo creais. Yo tengo alma romana, y aun ha aqul parte del tósigo.  
En la mesa el jarro del veneno, echa porcion de él y copa, va á beber. Hamlet quiere estorbárselo, iados quitan la copa á Horacio, la toma Hamlet. ra al suelo.)

HAMLET.

esa copa... presto... por Dios te lo pido. ¡Oh, que- acio! si esto permanece oculto, ¡qué manchada re- dejaré después de mi muerte! Si alguna vez me ar en tu corazon, retarda un poco esa felicidad eces, alarga por algun tiempo la falgosa vida en do lleno de miserias, y divulga por él mi historia... répto militar es este?  
*Música militar, que se va aproximando lentamente.)*

## ESCENA X.

1, HORACIO, ENRIQUE, UN CABALLERO Y ACOMPA- ÑAMIENTO.

CABALLERO.

Fortimbrás, que vuelve vencedor de Polonia, on la salva marcial que ois á los embajadores de a.

HAMLET.

viro, Horacio; la activa ponzoña sufoca mi allen- uedo vivir para saber nuevas de Inglaterra; pero ro (16) á anunciar que Fortimbrás será elegido por iacion. Yo moribundo le doy mi voto... Díselo tú, ale de cuanto acaba de ocurrir... ¡Oh! Para mí so- ya... silencio eterno. (*Muere.*)

HORACIO.

se rompe ese gran corazon!... Adios, adios, ama- pe. (*Le besa las manos, y hace ademanes de dolor.*) os angelicos te acompañen al celeste descanso!... ómo se acerca hasta aquí ese estruendo de arma-

## ESCENA XI.

BRAS, DOS ENBAJADORES, HORACIO, ENRIQUE, SOLDADOS, ACOMPAÑAMIENTO.

FORTIMBRÁS.

ónde está ese espectáculo? (17)

HORACIO.

buscáis aquí? Si no queréis ver desgracias espan- i paseis adelante.

FORTIMBRÁS.

ste destrozo pide sangrienta venganza... Soberbia ¡qué festín dispones en tu morada infernal, que erido con un golpe solo tantas ilustres víctimas?

ENBAJADOR PRIMERO.

riza el verio!... Tarde hemos llegado con los men- Inglaterra. Los oidos á quienes debíamos dirigir- a insensibles. Sus órdenes fueron puntualmente as. Ricardo y Guillermo perdieron la vida... Pero, os dara las gracias de nuestra obediencia?

HORACIO.

recibiríais de su boca aunque viviese todavía, que díó orden para tales muertes. Pero puesto que

vos, viniendo victorioso de la guerra contra Polonia, y vosotros, enviados de Inglaterra, os hallais juntos en este lugar, y os veo deseosos de averiguar este suceso trágico, disponed que esos cadáveres se espongan sobre una tumba elevada á la vista pública, y entonces haré saber al mundo, que lo ignora, el motivo de estas desgracias. Me oireis hablar (pues todo os lo sabré referir fielmente) de acciones crueles, bárbaras, atroces: sentencias que dictó el acaso, estragos imprevistos, muertes ejecutadas con violencia y aleva astucia, y al fin proyectos malogrados que han hecho perecer á sus autores mismos.

FORTINBRÁS.

Deseo con impaciencia oiros, y convendrá que se reuna con este objeto la nobleza de la nación. No puedo mirar sin horror los dones que me ofrece la fortuna; pero tengo derechos muy antiguos á esta corona, y en tal ocasion es justo reclamarlos.

HORACIO.

Tambien puedo hablar en ese propósito, declarando el voto que pronunció aquella boca que ya no formará sonido alguno... Pero ahora que los ánimos están en peligroso movimiento, no se dilate la ejecucion un instante solo, para evitar los males que pudieran causar la malignidad ó el error.

FORTINBRÁS.

Cuatro de mis capitanes lleven al túbulo el cuerpo de Hamlet con las insignias correspondientes á un guerrero. ¡Ah! si él hubiese ocupado el trono, sin duda hubiera sido un excelente monarca... Resuene la música militar por donde pase la pompa fúnebre, y hágansele todos los honores de la guerra... Quitad, quitad de ahí esos cadáveres. Espectaculo tan sangriento mas es propio de un campo de batalla que de este sitio... Y vosotros haced que salu te con descargas todo el ejército.

But since, so jump upon this bloody question,  
You from the Polack wars, and you from Englar',  
Are here arriv'd; give order, that these bodies  
High on a stage be placed to the view;  
And let me speak, to the yet unknowing world.  
How these things come about: so shall you hear  
Of carnal, bloody, and unnatural acts;  
Of accidental judgments, casual slaughters;  
Of deaths put on by cunning, and forc'd cause;  
And, in this upshot, purposes mistook  
Fall'n on the inventors' heads: all this can I  
Truly deliver.

FORTINBRÁS.

Let us haste to hear it,  
And call the noblest to the audience.  
For me, with sorrow I embrace my fortune;  
I have some rights of memory in this kingdom,  
Which now to claim my vantage doth invite me.

HORATIO.

Of that I shall have also cause to speak,  
And from his mouth whose voice will draw on more.  
But let this same be presently perform'd,  
Even while men's minds are wild; lest more mischance  
On plots, and errors, happen.

FORTINBRÁS.

Let four captains  
Bear Hamlet, like a soldier, to the stage;  
For he was likely, had he been put on,  
To have prov'd most royally: and, for his passage,  
The soldier's music, and the rites of war,  
Speak loudly for him.—  
Take up the bodies.—Such a sight as this  
Becomes the field, but here shows much amiss.  
Go, bid the soldiers shoot. (A dead march)  
(*Exeunt, bearing off the dead bodies; which, a peal of ordnance his shot*



(14) *As president, I will ensure that America's future is bright and secure.*

conducirse en Francia interesan poco ni mucho, porque nada de esto tiene relación con la fábula: son partes episódicas, desunidas, ociosas, que la dilatan sin utilidad.

(33) *Por seguir la comenzada alusión.* ¿Y qué necesidad tiene de seguir, si su de haberla empezado? ¿No es error, cuando se trata de dar consejos a una niña, ocultárselos entre metáforas y alusiones que acaso no entenderá? Dirán que Polonio es un personaje ridículo; ¿y no es error introducir en una tragedia figuras ridículas?

(35) *Son relámpagos, hija mía.* El amor de Hamlet es: *Un hervor de la sangre, es una violeta que se adelanta a vivir y no permanece, es perfume de un momento, es como los relámpagos, que dan mas luz que calor, que se apagan pronto y no son juego verdadero. Sus palabras son fementidas. No es verdadero el color que aparentan. Si parecen agradados ellos, es para engañar mejor.* De toda esta inútil pompa de palabras es imágenes resulta un solo pensamiento: que no es verdadero ni puede ser durable el amor de Hamlet.

(34) *Angélica y ministros de piedad.* Este discurso está lleno de vehemencia, de terror y sublimidad trágica, y prepara oportunamente la situación que sigue después.

(35) *Si os atributa al mar.* El temor de Horacio es justo, las ideas que le sugiere espantosas; pero Hamlet ha visto ya a su padre, y ninguna consideración le detiene, ya a seguirle. ¿Qué pavorosa agitación se apodera del auditorio? ¿Con qué muda inquietud se espera el éxito? Ya se olvidan cuantos desaciertos han precedido: aquí triunfa el talento del poeta; ya ha conmovido con poderoso encanto los ánimos de la multitud que le sigue atónita.

(36) *Referemele presto.* Hamlet dice bien: el muerto no debería distraerse en lo que no es del caso. Esta situación, mas que otra ninguna, pide concisión y rapidez, no adornos que son impropios del personaje que habla; no reflexiones, que el auditorio las hará.

(37) *Conviene que yo apunte en este libro.* ¿No es risible ver a Hamlet en un despojado, a media noche, a oscuras, tiritando de frío y de horror, sacar el lapicero y el libro de memoria, y apuntar a toda prisa la conocida verdad de que un hombre, aunque sepa sonreírse, puede ser un malvado? ¿Qué puraje y qué ocasión para ocuparse en escribir apuntes insulsos!

(38) *No exute en toda Dinamarca.* Iba a decirles que no hay en Dinamarca hombre mas infame que su tío; pero se detiene, considerando que será mejor ocultarle lo que acaba de saber.

(39) *Por san Patricio.* Hamlet no podía jurar por san Patricio: este santo, apóstol de Irlanda, floreció mil años después. En esta obra se habla de los ángeles y los diablos, de Adán, Jesucristo, la Virgen, san Valentin, el Purgatorio, el juicio final, la sagrada Escritura, la santa Cruz, la cuaresma, domingo y la Eucaristía. Siendo lo peor que entre estas expresiones propias del cristianismo, y que suponen personajes mas modernos, se mezclan a las vagas ideas gentílicas, de donde resulta un embrollo inconexo y absurdo. Lo mismo sucede en lo perteneciente a la historia profana, usos y costumbres. Alejandro, César, Bruto, Roscio, Herodes y Nerón son posteriores a Hamlet, en cuya edad no había pólvora ni cañones, minas ni hornillos, ni títulos de duque, majestad, ni alteza, ni reyes de campana, ni estudios de Witemberga, ni morbo gálico, ni peregrinos, ni conventos.

(40) *Si, sí, sobre mi espada.* Era costumbre religiosa de los dinamarqueses jurar sobre la espada, y acaso sobre la cruz de la guarnición. Se dice que el juramento comun de los escitas era por la espada y el fuego. Los irlandeses juraban por sus espadas tambien. (Hammer, en sus *Notas a Shakespeare*.)

En España se observó antiguamente la misma costumbre, que aun dura en la militia. Los caballeros juraban sacando la espada o empuñándola, expresando en la fórmula: *por esta espada, por la cruz de esta espada.* A esta usanza aludió don Nicolas Fernandez de Moratin en una de sus obras, donde dice:

Y es fama que a la bajada  
Juré por la cruz el Cid  
De su vencedora espada,  
De no quitar la celada  
Hasta que gane a Madrid.

(41) *¡Ah! Eso dices?* Letourneur, empeñado en hermosear su idolo, tuvo gran cuidado de omitir las expresiones familiares del original en todo este pasaje, como lo hace en otros muchos. Aquello de *hombre de bien*, lo traduce por *sombra real*; lo de *hic et ubique*, lo pone en francés, conociendo cuán ridículo es en latín; y el *lopo virgo* le transforma en *fantasma inevitable*. Esto no se llama traducir.

(42) *Por eso como a un extraño debéis hospedarle.* Alusión a las leyes de la hospitalidad. (Watbunt, *Notas a Shakespeare*.) Nótese que Hamlet juega del vocablo, dando a la palabra *extraño* la significacion de *extranjero*.

(43) *Por mas singular y extraordinaria.* Aquí anuncia Hamlet la idea de fingirse loco, según lo verifica después.

## ACTO SEGUNDO.

(1) *Escena primera.* Esta escena se omite en la representación, es del todo inútil, pertenece al género cómico, y abunda en expresiones poco decentes.

(2) *Sería un admirable golpe de prudencia.* El carácter de Polonio (lord chambelán del rey de Dinamarca, que equivale a sumiller de corps) jamás se desmiente. Virjo ridículo, presumido, entremetido, hablador infatigable, destinado a ser el traxico de la tragedia. Los que se obstinan en defender cuanto delirio Shakespeare dicen que el carácter de este personaje está bien seguido, y tienen razon; dicen tambien que en las cortes y en los palacios hay abundancia de estos vicios ridiculos, y tambien es cierto; pero tales figuras son buenas para un entremés, no para una tragedia. Los afectos terribles que deben animarla, las grandes ideas de que ha de estar llena, la noble y robusta espresion que corre-

puede a tales pasiones, la unidad de interés que nunca debe decaer, todo esto se aviene mal con las teorías de un viejo chacharrero y patochin. No basta que la naturaleza nos presente esta uñon caótica de objetos. Un buen poeta no debe imitarla como es en sí: desecha lo útil é inoportuno, elige lo que es conveniente a sus fines, y en esta elección consiste el gran secreto del arte. Es muy natural que cuando Amelio presentó en el foro romano a vista del pueblo la tállica escamadrada de César, hubiese alguna vicia mugrienta y astrosa que en su cara vendiese bigos ó asara castañas; pero si un pintor se atreviese a introducir esta figura grotesca en un cuadro de aquel asunto, se burlarían de él los inteligentes, y en vano gritaría para disculparse, que era una cosa. Si, es natural (le dirían), pero destruye el efecto que tu pintura debia producir; es natural, pero inoportuno y ridiculo; y tu error es un error que, puesto que debiendo imitar la naturaleza, te ceñiste solo a copiarla.

(3) *Pues entonces el dice... dice.* Este olvido de Polonio es un tropo cómico, digno de Molière. La debilidad de su cabeza no le permite seguir sin interrupción la serie de ideas que convienen a su propósito, a lucucidad llena estos vacíos con palabras insignificantes, habia sin embargo y pierde de vista el objeto principal de su discurso, hasta que se halla distante de él, que necesita preguntar al otro lo que le pensaba decir.

(4) *Yo estaba haciendo labor.* Por la relación de Ofelia se ve que el principe ha empezado ya la acción de su locura. El lector espanta desde grandes cosas de este artificio; pero en el progreso del drama se verá que no resulta nada de interesante, y que Hamlet procede ya con suma imprudencia. Johnson dice que no se ve que esta simple historia sea bien fundada, pues nada hace Hamlet con ella que no pueda hacer igualmente estando en juicio.

(5) *Tan proprio parece de la edad anciana.* Acostumbrados los vicios a juzgar siempre de lo que sucederá por lo que ha sucedido, y adaptando en la práctica la presunción de acertarlo todo, no hay nada en circunstancia de la cual no piensen adivinar el éxito. Esto les hace pasar mas allá de los límites de la prudencia, y yerran muchas veces por exceso de prevision. En los jóvenes sucede al contrario: carecen de experiencia, no saben adivinar en el momento presente lo que será después; la vehemencia de sus pasiones les pinta los objetos distantes a lo que son en sí; proceden con temeridad, y solo aprenden a formar escarmentos. La debilidad de los viejos y el ejemplo de lo pasado les hace en extremo tímidos y cavilosos; el vigor de los mozos les da poca práctica del mundo, les hace atrevidos. Aquella timidez y este atrevimiento son sin duda el origen de todas sus equivocaciones.

(6) *Bien venido, Guillermo.* Ve aquí dos nuevos personajes, de quien no se tenía noticia, condenados entrambos a sufrir pailas de hambre; morir ahorcados en Inglaterra. En el original se llaman *Condémneros*, *Rosencrans*.

(7) *Los embajadores enviados a Noruega.* Estos embajadores iban en el primer acto de Elsinórg, han ido a Noruega, han dado su mensaje, y ya están de vuelta. Nadie dirá que se han detenido mucho.

(8) *El soberano y vos, señora.* Ya se ve que todo cuanto dice Polonio en esta escena va dirigido a excitar la risa del publico, y así se veia. Los que atribuyen esta mezcla de cómico y trágico, de bajeza y sublimidad, al carácter de la nacion y no a ignorancia de los escritores, se equivocan mucho. Los ingleses y los españoles no son ciertamente unos señores que los franceses; pero entre estos últimos se ha cultivado un mas acierto la poesia dramática, han aplicado a cada uno de sus generos los personajes, los afectos y el lenguaje que les es propio; y aquella nacion, ligera y alegre mas que otra ninguna de Europa, rie con *Farset* y llora con *Phedra*.

(9) *Como quiera que la brevedad.* Los exordios y rodeos de Polonio las protestas de que será cosa breve (que en él es imposible), las amasis y equívocos que vierte a cada paso para afectar cultura y elegancia sus distracciones que padece, las interrupciones con que rompe el discurso continuamente, su vanidad ridícula de vasallo fiel, suaga político, prudente padre, y el prurito de meterse en todo y hacerse hombre é importancia, llenan de sales cómicas este carácter, y manifiestan lo que el gran talento de Shakespeare hubiera sabido hacer en otra edad y con otros principios.

(10) *¿Pero veis? ¿Qué lastima!* Hasta ahora todos los personajes de la tragedia original han hablado casi siempre en verso, pero de aqui adelante usa el autor con mas frecuencia la mezcla de verso y prosa, a lo que tambien han querido hallar un primor sus panegiristas.

(11) *Si el sol engendra guanos.* De aqui en adelante se hallan muchas expresiones en boca de Hamlet que carecen de sentido; pero debe considerarse que hace el papel de loco.

(12) *Aquí dice el maltrato satírico.* Algunos quieren que esta parte aluda a unos versos de Juvenal, Sat. 10.

(13) *En tal caso, esturdo colocado.* Este pasaje se omite en la representación, y debe advertirse que Shakespeare goza el concepto de haber sido el autor mas honesto y decente de cuantos en su tiempo escribieron para el teatro.

(14) *Creo que los últimos reglamentos.* En el año de 1807 se publicó en Inglaterra un edicto contra los vagos, incluyendo entre ellos a los cómicos (Hammer). Véase tambien la nota 33 del acto primero.

(15) *Pero hay aquí una cria de chiquillos.* Ya echará de ver el lector que en todo este pasaje duerme profundamente el padre del teatro inglés. Aquí se trata de las compañías de cómicos que representaban en Londres a fines del siglo xvi, entre las cuales tenían mucho aprecio a los músicos de la capilla real, y otra que llamaron *Children of the revels* (Niños de la diversion), las cuales por el concurso que atraían excitaban la envidia de los demás cómicos, como se ve en esta escena claramente. Cuán grande sea el desacuerdo de poner en boca de Hamlet tales discursos, no hay para qué ponderarlo. Letourneur confiesa de buena fe que en este pasaje Shakespeare se aparta un poco de su asunto. En efecto, se aparta un poco.

(16) *Asi en la tragedia como en la comedia.* A esta especie de catibazo que hace Polonio de los varios géneros de piezas dramáticas que se

representar en tiempo del autor, pudieran aplicarse otros muchos que se hallan en la *Biografía dramática* de Erskine Baker. Nuestros poetas, aunque no han perdonado menos que los ingleses, en confundir los géneros y estilos, han dado mas moderados en dar á sus piezas denominaciones arbitrarias y ridículas. En nuestro teatro no se conocen mas clases que estas: *Auto*, *Comedia*, *Tragicomedia*, *Tragedia*, *Sainete* que no es mas que comedia en un acto, *Entremés* (que equivale á farsa), y *Zarzuela* que es lo mismo que ópera cómica; y ningún autor español ha dado á sus dramas otros nombres que estos. No obstante, el abate Bettinelli en su obra de *Il Risorgimento d'Italia*, cap. 3, dice hablando del teatro español: *Nuestros nombres inventaron para tan nuevas representaciones. Una se llama comedia de capa y espada, otra de dos partes ó jornadas, otra de los fingidos, autos sacramentales, alegóricos, históricos, y otras se llaman cómicas semejantes á estas*. Esta última por cierto cañón en un literato de tan conocido mérito equivocaciones que desahuciarían á un pedante folclórico y superficial. Ningún autor español ha dado el nombre de *capa y espada* á sus comedias, aunque vulgarmente se llaman así aquellas en que no entran personajes heroicos, para distinguirlas de las demás. *Los autos*, sean de composición alegórica ó no, son, á mi juicio, nunca han tenido otro nombre que el de *autos*; y el ser una pieza de dos ó tres jornadas, de uno ó mas ingenios, no es circunstancia que la quite el ser rigurosa tragedia ó comedia; ni el formar dos ó tres ó mas fábulas de un solo personaje, quiere decir que los géneros se alteren y confundan. *Ignorancia en Tauris* no es mas que una segunda parte de *Ignorancia en Andes*, y una y otra son tragedias. *Ircania en Julia* é *Ircania en Hispania* son la segunda y tercera parte de la *Esposa peruana*, y todas tres comedias arregladas de las mejores del teatro italiano. En este deberia haber basado el docto Bettinelli ejemplos de extravagancia, que no hallara tan abundantes ni en el español ni en el inglés, ni en otro alguno de Europa; y es ciertamente demostrada generalidad atribuirlos á la nación de los autores, cuando Italia puede reclamar este elogio que se le debe de justicia. Veanse aquí unos cuantos nombres de los que sus autos se han dado á las piezas dramáticas, y juzgue el que sea imparcial á quien pudiese por excelencia el título de inventor: *Archicomedia capriciosa-moral*, *Anatopismo místico*, *Archidrama moral*, *Acción regia-contra moral*, *Comedia infernal*, *Comedia topológica*, *Comedia trágico-comedia en comedia*, *Comi-drama*, *Capricho satírico-comico*, *D. amor*, *Archicomedia-drama*, *Drama civil y rustico*, *Drama melo-trágico*, *Archidrama grotesco*, *El pajar trágico*, *Fábula clerical*, *Fábula trágico-regia pastoral*, *Incidente pastoral*, *Comedia-representable*, *Opera heroica-pastoral*, *Comedia*, *Opera anagramático-comica*, *Parabola sacro-dramática*, *Representación comica espiritual*, *Tragicomedia ideal*, *Tragicomedia pastoral piscatorial*, *Tragicomedia*, *Tragicomedia pastoral-comica-activa moral*. Si no bastan los títulos citados, véase la *Dramaturgia de Leon Alacázar*, y se hallarán algunas docenas mas; pero estos solos prueban, suficientemente que el erudito italiano procedió con suma ligereza y absoluta ignorancia de la literatura extranjera, que faltó á la imparcialidad de buen crítico, y que fingiendo lo que no existe, se olvidó de que en su teoría se habían escrito *archidramas*, *anatopismos*, y *etopuyas*, y *fábulas clericales* y *anagramático-comicas*, *infernales*, *ermiticas* y *tragicómicas*.

17. *Escena indisculpable*. Hay quien ha creído que por *escena indisculpable* de la entendedera *escena fina*, sacando de aquí la consecuencia de que en tiempo de Shakspere habia ya quien escribiera dramas con unidad de lugar, pero como no hay autoridad ni documento que apoye esta opinión, ni se dice á quien lea el poeta que tales obras compuso, ni quien las imprimió, ni quien las vio, no será temerario presumir que jamás habrán existido. Estas piezas y las seis comedias de Lope escritas con arte, y las mil tragedias atribuidas á Malara, por quien no sabe el trabajo que cuesta hacer una, pueden ponerse en la lista de los bienes deseados.

(18) *La primera línea de aquella devota canción*. En este pasaje y el anterior en que habla de Jepie, se alude á las coplas devotas ó villancicos que se cantaban por las calles en tiempo del autor.

(19) *Dios quiera que tu voz*. Hamlet habla con un muchacho, que hace papel de muje.

(20) *Pero ¡pero con patronadas armas*. Algunos eruditos han creído que Shakspere quiso en estos versos (sean suyos ó ajenos) burlarse del estilo declamatorio, hinchado y retumbante; otros, que no los han hallado defectuosos, son de contrario parecer. Esta variedad de opiniones nace sin duda de que todos ellos han dado por supuesto que Shakspere no podía hacer ni ayrobar cosa que no fuese perfecta. Los que no lo juzgan impecable hallarán estos versos muy dignos de su pluma: fantasía robusta, imágenes atrevidas, espresion gigantesca, pompa de estilo, mucha descripción, adornos inoportunos, viciosa abundancia: tales son las prendas que caracterizan este y el siguiente pasaje; y ellas delatan el verdadero autor. Las armas negras como la intención de Pirro; la sangre coagulada, que le cubre de la frente al pie; el aire de su espada, que postra al delirio Priamo; el llon, que como si fuera sensible á tanto golpe, desploma sus techos; la rueda de la fortuna, precipitándose hecha pedazos desde el cielo hasta los abismos; Hebea, que intenta extinguir con su llanto el incendio de Troya; Pirro, que deshace en trozos menudos el cadáver de Priamo; las estrellas, ajos del cielo, humedecidos en lágrimas, son espresiones ó ideas tan propias del autor de *Hamlet*, que equivalen á una pluma de demostración. Y si lo gigantesco, lo recargado, lo inoportuno y redundante de ellas impide á sus apasionados reconocerlas por suyas, su falta de compensación á estos defectos los dos excelentes comparaciones de la calma que precede al rayo, y el golpe de los cíclopes sobre las cabezas de Marte.

(21) *¿Quién se atreve á llamarme villano?* El pensamiento es: ¿sera posible que yo, con tan sumamente janas á que nadie me insulte tolerara ahora tan graves insultos? Si, me ha faltado en mi sin duda el antiguo valor, pues no he tomado ya venganza de un enemigo que detesto. Esta reflexión de Hamlet es justa y oportuna; pero las imágenes ridiculas con que la amplifica y adorna le echan todo á perder.

(22) *Prostituta* etc. *Retourneur* omitió en la versión de este monólogo

lo de arrancar las harbas y aspiarlas, el asir las narices, la leja, la paloma sin hiel, la prostituta y el pilla de corina, no obstante haber prometido solemnemente en el prólogo que su traducción *sera exacta y fiel, formando una copia parecida, donde se verán la composición, las actitudes, el colorido, las bellezas y los defectos del cuadro original*.

(23) *Si muda de color, si se extremecre*. Y esta seguro Hamlet de que el rey se estremecerá y mudará de color? No es de creer que un malvado cauto, artificioso, halagüeño, que no siente remordimientos de su culpa, y que ha sabido con tanta destreza disimularla, sabrá tambien conservar en aquella ocasión una tranquilidad aparente que desbarbarte todas las ideas del príncipe? Cuando vea, por la escena que le han de representar, que Hamlet sabe ya las circunstancias de la muerte de su padre y el agresor de ella, ¿tardará un momento en quitarse la vida, ó podrá omitir un nuevo diletto que le es necesario, estando tan hecho á cometer otros mayores? Hamlet, que ha fugido hasta ahora estar loco, ya parece que lo es de veras, pues no conoce que puede ser víctima de su propio artificio.

## ACTO TERCERO.

(1) *Su padre y yo íntimos los mas aplos*. Véase la nota 4 del primer acto.

(2) *Existir á no existir*. Johnson aplica la situación de Hamlet y la serie de sus ideas, en esta forma: «Hamlet se ve ofendido del modo mas atroz, no hallando camino de vengarse sin exponerse al mayor peligro, racineña de esta manera: Antes que yo pueda formar plan ninguno, conviene decidir si después de esta vida hemos de existir ó no. Ve aquí la cuestión, cuya resolución determinará si es mas conveniente al decoro y á la razón sufrir en paciencia los ultrajes de la fortuna, ó armarme contra ella y acabar con la vida todos mis males. Si morir es lo mismo que dormir, este sería un término apetecible; pero si morir es soñar, esto es, conservar todavía la sensibilidad, en tal caso bien es detenerse un poco á reflexionar qué especie de sueños pueden ocurrir después de la muerte. Esta consideración, este temor de lo futuro, nos hace sufrir por tanto tiempo la calamidad; esta da lugar á la conciencia y entorpece la resolución. Hamlet iba á contrariar á sí mismo, y á las circunstancias en que se halla, estas observaciones generales; pero la vista inopinada de Ofelia interrumpe sus reflexiones.»

No obstante la opinión que se acaba de exponer, podría notarse que el discurso de Hamlet es impropio de la situación en que se halla. Porque ¿cuáles pueden ser sus ideas? ¿Quiere matarse? No es ocasión; su padre le pide venganza, el cielo le avisa á fuerza de prodigios que el tirano debe morir, y él ha de ser el instrumento; ¿teme perecer en la empresa? Este temor es indigno de un alma grande, indigno de quien está seguro de la justicia de su causa, y debe contar con el favor de la Omnipotencia, que pues le ordena aquella acción, sabrá darle los medios de ejecutarla, y disipará todos los peligros. Un hombre animado de tal impulso ¿es bien que tema la muerte, ni le asuste la consideración de la eternidad? Ha creído acaso que es acción del demonio la aparición que vio? Pues si todo es falso, nada hay que emprender; si lo fué no es ni usurpador ni fratricida. Tales son las dificultades que ocurren acerca del soliloquio de Hamlet, el cual no parece convenir á las circunstancias presentes. Colóquese, por ejemplo, en el primer acto antes de la escena en que los soldados hablan al príncipe, y entonces será oportuno cuanto se dice en él.

Precediendo de estos reparos, de cuya solidez juzgarán los inteligentes, el monólogo de Hamlet es uno de los pasajes mas aplaudidos de esta tragedia, y merece serlo.

(3) *No, yo nunca te di nada*. No se halla razón que disculpe la dureza bárbara con que Hamlet trata en esta escena á la inocente y sensible Ofelia. Podría ser muy bien hacer con ella el papel de loco, sin despreciarla ni aborlarla.

(4) *Dices este pasaje*. Ve aquí un príncipe á quien se le acaba de aparecer el alma de su padre, entremetido en dar lecciones de representar. ¿Qué tranquilidad de ánimo! Así se gastan cinco actos en una fábula que pudiera holgadamente reducirse á tres.

(5) *Los que hacen de payos*. En tiempo del autor solian los cómicos ingleses introducir discursos, y aun escenas enteras, inventadas de repente en el teatro, para dar novedad á los dramas y lucir la prontitud de su ingenio; de lo cual resultaban defectos muy considerables, y á este abuso alude Shakspere.

(6) *Muy bruto fué el que cometió*. Estas puerilidades y equívocos necios no son propios de la tragedia, ni de la comedia, ni de obra ninguna escrita con gusto y juicio. En tiempo de Shakspere se hizo tan común esta corrupción, que los mas graves predicadores llenaban sus oraciones de tales frialdades, y no es de admirar que se usara en el teatro lo que se aplaudia en el pulpito. Véase la *Vida de Shakspere*, escrita por Hamner.

(7) El pasaje que se ha dejado en blanco es uno de aquellos cuya traducción podría ofender la modestia de los lectores. El original dice: *That's a fair thought to lie between maid's legs!*

(8) *Suenan trompas*. En esta escena muda se representa la muerte del rey Hamlet, con todas sus circunstancias, delante de Claudio, que sufre en paciencia tal espectáculo sin darse por entendido. ¿Pues por qué no hace lo mismo en adelante? No se adivina la razón. O debió interrumpir esta escena luego que vio el argumento de ella, ó debía sufrir con igual serenidad la declamación que sigue después, en la cual nada hay que pudiera ofenderle de nuevo, habiendo visto ya puestas en acción sus maldades. Así es que este personaje se contradice en su modo de proceder: cuando se le representa cuando muda, tolera mucho; y cuando oye los versos, demasiado poco. En cuanto á la temeridad del príncipe, de presentar al tirano tal espectáculo, ya se hicieron algunas observaciones en la nota 23 del acto segundo.

(9) *Ya treinta vueltas dió*. No deja de estar un poco en brillada esta cuenta: no obstante, parece que todo ello suma treinta años y un mes.

(10) *Así pende del ramo*. Esto no es mas que una clásica amplificación de lo que la dice ya.

(11) *¿Te has enterado bien del asunto?* ¡A buen tiempo lo pregunta el rey! ¿Pues no ha visto ya que se representa la muerte que dió á su hermano, su casamiento con la reina, y la usurpación del trono? Claudio parece en toda esta escena un hombre estúpido.

(12) *Alto que esté lleno de mataduras.* ¡Sublimes imágenes para una tragedia! Letourneur se guardó muy bien de traducirlas.

(13) *Que tanto el mundo va desordenado.* Ya logró Hamlet cuanto pretendía: el rey se ha conmovido, se ha llenado de terror, se ha visto precisado á huir por no manifestar más claramente los remordimientos de su conciencia. Ya está averiguado el grande secreto. Ciertamente que mató á su hermano, que es un usurpador, asesino, seductor, incestuoso; cierto es que la Providencia quiere su muerte; la visión terrible que habló al príncipe no es ficción diabólica como temió; es el alma indignada de un rey, de un esposo, de un padre infeliz. ¿Qué ideas, qué afectos no debe excitar en el joven Hamlet este momento en que se le disipan todas sus dudas, y descubre verdades tan funestas! Horror, piedad filial, ira, venganzas; esto ha de sentir, de esto ha de hablar... ¿Quién hubiera creído que se pondría á cantar coplas, y tocar la flauta, y decir bufonadas, y llamar jumento á su tio?

(14) *Si diez veces fuera mi madre.* Querrá decir: Aunque fuera diez veces más delincuente de lo que es, la obedeceré, porque al fin es mi madre.

(15) *Este es el espacio de la noche.* Según las antiguas supersticiones vulgares, la noche era execrable y profana, y el día puro y santo. (Warburton. *Notas a Shakespeare.*)

(16) *Déjame ser cruel, pero no parricida.* La temerosa filial de Hamlet es uno de los rasgos más felices de que pudo usar el autor para hacer interesante este personaje. Hamlet va á ver á la reina, la hablara á solas, la hará conocer la atrocidad de su delito, la reprenderá ásperamente, llenará su corazón de angustias; pero á pesar de la justa indignación que le agita, nada intentará contra la vida de su madre. Estos grandes afectos producen el patetico tan esencial á la tragedia; y así en medio de su violento choque se ven triunfar aquellas pasiones virtuosas que la naturaleza inspira, no hay entonces alma sensible que pueda resistirse á la conmiseración y al llanto.

Hamlet en la *Vida de Shakespeare*, citando la fábula de *Hamlet* con la *Electra* de Sófocles, dice así: «En ambas tragedias se ve precisado un joven príncipe á vengar la muerte de su padre: sus madres son igualmente culpadas, entrambas han sido parte en el asesinato de sus esposos, y se han casado después con los agresores de aquel delito. Orestes bñna sus manos en la sangre de su misma madre; y aunque no se ve esta bárbara acción en el teatro, se ejecuta tan cerca de él, que el espectador oye los gritos de Clitemnestra, pidiendo favor á Egisto, e implorando perdón de su hijo que la mata, mientras Electra desde la escena le anima al parricidio. Hamlet, movido como Orestes del amor á su padre y de la misma resolución de vengar su muerte, no duda menos el delito de su madre que se hace mayor que el de Clitemnestra, por el incesto; pero el poeta inglés con admirable prudencia y artificio le hace abstenerse de usar con su madre violencia alguna. Esto es saber distinguir acertadamente el horror y el terror: la última de estas pasiones es propia de la tragedia; pero la primera debe siempre evitarse con el mayor esmero.»

Si Hamlet hubiera comparado el *Hamlet* de Shakespeare con la *Electra* de Eurípides, sería mayor todavía la preferencia del poeta inglés. La fábula de aquella tragedia griega, los caracteres de Electra y Orestes, las circunstancias de la muerte de Clitemnestra, engañada y asesinada por sus hijos, todo está manchado de tan negros colores, y resulta un hecho tan abominable y atroz, que en ningún teatro moderno podría tolerarse.

(17) *¡Oh! mi culpa es alba.* Ya se ha dicho que el carácter del rey está lleno de contradicciones, y la que se advierte en esta escena no es menor que las antecedentes. Claudio acaba de disponer el viaje de Hamlet á Inglaterra para que le maten allí así que llegue; y apenas ha resuelto esta nueva maldad, se presenta en la escena lleno de compuncion y arrepentimiento, haciendo cuantos esfuerzos son posibles en un pecador para obtener la divina misericordia.

Si se perdona lo inexacto y mal preparado de esta situación, se hallarán en ella excelentes pensamientos de Bloxholm cristiana. ¿Que mas puede decirse acerca de la bondad infinita de Dios, sobre la necesidad de la oracion y sus saludables efectos, ó sobre la diferencia inmensa que existe entre la justicia humana y la divina, inalterable, incorruptible? Estas máximas de eterna verdad han en grande efecto en el teatro cuando se introducen oportunamente, y cuando (como en esta ocasión) no degeneran en declamación moral ó discurso academico, sino que locadas ligeramente y unidas á los afectos del personaje que las dice, ilustran la razon é indican al hombre el camino de la virtud.

(18) *Cuando este ocupado en el jurgo.* Hamlet quisiera matar al rey, pero le detiene la consideración de que si le quita la vida mientras está pidiendo perdón á Dios de sus pecados, podrá salvarse; y suspende el golpe para cuando, cogiéndole menos dispuesto, le procure á un tiempo la muerte y la condenación. Este proyecto horrible es propio de un monstruo implacable y feroz, no de un príncipe virtuoso y magnánimo. Todos los delitos de Claudio no son comparables al que premedita Hamlet.

(19) *Yo entre tanto retirado aquí.* Vése la nota I del primer acto.

(20) *¿Que me mandas, ahora?* En esta escena se compenisan los defectos de plan y estilo con el grande interés de la situación, lo animado y rápido del diálogo, la viveza de las pinturas, y la agitación de los afectos.

(21) *Murió.* La muerte de Polonio no produce efecto tragico, semejante en esto á la de Arlequin. Aquel personaje ha sido poco necesario á la fábula: no ha excitado mas afectos que el de la risa, no ha sido un mal, vado que deba morir, ni un hombre grande y virtuoso por quien el auditorio pueda interesarse. Disgusta, no conmueve su muerte; y la acción de Hamlet, á pesar de los motivos que le determinan, parece atropellada y brutal.

(22) *Los cabellos del sol.* Es lástima que Hamlet se distraiga en estos

detalles impertinentes: la situación en que se halla pide voces afectos y sobriedad de estilo.

(23) *Espíritus celestes, defendádmelo.* Esta aparición del mundo. Dice que viene á inflamar el ardor casi estinguído de Hamlet; y no tiene razon: nunca el príncipe se ha manifestado más animado en esta escena. Si hubiese venido cuando se entretenía en dar de representar á los cómicos, ya era otra cosa.

(24) *La costumbre, aquí: mostrámo.* Estas reflexiones son propias de la situación, y dichas con la brevedad conveniente para el movimiento al diálogo, no le ofuscan ni debilitan.

(25) *Porque soy piadoso debo ser cruel.* Quiero decir, que el

tuvo á su padre le obliga á ser sanguinario y vengativo.

(26) *Aquel gato viejo.* A Letourneur se le olvidó traducir el

pasaje.

## ACTO CUARTO.

(1) *Así el oro.* Como el rey acaba su discurso con una alusión á la reina, que no quiere ser menos, le responde con otra. El teatro hay mucho de esto tambien. Si don Felix se comparara al tropio que sigue al sol, doña Isabel le asegura que ella es el enamorado del norte; si dice don Carlos que su amor es como el fénix de Arabia, doña Leonora le replica que su amor es como el combate en vano de las tempestades, y las otras, las de discreción, volviéndose los interlocutores decima por decimo por concepto, no está ya en uso. La buena crítica ha de señalar estos ornatos inoportunos y ajenos de toda verosimilitud.

(2) *El cuerpo está con el rey.* Steevens lo interpreta así: *El, en la casa del actual rey; pero el verdadero* (esto es, el príncipe) *no está con su cuerpo.* A M. Eschenberg le parece más natural: *El alma está cerca del rey; pero el rey no está en el alma;* que es decir: no está muerto aun como debía estarlo; cree que se pudiera explicar en estos términos: *El rey no está con su cuerpo, esto es: Claudio no es mas que un cuerpo sin alma; el rey, no hay un verdadero rey dentro de un cuerpo.* Si los traductores de Góngora viniesen á interpretar este pasaje, no prima la oscuridad en que está envuelto.

(3) *Nosotros engordamos.* No hay dificultad en decir: «Nos engordamos á los demás animales para alimentarnos con ellos.» Los gusanos engordan después comiéndolos á nosotros; también se puede mirar que un hombre se coma un pez que tragó á un gusano que había alimentado el cadáver de un rey. Todo esto es verdadero; y el mal está en que no viene á cuento, en que es ocioso y redundante que un príncipe de Dinamarca se explique en este pasaje como de Sacerdote.

(4) *Id, capitán.* Este es el príncipe de Noruega, tan pronto como los dos primeros actos: no hay que esperar que este nuevo personaje aparezca alguna en el enredo de la fábula; luego que haya dado cuenta de versos, se irá á Polonia, la conquistará, y volverá solo que se acabe la tragedia.

(5) *Caballero, ¿de dónde son estas tropas?* El lector notará que habiéndose embarcado en Elsingborg para ir á Inglaterra, se ve en el camino con un ejército de Noruega que marcha á Polonia. Confesar que la geografía de Shakespeare no es de las más exactas.

(6) *Cuantos accidentes ocurren.* Aquí repite Hamlet lo que en otras veces: culpa su inacción y hace nuevos propósitos de castigar. Las reflexiones de su discurso á son inoportunas, y encierran una doctrina. Fortimbrás, que emprende la conquista de un país que vale cinco ducados, y va á sacrificar veinte mil hombres por un capricho frenético, y su ejemplo no debe ser imitado de ningún príncipe, ni aplaudido de quien tenga sana razon. Los locos y los furiosos viven igualmente la vida; la diferencia está en que aquellos mueren por pequeños motivos, y estos (apreciándola en todo lo que vale de ella voluntario sacrificio cuando la necesidad de las circunstancias su obligación, la privada á la comun utilidad lo exigen.

(7) *De San Valentino.* En estos versos se alude á una costumbre muy antigua en Inglaterra. Las muchachas solteras se sentaban á la puerta de ponerse á la ventana ó salir á la calle en el primer día del mes al rayar el alba; y el joven que las veía primero, aquel era el que la fortuna las destinaba para marido ó galán.

En una comedia de Cervantes, intitulada *Pedro de Urdemalas*, mencionan de otra práctica vulgar en España, muy semejante á la acaba de referir. Las mozas casaderas se ponían á la ventana en la de San Juan, con el cabello suelto y un pie desnudo dentro de un balde lleno de agua, y estaban atentas á escuchar el primer nombre que en la calle, suponiendo que así debía llamarse el que había de casar. A esto aluden los siguientes versos de *Bruto* en la segunda media:

*Yo por conseguir mi intento  
Los cabellos doy al viento,  
Y el pie izquierdo á una bacia  
Llena de agua clara y fria,  
Y el oído al aire atento.  
Erra, noche, tan sagrada,  
Que hasta la voz que en ti suena,  
Licen que viene preñada  
De alguna ventura buena  
A quien la recucha guardada.  
Has que mis oídos toque  
Alguna que me protega  
A cuperar suerte dichosa, etc.*

(8) *Buenas noches.* La locura de Ofelia, aunque de nada sirve á la acción principal, es un episodio que produce en la representación un doble efecto. No se caracteriza, como la del príncipe, con bufonadas chucarreras, ni indirectas amargas; la demencia de Ofelia es verdadera de Hamlet mal fingida. La muerte de Polonio inapropiada y cruel

sonable de elección, turba en entendimiento, y en cosas bonas : manifestos. Se va al campo, y tejo guarnidos y fustones de bonos a que amantos sin elección, con ellos se carnos y adorno; vana a una parte en otra, sin hallar en nada placer; toñona y río, en tal vez, pero si nadie ofende, pisa y trastorna cuanto halla al paso; res melancólico, y pruriente después cuando veros que agremiempo mas fella, uno aliviar al estado de su corazón, y otros en se ve contrito al objeto, a todos salud carifosos, con todos res rústicos dones que lleva en la falda, a cada momento se dirá de su padre y suspirar, se acuerda de su hermano, deos volar le se ve no conoce. Bu rito, sus cantares, su furor, su alegría, rimas, su silencio, son toques felices de un gran pincel que dió a una toda la expresión imaginable.

ad, señor. Todo lo restante de este acto está lleno de accidentes ladus e inverosímiles. Laertes, que partió para Francia al compo tragedia, está ya de vuelta en Klalgór, furioso por vengar la de su padre sucedida la noche antecorrida. Hecho cabona del maltrato que le acama rey, cambia y dispone la guardia del, y entra en el séquito de sus parciales, sin que hasta ahora se haya noticia alguna de la nación está disgustada con el soberano, se alboran por que el pueblo pone los ojos en un caballero paria. ama Laertes, que pasa su vida en hacer viajes, olvidándose del a, legítimo heredero del trono, a quien sus las elegancias, mas que el autor se cansa poco en estudiar al plan de su tragedia, a aquel tiempo (exceptuando en Italia, donde ya se conocía el otro) los poetas dramáticos hacían la misma. Lope de Vega, Murd y separe siempre escribirían de pías.

La naturaleza. Este concepto olvidando, que se rompa de puro odiera tener lugar en una oda amorosa de Solís, a en un soneto amodiana, en boca de Laertes con muy inverosímiles tales expre-

Et ce n'est point ainsi que parle la nature.

Abajo esta. Por no dejar este peaje en blanco ha sido necesario ir una traducción cuasi arbitraria. El original dice : *Down a-down call him a-down-a*. Estas palabras, en que no hay sentido alguno tambien los anteriores de *ay no sé, ay ay no sé*, con estrididos en tiempo del autor. En nuestras comedias se hallan a más para darlos semejantes por ejemplo, en la de Cuadros al sí mismo,

Luceña

Añala allá de la comedia.

te El Carroto mas bien dado

Yo soy irritirritina,

Flor de la jacarandaina

Yo soy irritirritina,

Flor de la jacarandaina.

y los estrididos modernos de la tirana, lo jota, el caballo, cuñi, le, chandó, trampillipatrampilli, correguio, cachibú y zana de esta e, ni pueden traducirse a otra lengua, ni en la nuestra significan

Y ruda para vos tambien. La ruda es llamada en Inglaterra yaha del domingo, porque los caros católicos usaban de ella, manifestando la bebida que bebían a los corrompidos cuando los ejercitaban se practicaba en los domingos. (Wurburion en sus *Notes d'Espagne*.)

En solitario. El pájaro solitario, segun la opinión vulgar de Inglaterra la memoria de los difuntos a quienes se había tenido en ayor caridos, y cuando una de estos aves entra en alguno caso, que anuncia la muerte próxima de alguno de aquella familia. rucor, *Notes d' Shakespeare*.)

fina es que la ruda es padre. Los toreros que no se movían ante de su propia fuerza, el pueblo que baba en su abito las faldas del re, la fuerza que muda los troncos en piedras, las flechas que no se restañan al horacón y se vuelven al arco, son bonos ejemplos de adorno el mismo delicioso asordamiento en el vulgo de Londres de Madrid.

El amor esta sujeto al tiempo. En esta pasaje se repiten las mismas que puso el autor en boca del cómico en el acto tercero.

Por ultimo llegare a vros. El medio que discurre Claudio para la vida al principio, es el mas arriesgado que pudo escoger: quiere a morir en su palacio a vista de su madre, de sus amigos, de toda a, a herido por un boneto sin bates, a empujándose con el mado del charialán a con la bebida que ha de prepararle. Pasa, ademas que la muerte de Hamlet, producido por tales medios, descubriendo a los ojos de todos, y que no habrá nadie que no lo juzgue culpable. Como se teme que resalten alboros en el pueblo, a do de la alieva muerte de un príncipe, a haciéndose de la parte amor, a quien poco antes la proclamado rey? No se de creer que a general comocion tienda ser la víctima sacrificada a la van-pública? Hay circunstancias en una propuesta que no le manifestan no y absurdo? Es posible que un rey malvado no halle medios para de consumir un delito de esta especie sin dolo, sin piedad, sin asponerse a perder en la empresa el cerebro y la vida? La cual príncipe le facilita la ejecución: por qué no muestra en cambio que? por qué no le hace morir en el camino, donde nadie lo vea ni a, y salta entonces todas las dificultades, en malicia queda conda, bza de un enemigo que aborrece? Hasta ahora se ignoraba cual si carácter de Laertes, pero al ver que adopta el plan propuesto por nadie dudará que es un mal caballero, sin ideas de honor ni de

Donde hallaréis un senca. La narración de la muerte de Ofelia es de hecho, y aunque se omitiera el segundo periodo, es que se hace crucial de los bonos que se adornaban, nada se perdería. En algunas semejanzas a esta no se tolecan luego dolo: porque el el

no se debe ocultar violentos alitos en el personaje que amaba, no se natural que los repitan por dar lugar a que el mundo le juzga con una vez veracidad.

(10) Rematando agua cosas ya. El agua que lleva Laertes nada tiene que ver con el agua en que un hombre acaba de ahogarse; por mucho que lleve, no atravesará el arroyo, ni la distancia recibida debe alguna. Tampoco tiene rinas de arar que sus palabras puedan acordarse, porque las palabras no se entienden jamas; y la proposición de agarrarse con lágrimas parece inútil. Todo cuanto dice Laertes en este pasaje es estúpido, falso, puero, de pésimo gusto.

## ACTO QUINTO.

(1) Y es lo que ha de sepulturas. Los ridículos y chocarrones, de que esta obra está llena, los han dicho hasta ahora los personajes mas principales: Hamlet, el camiller de corps del rey de Dinamarca, los grandes y caballeros han hecho a raras pajas de balbuceo. En las primeras escenas del acto quinto se presentan nuevos personajes, y tales, que por lo que dicen y lo que son, apenas podrían tolerarse en la escena mas grosera y son. Se ve una ligada, un convento, dos sepulcros cuando van a sepultura, separándose por el teatro la tierra, los cadáveres y bonos desordenados, diciéndose el uno al otro palabras y apóstrofes bonos, para evitar la rina del vulgo en medio de tanta horror. El octavo Gertrudis tenía una vez representado esta tragedia suprimiendo la mas repugnante y absurda; quitó por consiguiente las sepulcros y los bonos; pero cuando tuvo en su furor la aprobación de los señores de Jolito, el conde abandonando su teatro, y mandó a deshacerse con Gertrudis, tal cual salió de los manos de Shakespeare, que es representado al mismo tiempo en el de Covent-Garden. El pueblo inglés gusta de bonos y balbuceos, discursos filosóficos, lenguaje alifanero, baladas y canciones, apóstrofes, anécdotas, triandos, modas, caprichos y cadáveres. Han podrá tal vez parecer en parte la crítica de los escritores que no han probado en Bacon ni un bono.

(2) Pues qué, ¿Adán fue caballero? Aquí hay un juego de palabras que no puede entenderse en la traducción. En las lenguas arrian algunas igualmente arrian y bonos. Dice el de Gertrudis que Adán fue el primero que tuvo bonos; el de Hamlet le contesta mal, y repite que Adán no tuvo arrian. Bonito, olvidado la Gertrudis, porque es que Adán no podía estar ni se habían tenido bonos. Los apóstrofes de Shakespeare hallan poco que explicar en este pasaje, el cual traducido a la letra es como sigue:

Gertrudis. Bonito.

Elle es que no hay caballeros de bonos más antiguos que los judíos, apóstrofes y cadáveres, que son los que juegan la profecía de Adán.

Gertrudis. Bonito.

Pues qué, ¿Adán fue caballero?

Gertrudis. Bonito.

(Tramo) como que fue el primero que llevó arrian (bonos).

Gertrudis. Bonito.

(Qué) el mundo las tuvo.

Gertrudis. Bonito.

Vaya, la daba de ser algun pueril... Pues ¿cómo entendió aquello de la Gertrudis? La Gertrudis dice: Adán cabó, ¿y cómo podía estar en bonos (arrian)? No hay remedio. Para ser a bonos una pregunta, etc.

(3) Que poco siendo un hombre. Si porcos estado que los sepulcros hagan papel en una tragedia, tan lo pararon que un príncipe tramo convenciéndose con ellos, calza con Gertrudis, y no diera en volver los bonos y arrian sobre los cadáveres. ¿Y qué imágenes mentales al actor Gertrudis, apóstrofes, repugnancia, ridículos. ¿Y qué estilo tan ajeno del doctor inglés? La Gertrudis del que podía protestar el cadáver, de la cual el actor gusano se apodará; la del boneto que se atribuyó a Hamlet de equívocos y ambigües, y no se querían con que se equiparaba con el mundo y bono de bono; la alteración con el sepulcros sobre el es la sepultura vira a no; la suplantación de lo que puede dudar sin convenciéndose un hidropico de no sentir; las profundas reflexiones de Hamlet sobre los dados y chitas que se hacen con las manos de muerte; entre que las congresados de Gertrudis son que herida que las torres y congresos; entre el seria pasaba según un tabique borrado a un batió de corrom con las cadenas de César y Alejandro... ¿puede darse una mas importante, mas mala y peor? ¿qué desvergüenza para los que pibitán que no pueda solo pasarse ligando!

(4) Pues que así gusto se diera. En el original se hacen manifestaciones de gusto antiguo que Hamlet luego le llama con que lo gusto de Gertrudis le juzga como bonos de bonos de bonos.

(5) No, señor. La cantidad que en esta en este pasaje mas de la vida significando del verbo de No, que mas veces se dice y como tal. No aquí muestra al el original un apóstrofe ridículo que no se lo puede entender en la traducción.

(7) *Quita esos dedos de mi cuello. Ve aquí un príncipe y un gran señor de Dinamarca dentro de una sepultura, pateando un cadáver, agarrándose del pescuezo y de los pelos, y dándose de puñadas el uno al otro. A la extravagancia de la presente situación se junta la desigualdad del diálogo: humilde y grosero en boca de Laertes cuando insulta al clérigo zafio, y en la de Hamlet cuando habla de los cuatro mil hermanos y del gato y el perro; inflado y campanudo cuando uno y otro empiezan a echar bravatas y hablan de las estrellas errantes, y de levantar un monte con espaldas de tierra que tueste su frente en la zona tórrida, y otras buladronadas dignas de Pyrgopolinices. Habla la reina, y todo es diferente. ¡En qué hermosa actitud se presenta apareciendo flores sobre el cuerpo de su dulce amiga! ¡Qué triste reflexión la de que esperó adornar con ellas su tálmus nupcial, no ya su sepulcro! ¡Qué inquietud materna al ver la furia de Hamlet y su peligro! ¡Qué bellísima comparación la de la paloma cubriendo inmóvil sus nuevas crías!*

(8) *Eni. Lago inmediato á Elsingór.*

(9) *Pues sabrás, amigo. Horacio acompañado de los marineros fué á buscar á Hamlet, y ha vuelto con él á Elsingór; pero ni en todo el camino, ni desde que llegaron, se han acordado de hablar de una cosa tan interesante como es el saber lo que le sucedió en su viaje al príncipe, y por qué extraños accidentes se halla de nuevo en Dinamarca. El que los ve salir al principio del quinto acto, espera oír de su boca todo el suceso; pero esta esperanza le burla. Horacio no es demasiado curioso, el príncipe se divierte con los sepultureros y los huesos, y luego sigue el entierro y los araños. Pudiera, no obstante, disimular la tardanza de Hamlet, si su relación no estuviese llena de circunstancias inverosímiles. ¡Tan poco recelosos estaban del príncipe los dos mensajeros, tan dormilones eran, tan mal guardados tenían los despachos del rey, que así se los dejan quitar? ¡Es verisímil que Hamlet llevara en la faltriquera el sello de su padre? ¡Es creíble que Claudio no use ya de otro diferente, ó que permita que el príncipe conserve en su poder un mueble tan peligroso? Es mucha casualidad que en el combate referido en la carta dirigida á Horacio, fuese Hamlet el único que saltara al bajel enemigo; ni lo es menor la de separarse inmediatamente las dos naves y cesar el ataque: como si el corsario no hubiese tenido otro fin que el de salvar al príncipe. Preso Hamlet, se ignora por qué medios pudo librarse, ni cómo halló piratas tan desinteresados y compasivos. Dicese en la carta, y en esta escena se confirma, que los dos mensajeros siguieron su viaje á Inglaterra. ¿Para qué? ¿No saben ya que el rey quiere deshacerse de Hamlet, y que á este fin le ha enviado en su compañía? ¿Pues á qué prosiguen el viaje, que es inútil ya? ¿No era mas natural volverse atrás, seguir al corsario ó informarse á lo menos de su derrota, presentarse al rey, y haberle saber lo ocurrido para que determinase lo que en tal caso conviniere? El autor quiso que Hamlet volviese á ver el entierro, quiso que los otros muriesen ahogados, y no se paró en delicadezas: así salió este episodio tan mal combinado, que no hay en él la menor apariencia de verdad.*

*Quodcumque ostendit mihi sic, incredulus odi.*

Vase la nota 1 del primer acto.

(10) *En hora feliz.* Este nuevo personaje es un cortesano salamero que afecta cultura y elegancia en el hablar, con poquísimo caudal de talento; así que vierte los dos ó tres períodos que llevaba estudiados, se atasca y no sabe qué decir. La presente escena no es mas trágica que las anteriores: las voces y frases afectadas de que usa Enrique (en el original se llama Oarrick), las réplicas y correcciones de Hamlet, la alteración sobre si el tiempo es caloroso ó frío, las instancias cariñosas para que se ponga el sombrero, la burla que de él hace imitando su estilo ponderativo y crepusco, son chistes cómicos que solo tienen el defecto de no ser oportunos.

Si el autor no hubiese hecho morir de mala muerte á Polonio, a Ricardo y Guillermo, cualquiera de ellos hubiera desempeñado con propiedad sin necesidad de aumentar personajes, cuyo número si es crece, cuando sea necesario, embaraza mucho la fábula. En esta hay tres: dos interlocutores: no es difícil hacer nada bueno con tanta gente.

(11) *Sepa morir.* La voz común de que el razasen no es triste razón de fundamento: después de ocurrido un mal, se dice que lo maten el corazón; pero antes de suceder no lo adivina. Los presentimientos que anuncian desgracia ó felicidad son casi siempre vanos, y si lo aciertan, es casualidad no mas. La prudencia es la única luz que en la oscuridad nos guía, y esta nos abandona á lo mejor, y nos cubre nuestro destino es ignorar lo que sucederá después, y cuando nos abaten en penetrarlo, pasamos de la ignorancia al error. Dispóngase el mal: cualquier fortuna, hágame fuerte para sufrir los golpes de la adversidad; aparte de si al temor que anuncia desdichas que no vendrán, ó si otros nos hace incapaces de tolerarlas; y pues vivimos bajo la mano de su Providencia irresistible, solo nuestra fortaleza hará menor el número de los males. Tal es la opinión de Hamlet.

(12) *Si estás ofendido.* Al acercarse la catástrofe, hace el autor amable al protagonista Hamlet, reconociendo el exceso que comete al perdonar á Laertes de haberle ofendido. Su cándor y su generoso proceder hacen resultar mas la pérdida de sus enemigos que le prepara una muerte tan aleve.

(13) *Vamos.* Habiendo visto ya la escena de la sepultura y las ruinas, no parecerá tan extravagante como lo es en efecto el haber sucedido un desfillo de espada para desenlazar una tragedia. La reina supe por una equivocación, tomando la copa del veneno que estaba puesta para Hamlet; y es de admirar en esto la falta de precaución de Claudio y el poco esfuerzo que hace para impedir que beba la reina, que ciertamente no quería matar. Laertes muere tambien por una casualidad; ni se alcanza cómo pudo verificarse naturalmente el trueno de las espadas, lo cual (como observa Johnson) mas parece un recurso de la necesidad, que un rasgo del arte.

(14) *Buscad por todas partes.* De aquí en adelante hasta la escena de la tragedia es natural el estilo sin ser humilde, elegante sin estar ornado de metáforas, comparaciones líricas, ni frases huecas y gigantescas: digno de la situación y los personajes.

(15) *Toma, acompaña a mi madre.* Ve aquí lograda por un accidente la venganza que pidió el muerto al principio del drama, la cual no se verifica sin que en ella perezca tambien el mismo á quien el ciclo impone la ejecución. Todos los principales personajes de esta tragedia mueren culpados ó inocentes, sin que esta matanza general sirva de momento efecto trágico; pues al contrario lo disminuye, dividiendo el interés que debería concentrarse en uno solo. Los cuatro cadáveres que empujan tan la escena forman un objeto horrendo, no terrible. Parece que el autor hizo la crítica de su obra cuando dijo por boca de Fortimbrás que espectáculo solo es propio de un campo de batalla.

(16) *Me atrevo á anunciar.* Este pasaje está un poco oscuro. Pasa que el autor quiere decir que Inglaterra, como dependiente de Dinamarca, daba sus votos en la elección de los soberanos daneses. Sin embargo su deseo de que Fortimbrás le suceda en el trono, y apenas que Inglaterra aprobará y confirmará tal elección.

(17) *En dónde está este espectáculo?* Como el personaje de Fortimbrás es del todo inútil, no es maravilla que esta segunda salida sea tan intempestiva y ociosa como la primera. La brevedad con que ha conquistado á Polonia, y vuelve vencedor, es prodigiosa por cierto; pero es menos singular que en dos ó tres días hayan llegado á Inglaterra Ricardo y Guillermo, y ya estén los embajadores ingleses en Elsingór en la noticia del mal despacho que hallaron en Londres aquellos indios.

# LA DERROTA DE LOS PEDANTES.

*Esta obra no necesita prólogo, por así no lo tiene. Necesita sólo: para el autor no ha querido pedantes.*

STABASE Apolo durmiendo la siesta á mas y mejor en un mullido catre de pluma; un mosquitero verde le daban de pelusa y moscas; la alcoba tenebrosa y fresca; alaciu en profundo silencio, y el dios bien comido, or bebido y nada cuidadoso. Roncaba pues su relesate majestad haciendo retumbar las bóvedas; y Mercurio que se habia quedado iraspuento en un chiribitil ceruo, dabase a Pluton, por no darse al diablo, viendo que bufidos de su hermano no le dejaban pegar los ojos. En esto se ocupaban las dos referidas deidades, cuando repente se levanto tal estruendo en los patios, corredores y portales del palacio, que parecia hundirse aqueoberbia maquina. Alterase Mercurio, dió un salto de ania al suelo, y hubo de perder el juicio hallándose á esto es, sin talares, porque madama Terpsicore, la juguetona y revoltosa de todas las suaves, habia ido o antes a la cama pasito a pasito, y se los habia quitapoi hacerle rabiar. Aflijose sobremanera, y á tantas suso los gregüescos, lo chupa y la camisa; porque es a que el tal dios no puede dormir en verano, si no de todos los tratos, quedándose a la lijera como su lre le parió.

A que se halla decente el correveidile de los dioses, ó en pernetas con su caduceo en la mano y en la caca el acostumbrado sombrero. Iba corriendo á avertir la causa del alboroto; y al atravesar un corredor vió un burujon de gente que luego conoció ser de los de 1. Bernardo de Valbuena y el buen Ercilla conducian la desmayada y casi moribunda, el pelnado deshecho, rial roto, y las narices binchadas y sangrientas. «¿Qué esto, dijo el dios al ver aquel lastimoso espectáculo, es esto?—¿Que ha de ser? respondió Juan de la Cueva, venia haciendo aire a la desmayada con un cuerno ninuete, ¿qué ha de ser? sino que toda la comarca es un arma, el palacio lleno de enemigos, las muras caídas, cuál menos estropeadas, y Apolo, nuestro señor, muy que de quedar por puertas si duerme cuatro minutos.—Pero no sabremos...—No hay mas que saber, señor.

Ercilla, sino buscar á Apolo, darle parte de lo que a, y acudir todos á la defensa, sin andarse en aquí me use, ni en tu te la tienes, Pedro.—¿Cáspita, dijo Mercurio, y en qué lindo día me he venido a comer á esta dita casa! Bien hacia yo en no querer admitir el con-, por mas que mi hermano me molia á recados todas duminos: mi padre come mucho mejor que él, y mas gustan dos tragos de néctar que tres pucheros de a fresca de Aganipe; no, si yo no fuera tonto, no me ederia esto. ¡Majadero de mí, que podria estar ahora el Olimpo, mientras mi madrastra duerme la siesta, judo con Hebe á la plupirigaña y al salto tó, y no que abo-sí diantre sabe lo que me aguarda! ¡Voto va mi fur-a!»

Esto decia Mercurio lleno de indignacion; y mientras se llevaban á acostar á la triste Clio, y otros buscaban á elapio que estaba herborizando en un tejado bimado,

y otros corrían desatinados, de una parte á otra, el marchó en diligencia á la alcoba de Apolo, que muy ajeno de lo que pasaba roncaba todavia como un provincial.

Dióle un pellizco, y otro y otro, y así por una podía despertarlo; de manera, que irritado de la poltronería, alzó el palitroque de las serpientes, y le dió con él tan desmesurado masculillo, que á darle otro, no lo hubiera contado por gracia el señor Timbréu. Desmayóse de las coctas medio atardido, y á pocas razones que entre los dos pasaron, los interrumpieron Erato y Polinisia, que entraron en el dormitorio dando alaridos y remanándose los pelos como unas desesperadas.

«¿Qué hacen, hermano? le decian á Apolo: aprieta, corre, vuela, vete por la puerta de la bodega, que ya las Horas han ensillado y enfrenado á Flagon para que montes en él y escapes. Corre, y avisa á nuestro padre Júpiter para que á fuerza de rayos, centellas y tempestades de azufre, alquitran y ruedas de molino ataje, al pende, muestra desgracia. ¡Ay! y dírtale que no se descuide, que no es esta como la de antaño; que no son gigantillos de por ahí los que tiene que despachurrar y hacer jigote, sino un ejército el mas formidable que se habrá visto desde que, para opróbio de la humanidad, se entien ejércitos en el mundo.

—Vamon, dijo Apolo, vamon á ver qué es esto, que ni yo os entiendo, ni puedo adivinar á qué viene toda esta bulla, y á buena cuenta ya estoy medio descalabrado, y como he comido se me ha revoltado en el estómago con el casto.

—Ay, hijo mío, ¿descalabrado estás? dijo Erato; pues qué, ¿te has hallado ya en la refriega? ¡Te ha herido alguno de aquellos postas descomunales?—No sé quién me ha herido, dijo Apolo; pero ¿qué dices de postas? ¿qué? Los que están en palacio, y son mis cortisanas y amigos, ¿han podido mover alguna sedicion?—No son esos, replicó Polinisia; ni ¿cómo era posible caer en ellos tal inquietud? Ni son los que conocemos, ni son postas, ni nobres, ni cosa que lo valga: son unas cometas docenas de docenas de pedantones, coplarios ridículos, literatos presumidos, críticos ignorantes, autores de tanta traducción galitana, tanta comedia amarillal. tantos versucillos inflados

que  
que  
he  
tré  
re  
qu  
ta  
qu  
on  
tre  
ma  
no  
he  
en  
en

nan y apestan el teatro con unas cosas que llaman comedias, compuestas de retazos mal arrancados de aqui y de alla, atestadas de mas defectos que los originales que copian, y sin ninguna de aquellas perfecciones que disculpan ó hacen olvidar los errores de las antiguas. Estos son los que por tanto tiempo han tenido y tienen tiranizado el teatro español; estos los que empuercan diariamente los papeles públicos, y estos, en fin, los que haciéndose intérpretes de la nacion que los tolera, se han atrevido al son de zambombas, chiflato y concerrros, á llorar las desgracias de la patria en la pérdida de sus amados príncipes, y á interrumpir con desapacibles graznidos el comun quebranto, cuando la muerte arrebató al cielo al mas piadoso de sus reyes, para levantar sobre el trono español al mas grande de todos ellos. Estos son los que acaudillan y dan atrevimiento á los demás. Pero ¿qué me detengo?... ¡Miseria!... Corre, y veras por ti mismo lo que es ocioso referir: el riesgo es inminente; y si tu presencia no le aparta, se perdió el Parnaso; tu soberanía y el esplendor de las musas castellanas se perdieron para siempre.»

En efecto, Apolo echó á correr como un gamo, y Mercurio jadeando detrás de él se despepitaba por la pérdida de sus talaras. De esta manera iban que volaban á puto el postre, y el estruendo militar crecía por instantes. Abrió Apolo una ventana que daba al patio del alcazar, y vió el mas tremendo espectáculo que pudiera creerse. Dos ejércitos (porque segun su número no parecian otra cosa) se combatian furiosamente al pié de la escalera principal: el uno defendiendo el paso de ella; y el otro, que ocupaba todo el portalon y gran parte de las galerias bajas, obstinado en abrirse camino y ganar los puestos que se le defendian. El ejército amigo se componia de las guardias y dependientes del palacio, y de los poetas comeausales de Apolo, que capitaneaban las tropas y resistian con vigor los ataques del enemigo, en tanto que las musas, esto es, siete de las nueve, porque Caliope y Clio estaban ya á componer, acompañadas de varias niñas subalternas y de las criadas, se ocupaban en conducir al puesto armas y pertrechos para los que combatian en defensa de su titubeante honor. El ejército contrario era una turba confusa de diversas gentes que habia unido por casualidad el furor, y peleaban sin orden ni disciplina, ni jefes que los gobernasen; pero con tal impetu y desesperado arrojó, que entrambos dioses recelaron mucho del éxito que podría tener aquella tremenda pelea.

Apolo se reclinó en una capa astrosa que al paso le prestó un proyectista, y se caló hasta las cejas un bonete de doctor para no ser de nadie conocido. Echó á andar siguiéndole su hermano, y á breve rato se hallaron en lo alto de la escalera. Mercurio quiso informarse del estado de las cosas, y volvió diciendo que por parte de los suyos se hacian prodigios de valor; pero que era tal la fuerza contraria, que tenian verse precisados á retirarse á las eminencias para desde allí ofender con mas ventaja, aunque en menos terreno, á los sitiadores.

Malas nuevas fueron estas para el dios de los tahardillos: tanto que al escucharlas comenzó á temblar de pié y de mano, como los que tienen mucho miedo; el cual miedo se le aumentó sobremanera viendo subir á Terpsicore muy llorosa y cariacontecida con un diente en la mano, y apretándose con toda su fuerza un chichon que llevaba en la frente tamaño como un huevo; y entre suspiros y sollozos y gemidos trisísimos. «¡Ay hermanos! dijo, que esto va de mal en peor; los nuestros ya desfallecen: Quevedo y Cervantes ¡mi querido Cervantes! están heridos, y se han retirado de los puestos que guardaban; los enemigos se aumentan sucesivamente; no hay remedio, cedamos á tanta desventura.

—¿Y mis zapatos? dijo Mercurio; ¿qué hiciste de ellos? ¿en dónde me los has puesto, picanora? — Abi los tienes, respondió la Musa sacándolos de la faltriquera; póntelos

aprisa, que para escaparte son que ni pintados.—¿Qué eso de escapar? replicó Mercurio puesto ya en cucullas, atándose á toda prisa las correbueñas de los escarpas alijeros: ¿yo escapar? no en mis dias; ahora si, escapa: dejadme á mi, y vereis quién es Calleja.»

Dicho esto se disparó por los aires adelante como cohete, y encaramándose á las bóvedillas sobre el campo de batalla, empezó á gritar con voz de trueno ó estampido de cañonazo á aquellos desesperados combatientes: «¡Ar de abajo! decía, ¿qué tremolina es esta? ¿Qué locura se ha metido en los cascos? ¿Así se profana el alcazar de mi hermano? ¿Estamos en algun bodogon? Canalla sucia, ¿es esto?

Oyendo tan halagüeñas razones, paró algun tanto a plear; alzaron todos la vista, y viendo en el aire aquel espantajo voceador, no pudieron menos de maravillarse. Él, valiéndose de la turbacion que su presencia les habia causado, prosiguió diciendo: «Mi hermano Apolo quer que dejéis las armas por una y otra parte; y a vosotros quien quiera que seais, hombres desconocidos y revoltosos, os ordena que si alguna pretension tuvierais, me digais al instante sin andar en ambages ni trasquilas, que como ella sea justa, desde luego quedareis servida: porque de no hacerlo así, por el alma de mi madre os juro que yo os daré á conocer del modo con que se debe tratar á los dioses.»

Separáronse en efecto las dos cuadrillas: los de carvolvieron á ocupar su escalera, y los intrusos recogidos algunos heridos, se licieron un peloton. Mercurio entonces volvió á preguntar la causa de aquella barahunda; pero como no habia entre los contrarios caudillo alguno que llevara la voz, fueron tantas las que dieron por quer responderle todos á la par, que aunque se desgañitaba diciendoles que callasen y uno solo hablara por ellos, no lo pudo conseguir en manera alguna.

Irritado pues de ver que nada podia lograrse de bien con aquella gente vocinglera y atolondrada, bato los talones, echóse encima de la turba, y agarrando al pescuezo al primero que le vino á la mano, voló con él otra vez al techo, y desde allí les dijo: «Puesto que no es posible haya union en vosotros para que un comisionado vaya á dar cuenta á mi hermano de lo que solicitais, le pillado á este para que hable por todos, y nos informe de lo que hasta ahora no habeis querido decir; pero entre tanto que le llevo y os le traigo, haya un armisticio general para que no pasen los estragos adelante, y se compaga todo a pedir de boca. Los nuestros no saldrán un solo dedo del último escalon de esa escalera, ni vosotros pasareis tampoco de la linea de estos arcos; nadie se atreva á insultar á otro; no hagan gestos ni se tiren chinarrillos, ni se escupan, ni se oiga una pulla ni mala razon, y ceta con ella; porque si hasta ahora he usado de modas suaves para contenerlos, si llegais á enfadarme, vibrar contra vosotros los rayos de mi padre Júpiter, que los tenemos apilados en la armería, muchos en número, recién buidos, y todos ellos sin estrenar.» Esto decía el dios del babeo únicamente para atemorizarlos; porque, segun se supo después, no habia en toda la casa mas instrumento bélico que un puñal sin punta y moboso de la señora Melpomene.

Lo cierto es que con esta diligencia cesó el combate: las tropas se retiraron á los parajes señalados; y el des satisfecho de aquella obediencia, marchó con el perlas que habia pescado, asiéndole fuertemente de las agulas que no le dejaba ganar.

Quiso ante todas cosas dar cuenta á Apolo de lo ocurrido; y abriendo un camaranchon sucio que habia servido muchos años de carbonera, metió en él su presa; torció la llave, colgóse la del dedo meñique, y en un santiamén buscó á su hermano, que estaba hojeando á toda prisa el *Arte de la guerra del filósofo de Sans-Souci*, y disponien-



do un plan de fortificación y defensa, le dió buenas esperanzas, y le conto ni mas ni menos cuanto se acaba de referir.

Holgóse en extremo el dios intonso con las noticias que le dió Mercurio; tratóse de lo que en el caso convenia, y resolvieron que Apolo recibiese la embajada con toda ceremonia para dar á la pompa y aparato un remusguillo de amenaza; que se oyese con benignidad al enviado, ó por mejor decir al traido, y que aunque fuese necesario ceder un poco á las circunstancias, se procurase no exasperar á unas gentes denasado dispuestas á cometer cualquier esceso; y en fin, que mientras durase la grave escena, Mercurio desgastara los talones en ir y venir, y volver y tornar para lo que ocurriese en una y otra parte.

Hecho esto, mientras Apolo se fué á vestir de gala y alheñarse la cabellera, su hermano marchó á buscar el preso; asomóse de camino á un agujero que caía al portalon, y vió que estaban todos quietecitos como unos muertos, sin chistar ni mistar, ni decirse los unos á los otros una mala desvergüenza. Alegróse mucho de ver aquella tranquilidad, y se fué en derechura á la carbonera donde estaba su hombre; escuchó un poco por la cerradura, y parecióle que estaba recitando versos, y así era la verdad, porque en menos de un cuarto de hora que llevaba de encierro habia ya compuesto dos ovillejos, un madrigal y tres sonetos caudatos quejándose de su mala suerte, y llorando su prision como pudiera el mismo Macías.

«¡Cuerpo de tal conmigo, dijo Mercurio, y qué pájaro tenemos en la jaula! Para mis barbas si no es este el peor de su rebaño. ¡Haya picaruelo! ¡No ha nada que entró en el cisquero, y ya tenemos copillitas de pié quebrado, y es-trambotes, y mariposilla incauta, y arroyuelo murnurador? Por mi vida, que el tal improvisante debe de tener manejo y vena.»

En esto le abrió la puerta del cochitril, diciéndole muy halagüeño: «Salga acá afuera, señor galán, salga acá afuera, que ya he llegado á entender su habilidad; salga y véngase conmigo, que mi hermano Apolo está deseoso de conocerle.

—¡Oh favor! exclamó el de los ovillejos, ¡oh favor!» y tendiéndose en el suelo cuan largo era, agarró de las piernas á Mercurio y le besó los piés una y muchas veces. El dios se resistia, pero no lo pudo evitar; levantóle con mucho agasajo, y el poeta sin curarse de limpiar el cisco y telarañas que tenia en el rostro, manos y vestido, siguió á Mercurio haciéndole mil reverencias, quitándole con ridicula oficiosidad las pelusitas que llevaba en la ropa, y adelantándose á espantar con un pañuelo asqueroso las moscas para que no ofendiesen á la deidad, que al ver aquellos obsequios apenas podia contener la risa.

«Que es posible, decia arqueando las cejas y dándose palmadas en la frente, que es posible que Apolo, el rubicundo Delio, el claro Cintio, el Patereo númen desea verme, solicita conocerme y tratarme! ¡Oh favor! Pero, ¿es cierto, soberano Alipede, es verdad ó ilusion dulce de mi deseo? ¿Es realidad física ó estravio de la imaginacion férvida? ¿Es soporoso nocturno raptó, que en la atezada caligine...—No es caligine, ni raptó atezado, ni cosa alguna de las que habeis dicho, replicó Mercurio: mi hermano os quiere ver, y a eso vamos alla; pero os advierto en caridad que trateis de no hablarle en culto, ni le jueguéis del vocablo, ni le digais quisicosas ni garambainas, porque os mandará tirar de un balcón y le obedecerán al punto.

—¿Qué decís, inclito nuncio del Tonante? replicó el del cisco: ¿anta cólera podra caer en las celestes númenes? No, facundo nieto de Atlante, no lo hallo posible.—Si es posible ó no, añadió Mercurio, vereislo de spúes; y vuelvo á avisaros que si no dejais esas gallardias de estilo, lo habreis de pasar muy mal, señor repentista.—*Sileo liberter*,» dijo el poeta; y en estas y otras razones se hallaron en una

pieza inmediata al salon de audiencia. Asomóse Mercurio, y vió que aun no habia venido Apolo; y no hallando á quien poder confiar la guardia del coplero, tuvo que detenerse con él, mal de su grado.

El otro se paseaba por la sala á grandes trancos, haciendo una reverencia profundísima siempre que atravesaba delante de Mercurio, y esto lo repetia tantas veces, que el dios le encargó que no lo hiciera, porque no gustaba de cumplimientos.

«¿Qué variedad! ¡qué diferencia! ¡qué opuestos polos! exclamó entonces con voz recalcada y nasal: aquí desprecia un dios lo que en el mundo, en las cortes, en los palacios exigen los hombres de los otros hombres: ¡qué variedad! Y si fuera decir, que por esto se consigue alguna cosa, vaya con mil demonios, *trauseat*, todo pudiera tolerarse; pero ¿quién dira que un hombre como yo, de tan esquisito mérito, de tan gigantes prendas, se ve menospreciado, burlado, desamparado, hambriento y oscurecido entre el vulgo *profanum vulgus*, sin que un *Mæcenas atavis*, magnánimo y liberal le haga surgir del abismo de miserias en que desgraciadamente yace? Yo he tratado con próceres, potentados, ministros y magnates de primera magnitud; ¿y qué he conseguido? ¡Animas benditas! ¿qué he conseguido? Diganlo tantos preciosos opúsculos que existen arratónados en mi guardilla, que jamas verán la luz pública; ¿y por qué? por la pobreza de su autor. ¡Oh pobreza! *Pauperiem pati*, que dijo el anónimo; esto es: *pauperiem* la pobreza, *pati* sea para ti, que yo no la quiero. Tan odiosa es la pobreza, que aun de los varones mas doctos es abominada. ¿Y qué obras son estas que conservo? ¡qué felices partos? ¡Ahí es nada! ¡ahí es un grano de anís lo que tengo escrito! Figúrese vuestra serenidad: de primera entrada veinte y tres comedias, nueve follas, cinco tragedias, dos loas, cincuenta y dos sainetes tabernarios... ¿Qué tal? digo, *quid tibi videtur?* Y esto únicamente por lo que toca al género bucólico: vamos ahora por lo lírico, épico, dramático, elegíaco, satírico, epigramático, didascalico y misto. Primeramente tres epopeyas concluidas y puestas en limpio, con su dedicatoria hecha á prevención, de á veinte y cuatro cantos por barba; esto es, las epopeyas, no las dedicatorias, que juro por el nombre que tengo, que cada una, esto es, no las dedicatorias, sino las epopeyas, se puede reputar por una enciclopedia metódica, porque de todo tratan *usque ad satietatem*, y nada dejan al lector amantísimo que desear. ¿Y qué diré de mis piezas fugitivas? ¿Qué diré, sino que pasan de cuatrocientos mis sonetos, sin contar algunos que se me han escabullido por mor de no estar siempre mis faltriqueras bien acondicionadas, ni incluir tampoco los que acabo de hacer alusivos á mi prision, á la oscuridad de la carbonera, y á los cendales arácnecos que me cubrian? Pero, ¡qué sonetos! ¡qué madrigales! ¡qué romances! ¡qué estrambotes! ¡qué enigmas amorosos! Todos ellos ó la mayor parte, ya se ve, era preciso, son alabanzas, quejas, favores, celos de mi Nise; y esta Nise, bendigala Dios, es una dama ideal, compuesta de retazos, en la cual he querido epilogar y unir cuantas perfecciones repartió en las demás la naturaleza... ¡Ay, mi dulce Nise! ¡ay, idolatrada señora mía! Esta pues Nise predilecta (de la cual ya tengo sucesion, segun consta en el madrigal doscientos y cuatro de mi coleccion manuscrita), esta es la que encendió mi númen tímido, la que me ha inspirado, la que ha dictado modulaciones á mi ebúrnea citara por espacio de cuarenta y cinco años; porque yo tendria diez y ocho y la mamada cuando resolví enamorarme de ella, y si mal no me acuerdo, voy á cumplir sesenta y cuatro para las vendimias. Pero no siempre amarrado á la coyunda de amor, del crudo amor, que, como llevo dicho, vulneró mi corazón en los adolescentes años, he llorado desvios, he manifestado inquietudes, he cantado sus breves y apetecidas victorias; no, que tal vez levantando mi voz á mayores objetos, al pulsar la acorde



merecido á la ingrata patria, que paga en desprecio y pu-  
llas nuestras viglias, hemos dado en la flor de alabarnos  
los unos á los otros, batándonos mutuamente de ciñu-  
cos y centuros varones, por aquello de *assuum assuum fricat*,  
que quiere decir, el sapiente aplaude al sapiente. Pero  
esto dura ocho dias: el publico se des-angaña, o nosotros,  
por un quitamán á las esas pajas, nos estropeamos á garro-  
litos en un portal, y la discordia, que volvía en cenizas  
los soberbios muros de Ilión, nos conduce al hospicio, o  
nos reduce á la sopa de un convento.

«Pero en el *hic et nunc*, en que tímidos y vacilantes  
juzgábamos irremediable nuestra desgracia; cuando cir-  
cuidos de horrores y faltos de consejo hallábamos caliginoso  
pavio, y papábamos en atezadas lobreguezes, *ecce Co-*  
*ruma venit, ecce*, benigna ratilante estrella que aparece á  
nuestra vista para serenar las deshechas tempestades. As-  
turias va á tener un príncipe, la nación le jurara sucesor  
al trono de su padre, Madrid previene regorijos, y esta es  
precisamente la época de nuestra gloria, el feliz instante  
de nuestra resurrección.

«Queremos cantar, sí, señor; queremos cantar como si  
enpezarámos de nuevo; queremos aplaudir la jura del  
príncipe don Fernando con la misma gracia con que des-  
empeñamos los asuntos anteriores; queremos celebrar las  
felices invenciones en los adornos de la carrera; y no ha-  
de haber espejo ni pedazo de holandilla sobre que no ar-  
rojemos de unas y octavas como el puño. Volveremos á  
estarnos y á dormiros, y cruzaran por esos aires á  
media noche al son de los chirriones de la limpieza, tan-  
tas nulas, tantas matronas alegóricas, tanta hermosa vis-  
tión, despench la del Olupio á nuestras guardillas, para  
mandarnos escribir cantos heroicos y romanzones, que  
serán una confusión.

«Y los toros? Oh, mi Dios! Los toros! Qué de con-  
ceptos lemos previendo para la fiesta! Qué ocurrencias  
esquisitas estamos almacenando para los caballeros que  
se cagan, para los que no se cagan, para los que corran  
y para los que no puedan correr! Y qué de cosas tene-  
mos desenteladas por las limadas berzas, y que lindas com-  
paraciones en que salgan á cuento los toros de Goleos, los  
toros de Guasado, los toros del Sol, el toro de Creta, el  
toro de Eubarus, el toro de san Marcos, el toro de Europa,  
y el toro patri!

Queremos pues, con motivo tan plausible, fatigar las  
prensas; no ha de haber poste, ni esquínazo, ni guarla-  
ruedas, ni registro de cañera, ni bola de puente que no  
engrudemos de alto á bajo con cartelones inarrancables  
y eternos, llenos de letras gordas y provocati-  
bra diario, ni gaceta, ni biblioteca mensual q  
atiborrada de nuestras obras. Pero ¡ay circeo  
reverendo ciliarista fulgido! ¡Cómo nos fluda  
güeñas imposibilidades el deseo!

«Que haremos desamparados é inermes co-  
dia de tantos críticos, que acaso estarán ya  
nuestras producciones. *productor actu*, para  
las con *viperino diente*? Aquí, *hic jacet*, aquí  
todo vuestro favor, ¡oh deidad erinada y areli  
imploramos toda vuestra beneficencia para p-  
mar verdaderamente afortunados, *fortunam*.  
*lato*, que dijo el mitólogo.

«No es imposible, señor, ni temeraria la pre-  
nos ha conducido á vuestro portal augusto; y  
pequeñez hemos fundado la confianza de com-  
pañeros y yo no deseamos otra cosa sino  
rubicunda celsitud nos de una patente firma  
según esilio, en la cual se espese que nuest-  
las ya publicadas, y las que vamos á publicar,  
les y de sus autores han dicho y dirán los en-  
tios tantas jorruerías, son elegantes, doctísim  
parables, y de aquí arriba lo que pareciese  
añadir en su elogio. Diréis además, que nosol

tales obritas hicimos y haremos, no somos poetillas bueros,  
trasgos ridiculos, ni cuervos raucos; sino filomenas dul-  
cisonas y sirenas machos, que con vuestro influjo y apro-  
bacion hemos cantado, cantamos y cantaremos hasta sol-  
tar la piel. Diréis que para que la nación acabe de ilumi-  
narse, es necesario que el ramo de literatura se estanque  
como los naipes y el aguardiente, siendo nosotros los ad-  
ministradores que podamos impunemente dar lecciones  
al publico, ya en papellitos sueltos, ya en tomos de tres  
puentes, ya de viva voz en las tabernas honradas de la corte,  
en sus librerías y concurrencias, o ya remitiendo nues-  
tros aureos dramas al gran teatro. Diréis que en materias  
de buen gusto, de lógica, de erudición, de racionalidad,  
de talento, nadie existe contra nosotros, nadie nos inquie-  
te, advirtiendo que de hoy en adelante á todo crítico se  
le llamara envidioso, á toda prueba calumnia, á toda cen-  
sura libelo, y á todo raciocinio personalidad é insulto. Y  
que por último, vuestra luminosidad muy resplandeciente  
amonesta, y en caso necesario manda y condena á todo  
erudito que sepa deletrear, á que luego que los carteles,  
los ciegos y la trompa de la fama anuncien la irrupcion  
poly-metri-encomiástica que tenemos prevenida á la jura  
del nuevo príncipe, acudan á las librerías acostumbradas,  
y cada cual se provea á lo menos de un ejemplar de cada  
obrita, para que por este medio, al paso que ellos se  
orientan y se instruyen, podamos nosotros subvenir á nues-  
tras urgentes necesidades.

«Tal es, señor, nuestra pretension; que con este deseo  
abandonamos nuestros tugurios, y esta mañana entre diez  
y once nos hallamos á la falda de ese bifronte cerro: co-  
menciamos á gatear con harta fatiga por escalrosidades y  
derrumbaderos inicuos; pero apenas hubimos salido de los  
pasos mas peligrosos, cuando hallamos nuevas dificulta-  
des. En una floresta sombría que el albrí pavimento de  
colores alegres, donde hatiendo lascivo el céfiro las alas  
sutiles unguidas en aromas indios... pero en vuestro ceño,  
radiante númen, advierto no sé qué displicencia que me  
obliga á omitir la pintura de las flores, los favozos, las  
averillas cantoras y los arroyuelos: sígo pues adelante.

«En esta, como dije, deliciosa mansion de Flora descu-  
brimos un edificio, del cual salieron al acercarnos seis ó  
siete hombres no nada inermes, y mucho menos que nada  
taritos y tranquilos; comenzaron con grandes ululatos á  
decir que nos detuviéramos. Hicimoslo así; nos pregunta-  
ron; quienes éramos y á qué veníamos? respondimos á  
todo; y sacando el que parecía jefe de los demás un vo-  
lúmen membradeco, leyó en él no sé qué índices ó apun-

» Por estos principios conoceréis cuán despreciables han sido vuestras fatigas, y cuanto os habeis apartado de la verdad cuando mas habeis querido demostrarla; vereis tambien que no son doctos, ni jamas han merecido el nombre de tales, los que uniendo ideas inconexas, especies vagas, raciocinios mal entendidos ó mal aplicados, abultan obrillas fútiles, no solo dañosas á quien las lee, por que en ellas malogra su tiempo, sino tambien porque escitando en el publico el purito de saber á poco trabajo, le apartan con tecto de los buenos libros en que se debiera instruir, propagandose por este medio la falsa sabiduria, mas funesta mil veces que la total ignorancia.

» Cesará entonces esta guerra continua que manteneis unos con otros sobre la observancia del arte en las obras de ingenio; porque la razon sola os enseñara, que no es dado á la mas fecunda fantasia hacer nada perfecto, si las reglas, las abominadas reglas no la señalan los debidos limites; y que igualmente yerran los que graduan el mérito de sus producciones por los defectos que evitan, y la escrupulosa nimiedad en la observancia de los preceptos, cuando falta en ellas la invencion, el talento peculiar de cada género, y aquel fuego celestial que debe animarlas.

» Ilustrado el publico por estas verdades irresistibles, abrá aplaudir con mas justicia el solido mérito, y no llanará poetas á aquellos que, como vosotros sin disposicion natural para ello, sin arte, sin estudio, sin saber persuadir, sentir ni pintar, pasan los años baciendo coplas infelices, que ni destruyen, ni deleitan, ni pueden escitar en qualquiera lector juicioso mas que el desprecio, la comasion ó el asco.

» Y son estos, son estos los que esperan mi aprobacion para cantar con aullido disonante las felicidades de la nacion española en la jura de su querido principe? Tan grande asunto, digno de mi citara, digno de que todo el oro de las Musas le celebre, ¿habrá de caer en manos de esa turba infeliz? No, no lo pretendan; y si es la lealtad y el amor quien los estimula á hacerlo, unan sus votos á los de toda la monarquia. Rueguen al cielo que dilate y prospere la vida de Fernando, precioso vastago del ilustre tronco de Borbon, delicias de su madre augusta, sucesor digno de tantos heroes. Rueguen al cielo, que uniendo la lealtad de su abuelo á la justicia, á la fortaleza, á la grande alma de su generoso padre, aprenda a su lado el arte de hacer felices á los hombres, y reconozca por los altos ejemplos que de el recibe, que ni la majestad ni el cetro son comparables á la virtud, que ella sola es el apoyo firmisimo del trono, que ella sola nace á los reyes imágenes de la Divinidad en la tierra, que ella sola une en durables vínculos al vasallo con el monarca, y que sin ella los estados mas poderosos se trastoruan, se destruyen con ruina espantosa, y apenas dejan á la posteridad la memoria de que existieron. Rueguen al cielo, que al tiempo mismo que el joven principe se instruya en la escuela del valor, la paz, la amiga paz le balague con ósculo dulce, y en torno le sigan las ciencias y las artes todas, que moderan la natural ferocidad del corazon humano, para que á su vista conozca cuantos es mas dichosa una nacion por ellas que por el temido honor de sus armas, por los estragos de sus victorias: mal necesario tal vez, y siempre funesto á los vencidos y á los vencedores. ¡Oh! ilustren tales maximas su ánimo real, para que el mundo goce lo que de él espera, cuando despues de largos y felices dias, pasando á sus manos el cetro español, vea dilatar el poder, la gloria, la beneficencia de tan digno principe aun mas allá de los limites de su grande imperio.

» Estos son los deseos de la patria: tales son sus votos; y la dulce esperanza de que han de cumplirse es lo que hoy causa la mayor de sus alegrías; y no os pide en tal ocasion elogios insulsos ni versos ridiculos y despreciables; que para ser buenos ciudadanos no es menester ser malos poetas; pues si fuera posible celebrar dignamente á

los semidiosos de la tierra, ingenios hay peregrinos que pudieran hacerlo, ingenios que yo conozco, que yo favorezco é inspiro; cuyas obras, no bien conocidas todavia en un país en que la frivolidad y el pedantismo insultan impunemente al verdadero mérito, triunfarán al fin de la envidia y las pequeñas pasiones que aspiran á oscurecerlas, y llevarán su nombre á la edad futura para honor inmortel de su nacion y de su siglo.

» Pero; vosotros, y tú mas que todos ellos odioso é insufrible, vosotros insultarme de esa manera!... Vete, y dí a los tuyos que todo mi enojo, que todo mi poder amenaza su vida; que se retiren, y que si es posible enmendar de algun modo los desaciertos que han cometido, solo será callando, y callando eternamente: que no menor reparacion exigen su ignorancia, su locura y su atrevimiento. Llevadle.»

No bien hubo dicho *llevadle*, cuando entre siete ú ocho cargaron con el desventurado tuerto, y le llevaron en volandas hasta unas barandillas que daban á la escalera principal, de allí le dejaron caer sobre los de abajo, y estos, viéndole venir, se previnieron de suerte, que caer y empezar á voltear como una rebilanderá entre aquella turba, todo fué á un tiempo. Era de ver cómo iba revoloteando por el aire de fila en fila, con tanta alegría y satisfaccion de todo el concurso, que no se juzgaba feliz el que no lograba asegurarle un pellizco, darle un capon ó asestarle un gargajazo. Con este obsequio se celebró la venida del culto; hasta que cansados de divertirse le tiraron al monton enemigo, con la misma facilidad y lijereza que si arrojaran una pelota.

Pero volvamos la mal tajada péñola á referir lo que Mercurio hizo, mientras duró la embajada. Parecióle conveniente no descuidarse ni fiar á la fortuna el éxito de aquella empresa; habia llegado á entender, aunque confusamente, la pretension estrafalaria de los filólogos; y conociendo que Apolo no podia concederles nada, pensó seriamente en hacer preparativos para la defensa, persuadido de que solo á garrotazos se podria concluir tan entresadado asunto.

Llamó á consejo á los poetas que imaginó mas inteligentes y acostumbrados á tales peleonas; tratóse el caso con la madurez que requeria, y se acordó por último que se hiciera provision de armas ofensivas, acudiendo al repuesto de los malos libros, que estaban en las inmediaciones de la cocina, destinados á socarrar pollos y envolver especias, y que además se recogiesen cuantos trastos semovientes hubiera en la casa, y pudieran ser útiles para convertirlos en armas arrojadizas, ó en parapetos y trincheras.

Tratóse despues del órden que se debia guardar en los ataques, y resolvieron que para lograr alguna ventaja era necesario salir de la escalera, obligando á los eruditos á que, dejando el portalon pasaran al patio, creyendo todos que allí se les podria combatir mas á placer, ya fuese en batalla campal, ó ya arrojando sobre ellos desde las ventanas que habia al rededor cuanto pudiera ofenderlos y destruirlos.

Aprobado este plan, se dispuso que Garcilaso de la Vega, por estar herido Cervantes, mandase el ala derecha; la izquierda don Diego de Mendoza; el centro don Alonso de Ercilla, y el cuerpo de reserva, que debia acudir adonde la necesidad lo pidiese, se encargó al conde de Rebolledo, acompañado de Lope de Vega, Cristóbal de Virués y otros sujetos de acreditado valor y experiencia militar.

Despues de ventilados estos puntos, se ocuparon en conducir acia la escalera cuanto hallaron que podia ser útil para un caso de rompimiento; acudieron luego al repuesto de los malos libros, y llevaron infinitos volúmenes antiguos y modernos, que hasta entonces no habian servido de gloria á sus autores, ni de utilidad alguna al género humano, y en aquel dia se hicieron apreciables; porque

segovianos, colocaban por su órden los dientes y melas que habian perdido su primer asiento, y usaban los remedios, ni muy costosos ni muy eficaces, que se hacian a gran cantidad de telas de araña, pegotes de bala y de pan mascado, yeso, tabaco, pedacitos de oblea, orines y buenas razones.

Observado esto, partió acia la escalera para dar aviso a ordenar lo que convenia; preguntó por su hermano, y dijeron que habia desaparecido con las Musas y todas las demás mujeres. Esta fuga dió que sospechar a Mercurio; pero a breve rato quedó satisfecho de la inocentísima conducta de Apolo; porque uno de los poetas que habia ido á buscar de libros vino diciendo que en la cocina se estaba guisando una gran porcion de mistos, y que el dios innumerable tenia recogidas tantas y tales armas, que si se daba el caso de poder encarrilar al patio á los pedantes, era indubitable su destruccion.

«Que me place», dijo Mercurio; y ahora mismo se ha de hacer el último esfuerzo para conseguirlo: Mendoza, que anda el ala izquierda, sostenido por el conde de Rebolledo, avanzará á viva fuerza sobre la opuesta de los enemigos a fin de montonarlos por aquella parte, y marchará al buen órden siempre acia el patio, describiendo un círculo de circulo, para que en llegandolos a sacar del tal, se les vuelva a presentar por frente toda la linea. Mientras esto se verifica, el centro y el ala derecha se contendrán sobre la defensiva, y avanzarán ó se detendrán segun vieren que el ala izquierda se detiene ó avanza.» Si se empezó á ejecutar, cargando don Diego de Mendoza y Rebolledo sobre la derecha de los enemigos, que recibieron sin mostrar flaqueza ni temor; y como ya la batalla no era de burlillas sino muy a toca ropa, no demoró de padecer bastante algunos de los de Apolo. Barón Leonardo cayó al suelo sin sentido de un golpeazo que dieron con los *Reyes nuevos* del famoso Lozano; y vedó, que aunque ya estaba herido quiso volver á hacerse en la lid, tuvo que retirarse mas que de prisa con la cabeza llena de volandrones, y un arañazo en el rostro le hacíaderramar no poca sangre; y el mismo Mendoza, aunque peleaba valerosamente, no dejaba de retirarse de un latigazo que le habia sacudido en la pierna derecha un poetilla ridiculo, autor de siete comedias feas, todas aplaudidas en el teatro, todas detestables y poder mas, y todas impresas por suscripcion, con dedicatoria y prólogo.

Pero a pesar de estos accidentes inevitables, vió Mercurio la ventaja que llevaban los suyos; y pareciéndole que habia hecho una señal, que al observarla don Alonso de Villa gritó en alta voz: «*Hijos, ya es tiempo; desgracia, y al patio.*»

Corrió la orden, y al repetir la linea «descarga, y al patio», comenzó a caer tal granizo de libros sobre los pedantes, que desde luego los menos locos reconocieron inevitable su ruina.

¿Cómo la podrian evitar, si al rumor confuso de los libros, al estremecimiento horrible que causaba en los techos del portal la batería incesante de libros, parecia el palacio y el cielo mismo se desplomaban sobre aquella gente? Allí volaban á docenas, á cientos, enormes cueros de medicina bañados en sangre; allí las historias sagradas, profanas de imagenes aparecidas; allí tomos gigantescos de filosofia, esparciendo el hedor del ya vacilante hipocrito, se rompian en el aire contra otros no menos formas de sermonarios, crónicas de religiones, y discursos ridiculos, en las que se veia embrollada hasta el último punto la mas breve, la mas clara, la mas santa de las doctrinas, y unos y otros caian después con estruendo estruendo, aplastando cuanto debajo de si encontraban; allí, entre los pesados é indigestos genealogistas, azaban los comentadores, glosadores é intérpretes del recto, con sus tratados, autoridades y escolios llenos

de oscuridad y confusion babilónica; y allí, por último, salieron á volar las producciones del ingenio, las fatigas deliciosas de los humanistas y poetas. Las copias del célebre *Leon Marchante*, dulce estudio de los barberos; las del cura de Fruime, Gerardo Lobo, la madre Ceo, Boscan y Garcilaso á lo divino, Jacinto Polo, Cáncer, Benegasi, Villamediana, Bocángel, Tafalla, Zavaleta, Montoro, y Salas Barbadillo, con el *Arte de Gracián*, y las comedias, silvas y romances de Henriquez Gomez; allí el *Don Quijote* de Avellaneda hizo oficio de bala, habiendo antes servido de pelota en los infiernos; y las comedias de Cervantes revoloteaban también con risa de su autor inmorto, y á pesar del erudito y agrio Nasarre. Siguieron a estas las de don Tomás de Añorbe y Corregel, con su miserable *Paulino* entre ellas; las de Bazo, Cuadrado, Guerrero, Sedano, Ibañez, y las de muchos de los que tan dignamente les han sucedido en el abasto del teatro. Pero luego cayeron sobre los enemigos con mayor violencia las dos *Caróleas*, *Carlos famoso*, la *Hesperoidea*, las traducciones de Ariosto, el *Poema de San Rafael*, la *Mejicana* de Gabriel Laso, la *Conquista de Sevilla* en cuartetas, el *César africano*, la *Nueva Méjico* de Villagrán, la *Argentina de Centenera*, *Sagunto* y *Cartago*, el *Alfonso*, el *Nuevo mundo*, la *Hernandía*, los *Amantes de Teruel* del insipidísimo Juan de Yagüe, y el mas que todos ellos fastidioso poema de los *Inventores de las cosas*; siguiendo á este turbion la espesa metralla de miscelaneas, novelas, famas póstumas, justas poéticas, coronaciones, entradas, beatificaciones, loas, certámenes de escuela, autos sacramentales, autos al nacimiento, funerales, villancicos, motetes, follas, y una pestilente multitud de tonadillas modernas, bien frías, bien necias, bien escandalosas y despreciables.

No hubo resistencia: los eruditos huyeron al patio, no hallando salida por otra parte; y Mercurio alegre en extremo de ver ya logradas sus ideas, comenzó á revolver sobre ellos como un milano hambriento encima de la miserable turba de polluelos tímidos.

Parecióle ser ya tiempo oportuno de poner en práctica una picardía que tenia consultada con Apolo, y se habia aprobado de comun acuerdo; para lo cual, dirigiendo su discurso á los pedantes, que hallándose encerrados en el patio peleaban desesperados por salir de él, les dijo de esta manera:

«Señores eruditos, ya me parece que es tontería tanto chillar, tanto berrear, tanto embestirse, retirarse, dar y recibir gaznatazos y mojicones, que hace dos horas largas de talle que estamos con esta misma cancion, y hasta ahora nada bueno se ha conseguido. Yo no sé ciertamente dónde se habrá visto estarse aporreado de esa manera, sin qué ni para qué. ¡Y entre literatos! ¡entre humanistas! ¡entre poetas, gente de suyo muelle y regalona, y dada á la quietud y al regodeo! ¿Y por qué? Si fuera decir habia motivos para ello, vaya en gracia; pero si todo el caso viene á reducirse a una friolera que no vale un pito; si el asunto no es mas, segun he llegado á entender, que venir á presentar un memorial, en que no se piden ningunos disparates, ¿quién se persuadirá que esto haya sido causa de tan furiosa tremolina? El daño estuvo, señores pretendientes, en que no habiendo querido vuesa merced enviar un diputado a mi hermano, para que en nombre de todos le dijese vuestra solicitud, me vi en la precision de llevar el primero que me vino á las uñas; pero este, por desgracia vuestra, nos salió tan ruin criatura, tan presumido y fastidioso, que habiendo enojado a mi hermano, os le hubimos de volver de la manera que ya visteis.

»Yo, la verdad sea dicha, no gusto ni he gustado nunca de estas pelamelas, y mucho menos entre gentes de suposicion y buena crianza; he hablado á Apolo, y convencido de mis razones á favor vuestro, dice que siempre que se le pidiera una cosa justa y con el buen modito que corres-

ponde, no es ningún vinagre que se hubiera de negar á complaceros: así que, señores míos, lo que debéis hacer es esto, y sin tardanza, antes que mi hermano determine otra cosa. Escoged entre vosotros el mas ducho, el mas idóneo para el caso, un hombre bien nacido y de carácter, que no sea ningún chisgarabís, sino un erudito de representación, conocido ya de mi hermano por la excelencia de sus obras, que tenga en su favor el buen concepto de todos vosotros, y la general estimación del público. Este se encargará de vuestra pretension; y perdería yo una oreja, y aun las dos que tengo, si escogiéndole, y enviándole, y hablando él, y respondiéndole Apolo, no volviese muy presto con la noticia de haberos otorgado cuanto queráis pedirle. Y esto se hace con paz y quietud, como buenos hermanos, sin andarse en mas puerca es ella, ni quién es él, ni primero soy yo, ni otras niñerías que en vez de adelantar algo, pondrán de peor condicion el asunto; con que así, no hay sino hacer lo que os digo, y manos á la eleccion, que se pasa el tiempo.»

Esta zalagarda surtió todo el efecto deseado; porque empezando á disputar entre ellos, quién debía ser el elegido, todos querían para sí aquel honor; repetían las palabras de Mercurio en que pedía un literato de representación, idóneo, bien nacido, estimado de los inteligentes. Y ¿quién era entre ellos el que no se juzgaba mas idóneo, mas ilustre, mas benemérito que todos los otros juntos? De esta presuncion nació su ruina. Empelásgaronse unos con otros; cada cual se alababa á sí propio con admirable satisfaccion y engreimiento; oíanse pullas, y desvergüenzas, y dicterios sin número; salieron á plaza las faltas mas ocultas; y últimamente, pasando la cólera de la lengua á los puños, comenzaron la mas desesperada refriega que jamas se ha visto.

Allí se manifestó cuán poco duran unidos aquellos que amontona el delito ó el error, y que solo entre los que siguen el recto camino, ya de la virtud, ya de la sabiduría, puede hallarse durable paz y amistad verdadera. Era de ver la obstinacion con que peleaban: ni pensaban en otra cosa que en destruirse enteramente, por conservar cada cual la opinion de docto y único en su linea; y esto lo probaban con golpes crueles, tirándose al degüello, como gente desesperada que solo aspira á morir matando.

Mercurio se descalzaba de risa al ver lograda su maldita intencion, y advirtiendo que Apolo con toda la gente de casa ocupaba ya las ventanas y galerías del patio, trató con él que se pusieran en uso las armas prevenidas, para dar gloriosa cima y remate á aquella aventura.

Así se dispuso, y cuando todavía proseguían los literatos en hacerse añicos, comenzaron á bajar con ruido espantable infinitos muebles y utensilios que hicieron efectos de artillería, bombas y catapultas: tiraban los de arriba á los de abajo, para ponerlos en paz, mesas, fregaderos, cofres, tajos, sillas, barreños, armarios, platos, cantarillas y todo género de vasijas: las Musas, las señoras Musas, llenas de colerilla y deseos de venganza, eran las mas diligentes en procurar la destruccion de la infeliz gavilla de los autorcillos. Ellos, viendo encima de sí aquella tempestad, corrían desatinados de una á otra parte sin poder valerse; pero cayó segundo diluvio que los puso en mayor conflicto. Comenzaron á tirarles grandes ollas de agua hirviendo, espueñas de ceniza, basura, cantos, tronchos,

arena de fregar, tejas, ladrillos, leños encendiéndose fuerte, polvos de juanes, pajuelas ardiendo, á trementina caliente, pez y rescoldo. No era fú á tan horrible fuerza: dieron á huir acia la plaza la necesidad no permitia otra cosa; el ejército abrió en dos columnas para que dejándoles la plaza y asegurado el palacio, se les pudiese cargar la retirada; y así que los vieron fuera, salieron conde de Rebolledo y don Diego de Mendoza con toda lijera á seguir el alcance, y otros cuerpos se iban apostando por todos los caminos y seminario, que absolutamente ignoraban los enemigos.

En estas y estotras ya era de noche: la os cansancio, los golpes recibidos, el miedo, llevaban, y sobre todo, el no tener conocimiento del terreno por donde iban, eran todas circunstancias que aumentaban la desgracia de los fugitivos.

Mercurio y los suyos les decían que se rindió algunos de ellos lo habian hecho (incluso el tuerto, que le acababan de sacar medio dedo una zanja), porque si adelante seguían, perecerían sin remedio. Pero sí, ya estaban ellos en ensimarse á buenas: correr que te correrás como gapeñascos, atrabancar malezas, y no dar oídos les decían: esto fué lo que hicieron, hasta que á encarrillar la mayor parte de ellos por unas carpadas y altísimas, á breve rato comenza por ellas agarrados unos á otros, y dando precipitaron en una gran laguna, que está al pie de los peñascos, y se forma de las vertientes de

Los pocos que andaban descarriados por varios riales libraron mejor, porque cayeron en medio de Apolo: recibieron todo agasajo y buena as les cataron las heridas, y fueron tratados como que su ignorancia y soberbia merecieron.

Apolo, Mercurio, las Musas, los poetas buenos los de casa no se hartaban de dar gracias tan feliz victoria; despacháronse extraordinarias partes con aviso de lo ocurrido en aquel trem en ocho que duraron las fiestas quedó Timbre reciendo, porque el gasto de bollos, bizcochos, vas, hebidas heladas y chocolate ascendió á m puede sufrir el bolsillo de un dios que prote poesía.

Después de pasado el turbion de visitas y en se trató de lo que convendría hacer con los Cascales, Cervantes y Luzán se encargaron de los separadamente, para ver á cuántas estaban y en vista del informe que presentaron estos mandó que algunos de ellos, después de haber una buena reprimenda, se restituyesen á sus pasaporte para todos los registros del Parnaso castillas en que se les puso su racion de pan, y sas; y á los mas contritos, por via de ayuda de partieron las caritativas Musas de propio caudal los maravédises.

A los restantes (incluso el tuerto), que á juz examinadores eran incurables, los encerraron las de los locos, donde hoy se hallan tan en c siempre, y tan sabios como su madre los parió

# POESIAS SUELTAS.

## LA TOMA DE GRANADA

POR LOS REYES CATÓLICOS

### Don Fernando y Doña Isabel.

Cesce tito o que a Musa antiga conta,  
Que outro valor mais alto se levanta.  
*Camões, Lusíadas, canto 1.º*

#### ROMANCE ENDECASILABO.

ERA la noche, y el comun sosiego  
Por las opacas sombras se estendia,  
Y en medroso silencio los mortales  
Con el sueño olvidaban las fatigas.

En la hermosa ciudad que Jenil baña,  
Y el Darro con sus aguas fertiliza,  
Matizando sus cármenes de flores,  
De frescas flores que el abril envía,

Yace soberbio alcázar, cuya cumbre  
Del aire ocupa la region vacia;  
Palacio un tiempo del monarca moro,  
Que el regio trono granadino pisa.

Este, olvidando con descanso dulce  
Cuidados que al espíritu fatigan,  
Tranquilo ocupa de su alcázar regio  
Oculta estancia en que el primor lucia

Alta cornisa del metal precioso  
Que el claro Tajo en sus arenas cria,  
Robustas cimbrias y estucados techos,  
Follajes varios y labores ricas.

Por el salon a trechos se miraban  
Mudas historias que el pincel dió vida  
Sucesos grandes, célebres victorias,  
Claros heroes, hazañas inauditas.

En pedestales del mosaico estulo,  
Que adornó singular mazoneria,  
Formó diestro cincel del bando moro  
Los reyes, capitanes y caifas.

De Osmán y Ali, terror del oriente,  
El mármol muestra la presencia misma  
Del fuerte Ulit y el valeroso Muza,  
Y el gran conquistador de Palestina.

Sobre los otros elevado estaba  
Con regio ornato y majestad debida  
El mentido profeta, a quien Arabia  
Ciega venera, y en su fe confia.

Este miraba el rey, quando cubierto  
De asombro y miedo, vió que descendia  
Del alto asiento, y a su lecho llega  
De Mahomet la estatua muda y fria.

Tiembla, y al verla con airados ojos,  
Ni a hablar acierta, ni callar podia;  
Tres veces quiso huir de su presencia,  
Tres veces lo estorbó fuerza divina.

«¿Dónde vas, dijo: ¿dónde, desgraciado  
Monarca, evitaras la saña mia,  
Huyendo del que nunca desampara  
A los creyentes que en su amor se fían?

Detente, y en el lecho, a quien adornan  
Ricas alhombrias, turcas alcatifas,  
Reposa, y con el ocio entorpecido  
Las aflicciones de tu reino olvida.

¿Qué importa que al furor del nazareno  
Destrozadas se miren tus provincias,  
Tus vasallos ó muertos ó rendidos,  
Y la ciudad en bandos dividida?

Mientras Fernando tus castillos toma,  
Las vegas tala, arrasa las campiñas,  
Gustosos juegan Mazas y Gomeles  
En Bibarrambla cañas y sortija.

¿No bastan tantos golpes desgraciados,  
Tantas ciudades presas y vencidas,  
Tantos fuertes ejércitos deshechos  
Al furor de las huestes enemigas?

El que tuvo valor para oponerse  
En Lucena á sus gentes atrevidas,  
Haciendo ver cuanto á Castilla cuesta  
Humillar la potencia granadina,

¿Hoy fuerzas no tendra, viéndose libre  
De la cadena que arrastró algun día,  
Para vengar su afrenta, derramando  
Del cristiano la sangre aborrecida?

Si la fuerza y las armas no sostienen  
La patria que á su estrago se avecina,  
¿De qué ha servido quebrantar los tratos,  
Negar los pactos y la fe rompida?

Borra, borra el baldon de haber firmado  
Las paces que detesto, envilecidas:  
Niegue el valor, y el pundonor anule  
Lo que otorgó la voluntad cautiva.

De tu resolucion el universo  
Está pendiente, y en tu ardor confia;  
Por él su libertad espera el mundo,  
Y si no le defiendes, se arruina.

Pues el fiero español, si de este imperio  
Se apodera (¡oh Allah, no lo permitas!)  
Cual rápido torrente que del monte  
Con impetu veloz se precipita,

Así, rompiendo de Tarif la puerta,  
Llegará audaz hasta la ardiente Libia;  
El gran sepulcro librará de Cristo,  
Cautivando quizá la tumba mia.

Méjico la opulenta, recelando  
Su estrago, al cielo súplicas envía:  
Y el Cuzco teme que, cruzando el golfo,  
Pase tal vez á encadenar sus lincas.

¿Y tú darás lugar para que logre  
Los triunfos que soberbio premedita,  
Viendo las barras de Aragon triunfantes  
En los blancos pendones de Castilla?

Quando medroso en tu ciudad te encierras,  
Temiendo el golpe de su diestra invicta,  
El atrevido, a vista de tus muros,  
Otra ciudad levanta. ¿Qué ignominia!

Ya los Abencerrajes, que otro tiempo  
En bandos á la corte dividían,  
No existen, ni tu padre te da enojos,  
Ni arma Muley traiciones a tu vida.

Persigue al que sacrilego persigue  
La verdadera ley, santa y divina;  
Nada receles, la victoria es tuya,  
Que el profeta de Dios te alumbró y guía.

Yo haré que al ver tus fuertes escuadrones  
La espalda vuelva en la marcial porfia,  
Y amontonando triunfos y despojos,  
Su vano orgullo aniquilar consigas;

Y pasando del Tajo la corriente,  
En la corte imperial fijas tu silla,  
Después de haber deshecho en las Asturias  
La turba de sus gentes fugitiva.

Un nuevo Abderramán y un nuevo Muza  
Vendrá, que fiero su altivez oprima,  
Y otro Almanzor del templo de Santiago  
Renovará el incendio y la ruina.

La mezquita famosa toledana  
Mi indignacion reducirá en cenizas,  
Y en la noble imperial Cesaraugusta  
La imagen venerada de Maria.

El Corán se verá reverenciado  
Y la ley sacrosanta que predica,  
Desde Jijón á la distante Goa,  
Y de la Zeca á la feliz Medina.

Esto será; que así te lo promete

En la infeliz ciudad el alre bendian ;  
El vulgo corre temeroso y ciego,  
Beja el muro y ocupa la mezquita.  
Así venciendo Vespasiano y Tito  
Los fuertes muros de la sacra Eilia,  
Esta lloró su misera desgracia  
Con hambre y fuego y muerte destruida.  
Boabdél, de valor y fuerzas fallo,  
Al Albaicín medroso se retira :  
Dudoso al escuchar consejos varios,  
Entre opuestos dictámenes vacila.  
Quién le aconseja que la gente anime,  
Tienda al aire las árabes insignias,  
Salga a campaña, y en batalla dura  
Al enemigo intrepido resista.

Quien pretende, primero que rendirse,  
Que en llamas arda la ciudad querida,  
Dando la vida al tosigo y al hierro.  
Cual los de Astapa ó la Sagunto antigua.  
Cuando Zelim-Hamet, gallardo moro,  
Que el sexto lustro de su edad cumplía,  
Árabe en patria, Aldorado en sangre,  
Hijo de Abenhuacen y Geloira,  
Negra la barba y el color tostado,  
Sangrientos ojos de espantable vista,  
Robustos miembros, corto de razones,  
Diestro en el arco, cimitarra y pica :  
« Locura es, dijo, en pareceres varios  
Perder el tiempo, que veloz camina,  
No habiendo fuerzas, ni ocasión, ni gente  
Para librar la patria que pelagra.

« Espondremos acaso a una batalla  
La feliz libertad que tanto estima,  
Cuando de España la potencia junta  
Procura con tesoro nuestra ruina ?

No, no es justo, ni en este medio solo  
La publica salud se encierra y cifra :  
Una astucia rompio de Troya el muro,  
No Agamenon, ni Aquiles de Larisa.

Yo ofrezco, apenas el luciente Apolo  
Huya las sombras de la noche fría,  
Hacer que el campo del contrario fiero  
Con incendio voraz vuele en cenizas.

La confusion, el sobresalto y miedo,  
El sueño, que los miembros debilita,  
Las llamas y la noche harán felice  
La heroica accion, si Boabdél la anima.

— Sí, yo la apruebo, » dijo, y de los hombres  
En muestra de su amor al punto quita  
El precioso alquicel, que el moro admite,  
Doblando reverente la rodilla.

Vistese al punto las lucientes armas,  
Que el oro y el cincel enriquecian,  
En quien mostró su perfeccion el arte,  
Que á Gradivo tal vez dieran envidia.

En el turbante el acerado casco  
Al herirle la luz rayos envía,  
Luna pequeña y afolladas tocas,  
Con un penacho verdegay encima.

El dilatado borcegui guarnecen  
Dorados lazos y labores ricas,  
Y el alquicel en el siniestro lado  
Con plata y borlas resplandece y heñila.

Del ancho tabal se ve pendiente  
La cimitarra fuerte y damasquina,  
Que cifo al lado Abenbotmán su abuelo,  
Cuando a servir a Solimán paría.

La listrada lanza acomodó en la cota,  
Que cual un mimbre el bárbaro blandía,  
A cuyo golpe en desigual pelea  
Felipe de Aragon perdió la vida.

Pintó en la adarga de Azamor el moro  
Herido un corazón que en fuego ardía,  
Y en campo azul alrededor escrito :  
Si mas pudiera dar, mas te daría.

La rica manga adorna el diestro lado,  
Que de aljófar bordó y argentería  
Con cifras de su nombre Zelidora,  
Que ausente del en Tremecén vivía.

De un tostado alazau oprime el lomo,  
De largas crines y cabeza erguida,  
Pecho espacioso y espumante boca

Y dócil á la rienda que lo guía.

Parte su sueño en la callada noche  
De la famosa liberos antigua ;  
Sus muros deja atrás y capiteles,  
Y al enemigo campo se acerca.

Hórridas sombras, ocupando el suelo,  
Al intento mejor favorecían :  
Muda quietud al sueño convidaba,  
Y el Darro suspendió la clara flota.

Cuando al avanzar ruidal pequeño,  
Que del vecino monte descendía,  
Sintió pisadas, y de rato en rato  
Templadas armas que al mover crujían.

Refrena el paso el arrogante moro,  
El freno y el aliento detenia,  
Al ver ya cerca un caballero armado,  
Que en lijero troyel tras él venía.

Salte a encontrarle, y previniendo el aso :  
« ¿ Quién eres ? dijo, ¿ dónde te encaminas ?  
Dí, si eres granadino ó castellano,  
Y cual es el intento que te guía.

— Soy granadino, respondí, y si acaso  
De tu amor y tu sangre no te olvidas,  
Tu primo Zulemán es quien te sigue,  
Y la justa venganza quien lo anima.

Tú sabes bien que en la pasada linia  
Mató á mi hermano en esta vega misma  
La dura lanza del Guzmán valiente,  
Impio verdugo de agarenes vidas.

Sabes que era mi hermano anelorado  
La esperanza y blason de la morisma,  
Señor de Alhora, de Cartama alcaide,  
Caudillo y síngab de su milicia.

Sabes cuánto lloré la injusta muerte,  
Sabes cuánto perdí la patria mia,  
Y que del homicida la cabeza  
Prometí presentar á Balería.

Tres veces ciento alarabes finotes  
El bosque oculta, que á la seña misma  
Intrepidos cargando los reales,  
La seccion acabarte que determinas.

Contigo vengo á que morir me veas  
A manos del que causa mi desdicha,  
O á que, logrando la venganza, vuelva



Las verdades te amargan, ya lo advierto,  
No quieres consultor franco y sencillo.

Pues hablemos en paz; que es desacierto  
Desengañar al que el error desea:  
Vaya por donde va, derecho ó tuerto.

Dígame, en fin, que es admirable idea  
En tu edad cana acariciar las Musas,  
Y irrepár á la fuente pegasea.

Pues si el aceite y la labor no escusas,  
Y prosigues intrépido y constante,  
En ti sus gracias lloverán infusas.

Los conceptillos te andarán delante,  
Versos arrojarás á borbotones,  
Tendrás en el tintero el consonante.

¡Qué romances harás, y qué canciones!  
Y qué asuntos tan lindos me prometo  
Que para tus opúsculos dispones!

¡Qué gracioso ha de estar, y qué discreto,  
Un soneto al hostezo de Belisa,  
Al resbalón de Inés otro soneto!

Una dama tendrás, cosa es precisa:  
Bellísima ha de ser, no tiene quite,  
Y llamarásle Filis ó Marisa.

Díla que es nieve cuando mas te irrita:  
Nieve que todo el corazón te abraza,  
Y el fuego de tu amor no la derribe.

Y si tal vez en el afecto escasa,  
*Pronuncia con desdén sonoro Niolo* (?);  
Breve disgusto que incomoda y pasa.

Dirás que el encendido Monjibelo  
De tu pecho, entre llamas y cenizas,  
Corrusca crepitante y llega al cielo.

Si tu pasión amante solemnizas,  
No olvides redes, lazos y prisiones,  
En donde voluntario te esclavizas.

Pues si el cabello á celebrar te pones,  
Mas que los rayos de Titán hermoso,  
¡Que mérito hallarás, que perfecciones!

Díla que el alma, ajena de reposo,  
*Nada golfos de luz ardiente y pura,*  
*En cresta tempestad del oro andoso* (?).

Llama á su frente espléndida llanura,  
Corvo luto sus cejas, ó sáves  
Arcos, que flecha te clavaron dura.

Cuando las luces de su Olimpo alabas,  
Apura, por tu vida, en el asunto  
Las traverosas métricas que sabes.

Dí, que su cielo, del cenit trasunto,  
Dos soles ostentó por darte en ojos,  
Que si se ponen, quedarás difunto.

Y al aumentar tu vida sus despojos,  
*Se lava el corazón; y el agua arroja*  
*Por los tersos balcones de los ojos* (?).

Y tu amor, que en el llanto se remoja,  
En él se anega, y sufre inasistidos  
Males muriendo, y líquida congoja.

Dí, que es penell su vulto de mesclados  
Clavel y azahar, y abeja revolante  
Tú, que libas sus calices pintados.

La boca celestial, que enciende amante  
*Reidampagos de risa carmesíes* (?),  
Alto asunto al poeta que la cante.

Hará que en su alabanza desvaríes,  
Llamándola de amor ponzoña breve,  
O madreperla hermosa de rubíes.

Al pecho, inquieta desazon de nieve,  
Blanco, porque Cupido el blanco puso  
En él, y en blanco te dejó el alveo.

Y dí, que venga un literato al uso,  
Con su Luxan y el viejo Estagiritas,  
Llamándote ridículo y confuso:

Que yo sabré con férula erudita  
Hacerle que enmudezca arrepentido,  
Por sectario de escuela tan maldita.

Así también hubiéramos vencido  
El venusto rigor de esa tirana:  
Tigre, de rosa y alibí vestido.

Mas quiero suponer, que la inhumana

Rangó tus coñitos y canciones,  
Y todas las tiró por la ventana!

No importa, así va bien. Luego compases  
Díes ó doce horrosas elegias,  
Llenándola de oprobios y baldones.

No te puedo prestar algunas sales;  
Pero tres me dará cierto poeta,  
Largas, eternas, y sin arte y frías.

Dírs, que tanto la pasión te aprista,  
Que mueres infeliz y desdichado:  
¡Inexorable amor! ¡fatal sedita!

El cuerpo dejarás al verde prado,  
El alma al cielo de tu dama hermosa,  
Y serás en su olvido sepultado.

Y en lugar de escribir: «Aquí reposa  
Fablo, que se murió de mal de amores,  
Culpa de una muchacha melindrosa.»

Detenidita á las sinfas y pastores,  
Para que una razón prolija lea  
De todas tus angustias y dolores.

Bien que los sabios, si adquirir danzan  
Fama y nombre inmortal, no solamente  
En un sujeto su labor emplean.

Olvída, amigo, esa pasión deslante:  
Hartas quejas oyo, que murmuraba  
Con lengua de cristal picaresca fiente.

No siempre el alma ha de gozar esclava:  
Déjate ya de celos y rigores,  
Y el grave empuño que elegiste acoba.

Que ya te ofrecen mil aparedores,  
Transformadas las sales en hodaga.

Y en ellas mezclarás sátira amarga.  
 Refranes usarás y sutilezas  
 En tus versillos, bufonadas frías,  
 Y mil profanaciones y torpezas.  
 Y esta compilación de boberías  
 Al público darás, de tono en tono,  
 Que ansioso comprara lo que le envías.  
 Porque el ingenio mas agreste y romo  
 Con obras de esta especie se recrea,  
 Como tú con las gracias de Jeromo.  
 Mas si tu orgullo oscurecer desea  
 Al lirico famoso venusino,  
 Con quien tu preceptista me marea,  
 Aparta de sus huellas el camino,  
 Huye su estilo atado de pedante,  
 Que inimitable llaman y divino.  
 Canta en idioma enfático-crispante  
 De las deidades chismes celebrados,  
 Sin perdonar la barba del Tonante.  
 Pinta en Fenicia los alegres prados,  
 La niña de Agenor y sus doncellas  
 Los nítidos cabellos destrenzados,  
 Que, dando flores al abril sus huellas,  
 La orilla que de liquido circunda  
 Argento Doris, van pisando bellas;  
 Al motor de la maquina rotunda  
 Que enamorado padece entre el armento  
 La yerba, de que opaca selva abunda.  
 La niña al verle, ajena de espavento,  
 Orna los cuernos y la espalda preme,  
 Sin recelar lascivo tradimento.  
 Ya los recibe el mar; la virgen treme,  
 Y al juvenco los alguidos, undosos  
 Piélagos hace duro amor que reme.  
 Ella, los astros ambos lacrimosos,  
*Reciprocando aspectos cintilantes* (1),  
 Prorrumpe en ululatos dolorosos;  
 Cuyas quejas en torno redundantes,  
*De débiles ancilas repetidas* (2),  
 Los antros duplicaron circunstantes.  
 Mas Creta ofrece playas estendidas,  
 Pronuba al dulce amplexo apetecido,  
 Pudicicias inermes ya vencidas.  
 Huye gozoso amor, y agradecido  
 Jove fecunda sóbole promete,  
 Que imperio ha de regir muy estendido.  
 Apolo, antojadizo mozaibete,  
 Asunto digno de tu canto sea,  
 Cuando tras Dafne intrepido arremete.  
 La locura también faetontea  
 Celebrarás, y el piélagos combusto  
 Que en flagrantés incendios centellea.  
 Y muera de livor el Zoilo adusto,  
 Al notar de estas obras los primores,  
 La diccion bella, el delicado gusto;  
 Al ver llamar estrellas á las flores,  
 Liquido plectro ala risueña fuente,  
 Y a los jilgueros prados voladores;  
 Vegetal esmeralda floreciente  
 Al fresco valle, y al undoso rio  
 Sierpe sonora de cristal luciente.  
 Pero si has de llamarte alumno mio,  
 Despreciando de Laso la cultura,  
 Con ceño magistral y agrio desvio,  
 Habla erizada jerigonza oscura,  
 Y en gálica sintaxis mezcla voces  
 De añeja y desusada catadura,  
 Copiando de las obras que conoces  
 Aquella molestísima reata  
 De frases y metáforas feroces.  
 Con ella se confunde y desbarata  
 La hispana lengua, rica y elegante,  
 Y a Benengeli el mas cerril maltrata.  
 Cualquiera escritorcillo petulante  
 Licencia tiene, sin saber el nuestro,  
 De inventar un idioma á su talante,  
 Que él solo entiende; y ensartando diestro  
 Sílabas, ya es autor y gran poeta,  
 Y de alumnos estúpidos maestro.

(1) Silveira.  
 (2) Villamediana.

Mas ya te llama el son de la trompeta,  
 De nuestros Cides los heroicos hechos,  
 Tanta nacion a su valor sujeta.  
 Rompe, amigo, los vínculos estrechos,  
 Las duras reglas atropella osado,  
 Vencidos sus estorbos y deshechos.  
 Y el númen lleno de furor sagrado:  
 «Canto, dirás, el héroe furibundo,  
 A dominar imperios enseñado,  
 Que, dando ley al baratro profundo  
 Su fuerte brazo, sujetó invencible  
 La dilatada redondez del mundo.»  
 Principio tan altisono y horrible,  
 Proposición tan bueca y espantosa,  
 Que deje de agradar es imposible.  
 No como aquel que dijo: *Canta, Dios,*  
*La cólera de Aquiles de Peleo,*  
*A infinitos aquivos dolorosa;*  
 Porque el estilo inflado y giganteo,  
 Dejando a los lectores atornados,  
 Causa mudo estupor, llena el deseno.  
 Dos caminos te ofrezco, practicados  
 Ya por algunos admirablemente:  
 Escoge, que los dos son estremados.  
 Sigue la historia religiosamente,  
 Y conociendo á la verdad por guia,  
 Cosa no has de decir que ella no cuente.  
 No finjas, no, que es grande picardía:  
 Refiere sin doblez lo que ha pasado,  
 Con nimiedad escrupulosa y pia.  
 Y en todo cuanto escribas, ten cuidado  
 De no olvidar las fechas y las datas;  
 Que así lo debe hacer un hombre honrado.  
 Si el canto frigidísimo rematas,  
 Despedirás del lector prudente  
 Que te sufrió, con espresiones gratas,  
 Para que de tu libro se contente,  
 Y aguarda el fin del languido suceso,  
 De canto en canto, el misero paciente.  
 Mas, no imagines, Fabio, que por eso  
 Te aplaudirán tus versos desdichados:  
 Crítica sufrirán, zurra y proceso.  
 Dirán, que los asuntos adornados  
 Con episodios y ficcion divina,  
 Se ven de tu epopeya desterrados.  
 Que es una historia insípida y niezquina,  
 Sin interés, sin fabula, sin arte;  
 Que el menos entendido la abomina.  
 Pero yo sé un ardid para salvarte,  
 Dejándolos á todos aturridos:  
 Oye, que el nuevo plan voy á explicarte.  
 Después que entre centellas y estampidos  
 Feroz descargues tempestad sonora,  
 Y anuncies hechos ciertos ó fingidos,  
 Exagera el volcan que te devora,  
*Que centirse del alma no consiente* (3),  
 E invoca a una deidad tu protectora.  
 Luego amontonarás confusamente  
 Cuanto pueda hacinar tu fantasia,  
 En concebir delirios empuente.  
 Botanica, blason, cosmogonia,  
 Náutica, bellas artes oratoria,  
 Y toda la gentil mitologia;  
 Sacra, profana, universal historia,  
 Y en esto, amigo, no andarás escaso,  
 Fatigando al lector vista y memoria.  
 Batallas pintarás á cada paso  
 Entre despechadísimos guerreros  
 Que jamas de la vida hicieron caso.  
 Mandobles ha de haber y golpes fieros,  
 Tripas colgando, sesos palpitantes,  
 Y muchos derrengados caballeros;  
 Desaforadas mazas de gigantes,  
 Deshechas puentes, armas eucantadas,  
 Amazonas bellísimas errantes.  
 A espuelas verterás, a carretadas  
 Descripciónes de todo lo criado,  
 Inútiles, continuas y pesadas.  
 ¡Oh cómo espero que mi alumno amado  
 Ha de lucir el singular talento,

(3) Caudamo.

Febo, que á tu pesar ha cultivado!  
 ¡Cuanta aventura, y cuanto encantamiento!  
 ¡Cuántos enamorados campeones!  
 ¡Cuánto jardín y alcázar opulento!  
 Pondrás los episodios á millones;  
 Y el héroe miserable no parece,  
 Que no le encontrarán ni con burones.  
 Pero ¡como ha de ser, si le acontece  
 Que un mago en una nube le arrabata,  
 Y con él por los aires desaparece!  
 En un valle oscurísimo remata  
 El viejo endemoniado su carrera,  
 Y al huésped á cumplidos le maltrata.  
 Baja á una gruta inhabitable y fiera,  
*Sepulcro de los tiempos que han pasado* (\*),  
 Y le entretiene allí, quiera ó no quiera.  
 ¡Cuanta vasia y unto preparado  
 Tiene! ¡Cuánto ingrediente venenoso,  
 Que al triste que lo ve deja admirado!  
 Allí le enseña en un artificioso  
 Cristal la descendencia dilatada  
 Que el nombre suyo ha de ilustrar famoso.  
 Y mira una ficción muy adecuada;  
 Pues aunque algún censor la culpára  
 De impertinente, absurda y dislocada,  
 Siempre logras con esta fechoría  
 El linaje ensalzar de tu Mecenas,  
 Que no te faltará, por vida mía.  
 Y si tales patrañas son ajenas  
 De su alcurnia, ¿qué importa? Si conviene,  
 Con Hector el troyano lo encadenas;  
 Porque un poeta facultades tiene  
 Sin límite ni cotas, escribiendo  
 Todo cuanto á la pluma se le viene.  
 Pero ya me parece que estoy viendo  
 Sobre un carro de fuego remontados  
 Los dos amigos que la van corriendo.  
 ¡Valame Dios, y qué regocijados,  
 Gentes, ciudades, reinos populosos  
 Examunan, y climas ignorados!  
 De Libia los desiertos arenosos,  
 El hondo mar que hinchado se alborota,  
 Montes nevados, prados olorosos.  
 De la septentrional playa remota,  
 Al cabo que dobló Vasco de Gama,  
 El sabio Trasmoo registra y nota.  
 Vuelve después donde la ardiente llama  
 Del sol se oculta, al espirar el día,  
 Dándole Tétis hospedaje y cama.  
 Y en su precipitada correría  
 Al huésped volador hace patente  
 Cuanto de Europa el ancho mar desvía.  
 Muda el auriga á la rosa el oriente  
 El rumbo, y á los reinos de la aurora  
 Los lleva el carro de piropto ardiente...  
 Pero de un crítico me acuerdo ahora,  
 Grave, tenaz, ridículo, pedante,  
 Que vierte hiel su lengua detractora.  
 ¡Cómo salta de cólera al instante  
 Con estas invenciones! ¡Cuál blasfema!  
 Si se llega á irritar, no hay quien le aguante.  
 No quiere que haya encantos ¡linda temal  
 Ni vestigios, ni estatuas habladoras,  
 Y el libro en que lo halló, desgarró y quemó.  
 Si al héroe por acaso le enamora  
 De una beldad que yace encastillada,  
 Guardándola un dragón á todas horas,  
 Y el caballero de una cuchillada  
 Al escamoso culebrón degüella,  
 Mi crítico infernal luego se enfada.  
 Ni hay que decirte que la tal doncella  
 Es hermana del sabio Malabrano,  
 El cual su doncellez así atropella;  
 Que á dura cárcel, soledad y ayuno  
 Por un chisme no mas la ha reducido,  
 Sin que sepa sus lástimas ninguno.  
 No, señor, nada basta: enfurecido,  
 Contra el misero autor se despeña,  
 Y en nada el inocente le ha ofendido.  
 ¡Abundancia infeliz! ¡reos maldita!

Dice en horrenda voz, que impetuosa  
 Como turbio ramal se precipita.  
 El gusto y la razón, en verso, en prosa,  
 La invención rectifican; que sin esto  
 Jamás se acortará ninguna cosa.  
 Mi patria Hora el ejemplar funesto:  
 Su teatro en errores sepultado,  
 A la verdad y á la bella opuesto,  
 Muestra lo que produce el estragado  
 Talento que sin luz se descañina,  
 De la docta elección abandonado.  
 Nuevo rumbo siguió, nueva doctrina  
 La hispana musa, y desdeñó arrogante  
 La humilde sencillez griega y latina.  
 Dió á la comedia estilo retumbante,  
 Figurado, sutil ó tenebroso,  
 De la debida propiedad distante.  
 Halló en la escena el valgo clamoroso  
 Pintadas y esplendidas las sotecas  
 A que le facilitan su vivir vicioso.  
 Y en vez de dar un freno á sus pasiones  
 En la encefalosa de verdades puras,  
 Mezcladas entre honestas invenciones,  
 Oye solo mentiras y locuras,  
 Celebra y paga escarajos descañados,  
 Y de juicio y moral se queda á oscuras.  
 ¡Qué es ver saltar entre hacinados muertos,  
 Hecha la escena campo de batalla,  
 A un paladin, encerrando torres!  
 ¡Qué es ver, cubierta de loriga y maila,  
 Blandir el asta á una mujer guerrera,  
 Y hacer estragos en la infeliz canalía!  
 A cada instante hay duelos y quimeras,  
 Sueños terribles que se van cumplidos,  
 Fatídico papel, fantasma feroz,  
 Desafuertes princesas, aturdidos  
 Enamorados, rumba, galanteo,  
 Jardín, escoba y celos repetidos;  
 Esclava fét, amante en el empleo  
 De enredar una trama delirante,

(\*) Querreda.

Feliz aquel que en tinea mediana,  
Ambos extremos evitando, abraza  
Ignorada quietud. Ni el bien ajeno  
Su paz turbó, ni de insolente orgullo  
Las iras teme, ni el favor procura:  
Suenan en su labio la verdad, detesta  
Al vicio, aunque del orbe el cetro empuñe,  
Y envilecida multitud le adora.  
Libre, inocente, oscuro, alegre vive,  
A nadie superior, de nadie esclavo.  
Pero ¿cual frenesí la mente ocupa  
Del hombre, y llena su existencia breve  
De angustias y dolor? Tú, si en las horas  
De largo estudio el corazón humano  
Supiste conocer, ó en los famosos  
Palacios donde la opulencia habita,  
La astucia y corrupcion, ¿hallaste alguno  
De los que el aura del favor sustentan,  
Y martiriza aspera sed de imperio,  
Que un placer guste, que una vez descanse?  
¿Y cómo burla su esperanza, y postra  
La suerte su ambición! Los sube en alto,  
Para que al suelo con mayor ruina  
Se precipiten. Como en noche oscura  
Centella artificial los aires rompe,  
La plebe admira el esplendor mentido  
De su rápida luz: retumba y muere.  
¿Ves, adornado con diamantes y oro,  
De vestiduras séricas cubierto,  
Y púrpuras del sur que arrastra y pisa,  
Al poderoso audaz? ¡La numerosa  
Turba no ves, que le saluda humilde,  
Ocupando los pórticos sonoros  
De la fábrica inmensa, que olvidado  
De morir, ya decrepito levanta?  
¡Ay! no le envidies, que en su pecho anidan  
Tristes afanes. La brillante pompa,  
Esclavitud magnífica, los humos  
De adulacion servil, las militares  
Puntas que en torno á defenderle asisten,  
Ni los tesoros que avariento oculta,  
Ni cien provincias á su ley sujetas,  
Alivio le daran. Y en vano al sueño  
Invoca en pavorosa y luenga noche;  
Busca reposo en vano, y por las alturas  
Bóvedas de marfil vuela el suspiro.  
¡Oh tú, del Arias vagaroso humilde  
Orilla, rica de la mies de Cérceas,  
De pámpanos y olivos! ¡Verde prado,  
Que pasta mudo el ganadillo errante,  
Aspero monte, opaca selva y fría!  
¿Cuándo será que habitador dichoso  
De cómodo, rural, pequeño albergue,  
Templo de la Amistad y de las Muses,  
Al cielo grato y á los hombres, vea  
En deliciosa paz los años milos  
Volar fugaces? Parca mesa, ameno  
Jardín, de frutos abundante y flores  
Que yo cultivaré, sonoras aguas  
Que de la altura al valle se deslicen,  
Y lentas formen trasparente lago  
A los cisnes de Venua, escondida  
Gruta de musgo y de laurel cubierta,  
Aves canoras, revolando alegres  
Y libres como yo, rumor suave  
Que en torno zumbe del panal hibleo,  
Y leves auras espirando olores:  
Esto á mi corazón le basta... Y cuando  
Llegue el silencio de la noche eterna,  
Descansaré, sombra feliz, si algunas  
Lágrimas tristes mi sepulcro bañan.

## II. A don Gaspar de Jovellanos (3).

Si: la pura amistad, que en dulces unido  
Nuestras almas unió, durable existe,  
Jovino ilustre; y ni la ausencia larga,  
Ni la distancia, ni interpuestos montes  
Y proceloso mar que suena ronco,  
De mi memoria apartarán tu idea.

Duro silencio á mi cariño impone  
El son de Marte, que suspende ahora  
La paz, la daños paz. Sé que en oscura,  
Deliciosa quietud, contento vives,  
Siempre animado de incansable celo  
Por el público bien, de las virtudes  
Y del talento protector y amigo.

Estos que formo de primer desuados,  
No castigados de tu docta lima,  
Fáciles vensos, la verdad te asuncion  
De mi constante fe; y el cielo en tante  
Vudivams presto la ocasión de verte  
Y renovar en familiar discurso  
Cuanto á mi vista presentó del orbe  
La varia escena. De mi patria orilla  
A las que el Bona turbulento había,

Coal nunca de alguno non fueron habidos,  
Siquier home bueno, siquier principal.

E ved de cuál arte ser quito pensó  
El rey, que sesudo catara sus fechos:  
Ayúntale dende con nudos estrechos  
Al mesmo avolorio de donde nasció;  
E luego é de sí voceros mandó  
Que cedo a la rica Toledo se vayan,  
E aquesa manceba garrida le trayan,  
Fija del infante que Dios perdonó.

La flor de lindeza, donaire é mesura  
En ella se adunan, la bien pareciente:  
De rojos corales su boca riente,  
Sobrando á la nieve su tez en albura,  
La luz de sus ojos espléndida é pura,  
La voz falagosa, gentil su ademán:  
Florinda, la causa del nuevo desmán,  
Non ovo tal gesto, nin tal apostura.

¡Oh! vivan entramos en placida union,  
No nunca empecada de fado siniestro,  
Seyendo en el siglo criminoso nuestro  
De virtud ecelsa dechado y blason:  
La fama, do quiera, con alto pregon,  
Su prole ventura perinclita cante,  
E aquisten ilustre memoria durante  
Su nome, sus fechos, su clara nacion.

#### VII. A un ministro, sobre la utilidad de la historia.

Ya el invierno, de nubes coronado,  
Detuvo en hielos su corriente al rio:  
Brama el Bóreas. Felices  
Campos, adios; y tú, valle sombrío,  
A los placeres del amor sagrado  
Venus hoy te abandona y los amores,  
Y el sol, cercano al capricoruiro frío,  
De la noche los términos dilata.

No toleremos, no, que voladora  
Así pase la edad, si los mejores  
Instantes que arrebatá  
Negamos del estudio á las tareas.  
Por él, mi dulce amigo,  
La razon conducida  
Recibe del saber altas ideas.

En la carrera incierta de la vida  
Dirigir puede al hombre, y enemigo  
Del ocio torpe y la ignorancia oscura,  
O le presta consuelo  
En la adversa ocasion, ó le asegura  
El favor de la suerte:

Justa obediencia, y justo imperio enseña.

Si á ti benigno el cielo

Miró al nacer y hoy colma de favores,  
Pues no á las letras proteger desdeña  
Tu mano generosa,

Ellas su auxilio deben ofrecerte.

Que no siempre de flores

La senda peligrosa

De la fortuna encontrarás cubierta;

Ni el timon abandona el marinero,

Por mas que el viento igual, propicio espire.

Docta la historia ejemplo verdadero

A tu razon presente,

De lo que habrá de ser, en lo que ha sido.

Mira en ella los pueblos mas famosos

Que redimen sus fastos del olvido,

Si políticos ya, si belicosos

A tanta gloria, á tal poder llegaron;

Si en ellos se admiraron

Justicia, humanidad, costumbres puras;

Si fué de la virtud asilo el trono;

Si la ignorancia, las venganzas duras,

El ocio corruptor, el abandono,

Dieron causa á su estrago.

Ya no existis, naciones poderosas;

Vuestra gloria acabo. Tiro opulenta,

Persépolis, y tú, fiera Cartago,

Enemiga del pueblo de Quirino,

Ya no existis. Dudoso el caminante

En horrible desierto

Os busca, y el bramido

De las fieras le aparta. La corriente

Sigue al Eufrates que tronando suena,

Y el lugar desconoce

Donde la asiria Babilonia estuvo.

Que al héroe macedon miró triunfante,

Hoy cenagosos lagos, corrompido

Vapor, caliente arena,

Aspera selva, inculca, engendradora

De monstruos ponzoñosos,

Encuentra solo; y la ciudad que pudo

Del vencedor romano

El yugo sacudir, Palmira ilustre,

Yace desierta ahora;

Sus arcos y obeliscos suntuosos

Montes son ya de trastornadas piedras,

Sus muros son ruinas.

Hundió del tiempo la invisible mano

Entre arbustos estériles y hiedras

Los pórticos del foro

En columnas de Paro sostenidos,

Basas robustas y techumbres de oro,

Donde el arte espresó formas divinas...

Memorias de dolor! Allí apacienta

Su ganado el zagal, y absorto admira

Cómo repite el eco sus acentos,

Por las concavidades retumbando.

De tal desolacion la causa mira,

No tanto en los opuestos elementos

Embravecidos, cuando

Al austro oscuro el aquilon compete,

Y Jove en alto carro conducido

Fulmina a los alcazares centellas;

O cuando en las cavernas oprimido

Del centro de la tierra el fuego brama

Con rumor espantoso,

Y en su reventazon muda los montes,

Ciudades arruina,

Hierve el mar proceloso,

Y arde en sus ondas la violenta llama.

Que el hombre, el hombre mismo,

Si á la maldad declina,

Desconociendo términos, escude

A las iras del cielo y del abismo.

Triunfó insolente la impiedad, faltaron

Las leyes, el pudor, y los robustos

Imperios de la tierra

Debilitó cobarde tiranía.

Las delicias funestas enervaron

El amor de la patria, el ardimiento,

La disciplina militar, y el dia

Llegó terrible de discordia y guerra,

Que al orgullo mortal previno el hado

Para ejemplo á los siglos espantoso.

Y como desatado

Suele el torrente de la yerta cumbre

Bajar al valle, y resonando lleva,

Roto el margen con impetu violento,

Arboles, chozas y peñascos duros,

Rapido quebrantando y espumoso

De los puentes la grave pesadumbre,

Y la riqueza de los campos quita,

Y soberbio en el mar se precipita;

Así barbaras gentes, descendiendo

Del norte helado en multitud iomensa

Contra la invicta Roma, estrago horrendo.

Muerte y esclavitud la destinaron,

Y al orbe que oprimió dieron venganza.

Así en edad distinta,

Osado el trace, sin hallar defensa,

Escediendo el suceso á la esperanza,

Trastornó los imperios del Oriente,

El trono de los Césares, la augusta

Ciudad de Constantino.

Grecia humilló su frente;

El Araxes y el Tigris proceloso,

Con el Jordan divino

Que al mar niega el tributo,

Las Arabias y Egipto fabuloso,

En servidumbre dura

Cayeron y opresion. Gimio vencida

La tierra que llenó de espanto y luto

Amigos tengo, y con ajenas plumas  
Me presentara intrépido y soberbio,  
Y la alquilada erudición pudiera  
Valerme aplauso entre la plebe osada  
De los pedantes, cuya ciencia es solo  
Mentir doctrina, aparentar estudios.

Nunca, señor, de la impostura el arte  
Supe adquirir. Mucho talento anuncia,  
Mucha constancia y dirección prudente,  
El acercarse de Minerva al templo.  
La vida es breve; el límite se ignora  
Que debió a su hacedor la siempre varia  
Robusta en producir naturaleza.  
Las artes que la imitan, aspirando  
A conseguir la perfección, desisten  
A su vista confusas y cobardes  
Del atrevido intento. Un primor solo,  
Una sola verdad a sus alumnos  
Cuesta prolijo afán, y aquel que logra  
Adelantarse en la difícil vía  
A los que siguen con incierta planta  
El mismo generoso intento, adquiere  
Rustre honor que en las edades vive.  
Sabio le llama el mundo, porque en una  
Ciencia alcanzó lo que anhelaron muchos.  
No porque en ella al término llegase,  
Que inaccesible de los hombres buye.  
Solo el pedante vocinglero, hinchado  
De vanidad y ponzonosa envidia,  
Todo lo sabe. En el café gobierna  
Los imperios del orbe, y mientras bebe  
Diez copas de licor, sorprende, asalta,  
Gana de Gibraltar el puerto y muro.  
Consultadle, señor, vereis qué pronto  
Cubriendo el mar de naves españolas,  
Sin fatiga, sin gasto, a Irlanda ocupa,  
Y los tesoros de Jamaica os pone  
En la calle Mayor. ¿Queréis oírle  
Por tres horas no mas? Latín, tedesco,  
Arabe, griego, mejicano y chino,  
Cuantos idiomas hay, cuantos pudiera  
Haber, los sabe. Erudición, historia,  
Nautica, esgrima, metalurgia y leyes:  
En todo es superior, único y solo.  
Poco estima a Mozart; nota con ceño  
Que Cimarosa en tal ó tal motivo  
No estuvo muy feliz. Habla y decide  
En materia de escorzos y contrastes,  
Tonos de luz, degradación de tintas,  
Pliegues y grupos. Convulsión padece  
Con el silabizar de Garcilaso,  
¡Tan delicado timpano es el suyo!  
Las faltas ve de propiedad y estilo  
En que se destrozó la mal tajada  
Péñola de Cervantes... Vive, insigne  
Honor y gloria de la edad presente,  
Para instrucción común; esplendorosa  
Lámpara, no te apagues. Yo, que admiro  
La vasta enciclopédica doctrina  
Que ostentas en banquetes clamorosos,  
No te la sé envidiar, y al consigo  
Que alguna vez mi rudo verso escuche  
Aquel que alivia el grave peso a Carlos  
En la dominación de tanto imperio,  
A mas no aspira mi talento humilde.

E voses faciendo que luego dirá  
Gravedosa entorña por modo velli;  
Serán de Castilla allí eras é villi  
Membranza placente que non finirá.

E tanto merces fatigos é amor  
Aquel que alegroso nos dió bendiciones,  
E al comun conorte la mucha asistencia,  
Ovo de don Carlos, el moço señor.  
«Sepades, le dió, buen alcázarador,  
Que en todo el mi reyno vos fago imperante;  
A tal que del sceptro dorado, pesante,  
La grave fadiga semeje menor.

Cated que mis fijos demandan de mi  
De ser aducidos en tanta equidad;  
A non acutillos las mientes parades;  
En algos aboquen é pan otrosí;  
E quando mis tierras (que tal non creí)  
Mesnadas de aliente oscuras corrier,  
Faced á los mijs punar é vencer,  
Ca siempre ganados de fin los vi.

E ved non fallenon á tal ocasión  
Lorigas, pavese é todo lo at,  
E mucho trotare ardido é leal  
De los mas preciados que en Córdoba son,  
E fustas con luego serrado espelon,  
Guardadas de tiros que lancen peñotas;  
Non cuide avitaraque, mandando sus flotas  
Al mismo endero la oscura Albiton.

E guay, non aduzga matorras la paz  
Al valor nado d'antigos placentes,  
Nin seyan sofridos los vnos saberes  
Que al mundo mançillas le dieran vnos.  
Alli do pregoun oiganza é solas,  
Alli rudo valgo é sandio declina,  
Díviaga saboso, virtud abonzina;  
Que tanto en el vale locueta staga.

Empero non yaga de error circuido;  
La ciencia le amuestre su puro claror,  
Non cure atriado ventura mayor,  
En buen regimiento guardado é puido:  
Así el caballero rundo lucido,  
Aoncia ó dotiene la alhaja que monta,  
E parte, al agudo estímulo pronto,  
O párase dócil el freno sentido.

#### VI. Al mismo, en lenguaje y verso antiguo (3).

A vos, el apuesto compido garçon,  
Asmándovos grato la péñola mia,  
Vos faz omildosa la su cortesia  
Con metros polidos vulgares en son;  
Ca non era suyo latino sermón  
Trovar, é con ese dectivos loores:  
Calonges é prestes, que son sabidores,  
La parla vos fablen de Tullio y Maron.  
Por ende, si tanto la suerte me da,  
Magüer que vos diga roman paladino,  
Fiducia me viene que finia é vecino  
La gen acuciosa mi carta verd:

De la doblez, los hielos del olvido,  
Que la alma fuente del sentir cegaron?  
Ilème en fin junto á tí, que ya te tiendo  
Un brazo de salud. ¡Ay! no disociés  
A la fiel confianza de tu frente.  
Con el destino escuda la dureza,  
Y flecha tu interior con las memorias.  
No el discolo interés, soplando estéril,  
Impida de tu pecho al golfo umbrío  
Que en claridad lumbrosa se desnuble.  
» El hombre es solo quien guarnece al hombre,  
Mi buen Andrés. No marques en oprobio  
Tu vivir breve; al sexual cariño  
El brutal apetito rinda el cetro,  
Y cubre con tu mano tu deshonra,  
Que en cuanto vieres navegar los astros,  
Verás, ¡ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay! que es llanto el gozo;  
Que las pasiones para siempre yacen,  
Yacen, sí, yacen; á la tumba lleva  
El frío del no ser; entre horfandades  
Pasea en espectáculo profundo  
La muerte el carro, y propiciar no puede  
Mas al mortal que suspirar deseos.»  
¿Me has entendido, Andrés? Si reconoces  
Que de tan inhumana jerigonza  
Nada se entiende, y te quedaste á oscuras,  
Quema tus libros y renuncia al pacto,  
Y hasta que aprecies el hablar castizo  
De tus abuelos, solteron te queda;  
Y que doña Gregoria determine  
Lo que la esté mejor. Si mi discurso  
Enfático-dogmático-trifauce  
Te ha parecido bien, y en él admiras  
Repetido el primor de tus modelos,  
No te detengas: cástate esta noche,  
Y larga sucesión te den las Furias.

### IX. A Claudio.

#### El filsofastro.

Ayer don Ermeguncio, aquel pedante,  
Locuaz declamador, á verme vino  
En punto de las diez. Si de él te acuerdas,  
Sabras que no tan solo es importuno,  
Presumido, embrollon, sino que á tantas  
Gracias añade la de ser goloso,  
Mas que el perro de Filis. No te puedo  
Decir con cuántas indirectas frases,  
Y tropos elegantes y floridos,  
Me pidió de almorzar. Cedi al encanto  
De su elocuencia, y vieras conducida,  
Del rústico gallego que me sirve,  
Ancha bandeja con tazón chinisco  
Rebosando de hirviendo chocolate  
(A tres pajes hambrientos y golosos  
Racion cumplida), y en cristal luciente  
Agua que serenó barro de Andújar;  
Tierno y sabroso pan, mucha abundancia  
De leves tortas y bizcochos duros,  
Que toda absorben la pocion suave  
De Soconusco, y su dureza pierden.  
No con tanto placer el lobo hambriento  
Mira la enferma res que en solitario  
Bosque perdió el pastor, como el ayuno  
Huesped el don que le presento opimo.

Antes de comenzar el gran destrozo,  
Altos elogios hizo del fragante  
Aroma que la taza despedía,  
Del esponjoso pan, de los dorados  
Bollos, del plato, del mantel, del agua;  
Y empieza á devorar. Mas no presumas  
Que por eso calló: diserta y come,  
Eugulie y grita, fatigando á un tiempo  
Estómago y pulmon. ¡Qué cosas dijo!  
¡Cuánta doctrina acumuló, citando,  
Vengan al caso ó no, godos y etruscos!  
Al fin en ronca voz: « ¡Oh edad nefanda!  
¡Vicios abominables! ¡Oh costumbres!  
¡Oh corrupcion! » esclama; y de canino  
Dos tortas se tragó. « ¡Que á tanto llegue

Nuestra depravacion, y un placer solo  
Tantos afanes y dolor produzca  
A la oprimida humanidad! Por este  
Sorbo llenamos de miseria y luto  
La América infeliz; por él Europa,  
La culta Europa en el Oriente usurpa  
Vastas regiones, porque puso en ellas  
Naturaleza el cinamomo ardiente;  
Y para que mas grato el gusto adule  
Este licor, en duros eslabones  
Hace gemir al atezado pueblo,  
Que en África compró, simple y desnudo.  
¡Oh, qué abominacion! » Dijo; y llorano  
Lágrimas de dolor, se echó de un golpe  
Cuanto en el hondo canjilon queraba.

Claudio, si tú no lloras, pues la risa  
Llanto causa también, de marmol eres;  
Que es mucha erudicion, celo muy puro,  
Mucho prurito de censura estóica  
El de mi huésped; y este celo, y esta  
Comezon docta, es general locura  
Del filsofador siglo presente.  
Mas difíciles somos y atrevidos  
Que nuestros padres, mas innovadores,  
Pero mejores no. Mucha doctrina,  
Poca virtud. No hay picaron tramposos,  
Venal, entremetido, disoluto,  
Infame delator, amigo falso,  
Que ya no ejerza autoridad censoria  
En la Puerta del Sol, y allí gobierne  
Los estados del mundo, las costumbres,  
Los ritos y las leyes mude y quite.  
Prócuro, que se viste y calza y come  
De calumniar y de mentir, publica  
Centones de moral. Nevio, que puso  
Pleito á su madre y la encerró por loca,  
Dice que ya la autoridad paterna  
Ni apoyos tiene ni vigor, y nace  
La corrupcion de aquí. Zenon, que trata  
De no pagar á su pupila el dote,  
Habiéndola comido el patrimonio  
Que en su mano rapaz la ley le entrega,  
Dice que no hay justicia, y se condace  
De que la probidad es nombre vano.  
Rufo, que vendió por precio infame  
Las gracias de su esposa, solicita  
Una insignia de honor. Camilo apunta  
Cien onzas, mil, á la mayor de espadas,  
En ilustres garitos disipando  
La sangre de sus pueblos infelices;  
Y habla de patriotismo... Claudio, todos  
Predican ya virtud como el hambriento  
Don Ermeguncio cuando sorbe y llora...  
Dichoso aquel que la practica y calla.

### ODAS.

#### I. A la Virgen nuestra Señora, con motivo de la ficular celebrada en Lendinara (estado venecia año de 1795 (3)).

Ya los felices campos que corona  
Profundo el Pó, y el Atesia fecunda,  
Oigo sonar con voces de alegría  
Que repiten los ecos.

Llena de pueblo, Lendinara humilde,  
Hoy los altares religiosos adorna  
De la tierna Doncella, á cuya planta  
Yace el dragon temido.

Mármoles y oro que su templo visten  
Fúlgidos brillan, y á los corvos techos,  
Que el pincel abultó de formas bellas,  
Sube el incienso en humo.

Al venerado simulacro en torno  
Votos ofrecen: dulce melodía  
Hiere los aires, y en acordes himnos  
Alto Númen adoran.

Madre piadosa, que el lamento humano

Calma, y el brazo vengador suspende,  
Cuando el castigo se levanta y tiembla  
De su amago el Olimpo;

Ella su pueblo cariñosa guarda:  
Ella disipa los acerbos males  
Que al mundo cercan, y á su imperio prontos  
Los elementos ceden.

Basta su voz á conturbar los senos  
Donde cercado de tiniebla eterna  
Reina el tirano aborrecido, origen  
De la primera culpa.

Basta su voz a serenar del hondo  
Mar, que los vientos rapidos agitar,  
Las crespas olas, y romper las nubes  
Donde retumba el trueno.

O ya la tierra con rumor confuso  
Suenen, y el fuego que su centro oculta  
Haga los montes vacilar, cayendo

Los alczares altos;  
O ya, sus alas sacudiendo negras,  
El austro aliento venenoso esparza,  
Y a las naciones populosas lleve  
Desolacion horrible;

Ella invocada, de el sublime asiento  
Desde donde a sus piés ve las estrellas,  
Quietud impone al mundo, y los estragos  
Cesan, y huye la muerte.

¡Oh! celebradla; y el dichoso día,  
Que nos detuvo perezoso el tiempo,  
De fe, de gratitud, ejemplo sea  
A los futuros siglos.

Y si no es dado que mi lengua alterne  
En ritmo ausonio y sus elogios cante,  
Ella comprende, aunque de voz carezca,  
El idioma del alma.

Si: tú me inspiras, y en amor divino  
Arda por tí mi corazon, y anhele  
Solo adorarte, como los eternos  
Espiritus te adoran:

Que nada estorba para serte grato,  
Virgen hermosa, que en hispano verso  
Rudo, sin arte, humilde te celebre  
Si religion le dicta.

En él te invoca de esperanza llena  
Mi madre España, que a tu culto santo,  
Hasta el vencido antipoda remoto  
Aras dedica y templos.

## II. A la muerte de Carlos III, y advenimiento de Carlos IV al trono.

Robó con dura mano  
La parca el alto honor del patrio suelo,  
Y su espacio llenó de asombro y pena;  
Y al golpe aborta, procurando en vano  
A su afliccion consuelo,  
La madre España con la faz llorosa,  
Palida y triste, la region serena  
Y el mar turbó con lúgubre gemido,  
De el Africa arenosa  
Al cántabro feroz nunca vencido.

Parténope su llanto  
Acompañó con ecos funerales,  
Que oyó doliente la ciudad de Flora.  
Atrás volvió sus ondas con espanto  
El Tajo, y los reales  
Alcazares huyó de la opulenta  
Corte de Luso, y turbulento ahora  
Ve por los anchos términos que baña  
Cuánto, ¡oh muerte violenta!  
Cuanto quitaste á la infeliz España.

Pero el cielo concede  
Límite á su dolor, que nunca pudo  
Al linaje mortal durar eterno  
El lloro ni el placer. Así sucede  
Al diciembre desnudo  
La estacion bella que el abril repite;  
Y el valle que cubrió rígido invierno  
De nieve y hielos, produciendo flores,  
Nuevo placer permite  
A la madre de amor y á los amores.

Huyó con rauda vuelo  
De Carlos el espíritu dichoso  
Adonde se ciñó mejor corona.  
Númen es tutelar que desde el cielo  
Asiste poderoso

A la nacion. Ni pudo con su vida  
Su favor acabar: no la abandona,  
Vive á la tierra, y de su imperio justo  
La gloria repetida  
Verá, reinando el heredero agosto.

Si: que alumno constante  
Del arte de reinar, oyó á su lado  
Dictar al mundo las sagradas leyes  
Que adora y cumple, y vió por él triunfante  
La patria, y humillado  
El vicio y el error. Que así se alcanza  
Honor digno y sublime entre los reyes.  
No hay gloria sin virtud. El abandono,  
La impiedad, la venganza,  
Tal vez convierten en afrenta el trono.

Tal vez la incorruptible  
Posteridad con brazo prepotente  
Los ídolos trastorna que adoraba  
Sacrilego el temor, y aborrecible  
Vuela de gente en gente  
La memoria de un príncipe tirano.  
Irrita al cielo, y su poder se acaba,  
No la abominacion de sus acciones,  
Que vive el inhumano  
Para ejemplo y horror de las naciones.

No así tú, que has sabido  
Imitar las virtudes gloriosas  
De un padre ilustre. ¡Oh Carlos! ¡Cuánto espera  
De tí la patria! ¡Oh! ¡cuánto ha concedido  
Con manos generosas  
El cielo á tu nacion! Ya se engrandece  
Por tí, tu nombre aplaude y te venera,  
Y alzando los pendones de Castilla,  
Hoy el cetro te ofrece

De un mundo y otro, que á tu pié se humilla.  
El cetro que heredaste  
Le mereces también. La paz festiva  
Entre las ciencias y las artes bellas,  
Que desde tu niñez remuneraste,  
Ciñe de verde oliva  
Tu diadema real. Edad dichosa  
Darás al mundo, si prosperan ellas:  
Que la ignorancia torpe en vituperio  
Y ruina lastimosa  
Muda la pompa del mayor imperio.

No, no acerques la planta  
Al solio de mi rey, abominados  
Monstruos que el vicio de las cortes cria:  
Calumnia atroz que la inocencia santa  
Pisas, y á los malvados  
Indignos de vivir, de honores llenas;  
Fanatismo cruel, licencia impia;  
Y tú, nacida para oprobio eterno  
Del orbe que envenenas,  
Pérfida adulacion, huye al averno.

Huye, que la justicia,  
La prudencia, el valor apoyo ofrecen  
Y larga duracion al cetro hispano.  
Ya del nuevo esplendor fueron primicia  
Acciones que merecen  
Alabanza inmortal; y... ¡oh! nunca osada  
La discordia vertiendo de su mano  
Escándalos, horror, luto á la tierra,  
De víboras crinada,  
Las puertas rompa al templo de la guerra.

Que el estruendo espantoso  
De Mavorte, y las trágicas victorias  
En los escesos del furor violentos  
Gratos no son á un animo piadoso.  
A mas ilustres glorias  
Aspira, ¡oh Carlos! Mas si acaso intentan,  
Violando los sagrados juramentos,  
Enemigas potencias ofenderte,  
Fulmina el rayo, y aleutan  
Juntos amago y golpe, y ruina y muerte.  
Que así verás temido  
Tu nombre escelsa. La malicia humana



Tal escarmiento á sus violencias pide.  
Y depuesto el rigor, y engrandecido  
De la corona hispana  
El honor y el poder, si al mundo hicieres  
Que el hijo de la guerra te apellide,  
Haz que después benéfico te vea  
Cuando á tu reino dieres  
El aureo siglo de Saturno y Rea.  
; Oh, cuanto el dios de Cinto  
Me inspira! ; Oh, cuánto su furor me inflama!  
Ya de los años el girar futuro  
A mi vista pasó. Miro distinto  
Del templo de la Fama  
El alto techo y arquitrabes de oro,  
Que en cien columnas de diamante duro  
Cargan, y escucho el gran rumor, suspenso  
Que el cóncavo sonoro  
Vuelve, temblando el edificio inmenso.

Allí tu nombre suena,  
Allí abultada en mármoles se ofrece  
La serie de los inclitos varones,  
Cuya fama inmortal dos mundos llena.  
Sacro laurel guarnece  
Las lises de Borbon, las quinas santas,  
El águila imperial y tus leones;  
Y viendo allí entre todas eminente  
Tu imagen, á sus plantas  
Me postro humilde en pasmo reverente.  
Y aquella te acompaña  
Alta deidad, que en su feliz ribera  
Vió nacer el Eridano sonante  
A ser delicias de tu dulce España,  
Que en ella considera  
El don mayor que ha merecido al cielo.  
; Oh! ; cómo la bondad en su semblante  
Muestra y el claro ingenio peregrino,  
Blason de nuestro suelo,  
Y esfuerzo acaso del poder divino!

Festiva la rodea  
Su prole hermosa, y suenan los acentos  
Del pequeñuelo Carlos y Fernando:  
Fernando, en cuya vida el cielo emplea  
Repetidos portentos,  
Porque ha de ser en los futuros días  
De Hesperia honor, las prendas imitando  
De los suyos... ; Oh Dios omnipotente!  
Que tantas alegrías  
Permites hoy á la española gente!  
; Oh, señor! si á tu oído  
El ruego humano es grato, si piadoso  
Miras á la nación que fiel te adora,  
Carlos viva feliz, y su estendido  
Imperio haga dichoso  
Emulo de tal padre y tal maestro.  
Viva de tanto bien merecedora  
La Augusta, y aplaudir su nombre vea,  
Mientras el orbe nuestro  
En torno gire de la luz febea.

Mas ya el rumor se estiende,  
Y el júbilo comun por todas partes  
El suspirado instante nos avisa;  
El son de Marte las esferas hiende:  
A Carlos y Luisa  
Madrid aclama, tremolando al viento  
Por su nuevo señor los estandartes,  
Y ya empuñando su clarín canoro  
Con presto movimiento  
La fama dilató las plumas de oro.  
Vos, ciñendo de flores  
La docta frente y de laurel divino,  
Pulsad la acorde cítara, poetas,  
Y divulgad al mundo sus loores.  
Pues si el hado previno  
Honor durable al metro numeroso,  
Que ; oh tiempo raudal en tu furor respetas,  
Si el vuestro ensalza de mi rey la gloria,  
Nunca mas venturoso  
Objeto tuvo el verso ni la historia.  
; Oh, si mi voz pudiera  
Al asunto bastar! ; Oh, si mi canto  
Fuese tal como es grande mi deseo!  
Yo al son del plectro conmovier hiciera

Los reinos del espanto,  
Y del arbor fúidico encendido  
Que ya en mi mente derramó Timbreo,  
Prosperidad al orbe anunciaria,  
Y el sármata aterido  
Y el numida feroz me escucharia.  
Mas no, mi dulce musa,  
No te enajene el atrevido intento;  
Que no es dado á la ronca humilde lira,  
Entre el aplauso popular confusa,  
Alzar al firmamento  
Con digno estilo y elocuente pompa  
Los semidioses que la tierra admira.  
Otro los cante, y de la heróica Clio  
Suenen á su voz la trompa,  
Que no es tan grande atrevimiento el mio.

### III. A la memoria de don Nicolas Fernandez de Nori

Flumisbo, el celebrado  
Cantor de Termodonte,  
Por quien grato á las musas  
Fué de Doris el nombre,  
Ya las sombras habita  
De los elisios bosques:  
Llora, Venus hermosa,  
Llorad, dulces amores.  
Suelta la crencia de oro  
Que el viento-descompone,  
La rica vestidura  
Desceñida sin órden,  
Erato, que suave  
Le colmó de favores,  
Sobre la tumba fria  
Hoy se reclina inmóvil.  
Del seno de su madre  
El niño de los dioses  
Batió veloz las alas,  
Fugitivo se esconde.  
Deshecho el arco inútil,  
La venda alirado rompe:  
Ardió la corva aljaba  
Y duros pasadores.  
Es fama que en la selva,  
Por donde lento corre  
El Arias, coronado  
De olivo, hiedra y flores,  
Sonó lamento ronco  
De mal formadas voces,  
Que en ecos repitieron  
Las grutas de los montes.  
Ninfas, la queja es vana.  
Si dió la parca el golpe:  
Ni vuelve lo que usurpa  
El avaro Acqueronte.  
Alzad un monumento  
Con mirtos de Dione,  
Ornado de laureles,  
Guirnalda y festones,  
Entrelazando en ellos  
La trompa de Mavorte  
Y la cítara dulce  
Del teyo Anacreonte,  
Las coronas de Clio,  
De Amor venda y arpones,  
Y las aves de Venus  
El obelisco adornen.  
Que si al asunto digno  
Mi verso corresponde,  
Si da lugar el llanto  
A números acordes,  
De la region que tiene  
Por su cenit al norte,  
A la que esterilizan  
Rayos abrasadores,  
Flumisbo en la memoria  
Durará de los hombres,  
Sin que fugaz el tiempo  
Su duracion estorbe.

## IV. A don Gaspar de Jovellanos (7).

Id en las alas del raudó céfiro,  
 Humildes versos, de las floridas  
 Vegas que diáfano fecunda el Arlas,  
 Adonde lento mi patrio río  
 Ve los alcázares de Mantua escelsa.  
 Id, y al ilustre Jovino, tanto  
 De vos amigo, caro á las musas.  
 Para mi siempre nûmen benévolo,  
 Id, rudos versos, y veneradle,  
 Que nunca, ó rapidas las horas vuelen,  
 O en larga ausencia viva remoto,  
 Olvida meritos suyos Inarco.  
 No, que mil veces su nombre presta  
 Voz á mi cítara, materia al verso,  
 Y al nûmen tímido llama celeste.  
 Yo le celebro, y al son armónico  
 Toda enmudece la selva umbría,  
 Por donde el Tajo plácidas ondas  
 Vierte, del árbol sacro á Minerva  
 La sien ceñida, flores y pampanos.  
 Tal vez sus ninfas, girando en torno,  
 Sonora espuma candida rompen,  
 Del cuello apartan las hebras húmidas,  
 Y el pecho alzando de formas bellas,  
 Conmigo al inclito varon aplauden,  
 Dando á los aires coros alegres,  
 Que el eco en grutas repite cóncavas.

## V. A los colegiales de San Clemente de Bolonia.

¿Por qué con falsa risa  
 Me preguntais, amigos,  
 El número de lustros que cumplí?  
 ¿Y en la duda indecisa,  
 Cítai para testigos  
 Los que huyeron aprisa  
 Crespos cabellos que en mi frente ví?  
 Pues no los años fueron  
 Los que con mano dura  
 Me los llevaron, ni doliente ardor;  
 Parte al afán cedieron  
 Que el estudio procura,  
 Parte despojos dieron  
 A tus victorias, ceguezuelo amor.  
 ¿Veis que en mi rostro imprima  
 El tiempo sus pisadas,  
 La lengua turbe, ó debilite el pié?  
 ¿Veis que mi espalda oprima?  
 ¿O de brillar cansadas,  
 La actividad reprima  
 De entrambas luces con que siempre hablé?  
 Pues si el ardiente brio,  
 Que la edad deteriora  
 Con su fuga veloz existe en mí,  
 ¿No es vano desvario  
 Vuestra demanda ahora?  
 Si alegre canto y río,  
 Soy jóven fuerte, como jóven fui.  
 Lo soy, y vigoroso  
 Siento que late y vive  
 Propenso a la virtud mi corazón;  
 Y en placer delicioso  
 Afectos mil recibe:  
 Movimiento dichoso  
 Del alma, si lo temple la razon.  
 Tal vez Febo me envía  
 Entusiasmo divino,  
 Que á la helada vejez repugna dar;  
 Y la nueva armonía  
 De idioma peregrino,  
 Las navades, que cria  
 El Reno humilde, salen á escuchar.  
 Seguidme, y al umbroso  
 Bosque mansion de Flora,  
 Que el templo cerca del Amor, venid.  
 Dadme, dadme oloroso  
 Incienso y la sonora  
 Cítara, y de frondoso  
 Mirto mis sienas candidas ceñid.

Mancebos y doncellas  
 Cantan el himno sacro,  
 Y la pompa solemne comenzó.  
 ¿Veis que llegaron ellas,  
 Y en torno al simulacro  
 Esparcen flores bellas,  
 Y el coro de los jóvenes siguió?  
 Yo con estos unido  
 Presentaré mis dones,  
 Cuando postradas ante el ara estén.  
 Del certero Cupido  
 Sintieron los arpones.....  
 ¡Ay! que en vano he querido  
 Burlar sus tiros, y me hirió también.

## VI. A Nísida.

¿Ves cuán acelerados,  
 Nísida, corren á su fin los días?  
 ¿Y los tiempos pasados,  
 Cuando jóven reías,  
 Ves que no vuelven, y en amar porflas?  
 Huyó la delicada  
 Tez, y el color purísimo de rosa,  
 La voz y la preclada  
 Melena de oro undoso:  
 Todo la edad se lo llevó envidiosa.  
 ¡Ay, Nísida! ¿y procuras  
 Ver á tus piés un amador constante?  
 ¿Y de otras hermosuras  
 El divino semblante  
 Censuras ó desprecias arrogante?  
 En vano es el adorno  
 Artificioso, y la oriental riqueza  
 Que repartida en torno  
 Corona tu cabeza,  
 Si falta juventud, gracia y belleza.  
 Ni digas indignada  
 Que es indomable corazón el mío  
 Do amor no hizo morada,  
 Si á tus halagos frío  
 Del ruego que me causa me desvío.  
 Que Cupidillo ciego,  
 Hijo de Venus, fiero me encadena:  
 Isaura, con el fuego  
 De su vista serena,  
 Todo me abraza en agradable pena.  
 Ni permite que cante  
 Los lauros que Gradivo en sangre baña,  
 América triunfante  
 Con una y otra hazaña,  
 Y el muro de Magon abierto á España.  
 Amor las cuerdas de oro  
 Me dió y el plectro, porque cante en ellas  
 A la que firme adoro  
 Dulcísimas querellas,  
 Su espíritu gentil, sus formas bellas.  
 ¿Qué amable, si el oído  
 Presta suspenso á mi paston doliente!  
 ¿O el beso apetecido  
 Evita brevemente  
 El labio muy hermoso y elocuente!  
 ¡Ay! si benigno un día  
 (Tú lo puedes hacer, madre de amores)  
 Cede la ninfa mia  
 Los últimos favores,  
 Tus aras cubriré de mirto y flores.

## VII. A Rosinda, histrionisa (8).

Cupido no permite  
 Que mi canto celebre  
 Los héroes, que la fama  
 Coronó de laureles.  
 El me inspira dulzuras  
 Y amores inocentes,  
 Olvidando de Marte  
 Los horrores crueles.  
 Tú, hermosa, si á mi verso  
 Agradecida vuelves

Esos ojos, incendio  
De los dioses celestes,  
Premio darás que baste  
A que mi voz se aliente,  
Y á que solo en tu aplauso  
Mi cítara se temple.  
No por tal hermosura,  
En armados bajeles,  
Llevó la Grecia á Troya  
Desolacion y muertes.  
¡Qué mucho que á tu vista  
Rendido se condese  
El corazón, que en vano  
Su libertad defiende?  
Si cuando te presentas  
En años florecientes  
Ante el callado vulgo,  
Que de tu labio pende,  
Con mágico embeleso  
El ánimo mas fuerte,  
O en tu placer se goza,  
O en tu dolor padece.  
Ya la vivaz Talía  
Sus fábulas te preste,  
Cuando el vicio censura  
Con máscaras alegres:  
¡Qué honesta, si declaras  
La pasión que te vence,  
O imaginados celos  
Tu risa desvanece!  
¡Qué airada, qué terrible,  
Cuando en acentos breves  
Al atrevido amante  
Su desatino adviertes!  
La multitud escucha,  
Y absorba duda y teme:  
Que son, aunque fingidos,  
Temidos tus desdenes.  
Mas en el drama triste  
Que dictó Melpoméne  
Todo es angustia y lloro,  
Todo afanes crueles.  
¡Qué espíritu te agita?  
¡Qué deidad te conmueve?  
¡Quién con serenos ojos  
Pudo escucharte y verte?  
Si alguno dudar quiso  
Cuánta ilusión adquieren  
En el ancho teatro  
Ficciones aparentes,  
Oiga tu voz, y mire  
Las lágrimas que viertes,  
Y á tus piés humillado  
Te dirá lo que pueden.  
Vosotros, que inspirados  
De las hermanas nueve,  
Dais á la sien corona  
De hiedras y laureles,  
Si dirigís el paso  
A la cumbre eminente,  
Por la difícil senda  
Perdida tantas veces;  
Si el núnen vuestro aplausos  
Y eternidad pretende,  
Los hechos admirables  
De la patria celebre.  
Trágico verso imite  
Pasiones delincuentes,  
Fortunas infelices  
De naciones y reyes.  
Que si la ninfa bella,  
Por quien el hondo Betis  
En Hispalis soberbio  
Baña su campo fértil,  
Presta su voz, y anima  
Los mudos caracteres,  
Y lo que el arte inspira  
En viva acción lo vuelve,  
Vereis como por ella  
El orbe os engrandece.  
Y la fama poetas  
Os aclama celestes.

Feliz la suerte mia,  
Si merecer pudiese  
Que en sus labios de rosa  
Mis números resonasen.  
Yo viera mis fatigas  
Premiadas dignamente:  
Ni galardón mas alto  
¡Quién pudo merecerle?  
Pero el vendado niño  
Que tirano me vence,  
Me permite que solo  
La adore reverente.  
¡Oh amor! libra mi pecho  
Del afán que padece;  
Ni contra mí tus viras  
Voladoras aprestes.  
Basta que en ella admire  
Las dotes excelentes  
Con que á la patria escena  
Sublima y enriquece,  
Sin que la suma larga  
De sus triunfos aumente,  
Sin que á sus ojos muera,  
Sin que muriendo pene.  
Que si de sus hechizos  
Libertarme pudieses,  
Y el tiro que destinás  
Al flechero le vuelves,  
Por mi sus abanzas  
Serán cantadas siempre,  
En acentos sílves  
De cítara doliente.  
Y cisnes mas sonoros  
Ensalcen y celebren  
Los héroes que la fama  
Coronó de laureles.

#### VIII. Los días.

¡No es completa desgracia,  
Que por ser hoy mis días,  
He de verme sitiado  
De incómodas visitas!  
Cierra la puerta, mono,  
Que sube la vecina,  
Su cuñada y sus yernos  
Por la escalera arriba.  
Pero ¡qué!... No la cierras;  
Si es menester abrirla;  
Si ya vienen chillando  
Doña Tecla y sus hijas.  
El coche que ha parado,  
Segun lo que rechina,  
Es el de don Venancio;  
¡Famoso petardiata!  
¡Oh! ya está aquí don Lucas  
Haciendo cortesías,  
Y don Mauro el abate,  
Opositor á mitras,  
Don Genaro, don Zollo,  
Y doña Basillia;  
Con una lechigada  
De niños y de niñas.  
¡Qué necios cumplimientos!  
¡Qué frases repetidas!  
Al monte de Toros  
Me fuera por no oírlos.  
Ya todos se preparan  
(Y no bastan las sillas)  
A engullirme bizcochos,  
Y dulces y bebidas.  
Llénanse de mujeres  
Comedor y cocina,  
Y de los molinillos  
No cesa la armonía.  
Ellas haciendo dengues  
Allí y aquí pellizcan;  
Todo lo gustan, menos,  
Y todo las fastidia.  
Ellos, los hombronazos,  
Piden á toda prisa

Del rancio de Canarias,  
De Jerez y Montilla.

Una, dos, tres botellas,  
Cinco, nueve se chiflan.  
Pues, señor, ¿hay paciencia  
Para tal picardía?

¿Es esto ser amigos?  
¿Así el amor se espica,  
Dejando mi despena  
Asolada y vacía?

Y en tanto los chiquillos,  
Canalla descreída,  
Me aturden con sus golpes,  
Llantos y chilladiza.

El uno acosa al gato  
Debajo de las sillas;  
El otro se echa á cuestras  
Un canjilon de alufbar;

Y al otro, que jugaba  
Detras de las cortinas,  
Un ojo y las narices  
Le aplastó la varilla.

Ya mi baston les sirve  
De caballito, y brincan;  
Mi peluca y mis guantes  
Al pozo me los tiran.

Mis libros no parecen;  
Que todos me los pillan,  
Y al patio se los llevan  
Para hacer torrecitas.

¡Demonios! Yo que paso  
La solitaria vida,  
En virginal ayuno  
Abstinentemente eremita;

Yo, que del matrimonio  
Renuncié las delicias,  
Por no verme comido  
De tales sabandijas,

¿He de sufrir ahora  
Esta algazara y trisca?  
Vamos, que mi paciencia  
No ha de ser infinita.

Vayanse euhoraniada;  
Salgan todos aprisa,  
Recojan abanicos,  
Sombreros y basquiñas.

Gracias por el obsequio  
Y la cordial visita,  
Gracias; pero no vuelvan  
Jamás a repetirla.

Y pues ya merendaron,  
Que es á lo que venian,  
Si quieren baile, vayan  
Al soto de la Villa.

IX. *Al nuevo plantío que mandó hacer en la alameda  
de Valenciu el mariscal Suchet, año de 1812 (9).*

Ya la feliz ribera  
Del edetano río

A gozar vuelve su beldad primera,  
Y los que devastó furor impio  
De Gradivo sangriento,

Feraces campos gratos á Pomona,  
La amiga paz corona  
Con árboles umbrosos,

Y ya en su nueva pompa bulle el viento.  
¡Oh! ¡prosperen dichosos!

Una edad y otra acrecentar los vea  
Tronco robusto y ramas tembladoras;  
Y cuando el rayo de la luz febea

En las estivas horas  
El aire enciende, asilo den suaves  
Y talamo fecundo

Al coro lisonjero de las aves.  
Amor, el dulce amor, alma del mundo,  
Aquí tendrá su imperio y monarquía,  
Y los pensiles dejara de Gnido,  
La mansion del Olimpo y sus centellas,  
Por gozar atrevido,

En la que va á crecer floresta umbría,  
Los verdes ojos de sus niñas bellas.

¿Quién de sus flechas pudo  
El pecho defender? Aquí el gemido  
Del amador escuchará la hermosa,  
El corazón herido,

Y el labio honesto á la respuesta mudo.  
Aquí de su celosa  
Pasión las iras breves

(Que breves han de ser de amor las iras)  
Tal vez exhalará con tiernas voces;  
Y en tanto el son de las acordes liras,  
Llevado de los céfiros veloces,  
Al canto y danza animará festivo,  
Mientras alta Dictina rompe el velo  
Nocturno, en carro de luciente plata,

Y con él arrebata  
El curso de las horas fugitivo.  
Y tú, que viste de tu fértil suelo

Alzarse inútil muro,  
Abatir la segur antiguos troncos,  
De tu corva ribera honor sagrado,  
Alcázares arder y humildes techos,  
Tronar los bronces de Mavorte roncós,

Envuelta en humo oscuro  
Tu ciudad bella, y rotos y deshechos  
Ejércitos, y en sangre amancillado  
Tu raudal cristalino.

¡Oh padre Turia! si difunde el cielo  
Sobre tus campos su favor divino,  
De guiraldas ornándote la frente,  
Corre soberbio al mar. En raudo vuelo  
Dilatará la fama

El nombre, que veneras reverente,  
Del que hoy añade á tu region decoro  
Y de apolínea rama

Ciñe el baston y la balanza de oro,  
Digno adalid del dueño de la tierra,  
De el de Vivar trasunto,

Que en paz te guarda, amenazando guerra,  
Y el rayo enciende que vibró en Sagunto.

X. *A la marquesa de Villafranca, con motivo de la muerte  
de su hijo el conde de Niebla.*

No siempre de las nubes abundante

Lluvia baña los prados,  
Ni siempre altera el piélago sonante  
Boreas, ni mueve los robustos pinos  
Sobre los montes de Pirenea helados.

A los acerbos días  
Otros siguen de paz: la luz de Apolo  
Cede á las sombras frías,  
Al mal sucede el bien; y en esto solo  
Los aciertos divinos

El hombre ve de aquella mano eterna,  
Que en orden admirable  
Todo lo muda y todo lo gobierna.

Y tú, rendida á la aflicción y el llanto,  
¿Durar podrás en luto miserable,  
Sensible madre, enamorada esposa?

¿Pudo en tu pecho tanto  
La pérdida cruel, que á la preciosa  
Victima, por la muerte arrebatada,  
Otra añadir intentes?

¿Y no será que de tu ruego instada,  
La prenda que llevó te restituya?  
No, que la esconde en el sepulcro frío.  
Esa vida fugaz no toda es tuya;

Es de un esposo, que el año que sientes  
Sufre, y el caso impio

Que de su bien le priva y su esperanza;  
Es de tu prole hermosa,  
Que mitigar intenta

Con oficioso amor tu amargo lloro,  
Si tanto premio su fatiga alcanza.  
Sube doliente á las techumbres de oro  
El gemido materno,

Y en la callada noche se acrecienta.  
La indócil fantasía

Te muestra al hijo tierno,  
 Como á tu lado le admiraste un día,  
 Sensible á la amistad y al heredado  
 Honor; modesto en su moral austera;  
 Al ruego de los miseros piadoso;  
 De obediencia filial, de amor fraterno,  
 De virtud verdadera  
 Ejemplo no comun. Negó al reposo  
 Las fugitivas horas,  
 Y al estudio las dió; sufrió constante  
 Las iras de la suerte,  
 Cuando no usada á tolerar cadena,  
 La patria alzó sus cruces vencedoras.  
 ¡Oh! si en edad mas fuerte  
 Se hubiese visto, y del arnés armado  
 En la sangrienta arena;  
 ¡Oh! cómo hubiera dado  
 Castigo á la soberbia confianza  
 Del invasor injusto,  
 A su nacion laureles,  
 Gloria á su estirpe, y á su rey venganza.  
 Tanto anunciaba el ánimo robusto,  
 Con que en el lecho de dolor postrado  
 Le viste padecer ansias crueles;  
 Cuando inútil el arte  
 Cedió y confuso, y le cubrió funesta  
 Sombra de muerte en torno. El arco duro  
 Arrió la inexorable, al tiro presta,  
 Y por el viento resonando parte  
 La nunca incierta vira.  
 El, de valor, de alta esperanza lleno,  
 Preciando en nada el mundo que abandona,  
 Reclinado en el seno  
 De la inefable religion, expira.  
 Ya no es mortal; entre los suyos vive:  
 Espléndida corona  
 Le circunda la frente.  
 El premio de sus méritos recibe  
 Ante el solio del Padre omnipotente,  
 De espíritus angélicos cercado,  
 Que difunden fragancias y armonía  
 Por el inmenso Olimpo luminoso.  
 Debajo de sus piés parece oscuro  
 El gran planeta que preside al día.  
 Ve el giro dilatado  
 Que dan los orbes por el éter puro,  
 En rápidos ó tardos movimientos;  
 Vera los siglos sucederse lentos;  
 Y él, en quietud segura,  
 Gozará venturoso  
 Del sumo bien que para siempre dura.

XI. *En nombre de unas niñas, á los días de la duquesa de Wervick y Alba.*

Admite benigna,  
 Duquesa escelente,  
 Ofrenda que ausente  
 Tus siervas te dan.  
 Hoy alcan humildes  
 Sus ojos al cielo;  
 Su amor y su celo  
 No vanos serán.  
 La voz inocente  
 Al Nùmen agrada,  
 Que vuela inspirada  
 De puro candor.  
 ¡Oh! llegue á su oído  
 La súplica nuestra;  
 Prodigue su diestra  
 En tí su favor.  
 Dilate tu vida  
 En prósperos años;  
 Ni sienta los daños  
 Del tiempo cruel.  
 Cual árbol robusto  
 Que dura creciendo,  
 El aura moviendo  
 Las flores en él.  
 Amante y esposo,

Ocupa tu lado  
 Aquel fortunado  
 Mancebo gentil.  
 Coronen su frente  
 Laureles de gloria;  
 Fatigue á la historia  
 Mil años y mil.  
 Cercada te mires  
 De prole fecunda;  
 En ella se funda  
 La dicha de amor.  
 En ella hermamarse  
 Verás fortaleza,  
 Cordura, belleza,  
 Virtud y valor.  
 Que al nombre heredado  
 De ilustres abuelos  
 Conceden los cielos  
 Honor inmortal.  
 Conceden que al mundo  
 Viviendo famosos,  
 Tus hijos dichosos  
 Le adquieran igual.  
 Por ellos un día  
 Intrépida España  
 Sabrá en la campaña  
 Lidlar y vencer.  
 Y alzando, ofendida,  
 Cruzados pendones,  
 De osadas naciones  
 Domar el poder.

XII. *A la muerte de don José Antonio Conde, anticuario, historiador y humanista (10)*

¡Te vas, mi dulce amigo,  
 La luz huyendo al día!  
 ¡Te vas, y no conmigo!  
 ¡Y de la tumba fría  
 En el estrecho límite,  
 Mudo tu cuerpo esta!  
 Y a mí, que débil siento  
 El peso de los años,  
 Y al cielo me lamento  
 De ingratitude y engaños,  
 Para llorarte misero!  
 Largo vivir me da.  
 O fuéramos unidos  
 Al seno delicioso,  
 Que en sus bosques floridos  
 Guarda eterno reposo  
 A aquellas almas inclitas,  
 Del mundo admiracion;  
 O á mi solo llevara  
 La muerte presurosa,  
 Y tu virtud gozara  
 Modesta, ruborosa,  
 Y tan ilustres méritos  
 Ufana tu nacion.  
 Al estudio ofreciste  
 Los años fugitivos,  
 Y jóven conociste  
 Cuánto le son nocivos  
 Al generoso espíritu  
 El ocio y el placer.  
 Veloz en la carrera,  
 Al templo te adelantas  
 Donde Témis severa  
 Dicta sus leyes santas,  
 Y en ellas digno intérprete  
 Llegaste á florecer.  
 Ciféronte corona  
 De lauros inmortales  
 Las nueve de Hellicona;  
 Sus diafanos cristales  
 Te dieron, y benévolas  
 Su lira de marfil.  
 Con ella, renovando  
 La voz de Anacreonte,  
 Eco amoroso y blando

Sonó de Pindo el monte,  
Y te cedió Teócrito  
La caña pastoril.

Fecho te dió la ciencia  
De idiomas diferentes.  
El ritmo y afluencia  
Que usaron elocuentes  
Arabia, Roma y Atica,  
Supiste declarar.

Y el cantico festivo,  
Que en belica armonia  
El pueblo fugitivo  
Al Numen dirigia,  
Cuando al feroz ejército  
Hundió en su centro el mar.

La historia, alzando el velo  
Que lo pasado oculta,  
Entregó a tu desvelo  
Bronces que el arte abulta,  
Y códices y marmoles  
Amiga te mostró.

Y allí, de las que han sido  
Ciudades poderosas,  
De cuantas dió al olvido  
Acciones generosas  
La edad que vuela rapida,  
Memorias te dictó.

Desde que el cielo airado  
Llevo a Jerez su saña,  
Y al suelo derribado  
Cayo el poder de España,  
Subiendo al trono gótico  
La prole de Ismael;

Hasta que rotas fueron  
Las últimas cadenas,  
Y tremoladas vieron  
De Alhambra en las almenas  
Los ya vencidos arabes  
Las cruces de Isabel.

A ti fué concedido  
Eternizar la gloria  
De los que ha distinguido  
La paz o la victoria,  
En dilatadas épocas  
Que el mundo vió pasar.

Y á ti de dos naciones  
Ilustres enemigas  
Referir los blasones,  
Hazañas y fatigas,  
Y de candor histórico  
Dignos ejemplos dar.

Europa, que anhelaba  
De tu saber el fruto,  
Y ofrecerte esperaba  
En aplausos tributo,  
La nueva de tu pérdida  
Debe primero oír.

La parca inexorable  
Te arrebató a la tumba.  
En eco lamentable  
La bóveda retumba,  
Y allá en su centro lóbrego  
Sonó ronco gemir.

¡Ay! perdona, ofendido  
Espíritu, perdona.  
Si en la region de olvido  
Ciñes aurea corona,  
Y tus virtudes sólidas  
Tienen ya galardón,

No de una madre ingrata  
El duro coño acuerdes;  
Que nunca se dilata  
La existencia que pierdes,  
Sin que la turben pérdidas  
Envidia y ambición.

## TRADUCCIONES DE HORACIO <sup>(1)</sup>.

### I. A Venus (').

Deja tu Chipre amada,  
Venus, reina de Pafos y de Gnido,  
Que Glicera adornada  
Estancia ha prevenido,  
Y te invoca con bultos que ha esparcido.  
Trae al muchacho ardiente  
Y las gracias, la ropa descénida,  
Y á Mercurio elocuente,  
Y de ninfas seguida  
La juventud, sin tí no apetecida.

### II. A Leucónoe ('').

No pretencas saber (que es imposible)  
Cuál fin el cielo á tí y á mí destina,  
Leucónoe, ni los números caldeos  
Consultes, no; que en dulce paz cualquiera  
Suerte podrás sufrir. O ya el Tonante  
Muchos inviernos á tu vida otorgue.  
O ya postrero fuese el que hoy quebranta  
En los peñascos las tirrenas ondas,  
Tú, si prudente fueres, no rehuyas  
Los brindis y el placer. Reduce á breve  
Término tu esperanza. La edad nuestra  
Mientras hablamos envidiosa corre.  
¡Ay! goza del presente, y nunca fies,  
Credula, del futuro incierto día.

### III. A Iccio (''').

Qué, ¡al fin las riquezas  
De la Arabia envidias,  
Iccio, y á los reyes,  
No vencidos antes,  
De Sabá preparas  
Guerra luctuosa,  
Y al medo terrible  
Pesadas cadenas?  
¡Cuál servirte puede  
Barbara cautiva,  
Que llóre a tus manos  
Su esposo difunto?  
¡Cuál en regio alcázar

(') HORAT., lib. 1, ode xxx.

O Venus, regina Galdi Paphique  
Sperne dilectam Cyprum, et vocantis  
Turo te multo Glyceræ decorum  
Transfer in ædem.  
Fervidus tecum Puer, et solutis  
Gratias zonis, propestatque Nymphæ  
Et parum comis sine te Juvetas  
Mercuriusque.

('') HORAT., lib. 1, ode xi.

Tu ne quisieris (scire nefas) quem mihi, quem tibi  
Finem Di dederint, Leuconor; nec Babylonios  
Tentaris numeros: ut melius, quidquid erit pati!  
Sed plures byemes, seu tribuit Juppiter ultimam  
Que nunc oppositis debilitat pumicibus mare  
Tyrrhenum sapias, vina liques, et spatio brevi  
spem longam recesses. Dum loquimur, fugerit invida  
Ætas. Carpe diem, quam minimum credula postero.

(''') HORAT., lib. 1, ode xxx.

Icci, beatis nunc Arabum invidis  
Gazis, et acrem militas paras  
Non ante devictis sabbæ  
Regibus, horribilibus Medo  
Nectis catenas! Que tibi virginum  
Sponsa necato barbara serviet?  
Puer quis ex aula capillis  
Ad cyathum statuetur uocatus,  
Doctus sagittas tendere Sericus  
Arcu paterno? Quis neget arduis  
Procos relictis posse rivum  
Montibus et Tiberim reversi.  
Quam tu coenulis undique nobilibus  
Libros Panæti, sacralium et domum  
Mutare Iovis Iheris  
Pollicitus, meliora t. nabis?

Llenará tus copas,  
Ungido el cabello  
De aromas suaves,  
Mancebo ministro,  
Enseñado solo  
A tirar saetas  
Séricas, doblando  
El arco paterno?  
¿Quién ya dudaría  
Poder los arroyos  
Subir á las cumbres,  
Y el rápido Tíbre  
Volver á su fuente,  
Si tú de Panecio  
Las preciadas obras  
Y las que produjo  
Socrática escuela  
(No á costa de leve  
Afan adquiridas)  
Dar quieres en cambio  
De arneses iberos?  
¿Tú, que prometiste  
Virtudes mayores!

#### IV. A Licino (\*).

Rumbo mejor, Licino,  
Seguirás no engolfándote en la altura,  
Ni aproximando el pino  
A playa mal segura,  
Por evitar la tempestad oscura.  
El que la medianía  
Preciosa amó, del techo quebrantado  
Y pobre se desvia,  
Como del envidiado  
Alcázar de oro y púrpuras labrado.  
Muchas veces el viento  
Arboles altos rompe; levantadas  
Torres con mas violento  
Golpe caen arruinadas;  
Hiere el rayo las cumbres elevadas.  
No en la dicha confía  
El varon fuerte; en la aflicción espera  
Mas favorable día;  
Jove la estación fiera  
Del hielo vuelve en grata primavera.  
Si mal sucede ahora,  
No siempre mal será. Tal vez no escusa  
Con cítara sonora  
Febo animar la musa;  
Tal vez el arco por los bosques usa.  
En la desgracia sabe  
Mostrar al riesgo el corazón valiente;  
Y si el viento tu nave  
Sopla serenamente,  
La hinchada vela cogerás prudente.

(\*) HORAT., lib. 2, ode x.

Rectus vires, Licini, neque altum  
Semper urgendo, neque, dum procellas  
Cautus horrescis, nimium premendo  
Litus iniquum.  
Auream quisquis mediocritatem  
Diligit, tutus caret obsoleto  
Sordibus tecti, caret invidianda  
Sobria aula.  
Seplus ventis agitur ingens  
Fumus, et celum graviore casu  
Decidunt turres; feriuntque summos  
Fulmina montes.  
Sperat infestus, metuit secundis  
Alteram sortem bene pręparatum  
Pectus. Informes hýmenes reducit  
Jupiter, idem  
Submovet. Non si male nunc, et olim  
Sic erit: quondam cithara tacentem  
Suscitât Musam, neque semper arcum  
Tendit Apollo.  
Rebus angustis animosus atque  
Fortis adpare: sapienter idem  
Contrahet vento nimium secundo  
Turgida vela.

#### V. Que la virtud nada teme (\*).

El que inocente  
La vida pasa,  
No necesita  
Morisca lana,  
Fusco, ni corvos  
Arcos, ni aljaba  
Llena de flechas  
Envenenadas;  
O á las regiones  
Que Hidaspe baña,  
O por las Sirtes  
Muy abrasadas,  
O por el yermo  
Cáucaso vaya.  
Yo la sabina  
Selva cruzaba,  
Cantando amores  
A mi adorada  
Lálage, libre  
De afán el alma,  
Por muy remoto  
Sitio, sin armas;  
Y un lobo fiero  
Me ve y se aparta.  
Monstruo igual suyo  
No tiene Daulia  
En montes llenos  
De encinas altas,  
Ni los desiertos  
De Mauritania,  
Donde leones  
Y tigres braman.  
Ponme en los yertos  
Campos, do el aura  
No goza estiva  
Ninguna planta,  
Lado del mundo,  
Region helada  
Que infestan vientos  
Y nubes pardas;  
O en la que al rayo  
Del sol cercana,  
De habitaciones  
Carece y aguas;  
Lálage siempre  
Será mi amada,  
Dulce si río,  
Dulce si canta.

#### VI. A Póstumo (\*).

##### A PÓSTUMO.

¡Ay, cómo fugitivos se deslizan,  
Póstumo, caro Póstumo, los años!

(\*) Es la oda xxii del libro 4 de Horacio, que tradujo también Moratín el padre, y se halla copiada en la pág. 5.

(\*\*) HORAT., lib. 2, ode xiv.

Eheu! fugaces, Postume, Postume,  
Labuntur anni: nec Pictus moram  
Rugis, et instanti Senectæ  
Adfert, indomitus Moras.  
Non, si trecentis, quotquot erunt dies,  
Amice, places balnearymbellum  
Plutona sacris, qui ter optatum  
Ceryone, Tityoque tristi  
Compeccit unda, scilicet omnibus  
Quicumque terra numero vucimar.  
Enavigata, sive reges,  
Sive inopes, erimus coloni.  
Frustra crenato Marto caribimus,  
Fractisque ranci Succibus Hadria:  
Frustra per anctumnos nocentem  
Corporibus metumamus Austrum.  
Vivendus aliter flumine languido  
Coctus errans; et Damis genus  
Infame, damnantisque longi  
Silepibus Æolides laboris.  
Linquenda tellus, et domus, et placens  
Uxor: neque harum, quas colis, arborum  
Te, præter invias cupressas  
Cilia brevem domum sequatur.  
Assumet hæres circuba dignior  
Servata centum clavibus: et mero  
Tinget pavimentum superbum  
Fonticulum potior: ceras.

Ni la santa virtud el paso estorba  
De la vejez rugosa que se acerca,  
Ni de la dura, inevitable muerte.  
Y aunque a su templo des tres hecatombes  
En cada aurora, sacrificio y ruego  
Pluton desprecia, á tu lamento sordo.  
El al triforme Gerion y á Ticio  
Guarda, y los cíne con estigias ondas,  
Que han de pasar cuantos la tierra habitan,  
Pobres y reyes. Y es en vano el crudo  
Trance evitar de Marte sanguinoso,  
Y las olas que en Adria el viento rompe  
Con sordo estruendo; y vano, en el maligno  
Otoño el cuerpo defender del Austro;  
Que al fin las torpes aguas del oscuro  
Cócito hemos de ver, y las infames  
Belides, y de Sisifo infelice  
El tormento sin fin que le castiga.  
Tu habitacion, tus campos, tu amorosa  
Consorte dejarás. ¡Ay! y de cuantos  
Arboles hoy cultivas, para breve  
Tiempo gozarlos, el ciprés funesto  
Solo te ha de seguir. Otro mas digno  
Sucesor brindara del que guardaste  
Con cien candados céceo oloroso,  
Bañando el suelo de licor, que nunca  
Otro igual los pontífices gustaron  
En aureas tazas de opulenta cena.

## VII. A Augusto (\*).

¿De cuál varon ó semidios el canto  
Previene, alma Clio,  
En corva lira ó flauta resonante?  
¿De cuál deidad, á cuyo nombre santo  
Eco responda alegre, en el umbrío

(\*) HORAT., lib. I, ode XII.

Quem virum, aut herosa lyra vel acri  
Tybia sumes celebrare, Clio?  
Quem Deum, cujus recinet Jocosae  
Nomen imago.  
Aut in umbratis Heliconis oris,  
Aut super Pindo, gelidove in Hemo,  
Unde vocalium temere insecutus  
Orpheus sylvae  
Arte materna rapidos morantem  
Fluvium latus celerisque ventos,  
Blandum et auritas sibilis canoris  
Ducere querens?  
Quid prius dicam solitis Parentis  
Laudibus? Qui res hominum ac Deorum  
Qui mare ac terras, varisque mundum  
Temperat horis.  
Unde nil majus generatur ipso,  
Nec viget quidquam simile aut secundum:  
Proximos illi tamen occupavit  
Pallas honores.  
Præliis auid, neque te silebo  
Liber; et sævis inimica Virgo  
Belluis; nec te metulende certa  
Phoebe sagitta.  
Dicam et Alciden, puerosque Lede  
Hunc equis illum superare pugnis  
Nobiles: quorum simul alba nautica  
Stella refulsit.  
Defluit saxa agitalus humor,  
Concidunt venti, fugiuntque nubes:  
Et minax, nam sic voluere, Ponto  
Unda recumbit.  
Romulum post hos prius, an quietum  
Pompili regum memorem, an superbos  
Tarquini fasces, dubito, an Catonis  
Nobile letum.  
Regulum et scauros, animæque magne  
Prodigum Paullum, superante Pæno,  
Gratus insigni referam Camena,  
Fabriciumque.  
Hunc et inconstis Curium capillis,  
Utilem bello tulit, et Camillum,  
Scæva paupertas, et avitus apto  
Cum lare fundus.  
Crescit, occulto velut arbor ævo,  
Fama Marcelli: micat inter omnes  
Julium sidus velut inter ignes  
Luna minores.  
Gentis humanæ pater atque custos,  
Orbi Saturno, ubi cura magni  
Cæsaris fatis data, tu secundo  
Cæsare regnes.  
Ille, seu Parthos Latio imminentes  
Egerit iusto domitus triumpho,  
Sive subjectos Orientis orbe  
Seras et Indos,  
Te minor latum reget equus orbem  
Tu gravi curru quaties Olympum;  
Tu parum castis inimici militis  
Fulmina luctis.

Helicon, ó el Pindo, ó en la altura  
Del Hemo helada, en que se vió vagante  
Selva seguir del tracio la dulzura.  
Que el curso detenía  
De los torrentes rápidos, usando  
Maternas artes, y al sonoro acento  
De sus cuerdas los árboles movía,  
Y el impetu veloz paró del viento?  
¿A quién primero ensalzará cantando,  
Sino al gran Padre, que la estirpe humana  
Y la celeste rige, el mar, la tierra,  
Y al variar continuo  
Del tiempo, anima cuanto el orbe encierra?  
El es primero y solo, igual no tiene  
Su esencia soberana;  
Si bien segunda en el amor divino  
Inmediato lugar Palas obtiene.  
Ni á ti, Baco, en batallas animoso  
Callaré, ni á la virgen cazadora;  
Ni á Febo luminoso,  
Diestro en herir con flecha voladora.  
También los triunfos cantaré de Alcides,  
Y á los hijos de Leda, celebrado  
Jinete el uno, y en dudosas lides  
El otro vencedor; cuya luz clara,  
Luego que al navegante resplandece,  
Precipita del risco levantado  
La espuma resonante,  
El raudal viento para,  
La negra tempestad desaparece,  
Y á su influjo, del mar en breve instante  
Calma el furor terrible.  
Dudo si aplauda al fundador Quirino  
Después de aquellos, del prudente Numa  
El gobierno apacible,  
Las haces justicieras de Tarquino,  
O de Caton la muerte generosa,  
Los Escauros, y Régulo constante,  
O si de Emilio cante,  
Pródigo de la vida,  
La palma por Anibal obtenida.  
Curio, la cabellera mal compuesta,  
Fabricio, el gran Camilo, victorioso  
Adalid, á quien dieron sus abuelos  
Hacienda escasa y parca, la molesta  
Pobreza toleró. Crece frondoso  
Con una y otra edad árbol robusto;  
Así la fama crece de Marcelo;  
Y vemos ya en el cielo  
Brillar de Julio la divina estrella,  
Cual suele entre menores  
Lumbres Dictina aparecerse bella.  
Jove Saturnio, tú de los mortales  
Amparo y padre, á quien cedió el destino  
La protección de Augusto,  
Tú reina, y él á ti segundo sea;  
O ya sobre los Partos desleales,  
Que amenazan el término latino,  
Adquiera triunfo justo;  
O en las últimas playas del Oriente  
Indos y Seres humillados vea:  
El, inferior á ti, dé soberano  
Leyes al mundo; tú, de Olimpo ardiente  
En grave carro oprime las alturas,  
Y el rayo vengador tu fuerte mano  
Vibre, las selvas abrasando impuras.

## VIII. Profecía de Nereo (\*).

Llevando por el mar el fementido  
Pastor á Helena en sus idálias naves,

(\*) HORAT., lib. I, ode XV.

Pastor cum traheret per freta navibus  
Idæis Helenen perdidit hospitium,  
Ingrato celeres obruit otio  
Ventos, ut caneret fera  
Nereus fata. Mala docilis avi domum,  
Quam multo repetet Græcia mille  
Conjurata tuos rumpe nuptias,  
Et regnum Priami vetus.



Nerco de los aires la violenta  
Furia contuvo apenas, y anunciando  
Hados terribles: «Eu mal hora, esclama,  
Llevas a tu ciudad a la que un día  
Ha de buscar con numerosas huestes  
Grecia, obstinada en deshacer tus bodas,  
Y de tus padres el antiguo imperio.  
¡Cuanto al caballo y caballero espera  
Sudor y afán. ¡Oh, cuanto a la dardania  
Gente vas a causar estrago y luto!  
Ya, ya previene Palas iracunda  
El almete y el égida sonante,  
Y el carro volador; y aunque soberbio  
Con el favor de Venus la olorosa  
Melena trences, y en acorde lira,  
Grato a las damas, cantes amoroso  
Verso, nunca será que las agudas  
Flechas de Creta y las herradas lanzas,  
Funestas a tu amor, huyendo evites;  
Ni el militar estrépito, ni al duro  
Ayax, lijero en el alcance. Tarde  
Será tal vez, pero ha de ser, que en polvo  
Tu cabello gentil todo se cubra.  
¡Ay! ¿No miras al hijo de Laertes  
Y Nestor el de Pilos, a los tuyos  
Uno y otro fatal? ¿No ves que osados  
Ya te persiguen, Teucro en Salamina  
Príncipe, y el que vence las batallas  
Y diestro auriga a su placer gobierna  
Los caballos, lidiando, Esteneleo?  
Tiempo será que a Merion conozcas  
Y a Diomedes, mas fuerte que a su padre.  
¿Le ves, que ardiendo en cólera te busca,  
Te sigue ya? Tú, como el ciervo suele  
Si al lobo advierte en la vecina cumbre,  
El pasto abandonar, así cobarde  
Y sin aliento evitarás su golpe;  
Y no, no fueron tales las promesas  
Que a tu señora hiciste. La indignada  
Gente que lleva Aquiles, el funesto  
Hado de Troya y sus matronas puede  
Un tiempo dilatar; pero cumplidos  
Breves inviernos, las soberbias torres  
Arderá de Ilion la llama argiva.»

### IX. *Contra el lujo y avaricia de su tiempo* (\*).

No de mi casa en altos artesones  
Brilla el marfil ni el oro,  
Ni columnas, que corta en sus regiones  
Apartadas el moro,  
Sostienen trabes aticas. Ni intruso  
Sucesor, el alcázar opulento  
De Pérgamo ocupé. Nunca labraron

Eheu, quantus equis, quantus adest viris  
Sudor! quanta mores funera Dardanæ  
Genti! Jam galeam Pallas et égida  
Cursumque et rabiem parat.  
Nequidquam, Veneris praesidio ferox,  
Pectus caesarium, grataque feminis  
Imbelli cithara carmina divides:  
Nequidquam thalamo graves  
Hastas, et calami spicula Gnossi  
Vitabis, strepitumque, et celerem sequi  
Ajacem; tamen, heu! serus adulteros  
Crines pulvere collines.  
Non Laertiadem, exitium tuum  
Gentis; non Pylium Nestora respicias?  
Urgent impavidi te Salamilus  
Teucer; te Stenelus sciens  
Pugnam, sive opus est imperitare equis  
Non auriga piger. Merionen quoque  
Nosces. Ecce furit te reperire atrox  
Tydides melior patre:  
Quem tu, cervus uti vallis in altera  
Visum parte lupum graminis immemor  
Sublimi fugies mollis anhelitu;  
Non hoc pollicitus tunc.  
Iracunda diem proferet Illo  
Matronisque Phrygum classis Achillei:  
Post certas hyemes uret Achaicus  
Iguis Pergameas domos.

(\*) HORAT., lib. II, ode XVIII.

Non ebur, neque aureum  
Mea renidet in domo lacunar;  
Non trabes Hymettim  
Premunt columnas ultima rectas.

Púrpuras de Laconia para el uso  
De su señor mis siervas;  
Pero vivo contento  
De que jamás faltaron  
En mi virtud y número afilente.  
Soy pobre, pero el rico a mí se inclina.  
Ni pido mas a la bondad divina,  
Ni para que mis fondos acreciente  
Importuno al amigo generoso;  
Harto soy venturoso  
Con mis campos sabios.  
Una y otra después arrebatadas  
Huyen las lunas, y de igual manera  
Las nuevas horas a morir caminan.  
Tú, cercano a la muerte,  
De marmol edificas levantadas  
Fabricas, olvidado de la tumba;  
Y estrecho en la ribera  
De Bayas, donde el piélagos retumba,  
Buscas en el cimiento.  
¡Qué mucho si los términos vecinos  
Alteras avariento,  
Usurpando a tus súbditos la tierra!  
Por ásperos caminos  
Timidos buyen la mujer y esposo,  
Ambos al seno puestos  
Sus dioses y sus hijos mal compuestos.  
Pues no, no tiene el hombre poderoso  
Palacio mas seguro  
Que la mansion del Aqueronte avara:  
Ella le espera habitador futuro.  
¿Para qué anhelas mas? ¡si al que mendiga,  
Hambriento y desvalido,  
Y al sucesor del trono, igual prepara  
La tierra sepultura;  
Ni el audaz Prometeo el aura pura  
Volvió a gozar, con dádivas vencido  
El que guarda las puertas del Averno?  
El aprisiona a Tántalo, y la estirpe  
De Tántalo famosa;  
El, de quien sufre angustia dolorosa  
(Invocado tal vez, ó aborrecido),  
El llanto acalla en el horror eterno.

### SONETOS.

#### I. *A la capilla del Pilar de Zaragoza.*

Estos que levantó de mármol duro  
Sacros altares la ciudad famosa,  
A quien del Ebro la corriente undosa  
Baña los campos y el soberbio muro,

Africa; neque Attali  
Ignotas hunc regionem occupavit;  
Nec Laconicas mihi  
Trahunt honestas purpuras clientum.  
At fides et ingenua  
Benigna vena est; pauperemque dives  
Me petit. Nihil supra  
Deos lacus; nec potentum unquam  
Largiora flagit.  
Satius bestias viciis salubris.  
Traditur dies die,  
Novaque pergunt interire Luna.  
Tu secunda marmora  
Locas sub ipsam fumus, et sepulchri  
Immores, excita domos.  
Marisque Balis obrepentis urgo  
Submovere littora.  
Parum locuples continente ripa.  
Quid? quod usque proximam  
Revellis agri terminis, et ultra  
Limites clientium  
Balis avarus; pollitur paternos  
In sinus ferens divitis  
Et usor, et vir, sordidiorque natas.  
Nulla certior tamen  
Rapacis Orci sine destinata  
Aula divitem manet  
Herum. Quid ultra tendis? Equa tollis  
Pauperi recluditur  
Regumque pueris; nec satelles Orci  
Callidum Prometheum  
Revellit auro rapinas. Hic asperbum  
Tantalum, atque Tantalum  
Genus coercent; hic levare faciem  
Pauperem laboribus  
Vocatus atque non vocatus audit.

Serán asombro en el garz futuro  
De los siglos, basilica dichosa,  
Donde el Señor en majestad reposa,  
Y el culto admite reverente y puro.

Don que la fe dictó, y erige eterno  
Religiosa nación á la divina  
Madre que adora en simulacro santo.  
Por él, vencido el odio del Averno,  
Gloria inmortal el cielo la destina,  
Que tan alta piedad merece tanto.

## II. A don Juan Bautista Conti (12).

Febo desde la tierna infancia mía  
Quiso que el plectro de marfil pulsara,  
Y en las alturas de Helicon gozara  
Sus verdes bosques y su fuente fría.  
Mas dudosa la mente descofió,  
Conti, aspirar al premio que prepara  
A solo el que mostró, con uníon rara,  
Talento y arte en docta poesía.  
Pero si tu, mi amigo generoso,  
La cumbre me señalas eminente,  
Y el paso incierto dirigir no escusas,  
Imitando tu verso numeroso,  
Veré de lauros coronar mi frente  
Suspense al canto el coro de las Musas.

## III. A Flórida, poetisa (13).

Basta, Cupido, ya, que á la divina  
Ninfa del Turia reverente adoro;  
Ni espero libertad, ni alivio imploro,  
Y cedo alegre al astro que me inclina.  
¿Qué nuevas armas tu rigor destina  
Contra mi vida, si defensa ignoro?  
Sí, ya la admiro entre el castallo coro  
La cítara pulsar griega y latina;  
Ya, coronada del laurel febeo,  
En altos versos llenos de dulzura,  
Oigo su voz, su número elegante.  
Para tanto poder débil trofeo  
Adquieres tú, si sola su hermosura  
Bastó á rendir mi corazón amante.

## IV. Las Musas.

Sabía Polimnia en razonar sonoro  
Verdades dicta, disipando errores;  
Mide Urania los cercos superiores  
De los planetas y el luciente coro;  
Une en la historia al interés decoro  
Clio, y Euterpe canta los pastores;  
Mudanzas de la suerte y sus rigores  
Melpómene feroz, bañada en lloro;  
Calliope victorias; danzas guía  
Terpsicore gentil; Erato en rusas  
Cubre las flechas del amor y el arco;  
Pinta vicios ridículos Talía  
En fabulas que anima deleitosas;  
Y esta le inspira al español Inarco.

## V. Junio Bruto.

Suena confuso y misero lamento  
Por la ciudad; corre la plebe al foro,  
Y entre las fasces que le dan decoro  
Ve al gran senado en el sublime asiento.  
Los cónsules allí. Ya el instrumento  
De Marte llama la atención sonoro;  
Arde el incienso en los altares de oro,  
Y leve el humo se difunde al viento.  
Valerio alza la diestra; en ese instante  
Al uno y otro jóven infelice

Hiere el hictor, y sus cuberos toma.  
Mudo terror al vulgo circunstante  
Ocupa. Bruto se levanta, y dice:  
«Gracias, Jove inmortal: ya es libre Roma.»

## VI. Rodrigo.

Cosa en la octava noche el ronco estruendo  
De la sangrienta militar porfía;  
El campo godo destrozado ardía  
Con llamas que descubre estrago horrendo.  
Rodrigo en tanto, su peligro viendo,  
Por ignorada senda se desvía,  
Y muerto Orestes, entre la sombra fría,  
Herido y débil se acelera huyendo.  
En vano el Lete con raudal undoso  
El paso estorba al príncipe, a quien ciega  
De cadena ó suplicio el justo espanto.  
Surca las aguas, cede al poderoso  
Impetu, espira el infeliz, y entrega  
El cuerpo al fondo, á la corriente el manto.

## VII. Cuéntas de Elvira, callistris.

sero;  
das,  
padas  
sero.  
sero p-  
adas,  
madas  
n,  
Noventa,  
¿Y la comida?  
cuatro.  
nated no le contenta!  
mi vida!.....  
estro!

## VIII. La noche de Montiel.

IX.

X. *A Clori, declamando en fábula trágica.*

¿Qué acento de dolor el alma vino  
A herir? ¿Qué funeral adorno es este?  
¿Qué hay en el orbe que a tus luces cueste  
El llanto que las turba cristalino?  
¿Pudo esfuerzo mortal, pudo el destino  
Así ofender su espíritu celeste?...  
¿O es todo engaño? ¿y quiere amor que preste  
A su labio y su acción poder divino?  
Quiere que exenta del pesar que inspira,  
Silencio imponga al vulgo clamoroso,  
Y dócil á su voz se angustie y llore;  
Que el tierno amante que la atiende y mira,  
Entre el aplauso y el temor dudoso,  
Tan alta perfección absorto adore.

XI. *Para el retrato de Felipe Blanco, primer gracioso del teatro de Barcelona.*

¿No veis qué serio estoy? Pues no os espante  
La adusta gravedad de mi persona,  
Que adentro tengo el alma juguetona:  
Diverso de mi genio es mi semblante.  
Prosa ó verso me dicten elegante  
Los que suben al cerro de Helicón,  
Mis gracias aseguran su corona  
Cuando animo la sátira picante.  
Los que quieren gemir y dar suspiros,  
Y sus lágrimas compran con dinero,  
Lloren, oyendo heroicidades tristes;  
Mas si queréis vosotros divertiros,  
Venid á mí, que el amargor severo  
De la verdad os disimulo en chistes.

XII. *A la memoria de don Juan Meléndez Valdés.*

Ninfas, la lira es esta que algún día  
Pulsó Batilo en la ribera umbrosa  
Del Tormes, cuya voz armoniosa  
El curso de las ondas detenía.  
Quede pendiente en esta selva fría  
Del lauro mismo que la cipria diosa  
Mil veces desnudó, cuando amorosa  
La docta frente á su cantor ceñía.  
Intacta y muda entre la pompa verde  
(Solo en sus fibras resonando el viento)  
El claro nombre de su dueño acuerde;  
Ya que la patria, en el común lamento,  
Feroz ignora la opinión que pierde,  
Negando á sus cenizas monumento (\*).

XIII. *La despedida.*

Nací de honesta madre; dióme el cielo  
Fácil ingenio en gracias alfuente,  
Dirigir supo el ánimo inocente  
A la virtud el paternal desvelo.  
Con sabio estudio, infatigable anhelo,  
Pude adquirir coronas á mi frente:  
La corva escena resonó en frecuente  
Aplauso, alzando de mi nombre el vuelo.  
Dócil, veraz, de muchos ofendido,  
De ninguno ofensor, las Musas bellas  
Mi pasión fueron, el honor mi guía.  
Pero si así las leyes atropellas,  
Si para tí los méritos han sido  
Culpas; adios, ingrata patria mía.

(\*) La Academia de la Historia en su edición de Moratin defiende á la nación española de la ingratitude que el autor le achaca. En efecto, los restos de don Juan Meléndez Valdés yacen en Montpellier bajo un monumento erigido por el actual señor duque de Frias, quien, á pesar de haber defendido con las armas una causa contraria á la del ilustre poeta, quiere rendirle este homenaje de veneración en nombre de sus conciudadanos.

XIV. *A la exposicion de los productos de industria y ar hecha en el palacio del Louvre el ano de 1819 (1).*

Hoy que cerrado el templo de Belona,  
Abre el suyo benéfica Minerva,  
Y á sublimes artífices reserva  
De esplendor inmortal aurea corona;  
Méritos mas ilustres ambiciona  
Galia en el ocio de la paz que observa,  
Que cuando, para hacer á Europa sierva,  
Al impetu de Marte se abandona.  
Con tales artes opulenta, fuerte  
Y docta, su poder vera temido  
En este y el antártico hemisferio;  
Mientras su claro principe convierte  
Las leyes santas, pues su don han sido,  
A la estabilidad de tanto imperio.

XV. *A la muerte del excelente actor Isidoro Maquez.*

Tú solo el arte adivinar supiste  
Que los afectos acalora y calma,  
Tú la virtud robustecer del alma,  
Que al oro, al hierro, á la opresion resiste.  
Inimitable actor, que mereciste  
Entre los tuyos la primera palma,  
Y amigo, alumno, y émulo de Talma,  
La admiracion del mundo dividiste;  
¿A quién dejaste sucesor muriendo?  
¿De quién ha de esperar igual decoro  
La escena, que te pierde y abandona?  
Así dijo Melpómene, y vertiendo  
Lágrimas en la tumba de Isidoro  
Cetro depones y púrpura y corona.

XVI. *Copia de un célebre cuadro de M. Guerin, que conserva en Paris, en la galeria del Luxemburgo.*

Insta Dido otra vez, Ana presente,  
Al huésped frigio que en silencio adora,  
A que la fuga de Sinon traidora,  
Y el incendio de Pérgamo la cuente.  
El otra vez de la enemiga gente  
El falso voto y los arides llora,  
La cólera de Aquiles vengadora,  
Héctor sin vida, y Hécula doliente.  
Pinta el horror de aquella última y triste  
Noche, y en la sidonia alta princesa,  
Admiracion, temor, piedad escita.  
Y en tanto Amor, que á su regazo asiste,  
Del dedo ébúrneo que anhelante besa,  
El anillo nupcial sagaz la quita.

XVII. *A don Luis de Silva, Mocho de Albuquerque, ar de las Geórgicas portuguesas.*

Cantó el de Mantua con sonoro acento  
La cultura del campo y los pastores;  
Después empresas celebró mayores,  
Y a Roma alzó durable monumento.  
Tú así, que en el bucólico instrumento  
Ensayaste del arte los primores,  
Desdeñando las selvas y las flores,  
Epica trompa harás sonar al viento.  
Si, que en los fuertes lusitanos dura  
El mismo aliento que les dió victoria  
En los opuestos límites del mundo.  
Y si al valor y á la virtud procura  
Silva, tu verso inextinguible gloria,  
De tu patria serás Páron segundo.

VIII. *A dona Luisa Gomez Carabano, premiada en Madrid con una corona de flores por sus adelantos en la botánica.*

Esa guirnalda que entazo a tu frente,  
Premio de docto afán, la linda Flora,  
De aplauso no mortal merecedora  
Te anuncia á la futura hispana gente.

Lauros le den al adalid valiente,  
Que al golpe de su espada vengadora  
Triunfa, y su esfuerzo y sus hazañas llora  
La humanidad, si el lloro se consiente,

En tanto que á merced de la fortuna,  
Cercados de amenazas y temores,  
Los reyes ciñen sus coronas de oro.

No la que obtienes hoy cede á ninguna:  
Preciála en mucho, y tus humildes flores  
Al suelo patrio añadiran decoro.

IX. *A la senora M. D., bailarina del teatro de Burdeos, haciendo la figura de Cupido en el baile intitulado Amor en la Aldea.*

No es el Amor esa deidad hermosa  
Que veis, como los céfiros, alada,  
Con puntas de oro y dócil arco armada,  
Y ceñida la sien de mirto y rosa.

O en breve sueño su inquietud reposa,  
O el aire hiende, la prision burlada;  
Dulces afectos inspirar la agrada:  
Triunfa, y castiga ó premia generosa.

Esa es la ninfa, por quien hoy ufano  
Garona ilustra su feliz ribera,  
De pámpanos ornándose el cabello.

No es aquel ciego flechador tirano,  
Que el mundo turba y la celeste esfera:  
No es el Amor; que no es Amor tan bello.

XX. *La Muerte* (').

(Inédito.)

En tanto que al imperio de la muerte  
Llega á ceder nuestra existencia vana,  
Votos ofrece la piedad cristiana  
Hoy que sus triunfos con horror advierte.

Doliente aspira á mejorar la suerte  
De los que un tiempo la flaqueza humana  
Manchó de culpa, y purifica y sana  
La pena en carcel pavorosa y fuerte.

Los que hoy existen breve sepultura  
Ocuparán después, pero perdido  
No será, no, su celo fervoroso;

Que entonces hallaran las que han vertido  
Lágrimas tiernas, y en region mas pura  
Adquirirán también vida y reposo.

XXI. *La resurreccion de la carne.*

(Inédito.)

Cuando al sonido del clarin llamado  
El hombre salga de su tumba fria,  
Supremo Juez en el tremendo dia  
Descendera de incendios rodeado.

Premio al justo dará, pena al malvado  
Que de su ley eterna se desvia.  
Pero ¿cual es; oh Dios! el que podria  
Aparecer sin mancha de pecado?

No hay mérito sin tí; mas si la ofensa  
Perdonas, y el error se desvanece  
Al lloro del mortal arrepentido;

Hoy sacrificios en tu templo ofrece,  
Y se atreve á esperar piedad inmensa:  
Porque eres tú, Señor, el ofendido.

Este soneto y el siguiente fueron colocados en un cenotafio con motivo de las honras celebradas en 1814 por la compañía dramática de Barcelona en sufragio de sus hermanos difuntos.

XXII. *Abnegacion estúpida.*

(Inédito.)

El pobre Polidemo dijo un dia:  
Basilio, tú gobernaras mi hacienda;  
Y aunque todo se gaste, empuje y venda,  
Siendo tu voluntad, será la mia.

Pagaré numerosa compañía  
Que á mí me insulte y á tu gusto atienda:  
Entregate al placer, cena, merienda;  
No estorben mis pesares tu alegría.

Aunque soy ignorante, será bueno  
Hacerme mas estúpido y mas tonto,  
Que los estudios para mí son malos.  
Y si es que alguna vez me desenfreno,  
Trátame con rigor, áteme pronto;  
Y si tengo razon, dame de palos.

ROMANCES.

I. *A un ministro.*

Avra salí de mi casa  
Muy afeitado y muy puesto  
Encaminado á la vuestra,  
Como de costumbre tengo,  
Para anunciaros felices  
Pascuas, salud y contento,  
Buen remate de diciembre,  
Y buen principio de enero.  
Pues, señor, hizo Patillas  
Que me saliera al encuentro  
Un hablador de los muchos  
Que hay por desgracia en el pueblo:  
De esos que lo saben todo,  
Que de todo hacen misterio,  
Que almuerzan chismes, y viven  
De mentiras y embelecos;  
Infatigable escritor  
De arbitrios y de proyectos,  
Entremetido estadista  
Y, Dios nos libre, coplero.  
El al verme comenzó  
A dar voces desde lejos,  
Y á correr y á chichear,  
Y en suma, no hubo remedio,  
Me abrazó, me refregó  
Las manos, me dió mil besos,  
Y entre los dos empezamos  
Este dialogo molesto:  
« Moratin, hombre, ¿qué caro  
Se vende usted!... ¿Qué hay de nuevo?  
Vaya, mejor que el verano  
Le trata á usted el invierno.  
¿Con que va bien?... — Lindamente.  
— Sí, se conoce; me alegro.  
Pero ¿cómo tan temprano?  
— Tengo que hacer. — Ya lo entiendo:  
Vaya, el barrio es achacoso,  
Usted un poco travieso...  
Digo, será la andaluza  
De ahí abajo. — No por cierto.  
— ¿Con que no?... — ¡Qué boberia!  
Ni la conozco, ni quiero;  
Ni estoy de humor, ni esta cara  
Es cara de galanteos.  
— Pues, amigo, linda moza.  
¿Cáspita! Mucho salero,  
Alta, colorada, fresca,  
Roca pequeña, ojos negros,  
Petimetrona... La trajo  
De Cadiz don Hemeterio,  
Y en un año le ha roído  
Cinco barcos de abadejo.  
¿Y qué sucede? ¿Que acaba  
De plantarle. — Buen provecho;  
Pero á mas ver, porque ahora

Voy de prisa, y hace fresco.  
 — Hombre, para ir á palacio  
 Es temprano. — Estoy en eso,  
 Pero no voy. — ¿No? Pues qué,  
 Nunca va usted? — Yo me entiendo.  
 — ¡Ah! ya caigo; con que siempre...  
 Es muy justo... ya lo veo.  
 Bien, muy bien. El señor conde  
 Le estima á usted. — A lo menos  
 Me tolera, disimula,  
 Como quien es, mis defectos,  
 Y suple con su bondad  
 Mi escaso merecimiento.  
 — Sí, yo sé de buena tinta  
 Que á usted le estima. Un sujeto  
 Que va allí mucho... Y ¿qué tal?  
 ¿Con que ya no quiere versos?  
 ¿Es verdad, eh? — No es verdad,  
 No, señor: si no son buenos  
 No los quiere, y hace bien:  
 Si son fáciles, lijeros,  
 Alegres, claros, suaves,  
 Y castizos madrileños,  
 Le gustan mucho. Los míos  
 Suelen tener algo de esto,  
 Y por eso los prefiere  
 Tal vez entre muchos de ellos,  
 Que serán casi divinos,  
 Pero que le agradan menos.  
 — Ya, ya; pero usted debía  
 Mudar de tono... — En efecto.  
 Escribir disertaciones  
 Sobre puntos de gobierno,  
 Enseñar lo que no sé,  
 Ni he de practicar, ni quiero;  
 Decirle lo que se ha dicho  
 A todos, darle consejos  
 Que no me pide, y á fuerza  
 De alambicados conceptos,  
 En versos flojos y oscuros,  
 Y en lenguaje verdinegro,  
 Entre gótico y francés,  
 Hacerle dormir despierto;  
 No, señor, yo nunca paso  
 Los límites del respeto,  
 Y entre muchas faltas, solo  
 La de ser audaz no tengo.  
 — Bien está; pero ¿qué dantes  
 Se le ha de decir de nuevo,  
 Que le pueda contentar?  
 ¿Siempre borrando y temiendo?  
 ¿Siempre una cosa?... — Una cosa  
 Dicha por modos diversos  
 Puede agradar, y tal vez  
 Anuncia mayor ingenio.  
 Siempre le diré que admiro  
 Su bondad y su talento;  
 Que no estimo yo las bandas,  
 Los bordados, los empleos:  
 Dones que da la fortuna,  
 Brillan, pero todo es viento;  
 Sus buenas prendas me inclinan,  
 Las aplaudo y las venero,  
 Y con ellas nada pueden  
 La suerte ciega ni el tiempo.  
 Y adios, que es tarde. — Oiga usted.  
 — Que voy de prisa. — Un momento.  
 Mire usted... yo... la verdad...  
 También... ya se ve... Yo tengo  
 Algo de vena; y en fin...  
 — ¿Tiene usted vena? Me alegro.  
 ¿De qué? — Digo que a las veces  
 A mis solas me divierto,  
 Y escribo algunas coplillas  
 Tales cuales. Yo no quiero  
 Darlas a luz, porque... — Bien.  
 ¡Admirable pensamiento!  
 — Aquí traigo unas endechas,  
 Un romance, dos sonetos,  
 Y quiero que usted me diga  
 En amistad, sin rodeos,  
 Qué tales son. Venga usted

A aquel portal. — Nos veremos.  
 — Pero un instante. — Otro día.  
 — Y una canción que he compuesto  
 Filosófica. — Al diario.  
 — Y una tragedia que pienso  
 Acabar hoy. — A los Caños.  
 — Y un arbitrio. — A los infiernos. »  
 Esto dicho, le dejó,  
 Apresuro el paso y llevo,  
 Y llegué tarde, según  
 El informe del portero.  
 Renegué del trapalón,  
 De su prosa y de sus versos,  
 Y de mi estrella, que siempre  
 Me depara majaderos.  
 ¡Ay, señor! entre las dichas  
 Que para vos pido al cielo,  
 La de no conocer nunca  
 A este verdugo os deseo;  
 Que si una vez os alcanza,  
 Según es osado y terco,  
 Por no verle la segunda,  
 Os vais á habitar al yermo.

## II. Al conde de Floridablanca (\*).

(No recopilado.)

Musa, mañana sin falta  
 Has de llevar un recado:  
 Oye la lección, y cuenta  
 Con alterar un vocablo.  
 Primeramente pondraste  
 La mantellina de trapo,  
 La basquiña de pedir,  
 Y el gesto de *No hay un cuarto*;  
 Que cuando me ha reducido  
 Mi desgracia, ó mi pecado,  
 A un potaje de lentejas,  
 Que siempre es mi extraordinario,  
 No es bueno que vayas tu  
 Muy levantada de cascós,  
 Crujiendo sedas, y llena  
 La cabeza de penachos.  
 Moderación, Musa mía;  
 La moderación te encargo;  
 No valga mas que el señor  
 El vestido del criado,  
 Y diga el ilustre conde  
 Al verte de punta en blanco,  
 Que eres musa prostituta,  
 Y yo tolerante y manso.  
 Irás... pero no; que estan  
 Los porteros conjurados,  
 Y... yo me entiendo. No vayas,  
 Que es gastar el tiempo en vano.  
 Vete derecho a San Gil,  
 Y ponte en medio del paso  
 Y no te apartes por mas  
 Que el cielo llueva venablos.  
 Espérate allí; y en viendo  
 Que la musa se ha acabado,  
 Ojo avizor... que ya sale:  
 Llegó la ocasión, al caso.  
 Pero si, como otras veces,  
 Va de prisa, y no ha mirado,  
 O se atraviesa una viuda,  
 O algun soldado de antaño.  
 O de un coscorron te envían  
 Al cancel mas inmediato,  
 O un abad gordo se sube  
 Encima de ti gritando;  
 Y en tanto se cierra el coche,  
 Y ya mas veloz que un rayo  
 Corre, tu le alcanzaras,  
 Que el ayuno hace milagros.

(\*) Este romance fue escrito por el autor, siendo aun muy jóven, y dirigido al conde de Floridablanca, á quien cayó tan en gracia, que concedió al suplicante lo que pedía, y aun le otorgó y dispensó otros muchos beneficios.

Corre; y á plé firme esp  
 A la puerta de palacio,  
 Que allí ha de parar, y allí  
 Te ha de ver si no ha cega  
 Y entonces torciendo el  
 Como novicio descalzo,  
 Dile... (Así nunca tus vers  
 Se impriman en el diario);  
 Dile... « Señor, Moratin  
 Está que le lleva el diablo  
 Ni sabe qué hacer, ni sabe  
 Cómo poder obligaros.  
 » No viene en propia per  
 A repetir el asalto,  
 Por no seros importuno,  
 Puesto que lo ha sido tant  
 » Y así, preséntame a vo  
 Con poderes que me ha da  
 Escuchadme la embajada,  
 Que en dos puntos la desp  
 » Primero; que os da los  
 No como se dan hogaño,  
 Por cumplimiento y por us  
 De papelitos pintados;  
 » Sino por estimacion  
 Y afecto sencillito y llano,  
 Sin hipérboles de moda  
 Ni palabrones hinchados,  
 » Rogando al cielo os co  
 Mas vida que á un mentec  
 Mas robustez que á un flar  
 Mas fortuna que á un beik  
 » Para que la envidia os  
 Vivir feliz muchos años,  
 Querido de la nacion.  
 Y amigo siempre de Carlos  
 » Esto ruega al cielo; y  
 Que os dijese me ha mand  
 Y voy al segundo punto:  
 La compasion os encargo.  
 » Dice que pues hoy es  
 De gracias y de agasajos,  
 El agasajo le hagais  
 De sacarle de trabajos;  
 » Que el pobrecito está  
 De esperar desesperado;  
 Y solo vuestra palabra  
 La vida le va alargando.  
 » El médico le visita;  
 Le manda jarabe y baños,  
 Caldos de pollo y sustanci  
 Y medicinas y emplastos.  
 » Pero si vos no mandais  
 Hacerle beneficiado,  
 O una pension clerical  
 Le recetais para el caso,  
 » Ni pediluvios, ni ungüe  
 Ni pildoras, ni electuarios,  
 Ni aunque se acueste con  
 Todo el protomedicato,  
 » Bastara para que el tris  
 Con la intemperie de marz  
 No se muera de inaccion  
 Como mueren los fidalgos.  
 » ¡Oh, señor!... (Aquí es  
 Musa, que esfuerces el llan  
 Con aquello de; *Ay de mí!*  
 Y sollozos y desmayos.)  
 » ¡Oh, señor! no permitai  
 Que se muera tan tempran  
 Si no queréis que se vsta  
 De luto todo el Parnaso.  
 » Sois poderoso, y es fuer  
 Que al impulso de esa man  
 La mas adversa fortuna  
 Mire su rigor postrado.  
 » Que si los que adora el  
 Tienen de divinos algo,  
 Es solo poder hacer  
 Felices los desdichados.  
 » Y pues la Europa os ad  
 Al pié del dosel hispano

en paz y justicia  
 imperio dilatado,  
 diga de vos, que habiendo  
 en la tierra tanto,  
 Moratin no pudo  
 feliz vuestra mano.  
 ¿mentida, señor, la errada  
 en del vulgo vano,  
 ¿zga que en el hospicio  
 Apolo su palacio.  
 ¿mentida, pues á vos  
 el cielo reservado  
 florecer las letras  
 favor á los sabios.  
 ¿no imagino que pueda  
 tension admiraros  
 cosa mas despreciable  
 lo os ha pedido? ¿cuando?  
 ¿no pide que le deis  
 ola de arcediano,  
 ¿ere ser intendente,  
 ¿ue, ni veinticuatro;  
 lo quiere ser abate:  
 ¿edir tan moderado  
 o, si por ventura  
 abate es ser algo!  
 ta fué su vocacion  
 sus primeros años;  
 lo estorbeis, que al fin  
 atólico cristiano,  
 en conciencia no podeis  
 ir á este muchacho  
 egue á verificar  
 monstico tan santo.  
 ¿, señor. Considerad  
 el punto delicado;  
 bien, y si queréis  
 mejor, consultadlo.  
 cualquiera abate os dirá  
 capita milagros;  
 ¿mbien tiene indulgencias  
 los escapularios.  
 ¿, señor; también las tiene;  
 ¿autor italiano  
 ¿que ha habido en Europa  
 cinco abates santos.  
 ¿quién sabe si los cielos  
 ¿tan han guardado  
 ¿media docena  
 ¿os bienaventurados?  
 ¿quién sabe si algun dia  
 coleccion de un claustro,  
 lienzo, colorido  
 ¿s futuros Ticianos,  
 ¿vera a mi santo niño  
 ¿dito y cabizbajo,  
 ¿dillas en el suelo  
 ¿as entrambas manos,  
 ¿chupilla y motilon,  
 ¿udibundizado,  
 ¿iendo la sagrada  
 ¿de vuestra mano? »  
 ¿le diras; y espero  
 sultas del encargo,  
 ¿espera un mal poeta  
 ¿cisiones del patio.  
 ¿ue si la suerte hiciere  
 ¿o es posible esperar lo  
 bondad de mi dueño  
 ¿n reverencia y amor)  
 ¿mi súplica no hallase  
 ¿encia ni despacho,  
 ¿es, Musa, ya puedes  
 ¿r aposento y plato.  
 ¿a algun talento chirle,  
 ¿que en Madrid hay tantos  
 ¿os que viven sufriendo  
 ¿illos á destajo.  
 ¿el puedes ajustarte  
 ¿es ó medios años;  
 ¿cada inspiracion  
 ¿ague de contado.

Con esta al público grazna,  
 Y engrada los esquinzos,  
 Y Dios te ayude y te dé  
 Lectores desocupados;  
 Que si yo me llevo a ver  
 De una vez desesperado,  
 O me meto a traductor,  
 O me degüello, ó me caso.

### III. Al príncipe de la Paz en una de sus venidas á la corte desde el sitio de Aranjuez en 1780.

(No recopilado.)

Aunque de lejos he visto,  
 Si no hay en la vista engaño,  
 Que venís bueno y alegre  
 De las orillas del Tajo,  
 Recibid el parabién  
 En versos cojos y mancos;  
 Y si no os parecen buenos,  
 A mí me pasa otro tanto.  
 Es muy difícil hacerlos  
 Bruñidos y limados;  
 Pide tiempo, y no lo tienen  
 De sobra los secretarios.  
 Sabreis que mi señora  
 Trabaja mas que un forzado,  
 Traduciendo, corrigiendo,  
 Reconstruyendo y firmando.  
 Sabreis que de Babilonia  
 El famoso campanario,  
 Si á mi portal se compara,  
 Fué un juguete de muchachos.  
 Vierais allí un tunecino  
 Que viene desaforado,  
 A que le traduzca yo  
 Unas coplas de su hermano;  
 Un irlandés que no entiende  
 La factura de dos barcos,  
 Y no sabe si llevaban  
 Naranjas ó atun salado;  
 Mucho clérigo de prima  
 Y abatillos currutacos,  
 Emigrantes, bailarines  
 Y caldereros gabachos;  
 Viudas que quieren casarse,  
 Y como murió don Braulio  
 En Norlingen, me presentan  
 Un bosque de garabatos.  
 Yo los he de interpretar,  
 Y van y vienen recados:  
 Que por Dios que las despache,  
 Que es conciencia dilatarlo.  
 ¿Pues, cuando vienen de Roma  
 Los diplomas sacrosantos  
 Que aquella ciudad bendita  
 Regala al orbe cristiano?  
 Allí es ver cómo las Musas  
 Se escapan por los tejados  
 Huyendo la incomprensible  
 Colección de garabatos.  
 Las bulas y pergaminos  
 Con tanto sello colgando  
 Para leche, para huevos,  
 Para no comer pescado;  
 Dispensas y absoluciones  
 Para primos y cuñados,  
 Que en vez de quererse bien  
 Se quisieron demasiado;  
 Para que don Agapito  
 Diga una misa volando,  
 Y supla por veinte mil  
 Que en dinero le pagaron.  
 Para que sor Dorotea  
 Se vaya a tomar los baños,  
 Y fray Serapion no rece  
 Mientras le duren los flatos;  
 Para que vuelvan al siglo  
 Los que al siglo renunciaron...  
 Entonces una irrupcion

Viene de godos y alanos,  
 Espesa nube de frailes,  
 Sobre mi casa tronando,  
 Blancos, cenicientos, muzgos,  
 Negros, azules y pardos;  
 Mallorquines, andaluces  
 Estremeños y canarios;  
 Habaneros á docenas,  
 Y á cientos los peruanos,  
 Impacientes de soltar  
 Capuchas y escapularios;  
 Me llenan de maldiciones  
 Cada momento que tardo:  
 Todos con su papelón,  
 Unos en otros brincando,  
 Que sin mi firma no pueden  
 Cargar con ellos el diablo.  
 Todos en su tierna edad  
 Por un padre endemoniado  
 Y á fuerza de mojicones  
 Y palizas, profesaron;  
 Todos han sufrido injurias  
 Atroces de sus hermanos,  
 Y el convento los persigue  
 Porque son buenos y santos;  
 Todos tienen una hermana  
 Viuda y pobre y sin amparo,  
 Y dos sobrinas doncellas  
 Recatadas por el cabo,  
 Cuya doncellez está  
 Por instantes peligrando,  
 Y si no las guarda el fraile,  
 Van á suceder estragos.  
 Esta es mi vida, estas son  
 Las amarguras que paso,  
 Los combates que me dan,  
 Las escaladas que agunto.  
 No os admire pues que sean  
 Mis versos pocos y malos;  
 Hagalos mejores quien  
 Esté menos ocupado;  
 Que para alegrarme yo  
 De veros contento y sano  
 Y que el cielo en largas dichas  
 Os guarde felices años,  
 No necesito de Apolo,  
 De las Musas y el Parnaso,  
 Y en prosa humilde diré  
 Que os venero siempre y amo  
 Y os digo verdad, así  
 Vos me queráis otro tanto:  
 Es mucho; con la mitad  
 Me doy por afortunado.

### IV. A una dama que le pidió versos.

(No recopilado.)

¿Versos le pedís á un hombre  
 Tan cerrado de mollera?  
 ¿Sabéis qué malos los hago,  
 Y el trabajo que me cuestan?  
 ¿Sabéis que para hacer uno  
 Suelo emporcar una resma,  
 Y en escribirle y borrarle  
 Gasto semanas enteras?  
 Si fuera un vecino mío  
 Que hace coplas á docenas,  
 Y con ellas se estasia,  
 Se enloquece y se embelesa,  
 Y baja al portal, y á cuantos  
 Pasan, por ruego ó por fuerza,  
 Sin respirar les recita  
 Dos cuadernillos de endechas,  
 Diez sonetos, veinte y cuatro  
 Redondillas, tres comedias,  
 Cien epigramas, y nueve  
 Planes de nueve poemas;  
 Ese sí pudiera daros  
 Cuantos versos le pidierais,  
 Ya que la suerte enemiga  
 Le condenó á ser poeta.

Yo no lo soy, ni lo quiero  
Ser, ni nadie lo sospecha,  
Ni Dios permita que nunca  
A tal tentación consienta.  
Eso no, que esto que llaman  
Inspiración, influencia,  
Númen, furor, los que envían  
A Salanova cuartetos,  
No es otra cosa que el diablo  
Que los urge y que los ciega.  
El los inspira, y así  
Son tan diabólicas ellas.  
Y como hay uno encargado  
De los cuñados y suegras,  
Alborotador de casas,  
Y amigo de peloteras;  
Otro diablo comilon  
Que corre de mesa en mesa;  
Otro vanidoso y tonto  
Con bordados y veneras;  
Y otro en fin, que es el que temo,  
Juguetero, mala cabeza,  
Que se esconde muchas veces  
Entre dos pestañas negras,  
Y hace con una mirada,  
Con una risa halagüeña,  
Con dos lágrimas traidoras,  
Que todo un hombre se pierda,  
Así también, además  
De estos diablos que nos cercan,  
Hay otro mas enladoso,  
Mas insolente y perrera.  
Este es el que inspira tantos  
Versillos de cadeneta,  
Y el que regala al teatro  
Monstruos en vez de comedias.  
Este, el que ahorra los postes  
Con cartelones de a terciá,  
Embadurna los diarios,  
Y hace cola en las gacetas.  
Este el que enseña a hacer libros  
En donde todo se enseña,  
Padre adoptivo de tantos  
Sócrates a la violeta.  
El apunto a Valladares  
Sus misiones de cuarema,  
Y al miserable Moncín  
Sus nefandas Roncalesas,  
A don Bruno sus tramoyas,  
A Luciano sus endechas,  
Y a nuestro Plauto moderno  
Sus farsas tripicalleras.  
Por él en ambos corrales  
La ruda plebe merienda  
Del gótico don Fermín  
Las mal cocidas menestras.  
Por él Zavala, execrable  
Autor, fatiga las prensas,  
Y el rechinante Trigueros  
Aborta sus epopeyas.  
Nifo, ¡oh pestilente Nifo!  
Gran predicador de tiendas,  
Que desde el año de seis  
Disparatando voces;  
Solo este diablo te pudo  
Turbar así la cabeza,  
Y por divertirse hacerte  
Escritor de callejuela.  
El solo dicta sus coplas,  
Maldecidas de Minerva,  
A don Alvaro Guerrero,  
A don Lucas, a Cacea,  
Y a tanto varón famoso  
Con quien Guarnido espera  
Rebutir el suplemento  
De su infesta biblioteca.  
Y tu, que desde tu silla  
Presides a sus tareas,  
Y en pérdidas impresionas  
Su celebrada aumentas,  
Gran Salanova, que en todo  
Te metes, y en todo yerras,

¿Qué cura te sacará  
El diablo que te atormenta?  
Si nuestra piadosa madre  
Algun conjuro tuviera,  
Como para las langostas,  
Para los malos poetas,  
Yo te aseguro, infeliz  
Mitólogo de la legua,  
Que a chorros de agua bendita  
Y antifonas y coletas,  
Bien presto libertaria  
De la pícara caterva  
De dioses y semidioses,  
Y espectros y ninfas necias  
Esa pobre criatura,  
Que sin cesar aporrea  
El enemigo, y a eterno  
Disparatar la condena.  
Pero es en vano: los cielos,  
Quizá ofendidos, ordenan  
En pago de nuestras culpas  
Tanto castigo a la tierra.  
Y como suele tal vez  
Ocupar una floresta  
Importuna multitud  
De cigarras vocingleras,  
Que aquí y allá chirriando  
El ronco estrépito alternan,  
Cantan que rabian, y nunca  
Hasta reventar lo dejan,  
En tanto que al son tremendo  
Huyen con alas ligeras  
Las avecillas canoras,  
Dulce hechizo de la selva,  
Vuela de una rama en otra  
Asustada Filomena,  
Ni el aire su voz despide,  
Ni al caro nido se acerca;  
De esta suerte el numeroso  
Enjambre que nos apesta,  
De copleros chabacanos  
Ridícula turba y necia,  
Fastidiosamente aulla,  
Y al run run de sus cencerros  
Las musas desaparecen,  
Febo y las gracias con ellas.  
Todo es ignorancia, y todo  
Frustración é insolencia,  
Y el Parnaso castellano  
Yace morada desierta.  
Ni ¿quién osara acallar  
La desapacible orquesta,  
Ni alternar en el solfeo  
Que Salanova gobierna?  
¿Y vos, señora, pedis  
(Supongo que fue por fiesta)  
Versos a quien de los suyos,  
Si algunos hace, reniega?  
Yo, que no soy embrollon,  
Ni pongo mi ingenio en venta,  
Ni predico en el café  
Donde retumbaba Huerta,  
Yo, cuando en tal ignominia  
Esta de Apolo la ciencia,  
¿He de escribir, mientras Nilo  
Escribe que se las pela;  
Mientras Concha, haciendo ajustes  
Con Martínez y Ribera,  
Ofrece dar el surtido  
Necesario de comedias;  
Y Moncín, para quitarle  
El aplauso y las pesetas,  
Hace rebajas, y el pobre  
Don Bruno rabia y patea?  
Mientras el doctor Guarnido  
Tanto mamarracho incienso,  
Y a Trigueros le despacha  
El título de poeta,  
¿Yo he de escribir? No. Primero  
Que tal precepto obedezca,  
Guerrero y Casal me alaben,  
Y a malos sonetos muera.

Tiempo vendrá, si en los hados  
No existe cólera eterna,  
Que el rayo puro del sol  
Disipe oscuras tinieblas,  
Y del olvido en que yacen,  
Resucitadas las letras,  
De su perdido esplendor  
La edad venturosa vuelva.  
Yo entonces, si amor permito  
Mi voz a mayor empresa,  
O han muerto ya de su incendio  
Las no apagadas centellas,  
Tal vez de la corva lira  
Pulsaré doradas cuerdas,  
Entre los doctos alumnos  
Que Apolo inspira y alienta;  
Y cuando mi patria loyre  
La felicidad que espera,  
Su nuevo Augusto hallara  
Marones que le celebran.

#### V. Aguinaldo poético.

Ya, señor, el tiempo llega  
De presentes y regalos:  
Para el que ha de recibir,  
El mas alegre del año;  
Para el que da, tiempo triste,  
Mas azaroso é infuasto,  
Tanto, que muchos quisieran  
Echarle del calendario.  
Yo, en este mes, como soy  
Tan cumplido y tan exacto,  
He dispuesto remitirlos  
Las pascuas y el aguinaldo.  
Ello es verdad que parece  
Muy extravagante y raro  
Que el pobre regale al rico,  
Y al provincial el donado;  
Pero al fin, si yo nací  
De humor generoso y franco,  
¿Quien me ha de quitar que tengo  
El alma de un Alejandro?  
Y no hay remedio, os prometo  
Que me he portar con garbo;  
Que cuando dan los poetas,  
Dios nos tenga de su mano.  
Tal vez para su traer  
No suelen tener un cuarto;  
Pero para regalar  
El mundo les viene escaso.  
Y no esperéis que os envíe  
Rico calé veneciano,  
Salchichones boloneses,  
Ni vino de Chipre en frascos,  
Miel de Calabria exquisita,  
De Génova dulces varios,  
Lenguas de Lodi esculentas,  
Bien que no las he probado,  
Enormes quesos de Parma,  
Que dicen que son muy caros,  
Macarrones, tallarines,  
Pasteles napolitanos;  
No, señor, porque esto al fin  
En las tiendas lo encontramos.  
Y si tuviese dinero,  
Fácil me fuera comprarlo.  
La gracia está en invocar  
A Apolo, mi primo hermano.  
Y hacerle venir de un brinco  
Desde el Olimpo a mi cuarto.  
Y en vez de tanta morcilla,  
Y de tanta grasa y tantos  
Dulces, que solo producen  
Indigestiones y hartazgos;  
Si queréis cosas gustosas  
Que no os pueden hacer daño.  
Y en su vida las han visto  
Los arrieros maragatos.  
Ahí está el fenix de Arabia.

un manjar delicado,  
 rayones soberbios  
 un de Juno el carro;  
 lomititas de Venus,  
 Capricornio y Tauro,  
 doce estrellas, segun  
 el autor castellano:  
 y en las pondremos  
 cabeche con caldo,  
 quitando las colas  
 stupendo regalo.  
 itones, las harpas,  
 rífos y centauros,  
 en jigote, y otros  
 y otros empanados;  
 tanto a vinos... El vino  
 ramente es muy malo,  
 era y convulsiones,  
 en la cabeza estragos:  
 ra es mejor; y el agua  
 baja despenando  
 fuente Cabalina  
 s faldas del Parnaso,  
 nas que los licores  
 rsella celebrados,  
 lo liquido ardiente,  
 to sabroso y caro.  
 i a fin de comida  
 is de beber un trago,  
 dará el néctar que sirve  
 el garzon troyano.  
 presente, capaz  
 nplar el ceño airado  
 vista, de un relator,  
 virey americano,  
 ara vos le tengo  
 nido y arreglado:  
 apetito, y picar  
 do, y muérase el diablo.  
 de ir por tierra, Pluton,  
 es, Ceres y Baco  
 estaran a porfia,  
 lo los quiera, sus carros.  
 de ir por el mar, Neptuno,  
 Anfritre y Glauco  
 nova a Barcelona  
 n en dos latigazos.  
 uereis que se lleve  
 caire, y evitamos  
 tro de los ingleses,  
 n todo meten el gancho,  
 r, Apolo y Venus  
 llevaran volando;  
 e que en las aduanas  
 sitaran el cargo.  
 en lugar de cubrirlle  
 uelos valencianos,  
 conclusiones llenas  
 epcias y mamarrachos,  
 briremos de versos,  
 o que siendo el regalo  
 del Pindo, ¿quién pone  
 voltorio prosaico?  
 s iran, que las musas,  
 o para vos el canto,  
 u inspiracion divina  
 i mi numen tardo.  
 aqui como quedo  
 o y despenado,  
 ucho favor que os debo  
 a de Ovidio os pago.

## VI. Mas vale callar (16).

¿Será que habiendo sido  
 esa que tanto honrais,  
 edeceros pronta  
 misa voluntad,  
 un perezosa este,  
 o me quiere inspirar

Los versos que me pedis,  
 Si cuando pedis, mandais?  
 ¿Acaso pudo el deseo  
 De complaceros faltar,  
 O acabaron los calores,  
 Con su vena perenal?  
 ¿O fatigada tal vez  
 De traducir y firmar,  
 Tiempo la falta y humor  
 Para ser original?  
 Y en tanto, a mi se me acusa  
 De indolente y holgazán,  
 Ella se abanica y ríe,  
 Yo me apuro, y vos instais.  
 ¿Qué la cuesta en libres versos  
 Maldecir y murmurar,  
 Sátiras dictando alegres,  
 Llenas de pimienta y sal?  
 ¿Acaso la edad presente  
 Tan corta materia da?  
 ¿Tan leves son nuestros vicios?  
 ¿Tan pocas locuras hay?  
 Si la mandaran fingir,  
 Y con astucia falaz  
 Aplaudir los desaciertos,  
 Los delitos adorar;  
 Yo el primero disculpara  
 Su silencio pertinaz:  
 Que es mejor, cuando el asunto  
 Obliga a mentir, callar.  
 Pero si quereis que solo  
 Dicte sátira mordaz,  
 ¿No es decirla claramente,  
 Musa, dinos la verdad?  
 Pues ¿por qué de la ocasion  
 No se debe aprovechar,  
 Y dar una felpa a tanto  
 Literato charlatán;  
 Tantos eruditos bueros,  
 Cuyo talento venal  
 Nos da en menudos las ciencias,  
 Que no supieron jamas;  
 Tanto insipido hablador,  
 Tanto traductor audaz,  
 Novelistas indecentes,  
 Políticos de desván,  
 Desertadores eternos  
 De virtud y de moral,  
 Que por no tenerla en casa  
 La venden a los demás?  
 ¿Y por qué tantos copleros,  
 Que en su discorde cantar  
 Ranas parecen, que habitan  
 Cenagoso charquetal,  
 Ha de tolerar mi Musa  
 Que metrifiquen en paz,  
 Y se metan a escribir  
 Por no querer estudiar?  
 ¿Ella no fué la que un día  
 Dió lección tan magistral  
 (Haciendo el ancho teatro  
 Pulpito de la verdad),  
 Que a todo autorcillo astroso  
 Llenó de terrible afán  
 Creyendo cercao el punto  
 De su estermínio final?  
 ¡Oh estúpidos! escribid,  
 Imprimid, representad;  
 Que el siglo de la ignorancia  
 Largos años durará.  
 Y mientras al rudo vulgo  
 Embobeis y corrompais  
 Con farsas, que Apolo al verlas  
 Padece gota coral,  
 Ni faltará quien os dé  
 Para vestir y mascar,  
 Ni habrá un cristiano que os diga:  
 Vencejos, no chilleis mas.  
 Seguid, y luevan abates,  
 Moros, pillos de arrabal,  
 Arrieros, trongas y diablos  
 Con su rabillo detras.

Y si el público se hasta  
 De ver tanta necedad,  
 Vayase a dormir tres horas  
 A los Caños del Peral.  
 Pero, señor; si la Musa  
 Se llega a determinar,  
 Se anima y os obedece,  
 Y tras todos ellos da,  
 Y en justa sátira y docta  
 Los tonos quiere imitar  
 Del siempre festivo Horacio  
 O el caustico Juvenal,  
 ¿No sera de tanto monstruo  
 Las cóleras provocar,  
 Y esponer a mil estragos  
 Su decoro virginal?  
 ¿No veis que yace el Parnaso  
 En triste cautividad,  
 Y en él barbaras catervas  
 Atrincherasdas estan?  
 No, señor; pues siempre ha sido  
 Para vos fina y leal  
 Mi pobre Musa, y os debe  
 Lo que no os puede pagar,  
 No la mandeis que de tanto  
 Necio se burle jamas,  
 Ni les riña en castellano,  
 Porque no la entenderán.  
 Sátiras no, que producen  
 Odio y encono mortal;  
 Y entre los tontos padece  
 Martirio la ingenuidad.

## VII. A Geroncio (17).

Cosas pretenden de mi,  
 Bien opuestas en verdad,  
 Mi médico, mis amigos,  
 Y los que me quieren mal.  
 Dice el doctor: «Señor mío,  
 Si usted ha de pelechar,  
 Conviene mudar de vida,  
 Que la que lleva es fatal:  
 Débiles los nervios, débil  
 Estómago y vientre esta:  
 Pues ¿qué piensa que resulte  
 De tanta debilidad?  
 Si come, no hay digestion;  
 Si ayuna, crece su mal;  
 A la obstruccion sigue el flato,  
 Y al tiriton el sudar.  
 Vida nueva, que si en esta  
 Dura dos meses no mas,  
 Las tres facultades juntas  
 No le han de saber curar.  
 No traduzca, no interprete,  
 No escriba versos jamas.  
 Miedos y musas le tienen  
 Hecho un trago de hospital;  
 Y esos papeles y libros,  
 Que tan mal humor le dan,  
 Tirelos al pozo, y vayan  
 Plauto y Moreto detras.  
 Salga de Madrid, no esté  
 Metido en su mechinal,  
 Ni espere a que le derrita  
 El ardor canicular.  
 La distraccion, la alegría  
 Rústica le curarán:  
 Mucho burro, muchos baños  
 Y mucho no trabajar.»  
 En tanto que esta sentencia  
 Fulmina la facultad,  
 Mis amigos me las mullen  
 En junta particular,  
 Dicen: «¡Oh, si Moratín  
 No fuese tan haragán;  
 Si de su modorra eterna  
 Quisiera resucitar!  
 El ha sabido adquirir  
 La estimacion general;



Aplauso y envidia escita  
 Cuanto llega á publicar:  
 Le murmuran, pero nadie  
 Camina por donde él va;  
 Nadie acierta con aquella  
 Difícil facilidad;  
 Y si él quisiera escribir  
 Tres cuadernillos no mas,  
 ¿La caterva de pedantes  
 Adónde fuera á parar?  
 ¿Qué se hiciera tanto insulto  
 Compilador ganapán,  
 Que de francés en gabacho  
 Traducen el pliego á real?  
 Tanto hablador, que a su arbitrio  
 Méritos rebaja y da,  
 Tiranizando las tiendas  
 De Perez y Mayoral?  
 No, señor, quien ha tenido  
 La culpa de este desmán,  
 Si escuchara un buen consejo,  
 Lo pudiera remediar.  
 Tomasen la providencia  
 De meterle en un zaguán,  
 Con su candel, su tintero,  
 Pluma y papel, y cerrar;  
 Y allí, con racion escasa  
 De queso, agua fresca y pan,  
 Escribiese cada dia  
 Lo que fuera regular.  
 ¿Emporcaste un pliego? Lindo;  
 Almuerza y vuelve al telar;  
 Come, si llenaste cuatro;  
 Cena, si acabaste ya.  
 ¿Quieres tocino? Veamos  
 Si esta corregido el plan.  
 ¿Quieres pesetas? Pues daca  
 El *Drama sentimental*.  
 Por cada escena, dos duros  
 Y un panecillo te dan,  
 Por cada *Pequeña pieza*  
 Un *Vale dinero*, y mas.  
 Y de este modo, en un año  
 Pudieramos aumentar  
 De los cómicos hambrientos  
 El esprinido caudal.  
 Esto dicen mis amigos  
 (Reniego de su amistad);  
 Mi suegro, si le tuviera,  
 No dijera cosa igual.  
 Esto dicen, y en un corro  
 Siete varas mas alla,  
 Don Mauricio, don Senén,  
 Don Cristóbal, don Beltran  
 Y otros quince literatos  
 Que infestan la capital,  
 Presumidos, ya se entiende,  
 Doctos á no poder mas,  
 Dicen: «Moratin cayó,  
 Bien le pueden olear;  
 No chista ni se rebulle,  
 Ya nos ha dejado en paz.  
 Su *Baron* no vale nada;  
 No hay enredo allí ni sal,  
 Ni caracteres, ni versos,  
 Ni lenguaje, ni...—Es verdad,  
 Dice don Tiburcio; ayer  
 Me aseguró don Cleofas,  
 En casa de la condesa  
 Viuda de Madagascar,  
 Que es traduccion muy mal hecha  
 De un drama antiguo alemán...  
 —Si, traduccion, traduccion,  
 Chillan todos a la par,  
 Traduccion... Pues él ¿por dónde  
 Ha de saber inventar?  
 No, señor, es traduccion;  
 Si él no tiene habilidad,  
 Si él no sabe, si él no ha sido  
 De nuestro corro jamas,  
 Si nunca nos ha traído  
 Sus piezas á examinar:

¿Qué ha de saber?—¡Pobre diablo!  
 ¡Escлама don Bonifaz:  
 Si yo quisiera decir  
 Lo que... pero bueno está.  
 —¡Oiga! ¿pues qué ha sido? Vaya.  
 Diganos usted.—No tal,  
 No. Yo le estimo, y no quiero  
 Que por mí le falte el pan.  
 Yo soy muy sensible; soy  
 Filósofo, y tengo ya  
 Escritos catorce tomos  
 Que tratan de humanidad,  
 Beneficiencia, suaves  
 Vinculos de afecto y paz;  
 Todo alimbares, y todo  
 Deliquios de amor social;  
 Pero es cierto que... Si ustedes  
 Me prometieran callar,  
 Yo les contara...—Si, diga  
 Usted, nadie lo sabrá:  
 Diga usted.—Pues bien: el caso  
 Es que ese cisne inmortal,  
 Ese dramático insigne  
 Ni es autor, ni lo sera.  
 No sabe escribir, no sabe  
 Siquiera deletrear:  
 Imprime lo que no es suyo,  
 Todo es burtado, y... ¿Qué mas?  
 Sus comedias celebradas,  
 Que tanta guerra nos dan,  
 Son obra de un religioso  
 De aquí de la Soledad.  
 Díoselas para leerlas  
 (Nunca el fraile hiciera tal),  
 No se las quiso volver,  
 Murióse el fraile, y andar...  
 Digo, ¿me esplico?—En efecto,  
 Grita la turba mordaz,  
 Son del fraile. Rateria,  
 Hurto, robo, claro está.  
 Geroncio, mira si puede  
 Haber confusion igual:  
 Ni sé qué hacer, ni confío  
 En lo que hiciere acertar.  
 Si he de seguir los consejos  
 Que mi curador me da:  
 Si he de vivir, no conviene  
 Que pida á mis nervios mas.  
 Confundir á tanto necio  
 Vocinglero pertinaz,  
 Que en la cartilla del gusto  
 No pasó del *cristus, a*;  
 Componer obras, que piden  
 Estudio, tranquilidad,  
 Robustez, y el corazón  
 Libre de todo pesar,  
 No es empresa para mí;  
 Tú, Geroncio, tú me da  
 Consejo. ¿Cómo supiste  
 Imponer, aturullar,  
 Y adquirir fama de docto  
 Sin hacer nada jamás?  
 Tú, maldito de las Musas,  
 Que lleno de gravedad,  
 De todo lo que no entiendes  
 Te pones á disertar,  
 ¿Cómo sin abrir un libro,  
 Por esas calles te vas,  
 Haciéndote el corifeo  
 De los grajos del lugar,  
 Y con ellos tragas, brindas  
 Y engordas como un buey,  
 Y duermes tranquilo, y nadie  
 Sospecha tu necesidad?  
 Dime si podré adquirir  
 Ese don particular;  
 Dame una leccion siquiera  
 De impostor y charlatan,  
 Y verás como al instante  
 Hago con todos la paz,  
 Y olvido lo que aprendí,  
 Para lucir y medrar.

# VIII. Juicio del año de 1831. (Insólito.)

Ya llegó el año de trece  
 Por su paso natural;  
 Y el de doce, Dios lo guie,  
 Acia la historia se va.  
 Costumbre ha sido poner  
 Por cabeza de almanak  
 Lo que muchos llaman juicio  
 Y yo llamo necedad,  
 Prólogo de lo futuro,  
 Juego de pronosticar,  
 Anticipada gaceta  
 De lo que sucederá.  
 Y ¿qué sucede? lo mismo.  
 Poco menos, poco mas.  
 Que ya se ha visto en el mundo  
 Desde los años de Adán.  
 Dócil la naturaleza  
 En su movimiento igual  
 Cumple del Nomen eterno  
 La constante voluntad.  
 Nada es nuevo á quien medita  
 Lo que va quedando atrás;  
 Lo que ha pasado es imagen  
 De lo que debe pasar.  
 Pero es tan desatinada  
 La humana curiosidad,  
 Que olvidando lo que fué,  
 Pregunta lo que será.  
 Y ¿en qué libro encontraremos  
 El método singular  
 De conocer los sucesos  
 Que tan callados estan?  
 El sumario de Cortés  
 Poquísima luz nos da,  
 En Salamanca se ignora,  
 En Londres no saben mas.  
 ¡Oh tiempo feliz aquel  
 De inepta credulidad,  
 Tan fecundo en maravillas  
 Que no conocemos ya!  
 Uno buscaba entre chispas  
 La piedra filosofal,  
 Suplemento de las minas  
 De Golconda y del Catay.  
 Otro, rebotando azumbres,  
 Daba salud á un lugar;  
 Y á repiques apagaba  
 Centellas un sacristán.  
 Las viejas entre tinieblas  
 Con untura general  
 Embrujaban el ambiente  
 De Rusafa y Campana.  
 Este, atisvaba tesoros  
 La vispera de San Juan;  
 Y aquel, á puro exorcismo,  
 No dejaba diablo en paz.  
 Los difuntos empleaban  
 Las noches en pasear  
 Con llamas y cadenitas  
 Y estribillo de; ay! ay! ay!  
 Los magos quemando azufre  
 Llamaban á Satanás,  
 Y él obediente acudia  
 Como un donado á un guardián.  
 Los duendes en la cocina,  
 En la alcoba, en el portal,  
 En el terrado, en la cueva,  
 En lo oscuro del desván,  
 No dejaban escribir,  
 Barrer, coser ni guisar.  
 Ni quedaba trasto a vida  
 En toda la vecindad.  
 Pasó aquel tiempo, y con él  
 La ciencia de adivinar;  
 Los profetas se acabaron  
 Para no volver jamas.  
 Pérdida que solamente  
 La pudiera reparar  
 Nuestro juicio, porque el año  
 Su juicio se quedara.

Dejemos los otros mundos  
En el espacio en que están;  
Giren como Dios lo quiso,  
Brillen si deben brillar.  
Y en esta pequeña bola  
Llena de ignorancia y mal,  
Posada incómoda y triste  
Que debemos habitar,  
Tratemos de ser felices,  
Pues la prudencia nos da  
El secreto de sufrir  
Y los medios de gozar.

#### IX. *El coche en venta.*

Quiero contarte  
Que don Miguel,  
Aquel pesado  
Que viste ayer,  
Me está moliendo  
Mas ha de un mes,  
Sin ser posible  
Zafarme de él,  
Para que compre  
(Mal haya, amén)  
Sus dos candongas  
Y su cupé.  
Esta mañana  
Salió a las diez  
A ver á Clori  
(No lo acerté):  
Horas menguadas  
Debe de haber.  
Ibame aprisa  
Acia la Red,  
Y en una esquina  
Me le encontré.  
Fueron sin duda  
Cosa de ver  
Las artimañas,  
La pesadez,  
Los argumentos  
Que toleré,  
El martilleo  
De somatén,  
Y las mentiras  
De tres en tres.  
«Y no hay remedio,  
Ello ha de ser;  
Porqué, amiguito,  
Mirado bien,  
Sale de balde,  
Parece inglés;  
La caja es cosa  
Digna de un rey.  
¡Qué bien colgada!  
¡Qué solidez!  
Otra mas cuca  
No la vereis.  
Pues ¡y las mulas?  
Yo las compré  
Muy bien pagadas  
En Aranjuez,  
Y á los dos meses  
Llegó a ofrecer  
El marquesito  
De Mirabel  
(Sobre la suma  
Que yo solté)  
Catorce duros  
Para beber  
A un chalán cojo  
Aragonés,  
Que vive al lado  
De la Merced.  
Son dos alhajas;  
No hay que temer,  
Fuertes, seguras,  
De buena ley.  
Con que Domingo

Puede á las seis  
Ir á mi casa;  
Yo os dejaré  
Las señas... Pero...  
¿Teneis papel?  
—No tengo nada,  
Ni es menester;  
Dejadme vivo,  
Sayon cruel.  
Si ya os he dicho  
Que no gasteis  
Saliva y tiempo;  
Si no ha de ser;  
Si por no hallaros  
Segunda vez,  
Solo, sin capa,  
Me fuera á pié  
Hasta la turca  
Jerusalén.»  
¡Y te parece  
Que le abuyenté?  
Nunca un pelmazo  
Llega á entender  
Lo que no cuadra  
Con su interés.  
Quise cansarle,  
Me equivoqué;  
Sigo mi trote,  
Sigue también,  
Suelto de lengua,  
Ágil de piés,  
Siempre á la oreja  
Como un lebre!.  
Lloviendo estaba  
Y á buen llover;  
Calles y plazas  
Atravesé,  
Charcos, arroyos...  
Voy á torcer  
Por la bajada  
De San Ginés,  
Hallo un entierro  
De mucho tren;  
Muerto y parientes  
Atropellé.  
El, por seguirme,  
Dio tal vaivén  
A un monaguillo,  
Que sin poder  
Valerse, al suelo  
Cayó con él.  
Tal del pobrete  
La rabia fué,  
Tal cachetina  
Siguió después,  
Que malferido,  
Zurrado bien,  
Allí entre el lodo  
Me le dejó.

#### EPIGRAMAS.

##### I. *Para una estatua de la Farmacia.*

A la ciencia de Hipócrates unida,  
Dilata los instantes de la vida.

##### II. *Para el sepulcro de Almanzor (18).*

No existe ya, pero dejó en el orbe  
Tanta memoria de sus altos hechos,  
Que podrás admirado conocerle,  
Cual si le vieras hoy presente y vivo.  
Tal fué, que nunca en sucesión eterna  
Darán los siglos adalid segundo,  
Que así, venciendo en lides, el temido  
Imperio de Ismael acrezca y guarde.

III. *Para la cortina de un teatro.*

Vicios corrige la vivaz Talía  
Con risa y canto y máscara engañosa,  
Y el nacional adorno que se viste.  
Melpómene, la faz majestuosa  
Bañada en lloro, al corazón envía  
Piedad, terror cuando declama triste.

IV. *Para el sepulcro de don Francisco Gregorio de Salas (19).*

En esta veneranda tumba, humilde,  
Yace Salicio: el alma celeste,  
Roto el nudo mortal, descansa y goza  
Eterno galardón. Vivió en la tierra  
Pastor sencillo, de ambición remoto,  
A el trato fácil y á la honesta risa,  
Y del pudor y la inocencia amigo.  
Ni envidia conoció, ni orgullo insano.  
Su corazón, como su lengua, puro  
Amaba la virtud, y amó las selvas.  
Dióle su plectro, y de olorosas flores  
Guirnalda le ciñó, la que preside  
Al canto pastoril, divina Euterpe.

V. *Para un retrato del autor remitiéndosele á una señora valenciana.*

A la Ninfa del Turia ilustre y bella  
Mi imagen doy, y el corazón con ella.

VI. *A un niño llorando en los brazos de su madre.*

(Traducción del inglés.)

Tú, que gimes doliente,  
Bañando en lloro de tu madre el seno,  
Mientras que todo en torno es alegrías;  
¡Oh! vive á la virtud, niño inocente;  
Porque al venir la noche eterna, lleno  
Lo dejes todo de dolor vehementemente,  
Y tú contento rías.

VII. *A un escritor desventurado, cuyo libro nadie quiso comprar.*

En un cartelón leí,  
Que tu obrilla baladí  
La vende Navamorcuende ....  
No ha de decir que la vende,  
Sino que la tiene allí.

VIII. *Irrevocable destino de un autor silbado.*

«Cayó á silbidos mi *Filomena*.  
—Solémne tunda llevaste ayer.  
—Cuando se imprima, verán que es buena.  
—¿Y qué cristiano la ha de leer?»

IX. *A Lesbia, modista.*

Lesbia, tú que á las bonitas  
Añadir adornos puedes,  
Como á todas las escedes,  
De ninguno necesitas.

X. *A la misma, de otro modo.*

En la gala y compostura  
Que á nuestras jóvenes das,  
Lesbia, tu invención seapura;  
Si las dieras tu hermosura,  
Nunca te pidieran mas.

XI. *A la misma, de otro modo.*

Cuando á nuestras damas bellas  
Adorna tu docto afañ,  
Venus y el Amor te dan  
Mas que te debieron ellas.

XII. *A un comerciante que puso en su casa una estatua de Mercurio.*

Si al decorar tus salones,  
Fancio, á Mercurio prefieres,  
Tienes á fe mil razones;  
Que es dios de los mercaderes,  
Y también de los ladrones.

XIII. *A Geroncio.*

Pobre Geroncio, á mi ver  
Tu locura es singular;  
¿Quién te mete á censurar  
Lo que no sabes leer?

XIV. *A Pedancio, autor de una obra en que le ayudaban varios amigos.*

Pedancio, á los botarates  
Que te ayudan en tus obras  
No los mines ni los trates;  
Tú te haslas y te sohras  
Para escribir disparates.

XV. *Al mismo.*

Tu crítica majadera  
De los dramas que escribí,  
Pedancio, poco me altera;  
Mas pesadumbre tuviera  
Si te gustaran á tí.

XVI. *A un mal bicho.*

¿Veis esa repugante criatura,  
Chato, pelon, sin dientes, estevado,  
Gangoso, y sucio, y tuerito, y jorobado?  
Pues lo mejor que tiene es la figura.

XVII. *A una señorita francesa.*

La bella que prendó con gracioso reir  
Mi tierno corazón, alterando su paz,  
Enemiga de amor, inconstante, fugaz,  
Me inspira una pasión que no quiere sentir.

COMPOSICIONES DIVERSAS.

*Los padres del Hambro (20).*

como.

¡Oh, cuánto padece de afanes cercada,  
Merced al engaño de fiero enemigo,

En largo castigo la prole de Adán!  
¡Oh! vuelva a nosotros la luz descaída,  
Y dé sus promesas el cielo cumplidas,  
Que ya repetidas en sombras están.

VOZ PRIMERA.

«Cuando, Señor, la esclavitud y el llanto  
Gesará de Israel, llegando el día  
En que aparezca el vencedor, el santo,  
El que rompa la bárbara cadena

Que en servidumbre impía  
Lleva tu pueblo? El hombre inobediente  
Perdió de Edén la habitación serena;

Espada refulgente  
Vibró en sus puertas serafín airado,  
Y a la inocencia sucedió el pecado.

Mas no de tus piedades  
Pudo la culpa humana  
El raudal extinguir, que es infinito,  
Y tú, Señor, el númen poderoso

Que goza en perdonar. Tu soberana  
Diestra sepulta montes y ciudades  
En abismo profundo  
De universal diluvio proceloso,  
Que de los hombres castigó el delito;

Pero diste á la tierra Adán segundo.  
Grato admitiste su obediente celo  
Y sus ofrendas puras,

Y el iris de la paz brilló en el cielo.  
Si en el Egipto ardiente  
Padece servidumbre

La estirpe de Jacob, tú la aseguras  
En la fuga que intenta portentosa,

Tú disipas la fiera muchedumbre  
Que la persigue en vano.  
Abre su centro el mar, y en espumosa  
Tumba sepulta al pertinaz tirano,  
Sus carros y caballos precipita;  
Das á tu pueblo, sin lidiar, victoria,  
Y al estruendo del tímpano sonante  
Himnos te canta de alabanza y gloria.

VOZ SEGUNDA.

Mucho, Señor, hiciste,  
Y prometiste mas. Debe la tierra  
Ver un caudillo en venturoso día,  
Que los furores de discordia y guerra  
Calmes, y en alegría

De amor y dulce paz domine eterno.

Las puertas del Averno  
Cederán á su voz omnipotente;  
Quebrantará las bóvedas oscuras,  
Huyendo el monstruo que se esconde en ellas,  
Abrasada la frente

Con rayo vengador. El poderoso,  
El grande, el Hijo de David, las puras  
Auras rompiendo, llevará sus buelas  
Adonde el astro de la luz preside,  
Y mas allá del sol, acompañado  
De la turba de justos sumerosos,  
Que los caminos de virtud siguieron,  
Y del primer pecado

Sufren la pena en cárcel pavorosa.  
como.

Huyan los años en rápido vuelo;  
Goce la tierra durable consuelo;  
Mire á los hombres piadosos el Señor.

VOZ TERCERA.

Ven, prometido  
Jefe temido,  
Ven, y triunfante  
Lleva delante  
Paz y victoria;  
Llene tu gloria  
De dicha el mundo.  
Llega, segundo  
Legislador.

como.

Huyan los años con rápido vuelo;  
Goce la tierra durable consuelo;  
Mire á los hombres piadosos el Señor.

### La Anunciación.

VOZ PRIMERA.

¡Qué nuncio divino  
Desciendo veloz,  
Moviendo las plumas  
De vario color?

VOZ SEGUNDA.

El bello semblante  
En risa bañó,  
Que inspira alegría,  
Disipa temor.

VOZ PRIMERA.

El rubio cabello  
Al hombre encarnó;  
Beldad le cñó  
De extremo valor.

VOZ SEGUNDA.

Rosajos suaves  
Adorno le son,  
Y en ellos duplica  
Sus luces el sol.

VOZ PRIMERA.

¡Pena habitaré  
De la alta región!

VOZ SEGUNDA.

¡Alado ministro  
Del sumo Hacedor?

VOZ PRIMERA.

En hora bendita  
La tierra te ve.

VOZ SEGUNDA.

En dicha pendiente  
Está de tu voz.

VOZ PRIMERA Y SEGUNDA.

¡Que tú solo anuncias  
Favores de Dios.

VOZ TERCERA.

*Cántico a nombre de unas niñas españolas de familia refugiada en Francia, con motivo de una peligrosa enfermedad de la marquesa de Ariza.*

CORO.

Saban al cerco de Olimpo luciente  
Eco doliente, lamentos y voces;  
Lleguen veloces al trono de Dios.

VOZ PRIMERA.

Oye, Señor, el ruego fervoroso  
Que humildes dirigimos  
En aflicción y llanto.  
Con alma pura y manos inocentes  
Ante tus aras á implorar venimos  
Favor, piedad, ¡oh Nümen poderoso!  
Si súplica mortal merece tanto.  
Por ti los orbes giran refulgentes,  
Por ti naturaleza  
Existe, y á tu voz la muerte dura  
Contiene su fiera.  
¡Ay! no perezca la estimable vida  
De la que fué nuestro comun consuelo  
En la no merecida  
Constante desventura  
Que á nuestros padres á morir condena  
En peregrino suelo,  
Y á nosotras con ellos, desdichadas.  
Ella fué nuestro amparo; ella serena  
Benigna, generosa,  
Lágrimas tantas veces derramadas;  
En su favor nuestra niñez reposa.  
Si la virtud nos guía,  
Si las tinieblas del error desvia  
Y aclara nuestra mente  
La lumbré del saber, dádiva es suya...  
Viva ¡oh gran Dios! Tu diestra omnipotente  
Al mundo, á nuestro amor la restituya.

CORO.

Si la que fiel se ajusta  
A tu ley soberana,  
En leve sombra y vana  
Se debe disipar;  
Antes la parca adusta,  
Que la amenaza fiera,  
De crímenes pudiera  
La tierra libertar.

*Alocucion con que anunció su beneficio Francisco Chiner, primer galán de la compañía cómica de Barcelona, en el año de 1814.*

Público ilustre, que benigno siempre  
Sabes suplir la insuficiencia mia,  
Perdonas el error por el deseo,  
Y al mas cobarde generoso animas;  
Si el don que te presento no es bastante  
A igualar los afectos que le dictan,  
Sé que mereces mas; pero no alcanzo  
La perfección á que mi celo aspira.  
Tiempo será, que en esta escena admires  
A quien mas docto y mas feliz te sirva;  
Que la suerte reparte desiguales  
Las gracias, los talentos y la dicha.

A mí me dió humildad; con esta solo  
Esperar debo tu atención benigna.  
Damas hermosas, de vosotras fio  
Que mi esperanza se verá cumplida:  
Hechiceras de amor, en cuyos ojos  
La libertad del corazón pelagra;  
Pues el don celestial de hacer felices  
Es vuestra principal prerrogativa;  
¡Qué harán los hombres si aplaudís piadosas?  
Las leyes que dictáis, ellos confirman,  
Y el orbe entero en voluntarios nudos  
Adora vuestra dulce tiranía.

*Traducción de Grécourt.*

El niño ceguezuelo  
Adormeciéndose un día

En el recinto oscuro  
De los bosques del Ida.  
Venus temor concibe  
Al ver que no volvía  
De tan largo reposo  
Que al de la muerte limita.  
Y en lágrimas hermosas  
Bañando las mejillas,  
Al padre omnipotente  
Su dolor comunica.  
Jove, que tanta pena  
Mitigar determina,  
A los dioses consulta  
Que en el Olimpo habitan.  
Y viendo que en opuestas  
Opiniones vacilan,  
Al medio menos tardo  
Su decisión inclina.  
Manda que al bosque umbrroso  
Donde el Amor dormía  
Vayan los celos tristes,  
Y en torno de él asistan.  
Parten ellos veloces,  
Y al rumor que traían,  
De su letargo vuelve  
El niño de Ericina.  
¡Mas ay! que desde entonces  
Perdió su paz tranquila,  
Y nunca el dulce sueño  
Sus parpados visita.

*Traducción de Pablo Rolli (').*

Diálogo.

«¡Quieres decirme, zagal garrido,  
Si en este valle, naciendo el sol,  
Viste á la hermosa Dórica mia,  
Que fatigado buscando voy?  
—Sí, que la he visto pasar el puente,  
Y á los alcóres se encambró:  
Un corderito la precedía,  
Atado al cuello verde listón.  
—¡Solo el cordero la acompañaba?  
—También con ella iba un pastor.  
—¡Lícidas?—Ese; Lícidas era:  
Mas ¡qué te asusta? ¡Qué mal te dió?  
—¡Ay, vaquerillo! ¡Qué feliz eres!  
Pues aun ignoras lo que es amor.»

*Idilio á la ausencia.*

Este es Guadiela, cuyas ondas puras  
Van á crecer del Tajo la corriente;  
Esta es la selva deliciosa, donde  
Gozan las horas del ardor estivo  
Las bellas Hamadriades, formando  
Lijeras danzas y festivos coros.  
Inarco, ¡ay infeliz! así la cumbre  
Vuelves á ver de aquel nuboso monte?  
¿Así á pisar esta ribera vuelves?  
Prófugo, triste, en mi destino incierto,  
Dejé mi choza y mis alegres campos  
Y los muros de Mantua generosa,  
Y al bienhadado Coridon y Aminta,  
Y al constante en amor Alfesibeo;

(') *Senetto pastorale in dialogo, di Paolo Antonio Rolli.*

Sei tu dirmi, o fanciullina,  
In qual pasco gita sia  
La venzosa Egrina mia  
Ch'io pur cerco dal mattino?—  
Il suo gregge è qui vicino,  
Ma pur dianzi à quella via  
Gir l'ho vista, o la seguia  
Quel suo candido agnellino.—  
No r'er'altri che l'agnello?—  
Sopraggiunse un pastore.—  
Ahi fu Silvio!— Appunto quello:  
Ma tu cambi di colore?—  
Te felice pastorella,  
Che non sai che cosa è Amore,

Todo lo abandoné. Por ignorada  
Senda me aparto con errante huella,  
Y atrás vo viendo alguna vez los ojos :  
«Adios, mi patria, sollozando dije;  
Adios, praderas verdes, donde oculto  
Entre juncos y debiles cañerías  
Manzanares humilde se adormece  
Sobre las urnas de oro. Adios, y acaso  
Para nunca volver.» A la espesura  
De incultos bosques y profundo valle  
La planta nuevo apresuradamente;  
Bien como el ciervo, al conocerse berido  
De enherbolado arpon, las cumbres altas  
Sube, desciende de la sierra al llano,  
Y los anchos arroyos atraviesa :  
En vano ¡ay triste! en vano, que el agudo  
Hierro, teñido en la caliente sangre,  
Cerca del corazón lleva pendiente.

Yo, así en el pecho abrazadora llamo  
Siento, ni la distancia ni los días  
Alivian mi dolor; que en la memoria  
Mi bella ausente y sus hechizos duran.  
El donaire gentil, la risa, el canto,  
El pie que mueve en ágil danza, honesta,  
Los dorados undivagos cabellos,  
El claro resplandor de entrambas luceas,  
Y el alto pecho que suavemente  
Se agita al suspirar: delicioso,  
Cándido seno, donde Amor se anida,  
Disculpa de mi ciego deavario.

Si alguna vez a mi dolor se presta  
Benigno el sueño con amigas alas,  
Hijo de la callada húmida noche,  
Al fatigado espíritu aparece  
De mi partida el infeliz instante.  
Miro los ojos de esplendor divino  
Que en lágrimas se inundan amorosas,  
La trenza ondosa deslazada al viento,  
Suelta la veste cándida, y escucho  
La conocida voz, las dulces quejas,  
Que serenar el ímpetu espantoso  
Pueden del mar en tempestad oscura.  
Tiemblo, y en vano la funesta imagen  
Quiero de mi apartar. Ya me parece  
Que con halagos de pasión nacidos  
La linda Isaura mi partida estorba;  
Ya, que indignada a su amador acusa  
De ingrato desleal; ya, que rendida  
A su aticcion, la voz y el llanto cesan...  
Yo, ¡miserio! cifiendo el cuello hermoso,  
Y a su labio tal vez uniendo el mío,  
Juro á los cielos, que primero falte  
Mi aliento débil, que en ajenos brazos  
Llegue a mirarla, que la pierda y viva,  
Antes que olvide mi pasión primera.  
Mas ya se acerca el trance aborrecido :  
Late oprimido el corazón... Entonces  
Al violento pesar de mí se aparta  
Leve la imagen de la muerte triste,  
Mas que la muerte inexorable y dura.

Venus, hija del mar, diosa de Gálido,  
Y tú, riego rapaz, que revolante  
Sigues el carro de tu madre hermosa,  
La aljaba de marfil pendiente al lado:  
Si hay piedad en el cielo; si el humilde  
Ruego de un infeliz no vos ofende,  
¡Oh! basten ya las padecidas penas.  
Vuelta yo a ver aquel agrado honesto,  
Aquel dulce reir, y la suave  
Voz de sirena escuche, y sus favores  
Gozando, torquen las alegres horas.  
Pero si acaso mi destino fuere  
Tan enemigo a la ventura mía,  
Que en larga ausencia padecer me manda;  
Alma Citeres, flechador Cupido,  
Tal rigor estorbad. Falte a mis ojos  
La luz pura del sol en noche eterna,  
Y del cuerpo mi espíritu desuado,  
Fugaz descienda, en vana sombra y fría,  
A la morada de Pluton terrible.  
Iuarco así, de la que adora ausente,  
A las deidades del Olimpo sordas

Demandaba piedad, llamen en traste,  
Jóven pastor, que al valle redacta  
Pobre rebaño de manchadas cabras,  
Al pie de un olmo halló sobre la yerba  
Al amante sagal, apenas vivo.  
Le alzó del suelo con amiga mano,  
Razones, no escuchadas, repitiendo,  
Por si con ellas aliviar lograse  
Su grave afán: piadoso le conduce  
A su rústico albergue, y vagaroso  
El del Melampó a su señor seguía.

### La sombra de Nelson.

..... No  
Puede este hombre, ante vna, impetito, roman.  
Vna., Amos. W.

Cuando al estrago de naval pelea  
Cayó sin vida el adalid britano,  
Piero terror del mar, la yerta cumbre,  
Del opulento Gerion sepulcro,  
Toda en las sombras de profunda noche  
Arder se vió con pálidas centellas;  
Y á la dudosa lumbre, pavoroso  
Espectro apareció, de sangre y humo  
Y de mortal amarillez cubierto,  
La frente herida, y á sus plantas rota  
Naval corona y militares lauros.  
Y en voz terrible, que el estremado pudo  
Y el ímpetu calmar del espumoso  
Pielago blinchado en la tartacea orilla,  
«Llegó, dice, ¡ay de mí! llegó el temido  
Instante que los cielos señalaron  
En su furor contra mi patria. ¡Oh! nunca  
Tanto la suerte amiga sublimara  
Tu gloria y tu poder, para que fueras  
Ejemplo al mundo en la fatal ruina,  
Que ya cercana inevitable miro,  
¡Ambicioso Albion! Vive, y el trono  
Ocupa que afirmó de Clodoveo  
El gran caudillo, cuyo nombre adoran  
El Sena y el Tesis precipitado,  
Y dos coronas á su frente ciñen.  
Vive, y sus armas venacen. y al sombro

Mayor desolación y estragos piden;  
Que al pie del solio del ibero Augusto  
Próvido asiste de la guerra el nùmen :  
La espada y el tridente húmido empuña,  
Y la tierra y el mar de numerosas  
Huestes se cubre, y de nadantes pinos  
Al eco de su voz... Cede á la eterna  
Ley, Anglia altiva, que en diamante duro  
Grabó el destino. Los imperios mueren,  
Su esplendor se oscurece, la fortuna  
Que los engrandeció los abandona,  
Y aun la memoria de su nombre acaba.  
Si es dado al tuyo que su fin dilate,  
No el ceño irrites del león, que ruge  
En su caverna, y de temor desnudo  
Lame las garras con tu sangre tintas.  
«Divide, y vencerás. Enciende el fuego  
De la discordia, y sientan las naciones  
Del oro corruptor, que los delitos  
Compra, el poder irresistible. Cerque  
Los tronos altos sedición traidora,  
Y en ellos tiemblen los que adora el mundo.  
Rencores, tu amistad; tu paz, oculta  
Guerra ha de ser; esclavitud y afrenta  
El favor que los débiles te pidan.  
Ni guardes fe, ni los jurados pactos  
Cumplas; invade, usurpa...» Dijo; y triste  
Voz sonando en el puerto de Mesteco,  
A los cielos clamó: ¡Guerra y venganza!  
— ¡Venganza! repitió desde sus muros  
De bronce armados Cadiz Eritrea,  
Y el Espartario golfo, y la fragosa  
Cumbre que cierra el seno brigantino  
Clamó: ¡Venganza!... Al gran rumor confusa  
El ánima feroz, gimiendo rompe  
La vestidura fúnebre, y abierto  
En ancha boca el monte hasta el profundo  
Abismo, en él se precipita airada.  
Carlos, la tierra que a tu pié se humilla  
Pide venganza. Cumple los deseos  
De los que imploran tu favor, y esperan  
En nuevas lides, combatiendo audaces,  
Castigar al soberbio que tu nombre  
No reverencie y tu poder insulte...  
Arma su diestra, y te darán victorias.

#### *Al nacimiento de la actual condesa de Chinchon.*

¡Qué voz, hiriendo la region vacía,  
Turba el silencio de las selvas, donde  
Vivo feliz las fugitivas horas  
Que al culto de las Musas, al reposo  
Dedico y al placer? La Fama es esta :  
Sí, la conozco. Rápida girando  
Dilata al aire las doradas plumas,  
Suelto el cabello que su frente adorna,  
Desceñida la túnica celeste.  
Ya el son escucho de la trompa de oro,  
Y absorta al gran rumor calla la tierra.  
¡Qué grato anuncio el suyo! Salve, hermosa  
Prole real, que del Olimpo al mundo,  
Signo de paz el Hacedor envía.  
¡Dos lustros de furor, en llama ardiendo  
Populosas ciudades, devastada  
La verde pompa de Pomona y Ceres,  
Tenido en sangre el mar, rotas diademas,  
Trastornados imperios!... Ya la estirpe  
Humana advierte, de lidiar rendida,  
Que es tiempo cese el funeral estrago.  
Ya el dulce nombre de la paz invoca :  
La espera, y naces tú. Si alguna inflama  
Pura centella del saber divino  
A la mente mortal; si en el futuro  
Girar del tiempo investigar es dado,  
¡Cuántas debe gozar la patria un día  
Mercedes altas de la mano eterna,  
Si, ya depuesto el que vibró indignada  
Rayo fulminador, de su inefable  
Suma bondad el don primero es este!  
¡Oh Musas! adornad de nuevas flores

La móvil cuna, y al rumor sálve  
Que al aire esparcen las heridas cuerdas.  
Descanse en oro y púrpura la dulce  
Prenda de vuestro nùmen generoso.  
Grato sueño inspirada al blando arrullo  
De acorde voz, sombra la cerque oscura,  
Reine muda quietud, ni el viento mueva  
Fugaz sus alas, ni retumbe el río.

Viva; y en torno de ella los amores,  
Las gracias puras, la inocente risa,  
La virtud y el placer unidos duren.  
Y al estrecharla en cariñosos nudos  
La ilustre madre, repetida admire  
Su imagen celestial. Vos, entre tanto,  
Ninfas del Pindo, á cuyo acento solo  
Dado es cantar los dioses de la tierra,  
Para el instante en que vigor robusto  
Creciendo en ella su razon se forme,  
La voz, la lira prevenid y el verso.

Sepa entonces la estirpe generosa  
Que el origen la dió. Verá empuñando  
En larga edad el cetro de Castilla,  
A los que ya de estrellas se coronan  
Abuelos suyos; sostenido el trono  
Por la justicia y el valor; vengada  
Con triunfos mil la afrenta de Pelayo,  
Y el Salado y Genil correr sangrientos;  
África absorta, esclava; osadas proas  
Al ignorado imperio de occidente  
Culto y leyes llevar. Verá el terrible  
Poder del Asia, que en Lepanto espira,  
Y la victoria oscurecer de Augusto;  
Del hondo Betis á los campos lírios  
Que al mar usurpa el helga, del nevoso  
Apenino á las barbaras riberas  
Que inunda el Marañon, la gente hispana  
Tremolar sus pendones vencedora.

Tales memorias á imitar la esciten  
Altos ejemplos de virtud, y en torno  
Mire admirada en mármoles y bronce  
La gloria de Borbon, á quien el cielo  
Quiso el dominio conceder del mundo :  
Filipo, que las cumbres de Pirene  
Pasó animoso, á merecer lidiando  
El reino que heredó, y uniendo apenas  
Al blason español los lírios de oro,  
Depone de su frente la corona;  
Muerte infeliz le estorba que en sálve  
Quietud repose, y otra vez ocupa  
El solio, y otra vez reina venciendo :  
Fernando, á quien las artes reverentes  
Ciñen guirnaldas de amoroso mirto  
Y de olivas pacíficas; y el claro  
Sucesor suyo de una y otra Hesperia  
Dueño temido, soberano y padre.

Ya el cielo habita, y ya con él permite  
Carlos que en urna breve los despojos  
También descansen de su digno hermano,  
Dando piadoso á su memoria ilustre  
Tardo honor funeral; que tanto pudo  
Imperiosa opinion, y así condena  
Los errores de amor, si amar es culpa.

Y vos, príncipe escelso, á quien corona  
De gloria no mortal la amiga mano  
De Carlos mi señor; si el peso un día  
Del áureo cetro moderar supisteis,  
Y humillado á sus piés regir su imperio;  
Ved ya del celo y el afán constante  
La adquirida merced, y cuántas anuncian  
Próspera suerte, en su natal felice,  
A vuestra sucesion esclarecida  
De España el nùmen tutelar, y aquella  
Que divide con él talamo y trono  
Suprema Augusta. Así la edad remota  
Verá, con nuevos timbres sublimado,  
El nombre vuestro penetrar la oscura  
Sombra de olvido, y á pesar del curso  
De los años veloz, durar eterno.

*Silva á don Francisco Goya, insigne pintor.*

Quise aspirar á la segunda vida,  
Que agradecido el mundo  
Al eminente mérito reserva,  
De pocos adquirida  
Entre los que siguieron  
La inspiracion de Apolo y de Minerva.  
Vanos mis votos fueron,  
Vano el estudio, y siempre deseada  
La perfeccion, siempre la vi distante.  
Mas la amistad sagrada  
Quiso dar premio á mi teson constante;  
Y a ti, sublime artífice, destina  
A ilustrar mi memoria,  
Dándola duracion en tus pinceles,  
Emulos de la fama y de la historia.  
A tanto la divina  
Arte que sabes poderosa alcanza,  
A la muerte quitándola trofeos.  
Si en dudosa esperanza  
Culpé de temerarios mis deseos,  
Tú me los cumples, y en la edad futura,  
Al mirar de tu mano los primores  
Y en ellos mi semblante,  
Voz sonará que al cielo te levante  
Con debidos honores,  
Venciendo de los años el desvío,  
Y asociando á tu gloria el nombre mío.

*Elegia á las Musas.*

Esta corona, adorno de mi frente,  
Esta sonante lira y flautas de oro,  
Y mascarás alegres, que algun día  
Me disteis, sacras Musas, de mis manos  
Trémulas recibid, y el canto acabe,  
Que fuera osado intento repetirle.  
He visto ya cómo la edad lijera,  
Apresurando á no volver las horas,  
Robó con ellas su vigor al númen.  
Sé que negais vuestro favor divino  
A la cansada senectud, y en vano  
Fuera implorarle; pero en tanto, bellas  
Ninfas, del verde Pindo habitadoras,  
No me negueis que os agradezca humilde  
Los bienes que os debí. Si pude un día,  
No indigno sucesor de nombre ilustre,  
Dilatarle famoso, á vos fué dado  
Llevar al fin mi atrevimiento. Solo

Pudo bastar vuestro amoroso anhelo  
A prestarme constancia en los afanes  
Que turbaron mi paz, cuando insolente,  
Vano saber, enconos y venganzas,  
Codicia y ambicion, la patria mia  
Abandonaron á civil discordia.  
Yo vi del polvo levantarse audaces  
A dominar y perecer, tiranos;  
Atropellarse efímeras las leyes,  
Y llamarse virtudes los delitos.  
Vi las fraternas armas nuestros muros  
Bañar en sangre nuestra, combatirse,  
Vencido y vencedor, hijos de España,  
Y el trono desplomándose al vendido  
Impetu popular. De las arenas  
Que el mar sacude en la fenicia Gades,  
A las que el Tajo lusitano envuelve  
En oro y conchas, uno y otro imperio,  
Iras, desórden esparciendo y luto,  
Comunicarse el funeral estrago.  
Así cuando en Sicilia el Etna ronco  
Revienta incendios, su bifronte cima  
Cubre el Vesubio en humo denso y llamas,  
Turba el Averno sus calladas ondas;  
Y allá del Tíber en la ribera etrusca  
Se estremece la cúpula soberbia,  
Que al vicario de Cristo da sepulcro.  
¿Quién pudo en tanto horror mover el plectro?  
¿Quién dar al verso acordes armonías,  
Oyendo resonar grito de muerte?  
Tronó la tempestad; bramó fracasando  
El huracán, y arrebató á los campos  
Sus frutos, su matiz; la rica pompa  
Destrozó de los árboles sombríos;  
Todas huyeron tímidas las aves  
Del blando nido, en el espanto mudas;  
No mas trinos de amor. Así agitaron  
Los tardos años mi existencia, y pudo  
Solo en region extraña el oprimido  
Animo hallar dulce descanso y vida.  
Breve será, que ya la tumba aguarda,  
Y sus mármoles abre á recibirme;  
Ya los voy á ocupar... Si no es eterno  
El rigor de los hados, y reservan  
A mi patria infeliz mayor ventura,  
Dénsela presto, y mi postrer suspiro  
Será por ella... Prevenid en tanto  
Fiebres tonos, enlazad coronas  
De ciprés funeral, Musas celestes;  
Y donde á las del mar sus aguas mezcla  
El Garona opulento, en silencioso  
Bosque de laureos y menudos mirtos,  
Ocultad entre flores más conizas.





## NOTAS A LAS POESÍAS SUELTAS.

penas, Fabio, lo que dicea creo. Esta sátira, que publicó la Aca-  
spanola en el año de 1783, y reimprimió después en la colección  
s premiadas, ha sido posteriormente corregida por el autor para  
nuevo á la prensa.

se en ella la poesía en sus tres géneros principales: lírico, épico  
tico, prescindiendo de los demás en que estos pueden subdivi-  
si logró el autor hacer mas metódico y perceptible el plan de su  
duciéndole á lo que el poeta canta en la exaltación de su fanta-  
sus afectos; á lo que refiere, celebrando los héroes y los gran-  
casos que le dicta la historia, y á lo que enseña, poniendo en el  
ma imagen de la vida, copiando los vicios ridículos ó terribles,  
spirar en el ánimo el amor á la verdad y á la virtud.

lírica, después de hablar de los argumentos triviales y de nin-  
rés, censura los vicios de estilo, las metáforas violentas, la exa-  
n, la redundancia, los conceptos falsos, los juegos de palabra, los  
os y retruécanos. Culpa la perjudicial manía de componer de re-  
la de solicitar el aplauso del vulgo con bufonadas y chistes gro-  
que desacreditan á su autor y á quien los celebra. Desapru-  
en as antiguos el uso destemplado de voces y frases latinas, de que  
un estilo afectado y pedantesco: aludiendo particularmente á las  
e Góngora, Villamediana y Silveira; y en los modernos la mez-  
urda de los arcaísmos con palabras, acepciones y locuciones  
as, que alterando la sintaxis de nuestro idioma, destruyen por  
iente su pureza y su peculiar elegancia.

épica se hace cargo de dos defectos muy considerables: falta y  
de ficción. Del primero resultan epopeyas lánguidas, ó mas  
storias en verso, sin artificio alguno poético, y por consecuencia  
rés ni deleite. Por el segundo, la fábula épica se confunde en  
litud de incidentes episódicos, que alteran la unidad, turban  
so del poema, y cuando en ellos se abusa de lo maravilloso, ha-  
tarracion increíble. Por las indicaciones que da el autor en esta  
se infiere que consideró como faltos de invención los poemas  
raucana de Ercilla, la *Mejicana* de Gabriel Lazo, la *Nueva Me-*  
Villagrán, y la *Austrada* de Juan Rufo; y de imperfectos, por el  
contrario, el *Bernardo* de Valbuena, y las *Lágrimas de Angé-*  
Luis Barahona de Soto. Estendiendo su crítica á las menudencias  
que degradan la sublimidad de la epopeya; á las imágenes re-  
tes en las descripciones de las batallas, á los estravíos de la fan-  
tasia á la inoportuna erudición. Reprehende los gigantes, vestigios, dra-  
sestas que hablan (y en esto se censuró el autor á sí mismo),  
aéreos, globos y espejos encantados, y otras invenciones deriva-  
dos libros caballerescos, que ya no sufre la filosofía de nuestra  
escriben los límites de toda licencia poética.

dramática acusa el autor á nuestros antiguos poetas de haber  
lido los dramas genéricos trágico y cómico, de la inobservancia de las  
as: de la ignorancia de usos y costumbres, de haber aplicado al  
os argumentos épicos, de no haber dado á sus fábulas un objeto  
de instruccion, adulando los vicios groseros del vulgo, ó reco-  
rido los de otra clase mas elevada como acciones positivamente  
es. No olvida tampoco las impertinentes chocarrerías de los *la-*  
*graciosos*, el culteranismo de damas y galanes, los puñales fac-  
spariciones de espectros, princessas desfloradas, rondas, escondi-  
billadas, falso pundonor, lances (mil y mil veces repetidos) de la  
le la flor, del retrato, que dan ocasion á tan alambicados con-  
y el voluntario y trivial desenlace con que finalizan aquellas can-  
das fábulas. Las comedias de magia, de santos y diablos, y las  
itos y personajes mitológicos (último exceso del error), mere-  
también la desaprobacion del poeta.

La presente composicion debe considerarse, que la Academia  
lió á los aspirantes al premio una sátira, no un riguroso poema  
o: Juan de la Cueva escribió en verso (con poco método, redun-  
dancia, y desaliado, y no segura crítica) una compilacion de preceptos  
s al arte de componer en poesía. Los franceses tienen en su len-  
guaje poético de Boileau; nos falta en España un poema se-  
o, y mientras no aparece, solo la *Leccion poética* puede suplirle.  
: *La pura amistad que en dulce nudo*. Don Gaspar Melchor de Jo-  
s, uno de los mas distinguidos españoles que ilustraron los rei-  
nos Carlos III y Carlos IV, literato, anticuario, economista, juris-  
o, magistrado, buen poeta, orador elocuente, unió á estas pre-  
sumibilidad de su trato, hija de su virtud tolerante y benéfica. A-  
mbre célebre debió Moratin una cordial estimacion, que ni la en-  
tiempo, ni las violencias y alteraciones políticas, pudieron  
ir ni debilitar. No se omite en el recuerdo de un varon tan ilustre  
r elogio que puede dársele: sus ideas y su conducta no er in  
a a la edad de corrupcion en que vivia, ni al palacio, que nunca  
l debido conocer. No es mucho pues que el autor de *el Delin-*  
*honrado* padeciese destierros y cárceles, sin que ninguna tribunal  
noticia de su delito.

Aglada después la nacion en el conflicto de una invasion extranjera,  
su rey ausente, precisada á formar un gobierno para su conservacion,  
y un ejército que la defendiese, volvió Jovellanos á ocupar el puesto que  
le pertenecía: y á poco tiempo la envidia, la ambicion, los privados in-  
tereses, el furor de los malvados, le arrojaron de él: que en tales agi-  
taciones y desórdenes nunca es el mando recompenso de la virtud, sino  
del atrevimiento. Insultado, proscrito, fugitivo de una á otra parte, an-  
ciano y enfermo, evitando á un tiempo el encuentro de las armas ene-  
migas y la injusticia de su patria, apenas halló el benemérito escritor de  
la *Ley agraria* un asilo remoto en que poder aspirar. Añádase este he-  
ron á los muchos que afean la historia de nuestra literatura.

(2) *A vos el apuesto, cumplido garzon*. Los inteligentes dirán cuál sea  
el mérito de esta composicion. Baste asegurar que una obra escrita en  
el lenguaje que hablaban en Castilla nuestros abuelos, cuatro siglos  
hace, en la cual no solo las palabras, sino las frases, el giro poético, la  
verificación y las ideas, han de suponer la antigüedad que el autor  
quiso darle, es un esfuerzo muy difícil.

En ella celebró el poeta el casamiento del principe de la Paz con una  
nieta de Felipe V, y no será la única, de las que escribió para el prin-  
cipe, que ocupe su lugar en esta coleccion.

Mientras aquel personaje mereció la predileccion del soberano, y dis-  
puso á su voluntad de los destinos de la monarquía, los literatos y los  
artífices solicitaron su favor, como los privados, los magistrados, los  
caudillos, los ministros, los embajadores, los grandes. Árbitro de la  
fortuna, y aun de la existencia de muchos de ellos, ninguno descono-  
ció la necesidad de complacerle: todos frecuentaron sus aposentos, su  
gabinete y su caballería. Distingué á Moratin entre los humanistas que  
florecian entonces, y continuamente le estimulaba á escribir. Si algo va-  
len las comedias originales de este autor, á él se le deben, y á la prefe-  
rencia que daba á sus composiciones, entre las muchas que á porfía le  
presentaban los demás. Error sin duda, pero no el mas grande de los  
que pudo cometer durante su gobierno.

Ni fué su amigo Moratin, ni su consejero, ni su criado; pero fué su  
bechorra; y aunque críase una filosofía cómoda que enseñó á recibir y no  
agradecer, y que obrando segun las circunstancias, paga con injurias  
las mercedes recibidas y solicita, Moratin estimaba en mucho su opi-  
nion para incurrir en tan infames procedimientos. Entonces trató de  
complacer á su protector por medios honestos, y entonces ahora le  
desea felicidad y se la desea. Todo el esfuerzo de las pasiones poco ge-  
nerosas que llegaron después á trastornar el órden publico, habrá sido  
bastante para despojar á este ilustre español de cuanto recibió del prin-  
cipe de la Paz; pero no habiéndole privado de su apellido y su honor,  
mientras los conserve, será agradecido. Esta virtud, que para los malvados  
es un peso insuportable que acedia á la primera ocasion que se les pre-  
senta, en los hombres de bien es una obligacion de que nunca deben  
olvidarse.

(3) *¿Quieres casarte, Andrés? ¿O lo propones...* Para manifestar los de-  
fectos de lenguaje y estilo en que han incurrido algunos poetas modernos,  
imaginó el autor, que el modo mas breve era componer un cuento de  
muchas de sus frases y versos, y presentárselo al lector imparcial, para  
que juzgase lo que en buenos versos le dicta. Pudo recoger mas materiales  
con abundancia entre varios autores: pero le pareció que, reducién-  
dose á cuento de ellos no mas, haría el efecto de los poemas del  
cuento con sus mismas originales. Esta precaucion, y la de no haber ali-  
dió nada de su parte, le proporcionaron el desempeño de su objeto  
con toda la exactitud que en estos casos se requiere.

No intenté desconocerle en esta composicion el mérito de algunas ocu-  
siones, cuyos autores reconocí y admití; quiso solamente rectificar  
una equivocacion, de las muchas que padeció don José Luis Munerri en  
sus adiciones á las lecciones de Nipo Nipo. Allí se dice que no se ha de  
aprender en *Carlemany, Jaurum, Naja, Arguilla, Lopo de Vago, Quo-*  
*modo*, ni en ninguno de cuantos varietaban en su tiempo, ni en todos  
nuestros tiempos, hasta el tiempo de *Belandus*; porque no consiguen  
sus poemas, en las cuales comunmente se observa incorreccion y desali-  
do. Por consecuencia, recomendó como ejemplos de estos defectos las  
obras de *Belandus*, y las de otros escritores que á ejemplo suyo poe-  
sían, corrían y perfeccionaban sus poemas.

En tanto poco que llega el caso de que nuestra juventud, desendi-  
nada por tan falsas críticas, desprecie y abandone la lectura de los an-  
tigos poetas españoles, acuépse hallar solo en las modernas las pueri-  
lidades que debe huir, no será seguramente inútil la siguiente advertencia  
á Andrés. Tal vez en ella se olvide de ver que Munerri no equivocó in-  
timamente en lo que dijo, y que si deben leerse con frecuencia los  
poetas antiguos, lo mismo debe practicarse con los muy modernos; y que  
si aquellos fueron incorreccion y desaliados, algo hay en estos indus-  
trios que se pudiera leer, corrigir y perfeccionar.

(4) *Ya los felices campos que corren*. Esta oda es atribuida á moratin  
de don Sebastian Corti, natural de Madrid, capon de don Juan Manuel

Conti. Se imprimió en Lendinara con otras poesías italianas y latina, compuestas al mismo asunto, en el año de 1785.

En el año de 1799, un autor vengonzante publicó en Barcelona la misma oda, callando prudentemente de dónde le había venido la inspiración poética; aplicó á la festividad del Corpus el argumento, y añadió y quitó lo que le pareció suficiente para hacerla suya. Véase una prueba de su trabajo.

Ya las calles y plazas que corona  
Marcial cordon, y la piedad ocupa,  
Oigo sonar con voces de alegría,  
Que repiten los ecos.  
Llena de pueblo Barcelona humilde,  
Hoy los altares religiosa adorna  
Al Rey triunfador, á cuya planta  
Yace el hereje impio, etc.

Así prosiguió con su obra, la cual efectivamente ni puede llamarse original, ni imitación ni copia. Con esta misma delicadeza y acierto le han imitado á Moratin varias veces en las composiciones dramáticas, á la manera del dibujante inepto que pasa al trasluz una figura descubriendo todos sus contornos. Entre los varios métodos que se han descubierto, para saber sin estudiar, éste es el mas breve.

(8) *Fuimbo, el celebrado*. Don Nicolas Fernandez de Moratin nació en Madrid en el año de 1737, y murió en el de 1780. Cultivó con acierto varios géneros de poesia. En sus romances hay pinturas felicísimas, que anuncian la fecunda imaginación del poeta, y el estudio que había hecho de nuestra historia y antiguas costumbres. El canto épico de *las Naves de Cortes* se considera como lo mas perfecto que tenemos en este género. En sus composiciones amorosas imitó con maestría al Petrarca; y en la lírica sublime rivalizó con nuestros buenos poetas antiguos. La pureza de lenguaje y la armonía de la versificación son comunes á todas sus obras. Menos apto su talento para la imitación dramática, dió á luz una comedia y dos tragedias, que aunque muy superiores á todo lo que entonces se admiraba en nuestra escena, no llegan todavía á aquella difícil perfección que se exige en esta clase de composiciones. Durante su vida combatió con éxito feliz los estravios del mal gusto, sostuvo los buenos principios, y facilitó con su ejemplo el camino á los que le siguieron después. Las noticias críticas e históricas de su vida, publicadas pocos años hace al frente de sus *Obras póstumas*, dan á conocer cuán benemérito fué este poeta de la celebridad que adquirió en su tiempo, y aun conserva en el aprecio de los inteligentes.

(7) *Id en las alas del rauda cefiro*. Sin abandonar el uso de la rima, tan autorizado ya en todas las naciones de Europa, puede la nuestra variar sus composiciones poéticas, adoptando en parte la versificación de los griegos y latinos, en que no se necesita la consonancia. Es cierto que la prosodia de aquellos no es aplicable á las lenguas vivas; pero para juzgar el mérito de la aproximación (ya que la identidad es cosa imposible) basta un oído acostumbrado á conocer y á comparar las combinaciones de la armonía. No todas las clases de versos que fueron comunes á Grecia y Roma pudieran admitirse, puesto que en algunos ya no sabemos percibir el número, y nos parecen prosa: defecto que no está en ellos seguramente, sino en nosotros; pero eligiendo para la imitación aquellos en que no hay este inconveniente, se lograrán dar á la versificación castellana mucha riqueza y variedad.

Jerónimo Bermúdez fué el primero que lo practicó en los coros de sus tragedias. Don Esteban de Villegas, en su traducción de Anacreonte, y en sus exámetros, sáficos y adónicos, repitió el mismo laudable atrevimiento, que debiera haber tenido mas imitadores. Aun quedan muchas cosas que añadir á la lira española.

(8) *Cupido no permite*. Bajo el nombre de Rosinda, celebró el autor en esta oda á María del Rosario Fernandez, á quien llamaron *la Tirana*. Empezó á representar en Sevilla su patria; pasó después á la compañía de los Sitios, y de allí, en el año de 1781, á la que dirigía en Madrid Manuel Martínez. Fué primera dama en ella, y obtuvo los aplausos del público, por las bellas prendas naturales que la adornaban, su constante aplicación al estudio, y el celo infatigable con que procuraba sostener la celebridad y los intereses de su compañía. Sobresalió particularmente en las comedias antiguas, en las cuales, si no imitó la verdad de la naturaleza (que no siempre es fácil á un actor descubrirla en aquellas composiciones), supo á lo menos sustituir en su lugar un estilo fantástico, espfesivo, rápido y armonioso, con el cual obligó al auditorio á que muchas veces aplaudiese lo que no es posible entender. Su juventud, su gentil disposición, la nobleza de sus actitudes, su animado semblante, el incendio de sus ojos andaluces, su buen gusto y magnificencia, trajes y adornos, la hicieron grata á la multitud, y precisaron á los inteligentes á mirar con indulgencia sus defectos. Murió, retirada ya del teatro, en el año de 1805, á los cuarenta y ocho de su edad.

(9) *Ya la feliz ribeira*. Amenazada Valencia por el ejército francés en el año de 1811, el gobierno de ella mandó destruir los edificios exteriores mas inmediatos á sus murallas. La orden se cumplió con funesta prontitud; y en pocos dias se demolieron el convento de la Zaidia, una parte del arrabal de Murviedro, el palacio del Real y los parapetos del rio; se cortaron sus puentes, y se arrasó la hermosa alameda que coronaba sus orillas: todo á fin de facilitar la defensa de la ciudad, y la ciudad no se defendió. Pocos meses después, el mariscal Suchet, de acuerdo con el benemérito corregidor y ayuntamiento, hizo establecer el plantío de la alameda, y formar junto á él una copiosa almáciga: la actividad de los celosos ciudadanos que intervinieron en ello aseguró el acierto de la ejecución. Esto alaba el poeta (y no mas que esto), persuadido de que plantar una arbolada en España es acción que merece elogio; y si como fué un francés el que estableció en Valencia un paseo magnífico, hubiera sido un negro bozal de Mandinga, igualmente lo celebrara.

Si en una especie de historia, impresa pocos años ha, se aplaude que el populacho de Madrid arrancase los árboles que mandó plantar José Napoleon desde Palacio hasta la puerta de Castilla, el autor habrá tenido sus razones para adular aquel desahogado frenético de la plebe, hijo solo

de su ignorancia. Tal es la variedad de los juicios humanos: el poeta celebra al general francés, porque hizo plantar unos árboles, y el burlador se hace panegirista de los manolos, porque los arrancaron. Ninguno de los dos se ha equivocado groseramente.

(10) *Te vas, mi dulce amigo*. Es sensible que á la *Historia de la estimación de los árboles en España*, escrita por don José Antonio Camacho acompañen algunas noticias relativas á la vida del autor. Bien pudiera haberlo hecho uno de sus mejores amigos, encargado después de su muerte de concluir la edición de dicha historia; pero tal vez se debe agradecer su silencio. ¿Cómo hubiera podido hablar de los últimos años de aquel literato virtuoso y modesto, sin llenarse de indignación y considerarle fugitivo, espatriado, perdidos sus empleos, destituido por sus compañeros de la silla académica, y robado, y vuelto á robar por su juez, y á nombre de la patria? Bien hizo el editor de aquella obra no escribir su vida. Si el mérito de Conde pudo envanecerle, su modestia se avergüenza. Bueno es callar las aflicciones que tuvo que sufrir: bueno es que se ignore que un sabio español, en el ilustrado siglo, debió á la sensibilidad de sus amigos los últimos auxilios de la medicina y los honores del sepulcro.

(11) *Deja tu Chipre amada*. El autor estudiaba á Horacio traductor. No hay medio mas seguro de conocer hasta dónde llega el mérito de aquel poeta, y la superioridad del idioma en que escribió, comparado con los modernos. En las traducciones que contiene esta relección se verá el debido laudable de acierto, y la dificultad de conseguirlo.

(12) *Debo, desde la tierna infancia más*. Don Juan Bautista Conti, literato italiano, vivió largas temporadas en Madrid, durante las cuales Carlos III y Carlos IV. Su carácter amabilísimo y su exquisito gusto en la poesia le facilitaron el trato y amistad de los sujetos mas ilustrados de la corte, y entre ellos la de Moratin el padre. Muerto este, le dió su hijo un cariño constante, y con él los mas acertados consejos acerca del estudio de las buenas letras, y la elección de imitación de los mejores modelos; de los cuales le enseñaba á percibir los aciertos y á evitar los errores. Las traducciones que hizo Conti de nuestros mas acreditados poetas, y las notas con que las ilustró, manifiestan cuán útil poder su trato á un jóven, que empezaba entonces la carrera poética, en la auxilio que hubiera podido hallar en su padre, cuya celebridad aumentaba su temor y su desconianza.

Entre las muchas poesías de Conti, que han quedado manuscritas, se verá indiferente á los lectores españoles un elogio que hizo del conde de Floridablanca, reduciéndolo al siguiente soneto:

Fra i cari suoi, vanta la gloria un ágio.  
Che rivi nel pris nel senato libero  
Spurse d'alta dottrina e di consiglio;  
Poi dove han trono i successor di Piero.  
El, fra l'iro di Marte, e nel periglio  
Resse lo stato, e freno l'angio altero:  
Tolse la patria all'africano artiglio.  
E dell'Egeo le vie schiuse al nocchiere.  
Per lui Pallade ha templo: e la, di quante  
Natura erbe creó chlostra verdeggia:  
Per lui piano è il cammín su gli ardui seggi.  
Vom, non di fogli e d'or ch'offre la reggia;  
Ma de suoi re, ma di sua patria amante...  
Deh! si gran dono, o ciel, tardi viangi.

(13) *Basta, Cupido, ya, que á la dirina*. El soneto se ha considerado siempre como la mas difícil de las composiciones cortas. Hemos visto esta opinión, asegurando que apenas entre mil sonetos famosos hallarian dos ó tres dignos de estimación. Lo mismo puede decirse de los que se han escrito hasta ahora en Italia y España: pocos hay que puedan contarse por excelentes, entre la multitud innumerable de ellos. Es evidente la dificultad del acierto; pero no debe asustarse la comencera que algunos críticos modernos han querido establecer como principio, afirmando que la perfección de un soneto, cuando llega á lograse, no vale el trabajo que cuesta; y que por consiguiente es un género que sería bueno abandonar. Nada de esto es cierto. Los buenos sonetos, vencida la dificultad que se ofrece al hacerlos, premian abundantemente la fatiga de su autor, y así no han de cultivarse en la poesia como género que los muy felices, por estimación merecerán los que se dedican á ella. Los argensollos, Góngora, Luis de Leon, Francisco de la Torre, Argüjo, Lope, Jáuregui, Herrera y otros escribieron algunos sonetos iguales en mérito á sus estimadas obras; y si los dificultades que presenta su composición les hubiesen retraido de hacerlos, aunque es verdad que no se hubieran escrito algunos millares de sonetos considerablemente malos, también lo es que no tendríamos una porción de ellos que pueden competir con los mejores de Italia. No se estrave á la juventud con falsos raciocinios; no atajemos las sendas que dirigen á la inmortalidad; y si carecemos del talento y gusto necesarios para sobrevenir tales ó tales géneros, no nos empeñemos en desacreditarlos, reduciendo la fantasía de los demás con la propagación de doctrinas absurdas.

Es difícil hacer un buen soneto; luego no se deben escribir muchos. Tampoco es fácil componer un poema épico, una tragedia, una comedia, una oda; luego no debe cultivarse ninguno de estos ramos de la poesia. Si lo que es difícil no ha de intentarse, ¿qué podrá escribirse? Nada, sino alguna compilación indigesta de preceptos impracticables, aplicados á la teoría de las artes que no háyamos practicado jamas.

(14) *Hoy que cerrado el templo de Belona*. La espulsion de los productos de la industria francesa sorprendió en el año de 1809 á muchos de los vicios. No era de esperar que aquella nacion, habiendo sostenido por espacio de mas de cinco lustros una guerra sangrienta contra todos los demas de Europa, ya defendiéndose, ya usurpando, ya vendiendo, hubiera podido seguir cultivando en sus talleres y sus fábricas las artes industriales, que se han considerado siempre como frutos esclusivos de la paz. Los extranjeros admiraron el progreso de todas ellas; desde las artes útiles rurales, á las máquinas mas ingeniosas; desde el uso

endurecido al fuego para usos domésticos, ó para la construcción de edificios, hasta las porcelanas y los cristales; curtidos, encajes, lienzo, paños, bordaduras, tapices, muebles, grabados, pinturas, estatuas, joyas, flores, plumas, productos químicos, ediciones, encarnaciones, pendulos, globos, armas, instrumentos músicos: cuanto es necesario á la vida social, cuanto puede apeteer el gusto mas delicado del hombre opulento, otro tanto se vió reunido en el palacio del Louvre, nunca mas suntuoso que en aquella ocasión.

(13) *Talento al arte adirinar supiste.* Isidoro Malquez, natural de Cartagena, tejedor de sedas, aficionándose al teatro desde su juventud, empezó á representar en las compañías cómicas de Valencia. Tal es el principio que han tenido en sí siempre los actores de España. Hijos de padres humildes, aplicados tal vez á algun ejercicio mecánico, inclinados á ver comedias y representarlasy, y resueltos por último á abandonar su oficio por un arte en que es tan difícil acercarse á la perfección, artistas, carpinteros, impresores, zapateros, bordadores, peluqueros, monaguillos, soldados, cocheros, tejedores, confiteros, albañiles; esto han sido en sus primeros años los que con mas ó menos habilidad han ocupado la escena española, desde Lope de Rueda hasta nuestros dias. Lo que ciertamente debe asombrar es, que entre tales cómicos hayan sobresalido algunos, no inferiores en su clase á los mas celebrados de los teatros extranjeros; que fuerza de talento natural han necesitado para formarse, cuando les faltaban los auxilios de la educación, de la instrucción, del trato culto de la sociedad; en suma, cuando era necesario que cada uno buscara y hallara los principios de un arte que nadie enseña entre nosotros! Pero, como sea cierto que los primeros hábitos determinan para en adelante el carácter intelectual y moral de los hombres, toda la habilidad de nuestros mejores cómicos se ha reducido siempre á la imitación de la ridiculez vulgar, y han sido muy pocos los que hayan sabido acercarse á la delicadeza, á la gracia decorosa, á la urbanidad y elegante expresión de la buena comedia. No llegando á esto, ¿quién debería exigir de ellos la sublimidad que pide la tragedia en su declamación robusta, heróica, patética y vehemente?

Malquez, después de haber representado algunos años en Madrid sin aplauso (actor extremadamente trito, que entendía y no escribía sus papeles), pasó á Francia en el año 1799; vió en París el teatro francés, y no necesitó mas. Estuvo á Talma con una atención reflexiva, de que él solo era capaz, la acción, el gesto, la entonación, las transiciones, los estremos de dolor, de alegría, de orgullo, de abatimiento, de rencor, de furia: cuantos afectos componen la imitación trágica, otros tantos observó y retuvo; y como su defecto único era la frialdad, no halló en sí obstáculo ninguno que vencer, ni un solo resabio que destruir. Ann hizo mas. Conoció que no debía copiar, sino imitar los excelentes modelos que veia en el género trágico y cómico; y penetrando la razon del arte, variar, modificar su declamación, y establecer la línea que debe separar la expresión francesa, de la que puede ser agradable á un auditorio compuesto de españoles.

Cuando volvió á Madrid se dijo, al ver sus primeras representaciones, que copiaba á Talma en las mismas piezas que él repetía, traducidas á nuestra lengua; pero cuando se le vió desempeñar otras, que se habían escrito despues que el vino de Francia, se echó de ver que no era un copiante servil, sino un profesor eminente. También se dijo (¿qué desacierto no dice la envidia?) que en la tragedia era muy buen actor; pero que solo hacia tragedias, y que persuadido el mismo de su nulidad para los caracteres de nuestras comedias antiguas, siempre se abstendría de representarlasy. Herido su orgullo (que era igual á su mérito), conoció la necesidad de sobresalir en todos los generos, para confundir á la ignorancia, y lo consiguió, representando personajes y afectos de tan diferente naturaleza, que parecia imposible aspirar en todos ellos á la perfección; y el suplo hallarla. *Fenelon, García del Castañar, el Vano humillado, Otelo, Orestes, el Pastorero de Madrigal, la Casa en venta, el mejor Alcalde del Rey, la Zaira, el Rico Hombre de Alcalá, el Diabro, Pelayo, el Convidado de piedra, Numancia destruida.* En suma: las tragedias extranjeras, las españolas, las piezas ligeras del teatro francés, las antiguas y modernas del nuestro, hallaron en él un actor que nunca ha tenido semejante.

Ensayaba á sus compañeros en los papeles que habían de hacer con él; pero nunca trato de darles una instrucción metódica del arte, ni les comunicó las máximas que el había adoptado, como principios seguros para acertar en él. Su habilidad fue un secreto; ni tuvo rivales, ni quiso discípulos; con él empezó la gloria de nuestro teatro en la representación, y con él acabó.

Su vida fué una continua alternativa de satisfacciones y disgustos. Empeñado y pobre muchas veces, otras opulento; desterrado por el gobierno de José Napoleon, y restituido despues por el mismo á la patria. Cuando esta logró sacudir el yugo extranjero, Malquez, digno intérprete de las ideas de la libertad, excitó el entusiasmo general con la imitación de afectos y acciones heróicas, recibiendo en la escena coronas y aplausos; hasta que por último, llegó á verse otra vez odiado á la corte, desterrado, falto de salud y medios, y en edad que no resiste como la juventud á los desaires de la fortuna. En vano la generosa amistad de sus compañeros procuró dilatar su vida, haciéndola menos intencible. Murió en Granada en el año de 1820.

(16) *¿Que será, que habiendo sido.* Hombrs hay de tan adusto humor, que no solo no se ríen, sino que se enfadan de que se ríen los demás. Si por ellos fuese no existirían en la república de las letras, ni el asno de Sancho, ni la trunada Zapagullita. Si, ponen que toda composición festiva y alegre es cosa de menos valer: como si fuera fácil encubrir la instrucción con el deleite, pintar la deformidad del vicio entre chistes y donaires, y escribir sin torpeza la risa de los hombres de ilustrado talento, la de las matronas y honestas vírgenes. Tal es nuestro orgullo, que no sufrimos la censura, sino disimulada en formas halagüeñas á los que pierden su repugnante austeridad los preceptos filosóficos, y nunca se reciben mejor que cuando el poeta sabe hermosearlos con las pinturas agradables, los conceptos agudos y las gracias de la ironía.

Los errores y defectos humanos escitaron la risa de Horacio y la crítica de Juvenal: uno y otro, proponiéndose un objeto mismo, acertaron á desempeñarle por camino diverso. Cada uno de ellos siguió su natural inclinación: siguió también el que aspire á sobresalir en cualquiera de las artes imitadoras. No se obtiene en ser gracioso el que no debió á la naturaleza las cualidades que se necesitan para serio; pero el que las tenga no dude que en la poesía graciosa y ligera cultiva un género de muy difícil ejecución.

Esta (considerándola en toda la estension que admite) exige un plan poético: una conveniente distribución de sus partes, proporción y oportunidad en sus ornatos y episodios, un objeto de utilidad, al cual vayan encaminados todos los medios, imitación constante de lo verdadero y de lo bello, elección y sobriedad en las descripciones, variedad y graduación en los caracteres, expresión en los afectos, solidez en el racio inio, agudeza y decoro en las burlas, inteligencia en el uso del idioma, pureza en el estilo, facilidad y armonía en la versificación. Cuando en una composición burlesca lleguen á reunirse estos requisitos indispensables, el que la desprecie merece lástima.

(17) *Como pretenden de mí.* En esta obra no hizo el poeta otra cosa que trasladar los diálogos que diariamente se repetían acerca de su persona y sus escritos. Su médico y amigo don Rafael Costa le aconsejaba lo que mas convenia al estado de su salud, poco robusta. Alguno de los muchos amigos y apasionados que tenía desahaban que cada mes compusiera una comedia. Llenábanle de elogios exagerados que la amistad es á veces tan ciega como el amor, y á vueltas de esto, abundaban en la máxima de que convendría sujetarle á una contribución poética, fisonjeándose de que, precisado á escribir para medrar, enriqueciera la escena española con mas acierto que los Zavallas, Moncines y Valladares; cuya fecundidad infeliz abominaban todos los hombres de sana razon. Entre tanto sus enemigos (que no eran pocos) decían las mismas ó mayores necedades que el autor les hace decir en este romance. Todo su mérito consiste en la fidelidad de la copia: nada hay de invención. Hasta el personaje de Geroncio es trasladado puntual de uno de los pedantes de aquel tiempo, á quienes incomodaba como ofensa propia la celebridad de Moratin.

(18) *No existe ya, pero dejó en el orbe.* El célebre Muhamet, Ben Abi Amer, llamado Almanzor, floreció en los últimos años del siglo x. Cultivó su talento con buenos estudios de filosofía y literatura, se instruyó en el difícil arte de gobernar á los hombres, y le practicó haciéndose amar y obedecer: pero en aquella edad era poco seguro el mando, si no acompañaba á las prendas políticas el valor, la astucia, la actividad, la constancia, la robustez que pide el ejercicio de la guerra; y todas estas cualidades se reunieron en aquel hombre extraordinario. Nombrado alhagib, dignidad que le hacia segundo jefe del imperio, juró (y lo cumplió) perpetuo aborrecimiento á los cristianos, como Anibal lo hizo en daño de Roma. Su existencia fué una continua calamidad para sus enemigos, á quienes venció en mas de cincuenta batallas. Barcelona, Atienza, Oms, Simancas, Astorga, Leon, Santiago y otras ciudades y fortalezas, sitiadas, saqueadas y arruinadas por él, le abrieron el paso á toda la tierra adonde quiso llevar sus pendones. Todos los años volvia á Córdoba lleno de despojos, y precedido de millares de cautivos; y mientras se prevenia para nuevas empresas, fomentaba todos los ramos de la felicidad pública, administraba justicia, favorecía la industria, la agricultura y las artes; asistía á las academias, oía los discursos de aquellos sabios, se complacía con los versos de sus poetas, y los premiaba generosamente. Solo una vez le fué contraria la fortuna, y no supo aquella alma terrible sobrevivir á su desgracia. La batalla de Calatañazor fué tan sangrienta, y quedó su ejército tan disminuido de soldados y tan escaso de capitanes, que solo trató de aprovechar la oscuridad de la noche para retirarse en buena ordenanza. No quiso entrar en Córdoba con la nota de vencido; negóse á la curación de sus heridas; y llevado por los suyos en andas, su despocho le quitó la vida cerca de Medinaceli, á los sesenta y cinco años de edad; su hijo Abdelmelich le dió sepultura, cubriendo el cadáver con el polvo de sus batallas.

No acuerda la historia de muchos siglos otro ninguno que pueda compararsele; la gloria de nuestro Cid, que floreció pocos años despues, se oscurece al nombre de Almanzor.

(19) *En esta veneranda tumba, humilde.* Don Francisco Gregorio de Salas, capellán de las Recogidas de Madrid, vivió muchos años en la corte, estimado de cuantos le conocieron, por la amabilidad de su ingenio, su facilidad en improvisar, su afable trato y conversacion, su probidad y sus costumbres inocentes. Copió en sus obras á la naturaleza; pero no la imitó, no supo hermosearla. Entre muchos epigramas que compuso se hallan algunos muy graciosos: el *Observatorio rustico*, la pintura de *La calle de San Anton*, y alguna otra de sus obras burlescas, merecen leerse. Su persona valia mas que sus escritos.

El príncipe de la Paz quiso varias veces favorecerle, y darle alguna de las mejores prebendas de España. Salas se lo agradecia, y le suplicaba que no le sacase de su cuartito de la calle de Hortaleta, ni le apartase de la compañía de sus monjes. Tenia un hermano carente de guardias, y una tarde, subiendo Carlos IV por la calle de Alcalá, el hermano de Salas, que iba al estribo del rey, le dijo: *Señor, aquel clérigo que se quita el sombrero es mi hermano Paco.* Mandó el rey pasar el coche, y que llamasen al capellán; el cual se acercó sin admiracion, sin timidez, ni orgullo. Le habló el rey cariñosamente, diciéndole lo mucho que le agradaban sus versos, y el gusto que tenía de leerlos á la reina; le encargó que no dejase de enviarle por medio de su hermano cualquiera cosa que en adelante escribiese. Salas, agradeciendo el favor de S. M., prometió cumplir el encargo; despidiéndose, y el concurran que rodeaba al buen sacerdote ya le suponía maestra sala de Sevilla, arcediano de Alcira ó abad de Santa Leocadia; pero ignoraban todos hasta dónde llegaba su moderación filosófica. Las máximas de honesta pobreza, con que otros versificadores de su tiempo (devorados de envidia y ambicion) rebatían fastidiosamente sus opuscu-

los étlicos, él las practicaba sin hipocresía, sin afectación ni soberbia. Los niños corrían á buscarle, cuando le veían de lejos; le rodeaban y acariciaban como á un amigo de toda su confianza; y en efecto, la merecía. Honor á la sencilla virtud; que de esto hay poco.

(30) ; *Oh, cuánto padece de afanes cercada*. Hay críticos que desaprueban sin distinción toda obra poética de asunto sagrado, suponiendo que nuestra religión no presta materia al canto, y que su austeridad no consiente las flores de Helicon. El que no trate de reducir á formas poéticas las cuestiones de la teología, no dejará de hallar, si sabe buscarlos como otros lo han hecho, argumentos sagrados, no indignos de la lira, de la epopeya ó del coturno trágico. Los hebreos nos ofrecen abundante materia para la poesía. La creación, el paraíso, el diluvio, los amores de Jacob, la interesante historia de Josef, la fuga de los hijos de Israel, retirándose el mar para facilitarla, y hundiéndose en sus abismos al ejército de Faraon; Josué, dilatando el día para dar término á su victoria; David, aplacando al son de las cuerdas al feroz Saul; Jezabel despreczada, la soberbia Atalia, la humilde Ester, el paciente Job. Los que no hallen modelos poéticos en tales historias, no los busquen mejores en todas las fábulas del paganismo.

No son abundantes los que ofrece la ley de gracia, cuyos misterios, donde son meramente dogmáticos, nada prestan á la composicion; pero en los que son históricos no sucede lo mismo. La Anunciancion, el Nacimiento de Jesucristo, la Descension al Limbo, la Ascension, el Juicio final, bien pueden excitar la imaginacion del poeta. Bien pueden mover su sensibilidad los incidentes de mayor interés, que elevan á un alto grado de heroismo la constancia maravillosa de muchos mártires. El infierno, y el sarañ rebelde, que amenaza en su desesperacion la ruina del hombre; los tormentos que allí padecen los que menosprecian en el mundo las leyes eternas de la justicia y la virtud, presentan

objetos terribles, que han sido ya digna materia para el Dante, para Tasso y Milton. El cielo, morada de los justos, descanse de tanta afliccion del inocente, del oprimido, del humilde: la presencia del infante Nümen; los ángeles, ministros suyos, que le adoran y le obedecen, muchas imágenes ofrecen al estro poético. Una mujer, la mas perfecta de las criaturas, la mas inmediata al trono de Dios, mediadora entre él y la naturaleza humana; madre amorosa, amparo y esperanza nuestra, ¿qué objeto se hallará mas digno, de la lira y el canto? La Grecia, demasiado sensual en sus fcciones halagüeñas, no sabe inventar deidad tan poderosa, tan bella, tan pura, tan metereológica de reverencia y el amor de los hombres.

Cierto es que, prescindiendo de algunas pocas composiciones sagradas, obra de nuestros mejores poetas, son las demás tan defectuosas, tan pueriles, tan chabacanas y ridículas, que no parecen sino que los autores se propusieron escarnecer lo mas respetable de nuestra creencia. Pero no fué su intencion el origen de tanto yerro; fue su ignorancia: no eligieron bien su argumento, no acertaron á desempeñarlo; él no se prestaba á las formas poéticas, ó ellos eran poetas incapaces de cuyo talento nada podia esperarse que no fuese absurdo.

Lo peor es, que esta clase de obras, no solo ha entretenido la curiosidad del vulgo en las plazas y callejuelas, sino que auxiliado de la música, ha resonado en nuestros templos, introduciendo en ellos una culpable profanacion. Véanse las colecciones de motetes y villancicos cantados de muchos años á esta parte en las principales iglesias de España, y diga el que lo alcance cómo ha podido sufrir el clero (un digno censor de las libertades del teatro) lo que se ha cantado y se canta delante de los altares, interrumpiendo con episodios tan indecentes y groseros la religiosa pompa de sus misterios y sacrificios.

# AUTO DE FE

## CELEBRADO EN LA CIUDAD DE LOGROÑO,

EN LOS DIAS 6 Y 7 DE NOVIEMBRE DE 1610.

**Relacion de las personas que salieron al Auto de fe los señores don Alonso Becerra Holguin, del Alcaldia, licenciado Juan Valle Albarado, y el Alonso de Salazar y Frias, inquisidores apostólicos del reino de Navarra y su distrito, celebraron en la de Logroño en 7 y 8 dias del mes de noviembre años, y de las cosas y delitos por que fueron cas**

### APROBACION.

Por remision del señor doctor Vergara de Porres, chancero y c de la colegial de la ciudad de Logroño, vicario por el señor Calahorra, y el fray Gaspar de Palencia, guardián del convento Franciscano de la dicha ciudad de Logroño, y consultor del auto y examiné una relacion de los procesos y sentencias que se ve el Auto que celebraron los señores inquisidores en la dicha e y 8 dias del mes de noviembre de 1610 años, y bailo ser toda firme a lo que se refirió en dicho Auto, y ninguna cosa de la mara relacion es contra nuestra santa fe católica y buenas e cristianas, tales muy verdaderas, y necesario que venga a nos dos las fides para desengaño de los engaños de Satanás. Por Francisco de Logroño en 6 de enero de 1611.— Fray Gaspar de

### LICENCIA.

Nos el doctor Vergara de Porres, chancero y canónigo de la Masora de la Redonda de esta ciudad de Logroño, y todo este arripresario de la dicha ciudad por don Pedro Ruiz de Calahorra y la Calzada, del consejo del rey nuestro señor e presente y su tenor damos licencia (1) a Juan de Monagaston, vecino de esta dicha ciudad, para que pueda imprimir esta e incluya el Auto de Fe que se ha celebrado en esta dicha ciudad dias del mes de noviembre del año de 1610, sin incurrir en pena alguna, atento a no haber en ella cosa contra nuestra fe católica y buenas costumbres.

Dada en Logroño, a 7 de enero de 1611 años.— El doctor Fray Gaspar de Porres.— Por su mandado, Cristóbal de Kuclos, notario.

JUAN DE MONAGASTON (2), IMPRESOR, DE LOGROÑO.

Esta relacion ha llegado a mis manos, y por ser tan comun que breves razones comprende con gran verdad y puntualidad y cosas mas esenciales que se refirieron en los procesos de ciudades y condeados por la demonia con de los heros, imprimirla, para que todos en general y en particular puedan ver la de las grandes maldades que se cometen en ella, y la e vertencia para el cuidado con que todo cristiano ha de ver casa y familia.

(1) Fray Gaspar de Palencia, guardián del convento Franciscano de Logroño, tuvo el honor de llevar verde y asistir al auto como calificador del auto y asegura que esta relacion es toda muy confusa procesos y sentencias que se refirieron en el dicho muy verdadera. El doctor Vergara de Porres, c canónigo de la colegial, y vicario del arcipreste asistió también a la funcion, y concluida que fue espresada Cruz verde a la iglesia de donde la ha cado, es el mismo que da la licencia para que se esta obra. Con tales seguridades no podrá duda tor mas escrupuloso y nimio que cuanto se dice comprendio fies de lo que se leyó en los pólizas secretarios de aquel ilustrado, santo y compasivo

(2) Este Juan de Monagaston imprimió en el año las Eróticas de don Esteban Manuel de Villegas, en el exceso de su agradecimiento le llamó impresores, pero me parece que anduvo muy hip

Impreso con licencia en la muy noble y muy leal ciudad de Logroño, en este año de 1611 años.

### AUTO.

Este Auto de la Fe en de las cosas mas notables que se han visto en muchas años, porque a él concurrió gran multitud de gente (3) de todas partes de España y de otras reinos; y cubrió 8 dias del mes de noviembre se comenzó el Auto con una muy lucida y devotísima procesion, en que iban, la primera, siguiendo un rico pendon de la cofradia del santo Oficio, luego mil familiares, comensales y notarios de él, muy lucidos y bien pasteos, todos con sus pendientes de oro y orones en las manos. Después iba gran multitud de religiosos de los órdenes de Santo Domingo, San Francisco, la Merced, la Santísima Trinidad y la Compañia de Jesus, de los cuales hay conventos en la dicha ciudad; y para ver el dicho Auto, de todas las monasterios de la comarca habia acudido tanta multitud de religiosos (4), que vino a ser tan sobrio y devoto esta procesion como jamás se ha visto. Al cabo de ella iba la Santa Cruz verde, insignia de la Inquisicion, que la llevaban en hombros el guardián de San Francisco, que es custodio del santo Oficio, y delante iba la musica de cantores y ministriles, y cubrían la procesion dos dignidades de la iglesia católica y el alcaide (5) del santo Oficio con su vara, y otros comensales y personas graves, ministros del santo Oficio, que todos en muy buena orden llevaron a plantar la Santa Cruz en la mas alta de un gran arbol de echada y entre pías en largo y otros tantos en coche, que estaba provisto para el Auto, y con vistosos faroles y fanaleros de guarda cubren toda la noche, hasta que al día siguiente, luego que amaneció, se fueron de la Inquisicion. La primera, cincuenta y tres personas que fueron mandas al Auto en esta forma: Veinte y un hombres y mujeres que iban en forma y con insignias de penitentes, descubiertos los cabezas, sin cinta y con una vela de cera en las manos, y los otros de ellos con sagos a la garganta, con lo cual se significan que habian de ser muertos. Luego se seguian otras veinte y tres personas con sus camisas y grandes corcos con capas de reconocimientos, que tambien llevaban sus velas en las manos, y algunos sagos a la garganta. Luego iban otros cuarenta de personas diferentes con camisas de religiosos, y otros cinco ciudades con sus bandos de las personas que se significaban por aque-las crueles. Y los últimos iban seis personas con camisas y corcos de religiosos, y cada uno de las dichas ciudades y tres personas entre dos algnidos de la Inquisicion, con tan buen orden y lucidos trajes los de sus pendientes, que con este muy de ver. Una alta iba, entre otros notarios de la Inquisicion en muy lucidos sobrios, una cortina, que en un coche guarnecido de terciopelo llevaba los comensales; y en la última iban a caballo los señores inquisidores doctor Alonso Becerra Holguin, licenciado Juan de Valle Albarado, y licenciado Alonso Salazar y Frias. Después en medio al que seguian, acompañados del estado eclesiástico al lado derecho, y de la justicia y regimiento al lado izquierdo, y un poco delante iba el medio de la guarnicion al doctor Esteban Manuel de Villegas con el estandarte de la Fe, pastos en muy buen orden, que representaban todo grande castidad y gravedad.

Después al caballo los penitentes, fueron pasteos en una guisa muy alta que estaban en él, por bajo de la Santa Cruz: los cinco penitentes que habian de ser religiosos, que eran cinco hombres y seis mujeres, en la que este grado, y luego los reconocimientos, y en la mas alta los que habian de ser penitentes. Y de la otra parte del caballo, camaron, en coche

(3) Y por otros motivos tambien.

por once gradas al sítio donde se pusieron los señores inquisidores, teniendo el estado eclesiástico á la mano diestra, y la ciudad y caballeros á la siniestra; y en lo mas alto de la grada primera se sentó el fiscal del santo Oficio con el estandarte. Y los consultores y calificadores, y los religiosos y eclesiásticos, se acomodaron en dichas gradas, que cabrían hasta mil personas. Todo lo restante del tablado estaba lleno de caballeros y personas principales, y en medio se levantaba un pulpito cuadrado en que se ponían los penitentes cuando se les leían las sentencias por los secretarios del santo Oficio, que para leerlas se subían en otros dos pulpitos que estaban en partes cómodas del tablado.

Comenzóse el Auto por un sermón que predicó el prior del monasterio de los Dominicos, que es calificador del santo Oficio, y aquel primero día se leyeron las sentencias de las once personas que fueron relajadas á la justicia seglar, que por ser tan largas y de cosas tan extraordinarias ocuparon todo el día hasta que quería anochecer, que la dicha justicia seglar se entregó de ellas, y las llevó á quemar, seis en persona y las cinco estatuas con sus huesos, por haber sido negativas, convencidas de que eran brujas y habían cometido grandes maldades. Excepto una que se llamaba Maria de Zozaya, que fué confiteñte, y su sentencia de las mas notables y espantosas de cuantas allí se leyeron. Y por haber sido maestra y haber hecho brujos á gran multitud de personas, hombres y mujeres, niños y niñas, aunque fué confiteñte, se mandó quemar por haber sido tan famosa maestra y dogmatizadora.

El lunes siguiente, cuando amaneció, estaban ya puestos en el cadalso todos los demás penitentes, y debajo de su dosel los señores inquisidores con el estado eclesiástico y ciudad, y todo lo demás dispuesto en la forma que estuvo el día atrasado, y ya volvió á proseguir el Auto por un sermón que predicó el provincial (6) de la orden de San Francisco, que es también calificador del santo Oficio. Y luego comenzaron á leer las sentencias de dos famosos embusteros, que fingiendo ser ministros del santo Oficio, habían cometido (7) grandes maldades. Uno de ellos fué destrerrado de todo el distrito de la Inquisición, y el otro que pagase y restituyese gran cantidad de dinero que había estado con embustes y maldades que cometió socoror del santo Oficio; diéronsele doscientos azotes, y fué destrerrado perpetuamente de todo el distrito de la Inquisición, y los cinco años á las galeras, á remo y sin sueldo. Otros seis fueron castigados por blasfemias con diversas penas. Otros ocho, por diversas proposiciones heréticas, fueron castigados con abjuración de *leví*, destierro y otros castigos, conforme á la gravedad de sus delitos. Otros seis, cristianos nuevos de judíos, los cuatro de ellos porque guardaban los sábados, y en ellos se ponían camisas y cuellos limpios y mejores vestidos, y hacían otras ceremonias de la ley de Moysén, abjuraron de *leví* con destierro y otras penitencias; y otro porque había cantado diversas veces este cantar:

Si es venido, no es venido,  
El Mesías prometido,  
Que no es venido.

y por otras proposiciones erróneas que había dicho, fué castigado con la misma pena. El otro, por haber sido judío judizante por tiempo de veinte y cinco años, y haber pedido misericordia con lágrimas y demostración de arrepentimiento, fué admitido á reconciliación con sambenito y cárcel, en la casa de la penitencia del santo Oficio. Un moro, que confesó haberlo sido con apostasia, fué reconciliado con sambenito y cárcel perpetua. Otro, por haber sido luterano, creyendo y teniendo proposiciones de la secta de Lutero, fué también reconciliado con sambenito y cárcel perpetua, y se le dieron cien azotes. Las diez y ocho personas restantes fueron reconciliadas por haber sido toda su vida de la seta de los brujos, buenas confiteñtes, y que con lágrimas habían pedido misericordia, y que querían volverse á la fe de los cristianos. Leyéronse en sus sentencias cosas tan horribles y espantosas, cuales nunca se han visto; y fué tanto lo que hubo que relatar, que ocupó todo el día donde que amaneció hasta que llegó la noche, que los señores inquisidores fueron mandando cercenar muchas de las relaciones, porque se pudiesen acabar en aquel día. Con todas las dichas personas se usó de mucha misericordia (8), llevando consideración mucho mas al arrepentimiento de sus culpas, que á la gravedad de sus delitos y al tiempo en que comenzaron á confesar; agravándoles el castigo á los que confesaban mas tarde, según la rebeldía que cada cual había tenido en sus confesiones.

Acabado el Auto al punto que anochece, las veinte y una personas que

habían de ser reconciliadas fueron llevadas á las gradas de la parte donde estaba el dosel y tribunal del santo Oficio, y puestos de rodillas en la grada mas alta, se hizo un solemnisimo y devotissimo acto, que fueron recibidas á reconciliación, y absueltas de la excomunión en que estaban por el señor doctor Alonso Becerra y Holguin, inquisidor antiguo; y esto se hizo con tan grande gravedad y autoridad, que toda multitud de gente estaba admirada y suspensa con la grande solemnidad; luego que se acabó el dicho solemne acto, el dicho señor inquisidor antiguo quitó el sambenito á una de las brujas, que se llamaba Juan de Yurreteguia, diciendo que se le quitaba porque fuere ejemplo á toda la misericordia que con ella se usaba por el dolor con que habia sido buena confiteñte, y el ánimo con que habia perseverado en no desobedecer de las grandes molestias que los brujos la habían hecho para la vez; reducir á su seta y bandera: lo que causó tan gran devoción y piedad en todos, que no cesaban de dar mil bendiciones (9) y alabanzas á Dios y al santo Oficio, con que se acabó aquel solemne acto. Y el chantre de la iglesia colegial llevó sobre sus hombros la Santa Cruz á la iglesia con mucho acompañamiento y música, que iban cantando el *Te Deum laudamus* tras todos los penitentes, que acompañados de familiares fueron vueltos á la Inquisición, y el estado eclesiástico y la ciudad tornaron también acompañando á los señores inquisidores; y se acabó todo bastante después de haber anochecido.

Y porque se tenga noticia de las grandes maldades que se cometían en la seta de los brujos, pondré también una breve relación de algunas de las cosas mas notables que apuntamos algunos curiosos, que con cuidado los íbamos escribiendo en el tablado, y son las siguientes.

El demonio, para propagar esta abominable y maldita seta, se apoya en los brujos mas antiguos y mas ancianos, que con mucho cuidado se ocupan en ser maestros y enseñadores de ella. Y á los que primero se ocupan en esta seta se les pueden llevar al aquelarre (que es el nombre llaman á sus ajuntamientos y conventículos, y en el *varapago* suena tanto como decir *prado del Cabron*; porque el demonio, que tienen por dios y señor en cada uno de los aquelarres muy ordinario se le aparece en ellos en figura de cabron), sin que primero consulten si querían brujos, y siendo de edad de discreción prometan que harán el negocio. Y habiendo consentido y prometido así, en una de las noches que hay aquelarre, va la persona maestra que le ha enseñado y conducido á que sea brujo, á su casa o parte donde está durmiendo dormido, como dos ó tres horas antes de media noche, y habiéndole primero despertado si duerme, le untan con una agua verdinegra y hedionda los brazos, sienes, pechos, partes vergonzosas y plantas de los pies, y luego le lleva consigo por el aire, sacándolos por las puertas ó ventanas que le abre el demonio, ó por otro cualquier agujero ó resacaño de la puerta, y con grande velocidad y presteza llegan al aquelarre y campo designado para sus juntas, donde lo primero presenta al brujo novicio al demonio, que está sentado en una silla, que unas veces parece de oro, y otras de madera negra, con gran trouo, majestad y gravedad, y con un rostro muy triste, feo (10) y alirado (que por entonces se representa en figura de

(9) Es axioma corriente que á Dios se le deben dar gracias por todo; y en efecto, bien podemos nosotros darle las por habernos hecho nacer un poco mas tarde, y no ser contemporáneos del doctor Vergara de Porres, ni del doctor Alonso Becerra y Holguin.

(10) No anda discreto el demonio en esto de presentarse tan feo y de mal humor en los aquelarres, porque puede echarlo todo á perder. Brujo habria, particularmente entre los novicios, que al verle de tan espantable gesto le hiciese una biga, y no volviera jamás á la tertulia.

Casi todos los que nos dan noticias del demonio (que no sé por cierto de dónde las adquieren) nos le pintan rematadamente necio; pero yo tengo para mí, allegándome á la opinion de un autor católico y muy acreditado,

*Que el diablo es bellacon, mas no ignorante.*

Y en cuanto á si es feo ó no lo es, yo llevo la afirmativa, y digan lo que quieran sus apasionados. Pero; que especie de fealdad es la suya? *Hoc opus, hic labor est.* Será como se presenta á las madres brujas, ó como el Tasso le describe, que no parece sino que le vió? Ahí va la pintura del gran poeta italiano, y el lector podrá escoger entre los dos el demonio que mas le guste.

Siede Pluton nel mezzo, e con la destra  
Bosileu lo scetco ruvido e pesante.  
Ne tanto accoglie in mar, ne rupe alpestra,  
Ne pur Calpe s'innalza o'l magno Atlante,  
Ch'anzí lui non paresse un picciol colle:  
Si la gran fronte, e le gran corna estolle.  
Orrida maestà nel fero aspetto  
Terroro accresce e più superbo il reardo.  
Roseggian gli occhi, e di veneno infetto,  
Come infauto cometa il guardo splende:  
Gli involte il mento e su l'irato petto  
Isplida e folta la gran barba scende.  
E in guisa di voragine profonda  
S'apre la bocca, d'entro sangue immonda

(6) Qué dos piezas de elocuencia se ha perdido la posteridad: el sermón del padre provincial y el del padre prior! Tan bueno sería el uno como el otro. ¿Cómo resplandecería en los dos el espíritu de tolerancia, de mansedumbre, de caridad evangélica!

(7) Procurarian imitar bien lo que fingieron.

(8) Yo lo creo. ¿Qué tribunal ha habido jamás tan piadoso? El no hacia otra cosa que aprisionar, atormentar, desterrar, confiscar, afrentar, escomulgar, azotar, ahorcar y quemar á los miserables que cogía debajo. Si se le morían en los calabozos, los condenaba en estatua y les quemaba los huesos; y los nombres, apellido y patria de estos y de aquellos los ponía en letras bien gordas á la entrada de las iglesias, para que todo el que supiera leer lo leyese, y durasen por siglos en las familias que dejaban los efectos de su clemencia clerical. Ni estos debieron llamarse tribunales, sino congregaciones filantrópicas.

gro con una corona de cuernos pequeños y tres de otros con  
a, y como si fueran de caberos, los dos tiene en el costadillo y  
a frente, con que de luz y sombra á todos los que están en el  
y la claridad es mayor que la que da la luna, y mucho menor  
de sí sol, y la que basta para que todas las cosas se vean y  
los ojos tiene redondos, grandes, muy abiertos, encorvados  
en la barba como de cabra, el cuerpo y tallo como nuevo hom-  
bre, las manos y pies con dedos curvos de porraza, más de que  
iguales, agudados hacia las puntas con uñas repañas, y las  
las como ave de rapito, y los pies como si fueran de gusano.  
vez vapantea, descomulgada, y cuando habla, como como un  
de reina, más de que la voz es baja y las palabras que habla  
remucadas, que no se dejan entender claramente, y siempre  
una voz triste, ronca, aunque con muy grande novedad y ovor-  
su semblante es muy melancólico, y parece que siempre está  
ruido la brujá muestra le presenta el novicio le dice Señor,  
ago y presente, y el demonio se le muestra agredido, y  
le trata bien, pero que con aquel rasgo muchos más. Y  
londan blanco de rodillas en presencia del demonio, y que to-  
la forma y de las cosas que la brujá se muestra le lleva indus-  
trándose el demonio las palabras con que ha de recoger, las  
ido, y ruega la primera de Dios, de la Virgen Santa María, su-  
todos los santos y santas, del bautismo y confirmación y de  
crisismo, y de sus padrinos y padres, de la fe y de todos los  
y recibe por su dios y señor al demonio; el cual le dice que  
haga no ha de tener por su dios y señor al de los cristianos  
no es el verdadero dios y señor que le ha de servir y llevar al pe-  
que le recibe por su dios y señor, y le adora bendiciendo la mano  
en la boca y en los pechos, encima del corazón y en las partes  
as, y luego se levanta sobre el lado izquierdo, y levanta la an-  
ma lo que tiran los osos), y descubre aquellas partes, que  
con y las tiene siempre ocultas y muy escondidas, y le hacen lam-  
tas debajo de la cola. Y luego el demonio manda la mano la-  
hajándose por la cabeza del hombre ligada en su otra  
partes del cuerpo (según dice el de la porra), le hace una  
señalando una de sus uñas, con que le hace una herida, y con  
le recoge en algún pelo de alguna uña, y el novicio siente  
la muy gran dolor, que le dura por más de un mes, y la mujer  
le toda la vida, y después en la sibola de los ojos con una con-  
como si fuese de oro, le morra (un dolor) un apilón, que sirve  
(1) con que se conocen los brujos unos á otros. Y luego el de-  
la muestra ciertas monedas de plata en prelo y siempre de  
de fe y un sapo verde, que es un demonio en aquella figura,  
dura como ángel de guarda (18) al brujá novicio que ha renun-  
ciado notable que por la mayor parte las monedas se descompu-  
ta brujá muestra no tiene provecho en ellas, inmediatamente al so-  
deros de venir y en otra hora después que los recibes. Y el  
pro permanece en poder de los brujos, brujadas y costum-  
bra mucha tiempo, hasta que el demonio en la moneda extra-  
ña novicio. También de cosas notables que le hacen que el de-  
hace, es de tal condición, que con ello les amarga la parte  
contra la uña del demonio, de manera que aunque por ella  
(18) una aguja ó alfiler, no sienten dolor ninguna. Y en la

niérese de aquí que las seis desventuradas bru-  
charradas por el doctor Holguín con autoridad  
ca, tendrían cada una de ellas su sapito en el ojo.  
eriguada y constante, y de lo cual no debe dudar  
r benevoló.

Una especie de asistentes, ó paje, ó pedagogo, ó  
o de a pié, ó hermano lego.

En el año de 1633 quemaron en Sinebra á una  
ha llamada Micaela Chaudron, á quien llegaron á  
ar que era hechicera. El extracto del proceso es  
habiendo Micaela Chaudron encontrado con el  
las puertas de la ciudad, el diablo le dió un beso,  
io por suya, la imprimió en el labio superior y en  
ercha la señal que acostumbraba á poner á aque-  
sosas á quienes mas particularmente favorece,  
lo del diablo es una marca que deja inmensible la  
que está, como lo afirman todos los juriscónsul-  
onografos. Mandó el diablo á la pobre Micaela que  
hechizase á dos muchachas que le indicó, lo cual  
con la mayor diligencia y puntualidad. Los pa-  
res las maldiciadas acusaron á la Chaudron, y esta-  
ras fueron interrogadas y presentadas al cargo.  
ron que sentían cierto prurito ó comezon en al-  
rtes de su cuerpo, y que, por consecuencia pre-  
taban endemoniadas. Llamaronse médicos, ó á lo  
soteros en medicina; visitaron á las tres muche-  
ascaron en la Micaela el sello infernal, y para ha-  
meteron por distintas partes una aguja muy larga;  
aba sangre, y la paciente manifestó con sus alha-  
e los signos diabólicos se la habían dejado inar-

contenida de James de Rehalier, barbero, se retiró con habiendo de-  
cuido que la misma se la había puesto el demonio en la boca del ombligo,  
los señores le mandaron matar, y burlando la señal, hicieron que  
por ella le apretasen un alfiler, y apretaron tanto, hasta que el alfiler se  
quedó hincado y derecho, diciendo siempre que se sentía con alfiler  
y puntualmente sobre una coquecía parte de su cuerpo, luego se quitaba  
y sentía mucha dolor.

Acabado de besar el novicio, el demonio y demás brujas sentadas que  
están presentes advierten al novicio que no ha de cambiar el nombre  
de Juan el de la Virgen Santa María, ni se ha de perseguir al novicio;  
y luego le mandan que se vaya á bañar y bañar con los demás brujas  
alrededor de unas fogatas sagidas que allí el demonio les presenta, y los  
dios que aquellos son los fogos del infierno, y que cubren y cubren por  
ellos, y verán como se queman al día por las alfileras; y que así para no  
hay más pena que aquella en el infierno, que se imaginan y hacen pla-  
cer, y no temen de hacer como mal poderios; pero los fogos del in-  
fierno se queman al hacer mal almas; con que se mandan á comer  
toda género de malicias, y se bañan y cubren con burlando y deman-  
do el uso de tamboriles y flautas, que en el apogeo de la granmunda (19)  
(del cual cosa así todas las demás brujas) le había una que se llamaba  
Juanes de Goybura, y á una de ellas, que la tenía otro que se llama-  
ba Juan de Sinebra (20), ambas primeras, que fueron condes de Asia, y reu-  
nidos por haber sido buenos magistrados; y duran en las dichas flautas  
y flautas, hasta de hasta al final (que las está mirando), hasta que es  
hora de cantar el gallo, después de media noche, que se vuelven todas  
á sus casas acompañadas de sus esposas virgines, y se duran la noche  
porque se pueden estar más en ellas, y en muy breve tiempo llegan á sus  
casas. Y el dicho Juan de Goybura, algunas muchas que van al in-  
fierno desde otro lugar que cubren los fogos del de Sinebra, con-  
fesan que cuando se vuelven á él, si fingido le besa de cantar el gallo (21),  
en caso cuando se le descompara y después en el camino, y le presenten  
á pié hasta en casa, porque no podía ir más por el alto.

oficio. Viendo pues las jueces que con se estaba pima-  
mente probado que fuese hechicera, le aplicaron á cues-  
tion de tormento, secreto infalible para obtener cuantas  
pruebas se necesitan. Cedió la infeliz á la violencia de la  
tortura; confesó cuanto exigieron de ella; pero como  
quiera que los médicos no estaban satisfechos todavía con  
la operacion judicial, repitieron las sayas en busca del  
sello del diablo. Tanto hicieron, que llegaron á descubrir  
un pequeño lunar en un muslo de la muchacha; metieron  
de nuevo la aguja, y como las mortificaciones del pelo  
habian sido tan terribles, apenas sintió aquella vilísima  
condenada las pruebas que estaban haciendo. Esto fué  
bastante para que la medicina y la jurisprudencia dieran  
por averiguado el delito; bien que como ya empezaban á  
sueñarse mucho los costumbres, aunque es cierto que  
la quemaron, usaron de la cortesia de ahorcarla primero.

En todas las tribunas de la Europa cristiana se fulmi-  
naban iguales sentencias, y esta bárbara costumbre ha  
durado tanto, que en los tiempos modernos, en el año  
de 1736, han quemado con toda solemnidad en Wurtem-  
burgo, ciudad de Francoforte, á una mujer acusada de he-  
chicera, autora de mucha distinción, shodora de un  
corvante. ¡Y en nuestra edad y ciudad comparsa María  
Teresa de Austria! (Véase, Diccionario Mitológico.)

(14) Lugar pequeño del reino de Navarra en el valle de  
Bastán, á dos leguas de Pamplona. En el año de 1666  
acordó á poco más de ochocientos personas todo un  
vecindario.

(15) Se ve que el demonio se acomoda al uso de la  
luz. Además flores, han como flores. Se Valmudo que-  
tan mucho las brujas de calabazas y calabazas, y como  
la jota; en la Mancha tocan panderos y flautas; en Andu-  
lucía sonajas y panderos; en Galicia gaitas; en Portugal  
gaitas, y en Singapur en el mar de Bengala con la flauta de  
Goybura y el tamborilero de Juan Sinebra.

(16) El gallo es un pájaro muy de bien, y se considera



Los que se hacen brujos antes que lleguen á edad de discrecion no reniegan, sino tan solamente los presentan al demonio, uniéndolos y llevándolos al aquellar, porque no quiere que renieguen hasta que lleguen á edad de discrecion, en que puedan discernir y entender cómo mediante el reniego se apartan de Dios y de la fe de los cristianos, y reciben por su dios y señor al demonio. Y es caso notable y de gran maravilla el suceso que dió principio á descubrirse estas maldades y seta de brujos en el lugar de Zugarramurdi, segun que se refirió en la sentencia de María de Yurreteguia, y es que una bruja (cuyo nombre no se declaró, mas de que era de nacion francesa y se había criado en Zugarramurdi), habiendo vuelto á Francia con su padre, una mujer francesa (17) la persuadió á que fuese con ella á un campo donde se holgaría mucho, industriándola en lo demás que había de hacer, y dándole noticia de cómo había de renegar, y habiéndola convencido la llevó al aquellar, y puesta de rodillas en presencia del demonio y de otros muchos brujos que la tenían rodeada, renegó de Dios, y no se pudo acabar con ella que ruegase de la Virgen Santa María (18) su Madre, aunque renegó de las demás cosas, y recibió por su dios y señor al demonio, por lo cual todos los brujos la tomaron sobre ojos, y la perseguían temiendo de que los había de descubrir por no haberse querido allanar á renegar de nuestra Señora. De lo cual resultó que en año y medio que fue bruja (aunque hizo todas las cosas que hacian todos los demás brujos) siempre andaba con recelo de parecerle que no podía ser dios el mismo demonio á quien adoraban, y le daba algun deseo de dejar aquella vida, y llegado el tiempo de la cuaresma, en que se había de confesar, se determinó de no confesar aquellos pecados que cometía como bruja, por la vergüenza que de ello tenía, y porque todos los brujos la maltrataban y traian amenazada, diciendo que la habían de matar si los descubria; y habiéndose confesado, al tiempo que fué á recibir el santísimo Sacramento, como no vió la forma consagrada que el sacerdote le dio, comenzó á estar muy confusa y pensar que por haberse hecho bruja y haberse apartado de la santa fe, no la merecía ver, y considerando también como, por mas diligencias que hacia cuando oia misa, no podía ver la hostia que el sacerdote alzaba (como la via antes que fuese bruja, sino que en su lugar via una como nube negra que llevaba el sacerdote entre las manos), comenzó á estar mucho mas confusa. Porque es cosa

dias dice muy serio un personaje: «Yo he oido decir que el gallo, trompeta de la mañana, hace despertar al dios del día con la alta y aguda voz de su garganta sonora, y que á este anuncio todo extraño espíritu errante por la tierra ó el mar, el fuego ó el aire, huye á su centro.» Y otro interlocutor le responde, no menos grave y ponderativo: «Algunos dicen que cuando se acerca el tiempo en que se celebra el nacimiento de nuestro Redentor, este pájaro matutino canta toda la noche, y que entonces ningún espíritu se atreve á salir de sus moradas; las noches son saludables, ningún planeta influye siniestramente, ningún maleficio produce efecto, ni las hechiceras tienen poder para sus encantos.»

Sea de esto lo que fuere. Lo cierto es que luego que amanece no hay brujo, ni anima en pena, ni fantasma, ni demonio que se atreva á presentar en publico. Nadie ha visto hasta ahora en la Puerta del Sol de Madrid, en Zocodover de Toledo, en la Rambla de Barcelona, en la plaza de San Antonio de Cadiz, en el Zacatin de Granada, ni en el Espolon de Burgos, que á las once y media de la mañana se haya aparecido vision, ni endriago, ni monstruo infernal, ni pastelero difunto rodeado de gatos y perros, con cadenuita y olor de azufre, y ¡ay de mí! pidiendo pesetas á los circunstantes para que le digan misas. Y todo esto, ¿a quién se debe? Al gallo. ¡Bendito el sea, que de tantas incomodidades y socaínas y malos partos nos ahorra!

(17) *Illicios intra muros peccatur, et extra.*

(18) Renegar de Dios malo es; pero de la Virgen Santísima, ¡adónde vamos a parar! Esta es doctrina fraileseca, lector cándido, y perdona que te llame de tú; porque al fin, si no lo has por enojo, también yo he sido fraile, y no he perdido la costumbre del tuteo. ¿No te acuerdas de haber visto pasar en las procesiones de Semana Santa las imagenes de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, y merecer apenas una inclinacion de cabeza? ¿Seguir después la de su Madre, y no hallar el vulgo, particularmente el devoto, femenino, ignorante sexo, y genuflexiones ni actos de reverencia que fuesen bastantes para manifestar su adoracion á tanto número? Pues mira, lector amabilísimo, esta era teología de frailes (no de todos, pero de la mayor parte de ellos), y si no la mas acomodada al espíritu de la religion, la mas conforme á la estabilidad de sus refectorios.

asentada y confesada por todos los brujos, que desde el punto que comienzan á ser, dejan luego de ver el santísimo Sacramento de Dios. Fué siempre por ello recibiendo mucho dolor y pena, y siempre mas congoja, pensaba en el mal que había hecho en no apartar de la fe de los cristianos, y tanto le apretó este pensamiento y congoja, que cayó enferma y lo estuvo siete semanas, hasta llegar á punto de morir, y propuso de se confesar luego que pudiese ir á otro lugar que más de allí media legua, donde estaba un sacerdote, hombre docto. Viéndolo cumplido, el sacerdote la dió muchos y buenos consejos, la consoló y animó, mandándole que muy de ordinario memorase el nombre de Jesus, y dilató el darle la absolucion hasta que tuvo órden por ello del obispo de Bayona; y se confirmó mucho en su santo propósito, porque luego que se confesó y propuso salir de aquella mala seta, comenzó á ver la hostia consagrada como la via antes que se hiciera bruja.

Libre ya la dicha moza de aquella maldita seta, nunca mas los brujos la persiguieron; y sucedió que volviendo al lugar de Zugarramurdi, donde se había criado, dió como allí había aquellarre y junta de brujos, y que ella había ido á él dos ó tres veces, y visto cómo eran brujos estas personas, y entre ellas la dicha María de Yurreteguia; y habiendo visto esto á noticia de Esteban de Navaleores, su marido, él y sus dos hijos le pidieron sobre ello recuesta, y ella con grandes voces y caparrazos afirmaba que no era bruja, y que era gran maldad y falso testimonio que le levantaba la dicha francesa, y con grandes clamores pedía al marido venganza contra ella, por lo cual se determinaron en volver á haber á la dicha francesa y asegurarse mas de lo que ella decía, la cual respondió que la pudiesen en presencia de ella y la convenciera y hacerla confesar la verdad y como era bruja, y habiéndola llevado á su casa, puesta en su presencia, la dió muchas razones y cosas que habian pasado en el aquellarre, y la dicha María de Yurreteguia se defendía jurando y afirmando lo contrario, y tanto le supo decir la francesa, que todos se persuadieron á creer que era verdad, y apretaban á la dicha María de Yurreteguia á que confesase, y viéndose atajada y consternada, le sobrevino un sudor y grande congoja, y cayó sentada con un demerío, y daba á entender que en la garganta tenía un grande impedimento que le estorbaba para que no pudiese decir la verdad. Y habiendo estado así con un gran suspiro que dió, echó por la boca un aliento de muy mal olor, y luego confesó como era verdad todo lo que la francesa decía, y que ella había sido bruja desde muy niña por ensañanza de Santa Chispa, su tia y hermana de su madre (que tambien fue sacada al auto y reconciliada), y dió y confesó muchas cosas que había hecho como bruja, por lo cual la llevaron al vicario de Zugarramurdi para que le confesase. Y habiéndola confesado le dió por consejo que pidiese perdón á sus vecinos de los males que les había hecho, y públicamente confesó como era bruja, y les pidió perdón. Y confiesa que luego comenzó á ver la hostia consagrada en las misas que oia, y que nunca hasta entonces la había visto, porque comenzó á ser bruja desde muy pequeña.

Sintiendo el demonio los grandes daños que de esta confesion le habian de resultar, consultó con sus brujos el grande sentimiento que tenía porque aquella se había salido de su bandera, y luego comenzó á la perseguir y á ir de noche á su casa para la sacar y la llevar al aquellar, poniéndola miedos y amenazas si no iba. Y en una noche de aquellarre, estando el demonio y todos sus brujos con él, los dió el grande sentimiento que tenía, y que era menester que fuesen todos á sacar de su casa á la dicha María de Yurreteguia para la llevar al aquellarre. Poniéndolos á todos en distintas figuras de perros, gatos, puercos y cabras, y á Graciána de Barreneches (que era reina del aquellarre, en figura de yegua, se fueron á la casa de María de Yurreteguia, que en de su suegro, y habiendo entrado en la puerta de ella (dejando todos los brujos moros en la dicha puerta), el demonio se apartó con los brujos mas ancianos, y volviendo á consultar el modo que había de tener para sacarla de su casa y llevar al aquellarre, entraron en la casa por las puertas y por las ventanas, abriéndolas el demonio; y hallaron que la dicha María de Yurreteguia estaba en la cocina de la casa rodeada de mucha gente que aquella noche había convocado para que la acompañasen y guardasen, por el miedo que tenían todos los de la casa de los males que las noches antes la habían hecho, y porque ella les dió que aquella era noche de aquellarre é irán á la maltratar. Y el demonio y Miguel de Goyburu, rey del aquellarre, y otros brujos, se pusieron detrás de un escaño, y por cima del sacaban las cabezas (19) para mirar dónde estaba y qué hacia la dicha María de Yurreteguia, y para la llamar haciendo señas que fuese con ellos. Y María Chispa, su maestra y tia, y otra hermana suya, se pusieron en lo alto del humero, y desde allí llamaban con la mano, haciéndola señas para que se quitase entre ellos, y la amenazaban poniendo el dedo en la frente, jurándole que se la había de pagar si no se iba con ellos; y ella se defendía dando voces y señalando dónde estaban los brujos; mas los que estaban allí no los podian ver, porque el demonio los había encantado y echados unas sombras para que no los pudiesen ver sino la dicha María de Yurreteguia, la cual á veces decía: «¡dejadme, traidores, no me perturbéis, que haré lo que he seguido al diablo.» Y viendo lo mucho que la apretaban para que se fuese con ellos, quitándose un rosario que tenía al cuello, levantó la cruz del en alto diciendo: «¡dejadme, dejadme, que no quiero servir mas al demonio; á esta quiero y esta me ha de defender;» y santiguándose y nombrando el nombre de Jesus (20)

(19) De suerte que el pobre demonio, si no sacaba la cabeza por encima del escaño, no veia gota.

(20) Y es cosa probada. Véase la relacion de Ludovico Elio en la comedia de *El purgatorio de san Patricio*.

Yo no sé por qué no habíamos de ver alguna vez esta comedia en los teatros de la corte, en donde á cada paso

y de la Virgen Santa María, se desaparecieron y fueron todas haciendo un gran ruido en lo alto de la casa y en el tejado. Y habiéndose vuelto con mucha tristeza adonde estaban los demás brujos, el demonio con gran despecho se daba unos grandes golpes con la mano izquierda en los pechos, para mostrar la grande pena y dolor que tenía por no haber podido reducir á su bandera á la dicha María. Y por venganza de ella le arrancaron las berries de la huerta, y le rompieron y destruyeron muchos pies de manzanos (21), y luego se fueron á un molino que tenía arrendado el suegro de la dicha María de Yurreteguia, y para más vengar de ella, le desbarataron rompiendo y quebrando el rodazo, y desencasaron el husillo y le echaron en el agua, y la piedra de moletín desencasaron y echaron á una parte del molino, y después el demonio, y otro mucho número de demonios (que allí se aparecieron, y todos los brujos, levantaron en alto todo el molino, que estaba puesto sobre cuatro pilares, y lo llevaron á lo alto de un cerro que estaba allí junto, donde lo tuvieron un rato con mucho regocijo y risa por ver que habían llevado entera toda aquella máquina, y porque las brujas más viejas (como trabajaban tanto para lo llevar) iban diciendo: «¡aquí mo-» sus y en casa viejas,» y después volvieron todo el molino entero como lo llevaron, y los demonios lo pusieron y concertaron como estaba, dejando roto el rodazo y el husillo en el agua, y la piedra molar á un lado. Como lo habían puesto, se fueron con mucho sentimiento y despecho por no haber podido volver á su bandera á la dicha María de Yurreteguia, y el día siguiente se hallaron hechos todos los dichos demonios, y llevaron oficiales que aderezaron y repararon el molino.

Porque esta María de Yurreteguia dió principio en la dicha forma á que se descubriese esta seta y complicidad, y perseveró siempre en sus confesiones, resistiendo con mucho ánimo al demonio y á los demás brujos que pretendían reducirla á su gremio, se usó con ella de tan grande misericordia, que se le quitó el sambenito (estando en el tejado) después que fué reconciliada, y se le dió licencia para que pudiese volver á su tierra, para que fuese ejemplo á todos los demás brujos de la misericordia que con ella se usaba por ser buena y contenta (22).

Cuando los maestros pretenden hacer brujos á los que han ya llegado á edad de discreción, primero se lo dicen, y si resisten y no quieren renegar en que serán brujos, no los pueden llevar al aquelarre; mas si consenten, los llevan en la forma dicha. Y para hacer brujos los que han llegado á edad de discreción (si tienen de cinco ó seis años arriba), se ganan primero el consentimiento dándoles algunas manzanas, uvas ó golosinas, y diciéndoles que si quieren ir á una parte donde se reigarán mucho con otros niños, y á los que resisten no los llevan contra su voluntad, y á los que son pequeños que no puedan prestar consentimiento, sin darlos ni decirles cosa ninguna, los pueden sacar de sus cunas y llevarlos, si sus padres ó las personas que los acostaron no os persiguieron ó santiguaron, ó les echaron agua bendita, ó pusieron algunas reliquias, que á los tales (aunque les pueden hacer algunos males) no pueden sacarlos de su casa y llevarlos al aquelarre. Y los brujos que no han llegado á edad de discreción para renegar, y los brujos novicios que han ya renegado, siempre están debajo del amparo y tutela de sus maestros que los hicieron brujos, y no dan de ellos sus secretos ni mayores maldades porque no los descubran. Y en los aquelarres los ocupan en guardar una gran manada de sapos (23), que los brujos (en compañía del demonio) recogen por los campos para hacer dellos ve-

se representan *La peregrina Doctora, El Diabolo prestidigitador, Marta la Hemorranista, El Diluvio universal, El Nazareno Sansón, El Anillo de Gíges, El Convidado de piedra, El Lucero de Madrid y Pedro Vagalarde*, con sus dos hijos demonizados, y el Cristo que habla y dice con voz arragrada y aguardentosa: «ya estás perdonado, Pedro.»

(21) Esto es muy común en los lugares; pero ya no son las brujas ni el demonio los autores de tales fechorías; son otra clase de gentes. El tío Cauene arranca las lechuzas al tío Herodes, y le rompe la tinaja del aceite; el hijo del Chato quema las colmenas de Anton Chiribitas; y Pauchurrin y Canicuca hacen astillas en una noche la jarra de don Cleofás el Hidalgo; le quitan las camisas de a azotea, y le echan rescoldo en el petate; pero esto no se remedia con agua bendita ni exorcismos. Pide justicia y cadena, y garrote no pocas veces.

(22) Quiere decir esto, que el que no se confesaba por un supuesto delito no tenía que esperar misericordia de aquel misericordiosísimo tribunal. No pudo inventarse medio más sutil de hallar culpa donde no la hubiese. El vez siempre quedaba acreditado ó de compañero ó de usto, aliviando el castigo al que confesaba, y quemando al que no quería confesar. Al malvado y al débil se les ofrecen medios fáciles para evitar el rigor de la ley; pero el inocente, el virtuoso, el que estimaba en más que la vida el testimonio de su conciencia, parecía en las flamas.

(23) ¡Excelente asunto para una égloga! Si yo supiera poeta introduciría un par de zagalejos, brujos novicios,

non se registrarlos, y los castiga y reprime prontamente cuando se han descomulgado en registrarlos y dárlos de comer. Y Beatriza Pargue rediere que daba el pocho á su hijo, y que algunas veces donde el pocho se alargaba y extendía hasta buscar y tomarlo el pocho, y otras veces en figura de mechón se le ponía en los brazos para que ella se lo diese. Y las sapos tienen cuidado de despojar á sus amos, y avisarlos cuando es tiempo de ir al aquejarre, y el demonio se los da como por ángeles de guarda, para que los sirvan y acompañen, salimen y soliciten á cometer todo género de maldades, y saquen dellos el agua con que se unta para ir al aquejarre, y á destruir los campos y frutas, y á matar y á hacer mal á las personas y ganadas, y para hacer los peores y puchas con que hacen los dichos daños.

Hacen agua la hacen en esta manera: después que han dado de comer al sapo, con unas varillas le untan, y él se va encorvando é hinchando, y el demonio, que se halla presente, les va diciendo «dado maa», y les dice que crean cuando le han dado cuando es momento, y luego lo apocian con el pie contra el suelo, é con las manos, y después el sapo se va encorvando, levántase sobre las manos é sobre los pies, y vomita por la boca é por las partes traseras una agua verdinegra muy hedionda en una barrica para ella le pegan, la cual recoge y guarda en una olla. Y siempre que han de ir á los aquejarres (que son tres días de todas las semanas, lunes, miércoles y viernes, después de las nueve de la noche) se unta con la dicha agua la cara, manos, pechos, partes vergueosas y plantas de los pies, diciendo «ahor, en tu nombre me unta», de aquí adelante yo he de ser una misma cosa contigo, yo he de ser demonio, y no quiero tener nada con Dios. Y María de Zozaya añade que decía ciertas palabras en voz baja, que quiere decir aquí y allí. Y en sapa recido (que está presente cuando se unta), y tiene cuidado de los avisar cuando es hora para queuyan) los va guiando y unta de las cosas por las puertas é ventanas, é recolecciones de las puertas, é por otros agujeros muy pequeños que el demonio les abre para que puedan salir, aunque los brujos piensan y los padres que se hacen muy pequeños. Y así María de Yurreteguía se quejaba y decía á María Chispa, su hija, que para que la echaba y podía tan chiquita, y la respondía que qué se le daba á ella por eso, pues después la alargaba y volvía á poner en su estatura. Y la más ordinaria, se van por el cito (30),

montenerlos, porque precisamente la brujería es el camino derecho de la infelicidad y la mendigues.

Trabajo es que las artes que parecen mas lucrativas hayan de ser las que mas pronto dejen en cueros á los cultados de las profesas! Ello es que no ha habido jamas nigromante, ni brujo, ni adivino, ni hechicero, por mas intinidad que haya tenido con el demonio, que no haya muerto miserable. Yo conocí a un italiano que se llamaba Giuglio Cesare Merendoni, el cual sabia hacer oro parisino con estaño y ocre, y regulo de antimonio, y bismuto, y nitrato, y sulfureto, acetate y cenizas gravelladas, en fin, él alla se entendia, y sacaba oro tal y tan bueno como el mas estimado del Brasil, y en su vida tuvo calzones. La mitad del año le mantenía el rey en la cárcel, á petición de su casero, y cuando salía de ella comia bodrio en la portera de los Capuchinos, y dormía de balda, sub *Joco frigido*, entre los cajones de la Plaza. En un desván, ó sea carbonera, pared en medio de mi guardilla, vive actualmente D. Bernardino de Quiroga Pazqueus Lopez de Almazan, hombre de sesenta años, hidalgo, viudo, enjuto, pubrisimo, que no cena jamas, y habla por los codos, con una chiquilla de doce años, raquítica y jorobada, que habla mas que él. Tiene la gracia este buen hombre de hacer gábulas y combinaciones y laberintos de numeros, y alivia puntualmente los que han de salir en la lotería. Pues no hay mañana que no me embista pidiendome cuartos, á fin de que la corcobadilla no se le muera de hambre, y á él le suceda lo mismo antes de verificarse la proxima estraccion: término perentorio para el cual cita y emplaza constantemente á sus acreedores innumerables.

(31) ¡Y como que se van por el aire! Ahí está vivo y sano el tio Mentrola, vecino de los Hueros, hombre honradísimo y al cual no se le conoce otra falta sino la de cargar la mano en el vino mas de lo que á varon prudente corresponde, que me ha referido muchas veces, *facio pectore*, como yendo en una ocasion desde Petueta de las Torres al Nervo Bastan le anocheció por aquellos páramos, y sololiento y sudando, porque habla comido muy bien en la posada de Loranca y bebidos un saque, determinó esperarse á que saliera el sol, y esperarle durmiendo. Hizo almohada de las alforjas, en que llevaba unas cuantas libras de safran; durmió, roncó, y á des-

hoyando á su lado inquiriendo sus apes vueltas, aunque otros van por su pie, y los apes van detras colgando, y muy en breve llegó al aquejarre, donde está el demonio con horrible y muy espantosa figura. Y Graciano de Burrochén, reina del aquejarre (32), dice que es de un gracioso y malísimo olor. Y parados los demonios en su propia le adoran en la dicha forma y hacen en las dichas partes: y á los que dicen de que se meten en sus ballies, dantes y centros; y á los que dicen de que se meten en los aquejarres (aunque eso por pronto descomparan á por gran osadía) los sacan y congoles grave y cruelmente la primera vez que de puta vuelven al aquejarre, é lo hacen yendo á sus casas para que los propios hijos que dejaron de ir. Y á Juana de Tulechén (aunque ella declara) que la asustaron y maltrataron grandemente la noche de San Juan del año próximo pasado, ella muy contenta de que habiéndose elegido en marido por rey de los moros (á quienes de aquella manera se bañan y fuerzan la boca de San Juan en competencia de rey), que también eligió, de los cristianos, como era reus, una especie legítima para no ir aquella noche al aquejarre, y por eso fueron tan cruelmente, de manera que tuvo que sangrar y dar á entender estaba con mal de corazón, para que su marido no viera á tiempo y saber los malos tratamientos que le habian hecho (cuenta con él unido en la cama), todo lo cual hicieron aquella misma noche, é que el dicho su marido le pediese sentir, porque primero le daba oído para que no pudiese despojar (33); y en todo el día estuvo así malo, que no se acordaba publicar (para encubrirle la causa de su enfermedad) con grave infamia de corazón. Y refieren otros grandes cosas que se han hecho á muchos (34) personas hechas por no acudir en mucha puntualidad á los aquejarres y juntas.

Después que los brujos salen de sus juntas á aquejarres, se van á poner en pública las cosas que pasan en ellos, aunque otros por en sus casas é en partes muy secretas, por el gran miedo y respeto que tienen al demonio, que después por ellos las manda sacar en secreto. Y Juana de Elbalar, bruja reconocida, cuenta que se dio con otros muchos que lo declaran (diciendo que era cuando se iba al aquejarre, y que estaba por no cargo acostar á los muchachos que piden las cosas que pasan en él, y desechaban que otros brujos, y á los demás que el demonio le mandaba, y los untaba con una mezcla de mirreos retorcidos, é con unas espumas muy azules, que se le aplican por la cara y saliva sangre, y que lo mas ordinario el demonio untaba luego (de su obra) y botan que tiene de ungüentos, agua y polvo) (35) un botecito de barro colorado, en que tenía un ungüento en que luego que untaba á los asustados se les mitigaba el dolor, y en la quitaban los cardenales, aunque otras veces se iban con ellos, y estaban en sus casas medidas las partes de los espumas, y que otras veces vió á los asustados que al ser con unas alfileras en los brazos se curaban. Y María Juana refiere, que habiendo muchos años dormido en la villa de Vera, donde vivian, como tres noches cada una en la lloraban al aquejarre las maestras que los habian hecho brujos, por ello en el aquejarre los castigaron y azotaron cruelmente. Y como los padres sus malos tratamientos, y que los niños se curaban y estaban con los dolores, acudieron al vicario de la Iglesia para que les diese remedio, y se determinaron á ir al Herrero é darlos á su uso, y en una sala grande de ella pusieron sus cosas á modo de altar, y allí, donde también dormía el dicho vicario. Y antes de su uso, por el manual de la Iglesia los bendecía y conjuraba, echándole agua bendita, por lo cual no les podían sacar de casa. Y que aquella noche por orden del demonio hicieron sus juntas muy cercas de la casa del dicho ti-

hora de la noche le despertó un estruendo de repentes de voces é instrumentos músicos que sonaba en el aire. Búlgase los ojos, se incorporó como pudo, y alzando la vista distinguió una multitud de sombras, á manera de cuerpos humanos, que arrastrados y en cuadrilla iban cruzando por la media region. Oyó voces de hombres, y risetas y chálidos de mujeres, y sonar guitarrillos y panderos; y entre aquella confusion diabólica llegó á percibir este cantar, que trasladó fielmente de su boca á mi pluma:

Centro sonas de Anguila,  
Tros de Panchito,  
Y la Capitanita  
Del Lugar nuevo.

Si el tal Mentrola hubiese conocido en tiempo del doctor Holguin, su declaración (que ahora no sirve de medida de Dios la cosa) hubiera producido media docena de quemaditos mas.

(32) Proserpina del Orco de Zugarramundi.

(33) Esto de tener modorra es achaque de muchachos necios y habitual en muchos maridos; adolecen de ello, y no hay medicina que los cure.

(34) No acabo yo de entender esto de los castigos; porque si en pronunciando el nombre de Jesus toda aquella infernal caterva huye á puto el postre, ¿cómo es que haya tonlos que se dejen aporrear y azotar hablando que está en su boca su remedio?

(35) Se ve que el demonio es aficionadísimo á la farmacia. ¡Gran boticario!

que, á iban todas las noches á ver si les podían escar estruendo por las puertas de la calle, aunque estaban cerradas, y por la ventana, haciendo ruido para poner miedo á los que estaban en casa, y que habían llevado grandes carcajadas de risa y entretenimiento por ver el cuidado y diligencia grande con que el vicario andaba con una sobrepelliz y sotana, y un libro en la una mano y en la otra un hisopo echando agua bendita y conjutando á todos los muchachos (33), y que mas de treinta de los brujos se subieron á lo alto del tejado, y allí hicieron mucho ruido y quebraron muchas tejas, porque por la dicha razon no pudieron sacar los dichos niños. Y que dos noches que el vicario se descuidó en los conjurar, entendiendo que estaban ya seguros, le echaron sueño que no pudo despertar, y le sacaron los niños y llevaron al aquelarre, y los mataron cruelmente porque habían perido; y que el día siguiente estuvieron todos muy malos de los malos tratamientos. Y estando un día en la escuela pasaron por junta á ella dos de las brujas que les llevaron al dicho aquelarre, y salieron todos los muchachos (con grandes voces y á pedradas tras ellas) diciendo que aquellas eran las que los habían matado, y que decían la verdad. Y las habieran muerto si no se hubieran encerrado en su casa. Y todo estaba verificado y comprobado segun que ella lo contó.

Demás de los halles, se huelgan cuando están en el aquelarre volando á espantar y hacer mal á los pasajeros en figuras diferentes para que no puedan ser conocidos, que el demonio (al parecer) los transforma en pequeñas figuras y apariciones, y en las de puercos, cabras y ovejas, yeguas y otros animales, segun que es mas á propósito para sus intentos. Y en la dicha forma confiesan todos que salieron á espantar á Martín de Amayur, molinero, una noche que iba desde Zugarramurdi á su molino, y él se defendió con un palo que llevaba, y alcanzó un golpe á María Presnó, que se llegó muy cerca, y cuando lo recibió dió un gran grito, y estuvo muy mala por algunos días; y el dicho (34) molinero, del grande espanto que tuvo, en llegando al molino cayó desmayado, y padeció todo el suceso. Y todas las brujas confiesan que conocieron á la dicha María Presnó por el mal que había recibido del golpe de palo, le decían que ella se tenía la culpa por se haber llegado tan cerca. Y que en la misma forma salieron al camino á tres hombres que nombraron, vecinos de Zugarramurdi, que se volvían á sus casas después de haber dejado su ganado en el campo; y haciendo mucho ruido entre unas castañas en las hojas secas dallas que estaban ya en el suelo, les espantaron, y revolviendo con sus espadas determinadas en los muslos sobre los dichos brujos, que estaban en figuras de gatos y perros y otras formas de animales, se fueron retirando hasta meterse en una laguna; y así dichas personas no osaron pasar adelante, y se volvieron retirando, y con grande furia corrieron hasta llegar á sus casas; y el espanto que tomaron les duró por muchos días, de que llegaron á estar muy malos. Y refieren otros muchos males y hurias que hicieron en la dicha forma; y como el demonio en el aquelarre les decía las personas que no acostumbraban á echar la bendición á la mesa cuando comían y bebían, y no daban las gracias á Dios después de comer, para que fuesen á sus casas á les hacer males y daños, y que el demonio les iba riñendo y les abría las puertas, y echando sueño á las personas que estaban en la casa, danzaban y bailaban en ella, quebraban platos, y hacían otros daños y males semejantes.

Mientras que están en el aquelarre no pueden nombrar el santo nom-

(33) Buena es la sobrepelliz, y muy á propósito el bonete; la estola, el libro y el hisopo me parecen esenciales; pero quisiera yo que aquel santo clérigo hubiese armado á las criaturas con defensivos mas eficaces, que un autor profano llamó *chucherías*. Por ejemplo: un colmillo de jabali, una santa Teresa de barro, la cruz de Caravaca, la regla de San Benito, un cuerno, una mano de tejon, la piedra del rayo, la piedra del águila, una pipa de san Ignacio, la firma de santa Teresa, una liga de estache con su media luna detrás, un *Agnus Dei*, una medalla de santa Elena, un niño en cruces y una castaña de lodas; y á buen seguro, que pertrechados los chiquillos con esta espetera, aunque al vicario se le hubiese olvidado conjurarlos, y durmiese mas que los *siete durmientes* de Moreta, ni brujo, ni bruja, ni diablo, ni sapo, ni cosa mala les hubieran tocado al pelo de la ropa, y les hubiera aborrado á aquellos angelitos la cruel zarribanda que tuvieron que padecer. Y todo ¿por qué? Por el descuido del señor vicario de Zugarramurdi, por no saber su oficio. Si yo fuese vicario, de otro modo me portaría.

(34) Hay una pantomima intitulada *El tonto molinero*: ¿quién sabe que este Martín de Amayur no diese motivo á componerla? He repasado hoja por hoja la *Draquimurgia* de Leon Alacá; pero allí no hay nada que tenga relacion con esto. Lo propongo á los curiosos por el gusto de hacer nuevas indagaciones. Bien que no quiero ocultar una reflexion que me ocurre, y es: que el tal molinero, á pesar de su tontería, acertó con el único expediente que sugiere la mas consumada prudencia para cuando uno se ve acosado de brujas. No hay sino encomendarse á Dios, y garrotazo en ellas.

adoracion al demonio, y todos se confiesan con él, y se acusan por pecados de las veces que han entrado en la iglesia, misas que han oído, y de todo lo demás que han hecho como cristianos, y de los males que pudiendo han dejado de hacer. Y el demonio los reprende gravemente por ello, y les dice que no han de hacer cosa ninguna de cristianos. Y entre tanto los criados del demonio (que son otros demonios del mismo tallo

vida y costumbres de los brujos, y las notas que llevaba escritas; les propuse mis dificultades acerca del pasaje presente, y resultó, con diferencia de pocas palabras mas ó menos, el diálogo que voy á copiar.

DON TOMAS.

Eso es abominable. No lo imprima usted.

DON JUAN.

Imprimalo usted, que precisamente es lo mejor de toda la obra.

EDITOR.

Con que, ¿lo he de imprimir, ó lo he de quemar? Convergámonos.

DON PABLO.

Imprimase enhorabuena el testo antiguo, y las notas con él; pero al llegar á eso de la misa, y lo que se dice mas allá, salto, y puntos suspensivos; y ate usted el hilo en donde mejor le parezca.

EDITOR.

Los consultores son tres, y otras tantas son las opiniones; no cabe mayor discordia en tan corto número de vocales. ¿Con que usted, señor don Pablo, quiere que se omita algo del testo original y....

DON JUAN.

No, señor, eso no.

DON TOMAS.

De ninguna manera. O imprimirlo como está, ó dejarlo.

DON PABLO.

Pero ¿qué inconveniente puede haber en suprimir lo que mas choque y escandalice?

DON JUAN.

Muy grande; y si no, dígame usted: ¿se propone el señor, por ventura, hacer un panegirico de la inquisicion, ó dar una idea de lo que fué, de lo que hizo, de los absurdos que creyó, que promovió, que divulgó; de lo perjudicial que fué su existencia á la ilustracion y á la moral pública? En una palabra, ¿la defiende, ó la acrimina?

EDITOR.

Ni uno ni otro. Quiero únicamente retratarla, ó por mejor decir, presentar el original mismo, para que no se diga que el artífice la favoreció ni la ofendió en la copia. Por esto he creído que valia mas que muchas disertaciones la reimpression de una obra que ella misma dictó, y por eso me inclino á conservarla entera, si mas poderosas razones no me convencen.

DON JUAN.

Figúrense ustedes que alguna de las juntillas, que andan por esos montes acabando de aniquilar á la infeliz España, consultase á un inquisidor acerca de lo que se debía hacer con el tal aquelarre. Si el inquisidor tenía un adarme de juicio, diria que este papel debe ocultarse por el honor del tribunal, y hacer pedazos y reducir á cenizas cuantos ejemplares se hallen de él. Y si la juntilla insistiera todavia en que le queria publicar, el inquisidor haria lo posible para que se omitieran los pasajes mas repugnantes y absurdos; entre los cuales no serian los últimos el de la misa y la gresca obscena que hemos acabado de leer. Pues estos dos partidos que el inquisidor propondria son los mismos que ustedes han sugerido al señor, el cual ha dicho que no trata de acriminar á la inquisicion, pero ha dicho también que no pretende defenderla. Y ¿qué otro medio puede el gir, para evitar ambos extremos, sino el de publicar el aquelarre como está, como ella le hizo?

DON TOMAS.

Todo eso va muy bien discurrido; y no pretendo yo que haga el señor lo que el inquisidor haria, porque el caso es muy diferente. Voy por asentado que para evitar toda acusacion de parcialidad y de encono, el medio mejor es el de conservar el testo en toda su integridad. Pero, vamos claros: ¿qué lector cristiano y religioso no ha de estre-

y figura que el del aquelarre, aunque mas (36) pequeritos, y de donde son seis ó siete, y cuando son menester se aparecen allí multitud cantidad) ponen un altar con un paño negro, viejo, feo y descolorido; y en él unas imágenes de figuras del demonio, una, hasta tres y vinajeras, y unas vestiduras como las que usan en la Inquisicion; misa; mas de que son negras, feas y sucias, y el demonio se cubre, dándole sus criados, y le oclian su misa cantando con unas voces roncas y desentonadas, y él la canta por un libro como misal, que para de piedra, y les predica un sermón, en que les dice que no son gloriosos en pretender otro dios sino á él, que los ha de salvar y llevar al paraíso; y aunque en esta vida pasarán trabajos y acerbos, no dará mucho descanso en la otra; que hagan á los cristianos todo cuanto pudieren. Y luego prosigue su misa, y le hacen ofertoria, cuando para ello en una silla negra que allí ponen; y la bruja mas antigua y preeminente (reina del aquelarre) se pone á su lado con un portapalo, la mauo, en que está pintada la figura del demonio, y en la otra una vacinilla como las que usan en las iglesias con que piden para sanar los santos, con una cadena como de oro al cuello, que en cada uno de los dichos eslabones tiene esculpida la figura del demonio, y todos los brujos, comenzando por sus antigüedades y preeminencias, van á ofrecer cada uno por sí, haciendo tres reverencias al demonio con el pie izquierdo hasta llegar á bincar las rodillas en el suelo, y luego besan la figura del demonio en el portapalo, y echan en la (37) vacinilla el dinero que traen para ofrecer, y unos ofrecen un sol, que es media tarja, y otros tap entera, y los mas ricos y poderosos ofrecen una franca, que son tres reales, y cuando los echan en la vacinilla dicen: *este por el honor del más y honra de la fiesta*; y las mujeres también ofrecen tartas de pan, huevos y otras cosas, que lo reciben los criados (38) del demonio, y luego

mecerse al ver la escandalosa profanacion que resulta de la misa grotesca que dice el diablo?

DON JUAN.

A la inquisicion de Lofroño con esa pregunta. Ello b creyó, lo castigó, lo leyó en la plaza de una ciudad principal de España, delante de muchos millares de persona, lo imprimió para que lo leyesen los que no lo oyeron. El debe responder, el señor no. Su oficio es copiar.

DON PABLO.

Y tanta obscenidad como sigue después; ¿qué oídos honestos han de sufrirla? El señor sabe muy bien que no es licito desnudar á Venus, ni aun para azotarla.

EDITOR.

Si, cuando es Venus la que van á desnudar; pero cuando se presenta el vicio con accidentes tan poco balagóricos, ¿á quién le parece á usted que puede ser dañoso? ¿Que ha de hallar complacencia ni peligro en semejante lectura, sino alguna de aquellas almas groseras y enteramente corrompidas, á cuya depravacion nada hay que añadir? Lo mismo digo acerca de la ridicula misa del diablo. ¿Que perjuicio ha de resultar de la descripcion disparatada que se hace de ella? Ni ¿qué hombre piadoso y católico, cuando deteste la feroz ignorancia de nuestros abuelos, no seguir venerando, como es justo, el misterio mas sublime de la religion, el mas digno sacrificio que han ofrecido los mortales á la Divinidad? Si le ofende la ineptísima imitacion que se hace de él en el aquelarre de Zugarramurdi, les lo que hizo el Tasso en el último poema épico que ha visto Europa... Pero, y á todo esto, ¿en qué quedamos?

DON TOMAS.

En que... en que lo imprima usted como está.

DON JUAN.

Se supone; sin mudar una sílaba.

EDITOR.

Y usted ¿qué dice?

DON PABLO.

¿Qué he de decir, si me dejan solo? Que haga usted lo que quiera.

EDITOR.

Pues, amigos, asunto concluido. Haré lo que me parezca: ¿es verdad?

DON JUAN

Si por cierto, y será lo mejor.

(36) Son diablitos sacristanes y monaguillos, que en creciendo se ordenarán á la diablesca, serán predicadores sabatinos, confesarán á las brujas, cenarán y triscarán con ellas, y lo pasarán muy ricamente.

(37) Por qué tanto el demonio misacantano no había de ser también aficionado á la limosnita!

; Maldito dinero, amén!

(38) Y se lo comerán regularmente, y harán tortillas; que el abad de lo que canta yanta.

hacían de rodillas justo á él, y le besan la mano izquierda y las pechos quince del corazón, y dos brujos que hacen el oficio de confesores le abren las faldas para que le besen en las partes vergaescas, y revolviéndose el demonio sobre la mano izquierda, le alizan la cola y descolaban aquellas partes que son muy sucias y hediondas, y al tiempo que le besan debajo de ella tiene prevenida (que las da) una ventosidad de muy (30) horrible olor, lo cual por la mayor parte hace siempre que la besan en aquellas partes. Y hecha la ofrenda prosigue en misa y alza una cosa redonda como si fuera de asno de sapato, en que está pintada la figura del demonio, diciendo: *este es mi cuerpo*; y todos los brujos pueros de rodillas le adoran dándole golpes en los pechos, diciendo *Aguerrapaghi, Aquerrapaghi*, que quiere decir: *Cabron arriba, Cabron abajo*. Y lo mismo hacen cuando alza el cáliz, que es como de madera, negro y feo, y come la hostia y bebe lo que hay en el cáliz, y después se pone a todos los brujos alrededor, y los va comulgando dándoles á cada uno un bocado negro (en que está pintada la figura del demonio), que es muy coposo y malo de tragar, y luego les da un trago de una bebida que es muy amarga, y en tragándola les enfria mucho el corazón.

Luego que el demonio acaba su misa, los copoca á todos, hombres y mujeres, carnal (40) y somáticamente, y la dicha Grieta de Barrenegales, reina, les señalando las brujas que hablan de ir (41) donde estaba el demonio un poquito apartado para el dicho efecto. Y Esteban de Briarte, su hijo, era fi que mas continuaba ir á las dichas actos (42), y luego que la dicha su madre le hacia señal para que fuese, Joanes de Goyburo, su marido (habiendo con el tamborino, y Joanes de Sanla con el alambor), iban á la parte donde estaban las brujas, y le sacaban de entre ellas, y le llevaban á la parte donde estaba el demonio, que luego... la recooca somáticamente, estándole haciendo el son el dicho su marido Joanes de Sanla (43). Y luego que el demonio acaba de comer las dichas maldades, y otras muy abominables que se dejan de referir, los brujos se mezclan unos con otros, hombres con mujeres, los hombres con hombres, sin consideración á grados ni á parentescos; y el demonio les aparea y habla con cuantos se han de juntar en forma de casamiento, diciéndoles: *este es bueno para ti, y tú eres buena para este*, y en aquellos torpísimos meses se juntan en el aquelarre, y fuera de él, con torpísimas y nefandas maldades, y en sus propias casas, y en los campos, y en otras partes; de día y de noche se les aparece el demonio en espantosa figura... y á las mujeres... muy de ordinario (44) se les va á las camas. Y María de Zazaya refiere, que casi todas las noches le tenía en su cama; y le abrazaba, trataba, hablaba y comunicaba en la misma forma que si fuera su marido, sin haber mas diferencia que si fuera hombre, mas de que siempre, de invierno y de verano, tenía las carnes frías, que aunque mas hacia no se las podía calentar. Y estas mismas maldades hacen y ejercitan en todas las noches siempre que van al aquelarre, y después muchas veces de día, después de haber comido; fingiendo que están hablando, lavando los platos, ó en otros actos semejantes, á salirlos á pasar sola el campo, el demonio los arrebató, y llevándolos encubiertos con sus malas artes (de manera que aunque ellos ven á la gente, no pueden ser vistos), van á cierta parte que tienen señalada para se juntar y hacer en actos torpes y deshonestos los unos con los otros, y con el demonio (45).

(30) ; Buen provecho !

(40) ; Extraño modo de desayunarse !

(41) Que es decir, bruja y diablo con sus puntas y colares de alcahueta.

(42) Yo lo creo. Para estos menesteres las hijas son mas á propósito que las madres.

(43) ; Pobre Juan !

(44) El cabron ha sido personaje muy respetable en la antigüedad, y muy estimado de las mujeres por sus bellas prendas. En el pueblo de Dios fué necesario prohibir expresamente que las damas tratasen con demasiada familiaridad á esta y otras bestias; de las cuales ya no hacen caso las que hoy tenemos por mas antojadinas y pecadoras. « Cum omni peccare non cohibet, nec maculaberis cum eo. Mulier non succumbet jumento, nec miscabitur ei, quia scelus est. Qui cum jumento et peccare coierit, morte moriatur: pecus quoque occidit. Mulier que succubuerit cubitet jumento, simul interficietur cum eo: sanguis eorum ut super eos. »

El padre Martín del Río, jesuita doctísimo, nos refiere que las brujas llaman al cabron *Martín*; que las favorece con particulares muestras de amor, y que, agradecido á la docilidad que encuentra en ellas, las sirve muchas veces de cabalgadura. Dice también que todos los herejes son mágicos, y aconseja en caridad que se les dé tormento. Cita gravísimas autoridades en apoyo de la opinión de que su torcayo Lutero fué hijo de un cabron y de una mujer; y asegura que otra parió en el año de 1200 una criatura, cuyo padre había sido el demonio disfrazado de cabron. Si yo tuviera dinero (que no lo tengo) reimprimiría las obras del padre Martín del Río y otras de su clase, para confusión de los incrédulos y regalo universal.

(45) Ahora, que viene á cuento, permítase que diga bre-

ve en sus cosas de día y de noche no las habito menos aunque durmiese en una misma cama, porque de noche el demonio se acerca á las mercedes á las mujeres que no son brujas, de manera que no pueden (46) dormir; y en el lugar que desocupa el brujo, cuando van al aquelarre, se pone un demonio de un mismo tallo y figura, que está allí representando su persona hasta que vuelven, y cuando vienen las dice las cosas que han sucedido mientras han estado ausentes. Y la dicha María de Zazaya refiere que habiéndose ido una noche al aquelarre, una vez vino llamado á su puerta para pedir un pan prestado, y el demonio respondió por ella que no lo tenía, y cuando volvió del aquelarre se lo dijo. Y Marjann refiere que otra noche fué á buscar á su casa para comprar unos huevos, y también el demonio respondió por ella por la ventana, diciendo que no los tenía. Y contándose cuando volvió del aquelarre, le respondió que bien se los podría dar, que allí estaban en la cantinera. Y que siempre que había de ir al aquelarre de día, corrían muy bien sus pueras por de dentro, y el demonio la sacaba por la ventana, quedando otro demonio en casa, que respondía por ella. Y aunque travaba por cima de todo el lugar, y veía y conocía á todos los que se pueba ella por las malas artes del demonio, iba bien segura de que no le viesen; y cuando volvía, el demonio le daba cuenta de todos los pecados que le habían sucedido.

En la noche de San Juan, después de acabado su misa y las oraciones y dichas maldades, va el demonio con todos los brujos á la iglesia, y abriéndoles las puertas se queda él fuera, y los brujos hacen muchos ofensas y ultrajes á la santa Cruz y á las imágenes (47) de los santos.

camente mi sentir acerca de este personaje, del cual todavía no tenemos noticias bien seguras, después de tanto como se ha dicho en las leyendas aureas de los santos, y en los autos sacramentales de Calderón.

Confieso de buena fe que el maldito no lleva traza de morirse jamás, y que podemos contar con él hasta la consumación de los siglos, *et ultra*; pero nadie me quitará de la cabeza que á este demonio le sucede, ni mas ni menos, lo que á Títon, esposo de la Aurora, que aunque era inmortal, no se podía tener de viejo. Pues, como digo, yo tengo para mí que padece vejez, y está sílítico y lleno de lacras; porque solo hallándose derrengado y fuera de concierto pudiera olvidarse el pícaro de las mañas antiguas. ¡Qué intrépido, qué loco, qué de buen apetito en los oteros y barrancos de Zagarramardi! y tan modestico ahora y tan para poco, que nadie refiere de él empresas amorosas, ni se sabe que haya dado ninguna vuelta chiquillo á criar, ni se dice que se huela con él mujer alguna, ni bruja, ni hechicera, ni judía, ni mora, ni buena cristiana. En los pasados siglos era el coco de los maridos y los padres; pudiéndose aplicar lo que dijo de Wíthia un moderno escritor, mas feliz en prosa que en verso :

Todo lo machaba, todo lo atrepalla,  
No perdona cuando ni desatalla.

¡Quién sería capaz de contar la historia de sus galanteos, si la lista de don Juan Tenorio es una abreviatura miserable de las que él guarda todavía en sus paperas? ; Ni

hijos que ha tenido en  
almas, aligadas viejas,  
acortadas y peñitones?  
¡gró como de lincaam el  
b, que era capellán de  
tomó el hábito, y aunon  
mas, y con todo y con  
ha compuesto una obra  
tres tomos en folio, y se  
u y hechos de algunos  
no empezó á ser padre

Y en efecto: de tal manera lo ha dejado (y no por virtud, que en él no cabe), que apenas le queda el amargo consuelo de contar á sus nietecillos su pasada vida; y entre tanto abrigarse bien, acostarse temprano, y callarse mucho; repitiendo lo que dijo al mismo propósito un autor italiano, cuyo nombre no se me acuerda :

Vivi pacifica super illorum,  
Et ulcisci non curo geram.

(46) De manera que todo el que no pudiese de largo está condenado á ser marmita.

(47) Y eso que María de Yurreteguia consiguió ahuyentar de la santa y del humero al demonio, y á los brujos y

con y chupen la sangre; y con alfileres y agujas les pican los codos y en la alto de la cabeza, y por el espaldas y otros partes y miembros de sus cuerpos; y por allí les van chupando la sangre, diciéndoles el demonio: chupad y tragad eso, que es bueno para vosotros; de la cual mueren los niños, ó quedan enfermos por mucho tiempo; y otras veces los matan luego, apretándoles con las manos y mordidosoles por la garganta hasta que los ahogan. Y á los mayores les castigan cruelmente con unas espigas ó alfileres recortados, sin que ellos se puedan quejar ni despojar los que están en casa, porque el demonio los tiene encadenados; y refieren gran número de personas que han muerto y hecho que tuviesen gravísimas enfermedades, y muy gran cantidad de niños que han chupado y ahogado, declarando sus nombres y los de sus padres, y el tiempo en que cometieron estas maldades.

Y el dicho Miguel de Ceballos, entre muchas personas, hombres, mujeres y criaturas que confiesan haber muerto en la dicha forma, declara que ahogó por el agua y por la arena, hasta que le mató, un sobrino suyo, hijo de su hermana; y la dicha María de Triana, que por las dichas

partes chupó y gorgoteó, ahogó hombres y una que padecieron sífilis, hombres deos, refiriendo cómo, y Graciel y meritos que le fue en sus cosas una niña cuya que le ahogó á ahogó en un grande porque agarró en elo mató con los pecetones, como que después de que de día hizo barto á tocar el mato. Y María no en el aquel mato (como el mato en como que mato con unos pocos de res á comen, ci lo hicieron con agrediendo por de Souza, y al ponzaban un poco de los pa algun agredir como que quer decían grandes

Sempre que personas á una que han de la a cridos, y llev los tales mueren como (con una y los descubren cuerpo todo qu doia y ponzón de ver que han porción una curación, y haciendo los padres á con hijos y los hijos en padres y hermanos, las mujeres á sus maridos y las maridos á maridos, se ven con mucho respeto y contento al agredir y los después en puzón, y los dividen en tres partes: una, cuando, otra, una, y la de

vos, acariades, et convertam in aquam recedatis á corpore isto, in honorem Dei et devotionem SS. Benedicti, et Bernardi, alque Antoni de Padua, qui orent pro nobis. Amen. Per signum sanctis Crucis, quo signo te efficitis sanus ab omni infirmitate, et vermes isti procul sint, moriantur, et exeant á corpore tuo: ut in Domino gaudentes dicamus; dum appropriant super te nocentes, ipsi indurati sunt, et ceciderunt. Amen.»

Ya se conoce á tiro de ballesta que la Intimidad de estas preces ni es tan antigua como Salustio y Livio, ni en conciencia se le puede atribuir á Melchor Cano; pero de cualquier modo basta y sobra para los diablos, que no la gustan mucho mejor; y si no, véase la interminable nota III en la página 626, y la elegancia con que respondieron en latín al vicario de Cangas. Y ahora me ocurre (y ahora lo quiero decir para que no se me olvide) que las brujas, magos y ignorantes y gente lega, acostumbran ellas á hacer sus conjuros en castellano claro y corriente, y el diablo, que es poligloto, las entiende perfectamente, las responde en la misma lengua, y hace cuanto le mandan. Pero como quiera que nada debe afirmarse sin prueba al canto, ahí va la horrenda invocación de Celestina, que puede servir como de contrapeso al Oremus de las homilias, que con tanta gracia declamaban aquellos benditos monjes cistercienses, de feliz memoria. Dice así la pícara vieja:

«Conjurote, triste Pluton, señor de la profundidad infernal, emperador de la corte dañada, capitán soberbio de los condenados ángeles, señor de los sulfúreos fuegos que los hirvientes étnicos montes matan, gobernador y veedor de los tormentos y atormentadores de las pecadoras ánimas, rigidor de las tres furias Testífome, Meligera y Aleto, administrador de todas las cosas negras del reino de Silge y Dile, con todas sus lagunas y sombrías infernales y litigiosos casos, mantenedor de las voraces harpías, con toda la otra compañía de espantables y pavorosas hidras. Yo Celestina, tu mas conocida clientela, te conjuro: por la virtud y fuerza de estas buenas letras, por la sangre de aquella nocturna ave con que están escritas, por la gravedad de aquestos nombres y signos que en este papel se contienen, por la aspersion de las vitoras de que este aceite fué hecho, con el cual unto este bilado, vengas sin tardanza á obedecer mi voluntad. Y en ello te envuelvas y con ello estés, sin un momento te partir, hasta que Melibea, con aparejada oportunidad que haya lo compre, y con ello de tal manera quede enredada, que cuanto mas lo mire, mas su corazón se ablande á conceder mi petición. Y así le abras y lastimes del crudo y fuerte amor de Calisto, tanto, que despedida toda honestidad, se descubra á mí, y me galardone mis pasos y mensaje. Y esto hecho, pide y demanda de mí á tu voluntad. Si no lo haces con presto movimiento, ternásme por capital enemiga; beré con luz tus cárceles tristes y oscuras; acusaré cruelmente tus continuas mentiras; apremiaré con mis ásperas palabras tu horrible nombre. Y otra, y otra vez te conjuro.» (Acto III.)

(87) Es cosa bien sabida que intrínsecas no es lo que á un difunto el caso bendito que tiene encima no hay manera de llevarse al infierno, al tocante, al hacerlo más alguno. Por eso los careros venden hábitos de San Francisco á precio discreto, con lo cual ahorran la quietud de los finados, y á ellos también les resulta alguna conveniencia. ¿Cuántas veces se ha visto (ó se ha oído á lo menos) en las noches mas tenebrosas, vagar desamparados á los difuntos por entre los encolerados y en las oscuras y misteriosas profundas gritando en voz legítima que los hagan el favor de quitarles el hábito, á fin de que cuando en pelota puedan los diablos cargar con ellos y llevar el cuerpo á las calderas de alrebité en que se está ahogando el alma? Y si he de hablar claro (que en tiempo ya no alcanzo por qué tienen tanta prisa los tales difuntos en acelerar su tormento. Que si tuvieran los demonios, ya se entiende; pero ¡no es una solemne majadería que los tales se incomoden con lo que los alivia, y que pudiendo pasarle menos mal, hagan tales esfuerzos para estar peor? Lo cierto es que ha sucedido muchas veces, y que así se pasan, por ignorantes y rústicos que son, y aunque se arañe sino de pueras á pueras, que no tenga noticia de tres ó cuatro casos espantosos sucedidos en su lugar en muertos condenados, que siempre se oían por los que los tenían más ilustres.

Es tan horrible lo que pasó en Valladolid con el alcalde Ronquillo, que ya estuvo resuelto á contarle, pero como sé con tales circunstancias y menudencias, que á no haberlo presenciado yo mismo, es imposible tener un puntual conocimiento de ello; pero me acuerdo todavía de la nota 82, página 626, y de lo largo y tendido que salió del tintero. No quiera Dios que yo abuse jamás de la tolerancia de mis lectores, ni me compaña en dichosos todo lo que sé. Agradézcame lo que cello.

de los pellejos de los supos, y das sus quejas al demonio contándole los penas de su enojo, y venganza que pretenden hacer, y pidiéndole (para los tales personas ó para sus hijos) mal de muerte, ó la enfermedad que pretenden que tengan, segun el apete de su venganza, y el demonio se la concede. Y luego se va en su compañía, y otras veces lleva consigo al-

gunas brujas de las mas ancianas en la oca, y las va alumbrando con el cuerno que tiene en la frente, que aunque tras dos en el calderillo, solo aquel es el que da luz, y las abre las puertas y guía hasta las oca: donde están durmiendo, y les oca su bendición y sueto que no pueden despertar, y luego la bruja que pidió venganza abre la boca á la persona

viendo á la carga de allí á pocos días, tuvo con el demonio el diálogo siguiente:

VICARIO.

es bien admirable, á pesar de todas estas diligencias, aun no se habia muerto.

Entre tanto el diablo de Cangas, á quien el vicario se-

ne  
la á  
da-  
rid,  
ello  
se a.  
Ea  
bien  
ris-  
da-  
M.,  
Vou

sa y  
uno  
u, y  
con-  
ni  
les-  
esta  
dier  
una  
ha-  
me-  
ode  
a su  
icos  
ada  
tru-  
do,  
ría  
á la  
de  
lar,  
pe-  
/mo  
lo á  
or-  
sta-  
ca-  
e y  
has  
no-  
rió  
rio  
ter-  
con  
ar-  
ble  
er-  
lar



de quien se pretende vengar, y le mete en ella unos pocos de aquellos polvos esvuellos en un pedazo de pellejo de sapo, ó les unta por el pescuezo y hombro izquierdo acia los pechos, ó en otras partes de su cuerpo con el dicho ungüento, diciendo: *el señor le dá mal de muerte*,

FRAY MAURO.

¿De qué nacion es?

DIABLO.

De los allegados á la reina.

FRAY MAURO.

¿En qué se dió el maleficio?

DIABLO.

En un polvo de tabaco.

FRAY MAURO.

¿Ha quedado mas?

DIABLO.

Sí, y está guardado en un escritorio.

FRAY MAURO.

¿Qué reina dió el maleficio al rey?

DIABLO.

La que murió.

FRAY MAURO.

¿Hay mas maleficio que aquel que dijiste esta mañana?

DIABLO.

Sí.

FRAY MAURO.

¿Quién los hizo?

DIABLO.

Una mujer llamada Maria de la Presentacion.

FRAY MAURO.

¿Dónde vive?

DIABLO.

En el cuarto alto de la casa en que me conjuras.

FRAY MAURO.

¿Quién le mandó hacer el maleficio á esta mujer?

DIABLO.

Doña Antonia de la Paz.

FRAY MAURO.

Lo que se sacó del umbral de la calle de Silva ¿era maleficio?

DIABLO.

Sí.

FRAY MAURO.

¿De qué se componia?

DIABLO.

De un hueso de perro.

FRAY MAURO.

¿Quién le puso?

DIABLO.

Antonio Cabezas.

FRAY MAURO.

¿En dónde está?

DIABLO.

En Berberia.

No es fácil ponderar la contradiccion que resultaba de las declaraciones de aquellos enemigos; porque ¿cómo era posible concertar lo que habian dicho los de Cangas con lo que aseguraban los de Viena, y lo que ruevamente deponian los de Madrid? Todo era embrollo y behetría, y todo redundaba en perjuicio del augusto endemoniado, que cada vez estaba peor.

Obtuvo el empleo de inquisidor general el cardenal de Córdoba, y como alcalde nuevo, juraba y perjuraba que él acertaria lo que habian errado los demás, y que él sacaria los malos al rey, ó habia de poder poco. Pero ¿qué sucedió? Que los diablos llegaron a enfadarse de veras de tanto exorcizar, y tanto preguntar, y tanto aceite bendito, y tanta reliquia, y tanto asperges, y determinaron tomar solemne venganza. Por de contado al padre fray Mauro le hicieron perder la decantada habilidad de compeler, y ligar, y espeler, y le convirtieron en un monigote ignorantisimo; al cardenal le introdujeron la forma cadavérica en el mismo dia en que llegaron las bulas de su nueva dignidad; al obispo de Segovia, á quien nombró el rey inquisidor general, le volvieron loco. Persiguió á los consejeros

ó tal enfermedad por tanto tiempo; y luego las tales personas empujan á estar enfermas (55) y á padecer muy grandes dolores y trabajo, muriendo en breve tiempo y con grandes ansias los que han de morir, padeciendo grandes enfermedades y dolores las personas que pidieron venganza de enfermedad.

de la suprema; los depuso, los desterró y metió en cuerdos y castillos; la suprema y toda la cleriegicia, atinada contra él, tanto hizo, que le obligó á volverse á Segovia á cuidar de su obispado, que fué sin duda la mayor pesadumbre que pudieron darle. Carlos II, lleno de ira y jalapa por de dentro, y de nóminas y escapularios por fuera, viendo que los demonios no trataban de dejar la posada, se fué á la gloria, y le llevaron en cercenado á Escorial. Signió, no obstante, la discordia clerical y fanesca; y en tanto que el padre Froilán, desterrado, fugitivo, perseguido, preso, acusado de hereje, pasaba a triste vida de cárcel en cárcel, la inquisicion andaba revuelta con monseñor nuncio, que deseando caceren en todo, queria avocar á Roma la causa de los hechos, para que el pontífice, en su infalible sabiduria, declarase si los diablos del difunto rey habian sido verdaderos y legítimos diablos, y si el padre Froilán era un herejico, ó un solemne majadero. Los frailes dominicos, divididos en parcialidades y provincias, unos querian ver quemado su hermano el padre Froilán, y otros le defendian y recomendaban. El general de aquella órden envió dos emisarios desde Roma para protegerle; y los demonios que le supieron, se apoderaron de ellos así que se apearon de la calea; á los dos los pusieron á morir, que faltó muy poco para enterrarlos, y al uno le dejaron tuerto.

Si la guerra de sucesion no hubiese interrumpido tan graves asuntos, todavia duraria el proceso del padre Froilán y la feroz venganza de los diablos, justamente ofendidos de tanta pregunta como les hizo el vicario de Canga.

(55) ¿Es posible (dice Voltaire) que en nuestro siglo *xviii* haya habido vampiros, después de haber florecido Locke, Shaftesbury, Colin y Tranchard? ¿Y que viendo á un D'Alembert, Diderot, Duclos y St. Lambert, se haya creído que hubiese vampiros? ¿Y que el reverendísimo padre don Agustin Calmet, monje benedictino de la congregacion de San Vaunes y de San Hildulfo, abad de Senones, abad de cien mil libras de renta (inmediata á otras dos abadías de igual valor), haya impreso y reimpresso la historia de los vampiros con aprobacion de la Sorbona, firmada por Marelli?

Los tales vampiros eran unos muertos que salian de los cementerios para venirse á chupar la sangre de los vivos, sacándosela ó por el cuello ó por el vientre; y concluida esta operacion se volvian á sus sepulturas. Los vivos chapados enflaquecian, se ponian cloróticos y consentos; y los muertos chupadores engordaban por instantes, adquirian muy buen color y reventaban de salud. Y esto sucedia segun el citado reverendísimo en Polonia, en Hungría, en Silesia, en Moravia, en Austria y en Lorena.

Los griegos cismáticos están hoy dia en la persuasion de que estos difuntos son hechiceros, que se van de casa en casa chupando la sangre de los niños, engulléndose la cena que sus padres tienen prevenida, bebiéndose el vino, y rompiendo cuantos muebles hallan al paso. No puede hacerse carrera con ellos hasta que los queman, si por fortuna los llegan á pillar; pero antes de echarlos al brasero es necesario sacarles el corazon y quemárselo separadamente.

En toda la Alemania oriental no se hablaba de otra cosa, desde el año de 1730 al de 33, que de los tales muertos chupadores. Los avizoraban, los perseguian, les arrancaban el corazon y los echaban al fuego sin misericordia; pero, á la manera de los antiguos mártires, cuantos mas chupachiquillos quemaban mas chupachiquillos habia.

El mismo reverendo padre Calmet cuenta que por mandado del emperador Carlos VI fueron dos comisionados, en compañía del alcalde de cierto lugar de Hungría y de un

tras muchas muertes, males y venganzas, mas de veinte que ber cometido en la dicha forma Graciana de Barrenechea, que el de Zugarramurdi, dice: que al tiempo que ella coner amores con el demonio y ser privada suya, cobró de ello odio y celos Marijuan de Odia, bruja que también tenía amor y era la mas favorecida de todas; y por esta competencia (54) u á tener entre el emulacion y presadumbres, sintiendo mucho a dicha bruja le pesase de que ella fuese favorecida también; por lo cual determinó de tomar contra ella venganza; y en el aquelarre dió cuenta al demonio de sus celos y compelle como queria vengarse de ella matandola, y que el demonio d: pues vos lo queréis, hágase así. Y que estando en su cama que no era de aquelarre, el demonio con otras brujas ancia a despertar, y le dijo se levantasé luego, porque habian de ir la venganza que le habia perdido; y que esto el demonio lo che que no era de aquelarre por coger á la dicha Marijuan de Odia y dormida; porque siendo como era bruja, no pudiera venganza tan cómodamente en noche que fuera de aque- ella habia de estar despierta y en él; y habiendole en con- lemonio, entraron en su casa y ejecutaron su venganza dan- dazo de pellejo de sapo en que iban envueltos unos pocos de polvos, y luego estava mala, que dentro de tercero (55) día

en busca de un vampiro que habia muerto seis antes, y se divertía en chupar á diestra y siniestas criaturas encontraba por aquellos contornos. le al picaron tendido en el ataud, gordo, fresco, dote, los ojos abiertos y pidiendo de comer; pero e, que no entendía de liestas, fulminó inmediata- sentencia contra el muerto tragon, apoderóse de lugo, le sacó las entrañas, se las comió; y por do, el tal vampiro perdió el apetito para siempre. Y cómo se bolaría el bellaco de ver celosas á la y á la Barrenechea! porque esto de ser querido, a nosotros, infelices mortales, pero aun al mismo le lisonjea y le envanece.

En sobrinito mio, que para esto del verso es una acaba de escribir una tragedia de magia y música, a: *La venganza mas horrenda y muerte de Mari- cual se representará, sin remedio, en alguno de os de la corte para esta pascua próxima. Es una taracea, compuesta, como otras de su género, de de los mas acreditados dramaticos antiguos y mo- pegados unos á otros con admirable oportunidad za. No quiero decir lo que es el plan, porque se- nte al publico anticipadamente la mitad de la di-*

pero, sin que me lleve el amor á mi sangre, co- ristiano que es una de las mas acabadas piezas as se han visto. Lo menos va á durar cuarenta ganla bien ó hágaula mal, llueva ó no llueva. Ten- ida las señoras mujeres; habrá á la puerta manti- garradas, zapatos perdidos, abanicos rotos, capo- nos trizas, y asfixias y navajazos para adquirir bi- Los cómicos quedarán ricos, y por consiguiente Dios que no vuelvan á representar en su vida. la lista de los personajes para divertir la curiosi- los apasionados, en tanto que Baus dispone las as y adoba las garruchas.

*an Cabron.* Sultán y capellán mayor del aquelarre irramurdi.

*iana de Barrenechea.* Bruja, reina y papisa del re.

*uan de Odia.* Bruja, concubina del Gran Cabron, a y sin sueldo.

*ania de Iriarte.* Bruja, concubina del mismo, con io y gajes.

*Sansin.* Su esposo, brujo y maestro de capilla elarre.

*el de Goyburu.* Barba brujo, tamborilero y acólito in Cabron.

*in de Vizcar.* Barba brujo, alcalde del aquelarre. *de Echalar.* Brujo, verdugo del aquelarre, y bufon ina.

*a de Echaleco.* Bruja, graciosa.

*in de Amayur.* Buen cristiano, hombre de bien y ro tonto.

murió. Y todas confiesan grande número de muertes y males que han ejecutado en la dicha forma.

Y á los niños que son pequeños los chupan por el aliso y por su natura (56); apretando recio con las manos, y chupando fuertemente los su-

*Marta Chtpia.* Bruja vieja y tullida, maestra de novicios.

*Socarradillo.....*

*Centella.*

*Rabilargo.*

*Garrillas.....*

Diablos monacillos.

*Don Fermín de Iparraguirre.* Natural de Yurre de Arra- tia, vicario de Zugarramurdi.

*Don Ignacio Javier María de Erretarchecojaunarena.* Sacristán de Zugarramurdi.

Cuatro docenas de niños chupados.

Acompañamiento de puercos, gatos, cabritos, zorros y garduños. Pajes del Cabron.

Acompañamiento de murciélagas, grajas, cercinácacas, mochuelas y lechuzas. Camaristas de la reina.

Coro de perros.

Coro de sapos.

(56) Y los angelitos se quedan tan flacuchos, tan desco- loridos, tan débiles, tan tristes, que sus pobres madres, tias y abuelas ni saben qué hacer con ellos, ni adivinan cuál sea su enfermedad. Regularmente suponen que serán lombrices, y los atracan de etiope mineral, calomelanos de Riberio, santolina, aloes, escordio y yerba cuquera; pero si la bribona de la bruja se los chupa de noche, ¡quién hallará medicina tan eficaz que baste á curarlos? Yo te lo diré, lector amoroso; bien que me parece que ya llegamos tarde. Los padres de San Bernardo habian discurrido una oracion ambidestra, que tan buena era para el chupamiento de brujas, como para las lombrices. Llenábase la porteria de chiquillos entecos, y madres devotas, y hermanas opiladitas y ojinegras; bajaba un religioso de robusta es- tructura, ceja populosa, nariz adunca, cerviz taurina, ademán hercúleo, y le acompañaba un hermano motilon con el agua bendita y el libro. Saludaba el padre á aquellas afigidas mujeres, no quitaba ojo á las hermanas, y repar- tiendo la oracion, las bendiciones, la estola y el aspersorio de canijo en canijo, los dejaba como nuevos, y se vol- via sudando á su celda. Yo bien te diria cual era la ora- cion; pero si no hay padres que la administren, lo mismo sirve la oracion que las coplas de Calainos... No obstante, así como así, mañana vendrán los nuestros, y por consi- guiente volverán á chupar las brujas y á conjurar los frai- les. La oracion es esta, sin quitar ni poner.

«Vade retro Sathana, nunquam suade mihi vana.

» Sint mala quæ libas, ipse venena bibas.

» Crux sancta sit mihi lux, non draco sit mihi dux.»

» Christus vincit, Christus regnat, Christus ab omni malo » te defendat. Maledicti et excommunicati demones: in » virtute istorum sanctorum Dei nominum, Messias, Emma- » nuel, Sother, Sabaoth, Agios, Ischyros, Athanatos, Je- » hovah, Adonai et Tetragrammaton vos constringimus et » separamus à creatura ista *Pascual de Jaramillo*, et ab » omni loco et domo ubi fuerint hæc nomina et signa Dei: » et præcipimus vobis, atque ligamus vos, ut non habe- » tis potestatem per pestem, nec per aliquod quodcumque » maleficium, nocere ei neque in anima, neque in corpore. » Ite, ite, ite, maledicti in stagnum ignis, aivi ad loca vo- » his à Deo assignata. Imperat vobis Deus Pater, imperat » vobis Deus Filius, imperat vobis Deus Spiritus Sanctus, » imperat vobis Sanctissima Trinitas unus Deus. Amen. » Oremus. Accipiat, quasumus, Domine Deus noster be- » nedictionem tuam creatura ista, qua corpore salvetur et » mente, congruamque tibi exhibeat servitutem, atque tum » propitiationes beneficia semper inveniat. Amen. Potestas » Dei Patris, Sapientia Dei Filii, et virtus Spiritus Sancti » liberet et sanet te, creatura Dei, ab infirmitate lumbri- » corum. Amen. In nomine Jesu Christi Nazareni conjuro

## TRAGEDIAS.

|                                                                                         |     |
|-----------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Normesinda . . . . .                                                                    | 85  |
| Lucrecia . . . . .                                                                      | 102 |
| Guzman el Bueno . . . . .                                                               | 118 |
| CANTA HISTÓRICA sobre el origen y progresos de las fiestas de toros en España . . . . . | 144 |

## OBRAS DE DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

## ORÍGENES DEL TEATRO ESPAÑOL.

|                                                                                                                             |     |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Prólogo del autor . . . . .                                                                                                 | 157 |
| Discurso histórico sobre los orígenes del teatro español . . . . .                                                          | 159 |
| Notas . . . . .                                                                                                             | 165 |
| Catálogo histórico y crítico de piezas dramáticas anteriores á Lope de Vega . . . . .                                       | 178 |
| Año de 1356.                                                                                                                |     |
| 1. Anónimo. Danza general en que entran todos los estados de gentes . . . . .                                               | 178 |
| 1444.                                                                                                                       |     |
| 2. Don Enrique de Aragon, marqués de Villena. Comedia alegórica . . . . .                                                   | 178 |
| 1469.                                                                                                                       |     |
| 3. Anónimo. Comedia representada en casa del conde de Ureña . . . . .                                                       | 178 |
| 1470.                                                                                                                       |     |
| 4. Rodrigo de Cota. Diálogo entre el Amor y un viejo . . . . .                                                              | 179 |
| 1492.                                                                                                                       |     |
| 5. Juan de la Encina. Egloga representada en la noche de Navidad . . . . .                                                  | 179 |
| 6. Egloga representada en la misma noche de Navidad . . . . .                                                               | 179 |
| 1494.                                                                                                                       |     |
| 7. Representación á la muy bendita pasión y muerte de nuestro precioso Redentor . . . . .                                   | 179 |
| 8. Representación á la santísima Resurrección de Cristo . . . . .                                                           | 179 |
| 1495.                                                                                                                       |     |
| 9. Egloga representada en la noche postrera de carnaval . . . . .                                                           | 179 |
| 10. Egloga representada la misma noche de entrueno . . . . .                                                                | 179 |
| 11. Egloga representada en recuesta de unos amores . . . . .                                                                | 180 |
| 1496.                                                                                                                       |     |
| 12. Egloga representada por las mismas personas . . . . .                                                                   | 180 |
| 13. Auto del Repelón . . . . .                                                                                              | 180 |
| 14. Representación ante el muy esclarecido é muy ilustre príncipe don Juan . . . . .                                        | 180 |
| 1497.                                                                                                                       |     |
| 15. Egloga en la cual se introducen tres pastores . . . . .                                                                 | 181 |
| 1498.                                                                                                                       |     |
| 16. Egloga representada la noche de Navidad . . . . .                                                                       | 181 |
| 1513.                                                                                                                       |     |
| 17. Don Pedro Manuel de Urrea. Egloga de la tragicomedia de Calisto y Melibea . . . . .                                     | 181 |
| 1514.                                                                                                                       |     |
| 18. Juan de la Encina. Farsa de Plácida é Vitoriano . . . . .                                                               | 181 |
| 19. Anónimo. Egloga . . . . .                                                                                               | 183 |
| 1515.                                                                                                                       |     |
| 20. Francisco de Villalobos. Comedia de Plauto, llamada Anfitrión . . . . .                                                 | 183 |
| 1517.                                                                                                                       |     |
| 21. Bartolomé de Torres Naharro. Comedia Serafina . . . . .                                                                 | 184 |
| 22. Comedia Troia . . . . .                                                                                                 | 184 |
| 23. Comedia Soldadesca . . . . .                                                                                            | 185 |
| 24. Comedia Tinclaria . . . . .                                                                                             | 185 |
| 25. Comedia Himenea . . . . .                                                                                               | 186 |
| 26. Comedia Jarinta . . . . .                                                                                               | 186 |
| 27. Comedia Aquilana . . . . .                                                                                              | 187 |
| 1530.                                                                                                                       |     |
| 28. Comedia Calamita . . . . .                                                                                              | 187 |
| 29. Diálogo del Nacimiento . . . . .                                                                                        | 188 |
| 30. Vasco Díaz Tanco de Fregenal. Tragedia de Absalon . . . . .                                                             | 189 |
| 31. Tragedia de Amán . . . . .                                                                                              | 189 |
| 32. Tragedia de Jonatás . . . . .                                                                                           | 189 |
| 1531.                                                                                                                       |     |
| 33. Anónimo. Comedia llamada Hipólita . . . . .                                                                             | 189 |
| 34. Comedia nuevamente compuesta, llamada Serafina . . . . .                                                                | 189 |
| 1533.                                                                                                                       |     |
| 35. Cristóbal de Castillejo. Farsa de la Constanza . . . . .                                                                | 189 |
| 1535.                                                                                                                       |     |
| 36. Pedro Almirante. Auto de la aparición que nuestro Señor Jesucristo hizo á los dos discípulos que iban á Emaús . . . . . | 190 |
| 1527.                                                                                                                       |     |
| 37. Anónimo. Auto del bautismo de San Juan Bautista . . . . .                                                               | 191 |
| 1538.                                                                                                                       |     |
| 38. Esteban Martínez. Auto de como san Juan fué concebido, y anisimemo el nacimiento de san Juan . . . . .                  | 191 |
| 39. Juan Pastor. Auto nuevo del santo nacimiento de Cristo nuestro Señor . . . . .                                          | 191 |
| 40. Farsa de Lucrecia . . . . .                                                                                             | 191 |
| 41. Farsa llamada Grimaltina . . . . .                                                                                      | 191 |
| 42. Farsa llamada Clariana . . . . .                                                                                        | 191 |
| 1539.                                                                                                                       |     |
| 43. Fernán Pérez de Oliva. Comedia de Anfitrión . . . . .                                                                   | 191 |
| 1550.                                                                                                                       |     |
| 44. Tragedia. La Venganza de Agamenon . . . . .                                                                             | 192 |
| 45. Tragedia. Hércules triste . . . . .                                                                                     | 192 |
| 46. Anónimo. Farsa sobre el matrimonio . . . . .                                                                            | 192 |

1554.

|                                                                                                                                                                 |     |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| 47. Jaime de Huete. Comedia llamada Teocoma . . . . .                                                                                                           | 192 |
| 1555.                                                                                                                                                           |     |
| 48. Ausias Isquierdo Zabrero. Lucero de nuestra entredicha de despendimiento que hizo nuestro Señor Jesucristo de su bendita Madre: pases muy devotos . . . . . | 192 |
| 49. Gil Vicente. Auto de Amadís de Gaula . . . . .                                                                                                              | 192 |
| 50. Comedia Rubena . . . . .                                                                                                                                    | 192 |
| 51. El Templo de Apolo, tragicomedia . . . . .                                                                                                                  | 192 |
| 52. Romería de Agravios, comedia . . . . .                                                                                                                      | 192 |
| 53. La Nao de amores, comedia . . . . .                                                                                                                         | 192 |
| 54. Al parto de la reina, tragicomedia . . . . .                                                                                                                | 192 |
| 55. La Fragua de amor, tragicomedia . . . . .                                                                                                                   | 192 |
| 56. La Floresta de sueños, comedia . . . . .                                                                                                                    | 192 |
| 1554.                                                                                                                                                           |     |
| 57. Anónimo. Comedia llamada Orfeo . . . . .                                                                                                                    | 192 |
| 1555.                                                                                                                                                           |     |
| 58. Francisco de las Navas. Comedia llamada Fides . . . . .                                                                                                     | 192 |
| 1557.                                                                                                                                                           |     |
| 59. Andrés Prado. Farsa llamada Cornelia . . . . .                                                                                                              | 192 |
| 1559.                                                                                                                                                           |     |
| 60. Anónimo. Tragicomedia alegórica del paraíso y del infierno . . . . .                                                                                        | 192 |
| 1560.                                                                                                                                                           |     |
| 61. Anónimo. Coloquio de Fenicia . . . . .                                                                                                                      | 192 |
| 62. Anónimo. Coloquio . . . . .                                                                                                                                 | 192 |
| 1561.                                                                                                                                                           |     |
| 63. Anónimo. Farsa llamada Custodia . . . . .                                                                                                                   | 192 |
| 1562.                                                                                                                                                           |     |
| 64. Anónimo. Farsa de los enamorados . . . . .                                                                                                                  | 192 |
| 1563.                                                                                                                                                           |     |
| 65. Anónimo. Farsa llamada Josefina . . . . .                                                                                                                   | 192 |
| 1564.                                                                                                                                                           |     |
| 66. Lope de Rueda. Paso en el cual se introducen tres personas: Luquitas, Alameda y Salcedo . . . . .                                                           | 192 |
| 67. Comedia Eufemia . . . . .                                                                                                                                   | 192 |
| 1565.                                                                                                                                                           |     |
| 68. Paso en el cual se introducen dos personas: Alameda y Salcedo . . . . .                                                                                     | 192 |
| 69. Comedia Armetina . . . . .                                                                                                                                  | 192 |
| 1566.                                                                                                                                                           |     |
| 70. Paso en el cual se introducen las personas siguientes: Lucio, Martín de Villalba, Bárbara y Jerónimo . . . . .                                              | 192 |
| 71. Paso en el cual se introducen las personas siguientes: Colimante, Jaquima y Brascueto . . . . .                                                             | 192 |
| 1567.                                                                                                                                                           |     |
| 72. Paso en que se introducen las personas siguientes: Montañera, Panarizo y Mondruga . . . . .                                                                 | 192 |
| 73. Paso en el cual se introducen las personas siguientes: Braxano, Cebadon y Samadell . . . . .                                                                | 192 |
| 1568.                                                                                                                                                           |     |
| 74. Juan de Malara. Comedia llamada Lucerna . . . . .                                                                                                           | 192 |
| 75. Lope de Rueda. Paso en el cual se introducen las personas siguientes: Forrubio, Agueda, Maniguelm y Aleja . . . . .                                         | 192 |
| 1569.                                                                                                                                                           |     |
| 76. Farsa del Sordo . . . . .                                                                                                                                   | 192 |
| 1570.                                                                                                                                                           |     |
| 77. Comedia Medora . . . . .                                                                                                                                    | 192 |
| 1571.                                                                                                                                                           |     |
| 78. Coloquio de Camila . . . . .                                                                                                                                | 192 |
| 79. Juan de Rodrigo Alonso. Comedia en la cual se declara la historia de santa Susana . . . . .                                                                 | 192 |
| 80. Lope de Rueda. Coloquio . . . . .                                                                                                                           | 192 |
| 1572.                                                                                                                                                           |     |
| 81. Coloquio en verso . . . . .                                                                                                                                 | 192 |
| 82. Coloquio de Timbria . . . . .                                                                                                                               | 192 |
| 1573.                                                                                                                                                           |     |
| 83. Anónimo. Comedia de Peregrino y de Glacina . . . . .                                                                                                        | 192 |
| 84. Francisco de Avendaño. Comedia . . . . .                                                                                                                    | 192 |
| 1574.                                                                                                                                                           |     |
| 85. Luis de Miranda. Comedia Pródigo . . . . .                                                                                                                  | 192 |
| 1575.                                                                                                                                                           |     |
| 86. Anónimo. Comedia de Plauto, intitulada Mithras gloriosa . . . . .                                                                                           | 192 |
| 87. Comedia de Plauto, intitulada Menecmos . . . . .                                                                                                            | 192 |
| 1576.                                                                                                                                                           |     |
| 88. Juan de Malara. Tragedia de Absalon . . . . .                                                                                                               | 192 |
| 89. Lope de Rueda. Paso. Introdúcense en él Sigismundo, Sebastian y Estepa . . . . .                                                                            | 192 |
| 90. Paso. Introdúcense en él las personas siguientes: Sangua, Pancorbo, Periquillo, Peiruten y Guillainilla . . . . .                                           | 192 |
| 91. Comedia de los Engaños . . . . .                                                                                                                            | 192 |
| 92. Coloquio llamado Frenada de amor . . . . .                                                                                                                  | 192 |
| 1577.                                                                                                                                                           |     |
| 93. Paso. Introdúcense en él las personas siguientes: Rodrigo-lejo, Molina, un alguacil y un peje . . . . .                                                     | 192 |
| 94. Anónimo. Farsa llamada Roselia . . . . .                                                                                                                    | 192 |
| 1578.                                                                                                                                                           |     |
| 95. Juan de Timoneda. Comedia de los Menecmos . . . . .                                                                                                         | 192 |
| 96. Comedia llamada Cornelia . . . . .                                                                                                                          | 192 |
| 1579.                                                                                                                                                           |     |
| 97. Anónimo. Paso. Interlocutores: Menecmos, Coladilla, Verde, Jumilla y Porquerosa . . . . .                                                                   | 192 |
| 98. Paso de los Ladrones . . . . .                                                                                                                              | 192 |
| 99. Paso. Introdúcense en él las personas siguientes: Cordero de Santibañer, Inesa Lopez, Rodrigo del Toro y Sabana . . . . .                                   | 192 |
| 100. Alonso de la Vega. Comedia llamada Tolomeo . . . . .                                                                                                       | 192 |



|            |                                                                                        |     |
|------------|----------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| XV.        | A la muerte de Isidoro Maiquez. . . . .                                                | 598 |
| XVI.       | Copia de un cuadro de Guerin. . . . .                                                  | 598 |
| XVII.      | A don Luis de Silva Nocino de Albuquerque, autor de las Geórgicas portuguesas. . . . . | 598 |
| XVIII.     | A doña Luisa Gomez de Caraballo, premiada por sus adelantos en la botánica. . . . .    | 599 |
| XIX.       | A la señora M. D., bailarina del teatro de Bardeas. . . . .                            | 599 |
| XX.        | La Muerte. . . . .                                                                     | 599 |
| XXI.       | La Resurreccion de la carne. . . . .                                                   | 599 |
| XXII.      | Abnegacion estúpida. . . . .                                                           | 599 |
| ROMANOS.   |                                                                                        |     |
| I.         | A un ministro. . . . .                                                                 | 600 |
| II.        | Al conde de Floridablanca (no recopilado). . . . .                                     | 600 |
| III.       | Al principe de la Paz (no recopilado). . . . .                                         | 601 |
| IV.        | A una dama que le pidió versos (no recopilado). . . . .                                | 601 |
| V.         | Aguinaldo poético. . . . .                                                             | 602 |
| VI.        | Nas vale callar. . . . .                                                               | 603 |
| VII.       | A Geroncio. . . . .                                                                    | 603 |
| VIII.      | Julio del año de 1812 (inédito). . . . .                                               | 604 |
| IX.        | El coche en venta. . . . .                                                             | 605 |
| EPÍGRAMAS. |                                                                                        |     |
| I.         | Para una estatua de la Farmacia. . . . .                                               | 605 |
| II.        | Para el sepulcro de Almansor. . . . .                                                  | 606 |
| III.       | Para la cortina de un teatro. . . . .                                                  | 606 |
| IV.        | Para el sepulcro de don Francisco Gregorio de Salas. . . . .                           | 606 |
| V.         | Para un retrato del autor, remitiéndose a una señora. . . . .                          | 606 |
| VI.        | A un niño llorando en los brazos de su madre. . . . .                                  | 606 |
| VII.       | A un escritor desconocido, cuyo libro nadie quiso com-                                 |     |

|                |                                                                       |
|----------------|-----------------------------------------------------------------------|
| parar. . . . . |                                                                       |
| VIII.          | Irrevocable destino de un actor ciliado. . . . .                      |
| IX.            | A Leobia, modista. . . . .                                            |
| X.             | A la misma, de otro modo. . . . .                                     |
| XI.            | A la misma, de otro modo. . . . .                                     |
| XII.           | A un comerciante que puso en su casa una estatua de Mercurio. . . . . |
| XIII.          | A Geroncio. . . . .                                                   |
| XIV.           | A Pedancio. . . . .                                                   |
| XV.            | Al mismo. . . . .                                                     |
| XVI.           | A un mal bicho. . . . .                                               |
| XVII.          | A una señorita francesa. . . . .                                      |

## COMPOSICIONES DIVERSAS.

|                                                                                                      |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| Los Padres del limbo. . . . .                                                                        |
| La Anunciacion. . . . .                                                                              |
| Cántico de unas niñas á la enfermedad de la marquesa de la Alcañal. . . . .                          |
| Allocucion para el beneficio del actor Francisco Chinar. . . . .                                     |
| Traduccion de Grécourt. . . . .                                                                      |
| Traduccion de Pablo Rollé. . . . .                                                                   |
| Idilio á la ausencia. . . . .                                                                        |
| La Sombra de Nelson. . . . .                                                                         |
| Al nacimiento de la condesa de Chinchón. . . . .                                                     |
| Silva á don Francisco Goya, insigne pintor. . . . .                                                  |
| Elegia á las Musas. . . . .                                                                          |
| Notas á las poesías sueltas. . . . .                                                                 |
| Autro de paz, celebrado en la ciudad de Logroño en los dias de noviembre de 1812, con notas. . . . . |





.

•



pero ¿cómo es bueno? Es bueno para los que hacen mal: ahora bien, tú haces mal en decir que la horca es fabrica mas fuerte que una iglesia; con que la horca podria ser buena para tí... Volvamos á la pregunta.

SEPULTURERO SEGUNDO.

¿Cuál es el que hace habitaciones mas durables que las que hacen los albañiles, los carpinteros de casas y de navios?

SEPULTURERO PRIMERO.

Sí, dímelo, y sales del apuro.

SEPULTURERO SEGUNDO.

Ya se ve que te lo diré.

SEPULTURERO PRIMERO.

Pues vamos.

SEPULTURERO SEGUNDO.

Pues no puedo decirlo.

SEPULTURERO PRIMERO.

Vaya, no te rompas la cabeza sobre ello... Tú eres un burro lerdo que no saldrá de su paso por mas que le apa-leen. Cuando te hagan esta pregunta, has de responder: el sepulturero. ¿No ves que las casas que él hace duran hasta el dia del juicio?... Anda, ve ahí á casa de Juanillo, y trae una copa de aguardiente.

## ESCENA II.

HAMLET, HORACIO, SEPULTURERO PRIMERO.

SEPULTURERO PRIMERO, *cantando*.

Yo amé en mis primeros años,  
Dulce cosa lo juzgué;  
Pero casarme, eso no,  
Que no me estuviera bien.

HAMLET.

¡Qué poco (3) siente ese hombre lo que hace, que abre una sepultura y canta!

HORACIO.

La costumbre le ha hecho ya familiar esa ocupacion.

HAMLET.

Así es la verdad. La mano que menos trabaja tiene mas delicado el tacto.

SEPULTURERO PRIMERO, *cantando*.

La edad callada en la huesa  
Me hundió con mano crüel,  
Y toda se destruyó  
La existencia que gocé.

HAMLET.

Aquella calavera tendria lengua en otro tiempo, y con ella podria tambien cantar... ¡Cómo la tira al suelo el picaro! Como si fuese la quijada con que hizo Cain el primer homicidio. Y la que está maltratando ahora ese bruto, podria ser muy bien la cabeza de algun estadista, que acaso pretendió engañar al cielo mismo. ¿No te parece?

HORACIO.

Bien puede ser.

HAMLET.

O la de algun cortesano que diria: felicísimos dias, señor escelentísimo, ¿cómo va de salud, mi venerado señor? Esta puede ser la del caballero Fulano, que hacia grandes elogios del potro del caballero Zutano para pedirsele prestado después. ¿No puede ser así?

HORACIO.

Sí, señor.

HAMLET.

¡Oh! sí por cierto; y ahora está en poder del señor gusano, estropeada y hecha pedazos con el azadon de un sepulturero... Grandes revoluciones se hacen aquí, si hubiera entre nosotros medios para observarlas.... Pero ¿costó acaso tan poco la formacion de estos huesos á la naturaleza, que hayan de servir para que esa gente (4) se divierta en sus garitos con ellos?... ¡Eh! Los míos se estre- mecen al considerarlo.

but how does it vell? it does well to those that d than dost ill, to say, the gallows is built strc the church; argal, the gallows may do well to again; come.

2 CLOWN.

Who builds stronger than a mason, a shipwri carpenter?

1 CLOWN.

Ay, tell me that, and yoke.

2 CLOWN.

Marry, now I can tell.

1 CLOWN.

To't.

2 CLOWN.

Mass, I cannot tell.

*Enter Hamlet and Horatio, at a distance.*

1 CLOWN.

Cudgel thy brains no more about it; for your will not mend his pace with beating; and, when asked this question next, say, a gravemaker; the that he makes, last till doomsday. Go, get thee to I and fetch me a stoup of liquor. (Exit)

1 Clown digs, and sings.

*In youth, when I did love, did love,  
Methought, it was very sweet,  
To contract, O, the time, for, ah, my beloved,  
O, methought, there was nothing meet.*

HAMLET.

Has this fellow no feeling of his business? he grave-making.

HORATIO.

Custom bath made it in him a property of ease

HAMLET.

'Tis e'en so: the hand of little employment daintier sense.

1 CLOWN.

*But age, with his stealing steps,  
Hath claw'd me in his clutch,  
And hath shipped me into the land,  
As if I had never been such.* (Throws up

HAMLET.

That scull had a tongue in it, and could sing a the knave jowls it to the ground, as if it were C bone, that did the first murder! This might be d a politician, which this ass now o'er-reaches would circumvent God, might it not?

HORATIO.

It might, my lord.

HAMLET.

Or of a courtier; which could say, *Good merr lord! How dost thou, good lord?* This might be such-a-one that praised my lord such-a-one's ho he meant to beg it; might it not?

HORATIO.

Ay, my lord.

HAMLET.

Why, e'en so: and now my lady Worm's; cha knocked about the mazzard with a sexton's spad fine revolution, and we had the trick to see t bones cost no more the breeding, but to play with them? mine ache to think on't.

SEPULTURERO PRIMERO, cantando.

Una piqueta  
Con una azada,  
Un henco donde  
Revuelto vaya,  
Y un hoyo en tierra  
Que le preparen:  
Para tal huesped  
Eso le basta.

HAMLET.

¿por qué no podría ser la calavera de un león de se fueron sus equívocos y sutilezas, sus interpretaciones, sus embrollos? ¿Por qué ese bribón grosero le golpea contra el azadón lleno de barro? ¿Y no dirá palabra hecha tan criminal?... Este sería quizás, mientras comprador de tierras, con sus obligaciones, transacciones, seguridades mutuas, &c... Ve aquí el arriendo de sus arriendos, y sus cobranzas: todo ha venido a parar en una de todo. Los títulos de los bienes que poseo difícilmente en su estado, y no obstante eso, sus y seguridades reciprocas de sus adquisiciones han podido asegurar otra posesión que la de queño capaz de cubrirse con un par de sus Oh! y a su opulento sucesor tampoco le que-

HORACIO.

señor.

HAMLET.

e el pergamino de piel de carnero?

HORACIO.

f de piel de ternera también.

HAMLET.

que son mas irracionales que las terneras y que fundan su felicidad en la posesión de tan... Voy a tramitar conversacion con este sepulturero.) ¿De quién es esa sepultura,

SEPULTURERO PRIMERO.

(5). (Cantando.)

Y un hoyo en tierra  
Que le preparen:  
Para tal huesped  
Eso le basta.

HAMLET.

que es tuya porque estás ahora dentro de sepultura es para los muertos, no para los que has mentido.

SEPULTURERO PRIMERO.

sentis demasiado vivo; pero yo es lo volveré.

HAMLET.

abierto cavas esa sepultura?

SEPULTURERO PRIMERO.

no, señor.

HAMLET.

¿para qué mujer?

SEPULTURERO PRIMERO.

eso.

HAMLET.

es lo que ha de enterrarse ahí?

SEPULTURERO PRIMERO.

que fue mujer; pero ya murió... Dios la per-

HAMLET.

do es! Háblémosle clara y sencillamente, es capaz de confundirnos a equívocos. De su parte he observado cuánto se va inutilizando que vivimos.... Por vida mía, Horacio, uno sigue tan de cerca al caballero, que muy difícil el talón... ¿Cuanto tiempo ha que eres

I clown.

A pickaxe, and a spade, a spade,  
For—and a shrouding sheet:  
O, a pit of clay for to be made  
For such a guest is meet.

(Sings.)

(Throws up a skull.)

HAMLET.

There's another: why may not that be the skull of a lawyer? Where be his quiddits now, his quillets, his cases, his tenures, and his tricks? why does he suffer this rude knave now to knock him about the sconce with a dirty shovel, and will not tell him of his action of battery? Humph! This fellow might be in't time a great buyer of land, with his statutes, his recognizances, his fines, his double vouchers, his recoveries: is this the fine of his fines, and the recovery of his recoveries, to have his fine pate full of fine dirt? will his vouchers vouch him no more of his purchases, and double ones too, than the length and breadth of a pair of indentures? The very conveyances of his lands will hardly lie in this box; and must the inheritor himself have no more of him?

HORATIO.

Not a jot more, my lord.

HAMLET.

Is not parchment made of sheep-skins?

HORATIO.

Ay, my lord, and calves-skins too.

HAMLET.

They are sheep, and calves, which seek out pasture in that. I will speak to this fellow:—Whose grave's this, certain?

I clown.

Mine, sir.—

O, a pit of clay for to be made  
For such a guest is meet. (Sings.)

HAMLET.

I think it be thine, indeed; but thou hast it.

I clown.

You lie out on't, sir, and therefore it is not yours: for my part, I do not lie on't, yet it is mine.

HAMLET.

Then dost lie on't, to be on't, and say it is thine: 'tis for the dead, and not for the quick: therefore thou liest.

I clown.

'Tis a quick lie, sir; 'twill away again, from me to you.

HAMLET.

What man dost thou dig it for?

I clown.

For no man, sir.

HAMLET.

What woman, then?

I clown.

For none, neither.

HAMLET.

Who is to be buried in't?

I clown.

One that was a woman, sir; but, rest her soul, she's dead.

SEPULTURERO PRIMERO.

Toda mi vida, se puede decir. Yo comencé el oficio el día que nuestro último rey Hamlet venció á Fortinbras.

HAMLET.

¿Y cuánto tiempo habrá?

SEPULTURERO PRIMERO.

¡Toma! ¿No lo sabeis? Pues hasta los chiquillos os lo dirán. Eso sucedió el mismo día en que nació el joven Hamlet, el que está loco y se ha ido á Inglaterra.

HAMLET.

¡Oiga! ¿Y por qué se ha ido á Inglaterra?

SEPULTURERO PRIMERO.

Porque... porque está loco, y allí cobrará su juicio; y si no lo cobra, a bien que poco importa.

HAMLET.

¿Por qué?

SEPULTURERO PRIMERO.

Porqué allí todos son tan locos como él, y no será reparado.

HAMLET.

¿Y cómo ha sido volverse loco?

SEPULTURERO PRIMERO.

De un modo muy extraño, según dicen.

HAMLET.

¿De qué modo?

SEPULTURERO PRIMERO.

Habiendo perdido el entendimiento.

HAMLET.

Pero, ¿qué motivo dió lugar á á eso?

SEPULTURERO PRIMERO.

¿Qué lugar? Aquí en Dinamarca, donde soy enterrador, y lo he sido de chico y de grande por espacio de treinta años.

HAMLET.

¿Cuánto tiempo podrá estar enterrado un hombre sin corromperse?

SEPULTURERO PRIMERO.

De suerte que si él no corrompía ya en vida (como nos sucede todos los días con muchos cuerpos galicados, que no hay por dónde asirlos), podrá durar cosa de ocho ó nueve años. Un curtidor durará nueve años seguramente.

HAMLET.

¿Pues qué tiene él mas que otro cualquiera?

SEPULTURERO PRIMERO.

Lo que tiene es un pellejo tan curtido ya por mor de su ejercicio, que puede resistir mucho tiempo al agua; y el agua, señor niño, es la cosa que mas pronto destruye á cualquier hiedeputa de muerto. Ve aquí una calavera que ha estado debajo de tierra veinte y tres años.

HAMLET.

¿De quién es?

SEPULTURERO PRIMERO.

¡Mayor hiedeputa, loco!.... ¿De quién os parece que será?

HAMLET.

Yo ¿cómo he de saberlo?

SEPULTURERO PRIMERO.

¡Mala peste en él y en sus travesuras!... Una vez me echó un frasco de vino del Rin por los cabezones.... Pues, señor, esta calavera es la calavera de Yorick, el bufon del rey.

(El sepulturero le da una calavera á Hamlet.)

HAMLET.

¿Esta?

SEPULTURERO PRIMERO.

La misma.

HAMLET.

¡Ay pobre Yorick!... Yo le conocí, Horacio... Era un hombre sumamente gracioso, de la mas fecunda imaginación. Me acuerdo que siendo yo niño me llevó mil veces sobre sus hombros... y ahora su vista me llena de horror, y oprimido el pecho palpita... Aquí estuvieron aquellos labios donde yo dí besos sin número... ¿Qué se

1 CLOWN.

Of all the days i'the year, I came to't that day last king Hamlet overcame Fortinbras.

HAMLET.

How long's that since?

1 CLOWN.

Cannot you tell that? every fool can tell th that very day that young Hamlet was born: he li and sent into England.

HAMLET.

Ay, marry, why was he sent into England?

1 CLOWN.

Why, because he was mad: he shall recove there; or, if he do not, 'tis no great matter ther

HAMLET.

Why?

1 CLOWN.

'Twill not be seen in him there; there the men as he.

HAMLET.

How came he mad?

1 CLOWN.

Very strangely, they say.

HAMLET.

How strangely?

1 CLOWN.

'Faith, e'en with losing his wits.

HAMLET.

Upon what ground?

1 CLOWN.

Why, here in Denmark; I have been sixteen and boy, thirty years.

HAMLET.

How long will a man lie i'the earth ere he rot?

1 CLOWN.

'Faith, if he be not rotten before he die, (as many pocky corsos now-a-days, that will scarce laying in,) he will last you some eight year, or a tanner will last you nine year.

HAMLET.

Why he more than another?

1 CLOWN.

Why, sir, his hide is so tanned with his trade, will keep out water a great while; and your water decayer of your whoreson dead body. Here's a bath lain you i'the earth three-and-twenty years.

HAMLET.

Whose was it?

1 CLOWN.

A whoreson mad fellow's it was. Whose do y it was?

HAMLET.

Nay, I know not.

1 CLOWN.

A pestilence on him for a mad rogue! he possi gon of Rhenish on my head once. This same s was Yorick's scull, the king's jester.

HAMLET.

This?

1 CLOWN.

E'en that.

HAMLET.

Alas, poor Yorick!—I knew him, Horatio; a infinite jest, of most excellent fancy: he hath l on his back a thousand times! and now, how abl my imagination it is! my gorge rises at it. Here h lips, that I have kissed I know not how oft. V

un brías, tus brinco, tus cantares y aquellos repentinos que de ordinario animaban la mesa e estrepito? Ahora, fálto ya enteramente de mi aun puedes reírte de tu propia deformidad...ador de alguna de nuestras damas, y dila para risa, que por mas que se ponga una pulgada de el rostro, al fin habra de experimentar esta mutacion. (Tira la calavera al monton de tierra a la sepultura.) Dime una cosa, Horacio.

MORACIO.

¿A, señor?

HAMLET.

tu que Alejandro metido debajo de tierra tendria horrible?

MORACIO.

que sí.

HAMLET.

¿daria este mismo bñdor?... ¡Ubi

MORACIO.

rencia alguna.

urero primero, acabada la escavacion, sale de llura n se pasea acia el fondo del teatro. Viene el sepulturero segundo, que trae el aguar-ben y hablan entre sí, permaneciendo retirada la escena siguiente, como lo indica el diá-

HAMLET.

re abatimiento buenos de parar, Horacio!... Y no podria la imaginacion seguir las dustres cenizas de Alejandro hasta encontrarlas tapando la boca de ril?

MORACIO.

ue seria excesiva curiosidad ir á examinarlo.

HAMLET.

or cierto. No hay sino irle siguiendo hasta condu-on probabilidad y sin violencia alguna. Como si : Alejandro murió, Alejandro fue sepultado, Ale-redujo a polvo, el polvo es tierra, de la tierra barro... Y ¿por que con este barro, en que el onvertido, no habran podido tapar un barril de El emperador Cesar, muerto y hecho tierra, par un agujero para estorbar que pase el aire... quella tierra que tuvo atenorizado el orbe, ser-z de reparar las hendiduras de un tabique con-temperies del invierno... Pero callenos... haga-no lado, que... Sí... aqui viene el rey, la reina, ... ¿A quién acompañan? Que ceremonial tan a es este!... Todo ello me anuncia, que el di-conducen dio fin a su vida con desesperada m duda era persona de calidad... Ocultemosos y observa.

### ESCENA III.

, GERTRUDIS, HAMLET, LAERTES, HORA-ICORA, DOS SEPULTEROS, ACOMPAÑAMIENTO DE CABAIIEROS Y CHILADOS.

entre cuatro hombres el cadáver de Ofelia, con túnica blanca y coronada de flores. Detrás 'preste y todos los que hacen el duelo, atrave-l teatro a paso lento, hasta llegar adonde está 'lura. Suena el clamor de las campanas. Hamlet to se retiran a un extremo del teatro.)

LAERTES.

ra ceremonia falta?'

HAMLET.

pué es Laertes, joven muy ilustre.

LAERTES.

remonia falta?

EL CURA.

on celebrado sus exequias con toda la decencia u muerte da lugar a muchas dudas, y a no ha-puesto la suprema autoridad que modifica las

your gibes now? your gambols? your songs? your flashes of merriment, that were wont to set the table on a roar? Not one now, to mock your own grinning? quite chap-fallen? Now get you to my lady's chamber, and tell her, let her paint an inch thick, to this favour she must come; make her laugh at that.—[R]yther, Horatio, tell me one hing.

MORATIO

What's that, my lord?

HAMLET.

Don't thou think Alexander looked o'this fashion i'the earth?

MORATIO.

E'en so.

HAMLET.

And smelt so? pah!

(Throws down the scull.)

MORATIO.

E'en so, my lord.

HAMLET.

To what base uses we may return, Horatio? Why may not imagination trace the noble dust of Alexander, till he find it stopping a bung hole?

MORATIO.

'Twere to consider too curiously, to consider so.

HAMLET.

No, faith not a jot; but to follow him thither with modesty enough, and likelihood to lead it. As thus. Alexander died, Alexander was buried, Alexander returneth to dust; the dust is earth; of earth we make loam; and why of that loam, whereto he was converted, might they not stop a beer-barrel?

Imperious Caesar, dead, and turn'd to clay,  
Might stop a hole to keep the wind away:  
O, that the earth, which kept the world in awe,  
Should patch a wall to expel the winter's flaw!

But soft! but soft! aside!—Here comes the king.

Enter Priests, etc. in procession; the corpse of Ophelia, Laertes, and Mourners, following; King, Queen, their trains, etc.

The queen, the courtiers. Who is this they follow?  
And with such maimed rites! This doth betoken,  
The corse, they follow, did with desperate hand  
Foredo its own life. 'Twas of some estate:  
Couch we a while, and mark.

(Retiring with Horatio.)

LAERTES.

What ceremony else?

HAMLET.

That is Laertes,

A very noble youth:—Mark.

LAERTES.

What ceremony else?

! PRIEST.

Her obsequies have been as far enlarg'd  
As we have warranty: Her death was doubtful;  
And, but that great command o'ersways the order,

leyes, hubiera sido colocada en lugar profano; allí estuviera hasta que sonase la trompeta final, y en vez de oraciones piadosas, hubieran caído sobre su cadáver guijarros, piedras y cascote. No obstante esto, se la han concedido las vestiduras y adornos virginales, el clamor de las campanas y la sepultura.

LAERTES.

¿Con que no se debe hacer mas?

EL CURA.

No, mas. Profanaríamos los honores sagrados de los difuntos cantando un *requiem* para implorar el descanso de su alma, como se hace por aquellos que parten de esta vida con mas cristiana disposicion.

LAERTES.

Dadla tierra, pues. (*Ponen el cadáver de Ofelia en la sepultura.*) Sus hermosos é intactos miembros acaso producirán violetas suaves. Y á tí, clérigo zafio, te anuncio que mi hermana será un ángel del Señor, mientras tú estarás bramando en los abismos.

HAMLET.

¿Qué!... ¿La hermosa Ofelia!

GERTRUDIS.

Dulces dones á mi dulce amiga. (*Esparce flores sobre el cadáver.*) Adios... Yo deseaba que hubieras sido esposa de mi Hamlet, graciosa doncella, y esperé cubrir de flores tu lecho nupcial... pero no tu sepulcro.

LAERTES.

¡Oh! una y mil veces sea maldito aquel cuya accion inhumana te privó á ti del mas sublime entendimiento!... No... esperad un instante; no echeis la tierra todavía... no... hasta que otra vez la estreche en mis brazos... (*Métese en la sepultura.*) Echadla ahora sobre la muerta y el vivo, hasta que de este llano hagais un monte que descuella sobre el antiguo Pelion, ó sobre la azul estremidad del olimpo que toca los cielos.

HAMLET.

¿Quién es el que da á sus penas idioma tan enfático, el que así invoca en su adicción á las estrellas errantes, haciéndolas detenerse admiradas á oírle?... Yo soy Hamlet, príncipe de Dinamarca.

(*Atravesando por en medio de todos, va acia la sepultura, entra en ella, y luchan él y Laertes, y se dan puñadas. Algunos de los circunstantes van allá, los sacan del hoyo y los separan.*)

LAERTES.

El demonio lleve tu alma.

HAMLET.

No es justo lo que pides..... Quitá esos (7) dedos de mi cuello; porque aunque no soy precipitado ni colérico, algun riesgo hay en ofenderme, y si eres prudente debes evitarle..... Quitá de ahí esa mano.

CLAUDIO.

Separadlos.

GERTRUDIS.

¿Hamlet! ¿Hamlet!

TODOS.

¿Señores!

HORACIO.

Moderaos, señor.

HAMLET.

No; por causa tan justa lidiaré con él hasta que cierre mis párpados la muerte.

GERTRUDIS.

¿Qué causa puede haber, hijo mio?

HAMLET.

Yo he querido á Ofelia, y cuatro mil hermanos juntos no podrán con todo su amor escender al mio... ¿Qué quieres hacer por ella? Di.

CLAUDIO.

Laertes, mira que está loco.

GERTRUDIS.

Por Dios, Laertes, déjale.

She should in ground unsanctified have lodg'd  
Till the last trumpet; for charitable prayers,  
Shards, flints, and pebbles, should be thrown  
Yet here she is allowed her virgin crants,  
Her maiden strewments, and the bringing hom  
Of bell and burial.

LAERTES.

Must there no more be done?

I PRIEST.

No more be done!

We should profane the service of the dead,  
To sing a *requiem*, and such rest to her  
As to peace-parted souls.

LAERTES.

Lay her i'the earth—  
And from her fair and unpolluted flesh,  
May violets spring!—I tell thee, churlish priest  
A minist'ring angel shall my sister be,  
When thou liest howling.

HAMLET.

What, the fair Ophelia!

QUEEN.

Sweets to the sweet. Farewell!

(*Scattering*)

I hop'd thou should'st have been my Hamlet's w  
I thought, thy bride-bed to have deck'd, sweet  
And not have strew'd thy grave.

LAERTES.

O, treble woe

Fall ten times treble on that cursed head,  
Whose wicked deed thy most ingenious sense  
Depriv'd thee of!—Hold off the earth a while,  
Till I have caught her once more in mine arms:

(*Leaps into th*)

Now pile your dust upon the quick and dead;  
Till of this flat a mountain you have made,  
Ta o'er-top old Pelion, or the skyish head  
Of blue Olympus.

HAMLET.

(*Advancing.*) What is he, whose grief,  
Bears such an emphasis? whose phrase of sorrow  
Conjures the wand'ring stars, and makes them s  
Like wonder-wounded hearers? this is I,  
Hamlet the Dane.

(*Leaps into the*)

LAERTES.

The devil take thy soul!

(*Grappling w*)

HAMLET.

Thou pray'st not well.

I pr'ythee, take thy fingers from my throat;  
For, though I am not splenetic and rash,  
Yet have I in me something dangerous,  
Which let thy wisdom fear. Hold off thy hand.

KING.

Pluck them asunder.

QUEEN.

Hamlet, Hamlet!

ALL.

Gentlemen,—

HORATIO.

Good my lord, be quiet.

(*The attendants part them, and they come to grave.*)

HAMLET.

Why, I will fight with him upon this theme,  
Until my eyelids will no longer wag.

QUEEN.

O, my son! what theme?

HAMLET.

I lov'd Ophelia; forty thousand brothers  
Could not, with all their quantity of love,  
Make up my sum.—What wilt thou do for her?

KING.

O, he is mad, Laertes.

QUEEN.

For love of God, forbear him.

HAMLET.

no intentas hacer. *(Los sepultureros llenan de tierra y la apisonan.)* ¿Quieres llorar, garte al sustento, hacerte pedazos, beber, desorar un caiman? Yo lo haré también aquí a lamentar su muerte, a insultarme en su sepulcro, a ser enterrado vivo con ella; eso quiero yo; y si hablas de montes, sobre nosotros yugados de tierra innumerable estos campos tuesten su frente en la torrela alta. Osa parezca en su comparación un buey. Si me hablas con soberbia, yo usaré un altanero como el tuyo.

GERTRUDIS.

Los efectos de su frenesí, cuya violencia podrá algún tiempo; pero después, semejante a la que cuando siente animadas las mellizas crías, novimiento y ruido.

HAMLET.

¿Cuál es la razón de obrar así conmigo?... Querido bien... Pero... nada importa. Aun si Hercules con todo su poder quiera estorbar mayara y el perro quedara vencedor. *(Vase Hamlet, y Horacio le sigue.)*

CIUDADO.

¡Ay, no lo abandones!... Laertes, nuestra plañe anterior fortificara tu paciencia mientras que importa en la ocasión presente... Amada ya bien que alguno se encargue de la guarda esta sepultura se adornara con un monumento pero que gozaremos brevemente horas mas sero entre tanto conviene sufrir.

## ESCENA IV.

*Acto, el mismo que sirvió para la representación asientos que han de ocuparse en la escena.*

HAMLET, HORACIO.

HAMLET.

Lo dicho sobre esta materia. Ahora quisiera lo demas; pero, ¿te acuerdas bien de todas cosas?

HORACIO.

Recordarme, señor?

HAMLET.

¡Oh, amigo, que agitado continuamente mi especie de combate, no me permitía conocer, y en tal situación me juzgaba mas infelizmente cargado de prisiones. Una temeridad... dar gracias a esta temeridad, pues por ella confesemos que tal vez nuestra indiscreción útil, al paso que los planes concertados con cordial se malogran; prueba certísima de que nos conduce a su fin todas nuestras acciones, el hombre las ordena sin inteligencia.

HORACIO.

¡Oh!

HAMLET.

de mi camarote, mal rebujado con un vestido, y a tientas, favorecido de la oscuridad, donde ellos estaban. Logro mi deseo, me apocayente, y me vuelvo a mi cuarto. Ahí, olvidados toda consideración, tuve la osadía de ellos, y en ellos encuentro, amigo, una ale... En orden precisa, apoyada en varias razones importante a la tranquilidad de Dinamarca y a la paz, y... ¡oh! mal temores y al menos de un vivo. En fin, de lo que luego que fuese nombrado para andar a la seguir el hilo, me biza.

HORACIO.

HAMLET.

'Zounds, show me what thou'll do: Wouldst weep? wouldst fight? wouldst fast? wouldst tear thyself? Wouldst drink up Esil? eat a crocodile? I'll do't.—Dost thou come here to whine? To outface me with leaping in her grave? Be buried quick with her, and so will I: And, if thou prate of mountains, let them throw Millions of acres on us; till our ground, Singeing his pate against the burning zone, Make Ossa like a wart! Nay, an thou'lt mouth, I'll rant as well as thou.

QUEEN.

This is mere madness. And thus a while the fit will work on him; Anon, as patient as the female dove, When that her golden couplets are disclos'd, His silence will sit dropping.

HAMLET.

Hear you, sir What is the reason that you use me thus? I lov'd you ever; but it is no matter; Let Hercules himself do what he may, The cat will mew, and dog will have his day. *(Exit.)*

KING.

I pray the, good Horatio, wait upon him. *(Exit Horatio)* Strengthen your patience in our last night's speech: *(To Laertes.)*

We'll put the matter to the present push.— Good Gertrude, set some watch over your son.— This grave shall have a living monument: An hour of quiet shortly shall we see; Tili then, in patience our proceeding be. *(Exeunt.)*

## SCENE II.

A Hall in the Castle.

Enter HAMLET and HORATIO.

HAMLET.

So much for this, sir; now shall you see the other:— Yo do remember all the circumstance?

HORATIO.

Remember it, my lord!

HAMLET.

Sir, in my heart there was a kind of fighting, That would not let me sleep: methought, I lay Worse than the mutines in the bilboes. Rashly, And prais'd be rashness for it.—Let us know. Our indiscretion sometimes serves us well, When our deep plots do pall; and that should teach us, There's a divinity that shapes our ends, Rough-hew then how we will.

HORATIO.

That is most certain.

HAMLET.

Up from my cabin, My sea-gown scarf'd about me, in the dark Gropp'd I to find out them: had my desire; Finger'd their packet; and, in fine, withdrew To mine own room again: making so bold, My fears forgetting manners, to unseal Their grand commission: where I found, Horatio, A royal knavery; an exact command,— Larded with many several sorts of reasons Importing Denmark's health, and England's too, With, ho! such bugs and goblins in my life.— That, on the supervise, no leisure bated, No, not to stay the grinding of the axe, My head should be struck off.

HORATIO.

Is't possible?

HAMLET.

Mira la órden aquí; (*Le enseña un pliego, y vuelve á guardárselo.*) podrás leerla en mejor ocasión. Pero, ¿quieres saber lo que yo hice?

HORACIO.

Sí, yo os lo ruego.

HAMLET.

Ya ves como rodeado así de traiciones, ya ellos habían empezado el drama aun antes de que yo hubiese comprendido el prólogo. No obstante, siéntome al bufete, imagino una órden distinta, y la escribo inmediatamente de buena letra... Yo creí algun tiempo (como todos los grandes señores) que el escribir bien fuese un desdoro, y aun no dejé de hacer muchos esfuerzos para olvidar esta habilidad; pero ahora conozco, Horacio, cuán útil me ha sido tenerla. ¿Quieres saber lo que el escrito contenía?

HORACIO.

Sí, señor.

HAMLET.

Una súplica del rey dirigida con grandes instancias al de Inglaterra, como á su obediente feudatario, diciéndole que su reciproca amistad florecería como la palma robusta; que la paz coronada de espigas mantendría la quietud de ambos imperios, uniéndolos en amor durable, con otras espresiones no menos afectuosas; pidiéndole por último que vista que fuese aquella carta, sin otro exámen, hiciese perecer con pronta muerte á los dos mensajeros, no dándoles tiempo ni aun para confesar su delito.

HORACIO.

¿Y cómo la pudisteis sellar?

HAMLET.

Aun eso tambien parece que lo dispuso el cielo; porque felizmente traía conmigo el sello de mi padre, por el cual se hizo el que hoy usa el rey. Cierro el pliego en la forma que el anterior, póngole la misma direccion, el mismo sello, le conduzco sin ser visto al mismo paraje, y nadie nota el cambio... Al día siguiente ocurrió el combate naval: lo que después sucedió, ya lo sabes.

HORACIO.

De ese modo Guillermo y Ricardo caminan derechos a la muerte.

HAMLET.

Ya ves que ellos han solicitado este encargo: mi conciencia no me acusa acerca de su castigo... Ellos mismos se han procurado su ruina... Es muy peligroso al inferior meterse entre las puntas de las espadas, cuando dos enemigos poderosos lidian.

HORACIO.

¿Oh, qué rey este!

HAMLET.

¿Juzgas tú que no estoy en obligacion de proseguir lo que falta? El que asesinó á mi padre y mi rey, que ha deshonrado á mi madre, que se ha introducido furtivamente entre el solio y mis derechos justos, que ha conspirado contra mi vida valiéndose de medios tan alevos... ¿no será justicia rectísima castigarle con esta mano? ¿No sera culpa en mí tolerar que ese monstruo exista para cometer, como hasta aquí, maldades atroces?

HORACIO.

Presto le avisaran de Inglaterra cuál ha sido el éxito de su solicitud.

HAMLET.

Sí, presto lo sabrá; pero entre tanto el tiempo es mío, y para quitar á un hombre la vida un instante hasta... Solo me disgusta, amigo Horacio, el lance ocurrido con Laertes, en que olvidado de mí propio, no vi en mi sentimiento la imagen y semejanza del suyo. Procuraré su amistad, sí... Pero, ciertamente, aquel tono amenazador que daba a sus quejas irritó en exceso mi cólera.

HORACIO.

Callad.. ¿Quién viene aquí?

HAMLET.

Here's the commission: read it at more leisure. But wilt thou hear now how I did proceed?

HORATIO.

Ay, 'beseech you.

HAMLET.

Being thus benetted round with villanies, Or I could make a prologue to my brains, They had begun the play:—I sat me down; Devis'd a new commission; wrote it fair: I once did bolt it, as our statists do, A baseness to write fair, and labour'd much How to forget that learning: but, sir, now It did me yeoman's service. Wilt thou know The effect of what I wrote?

HORATIO.

Ay, good my lord.

HAMLET.

An earnest conjuration from the king,— As England was his faithful tributary; As love between them, like the palm, might flourish, As peace should still her wheaten garland wear, And stand a comma 'tween their amities; And many such like as's of great charge.— That, on the view and knowing of these contents, Without debatement further, more, or less, He shoul the bearers put to sudden death, Not shriving-time allow'd.

HORATIO.

How was this seal'd?

HAMLET.

Why, even in that was heaven ordinant; I had my father's signet in my purse, Which was the model of that Danish seal: Folded the writ up in form of the other; Subscrib'd it; gave't the impression; plac'd it safe, The changeling never known. Now, the next day Was our sea-fight: and what to this was sequent Thou know'st already.

HORATIO.

So Guildenstern and Rosencrantz go to't.

HAMLET.

Why, man, they did make love to this employment: They are not near my conscience; their defect Does by their own insinuation grow: 'Tis dangerous, when to baseer nature comes Between the passe and fell incensed points Of mighty opposites.

HORATIO.

Why, what a king is this!

HAMLET.

Does it not, think thee, stand me now upon? He, that hath kill'd my king, and whor'd my mother, Popp'd in between the election and my hopes; Thrown out his angle for my proper life, And with such cozenage; is't not perfect conscience, To quit him with this arm? and is't not to be damn'd, To let this canker of our nature come In further evil?

HORATIO.

It must be shortly known to him from England, What is the issue of the business there.

HAMLET.

It will be short: the interim is mine; And a man's life's no more than to say, one. But I am very sorry, good Horatio, That to Laertes I forgot myself; For by the image of my cause, I see The portraiture of his: I'll count his favours: But, sure, the bravery of his grief did put me Into a towering passion.

HORATIO.

Peace; who comes here?

## ESCENA V.

HAMLET, HORACIO, ENRIQUE.

ENRIQUE.

(10) ¡Feliz haya regresado V. A. a Dinamarca.

HAMLET.

gracias, caballero... ¿Conoces a este moscón?

HORACIO.

or.

HAMLET.

te de, que el conocerle es por cierto poco. Este es señor de muy has tierras y muy fértiles, que el sea un bestia que manda en otros tan no el, ya se sabe, tiene su pesebre lijo en la ey... Es la corneja mas charlera que en mi vida oí, como te he dicho ya, posee una gran porción.

ENRIQUE.

principio, si vuestra grandeza no tiene ocupacion estorbo, yo le comunicaria una cosa de parte de

HAMLET.

ispuesto a oírlo con la mayor atencion... Pero el sombrero en el uso a que fue destinado. El se hizo para la cabeza.

ENRIQUE.

gracias, señor... ¡En! el tiempo esta caluroso

HAMLET.

ontario, muy frio. El viento es norte.

ENRIQUE.

que hace bastante frio.

HAMLET.

creo... a lo menos para mi complexion hace que abrasa

ENRIQUE.

estremo... sumamente fuerte, como... yo no se... Pues, señor, el rey me manda que os informe hecho una grande apuesta en vuestro favor. asunto.

HAMLET.

resente que el sombrero se...

ENRIQUE.

ñor... lo hago por comodidad... cierto... Pues e Laertes acaba de llegar a la corte... ¡Oh! es to caballero, no cabe duda. Escelescentes cualidatato muy dulce, muy bien quisto de todos... Cierdo sin pasion, es menester confesar que es la de la nobleza, porque en el se hallan cuantas pueden verse en un caballero.

HAMLET.

na que de el haceis no desmerece nada en vuestro... aunque yo crei que al hacer el inventario de sus se confundirian la aritmetica y la memoria, y tan insuficientes para suma tan larga. Pero sin su elogio, yo le tengo por un hombre de grande de tan particular y extraordinaria naturaleza, mdo con toda la exactitud posible) no se hallara nza sino en su mismo espejo; pues el que precatia en otra parte solo encontrara bosquejos

ENRIQUE.

taba de hacer justicia imparcial en cuanto ha el.

HAMLET.

o sepase a que proposito nos enronquecemos rememendo en nuestra conversacion las alabanzas galan.

ENRIQUE.

decis, señor?

HORACIO.

o mejor que le hablarais con mas claridad? Yo, or, que no os seria difícil.

Enter Osvio

OSVIO.

Your lordship is right welcome back to Denmark.

HAMLET.

I humbly tank you, sir.—Dost know this water-fly?

HORATIO.

No, my good lord.

HAMLET.

Thy state is the more gracious; for 'tis a vice to know him: he hath much land, and fertile; let a beast be lord of beasts, and his crib shall stand at the king's mess. 'Tis a chough; but, as I say, spacious in the possession of dirt.

OSVIO.

Sweet lord, if your lordship were of leisure, I should impart a thing to you from his majesty.

HAMLET.

I will receive it, sir, with all diligence of spirit. Your bonnet to his right use; 'tis for the head.

OSVIO.

I thank your lordship, 'tis very hot.

HAMLET.

No, believe me, 'tis very cold; the wind is northerly.

OSVIO.

It is indifferent cold, my lord, indeed.

HAMLET.

But yet, methinks, it is very sultry and hot; or my complexion—

OSVIO.

Exceedingly, my lord; it is very sultry,—as 'twere,—I cannot tell how.—My lord, his majesty bade me signify to you, that he has laid a great wager on your head.—Sir, this is the matter—

HAMLET.

I beseech you remember —

*(Hamlet moves him to put on his hat.)*

OSVIO.

Nay, good my lord, for my ease, in good faith.—Sir, here is newly come to court, Laertes: believe me, an absolute gentleman, full of most excellent differences, of very soft society, and great showing; indeed, to speak feelingly of him, he is the card or calendar of gentry, for you shall find in him the continent of what part a gentleman would see.

HAMLET.

Sir, his delineament suffers no perdition in you;—though, I know, to divide him inventorially, would dizzy the arithmetic of memory; and yet but raw neither, in respect of his quick sail. But, in the verity of extolment, I take him to be a soul of great article; and his infusion of such dearth and rareness, as, to make true diction of him, his semblable is his mirror; and, who else would trace him, his umbrage, nothing more.

OSVIO.

Your lordship speaks most infallibly of him.

HAMLET.

Tho' concernancy, sir? why do we wrap the gentleman in our more rawer breath?

OSVIO.

Sir?

HORATIO.

Is't not possible to understand in another tongue? You will do't, sir, really



HAMLET.

Digo que ¿a qué viene ahora hablar de ese caballero?

ENRIQUE.

¿De Laertes?

HORACIO.

¡Eh! ya vació cuánto tenía, y se le acabó la provision de frases brillantes.

HAMLET.

Si, señor, de ese mismo.

ENRIQUE.

Yo creo que no estareis ignorante de...

HAMLET.

Quisiera que no me tuvierais por ignorante; bien que vuestra opinion no me añadiría un gran concepto... Y bien, ¿qué mas?

ENRIQUE.

Decia, que no podeis ignorar el mérito de Laertes.

HAMLET.

Yo no me atreveré á confesarlo por no igualarme con él, siendo averiguado que para conocer bien á otro es menester conocerse bien á si mismo.

ENRIQUE.

Yo lo decia por su destreza en el arma, puesto que segun la voz general, no se le conoce compañero.

HAMLET.

¿Y qué arma es la suya?

ENRIQUE.

Espada y daga.

HAMLET.

Esas son dos armas... Vaya, adelante.

ENRIQUE.

Pues, señor, el rey ha apostado contra él seis caballos bárbaros, y él ha impuesto por su parte (segun he sabido) seis espadas francesas con sus dagas y guarniciones correspondientes, como cinturón, colgantes, y así á este tenor... Tres de estas cureñas particularmente son la cosa mas bien hecha que puede darse. ¿Cureñas como ellas!.. ¡Oh! es obra de mucho gusto y primor.

HAMLET.

Y ¿a qué cosa llamais cureñas?

HORACIO.

Ya recelaba yo que sin el socorro de notas marginales no pudierais acabar el dialogo.

ENRIQUE.

Señor, por cureñas entiendo yo, así, los... los cinturones...

HAMLET.

La espresion seria mucho mas propia, si pudiéramos llevar al lado un cañon de artillería; pero en tanto que este uso no se introduce, los llamaremos cinturones... En fin, vamos al asunto. Seis caballos bárbaros contra seis espadas francesas con sus cinturones, y entre ellos tres cureñas primorosas... ¿Con que esto es lo que apuesta el francés contra el dinamarqués? ¿Y á qué fin se han impuesto (como vos decís) todas esas cosas?

ENRIQUE.

El rey ha apostado que si batallais con Laertes, en doce jugadas no pasarán de tres botonazos los que él os dé; y el dice, que en las mismas doce os dará nueve cuando menos, y desea que esto se juzgue inmediatamente, si os dignais de responder.

HAMLET.

¿Y si respondo que no?

ENRIQUE.

Quiero decir, si admitís el partido que os propone.

HAMLET.

Pues, señor, yo tengo que pasearme todavía en esta sala; porque si S. M. no lo ha por enojo, esta es la hora critica en que yo acostumbro respirar el ambiente. Traiganse aquí los floretes, y si ese caballero lo quiere así, y el rey se mantiene en lo dicho, le haré ganar la apuesta si puedo; y si no puedo, lo que yo ganaré será vergüenza y golpes

HAMLET.

What imports the nomination of this gentleman?

OSRIC.

Of Laertes?

HORATIO.

His purse is empty already; all his golden warespent.

HAMLET.

Of him, sir.

OSRIC.

I know, you are not ignorant—

HAMLET.

I would you did, sir; yet, in faith, if you did, it not much approve me;—well, sir.

OSRIC.

You are not ignorant of what excellence Laertes

HAMLET.

I dare not confess that, lest I should compare in excellence; but, to know a man well, were I himself.

OSRIC.

I mean, sir, for his weapon; but in the judgment on him by them, in his meed he's unfollowed.

HAMLET.

What's his weapon?

OSRIC.

Rapier and dagger.

HAMLET.

That's two of his weapons: but, well.

OSRIC.

The king, sir, hath wagered with him six Barbies: against the which he has impawned, as I tak French rapiers and poniards, with their assigns, i hangers, and so: three of the carriages, in faith, dear to fancy, very responsive to the hilts, most carriages, and of very liberal conceit.

HAMLET.

What call you the carriages?

HORATIO.

I knew, you must be edified by the margin, had done.

OSRIC.

The carriages, sir, are the hangers.

HAMLET.

The phrase would be more german to the matter could carry a cannon by our sides; I would, it hangers till then. But, on: six Barbary horses against French sword, their assigns, and three liberal carriages; that's the French bet against the Danish this impawned, as you call it?

OSRIC.

The king, sir, hath laid, that in a dozen passes yourself and him, he shall not exceed you three hath laid, on twelve for nine; and it would come to immediate trial, if your lordship would vouchsafe the

HAMLET.

How, if I answer, no?

OSRIC.

I mean, my lord, the opposition of your judgment.

HAMLET.

Sir, I will walk here in the hall: if it please him it is the breathing time of day with me: let him brought, the gentleman willing, and the king purpose, I will win for him, if I can; if not, I nothing but my shame, and the odd hits.

ENRIQUE.

que lo dire en esos términos?

HAMLET.

es la sustancia; después lo podéis adornar con flores de vuestro ingenio.

ENRIQUE.

Y, recomendando nuevamente mis respetos a vuestra

za.

HAMLET.

pre vuestro, siempre.

## ESCENA VI.

HAMLET, HORACIO.

HAMLET.

Me muy bien de recomendarse á sí mismo; porque todo mucho que nadie lo hiciese por él.

HORACIO.

Me parece un vencejo que empezó á volar y chispeó el cascarrón pegado á las plumas.

HAMLET.

aun antes de mamar hacia ya cumplimientos á la Este es uno de los muchos que en nuestra corrompida son estimados, únicamente porque saben acose al gusto del día con esa esterilidad halagüeña quiosas... y con ella tal vez suelen sorprender el de los hombres prudentes; pero se parecen demasiado la espuma, que por mas que hierva y abulte, al soplo se reconoce lo que es; todas las ampollas se deshacen, y no queda nada en el vaso.

## ESCENA VII.

HAMLET, HORACIO, UN CABALLERO.

CABALLERO.

Y, parece que S. M. os envió un recado con el Enrique, y este ha vuelto diciendo que esperad en esta sala. El rey me envía a saber si gustais de haber en Laertes inmediatamente, o si queréis que se di-

HAMLET.

y constante en mi resolución, y la sujeto á la voluntad. Si esta hora fuese comida para él, también para mí; con que hagase al instante ó cuando con tal que me halle en la buena disposición que

CABALLERO.

y la reina bajan con toda la corte.

HAMLET.

bien.

CABALLERO.

mi quisiera que antes de comenzar la batalla, habiera Laertes con dulzura y expresiones de amistad.

HAMLET.

vertencia muy prudente.

## ESCENA VIII.

HAMLET, HORACIO.

HORACIO.

que habéis de perder, señor

HAMLET.

oprenso que no. Desde que el partido para Francia, esado de ejercitarme, y creo que le llevaré veneno... no podéis imaginarte qué angustia siento el corazón... ¿Y sobre que? No hay motivo.

HORACIO.

¡No eso, señor...

HAMLET.

mes vinas!... Especies de presentimientos capaces de turbar un alma femenil.

HORACIO.

is interiormente alguna repugnancia, no hay pauperreros. Yo me adelantare a encontrarlos, y les estaré indispuesto.

OSRIC.

Shall I deliver you so?

HAMLET.

To this effect, sir; after what flourish your nature will.

OSRIC.

I commend my duty to your lordship. *(Exit.)*

HAMLET.

Yours, yours.—He does well, to commend it himself; there are no tongues else for's turn.

HORATIO.

This lapwing runs away with the shell on his head.

HAMLET.

He did comply with his dug, before he sucked it. Thus has he (and many more of the same breed, that, I know, the drossy age dotes on,) only got the tune of the time, and outward habit of encounter: a kind of yesty collection, which carries them through and through the most fond and winnowed opinions; and do but blow them to their trial, the bubbles are out.

Enter a Lord.

LORD.

My lord, his majesty commended him to you by young Osric, who brings back to him, that you attend him in the hall: he sends to know, if your pleasure hold to play with Laertes, or that you will take longer time.

HAMLET.

I am constant to my purposes, they follow the king's pleasure: if his fitness speaks, mine is ready; now, or whensoever, provided I be so able as now.

LORD.

The king, and queen, and all are coming down.

HAMLET.

In happy time.

LORD.

The queen desires you, to use some gentle entertainment to Laertes, before you fall to play.

HAMLET.

She well instructs me. *(Exit Lord)*

HORATIO.

You will lose this wager, my lord.

HAMLET.

I do not think so; since he went into France, I have been in continual practice; I shall win at the odds. But thou would'st not think, how ill all's here about my heart: but it is no matter.

HORATIO.

Nay, good my lord,—

HAMLET.

It is but foolery; but it is such a kind of gain-giving, as would, perhaps, trouble a woman.

HORATIO.

If your mind dislike any thing, obey it: I will forestall their repair hither, and say, you are not fit.

HAMLET.

No, no... Me burlo yo de tales presagios. Hasta en la muerte de un pajarillo interviene una providencia irresistible. Si mi hora es llegada, no hay que esperarla; si no ha de venir ya, señal que es ahora; y si ahora no fuese, habrá de ser después: todo consiste en hallarse prevenido para cuando venga. Si el hombre al terminar su vida ignora siempre lo que podrá ocurrir después, ¿qué importa que la pierda tarde ó presto? Sepa morir (11).

## ESCENA IX.

HAMLET, HORACIO, CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES, ENRIQUE, CABALLEROS, DAMAS, ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Ven, Hamlet, ven y recibe esta mano que te presento.

(Hace que Hamlet y Laertes se den la mano.)

HAMLET.

Laertes, si estais (12) ofendido de mí, os pido perdón. Perdonadme como caballero. Cuantos se hallan presentes saben, y aun vos mismo lo habreis oído, el desórden que mi razón padece. Cuanto haya hecho insultando la ternura de vuestro corazón, vuestra nobleza ó vuestro honor, cualquiera acción, en fin, capaz de irritaros, declaro solemnemente en este lugar que ha sido efecto de mi locura. ¿Puede Hamlet haber ofendido á Laertes? No. Hamlet no ha sido, porque estaba fuera de sí; y si en tal ocasión (en que él á sí propio se desconocía) ofendió á Laertes, no fué Hamlet el agresor, porque Hamlet lo desaprueba y lo desmiente. Pues ¿quién puede ser? Su demencia sola... Siendo esto así, el desdichado Hamlet es partidario del ofendido, al paso que en su propia locura reconoce su mayor contrario. Permitid pues que delante de esta asamblea me justifique de toda sinistra intención, y espero de vuestro ánimo generoso el olvido de mis desaciertos. Disparaba el arpon sobre los muros de ese edificio; y por error herí á mi hermano.

LAERTES.

Mi corazón, cuyos impulsos naturales eran los primeros á pedirme en este caso venganza, queda satisfecho. Mi honra no me permite pasar adelante, ni admitir reconciliación alguna, hasta que examinado el hecho por ancianos y virtuosos arbitros, se declare que mi pundonor está sin mancilla. Mientras llega este caso, admito con afecto reciproco el que me anunciáis, y os prometo de no ofenderle.

HAMLET.

Yo recibo con sincera gratitud ese ofrecimiento, y en cuanto á la batalla que va á comenzarse, lidiaré con vos como si mi competidor fuese mi hermano... Vamos. Dadnos floretes.

LAERTES.

Sí, vamos... uno á mí.

HAMLET.

La victoria no os será difícil: vuestra habilidad lucirá sobre mi ignorancia, como una estrella resplandeciente entre las tinieblas de la noche.

LAERTES.

No os burleis, señor.

HAMLET.

No, no me burlo.

CLAUDIO.

Dales floretes, joven Enrique. Hamlet, ya sabes cuáles son las condiciones.

HAMLET.

Sí, señor, y en verdad que habeis apostado por el mas débil.

(Traen los criados una mesa, y en ella, cuando lo manda Claudio, ponen jarros y copas de oro que llenan de vino. Claudio y Gertrudis se sientan junto á la mesa, y todos los demás, según su clase, ocupan los asientos restantes. Quedan en pie los criados que sirven las copas, Hamlet y Laertes, que se disponen para batallar, y Horacio y Enrique en calidad de jueces ó padrinos.)

HAMLET.

Not a whit, we defy augury; there is a special providence in the fall of a sparrow. If it be now, 'tis come; if it be not to come, it will be now; if it not, yet it will come: the readiness is all: since what he leaves, knows, what is't to leave he let be.

Enter King, Queen, Laertes, Lords, Oric, and dams, with foils, etc.

KING.

Come, Hamlet, come, and take this hand from (The King puts the hand of Laertes into that of Hamlet.)

HAMLET.

Give me your pardon, sir: I have done you wrong But pardon it, as you are a gentleman. This presence knows, and you must needs have felt How I am munnish'd with a sore distraction. What I have done, That might your nature, honour, and exception, Roughly awake, I here proclaim was madness. Was't Hamlet wrong'd Laertes? Never, Hamlet: If Hamlet from himself be taken away, And, when he's not himself, does wrong Laertes Then Hamlet does it not, Hamlet denies it. Who does it then? His madness: if't be so, Hamlet is of the faction that is wrong'd; His madness is poor Hamlet's enemy. Sir, in this audience, Let my disclaiming from a purposed evil Free me so far in your most generous thoughts, That I have shot my arrow o'er the house, And hurt my brother.

LAERTES.

I am satisfied in nature, Whose motive, in this case, should stir me most To my revenge: but, in my terms of honour, I stand aloof; and will no reconciliation, Till by some elder masters, of known honour, I have a voice and precedent of peace, To keep my name ungored: but till that time, I do receive your offer'd love like love, And will not wrong it.

HAMLET.

I embrace it freely; And will this brother's wager frankly play.— Give us the foils; come on.

LAERTES.

Come, one for me.

HAMLET.

I'll be your foil, Laertes; in mine ignorance Your skill shall, like a star in the darkest night, Stick fiery off indeed.

LAERTES.

You mock me, sir.

HAMLET.

No, by this hand.

KING.

Give them the foils, young Oric.—Cousin Hamlet You know the wager?

HAMLET.

Very well, my lord. Your grace hath laid the odds o' the weaker side

CLAUDIO.

perder. Yo os he visto ya esgrimir á entram-  
bos; que él haya adelantado después, por eso mis-  
mo es mayor á favor nuestro.

LAERTES.

muy pesado. Dejádme ver otro.  
*presenta varias flores. Hamlet toma una, y  
Laertes escoge otra.*

HAMLET.

¿parece bueno...? ¿Son todos iguales?

HENRIQUE.

or.

CLAUDIO.

esta mesa de copas llenas de vino. Si Hamlet de  
a ó segunda estocada, ó en la tercera suelta de  
al contrario, disparen toda la artillería de las al-  
el rey beberá á la salud de Hamlet, echando en  
na perla mas preciosa que la que han usado en  
los cuatro últimos soberanos daneses..... Tráed  
, y el timbal diga á las trompetas, las trompe-  
llero distante, los cañones al cielo, y el cielo á  
ahora brinda el rey de Dinamarca á la salud de  
. Comenzad, y vosotros, que habéis de jugarlos,  
atenidos.

HAMLET.

(15).

LAERTES.

, señor. *(Batallan Hamlet y Laertes.)*

HAMLET.

LAERTES.

iguen.

HENRIQUE.

tocada, no hay duda.

LAERTES.

otra.

CLAUDIO.

d..... Dadme de beber. *(Claudio cede una perla  
a y debe, alarga después la copa á Hamlet, y dé-  
maria. Suena á lo lejos ruido de trompetas y  
s.)* Hamlet, esta perla es para ti, y brindo con  
salud. Dadle la copa.

HAMLET.

á un poco. *(Vuelven á batallar.)* Quiero dar este  
oro. Vámonos..... Otra estocada. ¿Qué dices?

LAERTES.

ha tocado: lo confieso.

CLAUDIO.

nuestro hijo venciera.

GERTRUDIS.

veso y se fatiga demasiado. Ven aquí, Hamlet,  
n lienzo y límpiate el rostro... La reina brinda á  
fortuna, querido Hamlet. *(Toma la copa y bebe;  
s quiere salir; y Gertrudis bebe segunda vez.)*

HAMLET.

¡gracias, señora.

CLAUDIO.

habéis.

GERTRUDIS.

eflor, perdonadme, yo he de beber.

CLAUDIO.

pa envenenada!..... Pero... no hay remedio.

HAMLET.

sea no bebo, esperad un instante.

GERTRUDIS.

¡je mío, te limpiaré el sudor del rostro.

LAERTES.

oreis si le acierto.

tabia con Claudio en sus brazos, mientras Gertru-  
dicia con un lienzo el sudor á Hamlet.)

KING.

I do not fear it: I have seen you both:—  
But since he's better'd, we have therefore odds.

LAERTES.

This is too heavy, let me see another.

HAMLET.

This likes me well. These fellows have all a length \*  
*(They prepare to play.)*

OSCAR.

Ay, my good lord.

KING.

Set me the stoups of wine upon that table:—  
If Hamlet give the first or second hit,  
Or quit in answer of the third exchange,  
Let all the battlements their ordnance fire;  
The king shall drink to Hamlet's better breath;  
And in the cup an union shall he throw,  
Richer than that which four successive kings  
In Denmark's crown have worn. Give me the cups;  
And let the kettle to the trumpet speak,  
The trumpet to the cannoneer without,  
The cannoneer to the heaven, the heaven to earth,  
Now the king drinks to Hamlet.—Come, begin!—  
And you, the judges, bear a wary eye.

HAMLET.

Come on, sir,

LAERTES.

Come, my lord, *(They play.)*

HAMLET.

Osc.

LAERTES.

No.

HAMLET.

Judgment.

OSCAR.

A hit, a very palpable hit.

LAERTES.

Well,—again.

KING.

Stay, give me drink. Hamlet, this pearl is thine;  
Here's to thy health.—Give him the cup.  
*(Trumpets sound; and cannon shot off within.)*

HAMLET.

I'll play this bout first, set it by awhile.  
Come—Another hit; What say you? *(They play.)*

LAERTES.

A touch, a touch, I do confound.

KING.

Our own shall win.

OSCAR.

He's fat, and smart of health.—  
Here, Hamlet, take my napkin, rub thy brow;  
The queen carouses to thy fortune, Hamlet.

HAMLET.

Good mother,—

I will, my lord;—

(Addr.)

CLAUDIO.

Yo pienso que no.

LAERTES.

No sé qué repugnancia siento al ir á ejecutarlo.

HAMLET.

Vamos á la tercera, Laertes... Pero bien se ve que lo tomáis á fiesta: batallad, os ruego, con mas ahinco. Mucho temo que os burleis de mí.

LAERTES.

¿Eso decís, señor? Vamos.

(Batallan.)

ENRIQUE.

Nada: ni uno ni otro.

LAERTES.

Ahora... esta...

(Vuelven á batallar; se enfurecen, truecáanse las espadas y quedan heridos los dos. Horacio y Enrique los separan con dificultad; Gertrudis cae moribunda en los brazos de Claudio. Todo es terror y confusion.)

CLAUDIO.

Parece que se acaloran demasiado... Separadlos.

HAMLET.

No, no, vamos otra vez.

ENRIQUE.

Ved qué tiene la reina... ¡Cielos!

HORACIO.

¡Ambos heridos! ¿Qué es esto, señor?

ENRIQUE.

¿Cómo ha sido, Laertes?

LAERTES.

Esto es haber caído en el lazo que preparé... justamente muero víctima de mi propia traición.

HAMLET.

¿Qué tiene la reina?

CLAUDIO.

Se ha desmayado al veros heridos.

GERTRUDIS.

No, no... ¡La bebida!... ¡Querido Hamlet!... ¡La bebida!... Me han envenenado! (Queda muerta en la silla.)

HAMLET.

¡Oh, qué alevosía!... ¡Oh!... Cerrad las puertas... Traición... Buscad por todas partes... (14).

LAERTES.

No, el traidor está aquí. (Dirá esto sostenido por Enrique.) Hamlet, tú eres muerto... No hay medicina que pueda salvarte: vivirás media hora apenas... En tu mano está el instrumento alevé, bañada con ponzoña su aguda punta... ¡Volvióse en mi daño la trama indigna!... Vesme aquí postrado para no levantarme jamás... Tu madre ha bebido un tosigio... No puedo proseguir... El rey, el rey es el delincuente.

(Claudio quiere huir. Hamlet corre á él furioso, y le atravesó la espada por el cuerpo. Toma la copa envenenada, y se la hace apurar por fuerza. Le deja muerto en el suelo, y vuelve á oír las últimas palabras de Laertes.)

HAMLET.

¿Esta envenenada esta punta? Pues, veneno, produce tus efectos.

TODOS.

Traición, traición.

CLAUDIO.

Amigos, estoy herido... Defendedme.

HAMLET.

¡Malvado, incestuoso, asesino! Bebe esta ponzoña... ¿Esta la perla aquí? Sí, toma (15), acompaña a mi madre.

LAERTES.

¡Justo castigo!... El mismo preparó la poción mortal... Olvidémonos de todo, generoso Hamlet, y... ¡Oh, no caiga sobre tí la muerte de mi padre y la mía, ni sobre mi la tuya! (Cae muerto.)

KING.

I do not think it.

LAERTES.

And yet it is almost against my conscience. (1)

HAMLET.

Come, for the third, Laertes. You do but dally; I pray you, pass with your best violence I am afeard, you make a wanton of me.

LAERTES.

Say you so? come on. (They)

OSRIC.

Nothing, neither way.

LAERTES.

Have at you now.

(Laertes wounds Hamlet; then, in scuffling, they rapiers, and Hamlet wounds Laertes.)

KING.

Part them, they are incens'd.

HAMLET.

Nay, come again. (The queen)

OSRIC.

Look to the queen there, ho!

HORATIO.

They bleed on both sides. —How is it, my lord?

OSRIC.

How is't, Laertes?

LAERTES.

Why, as a woodcock to my own springe, Osric; I am justly kill'd with mine own treachery.

HAMLET.

How does the queen?

KING.

She swoons to see them ble

QUEEN.

No, no, the drink, the drink,—O my dear Hamlet The drink, the drink;—I am poison'd!

HAMLET.

O villany!—Ho! let the door be lock'd Treachery! seek it out. (Laertes)

LAERTES.

It is here, Hamlet: Hamlet, thou art slain; No medicine in the world can do thee good, In thee there is not half an hour's life; The treacherous instrument is in thy hand, Unbated, and envenom'd: the foul practice Hath turn'd itself on me; lo, here I lie, Never to rise again. Thy mother's poison'd; I can no more, the king, the king's to blame.

HAMLET.

The point Envenom'd too!—Then, venom to thy work. (Stabs the)

OSRIC AND LORDS.

Treason, treason!

KING.

O, yet defend me, friends, I am but hurt.

HAMLET.

Here, thou incestuous, murd'rous, damned Dane, Drink off this potion:—Is the union here? Follow my mother. (King)

LAERTES.

He is justly serv'd;

It is a poison temper'd by himself.— Exchange forgiveness with me, noble Hamlet. Mine and my father's death come not upon thee; Nor thine on me

HAMLET.

No te perdones... Ya voy a seguirte... Yo muero, ... Adios, reina infeliz... *(Abrazando el cadáver de la.)* Vosotros, que asistís pálidos y mudos con el este suces terrible... Si yo tuviera tiempo... *(Em-manifestar desfallecimiento y angustias de muerte. e los circunstantes le acompañan y sostiene. Horacio trema de dolor.)* La muerte es un ministro ine- que no denta la ejecución... Yo pudiera deciros... es posible... Horacio, yo muero. Tu, que vivas, la verdad y los motivos de mi conducta á quien los

HORACIO.

? No lo creas. Yo tengo alma romana, y aun ha o aquí parte del tosigo.

*en la mesa el jarro del veneno, echa porción de el la copa, va a beber. Hamlet quiere estorbárselo, riados quitan la copa á Horacio, la toma Hamlet. ira al suelo.)*

HAMLET.

esa copa... presto... por Dios te lo pido. ¡Oh, que- ración! Si esto permanece oculto, ¿qué manchada re- u dejare despues de mi muerte! Si alguna vez me gar en tu corazón, retarda un poco esa felicidad teces, alarga por algun tiempo la fatigosa vida en undo lleno de miserias, y divulga por el mi historia... atrepito militar es este?

*musica militar, que se va aproximando lentamente.)*

## ESCENA X.

ET, HORACIO, ENRIQUE, UN CABALLERO Y ACOMPA- ÑAMIENTO.

CABALLERO.

en Fortinbras, que vuelve vencedor de Polonia, con la salva marcial que ois á los embajadores de ta.

HAMLET.

piro, Horacio; la activa ponzoña sufoca mi alien- puerdo vivir para saber nuevas de Inglaterra; pero vo (16) á anunciar que Fortinbras sera elegido por nación. Yo mentando le doy mi voto... Diselo tú, aale de cuanto acaba de ocurrir... ¡Oh! Para mí so- a ya... silencio eterno. *(Muere.)*

HORACIO.

u, se rompe ese gran corazón... Adios, adios, ama- upre: *(Le besa las manos, y hace ademanes de dolor.)* ros angelicos te acompañen al celeste descanso... como se acerca hasta aquí ese estruendo de atam-

## ESCENA XI.

EBRAS, DOS ENBAJADORES, HORACIO, ENRIQUE, SOLDADOS, ACOMPAÑAMIENTO.

FORTINBRAS.

londe estarese espectáculo? (17)

HORACIO.

búsquen aquí? Si no queréis ver desgracias espan- o pasas adelante.

FORTINBRAS.

Este destrozó pide sangrienta venganza... Soberbia que festin dispones en tu morada infernal, que berado con un golpe solo tantas ilustres victimas?

ENBAJADOR PRIMERO.

enza... El verdo... Tarde hemos llegado con los men- Inglaterra. Los oídos á quienes debíamos dirigir- ra insensibles. Sus ordenes fueron puntualmente las. Ricardo y Guillermo perdieron la vida... Pero, es clara las gracias de nuestra obediencia?

HORACIO.

recibirlos de su boca aunque viviese todavía, que dio orden por tales muertes. Pero puesto que

HAMLET.

Heaven make thee free of it! I follow thee. I am dead, Horatio:—wretched queen, adieu!— You that look pale and tremble at this chance, That are but nutes or audience to this act, Had I but time, (as this fell sergeant, death, Is strict in his arrest,) O, I could tell you,— But let it be.—Horatio, I am dead; Thou liv'st; report me and my cause aright To the unsatisfied.

HORATIO.

Never believe it; I am more an antique Roman than a Dane. Here's yet some liquor left.

HAMLET.

As thou'rt a man,— Give me the cup; let go; by heaven I'll have it.— O God!—Horatio, what a wounded name, Things standing thus unknown, shall live behind me? If thou didst ever hold me in thy heart, Absent thee from felicity awhile, And in this harsh world draw thy breath in pain, To tell my story.—

*(March afar off, and shot within.)*

What warlike noise is this?

OSRIC.

Young Fortinbras, with conquest come from Poland, To the ambassadors of England gives This warlike volley.

HAMLET.

O, I die, Horatio; The potent poison quite o'er-crows my spirit; I cannot live to hear the news from England: But I do prophecy, the election lights On Fortinbras; he has my dying voice; So tell him, with the concurrents, more or less, Which have solicited.—The rest is silence. *(Dies.)*

HORATIO.

Now cracks a noble heart:—Good night, sweet prince And flights of angels sing thee to thy rest! Why does the drum come hither? *(March within.)*

*Enter Fortinbras, the English Ambassadors, and others.*

FORTINBRAS.

Where is this sight?

HORATIO.

What is it, you would see? If aught of woe, or wonder, cease your search.

FORTINBRAS.

This quarry cries on havoc?—O proud death! What feast is toward in thine eternal cell, That thou so many princes, at a shot, So bloodily hast struck?

I AMBASSADOR.

The sight is dismal; And our affairs from England come too late: The ears are senseless, that should give us hearing, To tell him, his commandment is fulfill'd, That Rosencrantz and Guildenstern are dead: Where should we have our thanks?

HORATIO.

Not from his mouth, Had it the ability of life to thank you; He never gave commandment for their death.

vos, viniendo victorioso de la guerra contra Polonia, y vosotros, enviados de Inglaterra, os hallais juntos en este lugar, y os veo deseosos de averiguar este suceso trágico, disponed que esos cadáveres se espongan sobre una tumba elevada á la vista pública, y entonces haré saber al mundo, que lo ignora, el motivo de estas desgracias. Me oireis hablar (pues todo os lo sabré referir fielmente) de acciones crueles, bárbaras, atroces: sentencias que dictó el acaso, estragos imprevistos, muertes ejecutadas con violencia y leve astucia, y al fin proyectos malogrados que han hecho perecer á sus autores mismos.

FORTINBRÁS.

Deseo con impaciencia oiros, y convendrá que se reúna con este objeto la nobleza de la nación. No puedo mirar sin horror los dones que me ofrece la fortuna; pero tengo derechos muy antiguos á esta corona, y en tal ocasion es justo reclamarlos.

HORACIO.

También puedo hablar en ese propósito, declarando el voto que pronunció aquella boca que ya no formará sonido alguno... Pero ahora que los ánimos están en peligroso movimiento, no se dilate la ejecucion un instante solo, para evitar los males que pudieran causar la malignidad ó el error.

FORTINBRÁS.

Cuatro de mis capitanes lleven al túbulo el cuerpo de Hamlet con las insignias correspondientes á un guerrero. ¡Ah! si él hubiese ocupado el trono, sin duda hubiera sido un excelente monarca... Resuene la música militar por donde pase la pompa fúnebre, y hágansele todos los honores de la guerra... Quitad, quitad de ahí esos cadáveres. Espectáculo tan sangriento mas es propio de un campo de batalla que de este sitio... Y vosotros haced que salude con descargas todo el ejército.

But since, so jump upon this bloody question,  
You from the Polack wars, and you from Englan',  
Are here arriv'd; give order, that these bodies  
High on a stage be placed to the view;  
And let me speak, to the yet unknowing world,  
How these things come about: so shall you hear  
Of carnal, bloody, and unnatural acts;  
Of accidental judgments, casual slaughters;  
Of deaths put on by cunning, and forc'd cause;  
And, in this upshot, purposes mistook  
Fall'n on the inventors' heads: all this can I  
Truly deliver.

FORTINBRÁS.

Let us haste to hear it,  
And call the noblest to the audience.  
For me, with sorrow I embrace my fortune;  
I have some rights of memory in this kingdom,  
Which now to claim my vantage doth invite me.

HORATIO.

Of that I shall have also cause to speak,  
And from his mouth whose voice will draw on more.  
But let this same be presently perform'd,  
Even while men's minds are wild; lest more mischance  
On plots, and errors, happen.

FORTINBRÁS.

Let four captains  
Bear Hamlet, like a soldier, to the stage;  
For he was likely, had he been put on,  
To have prov'd most royally: and, for his passage,  
The soldier's music, and the rites of war,  
Speak loudly for him.—  
Take up the bodies.—Such a sight as this  
Becomes the field, but here shows much amiss.  
Go, bid the soldiers shoot. *(A dead march)*  
*(Exeunt, bearing off the dead bodies; after which, a peal of ordnance is shot off.)*

(10) The publisher's own printing. This copyright vests in the publisher as soon as the work is in whole or in part, or if made-up of parts.



conducirse en Francia interesan poco ni mucho, porque nada de esto tiene relación con la fábula: son pautes episódicas, desunidas, ociosas, que la dilatan sin utilidad.

(22) *Por seguir la comenzada alusión.* ¿Y qué necesidad tiene de seguirse, ni aun de haberla empezado? ¿No es error, cuando se trata de dar consejos á una niña, oscurecerlos entre metáforas y alusiones que acaso no entiendan? Díran que Polonio es un personaje ridículo; ¿y no es error introducir en una tragedia figuras ridículas?

(23) *Son relampagos, hija mía.* El amor de Hamlet es: *Un hervor de la sangre, es una violeta que se adelanta á vivir y no permanece, es perfume de un momento, es como los relampagos, que dan mas luz que calor, que se apagan pronto y no son juego verdadero.* Sus palabras son temetidas. No es verdadero el color que aparentan. *Se parecen sagrados colos, es para engañar mejor.* De toda esta inútil pompa de palabras é imágenes resulta un solo pensamiento: que no es verdadero ni puede ser durable el amor de Hamlet.

(24) *Ángels y ministros de piedad.* Este discurso está lleno de vehemencia, de terror y sublimidad trágica, y prepara oportunamente la situación que sigue después.

(25) *Si os arrebita al mar.* El temor de Horacio es justo, las ideas que le sugiere espantosas; pero Hamlet ha visto ya á su padre, y ninguna consideración le detiene, va á seguirle. ¿Qué pavorosa agitación se apodera del auditorio! ¿Con qué muda inquietud se espera el exito! Ya se olvidan cuantos desastrios han precedido: aquí triunfa el talento del poeta; ya ha conmovido con poderoso encanto los ánimos de la multitud que le sigue atónita.

(26) *Referremelo presto.* Hamlet dice bien: el muerto no debería oírse en lo que no es del caso. Esta situación, mas que otra ninguna, pide concisión y rapidez, no adornos que son impropios del personaje que habla: no reflexiones, que el auditorio las hará.

(27) *Continúe que yo apunte en este libro.* ¿No es risible ver á Hamlet en un despoblado, á media noche, á oscuras, tiritando de trio y de horror, sacar el lapicero y el libro de memoria, y apuntar á toda prisa la recordada verdad de que un hombre, aunque sepa sonreírse, puede ser un malvado? ¿Que paraje y qué ocasión para ocuparse en escribir apuntaciones insulsas!

(28) *No exulte en toda Dinamarca.* Iba á decirles que no hay en Dinamarca hombre mas intimo que su tio; pero se detiene, considerando que será mejor ocultarles lo que acaba de saber.

(29) *Por san Patricio.* Hamlet no podía jurar por san Patricio: este santo, apóstol de Irlanda, floreció mil años después. En esta obra se habla de los ángeles y los diablos, de Adán, Jesucristo, la Virgen, san Valentin, el Purgatorio, el juicio final, la sagrada Escritura, la santa Cruz, la cuaresma, domingo y la Eucaristía. Siendo lo peor que entre estas expresiones propias del cristianismo, y que suponen personajes mas modernos, se mezclan á las veces ideas gentílicas, de donde resulta un embrollo inconexo y absurdo. Lo mismo sucede en lo perteneciente á la historia profana, usos y costumbres. Alejandro, César, Bruto, Rocio, Herodes y Nerón son posteriores á Hamlet, en cuya edad no había pólvora ni cañones, minus ni hornillos, ni títulos de duque, majestad, ni alteza, ni reloxes de campana, ni estudios de Wítemberga, ni morbo gálico, ni peregrinos, ni conventos.

(30) *Si, si, sobre mi espada.* Era costumbre religiosa de los dinamarqueses jurar sobre la espada, y acaso sobre la cruz de la guarnición. Se dice que el juramento comun de los escotas era por la espada y el fuego. Los irlandeses juraban por sus espadas tambien. (Hammer, en sus *Notas a Shakespeare*.)

En España se observó antiguamente la misma costumbre, que aun dura en la milicia. Los caballeros juraban sacando la espada ó empuñandola, expresando en la fórmula: *por esta espada, por la cruz de esta espada.* A esta usanza aludió don Nicolas Fernandez de Moratin en una de sus obras, donde dice:

*Y es fama que a la bajada  
Juró por la cruz el Cid  
De su vencedora espada,  
De no quitar la celada  
Hasta que gane a Madrid.*

(31) *¡Ah! ¿Eso dice?* Letourneur, empeñado en hermosear su idolo, tuvo gran cuidado de omitir las expresiones familiares del original en todo este pasaje, como lo hace en otros muchos. Aquello de *hombre de bien*, lo traduce por *sombra real*; lo de *hic et ubique*, lo pone en frances, conociendo cuán ridículo es en latin; y el *topo viejo* le transforma en *fantasma invisible*. Esto no se llama traducir.

(32) *Por eso como a un extraño debes hospedarte.* Alusión á las leyes de la hospitalidad. (Warburton, *Notas a Shakespeare*.) Nótese que Hamlet juega del vocablo, dando á la palabra *extraño* la significacion de *extranjero*.

(33) *Por mas singular y extraordinaria.* Aquí anuncia Hamlet la idea de fingirse loco, según lo verifica después.

## ACTO SEGUNDO.

(1) *Escena primera.* Esta escena se omite en la representación, es del todo inútil, pertenece al género cómico, y abunda en expresiones poco decentes.

(2) *Sea un admirable golpe de prudencia.* El carácter de Polonio (lord chambelan del rey de Dinamarca, que equivale á sumiller de corps) jamás se desmiente. Viejo ridículo, presumido, entremetido, hablador infatigable, destinado á ser el gracioso de la tragedia. Los que se obstinan en defender cuanto dentro Shakespeare dicen que el carácter de este personaje está bien seguido, y tienen razón; dicen tambien que en las cortes y en los palacios hay abundancia de estos viejos ridículos, y tambien es cierto; pero tales figuras son buenas para un entremes, no para una tragedia. Los afectos terribles que deben animarla, las grandes ideas de que ha de estar llena, la noble y robusta expresion que corres-

ponde á tales pasiones, la unidad de interés que nunca debe todo esto se aviene mal con las tonterías de un viejo chocarrín. No basta que la naturaleza nos presente esta misia objetos. Un buen poeta no debe imitarla como es: es inútil é inoportuno, elige lo que es conveniente á sus fines, y cion consiste el gran secreto del arte. Es muy natural que cion presentó en el foro romano á vista del pueblo la tónica de da de César, hubiese alguna vieja mugrienta y astreama que se vendiese bigos ó asara castañas; pero si un pintor se atreviera á esta figura grotesca en un cuadro de aquel asunto, le el los Inteligentes, y en vano gritaría para disculparse, que Si, es natural (le dirían), pero destruye el efecto que la pa producir; es natural, pero inoportuno y ridiculo; y la crea m tante, puesto que debiendo imitar la naturaleza, le rebuete m:

(3) *Pues entonces él dice....* Este olvido de Polonio es cómico, digno de Molière. La debilidad de su cabeza le p guir sin interrupcion la serie de ideas que convienen á su p locuacidad llena estos vacíos con palabras insignificantes, hah y pierde de vista el objeto principal de su discurso, hasta q distante de él, que necesita preguntar al otro lo que le p

(4) *Yo estaba haciendo labor.* Por la relación de Uclia p principio ha empezado ya la seccion de su locura. El pteor duda grandes cosas de este artificio; pero en el progreso del verá que no resulta nada de interesante, y que Hamlet pcederá con suma imprudencia. Johnson dice que no se ve que está cura sea bien fundada, pues nada hace Hamlet con ella que m hacer igualmente estando en juicio.

(5) *Tan propio parece de la edad anciana.* ¿Acostumbrado á juzgar siempre de lo que sucederá por lo que ha sucedido, riendo en la práctica la presuncion de acertarlo todo, no hay circunstancia de la cual no piensen adivinar el exito. Esto les sar mas allá de los límites de la prudencia, y yerran much escoso de prevision. En los jóvenes sucede al contrario: care perterencia, no saben adivinar en el momento presente lo que púes; la vehemencia de sus pasiones les pinta los objetos dilo que son en sí; proceden con temeridad, y solo aprenden á escarmentarlos. La debilidad de los viejos y el ejemplo de lo p hace en extremo tímidos y cavilosos; el vigor de los muchos práctica del mundo, les hace atrevidos. Aquella timidez; es miento son sin duda el origen de todas sus equivocaciones.

(6) *Bien venido, Guillermo.* Ve aquí dos nuevos personajes, á no se tenia noticia, condenados entrambos á sufrir penas de morir ahorcados en Inglaterra. En el original se llaman *Tom Rosenkrantz*.

(7) *Los embajadores enviados á Noruega.* Estos embajadores en el primer acto de Elisborg, han ido á Noruega, han dado m y ya están de vuelta. Nadie dirá que se han detenido mucho.

(8) *Mi soberano y vos, señora.* Ya se ve que todo cuando d en esta escena va dirigido á excitar la risa del publico, y m Los que atribuyen esta mezcla de cómico y trágico, de bajza dad, al carácter de la nacion y no á ignorancia de los escritores vocan mucho. Los ingleses y los españoles no son ciertame sueños que los franceses; pero entre estos últimos se ha d mas acierto la poesia dramática, han aplicado á cada uno d ros los personajes, los afectos y el lenguaje que les es propi, nacion, lijera y alegre mas que otra ninguna de Europa, de c ret y llora con Phedra.

(9) *Como quiera que la brevedad.* Los exordios y podes á las protestas de que será cosa breve (que en él es imposib, sis y equivocos que viente á cada paso para divertir cultura; las distracciones que padece, las interrupciones con que c curso continuamente, su vanidad ridicula de vanidad del, sa prudente padre, y el prurito de meterse en todo y berr-importancia, llenan de sales cómicas este carácter, y nascit el gran talento de Shakespeare hubiera sabido hacer es ota otros principios.

(10) *Pero veis? ¿Qué lastima!* Hasta ahora todos los pte tragedia original han hablado cuasi siempre en verso, p n adelante usa el autor con mas frecuencia la mezcla de vers lo que tambien han querido hallar un primor sus paterm

(11) *Si el sol engendra gusanos.* De aquí en adelante se l chas expresiones en boca de Hamlet que carecen de realid considerarse que hace el papel de loco.

(12) *Aquí dice el malvado satirico.* Algunos quieren q aluda á unos versos de Juvenal, Sat. 10.

(13) *En tal caso, esturcia colocados.* Este pasaje se omiti sentacion, y debe advertirse que Shakespeare guia el con sido el autor mas honesto y decente de cuantos en su ti para el teatro.

(14) *Creo que los últimos reglamentos.* En el año de i en Inglaterra un edicto contra los vagos, incluyendo entre micos (Hammer). Vease tambien la nota 23 del acto pmo

(15) *Pero hay aquí una cria de chiquillos.* Ya echaba d que en todo este pasaje duerme profundamente el padre d. Aquí se trata de las compañías de cómicos que repres dres á fines del siglo xvi, entre las cuales tenían much músicos de la capilla real, y otra que llamaron Chiffo (Niños de la diversion), las cuales por el concurso que a la envidia de los demás cómicos, como se ve en esta r Guay grande sea el desacierto de poner en boca de Hamli no hay para qué ponderarlo. Letourneur confiesa de b este pasaje Shakespeare se aparta un poco de su usant aparta un poco.

(16) *Así en la tragedia como en la comedia.* A esta r go que hace Polonio de los varios géneros de piedad d

[illegible]

te. Hay quien ha creído que por caminos ocultos  
fija, acanudo de aquí lo consiguiera de que  
había ya que escribir dramas con unidad de  
su unidad ni de amor que apoya esta  
el punto que tales obras rompan, en quita  
vis, no será levemente premiar que pueda ha-  
ber y los sea comedias de largo veritas con un  
quien a haber, por quien no sabe el trabajo que  
en conocer en la vida de los libros desorden.

de aquellas devotas rancheras. En uno pueblecito y al  
dejar, se alude a las coplas devotas de villancicos  
canta en tiempos del amor.

o res. Masumi habia con un aneurisma, que tuvo

partidos de masas. Algunos creyentes han caído en otros errores (como uno se agacha buscando del mercado y resultando, otros, que no les han sido contrarios parecer. Esta variedad de opiniones dan lugar a dos de las paraposas que finalmente son una que no fuerce perfecta. Las que no le jure estos temas muy dignos de un pluma: *Intimidad, representaciones gigantescas, pampa de estilo, como inapropiadas, vicinas abundancia* todos con los que y el siguiente puede, y otros debates de mas horas para la lectura de *Piero*; y la imagen de la bruta al pie, el uso de la espada, que pueden, que como un fierro horrible lo tanto mejor, a fuerza de la intima, precipitando todo lo posible los obolitos. *Morphy*, que tal vez coligado en la *Fruta*, *Piero*, que describe un trozo magno, las curvas, que del río, bondadosa no se o losas las propias del amor de *Hamlet*, que demuestran. Y la *gigantesca*, la *terrible*, la *de ritas impide* o mas sorprendidos reconocen o *compartidos* o *otras derivan* las dos curvas, o *como que prevalece el rojo*, y el *guir de los* de *Marie*.

[illegible]

le de conservar las linternas y explosivos, el salir las partes, la falta de gasolina sin más, la presencia y el peso de armas, un chaleco antibalas poco cómodo, el tener que ir al baño, el peligro que se encontraba en el camino y así, formando una larga columna, desde el surco de la autopista, las columnas, el ejército, las columnas y los soldados del cuadro central.

[illegible]

## ACTO TERCEIRO

(1) Se pueden y se analizan los datos antes. Véase la parte I del primer libro.

[illegible][illegible]

Desarrollando de estos repertorios, de cuya selección participan los investigadores, el desarrollo de Shantí es uno de los programas más sofisticados para este mundo, y merece serlo.

(b) No, se comen a di nada. No se trata mas que de desenvolver la conciencia sobre que el mejor trato en esta materia es la transparencia y honestidad. Podrías muy bien hacer una lista al papel de leer, sin preocuparte ni siquiera.

(4) *Se-va este gura.* Se este un principiu a celui ce le poate de adevărat al celui ce se poate, conștientizat ca dar însuși de adevărat.  
(5) *Se transpune de către* / Se se poate căuta căutarea de adevărat  
cândă se poate căutarea de adevărat.

(3) Los que hacen de payas. En tiempos del señor Collón los señores ingleses introducían discursos, y con aquellos oráculos, incensaban de repente en el teatro, pero dar necesidad á los dramas y hacer lo contrario de lo inglés (de lo cual resultaban defectos muy considerables, y á este punto debe pertenecer.

(14) Hay desde las 14 que comulga, dentro parafinados y equisitos su-  
cres con sus propios de la fragancia, el de la comulga, el de una soga  
cuerpo con goma y jaleo. En tiempo de Shikoporo, en todo que comulga  
este cuerpo, que los sus propios parafinados Shikoporo, comulga  
de sus Shikoporo, y en el de Shikoporo, en un en el de Shikoporo  
en el de Shikoporo. Vase la foto de Shikoporo, comulga por

(11) *¿Te has enterado lo bien del asunto?* ¡A buen tiempo lo pregunta el rey! ¿Pues no ha visto ya que se representa la muerte que dió á su hermano, su casamiento con la reina, y la usurpación del trono? Claudio parece en toda esta escena un hombre estúpido.

(12) *Al rocín que está lleno de maladuras.* ¡Sublimes imágenes para una tragedia! Letourneur se guardó muy bien de traducirlas.

(13) *Que tanto el mundo va desordenado.* Ya logró Hamlet cuanto pretendía: el rey se ha conmovido, se ha llenado de terror, se ha visto precisado á huir por no manifestar mas claramente los remordimientos de su conciencia. Ya está averiguado el grande secreto. Ciertos es que mató á su hermano, que es un usurpador, asesino, seductor, incestuoso; ciertos es que la Providencia quiere su muerte; la vision terrible que habló al principe no es ficción diabólica como temió; es el alma indignada de un rey, de un esposo, de un padre infeliz. ¡Que ideas, que afectos no debe excitar en el joven Hamlet este momento en que se le disipan todas sus dudas, y descubre verdades tan funestas! Horror, piedad filial, ira, venganzas: esto ha de sentir, de esto ha de hablar... ¿Quien hubiera creído que se pondría á cantar coplas, y tocar la flauta, y decir bufonadas, y llamar jumento á su tio?

(14) *Si diez veces fuera mi madre.* Querrá decir: Aunque fuera diez veces mas delincuente de lo que es, la obedeceré, porque al fin es mi madre.

(15) *Este es el espacio de la noche.* Segun las antiguas supersticiones vulgares, la noche era execrable y profana, y el dia puro y santo. (Warburton, *Notas á Shakespeare.*)

(16) *Dejame ser cruel, pero no parricida.* La temeraria idea de Hamlet es uno de los rasgos mas felices de que pudo usar el autor para hacer interesante este personaje. Hamlet va á ver á la reina, la hablara á solas, la hará conocer la atrocidad de su delito, la reprenderá asperamente, llenará su corazón de angustias; pero á pesar de la justa indignacion que le agita, nada intentará contra la vida de su madre. Estos grandes afectos producen el patético tan esencial á la tragedia; y si en medio de su violento choque se ven triunfar aquellas pasiones virtuosas que la naturaleza inspira, no hay entonces alma sensible que pueda resistirse á la consideracion y al llanto.

Hamlet en la *Vida de Shakespeare*, cotejando la fábula de *Hamlet* con la *Electra* de Sófocles, dice así: «En ambas tragedias se ve precisado un joven principe á vengar la muerte de su padre: sus madres son igualmente culpadas, entrambas han sido parte en el asesinato de sus esposos, y se han casado despues con los agresores de aquel delito. Orestes baa sus manos en la sangre de su misma madre; y aunque no se ve esta bárbara accion en el teatro, se ejecuta tan cerca de él, que el espectador oye los gritos de Clitemnestra, pidiendo favor á Egisto é implorando perdón de su hijo que la mata, mientras Electra desde la escena le anima al parricidio. Hamlet, movido como Orestes del amor á su padre y de la misma resolución de vengar su muerte, no le dista menos el delito de su madre (que se hace mayor en el de Clitemnestra, por el incesto); pero el poeta ingles con admirable prudencia y artificio le hace abstenerse de usar con su madre violencia alguna. Esto es saber distinguir acertadamente el horror y el terror: la ultima de estas pasiones es propia de la tragedia; pero la primera debe siempre evitarse con el mayor esmero.»

Si Hamlet hubiera comparado el *Hamlet* de Shakespeare con la *Electra* de Eurípides, seria mayor todavía la preferencia del poeta inglés. La fábula de aquella traga ha griega, los caracteres de Electra y Orestes, las circunstancias de la muerte de Clitemnestra, engañada y asesinada por sus hijos, toda esta mancha de tan negros colores, y resulta un hecho tan abominable y atroce, que en ningún teatro moderno podria tolerarse.

(17) *Oh! mi culpa es nula.* Ya se ha dicho que el carácter del rey está lleno de contradicciones, y la que se advierte en esta escena no es menor que las antecedentes. Claudio acaba de disponer el viaje de Hamlet á Inglaterra para que le maten allí así que llegue; y apenas ha resuelto esta nueva maldad, se presenta en la escena lleno de compuncion y arrepentimiento, haciendo cuantos esfuerzos son posibles en un pecador para obtener la divina misericordia.

Si se perdona lo inconexo y mal preparado de esta situacion, se hallarán en ella excelentes pensamientos de filosofía cristiana. ¿Qué mas puede decirse acerca de la bondad infinita de Dios, sobre la necesidad de la oracion y sus saludables efectos, ó sobre la diferencia inmensa que existe entre la justicia humana y la divina, inalterable, incorruptible? Estas máximas de eterna verdad han en grande efecto en el teatro cuando se introducen oportunamente, y cuando (como en esta ocasion) no degeneran en declamacion moral ó discurso academico, sino que torcidas ligeramente y unidos á los afectos del personaje que las dice, ilustran la razon e indican al hombre el camino de la virtud.

(18) *Cuando este ocupado en el juego.* Hamlet quisiera matar al rey, pero le detiene la consideracion de que si le quita la vida mientras está pidiendo perdón á Dios de sus pecados, podrá salvarse; y suspende el golpe para cuando, cogiéndole menos dispuesto, le procure á un tiempo la muerte y la condenacion. Este proyecto horrible es propio de un monstruo implacable y feroz, no de un principe virtuoso y magnánimo. Todos los delitos de Claudio no son comparables al que premedita Hamlet.

(19) *Yo entre tanto retirado aquí.* Véase la nota I del primer acto.

(20) *¿Qué me mandas, arbor?* En esta escena se compensan los defectos de plan y estilo con el grande interés de la situacion, lo animado y rapido del diálogo, la viveza de las pinturas, y la agitación de los afectos.

(21) *Murió.* La muerte de Polonio no produce efecto trágico, semejante en esto á la de Arlequin. Aquel personaje ha sido poco necesario á la fábula: no ha excitado mas afectos que el de la risa, no ha sido un malvado que deba morir, ni un hombre grande y virtuoso por quien el auditorio pueda interesarse. Disgusta, no conmueve su muerte; y la accion de Hamlet, á pesar de los motivos que le determinan, parece atropellada y brutal.

(22) *Los cabellos del sol.* Es lástima que Hamlet se distraiga en estos

horros impertinentes: la situacion en que se halla pide ideas afectos y sobriedad de estilo.

(23) *Esprítus celestes, defendéme.* Esta aparicion del norte dice que viene á inflamar el ardor casi extinguido de Hamlet; no tiene razon: nunca el principe se ha manifestado mas sereno en esta escena. Si hubiese venido cuando se entretenia en dar de representar á los cómicos, ya era otra cosa.

(24) *La costumbre, aquel monstruo.* Estas reflexiones son propias de la situacion, y dichas con la brevedad conveniente para el movimiento al diálogo, no le ofuscan ni debilitan.

(25) *Porque soy pidiendo debo ser cruel.* Quiere decir, que si tuvo á su padre le obliga á ser sanguinario y vengativo.

(26) *Aquel gato viejo.* A Letourneur se le olvidó traducir

## ACTO CUARTO.

(1) *Así el oro.* Como el rey acaba su discurso con una copa, la reina, que no quiere ser menos, le responde con otra. El teatro hay mucho de esto tambien. Si don Felix es casado, ¿qué tropio que sigue al sol, doña Isabel le asegura que ella es casada enamorada del norte; si dice don Carlos que su suegro es como el fenix de Arabia, doña Leonor le replica que su suegro es escallito combatido en vano de las tempestades y las ondas. Lo de discurrir, volviéndose los interlocutores decima por decima cepto por concepto, no está ya en uso. La buena critica del teatro estos ornatos inoportunos y ajenos de toda verosimilitud.

(2) *El cuerpo está con el rey.* Steevens lo interpreta así: *«Está en la casa del actual rey; pero el verdadero (esto es, el padre) no está con su cuerpo.»* A M. Eschenberg le parece mas acertada: *«El alma está cerca del rey: pero el rey no está en su alma; que es decir: no está muerto aun como debia estar.»* Cree que se pudiera explicar en estos terminos. El rey no es el cuerpo, esto es: Claudio no es mas que un cuerpo sin alma, no rey, no hay un verdadero rey dentro de su cuerpo. Si habia tadores de Góngora viniesen á interpretar este pasaje, si habia la oscuridad en que está envuelto.

(3) *Nosotros engordamos.* No hay dificultad en decirlo. Los engordamos á los demás animales para alimentarnos con ellos; gusanos engordan despues comiéndolos á nosotros; bueyes engordan á un hombre se como un pez que tragó á su hijo. ¿Bia alimentado del cadáver de su rey. Todo esto es verdad; el mal está en que no viene á cuento, en que es muy largo, y que un principe de Dinamarca se explica en este lenguaje de Sacerdotes.

(4) *Id, capitán.* Este es el principe de Noruega, ha pasado dos primeros actos: no hay que esperar que este sea la parte alguna en el enredo de la fábula; luego que haya pasado cena de versos, se irá á Polonia, la conquistará, y volverá á casa que se acabe la tragedia.

(5) *Caballero, ¿de dónde son estas tropas?* El teatro no se habiéndose embarcado en Elsinor para ir á Inglaterra, y está en el camino con un ejército de Noruega que marcha á París, se confesar que la geografia de Shakespeare no es de las acertadas.

(6) *Cuantos accidentes ocurren.* Aquí repite Hamlet lo que otras veces: culpa su inaccion y hace nuevas propuestas de su doctrina. Las reflexiones de su discurso á son ineptitudes, y no una doctrina. Fortimbrás, que emprende la conquista de Dinamarca, y va á satisfacer veinte mil hombres por un frenético, y su ejemplo no debe ser imitado de los que aplauden de quien tenga sana razon. Los locos y los furiosos cian igualmente la vida; la diferencia está en que aquellos lo por pequeños motivos, y estos (apreciándola en todo) lo por el de la voluntario sacrificio cuando la necesidad de la comun su obligacion, la privada ó la comun utilidad lo exige.

(7) *De San Valentino.* En estos versos se alude á una costumbre muy antigua en Inglaterra. Las muchachas solteras se dan dado de ponerse á la ventana ó salir á la calle en el primer día al rayar el alba; y el joven que las vea primero, aquel es el que la fortuna las destinaba para marido ó galán.

En una comedia de Cervantes, intitulada *Pedro de Urdemalas* mencion de otra práctica vulgar en España, muy semejante á acaba de referir. Las mozas casaderas se ponian á la ventana de San Juan, con el cabello suelto y un pie desnudo sobre el lleno de agua, y estaban atentas á escuchar el primer nombre que en la calle, suponiendo que así debia llamarse el que habia marido. A esto aluden los siguientes versos de *Bruto* en la media.

*Yo por conseguir mi intento*

*Los cabellos doy al viento,*

*Y el pie izquierdo á una bacia*

*Llena de agua clara y fria,*

*Y el oido al aire atruño.*

*Erra, noche, tan sagrada,*

*Que hasta la luz que en ti nace,*

*Dicen que viene preñada*

*De alguna ventura buena*

*A quien la zacaña guardada.*

*Haz que mis oidos loque*

*Alguna que me propoque*

*A esperar suerte dichosa, etc.*

(8) *Burnas noches.* La locura de Ofelia, aunque de nada importancia principal, es un episodio que produce en la representación efecto. No se caracteriza, como la del principe, con chucarrerías, ni indirectas amarguras: la demencia de Ofelia es la de Hamlet mal fingida. La muerte de Polonio inoportuna



(7) *Quita esos dedos de mi cuello.* Ve aquí un príncipe y un gran señor de Dinamarca dentro de una sepultura, pateando un cadáver, agarrándose del pescuezo y de los pelos, y dándose de puñadas el uno al otro. A la estravagancia de la presente situación se junta la desigualdad del diálogo: humilde y grosero en boca de Laertes cuando insulta al clérigo zudo, y en la de Hamlet cuando habla de los cuatro mil hermanos y del gato y el perro; inflado y campanudo cuando uno y otro empiezan a echar bravatas y hablan de las estrellas errantes, y de levantar un monte con espaldas de tierra que tueste su frente en la zona tórrida, y otras baladronadas dignas de Pyrgopolinices. Habla la reina, y todo es diferente. ¡En qué hermosa actitud se presenta esparciendo flores sobre el cuerpo de su dulce amiga! ¡Qué triste reflexión la de que esperó adornar con ellas su tálamo nupcial, no ya su sepulcro! ¡Qué inquietud materna al ver la furia de Hamlet y su peligro! ¡Qué bellísima comparación la de la paloma cubriendo inmóvil sus nuevas crías!

(8) *Ensl.* Lago inmediato a Elsingør.

(9) *Pues sabrás, amigo.* Horacio acompañado de los marineros fué á buscar á Hamlet, y ha vuelto con él á Elsingør; pero ni en todo el camino, ni desde que llegaron, se han acordado de hablar de una cosa tan interesante como es el saber lo que le sucedió en su viaje al príncipe, y por qué extraños accidentes se halla de nuevo en Dinamarca. El que los ve salir al principio del quinto acto, espera oír de su boca todo el suceso; pero esta esperanza le burla. Horacio no es demasiado curioso, el príncipe se divierte con los sepultureros y los huesos, y luego sigue el entierro y los arañazos. Pudiera, no obstante, disimularse la tardanza de Hamlet, si su relación no estuviese llena de circunstancias inverosímiles. ¿Tan poco reclusos estaban del príncipe los dos mensajeros, tan dormilones eran, tan mal guardados tenían los despachos del rey, que así se los dejan quitar? ¿Es verisímil que Hamlet llevara en la faltriquera el sello de su padre? ¿Es creíble que Claudio no use ya de otro diferente, ó que permita que el príncipe conserve en su poder un mueble tan peligroso? Es mucha casualidad que en el combate referido en la carta dirigida á Horacio, fuese Hamlet el único que saltara al bajel enemigo; ni lo es menor la de separarse inmediatamente las dos naves y cesar el ataque: como si el corsario no hubiese tenido otro fin que el de salvar al príncipe. Preso Hamlet, se ignora por qué medios pudo librarse, ni cómo halló piratas tan desinteresados y compasivos. Dicese en la carta, y en esta escena se confirma, que los dos mensajeros siguieron su viaje á Inglaterra. ¿Para qué? ¿No saben ya que el rey quiere deshacerse de Hamlet, y que á este fin le ha enviado en su compañía? ¿Pues á qué prosiguen el viaje, que es inútil ya? ¿No era mas natural volverse atrás, seguir al corsario ó informarse á lo menos de su derrota, presentarse al rey, y hacerle saber lo ocurrido para que determinase lo que en tal caso conviniera? El autor quiso que Hamlet volviese á ver el entierro, quiso que los otros muriesen ahorcados, y no se paró en delicadezas: así salió este episodio tan mal combinado, que no hay en él la menor apariencia de verdad.

*Quodcumque ostendis mihi sic, incredulus odi.*

Véase la nota 1 del primer acto.

(10) *En hora feliz.* Este nuevo personaje es un cortesano salamero que afecta cultura y elegancia en el hablar, con populosísimo caudal de talento; así que vierte los dos ó tres períodos que llevaba estudiados, se ataca y no sabe qué decir. La presente escena no es mas trágica que las anteriores: las voces y frases afectadas de que usa Enrique (en el original se llama Osrick), las réplicas y correcciones de Hamlet, la altercación sobre si el tiempo es caloroso ó frío, las instancias cariñosas para que se ponga el sombrero, la burla que de él hace imitando su estilo ponderativo y crespado, son chistes cómicos que solo tienen el defecto de no ser oportunos.

nos. Si el autor no hubiese hecho morir de mala muerte á Lardo y Guillermo, cualquiera de ellos hubiera desempeñado sin necesidad de aumentar personajes, cuyo número sí es cuando sea necesario, embarazado mucho la fábula. En esta dos interlocutores: no es fácil hacer nada bueno con tanta

(11) *Sepa morir.* La voz común de que el corazón no es de fundamento: después de ocurrido un mal, se dice que el corazón; pero antes de suceder no lo adivina. Los príncipes anuncian desgracia ó felicidad son casi siempre tan inciertos, es casualidad no mas. La prudencia es la única la oscuridad nos guía, y esta nos abandona á lo mejor, y nuestro destino es ignorar lo que suceda después, y cuando no en penetrarlo, pasamos de la ignorancia al error. Disiponga cualquier fortuna, bágase fuerte para sufrir los golpes de aparte de sí al temor que anuncia desdichas que no vendrá nos hace incapaces de tolerarlas; y pues vivimos bajo la Providencia irresistible, solo nuestra fortaleza hará menor los males. Tal es la opinión de Hamlet.

(12) *Si estás ofendido.* Al acercarse la catástrofe, hacíamable al protagonista Hamlet, reconociendo el escocópide perdon á Laertes de haberle ofendido. Su cándor y proceder hacen resaltar mas la pérdida de sus enemigos que una muerte tan alevosa.

(13) *Vamos.* Habiendo visto ya la escena de la sepultura, no parecerá tan estravagante como lo es en efecto el cido un desafío de espada para desenlazar una tragedia. L por una equivocación, tomando la copa del veneno que est para Hamlet; y es de admirar en esto la falta de precaución y el poco esfuerzo que hace para impedir que beba la ciertamente no quería matar. Laertes muere también pidad; ni se alcanza cómo pudo verificarse naturalmente el espadas, lo cual (como observa Johnson) mas parece un necesidad, que un rasgo del arte.

(14) *Buscad por todas partes.* De aquí en adelante hasta de la tragedia es natural el estilo sin ser humilde, elegas ornato de metáforas, comparaciones líricas, ni frases huecas: digno de la situación y los personajes.

(15) *Toma, acompaña a mi madre.* Ve aquí lograda poru venganza que pidió el muerto al principio del drama, la e fica sin que en ella perezca también el mismo á quien el la ejecución. Todos los principales personajes de esta trag culpados ó inocentes, sin que esta matanza general sirva d efecto trágico; pues al contrario le disminuye, dividiendo debería concentrarse en uno solo. Los cuatro cadáveres qu tan la escena forman un objeto horrendo, no terrible. Par tor hizo la crítica de su obra cuando dijo por boca de Fortu espectáculo solo es propio de un campo de batalla.

(16) *Me atrevo á anunciar.* Este pasaje está un poco e que el autor quiere decir que Inglaterra, como dependie marca, daba sus votos en la elección de los soberanos dan insinu su deseo de que Fortimbras le suceda en el trono, Inglaterra aprobará y confirmará tal elección.

(17) *En dónde está este espectáculo?* Como el personaje brás es del todo inútil, no es maravilla que esta segunda sea tan intempestiva y ociosa como la primera. La brevedad coquisado á Polonia, y vuelve vencedor, es prodigiosa por cirt es menos singular que en dos ó tres días hayan llegado á Ing cardo y Guillermo, y ya estén los embajadores ingleses en la la noticia del mal despacho que hallaron en Londres aque

# LA DERROTA DE LOS PEDANTES.

*Esta obra no necesita prólogo, por eso no le tiene. No cala a nadie, pero el autor no ha querido ponerlos.*

¿Apolo durmiendo la siesta á mas y mejor eucaire de pluma; un mosquitero verde le descubierta y mosca; la alcoba tenebrosa y fresca; en profundo silencio, y el dios bien comido, do y nada cuidadoso. Roncaba pues su voluntad haciendo retumbar las bovedas; y Mercurio habia quedado traspuesto en un chiribitil cerrese á Pluton, por no darse al diablo, viendo que de su hermano no le dejaban pegar los ojos. Ocupaban las dos referidas deidades, cuando se levanto tal estruendo en los patios, correllalon del palacio, que parecia hundirse aquella maquina. Alterose Mercurio, dio un salto de suelo, y hubo de perder el juicio hallandose a su sin talaros, porque madama Terpsicore, la ona y revoltosa de todas las nueve, habia ido a la cama pasito a pasito, y se los habia quitado el rabiar. Alligiose sobremanera, y a tientas greguescos, la chupa y la camisa; porque es el tal dios no puede dormir en verano, si no de los trastos, quedandose a la hijera como su arrio.

¿Halló decente el correveidile de los dioses, metidos con su caduco en la mano y en la cascumbado sombrerillo. Iba corriendo a averisista del alboroto; y al atravesar un corredor vio unijon de gente que luego conoció ser de los de ardo de Valbuena y el buen Ereilla conducan mayada y casi moribunda, el peinado deshecho, y las narices hinchadas y sangrientas. «¿Que por el dios al ver aquel lastimoso espectáculo, o? ¿Que ha de ser?» respondió Juan de la Cueva, haciendo arie a la desmayada con un cuaderno es, ¿que ha de ser? sino que toda la comarca es el palacio lleno de enemigos, las musas cual venos estropeadas, y Apolo, nuestro señor, muy quedar por puertas si duerme cuatro minutos to no sabremos... No hay mas que saber, afia, sino buscar a Apolo, darle parte de lo que ha todos a la defensa, sin andarse en aqui me entute la tienes, Pedro. «¿Casputa, dijo Mercurio dando un salto me he venido a comer a esta al Ben ha la yo en no querer admitir el conas que no he tenido me molia a recados todos es: mi padre come much mejor que el, y mas los trazos de neclar que tres pucheros de rde Azampe; no, si yo no fuera tonto, no me esto. Majadero de mi, que podria estar ahora en, mientras mi machastra duerme la siesta, jullebe a la pipirigania y al salta tu, y por que ahora sabe lo que me aguarda! ¡Voto va mi for-

ra Mercurio lleno de indignacion; y mientras an a acostar a la triste Chio, y otros buscaban a que estaba herborizando en un tejado humedo,

y otros corrian desatinados, de una parte a otra, el marchó en diligencia a la alcoba de Apolo, que muy ajeno de lo que pasaba roncaba todavia como un provincial.

Dióle un pellizco, y otro y otro, y ni por esas podia despertarle; de manera, que irritado de la poltroueria, alzó el palitroque de las serpientes, y le dió con él tan desmesurado masculillo, que a darle otro, no lo hubiera contado por gracia el señor Tiembreo. Desenvolviose de las colchas medio aturrido, y a pocas razones que entre los dos pasaron, los interrumpieron Erato y Polimnia, que entraron en el dormitorio dando alaidos y remesandose los pelos como unas desesperadas.

«¿Qué haces, hermano? le decian a Apolo: aprisa, corre, vuela, vete por la puerta de la bodega, que ya las Horas han ensillado y enfrenado a Flegon para que montes en el y escapes. Corre, y avisa a nuestro padre Júpiter para que a fuerza de rayos, centellas y tempestades de azufre, alquitrán y ruedas de molino ataje, si puede, nuestra desgracia. ¡Ay! y dirasle que no se descuide, que no es esta como la de antaño; que no son gigantillos de por ahilos que tiene que despachurrar y hacer jigote, sino un ejército el mas formidable que se habra visto desde que, para oprobio de la humanidad, se estilan ejercitos en el mundo.

—Vamos, dijo Apolo, vamos á ver qué es ello, que ni yo os entiendo, ni puedo adivinar a qué viene toda esta bulla, y a buena cuenta ya estoy medio descalabrado, y cuanto he comido se me ha revuelto en el estomago con el susto. —Ay, hijo mio, ¿descalabrado estas? dijo Erato; pues qué, ¿te has hallado ya en la refriega? ¿Te ha berido alguno de aquellos poetas descomunales?—No se quién me ha berido, dijo Apolo; pero ¿qué dices de portas? ¿que? Los que asisten en palacio, y son mis cortesanos y amigos, ¿han podido mover alguna sedicion?—No son esos, replico Polimnia; ni ¿cómo era posible caber en ellos tal iniquidad? Ni son los que conocemos, ni son portas, ni sabios, ni cosa que lo valga: son unas cuantas docenas de docenas de pedantones, copleros ridiculos, literatos presumidos, criticos ignorantes, autores de tanta traduccion galicada, tanto compendio superficial, tantos versucillos infelices que ni hemos inspirado ni hemos visto. Son de aquellos que de todo tratan y todo lo embrollan, para quienes no hay conocimiento ni facultad peregrina: unos, que hacen trafico del talento ajeno, y le machacan, y le ultran, y le revuelven, y le venden al publico dividido en tomas; otros, que no habiendo saludado jamas los preceptos de las artes, y careciendo de aquella sensibilidad, don del cielo, que es sola capaz de dar el gusto fino y exacto que se necesita para juzgarlas, se atreven á decir con aire magistral de todo lo que no es suyo; persiguen y ahogan los mejores ingenios con sátiras tan mordaces como desatinadas, y aspiran por medios viles a levantar su gloria sobre la ruina de los demas. Otros y estos, estos son los mas en numero y los mas insolentes, que pasan la vida atando en insufribles versos una polilla asquerosa, que embadur-

nan y apestan el teatro con unas cosas que llaman comedias, compuestas de retazos mal arrancados de aqui y de alla, atestadas de mas defectos que los originales que copian, y sin ninguna de aquellas perfecciones que disculpan ó hacen olvidar los errores de las antiguas. Estos son los que por tanto tiempo han tenido y tienen tiranizado el teatro español; estos los que empuercan diariamente los papeles públicos, y estos, en fin, los que haciéndose intérpretes de la nacion que los tolera, se han atrevido al son de zambombas, chiflitos y cencerros, á llorar las desgracias de la patria en la pérdida de sus amados príncipes, y á interrumpir con desapacibles graznidos el comun quebranto, cuando la muerte arrebató al cielo al mas piadoso de sus reyes, para levantar sobre el trono español al mas grande de todos ellos. Estos son los que acaudillan y dan atrevimiento á los demás. Pero ¿qué me detengo?... ¡Miseria!... Corre, y veras por ti mismo lo que es ocioso referir: el riesgo es inminente; y si tu presencia no le aparta, se perdió el Parnaso; tu soberanía y el esplendor de las musas castellanas se perdieron para siempre.»

En efecto, Apolo echó á correr como un gano, y Mercurio jadeando detrás de él se desesperaba por la pérdida de sus talares. De esta manera iban que volaban á puto el postre, y el estruendo militar crecía por instantes. Abrió Apolo una ventana que daba al patio del alcázar, y vió el mas tremendo espectáculo que pudiera creerse. Dos ejércitos (porque segun su número no parecían otra cosa) se combatían furiosamente al pié de la escalera principal: el uno defendiendo el paso de ella; y el otro, que ocupaba todo el portalon y gran parte de las galerías bajas, obstinado en abrirse camino y ganar los puestos que se le defendían. El ejército amigo se componía de las guardias y dependientes del palacio, y de los poetas comensales de Apolo, que capitaneaban las tropas y resistían con vigor los ataques del enemigo, en tanto que las musas, esto es, siete de las nueve, porque Caliope y Clio estaban ya á componer, acompañadas de varias niñas subalternas y de las criadas, se ocupaban en conducir al puesto armas y pertrechos para los que combatían en defensa de su titubeante honor. El ejército contrario era una turba confusa de diversas gentes que habia unido por casualidad el furor, y peleaban sin orden ni disciplina, ni jefes que los gobernasen; pero con tal ímpetu y desesperado arroyo, que entrambos dioses revelaron mucho del éxito que podría tener aquella tremenda pelea.

Apolo se rebujó en una capa astrosa que al paso le prestó un proyectista, y se caló hasta las cejas un bonete de doctor para no ser de nadie conocido. Echó á andar siguiéndole su hermano, y á breve rato se hallaron en lo alto de la escalera. Mercurio quiso informarse del estado de las cosas, y volvió diciendo que por parte de los suyos se hacían prodigios de valor; pero que era tal la fuerza contraria, que temían verse precisados á retirarse á las eminencias para desde allí ofender con mas ventaja, aunque en menos terreno, á los sitiadores.

Malas nuevas fueron estas para el dios de los tabardillos: tanto que al escucharlas comenzó á temblar de pié y de mano, como los que tienen mucho miedo; el cual miedo se le aumentó sobremanera viendo subir á Terpsicore muy llorosa y cariacontecida con un diente en la mano, y apretándose con toda su fuerza un chichon que llevaba en la frente tamaño como un huevo; y entre suspiros y sollozos y gemidos tristísimos. «¡Ay hermanos! dijo, que esto va de mal en peor; los nuestros ya desfallecen: Quevedo y Cervantes ¡mi querido Cervantes! están heridos, y se han retirado de los puestos que guardaban; los enemigos se aumentan sucesivamente; no hay remedio, cedamos á tanta desventura.

—¿Y mis zapatos? dijo Mercurio; ¿qué hiciste de ellos? ¿en dónde me los has puesto, picarona? — Abi los tienes, respondió la Musa sacándolos de la faltriquera; pónelos

aprisa, que para escaparte son que ni pintados. — ¿Y eso de escapar? replicó Mercurio puesto ya en cucl: atándose á toda prisa las correbuelas de los escaralijeros: ¿yo escapar? no en mis días; ahora si, esc dejadme á mi, y vereis quién es Calleja.»

Dicho esto se disparó por los aires adelante con cohete, y encaramándose á las bóvedillas sobre el campo de batalla, empezó á gritar con voz de trueno ó esta de cañonazo á aquellos desesperados combatientes: de abajo! decía, ¿qué tremolina es esta? ¿Qué locura ha metido en los cascos? ¿Así se profana el alcázar de hermano? ¿Estamos en algun bodegon? ¡Cavallá socor es esto!

Oyendo tan halagüeñas razones, paró algun tanto lea; alzaron todos la vista, y viendo en el aire aquel pantajo voceador, no pudieron menos de maravillarse él, valiéndose de la turbación que su presencia les causado, prosiguió diciendo: «Mi hermano Apolo que dejéis las armas por una y otra parte; y a ve quien quiera que seais, hombres desconocidos y tosos, os ordeua que si alguna pretension tuvieris digais al instante sin andaros en ambages ni traque como ella sea justa, desde luego quedareis se porque de no hacerlo así, por el alma de mi madre, que yo os daré á conocer del modo con que se del tar á los dioses.»

Separáronse en efecto las dos cuadrillas: los dos volvieron á ocupar su escalera, y los intrusos reco algunos heridos, se hicieron un peloton. Mercurio ces volvió á preguntar la causa de aquella barabum ro como no habia entre los contrarios caudillo alguno llevara la voz, fueron tantas las que dieron por ponderarle todos á la par, que aunque se desgajaban doles que callasen y uno solo hablara por ellos, no do conseguir en manera alguna.

Irritado pues de ver que nada podia lograrse á á bien con aquella gente vocinglera y atolondrada los talones, echóse encima de la turba, y agarrando pescuezo al primero que le vino á la mano, volvió otra vez al techo, y desde allí les dijo: «Puesto que posible haya union en vosotros para que mi conus vaya á dar cuenta á mi hermano de lo que solicite pillado á este para que hable por todos, y vos informo lo que hasta ahora no habeis querido decir: pero tanto que le llevo y os le traigo, haya un armisticio ral para que no pasen los estragos adelante, y se coga todo a pedir de boca. Los nuestros no saldrán el dedo del último escalon de esa escalera, ni vosotros sareis tampoco de la linea de estos arcos; nadie se á insultar á otro; no hagan gestos ni se tiren chus; ni se escupan, ni se oiga una pulla ni mala razon, y ta con ella; porque si hasta ahora he usado de suaves para conteneros, si llegais á enfadarme, contra vosotros los rayos de mi padre Jupiter, que nemos apilados en la armería, muchos en numero, buides, y todos ellos sin estrenar.» Esto decía el dios habiendo únicamente para atemorizarlos; porque, se supo después, no habia en toda la casa mas instrumentos belicos que un puñal sin punta y mohoso de la Melpómene.

Lo cierto es que con esta diligencia cesó el combate las tropas se retiraron á los parajes señalados; y e satisfecho de aquella obediencia, marchó con el dios que habia pescado, asiéndole fuertemente de las manos que no le dejaba ganar.

Quiso ante todas cosas dar cuenta á Apolo de lo que habia pasado; y abriendo un camaranchon sucio que habia muchos años de carbonera, metió en él su presa: la llave, colgóse la del dedo meñique, y en un santibuscó á su hermano, que estaba hojeando á toda p *Arte de la guerra del filósofo de Sans-Souci, y disp*

o de fortificación y defensa, lo apobuenas es  
y lo contrario mas muchos cuando se acabo de

e en estrecho el día, simboliza con las noticias que recibía, y así se le fue en el caso, convenciéndose que Apolo recibiese la cascada con toda reverencia, dándole la pompa y apurado un temusquillo, que se oyese con benignidad al enviado, o al don al traido, y que aunque fuese necesario por tales circunstancias, se le facilitase no exajerando los denuestos dispuestas a cometer en desoro y en lin, que mientras durase la grave enfermedad, estos los talentos en una y veina, y volver para lo que se continuase en una y otra parte.

esto, mientras Apoliso fue a vestir de gala y al-  
fajó cabellera, su hermano macho a buscar el  
premio de cinco a un agujero que cada alportador  
vestía a tantos que éstos como unos muertos,  
a un misterio, ni dejarse los unos a los otros una  
vergüenza. Me gose mucho de ver aquella trans-  
acción en derredura a la carbonera, donde se  
conformó y es como un pocopón la certadura, y pa-  
que estaba recitando versos, y así era la verdad,  
a fin de un cuento de hora que llevaba de nu-  
bra varo impreso de los ovejales, un maldigal y tres  
cantat, se quitó fuese de su mala suerte, y floriando  
en como se iba el mismo Macías.

que te falte un brazo, dijo Mercurio, y qué pánico en la pulpa! Para mis barbas si no es este el peor caso. ¡Hayá por mí! Y no la nada que entro en ti, y a tu vez en copuladas de pie quebrado, y veses, y a tu pie, síla nautica, y a tu oído murgana lozeta, que el tal improvisante debe de tener mangle

« ¡Le abren la puerta del coedatril, diciéndole muy  
co... Salga aca afuera, señorga! co, salga aca afuera.  
« ¡Regalo a enfrenar su balutidad : salga y venga-  
go, que mi hermano Apolo está deseoso de com- »

favor! exclamo el de los ovillos, ¡oh favor! y los en el suelo cubian largo era, azarito de las por-  
tunas y le beso los pies una y muchas veces. El  
castro, pero no lo pudo evitar, levantóse con mu-  
cho, y el poeta sin cesar de limpiar el rostro y  
sacó tema en el rostro, manos y vestido, sacia-  
ba con él mil reverencias, quitando de cerca  
la ciudad las peluquitas que llevaba en la ropa, y  
le beso a espaldas, con un pañuelo asqueroso las  
cara que no olvides en a la deidad, que al ver  
los ojos apenas podía contener la risa.

es posible, decíat al quem lo las cepas y dándose  
s en la frente, que es posible que Apolo, el más  
claro, el claro Cándido, en Palatino nimen deseara  
el que con el que a Italia. "Oh favel! Pero, ges  
dicho que Apolo es Verdad o ilusión de mup  
La realidad física o el ensayo de la imaginación  
Los dos posos no están en el, que en la al zela

[illegible]

después, no hizo nada de lo que el "Leopardo" reprochó al del "Indio": ni la piedra cañonera ni los castigos sumarios; ni lo que le dolió Atlante, ni lo que le había pasado. Su conducta, aunque Mercurio, y por lo tanto, después y mucho más que antes, se acordaba con las gallinas de establo, lo había puesto muy mal, según el reportista. — *Suena la hora de comer* y las cosas y las razas se hallaron en una

porz conculata al salen de audiencia. Asomóse Mercurio, y vio que aun no habia venido Apolo; y no hallando a quien poder contar la guardia del coplero, tuvo que detenerse con el mal de su pecho.

El otro se paseó por la sala a grandes trancos, haciendo reverencia profundísima siempre que atravesaba la delimitación de Metetrax, y esto lo repetía tantas veces que el dios se cansó mucho de verlo, porque no quería de caparidiosos.

«Que variedad! ¿que diferencia! ¿que opuestos polos! este, que valenores con voz recalcada y nasal; aquí, que precisa unirse lo que en el mundo, en las cortes, en los palacios exigen los hombres de los otros hombres! ¿que variedad! Y si fuera decir, que por esto se consigue alguna cosa, vaya con mil demonios, *trameut*, todo pudiera tolearse; pero ¿quién dirá que un hombre como yo, de tan exquisito merito, de tan gigantes prendas, se ve me nospreciado, burlado, desamorado, hambriento y escuercado entre el vulgo *profanum vulgus*, sin que un *Mercenarius altaris*, maguismo y liberal le haga surgir del abismo de mis penas en que desgraciadamente yace? Yo he tratado con poetas, con potentados, con ministros y magnates de primera magnitud; ¿y que he conseguido? ¿Annas benditas! ¿que he conseguido? De aquí tantos preciosos episculos que existen arrojados en tu alfardilla, que jamas verán la luz publica; ¿y por que? por la pobreza de su autor. ¡Oh pobreza! *Paupertum pati*, que dijo el anonimo; esto es: *paupertum* es la pobreza, *pati* sea para ti, que yo lo he querido. Tan odiosa es la pobreza, que aun de los varones mas doctos es aborrecida. ¿Y que diras son estos que conservo? ¿que felices parties? ¡Ah! es nada; ¡ah! es un grano de anís lo que tengo escrito! Figurese vuestra seriedad; de primera entrada veinte y tres comedias, nueve follas, cinco tragedias, dos loas, cincuenta y dos sainetes tabernarios... ¿Que tal? digo, *quid tibi videtur?* Y esto unicamente por lo que toca al genero buelico; vamos ahora por lo lirico, epico, dramatico, elegiaco, satirico, epigramatico, didascalico y misto. Primeramente tres epopeyas concluidas y puestas en limpio, con su dedicatoria hecha a prevención, de a veinte y cuatro cantos por barbar; esto es, las epopeyas, no las dedicatorias, que juro por el nombre que tengo, que cada una, esto es, no las dedicatorias, sino las epopeyas, se puede reputar por una enciclopedia metódica, porque de todo tratan *usque ad satietatem*, y nada dejan al lector amañadísimo que desear. ¿Y que dire de mis piezas fugitivas? ¿que dire, sino que pasan de cuatrocientos mis sonetos, sin contar algunos que se me han escapado por mor de no estar siempre mis faltroquetas bien acondicionadas, ni mejor tampoco los que acabo de hacer alusivos a mi prison, a la oscuridad de la carbonera, y a los cendales arachaeos que me cubren? Pero, ¿que sonetos? ¿que madrigales? ¿que romances? ¿que estrambotes? ¿que elegias amorosas? Todos ellos o la mayor parte, ya se ve, era precioso, son alabanzas, quejas, favores, celos de mi Nise; y est Nise, bendicida Dios, es una dama ideal, compuesta de relatos, en la cual he querido epilogar y unir en sí las perfecciones repartidas en las demás. Enatur deza... ¡Ay, mi dulce Nise! ¡ay, idolatrada señora mi! Esta pues Nise profecta de la cual ya tengo sucesion, segun consta en el madrigal descienos y cuatro de mi codo con manuscrita, «estas es la que encendio mi mimero timido, la que me ha inspirado, la que ha dictado mis alucinaciones a mi ebrieta entrada por espacio de cuarenta y cinco años; por que yo tendria diez y ocho y la mancha en lo rojo olivaceo amoroso de ella, y si mal no me acuerda, voy a cumplir sesenta y cinco para las vísperas. Pues como siempre amantada y fecundada de amor, del etero amor, que en mi llevo mucho, vulgato mi *coarzen* en los ochocientos años, he llorado desvotos, he matado los inquietos, he cantado sus breves y apetezidas victorias; no, que tal vez levantando mi voz a mayores objetos, al pulsar la acorde



lira, alma del viento, me atreví á interrumpir la siempre acorde revolucion de los orbes celestes, causando universal trastorno en la naturaleza; y ved aquí, si quereis la prueba: unos cuatrocientos endecasílabos que compuse a la proclamación de nuestro soberano; dicen así ni mas ni menos: *favete linguis*:

El día diez y siete del corriente,  
A cosa de las nueve ó nueve y cuarto  
De la mañana, se juntaron todos  
Los señores que estaban convidados.  
Y como era preciso, cada uno  
Llevó a la fiesta su mejor caballo;  
De manera que cosa mas lucida  
Ni se ha visto jamás ni se ha pensado.  
Todos iban de gala, como digo,  
Con vestidos muy ricos, bien cortados,  
Los mas con bordadura, y los restantes  
A cada cual mejor (si no me engaño).  
Pues como llevo dicho, se dispuso  
La cabalgata, y luego muy despacio  
Cogieron y se fueron á la villa,  
Segun estaba ya determinado.  
Y al llegar á la puerta...

— Basta, basta, dijo Mercurio; no me reciteis mas versos, que esos pocos me han parecido detestables, y me sospecho que los demás no seran mejores; callad por Dios, que tengo ya atolondrada la cabeza de oiros.

— Atolondrado me vea yo á garrotazos, prosiguió el poeta, si esta composicion pindarica no es la mas acabada plega que ha salido jamás de cabeza humana; pero ni el público la ha gozado hasta ahora, ¡*proh dolor!* ni sé cuándo me verá con dinero para imprimirla. ¡Oh livor! ¡oh ignorancia! ¡oh siglo calamitoso y fatal á los alumnos de las musas! ¡Yo sin capa! ¡yo, sin haber almorzado todavía! ¡yo, debiendo cincuenta reales al padre procurador del Carmen por los alquileres de mi desván! ¡yo, que he puesto en verso el *Flos Sanctorum de Villegas*, el *Roselli* y el *Sanchez de Matrimonio*! ¡yo, que he escrito un curso completo de artes y ciencias que puede ir en carta! ¡yo, que he comentado los *Comentarios de Góngora*, y he traducido al castellano los *Prólogos de Huerta*, y me muero de necesidad! ¡Quién ha sido el coco de Madrid y sus literatos de muchos años á esta parte? ¡quién ha hecho callar á tanto hombrón erudito, á tanto sonoro cisne, á tanto Anfitrión armónico? Si, señor, debajo de mi cama tengo muchas obras de critica, que aun manuscritas han dado terror al orbe; ¿qué sería ¡oh Cilenio raudó! si hubieran sudado los tórculos para publicarlas? Pero ¿qué me causo en manifestar mi suficiencia exótica, si el mismo Apolo...—El mismo infierno con todas sus furias desatadas debeis de tener en esa boca, hermano, dijo Mercurio; ¿qué es esto? ¿no os he dicho ya que calleis? ¿os estareis hablando hasta mañana, parlachein ridiculo? Por vida de Júpiter, que si descoseis los labios para decirme una sola palabra, os desuello vivo á latigazos. ¡Cáscaras, y qué pesado es el pedanton, y qué insolente!

— *Parce domine*, respondió el coplero; y no bien habia abierto la boca para decirlo, cuando el Alipede alzó el puño en ademan de descargar sobre su coronilla tal cachete, que el solo hubiera dado fin á tantas locuras; pero lo estorbó un guardia que salió á dar la noticia de que ya Apolo esperaba al embajador.

Entraron pues en un salon magnífico y espacioso; el pavimento y las paredes eran de esquisitos mármoles, la decoración corintia, las basas y capiteles de sus columnas de oro purísimo, como tambien los adornos del cornisamento y zócalo, y en las bóvedas apuró la pintura todos los encantos de la ficcion.

Allí se veían los orígenes de las artes y los progresos del talento humano: muda historia, capaz de encender el animo y arrebatarle á la contemplacion de los objetos mas sublimes. En una parte se veía á los hombres fabricar

chozas de troncos y ramas, de donde la arquitectura tomó las formas que dió después á materias mas durables, variando, segun la mayor ó menor consistencia de ellas, la proporcion de sus edificios. A otro lado los egipcios daban principio á la geometría, señalando sus campos con términos de piedras hacinadas, para que el Nilo en sus inundaciones no alterase los conocidos límites. Otros señalaban en el suelo los contornos de la sombra, de donde tomó su origen la pintura, perfeccionándose después lentamente con la invencion casual de los colores y la perspectiva, que apenas conoció la antigüedad. Otros cortaban la corriente de un rio fiados á un tronco mal seguro; una gran multitud admiraba desde la opuesta orilla el temerario atrevimiento, y las madres tímidas apretaban al pecho sus pequeñuelos hijos. Los arabes y caldeos observaban el aparente giro del sol, y en las serenas noches al planeta que recibe su luz, y los demas astros que la distancia nos amenora ó nos oculta. La escultura en otra parte ponía sobre las aras bultos informes que adoraba superstitioso el temor, y mas allá los Fidias, Lisipos y Praxiteles daban á los mármoles y bronzes tan elegante forma, que en algun modo parece que el arte disculpaba la idolatría. Allí Orfeo reducía á los hombres en vida social, les daba leyes, y les persuadía la necesidad de un culto religioso. Confucio enseñaba virtudes morales á los remotos chinos. Eaco, Radamanto, Minos, Solon, Licurgo y Numa establecian leyes, gobernando en justicia y paz nuevas repúblicas; y á mas distancia se veían florecer las ciencias y las artes á la sombra de la libertad. Allí estaba representado el poeta Homero, á quien rodeaban con admiracion los portas de todas las naciones y todos los siglos. Pindaro al son de la lira celebraba con sublime verso las victorias istmias y olimpicas, y eternizaba el nombre de Hieron. Sínones cantaba tiernas elegias. Alceo de Lesbos, añadiendo nuevos sonidos á las cuerdas griegas, hacia aborrecible entre los hombres el despotismo de los tiranos. Safo, desgraciada en amor, se precipitaba del promontorio de Leucate al mar, y repetía muriendo el nombre de su ingrato Faon; en tanto que Auacreon de Teos, coronado de panpanos, con la copa en la mano, danzaba alegre al son de las flautas entre las Gracias y los Amores. Allí acudia la juventud de Grecia á escuchar en las academias, el liero y el pórico las austeras lecciones de la moral; y no muy lejos se levantaban teatros magníficos para declamar con el auxilio de la música las grandes obras de Eschilo, Sófocles y Eurípides, que alternaban con las del atrevido Aristófanes, á quien Menandro siguió después para oscurecer la gloria de cuantos le habian precedido. En otra parte, Demócrito y el divino Hipócrates, reclinados junto á un sepulcro ya destruido, conversaban profundamente á la sombra de unos cipreses inustios sobre la fisica del cuerpo animal, la brevedad de la vida, los acerbos males que la rodean, y los cortos y falaces medios que ofrece el arte para dilatar su fin; y mas allá, Demóstenes desde la tribuna de las arengas conmovia al pueblo ateniense: le persuadía por algunos instantes á sacudir el yugo macedónico; escitaba en él estímulos de valor, recordándole las épocas gloriosas de sus triunfos, los nombres santos de Milciades, Conon, Cimon y el justo Aristides; y oponiéndose, por una parte, á todo el poder de Filipo, y por otra, á la envidia, la calumnia atroz y la inconstancia de un vulgo corrompido é ingrato, veía á pesar de su elocuencia irresistible perecer para siempre la libertad de su pais, y perecia con ella.

En el testero del salon habia un trono riquísimo, y en él estaba Apolo: siete de las musas le acompañaban inmediatas al solio; y los mas célebres poetas españoles, segun la edad en que florecieron, así ocupaban por su orden las sillas.

Si mucho se admiró el coplero de aquel aparato y magnificencia, no menos se admiraron todos los demás al ver

ura ridícula, porque era el hombre la mas triste vi-  
que imaginarse puede: reviejeado, arrugado, mo-  
remellado, tuerto de un ojo, como, calvo, algo ti-  
chiquirritillo y contrahecho; si bien es verdad, que  
sfiguraban en patte las barbas, el sudor negro, el  
el cisco y las telarañas que le cubrian el rostro.  
vivase en unas bayetas pardas, raídas y llenas de  
esaduras de aceite y caldo, con un ribete de aram-  
brase las orillas a modo de randas o cucharero; sus mo-  
nitos eran mas vivos de lo que su edad prometia, la  
teatral, y la voz gangosa, chillona y desapacible.  
ste es, dijo Mercurio a su hermano, el que he podido  
ar entre aquella turba; él te dirá lo que deseas sa-  
y acercándose a él, le dijo al oído: «mirad, señor,  
quinto os sufriran disparates; decid claramente quie-  
nos del portal, y a que es su buena venida, sin an-  
is en mas repulgos; porque si así no lo hicierais, te-  
e mucho que mi hermano os mande freir y echar a  
tros», según le he visto de mal humor está tarde; vi-  
iendo dicho esto, se fué volando á observar lo que  
a en la escalera.

po-astro, encarándose con Apolo, le hizo tres gran-  
torrestas, y quedo aguardando el permiso de hablar.  
le Apolo, y el comenzo a delirar de esta manera:

«Reverberante Numen, que del Istro

Al Maraion sublimas con tu zurda,

Al que en ritmo dulcisono te urda

Elogio al son del cimbalo y del sistro:

Si la aligera prole de Caistro

Blandes muestra acentos a mi burla

Armonica pasion; ¡ay! no te aturda

Ver rompo de tu jumpán el teristro.

La nubigena Dea en alto plaustro,

Ungiendo el nervio de oloroso electro,

Me lleva en alas del Ovest y el Austro,

Y hurtando a las Memnosides el plectro,

Hoy me intronito en el fulgente claustro,

Obstupelacto, a venerar tu espectro.»

ventaba Apolo entre la indignacion y la risa; las mu-  
tendian por los suelos dando exorbitantes carecadas;  
vetas se miraban los unos a los otros sin saber lo que  
meda; y el badulaque, muy satisfecho, se disponia  
seguir disparatando en culto; pero Francisco de  
que estaba inmediato, le dijo: «Ved, señor en-  
que Apolo nuestro amo no os llama aquí para que  
caneis versos tenebrosos; lo que únicamente quiere  
¡Ah! dijo el de las sopalandas, ya sé lo que quiere,  
y para que oí cirmelo, que ya lo he comprendido; lo  
quiere es otro soneto con los mismos consonantes;  
alla va, hijo de Latona, escuchadme benevolos:

Dios rutilante, que del Ebro al Istro

Proteges, honras al que versos urda,

Ranca mi lira atiende tosca y burda,

Sumo no mucho a resonante sistro.

Que si tal vez alado el de Caistro

Pajaro dulce en la ribera zurda,

Hace canoro que fugaz aturda

Su voz rompiendo el diáfano teristro,

No va disimul vo, si el imho electro

Prestame gustas, que veloz al Austro

Sones encaiga de curvado plectro,

Métricos mucho al eminente claustro

Lévanne ritmos ¡oh divino espectro!

Que el cent gtras en eburneo plaustro.

¡Hola, ministros! dijo Apolo, al instante coged a ese  
tre, atadle y enviadsele a Pluton con un recado mio,  
que se le entregue a los gemos tartaros, y le ator-  
en con los suplicios mas atroces. ¡Que desvergüenza,  
a hacer burla de mí! Llevalle, digo; no quiero verle.  
a deca el dios bermejo con tales ademanes, que  
estaban demasiado su colera, pero las musas, com-

padecidas de aquel infeliz, o sintiendo se malograrse el fin  
a que era traído, ó deseosas de divertirse oyendo sus des-  
barros, intercedieron por él con el mayor empeño.

Costo mucha dificultad aplacar a Apolo; pero al fin se  
modero algun tanto habiendole proanetido todos en nom-  
bre del tuerto, que no volveria a decir mas versos, sino  
que en prosa llana y pedestre relataria cuanto era menes-  
ter; y él, mientras esto sucedia, estaba abocnado en el  
suelo hecho un ovillo, sin rebullirse ni alentar siquiera,  
imaginandose ya arrebatado a los infiernos, y dando her-  
vores en las calderas de pez, alerebite y plomo, donde  
se rehogan los comerciantes por menor, las viejecitas  
que azuzan y los administradores que desuelan. Ya lle-  
vaba compuestas dos estancias de una cancion estiga  
que pensaba recitar a Teslodon luego que llegase, en que  
la alababa de linda, y de la mas jovencita y agraciada de  
todas las Furias; pero a este tiempo le levantaron entre  
Figueroa y don Juan de Jauregui, los cuales volvieron a  
predicarle de nuevo lo que debia hacer para no incurrir  
en la indignacion de Apolo.

«Hare cuanto me decís, respondió después de haberse  
compuesto los halitos, hare cuanto Felo or lena, y omi-  
tre los episodios y partes de adorno, usando en mi narra-  
cion un estilo medio, ya que el sublime ha merecido tan  
equivoco aplauso. Soherano Delio, Titan radiante, prodi-  
gio dellico, deidad esmintea, el suceso es este:

»Yo, aunque indigno, y mis compañeros los del zaguan,  
somos alumnos vuestros; la divina Puesta fué nuestra de-  
licia desde los años infantiles; hemos elaborado opusculos  
admirables, tremendos, hijos al fin de vuestra sacra inspi-  
ration; hasta esto, *suffici*, para noticia preliminar; pero  
reflexionemos.

»¿Qué es poética? El arte de hacer coplas. ¿Qué son co-  
plas? Unos montoncitos de lineas desiguales, llamadas  
versos. ¿Qué es un verso? Un numero determinado de si-  
labas. ¿Que dificultad ofrece su composicion? Los conso-  
nantes. ¿Cómo se adquieren estos consonantes? Com-  
prando un *Rengifo* por tres pesetas. ¿Que otra cosa es ne-  
cesaria ademas de esto para hacer cualquiera obra poética  
digna de la luz publica? Un poco de practica, y otro poco  
de poca vergüenza.

»Pues ahora bien: supuesto que nosotros sabemos ha-  
cer coplas en verso acronantado, que tenemos cada cual  
nuestro *Rengifo*, que hemos pasado toda la vida en esta  
ocupacion, y que, altamente persuadidos del merito de  
nuestras obras, no dudaremos ofrecerlas por modelo al  
orbe que las admira, y a las generaciones futuras que han  
de anonadarse al verlas, ¿que nos falta para llamarnos  
alumnos vuestros? ¿Quién nos disputara este honor? *Di-  
cite Pierides*, en tanto que yo prosigo biltizando preun-  
sas y consecuencias.

»Siendo poetas, como lo somos sin remedio, ¿cual  
debe ser nuestro ejercicio? ¿Tejer esteras? coser zap-  
atos? alquilar camas? vender achicorias? Claro es que  
no; claro es que son indignas ocupaciones de los grandes  
genios, aquellas que por utiles y honestas estan reservadas  
al ignorante vulgo; así pues, siendo poetas, debemos  
poetizar, y no otra cosa, debemos ilustrar a la nacion, y  
ella debe coronar nuestras fatigas con premio digno, dan-  
donos la mitad en aplausos, y la mitad en pesos duros.

»Pero esta nacion ingrata ni nos da de comer ni nos  
aplaude, mientras nosotros, procurando su felicidad y su  
gloria, la enriquecemos diariamente, semanalmente, men-  
sualmente, continuamente, de conocimientos profundos,  
sin los cuales la racionalidad hubiera dado en España un  
estallido, según la hemos visto decadente y mal parada.

»Nosotros, en fin, hemos sostenido el honor de la lira  
(*barbitos polycordos*, que dijo el griego), cantando y flo-  
rando (*cauentea el flentes*, que hubiera dicho el latín) en  
todas las ocasiones en que el bado, ya favorable, ya pro-  
tervo, envia a la patria prosperidades ó desdichas.

» Se ajustó la paz, coplas a la paz ; nacen los gemelos, coplas a los gemelos ; nace nuestro príncipe Fernando, coplas a don Fernando ; se hace el bombardeo de Arjel, coplas a las bombas : en una palabra, casamientos, nacimientos, muertes, entierros, proclamaciones, paces, guerras, todo, todo ha sido asunto digno de nuestra citara.

» Pero ; con qué novedad, con qué acierto lo hemos sabido desempeñar ! ; Qué felices invenciones las nuestras ! ; oh qué felices ! ; Oh huevos de Leda, huevos benéficos y de inestimable valor ! ; Oh Jacob y Esaú ! ; Oh Rómulo y Remo ! ; con qué oportunidad la providencia os hizo nacer de una ventregada ! ; Y con qué gracia nosotros, sin reparar en frioleras, parangonizamos mellizos a mellizos, haciendo saber al mundo que nuestra princesa había dado á luz un Esaú brutal, un Rómulo fratricida, y lo que es mas lindo (porque al fin todo iba dentro del par de huevos mitológicos) una Clitemnestra y una Helena disolutas, pérfidas y crueles, que todo esto dijimos, muy arropados con nuestra licencia poética, en elogio de los dos malogrados infantes, *infandum Regina jubes*, como dijo allá el filósofo.

» ¿ Y qué diré del sutil arbitrio que discurrimos para formar las fábulas de nuestros poemitas ? Arbitrio que pareció tan cómodo, que todo poeta de bien y timorato le ha escogido para sí, y trazas llevan de no saltarle hasta la consumacion de los siglos. ; Soberano arbitrio que aborra mucho tiempo, y muchos polvos de tabaco, y mucha torcida al candil ! Arbitrio, con el cual se forma en un guiñar de ojos cualquier poema, pues á todos viene como llovido : ; se trata, por ejemplo, de alabar algo, de profetizar algo, de llorar algo, de referir algo ? El poeta no tiene mas que acostarse y apagar la luz. A media noche se le aparece un trasco, una ninfa, ó cualquiera otro personaje alegórico con gran concurso de geniezuelos al rededor ; y este tal personaje reprende al vate su modorra y su pigracia, le manda que se levante inmediatamente, y que escriba esto y aquello, y lo de mas allá, y de este modo le informa de cuanto hay que saber en el caso ; de suerte, que desaparecer la fantasma, despedirse el poeta del lector pio, y acabarse el poema, todo es a un tiempo. Sobre este molde de aparicion hemos compuesto de once años a esta parte cuantas obras se han necesitado para el sustido de las esquinas, con la sola diferencia de que á un poeta le pilló la vision acostado y sin cenar, al otro paseandose a la orilla del rio, al otro cogiendo el sol en un cerro ; pero siendo el fondo de la ficcion el mismo, siempre es el mérito igual, y el artificio de la fabula siempre maravilloso y sutil.

» ¿ Y el estilo ? ¿ y la versificacion ? ¿ y el estro poético que resplandece en aquellas composiciones ? ; no es particular ? ; no es admirable ? Desde el ovillo mas diminuto y vil a las octavas mas retumbantes y pomposas, ¿ no se descubren bellezas incomparables, que daran fama inmortal á las recalcantes seseras que las produjeron ? ; No es cierto, señor, que con esta irrupcion de coplas, con este chorroborro pereune de versos hemos llevado al mas alto punto de perfeccion el buen gusto y la elegancia poética, dando cordelejo a los mas célebres autores de la edad vetusta, y revolviendo el Parnaso castellano patas arriba ? ; No es cierto ?

» Asi nos lo persuadíamos ; con este fin trabajabamos, con el fin de asegurarnos un taburete en el templo de la inmortalidad, y ganar el pan por medios honrados en esta vida transitoria : *Pan curat oves, oviumque magistros*, como dijo Gronovio muy á mi intento.

» Pero ¿ qué sucedió ? ; Oh iniquidad ! ; oh livor ! ; oh influjo adverso ! ; ¿ Qué sucedió ? Que asi como el murciélago torpe (*respertillo*) le llamó el doctísimo Requejo, y con él Calepino, Facciolati y otros, que asi como el murciélago torpe, que busca las tinieblas pavorosas del angosto mechinal, aborreciendo la claridad diurna, si tal vez la atrevida mano pueril, asiéndole una de sus aurículas, le es-

trajo con violencia de su lobreguez apeteclida, no pudiendo con cecuciente párpado sufrir los rayos de luz que iluminan el orbe, forceja y se resiste y bate las alas membráceas, y se desespera, y chilla, y muere, y araña la masa que le tiene asido ; de la propia manera, no pudiendo algunos zoilos malévolos resistir la esplendorosidad de nuestras obras, á la que eu vano se oponia la opacidad de su insipiencia, comenzaron a gritar contra nosotros, nos desacreditaron enteramente, nos adjetivaron del modo mas cruel.

» Este fué el galardón, esta la gloria que nos resultó de nuestros afanes literarios : después de habernos recordado los sesos en amontonar erudicion gentílica, histórica y dogmática ; en rebenchir versos, ajustar cadencias y cazar figuras, en cuya desastrada ocupacion ganabamos por la mano al lucero matutino, negando el tributo a Morfeo, que nos hallaba en vela todas las noches : *Bella per Emulion plus quam civilia campos*, como dijo no sé quién, en ese qué libro.

» Pero, como por especial favor de la Providencia adsumos estupendos poetas como filólogos incomparables, discurrimos no ceñirnos a una sola cosa, sino abrazar todos los ramos de la literatura, dividiéndonos en pelotones y cuadrillas. Unos, a quien vuestro celeste incendio mas inmediatamente reueta y asura, se hicieron sectarios de la exactitud, economía y correccion, que algunos misiles traducen frialdad, pobreza, languidez, y echaron á volar unos poemas tan exactos, tan económicos y correctos, labrados á compás, nivel y escuadra, que nada se puede en ellos quitar, mudar ni añadir. Otros se dieron á extraer, compilar, abreviar y reducir en pequeños papelitos el arido y dilatado estudio de las ciencias, para que todas ellas las pueda aprender como un papagayo cualquier curioso, mientras el peluquero le ata la bolsa. Otros se dieron a la jocosidad festiva, y regalaren a la nacion gran cantidad de epigramas, dichicos, anécdotas, chufletas, quisicosueles y acertijos ; en una palabra, aspiramos por todos medios a hacernos los dispensadores de la ilustracion pública. ; Oh, cómo regurgitamos ciencia por todas partes ! ; Oh, qué traducciones hicimos tan agraciadas ! traducciones que no las distinguirá de sus originales el mas pintado. ; Y qué comedias a la antigua ! esto es, a nuestro modo ; quiero decir, sin esto que llaman arte, gusto y verosimilitud ; ¿ qué apologias del teatro ! digo, de nuestro teatro, del teatro que nosotros nos hemos hecho ; y en esto solo, si he de hablar en puridad, en esto solo hemos triunfado impunemente de nuestros enemigos. El teatro nos ha ofrecido un desquite, un consuelo de todos los sinsabores que padecemos continuamente : bien es verdad, que segun él esta arreglado, parece que se hizo expreso para que yo y mis compañeros le proveyéramos con nuestras obras admirables ; asi lo hacemos todavia, alli retumbamos. y ; oh ! ; nunca la suerte enemiga nos prive de su pacifica posesion !

» ¿ Y qué diré de tantas eruditas disertaciones sobre el lujo, sobre la inoculacion, sobre hacer feliz al reino con una hipótesis, dos ilaciones y un cálculo sobre la excelente moral de los caribes y hotentotes, sobre hacer pan de avellanas en los años malos, sobre la mejor de las republicas posibles, sobre aumentar prodigiosamente la agricultura á fuerza de ruedas, tubos, émbolos, piñones y cilindros ; sobre la tolerancia, sobre la tortura, sobre el patriotismo, sobre las chinchies... ; Oh Dios omnipotente y maximo, que tan hábiles y tan eximios nos hiciste ! ; Por qué, asi como somos universales en la ciencia, no somos universalmente venerados ? ; Por qué, siendo tan desafortunadamente instruidos, nos llaman pedantes ? ; Pedantes ! Anatema cruel que nos sigue por todas partes, y nos estremece y horripila.

» Ya en algun modo hemos procurado oponer las arimañas a la fuerza, y viendo cuan pocos elogios hemos



«Seguimos adelante; y, si bien advertimos que nuestra victoria había alarmado todos estos horizontes, fiados en la benevolencia vuestra proseguimos deambulando impertérritos hasta llegar á las puertas de este eminente alcázar, que naciendo laberinto de piedra, se eleva portentoso, y nube desaparece.

«Quisieron estorbar el ingreso cuadrupedantes turmas; pero fué vana su pretension; y llegamos á los umbrales venerandos, que saludámos humildes, y al pisar los atrios magníficos vimos unidas pedestres haces que comenzaron a disputarnos el paso. Quisimos manifestar nuestra inocuidad, nuestro mérito y el motivo que nos traía; pero interrumpiendo gárrulos el apologético discurso, fundibularon sobre nuestras vértices ponderosas lápidas, á cuya ruptura hostil siguió el combate mas desesperado y sangriento.

«Ya comenzaban por todas partes la viperina Aleto, la atroz Megera, la letifera Tesifone á esparcir terrores bélicos, á exasperar truculentos ánimos. Ululando tétricos los opuestos milites, daban al bóreas fragoso estrépito, que en cavernas lóbregas, Eco llorosa y húmida, dolorosa y confusamente repercutía. El númen beligerero, embrazando el égida sobre cruento plaustro, vagaba iracundo fatigando los ejes férvidos, y agitando flagelífero cuadriga indómita. No de otra manera fulgurando el éter, se precipita rápido...

—Calla, calla, maldita criatura, dijo Apolo; calla, y no abuses mas de mi paciencia; vete, y di á esos hombres que huyan presto, que se oculten en donde yo jamás los vea, si no quieren que en un solo momento los aniquile. ¡Ellos creerse poetas, llamarse doctos, é insultar de esa manera á los verdaderamente sabios, á su nacion y á mí, que los he despreciado siempre por no destruirlos!

«¿Qué enjambre es este de copleros y charlatanes que inundan vuestra península? ¿Qué enjambre pestilencial que por todas partes se derrama y cunde? ¿Y en dónde están aquellos pocos que deberian oponer sus doctas obras al torrente desatado de tanto papel ridiculo que dictó la envidia, la demencia, ó el interés abatido y sórdido? ¿En dónde están?

«Cierito es que en todos los países, á la sombra de los grandes ingenios, bulle un número infinito de autores pedantes, serviles imitadores, cuyas obras nacen, mueren y se olvidan en pocos momentos: este daño es inevitable, y aun conveniente en la república de las letras, si, á beneficio de la general libertad, unos y otros emplean todo su esfuerzo animados de los dos grandes estímulos que mueven al hombre: el premio decoroso y el aplauso. Entonces los talentos sublimes se levantan sobre los demás, y uno, uno solo basta para hacer gloriosa á la nacion que le produjo.

«Pero ¿qué especie de fatalidad domina hoy en la literatura española? ¿Por qué los que debían escribir callan, cuando los que aun no saben leer escriben? Qué, ¿tan grande será la tiranía de la ignorancia, tan comun será ya la superfluidad y el pedantismo, que no se atrevan los que lloran en silencio esta general corrupcion, á declarar altamente contra ella? ¿Se verá siempre salir de las escuelas esa juventud determinada, que habiendo recibido apenas unas ideas escasas de buen gusto y sana doctrina, no hallando proporcion para seguir una de las carreras en que el mérito se corona, y desdendiando los ejercicios útiles, se abandona, instigada de la necesidad, á tratar materias científicas que enteramente desconoce?

«¿Vacilareis siempre entre las contradicciones mas absurdas, queriendo sostener por una parte, que la cultura nacional nada necesita mendigar de los extranjeros, probandolo con solismas y comparaciones injustas, y sacando consecuencias nacidas de la mas crasa ignorancia, ó de la mas frenética parcialidad; cuando por otra parte no hay apenas libro inútil, dañoso ó ridiculo en las otras lenguas

que no traduzcáis á la vuestra, dejando en su original las obras útiles que no os atrevéis á tocar, porque habiendo traducido todas las ciencias á una superficie espaiosa, la profundidad ni solidez?

«Y ¿qué traducciones! hechas casi todas sin conocimiento de la materia que en ellas se trata, sin poseer bastante mente ninguno de los dos idiomas, y en donde se estrapada hasta el exceso el habla castellana, ensuciando su robustez, y afeando con alifios que no la pertenecen su gracia y hermosura natural!

«¿Llegará el día en que se aprenda por principios! ¿que se estudien los grandes modelos de la antigüedad! ¿en que sepais conocer los que dejaron los autores de vuestro siglo de oro? ¿aquellos que trayendo entre los despojos de las conquistas las ciencias y las artes que hallaron florecientes en la vencida Italia, las cultivaron después en su país, haciendo gloriosa entre las demás por su sabiduría aquella misma nacion que dió leyes al mundo por su política y sus victorias?

«Entonces no se instruian los españoles en compendios y poliantéas; no era tan universal su literatura, porque en menos pedantesca, menos frívola; los grandes hombres que ha producido España, entonces los produjo; los otros de mérito que tiene la nacion, entonces se escribieron, estudiadas.

«Su lectura os dará á conocer cuáles fueron los principios de la renovacion de las letras en España, cuáles las causas de su esplendor y las de su decadencia: veréis tambien lo que debéis tomar necesariamente de los extranjeros, y lo que teneis en vuestro suelo digno de imitarse con incansable afán.

«Si, de imitarse; porque seria indecoroso además, y fuera de propósito, que el obstinado empeño de adquirir todos los conocimientos científicos en los autores de otras naciones, hiciese olvidar á los de la vuestra el estado de los buenos originales que en algun tiempo ha producido; seria indecoroso á un escritor, á un orador ó a un poeta carecer de las prendas de estilo, lenguaje, versificación é inteligencia del genio y costumbres dominantes en su patria, en la cual y para la cual escribe; y estas prendas (tan difíciles de poseer unidas con otras, como necesarias) ni en los escritores franceses, ni en los de Italia, ni en los de la antigua Roma, ni en los de Grecia pueden adquirirse.

«Entonces se extinguirá quizas aquel espíritu de partido tan funesto á la sabiduría como á las costumbres; aquel espíritu de partido que hace creer á algunos que nada hay bueno en su nacion, admirando con vergonzosa ignorancia cuanto fuera de ella se produce; y á otros, por el mismo opuesto los empeña en defensas absurdas cuando se trata de manifestar con rectitud y desinterés el mérito de estas ó aquellas obras. Defensas que casi siempre son malas, porque todo se quiere defender en ellas; porque falta inteligencia, gusto, y sobre todo exactitud y buena fe en los que las hacen. Defensas en que los hechos se confunden, las épocas se alteran, se arrastran ó se finguen á placer las autoridades; el mérito se abulta ó se disminuye, segun al autor le conviene para sus ideas; se callan ó rigamente se disculpan unos defectos, y se exageran otros; se comparan los objetos mas discordes entre si, y repitiendo muchas veces el nombre santo de patriotismo, la ignorancia y la parcialidad hacen aparecer como escelente lo menos digno, y el vulgo de los necios aplaude.

«Tal es el medio que algunos eligen para evitar los tiros de la sátira y la calumnia, que siempre amenazan al que no sabe halagar los errores de su nacion; pero el verdadero patriotismo, virtud privativa de las almas grandes no dicta á un escritor ingenuo tales artificios; la verdad por mas que se presente desaliñada y adusta, la verdad es el lenguaje de un buen ciudadano; y el que no la lleva á la boca, como la concibe en el entendimiento, es indigno de vivir entre los hombres.

quien conocieris cuan despreciables han sido, y cuanto os habéis apartado de la sabiduría queriendo demostrarla; veréis al fin, si jamás han merecido el nombre de una ciencia inconexas, especímenes de la ciencia o de aplicaciones, abultadas no solo danosas a quien las lee, por su tiempo, sino tambien porque excitan el punto de saber a poco trabajo, le de los buenos libros, en que se debiera basar por este medio la falsa sabiduría, pues que la total ignorancia.

En esta guerra continua que mantenéis con la obediencia del arte en las obras de la razón sola os enseñará, que no es nada fantasía hacer nada perfecto, si las reglas no la señalan los debidos límites y marcan los que gradúan el merecimiento por los defectos que evitan, y la fidelidad en la observancia de los preceptos, as la invención, el talento peculiar de del fuego e bestia que debe animarlas, bino por estas verdades irresistibles, mas justicia el sólido mérito, y no llamellos que, como vosotros sin disposicion sin arte, sin estudio, sin saber persuadir, pasan los años haciendo copias indején, ni de letan, ni pueden excitar en quien os mas que el desprecio, la com-

en estos los que esperan mi aprobacion todo disonante las felicidades de la naturaleza de su querido príncipe? Tan no de mi citara, digno de que todo el te celebre, ¿habia de caer en manos? No, no lo pretendan; y si es la lealtad les estimula a hacerlo, man sus votos tanquica. Rueguen al cielo que dilate y firmado, precioso vástago del ilustre de heras de su madre augusta, sucesor de. Rueguen al cielo, que teniendo la a la justicia, a la fortaleza, a la grande se padre, aprenda a su lado el arte de los hombres, y reconozca por los altos rector, que en la majestad del cetro son digno, que ella sola es el apoyo firmismo sola con a los reyes imagenes de la ra, que ella sola en en durables vin- rra monarca, y que sin ella los estados basten, se destruyen con ruina es- lo que a la posteridad la memoria de que a al cielo, que a tiempo mismo que el struya en la escuela del valor, la paz, ague con escudo dulce, y en torno le es artes todas, que moderan la natu- racion humana, para que a su vista co- sados a una nacion por ellas que por sus artes, por los estragos de sus vi- cios, a la vez, se imparte un modo a los ven- dices. Oh! ¡cuantos tales maximas su re, en el mundo que lo que de el espera, a los a felices dias, pasando a sus por, y a exultar el poder, la gloria, fura, y el príncipe aun mas allá de los tiempos.

Los de la patria. Tales son sus votos; y que que han de cumplirse es lo que a los reyes alegrias; y no os pde en tal re, a los reyes, a los reyes, y desprecia- bion, y en el fin no es necesario ser es, lo es posible celebrar dignamente a

los semidosos de la tierra, ingenios hay peregrinos que pudieran hacerlo, ingenios que yo conozco, que yo favorezco e inspiro; cuyas obras, no bien conocidas todavia en un país en que la frialdad y el pedantismo insultan impudicamente al verdadero mérito, triunfaran al fin de la envidia y las pequeñas pasiones que aspiran a oscurecerlas, y llevaran su nombre a la edad futura para honor inmortal de su nacion y de su siglo.

Pero ¡vosotros, y tu mas que todos ellos odioso é insufrible, vosotros insultarme de esa manera!... Vete, y dí a los tuyos que todo mi enojo, que todo mi poder amenaza su vida; que se retiren, y que si es posible emendar de algun modo los desaciertos que han cometido, solo sera callando, y callando eternamente: que no menor reparacion exigen su ignorancia, su locura y su atrevimiento. Llévalle.»

No bien hubo dicho *lleradle*, cuando entre siete u ocho cargaron con el desventurado tuerto, y le llevaron en volandas hasta unas barandillas que daban a la escalera principal, de allí le dejaron caer sobre los de abajo, y estos, viéndole venir, se previnieron de suerte, que caer y empezar a voltear como una rehlandera entre aquella turba, todo fue a un tiempo. Era de ver como iba revoloteando por el aire de fila en fila, con tanta alegría y satisfaccion de todo el concurso, que no se juzgaba feliz el que no lograba asegurarle un pellizco, darle un capon o asostarle un gargajazo. Con este obsequio se celebró la venida del culto; hasta que cansados de divertirse le tiraron al monton enemigo, con la misma facilidad y ligereza que si arrojaran una pelota.

Pero volvamos la mal tajada pelota a referir lo que Mercurio hizo, mientras duro la embajada. Pareíale conveniente no descuidarse ni fiar a la fortuna el éxito de aquella empresa; habia llegado a entender, aunque confusamente, la pretension estrafalaria de los filólogos; y conociendo que Apolo no podía concederles nada, pensó seriamente en hacer preparativos para la defensa, persuadido de que solo a garrotazos se podría concluir tan entresacado asunto.

Llamó a consejo a los poetas que imaginó mas inteligentes y acostumbrados a tales peleonas; tratóse el caso con la madurez que requeria, y se acordó por último que se hiciera provision de armas ofensivas, acudiendo al repuesto de los malos libros, que estaban en las inmediaciones de la cocina, destinados a socarrar pollos y envolver especias, y que además se recogiesen cuantos frastos semovientes hubiera en la casa, y pudieran ser útiles para convertirlos en armas arrojadizas, o en patapetos y trincheras.

Tratóse despues del orden que se debia guardar en los ataques, y resolvieron que para lograr alguna ventaja era necesario salir de la escalera, obligando a los reuñtos a que, dejando el portalon pasaran al patio, creyendo todos que allí se les podria combatir mas a placer, ya fuese en batalla campal, o ya arrojando sobre ellos desde las ventanas que habia al rededor cuanto pudiera ofenderlos y destruirlos.

Aprobado este plan, se dispuso que Garcilaso de la Vega, por estar herido Cervantes, mandase el ala derecha, la izquierda don Diego de Melozoz; el centro don Alonso de Ercilla, y el cuerpo de reserva, que debia acudir adonde la necesidad lo pudiese, se encargó al conde de Rebolledo, acompañado de Lope de Vega, Cristóbal de Virues y otros sujetos de acreditado valor y experiencia militar.

Despues de ventilados estos puntos, se ocuparon en conducir acia la escalera cuanto hallaron que podia ser útil para un caso de rompimiento; acudieron luego al repuesto de los malos libros, y llevaron infinidad de volúmenes antiguos y modernos, que hasta entonces no habian servido de gloria a sus autores, ni de utilidad alguna al genero humano, y en aquel dia se hicieron apreciables; porque

no hay duda en que un mal libro, por malo que sea, siempre sirve, y mas si es de buen tomo, para descalabrar con él á cualquiera, cuando no hay á mano abundante provision de cachiporras ó peladillas de Torote.

Hecho pues todo lo que va referido, sucedió la bajada y volteo del culterano; y conociendo Mercurio que era ya inevitable volver á la zurra, fué volando á decir á su hermano cuanto habia dispuesto. Hallóle que bajaba ya la escalera con animo de presentarse á los enemigos, creyendo que á sus razones y autoridad ni debian ni podian oponerse. Dudó mucho Mercurio si aquella cuadrilla desvergonzada guardaria respeto y moderacion, hallándose ya obstinada en conseguir por fuerza lo que pretendia; pero hubo de ceder, mal de su grado, á las instancias de Apolo, y dejándole en la escalera, se remontó al techo para anunciar su venida.

A este tiempo empezó á notarse un rumor y conmocion general en el bando contrario, mal satisfecho del suceso que habia tenido la erudita oracion de su embajador; pero dando Mercurio un grande aullido desde alla arriba, les hizo callar y atender. Dijoles que Apolo iba á presentarse; que venerasen en él al grande hijo de Júpiter, y que pues se llamaban alumnos suyos, no le diesen enojo en cosa alguna, y adorasen humildes sus soberanos preceptos.

Apolo entonces, levantado en hombros de los mas robustos, se dejó ver de aquella aminorada gente. Comenzó con semblante pacífico y agradable á persuadirlos que dejando las armas se volviesen á sus casas á cuidar de sus mujeres é hijos, si los tenian. Que no creyesen que la nacion perderia nada perdiéndoles á ellos; pues no solo la harian una gran merced en quemar todos sus papeles, y no volver á escribir jamás ni aun la cuenta de la ropa, sino que por otra parte, olvidando con un verdadero arrepentimiento las travesuras pasadas, podian dedicarse á varios ejercicios honestos, y adquirir por ellos una subsistencia segura, como buenos ciudadanos y gente de juicio. Dijoles tambien, que los hombres habian nacido para trabajar, y muy pocos entre ellos para saber; porque ciertamente aquellos pocos, siendo buenos, bastan para ilustrar á todos los demas con su sabiduria. Que esto de ser doctos no era cosa tan haccedera y trivial como se habian imaginado, pues cualquiera ciencia ó facultad necesita todo un hombre, toda una vida, y tal reunion de circunstancias, que rara vez llega á verificarse; y aun por eso, siendo tantos los que siguen la carrera de las letras, son tan pocos los que han llegado á poseerlas en grado sobresaliente, y á merecer el aprecio público por sus escritos. Que dejasen el encargo de sostener el honor de la literatura nacional á otros talentos muy superiores, sin comparacion, á los suyos. Que abandonasen para siempre la negra erudicion enciclopédica que tanto les habia trastornado la racionalidad, y tan ridiculo papel les habia hecho hacer en estos últimos años á los ojos de la Europa entera; y que sobre todo abjurasen de buena fe el error de haberse creído poetas. Que no envidiasen esta gloria á los que realmente lo son: gloria mezclada siempre de sinsabores los mas amargos; gloria funesta, que casi nunca ha concedido el mundo á los que viviendo pudieran gozarla, porque la reserva el cruel para las cenizas de los que ya no existen.

Mas iba á decirles; pero fueron tales los berridos que resonaron en el zaguan, los gritos y amenazas, que Apolo, temiendo algun insulto de parte de aquel populacho feroz, se bajó á toda prisa del trono racional en que estaba encaramado, y comenzó á echar tacos y reniegos por aquella boca, que Dios nos libre.

Seguia entre tanto la griteria y tumulto de los enemigos, y el endiablado tuerto corria de un lado á otro atizando el fuego de la discordia, ponderando el mal tratamiento que Apolo le habia hecho, y el poco aprecio que le merecian las doctas fatigas de tantos sabios: ellos, que no

necesitaban espuelas, se enfurecieron de tal modo no es posible ponderar á qué extremo llegó esta frenesí. «No es ese, decian, no es ese Apolo: le conocemos, y estos son ardidés de Mercurio, que burlarse de nosotros tomándolo a fiesta y tarar venga el hijo de Latona, que venga; que vengamos nosotros le adoraremos como hijos obedientes si —

— Medrados estamos, dijo Mercurio, con lo que len ahora estos malditos. Si es imposible que no desatado del infierno para darnos guerra. ¿Se ha tal invencion? Pero yo les juro por la asqueros que no se han de reir de mí: no, sino haceros paparos han moscas; para ellos no sirven razones no les duele no les persuade; pues que la pag haya su casta, que la paguen, y acabemos de un ellos.»

Dicho esto, se metió entre los suyos; repitió nes; previno los acasos, y sin que diera la señal batir el estruendo de trompetas ni atambores, ni la batalla, poniendo en uso los de Apolo las man de que se habian prevenido.

Llovian libretos sobre los literatos intrusos, los, sucios y despillarrados, y otros nuevecientos ta, y en papel de Holanda, y con láminas y elog montanos, y notas y animadversiones. Esta des ordenó las primeras filas enemigas, no sin pérdidas, pues aseguran algunos sujetos fidedignos yados en relaciones auténticas, que pasaron de que cayeron derrengados, cinco tuertos, doce nueve, y trece ó catorce confusionados ó aturdi

Con esta pérdida se notó algun desfallecimiento aquellas tropas, y nuevo espíritu en los de Apolo dudaban ya combatir cuerpo a cuerpo para una vez aquella empresa; bien que los jefes se contenerlos, conociendo cuán cerca está de ser el el valor, si la prudencia y el arte no le dirige.

Pero á este tiempo ocurrió un accidente que de la escalera en grave peligro de perderse; por bado que fué la primera descarga, vieron venir por el aire el tenebroso *Macabeo de Silveira*, jado de robusta mano parecia una bala de cañon impetu que traia; birió de paso, aunque le Luis Barahona de Soto; y volviendo de rebote en el pecho al tierno Garcilaso, que sin ser resistirle, cayó aturrido sobre las gradas, y tan retirarle inmediatamente.

Lupercio de Argensola que se hallaba cerca, indignacion y dolor por la desgracia de su da agarró seis ó siete tomos que vio á sus pies, y con fuerza los lanzó al enemigo. No bien llegaron al mentos de *Góngora*, que esta era la gracia de volúmenes, cuando se conoció el horrible est habian hecho en el cuerno izquierdo de los con que advertido por los de Apolo, se adelantaron querer seguir acia aquella parte la derrota; pero se alejaron de los demas, se vieron rodeados de y cortado el paso á la escalera: dieron y recibier crueles, y con no poco trabajo pudieron volverse porar en sus líneas, sufriendo mucho en la retirada todas las apariencias de fuga.

Ercilla mandó á Cristóbal de Virués que pas bernal el ala derecha, y remediando con prontitud orden, prosiguió el combate. Mercurio, sosten borreguies, observaba desde allá arriba lo que ambos ejércitos; y vió que del contrario se retir chos acia el patio asaz dolientes y mal heridos: ocupaban en conducir á algunos á quienes ya introduciendo la forma cadavérica por las nar nte; y otros muy diligentes ejercitaban su car teligencia médica en dar alivio á los lastimados banles las heridas, les apretaban los chichones

ovianos, colocaban por su orden los dientes y que habían perdido su primer asiento, y usaban remedios, ni muy costosos ni muy eficaces, que se a gran cantidad de telas de araña, pegotes de pan maseado, yeso, tabaco, pedacitos de oblea, berines y buenas razones.

Quedado esto, partió acia la escalera para dar aviso a lo que convenia; preguntó por su hermano, y como había desaparecido con las Musas y todas las mujeres. Esta fuga dio que sospechar a Mercurio a breve rato quedo satisfecho de la inocentísima de Apolo; porque uno de los poetas que habia basea de libros vino diciendo que en la cocina se buscaba una gran porcion de mistos, y que el pueblo tenia recogidas tantas y tales armas, que si el caso de poder encarrilar al patio a los pedantes indubitable su destruccion.

Me place, dijo Mercurio; y ahora mismo se ha de hacer el ultimo esfuerzo para conseguirlo: Mendoza, que el ala izquierda, sostenido por el conde de Rebolanzara a viva fuerza sobre la opuesta de los enemigos de montonarios por aquella parte, y marchara en orden siempre acia el patio, describiendo un círculo, para que en llegandolos a sacar del se les vuelva a presentar por frente toda la linea. A esto se verifíca, el centro y el ala derecha se abran sobre la defensiva, y avanzaran o se detendran vieren que el ala izquierda se detiene o avanza. Se empezó a ejecutar, cargando don Diego de Men-Rebolledo sobre la derecha de los enemigos, que libraron sin mostrar flaqueza ni temor; y como ya la no era de burlillas sino muy a toca ropa, no le padecer bastante algunos de los de Apolo. Bar-

Leonardo cayo al suelo sin sentido de un golpeazo dieron con los Reyes nuevos del famoso Lozano; lo, que aunque ya estaba herido quiso volver a hacer la lid, tuvo que retirarse mas que de prisa con una lleva de tolondrones, y un arañazo en el rostro. Variaderraman no poca sangre; y el mismo Mendoza que peleaba valerosamente, no dejaba de recibir de un latigazo que le habia sacado en la pierna de un poecilla vilicento, autor de siete comedias, todas aplaudidas en el teatro, todas detestables por mas, y todas impresas por suscripcion, con dedicatoria y prologo.

A pesar de estos accidentes inevitables, vio Mendoza ventaja que llevaban los suyos; y pareciendole a, hizo una señal, que al observarla don Alonso de la grito en alta voz: «Hijos, ya es tiempo; des-

no la orden, y al repetir la linea «descarga, y al» comenzó a caer tal granizo de libros sobre los pe-

ta, que desde luego los menos locos reconocieron errable su ruina. como la podian evitar, si al rumor confuso de los a, al estremecimiento horrible que causaba en los. del portal la bateria incesante de libros, parecia palas y el telomismo se desplomaban sobre aquella. Al volaban a docenas, a cientos, enormes cuern-mocho en bañados en sangre; allí las historias sa-Ofensas de imagenes aparecidas; allí tomos gigan-de libreta, esparciendo el hedor del ya vacillante a, se tropan en el aire contra otros no menos es de sermonarios, cronicas de religiones, y de s-ducenas, en las que se veia embrollada hasta el ul-timo la mas breve, la mas clara, la mas santa de is doctrinas, y unos y otros caian despues con es-truendo, aplastando cuanto debajo de si encon-alli, entre los pesados e indigestos genealogistas, a los comentaristas, glosadores e interpretes del o, con sus tratados, autoridades y escolios llenos

de oscuridad y confusion babilónica; y allí, por último, salieron a volar las producciones del ingenio, las fatigas deliciosas de los humanistas y poetas. Las copias del celebre *Leon Marchante*, dulce estudio de los barberos; las del cura de Frumme, Gerardo Lobo, la madre Gen, Roseau y Garcilaso a lo divino, Jacinto Polo, Cancer, Benegasi, Villamediana, Bocangel, Tafalla, Zavaleta, Montoro, y Salas Barbadillo, con el *Arte de Gracian*, y las comedias, silvas y romances de Henriquez Gomez; allí el *Don Quijote* de Avellaneda hizo oficio de bala, habiendo antes servido de pelota en los infiernos; y las comedias de Cervantes revoloteaban tambien con risa de su autor inmortal, y a pesar del erudito y agrio Nasarre. Siguieron a estas las de don Tomas de Alorite y Corregel, con su miserable *Paulino* entre ellas; las de Bazo, Cuadrado, Guerrero, Sedano, Ibañez, y las de muchos de los que tan dignamente les han sucedido en el abasto del teatro. Pero luego cayeron sobre los enemigos con mayor violencia las dos *Caroleas*, *Carlos famoso*, la *Hesperoidea*, las traducciones de Ariosto, el *Poema de San Rafael*, la *Mejicana* de Gabriel Laso, la *Conquista de Sevilla* en cuartetos, el *César africano*, la *Nueva Méjico* de Villagran, la *Argentina de Centenera*, *Sagunto* y *Carlago*, el *Alfonso*, el *Nuevo mundo*, la *Hernandia*, los *Amantes de Ternel* del insipidísimo Juan de Yagüe, y el mas que todos ellos fastidioso poema de los *Inventores de las cosas*; siguiendo a este turbion la espesa metralla de miscelaneas, novelas, famas postumas, justas poéticas, coronaciones, entradas, beatificaciones, loas, certámenes de escuela, autos sacramentales, autos al nacimiento, funerales, villancicos, motetes, follas, y una pestilente multitud de tonadillas modernas, bien frías, bien necias, bien escandalosas y despreciables.

No hubo resistencia: los eruditos buyeron al patio, no hallando salida por otra parte; y Mercurio alegre en extremo de ver ya logradas sus ideas, comenzó a revolver sobre ellos como un milano hambriento encima de la miserable turba de polluelos timidos.

Parecióle ser ya tiempo oportuno de poner en practica una picardia que tenia consultada con Apolo, y se habia aprobado de comun acuerdo; para lo cual, dirigiendo su discurso a los pedantes, que hallandose encerrados en el patio peleaban desesperados por salir de el, les dijo de esta manera:

«Señores eruditos, ya me parece que es tontería tanto chillar, tanto berrear, tanto embestirse, retirarse, dar y recibir gazuatazos y mojicones, que hace dos horas largas de talle que estamos con esta misma cancion, y hasta ahora nada bueno se ha conseguido. Yo no sé ciertamente donde se habrá visto estarse aporreando de esa manera, sin qué ni para qué. ¿Y entre literatos! ¿entre humanistas! ¿entre poetas, gente de suyo muelle y regalona, y dada a la quietud y al regodeo! ¿Y por qué? Si fuera decir habia motivos para ello, vaya en gracia; pero si todo el caso viene a reducirse a una friolera que no vale un pito; si el asunto no es mas, segun he llegado a entender, que venir a presentar un memorial, en que no se piden ningunos disparates, ¿quién se persuadirá que esto haya sido causa de tan furiosa tremolina? El daño estuvo, señores pretendientes, en que no habiendo querido vuesaercedes enviar un diputado a mi hermano, para que en nombre de todos le dijese vuestra solicitud, me vien la precision de llevar el primero que me vino á las uñas; pero este, por desgracia vuestra, nos salio tan ruin criatura, tan presumido y fastidioso, que habiendo enojado a mi hermano, os le hubimos de volver de la manera que ya visteis.

«Yo, la verdad sea dicha, no gusto ni he gustado nunca de estas pelamelas, y mucho menos entre gentes de suposicion y buena crianza; he hablado a Apolo, y convencido de mis razones á favor vuestro, dice que siempre que se le pidiera una cosa justa y con el buen modito que corres-



ponde, no es ningún vinagre que se hubiera de negar á complaceros: así que, señores míos, lo que debéis hacer es esto, y sin tardanza, antes que mi hermano determine otra cosa. Escoged entre vosotros el mas ducho, el mas idóneo para el caso, un hombre bien nacido y de carácter, que no sea ningún chisgarabís, sino un erudito de representación, conocido ya de mi hermano por la escelencia de sus obras, que tenga en su favor el buen concepto de todos vosotros, y la general estimación del público. Este se encargará de vuestra pretensión; y perdería yo una oreja, y aun las dos que tengo, si escogiéndole, y enviándole, y hablando él, y respondiéndole Apolo, no volviese muy presto con la noticia de haberos otorgado cuanto queráis pedirle. Y esto se hace con paz y quietud, como buenos hermanos, sin andarse en mas puerca es ella, ni quién es él, ni primero soy yo, ni otras niñerías que en vez de adelantar algo, pondrán de peor condicion el asunto; con que así, no hay sino hacer lo que os digo, y manos á la elección, que se pasa el tiempo.»

Esta zalagarda surtió todo el efecto deseado; porque empezando á disputar entre ellos, quién debía ser el elegido, todos querían para sí aquel honor; repetían las palabras de Mercurio en que pedía un literato de representación, idóneo, bien nacido, estimado de los inteligentes. Y ¿quién era entre ellos el que no se juzgaba mas idóneo, mas ilustre, mas benemérito que todos los otros juntos? De esta presunción nació su ruina. Empelásgáronse unos con otros; cada cual se alababa á sí propio con admirable satisfacción y engreimiento; oíanse pullas, y desvergüenzas, y dictérios sin número; salieron á plaza las faltas mas ocultas; y últimamente, pasando la cólera de la lengua á los puños, comenzaron la mas desesperada refriega que jamas se ha visto.

Allí se manifestó cuán poco duran unidos aquellos que amontona el delito ó el error, y que solo entre los que siguen el recto camino, ya de la virtud, ya de la sabiduría, puede hallarse durable paz y amistad verdadera. Era de ver la obstinación con que peleaban: ni pensaban en otra cosa que en destruirse enteramente, por conservar cada cual la opinion de docto y único en su linea; y esto lo probaban con golpes crueles, tirándose al degüello, como gente desesperada que solo aspira á morir matando.

Mercurio se descalzaba de risa al ver lograda su maldita intencion, y advirtiendo que Apolo con toda la gente de casa ocupaba ya las ventanas y galerías del patio, trató con él que se pusieran en uso las armas prevenidas, para dar gloriosa cima y remate á aquella aventura.

Así se dispuso, y cuando todavía proseguían los literatos en hacerse añicos, comenzaron á bajar con ruido espantable infinitos muebles y utensilios que hicieron efectos de artillería, bombas y catapultas: tiraban los de arriba á los de abajo, para ponerlos en paz, mesas, fregaderos, cofres, tajos, sillas, barreños, armarios, platos, cantarillas y todo género de vasijas: las Musas, las señoras Musas, llenas de colerilla y deseos de venganza, eran las mas diligentes en procurar la destruccion de la infeliz gavilla de los autorcillos. Ellos, viendo encima de sí aquella tempestad, corrían desatinados de una á otra parte sin poder valerse; pero cayó segundo diluvio que los puso en mayor conflicto. Comenzaron á tirarles grandes ollas de agua hirviendo, espuelas de ceniza, basura, cantos, tronchos,

arena de fregar, tejas, ladrillos, leños encendidos, fuerte, polvos de juanes, pajuelas ardiendo, trementina caliente, pez y rescoldo. No era fi á tan horrible fuerza: dieron á huir acia la plaza la necesidad no permitia otra cosa; el ejército abrió en dos columnas para que dejándoles la salida y asegurado el palacio, se les pudiese cargar la retirada; y así que los vieron fuera, salieron conde de Rebolledo y don Diego de Mendoza citada lijera á seguir el alcance, y otros cuerpos se iban apostando por todos los caminos y sendas, como que absolutamente ignoraban los caminos.

En estas y estotras ya era de noche: la oscuridad, los golpes recibidos, el miedo, el cansancio, y sobre todo, el no tener conocimiento del terreno por donde iban, eran todas circunstancias tales que aumentaban la desgracia de los fugitivos.

Mercurio y los suyos les decían que se rindió algunos de ellos lo habían hecho (incluso el tuerto, que le acababan de sacar medio dedo de una zanja), porque si adelante seguían, pero sin remedio. Pero sí, ya estaban ellos en estirarse á buenas: correr que te correrías como gaviotas, atrabancar malezas, y no dar oído les decían: esto fué lo que hicieron, hasta que á encarrilar la mayor parte de ellos por unas carpadas y altísimas, á breve rato comenzaron por ellas agarrados unos á otros, y dando precipitaron en una gran laguna, que está al pié de los peñascos, y se forma de las vertientes de los cerros.

Los pocos que andaban descarriados por varios caminos mejor, porque cayeron en una gran laguna; recibieron todo agasajo y buena asistencia: les cataron las heridas, y fueron tratados con la mayor consideración que se les merecieron.

Apolo, Mercurio, las Musas, los poetas buenos, los de casa no se hartaban de dar gracias por tan feliz victoria; despacháronse extraordinarias partes con aviso de lo ocurrido en aquel tremendo día: duraron las fiestas quedó Timbre reciendo, porque el gasto de bollos, bizcochos, vas, bebidas heladas y chocolate ascendió á mas de lo que se puede sufrir el bolsillo de un dios que proteja la poesía.

Después de pasado el turbion de visitas y en medio de lo que convendría hacer con los Cascales, Cervantes y Luzán se encargaron de los separadamente, para ver á cuántas estaban y en vista del informe que presentaron estos mandó que algunos de ellos, después de haber recibido una buena reprimenda, se restituyesen á sus casas con pasaporte para todos los registros del Parnaso, y á los mas contritos, por via de ayuda de costa partieron las caritativas Musas de propio caudal los maravedises.

A los restantes (incluso el tuerto), que á los examinadores eran incurables, los encerraron en las de los locos, donde hoy se hallan tan en paz siempre, y tan sabios como su madre los parió.

# POESIAS SUELTAS.

## A TOMA DE GRANADA

POE LOS REYES CATOLICOS

### Fernando y Doña Isabel.

*Cuando tú oíste a Musa antigua canta,  
Que tanto valor más alto se levanta  
Canta, canta, Llamadas, canto t.*

#### ROMANCE ENDECASILABO.

Noche, y el común sosiego  
acaso sombras se extendía,  
y en silencio los mortales  
sólo olvidaban las fatigas,  
ermosa ciudad que Jemí baña,  
con sus aguas fertiliza,  
sus carmenes de flores,  
sus flores que el abril envía,  
herbido alcazar, cuya cumbre  
cupa la región vacía;  
y tiempo del monarca moro,  
yio trono granadino pisa,  
vidando con descanso dulce  
que al espíritu fatigan,  
ocupa de su alcazar regio  
ancia en que el primor lucía  
nisa del metal precioso  
ro Tajo en sus arenas eria,  
cimbrias y estucados techos,  
arios y labores ricas.  
alón a trechos se miraban  
torias que el cincel dio vida  
randes, célebres victorias,  
roes, bañanas inauditas,  
estales del mosaico estilo,  
o singular mazonería,  
estro cincel del bando moro  
capitanes y caifas.  
an y Ali, terror del oriente,  
el muestra la presencia misma  
Uti y el valeroso Muza,  
conquistador de Palestina.  
os otros elevado estaba  
ornato y majestad debida  
lo profeta, a quien Arabia  
era, y en su fe confia.  
iraba el rey, cuando cubierto  
ro y miedo, vió que descendía  
siento, y a su lecho llega  
net la estatua muda y fría.  
a, y al verla con airados ojos,  
ir acierta, ni callar podía;  
s quiso huir de su presencia,  
s lo estorbo fuerza divina.  
le vas, dijo: ¿dónde, desgraciado  
evitaras la saña mía,  
del que nunca desampara  
rentes que en su amor se fian?  
y en el lecho, a quien adoran  
ombras, turcas alcatifas,  
y con el ocio entorpecido  
iones de tu reino olvida.  
porta que al furor del nazareno  
las se miren tus provincias,  
los o muertos o rendidos,  
el en bandos dividida?  
s Fernando tus castillos toma,  
stala, arrasa las campañas,  
juegan Mazas y Gomeles  
ambala cañas y sortija.

¿No bastan tantos golpes desgraciados,  
Tantas ciudades presas y vencidas,  
Tantos fuertes ejercitos deshechos  
Al furor de las huestes enemigas?

El que tuvo valor para oponerse  
En Lucena a sus gentes atrevidas,  
Haciendo ver cuanto a Castilla cuesta  
Humillar la potencia granadina,

¿Hoy fuerzas no tendrá, viéndose libre  
De la cadena que arrastró algún día,  
Para vengar su afrenta, derramando  
Del cristiano la sangre aborrecida?

Si la fuerza y las armas no sostienen  
La patria que a su estrago se avicina,  
¿De qué ha servido quebrantar los tratos,  
Negar los pactos y la fe rompida?

Borra, borra el baldon de haber firmado  
Las paces que detesto, envilecidas;  
Niegue el valor, y el pundonor anule  
Lo que otorgó la voluntad cautiva.

De tu resolución el universo  
Está pendiente, y en tu ardor confia;  
Por el su libertad espera el mundo,  
Y si no le defiendes, se arruina.

Pues el fiero español, si de este imperio  
Se apodera (¡oh Allah, no lo permitas!)  
Cual rapido torrente que del monte  
Con impetu veloz se precipita,

Así, rompiendo de Tarif la puerta,  
Llegara audaz hasta la ardiente Libia;  
El gran sepulcro librara de Cristo,  
Cautivando quizá la tumba mia.

Méjico la opulenta, recelando  
Su estrago, al cielo súplicas envía:  
Y el Cuzco teme que, cruzando el golfo,  
Pase tal vez á encadenar sus lencas.

¿Y tú darás lugar para que logre  
Los triunfos que soberbio premedita,  
Viendo las barras de Aragon triunfantes  
En los blancos pendones de Castilla?

Cuando medroso en tu ciudad te encierres,  
Temiendo el golpe de su diestra invicta,  
El atrevido, a vista de tus muros,  
Otra ciudad levanta. ¿Que ignominia!

Ya los Abencerrajes, que otro tiempo  
En bandos a la corte dividían,  
No existen, ni tu padre te da enojos,  
Ni arma Muley traiciones a tu vida.

Persigue al que sacrilego persegue  
La verdadera ley, santa y divina;  
Nada recelas, la victoria es tuya,  
Que el profeta de Dios te alumbró y guía.

Yo haré que al ver tus fuertes escuadrones  
La espalda vuelva en la marcial porfia,  
Y amontonando triunfos y despojos,  
Su vano orgullo aniquilar conasgas;

Y pasando del Tajo la corriente,  
En la corte imperial fijas la silla,  
Después de haber deshecho en las Asturias  
La turba de sus gentes fugitiva.

Un nuevo Abderramán y un nuevo Muza  
Vendra, que fiero su altivez oprima,  
Y otro Almanzor del templo de Santiago  
Renovara el incendio y la ruina.

La mezquita famosa toledana  
Mi indignacion reducirá en cenizas,  
Y en la noble imperial Caesaragusta  
La imagen venerada de Maria.

El Corán se verá reverenciado  
Y la ley sacrosanta que predica,  
Desde Jijón a la distante Goa,  
Y de la Zeca á la feliz Medina.  
Esto sera; que así te lo prometo

El que pisa del sol la lumbre viva,  
A quien los querubines acompañan  
Y las dominaciones se le humillan;  
Que ocupando ante Dios glorioso asiento,  
Los claros astros á su planta mira,  
Y adornando la luna su turbante,  
Los luceros se apagan á su vista.  
Dijo; y al ir el rey á responderle,  
Veloz de entre sus brazos se retira,  
Y á ocupar vuelve la animada estatua  
El pedestal robusto que oprimía.  
Mientras en Santa Fe mira Fernando,  
Vistoso alarde haciendo su milicia,  
Al son de los clarines y atambores,  
Los caballos marchar é infantería,  
Cuando del claro sol lucientes rayos  
A los objetos su color volvan,  
Dorando en los soberbios pabellones  
Las banderas que el céfiro movía,  
Bajo un rico dosel con perlas y oro,  
Que del oriente empobreció las minas,  
Fernando é Isabel el trono ocupan,  
Alto campeón, castísima heroína.  
En tanto que en el templo de la Fama,  
Venciendo á las edades fugitivas,  
Vuestros nombres en mármoles escritos  
Causen al orbe admiración y envidia,  
Yo haré, á pesar del tiempo y del olvido,  
Que su trompa sonante los repita,  
Y vuestras merecidas alabanzas  
Las hijas de Memnósine divinas.  
Muestranse alrededor del alto asiento  
Los príncipes y grandes de Castilla,  
Los Ponces de Leon y los Mendozas,  
Portocarreros, Laras y Mejías;  
El que de Alhama el defendido muro  
Guardó á pesar de la morisma impía,  
Y con débil defensa reparado,  
Burló su muchedumbre descreída.  
Pacheco y el Guzman van á sus lados,  
Que dos robustos potros oprimían,  
Mostrando el noble varonil semblante  
Alzada la luciente sobrevesta.  
Del jóven de Alba la tristeza muestran  
Las pavonadas armas que vestía:  
Negro el plumaje sobre el alto almete,  
Peto y escudo, cinturón y hebillas.  
El que escalando de Guadix el muro  
Horror y asombro fué de la morisma,  
Y el que llegando hasta Granada, puso  
El *Aze* de Gabriel en su mezquita.  
Cárdenas y Albuquerque, y el famoso  
Córdoba, lustre de la patria mía,  
Terror del moro, de la Italia espanto,  
Estrago de las gentes enemigas;  
Lujan se ofrece á la dudosa empresa  
Con doscientos jinetes que acaudilla,  
Que el Manzanares entre musgo y algas  
Miró nacer en la feliz orilla.  
¡Oh patrio suelo! si al acento mío  
Prestar Apolo quiere melodía,  
Y se digna tal vez al rudo canto  
Dar nuevo ardor, dulcisona armonía,  
Yo sabré levantar el nombre tuyo  
A la esfera que Venus ilumina,  
Enalzando mi voz no disonante  
Tus blasones y glorias inauditas;  
Pues para trono del mayor monarca  
La suma Omnipotencia te destina,  
Y el sol para alumbrar tu vasto imperio  
A Eton fogoso y a Flegon fatiga.  
El valiente doncel, que en tiernos años  
Venció del moro la arrogancia impía,  
Colocando en su escudo por trofeo  
El nombre, que ultrajaba, de María,  
Del gallardo Aguilar ocupa el lado:  
Aguilar, cuya espada vengativa  
Del infiel Mahandon traspasó el pecho,  
Librando la inocencia perseguida.  
Hacen-Benel Farax Abencerraje  
Lucida escuadra de su gente guía  
En tordas yeguas que produce el Bétis

Y á su veloz corriente desafían.  
Blancos bonetes con azules plumas,  
En las adargas la común divisa,  
Corvos alfanjes, largos alquiciles,  
Robusto aspecto, y la color cetrina.  
El fuerte capitán, que de Lucena  
Defendió la muralla combatida,  
Derramando al impulso de su diestra  
La sangre del infiel ismaélita,  
Muestra en su escudo entre cadenas p  
Al monarca que audaz le resistía,  
Y los nueve estandartes matizados  
Con caracteres arabes y cifras.  
¡Cuántos esclarecidos capitanes,  
Que ganaron victorias inauditas,  
Delante de Fernando se presentan!  
Cántalos tú, Parnáside divina:  
Su nombre ensalza, su valor y esfu-  
Por quien se vieron rotas y vencidas  
Las escuadras de Agar, que el dogma s  
Del fementido esposo de Cadiga.  
Fernando al verlos: «claros campeo  
Dice, blason de la corona mía,  
Por cuya diestra las cristianas cruces  
Sobre el Alhambra se verán tendidas.  
Ya llegó el tiempo en que mireis cer  
De esa ciudad rebelde la ruina,  
Y en premio de fatigas tan dichosas  
Laurel eterno vuestra frente ciña.  
Desde que en Zahara combatiendo e  
Rompió Muley-Hacen la union amig  
Hasta que Boabdell preso y rendido  
Firmó la paz, que hoy niega su osad  
¡Cuántas veces, dudosa la victoria,  
Espusisteis por ella hacienda y vida,  
Ya combatiendo en Baza las almenas,  
O en el alto peñón de la Ajarquia!  
Málaga os vió con animo invencible  
Contrastar al feroz Abenconixa;  
Y Dordux, recelando el golpe duro,  
Os entregó su fuerza destruida.  
Muley Abohardil, tirano injusto,  
Desamparó á Guadix con Almería,  
Y de Huescar á Ronda vuestra espada  
Estrago fué y horror de la morisma.  
Aun hay mas que vencer: á vuestro l  
Es corto triunfo esa ciudad vecina;  
Mas es fuerza juzgar su rendimiento  
Como principio de mayores dichas.  
Desde que Febo, visitando el Toro,  
Volvió á los campos la estación florida,  
Hasta que en Capricornio retirado  
Iluminó desconocido clima,  
Sufre Granada el dilatado cerco,  
De fuerzas y poder destituida;  
Mas, ¡oh cuán presto la hollará mi plan  
Si ayuda vuestro ardor la intencion m  
De hoy mas vuelva á sufrir nuevos af  
Nuestros jinetes talen sus campañas,  
Y la sangre de Sarra se derrame  
En las escaramuzas repetidas;  
Que el cielo, que hasta aquí miró pro  
El éxito feliz de su conquista,  
Verá gustoso fenecer el nombre  
Del que tanto ofendió su ley divina.  
Dios, sí, Dios mismo de rigor armado  
A nuestros brazos servirá de guía,  
Porque ganando su sepulcro santo,  
Se mira el Asia á nuestro pié cautiva.»  
Dijo, y sordo rumor el campo ocupa,  
Que el nombre de Fernando repeta:  
Todos al duro asedio se aperriben,  
Acusando las horas de prolijas.  
Suena confuso estrépito; el soldado  
Se viste el espaldar y la loriga,  
Y al apretar las cinchas el jinete,  
El caballo beligeró relincha.  
Ya corren por la vega dilatada,  
Que el Jenil baña con corriente fría:  
Los campos queman, rohan el ganado,  
Huye el pastor á la contraria orilla.  
Tristes gemidos é incesante lloro

ciudad el aire bendían ;  
 te temeroso y ciego,  
 y ocupó la mezquita.  
 ndo Vespasiano y Tito  
 muros de la sacra Eña,  
 misera desgracia  
 y fuego y muerte destruida.  
 de valor y fuerzas falto,  
 medroso se retira :  
 escuchar consejos varios,  
 los dictámenes vacila.  
 consejo que la gente anime,  
 e las arabes insignias,  
 paña, y en batalla dura  
 intrepido resista.  
 tende, primero que rendirse,  
 as arda la ciudad querida,  
 a al foso y al hierro,  
 Astapa o la Sagunto antigua.  
 him-Hamet, gallardo moro,  
 lustro de su edad cumplía,  
 iria, Aldoradin en sangre,  
 ahucen y Geloira,  
 arba y el color tostado,  
 ojos de espantable vista,  
 ombros, corto de razones,  
 l arco, cimitarra y pica :  
 es, dijo, en pareceres varios  
 nupo, que veloz camina,  
 fuerzas, ni ocasión, ni gente  
 a patria que pelagra.  
 mos acaso a una batalla  
 rdad que tanto estima,  
 España la potencia junta  
 rteson nuestra ruina?  
 justo, ni en este medio solo  
 alud se encierra y cifra :  
 rompio de Troya el muro,  
 ni, ni Aquiles de Larisa.  
 o, apenas el luciente Apolo  
 mbra de la noche fría,  
 l campo del contario fiero  
 oraz vuela en cenizas.  
 ion, el sobresalto y miedo,  
 ue los miembros debilita,  
 la noche haran felice  
 eccion, si Boabdelt la anima.  
 a apruebo, » dijo, y de los hombros  
 de su amor al punto quita  
 alquicel, que el moro admite,  
 verente la rodilla.  
 l punto las lucientes armas,  
 y el cincel enriquecian,  
 ostro su perfeccion el arte,  
 ivo tal vez dieran envidia.  
 ante el acerado casco  
 a luz rayos envia,  
 ña y afolladas tocas,  
 acho verdegay encima.  
 lo horregui guarnecen  
 os y labores ricas,  
 l en el siniestro lado  
 borlas resplandee y brilla.  
 o talah se ve pendiente  
 a fuerte y damasquina,  
 lado Abenhozmin su abuelo,  
 ervir a Solimán partia.  
 la lanza acomodo en la cuja,  
 i nimbre el barbaro blandia,  
 pe en desigual pelea  
 aagon perdo la vida.  
 la adaga de Azamor el moro  
 corazon que en fuego ardia,  
 o azul alrededor escrito :  
 iera dar, mas le daria.  
 anga adorna el diestro lado,  
 dai budo y argenteria  
 de su nombre Zelidora,  
 e del en Trenecen vivia.  
 stado alazan oprime el lomo,  
 rnes y cabeza erguida,  
 acioso y espumante boca

Y dócil á la rienda que le guía.

Parte su dueño en la callada noche  
 De la famosa Iliberis antigua ;  
 Sus muros deja atras y capiterles,  
 Y al enemigo campo se avercina.

Hórridas sombras, ocupando el suelo,  
 Al intento mejor favorecerian ;  
 Muda quietud al sueño convidaba,  
 Y el Darro suspendió la clara linfa.

Cuando al atravesar raudal pequeño,  
 Que del vecino monte descendia,  
 Sintió pisadas, y de rato en rato  
 Templadas armas que al mover crujian.

Retrena el paso el arrogante moro,  
 El freno y el aliento detenia,  
 Al ver ya cerca un caballero armado,  
 Que en ligero tropel tras él venia.

Sale a encontrarle, y previniendo el asta :  
 « ¿ Quién eres? dijo, ¿ dónde te encaminas?  
 Di, si eres granadino ó castellano,  
 Y cual es el intento que te guía.

— Soy granadino, respondió, y si acaso  
 De tu amor y tu sangre no te olvidas,  
 Tu primo Zulemán es quien te sigue,  
 Y la justa venganza quien lo anima.

Tú sabes bien que en la pasada luna  
 Mató a mi hermano en esta vega misma  
 La dura lanza del Guzmán valiente,  
 Impio verdugo de agarenas vidas.

Sabes que era mi hermano malogrado  
 La esperanza y blason de la morisma,  
 Señor de Alhora, de Cartama alcaide,  
 Caudillo y albagib de su milicia.

Sabes cuánto lloré la injusta muerte,  
 Sabes cuánto perdí la patria mia,  
 Y que del homicida la cabeza  
 Prometi presentar á Belerifa.

Tres veces ciento alarabes finetes  
 El bosque oculta, que á la seña misma  
 Intrépidos cercando los reales,  
 La accion acabaran que determinas.

Contigo vengo á que morir me veas  
 A manos del que causa mi desdicha,  
 O a que, logrando la venganza, vuelva  
 A consolar la pena que origina.»

Abrazale Zelim estrechamente,  
 Y defudidos de la sombra amiga,  
 Este se acerca al campo y pabellones,  
 Y aquel la retirada prevenia.

Introducido por oculta senda,  
 Calada cuerda al pabellon aplica  
 Do reposa Isabel, y al verle ardiendo  
 Con voraz llama, el moro se retira.

No de otra suerte los soberbios auros  
 Quemó de Troya la maldad argiva,  
 Ni menos confusion causó el estrago  
 Que en el campo cristiano se extendia.

Bajan ardiendo de la escelsa cumbre  
 Ardientes leños, maquinias erguidas,  
 Cual en las altas escarpadas breñas,  
 A quien el Tajo aurífero salpica.

Al fiero impulso de huracan horrendo  
 De uno en otro peñon se precipitan  
 Rudos peñascos, y al terrible golpe  
 Huyen al centro temerosas nubes.

Salta del lecho intrépido Fernando ;  
 Su presencia a los debiles anima ;  
 Manda al de Cádiz, que al encuentro salga,  
 Por si alguna traicion se prevenia.

Suelta la crencba dilatada de oro,  
 Que un matizado trancello prendia,  
 Cruza Isabel armados escudrones,  
 Cuya industria apaga la llama activa.

Zuleman, que advirtió salir armada  
 La gente que el de Cádiz acaudilla,  
 Vuelve la rienda, y acia el bosque parte  
 A prevenirlo al comenzar el día.

El Ponce de Leon, que desde lejos  
 Las armas vió reverberar brulidas,  
 Y el ancho escudo del galardon moro,  
 Parte a alcanzarlo, y al caballo pica.

Mas viendo la distancia, alta la diestra

Y en ellas mezclarás sátira amarga.

Refranes usarás y sutilezas

En tus versillos, bufonadas frías,

Y mil profanaciones y torpezas.

Y esta compilación de buberías

Al público darás, de tomo en tomo,

Que ansioso comprará lo que le envías.

Porque el ingenio mas agreste y rouno

Con obras de esta especie se recrea,

Como tú con las gracias de Jeromo.

Mas si tu orgullo oscurecer desea

Al lirico famoso venusino,

Con quien tu preceptista me marea,

Aparta de sus huellas el camino,

Huye su estilo atado de pedante,

Que inimitable llaman y divino.

Canta en idioma enfático-crispante

De las deidades chismes celebrados,

Sin perdonar la barba del Tonante.

Pinta en Fenicia los alegres prados,

La niña de Agenor y sus doncellas

Los nitidos cabellos destrenzados,

Que, dando flores al abril sus huellas,

La orilla que de liquido circunda

Argento Doris, van pisando bellas;

Al motor de la maquina rotunda

Que enamorado paze entre el armento

La yerba, de que opaca selva abunda.

La niña al verte, ajena de espavento,

Orna los cuernos y la espalda preme,

Sin recelar lascivo tradimento.

Ya los recibe el mar; la virgen treme,

Y al juvenco los alguidos, undosos

Pielagos hace duro amor que reme.

Ella, los astros ambos lacrimosos,

*Rectiprocando aspectos cintilantes* (\*),

Prorrumpe en ululatos dolorosos;

Cuyas quejas en torno redundantes,

*De débiles ancilas repetidas* (\*\*),

Los antros duplicaron circunstancias.

Mas Creta ofrece playas estendidas,

Prónuba al dulce amplexo apetecido,

Pudicicias inermes ya vencidas.

Huye gozoso amor, y agradecido

Jove fecunda sóbole promete,

Que imperio ha de regir muy estendido.

Apolo, antojadizo mozalibete,

Asunto digno de tu canto sea,

Cuando tras Dafne intrepido arremete.

La locura también faetontea

Celebrarás, y el pielago combusto

Que en flagrantés incendios centellea.

Y muera de livor el Zoilo adusto,

Al notar de estas obras los primores,

La dición bella, el delicado gusto;

Al ver llamar estrellas á las flores,

Liquido plectro á la risueña fuente,

Y á los jilgueros prados voladores;

Vegetal esmeralda floreciente

Al fresco valle, y al undoso río

Sierpe sonora de cristal luciente.

Pero si has de llamarte alumno mio,

Despreciando de Laso la cultura,

Con ceño magistral y agrio desvío,

Habla erizada jerigonza oscura,

Y en gálica sintaxis mezcla voces

De añeja y desusada cadadura,

Copiando de las obras que conoces

Aquella molestísima realta

De frases y metáforas feroces.

Con ella se confunde y desbarata

La hispana lengua, rica y elegante,

Y a Benengeli el mas cerril maltrata.

Cualquiera escritorillo petulante

Licencia tiene, sin saber el nuestro,

De inventar un idioma á su talante,

Que él solo entiende; y ensartando diestro

Silabas, ya es autor y gran poeta,

Y de alumnos estúpidos maestro.

(\*) Silveira.

(\*\*) Villamediana.

Mas ya te llama el son de la trompeta,  
De nuestros Cides los heroicos hechos,  
Tanta nación á su valor sujeta.

Rompe, amigo, los vinculos estrechos,

Las duras reglas atropella osado,

Vencidos sus estorbos y deshechos.

Y el número lleno de furor sagrado:

«Canto, dirás, el héroe furibundo,

A dominar imperios enseñado,

Que, dando ley al báratro profundo

Su fuerte brazo, sujetó invencible

La dilatada redondez del mundo.»

Principio tau altisono y horrible,

Proposición tan hueca y espantosa,

Que deje de agradar es imposible.

No como aquel que dijo: *Canta, Dios,*

*La cólera de Aquiles de Peleo,*

*A infantes aqueos dolorosa;*

Porque el estilo inflado y giganteo,

Dejando á los lectores atornados,

Causa mudo estupor, llena el deseo.

Dos caminos te ofresco, practicados

Ya por algunos admirablemente:

Escoge, que los dos son estremados.

Sigue la historia religiosamente,

Y conociendo á la verdad por gula,

Cosa no has de decir que ella no cuente.

No finjas, no, que es grande picardía:

Refiere sin doblez lo que ha pasado,

Con nimiedad escrupulosa y pia.

Y en todo cuanto escribas, ten cuidado

De no olvidar las fechas y las datas;

Que así lo debe hacer un hombre bomrado.

Si el canto frigidísimo rematas,

Despedirásle del lector prudente

Que te sufrió, con espresiones gratas,

Para que de tu libro se contente,

Y aguarde el fin del languido suceso,

De canto en canto, el misero paciente.

Mas, no imagines, Fabio, que por eso

Te aplaudirán tus versos desdichados:

Crítica sufrirán, zorra y proceso.

Darán, que los asuntos adornados

Con episodios y fcción divina,

Se ven de tu epopeya desterrados.

Que es una historia insípida y mezquina,

Sin interés, sin fábula, sin arte;

Que el menos entendido la abomina.

Pero yo sé un ardid para salvarle,

Dejándolos á todos aturridos:

Oye, que el nuevo plan voy á explicarte.

Después que entre centellas y estampidos

Feroz descargues tempestad sonora,

Y anuncies hechos ciertos ó fingidos,

Exagera el volcan que te devora,

*Que cenirso del alma no consiente* (\*).

E invoca á una deidad tu protectora.

Luego amontonarás confusamente

Cuanto pueda hacinar tu fantasía,

En concebir delirios emulente.

Botánica, blason, cosmogonía,

Náutica, bellas artes, oratoria,

Y toda la gentil mitología;

Sacra, profana, universal historia,

Y en esto, amigo, no andarás escaso,

Fatigando al lector vista y memoria.

Batallas pintarás á cada paso

Entre despechadísimos guerreros

Que jamás de la vida hicieron caso.

Mandobles ha de haber y golpes fieros,

Tripas colgando, sesos palpitantes,

Y muchos derrengados caballeros;

Desaforadas mazas de gigantes,

Deshechas puentes, armas eucantadas,

Amazonas bellísimas errantes.

A espuertas verterás, á carretadas

Descripciones de todo lo criado,

Inútiles, continuas y pesadas.

¡Oh cómo espero que mi alumno amado

Ha de lucir el singular talento,

(\*) Candamo.

¡tu pesar ha cultivado!  
ventura, y cuanto encantamiento!  
¡amorados campeones!  
¡tu y alcanzar ¡quién!  
en episodios a millones;  
misérable no parece,  
encontraron ni con burones.  
no ha de ser, si le acontece  
go en una nube le arrebató,  
o los aires desaparece?  
lle oscurísimo remata  
demostrado su carrera,  
d a cumplidos le maltrata.  
a gruta inhabitable y tiera,  
los tiempos que han pasado (\*),  
que allí, quiera o no quiera.  
asaja y unto preparado  
into ingrediente venenoso,  
e que lo ve deja admirado!  
seña en un artificioso  
escendencia dilatada  
bre suyo ha de ilustrar famoso.  
la ficción muy adecuada;  
se algún censor la culparia  
mente, absurda y dislocada,  
logras con esta fechoría  
salzar de tu Mecenaz,  
altara, por vida mía.  
patrañas son ajenas  
mía, ¿que importa? Si conviene,  
el troyano la encadenas;  
n poeta facultades tiene  
ii cotos, escribiendo  
o a la pluma se le viene.  
ne parece que estoy viendo  
arro de fuego remontados  
igos que la van corriendo  
Dios, y qué regocijados,  
dades, reinos populosos  
y climas ignorados!  
los desiertos arenosos,  
ar que hinchado se alborota,  
idos, prados olorosos.  
tentronal playa remota,  
doble Vasco de Gama,  
agamon registra y nota.  
esques de nido la ardiente llama  
sculta, al espirar el día,  
tis hospedaje y cama.  
recipitada correría  
volador hace patente  
Europa el ancho mar desvía.  
auriga acia el rosado oriente  
ra los reinos de la aurora  
l carro de piroppo ardiente...  
un crítico me acuerdo ahora,  
iz, ridículo, pedante,  
híel su lengua de tractora.  
lta de colera al instante  
nvenciones! ¡Cual blasfema!  
a irritar, no hay quien le aguante.  
e que haya encantos ¡linda tema!  
s, ni estatuas habladoras,  
n que lo hallo, desgarró y quema.  
oe por acaso le enamoras  
dad que yace encastillada,  
la un dragon a todas horas,  
alero de una cuchillada  
o culebron deguella,  
nferral luego se enfada.  
ue decirle que la tal doncella  
a del sabio Malambruno,  
doncellez así atropella;  
ira cárcel, soledad y ayuno  
sue no mas la ha reducido,  
pa sus lastimas ninguno.  
or, nada basta: enfurecido,  
misero autor se despepita,  
el inocente le ha ofendido.  
auera infeliz; ¡vena maldita!

Dice en borrenda voz, que impetran  
Como turbio raudal se precipita.  
El gusto y la razón, en verso, en prosa,  
La invención recubren: que sin esto  
Jamás se acertara ninguna cosa.  
Ni patria llora el ejemplar humoso.  
Su teatro en errores sepultado,  
A la verdad y a la belleza opuesto,  
Muestra lo que produce el estragado  
Talento que sin luz se descamina,  
De la docta elección abandonado.  
Nuevo rumbo sigue, nueva doctrina  
La hispana musa, y desdócho arrogante  
La humilde sencillez griega y latina.  
Dio a la comedia estilo retumbante,  
Figurado, sutil o truhano,  
De la debida propiedad distante.  
Halló en la escena el vulgo clamoroso  
Pintadas y aplaudidas las acciones  
A que le inclinó su vivir virtuoso.  
Y en vez de dar un freno a sus pasiones  
En la enseñanza de verdades puras,  
Mezcladas entre honestas invenciones,  
Oye solo mentiras y locuras.  
Celebra y paga enormes desaciertos,  
Y de juicio y moral se queda a oscuras.  
¡Que es ver saltar entre baridos muertos,  
Hecha la escena campo de batalla,  
A un paladín, enderezando torcos!  
¡Que es ver, cubierta de loriga y malla,  
Blandir el asta a una mujer guerrera,  
Y hacer estragos en la infiel canalla!  
A cada instante hay dardos y quimeras,  
Sueños terribles que se ven cumplidos,  
Fatídico pulul, fantasma fiero,  
Desforadas princesas, aturdidos  
Enamorados, ronda, galanteo,  
Jardín, escala y celos repetidos;  
Esclava fiel, astuta en el empleo  
De enredar una trama delocucante,  
Y conducir amantes al carco.  
Allí se ven salir confusamente  
Damas, emperadores, cardenales,  
Y algún bufón pesado é insolente.  
Y aunque son a su estado desiguales,  
Con todos trata, le celebran todos,  
Y se mezcla en asuntos principales.  
Allí se ven nuestros abuelos godos,  
Sus costumbres, su heroica hazaña,  
Desfiguradas de diversos modos.  
Todo arrogancia y falsa valentía:  
Todos jaques, ninguno caballero,  
Como mi patria los miró algún día.  
No es mas que un mentecato pendenciero  
El gran Cortés, y el hijo de Ilmoza  
Un haladron de charpas y jifero.  
Cinco siglos y mas, y una docena  
De acciones junta el número ignorante  
Que a tanto delirar se desenfrena.  
Ya vela los muros de Florencia ó Gante;  
Ya el son del pito los transforma al punto  
En los desiertos que corona Atlante.  
Luego aparece amontonado y junto  
(Así lo quiere mágico embolismo)  
Dublín y Atenas, Menfis y Sagunto.  
Pero ¿qué mucho, si en el drama mismo  
Se ven patentes las eternas penas,  
Y el ignorado centro del abismo,  
Las llamas, pinchos, garfos y cadenas,  
Replendiéndose misero lamento  
Por las estancias de dolores llenas?  
« ¡Oh qué abominación! » Dice el sangriento  
Censor injusto; y dando manotadas,  
Se levanta furioso del asiento.  
Estas críticas, Fabio, son dictadas  
Por envidia y no mas, si bien lo miras,  
Y no deben de títer escuchadas.  
Las que repusas sin cesar y admiras  
Insignes obras, a pesar de ingratos,  
Te llevarán al término a que aspiras.  
Mas te prometo: los alegres ratos  
Que te visita el apolíneo coro,

No los has de vender nada baratos.

Pues, aunque el tema popular no ignoro,  
De que Cintio corona á los poetas  
De verde lauro, y no de perlas y oro,

Las mas descabelladas é indiscretas  
Farsas te llenarán de patacones  
Los desollados cofres y gavetas.

Si, Fabio, las obrillas que dispones  
Las hemos de vender todas al peso;  
Y algo nie tocará por mis lecciones.

Tu vena redundante hasta el esceso,  
Que no conoce reglas ni camino,  
Es lo que se requiere para eso.

Suelta toda la presa del molino:  
Haz comedias sin número, te ruego,  
Y vaya en cada frase un desatino.

Escribe dos, y luego siete, y luego  
Imprime quince, y trama diez y nueve,  
Y a tu musa venal no des sosiego.

Harás que horrendos fabulones lleve  
Cada comedia y casos prodigiosos;  
Que así el humano corazon se mueve.

Salga el carro del sol, y los fogosos  
Flegon y Etonte; salga Citeréa  
Mayando en estribillos enfadosos.

Diversa accion cada jornada sea  
Con su galán, su dama, y un criado  
Que en dislates insipidos se emplea.

Echa vanos escrúpulos a un lado,  
Llena de anacronismos y mentiras  
El suceso que nadie habrá ignorado.

Y si a agradar al auditorio aspiras,  
Y que sonando alegres risotadas  
El te celebre cuando tú deliras,

Del muro arrojen á las estacadas  
Moros de paja, si el asalto ordenas,  
Y en ellos el gracioso dé lanzadas.

Si del todo la pluma desenfrenas,  
Date á la magia, forja encantamientos,  
Y salgan los diablillos á docenas.

Aquí un palacio vuela por los vientos,  
Allí un vejete se trasforme en rana:  
Todo asombro ha de ser, todo portentos.

De la historia oriental, griega y romana  
Copiarás los varones celebrados,  
Que el pueblo admitirá de buena gana.

Héctor, Ciro, Caton, y los soldados  
Fuertes de Anibal, con su jefe adusto,  
Todos los pintarás enamorados.

Verás qué diversion, verás qué gusto,  
Cuando lloren de Fátima el desvío  
Tarif, ó Muza, ó Alcamán robusto,

Que ciegos de amoroso desvario,  
La llaman en octavas y en tercetos  
Mí bien, mi vida, encanto dulce mío.

Tus galanes serán todos discretos;  
Y la dama, no menos bachillera,  
Metáforas derrame y epítetos.

¡Qué gracia, verla hablar como si fuera  
Un doctor *in utroque*! Ciertamente  
Que esto es un pasmo, es una borrachera.

Ni busques lo moral y lo decente  
Para tus dramas, ni tras ello sudes;  
Que allí todo se pasa y se consiente.

Todo se desfigura, no lo dudes:  
Allí es heroicidad la altanería,  
Y las debilidades son virtudes.

Y lo que Poncio alguna vez decia,  
De que el pudor se ofende y el recato...  
Pero ¡qué! si es aquella su manía.

Mil lances ha de haber por un retrato,  
Una banda, una joya, un ramillete;  
Con lo de infiel, traidor, alevé, ingrato.

La dama ha de esconder en su retrete  
A dos ó tres galanes rondadores,  
Preciado cada cual de matasiete.

Riñen, y salta por los corredores  
El uno de ellos al jardín vecino,  
Y encuentra allí peligros no menores.

El padre, oyendo rucbilladas, vino;  
Y aunque es un tanto cuanto malicioso,  
Traga el enredo que Chichon previno.

Pero un primo frenético y celoso  
Lo vuelve á trabucar de tal manera,  
Que el viejo está de cólera furioso.

Salen todos los yernos allí fuera:  
La dama escoge el suyo, y la segunda  
Se casa de rondón con un cualquiera.

¡Oh vena sin igual, rara y fecunda,  
La que tales primores recopila,  
Y en lances tan recónditos abunda!

Esto debes hacer, esto se estiló;  
Y váyase Terencio á los orates,  
Con Baquis, Menedemo y Antífila;

Que por él y otros pocos botarates,  
Cobra la osada juventud espanto,  
Y se malogran furibundos vates.

Tú, dichoso mortal, prepara en tanto,  
Para ser celeberrimo poeta,  
El númer y las alabas al canto.

La citara sonante, la trompeta,  
Y la cómica máscara bufona,  
Llena de variedad y chanzoneta,

Te alzarán á la cumbre de Helicón,  
Donde cercado de las nueve hermanas  
Luces despide el hijo de Latona.

Mas cuando con sus manos soberanas  
De laurel te corone, ten sabido,  
Fabio, á quien debes el honor que ganas,  
Y agracedéelo á mí, que te he instruido.

## EPISTOLAS.

### I. A don Simon Rodrigo Laso, rector del cole de San Clemente de Boemia.

LASO, el instante que llamamos vida,  
¿Es poco breve, di, que el hombre deba  
Su fin apresurar? O los que al mundo  
Naturaleza dió males crueles

¿Tan pocos fueron, que el error disculpen  
Con que aspiramos á acrecer la suma?

¿Ves afanarse en modos mil, buscando  
Riquezas, fama, autoridad y honores,  
La humana multitud ciega y perdida?

Oye el lamento universal. Ninguno

Verás que á la Deidad con atrevidos  
Votos no canse, y otra suerte envídie.

Todos, desde la choza mal cubierta  
De rudos troncos, al robusto alcázar  
De los tiranos donde suena el bronce,

Infelices se llaman. ¡Ay! y acaso  
Todos lo son: que de un afecto en otro,  
De una esperanza y otra y mil creídos,

Hallan, huyendo el bien, fatiga y muerte.  
Así buscando el navegante asturo  
La playa austral que en vano solicita,

Si ve, muriendo el sol, nube distante,  
Allá dirige las hinchadas lonas.

Su error conoce al fin; pero distingue  
Monte de hielo entre la niebla oscura,  
Y á esperar vuelve, y otra vez se engaña;

Hasta que horrible tempestad le cerca,  
Braman las ondas, y aquilon sañudo  
El frágil leño en remolinos hunde,

O verto escollo de coral le rompe.  
La paz del corazón, única y sola  
Delicia del mortal, no la consigue,

Sin que el furor de su ambición reprima,  
Sin que del vicio la coyunda logre  
Intrepido romper. Ni hallarle espere

En la estrechez de sordida pobreza,  
Que las pálidas fiebres acompañan,  
La desesperación y los delitos,

Ni los metales que á mi rey tributa  
Lina opulenta poseyendo. El vulgo  
Vano, sin luz, de la fortuna adora  
El idolo engañoso: la prudente  
Moderación es la virtud del sabio.

uel que en áurea mediana,  
remos evitando, abraza  
quietud. Ni el bien ajeno  
hó, ni de insolente orgullo  
me, ni el favor procura:  
su labio la verdad, detesta  
unque del orbe el cetro empuña,  
la multitud le adora.  
ente, oscuro, alegre vive,  
perior, de nadie esclavo.  
al frenesí la mente ocupa  
e, y llena su existencia breve  
as y dolor? Tú, si en las horas  
studio el corazón humano  
nocer, ó en los famosos  
onde la opulencia habita,  
y corrupción, ¡hallaste alguno  
el aura del favor sustenta,  
a aspera sed de imperio,  
lacerar guste, que una vez descanse?  
urla su esperanza, y postra  
su ambición! Los sube en alto,  
el suelo con mayor ruina  
ten. Como en noche oscura  
rtificial los aires rompe,  
admira el esplendor mentido  
da luz; retumba y muere.  
ornado con diamantes y oro,  
ras sericas cubierto,  
s del sur que arrastra y pisa,  
so audaz? ¿La numerosa  
ves, que le salda humilde,  
los pórticos sonoros  
ca inmensa, que olvidado  
ya decrepito levanta?  
envidies, que en su pecho anidan  
mes. La brillante pompa,  
magnífica, los humos  
ion servil, las militares  
e en torno a defenderle asisten.  
ros que avariento oculta,  
ovincias á su ley sujetas,  
aran. Y en vano al sueño  
pavorosa y luenga noche;  
so en vano, y por las altas  
e marfil vuela el suspiro.  
¡Arlas vagaroso humilde  
a de la mies de Ceres,  
nos y olivos! ¿Verde prado,  
mudo el ganadillo errante,  
onte, opaca selva y fría!  
erá que habitador dichoso  
o, rural, pequeño albergue,  
e la Amistad y de las Musas,  
rato y á los hombres, vea  
sa paz los años míos  
ces? Parca mesa, ameno  
frutos abundante y flores  
ltivaré, sonoras aguas  
altura al valle se deslizen,  
ormen trasparente lago  
es de Venus, escondida  
nuso y de laurel cubierta,  
ras, revolando alegres  
omo yo, rumor suave  
no zumbe del panal hibleo,  
ras espirando olores:  
corazón le hasta... Y cuando  
silencio de la noche eterna,  
é, sombra feliz, si algunas  
tristes mi sepulcro bañan.

don Gaspar de Jovellanos (2).

ara amistad, que en dulce nudo  
almas unió, durable existe,  
stre; y ni la ausencia larga,  
acta, ni interpuestos montes  
so mar que suena ronco,  
moria apartaran tu idea.

Duro silencio á mi cariño impuso  
El son de Marte, que suspende ahora  
La paz, la dulce paz. Sé que en oscura,  
Deliciosa quietud, contento vives,  
Siempre animado de incansable celo  
Por el público bien, de las virtudes  
Y del talento protector y amigo.

Estos que formo de primor desnudos,  
No castigados de tu docta lima,  
Fáciles versos, la verdad te anuncien  
De mi constante fe; y el cielo en tanto  
Vuelvame presto la ocasión de verte  
Y renovar en familiar discurso  
Cuanto á mi vista presentó del orbe  
La varia escena. De mi patria orilla  
A las que el Sena turbulento baña,  
Tefido en sangre, del andaz britano  
Dueño del mar al aterido belga,  
Del Rin profundo á las nevadas cumbres  
Del Apenino, y la que en humo ardiente  
Cubre y ceniza á Nápoles canora,  
Pueblos, naciones visité distintas;  
Útil ciencia adquirí, que nunca enseña  
Docta lección en retirada estancia,  
Que allí no ves la diferencia suma  
Que el clima, el culto, la opinión, las artes,  
Las leyes causan. Hallarlas solo,  
Si al hombre estudias en el hombre mismo.

Ya el crudo invierno que aumentó las ondas  
Del Tíbre, en sus orillas me detiene,  
De Roma habitador. ¡Fuésemos dado  
Vagar por ella, y de su gloria antigua  
Contigo examinar los admirables  
Restos que el tiempo, á cuya fuerza nada  
Resiste, quiso perdonar! Alamo  
Tú de las Musas y las artes bellas,  
Oráculo veraz de la alma historia,  
¡Cuánta doctrina al adusto labio  
Dieras, y cuántas, inflamado el ánimo,  
Imágenes sublimes hallaras  
En los destrozos del mayor imperio!  
Cayó la gran ciudad que las naciones  
Mas belicosas dominó, y con ella  
Acabó el nombre y el valor latino;  
Y la que osada, desde el Nilo al Betis,  
Sus águilas llevó, prole de Marte,  
Adornado de bárbaros trofeos  
El Capitolio, condeciendo atados  
Al carro de marfil reyes adustos,  
Entre el sonido de torcidas trompas  
Y el ronco aplauso de los anchos foros,  
La que dió leyes á la tierra, horrible  
Noche la cubre, pereció. Ni esperes  
Del antiguo valor hallar señales.

Estos desmoronados edificios,  
Informes masas que el arado rompe,  
Circos un tiempo, alcázares, teatros,  
Termas, soberbios arcos y sepulcros,  
Donde (fama es común) tal vez se escuchó  
En el silencio de la sombra triste  
Lamento funeral, la gloria acuerdan  
Del pueblo ilustre de Quirino, y solo  
Esto conserva á las futuras gentes  
La señora del mundo, inclita Roma.  
¡Esto, y no mas, de su poder temido,  
De sus artes quedó? Qué, ¿no pudieron  
Ni su virtud, ni su saber, ni unida  
Tanta opulencia mitigar del hado  
La ley tremenda, ó dilatar el golpe?

¡Ay! si todo es mortal, si al tiempo cedan  
Como la débil flor los fuertes muros,  
Si los bronces y pórdicos quebranta,  
Y los destruye, y los sepulta en polvo,  
¿Para quién guarda su tesoro intacto  
El avaro infeliz? ¿A quién promete  
Nombre inmortal la adulación traidora,  
Que la violencia ensalza y los delitos?  
¿Por qué á la tumba presurosa corre  
La humana estirpe, vengativa, airada,  
Envidiosa... ¿De qué, si cuanto existe  
Y cuanto el hombre ve todo es ruina?  
Todo: que á no volver huyen las horas



Precipitadas, y á su fin conducen  
De los altos imperios de la tierra  
El caduco esplendor. Solo el oculto  
Númen que anima el universo, eterno  
Vive, y el solo es poderoso y grande.

III. *A la marquesa de Villafranca, con motivo del nacimiento de su hijo primogénito el conde de Niebla.*

Faltó mi anancio, y generoso el cielo,  
Mas que yo pude prevenir, destina  
Felicidades á tu casa ilustre,  
Cuando de tu cariño el digno fruto,  
Señora, al mundo das. Juzgué que vieras  
Tu sexo y gracias repetirse, y toda  
Tu hermosura gentil en la querida  
Prenda que dulce ya te mira y rie.  
¡Oh vana predicción! Mayor cuidado  
Merece al Númen que sustenta el orbe  
De los Toledos la prosapia escelsa;  
Premios mas altos la virtud merece,  
El tierno y casto amor, la no manchada  
Pureza conyugal. Mira cumplidos  
Los votos ya de tu feliz esposo,  
Y los tuyos también, y los de tantos  
Pueblos que ven en ti señora y madre.  
Ese que aduermes en blúmena cuna,  
Pequeño infante, es un Guzman; de aquella  
Estirpe clara sucesor, que un día  
Fué de la patria impenetrable escudo,  
Y en su defensa derramó inflexible  
La propia sangre. De Tarifa el alto  
Muro, sitiado de agarenas huestes,  
Supo guardar su generoso abuelo.  
Vió de cadenas sin piedad ceñido  
El joven infeliz, oyó sus voces,  
Y el ruego y llanto de doliente esposa,  
Y supo ser leal. Le ofrece el moro  
Pactos indignos, y amenaza al cuello  
Del inocente, si Guzman resiste;  
El se desciñe la temida espada,  
La tira al campo, y «Si no quieras, dijo,  
La tuya ensangrentar, esa es la mía.»  
¡Oh constancia! oh valor! Vive, precioso  
Niño, y el claro ejemplo que los tuyos  
Te dan, imita. Vive, si de tanta  
Ilustre accion te ha de inflamar la gloria,  
Que ya del vicio y corrupcion infame  
Harto el estrago se difundió y crece.  
La disciplina militar, el celo  
Por el publico bien, costumbres puras  
Faltaron... Vive; que la patria nuestra  
Honor, virtud, Guzmanes necesita.

IV. *Al príncipe de la Paz, dedicándole la comedia de la Mojigata.*

Esta que me inspiró fácil Talía  
Moral ficción, y aguarda numeroso  
Pueblo que ocupe la española escena,  
Voz adquiriendo, movimiento y formas,  
Hoy te presento con afecto puro  
De gratitud y amor; que en vano aspiro  
Por otra senda á la difícil cumbre  
Subir del Pindo, en vano; y muchas veces  
Lloré burlado el atrevido intento.  
¡Cuántas, pulsando las aónias cuerdas,  
Quise prender con números siaves  
La esquivo hermosa que en silencio adoro,  
Y la voz imitar y la armonía  
Que un tiempo el eco en la floresta verde  
Repetió del Zurguén! Quise, animado  
De mas sublime ardor, sonando Clio  
La trompa que marcial ira difunde,  
De España celebrar los altos triunfos,  
Del cuello altivo sacudiendo rota  
La barbara coyunda; en las arenas  
De Libia ardiente el vencedor vencido;

Numancia satisfecha en el estrago  
De la soberbia Roma, abandonada  
Al espantoso militar desórden;  
Dueño Cortés del estandarte de oro  
En los valles de Oumba, y á sus plantas  
El cetro occidental. Pero ofendida  
Culpó mi error la musa de Menandro,  
Y la cítara y flautas pastoriles  
Quitóme alrada, y el clarín de Marte.  
Sigue, me dijo, por el rumbo solo  
Que te indica mi voz, si honor procuras  
Que á pesar del silencio de la muerte  
Haga tu nombre eterno. Yo amorosa  
Una y mil veces en tu labio infante  
Dulce beso imprimí, y al repetido  
Celeste arrullo que entoné dormías.  
Tú mi delicia y mi cuidado fuiste,  
Y en ti los que vertió propicios dones  
Naturaleza, cultivar me plugo.  
Ya con festiva aclamacion sonando  
La patria escena, en su alabanza justa  
Tu gloria afirma. Sigue, y en la cumbre  
Del sagrado Helicon, que Cinto baña  
Con su luz inmortal, las Musas bellas  
De hiedra y laureos te darán corona.  
No te ofenda, señor, si tan humilde  
Tributo te consagro: ¡Y cual sería  
De la grandeza de tu nombre digno?  
Limitado es el don, rico el deseo;  
Y no bastando á mas la vena estéril,  
Cuanto puedo te doy. Asi postrado  
Ante las aras que levanta rudas,  
Suele el cultor acumular los frutos  
Sencillos de su campo; y los ofrece  
Al alto númen tutelar que adora,  
Y aromas vierte agradecido, y flores.

V. *Al mismo.*

Buscando alivio á mi salud endeble,  
Me vine á guarecer en la asperexa  
De estos peñascos, del ardor esquivo  
Que hoy enciende á Madrid. Quietud, silencio  
Paz en el alma, soledad quería,  
Frescura y sombras. Encerré con llave  
Los doctos libros, que el talento ilustran,  
Y el vigor al estómago destruyen.  
Holgar quise y vivir; y apenas llevo  
A las orillas que fecunda el Arlas,  
Coronada la sien de humildes juncos,  
Inesperada pesadumbre altera  
Mis honrados propósitos. ¡Adónde  
Sabré ocultarme, si habitando ahora  
Rústico albergue, defendido en torno  
De precipicios y fragosas cumbres,  
Aquí me induce á traducir mi estrecha?  
Pero en vano será. Como sucede  
Una vez y otras muchas al cuitado  
Que no tiene comercio, hacienda, casa,  
Ni oficio, ni pensión, ni renta, y vive  
Tranquilo; en tanto que la numerosa  
Turba á quien debe el aire que respira  
Se afana en perseguirle. El escribano  
Le cita, el alguacil le acecha y busca,  
Manda Marquina que sus deudas pague,  
Y no las paga; al soberano acuden,  
Manda que pague, y su pobreza extrema  
Privilegio le da seguro y cierto  
De no pagar jamás. Yo así, flado  
De la ignorancia que padezco y lloro,  
Venerando el precepto que me impone  
Mi generoso protector, me eximo  
De obedecerle. Si entender pudiese  
Lengua que no aprendí, traduciría  
En culta frase de Leon y Herrera,  
Los garabatos que del norte frío  
Vienen al Tajo mendigando ahora  
Glosa y comentador. O si aspirase  
A conseguir, sin merecerle, el nombre  
De poligloto y helenista insigne,

con ajenas plumas  
 irrepido y soberbio,  
 udición pudiera  
 entre la plebe osada  
 , cuya ciencia es solo  
 aparentar estudio.  
 de la impostura el arte  
 hecho talento anuncia,  
 la y dirección prudente,  
 Minerva al templo.  
 ; el límite se ignora  
 facedor la siempre varia  
 torir naturaleza.  
 imitan, aspirando  
 perfección, desisten  
 sas y cobardes  
 auto. Un primor solo,  
 a sus alumnos  
 fan, y aquel que logra  
 la difícil via  
 a con incierta planta  
 mo intento, adquiere  
 en las edades vive.  
 mundo, porque en una  
 lo que anhelaron muchos  
 la al término llegase,  
 de los hombres huye  
 voçinglero, hinchado  
 zozofosa envidia,  
 n el café gobierna  
 el orbe, y mientras bebe  
 cor, sorprende, asalta,  
 ar el puerto y muro.  
 lor, vereis qué pronto  
 ir de naves españolas,  
 asto, a Irlanda ocupa,  
 Jamaica os pone  
 or. ¿Quereis oírle  
 o mas? Latin, tudesco,  
 mejicano y chino,  
 hay, cuantos pudiera  
 . Erudición, historia,  
 a, metalurgia y leyes :  
 rior, único y solo.  
 loxart; nota con ceño  
 n tal o tal motivo  
 feliz. Habla y decide  
 acorzos y contrastes,  
 egradación de tintas,  
 os. Convulsión padece  
 de Garcilaso,  
 timpano es el suyo!  
 propiedad y estilo  
 zó la mal tajada  
 uites... Vive, insigne  
 de la edad presente,  
 n común; esplendorosa  
 apague. Yo, que admiro  
 pédica doctrina  
 banquetes clamorosos,  
 diar, y si consigo  
 mi rudo verso escuche  
 a el grave peso á Carlos  
 on de tanto imperio,  
 a mi talento humilde.

E vases flotando que luego diré  
 Gravados estaría por todos costé,  
 Serán de Castilla así ora é así  
 Membranza placiente que nos fuere.  
 E tanto mercede finge é amor  
 Aquel que alegras nos dió Membranza,  
 E al común convierte la mucha envidia.

en lenguaje y verso antiguo (3).

esto cumplido garzon,  
 sto la pécula mia,  
 ta la su cortésia  
 idos vulgares en son;  
 i latino sermon  
 se deciros loores :  
 stes, que son sabidores,  
 den de Tulio y Maron.  
 anto la suerte me da,  
 diga roman paladino,  
 so que lueño é vecino  
 n mi carta verá :

Cual nunca de alguno non fueron habidos,  
Siquier home bueno, siquier principal.

É ved de cuál arte ser quito pensó  
El rey, que sesudo catara sus fechos:  
Ayúntale dende con nudos estrechos  
Al mesmo avolorio de donde nació;  
E luego é de sí voceros mandó  
Que cedo a la rica Toledo se vayan,  
E aquesa manceba garrida le trayan,  
Fija del infante que Dios perdonó.

La flor de lindeza, donaire é mesura  
En ella se adunan, la bien paresciente:  
De rojos corales su boca riente,  
Sobrando á la nieve su tez en albur,  
La luz de sus ojos espléndida é pura,  
La voz falagosa, gentil su ademán:  
Florinda, la causa del nuso desmán,  
Non ovo tal gesto, nin tal apostura.

¡Oh! vivan entramos en placida union,  
No nunca empescida de fado siniestro,  
Seyendo en el siglo criminoso nuestro  
De virtud ecelsa dechado y blason:  
La fama, do quiera, con alto pregon,  
Su prole ventura perinclita cante,  
E aqúisten ilustre memoria durante  
Su nome, sus fechos, su clara nacion.

#### VII. A un ministro, sobre la utilidad de la historia.

Ya el invierno, de nubes coronado,  
Detuvo en hielos su corriente al rio:  
Brama el Bóreas. Felices  
Campos, adios; y tú, valle sombrío,  
A los placeres del amor sagrado  
Venus hoy te abandona y los amores,  
Y el sol, cercano al capricornio frío,  
De la noche los términos dilata.

No toleremos, no, que voladora  
Así pase la edad, si los mejores  
Instantes que arrebatá  
Negamos del estudio á las tareas.  
Por él, mi dulce amigo,  
La razon conducida  
Recibe del saber altas ideas.  
En la carrera incierta de la vida  
Dirigir puede al hombre, y enemigo  
Del ocio torpe y la ignorancia oscura,  
O le presta consuelo  
En la adversa ocasion, ó le asegura  
El favor de la suerte:  
Justa obediencia, y justo imperio enseña.

Si á ti benigno el cielo  
Miró al nacer y hoy colma de favores,  
Pues no á las letras proteger desdeña  
Tu mano generosa,  
Ellas su auxilio deben ofrecerte.  
Que no siempre de flores  
La senda peligrosa  
De la fortuna encontrarás cubierta;  
Ni el timon abandona el marinero,  
Por mas que el viento igual, propicio espire.  
Docta la historia ejemplo verdadero  
A tu razon presente,  
De lo que habrá de ser, en lo que ha sido.  
Mira en ella los pueblos mas famosos  
Que redimen sus fastos del olvido,  
Si politicos ya, si belicosos  
A tanta gloria, á tal poder llegaron;  
Si en ellos se admiraron  
Justicia, humanidad, costumbres puras;  
Si fué de la virtud asilo el trono;  
Si la ignorancia, las venganzas duras,  
El ocio corruptor, el abandono,  
Dieron causa á su estrago.

Ya no existís, naciones poderosas;  
Vuestra gloria acabó. Tiro opulenta,  
Persépolis, y tú, fiera Cartago,  
Enemiga del pueblo de Quirino,  
Ya no existís. Dodoso el caminante  
En hórrido desierto

Os busca, y el bramido  
De las fieras le aparta. La corrúate  
Sigue al Eúfrates que trocando sacas,  
Y el lugar desconoce  
Donde la asiria Babilonia estuvo.  
Que al héroe macedon miró triunfante,  
Hoy cenagosos lagos, corrompido  
Vapor, caliente arena,  
Aspera selva, inculta, engendradora  
De monstruos ponzoñosos,  
Encuentra solo; y la ciudad que pade  
Del vencedor romano  
El yugo sacudir, Palmira ilustre,  
Yace desierta ahora;  
Sus arcos y obeliscos suntuosos  
Montes son ya de trastornadas piedras,  
Sus muros son ruinas.  
Hundió del tiempo la invisible mano  
Entre arbustos estériles y hiedras  
Los pórticos del foro  
En columnas de Paro sostenidos,  
Basas robustas y techumbres de oro,  
Donde el arte espresó formas divinas...  
¡Memorias de dolor! Allí apacienta  
Su ganado el zagal, y absorto admira  
Cómo repite el eco sus acentos,  
Por las concavidades retumbando.

De tal desolacion la causa mira,  
No tanto en los opuestos elementos  
Embravecidos, cuando  
Al austro oscuro el aquilon compás,  
Y Jove en alto carro conducido  
Fulmina a los alcázares centellas;  
Ó cuando en las cavernas oprimido  
Del centro de la tierra el fuego brama  
Con rumor espantoso,  
Y en su reventazon muda los montes,  
Ciudades arruina,  
Hierva el mar proceloso,  
Y arde en sus ondas la violenta llama.  
Que el hombre, el hombre mismo,  
Si á la maldad declina,  
Desconociendo términos, escede  
A las iras del cielo y del abismo.  
Triunfó insolente la impiedad, faltaron  
Las leyes, el pudor, y los robustos  
Imperios de la tierra  
Debilitó cobarde tiranía.  
Las delicias funestas enervaron  
El amor de la patria, el ardimiento,  
La disciplina militar, y el día  
Llegó terrible de discordia y guerra,  
Que al orgullo mortal previno el hado  
Para ejemplo á los siglos espantoso.  
Y como desatado  
Suele el torrente de la yerta cumbre  
Bajar al valle, y resonando lleva,  
Roto el márgen con impetu violento,  
Arboles, chozas y peñascos duros,  
Rapido quebrantando y espumoso  
De los puentes la grave pesadumbre,  
Y la riqueza de los campos quita,  
Y soberbio en el mar se precipita;  
Así barbaras gentes, descendiendo  
Del norte helado en multitud inmensa  
Contra la invicta Roma, estrago horrendo.  
Muerte y esclavitud la destinaron,  
Y al orbe que oprinó dieron venganza.  
Así en edad distinta,  
Osado el trace, sin hallar defensa,  
Escendiendo el suceso á la esperanza,  
Trastornó los imperios del Oriente,  
El trono de los Césares, la augusta  
Ciudad de Constantino.  
Grecia humilló su frente;  
El Araxes y el Tigris proceloso,  
Con el Jordan divino  
Que al mar niega el tributo,  
Las Arabias y Egipto fabulosos,  
En servidumbre dura  
Cayeron y opresion. Gimió vencida  
La tierra que llenó de espanto y luto

jos ejércitos impíos  
 xerosa.  
 mo suele en los despojos fríos  
 alcro voraz lleva la muerte,  
 vlos a la frágil vida  
 studiosa.  
 la edad pasada examinando  
 pueblos la voluble suerte,  
 de su gloria y su ruina,  
 arniento hará la culpa ajena,  
 ia el aviso.  
 talento la doctrina.  
 nces que el que sabe impera,  
 o de las dichas preparando  
 robusto  
 adversidad, ó la modera  
 e intrépido. Que el mando  
 co, si templado y justo  
 social mantiene,  
 ses públicos procura,  
 cumple, y ceden las pasiones.  
 ler, no en violencia se asegura,  
 or del suplicio le sostiene,  
 s escuadrones;  
 le amor faltó, la fuerza es vana.  
 bes, señor, y en tus acciones  
 as. Tú la virtud oscura,  
 encia amparas. Si olvidado  
 se vió, tú le coronas;  
 a tu sombra florecieron,  
 laudes, el error perdona,  
 io a tus aciertos recibiste  
 interior que el alma siente.  
 tan altos dones mereciste  
 bienhechor, que generoso  
 tus prendas tu fortuna,  
 antes al tiempo presuroso,  
 la mente  
 s luces, si te falta alguna.

## VIII. A Andrés (4).

¿casarte, Andrés? ¿O te propones  
 men acceder sumiso?  
 ¿es tu amor? ¿O tan dudoso  
 sera de tu futura  
 oria, que el quererla mucho,  
 ria, de mi voz depende?  
 in opinión saber deseas,  
 ; pero el asunto es grave  
 la moral filosofía:  
 de mi que en delicadas  
 so de pedestre estilo  
 pular. Tú, que las noches  
 udo la moderna solfa  
 s cisnes, y por ella olvidas  
 Laso la dición, escucha,  
 misiva que a copiarle empiezo,  
 en te doy, no te conjuro.  
 abriles, bonancibles años,  
 cuna en menear dormido,  
 ante sueñecito unbrátil  
 huyendo, amigo Andrés, no tornan,  
 de esperanzas y deseos  
 en derredor? ¡Ay! teme, teme  
 placer, velar cargoso  
 quietud que a par te cercan.  
 igo, en ti mismo, ó si te place  
 ro de ti. consulta un rato  
 z en lobrego silencio,  
 ente esclamante ella te aleje  
 ermanidad desamistada,  
 ndados cardenos profusa.  
 a que el pestilente soplo  
 lo mortal de un mundo infecto,  
 do el alma infructuosa,  
 nza la semilla ahogue  
 a planto; ni el freno triste,  
 do compas de la prudencia,  
 hervir haran que cese.

» Todo al tiempo sucumbe: el cedro añoso,  
 La dócil caba en gratitud riendo  
 Dulce, como de leve niebla umbría  
 El insensato orgullo. Infortunado  
 Clima aridece ya con sus heladas,  
 Crujientes pesadumbres y fraguras  
 El número invernal; llegan las horas  
 De hielo y luto, y se empavece el cielo.  
 Salud, lugubres días, horrores  
 Aquilones, salud; que ya se cabre  
 Selvosa soledad de nieve fría,  
 Y el alto sol mirandola se embebe.  
 Abrego silbador, cierzo bramante,  
 Ya la tormenta escitas borrascosas;  
 Soplan el soplo de venganza, y nubes  
 Oscuras en los vientos cabalgando  
 Bañan y abisman los tranquilos surcos.  
 » Empero ley primaveral que vuelve  
 Dócil se presta al orante suplio  
 Del aura matinal; cuando es so el cielo  
 Todo anuncia placer: la etérea playa,  
 Velada en esplendor, colma la selva  
 De profusión fragante, los sopillos  
 Del favonio y el bes de las simpillitas  
 Corderas, que yerbilla pastan verde.  
 ; Oh coronilla! a ti también te veo  
 Y la sien de la espiga, aunque levante  
 El abrojo su frente ignominiosa.  
 Las fuentes, los arroyos saltadores,  
 Serpes de nécar, con alboros giran;  
 Forman torcidas calles, y jugando  
 Con las flores se van. Canta el pardillo  
 Y ledo mira al sol, vueta y se posa,  
 O al vislumbrar de la modesta luna,  
 Le responde la Eco solitaria.  
 » La estación estival en pos se sigue,  
 Y el agosto abrasado abraza las flores  
 Con ardor descollante. Palidece  
 El musgoso verdor, oigo quejarse  
 En seco son el vértigo del polvo,  
 Y lo que por do quier bañado en vida  
 El céfiro balagaba, estiuto yace.  
 El sol en su bosqueidad deslaja el suelo,  
 Y mientras amiga la espigosa Ceres  
 Con la pecha del trigo desazaña  
 Al cultor fatigado, los umbrosos  
 Prescores el pustrer aliento rien.  
 Luego con sus guirnaldas pampasneas  
 Octubre empampenado, en calma frente,  
 La alegría otulal nos da que vacía;  
 A la esperanza la corona el goce,  
 Y la balanza justa al sol voluble  
 Ya le aprisiona en sus palacios frescos.  
 Cefirillo, tal vez enamorado  
 De alguna poma, bate el ala, y llega,  
 Y la besa, y la deja, y torna, y mece  
 Las hojitas, y balle, y gira, y para.  
 Y huye, y torna a mecer... Dejad que cifa  
 La temulenta sien, ¡oh niñas blondas!  
 Mil veces Evobé... Cien copas pido,  
 Y en pos, y a par, y cabe mi enlmadita,  
 Y otras ciento me dad... Así natura,  
 Las leyes no exorables acatando,  
 Próvida el perenal destino sigue,  
 Engranando los seres con los seres;  
 Que uno de otros en pos, en randa marcha,  
 Crece, y llega, y los tragan y bayra.  
 » Ay, amigo hermano! Canto desoye  
 Lucuos trasportes y cobarde miedo,  
 Que a la infinita juventud apena.  
 Se alejan ya los intornables días,  
 Tremolando el terror. Ocia, si es dado;  
 No quieras zozobrar en el arroyo,  
 Con los reveses reluchando indócil.  
 ¿Ves la rueda insoportable de fortuna  
 Resaltar vacilante en rechizado  
 Y agudo retótil? ¿y cómo torra  
 La insaciableidad del oro insano  
 La avaricia clavó dentro del pecho?  
 ¿Ves la envidia voraz? ¿Ves la prútila,  
 Riendo muertes, profusar prurvario,  
 Y el puñal del desprecio, la ponetilla

Tal escarmiento á sus violencias pide.  
Y depuesto el rigor, y engrandecido  
De la corona hispana  
El honor y el poder, si al mundo hicieras  
Que el hijo de la guerra te apellide,  
Haz que después benéfico te vea  
Cuando á tu reino dieres  
El aureo siglo de Saturno y Rea.  
¡Oh, cuanto el dios de Cinto  
Me inspira! ¡Oh, cuánto su furor me inflama!  
Ya de los años el girar futuro  
A mi vista pasó. Miro distinto  
Del templo de la Fama  
El alto techo y arquivadas de oro,  
Que en cien columnas de diamante duro  
Cargan, y escucho el gran rumor, suspenso  
Que el cóncavo sonoro  
Vuelve, temblando el edificio inmenso.

Allí tu nombre suena,  
Allí abultada en mármoles se ofrece  
La serie de los inclitos varones,  
Cuya fama inmortal dos mundos llena.  
Sacro laurel guarnece  
Las lises de Borbon, las quinas santas,  
El águila imperial y tus leones;  
Y viendo allí entre todas eminente  
Tu imagen, á sus plantas  
Me postro humilde en pasmo reverente.

Y aquella te acompaña  
Alta deidad, que en su feliz ribera  
Vió nacer el Eridano sonante  
A ser delicias de tu dulce España,  
Que en ella considera  
El don mayor que ha merecido al cielo.  
¡Oh! ¡cómo la bondad en su semblante  
Muestra y el claro ingenio peregrino,  
Blason de nuestro suelo,  
Y esfuerzo acaso del poder divino!

Festiva la rodea  
Su prole hermosa, y suenan los acentos  
Del pequeñuelo Carlos y Fernando:  
Fernando, en cuya vida el cielo emplea  
Repetidos portentos,  
Porque ha de ser en los futuros días  
De Hesperia honor, las prendas imitando  
De los suyos... ¡Oh Dios omnipotente!  
Que tantas alegrías

Permites hoy á la española gente!  
¡Oh, señor! si á tu oído  
El ruego humano es grato, si piadoso  
Miras á la nación que tiel te adora,  
Carlos viva feliz, y su estendido  
Imperio haga dichoso  
Emulo de tal padre y tal maestro.  
Viva de tanto bien merecedora  
La Augusta, y aplaudir su nombre vea,  
Mientras el orbe nuestro  
En torno gire de la luz febea.

Mas ya el rumor se estiende,  
Y el jubilo comun por todas partes  
El suspirado instante nos avisa;  
El son de Marte las esferas hiende:  
A Carlos y Luisa  
Madrid aclama, tremolando al viento  
Por su nuevo señor los estandartes,  
Y ya empuñando su clarín canoro  
Con presto movimiento  
La Fama dilató las plumas de oro.  
Vos, ciñendo de flores  
La docta frente y de laurel divino,  
Pulsad la acorde citara, poetas,  
Y divulgad al mundo sus loores.  
Pues si el hado previno  
Honor durable al metro numeroso,  
Que ¡oh tiempo rauda! en tu furor respetas,  
Si el vuestro ensalza de mi rey la gloria,  
Nunca mas venturoso  
Objeto tuvo el verso ni la historia.

¡Oh, si mi voz pudiera  
Al asunto bastar! ¡Oh, si mi canto  
Fuese tal como es grande mi deseo!  
Yo al son del plectro conmovier hiciera

Los reinos del espanto,  
Y del ardor fatídico concedido  
Que ya en mi mente derramó Timbreo,  
Prosperidad al orbe anunciaría,  
Y el sármata aterido  
Y el numida feroz me escucharía.  
Mas no, mi dulce musa,  
No te enajene el atrevido intento;  
Que no es dado á la ronca humilde lira,  
Entre el aplauso popular confusa,  
Alzar al firmamento  
Con digno estilo y elocuyente pompa  
Los semidioses que la tierra admira.  
Otro los cante, y de la heróica Clio  
Suenen á su voz la trompa,  
Que no es tan grande atrevimiento el mío.

### III. A la memoria de don Nicolas Fernandez de Nn

Flumiso, el celebrado  
Cantor de Termódonte,  
Por quien grato á las musas  
Fué de Doris el nombre,  
Ya las sombras habita  
De los elísios bosques:  
Lloro, Venus hermosa,  
Llorad, dulces amores.

Suelta la creencia de oro  
Que el viento descompone,  
La rica vestidura  
Desceñida sin órden,  
Erato, que suave  
Le colmó de favores,  
Sobre la tumba fría  
Hoy se reclina inmóvil.

Del seno de su madre  
El niño de los dioses  
Batió veloz las alas,  
Fugitivo se esconde.  
Deshecho el arco inútil,  
La venda airado rompe:  
Ardió la corva aljaba  
Y duros pasadores.

Es fama que en la selva,  
Por donde lento corre  
El Arlas, coronado  
De olivo, hiedra y flores,  
Sonó lamento ronco  
De mal formadas voces,  
Que en ecos repitieron  
Las grutas de los montes.

Ninfas, la queja es vana.  
Si dió la parca el golpe:  
Ni vuelve lo que usurpa  
El avaro Aqueronte.

Alzad un monumento  
Con mirtos de Dione,  
Ornado de laureles,  
Guirnaldas y festones,  
Entrelazando en ellos  
La trompa de Mavorte  
Y la citara dulce  
Del teyo Anacreonte.

Las coronas de Clio,  
De Amor venda y arpones,  
Y las aves de Venus  
El obelisco adornen.

Que si al asunto digno  
Mi verso corresponde,  
Si da lugar el llanto  
A números acordes,  
De la region que tiene  
Por su cénit al norte,  
A la que esterilizan  
Rayos abrasadores,  
Flumiso en la memoria  
Durará de los hombres,  
Sin que fugaz el tiempo  
Su duración estorbe.

## IV. A don Gaspar de Jovellanos (7).

Id en las alas del raudó céfiro,  
 Humildes versos, de las floridas  
 Vegas que diafano fecunda el Arias,  
 Adonde lento mi patrio río  
 Ve los alcázares de Mantua escelsa.  
 Id, y al ilustre Jovino, tanto  
 De vos amigo, caro a las musas.  
 Para mi siempre numen benévolo,  
 Id, rudos versos, y venerable,  
 Que nunca, o rapidas las horas vuelen,  
 O en larga ausencia viva remoto,  
 Olvida meritos suyos Inarco.  
 No, que mil veces su nombre presta  
 Voz a mi cítara, materia al verso,  
 Y al numen tímido llama celeste.  
 Yo le celebro, y al son armónico  
 Toda enmudece la selva umbría,  
 Por donde el Tajo plácidas ondas  
 Vierte, del árbol sacro a Minerva  
 La sien ceñida, flores y pampanos.  
 Tal vez sus niufas, girando en torno,  
 Señora espuma candida rompen,  
 Del cuello apartan las hebras húmidas,  
 Y el pecho alzando de formas bellas,  
 Conmigo al melito varon aplauden,  
 Dando a los aires coros alegres,  
 Que el eco en grutas repite cóncavas.

## V. A los colegiales de San Clemente de Bolonia.

Por qué con falsa risa  
 Me preguntais, amigos,  
 El número de lustros que cumplí?  
 ¿Y en la duda indecisa,  
 Citaís para testigos  
 Los que huyeron aprisa  
 Crespos cabellos que en mi frente ví?  
 Pues no los años fueron  
 Los que con mano dura  
 Me los llevaron, ni doliente ardor;  
 Parte al afán cedieron  
 Que el estudio procura,  
 Parte despojos dieron  
 A tus victorias, ceguezuelo amor.  
 ¿Veis que en mi rostro imprima  
 El tiempo sus pisadas,  
 La lengua turbe, o debilite el pié?  
 ¿Veis que mi espalda oprima?  
 ¿O de brillar cansadas,  
 La actividad reprima  
 De entrambas luces con que siempre hablé?  
 Pues si el ardiente brio,  
 Que la edad deteriora  
 Con su fuga veloz existe en mí,  
 ¿No es vano desvario  
 Vuestra demanda ahora?  
 Si alegre canto y río,  
 Soy joven fuerte, como joven ful.  
 Lo soy, y vigoroso  
 Siento que late y vive  
 Propenso a la virtud mi corazón;  
 Y en placer delicioso  
 Afectos mil recibe  
 Movimiento dichoso  
 Del alma, si lo templó la razón.  
 Tal vez Febo me envía  
 Entusiasmo divino,  
 Que a la helada vejez repugna dar;  
 Y la nueva armonía  
 De idioma peregrino,  
 Las navades, que cria  
 El Reno humilde, salen a escuchar.  
 Seguidme, y al umbrroso  
 Bosque mansion de Flora,  
 Que el templo cerca del Amor, venid.  
 Dadme, dadme oloroso  
 Incienso y la sonora  
 Cítara, y de frondoso  
 Mirto mis sienes candidas ceñid.

Mancebos y doncellas  
 Cantan el himno sacro,  
 Y la pompa solemne comienza.  
 ¿Veis que llegaron ellas,  
 Y en torno al simulacro  
 Esparcen flores bellas,  
 Y el coro de los jóvenes siguió?  
 Yo con estos unido  
 Presentaré mis dones,  
 Cuando por trasadas ante el ara estén.  
 Del certero Cupido  
 Sintieron los arpones.....  
 ¡Ay! que en vano he querido  
 Burlar sus tiros, y me hirio tambien.

## VI. A Nisida.

¿Ves cuán acelerados,  
 Nisida, corren á su fin los días?  
 ¿Y los tiempos pasados,  
 Cuando joven reías,  
 Ves que no vuelven, y en amar porfiás?  
 Huyó la delicada  
 Tez, y el color purísimo de rosa,  
 La voz y la preciada  
 Melena de oro undoso:  
 Todo la edad se lo llevó ruvidiosa.  
 ¿Ay, Nisida! ¿y procuras  
 Ver á tus piés un amador constante?  
 ¿Y de otras hermosuras  
 El divino semblante  
 Censuras ó desprecias arrogante?  
 En vano es el adorno  
 Artificio, y la oriental riqueza  
 Que repartida en torno  
 Corona tu cabeza,  
 Si falta juventud, gracia y belleza.  
 Ni digas indignada  
 Que es indomable corazón el mío  
 Do amor no hizo morada,  
 Si á tus halagos frío  
 Del ruego que me cansa me desvío.  
 Que Cupidillo ciego,  
 Hijo de Venus, fiero me encadena:  
 Isaura, con el fuego  
 De su vista serena,  
 Todo me abrasa en agradable pena.  
 Ni permite que cante  
 Los lauros que Gradivo en sangre baña,  
 América triunfante  
 Con una y otra hazaña,  
 Y el muro de Magon abierto á España.  
 Amor las cuerdas de oro  
 Me dió y el plectro, porque cante en ellas  
 A la que firme adoro  
 Dulcísímas querellas,  
 Su espíritu gentil, sus formas bellas.  
 ¿Qué amable, si el oído  
 Presta suspensa a mi pasión doliente!  
 ¿O el beso apetecido  
 Evita brevemente  
 El labio muy hermoso y elocuente!  
 ¡Ay! si benigno un día  
 (Tú lo puedes hacer, madre de amores)  
 Crede la niñfa mía  
 Los últimos favores,  
 Tus aras cubriré de mirto y Boreas.

## VII. A Rosinda, histrionisa (8).

Cupido no permite  
 Que mi canto celebre  
 Los héroes, que la fama  
 Coronó de laureles.  
 El me inspira delirios  
 Y amores inocentes,  
 Olvidando de Marte  
 Los horrores crueles.  
 Tú, hermosa, si á mi vano  
 Agradecida vuelves

Esos ojos, incendio  
De los dioses celestes,  
Premio darás que baste  
A que mi voz se aliente,  
Y á que solo en tu aplauso  
Mi cítara se temple.

No por tal hermosura,  
En armados bajeles,  
Llevó la Grecia á Troya  
Desolacion y muertes.

¿Qué mucho que á tu vista  
Rendido se confiese  
El corazón, que en vano  
Su libertad defiende?

Si cuando te presentas  
En años florecientes  
Ante el callado vulgo,  
Que de tu labio pende,

Con mágico embeleso  
El ánimo mas fuerte,  
O en tu placer se goza,  
O en tu dolor padece.

Ya la vivaz Talía  
Sus fábulas te preste,  
Cuando el vicio censura  
Con máscaras alegres:

¿Qué honesta, si declaras  
La pasión que te vence,  
O imaginados celos  
Tu risa desvanece!

¿Qué airada, qué terrible,  
Cuando en acentos breves  
Al atrevido amante  
Su desatino adviertes!

La multitud escucha,  
Y absorta duda y teme:  
Que son, aunque fingidos,  
Temidos tus desdenes.

Mas en el drama triste  
Que dictó Melpoméne  
Todo es angustia y lloro,  
Todo afanes crueles.

¿Qué espíritu te agita?  
¿Qué deidad te conmueve?  
¿Quién con serenos ojos  
Pudo escucharte y verte?

Si alguno dudar quiso  
Cuánta ilusión adquieren  
En el ancho teatro  
Ficciones aparentes,

Oiga tu voz, y mire  
Las lágrimas que viertes,  
Y á tus pies humillado  
Te dira lo que pueden.

Vosotros, que inspirados  
De las hermanas nueve,  
Dais á la sien corona  
De hiedras y laureles,

Si dirigís el paso  
A la cunibre eminente,  
Por la difícil senda  
Perdida tantas veces;

Si el númen vuestro aplausos  
Y eternidad pretende,  
Los hechos admirables  
De la patria celebre.

Trágico verso imite  
Pasiones delincuentes,  
Fortunas infelices  
De naciones y reyes.

Que si la niufa bella,  
Por quien el hondo Betis  
En Hispalis soberbio  
Baña su campo fértil,

Presta su voz, y anima  
Los mudos caracteres,  
Y lo que el arte inspira  
En viva acción lo vuelve,

Vereis como por ella  
El orbe os engrandece,  
Y la fama poetas  
Os aclama celestes.

Feliz la suerte mía,  
Si merecer pudiese  
Que en sus labios de rosa  
Mis números resacasen.

Yo viera mis fatigas  
Premiadas dignamente:  
Ni galardón mas alto  
¿Quién pudo merecerle?

Pero el vendado año  
Que tirano me vence,  
Me permite que solo  
La adore reverente.

¡Oh amor! libra mi pecho  
Del afán que padece;  
Ni contra mi tus viras  
Voladoras aprestes.

Basta que en ella admire  
Las dotes excelentes  
Con que á la patria escena  
Sablina y enriquece,

Sin que la suma larga  
De sus triunfos aumente,  
Sin que á sus ojos muera,  
Sin que muriendo pene.

Que si de sus hechizos  
Libertarme pudieses,  
Y el tiro que destinas  
Al flechero le vuelves,

Por mi sus alabanzas  
Serán cantadas siempre,  
En acentos suaves  
De cítara doliente.

Y cisnes mas sonoros  
Ensalcen y celebren  
Los héroes que la fama  
Coronó de laureles.

#### VIII. Los días.

¡No es completa desgracia,  
Que por ser hoy mis días,  
He de verme sitiado  
De lucómodas visitas!

Cierra la puerta, mozo,  
Que sube la vecina,  
Su cuñada y sus yernos  
Por la escalera arriba.

Pero ¿qué!... No la cierras;  
Si es menester abrirla;  
Si ya vienen chillando  
Doña Tecla y sus hijas.

El coche que ha parado,  
Según lo que rechina,  
Es el de don Venancio;  
¿Famoso petardista!

¡Oh! ya está aquí don Lucas  
Haciendo cortesías,  
Y don Mauro el abate,  
Opositor á mitras,

Don Genaro, don Zoilo,  
Y doña Basilisa;  
Con una lechigada  
De niños y de niñas.

¿Qué necios cumplimientos!  
¿Qué frases repetidas!  
Al monte de Torozos  
Me fuera por no oirlas.

Ya todos se preparan  
(Y no bastan las sillas)  
A engullirme bizcochos,  
Y dulces y bebidas.

¡Llénanse de mujeres  
Comedor y cocina,  
Y de los molinillos  
No cesa la armonía.

Ellas haciendo dengues  
Allí y aquí pellizcan;  
Todo lo gulusmean,  
Y todo las fastidia.

Estos, los hombronazos,  
Piden á toda prisa

Del rancho de Canarias,  
De Jerez y Montilla.  
Una, dos, tres botellas,  
Cinco, nueve se chiflan.  
Pues, señor, ¿hay paciencia  
Para tal picardía?  
¿Es esto ser amigos?  
Así el amor se esplica,  
Dejando mi despena  
Asolada y vacía?  
Y en tanto los chiquillos,  
Canalla descreída,  
Me aturden con sus golpes,  
Llantos y chilladisa.  
El uno acosa al gato  
Debajo de las sillas;  
El otro se echa a cuento  
Un canjilon de alimbar;  
Y al otro, que jugaba  
Detras de las cortinas,  
Un ojo y las narices  
Le aplastó la varilla.  
Ya mi baston les sirve  
De caballito, y brincan;  
Mi peluca y mis guantes  
Al pozo me los tiran.  
Mis libros no parecen;  
Que todos me los pillan,  
Y al patio se los llevan  
Para hacer torrecitas.  
¿Demonios! Yo que peso  
La solitaria vida,  
En virgual ayuno  
Abstinentemente eremita;  
Yo, que del matrimonio  
Renuncié las delicias,  
Por no verme comido  
De tales sabandijas,  
¿He de sufrir ahora  
Esta algazara y trisca?  
Vamos, que mi paciencia  
No ha de ser infamia.  
Vayanse enhoramala;  
Salgan todos aprisa,  
Recojan abanicos,  
Sombreros y baquillas.  
Gracias por el obsequio  
Y la cordial visita,  
Gracias; pero no vuelvan  
Jamás a rep-rtir.  
Y pues ya merendaron,  
Que es a lo que venian,  
Si quieren haile, vayan  
Al soto de la Villa.

En la que va a crecer florista umbra,  
Los verdes ojos de sus niñas brillas.  
¿Quién de sus flechas pudo  
El pecho defender? Aquí el gemido  
Del amador escuchará la hermana,  
El corazón herido,  
Y el labio honesto a la respuesta mudo.  
Aquí de su colera  
Pasion las iras breves  
(Que breves han de dar de amor las iras)  
Tal vez exhalará con liernan voces;  
Y en tanto el son de las acordes liras,  
Llevado de las céfiras vulecos,  
Al canto y danza animará festivo,  
Mientras alta lúctina rompe el volo  
Nocturno, en carro de luciente phos,  
Y con él arrebata  
El curso de las horas fugitivo.  
Y tú, que viste de tu fútil suelo  
Alzarse lúctil mare,  
Abatir la segur atligos breves,  
De tu curva ribera honar sagrado,  
Alzarse arbor y humiden tocos,  
Tromar los breves de Novena stans,  
En  
Tu ciuda  
Kjérbis  
Tu  
¡Oh pad  
Sobre tu  
De guir  
Corre así  
Oh  
El nombre, que vultros reverente,  
Del que hoy aliado a tu regien deserte  
Y de apollin rana  
Clio el baston y la balanza de oro,  
Digno adalid del dueño de la tierra,  
De el de Vicer trueno,  
Que en paz te guardó, amonando guerra,  
Y el rayo anelando que vibró en Sagunto.

X. A la marquesa de Villafranca, con motivo de la muerte  
de su hijo el conde de Robla.

Al nuevo plantío que mandó hacer en la alameda  
Valencia el mariscal Suchet, año de 1812 (9).

Ya la feliz ribera  
Del edetano río  
A gozar vuelve su beldad primera,  
Y los que devasto furor linpio  
De Gradivo sangriento,  
Féraces campos gratos a Pomona,  
La amiga paz corona  
Con arboles ambrosos,  
Y ya en su nueva pompa bulle el viento.  
¡Oh! prosperen dichosos!  
Una edad y otra acrecentar los ven  
Tronco robusto y ramas tembladotas;  
Y cuando el rayo de la luz seben  
En las estivas horas  
El aire enriende, asilo den naves  
Y talamo fecundo  
Al coro lioujero de las aves.  
Amor, el dulce amor, alma del mundo,  
Aquí tendrá su imperio y monarquía,  
Los pensiles dejara de Goido,  
La mansión del Olimpo y sus constellas,  
Por gozar atrevido,



Te muestra al hijo tierno,  
 Como á tu lado le admiraste un día,  
 Sensible á la amistad y al heredado  
 Honor; modesto en su moral austera;  
 Al ruego de los miseros piadoso;  
 De obediencia filial, de amor fraterno,  
 De virtud verdadera  
 Ejemplo no comun. Negó al reposo  
 Las fugitivas horas,  
 Y al estudio las dió; sufrió constante  
 Las iras de la suerte,  
 Cuando no usada á tolerar cadena,  
 La patria alzó sus cruces vencedoras.  
 ¡Oh! si en edad mas fuerte  
 Se hubiese visto, y del arnés armado  
 En la sangrienta arena;  
 ¡Oh! cómo hubiera dado  
 Castigo á la soberbia confianza  
 Del invasor injusto,  
 A su nacion laureles,  
 Gloria á su estirpe, y á su rey venganza.  
 Tanto anunciaba el ánimo robusto,  
 Con que en el lecho de dolor postrado  
 Le viste padecer ansias crueles;  
 Cuando inútil el arte  
 Cedió y confuso, y le cubrió funesta  
 Sombra de muerte en torno. El arco duro  
 Arinó la inexorable, al tiro presta,  
 Y por el viento resonando parte  
 La nunca incierta vira.  
 El, de valor, de alta esperanza lleno,  
 Preciando en nada el mundo que abandona,  
 Reclinado en el seno  
 De la inefable religion, espira.  
 Ya no es mortal; entre los suyos vive:  
 Espléndida corona  
 Le circunda la frente.  
 El premio de sus méritos recibe  
 Ante el solio del Padre omnipotente,  
 De espíritus angélicos cercado,  
 Que difunden fragancias y armonía  
 Por el inmenso Olimpo luminoso.  
 Debajo de sus piés parece oscuro  
 El gran planeta que preside al día.  
 Ve el giro dilatado  
 Que dan los orbes por el éter puro,  
 En rápidos ó tardos movimientos;  
 Vera los siglos sucederse lentos;  
 Y él, en quietud segura,  
 Gozará venturoso  
 Del sumo bien que para siempre dura.

XI. *En nombre de unas niñas, á los días de la duquesa de Wervick y Alba.*

Admite benigna,  
 Duquesa excelente,  
 Ofrenda que ausente  
 Tus siervas te dan.  
 Hoy alzan humildes  
 Sus ojos al cielo;  
 Su amor y su celo  
 No vanos serán.  
 La voz inocente  
 Al Númen agrada,  
 Que vuela inspirada  
 De puro candor.  
 ¡Oh! llegue á su oído  
 La súplica nuestra;  
 Prodigue su diestra  
 En tí su favor.  
 Dilate tu vida  
 En prósperos años;  
 Ni sienta los daños  
 Del tiempo cruel.  
 Cual árbol robusto  
 Que dura creciendo,  
 El aura moviendo  
 Las flores en él.  
 Amante y esposo,

Ocupa tu lado  
 Aquel fortunado  
 Mancebo gentil.  
 Coronen su frente  
 Laureles de gloria;  
 Fatigue á la historia  
 Mil años y mil.  
 Cercada te mires  
 De prole fecunda;  
 En ella se funda  
 La dicha de amor.  
 En ella hermanarse  
 Verás fortaleza,  
 Cordura, belleza,  
 Virtud y valor.  
 Que al nombre heredado  
 De ilustres abuelos  
 Conceden los cielos  
 Honor inmortal.  
 Conceden que al mundo  
 Viviendo famosos,  
 Tus hijos dichosos  
 Le adquieran igual.  
 Por ellos un día  
 Intrépida España  
 Sabra en la campaña  
 Lidar y vencer.  
 Y alzando, ofendida,  
 Cruzados pendones,  
 De osadas naciones  
 Domar el poder.

XII. *A la muerte de don José Antonio Conde, anticuario, historiadór y humanista (40)*

¡Te vas, mi dulce amigo,  
 La luz huyendo al día!  
 ¡Te vas, y no conmigo!  
 ¡Y de la tumba fría  
 En el estrecho límite,  
 Mudo tu cuerpo esta!  
 Y á mí, que débil siento  
 El peso de los años,  
 Y al cielo me lamento  
 De ingratitud y engaños,  
 Para llorarte ¡misero!  
 Largo vivir me da.  
 O fuéramos unidos  
 Al seno delicioso,  
 Que en sus bosques floridos  
 Guarda eterno reposo  
 A aquellas almas inclitas,  
 Del mundo admiracion;  
 O á mí solo llevara  
 La muerte presurosa,  
 Y tu virtud gozara  
 Modesta, ruborosa,  
 Y tan ilustres méritos  
 Ufana tu nacion.  
 Al estudio ofreciste  
 Los años fugitivos,  
 Y joven conociste  
 Cuánto le son nocivos  
 Al generoso espíritu  
 El ocio y el placer.  
 Veloz en la carrera,  
 Al templo te adelantas  
 Donde Témis severa  
 Dicta sus leyes santas,  
 Y en ellas digno intérprete  
 Llegaste á florecer.  
 Ciféronte corona  
 De lauros inmortales  
 Las nueve de Helicon;  
 Sus diafanos cristales  
 Te dieron, y benévolas  
 Su lira de marfil.  
 Con ella, renovando  
 La voz de Anacreonte,  
 Eco amoroso y blando

Sono de Pindo el monte,  
Y te cedio Teócrito  
La caña pastoril.

Fébo te dió la ciencia  
De idiomas diferentes.  
El ritmo y afluencia  
Que usaron elocuentes  
Arabia, Roma y Atica,  
Supiste declarar.

Y el cantico festivo,  
Que en belica armonía  
El pueblo fugitivo  
Al Numen dirigía,  
Cuando al feroz ejército  
Hundió en su centro el mar.

La historia, alzando el velo  
Que lo pasado oculta,  
Entrego a tu desvelo  
Bronces que el arte abulta,  
Y códices y mármoles  
Amiga te mostró.

Y allí, de las que han sido  
Ciudades poderosas,  
De cuantas dió al olvido  
Acciones generosas  
La edad que vuela rápida,  
Memorias te dictó.

Desde que el cielo airado  
Llevo a Jerez su saña,  
Y al suelo derribado  
Cayo el poder de España,  
Subiendo al trono gótico  
La prole de Ismael;

Hasta que rotas fueron  
Las últimas cadenas,  
Y tremoladas vieron  
De Alhambra en las almenas  
Los ya vencidos árabes  
Las cruces de Isabel.

A ti fue concedido  
Eternizar la gloria  
De los que ha distinguido  
La paz o la victoria,  
En dilatadas épocas  
Que el mundo vió pasar.

Y a ti de dos naciones  
Ilustres enemigas  
Referir los blasones,  
Hazañas y fatigas,  
Y de caudor histórico  
Dignos ejemplos dar.

Europa, que anhelaba  
De tu saber el fruto,  
Y ofrecerle esperaba  
En aplausos tributo,  
La nueva de tu pérdida  
Debe primero oír.

La parca inexorable  
Te arrebató a la tumba.  
En eco lamentable  
La bóveda retumba,  
Y allá en su centro lóbrego  
Sono ronco gemir.

¡Ay! perdona, ofendido  
Espíritu, perdona,  
Si en la region de olvido  
Cales aurea corona,  
Y tus virtudes solidas  
Hienen ya galardón,

No de una madre ingrata  
El duro ceño acuerdes;  
Que nunca se dilata  
La existencia que pierdes,  
Sin que la turben perdidas  
Envidia y ambición.

## TRADUCCIONES DE HORACIO (1).

### I. A Venus (\*).

Deja tu Chipre amada,  
Venus, reina de Pafos y de Guido,  
Que Glicera adornada  
Estancia ha prevenido,  
Y te invoca con humos que ha esparcido.  
Trae al muchacho ardiente  
Y las gracias, la ropa desechada,  
Y a Mercurio elocuente,  
Y de ninfas seguida  
La juventud, sin ti no apetecida.

### II. A Leucónoe (\*\*).

No pretencas saber (que es imposible)  
Cuál fin el cielo á ti y á mi destina,  
Leucónoe, ni los números caldeos  
Consultes, no; que en dulce paz cualquiera  
Suerte podrás sufrir. O ya el Tonante  
Muchos inviernos á tu vida otorgue,  
O ya postrero fuese el que hoy quebranta  
En los peñascos las tirrenas ondas,  
Tú, si prudente fueres, no rehuyas  
Los brindis y el placer. Reduce a breve  
Término tu esperanza. La edad nuestra  
Mientras hablamos envidiosa corre.  
¡Ay! goza del presente, y nunca flex,  
Credula, del futuro incierto día.

### III. A Iccio (\*\*\*).

Qué, ¿al fin las riquezas  
De la Arabia envidias,  
Iccio, y a los reyes,  
No vencidos antes,  
De Sabá preparas  
Guerra luctuosa,  
Y al modo terrible  
Pesadas cadenas?  
¿Cual servirte puede  
Barbara cautiva,  
Que lllore a tus manos  
Su esposo difunto?  
¿Cual en regio alcanzar

(\*) HORAT., lib. 1, ode xxi.

O Venus, regina Cypri Papphique  
Sperne dilectam Cyprum, et vis ante  
Ture te multo Glycerum decoram  
Transfer in sedem.  
Perfidus tecum Puer, et solutus  
Gremio matris, propevenitque Iuppiter  
Et parum comis ois te juvenis  
Mercuriusque.

(\*\*) HORAT., lib. 1, ode xi.

Tu ne quareris (scire nefas) quem mihi, quem tibi  
Dinem Di dederint, Leucónoe; nec Babylonias  
Tentaris numeros: ut melius, quicquid erit pati  
Sed placet hyemes, seu tribuit Iuppiter ultimam  
Quae nunc opposita debilitat parvulus mare  
Tyrrhenum capitis, vino liquore, et cyatho brevis  
Vixit longam, ceceras. Dum loquimur, fugerit Iovis  
Alas. Carpe diem, quam minimum credula postero.

(\*\*\*) HORAT., lib. 1, ode xxi.

Icci, beatis nunc Arabum invidias  
Gaudis, et acrem militaris parvas  
Non ante devictis saltem  
Regibus, horribilibusque Medis  
Nectis catenas! Quis tibi virginem  
Sponsae devota Barbara serviti  
Puer quis et aulis capillis  
Ad cyathum statuitur unctis,  
Dortus angustis tendere Nerens  
Arcu patris? Quis urgi ardore  
Premus relabi posse riuum  
Montibus et liberum reverti  
Quam tu venientes unctisque nobilibus  
Libros Paphi, recubans in et domum  
Mittas Iovis ibera  
Palliatum, meliora tunc inde?

Llenará tus copas,  
 Ungido el cabello  
 De aromas suaves,  
 Mancebo ministro,  
 Enseñado solo  
 A tirar saetas  
 Séricas, doblando  
 El arco paterno?  
 ¿Quién ya dudaría  
 Poder los arroyos  
 Subir á las cumbres,  
 Y el rápido Tíbre  
 Volver á su fuente,  
 Si tú de Panecio  
 Las preciadas obras  
 Y las que produjo  
 Socrática escuela  
 (No á costa de leve  
 Afán adquiridas)  
 Dar quieres en cambio  
 De arneses líberos?  
 ¿Tú, que prometiste  
 Virtudes mayores!

#### IV. A Licino (\*).

Rumbo mejor, Licino,  
 Seguirás no engolfándote en la altura,  
 Ni aproximando el pino  
 A playa mal segura,  
 Por evitar la tempestad oscura.  
 El que la medianía  
 Preciosa amó, del techo quebrantado  
 Y pobre se desvia,  
 Como del envidiado  
 Alcázar de oro y púrpuras labrado.  
 Muchas veces el viento  
 Árboles altos rompe; levantadas  
 Torres con mas violento  
 Golpe caen arruinadas;  
 Hierde el rayo las cumbres elevadas.  
 No en la dicha confía  
 El varon fuerte; en la afliccion espera  
 Mas favorable día;  
 Jove la estacion fiera  
 Del hielo vuelve en grata primavera.  
 Si mal sucede ahora,  
 No siempre mal será. Tal vez no escusa  
 Con cítara sonora  
 Febo animar la musa;  
 Tal vez el arco por los bosques usa.  
 En la desgracia sabe  
 Mostrar al riesgo el corazón valiente;  
 Y si el viento tu nave  
 Sopla serenamente,  
 La hinchada vela cogerás prudente.

(\*) HORAT., lib. 2, ode 2.

Fortius vires, Licini, neque altum  
 Semper urgeo, neque, dum procellas  
 Cautus horrescis, nimium premendo  
 Litus iniquum.  
 Auram quisquis mediocritatem  
 Diligit, tutus caret obsoletis  
 Sordibus lecti, caret invidenda  
 Sobrius aula.  
 Sapius ventis agitur ingens  
 Pinus, et celsæ graviore casu  
 Decidunt turres; feriuntque summos  
 Fulmina montes.  
 Sperat infestis, metuit secundis  
 Alteram sortem bene præparatum  
 Pectus. Informes hyemes reducit  
 Jupiter, idem  
 Submovet. Non si male nunc, et olim  
 Sic erit: quondam cithara tacentem  
 Suscitât Musam, neque semper arcum  
 Tendit Apollo.  
 Rebus angustis animosus atque  
 Fortis adpare: sapienter idem  
 Contrahet vento nimium secundo  
 Turgida vela.

#### V. Que la virtud nada teme (\*).

El que inocente  
 La vida pasa,  
 No necesita  
 Morbica lanza,  
 Fusco, ni corvos  
 Arcos, ni aljabe  
 Llena de flechas  
 Envenenadas;  
 () á las regiones  
 Que Hidaspe baña,  
 () por las Sirtes  
 Muy abrasadas,  
 () por el yermo  
 Cáucaso vaya.  
 Yo la sabina  
 Selva cruzaba,  
 Cantando amores  
 A mi adorada  
 Lálage, libre  
 De afán el alma,  
 Por muy remoto  
 Sitio, sin armas;  
 Y un jobo fiero  
 Me ve y se aparta.  
 Monstruo igual suyo  
 No tiene Danna  
 En montes llenos  
 De encinas altas,  
 Ni los desiertos  
 De Mauritania,  
 Donde leones  
 Y tigres braman.  
 Ponne en los yertos  
 Campos, do el aura  
 No goza estiva  
 Ninguna planta,  
 Lado del mundo,  
 Region helada  
 Que infestan vientos  
 Y nubes pardas;  
 O en la que al rayo  
 Del sol cercana,  
 De habitaciones  
 Carece y aguas;  
 Lálage siempre  
 Será mi amada,  
 Dulce si ríe,  
 Dulce si canta.

#### VI. A Póstumo (\*).

##### A PÓSTUMO.

¡Ay, cómo fugitivos se deslizan,  
 Póstume, caro Póstumo, los años!

(\*) Es la oda xxii del libro 4 de Horacio, que tradujo tambien Moratin el padre, y se halla copiada en la pág. 1.

(\*\*) HORAT., lib. 2, ode xiv.

Eheu! fugaces, Postume, Postume,  
 Labuntur anni: nec Pietas moram  
 Rugis, et instanti Senectæ  
 Adferet, indomitæque Morti.  
 Non, si trecentis, quotquot eunt dies,  
 Amice, placeat talacrymabilem  
 Plutonis lauris, quætor amplum  
 Geryonem, Tityonque tristi  
 Compescit unda, scilicet omnibus  
 Quicumque terras munera vascimus.  
 Enaviganda, sive reges,  
 Sive Inopes erimus coloni.  
 Frustra eruento Martæ carebimus,  
 Fractisque rauci fluctibus Hadriæ:  
 Frustra per antumpeos nocentibus  
 Corporibus metemur Austrium.  
 Vivendus alter flumine languido  
 Cocytus errans; et Danaë grævas  
 Infame, damnatusque longi  
 Sisyphus Æolides laboris.  
 Linqnenda tellus, et domus, et placent  
 Uxor: neque harum, quas colis, arborum  
 Te, præter invisas cupressus  
 Cita brevis domusque sequetur.  
 Absument hæcæ crebula dignior  
 Servata centum clavibus: et meru  
 Tinget pavimento superfluum  
 Pontificum potiore cibus.

Ni la santa virtud el paso estorba  
De la vejez rugosa que se acerca,  
Ni de la dura, inevitable muerte.  
Y aunque a su templo des tres hecatombes  
En cada aurora, sacrificio y ruego  
Pluton desprecia, á tu lamento sordo.  
El al trífune Gerion y á Ticio  
Guarda, y los ciñe con estigias ondas,  
Que han de pasar cuantos la tierra habitan,  
Pobres y reyes. Y es en vano el crudo  
Trance evitar de Marte sanguinoso,  
Y las olas que en Adria el viento rompe  
Con sordo estruendo; y vano, en el maligno  
Otoño el cuerpo defender del Austro;  
Que al fin las torpes aguas del oscuro  
Canto hemos de ver, y las infames  
Belides, y de Sisifo infelice  
El tormento sin fin que le castiga.  
Tu habitación, tus campos, tu amorosa  
Consorte dejaras. ¡Ay! y de cuantos  
Arboles hoy cultivas, para breve  
Tiempo gozarlos, el ciprés funesto  
Solo te ha de seguir. Otro mas digno  
Sucesor brindará del que guardaste  
Con cien candados cucubo oloroso,  
Bañando el suelo de licor, que nunca  
Otro igual los pontífices gustaron  
En aureas tazas de opulenta cena.

## VII. A Augusto (\*).

De cual varón o semidios el canto  
Previene, alma Clio,  
En corva lira o flauta resonante?  
De cual deidad, a cuyo nombre santo  
Leo respuesta alegre, en el umbrío

(\*) Horat., lib. I, ode xii.

Quem virum, aut herosa Iyra vel acri  
Tybia omnes celebrare, Clio?  
Quem Deum, cujus recinet Jocosæ  
Nomen imago,  
Aut in nubibus Heliconis oris,  
Aut super Pindo, gelidæ in Æmæ,  
Unde vocalis in temere insectum  
Orpheus sylvæ,  
Arte materiam lapidæ morantem  
Fœdumque lapsum celerisque rotas,  
Blandum et auritas didubis canoris  
Ducere querens?  
Quid prius dicam solitis Parentis  
Laudibus? Qui res hominum ac Deorum  
Qui mare ac terras, varisque mundum  
Temperat horis.  
Unde nil majus generator ipso,  
Sed vixit quiddam simile aut secundum  
Proximus illi tamen occupavit  
Pallas honores.  
Prælus andax, neque te silebo  
Liber, et ævis inimica Virgo  
Bellus, nec te moliente certa  
Ithobæ sagitta.  
Dram et Alciden, puerisque Lede  
Hunc equis illum superare pugnis  
Sobolem, quorum cum ille alba nautæ  
Bellæ refudit  
Defuit saxæ agitalis humor,  
Conculcunt venti, fuguntque nubes,  
Et mixta, nam sis volvere, Ponto  
Indis recubuit  
Rematum post hoc prius, an quietum  
Pœnipe regnum memorem, an superbo  
Tarquinio facere, dubito, an Catulis  
Nobile letum  
Regulum et scauros, an meque magne  
Prædum Paulum, superante Pano,  
Gratus insigni referam Camena,  
Fabriciæque.  
Hunc et circumfuso turrium capillis,  
Tulit bellis tulit, et Camillum,  
Sæva per perlas, et avibus apin  
Qua iurare Indus.  
Crescit, inculto solut arbor ævo,  
Fama Marcelli, morat inter omnes  
Julium solas solut inter ignes  
Iuvæ minores  
Gentis hinc mare patet atque antres,  
Iste Saturni, libi cura magna  
Cæsaris latus, Iulæ, tuæ mundi  
Cæsaræ reges  
Illi, sed Partibus Latinis imminentes  
Fugerit prole domitus triumphus,  
Sive subiectis Orientis ore  
Sævis et Indus,  
Te minor latum reget æquus orbe  
Tu gravi iuro, quales Olympæon,  
Tu parum æstis inimica milites  
I. Iuvæ iuvæ

Helicon, ó el Pindo, ó en la altura  
Del Hemo helada, en que se vio vagante  
Selva seguir del tracio la dulzura  
Que el curso detenía  
De los torrentes rapidos, usando  
Maternas artes, y al sonoro acento  
De sus cuerdas los arboles movía,  
Y el impetu veloz paró del viento?  
¿A quien primero ensalzare cantando,  
Sino al gran Padre, que la estirpe humana  
Y la celeste rige, el mar, la tierra,  
Y al variar continuo  
Del tiempo, anima cuanto el orbe encierra?  
El es primero y solo, igual no tiene  
Su esencia soberana:  
Si bien segunda en el amor divino  
Inmediato lugar Palas obtiene.  
Ni a ti, Baco, en batallas animoso  
Callare, ni a la virgen cazadora;  
Ni a Febo luminoso,  
Diestro en herir con flecha voladora.  
También los triunfos cantaré de Alcides,  
Y a los hijos de Leda, celebrado  
Jinete el uno, y en dudosas lides  
El otro vencedor; cuya luz clara,  
Luego que al navegante resplandece,  
Precipita del risco levantado  
La espuma resonante,  
El raudal viento para,  
La negra tempestad desaparece,  
Y á su influjo, del mar en breve instante  
Calma el furor terrible.  
Dado si aplauda al fundador Quirino  
Después de aquellos, del prudente Numa  
El gobierno apacible,  
Las haces justicieras de Tarquino.  
O de Caton la muerte generosa,  
Los Escauros, y Régulo constante,  
O si de Emilio cante,  
Pródigo de la vida,  
La palma por Anthial obtenida.  
Curio, la cabellera mal compuesta,  
Fabricio, el gran Camilo, victorioso  
Adalid, a quien dieron sus abuelos  
Hacienda escasa y parca, la molesta  
Pobreza tolero. Crece frondoso  
Con una y otra edad árbol robusto:  
Así la fama crece de Marcelo;  
Y vemos ya en el cielo  
Brillar de Julio la divina estrella.  
Cual suele entre menores  
Lumbres Dictina aparecerse bella.  
Jove Saturno, tú de los mortales  
Amparo y padre, á quien cedió el destino  
La protección de Augusto,  
Tu reina, y él á ti segundo sea:  
O ya sobre los Partos desleales,  
Que amenazan el término latino,  
Adquiera triunfo justo;  
O en las últimas playas del Oriente  
Indos y Seres humillados vea:  
El, inferior á ti, dé soberano  
Leyes al mundo; tú, de Olimpo ardiente  
En grave carro oprime las alturas,  
Y el rayo vengador tu fuerte mano  
Vibre, las selvas abrasando impuras.

## VIII. Profecía de Nerero (\*).

Llevando por el mar el fermentido  
Pastor a Helena en sus idalias naves,

(\*) Horat., lib. I, ode xvi.

Pastor cum traheret per freta navibus  
Idæa Helicon perditas hospitem,  
Ingrata celeres obruit ante  
Vento, ut caneret fera  
Nerero late Hæc dæria mi domum,  
Quam multo repetet Græcia mille  
Conjurata tuas rumpere nuptias,  
Et regnum Priami velos.

Nerco de los aires la violenta  
Furia contuvo apenas, y anunciando  
llados terribles: « En mal hora, esclama,  
Llevas a tu ciudad a la que un día  
Ha de buscar con numerosas huestes  
Grecia, obstinada en deshacer tus bodas,  
Y de tus padres el antiguo imperio.  
; Cuanto al caballo y caballero espera  
Sudor y afán. ; Oh, cuanto a la dardania  
Gente vas á causar estrago y luto!  
Ya, ya previene Palas iracunda  
El almete y el égida sonánte,  
Y el carro volador; y aunque soberbio  
Con el favor de Venus la olorosa  
Melena trences, y en acorde lira,  
Grato a las damas, cantes amoroso  
Verso, nunca será que las agudas  
Flechas de Creta y las herradas lanzas,  
Funestas á tu amor, huyendo evites;  
Ni el militar estrépito, ni al duro  
Ajax, lijero en el alcance. Tarde  
Será tal vez, pero ha de ser, que en polvo  
Tu cabello gentil todo se cubra.  
; Ay! ; No miras al hijo de Laertes  
Y Nestor el de Pilos, a los tuyos  
Uno y otro fatal? ; No ves que osados  
Ya te persiguen, Teucro en Salamina  
Príncipe, y el que vence las batallas  
Y diestro auriga á su placer gobierna  
Los caballos, lidiando, Esteneleo?  
Tiempo será que á Merion conozcas  
Y á Diomedes, mas fuerte que a su padre.  
; Le ves, que ardiendo en cólera te busca,  
Te sigue ya? Tú, como el ciervo suele  
Si al lobo advierte en la vecina cumbre,  
El pasto abandonar, así cobarde  
Y sin aliento evitaras su golpe;  
Y no, no fueron tales las promesas  
Que á tu señora hiciste. La indignada  
Gente que lleva Aquiles, el funesto  
Hado de Troya y sus matronas puede  
Un tiempo dilatar; pero cumplidos  
Breves inviernos, las soberbias torres  
Arderá de Ilión la llama argiva.»

#### IX. *Contra el lujo y avaricia de su tiempo* (\*).

No de mi casa en altos artesones  
Brilla el marfil ni el oro,  
Ni columnas, que corta en sus regiones  
Apartadas el moro,  
Sostienen trabes áticas. Ni intruso  
Sucesor, el alcázar opulento  
De Pérgamo ocupé. Nunca labraron

Eheu, quantus equis, quantus adest viris  
Sudor! quanta moves funera Dardane  
Genti! Jam galeam Pallas et ægida  
Curruque et rabiem parat.  
Nequidquam, Veneris præsidio ferox,  
Pectus cævariæ, græque feminis  
Imbelli cithara carmina divides:  
Nequidquam thalamo graves  
Hæstas, et calami spicula Gnossi  
Vitabis, strepitumque, et celerem sequi  
Ajacem; tamen, heu! ærus adulteros  
Crines pulvere collines.  
Non Laertiaden, exitium tunc  
Gentis; non Prium Nestora respicias?  
Urgent imparitæ te Salaminius  
Teucer; te Stenelus sciens  
Pugnæ, sive opus est imperitare equis  
Non auriga piger. Merionem quoque  
Nosces. Ecce tunc te reperire atrox  
Tydides melior patre:  
Quem tu, cervus uti vallis in altera  
Visum parte lupum gramini immemor  
Sulcimi fugies mollis anhelitu;  
Non hoc pulchritus tur:  
Iracunda diem proteret Ilio  
Matronisque Phrygum classis Achiller:  
Post certas hyem: s' uret Achaicus  
Ignes Pærgæas domos.

(\*) MORAT, lib. II, ode xviii.

Non ebur, neque aureum  
Mea ruidet in domo lacunar,  
Non trabes Hymettæ  
Premunt columnas ultima rectas.

Púrpuras de Laconia para el uso  
De su señor mis siervas;  
Pero vivo contento  
De que jamás faltaron  
En mi virtud y número afilente.  
Soy pobre, pero el rico á mí se inclina.  
Ni pido mas á la bondad divina,  
Ni para que mis fondos acreciente  
Importuno al amigo generoso;  
Harto soy venturoso  
Con mis campos sabinos.  
Una y otra después arrebatadas  
Huyen las lunas, y de igual manera  
Las nuevas horas á morir caminan.  
Tú, cercano á la muerte,  
De marmol edificas levantadas  
Fabricas, olvidado de la tumba;  
Y estrecho en la ribera  
De Bayas, donde el piélago retumba,  
Buscas en él cimiento.  
; Qué mucho si los términos vecinos  
Alteras avariento,  
Usurpando á tus súbditos la tierra!  
Por ásperos caminos  
Timidos buyen la mujer y esposo,  
Ambos al seno puestos  
Sus dioses y sus hijos mal compuestos.  
Pues no, no tiene el hombre poderoso  
Palacio mas seguro  
Que la mansion del Aqueronte avara:  
Ella le espera habitador futuro.  
; Para qué anhelas mas? ; si al que mendiga,  
Hambriento y desvalido,  
Y al sucesor del trono, igual prepara  
La tierra sepultura;  
Ni el audaz Prometeo el aura pura  
Volvió á gozar, con dádivas vencido  
El que guarda las puertas del Averno?  
El aprisiona á Tántalo, y la estirpe  
De Tántalo famosa;  
El, de quien sufre angustia dolorosa  
(Invocado tal vez, ó aborrecido),  
El llanto acalla en el horror eterno.

#### SONETOS.

##### I. *A la capilla del Pilar de Zaragoza.*

Esros que levantó de mármol duro  
Sacros altares la ciudad famosa,  
A quien del Ebro la corriente undosa  
Baña los campos y el soberbio muro,

Africa; neque Attali  
Ignotis hæres regiam occupavi;  
Nec Laconicas mihi  
Trahunt honestum purpuras clante.  
At Rides et ingeni  
Benigna vena est; pauperumque dives  
Me petit. Nilil supra  
Deos locos; nec potentem amicum  
Largior saglio.  
Sotis bestias unicus Sabalis.  
Traditur dies die,  
Novumque peragunt interire Luna.  
Tu secunda marmora  
Locas sub ipsum fumus, et sepulcri  
Immemor, struis domos.  
Marito Salis obsequentis urgo  
Submorre litore.  
Parum locuples continere ripa.  
Quid? quod usque proximos  
Revelis agri terminos, et ultra  
Limites clientium  
Salis avarus; pellitur paternus  
In sinu ferens Deos  
Et uxore, et vir, sordidusque natus.  
Nulla cordis timor  
Rapacis Orci sine destinata  
Aula divitem manet  
Herum. Quid ultra tendis? Æqua tellus  
Pauperi recluditur  
Regumque pueris: nec satellites Orci  
Callidum Prometheus  
Revertit auro raptus. Sic superbum  
Fædum, aique Tantali  
Genas coarctet: hic in rare furcibus  
Pauperum laboribus  
Vortitas aique non vocatus sudat.

Serán asombro en el girar futuro  
De los siglos, basílica diólesa,  
Donde el Señor en majestad reposa,  
Y el culto admite reverente y puro.  
Don que la fe dictó, y erige eterno  
Religiosa nación a la divina  
Madre que adora en simulacro santo.  
Por él, vencido el odio del Averno,  
Gloria inmortal el cielo la destina,  
Que tan alta piedad merece tanto.

## II. A don Juan Bautista Conti (12).

Fecho desde la tierna infancia mía  
Quiso que el plectro de marfil pulsara,  
Y en las alturas de Helicon gozara  
Sus verdes bosques y su fuente fría.  
Mas dudosa la mente desconfía,  
Conti, aspirar al premio que prepara  
A solo el que mostro, con union rara,  
Talento y arte en docta poesía.  
Pero si tú, mi amigo generoso,  
La cumbre me señalas eminente,  
Y el paso incierto dirigir no escusas,  
Imitando tu verso numeroso,  
Vere de lauros coronar mi frente  
Suspenso al canto el coro de las Musas.

## III. A Flérida, poetisa (13).

Basta, Cupido, ya, que a la divina  
Ninfa del Turia reverente adoro;  
Ni espero libertad, ni alivio imploro,  
Y cedo alegre al astro que me inclina.  
¿Que nuevas armas tu rigor destina  
Contra mi vida, si defensa ignoro?  
Si, ya la admiro entre el castallo coro  
La cítara pulsar griega y latina;  
Ya, coronada del laurel febeo,  
En altos versos llenos de dulzura,  
Oigo su voz, su numero elegante.  
Para tanto poder debil trofeo  
Adquieres tú, si sola su hermosura  
Basto a rendir mi corazón amante.

## IV. Las Musas.

Saba Polimnia en razonar sonoro  
Verdades dicta, disipando errores;  
Mide Urania los cercos superiores  
De los planetas y el luciente coro;  
Une en la historia al interés decoro  
Clio, y Euterpe canta los pastores,  
Mudanzas de la suerte y sus rigores  
Melpomene feroz, bañada en lloro;  
Caliope victorias; danzas gura  
Terpsícore gentil; Erato en rosas  
Cubre las flechas del amor y el arco;  
Pinta vicios ridiculos Talia  
En fabulas que anima delictuosas;  
Y esta le inspira al español Inarco.

## V. Junio Bruto.

Suena confuso y misero lamento  
Por la ciudad; corre la plebe al foro,  
Y entre las fúrcas que le dan decoro  
Ve al gran senado en el sublime asiento.  
Los consules allí. Ya el instrumento  
De Marte llama la atención sonoro;  
Arde el incenso en los altares de oro,  
Y se ve el humo se difunde al viento.  
Valerio alza la diestra, en ese instante  
Al uno y otro joven infelice

Hiere el hictor, y sus cabezas toma.  
Mudo terror al vulgo circostante  
Ocupa. Bruto se levanta, y dice:  
«Gracias, Jove inmortal: ya es libre I

## VI. Rodrigo.

Cesa en la octava noche el ronco est  
De la sangrienta militar porfia;  
El campo godo destruido ardia  
Con llama que descubre estrago horrendo  
Rodrigo en tanto, su peligro viendo  
Por ignorada senda se desvia,  
Y muerto Orello, entre la sombra fría,  
Herido y debil se acerca huyendo.  
En vano el Lete con raudal unidoso  
El paso estorba al principe, a quien en  
De cadena ó suplicio el justo espanto.  
Surca las aguas, cede al poderoso  
Impetu, espira el infeliz, y entrega  
El cuerpo al fondo, a la corriente el mar

## VII. Cuentas de Eliodora, saltatri

Siete duros al mes de peluquero;  
Para calzarme nueve; las criadas,  
Que necesito dos, no estan pagadas  
Si no les doy cien reales en dinero.  
Diez duros al bribon de mi casero;  
Telas, plumas, caireles, arracadas,  
Blondas, medias, bechuras y puntadas  
De madama Burlet y del platero.  
Noventa duros, poco mas. — Noventa  
Diez, siete, nueve, cinco.....; Y la cu  
— Yo la quiero pagar, y sonos cuatro.  
—¿Y esto en un mes? — Si a usted no  
—Si, calla. Bien. Hermosa de mi vida  
¡Ay del que tiene amor en el teatro!

## VIII. La noche de Montiel.

¿Adónde, adónde está, dice el infan  
Ese feroz tirano de Castilla?  
Pedro, al verle, desnuda la cuchilla,  
Y se presenta a su rival delante.  
Cierra con él, y en lucha vacilante  
Le postra y pone al pecto la rodilla;  
Beltran (aunque sus glorias amanecilla)  
Truoca a los hados el temido instante.  
Herido el rey por la fraterna mano,  
Jóven espira con horrenda muerte,  
Y el trono y los reñcores abandona.  
No aguarde premios en el mundo van  
La inocente virtud, si da la muerte  
Por un delito atroz una corona.

## IX. A Clori, histrionisa, en coche su

Esa que vels llegar, máquina lenta,  
De fatigados brutos arrastrada,  
Que en vano, de rigor la diestra armada,  
Vimoso auriga acelerar intenta,  
No menos va dichosa y opulenta,  
Que la de cisnes cándidos tirada  
Concha de Venus, cuando en la morada  
Celeste al padre ufana se presenta.  
Clori es esta, mirad las poderosas  
Luces, el seno de alabastro, el breve  
Labio que aromas del Oriente espira.  
Flores al viento esparcen las hermosas  
Gracias, y el virgen coro de las nueve,  
Y en torno de ella Amor vuela y suspira

## X. A Clori, declamando en fábula trágica.

¿Qué acento de dolor el alma vino  
A herir? ¿Qué funeral adorno es este?  
¿Qué hay en el orbe que a tus luces cueste  
El llanto que las turba cristalino?  
¿Pudo esfuerzo mortal, pudo el destino  
Así ofender su espíritu celeste?...  
¿() es todo engaño? ¿y quiere amor que preste  
A su labio y su acción poder divino?  
Quiere que exenta del pesar que inspira,  
Silencio imponga al vulgo clamoroso,  
Y dócil a su voz se angustie y llore;  
Que el tierno amante que la atiende y mira,  
Entre el aplauso y el temor dudoso,  
Tan alta perfección absorto adore.

## XI. Para el retrato de Felipe Blanco, primer gracioso del teatro de Barcelona.

¿No veis qué serio estoy? Pues no os espante  
La adusta gravedad de mi persona,  
Que adentro tengo el alma juguetona:  
Diverso de mi genio es mi semblante.  
Prosa ó verso me dicten elegante  
Los que suben al cerro de Helicón,  
Mis gracias aseguran su corona  
Cuando animo la sátira picante.  
Los que quieren gemir y dar suspiros,  
Y sus lágrimas compran con dinero,  
Lloren, oyendo heroicidades tristes;  
Mas si queréis vosotros divertiros,  
Venid á mí, que el amargor severo  
De la verdad os disimulo en chistes.

## XII. A la memoria de don Juan Meléndez Valdés.

Ninfas, la lira es esta que algún día  
Pulsó Batilo en la ribera umbrrosa  
Del Tormes, cuya voz armoniosa  
El curso de las ondas detenía.  
Quede pendiente en esta selva fría  
Del lauro mismo que la cipria diosa  
Mil veces desnudó, cuando amorosa  
La docta frente a su cantor ceñía.  
Intacta y muda entre la pompa verde  
(Solo en sus fibras resonando el viento)  
El claro nombre de su dueño acuerde;  
Ya que la patria, en el común lamento,  
Feroz ignora la opinión que pierde,  
Negando á sus cenizas monumento (\*).

## XIII. La despedida.

Nací de honesta madre; dióme el cielo  
Fácil ingenio en gracias aflluente,  
Dirigir supo el ánimo inocente  
A la virtud el paternal desvelo.  
Con sabio estudio, infatigable anhelo,  
Pude adquirir coronas á mi frente:  
La corva escena resonó en frecuente  
Aplauso, alzando de mi nombre el vuelo.  
Dócil, veraz, de muchos ofendido,  
De ninguno ofensor, las Musas bellas  
Mi pasión fueron, el honor mi guía.  
Pero si así las leyes atropellas,  
Si para tí los méritos han sido  
Culpas; adios, ingrata patria mía.

(\*) La Academia de la Historia en su edición de Moratin defiende á la nación española de la ingratitud que el autor le achaca. En efecto, los restos de don Juan Meléndez Valdés yacen en Montpellier bajo un monumento erigido por el actual señor duque de Enghien, á pesar de haber defendido con las armas una causa contraria á la del ilustre poeta, quien recibe este homenaje de veneración en nombre de sus convecinados.

## XIV. A la exposicion de los productos de industria y a hecha en el palacio del Louvre el ano de 1819 (1).

Hoy que cerrado el templo de Belona,  
Abre el suyo benéfica Minerva,  
Y á sublimes artífices reserva  
De esplendor inmortal aurea corona;  
Méritos mas ilustres ambiciona  
Galia en el ocio de la paz que observa,  
Que cuando, para hacer á Europa sierva,  
Al ímpetu de Marte se abandona.  
Con tales artes opulenta, fuerte  
Y docta, su poder vera temido  
En este y el antártico hemisferio;  
Mientras su claro príncipe convierte  
Las leyes santas, pues su don han sido,  
A la estabilidad de tanto imperio.

## XV. A la muerte del excelente actor Isidoro Maizquez

Tú solo el arte adivinar supiste  
Que los afectos acalora y calma,  
Tú la virtud robustecer del alma,  
Que al oro, al hierro, á la opresión resistes.  
Inimitable actor, que mereciste  
Entre los tuyos la primera palma,  
Y amigo, alumno, y émulo de Talma,  
La admiración del mundo dividiste;  
¿A quién dejaste sucesor muriendo?  
De quién ha de esperar igual decoro  
La escena, que te pierde y abandonaste?  
Así dijo Melpómene, y vertiendo  
Lágrimas en la tumba de Isidoro  
Cetro depone y púrpura y corona.

## XVI. Copia de un célebre cuadro de M. Guerin, que conserva en París, en la galería del Luxemburg.

Insta Dido otra vez, Ana presente,  
Al huésped frigio que en silencio adora,  
A que la fuga de Sinon traidora,  
Y el incendio de Pérgamo la cuente.  
El otra vez de la enemiga gente  
El falso voto y los ardides llora,  
La cólera de Aquiles vengadora,  
Héctor sin vida, y Héctora doliente.  
Pinta el horror de aquella última y triste  
Noche, y en la sidonia alta princesa,  
Admiración, temor, piedad escita.  
Y en tanto Amor, que á su regazo asiste,  
Del dedo ebúrneo que anhelante besa,  
El anillo nupcial sagaz la quita.

## XVII. A don Luis de Silva, Mociño de Albuquerque, de las Geórgicas portuguesas.

Cantó el de Mantua con sonoro acento  
La cultura del campo y los pastores;  
Después empresas celebró mayores,  
Y a Roma alzó durable monumento.  
Tú así, que en el bucólico instrumento  
Ensayaste del arte los primores,  
Desdeñando las selvas y las flores,  
Epica trompa haras sonar al viento.  
Sí, que en los fuertes lusitanos dura  
El mismo aliento que les dió victoria  
En los opuestos límites del mundo.  
Y si al valor y á la virtud procura  
Silva, tu verso inextinguible gloria,  
De tu patria serás Barón segundo.

III. *A dona Luisa Gomez Carabano, premiada en Madrid con una corona de flores por sus adelantamientos en la botánica.*

Esa guirnalda que enlazo a tu frente,  
Premio de docto afán, la linda Flora,  
De aplauso no mortal merecedora  
Te anuncia á la futura hispana gente.

Lauros le den al adalid valiente,  
Que al golpe de su espada vengadora  
Triunfa, y su esfuerzo y sus hazañas llora  
La humanidad, si el lloro se consiente.

En tanto que a merced de la fortuna,  
Cercados de amenazas y temores,  
Los reyes ciñen sus coronas de oro.

No la que obtienes hoy cede á ninguna:  
Preciosa en mucho, y tus humildes flores  
Al suelo patrio añadiran decoro.

IX. *A la señora M. D., bailarina del teatro de Burdeos, haciendo la figura de Cupido en el baile intitulado Amor en la Aldea.*

No es el Amor esa deidad berosa  
Que veis, como los céfiro, alada,  
Con puntas de oro y dócil arco armada,  
Y ceñida la sien de mirto y rosa.

O en breve sueño su inquietud reposa,  
O el aire hiende, la prision burlada;  
Dulces afectos inspirar la agrada:  
Triunfa, y castiga o premia generosa.

Esa es la ninfa, por quien hoy ufano  
Garbana ilustra su feliz ribera,  
De pamanos ornandose el cabello.

No es aquel ciego flechador tirano,  
Que el mundo turba y la celeste esfera:  
No es el Amor; que no es Amor tan bello.

## XX. *La Muerte* (?).

(lucido.)

En tanto que al imperio de la muerte  
Llega á ceder nuestra existencia vana,  
Votos ofrece la piedad cristiana  
Hoy que sus triunfos con horror advierte.

Doliente aspira a mejorar la suerte  
De los que un tiempo la flaqueza humana  
Mancho de culpa, y purifica y sana  
La pena en cárcel pavorosa y fuerte.

Los que hoy existen breve sepultura  
Ocuparan después, pero perdido  
No sera, no, su celo fervoroso;

Que entonces hallaran las que han vertido  
Lágrimas tiernas, y en region mas pura  
Adquiriran tambien vida y reposo.

## XI. *La resurreccion de la carne.*

(lucido.)

Cuando al sonido del clarin llamado  
El hombre salga de su tumba fria,  
Supremo Juez en el tremendo dia  
Descendera de incendios rodeado.

Premio al justo dara, pena al maldado  
Que de su ley eterna se desvia.  
Pero ¿cuales? ¡oh Dios! el que podria  
Aparecer sin mancha de pecado?

No hay merito sin ti; mas si la ofensa  
Perdonas, y el error se desvanece  
Al lloro del mortal arrepentido;

Hoy sacrificios en tu templo ofrece,  
Y se atreve a esperar piedad inmensa.  
Por que eres tu, Señor, el ofendido.

Este soneto y el siguiente fueron celebrados en un certamen con  
varias otras bonitas, celebradas en 1816, en la compañía dramática de  
provincia en el colegio de sus hermanas, celebradas

## XXII. *Abnegacion estúpida.*

(lucido.)

El pobre Polidemo dijo un dia:  
Basilio, tú gobernaras mi hacienda:  
Y aunque todo se gaste, empuje y venta,  
Siendo tu voluntad, sera la mia.

Pagaré numerosa compañía  
Que a mi me insulte y á tu gusto atienda:  
Entrégate al placer, cena, merienda;  
No estorben mis pesares tu alegría.

Aunque soy ignorante, será bueno  
Hacerme mas estúpido y mas tonto,  
Que los estudios para mí son malos.  
Y si es que alguna vez me desencuero,  
Trátame con rigor, árame pronto;  
Y si tengo razon, dame de palos.

## ROMANCES.

### I. *A un ministro.*

Avra salí de mi casa  
Muy afetado y muy purito  
Eocaminado á la vuestra,  
Como de costumbre tengo,  
Para anunciarlos felices  
Pascuas, salud y contento,  
Buen remate de diciembre,  
Y buen principio de enero.  
Pues, señor, hizo Patillas  
Que me saliera al encuentro  
Un hablador de los muchos  
Que hay por desgracia en el pueblo:  
De esos que lo saben todo,  
Que de todo hacen misterio,  
Que almuerzan chismes, y viven  
De mentiras y embelecos;  
Infatigable escritor  
De arbitrios y de proyectos,  
Entremetido estadista  
Y, Dios nos libre, coplero.  
El al verme comenzó  
A dar voces desde lejos,  
Y a correr y a chichear,  
Y en suma, no hubo remedio.  
Me abrazó, me refregó  
Las manos, me dió mil besos,  
Y entre los dos empezamos  
Este dialogo molesto:  
« Moratin, hombre, ¿ qué caro  
Se vende usted?... ¿ Qué hay de nuevo? »  
Vaya, mejor que el verano  
Le trata a usted el invierno.  
¿ Con que va bien?... — Lindamente.  
— Si, se conoce; me alegro.  
Pero ¿ cómo tan temprano? —  
Tengo que hacer. — Ya lo entiendo.  
Vaya, el barrio es achacoso,  
Usted un poco travieso...  
Digo, será la andaluzia  
De ahí abajo. — No por cierto.  
— ¿ Con que no?... — ¿ Qué bobero! —  
Ni la conozco, ni quiero;  
Ni estoy de humor, ni esta cara  
Es cara de galanteos.  
— Pues, amigo, linda moza.  
¿ Caspita! Mucho salero,  
Alta, colorada, fresca,  
Buca pequeña, ojos negros,  
Petimetrona... La traje  
De Cadiz don Hemeterio,  
Y en un año le ha rudo  
Cinco barcos de ahadejo.  
¿ Y qué sucede? ¿ Que acalia  
De plantarle. — Buen provecho;  
Pero a mas ver, porque ahora



Voy de prisa, y hace fresco.  
— Hombre, para ir á palacio  
Es temprano. — Estoy en eso,  
Pero no voy. — ¿No? Pues qué,  
¿Nunca va usted? — Yo me entiendo.  
— ¡Ah! ya caigo; con que siempre...  
Es muy justo... ya lo veo.  
Bien, muy bien. El señor conde  
Le estima á usted. — A lo menos  
Me tolera, disimula,  
Como quien es, mis defectos,  
Y suple con su bondad  
Mi escaso merecimiento.  
— Sí, yo sé de buena tinta  
Que á usted le estima. Un sujeto  
Que va allí mucho... ¿y qué tal?  
¿Con que ya no quiere versos?  
¿Es verdad, eh? — No es verdad,  
No, señor: si no son buenos  
No los quiere, y hace bien:  
Si son fáciles, lijeros,  
Alegres, claros, suaves,  
Y castizos madrileños,  
Le gustan mucho. Los míos  
Suelen tener algo de esto,  
Y por eso los prefiere  
Tal vez entre muchos de ellos,  
Que serán casi divinos,  
Pero que le agradan menos.  
— Ya, ya; pero usted debía  
Mudar de tono... — En efecto.  
Escribir disertaciones  
Sobre puntos de gobierno,  
Enseñar lo que no sé,  
Ni he de practicar, ni quiero;  
Decirle lo que se ha dicho  
A todos, darle consejos  
Que no me pide, y á fuerza  
De alambicados conceptos,  
En versos flojos y oscuros,  
Y en lenguaje verdinegro,  
Entre gótico y francés,  
Hacerle dormir despierto;  
No, señor, yo nunca paso  
Los límites del respeto,  
Y entre muchas faltas, solo  
La de ser audaz no tengo.  
— Bien está; pero ¿que diantres  
Se le ha de decir de nuevo,  
Que le pueda contentar?  
¿Siempre borrando y temiendo?  
¿Siempre una cosa?... — Una cosa  
Dicha por modos diversos  
Puede agradar, y tal vez  
Anuncia mayor ingenio.  
Siempre le diré que admiro  
Su bondad y su talento;  
Que no estimo yo las bandas,  
Los bordados, los empleos:  
Bones que da la fortuna,  
Brillan, pero todo es viento;  
Sus buenas prendas me inclinan,  
Las aplaudo y las venero,  
Y con ellas nada pueden  
La suerte ciega ni el tiempo.  
Y adios, que es tarde. — Oiga usted.  
— Que voy de prisa. — Un momento.  
Miro usted... yo... la verdad...  
También... ya se ve... Yo tengo  
Algo de vena; y en fin...  
— ¿Tiene usted vena? Me alegro.  
¿De qué? — Digo que á las veces  
A mis solas me divierto,  
Y escribo algunas coplillas  
Tales cuales. Yo no quiero  
Darlas á luz, porque... — Bien.  
¡Admirable pensamiento!  
— Aquí traigo unas endechas,  
Un romance, dos sonetos,  
Y quiero que usted me diga  
En amistad, sin rodeos,  
Qué tales son. Venga usted

A aquel portal. — Nos veremos.  
— Pero un instante. — Otro día.  
— Y una canción que he compuesto  
Filosófica. — Al diario.  
— Y una tragedia que pienso  
Acabar hoy. — A los Caños.  
— Y un arbitrio. — A los infiernos.  
Esto dicho, le dejó,  
Apresuro el paso y llevo,  
Y llegué tarde, según  
El informe del portero.  
Renegué del trapalón,  
De su prosa y de sus versos,  
Y de mi estrella, que siempre  
Me depara majaderos.  
¡Ay, señor! entre las dichas  
Que para vos pido al cielo,  
La de no conocer nunca  
A este verdugo os deseo;  
Que si una vez os alcanza,  
Según es osado y terco,  
Por no verle la segunda,  
Os vais á habitar al yermo.

## II. Al conde de Floridablanca (\*).

(No recopilado.)

Musa, mañana sin falta  
Has de llevar un recado:  
Oye la lección, y cuenta  
Con alterar un vocablo.  
Primeramente pondráste  
La mantellina de trapo,  
La basquiña de pedir,  
Y el gesto de *No hay un cuarto*;  
Que cuando me ha reducido  
Mi desgracia, ó mi pecado,  
A un potaje de lentejas,  
Que siempre es mi extraordinario,  
No es bueno que vayas tú  
Muy levantada de cascos,  
Crujiendo sedas, y llena  
La cabeza de penachos.  
Moderación, Musa mía;  
La moderación te encargo;  
No valga mas que el señor  
El vestido del criado,  
Y diga el ilustre conde  
Al verte de punta en blanco,  
Que eres musa prostituta,  
Y yo tolerante y manso.  
Írás... pero no; que están  
Los porteros conjurados,  
Y... yo me entiendo. No vayas,  
Que es gastar el tiempo en vano.  
Vete derecho á San Gil,  
Y ponte en medio del paso  
Y no te apartes por mas  
Que el cielo llueva venablos.  
Espérate allí; y en viendo  
Que la misa se ha acabado,  
Ojo avizor... que ya sale:  
Llegó la ocasión, al caso.  
Pero sí, como otras veces,  
Va de prisa, y no ha mirado,  
O se atraviesa una viuda,  
O algun soldado de antaño.  
O de un coscorron te envían  
Al cancel mas inmediato,  
O un abad gordo se sube  
Encima de ti gritando;  
Y en tanto se cierra el coche,  
Y ya mas veloz que un rayo  
Corre, tu le alcanzaras,  
Que el ayuno hace milagros.

(\*) Este romance fué escrito por el autor, siendo aun muy jóven, y dirigido al conde de Floridablanca, á quien cayó tan en gracia, que concedió al suplicante lo que pedía, y aun le otorgó y dispensó otros muchos beneficios.

Corre; y á pié firme espera  
A la puerta de palacio,  
Que allí ha de parar, y allí  
Te ha de ver si no ha cegado.  
Y entonces torciendo el cuello,  
Como novicio descalzo,  
Dile... (Así nunca tus versos  
Se impriman en el diario);  
Dile... « Señor, Moratin  
Está que le lleva el diablo:  
Ni sabe qué hacer, ni sabe  
Cómo poder obligaros.  
» No viene en propia persona  
A repetir el asalto,  
Por no seros importuno,  
Puesto que lo ha sido tanto.  
» Y así, preséntome á vos  
Con poderes que me ha dado:  
Escuchadme la embajada,  
Que en dos puntos la despacho.  
» Primero; que os da los dias,  
No como se dan hogaño,  
Por cumplimiento y por uso  
De papelitos pintados;  
» Sino por estimación  
Y afecto sencillo y llano,  
Sin hipérboles de moda  
Ni palabrones hinchados,  
» Rogando al cielo os conceda  
Mas vida que á un mentecato,  
Mas robustez que á un flamenco,  
Mas fortuna que á un belaco,  
» Para que la envidia os vea  
Vivir feliz muchos años,  
Querido de la nación,  
Y amigo siempre de Carlos.  
» Esto ruega al cielo; y esto  
Que os dijese me ha mandado;  
Y voy al segundo punto:  
La compasión os encargo.  
» Dice que pues hoy es día  
De gracias y de agasajos,  
El agasajo le hagais  
De sacarle de trabajos;  
» Que el pobrecito está ya  
De esperar desesperado;  
Y solo vuestra palabra  
La vida le va alargando.  
» El médico le visita;  
Le manda jarabe y baños,  
Caldos de pollo y sustancias,  
Y medicinas y emplastos.  
» Pero si vos no mandais  
Hacerle beneficiado,  
O una pensión clerical  
Le recetais para el caso,  
» Ni pediluvios, ni ungüentos,  
Ni pildoras, ni electuarios,  
Ni aunque se acuente con él  
Todo el protomedicato,  
» Bastara para que el triste  
Con la intemperie de marzo  
No se muera de inacción  
Como mueren los fidalgos.  
» ¡Oh, señor!... (Aquí es preciso).  
Musa, que esfuerces el llanto  
Con aquello de *¡Ay de mí!*  
Y sollozos y desmayos.)  
» ¡Oh, señor! no permitais  
Que se muera tan temprano,  
Si no quereis que se vista  
De luto todo el Parnaso.  
» Sois poderoso, y es fuerza  
Que al impulso de esa mano  
La mas adversa fortuna  
Mire su rigor postrado.  
» Que si los que adora el mundo  
Tienen de divinos algo,  
Es solo poder hacer  
Felices los desdichados.  
» Y pues la Europa os admira  
Al pié del dosel hispano

y justicia  
dilata do,  
te vos, que habiendo  
tierra tanto,  
no me pudo  
nuestra mano  
el, señor, la entada  
algo vano,  
e en el hospicio  
su palacio,  
día, pues a vos  
reservado  
a las letras  
y los sabios,  
corno que pueda  
admiraros  
as, despreciable  
a pechar? cuando?  
e que le dais  
necesario,  
necesario,  
venid a verlo,  
re se abate,  
no me brado  
a ventura  
es ser algo?  
su vocación  
metros años,  
rbers, que al fin  
cristiano,  
corno no podéis  
e muchacho  
verificat  
o un santo,  
Considerad  
do delicado,  
si queréis  
consultado,  
cabo es dura  
magros,  
tiene indulgencia  
capitulos  
Tambien las tiene,  
citaliano  
chabido en Europa  
bates santos,  
sabo si los cueros  
agitar todo  
e docena  
aventurados?  
que si algun  
on de un claustrero,  
colondo  
os fueros,  
un santo niño  
abzabajo,  
en el suelo  
ambas manos,  
la y motilon,  
chizado,  
e sagrada  
estra mano?  
es, y esperto  
del encargo,  
un mal poeta  
es del patio,  
a suerte incógnita  
esible esperar  
E de mi dueño  
teno y a mi  
dica no habase  
ni desprecio,  
isa, ya pudiese  
nfo y plato  
n talento chitile,  
n Meñol hay tant  
ven sufrido  
de stajo  
des, que tanto  
medios años,  
capitulos  
le contado

Con esta al publico grazna,  
Y engrada los esquimatos,  
Y Dios te ayude y te de  
Lectores desocupados;  
Que si yo me llego a ver  
De una vez desesperado,  
O me meto a traductor,  
O me deguello, o me caso.

### III. Al príncipe de la Paz en una de sus cartas a la corte desde el sitio de Araguez en 1780.

(No recopilado)

Aunque de lejos he visto,  
Si no hay en la vista engano,  
Que venis bueno y alegre  
De las orillas del Tago,  
Recibid el parabien  
En versos copios y blancos;  
Y si no os parecen buenos,  
A mi me pasa otro tanto,  
Es muy difícil hacerlos  
Brutales y limpios.  
Pide tiempo, y no lo tienen  
De sobra los secretarios.  
Sabéis que mi señoría  
Trabaja mas que un forzado,  
Traduciendo, corrigiendo,  
Reconstruyendo y firmando.  
Sabéis que de hablorea  
El famoso e inapagable,  
En un portal se compara,  
Que un juguete de muchachos.  
Vierais allí un tenebro  
que viene desalorado,  
A que le traduzca yo  
Unas coplas de su hermano;  
En irlandés que no entiende  
La factura de dos barcos,  
Y no sabe si llevaban  
Naranjas o almí salado;  
Mucho elerigo de prima  
Y abutillos curritacos,  
Emigrantes, bailarines  
Y valdoretos gabachos;  
Varias que quieren casarse,  
Y como mudo don Braulio  
En Norlingen, me presentan  
En los pie de garabatos.  
Yo los he de interpretar,  
Y van y vienen recados:  
Que por Dios que las despache,  
Que es conciencia diatario,  
Pues, cuando vienen de Roma  
Los diplomatas sacrosantos  
Que aquella ciudad bendita  
Regala al orbe cristiano?  
Allí es ver como las Musas  
Se escapan por los tejados  
Huyendo la incomprendible  
Colerion de garabatos.  
Las cufas y pergaminos  
Con tanto sello colgando  
Para leer, para huevos,  
Para no comer pescado,  
Dispensas y absoluciones  
Para primos y cuñados,  
Que en vez de quererse bien  
Se quisieron demasiado,  
Para que don Agapito  
Deja a mi nio volando,  
Y supla por veinte mil  
Que en dinero le pagaron.  
Para que son Dorotea  
Se vayan a tomar los baños,  
Y a la Serapion no rece  
Mientras le duren los flatos;  
Para que vuelvan al siglo  
Los que al siglo renunciaron...  
Entonces una irrupcion

Viene de gulos y alanos,  
Espesa nube de frailes,  
Sobre mi casa tronando,  
Blancos, cincientos, muzzos,  
Negros, azules y pardos,  
Mallorquines, andaluces,  
Estremenos y canarios,  
Habeneros a dorenas,  
Y a cientos los peruanos,  
Impacientes de soltar  
Capuchas y escapularios,  
Me llenan de maldiciones  
Cada momento que tarbo  
Todos con su papelón,  
Y nos en otros buncando  
Que sin mi firma no puen  
Cargar con ellos el diablo  
Todos en su tierna edad  
Por un padre endemoniado  
Y a fuerza de mojonones  
Y palizas, profesaron;  
Todos han sufrido injurias  
Atroces de sus hermanos,  
Y el convento los persigue  
Porque son buenos y santos,  
Todos tienen una hermana  
Viuda y pobre y sin amparo,  
Y dos sobrinas doncellas  
Recatadas por el cabo,  
Cuya doncellez esta  
Por instantes peligrando,  
Y si no las guarda el fraile,  
Van a suceder estragos.  
Esta es mi vida, estas son  
Las amarguras que paso,  
Los combates que me dan,  
Las escaladas que aguanto.  
No os admire pues que sean  
Mis versos pocos y malos,  
Hagalos mejores quien  
Este menos ocupado;  
Que para alegrarme yo  
De veros contento y sano  
Y que el cielo en largas dichas  
Os guarde felices años,  
No necesito de Apolo,  
De las Musas y el Parniso,  
Y en prosa humilde dire  
Que os venero siempre y amo  
Y os digo verdad, así  
Vos me querais otro tanto  
Es mucho; con la mitad  
Me doy por afortunado.

### IV. A una dama que le pidió versos

(No recopilado)

¿Versos le pedis a un hombre  
Tan cerrado de mollera?  
¿Sabéis que malos los hago,  
Y el trabajo que me cuesta?  
¿Sabéis que para hacer uno  
Suelo empujar una resma,  
Y en escribirle y borrarle  
Gasto semanas enteras?  
Si fuera un vecino mio  
Que hace coplas a docenas,  
Y con ellas se estasia,  
Se enloquece y se embobesa  
Y baja al portal, y a cuantos  
Pasan, por ruego o por fuerza,  
Sin respirar les recita  
Diez cuadruillos de endecas,  
Diez sonetos, veinte y cuatro  
Redondillas, tres comedias,  
Cien epigramas, y nueve  
Planes de nueve poemas;  
Ese si pudiera daros  
Cuantos versos le pidierais,  
Ya que la suerte enemiga  
Le condeno a ser poeta

Yo no lo soy, ni lo quiero  
Ser, ni nadie lo sospecha,  
Ni Dios permita que nunca  
A tal tentación consienta.  
Eso no, que esto que llaman  
Inspiración, influencia,  
Númen, furor, los que envían  
A Salanova cuartetas,  
No es otra cosa que el diablo  
Que los urge y que los ciega.  
El los inspira, y así  
Son tan diabólicas ellas.  
Y como hay uno encargado  
De los cuñados y suegras,  
Alborotador de casas,  
Y amigo de peloterías;  
Otro diablo comilon  
Que corre de mesa en mesa;  
Otro vanidoso y tonto  
Con bordados y veneras;  
Y otro en fin, que es el que temo,  
Jugueteo, mala cabeza,  
Que se esconde muchas veces  
Entre dos pestañas negras,  
Y hace con una mirada,  
Con una risa halagüeña,  
Con dos lágrimas traidoras,  
Que todo un hombre se pierda,  
Así también, además  
De estos diablos que nos cercan,  
Hay otro mas entoldado,  
Mas insolente y perrera.  
Este es el que inspira tantos  
Versillos de cadeneta,  
Y el que regala al teatro  
Monstruos en vez de comedias.  
Este, el que aforra los postes  
Con cartelones de a tercia,  
Embaldurña los diarios,  
Y hace cola en las gacetas.  
Este el que enseña a hacer libros  
En donde todo se enseña,  
Padre adoptivo de tantos  
Sócrates a la violeta.  
El apuntó a Valladares  
Sus misiones de cuaremas,  
Y al miserable Moncin  
Sus nefandas Roncalesas,  
A don Bruno sus tramoyas,  
A Luciano sus endechas,  
Y a nuestro Plauto moderno  
Sus farsas triplicalleras.  
Por él en ambos corrales  
La ruda plebe merienda  
Del gótico don Fermín  
Las mal cocidas menestras.  
Por él Zavala, execrable  
Autor, fatiga las prensas,  
Y el rechinante Trigueros  
Aborta sus epopeyas.  
Nifo, ¡oh pestilente Nifo!  
Gran predicador de tiendas,  
Que desde el año de seis  
Disparatando voces;  
Solo este diablo te pudo  
Turbar así la cabeza,  
Y por divertirse hacerte  
Escritor de callejueta.  
El solo dicta sus coplas,  
Maldecidas de Minerva,  
A don Alvaro Guerrero,  
A don Lucas, a Cacea,  
Y a tanto varón famoso  
Con quien Guarinos espera  
Rebutir el suplemento  
De su infamada biblioteca.  
Y tú, que desde tu silla  
Presides a sus tareas,  
Y en pérdidas impresiones  
Su celebridad aumentas,  
Gran Salanova, que en todo  
Te metes, y en todo yerras,

¿Qué cura te sacará  
El diablo que te atormenta?  
Si nuestra piadosa madre  
Algun conjuro tuviera,  
Como para las langostas,  
Para los malos poetas,  
Yo te aseguro, infeliz  
Mitológico de la legua,  
Que a chorros de agua bendita  
Y antifonas y coletas,  
Bien presto libertaría  
De la pícara caterva  
De dioses y semidioses,  
Y espectros y ninfas necias  
Esa pobre criatura,  
Que sin cesar aporrea  
El enemigo, y a eterno  
Disparatar la condena.  
Pero es en vano: los cielos,  
Quizá ofendidos, ordenan  
En pago de nuestras culpas  
Tanto castigo a la tierra.  
Y como suele tal vez  
Ocupar una floresta  
Importuna multitud  
De cigarras vocingleras,  
Que aquí y allá chirriando  
El ronco estrépito alternan,  
Cantan que rabian, y nunca  
Hasta reventar lo dejan,  
En tanto que al son tremendo  
Huyen con alas ligeras  
Las avecillas canoras,  
Dulce hechizo de la selva,  
Vuela de una rama en otra  
Asustada Filomena,  
Ni el aire su voz despide,  
Ni al caro nido se acerca;  
De esta suerte el numeroso  
Enjambre que nos apesta,  
De copleros chabacanos  
Ridícula turba y necia,  
Fastidiosamente aulla,  
Y al run run de sus cencerrias  
Las musas desaparecen,  
Febo y las gracias con ellas.  
Todo es ignorancia, y todo  
Frustración es insolencia,  
Y el Parnaso castellano  
Yace morada desierto.  
Ni ¿quién usará acallar  
La desapacible orquesta,  
Ni alternar en el solfeo  
Que Salanova gobierna?  
¿Y vos, señora, pedis  
(Supongo que fué por fiesta)  
Versos a quien de los suyos,  
Si algunos hace, reniega?  
Yo, que no soy embrollón,  
Ni pongo mi ingenio en venta,  
Ni predico en el café  
Donde retumbaba Huerta,  
Yo, cuando en tal ignominia  
Esta de Apolo la ciencia,  
He de escribir, mientras Nifo  
Escribe que se las pela;  
Mientras Concha, haciendo ajustes  
Con Martínez y Ribera,  
Ofrece dar el surtido  
Necesario de comedias;  
Y Moncin, para quitarle  
El aplauso y las pesetas,  
Hace rebajas, y el pobre  
Don Bruno rabia y patea?  
Mientras el doctor Guarnos  
Tanto mamarracho incienso,  
Y a Trigueros le despacha  
El título de poeta,  
¿Yo he de escribir? No. Primero  
Que tal precepto obedezca,  
Guerrero y Casal me alaben,  
Y a malos sonetos muera.

Tiempo vendrá, si en los haños  
No existe cólera eterna,  
Que el rayo puro del sol  
Disipe oscuras tinieblas,  
Y del olvido en que yacen,  
Resucitadas las letras,  
De su perdido esplendor  
La edad venturosa vuelva.  
Yo entonces, si amor permite  
Mi voz a mayor empresa,  
O han muerto ya de su lucimiento  
Las no apagadas centellas,  
Tal vez de la corva lira  
Pulsaré doradas cuerdas,  
Entre los doctos alumnos  
Que Apolo inspira y alienta;  
Y cuando mi patria logre  
La felicidad que espera,  
Su nuevo Augusto hallara  
Marones que le celebran.

### V. Aguinaldo poético.

Ya, señor, el tiempo llega  
De presentes y regalos:  
Para el que ha de recibir,  
El mas alegre del año;  
Para el que da, tiempo triste,  
Mas azaroso é infausto,  
Tanto, que muchos quisieran  
Echarle del calendario.  
Yo, en este mes, como soy  
Tan cumplido y tan exacto,  
He dispuesto remitiros  
Las pascuas y el aguinaldo.  
Ello es verdad que parece  
Muy extravagante y raro  
Que el pobre regale al rico,  
Y al provincial el donado;  
Pero al fin, si yo nací  
De humor generoso y franco,  
¿Quién me ha de quitar que le regale  
El alma de un Alejandro?  
Y no hay remedio, os prometo  
Que me he portar con garbo:  
Que cuando dan los poetas,  
Dios nos tenga de su mano.  
Tal vez para su traer  
No suelen tener un cuarto;  
Pero para regalar  
El mundo les viene escaso.  
Y no esperéis que os envíe  
Rico café veneciano,  
Salchichones boloñeses,  
Ni vino de Chipre en frascos,  
Miel de Calabria exquisita,  
De Génova dulces varios,  
Lenguas de Lodi excelentes,  
Bien que no las he probado,  
Enormes quesos de Parma,  
Que dicen que son muy caros,  
Macarrones, tallarines,  
Pasteles napolitanos;  
No, señor, porque esto al fin  
En las tiendas lo encontramos.  
Y si tuviese dinero,  
Fácil me fuera comprarlo.  
La gracia está en invocar  
A Apolo, mi primo hermano.  
Y hacerle venir de un brinco  
Desde el Olimpo a mi cuarto.  
Y en vez de tanta morcilla,  
Y de tanta grasa y tantos  
Dulces, que solo producen  
Indigestiones y hartazgos;  
Si queréis cosas gustosas  
Que no os pueden hacer daño  
Y en su vida las han visto  
Los arrieros maragatos;  
Abi está el fénix de Arabia.

[illegible]

**N L M**    **M**    **L**    **N**

... que habiéndolo  
 sacado, tanto hombre,  
 de los puertos  
 de la ciudad,  
 por lozano,  
 me quite a la

Los versos que me pedis,  
Si cuando pedis, mandas :  
¿Acaso pudo el deseo  
De complaceros faltar,  
O acedaron los calores,  
Con su vena perenal ?  
¿O fatigada tal vez  
De traducir y firmar,  
Tiempo la falta y humor  
Para ser original ?  
Y en tanto, a mi se me acusa  
De incoherente y volgar.  
Ella se abalumba y dice,  
Yo me apuro, y vos instas  
Que la ojeada en libros versos  
Malden y murmuran,  
Satiras de tanto alegres,  
Llenas de pimienta y sal ?  
¿Acaso la edad presente  
Tan corta materia da ?  
¿Tan leves son nuestros vicios ?  
¿Tan pocas locuras hay ?  
Si la mandaron huir,  
Y con astucia fidal,  
Aplaudir los desaciertos,  
Los delitos adular,  
Al primer d. e. sculpura  
Su silencio pertuza :  
Que es mejor, cuando el asunto  
Obliga a mentar, callar.  
Pero si quereis que solo  
Diete satira morlal,  
¿No es de verla claramente,  
Musa, dinos la verdad ?  
Pues, por qué de la ocacion  
No se debe aprovechar,  
Y dar una felpa a tanto  
Literato charlatan ;  
Tantos eruditos bueros,  
Cuyo talento venal  
Nos da en n. enudos las ciencias  
Que no supieron jamas ;  
Tanto insipido hablador,  
Tanto traductor audaz,  
Novelistas indecentes,  
Politicos de desvan,  
Disertadores eternos  
De virtud y de moral,  
Que por no tenerla en casa  
La venden a la demas ?  
¿Y por que tantos copleros,  
Que en su disorde cantar  
Rimas parecen, que habitan  
Cenagosos charquetal,  
Ha de tolerar mi Musa  
Que metrichen en paz,  
Y se metan a escribir  
Por no querer estudiar ?  
¿Ella no fue lo que un dia  
Dio leccion tan magistral  
Haciendo el ancho teatro  
Pulpito de la verdad,  
Que a todo autor en el astrono  
Llamo de terrible alcañ  
Reyendo como el punto  
De su esterminio final ?  
« Oh estupidos » escribid,  
Imprimid, representad,  
Que el siglo de la ignorancia  
Largos años durara,  
Y mientras al mundo vulgo  
Fumobres y corruptos  
Con falsos, que Apolo al vicio  
Padecia g. ta. oral,  
Si faltara quien es de  
Para vestir y mascar,  
Ni habria un cristiano que os dig,  
Venidnos, no chilles mas  
Seguid, y bueyan abates,  
Mezcos, pillos de arrabal,  
Arreteros, tromgas y diablos  
Con su rabullo detras.

Y si el público se haña  
De ver tanta necesidad,  
Váyase a dormir tres horas  
A los Campos del Peral  
Pero, señor, si la Musa  
Se llega a determinar,  
Se anima y os obedece,  
Y tras todos ellos da,  
Y en justa sátira y docta  
Los tontos quiere imitar  
Del siempre festivo Boecio  
O el caustico Juvenal,  
¿No será de tanto no castigo  
Las coquetas provocar,  
Y responder a mil estrozos  
Su derecho original?  
¿No veis que vale el Parnaso  
En triste cautividad,  
Y en el barbas catervas  
Atrucheradas están?  
No, señor; pues siempre ha sido  
Para vos fina y leal  
Mi pobre Musa, y os debe  
Lo que os os puede pagar,  
No la mandéis que de tanto  
Necio se burle jamás,  
Ni lea ríña en castellano,  
Porque no la entenderán,  
Sátiras no, que producen  
Odio y encono mortal,  
Y entre los tontos padecer  
Martirio la ingenuidad.

### VII. A Geronte (17)

Cosas pretenden de un,  
Bien opuestas en verdad,  
Mi medico, mis amigos,  
Y los que me quieren mal.  
Dice el doctor: « Señor mío,  
Si usted ha de pelear con,  
Conviene mudar de vida,  
Que la que lleva es fatal:  
Debiles los nervios, debil  
Estomago y vientre esta.  
Pues, ¿ que piensa que resulte  
De tanta debilidad?  
Si come, no hay digestion,  
Si ayuna, crece su mal,  
A la obstruccion sigue el flato,  
Y al tiriton el sudar.  
Vida nueva, que si en esta  
Dura dos meses no has,  
Las tres facultades juntas  
No le han de saber curar.  
No traduzca, no interprete,  
No escriba versos jamas.  
Miedos y musas le tienen  
Hecho un trasto de hospital,  
Y esos papeles y libros,  
Que tan mal humor le dan,  
Tiralos a pique, y vayan  
Planto y Morito detras.  
Salga de Madrid, no este  
Mal en su medicinal,  
Ni espere a que le derriue  
El ardor canicular.  
La distraccion, la alegría  
Mucha le curaran  
Mucho burro, muchos baños  
Y mucho no trabajar. »  
En tanto que esta sentencia  
Fulmina la facultad,  
Mis amigos me las muelen  
En junta particular,  
Dicen: « Oh, si Moratin  
No fuere tan baragan,  
Si de su mudanza eterna  
Quisiera resucitar!  
El ha sabido adquirir  
La estincion general. »

Aplauso y envidia escita  
 Cuanto llega a publicar :  
 Le murmuran, pero nadie  
 Camina por donde él va ;  
 Nadie acierta con aquella  
 Difícil facilidad ;  
 Y si él quisiera escribir  
 Tres cuaderillos no mas ,  
 ¿La caterva de pedantes  
 Adónde fuera á parar?  
 ¿Qué se hiciera tanto insulto  
 Compilador ganapán ,  
 Que de francés en gabacho  
 Traducen el pliego á real ?  
 Tanto hablador, que á su arbitrio  
 Méritos rebaja y da ,  
 Tiranizando las tiendas  
 De Perez y Mayoral ?  
 No, señor, quien ha tenido  
 La culpa de este desmán,  
 Si escuchara un buen consejo,  
 Lo pudiera remediar.  
 Tomasen la providencia  
 De meterle en un zaguán,  
 Con su candil, su lintero,  
 Pluma y papel, y cerrar ;  
 Y allí, con ración escasa  
 De queso, agua fresca y pan,  
 Escribiese cada día  
 Lo que fuera regular.  
 ¿Emporcaste un pliego ? Lindo ;  
 Almuerza y vuelve al telar ;  
 Come, si llenaste cuatro ;  
 Cena, si acabaste ya.  
 ¿Quieres tocino ? Veamos  
 Si esta corregido el plan.  
 ¿Quieres pesetas ? Pues daca  
 El *Drama sentimental*.  
 Por cada escena, dos duros  
 Y un panecillo te dan,  
 Por cada *Pequeña pieza*  
 Un *Vale dinero*, y mas.  
 Y de este modo, en un año  
 Pudieramos aumentar  
 De los cómicos hambrientos  
 El espinado caudal.  
 Esto dicen mis amigos  
 (Reniego de su amistad) ;  
 Mi suegro, si le tuviera,  
 No dijera cosa igual.  
 Esto dicen, y en un corro  
 Siete varas mas allá,  
 Don Mauricio, don Senén,  
 Don Cristóbal, don Beltran  
 Y otros quince literatos  
 Que infestan la capital,  
 Presumidos, ya se entiende,  
 Doctos á no poder mas,  
 Dicen : « Moratin cayó,  
 Bien le pueden olear ;  
 No chista ni se rebulle,  
 Ya nos ha dejado en paz.  
 Su *Baron* no vale nada ;  
 No hay enredo allí ni sal,  
 Ni caracteres, ni versos,  
 Ni lenguaje, ni...—Es verdad,  
 Dice don Tiburcio ; ayer  
 Me aseguró don Cleofas,  
 En casa de la condesa  
 Viuda de Madagascar,  
 Que es traduccion muy mal hecha  
 De un drama antiguo alemán...  
 —Si, traduccion, traduccion,  
 Chillan todos á la par,  
 Traduccion... Pues él ¿por dónde  
 Ha de saber inventar ?  
 No, señor, es traduccion ;  
 Si él no tiene habilidad,  
 Si él no sabe, si él no ha sido  
 De nuestro corro jamas,  
 Si nunca nos ha traído  
 Sus piezas á examinar ;

¿Qué ha de saber?—¡Pobre diablo !  
 ¡Escлама don Bonifaz :  
 Si yo quisiera decir  
 Lo que... pero bueno está.  
 —¡Oiga ! ¿pues qué ha sido ? Vaya.  
 Diganos usted.—No tal,  
 No. Yo le estimo, y no quiero  
 Que por mí le falte el pan.  
 Yo soy muy sensible ; soy  
 Filósofo, y tengo ya  
 Escritos catorce tomos  
 Que tratan de humanidad,  
 Beneficencia, suaves  
 Vinculos de afecto y paz ;  
 Todo almibares, y todo  
 Deliquios de amor social ;  
 Pero es cierto que... Si ustedes  
 Me prometieran callar,  
 Yo les contara... —Si, diga  
 Usted, nadie lo sabrá :  
 Diga usted.—Pues bien : el caso  
 Es que ese cisne inmortal,  
 Ese dramático insigne  
 Ni es autor, ni lo sera.  
 No sabe escribir, no sabe  
 Siquiera deletrear :  
 Imprime lo que no es suyo,  
 Todo es hurtado, y... ¿Qué mas ?  
 Sus comedias celebradas,  
 Que tanta guerra nos dan,  
 Son obra de un religioso  
 De aquí de la Soledad.  
 Díoselas para leerlas  
 (Nunca el fraile hiciera tal) ,  
 No se las quiso volver,  
 Murióse el fraile, y andar...  
 Digo, ¿me esplico?—En efecto,  
 Grita la turba mordaz,  
 Son del fraile. Ratería,  
 Hurto, robo, claro está.  
 Geroncio, mira si puede  
 Haber confusion igual :  
 Ni sé qué hacer, ni confío  
 En lo que hiere acertar.  
 Si he de seguir los consejos  
 Que mi curador me da ;  
 Si he de vivir, no conviene  
 Que pida á mis nervios mas.  
 Confundir á tanto necio  
 Vocinglero pertinaz,  
 Que en la cartilla del gusto  
 No pasó del *crístus*, a ;  
 Componer obras, que piden  
 Estudio, tranquilidad,  
 Robustez, y el corazón  
 Libre de todo pesar,  
 No es empresa para mí ;  
 Tú, Geroncio, tú me da  
 Consejo. ¿Cómo supiste  
 Imponer, aturrullar,  
 Y adquirir fama de docto  
 Sin hacer nada jamás ?  
 Tú, maldito de las Musas,  
 Que lleno de gravedad,  
 De todo lo que no entiendes  
 Te pones á disertar,  
 ¿Cómo sin abrir un libro,  
 Por esas calles te vas,  
 Haciéndote el corifeo  
 De los grojos del lugar,  
 Y con ellos tragas, brindas  
 Y engordas como un baja,  
 Y duermes tranquilo, y nadie  
 Sospecha tu necesidad ?  
 Dime si podré adquirir  
 Ese don particular ;  
 Dame una leccion siquiera  
 De impostor y charlatan,  
 Y verás como al instante  
 Hago con todos la paz,  
 Y olvido lo que aprendí,  
 Para lucir y medrar.

# VIII. Juicio del año de 1813. (Inédito.)

Ya llegó el año de trece  
 Por su paso natural ;  
 Y el de doce, Dios lo guie,  
 Acia la historia se va.  
 Costumbre ha sido poner  
 Por cabeza de almanak  
 Lo que muchos llaman juicio  
 Y yo llamo necesidad,  
 Prólogo de lo futuro,  
 Juego de prouosticar,  
 Anticipada gaceta  
 De lo que sucederá.  
 Y ¿qué sucede ? lo mismo.  
 Poco menos, poco mas,  
 Que ya se ha visto en el mundo  
 Desde los años de Adán.  
 Dócil la naturaleza  
 En su movimiento igual  
 Cumple del Númer eterno  
 La constante voluntad.  
 Nada es nuevo á quien medita  
 Lo que va quedando atrás ;  
 Lo que ha pasado es imagen  
 De lo que debe pasar.  
 Pero es tan desatinada  
 La humana curiosidad,  
 Que olvidando lo que fué,  
 Pregunta lo que será.  
 Y ¿en qué libro encontraremos  
 El método singular  
 De conocer los sucesos  
 Que tan callados estan ?  
 El sumario de Cortés  
 Poquísima luz nos da,  
 En Salamanca se ignora,  
 En Londres no saben mas.  
 ¿Oh tiempo feliz aquel  
 De inepta credulidad,  
 Tan fecundo en maravillas  
 Que no conocemos ya !  
 Uno buscaba entre chisgas  
 La piedra filosofal,  
 Suplemento de las minas  
 De Golconda y del Catay.  
 Otro, rebosando azumbres,  
 Daba salud á un lugar ;  
 Y á repiques apagaba  
 Centellas un sacristán.  
 Las viejas entre tinieblas  
 Con untura general  
 Embrujaban el ambiente  
 De Rufasa y Campana.  
 Este, atisvaba tesoros  
 La víspera de San Juan ;  
 Y aquel, á puro exorcismo,  
 No dejaba diablo en paz.  
 Los difuntos empleaban  
 Las noches en pasear  
 Con llamas y cadenas  
 Y estribillo de : ay ! ay ! ay !  
 Los magos quemando azufre  
 Llamaban á Satanás,  
 Y él obediente acudia  
 Como un donado á un guardián.  
 Los duendes en la cocina,  
 En la alcoba, en el postal,  
 En el terrado, en la cueva,  
 En lo oscuro del desvau,  
 No dejaban escribir.  
 Barrer, coger ni guisar,  
 Ni quedaba trasto á vida  
 En toda la vecindad.  
 Pasó aquel tiempo, y con él  
 La ciencia de adivinar ;  
 Los profetas se acabaron  
 Para no volver jamas,  
 Pérdida que solamente  
 La pudiera reparar  
 Nuestro juicio, porque el año  
 Sin juicio se quedara.

Dejemos los otros mundos  
En el espacio en que estan;  
Giren como Dios lo quiso,  
Túllen si deben brillar.  
Y en esta pequeña bola  
Llena de ignorancia y triste,  
Posada incómoda y triste  
Que debemos habitar,  
Tratemos de ser felices,  
Pues la prudencia nos da  
El secreto de sufrir  
Y los medios de gozar.

#### IX. *El coche en venta.*

Quiero contarte  
Que don Miguel,  
Aquel pesado  
Que viste ayer,  
Me está moliendo  
Mas ha de un mes,  
Sin ser posible  
Zafarme de él,  
Para que compre  
(Mal haya, amén)  
Sus dos candongas  
Y su cupé.  
Esta mañana  
Salté las diez  
A ver a Glori  
(No lo acerte):  
Horas menguadas  
Debe de haber.  
Íbame aprisa  
Acia la Red,  
Y en una esquina  
Me le encontré.  
Fueron sin duda  
Cosa de ver  
Las artimañas,  
La pesadez,  
Los argumentos  
Que toleré,  
El martilleo  
De somatén,  
Y las mentiras  
De tres en tres.  
«Y no hay remedio,  
Ello ha de ser;  
Porque, amiguito,  
Mirado bien,  
Sale de balde,  
Parece inglés;  
La caja es cosa  
Digna de un rey.  
¿Qué bien colgada!  
¿Qué solidez!  
Otra mas cuca  
No la vereis.  
Pues ¿y las mulas?  
Yo las compré  
Muy bien pagadas  
En Aranjuez,  
Y a los dos meses  
Llego a ofrecer  
El marquesito  
De Mirabel  
(Sobre la suma  
Que yo solté)  
Catorce duros  
Para beber  
A un chalan cojo  
Aragones,  
Que vive al lado  
De la Merced.  
Son dos alhajas;  
No hay que temer,  
Fuertes, seguras,  
De buena ley.  
Con que Domingo

Puede á las seis  
Ir a mi casa;  
Yo os dejaré  
Las señas... Pero...  
¿Teneis papel?  
—No tengo nada,  
Ni es menester;  
Dejadme vivo,  
Sayon cruel.  
Si ya os he dicho  
Que no gasteis  
Saliva y tiempo;  
Si no ha de ser;  
Si por no hallaros  
Segunda vez,  
Solo, sin capa,  
Me fuera a pié  
Hasta la turca  
Jerusalén.»  
¿Y te parece  
Que lo abyecto?  
Nunca un pelmazo  
Llega á entender  
Lo que no cuadra  
Con su interés.  
Quise cansarle,  
Me equivoqué;  
Sigo mi trote,  
Sigue también,  
Suelto de lengua,  
Ágil de pié,  
Siempre á la oreja  
Como un lebrei.  
Lloviendo estaba  
Y á buen llover;  
Calles y plazas  
Atravesé,  
Charcos, arroyos...  
Voy á torcer  
Por la bajada  
De San Gloré,  
Hallo un entierro  
De mucho tren;  
Muerto y parientes  
Atropellé.  
El, por seguirme,  
Dió tal vaivén  
A un monaguillo,  
Que sin poder  
Valerse, al suelo  
Cayó con él.  
Tal del pobrete  
La rabia fué,  
Tal cachetina  
Siguió después,  
Que malherido,  
Zurrado bien,  
Allí entre el lodo  
Me le dejó.

\*\*\*

#### EPIGRAMAS.

##### I. *Para una estatua de la Farmacia.*

A la ciencia de Hipócrates unida,  
Dilata los instantes de la vida.

##### II. *Para el sepulcro de Almanzor (18).*

No existe ya, pero dejó en el orbe  
Tanta memoria de sus altos hechos,  
Que podras admirado conocerle,  
Cual si le vieras hoy presente y vivo.  
Tal fué, que nunca en sucesion eterna  
Darán los siglos adalid segundo,  
Que así, venciendo en lides, el temido  
Imperio de Ismael acrezca y guarde.

III. *Para la cortina de un teatro.*

Vicios corrige la vivaz Talía  
Con risa y canto y máscara engañosa,  
Y el nacional adorno que se viste.  
Melpómene, la faz majestuosa  
Bañada en lloro, al corazón envía  
Piedad, terror cuando declama triste.

IV. *Para el sepulcro de don Francisco Gregorio de Salas (19).*

En esta veneranda tumba, humilde,  
Yace Salicio: el alma celeste,  
Roto el nudo mortal, descansa y goza  
Eterno galardón. Vivió en la tierra  
Pastor sencillo, de ambición remoto,  
A el trato fácil y á la honesta risa,  
Y del pudor y la inocencia amigo.  
Ni envidia conoció, ni orgullo insano.  
Su corazón, como su lengua, puro  
Amaba la virtud, amó las selvas.  
Dióle su plectro, y de olorosas flores  
Guirnalda le ciñó, la que preside  
Al canto pastoril, divina Euterpe.

V. *Para un retrato del autor remitiéndosele á una señora valenciana.*

A la Ninfa del Turia ilustre y bella  
Mi imagen doy, y el corazón con ella.

VI. *A un niño llorando en los brazos de su madre.*

(Traducción del inglés.)

Tú, que gimes doliente,  
Bañando en lloro de tu madre el seno,  
Mientras que todo en torno es alegrías;  
¡Oh! vive á la virtud, niño inocente;  
Porque al venir la noche eterna, lleno  
Lo dejes todo de dolor vehemente,  
Y tú contento rías.

VII. *A un escritor desventurado, cuyo libro nadie quiso comprar.*

En un cartelón leí,  
Que tu obrilla baladí  
La vende Navamorcuende....  
No ha de decir que la vende,  
Sino que la tiene allí.

VIII. *Irrevocable destino de un autor silbado.*

«Cayó á silbidos mi *Filomena*.  
—Solemnemente tunda llevaste ayer.  
—Cuando se imprima, verán que es buena.  
—¿Y qué cristiano la ha de leer?»

IX. *A Lesbía, modista.*

Lesbía, tú que á las bonitas  
Añadir adornos puedes,  
Como á todas las escudes,  
De ninguno necesitas.

X. *A la misma, de otro modo.*

En la gala y compostura  
Que á nuestras jóvenes das,  
Lesbía, tu invención seapura;  
Si las dieras tu hermosura,  
Nunca te pidieran mas.

XI. *A la misma, de otro modo.*

Cuando á nuestras damas bellas  
Adorna tu docto afaq,  
Venus y el Amor te dan  
Mas que te debieron ellas.

XII. *A un comerciante que puso en su casa una estatua de Mercurio.*

Si al decorar tus salones,  
Fania, á Mercurio prefieres,  
Tienes á fe mil razones;  
Que es dios de los mercaderes,  
Y también de los ladrones.

XIII. *A Geroncio.*

Pobre Geroncio, á mi ver  
Tu locura es singular;  
¿Quién te mete á censurar  
Lo que no sabes leer?

XIV. *A Pedancio, autor de una obra en que le ayudaban varios amigos.*

Pedancio, á los botarates  
Que te ayudan en tus obras  
No los mimes ni los trates;  
Tú te hastas y te sobras  
Para escribir disparates.

XV. *Al mismo.*

Tu crítica majadera  
De los dramas que escribí.  
Pedancio, poco me altera;  
Mas pesadumbre tuviera  
Si te gustaran á tí.

XVI. *A un mal bicho.*

¿Veis esa repugante criatura,  
Chato, pelón, sin dientes, estevado,  
Gangoso, y sucio, y tuerto, y jorobado?  
Pues lo mejor que tiene es la figura.

XVII. *A una señorita francesa.*

La bella que prendó con gracioso reír  
Mi tierno corazón, alterando su paz,  
Enemiga de amor, inconstante, fugaz,  
Me inspira una pasión que no quiere sentir.

COMPOSICIONES DIVERSAS.

*Los padres del limbo (20).*

CORO.

¡Oh, cuánto padece de afanes cercada,  
Merced al engaño de fiero enemigo,

En largo castigo la prole de Adán!  
 ¡Oh! vuelva a nosotros la luz deseada,  
 Y de sus promesas el cielo cumplidas,  
 Que ya repetidas en sombras están.

## VOZ PRIMERA.

¿Cuando, Señor, la esclavitud y el llanto  
 Cesara de Israel, llegando el día  
 En que aparezca el vencedor, el santo,  
 El que rompa la bárbara cadena  
 Que en servidumbre impía  
 Lleva tu pueblo? El hombre inobediente  
 Perdio de Eden la habitacion serena;  
 Espada refulgente  
 Vibro en sus puertas serafín airado,  
 Y a la inocencia sucedió el pecado.  
 Mas no de tus piedades  
 Pudo la culpa humana  
 El raudal extinguir, que es infinito,  
 Y tú, Señor, el numen poderoso  
 Que goza en perdonar. Tu soberana  
 Diestra sepulta montes y ciudades  
 En abismo profundo  
 De universal diluvio proceloso,  
 Que de los hombres castigó el delito;  
 Pero diste a la tierra Adán segundo.  
 Grato admitiste su obediente celo  
 Y sus ofrendas puras,  
 Y el ris de la paz brilló en el cielo.  
 Si en el Egipto ardiente  
 Padece servidumbre  
 La estirpe de Jacob, tu la aseguras  
 En la fuga que intenta portentosa,  
 Tu disipas la fiera muchedumbre  
 Que la persigue en vano.  
 Abre su centro el mar, y en espumosa  
 Tumba sepulta al pertinaz tirano,  
 Sus carros y caballos precipita;  
 Das a tu pueblo, sin lidiar, victoria,  
 Y al estruendo del tímpano sonante  
 Himnos te canta de alabanza y gloria.

## VOZ SEGUNDA.

Mucho, Señor, hiciste,  
 Y prometiste mas. Debe la tierra  
 Ver un caudillo en venturoso día,  
 Que los furios de discordia y guerra  
 Calme, y en alegría  
 De amor y dulce paz domine eterno.  
 Las puertas del Averno  
 Cederan a su voz omnipotente;  
 Quebrantara las bóvedas oscuras,  
 Huyendo el monstruo que se esconde en ellas.  
 Abrasada la frente  
 Con rayo vengador. El poderoso,  
 El grande, el Hijo de David, las puras  
 Auras rompiendo, llevara sus huellas  
 Adonde el astro de la luz preside,  
 Y mas alla del sol, acompañado  
 De la turba de justos numerosa,  
 Que los caminos de virtud siguieron,  
 Y del primer pecado  
 Sufren la pena en cárcel pavorosa.

## CORO.

Huyan los años en rapido vuelo;  
 Goce la tierra durable consuelo;  
 Mire a los hombres piadoso el Señor.

## VOZ TERCERA.

Ven, prometido  
 Jefe temido,  
 Ven, y triunfante  
 Lleva delante  
 Paz y victoria;  
 Llene tu gloria  
 De dicha el mundo.  
 Llegas, segundo  
 Legislador.

## CORO.

Huyan los años con rapido vuelo;  
 Goce la tierra durable consuelo;  
 Mire a los hombres piadoso el Señor.

## La Annunziation.

## VOZ PRIMERA.

¿Qué nuncio divino  
 Desciende veloz.  
 Moviendo las plumas  
 De vario color?

## VOZ SEGUNDA.

El bello semblante  
 En risa habó,  
 Que inspira alegría,  
 Disipa temor.

## VOZ PRIMERA.

El rubio cabello  
 Al hombre esparció;  
 Diadema le cifre  
 De extremo valor.

## VOZ SEGUNDA.

Ropajes sutiles  
 Adorno le son,  
 Y en ellos duplica  
 Sus luces el sol.

## VOZ PRIMERA.

¡Felix habitante  
 De la alta region!

## VOZ SEGUNDA.

¡Alado ministro  
 Del sumo Hacedor!

## VOZ PRIMERA.

En hora bendita  
 La tierra te vió.

## VOZ SEGUNDA.

En dicha pendiente  
 Está de tu voz.

## VOZ PRIMERA Y SEGUNDA.

Que tú solo anuncias  
 Favores de Dios.

## VOZ TERCERA.

Lleva a la santa Nazaret un vuelo  
 El angel del Señor, y resplandece  
 La estancia de Maria;  
 De fragrantés aromas se enriquece  
 El aire en torno, y suena melodía  
 Igual a la del cielo.  
 La honesta Virgen, ruborosa y amada,  
 Se postra absorta al paraninfo hermoso;  
 Ve tanto bien, y merecerle duda.  
 El, con acento grave y amoroso,  
 «No temas, no, la dice,  
 De las hijas de Adán la mas felice.  
 Llena de gracia estas; está contigo  
 El Dios que adoras inefable, eterno;  
 Y el fruto santo que de ti se espera  
 Se ha de llamar Jesus.» Dijo, y la esfera  
 Que en lucas arde y arrebóles de oro  
 Vuelve a romper con impetu sonoro,  
 Y se estremece el enenago inferno.

## VOZ CUARTA.

¡Oh instante dichoso  
 De amor y consuelo,  
 Que la tierra al cielo  
 Para siempre unió!  
 ¡Y al Dios poderoso,  
 Que truena indignado,  
 Piadoso, humanado,  
 Sumiso le vió!

## CORO.

Virgen, madre, casta esposa,  
 Solo tu la venturosa,  
 La escogida sola fuiste,  
 Que en tu seno recibiste  
 El tesoro celestial.  
 Solo tu con tierna planta  
 Oprimiste la garganta  
 De la sierpe aborrecida,  
 Que en la humana frágil vida  
 Esparció dolor mortal.



*Cántico a nombre de unas niñas españolas de familia refugiada en Francia, con motivo de una peligrosa enfermedad de la marquesa de Ariza.*

CORO.

Suban al cerco de Olimpo luciente  
Eco doliente, lamentos y voces;  
Lleguen veloces al trono de Dios.

VOZ PRIMERA.

Oye, Señor, el ruego fervoroso  
Que humildes dirigimos  
En aflicción y llanto.

Con alma pura y manos inocentes  
Ante tus aras a implorar venimos  
Favor, piedad, ¡oh Nümen poderoso!  
Si súplica mortal merecer tanto.

Por ti los orbes giran refulgentes,  
Por ti naturaleza

Existe, y á tu voz la muerte dura  
Contiene su fiera.

¡Ay! no perezca la estimable vida  
De la que fué nuestro comun consuelo  
En la no merecida  
Constante desventura

Que á nuestros padres á morir condena  
En peregrino suelo,

Y á nosotras con ellos, desdichadas.  
Ella fué nuestro amparo; ella serena  
Benigna, generosa,  
Lágrimas tantas veces derramadas;  
En su favor nuestra niñez reposa.

Si la virtud nos guía,  
Si las tinieblas del error desvía  
Y aclara nuestra mente  
La lumbré del saber, dádiva es suya...  
Viva ¡oh gran Dios! Tu diestra omnipotente  
Al mundo, á nuestro amor la restituya.

CORO.

Si la que fiel se ajusta  
A tu ley soberana,  
En leve sombra y vana  
Se debe disipar;  
Antes la parca adusta,  
Que la amenaza fiera,  
De crímenes pudiera  
La tierra liberrar.

*Allocución con que anunció su beneficio Francisco Chiner, primer galán de la compañía cómica de Barcelona, en el año de 1814.*

Público ilustre, que benigno siempre  
Sabes suplir la insuficiencia mía,  
Perdonas el error por el deseo,  
Y al mas cobarde generoso animas;  
Si el don que te presento no es bastante  
A igualar los afectos que le dictan,  
Sé que mereces mas; pero no alcanzo  
La perfección á que mi celo aspira.

Tiempo será, que en esta escena admireis  
A quien mas docto y mas feliz te sirva;  
Que la suerte reparte desiguales  
Las gracias, los talentos y la dicha.

A mí me dió humildad; con esta solo  
Esperar debo tu atención benigna.  
Damas hermosas, de vosotras fio  
Que mi esperanza se verá cumplida:

Hechiceras de amor, en cuyos ojos  
La libertad del corazón peligró;  
Pues el don celestial de hacer felices  
Es vuestra principal prerrogativa;

¡Qué harán los hombres si aplaudís piadosas?  
Las leyes que dictáis, ellos confirman,  
Y el orbe entero en voluntarios nudos  
Adora vuestra dulce tiranía.

*Traducción de Grécourt.*

El niño ceguezuelo  
Adormeciéndose un día

En el recinto oscuro  
De los bosques del Ida.  
Venus temor concibe  
Al ver que no volvía  
De tan largo reposo  
Que al de la muerte imita.  
Y en lágrimas hermosas  
Bañando las mejillas,  
Al padre omnipotente  
Su dolor comunica.

Jove, que tanta pena  
Mitigar determina,  
A los dioses consulta  
Que en el Olimpo habitan.  
Y viendo que en opuestas  
Opiniones vacilan,  
Al medio menos tardo  
Su decisión inclina.

Manda que al bosque umbroso  
Donde el Amor dormía  
Vayan los celos tristes,  
Y en torno de él asistan.  
Parten ellos veloces,  
Y al rumor que traían,  
De su letargo vuelve  
El niño de Ericina.

¡Mas ay! que desde entonces  
Perdió su paz tranquila,  
Y nunca el dulce sueño  
Sus párpados visita.

*Traducción de Pablo Rellí (\*).*

Díálogo.

«¿Quieres decirme, zagal garrido,  
Si en este valle, naciendo el sol,  
Viste á la hermosa Dórida mía,  
Que fatigado buscando voy?  
—Sí, que la he visto pasar el puente,  
Y á los alcóres se encaminó:  
Un corderito la precedía,  
Atado al cuello verde listón.  
—¡Solo el cordero la acompañaba?  
—También con ella iba un pastor.  
—¿Lícidas?—Ese; Lícidas era:  
Mas ¿qué te asusta? ¿Qué mal te dió?  
—¡Ay, vaquerillo! ¿Qué feliz eres!  
Pues aun ignoras lo que es amor.»

*Idilio á la ausencia.*

Este es Guadiela, cuyas ondas puras  
Van á crecer del Tajo la corriente;  
Esta es la selva deliciosa, donde  
Gozan las horas del ardor estivo  
Las bellas Hamadriades, formando  
Lijeras danzas y festivos coros.  
Inarco, ¡ay infeliz! ¡así la cumbre  
Vuelves á ver de aquel nuboso monte!  
¿Así á pisar esta ribera vuelves?

Prófugo, triste, en mi destino incierto,  
Dejé mi choza y mis alegres campos  
Y los muros de Mantua generosa,  
Y al bienhadado Coridon y Aminta,  
Y al constante en amor Alfesibeo;

(\*) *Sonetto pastorale in dialogo, di Paolo Antonio Rellí.*

Sai tu dirmi, o fanciullino,  
In qual pasco gita sia  
La vezzosa Egeria mia  
Ch'io pur cerro dal mattino?—  
Il suo gregge è qui vicino,  
Ma pur dianzi á quella via  
Gir l'ho vista, e la seguia  
Quel suo candido agnelino.—  
Nò t'er'altri che l'agnello?—  
Sopraggiunse un pastore.—  
Ah! fò Silvio!— Appunto quello:  
Ma tu cambi di colore?—  
Te felice pastorello,  
Che non sai che cosa è Amore.

Todo lo abandone. Por ignorada  
Senda me aparto con errante huella.  
Y atrás vo viendo alguna vez los ojos :  
«Adios, mi patria, sollozando dije:  
Adios, praderas verdes, donde oculto  
Entre juncos y debiles cañerías  
Manzanares humilde se adormece  
Sobre las urnas de oro. Adios, y acaso  
Para nunca volver. » A la espesura  
De incultos bosques y profundo valle  
La planta nuevo apresuradamente;  
Bien como el ciervo, al conocerse herido  
De enherbolado arpon, las cumbres altas  
Sube, desciende de la sierra al llano,  
Y los anchos arroyos atraviesa :  
En vano, ¡ay triste! en vano, que el agudo  
Hierro, tendido en la cabente sangre,  
Cerca del corazón lleva pendiente.

Yo, así en el pecho abrasadora llama  
Siento, en la distancia en los días  
Alivian mi dolor; que en la memoria  
Mi bella ausente y sus hechizos duran.  
El donante gentil, la risa, el canto,  
El pie que mueve en agíl danza, honesta,  
Los dorados undivagos cabellos,  
El claro resplandor de entrambas luces,  
Y el alto pecho que suavemente  
Se agita al suspirar: delicioso,  
Cambiado seno, donde Amor se anida,  
Disculpa de mi ciego desvarío.

Si alguna vez a mi dolor se presta  
Benigno el sueño con amigas alas,  
Hijo de la callada humida noche,  
Al fatigado espíritu aparece  
De mi partida el infeliz instante.  
Miro los ojos de esplendor divino  
Que en lagrimas se inundan amorosas,  
La trenza ondulosa deslazada al viento,  
Suelta la veste candida, y escucho  
La conocida voz, las dulces quejas,  
Que serenan el impetu espantoso  
Pueden del mar en tempestad oscura.  
Tremblo, y en vano la funesta imagen  
Quiero de mí apartar. Ya me parece  
Que con halagos de pasión nacidos  
La huella Isaura mi partida estorba;  
Ya, que indignada a su amador acusa  
De ingrato desleal; ya, que rendida  
A su aflicción, la voz y el llanto cesan...  
Yo, ¡miser! ciñendo el cuello hermoso,  
Y a su labio tal vez uniendo el mío,  
Juro a los cielos, que primero falte  
Mi aliento débil, que en ajenos brazos  
Llegue a mirarla, que la pierda y viva,  
Antes que olvide mi pasión primera.  
Mas ya se acerca el trance ahorrado:  
Late oprimido el corazón... Entonces  
Al vivoientor pesar de mí se aparta  
Leve la imagen de la muerte triste,  
Mas que la muerte inexorable y dura.

Venid, hija del mar, diosa de Guido,  
Y tú, ciego rapaz, que revolante  
S guies el carro de tu madre hermosa,  
La alaba de marfil pendiente al lado:  
Si has piedad en el cielo; si el humilde  
Ruego de un indeluz no vos ofende,  
¡Oh! basten ya las padecidas penas.  
Vuelva vo a ver aquel agrado honesto,  
Aquel dulce reir, y la suave  
Voz de su na escuche, y sus favores  
Gozando, como en las alegres horas.  
Pero si acaso mi destino fuere  
Tan cruel como a la ventura mía,  
Que en larga ausencia la padecer me manda;  
Almí Citeres, Bechador Capido,  
Tal vez got estorbado. Falte a mis ojos  
La luz por el cual en noche eterna,  
Y del cuerpo mi espíritu desnudo,  
Fugaz desolado, en vano sombra y fría,  
A la morada de Pluton terrible.

Tal vez así, de la que adora ausente,  
A las claridades del Olimpo sordas

Demandaba piedad. Danon en tanto,  
Joven pastor, que al valle reducia  
Pobre rebaño de manchadas cabras,  
Al pie de un olmo halló sobre la yerba  
Al amante zagal, apenas vivo.  
Le alzo del suelo con amiga mano,  
Razones, no escuchadas, repitiendo,  
Por si con ellas aliviar lograse  
Su grave alán padoso le conduce  
A su rustico albarque, y vagatos  
El fiel Melampo a su señor seguía.

### La sombra de Nelson.

Vuelto citi Rammas, date vela, impetite remos  
Vine, Aviedo n

Quando al estrago de naval pelea  
Cayó sin vida el adalid britano,  
Fiero terror del mar, la yerta cumbre,  
Del opulento Geron sepulcro,  
Toda en las sombras de profunda noche  
Arder se vio con palidas centellas,  
Y a la dudosa lumbré, pavoroso  
Espectro aparecio, de sangre y humo  
Y de mortal amarillez cubierto,  
La frente herida, y a sus plantas rota  
Naval corona y militares lauros,  
Y en voz terrible, que el estruendo pudo  
Y el impetu calmar del espumoso  
Pielago hinchado en la tartesia orilla,  
«Llego, dice, ¡ay de mí! llegó el temido  
Instante que los cielos señalaron  
En su furor contra mi patria. ¡Oh! nunca  
Tanto la suerte amiga sublimara  
Tu gloria y tu poder, para que fueras  
Ejemplo al mundo en la fatal ruina,  
Que ya cercana inevitable miro,  
¡Ambiciosa Albion! Vive, y el trono  
Ocupa que afirmó de Clodoveo  
El gran caudillo, cuyo nombre adoran  
El Sena y el Tesin precipitado,  
Y dos coronas a su frente ciñe.  
Vive, y sus armas vencen, y al sonido  
De sus trompetas vuelan fugitivas  
Las águilas augustas. ¡Inflamada  
En belicoso ardor la fuerte Hesperia  
Une a las rojas cruces de Pelayo  
El blason imperial, que en sus pendones  
Tiende el frances al aire. ¡Poderosa  
Union, que tanto aborreciste y temes!

«Trono el cañon, y huyendo de las playas  
Corvas, al mar se entregan animosos:  
Entre enemigos vientos, niebla oscura,  
Horrida tempestad... Yo vi el sangriento  
Choque, el incendio y la comun ruina;  
Yo de tus armas el honor temido  
Sostuve, en tanto que a la suerte plugo;  
Supe en los tuyos excitar crúeles  
Alientos; supe acometer terrible,  
Y lidiar y morir. Mas ya en las grutas  
Concavas suena del peñasco enorme,  
Gloria de Alcides, funeral lamento,  
Debido a tanto horror. Las crespas ondas  
Sacan bramando a la desierta orilla  
Los que el furor de sus voraces monstruos  
No deformó, calaveres desmenuos;  
Las que no oculta su profundo centro,  
Naves soberbias, que a merced llevadas  
Del huracán, contra su muro embisten.  
¡Oh Calpe! tú, que de esperanzas llena  
Hoy meditabas aclamar festiva  
El triunfo, y dar coronas a mi frente,  
Cubre la tuya de ciprés funesto,  
Y mi cuerpo insepulto, destrozado,  
Vuelve a la patria, y para siempre floce,  
Que es justo su dolor... No en esta sola  
Victima, no, los hados enemigos  
A nuestra gente su rigor limitan :

Mayor desolación y estragos piden;  
Que al pie del solio del ibero Augusto  
Próvido asiste de la guerra el nùmen :  
La espada y el tridente húmido empuña,  
Y la tierra y el mar de numerosas  
Huestes se cubre, y de nadantes pinos  
Al eco de su voz... Cede á la eterna  
Ley, Anglia altiva, que en diamante duro  
Grabó el destino. Los imperios mueren,  
Su esplendor se oscurece, la fortuna  
Que los engrandeció los abandona,  
Y aun la memoria de su nombre acaba.  
Si es dado al tuyo que su fin dilate,  
No el ceño irrites del leon, que ruga  
En su caverna, y de temor desnudo  
Lame las garras con tu sangre tintas.  
«Divide, y vencerás. Enciende el fuego  
De la discordia, y sientan las naciones  
Del oro corruptor, que los delitos  
Compra, el poder irresistible. Cerque  
Los tronos altos sedición traidora,  
Y en ellos tiemblen los que adora el mundo.  
Rencores, tu amistad; tu paz, oculta  
Guerra ha de ser; esclavitud y afrenta  
El favor que los débiles te pidan.  
Ni guardes fe, ni los jurados pactos  
Cumplas; invade, usurpa...» Dijo; y triste  
Voz sonando en el puerto de Mnesteo,  
A los cielos clamó: ¡Guerra y venganza!  
—;Venganza! repitió desde sus muros  
De bronce armados Cádiz Eritrea,  
Y el Espartario golfo, y la fragosa  
Cumbre que cierra el seno brigantino  
Clamó: ¡Venganza!... Al gran rumor confusa  
El ánima feroz, gimiendo rompe  
La vestidura fúnebre, y abierto  
En ancha boca el monte hasta el profundo  
Abismo, en él se precipita airada.

Carlos, la tierra que a tu pie se humilla  
Pide venganza. Cumple los deseos  
De los que imploran tu favor, y esperan  
En nuevas lides, combatiendo audaces,  
Castigar al soberbio que tu nombre  
No reverencie y tu poder insulte...  
Arma su diestra, y te darán victorias.

#### *Al nacimiento de la actual condesa de Chinchon.*

¿Qué voz, hiriendo la region vacía,  
Turba el silencio de las selvas, donde  
Vivo feliz las fugitivas horas  
Que al culto de las Musas, al reposo  
Dedico y al placer? La fama es esta:  
Sí, la conozco. Rápida girando  
Dilata al aire las doradas plumas,  
Suelto el cabello que su frente adorna,  
Desceñida la túnica celeste.  
Ya el son escucho de la trompa de oro,  
Y absorta al gran rumor calla la tierra.  
¿Qué grato anuncio el suyo! Salve, hermosa  
Prole real, que del Olimpo al mundo,  
Signo de paz el Hacedor envía.  
¡Dos lústros de furor, en llama ardiendo  
Populosas ciudades, devastada  
La verde pompa de Pomona y Ceres,  
Teñido en sangre el mar, rotas diademas,  
Trastornados imperios!... Ya la estirpe  
Humana advierte, de lidiar rendida,  
Que es tiempo cese el funeral estrago.  
Ya el dulce nombre de la paz invoca:  
La espera, y naces tú. Si alguna inflama  
Pura centella del saber divino  
A la mente mortal; si en el futuro  
Girar del tiempo investigar es dado,  
¿Cuántas debe gozar la patria un día  
Mercedes altas de la mano eterna,  
Si, ya depuesto el que vibró indignada  
Rayo fulminador, de su inefable  
Suma bondad el don primero es este!  
¡Oh Musas! adornad de nuevas flores

La móvil cuna, y al rumor suave  
Que al aire esparcen las heridas cuerdas.  
Descanse en oro y púrpura la dulce  
Prenda de vuestro nùmen generoso.  
Grato sueño inspirada al blando arrullo  
De acorde voz, sombra la cerque oscura,  
Reine muda quietud, ui el viento muera  
Fugaz sus alas, ni retumbe el río.

Viva; y en torno de ella los amores,  
Las gracias puras, la inocente risa,  
La virtud y el placer unidos duren.  
Y al estrecharla en cariñosos nudos  
La ilustre madre, repetida admire  
Su imagen celestial. Vos, entre tanto,  
Ninfas del Pindo, á cuyo acento solo  
Dado es cantar los dioses de la tierra,  
Para el instante en que vigor robusto  
Creciendo en ella su razón se forme,  
La voz, la lira prevenid y el verso.

Sepa entonces la estirpe generosa  
Que el origen la dió. Verá empuñando  
En larga edad el cetro de Castilla,  
A los que ya de estrellas se coronan  
Abuelos suyos; sostenido el trono  
Por la justicia y el valor; vengada  
Con triunfos mil la afrenta de Pelayo,  
Y el Salado y Genil correr sangrientos;  
Africa absorta, esclava; osadas proas  
Al ignorado imperio de occidente  
Culto y leyes llevar. Verá el terrible  
Poder del Asia, que en Lepanto espira,  
Y la victoria oscurecer de Augusto;  
Del hondo Betis á los campos frios  
Que al mar usurpa el belga, del nevoso  
Apenino á las barbaras riberas  
Que inunda el Marañon, la gente hispana  
Tremolar sus pendones vencedora.

Tales memorias á imitar la esciten  
Altos ejemplos de virtud, y en torno  
Mire admirada en mármoles y bronce  
La gloria de Borbon, á quien el cielo  
Quiso el dominio conceder del mundo:  
Filipo, que las cumbres de Pirene  
Pasó animoso, á merecer lidiando  
El reino que heredó, y uniendo apenas  
Al blason español los lirios de oro,  
Depone de su frente la corona;  
Muerte infeliz le estorba que en suave  
Quietud repose, y otra vez ocupa  
El solio, y otra vez reina venciendo:  
Fernando, á quien las artes reverentes  
Ciñen guirnaldas de amoroso mirtó  
Y de olivas pacíficas; y el claro  
Sucesor suyo de una y otra Hesperia  
Dueño temido, soberano y padre.

Ya el cielo habita, y ya con él permite  
Carlos que en urna breve los despojos  
También descansen de su digno hermano,  
Dando piadoso á su memoria ilustre  
Tardo honor funeral; que tanto pudo  
Imperiosa opinion, y así condena  
Los errores de amor, si amar es culpa.

Y vos, príncipe escelso, á quien corona  
De gloria no mortal la amiga mano  
De Carlos mi señor; si el peso un día  
Del áureo cetro moderar supisteis,  
Y humillado á sus pies regir su imperio;  
Ved ya del celo y el afán constante  
La adquirida merced, y cuánta anuncian  
Próspera suerte, en su natal felice,  
A vuestra sucesion esclarecida  
De España el nùmen tutelar, y aquella  
Que divide con el talamo y trono  
Suprema Augusta. Así la edad remota  
Verá, con nuevos tìmbres sublimado,  
El nombre vuestro penetrar la oscura  
Sombra de olvido, y á pesar del curso  
De los años veloz, durar eterno.

*Silbo á don Francisco Goya, insigne pintor.*

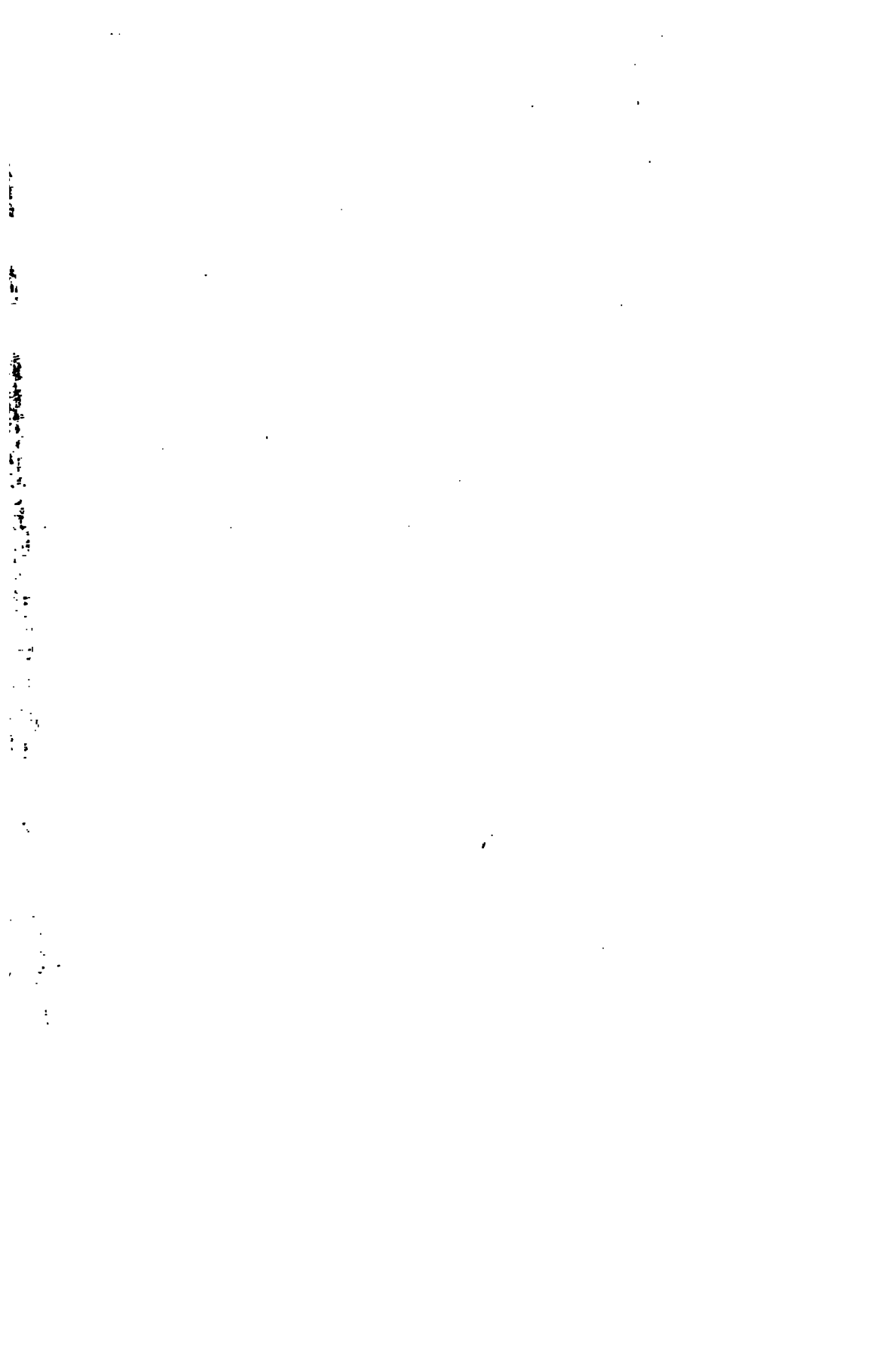
Quise aspirar á la segunda vida,  
Que agradecido el mundo  
Al eminente mérito reserva,  
De pocos adquirida  
Entre los que siguieron  
La inspiración de Apolo y de Minerva.  
Vanos mis votos fueron,  
Vano el estudio, y siempre deseada  
La perfección, siempre la vi distante.  
Mas la amistad sagrada  
Quiso dar premio á mi tesoro constante;  
Y á ti, sublime artífice, destina  
A ilustrar mi memoria,  
Dándola duración en tus pinceles,  
Emulo de la fama y de la historia.  
A tanto la divina  
Arte que sabes poderosa alcanza,  
A la muerte quitándole trofeos.  
Si en dudosa esperanza  
Culpé de temerarios mis deseos,  
Tú me los cumples, y en la edad futura,  
Al mirar de tu mano los primores  
Y en ellos mi semblante,  
Voz sonará que al cielo te levante  
Con debidos honores,  
Venciendo de los años el desvío,  
Y asociando á tu gloria el nombre mío.

*Elegía á las Musas.*

Esta corona, adorno de mi frente,  
Esta sonante lira y flautas de oro,  
Y máscaras alegres, que algún día  
Me disteis, sacras Musas, de mis manos  
Trémulas recibid, y el canto acabe,  
Que fuera osado intento repetirle.  
He visto ya cómo la edad lijera,  
Apresurando á no volver las horas,  
Robó con ellas su vigor al número.  
Sé que negais vuestro favor divino  
A la cansada senectud, y en vano  
Fuera implorarle; pero en tanto, bellas  
Ninfas, del verde Pindo habitadoras,  
No me neguéis que os agradezca humilde  
Los bienes que os debí. Si pade un día,  
No indigno sucesor de nombre ilustre,  
Dilatadle famoso, á vos fué dado  
Llevar al fin mi atrevimiento. Solo

Pudo bastar vuestro amoroso anhelo  
A prestarme constancia en los afanes  
Que turbaron mi paz, cuando insolente,  
Vano saber, enconos y venganzas,  
Codicia y ambición, la patria mia  
Abandonaron á civil discordia.

Yo vi del polvo levantarme audaces  
A dominar y perecer, tiranos;  
Atropellarse efímeras las leyes,  
Y llamarse virtudes los delitos.  
Vi las fraternas armas nuestros muros  
Bahar en sangre nuestra, combatirse,  
Vencido y vencedor, hijos de España,  
Y el trono desplomándose al vendido  
Impetu popular. De las arenas  
Que el mar sacude en la fenicia Gades,  
A las que el Tajo lusitano envuelve  
En oro y conchas, uno y otro imperio,  
Irás, desórden esparciendo y luto,  
Comunicarás el funeral estrago.  
Así cuando en Sicilia el Etna ronceo  
Revierta incendios, su billante cima  
Cubre el Vesubio en humo denso y nubes,  
Turba el Averno sus calladas ondas;  
Y allá del Tíber en la ribera etrusca  
Se estremecen la cúpula soberbia,  
Que al vicario de Cristo da sepulcro.  
¿Quién pudo en tanto horror mover el plectro?  
¿Quién dar al verso acordes armonías,  
Oyendo resonar grito de muerte?  
Tronó la tempestad; bramó fracando  
El huracán, y arrebató á los campos  
Sus frutos, su matiz; la rica pompa  
Destrozó de los árboles sombríos;  
Todas huyeron tímidas las aves  
Del blando nido, en el espanto mudas;  
No mas trinos de amor. Así agitaron  
Los tardos años mi existencia, y pudo  
Solo en región estrafaja el oprimido  
Animo hallar dulce descanso y vida.  
Breve era, que ya la tumba aguarda,  
Y sus mármoles abre á recibirme;  
Ya los voy á ocupar... Si no es eterno  
El rigor de los hados, y reservan  
A mi patria infeliz mayor ventura,  
Dénosla presto, y mi postrer suspiro  
Será por ella... Prevenid en tanto  
Flébilis teneas, enlaidad coronas  
De ciprés funeral, llamas celestes;  
Y donde á las del mar sus aguas mezcla  
El Garona opulento, en silencioso  
Bosque de laureos y muscadas mirtas,  
Ocultad entre flores mis cenizas.



(4) Ya los felices campos que serena. Esta oda es dedicada a padres de don Juan García Corti, natural de Madrid, cónyuge de don Juan García

Conti. Se imprimió en Lendinara con otras poesías italianas y latina, compuestas al mismo asunto, en el año de 1753.

En el año de 1799, un autor vergonzante publicó en Barcelona la misma oda, rallando prudentemente de dónde le había venido la inspiración poética; aplicó á la festividad del Corpus el argumento, y añadió y quitó lo que le pareció suficiente para hacerla suya. Véase una prueba de su trabajo.

Ya las calles y plazas que corona  
 Marcial cordon, y la piedad ocupa,  
 Oigo sonar con voces de alegría,  
 Que repiten los ecos.  
 Llena de pueblo Barcelona humilde,  
 Hoy los altares religiosos adorna  
 Al Rey triunfador, á cuya planta  
 Yace el hereje impío, etc.

Así prosiguió con su obra, la cual efectivamente ni puede llamarse original, ni imitación ni copia. Con esta misma delicadeza y acierto le han imitado á Moratin varias veces en las composiciones dramáticas, á la manera del dibujante inepto que pasa al trasluz una figura estropeando todos sus contornos. Entre los varios métodos que se han descubierto, para saber si estudiar, este es el mas breve.

(6) *Fiumiabo, el celebrado*. Don Nicolas Fernandez de Moratin nació en Madrid en el año de 1757, y murió en el de 1780. Cultivó con acierto varios géneros de poesia. En sus romances hay pinturas felicísimas, que anuncian la fecunda imaginación del poeta, y el estudio que había hecho de nuestra historia y antiguas costumbres. El canto épico de *las Naves de Cortés* se considera como lo mas perfecto que tenemos en este género. En sus composiciones amorosas imitó con maestría al Petrarca; en la lírica sublime rivalizó con nuestros buenos poetas antiguos. La pureza de lenguaje y la armonía de la versificación son comunes á todas sus obras. Menos apto su talento para la imitación dramática, dió á luz una comedia y dos tragedias, que aunque muy superiores á todo lo que entonces se admiraba en nuestra escena, no llegan todavía á aquella difícil perfección que se exige en esta clase de composiciones. Durante su vida combatió con éxito feliz los estravios del mal gusto, sostuvo los buenos principios, y facilitó con su ejemplo el camino á los que le siguieron después. Las noticias críticas e históricas de su vida, publicadas pocas años hace al frente de sus *Obras póstumas*, dan á conocer cuán benemérito fué este poeta de la celebridad que adquirió en su tiempo, y aun conserva en el aprecio de los inteligentes.

(7) *Id en las alas del raudal céfiro*. Sin abandonar el uso de la rima, tan autorizado ya en todas las naciones de Europa, puede la nuestra variar sus composiciones poéticas, adoptando en parte la versificación de los griegos y latinos, en que no se necesita la consonancia. Es cierto que la prosodia de aquellos no es aplicable á las lenguas vivas; pero para juzgar el mérito de la aproximación (ya que la identidad es cosa imposible) basta un oído acostumbrado á conocer y á comparar las combinaciones de la armonía. No todas las clases de versos que fueron comunes á Grecia y Roma pudieran admitirse, puesto que en algunos ya no sabemos percibir el número, y nos parecen prosa: defecto que no está en ellos seguramente, sino en nosotros; pero eligiendo para la imitación aquellos en que no hay este inconveniente, se lograría dar á la versificación castellana mucha riqueza y variedad.

Jerónimo Bermúdez fué el primero que lo practicó en los coros de sus tragedias. Don Esteban de Villegas, en su traducción de Anacreonte, y en sus exámetros, sáficos y adónicos, repitió el mismo laudable atrevimiento, que debiera haber tenido mas imitadores. Aun quedan muchas cuerdas que añadir á la lira española.

(8) *Cupido no permite*. Bajo el nombre de Rosinda, celebró el autor en esta oda á María del Rosario Fernandez, á quien llamaron *la Tirana*. Empezó á representar en Sevilla su patria; pasó después á la compañía de los Sitios, y de allí, en el año de 1781, á la que dirigía en Madrid Manuel Martínez. Fue primera dama en ella, y obtuvo los aplausos del publico, por las bellas prendas naturales que la adornaban, su constante aplicación al estudio, y el celo infatigable que procuraba sostener la celebridad y los intereses de su compañía. Sobresalió particularmente en las comedias antiguas, en las cuales, si no imitó la verdad de la naturaleza (que no siempre es fácil á un actor descubrirla en aquellas composiciones), supo á lo menos sustituir en su lugar un estilo fantástico, esquivo, rápido y armonioso, con el cual obligó al auditorio á que muchas veces aplaudiese lo que no es posible entender. Su juventud, su gentil disposición, la nobleza de sus actitudes, su animado semblante, el incendio de sus ojos andaluces, su buen gusto y magnificencia, trajes y adornos, le hicieron grata á la multitud, y precisaron á los inteligentes á mirar con indulgencia sus defectos. Murió, retirada ya del teatro, en el año de 1805, á los cuarenta y ocho de su edad.

(9) *Ya la feliz ribera*. Amenazada Valencia por el ejército francés en el año de 1811, el gobierno de ella mandó destruir los edificios exteriores mas inmediatos á sus murallas. La orden se cumplió con funesta prontitud; y en pocos dias se demolieron el convento de la Zaidia, una parte del arrabal de Murvedro, el palacio del Real y los parapetos del rio; se cortaron sus puentes, y se tiró la hermosa alameda que coronaba sus orillas: todo á fin de facilitar la defensa de la ciudad, y la ciudad no se defendió. Pocos meses después, el mariscal Suchet, de acuerdo con el benemérito corregidor y ayuntamiento, hizo establecer el planito de la alameda, y formar junto á ella una copiosa alameda: la actividad de los celosos ciudadanos que intervinieron en ello aseguró el acierto de la ejecución. Esto alaba el poeta (y no mas que esto), persuadido de que plantar una arboleda en España es acción que merece elogio; y si como fué un francés el que estableció en Valencia un paseo magnífico, hubiera sido un negro bozal de Mandinga, igualmente lo celebrara.

Si en una especie de historia, impresa pocos años ha, se aplaude que el populacho de Madrid arrancara los árboles que mandó plantar José Napoleon desde Palacio hasta la puerta de Castilla, el autor habrá tenido sus razones para adular aquel desahogo frenético de la plebe, hijo solo

de su ignorancia. Tal es la variedad de los juicios humanos: el poeta celebra al general francés, porque hizo plantar unos árboles, y el historiador se hace parangarista de los manolos, porque los arrancara. Alguno de los dos se ha equivocado groseramente.

(10) *Te vas, mi dulce amigo*. Es sensible que á la *Historia de la dominación de los árabes en España*, escrita por don José Antonio Canalejo, acompañen algunas noticias relativas á la vida del autor. Bien pudiera haberlo hecho uno de sus mejores amigos, encargado después de su muerte de concluir la edición de dicha historia; pero tal vez se le debe agradecer su silencio. ¿Cómo hubiera podido hablar de los últimos años de aquel literato virtuoso y modesto, sin llenarse de indignación al considerarle fugitivo, espariñado, perdidísimo sus empleos, destituido por sus compañeros de la silla académica, y robado, y vuelto á robar por uno de Juez, y á nombre de la patria? Bien hizo el editor de aquella obra no escribir su vida. Si el mérito de Conde pudo envanecerlos, se merecen avergüenza. Bueno es callar las aflicciones que tuvo que sufrir; bueno es que se ignore que un sabio español, en el ilustrado siglo, debió á la sensibilidad de sus amigos los últimos auxilios de la medicina y los honores del sepulcro.

(11) *Deja tu Chépre amada*. El autor estudiaba á Horacio traductor. No hay medio mas seguro de conocer hasta dónde llega el mérito de aquel poeta, y la superioridad del idioma en que escribió, comparado con los modernos. En las traducciones que contiene este volumen se verá el deseo laudable de acertar, y la dificultad de conseguirlo.

(12) *Febro, desde la tierra infancia mía*. Don Juan Bautista Conti, literato italiano, vivió largas temporadas en Madrid, durante las reinadas de Carlos III y Carlos IV. Su carácter amabilísimo y su esquisito gusto en la poesia le facilitaron el trato y amistad de los sujetos mas ilustrados de la corte, y entre ellos la de Moratin el padre. Muerto este, le dejó su hijo un cariño constante, y con él los mas acertados consejos para el estudio de las buenas letras, y la elección é imitación de los mejores modelos; de los cuales le enseñaba á percibir los aciertos y á evitar los errores. Las traducciones que hizo Conti de nuestros mas acreditados poetas, y las notas con que las ilustró, manifiestan cuán útil poder su trato á un jóven, que empezaba entonces la carrera poética, de los auxilios que hubiera podido hallar en su padre, cuya celebridad aumentaba su temor y su desconfianza.

Entre las muchas poesías de Conti, que han quedado manuscritas, no será indiferente á los lectores españoles un elogio que hizo del conde de Floridablanca, reduciéndole al siguiente soneto:

Fra i cari suoi, vanta la gloria un aglio,  
 Che vivi rai pria nel senato libero  
 Sparse d'alta dottrina e di consiglio;  
 E'el dove han trono i successor di Piero.

El, fra lire di Marte, e nel periglio  
 Rease lo stato, e freno l'anglo altero;  
 Tolsi la patria all'africano artiglio,  
 E dell'Egeo le vie schiuso al nocchiero.

Per lui Pallade ha templo: e la, di quanto  
 Natura erbe creò chiostrata verdégia;  
 Per lui piano è il cammino ai giardi arag.  
 Vom, non di fragi e d'or ch'offre la reggia;

Ma de suoi re, ma di sua patria amante...  
 Deb: si gran dono, o ciel, tardi tiogli.

(13) *Basta, Cupido, ya, que á la dirina*. El soneto se ha considerado siempre como la mas difícil de las composiciones cortas. Bollan aquí esta opinion, asegurando que apenas entre mil sonetos franceses u hallarian dos ó tres dignos de estimación. Lo mismo puede decirse de los que se han escrito hasta ahora en Italia y España: pocos hay que puedan contarse por excelentes, entre la multitud innumerable de ellos. Es evidente la dificultad del acierto; pero no debe sacarse la consecuencia que algunos críticos modernos han querido establecer como principio, afirmando que la perfección de un soneto, cuando llega á lograrse, no vale el trabajo que cuesta; y que por consiguiente es un género que seria bueno abandonar. Nada de esto es cierto. Los buenos sonetos, no valen la dificultad que se ofrece á hacerlos, premian sobradamente la fatiga de su autor, y si no han de cultivarse en la poesia otros géneros que los muy fáciles, poca estimación merecerán los que se dedican á ellos. Los Argensolas, Góngora, Luis de Leon, Francisco de la Torre, Argüjio, Lope, Jáuregui, Herrera y otros escribieron algunos sonetos iguales en mérito á sus estimadas obras; y si los dificultades que presenta su composición les hubiesen retraído de hacerlos, aunque es verdad que no se hubieran escrito algunos millares de sonetos considerablemente malos, también lo es que no tendríamos una porción de ellos que pueden competir con los mejores de Italia. No se extrañe á la juventud con falsos raciocinios; no atajemos las sendas que dirigen á la inmortalidad; y si carecemos del talento y gusto necesarios para cultivar tales ó tales géneros, no nos empeñemos en desacreditarlos, cortando la fantasía de los demás con la propagación de doctrinas absurdas.

Es difícil hacer un buen soneto; luego no se deben escribir muchos. Tampoco es fácil componer un poema épico, una tragedia, una comedia, una oda; luego no debe cultivarse ninguno de estos ramos de la poesia. Si lo que es difícil no ha de intentarse, ¿qué podrá enseñarse? Nada, sino alguna compilación indigesta de preceptos impracticables aplicados á la teoría de las artes que no báyamos practicado jamás.

(14) *Hoy que cerrado el templo de Betona*. La exposición de los productos de la industria francesa sorprendió en el año de 1819 á cuanto la vieron. No era de esperar que aquella nación, habiendo sostenido por espacio de mas de cinco lustros una guerra sangrienta contra todos los demás de Europa, ya defendiéndose, ya atacando, ya venciendo, hubiera podido seguir cultivando en sus talleres y sus fabricas las artes industriales, que se han considerado siempre como frutos exclusivos de la paz. Los extranjeros admiraron el progreso de todas ellas; desde los utensilios rurales, á las máquinas mas ingeniosas; desde el hueso





los éticos, él las practicaba sin hipocresía, sin afectación ni soberbia. Los niños corrían á buscarle, cuando le veían de lejos; le rodeaban y acariciaban como á un amigo de toda su confianza; y en efecto, la merecía. Honor a la sencilla virtud; que de esto hay poco.

(20) *Oh, cuánto padece de afanes cercada.* Hay críticos que desapruueban sin distincion toda obra poética de asunto sagrado, suponiendo que nuestra religion no presta materia al canto, y que su austeridad no consiente las flores de Helicón. El que no trate de reducir á formas poéticas las cuestiones de la teología, no dejará de hallar, si sabe buscarlos como otros lo han hecho, argumentos sagrados, no indignos de la lira, de la epopeya ó del coturno trágico. Los hebreos nos ofrecen abundante materia para la poesia. La creacion, el paraiso, el diluvio, los amores de Jacob, la interesante historia de Josef, la fuga de los hijos de Israel, retirándose el mar para facilitarla, y hundiéndose en sus abismos al ejército de Faraon; Josué, dilatando el día para dar término á su victoria; David, aplacando al son de las cuerdas al feroz Saul; Jezabel despedazada, la soberbia Atalia, la humilde Ester, el paciente Job. Los que no hallen modelos poéticos en tales historias, no los busquen mejores en todas las fábulas del paganismo.

No son abundantes los que ofrece la ley de gracia, cuyos misterios, donde son meramente dogmáticos, nada prestan á la composicion; pero en los que son históricos no sucede lo mismo. La Anunciaci6n, el Nacimiento de Jesucristo, la Descension al Limbo, la Ascension, el Juicio final, bien pueden excitar la imaginacion del poeta. Bien pueden mover su sensibilidad los incidentes de mayor interés, que elevan á un alto grado de heroismo la constancia maravillosa de muchos mártires. El infierno, y el sarañ6n rebelde, que amenaza en su desesperacion la ruina del hombre; los tormentos que allí padecen los que menosprecian en el mundo las leyes eternas de la justicia y la virtud, presentan

objetos terribles, que han sido ya digna materia para el Dante, para el Tasso y Milton. El cielo, morada de los justos, descanso de tanta afliccion, premio del inocente, del oprimido, del humilde; la presencia del adorable Nûmen; los ángeles, ministros suyos, que le adoran y le bendicen, muchas imágenes ofrecen al estro poético. Una mujer, la mas perfecta de las criaturas, la mas inmediata al trono de Dios, mediana entre él y la naturaleza humana; madre amorosa, amparo y esperanza nuestra, ¿qué objeto se hallará mas digno de la lira y el canto? La Grecia, demasiado sensual en sus ficciones halagüeñas, no sabe inventar deidad tan poderosa, tan bella, tan pura, tan merecedora de reverencia y el amor de los hombres.

Cierto es que, prescindiendo de algunas pocas composiciones sagradas, obra de nuestros mejores poetas, son las demás tan defectuosas, tan pueriles, tan chabacanas y ridículas, que no parece sino que sus autores se propusieron escarnecer lo mas respetable de nuestra religion. Pero no fué su intencion el origen de tanto yerro; fué su ignorancia: no eligieron bien su argumento, no acertaron á desempeñarle. O él no se prestaba á las formas poéticas, ó ellos eran poetas incapaces de cuyo talento nada podia esperarse que no fuese absurdo.

Lo peor es, que esta clase de obras, no solo ha entretenido la curiosidad del vulgo en las plazas y callejuelas, sino que auxiliado de la música, ha resonado en nuestros templos, introduciendo en ellos una culpable profanacion. Véanse las colecciones de motetes y villancicos cantados de muchos años á esta parte en las principales iglesias de España, y diga el que lo alcance cómo ha podido sufrir el clero (máximo censor de las libertades del teatro) lo que se ha cantado y se canta delante de los altares, interrumpiendo con episodios tan indecorosos y groseros la religiosa pompa de sus misterios y sacrificios.

(5) Ya hemos visto en Madrid a los niños de los infantes de la Cerda honrar con esta dignidad, y ocuparse acompañados de otros caballos y de sus rómicos boyeros en saltar de noche guardillas y zahurdas, y arrastrar a los cabaleros de la Inquisición tumbos, libertinos, frailes y viejas; Extraordinaria degradación de la nobleza española de Europa; Vergonzoso empleo, que aparece como blason hereditario de su casa los descendientes de Alfonso el Sabio.

Mayor desolacion y estragos piden;  
 Que al pié del solio del ibero Augusto  
 Pródigo asiste de la guerra el númen :  
 La espada y el tridente húmido empuña,  
 Y la tierra y el mar de numerosas  
 Huestes se cubre, y de nadantes pinos  
 Al eco de su voz... Cede á la eterna  
 Ley, Anglia altiva, que en diamante duro  
 Grabó el destino. Los imperios mueren,  
 Su esplendor se oscurece, la fortuna  
 Que los engrandeció los abandona,  
 Y aun la memoria de su nombre acaba.  
 Si es dado al tuyo que su fin dilate,  
 No el ceño irrites del leon, que ruga  
 En su caverna, y de temor desnudo  
 Lame las garras con tu sangre tintas.  
 «Divide, y vencerás. Enciende el fuego  
 De la discordia, y sientan las naciones  
 Del oro corruptor, que los delitos  
 Compra, el poder irresistible. Cerque  
 Los tronos altos sedicion traidora,  
 Y en ellos tiemblen los que adora el mundo.  
 Rencores, tu amistad; tu paz, oculta  
 Guerra ha de ser; esclavitud y afrenta  
 El favor que los débiles te pidan.  
 Ni guardes fe, ni los jurados pactos  
 Cumplas; invade, usurpa...» Dijo; y triste  
 Voz sonando en el puerto de Mnesteo,  
 A los cielos clamó : ¡Guerra y venganza!  
 —¡Venganza! repitió desde sus muros  
 De bronce armados Cádiz Eritrea,  
 Y el Espartario golfo, y la fragosa  
 Cumbre que cierra el seno brigantino  
 Clamó : ¡Venganza!... Al gran rumor confusa  
 El ánima feroz, gimiendo rompe  
 La vestidura fúnebre, y abierto  
 En ancha boca el monte basta el profundo  
 Abismo, en él se precipita airada.

Carlos, la tierra que a tu pié se humilla  
 Pide venganza. Cumple los deseos  
 De los que imploran tu favor, y esperan  
 En nuevas lides, combatiendo audaces,  
 Castigar al soberbio que tu nombre  
 No reverencie y tu poder insulte...  
 Arma su diestra, y te darán victorias.

#### *Al nacimiento de la actual condesa de Chinchon.*

¿Qué voz, hiriendo la region vacía,  
 Turba el silencio de las selvas, donde  
 Vivo feliz las fugitivas horas  
 Que al culto de las Musas, al reposo  
 Dedicó y al placer? La Fama es esta :  
 Si, la conozco. Rápida girando  
 Dilata al aire las doradas plumas,  
 Suelto el cabello que su frente adorna,  
 Descendida la túnica celeste.  
 Ya el son escucho de la trompa de oro,  
 Y absorba al gran rumor calla la tierra.  
 ¡Qué grato anuncio el suyo! Salve, hermosa  
 Prole real, que del Olimpo al mundo,  
 Signo de paz el Hacedor envía.  
 ¡Dos lústros de furor, en llama ardiendo  
 Populosas ciudades, devastada  
 La verde pompa de Pomona y Ceres,  
 Teido en sangre el mar, rotas diademas,  
 Trastornados imperios!... Ya la estirpe  
 Humana advierte, de lidiar rendida,  
 Que es tiempo cese el funeral estrago.  
 Ya el dulce nombre de la paz invoca :  
 La espera, y naces tú. Si alguna inflama  
 Pura centella del saber divino  
 A la mente mortal; si en el futuro  
 Girar del tiempo investigar es dado,  
 ¡Cuántas debe gozar la patria un día  
 Mercedes altas de la mano eterna,  
 Si, ya depuesto el que vibró indignada  
 Rayo fulminador, de su inefable  
 Suma bondad el don primero es este!  
 ¡Oh Musas! adornad de nuevas flores

La móvil cuna, y al rumor suave  
 Que al aire esparcen las heridas cuerdas.  
 Descanse en oro y púrpura la dulce  
 Prenda de vuestro númen generoso.  
 Grato sueño inspirada al blando arrullo  
 De acorde voz, sombra la cerque oscura,  
 Reine muda quietud, ni el viento muera  
 Fugaz sus alas, ni retumbe el río.

Viva; y en torno de ella los amores,  
 Las gracias puras, la inocente risa,  
 La virtud y el placer unidos duren.  
 Y al estrecharla en cariñosos nudos  
 La ilustre madre, repetida admire  
 Su imagen celestial. Vos, entre tanto,  
 Ninfas del Pindo, á cuyo acento solo  
 Dado es cantar los dioses de la tierra,  
 Para el instante en que vigor robusto  
 Creciendo en ella su razon se forme,  
 La voz, la lira prevenid y el verso.

Sepa entonces la estirpe generosa  
 Que el origen la dió. Vera empuñando  
 En larga edad el cetro de Castilla,  
 A los que ya de estrellas se coronan  
 Abuelos suyos; sostenido el trono  
 Por la justicia y el valor; vengada  
 Con triunfos mil la afrenta de Pelayo,  
 Y el Salado y Genil correr sangrientos;  
 Africa absorta, esclava; osadas proas  
 Al ignorado imperio de occidente  
 Culto y leyes llevar. Verá el terrible  
 Poder del Asla, que en Lepanto espira,  
 Y la victoria oscurecer de Augusto;  
 Del hondo Betis á los campos fríos  
 Que al mar usurpa el belga, del nevoso  
 Apenino á las barbañas riberas  
 Que inunda el Marañon, la gente hispana  
 Tremolar sus pendones vencedora.

Tales memorias á imitar la esciten  
 Altos ejemplos de virtud, y en torno  
 Mire admirada en mármoles y bronce  
 La gloria de Borbon, á quien el cielo  
 Quiso el dominio conceder del mundo :  
 Filipo, que las cumbres de Pirene  
 Pasó animoso, á merecer lidiando  
 El reino que heredó, y uniendo apenas  
 Al blason español los lirios de oro,  
 Depone de su frente la corona;  
 Muerte infeliz le estorba que en suave  
 Quietud repose, y otra vez ocupa  
 El solio, y otra vez reina venciendo :  
 Fernando, á quien las artes reverentes  
 Ciñen guirnaldas de amoroso mirto  
 Y de olivas pacíficas; y el claro  
 Sucesor suyo de una y otra Hesperia  
 Dueño temido, soberano y padre.

Ya el cielo habita, y ya con él permite  
 Carlos que en urna breve los despojos  
 También descansen de su digno hermano,  
 Dando piadoso á su memoria ilustre  
 Tardo honor funeral; que tanto pudo  
 Imperiosa opinion, y así condena  
 Los errores de amor, si amar es culpa.

Y vos, príncipe escelso, á quien corona  
 De gloria no mortal la amiga mano  
 De Carlos mi señor; si el peso un día  
 Del áureo cetro moderar supisteis,  
 Y humillado á sus piés regir su imperio;  
 Ved ya del celo y el afán constante  
 La adquirida merced, y cuánta anuncian  
 Próspera suerte, en su natal felice,  
 A vuestra sucesion esclarecida  
 De España el númen tutelar, y aquella  
 Que divide con él talamo y trono  
 Suprema Augusta. Así la edad remota  
 Verá, con nuevos tñmbres sublimado,  
 El nombre vuestro penetrar la oscura  
 Sombra de olvido, y á pesar del curso  
 De los años veloz, durar eterno.

*Silva á don Francisco Goya, insigne pintor.*

Quise aspirar á la segunda vida,  
Que agradecido el mundo  
Al eminente mérito reserva,  
De pocos adquirida  
Entre los que siguieron  
La inspiracion de Apolo y de Minerva.  
Vanos mis votos fueron,  
Vano el estudio, y siempre deseada  
La perfeccion, siempre la vi distante.  
Mas la amistad sagrada  
Quiso dar premio á mi teson constante;  
Y á ti, sublime artífice, destina  
A ilustrar mi memoria,  
Dandola duracion en tus pinceles,  
Emulos de la fama y de la historia.  
A tanto la divina  
Arte que sabes poderosa alcanza,  
A la muerte quitandola trofeos.  
Si en dudosa esperanza  
Culpe de temerarios mis deseos,  
Tu me los cumples, y en la edad futura,  
Al mirar de tu mano los primores  
Y en ellos mi semblante,  
Voz sonara que al cielo te levante  
Con debidos honores,  
Venciendo de los años el desvío,  
Y asociando á tu gloria el nombre mio.

#### *Elegia á las Musas.*

Esta corona, adorno de mi frente,  
Esta sonante lira y flautas de oro,  
Y mascarás alegres, que algun día  
Me disteis, sacras Musas, de mis manos  
Tremulas recibid, y el canto acabe,  
Que fuera osado intento repetirle.  
He visto ya como la edad lijera,  
Apresurando á no volver las horas,  
Robo con ellas su vigor al nimen.  
Se que negais vuestro favor divino  
A la cansada senectud, y en vano  
Fuera implorarle; pero en tanto, bellas  
Ninfas, del verde Pindo habitadoras,  
No me neguéis que os agradezca humilde  
Los bienes que os debí. Si pude un día,  
No indigno sucesor de nombre ilustre,  
Dilatarle famoso, á vos fué dado  
Llevar al fin mi atrevimiento. Solo

Pudo bastar vuestro amoroso anhelo  
A prestarme constancia en los años  
Que turbaron mi paz, cuando laceró  
Vano saber, enconos y venganzas,  
Codicia y ambicion, la patria mia  
Abandonaron á civil discordia.

Yo vi del polvo levantarse audaces  
A dominar y perecer, tiranos;  
Atropellarse efímeras las leyes,  
Y llamarse virtudes los delitos.  
Vi las fraternas armas nuestros muro  
Bañar en sangre nuestra, combatirse  
Vencido y vencedor, hijos de España  
Y el trono desplomandose al vendido  
Impetu popular. De las arenas  
Que el mar sacude en la fenicia Gade  
A las que el Tajo lusitano envuelve  
En oro y conchas, uno y otro imperio  
Iras, desórden esparciendo y luto,  
Comunicarse el funeral estrago.  
Así cuando en Sicilia el Etna roneo  
Revierta incendios, su bifronte  
Cubre el Vesubio en humo denso.  
Turba el Averno sus calladas riberas  
Y allá del Tíbre en la ribera  
Se estremece la cúpula sol  
Que al vicario de Cristo da  
¿Quién pudo en tanto horror mirar  
¿Quién dar al verso acordes armonías  
Oyendo resonar grito de muerte?  
Tronó la tempestad; bramó iracundo  
El huracan, y arrebató á los campos  
Sus frutos, su matiz; la rica pompa  
Destrozó de los árboles sombríos;  
Todas buyeron umidas las aves  
Del blando nido, en el espanto  
No mas trinos de amor. Así agitar...  
Los tardos años mi existencia, y pudo  
Solo en region estraña el oprimido  
Animo hallar dulce descanso y vida.  
Breve sera, que ya la tumba aguarda  
Y sus marmoles abre á recibirme;  
Ya los voy á ocupar... Si no es eterno  
El rigor de los hados, y reservan  
A mi patria infeliz mayor ventura,  
Densela presto, y mi postrer suspiro  
Sera por ella... Prevenir en tanto  
Flebles tonos, enlazad coronas  
De ciprés funeral, Musas celestes;  
Y donde á las del mar sus aguas mezcla  
El Garona opulento, en silencioso  
Bosque de laureos y menudos mirtos,  
Ocultad entre flores mis cenizas.



## NOTAS A LAS POESÍAS SUELTAS.

penas, *Fabio, lo que diceis vtro*. Esta sátira, que publicó la Academia en el año de 1782, y reimprimó después en la colección premiada, ha sido posteriormente corregida por el autor para nuevo a la prensa.

Se en ella la poesía en sus tres géneros principales: lírico, épico, y dramático, prescindiendo de los demás en que estos pueden subdividirse. El autor hace mas metódico y perceptible el plan de su duciendo a lo que el poeta canta en la exaltación de su fantasía afectiva, á lo que retiene, celebrando los héroes y los grandes que le dicta la historia, y á lo que enseña, poniendo en el una imagen de la vida, copiando los vicios ridículos ó terribles, apartar en el ánimo el amor á la verdad y á la virtud.

lírica, después de hablar de los argumentos triviales y de niños, censura los vicios de estilo, las metáforas violentas, la exactitud, la redundancia, los conceptos falsos, los juegos de palabras, los os y retrucciones. Culpa la perjudicial manía de componer de re- la de solicitar el aplauso del vulgo con bufonadas y chistes gruesos desacreditan á su autor y a quien los celebra. Desaprovecha en los antiguos el uso desatento de voces y frases latinas, de que un estilo afectado y pedante, aludiendo particularmente á los «Góngora, Villamediana y Silveira», y en los modernos la mezcla de los arcaísmos con palabras, acepciones y locuciones raras, que alterando la sintaxis de nuestro idioma, destruyen por tanto su potencia y su peculiar elegancia.

épica se hace cargo de dos defectos muy considerables: falta y de elección. Del primero resultan epopeyas languidas, ó muy largas y sin arte, sin artificio alguno poético, y por consecuencia res ni delecta. Por el segundo, la fabula épica se confunde en litud de incidentes episódicos, que alteran la unidad, turbando del poema, y cuando en él se abusa de lo maravilloso, harran no es terrible. Por las muchas cosas que da el autor en esta se lucha que considera como fallos de invención los poemas «*causa de Estrella, la Mojicana de Gabriel Cano, la Negra de Villalón, y la Austriada de Juan Rufo*»; de imperfectos, por el contrario, el «*Bernardo de Valbuena*», y las «*Lágrimas de Angé- Luis Barahona de Soto*». Extiende su crítica a las menudencias que degradan la sublimidad de la epopeya; a las imágenes res en las descripciones de las batallas, y en las estravios de la fan- la importancia erudita. Reprehende los gigantes, vestigios, dra- matismos que hablan y en esto se censuró al autor á sí mismo, dices, globos y espejos encantados, y otras invenciones deriva- los libros de alarces, que ya no sufre la biosfía de nuestra exaltación a límites de toda licencia poética.

En fin, acusa al autor a nuestros antiguos poetas de haber lido a los dos géneros trágico y cómico, de la indistinción de las a, de la ignoancia de usos y costumbres, de haber aplicado al os argumentos episódicos, de no haber dado á sus fabulas un objeto de invención, aludiendo los vicios groseros del vulgo, ó reco- plido los de otra clase mas elevada como acciones positivamente as. No olvida tampoco las imperfecciones (chocarrías de los ha- practicos, el culteranismo de damas y galanes, los puñales fati- acciones de espectros, princesas desahoradas, rondas, escondi- talladas, falso pundonor, lances mil y mil veces repuestos de la la la forma del retrato, que dan ocasion á tan alambicados con- y el voluntario y trivial desenfase con que finalizan aquellas can- tales fabulas. Las comedias de magia, de santos y diablos, y las los a personajes y metáforas (ultimo exceso del error), mere- tamblante desaparecen del poeta.

En la presente composición debe considerarse, que la Academia lo al a separante al premio una sátira, no un riguroso poema de Juan de la Cruz escrito en verso, con poco método, redun- de defectos, y no asegura crítica una compilación de preceptos a al arte de componer en poesía. Los franceses tienen en su len- guaje la poesía de B. de la Cruz, y en España un poema se- y y en sus obras, aparece, sólo la *Lectura poética* puede suplirle.

«*¿Por qué no me dices que en tal modo*», Don Gaspar Melchor de Sotomayor, que nos muestra diez gendios españoles que ilustraron los re- los de la historia, el derecho, la medicina, la agricultura, el comercio, la juria, la ingeniería, la literatura, el comercio, unió á estas pre- matismos de los reinos, boga de su virtud tolerante y benéfica. A mbre celebre de los Moratinos su original estimación, que ni la au- tor, al tiempo de la su vida, ni a alteraciones políticas, pudieron a su solitaria. No se olvida en el recuerdo de un varón tan ilustre y noble, que por la darselo a sus hijos y su conducta no era a de la a la darselo a sus hijos, ni al palacio, que nunca a de la darselo a sus hijos. No es mucho por que el autor de *El Delin-* a de la darselo a sus hijos y a de la darselo a sus hijos, sin que ninguno tribunal a de la darselo a sus hijos.

Agitada después la nación en el conflicto de una invasión extranjera, su rey ausente, precisada á formar un gobierno para su conservación, y un ejército que la defendiese, volvió Jovellanos á ocupar el puesto que le pertenecía; y á poco tiempo la envidia, la ambición, los privados intereses, el furor de los malvados, le arruñaron de él: que en tales agita- ciones y desórdenes nunca es el mando recompensa de la virtud, sino del atrevimiento. Insultado, proscrito, fugitivo de una á otra parte, an- ciano y enfermo, evitando á un tiempo el encuentro de los armas can- nicos y la injusticia de su patria, apenas halló el benemérito escritor de la *ley agraria* un sitio remoto en que poder respirar. Añádase este honor á los muchos que adornan la historia de nuestra literatura.

(3) A ras el apuro, compárese garzon. Los inteligentes dirán cual sea el mérito de esta composición. Baste asegurar que una obra escrita en el lenguaje que hablaron en Castilla nuestros abuelos, cuatro siglos hace, en la cual no solo las palabras, sino las frases, el giro poético, la verificación y las ideas, han de suponer la antigüedad que el autor quisiera darla, es un esfuerzo muy difícil.

En ella celebró el poeta el casamiento del príncipe de la Paz con una nieta de Felipe V, y no será la única, de las que escribió para el príncipe, que ocupó un lugar en esta colección.

Mientras aquel personaje mereció la predilección del soberano, y dis- puso a su voluntad de los destinos de la monarquía, los literatos y los artistas solicitaron su favor, como los privados, los magistrados, los caudillos, los ministros, los embajadores, los grandes. Arbitro de la fortuna, y aun de la existencia de muchos de ellos, ninguno desconoció la necesidad de complacerle: todos frecuentaron sus anteaños, su gabinete y su caballería. Distinguió á Moratin entre los humanistas que florecían entonces, y continuamente le estimulaba a escribir. Si algu- tales las comedias originales de este autor, á él se le deben, y á la pre- ferencia que daba á sus composiciones, entre las muchas que á Moratin le presentaban los demás. Error sin duda, pero no el mas grande de los que pudo cometer durante su gobierno.

Ni fue su amigo Moratin, ni su consejero, ni su criado, pero fue su he- bern, y aunque existe una biosfía cómica que encuña á recibir y no agradecer, y que obrando segun las circunstancias, paga con injurias las mercedes recibidas y solicitadas, Moratin estimaba en mucho su opo- sición para incurrir en tan infames procedimientos. Entonces trató de complacer á su protector por medios honestos, y entonces y ahora le deca felicidad y se lo desea. Todo el esfuerzo de las pasiones poco ge- nerosas que llegaron después á trastornar el orden público, habrá sido bastante para despojar á este literato español de cuanto recibió del príncipe de la Paz; pero no habiéndole privado de su apellido y su honor, mientras los conserve, será agradecerlo. Esta virtud, que para los malvados es un peso insuportable que sucumben á la primera ocasion que se les pre- senta, en los hombres de bien es una obligación de que nunca saben olvidarse.

(4) «*¿Quieres casarte, Andrés? ¿O te propones...*». Para manifestar los de- fectos de lenguaje y estilo en que han incurrido algunos poetas modernos, imaginó el autor, que el medio mas breve era componer un canon de muchas de sus frases y versos, y presentárselo al lector imparcial, para que juzgue lo que su buena razon le dicte. Pudo recoger sus materiales con abundancia entre varios autores; pero lo pareció que, reducién- dose á cuatro de ellos no mas, facilitaría el cortejo de los poetas del centon con sus mismos originales. Esta presunción, y la de no haber aña- dido nada de su parte, lo proporcionaron el desamparo de su objeto con toda la exactitud que en estos casos se requiere.

No todos desacreditan en esta composición el mérito de algunos co- thicos, cuyos aciertos reconoce y admite; quiso únicamente rectificar una equivocación, de los muchos que padeció José Luis Manarria en sus ediciones á las *lecturas de Hugo Blair*. Allí se dice que no se ha de *aprender en Corriolano, Jaurguin, Argüello, Lope de Vega, Quevedo*, ni en ninguno de cuantos versificaron en su tiempo, ni en todos nuestros ingenios, hasta el tiempo de *Neruda*; porque no castigaron sus poetas, en los cuales comunmente se observa incorrección y deso- lido. Por consecuencia, recomendó como ejemplos de tales defectos las obras de *Neruda*, y las de otros escritores que á ejemplo suyo puden, corrijan y perfeccionen sus poetas.

En tanto pues que llega el caso de que nuestra juventud, desconoci- nada por tan falsa crítica, desprecie y abandone la lectura de los anti- guos poetas españoles, creyendo hallar solo en los modernos las perfecciones que debe imitar, no será enteramente inútil la epístola dirigida á Andrés. Tal vez en ella se ochará de ver que Manarria se equivocó las- timosamente en lo que dijo, y que al debe leerse con atención los poetas antiguos, lo mismo debe practicarlos con los muy modernos, y que si aquellos fueron incorrección y desolados, algo hay en estos todavía que se pudiera imitar, castigar y perfeccionar.

(5) En la *frases campos que coronan*. Esta oda es escrita á nombre de doña Sabina Conti, natural de Madrid, esposa de don Juan Bautista

Conti. Se imprimió en Lendinara con otras poesías italianas y latina, compuestas al mismo asunto, en el año de 1783.

En el año de 1799, un autor vergonzante publicó en Barcelona la misma oda, llamando prudentemente de dónde le había venido la inspiración poética; aplicó á la festividad del Corpus el argumento, y añadió y quitó lo que le pareció suficiente para hacerla suya. Véase una prueba de su trabajo.

Ya las calles y plazas que corona  
Marcial cordon, y la piedad ocupa,  
Oigo sonar con voc's de alegría,  
Que repiten los ecos.  
Llena de pueblo Barcelona humilde,  
Hoy los altares religiosos adorna  
Al Rey triunfador, á cuya planta  
Yace el hereje impio, etc.

Así prosiguió con su obra, la cual efectivamente ni puede llamarse original, ni imitación ni copia. Con esta misma delicadeza y acierto le han imitado á Moratin varias veces en las composiciones dramáticas, á la manera del dibujante inepto que pasa al trasluz una figura estropeando todos sus contornos. Entre los varios métodos que se han descubierto, para saber si estudia, este es el mas breve.

(6) *Flumbeo, el celebrado*. Don Nicolas Fernandez de Moratin nació en Madrid en el año de 1737, y murió en el de 1780. Cultivó con acierto varios géneros de poesia. En sus romances hay pinturas felicísimas, que anuncian la fecunda imaginación del poeta, y el estudio que había hecho de nuestra historia y antiguas costumbres. El canto épico de *las Naves de Cortes* se considera como lo mas perfecto que tenemos en este género. En sus composiciones amorosas imitó con maestría al Petrarca; en la lírica sublime rivalizó con nuestros buenos poetas antiguos. La pureza de lenguaje y la armonía de la versificación son comunes á todas sus obras. Menos apto su talento para la imitación dramática, dió á luz una comedia y dos tragedias, que aunque muy superiores á todo lo que entonces se admiraba en nuestra escena, no llegan todavía á aquella difícil perfección que se exige en esta clase de composiciones. Durante su vida combatió con éxito feliz los estravios del mal gusto, sostuvo los buenos principios, y facilitó con su ejemplo el camino á los que le siguieron después. Las noticias críticas é históricas de su vida, publicadas pocos años hace al frente de sus *Obras póstumas*, dan á conocer cuán benemérito fué este poeta de la celebridad que adquirió en su tiempo, y aun conserva en el aprecio de los inteligentes.

(7) *Id en las alas del raudal céfiro*. Sin abandonar el uso de la rima, tan autorizado ya en todas las naciones de Europa, puede la nuestra variar sus composiciones poéticas, adoptando en parte la versificación de los griegos y latinos, en que no se necesita la consonancia. Es cierto que la prosodia de aquellos no es aplicable á las lenguas vivas; pero para juzgar el mérito de la aproximación (ya que la identidad es cosa imposible) basta un oído acostumbrado á conocer y á comparar las combinaciones de la armonía. No todas las clases de versos que fueron comunes á Grecia y Roma pudieran admitirse, puesto que en algunos ya no sabemos percibir el numero, y nos parecen prosa: defecto que no está en ellos seguramente, sino en nosotros; pero eligiendo para la imitación aquellos en que no hay este inconveniente, se lograría dar á la versificación castellana mucha riqueza y variedad.

Jerónimo Bermudez fué el primero que lo practicó en los coros de sus tragedias. Don Esteban de Villegas, en su traducción de Anacreonte, y en sus exámetros, sáficos y adónicos, repitió el mismo laudable atrevimiento, que debiera haber tenido mas imitadores. Aun quedan muchas cuerdas que añadir á la lira española.

(8) *Cupido no permite*. Bajo el nombre de Rosinda, celebró el autor en esta oda á María del Rosario Fernandez, á quien llamaron *la Tirana*. Empezó á representar en Sevilla su patria; pasó después á la compañía de los Sitios, y de allí, en el año de 1781, á la que dirigía en Madrid Manuel Martinez. Fué primera dama en ella, y obtuvo los aplausos del público, por las bellas prendas naturales que la adornaban, su constante aplicación al estudio, y el celo infatigable con que procuraba sostener la celebridad y los intereses de su compañía. Sobresalió particularmente en las comedias antiguas, en las cuales, si no imitó la verdad de la naturaleza (que no siempre es fácil á un actor descubrirla en aquellas composiciones), supo á lo menos sustituir en su lugar un estilo fantástico, espresivo, rápido y armonioso, con el cual obligó al auditorio á que muchas veces aplaudiese lo que no es posible entender. Su juventud, su gentil disposición, la nobleza de sus actitudes, su animado semblante, el incendio de sus ojos audaces, su buen gusto y magnificencia, trajes y adornos, la hicieron grata á la multitud, y precisaron á los inteligentes á mirar con indulgencia sus defectos. Murió, retirada ya del teatro, en el año de 1805, á los cuarenta y ocho de su edad.

(9) *Ya la feliz ribera*. Amenazada Valencia por el ejército francés en el año de 1811, el gobierno de ella mandó destruir los edificios exteriores mas invidiosos á sus murallas. La orden se cumplió con funesta prontitud; y en pocos dias se demolieron el convento de la Zaidia, una parte del arrabal de Murviedro, el palacio del Real y los parapetos del río; se cortaron sus puentes, y se arrojó la hermosa alameda que coronaba sus orillas: todo á fin de facilitar la defensa de la ciudad, y la ciudad no se defendió. Pocos meses después, el mariscal Suchet, de acuerdo con el benemérito corregidor y ayuntamiento, hizo establecer el planillo de la alameda, y formar junto á él una capiosa alameda: la actividad de los celosos ciudadanos que intervinieron en ello aseguró el acierto de la ejecución. Esto alaba el poeta (y no mas que esto), persuadido de que plantar una arbolada en España es acción que merece elogio; y si como fué un frances el que estableció en Valencia un paseo magnífico, hubiera sido un negro bozal de Mandinga, igualmente lo celebrara.

Si en una especie de historia, impresos pocos años ha, se aplaude que el populacho de Madrid arrancase los árboles que mandó plantar José Napoleon desde Palacio hasta la puerta de Castilla, el autor habrá tenido sus razones para adular aquel desahogo frenético de la plebe, hijo solo

de su ignorancia. Tal es la variedad de los juicios humanos: el poeta celebra al general francés, porque hizo plantar unos árboles, y el historiador se hace panegirista de los manolos, porque los arrancaron. Luego de los dos se ha equivocado groseramente.

(10) *Te vas, mi dulce amigo*. No sensible que á la *Historia de la dominación de los árabes en España*, escrita por don José Antonio Canalejo acompañen algunas noticias relativas á la vida del autor. Bien pudiera haberlo hecho uno de sus mejores amigos, encargado después de su muerte de concluir la edición de dicha historia; pero tal vez se le debe agradecer su silencio. ¿Cómo hubiera podido hablar de los últimos años de aquel literato virtuoso y modesto, sin llenarse de indignación al considerar fugitivo, espiado, perdido sus empleos, destituido por sus compañeros de la silla académica, y robado, y vuelto á robar por sus de juez, y á nombre de la patria? Bien hizo el editor de aquella obra no escribir su vida. Si el mérito de Conde pudo enternecernos, se contenta avergüenza. Bueno es callar las aflicciones que tuvo que sufrir; bueno es que se ignore que un sabio español, en el ilustrado siglo, debió á la sensibilidad de sus amigos los últimos auxilios de la medicina y los honores del sepulcro.

(11) *Deja tu Chipre amada*. El autor estudiaba á Horacio imitándole. No hay medio mas seguro de conocer hasta dónde llega el mérito de aquel poeta, y la superioridad del idioma en que escribió, comparado con los modernos. En las traducciones que contiene esta colección se verá el deseo laudable de acortar, y la dificultad de conseguirlo.

(12) *Fébo, desde la tierna infancia mía*. Don Juan Bautista Conti, librero italiano, vivió largas temporadas en Madrid, durante las cuales Carlos III y Carlos IV. Su carácter amabilísimo y su sagacidad para la poesia le facilitaron el trato y amistad de los sujetos mas distinguidos de la corte, y entre ellos la de Moratin el padre. Murió este, y dejó su hijo un cariño constante, y con él los mas acertados consejos sobre el estudio de las buenas letras, y la elección á imitación de los mejores modelos; de los cuales le enseñaba á percibir los aciertos y los errores. Las traducciones que hizo Conti de nuestros mas acreditados poetas, y las notas con que las ilustró, manifiestan cuán útil pudo ser su trato á un jóven, que empezaba entonces la carrera poética, sin los auxilios que hubiera podido hallar en su padre, cuya calcedonia aumentaba su temor y su desconianza.

Entre las muchas poesías de Conti, que han quedado manuscritas, no será indiferente á los lectores españoles un elogio que hizo del conde de Floridablanca, reduciéndolo al siguiente soneto:

Fra i cari suoi, vanta la gloria un figlio.  
Che vivi rai pria nel senato libero  
Sparse d'alta dottrina e di consiglio;  
E'el dove han trono i successor di Piero.  
Ei, fra lire di Marte, e nel periglio  
Rease lo stato, e freno l'anglo altero:  
Tolse la patria all'africano ariglio,  
E dell'Egeo le vie schiuse al nocchiero.  
Per lui Pallade ha templo; e la, di quante  
Natura erbe creó chiostra verdiggio:  
Per lui piano è il cammino su gli ardui scogli.  
Vom, non di frogi e d'or ch'offre la reggia;  
Ma de suoi re, ma di sua patria amante...  
Deh! si gran dono, è cioi, tardi viligi.

(13) *Basta, Cupido, ya, que á la dirina*. El soneto se ha casado siempre como la mas difícil de las composiciones cortas. Bofas á esta opinion, asegurando que apenas entre mil sonetos buenos se hallarian dos ó tres dignos de estimación. Lo mismo puede decirse de los que se han escrito hasta ahora en Italia y España: pero hay que no pueden contarse por excelentes, entre la multitud innumerable de ellos. Es evidente la dificultad del acierto; pero no debe sacarse la consecuencia que algunos críticos modernos han querido establecer como principio, afirmando que la perfección de un soneto, cuando llega á lograrse, no vale el trabajo que cuesta; y que por consiguiente es un género que seria bueno abandonar. Nada de esto es cierto. Los buenos sonetos, fuera la dificultad que se ofrece al hacerlos, premian sobradamente la fatiga de su autor, y si no han de cultivarse en la poesia otros géneros que los muy fáciles, poca estimación merecerán los que se deslucen en ella. Los Argensolas, Góngora, Luis de Leon, Francisco de la Torre, Arguijo, Lope, Auregual, Herrera y otros escribieron algunos sonetos iguales en mérito á sus estimadas obras; y si las dificultades que presenta su composicion les hubiesen retraído de hacerlos, aunque es verdad que no se hubieran escrito algunos millares de sonetos considerablemente malos, también lo es que no tendríamos una porción de ellos que pueden competir con los mejores de Italia. No se extrañe á la verdad con falsos raciocinios; y no atajemos las dendas que dirigen á la inmortalidad; y si carecemos del talento y gusto necesarios para sobrepujar tales ó tales géneros, no nos empeñemos en desahogarnos, renunciando la tentación de los demás con la propagación de doctrinas absurdas.

Es difícil hacer un buen soneto; luego no se deben escribir muchos. Tampoco es fácil componer un poema épico, una tragedia, una comedia, una oda; luego no debe cultivarse ninguno de estos ramos de la poesia. Si lo que es difícil no ha de intentarse, ¿qué podrá escribirse? Nada, sino alguna compilación indigesta de preceptos imperitales, aplicados á la teoria de las artes que no háyamos practicado jamás.

(14) *Hoy que cerrado el templo de Belona*. La espulsion de los productos de la industria francesa sorprendió en el año de 1819 á nuestra viejon. No era de esperar que aquella nación, habiendo sostenido por espacio de mas de cinco lustros una guerra sangrienta contra todos los demás de Europa, ya defendiéndose, ya usurpando, ya vendiendo, hubiera podido seguir cultivando en sus talleres y sus fábricas las artes industriales, que se han considerado siempre como frutos esclusivos de la paz. Los extranjeros admiraron el progreso de todas ellas; desde los utensilios rurales, á las máquinas mas ingeniosas; desde el





los étlicos, él las practicaba sin hipocresía, sin afectación ni soberbia. Los niños corrían á buscarle, cuando le veían de lejos; le rodeaban y acariciaban como á un amigo de toda su confianza; y en efecto, la merecía. Honor á la sencilla virtud; que de esto hay poco.

(20) *Oh, cuánto padece de afanes cercada.* Hay críticos que desapruueban sin distinción toda obra poética de asunto sagrado, suponiendo que nuestra religión no presta materia al canto, y que su austeridad no consiente las flores de Helicón. El que no trate de reducir á formas poéticas las cuestiones de la teología, no dejará de hallar, si sabe buscarlos como otros lo han hecho, argumentos sagrados, no indignos de la lira, de la epopeya ó del coturno trágico. Los hebreos nos ofrecen abundante materia para la poesía. La creación, el paraíso, el diluvio, los amores de Jacob, la interesante historia de Josef, la fuga de los hijos de Israel, retirándose el mar para facilitarla, y hundiéndose en sus abismos al ejército de Faraon; Josué, dilatando el día para dar término á su victoria; David, aplacando al son de las cuerdas al feroz Saul; Jezabel desprecizada, la soberbia Atalia, la humilde Ester, el paciente Job. Los que no hallen modelos poéticos en tales historias, no los busquen mejores en todas las fábulas del paganismo.

No son abundantes los que ofrece la ley de gracia, cuyos misterios, donde son meramente dogmáticos, nada prestan á la composición; pero en los que son históricos no sucede lo mismo. La Anunciación, el Nacimiento de Jesucristo, la Descensión al Limbo, la Ascensión, el Juicio final, bien pueden excitar la imaginación del poeta. Bien pueden mover su sensibilidad los incidentes de mayor interés, que elevan á un alto grado de heroísmo la constancia maravillosa de muchos mártires. El infierno, y el saraén rebelde, que amenaza en su desesperación la ruina del hombre; los tormentos que allí padecen los que menosprecian en el mundo las leyes eternas de la justicia y la virtud, presentan

objetos terribles, que han sido ya digna materia para el Dante, para el Tasso y Milton. El cielo, morada de los justos, descanso de tanto afán, premio del inocente, del oprimido, del humilde; la presencia del insuperable Númer; los Angeles, ministros suyos, que le adoran y le bendicen, muchas imágenes ofrecen al estro poético. Una mujer, la más perfecta de las criaturas, la más inmediata al trono de Dios, mediana entre él y la naturaleza humana; madre amorosa, amparo y esperanza nuestra, ¿qué objeto se hallará más digno de la lira y el canto? La Grecia, demasiado sensal en sus acciones halagadoras, no sabe inventar deidad tan poderosa, tan bella, tan pura, tan merecedora de la reverencia y el amor de los hombres.

Cierto es que, prescindiendo de algunas pocas composiciones sagradas, obra de nuestros mejores poetas, son las demás tan defectuosas, tan pueriles, tan chabacanas y ridículas, que no parece sino que sus autores se propusieron escarnecer lo más respetable de nuestra creencia. Pero no fué su intención el origen de tanto yerro; fué su ignorancia: no eligieron bien su argumento, no acertaron á desempeñarle, ó él no se prestaba á las formas poéticas, ó ellos eran poetas incapaces, de cuyo talento nada podía esperarse que no fuese absurdo.

Lo peor es, que esta clase de obras, no solo ha entretenido la ociosidad del vulgo en las plazas y callejuelas, sino que auxiliado de la música, ha resonado en nuestros templos, introduciendo en ellos un culpable profanación. Véanse las colecciones de motetes y villancicos cantados de muchos años á esta parte en las principales iglesias de España, y diga el que lo alcance cómo ha podido sufrir el clero (múldo censor de las libertades del teatro) lo que se ha cantado y se canta delante de los altares, interrumpiendo con episodios tan indecoros y groseros la religiosa pompa de sus misterios y sacrificios.

# AUTO DE FE

## CELEBRADO EN LA CIUDAD DE LOGROÑO,

EN LOS DIAS 6 Y 7 DE NOVIEMBRE DE 1610.

*una de las personas que salieron al Auto de la Fe que nores don Alonso Becerra Holguin, del habito de Lara, licenciado Juan Valle Alvarado, y licenciado de Salazar y Frías, inquisidores apostólicos del de Navarra y su distrito, celebraron en la ciudad de Logroño en 7 y 8 dias del mes de noviembre de 1610 y de las cosas y delitos por que fueron castigados.*

APROBADO EN

donde el doctor don Fray Vergara de Porres, chantre y catedrático de la facultad de Teología, vicario por el señor obispo de Calatrava Gaspar de Palencia, guardián del convento de San Francisco de la ciudad de Logroño, y consillor del santo Oficio, el día 6 de noviembre de 1610, y sentencias que se relataron en el auto de fe que se celebró en la dicha ciudad en 7 y 8 de noviembre de 1610 años, y halló ser toda muy conforme a lo que se relató a los y ninguna cosa de la dicha sentencia que se relató contra la fe católica y buenas costumbres de los reynos de España, y por tanto que tenga a noticia de los señores inquisidores de los reynos de Salinas, fecha en San de Logroño a 6 de noviembre de 1610. Fray Gaspar de Palencia.

LEÍDOLA EN

donde el doctor don Fray Vergara de Porres, chantre y canónico de la colegial de general de la Real Universidad de Logroño, y vicario en arciprestazgo de la dicha colegial por don Pedro Manso, obispo de Calatrava, de la facultad del rey nuestro señor. Por las y sentencias que se relataron en el auto de fe que se celebró en la dicha ciudad en 7 y 8 de noviembre de 1610 años, sin incurrir en pena ni censura alguna, y en esta cosa contra nuestra santa fe católica y buenas costumbres.

En 7 de noviembre de 1610 años. El doctor Vergara de Porres, chantre, Cristóbal de Escobar, notario.

AYUDANTE DE LOS SECRETARIOS 2.º IMPRIMION, ALCAIDE

acón la llegada a los muros, y por ser tan sustancial, y que tan bien se comprende con gran verdad y puntualidad los puntos de los autos que se relataron en las sentencias de los reynos de España por la dominación de los brujos, he querido apear que todos en general y en particular puedan tener noticia de los grandes males que se cometen en ella, y les sirva de advaria y ejemplo con que todo cristiano ha de velar sobre su alma.

ay Gaspar de Palencia, guardián del convento de general de Logroño, tuvo el honor de llevar la Cruz asistiendo al auto como calificador del santo Oficio, y que esta relación es toda muy conforme a los y sentencias que se relataron en el dicho auto, y dadas. El doctor Vergara de Porres, chantre y vicario de la colegial, y vicario del arciprestazgo, que cubren a la función, y concluida que fue llevo la Cruz Verde a la iglesia de donde la habían sacado el mismo que da la licencia para que se imprima. Con tales seguridades no podrá dudar el lector impudico y como que cuanto se dice en ella es fiel de lo que se leyó en los pulpitos por los reynos de aquel distrito de santo y compasivo tribunal. don Juan de Montgastón imprimió en el año de 1618 años de don Esteban Martín de Villegas, y el poeta de su agremiación le llamo *prez de las cosas* por que era muy impudico y muy hiperbolico.

Impreso con licencia en la muy noble y muy leal ciudad de Logroño, en este año de 1611 años.

### AUTO.

Este Auto de la Fe es de las cosas mas notables que se han visto en muchos años, porque a él concurrió gran multitud de gente de todas partes de España y de otros reynos, y sábado 6 dias del mes de noviembre se comenzó el Auto con una muy lucida y devotísima procesion, en que iban, lo primero, siguiendo un rico pendon de la cofradia del santo Oficio, hasta mil familiares, comensarios y notarios de él, muy lucidos y bien puestos, todos con sus pendientes de oro y cruces en los pechos. Despues iba gran multitud de religiosos de las ordenes de Santo Domingo, San Francisco, la Merced, la Santísima Trinidad y la Compañia de Jesus, de los cuales hay conventos en la dicha ciudad, y para ver el dicho Auto, de todos los monasterios de la comarca habian acudido tanta multitud de religiosos, de que vino a ser tan celebre y devota esta procesion como jamas se ha visto. Al cabo de ella iba la Santa Cruz Verde, insignia de la Inquisicion, que la llevaba en hombros el guardián de San Francisco, que es calificador del santo Oficio, y delante iba la musica de cantores y ministriles, y cerraban la procesion dos dignidades de la iglesia colegial y el alguacil (3) del santo Oficio con su vara, y otros comensarios y personas graves, ministros del santo Oficio, que todos en muy buen orden llevaron a plantar la Santa Cruz en lo mas alto de un gran cadalso de ochenta y cuatro pies en largo y otros tantos en ancho, que está a presente para el Auto, y con tantos familiares y familiares de guarda cubren toda la noche, hasta que el día siguiente, luego que amaneció, salieron de la Inquisicion lo primero, concurriendo y tres personas que fueron sacadas al Auto en esta forma: Veinte y un hombres y mujeres que iban en forma y con insignias de penitentes, descubiertas las cabezas, sin calzas y con una vela de cera en las manos, y los seis de ellos con sogas a la garganta, con lo qual se significa que habian de ser ahorcados. Luego se seguan otras veinte y una personas con sus sambentios y grandes calzas con sogas de reconciados, que tambien llevaban sus velas en las manos, y algunos sogas a la garganta. Luego iban cinco estatutos de personas difuntas con sambentios de relajados, y otros cinco estatutos con los huesos de las personas que se significaban por que las estatutos y las ultimas iban seis personas con sambentio y cruces de relajados, y cada una de las dichas cincuenta y tres personas entre dos alguaciles de la Inquisicion, con tan buen orden y lucidos trajes de los penitentes, que era cosa muy de ver. Tras ellos iba, entre cuatro secretarios de la Inquisicion en muy lucida y caballos, una acemila, que en un collar guarnecido de terciopelo llevaba las sentencias, y en lo ultimo iban a caballo los señores inquisidores doctor Alonso Becerra Holguin, licenciado Juan de Valle Alvarado, y licenciado Alonso Salazar y Frías, llevando en medio al mas antiguo, acompañado del ostado eclesiastico al lado derecho, y de la justicia y regimiento al lado izquierdo, y un poco delante iba en medio de la procesion el doctor Isidoro de San Vicente con el estandarte de la fe, puestos en muy buen orden, que representaba toda grande autoridad y gravedad.

Llegados al cadalso los penitentes, fueron puestos en unas gradas muy altas que estaban en él, por bajo de la Santa Cruz las once personas que habian de ser relajadas, que eran cinco hombres y seis mujeres, en la mas alta grada, y luego los reconciados, y en lo mas bajo los que habian de ser penitenciados y de la otra parte del tablado, enfrente, se subia

(3) Y por otros motivos tambien.

(4) Asueto y mula, y bolgura de tres semanas; y engullir sin término, y beber sin medida. Y en Logroño.

(5) Ya hemos visto en Madrid a los uirtos de los infantes de la Cerda honrar con esta dignidad, y ocuparse, acompañados de otros esbirros y de sus robustos lacayos, en saltar de noche guardillas y zahurdas, y arrastrar a los calabozos de la Inquisicion tunos, libertinos, frailes y viejas. ¡Estraordinaria degradacion de la nobleza mas ilustre de Europa! ¡Vergonzoso empleo, que aprorcion como blason hereditario de su casa los descendientes de Alfonso el Sabio!

non en regalarlos, y los castiga y reprende gravemente cuando se han descuidado en regalarlos y dárles de comer. Y Beltrana Fargue refiere que daba el pecho á su sapo, y que algunas veces dende el suelo se alargaba y extendía hasta buscar y tomarla el pecho, y otras veces en figura de muchacho se la ponía en los brazos para que ella se le diese. Y los sapos tienen cuidado de despertar á sus amos, y avisarles cuando es tiempo de ir al aquelarre; y el demonio se los da como por ángeles de guarda, para que los sirvan y acompañen, animen y soliciten á cometer todo género de maldades, y saquen dellos el agua con que se untan para ir al aquelarre, y á destruir los campos y frutos, y á matar y á hacer mal á las personas y ganados, y para hacer los polvos y ponzoñas con que hacen los dichos daños.

Esta agua la sacan en esta manera: después que han dado de comer al sapo, con unas varillas le azotan, y él se va enconando ó hinchando, y el demonio, que se halla presente, les va diciendo: «dadle mas», y les dice que cesen cuando le han dado cuanto es menester, y luego le aprietan con el pié contra el suelo, ó con las manos, y después el sapo se va acomodando, levantándose sobre las manos ó sobre los piés, y vomita por la boca ó por las partes traseras una agua verdinegra muy hedionda en una barreja que para ello le ponen, la cual recoge y guardan en una olla. Y siempre que han de ir á los aquelarres (que son tres días de todas las semanas, lunes, miércoles y viernes, después de las nueve de la noche) se untan con la dicha agua la cara, manos, pechos, partes vergonzosas y plantas de los piés, diciendo: «señor, en tu nombre me unto; de aquí adelante yo he de ser una misma cosa contigo, yo he de ser demonio, y no quiero tener nada con Dios». Y María de Zoraya añade que decía ciertas palabras en vasquene, que quiere decir *ayúy y alá*. Y su sapo vestido (que está presente cuando se untan, y tiene cuidado de los avisar cuando es hora para que vayan) los va guiando y saca de las casas por las puertas ó ventanas, ó resquicios de las puertas, ó por otros agujeros muy pequeños que el demonio les abre para que puedan salir, aunque los brujos piensan y les parece que se hacen muy pequeños. Y así María de Yurreteguia se quejaba y decía á María Chipla, su tia, que para qué la achicaba y ponía tan chiquita, y le respondía que qué se le daba á ella por eso, pues después la alargaba y volvía á poner en su estatura. Y lo mas ordinario, se van por el aire (26),

mantenerlos, porque precisamente la brujería es el camino derecho de la infelicidad y la mendiguería.

Trabajo es que las artes que parecen mas lucrativas hayan de ser las que mas pronto dejen en cueros á los cuidados que las profesan! Ello es que no ha habido jamás nigromante, ni brujo, ni adivino, ni hechicero, por mas intimidad que haya tenido con el demonio, que no haya muerto miserable. Yo conocí á un italiano que se llamaba Giuglio Cesare Merendoní, el cual sabia hacer oro purísimo con estaño y ocre, y régulo de antimonio, y bismuto, y nítrate, y sulfureto, acetite y cenizas gravelladas, en fin, él alla se entendia, y sacaba oro tal y tan bueno como el mas estimado del Brasil, y en su vida tuvo calzones. La mitad del año le mantenía el rey en la cárcel, á petición de su casero, y cuando salía de ella comía bodrio en la portería de los Capuchinos, y dormía de balde, *sub Jove frigido*, entre los cajones de la Plaza. En un desván, ó sea carbonera, pared en medio de mi guardilla, vive actualmente D. Bernardino de Quiroga Pazuencos Lopez de Almazán, hombre de sesenta años, hidalgo, viudo, enjuto, pobrísimo, que no cena jamás, y habla por los codos, con una chiquilla de doce años, raquítica y jorobada, que habla mas que él. Tiene la gracia este buen hombre de hacer gábulas y combinaciones y laberintos de números, y alivina puntualmente los que han de salir en la lotería. Pues no hay mañana que no me embista pidiéndome cuartos, á fin de que la corcobadilla no se le muera de hambre, y á él le suceda lo mismo antes de verificarse la próxima estracción: término perentorio para el cual cita y emplaza constantemente á sus acreedores innumerables.

(28) ¡Y cómo que se van por el aire! Ahí está vivo y sano el tio Mentirola, vecino de los Hueros, hombre honradísimo y al cual no se le conoce otra falta sino la de cargar la mano en el vino mas de lo que á varon prudente corresponde, que me ha referido muchas veces, *tacto pectoris*, como yendo en una ocasion desde Pezuela de las Torres al Nuevo Bastan le anocheció por aquellos páramos, y soñoliento y sudando, porque habia comido muy bien en la posada de Loranca y bebidosse un zaque, determinó esperarse á que saliera el sol, y esperarle durmiendo. Hizo almohada de las alforjas, en que llevaba unas cuantas libras de azafrán; durmió, roncó, y á des-

llevando á su lado izquierdo sus sapos vestidos, aunque otros vez van por su pié, y los sapos van delante saltando, y muy en breve llega al aquelarre, donde está el demonio con horrendos y muy espantosa figura. Y Gracianna de Barronechea, reina del aquelarre (30), dice que es de un gravísimo y malísimo olor. Y puestas de rodillas en su presencia, le adoran en la dicha forma y besan en las dichas partes; y luego se mezclan en sus bailes, danzas y corros; y á los que dejan de acudir á los aquelarres (aunque son por precisa ocurrencia ó por grave enfermedad) los azotan y castigan grave y cruelmente la primera vez que después vuelven al aquelarre, ó lo hacen yendo á sus casas para que en las propias noches que dejaron de ir. Y á Joana de Teloches condem (y ella declara) que la azotaron y maltrataron grandemente la noche de San Juan del año próximo pasado, sin mas ocasión de que habiéndole sido elegido su marido por rey de los moros (á manera de aquella farsa) para se holgar y festejar la fiesta de San Juan en competencia de un rey, que también eligien, de los cristianos, como era reina, tuvo un capción legitima para no ir aquella noche al aquelarre, y por esto la azotaron tan cruelmente, de manera que tuvo que fingir y dar á entender estaba con mal de corazón, para que su marido no viniese á buscar y saber los malos tratamientos que le habian hecho (estando con él acostado en la cama), todo lo cual hicieron aquella misma noche, sin que el dicho su marido lo pudiese sentir, porque primero le echaban sueño para que no pudiese despertar (30); y en todo el día estuvo en mala, que fué necesario publicar (para encubrir la causa de los males) que se habia enfermado de corazón. Y refieren otros grandes castigos que se han hecho á muchas (31) personas brujas por no acudir en mucha puntualidad á los aquelarres y juntas.

Después que los brujos salen de sus juntas ó aquelarres, no se temer ni poner en plática las cosas que pasan en ellos, aunque estan juntos en sus casas ó en partes muy secretas, por el gran miedo y respeto que tienen al demonio, que después por ellos los manda hacer muy cruelmente. Y Joanes de Echalar, brujo reconciliado, confiesa (añadiendo con otros muchos que lo declaran dé) que era verdugo en el aquelarre, y que estaba por su cargo azotar á los muchachos que perdían las cosas que pasaban en él, y descubrían que eran brujos, y á todos los demás que el demonio le mandaba, y los azotaba con unas mallas de mimbras retorcidas, ó con unos espinos muy ásperos, que se los metían por la carne y salía sangre, y que lo mas ordinario el demonio acababa luego (de su oficina y botica que tiene de ungüentos, aguas y polvos) (32) un botecito de barro colorado, en que tenia un ungüento en que luego que untaba á los azotados se les mitigaba el dolor, y se les quitaban los cardenales; aunque otras veces se iban con ellos, y se lavaban en sus carnes metidas las puntas de los espinos, y que algunas veces vió á los azotados que al sol con unos alfileres se les estaban curando. Y María Juanto refiere, que habiendo muchos años dormido en la villa de Vera, donde vivian, como tres noches cada semana le llevaban al aquelarre las maestras que los habian hecho brujos, por ello en el aquelarre los castigaron y azotaron cruelmente. Y viéndole en sus malos tratamientos, y que los niños se comían y moraban con los dolores, acudieron al vicario de la iglesia para que les diese remedio, y se determinaron á se los llevar á dormir á su casa, y en una sala grande de ella pusieron sus camas á mas de cuatrocientos, donde también dormía el dicho vicario. Y antes de se acostar, por el manual de la Iglesia les bendecía y conjuraba echándoles agua bendita, por lo cual no los podían sacar de casa. Y que aquella noche por orden del demonio hacían sus juntas muy cerca de la casa del dicho

hora de la noche le despertó un estruendo repentino de voces é instrumentos músicos que sonaba en el aire. Desgósese los ojos, se incorporó como pudo, y alzando la vista distinguió una multitud de sombras, á manera de cuerpos humanos, que arracimados y en cuadrilla iban corriendo por la media region. Oyó voces de hombres, y risotas y chillidos de mujeres, y sonar guitarrillos y panderos; y entre aquella confusion diabólica llegó á percibir este cantar, que traslado fielmente de su boca á mi pluma:

Cuatro somos de Arganda,  
Tres de Pozuelo,  
Y la Capitana  
Del Lugar nuevo.

Si el tal Mentirola hubiese florecido en tiempo del doctor Holguin, su declaración (que ahora no sirve de maldita de Dios la cosa) hubiera producido media docena de quemaditos mas.

(29) Proserpina del Orco de Zugarramurdi.

(30) Esto de tener modorra es achaque demasiado común y habitual en muchos maridos; adolecen de ella, y no hay medicina que los cure.

(31) No acabo yo de entender esto de los castigos; pero si en pronunciando el nombre de Jesus toda aquella infernal caterva huye á puto el postre, ¿cómo es que los tontos que se dejan aporrear y azotar sabiendo que en su boca su remedio?

(32) Se ve que el demonio es aficionadísimo á la brujería. Gran boticario!

[illegible]

(11) Infírese de aunque las seis desventuradas brujas, achibarradas por el doctor Holguin con autoridad apostólica, tendrían cada una de ellas su sapito en el ojo, cosa averiguada y constante, y de lo cual no debe dudar el lector benévolo.

(12) Um especie de assistente, o pajé, o pedagogo, o seneiro de a pie, o heraneio lego.

(113) En el año de 1692 quemaron en Juebra a una muchacha llamada Micaela Chaudron, a quien llegaron a persuadir que era hechicera. El extracto del proceso es este: Hubiérase Micaela Chaudron encontrado con el diablo a las puertas de la ciudad, el diablo la dio un beso, y todo lo que por suya, la impungió en el labio superior y en la boca de ella a la fin que acostumbraba a poner a algunas personas a quienes mas particularmente favorece. Este sello del diablo es una marca que deja mensurable la arte en que está, como lo afirman todos los jurisconsultos demonológicos. Mando el diablo a la pobre Micaela que se aya y hebre a se a dos muchachas que la imboe, lo cual ella hizo con la mayor diligencia y puntualidad. Los pacientes de las muchachas acusaron a la Chaudron. Y esta

Las otras fueron interrogadas y presentadas al cargo. Juntos dicen que sentían cierto prurito o comezón en algunas partes del cuerpo, y que, por consecuencia premisa, estaban enfemenadas. Llamaronse médicos, o a lo menos dos doctores en medicina, y visitaron a las tres muchachas, buscaron en la Michela el sello infernal, y para hablarle la metieron por distintas partes una aguja muy larga; alio mucha sangre, y la paciente manifestó con sus alitidos que le sentó diabólico no la habían dejado insen-

sentencia le da una de las arias de la ópera, se refiere que habiendo de la-  
zar a la cama y a la hora de acostarse el dormido se le caen del sue-  
ño, los señores le mandan un maraca y bailando la noche, hicieron  
que ella le metiera un alfiler, y apretando tanto, hasta que el alfiler se  
perdió en el pecho y derecho, desde siempre que no se senta con ningún  
y por eso le sale a libre a cualquier parte de su cuerpo, luego se quejaba  
y sentía mucho dolor.

A la hora de hacer el entrego, se demuestran y demuestran por qué tenemos que estar presentes a la fiesta, al momento que nos ha de mostrar el nombre de Jesús en la Virgen Santa María, en su casa de peregrinar en santuario, y luego le mandan que se vaya a bañar y bañar con los demás brujos alrededor de unos fogos que hay que allí se demuestran los presentes, y le dice que después con los fogos de el infierno, y que entre los vapores por ella, y vean como los quemar en dan pena ninguna, y que así que nos hay mas y mas que aquella en el infierno, que se huelgan y hacen placer, a los que van con ellos cuanto más pudieren, pues la fogos de el infierno que se hacen hacen mal ninguno, con que se animan a meter todo género de malicias, y se huelgan y entretienen bailando y danzando al son de tambores y flauta, que en el aquilare de Zugarumardi, té el mal del agua así los malos dios brujos le hacen, que se se hacen los malos se se hacen, y a la hora de tambor, que le hacen otro que se hacen Juan de San Juan, los malos primos, que fueron sacados al Auto, y se encuentran y se hacen los malos hombres contentos, y duran en las dichas danzas y baila, y hacen la fiesta al demonio que los está mirando, hasta que se hacen de cantar el gallo, después de media noche, que se vuelven todos a sus casas acompañados de sus vapores vestidos, y se desahora la junta porque no pueden estar mas en ella, y en muy breve tiempo llegan a sus casas. Y el dios Juan de los brujos, algunos noches que venia al aquilare de este otro lugar que está a dos leguas del de Zugarumardi, conchas que cuando se veía a él, si llegaba a hora de cantar el gallo: té, su vapor vestido se le desaparecía y dejaba en el camino, y le proseguía a su casa, hasta su casa, pero no había la mas por el aire.

sible. Viendo pues los jueces que aun no estaba plenamente probado que fuese hechicera, la aplicaron á cuestion de tormento, secreto infalible para obtener cuantas pruebas se necesitan. Cedió la infeliz a la violencia de la tortura; confesó cuanto exigieron de ella; pero como quiera que los médicos no estaban satisfechos todavía con la operacion judicial, repitieron las suyas en busca del sello del diablo. Tanto hicieron, que llegaron a descubrir un pequeño lunar en un muslo de la muchacha; metieron de nuevo la aguja, y como las mortificaciones del palto habian sido tan terribles, apenas sintió aquella víctima desdichada las pruebas que estaban haciendo. Esto fué bastante para que la medicina y la jurisprudencia diesen por averiguado el delito; bien que como ya empezaban a suavizarse mucho las costumbres, aunque es cierto que la quemaron, usaron de la cortésia de ahorcarla pronto.

En todos los tribunales de la Europa cristiana se fulminaban iguales sentencias, y esta barbaria estúpida ha durado tanto, que en los tiempos modernos, en el año de 1750, han quemado con toda solemnidad en Wurtzburgo, ciudad de Alemania, a una mujer acusada de ser hechicera, señora de mucha distinción, abadesa de un convento. ¡Y en nuestra edad y siendo emperatriz María Teresa de Austria! (Voltaire, *Diccionario filosófico*.)

(14) Luzar pequeño del reino de Navarra en el valle de Bastan, a doce leguas de Pamplona. En el año de 1802 ascendía a poco mas de cuatrocientas personas todo su vecindario.

(13) Se ve que el demonio se acomoda al uso de la tierra. *Adonde fueres, haz como vieres*. En Valencia gustan mucho las brujas de atabalillos y dulzamas; y canta la jota; en la Mancha tocan panderos y tympanes; en Andalucía sonajas y pandoretas; en Galicia gaitas, en Portugal gaituras, y en Zúgarramurdi se huelgan con la flauta de Golvuru y el tamborino de Juan Sansón.

«16. El gallo es un pajarito muy de bien, y no consiente picardías. Así que el empujeza a cantar, van que el diablo se los lleva brujas, y sifos, y espantos, y lenures, y trasgos, y duendes, y toda la descreída canalla de visiones horrendas, que durante la noche hacen tantas travesturas por los barrancos, enriñagadas y cementados. Si todos supiesen la habilidad de este cantor, en max estimación le tuviran, y la gente reglona no se daría tanta prisa a comer pollos.

En los teatros de Inglaterra se recomienda mucho esta virtud del gallo, y en una de sus mas esplendidas trage-

Los que se hacen brujos antes que lleguen á edad de discrecion no reniegan, sino tan solamente los presentan al demonio, uniéndolos y llevándose los al aquelarre, porquís no quiere que renieguen hasta que lleguen á edad de discrecion, en que puedan discernir y entender cómo mediante el reniego se apartan de Dios y de la fe de los cristianos, y reciben por su dios y señor al demonio. Y es caso notable y de gran maravilla el suceso que dió principio á descubrirse estas maldades y seta de brujos en el lugar de Zugarramurdi, segun que se refirió en la sentencia de Maria de Yurreteguia, y es que una bruja (cuyo nombre no se declaró, mas de que era de nacion francesa y se habia criado en Zugarramurdi), habiendo vuelto á Francia con su padre, una mujer francesa (17) la persuadió á que fuese con ella á un campo donde se holgaria mucho, industriándole en lo demás que habia de hacer, y dándole noticia de cómo habia de renegar, y habiéndola convencido la llevó al aquelarre, y puesta de rodillas en presencia del demonio y de otros muchos brujos que la tenian rodeada, renegó de Dios, y no se pudo acabar con ella que renegase de la Virgen Santa Maria (18) su Madre, aunque renegó de las demás cosas, y recibió por su dios y señor al demonio, por lo cual todos los brujos la tomaron sobre ojos, y la perseguian temiendo de que los habia de descubrir por no haberse querido allanar á renegar de nuestra Señora. De lo cual resultó que en año y medio que fué bruja (aunque hizo todas las cosas que hacian todos los demás brujos) siempre andaba con recelo de parecerle que no podia ser dios aquel demonio á quien adoraban, y le daba algun descao de dejar aquella vida, y llegado el tiempo de la cuaresma, en que se habla de confesar, se determinó de no confesar aquellos pecados que cometa como bruja, por la vergüenza que de ello tenia, y porque todos los brujos la maltrataban y traian amenazada, diciendo que la habian de matar si los descubria; y habiéndose confesado, al tiempo que fué á recibir el santísimo Sacramento, como no vio la forma consagrada que el sacerdote le dio, comenzó á estar muy confusa y pensar que por haberse hecho bruja y haberse apartado de la santa fe, no la merecia ver, y considerando también cómo, por mas diligencias que hacia cuando oia misa, no podia ver la hostia que el sacerdote alzaba (como la via antes que fuese bruja, sino que en su lugar via una como nube negra que llevaba el sacerdote entre las manos), comenzó á estar mucho mas confusa. Porque es cosa

dias dice muy serio un personaje: «Yo he oido decir que el gallo, trompeta de la mañana, hace despertar al dios del día con la alta y aguda voz de su garganta sonora, y que á este anuncio todo extraño espíritu errante por la tierra ó el mar, el fuego ó el aire, huye á su centro.» Y otro interlocutor le responde, no menos grave y ponderativo: «Algunos dicen que cuando se acerca el tiempo en que se celebra el nacimiento de nuestro Redentor, este pájaro matutino canta toda la noche, y que entonces ningún espíritu se atreve á salir de sus moradas; las noches son saludables, ningún planeta influye siniestramente, ningún maleficio produce efecto, ni las hechiceras tienen poder para sus encantos.»

Sea de esto lo que fuere. Lo cierto es que luego que amanece no hay brujo, ni anima en pena, ni fastasma, ni demonio que se atreva á presentar en público. Nadie ha visto hasta ahora en la Puerta del Sol de Madrid, en Zocodover de Toledo, en la Rambla de Barcelona, en la plaza de San Antonio de Cadiz, en el Zacatín de Granada, ni en el Espolón de Burgos, que á las once y media de la mañana se haya aparecido vision, ni endriago, ni monstruo infernal, ni pastelero difunto rodeado de gatos y perros, con cadenita y olor de azufre, y ¡ay de mí! pidiendo pesetas á los circunstantes para que le digan misas. Y todo esto, ¿á quién se debe? Al gallo. ¡Bendito él sea, que de tantas incomodidades y socaías y malos partos nos ahorra!

(17) *Illicius intra muros peccatur, et extra.*

(18) Renegar de Dios malo es; pero de la Virgen Santísima, ¿adónde vamos á parar! Esta es doctrina fraileasca, lector cándido, y perdona que te llame de tú; porque al fin, si no lo has por enojo, también yo he sido fraile, y no he perdido la costumbre del tuteo. ¿No te acuerdas de haber visto pasar en las procesiones de Semana Santa las imagines de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, y merecer apenas una inclinacion de cabeza? ¿seguir despues la de su Madre, y no hallar el vulgo, particularmente el devoto, femineo, ignorante sexo, genuflexiones ni actos de reverencia que fuesen bastantes para manifestar su adoracion á tanto nimen? Pues mira, lector amabilísimo, esta era teología de frailes (no de todos, pero de la mayor parte de ellos), y si no la mas acomodada al espíritu de la religion, la mas conforme á la estabilidad de sus refectorios.

asentada y confesada por todos los brujos, que desde el punto que la comienzan á ser, dejan luego de ver el santísimo Sacramento del dios. Fué siempre por oír recibiendo mucho dolor y pena, y siempre en mas congoja, pensaba en el mal que habia hecho en se apartar de la fe de los cristianos, y tanto le apretó este pensamiento y congoja, que cayó enferma y lo estuvo siete semanas, hasta llegar á punto de muerte, y propuso de se confesar luego que pudiese ir á otro lugar que estaba á allí media legua, donde estaba un sacerdote, hombre docto, y habiéndolo cumplido, el sacerdote la dió muchos y buenos consejos; la consoló y animó, mandándole que muy de ordinario nombrase el nombre de Jesus, y dilató el darle la absolucion hasta que otro día por el día del obispo de Bayona; y se confirmó mucho en su santo propósito, porque luego que se confesó y propuso salir de aquella mala casa, comenzó á ver la hostia consagrada como la via antes que se hiciera bruja.

Libre ya la dicha moza de aquella maldita seta, nunca mas los brujos la perseguieron; y sucedió que volviendo al lugar de Zugarramurdi, donde se habia criado, dijo como allí habia aquelarre y junta de brujos, y que ella habia ido á él dos ó tres veces, y visto como eran brujos ciertas personas, y entre ellas la dicha Maria de Yurreteguia; y habiendo visto esto á noticia de Estéban de Navalcorea, su marido, él y sus amigos le pidieron sobre ello recuesta, y ella con grandes voces y rasos afirmaba que no era bruja, y que era gran verdad y falso testimonio que le levantaba la dicha francesa, y con grandes clamores pedía al mundo venganza contra ella, por lo cual se determinaron en volver á habitar la dicha francesa y asegurarse mas de lo que ella decía, la cual respondió que la pudiesen en presencia de ella y la comensar, y bien confesar la verdad y como era bruja, y habiéndola llevado á su casa, puesta en su presencia, la dijo muchas razones y cosas que habian pasado en el aquelarre, y la dicha Maria de Yurreteguia se dejó de irando y afirmando lo contrario, y tanto le supo decir la francesa, que todos se persuadieron á creer que era verdad, y apretaban á la dicha Maria de Yurreteguia á que confesase, y viéndose atajada y roncada, le sobrevino un sudor y grande congoja, y cayó sentada con un drame, y daba á entender que en la garganta tenia un grande impedimento que la estorbaba para que no pudiese decir la verdad. Y habiendo vuelto así con un gran suspiro que dió, echó por la boca un aliento de muy mal olor, y luego confesó como era verdad todo lo que la francesa decía, y que ella habia sido bruja desde muy niña por encandilamiento de Maria Chapia, su tia y hermana de su madre (que tambien fue sacada al aquelarre, y reconciliada), y dijo y confesó muchas cosas que habia hecho como bruja, por lo cual la llevaron al vicario de Zugarramurdi para que la confesase. Y habiéndola confesado le dió por consejo que pidiese perdón á sus vecinos de los males que les habia hecho, y públicamente confesó como era bruja, y les pidió perdón. Y confesó que luego comenzó á ver la hostia consagrada en las misas que oía, y que mas hacia entonces la habia visto, porque comenzó á ser bruja desde muy pequeña.

Siendiendo el demonio los grandes daños que de esta confesion le habian de resultar, consultó con sus brujos el grande sentimiento que tenia porque aquella se habia salido de su bandera, y luego comenzaron á la perseguir y á ir de noche á su casa para la sacar y la llevar al aquelarre, poniéndola miedos y amenazas si no iba. Y en una noche de aquelarre, estando el demonio y todos sus brujos con él, les dijo el grande sentimiento que tenia, y que era menester que fuesen todos á sacar á su casa á la dicha Maria de Yurreteguia para la llevar al aquelarre. Y poniéndolos á todos en distintas figuras de perros, gatos, perros y otras, y á Gracián de Barrenechea (que era reina del aquelarre) se figura de yegua, se fueron á la casa de Maria de Yurreteguia, que era de su suegro, y habiendo entrado en la buerta de ella (dejando todos los brujos mozos en la dicha buerta), el demonio se apartó con los brujos mas ancianos, y volviendo á consultar el modo que habia de usar para sacarla de su casa y llevar al aquelarre, entraron en la casa por las puertas y por las ventanas, abriéndoselas el demonio; y hallaron que la dicha Maria de Yurreteguia estaba en la cocina de la casa rodeada de mucha gente que aquella noche habia convecado para que la acompañasen y guardasen, por el miedo que tenían todos los de la casa de los males que las noches antes la habian hecho, y porque ella les dijo que aquella era noche de aquelarre é iban á la maltratar. Y el demonio y Miguel de Goyburu, rey del aquelarre, y otros brujos, se pusieron detrás de un escano, y por cima del sacaban las cabezas (19) para mirar desde estahí y qué hacia la dicha Maria de Yurreteguia, y para la llamar haciéndole señas que fuese con ellos. Y Maria Chapia, su maestra y tia, y otra hermana suya, se pusieron en lo alto del humero, y desde allí llamaban con la mano, haciéndola señas para que se quisiese ir con ellos, y la amenazaban poniendo el dedo en la frente, jurándole que se la habia de pagar si no se iba con ellos; y ella se dejó de dar voces y señalando dónde estaban los brujos; mas los que estaban allí no los podian ver, porque el demonio los habia encantado y echado unas sombras para que no los pudiesen ver sino la dicha Maria de Yurreteguia, la cual á veces decía: «¡dejadme, traidores, no me perseguís mas, que haré lo que ya seguí al diablo.» Y viendo lo mucho que la apretaban para que se fuese con ellos, quitándose un rascón que tenia al cuello, levantó la cruz del en alto diciendo: «¡dejadme, dejadme, que no quiero servir mas al demonio; á esta quiero y con mi vida de defender;» y santiguándose y nombrando el nombre de Jesus (20)

(19) De suerte que el pobre demonio, si no sacaba la cabeza por encima del escano, no veia gota.

(20) Y es cosa probada. Véase la relacion de *Loderio Enio* en la comedia de *El purgatorio de san Patricio*.

Yo no sé por qué no habíamos de ver alguna vez esta comedia en los teatros de la corte, en donde á cada paso



adoraron al demonio, y todos se confiesan con él, y se acusan por pecados de las veces que han entrado en la iglesia, misas que han oído, y de todo lo demás que han hecho como cristianos, y de los males que pudiendo han dejado de hacer. Y el demonio los reprende gravemente por ello, y les dice que no han de hacer cosa alguna de cristianos. Y entre tanto los criados del demonio (que son otros demonios del mismo tallo

vida y costumbres de los brujos, y las notas que llevaba escritas; les propuse mis dificultades acerca del pasaje presente, y resultó, con diferencia de pocas palabras mas ó menos, el diálogo que voy á copiar.

DON TOMAS.

Eso es abominable. No lo imprima usted.

DON JUAN.

Imprimalo usted, que precisamente es lo mejor de toda la obra.

EDITOR.

Con que, ¿lo he de imprimir, ó lo he de quemar? Convergámonos.

DON PABLO.

Imprimase enhorabuena el testo antiguo, y las notas con él; pero al llegar á eso de la misa, y lo que se dice mas allá, salto, y puntos suspensivos; y ate usted el hilo en donde mejor le parezca.

EDITOR.

Los consultores son tres, y otras tantas son las opiniones; no cabe mayor discordia en tan corto número de vocales. ¿Con que usted, señor don Pablo, quiere que se omita algo del testo original y....

DON JUAN.

No, señor, eso no.

DON TOMAS.

De ninguna manera. O imprimirlo como está, ó dejarlo.

DON PABLO.

Pero ¿qué inconveniente puede haber en suprimir lo que mas choque y escandalice?

DON JUAN.

Muy grande; y si no, dígame usted: ¿se propone el señor, por ventura, hacer un panegirico de la inquisición, ó dar una idea de lo que fué, de lo que hizo, de los absurdos que creyó, que promovió, que divulgó; de lo perjudicial que fué su existencia á la ilustración y á la moral pública? En una palabra, ¿la defiende, ó la acrimina?

EDITOR.

Ni uno ni otro. Quiero únicamente retratarla, ó por mejor decir, presentar el original mismo, para que no se diga que el artifice la favoreció ni la ofendió en la copia. Por esto he creído que valia mas que muchas disertaciones la reimpression de una obra que ella misma dictó, y por eso me inclino á conservarla entera, si mas poderosas razones no me convencen.

DON JUAN.

Figúrense ustedes que alguna de las juntillas, que andan por esos montes acabando de aniquilar á la infeliz España, consultase á un inquisidor acerca de lo que se debía hacer con el tal aquelarre. Si el inquisidor tenia un adarme de juicio, diria que este papel debe ocultarse por el honor del tribunal, y hacer pedazos y reducir á cenizas cuantos ejemplares se hallen de él. Y si la juntilla insistiera todavia en que le queria publicar, el inquisidor haria lo posible para que se omitieran los pasajes mas repugnantes y absurdos; entre los cuales no serian los últimos el de la misa y la gresca obscena que hemos acabado de leer. Pues estos dos partidos que el inquisidor propondria son los mismos que ustedes han sugerido al señor, el cual ha dicho que no trata de acriminar á la inquisición, pero ha dicho tambien que no pretende defenderla. Y ¿qué otro medio puede el gir, para evitar ambos extremos, sino el de publicar el aquelarre como esta, como ella le hizo?

DON TOMAS.

Todo eso va muy bien discurrido; y no pretendo yo que haga el señor lo que el inquisidor haria, porque el caso es muy diferente. Voy por asentado que para evitar toda acusación de parcialidad y de encono, el medio mejor es el de conservar el testo en toda su integridad. Pero, vamos claros: ¿qué lector cristiano y religioso no ha de estre-

y figura que el del aquelarre, aunque mas (36) pequeña, y de entallado son solo á siete, y cuando son monester se aparecen allí muchísima cantidad) ponen un altar con un paño negro, viejo, feo y desahogado, y en él unas imágenes de figuras del demonio, rídis, hienas, y vinajeras, y unas vestiduras como las que usan en la iglesia por la misa; mas de que son negras, feas y sucias, y el demonio se viste, dándole sus criados, y le ofician su misa cantando con unas voces bajas, roncadas y desentonadas, y él la canta por un libro como misal, que tiene de piedra, y les predica un sermón, en que les dice que no son tan gloriosos en pretender otros dios sino á él, que los ha de salvar y har al paraíso; y aunque en esta vida pasarán trabajos y necesidad, él dará mucho descanso en la otra; que hagan á los cristianos todo el mal pudieren. Y luego prosigue su misa, y le hacen ofertorio, arrodillando para ello en una silla negra que allí ponen; y la bruja mas antigua, preeminente (reina del aquelarre) se pone á su lado con un portafolio en la mano, en que está pintada la figura del demonio, y en la otra una vacinilla como las que usan en las iglesias con que piden para labrar los santos, con una cadena como de oro al cuello, que en cada uno de los dichos relabones tiene esmaltada la figura del demonio, y todos los brujos, comenzando por sus antequedados y preeminencias, van poniendo cada uno por sí, haciendo tres reverencias al demonio con el pie izquierdo hasta llegar á lincar las rodillas en el suelo, y luego besan la figura del demonio en el portapaz, y echan en la (37) vacinilla el dinero que han para ofrecer, y unos ofrecen un soe, que es media tarja, y otros una entera, y los mas ricos y poderosos ofrecen una franca, que son tres reales, y cuando los echan en la vacinilla dicen: *cada por el honor del mundo y honra de la fiesta*; y las mujeres tambien ofrecen tortas de pan, huevos y otras cosas, que lo reciben los criados (38) del demonio, y luego

mecerse al ver la escandalosa profanación que resulta de la misa grotesca que dice el diablo?

DON JUAN.

A la inquisición de Logroño con esa pregunta. Ella le creyó, lo castigó, lo leyó en la plaza de una ciudad principal de España, delante de muchos millares de persona, lo imprimió para que lo leyesen los que no lo oyeron. Ella debe responder, el señor no. Su oficio es copiar.

DON PABLO.

Y tanta obscenidad como sigue después ¿qué otros honestos han de sufrirla? El señor sabe muy bien que no es lícito desnudar á Venus, ni aun para azolarla.

EDITOR.

Si, cuando es Venus la que van á desnudar; pero cuando se presenta el vicio con accidentes tan poco halagüeños, ¿á quién le parece á usted que puede ser dañoso? ¿Quién ha de ballar complacencia ni peligro en semejante letanía, sino alguna de aquellas almas groseras y enteramente corrompidas, á cuya depravacion nada hay que alicie? Lo mismo digo acerca de la ridícula misa del diablo. ¿Qué perjuicio ha de resultar de la descripción disparatada que se hace de ella? Ni ¿qué hombre piadoso y católico, cuando deteste la feroz ignorancia de nuestros abuelos, no seguirá venerando, como es justo, el misterio mas sublime de la religion, el mas digno sacrificio que han ofrecido los mortales á la Divinidad? Si le ofende la ineptísima imitación que se hace de él en el aquelarre de Zugarramurdi, le b que hizo el Tasso en el último poema épico que ha visto Europa... Pero, y á todo esto, ¿en qué quedamos?

DON TOMAS.

En que... en que lo imprima usted como está.

DON JUAN.

Se supone; sin mudar una sílaba.

EDITOR.

Y usted ¿qué dice?

DON PABLO.

¿Qué he de decir, si me dejan solo? Que haga usted lo que quiera.

EDITOR.

Pues, amigos, asunto concluido. Haré lo que me parezca: ¿es verdad?

DON JUAN.

Si por cierto, y será lo mejor.

(36) Son diablos sacristanes y monaguillos, que en elciendo se ordenarán á la diablería, serán predicadores satánicos, confesarán á las brujas, cenarán y triscarán con ellas, y lo pasarán muy ricamente.

(37) Por qué tanto el demonio misacantano no había de ser también aficionado á la limosnita!

¡Maldito dinero, amén!

(38) Y se lo comerán regularmente, y harán trufas; que el abad de lo que canta yanta.

«rodillas juntas. A él, y le besan la mano izquierda y los pechos y el corazón, y los brazos que hacen el oficio de candeleros por las tardes para que le besen en las partes vergonzosas, y revolviendo el demonio sobre la mano izquierda, le alisan la cola y desahogan las partes, y se van muy contentos y hediondos, y al mismo tiempo el diablo les trae provienda que les da una ventosidad de terrible olor, lo cual por la mayor parte hace siempre que se quiten las partes. Y los ha la ofrenda prosigue su misa y alzan una cruz como si fuera de suelo de tapado, en que está pintada la cabeza del demonio, diciendo: *esto es mi cuerpo*, y todos los brujos poseídos le adoran dándole golpes en los pechos, diciendo: *¿quiere el diablo que quiere decir? Cabron arriba, Cabron arriba*. Y cuando alzan el cáliz, que es como de madera, no se ve en la hostia y bebe lo que hay en el cáliz, y después se pone a brujar sobre el cáliz, y los va conculgando dándole: *¿cuando viene el diablo a esta posada la figura del demonio, que es muy pequeño, y como de la edad de un chago de una bebida que es muy verde, tragando y comiendo muchos el corazón*».

que el demonio se abra su misa, los comen a todos, hombres y mujeres, de la siguiente manera. En la dicha parroquia de Barrenas, en la villa de las Brujas que habitan de él, donde estaba un convento apartado para el dicho efecto. Y estando de brujas, era siempre como continúan a los dichos actos. Y los brujos se van a la misa, y la hacen como al que los ve, Juan de Guayburi, el mismo con el tallo, y Juan de Saman con el tallo, y parte donde estaban las brujas, y la sacaban de entre ellas, y a la parte donde estaba el demonio, que luego la comen y comen, comiendo haciendo como el diablo su marido Juan de A. Y como que el demonio se abre a comer las dichas maldades, y el demonio que se abre a comer las brujas, como se ve en los hombres con mujeres, los hombres con hombres, y los niños se gradan a particular, y el demonio los apara y los comen se han de juntar en forma de casamiento, diciéndoles: *ven y tráete, y tu eres buena para este*, y en aquellos tiempos se juntan en el aquilare, y fuera de él, con torrijos y nefasadas, y en sus propias casas, y en los campos, y en otras partes, y se hace se los aparece el demonio en española figura, y a las muy de ordinario de ellos va a las camas. Y María de Zugarramundi, que todas las noches le tienen en su cama, y le abraza, y le abraza y le abraza en la misma forma que si fuera su marido, y una diferencia que si fuera hombre, mas de que siempre, y de verano, le abraza los brazos, que aunque mas hacia no le cae en la cama. Y estas mismas maldades hacen y ejercitan en noches siempre que van al aquilare, y después muchas veces después de haber comido, fingiendo que están hablando, lavando, o otros actos semejantes, o saliendo a pasar una y el demonio los abraza, y de viéndolos en otros con sus maldades, que aunque ellos ven a la gente, no pueden ser vistos, y a la parte que tienen señalada para se juntar y meter en posesión de los unos con los otros, y con el demonio (46).

¡Buena provecho!

¡Estrafado modo de desayunarse!

Que es decir, bruja y diablo con sus puntas y coque alcahueta.

Yo lo creo. Para estos menesteres las hijas son propósito que las madres.

¡Pobre Juan!

El cabron ha sido personaje muy respetable en la dad, y muy estimado de las mujeres por sus bellas. En el pueblo de Dios fue necesario prohibir esto que las damas tratasen con demasiada familiaridad y otras bestias; de las cuales ya no hacen que hoy tenemos por mas antojadizas y pecadoras omni peccare non coibis, nec maculaberis cum aliter non succumbet jumento, nec miscebitur ei, celus est. Qui cum jumento et peccare coibit, morte aut peccus quoque occidit. Mulier que succumbet jumento, simul interficietur cum eo: sanguis eius super eos.

El Sr. Martín del Río, jesuita doctísimo, nos refiere brujas llaman al cabron *Martinico*; que las favorece particulares muestras de amor, y que, agradecida doctitud que encuentra en ellas, las sirve mueres de cabalgadura. Dice tambien que todos los son magos, y aconseja en caridad que se les de a tanta gravísimas autoridades en apoyo de la opinión que su torreyo Lutero fue hijo de un cabron y de per, y asegura que otra pario en el año de 1588, cuyo padre habia sido el demonio distraído en sus obras del padre Martín del Río y otras de su confusión de los incredulos y regocijo universal. Ahora, que viene a cuento, peruntase que diga fono-

Y en sus casas de día ni de noche no les echaban metros aunque duermen en una misma cama, porque de noche el demonio se iba a los maridos a las mujeres que no no brujas, de manera que no puedan despertar, y en el lugar que desocupa el brujos, quedaban al aquilare, se pone un demonio de su mismo tamaño y figura, que esta a la representando su persona hasta que vuelven, y cuando vuelven, les dice las cosas que han sucedido mientras él estaba ausente. Y la dicha María de Zugarramundi, que habiendo sido una noche al aquilare, una vez ella llamó a su puerta para pedir un pan tostado, y el demonio se apareció por ella que no le tenían, y cuando volvió del aquilare se lo dijo. Y María refiere que otra noche fueron a buscar a su casa para comprar unos huevos, y tambien el demonio se apareció por ella para ir a la compra, diciendo que no los tenía. Y cuando volvió del aquilare, le respondió que bien se los pudiera dar, que se iban a la cantonera. Y que siempre que habia de ir al aquilare de día, o de noche, muy bien sus puertas por dentro, y el demonio se iba a la puerta, y se iba, quedando otro dentro en su casa, que respondía a él. Y a veces se iba a la puerta por cima de todo el lugar, y era y comen a todos los que se iba a la puerta por las malas artes del demonio, iba bien segura de que no la vieran, y cuando volvía, el demonio le daba cuenta de todas las personas que la habian buroado.

En la noche de San Juan, después de acabada su misa y las ceremonias de las maldades, va el demonio con todos los brujos a la iglesia, abriendoles las puertas se queda el fuera, y los brujos hacen muchas ofensas y ultrajes a la santa Cruz y a las imágenes de los santos.

camente mi sentir acerca de este personaje, del cual todavía no tenemos noticias bien seguras, después de tanto como se ha dicho en las leyendas aureas de los santos, y en los autos sacramentales de Calderón.

Confieso de buena fe que el maldito no lleva traza de morir jamás, y que podemos contar con él hasta la consumación de los siglos, *et ultra*; pero nadie me quitará de la cabeza que a este demonio le sucede, ni mas ni menos, lo que a Titon, esposo de la Aurora, que aunque era inmortal, no se podía tener de viejo. Pues, como digo, yo tengo para mí que padece vejez, y esta silbitio y lleno de lacras; porque solo hallandose derrengado y fuera de concierto pudiera olvidarse el picaron de las mañas antiguas. ¡Qué intrepido, qué lozano, que de buen apetito en los otros y barrancas de Zugarramundi! y tan modestico ahora y tan para poco, que nadie retiere de el empresas amorosas, ni se sabe que haya dado ningún nuevo chiquillo a criar, ni se dice que se huelgue con el mujer alguna, ni bruja, ni hechicera, ni judía, ni mora, ni buena cristiana. En los pasados siglos era el coco de los maridos y los padres, pudiendosele aplicar lo que dijo de Witiza un moderno escritor, mas feliz en prosa que en verso:

Todo lo mancha, todo lo atropella.  
No perdona casa la ni doncella.

¿Quién sería capaz de contar la historia de sus galanteos? si la lista de don Juan Tenorio es una abreviatura miserable de las que el guarda todavía en sus papeeras? Ni quién sabría reducir a numero los hijos que ha tenido en altas princesas, matronas honestísimas, afilgulas viudas, pudibundas vírgenes, religiosas encerradas y penitentes? Yo soy un pobre hombre, que logre como de limosna el grado de bachiller; muriose mi tío, que era capellan de Reyes Nuevos; deje los estudios, tome el habito, y nunca pude pasar de fraile de misa de once, y con todo y con eso, y supuesta mi escasa lectura, he compuesto una obra que si se imprimiera, no bajaria de tres tomos en folio, y se intitula: *Plutarco infernal. Vidas y hechos de algunos famosos hijos del diablo, desde que empezó a ser padre hasta que lo ha dejado de ser*.

Y en efecto: de tal manera lo ha dejado (y no por voluntad, que en el no cabe), que apenas le queda el amargo consuelo de contar a sus nietecillos sus pasados verdoreros, y entre tanto abrigarse bien, acostarse temprano, y cuidarse mucho; repitiendo lo que dijo al mismo propósito un autor italiano, cuyo nombre no se me acuerda.

Vixi paculus super idcirco,  
Et militavi non sine gloria.

(46) De manera que todo el no profese de brujo está condenado a ser marinota.

(47) Y eso que María de Yurreteguia consiguió ahuyentar de la cocina y del humero al demonio, y a los brujos y



Y aquel de Guebara refiere que algunas veces en el año, él y las brujas que asistían hacían al demonio una ofrenda que le era muy agraciada, y para ello iban de noche á las iglesias, y llevaban consigo cada uno una coquilla que tenía asa, y desenterraban las cuerpos de los difuntos que ya estaban gastados, y de ellos sacaban los huesos de las mandíbulas de los pies, los ternillos de las narices (46), y todos aquellos huesecillos que hay alrededor, y los como hediondas (que aunque se van comunicando con la tierra, tardan mucho en se acabar de gastar), y unas partes de los cuerpos de los difuntos (que son para el demonio bocado muy sabroso) las recogían en las coquillas, y veían á cubrir las agujetas con la tierra, llevando consigo las para ver á hacerse, que decíranse es muy oscura, sin decir de qué son. Y Juanes de Kibalar refiere que cuando los brujos van solos sin el demonio á hacer las dichas cosas, la luz que llevan es una hacha hecha del brazo de un niño que haya muerto sin ser bautizado, todo oscuro, y lo encienden por la parte que están los dedos, y da luz como el fuego de una hacha. Y que es de tal condición que los brujos van con ella, y los que no lo ven no pueden ver los brujos; y habiendo recogido los dichos huesos en sus coquillas, las meten colgándolas por el asa del brazo izquierdo, no van al agujerito, y puestos en presencia del demonio formando una higa con la mano del brazo izquierdo, donde llevan pendiente la coquilla, y llevándolo tendido, hacen una reverencia hasta tocar en el suelo la rodilla izquierda; y habiéndose levantado andan un poco y hacen otra semejante reverencia, y acercándose mas hacen otra tercera, y quedándose de rodillas tendido el brazo con la higa formada, dicen: *¡Jome, señor, esto que le ofrezco*. Y el demonio muestra con ello mucho contento, y tirando la mano, y toma la coquilla y la vacía en un capatzen grande como de espato, que está junto á él, y que aquella higa llevan formada para mayor infamia, y hacer mayor burla y mofa de los cristianos, cuyos son aquellos huesos; y que el demonio los come con unos dientes que tiene muy grandes y tan blancos como los suelen tener los negros, y los come humante, chascando como puercos. Y preguntado para qué come el demonio aquellos huesos, dijo: que entendía qué para los hacerir y obligar á que también ellos los comieran. Y que los daba de ellos, y aunque estaban muy duros, los comían muy bien, porque el demonio los daba gracia y fuerza para los poder masticar y comer; y que cuando el demonio comía aquellos huesos hediondos, daba á entender que le sabían mas bien, y non esto les obligaba á que también los comieran, y á que le rarasen los dientes de ellos; y aunque eran tan asquerosos, los comían por darle contento al demonio, que mostraba recibirlo.

Muchas veces en el año, siempre que los frutos y plantas comienzan á florecer, hacen polvos y pomositas, y para esto el demonio aparta á los que ha dado poder y dignidad (48) de acompañarlas, y los dice al día en que las han de hacer, y les reparte los campos para que en cuadrillas vayan á buscar las subandijas y cosas de que se han de hacer las dichas pomositas; y el día siguiente salen por la mañana (llevando consigo sus dums y costales), y luego el demonio y sus criadas se les aparecen, y les van acompañando á los campos y parvas mas lóbregas y cavernosas, y buscan y sacan gran cantidad de saques y colabrás, lagartinos y lagartijas, limizos, caracoles y pedos de loro (que son unas boñitas redondas que nacen por los campos á manera de turmas de tierra, que apretándose echas de el un humo de mucha cantidad de polvos pardos); y habiéndolos juntado en sus costales, los traen á sus casas (49); y unas veces en el agujerito y otras veces en ellas (en compañía del demonio) forjan y hacen sus pomositas, echando primero sobre todo un benedictin el demonio, y comiéndose á desollar los saques, mordiéndolos con sus bocas por las cabezas y apretando con los dientes cortan el pellejo, del cual van tirando hasta que le arrancan el redondeo, y la entregan al demonio, estando los saques sacudidos con el dolor y dándoles golpes por los ho-

brujas que la solicitaban, solo con enseñarles la cruz del rosario. Confieso de mí que no acabo de entender á esta gente.

(48) ¿Quién era todo mi bien y descanso sino tu madre? ¡Oh, qué graciosa! ¡Oh, qué desenvuelta, limpia y varonil! Tan sin pena ni temor se andaba á media noche de cementerio en cementerio buscando aparjes para nuestro oficio, como de día; ni dejaba cristianos, ni moros, ni judíos cuyos enterramientos no visitaba; de día los acechaba, de noche los desenterraba... ¡Pues mañana no tenía, con todas las otras gracias! Una cosa te diré para que veas qué madre perdiste, aunque era para callar; pero contigo todo pasa. Siete dientes quitó á un ahorcado con unas tenacicas de pelar cejas, mientras yo le descalcé los zapatos. (*Celestina*, acto vii.)

(49) Me confirmo de nuevo en que el demonio es boticario, y de muchísima habilidad; que nadie le iguala en el conocimiento de plantas y yerbas, «*à cedro que est in Libano, usque ad hyssopum que egreditur de pariete*», y que no hay farmacopea que él no tenga en la uña, basta la Edimburgense, con las adiciones novísimas.

(50) Pues dígot, lector suave, que la brujería no es vida descansada. ¿No ves cómo el maldito de Dios les hace trabajar, y qué malas noches les da, y qué rechinante música, y cómo los asolea, y qué asquerosas cenas les guisa, y que torpemente los engaña? Yo creí que esto de ser

de los pollos de los toros, y con sus quejas al momento cesándole los alientos de su cuerpo, y rogándole que previniera hacer, y pidiéndole (para que tales personas ó para sus hijos) mal de muerte, ó la enfermedad que quisieran que tengan, según el apoplejo de su voluntad, y el demonio en su comando. Y luego se va en su compañía, y otras veces lleva consigo al-

liviando á la carga de allí á pocos días, tuvo con el demonio el diálogo siguiente:

VICARIO.

¿En qué se te dió el hechizo al rey?

DEMONIO.

En chocolate.

VICARIO.

¿De qué se había confeccionado?

DEMONIO.

De los miembros de un hombre muerto.

VICARIO.

¿Cómo?

DEMONIO.

De los sesos de la cabeza para quitarle la salud, y de los alientos para corromperle el semen ó impedirle la generación.

VICARIO.

¿Hay original fuera, ó señal exterior que se pueda conocer?

DEMONIO.

No, por el Dios que te crió á tí y á mí.

VICARIO.

¿Qué persona fué, macho ó hembra?

DEMONIO.

Está ya juzgada.

VICARIO.

¿Y á qué fin?

DEMONIO.

A fin de reinar.

VICARIO.

¿En qué tiempo fué?

DEMONIO.

En tiempo de don Juan de Austria, á quien sacaron de esta vida con los mismos hechizos, pero mas fuertes.

Vuelto á preguntar el diablo en otra ocasión (porque ya he dicho que el padre vicario no le dejaba sonar), respondió: que al rey le habían dado hechizos en dos veces, por mandado de su madre Mariana de Austria. Que la que le los dió primero se llamaba Cecilia, fué casada y tuvo varios hijos. Cuando se los mandaron hacer (se los hizo, como los hechizos) ya era viuda. La misma hechicera fué quien los hizo, sin otro algun cómplice mas que Lucilla. La misma propia buscó el cadáver de un ajusticiado en la miseria ordinaria. La segunda toma de demonios que le dió el rey le dispuso « una hechicera famosa, que vivía en la calle Mayor, era casada, tenía hijos y se llamaba Mercedes. » Diéronse á buscar por Madrid Maria y Cecilia; pero por mas que hicieron no hallaron la que buscaban; y entre tanto el bueno del rey, que no era lerdia, eligió por su especial abogado y protector á un Simón, patriarca de Jerusalén, gran santo y piadoso suyo, á quien particularmente encargó que le sacara con bien de los enviteos de sugetos.

El señor Rocaberti, inquisidor general, y el padre confesor, aconsejados del vicario de Cangas, se iban todos tres días á palacio luego que amanecía, y apenas desparecía S. M., le hacían desayunar con un gran cuenco de suerte bendito; poniéndole en cueros, como su madre le parió, y entregándole primero muy bien la cabeza con el mismo aceite, le ungían despues lo restante del cuerpo como á un atleta, sin dejar parte al resquecio que no le ungieran y pringarán, y á mayor abundamiento le propinaban de cuando en cuando una buena purga, en que ademas de los diluentes y laxantes que son de costumbre, había bastante bendito, pedacillos de Agnus Dei, huesos de mártires pulverizados y tierra del Santo Sepulcro. Debíase el rey esta vez con una devoción ejemplar; y lo que

unos brujos de las mas ocultas en la corte, y las va atormentando con el revuelto que tiene en la frente, que aunque tres días en el colapso, esto es, en el que da luz, y los abre los poros y quita hasta las ataduras, donde están durmiendo, y las arbo se desdichan y suena que no pueden despertar, y luego la bruja que pidió venganza obra lo bien á la persona

es bien admirable, á pesar de todas estas diligencias, aun no se había muerto.

Entre tanto el diablo de Cangas, á quien el vicario seguía preguntando de cada vez mas, llegó á decirle, que no se cansara en repetir conjuros, porque no respondería á derechos á nada que le preguntase, si no se lo demandaba bien en la capilla de Nuestra Señora de Atocha de Madrid, y esto « á fin de que se restituyese la devoción á aquella santa imagen, que estaba muy resfriada en los Seles. » Acerca de lo cual tengo que hacer dos advertencias. La primera: que aquel demonio era un demonio de libro y muy devoto, y con algunos amigos y valientes de cristiano viejo; y es la segunda: que las tres monjas endiabladaz, y el padre vicario y el padre confesor de S. M., y el señor inquisidor general, todos eran dominicos. Vea éste orfèvre, Mr. Jones.

Cansado pues el señor Rocaberti de las reticencias y dilatorias del diablo, determinó morirse, y le hizo como lo puse: el vicario de Cangas se fatigó de preguntar, y el padre Fredda, viendo que al el confesor de sueto bendito, al los conjuros, al el parentesco de san Simón, al las unciones, al la purga servían de nada, llegó así á desesperar de la empresa. Cuando vio que en día se presentaba muy ofendido en la cámara del rey el eclesiástico señor embajador de Alemania con unos papeles en que venía una información, hecha por el obispo de Viena, de lo que habían declarado los demonios por boca de unos energúmenos en la iglesia de Santa Sofia de aquella ciudad, y todo lo remitía el emperador Leopoldo I á Carlos II para su consejo ó instrucción. La declaración de los tales demonios decía: que el rey le había malhecho una mujer llamada Isabel, que vivía en la calle de Silva, y que los instrumentos del malhecho estaban en cierta plaza de palacio, y debajo del umbral de la puerta de la casa en que vivía la picarona de la tal Isabel. El rey envió estos papeles á la inquisición, y á pocas diligencias se hallaron debajo de tierra en los sitios indicados algunos trastos de endiabler, y envoltorios y muñecos que inspeccionados por los peritos, les parecieron cosa mala, y lo quemaron todo. Visto de Alemania á toda prisa, llamado, y regado, y pagado á peso de oro, un fraile capuchino, el más barbilardo encubierto de cuantos barbaños entonces. Miravillas se contaban de él: no había demonios que resistieran á la eficacia de sus conjuros, y tan poderosamente los atacaba y aligía, que al fin soltaban la criatura, y se marchaban tembando á los infiernos por no sufrirle. Puso este bendito fraile, que se llamaba fray Mateo Tunda, emprendió la cura del rey; y para proceder con el acierto necesario en tan delicada materia le pareció convenientísimo interrogar á unos endiabladaz, que estaban en aquella mansión por Madrid haciendo viajes. Pidióse un día entre jueves, y dispuestas á la mas habidura, hizo que el diablo le respondiese á como le quiso preguntar; y en conversaciones que pasó entre los dos fué lo siguiente, sin mudar letra.

FRAY MATEO.

¿Quién malhecho al rey?

DIABLO.

Una mujer bella.

FRAY MATEO.

¿En la reina?

DIABLO.

Si.

FRAY MATEO.

¿Quién le hizo el malhecho á la reina?

DIABLO.

Don Juan Pantoja.

de quien se pretende vengar, y le mete en ella unos pocos de aquellos polvos envueltos en un pedazo de pellejo de sapo, ó les untó por el pescuezo y hombro izquierdo acia los pechos, ó en otras partes de su cuerpo con el dicho ungüento, diciendo: *el señor te dá mal de muerte,*

FRAY MAURO.

¿De qué nacion es?

DIABLO.

De los allegados á la reina.

FRAY MAURO.

¿En qué se dió el maleficio?

DIABLO.

En un polvo de tabaco.

FRAY MAURO.

¿Ha quedado mas?

DIABLO.

Si, y está guardado en un escritorio.

FRAY MAURO.

¿Qué reina dió el maleficio al rey?

DIABLO.

La que murió.

FRAY MAURO.

¿Hay mas maleficio que aquel que dijiste esta mañana?

DIABLO.

Si.

FRAY MAURO.

¿Quién los hizo?

DIABLO.

Una mujer llamada Maria de la Presentacion.

FRAY MAURO.

¿Dónde vive?

DIABLO.

En el cuarto alto de la casa en que me conjuras.

FRAY MAURO.

¿Quién le mandó hacer el maleficio á esta mujer?

DIABLO.

Doña Antonia de la Paz.

FRAY MAURO.

Lo que se sacó del umbral de la calle de Silva ¿era maleficio?

DIABLO.

Si.

FRAY MAURO.

¿De qué se componia?

DIABLO.

De un hueso de perro.

FRAY MAURO.

¿Quién le puso?

DIABLO.

Antonin Cabezas.

FRAY MAURO.

¿En dónde está?

DIABLO.

En Berberia.

No es fácil ponderar la contradiccion que resultaba de las declaraciones de aquellos enemigos; porque ¿cómo era posible concertar lo que habian dicho los de Cangas con lo que aseguraban los de Viena, y lo que ruevamente deponian los de Madrid? Todo era embrollo y bebetria, y todo redundaba en perjuicio del augusto endemoniado, que cada vez estaba peor.

Obtuvo el empleo de inquisidor general el cardenal de Córdoba, y como alcalde nuevo, juraba y perjuraba que él acertaria lo que habian errado los demás, y que él sacaria los malos al rey, ó habia de poder poco. Pero ¿qué sucedió? Que los diablos llegaron a enfadarse de veras de tanto exorcizar, y tanto preguntar, y tanto aceite bendito, y tanta reliquia, y tanto asperges, y determinaron tomar solemne venganza. Por de contado al padre fray Mauro le hicieron perder la decantada habilidad de compeler, y ligar, y espeler, y le convirtieron en un monigote ignorantisimo; al cardenal le introdujeron la forma cadavérica en el mismo dia en que llegaron las bulas de su nueva dignidad; al obispo de Segovia, á quien nombró el rey inquisidor general, le volvieron loco. Persiguió á los consejeros

ó tal enfermedad por tanto tiempo; y luego las tales personas comienzan á estar enfermas (53) y á padecer muy grandes dolores y trabajo, acudiendo en breve tiempo y con grandes ansias los que han de morir; padeciendo grandes enfermedades y dolores las personas contra que pidieron venganza de enfermedad.

de la suprema; los depuso, los desterró y metió en cuerdos y castillos; la suprema y toda la clerguicia, amotinada contra él, tanto hizo, que le obligó á volverse á Segovia á cuidar de su obispado, que fué sin duda la mayor pesadumbre que pudieron darle. Carlos II, lleno de zozos y jalapa por de dentro, y de nóminas y escapularios por de fuera, viendo que los demonios no trataban de dejar la posada, se fué á la gloria, y le llevaron en ceremonia á Escorial. Siguió, no obstante, la discordia clerical y familiar; y en tanto que el padre Froilán, desterrado, fugitivo, perseguido, preso, acusado de hereje, pasaba su triste vida de cárcel en cárcel, la inquisicion andaba vuelta con monseñor nuncio, que deseando coquetear en todo, queria avocar á Roma la causa de los hechismos, para que el pontífice, en su infalible sabiduría, declarase si los diablos del difunto rey habian sido verdaderos y legítimos diablos, y si el padre Froilán era un herejico, ó un solemne majadero. Los frailes dominicos, divididos en parcialidades y provincias, unos querian ver quemado á su hermano el padre Froilán, y otros le defendian y recomendaban. El general de aquella orden envió dos emisarios desde Roma para protegerle; y los demonios que le supieron, se apoderaron de ellos así que se apartaron de la calesa; á los dos los pusieron á morir, que saltó muy poco para enterrarlos, y al uno le dejaron muerto.

Si la guerra de sucesion no hubiese interrumpido tan graves asuntos, todavia duraria el proceso del padre Froilán y la feroz venganza de los diablos, justamente ofendidos de tanta pregunta como les hizo el vicario de Canga.

(53) ¿Es posible (dice Voltaire) que en nuestro siglo no haya habido vampiros, después de haber florecido Locke, Shaftesbury, Colin y Tranchard? ¿Y que viendo á un D'Alembert, Diderot, Duclos y St. Lambert, se hayarido que hubiese vampiros? ¿Y que el reverendísimo padre don Agustín Calmet, monje benedictino de la congregacion de San Vaunes y de San Hildulfo, abad de Senones, dueño de cien mil libras de renta (inmediata á otras dos de igual valor), haya impreso y reimpresso la historia de los vampiros con aprobacion de la Sorbona, firmada por Marcelli?

Los tales vampiros eran unos muertos que salian de los cementerios para venirse á chupar la sangre de los vivos, sacándosela ó por el cuello ó por el vientre; y concluida esta operacion se volvian á sus sepulturas. Los vivos chupados enflaquecian, se ponian cloróticos y consentos; y los muertos chupadores engordaban por instantes, adquirian muy buen color y reventaban de salud. Y esto sucedia segun el citado reverendísimo en Polonia, en Hungría, en Silesia, en Moravia, en Austria y en Lorena.

Los griegos cismáticos están hoy día en la persuasion de que estos difuntos son hechiceros, que se van de casa en casa chupando la sangre de los niños, engulléndose la cena que sus padres tienen prevenida, bebiéndose el vino, y rompiendo cuantos muebles hallan al paso. No puede hacerse carrera con ellos hasta que los queman, si por fortuna los llegan á pillar; pero antes de echarlos al bósforo es necesario sacarles el corazon y quemárselo separadamente.

En toda la Alemania oriental no se hablaba de otra cosa desde el año de 1730 al de 35, que de los tales muertos chupadores. Los avizoraban, los perseguian, les arrancaban el corazon y los echaban al fuego sin misericordia; pero, á la manera de los antiguos mártires, cuantos más chupachiquillos quemaban mas chupachiquillos habia.

El mismo reverendo padre Calmet cuenta que por mandado del emperador Carlos VI fueron dos comisionados en compañía del alcalde de cierto lugar de Hungría y de un

e otros mil, has muertes, males y venganzas, mas de veinte que haber cometido en la dicha forma. Críticos de Barrancones, á aquelarre de Sagarramendi, dico: que el tiempo que ella estuvo amoroso con el demonio y por privada arya, entró de ella envidia y celos. Marjuna de Oñia, bruja que también tenía amor, y era la mas favorecida de todos, y por esta compenetración (dijo) con el trueno entre el ramblon y pascadambro, sintiendo mal á la dicha bruja le pensó de que ella fuese favorecida también en lo, por lo cual determinó de tomar contra ella venganzas; y en en el aquelarre dió cuenta al demonio de los celos y compenetración de como quería vengarse de ella matándole, y que el demonio asió, para eso le quería, hápase así. Y que estando en su cama se que no era de aquelarre, el demonio con otras brujas entró á despertar, y le dijo se levantasen luego, porque habían de ir á la venganza que le había pedido; y qué esto el demonio le echó que no era de aquelarre por estar á la dicha Marjuna de crueldad y dormida, porque siendo como era bruja, no pudiese la venganza tan rápidamente en noche que fuera de aquélla ella había de estar despierta y en él, y habiendo ido en aquéllas demonio, entraron en su casa y ejecutaron su venganza rápidamente de golpe de capa en que iban envueltos unas pocas de su golpe, y luego estuvo mala, que dentro de tres días (dijo) di-

o, en busca de un vampiro que había muerto seis años antes, y se divertía en chupar á diestra y siniestra criaturas encontradas por aquellos contornos. Fue al picaron tendido en el stand, gordo, fresco, robusto, los ojos abiertos y pidiendo de comer; pero ide, que no entendía de fiestas, fulminó inmediatamente la sentencia contra el muerto tragon, apoderado de erulajo, le sacó las entrañas, se las quemó; y por tanto, el tal vampiro perdió el apetito para siempre. Y cómo se holgaría el bellaco de ver colonas a la m y a la Barrenechea! porque esto de ser querido, a nosotros, infelices mortales, pero aun el mismo lo le laconja y le envanece.

Un sobrinito mío, que para esto del verso es una acaba de escribir una tragedia de magia y misterio, da: *La venganza mas horrenda y muerte de Mari-* a cual se representará, sin remedio, en algunos de tros de la corte para esta pascua próxima. Es una s taracea, compuesta, como otras de su género, de de los mas acreditados dramaticos antiguos y mo-, pegados unos a otros con admirable oportunidad za. No quiero decir lo que es el plan, porque no- rre al publico anticipadamente la mitad de la di-; pero, sin que me lleve el amor a mi suegro, co- cristiano que es una de las mas acabadas piezas mas se han visto. Lo menos va á darar cuenta ganía bien o laguna mal, lleva ó no lleva. Ten- rada las señoras mujeres: habrá a la puerta mani- guarradas, zapatos perdidos, abanicos rotos, cape- los tristes, y azules y navajeros para adquirir lo- Los cómicos quedarán ricos, y por consiguiente Dios que no vuelvan a representar en su vida. la lista de los personajes para divertir la curiosi- tud apasionados, en tanto que Dios dispuso las mas y arriba las garruchas.

ran Cabros. Salán y capellán mayor del aquelarre arramendi.

ana de Barrenechea. Bruja, reina y papán del rre.

juana de Oñia. Bruja, concubina del Gran Cabro, a y su sueldo.

bania de Triarte. Bruja, concubina del mismo, con so y pajes.

Sansón Su esposo, bruja y maestro de capilla relarre.

el de Goybura. Barba bruja, tamborero y asistente en Caltron.

in de Vizcar. Barba bruja, alcalde del aquelarre. de Echalar. Bruja, verdugo del aquelarre, y buena rta.

a de Echaleco. Bruja, graciosa.

in de Amayur. Pueru cristiano, hombre de bien y ro tolos.

currió. Y todos condenan grande número de muertes y males que han ejecutado en la dicha forma.

Y á los niños que con pequeños los chapas por el codo y por su tirón (dijo), apretando todo con los dientes, y chapando fuertemente las co-

Maria Chapia. Bruja vieja y tullida, maestra de novicios.

Socorruñillo.....

Condeila.

Rabillargo.

Gorrillas.....

Diablos monacillos.

Don Fermín de Iparaguirre. Natural de Yagor de Arro- tin, vicario de Sagarramendi.

Don Ignacio Javier María de Iruetxechea. Secretario de Sagarramendi.

Centra docenas de niños chapados.

Acompañamiento de puerros, gatos, cabritas, zorros y gordinas. Pajes del Cabro.

Acompañamiento de maridillos, gajos, corchillos, mochetas y lechunas. Camaristas de la reina.

Cero de perros.

Cero de zepas.

(36) Y los angelitas se quedan tan flacuchas, tan descoloridas, tan débiles, tan tristes, que con pocos meses, tino y abuelos ni saben qué hacer con ellas, ni advienen cuál sea su enfermedad. Regularmente suponen que serán lombrices, y los atraen de atropo mineral, colematones de Ribarro, cantalinas, alcas, acordillo y yerba canguen; pero si la brujona de la bruja se los chapas de noche, quién hallará medicina tan eficaz que hasta á curarlos? Yo lo lo diré, lector amoroso; bien que me parece que ya llegamos tarde. Los padres de San Bernardo habían discurrido una oración ambidextra, que los buena era para el chapamiento de brujas, como para los lombrices. Llévesela la portería de obispos antiguos, y madres devotas, y hermanas epistolitas y epigramas; hágala un religioso de robusta estructura, coja populeas, ariz albas, curvín taurina, además barrotes, y le acompañe un hermano molinero con el agua bendita y el libro. Señalaba el padre á aquellas afligidas mujeres, no quitaba ojo á las hermanas, y repitiendo la oración, las bendiciones, la oración y el suplicio de canijo en canijo, las dejaba como nuevas, y se volvía andando á su celda. Yo bien lo sé, así así en la oración; pero si no hay padres que la administrasen, lo mismo sirve la oración que las copias de Calixto... No obstante, así como así, mañana vendrán los novicios, y por consiguiente volverán á chupar las brujas y á confesar los felices. La oración es esta, sin quitar ni poner.

«Vade retro Satana, nequam unde mihi veni.

«Sicut male que libas, ipse veniens libas.

«Crux sancta sit mihi lux, non draco sit mihi dux.»

«Christus vincit, Christus regnat, Christus ab omni malo te defendat. Maledicti et excommunicati demones: in virtute literarum sanctorum Dei nominum, Moyses, Elimelech, Simeon, Salomon, Agnes, Ischyros, Athanasios, Israhel, Adami et Tutragrammaton vos excommunicamus et separamus á creatura loci Parnasi de Jaramillo, et ab omni loco et domo ubi fuerit homo sanctus et signa Dei: et principium vobis, utque ligamus vos, ut non habeatis potestatem per postum, nec per aliquem quodcumque maledictum, necque sit neque in anima, neque in corpore. Ite, ite, ite, maledicti in stagnum ignis, citi ad locum vobis á Deo signatus. Imperat vobis Deus Pater, Imperat vobis Deus Filius, Imperat vobis Deus Spiritus Sanctus, Imperat vobis Sanctissimus Trinitas unus Deus. Amen. Oremus. Accipite, quatenus, Dominus Deus vester benedictionem tuam creatura loci, que corpore subter et mente, congruente tibi exhibet caritatem, utque non propitius benedicti semper inveniat. Amen. Potestas Dei Patris, Septuaginta Dei Fili, et virtus Spiritus Sancti liberet et omni te, creatum Dei, ab infestis lumbis et omni. Amen. In nomine Domini Amen Amen Amen.

«...y chupen la sangre; y con alfileres y agujas les pican los codos y el  
to alto de la cabeza, y por el ombligo y otras partes y miembros de un  
cuerpo; y por allí les van chupando la sangre, diciéndoles el demonio:  
chupé y tragáos, que de buena parte desecaréis; de la cual mueren los  
niños, ó quedan enfermos por mucho tiempo; y otras veces los matan  
luego, apretándolos con las manos y mordéndolos por la garganta hasta  
que los ahoga. Y á las mujeres les meten cruelmente con unos espines  
ó miembros retorcidos, sin que ellos se puedan quejar ni despertar los  
que están en casa, porque el demonio los tiene encaninados; y refieren  
gran número de personas que han muerto y mucho que tuvieron graves  
enfermedades, y muy gran cantidad de niños que han chupado y  
ahogado, declarando sus nombres y los de sus padres, y al tiempo en  
que cometieron estas maldades.

Y el dicho Sigüenza de Goybara, entre muchas personas, hombres, mu-  
jeres y criaturas que confiesan haber muerto en la dicha forma, dice  
que chupó por el codo y por la cabeza, hasta que le mató, un niño  
suyo, hijo de su hermano; y la dicha María de Iñarra, que por los dichos

« vos, ascarileis, ut converte in aquam recedatis à cor-  
« pore isto, in honorem Dei et devotionem SS. Benedicti,  
« et Bernardi, atque Antonii de Padua, qui orant pro no-  
« bis. Amen. Per signum sancte Crucis, quo signo te effi-  
« claris sanus ab omni infirmitate, et venies isti procul  
« sint, moriantur, et exeat à corpore tuo: ut in Domino  
« gaudentes dicamus; dum appropriant super te nocentes,  
« ipsi infirmi sunt, et ceciderunt. Amen.»

Ya se conoce á tiro de ballesta que la liturgia de es-  
tas proces ni es tan antigua como Salustio y Livio, ni en  
conciencia se le puede atribuir á Melchor Cano; pero de  
cualquier modo hasta y sobre para los diablos, que no la  
gustan mucho mejor; y si no, véase la interminable nota 33  
en la página 626, y la elegancia con que respondieron en  
latín al vicario de Cangas. Y ahora me ocurre (y ahora lo  
quiero decir para que no se me olvide) que las brujas, ma-  
jeres ignorantísimas y gente laga, acostumbran ellas á  
hacer sus conjuros en castellano claro y corriente, y el  
diablo, que es poligloto, las entiende perfectamente, las  
responde en la misma lengua, y hace cuanto le mandan.  
Pero como quiera que nada debe afirmarse sin prueba al  
caso, ahí va la horrenda invocación de Celestina, que  
puede servir como de contrapeso al *Oramus* de las lon-  
guices, que con tanta gracia declamaban aquellos bendi-  
tos monjes cistercienses, de feliz memoria. Dice así la  
pícarra vieja:

« Conjurote, triste Pluton, señor de la profundidad in-  
« fernal, emperador de la corte dañada, capitán soberbio  
« de los condenados ángeles, señor de los sulfúreos fue-  
« gos que los hirvientes étnicos montes manan, goberna-  
« dor y veedor de los tormentos y atormentadores de las  
« pecadoras ánimas, regidor de las tres furias Testifone,  
« Megera y Aleto, administrador de todas las cosas negras  
« del reino de Stige y Dite, con todas sus lagunas y son-  
« bras infernales y litigioso caos, mantenedor de las vo-  
« lantes harpías, con toda la otra compañía de espanta-  
« bles y pavorosas hidras. Yo Celestina, tu mas conocida  
« clientela, te conjuro: por la virtud y fuerza de estas her-  
« mejas letras, por la sangre de aquella nocturna ave con  
« que están escritas, por la gravedad de aquestos nom-  
« bres y signos que en este papel se contienen, por la ás-  
« pera ponzoña de las víboras de que este aceite fué he-  
« cho, con el cual unto este hilado, veagas sin tardanza á  
« obedecer mi voluntad. Y en ello te envuelvas y con ello  
« estés, sin un momento te partir, hasta que Melibeia, con  
« aparejada oportunidad que haya lo compre, y con ello  
« de tal manera quede enredada, que cuanto mas lo mi-  
« rare, mas su corazón se ablande á conceder mi petición.  
« Y se le abras y lastimes del crudo y fuerte amor de Ca-  
« listo, tanto, que despedida toda honestidad, se descu-  
« bra á mí, y me galardone mis pasos y mensaje. Y esto  
« hecho, pide y demanda de mí á tu voluntad. Si no  
« lo haces con presto movimiento, ternásme por capital  
« enemiga; heriré con luz tus cárceles tristes y oscuras;  
« acusaré cruelmente tus continuas mentiras; apremiaré  
« con mis ásperas palabras tu horrible nombre. Y otra, y  
« otra vez te conjuro.» (Acto III.)

a cruda. Y sobre una mesa que tienden en el campo con unos manecillos y negros, los parientes mas cercanos le van repartiendo entre todos los demás brujos, y se le comen crudo, crudo y cocinando el demonio el corazón, y sus criados la parte que les; y a los sapos vestidos les dan tambien su parte, que la comen y gruñendo entre todos. Y afirman que aunque mas podridas y andas estén las carnes, les saben mejor que carnero, capones y ganso, y mucho mas que todo la carne de los brujos; y que la de los brujos es mejor y mas sabrosa que la de las mujeres. Y que en la misma forma devientran y comen otras muchas personas que no brujos, y mueren de sus enfermedades; y los huesos los recogen merdan para otra noche. Y la dicha Gracianna de Barrenecheos dice que por ser ella la mas preeminente de todos los brujos ruins aquelarre, le pertenecía toda la carne, pan y vino que sobraba en dichos banquetes; y los recogia y llevaba a su casa, y en ella lo daba en un arca grande que tenía, porque su marido y una de sus hijas y el yerno (que no eran brujos) no lo viesen; y cuando no estaban nos sacaban la dicha carne, y la comaban y comian ella y dos de sus hijas (que eran brujas), y los dichos Miguel y Joanes de Goyburi y otros de dichos brujos, que eran sus parientes. Y aunque la carne estaba hedionda, con todo eso les sabia muy bien y la comaban con mucho gusto. Y reberen mucho numero de personas, hombres y mujeres, niños y niñas, que comieron en la dicha forma, y las personas que los llevaron molieron, y los descuartizaron y repartieron; declarando los padres han comido a sus hijos; los hijos a sus padres. Y el dicho Joanes Goyburi refiere que tambien las noches que no eran de aquelarre se le juntar ciertas personas de los dichos brujos (que declaró) en su casa, y de ella iban a desenterrar algunos muchachos que se habían muerto, y llevándolos a su casa hacian banquetes, comiéndolos vivos. Y entre otros refiere que desenterraron y comieron su propio hermano en los dichos banquetes el pan y vino de su casa, que después el gasto repartian entre todos, y lo pagaban a oscuro.

La primera vez que después vuelven al aquelarre ochan á cocer los huesos del difunto que comieron antes, y con ellos las hojas, ramas y es de una yerba que en vasconco llaman *delarrena*, que tiene virtud de ablandar los huesos; y los pone como si fueran nabos cocidos; y parte de ellos comen, y otra el demonio y brujos mas ancianos la han en unos morteros, y los espremen con unos paños delgados, y a de los dichos huesos una agua clara y amarilla que el demonio revuelve una redoma, y el cinco que queda de los huesos y los sesos de difuntos los recogen los criados del demonio, y los guardan para hervirlos y ponzoñas. Y de la dicha agua amarilla da el demonio una daga a cada uno de los brujos mas privados, que tiene reservadas que con ella mayores maldades. Y es tan grande la ponzoña y fuerza que lleva mucha agua, que tocando con ella cualquiera persona en cual-

quier parte de su cuerpo, con mucha brevedad, muere sin que haya remedio humano para ello. Y la dicha Maria de Iñarte refiere que con ella mató cuatro personas; y que habiendo una vez hecho la dicha agua ponzoñosa, el demonio la persuadió á que bebiese un trago, pero que ella no la quiso beber, porque si la bebiere sabia que se había de morir luego; y el demonio le dijo que bebiese como el beba. Y que ella vio que aunque el demonio bebió de la dicha agua no por ello se murió, pero con todo eso no quiso ella beber, aunque mas el demonio se lo rogaba. Y la dicha Maria de Zozaya declara que para se vengar de un hombre, habiendo poco á poco un hueso, le tocaron con una parte de la dicha agua al tiempo que se estaba comiendo, y de haberlo comido padeció grandes trabajos y tormentos hasta que murió.

Y por dar fin á tantas y tan grandes y repugnantes maldades con la burla de la casa, entre otras cosas que refiere la dicha Maria de Zozaya, declara que habiendo en la villa de Renteria un clérigo cazador, muchas veces cuando iba á casa, le decía: *cachor compadre*, *mate muchos liebres para que nos dé lobreros á todos*. Y luego se iba á casa, y bebiéndose unido con el agua hedionda que se usaba para el aquelarre, caminaba hacia la parte donde iba el dicho clérigo, y el demonio le ponía en figura de liebre; y arrojándole contra ella los galgos, corría por los campos haziéndoles muchas burlas y reveltas hacia todas partes, con que el clérigo (89) y las demás personas que con él iban andaban desatendidos corriendo tras los perros, porque siempre revolvía hacia donde andaban los cazadores, con que con mayores veces y fuerza la perseguían, y no cesaba de haceros burlas hasta que los galgos y cazadores de cansados la dejaban; con que burlados (90) y sin otra ninguna se volvían á sus casas. Y tras haber oído tantas y tan grandes maldades en dos días enteros que duró el Auto, después de gran ruido de la noche nos fuimos todos diligentes á las monesteras.

(89) Buena idea es atribuir á los brujos la hjerena de las liebres, lo panicorto de los galgos y la poca maña del clérigo montañés de Renteria.

(90) Pues por estas burlas y las que se han referido, condenó la santa inquisición de Logroño á cincuenta y tres personas, á cinco estatutos y á cinco esquilas. Y por estas burlas hubo prision, tormento, samborito, cruzes, sogas, veas verdes, burro, sacos, mulas, crucifixación de brazos, destierro, cárcel perpetua, afrenta pública, pena capital, garrote y hazaña; y eso que perdonó ó alivió el castigo á diez y ocho, porque fueron buenos confitentes. Todo acompañado y embellecido con las procesiones, las cruces, los vestidos nuevos de los familiares, los sermones, el estrépito de los cantores y ministriles, y la satisfacción y el contento del licenciado Frías, del licenciado Valle de Alvarado y del doctor Becerra y Hulgún.

(88) Aquí vienen como de perlas cuatro versos del buen MORATIS:

Bem poderas, oh sol! de vista destes  
Teus raios apartar aquelle dia;  
Como de seta nessa da Thyestes,  
Quando os filhos, por mau de Alreu, comia.



# INDICE.

|                                           | Página. |
|-------------------------------------------|---------|
| INDIA . . . . .                           | V       |
| DON NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN. . . . . | VI      |
| DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN. . . . . | IX      |

## DE DON NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

### SUeltas.

#### ANACRÓSTICAS.

|                                                            |   |
|------------------------------------------------------------|---|
| A mi libro. . . . .                                        | 1 |
| A mi Musa. . . . .                                         | 1 |
| Motivo de escribir mi obra. . . . .                        | 1 |
| Aventura. . . . .                                          | 1 |
| Los dos Niños. . . . .                                     | 2 |
| El Nido de Amor. . . . .                                   | 2 |
| El Su-ño. . . . .                                          | 2 |
| La Barquerilla. . . . .                                    | 3 |
| Epitaphia despreciada. . . . .                             | 3 |
| El Arroyo. . . . .                                         | 3 |
| Jugu inutil. . . . .                                       | 3 |
| Canto á Dorcas. . . . .                                    | 3 |
| A Dorcas. . . . .                                          | 3 |
| Amor aldeano. . . . .                                      | 4 |
| A <del>un</del> <del>amigo</del> . . . . .                 | 4 |
| A Dorcas exhortandola al estudio de la poesía. . . . .     | 4 |
| El Premio del canto. . . . .                               | 4 |
| Grato recuerdo. . . . .                                    | 5 |
| <del>El</del> <del>amante</del> <del>feliz</del> . . . . . | 5 |
| Amante feliz. . . . .                                      | 5 |
| El Vino dulce. . . . .                                     | 5 |
| La Vida política. . . . .                                  | 5 |
| Todas merecen. . . . .                                     | 5 |
| Gozamos hoy. . . . .                                       | 5 |
| Todos son tuos. . . . .                                    | 5 |
| hombres. . . . .                                           | 5 |

|                                                                                    |   |
|------------------------------------------------------------------------------------|---|
| I. <del>El</del> <del>sobre las riquezas</del> . . . . .                           | 5 |
| El pobreza. . . . .                                                                | 5 |
| Hambre é Inapetencia. . . . .                                                      | 5 |
| El babil y el Rico. . . . .                                                        | 5 |
| La Mujer humilde. . . . .                                                          | 5 |
| F. La Fama postuma. . . . .                                                        | 7 |
| A don Agustín de Montiano y Luyando. . . . .                                       | 7 |
| II. A los dias del coronel don José Ledebauer. . . . .                             | 7 |
| III. Un elogio de las niñas premiadas por la sociedad económica de Madrid. . . . . | 7 |
| IV. Los Lectores. . . . .                                                          | 8 |

#### ROMANCES.

|                                          |   |
|------------------------------------------|---|
| amor y honor. . . . .                    | 8 |
| apuesta de una sujeción. . . . .         | 8 |
| deleznar y Galana. . . . .               | 8 |
| en Sancho en Zamora. . . . .             | 8 |
| apuesta de Micer Jaques Berghon. . . . . | 8 |

#### QUINTILLAS.

|                             |    |
|-----------------------------|----|
| de toros en Madrid. . . . . | 10 |
|-----------------------------|----|

#### EPÍGRAMAS.

|                                           |    |
|-------------------------------------------|----|
| Filosa de vela. . . . .                   | 11 |
| Corrección oportuna. . . . .              | 11 |
| Laudable templanza. . . . .               | 11 |
| Saber sin estudiar. . . . .               | 11 |
| Reflexión nueva. . . . .                  | 11 |
| Un Letrao calio. . . . .                  | 11 |
| P. Gran teatro. . . . .                   | 11 |
| Dorcas enojada. . . . .                   | 11 |
| De un vizcaino. . . . .                   | 11 |
| A una dama. . . . .                       | 11 |
| En la tumba de un sargento mayor. . . . . | 11 |

|                                                                               | Página. |
|-------------------------------------------------------------------------------|---------|
| I. <del>El</del> <del>destinada</del> <del>al</del> <del>caso</del> . . . . . | 12      |
| II. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .                    | 12      |
| III. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .                   | 12      |
| IV. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .                    | 12      |
| V. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .                     | 12      |
| VI. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .                    | 12      |
| VII. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .                   | 12      |
| VIII. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .                  | 12      |
| IX. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .                    | 12      |
| X. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .                     | 12      |
| XI. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .                    | 12      |
| XII. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .                   | 12      |
| XIII. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .                  | 12      |
| XIV. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .                   | 12      |
| XV. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .                    | 12      |
| XVI. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .                   | 12      |
| XVII. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .                  | 12      |
| XVIII. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .                 | 12      |
| XIX. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .                   | 12      |
| XX. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .                    | 12      |
| XXI. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .                   | 12      |
| XXII. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .                  | 12      |
| XXIII. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .                 | 12      |
| XXIV. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .                  | 12      |
| XXV. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .                   | 12      |
| XXVI. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .                  | 12      |

|                         |    |
|-------------------------|----|
| I. A un amigo. . . . .  | 17 |
| II. A un amigo. . . . . | 18 |

#### COMEDIAS.

|                                                            |    |
|------------------------------------------------------------|----|
| I. Seductoría al. . . . .                                  | 19 |
| II. A las bodas de. . . . .                                | 19 |
| III. Al conde de. . . . .                                  | 19 |
| IV. A don Ignacio. . . . .                                 | 19 |
| V. Al infante don. . . . .                                 | 19 |
| VI. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . . | 19 |

|                              |    |
|------------------------------|----|
| A Volasco y Comedia. . . . . | 19 |
|------------------------------|----|

#### TRAGEDIAS.

|                                                                                                                      |    |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| I. A la muerte de la seviciada autora de la María Luisa, conchidquese de Amario, hijo del seviciado dego de. . . . . | 20 |
| II. A la muerte de la reina madre de la Isabel Farnasio. . . . .                                                     | 20 |
| III. A los niños premiados por la sociedad económica en 1790. . . . .                                                | 20 |

#### SAUTRAS.

|                                   |    |
|-----------------------------------|----|
| I. . . . .                        | 21 |
| II. . . . .                       | 21 |
| III. . . . .                      | 21 |
| IV. (Amoroso de Beretel). . . . . | 21 |

#### COMEDIAS.

|                                                              |    |
|--------------------------------------------------------------|----|
| I. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .    | 22 |
| II. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .   | 22 |
| III. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .  | 22 |
| IV. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .   | 22 |
| V. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .    | 22 |
| VI. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .   | 22 |
| VII. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .  | 22 |
| VIII. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . . | 22 |
| IX. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .   | 22 |
| X. <del>El</del> <del>de</del> <del>María</del> . . . . .    | 22 |

|                        |    |
|------------------------|----|
| Los. . . . .           | 22 |
| El como autor. . . . . | 22 |

#### POEMA HERÓICO.

|                  |    |
|------------------|----|
| La Cruz. . . . . | 23 |
|------------------|----|

#### COMEDIA.

|                       |    |
|-----------------------|----|
| La Pedregosa. . . . . | 23 |
|-----------------------|----|



Y Miguel de Goyburu refiere que algunas veces en el año, él y las brujas mas ancianas hacian al demonio una ofrenda que le era muy agradable, y para ello lizan de noche á las Iglesias, y llevaban consigo cada uno una cestilla que tenia asa, y desenterraban los cuerpos de los difuntos que ya estaban gastados, y de ellos sacaban los huesos de los menudillos de los pies, las ternillas de las narices (48), y todos aquellos huesecillos que hay alrededor, y los sesos hediondos (que aunque se van consumiendo con la tierra, tardan mucho en se acabar de gastar), y estas partes de los cuerpos de los difuntos (que son para el demonio bocados muy sabrosos) las recogian en las cestillas, y volvian á cubrir las sepulturas con la tierra, llevando consigo luz para ver á hacerlo, que declaran es muy oscura, sin decir de qué sea. Y Joanes de Echalar refiere que cuando los brujos van solos sin el demonio á hacer las dichas cosas, la luz que llevan es una hacha hecha del brazo de un niño que haya muerto sin ser bautizado, todo entero, y le encienden por la parte que están los dedos, y da luz como si fuera de una hacha. Y que es de tal condicion que los brujos ven con ella, y los que no lo son no pueden ver los brujos; y habiendo recogido los dichos huesos en sus cestillas, las meten colgándolas por el asa del brazo izquierdo, se van al aquelarre, y puestos en presencia del demonio formando una higa con la mano del brazo izquierdo, donde llevan pendiente la cesta, y llevándole tendido, hacen una reverencia hasta hincar en el suelo la rodilla izquierda; y habiéndose levantado andan un poco y hacen otra semejante reverencia, y acercándose mas hacen otra tercera, y quedándose de rodillas tendido el brazo con la higa formada, dicen: *tome, señor, esto que le ofresco.* Y el demonio muestra con ello mucho contento, y tiende la mano, y toma la cesta y la vacia en un esporton grande como de esparto, que está junto á él, y que aquella higa llevan formada para mayor infamia, y hacer mayor burla y mofa de los cristianos, cuyos son aquellos huesos; y que el demonio los come con unos dientes que tiene muy grandes y tan blancos como los suelen tener los negros, y los come fementido, chascando como puerco. Y preguntado para qué come el demonio aquellos huesos, dijo: que entendia que para los incitar y obligar á que también ellos los comiesen. Y que les daba de ellos, y aunque estaban muy duros, los comian muy bien, porque el demonio les daba gracia y fuerza para los poder masticar y comer; y que cuando el demonio comia aquellos sesos hediondos, daba á entender que le sabian mas bien, y con esto los obligaba á que también los comiesen, y á que le rogasen les diese de ellos; y aunque eran tan asquerosos, los comian por darle contento al demonio, que mostraba recibirlo.

Muchas veces en el año, siempre que los frutos y panes comienzan á florecer, hacen polvos y ponzoñas, y para esto el demonio aparta á los que ha dado podery dignidad (49) de hacer ponzoñas, y les dice el día en que las han de hacer, y les reparte los campos para que en cuadrillas vayan á buscar los subandijos y cosas de que se han de hacer las dichas ponzoñas; y el día siguiente salen por la mañana (llevando consigo azadas y costales), y luego el demonio y sus criados se les aparecen, y los van acompañando á los campos y partes mas lóbregas y cavernosas, y buscan y sacan gran cantidad de sapos y culebras, lagartijas y lagartijas, timazos, caracoles y pedos de lobo (que son unas bolillas redondas que nacen por los campos á manera de turmas de tierra, que apretándolas echan de sí un humo de mucha cantidad de polvos pardos); y habiéndolos juntado en sus costales, los traen á sus casas (50); y unas veces en el aquelarre y otras veces en ellas (en compañía del demonio) forjan y hacen sus ponzoñas, echando primero sobre todo su bendicion el demonio, y como están á desollar los sapos, mordiéndolos con sus bocas por las cabezas y apretando con los dientes cortan el pellejo, del cual van tirando hasta que lo arrancan al redopelo, y le entregan al demonio, estando los sapos sacudiéndose con el dolor y dándoles golpes por los ho-

brujas que la solicitaban, solo con enseñarles la cruz del rosario. Confieso de mí que no acabo de entender á esta gente.

(48) ¿Quién era todo mi bien y descanso sino tu madre? ¡Oh, qué graciosa! ¡Oh, qué desenvuelta, limpia y varonil! Tan sin pena ni temor se andaba á media noche de cementerio en cementerio buscando aparejos para nuestro oficio, como de día; ni dejaba cristianos, ni moros, ni judios cuyos enterramientos no visitaba; de día los acechaba, de noche los desenterraba... ¡Pues mañana no tenía, con todas las otras gracias! Una cosa te diré para que veas qué madre perdiste, aunque era para callar; pero contigo todo pasa. Siete dientes quitó á un ahorcado con unas tenacicas de pelar cejas, mientras yo le descalcé los zapatos. (*Celestina, acto vii.*)

(49) Me confirmo de nuevo en que el demonio es boticario, y de muchísima habilidad; que nadie le iguala en el conocimiento de plantas y yerbas, á cedarlo que está en Libano, usque ad hyssopum que egreditur de pariete, y que no hay farmacoquia que él no tenga en la uña, hasta la Edimburgense, con las adiciones novisimas.

(50) Pues dígame, lector suave, que la brujería no es vida descansada. ¿No ves cómo el maldito de Dios les hace trabajar, y qué malas noches les da, y qué rechinante música, y cómo los asolea, y qué asquerosas cenizas les guisa, y qué torpemente los engaña? Yo creí que esto de ser

ricos; y después los descuartizan, y todas las demás maldades, metiéndolas en una olla con huesos y sesos de difuntos que sacan de las iglesias, y con el agua verde y hedionda que tienen junta de la que han sacado de los sapos vestidos, y todo lo cocen hasta lo cocerlos en polvos; reservando cierta parte con que mezclan mayor cantidad de la dicha agua y hacen ungüentos ponzoñosos, que todos se los reparte el demonio, llevando cada uno á su casa la parte que le cabe.

De estos polvos y ponzoñas usan para destruir los frutos, meter á hacer mal á las personas ó á sus ganados. Y los que mas se aviesgan en hacer mayores maldades son los mas privados y estimados del demonio, con que animosamente las acometen.

Estando los panes ó frutos en flor, juntan todos los brujos en aquelarre, van en compañía del demonio mudados en figuras de gatos, perros, puercos y otros diferentes animales, hasta las herederas y paros donde pretenden destruir los frutos (llevando el dicho Miguel de Goyburu la caldera del demonio, que es de cuero, donde se le recoge gran parte de los dichos polvos para el dicho efecto); y comenzando primero el demonio con la mano izquierda van derramando polvos en los aires, revolviendo siempre sobre la mano izquierda, y diciendo con su voz ronca y gorda: *polvos, polvos, pírdense todo; pírdense la mies, según que quiere que se haga el daño. Y todos los brujos y brujas claman van derramándolos y diciendo: pírdase todo; pírdase la mies, y salvo sea lo mio; mas no por eso son sus herederas de muy condicion que las demás. Y que por la mayor parte derraman los dichos polvos cuando corre un aire que en vascuence llaman apaga, que los intérpretes declaran quiere decir bochorno. Y que con los dichos polvos muy notable el daño que se sigue (51) en los frutos, porque cuando los derraman sobre los castaños, los crizos se parán muellos y callosos; y no tienen castañas sino cáscaras, ó una sola castaña, habiendo de llevar tres cada uno. Y cuando los derraman sobre los manzanos, la flor se trochita, enferma y seca, que no llega á formarse el fruto. Y cuando los echan sobre los trigos (que es al tiempo que están espigados, mas que comiencen á granar) las espigas se quedan vueltas sin que lleguen á granar sino muy poco, y los granos imperfectos; y el poco pan que echan es mal sazonado y enfermizo; y las habas se llenan de pulgon. Los que pierden sus frutos huelgan mucho de hacer estos daños por el castigo que dan al demonio, y por el que los brujos reciben con los males que hacen á sus próximos.*

A las personas hacen mal (52), metiéndolas á hacer dolores con graves enfermedades por induccion del demonio, ó por venganzas enemistadas. Y cuando han recibido algun daño ó agravio de algun persona, llevan al aquelarre de los dichos polvos ó ungüentos, y dicen

brujo era otra cosa. ¡Y hay quien quiera serlo! Ta ha lo que te parezca; pero yo te aseguro, á fe de hombre de bien, que primero me pondría á escritor periódico, que obligarme á buscar por esos campos limasus, caracoles, lagartijas, sapos y culebras, y después tener que salir á mal humor del amo y sus lozanías.... ¡Yo, que soy de tierra de Toledo!... Y darle dinero encima y besarle en el culo y... Vaya, no es para mí esto.

(51) Y aun ahora sucede lo mismo con el tal bochorno, y eso que la receta de los polvos ya no parece, ni se desenvuelan sapos, ni se descuartizan, ni se rebogan, ni se hacen ungüentos en la oficina de Zugarramundi.

(52) Ya se ve que las hacen mal. ¿Quién ignora lo que le sucedió á nuestro rey y señor (que está en el cielo), el señor Carlos II, de feliz memoria? Yo espero que alguno de mis lectores se estará en ayunas de aquella historia lamentable; pero por si acaso hay uno solo que la ignore, á este uno solo se la voy á contar.

Sabrás pues, ¡oh lector inerudito y torpe! que año de los años de 1696, ó poco mas acá, se empezó á difundir la voz de que el rey estaba hechizado, y tanto se dijo y se repitió, que el mismo crédulo monarca llegó á creerlo. Habia por entonces en un convento de dominicos de la villa de Cangas tres monjas endemoniadas, y el padre vicario, como era de su obligacion, las conjuraba muy menudo para sacarlas los demonios. El padre Fructuoso, confesor de S. M., instó al dicho vicario á fin de que apretase á los diablos de aquellas madres á que declarasen bajo juramento, cuanto se deseaba saber acerca de los hechizos del soberano. El vicario, poniendo las manos una de las energúmenas sobre una ara, y exorciéndolas, mojàndola de pies á cabeza con agua bendita, logró que el demonio le respondiese que efectivamente el rey estaba hechizado; que se le dió el maleficio en habilita quida á los catorce años de su edad. «et hoc, ad destruendam materiam generationis in rege. et ad concapacem ponendum ad regnum administrandum.»

Era el padre vicario infatigable preguntador, y

os de los apes, y dan sus quejas al demonio arrojándole las  
coja, y repugna que pretendan hacer, y pidiéndole (para  
somos á para sus hijos) mal de morir, é la enfermedad que  
se venga, según el apéto de su venganza, y el demonio se  
f luego se va en su compañía, y otras veces lleva consigo al-

a carga de allí á pocos días, tuvo con el demo-  
ago siguiente :

VICARIO.

¿ se le dió el hechizo al rey?

DEMONIO.

solate.

VICARIO.

¿ se había confectionado?

DEMONIO.

miembros de un hombre muerto.

VICARIO.

DEMONIO.

esos de la cabeza para quitarle la salud, y de los  
ura corromperle el semen é impedirle la gene-

VICARIO.

ignal fuera, é señal exterior que se pueda que-

DEMONIO.

el Dios que te crió á tí y á mí.

VICARIO.

¿ como fué, macho ó hembra?

DEMONIO.

¿ juzgada.

VICARIO.

¿ fin?

DEMONIO.

reinar.

VICARIO.

¿ tiempo fué?

DEMONIO.

po de don Juan de Austria, á quien encaron de  
con los mismos hechizos, pero mas fuertes.

preguntar el diablo en otra ocasión (porque ya  
me el padre vicario no le dejaba sosegar), re-  
se al rey le habían dado hechizos en dos veces,  
do de su madre Mariana de Austria. Que la que  
primero se llamaba Casilda, fué casada y tuvo

Cuando se los mandaron hacer (so los hijos,  
hechizos) ya era viuda. La misma hechicera fué  
hizo, sin otro algun cómplice mas que Lucifer.

da buscó el cadáver de un ajusticiado en la mi-  
a. La segunda toma de demonios que le dió  
la dispuso « una hechicera famosa, que vivía en  
Mayor, era casada, tenía hijos y se llamaba Ma-  
ronse á buscar por Madrid Maria y Casilda;  
as que hicieron no hallaron la que buscaban; y  
o el bueno del rey, que no era lardo, eligió por  
á abogado y protector á san Simon, patriarca de  
gran santo y pariente suyo, á quien particular-  
argo que le sacara con bien de tan enrevesado

• Rocaberti, inquisidor general, y el padre con-  
sejados del vicario de Cangas, se iban todos  
palacio luego que amanecía, y apenas desper-  
le hacían desayunar con un gran cuenco de  
dito; poniéndole en cueros, como su madre le  
dregándole primero muy bien la cabeza con el  
ite, le ungían después lo restante del cuerpo  
aleta, sin dejar parte al resquicio que no ban-  
dieran, y á mayor abundamiento le propina-  
ando en cuando una buena purga, en que ade-  
s diluentes y laxantes que son de estilo, había  
rendido, pedacillos de *Agnus Dei*, buensos de  
oliverizados y tierra del Santo Sepulcro. Buhnos  
a pueras con una devoción ejemplar; y lo que

gones brujas de las más anejas en la sala, y las va atormentando con vi-  
cuerros que tiene en la frente, que aunque tres dos en el colodillo, que  
aquel es el que da luz, y las abre los puertos y guía hasta las caba-  
dando entre durmiendo, y las orba en burlotas y sueño que no pueden  
despertar, y luego la bruja que pidió venganza abre la boca á la persona

es bien admirable, á pesar de todas estas diligencias, aun  
no se había muerto.

Entre tanto el diablo de Cangas, á quien el vicario se-  
guía preguntando de cada vez mas, llegó á decirle, que no  
se cansara en repetir conjuros, porque no respondería á  
derochas á nada que le preguntasen, si no se lo demanda-  
ban en la capilla de Nuestra Señora de Atocha de Madrid,  
y esto « á fin de que se resistiese la devoción á aquella  
santa imagen, que estaba muy resfriada en los siglos ». Acerca  
de lo cual tengo que hacer dos advertencias. Es la primera:  
que aquel demonio era un demonio de bira y muy devoto,  
y con algunas amagos y valedumbres de cristiano viejo;  
y es la segunda: que los tres monjes emba-  
biados, y el padre vicario y el padre confesor de S. M.,  
y el señor inquisidor general, todos eran dominicos. *Vea-  
des orfere, Mr. Juan.*

Cansado pues el señor Rocaberti de las reticencias y  
dilatorias del diablo, determinó morirse, y le hizo cuan-  
lo pensó: el vicario de Cangas se fatigó de preguntar, y  
el padre Freddán, viendo que si el conde de sosie ban-  
dito, si los conjuros, si el parentesco de sus flunas, si  
las unciones, si la purga servían de nada, llegó así á des-  
esperar de la empresa. Cuando vino que un día se presenta  
muy oficioso en la cámara del rey el excelentísimo señor  
embajador de Alemania con unos pliegos en que venía una  
información, hecha por el obispo de Viena, de lo que ha-  
bían declarado los demandados por boca de unos enorgulle-  
mos en la iglesia de Santa Sofía de aquella ciudad, y todo  
lo remitía el emperador Leopoldo I á Carlos II para su  
consuelo é instruccion. La declaración de los testigos  
decía: que al rey le habían maléfico una mujer llamada  
Isabel, que vivía en la calle de Silva, y que los instru-  
mentos del maléfico estaban en cierta plaza de palacio,  
y debajo del umbral de la puerta de la casa en que vivía  
la picaron de la tal Isabel. El rey envió estos papeles á la  
quisición, y á pocas diligencias se hallaron debajo de  
tierra en los sitios indicados algunos trastes de endiabler,  
y envolverios y muñecos que inspeccionados por los pa-  
riles, los parecieron cosa mala, y lo quemaron todo. Vino  
de Alemania á toda prisa, llamado, y regado, y pagado á  
peaso de oro, un fraile capuchino, el mas furibundo ene-  
rgeta de cuantos florecían entonces. Maravillado se con-  
taron de él: no había demonio que resistiera á la efica-  
cia de sus conjuros, y tan poderosamente los atacaba y  
afligía, que al fin soltaban la criatura, y se marchaban  
murmurando á los inferiores por no saberlo. Puso este he-  
rito fraile, que se llamaba fray Dionisio Tenda, emprendió  
la cura del rey; y para proceder con el acierto necesario  
en tan delicadas materias le pareció convenientísimo inter-  
rogar á unos endemoniados, que moraban en aquella casa  
por Madrid haciendo viajes. Pilió un día entre por-  
tas, y conplaciente á lo mas habilitado, hizo que el diablo  
le respondiese á cuanto le quiso preguntar; y la conver-  
sacion que pasó entre los dos fué la siguiente, sin mudar  
letra.

FRAY DIONISIO.

¿Quién maléfico al rey?

DIABLO.

Una mujer bella.

FRAY DIONISIO.

¿En la reina?

DIABLO.

Si.

FRAY DIONISIO.

¿Quién le hizo el maléfico á la reina?

DIABLO.

Don Juan Pantoja.

Los que se hacen brujos antes que lleguen á edad de discrecion no reniegan, sino tan solamente los presentan al demonio, uniéndolos y llevándoseles al aquéllar, porque no quiere que renieguen hasta que lleguen á edad de discrecion, en que puedan discernir y entender cómo mediante el reniego se apartan de Dios y de la fe de los cristianos, y reciben por su dios y señor al demonio. Y es caso notable y de gran maravilla el suceso que dió principio á descubrirse estas maldades y seta de brujos en el lugar de Zugarramurdi, segun que se refirió en la sentencia de Maria de Yurreteguia, y es que una bruja (cuyo nombre no se declaró, mas de que era de nacion francesa y se habla criado en Zugarramurdi), habiendo vuelto á Francia con su padre, una mujer francesa (17) la persuadió á que fuese con ella á un campo donde se holgaria mucho, industriándole en lo demás que habia de hacer, y dándole noticia de cómo habia de renegar, y habiéndola convencido la llevó al aquéllar, y puesta de rodillas en presencia del demonio y de otros muchos brujos que la tenian rodeada, renegó de Dios, y no se pudo acabar con ella que reuégase de la Virgen Santa Maria (18) su Madre, aunque renegó de las demás cosas, y recibió por su dios y señor al demonio, por lo cual todos los brujos la tomaron sobre ojos, y la persiguieron temiendo que los habia de descubrir por no haberse querido allanar á renegar de nuestra Señora. De lo cual resultó que en año y medio que fué bruja (aunque hizo todas las cosas que hacian todos los demás brujos) siempre andaba con recelo de parecerle que no podia ser dios aquel demonio á quien adoraban, y le daba algun desao de dejar aquella vida, y llegado el tiempo de la cuaresma, en que se habia de confesar, se determinó de no confesar aquellos pecados que cometa como bruja, por la vergüenza que de ello tenia, y porque todos los brujos la maltrataban y traian amenazada, diciendo que la habian de matar si los descubria; y habiéndose confesado, al tiempo que fué á recibir el santísimo Sacramento, como no vió la forma consagrada que el sacerdote le dio, comenzó á estar muy confusa y pensar que por haberse hecho bruja y haberse apartado de la santa fe, no la merecia ver, y considerando también cómo, por mas diligencias que hacia cuando oia misa, no podia ver la hostia que el sacerdote alzaba (como la via antes que fuese bruja, sino que en su lugar via una como nube negra que llevaba el sacerdote entre las manos), comenzó á estar mucho mas confusa. Porque es cosa

dias dice muy serio un personaje: « Yo he oido decir que el gallo, trompeta de la mañana, hace despertar al dios del día con la alta y aguda voz de su garganta sonora, y que á este anuncio todo extraño espíritu errante por la tierra ó el mar, el fuego ó el aire, huye á su centro. » Y otro interlocutor le responde, no menos grave y ponderativo: « Algunos dicen que cuando se acerca el tiempo en que se celebra el nacimiento de nuestro Redentor, este pájaro matutino canta toda la noche, y que entonces ningun espíritu se atreve á salir de sus moradas; las noches son saludables, ningun planeta influye siniestramente, ningun maleficio produce efecto, ni las hechiceras tienen poder para sus encantos. »

Sea de esto lo que fuere. Lo cierto es que luego que amanece no hay brujo, ni anima en pena, ni fastasma, ni demonio que se atreve á presentar en público. Nadie ha visto hasta ahora en la Puerta del Sol de Madrid, en Zocodover de Toledo, en la Rambla de Barcelona, en la plaza de San Antonio de Cadiz, en el Zacatin de Granada, ni en el Espolon de Burgos, que á las once y media de la mañana se haya aparecido vision, ni endriago, ni monstruo infernal, ni pastelero difunto rodeado de gatos y perros, con cadencia y olor de azufre, y ¡ay de mí! pidiendo pesetas á los circunstantes para que le digan misas. Y todo esto, ¿ á quién se debe? Al gallo. ¡ Bendito él sea, que de tantas incomodidades y socalinas y malos partos nos ahorra!

(17) *Illucina intra muros peccatur, et extra.*

(18) Renegar de Dios malo es; pero de la Virgen Santísima, ¿ adónde vamos á parar! Esta es doctrina fraileasca, lector cándido, y perdona que te llame de tío; porque al fin, si no lo has por enojo, también yo he sido fraile, y no he perdido la costumbre del tuteo. ¿ No te acuerdas de haber visto pasar en las procesiones de Semana Santa las imágenes de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, y merecer apenas una inclinación de cabeza? ¿ seguir después la de su Madre, y no hallar el vulgo, particularmente el devoto, femenino, ignorante sexo, genuflexiones ni actos de reverencia que fuesen bastantes para manifestar su adoracion á tanto numen? Pues mira, lector amabilísimo, esta era teología de frailes (no de todos, pero de la mayor parte de ellos), y si no la mas acomodada al espíritu de la religion, la mas conforme á la estabilidad de sus refectorios.

asentada y confesada por todos los brujos, que desde el punto que la comienzan á ser, dejan luego de ver el santísimo Sacramento del dios. Fué siempre por ello recibiendo mucho dolor y pena, y siempre un mas congoja, pensaba en el mal que habia hecho en se apartar de la fe de los cristianos, y tanto le aprató este pensamiento y congoja, que cayó enferma y lo estuvo siete semanas, hasta llegar á punto de morir, y propuso de se confesar luego que pudiese ir á otro lugar que estubo de allí media legua, donde estaba un sacerdote, hombre docto. Y habiéndolo cumplido, el sacerdote la dió muchas y buenas cosas; la consoló y animó, mandándole que muy de ordinario nombrase el nombre de Jesus, y dilató el darla la absolucion hasta que tuvo orden por ello del obispo de Bayona; y se confirmó mucho en su santo propósito, porque luego que se confesó y propuso salir de aquella mala vida, comenzó á ver la hostia consagrada como la via antes que se hiciera bruja.

Libre ya la dicha moza de aquella maldita vida, nunca mas los brujos la persiguieron; y sucedió que volviendo al lugar de Zugarramurdi, donde se habia criado, dijo como allí habia aquéllar y junta de brujos, y que ella habia ido á él dos ó tres veces, y vióto como esta bruja cuntas personas, y entre ellas la dicha Maria de Yurreteguia; y habiendo oido esto á noticia de Esteban de Navalecora, su marido, el y sus amigos le pidieron sobre ello recuesta, y ella con grandes voces y angustia afirmaba que no era bruja, y que era gran maldad y falso testimonio que le levantaba la dicha francesa, y con grandes clamores pedia al mundo venganza contra ella, por lo cual se determinaron en volver á habitar á la dicha francesa y asegurarse mas de lo que ella decía, la contraponió que la pudiesen en presencia de ella y la convencerse y hacerle confesar la verdad y como era bruja, y habiéndola llevado á su casa, puesta en su presencia, la dijo muchas razones y cosas que habian pasado en el aquéllar, y la dicha Maria de Yurreteguia se defendió jurando y afirmando lo contrario, y tanto le supo decir la francesa, que todos se persuadieron á creer que era verdad, y apretaban á la dicha Maria de Yurreteguia á que confesase, y viéndose atajada y congojada, le sobrevino un sudor y grande congoja, y cayó sentada con un desmayo, y daba á entender que en la garganta tenia un grande impedimento que la estorbaba para que no pudiese decir la verdad. Y habiendo vuelto así con un gran suspiro que dió, echó por la boca un aliento de muy mal olor, y luego confesó como era verdad todo lo que la francesa decía, y que ella habia sido bruja desde muy niña por hechizos de una talia, su tia y hermana de su madre (que tambien les sacó el alma reconciliada), y dijo y confesó muchas cosas que habia hecho como bruja, por lo cual la llevaron al vicario de Zugarramurdi para que la confesase. Y habiéndola confesado le dió por consejo que pudiese perdon á sus vecinos de los males que les habia hecho, y publicamente confesó como era bruja, y les pidió perdon. Y confesado que luego comenzó á ver la hostia consagrada en las misas que oia, y que aun hasta entonces la habia visto, porque comenzó á ser bruja desde muy pequeña.

Sintiendo el demonio los grandes daños que de esta confesion le habian de resultar, consultó con sus brujos el grande sentimiento que tenia porque aquella se habia salido de su bandera, y luego comenzó á la perseguir y á ir de noche á su casa para la sacar y la llevar al aquéllar, poniéndola miedos y amenazas si no iba. Y en una noche de aquéllar, estando el demonio y todos sus brujos con él, les dijo el grande sentimiento que tenia, y que era menester que fuesen todos á sacar su casa á la dicha Maria de Yurreteguia para la llevar al aquéllar. Poniéndolos á todos en distintas figuras de perros, gatos, puerros y otras, y á Gracián de Barrenechea (que era reina del aquéllar) en figura de yegua, se fueron á la casa de Maria de Yurreteguia, que era de su suegro, y habiendo entrado en la buerta de rila (dejando dentro brujos mozos en la dicha buerta), el demonio se apartó con los brujos mas ancianos, y volviendo á consultar el modo que habia de sacar por sacalla de su casa y llevar al aquéllar, entraron en la casa por las puertas y por las ventanas, abriéndoseles el demonio; y hallaron que la dicha Maria de Yurreteguia estaba en la cocina de la casa rodeada de mucha gente que aquella noche habia convocado para que la recogiesen y guardasen, por el miedo que tenían todos los de la casa de los males que las noches antes la habian hecho, y porque ella les dijo que aquella era noche de aquéllar y iban á la maltratar. Y el demonio y Miguel de Goyburu, rey del aquéllar, y otros brujos, se pusieron detrás de un escano, y por cima del sacaban las cabezas (19) para mirar dónde estaba y qué hacia la dicha Maria de Yurreteguia, y para la sacar haciéndole señas que fuese con ellos. Y Maria Chiquita, su maestra y la otra hermana suya, se pusieron en lo alto del humero, y desde allí llamaban con la mano, haciéndola señas para que se quisiese ir con ellos, y la amenazaban poniendo el dedo en la frente, jurándole que se la habia de pagar si no se iba con ellos; y ella se defendía con voces y señalando dónde estaban los brujos; mas los que estaban allí no los podian ver, porque el demonio los habia encantado y echado unas sombras para que no los pudiesen ver sino la dicha Maria de Yurreteguia, la cual á veces decía: « ¡dejadme, traidores, no me pongais mas, que harto he ya seguido al diablo. » Y viendo lo mucho que la apretaban para que se fuese con ellos, quitándose un rostro que tenia al cuello, levantó la cruz del en alto diciendo: « ¡dejadme, demonio, que no quiero servir mas al demonio; á esta quiero y esta me ha de defender; » y santigándose y nombrando el nombre de Jesus (20)

(19) De suerte que el pobre demonio, si no sacaba la cabeza por encima del escano, no veia gota.

(20) Y es cosa probada. Véase la relacion de *Ludovic Enio* en la comedia de *El purgatorio de san Patricio*.

Yo no sé por qué no habiamos de ver alguna vez esta comedia en los teatros de la corte, en donde á cada

[illegible][illegible][illegible]

Y a-t-il des personnes qui ne sont pas intéressées par la culture ? Il y en a certainement, mais il y a aussi beaucoup de personnes qui ne sont pas intéressées par la culture, mais qui le deviennent quand elles voient que la culture peut leur apporter beaucoup de bien-être. C'est pourquoi, il est important de leur montrer que la culture n'est pas seulement une affaire de goût, mais aussi une affaire de santé. C'est pourquoi, il est important de leur montrer que la culture n'est pas seulement une affaire de goût, mais aussi une affaire de santé.

escritas: *La peregrina de amor*, *La bella preta*, *Marta la Remoladora*, *El Doctor universal*, *El no Sabe*, *El Actor de ropas*, *La Ciudad de*, *El Libro de Madrid* y *Pedro Vagante*, con largos episodios, y el Cristo que habla y dice: «¡ay, ay, ay! guardad vuestras almas, guardad vuestras almas, guardad vuestras almas».

Estos son muy comunes en los lugares; pero ya no son  
gasas ni el demonio los autores de tales lechomías;  
clases de gentes. El tío, aunque arranca las lechu-  
as de Herodes, y le rompe la tripa del aceite, el hijo  
de quema las colmenas de Anton Chumbutas; y  
con y Cambruca hacen astillas en una noche la  
columna de las el Hongo, le quitan las camisas de  
un y le colman de sechito en el peluquín; pero esto  
no es con agua bendita ni exorcismos. Pide jus-  
ta, y a la vez, a la vez, a la vez, a la vez.

Por lo desmentido, que el que no se confesaba tenía estado de conciencia, que esperaba misericordia misericordia (¿cómo trabajaba?). No pudo inventarse nada, sustituyendo culpa donde no la hubiera. El negro que había acreditado a él de compasivo o de divo, o del casto, o del que no sabía, y quemando lo que quería confesar. Al malvado y al débil se les muerden los dedos para evitar el rigor de la ley, pero ante el virtuoso, el que estimaba en más que la carne no se le entorpeciera, permanecía en las llamas. Escuché desde asomado para un viejo: "¿Se yo? fuera frías como un pan de azúcar, pero a los viejos no les gusta."

[illegible]

Estos capos vestidos son demonios 21 en figura de apus, que no comen pan ni asisten a los brujos para los ritos y acudir a que como siempre mayores mal lades, están vestidos de paños de terno negro de diferentes colores, ajustado al cuerpo como se acostumbra, que se cubre por la cabeza y la barba, y el cuerpo cubren con un manto de paño, y nunca se les tocan, y cuando se les toca se enojan mucho, y los capos tienen la cabeza levanta, y la cara se ve como del hueso, talito y figura que a tener el que es amor del agua, clare y se desfrancan semejables 22 y otros dicen: Hanlo de sustento y les dan de comer y beber, pan, vino y de las demás cosas que les dan para sustento, y los comen desde los niños y se mueren a los diez años, y se dan, se lo piden de traido a los niños, como por los de la casa, y se comen como 23 y muchas y diversas veces hablan y se mueren como 24 que comen, y se demueven los bones o bones, y en la comida se comen pan.

los dos en cueros vivos, los dos chorreando ungüento verde y fetido, y pastoreando sapos por los campos de Barahona en una noche lluviosa de diciembre, cantando uno y otro al son del tamborino sus celos, sus esperanzas, sus dulces amores con las brujas de Angón, de Jiqueque, de Jiqueque y de la Relbollosa. Metálanse oportunamente en sus amebios, discretos encuentros del gran calor que los preside; les hanta cenar terrillas de ahogado, lagartijas y pedos de lobo; y como ya es costumbre remeterada que todas las eglógas se concluyan al anochecer, la música por no parecerse a ninguna se acababa al cantar del gallo, y el *gauraurant* me servía como despedida.

26. Ya me lo daba a mi el corazón.

(25) La triste bruja que hubiese de vestir a tanto sa-  
pato de paño y terciopelo, y traerlos a todos ellos de cen-  
tes y ascaños, como es regular, se vería muy apurada;  
pero el prudente demonio removió este obstáculo, dis-  
poniendo que los vestidos (por un continuado milagro) ni  
se les empuerquen, ni se les rompan. Con su camisola  
de percal, su chaqueta, su pantaloncito, sus medias bot-  
as y su gorro a cada uno, los tiene ya equipados para  
toda la vida. Es el gasto, pero al fin se hace de una vez; y  
en verdad que no nos sucede lo mismo a nosotros, los  
que no somos sapos, que a cada paso tenemos que llevar  
dinero a la tienda de Castillo para sustituir calzones y re-  
novar levitas.

Que el vestido del niño...

For quaternary and tertiary.

(27) Esto no me gusta. Tanto apetito y tanto regodeo, y que se les ha de dar una comida tan espléndida, y que a cada paso se han de estar quejando de que no les trata tan bien! ¡Vaya, que son melindrosos y de mal contento los tales sapitos, que no he visto tal en mi vida! Pues pese a su alma, no ven que el gran pontífice del aquearato, que vale más que ellos y toda su generación, se contenta con una pepitoria de sesos y tabas de muerto, y ellos, ridículo vulgo de diablos, han de exigir de la postilente bruja que los cuida mangares mas delicados y exquisitos? Es imposible que la pobre mujer no se vea en la para

nen en regalarlos, y los castiga y reprende gravemente cuando se han descuidado en regalarlos y darles de comer. Y Beltrana Fargue refiere que daba el pecho á su sapo, y que algunas veces dando el suelo se alargaba y extendía hasta buscar y tomarla el pecho, y otras veces en figura de muchacho se la ponía en los brazos para que ella se le diese. Y los sapos tienen cuidado de despertar á sus amos, y avisarles cuando es tiempo de ir al aquelarre; y el demonio se los da como por ángeles de guarda, para que los sirvan y acompañen, animen y soliciten á cometer todo género de maldades, y saquen dellos el agua con que se untan para ir al aquelarre, y á destruir los campos y frutos, y á matar y á hacer mal á las personas y ganados, y para hacer los polvos y ponzoñas con que hacen los dichos daños.

Esta agua la sacan en esta manera: después que han dado de comer al sapo, con unas varillas le azotan, y él se va enconando é hinchando, y el demonio, que se halla presente, les va diciendo: «¡dadle mas, y les dice que cesen cuando le han dado cuanto es menester, y luego le aprietan con el pié contra el suelo, ó con las manos, y después el sapo se va acomodando, levantándose sobre las manos ó sobre los piés, y vomita por la boca ó por las partes traseras una agua verdinegra muy hedionda en una barrera que para ello le ponen, la cual recogen y guardan en una olla. Y siempre que han de ir á los aquelarres (que son tres días de todas las semanas, lunes, miércoles y viernes, después de las nueve de la noche) se untan con la dicha agua la cara, manos, pechos, partes vergonzosas y plantas de los piés, diciendo: «señor, en tu nombre me unto; de aquí adelante yo he de ser una misma cosa contigo, yo he de ser demonio, y no quiero tener nada con Dios.» Y María de Zozya añade que decía ciertas palabras en vascurque, que quiere decir *aquí y allí*. Y su sapo védado (que está presente cuando se untan, y tiene cuidado de los avisar cuando es hora para que vayan) los va guiando y saca de las casas por las puertas ó ventanas, ó resquicios de las puertas, ó por otros agujeros muy pequeños que el demonio les abre para que puedan salir, aunque los brujos piensan y les parece que se hacen muy pequeños. Y así María de Yurreteguia se quejaba y decía á María Chipla, su tía, que para qué la achicaba y ponía tan chiquilla, y le respondía que qué se le daba á ella por eso, pues después la alargaba y volvía á poner en su estatura. Y lo mas ordinario, se van por el aire (28),

mantenerlos, porque precisamente la brujería es el camino derecho de la infelicidad y la mendigüez.

Trabajo es que las artes que parecen mas lucrativas hayan de ser las que mas pronto dejen en cueros á los cuidados que las profesan! Ello es que no ha habido jamás nigromante, ni brujo, ni adivino, ni hechicero, por mas intimidad que haya tenido con el demonio, que no haya muerto miserable. Yo conocí a un italiano que se llamaba Giuglio Cesare Merendoní, el cual sabia hacer oro purísimo con estaño y ocre, y régulo de antimonio, y bismuto, y nitrato, y sulfureto, acetite y cenizas graviladas, en fin, él alla se entendia, y sacaba oro tal y tan bueno como el mas estimado del Brasil, y en su vida tuvo calzones. La mitad del año le mantenía el rey en la cárcel, á petición de su casero, y cuando salía de ella comía bodrio en la portería de los Capuchinos, y dormía de balde, *sub Jove frigido*, entre los cajones de la Plaza. En un desván, ó sea carbonera, pareció en medio de mi guardilla, vive actualmente D. Bernardino de Quiroga Pazencos Lopez de Almazán, hombre de sesenta años, hidalgo, viudo, enjuto, pobrisimo, que no cena jamás, y habla por los codos, con una chiquilla de doce años, raquítica y jorobada, que habla mas que él. Tiene la gracia este buen hombre de hacer gábulas y combinaciones y laberintos de números, y adivina puntualmente los que han de salir en la lotería. Pues no hay mañana que no me embista pidiéndome cuartos, á fin de que la corcobadilla no se le muera de hambre, y á él le suceda lo mismo antes de verificarse la próxima estracción: término perentorio para el cual cita y emplaza constantemente á sus acreedores innumerables.

(28) ¡Y cómo que se van por el aire! Ahí está vivo y sano el tío Mentirola, vecino de los Huecos, hombre honradísimo y al cual no se le conoce otra falta sino la de cargar la mano en el vino mas de lo que á varon prudente corresponde, que me ha referido muchas veces, *tacto pectore*, como yendo en una ocasion desde Pezuela de las Torres al Nuevo Bastan le anocheció por aquellos páramos, y soñoliento y sudando, porque habia comido muy bien en la posada de Loranca y bebidos un zaque, determinó esperarse á que saliera el sol, y esperarle durmiendo. Hizo almohada de las alforjas, en que llevaba unas cuantas libras de azafrán; durmió, roncó, y á des-

llevando á su lado izquierdo sus sapos vestidos, aunque otros van por su pié, y los sapos van delante saltando, y muy en breve llegó al aquelarre, donde está el demonio con horrendo y muy espantosa figura. Y Graciana de Barrenechea, reina del aquelarre (29), dice que es de un gravísimo y malísimo olor. Y puestas de rodillas en su promesa, le adoran en la dicha forma y besan en las dichas partes; y luego se mezclan en sus bailes, danzas y corcos; y á los que dejan de sentir á los aquelarres (aunque sea por precisa ocupacion ó por grave calamidad) los azotan y castigan grave y cruelmente la primera vez que después vuelven al aquelarre, ó lo hacen yendo á sus casas para ello en las propias noches que dejaron de ir. Y á Joana de Telesches castaña (y ella declara) que la azotaron y maltrataron grandemente la noche de San Juan del año próximo pasado, sin mas ocasion de que habiendo sido elegido su marido por rey de los mores (á manera de aquella tumba para se bolgar y festejar la fiesta de San Juan en compañía de su rey, que también eligien, de los cristianos, como era reina, tuvo ocasion legitima para no ir aquella noche al aquelarre, y por esto le azotaron tan cruelmente, de manera que tuvo que fingir y dar á entender estaba con mal de corazón, para que su marido no viese á la fuerza y saber los malos tratamientos que le habian hecho (estando con él acostado en la cama), todo lo cual hicieron aquella misma noche, y que el dicho su marido lo pudiese sentir, porque primero le echó sueno para que no pudiese despertar (30); y en todo el día estuvo tan mala, que fué necesario publicar (para encubrir la causa de los castigos) que se habia enfermado de corazón. Y refieren otras grandes cosas que se han hecho á muchas (31) personas brujas por no acudir en mucha puntualidad á los aquelarres y juntas.

Después que los brujos salen de sus juntas ó aquelarres, no es de hablar ni poner en plática las cosas que pasan en ellas, aunque estas pasan en sus casas ó en partes muy secretas, por el gran miedo y respeto que tienen al demonio, que después por ello los manda hacer muy cruelmente. Y Joanes de Echalar, brujo reconciliado, confiesa (comendando con otros muchos que lo declararon del) que era verdugo en el aquelarre, y que estaba por su cargo azotar á los muchachos que pedían las cosas que pasaban en él, y descubrían que eran brujos, y á todos los demás que el demonio le mandaba, y los azotaba con unas maza de mimbres retorcidos, ó con unos espinos muy ásperos, que se les metían por la carne y salía sangre, y que lo mas ordinario el demonio sacaba luego (de su oficina y botica que tiene de ungüentos, aguas y pívos) (32) un boteclito de barro colorado, en que tenía un ungüento con que luego que untaba á los azotados se les mitigaba el dolor, y se le quitaban los cardenales; aunque otras veces se iban con ellos, y llevaban en sus carnes medidas las puntas de los espinos, y que él mismo veces vió á los azotados que al sol con unos alfileres se les estaban curando. Y María Juanto refiere, que habiendo muchos niños dormido en la villa de Vera, donde vivian, como tres noches cada semana le llevaban al aquelarre las maestras que los habian hecho brujos, por ello en el aquelarre los castigaron y azotaron cruelmente. Y visto los padres sus malos tratamientos, y que los niños se consumían y moraban con los dolores, acudieron al vicario de la Iglesia para que les diese remedio, y se determinaron á se los llevar á dormir á su casa, en una sala grande de ella pusieron sus camas á mas de cuarenta sillas, donde también dormía el dicho vicario. Y antes de se acostar, por el manual de la Iglesia le bendecía y conjuraba echándole agua bendita, por lo cual no los podían sacar de casa. Y que aquellos niños por orden del demonio hacían sus juntas muy cerca de la casa del dicho

hora de la noche le despertó un estruendo repentino de voces é instrumentos músicos que sonaba en el aire. Estregóse los ojos, se incorporó como pudo, y alzando la vista distinguió una multitud de sombras, á manera de cuerpos humanos, que arracimados y en cuadrilla iban corriendo por la media region. Oyó voces de hombres, y risotas y chillidos de mujeres, y sonar guitarrillos y panderos; y entre aquella confusion diabólica llegó á percibir este cantar, que traslado fielmente de su boca á mi pluma:

Cuatro somos de Arganda,  
Tres de Pozuelo,  
Y la Capitania  
Del Lugar nuevo.

Si el tal Mentirola hubiese florecido en tiempo del doctor Holguin, su declaracion ( que ahora no sirve de medida de Dios la cosa) hubiera producido media docena de quemaditos mas.

(29) Proserpina del Orco de Zugarramundi.

(30) Esto de tener modorra es achaque demaciado antiguo y habitual en muchos maridos; adolecen de ella, y no hay medicina que los cure.

(31) No acabo yo de entender esto de los castigos; porque si en pronunciando el nombre de Jesus toda aquella infernal caterva huye á puto el postre, ¿cómo es que los tontos que se dejan aporrear y azotar sabiendo que están en su boca su remedio?

(32) Se ve que el demonio es aficionadísimo á la farmacia. Gran boticario!



adoracion al demonio, y todos se confiesan con él, y se acusan por pecados de las veces que han entrado en la iglesia, misas que han oído, y de todo lo demás que han hecho como cristianos, y de los males que pudiendo han dejado de hacer. Y el demonio los reprende gravemente por ello, y les dice que no han de hacer cosa ninguna de cristianos. Y entre tanto los criados del demonio (que son otros demonios del mismo tallo

vida y costumbres de los brujos, y las notas que llevaba escritas; les propuse mis dificultades acerca del pasaje presente, y resultó, con diferencia de pocas palabras mas ó menos, el dialogo que voy á copiar.

DON TOMAS.

Eso es abominable. No lo imprima usted.

DON JUAN.

Imprímalo usted, que precisamente es lo mejor de toda la obra.

EDITOR.

Con que, ¿lo he de imprimir, ó lo he de quemar? Con-vengámonos.

DON PABLO.

Imprímase enhorabuena el testo antiguo, y las notas con él; pero al llegar á eso de la misa, y lo que se dice mas allá, salto, y puntos suspensivos; y ate usted el hilo en donde mejor le parezca.

EDITOR.

Los consultores son tres, y otras tantas son las opiniones; no cabe mayor discordia en tan corto número de vocales. ¿Con que usted, señor don Pablo, quiere que se omita algo del testo original y....

DON JUAN.

No, señor, eso no.

DON TOMAS.

De ninguna manera. O imprimirlo como está, ó dejarlo.

DON PABLO.

Pero ¿qué inconveniente puede haber en suprimir lo que mas choque y escandalice?

DON JUAN.

Muy grande; y si no, dígame usted: ¿se propone el señor, por ventura, hacer un panegirico de la inquisicion, ó dar una idea de lo que fué, de lo que hizo, de los absurdos que creyó, que promovió, que divulgó; de lo perjudicial que fué su existencia á la ilustracion y á la moral pública? En una palabra, ¿la defiende, ó la acrimina?

EDITOR.

Ni uno ni otro. Quiero únicamente retratarla, ó por mejor decir, presentar el original mismo, para que no se diga que el artifice la favoreció ni la ofendió en la copia. Por esto he creído que valia mas que muchas disertaciones la reimpression de una obra que ella misma dictó, y por eso me inclino á conservarla entera, si mas poderosas razones no me convencen.

DON JUAN.

Figúrense ustedes que alguna de las juntillas, que andan por esos montes acabando de aniquilar á la infeliz España, consultase á un inquisidor acerca de lo que se debía hacer con el tal aquelarre. Si el inquisidor tenia un adarme de juicio, diria que este papel debe ocultarse por el honor del tribunal, y hacer pedazos y reducir á cenizas cuantos ejemplares se hallen de él. Y si la juntilla insistiera todavia en que le queria publicar, el inquisidor haria lo posible para que se omitieran los pasajes mas repugnantes y absurdos; entre los cuales no serian los últimos el de la misa y la gresca obscena que hemos acabado de leer. Pues estos dos partidos que el inquisidor propondria son los mismos que ustedes han sugerido al señor, el cual ha dicho que no trata de acriminar á la inquisicion, pero ha dicho también que no pretende defenderla. Y ¿qué otro medio puede el gir, para evitar ambos extremos, sino el de publicar el aquelarre como esta, como ella le hizo?

DON TOMAS.

Todo eso va muy bien discurrido; y no pretendo yo que haga el señor lo que el inquisidor haria, porque el caso es muy diferente. Voy por asentado que para evitar toda acusacion de parcialidad y de encono, el medio mejor es el de conservar el testo en toda su integridad. Pero, vamos claros: ¿qué lector cristiano y religioso no ha de estre-

y figura que el del aquelarre, aunque mas (36) pequeñas, y de estatura son sola á siete, y cuando son monasterio se aparecen alli muchachos (cantidad) ponen un altar con un paño negro, viejo, feo y desmantelado; y en él unas imágenes de figuras del demonio; caliz, hostia, vel y vinajeras, y unas vestiduras como las que usan en la iglesia por la misa; mas de que son negras, feas y sucias, y el demonio se viste, ap- dándole sus criados, y le ofician su misa cantando con unas voces bajas, roncadas y desentonadas, y él la canta por un libro como misal, que tiene de piedra, y les predica un sermón, en que les dice que no son van- gloriosos en pretender otro dios sino á él, que los ha de salvar y llevar al paraíso; y aunque en esta vida pasarán trabajos y necesidad, sin- dará mucho descanso en la otra; que hagan á los cristianos todo como mal pudieren. Y luego prosigue su misa, y lo hacen ofertorio, comunión para ello en una silla negra que alli ponen; y la bruja mas antigua, preeminente (reina del aquelarre) se pone á su lado con un portapié la mano, en que está pintada la figura del demonio, y en la otra una vaciilla como las que usan en las iglesias con que piden pan para los santos, con una cadena como de oro al cuello, que en uno de los dichos eslabones tiene esmaltada la figura del demonio, y todos los brujos, comenzando por sus antigüedades y preeminencias, van á ofrecer cada uno por sí, haciendo tres reverencias al demonio con el pie izquierdo hasta llegar á bincar las rodillas en el suelo, y luego besan la figura del demonio en el portapié, y echan en la (37) vaciilla el dinero que traen para ofrecer, y unos ofrecen un sos, que es media tarde, y otros un entero, y los mas ricos y poderosos ofrecen una franca, que son tres reales, y cuando los echan en la vaciilla dicen: *esto por el honor del santo y honra de la fiesta*; y las mujeres también ofrecen tortas de pan, huevos y otras cosas, que lo reciben los criados (38) del demonio, y luego

mecerse al ver la escandalosa profanacion que resulta de la misa grotesca que dice el diablo?

DON JUAN.

A la inquisicion de Logroño con esa pregunta. El b creyó, lo castigó, lo leyó en la plaza de una ciudad principal de España, delante de muchos rullares de pergamino, lo imprimió para que lo leyesen los que no lo oyeron. El debe responder, el señor no. Su oficio es copiar.

DON PABLO.

Y tanta obscenidad como sigue después ¿qué dia honestos han de sufrirla? El señor sabe muy bien que no es licito desnudar á Venus, ni aun para azolarla.

EDITOR.

Si, cuando es Venus la que van á desnudar; pero como se presenta el vicio con accidentes tan poco halagados, ¿á quién le parece á usted que puede ser dañoso? ¿Quia ha de ballar complacencia ni peligro en semejante lectu- ra, sino alguna de aquellas almas groseras y enteramente corrompidas, á cuya depravacion nada hay que ayude? Lo mismo digo acerca de la ridicula misa del diablo. ¿Qué per- juicio ha de resultar de la descripcion disparatada que se hace de ella? Ni ¿qué hombre piadoso y católico, como deteste la feroz ignorancia de nuestros abuelos, no sepa venerando, como es justo, el misterio mas sublime de la religion, el mas digno sacrificio que han ofrecido los mor- tales á la Divinidad? Si le ofende la ineptísima imitacion que se hace de él en el aquelarre de Zugarramundi, le b que hizo el Tasso en el último poema épico que ha visto Europa... Pero, y á todo esto, ¿en qué quedamos?

DON TOMAS.

En que... en que lo imprima usted como está.

DON JUAN.

Se supone; sin mudar una sílaba.

EDITOR.

Y usted ¿qué dice?

DON PABLO.

¿Qué he de decir, si me dejan solo? Que haga usted lo que quiera.

EDITOR.

Pues, amigos, asunto concluido. Haré lo que me p- rezca: ¿es verdad?

DON JUAN.

Si por cierto, y será lo mejor.

(36) Son diablos sacristanes y monaguillos, que en oc- tiendo se ordenarán á la diableria, serán predicadores sa- batinos, confesarán á las brujas, cenarán y triscarán con ellas, y lo pasarán muy ricamente.

(37) Por qué tanto el demonio misacantano se ha de ser también aficionado á la limosnita!

¡Maldito dinero, amén!

(38) Y se lo comerán regularmente, y harán lo que el abad de lo que canta yanta.

zuchitas para él, y le besan la mano izquierda y los pechos. Le sacan los dedos trigos que hacen el oficio de candarinas le tapan para que le besen en las partes vergonzosas, y revolotea el demonio sobre la mano izquierda, le alizan la cola y desmenuan partes que son muy raras y hediondas, y al mismo tiempo que le topan el otro trazo previenen que les dan una ventosidad de terrible olor, lo cual por la mayor parte hace siempre que le espanten las partes. Y hecha la ofrenda prosigue un maza y alamaña el como un fuerza de sacra de zapato, en que está pintada la demonio, diciendo: *esté en mi cuerpo*, y todos los trigos pueñan los le acotan dándole golpes en los pechos, diciendo *Aguante Aguantate*, que quiere decir: *Agubre arriba, Agubre arriba* y hacen cuando alin el altar, que es como de madera, no se ve a la hostia y hebo lo que hay en el altar, y después se ponen otros alre dedor, y los va sacando dándole a cada uno un trazo en el pie, está pintada la figura del demonio, que es muy feo de trazo, y luego les dan un trazo de una hebida que es muy en tragando los le suftima mal en los rano.

[illegible]

Y surge el demonio, a alarde de sus muchas dihas habilidades, acomodándose que se dejan de tal modo, los brujos se mezan a los otros, hombres con mujeres, los hombres con hombres, y los hombres con grandísima parte de la casa, y el demonio nos apuñala a todos se han de juntar en forma de casamiento, dando el ejemplo, *se para tú, y la casa fuera para mí, y en aquellos topismos me dan en el aquilarte, y fuera de mí, con topismos y nefandias, y en sus peñas casan, y en los campos, y en otros parajes, se echó en las aguas el demonio en espantos ligeros... y a os muy del demonio, del verbo ya a las ramas, y María de Zúñiga, a se casadas las mujeres se toman en su cama, y se abrazan, traída, y meñada en la misma forma que si fuera su marido, y mas diferentes que si fuera hombre, mas de que siempre, se de veruno, entre las otras frías, que aunque mas hacia no se casaban. Y estas mismas maldades hacen y ejecutan en los que siempre que van al aquilarte, y después muchas veces sepan de haber con los fingidos que están hablando, llevando dentro otros otros semejantes, o saliendo a pasar ante el demonio los artefactos, y los bandulos en ubiertos con sus me, me muestra que ante ellos van a la gente, no pueden ser vista, parte que tiene en señalada para ser junta y meñada en su, frescamente a unidos en los otros, y con el demonio de*

**Buen provecho !**

### Estranho modo de desayunarse!

que es decir, brujas y diablos con sus puntas y co-  
calabazeta.

o lo creo. Para estos menesteres las hijas son  
oposito que las madres.

Publ. June '91

El cabron ha sido personaje muy respetable en la  
ad, y muy estimado de las mujeres por sus bellas

En el pueblo de Dios fue necesario prohibir eso-  
te que las damas tratasen con demasiada fami-  
liaridad y otras bestias; de las cuales ya no hacen  
que hoy tenemos por mas antojadizas y pecado-  
sin unum pecore non coibis, nec maculaberis cum  
non succumbet jumento, nec miscebitur ei,  
cluesit. Qui cum jumento et pecore coierit, morte-  
rit: pecus quoque occidite. Mulier que succubue-  
rit jumento, simul interficietur cum eo: sanguis  
sit super eos.

re Martín del Río, jesuita doctísimo, nos refiere  
rijas llaman al cabron *Martínico*; que las favo-  
particulares muestras de amor, y que, a agrade-  
particularidad que encuentra en ellas, las sirve mu-  
es de cabalgadura. Dice también que todos los  
en imágenes, y aconseja en caridad que se les de  
Cata gravísimas autoridades en apoyo de la opi-  
que su tíoayo Lutero fue hijo de un cabron y de  
r, y asegura que otra panto en el año de 1582  
u, cuyo padre había sido el demonio disfrazado  
u. Si yo tuviera dinero (que no lo tengo) reimpri-  
bras del padre Martín del Río y otras de su cla-  
confusion de los incredulos y regocijo universal.  
ora, que viene a cuento, preguntase que diga fue-

Y en sus casas de día ni de noche no los veían menos aunque durmiera en una misma cama, porque de noche el demonio se había ido a los maridos y a las mujeres, que nunca llegaba, de manera que no podían despertar, y en el lugar que desocupó el cuerpo, quedaban al aquilarse, se pone un demonio de su mismo tal y figura, que está allí representando su persona a ésta que vive, y cuando vienen los dueños las cosas que han sucedido mientras han estado ausentes. Y la dicha María / Anja refiere que habiendo ido una noche al aquilarse, una vez se levantó a su puerta para pedir un pan prestado, y el demonio respondió por ella que no le tenían, y cuando volvió del aquilarse se lo dijo. Y le tenían there que otra noche fueron a buscar a su casa para comprar unos huevos, y también el demonio respondió por ella por la ventana, diciendo que no los tenía. Y cuando llegó a un los dueños del aquilarse, le respondió que bien se los podían dar, que allí estaban en la cantinera. Y que siempre que había de ir al aquilarse de día, corrían muy bien sus puertas por dentro, y el demonio se las abría por la ventana, quedando otro demonio en casa, que respondía por ella. Y como trabajaba por cima de todo el lugar, y vería a conocer a todos los que le pasaba ella por las malas artes del demonio, una bien segura de que no la vieran; y cuando volvía, el demonio le daba cuenta de todas las personas que la habían buscado.

En la noche de San Juan, después de acabada su misa y las oraciones a dichas maldades, va el demonio con todos los brujos a la iglesia abriendo las puertas se queda el fuera, y los brujos hacen en el interior ofensas y ultrajes a la santa Cruz y a las imágenes de los santos.

camente mi sentir acerca de este personaje, del cual todavía no tenemos noticias bien seguras, después de tanto como se ha dicho en las leyendas aureas de los santos, y en los autos sacramentales de Calderón.

Confieso de buena fe que el maldito no lleva traza de morirse jamás, y que podemos contar con él hasta la consumación de los siglos, *et ultra*; pero nadie me quitará de la cabeza que a este demonio le sucede, ni mas ni menos, lo que a Titon, esposo de la Aurora, que aunque era inmortal, no se podía tener de viejo. Pues, como digo, yo tengo para mí que padece vejez, y esta síltilito y lleno de lacras; porque solo hallandose derrengado y fuera de concierto pudiera olvidarse el pirarón de las moñas antiguas. ¿Qué intrépido, qué lozano, qué de buen apetito en los otros y barrancas de Zugarramurdi! y tan modestico ahora y tan para poco, que nadie reliere de el empresas amorosas: ni se sabe que haya dado ningún nuevo chiquillo a criar, ni se dice que se huelgue con el mujer alguna, ni bruja, ni hechicera, ni judía, ni mora, ni buena cristiana. En los pasados siglos era el coco de los maridos y los padres, pudiéndosele aplicar lo que dijo de Witiza un moderno escritor, mas feliz en prosa que en verso:

Tudo lo manca, todo lo atropella.  
 Su perdona caza la ni doncella

¿Quién sería capaz de contar la historia de sus galanteos, si la lista de don Juan Tenorio es una abreviatura miserable de las que el guarda todavía en sus pape-eras? ¿Nadie sabría reducir a número los hijos que ha tenido en altas princesas, matronas honestísimas, afligidos viudas, pudibundas vírgenes, religiosas encerradas y penitentes? Yo soy un pobre hombre, que logre como de broma el grado de bachiller; muriese mi tío, que era capellán de Reyes Nuevos; deje los estudios, tome el habito, y nunca puede pasar de fraile de misa de once, y con todo y con eso, y supuesta mi escasa lectura, he compuesto una obra que si se imprimiera, no haría de tres tomos en folio, y se intitula: *Plutarco infernal. Vidas y hechos de algunos famosos hyos del diablo, desde que empecé a ser padre hasta que lo ha dejado de ser.*

Y en efecto: de tal manera lo ha dejado (y no por voluntad, que en él no cabe), que apenas le queda el amorgo, consuelo de contar a sus nietecillos, su pasado verdadero, y entre tanto abrigarse bien, acostarse temprano, y curarse mucho; repitiendo lo que digo al mismo propósito, un autor italiano, cuyo nombre no se me acuerda.

Vivi pacis super idcirco,  
Et militat non sine gloria

(46) De manera que todo el que no profese de brujo está condenado a ser marmota.

(47) Y eso que María de Yurretegui consiguió ahuyentar de la cocina y del humero al demonio, y a los brujos y



Y después de haberse refrito que algunas veces en el año, él y los brujos iban al monte hacían al demonio una ofrenda que le era muy agradable, y para ello iban de noche á las iglesias, y llevaban consigo unas unas con coqueles que tenía sus, y desenterraban los cuerpos de los difuntos que ya estaban gastados, y de ellos sacaban los huesos de los menudillos de los pies, las ternitas de las narices (26), y todos aquellos huesecillos que hay alrededor, y los sacos hieludos (que aunque se van consumiendo con la tierra, tardan mucho en se acabar de gastar), y otras partes de los cuerpos de los difuntos (que son para el demonio los huesos muy sabrosos) los recogían en las coqueles, y volvían á cubrir las sepulcrales con la tierra, llevando consigo los para ver á hacerlos, que decían se muy oscura, sin decir de qué son. Y Juanes de Zaharir refiere que cuando los brujos van con el demonio á hacer los dichos huesos, la luz que llevan es una hacha hecha del brazo de un niño que haya muerto sin ser bautizado, todo oscuro, y le encienden por la parte que están los dedos, y de las como el finca de una hacha. Y que es de tal condición que los brujos van con ella, y los que no lo son no pueden ver las brujas; y habiendo recogido los dichos huesos en sus coqueles, los meten colgándolos por el asa del brazo izquierdo, se van al aquelarre, y puestos en presencia del demonio formando una higa con la mano del brazo izquierdo, donde llevan pendiente la coquele, y llevándolo temido, hacen una reverencia hasta tocar en el suelo la rodilla izquierda; y habiéndose levantado andan un poco y hacen otra semejante reverencia, y acortándose mas hacen otra tercera, y quedándose de rodillas tendido el brazo con la higa formada, dicen: *Como, señor, esto que le ofrezco*. Y el demonio muestra con ello mucho contento, y tiende la mano, y toma la coquele y la vicia en un apretón grande como de sapato, que está junto á él, y que aquella higa llevan formada para mayor infamia, y hacer mayor burla y mofa de los cristianos, cuyos son aquellos huesos; y que el demonio los come con unas dientes que tiene muy grandes y tan blancos como los suelen tener los negros, y los come formando, chascando como paños. Y preguntado para qué come el demonio aquellos huesos, dijo: que entendió que para los hacer y obligar á que también ellos los comiesen. Y que los daba de ellos, y aunque estaban muy duros, los comían muy bien, porque el demonio los daba gruesa y finca para los poder masticar y comer; y que cuando el demonio comía aquellos huesos hieludos, daba á entender que le sabían mas bien, y con esto los obligaba á que también los comiesen, y á que le regaban los dichos de ellos; y aunque eran tan asquerosos, los comían por mucho contento al demonio, que mostraba recibirla.

Muchas veces en el año, siempre que los frutos y pastos comienzan á crecer, hacen polvos y ponzoñas, y para esto el demonio aparta á los que le ha dado poder y dignidad (28) de hacer ponzoñas, y los dice el día en que los han de hacer, y les reparte los campos para que en cuadrillas vayan á buscar las sahandijas y cosas de que se han de hacer las dichas ponzoñas; y el día siguiente salen por la mañana (llevando consigo azúdas y coqueles), y luego el demonio y sus criados se los aparecen, y los van acompañando á los campos y partes mas lóbregas y cavernosas, y buscan y sacan gran cantidad de apes y coqueles, agujeros y agujadras, higosos, caracoles y pedos de lobo (que son unas bullitas redondas que nacen por los campos á manera de tumos de tierra, que apretándose sacan de sí un humo de mucha cantidad de polvos pardos); y habiéndolos juntado en sus coqueles, los traen á sus casas (29); y unas veces en el aquelarre y otras veces en ellas (en compañía del demonio) los hacen en ponzoñas, echando primero sobre todo en bendición el demonio, y comiéndose á desollar los apes, morditándolos con sus bocas por las cabezas y apretando con los dientes cortan el pelojo, del cual tan riendo hasta que le arrancan al redapejo, y la entregan al demonio, estando los apes sacudiéndose con el dolor y dándoles golpes por los ho-

brujas que la solicitaban, solo con enseñarles la cruz del rosario. Confieso de mí que no acabo de entender á esta gente.

(48) ¡Quién era todo mi bien y descanso sino tu madre! ¡Oh, qué graciosa! ¡Oh, qué desenvuelta, llorpa y varonil! Tan sin pena ni temor se andaba á media noche de cementerio en cementerio buscando aparejos para nuestro oficio, como de día; ni dejaba cristianos, ni moros, ni judíos cuyos enterramientos no visitaba; de día los acechaba, de noche los desenterraba... ¡Pues mañana no tenía, con todas las otras gracias! Una cosa te diré para que veas qué madre perdiste, aunque era para callar; pero contigo todo pasa. Si te dientes quitó á un ahorcado con unas tenacicas de pelar cejas, mientras yo le descalcé los zapatos. (*Celestina*, acto vii.)

(49) Me confirmo de nuevo en que el demonio es boticario, y de muchísima habilidad; que nadie le iguala en el conocimiento de plantas y yerbas, «á cedro que está en Libano, usque ad hyssopum que egreditur de pariete», y que no hay farmacopea que él no tenga en la uña, hasta la Edimbargense, con las adiciones novísimas.

(50) Pues dígame, lector suave, que la brujería no es vida descansada. ¿No ves cómo el maldito de Dios les hace trabajar, y qué malas noches les da, y qué reclinante médica, y cómo los asolea, y qué asquerosas cejas les guisa, y qué torpemente los engaña? Yo creí que esto de ser

a de los supos, y don una queja al demonio contándole las cosas, y venganzas que pretendes hacer, y pidiéndole (para que a para sus hijos) mal de muerte, ó la enfermedad que tengas, según el apéto de su venganza, y el demonio que luego se va en su compañía, y otras veces lleva consigo al-

carga de allí á pocos días, tuvo con el demonio siguiente :

VICARIO.

se le dio el hechizo al rey?

DEMONIO.

olate.

VICARIO.

se había confeccionado?

DEMONIO.

tiembros de un hombre muerto.

VICARIO.

DEMONIO.

esos de la cabeza para quitarle la salud, y de los ra corromperle el semen á impedirle la gene-

VICARIO.

ginal fuera, ó señal exterior que se pueda que-

DEMONIO.

el Dios que te crió á tí y á mí.

VICARIO.

racón fué, macho ó hombre?

DEMONIO.

juogada.

VICARIO.

¿ fin?

DEMONIO.

reinar.

VICARIO.

¿ tiempo fué?

DEMONIO.

po de don Juan de Austria, á quien sacaron de con los mismos hechizos, pero mas fuertes.

preguntar el diablo en otra ocasión (porque ya me el padre vicario no le dejaba sossegar), res- se al rey le habían dado hechizos en dos veces, do de su madre Mariana de Austria. Que lo que primero se llamaba Casilda, fué casada y tuvo . Cuando se los mandaron hacer (no los hijos, hechizos) ya era viuda. La misma hechicera fué hizo, sin otro algun complice mas que Lucifer, pla buscó el cadáver de un ajusticiado en la mi- a. La segunda toma de demonios que le die- la dispuso « una hechicera famosa, que vivía en Mayor, era casada, tenía hijos y se llamaba Ma- ronne á buscar por Madrid Marías y Casildas; as que hicieron no hallaron la que deseaban; y o el bueno del rey, que no era lardo, eligió por el abogado y protector á san Simón, patriarca de gran santo y parlante suyo, á quien portionar- argo que le sacara con bien de tan enrevesado

r Rocaberti, inquisidor general, y el padre con- seajados del vicario de Cangas, se iban todos palacio luego que amanecía, y apenas desper- .. le hacían desayunar con un gran cuenco de mlto; poniéndole en cueros, como su madre le strugándole primero muy bien la cabeza con el rite, le ungían después lo restante del cuerpo i atiera, sin dejar parte ni resquicio que no ben- xingarán, y á mayor abundamiento le propina- ando en cuando una buena purga, en que ada- s diluentes y laxantes que son de estife, había bendito, pedacillos de *Agua Del*, besos de salfrezizados y tierra del Santo Sepulcro. Robinas a poelma con una devoción ejemplar; y lo que

gunos brujos de las mas oscuras en la corte, y los va adobrando con el rortos que tiene en la frente, que aunque tres días en el colodrido, solo aquel es el pre de los, y los abre en pedruzcos y guta hasta las entra- dando están durmiendo, y los abra en pedruzcos y muerte que no puede a deparar, y luego la bruja que pidió venganza abra la boca á la persona

es bien admirable, á pesar de todas estas diligencias, aun no se había muerto.

Entre tanto el diablo de Cangas, á quien el vicario se- gua preguntando de cada vez mas, llegó á decirle, que no se cansara en repetir conjuros, porque no respondería á derechos á nada que le preguntasen, si no se lo demanda ban en la capilla de Nuestra Señora de Atocha de Madrid, y esto « á fin de que se resituyese la devoción á aquella santa imagen, que estaba muy resfriada en los fieles ». Acerca de lo cual tengo que hacer dos advertencias. La primera: que aquel demonio era un demonio de bira y muy devoto, y con algunos amagos y violambros de cris- tiano viejo; y es la segunda: que los tres monjes endia- blados, y el padre vicario y el padre confesor de S. M. y el señor inquisidor general, todos eran dominicos. *Vos- des orfuros, Mr. Jones.*

Cansado pues el señor Rocaberti de las reticencias i dilatorias del diablo, determinó motivos, y le hizo cuan- lo pensó: el vicario de Cangas se fatigó de preguntar, y el padre Freddán, viendo que al el capellán de acorta ben- dito, ni los conjuros, ni el parentesco de san Simón, ni las unciones, ni la purga servían de nada, llegó así á des- esporar de la empresa. Cansado visto que un día se presenta muy oficioso en la cámara del rey el ocultoísimo señor embajador de Alemania con unos pliegos en que venía una información, hecha por el obispo de Viena, de lo que ha- bían declarado los demonios por boca de unos emarglame- nos en la iglesia de Santa Sofía de aquella ciudad, y todo lo remitía el emperador Leopoldo I á Carlos II para su consuelo ó instrucción. La declaración de los talesos decía: que al rey le habían maleficiado una mujer llamada Isabel, que vivía en la calle de Silva, y que los instru- mentos del maleficio estaban en cierta plaza de palacio, y debajo del umbral de la puerta de la casa en que vivía la pizarra de la tal Isabel. El rey envió estos papeles á la inquisición, y á pocas diligencias se hallaron debajo de tierra en los sitios indicados algunos trozos de endiablir, y envoltorios y maleficios que inspeccionados por los pe- rritos, los parecieron con mala, y le quedaron todo. Vino de Alemania á toda prisa, llamado, y regado, y pagado á peso de oro, un fraile capuchino, el mas furibundo emer- cista de cuantos frairías entonces. Maravillón se conta- ban de él: no había demonios que resistieran á la efica- cia de sus conjuros, y sus poderosamente los atacaba y aliaba, que al fin soltaban la criatura, y se marchaban zumbando á las infernos por no soportar. Pues este bre- dito fraile, que se llamaba fray Meme Tenda, comprendió la cura del rey; y para proceder con el acierto necesario en tan delicadas materias le pareció ocultoísimo inter- rogar á unos endemoniados, que estaban en aquella casa por Madrid haciendo viajes. Pidiéron un día entre puer- tas, y compelido á la mas humildad, dijo que el diablo le respondiese á cuanto le quisiera preguntar; y en conver- sación que pasó entre los dos fué la siguiente, sin mudar letra.

FRAY MAME.

¿Quién malefició al rey?

MAME.

Una mujer bella.

FRAY MAME.

¿En la reina?

MAME.

Si.

FRAY MAME.

¿Quién le hizo el maleficio á la reina?

MAME.

Don Juan Palla.

de quien se pretende vengar, y le mete en ella unos pocos de aquellos polvos envueltos en un pedazo de pellejo de sapo, ó les untan por el pescuezo y hombro izquierdo acia los pechos, ó en otras partes de su cuerpo con el dicho ungüento, diciendo: *el señor le dé mal de muerte*,

FRAY MAURO.

¿De qué nacion es?

DIABLO.

De los allegados á la reina.

FRAY MAURO.

¿En qué se dió el maleficio?

DIABLO.

En un polvo de tabaco.

FRAY MAURO.

¿Ha quedado mas?

DIABLO.

Sí, y está guardado en un escritorio.

FRAY MAURO.

¿Qué reina dió el maleficio al rey?

DIABLO.

La que murió.

FRAY MAURO.

¿Hay mas maleficio que aquel que dijiste esta mañana?

DIABLO.

Sí.

FRAY MAURO.

¿Quién los hizo?

DIABLO.

Una mujer llamada Maria de la Presentacion.

FRAY MAURO.

¿Dónde vive?

DIABLO.

En el cuarto alto de la casa en que me conjuras.

FRAY MAURO.

¿Quién le mandó hacer el maleficio á esta mujer?

DIABLO.

Doña Antonia de la Paz.

FRAY MAURO.

Lo que se sacó del umbral de la calle de Silva ¿era maleficio?

DIABLO.

Sí.

FRAY MAURO.

¿De qué se componia?

DIABLO.

De un hueso de perro.

FRAY MAURO.

¿Quién le puso?

DIABLO.

Antonio Cabezas.

FRAY MAURO.

¿En dónde está?

DIABLO.

En Berberia.

No es fácil ponderar la contradiccion que resultaba de las declaraciones de aquellos enemigos; porque ¿cómo era posible concertar lo que habian dicho los de Cangas con lo que aseguraban los de Viena, y lo que rueramente deponian los de Madrid? Todo era embrollo y behetría, y todo redundaba en perjuicio del augusto endemoniado, que cada vez estaba peor.

Obtuvo el empleo de inquisidor general el cardenal de Córdoba, y como alcalde nuevo, juraba y perjuraba que el acertaria lo que habian errado los demás, y que él sacaria los malos al rey, ó habia de poder poco. Pero ¿qué sucedió? Que los diablos llegaron á enfadarse de veras de tanto exorcizar, y tanto preguntar, y tanto aceite bendito, y tanta reliquia, y tanto asperges, y determinaron tomar solemne venganza. Por de contado al padre fray Mauro le hicieron perder la decantada habilidad de compeler, y ligar, y espeler, y le convirtieron en un monigote ignorantisimo; al cardenal le introdujeron la forma cadavérica en el mismo dia en que llegaron las bulas de su nueva dignidad; al obispo de Segovia, á quien nombró el rey inquisidor general, le volvieron loco. Persiguió á los consejeros

ó tal enfermedad por tanto tiempo; y luego las tales personas comienzan á estar enfermas (53) y á padecer muy grandes dolores y trabajos, muriendo en breve tiempo y con grandes ansias los que han de morir; padeciendo grandes enfermedades y dolores las personas contra quiénes pidieron venganza de enfermedad.

de la suprema; los depuso, los desterró y metió en cuierros y castillos; la suprema y toda la clergiecia, amotinada contra él, tanto hizo, que le obligó á volverse á Segovia á cuidar de su obispado, que fué sin duda la mayor pesadumbre que pudieron darle. Carlos II, lleno de zozca y jalapa por de dentro, y de nóminas y escapularios por de fuera, viendo que los demonios no trataban de dejar la posada, se fué á la gloria, y le llevaron en ceremonia á Escorial. Siguió, no obstante, la discordia clerical y fúlesca; y en tanto que el padre Froilán, desterrado, fugitivo, perseguido, preso, acusado de hereje, padece triste vida de cárcel en cárcel, la inquisicion andaba vuelta con monseñor nuncio, que deseando coherer en todo, queria avocar á Roma la causa de los hechizos, para que el pontífice, en su infalible sabiduría, declarase si los diablos del difunto rey habian sido verdaderos y legítimos diablos, y si el padre Froilán era un herejista, ó un solemne majadero. Los frailes dominicos, divididos en parcialidades y provincias, unos querian ver quemado; su hermano el padre Froilán, y otros le defendian y recomendaban. El general de aquella órden envió dos emisarios desde Roma para protegerle; y los demonios que le supieron, se apoderaron de ellos así que se apearon de la calesa; á los dos los pusieron á morir, que faltó muy poco para enterrarlos, y al uno le dejaron tuerto.

Si la guerra de sucesion no hubiese interrumpido tan graves asuntos, todavia duraria el proceso del padre Froilán y la feroz venganza de los diablos, justamente ofendidos de tanta pregunta como les hizo el vicario de Canga.

(53) ¿Es posible (dice Voltaire) que en nuestro siglo no haya habido vampiros, después de haber florecido Lede, Shaftesbury, Colin y Tranchard? ¿Y que viendo á un D'Alembert, Diderot, Duclos y St. Lambert, se haya creído que hubiese vampiros? ¿Y que el reverendísimo padre don Agustín Calmet, monje benedictino de la congregacion de San Vaunes y de San Hidulfo, abad de Senones, abdi de cien mil libras de renta (inmediata á otras dos abdias de igual valor), haya impreso y reimpreso la historia de los vampiros con aprobacion de la Sorbona, firmada por Marcelli?

Los tales vampiros eran unos muertos que salian de los cementerios para venirse á chupar la sangre de los vivos, sacándosela ó por el cuello ó por el vientre; y concluida esta operacion se volvian á sus sepulturas. Los vivos chapados enflaquecian, se ponian cloróticos y consentos; y los muertos chupadores engordaban por instantes, adquirian muy buen color y reventaban de salud. Y esto sucedia segun el citado reverendísimo en Polonia, en Hungría, en Silesia, en Moravia, en Austria y en Lorena.

Los griegos cismáticos están hoy dia en la persuasion de que estos difuntos son hechiceros, que se van de casa en casa chupando la sangre de los niños, engulléndose la cena que sus padres tienen prevenida, bebiéndose el vino, y rompiendo cuantos muebles hallan al paso. No puede hacerse carrera con ellos hasta que los queman, si por fortuna los llegan á pillar; pero antes de echarlos al basero es necesario sacarles el corazon y quemarsele separadamente.

En toda la Alemania oriental no se hablaba de otra cosa desde el año de 1730 al de 33, que de los tales muertos chupadores. Los avizoraban, los perseguian, les arrancaban el corazon y los echaban al fuego sin misericordia; pero, a la manera de los antiguos mártires, casados con chupachiquillos quemaban mas chupachiquillos habia.

El mismo reverendo padre Calmet cuenta que por mandado del emperador Carlos VI fueron dos comisionados, a compañía del alcalde de cierto lugar de Hungría y de

nos muchas muertes, males y venganzas, mas de veinte que se cometen en la dicha forma. Graciana de Barrenechea, juera de Zagarraurdi, dice: que al tiempo que ella era ama de casa en el dominio de Oñia, cabía de este día y otros Marjuna de Oñia, bruja que también tenía fama en la mas favorecida de todas, y por sus competencias iba á tener entre el empujón y pesadumbre, estando en dicho día le pareció que ella lea favorecida también, por lo cual determinó de tomar contra esta venganza; y a el aquelarre dió cuenta al dominio de sus cosas y siempre como quería vengarse de ella matándola, y que el dominio: ¿pues vos lo queréis, hágase así. Y que cuando en su casa fue no era de aquellarre, el dominio con otras brujas ando-droptar, y le dijo se levantara luego, porque habías de la venganza que le había pedido, y que esto el dominio le se que no era de aquellarre por coger á la dicha Marjuna de Oñia y dormida, porque siendo como era bruja, no podían pagarle sus rindidamente en noche que fuera de aquella había de estar dormida y en él, y habiendo ido es comen- cimiento, entraron en su casa y ejecutaron su venganza di- cando de polijo de sapa ya que iban corriendo como perros de alca, y luego estuvo mala, que dentro de tres días (18) dió

en busca de un vampiro que había muerto seis años, y se divertía en chupar á diestra y siniestra criaturas encontraba por aquellos contornos. al pizaron tendido en el ataud, gordo, fresco, ste, los ojos abiertos y pidiendo de comer; pero, que no entendía de fiestas, fulminó inmediata- mente contra el muerto tragon, apoderarse de ugo, le sacó las entrañas, se las quemó; y por u, el tal vampiro perdió el apetito para siempre. cómo se holgaría el bellaco de ver colosas a la a la Barrenechea? porque esto de ser querido, nosotros, infelices mortales, pero aun al mismo a lisaque y le envanece.

sobriunto mio, que para esto del verso es una sha de escribir una tragedia de magia y misterio, : *La venganza mas horrenda y macra de Marizal* se representará, sin remedio, en alguno de : de la corte para esta pascua próxima. Es una rucpa, compuesta, como otras de su género, de : los mas acreditados dramaticos antiguos y mo- gados unos a otros con admirable oportunidad . No quiero decir lo que es el plan, porque se a al publico anticipadamente la mitad de lo di- ciero, sin que me lleve el amor a mi sangre, co- lismo que es una de las naz acabadas pienza se han visto. Lo menos va á durar cuarenta ala bien ó hágala mal, llueva ó no llueva. Tan- : las señoras mujeres; habrá a la puerta man- rradas, zapatos perdidos, abanicos rotos, capo- s trizas, y aditas y navajacos para adquirir hi- s cómicos quedarán ricos, y por consiguiente os que no vuelvan a representar en su vida. lista de los personajes para divertir la curiosi- . apasionados, en tanto que Dios dispone las y adula las garrochas.

Cabron. Salán y capellán mayor del aquelarre mardí.

a de Barrenechea. Bruja, reina y papas del

a de Oñia. Bruja, concubinas del Gran Cabron, sin sueldo.

la de Irriarte. Bruja, concubina del mismo, con f gajes.

man. Su esposo, brujo y maestro de capellán rre.

le Geydars. Barba brujo, tamborilero y solista labron.

de Viscar. Barba brujo, alcalde del aquelarre.

Echalar. Brujo, verdugo del aquelarre, y huén

: *Rehaleco*. Bruja, graciosa.

le Amayur. Bana cristiano, hombre de bien y jeto.

morir. Y todos cantaban grande estrobo de amores y males que han ejecutado en la dicha forma.

Y á los niños que eran pequeños los chupen por el alca y por en tu- tura (19) apretando todo con las manos, y chupando fuertemente las na-

Maria Chupa. Bruja vieja y trillada, maestra de novicias.

Socarradillo.....

Castilla.

Rablarro.

Carrillos.....

Diablos monacillos.

Don Fermín de Iparraguirre. Natural de Yuro de Arri- dia, vicario de Zagarraurdi.

Don Ignacio Javier Maria de Erroterchegammarona.

Sacristán de Zagarraurdi.

Centro docenas de niños chupados.

Acompañamiento de parreros, gaites, coberlas, zortos y gordinchos. Pajes del Cabron.

Acompañamiento de maridagos, gajes, caradachas, mochevas y lochevas. Comaristas de la reina.

Cero de perros.

Cero de apcos.

(18) Y los angelitos se quedan tan flacuchos, tan desco- loridos, tan débiles, tan tristes, que sus padres madres, tias y abuelas ni saben qué hacer con ellos, ni adivinan cuál con su enfermedad. Regularmente suponen que están leonticos, y los atraen de estopa mineral, calomelanos de liborio, santallas, alcas, acordis y yerta cugnas; pero si la bruja de la bruja es las chupa de noche, ¿quién hallará medicina tan eficaz que baste á curarlos? Yo se lo diré, lector amoroso; bien que me parece que ya lo he- mos tardé. Los padres de San Bernardo habían descubierto una oracion ambidestra, que tan buena era para el chapamiento de brujas, como para las leonticos. Llévabala la portería de chiquillos anteos, y madres devotas, y hermanas oplicadas y ajuegras; bajaba un religioso de robusta es- tructura, ojos populos, nariz adons, curvis tauris, ad- mán hercico, y le acompañaba un herosmo molin con el agua bendita y el libro. Seisaba el padre á aquellas afligidas mujeres, no quitaba ojo á los hermanos, y repeti- tiendo la oracion, las bendiciones, la estola y el apasario de castijo en castijo, las dejaba como nuevas, y se vol- via andando á su celda. Yo bien se dice cuál era la oracion; pero si no hay padres que la descubrieron, lo mismo sirve la oracion que los copias de Calixto... No obstante, así como así, mañana vendrán los maestros, y por consiguiente volverán á chupar las brujas y á coquejar las fin- lica. La oracion es esta, sin quitar ni poner.

«Vade retro Satana, nunquam eris mihi vana.

«Sic male que libas, ipse vocem libas.

«Crux amota est mihi lux, non dico et mihi lux.»

«Christus vincit, Christus regnat, Christus ab omni malo te defendat. Maledicti et excommunicati demones: lo- » virtute interum structum Dei nominis, Memis, Ema- » uel, Sathar, Sathoth, Aglos, Ischyros, Athoscos, Jo- » hovah, Adoni et Tetragrammaton vos excommunicamus et » superamus á creatura ista Personae de Jeremias, et ab » omni loco et domo ubi fuerint hinc nominis et signa Dei: » et principium vobis, atque ligamus vos, ut non habe- » tis potentiam per postem, nec per aliquod quodcumque » maledictum, necque ei neque in anima, neque in corpore. » Ite, ite, ite, maledicti in stagnum ignis, ubi est leo vo- » bis á Deo angusta. Imperat vobis Deus Pater, Imperat » vobis Deus Filius, imperat vobis Deus Spiritus Sanctus; » imperat vobis Sanctissima Trinitas unus Deus. Amen. » Oremus. Accipiat, quoniam, Bana Deus noster be- » nedictionem tuam creatura ista, que corpore salvatur et » mente, congruente tibi exhibent caritatem, atque tan » propitiationem beneficium semper inveniat. Amen. Potestas » Dei Patris, Supremis Dei Filii, et virtus Spiritus Sancti » libet et mox te, creatum Dei, ab infestis maledi- » cionem. Amen. In nomine Domini Amen Amen confuso

¡ah! y chupen la sangre; y con alfileres y agujas les pican los dedos y en la alto de la cabeza, y por el espaldas y otras partes y miembros de sus cuerpos; y por allí les van chupando la sangre, diciéndoles al demonio: *chupé y trágale eso, que es bueno para vosotros*; de la cual mueren los niños, ó quedan enfermos por mucho tiempo; y otras veces los matan luego, apretándoles con las manos y mordéndoles por la garganta hasta que los ahogan. Y á los mayores los matan cruelmente con unas espadas ó miembros retorcidos, sin que ellos se puedan quejar ni despartir los que están en casa, porque el demonio les tiene sucoñados; y refieren gran número de personas que han muerto y hecho que tuviesen gravísimas enfermedades, y muy gran cantidad de niños que han chupado y ahogado, declarando sus nombres y los de sus padres, y el tiempo en que cometieron estas maldades.

Y el dicho Nigudi de Goybura, entre muchas personas, hombres, mujeres y criaturas que confiesa haber muerto en la dicha forma, dice que chupó por el dedo y por la nariz, hasta que le murió, un sobrino suyo, hijo de su hermana; y la dicha María de Triarte, que por los dichos

vos, ascaríles, ut convertem tu aqueam recedatis à corpore isto, in honorem Dei et devotionem SS. Benedicti, et Bernardi, sique Antonii de Padua, qui orant pro nobis. Amen. Per signum sancte Crucis, quo signo te efflatis sanctus ab omni infirmitate, et venies isti procul sint, moriantur, et exeant à corpore tuo : et la Dominus gaudentes dicamus; dum appropriat super te nocentes, ipsi infirmi sunt, et ceciderunt. Amen.»

Ya se conoce á tiro de ballesta que la latinidad de estas preces ni es tan antigua como Salustio y Livio, ni en conciencia se le puede atribuir á Melchior Cano; pero de cualquier modo basta y sobra para los diablos, que no la gustan mucho mejor; y si no, véase la interminable nota III en la página 626, y la elegancia con que respondieron en latín al vicario de Cangas. Y ahora me ocurre (y ahora lo quiero decir para que no se me olvide) que las brujas, mujeres ignorantísimas y gente lega, acostumbran ellas á hacer sus conjuros en castellano claro y corriente, y el diablo, que es poligloto, las entiende perfectamente, las responde en la misma lengua, y hace cuanto le mandan. Pero como quiera que nada debe afirmarse sin prueba al canto, ahí va la horrenda invocación de Celestina, que puede servir como de contrapeso al *Oremus* de las lombrices, que con tanta gracia declamaban aquellos benditos monjes cistercienses, de feliz memoria. Dice así la pícara vieja:

«Conjurote, triste Pluton, señor de la profundidad infernal, emperador de la corte dañada, capitán soberbio de los condenados ángeles, señor de los sulfúreos fuegos que los hirvientes étnicos montes manan, gobernador y veedor de los tormentos y tormentadores de las pecadoras ánimas, regidor de las tres furias Tesífone, Megera y Aleto, administrador de todas las cosas negras del reino de Stige y Dite, con todas sus lagunas y sombras infernales y litigioso caos, mantenedor de las videntes harpías, con toda la otra compañía de espantables y pavorosas hidras. Yo Celestina, tu mas conocida clientela, te conjuro: por la virtud y fuerza de estas bermejas letras, por la sangre de aquella nocturna ave con que están escritas, por la gravedad de aquestos nombres y signos que en este papel se contienen, por la aspera ponzoña de las víboras de que este aceite fué hecho, con el cual unto este hilado, vengas sin tardanza á obedecer mi voluntad. Y en ello te envuelvas y con ello estés, sin un momento te partir, hasta que Melibeas, con aparejada oportunidad que haya lo compre, y con ello de tal manera quede enredada, que cuanto mas lo mire, mas su corazón se ablande á conceder mi petición. Y se lo abras y lastimes del crudo y fuerte amor de Calisto, tanto, que despedida toda honestidad, se desnude á mi, y me galardone mis pasos y mensaje. Y esto hecho, pide y demanda de mí á tu voluntad. Si no lo haces con presto movimiento, terniame por capital enemiga; heriré con luz tus cárceles tristes y oscuras; acusaré cruelmente tus continuas mentiras; apremiaré con mis ásperas palabras tu horrible nombre. Y otra, y otra vez te conjuro.» (Acto III.)

eruda. Y sobre una mesa que tienden en el campo con unos mantos blancos y negros, los pacientes mas cercanos lo van repartiendo entre todos los demás brujos, y se lo comen asado, crudo y cocinado, comiendo el demonio el corazón, y sus criados la parte que les da, y a los sapos vestidos les dan tambien su parte, que la comen de y gruñendo entre todos. Y afirman que aunque mas podridas y andas estén las carnes, les saben mejor que carnero, capones y gallinas, y mucho mas que todo la carne de los brujos; y que la de los reses es mejor y mas sabrosa que la de las mujeres. Y que en la forma de sentirse, y comen otras muchas personas que no brujos, y mueren de sus enfermedades, y los huesos los recogían para otra noche. Y la dicha Clarinda de Barrenechea declara por ver ella la mas preciniente de todos los brujos y reina aquelarre, le pertenecía toda la carne, pan y vino que sobraba a dichos banquetes, y los recogía y llevaba a su casa, y en ella lo daba en un agua grande que tenía, porque su marido y una de sus hermanas, que no eran brujos, no lo viesen, y cuando no estaban así sacaban la dicha carne, y la usaban y comían ella y dos de sus hijos que eran brujos, y los dichos Miguel y Juanes de Goyburu y otros a dichos brujos, que eran sus parientes. Y aunque la carne estaba hedionda, con todo eso les sabía muy bien y la comían con mucho gusto. Y refieren muchos numero de personas, hombres y mujeres, niños y niñas, que comieron en la dicha forma, y las personas que los llevaron aquelarre, y los desquartizaron y repartieron, declarando los padres han comido a sus hijos (58), y los hijos a sus padres. Y el dicho Juanes Goyburu refiere que tambien las buchas que no eran de aquelarre se le juntan a estas personas de los dichos brujos (que declaró) en su casa, y de esta forma desenterraron algunos muchachos que se habían muerto, y llevándolos a su casa hacían banquetes, comiéndolos así. Y entre otros refiere que desenterraron y comieron su propio hijo, comiendo en los dichos banquetes el pan y vino de su casa, que después el gasto repartían entre todos, y lo pagaban a escote.

primera vez que después vuelven al aquelarre echan a cocer los huesos del difunto que comieron antes, y con ellos las hojas, ramas y ramos de una yerba que en vasconco llaman *delarrona*, que tiene mucho olor, y se ablandan los huesos y los pone como si fueran nabos cocidos, y parte de ellos comen, y otra el demonio y brujos mas ancianos la usan en unos mortiros, y los espiñen con unos paños delgados, y a de los otros los huesos una agua clara y amarilla que el demonio reparte a cada uno, y el cisco que queda de los huesos y los sesos de difuntos los recogen los criados del demonio, y los guardan para hacerlos y ponzoñas. Y de la dicha agua amarilla da el demonio una daga a cada uno de los brujos mas privados, que tiene reservadas que comen tan mayores malidades. Y es tan grande la ponzoña y fuerza que esta mala agua, que tocando con ella cualquiera persona en cual-

quier parte de su cuerpo, con mucha brevedad, muere sin que haya remedio humano para ello. Y la dicha Maria de Ibarra refiere que con esta mala ponzoña cuatro personas, y que habiendo la una vez hecho la dicha agua ponzoñosa, el demonio la persuadió a que bebiese un trago, pero que ella no la quiso beber, porque si la bebiere sabía que se había de morir luego, y el demonio le dijo que bebiese como el licor. Y que era vivo que aunque el demonio bebiese de la dicha agua lo por ello se muriera, pero con todo eso no quiso ella beber, aunque mas el demonio se lo rogaba. Y la dicha Maria de Lozaya declara que para se vengar de un hombre, habiendo puesto a asar un huevo, le tocaron con una jota de la dicha agua al tiempo que se estaba asando, y de haberle comido padeció grandes trabajos y tormentos hasta que murió.

Y por dar fin a tantas y tan grandes y espantosas malidades con la burla de la casa, entre otras cosas que refiere la dicha Maria de Lozaya, declara que habiendo en la villa de Renteria un clérigo cazador, muchas veces cuando iba a casa, le decía: *ocher compadre, mate muchas liebres para que nos de labrada a todos*. Y luego se iba a casa, y habiéndose unido con el agua hedionda que se usaba para ir al aquelarre, caminaba a la parte donde iba el dicho clérigo, y el demonio le ponía en figura de liebre, y arremetiendo contra ella los galgos, corría por los campos haciéndoles muchas burlas y revuellos a las partes, con que el clérigo (59) y las demás personas que con el iban andaban desahogados corriendo tras los perros, porque siempre revolvía a las partes donde andaban los cazadores, con que con mayores torres y furia le perseguían, y no cesaba de hacerlos burlas hasta que los galgos y cazadores de cansados la dejaban, con que burlados (60) y sin cansar ninguna se volvían a sus casas. Y tras haber oído tantas y tan grandes malidades en dos días enteros que dará el auto, después de gran rato de la noche nos fuimos todos santiguándonos a las maestras.

(58) Buena idea es atribuir a las brujas la ligereza de las liebres, lo pasicorto de los galgos y la poca maña del clérigo montañés de Renteria.

(60) Pues por estas burlas y las que se han referido, condenó la santa inquisición de Logroño a cincuenta y tres personas, a cinco estatuas y a cinco esqueletos. Y por estas burlas hubo prisión, tormento, samborito, coxas, sogas, velas verdes, burro, azotes, multas, confiscación de bienes, destierro, cárcel perpetua, afrenta pública, pena capital, garrote y brasero; y eso que perdonó o alivió el castigo a diez y ocho, porque fueron hermanos confitentes. Todo acompañado y embellecido con las procesiones, las cruces, los vestidos nuevos de los familiares, los sermones, el estrépito de los cantores y ministriles, y la satisfacción y el contoneo del licenciado Frías, del licenciado Valle de Alvarado y del doctor Becerra y Holguin.

(8) Aquí vienen como de perlas cuatro versos del buen autor:

Rem poderas, ¡oh sol! de vista destar  
Tras rayos apartar aquelle día:  
Como da seta nesa da Thyestas,  
Cuando se fillos, por mas de Alreu, como



# INDICE.

|                                       |         |   |
|---------------------------------------|---------|---|
| ENCIA.....                            | Página. | V |
| DON NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN..... | VI      |   |
| DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN..... | XX      |   |

## DE DON NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

### SUELTAS.

#### ANALÉPTICAS.

|                                          |   |
|------------------------------------------|---|
| A mi libro.....                          | 1 |
| A mi Musa.....                           | 1 |
| Motivo de escribir mi obra.....          | 1 |
| Aventura.....                            | 1 |
| Los dos Niños.....                       | 2 |
| El Nido de Amos.....                     | 2 |
| El Sueño.....                            | 2 |
| La Barquerilla.....                      | 2 |
| Soplen despreciada.....                  | 2 |
| El Arroyo.....                           | 2 |
| Fuga inútil.....                         | 2 |
| Canto a Dorian.....                      | 2 |
| A Doris.....                             | 2 |
| Amor aldrano.....                        | 4 |
| ..... al estudio de la poesía.....       | 4 |
| I. Disculpa de un error.....             | 5 |
| Amante feliz.....                        | 5 |
| El Vino dulce.....                       | 5 |
| La Vida poltrona.....                    | 5 |
| Todas mercedes.....                      | 5 |
| Gobierno hoy.....                        | 5 |
| ..... hombres.....                       | 5 |
| II. .... sobre las riquezas.....         | 5 |
| .....                                    | 5 |
| I. El Sabio y el Rico.....               | 5 |
| II. La Mujer humilde.....                | 5 |
| IV. La Vana postuma.....                 | 5 |
| V. .... y Lujando.....                   | 5 |
| VI. .... don José Cadahis.....           | 5 |
| VII. .... premiadas por la sociedad..... | 5 |
| ..... económica de Madrid.....           | 5 |
| IX. Los Lectores.....                    | 5 |

#### ROMANCES.

|                                    |   |
|------------------------------------|---|
| Amor y honor.....                  | 5 |
| consejo de una ausencia.....       | 5 |
| Indecencia y Gaias.....            | 5 |
| Los Sueños en Amor.....            | 5 |
| Amor de Micer Jaques Ruygobon..... | 5 |

#### QUINTILLAS.

|                           |    |
|---------------------------|----|
| a de toros en Madrid..... | 10 |
|---------------------------|----|

#### EPICURIAS.

|                                      |    |
|--------------------------------------|----|
| Plena de vela.....                   | 14 |
| Corrección oportuna.....             | 14 |
| Leocadio templado.....               | 14 |
| Saber sin salir.....                 | 14 |
| Reflexión sobre.....                 | 14 |
| La Cruz, el alma.....                | 14 |
| El Gran teatro.....                  | 14 |
| Barcos enjaulados.....               | 14 |
| De un vicario.....                   | 14 |
| A una dama.....                      | 14 |
| En la boca de un sargento mayor..... | 14 |

|              |    |
|--------------|----|
| I. ....      | 10 |
| II. ....     | 10 |
| III. ....    | 10 |
| IV. ....     | 10 |
| V. ....      | 10 |
| VI. ....     | 10 |
| VII. ....    | 10 |
| VIII. ....   | 10 |
| IX. ....     | 10 |
| X. ....      | 10 |
| XI. ....     | 10 |
| XII. ....    | 10 |
| XIII. ....   | 10 |
| XIV. ....    | 10 |
| XV. ....     | 10 |
| XVI. ....    | 10 |
| XVII. ....   | 10 |
| XVIII. ....  | 10 |
| XIX. ....    | 10 |
| XX. ....     | 10 |
| XXI. ....    | 10 |
| XXII. ....   | 10 |
| XXIII. ....  | 10 |
| XXIV. ....   | 10 |
| XXV. A.....  | 10 |
| XXVI. A..... | 10 |

#### ROMANCES ROMANES.

|                     |    |
|---------------------|----|
| I. A un amigo.....  | 10 |
| II. A un amigo..... | 10 |

#### ROMANCES.

|           |    |
|-----------|----|
| I. ....   | 10 |
| II. ....  | 10 |
| III. .... | 10 |
| IV. ....  | 10 |
| V. ....   | 10 |
| VI. ....  | 10 |

|                            |    |
|----------------------------|----|
| A Valencas y Ginebras..... | 10 |
|----------------------------|----|

#### ROMANCES.

|                                                                                                               |    |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| I. A la muerte de la coronación en la Santa Loba, obediencia de Anaya, hijo del coronado Diego de Porras..... | 10 |
| II. A la muerte de la reina madre de la Santa Loba.....                                                       | 10 |
| III. A las uñas premiadas por la sociedad económica en 1798.....                                              | 10 |

#### ROMANCES.

|           |    |
|-----------|----|
| I. ....   | 10 |
| II. ....  | 10 |
| III. .... | 10 |
| IV. ....  | 10 |

#### ROMANCES.

|            |    |
|------------|----|
| I. ....    | 10 |
| II. ....   | 10 |
| III. ....  | 10 |
| IV. ....   | 10 |
| V. ....    | 10 |
| VI. ....   | 10 |
| VII. ....  | 10 |
| VIII. .... | 10 |
| IX. ....   | 10 |
| X. ....    | 10 |

|                                    |    |
|------------------------------------|----|
| Los Naves de Cortés.....           | 10 |
| ..... sobre el canto anterior..... | 10 |

## POESIA DRAMÁTICA.

|             |    |
|-------------|----|
| La Cam..... | 10 |
|-------------|----|

## ROMANCES.

|                  |    |
|------------------|----|
| La Polémica..... | 10 |
|------------------|----|



## TRAGEDIAS.

|                                                                                         |     |
|-----------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Hormesinda . . . . .                                                                    | 85  |
| Lucrecia . . . . .                                                                      | 102 |
| Guzman el Bueno . . . . .                                                               | 118 |
| CARTA HISTÓRICA sobre el origen y progresos de las fiestas de toros en España . . . . . | 141 |

## OBRAS DE DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

## ORÍGENES DEL TEATRO ESPAÑOL.

|                                                                                                                             |     |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Prólogo del autor . . . . .                                                                                                 | 147 |
| Discurso histórico sobre los orígenes del teatro español . . . . .                                                          | 150 |
| Notas . . . . .                                                                                                             | 165 |
| Catálogo histórico y crítico de piezas dramáticas anteriores á Lope de Vega . . . . .                                       | 178 |
| Año de 1556.                                                                                                                |     |
| 1. Anónimo. Danza general en que entran todos los estados de gentes . . . . .                                               | 178 |
| 1514.                                                                                                                       |     |
| 2. Don Enrique de Aragon, marqués de Villena. Comedia alegórica . . . . .                                                   | 178 |
| 1460.                                                                                                                       |     |
| 3. Anónimo. Comedia representada en casa del conde de Ureña . . . . .                                                       | 178 |
| 1470.                                                                                                                       |     |
| 4. Rodrigo de Cota. Diálogo entre el Amor y un viejo . . . . .                                                              | 179 |
| 1493.                                                                                                                       |     |
| 5. Juan de la Encina. Egloga representada en la noche de Navidad . . . . .                                                  | 179 |
| 6. Egloga representada en la misma noche de Navidad . . . . .                                                               | 179 |
| 1494.                                                                                                                       |     |
| 7. Representación á la muy bendita pasión y muerte de nuestro precioso Redentor . . . . .                                   | 179 |
| 8. Representación á la santísima Resurrección de Cristo . . . . .                                                           | 179 |
| 1496.                                                                                                                       |     |
| 9. Egloga representada en la noche postrera de carnaval . . . . .                                                           | 179 |
| 10. Egloga representada la misma noche de antreño . . . . .                                                                 | 179 |
| 11. Egloga representada en requiesta de unos amores . . . . .                                                               | 180 |
| 1496.                                                                                                                       |     |
| 12. Egloga representada por las mismas personas . . . . .                                                                   | 180 |
| 13. Auto del Repelon . . . . .                                                                                              | 180 |
| 14. Representación ante el muy esclarecido é muy ilustre príncipe don Juan . . . . .                                        | 180 |
| 1497.                                                                                                                       |     |
| 15. Egloga en la cual se introducen tres pastores . . . . .                                                                 | 181 |
| 1498.                                                                                                                       |     |
| 16. Egloga representada la noche de Navidad . . . . .                                                                       | 181 |
| 1513.                                                                                                                       |     |
| 17. Don Pedro Manuel de Urrea. Egloga de la tragicomedia de Calixto y Melibea . . . . .                                     | 181 |
| 1514.                                                                                                                       |     |
| 18. Juan de la Encina. Farsa de Plácida é Vitoriano . . . . .                                                               | 181 |
| 19. Anónimo. Egloga . . . . .                                                                                               | 183 |
| 1515.                                                                                                                       |     |
| 20. Francisco de Villalobos. Comedia de Plauto, llamada Anfitrión . . . . .                                                 | 183 |
| 1517.                                                                                                                       |     |
| 21. Bartolomé de Torres Naharro. Comedia Serafina . . . . .                                                                 | 184 |
| 22. Comedia Troia . . . . .                                                                                                 | 184 |
| 23. Comedia Soldadesca . . . . .                                                                                            | 185 |
| 24. Comedia Tinclaria . . . . .                                                                                             | 185 |
| 25. Comedia Himenea . . . . .                                                                                               | 186 |
| 26. Comedia Jacinta . . . . .                                                                                               | 186 |
| 27. Comedia Aquilana . . . . .                                                                                              | 187 |
| 1520.                                                                                                                       |     |
| 28. Comedia Calamita . . . . .                                                                                              | 187 |
| 29. Diálogo del Nacimiento . . . . .                                                                                        | 188 |
| 30. Vasco Díaz Tanco de Fregenal. Tragedia de Abaulon . . . . .                                                             | 189 |
| 31. Tragedia de Amón . . . . .                                                                                              | 189 |
| 32. Tragedia de Jonatás . . . . .                                                                                           | 189 |
| 1521.                                                                                                                       |     |
| 33. Anónimo. Comedia llamada Hipólita . . . . .                                                                             | 189 |
| 34. Comedia nuevamente compuesta, llamada Serafina . . . . .                                                                | 189 |
| 1522.                                                                                                                       |     |
| 35. Cristóbal de Castillejo. Farsa de la Constanza . . . . .                                                                | 189 |
| 1523.                                                                                                                       |     |
| 36. Pedro Altamira. Auto de la aparición que nuestro Señor Jesucristo hizo á los dos discípulos que iban á Emmaús . . . . . | 190 |
| 1527.                                                                                                                       |     |
| 37. Anónimo. Auto del bautismo de San Juan Bautista . . . . .                                                               | 191 |
| 1528.                                                                                                                       |     |
| 38. Esteban Martínez. Auto de como san Juan fué concebido, y animesmo el nacimiento de san Juan . . . . .                   | 191 |
| 39. Juan Pastor. Auto nuevo del santo nacimiento de Cristo nuestro Señor . . . . .                                          | 191 |
| 40. Farsa de Lucrecia . . . . .                                                                                             | 191 |
| 41. Farsa llamada Grimaltina . . . . .                                                                                      | 191 |
| 42. Farsa llamada Clariana . . . . .                                                                                        | 191 |
| 1529.                                                                                                                       |     |
| 43. Fernán Pérez de Oliva. Comedia de Anfitrión . . . . .                                                                   | 191 |
| 1530.                                                                                                                       |     |
| 44. Tragedia. La Venganza de Agamenon . . . . .                                                                             | 192 |
| 45. Tragedia. Hecuba triste . . . . .                                                                                       | 192 |
| 46. Anónimo. Farsa sobre el matrimonio . . . . .                                                                            | 192 |

1531.

|                                                                                                                                               |       |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------|
| 47. Jaime de Huete. Comedia llamada Tesorina . . . . .                                                                                        | 1531. |
| 1532.                                                                                                                                         |       |
| 48. Ausias Izquierdo Zabrero. Lucero de nuestra salvadepedimento que hizo nuestro Señor Jesucristo bendita Madre; pasos muy devotos . . . . . | 1532. |
| 49. Gil Vicente. Auto de Amadís de Gaula . . . . .                                                                                            | 1532. |
| 50. Comedia Rubena . . . . .                                                                                                                  | 1532. |
| 51. El Templo de Apolo, tragicomedia . . . . .                                                                                                | 1532. |
| 52. Romería de Agravios, comedia . . . . .                                                                                                    | 1532. |
| 53. La Nao de amores, comedia . . . . .                                                                                                       | 1532. |
| 54. Al parto de la reina, tragicomedia . . . . .                                                                                              | 1532. |
| 55. La Fragua de amor, tragicomedia . . . . .                                                                                                 | 1532. |
| 56. La Floresta de engaños, comedia . . . . .                                                                                                 | 1534. |
| 57. Anónimo. Comedia llamada Orfea . . . . .                                                                                                  | 1535. |
| 1535.                                                                                                                                         |       |
| 58. Francisco de las Navas. Comedia llamada Fides . . . . .                                                                                   | 1537. |
| 59. Andrés Prado. Farsa llamada Cornelia . . . . .                                                                                            | 1539. |
| 60. Anónimo. Tragicomedia alegórica del paraíso y del infierno . . . . .                                                                      | 1540. |
| 61. Anónimo. Coloquio de Fenisa . . . . .                                                                                                     | 1541. |
| 62. Anónimo. Coloquio . . . . .                                                                                                               | 1541. |
| 63. Anónimo. Farsa llamada Custodia . . . . .                                                                                                 | 1542. |
| 64. Anónimo. Farsa de los enamorados . . . . .                                                                                                | 1543. |
| 65. Anónimo. Farsa llamada Josefina . . . . .                                                                                                 | 1544. |
| 66. Lope de Rueda. Paso en el cual se introducen tres per Luquitas, Alameda y Salcedo . . . . .                                               | 1545. |
| 67. Comedia Eufemia . . . . .                                                                                                                 | 1545. |
| 68. Paso en el cual se introducen dos personas: Alameda cedo . . . . .                                                                        | 1546. |
| 69. Comedia Arnelina . . . . .                                                                                                                | 1546. |
| 70. Paso en el cual se introducen las personas siguientes: Martín de Villalba, Bárbara y Jerónimo . . . . .                                   | 1547. |
| 71. Paso en el cual se introducen las personas siguientes: minante, Jáquima y Brazuelos . . . . .                                             | 1547. |
| 72. Paso en que se introducen las personas siguientes: El guerra, Panarizo y Mendrugos . . . . .                                              | 1548. |
| 73. Paso en el cual se introducen las personas siguientes: zano, Cebadon y Samadel . . . . .                                                  | 1548. |
| 74. Juan de Malara. Comedia llamada Locusta . . . . .                                                                                         | 1549. |
| 75. Lope de Rueda. Paso en el cual se introducen las personas siguientes: Forrubio, Agueda, Moncigüela y Alca . . . . .                       | 1549. |
| 76. Farsa del Sordo . . . . .                                                                                                                 | 1550. |
| 77. Comedia Medora . . . . .                                                                                                                  | 1551. |
| 78. Coloquio de Camila . . . . .                                                                                                              | 1551. |
| 79. Juan de Rodrigo Alonso. Comedia en la cual se cuenta historia de santa Susana . . . . .                                                   | 1552. |
| 80. Lope de Rueda. Coloquio . . . . .                                                                                                         | 1552. |
| 81. Coloquio en verso . . . . .                                                                                                               | 1553. |
| 82. Coloquio de Timbria . . . . .                                                                                                             | 1553. |
| 83. Anónimo. Comedia de Peregrino y de Glanra . . . . .                                                                                       | 1554. |
| 84. Francisco de Avendaño. Comedia . . . . .                                                                                                  | 1554. |
| 85. Luis de Miranda. Comedia Pródiga . . . . .                                                                                                | 1555. |
| 86. Anónimo. Comedia de Plauto, intitulada Mitho glorio . . . . .                                                                             | 1556. |
| 87. Comedia de Plauto, intitulada Menecmos . . . . .                                                                                          | 1556. |
| 88. Juan de Malara. Tragedia de Abaulon . . . . .                                                                                             | 1557. |
| 89. Lope de Rueda. Paso. Introdúcense en él Sigüenza, S tiana y Estepa . . . . .                                                              | 1557. |
| 90. Paso. Introdúcense en él las personas siguientes: Don Pancorbo, Periquillo, Petruton y Guillelmilla . . . . .                             | 1558. |
| 91. Comedia de los Engaños . . . . .                                                                                                          | 1558. |
| 92. Coloquio llamado Prenda de amor . . . . .                                                                                                 | 1558. |
| 93. Paso. Introdúcense en él las personas siguientes: Est lejo, Molina, un alguacil y un paje . . . . .                                       | 1559. |
| 94. Anónimo. Farsa llamada Rosela . . . . .                                                                                                   | 1559. |
| 95. Juan de Timonedá. Comedia de los Menecmos . . . . .                                                                                       | 1560. |
| 96. Comedia llamada Cornelia . . . . .                                                                                                        | 1560. |
| 97. Anónimo. Paso. Interlocutores: Monserrate, Coladilla, verde, Jumilla y Porqueron . . . . .                                                | 1560. |
| 98. Paso de los Ladrones . . . . .                                                                                                            | 1560. |
| 99. Paso. Introdúcense en él las personas siguientes: Guille de Santibañez, Inesa Lopez, Rodrigo del Toro y Jaime . . . . .                   | 1560. |
| 100. Alonso de la Vega. Comedia llamada Tolomea . . . . .                                                                                     | 1560. |



de quien se pretende vengar, y le mete en ella unos pocos de aquellos polvos encueltos en un pedazo de pellejo de sapo, ó les unta por el pescuezo y hombro izquierdo acia los pechos, ó en otras partes de su cuerpo con el dicho ungüento, diciendo: *el señor le dá mal de muerte,*

FRAY MAURO.

¿De qué nacion es?

DIABLO.

De los allegados á la reina.

FRAY MAURO.

¿En qué se dió el maleficio?

DIABLO.

En un polvo de tabaco.

FRAY MAURO.

¿Ha quedado mas?

DIABLO.

Si, y está guardado en un escritorio.

FRAY MAURO.

¿Qué reina dió el maleficio al rey?

DIABLO.

La que murió.

FRAY MAURO.

¿Hay mas maleficio que aquel que dijiste esta mañana?

DIABLO.

Si.

FRAY MAURO.

¿Quién los hizo?

DIABLO.

Una mujer llamada Maria de la Presentacion.

FRAY MAURO.

¿Dónde vivió?

DIABLO.

En el cuarto alto de la casa en que me conjuras.

FRAY MAURO.

¿Quién le mandó hacer el maleficio á esta mujer?

DIABLO.

Doña Antonia de la Paz.

FRAY MAURO.

Lo que se sacó del umbral de la calle de Silva ¿era maleficio?

DIABLO.

Si.

FRAY MAURO.

¿De qué se componia?

DIABLO.

De un hueso de perro.

FRAY MAURO.

¿Quién le puso?

DIABLO.

Antonio Cabezas.

FRAY MAURO.

¿En dónde está?

DIABLO.

En Berberia.

No es fácil ponderar la contradiccion que resultaba de las declaraciones de aquellos enemigos; porque ¿cómo era posible concertar lo que habian dicho los de Cangas con lo que aseguraban los de Viena, y lo que rüevamente deponian los de Madrid? Todo era embrollo y behetría, y todo redundaba en perjuicio del augusto endemoniado, que cada vez estaba peor.

Obtuvo el empleo de inquisidor general el cardenal de Córdoba, y como alcalde nuevo, juraba y perjuraba que él acertaria lo que habian errado los demás, y que él sacaria los malos al rey, ó habia de poder poco. Pero ¿qué sucedió? Que los diablos llegaron á enfadarse de veras de tanto exorcizar, y tanto preguntar, y tanto aceite bendito, y tanta reliquia, y tanto asperges, y determinaron tomar solemne venganza. Por de contado al padre fray Mauro le hicieron perder la decantada habilidad de compeler, y ligar, y espeler, y le convirtieron en un monigote ignorantisimo; al cardenal le introdujeron la forma cadavérica en el mismo dia en que llegaron las bulas de su nueva dignidad; al obispo de Segovia, á quien nombró el rey inquisidor general, le volvieron loco. Persiguió á los consejeros

ó tal enfermedad por tanto tiempo; y luego los tales personas continúan á estar enfermas (53) y á padecer muy grandes dolores y trabajo, viviendo en breve tiempo y con grandes ansias los que han de morir; padeciendo grandes enfermedades y dolores las personas contra quienes pidieron venganza de enfermedad.

de la suprema; los depuso, los desterró y metió en cuarteiros y castillos; la suprema y toda la cleriguicia, amatinada contra él, tanto hizo, que le obligó á volverse á segovia á cuidar de su obispado, que fué sin duda la mayor pesadumbre que pudieron darle. Carlos II, lleno de zozca y jalapa por de dentro, y de nóminas y escapularios por de fuera, viendo que los demonios no trataban de dejar á posada, se fué á la gloria, y le llevaron en ceremonia á Escorial. Siguió, no obstante, la discordia clerical y fúlesca; y en tanto que el padre Froilán, desterrado, fugitivo, perseguido, preso, acusado de hereje, pasaba a triste vida de cárcel en cárcel, la inquisicion andaba vuelta con monseñor nuncio, que deseando cachetarse en todo, queria avocar á Roma la causa de los hechizos, para que el pontífice, en su infalible sabiduría, declarase si los diablos del difunto rey habian sido verdaderos y legítimos diablos, y si el padre Froilán era un herejico, ó un solemne majadero. Los frailes dominicos, divididos en parcialidades y provincias, unos querian ver quemado á su hermano el padre Froilán, y otros le defendian y recomendaban. El general de aquella orden envió dos emisarios desde Roma para protegerle; y los demonios que le supieron, se apoderaron de ellos así que se apartaron de la calesa; á los dos los pusieron á morir, que faltó muy poco para enterrarlos, y al uno le dejaron tuerto.

Si la guerra de sucesion no hubiese interrumpido los graves asuntos, todavia duraria el proceso del padre Froilán y la feroz venganza de los diablos, justamente ofendidos de tanta pregunta como les hizo el vicario de Cangas.

(53) ¿Es posible (dice Voltaire) que en nuestro siglo ya haya habido vampiros, después de haber florecido Leda, Shaftesbury, Colin y Tranchard? ¿Y que viende á un D'Alembert, Diderot, Duclos y St. Lambert, se haya oído que hubiese vampiros? ¿Y que el reverendísimo padre don Agustín Calmet, monje benedictino de la congregacion de San Vaunes y de San Hildulfo, abad de Senones, dió de cien mil libras de renta (inmediata á otras dos de igual valor), haya impreso y reimpresso la historia de los vampiros con aprobacion de la Sorbona, firmada por Marcellini?

Los tales vampiros eran unos muertos que salian de los cementerios para venirse á chupar la sangre de los vivos, sacándosela ó por el cuello ó por el vientre; y cuando esta operacion se volvia á sus sepulcras. Los vivos disparados enflaquecian, se ponian cloróticos y consumos; y los muertos chupadores engordaban por instantes, adquiriendo muy buen color y reventaban de salud. Y esto sucedia segun el citado reverendísimo en Polonia, en Hungría, en Silesia, en Moravia, en Austria y en Lorena.

Los griegos cismáticos están hoy dia en la persuasion de que estos difuntos son hechiceros, que se van de casa en casa chupando la sangre de los niños, engulléndolos á cena que sus padres tienen prevenida, bebiéndose el vino, y rompiendo cuantos muebles hallan al paso. No puede hacerse carrera con ellos hasta que los queman, á por fortuna los llegan á pillar; pero antes de echarlos al fuego es necesario sacarles el corazon y quemárselo separadamente.

En toda la Alemania oriental no se hablaba de otra cosa desde el año de 1750 al de 33, que de los tales muertos chupadores. Los avizoraban, los perseguian, les arrancaban el corazon y los echaban al fuego sin misericordia; pero, a la manera de los antiguos mártires, cuantos se chupachiquillos quemaban mas chupachiquillos habia.

El mismo reverendo padre Calmet cuenta que por orden del emperador Carlos VI fueron dos comisionados, en compañía del alcalde de cierto lugar de Hungría y de un

otras muchas muertes, males y venganzas, mas de veinte que caben contados en la dicha forma. Graciana de Burrenueches, aquelarre de Zugarramurdi, dice que al tiempo que ella comenzó amatoria con el demonio y se privó suya, cubrió de ella su vida y estas Marjuna de Ildia, bruja que también tenía amor, y era la mas favorecida de todas, y por esta competencia debían a tener entre sí emulaciones y pseudombras, alivando más la dicha bruja le pensó de que ella fuese favorecida también más, por lo cual determinó de tomar contra ella venganzas, y en el aquelarre dió cuenta al demonio de sus celos y competencia que quería vengarse de ella matándola, y que el demonio dió para que lo querria, hágarle así. Y que estando en la cama y que no era de aquelarre, el demonio con otras brujas sació a despertar, y le dijo que levántase luego, porque habian de ir a la venganza que le habia pedido, y que rato el demonio lo echó que no era de aquelarre por coquet a la dicha Marjuna de Ildia y dormida, porque siendo como era bruja, no pudiera a si aguantar tan ruidosamente en su cama que fuera de aquelarre habia de estar despierta y en el, y habiendo ido en camuflado, entraron en su casa y ejecutaron su venganza dándole de pellejo de sapo en que iban envueltos unos pocos de polvo, y luego estuvo mala, que dentro de tercero (3); dió

muerte. Y todos crecieron grande número de muertes y males que han ejecutado en la dicha forma.

Y a los niños que son pequeños los chapen por el cinto y por la cintura (3); apretando recto con las manos, y chapando fuertemente los...

**Maria Chupa.** Bruja vieja y tullida, maestra de novicias.

**Socorredillo....**

**Centella.**

**Rabilargo.**

**Gorrillos.....**

} Diablos monacillos.

**Don Fermín de Iparreguirre.** Natural de Yurre de Arratia, vicario de Zugarramurdi.

**Don Ignacio Javier María de Errotercheafoamarens.**

Sacristán de Zugarramurdi.

Cuatro docenas de niños chapados.

Acompañamiento de puercos, gatos, cabritos, zorros y gorpachos. Pajes del Cabron.

Acompañamiento de marcidillas, gajas, cercincales, mocheles y lechuzas. Camaristas de la reina.

Coro de perros.

Coro de sapos.

(36) Y los angelitos se quedan tan flacuchos, tan decoloridos, tan debiles, tan tristes, que sus pobres madres, tías y abuelas ni saben qué hacer con ellos, ni adivinan cuál sea su enfermedad. Regularmente suponen que son lombrices, y los atracan de estope mineral, calcetones de Riberio, santolinas, aloes, escordio y yerba cuquera; pero si la hribona de la bruja se los chapó de noche, ¿quién hallará medicina tan eficaz que baste a curarlos? Yo le lo diré, lector amoroso; bien que me parece que ya hagamos tarde. Los padres de San Bernardo habian discurrido una oracion ambidestra, que tan buena era para el chapamiento de brujas, como para las lombrices. Llenábase la porteria de chiquillos entecos, y madres devotas, y hermanas opiladitas y ojinegras; bajaba un religioso de robusta estructura, ceja poblada, nariz adonca, cerviz laurina, además herculeo, y le acompañaba un hermano molinero con el agua bendita y el libro. Saludaba el padre a aquellas afligidas mujeres, no quitaba ojo a las hermanas, y reparando la oracion, las bendiciones, la estola y el apartamiento de canijo en canijo, los dejaba como nuevos, y se volvía sudando a su celda. Yo bien te diría cuál era la oracion; pero si no hay padres que la administran, lo mismo sirve la oracion que las copias de Caballos... No obstante, así como así, mañana vendran los maestros, y por consiguiente volverán a chapar las brujas y a conjurar los finiles. La oracion es esta, sin quitar ni poner.

«Vade retro Satana, nunquam sande mihi vna.

«Sint mala que libas, ipse vincens bibas.

«Crux aspecta sit mihi lux, non draco sit mihi dux.»

«Christus vincit, Christus regnat, Christus ab omni malo te defendat. Maledicti et excommunicati demones: in virtute istorum sanctorum Dei nominum, Memos, Emmanuel, Sothe, Sabaoth, Agion, Iachyros, Athanasios, Jehovah, Adonai et Tetragrammaton vos constringamus et separamus a creatura ista. Pater de Jaramillo, et ab omni loco et domo ubi fuerint hec nomina et signa Dei: et precipiamus vobis, atque ligamus vos, ut non habeatis potestatem per pestem, nec per aliquod quodcumque maledictum, nocere ei neque in anima, neque in corpore. Ite, ite, ite, maledicti in stagnum ignis, sivi ad loca vestris a Deo assignata. Imperat vobis Deus Pater, Imperat vobis Deus Filius, imperat vobis Deus Spiritus Sanctus, Imperat vobis Sanctissima Trinitas unus Deus. Amen. Oremus. Accipiat, quoniam, Domine Deus mater benedictionem tuam creatura ista, qua corpore salvetur et mente, congruamque tibi exhibeat servitutem, atque tan propitiationes beneficia semper lavent. Amen. Potestas Dei Patris, Septentrio Dei Filii, et virtus Spiritus Sancti liberet et amet te, creatura Dei, ab infirmitate humiliorum. Amen. In nomine Iesu Christi Numerus conjuro

), en busca de un vampiro que habia muerto seis a antes, y se divertía en chapar a diestra y siniestra a criaturas encontraba por aquellos contornos. Ale al picaron tembido en el ataúd, gordo, fresco, adole, los ojos abiertos y pidiendo de comer; pero de, que no entienda de fiestas, fulminó inmediatamente la sententia contra el muerto tragon, apoderose de eldugo, le sacó las entrañas, se las quemó; y por ahí, el tal vampiro perdió el apuro para siempre. Y como se bologana el bellaco de ver celosas a la u y a la Martenecha! porque esto de ser querido, a nosotros, infelices mortales, pero aun al mismo o le laquea y le envanece.

Un sobrinito mio, que para esto del verso es una acacia de escribir una tragedia de magia y música, da : La vengana mas horrenda y muerte de Maria: cual se representara, sin remedio, en alguno de rus de la corte para esta pascua proxima. Es una : lamora, compuesta, como otras de su genero, de de las mas acreditadas dramaticas antiguas y mopegadas unas a otras con admirable oportunidad za. No quiero decir lo que es el plan, porque searle al publico anticipadamente la mitad de la di: pero, sin que me lleve el amor a mi sangre, cristiano que es una de las mas acabadas piezas ras se han visto. Lo mietus va a durar cuarenta ganta bien o bagana mal, llueva o no llueva. Tendrá las hermosas mujeres; habrá a la puerta mantigarradas, zapatos perdidos, ahánicos rotos, capobos trizas, y alizias y navajazos para adquirir billos comuros quedaran ricos, y por consiguiente llos que no vuelvan a representar en su vida. La lista de los personajes para divertir la curiosidad asquenosados, en tanto que Baus dispone las as y adba las garruchas.

tan Cabron. Sultau y capellan mayor del aquelarre urramurdi

ana de Burrenueches. Bruja, reina y papisa del re.

man de Ildia. Bruja, concubina del Gran Cabron, a y su sueldo

ana de Irtarte. Bruja, concubina del mismo, con to y gajrs

Nana. Su esposo, brujo y maestro de capilla clarte

el de Goyburn. Barba brujo, tamborilero y acólito a Cabron.

m de Vizcar Barba brujo, alcalde del aquelarre.

de Echalar Brujo, verdugo del aquelarre, y bufo mas.

a de Echalar. Bruja, graciosa.

n de Amayur. Rucu cristiano, hombre de bien y o amito.

can y chapán la sangre; y con alfileres y agujas les pican las sienes y en lo alto de la cabeza, y por el espinazo y otras partes y miembros de sus cuerpos; y por allí les van chapando la sangre, diciéndoles el demonio: *chupad y tragad eso, que es bueno para vosotros*; de la cual mueren los niños, ó quedan enfermos por mucho tiempo; y otras veces los matan luego, apretándolos con las manos y mordiéndolos por la garganta hasta que los ahogan. Y á los mayores los azotan cruelmente con unos espinos ó miembros retorcidos, sin que ellos se puedan quejar ni despertar los que están en casa, porque el demonio los tiene encantados; y refieren gran número de personas que han muerto y hecho que tuviesen gravísimas enfermedades, y muy gran cantidad de niños que han chapado y ahogado, declarando sus nombres y los de sus padres, y el tiempo en que cometieron estas maldades.

Y el dicho Miguel de Goyburu, entre muchas personas, hombres, mujeres y criaturas que confiesa haber muerto en la dicha forma, declara que chapó por el sieso y por la natura, hasta que le mató, un sobrino suyo, hijo de su hermana; y la dicha María de Iriarte, que por las dichas

vos, ascariles, ut conversæ in aquam recedatis à corpore isto, in honorem Dei et devotionem SS. Benedicti, et Bernardi, atque Antonii de Padua, qui orent pro nobis. Amen. Per signum sanctæ Crucis, quo signo te efficiaris sanus ab omni infirmitate, et vermes isti procul sint, moriantur, et exeat à corpore tuo: ut in Domino gaudentes dicamus; dum appropriant super te nocentes, ipsi infirmati sunt, et ceciderunt. Amen.»

Ya se conoce á tiro de ballesta que la latinidad de estas preces ni es tan antigua como Salustio y Livio; ni en conciencia se le puede atribuir á Melchor Cano; pero de cualquier modo basta y sobra para los diablos, que no la gastan mucho mejor; y si no, véase la interminable nota 52 en la página 626, y la elegancia con que respondieron en latín al vicario de Cangas. Y ahora me ocurre (y ahora lo quiero decir para que no se me olvide) que las brujas, mujeres ignorantisimas y gente lega, acostumbran ellas á hacer sus conjuros en castellano claro y corriente, y el diablo, que es poligloto, las entiende perfectamente, las responde en la misma lengua, y hace cuanto le mandan. Pero como quiera que nada debe afirmarse sin prueba al canto, ahí va la horrenda invocacion de Celestina, que puede servir como de contrapeso al *Oremus* de las lombrices, que con tanta gracia declamaban aquellos benditos monjes cistercienses, de feliz memoria. Dice así la pícara vieja:

«Conjútrote, triste Pluton, señor de la profundidad infernal, emperador de la corte dañada, capitán soberbio de los condenados ángeles, señor de los sulfúreos fuegos que los hirvientes étneos montes manan, gobernador y veedor de los tormentos y atormentadores de las pecadoras almas, regidor de las tres furias Tesifone, Megera y Aletó, administrador de todas las cosas negras del reino de Stige y Dite, con todas sus lagunas y sombrías infernales y litigioso caos, mantenedor de las volantes harpías, con toda la otra compañía de espantables y pavorosas hidras. Yo Celestina, tu mas conocida clientela, te conjuro: por la virtud y fuerza de estas hermejas letras, por la sangre de aquella nocturna ave con que están escritas, por la gravedad de aquestos nombres y signos que en este papel se contienen, por la aspépera ponzoña de las viboras de que este aceite fué hecho, con el cual unto este hilado, vengas sin tardanza á obedecer mi voluntad. Y en ello te envuelvas y con ello apéstes, sin un momento te partir, hasta que Melibea, con aparejada oportunidad que haya lo compre, y con ello de tal manera quede enredada, que cuanto mas lo mirare, mas su corazón se ablande á conceder mi petición. Y se le abras y lastimes del crudo y fuerte amor de Calisto, tanto, que despedida toda honestidad, se descubra á mí, y me galardone mis pasos y mensaje. Y esto hecho, pide y demanda de mí á tu voluntad. Si no lo haces con presto movimiento, ternásme por capital enemiga; heriré con luz tus cárceles tristes y oscuras; acusaré cruelmente tus continuas mentiras; apremiaré con mis ásperas palabras tu horrible nombre. Y otra, y otra vez te conjuro.» (Acto III.)

partes chapó y ahogó, apretándolos con las manos y con la lengua garganta, nueve criaturas, y con los dichos polvos y ponzoñas mató á un hombre y una mujer, declarando los nombres de todos ellos y la vida que padecieron hasta morir dentro de pocos días, y otro gran número de niños, hombres y mujeres á quien causó diferentes males y enfermedades, refiriendo las causas de su venganza. Y Estebanía de Iriarte, su hermana, y Gracián de Barrochea, su madre, refieren cosas muy extrañas y muertes que han hecho, que por ser tantas no se declaran en particular en sus sentencias. Y Estebanía de Telechea confiesa haber matado una nieta suya echándole unos pocos de los dichos polvos en la leche que le dieron á comer, solo porque habiéndola tomado en brazos, se ensució en un avental nuevo que tenía puesto; y que á un muchacho grande porque le dijo: ¡ah, puta sucia! el pascuero le se le hurtó, le aguardó en cierta parte por donde había de pasar, y llevada la muchachita con los ungüentos ponzoñosos, trayéndola por la cabecera y pescuezo, como que le halagaba, le causó una grave enfermedad en que dentro de pocos días murió. Y refiere otras muchas muertes y males que de día hizo con los dichos polvos y ponzoñas. Respondiendo á la burla á tocar con ellos á las personas que pretendía hacer los dichos males. Y María Presosa y María Joanto, hermanas, refieren que el diablo en el aquelarre les dijo que ya había mucho tiempo que no había males (como acostándose el descuido que en esto tenían), por lo que ambas se concertaron de matar un hijo de la una y una hija de la otra, que ambos eran de edad de ocho á nueve años; y para ello les echó unos pocos de los dichos polvos en unas escudillas de caldo que les dieron á comer, con que dentro de ocho días murieron ambos; y que así lo hicieron solo por dar contento al demonio, que después se les agradeció porque los mataron. Y el dicho Miguel de Goyburu y Juan de Zozaya, y otros brujos de los mas ancianos, refieren que también ponzoñaban manzanas, peras, nueces y otras frutas, poniéndoles un poco de los polvos en las partes donde les quitaban, les ponían algún agujero sutil y disimulado que los hacían, y las daban á las personas que querían hacer males, con que enfermaban á las unas, y podían grandes trabajos.

Siempre que mueren algunos brujos, ó los brujos han muerto algunas personas ó criaturas (después de enterrados), en las primeras mañanas que han de ir al aquelarre, se juntan los brujos con el demonio y sus criados, y llevando consigo azadas van á las sepulturas y arañan los tales muertos, y quitándoles las mortajas (57) les parten con machetes (con machetes que para ello llevan) los brazos y muslos, y los descuartizan encima de la sepultura para que lo que queda de cuerpo todo quede en ella; y luego lo cubren con la tierra, cubriéndola y poniéndola el demonio de la manera que estaba, que no se sabe de ver que han andado en ella. Y luego toman acuestas al diablo los parientes mas cercanos, y llevando los padres á sus hijos y los hijos á sus padres y hermanos, las mujeres á sus maridos y los maridos á sus mujeres, se van con mucho regocijo y contento al aquelarre y los despojan en puestas, y los dividen en tres partes: una caecea, otra masa, y una

(57) Es cosa bien sabida que mientras no se le quite á un difunto el saco bendito que tiene encima no hay manera de llevarsele al infierno, ni tocarle, ni hacerle daño alguno. Por eso los cereros venden hábitos de San Francisco á precio discreto, con lo cual aseguran la quietud de los finados, y á ellos también les resulta alguna conveniencia. ¿Cuántas veces se ha visto (o se ha oído) lo menos) en las noches mas tenebrosas, vagar desesperados á los difuntos por entre los encinares y en las arroyadas y malezas profundas gritando en voz lagubre que les hagan el favor de quitarles el hábito, á fin de que estando en pelota puedan los diablos cargar con ellos y llevar el cuerpo á las calderas de alrebite en que se está rebogando el alma? Y si he de hablar claro (que es tiempo) ¿no alcanzo por qué tienen tanta prisa los tales difuntos en acelerar su tormento. Que la tuvieran los demonios, ya se entiende; pero ¿no es una solemne majadería que los difuntos se incomoden con lo que les alivia, y que pudiendo pasarlo menos mal, hagan tales esfuerzos para estar peor? Lo cierto es que ha sucedido muchas veces, y que no se puede patán, por ignorante y rústico que sea, y aunque no se afeite sino de pascua á pascua, que no tenga noticia de tres ó cuatro casos espantosos sucedidos en su lugar con muertos condenados, que siempre suelen ser los que han tenido mas dinero.

Es tan horrible lo que pasó en Valladolid con el alcide Ronquillo, que ya estuve resuelto á contarle, porque sé con tales circunstancias y menudencias, que á saberlo presenciado yo mismo, es imposible tener mas actual conocimiento de ello; pero me acuerdo todavía de la nota 52, página 626, y de lo larga y tendida que es el tintero. No quiera Dios que yo abuse jamás de la tolerancia de mis lectores, ni me empuje en decirles lo que sé. Agradézcanme lo que callo.

cruda y sobre una mesa que tienden en el campo con unos mantos blancos y negros, los pacientes mas cercanos lo van repartiéndose entre todos los demás brujos, y se lo comen crudo, crudo y cocido, comiendo el demonio el corazón, y sus criados la parte que les queda, y a los apocados vestidos les dan tambien su parte, que la comen y gruñendo entre todos. Y afirman que aunque mas podridas y podas estén las carnes, les saben mejor que carnero, capones y gallinas, y mucho mas que todo la carne de los brujos; y que la de los brujos es mejor y mas sabrosa que la de las mujeres. Y que en la ma forma desenterran y comen otras muchas personas que no son brujos, y muchos de sus enfermedades, y los huesos los recogen para otra noche. Y la dicha Gaciana de Barrenechea dice que por ser ella la mas preciosa de todos los brujos y reina en aquelarre, le pertenecía toda la carne, pan y vino que sobraba de dichos banquetes, y los recogía y llevaba a su casa, y una de sus hijas en un alca grande que tenía, porque su marido y una de sus hijas y ella misma, que no eran brujos no lo vierten, y cuando no estaban las sacaban la dicha carne, y la asaban y comían ella y dos de sus hijas que eran brujos, y los dichos Miguel y Joanes de Goyburu y otros de dichos brujos, que eran sus parientes. Y aunque la carne estaba hedionda, con todo eso les sabia muy bien y la comían con mucho gusto. Y recien mucho numero de personas, hombres y mujeres, niños y niñas, que comieron en la dicha forma, y las personas que los llevaron a aquelarre, y los desquartizaron y repartieron, declarando los padres han comido a sus hijos. Y los hijos a sus padres. Y el dicho Joanes de Goyburu refiere que tambien las noches que no eran de aquelarre se juntaban muchas personas de los dichos brujos, que decian: en su casa, y de ella iban a desenterrar algunos muchachos que se habían muerto, y llevándolos a su casa hacían banquetes, comiéndolos los. Y entre otros refiere que desenterraron y comieron su propio hijo, comiendo en los dichos banquetes el pan y vino de su casa, que desde el gasto repartían entre todos, y lo pagaban a escote.

Primera vez que despues vuelven al aquelarre echan a cocer los huesos del difunto que comieron antes, y con ellos las hojas, ramas y es de una yerba que en vasconcelo llaman *delarruna*, que tiene virtud de ablandar los huesos y los pone como si fueran nabos cocidos; y parte de ellos comen, y otra el demonio y brujos mas ancianos la han en unos morteros, y los exprimen con unos paños delgados, y a de los dichos huesos una agua clara y amarilla que el demonio recoge en una redoma, y el escudo que queda de los huesos y los sesos de difuntos los recogen los criados del demonio, y los guardan para hapelvos y ponzoñas. Y de la dicha agua amarilla da el demonio una alca a cada uno de los brujos mas privados, que tiene reservados para que comían mayores maldades. Y es tan grande la ponzoña y fuerza que comían mala agua, que comiendo con ella cualquiera persona en cual-

quier parte de su cuerpo, con mucha brevedad, muere sin que haya remedio humano para ello. Y la dicha Maria de Triarte refiere que con esta mala ponzoña, el demonio la persuadió a que bebiese un trago, pero que ella no la quiso beber, porque si la bebrera sabia que se había de morir luego, y el demonio le dijo que bebiese como si bebia. Y que ella vio que aunque el demonio bebio de la dicha agua no por ello se murió, pero con todo eso no quiso ella beber, aunque mas el demonio se lo rogaba. Y la dicha Maria de Zozaya declara que para el vengar de un hombre, habiendo puesto a asar un huevo, le tocaron con una gota de la dicha agua al tiempo que se estaba asando, y de haberle comido padeció grandes trabajos y tormentos hasta que murió.

Y por dar fin a tantas y tan grandes y espantosas maldades con la burla de la casa, entre otras cosas que refiere la dicha Maria de Zozaya, declara que habiendo en la villa de Renteria un clérigo cazador, muchas veces cuando iba a casa, le decia: *¡oh compadre, maldad macha de liebres para que nos de lebrada a todos!* Y luego se iba a casa, y volviendo unido con el agua hedionda que se untaba para ir al aquelarre, caminaba hacia la parte donde iba el dicho clérigo, y el demonio le ponía en figura de liebre, y arremolendo contra ella los galgos, corría por los campos haciéndoles muchas burlas y revuellos hacia todas partes, con que el clérigo (39) y las demás personas que con él iban se daban desatinados corriendo tras los perros, porque siempre revoloteaba hacia donde andaban los cazadores, con que con mayores voces y furia la perseguían, y no cesaba de hacerlos burlas hasta que los galgos y cazadores de cansados la dejaban; con que burlados (40) y sin casa alguna se volvían a sus casas. Y tras haber oído tantas y tan grandes maldades en dos días enteros que duró el auto, despues de gran rato de la noche nos fuimos todos santiguándonos a las monestras.

(39) Buena idea es atribuir a las brujas la ligereza de las liebres, lo pasicorto de los galgos y la poca maña del clérigo montaraz de Renteria.

(40) Pues por estas burlas y las que se han referido, condenó la santa inquisición de Logroño a cincuenta y tres personas, a cinco estatuas y a cinco esqueletos. Y por estas burlas hubo prision, tormento, saubrunito, coxas, soga, velas verdes, burro, azotes, multas, confiscación de bienes, destierro, cárcel perpetua, afrenta pública, pena capital, garrote y brasero; y eso que perdonó ó alivió el castigo a diez y ocho, porque fueron hermanos confitentes. Todo acompañado y embellecido con las procesiones, las cruces, los vestidos nuevos de los familiares, los sermones, el estrépito de los cantores y ministriles, y la satisfacción y el contoneo del licenciado Frías, del licenciado Valle de Alvarado y del doctor Becerra y Holguin.

(41) Aquí vienen como de perlas cuatro versos del buen MORATIN:

Ben poderas, ¡oh sol! de vista destes  
Teus rayos apartar aquelle dia:  
Como da seta nesa da Thyestes,  
Quando os filhos, por mau de Alreu, comia.



# INDICE.

|                                           |    |
|-------------------------------------------|----|
| ENCIA. . . . .                            | V  |
| DON NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN. . . . . | VI |
| DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN. . . . . | XX |

## 3 DE DON NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

### SUeltas.

|                                                                   |   |
|-------------------------------------------------------------------|---|
| ANACREONTICAS.                                                    |   |
| A mi libro. . . . .                                               | 1 |
| A mi Musa. . . . .                                                | 1 |
| Motivo de escribir mi obra. . . . .                               | 1 |
| Aventura. . . . .                                                 | 1 |
| Los dos Niños. . . . .                                            | 1 |
| El Nido de Amor. . . . .                                          | 1 |
| El Sordo. . . . .                                                 | 1 |
| La Barquetilla. . . . .                                           | 1 |
| Súplica despreciada. . . . .                                      | 1 |
| El Arroyo. . . . .                                                | 1 |
| Fuga inútil. . . . .                                              | 1 |
| Canto a Dorcas. . . . .                                           | 1 |
| A Dorcas. . . . .                                                 | 1 |
| Amor aldeano. . . . .                                             | 1 |
| A las ugas de Dorcas. . . . .                                     | 1 |
| A Dorcas exhortándola al estudio de la poesía. . . . .            | 1 |
| El Premio del canto. . . . .                                      | 1 |
| I. Grato recuerdo. . . . .                                        | 1 |
| Disculpa de un error. . . . .                                     | 1 |
| Amante feliz. . . . .                                             | 1 |
| El Vino dulce. . . . .                                            | 1 |
| La Vida poltrona. . . . .                                         | 1 |
| I. Todas merecen. . . . .                                         | 1 |
| Gozamos hoy. . . . .                                              | 1 |
| Todos son locos. . . . .                                          | 1 |
| II. <del>hombres</del> . . . . .                                  | 1 |
| III. <del>sobre las riquezas</del> . . . . .                      | 1 |
| IV. <del>El babil y el Rico</del> . . . . .                       | 1 |
| V. <del>La Mujer humilde</del> . . . . .                          | 1 |
| VI. <del>La Fama postuma</del> . . . . .                          | 1 |
| VII. <del>A <del>Jose Cadahete</del></del> . . . . .              | 1 |
| VIII. <del>A <del>premiadas por la sociedad</del></del> . . . . . | 1 |
| IX. <del>económica de Madrid</del> . . . . .                      | 1 |
| X. <del>Los Lectores</del> . . . . .                              | 1 |
| ROMANCES.                                                         |   |
| amor y honor. . . . .                                             | 1 |
| embudo de una ausencia. . . . .                                   | 1 |
| Beltrán y Galiano. . . . .                                        | 1 |
| un Sancho en Zamora. . . . .                                      | 1 |
| impresa de Nicse Jaques Borghon. . . . .                          | 1 |
| OPICILLAS.                                                        |   |
| a de torio en Madrid. . . . .                                     | 1 |
| PIQUETAS.                                                         |   |
| Plaga devota. . . . .                                             | 1 |
| Correr los opietos. . . . .                                       | 1 |
| Laudable temple. . . . .                                          | 1 |
| Saber sin ostent. . . . .                                         | 1 |
| Mediano. . . . .                                                  | 1 |
| la l'ingit. . . . .                                               | 1 |
| la l'ingit. . . . .                                               | 1 |
| Dorcas en la. . . . .                                             | 1 |
| De un vizcaino. . . . .                                           | 1 |
| A una dama. . . . .                                               | 1 |
| De la boca de un sargento mayor. . . . .                          | 1 |

|                                                                                                                               |   |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---|
| CONTINUA.                                                                                                                     |   |
| I. <del>Restauración de la</del> . . . . .                                                                                    | 1 |
| II. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                            | 1 |
| III. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                           | 1 |
| IV. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                            | 1 |
| V. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                             | 1 |
| VI. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                            | 1 |
| VII. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                           | 1 |
| VIII. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                          | 1 |
| IX. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                            | 1 |
| X. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                             | 1 |
| XI. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                            | 1 |
| XII. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                           | 1 |
| XIII. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                          | 1 |
| XIV. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                           | 1 |
| XV. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                            | 1 |
| XVI. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                           | 1 |
| XVII. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                          | 1 |
| XVIII. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                         | 1 |
| XIX. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                           | 1 |
| XX. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                            | 1 |
| XXI. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                           | 1 |
| XXII. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                          | 1 |
| XXIII. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                         | 1 |
| XXIV. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                          | 1 |
| XXV. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                           | 1 |
| XXVI. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                          | 1 |
| ROMANCES SUJETOS.                                                                                                             |   |
| I. A un amigo. . . . .                                                                                                        | 1 |
| II. A un amigo. . . . .                                                                                                       | 1 |
| OPICILLAS.                                                                                                                    |   |
| I. Dedicación al. . . . .                                                                                                     | 1 |
| II. A las bodas de. . . . .                                                                                                   | 1 |
| III. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                           | 1 |
| IV. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                            | 1 |
| V. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                             | 1 |
| VI. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                            | 1 |
| ROMANCES.                                                                                                                     |   |
| A Volantes y Gacetas. . . . .                                                                                                 | 1 |
| OPICILLAS.                                                                                                                    |   |
| I. A la muerte de la coronista palera de la Marina Latina, apodada de Anacia, hija del coronista de la Marina Latina. . . . . | 1 |
| II. A la muerte de la reina madre de la Marina Latina. . . . .                                                                | 1 |
| III. A las almas premiadas por la sociedad de la Marina Latina. . . . .                                                       | 1 |
| OPICILLAS.                                                                                                                    |   |
| I. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                             | 1 |
| II. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                            | 1 |
| III. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                           | 1 |
| IV. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                            | 1 |
| V. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                             | 1 |
| VI. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                            | 1 |
| VII. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                           | 1 |
| VIII. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                          | 1 |
| IX. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                            | 1 |
| X. <del>de Madrid</del> . . . . .                                                                                             | 1 |
| ROMANCES.                                                                                                                     |   |
| Las Naves de la Marina Latina. . . . .                                                                                        | 1 |
| La Marina Latina. . . . .                                                                                                     | 1 |
| ROMANCES.                                                                                                                     |   |
| La Marina Latina. . . . .                                                                                                     | 1 |
| La Marina Latina. . . . .                                                                                                     | 1 |



## TRAGEDIAS.

|                           |     |
|---------------------------|-----|
| Hormesinda . . . . .      | 85  |
| Lucrecia . . . . .        | 102 |
| Cosman el Bueno . . . . . | 148 |

|                                                                                         |     |
|-----------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| CARTA HISTÓRICA sobre el origen y progresos de las Fiestas de toros en España . . . . . | 141 |
|-----------------------------------------------------------------------------------------|-----|

## OBRAS DE DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

## ORÍGENES DEL TEATRO ESPAÑOL.

|                                                                                                                            |     |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Prólogo del autor . . . . .                                                                                                | 147 |
| Discurso histórico sobre los orígenes del teatro español . . . . .                                                         | 150 |
| Notas . . . . .                                                                                                            | 155 |
| Catálogo histórico y crítico de piezas dramáticas anteriores á Lope de Vega . . . . .                                      | 178 |
| Año de 1556.                                                                                                               |     |
| 1. Anónimo. Danza general en que entran todos los estados de gentes . . . . .                                              | 178 |
| 1414.                                                                                                                      |     |
| 2. Don Enrique de Aragon, marqués de Villena. Comedia alegórica . . . . .                                                  | 178 |
| 1469.                                                                                                                      |     |
| 3. Anónimo. Comedia representada en casa del conde de Ureña . . . . .                                                      | 178 |
| 1470.                                                                                                                      |     |
| 4. Rodrigo de Cota. Diálogo entre el Amor y un viejo . . . . .                                                             | 179 |
| 1492.                                                                                                                      |     |
| 5. Juan de la Encina. Egloga representada en la noche de Navidad . . . . .                                                 | 179 |
| 6. Egloga representada en la misma noche de Navidad . . . . .                                                              | 179 |
| 1494.                                                                                                                      |     |
| 7. Representación á la muy bendita pasión y muerte de nuestro precioso Redentor . . . . .                                  | 179 |
| 8. Representación á la santísima Resurrección de Cristo . . . . .                                                          | 179 |
| 1495.                                                                                                                      |     |
| 9. Egloga representada en la noche postrera de carnaval . . . . .                                                          | 179 |
| 10. Egloga representada la misma noche de antroje . . . . .                                                                | 179 |
| 11. Egloga representada en recuesta de unos amores . . . . .                                                               | 180 |
| 1495.                                                                                                                      |     |
| 12. Egloga representada por las mismas personas . . . . .                                                                  | 180 |
| 13. Auto del Repelón . . . . .                                                                                             | 180 |
| 14. Representación ante el muy esclarecido é muy ilustre príncipe don Juan . . . . .                                       | 180 |
| 1497.                                                                                                                      |     |
| 15. Egloga en la cual se introducen tres pastores . . . . .                                                                | 181 |
| 1498.                                                                                                                      |     |
| 16. Egloga representada la noche de Navidad . . . . .                                                                      | 181 |
| 1513.                                                                                                                      |     |
| 17. Don Pedro Manuel de Urrea. Egloga de la tragicomedia de Calisto y Melibea . . . . .                                    | 181 |
| 1514.                                                                                                                      |     |
| 18. Juan de la Encina. Farsa de Plácida é Vitoriano . . . . .                                                              | 181 |
| 19. Anónimo. Egloga . . . . .                                                                                              | 183 |
| 1515.                                                                                                                      |     |
| 20. Francisco de Villalobos. Comedia de Plauto, llamada Anfítrou . . . . .                                                 | 183 |
| 1517.                                                                                                                      |     |
| 21. Bartolomé de Torres Naharro. Comedia Serafina . . . . .                                                                | 184 |
| 22. Comedia Trolea . . . . .                                                                                               | 184 |
| 23. Comedia Soldadesca . . . . .                                                                                           | 185 |
| 24. Comedia Timularia . . . . .                                                                                            | 185 |
| 25. Comedia Himenea . . . . .                                                                                              | 186 |
| 26. Comedia Jacinta . . . . .                                                                                              | 186 |
| 27. Comedia Aquilana . . . . .                                                                                             | 187 |
| 1520.                                                                                                                      |     |
| 28. Comedia Calamita . . . . .                                                                                             | 187 |
| 29. Diálogo del Nacimiento . . . . .                                                                                       | 188 |
| 30. Vasco Díaz Tanco de Fregenal. Tragedia de Absalon . . . . .                                                            | 189 |
| 31. Tragedia de Amán . . . . .                                                                                             | 189 |
| 32. Tragedia de Jonatás . . . . .                                                                                          | 189 |
| 1521.                                                                                                                      |     |
| 33. Anónimo. Comedia llamada Hipólita . . . . .                                                                            | 189 |
| 34. Comedia nuevamente compuesta, llamada Serafina . . . . .                                                               | 189 |
| 1522.                                                                                                                      |     |
| 35. Cristóbal de Castillejo. Farsa de la Constanza . . . . .                                                               | 189 |
| 1523.                                                                                                                      |     |
| 36. Pedro Altamira. Auto de la aparición que nuestro Señor Jesucristo hizo á los dos discípulos que iban á Emaús . . . . . | 190 |
| 1527.                                                                                                                      |     |
| 37. Anónimo. Auto del bautismo de San Juan Bautista . . . . .                                                              | 191 |
| 1528.                                                                                                                      |     |
| 38. Estreban Martinez. Auto de como san Juan fué concebido, y asimismo el nacimiento de san Juan . . . . .                 | 191 |
| 39. Juan Pastor. Auto nuevo del santo nacimiento de Cristo nuestro Señor . . . . .                                         | 191 |
| 40. Farsa de Lucrecia . . . . .                                                                                            | 191 |
| 41. Farsa llamada Grimaltina . . . . .                                                                                     | 191 |
| 42. Farsa llamada Clariana . . . . .                                                                                       | 191 |
| 1529.                                                                                                                      |     |
| 43. Fernan Perez de Oliva. Comedia de Anfítrou . . . . .                                                                   | 191 |
| 1530.                                                                                                                      |     |
| 44. Tragedia. La Venganza de Agamenon . . . . .                                                                            | 192 |
| 45. Tragedia. Hécuba triste . . . . .                                                                                      | 192 |
| 46. Zanonima. Farsa sobre el matrimonio . . . . .                                                                          | 192 |

1534.

|                                                                                                                                                      |       |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------|
| 47. Jaime de Huete. Comedia llamada Teorina . . . . .                                                                                                | 1534. |
| 1535.                                                                                                                                                |       |
| 48. Ausias Izquierdo Zabrera. Lucero de nuestra cultura despidimiento que hizo nuestro Señor Jesucristo á bendita Madre; pasos muy devotos . . . . . | 1535. |
| 49. Gil Vicente. Auto de Amadís de Gaula . . . . .                                                                                                   | 1535. |
| 50. Comedia Rubena . . . . .                                                                                                                         | 1535. |
| 51. El Templo de Apolo, tragicomedia . . . . .                                                                                                       | 1535. |
| 52. Romería de Agravios, comedia . . . . .                                                                                                           | 1535. |
| 53. La Nao de amores, comedia . . . . .                                                                                                              | 1535. |
| 54. Al parto de la reina, tragicomedia . . . . .                                                                                                     | 1535. |
| 55. La Fragua de amor, tragicomedia . . . . .                                                                                                        | 1535. |
| 56. La Floresta de engaños, comedia . . . . .                                                                                                        | 1535. |
| 1534.                                                                                                                                                |       |
| 57. Anónimo. Comedia llamada Orfea . . . . .                                                                                                         | 1535. |
| 1535.                                                                                                                                                |       |
| 58. Francisco de las Navas. Comedia llamada Fides . . . . .                                                                                          | 1537. |
| 1537.                                                                                                                                                |       |
| 59. Andrés Prado. Farsa llamada Cornelia . . . . .                                                                                                   | 1539. |
| 1539.                                                                                                                                                |       |
| 60. Anónimo. Tragicomedia alegórica del paraíso y del infierno . . . . .                                                                             | 1540. |
| 1540.                                                                                                                                                |       |
| 61. Anónimo. Coloquio de Fenisa . . . . .                                                                                                            | 1541. |
| 62. Anónimo. Coloquio . . . . .                                                                                                                      | 1541. |
| 1541.                                                                                                                                                |       |
| 63. Anónimo. Farsa llamada Custodia . . . . .                                                                                                        | 1542. |
| 1542.                                                                                                                                                |       |
| 64. Anónimo. Farsa de los enamorados . . . . .                                                                                                       | 1543. |
| 1543.                                                                                                                                                |       |
| 65. Anónimo. Farsa llamada Joacina . . . . .                                                                                                         | 1544. |
| 1544.                                                                                                                                                |       |
| 66. Lope de Rueda. Paso en el cual se introducen tres personas Luquitas, Alameda y Salcedo . . . . .                                                 | 1544. |
| 67. Comedia Eufemia . . . . .                                                                                                                        | 1545. |
| 1545.                                                                                                                                                |       |
| 68. Paso en el cual se introducen dos personas: Alameda y Salcedo . . . . .                                                                          | 1545. |
| 69. Comedia Armelina . . . . .                                                                                                                       | 1546. |
| 1546.                                                                                                                                                |       |
| 70. Paso en el cual se introducen las personas siguientes: Martin de Villalba, Bárbara y Jerónimo . . . . .                                          | 1547. |
| 71. Paso en el cual se introducen las personas siguientes: minante, Jácquima y Brazuelos . . . . .                                                   | 1547. |
| 1547.                                                                                                                                                |       |
| 72. Paso en que se introducen las personas siguientes: Guerra, Panarizo y Mendrugón . . . . .                                                        | 1547. |
| 73. Paso en el cual se introducen las personas siguientes: xano, Cebadon y Samadell . . . . .                                                        | 1548. |
| 1548.                                                                                                                                                |       |
| 74. Juan de Malara. Comedia llamada Locusta . . . . .                                                                                                | 1548. |
| 75. Lope de Rueda. Paso en el cual se introducen las personas siguientes: Forrubio, Agueda, Monciglesia y Alameda . . . . .                          | 1549. |
| 1549.                                                                                                                                                |       |
| 76. Farsa del Sordo . . . . .                                                                                                                        | 1550. |
| 1550.                                                                                                                                                |       |
| 77. Comedia Medora . . . . .                                                                                                                         | 1551. |
| 1551.                                                                                                                                                |       |
| 78. Coloquio de Camila . . . . .                                                                                                                     | 1551. |
| 79. Juan de Rodrigo Alonso. Comedia en la cual se deduce historia de santa Susana . . . . .                                                          | 1551. |
| 80. Lope de Rueda. Coloquio . . . . .                                                                                                                | 1552. |
| 1552.                                                                                                                                                |       |
| 81. Coloquio en verso . . . . .                                                                                                                      | 1553. |
| 82. Coloquio de Timbria . . . . .                                                                                                                    | 1553. |
| 1553.                                                                                                                                                |       |
| 83. Anónimo. Comedia de Peregrino y de Cinabro . . . . .                                                                                             | 1553. |
| 84. Francisco de Avendaño. Comedia . . . . .                                                                                                         | 1554. |
| 1554.                                                                                                                                                |       |
| 85. Luis de Miranda. Comedia Pródiga . . . . .                                                                                                       | 1555. |
| 1555.                                                                                                                                                |       |
| 86. Anónimo. Comedia de Plauto, intitulada Hille glorio . . . . .                                                                                    | 1555. |
| 87. Comedia de Plauto, intitulada Menecmos . . . . .                                                                                                 | 1555. |
| 1555.                                                                                                                                                |       |
| 88. Juan de Malara. Tragedia de Absalon . . . . .                                                                                                    | 1555. |
| 89. Lope de Rueda. Paso. Introdúcense en él Sigüenza, Estepa y Estepa . . . . .                                                                      | 1555. |
| 90. Paso. Introdúcense en él las personas siguientes: Don Pancorbo, Periquillo, Peiraton y Guillelmo . . . . .                                       | 1555. |
| 91. Comedia de los Engaños . . . . .                                                                                                                 | 1555. |
| 92. Coloquio llamado Prenda de amor . . . . .                                                                                                        | 1555. |
| 1555.                                                                                                                                                |       |
| 93. Paso. Introdúcense en él las personas siguientes: Mollejo, Molina, un alguacil y un paje . . . . .                                               | 1555. |
| 94. Anónimo. Farsa llamada Roselia . . . . .                                                                                                         | 1555. |
| 1555.                                                                                                                                                |       |
| 95. Juan de Timoneda. Comedia de los Menecmos . . . . .                                                                                              | 1555. |
| 96. Comedia llamada Cornelia . . . . .                                                                                                               | 1555. |
| 1555.                                                                                                                                                |       |
| 97. Anónimo. Paso. Interlocutores: Monserrate, Coladilla verde, Jumilla y Porqueron . . . . .                                                        | 1555. |
| 98. Paso de los Ladrones . . . . .                                                                                                                   | 1555. |
| 99. Paso. Introdúcense en él las personas siguientes: Cebadon de Santibañez, Inesa Lopez, Rodrigo del Toro y Salcedo . . . . .                       | 1555. |
| 100. Alonso de la Vega. Comedia llamada Tolomea . . . . .                                                                                            | 1555. |



|        |                                                                                |     |
|--------|--------------------------------------------------------------------------------|-----|
| XV.    | A la muerte de Isidoro Malgara.                                                | 600 |
| XVI.   | Copla de un candelero de Gaurin.                                               | 600 |
| XVII.  | A don Luis de Silva Moctes de Albuquerque, conde de las Georgias portuguesas.  | 601 |
| XVIII. | A don Luis Gomez de Carabada, premiado por sus adelantamientos en la botanica. | 602 |
| XIX.   | A la señora M. R., bailarina del teatro de Barrios.                            | 602 |
| XX.    | La Muerte.                                                                     | 603 |
| XXI.   | La Resurreccion de la carne.                                                   | 603 |
| XXII.  | Abnegacion estúpida.                                                           | 603 |
|        | <b>ROMANOS.</b>                                                                |     |
| I.     | A un ministro.                                                                 | 605 |
| II.    | Al conde de Floridablanca (no recopilado).                                     | 605 |
| III.   | Al principe de la Paz (no recopilado).                                         | 606 |
| IV.    | A una dama que le pidió versos (no recopilado).                                | 606 |
| V.     | Agraciado poético.                                                             | 606 |
| VI.    | Has vete cañón.                                                                | 607 |
| VII.   | A Geroneo.                                                                     | 607 |
| VIII.  | Julio del año de 1815 (inédito).                                               | 608 |
| IX.    | El coche en venta.                                                             | 608 |
|        | <b>ROMANAS.</b>                                                                |     |
| I.     | Para una estatua de la Farmacia.                                               | 608 |
| II.    | Para el cupulero de Almonar.                                                   | 609 |
| III.   | Para la cortina de un teatro.                                                  | 609 |
| IV.    | Para el sepulcro de don Francisco Gregorio de Salas.                           | 610 |
| V.     | Para un retrato del autor, remitiéndoselo a una señora.                        | 610 |
| VI.    | A un niño llorando en los brazos de su madre.                                  | 610 |
| VII.   | A un escritor desconocido, cuyo libro nada quiere com-                         |     |

Edição à la encomenda. . . . .  
 Os Sombra do Homem. . . . .  
 Al pombalento de la catedral de Salamanca. . . . .  
 Ellos é dos Francisco Goya, desigais pintas. . . . .  
 Elogio à los Urcas. . . . .  
 Heras é las pecetas suetas. . . . .  
 Arroz no rio, espreitado en la catedral de Segovia en la fin  
 de noviembre de 1666, com notas. . . . .





ST  
(





